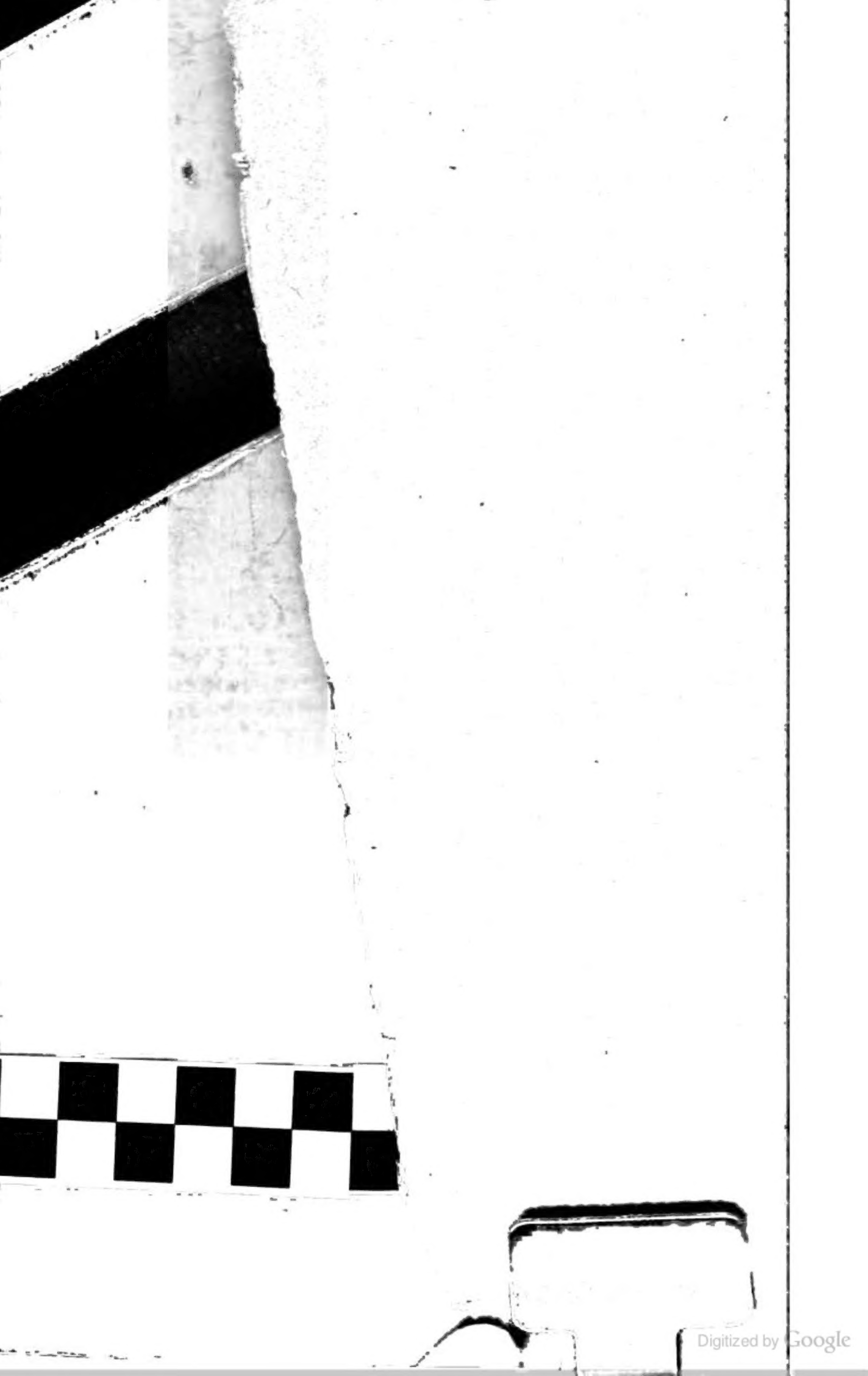



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
BIBLIOTECA
C. C. INFORMACION



BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

TOMO DECIMOSETIMO.



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5320913683

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento; de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

Y REVISADA POR UNA COMISION
NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

TOMO XVII.



MADRID: 1863.

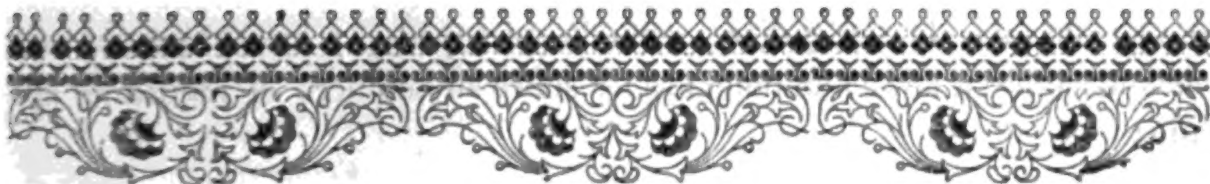
IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Colegiata, 6, bajo.



SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formacion del presente volúmen y explicacion de las iniciales con que los han firmado.

A. C................	D. Angel Castellanos y Lopez.
C., B. C., B. S. C..	Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de C............	Castor de Caunedo (D. Nicolás).
C. de F............	Conde de Fabraquer.
G. R...............	Garcia Rodriguez (Pbro. D. Juan).
J. M. B. de R.......	D. Joaquin Maria Bover de Roselló.
M. B...............	D. Manuel Béjar.
S. B...............	Sanchez Biedma (D. José).

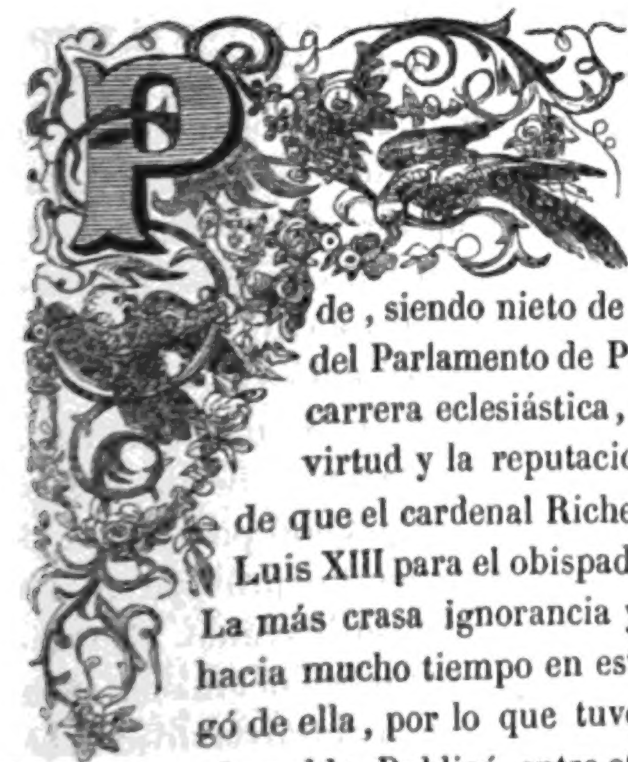


BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.



PAV



PAVILLON (Nicolás). Nació este obispo de Alet, en el Langüedoc, el año 1597. Su padre fué Esteban Pavillon corrector de la Cámara de Cuentas de París, y su madre Catalina de Bistrade, siendo nieto de Nicolás Pavillon, abogado doctísimo del Parlamento de París y excelente poeta. Abrazando la carrera eclesiástica, su celo en los cargos eclesiásticos, su virtud y la reputacion de capacidad que tuvo, fué causa de que el cardenal Richelieu le propusiese al rey de Francia Luis XIII para el obispado de Alet, en Langüedoc, el año 1637. La más crasa ignorancia y los mayores desórdenes imperaban hacia mucho tiempo en esta diócesis cuando Pavillon se encargó de ella, por lo que tuvo que trabajar mucho para reformar la clerecía y al pueblo. Publicó, entre otras obras, un *Ritual* con instrucciones excelentes, y ordenanzas para sus diocesanos, hechas en los sínodos que celebró desde el año 1640 hasta el de 1670, en cuyo año se imprimieron en Tolosa. Remitido su *Ritual* á la Inquisicion, fué puesto en el Index como prohibido, pero áun cuando no se recibió públicamente en Francia este decreto, el libro continuó prohibido. Murió este prelado el 8 de Diciembre de 1677, á

los ochenta años de edad y diez y ocho de episcopado, y fué enterrado en el cementerio de su iglesia en donde se lee sobre su sepulcro el siguiente epitafio:

Hic jacet Nicolaus, episcopus electensis, pauperum pater, piorum consiliarius, cleri lumen et præsidium, disciplinæ, veritatis, et libertatis ecclesiasticæ propugnator. Vir in magna sapientia, in virtutum cumulo, in laudum præconiis humillimus, in rerum vicisitudine sive semper æqualis spiritu fervens, sollicitudine impiger, patientia consummatus. Implevit annum episcopatus trigessimum octavum, ætatis octogessimum. Obiit anno Christi 1667, *octava die mensis Decembris.*

Este epitafio fué traducido y publicado en verso francés. Consagró un elegante *Elogio latino*, que se publicó, á Pavillon, el P. Du Mas del Oratorio, al que ensalza tambien Claudio Lancelot, monje de S. Cyran, en su *Viaje de Alet*, en 1732, y las *Memorias para servir á la historia de la vida de Nicolás Pavillon, obispo de Alet*, que se imprimieron en 12.° el año 1733. M. París, Dangiers, Bourdin y Martenne, en su *Viaje literario*, citados por Moreri, se han extendido en noticias sobre este virtuoso prelado. — C.

PAVINO (S.) confesor. Fué natural de Maine este religioso, que se consagró á Dios en el retiro desde su juventud para no inficionarse con el veneno de la sociedad mundana; deseando ganar almas al cielo, se dedicó á la predicacion, por la que su privilegiado talento logró muchas conversiones. Su paciencia, su humildad y sobre todo su caridad, fueron ejemplares, particularmente cuando se le elevó á la dignidad de superior en el monasterio de Sta. María de Beaugé, en el que se acreditó, tanto por las virtudes expresadas, cuanto por su vigilancia y celo religioso. Murió S. Pavino, reverenciado ya por sus contemporáneos como Santo, á fines del siglo VI. — C.

PAVO (Berenguer de), obispo de Gerona, sobrino de Bernardo de Pavo, y canónigo de esta santa iglesia por permuta que hizo con su hermano Juan con licencia y aprobacion del cabildo, y de cuyo cargo tomó posesion en 19 de Noviembre de 1468. Cuatro años despues su señor tio proveyó en él la capiscolía, vacante por muerte del capiscol mayor Juan Serraino. En Octubre de 1475 se le confió por el cabildo la mision de síndico del mismo en las Córtes, á pesar de que estaba estudiando á la sazon en la universidad de Lérida, y sin tener en cuenta su poca edad. Debió entrar por mucho en este nombramiento la consideracion de los electores á su tio, pues no le acordaron salario, y caso de dársele solo por un año. Diéronle ántes cincuenta libras, pues á causa de las guerras y de la peste era muy grande la miseria de aquellos tiempos, á tal extremo, que la iglesia de Gerona no hubiera enviado síndico á las Córtes si hubiera tenido que pagar sueldo entero. Concluida

la asamblea, á la cual concurrió al siguiente año, y terminados tambien sus estudios, volvió á la catedral, en donde le hicieron obrero y administrador del vestuario. Por su parte dió pruebas de los buenos conocimientos y prendas que le adornaban, distinguiéndose por su exactitud en los encargos que se le encomendaban y el acierto con que los dirigia. Este comportamiento y estos méritos le valieron ser elegido por el cabildo para reemplazar al cardenal Margarit tan pronto como aquel tuvo noticia de su nombramiento. Ignórase el motivo, pero es cierto que hasta 3 de Febrero de 1486 no tomó posesion. Los biógrafos de nuestro prelado dicen sobre esto que si hubiéramos de estar á conjeturas fundadas en la conducta anterior y posterior de algunos papas, podriamos decir que la premura con que el cabildo usó en esta ocasion de su derecho, sin contar más que con él, desagradaria al papa Inocencio VIII y á los romanos, que ya miraban de reojo las elecciones capitulares y no se descuidaban en elegir ellos el sucesor. Cuidaba miéntras tanto Berenguer del gobierno de su rebaño, celebraba sinodo, y para anticiparle solicitaba el consentimiento de su cabildo. En 1488 pagó los dos diezmos que se le exigieron para la conquista de Granada, sin embargo del estado precario de su tesoro y del miserable en que se encontraba el clero todo. No imitaron los pavordes su ejemplo para tan santa empresa, y el colector puso entredicho el 15 de Febrero, del cual apelaron el cabildo y tambien el prelado, suspendiendo con este medio canónico el efecto de la censura. La guerra de Granada producia los más ventajosos resultados, pero en cambio la peste afligia á toda Cataluña. Hiciéronse con este motivo rogativas en Gerona para contener el azote, y el Obispo celebró públicamente de pontifical en el convento de Sta. Clara, extramuros, pues estaba entónces situado en el Mercadal. Entre tanto llegó á Gerona la noticia de la conquista de Granada por los Reyes Católicos, suceso que la cristiandad acogió con entusiasmo, y el clero gerundense dió por bien empleados los sacrificios que habia hecho. Digno era del cariño de sus diocesanos nuestro venerado Obispo, solícito del bien de su rebaño, en 1495 y en 1498 dió dos pruebas bien notables por cierto del celo que le inspiraban los bienes espirituales y temporales de aquellos. En 18 de Mayo del primero, refieren los PP. Merino y La Canal, concurrió eficazmente con el cabildo al nombramiento de una comision para que, registrando todas las escribanías de Gerona, hiciese copias y extractos de todas las escrituras que se hallasen en ellas, pertenecientes á los bienes del obispo, cabildo, dignidades y clero, medida indispensable en vista de haberse quemado la secretaría en tiempo de su antecesor. No fué ménos importante la del año 1498, pues se nombró otra comision que recogiese y recopilase las constituciones provinciales y sinodales, los estatutos y ordenanzas del cabildo, con el fin de que se guardase en todo

lo posible lo que santamente habian establecido los antecesores, y acaso á esta medida debemos la coleccion de las sinodales impresas. Habiendo llegado á su noticia algunas hablillas, presentó en 1500 un memorial á su cabildo para que informase sobre el trato que daba á los vasallos de La Bisbal y las desvaneciese completamente. Esta delicadeza era propia de tan digno Obispo, y debe ser imitada por todas las autoridades que con frecuencia se extralimitan y abusan en el ejercicio de sus cargos con perjuicio de sus administrados. Aun en las cosas de menor interés, los jefes no deben dar márgen á la crítica, y estan obligados á hacer patente su conducta legal. Así lo hizo nuestro prelado, y al año siguiente, 1501, recibió solemnemente la Cruzada. En 1502 acompañó al recibimiento hecho en la mesa superior de grande escala de la iglesia á los PP. de Sto. Domingo, que celebraron allí capítulo provincial y visitaron procesionalmente la catedral. Ya anteriormente lo habia hecho con la redencion de cautivos, en cuya entrada se cantó un solemne *Te Deum*. Guardó este prelado al cabildo todo género de consideraciones, y el cabildo por su parte le manifestó siempre el mayor y merecido aprecio. Convidado por el Rey para que acompañase á la Reina madre, que pasaba á Sicilia, y habiendo aceptado este honorífico cargo, se despidió del cabildo el 7 de Agosto de 1506 y murió en Nápoles al poco tiempo, el 5 de Noviembre del mismo año. De este triste suceso se tuvo noticia en Gerona el dia 17, y se abrió vacante, nombrándose vicarios y oficiales, y se señaló el 5 de Diciembre para la eleccion súplica. Para demostrar el esmero pastoral del Sr. Berenguer, que tuvo dos sínodos, recapitulan los autores sus constituciones, omitiendo únicamente las que son renovaciones de las anteriores. La primera, de 1489, ordena se haga una urna para colocar en ella el dia de Jueves Santo el Santísimo Sacramento decente y honoríficamente. La segunda, en 1502, manda que las reparaciones que haya que hacer en los edificios de las iglesias, beneficios y casas piadosas, se ejecuten en el término de cuatro meses, y si no se hace así que se ponga el dinero en el arca de depósitos de la catedral. La tercera ordena que los curas compren un libro en que pongan el dia y nombre de cuantos y cuantas bauticen, los de sus padres, madres, padrinos y madrinas. La cuarta que los presbíteros cuiden de averiguar y denunciar á los sortílegos, que parece abundaban entónces en el obispado, y daba este nombre á los adivinos, agoreros y cuantos con cosas supersticiosas engañaban á los pueblos y á las almas.— O. y O.

PAVO (Bernardo de), obispo de la santa iglesia de Gerona desde 1436 hasta 1457. Consta que al tiempo de su eleccion era ya canónigo, pues firmó como tal la visita por Dalmacio de Muro el año de 1417, y en el 24 se le halla vicario de D. Andrés Beltran en el convenio hecho entre éste y el cabildo sobre los patronatos activo y pasivo de las dignidades. Por otro docu-

mento consta tambien que desempeñó el cargo de vicario durante veinticinco años, de manera que debió entrar en la vicaría el año 21 por esta cuenta. Tomó posesion del obispado en 18 de Junio de 1436. «Como testigo, »refieren sus biógrafos, ó parte de las vejaciones que se hacian á los ecle»siásticos, exigiéndoles por cada libra de carne tres dineros, por cada »azumbre de vino tres sueldos y cuatro dineros, y por cada quintal de trigo »en harina ocho dineros, moneda de Barcelona, de acuerdo con el cabildo »recurrió al papa Eugenio, pidiendo renovase el decreto de Juan, cardenal »de la santa Iglesia romana y administrador del obispado, el cual por los »excesos dichos, en union con el cabildo, á todos y á cada uno de los que »habian puesto semejantes contribuciones les declaraba incursos en las pe»nas impuestas en las constituciones provinciales contra los perturbadores »de las libertades y privilegios de dicha iglesia, y además los inhabilitaba »para obtener beneficios, honores, canonicatos y prebendas ó prelaturas »hasta la segunda generacion. El Papa, en data desde Bolonia y fecha 17 de »las calendas de Setiembre de 1436, sexto de su pontificado, envió un breve »al arcediano de Játiva en la santa iglesia de Valencia, para que examinando »si eran verdaderas las quejas presentadas á Su Santidad, ratificase lo de»terminado por el cardenal Juan y lo añadido por el cabildo.» Renovóse en el año siguiente el estatuto antiguo para que los canónigos fuesen *de generi militari* por parte de padre y de madre. Tambien en el de 1453 se mandó poner en vigor la hermandad y concordia que antiguamente habia tenido la catedral con el convento de S. Francisco, y porque hasta ahora no hemos dado noticia de ella, extractaremos aquí su contenido: «Bernardo, por la »gracia divina Obispo de Gerona, y los canónigos que se expresan en el do»cumento, dan, conceden, señalan y vuelven al convento de frailes Menores »de Gerona y á su guardian y frailes, presentes y futuros, la lectoría y fune»rales de las personas de cabildo y los demás derechos y obvenciones que »acostumbró tener, y por causas que aquí se omiten se suspendieron. El te»sorero les contribuirá con todo, sin otro mandato nuestro, etc. etc.» En 1438 renovó este prelado la constitucion de Berenguer de Cruilles, en que manda que los prelados y clérigos reciban caudales por establecimientos, permutas, ventas, etc., los pongan en el término de dos meses en la tesorería de la catedral de Gerona, en arca destinada para este fin. Tambien prorogó el estatuto de las anatas, movido por el celo de que progresase la obra de la santa iglesia. Falleció el obispo D. Bernardo el dia 26 de Marzo de 1457, segun consta del Martirologio antiguo y un documento de la Secretaría del año 1532. Fué sepultado en la capilla de S. Pablo, en un hermoso sepulcro que se halla al lado de poniente, y en la misma se concedió sepultura á D. Juan de Pau y á sus sucesores. En esta capilla fundó un

aniversario y un beneficio. La sede vacante la gobernó Jordan de Aviñon, y fué la más larga que ha tenido el obispado de Gerona, y no porque dejára de elegirse obispo, sino por haber rehusado la mitra Roger de Cartiliano, canónigo de Gerona, digno de ella por lo mismo que no la quiso, y falleció el 11 de Febrero de 1576, dejando aniversario presbiteral y conventual, y dotando con un collar de oro y perlas, valuado en doscientas doce libras.— O. y O.

PAVON (B. Antonio), mártir piamontés. Admitido en la ilustre órden de Predicadores, se dedicó con el mayor ahinco al estudio de las ciencias y á la práctica de las virtudes. Fué inquisidor en el Piamonte, y se distinguió por el celo con que persiguió la impiedad de los herejes, promoviendo ardorosamente los aumentos de la fe católica. Tan ilustres empresas obtuvieron la corona del martirio, lo cual reveló mucho ántes de que aconteciese, detallando las circunstancias de su memorable fin. «Fué inexplica»ble, dice el *Diario Dominicano* en su historia, el gozo que despues de esta »revelacion tenia, no sabiendo contenerse en manifestarlo, y asegurando »que en la inmediata dominica *in albis* habia de intervenir á unas alegrísi»mas bodas, y así sucedió puntualmente; pues habiendo dicho dia subido al »púlpito y estando predicando con celo apostólico en pública plaza, le aco»metieron los herejes, y en odio de la fe que predicaba le cortaron la cabeza »la dominica *in albis*, año de 1374, aunque otros quieren fué más cerca de »Sto. Domingo. Llevaron su cuerpo á Savigliano, donde conforme á sus mé»ritos fué sepultado. El Señor honró con muchas maravillas tan precioso »depósito.» —O. y O.

PAVONIO (B.), religioso lego benedictino de la congregacion cisterciense. Era natural de Luca, donde tomó el hábito y se distinguió por sus virtudes y milagros. Ignórase el año en que vivia. Su Orden celebra su memoria en 14 de Junio.—S. B.

PAURO (J. Corneille de), filólogo. Nació en Utrech hácia 1680; murió sobre 1750, fué canónigo de S. Juan, y aprovechó los ratos que le dejaban libres las funciones anexas á su cargo para cultivar las letras. Hizo un gran número de ediciones de autores griegos de Hephestion, Utrecht, 1727; de Horapollon, 1727; de Anacreonte, 1732; de Quintus Calaber, 1733; de Aristóteles, 1739; de Eschyles, 1745; etc. Sostenia la autenticidad de las poesías de Anacreonte, y tuvo ardientes controversias con muchos sabios, en particular con Mr. de Orville. —S. B.

PAURO (Cornelio de), sabio de Amsterdam. Nació en 1739, y murió en el año 1799; era canónigo de Xanten y tio de Ana Anacharsis Clootz. Publicó: *Investigaciones filosóficas sobre los Griegos;—sobre los Americanos;—sobre los Egipcios y los Chinos.* Estas tres obras, llenas de erudicion, se hallan

escritas en francés, y contienen atrevidas paradojas. Han sido reunidas en siete volúmenes en 8.°; París, 1785. —S. B.

PAWLOWSKI (Daniel). Nació en la Volhynia el año 1626, é ingresó en la Compañía de Jesús el de 1643, profesando sucesivamente las humanidades, las matemáticas y la filosofía, y por espacio de once años la teología. Tambien fué prefecto de estudios en el colegio de Calistz. Murió en Rawa el 12 de Agosto de 1673. Escribió: *Oratio de S. Thomæ Aquinate.*— *Coronatum nomen Panegyricus Stephani Wiezbouski, episcopo Posnamiensi.*—*De immaculato Conceptu Beatæ Mariæ Virginis.* — *Vita P. Gasparis Druzbichi Poloni Societatis Jesu*; y otras muchas obras. —S. B.

PAYEN (D. Basilio), benedictino. Nació por los años de 1680 en Cendrecourt, Franco-Condado, y abrazó la vida monástica en 1697, profesando la filosofía y teología en la abadía de Murbach. Desempeñó los primeros empleos de su Congregacion de tal modo, que muy pronto supo conciliarse el aprecio de sus hermanos. Murió en Luxeuil el dia 23 de Agosto de 1756, de edad avanzada, dejando manuscritas un sinnúmero de obras que fueron dispersas por la revolucion con la biblioteca de aquella célebre abadía. Redactó para uso de los jóvenes compañeros, diferentes compendios de teología, filosofía y derecho canónico, como tambien algunas gramáticas y diccionarios para facilitarles el estudio del latin, del griego y del hebreo, cuyos tres idiomas poseia admirablemente. Además compuso algunos tratados de controversia, y diversos escritos relativos á las disputas del jansenismo; se citan como suyos los siguientes: *Apparatus in omnes auctores sacros tam Veteris quam Novi Testamenti.* — *Apparatus in scriptores quatuor primorum sæculorum.* — *Opus criticum in auctores tam sacros quam non sacros ecclesiasticos.* — *Bibliothèque Sequanoise.* A esta precede una disertacion sobre la extension y límites de la Secuania, que comprende una parte de la Suiza y del Bugey, y toda la Alta Borgoña; y tambien algunas investigaciones sobre el orígen de las letras y de las artes en aquella provincia. *Memoires pour servir à l'histoire des hommes illustres du comté de Bourgogne*, coleccion curiosa, pero cargada de minuciosidades; D. Payen da el título de ilustres á cuantos borgoñones ejercieron funciones públicas un tanto importantes. *Histoire de l'abbaye de Luxeuil, et du prieuré de Fontaines.* — *Tractatus de origine gentium, linguarum et litterarum.* — *Dissertatio de veteribus Græcorum, Latinorum et Gallorum characteribus.* — *Vocabularium nominum celticorum.* — *Traité du blason.* — *Abregé de la science des medailles.* — C. de la V.

PAYENS PAGANIS (Hugo de), primer gran maestre y fundador de la órden del Temple. Era un caballero descendiente de la casa de los condes de Champaña, y formó el apellido de Payens de una tierra situada en aquel

pais entre Merri-sur-Seine y Troyes. Hallándose en la Palestina, concibió el pensamiento, que llevó á cabo en union de otros dos caballeros, de establecer una nueva órden religiosa militar, consagrada á la defensa de la Tierra Santa. No tardaron en poner en ejecucion sus proyectos, y pronunciaron sus votos delante del patriarca Gormond, obligándose á proveer á la seguridad de los caminos, y á defender á los peregrinos de los ataques de los salteadores sarracenos. Balduino II, rey de Jerusalen, protegió desde luego esta naciente institucion, y les concedió para vivir durante cierto tiempo el cuartel meridional de su palacio, que era el sitio precisamente donde habia estado el templo de Salomon, de lo que tomaron el nombre de *Hermanos de la milicia del Temple*, *caballeros del Temple* y *Templarios.* En 1127 pasó Hugo al Occidente para obtener de la Santa Sede la confirmacion de su instituto. Remitido al concilio de Troyes, que comenzó en 13 de Enero siguiente, se presentó ante él Hugo, acompañado de cinco caballeros. El concilio aprobó su resolucion, y mandó que vistiesen hábito blanco, encargando primero á S. Bernardo, y luego á Juan de S. Miguel, que redactase la regla que debian observar. Hugo, desempeñada la primera parte de su comision, recorrió la Francia, y pasó despues á Inglaterra, España é Italia, recogiendo en todos estos países cuantiosas limosnas para subvenir á las necesidades de la Tierra Santa. Al mismo tiempo hizo un gran número de prosélitos, que marcharon con él para alistarse en la nueva Orden. No quedó esta circunscrita á la Palestina, pues pocos años despues, en 1129, tenia ya numerosos establecimientos en los Países Bajos. En 1135 dirigió S. Bernardo una exhortacion á los Templarios, que existe todavía, y la que contiene saludables consejos y admirables reglas de conducta. Hugo de Payens murió en 1136, dejando establecida ya la Orden en Francia, y siendo llorado por todos los cristianos de la Palestina. —S. B.

PAYEZAS (Juan), presbítero rector de la parroquia de Sta. Cruz, y en 1808 electo canónigo de esta catedral. Murió estos años pasados. Publicó bajo su segundo nombre y apellido materno: *Compendium censurarum et casuum in diœcesi Balearium Majoriæ et Minoriæ, illustrissimo ac reverendissimo illius Episcopo reservatorum. A D. Bonaventura Pol, Palmæ Balearium Pro. dispositum. Anno* 1787. *Majoricæ, typis Salvatoris Savall.* Esta obra la impugnó el erudito D. Antonio Roig y Rexart. —J. M. B. de R.

PAYET (Lady). Fué anunciada su conversion en el periódico *Morning-Herald*, reproducida en 27 de Febrero de 1830 por el *London-Express*, en estos términos: «Lady Payet, esposa del almirante Sir Cárlos Payet, hermana de Lord Anglesca, virey de Irlanda, acaba de convertirse al catolicismo junto con sus hijas. La ceremonia tuvo lugar en la capilla de Cork, en presencia de un concurso que poblaba enteramente la Iglesia.» Despues añade

el *Diario inglés*: «La iglesia de Roma se aumenta de un modo considerable..... »—C. de la V.

PAYNO (D. Antonio), segundo de este nombre entre los obispo de Orense. Tuvo por patria á Medina de Rioseco, y por padres á Juan Payno y á Doña Juana Sevilla. Nació á 2 de Setiembre de 1601, y le bautizaron en la parroquia de Sta. Cruz á 3 de Octubre. Estudió en Alcalá las artes y la teología, y fué colegial de S. Antonio de Sigüenza, y en el de S. Salvador de Oviedo de Salamanca tomó su hábito en 1628. Despues de haber sido canónigo de las santas iglesias de Avila y de Cuenca, le presentó Felipe IV para el obispado de Orense el 29 de Abril de 1642. Consagróle en el convento real de S. Gerónimo el arzobispo de Tarragona, y asistieron los obispos de Aspan y Siria. En su diócesis reedificó las casas episcopales arruinadas por un incendio, y dejó buena memoria por las muchas limosnas que hizo.—O. y O.

PAYO de la Cerda (Venerable Padre), lusitano, tan noble por su sangre como por sus grandes virtudes. Dejó grata memoria á los vecinos de Ceuta por su mucha caridad. Fué ministro en dicha ciudad del monasterio de Trinitarios, y predicador apostólico de grande espíritu, discípulo del P. Roque del Espíritu Santo, á quien imitó en su santa vida. No quiso admitir obispados. Se distinguió por las muchas redenciones que hizo, así generales como particulares, en las cuales rescató seiscientos cincuenta cautivos. Murió dejando fama de santo, y despues de haber sido ministro por dos veces en Ceuta el año de 1591.—O. y O.

PAYO Coello (D. Juan III), abad cuarto de Poblet. Congregado el abad de Piedra y todo el convento de Poblet el 14 de Abril de 1480, quedó electo canónicamente el maestro D. Juan, cognominado Payo Coello. Era natural de la ciudad de Zamora, en Castilla, y de linaje portugués muy noble, y cuyas armas se ven en diversas obras suyas. Trocó el empleo militar por el monacato, en manos del abad D. Bartolomé Conill, y habiendo muerto sus padres sin dejar sucesion en el siglo, entrando el convento en la herencia por el hijo, le envió á que la cobrase y de sus réditos se sustentára todo el tiempo de sus estudios en alguna de las universidades de Castilla hasta graduarse de doctor en teología, como lo hizo. Fué despues limosnero del Rey católico, y en el desempeño de este cargo supo captarse la consideracion y el afecto del monarca é influir en su ánimo, acrecentando á la vez la devocion que siempre tuvo al monasterio de Poblet, y que prueban bien los excesivos favores que le hizo. Concedióle diferentes privilegios, y al cardenal obispo de Valencia, D. Rodrigo de Borja, le mandó no permitiese provision alguna en el priorato de S. Vicente, sin preceder la presentacion del abad de Poblet, que tenia en aquella iglesia el derecho de patronato. Ha-

biendo entendido el Rey por cartas y relaciones de los monjes el buen gobierno del abad Coello, no solo tuvo gran complacencia el Rey, sino que les encargó le obedeciesen como á padre y prelado, y á su primo hermano Don Enrique de Aragon, que era segundo duque de Segorve y su lugarteniente general en el principado, le escribia que tuviese al abad y monasterio de Poblet por muy recomendados, y que le haria muy gran servicio en mirar por aquella santa casa. Asímismo, para mostrarle más su afecto, le nombró diputado eclesiástico de Cataluña en 1488, y en ocasion que S. M. quiso no se sorteasen sino que fuesen los que él nombrára. En 10 de Agosto, que los nuevos diputados ejercian ya el oficio, escribió el Rey carta comun á todo el consistorio, y al abad carta particular, encargándole muchas cosas que en la diputacion debian remediarse para el buen gobierno del Principado, diciéndole que no las habia puesto en carta comun, porque no convenia lo supiesen todos, y de su puño añadia: «Pues que vos sabeis mi intencion, »afeccion vos tengo, y demuestro, quiero, que en todo el beneficio dejeis »muestra tan buena, que todos vean la gana que yo tengo del beneficio, y »bien de el Principado, que os encargo mucho. De todos en general, y de vos, »quiero que en él mireis continuamente que os he puesto de mi mano.—Yo »el Rey.» Estaba el Abad á satisfaccion del Rey, aplicando su cuidado y diligencia en el buen gobierno de la diputacion, cuando una grave enfermedad le obligó á estar ausente de ella por espacio de más de dos meses. Apénas se puso convaleciente, escribió al Rey diciendo que muy pronto partiria á Barcelona á cumplir con su oficio, y S. M. le respondió desde Valladolid, en 30 de Enero de 1489, una cláusula entre otras, que vertida de catalan en castellano, dice: «Habemos tenido muy gran placer en vuestra convalecencia, y que esteis ya en punto para poder ir á Barcelona, á entender en las cosas de la diputacion.» Llegado á Barcelona, recibió otra carta del Rey, fechada en Medina del Campo á 26 de Marzo del propio año, en que le decia: «Mucho »nos desplugo vuestra dolencia, porque no pudisteis por ella entender en lo »que tanto cumplia, pero plúgonos mucho vuestra buena convalecencia, y »que hayais tomado memorial de todo lo que en vuestra absencia habemos »mandado ejecutar sobre el redrezo del dicho General, y reparo de los desórdenes de la casa: y porque especialmente lo esperamos de vos, vos encargamos procureis en nos dar entera razon de la ejecucion de cada cosa de las »que escrito habemos, y si no se ficiere lo que se debe, nos avisad, cuya es »la culpa.» Y como el Abad deseaba que la diputacion fuese en aumento, y no podia conseguirlo á satisfaccion de S. M. por no quererse aplicar á ello todos los del consistorio como podian, participóselo al Rey en 18 de Setiembre de 1489, significándole al propio tiempo el dolor con que le obedecian en darle aquel aviso. S. M. le contestó á 3 de Octubre del propio año agrade-

ciéndole la sumision y obediencia en asunto que tanto le habia recomendado, y animándole á continuar del propio modo, pues que sus cartas permanecerian para todos secretas y como no escritas: al propio tiempo le autorizaba para abrir y enterarse del contenido de una carta que remitia al consistorio. Al concluir el Abad con su oficio de diputado, dejó los arrendamientos subidos de precio en mucho más de como los habia encontrado, y durante su trienio, ningun oficial entró en la diputacion sin ser primero aprobado por S. M. Por tan necesaria tuvo el Rey la asistencia del Abad en la diputacion, que habiéndosele ocurrido motivo para ir á echarse á los pies de S. M. dos meses ántes de terminarse el trienio, le escribió en 21 de Mayo de 1491 estas palabras: « En vuestra venida nos parece debeis sobreseer, porque dañaria mucho al General vuestra absencia.» No ménos que el Rey distinguieron y apreciaron al Abad el papa Alejandro VI y el abad general del Cister D. Juan IX de los de este nombre. El primero le nombró juez conservador de la religion de la Merced, por bula de 15 de Diciembre de 1492. derogando algunas restricciones y dándole mayor amplitud, cuyo oficio entró á ejercer D. Juan Payo á 4 de Mayo de 1498 á instancias del comendador de Montblanch, y por otra bula de 16 de Febrero de 1498 le constituyó juez conservador de la Congregacion Benedictina de Valladolid, si bien no tuvo ocasion de servir este empleo. El abad del Cister le hizo su comisario general con extension dilatada para todos los monasterios cistercienses de España. Durante la abadía de D. Juan Payo Coello, se hospedaron en el monasterio de Poblet los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel, que llegaron á las tres de la tarde del dia 9 de Noviembre de 1493, seguidos de un numeroso y brillante séquito de prelados, damas y caballeros. Salió el Abad á recibir á SS. MM. vestido de pontifical, acompañado de los socios y diácono y subdiácono, cruz alta y agua bendita, siguiendo luego todo el convento, que se componia de noventa y cuatro monjes profesos, ocho novicios y treinta y cinco conversos. Al desmontar los Reyes delante de la iglesia de S. Jorge, se abrió la puerta dorada, y entrando SS. MM. en el atrio, arrodillóse cada uno en su estrado, y ambos adoraron las santas reliquias que el Abad llevaba. Tomaron el palio los señores más principales para cobijar á los Reyes, y detrás marchó el convento procesionalmente cantando el *Te Deum laudamus*. Llegados á la iglesia, se hincaron de rodillas SS. MM., y el Abad dijo las oraciones á este fin ordenadas, dando luego su bendicion, Despues subieron los Reyes al presbiterio, besaron las tumbas de sus padres los reyes D. Juan y Doña Juana, y saliendo de la Iglesia fueron á las cámaras abadiales, donde tenian prevenido aposento. En el mismo dia y poco ántes de anochecer, llegó el príncipe D. Juan, hijo y heredero de los Reyes Católicos, que vino cazando por el camino, y tambien salió á recibir-

le el convento con las mismas ceremonias que á sus padres. Allí posaron todos hasta el mártes 12, en que resuelta la partida, oyeron misa SS. MM., cada cual en su aposento, y ántes de salir, que se hallaba en el coro la comunidad, suplicóles nuestro Abad que dispensasen á los monjes la honra de darles á besar sus manos, lo cual tuvo efecto dirigiendo los Reyes palabras de benevolencia á cada uno de los frailes. Despues acompañó á SS. MM. el Abad hasta fuera del atrio de la iglesia, donde quedaron los demás religiosos, y allí les besó la mano por despedida, regresando despues á la iglesia. En esta visita dejaron los Reyes á la comunidad, en muestras de reconocimiento y devocion, unos ornamentos de brocado riquísimos y tres albas muy buenas, obra todo de mano propia de la Reina y de sus damas. Durante el gobierno de este Abad, consta que tomaron el hábito sesenta monjes. Falleció el dia 10 de Noviembre de 1498, y fué sepultado en el aula capitular debajo de la lápida grande, esculpido en ella su busto con cogulla y báculo abadial, y el escudo de sus armas con este elogio: *Hoc sub lapide D. Joannes Payo Coello Populeti Abbas XL dormit, qui nobili natus genere, secularem militiam pro Monachatu nutavit. Ante à fratribus electus cassatam bello Domum pulchriorem fecit. Tandem spiritum reddidit Creatori.* — C. de la V.

PAYO ENRIQUEZ AFAN DE RIVERA (D. Fr.). Nació en Sevilla, y fué hijo del duque de Alcalá, virey de Nápoles, D. Fernando Enriquez Afan de Rivera. Tomó el hábito y profesó en el convento de S. Agustin de su patria. Estudió profundamente algunas facultades, y más en reprimir sus pasiones y en ejercitarse en todas las virtudes propias del estado religioso. Leyó teología en el colegio de Alcalá y fué maestro por su religion. No pudo ocultarse la fama de su ejemplar vida, y llegando á oidos del Sr. D. Felipe IV, quiso premiar sus méritos y le presentó para la mitra de Goatemala. Persuadiéndose el siervo de Dios que allí retirado podria emplearse en la conversion de los infieles aceptó el obispado. Consagróse, y despues fué promovido para el de Mechoacan, y desde este al arzobispado de Méjico. No pudo resistir estas promociones, porque con las bulas y mandatos de la Silla Apostólica le llegaban noticias de ellas. En las dignidades, sin embargo, se conoció su celo, caridad y religion. La vigilancia pastoral le hacia atender al socorro de los pobres, á la instruccion de los pueblos, al decoro de las iglesias y justificacion de sus ministros. Fomentó la fundacion de los religiosos hospitalarios, llamados Betlemitas, y les dió la regla de S. Agustin con constituciones arregladas á su instituto, é hizo instancias para conseguir la confirmacion de la Silla Apostólica. Vacó el vireinato de Méjico y fué nombrado para él, y admitió este cargo teniendo en cuenta la dilacion que sufriria en llegar á España su renuncia; pero sin querer admitir el sueldo de aquel empleo que tuvo durante siete años. Escribió al Santo Padre y al Rey renunciando uno

y otro cargo, y fueron tan poderosas las razones que alegó, que tuvieron á bien aceptarle la dimision. Volvió á España sin traer alhaja de valor ni dinero alguno. No quiso admitir el obispado de Cuenca ni la presidencia de Indias, y se retiró al convento de nuestra Señora de Risco, situado en un desierto del obispado de Avila. Estuvo allí casi un año, entregado á la oracion y ejercicios espirituales, y murió el dia 10 de Abril de 1683, de edad de setenta y cuatro años. Hay quien afirme que el hábito le tomó en S. Felipe el Real de Madrid, y que fué prelado del colegio de Doña María de Aragon. — O. y O.

PAYVA (P. Manuel de), jesuita, natural de Agueda, en el obispado de Coimbra, llamáronse sus padres Pedro Anes y María Fernandez; siendo ya sacerdote entró en la Compañía de Jesús en Coimbra, á 18 de Julio de 1548. Dos años despues fué enviado con otros tres al Brasil, en la segunda mision de la Compañía. El P. José de Andrieta cuenta su vida en la forma siguiente. El P. Manuel de Payva entró ya sacerdote de buena edad en Coimbra. Fué hombre muy sencillo y cándido en su conversacion, conservando siempre una perpétua paz. Estando en los ejercicios de entrada, como era entónces costumbre, el hermano que le servia se olvidó de proveerle dos ó tres dias, y el Padre no se acordó de llamarlo, creyendo que ó era regla de la Compañía ó que el colegio era pobre. Con este último pensamiento llamó finalmente al hermano, dándole algunas monedas para que comprase alguna cosa que comer, ya que no tenia el colegio. El hermano disimuló y tuvo mejor cuidado de servirle en adelante. Como la pobreza era grande, al llegar á Bahia se valió el P. Nobrega de este pretexto, porque era muy fervoroso en el espíritu de la mortificacion, y mandó vender al P. Payva, entregándolo á un portero para que le pregonase por las calles, y fué cosa tan extraordinaria que creian todos que era verdad y que le vendian por falta de lo necesario, no dejando de haber quien diese cien y más cruzados por él para tenerlo por capellan; admirados de la obediencia y humildad del P. Payva, el cual tambien creia que le mandaban vender de verdad, y decia á los hombres que le comprasen que los serviria muy bien. Hasta que de allí á algunos dias que el portero dió el recado al P. Nobrega de lo que pasaba, y cuál era el precio que daban por él, no entendieron el asunto, quedando todos muy edificados de las costumbres de la Compañía. Fué cura de almas ántes de ser jesuita, y no sabia mucho latin, cosa de que en aquel tiempo se hacia poco caso y ménos exámen á los clérigos; pero despues que fué al Brasil trabajó mucho, principalmente al principio cuando se fundó el estudio de Piratininga, donde era superior de los hermanos, y con acudir á todas las dificultades de los prójimos y á las demás obligaciones de su oficio, estudiaba con ellos, dejando de dormir mucha parte de la noche, y á veces pregunta-

ba á media noche al maestro que le explicase lo que no entendia, y así salió con su intento, de tal manera, que estando despues en la residencia del Espíritu Santo enseñaba á muchos mozos con grandísimo celo y diligencia, algunos de los cuales continuaron despues los estudios en el colegio de Bahía. Fué muy buen orador, no tanto por sus letras como por su fervor y deseo de aprovechar á las almas, y así la gente comun del pueblo le era muy aficionada y se aprovechaba mucho de sus predicaciones, las cuales hacia yendo á veces á pie hasta ocho y diez leguas. Trabajó mucho en aprender la lengua de los indios; pero no llegó á más que á saber enseñar la lengua por escrito, ayudando á los naturales por medio de un intérprete en sus prácticas y confesiones con mucho celo. Era intrépido para todo peligro corporal, en particular si intervenia la obediencia, á la que era muy afecto. Decidieron los capitanes de S. Vicente hacer dos guerras contra los tamoyos, y fué necesario al P. Nobrega enviar en su compañía al P. Payva, el cual todo el camino, que fué largo, les dijo misa y predicó, animando siempre á los portugueses y confesándolos, y acudiendo al mismo tiempo á los indios cristianos con el hermano Gregorio Suram, que era la lengua que llevaba. En una y otra guerra anduvo siempre el P. Payva sin miedo, con la cruz en la mano, delante, hasta cerca de las aldeas, una de las cuales se rindió del todo, y con el esfuerzo del Padre se salvaron muchos portugueses, que estaban á punto de huir con peligro seguro de la vida, á los cuales hizo esperar el Padre hasta que se rindieron del todo los enemigos, de que habia aún recogido un gran número en una casa fuerte, y si hubieran comprendido cobardía en los portugueses, hubiesen salido y muerto á muchos en las canoas en que se querian ir con poco órden. Por el grande peligro en que estaban se puso el P. Payva, sin miedo alguno, enfrente de aquella casa, de donde se tiraban muchas flechas, hasta que se prendió á los enemigos y quedaron en salvo los portugueses. No se rindió la otra aldea, ántes fueron heridos muchos de los portugueses, á los que ayudaba el P. Payva á sacar del peligro de que los acabasen de matar; y recogiéndose todos á las canoas, fué él el último que se quedó en tierra, porque además de ser hombre viejo y pesado, quiso que todos fuesen delante, y echando de ménos en el puerto un indio cristiano le fué á buscar y encontró en tierra, cerca ya del puerto, y acompañó hasta embarcarle con toda su gente. Nunca se apartó el P. Payva en este combate, ántes siempre estuvo cerca con la cruz en la mano animando á todos, de manera que los indios preguntaban despues á los portugueses quién era aquel de una ropa larga, que estaba siempre con una cruz junto á la casa, porque le tiraban muchas flechas y nunca le pudieron acertar. De esta manera guardó el Señor por su misericordia, por medio del P. Payva, á los portugueses, y no quiso que se destruyese aquella aldea porque estuvo des-

pues en ella el P. Nobrega con los indios, muchos de los cuales se hicieron entónces cristianos. Finalmente, el P. Payva, que era el más anciano de todos los de la Compañía en el Brasil, despues de muchos años en servicio de nuestro Señor, estando en la capitanía del Espíritu Santo, enfermó de una dolencia prolongada, sin dar por esto trabajo á nadie, y mandado por la obediencia que se fuese á casa de un hombre muy devoto de la Compañía, á otra villa, para ver si mejoraba, con el deseo de la conversacion de los hermanos y de otro recogimiento mayor y más necesario para aquella ocasion, no quiso hacerlo por entónces hasta pasados algunos dias, en que marchó al convento, cuando ya era muy grande su enfermedad, en la que padeció no pocos dolores y demostró mucha paciencia, hasta que lo llevó el Señor para sí, dia de Sto. Tomás Apóstol en el año de 1584, y yace sepultado en la iglesia de PP. Jesuitas de aquella ciudad. — S. B.

PAZ Reatino (B.), religioso franciscano, de que hace conmemoracion su Orden en 7 de Junio, elogiando sus grandes milagros y llamándole *Reatino* y *Teatino*, con cuyos dos nombres es conocido en las crónicas de la religion de S. Francisco. — S. B.

PAZ ó Delpas (Fr. Angel), del órden de Menores. Nació en Perpiñan en 1540. Vistió el hábito en el convento de Santa María de Jesús de Barcelona. Fué provincial de su Orden y reformó la provincia de Cataluña llamada en su religion *Tarraconense*. Se distinguió como predicador no solo en España, sino tambien en Italia y Sicilia, atribuyéndosele diferentes milagros. El cardenal Bona, en su *Indice de autores*, dice que fué varon de sólida y abundante doctrina y de gran virtud. Obtuvo grande fama y favor en Roma desde Gregorio XIII á Clemente VIII. Fué muy apreciado del papa Sixto V, por cuyo mandato escribió los *Comentarios á los cuatro Evangelios*, obra á que llaman algunos autores inspirada de Dios. Obtuvo dispensa de licencias y censuras del maestro del Sacro Palacio para imprimir sus obras. Murió en Roma á 23 de Agosto de 1595. Fué sepultado en la iglesia de S. Pedro de Monte-Aureo, junto al altar mayor al lado del Evangelio, poniéndose sobre el sepulcro su retrato y una honrosa inscripcion latina. Escribió: *Commentaria in quatuor Evangelia.* — *Expositio super missus et in Magnificat.* — *Expositio Symboli apostolorum*; Roma, 1596, dos tomos en fólio. — *Enchiridion divinæ scholasticæque theologiæ distributum in duas partes, speculativam et practicam*; Génova, 1584, en 4.° — *Tractatus de restituenda disciplina vetusta religioni S. Francisci*; Génova, 1583. Tambien publicó en italiano algunos trataditos, y dejó manuscritos gran número de códices latinos. — S. B.

PAZ (Fr. Antonio). Admirable fué la vocacion á la religion del siervo de Dios Fr. Antonio de Paz, sacerdote. Fué natural de Ciudad-Rodrigo y de los

caballeros más hacendados que habia en ella. Siendo de edad para tomar estado, concertó de palabra casarse con una señora de igual calidad que él; mas ántes de consumar el matrimonio le llamó Dios para sí, que dejando al punto padres, esposa y riquezas, se dirigió á recibir el hábito de la descalcez en la provincia de S. Gabriel. Con razon se pondera la resolucion de San Pedro y de S. Andrés, su hermano, en dejar sus barcos para seguir á Cristo luego que los llamó, la de los hijos del Zebedeo y la del mismo S. Juan Evangelista, que como sienten graves autores, dejó á su esposa en las bodas de Caná de Galilea, fundando accion tan heróica en tener el privilegio de llamarse discípulo querido del Señor. Fr. Antonio, además de su familia, dejó las cuantiosas riquezas que poseia, é inflamado por los fervores de su espíritu, no entibiados por el tiempo, ántes más ardientes cada dia con el ejemplo y compañía de los demás religiosos, fué perfecto por los actos penitenciales de la Orden que cumplió, por las mortificaciones públicas y secretas que hacia con meditacion de los divinos misterios, y por otras obras heróicas de virtud. Amó la santa pobreza, estrechando aún más la que profesaba la descalcez en su comida, en su vestido y en cuanto habia de usar. Con su modestia y trato angélico dirigia al camino de la virtud los más pervertidos corazones. Electo guardian, gobernó con talento y prudencia, y poniendo los súbditos su vista en Fr. Antonio, su prelado, no necesitaban más los religiosos para ser perfectos, porque veian en él á lo vivo cuanto podian desear. Tuvo en profundo grado la virtud esencial del verdadero fraile menor, que es la humildad y desprecio de sí mismo. Aun cuando era guardian, dice su cronista, solia acarrear estiercol en un jumentillo para la huerta del convento, yendo por los pueblos recorriendo los establos, practicando muchos actos de virtud, y ántes de llegar á la vejez, cortó la parca el hilo de su existencia, muriendo segun el cuerpo para vivir por toda la eternidad la vida bienaventurada, y gozar del ciento por uno que promete Jesucristo en el Evangelio á los que por su amor lo abandonan todo. Nos es imposible dar más noticias de este benemérito franciscano, pues en el tiempo en que florecia no causaba admiracion ni se contaba como cosa rara el continuo ejercicio de las virtudes y una santa emulacion del mayor aprovechamiento en ellas. — O. y O.

PAZ (Fr. Antonio de), natural de Salamanca, del antiguo é ilustre solar de los Pazes, de quienes procedieron muchos varones insignes en letras y en la milicia. Por seguir á Jesucristo en su desnudez, renunció Fr. Antonio honras y mayorazgos, y solicitó y obtuvo el hábito trinitario en el antiguo convento de su misma patria. Consumado ya en virtudes y letras, deseó tributar al Señor sus obsequios en alguna de las ocupaciones propias de la familia trinitaria, y ofreciósele para ello ocasion á medida de su gusto, pues

supo que el venerable Provincial deseaba poner en Túnez un sucesor al V. Fr. Pedro de Vitoria, y con esta nueva fuése para el superior, al cual dijo postrándose de rodillas: Padre mio, si lo que he oido fuese cierto, aunque indigno de tal ocupacion, la pido para mí, fiando en que la Divina Misericordia suplirá mis defectos, dándome los talentos necesarios para el ejercicio de tan sagrado ministerio. Bien conocia el Provincial hasta dónde podia contar con sus talentos, y dióle al momento lo que pedia, ordenándole que se dispusiera cuanto ántes á emprender el viaje. No le fué menester para ello gran cosa, porque tomando un báculo, un Breviario y el hábito que traia, junto con la bendicion de su prelado, salió del convento fiando al cuidado de la Providencia cuanto hiciera relacion á los alimentos y embarcacion que le condujese á Túnez. Vió en efecto cumplidas sus esperanzas con mayor abundancia y presteza que muchos de entre los más acomodados del mundo. Llegó el venerable Paz sin contratiempo alguno al término de su viaje, regocijándose mucho en el Señor cuando vió á su venerable compañero el Mtro. Vitoria, á quien amaba mucho por su clásica y austera virtud, el cual le instruyó en lo preciso para su conducta respecto de los bárbaros, y en lo que deberia hacer para consolar y mantener en la fe á los pobres cautivos, emprendiendo despues su ruta para Marruecos, adonde le llamaba el Señor. Por su parte el V. Fr. Paz se condujo de tal modo con los moros y cautivos, que tuvieron por venido á ellos del cielo varon tan santo; su celo, en fin, por el honor de Dios y por la conversion de las almas fué tal, que no se conoció la falta que tenian del V. P. Vitoria. Por este tiempo empezó á crecer la tan funesta celebridad del gentil Barbaroja, cuyas crueldades y latrocinios levantaron tan por alto su crédito, que le mandó llamar el Gran Turco para general de su poderosa armada, agitada por las armas católicas. Salió el bárbaro de Argel para el Gran Turco á ejercer su empleo con una decente armada que aumentó en el camino á Constantinopla, robando y acometiendo á todos. A su llegada admitió el mando y título de almirante, que le dió el Turco, con ochenta galeras y veinte fustas que contenian ochocientos *genizaros*, ocho mil soldados turcos y ochocientos mil ducados, todo con ánimo de tomar la Italia, destruir la armada del César, dominar á Túnez y entrar en España, á todo lo cual se obligó el corsario, aunque Dios lo dispuso de otro modo. Tomó ya poderoso su rumbo hácia Mesina, y en el faro quemó las naves que halló surtas en el puerto. En la Calabria saltó á tierra con su gente y ganó una fuerte villa, que despues incendió, abrasando á sus moradores entre las llamas sin excepcion de personas, y otro tanto hizo en Piciota y su comarca; en Citaro quemó siete galeras que habia en el astillero; en Prochrita entró á saco y despojó completamente el pueblo, y más adelante continuó su devastacion y estragos hacien-

do todo género de crueldades. Cuando á Terracina llegó la noticia de aquellos grandes estragos, huyeron todos los habitantes á excepcion de los viejos y enfermos, y en ellos, ya que otros no hallaba, su impiedad y feroces instintos se ensangrentó, no dejando uno solo con vida. Cargado y rico de insultos y atrocidad, pasó á Viserta, poblacion entónces de ochocientos vecinos sujeta al reino de Túnez, entrando tambien en aquel puerto con toda su flota, donde con mil ardides y dobleces, pues que dijo ir de paz, rindióles incautamente, hallándose convertidos ya en súbditos de Barbaroja cuando echaron de ver el engaño; del mismo modo y con los propios medios se apoderó de la Goleta, pasando luego á la capital, que quiso tomar empleando iguales ficciones. Era á la sazon legítimo rey de Túnez Muley Hacen, si es que puede llamarse legitimidad la de un hombre tan bárbaro que por el apetito de reinar mató á muchos hermanos, á otros dejó ciegos, y cometió por último el más horrible crimen, el de dar muerte á su padre por sucederle cuanto ántes. Viéndose soberano, se infamó aún más con muchas otras torpezas y vicios, que dieron en rostro hasta á los mismos bárbaros, que hastiados de él deseaban el gobierno para su hermano mayor Muley Racith, fugitivo del reino por no perecer á sus manos. Este dijo Barbaroja que venia en sus galeras, aunque algo indispuesto con unas tercianas, no pudiendo por tanto saltar en tierra, y ya hemos visto que se le abrian luego las puertas; mas en Túnez halló resistencia, por descubrirse á los habitantes la verdad, y de una y otra parte se derramó abundante copia de sangre, aunque siendo por fin vencido Hacen, que encomendó su salvacion á la fuga; á poco de alzarse Barbaroja con la capital, hizo lo mismo con el resto del reino. Tales y tan grandes crueldades hicieron su eco en Europa, empezando á temerse que su creciente poder no dejase monarca seguro en su trono. Quien más entre los de Europa tomó el caso á pechos fué el invicto emperador Cárlos V, por tener más dominios que defender de su rapacidad; en España especialmente existian muchos puertos que podia invadir el tirano á su salvo. En 1534, últimos dias de Agosto, se halló Barbaroja gobernando ya el dilatado reino de Túnez con despótico dominio, y empezó á fortificar la Goleta y otras plazas marítimas, por si la española armada intentaba acometer sus costas. El Emperador por su parte meditaba lo mismo precisamente que el bárbaro temia, á cuyo efecto tomó prudentes y enérgicas medidas, estableciendo con la mayor seguridad las defensas y disponiéndose para la ofensiva. Dió, pues, aviso desde Madrid al vicario de Cristo de su meditada empresa, como igualmente á los vireyes y gobernadores de Italia para que dispusiesen las tropas y galeras, junto con los demás auxilios de guerra, y ordenó mayores prevenciones en Castilla. Tambien lo comunicó á su émulo el rey de Francia, que á su vez lo participó á Barbaroja y éste al Gran Turco, valiéndoles

aquella infidelidad el poder hacer una resistencia vigorosa; mas no por eso desmayó el Emperador, que habia puesto en el Dios de Israel su confianza. Dispuesta casi toda la armada, un domingo 30 de Mayo de 1536 se embarcó el Emperador en Barcelona, llegando á Cerdeña el 11 siguiente, y el 16 por la mañana á vista de la Goleta empezó á desembarcar la infantería; en esta ocasion saltaron en tierra el Emperador, muchos nobles y unos quince mil infantes con alguna caballería ligera y piezas de campaña. Queria el Emperador tomar primero la Goleta, y no muy léjos tomó asiento el campo católico. Asustado Barbaroja de la poderosa armada que le presentaba el Emperador para invadir sus tierras, decretó hacer un acto de crueldad con los cautivos cristianos que tenia en Túnez, quitándoles la vida á todos por temor de que aproximándose el Emperador á la ciudad quisiesen tomar las armas en su defensa; mas por dicha se encontraba allí el V. P. Fr. Antonio, á quien estimaba el intruso Rey; y noticioso del suceso, buscó al punto al bárbaro, cayó de rodillas á sus piés, y le suplicó bañado en llanto que no hiciera tan cruel carnicería, alegando que si el Emperador tenia conocimiento de caso tan inaudito, concitaria más sus iras y ejecutaria otro tanto con los secuaces de Mahoma. Templado algo con tan buenas razones el bárbaro, decidió encerrarlos en la alcazaba con grillos y cadenas, cuya llave entregó al religioso, fiándolos á su cuidado. El Emperador tomó por fin la plaza de la Goleta el dia 14 de Julio, apoderándose al mismo tiempo de la imponente armada turca; y temiendo Barbaroja con este descalabro que intentase el Emperador dirigir sus tropas á la capital, salió en persona al campo, á fin de estorbarle el paso. Algo conturbó al Emperador la vista de ejército tan numeroso, pues que en opinion de muchos ascendió á cien mil infantes y veinticinco mil caballos, constando el de los católicos de solos veintitres mil soldados; mas tranquilizóse pronto con un aviso que desde Túnez le mandó el V. Fr. Antonio de Paz, valiéndose para ello de un espía, el cual puesto á la presencia del César le dijo que no bien llegase á Túnez, saldrian en su auxilio hasta cinco mil españoles, que á su disposicion tenia Fr. Antonio en el alcazaba, y cuyas prisiones quebrantaria para mayor honra de las armas católicas y gloria del Señor. Rehecho con el aviso, animó á los suyos el Emperador, fiado en la divina Providencia, y resolvió dar batalla campal á Barbaroja; éste la aceptó al momento, disponiendo una recia embestida que aguantaron denodados los católicos, y con suerte varia por ambas partes al principio, vió por fin el César coronados con la victoria sus esfuerzos. Huyeron á la desbandada los moros á encerrarse en la ciudad, y el Emperador hizo noche en las ruinas de Cartago, levantando su campo á la mañana siguiente con direccion á Túnez. A poca distancia observó que en la alcazaba nueva ondeaba una bandera blanca, descubriendo luego otra

igual en la alcazaba vieja, y temió ser indicio claro de falsía ó celada puesta por Barbaroja; mas viendo despues que los de la fortaleza disparaban sin bala la artillería, de suerte que más parecia salva celebrando su llegada que defensa de una plaza fuerte, quedó un tanto tranquilo y confiado. Despues supo que todo aquel festejo fué hechura de los cautivos, cuyas mazmorras franqueó el V. Fr. Antonio de Paz, los cuales cerraron las puertas de la ciudad, asegurando ántes las guardas. El V. Padre dió gracias á Dios por triunfo tan señalado, volviendo luego á España en la armada católica, despues de haber permanecido cuatro años en medio de gente tan enemiga. A su llegada continuó el mismo género de vida ejemplar en su convento de Valladolid; y encontrándole por acaso un dia el Emperador, rogóle que pasase á su Real Palacio, donde habia menester de su persona. Así lo hizo el siervo de Dios, y puesto en su presencia, le dijo el César echándole al cuello los brazos: «Padre, pedid lo que fuere de vuestro gusto, y entended que deseo ofreceros una gran dignidad.» Postróse al punto el V. Padre, y respondió con humildad al monarca, que estimaba las honras de S. M. Cesárea, pero que sin embargo tenia por la mayor el serle permitido morir tranquilo en su celda. Concedióselo el Emperador, admirando su modestia y sintiendo faltar por entónces al deber en que estaba de proveer las mitras de su reino en los varones más aventajados. Como el siervo de Dios vivia constantemente prevenido con sus virtudes, hallóle pronto á su llamamiento, llorando sus veniales culpas, únicas que el Señor permitió empañasen su alma. Recibió, pues, con gran ternura y devocion los santos sacramentos, y voló gozoso al cielo su espíritu en el dia 23 de Marzo.— C. de la V.

PAZ (Fr. Cristóbal de la), religioso carmelita y provincial de Andalucía. Escribió una carta pastoral muy apreciable, y dejó trabajados muchos sermones. — O. y O.

PAZ (Lic. D. Cristóbal), de la órden de S. Fancisco de Paula, natural de Salamanca, juez mayor de Vizcaya, oidor de la Chancillería de Valladolid; fué tercer profeso de aquella Orden y escribió doctamente en su facultad un libro que titula: *Glossa ad leges Stili*, y otra de *Tenuta*.—O. y O.

PAZ (Diego Alvarez de), jesuita, natural de la ciudad de Toledo, é hijo de nobilísima familia. Ingresó en la Compañía de Jesús, en un Colegio de su misma provincia, y fué discípulo del P. Gabriel Vazquez, quien le apreció en gran manera por su raro ingenio. Siendo aún novicio y estudiante, gozó fama de varon santificado, pues siempre fué muy dado á la penitencia, y más principalmente á la oracion y al recogimiento. Terminados sus estudios pasó á la provincia del Perú, donde á su llegada le ocuparon en leer el curso de artes de provincia; y entre los discípulos que de fuera tuvo, contó al P. Fr. Gerónimo de Valera, insigne lector de teología, y provincial luego

de la órden del Seráfico Padre. Despues leyó muchos años teología escolástica y Sagrada Escritura, alcanzando grande opinion en las letras y mayor en santidad. Pocas veces y contadas serian las personas que le viesen fuera de su celda, á no ser por motivos del altar ó de su cátedra, ó bien asuntos de la comunidad; y cuando así le acontecia, daba al punto vuelta á su centro suspirado, donde siempre al entrar rezaba un Ave María á nuestra Señora, ante cuya imágen se postraba de rodillas. Jamás se le oyó otra conversacion que la de Dios ó de las cosas espirituales, ó bien de sus estudios; así que, por ser tan espiritual, siempre ejerció el oficio de prefecto de espíritu en el colegio de Lima, y el de confesor de los hermanos estudiantes, á los cuales fué muy provechoso su ejemplo y comunicacion. Sobresalió maravillosamente en la práctica de la humildad cristiana, á pesar de que naturalmente propendió su caracter á encolerizarse, y vióse en continua y completa posesion de una santa y dulce mansedumbre, que le allanó el camino para dominar sus pasiones todas, y para ejercitarse y adquirir, como adquirió, la práctica constante de las demás virtudes, en especial de la obediencia y la caridad. Nunca anduvo parco, ni escatimó tiempo alguno al ejercicio de la oracion; pues solo en la Misa que decia, preparacion para ella y gracias que despues ofrecia, empleaba dos horas largas, y siempre de rodillas: fué, en una palabra, dechado perfecto de sacerdotes. Esto en cuanto á las cosas espirituales y de asuntos de su propia salvacion; y por lo que hace á los actos literarios, ó que hacian relacion con los empleos y grados que disfrutaba, tampoco debe negarse que rayó siempre á una altura envidiable, y tal vez envidiada, pues que sobresalió en toda ocasion por su ingenio agudísimo, por la solidez de sus fundamentos, y por la claridad con que los exponia á la consideracion de su auditorio. A esto debió sin duda, aunque ayudado principalmente de la ciencia espiritual que á torrentes manaba de sus labios en voces y frases hermosísimas, ya por su galanura de diccion, ya tambien y mejor por su eficacia, las mudanzas notables que obró en la vida de algunos eclesiásticos y religiosos, tenidos despues en alta honra y veneracion, áun por los mismos que notaron sus achaques. Sacóle posteriormente la obediencia de los estudios destinándole para gobernar, y fué nombrado rector del Cuzco, de Quito y de Chuquisaca, y viceprovincial en ausencia ordinaria del provincial. Despues fué rector de Lima y provincial en la del Perú, donde sirvió de modelo á cuantos superiores desearan llegar á la perfeccion, en cuanto puede ésta darse humanamente. Fué su gobierno tan dulce y prudente á la vez, que segun de público afirmaban, no parecia sino que obraba en todo por sugestion inmediata de su ángel bueno; lo cual ofreció además la ventaja de que los súbditos se apartaron siempre contentos de su lado, ora llevasen la confirmacion expresa

y terminante de sus deseos, ora una completa negativa; si bien aderezada con frases humildes y llenas de sanos consejos. Desde que comenzó sus estudios se propuso ir notando en su talento de observacion cuantos libros espirituales leia, haciendo reflexiones en toda materia espiritual, con el fin de dominarlas todas; y de tal modo llevó á cabo aquel su noble y santo propósito, que casi no conoció luego libro alguno espiritual, así antiguo como moderno, ya en latin ó en romance, que no hubiese pasado por su mano, reservándose multitud de noticias en compendio bien ordenado y distincion perfectísima. Despues de haber dejado aquella provincia, y á pesar de las ocupaciones de su empleo, junto con la falta de salud que sentia, escribió tres tomos *De vita spirituali*, en que dejó á las generaciones sucesivas incomparables tesoros espirituales, á vueltas de agudeza pasmosa de ingenio expuesta con la mayor lisura y claridad. Y tan por la mano tenia el punto de que iba tratando ó el período que describia, que aconteció muchas veces haber de interrumpir sus trabajos cuando era visitado de grandes señores ó cualquier clase de personas, mediando un intervalo ó suspension de dos ó más horas, sin que por eso al volver á la celda ó á su tarea, vacilase un momento su pluma, ántes bien corria de nuevo con igual rapidez que al principio. No parece sino que en su mente se hallaban trazados los caractéres y las ideas de que necesitaba echar mano, ó bien que por inspiracion divina le fuesen constantemente sugeridas, ya en órden y perfecta claridad. No afirmaremos que tuviese el don de profecía; pero sí que hallamos rara coincidencia el terminar justamente á un tiempo mismo su tercer tomo, el cargo de provincial y la vida de este mundo; todo lo cual sucedió en 17 de Enero de 1620, en el colegio de Potosí, á los sesenta años de edad y cuarenta de Compañía. Fué su muerte muy sentida en la provincia, y todas las religiones y el pueblo acudieron á su entierro y honras en aquella imperial villa. Años despues refieren sus panegiristas que hubo ocasion de hallar su cuerpo incorrupto, y conservar de tan justificado varon algunas reliquias. —C. de la V.

PAZ (Ilmo. y Rmo. P. Fr. Felipe Antonio Lucas), hijo de la provincia de Castilla, natural de la villa de Mondejar, lector jubilado, digno guardian del colegio de S. Pedro y S. Pablo, que fundó el cardenal Cisneros en Alcalá de Henares, definidor de la santa provincia, despues de haber sido prelado del convento de Madrid. Electo obispo de Comayagua en el vireinato de Méjico, renunció aquella mitra con ejemplar desinterés, creyéndose indigno de tan elevada gerarquía. Murió en Madrid y estaba su retrato entre los que adornaban el Colegio Mayor. — O. y O.

PAZ (Fr. Francisco de), religioso mercenario, muy celebrado por sus escritos en su religion. Escribió: *Comentarios en los libros de los Reyes*, y

otra obra bajo el título *De potestate regia*, ignorándose si han llegado á ver la luz pública.—S. B.

PAZ (Fr. Francisco de), religioso carmelita, natural de Salamanca, en cuya ciudad murió hácia el año 1614. Dejó escritas estas dos obras: *Asserta selectissimæ theologiæ*, dedicada al cardenal Borja.—*Crónica de su Orden*, la que se dice que se hallaba corrigiendo cuando le sorprendió la muerte, en el año arriba indicado.—S. B.

PAZ (D. Francisco de Balboa y), eclesiástico, natural de Valladolid, fué juez del tribunal mayor del reino de Nápoles, y consejero del Supremo de la Inquisicion de España. Publicó: *Monarchiam Regum, hoc est, de Jure Monarchiæ;* Nápoles, 1638, en fólio.—*Retrato del privado cristiano político, deducido de las acciones del conde-duque de Olivares;* Nápoles, por Octavio Beltran, 1635, en 4.°—S. B.

PAZ (D. Francisco de Miranda y), natural de Salamanca, capellan de los Reyes nuevos de Toledo. Escribió: *Discurso sobre si se puede hacer fiesta á Adan;* Madrid, 1636, en 4.° Contra cuya obra se publicó otra anónima en 1639.—*El desengañado*; obra moral, en 4.°—S. B.

PAZ (Inés de la). Fué religiosa muy observante de la regla y de cuanto bueno veia en las demás para imitacion. Amó el silencio, bien hallada siempre en la soledad de su espíritu, adonde no daba entrada á otro que á Dios, y atendia á sus hermanas con pasmosa indiferencia, sin aquellas inclinaciones que no son hijas de la perfecta caridad, sino de la pasion digna de corregirse; y así á todas las queria con perfecta igualdad, atendiendo en cada una á su Señor. Fué muy contemplativa y extática, y muy amante de las santísimas llagas de Jesús. Su muerte correspondió á su admirable y penitente vida.—O. y O.

PAZ (D. Juan Cárlos de), de la religion Seráfica, natural de Perpiñan, en el Rosellon, fué hijo de D. Juan de Paz y de Doña Ana Pincarda, marqueses de S. Marzal. Estos pusieron todo su cuidado y diligencia en la educacion del niño, el cual bien pronto comprendió los misterios de nuestra santa fe y demás perteneciente á la doctrina cristiana, merced á su claro y agudo ingenio. Desde muy niño fué dedicado al estudio de las primeras letras, saliendo en breve muy diestro, no solo en lectura y escritura sino tambien en latinidad y demás letras humanas. Fué naturalmente piadoso para con los pobres y necesitados, creciendo en él esta virtud á medida que aumentaba en años, uniendo siempre á esto una gran propension á todo lo que llevaba impreso cierto carácter religioso y de virtud; pues nunca se le veia más contento que cuando le llevaban al templo, ú oia hablar de Dios y de la Vírgen. Todos los dias asistió al santo sacrificio de la misa, edificando á los circunstantes con su devocion. Tenia sus ratos de oracion ántes y des-

pues de la escuela, para lo cual se retiraba á su cuarto, y siempre fué objeto de admiracion para los propios y los extraños el ver tanto ingenio y santidad en mozo de tan cortos años. Siendo de costumbres morigeradas y honestas, ni áun pudo parecer hombre en su presencia que osase ser descompuesto en dicho ni en hecho; y si por casualidad acontecia serlo alguno por inadvertencia, habia de sufrir una grave reprension del mancebo, ó bien se alejaba éste con muestras de severidad en el rostro. A los quince años de edad ya habia terminado el curso de artes con notable aprovechamiento. Solia decir á sus condiscípulos, que si deseaban adelantar en la literatura, debian al propio tiempo cursar en la escuela del temor santo de Dios. Tanta virtud, naturalmente habia de causar enojos al enemigo comun, y viósele en efecto armar asechanzas á nuestro jóven, valiéndose principalmente como medio en sus ataques, de no perder ocasion en que atentar contra su pureza. Una vez, sobre todo, en que nuestro jóven se vió con una doncella muy hermosa, y que le manifestó mucho agrado por tenerle muy conocido, echó el resto de su malicia aquella fiera astuta. Al efecto le asedió con pensamientos tan importunos y frecuentes que no le daba paz ni tregua; y para su mayor tormento, si bien para su mayor gloria, puso en el corazon de la doncella los más impuros y lascivos deseos, dejando por tanto á uno y otra abrasados en el fuego de la concupiscencia. En breve llegó la persecucion, que tuvo comienzo en ocasion de verse y hablarse á solas. La enamorada doncella manifestó cariñosa al mancebo Juan Cárlos sus lascivos deseos, con la expresion del consentimiento, y este fué el mayor combate para el casto jóven, á quien el enemigo supuso falto de vigor para la resistencia; mas túvola en verdad, cual otro José, para fugarse al instante en direccion á su casa, donde ya más tranquilo pudo medir toda la gravedad de su daño y la cruel batalla que le presentó el infernal enemigo. Rindió, pues, gracias al Todopoderoso por el auxilio de su divina gracia, y desde entónces empezó á afligir su cuerpo con mortificaciones y penitencias, á fin de contener los apetitos de la carne, retirándose tambien del trato del mundo y entregándose á la oracion. Sintióse luego movido de grandes deseos por ingresar en la religion de nuestro P. S. Francisco; y aunque previó las grandes dificultades que para ello habia de vencer, entre las cuales no sería ciertamente la menor la oposicion de su padre, nada fué bastante á detenerle, confiado en que con la ayuda de Dios todo se vence. Sin obtener el permiso paterno fuése una mañana al convento de S. Francisco de Perpiñan, donde se hallaba de visita el P. Provincial, y pidióle con gran respeto y por amor de Dios le admitiese por religioso. No dudó el Provincial de su vocacion; mas hubo de exponerle las obligaciones de aquel estado, y las mortificaciones y aspereza de vida en aquella religion, manifestándole, por último, que volviese á su casa; y si

pasados tres dias seguia en la misma opinion, le vestiria entónces el hábito. Volvió, pues, á su casa con esta esperanza, sin descubrir cosa alguna á sus padres, y entróse en el Oratorio para dar las gracias á Dios. Tanta fué sin embargo, su impaciencia, que sin esperar al dia tercero se fué á ver al Provincial, instándole para que le admitiese. Examinado de sus estudios, y hallándole consumado en latinidad y excelente en lógica, mandó el prelado al Guardian del convento que lo entrase al noviciado, y que pasados tres dias, segun costumbre, le vistiese el santo hábito. Hasta el siguiente dia nada supo el padre de Juan Cárlos, el cual fundaba sus esperanzas en verle honrado con muchas dignidades en el siglo; mas sabedor ya del caso, y creyendo que la resolucion del hijo imprimia borron en su linaje, partió colérico al convento, y halló á su hijo con los demás novicios ocupados en el humilde ejercicio de barrer la casa. Esto le hizo montar más aún en cólera, y lleno de enojo mandóle que se volviese con él á su casa; á lo cual Juan Cárlos respondió humildemente que aquella era la voluntad de Dios, y no debia resistirla. Fué en aumento la turbacion del padre, y furioso embistió al Guardian, tratándole mal de palabra, y áun amenazándole; mas éste procuró sosegarle, y mandó á Juan Cárlos que se fuese con su padre; y si bien resistia el jóven con mansedumbre á tantos enojos, hizo lo que se le mandaba; pero con firme esperanza de que siendo aquella causa de Dios, á cargo de su divina Providencia correria el salir con la victoria de verse sacrificado al mismo Dios en las aras de la religion Seráfica. Llegados á casa de su padre, llenóle éste de mil oprobios; y para desviarle más de su intento, llevóle á casa de un cuñado suyo, canónigo de la iglesia de Elna, á quien como tio le dejó encargado el sobrino, á fin de que lograse disuadirle, y tambien por separarle del trato con los frailes. D. Juan del Paz volvió muy satisfecho á su casa de Perpiñan pareciéndole tener ya asegurado su partido. Permaneció el santo mancebo el resto de aquel dia y la noche en casa de su tio; mas al siguiente, se volvió muy de mañana con el mayor recato al convento, y arrodillado á los pies del Guardian, y deshecho en llanto, pidió le vistiese el santo hábito, asegurando que una vez obtenido, su padre se aplacaria. Viendo el Guardian resolucion tan constante, mandó juntar la comunidad en capítulo y vistió á Juan Cárlos el santo hábito, lo cual sucedió el año de 1556 á los diez y seis de la edad del mancebo. Temiendo despues el prudente Guardian los desafueros en que pudiera incurrir Don Juan del Paz, mandó al novicio ponerse en camino acompañado de dos religiosos en direccion al convento y noviciado de Jesús de Barcelona, mudándole el nombre que tenia en el de Fr. Angel. Notada por el canónigo la ausencia del sobrino; dió al momento aviso al padre de éste, el cual partió inmediatamente para el convento como un frenético; y preguntando por el

Guardian, pidióle con rostro airado le devolviese su hijo. El superior le contestó con gran mansedumbre que habia dado el hábito á un angelito, á quien luego despachó para el convento de Sta. María de Jesús de Barcelona. Entendiendo ya el padre que aquel era su hijo, y olvidándose del afecto paterno, le echó su maldicion, y salió como un loco del convento. Llegado que hubo á su casa, mandó que no le hablase nadie de aquel hijo, absteniéndose él por espacio de un año de entrar en el convento ni tratarse con religioso alguno. Fr. Angel del Paz (á quien desde ahora daremos este nombre) llegó al convento de Jesús de Barcelona, y fué puesto en su noviciado, donde dió muchas gracias á Dios por verse fuera de su casa, patria y parientes; pues de todos hizo renuncia por entrar de verdadero hijo de Dios en la Religion Seráfica. Desde entónces se propuso honrar su nuevo nombre, y al efecto puede decirse que hizo vida angélica más bien que humana, añadiendo á las penalidades y mortificaciones de novicio otras muchas, que buscaba ansioso para vencer las repugnancias que pudiera ofrecerle su nobleza. Como fué criado en casa de los padres con tanto regalo, no pudo probar los manjares groseros del convento, ni se lo hubieran tampoco permitido las duras penitencias y mortificaciones con que debilitó su cuerpo; así es que hubo de temerse por su vida luego que enfermó gravemente. Grande fué la pena de todos los religiosos, y en especial de su maestro, al verle quebrado el color y casi sin aliento; pero movido de un impulso superior, mandó á Fr. Angel que todas las mañanas y noches se santiguase tres veces con mucha devocion y fe, rogando al Señor por los méritos de su sagrada muerte y pasion que se dignase concederle salud perfecta, á fin de poder servirle mejor. Obediente como siempre Fr. Angel, púsolo en práctica al pie de la letra, y en ménos de nueve dias, sin otra medicina, cobró perfecta salud, con lo cual de nuevo emprendió sus ayunos y oraciones, mortificándose con tanto ó mayor teson que ántes. Con tan ejemplar y santo método de vida, cumplió Fr. Angel su noviciado; y hallándose á la sazon en este convento el P. Provincial, quiso tomarle por sí mismo la profesion. Llegada á D. Juan del Paz la noticia de haber profesado su hijo, vióse le, no sin poderoso influjo del Altísimo, trocado en otro, y derramando copioso llanto de ternura; y queriendo satisfacer en parte al ménos á sus anteriores desafueros, resolvió trasladarse á Barcelona, gozoso por tener un hijo consagrado á Dios en la religion de S. Francisco. Llegado que hubo al convento pasó á la celda del P. Guardian para suplicarle humildemente que le permitiese ver á su hijo, á lo cual accedió el santo varon, yendo en persona á buscar al recien profeso, á quien dijo: «Id, hijo, á mi celda, y en ella encontrareis á vuestro padre que quiere veros.» Turbóse el jóven al oir semejante noticia, recordando disgustos pasados, y áun se resistió modesta-

mente diciendo á su prelado: «No tengo más padre que el que está en el cielo.» Observó no obstante el Guardian al jóven que debia obedecer, y al punto se sometió. Al entrar en la celda y no bien fué visto por su padre, corrió éste á estrecharle en sus brazos con la mayor ternura, y le colmó de bendiciones como en desquite de la maldicion que lanzó al jóven. ¿Cómo hubiera el hijo permanecido impasible á vista de tanto agasajo y ternura? Correspondió en verdad con mil demostraciones de amor y respeto, besándole las manos y postrándose á sus plantas. Partido á poco D. Juan del Paz para su casa, ninguna señal de pesar dejó advertir en su rostro Fr. Angel, dando con esto á entender el ningun apego que ya tenia á las cosas del mundo y de la sangre. Satisfecho el prelado de la literatura que el jóven poseia, determinó que pasase al colegio mayor de S. Pedro y S. Pablo, universidad de Alcalá de Henares, para estudiar teología. Puesto en dicho colegio, se aplicó solícito al estudio de la teología escolástica, sin descuidar por eso la mística, y portándose con tanta religiosidad y virtud que admiró á todos. Trascurridos los tres años de teología, actuó en aquella célebre universidad conclusiones públicas, admirando á los más doctos maestros, que le consideraban, no como á estudiante, sino como teólogo consumado. Terminados los cuatro años de colegial, se tornó á la provincia con crédito de docto y virtuoso contando veinticinco años de edad. Apénas llegó, é interin vacaba una cátedra, le mandó el Provincial por predicador al convento de Jesús de Figueras, en donde tuvo Fr. Angel ocasion de ofrecer al Señor las primicias de su estudio expositivo. Ocioso será añadir que en todas partes fué admirado por su ingenio y erudicion, y tambien por los cortos años que contaba. Aunque retórico consumado, jamás usó del artificio y frases que en ella se toleran, siendo por lo comun sencillo en todos sus conceptos y razones á la vez que convincentes. Habiendo cierto dia salido á un lugar vecino, aunque algo distante de Figueras, para predicar las glorias de la Asuncion de nuestra Señora á los cielos, cogióle de improviso tal golpe de agua al volverse por la tarde á su convento, que á más de quedar empapado, dejó entre el lodo las alpargatas. Siguió no obstante su camino, con los pies desnudos, y de esto tomó idea para meditar la descalcez de Jesucristo en la peregrinacion de este mundo, proponiéndose interiormente imitarle en lo sucesivo miéntras viviese. Cuando llegó al convento, todos los religiosos se movieron á piedad, y le ofrecieron unas alpargatas, las cuales no admitió rehusándolas con santa humildad. Extrañando todos su negativa, al ver que tenia necesidad de calzado, le dijeron que no era decente á su estado de sacerdote, ni muy conforme á la virtud que profesaba, el no conformarse con los usos de la Comunidad y querer introducir en ella singularidades. Respondió el santo varon con mucha humildad, que si bien era cierto lo que decian respecto de

las cosas de la obligacion religiosa, no lo era ménos que se toleraba á los religiosos enfermos alguna novedad en lo que tenian profesado; y que por lo tanto no sería razon, estando sanos, no permitir que diesen á Dios satisfaccion con algunas obras supererogatorias, á más de las de su obligacion, pues veia ser contra la caridad el exigir que los achacosos siguiesen en todo la vida comun, así como contra el amor y honra de Dios el querer limitarla en los sanos al solo uso y práctica de la comunidad. Con razones tan eficaces como religiosas acalló las quejas de todos, los cuales quedaron satisfechos y grandemente edificados. A esta mortificacion añadió la de contentarse con un solo hábito pobre y un manto raido, á fin de castigar su cuerpo con las inclemencias del tiempo. Como muy notable circunstancia refiere el P. Fr. Pedro Antonio de Venecia, en la vida que escribió de este varon, «que se le conservan los pies sin la menor señal de haber callo en ellos, ni de haber ido nunca descalzo, sí que por el contrario, se manifiestan pulidos y delicados como si ahora se los hubiesen lavado.» Erigido de nuevo en la provincia el colegio de Sto. Tomás, distante una hora de la ciudad de Vich, fueron instituidas en él dos cátedras de teologia, una de las cuales fué para el P. Fr. Angel. Puesto en el ejercicio de ella, no dejó, en cuanto esta se lo permitia, el de la predicacion, para lo cual salia del colegio todos los domingos y fiestas en direccion á los pueblos vecinos: en esta ocupacion perseveró por espacio de un año que estuvo en el colegio. En 1567 celebró su capítulo la provincia, y en él se mandó al P. Fr. Angel que pasase al convento de S. Bernabé, comunmente llamado de Jesús, en la ciudad de Tortosa, para leer un *Curso de artes*. Obedeció el siervo de Dios, y leyó dos años, causando asombro á los moradores, pues tambien salió algunas veces á predicar por los lugares de la comarca. Llegó la fama de su predicacion á oidos del señor obispo de Tortosa, y deseó oirle en su catedral; y señalado dia para ello, fué tanto el concurso que acudió de todas partes, que hubo de mandar el obispo que predicase en la plaza. Así lo hizo el siervo de Dios, reprendiendo con energia el vicio y alentando á la práctica de las virtudes. Acudió despues á su prelado, pidiendo le sacase de aquella ciudad dándole otro convento, pues que ya habia terminado el curso de artes, y consiguió licencia del superior para ir predicando por los lugares que Dios le inspirase; permiso que puso en ejecucion al momento, discurriendo sin parar por todo el principado. Treinta y dos años escasos contaria de edad cuando fué electo guardian del convento de Jesús, de Tortosa; y en el capítulo provincial celebrado el dia 8 de Diciembre de 1573 fué electo definidor de la provincia. Cuando prelado, fué el primero en el cumplimiento de sus deberes, pues que sabia ser el ejemplo el medio más cierto para la obediencia, y tanta fué su humildad, que era asimismo el primero en lavar los

platos, barrer dormitorios y claustros, y asistir á los enfermos. A todas estas virtudes unió un soberano don de gobierno, y fué por tanto admirado y estimado de todos, dando ocasion á mucha enmienda en sugetos cuya vida no fué tan ajustada como debieron. Siendo, pues, Fr. Angel definidor de la provincia, y acompañado de otros de no ménos celo por la observancia del instituto seráfico, pidió al Rmo. P. Cristóbal Acapitefontium, ministro general de la Orden, que las casas de recoleccion, que por entónces eran cinco en la provincia, fuesen elevadas en una nueva custodia; á lo cual accedió e prelado en virtud de forma y disposicion de un decreto de Clemente VII, su fecha en Roma á 17 de Noviembre de 1532. En consecuencia, mandó el Reverendísimo al P. Provincial y definidores de Cataluña, que en el primer capítulo provincial que habian de tener, señalasen y cediesen á los PP. de la nueva custodia otro convento, y concedió muchos privilegios al custodio que fuese. Fueron, pues, congregados para la eleccion de custodio los Padres en el convento de Jesús de Figueras, recayendo la eleccion en el P. Fr. Miguel de Taverner, natural de la ciudad de Gerona, el cual renunció el oficio, y pasando luego á nuevo escrutinio, salió electo custodio para la nueva reforma y recoleccion de Cataluña nuestro Fr. Angel del Paz. Este pasó luego con sus guardianes á la celebracion del capítulo provincial, convocado para el dia 16 de Febrero de 1579, en el convento de Sta. María de Jesús, de Barcelona, donde fué aceptado y loada la nueva custodia; y cumpliendo el mandato del Reverendísimo, la provincia cedió el convento de Jesús de Lérida á favor de la nueva custodia, la cual contó ya con este seis conventos, y recibió el título de *Custodia del santísimo nombre de Jesús, de los reformados de Cataluña.* Sin temor á la inclemencia del tiempo ni á lo largo del viaje y fragosidad de los terrenos, tomó el nuevo prelado, á pie y descalzo como de costumbre, el camino hácia París, con el fin de asistir á la celebracion del capítulo, en que fué electo ministro general el Rmo. P. Fr. Francisco de Gonzaga; y vuelto á su provincia, continuó con mayor fervor la ampliacion de la nueva custodia, tropezando para ello con grandísimas dificultades. Con ánimo de vencerlas se trasladó á Roma, y puesto en presencia del papa Gregorio, fué éste atraido de la suavidad del trato y conversacion del siervo de Dios, expidiendo otra bula en que separaba de nuevo de las provincias, de la observancia y obediencia de los provinciales, á los religiosos Recoletos, etc. Mas esta nueva disposicion fué motivo de mayores disturbios y dificultades, que habremos de callar por no ser del caso á nuestro propósito. Para obviar en parte tales inconvenientes, hubo de mandar el Rmo. P. General al siervo de Dios que saliese de Roma y pasase á morar en el convento del Monte, junto á Génova, á lo cual obedeció puntualmente Fr. Angel, partiendo para aquel punto, cuyos religiosos le recibieron con

gran caridad y amor. Durante los dos años que permaneció en Génova, continuó en su predicacion, obteniendo grandísimos frutos su celo evangélico. Despues solicitó permiso para trasladarse á Sicilia, y obtenido, previno con el mayor secreto una embarcacion para aquel reino, donde llegó no sin haber sufrido ántes de entrar en el puerto de Palermo una recia tempestad, dándose los marineros por perdidos y buscando en Dios su único y último recurso. Noticioso de aquel peligro, hizo una breve oracion el siervo de Dios, derramando muchas lágrimas y exhortando á los marinos á una verdadera contricion. Cesó á poco la tormenta y desembarcaron felizmente, yendo el siervo de Dios á hospedarse al convento de Observantes. Durante la cuaresma predicó en la iglesia catedral, adonde acudió un concurso numerosísimo; y al ir ó volver de la iglesia iba la gente á porfía a besarle el hábito. Estas demostraciones, sin embargo, servian de gran mortificacion al humilde siervo de Dios, por lo cual determinó, acabada la cuaresma, pasar á la ciudad de Mesina, decidido á no predicar por huir de tales honras, y tambien por consagrarse con mayor quietud y fervor al ejercicio de la oracion. Instalado ya en el convento de Observantes en aquella ciudad, vivió Fr. Angel segun se habia propuesto, dedicándose tan solo, como por distraccion, á escribir algunas obras espirituales y otros libros de provecho. En este tiempo murió el papa Gregorio XIII, sucediéndole en la tiara Fr. Félix Peretti, cardenal Montalto, religioso tambien de la Orden Seráfica, con el nombre de Sixto V, el cual envió órden á Fr. Angel para que se trasladase á Roma, donde le habia menester. A su llegada á esta ciudad hospedóse en el convento de S. Francisco *in Ripa*, desde donde se fué á besar el pié á Su Santidad, que le recibió con singulares muestras de benevolencia; y presentándole una explicacion que habia compuesto sobre el símbolo de la fe, dividida en catorce libros, aceptóla el Papa con agrado, y la mandó entregar al maestro del Sacro Palacio para su exámen. Vista por el docto maestro, hizo de ella relacion al Pontífice, diciéndole ser muy digna de imprimirse. Con este informe mandó el Papa llamar al P. Fr. Angel y le dijo: «Es mi voluntad que dejeis los trabajos de la religion y reforma de la provincia, y que sea vuestra ocupacion un más alto, quieto y santo ejercicio, como es trabajar una exposicion sobre los cuatro Evangelistas;» á lo cual respondió Fr. Angel, que áun siendo empresa grande y mayor de lo que sus fuerzas consentirian, se sujetaba á ella, confiado en la divina gracia y en la virtud de la obediencia. Fuése al convento de los Observantes de Tívoli, y valiéndose de los libros que allí habia, compuso en el corto tiempo de un año veintiocho libros sobre el *Evangelio de S. Mateo*, y un *Breve tratado para conocer y amar á Dios*. Mas no consintió el Papa que el V. P. Fr. Angel viviese fuera de Roma, y así le envió órden para que se trasladase á su pre-

sencia, diciéndole, no bien lo hubo verificado, ser su voluntad el que tuviese habitacion en Roma, dejando á su eleccion el convento. Decidióse el Venerable por el de S. Francisco *in Ripa*, donde la primera vez se habia hospedado; mas no pareciendo bien al Papa la eleccion por ser muy enfermizo aquel convento, díjole que eligiese, bien el de S. Pedro Montorio ó el de *Ara Cœli*, ofreciéndole á más un breve con que se eximiria de la obediencia de todos los prelados de la Orden. Agradeció mucho á Su Santidad el Venerable estos favores, y le suplicó que no expidiese aquel breve. Luego encomendó el Papa al cardenal Mateo el cuidado de acomodar al P. Angel en el convento de S. Pedro Montorio, y le envió una buena libreria, propia en otro tiempo de un comisario de corte español. Instalado de aquella suerte y ántes de ponerse diariamente á escribir ó revisar autor ninguno, poníase en oracion, y humildemente pedia á Dios su divina asistencia para el acierto. En el verano trabajaba desde salir de vísperas hasta la hora de completas, y en el invierno hasta las ocho ó nueve de la noche, y por la mañana desde salir de prima hasta la hora de sexta, celebrando ántes el santo sacrificio de la Misa. Fué cosa muy de notar el que nunca, en los muchos libros que escribió, se hallase el menor borron ni equivocacion. Sus originales, escritos de propia mano, se conservaban en el archivo del convento de S. Pedro Montorio, donde murió, y son los siguientes: *Enchiridion divinæ theologiæ.—Exposicion sobre el mismo.—Exposicion sobre el Símbolo de los Apóstoles.—Exposicion sobre el Evangelio de S. Mateo. — Exposicion sobre el Evangelio de San Marcos. — Exposicion sobre el Evangelio de S. Lucas. — Exposicion sobre los tres capítulos primeros del de S. Juan.*— Un libro *de reformatione.— De confidentia hominis in Deum.—De fabrica mundi. — De divino captando amore. — De auctoritate Summi Pontificis*, todos escritos en latin; y en lengua vulgar estos otros: *Exposicion sobre la tercera regla de N. P. S. Francisco.* — Un *Tratado de la preparacion que se requiere para recibir el Santísimo Sacramento.*— Un *Tratado de la oracion jaculatoria.— Otro para conocer y amar á Dios.—Tratado del fundamento espiritual. — Otro de la utilidad y resplandor del hombre espiritual.—Tratado del acuerdo para vivir bien espiritual y temporalmente.— Opúsculos del amor recíproco entre marido y mujer, padres é hijos, y hermanos con hermanas.*— Finalmente, un *Tratado de la venida del Mesías y del amor con que padeció y murió por los hombres.* De estas obras hay algunas impresas á expensas y por órden del papa Sixto V. Este Pontífice consultó con Fr. Angel cuantos negocios árduos se le ocurrieron, los cuales resolvia segun el parecer de tan docto varon. Encargóle tambien que visitase los conventos de las religiosas de Roma, y que las exhortase á la virtud. Siempre que caminaba por la ciudad de Roma lo hacia con paso muy acelerado; y vituperándole á veces el compañero semejante modo de andar,

respondia Fr. Angel que los siervos de Dios deben escaparse de entre los seglares como la centella de entre las cañas. Tambien fué motivo para andar así el deseo que tenia de evitar la devocion afectada de muchos, que acudian á besarle el hábito, ó la mano, ó el cordon. Sin embargo de haberse dado el venerable á la mortificacion, penitencia y oraciones desde que vistió el hábito, se empleó en tan devotos y santos ejercicios con más veras y fervor desde que habitó en Roma hasta el dia de su muerte. A más de pobre y raido traia un hábito muy largo, porque decia que los varones religiosos debian llevar tambien recatados los pies, siendo cosa muy indecente dejarlos ver desnudos, y más las piernas. Siempre usó cilicio, y fué su cama una estera ó una tabla, y muchas veces el santo suelo. Solo dormia unas tres horas, y estas solian ser ántes de los maitines. No comia más que una vez al dia, que era cuando cenaban los religiosos. Solo comia carne en las festividades más solemnes, y esto con mucha escasez. Varias veces fué convidado por los cardenales y personas principales de Roma, mas pocas aceptó el convite. Unicamente comió huevos una vez llegando fatigado de un viaje. En el dia y noche de viernes santo no tomaba cosa alguna de comer ni beber; y sin embargo de ser tan rígido para sí, habia gran compasion de los demás, pues que al ir al refectorio, si veia algun pobre en la porteria del convento, le daba la mayor parte del pan y de la menestra que él habia de comer. Confesaba todas las noches despues de maitines, y en seguida dábase una larga y sangrienta disciplina. Celebraba misa muy de mañana, en la cual empleaba una hora, y nunca la aplicó por ningun particular, á no ser de órden del prelado, pues todas las celebraba por las necesidades de la santa Iglesia y en sufragio de las almas del Purgatorio. Tuvo grande amor y devocion á nuestro Señor sacramentado; y siempre que iba por las calles de Roma, si pasaba por alguna iglesia, luego entraba en ella para adorar al Santísimo. A este propósito dijo una vez que le desagradaba altamente la costumbre que muchos tienen de dirigirse, al penetrar en una iglesia, hácia cualquier altar ó capilla donde haya reliquias de santos, ó algun santo de su devocion, dejando de visitar primero el *Sancta Sanctorum*. Tambien fué muy devoto de la Vírgen Santísima, de quien decia que cuantas gracias otorga la misericordia divina á los hombres, otras tantas quiere que pasen por manos de su querida y santísima Madre. Asimismo tuvo gran devocion á los nueve coros de los Angeles, en especial al Santo Angel Custodio, é igualmente al Seráfico Padre, de quien no creia ser hijo si no le imitaba en todo. Tuvo el venerable Fr. Angel tan entrañadas las reglas de la más perfecta caridad, que no perdonaba trabajo alguno ni diligencia para poder remediar los males del prójimo. En cierta ocasion recurrió una pobre viuda, hallándose con hijos y muy necesitada, á la caridad del V. Fr. Angel, solicitando alguna

subvencion; mas como el siervo de Dios solo tenia su pobreza, lleno de compasion procuró consolarla, diciéndole que tuviese fe en Dios, el cual como padre misericordioso no la dejaria perecer en la miseria, á cuyo tiempo llegaron dos gentiles-hombres con un precioso y costoso regalo para el venerable siervo, el cual hizo señal á la viuda para que se acercase, y la entregó entero el presente. Los enviados no lo llevaron á bien, diciendo: «Reciba, Padre, el regalo, que nosotros daremos limosna á la mujer, y no quiera despreciar la dádiva.» Sonrióse el santo varon, y les habló con tal eficacia, que no solo quedaron contentos, mas tambien admirados de su despego á las cosas del mundo y de su gran caridad para con los pobres. Salia una ó dos veces á la semana para visitar enfermos, sin distincion de personas ni calidad de gerarquías, mereciéndole más cuidado y compasion aquel cuya mayor necesidad y verdadera pobreza sentia. Si los parientes ó encargados de los enfermos le preguntaban qué auguraba de la enfermedad, respondia solo enigmáticamente, diciendo: *Rogad á Dios, que os consolará*, denotando con estas palabras que sanaria el enfermo; mas cuando decia: *Dios es omnipotente, que puede resucitar á los muertos*, entónces veíase sucumbir al enfermo. Franqueóle Dios asímismo el don de curar todo género de enfermedades, á expensas solo de la santa cruz, siendo sus milagros numerosos; mas únicamente referiremos alguno de los principales. Hallándose de embajador en Roma por encargo de la Majestad Cesárea el Excmo. Sr. D. Leonardo Arach, tuvo un hijo enfermo de calenturas tan malignas, que á pesar de haber llamado para su curacion al más famoso médico de Roma, dijo éste al caballero que desesperaba de la curacion del hijo, pronosticando que moriria de aquella enfermedad. Llegó el siervo de Dios á visitar al enfermo á ruegos de Fr. Juan Bautista Leopardo, del monte Líbano, religioso de Sto. Domingo y confesor del embajador; y haciendo sobre aquel inerte cuerpo la señal de la cruz, al momento le abandonó la calentura, con todo accidente mortal, y quedó perfectamente sano. Muchos más podrian citarse de este venerable siervo de Dios para admiracion de su gran virtud y de los especialísimos favores que Dios le otorgaba; pero basta éste al efecto, y hemos de dispensarnos de otros no ménos admirables por dar lugar á la prosecucion de su vida y empleos. Furioso el enemigo por no hacer mella en el siervo de Dios, osó en cierta ocasion, por medio de una persona maliciosa, dominada completamente por él, acusar de inobediente al santo varon ante el Cardenal vicario del Papa. Redújose la acusacion á que el V. Fr. Angel, contraviniendo al decreto y prohibicion de no poder nadie conjurar á endemoniados sin licencia del dicho Cardenal, lo ejecutaba muchas veces sin autorizacion. Oida la acusacion por el Cardenal, aunque sin darla crédito, envióle no obstante á llamar por no faltar á la justicia. Hechos los cargos al venera-

ble siervo por el tribunal del Vicario, respondió con su acostumbrada humildad, que jamás se valió de exorcismos (que era la prohibicion) contra los demonios, y sí habia únicamente empleado la señal de la cruz sobre el cuerpo de los acometidos, poniendo las manos sobre sus cabezas. Contestacion tan sincera no podia ménos de dejar satisfecho al Cardenal vicario, que le alentó á seguir en la práctica de la virtud, y quedó deshecha por tanto la calumnia. Habiendo el Señor hermoseado el alma de Fr. Angel con tantos y tan preciosos dones, no será de extrañar que á todos reuniese el de profecía, el cual comunica Dios á sus escogidos, y en particular lo hizo para con el V. Fr. Angel del modo que nos enseñarán entre infinitos dos ejemplos. Regresando Fr. Angel en cierta ocasion de visitar la iglesia de S. Juan de Letran, habló con su compañero de la gran misericordia de Dios en sufrir á los pecadores por tanto tiempo esperando su penitencia, y añadió: «No tardará mucho en venir gran tribulacion y trabajo á esta ciudad de Roma, segun lo que he visto.» Nada más añadió al compañero; y deseoso éste de saber lo que queria decir, le pidió se lo declarase. A fuerza de grandes instancias respondió el santo varon que se lo diria, pero á condicion de guardar silencio. «Debes saber, le dijo, que estando yo, segun mi costum»bre, escribiendo despues de maitines, oí la señal acostumbrada que me »hace el Angel de mi guarda para bajar á celebrar la Misa; y viendo que »habia escrito ménos de lo acostumbrado, pensé que el sacristan habia to»cado muy temprano á maitines. Salí al patio para asegurarme á la luz de »las estrellas, por las cuales conozco la hora que es: y levantando los ojos »al cielo, no ví estrella alguna sino la figura de nuestro Señor Jesucristo, »desnudo en el aire, manando sangre de su cuerpo, desde lo alto de la ca»beza hasta los pies, como si entónces le estuvieran azotando y coronando »de espinas, teniendo en la mano derecha un azote muy ensangrentado, con »el que daba sobre Roma algunos golpes, á veces muy rigorosos, y otras no »tan recios. Cuando ví esto, lleno de terror y espanto me eché de rostro en »el suelo, no atreviéndome á levantarme por reverencia y temor; pero des»pues de gran rato me levanté y no ví otra cosa más.» El significado de esta vision misteriosa se vió pocos años despues en algunos fatales terremotos que allí sucedieron. En el año de 1598 llegó á Roma un hombre llamado Nicolás, inglés de nacion, muy docto en las ciencias humanas, pero envuelto en diferentes herejias; y no hallando razon que le pudiese aquietar su entendimiento, se presentó libremente al Santo Oficio de la Inquisicion, pidiendo se le diera quien le instruyese en la santa fe católica. Los inquisidores le enviaron al P. Fr. Angel, el cual, con humilde rendimiento aceptó el mandato, señalando al hereje una hora diaria para instruirle. Los primeros dias empezó el hereje á oponerse con sutiles argumentos á lo que el

varon de Dios le enseñaba; más éste le convencia y tan por completo le satisfizo, que en tres ó cuatro meses le tuvo del todo reducido y confirmado en la fe católica. El mismo Nicolás confesaba luego que en toda Roma no podia hallar quien con tanta claridad de doctrina y ejemplo de santa vida le pudiese enseñar tan bien las verdades de nuestra fe santa como lo habia hecho el P. Fr. Angel. Despues cayó Nicolás en una enfermedad muy larga, durante la cual le visitó algunas veces su buen maestro; y en la última visita, despues de haberle hablado de diferentes cosas espirituales, le dijo: «Ea, Nicolás, alégrate, porque nuestro Señor Jesucristo te ha recibido en su gracia; y en testimonio de ser así la verdad, te digo que presto nos veremos en el cielo.» No pasaron muchos dias que murió el V. Fr. Angel, y quince despues falleció tambien Nicolás. Réstanos decir, por último, que tambien presagió su fin otras dos veces como veremos. Todos los años en el domingo de Ramos estaba ordenado se diese una hermosa palma al siervo de Dios, la cual daba él muy gustoso á quien se la pidiese. En el último año, aunque hubo muchos que se la pidieron, no la quiso dar á ninguno, diciendo: «Este año ha de ser mia la palma.» En el mismo año de 1596, dia de S. Buenaventura, habiéndole regalado un devoto suyo un plato de higos frescos, dió órden al compañero de llevarlos al P. Guardian, que se hallaba en la mesa, mandándole á decir de su parte que le presentaba aquel regalo en aquel dia, porque de la higuera procedió toda nuestra mala ventura, y pues de la misma se derivó toda nuestra buena ventura, y que *ficus jam protulit grosos suos.* Cumplió el compañero con lo ordenado; y no entendiendo el enigma, preguntóle despues si queria explicársele. Levantando entónces el buen padre los ojos al cielo, dijo: «No quiere Dios nuestro Señor que este año coma yo higos de este mundo; que aunque son dulces, son amargos y causan dolor al estómago, y por su bondad infinita me los quiere dar sazonados, dulces y celestiales, y empiezan ya á hacerse.» Replicó el compañero que aún no lo entendia, y el santo varon respondió: «Por eso mismo que no lo entendeis, á nadie lo direis hasta que lo entendais, y será presto.» Trascurrido un mes enfermó gravemente el venerable padre y murió de esta enfermedad, entendiendo entónces su compañero el enigma profético. Desde aquel dia de S. Buenaventura dióse Fr. Angel al ejercicio de la oracion y retiro, sin volver á salir del convento ni áun para la visita de enfermos, aunque se lo rogaban. Instándole su compañero á que saliese, respondióle: «No tengo tiempo para tantas cosas, porque el Señor, como dueño absoluto, cuando con mayor gusto urdimos nosotros nuestra tela, él la corta, y ninguno le puede decir porqué lo hace.» En la noche del 13 de Agosto del año referido se agravó Fr. Angel con una buena calentura que le duró hasta la mañana. Este dia bajó al refectorio á la hora acostumbrada, pero casi no comió; y á

la noche siguiente le repitió la calentura, mas sin dejar por eso de asistir á maitines, si bien se vió precisado á recostarse un poco. A la mañana dijo su larga misa, y yendo á la hora de sexta su compañero á verle, le dijo que queria llamar al médico, y que se dejase gobernar; á lo cual respondió el siervo de Dios: «Hasta ahora me habeis obedecido vos, pero yo os obedeceré de esta hora en adelante.» De esta suerte siguió su vario curso la enfermedad, acometiéndole graves vómitos y recias calenturas, no olvidándose en medio de sus acerbos padecimientos de rogar á Dios por su Iglesia santa. El médico y enfermero le persuadieron á que se quitase el hábito, mas él no admitió, diciendo que así habia de acabar el curso de su peregrinacion. Viendo que se le acercaba su último dia, se confesó con lágrimas de dolor y arrepentimiento; y hecha esta diligencia, pidió humildemente que se le administrase el sacramento de la Eucaristía. Accediendo el prelado á su demanda, no bien oyó acercarse la comunidad en procesion para administrarle el santo viático, levantóse de su pobre cama con tanta ligereza como si estuviera sano, y poniéndose de rodillas en tierra, recibió á su dueño y Señor con indecible humildad, permaneciendo despues largo rato en aquella posicion, orando y dando gracias á Dios por tantos beneficios. Llegado el viernes 23 de Agosto, pidió con igual humildad la santa extremauncion, que recibió con alegría interior de su alma. Extendida por Roma la noticia del trance en que se hallaba el venerable siervo de Dios, se conmovió toda la ciudad, acudiendo en tropel para visitarle nobles y plebeyos, pobres y ricos, deseosos de recibir su bendicion ántes de partir de este mundo. Suplicaba al Papa por el prelado su bendicion apostólica para el venerable Fray Angel; enviósela enternecido Su Santidad por lo mucho que le amaba, dándole con ella la absolucion é indulgencia plenaria de todos sus pecados, y al saber el moribundo esta noticia, dijo: «Yo repito las gracias á Su Santidad por tan singular merced, y rogaré á Dios por él y por la santa Iglesia.» Luego, queriendo continuar, «Hemos alcanzado victoria, dijo, y decid á Su Santidad que alcanzará victoria.» Esto lo repitió dos veces, y despues no habló más. Despues intentaron levantarle un poco para darle una pocion, mas al ir á moverle quedó como muerto, empezando su agonía que le duró hasta las nueve de la noche, hora en que dió su alma al Criador. Aquí ocurrió una circunstancia muy de notar, porque en aquella hora oyóse dentro de su pecho un grande estrépito, á la manera que un disparo de arcabuz, efecto sin duda de abrírsele en aquel instante el corazon, como se vió muy patente despues de muerto. Tuvo su glorioso fin el dia referido 23 de Agosto de 1596. Su venerable cuerpo fué puesto dentro de una arca de plomo, encerrada en un sepulcro de mármol, ordenando el cardenal Mateo que fuese colocado en la parte del Evangelio, de la capilla mayor, como así se

verificó. Sobre el sepulcro se dibujó con admirable pincel su efigie, y al pie un epitafio en latin con los siguientes versos:

SIC ORANS DOMINO PLACUIT SIC SECULA JUVIT,
CONDITUR HAC INGENS MERITIS PATER ANGELUS URNA,
HISPANUS PATRIA, RELIGIONE MINOR.
OBIIT R. P. FR. ANGELUS DEL PAZ, PERPINIANENSIS
ANNO DOMINI 1596, DIE 23 AUGUSTI.

C. de la V.

PAZ (V. Lázaro de la), sacerdote beneficiado de la parroquia de S. Juan Evangelista, en la ciudad de Ubeda, de que era natural, y capellan del hospital de Santiago. A tal punto llegó su caridad, que hubo de mandarle su confesor D. Martin de Morta no diese limosna alguna sin su licencia; y siendo tan extremado su amor á los pobres, hizo de él un sacrificio á la obediencia más rendida. Visitaba las cárceles, socorria los necesitados y predicaba en las calles como un apóstol, trabajando sin cesar en beneficio espiritual y temporal del prójimo. Le fué revelada en su última enfermedad la hora en que habia de morir, lo que con algun rebozo manifestó ocho dias ántes á una persona de toda su confianza. Cumplióse el término y pasó á la vida eterna con grandes créditos de virtud, el dia 15 de Agosto de 1670. C. de la V.

PAZ (D. Luis), caballero del hábito de Calatrava. Nació este dichoso varon en la ciudad de Granada, y fué bautizado en la iglesia parroquial de S. Justo y Pastor, que juntamente era monasterio de Sta. Clara, con título de Encarnacion, el dia 19 de Agosto de 1604. Fueron sus padres D. Luis Paz Arias y Doña Isabel Paz y Carvajal. Diéronle la educacion que correspondia á su gerarquia, le pusieron el hábito de Calatrava y le casaron con Doña María Hurtado de Lafuente, natural de Motril. Pasó su juventud en Santa Fe, donde permanecia ordinariamente por tener en aquel punto gran parte de su hacienda. Allí salia á sus cacerías y correrías de mozo, en que andaba distraido, olvidándose de sus demás ocupaciones. Refiere la *Crónica* de la provincia de Granada de la órden de S. Francisco, que yendo un dia camino de Granada á Santa Fe, llamóle el Señor y oyó una voz que le dijo: *En mis pobres me hallarás*; y que todo fuera de sí, como S. Pablo en el camino de Damasco, postrado en tierra, respondió al Señor ofreciéndole su corazon. Desde entónces, y teniendo treinta y seis años de edad, comenzó nueva vida. Tomó el hábito de tercero, aunque nunca dejó el antiguo de su estado, pues siempre andaba vestido de negro con su hábito de Calatrava, espada y golilla. La ciudad de Granada fué el teatro de sus virtudes, y en

donde empleó su vida cuidando de los mendigos. Era su asistencia en las plazas con una camisa nueva ú otra alhaja para un pobre, pidiendo limosna para pagarla á cuantos pasaban, sin levantar los ojos del suelo. Así socorria á muchos pobres vergonzantes, y con la capucha que de noche se echaba, pedia á voces para ellos por las calles. Una de aquellas noches, para probar su virtud ó reconocer su ánimo, le salieron cuatro embozados al encuentro pidiéndole lo que llevaba; y él dijo, que si lo pedian por el amor de Dios lo daria; respondiéronle que sí, y les alargó lo que llevaba hasta desnudarse de algunas alhajas de sus vestidos. Mas como le exigieron tambien la espada, replicó que era caballero y de órden militar, y así no la entregaria sino peleando y rendido, visto lo cual le dejaron y se fueron. Labró un hospital para curar en él á los enfermos, y en él cuentan le sucedieron maravillas; pues además de consumir gran parte de su hacienda, pedia limosna, y no era todo suficiente para atender á todos los gastos. Sus penitencias fueron tantas que muchas noches á deshora se ponia una túnica, y al hombro una pesada cruz, é iba descalzo al monte Santo, tal vez acompañado de una persona virtuosa, y tal vez iba solo. Guardaba los ayunos de la Orden Tercera, y se acompañaba con un pobre, cuyo oficio era herrero; íbase á su casa y se ponia en la fragua á levantar los fuelles para que pudiese trabajar el otro; veíanle los que pasaban, y enternecidos todos, quedaban admirados de tan rara humildad. Tambien cuenta su historiador, «que viviendo al- »gun tiempo en Granada por oficial de barbero un mozo de virtud, llamado »Juan Caballero, el siervo de Dios nuestro Señor le agregó á sí. Hablando »los dos un dia el año 1652, le dijo D. Luis: Hermano Juan, el año de 1667 »hemos de ir á ganar la ciudad santa de Jerusalen, yo he de ir por capitan »y usted por mi soldado; y así sucedió, que murió á los 25 de Setiembre »del mismo año, en Granada, D. Luis, y pocos dias despues en Sevilla el »hermano Juan.» Fr. Juan Antonio de Jesús y Paz, religioso de la órden de S. Agustin escribió la rara vida de este respetable individuo, colegida de la informacion que por mandado del arzobispo de Granada D. Francisco Roig de Mendoza hizo su provisor D. Jacinto Alloe y Altanes, que no se dió á la estampa á pesar de tener las aprobaciones y licencias. — O. y O.

PAZ (Ricardo). Este dean de S. Pablo en Lóndres, llamado tambien *Pacæus*, perteneció á una familia noble inglesa, y debió ser natural de aquella capital. Este eclesiástico fué un literato de un delicado gusto, y su mérito le adquirió muy ilustrados amigos, tales como Tomás Moro, canciller de Inglaterra; el sabio Erasmo, Reginaldo Polo y otros, como el sabio Budeo, que le dedicó sus cuatro primeras epístolas llenas de elogios á su persona y á sus obras, y en las cuales se dan á conocer varias circunstancias de su vida. Enrique VIII empleó á Pacæus en negocios importantes en Suiza, Venecia y

Roma, y se pretende que el cardenal Wolsey trató de indisponerle con Enrique VIII y que lo consiguió, lo cual causó la pérdida del juicio de este buen servidor, que murió en tal estado en 1532. Escribió este autor porcion de obras que revelan su buen talento y fecundo ingenio, entre las que se citan las tituladas: *De lapsu hebraicorum interpretum.—De fructu scientiarum epistolæ.— Præsamen in Ecclesiastem recognitum et collatum cum 70 interpretum*. En los textos originales de las biblias pretende Humfroi Hody que esta obra es la misma que la primera. Erasmo elogia á Pascæus en sus *Epístolas* como excelente profesor de hebreo, de griego y de latin. —C.

PAZ (D. Tomás), canónigo de la santa iglesia catedral de Valencia. Publicó: *Parascevem ad Sacram Lithurgiam cum gratiarum actione*; Leon, 1560, en 16.° —S. B.

PAZ (Angel de la Santa). De la órden de Menores de S. Francisco, sacerdote de la provincia de Cataluña. Afligido con lepra por largo tiempo, murió felizmente en el convento de Tarragona. —O. y O.

PAZMANI (Pedro). Nació en Waradin, en Transilvania, entró jóven aún en la Compañía de Jesús, donde hizo graves estudios, explicando despues brillantemente la filosofía y la teología en el colegio de Gratz en Siria. Más tarde fué misionero en Hungría, y predicó con tal aprovechamiento que obró una transformacion completa en este pais, donde las nuevas opiniones habian hecho rápidos progresos. El Emperador y la nobleza húngara resolvieron elevarle, despues de la muerte del cardenal Forgatz, al arzobispado de Strigonia, que se vió precisado á aceptar. Cumplió ejemplarmente con los deberes del episcopado, y por recomendacion del emperador Fernando II fué honrado con la púrpura romana en 1629. Enviado en calidad de embajador á Roma, se hizo admirar por su celo, ciencia y piedad, y murió el 19 de Marzo de 1637. Habia publicado las actas de un sínodo celebrado en 1629, y otras obras en latin y en húngaro: *Diatriba theologica.—De visibili Christi in terris ecclesia.— Vindiciæ ecclesiasticæ, etc.* — G. P.

PAZOS Y FIGUEROA (D. Antonio Mauricio de). Nació en Pontevedra, de noble y principal familia. Fué colegial de S. Clemente de Bolonia, donde estudió jurisprudencia, y despues rector de aquella célebre universidad. De vuelta en España, comenzó á abogar con gran crédito en la audiencia de la Coruña; y habiendo ido á visitarla un juez, de órden del Rey, mandó que no abogase D. Antonio, por ciertos piques que tuvieron. Luego se trasladó á la corte, año de 1560, en seguimiento de su causa: y hallando ocasion de introducirse con el inquisidor general D. Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, determinó seguir el estado eclesiástico, y consiguió plaza de inquisidor de Sicilia. Posteriormente fué promovido á la Inquisicion de Sevilla, y de esta á la de Toledo, mereciendo que la iglesia de Tuy le eligiese por ca-

nónigo doctoral cuando regresó de Sicilia. Sirviendo la plaza de Toledo, hubo de pasar á Roma con motivo de la causa del arzobispo D. Fr. Bartolomé de Carranza, y S. Pio V le dió la abadía del Parque y obispado de Pati, en Sicilia, con facultad de testar en cinco mil ducados. El Rey le nombró para el obispado de Avila, en el año de 1578, y por consulta que le hizo el cardenal D. Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, acerca de las singulares prendas de nuestro Obispo, hízole tambien presidente de Castilla. Disfrutando este empleo, dió la primera plaza del Consejo al juez que le habia privado de abogar en la Coruña; y preguntándole qué motivos habia tenido para hacerlo, respondió: que el sugeto era benemérito, y que Cristo mandaba: *Benefacite his qui oderunt vos.* En Noviembre de 1581 estaba ya presentado para el obispado de Córdoba, y á 22 de dicho mes nombró el cabildo cuatro prebendados que fuesen á cumplimentarle en su nombre. Tomó la posesion en su nombre el inquisidor N. Montoya, á 20 de Agosto de 1582, nombrando por gobernador del obispado á su sobrino D. Bartolomé de Pazos, arcediano y canónigo de Jaen. Luego que se hubo posesionado de esta iglesia, dejó la presidencia de Castilla; mas se detuvo con objeto de asistir al concilio provincial que habia convocado para Toledo el cardenal arzobispo D. Gaspar de Quiroga, y empezó á 8 de Setiembre de este año de ochenta y dos (1582). En este concilio se determinó, entre otras cosas, el culto sagrado de las reliquias que se hallaron en S. Pedro, para lo cual fué nuestro Obispo parte muy principal. Por muerte de D. Alonso de Córdoba, acaecida en Agosto de 1582, sucedió en el decanato y racion que gozaba D. Luis Fernandez de Córdoba, que presentó las bulas en 15 de Enero, tomando la posesion á 5 de Febrero de 1583. Continuóse el concilio provincial hasta 12 de Marzo de este año, y concluido, se fué nuestro Obispo á Córdoba, donde entró el sábado de Ramos, dia 2 de Abril, saliendo el cabildo y ciudad á recibirle en la misma forma que á sus antecesores, é hizo el juramento acostumbrado: despues del *Te Deum laudamus* le acompañaron hasta dejarle en su casa. A primeros de Mayo se reconoció nuevamente en la ciudad el contagio, y se dispuso llevar los enfermos al hospital de S. Lázaro, para cuya curacion libró el cabildo quinientos ducados, á que concurrieron el Obispo, ciudad y ciudadanos con sus limosnas. Continuando el contagio, vino el Obispo á 3 de Junio á cabildo, y propuso la conveniencia de hacer rogativas por la salud pública, y que se trasladase la procesion del Corpus á tiempo ménos expuesto á tantos rigores. Así se determinó, disponiendo que desde el domingo 5 de Junio se manifestase el Santísimo en la Capilla mayor al amanecer, y reservando á la noche, por todo el tiempo que durase el contagio, suspendiéndose por lo tanto la procesion del Corpus, que por aquel año tuvo efecto en el mes de Setiembre. Durante la sede vacante del obispo D. Fr. Bernar-

do de Fresneda, habia empezado el cabildo á hacer capilla nueva para sagrario en el sitio que ocupaba la librería, por ser el antiguo pequeño, continuando la obra el obispo D. Fr. Martin de Córdoba, que fué suspensa por su muerte hasta el dia 8 de Agosto de 1583, en que asistió nuestro Obispo al cabildo, manifestando su voluntad de terminarla, como lo hizo. Tambien propuso la creacion del seminario, segun lo dispuesto en los concilios de Trento y toledanos; siendo al otro dia nombrado por el cabildo para que asistiese con el Obispo y llevar á cabo esta fundacion, D. Antonio del Corral, tesorero; la cual fué de grande utilidad para aquel obispado, y de mucha gloria para nuestro Obispo, por los excelentes y virtuosos sujetos que en él se criaron. Unióle algunos beneficios, y escogió por patron de él á S. Pelagio, mártir de Córdoba. Quiso el Obispo dar á la iglesia un crucifijo que tenia, y propuso al cabildo que señalase altar donde pudiese ser colocado; y pareciendo que estaria muy bien en el altar de S. Sebastian, hízose retablo para su colocacion y se adornó convenientemente; este Cristo es el que allí se conoce con la denominacion *del Punto*. Viniendo á la ciudad S. Juan de la Cruz á fundar convento de su reforma de Carmelitas, consiguió que nuestro Obispo le diese la ermita de S. Roque, donde se colocó el Santísimo á 18 de Mayo de 1586. Este venerable Obispo donó á la iglesia una cruz y ornamentos en 5 de Mayo de 1586, y un sábado por la noche, dia 28 de Junio, fué Dios servido llamarle á sí. Fué muy celoso por el culto del Santísimo Sacramento y por la devocion á María Santísima. Murió pobre, y su cuerpo fué enterrado en el Sagrario nuevo, aunque no se llegó á trasladar á él el Santísimo. Mandó poner en su losa la siguiente inscripcion: *D. O. M. Antonius à Pazos, episcopus cordubensis cogitans de futura vita, sibi vivens posuit an.* 1586.—C. de la V.

PAZOSKI (José). Nació en Varmia el 12 de Agosto de 1721, y fué recibido en la Compañía de Jesús el 28 de Agosto de 1740. Despues de profesar humanidades y retórica, tuvo á su cargo la educacion de los príncipes Radcivil. Por espacio de catorce años se le oyó predicar en Vilna, y aún suprimida la Compañía continuó ejerciendo por bastantes años sus funciones. Dejó escrita: *Nowogrodecum, ducum nowogrodecensium olim regia urbs, hodie princeps palatinatus nowogrodecensis, ex historiarum monumentis erectum, gestis Ducum et Palatinorum nowogrodecensium auctum ac illustratum, etc.* — S. B.

PAZUENCOS (Bernardo), natural de Aragon. Entró en la Compañía en 1720, y enseñó la filosofía y la teología en Manila. Regresó á Europa en calidad de procurador, y de nuevo se trasladó á Méjico el año 1754; siendo poco despues nombrado provincial de las Filipinas. Dejó escritos: *Panegíricos del misterio admirable de la Encarnacion.* — *David retratado por sus*

victorias y virtudes en el católico rey de las Españas D. Felipe V. — *María Santísima dechado de religion*; y otras varias. — C. de la V.

PAZZI (Cosme), arzobispo de Florencia en 1508, despues de Rainoldo Ursini; era muy aficionado á las bellas letras. Tradujo á Máximo de Tiro del griego al latin, y trabajó en otras obras. El papa Leon X, que era tio y amigo suyo, le hubiera puesto sin duda en el número de los cardenales si hubiese vivido bastante para obtener este honor; pero murió en 1513, poco despues de la eleccion de este papa. — S. B.

PAZZIS (Sta. Magdalena de). Véase María Magdalena de Pazzis.

PAZZIS (Máximo de Segnius). Nació en Carpentras, de una familia antigua y distinguida, de la cual una rama tomó el nombre célebre de Pazzi, que tenia una de sus tierras. Habiendo concluido esta ilustre casa de Florencia en el combate veneciano, pasó por casamiento de una Pazzi á la familia de Segnius. Siendo Máximo muy joven, concediósele un rico beneficio en la diócesis de Amiens, en la cual gobernaba la santa silla como obispo un tio suyo. La revolucion le obligó á refugiarse en Inglaterra, de cuyo país volvió cuando la Francia hizo el tratado de Luneville. No ejerció por entónces funciones eclesiásticas y solicitó empleos administrativos, siendo miembro de muchas sociedades literarias en el departamento de Vaucluse, del cual formó la estadística. En 1807 fué nombrado vicario de Troyes por Mr. Boulogne, su compatriota, y en aquel tiempo tomó nuevamente el traje propio de su estado; mas habiendo seguido á este á Troyes cuando fué arrestado en 1811 en la época del concilio, recibió el abad de Pazzi la órden de dejar el gran vicariato y volver á París. Dos años despues acompañó al abad de la Blue, nombrado por Bonaparte para el obispado de Gante, y que por este clero no era reconocido como tal prelado, viviendo todavía Mr. Broglie. El abad Pazzi, que habia adoptado algunas medidas severas contra varios sacerdotes, se vió despues muy maltratado tambien en algunos folletos y libros que se publicaron en Flandes. Dejó á Gante, más por la fuerza que por su grado, y regresó á París, en cuya capital murió el 24 de Agosto de 1817. Escribió las obras siguientes: *Elogio en forma de noticia histórica de Malaquías d'Imquembert, obispo de Carpentras*, año 1805, un tomo en 8.º — *Memoria estadística del departamento de Vaucluse*, 1808, en 4.º Esta obra contiene curiosos detalles y la noticia de los hombres notables del departamento. — *Voto de Luis XIII*; París, 1814. Este opúsculo es el acta por la cual declara el príncipe á la Santísima Virgen protectora de su reino, y á cuya proteccion atribuye el autor el restablecimiento de la casa de Borbon en el trono el año de 1814. — *Observaciones sobre la relacion de los disturbios en la diócesis de Gante*; empieza en el *Amigo de la Religion y del Rey*, periódico eclesiástico, 1816. El abad ya respondió á esta relacion escri-

ta contra él; pero el redactor le replicó, terminando así esta desagradable polémica para Pazzis. —O. y O.

PEACOCK (Reinaldo). No nos dice Moreri en el artículo sobre este prelado cuál fué el lugar y fecha de su nacimiento, pudiéndose conjeturar solo que floreció en el siglo XV. Obispo de S. Asaph durante seis años, en 1450 fué promovido á la silla episcopal de Chichester en Inglaterra, debiendo ambas diócesis á Humphrey, duque de Glocester, que le favoreció para premiar su saber y probidad, cualidades que Peacock dió á conocer en sus obras, que son tratados bastante buenos sobre los asuntos siguientes: *De la Religion cristiana en general.* — *Del Matrimonio.* — *Del verdadero sentido de la Santa Escritura*, en tres partes. — *Base de la religion cristiana.* — *Tratado sobre la fe.* — *Accomplissement des quatre tables.* — *Un tratado sobre el culto divino.* — *Una exhortacion á los cristianos.* — *Reflexiones y consejos útiles.* — En todos estos escritos se propuso Peacock siempre la edificacion y la instruccion pública. Predicó contra las anatas ó derechos de un año de beneficio que cobraba la Santa Sede, contra el derecho llamado en Inglaterra el dinero de S. Pedro, y contra otros muchos artículos concernientes á la corte de Roma en Inglaterra. Miéntras que vivió el duque de Glocester, se dejó á Peacock escribir contra las pretensiones de la corte de Roma; pero en cuanto éste murió, se le acusó de herejía ante Tomás Bourchier, arzobispo de Cantorbery. Se le acusó primero que enseñaba no era necesario creer la bajada de Jesucristo á los infiernos: que para salvarse no era necesario creer en la santa Iglesia católica ni en la comunion de los santos, ni que el cuerpo de Jesucristo está presente de una manera material en el Santísimo Sacramento del altar: que decia que la Iglesia universal puede errar en los artículos de fe: que todos los cristianos estan obligados á creer en los artículos que se deciden en los concilios generales: que el deber principal de un obispo es predicar la palabra de Dios: que los obispos que compran la confirmacion del Papa, pecan: que nadie está obligado á aceptar las decisiones de la corte de Roma: que las órdenes de los religiosos mendicantes eran vanas é inútiles: que los eclesiásticos no debian poseer bienes temporales: que los diezmos personales no podian exigirse como de institucion divina, etc. Como la mayar parte de estas acusaciones eran graves, miradas como puntos de fe, Peacock se esforzó en manifestar que las más importantes se le imputaban calumniosamente, y que las que él confesaba no le podian presentar como criminal, porque nada tenian que ver con la fe. No obstante de esto, como todos sus colegas le persuadiesen se retractase de todos estos sentimientos, lo verificó en un acto público que tuvo lugar el 4 de Diciembre de 1457 en la iglesia de S. Pablo de Lóndres, en donde reconoció tambien que se habian quemado con justicia sus escritos. Pero creyéndose que

no era sincera su retractacion, se le privó de su obispado y se le dejó su casa por prision. Se le permitió algun tiempo despues retirarse á una abadía concediéndole una pension, y en ella acabó sus dias sin que podamos decir el año. Puede consultarse sobre este prelado á Sponde en el año 1486, la biblioteca de Gesner y los historiadores de la Iglesia anglicana citados por Moreri en su gran *Diccionario histórico.* — A. C.

PEADIO, rey de la Gran Bretaña, acababa de convertirse al cristianismo en el siglo VIII, cuando fué S. Ceddo á predicar á sus estados. Poco despues se vió á poblaciones enteras seguir el ejemplo de su príncipe y renunciar en masa á sus supersticiones para recibir el bautismo.—S. B.

PEAT (Lady Isabel Carlota). Sobrina del célebre novelista Walter Scot, se convirtió y fué recibida en la Iglesia católica con cinco de sus hijos y dos de sus criados en Abril de 1851.—S. B.

PECADOR (Fr. Cristóbal), religioso de la órden de San Juan de Dios. Tomó el hábito en el convento de Santiago de Chile, donde se distinguió desde luego por su modestia y virtud. No solo era humilde, sino era la misma virtud de la humildad. Quiso llamarse Pecador, porque, segun él decia, así conformarian las obras con el nombre; sin embargo, cada dia fué más ejemplar su vida, hasta el extremo de ser mirado como modelo de religiosos. Esta buena fama le mereció ser elegido para llevar á cabo algunas fundaciones, y efectuó las de Pisco, Saña y la de la ciudad de Arica, dejando en todas partes el olor suavísimo de su modestia, santidad y ejemplo. Era muy dado al ejercicio de la oracion, que acompañaba con rigorosas penitencias, ayunando muy frecuentemente y macerándose con disciplinas. Trabajaba más que ninguno de los religiosos en el servicio y asistencia de los enfermos, pareciéndole que aún era poco lo que hacia. Socorria muchas y grandes necesidades, porque era de natural muy compasivo. No visitaba ni servia á ningun enfermo pobre, á que no dejase muy consolado; procuraba convencerlos de que se confesasen á menudo y á que mejorasen de vida y continuáran constantes en esta mejora. Un pobre, decia, no tiene obstáculo alguno para estar sirviendo siempre á Dios y contemplar su bondad suma de dia y de noche, porque no llaman su atencion los negocios, ni le ocupan otras cosas; no le extravian los sueños de ambicion, que es lo que daña á los codiciosos y avaros del mundo. Envióle su religion al hospital de Santiago de Chile, donde continuó distinguiéndose por las mismas virtudes y siendo su oráculo al poco tiempo de residir en ella. Llegó en tanto su última hora, y despues de recibidos los santos sacramentos, pidió un santísimo Cristo, y con mucha ternura le dirigió gran número de jaculatorias y espiró al fin diciendo: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu, pues teneis los brazos abiertos para recibirle.* Llevaba cuarenta y seis años de religion, y en todos ellos habia dado

las mismas muestras de virtud, llegando á ser tal su fama, que temerosos los religiosos del concurso que iba á traer la noticia de su muerte, no quisieron tocar las campanas, ni hacer ninguna señal que la indicase; mas no tardó en divulgarse, y acudieron en gran número todos los vecinos de la ciudad á tocar reliquias á su santo cuerpo, y en esta ocasion se obró el milagro de sanar á un demente, lo que refiere la crónica con grandes pormenores. Estuvo expuesto tres dias, y se le enterró despues conservándose su cadáver por mucho tiempo entero é incorrupto. — S. B.

PECADOR (Fr. Domingo), religioso de la órden de San Juan de Dios, natural de Penedo en Portugal. Apénas habia cumplido la edad de doce años, cuando abandonando la casa paterna marchó en peregrinacion al monasterio de Guadalupe, y despues de haber visitado este santo templo, marchó al hospital de aquella villa, y suplicó al administrador le recibiese para servir á los enfermos, lo que hizo éste contento de conocer su ardiente caridad. Continuó por ocho años en este ejercicio, y al cabo de ellos decidió entrar en la órden de S. Juan de Dios, marchando al efecto á Toledo en 1590. En un principio no quiso el prior darle el hábito, sino que le obligó á esperar, de manera que Domingo tuvo que continuar otros tres años sirviendo en el hospital; mas al cabo de ellos vió cumplidos sus deseos con grande alegria de todos los religiosos, que le amaban por su virtud y conocian todo su mérito y valor. Así trascurrido algun tiempo, y más conocidas estas buenas cualidades, le eligieron por prior, desempeñando tan bien este cargo, que no consintieron nunca los religiosos dejára de ejercer otros nuevos, pues tan útil les era en ellos, de manera que de prior de Toledo, pasó á serlo de Orihuela, de aqui á Cadiz, luego á Lisboa, despues á Montemayor, y por último á Olivenza donde estuvo gobernando muchos años. Al mismo tiempo que prior era enfermero mayor, pues creia que ambos empleos eran inseparables en su Orden; para ejercer mejor este último aprendió cirugía, haciendo muchas y admirables curas, tanto que algunas llegaron á ser miradas como milagrosas. Enfermó hallándose en Olivenza, y conociendo se acercaba su postrer hora, despues de recibidos los santos sacramentos, pidió perdon á todos del mal ejemplo que les habia dado, y encargándoles la observancia de su instituto entregó su alma al Criador en 1643 á la edad de setenta y tres años. «Fué varon, dice la crónica de la Orden, verdaderamente »insigne en gobierno, en capacidad, en la cirugía, en milagros y en peni»tencias, habiendo seguido el camino de las virtudes con perseverancia has»ta llegar á coronarse de perfeccion. Acudia á la necesidad de los enfermos »no mandándolo sino haciéndolo, y obligando á los demás á que sin man»dárselo acudieran, al enfermo de peligro no le dejaba, ni se apartaba de »su cama. Al desahuciado todo era decirle oraciones, obligarle á que hicie-

»ra actos de contricion, y hacer que los demás le encomendasen á nuestro »Señor. A los que morian los limpiaba, amortajaba y los llevaba á enterrar; »si no habia quien les abriese la sepultura, la abria, y luego se arrojaba á »ella para recibir el difunto cuerpo. En tanto que hacia obras tan grandes »de piedad y misericordia con los cuerpos difuntos, estaba encomendando al »Señor sus almas, de manera que con las manos abria la sepultura para »darles tierra, y con la boca rogaba á Dios que les abriese las puertas del »cielo. Suele ser natural el horror que causan algunos enfermos de enfer»medades pestilentes; y el hedor que con frecuencia despiden, para el »siervo de Dios era suavísimo olor, porque no solo no huia de ellos, sino »que los cogia en brazos, los llevaba á la cama, los limpiaba las llagas, »los mudaba la ropa y la que traian por sus manos mismas la entregaba »para que la lavasen. Tenia cuidado de hacerles la cama, y se abrazaba á »ellos para levantarlos y ponerlos en otra miéntras la suya se hacia. Hicie»ron reparo los súbditos que tuvo en todos los conventos y hospitales, »que cuando les mandaba alguna cosa, nunca dijo: *vayan y hagan esto*, sino »*vamos á hacer esto*, de manera que la ley con que los gobernaba, era el »ejemplo de lo que hacia. A todos los ejercicios del hospital era el primero, »áun á los más asquerosos y más inmundos se preferia á sus súbditos, y »estos le seguian sin repugnancia.» — S. B.

PECADOR (Fr. Toribio), religioso de la órden de San Juan de Dios. Era natural de Asturias, y habiendo pasado á Sevilla en busca de un tio mercader poderoso, establecido en aquella ciudad, como supiese á su llegada que habia muerto, decidió huir del mundo, y lo puso por obra, tomando el hábito hospitalario en el convento de la Paz de Sevilla. Tenia á la sazon la edad de diez y ocho años y corria el de 1596. Despues de haber profesado, le encargaron de la cuestacion de la Iglesia mayor y de la lonja de los mercaderes, que era la más penosa que habia en aquella ciudad; mas como era tan aficionado á ocuparse del servicio de los pobres, siempre lo miró como una ligerísima carga. Desempeñóla por espacio de cuarenta años continuos pidiendo con grande ejemplo de virtud y santidad. El tiempo que le quedaba despues de desempeñar esta ocupacion y asistir á los pobres, lo consagraba á la oracion. Acompañaba este noble y santo ejercicio con muchas mortificaciones y continuas disciplinas. Era generalmente apreciado de todos y tenia tanta fe y confianza en la Divina Providencia, de manera que jamás le faltó para los grandes gastos que tenia á su cargo. Hallábanse á su cuidado los incurables, y acudia, dice la Crónica, con lo que habia menester de esteras, mantas y comida el hospital de las Tablas. En el de la Paz, que era su convento, regalaba, como á los incurables, á los viejos y achacosos con bizcochos y dulces. Todo esto lo tenia de sobra y de repuesto en la celda

para que nunca faltase, y con esto tenia tambien vino de mucho regalo para el efecto mismo. A los demás pobres enfermos de las salas visitaba por la mañana ántes de ir á la demanda, y les preguntaba si algo se les antojaba, y se lo traia. Daba lienzo para las sabanillas de los impedidos y todo lo demás que era menester para su limpieza, y que la tuviesen las camas de donde no podian levantarse. Luego tenia cuidado de limpiarlas, enjugarlas y ablandarlas; daba toda la cera que habian menester todas las salas para que ardiese miéntras los enfermos rezaban, daba tambien la que se gastaba en la sacristía los sábados en la Salve de la Vírgen, Señora nuestra, en que todos los religiosos salen con velas encendidas. Daba todas las bulas que habian menester los enfermos, y tenia de prevencion muchas para los que entraban en el hospital, porque así que entraban les preguntaba si las tenian, y si no las tenian, se las daba y les hacia que luego al punto se confesasen y absolviesen por ellas; luego ponia toda su diligencia y cuidado en que los volviesen á absolver por ellas en el artículo de la muerte. Daba cuanta cera se gastaba el dia que el Señor se descubria, y se gastaba mucha. Cuando enfermaba algun religioso cuantos regalos hallaba le traia. Era su caridad tan ardiente como viva su fe, pues tan excesivo gasto y que corria todo por su cuenta, fiado solo en la Providencia Divina, podia tener para hacerlo. Su amor á Dios y á los pobres iba acompañado de muchas obras que son su verdadera prueba. Su devocion á las ánimas del Purgatorio la refiere la Crónica en esta forma: «Para hacerles algun sufragio se levantaba muy »de mañana á visitar las salas de la enfermería, iba dando agua ben»dita á los enfermos, y les encargaba lo mismo. Despues de la oracion que »tiene la comunidad por la mañana, se ponia á la puerta del coro y pedia á »los religiosos que rezasen por las almas, y lo mismo hacia por la noche. »Al salir del refectorio á la comida y á la cena, llevaba la calderilla del »agua bendita, y puesto de rodillas, pedia un responso por las almas á la »comunidad.» En tan santas obras estuvo ocupado por espacio de cincuenta años seguidos, hasta que habiéndose dedicado durante la peste del año 1649 al servicio de los apestados con excesivo celo, le hirió el contagio en el mes de Mayo, y recibidos los santos sacramentos, falleció á la edad de setenta y un años. — S. B.

PECCAM (Juan). Fué este eclesiástico, segun Pitseus en sus *Escritores ingleses* y Harpsfield, en su *Historia de Inglaterra*, *siglo XIII y siguientes*, un arzobispo de Cantorberi, muy célebre por su capacidad, por sus escritos, por sus empleos y por su virtud en el siglo XIII. Nació de padres pobres en Chichester de Inglaterra. Inclinado á la vida religiosa, tomó el hábito en la órden de S. Francisco. Hizo bajo las lecciones de S. Buenaventura tan grandes progresos, que llegó á consultársele en su tiempo como á oráculo en las

cuestiones teológicas. Enseñó teología en París, en Inglaterra y en Roma, y tanto se prendó de su saber el pontífice Nicolás III, que le elevó al prelaciado, haciéndole arzobispo de Cantorberi. Murió el año 1292, y dejó una porcion de obras escritas, que dicen prueban su vasta erudicion, siendo lamentable que no nos den cuenta de ellas sus biógrafos. —C.

PECHA (D. Alonso), obispo de Jaen. Nació en Guadalajara, siendo segundo hijo de Fernan Rodriguez Pecha y de Elvira Martinez, personas muy distinguidas en la corte y reinado de D. Alonso XI. Dedicado á los estudios, se distinguió tanto por su aplicacion como por su virtud; llegó á ser tan consumado que cautivó el afecto de los sabios y grandes de su época. Estudió derecho con distincion, y tal vez á esto acaso, ó á los merecimientos de su familia, debió el que se le encargase el gobierno de la iglesia y obispado de Jaen, en una edad muy inferior á lo que exige tan elevado cargo: gobernóla, sin embargo, con tan buen ejemplo como acierto y celo; pero conociendo lo grave de la carga que habia echado sobre sus hombros, deseó abandonarla, como lo hizo tomando el hábito en la religion de S. Gerónimo. Hizo un viaje á Roma para visitar aquella santa iglesia, y con esta ocasion fué confesor de Sta. Brígida, tan célebre por sus revelaciones y don de profecía. Continuó nuestro Padre en Roma áun despues de la muerte de la Santa, y decidido á no volver á España, hizo donacion de todo su patrimonio al convento de S. Bartolomé de Lupiana, otorgando la escritura en 13 de Abril de 1378, en presencia de D. Lucas, obispo de Nochesa, vicario general y juez ordinario del Papa. Desde Roma pasó á Génova, donde edificó un convento de la órden de S. Gerónimo, llevando para fundarle religiosos españoles de S. Bartolomé de Lupiana y de la Sisla de Toledo. Ignórase la época y áun el lugar del fallecimiento de Pecha, asegurando algunos autores que fué en Roma, donde se halla sepultado. Otros suponen que habiendo muerto en Italia, fué trasladado á su patria y sepultado en Guadalajara en la iglesia de Santiago y en la capilla dedicada á la Santísima Trinidad. —S. B.

PECHE (Madama), esposa del general de este nombre é hija de un general inglés: su verdadero nombre era Carlota Slade, se convirtió al catolicismo en 1818, y fué despues á residir á París. Esta conversion se verificó al mismo tiempo que la de otros seis jóvenes, que entraron despues en el colegio de S. Edmundo, en Old-hall-Green, que es el seminario del distrito de Lóndres. —S. B.

PECHPEIRON. Esta ilustre familia de la castellanía de Quenci, de este nombre, situada entre Cahors y Lanzerte, perteneciente al baron de Beaucaire, produjo muchos hombres ilustres en lo civil, en lo militar y en lo eclesiástico. En esta última clase encontramos, desde Gaillard I, que vivia en el siglo XIII y que es el señor más antiguo de Pechpeiron, á los sacerdotes

Hugo y Juan, nietos del Sr. Juan I de Pechpeiron y de Sicarda de Fenelon, con quien habia casado el 22 de Mayo de 1429. En la rama de esta familia de los Sres. de Guitaud, hallamos á Bertrand de Pechpeiron, llamado el abate Guitaud, que fué abad de S. Miguel de Besan en la diócesis de Auch y prior de la comendaduría de S. Medardo en la diócesis de Sens; y á María Pulcheria, religiosa ursulina de Avalon en Borgoña, religiosos todos tan ilustres por su nacimiento cuanto recomendables por su piedad y virtud.—B. C.

PECIO (P. Bernardino), jesuita italiano, misionero de la India Oriental, donde convirtió muchos infieles á la fe de Jesucristo, y fué degollado por esta causa por los gentiles, á 15 de Setiembre de 1628. Su cuerpo y todas sus reliquias exhalaban un suavísimo olor despues de su muerte.—S. B.

PECQUETE (P. Pedro), jesuita, natural de Niza, en Saboya. Sus padres, piadosos católicos, le enviaron á la ciudad de Camber, donde tenia la Compañía de Jesús un célebre colegio en que se enseñaban las humanidades, filosofía y teología. Cursó todas estas ciencias, saliendo tan aventajado, que fué la admiracion de sus condiscípulos, los que sin embargo admiraban mucho más en él su virtud, modestia y devocion. Decidido á abrazar la vida religiosa, tomó en un principio el hábito de la órden de S. Francisco, distinguiéndose por su perfeccion en la observancia, de que fué ejemplo y modelo. Habiendo hecho la profesion, se ordenó de sacerdote y comenzó á trabajar como buen obrero en la viña del Señor. Mas como desde sus primeros años se habia criado y educado entre los PP. de la Compañía, no sabia salir de sus casas, en las que moraba continuamente conversando y tratando con los religiosos, de tal manera que no tardó en desamparar á esta religion; y aunque en un principio se creyó imposible por estar expresamente prohibido en sus estatutos, era su fervor tan ardiente y tan vivo su deseo de entrar en la Compañía, que no dudó en impetrar licencia del Soberano Pontífice para entrar en este nuevo instituto, y con alegría de todos los Padres fué recibido en la Compañía, donde se distinguió por su piedad, continua oracion y devocion á la cruz de nuestro Redentor Jesucristo, teniendo vivas ánsias de vivir y morir en ella, dándole su Majestad á medida de sus deseos ocasiones en que manifestar su paciencia, abrazando las mortificaciones y trabajos con increible placer; su abstinencia fué igual á sus mortificaciones, rara vez comia carne; su ordinario sustento eran legumbres, y en tan pequeña cantidad, que parecia imposible pudiese sostenerse con vida. Dotóle Dios de gran sabiduría y destreza en el trato espiritual con sus prójimos, á los cuales adelantaba de manera con sus santos consejos y doctrina, que en breve tiempo los convertia de pecadores en santos, y era tal el fruto que experimentaban sus almas, que ninguno se confesó con él una sola vez que le dejase en el resto de su vida. Tuvo particular gracia en consolar á los tristes

y aliviar á los afligidos, y á pocas palabras que les decia desterraba la tristeza de sus corazones. Fué tenido y venerado como santo, ganando este renombre con los admirables ejemplos de su vida, de que fué testimonio lo ocurrido en Aviñon, donde residia generalmente este buen padre, y que refiere en esta forma la historia. «Habiéndose amotinado contra nuestro colegio »los herejes, por sospecha que tuvieron de que la Compañía pretendia en »Roma que plantasen en Aviñon el tribunal de la Inquisicion que habia en »España, se alteraron con tal furor, que intentaron poner fuego á nuestro co»legio; y de hecho comenzaron á batirle con tiros de artillería y á desterrar »cuantos podian haber á las manos de la Compañía, sin atreverse en mu»cho tiempo á salir alguno de casa: solo el P. Pecquete fué respetado de los »herejes por la estima que tenian de su rara santidad, y solo él, armado con »la cruz de Cristo y la confianza en Dios, salió del colegio y habló al legado »del papa Gregorio XIV, y con su humildad y santas razones templó la ira »de los amotinados, y aquella horrible tempestad se convirtió en serenidad »y bonanza; y trocados los enemigos en amigos, se redujeron á paz y con»cordia con igual júbilo de la ciudad y consuelo de nuestro colegio, que re»sucitó como de muerte á vida por la industria y santidad del P. Pedro Pec»quete.» No fué ménos acepto á Dios que á los hombres, como se manifestaba en las demostraciones exteriores que no podia encubrir por mucho que lo procurase con su grande humildad, porque era tan frecuente en la contemplacion, que parecia vivir de la oracion, hallándose por lo comun en ella fuera de sí y transportado todo en Dios; el rostro elevado, absortos los sentidos y con tal aspecto, que solo mirarle causaba admiracion; y si su humildad no hubiera encubierto las mercedes singulares que mereció de la mano de Dios, tuviéramos un rico tesoro con que enriquecer esta corta narracion de su vida, ignorando la mayor parte de sus heróicas obras y esclarecidas virtudes. Su predicacion manifestaba el espíritu ardiente que recibia en la oracion, porque sus palabras eran llamas que encendian los corazones en el fuego de amor de Dios y dolor de sus pecados, y sus razones eran tan eficaces y dichas con tanto fervor y deseo de la salvacion de las almas, que trocaban á los hombres de pecadores en santos, y las conservaban de manera en sus corazones, que despues de mucho tiempo las repetian unos á otros con grande fruto de sus almas. Pero no tardó la Divina Providencia en concederle el fruto á que le hacian acreedor tan multiplicados trabajos, pues deseando el sumo pontífice Gregorio XIV fortificar la ciudad de Aviñon y asegurar el condado de Venaissin, que tenia en Francia, envió desde Italia un cuerpo de ejército para que le guarneciese. Pasaron estas tropas por lugares invadidos de la peste, y cuando llegaron á Aviñon, habian ya muerto algunos, estando muchos heridos del contagio, de manera que no tardaron en poblar

los hospitales de la ciudad. La caridad de la Compañía se manifestó entónces en todo su celo, ofreciéndose á porfía á curar los enfermos y cuidar de sus almas, administrándoles los santos sacramentos de la Iglesia, sacrificando sus vidas por el bien de sus hermanos. El primero que se ofreció con este objeto fué el P. Pedro Pecquete, que se dedicó con todas sus fuerzas á curar á los apestados, confesándolos y sacramentándolos, curando sus llagas sin rezelo del contagio, acudiendo á los vivos y enterrando á los muertos, recogiendo los huérfanos y sustentando á los pobres, sin perdonar ningun género de piedad ni trabajo ni desvelo por el consuelo de todos. Pagóle Dios su caridad admitiendo el sacrificio que hacia de su vida por la de sus hermanos, porque despues de haber trabajado gloriosamente en los hospitales fué atacado de la peste, y aunque se emplearon todos los medios del arte, tenia Dios decidido darle la corona de sus merecimientos, y habiendo pasado para curarse á un lugar cerca de Aviñon, murió recibidos todos los sacramentos, entonando himnos y alabanzas á Dios, en 11 de Julio de 1591, diciéndose que obró varios milagros despues de su muerte. — S. B.

PECTORANO (Bartolomé), franciscano siciliano. Escribió, pero no llegó á dar á luz un libro titulado: *Propugnaculum Seraphicum pro plumbi laminarum Sancti Granatæ Montis doctrina, ex mandato S. Inquisitionis Romanæ fabricatum.*—S. B.

PECULIAR (Juan). Nació este prelado en Coimbra, ciudad del reino de Portugal en la península Ibérica. Educado en el colegio de sacerdotes de la expresada ciudad, y pasando despues á Francia para perfeccionarse en las ciencias, concibió un gran deseo de restablecer la regularidad en las comunidades de sacerdotes, proyecto que tuvo ocasion de practicar en su patria por medio de la amistad que contrajo con D. Tello, arcediano de Coimbra, siendo maestro de los infantes de la catedral. El año 1136 fué nombrado obispo de Coimbra, de la que pasó en 1139 á la silla arzobispal de Braga. Teniendo que ir á Roma con motivo de esta promocion para recibir el pallium, asistió al segundo concilio de Letran, en el que contrajo estrecha amistad con S. Bernardo, con cuyo santo mantuvo despues larga correspondencia. Este prelado tuvo el honor de coronar á D. Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal, en los estados de Lamego. Se encontró en el sitio y toma de Lisboa en 1147, y despues de gobernar la santa iglesia de Braga durante treinta y seis años, segun las *Memorias de Portugal*, murió el 3 de Diciembre de 1175 de nuestra era. — C.

PEDRAZA (Catalina de). En la ciudad de Cuenca y de los piadosísimos Rodrigo de Pedraza é Isabel Salazar, nació en 10 de Agosto de 1555 la niña Catalina, que habia de ser grande en la presencia del Señor, y dar por consiguiente honor á su nombre y á su patria, notable ya por haber sido la

cuna de otros muchos personajes distinguidos en todo órden, los cuales, como era consiguiente, procuraron á su hija la más esmerada educacion, poniendo todo su esmero en que ante todo se formase su espíritu para la piedad y su corazon se aficionase á los encantos del amor divino, con lo cual, como la estrecharon más y más en la íntima identificacion de sentimientos que su alma tenia con su Dios, los cuales experimentó desde ántes aún de que ella pudiese darse razon de lo que experimentaba y sentia. ¡Tal era la prevencion con que la gracia disponia esta alma, que fué á Dios tan agradable! Excusado es, por consiguiente, decir que quien recibia de Dios dones tan especiales, como el de un conocimiento superior á la edad, gracias tan marcadas como la de una vocacion decidida á entregarse toda á él con una espontaneidad y decision de que nada sería capaz de apartarla, habia de merecer al Señor un espíritu grande de docilidad, y en efecto fué así, que la niña no solo obedecia puntualmente las prescripciones de sus padres y maestras, sino que se anticipaba á sus mismos deseos, siendo este el motivo de que adelantára más que las otras en la enseñanza, y agregándose una segunda razon, fundada en que el intento que siempre tuvo de consagrarse al servicio de Dios, como que la obligaba á dedicarse con afan á aprender todas las labores de su sexo como un medio de poder un dia emplear sus primorosas manos en disponer objetos para el culto, y cuyo servicio fuera á mayor gloria de Dios, en ese decoro tan conveniente á su casa, en esa esmerada pulcritud que áun en las cosas materiales demuestra la grandeza del ser á que se le destinan, mostrando los augustos atributos de quien al exigir del hombre el culto externo, ha querido que animado por las cosas tangibles que conoce, se eleve á las desconocidas que no conoce, pero que existen realmente para su bien y para su consuelo. Hemos dicho que era suma la docilidad de la niña Catalina, y esto hizo que sus padres dispusieran de ella sin consultar más que á sus intereses, y no atendiendo sino á lo que les parecia reclamar el bienestar de su casa y familia, ó más bien á lo que ellos creian exigir la conservacion de sus intereses, no elevando sus miras más allá de este mundo miserable, material, pequeñísimo y mezquino en todos sus intentos, en todas sus aspiraciones y designios. Por esto pensaron los padres casar á su hija con un noble y piadoso caballero, que pudiese llevar despues que á ellos pareciera conveniente descansar, el peso de los negocios de la casa, y así proporcionarlos toda la quietud y sosiego que necesitáran. No habian, sin embargo, contado en este asunto con la voluntad de la ínclita sierva del Señor, que no podia ya disponer de su mano por haber dispuesto de su corazon, y no poder dividir éste por ser el objeto de su predileccion tan perfecto, tan elevado y sublime, que sin admitir quien comparta con él los cariños, tiene un derecho impres-

criptible á todo el afecto de quien se le consagra. Catalina se habia declarado esposa de Jesucristo; no podia, por consiguiente, serlo de ninguna criatura, y esto mismo manifestó á un respetable sacerdote de la órden de San Francisco, que fué de quien sus padres se valieron para hacer conocer á su hija su voluntad ó deseos. Como eran muy piadosos y veian en el partido que tomó su buena hija como asegurada su dicha y no perdido su bien, resolvieron condescender con sus deseos, que hallaron piadosísimos, se complacieron en que ella, que era la mayor de sus tres hermanos, los aventajase tambien en la perfeccion de su estado, y muy satisfechos convinieron en dejarla la oportuna libertad para que como quisiera buscase á su bien amado, sin restringirla desde entónces ni ponerla impedimento alguno en los ejercicios de piedad, ántes por el contrario alentándola si alguna vez era preciso, no por otro motivo sino porque en diversas ocasiones el cuidado de las haciendas de la casa, como que la privaba de los recreos de su espíritu, y sus padres fomentaban estos mismos espirituales recreos de la inocente criatura, ayudándola para que pudiese mejor dedicarse á los piadosos ejercicios, donde más de una vez vieron los padres el remedio de sus necesidades, por los favores y gracias que Dios hacia descender á manos llenas sobre los intentos de su criatura privilegiada, que segun el mundo, parecian del todo insignificantes. El ir enumerando una por una las virtudes de esta privilegiada criatura seria producir con el relato una molestia que á nada conduciria, por lo que trazándolas á grandes rasgos, hallaremos que repetidos cada dia esos ópimos frutos de virtud, que en un dia admiraremos, dieron por último término esa siega de buenas obras, que recibiria indudablemente de Dios una recompensa acomodada á los merecimientos de la que practicó todas sus acciones virtuosas sin más mira que seguir el camino que Dios la trazó, sin otro fin que imitar el ejemplo que Cristo nos legó, sin más intento que corresponder á la gracia con que nuestro Señor la habia favorecido de un modo especial. Hemos dicho que quedó en completa libertad para disponer de sí luego que hubo manifestado á sus padres su deseo de vivir sola para Dios, con el fin de estrechar más y más su trato con la Divinidad y hacer más firme el contrato de amor á Dios con que se dedicaba á su servicio; ingresó en la Tercera Orden de S. Francisco, pero no como ordinariamente se toma el santo cordon, sino con el más decidido afan y el más firme propósito de ser en todo y por todo en el siglo lo mismo que las religiosas en el claustro; y su celestial esposo la concedió esta gracia, bien es verdad que lo merecia su misma rectísima intencion, pues el no entrar en un convento para servir á Dios en él, no conoció otro motivo más que el estar al frente de las necesidades y atenciones de sus padres y hermanos, cuyos cuidados cumplia con un esmero delicadísimo, habiéndose hecho obligacion de justicia procurar

para todos lo mejor y lo más bien dispuesto en todo órden, al paso que para ella dejaba siempre lo más vil y despreciable, lo que á nadie se atreveria ella á presentar por no parecerla adecuado para el servicio y ministerio de los siervos de su buen Señor. Ella se prevenia para las haciendas de la casa con una fervorosa oracion, y ántes de entregarse al ejercicio de su ministerio, habia dejado su corazon encerrado con Cristo en el sagrario, miéntras llevaba consigo á Cristo residente en su pecho por la sagrada Eucaristía, renovando cada dia y á cada hora la promesa de entregarse á él, que le hiciera en su desposorio místico, y que renovada á cada instante, conservaba siempre la misma firmeza que al principio, porque siempre estaba elevándose á Dios su espíritu por las repetidas aspiraciones de amor á su adorable majestad é ínclita soberanía. Era en extremo sufrida en las adversidades y contradicciones tan frecuentes en esta vida de miserias, y no hallaba nunca motivo de enojo, ni en las faltas que los demás cometian contra ella, ni en los motivos que frecuentísimamente se presentan en este valle de lágrimas, desdichas, miserias y contratiempos. Los rigores de su penitencia admiraron á los que llegaron á conocerlos miéntras estas se verificaban, y despues á los que los han sabido, pues era verdaderamente pasmoso el que una mujer delicada, es más, enfermiza, no se quitase nunca los silicios ni escaseára las disciplinas rigorosas y de sangre, cuando su alimento era ó un poco de pan y agua, ó á lo más unas miserables legumbres condimentadas de muy mala manera, pareciendo, y siéndolo en efecto, un verdadero prodigio el que pudiera sostenerse con tan poco, y no digamos en una vida muelle y sosegada, sino en una vida tan activa y tan fatigosa, que su misma fatiga y actividad eran motivos de destruccion, áun para una persona llena de robustez y de fuerzas, mucho más para una tan delicada. Su castidad fué tan perfecta como se puede presumir, llegando hasta el extremo de dar á una persona de toda su confianza el especial encargo de que la amortajase sin otro motivo que el de que no pudiese nadie perturbar su pureza áun despues de su fallecimiento. Las demás virtudes todas corrieron parejas con estas de que llevamos hecho mérito; así que todos los que la conocieron la admiraron, y á todos fué de grande edificacion la noticia de su conducta, porque ella demostraba ser la de una verdadera sierva de Dios, esposa de Jesucristo y modelo acabado de santidad y perfeccion; uno de esos destellos del amor divino que el Señor deja ver en el mundo, como demostracion clarísima de que no se ha extinguido el fuego que vino á prender en él, y que con todo el deseo de su corazon anhela que en él mismo prenda. De esta manera tan conforme á los designios de Dios, pasó su vida Catalina de Pedraza y Salazar, hasta que en Abril de 1601 la llamó el Señor para sí, habiéndola permitido practicar todas las virtudes por espacio de cuarenta y



S. PIETRO

seis años. Sus honras fueron un verdadero acontecimiento en Cuenca, pues á ellas concurrió desde lo más distinguido hasta lo más humilde, para dar á Dios testimonio de su reconocimiento á los favores y misericordias del que, glorioso en su sierva, habia proporcionado á todos modelo y esperanza, en la que, por parecerse á Jesucristo, recibiria sin duda las bendiciones reservadas á los que son formados segun el corazon del Hombre-Dios.—G. R.

PEDRAZA (D. Cristóbal de), obispo de Honduras, en América, fué elegido en el año 1539 con la obligacion de tomar las cuentas y componer las diferencias entre D. Pedro Alvarado y D. Francisco Montejo y sus partidarios, de cuya decision resultó ser condenado Montejo en veintiocho mil ducados, que se adjudicaron á Alvarado; mas se los perdonó á peticion del Obispo, de su esposa Doña Beatriz de la Cueva, quedando amigos ambos rivales. Ignóranse los demás hechos del obispo Pedraza, aunque se sabe que obtuvo el renombre de *Protector de los indios.* — S. B.

PEDRAZA (D. Francisco de), canónigo de la santa iglesia catedral de Granada. Nació en esta ciudad en 1583, y siguió la carrera del foro, ejerciendo por muchos años la abogacía, hasta que obtuvo una plaza de magistrado en la sala civil de la Audiencia de Madrid. Nombrado por el Rey canónigo y tesorero de la santa iglesia de Granada, regresó á esta ciudad, dedicándose á escribir un gran número de obras, las que se publicaron en diferentes épocas. En su juventud, cuando apénas tenia la edad de veintitres años, dió á luz una obra en que trataba de la *Antigüedad y excelencias de Granada;* Madrid, 1608, en 4.° Pero habiendo recogido posteriormente un gran número de noticias, á cual más curiosas é interesantes, volvió á continuar su interrumpida tarea, y publicó en 1668 la *Historia eclesiástica, principios y progresos de la ciudad y religion católica de Granada.* A los veintisiete años dió á la prensa, en Salamanca, el *Arte legal para estudiar la Jurisprudencia, con la exposicion de la Instituta;* 1612, en 4.° Obra de no escaso mérito, y que le tiene mucho mayor si se atiende á la época en que fué publicada y á la edad del que la publicó. Escribió tambien: *El Secretario del Rey;* Madrid, 1620, en 4.° — *Hospital real de la Corte;* ibid., sin año de impresion. — *Historia eucarística;* Granada, en 1643, 4.° Pedraza murió á una edad muy avanzada en 1655. — S. B.

PEDRETO (Antonio). Hermano coadjutor de la Compañía de Jesus, que falleció en Bolonia á primeros de Agosto de 1630, de la peste que asoló á aquella ciudad y casi toda la Italia. — S. B.

PEDRO (S.), Apóstol, cabeza visible de la Iglesia, es el primer eslabon de la cadena de pontífices que sin interrupcion alguna vienen sucediéndose desde la muerte del Salvador del mundo. Doscientos cincuenta y nueve pontífices han ocupado el trono pontifical desde el apóstol S. Pedro hasta Pio IX

en el trascurso de diez y nueve siglos, desde que entónces se verificaba en el seno del mundo civilizado la más asombrosa de las revoluciones. La victoria habia puesto en manos de un solo hombre la fortuna de Roma, y con ella el destino de ciento veinte millones de seres humanos. De Oriente á Occidente una sola voluntad, un solo nombre, existe sobre todos los labios; su nombre los más bellos genios de su siglo lo celebran en obras que han quedado por monumentos del pensamiento humano; una religion pública añade todavía á tanta grandeza la consagracion de su culto. Augusto, porque este es el nombre de ese feliz mortal, nada tiene que envidiar á sus dioses; la adulacion y la servidumbre le han levantado ya altares en un templo, aguardando que la apoteosis le abra los cielos. El Imperio Romano habia llegado al apogeo de su poder. Como un vasto coloso extendia sus inmensos brazos del Danubio al monte Atlas, del Océano al Eufrates. Roma habia terminado una mision que le impusiera la Providencia. Era preciso que hiciese de todas aquellas naciones, hostiles unas á otras, un solo pueblo con unas mismas leyes y una misma civilizacion, sociedad uniforme sobre la que fué á extenderse el cristianismo. Roma fué el pueblo de la unidad política. Roma no pudo nunca completar la unidad religiosa. Esa mision estaba reservada á otro pueblo, un pueblo oscuro, que se conservaba contra todas las probabilidades humanas en medio de las más extraordinarias circunstancias, hasta que segun la célebre profecía de Jacob *viniese el que debia ser enviado*. ¡Ese pequeño rincon de la tierra, pobre, infecundo, batido por todo el viento de las miserias humanas, se llamaba la Judea, provincia romana desde la conquista de Pompeyo! A ella encargó la Providencia el extender la unidad religiosa que negára á la poderosa Roma. Roma, al cumplir la terrible mision de someter á su freno todos los pueblos del mundo, exponia á sus dioses por la fuerza de las cosas á medirse á cada instante contra los dioses de los pueblos vecinos. Se exponia ella misma á ver sus más fuertes y atrevidas resoluciones amenazadas en su éxito por el sentimiento más enérgico que existe en el corazon del hombre, el sentimiento religioso. Roma no titubeó en transigir con los dioses extranjeros; los aceptó, los toleró todos. ¿Cómo los hubiera aceptado ó tolerado tan fácilmente, si hubiese llevado en el fondo de su alma una fe viva, una fe ardiente en cualquiera doctrina, en cualquiera enseñanza sacerdotal? Roma no concibió jamás el principio religioso en su sentido normal; su estado primitivo debia traer el politeismo; su politeismo y su ambicion debian traer una tolerancia universal, y con ella una negacion absoluta de todo principio religioso, de toda vida espiritual, de toda vida realmente social. Este sistema de escepticismo se resume en Ciceron, que fué uno de sus más brillantes representantes.—Miéntras Roma y el mundo reposaban bajo el imperio de Augusto en

una comun esclavitud, léjos, muy léjos de Roma, en un oscuro pueblo de la Judea, en Belen, nacia el Salvador del género humano. Hubo en toda la tierra como un gran silencio para oir la voz que iba á resonar en el Calvario, y que debia dar á los hombres la paz moral y una nueva civilizacion. Nace Jesucristo, es verdad, en un pesebre, en un establo, pero tiene por testigo el gran siglo de Augusto, el más bello de todos los siglos despues del de Pericles. Nuevos Orfeos, Virgilio, Horacio, Ovidio, Tibulo, Fedro y otros muchos dulcifican la ferocidad del tirano, y la grandeza romana se levanta, como Tebas, á los acentos de sus poéticas liras. Roma se embellece bajo el dominio de Augusto, y despues de cuarenta y cuatro años de gobierno deja el dominio del mundo á su hijo adoptivo Tiberio, el año 14 del nacimiento de Jesucristo. Tiberio comienza al principio á gobernar con el mismo celo y con el mismo éxito que Augusto, pero despues se abandona á la más caprichosa tiranía y crueldad, bajo la influencia de su ministro Sejano. Todo lo grande por sus talentos, por sus virtudes, todo lo que podia inquietar al Emperador, todo lo que no obedecia silenciosamente, fué proscripto, y la ley terrible *de Majestate* hizo que un sombrío terror pesase sobre el imperio. Tiberio abandonó á Roma (año 26 de Jesucristo) para ocultar á los romanos el espectáculo de su vejez y de sus vergonzosos desórdenes. Encerrado en la isla de Caprea, vive en medio de los placeres libremente y gobernando por cartas el mundo, que diezma cada dia su furor, y que no osa ni áun en secreto formar el deseo de un libertador. ¡Tal era la servidumbre de Roma y del mundo, que esos insolentes mensajes de un viejo corrompido eran recibidos con veneracion y cumplidos con sumisa docilidad!... Con asombro del mundo, con estupor de las poblaciones todas, á los ojos mismos de los ministros del César de Caprea, aparece Cristo, que habia nacido de una virgen, en un establo, en el tiempo de Augusto, y que no habia escapado á la proscripcion de Herodes, el infanticida, sino por la huida de su madre á Egipto. Cristo proclama en los pueblos, en las calles de Jerusalen, que todos los hombres eran hermanos, que la caridad era el vínculo del cielo con la tierra, que era preciso perdonar á sus enemigos, abandonar la ley antigua por la nueva, pagar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios! ¡Que los ricos eran duros y avaros, y que de los pobres sería el reino de los cielos! Para Jesucristo todos los hombres y todas las familias de la tierra no son más que una sola y única familia. ¡Jamás el mundo habia oido proclamar una doctrina más general ni más consoladora: el alma era igual al alma, el hombre era igual al hombre, y los ecos de la Palestina extendieron en el universo entero este grito santo de libertad, de igualdad y de emancipacion! Los más adelantados legisladores que pueda tener el mundo no podrán nunca escribir en sus códigos nada más liberal y favorable á los

pueblos que lo que Cristo proclamó hace diez y nueve siglos. Esta doctrina saludable, que regeneraba las naciones, fué el principio de un nuevo culto. Doce pescadores, á cuya cabeza está Pedro, discípulos de Cristo, fueron llamados al apostolado, y recibieron la mision de someter el mundo entero sin más armas que su palabra y hacer reconocer á Cristo por Dios, que habia dejado al mundo tres grandes pruebas de su divinidad: un hecho, un libro y una institucion. El hecho son sus milagros: el libro el Evangelio: la institucion su Iglesia. El milagro es la más brillante, la más popular, la más irresistible de las pruebas, porque por una parte el milagro es un hecho público, un hecho que se toca, que se palpa, un hecho que se apodera de los sentidos y por los sentidos del alma: un hecho que se apodera del hombre con tal luz de evidencia, que domina tan irresistiblemente, que es preciso que se rinda ó que abdique su inteligencia: y por otra es un acto de supremo poder que la razon humana atribuye á Dios, y es como la prueba irrefragable de su accion divina. De tal modo está convencido de ello el hombre y tal es su miedo á la demostracion invencible que se encierra en el milagro, que agota los sofismas para persuadirse á sí mismo de su imposibilidad. El libro es el Evangelio en que se contienen los milagros de Cristo y su enseñanza, escrita por sus Apóstoles y conservada por su Iglesia. El monumento evangélico, comparado con los monumentos que nos ha legado el pensamiento de los genios más célebres, los confunde á todos por sus colosales proporciones, y ninguna medida humana es bastante á abarcar este edificio demasiado visiblemente infinito á no ser divino; libro superior á todos los libros y al alcance de todos, que resuelve todos los problemas de la vida y del eterno porvenir del hombre con una claridad incontestable, que hace comprender á un niño lo que apénas pudieron vislumbrar los filósofos y los sabios del siglo. Este libro es la palabra de Cristo. No se limita Cristo á sus milagros y á la doctrina, á un hecho que pasa y á un libro que hubiera podido quedar olvidado en la ruina de los siglos. Saca de sí mismo un mundo, creando una institucion eterna, y esta institucion es su Iglesia. La Iglesia es bajo una forma exterior y visible la constitucion viviente de las inteligencias, el reino de las almas que no se habia conocido ántes de Jesucristo, en la tierra donde solo se habia visto el reinado de los conquistadores, el imperio de la fuerza, que no daba á sus señores sino el dominio sobre la materia. Pero Jesucristo funda el imperio de las almas con su gerarquía, le da leyes y hace de él un nuevo mundo que sostiene, por decirlo así, en sus manos, suspendido en el aire y sin apoyo hace diez y nueve siglos. Para crear el universo material no necesitó Dios más que una palabra: una bastó tambien á Jesucristo para producir su Iglesia. Dijo una palabra: *Venid, seguidme*, y tuvo sus discípulos. Dijo otra palabra: *Id y enseñad á las naciones*, y esta segunda palabra le dió el apostolado.

Dijo tambien : *Tú eres Pedro , y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y lo que atares y desatares en la tierra, atado y desatado quedará en el cielo* ; y quedó fundada la gerarquía y la autoridad. En la creacion del mundo material, Dios puso un reflejo de la gloria , sobre todo en la formacion del hombre , viva imágen de su ser. Jesucristo se ha retratado en su Iglesia: ha hecho el mundo de las almas á su imágen , le ha dado la unidad, porque él es único; la santidad, porque es santo; la autoridad, porque es el Señor de todo; la universalidad, porque es Dios inmenso; la perpetuidad, porque es Dios eterno; y cual al crear los mundos puso la fuerza de atraccion, que hace que graviten hácia un centro comun, de lo que resulta la armonía del universo , así en la creacion de la Iglesia ha puesto su gracia esta ley de atraccion espiritual, que hace tambien gravitar inevitable, infaliblemente el alma hácia el que es el centro comun de las inteligencias, hácia Dios. Así como en la naturaleza ha puesto Dios un manantial inagotable de vida, así ha puesto lo mismo en su Iglesia una inextinguible fecundidad, una energía siempre renaciente, la autoridad. La Iglesia, este mundo de las almas que revela su vida por símbolos exteriores, que deja ver su accion por una gerarquía exterior y sensible, vive en medio de nosotros y con una vida tan poderosa, que despues de diez y ocho siglos, conserva toda la fuerza de su orígen y la energía de su constitucion primitiva , con su juventud inmortal en medio de las ruinas de los imperios. La incredulidad no puede negar su existencia ni disputar la creacion de la Iglesia de Jesucristo. Antes de él solo se veia en el órden temporal una sociedad política; en el órden de la ciencia escuelas y sectas; en el órden religioso templos, empero templos de ídolos de la supersticion. En vano se buscaria el mundo de las almas: no existió hasta que Jesucristo lo creó. Desde aquel tiempo aparece una sociedad nueva de inteligencias unidas en el interior por la misma fe y el mismo amor: en el exterior por la profesion de un mismo símbolo, por la misma mision, por la misma autoridad. Todas juntas caminan al través de las sombras del tiempo hácia ese Dios, que poseerán un dia, y su patria inmortal que es el cielo. No es la obra de un hombre, porque lo que el tiempo ve levantarse , el tiempo lo ve perecer. Las ruinas se amontonan sobre las ruinas y la Iglesia queda. Pasan los siglos y la Iglesia permanece. Lo que una revolucion produce, una revolucion se lo lleva. Las tempestades políticas arrancan de raíz los más grandes imperios, y la Iglesia inmóvil se mantiene en pie. Lo que procede de los hombres, los hombres lo destruyen. Largos siglos hace que los hombres hacen la guerra á la Iglesia, y la Iglesia vive siempre. Llámese en buen hora obra de los hombres todo lo que se conmueve, todo lo que vacila, todo lo que se hunde , todo lo que desaparece en el abismo de los tiempos, empero lo que crece al través de las tor-

mentas de los siglos, lo que no sabe ni envejecer ni morir, lo que permanece siempre en una inmortal juventud, no es la obra de un hombre, sino la obra de un Dios en quien reside la fuerza, el poder, la duracion de la eternidad. Es la creacion de Jesucristo, el testimonio más permanente que nos ha dejado de su divinidad. Dios está en su Iglesia; es su divinidad siempre viva y en la más brillante é incontestable de las manifestaciones. La conciencia y la razon no pueden ménos de caer de rodillas ante ella, y exclamar con el príncipe de los Apóstoles: Sí, verdaderamente eres el Cristo, Hijo de Dios vivo! *Tu es Christus Filius Dei vivi!* El drama de la historia del mundo que se completó anticipadamente, y á manera de preludio, en la vida de Jesucristo, principio y término de todas las cosas, en los treinta y tres años que pasó sobre la tierra, se reproduce con una maravillosa fidelidad y se desarrolla continuamente en la historia de la Iglesia y de sus cabezas sucesivas los soberanos pontífices, representantes de Jesucristo en el mundo. En las catacumbas, en la cuna del Pontificado, como en el pesebre del Salvador, acuden primero los pastores, los pobres, los ignorantes. Despues llega la vez de los príncipes y de los grandes de la tierra: los unos, á ejemplo de los Magos, ofrecen sus servicios á los vicarios del Hijo de Dios: los otros, hipócritas como Herodes, no quieren conocer la religion de Cristo sino para mejor sofocarla en la sangre ó en el fango; pero la Iglesia triunfa de la violencia como de la perfidia. Desde su institucion se modela siempre sobre la vida de su divino Fundador, reflejándose fielmente en ella todas sus circunstancias. Sin cesar predica el sermon de la montaña, siembra por do quiera el grano de mostaza, y echa en la masa impura de la humanidad la levadura evangélica. Maldice los mercaderes y vendedores del templo, anatematiza á los fariseos y á los malos ricos, maldice á la higuera estéril y al árbol que no da buenos frutos. Bendice el dinero de la viuda, envia sus operarios á su viña, mata el ternero para celebrar la vuelta de sus hijos pródigos, llama á penitencia á los pecadores y pecadoras, y recoge las ovejas extraviadas para volverlas al redil del pastor romano. Alimenta los pobres y los huérfanos con el pan que la caridad multiplica entre sus manos, reproduciendo el milagro de los panes y de los peces. A sus pies estan siempre Marta y María, los dos símbolos de la vida cristiana, en el mundo y en el claustro. La Iglesia calma con sus oraciones el furor de las olas irritadas contra la barca de Pedro: da luz á los ciegos, vuelve la palabra á los mudos, cura á los enfermos, resucita á los muertos y hace milagros más grandes que los del Salvador, como él mismo lo ha querido y predicho. *Qui credit in me, opera quæ ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet.* (S. Juan, XIV, 12.) El más grande de los milagros de la Iglesia es su duracion excepcional en una doctrina invariable, á despecho de las herejías y de los más formidables y mul-

tiplicados ataques. Tiene más que enemigos, tiene en su seno traidores que la venden, Judas que la entregan al darle el beso de paz; discípulos que, como los de Jesus, la abandonan y huyen en el momento del peligro, apóstoles algunas veces que la reniegan, y no se arrepienten siempre al canto del gallo; y á pesar de todo esto, nada iguala al prodigio de su perpetuidad. Todos los personajes que figuran en la vida de nuestro Señor son tipos que se reproducen continuamente en la historia de que Cristo es el vínculo, el centro y la unidad. Nicodemus, por ejemplo, vive siempre en medio de nosotros en la persona de esos hombres tímidos y pusilánimes, que viendo la verdad no se atreven á confesarla, porque no tienen valor para romper con el mundo. Al hablar de la Iglesia, hablamos del Pontificado sin el cual esta no podria existir y sería un cuerpo sin cabeza: *Ubi Petrus ibi Ecclesia*, decia S. Ambrosio. La cabeza de la Iglesia ocupa entre nosotros el lugar del Crucificado: ha sido en todos los siglos tratada como lo hubiera sido el Salvador del mundo si otra vez se hubiese dignado volver á él, y dice todos los dias con el Apóstol: «Completo lo que falta á la pasion de Cristo en su cuerpo »*místico*, que es la Iglesia... por eso me complazco en mis debilidades, en los »ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones, en mis padecimientos, »porque cuando soy débil soy fuerte entónces. (*Adimpleo ea quæ desunt pas-»sionum Christi, in carne mea, pro corpore ejus, quod est Ecclesia.* (S. Pablo á »los Colosenses, I, 24.) *Cum enim infirmor, tunc potens sum* (S. Pablo, II á los »Corintios, XII, 10.) Este es el gran misterio de las pruebas y padecimientos del Pontificado: es el misterio mismo de Dios, que se ha hecho hombre y que continua viviendo en su Iglesia: es la union del cuerpo y del alma, es la mezcla de la fuerza y de la enfermedad aparente, del poder divino y de la debilidad humana, de modo que se ve alternativamente á la Iglesia en sus misteriosas vicisitudes sucumbir en parte por los ultrajes, y triunfar despues milagrosamente. Por eso el Papa no reina como Cristo, sino por la Cruz y sobre la Cruz; por eso sus glorias del Tabor las cubre el velo de las agonías del Calvario. Todo el edificio del cristianismo está fundado sobre un sepulcro y sobre una resurreccion. El drama divino que se completó en el Gólgota, recomienza perpetuamente y se continuará hasta el fin de los tiempos en la historia de la Iglesia. No ha habido un solo siglo en que no se haya tratado de crucificar todavía al Cristo y ponerle en el sepulcro en la persona de sus vicarios; empero todas las veces el Pontificado rasga su sudario, rompe las ligaduras con que lo habian sujetado, rompe con sus ensangrentados pies las puertas del sepulcro, levanta resplandeciente con una nueva vida la cabeza desgarrada por las espinas, y sus manos taladradas por los clavos se extienden para bendecir aún la ciudad y el mundo: *Urbi et Orbi!* Doscientos cincuenta y nueve pontífices han ocupado la silla pontifical

desde Pedro *el Pescador* hasta Pio IX, sin interrumpirse esta cadena de pontífices herederos de la autoridad apostólica ni un solo instante durante diez y nueve siglos. Jesucristo edificó su Iglesia sobre Pedro, y prometió que las puertas del infierno no prevalecerian jamás contra ella, y su promesa como todas las de Dios se ha cumplido y se cumplirá. Vamos á considerar la vida del hombre en quien comienza la gerarquía eclesiástica, y sobre quien funda Jesucristo la divina institucion de la Iglesia, constituyéndole la cabeza visible de ella, siendo el primero que ejerce las supremas funciones del Pontificado, cuyo poder espiritual y temporal veremos desarrollarse en bien de la humanidad y de la civilizacion del mundo.— Habia en Bethsaida, poblacion de la tribu de Nephtalí en la Alta Galilea, á las orillas del lago de Genesareth, dos hermanos, hijos de un pescador llamado Jonás ó Juan, que vivian pobremente del producto de su pesca, y esperaban, como todos los fieles israelitas, la venida del Mesías. Estos dos hermanos se llamaban Andrés y Simon; se ignora cuál de los dos era el mayor. Simon era casado, y su suegra vivia en Cafarnaum, sobre las orillas del mismo lago cerca de la embocadura del Jordan, en los confines de las tribus de Zabulon y de Nephtalí. Sin duda por esta causa vino á fijarse Simon en Cafarnaum, adonde le siguió su hermano Andrés. Allí oyeron hablar de la predicacion de S. Juan Baustista. Andrés se alistó en el número de los discípulos del Precursor, y probablemente su hermano con él. ¿Fueron testigos del bautismo del Salvador y del milagro que le acompañó? Nada absolutamente dicen los Evangelios; empero, Andrés no pudo ignorar aquel maravilloso suceso, ni tampoco el testimonio dado por Juan á Jesus cuando los fariseos vinieron á preguntarle sobre el Mesías, ni lo que pasó á la mañana siguiente de aquella entrevista, cuando Juan, al ver venir hácia él á Jesus, exclamó: «Ved ahí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mun»do: este es de quien os he dicho: detrás de mí viene un hombre »que estaba delante de mí y yo no le conocia, pero he venido á bautizar »en el agua, á fin de que sea conocido en Israel.» (S. Juan, I, 29-31.) A la mañana siguiente se hallaba S. Juan en el mismo sitio con dos de sus discípulos. El uno de ellos era Andrés; no expresa el Evangelio cuál era el otro. Jesus pasó por allí, y el Bautista exclamó de nuevo: «Ved el Cordero de Dios.» A aquellas palabras siguieron los dos discípulos á Jesus, que les preguntó qué buscaban, y permanecieron con él todo el resto del dia. San Agustin añade que Andrés pasó con Jesus toda la noche. Lleno Andrés de las divinas enseñanzas que habia oido de la misma boca del Salvador, busca á su hermano y le anuncia que ha encontrado al Mesías. Simon no vacila un solo instante. De carácter impetuoso y ardiente, no puede permanecer tranquilo en su casa despues de semejante noticia. Marcha sin dilacion con su

hermano, que le lleva adonde estaba Jesus. Desde esta primera entrevista comienza ya á preparar el Salvador la grandeza futura del primer vicario que debia tener sobre la tierra. Mira á Simon y le dice: «Tú eres Simon, hijo de Juan; en lo sucesivo te llamarás Cefas.» Significa esta palabra *piedra* en el lenguaje caldeo. Permanecieron entónces algun tiempo los dos hermanos con Jesus, y se tornaron despues al ejercicio de su profesion de pescadores, dispuestos á seguir al Salvador en el momento que los llamase. Así es que le siguieron poco tiempo despues á Galilea, en la tribu de Zabulon en Canaam, donde se hallaba la santa Vírgen María. El primer milagro de Jesus en las bodas de Caná no pudo ménos de afirmar la fe de los primeros discípulos. Jesus fué en seguida á Cafarnaum, que estaba algunas leguas de Caná. Pedro y Andrés se encontraron en su casa. Todo esto pasó el primer año de la predicacion del Salvador, el 30 de la era cristiana. Al final del mismo año hubo un suceso que manifiesta de un modo más ostensible la vocacion de S. Pedro. Multiplicaba Jesus sus milagros y sus predicaciones en las ciudades de la Galilea; empero en Cafarnaum sobre todo resplandece la gloria de su poder y la sabiduría de sus palabras. La suegra de S. Pedro queda curada de unas terribles calenturas que la atormentaban, á una simple palabra de Jesus. La muchedumbre se apiña á su alrededor; le traen enfermos de todas partes, y de todas acuden tambien á oir sus divinas enseñanzas. Un dia que se hallaba sobre la playa del lago de Genesareth, llamado tambien mar de Galilea y más tarde mar de Tiberiades, la multitud se precipitó hácia él más numerosa y compacta que de ordinario para oir la palabra de Dios. Habia amarradas á la orilla del lago dos barcas, y los pescadores que habian bajado de ellas se hallaban componiendo sus redes en la playa. Entró Jesus en una de las dos barcas, á fin de que no le sofocase la multitud. Aquella barca era la de Simon, segun hace notar el Evangelio, que indica en otros muchos puntos más esta preferencia misteriosa dada á la barca de S. Pedro. Jesus se alejó un poco de tierra, y se puso á enseñar á las turbas del pueblo desde la barca. La otra barca pertenecia al Zebedeo, cuyos dos hijos, Jacobo y Juan, eran tambien discípulos de Jesus. Cuando hubo éste concluido de hablar, mandó á Simon que entrase con la barca mar adentro y echase las redes para pescar. Simon le respondió: «Maestro, toda la noche hemos trabajado sin coger nada, pero pues que lo mandais, echaré la red.» Echaron los aparejos los pescadores, y fué tal la cantidad de peces que se cogieron, que se rompian las redes. Simon y su hermano llamaron á sus compañeros de la otra barca para que fuesen á ayudarlos. Acudieron estos, y de tal modo se cargaron las dos barcas con la pesca, que comenzaron á zozobrar y estuvieron á punto de irse al fondo. Espantado de aquel milagro Pedro, se arroja á los pies de Jesus y le dice con una fe llena de humildad:

«Alejaos de mí, Señor, porque soy un pecador.» Esta humildad, esta fe reciben instantáneamente su recompensa: «No temas, dice Jesus á Pedro, desde hoy serás pescador de hombres.» Así se inauguraba el apostolado de S. Pedro, y es importante observar que en esta circunstancia ejerce Pedro el principal papel, miéntras Jacobo y Juan trabajaban á sus órdenes. Entónces, dice el Evangelio, retiraron sus barcas, lo abandonaron todo y siguieron á Jesus. (S. Lucas, V, 1-11.) Desde entónces Pedro y Andrés acompañaron por todas partes al Salvador, y no volvieron ya más á sus redes, ni tornaron á ver á su familia, sino cuando volvian con Jesus á Cafarnaum. Al año siguiente eligió Jesus sus doce Apóstoles: Simon Pedro, hijo de Jonás ó de Juan; Juan y Jacobo, hijos de Zebedeo; Andrés, hermano de Pedro; Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo, hijo de Alfeo; Simon, Judas, hermano de Jacobo, y Judas Iscariote *el Traidor*. La mayor parte eran pobres pescadores, como Pedro y Andrés; Mateo era un simple publicano ó cobrador de contribuciones públicas de los romanos, y todos hombres oscuros, ignorantes, con cuyos elementos iba Jesus á constituir su Iglesia, establecer su imperio en el mundo: con tan débiles medios iba á destruir el poder de los políticos, confundir la sabiduría de los filósofos y cambiar la faz de la tierra. ¡Locura insigne si no hubiera sido un Dios! Proyecto insensato si hubiera sido solo un hombre! Empero su Iglesia ha triunfado de todos los obstáculos, y un sucesor de S. Pedro reina, á pesar de las contradicciones del mundo, en la ciudad eterna de los Césares!!! La vocacion de Pedro al supremo Pontificado se manifiesta más y más evidente á medida que el Salvador se aproximaba al fin de su mision divina sobre la tierra. En la eleccion de los apóstoles se ve á Pedro el primero, y todas las veces que los Evangelios dan la lista de los apóstoles colocan á Pedro á su cabeza, y Pedro se muestra digno de este lugar por su humildad, fe viva y ardiente celo. Estas señales de una especial vocacion se multiplican todavía. Un año casi ántes de la pasion del Salvador, se hallaba éste no léjos de Cesarea de Filipo, cerca de las márgenes del Jordan, con sus discípulos. Edificada esta ciudad en un sitio que se llamaba en otro tiempo Paneas, habia sido aumentada y embellecida por el tetrarca Filipo, hijo de Herodes, que le habia dado el nombre de Cesarea en honor de César Augusto, emperador de los romanos. Preguntó Jesus á sus discípulos: «¿Qué dicen de mí? qué dicen del Hijo del Hom»bre?» Respondieron: Unos dicen que sois Elías, otros Jeremías ó alguno de los profetas.—¿Y vosotros, preguntó Jesus, quién decis que soy?» Tomó entónces Pedro la palabra á nombre de todos con su viveza y prontitud espiritual: «Sois, exclamó, el Cristo, Hijo de Dios vivo.» Y Jesus le dijo: «Dichoso tú, Simon, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre »te han revelado eso, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo tambien te

»digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puer»tas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino »de los cielos, y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos: »todo lo que desatares sobre la tierra, desatado será en los cielos (S. Mateo, »XVI, 13-19).» Palabras son estas dignas de notarse y que demuestran evidentemente la preeminencia de S. Pedro sobre los demás apóstoles, y la preeminencia de su silla sobre todas las demás sillas episcopales. Pedro, en su carácter ardiente é impetuoso, iba á cometer una primera falta que debia reprenderle el Salvador del mundo para darle una leccion de humildad y confirmarle en ella. Despues de haber anunciado á Pedro el poder espiritual de que iba á revestirle, manifestó Jesus á sus discípulos la necesidad que tenia de ir á Jerusalen donde tanto debia sufrir por parte de los ancianos, escribas y príncipes de los sacerdotes, donde debia ser condenado á muerte y resucitar al tercero dia. El corazon de Pedro se rebela á la idea de aquellos tormentos que debe padecer su Maestro; se separa á un lado con Jesus, y le dice que aquello no será; pero queriendo Jesus mostrarle que no comprendia aún el misterio de la redencion, le dijo severamente volviéndose hácia los demás discípulos: «Retírate de mí, tentador: eres un escándalo para mí, porque no tienes aficion á las cosas de Dios sino á las cosas de la tierra.» Y añadió dirigiéndose á todos sus discípulos: «El que quiera venir en pos de mí, renuncie á sí mismo; tome su cruz, y sígame.» Todavía tenia necesidad S. Pedro de otra leccion; otra falta más grave debia acabar de hacerle merecer el supremo apostolado por el vivo arrepentimiento con que habia de sentirla Seis dias despues de estos sucesos, Jesus llevó consigo á Pedro, Jacobo y Juan á lo alto de la montaña llamada *el Tabor*. Se trasfiguró delante de ellos: tornóse su rostro brillante como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve, y apareció conversando con Moisés y Elías, que representaban la ley y los profetas. Los tres discípulos que se habian dormido ántes de la trasfiguracion, al despertar vieron al Hijo de Dios en toda su inmensa majestad, y se llenaron de un respetuoso temor. Pedro, ardiente é impetuoso siempre, exclamó el primero: «Señor, bien estamos aquí; si quereis haremos tres tiendas, una para vos, otra para Moisés, y otra para Elías.» Pedro mostraba en esto su amor á Jesucristo; pero no sabia lo que se decia. Una luminosa nube cubrió con su sombra á los discípulos. Desaparecieron de su vista Moisés y Elías, y del centro de la nube salió una voz que dejó oir estas palabras: «Este es mi Hijo muy querido en quien tengo todas mis complacencias: escuchadle.» Cayeron postrados los discípulos con el rostro sobre la tierra, llenos de espanto y de terror. Jesus se acercó á ellos, los tocó y les dijo: «Levantaos, y no temais.» Alzaron los ojos entónces y ya no vieron más que á Jesus. (S. Mateo, XVII, 1-8). Pedro era el discípulo

más diligente y afectuoso del Salvador. Con avidez escuchaba todas sus palabras, y con frecuencia le preguntaba las dificultades que se le ocurrian. Un dia dijo Jesus á sus discípulos: «En verdad os digo que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos; más fácil es que pase un camello por el agujero de una aguja, que el que entre un rico en el reino de los cielos.» Con asombro habian escuchado estas palabras los discípulos, y se preguntaban entre sí quién podria entónces salvarse. Mirándolos Jesus, les dijo: «Imposible es para los hombres, pero todo es posible á Dios.» Entónces Pedro le dijo al Señor: «¿Qué será de nosotros que lo hemos abandonado todo por seguiros?» Jesus les dijo: «En verdad os digo que vosotros que me habeis seguido, cuando en el tiempo de la resurreccion el Hijo del Hombre se siente sobre el trono de su gloria, vosotros os sentareis tambien sobre doce tronos y juzgareis las doce tribus de Israel. Y el que abandone por mi nombre su casa ó sus hermanos, ó sus hermanas, ó su padre, ó su madre, ó su mujer, ó sus hijos, ó sus tierras, recibirá el céntuplo y tendrá por herencia la vida eterna. Muchos de los que eran los primeros serán los últimos, y muchos que eran los últimos serán los primeros. (S. Mateo, XIX, 23-30.)» Otra prueba más difícil que las anteriores debia purificar la fe de Pedro cuando el Salvador desarrolló delante de todos sus discípulos el admirable misterio de la Eucaristía, y les dijo hallándose en Cafarnaum: «En verdad, en verdad os digo que si no comeis la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre, no tendreis vida. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna y lo resucitaré en el último dia; porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.» Estas palabras son terminantes, no hay en ellas nada de sentido figurado, y tan cierto es esto, que muchos discípulos del Salvador sintieron vacilar su fe y le abandonaron desde aquel dia y cesaron de creer en él. Entónces Jesus dijo á los doce Apóstoles: «Y vosotros ¿no quereis abandonarme tambien?» Simon Pedro respondió inmediatamente á nombre de todos: «Señor, ¿á quién iriamos? Teneis las palabras de la vida eterna que leemos, y sabemos que sois el Cristo, Hijo de Dios. (S. Juan VI, 67-70.)» Pedro es, pues, siempre el que habla á nombre de los demás, él es el que demuestra la más viva y ardiente fe. Otra brillante prueba dió de ella despues de la milagrosa multiplicacion de los panes y de los peces. Jesus, despues de haber despedido las turbas se habia retirado solo sobre una montaña para orar y habia dado órden á sus discípulos de embarcarse para ir á Betsaida; pero el viento les era contrario y luchaba la barca contra las olas, de modo que apénas adelantaban muy poco con extrema dificultad y lentitud. Hácia las tres de la mañana Jesus se dirigió á ellos caminando sobre el lago. Al verle así andar

sobre las aguas se turbaron y decian: «Es un fantasma,» y lanzaron gritos de admiracion. «Tranquilizaos, les dijo Jesus; soy yo, no temais.» Al oir aquellas palabras, Pedro lleno de ardor no puede contenerse y exclama: «Señor, si sois vos, mandad que vaya adonde estais andando sobre las aguas.» Jesus le dijo: «Ven,» y Pedro sin vacilar un punto baja de la barca y camina sobre las aguas para ir á encontrar á Jesus; empero al ver la fuerza del viento tuvo miedo. Sin duda debió haberse mezclado algo de presuncion á su fe, y el Salvador quiso hacerla conocer. Comenzaba ya á sumergirse, y entónces se reanima su fe exenta aquella vez de todo sentimiento de orgullo: «Señor, grita, salvadme.» Inmediatamente Jesus le alarga su mano, le coge y le dice: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?» Subieron á la barca y el viento se aplacó, y los que se hallaban en la embarcacion se acercaron al Salvador y le adoraron diciéndole: «Verdaderamente sois el Hijo de Dios.» (S. Mateo, XIV, 24-33.) El sabio cardenal Wisseman, ese alto personaje que tanta celebridad ha adquirido en el mundo, ese eslabon que une hoy la parte católica y fiel de la Inglaterra á la Iglesia universal, y que la hermosa Sevilla ha tenido la gloria de ver nacer en su delicioso suelo, en un estudio sobre los hechos del Nuevo Testamento demuestra que hay en esta relacion muchas circunstancias dignas de notarse. Pedro reclama para sí solo el privilegio de caminar sobre las aguas. No es la barca la que debe conducirle, ni por hallarse dentro de ella no debe perecer. La mano derecha de Jesucristo es su inmediato apoyo, cuando solo é intrépido se arroja en medio de las olas agitadas. Jesus permite que en parte se sumerja á fin de hacerle una reconvencion, que nos es dirigida á todos en su persona. Despues, cuando hubieron entrado en la barca, el viento cesa porque Jesus y Pedro van en ella asidos por la mano; el uno es el jefe supremo invisible y divino; el otro el jefe inferior visible y terrestre de la Iglesia. En la mano del primero reside la potestad, en la mano del segundo la confianza, y estas dos manos así enlazadas son la prenda de seguridad. Los dos suben juntos en la barca, de la que uno es el patron y el otro el piloto; y por la que parece haber perdido todo cuidado: entran en ella, y su presencia reunida restablece la calma. Al leer este pasaje, dice el sabio cardenal arzobispo de Westminster, debe convencerse cualquiera de que este episodio todo entero se refiere en razon á la parte que en él se atribuye al Apóstol. La barca es la figura de la Iglesia: es la barca de Pedro, y la barca de Pedro resiste á todas las tempestades, gracias á la presencia reunida de la cabeza invisible y de la cabeza visible de la Iglesia. Todavia en otra circunstancia demuestra el Evangelio que es la barca de Pedro la figura de la Iglesia. Acababa Jesus de instruir á las turbas que habian venido á oirle; les habia hablado por la mañana en la casa misma de Simon Pedro, en Cafar-

naam, y algunas horas más tarde desde la barca del mismo Apóstol. Hácia el anochecer quiso pasar con sus discípulos al otro lado del lago. Despidieron estos al pueblo, tomaron á Jesus consigo en la barca, y otras barcas los acompañaban; levantóse entónces un gran torbellino de viento, las olas entraban con violencia en la barca y se llenaba ya de agua. Jesus en tanto se hallaba sobre la popa, donde dormia. Los discípulos, asustados, le despertaron creyéndose perdidos. Jesus se levantó entónces, habló con imperio á los vientos y al mar, y los vientos cesaron y el mar se tranquilizó. Entónces dijo Jesus á los discípulos: «¿Por qué temeis así? ¿No teneis fe?» Llenáronse de un gran temor y se decian unos á otros. ¿Quién es este á quien los vientos y la mar obedecen? (S. Marcos, IV, 35, 40.) ¡Qué más bella y magnífica figura puede darse de la Iglesia católica! Cuando Jesus duerme se desencadenan y desatan los enemigos de la Iglesia: creen que lograrán hacer zozobrar la barca de Pedro, y hasta los mismos que van dentro de ella comienzan á perder la esperanza de salvarla; pero Jesus se despierta, callan los vientos, se calma la mar y llega el bajel triunfante al puerto. ¿Qué se han hecho las otras barcas? pregunta el cardenal Wisseman. No hemos vuelto á oir hablar de ellas. Una sola barca llevaba á Jesus á bordo, y es de la única de que se hace mencion en el Evangelio. Las demás ó se dispersarian en medio de las tinieblas ó serian arrojadas sobre la playa. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que solo se habla de una que hubiese llegado á su destino, porque llevaba el piloto que nunca yerra, el que á su voz aplaca las tempestades, y era la barca de Pedro. — Iban á llegar las grandes pruebas para la fe de San Pedro. Acababa de ser testigo el Apóstol de la curacion del ciego de nacimiento, de la resurreccion de Lázaro y de la entrada triunfal de Jesus en Jerusalen. Celebró Jesus la última cena con sus Apóstoles é instituyó el sacramento de la Eucaristía. Entónces dijo de repente á Pedro: «Simon, Simon, Satanás quiere acribarte como se acriba el trigo; pero yo he orado por ti. Cuando tú fueres convertido, cuida de afirmar á tus hermanos.» Pedro, siempre impetuoso, respondió: «Dispuesto estoy, Señor, á acompañaros á la prision y á la muerte.» Jesus le dijo: «Pedro, ántes que cante el gallo me negarás tres veces.» Todavía no habia aprendido Pedro á ser humilde, así es que á pesar de la terrible prediccion de su Maestro, le replica: «Aun cuando tenga que morir con vos no os negaré.» Jesus quiso dar á Pedro y á los demás Apóstoles una insigne y nueva leccion de humildad. Se levantó de la mesa, se despojó de sus vestidos, se ciñó una toalla, y echando agua en un barreño se puso á lavar los pies de sus discípulos y á enjugarlos con el lienzo. Llegó, pues, á Simon Pedro, que le dijo: «¿Qué, Señor, vos me lavais los pies á mí?» Jesus le respondió: «Tú no sabes ahora lo que hago, lo sabrás despues.» Pedro, con la más sentida y profunda humildad excla-

mó: «Señor, jamás me lavareis los pies.» Jesus le replicó: «Si no te lavo no tendrás parte ninguna conmigo.» Entónces con su natural viveza le contestó el Apóstol: «Señor, no solo los pies, sino tambien las manos y la cabeza.» Jesus le dijo: «El que ha sido ya lavado no necesita lavarse más que los pies, porque está limpio de todo. Y vosotros estais limpios, pero no todos.» (S. Juan, XIII, 4, 10.) Púsose á la mesa el Salvador, explicó á los apóstoles la leccion de humildad que acababa de practicar, despues pareció turbado, y dijo en alta voz: «En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar.» Los discípulos se miraban llenos de tristeza no sabiendo de quien hablaba, y preguntaban alternativamente. «Soy yo acaso?» Jesus les respondió. «Es uno de los doce que mete la mano en el plato conmigo.» Jesus tomó despues la palabra, y pronunció aquel divino discurso, que fué como el testamento de su amor. Luego marchó con sus discípulos al otro lado del torrente Cedron, á un sitio donde habia un huerto, en el que entró con ellos. Era el huerto de Gethsemaní ó de las Olivas. Dos de los discípulos, y Pedro era uno de ellos, habian tomado unas espadas que hallaron en la casa donde habian celebrado la cena. Jesus les dijo: «Sentaos ahí hasta que yo haya orado,» y se adelantó un poco más léjos acompañado de Pedro, de Jacobo y de Juan, que habian sido testigos de su gloriosa transfiguracion en el Tabor y que debian serlo ahora de su agonía. Dijo á sus discípulos privilegiados: «Mi alma está triste hasta la muerte, quedaos aquí y velad,» y retirándose un poco más léjos, se postró con el rostro en tierra y dejó á su adorable humanidad mostrar el terror que le causaban los dolores que iba á padecer. «Padre mio, dijo, todo os es posible: apartad de mí este cáliz, pero hágase vuestra voluntad y no la mia.» Entónces volvió al sitio donde habia dejado á los tres apóstoles y los encontró dormidos. «Simon, dijo á Pedro, duermes, ¿no has podido velar ni una hora? Velad y orad para que no entreis en tentacion.» Dos veces volvió á comenzar su oracion y á sentir todas las angustias de su cruel agonia: dos veces tambien volvió á encontrar dormidos á sus apóstoles. «Levantaos, les dijo la vez tercera despues de haberlos dejado descansar algunos momentos: vamos, ya se acerca el que me va á entregar.» (S. Marcos, XIV.) Todavia estaba hablando Jesus cuando llegó Judas Iscariote con una compañia de soldados romanos y gentes enviadas por los príncipes de los sacerdotes y por los fariseos. Todos aquellos hombres traian linternas, antorchas y armas. Jesus se adelantó hácia ellos y les dijo: «¿A quién buscais?—A Jesus de Nazareno, respondieron.—Yo soy.» Aquella simple palabra fué como el golpe de un rayo que derribó al suelo á los que venian á prenderlo. Queria el Hombre-Dios mostrar aún su poder para manifestar al mundo que era voluntaria su muerte. Jesus les preguntó segunda vez: «¿A quién buscais?—A Jesús de Naza-

reno,» volvieron á responder. Y Jesus replicó: «Ya os he dicho que yo soy; si es á mí al que buscais, dejad marchar libres á estos.» Entónces Pedro, en un arrebato de su amor al divino Maestro, sacó la espada que traia, é hirió con ella á uno de los criados del gran sacerdote, llamado Malco, y le cortó la oreja derecha. Jesus le dijo: «Envaina tu espada. ¿No he de beber el cáliz que mi Padre me envia?» (S. Juan, XVII.) Apoderáronse entónces de Jesús y lo llevaron á casa de Anas, suegro del gran sacerdote Caifas, que vivia en la misma casa. Pedro, que verdaderamente amaba á su maestro, no huyó con los demás discípulos, siguió á lo léjos á los hombres que conducian preso al Salvador y llegó hasta la casa de Caifas, entrando en el portal de ella mezclado con los criados y las gentes que habian prendido á Jesus, y que se calentaban á una grande hoguera porque la noche estaba muy fria. Era la madrugada del viernes 26 de Marzo. Miéntras en lo interior interrogaban al Salvador y lo llenaban de ultrajes, una criada se acercó á Simon Pedro y le dijo: «Tú tambien estabas con Jesus de Galilea.» Asustado Pedro, respondió en alta voz: «No sé lo que quereis decir.» Y salió un instante para evitar la atencion que se fijaba sobre él. Cuando volvió á entrar, otra criada que le reconoció, dijo á los que allí estaban.—«Este tambien es de los que iban con Jesus de Nazareth.» Pedro lo negó todavía con más fuerza que la vez primera, diciendo: «No conozco á semejante hombre.» Entónces uno de los criados del gran sacerdote, pariente de aquel á quien Pedro habia herido en el huerto, le dijo: «¿Pues no te he visto yo allí con ese hombre?» Pedro lo negó por tercera vez jurando que no conocia á Jesus. En aquel momento cantó el gallo, y el Salvador, á quien los soldados sacaban de la casa de Caifas, le echó una penetrante mirada al discípulo infiel. Recordó Pedro la profecía de Jesus: la mirada de su divino Maestro llegó hasta el fondo de su alma: salió de allí y lloró amargamente. Su penitencia duró toda su vida y las lágrimas que vertió contínuamente al recordar su falta, formaron dos surcos en sus mejillas. El ardor de su arrepentimiento le mereció la confirmacion del supremo apostolado á la par que afirmó incontrastablemente su humildad. Pasó Pedro el resto del viernes en llorar su pecado. A la mañana siguiente, que era la fiesta de la Pascua, se reunió probablemente con S. Juan, porque con este discípulo se hallaba en la mañana del domingo 28 de Marzo, cuando María Magdalena, que habia ido á ver el sepulcro del Salvador, vino á prevenirles á los dos, que habia encontrado levantada la piedra, y que un ángel la habia encargado anunciase la resurreccion á los discípulos y á Pedro. Corrieron á ver aquel milagro que confirmaba todas las promesas del Salvador. Juan llegó el primero al sepulcro, se bajó, vió la sábana en que habia sido envuelto el divino cuerpo, pero no entró en el sepulcro, ora por temor, ora más bien por deferencia á S. Pedro á quien pertenecia como á cabeza del

colegio apostólico comprobar el primero la resurreccion. Pedro y Juan examinaron detenidamente el sepulcro, y creyeron en la resurreccion. (San Juan, XX, 38.) Algunas semanas despues hácia fines del mes de Abril, Simon Pedro, Tomás, Nathanael, que algunos creen ser el mismo que Bartolomé, los hijos del Zebedeo y otros dos discípulos se hallaban reunidos en las orillas del lago de Genesareth. Habian vuelto á su antigua ocupacion de pescadores despues de la muerte de Jesucristo. Simon Pedro les dijo: «Voy á pescar.» Y le respondieron: «Nosotros tambien contigo.» Véase aún aquí cómo el Evangelio representa siempre á Pedro como la cabeza. Entraron en la barca de Pedro, pero no cogieron nada en aquella noche. Por la mañana se les apareció Jesus sin que le reconociesen, y les dijo: «¿No teneis nada que comer?» — «No» contestaron. Díjoles Jesus: «Echad las redes al lado derecho de la barca y encontrareis pescado.» Los discípulos, que veian á un hombre dispuesto al parecer á comprarles pescado, accedieron á sus deseos: echaron la red, y no podian sacarla, tan llena estaba. A aquella vista, Juan dijo á Pedro: «Es el Señor.» Pedro reconociéndolo inmediatamente, se arrojó al agua para llegar más pronto adonde estaba su divino Maestro. Los demás discípulos permanecieron en la barca, que se hallaba solo á distancia de doscientos codos de la playa, pero en su afan de ver al Salvador, no se cuidaron de descargar la red y la sacaron con los peces que encerraba. Cuando saltaron en tierra, encontraron carbones encendidos, pescado encima de ellos y pan. Jesus les dijo: «Traed de esos pescados que acabais de coger.» Entónces se adelantó Simon Pedro y sacó á tierra la red que estaba llena con ciento cincuenta y tres grandes pescados, y aunque eran tantos no se rompió la red. Jesus dijo á los discípulos: — «Venid y comed.» Y ninguno de los que allí estaban se atrevió á preguntarle quién era, porque no dudaban que fuese el Señor. Era la tercera vez que se aparecia á sus discípulos despues de su gloriosa resurreccion. Despues de la comida, Jesus dijo á Simon Pedro: «Simon, hijo de Juan, me amas más que éstos?» — «Sí, Señor, respondió Pedro apresuradamente, pero sin presuncion, sabeis que os amo.» Jesus le dijo: «Apacienta mis corderos.» Le preguntó de nuevo: «Simon, hijo de Juan, ¿me amas?» — «Sí, Señor,» respondió Pedro segunda vez.— «Apacienta mis corderos, le dijo Jesus.» Le preguntó por tercera vez: «Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro quedó muy turbado á aquella tercera pregunta: temió, dice S. Crisóstomo, que el Salvador viese en su corazon alguna cosa que él mismo no veia, porque su caida le habia hecho muy humilde, y respondió: «Señor, vos lo sabeis todo, sabeis que os amo.» Estos tres actos de de amor borraban las tres negaciones. Jesus le dijo: «Apacienta mis ovejas.» Así le constituyó pastor de las ovejas y de los corderos, es decir, superior á los demás apóstoles y fieles, y añadió: «En verdad, en

verdad, te digo, que cuando eras más jóven tú mismo te ceñias é ibas adonde querias, pero cuando seas viejo extenderás las manos y otro te ceñirá y te llevará donde no quieras ir.» El Evangelista S. Juan (cap. XXI), que cuenta todas estas circunstancias, nota que Jesus añadió estas últimas palabras para anunciar á Pedro el género de muerte con que debia glorificar á Dios. En favor todavía de la barca de Pedro, dice el cardenal Wisseman, se verificó esta segunda pesca milagrosa, y lo que le da un carácter más marcado es el ser inmediatamente seguida de la mision que Jesus confiere á Pedro de apacentar sus corderos y sus ovejas. La promesa hecha despues de la primera pesca milagrosa recibió entónces su consagracion y complemento. En la primera época la humildad de Simon fué recompensada por la seguridad del apostolado que le estaba reservado; el amor y el arrepentimiento de Pedro fueron coronados esta vez por su elevacion á la dignidad de príncipe de los apóstoles. La primera vez, su virtuosa timidez le hace arrojarse á las plantas del Señor, suplicarle se aleje de él porque era un indigno pecador: en la segunda, arrastrado por su ardoroso amor y su arrepentimiento, se precipita en el mar y va derecho á su maestro, que le aguarda con el perdon en los labios. Así la pesca en la barca de Pedro despues de la resurreccion correspondia perfectamente á aquella misma accion hecha por el Apóstol ántes de haber renegado de su Divino Maestro. La primacía de S. Pedro se hallaba, pues, incontestablemente establecida. El Apóstol iba á ejercerla muy pronto. Jesus se apareció otra vez á los apóstoles y á algunos otros discípulos y les dijo: «Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, é instruid á todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles á observar cuanto os he mandado. Y yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.» La Iglesia estaba fundada, estaba asegurada de tener siempre consigo á Jesus; es decir, la verdad y la vida con ella: tenia una cabeza, y el Salvador habia orado para que aquella cabeza confirmase la fe de los demás. El Espíritu Santo iba á bajar sobre los apóstoles para enriquecerlos con sus divinos dones y hacer de aquellos hombres débiles, rústicos é ignorantes, los animosos é inteligentes conquistadores del mundo. El jueves 6 de Mayo del año 33, segun la opinion más probable en cronología, Jesus se apareció por última vez á sus discípulos en el monte de las Olivas, en aquel monte testigo de su amarga y cruel agonía ántes de su pasion; y despues de darles sus últimos consejos, levanta las manos, los bendice, y al bendecirlos, se eleva majestuosamente á los cielos por su propia virtud y poder, y desaparece de su vista. Y cuando atentos le miraban subir al cielo, unos hombres vestidos de blanco se les aparecieron y dijeron: «Hombres de Galilea, ¿por qué os deteneis mirando al cielo? Es Jesus que se eleva á los cielos al separarse de vosotros y que vol-

verá de la misma manera con que le habeis visto subir á ellos.» Tornaron los discípulos á Jerusalen, y los once apóstoles con la Santísima Virgen María y las santas mujeres se encerraron en el cenáculo para prepararse en el retiro y la oracion á la venida del Espíritu Santo, que les habia prometido Jesus. El primer acto de jurisdiccion pontifical que ejerce Pedro en el cenáculo de Jerusalen, fué el de presidir la asamblea en que para reemplazar en el colegio apostólico al inicuo Judas fué elegido por suerte Matías. Pedro recordó que el crímen de Judas habia sido predicho por David, é hizo la más feliz aplicacion de las Escrituras. Esta es la primera alocucion pontifical de que se hace mencion en la historia de la Iglesia, y prueba que S. Pedro se consideraba como el jefe del colegio apostólico y era aceptado como tal.—Los misterios de la redencion se habian cumplido. La promesa de Jesus hecha á sus discípulos, se realiza á los cincuenta dias despues de la resurreccion. El Espíritu Santo baja sobre los apóstoles y los discípulos en lenguas de fuego, y todos llenos de aquel santo espíritu comienzan á hablar en los diversos idiomas del mundo. Este milagro es el inverso de la torre de Babel; el primer milagro habia producido la dispersion de los hombres y la formacion de los diversos imperios: el segundo iba á reunir á todos los hombres en la misma fe y en el mismo redil. Van á esparcirse por el mundo para predicar la nueva religion y combatir la depravacion de las costumbres, los hábitos y antiguos principios, las preocupaciones del nacimiento y de la educacion, la supersticion de los pueblos, el orgullo de los filósofos, el poder de los emperadores, la crueldad y el furor de los verdugos, el crédito y los esfuerzos de los sacerdotes de los ídolos. Para vencer tan grandes obstáculos no cuentan con medio humano alguno. Son de un nacimiento oscuro, de un estado vil y grosero á los ojos de los hombres. Pobres, rústicos, ignorantes no tienen ni talento, ni riquezas, ni crédito, ni proteccion. ¿Qué ofrecerán ellos para convencer á los idólatras? ¿Cómo osarán hablar en las tribunas de Roma, de Atenas y de Corinto? ¿Cómo podrán sobre todo convencer á los latinos, á los griegos, los que no conocen sino el idioma del pais que les vió nacer? A todas estas preguntas no hay más que una sola respuesta que dar: estan animados por el Espíritu Santo: hablan por su boca y obran por sus inspiraciones. Al ejemplo de Jesucristo resucitarán los muertos, darán vista á los ciegos, curarán todas las enfermedades, y al llegar el momento en que deba terminar su apostolado, sellarán con su sangre las augustas verdades de la religion que Jesucristo habia enseñado sobre la tierra. En la efusion del celo que trasporta á los apóstoles y los discípulos, su nuevo y elocuente lenguaje asombra al pueblo de Jerusalen y áun á los extranjeros que los oyen. Algunos judíos llaman hombres ebrios á los apóstoles. Entónces Pedro toma la palabra como jefe del apostolado, y pre-

dica con tal fuerza y con tal elocuencia á Jesus resucitado, que tres mil judios se convierten y piden ser bautizados, siendo esta la primera predicacion solemne de la religion de Jesucristo. Estas fueron las primicias de la Iglesia alcanzadas por el hombre que temblaba dos meses ántes á la voz de una criada, y que renegaba de su Divino Maestro! Los apóstoles, y sus discípulos y todos los fieles no formaban más que una sola familia, tan perfecta y acorde era su union que todos sus miembros parecian animados por un solo corazon, por una sola alma. Para hacer desaparecer entre ellos toda diferencia, para borrar la distincion entre el pobre y el rico, habian puesto todos sus bienes en comun. Vendíanse todos estos y se entregaba su producto á los apóstoles, que proveian á las necesidades generales, y distribuian diariamente el alimento á sus hermanos. Acrecentado rapidísimamente el número de los cristianos, no bastaron los apóstoles para desempeñar estas funciones, que los distraian de la predicacion de la palabra de Dios, el más santo de sus deberes. A pesar de su celo y ardiente caridad, habíanse introducido algunos abusos en la diaria distribucion de los alimentos. Los convertidos griegos ó extranjeros, se quejaban de que se miraba con preferencia á las viudas de los hebreos. Los apóstoles entónces juntaron á sus discípulos, les expusieron la situacion de las cosas, y á su propuesta eligieron siete hombres de probidad intachable para el servicio de las mesas. Les pusieron las manos sobre la cabeza consagrándolos, y los llamaron diáconos. El primero de ellos fué Esteban, que tambien fué el primer mártir. Pedro permaneció desde la Ascension cinco años en la Judea. El Apóstol al subir al templo con S. Juan para orar en la hora de nona, dió la salud á un pobre tullido de nacimiento que pedia limosna. Pedro le dijo que no tenia oro ni plata que darle, pero en nombre de Jesus de Nazareth le mandó levantarse y andar, y cogiéndole por la mano derecha lo alzó del suelo. Los pies del paralítico recobraron su vigor, adquirieron firmeza y entró en el templo andando, saltando y alabando á Dios. El pueblo presenció aquel milagro y conocia á aquel pobre que tantos años paralítico habia visto colocado á la puerta del templo, incapaz por sí de todo movimiento. Pedro aprovecha aquella ocasion y circunstancias para anunciar de nuevo la resurreccion de Jesucristo. Miéntras Pedro y Juan hablaban al pueblo, los sacerdotes, los capitanes de las guardias del templo y saduceos judíos, que no creian en la inmortalidad del alma, hicieron arrestar públicamente á Pedro y á Juan y disipar la reunion del pueblo. Cinco mil hombres se convirtieron en esta segunda predicacion de S. Pedro al decir de San Lucas. (Actas, cap. III.) A la mañana siguiente los príncipes del pueblo, los ancianos y los escribas se reunieron en Jerusalen para juzgar á los Apóstoles. Estos redoblaron su valor, y Pedro á quien se habia visto tan tímido y

tan poco fijo en sus pensamientos, no vaciló en confesar con fuerza el nombre de Jesucristo delante de la asamblea de los Doctores de la ley. Asombraba á estos la firmeza de aquel lenguaje en un hombre ignorante y de la hez del pueblo. Sabian que habia sido discípulo de Jesucristo, y veian á su lado al hombre que acababa de curar. Nada tenian que oponer; hiciéronlos salir del templo y se pusieron á deliberar, poniéndolos despues en libertad, contentándose con amenazarlos é impedir la mayor divulgacion de aquel milagro, temerosos de excitar una sublevacion en el pueblo que habia sido testigo de aquel prodigio, y que glorificaba á Dios porque todos conocian al paralítico sanado. Desde esta época triunfa la Iglesia apostólica perseguida desde su orígen y renaciendo de su persecucion. Crece con estos sucesos el fervor de los fieles, que todos formaban como una sola alma y que ponian voluntariamente sus bienes, ó la parte que de ellos querian, á la disposicion de los Apóstoles. Ananías y Saphira espiran á los pies del apóstol S. Pedro por haber cometido una mentira contra la religion del juramento y el espíritu del cristianismo, sustrayendo una parte de los fondos que habian donado á la Iglesia. Este suceso aterró á los fieles, y es al mismo tiempo una prueba de que ya desde aquella época contribuian estos con sus bienes al culto y á las necesidades de la Iglesia, y que todo lo que debian de dar era una propiedad sagrada que no era lícito defraudar. Es el principio de la propiedad temporal eclesiástica. Las palabras de S. Pedro demuestran que los fieles no estaban estrictamente obligados á dar todos sus bienes, sino á contribuir en cierta y justa proporcion, y por consecuencia á declarar exactamente lo que poseian. (Actas de los Apóstoles, cap. V.) Cada dia se aumentaban las conversiones y de todas partes traian enfermos á S. Pedro, á fin de que los curase su sombra al pasar, y los enfermos quedaban curados. Estos testimonios de poder que señalaban la vida de Pedro, irritaron á sus enemigos, y á pesar de la proteccion de Gamaliel, un fariseo doctor de la ley, querido y venerado de todo el pueblo, hombre sabio, prudente y humano, que queria que se le dejase libremente predicar, porque si su doctrina era humana se destruiria, y si divina, no podian destruirla y se exponian á combatir contra el mismo Dios, Pedro y los Apóstoles fueron azotados con varas y áun amenazados de muerte. Soportaron aquel suplicio con alegría, felicitándose por verse dignos de padecer por el nombre de su divino Maestro. Entónces comenzó una gran persecucion en la Judea. La lucha entre los que habian sacrificado al divino Maestro y sus discípulos fué continua é interminable. Se renovó todos los dias, y todos los dias tomó un carácter más sangriento y aterrador. Iba á derramarse la primera sangre de un mártir de Cristo en la desgraciada tierra de Judea, mision terrible que debia pasar de los judíos á los romanos, y continuar estos de un modo tan cruel por es-

pacio de tres siglos. Preciso es confesar que estos dominadores de la tierra se mostraron hasta el reinado de Neron muy clementes con los cristianos. Se sabe á no dudarlo que afectado Tiberio con los detalles que le dirigia Poncio Pilato, gobernador de Judea, sobre las virtudes y milagros de Jesus, hizo al Senado Romano la proposicion de colocar á este justo en el número de los dioses. ¡Idea singular en un hombre como Tiberio! La generosidad y tolerancia de los romanos para los cristianos se explica fácil y naturalmente. Los discípulos del verdadero Dios formaban, es verdad, una clase de la Nacion Judía de que se tenia en Roma una opinion muy desventajosa, una idea detestable, empero es preciso recordar que los apóstoles, obedeciendo las palabras de su divino Maestro: *Dad al César lo que es del César*, se mostraban sumisos súbditos del poder temporal, y no afectaban ningun carácter, ninguna tendencia política. Estos hombres además se contentaban solo con arengar á la muchedumbre, dirigiéndose con preferencia á los pobres. No llevaban armas, no poseian riquezas, no predicaban la sedicion y los motines, en nada se asemejaban á los conspiradores. Si entre ellos hubiera habido algun temible guerrero, algun proscripto, digno siempre de consideracion y piedad; si hubiesen poseido grandes riquezas, indudablemente algun procónsul codicioso ó adicto á su país no hubiera dejado de denunciar al Senado que estos hombres, á imitacion de Sócrates, intentaban introducir en el Imperio el culto de las falsas divinidades, que predicaban una moral subversiva, y corrompian el espíritu de los aliados y súbditos de Roma. Empero, más de cuatro siglos ántes, igual acusacion no habia sido más que el pretexto, no la causa de la condenacion de Sócrates. El 26 de Diciembre, Esteban, el primer diácono, predicando en Jerusalen en una sinagoga compuesta de Cirineos, Alejandrinos y Asiáticos, oye contradecir su doctrina por algunos de estos extranjeros, que le responden, no con razones, sino con desenfrenado furor. Esteban, lleno de belleza, en la flor de su juventud, manifiesta en su rostro un espíritu divino, suena su voz con un acento sobrenatural, reduce á sus adversarios al silencio, y les prueba que Cristo es el Mesías verdadero. Arrójanse entónces como furiosos contra él y lo conducen al tribunal de los judíos, acusándole de haber blasfemado contra Dios y contra Moisés. No se deja intimidar Esteban, habla con valor á los jueces como habia ántes hablado á los acusadores. Llenos de rabia, precipítanse de nuevo contra él en uno de aquellos trasportes que llamaban *juicio de celo*. Esteban es arrojado fuera de la ciudad y apedreado. Los testigos, segun la ley de Moisés, le arrojaron las primeras piedras. Esteban dobla sus rodillas al ver aproximarse la muerte, alza sus ojos y manos al cielo, y á imitacion del Salvador del mundo, pide á Dios por sus verdugos, y es el primero que rinde su alma y vierte su sangre por

Jesucristo, y abre la marcha de los innumerables y esforzados mártires que debian ilustrar al cristianismo. Su muerte es la señal de una violenta persecucion contra la iglesia de Jerusalen. Distinguióse en esta persecucion un jóven llamado Saulo, natural de Tarso en Cilicia, empero ciudadano romano por su nacimiento, porque aquella ciudad, en recompensa de los servicios prestados á César y á Augusto durante las guerras civiles, habia recibido los derechos de ciudad romana. En el martirio del diácono Esteban guardó las capas de los testigos que lanzaban sobre el valeroso mártir las primeras piedras. Recibió despues de los príncipes de los sacerdotes un poder discrecional, en virtud del que visita las casas, interroga á sus habitantes, y muchas veces sin dirigirles ni una sola palabra los arranca brutalmente de sus hogares, aprisionando indistintamente á hombres y mujeres, poblando de fieles las cárceles de Jerusalen, y muchos son condenados á muerte. Este hombre era Saulo, de quien Dios queria hacer un vaso de eleccion. Los apóstoles se quedan solos en la ciudad para afirmar en la fe á sus hermanos, dispersándose los discípulos por la Palestina, la Fenicia y la isla de Chipre, y en estas regiones, donde predomina el gobierno romano, los fieles gozan de algun reposo y las iglesias se multiplican. Al año siguiente (34) Saulo, encarnizado siempre en la persecucion de los cristianos, marcha á Damasco, donde debe hallar un gran número de víctimas; empero en medio del camino, no léjos de la ciudad, herido de una luz milagrosa cae de su caballo derribado por la mano del Señor, y de perseguidor que era se levanta apóstol. Rinde homenaje á Cristo, y conducido á Damasco, es curado y bautizado á los tres dias por Ananías. Salvado en el mismo Damasco de las asechanzas de los judíos, descolgado por sus nuevos amigos en una cesta desde las murallas, pues las puertas todas de la ciudad estan tomadas para matarle, se traslada á Jerusalen, donde Pedro le imprime, poniéndole sus manos sobre la cabeza, el carácter sacerdotal. Entónces se lanza el nuevo atleta en la carrera que el Espíritu Santo acaba de abrirle, y el príncipe de los apóstoles marcha á Samaria, ya convertida por el diácono S. Felipe, para administrar la confirmacion á los fieles. Allí sostuvo su primera disputa con el samaritano Simon *el Mago*, el que seducia al pueblo con sus falsos prodigios, intentando hacerse pasar por Dios, pero que asombrado de los verdaderos milagros de Felipe se convirtió, ó fingió convertirse, y recibió el bautismo. Al ver que los apóstoles Pedro y Juan con la imposicion de las manos trasformaban los fieles en otros hombres y gozaban de gran consideracion, quiso comprarles con dinero aquel poder, y Pedro lo rechazó con indignacion, siendo la primer herejía, que condenó con notable vigor y firmeza, el tráfico de las cosas santas, la simonía, que tomó su nombre de aquel impío ambicioso, que arrastrado por el orgullo se aplicó de nuevo á la má-

gia y se opuso con todas sus fuerzas á los progresos del Evangelio; y abandonando la Samaria, recorrió diversos países pervirtiendo las gentes con sus prestigios é imposturas. Pedro visita despues las iglesias, ya florecientes, de Judea, Galilea y la Samaria, y tan poderoso en obras como en palabras, cura en Lyda á un paralítico llamado Eneas, postrado hacia ocho años en su lecho; en Joppe resucita á vista de sus discípulos á la santa viuda Thabita, y llamado á Cesaréa de Palestina por Cornelio, centurion de una cohorte romana perteneciente á la legion itálica, que aunque nacido en el paganismo, habia reconocido la vanidad de los ídolos, le dió el bautismo con toda su familia, y pronunció un discurso, que fué la primera predicacion hecha á los paganos y á los gentiles, que produjo admirables conversiones. La noticia de esta conversion y del bautismo de un pagano habia sorprendido á los apóstoles y los fieles que se hallaban en Jerusalen. Llegaron hasta escandalizarse algunos de que Pedro no hubiese obligado ántes al nuevo convertido al cumplimiento de las diversas ceremonias de la ley de Moisés. A la cabeza de los murmuradores se hallaba Cerinto, que despues cayó en la herejía, y que no temió dirigir sus reconvenciones á S. Pedro; empero el Apóstol calmó con las mismas palabras de Jesucristo á los descontentos, y los cristianos glorificaron á Dios. Más tarde debian suscitarse con más fuerza estas mismas dificultades, que no quedaron terminantemente resueltas hasta la celebracion del concilio de Jerusalen. De la Palestina pasa el apóstol S. Pedro á Siria, en la metrópoli de Antioquía, la ciudad más famosa del Oriente y la tercera del Imperio Romano despues de Roma y Alejandría. Fijó su residencia en Antioquía el año 38 de Jesucristo, y gobernó aquella sede durante muchos años seguidos, sin cesar de recorrer, para llenar más dignamente su ministerio, las provincias del Ponto, la Galacia, la Capadocia y la Bitinia, convirtiendo en la vasta extension de estas provincias del Imperio una multitud de hombres, estableciendo en ellas sociedades cristianas, que no teniendo ni templo, ni estatuas, ni santuarios, ni sacrificios de víctimas, sino el incruento del pan y del vino, parecian más una secta filosófica que una nueva religion. Los romanos conservaron en un principio á los cristianos los privilegios concedidos á los judios, de que aún no se distinguian. En Antioquía, donde habia fijado su cátedra el primer pontífice de Cristo, Pedro, en aquella ciudad considerada entónces como la capital del Oriente y donde los fieles se multiplicaban todos los dias, se verificó la excision completa con el pueblo judío y la toma de posesion del nombre de *cristianos*, nombre que crea para lo sucesivo una nacion nueva, sin patria, y la dispersion de sus conquistadores por todo el universo. Los apóstoles eran pobres, despreciados por los judíos; menester fué que los cristianos fuesen á Roma á buscar al César, ya que el César no se ocupaba de los cristianos

de Jerusalen y de Antioquía. El número de los fieles crecia de dia en dia; la persecucion de los judíos, que los habia dispersado, no habia hecho más que multiplicar los predicadores del Evangelio, y los apóstoles iban á su vez á derramarse por todo el universo, dividiéndose entre sí las naciones para anunciar en ellas la *Buena Nueva*. Se coloca en el año 40 ó 41 de la era cristiana esta dispersion de los apóstoles. De todos los puntos del universo salian estas palabras que se apoderaban de los corazones apostólicos: *Transiens adjuvat nos*. «Pasad hasta nosotros.» (Actas, XVI.) Antes de comenzar esta gran mision los apóstoles quisieron llevar consigo un vínculo de unidad: quisieron permanecer unidos, no solamente en la caridad sino en la unidad de una misma fe. Se reunieron, y bajo la inspiracion del Espíritu Santo, cada apóstol, comenzando por S. Pedro, pronuncia una palabra, y de estas doce palabras se formó el símbolo de la fe que conocemos. ¡Admirable y solemne asamblea! Los apóstoles al presente pueden ya separarse; pero sus pensamientos, sus inteligencias, sus corazones permanecerán siempre perfectamente unidos. ¿Qué diferencia entre estos hombres que se separan para salvar el mundo, y esos primeros hombres despues del diluvio que se separan para poblar el universo? Un pensamiento de orgullo tenia unidos á estos últimos, orgullo que se levantaba aún más alto que la fastuosa torre de Babel. Así, al separarse, llevaban consigo un principio de desunion que formó esa diferencia de costumbres, de lenguajes, de nacionalidades, que apareció en el universo entero despues de esta primera emigracion. El símbolo católico, signo exterior del cristiano, obra de los mismos apóstoles, y en el que cada uno de ellos puso su artículo, resume toda una doctrina entera, una ciencia completa que resuelve todas las cuestiones desde la creacion del mundo, el nacimiento del Hijo de Dios, su Madre, la vida oscura de éste, su vida laboriosa, su vida pública, sus dolores, en fin, su muerte sobre el Calvario, su resurreccion, su ascension, y despues considera los efectos del trabajo reparador, anuncia el último juicio, el Espíritu Santo y su gracia, la Iglesia y sus tesoros, la consumacion de los siglos y la vida eterna. Jamás las grandes verdades de la religion habian sido afirmadas con tanta sencillez y seguridad. Este símbolo era una declaracion de guerra á todas las falsas religiones que reinaban en el mundo. Doce pobres judíos se propusieron derribarlas del trono del mundo y sustituirlas con la cruz de su divino Maestro. El mundo profano, los romanos, señores de toda la tierra, eran la posesion tranquila, los esclavos y víctimas de emperadores miserables incapaces de haber desempeñado el más vil empleo de un estado. Tales fueron sin exageracion. Tiberio, en cuyo tiempo acaece la grande obra de la redencion, y que muere asesinado el año 37 de la nueva era por su sucesor Calígula, que justo en un principio, se manifiesta á poco

tiempo un mónstruo de perfidia, barbarie y crueldad. Leyes, costumbres, humanidad, razon, todo se vió atropellado. Calígula se bañó en sangre, y no puede leerse la historia de las extravagancias de este príncipe, que llegó hasta hacer nombrar cónsul á su caballo, sin estremecerse de horror; cargado con la execracion de los romanos, fué asesinado el 24 de Enero del año 41 de Jesucristo, el tercero de su imperio. Claudio, hijo de Drusa y de Germánico y tio de Calígula, fué saludado emperador por los soldados, cuando oculto por temor de los asesinos de su sobrino aguardaba la muerte. Unia á la crueldad de su antecesor la imbecilidad. Estúpido é incapaz de todo, bosquejo de hombre, como le llamaba su madre Antonia, se dejó dominar enteramente por su mujer la imprudente Mesalina, oprobio de su sexo. Dió el reino de Judea á Agrippa, é hizo hacer una ley para casarse con la hija de su hermana Agrippina. Esta, para colocar en el trono á Neron, hijo de Cayo Domicio, su primer esposo, envenenó á este príncipe imbécil. Tal era Roma, horrenda mezcla de lujo y de miseria, de grandeza y de envilecimiento, donde las letras no servian más que para elogiar la tiranía; las artes para corromper las costumbres; la ciencia para inventar medios de aumentar la comodidad de los poderosos; la religion para pervertir la inteligencia y el corazon, cuando S. Pedro resolvió el ir allí á predicar á Jesucristo crucificado y hacer florecer todas las virtudes evangélicas en el centro mismo de los falsos dioses. Era el segundo año del reinado de Claudio, cuando Pedro, pobre pescador de Galilea, llegó de los lagos de Palestina, entrando desconocido en Roma, pobremente vestido, descalzo, sin más armas que su *Credo* en la memoria y Jesus en el corazon, con su báculo de peregrino en la mano; pobre báculo de palo que debia trocarse en un cetro esplendente de oro, adorado por los reyes y por las naciones en lo porvenir, y que debia de hacer más por la civilizacion y la libertad del género humano bajo las alas misteriosas de la paloma, que hicieron jamás los divinos emperadores bajo el triunfante vuelo de sus águilas. Roma, purificada por el cristianismo, debia ser aún bajo los sucesores del pescador de Judea la señora del universo. Venia Pedro á destruir los Césares, derribar los ídolos y crear un nuevo imperio, que lleva ya diez y nueve siglos de duracion, y que ha visto derrumbarse en torno suyo los reinos, las repúblicas, las dinastías, porque la fuerza de Jesucristo está con él. Hay pocos detalles circunstanciados sobre la primera estancia de S. Pedro en Roma, es probable que habitó el cuartel llamado de *Transtiberim*, porque era el barrio en que vivian los judíos. Encontró en Roma al judío Philon, sabio filósofo de Alejandría, en Egipto, que habia abrazado la filosofía de Platon, y que trataba de conciliar con la Biblia las doctrinas platónicas. Philon habia sido enviado á Roma para pretender de Calígula el derecho de ciudadanía romana en favor de

Alejandría; pero no lo consiguió, y en venganza compuso un discurso satírico contra el Emperador. Dicen algunos autores que Philon fué convertido por S. Pedro; pero no hay prueba ninguna positiva de esto, y si se convirtió no perseveró en la fe, porque todos sus libros contienen doctrinas opuestas á las verdades del cristianismo. No se limita el celo de Pedro á las gentes de su nacion. Convierte muchos romanos y áun oficiales de la corte del Emperador, y á sus instancias y las de los demás fieles, encarga á S. Marcos, su discípulo, escriba su Evangelio. S. Marcos era judío como Pedro, pero habia nacido en la Cyrenáica, provincia africana inmediata al Egipto. Fué convertido por los apóstoles despues de la resurreccion de Jesus, y se cree que es á él á quien S. Pedro llama su hijo en la primera epístola, porque era su discípulo particular y el compañero de sus expediciones apostólicas. Escrito el Evangelio de S. Marcos, lo aprobó S. Pedro y lo recomendó á los fieles, y algun tiempo despues envió á su discípulo á Alejandría en calidad de obispo. Así S. Pedro, que habia fundado la iglesia de Antioquía y que debia quedarse en Roma, como el sitio más propio para la propagacion de la religion divina, de que era la cabeza visible, instituyó la silla de Alejandría la más importante del Oriente despues de la de Antioquía. Pedro era no solo el obispo de Roma y de Antioquía, sino el obispo de la Iglesia universal. El emperador Claudio, amigo de los judíos, les habia devuelto desde su advenimiento al trono ciertas prerogativas, entre otras la de tener asambleas ó reuniones religiosas. S. Pedro predicó en Roma desde el año 41 en estas grandes reuniones, y comenzó la obra de la fe, que allí creció más lentamente que en otras partes, porque habiendo desde un principio ocasionado disturbios entre los disidentes, fueron causa de que volviesen á prohibirse de nuevo las asambleas de los judíos; pero los cristianos no se consideraban ya como judíos, y persuadidos de que las prohibiciones impuestas á éstos no les comprendian, continuaron celebrando sus reuniones. Más ardientes en aumentar el número de los hijos de Dios, más felices en sus progresos á causa de la pureza de su doctrina, más intrépidos y constantes que los judíos, porque despreciaban el mundo y les animaba la esperanza de una futura vida, desafiaron las órdenes de los magistrados romanos, predicaron la libertad de los hijos de Dios, condenaron la tiranía de los amos sobre los esclavos, y trataron de hacer más ligeras y llevaderas las cadenas de estos innumerables desgraciados. Esta tendencia tomó á los ojos de los déspotas de Roma un carácter político. No se habia olvidado aún la primera guerra de los esclavos. Un nuevo Spartaco podia salir de en medio de los cristianos. Cristianos y judíos, que el odio público confundia aún, fueron arrojados de Roma el año 42 por un decreto del emperador Claudio. *Judæos, auctore Christo, assidue tumultuantes Roma expulit*, dice Suetonio. Doce años

más tarde la persecucion de Neron supo distinguirlos bien, y no sacrificó más que á los cristianos.—Pedro salió de Roma y recorrió la Capadocia, el Ponto, la provincia de Asia y la Bithinia, convirtiendo un gran número de personas á su paso y estableciendo por todas partes obispos para gobernar las nuevas iglesias. Llegó á Jerusalen el año 43 ó 44 de la era cristiana. Reinaba entónces una hambre que habia pronosticado el profeta Agabo; á la hambre se unió la persecucion. Herodes Agrippa, nieto de aquel Herodes, el infanticida, que habia ordenado el degüello de los inocentes en la época del nacimiento de Jesus, era rey de Judea bajo la dependencia de los romanos. Afectaba gran celo por la ley de Moisés, y mostraba gran odio contra los cristianos. Prendió á Santiago el Mayor, el hijo del Zebedeo, que habia vuelto de predicar el Evangelio en la España, y lo hizo morir siendo el primero de los apóstoles que selló con su sangre la fe de su divino Maestro. Viendo Agrippa que el suplicio de Santiago habia causado gran placer á los judíos, quiso aumentar más su popularidad prendiendo á S. Pedro. Se cree que fué preso el Apóstol la víspera misma de la festividad de la Pascua, lo que obligó á diferir la ejecucion de su proyectado suplicio. Pedro fué puesto en la cárcel, y doce soldados fueron encargados de guardarle por turno de cuatro en cuatro. Para asegurarse mejor de su persona lo ataron á dos cadenas, y algunos autores dicen que los guardas estaban atados con el prisionero, como se practicaba ordinariamente entre los romanos. El rey Agrippa no creia pudiese escapársele el Apóstol, á quien trataba de hacer morir delante de todo el pueblo despues de la Pascua: Dios burló sus designios. Miéntras Pedro se hallaba tan vigilado en su prision, la iglesia toda de Jerusalen dirigia continuas oraciones por él al Señor. La noche que precedió al dia que Herodes Agrippa habia fijado para su suplicio, el Apóstol se vió milagrosamente libertado por un ángel; y rotas las cadenas á que estaba atado entre dos soldados, fué conducido por éste fuera de la prision. (Actas, XII.) Este hecho ha sido representado por el gran Rafael en uno de sus más bellos frescos con que ha inmortalizado su pincel en la sala del Vaticano. En vano Herodes Agrippa lo hizo buscar y dió tormento á los guardias, á quienes castigó con la muerte. Despues salió de Judea y fué á Cesaréa de Palestina. El primer príncipe perseguidor de la Iglesia no debia tardar en sentir los efectos de la venganza divina. En Cesaréa, donde hizo celebrar magníficas fiestas públicas en honor del emperador Claudio á quien era deudor de su título de rey; cuando embriagado con las aclamaciones del pueblo llegó en su loca jactancia hasta decirles en un pomposo discurso que pronunció, que su voz no era la de un hombre, sino la de un Dios, un violento dolor en sus entrañas le hizo èxclamar: «Vuestro Dios está herido de muerte;» y cinco dias despues moria entre atroces dolores causados por los

gusanos que le roian interiormente. Tal fué el fin del primer perseguidor de los cristianos. Saulo entre tanto recorria la Siria acompañado de Bernabé, viéndoseles aparecer sucesivamente en la Seleucia de Siria, en la isla de Chipre que visitan en toda su extension y en donde Saulo tomó el nombre de Paulo, despues de haber convertido y bautizado al procónsul Sergio Paulo: en Antioquía de Pisidia, de donde por no haber sido escuchados, salieron sacudiendo el polvo de sus pies; en Iconio, donde la ilustre vírgen Tecla confesó á Jesucristo, siendo la primera de su sexo que recibe la corona del martirio; en Derva y en Listre, donde por sus milagros los tienen por dioses ocultos bajo humana forma. Desde allí, despues de visitar las regiones limítrofes y admirar el ardor de los gentiles en recibir esa nueva luz ante la que cerraban los ojos los israelitas, se les ve tornar á Antioquía de Siria y venir luego á Jerusalen para asistir al concilio, el año 51, que iba á celebrar la Iglesia. Allí en aquel concilio habló el primero S. Pedro sobre las controversias suscitadas en Antioquía entre el heresiarca Cerinto y los nuevos convertidos: y despues de una madura deliberacion, se resolvió en la cuestion de si los nuevos convertidos debian sujetarse á la ley de Moisés, y los gentiles á la circuncision, que no se debia inquietarlos y que les bastaba abstenerse de las carnes inmoladas delante de los ídolos y de la fornicacion. La decision fué enviada á Antioquía con esta fórmula adoptada despues por los concilios generales: *Visum est Spiritui Sancto et nobis.* Le ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros. Esta mision, que llevaron S. Pablo y Bernabé con otros dos discípulos más á Antioquía, fué recibida de todos los fieles con el mayor respeto, y la decision del concilio los llenó de consuelo y de alegria. (Actas, XV.) A principios del año 52 en Antioquía S. Pedro se separa de S. Pablo para volver á Roma, cuya iglesia habia fundado diez años ántes, y deja á S. Pablo en el Oriente, donde comienza para él la gran mision que habia recibido de convertir las naciones idólatras. Pedro, habiendo juzgado conveniente colocar á S. Evodio en la silla de Alejandría, se decidió á marchar á Roma. Al pasar por Nápoles plantó la fe, dando á aquella ciudad por primer obispo á S. Aspren. Neron habia subido al trono imperial con perjuicio de Británico, hijo del emperador Claudio y de Mesalina, por las intrigas y destreza de su madre Agrippina, el 13 de Octubre del año 54 de Jesucristo, á los diez y siete años de su edad. Al principio se propuso por modelo el reinado de Augusto, aspirando á la reputacion de príncipe clemente, liberal, benéfico. Se granjeó el amor del pueblo, teniendo á su lado los dos más grandes filósofos de su siglo, Séneca y Burrho. Dió muchas pruebas de su compasion y generosidad. Deseaba no saber escribir cuando se trataba de firmar una sentencia de muerte, y se hizo acreedor á las mayores alabanzas. La adulacion degradó su majestad hasta abandonar los negocios

del Estado y deberes de un emperador, por presentarse en un teatro á disputar á los histriones la indigna gloria del canto y de la declamacion. Hecho despreciable, se hizo odioso. Un gran número de muertes, parricidios, falsas acusaciones, vergonzosos desórdenes, devastacion de las provincias y el incendio de la capital, con la atroz persecucion que suscitó contra el cristianismo, manifiestan cuán malvado y execrable puede ser un mónstruo revestido con la soberanía. Se jactaba de tantos atentados vituperando la conducta de sus antecesores, que segun él no habian conocido la extension de su poder. *Negavit quemquam principem scire, quid sibi liceret.* La marcha tranquila, dulce y progresiva, que habia seguido hasta entónces el cristianismo en Roma y en todas partes, excepto en Jerusalen, iba á sufrir grandes modificaciones. Hasta entónces los emperadores, cualesquiera que hubiesen sido sus vicios y su ferocidad, habian olvidado ó despreciado á los cristianos; empero éstos se habian multiplicado considerablemente, porque el proselitismo era su vida. Y á poco de llegar Pedro, despues de un destierro de cinco años, á Roma, fueron los cristianos muy conocidos de la corte y no podian escapar á la crueldad de Neron, azote de la humanidad entera. Pedro hace grandes conquistas no solo en el pueblo, sino entre las gentes más distinguidas de Roma. El opulento senador romano Pudens se convierte al oir á Pedro, y el magnífico palacio que poseia aquel senador sobre el monte Viminal fué consagrado á Dios por el Apóstol, y allí se celebraban las reuniones de los cristianos. Este palacio es hoy el templo que lleva el nombre de S. Pedro *Advíncula*, en conmemoracion de las cadenas del Apóstol. Pedro no permanecia siempre en Roma. En aquella época llevó la luz del Evangelio á toda la Italia, y sin duda á otras provincias de Occidente. Hay tradicion de que llegó hasta la Inglaterra; pero si allí no estuvo en persona, es indudable que estuvo por sus discípulos y sus enviados, y así como por sí mismo fundó las dos grandes sedes patriarcales de Oriente, Antioquía y Alejandría, estableció la mayor parte de las sillas episcopales de Occidente. Para consagrarse á tantas ocupaciones á que le llamaba el cuidado de la Iglesia universal, ordenó á S. Lino, que fué su primer sucesor en el pontificado, para que gobernase la Iglesia en su ausencia. Crecia rápidamente el cristianismo. La única religion que fuese entónces verdadera, por necesidad debia formar la sociedad más perfecta; y en efecto, vemos desde su orígen á la Iglesia constituida sobre las indestructibles bases que la sostienen aún en nuestros dias y en todos los grados de su gerarquía, desde sus más humildes empleos hasta la paternidad monárquica de su jefe visible. Esto es sobre todo lo que asustó al gobierno romano cuando se instruyó mejor de lo que pasaba entre los cristianos. Aquel gobierno desconfiado y tiránico temió á sus súbditos, á los cuales contenia á su vez por el temor

y vigilándolos sin cesar por medio de su policía, como hubiera podido hacer con un país recien conquistado: su mayor empeño era disolverlos desde su nacimiento; más decimos, impedir que se formase la menor hermandad y toda asociacion cualesquiera que fuesen su índole y su objeto. Y esto lo hacian los grandes, afiliados casi todos en la secta de Epicuro; y en su aversion hácia el cristianismo, tales eran los frios cálculos de su política. No ménos amenazas sufrió luego que, más conocido, el vulgo de los paganos dió suelta á su furia é implacable odio. Era la vez primera que aparecian entre ellos hombres penetrados de horror hácia los ritos, sacrificios y misterios de su religion; que se apartaban de sus fiestas, sus circos y sus teatros, como hubieran podido huir al acercarse una peste; que no disimúlaban su desprecio á los simulacros de piedra y madera, objeto de sus adoraciones, y que con la castidad de sus costumbres censuraban de un modo inoportuno sus desarreglos. Los propagadores del Evangelio abriéronse, pues, camino de una manera atrevida por medio de esa doble falange de enemigos. Neron siguió sus instintos sanguinarios persiguiendo á los cristianos: los que no quieren detenerse sino en la superficie de los hechos, han pretendido que el tirano de Roma, celoso de disculparse á los ojos de su pueblo, que le acusaba de haber incendiado la ciudad para recrearse en el espectáculo de tan imponente incendio, habia calumniosamente acusado á los cristianos de tan gran crímen. Neron, elevado al trono por un envenenamiento, se hallaba en el noveno año de su imperio. Habia hecho asesinar á su madre Agrippa, su hermano Británico, su mujer Popea, su preceptor Séneca, sus amigos, sus ministros y los más ilustres patricios. Neron habia encontrado apologistas de sus crímenes. Despues de la muerte de su mujer y de su madre, el Senado ordenó dar gracias á los dioses, y los pretorianos en cuerpo vinieron á felicitarle. ¿Cómo habia de disculparse Neron del incendio de Roma? El más elocuente de los historiadores latinos, el que mejor habia estudiado y conocido los sucesos que tan bien ha descrito, Tácito, despues de haber dicho que Neron fué acusado de haber incendiado á Roma á causa del deseo que manifestaba de reedificarla más hermosa y darla su nombre, añade más adelante, hablando de la persecucion contra los cristianos: *Correpti qui fatebantur, deinde multitudo ingens aut per inde in crimine incendi quam odio generis humani convicti sunt*. Esta persecucion, que se considera la primera de las diez que pesaron sobre el cristianismo, comenzó á fines del año 64. Publicáronse severos edictos contra la religion cristiana. En las provincias los fieles fueron juzgados y condenados á muerte. En Roma se les crucificaba como esclavos. La relacion que de esto hacen los mismos historiadores paganos hace estremecer de horror. En los jardines de Neron los cuerpos de los cristianos, cubiertos de pez y resina, inflama-

dos sirven de antorcha á los paseantes. Suplicio tan terrible y espantoso, á que, si hemos de creer á Tácito, los romanos tan feroces por hábito y por instinto no pudieron asistir sin conmoverse. *Miseratio oriebatur*. (Anales, XV, 44.) S. Pablo vuelve á Roma desde Asia cuando la persecucion se hallaba en su mayor fuerza. Pedro conoce todo el valor del poderoso auxiliar que el cielo le envia. Su puesto era donde la lucha era más terrible y animada, donde habia más llagas que cicatrizar, más almas tímidas y vacilantes que sostener. El momento decisivo iba á llegar. Las previsiones de los apóstoles se realizaron de una manera terrible é inesperada tal vez. Frente á frente de la autoridad y el poder temporal, el celo solo y la fe invencible podian asegurarles la victoria. Sus discípulos eran numerosos sin duda y dispuestos á sufrirlo todo, empero el aspecto de las pruebas inauditas, tremendas, por donde debian pasar, podian hacer volver atrás las almás débiles y apocadas, desanimar áun á los más valientes. A los jefes de los elegidos tocaba redoblar su ardor y confianza. Con el ejemplo, sobre todo, debian predicar á vista del peligro. Muchos historiadores hablan de un suceso extraordinario, de un milagro que tuvo lugar en el Circo en presencia de los romanos y del Emperador mismo, milagro de San Pedro y S. Pablo, y de que fué víctima Simon Mago, milagro que la tradicion de la Iglesia ha conservado. Simon por sus prodigios se habia adquirido gran crédito y nombre entre los romanos. Su odio contra S. Pedro y los apóstoles de Jesus, originado por su condenacion en Jerusalen, se conservaba implacable. Aprovechando el momento en que la persecucion los exterminaba, para confundirlos trata de mentiras todas las obras milagrosas de los discípulos del Señor, y propone á Neron subir al cielo en su presencia y de Roma toda. Bastó esta promesa para conmover á un pueblo tan frívolo como la Roma del imperio. El reto fué lanzado á los galileos. En el dia señalado el Circo se llenó de espectadores. S. Pedro, solo, segun unos, acompañado de S. Pablo, segun otros, se presentó en el Circo sin más armas que la oracion y su confianza en Dios. El mago tenia en su favor sus artes, su audacia, el favor del Emperador y la credulidad del pueblo. A la señal dada, Simon comienza á elevarse en los aires. Sus ojos y su boca lanzan la provocacion y el sarcasmo sobre S. Pedro, que con los brazos cruzados sobre el pecho, iluminada su frente con una santa confianza, aguardaba resignado el desenlace de los decretos de Dios. Ya el impío hendia los aires confiado en los demonios, sobre cuyos hombros iba sostenido, cuando el Apóstol cae de rodillas, alza sus manos suplicantes al cielo, y dirige al Señor en voz alta una fervorosa súplica. Momento solemne en que hubo en el pueblo numerosísimo un profundo silencio. Neron mismo debió de participar de la general emocion. No fué largo el momento de ansiedad. La sú-

plica de Pedro habia sido oida. El impío como herido de un rayo cae al suelo dando un terrible alarido, y se fractura los dos muslos. El dolor y la humillacion de su vencimiento causaron su muerte. En Roma, en la iglesia de Santa Romana viuda, se conserva religiosamente en un altar, cercada de una verja dorada, una piedra sobre la que refieren se arrodilló el santo Apóstol, y donde dejó estampadas las huellas de sus rodillas. Este triunfo á la vista de todo el pueblo no suspendió la persecucion, sea que no fuese posible detener los procedimientos entablados, sea que Neron, tomando parte en la humillacion afrentosa de su favorito, quisiese vengarla, ó que consideraciones políticas fuesen más fuertes que las circunstancias, y sobre todo porque no entraba en los designios del Altísimo conceder á la humanidad los beneficios de su religion, sino despues de haber purificado al género humano con pruebas terribles. La sangre cristiana habia comenzado á correr en el año 64, y no debia contenerse el torrente que inundaba el Imperio sino en el año 68, y áun entónces por muy poco tiempo. Fortalecidos con este nuevo milagro por la proteccion divina los apóstoles, al redoblar el furor sus enemigos redoblaban su celo. Simon Mago, ministro de los impuros placeres y de las supersticiones del César, tenia en la corte un partido contrario, interesado en su desgracia. Este partido, naturalmente se mostró favorable á los que habian procurado la caida de Simon. Pedro y Pablo habian hecho ya próselitos en la misma corte, en el palacio mismo de Neron. Los primeros mártires habian dado en los tormentos admirables pruebas de firmeza y de valor. Habian asombrado á aquellas almas inflexibles, á aquellos corazones de mármol. Sus conversiones se multiplicaban; una de las concubinas más amadas de Neron abrazó la religion de los perseguidos; conversion que unos atribuyen á S. Pablo y otros á S. Pedro; y Neron trató de acabar con los jefes de la secta que habia jurado locamente extinguir. San Pablo fué reducido á prision, y en su misma prision convierte á uno de los criados de Neron. El Emperador le hizo comparecer en su presencia, y se presentó á él con un valor digno de la causa santa que defendia. Cediendo al terror y ruegos de los cristianos, determina Pedro salir de Roma. Despídese de los fieles, y al partir ántes de que rayase el alba, en el momento en que ponia el pie fuera de la puerta de Roma, sobre la via Appia, cuenta la tradicion que se le apareció Jesucristo entrando por la misma puerta. «Señor, pregunto el Apóstol, á dónde vais?» «Vengo á Roma, respondió el Señor, para ser crucificado de nuevo.» Entónces su antiguo discípulo, considerando que el Hijo de Dios habia acabado hacia ya mucho tiempo su mision en la tierra, que no podia ya morir, comprendió que debia ser crucificado de nuevo en la persona del primero de sus apóstoles y volvió pies atrás. En memoria de este hecho hay construido en Roma, cerca de la puerta de S. Se-

bastian, un pequeño templo de forma redonda con el título de *Domine, quo vadis?* donde se conserva aún hoy una piedra en el mismo lugar en que Jesus respondió á S. Pedro, y donde dejó estampadas sus sagradas plantas. En aquel dia, apénas volvió á la ciudad, fue arrestado el apóstol S. Pedro y conducido á las cárceles Mamertinas, donde permaneció durante nueve meses atado á una cadena, que fué encontrada en el año 126 por Sta. Balbina, y dada despues á Teodora, noble matrona romana, hermana de S. Ermes, gobernador antónces de la ciudad, que padeció gloriosamente el martirio. Poco tiempo despues, Teodora dió aquella cadena al papa Sixto I, mártir; luego fué colocada en la iglesia de S. *Pedro Advíncula*, restaurada por Eudoxia, esposa del emperador Valentiniano III, en el pontificado de Sixto III, en el año 439. Encerrado Pedro con S. Pablo en la cárcel Mamertina, cerca del Capitolio, su prision se transformó en un verdadero templo. La columna á que estaba atado el antiguo pescador de Bethsaida se transformó en una cátedra. Dos de los carceleros de los apóstoles, Proceso y Martiniano, se convirtieron á la fe y merecieron poco despues la corona del martirio. Otras cuarenta y cuatro personas de uno y otro sexo, que se hallaban en aquellas cárceles, confesaron á Jesucristo, y recibieron de manos de Pedro el bautismo. Entónces fué tambien cuando escribió S. Pedro la segunda de las dos epístolas que de él nos han quedado, y que son miradas como libros canónicos, pues que otras muchas obras que se le han atribuido, como sus *Actos*, su *Evangelio*, su *Apocalipsi*, son libros supuestos, apócrifos. Su segunda *Epístola* puede ser mirada como la despedida de un padre á sus hijos y como los últimos consejos del supremo pastor á su rebaño. Al fin llegó el dia del triunfo del Apóstol. Era el 29 de Junio del año 65; en aquel dia salieron para morir los dos apóstoles de las prisiones Mamertinas. En el monte Janículo murió Pedro crucificado cual su divino Maestro, para que fuese exacta su semejanza en su muerte con el Salvador, que le habia instituido su vicario sobre la tierra. Al crucificarle pidió como un favor ser atado en la cruz cabeza abajo, porque en su humildad no se juzgaba digno de morir en la misma posicion que su Maestro. Los judíos de Transtiberim fueron á ver crucificar sobre el Janículo al representante de aquel á quien sus padres habian crucificado sobre el Calvario. Al mismo tiempo el verdugo cortaba con la espada la cabeza de Pablo en las aguas Salvianas. Su título de ciudadano romano le valió este género de muerte. Cuando S. Pedro hubo espirado en la cruz, uno de sus discípulos, llamado Marcelo, y dos señoras romanas, Anastasia y Basilisa, descolgaron su cuerpo, lo embalsamaron y lo ocultaron cuidadosamente en las catacumbas. En aquella misma noche, otra noble romana, llamada Lucina, recogió el mutilado cadáver de S. Pablo y lo sepultó en una gruta de sus jardines, inmediatos al camino de Ostia. Los restos de S. Pedro

y de S. Pablo fueron trasladados más tarde al lugar del suplicio de Pedro, sobre el Vaticano. Su cabeza, como la de S. Pablo, se conserva en el altar mayor de la basílica de S. Juan de Letran, donde fueron colocadas por el papa Urbano V en 1370. El templo más grande y suntuoso del mundo es la basílica que Constantino, al dar la paz á la Iglesia, alzó al pescador de Galilea, en aquel mismo Circo donde Neron inmoló tantas víctimas. Aquella basílica primera de S. Pedro permaneció en pie mil y cien años. Sobre ella, en 1440, el papa Nicolao V echó los cimientos de la actual iglesia, continuada por Paulo II, despues por Julio II y el Bramante, luego por Leon X y Rafael y por Paulo III y Miguel Angel, por Sixto V, por Paulo V Borghese y el arquitecto Maderna, y por último, por el español Alejandro VI y el Bernin: templo gigante que ha costado al tiempo dos siglos, al Pontificado ocho papas y al tesoro de los fieles más de ochocientos ochenta millones! S. Pedro habia gobernado la Iglesia de Roma durante veinticinco años enteros, desde el año 40 al 65. Es el pontificado más largo de que hace mencion la historia de la Iglesia, y por eso sin duda cuentan que á la exaltacion de los soberanos pontífices se pronuncian estas célebres palabras: *Annos Petri non videbis.* No verás los años de Pedro. La simple exposicion de los hechos nos ha demostrado la superioridad de Pedro sobre los demás apóstoles y la primacía por consiguiente de la silla de Roma sobre las demás sillas episcopales. Desde la primera vez que Jesucristo habla á Simon, hijo de Juan, cambia su nombre en el de Pedro *(Cefas)*. Más tarde le dice que sobre esta piedra edificará su Iglesia; y todavía aún más tarde le da el encargo de apacentar sus corderos y sus ovejas. Despues de haberse vuelto á los cielos el Salvador en su gloriosa Ascension, S. Pedro es el primero que toma la palabra en medio del cenáculo: él es el primero que habla el dia de la Pentecostés y predica la religion y la resurreccion de Jesucristo. Siempre es él el que se ve por todas partes en el Nuevo Testamento á la cabeza del colegio apostólico. La muerte de San Pedro fijó irrevocablemente en Roma la primera silla de la Iglesia cristiana, que primero habia estado establecida en Antioquía. Roma fué desde entónces la Jerusalen del cristianismo, la residencia de su primer pastor, el centro de la unidad católica, el oráculo y la regla de las diversas iglesias, adonde los padres y los teólogos de todos los siglos han acudido á pedir las decisiones en las materias difíciles, adonde se ha visto estrellarse los artificios de tantos heresiarcas, que han intentado alterar la doctrina de Jesucristo; donde han recibido su mision todos los hombres apostólicos que despues de la primera publicacion del Evangelio han ido á llevar esta divina luz á los diversos pueblos y naciones del mundo. No es de extrañar, pues, que el furor de los herejes y los sarcasmos de los malos católicos se hayan dirigido en todos tiempos, empero sobre todo en este siglo de revoluciones, vértigos y errores

contra esta gran madre de los cristianos, y que hayan aunado todos sus esfuerzos para hacer mirar como fruto de la política la autoridad que el Pontífice romano ejerce en la Iglesia universal en virtud de los poderes que ha recibido del mismo Dios. Los protestantes han llevado el espíritu de partido hasta sostener que jamás estuvo S. Pedro en Roma, y que por consiguiente no pudo establecer allí su silla; pero los sabios, aún más enemigos de la autoridad pontifical han refutado victoriosamente á estos protestantes. En efecto, todos los monumentos de la historia deponen unánimemente en su favor. Hegesipo que, como Papias, estaba próximo á los tiempos apostólicos, publicó la historia del martirio que S. Pedro padeció en Roma. S. Ireneo y San Ignacio, discípulos de S. Pedro, nos refieren que este Apóstol habia fijado su silla en Roma. Tertuliano combate á los herejes apelando al testimonio de la Iglesia romana fundada por S. Pedro. S. Cipriano llama con frecuencia á esta iglesia la *cátedra de Pedro.* Arnobo, S. Epifanio, Orígenes, S. Atanasio, Eusebio, Lactancio, S. Ambrosio, S. Optato, S. Gerónimo, S. Agustin, el Crisóstomo, Paulo Orosio, S. Máximo, Teodoreto, S. Paulino, San Leon y otros muchos, nos han dejado el catálogo de los obispos de Roma desde S. Pedro hasta el pontífice que ocupaba la Santa Sede en su tiempo. Ninguna otra religion sino la católica puede presentar una sucesion tan marcada y tan conocida. ¿Qué secta ha osado fingir una cadena de pastores legítimos, tan compacta y tan bien seguida? *¿Confingant tale quid hæretici?* Asi desafiaba Tertuliano á todos los herejes, y este atrevido y seguro reto ha aumentado en su fuerza é importancia desde Tertuliano, que hablaba así cuando la duracion de la Iglesia romana no contaba todavía dos siglos. ¿Qué hubiera dicho si una sucesion como *sobrehumana* de diez y ocho siglos y medio se hubiera presentado á él? Desde que el vicario de Cristo desaparece del mundo, un sucesor de Pedro, Lino, sube sobre su ensangrentado trono y cae por el martirio. La gerarquía eclesiástica comienza. Lino sucede á Pedro, Clemente á Lino, y esta cadena de pontífices herederos de la autoridad apostólica no se interrumpe ni un instante en cerca de diez y nueve siglos, en que doscientos cincuenta y nueve papas han ocupado la silla pontifical desde S. Pedro hasta Pio IX. Todos estos pontífices, en todos los siglos, han visto combatido su poder espiritual y temporal, y cuando los sectarios del error celebraban ya la muerte de este poder, cual celebraron los judíos la del Cristo, de quien son vicarios sobre la tierra, resucitaba como aquel más fuerte y poderoso, permaneciendo triunfante su poder en pie en medio de las ruinas de los que los atacaban, porque este poder está asentado sobre la mano de Dios, y lo que Dios tiene en su mano no lo suelta jamás. Semejante á esas altas pirámides edificadas por los Faraones, la Iglesia católica es una pirámide divina, cuyos fundamentos tocan á las entrañas mismas de la ver-

dad, cuya cumbre se lanza á los cielos. Esta pirámide ha sido edificada por una mano que á todo cuanto ha hecho le ha impreso el sello de la eternidad. Los sectarios de la herejía han intentado en vano desmoronar algunas piedras, pero rechazados en su estéril trabajo, han ido á perderse en las insondables soledades de la duda y del error. El poder espiritual del Soberano Pontífice fué proclamado el dia en que Jesucristo dijo á S. Pedro: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Siendo el poder temporal de una gerarquía inferior, no se mostró desde luego de una manera tan brillante. Como todas las cosas grandes es oscuro su orígen, y para valernos de una elegante expresion, tiene, como el Nilo, oculta su cabeza. Las persecuciones de los cristianos apresuran su nacimiento, y se alza radiante sobre el cadalso de los mártires. El Papa mismo rehusa al cristianismo un lugar á la luz del sol, y los cristianos, acosados como bestias feroces, no tienen ya el derecho de ciudadanía, se refugian á las catacumbas, y miéntras rueda el carro de los Emperadores sobre el impuro pavimento de la Roma idólatra, una Roma cristiana palpitaba en las entrañas de la tierra, y los súbditos de la ciudad de Dios aclaman la monarquía, á la vez divina y terrestre, del vicario de Jesucristo. Este poder proscripto, martirizado, creció de tal modo que se conmovieron los emperadores romanos, y esos emperadores, que llevaban entre sus títulos el de soberanos pontífices, temieron más la presencia del obispo de Roma que la de sus competidores. Temblaron ante aquella monarquía, cuya indecisa auréola borraba ya la majestad sobre la frente de los Césares, y que la dominaba por un respeto involuntario. Sube al fin el cristianismo al trono imperial con Constantino, y la tradicion nos refiere que al transferir aquel príncipe la silla del imperio á Constantinopla, hizo donacion al Papa de la ciudad de Roma y todo su territorio. Mucho se ha disputado sobre la verdad de esta donacion, empero, verdadera ó supuesta, lo cierto es que una mano oculta arrojaba á los emperadores de la ciudad eterna, para darla al jefe de la Iglesia. ¿Qué fuerza durante más de tres siglos impedia á todos los príncipes fijar de un modo estable su trono en Roma? ¿Qué brazo lo rechaza á Milan, á Pavía, á Rávena? Era la donacion hecha al Pontífice, que procedia de muy alto para que no tuviese cumplida ejecucion. En tanto las riquezas afluyen de todas partes en derredor del trono de S. Pedro. La generosidad y la piedad de los fieles le constituyen numerosos patrimonios. Veintitres poseian á fines del cuarto siglo, y el uno de ellos, el de los Alpes Cotienses, contenia la ciudad de Génova y todo el litoral hasta las costas de Francia. Aun ántes del pontificado de Zósimo, que sucedió en 418 en la silla de S. Pedro á Inocencio I, el episcopado habia reunido al ejercicio del derecho espiritual una especie

de dominacion temporal. Casiodoro habla de este dominio en una carta dirigida en 534 al papa Juan II. Llega la invasion de los bárbaros, y la Italia queda abandonada por los emperadores. Los pueblos buscaron entónces un refugio en los papas, que les dieron auxilio y asistencia temporal. «La desgracia de los tiempos, dice Gibbon en su magnífica obra de la *Historia de la decadencia del Imperio Romano*, aumenta poco á poco el poder temporal de los papas. Hallábanse entónces los obispos de Roma reducidos á ejercer el poder en calidad de ministros de caridad y de paz.» S. Gregorio *el Grande* se lamentaba *de que su elevacion le lanza en el siglo*. Un pastor, añade el mismo santo Pontífice en una de sus cartas, tiene sobre sí tantos cuidados exteriores, que con frecuencia no sabe si es pastor ó príncipe terrenal. San Gregorio obtiene, dice Gibbon en su citada obra, del reconocimiento y del amor de los pueblos el mejor y más brillante título de su autoridad soberana. Por último, terminaremos con la cita más importante, con las palabras que Gregorio II escribia al emperador Leon Isauriense: «Los Pontífices ro»manos son los árbitros y los moderadores de la paz entre el Occidente y el »Oriente... Los ojos de las naciones se han vuelto, se han fijado sobre nues»tra humildad, y nos miran como á un Dios sobre la tierra.» Estos son los hechos, y su simple enunciacion es bastante para que nadie pueda dudar de la validez del contrato primitivo, por el que el pueblo romano se dió, se entregó, se anexionó, valiéndonos de una palabra muy de moda, temporalmente al Papa mucho ántes de la donacion de Pipino y de Carlomagno. Así es que cuando llegó el momento de consagrar legalmente esta adquisicion, Pipino, ántes de atacar á Astolfo, le intimó que *restituyese* las propiedades de la santa Iglesia de Dios y de la República Romana. El papa Zacarías conjuraba por su parte al Rey lombardo á que verificase aquella *restitucion* sin dar lugar al derramamiento de sangre. Pipino pasó á Italia, venció á Astolfo, y de sus conquistas cortó con su espada poderosa un reino, que entregó generosamente al sucesor de S. Pedro. Las llaves de las ciudades cedidas fueron depositadas por el vencedor sobre el sepulcro mismo del santo Apóstol. Este es el órden mismo con que se nombran, órden poco geográfico: *Rávena*, *Rimini*, *Pésaro*, *Fano*, *Cesena*, *Sinigaglia*, *Jesé*, *Forlimpópoli*, *Forli*, *Castell-Sussubio*, *Montefeltro*, *Acerragio*, *Monte di Lucaro Cerra*, *San Marino*, *Bobbio*, *Urbino*, *Cagli*, *Luceolo Gubbio* y *Comacchio*. Esta nomenclatura indica que el exarcado de Rávena se componia entónces de la legacion actual de Rávena, de la de Forli, de la de Pésaro y Urbino, y de una parte de la delegacion de Perugia, la que comprende los valles trasversales, procedentes de la cadena principal de los Apeninos, entre Rimini y Sinigaglia hácia el mar Adriático. Así el sufragio del pueblo, ese derecho hoy tan valedero y tan celebrado, el derecho de conquista de Pipino sobre Astolfo,

una donacion en toda regla por los emperadores francos, una posesion no interrumpida durante nueve siglos, la prescripcion, por último, que hace de esta posesion, tales son los derechos que constituyen la legitimidad del patrimonio de San Pedro, y no hay propiedad más justa y más legitima en el mundo.—Acabamos de trazar á grandes rasgos el origen sublime del poder temporal de la Santa Sede. A él solo estaba reservado el honor de no poseer hoy más que lo que hace diez siglos poseia. A él solo estaba reservado el honor inmenso de elevarse al más alto grado de civilizacion, obedeciendo á sus pontífices, y de engrandecerse por el poder de la humildad. El Vicario de Jesucristo protestaba contra los honores con que le condecoraba la fe cristiana. Los atribuia á los emperadores, enseñaba á los pueblos la sumision, comprimia las revueltas, empero una ley invisible y una misteriosa fuerza elevaba al Pontífice á la dignidad de rey. «Es que Dios, dice Bossuet, »queria que esta Iglesia, la madre comun de todos los reinos, no fuese de»pendiente en lo sucesivo de ningun reino en lo temporal. Y que la Sede, á »la que todos los fieles debian mirar como centro de union, estuviese por »cima de las parcialidades que los diversos intereses y las rivalidades de los »estados pudieran originar. Entónces echó los fundamentos de este gran »designio por medio de Pipino y de Carlomagno. Por su generosa liberali»dad, la Iglesia, independiente en la persona de su jefe, de su cabeza visi»ble, de todas las potestades temporales, se ve en estado de ejercer más li»bremente para el bien comun, y bajo la proteccion de todos los reyes »cristianos, el celestial poder de gobernar las almas y dirigir las concien»cias; y teniendo en la mano recta la balanza en medio de tantos imperios, »muchas veces enemigos, mantiene la unidad en todo el pueblo cristiano, »ora con inflexibles decretos, ora con sus prudentes y conciliadores conse»jos.» Tales son las altas razones de existencia del poder temporal del Papa; su legitimidad recibe una nueva consagracion de su imperiosa necesidad. Es esencial, como sosten del poder espiritual, es indispensable á la independencia del pontificado, independencia necesaria al equilibrio de la Europa. Es preciso el poder temporal del Papa para poder deliberar en paz sobre los grandes intereses del catolicismo, para dar sus infalibles decretos, para llenar los grandes actos de su autoridad espiritual. ¿Si el Pontífice no fuese rey, qué libertad tendria la prensa apostólica? Qué reino, qué república, qué gobierno, en fin, le permitiria imprimir sus bulas y sus encíclicas, si contrariaban su política, sus miras é intereses? Qué mensajeros llevarian las órdenes del Apóstol monarca de Oriente al Occidente y del Mediodía al Septentrion? Quién recibiria en la mansion de los santos apóstoles las majestades destronadas, los grandes infortunios, los pontífices perseguidos, que vienen á Roma á consolarse en el seno del Vicario de Jesucristo? Y los pas-

tores que vienen de las cuatro partes del mundo para consultar la divina sabiduría ¿cómo podrian ir y venir libremente, y qué gobierno toleraria sin tomar intervencion en esa incesante y continua peregrinacion? La historia de nuestros mismos dias comprueba esta verdad. Cuando arrebatado por el Directorio francés el papa Pio VI de Roma, convertida en república, iba á morir agobiado de pesares en 1799 en una prision en Valencia de Francia, parecia que el dominio temporal de los papas habia desaparecido para siempre; pero sus cimientos son más firmes y duraderos que los cálculos humanos. Dilatado fué el interregno y prolongado el cónclave reunido en Venecia. Todos desesperaban de la salvacion del poder de la Iglesia, cuando una liga providencial, una reaccion se manifiesta. La Inglaterra protestante, la Rusia cismática, la Turquía misma, cooperan á esta reaccion, protegen con su espada la urna católica en el cónclave de Venecia, de donde debia salir el nombre de Bernabé Chiaramonte, monje benedictino (1800) que toma el nombre de Pio VII, papa admirable, que á pesar de su adhesion á la autoridad de la Santa Sede, comprendia los tiempos y los hombres entre quienes vivia. Cuando las olas de la anarquía se retiraron en Francia, apareció Napoleon: rodeado de ruinas, las fecunda, hace salir de ellas un mundo regenerado. Su genio emprendedor y organizador, su poderosa voluntad, su amor á la gloria, la inmensa fuerza que la revolucion habia colocado en sus manos, hacen de él el hombre más gigantesco de los tiempos modernos. Restablece el culto católico, que habia proscripto la revolucion; celebra con Pio VII un concordato (1801), le devuelve sus estados y le proclama Emperador de los franceses, y el Papa mismo marcha á París á consagrarle como en otro tiempo habia ido el papa Zacarías á consagrar la familia de Carlomagno; Pio VII, ántes de abandonar á Roma para ir á consagrar al Emperador, firmó lleno de prevision una abdicacion condicional, á fin de que si Napoleon queria retenerle á su pesar, no tuviese entre sus manos sino un pobre monje, y la cristiandad pudiese elegir su cabeza visible. La nueva division de la Italia desaparece al establecerse el Imperio Francés y cambia la República Cisalpina en el reino de Italia, la Partenopea en el reino de Nápoles, y crea en el centro el reino de Etruria, sobre el cual coloca al duque de Parma. En 1808, cuando el Imperio Francés tomó una extension gigantesca, que parecerá fabulosa á los siglos venideros, toda la Italia hasta el reino de Nápoles quedó incorporado á él. Venecia, Milan, Florencia, Parma y Roma fueron simples prefecturas del Imperio Francés. Arrojada el Austria más allá de las montañas del Tirol, veia con dolor escapársele de las manos aquella Italia que habia sido la política hereditaria de la casa de Ausbourg. Los Estados Pontificios fueron incorporados tambien al Imperio Francés (1809), á pretexto de que Pio VII se habia abs-

tenido de hacer la guerra á los ingleses, y entrar en el plan continental con que queria Napoleon anonadar á la Gran Bretaña, su poderosa rival. Pio VII responde con una excomunion á la expoliacion de sus estados. El general Radet lo arrebata de Roma el 4 de Junio, lo traslada á Florencia, despues á Aviñon y á Sabona. Desde entónces el Pontífice fué prisionero del Emperador, pero resistiendo siempre en tan dura cautividad sus proposiciones. Sabia que treinta de sus predecesores se habian dejado martirizar ántes que abandonar sus derechos divinos. Napoleon habia llegado al apogeo de su poder, cuando la España, que traidoramente habia invadido en 1808, demuestra á la Europa en los campos de Bailen, de la Albuera, de Talavera, Arapiles, Vitoria y cien batallas gloriosas la posibilidad de vencer al triunfador de las coaliciones europeas. Antes de salir de Francia para la desastrosa campaña de Rusia, el Emperador llama á Fontainebleau (1812) al ilustre Pontífice. A su vuelta á Francia, despues del desastre de Moscow, vuelve á Fontainebleau, y los ejércitos aliados penetran en ella por todas partes. La hora de su ruina habia sonado, Napoleon no quiere prolongar por más tiempo el más culpable abuso que habia hecho de su poder en los dias de su prosperidad, y da la libertad al Papa el 23 de Enero de 1814. Pio VII vuelve lentamente otra vez á su ciudad de Roma. Napoleon, aquel grande hombre, conoció en su inmenso talento que el poder temporal de los Papas era en el mundo ya un hecho inevitable. Por sus propias manos, sin aguardar el éxito de los sucesos que despues le arrojaron sobre la roca de Santa Elena, destruyó el poderoso edificio por cuya construccion habia tanto combatido, se habia derramado tanta sangre. Miéntras él iba á morir en medio del Océano proscripto y sin trono, Pio VII tuvo la generosidad de dar asilo en Roma á la familia de su perseguidor, cuando toda la Europa la rechazaba de sus estados.—En 1846, Pio IX habia subido al trono de San Pedro en medio de las aclamaciones del mundo entero. La revolucion habia encubierto bajo la máscara de la alegría sus pérfidos y siniestros proyectos. Habia saludado con frenesí al Dios para hacer pedazos sus altares; lo habian coronado sobre el cráter á la hora de abrir el volcan. El pueblo romano habia tirado entusiasmado de su carro, y el augusto Pontífice no habia reparado que al pasar bajo el arco triunfal de la Clemencia lo arrastraban al circo de los Mártires. La revolucion arroja de Roma á Pio IX, convierte la ciudad santa en república y Luis Napoleon, presidente de la República Francesa, apresta en Tolon una escuadra y un ejército que haga triunfar el poder temporal del Pontífice en Roma entregada al furor de los asesinos. Lleva tan adelante su celo, que no permite que la reina de España y el rey de Nápoles concurran materialmente al restablecimiento del Papa en su cualidad de soberanos católicos. Francia no acepta su concurso sino como cuerpos de observacion, ocupando los Estados Pontificios,

miéntras los franceses se reservan tomar á Roma, que ocupan desde entónces la ciudad eterna sosteniendo el poder temporal del Papa. Hoy el mismo Napoleon, Emperador de los franceses, suscita grandes tribulaciones al mismo Pontífice y pone en alarma el espíritu de todas las naciones católicas. ¡Temerario empeño! El poder del pontificado saldrá ileso de la lucha, vencerá todas las circunstancias por difíciles que sean y aunque la prudencia humana no les encuentre solucion. Desde los tiempos más remotos hasta los que hemos presenciado en nuestros dias, en medio de todos los poderes humanos que se debilitan, en medio de los tronos que vacilan al viento terrible de las revoluciones, el pontificado permaneció siempre fuerte, hoy como lo era hace diez y ocho siglos. El anciano que lo posee no tiene ni tropas que puedan imponer su voluntad, ni oro que pueda comprar el voto de sus enemigos; y sin embargo, habla siempre sin temor, y millones de voluntades aguardan la decision para recogerla con amor, para someterse á ella con obediencia. Hombres que nunca lo han visto, que jamás lo verán, que no hablan su idioma, que habitan bajo otro cielo allende los mares, en las extremidades de la tierra, acatan su ley, que ninguna fuerza material les impone. Podrá un dia faltarle todo apoyo humano, podrán arrancar esa corona que Carlomagno puso sobre la frente del pontificado, los hombres pueden hacer todo eso, y han intentado hacerlo; pero no podrán arrancarle la corona espiritual que Jesucristo ha colocado sobre su frente. Se ha visto á los pontífices arrojados de Roma en diversas épocas, y hemos presenciado dos veces esta catástrofe en nuestro siglo; empero el pontificado no perece por eso, porque este rey que no tiene posteridad, á quien algunos sacerdotes pueden elegir en cualquiera parte del globo, desde allí ejercerá su dominio con la misma plenitud, con la misma fuerza que si lo ejerciese desde Roma, y ningun mortal puede quebrar esa sede espiritual en que Jesucristo lo ha sentado, y que la fe misma eleva sobre todas las conciencias cristianas. El pontificado ha sido principio de accion, de vida y de unidad. El cristianismo no podria existir sin él. Si el cristianismo no fuese más que una teoría, el cristianismo no seria nada. El cristianismo es una cosa real y permanente sobre la tierra por la autoridad que lo perpetúa, y el pontificado es el elemento visible de su existencia. Así es que donde quiera que se ha desconocido el pontificado se ha desfigurado el cristianismo. El pontificado no solamente ha conservado la Iglesia, sino que ha constituido los estados cristianos. El pontificado ha levantado al hombre de su estado de humillacion exterior; así como el cristianismo lo habia levantado de la decadencia moral. En tiempo de los emperadores romanos reviste el manto de sangre y de martirio, y es el representante de la dignidad de los pueblos: sin más fuerzas que la oracion y el sacrificio conquistó bien pronto la li-

bertad del mundo. Colocado sobre el trono del mundo, en medio de los pueblos, por una donacion política que consagra su existencia exterior, su accion se encuentra mezclada entre las naciones y los reyes. Todos acuden al pontificado como al origen supremo del poder, como á la sola regla soberana de equidad. — Vemos en unos tiempos disponer al pontificado de las coronas; la razon de aquellos tiempos es la que les provocó al ejercicio de la monarquía suprema: no debe acusarse de esto al pontificado, no; los pueblos son los que acudian á él como el único consuelo que podian tener en tiempo del feudalismo. Los papas protegen la Italia contra los emperadores de Alemania, despues de haberla salvado de las manos de los bárbaros, así el poder eclesiástico constituido por Carlomagno fué el baluarte de la libertad. Las cruzadas que emprenden los papas con una admirable prevision, detienen la barbarie musulmana, y salvan al cristianismo en Europa, levantando un muro impenetrable. Gigantesca empresa, donde se quiebra la espada de Mahoma, se destruye el feudalismo y se prepara la civilizacion del mundo. El pontificado constituye los reinos modernos, consagra las dinastías que reinan aún y sobre las cuales Dios no ha pronunciado aún su última sentencia..... El pontificado contribuyó á mantener las luces que en los tiempos de la barbarie parecieron completamente extinguidas. Cuando la Europa se agitaba en medio del conflicto terrible de los reyes entre sí, de los reyes con el feudalismo, y del feudalismo con los pueblos, ¿cuál hubiera sido su suerte si la autoridad reconocida entónces no hubiera tomado con mano fuerte las riendas de la civilizacion? No las tomó, no, para usurpar, sino como el marinero que en la confusion de una tempestad se apodera del timon para conducir al puerto el bajel, ó como el soldado que en medio de una batalla y falto de jefes se apodera del mando y salva el ejército. Los papas animaron las artes, y cuando Lutero pretendió romper la cadena con que estaba retenida cautiva la inteligencia humana, Leon X inmortaliza su siglo con las obras maestras de las artes y de las letras, edificaba á S. Pedro, y aparecian los milagros de Rafael y Miguel Angel, realizando las maravillas de la antigua Roma y Atenas. El siglo de Leon X es superior al de Pericles. Los sucesores de Leon X no dejaron extinguir este noble ardor por los triunfos del genio. Los obispos soberanos pacíficos de Roma reunieron todos los preciosos restos de las edades pasadas. Allí admira aún el viajero las obras más célebres de la antigüedad: allí sobre los monumentos del paganismo colocaron las imágenes cristianas. Así se conservan las Termas de Diocleciano, el Panteon y la columna Trajana, que no estaria de seguro en pie si no la coronára la estátua del apóstol S. Pedro.—Si de vez en cuando hemos visto con dolor algunos pontífices, indignos de representar á Jesucristo, ocupar la santa sede, el mal que hicieron desapareció

con ellos. Solo ha quedado la influencia de los inmensos bienes que el mundo entero debe á la corte de Roma, que se ha manifestado siempre superior á su siglo. Así es que ella tenia idea de legislacion, de derecho público, de economía, de bellas artes, de ciencias, de cultura, cuando todo se hallaba sumido en las tinieblas de las instituciones góticas. No se reservaba exclusivamente las luces, las esparcia á torrentes sobre todo el mundo, y hacia caer las barreras que las preocupaciones habian levantado entre las naciones; trataba de dulcificar las costumbres, de ahuyentar la ignorancia y civilizar los pueblos. Roma sin los pontífices no sería hoy el punto de cita del genio de todos los países del mundo, como no lo es ni Alejandría, ni Atenas, ni otras ciudades que han florecido en las ciencias y en las artes. Carlomagno, adelantándose á los siglos, constituye el poder eclesiástico, y ningun poder político sobre la tierra puede igualar en legitimidad al poder temporal del Papa. Este poder del Papa es un hecho providencial, es una necesidad en el mundo, y cuenta diez y seis siglos de existencia.—La independencia del Soberano Pontífice está bajo la salvaguardia de todos los católicos. Roma con sus monumentos levantados á costa de los tesoros de la Europa entera, Roma, centro y cabeza del cristianismo, pertenece á los cristianos más que á los romanos mismos. El mundo no podrá dejar nunca decapitar la cristiandad, ni permitir que el jefe visible de la Iglesia deje de ser soberano. El mundo católico tiene derecho á exigir que el oráculo infalible de sus dogmas sea libre é independiente. Sus estados, demasiado cortos para ser temibles como potencia política, son los suficientes para asegurarle la independencia de todos los reyes y de todas las naciones, y sus estados hoy son los mismos que en tiempo de Luitprand y de Carlomagno. Si el poder del pontificado desapareciese, sería porque la civilizacion del mundo habria terminado, ó esta civilizacion marcharia tal vez á situarse en otros puntos donde Dios hubiese tocado con su dedo para rejuvenecer el mundo: así hemos visto perderse y volver á aparecer la civilizacion. El pontificado es el vínculo político de la Europa: por esta razon hemos visto que los reyes católicos y los reyes cismáticos y protestantes se apresuraron en tiempo de Napoleon I á reorganizar ese poder. El Pontífice, pastor general de la Iglesia, no solamente defiende á los fieles de la opresion, sino que marcha delante de las esperanzas y de los más brillantes destinos del mundo. Tal se muestra Pio IX como pontífice y como rey, viendo hoy trocada su triple corona en las punzantes espinas que ensangrentaron la cabeza del Cristo, de quien es vicario en la tierra. Firme, incontrastable como los Gregorios sétimos y los Inocencios terceros, ha defendido heróicamente los derechos y propiedades de la Iglesia. En Holanda, en Inglaterra, en Alemania y en Oriente, ha abierto una nueva era de gloria para el catolicismo. Ha definido y declarado

el dogma de la Inmaculada Concepcion. Ha reunido en torno de si á todos los obispos de la cristiandad en los momentos en que escribimos estas líneas para concertar con la Iglesia universal medidas de salvacion para la barca de Pedro, combatida hoy por todos los vientos, empero que triunfará como siempre, porque así está escrito. Como principe temporal ha sufrido los más grandes insultos, su corazon se ve lleno de amargura, sus estados invadidos pérfidamente por el rey de Cerdeña, que quiere establecer en Roma la capital de la Italia unida, sueño quimérico que ha costado tanta sangre, que produce la alarma de la Europa, y puede precipitarla de un momento á otro en una guerra universal. Pio IX se mantiene en Roma, única ciudad que le queda de sus antiguos estados, porque la ocupa un ejército francés. El dia que este se retire, el venerable Pontífice, el jefe de la cristiandad, tendrá que buscar un asilo en algun pueblo católico, despojado de su soberanía temporal que tantos beneficios ha dispensado al mundo. Aún no ha llegado este caso, y plegue á Dios nunca llegue, aunque el triunfo de los enemigos del pontificado sería de corta duracion! El Pastor santo de Roma tiene aún armas espirituales con que defenderse, y se defenderá. ¡El rayo herirá las cabezas de sus enemigos, aunque en su impiedad consideren la excomunion del Pontífice como el dardo de Príamo arrojado en medio del incendio de Troya! La unidad moral de las naciones cristianas brillará otra vez como en los tiempos de las cruzadas: y si en el siglo XI, cuando el feudalismo habia arraigado á los hombres en el suelo tan fuertemente como los castillos de que por do quier estaba erizada la tierra, se alzaron á la voz de Pedro el Ermitaño, y se lanzaron al Asia á conquistar el sepulcro de Cristo, y todos quisieron partir, y nobles y villanos, jóvenes y viejos, abandonaron castillos y cabañas; hoy no dejarán perecer el trono del Cristo en la tierra, ese trono que cuenta diez y seis siglos, levantado por Constantino y Carlomagno. La opinion es unánime: en Francia y en España se celebran rogativas públicas por el atribulado pontífice Pio IX. Pueblos enteros le dirigen su fiel y espontánea adhesion y le ofrecen cuantiosos donativos. El movimiento será inmenso en el universo. Se ha manifestado ya en Portugal, en Irlanda, en Alemania, en las Rusias, y atravesando el Océano como una chispa eléctrica, se mostrará en todos los contornos del globo: en los archipiélagos del Asia, en las montañas de la Armenia, en las llanuras de Thon-King, sobre las márgenes del Japon, en las orillas del Ganges, y en las Américas en el fondo de las sábanas del Canadá, en la cima de los Andes y las cordilleras, y sobre las ruinas del antiguo mundo en Thebas, en Menfis, en Atenas y en todas las partes del globo donde existe un solo adorador de Cristo, que ofreció á su vicario Pedro que *jamás las puertas del infierno prevalecerian contra la Iglesia! — El Conde de Fabraquer.* — Madrid 30 de Mayo de 1862.

PEDRO (S.), abad y confesor. El dia 6 de Enero hace conmemoracion nuestra santa Iglesia católica de este Santo, del cual nos habla el V. Beda, sin que se nos diga otra cosa de él que fué abad de Cantorbery y que murió el año 608 de nuestra era. — C.

PEDRO (S.), obispo y confesor. El glorioso S. Basilio *el Grande* fué tan dichoso, que se cuentan los santos en su familia por sus individuos, siéndolo sus hermanos S. Gregorio Niceno, Sta. Macrina y S. Pedro de quien tratamos. Costó S. Pedro la vida á su madre al darle á luz, y el mismo dia de su nacimiento murió tambien su padre. Quedándole por padres sus santos hermanos, Sta. Macrina se encargó de educarle en la piedad y le enseñó los deberes á que estaba obligado como cristiano y las primeras letras, y pocas veces respondió un discípulo mejor que Pedro á las tareas de su maestro. Ya suficientemente instruido en la religion y con la capacidad necesaria á este fin, le ordenó de sacerdote su santo hermano Basilio el año 371 de nuestra era, y el de 381 fué elegido obispo de Sebaste. Diez y siete años vivió despues de haber subido al episcopado este Santo, y en este período brillaron sus virtudes y piedad para edificacion de sus dichosos feligreses, que le vieron descender lleno de gloria al sepulcro el dia 11 de Enero, en que le recuerda la Iglesia, del año 398 de Jesucristo. — C.

PEDRO (S.), mártir. El dia 11 de Enero hace mencion la Iglesia de este Santo, y de S. Severo, y S. Lencio, á los cuales llama mártires el Martirologio romano; pero tanto Beda como los Bolandistas los consideran solo confesores, no dándonos más noticias. — A. C.

PEDRO (S.), obispo y cardenal. Ignórase por los autores que hemos consultado la fecha del nacimiento de este Santo del siglo XI. Consta que fué religioso ejemplar de la órden de Valleumbrosa, y de la ilustre casa de Aldobrandini. En 1073 fué creado cardenal y obispo de Albano; y como atacase á los obispos simoníacos, para probar sus culpas pasó por el fuego sin lesion alguna, razon por la que se le dió el nombre de *Igneo*. Varon sabio y prelado prudentísimo, le concedió Dios el singular don de reconciliar los espíritus turbulentos, por lo que bastaba mediase entre dos contendientes ó entre varios, por enconados que estuviesen unos contra otros, para que quedasen en paz y como buenos amigos. Su vida, que terminó á fines del siglo XI, fué ejemplar, y durante ella hizo á la religion y á la humanidad los importantes servicios que le han santificado, y por los que la Iglesia le recuerda el dia 8 de Febrero. — C.

PEDRO (S.), confesor. La España cuenta entre sus santos uno de este nombre, nacido de una ilustre y noble familia. Empezó su vida en la carrera de las armas; pero como repugnase á su piedad este ejercicio, le abandonó por otra bandera más gloriosa, la de la cruz, bajo la cual militan los

siervos de Jesucristo. Su piedad y devocion le obligó á visitar los más célebres santuarios de Europa en hábito de peregrino; y deseando vivir léjos del comercio del mundo contemplando á Dios en la soledad, se estableció en Babuco de Campaña, en un monte cercano á la ciudad, en donde se ejercitó en tan severas y ásperas penitencias y en abstinencia tan prolongada, que murió santamente tal vez el 11 de Marzo en que le recuerda la Iglesia, sin que se nos diga el año de su dichoso tránsito. Como la fama de su santidad, divulgada por aquel país, habia llevado muchas gentes á su cueva, algunas de las cuales le debieran la salud; despues de su muerte acudió el pueblo á venerarle, y tomando su santo cuerpo en hombros le llevaron á la ciudad, en la que le levantó la devocion un suntuoso sepulcro y despues un templo, en el que ha manifestado Dios las excelencias de su siervo por medio de milagros obrados por su intercesion. — C.

PEDRO (S.), mártir. Tenia el emperador Diocleciano un camarero llamado Pedro, cuyo sensible corazon se compadecia de tal modo de los tormentos que se daban á los cristianos, que llegó á quejarse de esto á su propio Señor. Este, que era una verdadera hiena sedienta siempre de sangre cristiana, le reprendió severamente, prohibiéndole tener compasion por los enemigos de los dioses; pero como éste con la prohibicion sintiese más encendido de amor su corazon, públicamente manifestaba el dolor que le causaban aquellas bárbaras ejecuciones, por lo cual fué acusado al César. Indignado éste al ver que su criado persistia en su opinion, y que se atrevió á ensalzar en su presencia las virtudes de los cristianos, le hizo azotar cruelmente colgado desnudo de una viga; y como á pesar de tener abierto su cuerpo por los azotes no se confesase amante de los ídolos, le mandó echar en las llagas sal y vinagre; y por último, haciendo le pusiesen sobre unas parrillas, le quemaron los verdugos á fuego lento, y en este suplicio dió su alma á Dios que la recibió en su santa gloria el dia 12 de Marzo, en que le recuerda la Iglesia, del año 302 de Jesucristo. — C.

PEDRO (S.), mártir. La Iglesia católica hace mencion el dia 14 de Marzo de un santo de este nombre que padeció el martirio con S. Afrodisio en Africa, cuando invadida por los vándalos persiguieron á los fieles católicos que no quisieron prestarse á sus impías exigencias y que preferian la muerte á abjurar de su Dios. — A. C.

PEDRO (S.), mártir. En la historia de los mártires de la ciudad de Roma encontramos un Pedro, del que por haberse perdido las actas de su martirio solo se sabe que murió por la fe de Jesucristo en esta ciudad en compañía de los santos Marciano, Casiano, Jovino y Tecla, á todos los que recuerda la santa Iglesia católica el dia 26 de Marzo. — C.

PEDRO (S.), diácono y mártir. Nos hablan los Martirologios en el 17 de

Abril de este santo diácono, al propio tiempo que de su ministro S. Hermógenes, diciéndonos solo que murieron en Antioquía degollados por confesar la religion de Jesucristo durante la persecucion del impío emperador Diocleciano, irritados sus verdugos al ver que ni por halagos ni por amenazas pudieron lograr que incensasen á los falsos dioses. — A. C.

PEDRO (S.), obispo y mártir. Cuando el apóstol Santiago vino á España á predicar el Evangelio, trajo consigo varios discípulos, siendo uno de ellos el S. Pedro de que tratamos. Consagró el Apóstol á su amado Pedro de obispo, y le mandó á la ciudad de Braga para que esparciese la religion de Jesucristo por el Portugal. Dicen los historiadores que la predicacion de Pedro iba muchas veces acompañada de milagros, y que curó á la hija del Rey de una mortal enfermedad. Esta maravillosa cura llamó de tal modo la atencion de la enferma y de la Reina su madre, que de la gratitud pasaron á reflexionar en las verdades que el Santo predicaba; y convencidas de la razon é iluminadas por la gracia de Dios, se convirtieron y recibieron el bautismo de manos del santo Obispo, confesando en seguida públicamente que eran cristianas. Sabedor el Rey de lo que pasaba, se indignó extraordinariamente contra su mujer y su hija; y deseando vengarse en el catequista, mandó matar á Pedro. Huyó éste de la ciudad tan luego como supo la sentencia del Rey; pero como Dios le queria para sí, permitió le alcanzasen los verdugos que iban en su persecucion en Rates; y como le encontrasen orando en la iglesia, en aquel mismo sitio le cortaron la cabeza, yendo su alma á disfrutar de las celestiales delicias. La Iglesia católica recuerda á este santo mártir el dia 26 de Abril. — C.

PEDRO (S.), obispo. Nació este bienaventurado de la Real estirpe de los Longobardos, y fué modelo de príncipes perfectos. Envidioso de su virtud un príncipe, pariente suyo, que dominaba en la corte, á la cual santificaba el Santo con su virtud, se retiró á la ciudad de Espoleto, en donde se consagró todo á Dios, dedicando su tiempo á prácticas de piedad y ejercicios de devocion y de caridad. Dicen sus actas, que hallándose un dia orando en la iglesia del mártir S. Sabino, de quien era muy devoto, oyó una voz celestial que le profetizó sería obispo de Pavía. Vacó de allí á poco este episcopado, y Pedro fué elegido y consagrado pastor de aquella grey, en cuya iglesia, que gobernó con el mayor celo é inteligencia, acreditó su santidad. Concedióle Dios el don de milagros en premio de sus virtudes, entre las que sobresalió la castidad en grado heróico, y despues de haber edificado á sus diocesanos, murió en paz el 7 de Mayo, en que le recuerda la Iglesia, del año 738. — C.

PEDRO (S.), mártir. Rugia por el Imperio Romano la terrible persecucion del sanguinario é impio emperador Decio contra los cristianos por el

año 250 de Jesucristo, cuando un santo varon, llamado Pedro, hacia gala de confesar al verdadero Dios y de aborrecer á los ídolos como hechuras del infierno, en las inmediaciones de Lampsaco, ciudad del Asia Menor, cerca del Helesponto. Irritados los idólatras de que ofendiese á sus dioses, dieron cuenta al procónsul del Asia, Optimo, de que un jóven de tan buena presencia como atrevido, insultaba á las divinidades del país y ensalzaba al Nazareno. Mandóle prender este tirano juez, y como delante de él acreditase Pedro la firmeza de su fe, le mandó dar tormento hasta el punto de que fuesen poco á poco quebrantándose todos sus huesos. Como el tirano Optimo se indignase al ver la inflexible constancia de Pedro, cansado ya de verle con vida, le mandó cortar la cabeza, y su alma bendita voló al seno de su Dios el dia 15 de Mayo, en que le recuerda la Iglesia, al propio tiempo que á los mártires de Frigia, Andrés, Pablo y Dionisia, que fueron sacrificados en esta ciudad poco despues por el mismo Optimo. — C.

PEDRO (S.), obispo y confesor. Hijo este Santo de una familia distinguida de Italia, en donde nació, recibió una educacion esmerada, y hubiera brillado seguramente en la alta sociedad si no hubiera preferido el servir á Dios ante todo despreciando al mundo, sus vanidades y sus pompas. Inclinado al claustro, porque vió en él el mejor medio de ser más de su Dios que del mundo, tomó el hábito en la religion de S. Benito. Pero como Dios quisiera que brillase en la aristocracia de la Iglesia quien habia renunciado por servirle la del nacimiento, hizo que se fijase la vista en su saber y virtud, y por estas dotes fué elevado, á pesar suyo, á la silla episcopal de Agnani, en Italia, cuya iglesia gobernó como buen pastor, y por lo tanto amado de sus fieles ovejas, hasta el año 1105 en que murió sentido de todos sus feligreses. Fué sepultado su cuerpo en su iglesia catedral, y á su sepulcro empezaron á acudir los fieles á pedir gracias á Dios por su mediacion. La Iglesia le recuerda el dia 3 de Agosto como á uno de sus santos. — B. C.

PEDRO (S.), confesor. Hallamos en los libros de los Santos uno de este nombre, al que celebra la Iglesia católica el dia 30 de Agosto, pero del que solo se dice que floreció desde el principio á mediados del siglo XI en Tréveris de Italia, cuya ciudad edificó con su vida virtuosa y milagros, y con su dichoso tránsito ocurrido en el año 1052, en el que murió, bendecido por los fieles de la comarca que se encomiendan á él en sus necesidades para que les alcance la gracia de Dios. — C.

PEDRO (S.), mártir. Tenia el emperador Diocleciano, terrible enemigo de los cristianos, que procuró su exterminio por todos los medios imaginables, dos camareros que profesaban en secreto la religion de Jesucristo: estos eran Pedro y Doroteo, camarero éste y su segundo el primero. Prendióse casual ó forzadamente fuego el palacio que tenia en Nicomedia el Empera-

dor, hallándose éste en él con su servidumbre, y como los gentiles buscaban todos los medios de exterminar á los nazarenos, que así denominaban á los cristianos, les culparon de este incendio, acusándolos al Emperador. Descubrióse á la sazon que los dos camareros del soberano eran cristianos, y creciendo el infame supuesto, se les aprisionó, así como á todos los que se descubrió profesaban el cristianismo dentro del mismo palacio, y fueron martirizados bárbaramente por órden del impío tirano. La Iglesia recuerda á estos santos mártires el dia 9 de Setiembre. — C.

PEDRO (S.), obispo y confesor. Entre los obispos de Santiago de Galicia del siglo X, hallamos un santo prelado de este nombre, el cual dice el cardenal Baronio, en sus *Vidas de los Santos*, que fué muy célebre por sus grandes virtudes y muy venerado por sus muchos milagros. Debemos llamar la atencion al lector de que los Bolandistas niegan absolutamente haya habido obispo de este nombre en Santiago en la época á que nos hemos referido, dando pruebas razonadas al efecto, y que por más que se ha buscado no han podido encontrarse más noticias acerca de este Santo, al que recuerdan los libros de los Santos del año con relacion al 10 de Setiembre. — A. C.

PEDRO (S.), obispo y mártir. Con referencia al 4 de Octubre hallamos que hace mencion la Iglesia católica de un S. Pedro, natural de Grecia, el cual hizo un particular estudio en los libros sagrados, por cuyo medio alcanzó una instruccion religiosa poco comun. Su saber y virtud le valió ser nombrado por el voto unánime del clero obispo de Damasco, en cuya cualidad empezó una extensa y constante predicacion por su diócesis, que le aumentó extraordinariamente el número de fieles ovejas, con las que acrecentó el rebaño del Señor. Habiendo sido casado ántes de recibir las órdenes sacerdotales, tuvo tres hijos, los cuales se habian retirado con él á hacer la vida penitente á un desierto, del que le sacaron para consagrarle obispo. Acusado de blasfemo ante un príncipe árabe, éste le condenó á que le cortasen la lengua; pero como el habérsela arrancado no le estorbase para seguir confesando á Jesucristo, indignados los verdugos le sacaron los ojos, le cortaron la mano derecha y los pies, y despues le clavaron en una cruz, le degollaron y lo arrojaron al fuego, lanzando al rio sus cenizas el año 743 de nuestra era. — A. C.

PEDRO (S.), mártir. El Martirologio, se dice en la *Leyenda de Oro*, hace memoria en 8 de Octubre de un mártir español, natural de Sevilla, llamado Pedro, del cual hablan tambien muchos escritores. No se halla ningun documento relativo á este Santo que sea anterior á Usuardo, por lo cual sospecha el P. Florez que padeció en tiempo de los moros y no en el de los romanos, en que fijan algunos su martirio. La iglesia de Sevilla comenzó á celebrar su fiesta por los años 1624, y de su vida nada se sabe. — C.

PEDRO (S.), arzobispo. Fué este santo varon natural de Viena, é hijo de padres muy distinguidos en piedad y nobleza, los cuales ansiando con el mayor anhelo la dilatacion de la gloria de Dios, facilitaron cuantos medios estaban en su alcance para poblar las casas religiosas de cartujos y cistercienses. La casa de éstos en Bonabal fué la feliz mansion donde Pedro hizo, por decirlo así, el aprendizaje en la virtud; pero lo hizo con tan extraordinario suceso, que á los primeros meses era ya modelo de todos, y objeto, por consiguiente, de la merecida confianza y entrañable afecto de sus superiores, pudiéndose decir con verdad que todos, pero muy especialmente el Abad de la casa, que le veia muy de cerca, estaban enteramente sorprendidos de sus extraordinarias virtudes. Efectivamente, él era en observancia exactísimo, en penitencia tan rígido, que nunca pudo hacérsele dejar una túnica de silicio, de que se vistió desde niño, ni aceptar otra cama que el duro suelo, sobre el cual por grande regalo extendia un poco de paja; con sus hermanos tan atento y servicial, que aceptando sobre sí los más penosos cargos de la casa, decia ser esto una justa compensacion de su absoluta nulidad y de su inferioridad á todos los monjes, que en solo serlo tenian adelantado mucho para ser predilectos de Dios, miéntras que él, decia, por sus pecados y miserias no podia ofrecer á la vista de todos más que un objeto de compasion. Mas no se crea que este delicado esmero con que á sus hermanos servia era un obstáculo para que él creciese en virtud y ciencia; nada de esto, como su tiempo lo dedicaba todo á Dios, en Dios aprendia, y su ciencia solidísima le hacia á propósito para todos los cargos de la Orden ó de la Iglesia universal, por más que estos fuesen difíciles de desempeñar. Esto daba á entender el afan con que sus superiores tomaron el empeño de que se hiciera sacerdote, lo cual rehusó cuanto pudo, y en cuyo estado se portó admirablemente, complaciendo mucho á su superior el poder contar con un varon tan á propósito para el gobierno de algun monasterio, como se verificó en efecto, pues que establecida una filiacion del de Bonaval, que se llamó Estamedio, fué Pedro su abad por más que lo rehusaba, y desde luego comenzó la existencia de esta santa casa con unos excelentes auspicios, porque Pedro superior era el mismo Pedro de ántes, es decir, que no se dispensaba por su cargo de ninguna de las observancias de su regla y constituciones, ántes al contrario, siendo puntual y exactísimo en el desempeño de sus oficios como prelado y presidente de aquella casa, trabajando además mucho de manos, pudiendo así adquirir más para socorrer á los pobres, sus entrañables amigos, á los cuales daba siempre cuantiosas limosnas, llegando á establecer como costumbre en su casa el que se repartiera todos los dias comida á cuantos pobres se acercaban á pedirla, y cuando éstos eran pocos, á los que pasaban por los caminos, á cuyo fin salia el Abad y algunos monjes

llevando consigo las provisiones necesarias, todo lo cual, siendo á gloria de Dios, era tambien un motivo de admiracion y estima en favor de este tan estimado siervo de Dios. Por diez años continuos regentó como Abad esta casa, puede decirse modelo de virtudes; tuvo el Señor por conveniente en esta época elevar á su siervo, ó más bien destinarle á fines más altos, aunque de más trabajo y penalidad para él. Acababa de vacar la silla arzobispal de Tarantasia, y estaban sus feligreses conmovidos de pena por el mal proceder de su último prelado, de satisfaccion en el recuerdo de un Pedro, que fué el primer arzobispo de una santidad extraordinaria; la coincidencia de su nombre con el del santo Abad y la buena fama de las virtudes de éste, tan en armonía con el recuerdo de aquel, les obligaron por inspiracion divina á fijarse en el santo Abad de Estamedio para poner sobre sus hombres con gran provecho de la Iglesia la pesada carga del arzobispado. Puede inferirse el efecto que causaria en un ánimo tan humilde como el del santo Abad la noticia de una elevacion, que pareciendo á todos justísima, á él, sin embargo, le parecia improcedente; así que toda suerte de pretextos buscó para excusarse, así como los de Tarantasia buscaron todo género de recursos para obligarle, hasta que al fin su superior general y de Bonaval le hicieron por santa obediencia decidirse á tomar sobre sí este importantísimo cargo. Una vez aceptado, emprendió su desempeño con un órden y concierto extraordinario, poniendo todo su afan en destruir el escandaloso efecto que habia producido la conducta bastante relajada de su antecesor. Antes de todo llamó á los clérigos, y haciéndoles ver con uncion propia de su elevacion lo importante que es el buen ejemplo para la reforma de las costumbres de los pueblos, les excitó á éste presentándoles como primer paso la completa abnegacion y renuncia de todos los bienes para el sosten y beneficio de los pobres, siendo en esto, como en todo lo demás, su ejemplo tan acabado, que teniendo apénas lo preciso para el adorno de su casa y una mesa frugalísima, hacia participar de ella á cuantos pobres se le acercaban, verificándose muchas veces el quedarse él sin comer más que un poco de pan, por dar á los pobres su misma comida. Esta manera de portarse atraia hácia él el afecto de todos, y era con ese dulce atractivo cuyo resultado es seguir los consejos de aquel que nos granjeó el afecto. Por esto eran tan provechosas las visitas que giraba á todos los lugares de su diócesis, porque además de estos ejemplos de desprendimiento y afecto con que los obligaba, les hacia acreedores á su veneracion el ver cómo se afanaba por procurar los vasos y vestiduras sagradas para el conveniente ejercicio de las funciones sacerdotales, ingeniándose para encontrar dinero, si él no lo tenia, con pedir á las piadosas mujeres una cosa insignificante, que reunida en gran cantidad hacia un fondo para remediar la necesidad que ocurria. Por este mismo medio conseguia dotar y

fundar hospitales, que visitaba por sí mismo, derramando en los enfermos y atribulados un consuelo que á nada es comparable, porque es ese consuelo de indecible dulzura, que lleva consigo la religion de Jesucristo. Muchos prodigios de caridad, rasgos de un celo extraordinario por la gloria de Dios, y un afan nunca desmentido por la santificacion de todos, eran los caractéres con que este santo Obispo se hacia apreciar de sus súbditos, mas no estaba él satisfecho, y en vista de que reiteradas protestas y repetidas renuncias de su cargo no habian podido quitarle de él, resolvió y realizó, aprovechándose de la oscuridad de la noche y del descuido de todos sus familiares, el irse absolutamente solo á su convento del Císter en Alemania, donde vivió algun tiempo, ignorado, dócil á la obediencia como el último de la casa, observante como el primero, y procurando con todo esmero quitarse de la vista de todos para evitar el ser de nuevo reconocido, y el que le llevåran en triunfo como sus virtudes merecian allí adonde él no quiso estar para bien de todos. Pero ¿qué son los juicios del hombre cuando está por medio la voluntad de Dios? Nada y ménos que nada, como aconteció en el presente caso, pues todos buscándole con afan le encontraron por milagrosa indicacion de un niño, que al verle venir del trabajo con los otros monjes se echó á sus piés, manifestando quién era, lo cual turbó bastantemente á sus hermanos; y difundiéndose por la ciudad, llegó hasta Tarantasia, é inmediatamente vinieron en busca de su santo prelado, siendo el gozo de haberle hallado tan grande como habia sido el sentimiento de su pérdida, y mostrándose todos ellos extraordinariamente agradecidos al grandísimo favor de Dios por medio de su respetuoso acatamiento hácia el venerando Arzobispo. Era el tiempo en que luchando el papa Alejandro III contra su antipapa, electo por Barbaroja, estaba la Iglesia como decaida, porque los pastores de ella temerosos no podian hacer lo que quisieran, y habia además la sensible desgracia de que muchos estaban tambien inficionados en las malas doctrinas y protegian al antipapa. Pedro, sin embargo, sostenia con denodado esfuerzo la pureza de la fe católica, hacia ver á los emperadores y á los prelados disidentes lo errado de su camino, y que por consecuencia de este error estaban fuera del gremio católico, esforzando tanto sus razones y explicándose con tal uncion y verdad, que ni áun el mismo Emperador, á pesar de lo que de su conducta decia, se atrevia á oponerse á sus doctrinas, teniendo el Santo tan á raya á sus adversarios, que ni áun se atrevieron á hacerle daño alguno; tal era la fuerza de sus razones, tal el atractivo de su gran virtud. Ella sirvió para que se cortáran las grandes diferencias que existian entre Ildefonso, conde de Tolosa, y el conde Heriberto, para apaciguar á los cuales hizo S. Pedro un viaje á Inglaterra, cabiéndole el consuelo de componer pacíficamente un asunto que hubiese costado mucho tiempo y mucha

sangre sin la mediacion de tan esclarecido prelado. Todas estas cosas no podian ménos de ser conocidas en Roma, así que el Sumo Pontífice veia en Pedro, obispo de Tarantasia, á un varon verdaderamente apostólico, á un prelado que merecia y alcanzaba grandes favores de Dios: por esto le hizo llamar á Roma cuando los sucesos de Pedro Leon perturbaban la Iglesia, y el santo Arzobispo triunfó del error y trajo muchos extraviados al gremio de la Iglesia, y desengañando á muchos pueblos de la falsía de las doctrinas propaladas por Leon, les hacia confesar de buena gana la fe católica, y formar un verdadero y exacto juicio, que tenia que ser en un todo conforme al juicio y parecer de la Iglesia. A pesar de la rectitud de sus miras y de la pureza de sus intenciones, que no podian estar ocultas ni áun á sus más encarnizados enemigos, quisieron estos vengarse del Santo, y escogieron para realizar sus deseos el momento en que regresaba de Roma, encargándose un caballero, íntimo amigo de Pedro de Leon, de derribar de sus hombros la cabeza del Arzobispo; á lo cual se dispuso saliendo con grande acompañamiento á la persecucion del Santo y muy pocos compañeros suyos, que no llevaban otra defensa que su gran confianza en Dios y la perfecta conviccion de que, dueño el Señor como lo es de la vida y muerte de todos, quita aquella y proporciona esta donde le place; y nunca la Providencia abandona á los buenos como no abandonó al esclarecido S. Pedro áun en este trance en que su muerte habria sido un verdadero triunfo. Llegóse en efecto el desalmado con ánimo de hincar el arma homicida en el pecho inocente de Pedro, y Dios quiso clavar en el corazon de aquel que iba á ser vil instrumento de su cobarde homicidio, el dardo beneficentísimo de su gracia, pues desbocado el caballo se cayó en tierra sin sentido y con una rotura en una pierna, permitiendo Dios que el glorioso S. Pedro, intercediendo por él, alcanzase la salud de su cuerpo y juntamente la de su pobre alma, pues que habiendo detestado y confesado sus culpas, se convirtió de enemigo de nuestro Santo en uno de sus más confiados devotos, y la gloria de Dios se acreció ciertamente en este suceso, que parecia predecir un acontecimiento lamentable para la Iglesia universal y para la particular de Tarantasia. Se comprende fácilmente cuánto estimarian sus fieles súbditos la vuelta de su prelado, mucho más cuande supieron lo amenazado que habia estado de un tan grave riesgo, dieron gloria á Dios, y pudieron otra vez consolarse en la presencia de su cariñoso pastor, que de nuevo comenzó su visita cuando regresó de la capital del orbe católico. Parecia que sus fuerzas se habian consolidado en su viaje, que su constitucion habia adquirido nuevo desarrollo, y por último que su celo tambien habia recibido aumento, pues nuevos rasgos de caridad y de abnegacion, de misericordia, de compasion y de todas las virtudes en órden á los demás, más y más rigorosa penitencia, abstinencia más comple-

ta, sueño mas breve, oracion más continua, éxtasis más extraordinarios en órden á sí mismos. Tiempo era ya de que el Señor, satisfecho de las buenas obras de su siervo, le llamase á la recompensa, que solo en Dios podria ser adecuada á la altura de sus grandísimos méritos, así que despues de haber hecho infinitos prodigios, cuando regresaba al centro de su diócesis, pasando por Bonabal, lugar de sus delicias por haber sido donde nació á la religion, recibió allí y sufrió la enfermedad con que el Señor queria darle la última prueba de su predileccion extraordinaria. Indescriptibles son los últimos dias de aquel santo Obispo, pues entónces pareció desplegar el lleno de las gracias celestiales que Dios le comunicó, porque sus acciones y sus palabras, sus sufrimientos y sus penas, arrancaban de todos los corazones sentimientos de una veneracion extraordinaria, de una santa emulacion á sus virtudes. Ellas por fin obtuvieron su recompensa, porque recibidos los santos sacramentos y ejercitádose en fervorosos actos de amor á Dios, su alma pasó tranquilamente al cielo el dia 8 de Mayo de 1160; y despues de probadas sus acciones y halladas heróicas, la Iglesia le inscribió en el catálogo de los Santos, permitiendo á la órden de S. Benito celebrar su memoria el 8 de Mayo. — G. R.

PEDRO (S.). Fué este varon insigne en santidad y erudicion, hijo de la ínclita órden de S. Benito, en la cual ingresó dejando en el mundo grandes esperanzas de justa elevacion, á que le daba derecho su esclarecida cuna. Fué natural de Perusia, y por este motivo y en consideracion á las grandes virtudes de que dió admirables ejemplos desde el momento mismo en que entró en la religion, fué constituido por esta primer abad del convento de Monte-Calvario, en el lugar mismo de su nacimiento. Si como monje habia sido excelente en virtudes y merecia con justicia la veneracion y respeto que todos le tributaban, como abad crecieron éstas, por haberse él convencido de que habria de ser el espejo en que todos se miráran, así en la obediencia como en la pobreza, en la humildad como en la mortificacion. En la castidad y celo evangélico hizo tan raros progresos que vino á convertir su casa en un plantel de santos, cuyo buen olor de virtudes, difundiéndose no solo por todo el pueblo sino tambien por la comarca entera, atrajo á la Orden á muchos varones eminentes, y al amor de Dios á infinitos, que sin las excitaciones de Pedro y los suyos, habrian tal vez permanecido en su letargo defraudando las gracias que el Señor vigorizó en ellos por los buenos oficios de su siervo. Era tal el celo de Pedro por la gloria de Dios, que para procurarla no reparó en medios, así que en una ocasion que notó que el Emperador no corregia la libertad de sus soldados, y les permitia entregarse á excesos y desórdenes inconvenientes á personas que se precian de cristianos, él mismo se presentó á la tropa reunida para un acto de servicio, y les ex-

hortó de tan enérgica manera, que les atrajo á todos al buen camino, convenciéndoles y haciéndoles obrar en lo sucesivo cual convenia á cristianos, que tenian en más la feliz suerte de serlo que todas las otras consideraciones sociales, por más que estas les constituyeran en elevacion y rango distinguidos y apetecibles. Fueron muchos los favores que de Dios recibió este su favorecido siervo, siendo entre otros muy de notar el especial de hacer milagros, del cual se aprovechó mucho en bien de sus hermanos, y para evitar desgracias que hubieran sido fatales sin esta su caritativa mediacion. Citaremos solo un suceso en que se demuestra su caridad y su poder. Construíase en su pueblo un suntuoso edificio, en cuyo último piso se colocaban columnas de piedra de la conveniente magnitud, pero de un peso enorme; en el momento mismo de dar á una su debida situacion, perdió esta el equilibrio necesario y venia á caer sobre una multitud de curiosos, agrupada en derredor del edificio, para admirar la destreza de los operarios y hermosura de la construccion. Pasaba Pedro á la sazon en que un grito de horror indicaba el mal suceso que naturalmente se esperaba de esta piedra desprendida: hizo en el aire la señal de la cruz, y la piedra cesando en la violencia con que caia, vino al suelo despacio sin causar á nadie el menor daño. Este y otros muchos sucesos portentosos sirvieron más y más á acreditar sus virtudes, obligando, por decirlo así, á la silla romana á hacer averiguar todo lo que la fama decia de sus virtudes, y hallándolas heróicas é hijas de la especial gracia de Dios que da testimonio de su predileccion hácia sus siervos, le inscribió en el catálogo de los santos, asignando á su recuerdo en la Orden Benedictina el dia 10 de Julio.—G. R.

PEDRO (S.). El Martirologio de la Orden Benedictina señala el dia 5 de Setiembre para el recuerdo de las virtudes y martirio de este varon distinguido de ella. Son, sin embargo, tan escasas las noticias que acerca de él nos da, que se contenta con decirnos fué obispo Catalaunense y mártir, sin detallar siquiera el modo con que los tiranos le hicieron conquistar la preciosa corona que hoy ciñe sus sienes, ni tampoco la época en que se verificó su triunfo, de suerte que lo único que acerca de él sabemos es su existencia, que fué Obispo, que brilló mucho en virtudes, y nunca el estado de prelado le hizo desconocer su primitivo estado de monje, y que el Señor quiso premiar sus merecimientos concediéndole la dicha de alcanzar la corona del martirio.—G. R.

PEDRO (S.). Este distinguidísimo abad de S. Benito, monje de la misma Orden en el muy floreciente monasterio de S. Andrés de Roma, era inglés de nacion, y fué uno de los primeros enviados de S. Gregorio cuando la Orden comenzó á hacer prosélitos en aquel reino; sus grandes conocimientos en diferentes ramos del saber humano, su piedad suma y extremada abnegacion,

hicieron que las miras de todos sus hermanos, así como de sus superiores, se fijáran en él para conferirle el importantísimo cargo de abad, cuando fué necesario elegirle en la casa donde él residia, desde cuyo importante puesto pasó como abad tambien al monasterio de S. Pedro de Conturbe, que se fundó en su época; y tanto en este como en el de su residencia anterior hizo ver cuán fundadas habian sido las esperanzas que de él formaron sus hermanos cuando le colocaron en este eminente y honroso puesto. Además de dirigir con extraordinario acierto los asuntos de su Orden, tomó tanto aliciente sobre todos los moradores de aquel país, que todos ellos, siguiendo sus consejos, iban por el buen camino, siendo para él altamente consolador el haber podido desarraigar de aquel importante estado el paganismo, bajo cuyo yugo gemian en dura servidumbre la mayor y mejor parte de los hombres de su época, sin exceptuar áun los que por su capacidad y buen criterio podria pensarse estarian exentos de esta lamentable obcecacion. Fué conveniente el que este varon prudentísimo pasase á Francia para desempeñar una importante comision, y en la travesía llegó el momento que Dios tenia destinado para llamarle á recibir la inmortal diadema que habia de coronar sus grandes méritos, así que una terrible tempestad lo sumergió en el mar, de donde lo sacó la marea misma, para que hubiera lugar de notar y reducir á expresion los inefables favores que Dios le hizo. Con efecto, además de la singular manera que tuvieron muchas buenas gentes de cerciorarse de que su cadáver era el de un justo, por unas brillantísimas estrellas que sobre él se dejaban ver con un resplandor admirable, fué portentoso el número de milagros que por su mediacion se hicieron y se repiten hasta en nuestros dias, desde que fué llevado á Brownin, el dia 6 de Enero, siendo esta traslacion tan gloriosa motivo por el cual la Orden Benedictina dedica á su recuerdo este dia, y no el 30 de Diciembre en que murió. Sus virtudes heróicas y sus repetidos milagros hicieron que los sumos pontífices fijasen su atencion sobre este preferente objeto de sus desvelos, y vista con la madurez y respeto que se merece la conformidad de todos en declarar el heroismo de la virtud de Pedro, le agregaron al número de los santos. —G. R.

PEDRO (S.), abad. Fué este eminente varon de la religion cisterciense celebre por todas las circunstancias en que queramos examinarle. Si atendemos á su alcurnia, le veremos descender de la casa Real de Francia; si examinamos su posicion social, le veremos abandonar cuantiosos bienes para dedicarse al amor de Dios y servicio de sus hermanos; pero donde más hemos de examinarle y mejor le podremos juzgar como esclarecido ministro de las misericordias divinas, es en el claustro, donde comenzando por negarse á sí mismo con extraordinaria abnegacion, concluyó por ser de grandísima utilidad á los demás, por sus augustísimas y soberanas vir-

tudes, y por los ejemplos que, inimitables hasta cierto punto, nos ha dejado como perenne testimonio de que el amor de Dios hizo en él heróicos esfuerzos, como heróicos fueron tambien los medios con que le secundó. Hecha su probacion y solemne admision de votos en el monasterio Ignaciense, vivió allí con estrechez suma, con abstinencia rigorosísima, con oracion continua, con un tan esmerado afan por la observancia de las reglas, que decidieron á todos á poner en él sus miras para encargarle las abadías de Val-Regio, de Ignacio y de Claraval, donde brilló en gran manera su virtud, siendo este el motivo de que no se resfriára la regular observancia, como desgraciadamente parecia iba á suceder, sin que de esto pudiera culparse á otra cosa que á las circunstancias siempre azarosas para la Orden. El abad Pedro, sin embargo, fué el sosten de esta, porque obligando, como por el amor les obligaba, á Dios y á su Madre Santísima, á estar siempre vigilantes sobre los asuntos de su siervo para que ellos le condujesen á su patria, ningun otro anhelo tuvo durante su prelacia más que el bien y felicidad de todos sus súbditos, encaminando á esto desvelos y excitaciones, consejos y prácticas. Mucho habriamos de detenernos si uno por uno refiriéramos los acontecimientos extraordinarios por donde Dios quiso hacer conocer á los monjes lo mucho que valia su santo Abad. Comenzaria por hacer notar que la Vírgen Santísima le visitaba con frecuencia, y diria que se arrobaba con afecto hasta el trono de Dios cuando se dedicaba á contemplar sus atributos y grandezas. Diré, sin embargo, algo de la participacion de sus augustos atributos con que Dios quiso distinguirle. El abad S. Pedro penetraba las intenciones de los hombres: de esto da testimonio un acontecimiento de su vida, que llama ciertamente la atencion. El mayordomo de su convento de Claraval dió motivo de queja á un seglar, que obcecado habia resuelto talar unas casas que el monasterio poseia, y con cuya renta se aliviaban bastantemente las necesidades de la casa. Iba á ponerlas fuego, cuando el Santo, apareciéndose, le dice: *¿Qué va á hacer?* Y como si esta sencilla pregunta fuera un rayo que le atravesára de parte á parte, le dejó turbado dando por resultado el convertirle á Dios, y recibir de él mismo las manifestaciones de su más profunda gratitud, mereciendo de cuantos lo supieron la veneracion consiguiente á quien compendia en sí los destellos más marcados de todos los divinos atributos, por donde Dios queria exaltarle á pesar de su profundísima humildad. En todas partes dejaba eco su buena vida y costumbres, y nunca pudo conseguirse de él se dispensase de ninguna observancia, aunque para llevar á término sus piadosos deseos tuviera que sufrir grande fatiga. Verdad es que estos sufrimientos le proporcionaron la inmarcesible corona de gloria con que el Señor le ciñó el dia 14 de Marzo de 1186, en que pasó de ésta á la eterna vida. — G. R.

PEDRO (S.), abad. Fué este distinguidísimo varon uno de aquellos sugetos en quienes parece que hasta la naturaleza ostenta su poder y sus galas, haciéndolos superiores á los demás en todo género de circunstancias. Fué de bellísimo aspecto, tanto que una de las veces en que el emperador Eurico estaba en Monte Casino y le vió por acaso, lleno de veneracion, se levantó á su presencia y manifestó á todos la simpatía que le habia producido este hombre distinguidísimo y acreedor á todo respeto y veneracion. Prescindiremos de su educacion tanto científica como religiosa, para verle ya constituido en la dignidad abacial de la muy célebre casa de Monte Casino, y á nadie se ocultará que al ser elegido por los hijos de San Benito para un tan importante cargo, tenia, sin que ninguna le faltase, las circunstancias todas apetecidas para desempeñarle, así que en él se portó como no podia ménos de esperarse, como varon justo que era y al propio tiempo como un digno representante en aquella casa de los que fueron discípulos y compañeros de los santos fundadores. A pesar de todas sus buenas condiciones no pudo Pedro llevar sobre sí el importante cargo de prelado, y hubo de dejar de serlo al año y cinco meses de su nombramiento, escogiendo, cuando lo renunció, para morada suya el monasterio de San Angelo en el valle de la Luz, y allí retirado pasó sus dias en Dios sin acordarse del mundo, siendo favorecido de Dios con singularísimas gracias, viviendo en continua oracion y penitencia, siendo el instrumento de las misericordias divinas en razon á los muchos milagros que Dios obraba por su medio, edificando á los monjes y á los fieles con lo heróico de sus virtudes, y acaudalando en la patria de los justos el mérito cuya recompensa llevaria un dia el galardon que no se marchita, la gloria que dura siempre. En efecto, extenuado con los rigores de su vida penitente, y acabado por una edad ya muy provecta, el dia 28 de Mayo de 1060 fué llamado por Dios al goce de su eterna dicha, dejando atravesado, digámoslo así, de dolor el corazon de cuantos tratándole conocieron en él un verdadero justo, que triunfando de sí mismo y venciendo al demonio, supo granjearse en el cielo un lugar conveniente para gozar por siempre de Dios, y en la tierra el que sus virtudes admirables se hiciesen conocidas de todos, y que esa madre piadosa, la Iglesia de Jesucristo, que se complace tanto en los triunfos de sus hijos, declarase al universo entero que aquel que parecia pequeño á los ojos del mundo era grande en la presencia de Dios, era en fin un santo cuya proteccion nos puede ser y nos es en efecto de extraordinaria y altísima importancia, porque colocado en la gloria cerca de la Divinidad, puede inclinar en favor nuestro las divinas misericordias, alejar los rigores de su justicia, y alcanzar de nuestro Señor el que nuestros pasos, encaminándose al mismo punto que los suyos, nos constituyan en una posicion de igual brillantez, claridad y ventura.—G. R.

PEDRO (S.), abad. Fué este esclarecido monje benedictino inglés de nacion, y todas las noticias que acerca de su vida han podido recogerse en los más ámplios escritores de su Orden son que floreció en literatura y santidad, y mereció de sus superiores la alta consideracion de nombrarle abad de su monasterio de S. Pedro y S. Pablo; que desempeñó con acierto tan importante cargo, y que sus méritos extraordinarios, sus excelentes virtudes y prendas verdaderamente relevantes, han hecho que su memoria permanezca perenne, y lo que es más, hicieron un dia que, averiguadas segun las prescripciones de la Iglesia esas mismas virtudes suyas y halladas como heróicas, esta Madre cariñosísima, elevando al abad Pedro á la gloria de los altares, diese á los fieles un recurso más para asegurar su dicha en este protector benéfico, desconocido, es verdad, de nosotros en sus acciones meritorias, pero muy estimado de Dios y siempre decidido á tendernos su benéfico auxilio, implorando de Su Majestad las gracias que hayamos menester para que siguiendo la senda que él nos dejó trazada, logremos la dicha de una felicidad semejante á la que él posee. Su memoria se recuerda en toda la Orden el dia 8 de Junio de cada año, siendo muy notable la solemnidad con que se hace en el feliz monasterio que un dia tuvo la dicha de albergarle. — G. R.

PEDRO (S.), abad. Fué este ilustre prelado de la órden de S. Benito hijo de la siempre observante casa de Monte-Casino, y brilló tanto en virtud y ciencia, que puede contarse como uno de sus más distinguidos ornamentos. Omitiendo los ejemplos de sumision, obediencia y docilidad que presentó desde el momento mismo de su ingreso en el monasterio, y sin decir nada de cuanto pudiera obligar á los Padres de aquella santa casa á nombrarle abad, en ocasion en que acababa de fallecer un varon tan distinguido, que se venera en los altares, examinaremos ligeramente sus acciones como superior; y cierto que le hallaremos prudentísimo para el gobierno, rígido para la observancia, puntual y exacto en las distribuciones de horas y trabajos, atento siempre á las necesidades de todos y de cada uno para remediarlas, muy benigno para con todos y extremadamente rigoroso para sí, sin permitirse nunca no solo las licencias que le podian alcanzar como superior, sino tampoco las que eran frecuentemente concedidas por él mismo á otros monjes. Bajo esta conducta, tan conforme á las condiciones que el santo Patriarca exigia en los que habian de ser prelados, gobernó S. Pedro su monasterio con grande edificacion de propios y de extraños; pero esto no satisfacia sus deseos de perfeccion, ó mejor dicho, el haber de dedicarse al cuidado de todos le hacia dudar algun tanto de su aprovechamiento particular, y como que sofocaba en él un ánsia grande, un excesivo anhelo que tenia por la soledad y el retiro. Sus reiteradas instancias en manifestar estos deseos obliga-

ron á sus superiores á condescender con ellos y á permitirle que, dejando la abadía de Monte-Casino, fuese al monasterio del Valle de la Luz, donde continuára como monje particular la grande obra de su perfeccion, haciendo, como hizo allí, raros prodigios de extraordinarísima virtud. Tambien le dotó el Señor del don de hacer milagros, entre los cuales referiremos el haber librado de una terrible tempestad y aguacero á otros monjes, que con él trabajaban en el campo, pudiendo perseverar en su obra sin mojarse ni molestarles en nada el aire, miéntras en su contorno y á su misma vista el agua se precipitaba á torrentes y el huracan desgajaba las ramas más robustas de corpulentos y asegurados árboles. Por su oracion hizo el Señor extraordinarias maravillas: en una ocasion en que un lobo voraz habia arrebatado un cordero de la majada de los monjes, oró Pedro, y el cordero se vió sin lesion alguna á la puerta del monasterio, dejado allí por el mismo lobo, segun manifestacion de unos muchachos que lo presenciaron. Entraban al huerto del convento unos ladrones, que se llevaban cuanta hortaliza podian; lo supo el Santo, oró, y una de las noches siguientes á su ferviente súplica, los ladrones entraron, cargaron sus seras con lo que intentaban llevarse, pero en vano intentaron salir, pues se perdieron completamente por la cerca, y no tuvieron otro recurso que el ser vistos y reprendidos por los encargados de la huerta y confesar su falta, habiendo ántes restituido lo que habian defraudado. Otros muchos portentos acrisolaron su vida inocente y pasada en el cumplimiento de todos los preceptos y consejos del Evangelio, así que el Señor Dios todopoderoso, convencido ya por las repetidas pruebas en que le halló constante, de la fidelidad de su siervo el abad Pedro, le llevó á la posesion de su reino inamisible el dia 24 de Junio del año 1070, dejando á todos los monjes sus contemporáneos en profundo sentimiento por su muerte, pero en grande consuelo por la consideracion de sus virtudes, consuelo que se hizo mayor para ellos y para todo el orbe católico cuando fué declarado santo y asignada su fiesta en la Orden el dia 24 de Junio. — G. R.

PEDRO (S.), abad. Fué este distinguido religioso natural de Perusio y del distinguidísimo linaje de los Agellos, demostrando desde su más tierna edad una decidida aficion á la virtud, agregándose á ella un buen talento y un afan grande de aprender, por lo cual cultivó desde luego no solo las letras sagradas, á que más principalmente le llamaba su aficion, sino las profanas, en las cuales como literato y humanista adquirió muy justo renombre. La suma inteligencia que de las Sagradas Escrituras adquirió, ya en las aulas, ya tambien en el ejercicio santo de la oracion, le hicieron comprender, como dichas á él las palabras de Jesucristo: *Tollite jugum meum super vos: Tomad sobre vosotros mi yugo;* y en justa correspondencia á la predileccion que Dios le mostraba con hacerle esta provechosa invitacion, se resolvió á abra-

zar el estado perfectísimo del monacato en uno de los monasterios Cluniacenses de la órden de S. Benito, donde fué desde luego admirado por sus virtudes, y las acrecentó en gran manera, ya por el buen ejemplo de sus hermanos, ya tambien por los esfuerzos que de su parte hacia para conseguir tan importante resultado. La fama de sus virtudes se difundió por todas partes, aunque él procuraba que todas sus acciones permaneciesen ignoradas, y llegó hasta el lugar mismo de su cuna, donde el obispo Honusto, que comprendió tambien el mérito del buen religioso Pedro, le hizo venir, conviniéndose para ello con el superior general de la Orden, y proponiéndose el que en la abadía del monasterio de S. Pedro, que la Orden tenia al lado de la capital de la diócesis, hubiera un sugeto adecuado á quien remitir á los clérigos que fuese necesario, y de quien valerse para que ayudára á los párrocos y demás ministros en el ejercicio de la predicacion y en la administracion del santo sacramento de la penitencia. Si como particular y como monje habia dado tan raros ejemplos de virtud, que fueron motivo á excitar en el prelado de Perusio el deseo de traerle á su lado, luego que fué superior se hicieron todavía más admirables los ejemplos de su extraordinaria santidad. Tenia cuantas condiciones son apetecibles en un prelado, pues que siendo benignísimo con todos, no sufria se infringiesen en lo más mínimo las reglas y constituciones, y sabia muy bien advertir á todos sus deberes, atrayéndolos á su exacto cumplimiento, sin exasperarlos en lo más mínimo ni echarles nunca en cara sus imperfecciones y defectos. Era muy celoso del decoro, dignidad y respeto con que los de casa y los de fuera debian tratar al monasterio y á todas las cosas y personas á él pertenecientes, así que en los desmanes y libertades que los soldados de Othon II se tomaron, no cedió un punto de su deber, ántes reprendió severamente su conducta y se la hizo saber al Emperador, teniendo con él algunas contestaciones, en que hermanaba la dulzura propia con la enérgica defensa de los derechos de un superior, que debe velar por los intereses de sus súbditos con más afan y cuidado que vela un cariñoso padre por los de sus hijos menores. Así que esta su prudentísima conducta evitó muchos males, produciendo singulares beneficios, entre los cuales puede contarse un extraordinario afecto con que el santo Abad era querido áun de aquellos mismos á quienes tenia que hacer observar lo extraviado de su conducta ó lo improcedente de sus acciones. Obtuvo tambien de Dios el don de milagros, siendo uno de los más notables, que por su medio se obraron, el que una columna que de una extraordinaria altura se desprendia por haber faltado las maromas que la sostenian, se contuviera en su caida á la señal de la cruz que hizo este santo varon, y aguardára, digámoslo así, á que con la seguridad conveniente se la atára de nuevo para no causar desgracia ni accidente alguno desagradable. De la misma manera

salvó la vida á un trabajador que de lo alto de uno de los muros de la fábrica en que afianzó la columna caia con violencia, y á pesar de todas las condiciones para él desfavorables en que le acontecia este inesperado suceso, se salvó de todo daño, levantándose inmediatamente como si su caida hubiera sido el despertar de un tranquilo sueño. Hizo tambien otro milagro en favor de su casa con ocasion de una terrible inundacion producida por las aguas de un molino, que se salieron, digámoslo así, de su senda, y hubieran arrollado la morada de los monjes, si este santo Abad no hubiera alcanzado de Dios el que disminuidas las aguas, el convento se librára del mal suceso que hubiera tenido el que ellas se apoderáran del edificio. Si miráramos y examinásemos una por una las acciones en que se demostró la heróica caridad del abad Pedro, ya en dar á muchos pobres limosna abundante, con un solo pedazo de pan, ya el hallar repuestas las cosas que distribuia entre éstos, si todo lo atendiéramos con el cuidado que merece, cierto que no nos cansariamos de dar á Dios gloria en este su tan querido siervo. Gloriémonos pues, en él, y consignemos como dia de verdadero triunfo para la Iglesia universal, y muy particularmente para la órden de S. Benito, el dia 14 de Julio de 1007, en que el abad Pedro pasó á la mansion de los justos, y demos gracias al Señor, porque acreditados en debida forma sus milagros y acciones heróicas, ha sido declarado santo y señalada su fiesta para el 14 de Julio.— G. R.

PEDRO (S.), abad. Fué este esclarecidísimo varon de la órden de S. Benito natural de Salerno en Nápoles, donde residieron de antiguo sus nobilísimos padres, que eran tenidos por todos en excelente concepto, ya por la santidad y rigidez de sus costumbres, ya tambien por lo inmenso de sus caudales, que más bien podia decirse eran patrimonio de los pobres, en atencion á ser estos los depositarios de cuanto á los ascendientes de Pedro pertenecia, y despues los amigos de este hombre insigne, cuya principal gloria consistia, miéntras vivió en el mundo, en repartir con prodigalidad sus caudales entre los necesitados, y luego que entró en la religion en no poseer afecto á ninguna cosa material, por más que ella ofreciera el mayor atractivo imaginable. Parecia querer Pedro imitar los ejemplos de un miembro muy distinguido de su familia, que fué el santo abad Alferio; pero sin que por esto desvirtuemos en lo más mínimo los actos más heróicos de este augusto varon, podriamos decir que el sobrino puso más allá sus merecimientos practicando las virtudes con sublime ejercicio, y dando á todos á conocer el gran poder de la gracia cuando con ella coopera la criatura. Murió el abad Alferio en su monasterio Cuvense, y cuando le hubo sucedido en este importante cargo el no ménos distinguido S. Leon, fué cuando S. Pedro pidió y obtuvo el santo hábito del gran P. S. Benito, llevando desde luego en

favor suyo á aquella santa casa la fama de las heróicas virtudes con que se habia desde muy jóven acreditado, como hombre que todas sus miras las tenia puestas en Dios, y en cuanto á Dios tocaba. No salieron defraudadas las esperanzas de los que se apresuraron á recibirle en su feliz mansion; pues una vez recibido el santo hábito, se hizo un hombre enteramente nuevo, enteramente perfecto. En todo género de virtudes brilló de una manera extraordinaria; pero sobre todo en espíritu de mortificacion rayó en lo que parecia imposible. Prescindiendo de la rigorosísima abstinencia con que pasaba de un modo enteramente pasmoso, y no fijando tampoco la atencion en el muy escaso sueño que tomaba sobre el duro pavimento, le veremos castigarse con las más rigorosas disciplinas, domar su carne con muy ásperos cilicios y atenuarse de manera que parecia más bien un espíritu bajo las fantásticas formas de un hombre, que no un hombre tal revestido de todas sus condiciones. Si en órden á su grandísimo espíritu de oracion queremos examinar los rápidos progresos que en ella hacia, hallaremos su espíritu elevado siempre á Dios y su cuerpo en las posturas más violentas, para que este medio ayudára tambien á procurarle mayor mortificacion y por consiguiente mayor gloria á su Dios. Como el monasterio en que vivia este buen monje era una filiacion del celebérrimo de Cluni, entró, digámoslo así, en deseos de ir allá, donde su virtud florecia en todo vigor, pues eran los felices tiempos del esclarecido S. Hugo *el Grande*. Sin hacer mérito de la prodigiosa manera con que el Señor le proporcionó los recursos que le faltaban por haber repartido entre cuantos pobres encontró el escaso peculio con que salió de su casa, le veremos perfeccionarse más y más en este seminario de santos, y desempeñar con la misma exactitud con que pudiera cumplir con un ligerísimo encargo siete de las más importantes oficinas de la casa, dando esto lugar á que el abad se admirase extraordinariamente, é hiciese que el conocimiento de este esforzado varon llegára hasta el mismo Quirinal, en cuya silla se sentaba el muy santo padre Gregorio VII, que siendo hijo ilustre de esta veneranda Orden se complacia en dilatar su buena fama, al mismo tiempo que echaba mano de los mejores individuos de ella para los cargos más delicados é importantes, debiéndose sin duda á la buena eleccion ó á las inmejorables prendas de que los elegidos estaban adornados, el salir bien en empresas muy árduas, que segun la humana prevision no habrian nunca podido alcanzar éxito, y que esforzaban más y más á los que las emprendian, pues que les hacian ver por do quiera el dedo de Dios gobernando y su providencia sosteniendo el importante edificio á que un dia puso cimientos muy sólidos el incomparable S. Benito. Debido á su buen celo y á los repetidos testimonios que ya de obediencia, ya de las demás virtudes, habia siempre dado nuestro Santo, fué sin duda el que á causa

de la ancianidad y achaques de S. Leon, abad de aquella santa casa, fuere nombrado para sustituirle nuestro esclarecidísimo Pedro, el cual, no pudiendo rehusar este importante cargo por ser la expresa voluntad de todos los padres y del mismo Sumo Pontífice el que le desempeñára, tuvo que tomar el medio de hacer célebre su prelacía por la exacta observancia, no ya de la santa regla y acertadísimas constituciones que tanto en este monasterio de la Trinidad de la Cava como en todos los demás de su época estaban en toda práctica, sino de las más rigorosas austeridades que en Cluni y en las otras casas hacian admirar á cuantos de ellas tenian noticia. No agradó á la mayor parte de los monjes de aquella casa la superioridad que reconocian en su jóven Abad, porque la virtud de este los hacia ver que su conducta anterior no habia sido tan rígida como debiera; así que constantemente estaban buscando pretextos para faltarle á la obediencia, dando quejas de su austeridad á los superiores, y pensando que podrian así evitar el que él siguiera su espíritu, como si el espíritu admitiera ni pudiera nunca admitir otro dominio que el de Dios; resultando de aquí que despues de repetidos esfuerzos para hacerle desistir de su buen propósito, lograron únicamente que prefiriendo á todo el vivir segun Dios le pedia, dejase aquella casa en que la abnegacion no era todo lo perfecta que sería de desear, y recurriese á la llamada del Santo Arcángel; donde obtuvo del Señor el singular favor de que, reconociendo muy pronto su extravío los monjes de la Cava, recurrieran á él de nuevo por medio del mismo á quien habian ántes dado infundadas quejas, y deponiendo todo vano temor se entregaron con ahinco á aquellas santas prescripciones que en la obcecacion de su mente les habian parecido tan difíciles, y que con la gracia del Señor pudieron cumplir muy bien, viniendo á ser esta casa un lugar donde todos á porfía inventaban y realizaban los medios de ser mejores, á efecto, es verdad, de las admirables instrucciones que con su ejemplo más que con sus palabras les daba su distinguido y piadosísimo abad Pedro. Este buen olor de virtudes que exhalaba aquella santa casa, no era posible que se contuviera solo en el estrecho límite de sus muros; así que salia fuera y dió por resultado el que grandes y pequeños se esmeráran á porfía en ayudar con sus limosnas, ó al ménos con sus buenos deseos, á la prosperidad y enriquecimiento de esta piadosa mansion, en la cual se hizo de nuevo el templo capaz y suntuoso, añadiéndose á las demás dependencias cuanto era consiguiente á un muy notable aumento que en el personal recibió á causa de los buenos efectos de la doctrina y ejemplos de estos Padres del yermo. Imposible sería enumerar las muchísimas gracias y extraordinarios privilegios que ya de los pontífices, ya de los príncipes, se obtuvieron por la mediacion de Pedro, pudiendo citarse para que claramente se vea la facultad de perdonar reos condenados áun á la muerte, ó sea la

inmunidad con que enriqueció á esta casa el duque Rogerio, privilegio que no era exclusivo de la iglesia, como pudiera creerse, sino que alcanzaba á todas las demás dependencias del monasterio; de suerte que el que se refugiára en cualquier lugar que fuera propiedad de los monjes, podia contar con seguridad que habia salvado su vida ó atenuado su condena. De inferir es lo mucho que halagaria á S. Pedro este tan singular privilegio, pues que ciertamente era una fácil manera de aliviar la suerte de aquellos infelices que obcecados habian cometido un delito, pensando acaso en todo ménos en las mismas cosas que habian de ser consecuencia de su extravío. Al mismo tiempo que como persona pública hacia el abad S. Pedro tanto bien á su religion, á la Iglesia y al mundo, estaba muy solícito para buscar la santificacion de su alma, sin la cual completamente inútiles hubieran sido cuantos esfuerzos hiciera por el bien de todos; así que crecia en virtudes, se esforzaba en demostrar á Dios el grande amor que le tenia, y al propio tiempo que saciaba su celo en hacerse un buen superior, fomentaba su ánsia de servir al Señor con los repetidos esfuerzos de su corazon, siempre anhelante y dócil hasta el extremo (si extremo cabe en la docilidad) en su conformidad con la voluntad de Dios; ansiaba, sin embargo, la posesion de este mismo imán de sus deseos, no por otro motivo, sino por no perder la ocasion de amarle y asegurar la gloria de Dios en su salvacion. Llegaron hasta el trono del Excelso los clamores de su fiel siervo Pedro, y cuando despues de cuarenta años de abadía, la cruel enfermedad que le llevó al sepulcro vino á cobrar en él la parte que la tocaba, no pudo ciertamente conseguir otra cosa que aumentar sus merecimientos, dejando en todos los que presenciaron este acontecimiento impresos dos sentimientos completamente distintos; uno de admiracion por su suerte futura, otro de profunda amargura por la falta que de él habia de notarse en su casa y pueblo. Sin embargo, agradó á Dios premiarle sus servicios, y lo hizo llevándole al cielo el dia 4 de Marzo de 1137, desde cuyo momento comenzó ya á resonar el eco de su virtud hasta llegar á proporcionarle el honor de los altares, bien merecido al que fué ciertamente imitador de las heróicas virtudes de nuestro adorabilísimo Redentor Jesucristo. No concluyeron sus buenas obras con su vida, sino que despues de esta ha verificado muchísimas conversiones y otros prodigios, teniendo el Santo cuidado de hacer notar sus deseos cuando de ellos puede seguirse un bien para la religion ó para algun particular; así que todavía y cada vez más se va haciendo glorioso el sepulcro de este varon insigne, que rico en virtudes es á la vez siervo predilecto de Dios y defensor benéfico de los hombres. —G. R.

PEDRO (S.), abad. En la abadía de Sublago, de la órden de S. Benito, que fué donde el santo Patriarca se retiró á hacer penitencia, en los prime-

ros años de su órden, dicen el P. Yepes y el cardenal Baronio, que floreció por los años de 1003 un abad de grande santidad, y que logró la corona del martirio, pues si bien es cierto que no murió por defender la fe, murió por defender la justicia y las prerogativas y derechos de su órden. Gobernaba con gran acierto su monasterio acrecentándole en cuanto podia servir para hacerle distinguido en virtud y ciencia, y habia adquirido algunas propiedades, que eran ciertamente el medio de subsistencia de aquellos apostólicos varones. Entre estas estaba el castillo de Arsula, el cual desearon unos caballeros principales de la comarca. Como el Abad veia que en acceder á su deseo habia un perjuicio para el monasterio, no quiso cedérsele, y esto fué motivo para que ellos, maltratándole atrozmente, le encarcelasen y tratáran con todo rigor, sin que al Santo le inquietase este vil tratamiento, ántes lo sufrió con resignacion hasta que un prodigio vino á sacarle de Monticello, castillo donde le habian encerrado por creerle allí más seguro. S. Nicolás obispo, cuyo devoto era nuestro Santo, le libró milagrosamente de la prision, mas esto no sirvió para otra cosa que para acelerar su triunfo; pues los tiranos volvieron á encarcelarle, le hicieron sajar los ojos con lancetas, y de esta suerte ofreció su vida en sacrificio por la justicia, siendo muy glorioso su sepulcro y celebrándole su Orden como Santo el dia 31 de Diciembre. G. R.

PEDRO (S.), abad y mártir. Fué este ínclito varon de la órden de S. Benito, célebre por sus virtudes, prudencia y demás buenas cualidades, hasta tal punto que de su monasterio de Montefrígido, en Francia, donde residia con gran contento de todos y extraordinaria edificacion de los fieles, fué trasladado á Roma por órden del Sumo Pontífice con el fin de poner á su cuidado la importantísima mision de extirpar la herejía de los albigenses de todo el condado de Tolosa, paro lo cual declarándole el Romano Pontífice su legado *à latere* é inquisidor general, encontró manera de llevar á cabo tan distinguida como difícil tarea, en cuyo desempeño acreditó ciertamente que le acompañaban todas las dotes y condiciones necesarias para hacer con el triunfo de la Iglesia la completa conviccion de los herejes, haciéndose por esto muy querido de los católicos, y enemigo implacable de los primeros. Si alguna vez, como ocurrió con el conde de Tolosa, no podia atraer al buen camino á aquel á quien queria convencer, entónces sabia tambien valerse del rigor con que la Iglesia trata á aquellos que desobedecen sus augustísimos preceptos, fulminando contra ellos las censuras y sentencias que para estos casos tiene nuestra benignísima Madre: así que con el conde hubo de hacer uso de este sensible recurso, y sin atender á nada excomulgó al conde y todos sus cómplices, los cuales, así como él, demostraron su intento de adherirse á la Iglesia católica, sin duda para conseguir de es-

ta manera el más seguro logro de sus fatales propósitos, que todos se encaminaban á quitar la vida á este celoso ministro del Señor, que se habia sacrificado en todo lo que era capaz, para poder establecer en Tolosa la unidad católica, por cuyo singular beneficio clamaban á grandes voces áun los mismos súbditos de aquel inicuo conde cuya incredulidad, ó más bien cuyas ideas ofuscadas y confusas le hacian ser llevado en manos de los que vendiéndose por sus más allegados y afectos, eran en verdad quienes mayor perjuicio le causaban, porque fomentando en él la herejía, le separaban del buen camino por donde Dios lleva á sus escogidos. Hechas del todo inútiles las amonestaciones de Pedro por no querer el conde secundarlas, llegó la osadía de éste á tal extremo, que amenazó de muerte al santo Abad, el cual en una tarde que venia de paseo, fué acometido alevosamente por un soldado del inicuo conde, que atravesando su corazon con una lanza, le dividió en dos partes, no dejándole tiempo más que para dar testimonio de su gran virtud en estas admirables palabras: *Dios te perdone y yo te perdono.* Fué el cuerpo de este venerando Abad enterrado con la posible ostentacion, en un claustro del monasterio de Egidio; pero como la fama de sus milagros y el recuerdo de sus heróicas virtudes no podian comentarse y se hacian cada dia más notorias, para ver de declarar acerca de ellas, tuvo por conveniente la Orden hacer examinar su cadáver al año 1208, uno despues de su glorioso martirio, y como lo encontrare fresco y sin corrupcion, y confirmados de un modo inequívoco, no solo los prodigios de que habian hecho mencion, sino otros muchos y muy notables, el Romano Pontífice declaró la santidad de este Abad y defensor de la fe, incluyéndole en el largo catálogo de los Santos, y concediendo á su Orden la facultad de venerarle y adorar sus reliquias, asignándole el dia 5 de Marzo de cada año. — G. R.

PEDRO (S.), diácono. Escasos son los detalles que nos suministra la historia acerca de este varon grande en virtudes, é hijo de la Orden Cisterciense: son, sin embargo, los datos alcanzados más que suficientes para demostrar el sumo aprecio que mereció quien obtuvo tan singulares gracias como en él descubrimos. Aun cuando no tuviera en su favor otra cosa que la singularísima circunstancia de ser el confidente y compañero inseparable de San Gregorio *el Grande*, y esto le acreditaba lo suficiente para que por aquí se pudiese inferir qué clase de sugeto sería este en quien el Soberano Pontífice ponia de una parte toda su confianza y á quien Dios, por otra, permitia presenciar los más claros destellos del amor con que distinguia á su siervo San Gregorio: porque en efecto, veia nuestro Pedro el Espíritu Santo bajo la figura de una paloma cuando inspiraba ó dictaba al Pontífice lo que habia de predicar ó escribir, veia los raptos y éxtasis con que se elevaba en el ejercicio santo de la oracion; participaba de sus goces y sentimientos en la pros-

peridad ó padecimientos de la Iglesia, y siendo Pedro cardenal diácono en ella, cumple exactamente las obligaciones de su cargo, sobre todo la importantísima de enseñar, haciendo que la abundancia de doctrina que de su maestro recibia, se difundiese al punto entre otros muchos que ciertamente estimaban en gran manera oir las explicaciones de Pedro, porque no cabia duda en que eran exactamente las doctrinas del Soberano Pontífice. Como participaba de los triunfos y gloriosos sucesos con que Dios nuestro Señor queria dar á entender el extraordinario amor que tenia á S. Gregorio, no dejó de sentir tambien los disgustos y penalidades consiguientes á las maquinaciones de la fundada envidia que los émulos de la gloria de Gregorio difundieron contra su augusta persona: así es que hizo mucho en favor de su maestro, especialmente cuando al tiempo de su muerte trataron sus enemigos de destruir sus escritos; á lo cual se opuso nuestro Pedro con la mayor energía, diciendo á la faz del mundo congregado entónces ó más bien representado en la corte de Roma, que S. Gregorio era un siervo escogido de Dios, y sus venerandos escritos acreedores á toda la veneracion que exigen las palabras inspiradas por el Espíritu Santo, lo cual acreditó con un suceso que acabó, es verdad, con su vida, pero que cambió en órden á su maestro el aspecto de todos los que le consideraban con lamentable inexactitud. Aseguró S. Gregorio que moriria S. Pedro en el dia que revelára que el Espíritu Santo bajo el símbolo de una paloma era quien, por decirlo así, le llevaba la pluma, y el respetuoso discípulo calló un año despues de la muerte de su maestro, hasta que no pudiendo sufrir por más tiempo las injurias, en 12 de Marzo de 605, no pudo contenerse y manifestó todo lo que sabia en órden á la santidad de Gregorio, dando como confirmacion de sus dichos una seguridad de que moriria al acabar de jurar la verdad de su aserto, lo cual se verificó ciertamente, admirándose todos los que lo vieron, tanto de la virtud del maestro como de la santidad del discípulo. Su cuerpo, con honrosa sepultura, fué colocado junto al del Santo Pontífice, y allí estuvo hasta que en 1480 se le halló incorrupto y fué trasladado á un magnífico altar que bajo su nombre fué erigido para honra y gloria de Dios, en uno de los más célebres santuarios de Vercelli, donde el Señor demuestra muy á las claras por sus repetidos favores, que aún hoy en que S. Pedro goza ya de Dios, éste atiende á sus súplicas, despachándolas favorablemente y haciendo á su siervo más y más glorioso. —G. R.

PEDRO (S.), mártir. Nació este varon al mundo en Caller en el siglo IV de la Iglesia, siendo al principio idólatra, y no diremos fué perseguidor de la Iglesia, pero sí podemos asegurar que ántes de que Dios le tocase al corazon no habria hecho mucho en favor de los fieles, pues no le disgustaba presenciar sus martirios, bien que este era el camino por donde Dios le llama-

ba á su santísima gracia. En medio de su infidelidad é idolatría gustaba de los ejercicios de caridad en que veia ejercitarse á los cristianos, y este fué uno de los medios de que el Señor se valió para atraerle á su gracia santísima y ponerle en disposicion de ser confesor de la fe y mártir por Jesucristo. En efecto, cuando los fieles se reunian para aprender los misterios de nuestra sacrosanta religion, iba Pedro con ellos, y la dulzura de la doctrina celestial, el hermoso atractivo del Evangelio, le prendó de manera que le obligó á examinar los principios del dogma católico, á compararlos con las máximas de la idolatría, y esto produjo un notabilísimo cambio en su espíritu; deseó por primera vez en su vida su dicha y felicidad; halló el camino de ella en abjurar la secta bajo la cual se apartaba de su verdadero fin; se acercó á los mismos ministros de Cristo, de quienes habia aprendido que la religion del Crucificado es el único asilo para la humanidad caida, que solo en los sacramentos y en las gracias del Señor se puede encontrar la paz del espíritu y el sosiego del corazon, y dijo á voz en grito: *Soy cristiano;* sin que para su confesion fuese un obstáculo el que contra los cristianos se publicaban las más severas disposiciones, y se ejecutaban los más terribles castigos, ántes por el contrario, ansiando sellar con su sangre el testimonio de su fe y ofrecer al verdugo su cuello para que su vida fuese la expiacion de sus anteriores culpas y su muerte el principio de su dichosa vida. No fué necesario que esperára mucho, pues que recrudeciéndose la terrible persecucion de Antonino, despues de la muerte de su compañero Geta, muchos fueron sacrificados y violentísimamente maltratados por aquel tirano, y entre ellos fué uno de los primeros este feliz convertido. A pesar de las prohibiciones y amenazas de los tiranos, no se pudo impedir que los cristianos sepultasen los cadáveres de sus héroes con aquella justa veneracion y debida solemnidad que procedia; pero sí bajo de alguna señal que en el dia de la paz de la Iglesia pudiese recordar á las generaciones entónces existentes el mucho mérito, el gran sacrificio de aquellos sus hijos, y pudiesen al propio tiempo facilitar á estos un medio de que su nombre no yaciera en el olvido y sus virtudes fueran conocidas. Aquietada, pues, la Iglesia, y cuando ya fué lícito decir soy cristiano, se erigió en el mismo punto donde vivió y murió S. Pedro la gran iglesia de S. Lucifero, y en ella se depositó el sagrado cadáver de aquel varon insignísimo en santidad y constancia; mas cuando la irrupcion de los vándalos y sarracenos vino á destruir todo lo que existia, por buscar las codiciadas riquezas, se destrozó tambien el sepulcro de San Pedro, y nos ha hecho perder la memoria de su edad y del dia en que padeció el martirio. Por fortuna se ha podido conservar el cuerpo, que colocado en un arca y con las debidas solemnidades, fué llevado al altar principal de la catedral, donde los fieles le tienen en gran veneracion. Dios obra

por su medio repetidos y muy extraordinarios milagros, siendo el dia señalado á su fiesta el 4 de Marzo, en que se hace memoria de esta solemne traslacion, verificada en el año de 1615. —G. R.

PEDRO (S.), mártir. Fué niño de un año cuando la tiranía, que nada reparaba, le sacrificó en Cerdeña, siendo la opinion acreditada en aquel reino que sufrió la muerte con su hermanito S. Lelio, fundándose en que se enterraron juntos, y todos los creen hijos de los mismos piadosos padres. No hay de admirable en este inocente niño, sino la misericordia del Señor que ha querido por su medio demostrar que el raro ejemplo de barbarie que un dia nos ofreció el tirano Herodes, que buscaba al inocente Jesus para sacrificarle á su furor, ha tenido imitadores en aquellos que querrian destruir la Iglesia de Jesucristo, y que no otra cosa consiguen sino hacer más y más fuertes sus raices que se robustecieron indudablemente con la inocente sangre que Dios permitió se derramára en confesion de la verdadera fe. La fiesta de S. Pedro niño es en Cerdeña el mismo dia que la de S. Mauro, y su sepulcro se ha hecho glorioso por los muchos milagros que Dios ha obrado por su mediacion eficaz. Fué sacrificado por Trajano, y por consiguiente es admirable la conservacion de su santo cuerpo, en la cual parece que la naturaleza se ha excedido á sí misma; pues no es conforme á ella, sino muy superior, el que exista todavía una cosa tan delicada de por sí y tan expuesta á la destruccion. Nuevo motivo de admirar la bondad de Dios, que indudablemente elige las cosas miserables y pequeñas para confundir las grandes segun el mundo.—G. R.

PEDRO (S.), obispo de Vercelli. Fué este esclarecido prelado distinguido en su época por las raras virtudes de que dió ejemplo, ofreciendo siempre á la vista de todos una entera conformidad con la divina Providencia, áun en aquellas cosas que le eran más aflictivas y molestas, diciendo siempre con el santo Job: *De Dios son los males así como los bienes.* No hay noticias fijas acerca de sus primeros años, así que para no exponernos á faltar á la verdad histórica, nada más diremos de él sino lo que se infiere del importante cargo que se le confió, y es que sería de tan gran valor en virtud y ciencia ántes de ser obispo como lo fué despues; siquiera para confirmar nuestro aserto no haya otro fundamento que la escrupulosidad con que en su tiempo eran elegidos los que habian de desempeñar el importante cargo de pastores del rebaño de Cristo. Cuando desempeñaba con el mayor celo las funciones de su alto ministerio, quiso ir en peregrinacion á Jerusalen, durante cuya expedicion cayó en manos de sus enemigos, los cuales habiéndole colmado de los más inícuos tratamientos, y échole cargar de cadenas y conduciéndole como en triunfo, para hacer más notable su ignominia, le encerraron en una cárcel, donde pasó indecibles trabajos, si

bien en todos ellos tenia el consuelo de que Dios nuestro Señor le recreaba con extraordinarios favores, que acreditaban bien lo aceptable que le era el sacrificio y padecer de su siervo. Por inspiracion del mismo Dios hizo el obispo Pedro llamar á S. Bononio, monje benedictino que vivia con gran recogimiento y pasmosa penitencia, en un lugar solitario próximo á Babilonia, y otras veces en Alejandría, pero que entónces estaba en Jerusalen para promover cerca del Patriarca ciertos asuntos concernientes á la Orden, la cual á pesar de su repugnancia le habia obligado á tomar sobre sí este cargo, confiando en su celo, prudencia y santidad. Fué en efecto á ver al santo Obispo el no ménos santo monje, y por los medios que Dios le inspiró y que no han llegado á nosotros, obtuvo la libertad del prelado y de los cristianos que con él estaban, los cuales se restituyeron á Vercelli, y el monje, cumplida su mision, volvió otra vez á su yermo. Vacó á muy poco la abadía del monasterio Lacediense, y el santo obispo Pedro, por manifestar su gratitud á S. Bononio, ó más bien por aprovecharse de su doctrina y ejemplos, le hizo llamar á desempeñar este importante cargo, dándole además el de regir y gobernar el espíritu del Obispo, el cual se sujetó enteramente á sus determinaciones, ofreciendo un ejemplo admirable de obediente sumision, que debia servir para excitar á la práctica de esta provechosa virtud áun á aquellos que la han profesado, y que ciertamente no cumplen con ella en la perfecta manera con que cumplia nuestro distinguido prelado. Se infiere fácilmente los progresos que en la virtud haria un varon de por sí tan justificado al lado de otro no ménos distinguido que él en santidad, y excusado por consiguiente es decir que nuevos y repetidos prodigios eran la série de acontecimientos por donde acrisolándose más y más el obispo de Vercelli, iba constantemente hácia su perfeccion, labrándose la corona á cuya posesion le llamó Dios el 13 de Febrero de 1010 años, siendo luego de acreditadas sus virtudes contado en el dichoso número de los santos. La órden de S. Benito le cuenta entre los suyos por la obediencia que tributó á S. Bononio, el cual le hizo ser monje en su conducta, aunque no lo era en su profesion.—G. R.

PEDRO (B.). Fué este esclarecido varon de la órden de S. Benito, español por su nacimiento y profesion, habiendo hecho esta en el reino de Galicia, donde por los años de 1130 florecia grandemente la ínclita religion de los monjes cistercienses. Tenia Pedro, entre otras prendas notabilísimas, una humildad tan profunda, que á ella se debe indudablemente el que sus heróicas virtudes hayan permanecido ocultas, sin que nos quede de ellas otro destello que la buena opinion con que de todos era tenido, y la declaracion hecha en favor suyo por la Iglesia, al permitir colocarle en los altares con la calificacion de beato. Fué muy distinguido tambien por su celo y don de

gobierno, el cual acreditó grandemente siendo abad del monasterio de Armentera, que se fundó á sus instancias, para procurarle la Orden el consuelo de tener un asilo, donde el nombre y la gloria de María, de quien era devotísimo, pudiera reunir en su torno á los moradores de aquella comarca, que experimentaron bien lo benéfico de la proteccion de la Señora y lo importante de que hubiese entre ellos monjes benedictinos que le prodigáran los auxilios que habian menester. Mucho influyó en acreditar á esta santa casa el prudente modo de dirigirla que por largos años tuvo nuestro Fray Pedro, así que él era, por decirlo así, el árbitro en todos sus asuntos, el que siempre componia cualesquiera diferencias que pudiere haber, ya entre los mismos monjes, ya entre los extraños que quisieran turbar su reposo. Así que su muerte, acaecida en el año 1168, fué de todos sentidísima, consolándose únicamente bajo la idea de que sus extraordinarios merecimientos no podian ménos de conducirle á la eterna bienaventuranza, idea que fué exactísima, pues, como llevamos dicho, la Orden le venera como beato por expresa declaracion de la Iglesia, que diligentemente examinó sus virtudes y comprobó sus hechos, para declarar á estos meritorios y á aquellas heróicas. — G. R.

PEDRO (B.). La crónica de los Santos que en la Orden de S. Benito han ilustrado á la Iglesia desde el venturoso tiempo de su fundacion hasta nuestros dias, nos da el dia 10 de Enero noticia de un beato, varon de la misma, que vivió en Francia en el convento de Santa María de Caduino, sin que de él consigne otras particularidades que la de ser un varon de mucha piedad y virtud y cuya memoria se conserva, ya por el eco de estas virtudes mismas, ya por los muchos milagros que hizo para demostrar, digámoslo así, la predileccion con que Dios le miraba, y lo aceptables que á Su Majestad eran sus obras, todas encaminadas á la gloria de Dios y mayor felicidad de los hombres. Nada nos dice tampoco la crónica de la época de su muerte ni de su edad y demás circunstancias, es de creer, sin embargo, que data de muy antiguo su memoria, por la misma razon de verle consignado en aquellos documentos más antiguos que hacen referencia á esta distinguidísima familia religiosa. — G. R.

PEDRO (B.). Cuando el obispo de Cantorbery S. Agustin, monje benedictino, quiso fundar y fundó con efecto un monasterio de su Orden en la capital de su diócesis, elegiria sin duda para abad y fundador al más virtuoso de los monjes de que en su tiempo tuviera conocimiento; en esto no cabe duda, así como tampoco la hay en que este primer abad fué nuestro Fr. Pedro; por consiguiente aunque no haya pormenores acerca de su vida, debe inferirse con sólido fundamento que sus virtudes serían muy notables, ya por haber sido compañero de mision del santo Obispo, ya por el cargo importanti-

simo que le confió. Rigió con acierto la casa á cuyo frente estaba, teniendo el mayor esmero en excitar á los monjes á la virtud, no con estériles teorías, sí con acabados ejemplos y demostrando ya en órden á estos, ya en órden á los fieles, muy buen talento para dirigirlos á Dios, muy esmerado celo para alentarlos á la virtud. Cuando ya hubo asegurado bastantemente los fundamentos de su santo monasterio, cuna que ha sido de varones muy insignes en ciencias y virtud, quiso el Señor premiar sus merecimientos, sacándole de esta vida, mas no fué de un modo ordinario y concediéndole el morir entre sus hermanos, edificándolos con sus palabras y excitándose á mayor amor de Dios con los ejemplos que ellos le dieran, sino que embarcado para Francia desde Inglaterra, donde tenia su casa y adonde iba en concepto de embajador, se perdió el barco que le trasportaba y él con toda la tripulacion perecieron, pasando así á mejor vida sin apercibirse apénas de tan amargo trance. Su cuerpo, que estuvo algun tiempo perdido, salió á la orilla del mar en un pequeño pueblo de Francia, y fué sepultado en un modestísimo lugar, mas no queriendo el Señor tenerle siempre oculto, y demostrando una vez más su voluntad de exaltar al humilde, hizo que luces de extraordinaria brillantez se dejáran ver todas las noches sobre su sepultura. Esto llamó, como no podia ménos, la atencion de aquellas buenas gentes, y como el lugar donde estaba enterrado se hallaba cerca de la ciudad de Bononia, fueron los bononenses los primeros en indagar el motivo de este extraño acontecimiento, hicieron fervientes súplicas al Señor para que les indicase lo que esto significaba, y Dios tuvo á bien revelarles que allí existia enterrado su muy querido siervo el abad Pedro, que gozando ya de la dicha inamisible de la presencia de Dios para siempre, merecia en su humano despojo un lugar más preferente, en atencion siquiera á la gloria en que estaba. Escucharon los bononenses la voz de Dios, fueron con gran alegría y extraordinaria solemnidad el clero y el pueblo, buscaron el lugar, que no tardaron en hallar, tomaron el cuerpo del bienaventurado, y llevándolo con gran veneracion á su ciudad, lo colocaron en lugar conveniente, y comenzaron á invocar su proteccion, que les ha sido y es muy eficaz para evitarles muchos males y para procurarles repetidos beneficios. Este varon, inclito en virtudes y no escaso de ciencia, mereció ser declarado por la Iglesia beato, y á su conmemoracion dedica la Orden de San Benito el dia 30 de Diciembre de cada año, en recuerdo de haber pasado á la gloria el mismo dia del 670.—G. R.

PEDRO (B.). Fué este varon excelente de la órden de S. Benito, padre de varios santos que la ilustraron grandemente, y él, aunque de oscuro linaje y no muy distinguido por sus riquezas ni talentos, supo lo suficiente para ser santo y acumuló grandes méritos para la vida eterna. Desdo seglar comen-

zo ya á reunirlos, pues de comun acuerdo con su mujer, hacia una vida extraordinariamente recogida, contentándose con lo más vil en el comer y en el vestir, y teniendo por cama un poco de paja, privándose así hasta de lo necesario para poder dar alimento á los pobres y cama á los religiosos que se acercaban á su vivienda, ó más bien á los que ellos buscaban con extraordinario afan y con decidido celo. Sus hijos, entre los cuales se cuenta S. Pedro de Tarantasia, fueron por ellos educados con el mayor esmero y correspondieron á sus desvelos de tal suerte, que los ménos dichosos estan hoy en el catálogo de los venerables varones de la Orden Benedictina y otros estan en el número de sus beatos, habiendo tambien alguno en el de los santos. No cabe la menor duda en que S. Pedro, hijo, desearia vivamente que su padre aprovechase las buenas disposiciones para la virtud y santidad de que Dios le habia dotado, así que le obligó con cierta dulce instancia á que retirándose del mundo, así como su esposa, vinieran á su santa religion, á recibir en el buen ejemplo de los monjes el aliento que su piedad habia menester para crecer más y más y dar los ópimos frutos que era debido. Consiguiólo en efecto, y en un dia y de comun acuerdo tomó el hábito este santo varon en el monasterio de Bonaval, y su madre en una casa de religiosas de la misma Orden, siendo tal el afan con que siguieron las huellas de los ínclitos santos de aquellas esclarecidas casas, que pasando sus vidas en santidad y justicia, y creciendo en las virtudes que eran consiguientes á su estado, fueron allegando méritos á méritos, y aquel santo matrimonio que habia sido, cuando estaban unidos, modelo de perfeccion cristiana, vino á ser en cada uno de sus monasterios la admiracion y el encanto de cuantos los veian, el medio por donde los religiosos se animaban á buscar á Dios y crecer en virtudes, por haber sido su anterior estado el ménos adecuado, aunque no opuesto, á la santidad con que ellos vivian. Por último, el monje Pedro, despues de haber pasado en el monasterio de Bonaval el tiempo que á Dios plugo, murió en el Señor, siendo su vida, despues de comprobados todos los sucesos de ella, declarada como santa y perfecta y él reconocido entre los beatos de su Orden Benedictina, que consagra á su recuerdo el dia 7 del mes de Marzo.—G. R.

PEDRO (Beato). Los monasterios de la órden del Císter en España han sido célebres, porque en ellos han brillado varones de erudicion y sabiduría grande, al paso que de virtud y edificacion extraordinarias. Fué uno de estos el beato Pedro, alumno de la casa de Sta. María de Moreruela: dotado por Dios de un talento privilegiado y con una aplicacion grande, estudió y luego enseñó filosofía y ciencias teológicas, habiendo en sus explicaciones de notable, además de la ciencia del maestro, esos conocimientos tan sólidos como exactos que da el espíritu de oracion, que era la constante ocupa-

cion de nuestro respetable monje. Crecia, por consiguiente, con la fama de sus bellas disposiciones para la enseñanza la de sus heróicas virtudes en el claustro, y como á esto agregára el Señor una exacta prevision de los acontecimientos futuros, vino á ser el P. Pedro el objeto de admiracion en su época, contribuyendo no poco para esto el que predijo que la reina de España, esposa de D. Alonso VII, á quien se creia ya sin sucesion, tendria un hijo, que fué D. Sancho *el Deseado*. Este suceso fué, como era consiguiente, motivo de no ménos predileccion que veneracion de parte de los piadosos reyes, así que sirvió para que hicieran concesiones muy ventajosas á la Orden y dieran testimonios de mucha deferencia al dichosísimo Beato Pedro, cuyas deferencias no fueron capaces de perturbar en él su espíritu de mortificacion y su deseo de perfeccion, caminando á la cual obraba extraordinarias virtudes, hasta que hallándose ya sazonado fruto en el campo de la Iglesia, el celestial labrador le segó para que no se marchitase, coronándole de inmarcesible corona, de esa corona preciosísima con que Dios señala á sus elegidos, y que sin que pueda cabernos duda la obtiene este siervo del Señor, porque esto significa la solemne declaracion que la Iglesia ha hecho en favor suyo al incluir su nombre en el catálogo de los beatos, asignando á su gloriosa memoria el dia 1.° de Agosto de cada año, en que los monjes benedictinos, sus hermanos, se complacen en que por todos los ámbitos de sus casas, numerosísimas y distinguidas, se haga mencion de este esclarecido varon, que áun cuando vivió por los años de 1133 no ha caido en el olvido despues de siete siglos, ni jamás se borrará de la memoria de sus hermanos, porque su vida actual es vida de verdadera inmortalidad. —G. R.

PEDRO (Beato). Este insigne religioso de la órden de S. Benito se presenta en la historia de tan esclarecido instituto sin detalles particulares, como un acabado modelo de todas las virtudes y como un distinguido varon, que supo aprovechar muy bien los sabios consejos é importantes máximas con que se acreditaba aquella tan justamente célebre Orden. Nos consta que floreció en ella en 1340, y que sus grandes hechos en favor de la religion de Jesucristo, y por consiguiente en provecho de los fieles, era motivo de que se le tuviese en muchísima estima, y dan tambien fundamento á creer que mereció grandemente el aprecio y gracias de Dios, el considerar que además de las muchas con que su augustísima Majestad le favoreció en su vida, haciéndole modelo de perfeccion y compendiando en él sus más íntimos favores, le permitió, para que su carrera se terminára como él la habia empezado, es decir, consagrándola totalmente al amor de Dios, le permitió, decimos, morir al lado de los venerables varones Olao y Jordan, moradores como nuestro P. Pedro del monasterio de Albastro, los cuales admiraron á todos con lo ilustre de sus virtudes. Murieron en el Señor todos tres en un

mismo año y el mismo dia; y sería más exacto decir que no murieron sino que pasaron á mejor vida, pues esta es la opinion de la Iglesia, que por medio de su legítimo representante el Romano Pontífice ha hecho la solemne declaracion de que este varon insigne y sus dos compañeros son beatos, ó lo que es lo mismo, ha sancionado cuanto la fama y tradicion publicaba de sus muy distinguidas virtudes, y ha señalado para su conmemoracion en solo la Orden Cisterciense, porque no era posible hacer esta concesion extensiva á toda la Iglesia, el dia 1.º de Agosto de cada año, en cuyos dias resuena el nombre de estos insignísimos monjes, llenando de esperanzas fundadas á sus hermanos, ya porque viviendo bajo los mismos auspicios que ellos pueden llegar á la misma perfeccion, ya tambien porque en Pedro, Olao y Jordan tienen seguramente tres protectores, que abogarán en favor suyo é inclinarán hácia ellos la misericordia de Dios, cuando su justicia haya de exigirles cuenta de sus miserias, imperfecciones ó pecados. —G. R.

PEDRO (Beato), lego de la órden de S. Benito. En todos los estados y condiciones permite el Señor que surjan de cuando en cuando varones eminentes en santidad, que demuestran prácticamente que no es ésta incompatible con ninguno. Acredita esta verdad el célebre personaje cuya historia trazamos. Habiendo pasado en la disolucion y libertinaje los primeros años de su edad, vió que la gracia de Dios le atraia hácia sí y procuró seguirla, llorando amargamente sus pasadas culpas, lamentando en gran manera sus antiguos extravíos. El demonio le perturbaba con feísimas y continuas tentaciones; pero él las vencia con denuedo, ofreciendo á Dios cada dia, con más veras el sacrificio de su ser, y procurando adelantar, aunque no fuese más que un paso, en el camino de la perfeccion. Creyendo con fundamento que para llevarle á esta, nada le sería más á propósito que recogerse en una casa del Señor bajo la obediencia de superiores celosos y caritativos, que apartándole de todo mal le condujeran al bien, tomó la determinacion de pretender el santo hábito de la Orden Benedictina, y le obtuvo con efecto en el monasterio de Villario, en Brabante. Hizo su noviciado sin salir, digámoslo así, ni un punto siquiera de lo que le mandaba la obediencia, pero luego que hubo profesado, se creyó ya en estado de dar rienda suelta á los deseos de su corazon; y por tanto comenzó la práctica de las más inclitas virtudes, llevándolas á feliz término en el grado más heróico. No hablemos de su constante exactitud en cumplir con lo que era de su ministerio, sin reparar en que le fuese molesto, como son ciertamente molestas muchas de las prácticas en que los legos, como nuestro beato, tienen que ejercitarse; el cumplir esto era su única obligacion de justicia, y por consiguiente no podia excusarse de hacerlo sin exponerse á cometer falta, tanto más grave cuanto fuese más importante el asunto á que ella dijese relacion. Lo que he-

mos de examinar son esos actos sublimes, en los cuales demuestra Pedro lo mucho que amó á su Dios. Quiso hacerse partícipe de las penas de Cristo en su pasion, y para ello, despues de haber horadado sus pies y manos con clavos, formó en el pecho una herida con hierro candente, que conservó por medio de un nudo de cerdas que introdujo en ella, y que, como es consiguiente, le causaba vivísimos dolores. Maceraba su cuerpo continuamente con durísimas disciplinas, le domaba con cilicios continuos y muy ásperos, y cuando le consentia tomar el descanso imprescindible, habia de ser sobre la dura tierra, ó acaso sobre guijarros ú otros objetos que pudieran mortificarle. A imitacion de su santo Patriarca, se arrojaba muchas veces desnudo sobre las zarzas, y se complacia en afligir su cuerpo para compensar de alguna manera, decia, los placeres que le habia consentido en su juventud, siendo tantas y tan varias las mortificaciones que ejercitaba, que no duda el sabio escritor benedictino Heredia en llamarlas martirio continuado. Su oracion era constante, recibiendo en ella indecibles consuelos, entre los cuales no se puede dejar de contar el que una vez le pusiera la Virgen en los brazos al divino Niño, su Hijo querido; el que otras veces Cristo Redentor nuestro le asegurára de su futura dicha; el que María le invitase á pasar en el cielo, por éxtasis larguísimos, parte de los dias de las más notables festividades; y por último, el que perseverando en el servicio de Dios, fuera un dia coronado de gloria aquel varon que, miserable segun el mundo, y lego en su religion, es hoy bienaventurado y declarado tal por la Iglesia.—G. R.

PEDRO (Beato), abad. En el ilustre monasterio de Moreruela, en España, floreció, cuando no se ha podido fijar la época, un abad de extraordinaria virtud, tan extraordinaria que la Iglesia le ha colocado en el feliz número de los beatos. La suma modestia y profundísima humildad con que vivió siempre, además de la circunstancia de ser abad de su monasterio, de cuyo cargo se valió para ocultar sus acciones é impedir que la noticia de los detalles de sus virtudes pasasen á la posteridad, han sido la causa de que acerca de las grandezas de su espíritu no pueda decirse otra cosa, sino que dotado de una cordialísima devocion á María Santísima, madre de Dios y de los hombres, eran toda su delicia los augustos atributos de esta Señora; y para disfrutar de esta delicia misma que en él excitaba el conocimiento de tan ínclita criatura, predicaba las glorias de la Virgen y celebraba en su honor la santa Misa siempre que las rúbricas de la Iglesia le permitian este consuelo, y lo hacía con tanto afecto y fervor, que atraia hácia María los corazones de cuantos le veian; de aquí que muchos se hicieron de tibios fervorosos y otros de pecadores justos á ruego de María Santísima, á quien pedia por todos su devotísimo siervo el abad Pedro. No fué la Señora escasa en recompensarle su amor, pues que despues de su muerte fué visto ador-

nado de refulgente gloria y coronado de resplandeciente diadema ante el trono de María, desde donde bendice á Dios en el coro de los bienaventurados, segun declaracion de la Iglesia, que ha permitido á la órden del gran patriarca S. Benito la dicha y consuelo de que ensalce y repita ante la faz del mundo los méritos, virtudes y amor á Dios del beato Pedro, abad, cuyas heróicas virtudes, y sobre todo su grande amor á María, fueron el motivo de su justificacion, y de que pueda hacerse mencion solemne de él el dia 14 de Setiembre de cada año.— G. R.

PEDRO (Beato), abad. El reino de Italia, en su monasterio Sironense, recuerda el dia 15 de Marzo de cada año la memoria de un varon muy distinguido en aquella casa, que fué abad ejemplarísimo que la ilustró con admirables ejemplos de toda clase de virtudes, sin que el cuidado sumo con que se han examinado los monumentos en que se funda esta autorizada tradicion, haya podido dar otro resultado que el de confirmarse más y más en la opinion de santidad con que se le venera, tanto más, cuanto la Iglesia le ha declarado tal beato. — G. R.

PEDRO (Beato), abad. En los *Anales del monasterio cisterciense de la Cava* se halla la muy grata memoria de un varon de insignes virtudes, cuyo pormenor, es verdad, se ha perdido con el tiempo, pero que fué de todos por tradicion recordado, hasta que la decision del vicario de Jesucristo, con acuerdo del parecer de la Orden y exámen maduro de los testimonios por esta misma Orden presentados, tuvo por bien declarar beato al abad Pedro, que despues de haber edificado á todos con su conducta como monje particular, y prestado grandes servicios á la religion como abad de este monasterio por el espacio de diez y nueve años, quiso el Señor que recibiera el galardon de sus méritos en una dichosísima eternidad, á que pasó por medio de una apacible muerte, acaecida el dia 15 de Marzo de 1208, en medio del más vivo sentimiento de todos los moradores de aquella santa casa, que hicieron justicia á sus méritos en honrar su muerte, siquiera no fuera por otro motivo que por la pérdida que les irrogaba. No estan muy conformes los autores de la Orden en asignar el dia en que la Iglesia ha permitido la solemne conmemoracion del beato Pedro, abad de la Cava; lo más procedente, sin embargo, es que sea el dia 15 de Marzo, por haberse verificado en esta fecha su apacible muerte; así que atendiendo á esto, sin duda, consigna para este dia su recuerdo el sapientísimo P. Mtro. Fr. Antonio Heredia en su inmortal obra titulada: *Vidas de Santos y personas venerables de la órden de S. Benito*.— G. R.

PEDRO (Beato), abad. La ilustre casa del Císter ha dado varones insignísimos en ciencias y en virtud, y cuando era en ella sublimado á la alta dignidad de abad alguno de sus individuos, podia ya decirse con razon que

de unas cosas y de otras tenia el elegido abundante copia. Esto es ciertamente lo único que el tiempo nos ha dejado acerca del beato Pedro, abad que fué en el Cister por los años 1186. Fué, pues, esclarecido en virtud y ciencia, y desempeñó el generalato de la Orden por espacio de seis meses, demostrando en este tiempo su habilidad y destreza para el gobierno, así como su celo por la salvacion de las almas, sin descuidar por esto el poner los medios para su propio adelantamiento. Bajo tales auspicios, y cuando sus subordinados y él llevaban pasados seis meses en el importante cargo de general, la muerte le arrebató, queriendo sin duda el Señor premiar cuanto ántes los méritos de su siervo, cuya memoria recuerda la Orden el dia 27 de Marzo.— G. R.

PEDRO (Beato), abad. Es muy notable lo que las respetabilísimas crónicas de la órden de S. Benito nos refieren acerca del beato Pedro, abad de Morimundo, monasterio cisterciense, muy célebre en virtud y letras, en el reino de Francia. Dicen que siendo Pedro jóven, fue llevado por sus padres á estudiar á la célebre universidad de París, pero que se inutilizaban todos los esfuerzos del jóven para estudiar, pues fuese por rudeza material, fuese por cualquier otra circunstancia, es lo cierto que nunca podia llegar á aprender una leccion. La pena que esto debia causarle, y que en efecto le causaba, sirvió al demonio para que introduciéndose con astucia en la mente del jóven, le obligase con la promesa halagüeña de darle á conocer la piedra filosofal, le obligase, digo, á tomar una piedra en sus manos, con la cual adquiriria ciencia y conocimientos superiores á los de los demás condiscípulos suyos, siendo por consiguiente el primero en su academia y el único acreedor á las distinciones y premios que siempre se dan al que más aprovecha. Así fué que Pedro con su piedra era el más aventajado de todos, y se convirtió en envidia hácia él la lástima que hasta entónces habia excitado su rudeza é ineptitud. No pasó mucho tiempo sin que una grave enfermedad le agobiase, y él llamando á un confesor le hiciera conocer el estado de su conciencia. La respuesta del prudente sacerdote fué un expreso mandato de arrojar aquella piedra, motivo de su ruina, y el resultado, que volvió á su antigua rudeza, olvidándose de todo cuanto ántes sabia. Murió en este estado, aunque su muerte, semejante á la de Lázaro, fué una muerte para demostrar el poder y amor de Dios, pues reunidos todos en torno de su féretro, y cuando los cánticos de la Iglesia comenzaban á resonar para pedir á Dios perdon y misericordia para él, resucitó, manifestó á todos lo miserable de esta vida, las delicias de la eterna y cuanto acerca de ella habia experimentado, é hizo á todos saber su resolucion de abandonar el mundo para buscar á Dios, como lo consiguió tomando el santo hábito del patriarca S. Benito. Durante su noviciado, como despues de profeso, fué su vida una

continua expiacion de sus pasadas culpas, la más exacta observancia, la más dócil obediencia y la más cruel penitencia fueron las preciosas virtudes con que se hizo acreedor al aprecio y consideracion de sus hermanos, y lo que más es, que Dios nuestro Señor, que para probarle le habia privado del don de ciencia, le diese en abundancia grande el don de consejo para que viniera á ser, como lo fué en efecto, excelente prelado de su misma casa. Es verdad que para que aceptase este cargo tuvo la obediencia que obligarle, pero tambien lo es que el fidelísimo desempeño de él dejó satisfechos á quienes por amor de Dios le hicieron vencerse en el infundado reparo que tenia de ponerse á la cabeza de los demás. No duró mucho por entónces en este importante cargo, pues que renunciándolo por humildad, pasó de nuevo á la vida, digámoslo así, privada, y volvió á entregarse á los ejercicios que conducian únicamente á su propia santificacion. No era, sin embargo, la voluntad de Dios el que aquel que era muy á propósito para regir á los otros y llevarlos al cielo, estuviese escondido santificándose á sí propio, y se privára del augusto acompañamiento que en la gloria le harian los que por él hubiesen sido llevados allá; por esto permitió el Señor que sucesivamente pasasen á mejor vida, despues de poco tiempo de abades, varios que en su importante cargo sustituyeron al abad Pedro, y que ninguno estuviese en su cargo el tiempo necesario, no digo para mejorar, pero ni áun para conservar lo que el P. Pedro habia establecido. Fuéle pues, preciso volver de nuevo á este importante cargo, y en él vivió por espacio de catorce años, siendo el modelo más acabado donde todos podian aprender, portándose como verdadero padre con sus queridos monjes, siendo muy tolerante y caritativo con las personas, al mismo tiempo que muy rígido en las observancias, acaudalando, en fin, méritos que el Señor le premió abundantísimamente, pues que concluidos sus dias en el servicio de Dios, purificado su espíritu por los disgustos y tribulaciones consiguientes á su encumbrado cargo, amado de todos, imitado de muchos y lleno de esa dulce calma que da al corazon el conocimiento y amor de un Dios que es padre y dueño augustísimo y benéfico, entregó plácidamente su espíritu en manos de su Hacedor Supremo, y el coro de los bienaventurados le salió al encuentro, y su madre la Iglesia se alegró en su triunfo, y le declaró un dia beato, asignando á su memoria para toda la órden de S. Benito el dia 14 de Setiembre de cada año. — G. R.

PEDRO (Beato), cardenal. Dió Dios á este insigne varon recursos extraordinarios para su justificacion y aprovechamiento en la virtud desde el momento mismo de su nacimiento, por explicarnos con toda exactitud, desde que comenzó á cultivar su ingenio con los rudimentos primeros de la literatura y filosofía, despues de las ciencias eclesiásticas,

á las cuales era muy aficionado. Digo esto, porque fué condiscípulo del ínclito Sto. Domingo de Guzman, y se adhirió tanto á la gran devocion que Domingo instalaba en el mundo, que fué con el tiempo uno de los más tiernos devotos y decididos propagadores del Santísimo Rosario. Antes de que Domingo de Guzman echára los cimientos á su insigne Orden, habia Pedro ya dado su nombre á la del gran patriarca S. Benito, ejerciendo desde luego virtudes de la más alta perfeccion, cimentándola en una humildad profundísima, que para recibir la merecida exaltacion se difundió por el órbe católico, llegando desde Osma, cuna y casa religiosa de nuestro Pedro, hasta Roma, emporio y centro del catolicismo. El resultado de la noticia fué que el Santo Padre no quiso privarse de los servicios que este varon insigne, que á su piedad unia grande ciencia, podia prestarle; así que le llamó á su corte pontificia, le hizo cardenal de la santa Iglesia, título de Santa María Transtiberim, y exigió de él grandes servicios que refluyeron en honor de Dios, lustre de su Iglesia, bien de los estados y mejora de las costumbres de los fieles. No alteró en lo más mínimo sus costumbres monacales en el tiempo en que fué cardenal, y desempeñaba las importantes comisiones á él confiadas, pues si estas ó los asuntos ordinarios de su cargo necesitaban más tiempo del acostumbrado, este tiempo lo cercenaba al breve descanso que tomaba más por necesidad que por voluntad, pudiendo decirse con verdad que á este varon insigne le cundia mucho más el tiempo que á los demás hombres, pues él ciertamente tenia siempre espacio para todo. Hemos dicho que era contemporáneo de Sto. Domingo, y por consiguiente hubo de presenciar los triunfos y tribulaciones de su instituto, y como las presenciaba, procuraba siempre aliviar la suerte del que padecia: así que cuando los papas perseguidos y medio fugitivos tenian que ir desde un lado en otro para evitar el inminente riesgo, Pedro no los abandonaba nunca, así como nunca se le veia aparecer cuando se trataba de encomiar alguno de sus buenos servicios en pro de la religion de Jesucristo. Fué devotísimo del santo Rosario desde el momento mismo en que el patriarca Santo Domingo le predicó, y Pedro extendió esta devocion entre los cardenales sus compañeros, sirviendo para acreditarla mucho el favorable éxito obtenido en ocasion de un cerco terrible, que, obligando á los sacerdotes y prelados á comer carne de animales inmundos, los habria hecho capitular acaso con ignominia, si el Dios de toda bondad, obligado por la Santísima Virgen, no hubiese alzado el brazo de su justicia para que se dejase ver su misericordia, como efecto del Rosario que indicó el beato cardenal Pedro. Explicar sus sentimientos y afecto á María Santísima sería cosa imposible; basta saber que cuando se aproximó el momento en que habia de partir de este mundo al otro, María se le apareció, y haciendo notar á todos la irreparable pérdida que les de-

jaba su predilecto hermano, recogió su espíritu para entregarle como trofeo de su proteccion, el dia en que su proteccion era decisiva. No se sabe á punto fijo cuándo fué este acontecimiento; lo único que consta es que floreció en 1240, y que su memoria no se borrará, porque está escrito su nombre entre los de los beatos. — G. R.

PEDRO (B.), monje. Distinguido varon de la órden de S. Benito, fué hijo del monasterio de Godlandia, pasó el primer período de su vida monástica bajo la más dócil obediencia y admirando á todos con las rarísimas virtudes que ejercitaba. A esto se debió sin duda el que en ocasion de hacerse la eleccion de abad en su santa casa, todos desde el superior general hasta el último de la comunidad fijasen sus miradas en el P. Pedro. Cierto es que merecia esta distincion quien tenia suma inocencia en sus costumbres, extraordinaria sinceridad en sus palabras, muchísima modestia en sus acciones y un conjunto encantador que casi involuntariamente arrastraba, pero arrastraba sin violencia, arrastraba con gusto; de aquí que durante el tiempo de su prelacía la casa que él gobernó iba en órden y concierto, y su muerte, sentidísima de todos, hubiese puesto en peligro este órden mismo y esta misma observancia, si no hubiese velado sobre este como sobre los demás monasterios la infatigable Providencia, que, como á obra suya, sostenia y gobernaba estas casas de santidad, recogimiento y penitencia. Rico, pues, en gracias y merecimientos, pasó el abad Pedro de esta á mejor vida; y luego que sus acciones fueron examinadas una por una y halladas en un todo conformes á lo que de ellas se decia, la Iglesia, maestra infalible de verdad, tuvo á bien declarar que este feliz siervo de Dios está en bienaventuranza, y autorizar á toda la Orden Benedictina para que el dia 10 de Junio de cada año recuerde y solemnice al B. Pedro, abad de Godlandia. — G. R.

PEDRO (B.), monje. Este insigne varon á quien Dios colmó de extraordinarios favores, fué ya por su cuna muy distinguido, pues era hermano del rey D. Alonso I de Portugal. La educacion que recibió fué enteramente adecuada á la alta alcurnia de que descendia, habiendo llegado á ser gran militar y muy diestro en el manejo de los asuntos de gobierno, debido esto sin duda á haberse dedicado á ellos en Portugal, España y Francia, en cuyo último reino trató familiarmente al gran S. Bernardo, del cual estaba prendadísimo, haciendo de cuando en cuando sus esfuerzos para que su hermano el Rey protegiese al santo Abad y á sus monjes, lo cual consiguió porque pudo inclinar á su hermano á que levantára el gran monasterio de Alcobaza donde se han educado muchos santos, y cuya fama, dilatándose por do quiera, ha dado honor á este célebre personaje, y mucho más á su hermano el piadoso fundador. Excusado es decir que mediando como mediaba gran simpatía entre el P. S. Bernardo y nuestro Pedro, habia éste de

hacer algunas visitas á aquel; pero no me parece fuera de propósito el referir el éxito de esta visita misma, para que de ella saquemos la gloria de Dios y el aprovechamiento de nuestras almas. Fué Pedro con otros varios amigos y compañeros suyos á la gruta donde estaba el gran S. Bernardo; y como se acercase la cuaresma, el santo Abad le rogó con encarecimiento toda su influencia para evitar unos torneos que estaban señalados para unos dias despues. No por falta de voluntad, sí por no tener resolucion para manifestar á los grandes su intento, desistió de su propósito este varon entónces grande, segun el mundo, pero pequeño en la presencia de Dios, porque todavía no tenia en su voluntad la suficiente fuerza para vencerse y dominar sus deseos ménos perfectos. El santo Abad, sin embargo de la repulsa que acababa de sufrir, no desistió de su propósito, y se atrevió á asegurar que aquello mismo que sus amigos no habian tenido por bien el otorgarle, se lo otorgaria Dios; y no diciendo otra cosa sobre su intento, hizo que un monje sirviera cerveza á aquellos señores, teniendo el Santo buen cuidado de bendecirla ántes de que la bebiesen, y rogando al Señor que aquella bebida material fuese de provecho para sus almas. Así fué, con efecto, pues aunque muchos de ellos no la bebieron más que por mero cumplimiento y respeto, obtuvieron los benéficos resultados de la gracia de Dios; pues apénas salieron del monasterio, cuando abandonando el tratar los asuntos indiferentes, y tal vez importunos ó pecaminosos de que otras veces se ocupaban, todo su esmero y diligencia fué desde aquel momento el hablar de las cosas celestiales, el buscar cada uno el modo más conveniente de santificarse, abandonando la vida poco recogida y tal vez relajada que observaban algunos de ellos, para comenzar una muy distinta, sustituyendo el negocio de su alma á los otros frivolísimos en que hasta entónces se ocupaban, y haciendo fijar su atencion en el inevitable momento de su muerte para poder buscar medio de que ella les fuere principio de eterna vida, y por consiguiente recibida en union á la muerte santísima de Cristo. Para realizar estos intentos, que Dios á ruego de su siervo S. Bernardo les habia inspirado, cada uno tomó el partido que le pareció más conveniente, ingresando unos en religion, apartándose otros á los desiertos, y Pedro, infante de Portugal, viniéndose á España, donde corrió con valor y buen éxito varias expediciones contra los moros, á los cuales vencia siempre, peleando con denuedo y no olvidando en la encarnizada lucha que contra los infieles se sostenia, la obligacion en que estaba de obrar su santificacion, y atendiendo siempre con muy fiel exactitud á los llamamientos de Dios, que como padre benéfico le colma de repetidas dignaciones. Entre otras muchas podremos citar el que se valiera el Señor del mismo gran P. S. Bernardo para dar á entender á Pedro los designios de su voluntad santísima; y fué así, que un dia, siguiente

á una gran batalla que ganó á los moros, se le presentó el santo Abad y le manifestó ser la voluntad de Dios el que tomase la cogulla blanca en el monasterio de Alcobaza, que, como hemos dicho, mereció al influjo del príncipe su construccion y el ser dotado con la régia munificencia de que desde luego dieron muestras acerca de esta casa los señores reyes de Portugal. Extraordinario fué el regocijo que recibió Pedro con una nueva para él completamente inesperada, no porque su inclinacion no fuese á este perfectísimo estado, sino porque su profunda humildad le hacia no mirarse como acreedor á tanta dicha; y lo que es más, le parecia que no podria él estar entre personas de una tan acreditada virtud, como eran los monjes de aquella distinguida casa. Mas una vez llamado á ella por la voluntad de Dios, fué todo su afan y cuidado el hacerse digno de conseguir por completo la gracia y amor de quien con tan extraordinaria predileccion le estimaba. Renunció, como es consiguiente, todos sus derechos y prerogativas, vistió el santo hábito y comenzó á dar rienda suelta á los sentimientos de su corazon. Comenzando por un cordialísimo afecto á la Santísima Vírgen María, siguió el curso de vida monástica bajo la proteccion de la Señora, y esta alcanzó de su Santísimo Hijo el que fuera completamente desprendido de las cosas del mundo por un espíritu de verdadera pobreza que le obligaba á no tener más que lo meramente preciso, contentándose siempre con lo más vil y proporcionando á sus hermanos con la posible abundancia áun aquellas mismas cosas por cuya privacion buscaba él la manera de demostrar su desprendimiento, superior á todo elogio. Si examinamos su espíritu de mortificacion, hallarémosle en perpétua abstinencia, cargado de silicios, llevando crueles disciplinas y padeciendo en todo y por todo; si queremos admirar su modestia y compostura en el templo, y su fervor en la oracion, hallaremos que esta era su ocupacion continua y aquellos el móvil, digámoslo así, de todas sus acciones, pareciendo ya anciano en las cosas de virtud cuando apénas habia existido su profesion religiosa. Su obediencia era tan ciega, que nunca miraba á los preceptos que se le imponian sino en concepto de destellos de la voluntad de Dios, y por consiguiente iba á obrar con extraordinaria prontitud y celo. No es posible omitir un recuerdo de su profundísima humildad que hace comprender perfectamente cuánto valia nuestro Beato en órden á esta virtud. Fué ello que nunca quiso ascender á las sagradas órdenes, y se contentó con ser monje lego, por más que su cuna, su capacidad y todas las demás circunstancias estuvieran reclamando el elevarle á la alta dignidad del sacerdocio, donde hubiera ciertamente prestado servicios á su religion y á los fieles en general. Una vez obtenida de sus superiores la gracia de quedarse lego para siempre, comenzó á los heróicos esfuerzos de su virtud, y siendo verdadero hijo de Dios, estrechó, digá-

moslo así, los vínculos que con el Señor le unian por medio de la práctica de todas las virtudes, siendo en extremo notable su profundísimo silencio, que alguna vez llegó á hacerle pasar seis meses sin hablar. Excusado es decir que la fama de su virtud llenó el mundo; así que al llamarle Dios para sí, una consternacion general reinó en el monasterio, la cual no se mitigó sino cuando la Iglesia romana le declaró beato, y consignó para recuerdo de Fr. Pedro el que se celebrase su fiesta el dia 10 de Mayo de cada año. — G. R.

PEDRO (B.), monje. El célebre monasterio de la órden de S. Benito de Caduino en Francia ha producido varones insignes en santidad y ciencia, y entre ellos puede contarse con sobrada razon al distinguido monje Fray Pedro, cuya memoria recuerda la Orden el dia 15 de Mayo de cada año. Fué este célebre religioso aplicadísimo al estudio de las Sagradas Escrituras desde muy niño, y progresó tanto en ellas y fué tan aventajado, que áun ántes de que su edad lo consintiese, segun el órden regular, le consultaban ya para definir segun su opinion acerca de las muchas oscuridades que contienen los libros santos. Era aún fuera del claustro su conducta enteramente irreprensible, mas en el monasterio se hizo tan fervoroso y adquirió tal desprendimiento de las cosas de este mundo, que sin exageracion puede decirse que vivia en él como si no viviese, que las cosas pasaban, pero desapercibidas para él, y únicamente se fijaba su atencion en Dios y los medios que á él conducen, así que era puro en sus pensamientos, muy aventajado en las obras, discreto en todo áun en el silencio, que siempre guardó, y tan afable y benigno cuando la necesidad ó conveniencia le excitaba á hablar, que no era posible resistir á la fuerza de sus siempre sólidos argumentos. Fué tambien uno de los medios de que Dios se vale para obrar sus prodigios, siendo muy de sentir que los milagros obrados por la poderosa mediacion de este insigne varon, no hayan llegado á nosotros con clara especificacion, siendo lo único que se sabe, que muy venerado de sus contemporáneos, y apreciadas sus virtudes como heróicas, la Iglesia universal le ha considerado como beato, y en la Orden Cisterciense hay de él gratísima memoria y veneracion. — G. R.

PEDRO (B.), monje. El bienaventurado P. Pedro, monje benedictino en el monasterio de Aviñon, mereció el concepto de varon evangélico á todos cuantos tuvieron la dicha de tratarle; y en efecto le acreditaban como tal una inocencia suma en sus pensamientos, una moderacion grande en sus palabras y una compostura tal en sus acciones y movimientos, que en hecho de verdad parecia una criatura celestial, á quien Dios hubiese dado forma humana, más bien que no un hombre con todas sus miserias y fragilidades. No hay pormenores acerca de su vida, pues aunque es cierto que

el Señor distinguió á su siervo el P. Aymon con hacerle una manifestacion de las virtudes y gracias con que habia dotado al P. Pedro, y de la fidelidad admirable con que éste habia correspondido á ellas, así como de los beneficios que por su medio habia obrado el Señor y de otras circunstancias importantes de la vida de su favorecido, este Padre, sin duda por secundar la modestia y humildad de aquel, ó acaso por no demostrar él los favores que de Dios recibia, no dijo cosa alguna acerca de este venerando religioso, de manera que lo único que ha llegado á nosotros es esa fama universal de su candor é inocencia, el eco de las virtudes heróicas que practicó y la resolucion de la Iglesia acerca de él, que inscrito en el libro de los beatos, nos le ha propuesto como ejemplo de imitacion, y como fundamento de esperanza mediante su proteccion. Floreció por los años de 1172, y no se sabe á punto fijo la época de su muerte, como tampoco su edad ni otras algunas circunstancias.—G. R.

PEDRO el Monje (B.). Fué este notabilísimo monje hijo del monasterio de Valleumbrosa, en Florencia, en cuya casa, bajo la más estrecha vigilancia y perfecta docilidad al gran P. S. Bernardo de Ubertis, se hizo notable por sus grandes aspiraciones á la perfeccion, para llevar á cabo la cual no perdonaba medio, haciendo, sin embargo, notar que su espíritu no estaba satisfecho por no ser conforme á él el trato que indispensablemente habian de tener unos monjes con otros, y que parecia á nuestro bienaventurado suficiente motivo para que hasta cierto punto se resfriára la caridad, y el servicio y amor de Dios no fuera tan absoluto como sus deseos lo exigian. Sus instancias por una parte, y por otra la superior ilustracion de que estaba dotado el ínclito varon bajo cuya direccion caminaba el P. Pedro, fueron suficiente motivo para que se le designase una pequeña celda ó morada aislada en el Monte-Llano de la provincia eclesiástica de Pistoya, donde retirado de todo humano comercio, meditaba á sus anchas las verdades eternas, se complacia grandemente en el servicio y amor de Dios, y estaba como muerto al mundo, en la posesion y lleno de todas sus delicias, sin que le perturbára lo más mínimo ninguna de esas ideas del siglo que todavía podian ingerirse en la vida monacal, pero que no podian penetrar en la soledad en que nuestro Santo dejaba deslizar sus años, creciendo siempre en ciencia y virtud ante Dios y ante los hombres. Excusado es decir que los muebles eran escasos y desaliñados, así como el vestido y alimento pobre y no muy arreglado; pero la bondad de Dios suplia cuando era necesario lo que en lo material podia faltar, para acreditar así la gran predileccion de Dios á su estimado siervo. Muchos y muy notables sucesos podrian aducirse en confirmacion de este aserto; sin embargo, diremos uno solo que da idea de la gran predileccion con que Dios dió á entender lo que merecia aquel pobre ermi-

taño allí oculto. Pasaba fatigadísimo por delante de su celda el gran conde de Vernia, señor de aquella comarca, y agobiado de la sed más horrible así como de una necesidad suma, pidió al P. Pedro un alivio ó ayuda para su viaje, el cual obtuvo en una frugalísima refaccion que le pareció muy suculenta comida, y en un poco de agua, que al ofrecérsela el siervo de Dios se convirtió en delicado vino, que acabó de reparar las fuerzas del caminante, el cual por esto determinó estrechar íntima amistad con este distinguido monje, y construir una iglesia, ya para hacer brillar el gran celo por la salvacion de las almas que animaba al beato, ya tambien para dar un testimonio de la gratitud del señor, conforme en todo al merecimiento de la noble accion que á su persona ejecutó el siervo de Dios. Comenzóse desde luego la construccion del templo, y un raro prodigio daba á conocer la voluntad de Dios; pues deshaciéndose en un momento la obra construida en uno ó varios dias, no halló esta seguridad hasta que un arquitecto muy célebre puso los cimientos en el lugar donde apareció una lámina de oro con la inscripcion: *Ave María, gratia plena*, que fué y es el distintivo y lema de la casa muy célebre de Monte-Llano, donde el P. Pedro fué abad de una comunidad respetable, cuyas virtudes fueron muy excelentes, y en donde se ha conservado y conserva el dia 12 de Abril grato recuerdo á su memoria, fundándose sin duda esto en que en dicho dia del año de Cristo 1098, fué cuando á Dios plugo llevarse para sí á este varon insigne, en cuya gloria parece haberse empeñado Dios mismo, pues se han repetido extraordinarios portentos á efecto de su siempre eficaz invocacion. — G. R.

PEDRO (B.), monje. En un monasterio del Cister, en Francia, floreció por los años 1119 un religioso de excelentes prendas, que puede decirse absorbió la doctrina y ejemplos de su santo maestro Roberto, para presentarse despues como el más aventajado de sus discípulos. En efecto, Pedro, cuya capacidad y aplicacion eran muy grandes, y cuyo deseo de adelantar en todo género de humanos conocimientos no fué desconocido á ninguno de los que en su época vivieron; Pedro, digo, estimando en más que todo esto la ciencia de Dios, trató de adquirirla mediante el ejercicio de todas las virtudes, y sobre todo de un completo desprendimiento de sí mismo, unido á una extraordinaria predileccion á la soledad, por lo cual sus ejemplos y doctrinas atrajeron á muchos señores seglares, que abandonando el bullicio del mundo, vinieron á la soledad á buscar en ella la paz de su corazon, la dicha de sus espíritus. Fué, pues, de mucha importancia su existencia en la órden de S. Benito y casa del Cister, pues que todos aquellos que por sus excitaciones, ya directas ya indirectas, habian prestado sus nombres para aumentar el dilatado catálogo de los hijos de tan gran patriarca, puede decirse fueron fruto suyo, con lo cual indudablemente acrecentó él los singulares

méritos que le hicieron acreedor al aprecio de todos, á la consideracion de la Orden, y á que una vez desatados los lazos que á este mísero mundo le unian, y halladas heróicas sus virtudes, la Iglesia nuestra santa Madre lo declarase beato, otorgando á los monjes de S. Benito el favor de que para ejemplo y edificacion de los venideros, su nombre se hiciera resonar como glorioso en los ámbitos de todas las casas de la Orden, y esta dedicase á su memoria el solemne recuerdo que á todos y á cada uno de sus héroes consagra, siendo el dia señalado para la memoria de éste el 1.° de Junio de cada año. — G. R.

PEDRO (B.), obispo. Fué este varon de nobilísimo linaje; su familia, emparentada con algunos reyes de Europa, produjo grandes hombres de Estado, y algunos que ministros de Francia en el extranjero, acreditaron lo merecido que era el ventajoso concepto que de la familia se tenia. Tambien hubo en esta distinguida estirpe, es decir, entre los hermanos de nuestro héroe, dos que fueron obispos, Noviomense el uno y el otro Meldense. Hizo Pedro con gran provecho los estudios indispensables para aspirar al sacerdocio, y con grande vocacion y las debidas disposiciones fué promovido á tan esclarecida distincion, viniendo despues á desempeñar los importantes cargos de tesorero de la santa iglesia de Tours y chantre de la de París. No puede darse una idea de la exactitud con que desempeñó estos cargos, ni de la manera adecuadísima con que se portaba en todas las cosas, siendo sin duda este el motivo por el cual en una vacante que ocurrió en su tiempo fué promovido á la dignidad de obispo de París. Si como simple prebendado se habia hecho conocer por su celo apostólico y prendas verdaderamente apreciables en el desempeño de su ministerio, es de inferir el extraordinario esmero con que desempeñaria el árduo cuanto espinoso cargo de pastor en diócesis de las condiciones de París. No pudo avenirse con los escándalos y abusos, y vemos en toda su conducta que así como tenia una benignidad extraordinaria para con todos, oyéndolos, escuchando sus quejas y procurando atender á sus justas reclamaciones y áun previniéndose á sus deseos cuando de la realizacion de ellos habia de seguirse algun bien, así era inexorable con los escándalos y abusos, y prescindiendo totalmente de la persona, no haciendo caso alguno de su posicion social y demás, reprendia y si era preciso castigaba, para así demostrar su rectitud y su imparcialidad. Era muy caritativo para con todos los pobres, y en particular hácia la órden de S. Benito tenia una deferencia tan grande que continuamente estaba dispensándola beneficios, previéndose, digámoslo así, lo que con el tiempo aconteció. Era, como se deja fácilmente conocer del anterior relato, muy piadoso, y por consiguiente le causaba gran pena el que la Palestina estuviera en poder de los sarracenos; hubo en su época una cruzada, y marchó con ella, renun-

ciando ántes el obispado para que no padeciesen detrimento alguno en sus espíritus los fieles súbditos que Dios habia puesto bajo su esmeradísimo cuidado. Algun trabajo le costó al B. Pedro conseguir que le aceptasen la dimision de su cargo, que verdaderamente desempeñaba con extraordinario celo; mas concibió la idea, despues que hubo visto que se le aceptaba la dimision, de ingresar en la órden del Cister, luego que hubo asistido á la Cruzada, motivo fundamental de su dimision. Mucho mereció durante esta campaña, que puede decirse sagrada; pues además de socorrer y aliviar á todos los necesitados del campamento, exhortaba á la fe y amor de Dios en los momentos más críticos á aquellos que por el valor que les inspiraba hacian cosas al parecer sobrehumanas; por esto fué tan querido de todos y su separacion lamentada de cuantos le conocian. Pero era designio de Dios, y no cabia otro remedio que cumplirlo: el obispo de París tenia que reducirse á monje cisterciense, y este es el acto más grande que pudo ejecutar en toda su vida. Examinemos siquiera ligeramente lo que venia á ser esta su entrada en religion, y no podremos ménos de admirar un tan raro desprendimiento, pues el tránsito de prelado en París ó predicador de la Cruzada y porta-estandarte en Palestina, eran con mucho superiores, segun la apreciacion del mundo, á este estado en que se constituia como monje benedictino. Sin embargo, él renunció á todo; su único anhelo era la gloria de Dios y el bien de su alma, y el monasterio Fontenellense le vió entre sus más distinguidos hijos, sin que se diferenciára de la multitud más que por su espíritu verdaderamente humilde, por su docilidad verdaderamente sobrenatural, por su obediencia ciega, y por su asiduidad á la oracion y demás oficios de su nuevo estado, siendo en este venerabilísimo Padre muy notable el que no quedó en su mente ni un rastro siquiera de sus anteriores grandezas, no teniendo él otro afan que su Dios y su Orden, ésta como medio de ir á aquel como término y principio de todas las cosas, y como dueño y árbitro de todos los corazones y de todas las existencias. No podia, sin embargo, ser muy duradera esta situacion para una persona que, como nuestro obispo de París, tenia de su parte de un modo especial la providencia del Señor, así que apénas cumplido el año de sus pruebas, fué acometido de una violenta enfermedad, que acrisolándole más y más con los tormentos que le hacia padecer, labró su inmarcesible corona, á cuya posesion le llamó el Señor en el dia 24 de Mayo, que es en el que la Iglesia ha permitido su culto á los PP. Benedictinos, que por la fama de sus virtudes y por lo que de él vieron, se complacieron mucho en hacer al B. P. Pedro cuantos honores y acatamientos es posible. — G. R.

PEDRO (B.), obispo. En los últimos años del siglo XII y primeros del XIII, floreció en la religion de S. Benito un varon insigne en santidad y

ciencia, que á pesar de su modestia y humildad y de su constante afan de ocultarse á los ojos de todos, tuvo que aceptar, porque la obediencia así se lo previno, el importante cargo de obispo de Atrebato. Excusado es decir que el que era muy celoso por el bien de sus hermanos en el estado de simple monje, sería mucho más esmerado en buscar el bien de los que estaban con él unidos por lazos mucho más estrechos, así que desde el momento en que tomó posesion de su silla episcopal comenzó á buscar los medios de hacer la felicidad de todos sus diocesanos, poniéndoles á todos de manifiesto sus deberes y las ventajas de su fiel desempeño, sus derechos y las condiciones que llevan á su consecucion. Con extraordinario afan acudia á todas partes para desempeñar el importantísimo cargo de pastor de aquellas ovejas de Cristo, y sin tomar él el más ligero descanso, se lo procuraba en cuanto de él dependia, á los pobres con socorros, á los enfermos con cuidados, á los encarcelados con sus visitas, á los ignorantes con su doctrina, á los tristes con sus consuelos, á todos, en fin, con procurar á cada uno aquello en que podia aliviar su mal ó hacer mayor su bien; de aquí resultaba el que sus palabras, como iban acompañadas de sus ejemplos, eran siempre fructuosas, y todos en pos del señor Obispo iban hácia la perfeccion relativa, es decir, á mejorarse y santificarse en sus respectivos estados y condiciones. Luego que hubo conseguido poner en este estado su diócesis, instó al Romano Pontífice para que le aceptase la renuncia del importante cargo de regirla, y pudiéndolo conseguir se retiró otra vez al seno de sus hermanos, donde vivió cual el último de ellos, sin permitir siquiera que le diesen aquellas distinciones propias de su elevado carácter, más que en aquellos casos y circunstancias en que otra cosa hubiera podido perjudicar la buena opinion de los monjes, por parecer despreciaban la altísima dignidad episcopal; de forma que puede con verdad decirse que este insigne varon era en su celda el último de los monjes, aunque aparecia al exterior con las consideraciones, acompañamiento y distinciones consiguientes á su altísima dignidad. Extraordinario es el mérito de esta tan profunda como sólida humildad; por esto no es de extrañar que quien así amaba á Dios, recibiese de Dios dones extraordinarios como los mereció el beato Pedro, siendo entre otros el de predecir y prevenir su muerte, acontecida el 18 de Diciembre de 1203, despues de recibir los santos sacramentos, y dejando á sus hermanos el sentimiento por su pérdida, pero el consuelo de que, probadas canónicamente sus virtudes, fué proclamado beato y asignado á su recuerdo el dia de su fallecimiento. — G. R.

PEDRO (B.), prior. En el siglo XIV de la Iglesia aparece en la órden de S. Benito uno de los infinitos varones que la ilustraron con sus ejemplos y doctrina, y que por esto mereció mucho para con Dios y sus prójimos,

haciéndose todo de todos en la más perfecta obediencia, dando á todos cuanto tenia por la más absoluta pobreza, y dedicándose siempre al servicio y amor de sus hermanos los monjes, auxiliándolos cuando de su auxilio necesitaban, y siempre aconsejándolos y tratando de llevar á Dios con los raros ejemplos de gran virtud que en él habia, con los extraordinarios secretos que la gracia de Dios, siempre solícita por el bien de los hombres, le hacian conocer y difundir abundantísimamente. Fijemos un poco nuestra atencion en los acontecimientos de su gloriosa vida, y hallaremos que al mismo tiempo que á sí mismo se trataba con una dureza y rigor extraordinarios y se juzgaba con una severidad á la par que su misma mortificacion, era para los demás afable, benignísimo, extraordinariamente tolerante de las fragilidades humanas, y muy propenso siempre á echar á buena parte áun aquellas cosas cuyas apariencias no eran del todo justificables. Si alguna vez le injuriaban ó decian contra él calumnias las más viles, no era su tendencia á la excusa sino al sufrimiento, y se disponia siempre á llevar con suma resignacion, no ya las manifestaciones importunas que por efecto de un celo indiscreto se le pudieran hacer, sino las calumnias más viles é infundadas. Los límites de su caridad solo pueden marcarse notando los límites de su posibilidad, y áun esto no puede decirse con exactitud, pues muchas veces socorria á los pobres con lo que no era suyo, habiéndole alguna vez costado trabajo el encontrar con que reponer lo que dió de limosna, sin que este acontecimiento sirviese en lo más mínimo para quitarle, digámoslo así, el gusto de aliviar la miseria de sus hermanos. Quiso el Señor acrisolarle por el camino de las dudas é incertidumbre del espíritu, mas Dios que prueba y atribula siempre como padre benéfico y no como juez inexorable, su misma incertidumbre, ó mejor dicho, la misma ilusion con que el demonio trató de perturbarle, sirvió para que una vision clarísima de Dios le compensára y premiase con verdadero exceso por el sufrimiento que pasára en la prueba. Fué prior en Ostralvo, y toda la valía que le proporcionaba el ocupar de un modo conveniente este importantísimo cargo, la ejerció en favor de la traslacion á su convento del cuerpo de Sta. Brígida, en cuyo suceso tuvo grandísima complacencia, ya por la importancia de él, ya tambien porque estaba persuadido de que expuesta Brígida, como lo está desde entónces, á la veneracion de los fieles, experimentarian ellos una verdad material muy provechosa, y es que llevados en gran manera de las cosas visibles, pasamos con gran facilidad á las invisibles. No se redujeron los favores que Pedro hizo á las religiosas de Sta. Brígida al muy especial de recuperarlas la posesion del cuerpo de su santa madre, sino que pasó á más su celo; pues escribió para ellas unas revelaciones que son de mucho provecho, y oportunísimas advertencias para que ellas rezáran como es debido el oficio divi-

no, secundando por este medio los grandes deseos que su celo le inspiraba de dilatar por todas partes el ánsia de perfeccion con que obraba siempre, y para conseguir cuyo término siempre le habrian parecido pocos los desvelos, molestias, necesidades y tribulacion que pueden imaginarse. Admirable, pues, fué su conducta, santísima su vida y muy repetidos los milagros con que Dios quiso acreditarle como uno de sus predilectos siervos, por lo cual apénas verificada su muerte, el dia 7 de Mayo de 1378, los que cumplieron en él todo cuanto convenia á un tan excelente varon, comenzaron á buscar sus heróicas virtudes, las hallaron, y presentadas ante la verdad infalible de la Iglesia para que pudiera decidir de su heroismo, ésta lo hizo solemnemente, inscribiendo su nombre en el magnífico libro de los Santos, que constantemente alaban, bendicen y adoran á Dios nuestro Señor.—G. R.

PEDRO (B.), lego. Recuerdan los fastos de la órden de S. Benito en el dia 28 de Mayo la memoria de un varon, que pequeño á los ojos del mundo, fué muy grande en la presencia del Señor. Fué el beato Pedro, que recibido como lego en la Orden no quiso salir de este estado á pesar de que sus condiciones y disposicion le hubieran hecho buen sacerdote, y en él se santificó de un modo admirable por el espíritu de mortificacion y abstinencia, de obediencia y humildad con que en todas ocasiones se portaba. Fué muy dado á la oracion, y en ella encontraba los dulces encantos con que Dios regala á sus escogidos, permitiéndole el Señor en este ejercicio, que era muy agradable á su Majestad soberana, el ver lo futuro para poder despues manifestar lo conveniente, acreditándose de esta suerte como profeta, á quien Dios escogia para pregonero de sus designios siempre amorosos y benéficos. Hemos dicho que era grande su abstinencia, y confirmará esta idea la noticia de que desde su ingreso en el monasterio hasta su muerte, no tomó otra cosa que pan y agua, reservando para los enfermos de la casa cualquier cosa delicada que le regalaban, y para los pobres de fuera lo demás de su sustento, complaciéndose mucho en hacer partícipes de los dones de la caridad á aquellos que, segun él, eran los legítimos representantes de Cristo Redentor nuestro. Lleno, pues, de méritos y muy conforme con la voluntad del Señor, pasó á mejor vida, siendo despues reconocido como Beato.—G. R.

PEDRO y Arnaldo (Beatos). La circunstancia de ser estos dos santos gemelos es ya una cosa notable, que demuestra hasta la evidencia que los designios de Dios acerca de ellos eran unos mismos, y que ellos á su vez tenian que cooperar de un modo igualmente activo para secundar estos mismos intentos del Señor. Nacieron en Mompeller, y venciendo todos los sustos que la pueril credulidad de una madre cariñosa hacia pasar á la de estos siervos de Dios por lo mismo que los queria mucho, llegaron á la edad en que era preciso ponerlos en situacion de que un dia fuesen hombres, pero hombres

útiles, hombres que pudieran prestar su óbolo á la grande empresa social. Dotados de una misma inclinacion, é identificados con un afecto tan entrañable como el que se desprende de una circunstancia tal como el ser gemelos, uno y otro querian ceder en manos de su hermano el rumbo que debieran seguir, por lo cual hubo de ser Dios quien decidiera la suerte de estos dos siervos suyos, inspirándoles la idea de que pasasen juntos á París, donde cursáran primeramente humanidades y luego filosofía y teología. Fué mucho el aplauso que obtuvieron por su aplicacion, y era admirable el que dos jóvenes de posicion bastante desahogada, con buen talento y disposicion para el estudio, aplicados y acreedores á los primeros puestos en cátedras y academias, viviesen en la mayor retraccion, sin amistades ni tratos, y estando en la capital de Francia no como hubieran podido estar en su país natal, pues esto aún es mucho, sino como habrian podido estar en una miserable aldea, ó tal vez en un muy reducido caserío. Es verdad que las miras de Pedro y de Arnaldo eran mucho más elevadas, y ellos no podian satisfacerse con esas vanas y profanas diversiones que halagan á los del mundo; ellos estaban en París, es verdad, pero estaban en cuanto les era indispensable esta estancia para terminar su carrera, para aprovechar con el estudio el gran talento que Dios les habia dado, y cuyo ejercicio luego habia de ser para mayor honra y gloria del Señor y aprovechamiento de los fieles. Con efecto, acaban Pedro y Arnaldo sus estudios con todo aprovechamiento y con las más ventajosas calificaciones, demuestran su suficiencia en muy rigorosos exámenes, y en ellos dan una prueba de su constante aplicacion; esperaban todos, por consiguiente, que ocupando los puestos más importantes en las carreras ó judicial ó eclesiástica, pues para ambas habian hecho sus estudios, fueran las personas más notables de su pueblo, y acaso de las de su época. Ellos, sin embargo, habian pensado de otro modo, conocieron que el oropel del mundo se disipa ó se toma, que la gloria de aquí bajo es fugaz y perecedera como el mismo mundo que la proporciona, y buscaron otra gloria, se prepararon otra auréola más sólida, que nunca perece, y que se alcanza mediante el sufrimiento y el padecer, y que se llega á ella siendo el último y despreciado, áun cuando se pudiera ser el primero. Recorrieron en su mente los diversos institutos religiosos donde podrian asegurar su felicidad eterna, y de comun acuerdo, ya fuese porque Dios se lo inspirára, ya porque áun juzgando humanamente á ellos les pareciera mejor que otro alguno el del glorioso patriarca Sto. Domingo, es lo cierto que ambos dieron su nombre á esta tan esclarecida como dilatada familia, y fueron un dia su timbre, cuando á Dios plugo colocarlos en la gloria y su nombre en el catálago de los justos. Necesitariase sin duda alguna gran espacio si se hubiese de detallar las virtudes en que se señalaron estos dos hermanos;

basta por ahora consignar que desde los primeros dias de su noviciado hasta los últimos momentos de su existencia, fueron Pedro y Arnaldo una copia fiel de las grandes virtudes de que habia sido acabado modelo el santo Patriarca y sus primeros compañeros. Por supuesto que áun cuando ellos obraban de igual manera, y no es posible señalar en quién eran más heróicas las virtudes, ni más espontáneos los rasgos de ellas, puede asegurarse con toda verdad que cada cual obraba independientemente de su hermano, sin que tuviesen la más mínima influencia en las acciones ni decisiones del uno, las decisiones y acciones del otro. Tampoco es necesario consignar, porque esto lo comprende cualquiera, que habiendo uno y otro separada y mancomunadamente de procurar la gloria de Dios y el bien de las almas por su fiel sujecion á la obediencia, tuvieron muchas veces que separarse durante el tiempo que estuvieron en la religion; siendo tambien circunstancia notable en gran manera que así como juntos estaban muy satisfechos y sus espíritus tenian un verdadero consuelo, separados no se acordaban, digámoslo así, unos de otros, y obraba cada cual como si su hermano no existiese. Dios, sin embargo, tenia dispuesto el que estos dos siervos suyos, que juntos habian recorrido el áspero camino que conduce á la gloria y que le habian regado con el sudor de sus trabajos, con las lágrimas de su penitencia, llevasen juntos tambien el galardon ó recompensa, para que se pudiese decir de ellos que el amor en Dios que se profesaron en vida no se habia podido extinguir con la muerte. Con efecto, los dos hermanos se sintieron acometidos en su convento de Mompeller de una misma y muy grave enfermedad. Ambos veian respectivamente uno en otro los síntomas de su pronta destruccion, y ambos estaban rebosando de alegría por acercárseles el suspirado momento de unirse para siempre á Dios, objeto de todo su amor y fundamento de toda su esperanza. Fueron agravándose sus dolencias y haciéndose cada vez más peligrosos sus síntomas; comenzó á desconfiarse su curacion, y por consiguiente á hacerse preciso administrarles los santos sacramentos. Es imponderable el afecto, devocion y gozo de su espíritu cuando recibieron el santo Viático, así como es inexplicable tambien el espíritu de obediencia á sus superiores, con el cual iban sufriendo con mucho tormento hasta los más insignificantes sucesos de su enfermedad. Por último, llegando el momento de que el superior preguntase á Pedro dónde y con quién queria ir, respondió: que donde y con quien la obediencia le mandase; por lo que le mandó al cielo y con su hermano, donde ciertamente llegaron ambos el dia 10 de Agosto de 1225, ó segun quiere Pio, el de 1250. En cuanto fallecieron estos dos santos hermanos se llenó la casa de gente; quién deseaba apoderarse de algunas cosas de su pobre ajuar, quién mirarlos y recrearse en ellos, quién, en fin, aprender en su tranquila muerte el término de su preciosa vida;

y de este suceso fué de donde tomó origen el propalar las virtudes y heróicas acciones de estos dos ínclitos dominicos, y la noticia de ellos no pudo ménos de llegar hasta Roma, de donde vinieron inmediatamente las requisitorias y demás necesario para emprender el expediente de su beatificacion. Altamente satisfactorio fué el resultado que se obtuvo, pues que toda la ínclita órden de Predicadores, que se glorió mucho en que vistieran su hábito los hermanos Arnaldo y Pedro, tuvo el consuelo de saber que estos son beatos y su fiesta el dia 10 de Agosto de cada año. — G. R.

PEDRO, sin otro apellido que le distinga. Cuenta la heróica ciudad de Zaragoza entre sus naturales, y Aragon en el templo de sus sabios oradores sagrados, á un tal Pedro, del que con referencia al siglo IV de nuestra era y año 356, habla S. Gerónimo al continuar el *Cronicon* de Eusebio, en el que dice: *Petrus Cæsaraugusta Orator insignis docet.* El famoso anticuario español y virtuosísimo arzobispo de de Tarragona Antonio Agustin, en la carta que dirigió al cronista Blancas, que se encuentra impresa en sus comentarios con las menciones que dejaron escritas de Zaragoza Plinio, Estrabon y Pomponio Mela, hace particular elogio de este Pedro, alabando su santidad y sabiduría, en cuyo elogio le acompañan en sus obras el maestro Ambrosio de Morales, D. Nicolás Antonio, la universidad de Zaragoza en el prólogo de sus estatutos, y el maestro Risco en el tomo XXXI, pág. 19 de la *España Sagrada*. Atribúyese á este insigne orador un cronicon de España que otros autores niegan le pertenezca; pero lo que no parece dudoso sea de su talento es una obra de su época titulada: *Instituciones oratorias*, las que sin duda darian ocasion al elogio que le tributa S. Gerónimo. — C.

PEDRO. Así se llamó un arcipreste de la iglesia de Roma, que fué elegido papa por la clerecía, lo que causó un cisma en el catolicismo el año de 685, despues de la muerte de Juan V. Teodoro su competidor habia sido elegido por los militares, y esto movió un desórden que no terminó hasta que poniéndose de acuerdo ambos partidos, nombraron pontífice á Conon, segun manifiesta Anastasio en su *Vida de los Pontífices*, y Baronio en sus *Anales*, en cuyas autoridades se apoya Moreri en su gran *Diccionario Historico y Geográfico*. — A. C.

PEDRO. Entre los infinitos eclesiásticos de este nombre de que nos dan noticia los autores, hace mencion Moreri de uno calificado de arcediano, al que presenta como autor de las cuestiones sobre el profeta Daniel (*Quæstiones in Danielem prophetam à Petro archidiacono enodatæ*), impresas en el tomo IX de la *Coleccion de los PP. Martenne y Durand*. Carlomagno hizo transcribir este escrito sobre los manuscritos del autor; pero aquellos sabios editores no descubren quién sea este Pedro, si bien sospechan pueda ser el Pedro diácono de los diálogos de S. Gregorio *el Grande*. — A. C.

PEDRO, abad de Blanchelandes, monasterio Premostratense en la diócesis de Coutances: llevaba el sobrenombre del *Poeta*, pero sus versos no han llegado hasta nosotros, y no se cita particularmente ninguna de sus composiciones. Los autores de la *Galia cristiana* dicen solamente que los votos unánimes de sus compañeros le elevaron á la dignidad de abad en el año de 1167, y que en los tres años siguientes mandó edificar una iglesia de piedra para sustituir á la que su antecesor Ranulfo, primer abad de Blanchelande, no habia podido construir sino solo de madera por falta de dinero; que el domingo 28 de Julio de 1170, víspera de la festividad de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, entró en la nueva iglesia la comunidad, compuesta de treinta religiosos, y el obispo consagró tres altares, que sin embargo Guillermo, prelado de Coutances, no celebró la dedicacion hasta el lunes 14 de Enero de 1185; que Pedro abdicó las funciones de abad en 1.° de Diciembre de 1213, y murió el 5 de Enero de 1217. — S. B.

PEDRO, canciller de Chartres. Floreció este eclesiástico en el siglo XI, como uno de los primeros discípulos de Fulberto, al que sucedió en la direccion de las escuelas de Chartres en 1029. Ejerció las funciones de canciller de esta iglesia hasta 1039. Han quedado de este autor, una *Paráfrasis de los Salmos*, un *Manual de los Misterios de la Iglesia*, y algunas *Glosas sobre Job*, cuyas obras se conservan aún manuscritas segun Mr. Ribet en el tomo VII de su *Historia de la Literatura francesa*. — A. C.

PEDRO, cardenal de S. Crisógono. Este esclarecido personaje que en la alta gerarquía de presbítero cardenal de la Santa Romana Iglesia, título de S. Crisógono, le vemos distinguido por el papa Alejandro III con el importantísimo cargo de legado *à latere* cerca del Rey de los franceses, habia sido propuesto para la silla episcopal de Meaux, y disfrutaba sus rentas; siéndonos desconocido su orígen y anteriores circunstancias, solo sabemos que tuvo todas las dotes que constituyen á un legado, pues hermanando la consideracion que se merece el estado adonde es mandado, con la que merece el Romano Pontífice que le mandaba, hizo respetar las prescripciones de éste, teniendo que ser algun tanto duro por exigirlo así las circunstancias especiales en que los asuntos le habian colocado. Uno de los casos en que hubo de ser severo con Inglaterra y fulminar contra ella la sentencia de entredicho fué por tardar más de lo debido en arreglar el matrimonio de un hijo del Rey con la hija del de Francia. Pero tuvo tambien la complacencia de que en una conferencia que tuvieron ambos reyes en presencia de sus cortes, á instancia del mismo legado y por sus buenos oficios se arregláran las diferencias existentes; todos plenamente satisfechos cumpliesen lo pactado, y se alzasen por consiguiente las censuras que con vivo sentimiento habia tenido que lanzar y que habian afectado profundamente á aquel piadoso pueblo, que sufria,

digámoslo así, inocente las consecuencias de una falta en la cual no tenia culpa alguna. Era el Cardenal legado además de hábil político y distinguido jurista, excelente teólogo, cuya doctrina enteramente católica podia servir de dique á las aberraciones de los herejes, confundiéndolos por la firmeza y solidez de los argumentos con que defendia la verdad. Así que al replegarse, digámoslo así, á Tolosa los sectarios del error, con comision del Santo Padre y acompañado de dos obispos de Francia, otros dos de Inglaterra y un abad del Císter, pasó allá, auxiliado de todos los ejércitos de Inglaterra y de Francia, y acompañados los prelados de dos distinguidísimos grandes, uno de cada corte, y del innumerable séquito de caballeros que á todos acompañaban sin otro fin que defender á la Iglesia y librarla de sus fatales adversarios. Constituyóse el tribunal para el exámen de las perniciosas doctrinas de estos desdichados hijos de Belial, y el legado comisionó al obispo de Tolosa y á algunos de sus clérigos para que denunciáran todo cuanto supiesen concerniente al error de los Maniqueos, por lo cual y habiéndole denunciado á Pedro Moreno, le mandó comparecer á su presencia, mandando en la segunda órden que dictó que se le hiciese entender la gran desobediencia en que habia incurrido por no atender á las indicaciones y mandatos de quien era su superior. Ya fuera que la manera solemne con que se le hizo esta intimacion le afectase, ó que sus mismos setarios le convencieran de que sería más conveniente su presentacion, que no el que lo rehusase, compareció ante el Cardenal legado, ofreció decirle verdad en todo lo que le fuese preguntado, y declarada su creencia y sus errores especialmente en órden á la sagrada Eucaristía, se llenó toda la asamblea de vivísimo sentimiento y con protestas de su profundo dolor por los herejes, condenó á Pedro Moreno, el cual ó sea por ver la muerte cercana, ó sea por conviccion, prometió convertirse, é hizo esta su promesa solemnemente, así como la de someterse en todo y por todo á las determinaciones del legado, para lo cual desnudo de sus ropas y puesto en la presencia de los comisionados pontificios, declaró su error, y renunció á él prometiendo de nuevo su sumision al legado y ofreciendo al pueblo que al siguiente dia comenzaria su penitencia, segun las determinaciones del Cardenal, en la iglesia de San Sermio, principal reunion del pueblo fiel de aquella provincia eclesiástica. En efecto, al siguiente dia y en medio de un corcurso tal que apénas dejaba al Cardenal el espacio preciso para celebrar el santo sacrificio de la Misa, se presentó Pedro Moreno á la puerta de la iglesia descalzo y con las espaldas desnudas, acompañado de los reverendísimos obispo de Tolosa y abad de S. Sermio, y llegando á los pies del prelado romano, que le aguardaba al entrar en el presbiterio, revestido de todo pontifical, le dirigió las preces de la Iglesia, le impuso la penitencia, que aceptó sumiso, despues de haber ab-

jurado, con voz firme y conmovido altamente, todos sus errores, y de haber prometido la más dócil sumision á todo cuanto en órden á él tuviese por bien disponer la Iglesia santa, y en su nombre el Cardenal á quien se habia confiado esta tan importante comision, que sirvió para destruir completamente la fatal impresion que sus errores habian producido; porque ciertamente la dureza con que la Iglesia castigó justísimamente al heresiarca, acobardó á sus sectarios, y la firmeza con que él abjuró sus errores les hizo convencer de la verdad católica, pues en las circunstancias que reconocian en su jefe, no podian ménos de ver una gran conviccion por su parte, cuando dió un paso tan trascendental y hasta cierto punto tan duro y costoso por la publicidad que era indispensable se diese á toda esta ceremonia, en razon á haber sido muy públicas las ofensas que él habia irrogado á la verdadera Iglesia. El Cardenal legado además de intimar solemnemente la penitencia á Moreno, hizo fijar edictos en todas las iglesias, por los cuales se confirmaba esta misma, que consistía en la confiscacion de sus bienes para resarcir los perjuicios que habia causado á los pobres, ir á servir á estos mismos en los hospitales de Jerusalen por tres años, y derribar hasta el cimiento el castillo donde tantas veces se habian reunido los sectarios del error, para propalar este y burlarse de los misterios, dogmas y prescripciones de la sacrosanta religion católica. Hubiera sido más dura la sentencia si otro juez eclesiástico ménos benigno que el cardenal Pedro hubiera mediado en el asunto; pero éste, cuyo carácter era benignísimo, trataba al heresiarca con toda la atencion debida cuando se verificaban sus entrevistas privadas, y luego de su conversion, no tuvo inconveniente en permitirle su trato áun en público, con lo cual consiguió que en vista de la tolerancia que tenia con el principal motor de aquella herejía, los ménos interesados, por decirlo así, en ella se viniesen á buenas más fácilmente y muchos de ellos se convirtieran y retractasen, de modo que puede decirse que no fué lo más que hizo el Cardenal en favor de la causa del catolicismo el convertir á Pedro Moreno y reconciliarle con la Iglesia, sino que su mayor triunfo fué el que consiguió sobre los muchísimos que con un trato más duro y con maneras ménos atentas hubiesen persistido en su error, hubiesen privado á la Iglesia del servicio que siempre la prestan sus fieles hijos, y acaso hubieran podido hacer revivir la secta pasado algun tiempo, lo cual indudablemente hubiera producido vivísimo sentimiento á la Iglesia universal, no porque ella crea que puede recibir menoscabo, sabiendo como sabe que el espíritu de Dios ha de gobernarla siempre, sino porque lamenta el extravío de sus hijos con más dolor que una madre cariñosa siente la muerte que se causó su más querido hijo, aquel cuya crianza y educacion la habia costado más desvelos, y que por lo mismo era quien formaba sus más íntimas complacencias. No se acabaron

con la condenacion de Moreno y los suyos, y con el gran triunfo que por este acontecimiento se consiguió, no se acabaron, digo, los trabajos apostólicos del cardenal Pedro de S. Crisógono. Otros jefes de secta, atraidos á su presencia por el obispo de Balh, le hicieron desplegar de nuevo su celo: y como éstos no estuviesen convencidos de su error y persistieran en afirmar la verdad de su doctrina, y por consecuencia la falsedad de la doctrina católica, fué menester que con ellos desplegase más energía, que pusiera en juego otros recursos á fin de conseguir el apetecido intento de esclarecer la verdad, ya en que no podia lograrse el bien de aquellos infelices que, verdaderamente ciegos y desconociendo todos sus intereses, caminaban á su pérdida por su fatal obcecacion, llenando de dolor y desconsuelo el piadoso corazon del prelado y los de todos los que con un destello siquiera de fe conocen adónde lleva la separacion del único asilo de salud y de vida, la Iglesia santa, católica, apostólica, romana, cuya creencia íntegra y sola ella es el asidero de ventura y de dicha, la tabla de salvacion en el proceloso mar de este mundo, lleno de miserias, desdichas, penalidades y aflicciones. Cuando se les pudo reducir á que compareciesen en el lugar donde los jueces eclesiásticos ejercian su sagrado ministerio, y se les exhortó á que dijesen sus opiniones, leyeron un papel en que éstas se consignaban, pero se consignaban de un modo tal que parecian católicas y se hubiera creido que sus autores sufrian las consecuencias de una vil calumnia, si el Cardenal presidente de la asamblea no hubiera querido depurar el asunto hasta el extremo de poner las cosas en completa evidencia; por esto les obligó á todos los sectarios á que jurasen la conformidad con el símbolo que como suyo acababa de leerse y era el de la Iglesia católica, á lo cual no quisieron avenirse, protestando la absoluta prohibicion que el Evangelio impone al juramento, y sin que les sirviera de ejemplo lo que hizo y dijo S. Pablo en favor de los fieles que querian asegurar la verdad poniendo á Dios por testigo. De esta su negativa dedujo el Cardenal como consecuencia que no era sincero su arrepentimiento, y por consiguiente que merecian las censuras de la Iglesia, censuras que se les impusieron con todos los requisitos de solemnidad que el Ritual exige, y que dan á esta ceremonia un aspecto tétrico y sobremanera imponente. Se publicó esta sentencia en todos los lugares donde se anunciaban las fiestas y solemnidades religiosas, y tanto el Cardenal como el otro obispo que habia venido de Roma, regresaron á la capital del orbe católico despues de cumplido su tristísimo ministerio, y llenos de desconsuelo por no haber podido sacar de los segundos heresiarcas el partido que sacaron del primero, pero con la satisfaccion de que esto no era motivado por falta de celo en ellos, sino porque Dios disponia así las cosas. No se sabe particularidad ninguna del cardenal Pedro de S. Grisógono despues que

desempeñó estas importantes comisiones; se presume que concluiria sus dias en Roma, teniendo la alta complacencia de haber servido bien y fielmente á Dios nuestro Señor y á su santa Iglesia. — G. R.

PEDRO el Ermitaño. Nació en la diócesis de Amiens hácia la mitad del siglo XI, sin que puedan darse detalles fijos acerca de sus padres y educacion. Su pequeña estatura hizo que todos le conociesen bajo el epíteto *del Pequeño*. En sus principios abrazó la carrera de las armas, y sirvió en la guerra que el conde de Bolonia hizo en Flandes por los años de 1070, pero no habiendo experimentado más que desgracias y disgustos en ella, se retiró á su casa y buscó allí el sosiego, que ciertamente se encuentra mejor que en otra parte alguna. Tuvo algunos hijos de su matrimonio con Ana de Roussi, á la cual perdió con gran sentimiento algunos años despues de casado, en cuya época disfrutó de la paz envidiable con que Dios favorece á los que en su nombre toman este estado consagrado por él á la conservacion de la sociedad, que ha sido y es siempre el objeto de su predileccion y de los esmerados cuidados de su providencia siempre solícita, siempre admirable y á todas horas diciendo las inefables grandezas del Dios cuyas son todas las cosas que podemos admirar en este inmenso y variado conjunto de maravillas y bienes. Entregóse en la soledad á la meditacion de las eternas verdades, hasta que el eco de un acontecimiento ruidoso en los fastos del mundo vino á herir sus oidos, hacerle despertar de la apatía en que estaba, entregado exclusivamente al gobierno de sí mismo, y comenzó de aquí su celebridad, porque se formaron en su corazon las ideas y deseos, de los cuales animado, emprendió la importante obra de la primera cruzada. — Con efecto, apénas pudo comprender el lastimoso estado en que se hallaban los lugares donde se habian verificado los más importantes sucesos de nuestra redencion, y vivamente impresionada su alma del gran sentimiento que le causaban el cautiverio de Jerusalen y las demás desdichas que rodeaban á los cristianos de aquella comarca, habló al patriarca de Jerusalen; éste convino con él en que sería empresa muy conforme á los sentimientos del cristianismo el arrancar del poder de infieles aquellos monumentos tan gloriosos, é hizo que el patriarca le diese cartas recomendaticias para el vicario de Jesucristo, el Romano Pontífice, con las cuales creció su entusiasmo: no vió ninguno de los escollos en que podia tropezar, y se dirigió desde luego á la corte de Roma para comenzar allí su mision y hacer todos los esfuerzos imaginables para llevarla á un término feliz. Urbano II, que ocupaba entónces el trono pontificio, vió en Pedro á un enviado del cielo, le recibió con la estima que tan alta consideracion merecia, y le colmó de distinciones, que él no quiso aceptar, contentándose solamente con el singular honor de predicar él la cruzada por todos los pueblos adonde le fuese dado lugar.

Con tal objeto, y autorizado en debida forma por el vicario de Jesucristo, atravesó la Italia, pasó los Alpes, recorrió la Francia y muchas otras poblaciones de Europa, difundiendo por todas partes el gran celo que á él le abrasaba, y que comunicándose á todos por la eficacia de su palabra, siempre encaminada á hacer comprender las grandes tribulaciones y sufrimientos de los fieles en Palestina, daban por resultado el que todos se resolvian á acometer ó ayudar una empresa tan provechosa, en la cual ciertamente la gloria de Dios se interesaba en gran manera. No era extraño que su predicacion produjera excelentes resultados, porque iba acompañada de su ejemplo admirable de humildad y de abnegacion, con lo cual parecia decir á todo el mundo lo que era cierto, que él no buscaba más que la gloria de Dios y la felicidad, bienestar y alivio de sus queridos hermanos, bajo cuyo cariñoso dictado comprendia á todos aquellos á quienes no conocia, sino porque sabia estaban unidos á él por los estrechos lazos de una misma religion. Repito que atraia á cuantos le observaban; pues caminando siempre sobre un miserable jumento, vestido de tosco sayal, descalzo y con un crucifijo en la mano, nunca buscaba, y admitia con gran dificultad, las distinciones con que querian tratarle los obispos y áun los señores de los lugares por donde él iba predicando el piadoso designio que era móvil de todos sus trabajos y origen de las grandes molestias que para llevarlas á cabo se tomaba. En este estado las cosas, es decir, propalada por todos los lugares adonde Pedro pudo llegar la idea de la cruzada, el romano Pontífice convocó un concilio primero en Plasencia, despues en Clermont en Auvernia, en cuya asamblea habló primeramente Pedro y luego el Sumo Pontífice, ambos para alentar á los fieles por medio de sus legítimos pastores á que ayudasen á empresa tan importante. El entusiasmo partió de allí y se difundió por toda la cristiandad, recorriendo Pedro siempre con nuevo afan y deseo más vehemente todas las provincias del Norte de Francia, las cuales accediendo á sus deseos y secundando sus intenciones, se prestaron muy gustosas á emprender la guerra santa, si bien quisieron, y esto parecia natural, ir á ella acaudillados por el mismo á quien se debia la iniciativa de tan heróica empresa. No hubo manera de convencer á aquellas buenas gentes de que la impericia de Pedro en el arte militar, ó más bien el recuerdo que él evocaba de los desgraciados sucesos de sus primeros años, podrian ser una rémora para el importante acontecimiento que se deseaba provocar; ello fué preciso que de la misma manera que iba á predicar, sin añadir en sus atalajes más que la espada, se pusiese al frente de aquella gente, y así se emprendiera por la primera escuadra el viaje á la Palestina, haciéndose en el nombre del Señor y confiando únicamente en la proteccion del Dios de los ejércitos, que velaria sobre éste en gracia de sus buenos deseos y de aquella espontaneidad

con que sin reparo alguno iban á conquistar los venerandos lugares en que Cristo prodigó tantos favores. El ejército de Pedro, que fué muy numeroso, se dividió en dos cuerpos, el segundo á su mando y el primero á las órdenes de un caballero de Borgoña, que con gran prudencia y acierto manejó los asuntos de esta expedicion, que ciertamente hubiera sido desgraciada bajo la sola direccion de Pedro; y no porque éste no deseára su éxito feliz, sino porque él mismo provocaba conflictos en los pasos indispensables por otras naciones; así que en Hungría, cerca de Semlin, tuvo que sufrir una terrible derrota, cuyos restos conducia con la mayor tristeza á Constantinopla, habiendo sido su direccion como guerrero tan desacertada, como eficaz habia sido su palabra como orador para llevar á todos el gran entusiasmo de que él estaba poseido. El emperador Alejo, que supo este desgraciado suceso, se llenó de compasion en favor de los que iban en defensa de la santa causa de la religion, y no solo deseó conocer al predicador de la primera cruzada, sino que luego que le hubo conocido le prestó toda clase de auxilios, víveres y navíos para pasar el Bósforo, sin que esta proteccion librase á los expedicionarios de nuevos percances y trabajos que les aguardaban en el Asia Menor. En efecto, la idea que por allí se propaló de que la gente que iba á la guerra santa era contraria á los griegos en todo, y más que se entregaba á toda clase de excesos con sus cosas, y si podian hasta con sus personas, lo cual hizo que ántes de tiempo, digámoslo así, es decir, ántes de que llegáran los refuerzos ó más bien el grueso del ejército con los esforzados é inteligentes caudillos que mandaba el resto de Europa, tuviesen que venir á las manos, en cuyas operaciones militares entrando en mucho la impericia de los que las dirigian, tuvieron el éxito más fatal que dar se puede, siendo muchísimas las víctimas que quedaron sobre el campo de batalla, especialmente en una llanura cerca del camino de Nicea. Miéntras con tan mal éxito se batia el ejército, Pedro imploraba de nuevo el auxilio del Emperador y de todos aquellos fieles que no habian podido tomar una parte directa en esta árdua empresa; pero que ahora ayudaban mucho á sostener á los pobres que quedaron, siendo altamente de sentir que una cruzada numerosísima, pues contaria acaso con más de cien mil hombres, se viese reducida á ocupar en un castillo, que les cedió el Emperador, un lugar en que permanecieron olvidados, digámoslo así. Este suceso tan desgraciado dió á entender con claridad que el piadoso predicador de la cruzada no era el llamado por Dios para llevar á cabo esta importante obra, por lo que desde entónces no se le ve sino entre los peregrinos, con los cuales hizo, digámoslo así, causa comun, sin que se hiciese de él mencion alguna en esta expedicion, que hasta cierto punto podemos decir fué obra suya, ó que por lo ménos, y en esto no cabe la menor duda, le debió grande impulso por el extraordinario esfuerzo que hizo para

la predicacion de esta. Las crónicas de la guerra santa parecen olvidarse completamente de él, y ni siquiera su nombre se señala en ninguno de los sucesos hasta la época del sitio de Antioquía; y entónces lo que de él se dice es que demostró más á las claras, si cabe, que no habia nacido para los azares de la guerra. La expedicion con que él iba sufrió una terrible prueba de escaseces lo más lamentables, y Pedro padeció mucho en no socorrer á sus compañeros y hermanos, por lo cual con la conviccion en que estaba de que no podria aliviarles, y de que el éxito no les sería lo favorable que él esperó y deseaba, se escapó de entre ellos para no presenciar los tristes acontecimientos por que atravesaban los defensores de la causa santa, y no tener él el gravísimo disgusto de estar presente al mal éxito de una empresa que él acometió desde luego bajo la idea de que el suceso les sería favorable. Escapó, pues; pero á los pocos dias fué cogido por Tancredo, y vuelto á traer al campo de batalla, despues que le hicieron ver lo improcedente de su conducta en abandonar una causa de la cual habia sido siempre acérrimo defensor, le obligaron á jurar sobre los Santos Evangelios que no abandonaria jamás á los cruzados y que con ellos seguiria la suerte que á Dios pluguiera depararles. Poco despues se verificó la toma de Antioquía, y los cruzados creyeron conveniente mandar á Pedro como enviado al Sultan, para proponerle una batalla general y decisiva, en cuya comision, si bien es cierto que Pedro hizo todo cuanto pudo para que se lográran los deseos de los cruzados, no encontró eco su propuesta de parte del Sultan, en razon á que él podia guerrear y causar mucho estrago al ejército católico en pequeñas porciones, pero no tenia medios de dar una accion decisiva, por la cual perderia todo cuanto iba sosteniendo á costa del sacrificio de los cristianos. Conforme al juramento que hizo, hubo de seguir la suerte de los cruzados, así es que con ellos pasó al sitio de Jerusalen, sin que durante él sepamos otra cosa notable más que el haberles hecho un discurso muy adecuado y brillante, en el cual poniendo á su vista los grandes motivos que les obligaban á que todos y cada uno hiciesen esfuerzos que rayáran en heróicos; los animó de tal suerte que en efecto se consiguió muy buen resultado en la accion de guerra que se dió inmediatamente, y de la cual resultó la toma de Jerusalen. Desde entónces sí que cayó completamente en el olvido; nadie más se ocupa de este personaje importante por cierto en esta primera cruzada, que si bien es verdad que por su desacertada direccion sufrió muchos descalabros, tampoco cabe duda en que por él se hizo, pues nadie tuvo más celo que él para la predicacion de esta salvadora empresa, que como todas las obras grandes hubo de experimentar infinitos reveses, y sufrir en la contradiccion é inmensas pérdidas el sello característico de su misma importancia, pues es sabido que solo á las obras así muy importantes es á las que se pone veto, como las

insignificantes y de ningun valor son las únicas que pasan como desapercibidas, sin que haya para ellas ni un rasgo de emulacion ni el más mínimo esfuerzo que pueda, no diré contrariarlas, ni áun mudar un ápice de los intentos que se propusiera el que en su mente las concibió. Decimos, pues, que el ermitaño quedó como sumido entre las ruinas que habian indudablemente causado los estragos de la guerra, nadie se ocupó despues de él, y no se sabe á punto fijo ni siquiera la época, en que dejando la ciudad santa ya en poder de cristianos, volvió á Europa á concluir sus dias en la paz y sosiego que ya apetecia su corazon, y que le era necesaria para recoger, digámoslo así, en su espíritu y arreglar ante su Dios los dias de sus acciones de guerra, entrar en cuentas consigo mismo acerca de esta misma empresa, que á impulsos suyos acometieran las naciones católicas, y dársela á Dios de cómo puso los medios para secundar los designios, siempre benéficos, de la augusta soberanía del Señor. Como su tendencia fué siempre á la vida eremítica, y de ella salió para emprender la predicacion de la cruzada, á ella volvió así que las circunstancias se lo permitieron, y fundando en Huy, cerca de Lieja, un monasterio de observancia la más rigorosa, pasó allí sus últimos años siempre entre el vestíbulo y el altar, siempre en la oracion y recogimiento y elevando sus suplicantes manos al cielo para rogar á Dios perdon de sus pecados, gracia en su presente y gloria en su porvenir, y alentando con sus doctrinas y con sus ejemplos á que siguieran las huellas de virtud que nos trazáran los primeros cenobitas, aquellos que puestos bajo su custodia y aprovechando sus doctrinas y desprendidos de todo lo de este mundo, vivieron con él en suma paz, hasta que el dia 7 de Julio de 1115 tuvo el Señor por bien sacarle de este mundo para premiar sus virtudes, en cuyo ejercicio siempre se ocupó como único blanco de sus aspiraciones, como único anhelo de sus deseos, todos dirigidos al bien de sus hermanos. No se oculta que la existencia de este personaje en el mundo hubiera pasado desapercibida, si no hubiera concurrido en él la especial circunstancia de escogerle el Señor para predicador de la cruzada; pero esto mismo sirve para demostrar que aquella empresa fué obra más que humana, porque en una obra humana ciertamente se hubiese dado el disponerla á persona más capaz que Pedro *el Ermitaño*; pero que destinado á ella por Dios mismo, logró un éxito que de su rudeza no podia esperarse, y que dice á voz en grito que en la eleccion de Pedro testificó de nuevo el Señor su intento decidido de escoger siempre á los pequeños para confundir, anonadar y atraer á sí á los grandes y potentados, que por serlo no estan, ni mucho ménos, exentos de las mismas miserias que los otros. Esto es lo que con más exactitud ha podido averiguarse acerca de Pedro *el Ermitaño*; sus virtudes, aunque alguna vez se ha tratado de examinarlas por ver si rayaban en heroismo, no lo

acreditan tanto como varon justo y santo, cuanto le hace aparecer héroe en el celo por la gloria de Dios, único móvil de la empresa que le dió celebridad. — G. R.

PEDRO, monje de Clairvaux. Solo nos dicen Dupin y Moreri de este religioso que escribió algunos opúsculos, encaminados á la reforma de las costumbres, y entre otras una carta en el nombre de Jesucristo al papa Inocencio VI, su fecha año 1353; otra de Lucifer á los mundanos en 1351, y un *Tratado sobre el poder del Papa*, que se conservaba manuscrito en la Biblioteca de M. Colbert. — C.

PEDRO, monje de Vaulx-Cernay. Entre los varones insignes que se escogieron para que fuesen á predicar la fe católica, refutando el error de los albigenses en el siglo XIII, fué uno este distinguido cisterciense, hijo de la casa de Vaulx-Cernay, en la diócesis de Paris, el cual acompañó á Langüedoc á Gino, abad cisterciense, cuyos eminentes servicios en pro de la religion á nadie son desconocidos. Los antecedentes de este monje, que han quedado oscurecidos, debian ser muy buenos, áun cuando no atendamos más que á la predileccion, ó más bien á la singularísima distincion con que la Orden le señaló al enviarle á desempeñar una comision tan importante como la de ayudar con sus luces y consejos á la gran empresa de la confusion de un error tan pernicioso á la Iglesia como lo fué el de los albigenses, no solo en el concepto del gran mal y ruina que causaban á los espíritus, por lo inconveniente de la doctrina y por lo exagerado de sus principios, sino más principalmente por el gran daño que causaba á la Iglesia esa especie de entredicho que la herejía puso entre los lugares católicos y los infestados por el error, y que consiguientemente tenia que resultar en mal de algunos, siendo los perjudicados los verdaderos católicos, pues que ellos, caminando siempre por la justicia y rectitud, habian de ir en pos de esta rectitud misma y de esta misma justicia, sin dejarse subyugar de los vilísimos intentos de los apasionados por la mentira, los cuales, sin embargo, como en el seguir sus errores se encontraba una amplitud y libertad extraordinaria, injusta, indebida, á que se opone la santa religion de Jesucristo, hallaban prosélitos, en los que, seducidos por el falso oropel de sus pasiones, nada miran más que la satisfaccion de ellas, á nada atienden más que á contestarlas cualquiera que sea la manera, y olvidados de su fin, dicen en su corazon: «No hay Dios;» como si esto sirviese á excusarles de la estrecha responsabilidad que ante Dios mismo contraen, y que el Señor ha de exigirles, mal que les pese y cuando lo piensen ménos, pues que la justicia de Dios no está circunscrita á la voluntad del hombre, ántes, por el contrario, el hombre es quien siempre debe temer á esta inexorable justicia divina. Parece que nos hemos extraviado del asunto principal de este artículo, ocupándonos en generalidades

acerca del error, contra el cual se desplegó todo el celo del monje cuya historia reseñamos; sin embargo, si se atiende á que todo lo más notable que ofreció este distinguido varon fué la publicacion como testigo presencial de todos los acontecimientos, réplicas y combates que fué preciso sostener para alcanzar la victoria sobre aquellos desdichados enemigos del cristianismo, hallaremos bastante procedente la enunciacion de los defectos más notables que en ellos se vieron, como una demostracion del acierto y esmero de este monje del Cister en hacérnoslo saber por su erudita y bien meditada *Historia*, que es ciertamente lo mas notable que nos ha dejado este buen religioso, pues en lo demas ni ántes ni despues de la expedicion á Langüedoc habia apénas noticia de tal sugeto en el Vaulx-Cernay, á causa de que haciendo él cuanto era conveniente á su ministerio, se retiraba á su celda, y entre la oracion y el trabajo de manos, entre el cultivar su ingenio y preparar su alma para elevarla á Dios con el sacrificio de su vida, pasaba el tiempo ocupado en el ejercício de su ministerio, y hubiesen estado acaso ocultos para siempre los tesoros de ciencia que Dios le dió, si este mismo Señor omnipotente no hubiera hecho que, como historiador cronista en la guerra contra los albigenses, fuese célebre el P. Pedro, monje de Vaulx-Cernay. — G. R.

PEDRO, obispo de Alejandría. La muerte de S. Atanasio, acaecida segun los datos más fidedignos el 2 de Mayo de 373, hizo quedase vacante la silla episcopal de Alejandría, donde el Santo se sentaba con tanto provecho de la religion y del Estado, que obtuvo la paz por los heróicos esfuerzos de su sabio y santo prelado. Como era costumbre en aquella época, el clero y los fieles que rodeaban su lecho le suplicaron designase el sugeto que hubiera de sucederle cuando Dios dispusiese llevarle á disfrutar la corona inmarcesible preparada para él en la patria de los escogidos, y el Santo designó á Pedro, que era un sacerdote muy respetable, encanecido en los ministerios más adecuados á la salud de los fieles, compañero inseparable de su predecesor, y que habia estado á su lado en los momentos de mayor peligro, sin que un punto siquiera hubiese vacilado su fe, sin que en una sola ocasion hubiese demostrado ménos complacencia que siempre en seguir las huellas de S. Atanasio, áun á costa de sacrificios y molestias, ó de los malos é improcedentes tratos que de los enemigos de Cristo recibia continuamente. Excusado es decir que todos los fieles y clérigos de Alejandría estimaron en mucho esta eleccion, en confirmacion de la cual el papa S. Dámaso escribió cartas consolatorias, que con su apostólica bendicion le mandó por un diácono expresamente diputado para ello. Mas los arrianos, que con la muerte de S. Atanasio creian asegurado su triunfo, no solo llevaron muy á mal este nombramiento, que habia hecho el clero y el pueblo, sino que designaron para la silla vacante por muerte del Santo á su sectario Lucio, el cual como

era consiguiente, fué desechado por el clero y el pueblo, aumentándose con esto la exasperacion de los enemigos del cristianismo. Con esto se dió, por decirlo así, la señal de combate entre arrianos y católicos, y como estos eran ménos fuertes, por ser la santa religion de Cristo ménos conforme á las pasiones en que vivian envilecidos los Emperadores de aquella época, hubieron de sufrir gravísimos tormentos, hubieron de tolerar que su altar y templo fuesen profanados, su clero encarcelado y disperso, y su legítimo obispo Pedro sustituido por Lucio, á quien no respetaban en manera alguna, pero que ejercia, ó más bien queria ejercer sobre ellos el más tiránico y cruel dominio, cual si fueran esclavos suyos, ó aún peor, pues no tenia para los católicos ni siquiera aquellas consideraciones á que es acreedor cualquier hombre en el solo concepto de tal. Como el Obispo no quiso ceder á los deseos del Emperador y el pueblo protegia á su Obispo con todos los esfuerzos que le era dado, el Emperador halló conveniente desterrarle de su diócesis, y apartarle de su grey, por si acaso así pudiera atraerle á su comunion no católica; pero todo fué en vano: sufrió el destierro con indecible resignacion, escribió con toda energía y sinceridad á todos los obispos católicos, manifestándoles el triste estado en que estaba su iglesia, y rogándoles en todas sus oraciones á favor de ella; pasó despues á Roma, donde fué muy bien recibido del papa S. Dámaso, y donde para excitar la compasion de los fieles hácia sus hermanos, que sufrian tantas persecuciones en todo el Egipto, mostró su hábito todo ensangrentado, que habia pertenecido á una de las infinitas víctimas del furor de los arrianos, con lo cual arrancó lágrimas de sentimiento, y un grito de dolor y de súplica á Dios para que se dignára levantar de sobre aquel país la mano de su justicia y tender la de su misericordia infinita. Vivió el obispo Pedro en Roma cinco años hasta el de 378. En este tiempo que estuvo en Roma asistió al concilio que reunió el papa S. Dámaso para condenar los errores de Apolinario y su discípulo Timoteo, errores que consistian en privar á Jesucristo de las condiciones de hombre, en cuanto estas distinguen á la humanidad de los séres irracionales, y otros muchos que hacian de Cristo, un ente formado de una manera inconveniente á Dios, y que no realizaba ni podia realizar los altos designios para que vino al mundo. Además reproducia los errores de Sabelio y de los milenarios, y en órden á la autoridad de la Iglesia y su ejercicio erraba tambien groseramente. Tiempo hacia que estas doctrinas se propalaban por su desdichado autor; mas no llamaron hasta esta época la atencion de la Iglesia, acaso por ser su autor persona de buena conducta y que tenia amistad con los más notables padres de su época, hasta que ellos conocieron sus errores y fueron los primeros á refutarlos y á ponerlos en noticia del sucesor de S. Pedro, para que éste condenándolos conservára ilesa

su fe recibida de Cristo. Con la asistencia del obispo Pedro á este concilio se confirmó más y más la legitimidad de su eleccion, y por consiguiente los otros obispos, que pusieron en lugar suyo los arrianos primero, y luego los apolinaristas, vinieron á quedar por la declaracion de la verdad católica y de la legitimidad de este prelado, depuestos de derecho de la silla que habian usurpado, é incursos en las notas y censuras que no pudieron ménos de lanzarse contra ellos como protectores del error y como hombres entrometidos, que intrusándose en atribuciones que en manera alguna les competian, faltaban á todos sus deberes. Los acontecimientos que sobrevinieron á la turbulencia con que Valente ejercia su imperio, hicieron que éste tuviese precision de hacer la paz con los persas y abandonar á Alejandría para tomar desde otros puntos medios de defenderse de la revolucion que echándosele encima le amenazaba con un riesgo del que era muy difícil librarse. Resolvió, por consecuencia de la conducta en todo distinta á la que anteriormente habia observado, no solo no impedir á los cristianos el ejercicio de su culto y el que sostuvieran su altar y su sacrificio, sino el ayudar de una manera indirecta á su sostenimiento, pues que este le parecia un recurso del cual podria echar mano en su dia; así que los fieles, luego que observaron estas buenas disposiciones en su Emperador, se apresuraron á llamar al Obispo, el cual vino con cartas del Romano Pontífice, y fué muy bien recibido de todos, siendo asímismo recibidos de una manera conveniente los otros obispos, sacerdotes y monjes que volvian de sus destierros, donde la fiereza del Emperador les habia tenido sujetos á los más crueles tratos, y empleados en los más molestos é infamantes trabajos. Tambien se restituyó á las iglesias los pocos bienes que poseian, y se estableció, digámoslo así, un pacífico interregno, que consoló al respetable obispo Pedro en la gran pena que la lamentable situacion de su iglesia habia producido en su sensible corazon. Rigióla con el acierto que hasta entónces, y segun habia aprendido de su sabio maestro y predecesor, presentando un carácter benigno con las personas, pero enérgico con los errores, de suerte que tolerando á aquellas cuanto era necesario, y tratándolas siempre con dulzura, en órden á estos era inexorable, y por sus pastorales y sermones, llenos de piadosa erudicion, trataba de neutralizar en el momento cualquier mal efecto que en el ánimo de sus súbditos hubiese producido alguna doctrina nueva ó alguna explicacion ménos acomodada acerca de las que él sentaba como católicas y que lo eran en efecto, pues él habia estudiado bajo maestros nada sospechosos y nunca se habia apartado de sus opiniones, á pesar de haber sido sugeto que tanto por su capacidad como por su posicion podia formar opinion, y áun dar nombre á escuela que habria sido muy aventajada, y que hubiese reparado la sensible pérdida de sus escritos eruditísimos, de sus

pastorales llenas de uncion, y de la version que hizo con excelentes comentarios acerca de algunos libros del Antiguo Testamento. Pasaron, pues, tres años en que sobrellevaba Pedro los disgustos por que atravesaba su iglesia, conciliando siempre los ánimos deponiendo los motivos de disgusto que entre algunos de sus feligreses surgian por hallarse encontrados sus intereses en lo exterior, es decir, en la guerra que se habia declarado y sostenia hacia tiempo, y llevando á todos por el camino que guia al cielo y ofreciéndoles la eterna recompensa consiguiente á la virtud, en parangon con el eterno castigo á que se hace acreedor el vicio, lo cual ciertamente sirvió para hacer á muchos abandonar este por seguir aquella, y hacer á los católicos todos unos como uno era el lazo que los unia. Así, atesorando él merecimientos y proveyendo siempre al mejor gobierno de su vasta diócesis, quiso reunir un concilio provincial que convocó en el mismo Alejandría para que, reuniéndose todos los prelados católicos del Egipto, adoptasen una manera igual de gobernarse, no porque en el fondo hubiera diferencias, sino porque las habia aunque pequeñas en la forma; mas no quiso Dios concederle el consuelo de que presidiera esta asamblea, sino que en el año 381, ántes de su reunion pasó á gozar la corona que Dios le reservaba como premio de sus tareas, dejando á cargo de Timoteo el obispado que él recibió del gran padre S. Atanasio. — G. R.

PEDRO, obispo de Constantinopla. A la muerte de Pyrro, obispo de Constantinopla, acaecida en 655, fué proclamado para aquella mitra Pedro, que despues de su consagracion y de haber regido su iglesia con bastante acierto, fué excomulgado por el papa Eugenio I, creyéndolo monotelita, en atencion á que se desprendia de una de sus pastorales, que se sabia habia circulado con profusion, el que este obispo pensaba de esta manera. Grande fué su desconsuelo al encontrarse con una censura que nunca esperó, y que ciertamente parecia fundada en su mismo escrito, y en tal concepto estaba muy en su lugar; por lo cual, con una explicacion amplísima de los fundamentos en que se apoyaba su doctrina y que en su mayor parte eran dichos y sentencias de Santos Padres y expositores de aquellos que no admiten la más leve sospecha de error, envió al Papa una carta suplicatoria en que le pedia su comunicacion con la Iglesia, para su propio bien y para el de sus súbditos. No es fácil comprender los fundamentos en que se apoyaria el vicario de Cristo para no acceder á la demanda del obispo Pedro, pero es lo cierto que se acabó la vida de Eugenio I y el obispo de Constantinopla permanecia fuera del gremio católico, y su sucesor excitándole de nuevo á que hiciese nuevas aclaraciones sobre su doctrina, queriéndole recibir dentro del gremio de la Iglesia santa, sujetó tanto sus extravíos como su retractacion al voto de la Iglesia universal, que reunida en el sexto Concilio general deci-

dió la absolucion de Pedro, despues que hubo oido sus opiniones y héchose cargo de sus deseos de estar en el seno de la Iglesia así como de la fidelidad, firmeza y espontaneidad de su protesta de fe. Con este acontecimiento se reanimó el espíritu de Pedro, un tanto agobiado bajo la consideracion del mal concepto que de sus escritos y áun de él mismo habia formado el Papa, y pasó el poco tiempo que le quedó embebido en el ejercicio de su ministerio pastoral, dirigiendo á todos sus fieles y clero comunicaciones y homilías en las cuales hacia ver lo mucho que en su opinion habian influido los dichos de personas respetables, que indudablemente obcecados como él se habian colocado en peligrosísimo terreno. Muy satisfecho por haber obtenido de nuevo la gracia del Santo Padre, murió con suma quietud y un sentimiento grande de su clero y del pueblo el año 666, habiéndose hecho notable por su prudencia y circunspeccion, por su delicadeza en el trato y fina correspondencia para con todos, siendo este el motivo de que en su época é iglesia no hubiera discusiones en su cabildo, sino que él y sus clérigos fuesen una cosa misma como miembros del mismo cuerpo. —G. R.

PEDRO, obispo de Jerusalen. Este distinguido personaje sucedió en el régimen de este insigne patriarcado al sabio y celoso Juan, que murió en el año 523. Desempeñó con celo su ministerio, y cuando Mennas reunió un concilio en Constantinopla, el año 506, envió este prelado sus representantes, que fueron de grande utilidad á la asamblea por haber hecho patentes en ella las opiniones del Obispo, muy conformes en todo á la tradicion veneranda y encaminadas, como los esfuerzos de los prelados y ministros allí reunidos, á conservar la pureza de la fe y á mejorar las costumbres, por cuyos medios se consigue el más acertado gobierno de los pueblos y el encaminarlos á su bien espiritual, perfecta y duradera dicha, única aspiracion del sacerdocio católico. Cuando sus representantes volvieron á Palestina, celebrado ya el concilio de Constantinopla, reunió á todo su clero, les manifestó lo que habia resuelto aquella respetable asamblea y declaró legalmente aprobadas todas sus resoluciones, así como constituidos canónicamente todos sus acuerdos, para lo cual hizo que todo su clero suscribiese su aquiescencia, y lo que es más, que todos prometieron solemnemente llevar á debido efecto las resoluciones allí tomadas, por ser ellas la expresion de los sentimientos y parecer de toda la Iglesia de Cristo, maestra infalible de fe y de costumbres, con cuya sumision puede labrarse nuestra felicidad eterna, pero que apartados de ella no podemos encontrar sino desdicha y malestar. Rigió su diócesis con acierto, siempre retirado de los negocios seculares y procurando que todos los asuntos eclesiásticos se ventiláran separadamente de los demás ordinarios, no porque á él le inspiráran desconfianza las resoluciones, acuerdos y demás cosas de los jueces legos, sino porque él compren-

dia que los asuntos de la Iglesia deben siempre ser peculiares de ella, y por consiguiente exclusivamente para ella cualquier resolucion que se toma. Cuando Justiniano hizo publicar en todos sus dominios el edicto que se llamó de los tres capítulos, por oponerse á tres resoluciones que á la Iglesia habian parecido convenientes, pero que no se llevaron á cabo, se opuso bastantemente el Patriarca á suscribir este edicto y á circulársele á sus fieles y clérigos: mas la perspectiva que ofrecian los sucesos y el ejemplo de sus compañeros, le obligaron á que suscribiese con alguna violencia, y sintiendo mucho dar un paso en que él creia se ajaba algun tanto su alta dignidad, pero que no era, sin embargo, un paso indigno, porque no se trataba de asunto de fe, ni siquiera de costumbres. En el gobierno de su vasta diócesis murió Pedro en 546, sintiendo todos su falta, porque su gran prudencia y celo temian se echáran de ménos á su fallecimiento. —G. R.

PEDRO, obispo de Rhodez desde 1146; murió en 1164. Existe una carta dirigida á su sucesor Hugo por Alejandro III, en el año segundo del pontificado de este Papa, 1161; pero en vez de *segunda* se debe leer *undécima*, como han observado el P. Vainssete y Mr. Brial. Los autores de la *Nueva Galia Cristiana* han dado á conocer muchas cartas de Pedro de Rhodez, la más antigua de las cuales es de 1146, y la más moderna de 1164. En 1161 fundó el monasterio de Bonnevaux, y en 1162 redactó una regla para los hermanos y hermanas del hospital de Aubrac. Otra regla, dirigida por él á Raimundo, abad de S. Guillem, se halla impresa en una de las colecciones del P. Martenne. En la de Duchesne se lee una carta en que Pedro de Rhodez escribe doce lineas excusándose al rey Luis *el Jóven*. «Estaba, le dice, dispuesto para presentaros mis homenajes, pero me han detenido las incursionas de los ingleses en el Rouergue; me suplirá el conde de Rhodez que marcha á vuestro lado.» —S. B.

PEDRO I, patriarca latino de Antioquía; ocupaba esta silla en 1201, y tal vez ántes, pues algunos autores ponen en duda la existencia de su predecesor Raoul II. Cuatro años despues fué preso y encarcelado por Boemundo, conde de Trípoli, en venganza de haber concedido el principado de Antioquía á Rupin, sobrino de dicho príncipe y nieto de Leon, rey de Armenia, despues de recibir su homenaje feudal. Murió en su prision á principios del año 1208, mereciendo los elogios del papa Inocencio III, que en una de sus epístolas le llama prelado de gloriosa memoria por haber sufrido hasta la muerte persecucion en defensa de la justicia. —S. B.

PEDRO II, patriarca latino de Antioquia, natural de Amalfi, de la casa de los condes de Prata ó Patra, doctor de la universidad de Paris. Fué elegido en Setiembre de 1208 para ocupar la sede de Antioquia, habiendo rehusado anteriormente el arzobispado de Tesalónica, para que le habia nombrado

el pontífice Inocencio III, quien le obligó ahora á aceptar el patriarcado, para donde partió en 16 de Mayo de 1209. De este prelado se hace frecuente mencion, y siempre con encomio, en las cartas de Inocencio III. En 1215 envió un diputado al concilio de Letran, donde sus enfermedades no le permitieron asistir personalmente. De este Patriarca existe una pregunta que habia dirigido para saber si podia permitir á las abadesas que oyesen en confesion á sus religiosas. Balsamon, á quien iba dirigida, respondió afirmativamente, apoyándose en la autoridad de S. Basilio que en sus reglas concede este permiso á las abadesas, siempre que las acompañe un sacerdote. Esta costumbre existió tambien en el Occidente, segun Mabillon, pues Santa Fara, abadesa de Farmontiers en el siglo VII, oia las confesiones de sus religiosas. Pedro II falleció en 23 de Marzo de 1219, pero ántes de su muerte habia sido creado cardenal de Santa Cruz de Jerusalen por el papa Honorio III.—S. B.

PEDRO, jacobita, patriarca de Alejandría, sucedió en la sede de Alejandría al patriarca Benjamin en el año de 1340 en que fué ordenado; gobernando aquella iglesia por espacio de ocho años, sin que nos haya quedado noticia de sus hechos ni de ninguna de las circunstancias de su gobierno, sabiéndose únicamente que falleció en 1348.—S. B.

PEDRO, patriarca de Oriente, tercero de este nombre, habíase distinguido ya por su doctrina y elocuencia, cuando fué nombrado para suceder á Basilio en 1052. Despues de su consagracion envió, segun antigua costumbre, su carta sinódica al pontífice Leon IX. Pero no se recibió la contestacion hasta últimos del año 1053, porque la carta habia llegado á manos de Leon con un año de atraso al dia en que se le habia remitido. El Papa en su respuesta no solo aprobó la profesion de fe del nuevo Patriarca, sino que le felicitó por su nueva dignidad enviándole una profesion de fe semejante á las que habia recibido. Mas la conducta de este Patriarca en las cuestiones dogmáticas fué bastante equívoca, de manera que algunos autores han dudado de su ortodoxia. Hé aqui la exposicion de los hechos segun la refiere el P. Le-Quien. «En el año 1054, habiendo escrito Miguel Cerulario á Pedro »para comprometerle en su cisma, éste le contestó exhortándole á que aban»donase por demasiado fútiles muchos capítulos de acusacion de los que for»maba contra la Iglesia romana. Entre estos muchos no comprendia, sin »embargo la adicion hecha al símbolo con la palabra *Filioque*. Al contrario, »la consideraba como un mal gravísimo, *malorum pessimum* (estas son sus »propias palabras), y no vacilaba en anatematizar á los que la habian hecho »ó la adoptaban. Para el conocimiento de la piedad y confirmacion en la sa»biduría nos basta, decia, el completo y saludable símbolo de la divina gra»cia (el Niceno)... Pero anatematizamos á los que añaden ó quitan algo. An-

»teriormente habia dado una contestacion más templada á la carta que Do»mingo, patriarca de Grado, le habia escrito para prevenirle contra los »errores de Cerulario y empeñarle en permanecer firmemente adherido á la »Iglesia romana. Sin embargo, mucho debió de extrañar á Domingo la sor»presa que Pedro le demostraba por haber tomado aquel el título de pa»triarca. Nunca se han reconocido en la Iglesia, dice, otros patriarcas que »los de Roma, de Constantinopla, de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalen. »Nunca se habia oido que el obispo de Aquilea ni el de Venecia se titulasen »patriarcas. Sé además que obispos de capitales más considerables que la »vuestra no han osado tomar este título. Añadiré á esto que propiamente se »llama patriarca al obispo de Antioquía. Los de Roma y Alejandría llevan el »nombre de papas, y los de Constantinopla y Jerusalen son calificados de ar»zobispos.» Pedro recomendó el ayuno de la Asuncion de la Santísima Virgen, y se distinguió por otros hechos piadosos. Ignórase el año de su muerte; pero Teodosio ó Teodoro III, que le sucedió, ocupaba su silla en 1057.—S. B.

PEDRO, sacerdote de Edesa. Hácia el fin del siglo V produjo la iglesia de Edesa este respetabilísimo varon, que fué sacerdote en ella y que supo distinguirse por su grande virtud, por su no menor celo evangélico, y más que por esto porque escribió muy bien y fué dotado de viva imaginacion y de un ingenio singular, á propósito para la poesía, segun demostró en preciosísimas composiciones que tiene en honor de S. Efren y en una version de los Salmos en verso latino, en que se ve con una gran penetracion de los diversos sentidos en que las Santas Escrituras pueden tomarse, una acertada disposicion en la expresion, que hace penetren hasta el fondo del lector los profundísimos pensamientos que Dios inspiró al Salmista rey, para admiracion y encanto de todos los siglos. Tambien hay del sacerdote Pedro otros tratados en prosa sobre diversos asuntos; pero todos importantes, y no de una importancia de circunstancias sino de una importancia de siempre, pues que agitando interesantes cuestiones de derecho, las dilucida hasta el extremo de que no quede en ellas nada por averiguar, y entónces da su opinion con todo acierto, pudiendo decirse de los diversos tratados que de él existen que son como enciclopédicos en órden á lo anterior á su siglo, y como dogmáticos en órden á las cuestiones mismas que ventila, pues las deja como si dijéramos perfectamente acabadas. Sus obras se citan por muchos enciclopedistas, y entre otros por Dupin, en su *Biblioteca de Autores Eclesiásticos*, y Gennadio en su *Catálogo de los varones ilustres*, siendo el que este autor le cita un gran testimonio en su favor, pues sabemos la escrupulosidad de este severo crítico.—G. R.

PEDRO, venerable abad. Hijo de los nobles señores de la Auvernia, fué ofrecido á Dios por sus padres desde los primeros dias de su edad, haciendo

desde luego los convenientes estudios para ser un buen eclesiástico; mas sus fervientes deseos por una parte, y por otra la muy justa reputacion de que gozaba la órden de S. Benito, por tener entre sus hijos los primeros sabios y los mayores santos de su época, se decidió á darla su nombre y á tomar su hábito, lo cual consiguió de S. Hugo, que tuvo gran complacencia en que este excelente varon viniese á su religion, porque fundaba en él con razon las más lisonjeras esperanzas, ya por su buena capacidad como por el gran deseo de virtud con que se le veia aplicarse á hacer en el noviciado cuanto se le indicaba y creia conveniente para su adelanto espiritual y bien de la comunidad, en cuyo seno estaba muy contento. Profesó, y demostrando muy buenas disposiciones para desempeñar el cargo de superior, fué nombrado prior de Vezelais, en cuyo cargo se portó con esmerado celo, llamando desde luego la atencion de aquellos padres, no solo por su exactísima observancia y sumo celo, sino porque á estas prendas muy apetecibles en un prelado, acompañaba una prudencia y cordura tales, que sobre preveer todos los males que pudiesen acontecer en la comunidad y remediarlos ántes de que sucedieran, tenia en su favor que nunca exasperaba á los que tenian la desgracia de infringir las leyes ó constituciones de la Orden, ántes por el contrario, de su misma falta sabian sacar medios de correccion tan adecuados, que con una verdadera conviccion conseguian una verdadera enmienda, así que miéntras él fué prior, Vezelais disfrutó de un sosiego y union que le hacian apetecible el vivir en aquella santa casa, donde todo respiraba caridad y devocion. Con motivo de la gran presuncion que demostró Pons, abad de Cluni, que llevó su altivez hasta el extremo de sostener cuestiones incompetentes de preferencia y antigüedad acerca de la casa de Cluni y Monte-Casino, los monjes comenzaron á disgustarse y á no estar tan sumisos como debian y habian estado hasta entónces á su prelado, lo cual agregado á que hasta al romano Pontífice llegaron las noticias de esta especie de desórdenes tan nocivos á la comunidad, obligó á los Padres á que una vez retirado Pons de su compañía, y libres por consiguiente en la eleccion de otro que le sucediese en el importante cargo de gobernar aquella santa casa y familia, fijaron sus miras en el P. Pedro Mauricio, cuya fama de prudente, santo y caritativo se habia esparcido por toda la Orden, y por comun consentimiento del capítulo general, reunido en Cluni el 22 de Agosto de 1122, dia octavo de la Asuncion de María Santísima, fué nombrado abad de Cluni, y su eleccion muy bien recibida por todos fué espontáneamente confirmada por el romano Pontífice, quien expidió sus bulas de consagracion al obispo de Besanzon, que cumplió este cometido con suma complacencia, lo cual tambien se dejaba notar en la muy numerosa concurrencia de monjes y de fieles, que en asistir á la consagracion del Abad daban testimonio de lo acepto

que les era este nombramiento; mucho más acertado cuando la presuncion de su antecesor habia producido no muy buen efecto, ni en los monjes ni en los fieles: en éstos, porque siempre habian visto la más profunda humildad en todos los hijos de S. Benito; y en aquellos, porque conocian muy bien las terribles consecuencias que al mismo Abad dimisionario traeria su presuncion separándole de la Orden y privándole de sus buenos oficios. Al momento en que con la consagracion recibió, por decirlo así, la más solemne confirmacion de su cargo, se hizo presente á sus monjes reunidos lo mucho que todos debian esforzarse para procurar el mayor adelantamiento de sus espíritus y la más exacta vigilancia para conservar vivos y mejorar los antiguos ejemplares de virtud que en aquella casa se habian visto siempre, se rodeó de los varones más insignes en santidad y literatura, formó de ellos como una especie de consejo, y de comun acuerdo todos emprendieron el desterrar los pequeños abusos que Pons habia tolerado, el atraer nuevamente á la Orden á su primitiva observancia, el predicar á todos con el ejemplo más que con la palabra, y el hacerse, en fin, el Abad todo para todos, con el objeto de que depositando todos su confianza en él pudiese estar á las necesidades de todos y remediarlas oportunamente. En estos primeros actos de su prelacía se demuestra desde luego su celo por el bien de sus subordinados, y que su único fin era la gloria de Dios y bien de su comunidad, lo cual parecia fundar esperanza de que su prelacía sería una prelacía de paz y de sosiego, y que en ella no habria la más ligera contradiccion que perturbára el bienestar que era consiguiente á unas medidas tan acertadas como fueron todas las que tomó el abad Pedro. Cierto es que sus monjes estuvieron muy satisfechos de su gobierno, especialmente en un principio, y que siempre observaron sus prescripciones, lo cual excitaba más y más su celo para hacerle meditar más atentamente cómo habia de manejarse, á fin de llevar adelante la prosperidad de su comunidad; pero es tambien cierto que Dios permite que el comun adversario de nuestras almas, penetrando en las de algunos desgraciados á quienes el Señor abandonó en justo castigo de su maldad, les haga servir de instrumentos para probar la fidelidad de los buenos, mediante los indecibles sufrimientos y graves disgustos que los malos les hacen padecer. Así sucedió á Pedro el venerable, con su antecesor Pons, el cual habiéndose venido de Palestina, y aprovechando la ocasion de que Pedro estaba en Aquitania para asuntos de la Orden, cometiendo toda especie de violencias, apoderándose por fuerza de las respetables personas de algunos ancianos, y sin atender á nada ni fijar su mente en el extraviado paso que daba, se proclamó dueño de todo, y aprisionando á los que se le resistian, atormentando á todos con las mayores crueldades y apoderándose de los cálices, cruces y demás alhajas, que redu-

jo á dinero para pagar á las inícuas tropas que habian venido en su seguimiento, se hace proclamar como superior y dueño absoluto de aquel lugar y de todas sus dependencias, y hace una cruda guerra á toda su Orden que produjo en ella los más notables disgustos, sobre todo en Pedro, que como superior y aprovechando las circunstancias de estar fuera de su monasterio, fué á Roma, dió noticias de todo al santo padre Honorio II, y estuvo allí segun su consejo hasta que se resolvió tan triste incidente. El Papa llamó á todos los monjes á su corte pontificia; los fieles hijos de Pedro acudieron al momento, mas los rebeldes seguidores de Pons no quisieron acudir, y fué precisa una intimacion más directa del Padre comun de los fieles, para que con su caudillo á la cabeza compareciesen en la capital del orbe cristiano. Mas no se crea que Pons fué á Roma sumiso y reconociendo su error y los atropellos que habia causado; léjos de esto, parecia ser el legítimo pastor de aquella descarriada grey, y áun demostraba cierta estúpida superioridad sobre el vicario de Cristo, con la cual excitó su justo enojo y provocó el que la sentencia de excomunion que le habia lanzado se confirmase, con más que luego que hubo declarado que Pedro era el legítimo prelado y todos los actos de Pons actos de usurpacion y violencia, nulos en sus efectos, y en cuanto á sus consecuencias que estas se repararian en cuanto fuera posible, para lo cual autorizaba al distinguido prelado, confiriéndole las facultades más ámplias que necesarias fuesen, á fin de cumplir con los intentos todo conformes al espíritu de su fundador, que este varon eminente se propusiera desde el dia en que tomó á su cargo el régimen y gobierno de la Orden toda; como Pons se aferrára en no conformarse con lo decidido por el Papa, éste le hizo encerrar en una torre de Roma, donde pasados algunos meses murió sin haber dado pruebas de conversion ni arrepentimiento, sin haber hecho nada por reparar los daños que en lo material y en lo espiritual habia causado en Cluni; y excitando por esto el más vivo sentimiento en todos los monjes, que tenian gravísimo disgusto en que este hombre, que habia prestado grandes servicios á la Orden, se viese privado, aún cuando era por su voluntad, de la comunicacion con sus hermanos. Como prueba de la prudencia y virtud del P. Pedro, podremos citar el que á pesar de haberse reunido los amigos de Pons con los amigos del legítimo prelado, ni éste ni los suyos promovieron la más mínima desavenencia, ni echaron siquiera en cara su excision á los que al ménos miéntras estuvieron con Pons fueron rebeldes á la Orden; todo al contrario, tratándose con la misma deferencia que cuando nada habia acontecido, y ocupando unos y otros segun su capacidad todos los puestos de la Orden, hicieron concluyera muy pronto este cisma, que de otro modo hubiera sido de fatalísimas consecuencias, y que se olvidó pronta y completamente sin más que el cuidado que de no recordarlo tuvo el Abad,

manifestando gran sentimiento cuando por acaso algun monje se dejaba escapar alguna palabra sobre este particular. Por entónces florecia en el Císter el gran padre de la Iglesia S. Bernardo, con quien el abad de Cluni tenia estrecha amistad, además de profunda veneracion. Como los cistercienses hubiesen hablado á S. Bernardo contra los monjes benedictinos acusándolos de algunas infracciones de la regla y de que sus abades habian tenido y tenian cierta tolerancia contra las prescripciones de la misma, pareció oportuno al abad Pedro, á quien el Santo habia escrito confidencialmente, contestar á esta carta confidencial con otra en que se desvaneciesen las equivocaciones que contenia la de S. Bernardo. En este notable documento se hace cargo de todas las apreciaciones inexactas con que los monjes del Císter querian desvirtuar á los de Cluni; mas es tan comedido en sus expresiones el celosísimo Abad, que dejando plenamente satisfechos todos los cargos que le hacian, no puede ninguno ofenderse de una frase más dura, ni alegar una alusion que le ofenda; contiene, en fin, la carta cuanto es de desear para hacer una apología completa de la casa de Cluni, sin que en nada aparezca ménos perfecta la del Cister; y haciéndose cargo de ella y ventilando cuestiones de altísima importancia en el órden canónico y muy trascendentales para la acertada decision de ciertas diferencias que despues surgieron entre la Orden Benedictina en sus dos secciones, digámoslo así, y los prelados diocesanos, cuestiones que hubiesen cesado al punto si unos y otros hubiesen examinado este documento, por más de un concepto importante, y que revelaba la profunda ciencia y grande virtud de su autor. Era el año de 1132, y el papa Inocencio II, que iba á Italia despues de haber permanecido en Francia diez y ocho años, celebró en Cluni la solemne fiesta de la Purificacion de María Santísima, recibiendo tambien en este monasterio las protestas de obediencia que con muy sumisas cartas envió Guillermo, patriarca de Jerusalen; y como en testimonio de reconocimiento á las extraordinarias atenciones con que los monjes habian tratado al Soberano Pontífice, éste les confirmó todos los privilegios é inmunidades que tenian, entre los cuales es uno de los más importantes el que sus casas fuesen asilo para todos, así como en favor de los cistercienses y como recompensa de los grandes servicios que S. Bernardo prestó durante el cisma, concedió el que no se les exigiesen ni á los monjes de Claraval, ni á ninguno de los del Cister, diezmos por ninguna de las tierras ni ganados que poseyesen. Concesion amplísima, pero que daba por resultado gran perjuicio para Cluni y sus casas, pues que los fieles que no conocian la diferencia de unos á otros, sabiendo que hijos de S. Benito estaban exceptuados de esta contribucion, dejaban de socorrerlos, haciéndoles por consecuencia experimentar necesidades. Sobre este punto escribió el abad Pedro no solo al Santo Padre, sino á algunos de los principales señores que

eran protectores de la Orden ántes de la exencion de los cistercienses, mas todo cuanto hizo en este asunto fué de ningun resultado, teniendo por último que desistir de su empeño de que fuesen igualados en privilegios, pues veia que si insistia serian terribles las consecuencias de su insistencia, pues la Orden hubiera experimentado disgustos; y como el piadoso Abad más que á ninguna otra cosa atendia al sosiego de sus súbditos, de ninguna manera consintió el que este se perturbára, haciéndoles notar á todos reunidos para este fin que era como desconfiar de la providencia de Dios el trabajar y afanarse tanto por bienes temporales; que Dios proveeria de todo, y ellos serian lo que Dios quisiera; si pobres, felices en su pobreza; si ricos, aptos para prodigar sus bienes y hacer que las dádivas de Dios alcanzasen á todo el mundo: conducta ejemplar que demuestra lo mucho en que él tenia los derechos de su Orden para defenderlos; pero que tenia en más lo que determinaba el Pontífice para acatarlo completamente y no ser nunca indóciles á sus prescripciones. A pesar de que los monjes de Cluni observaban con los del Císter toda especie de atenciones, á cuya conducta les excitaba continuamente su muy piadoso y prudentísimo Abad, los cistercienses miraban con cierta prevencion á los otros, de lo cual resultó que presentado un cluniacense para la mitra de Langres, los del Císter no lo llevaron á bien, y áun obligaron á S. Bernardo á que dijese algo que diera á entender que podria ser perjudicial á su instituto, sin más razon que el ser de la otra familia. No puede ponderarse el sentimiento que tan injusta apreciacion por parte de los cistercienses produjo en el nobilísimo ánimo del Abad de los cluniacenses; al momento mismo escribió á S. Bernardo protestándole la sinceridad de intencion de todos sus monjes, haciéndole ver que aceptarian y despacharian con el mayor interés todas las indicaciones de sus hermanos los cistercienses, y que serian para ellos tan decididos protectores como podrian serlo los más acérrimos defensores de esta ramificacion de la gran familia de S. Benito. Imposible parece que en un hombre tan acepto á los ojos de Dios como lo era Pedro el Venerable, y con otro varon tan distinguido en santidad y ciencia, cual fué S. Bernardo, surgiesen estas dificultades que parecian perturbar el sosiego de ambas familias: mas no lo extrañamos; aquellos á quienes Dios quiere más, suelen ser por él más probados, y este es sin duda el motivo por el cual estos dos siervos de Dios tuvieron estas diferencias, que sin duda alguna serian á uno y otro de disgusto. Y de esto es prueba inconcusa una carta que el distinguido abad Pedro escribió al gran San Bernardo, dándole, por decirlo asi, una satisfaccion hácia él y hácia su Orden, diciéndole que en el fondo eran una misma cosa, que las pequeñas diferencias que habia entre cistercienses y cluniacenses no eran más que aparentes, por lo cual era preciso que unos y otros se hermanasen comple-

tamente como hijos de un mismo padre; y en este paso tan conciliador se diera un nuevo testimonio por unos y por otros, de que el único móvil de sus acciones todas era el amor de Dios, su propia santificacion y la de los demás. Para que el procurar estos medios de santificacion fuese una verdad en los monjes de Cluni, y á fin de que el conocerse unos á otros pudiese excitar y excitára en efecto en todos un ardiente deseo de progresar en el camino de la virtud, y el celo de los más fervorosos pudiera excitar la tibieza de los más desmayados, reunió el abad Pedro un capítulo general en Cluni, al que asistieron doscientos priores y mil doscientos monjes, en el cual se trataron algunos puntos de observancia que estaban, digámoslo asi, en desuso, y que eran muy convenientes en su práctica para que siguiese siendo la Orden tan útil á la Iglesia como hasta entónces, y sus individuos tan venerados como merecian las virtudes de sus predecesores. El resultado de esta reunion fué, como su Abad se propuso, intimar más y más los espíritus de todos haciéndolos más fervorosos, reformar las pequeñas imperfecciones que por los anteriores disgustos se habian introducido casi necesariamente, y dar á la Orden nuevo vigor, el cual quiso que se conservára siempre, para lo que en 1146, es decir, catorce años despues de esta asamblea puso en observancia unas nuevas constituciones que acababa de hacer, las cuales en sesenta y seis artículos contienen toda la regla de S. Benito, con más todas las determinaciones pontificias concernientes á llevar á cabo esta misma, sin que la faltase nada de lo que se habia propuesto su santo y sabio fundador y Patriarca. Como era consiguiente al gran celo de este distinguido Abad, visitaba con frecuencia los monasterios de su Orden é iba á todos los reinos para traer de todos ó llevar adonde era necesario lo que era conveniente para el mejoramiento de todos. Sería ofenderle el pensar siquiera que no tenia para la Iglesia universal el mismo celo que para su peculiar instituto, y si sobre esto nos quedase alguna duda no habria para convencernos más que examinar su conducta en el viaje que hizo á España en 1148. En aquella expedicion buscó á los más inteligentes que encontró en lenguas orientales, y les hizo traducir: primero unas refutaciones que habia contra los errores de Mahoma, y luego su libro mismo, el *Alcoran*, no proponiéndose en esto otro objeto que el imitar á los primeros padres de la Iglesia, que haciéndose cargo de todos los errores que en ella surgian, los refutaban con energía en sus sermones y con sus escritos, que fué precisamente lo que hubo de hacer este distinguido Abad, pues aunque suplicó á S. Bernardo se ocupase de esta refutacion, muy provechosa á la Iglesia en aquella época en que la secta gozaba aún algun crédito, el Santo no pudo acceder á sus deseos por hallarse agobiado de otras muchas atenciones, por lo cual, no queriendo sofocar el deseo grande que de hacer conocer á los fieles lo absurdo de esta acreditada

secta habia concebido, se decidió á escribir contra el mahometismo, lo cual hizo en cinco libros que desgraciadamente se han perdido, y no nos quedan de ellos más que referencias en algunas otras obras posteriores, en particular en las que sobre este asunto han escrito los monjes. Un suceso notable demostró más y más la prudencia del abad Pedro, y dió testimonio de cuán acertadas eran siempre sus determinaciones. Acertó á pasar por Cluni, donde el venerable Abad estaba, Abelardo, aquel que fué monje cisterciense, pero que en su loca obcecacion se apartó de la fe, y tuvo por consiguiente que caer sobre él la infalible censura de la Iglesia declarando herética su doctrina. Conferenció con el respetable Pedro, manifestándole el horror que le causaba la sola idea de que pudiese estar fuera del gremio de la Iglesia, y de aquí se aprovechó el Abad para hacerle comprender lo temerario de su resolucion de apelar contra la sentencia del Papa, y lo acertado que seria el que mediante solemne retractacion y puesto de acuerdo con S. Bernardo, y obtenido de éste el apetecido perdon, se obtuviera de Roma el que levantase el Pontífice la censura y Abelardo pudiese acabar sus dias en medio de sus hermanos, no en Claraval, porque esto no parecia del todo conveniente, sino en Cluni ó en cualquier otra casa de la Orden. Aunque parecia difícil reducir á un hombre como Abelardo, la prudente moderacion del Abad hizo que, poniéndose enteramente á sus órdenes y dejando en sus manos el arreglo de este delicado asunto, obtuviese buen éxito, y reconciliado el heresiarca con la Santa Sede, despues de haber pedido explícitamente perdon de sus extravíos, y obtenídolo del Padre S. Bernardo, pasase dos años de expiacion, que fué lo que el Señor le concedió de vida, y fuese en estos el ejemplo y admiracion de Cluni, donde no se sabia qué ponderar más, si la docilidad de Abelardo ó la prudencia del Abad, y de una y otra cosa deducian como el más señalado favor que Dios pudo hacer á Abelardo el traerle por Cluni ántes de ir á Roma como queria. Los disgustos y turbulencias por que atravesaba Roma en aquellos azarosos dias, hicieron al papa Celestino II, sucesor de Inocencio, escribir al abad Pedro comunicándole su eleccion y la manera con que ésta se verificó, pues presumia con gran fundamento serviria de una extraordinaria complacencia, al celosísimo monje el saber que habia sido elegido el sucesor del papa Inocencio tan plácida y sosegadamente y por un consentimiento tan unánime, cuando las circunstancias eran tan azarosas y habia inducido graves temores la actitud de las diversas naciones que podian influir en este asunto, cuando en años anteriores se temió por la vida del Santo Padre á causa de los graves disgustos que le producia su situacion precaria en algunas ocasiones. La carta, escrita toda por el Papa, le fué dirigida el dia 6 de Noviembre, y recibiéndola el dia 29 del mismo mes, la leyó el Abad con toda veneracion al capítulo general

que pudo reunir al siguiente dia, festividad del apóstol S. Andrés, cuyo capítulo resolvió que el Abad á quien iba dirigida, contestase al Romano Pontífice protestándole de nuevo su adhesion, felicitándole por su feliz elevacion al solio pontificio, y prometiéndole renovar personalmente sus antiguas relaciones, cosa que no pudo realizarse, no porque faltára al Padre Abad voluntad para ello ni porque dejára de prevenir lo conveniente á su realizacion, sino porque el Señor cortó, digámoslo así, la vida del papa Celestino II á los cinco meses, muy poco más de su pontificado, época hasta la cual habia sido imposible que el Abad abandonára su casa por tener que disponer en ella lo concerniente á que los monjes derramasen la semilla de su buena doctrina en la predicacion, y ayudasen á los fieles y á los párrocos en el desempeño de su altísimo ministerio durante el cumplimiento del precepto pascual; y las muchísimas confesiones generales que se hacian con motivo de las misiones de los mismos monjes, hechas con mayor celo en el santo tiempo de cuaresma y semana mayor ó santa. Tampoco fué muy larga la vacante de la Santa Sede despues de la muerte de Celestino II, pues al dia siguiente se reunió el cónclave y eligió á Gerardo, presbítero cardenal del título de Santa Cruz, que fué consagrado el dia de pascua de Resurreccion, 12 de Marzo de 1144, bajo el nombre de Lucio II, y que tambien tuvo en grandísimo aprecio al abad Pedro, aprecio que se mostró no solo en escribirle varias cartas, sino señaladamente en pedirle, de cierta manera muy significativa á la verdad, que mandase algunos monjes á Roma para que en el monasterio de S. Sabas, fundado en tiempo de S. Gregorio, restableciesen la observancia y vigorizasen, por decirlo así, el instituto, viviendo en lo sucesivo bajo la vigilancia de Cluni, en justísimo testimonio de las esperanzas que el Pontífice fundaba en el buen régimen establecido por su venerable Abad; buen régimen que ciertamente era muy difícil faltase, porque no se fundaba solo en las condiciones especialísimas que para el gobierno tenia el distinguido prelado que estaba á su frente, sino que muy principalmente estribaba en las sabias constituciones de que le habia dotado, y éstas, como es consiguiente, no perecen nunca y van en su existencia más allá que las personas. La contestacion del P. Abad al Romano Pontífice fué en los términos más convenientes y remitida por los mismos monjes, que segun el deseo de su beatitud, pasaron á Roma y realizaron la apetecida reforma en la casa de aquella ciudad, viniendo ésta á ser, como lo habia sido anteriormente, seminario de santos, plantel de olorosísimas virtudes, y lugar donde se hacian obras de grandísimo mérito y edificacion, siempre en conformidad con los ejemplos y doctrina de la excelente casa de Cluni. En 1146 se publicó otra nueva cruzada con el fin de quitar del poder de los infieles los venerandos lugares donde se habian verificado los principales sucesos de la vida in-

clita del divino fundador del cristianismo; y como la iniciativa, ó al ménos los primeros preparativos y los mayores esfuerzos, fueron de parte del Rey y de los caballeros de Francia, el abad de Cluni escribió á éste, diciéndole lo muy acepto que sería á los ojos de Dios el que no fuese cruel con los vencidos; y manifestándole lo que habia de hacer en órden á los judíos, enemigos más implacables del cristianismo que los mismos mahometanos, y para los cuales en manera alguna pedia el Abad el exterminio ni la muerte, sino que los redujese á rigorosa servidumbre y que se les obligase á proporcionar de sus peculios medios de sostener la santa cruzada, con lo cual sobre hacer un bien á la humanidad en general, se trataba de extinguir esa sórdida avaricia que en estos obcecados infieles era el móvil de todas sus acciones, los llevaba á los más inicuos tratos y hacia de ellos hombres verdaderamente odiosos. Como las razones en que el Abad se fundaba eran muy obvias, y á lo patente de ellas se agregaba el muy respetable concepto que merecia su autorizada voz, hicieron eco en el ánimo del piadoso monarca de Francia, y fueron como la base de las instrucciones que dió á sus jefes, oficiales y soldados, repitiendo en algunas ocasiones hasta las palabras gráficas del V. Abad para dar así á sus sentencias toda la fuerza que merecian por sí mismas y por su procedencia. Todo esto dice la gran veneracion en que era justamente tenido el muy distinguido P. Pedro, abad de Cluni hacia ya años. Por los años 46 y 47 del mismo siglo XII se propalaron en gran manera los errores de Pedro Bruis, apoyado por su discípulo Enrique; y este progreso del error causó grande afliccion en los corazones verdaderamente católicos, é hizo que todos los escritores eclesiásticos y los celosos prelados, ya obispos, ya abades, en su mayor parte personas de distincion por su ciencia y virtud, levantasen su voz contra esta innovacion, la refutasen y diesen á los fieles los oportunos avisos para que no se dejasen sorprender. El abad Pedro respondió muy latamente á todos los sofismas con que el heresiarca queria defender su doctrina; y como además de tener en su abono la verdad y razon de la cosa, tenia tambien la fuerza de su ingenio, la profundidad de su saber y una fundadísima lógica en todos sus argumentos, por lo que son en verdad notables las no muchas páginas en que defiende la fe católica, apoyándose en los indestructibles argumentos de Escritura, tradicion, resoluciones de la Iglesia y razon natural, de cuyo testimonio se vale con tanto acierto, que no desdeñarian, ántes tendrian en ello la más alta complacencia, los más aventajados teólogos de nuestra época, los más distinguidos apologistas de nuestros dias, el ser ellos inventores de las razones solidísimas de que todos han echado mano para refutar á los sectarios de este error, que en frase del mismo Abad es muchísimo peor que el de Berengario y los suyos, pues éstos no negaban más que algunos atributos de Cristo, al tiempo que

Bruis y los suyos fijaban su obcecada mente en los más altos dogmas y en las disposiciones más sabias que para la esencia y gobierno de su Iglesia ha podido Dios dictar á los hombres en la série de los anteriores siglos. Es documento verdaderamente notable éste que con motivo de los errores de Bruis escribió el abad Pedro, y es muy de sentir que no se hayan coleccionado sus admirables escritos y que tengamos que buscar sus fragmentos, ya en los bularios por lo que dice relacion á sus comunicaciones con Roma, ya en las enciclopedias para estas y otras obras de su ingenio, grande de por sí y mayor porque le fomentaba con la ciencia de la oracion. Pedro el Venerable se ocupaba con gran celo en la santificacion de las almas y en el régimen acertadísimo de su monasterio y de su Orden, por lo cual resolvió visitar algunas de sus casas y pasar á Roma, como lo verificó el año 1160. Era entónces sumo pontífice Eugenio III, el cual apénas supo la llegada del venerable Abad, cuando le hizo llamar á su presencia, colmándole de las más honrosas distinciones, tratándole siempre con singular deferencia y dándole comisiones y cargos que no se habian en otras ocasiones conferido sino á obispos ú otros prelados de más alta gerarquía. Le hizo concurrir á todas las congregaciones de Roma, y mandó que durante su permanencia en dicha ciudad le consultáran en todo y para todo, pues que su ciencia y prudencia harian indudablemente que sus acertadas resoluciones acreditáran más y más á quienes de él se asesoráran. No se crea que las deferencias del Papa para con el Abad se limitaron solo á estas señaladas muestras de consideracion, dadas, digámoslo así, de una manera privada; tambien en público le distinguió grandemente, haciéndole concurrir con la corte pontificia no solo á las solemnidades sino á los consistorios, donde le permitia hablar como á los cardenales, llegando hasta tal extremo sus distinciones, que más de una vez le preguntó su opinion, resolviendo segun ella en presencia de todo el venerable concurso que allí se reunia. Estas noticias habian estado ocultas durante su vida, pues su profunda humildad no le habia dejado manifestarlas, mas han sido descubiertas despues en una carta que en contestacion á S. Bernardo le dirigia, excusándose de no haberle contestado más ántes, por haberse retrasado algun tanto los asuntos puestos á su cuidado, por haber tenido que ser más larga de lo que él se propuso su estancia en Roma, á fin de no desairar las tan distinguidas deferencias del Papa, ó no parecer indiferente á sus afectuosas demostraciones de cariño, y más aún por no privar á la Iglesia del no escaso auxilio que sus sabios consejos la proporcionaron en circunstancias verdaderamente notables, por ser la época en que apénas se habia repuesto de los estragos producidos por la herejía de Pedro Bruis, Enrique y sus numerosos sectarios. Pareció que Dios se complacia en derramar con mano pródiga disgustos y desgracias sobre Rogerio, rey de Sicilia, pues ha-

biendo perdido tres hijos en muy breve espacio de tiempo, perdió el primogénito en 1145, no quedándole ya más que Guillermo, príncipe de Cápua, á quien hizo coronar rey de Sicilia en 1150. Con este motivo el venerable Abad, que por conservar las buenas relaciones que habia establecido con todos los reyes católicos, aprovechaba cuantos acontecimientos podian estrecharlas más y más, le dirigió una carta llena de frases consoladoras, haciéndole ver el gran mérito que en la presencia de Dios tendria su sufrimiento, y cómo él le labraria una inmarcesible corona que aseguraria su dicha para siempre; le hacia comprender que la cristiana educacion que habia dado á sus hijos hacia esperar con fundamento que ellos estarian en el cielo, por lo cual era para él extraordinaria fortuna este mismo rudo golpe con el cual queriendo el Señor probar su fe y su confianza en él, aseguraba desde luego su bienestar y su dicha. Despues le manifiesta el Abad en el mismo importante documento, el gran sentimiento que este disgusto del rey de Sicilia habia producido á toda su comunidad, así como el interés que en favor de los fallecidos se tomáran todos ofreciendo en su sufragio, misas, oraciones y mortificaciones; lo cual halagó en gran manera al Rey y le sirvió de mucho consuelo, en atencion á que los insignes varones que en aquellas santas casas habia, hacian esperar muy grande fruto de sus plegarias al Señor, que por lo acepto que ellos le eran las despachaba favorablemente, segun lo acreditaron muchos sucesos felices, inesperados y que no pudieron atribuirse más que á las oraciones de los monjes de Cluni y de sus filiaciones. Además manifestaba el venerable Abad al piadoso Rey el disgusto grande que le causaba la enemistad en que estaban él y el rey de Alemania, ofreciendo el Abad por su parte cuantos buenos oficios estuviesen en su mano, para ver si podia reconciliar á estos dos sugetos apreciables, cuya union y amistad podia dar por resultado el que se uniesen para combatir y destruir á los griegos, cuyo inicuo trato contra los peregrinos les hacia odiosos en todas las naciones y obligaba á estas á que por un sentimiento de compensacion y deseo de conservar su propia estima y por el ansia natural del bien de sus súbditos, deseáran la destruccion de estos mismos griegos, á cuya importante empresa le excitaba el venerable Abad al fin de su carta, que, como hemos dicho, fué recibida por el Rey en grande aprecio y dió por resultado el que se decidiera á declarar guerra á los griegos y comenzase, despues de hacer las paces con el rey de Alemania, á disponer todo lo necesario para llevar á cabo esta empresa en que se interesaba el bien de todas las demás naciones y el bien asímismo de alemanes y sicilianos. Esta carta, como otras dos que habia escrito al mismo Rogerio en distintas ocasiones, se conservaron siempre como monumentos en que se dejaba ver la gran prudencia y el mucho aplomo del abad Pedro para todas las cosas y espe-

cialmente para las en que podia interesarse el bien de la religion y el esplendor de su Orden, así que todos sus escritos en uno y otro sentido, hacen de él un apreciable apologista y un prudentísimo superior, en quien se reunian toda la sabiduría, celo, prudencia y virtud necesarias y apetecibles para el buen gobierno de una corporacion tan numerosa como lo era la religion de Benedictinos de Cluni, que en la época de su venerable abad Pedro contaba con cuatrocientos monjes solo en la casa principal, sin contar más de ochocientos que existian en las distintas otras casas dependientes de la Orden, todos los cuales estaban subordinados al Abad que mandaba, digámoslo así, en jefe en todas las casas, sin que en ellas hubiera más que priores que bajo la dependencia de aquel llevaban lo material del gobierno, pero que no siendo más que meros instrumentos, venian hasta cierto punto á aumentar los cuidados y cargos del superior. Treinta y cinco años desempeñó el venerable Pedro Mauricio este importantísimo cometido de abad de Cluni, siempre con acierto, siempre con constante decision de llevar á termino las prescripciones de las reglas y constituciones de la Orden, y siempre tratando de mejorarla, por lo cual esperaba ya con fundamento que el Señor le llamase á recibir el premio de sus desvelos en la inmarcesible corona de una imperecedera gloria. Así fué tras de una molesta aunque no muy larga enfermedad, y recibidos con extraordinaria devocion todos los santos sacramentos de la Iglesia, reuniendo en torno de su lecho á todos los priores que pudieron concurrir, y encomendándoles el mayor celo para el bien de la Orden, pidiéndoles rendidamente perdon de las faltas que durante su prelacía hubiese podido cometer, y exhortándoles á que eligiesen un sucesor que reparára sus descuidos, entregó plácidamente su espíritu en manos del Hacedor Supremo el dia de la Natividad de Jesucristo, 25 de Diciembre de 1156, siendo su muerte llorada de todos cuantos tenian noticia de él, por ser ciertamente muy grande la pérdida de un sugeto que prestó tan eminentes servicios en épocas en que las circunstancias se complicaron de un modo tan extraordinario. Solemnísimos fueron los funerales de este venerable varon, que fué enterrado en la parte superior de la iglesia, y cuya memoria imperecedera se conserva al través de los siglos con veneracion y con muy grande asombro. —G. R.

PEDRO (V.). En el siglo XVI de la Iglesia floreció en el monasterio de San Claudio de Francia el insigne venerable Fr. Pedro, que habiendo aprovechado mucho en la virtud, y siendo perfecto modelo de humildad, sumision y paciencia, observando con rigorosa exactitud hasta las más menudas prescripciones de la santa regla benedictina que profesó, fué elevado por sus virtudes y por creerse que convendria así, como en efecto sucedió, á los importantísimos cargos de obispo genevense y arzobispo bisuntinense, en cu-

yos altos puestos demostró otras mil veces la gran capacidad que para el gobierno de la Iglesia le habia dado Dios, siendo verdaderamente notable la manera con que gobernaba sus diócesis y la dócil sumision con que todos recibian sus indicaciones y órdenes, cumpliendo desde luego con prontitud y esmero todas sus siempre justas providencias, áun aquellos mismos que parecian presentar á ellas más oposicion. Fué despues creado cardenal de la Santa Iglesia Romana, y siempre, desde los primeros años de su vida monástica, sufrió mucho de parte de los enemigos del cristianismo, por ser un acérrimo defensor de la verdad católica; pero especialmente en Génova le hicieron padecer tan atroces tormentos, que aseguran algunos autores que se ocupan de este venerable prelado, que algunos mártires no han sufrido tanto por la fe como él padeció por sacarla ilesa. Así se acrecentaron sus merecimientos, que el Señor premió en el tiempo con hacer que la Iglesia le declarase venerable, y en la eternidad con la inmarcesible auréola de bienaventuranza que ciñe, y que jamás le será quitada, ántes acrecida por los efectos que de su proteccion experimentarán los que invocándole conseguirán su auxilio eficaz, por ser este siervo de Dios favorecido de él con esa íntima amistad que Dios otorga á sus escogidos, para hacer por su medio ostentacion de sus bondades y misericordias. — G. R.

PEDRO y compañeros (P. Fr.). Las más fidedignas relaciones de los sucesos de los hijos insignes de la órden de S. Agustin nos refieren el importante suceso del glorioso martirio de Pedro Monsalve y sus compañeros. Dicen que Monsalve era un clérigo de muy arregladas costumbres, muy morigerado y bueno, dotado de un gran celo por la salvacion de las almas y por la suya propia, para conseguir la cual ponia en juego los adecuados medios de presencia de Dios, ejercicio de oracion y los otros recursos que sabemos conducen á este importante y apetecido fin. Esto era á los fines del siglo XVI y en las cercanías de Granada, por lo cual era á los fieles preciso evadir la persecucion de los moriscos, y esto fué el motivo de que reunido Pedro y otros varios en una casita y entregados al santo ejercicio de la oracion y de la predicacion de la doctrina cristiana, recibiesen martirio pasando de esta á mejor vida devorados por las llamas. No hay más antecedentes acerca de estos esclarecidos siervos de Dios, que fueron muy venerados y que murieron precisamente el dia de la Natividad de Jesucristo, Señor nuestro, del año de 1568, habiendo sido honrada su memoria con un muy grato recuerdo, áun desde los dias más próximos á su fallecimiento, y sus mortales despojos con ser enterrados en la capilla que los Barradas tienen en Guadix, en el convento de S. Francisco, siendo la razon de tan merecida distincion el que todos eran muy conocidos por sus antecedentes, y este Pedro de muy distinguida cuna y de tanto mérito en los demás conceptos como es el de la grande

virtud, que le hizo víctima de su celo y de su caridad para con los fieles de Cristo. No se sabe que hayan los agustinianos promovido, como parecia exigirlo su mérito, la canonizacion de estos siervos del Señor, pero no cabe duda en que los consideran como mártires de la fe de Cristo é hijos de esta esclarecida Orden, por cuanto han inscrito sus nombres en todos los diarios y los celebran con la memoria más grata. En este martirio hubo circunstancias notabilísimas, cuales fueron: primero, esa espontaneidad con que para procurar á Dios gloria permanecieron orando, áun cuando las llamas se venian sobre ellos hasta sofocarlos; segundo, el que fuera el fuego y no otro el medio de que Dios se valió para ponerlos en situacion de dar sus vidas por Cristo; y por último, el que nacieran á la vida eterna en el dia mismo en que el Señor nació á la vida mortal, circunstancias todas que hacen patente la verdad muy consoladora de que de todos los medios se vale Dios para la santificacion de quien la busca, y que no es posible encontrar obstáculos capaces á impedir la cooperacion de la gracia, cuando esta por los altísimos designios de Dios viene á hacernos emprender las obras heróicas con que Dios quiere proporcionarnos la eterna corona é inmarcesible galardon que ha de producirnos una bienaventuranza eterna y tan feliz como es la posesion de Dios. — G. R.

PEDRO Advíncula (S.). Al hacer la biografía del príncipe de los apóstoles, del glorioso S. Pedro, primer vicario que fué de Jesucristo en la tierra y á quien confió las llaves del reino de los cielos estableciéndole piedra angular y fundamental de su Iglesia, se ha dado razon de cuantas particularidades se refieren á este Santo, y por lo tanto podriamos excusarnos de volver á tratar de él; empero como la Iglesia celebre fiesta el 1.° de Agosto al santo Apóstol en este nombre, hemos creido deber decir alguna cosa sobre la cautividad y libertad del Príncipe de los Apóstoles á que este dia se refiere, lo que podrá tomarse como comentario de lo que acerca de este particular se dice en su biografía. Celebra la Iglesia la festividad de las cadenas de S. Pedro por las gracias que hizo al catolicismo en este milagro, y por honrar en ellas al mismo Santo, que con tanta gloria las llevó, dice S. Lucas, en los *Hechos de los Apóstoles*, que el rey Herodes Agripa, hijo de Aristóbulo, despues de haber hecho cortar la cabeza á Santiago Apóstol, patron de nuestra España y hermano de S. Juan Evangelista, hizo prender á San Pedro para dar contentamiento al pueblo con su muerte; pero que siendo la Pascua, en cuyo tiempo no podia quitársele la vida, le mandó asegurar con dos cadenas, poniendo además de una numerosa guardia dos centinelas de vista á su lado. Al saber los fieles la prision de su jefe, se reunieron en gran número en oracion contínua para rogar á Dios les conservase su pastor. Oyó el Señor las súplicas, y la misma noche del dia en que habian

de sacar á la muerte al Príncipe de los Apóstoles, hallándose durmiendo los soldados, descuidados de que nadie pudiese burlar su vigilancia, entró un ángel en la cárcel, que la llenó toda de claridad, y despertando á S. Pedro, que descansaba en el sueño del justo, le mandó se vistiese y calzase las sandalias, y le siguiese. Hízolo el Santo, libre ya del peso de las cadenas, y siguiendo al ángel por medio de las dormidas guardias, y abriéndose de por sí las férreas puertas de la ciudad, desapareció el ángel y el Santo quedó libre, conociendo ser realidad lo que juzgaba sueño, y que el Señor habia venido en su socorro para librarle de las manos del tirano Herodes, y esta es la primera causa por que se celebra esta fiesta como hemos insinuado. Preciosas parecieron á S. Pedro sus cadenas, pues que ellas le proporcionaban ejercitarse en amar á Dios sufriendo gustosísimo por su causa, y así lo expresa cuando dice á los de Efeso: «Mirad que yo estoy atado y aprisionado por Cristo: os ruego y pido esto, porque para mí no hay cosa más gloriosa, ni más provechosa para vosotros, que mis cadenas.» Los pontífices teniendo las cadenas de S. Pedro por único tesoro de gracias, regalaban á los soberanos á quienes querian premiar por su piedad limaduras de ellas engastadas en unas llavecitas de oro tocadas al sepulcro del santo Apóstol, para que las llevasen al cuello como reliquias, y así lo hizo S. Gregorio con el rey de Francia Childeberto. Yendo Eudoxia, mujer del emperador Teodosio *el Menor*, á visitar los santos lugares de Jerusalen, encontró allí las dos cadenas con que fué aprisionado por Herodes el Apóstol S. Pedro, las que habian escondido algunos soldados de los que le guardaban que abrazaron el cristianismo, segun la narracion de S. Juan Crisóstomo. Entregando á Eudoxia las dos cadenas Juvenal, obispo de Jerusalen, la emperatriz llevó una á Constantinopla y mandó la otra á Roma á su hija Eudoxia, mujer del emperador Valentiniano III. Fué tanta la alegría de los fieles de ambas capitales al recibir las cadenas, que instituyeron fiesta particular para celebrar su llegada. Habiendo regalado al Papa la emperatriz Eudoxia la cadena que la habia mandado su madre, el Pontífice hizo traer la cadena con que habia sido encadenado en Roma S. Pedro en tiempo del emperador Neron; y cotejando la una con la otra, se juntaron milagrosamente una con otra como si fuera una misma y labrada por un solo artífice. Con motivo de este milagro la emperatriz Eudoxia hizo levantar un templo en honra de S. Pedro, al que se dió el título de *Eudoxia*, y hoy *S. Pedro Advincula*, en donde se custodia la expresada cadena, á la que el 1.° de Agosto de todos los años se hace una gran fiesta, en la que los fieles la besan y ponen sobre su cabeza con gran devocion. Un criado de honor del emperador Othon II cayó tan gravemente enfermo del demonio el año 979 de nuestra era, que se hallaba en una desesperacion extraordinaria haciéndose pedazos á sí mis-

mo. Sabido esto por el Emperador, le mandó al papa Juan XIII para que le hiciese poner sobre el cuello la cadena de S. Pedro; haciéndolo así, salió el demonio de su cuerpo y el enfermo quedó instantáneamente bueno. Dícese que presenciando este milagro Deodorico, obispo de Metz, cogió la cadena diciendo no la soltaria sino cortándole la mano; y así hubiera sucedido si á ruegos del Emperador no diera el Papa un eslabon de ella al porfiado obispo. El cardenal Baronio en sus *Anales*, tomo V; Sigeberto, en su *Cronicon* del año 979, y en las *Anotaciones al Martirologio Romano*, se hace mencion de la festividad de las cadenas de S. Pedro con mayor extension que aquí lo hemos hecho. — B. C.

PEDRO Afin (V.). Fué este distinguido varon párroco católico en Holanda, que durante la cruel persecucion que el calvinista Blomaert procuró á la Iglesia católica sufrió en Setiembre de 1572 el ser encarcelado con otros diez y siete sacerdotes, entre los cuales se contaban los muy célebres Juan Upstal, Juan Brekel y Pablo Loye, que uniéndose en un mismo espíritu alentaban á sus demás compañeros y á los fieles á sufrir como era conveniente los gravísimos tormentos que se les hacia padecer. Ellos con ánimo esforzado dirigian su voz á sus amados hijos los católicos; y como era la voz suya esta tan penetrante que el cielo envia de cuando en cuando para atraer ó más bien llevar á Dios á todos los extraviados, hacian grande efecto las reflexiones de estos piadosísimos varones, pues en ellas veian los fieles la espontánea manifestacion del íntimo convencimiento de justos, que no dudaban asegurar la verdad que propalaban, ni con el sacrificio de sus vidas, ni con el de derramar su sangre hasta la última gota, caso de que esto hubiera sido necesario. Es indecible la exasperacion que esto producia en el ánimo del inícuo gobernador de aquel desventurado país, que hubiese querido á los santos sacerdotes tan fáciles á apostatar del catolicismo como él lo habia sido á la sola exigencia de sus pasiones, ménos reprimidas por la reforma que por la ley santa del Señor; así que apénas veian á los venerables sacerdotes observando las prescripciones de la Iglesia ó imponiéndose aquellas privaciones que son tan conformes á su espíritu, se exacerbaban más y más los animos, se avivaba su furor y resolvian acabar con los cuatro corifeos del cristianismo, á ver si de esta suerte se acreditaba más su error. Mas no lo consiguieron; y cuando vieron que por ningun medio podian hacer que los santos sacerdotes se apartasen de la linea de conducta que les trazaba la Iglesia, resolvieron poner fin á sus vidas para verse así libres de terribles enemigos, que á la faz de todo el mundo proclamaban lo falso y fatal de la reforma, y que no puede haber salvacion sino en la observancia de la doctrina de Cristo, tal cual se ha recibido de los mayores, y ha llegado á nosotros por la tradicion y decisiones de la Iglesia. Nuevas promesas se hicieron á los varones

apostólicos para que dejasen la religion de Cristo y tomasen la reforma de Calvino; pero todo inútil: asi que el 4 de Octubre del mismo año 72 fueron arrojados al rio Escalda, sin más ropa que una camisa y atados de pies y manos, y allí sumergidos ofrecieron á Dios el sacrificio de sus vidas, siendo el primero que murió el V. D. Pedro Afines, á quien arrojaron ántes por ser de mayor edad.—G. R.

PEDRO DE AGUERO (Fr.). Fué portugués é hijo de padres pobres y humildes, dedicándose por esta razon sin duda á la profesion de navegante, siendo su barco de los que surcaban el Océano. Hubo de emprender una larga navegacion, y por este motivo acudió ántes de comenzar su viaje á confesarse, para llevar tambien esta oportuna prevencion para su espíritu. Dió providencialmente con un padre, llamado Fr. Antonio, de singulares prendas y exquisita piedad, el cual le hizo conocer los peligros á que iba á exponerse y que en el seguro puerto de la vida religiosa podria obtener ventajas inmensas, con las cuales de cierto aseguraria su dicha y felicidad. Estos buenos consejos, cayendo en el ánimo no mal preparado del jóven, que deseó siempre un método de vida que le llevase á la consecucion de las virtudes y por ellas al camino, ó diremos mejor, al término de la perfeccion, le hizo saber su resolucion de ingresar en su convento si hallaba medio para ello. El P. confesor, que ya habia podido conocer perfectamente la índole y condiciones del jóven, así como sus buenos deseos, y que para llevarlos á cabo estaba dispuestísimo, le ayudó en cuanto pudo, interponiendo su poderosa mediacion con el superior de la casa, resultado de lo cual fué el que se le admitiera, si bien como hermano lego. Las pruebas que dió de su vocacion y buenas disposiciones fueron tales y tan expresivas, que nadie vaciló un punto, ántes por el contrario tuvieron todos la mayor complacencia en su solemne profesion, que él emitió con el mayor entusiasmo y con un vivo agradecimiento á su buen Dios, que le hacia tan señalada merced. Constituido por su profesion religiosa como siervo del Señor, á quien pertenecia de una manera especial, creyó un deber suyo el dedicarse á su servicio con todas sus fuerzas, y como los ataques, muchas veces rudos y siempre importunos de la carne, suelen ser obstáculo para el adelantamiento y provecho del espíritu, resolvió dominar su cuerpo por la más severa austeridad; así que desde su profesion se hizo tan abstinente, que á excepcion de los domingos y el dia de la fiesta de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, los demás eran para él de rigoroso ayuno, y contentándose siempre con legumbres, á las cuales si estaban bien condimentadas ponia agua, ceniza ó alguna yerba amarga para quitarlas el gusto, siendo por consecuencia de esto excusado decir que nunca comió carne ni bebió vino, sino en alguna ocasion en que la santa obediencia, á cuya virtud era muy dado, le obligaba á re-

cibir este refrigerio. En órden al descanso de su cuerpo era brevísimo el que tomaba, y esto no sobre mullido lecho, sino sobre la pared reclinado en ella, ó cuando más sobre una dura tabla sin cabecera alguna. Castigaba su cuerpo con cruelísimas disciplinas, y le domaba con un muy áspero silicio, el cual estaba tan pegado á la carne, que costó grande trabajo arrancárselo despues de su fallecimiento. Era muy amante de la santa pobreza, en observancia de cuya preciosísima virtud llevaba siempre los vestidos más rotos ó remendados, y sufria con extraordinario júbilo el que algunos le befáran por presentarse de esta manera, ofreciendo á Dios desde luego el gran mérito que con todas estas cosas contraia, y llegando á tal extremo, si extremo puede llamarse el ejercicio de la sublime virtud que habia profesado, que obligado por su superior á hacerse y gastar un hábito que le diera una persona devota, no lo llevó al exterior hasta que estaba ya muy andado, y todo el tiempo ántes lo llevaba por obediencia, pero oculto debajo del suyo viejo y muy remendado. Era insoportable al fatal adversario de nuestras almas tanta perfeccion y tal constancia en el servicio divino, por lo cual le ponia delante las más vivas tentaciones, sin otro fin que derribarle y apartarle del servicio divino; pero nada podia conseguir: cuanto mayores eran los ataques del adversario, tanto más esclarecida era la paciencia y sufrimiento del siervo de Dios, verificándose el vencer hasta aquellas tentaciones que con más embozada apariencia le dirigia; todo como una consecuencia necesaria de la gracia con que el Señor le dotára en justa correspondencia á los heróicos esfuerzos con que fomentaba el amor divino en su favorecido espíritu. Le hicieron portero primeramente en su convento de Aguero y despues en Evora, y en este nuevo cargo encontró el siervo de Dios no solo nuevo aliciente á su caritativo designio de ayudar y remediar las necesidades de sus prójimos, sino una manera muy adecuada de procurar la gloria de Dios, pues no satisfecho con hacer la limosna material con un afecto enteramente fraternal, y con manifestar á todos los pobres, á quienes trataba con muy afectuoso respeto, cuándo y dónde podrian hallar el remedio de sus necesidades, sino que penetrando el interior de los mismos que se llegaban á la puerta á demandar por parte de los religiosos el auxilio espiritual que les era necesario, Fr. Pedro tenia extraordinario acierto para conducir á cada cual con el religioso que era más adecuado á sus deseos, ó más conforme á su índole, condiciones y necesidades. Estuvo tambien dotado de espíritu de profecía, y entre las cosas que anunció con mucha anticipacion fué la peste de Evora, acerca de la cual dió pormenores muy notables, entre otros el que serían siete los religiosos de su convento que fallecerian por efecto de ella, como se verificó puntualmente. Muchísimos milagros obró el Señor por medio de su siervo, todos insignes, y cuya relacion, sobre molestar la atencion

de nuestros lectores, pareceria cuando ménos exagerada. Estos motivos inducen á pasarlos por alto, fijando solamente nuestra atencion para terminar este artículo en los últimos dias de Pedro de Aguero. Con muchos dias de anterioridad recibió del Señor la para él muy grata noticia de que desatándose para siempre las ligaduras que le sujetaban á este mundo miserable, pasaria prontamente á la segura é inamisible posesion de su Dios, objeto de sus más vivos deseos y de todas sus ánsias, y blanco de todos sus desvelos. Habíale dicho á su confesor, como era consiguiente, que el Señor le mandára este aviso, y llegó el dia que fué domingo infraoctavo de la Epifanía del año 1528, cuando el Santo contaba cincuenta y tres de edad. No estaba el siervo de Dios enfermo ni áun delicado, pues si bien es verdad que por efecto de su tan rigorosa penitencia estaba extenuado y consumido, no dejaba por esto de cumplir con todas sus obligaciones y asistir á la oracion y demás actos con suma puntualidad. Aquella mañana se confesó y recorrió el coro arrodillado, pidiendo perdon y encomendándose á todos los religiosos, recibió la sagrada comunion, se puso á dar gracias, y hubo necesidad de sentarle, sin que pudiera ni áun moverse de aquella posicion. El prior creyó deber ir á obligarle á que tomase algun refrigerio; fué en efecto, pero no le pudo hablar por entónces, pues estaba extasiado en profundísima oracion y contemplacion. Vuelto en sí, le animó para que fuera á tomar alimento, y sonando entre tanto la campanilla de la puerta, como que le reanimó el deseo de cumplir con su obligacion, deseo que no pudo llevar á cabo, porque la misma debilidad le hizo caer, acudiendo los religiosos y llevándolo á su lecho, donde por término de repetidas instancias del superior se le pudo hacer reposar. Pareció al facultativo que era llegado el término de su vida, é hizo le administrasen la santa uncion. Respondió con la mayor fe y entereza á todas las oraciones del Manual, y pidió una santa cruz, con la cual se abrazó estrechamente, fijando en ella no solo su vista sino su deseo, y anhelando el venturoso momento de pasar á la patria de los justos. Y despues recitando, no como simple lego sino como muy sabio teólogo, aquellas palabras del Salmista : *Benedictus Deus, qui non amovit orationem meam et misericordiam suam à me*, entregó su alma á Dios en el citado dia y año. Muy vivo fué el sentimiento que su muerte produjo en cuantos le conocian y trataban, siendo la conviccion de todos, y muy fundada por cierto, que el siervo de Dios habia pasado de la pobre tarima, donde murió, á la gloria donde le esperaba el Señor para premiar sus heróicas acciones de virtud. Por supuesto que en el tiempo que estuvo expuesto su cadáver al público y durante los oficios que se hicieron por su alma, era inmenso el concurso, todos publicando lo mismo, es decir, manifestando que si Pedro de Aguero habia sido pequeño segun el mundo, era

extraordinariamente grande ante Dios que le colocó en su gloria.—G. R.

PEDRO de Aichspalt. Este elector y arzobispo de Maguncia nació en el Tirol en el siglo XIII, de tan pobre familia, que no pudiendo encontrar en su casa la subsistencia, ideó ganarse la vida cantando por las calles. Como á pesar de la pobreza de sus padres habia aprendido á leer, trató de enseñar lo que sabia á los demás, y no faltaron personas distinguidas que le confiasen sus hijos. Adquiriendo con lo que ganaba enseñando algunos recursos, se dedicó á estudiar medicina, y empezando por la filosofía hizo tan rápidos progresos que llegó hasta recibir la borla de doctor en medicina. Adquirió en seguida tanta fama como médico, que Enrique, conde de Lutzelbourg, le nombró para que le asistiese á él y á su familia. Despues de esto le concedieron un canonicato en la santa iglesia de Maguncia, desde la cual pasó al obispado de Basle, cuya diócesis gobernó durante nueve años. Gerardo, conde de Epstein y arzobispo de Maguncia, falleció, y entónces mandó á Roma secretamente á nuestro Pedro el conde de Lutzelbourg en 1304, cerca de la santidad del papa Clemente V, pidiéndole el arzobispado de Maguncia para su hermano segundo Bandouin. Rehusó el Papa conceder al Conde esta gracia, pretextando que su hermano era demasiado jóven para obtener tan alta dignidad. En este intervalo cayó enfermo este Papa, y consultado Pedro sobre su enfermedad, de la que desesperaban todos, le puso fuera de peligro con su plan facultativo en el corto término de tres dias. Agradecido el Papa á tan excelente médico le nombró arzobispo de Maguncia, cuya dignidad le obligó á aceptar, y gobernó esta iglesia por espacio de quince años, pretendiendo otros que su elevacion fué solo consecuencia ordinaria de su obispado de Basle. En 1310 coronó rey de Bohemia á Juan, hijo del conde Lutzelbourg, y el 5 de Julio de 1320 murió en su diócesis muy sentido de todos. Hablan de este prelado, Tritemio en su *Crónica de varones ilustres*, Brusch en sus *Obispos maguntinos*, y Melchor Adan en la *Vida de los médicos y otros autores*.—C.

PEDRO de Aierola (B.). Sin dar pormenores la *Crónica Seráfica* acerca de los primeros años de este esclarecido religioso, nos le presenta desde luego como un hombre de acreditada virtud, modelo no solo de sus hermanos sino de cuantos podian llegar á apercibirse de sus altas prendas y muy señaladas virtudes. Indudablemente esta circunstancia, tan favorable para que se pusiera á su cuidado el gobierno de alguna casa, sirvió para que le nombráran vicario de Tierra de Labor, en Italia, cargo que desempeñó con admirables circunstancias, demostrando en su gobierno prendas muy recomendables, pues reunia á una exquisita observancia, no solo de los preceptos de la regla y constituciones sino de las más menudas costumbres piadosas, con tal que ellas llevåran consigo alguna ventaja, una tolerancia tam-

bien muy grande para con sus hermanos, y no se crea que esto era transigir con las imperfecciones en que pudieran incurrir, nada de esto, era una gran compasion de la miseria humana, que comprendia bastantemente y que sabia no podia dar de sí más que imperfecciones y defectos. A todo esto agregaba un atractivo sumo por sus palabras y acciones, pues quien le veia una vez, quedaba de él materialmente prendado, y por este motivo se adheria siempre á su querer, pues desde el primer momento se marcaba que el Padre Pedro no podia querer nunca más que lo que se refiere á la gloria de Dios y bien de las almas. Bajo tales auspicios y persuadidos los religiosos de lo ventajoso que sería para lo sucesivo el que los jóvenes que ingresaban en aquella santa casa, diesen los primeros pasos en la carrera religiosa bajo la direccion de un hombre, cuyas sólidas virtudes y siempre acertadas prácticas pudieran servirles de aliento en el espinoso camino de la virtud, eligiendo por consiguiente á nuestro P. Pedro, que desempeñó este importante cargo en el convento de S. Juan de Parco-Lauro. Es excusado decir que los novicios adelantaban muchísimo, pues además de su grande virtud, tenia como consecuencia de su profundo estudio sumo conocimiento del corazon humano, y por consiguiente él sabia muy bien herir á cada uno en su fibra sensible para que se obtuviese el apetecido resultado de que, ó fuese un verdadero y ejemplar religioso, ó abandonase el instituto, cuando no era notable por ningun concepto el que tomasen esta determinacion. Además de los grandes servicios que prestaba como maestro de novicios, los prestaba tambien muy importantes como religioso sacerdote, pues tenia á su cargo la direccion de muchas almas, frecuentaba mucho el confesonario y resolvia con mucho acierto las consultas que con frecuencia le dirigian y cuyo éxito era siempre favorable, sin duda porque en razon al gran respeto que inspiraba, todos le miraban con veneracion y seguian ciegamente su dictámen. Acumulando así méritos á méritos, y muy conforme siempre con la voluntad del Señor, pasó el P. Pedro los dias que el Señor quiso darle de vida, y los últimos momentos de esta fueron en paz por los años de 1383, en el dia 30 de Julio. Verificado su fallecimiento fué cuando comenzaron á desenterrarse, por decirlo así, sus buenas acciones, y estas hicieron eco en todo el mundo, abriéndose, como era consiguiente, proceso en su averiguacion, y dando por resultado el que se calificase á Pedro de Aierola como beato, siendo su recuerdo el dia 30 de Julio de cada año, sin duda alguna porque en aquella misma fecha se verificó su muerte para el mundo que le proporcionó la gloria. — G. R.

PEDRO de Alcalá (M. R. P. Fr.). Perteneció este personaje á la seráfica familia de S. Francisco, habiendo estado para seguir sus estudios y para hacer su noviciado y profesion religiosa en el insigne convento de los santos

apóstoles Pedro y Pablo de la ciudad de Alcalá. Demostró desde luego grande ingenio y fué aplicadísimo, causando admiracion el provecho que desde muy jóven sacó de las explicaciones y doctrinas de sus sapientísimos maestros, siendo verdaderamente notable el despejo que demostraba en cuantas conclusiones ó actos públicos tenia que tomar parte, por prescribírselo así sus superiores ó por ser condicion precisa el que en tales cosas se ejercitára para ir adelante en su brillante carrera. Cuando ya los años de religion le habian acreditado en toda su Orden, y se habia hecho acreedor al reconocimiento y afecto de todos miéntras desempeñó el importante cargo de lector y maestro de estudios, pareció conveniente al bien de la Orden hacer que tomase á su cargo el importantísimo destino de ministro provincial de la de Castilla, y ciertamente tuvieron grande acierto en su eleccion, pues supo guiar con tino á aquella inmensa grey, supo proveer de remedio á las necesidades en que se hallaban; y obró con tal prudencia y con tan extraordinario tino, que poniendo todas las cosas y personas en el apetecido órden, no hubo durante su prelacía la más pequeña señal de disgusto, ni áun de parte de aquellos mismos á quienes dirigia sus reprensiones y áun alguna vez sus castigos, si no hallaba otro medio de corregirlos. Fué muy erudito y escribió bastantes opúsculos en que resolvia cuestiones de la mayor importancia, por este motivo alcanzó bastante fama y reputacion; pero lo que le dió más estima é hizo se formára de él el alto concepto á que era acreedora su ciencia y su constancia en el estudio, fué la obra que bajo el título de *Memorial satisfactorio* publicó, y en la cual ventilando puntos muy controvertidos con soluciones muy fáciles, hace gala, sin intentarlo, de las grandes dotes que como orador, como filósofo y como teólogo poseia. Es muy sensible que no hayamos podido adquirir más noticias de este grande hombre, honra de la Religion Seráfica.—G. R.

PEDRO de Alcalá (Fr.) Oriundo este insigne varon de una de las más distinguidas familias de Granada, se educó en la capital del reino por los años en que florecia el gran Felipe IV. Sus antecesores se habian distinguido por su piedad y por los heróicos esfuerzos con que habian defendido la religion en el tiempo en que los moros dominaban á nuestro católico reino, y además porque á sus esfuerzos habian agregado una fidelidad á toda prueba en la observancia de los preceptos y consejos evangélicos, bajo cuyos auspicios querian tambien educar al jóven que, heredero de sus bienes, deseaban lo fuese tambien de sus buenas prendas, y de estas aún más que de aquellos, pues bien persuadidos estaban del ningun valor que las cosas del mundo tienen si se las pone en parangon con los bienes celestiales. Estas máximas, que sus padres inculcaban en el jóven Pedro, viniendo á caer en un corazon dócil y bien dispuesto, hicieron que surgiera en él la idea de

dedicarse al servicio y amor de Dios en el claustro, siguiendo las huellas de su hermano mayor, que religioso de Sto. Domingo, hacia grandes progresos en ciencia y en virtud, adelantándose á los más aventajados en el camino de la perfeccion cristiana. Granada fué el lugar escogido por Pedro para llevar á cabo sus piadosos intentos, y en su convento de Sto. Domingo hizo el noviciado y emitió su solemne profesion, con algun rezelo de sus superiores, no por lo que pudiera dudarse de sus disposiciones morales, sino porque su delicada complexion parecia hacer dudar de que pudiese resistir á los rigores que eran consiguientes al fervoroso anhelo con que él se hizo todo de Cristo, y de Cristo crucificado. Excusado es decir que desde el momento mismo en que comenzó su noviciado, además de instruirle en los ejercicios de piedad á que con gran esmero y provecho se dedicó, trataron los padres de su convento de hacerle aplicarse al estudio de las ciencias sagradas y profanas para que bajo los auspicios ventajosísimos que presentaba, diese la utilidad que para todos los fieles podía apetecerse de él, como sucedió con efecto, pues Dios le tenia reservado para importantísimas empresas, en cuyo desempeño adquiriria gran lustre la órden de Sto. Domingo, y él muchos méritos y ocasion de practicar las heróicas virtudes que luego le habian de hacer acreedor al aprecio y recuerdo inolvidable de los siglos posteriores, y de todos los que admirarian en él uno de esos siervos fieles de Dios en quienes Dios mismo fija sus complacencias para colmarlos de sus bendiciones y hacerles acreedores á sus premios y goces. Todos sus deseos y santa envidia se refundian en una ánsia insaciable de dar su vida por la fe de Cristo, á cuyo designio le animaba la consideracion del feliz éxito que habian tenido en épocas no muy remotas los esfuerzos de otros varones apostólicos que, animados de igual deseo, habian podido evangelizar á las gentes que ignoraban el camino de la dicha, y hacerles conocer al Dios verdadero, desconocido de su invencible ceguedad. Así, que todas las ánsias del jóven Pèdro se reducian á ser misionero para suplir, decia, con el mérito y virtudes de los convertidos á Cristo, el mérito que él consideraba tener todas sus acciones en la augusta presencia del Señor. Como era la voluntad de Dios que su siervo se ocupase en el importante ministerio de evangelizar á las naciones que no conocian á Dios, fué nombrado apénas ascendió al sagrado órden de presbítero, para acompañar á treinta y ocho religiosos que partieron de España para Manila, adonde llegaron en Agosto de 1666. Desde el principio del viaje se dispuso que al llegar al país donde iban destinados se comenzaria la predicacion del Evangelio, para no hacerse sospechosos ocultando su intento, y para comenzar desde luego á cumplir con la obligacion que se impusieron en su solemne profesion, y que en la práctica les imponian sus superiores desde el momento que resolvieron confiarles este tan importante

cometido; mas el rezelo natural de no hallar en un país extraño la mejor acogida, y el apego natural tambien con que miramos la existencia, y para dominar el cual es necesario elevar nuestra consideracion en alas de la gracia divina hasta el trono, que será la recompensa de nuestro heróico desprendimiento, hicieron que rehusando todos ser los primeros en demostrar sus intenciones y en predicar la fe del Crucificado, se encomendase esta árdua empresa al P. Pedro de Alcalá, que sin dificultad alguna, ántes con la mayor complacencia, aceptó tan importante cargo, y lo desempeñó con extraordinario fruto, y no se crea que en solo una mision, y alguna que otra catequística expedicion por aquella comarca, llena de ignorancia y fanatismo, sino en el larguisimo espacio de catorce años en que sin interrupcion y con sumo trabajo se ocupó de predicar, enseñar y confesar, no tomando más descanso que el muy preciso por la noche, en cuyo tiempo se dedicaba á la contemplacion de las eternas verdades, aprendiendo al pie del crucifijo el gran secreto de mover los corazones y atraerlos á Dios. Es verdad que el Señor hacia tambien en favor de su siervo singulares beneficios, pues además de su incansable afan con que contínuamente buscaba á los infieles para atraerlos á la gracia, y del decidido empeño con que tomaba á su cargo la enseñanza de barrios enteros, en cuyo trabajo tenia necesidad de emplear todo el tiempo del dia y parte de la noche, lo cual era irresistible sin una fuerza que no fuera de aquí abajo, además de esto, digo, el Señor le habia dotado de una ciencia tal, que no solo entendia los dialectos de todos aquellos á quienes se dirigia, sino que hablaba el de cada uno como si fuese el suyo habitual, con lo cual encontraban tambien los mismos infieles un motivo de alabar á Dios, y por tanto se esforzaba en corresponder á los deseos de este varon verdaderamente apostólico, de este ilustre dominico. Consiguiente era á una vida tan agitada, á un trabajo tan continuo y pesado, el que su salud se quebrantase y tuviese necesidad de descanso, y esto hubiera sucedido indudablemente si Pedro de Alcalá hubiese obrado segun obran los hombres en el siglo; mas como sus operaciones eran destellos de una gracia superior, esta le sostenia así como le libró de peligros inminentes, cual fué entre otros la acometida de un terrible cocodrilo, que viniendo hácia él le hubiera devorado si no hubiera el Señor defendido á su siervo por uno de esos rasgos de amor hácia los hombres, con que Dios sabe acreditar que su providencia no descansa y que sus favores son hoy tan singulares como lo han sido en los dias en que, terrible ó misericordioso, se mostraba á la faz de su pueblo escogido, ya como vengador de sus ofensas, ya como remunerador de las buenas obras con que querian hacerse acreedores á su favor. Parece que el haberse visto Pedro en tan inminente peligro y el haberle Dios librado de él de un modo tan portentoso, habria sido un motivo para que él

desistiese de su empresa de convertir infieles, y rogado al Señor le indicára otro medio de hacerse agradable á sus divinos ojos. Todo fué, sin embargo, de otro modo. En cuanto él hubo conocido su riesgo, elevó á Dios su corazon agradecido y suplicante; pero suplicante no de que le ahuyentase los peligros ó hiciera más fáciles las victorias y triunfos, sino de que le pusiera y condujese allí donde su nombre fuera ménos conocido y donde por consiguiente conviniera más la predicacion del Evangelio. Como hijo de obediencia, habia indicado muchas veces á sus superiores cuán conveniente sería el adelantar la mision hácia la China, mas esto no se habia aún decidido, pensando sin duda con fundamento que si se dejaban pocos operarios en Manila por llevarlos más allá, se veria destruida la obra emprendida allí ó por lo ménos no tendria el progreso que era de desear, y en su inaccion se adelantaria acaso ménos que lo que se pudiera aventajar en el interior, motivos que, aunque no los indicaron, serian sin duda los que les indujeron á no atender como parecia era debido á las indicaciones del muy estimado P. Pedro. Vino, sin embargo, á España el año 1687 el P. Juan de Polanco, profeso en el convento de Valladolid, y que habia prestado á la Orden servicios tan importantes como el conducir á Manila la mision en que fué el P. Pedro, y el buscar y acompañar de nuevo en esta época á los religiosos que fueron allá, entre los cuales se cuentan los distinguidísimos PP. Arcadio del Rosario, Pedro de Alarcon y Alfonso de Córdoba, los cuales con el P. Pedro de Alcalá se embarcaron en Isla Formosa para pasar á la China, de cuyo reino visitaron primero la provincia de Fokien, á unas treinta y tantas leguas del puerto, pero en cuya travesía quiso ya el Señor probar su fe, pues un trayecto que es apénas de seis ó siete dias en todo, costó más de veinticuatro á nuestros celosísimos misioneros. El recibimiento de parte del jefe gobernador de la Isla no fué inhumano, pues aunque él no se vió desde luego ilusionado por la clara antorcha de la fe, no pudo ménos de confesar que estos extranjeros eran excelentes, pues veia en ellos una abnegacion, una pobreza y humildad tales, que atrajeron desde luego no una simpatía viva que le hiciera proteger su empresa, sino una afeccion tibia que le permitia no causarles molestia alguna y conservarse indiferente á sus triunfos. Pero es consiguiente, como la novedad agrupaba en torno de los misioneros á toda la gente del país, y ellos aprovechaban este espontáneo movimiento para hacer oir sus doctrinas, y la conviccion que ellas llevan consigo, además de la gracia de Dios, les hacia primero vacilar, luego considerar como mala su religion y despues abandonarla; los sacerdotes de los ídolos, los principales de la ciudad y algunos otros se acercaron al gobernador, obligándole á que se mostrára un tanto más severo con los cristianos, y así fué que la benevolencia del principio tuvo que cambiarse des-

pues en algo más de severidad, y le fué preciso poner á nuestros religiosos bajo la vigilancia de una guardia que los acompañaba siempre, y que les servia como de obstáculo, no para su predicacion, pues en este punto ni se intentó ni se hubiera conseguido el ponerlos obstáculo alguno, sino para que los chinos se les acercasen, pues que era necesario que el corazon estuviese ya vencido por la gracia, para que pudiese resistir á la infamia, digámoslo así, que les resultaba entre sus mismos compatricios, de dedicarse al culto del verdadero Dios, abandonando el de sus falsas deidades tenidas por ellos en tan alta veneracion y estima, bien que veian ser más la estima que se debia al Dios de los cristianos. Mas los designios del hombre nunca pueden neutralizar los designios de Dios, así que á pesar de todo el esmero de los sacerdotes de aquella falsa divinidad, los misioneros volvieron á quedar libres en el ejercicio de su ministerio, por haber sido preciso echar mano de las tropas que los acompañaban para que sirviesen de refuerzo al virey de Fokien, á fin de soltar el yugo de los tártaros, que con barbarie inaudita los molestaban de un modo indecible, ejerciendo en los súbditos chinos toda especie de crueldades las más atroces, y sin reparar en ninguna de las condiciones ni gerarquías que áun entre bárbaros hacen que esta misma barbarie se modere algun tanto. El suceso, pues, de la marcha de las tropas y esta pequeña libertad que á los predicadores evangélicos daba esta circunstancia, fueron motivo de que el P. Pedro de Alcalá pudiese acreditar más su celo, y alcanzase de Dios un milagro que sirvió mucho para dilatar la fe en aquel vasto imperio. —Caminaba nuestro apostólico varon solo, como lo tenia de costumbre y á pie, predicando siempre, haciendo en toda ocasion conocer la dicha que en la religion de Cristo encontrarian, á aquellos que no eran cristianos porque no habian sabido quién era Cristo; y llegando en las cercanías de un pueblecillo á un lugar donde habia mucha gente, vió en medio de la multitud un tablado muy alto en el cual pendian de duros clavos tres chinos, que por crímenes horrendos padecian aquel tormento, aumentado con los insultos de los que les rodeaban y que habian de durar mucho tiempo aún, pues que se les daba alimento y bebida aunque escasos, y se queria prolongar su existencia en este lastimoso estado, para que así expiasen su crímen con más dureza y escarmiento. Animado el varon apostólico de caridad, se hace paso por entre la muchedumbre, penetra hasta el mismo tablado, sube á la altura en que los penitenciados pudiesen escucharle, y cuando ellos desesperados gritaban contra sus jueces y delatores, les habla de Dios y de sus misericordias, les hace comprender que su mismo suplicio podria ser el camino de su felicidad eterna si ellos consideraban su muerte como el único sacrificio que podian ya ofrecer á Dios; les demuestra lo mucho que al Señor complaceria el que ellos le si-

guieran toda vez que habian llegado á conocerle, y arrancando de ellos la confesion de la verdadera fe que Dios infundiera en sus espíritus, logra que su resignacion les asegure la dicha eterna, sirviendo al propio tiempo de edificacion á los que presenciaron esta escena verdaderamente interesante, y en la cual se vió á la gracia obrando prodigios por medio del siervo de Dios, su querido Fray Pedro de Alcalá. Volvió el gobernador á la Isla y volvió á coartar los medios de que se valia Pedro y los suyos para la predicacion del Evangelio, así que ellos, desconsoladísimos, tuvieron que sufrir este nuevo percance, que sirvió sin embargo para que, animándose á penetrar en lo más interior del imperio, evangelizáran siempre con bendiciones del cielo á aquellos pobrecitos, que muy complacidos recibian las noticias que de Dios les daban los padres misioneros, y seguian sus consejos abandonando sus antiguas creencias y costumbres, para sujetar su entendimiento á la verdad católica y su voluntad á la realizacion de los preceptos y áun de los consejos del Evangelio. Despues que evangelizó á la provincia de Fokien, pasó con sus hermanos á Chokiang, y como su doctrina era caridad, y las prácticas de su vida todas virtud, su dulzura extraordinaria áun para con los más rudos é ignorantes, su sufrimiento á toda prueba, sin que nunca se le oyese una manifestacion de disgusto; su intimidad con los chinos estrechísima desde el primer momento en que se acercaba á ellos; todas y cada una de estas cosas producian en los infieles una viva simpatía hácia sus catequistas, y como en todo esto se distinguia más el P. Pedro, á él iba á parar todo el afecto, dócil sumision y muy espontánea entrega de sí mismos, que hacian aquellos pobrecitos, por lo que los triunfos que allí alcanzó fueron innumerables, por haber sido innumerables los convertidos á la fe y religion de Jesucristo, siendo muy de admirar el afecto, veneracion y entrañable cariño con que le consideraban los que, habiendo recibido de su mano el sagrado Bautismo, cuya excelencia, ventajas y beneficios les habia hecho comprender, se creian como hijos suyos, respetándole y queriéndole mucho más que se quiere en el mundo á los padres, áun cuando ellos se hayan desvelado y esforzado grandemente por el bien de sus hijos más predilectos. Cuando se conoció de una manera indudable esta predileccion con que todos los convertidos miraban á los PP. Dominicos fué cuando una atroz inundacion ocupó el lugar donde vivian, amenazando la pequeña casa donde tenian su vivienda, su iglesia y el asilo en que recogian á los pobrecitos, hasta donde sus fuerzas, débiles por entónces, alcanzaban. Todos vinieron en su socorro, todos querian conservarlos ilesos en sus casas; pero el Señor permitia que á las casas de todos ocurriese el mismo trabajo que á las de sus siervos, así que conservándose en esta y elevando á Dios sus súplicas unos y otros, fué como se obtuvo el que se aplacase la ira de Dios, la tempestad calmase, y

vueltas las cosas á su estado normal, confesaron todos lo que el P. Pedro ni siquiera sospechó, que á sus oraciones se debió el que con tan buen suceso terminára un acontecimiento, del que se preveia como consecuencia la ruina de muchísimos é indiscriptibles disgustos. Por más que la profundísima humildad del celoso Fr. Pedro y los escasos medios de comunicacion les impidieran dar noticias detalladas de sus progresos, al cabo alguna que otra vez era preciso decir algo de sí, y esto motivó el que la Orden escogiese para superior de las misiones de la China al mismo Fr. Pedro, que, si como misionero particular tenia mucho trabajo y sufria grandes molestias, como superior tenia que experimentar más, como en efecto aconteció, sin que todo ello diera otro resultado más que el hacerle cada dia más celoso por el bien de los chinos, por lo mismo que al bien de éstos parecian oponerse sus mandarines, con las dificultades que presentaban para que se dilatára por aquella comarca el Evangelio, y con él la esperanza de felicidad, ventura y dicha que son consiguientes á la práctica de sus sabias prescripciones y á la gracia que Dios ha vinculado en sus sacramentos. Ciertamente, en 1687 surgió contra los religiosos y contra los cristianos una gran persecucion, debida segun unos á cierta prevencion con que el virey vió que el P. Alcalá comprase alguna finca para sus misioneros, y segun otros, y esto es lo más probable, porque el mandarin de Lingan en un edicto acerca de diez y siete artículos en que el Rey habia consignado su suprema voluntad, habia dicho que la religion cristiana era la más inícua secta del Imperio, gérmen de perturbacion, trastorno y malestar, y esto refutado por un Padre de la siempre esclarecida Compañía de Jesús, dió lugar á que contra Jesuitas y Dominicos se armase la saña de los chinos, ó más bien que aprovechando esta ocasion el demonio, se valiese de este medio para neutralizar los heróicos esfuerzos del P. Pedro y los suyos para propagar la fe de Cristo y hacer así la dicha de aquel pobre Imperio, acreedor á mejor suerte por más de un concepto. Maltratado y echado de su casa, apedreado y desterrado, pudo y supo el V. Misionero demostrar con su heróica paciencia, con su invictísimo sufrimiento, que cuanto por el amor de Dios se hace, no es sino para aumentar en ellos el deseo de la gloria de este buen Señor y atraerles más y más á su servicio, bien haya de ser éste disfrutando el sosiego de su dulce posesion, bien experimentando los rigores de una persecucion tanto más honrosa cuanto más indebida, así que en vista de su invicta paciencia y heróico sufrimiento, considerando que al bien de todos, despreciando su vida y comodidades, era á lo que tendian todos los esfuerzos del venerable sacerdote, se le hizo saber que podia regresar á su querida casa de Fokien desde Canton, que fué el lugar que le señalaron para su destierro. Imposible es describir el gozo con que fué recibido por sus queridos y antiguos súbditos

eclesiásticos, y tampoco se puede reducir á expresion el gran trabajo que hubo de emplear para reunir los hijos de su amor, dispersos por la tribulacion que acababan de sufrir, y lo mucho que le complació cuando á Dios plugo que, otra vez congregados y de igual manera que ántes de la órden de destierro, pudiera dar el pasto espiritual á los que ansiosos venian á recibirle y se complacian mucho en oir, obedecer é imitar en lo posible al que era todo un religioso, de una caridad á toda prueba, de un celo incansable, de un corazon todo de todos, para atraerlos á que se identificasen con el corazon benéfico de Jesucristo nuestro Redentor y Señor, derramando así la dicha en el de todos por esa indefinible felicidad y sosiego que lleva en pos de sí la caridad. Aun cuando nuestro P. Superior tenia con todos los misioneros, ya de su Orden, ya de las demás, todas las consideraciones y toda la atencion convenientes, no podia evitar ciertas etiquetas, ya con sus mismos hijos, ya con los demás compañeros, etiquetas que en el fondo eran nada, que en la práctica hablaban muy alto en favor de su celo y buen deseo, pero manifestadas de cierta manera hacian formar muy pobre idea del que las consentia, ó más bien daba lugar á ellas. Fueron estas cosas pintadas con feísimos colores al supremo jefe de la Iglesia, é hicieron en el piadoso corazon del papa Inocencio XII una impresion tan viva y desagradable, que resolvió facultar en todo lo que fuese necesario, concediéndole la consideracion de legado *à latere*, y permitiéndole que en todo y por todo hiciese y deshiciese á su arbitrio, al patriarca de Antioquía, despues cardenal de la Santa Iglesia Romana, muy reverendo monseñor Tomás Maillard, el cual acercándose al vicario general de la mision, que con tan justo y señalado título habia sido confirmado por Su Santidad, el muy reverendo P. Fr. Pedro de Alcalá, y prendado de su humildad y virtudes, de su celo y deseo ardientísimo por el bien y prosperidad de la Iglesia, habiendo hallado todas sus determinaciones, no solo conformes á lo que las diversas circunstancias habian requerido, sino como el único medio de sostener la obra y de hacerla progresar bajo sólidos fundamentos, sin que un dia de revolucion deshiciera lo que muchos dias de trabajos habian edificado; viendo en él un varon verdaderamente apostólico, celoso, caritativo, sabio y prudente, en quien no habian hecho mella alguna ni las excitaciones de los unos ni las amenazas de los otros, que habia sabido conquistarse el aprecio de todos y que para todos era de grande utilidad, en unos como maestro, en otros como amigo, en algunos como compañero; propuso á la Santa Sede su eleccion como obispo de aquella comarca, y el Papa condescendió á ello muy gustoso, y Fray Pedro hubiera sido obispo de la China, si Dios no hubiera resuelto premiar de una vez sus servicios con una corona mucho más preciosa, con una dignidad mucho más alta y que nunca perece. En efecto, cuando iba á dar cuenta

al legado de Su Santiad de la visita que acababa de girar, sin otro fin que enterarse con toda exactitud del estado de la mision, para que las noticias que al Padre comun de los fieles se lleváran fuesen del todo ajustadas á la verdad, y él pudiera con su apostólica bendicion y con los recursos que le ocurriera, disponer lo más conveniente á la mayor gloria de Dios y provecho de aquellos pobrecitos, objeto de todas las complacencias del P. Vicario general, una terrible enfermedad le acometió y fueron inútiles cuantos esfuerzos hizo para llegar adonde le esperaba el Cardenal legado, teniendo que pasar unos cuantos dias en el camino para mejorarse algo y llegar á la casa donde estaban reunidos los misioneros todos, no solo de su Orden sino de todas las demás, que por entónces estaba en Lanki, donde llegó, pero tan débil y fatigado, tan enfermo y molestado, que un llanto general fué el saludo con que todos le recibieron, desconsolándose en gran manera, porque cada uno de los allí reunidos veia en el Vicario general un objeto que le llamaba mucho la atencion, pues que él habia sido para todos padre y padre cariñoso, consejero franco, amigo sincero, ayuda siempre dispuesto; en fin, lo que debe ser y es un siervo de Dios á quien el Señor hace vivir en el mundo para consuelo y edificacion de cuantos tienen la dicha de disfrutar de su trato. Los últimos dias del P. Pedro fueron como habia sido el resto de su vida. Comenzó por poner en órden todos los asuntos de la mision, confiando los más importantes secretos que acerca de ella solo él conocia, á varones que mereciendo su confianza estaban tambien acreditados como hombres de rara virtud y de excelentes prendas, muy á propósito para el ministerio en que el Señor los habia constituido, llamó al lado de su lecho á algunos á quienes era necesario dirigir advertencias, cumpliendo las cuales podrian conseguir algun adelantamiento y provecho en su vida espiritual y ser de más utilidad que hasta entónces á la religion y á su casa. Exhortó á todos á la obediencia, subordinacion y respeto debidos y á que ninguno anhelase por pasar del lugar ó encargo donde los superiores lo constituyeran, y con profundísima humildad hizo notar á todos el gran sentimiento que tenia de que en toda su vida no habia hecho nada para retribuir á Dios por los grandes beneficios que de su liberalísima mano habia recibido. Bajo estos sentimientos recibió todos los sacramentos de la Iglesia, acompañó las preces que esta cariñosa Madre dirige por sus hijos cuando se encuentran en este apurado trance, que ha de decidir su suerte por toda la eternidad; y lleno de confianza, pero penetrado de su miseria y de su nada, confesando esta misma nada suya y la grandeza de Dios, le entregó sosegadamente su espíritu el 14 de Setiembre de 1706, despues de haber cumplido cuarenta años de misionero y á los sesenta y cinco de su edad. Siendo el momento de su muerte uno de esos inexplicables y solemnísimos en que todos se identifi-

can, para demostrar una emocion vivísima como consecuencia de un suceso importante para todos. Así fué que á la muerte de este sugeto, los fieles como los infieles, sus hermanos como los que más distantes estaban del aprecio y consideracion que como religioso merecia, todos, en fin, sintieron de un modo inexplicable, y un luto universal fué el mejor testimonio de las heróicas y siempre acreditadas virtudes de este hombre verdaderamente apostólico, gloria de su nacion y de su siglo, bello ornamento de la religion dominicana, que con sobrada justicia se complace en hacer imperecedero su nombre é inmortal su memoria, proponiéndole por modelo de virtud y de aplicacion, de celo y de buen religioso, y viviendo en la conviccion de que su nombre estará en el libro de la vida. — G. R.

PEDRO Alcántara (S.), confesor y fundador. Grande y magnífico se ostenta el blason de España por el jamás desmentido valor é hidalguía de sus hijos que supieron conquistarla un nombre heróico entre las más célebres y poderosas naciones de la tierra, y hacerla tan grande que jamás el sol se pusiese en sus dominios. Empero más magnífico se presenta todavía rodeado de auréola divina entre los pueblos cristianos, pues que habiendo sido de lós primeros que recibieron la clarísima luz del Evangelio, tuvo la dicha de ser visitada en carne mortal por la Purísima Vírgen María, que se singularizó con este pueblo como si le escogiese por el suyo, y se dignó sentar en él su trono para que jamás le faltase su gracia y proteccion. Y grande han hecho á España tambien esa multitud de bienaventurados confesores y mártires, nacidos en su suelo, que ocupan los tronos celestiales por dicha suya, y que abogan constantemente por el bien y ventura de la patria en que vivieran en el siglo ántes de pasar á la celestial morada en la que son sus más decididos protectores. Por esto, si el blason español es respetado por el valor de sus hijos en todas partes, es venerado al propio tiempo por la santidad de sus héroes en el orbe católico, en el que se halla á la cabeza de los más fieles, pues que es el único pueblo que hoy conserva felizmente su unidad religiosa, sin admitir otra religion que la que directamente emana del que legisló en el Gólgota á los que quisieran tener un seguro lugar en la bienaventuranza, cuyas puertas abrió con su gloriosa resurreccion á los que siguiesen por el camino que dejó trazado. Rica, riquísima es nuestra España en santos en el cielo, y por lo tanto no puede ser jamás pobre en gracias celestiales por más que se empeñe la impiedad en oscurecer sus glorias y la indiferencia maldita en robar la confianza á los creyentes, pues que bastarian ya las joyas adquiridas para que no se empobreciese el tesoro de las gracias, que por fortuna han de aumentarse en vez de disminuir á pesar de los esfuerzos del demonio en contrario. Si la comunion de los Santos no puede faltar de modo alguno por ser promesa de todo un Dios, no es de temer que Es-

paña, pueblo protegido por su bendita Madre carezca de este don celestial, y de consiguiente acrecerán las gracias cada vez más en el suelo español para gloria de sus hijos: así lo esperamos del Dios de las misericordias, á quien se lo pedimos en nombre de nuestros compatriotas, poniendo por intercesora á la Purísima María, nuestra patrona celestial, y á los santos españoles que la sirven en la corte de su divino Hijo, entre los que se cuenta el glorioso confesor S. Pedro Alcántara cuya biografía vamos á trazar como mejor podamos, en vista de lo que acerca de su santa vida nos dicen los autores que hemos consultado, como la gloriosa Sta. Teresa de Jesus, S. Francisco de Sales, el Mtro. Avila, Fr. Diego de Yepes, obispo de Tarazona; los jesuitas Rivadeneira y Alvarez, Fr. Juan de S. Bernardo, procurador en Roma en la causa de su canonizacion, y otros muchos que se hicieron un honor en escribir las excelencias de tan gran Santo. — Nació S. Pedro Alcántara el año 1499 en la villa de este nombre, llamada por los romanos *Norba Cæsarea*, en la region lusitánica, que corresponde hoy á la Extremadura, provincia de Cáceres, en la que la veneranda órden de caballeros de Alcántara, que tantas glorias proporcionaron á la España cristiana contra las huestes musulmanas, fijó su capital. Fueron sus padres el jurisconsulto Garabito y Doña María Sanabria Maldonado, de la más ilustre nobleza del pais, y aquel muy afamado en él por su ciencia y virtud, razon por la que se le guardaban muchas consideraciones y tenia en grande aprecio por sus compatriotas. De padres tan nobles y cristianos no podia ménos de ser bien educado un niño que habia nacido para el cielo; y así es que como se amamantó en la sana doctrina, y desde que abrió los ojos naturales á la luz, no vió más que buenos ejemplos, ni oyó más que palabras dedicadas á alabar á Dios en todas sus obras, desde muy niño se le vió inclinado á todo lo bueno, distinguiéndose entre los niños de su edad por su devocion, su humildad y su extremada obediencia á sus buenos padres, que tenian necesidad de buscar defectos en su hijo para reprenderle. Como desde que empezó á pronunciar palabras le enseñó su madre á decir los nombres sacrosantos de Jesus y de su santa Madre, los tenia siempre en su boca, y aún no tenia cuatro años cuando se le veia retirado del resto de la familia rezando ante las imágenes de Jesus y de la Vírgen las oraciones que su madre le habia enseñado, y muy especialmente el santo Rosario, el que jamás rezaba sino de rodillas y con la más fervorosa devocion por el grande amor que tenia á nuestra Señora. Luego que aprendió á leer encontró en los libros de devocion los juguetes que más le divertian, y costaba trabajo hacer que los dejase; y tan presto como supo escribir, no se contentó con leerlos, sino que releyéndolos con consideracion muchas veces, entresacaba de ellos las buenas máximas y sentencias é iba formando un libro, que consultaba hasta que se

le quedaban en la memoria. Su paseo más frecuente era el que conducia á la iglesia, y en ella se le encontraba muchas veces tan extasiado delante de las santas imágenes que parecia una estátua de piedra, costando trabajo hacerle volver de su éxtasis. Conforme fué creciendo su cuerpo se fué engrandeciendo su alma y encendiendo su corazon en amor á Dios y á su Santísima Madre, y aprendiendo la excelencia para con Dios de la virtud de la castidad, la llevó á tal extremo, que imitando al paciente Job, iba siempre con la vista baja y jamás la levantaba delante de una mujer que no fuese su madre, de modo que pudiera decirse, que no hubiera podido dar razon de ninguna por su rostro si se le exigiera, de modo que hecha la costumbre expresada, pudo conservar la virginidad, víctima las más veces de los ojos, que llevan la corrupcion al alma por el canal de los deseos que inspiran. Estudió S. Pedro las primeras letras y la latinidad en Alcántara á la vista de su familia: y deseando ésta que quien tan aprovechado era en la virtud lo fuese en las letras y las ciencias, para más enriquecerla le mandaron á estudiar la filosofía á la universidad de Salamanca. Su ingenio penetrante y su asiduidad en el estudio le permitieron hacer rápidos progresos, y como se uniese á esto la virtud y modestia que le caracterizaban y que todos admiraban, los estudiantes le respetaban á pesar de su corta edad, hasta el grado de cambiar de conversacion cuando se acercaba, si hablaban de mujeres ó de cosas poco decentes, por no ofender su honestidad y recato. A pesar de su virtud y de su cuidado en poner diques que le defendieran, no por eso el demonio dejaba de tentarle, poniéndole obstáculos en sus buenos deseos y lazos para cogerle en sus redes; pero conociendo él los ardides del enemigo, se encastillaba en la oracion, y se fortificaba con ayunos, penitencias y ejercicios piadosos, armas que, esgrimidas con perseverancia, acaban siempre por cansar y vencer á Satanás. Deseoso el Santo de elegir la carrera que fuera la más propia á servir á Dios con mayor perfeccion, le pidió de todas veras le diese á conocer de algun modo su divina voluntad, y alcanzó la dicha de que le revelase tomase el hábito en la Seráfica Orden de S. Francisco, en la que podria hacerle los importantes servicios que exigia de él. Una legua de Valencia de Alcántara habia un convento de Recoletos, llamado de los Manjarretes, perteneciente á lo que se llamaba en aquella época *Custodia de Extremadura*, y despues provincia de S. Gabriel de la Orden Seráfica, y en este convento puso la vista nuestro S. Pedro para profesar de pobreza bajo la bandera de S. Francisco. Determinado á seguir la voluntad divina, emprendió su camino hácia el expresado convento, y al llegar al rio Tietar, que cortaba el camino por que se dirigia á él, le encontró invadeable por la mucha agua que llevaba y sin barquero que le pasase á la banda opuesta; fué grande su afliccion, pero mayor fué su alegría cuando rogando á Dios que

no permitiese se dilatase por este contratiempo el llenar su deseo, se encontró por providencia divina al otro lado del rio sin que supiese explicarse el cómo; y como su fe le dictase de quién venia el prodigio, señalándole la bondad de Dios que tan especial favor habia querido le debiese, se prosternó y adoró su misericordia; dándole fervientes gracias por la ostensible proteccion que le dispensaba. Diez y seis años contaba S. Pedro cuando tomó el hábito humilde de la Orden Seráfica, y con él vistió tambien su alma, que conociendo su miseria, quedó esclava voluntaria de su Dios y de la obediencia á sus superiores con una alegría en llevar las cadenas de la gratitnd más grande que la del cortesano cuando se cuelga los hermosos collares de la grandeza mundana, porque la humildad es oro del cielo que jamás pierde su valor y brillo, y las grandezas del mundo son polvo que disipa el viento, sin que nada quede de ellas más que los efectos de los males que causan, pues que las más veces son lazos que tiende el demonio para conquistar almas al infierno. Empezó S. Pedro su vida conventual por donde otros acaban, pues que convencido de que no con goces y placeres se gana el cielo, cuyo angosto camino erizado de espinas es preciso pasar con mortificaciones del cuerpo, que son las que dan robustez y vigor al alma para que pueda vencer los obstáculos y persistir en él hasta llegar al fin en el que se halla la puerta de la bienaventuranza; castigaba su cuerpo con ásperas penitencias, como si hubiera sido gran pecador; y deseaba purgar en este mundo sus delitos para que no le pidiesen cuentas de ellos en el supremo tribunal de las Justicias. Siempre en su Dios y casi nunca en el mundo, llegaba á olvidarse hasta de su familia, considerándose solo y desamparado de todos ménos de su Criador, y aquel que conservaba la inocencia primitiva y la gracia que recibiera en el bautismo y cuya pureza se asemejaba á la de los ángeles, buscaba todos los medios de mortificar, no solo á su carne si que tambien á sus sentidos, sin tregua alguna; de modo que su noviciado fué una cadena de penitencias, y un ejemplo de santidad admirable, que hizo concebir á los religiosos del convento la idea de tener en él un gran santo que habia de dar grande gloria á la religion, á la patria y á la órden de S. Francisco, que habia tenido la dicha de recibirle en su seno. Cumplió nuestro Santo el año de noviciado admirado por sus propios custodios y maestros, y verificó la profesion que tanto deseaba para quedar doblemente obligado á servir á Dios en la Orden y bajo la regla de la misma, que le parecia áun demasiado suave, y entónces creyó que debia arreciar su penitencia pareciéndole muy débil la que hasta la sazon habia practicado. Teniendo presente al glorioso S. Bernardo, razonaba como él acerca de sus deberes y del medio más pronto y eficaz de llegar á la perfeccion, y para conseguirlo ideaba su piedad mil ingeniosos modos de mortificarse, creyéndose desprovisto de

toda virtud, siendo así que todas las poseia en alto grado en opinion de sus superiores y de sus compañeros. Pidió y consiguió le ocupasen en los oficios más bajos y humildes de la comunidad, y jamás se vió fámulo más servicial, criado más obediente, lego más humilde ni religioso más caritativo. Los enfermos tenian en él el practicante más activo y compasivo, sin que hubiese nada que le repugnase, ni capricho del doliente que le molestase, ántes bien les trataba con amabilidad tan ángelical que el más iracundo é inconsiderado cedia ante él de su empeño y se prestaba á sus súplicas con el mayor gusto. El ejemplo del Santo no pudo ménos de tener imitadores entre los religiosos, y áun cuando los frailes vivian en una observancia rigorosísima, la virtud creció aún más lozana, y la fama que avisó con sus cien trompetas á los que poseidos de Dios buscaban el camino de la gracia, del punto de partida en que podian emprenderle, atrajo á la Orden Recoleta muchos seráficos de diversas provincias de España que llenaron los cuatro conventos que tenia la custodia de Extremadura, que tuvo que fundar otros para dar cabida á todos los que lo solicitaron, y que eran recibidos en virtud de un breve del papa Leon X. La santidad de Pedro no pudo ménos de llamar la atencion de los superiores en las fundaciones de los nuevos conventos á pesar de que parecia oponerse su corta edad de veinte años que á la sazon contaba, y el no ser todavía sacerdote, así es, que determinada la fundacion de Badajoz, á ella le mandaron de superior con otros religiosos como el más apto por su virtud y saber para establecer el nuevo convento, pues que con tal cabeza, no podria ménos de nacer robusto en fervor y caridad. Mucho se opuso nuestro Santo á la órden que le dieron á su tiempo sus superiores de recibir la dignidad del sacerdocio, para la que su humildad no le juzgaba digno, y así es que se resistió cuanto pudo, siendo ésta la única vez que repugnó los mandatos de sus jefes; pero hijo de la obediencia, no pudo resistir largo tiempo, y al fin recibió tan alta dignidad con lágrimas de gratitud, pues que vió que Dios se empeñaba en elevarle á pesar de ser para él indignos sus merecimientos. Su primera misa fué verdaderamente edificante, pues la dijo con tal devocion y vertiendo tantas lágrimas, que corrieron las de todos los que á ella asistieron, cosa que sucedió despues frecuentemente al verle celebrar el santo sacrificio con tal ternura y compuncion. Suscitóse en el convento una cuestion religiosa para cuya discusion se necesitaba haberse impregnado bien en la materia teológica, y como despues de oir á los religiosos teólogos, no quedase satisfecho el provincial, que lo era el virtuoso P. Fray Francisco Fregenal, mandó á nuestro Santo dijese su parecer. Excusóse Fray Pedro con su falta de conocimientos para materia tan delicada; pero obligado á ello, se expresó asistido de Dios, con tal claridad y con tanto tino y acierto, que resolvió el punto sin que hubiera quien pudiera contestarle en

contrario. Visto esto por el Provincial que deseaba hacerle predicador, y que habia escrupulizado hasta entónces obligarle á ello por la misma razon que para esquivar la cuestion enunciada habia dado el Santo, le mandó sin excusa que predicase, y desde entónces tuvo que hacerlo por obediencia. Revestido de esta dignidad, le mandaron sus superiores recorrer los pueblos de la custodia de Extremadura en via de mision, y la palabra de Dios salió de sus puros labios con tal eficacia y con fuerza tan contundente, que hiriendo los corazones de sus oyentes los deshizo en amor divino, encendiendo en ellos el fuego de la gracia en que se abrasaron muchas almas arrepentidas, heladas ántes de oirle en la glacial indiferencia, ó endurecidas en la impenitencia con total olvido de su Criador. El amor que tuvo este siervo de Dios á Jesucristo crucificado le hizo escoger por blason principal de su piedad la cruz redentorial, y así es que cuando la veia, se prosternaba siempre prorumpiendo en llanto en memoria del inmenso sacrificio que en ella se habia obrado, sacrificio cruento que jamás recordaba sin lágrimas mezcladas de dolor y de alegría; de dolor, porque recordaba los tormentos y padecimientos que experimentó en ella el inmaculado Cordero al ver la ingratitud de aquellos por quien se sacrificaba, más que por los golpes que le dirigian; y de alegría, porque veia en ella la causa de la salvacion humana, el trono de la majestad de todo un Dios, el tribunal en que pronunció la magnífica sentencia que nos abrió las puertas de los cielos, y el sitio en que dictó su testamento, en el que nos dejó el legado de su gloria, y por curadora tiernísima á su Santísima Madre. Su amor á la santa cruz le hizo desear ver este signo en todas las alturas, para que viéndole los fieles se acordasen de los grandes misterios de su redencion y se arrepintiesen de sus culpas; y así es que en cuantos pueblos predicaba, mandaba hacer cruces de madera, y llevándolas él mismo al hombro con grande devocion, y entonando himnos sagrados y oraciones con los que querian seguirle, las colocaba en las eminencias persuadiendo á los pueblos de la utilidad de su conservacion, pues que estas cruces eran centinelas contra las asechanzas del demonio, que no pudiendo sufrir su vista, huia de los sitios consagrados por ellas. Tomaban los pueblos tan á la letra el aviso y costumbre del Santo, que todos rodeaban sus avenidas de cruces, haciéndolas algunos colosales, entre las que fué la mayor una colocada en la sierra de Gata, con la que apénas podian doce hombres; pero que á pesar de su enorme peso la subió el Santo sobre sus hombros hasta la eminencia con asombro de todos los asistentes, que viendo á aquel hombre demacrado por la penitencia hacer un esfuerzo tan sobrenatural, no pudieron ménos de conocer que la potente mano de Dios le servia de cirineo. Aún nos dice uno de sus historiadores que fué mayor la que formada de dos grandes troncos de pino subió el Santo en Sierra Morena.

Nadie es profeta en su patria, segun lo dijo el mismo Jesucristo; pero el Señor suspendió su sentencia para que S. Pedro Alcántara tuviese esta excelencia más entre las muchas que le habia dado. Llegó el Santo predicando á Alcántara, pueblo de su naturaleza, y fué tan admirado de sus compatriotas y hasta de sus propios parientes, que edificados muchos por sus palabras, no solo se arrepintieron de sus pecados trocando por la virtud la mala vida que llevaban y haciendo penitencia para conseguir su perdon, sino que algunos se alejaron del mundo y entraron en la Religion Seráfica, entre ellos su sobrino D. Antonio Maldonado, que imitó á su tio y murió en olor de santidad; algunas de sus sobrinas entraron en religion, y los demás parientes que quedaron en el siglo hicieron vida penitente y contemplativa en su mayor número. Cercano el reino de Portugal de Extremadura, los extensos arenales y barreras que separan á Badajoz de Lisboa no fueron obstáculo para que se detuviese la fama de S. Pedro Alcántara, y la noticia de su nombre, y los ópimos frutos de su predicacion llegaron á Lisboa, corte de los reyes fidelísimos, que desearon conocer á aquel fecundo ingenio de elocuencia evangélica. Solicitáronle aquellos piadosos reyes, y accediendo á sus deseos fué á Lisboa con licencia de sus superiores, que se holgaron mucho en esta ocasion de extender por aquel reino católico la buena semilla que salia de la boca del siervo de Dios, semilla que siempre producia lozanas plantas y ópimos frutos por estéril que fuese la tierra sobre que caia, porque germinaba al fuego divino que en sí misma llevaba. Recibieron los reyes á nuestro Santo con gran placer, y se maravillaron tanto de su saber, elocuencia y doctrina, que le propusieron quedase en su propio palacio para dirigir sus almas; pero teniendo en cuenta el Santo que el tosco sayal del franciscano se aviene mal con los relumbrones de la corte, y que los dorados palacios no sientan bien al que hizo profesion de pobreza y vivir en una estrecha celda, porque en aquellos reina siempre más el orgullo, la ambicion y la soberbia, que la humildad, la pobreza y la obediencia ciega que conviene á un fraile, se opuso con la cortesía que mejor podia avenirse á la verdad, al empeño de aquellos monarcas, á pesar de las repetidas instancias que para que se quedase le hicieron la infanta Doña María, la princesa Doña Isabel y hastá las personas más caracterizadas de la corte, ofreciendo á los reyes ir á visitarles una vez cada año, con lo que quedaron, si no satisfechos, al ménos complacidos. Por más que el Santo huia de las dignidades y deseaba ser el último de sus hermanos, no pudo evitar que se le nombrase sucesivamente guardian de varios conventos de la custodia de Extremadura, y que se le propusiera para mayor cargo. Reunióse el capítulo para elegir provincial; advirtió el Santo que la eleccion se dirigia á su persona, tembló espantado ante tal cargo, del que se creia indigno, y arrodillado ante los Padres allí

reunidos, con lágrimas del corazon, les suplicaba le librasen de aquel terrible castigo que querian darle, pues que tal parecia á sus ojos honras dispensadas al que, como él decia, no las merecia; pero atendiendo los electores más á la voluntad de Dios que les señaló el jefe que debian escoger, que á las voces de la humildad del elegido y á los afectos de su extremada modestia, le obligaron al deber de obediencia, y quedó elegido provincial de la Orden. Conformado con los designios de la Divina Providencia, que así lo disponia, empezó á ejercer su oficio, y jamás hubo un provincial que siendo rigorosísimo consigo propio, fuese más dulce y amable con sus subordinados. Acordándose de la doctrina enseñada por Jesucristo á los Apóstoles sobre las categorías, fué el primero de todos sus frailes en la humildad y en la mortificacion, y el último en las distinciones y en el descanso. Mirando á todos con amor, á ninguno consideraba inferior, ántes bien él se creia y tenia por el menor, y no permitia le sirviese ninguno, al paso que él servia á todos. Consideraba á todos buenos y solo á sí mismo tenia por malo, y por lo tanto no se extrañaba que los demás no le imitasen en las austeridades y penitencias, porque creia que no necesitaban tanto como él castigar su cuerpo, porque ninguno de ellos era tan pecador. Creyendo que la cabeza debe dar ejemplo á los demás miembros, dispensaba muchas veces á los demás de algunos de sus deberes para cargarlos sobre sí, á fin de que cuando fueran tan pecadores como él, si llegaban á serlo, le imitasen en la humildad, virtud que tanto complace á Dios como le ofende la soberbia. Redobló su penitencia, y la hizo más áspera para no dar lugar á su ánimo á ensoberbecerse al verse superior á los demás. Celoso pastor, visitaba los rediles de sus ovejas para procurarles los bienes espirituales que podian necesitar, y estas visitas á los conventos de la Orden las hacia á pie descalzo, sin más ayuda que un tosco cayado, y en ellas procuraba ante todo sostener el fervor de los religiosos, alentándolos á la perfeccion, ejercitándoles al propio tiempo, segun su fervor y capacidad, en ejercicios piadosos, útiles para mantener la disciplina conventual, la observancia estricta de la regla y la constancia en la buena doctrina, caminos todos seguros que conducen á un buen y dichoso fin. La caridad, ese don de Dios que basta por sí solo á santificar al que tiene la dicha de poseerle, porque es el que más nos acerca á Jesucristo que fué la caridad misma, y que fué el mandamiento que nos legó como prenda segura de la gloria; esta virtud de las virtudes fué con la piedad la base de todos los actos de S. Pedro Alcántara en su dichoso gobierno y en toda su vida. Y la practicó con tal esmero, que á pesar de su dulzura caracteristica, castigaba severamente á aquel de sus frailes que faltaba á ella, porque tenia por cierto que el que falta á la caridad con sus hermanos falta al mismo Dios, y por lo tanto le ofendia en lo más delica-

do de su honra, en lo que más en estima tenia. Cuando un prelado ofendia á la caridad, nada encontraba nuestro Santo capaz de justificarle, y así se lo decia con severidad, y para que no lo olvidasen, él les daba el ejemplo más ostensible; visitando á los enfermos con el mayor cariño, curándolos con complacencia, mulléndoles las camas, limpiándoles las inmundicias y hasta barriendo por sí mismo las enfermerías; y si bien en sus males descuidaba los remedios, no aguantaba faltasen á sus dolientes frailes las medicinas por más costosas que fuesen, áun cuando tuviese, dice un autor, que empeñar para comprarlas los ornamentos de la iglesia. Exhortándolos á amarse los unos á los otros, como Jesucristo nos dejó mandado en sus apóstoles, les decia que la paz y el amor eran los fuertes brazos del alma, con los que alcanza las virtudes y defiende de los vicios. Y para que se librasen de la murmuracion, espía del demonio que se introduce en las almas para corromperlas, siempre que viesen faltas en uno tratasen de buscar en él una cosa buena, y esta eclipsaria á sus ojos á aquellas, porque la luz del bien oscurece al mal, por corto que aquel sea en estos casos, cuando se invoca la caridad al propio tiempo y se la busca por guia para juzgar. Padre cuidadoso de sus hijos, era al propio tiempo vigilante pastor de sus ovejas, y pocos prelados fueron tan cuidadosos de sus subordinados, razon por la que alcanzó el amor, consideracion y respeto de cuantos tuvieron la dicha de estar á sus órdenes ó de tener relaciones con tan santo varon. No pareciéndole suficientes los conventos que su provincia tenia para contener los muchos que á ella venian á sentar plaza bajo la religiosa bandera del Seráfico, y deseando que estas casas de socorro de las almas se aumentasen lo más posible para facilitar más pronto el remedio á los necesitados, fundó durante su gobierno nuevos conventos en la Extremadura, y deseando hacer aún más rígida la observancia de la regla, si bien acomodándose á las necesidades de la época, les dió estatutos á propósito en los que, como en todas sus obras, brillaba la piedad y la caridad en sumo grado. Memoria duradera dejó el siervo de Dios de este su provincialato en monumentos y máximas de virtud que recogió la historia como ricas preseas de buen ejemplo de prelados que legar al porvenir; y para que su nombre se engrandeciese más y más, la forma de los estatutos que dió á las nuevas fundaciones contribuyó á santificar á muchos de los que á ellos se sujetaron. Hallábase en Portugal el religioso observante de la provincia de Cartagena Fr. Martin de Santa María, procurando la fundacion de conventos en la despues provincia de Arrabida, y como S. Pedro Alcántara hubiese terminado de ser provincial, fué llamado para auxiliar á este padre en su honrosa comision, y entre ambos y un compañero de Pedro pusieron manos á la obra, y con otros que le siguieron vivieron en aquellas asperezas como

anacoretas, á imitacion de los del Egipto y de la Tebaida, hasta que fundados los conventos quedó Pedro de guardian y maestro de novicios en el de Pallaes. Llamado otra vez Pedro á su provincia de S. Gabriel, no fué larga su estancia en ella, pues que habiendo muerto el virtuoso Fr. Martin, fundador de la Arrabida, se le mandó otra vez á ella para mantener el fervor, que iba decayendo, y fijar la observancia sobre sólidas reglas, y fundando otros muchos conventos. Deseaba el Santo vivir en el yermo para mejor consagrarse al Señor y desprenderse de las atenciones mundanas, de que no podia desentenderse en los conventos, y á fin de lograr su deseo rogó é instó hasta que obtuvo de la santidad del pontífice Julio III un breve autorizándole al efecto, y poner en planta una reforma que le propuso. Empezó la vida de anacoreta cerca de la villa de Santa Cruz de Cebollas, en una ermita que le cedió D. Diego Enrique de Almansa, obispo de Coria, la que ocupó con Fr. Miguel Cadena, su querido y apasionado discípulo, que no quiso jamás separarse de él, porque le queria como á padre. Ejercitóse allí el Santo imitando á los Antonios y tantos otros anacoretas que vivieron en la soledad acompañados de Dios, y preparándose para la reforma que bullia en su cabeza y á la cual era llamado; y cuando ya estuvo fijo en sus bases y hubo madurado su juicio, partió para la capital del orbe católico á recibir la sancion de su proyecto y obtener el permiso de ponerle en práctica. Autorizado por el Sumo Pontífice para la reforma, volvió de Roma á España lleno de alegría y de esperanza, manifestándose que Dios le ayudaba en su empresa á su entrada en el convento de religiosas de la ciudad de Coria, segun se expresa el P. Fr. Juan de S. Bernardo, cronista de la órden de S. Francisco de Asís. Muy comun es vituperar á la virtud entre las gentes mundanas, y esta es fruta de todos los tiempos y de todas las épocas, pues que como jamás han sido los hombres tan perfectos en religion que se hayan regido, unidos en una misma opinion, por las leyes de la caridad que emanan del Evangelio, unica y verdadera ley de gracia para los cristianos, de aquí que al paso que los unos han seguido el verdadero camino, que han sido siempre y son los ménos, marchen otros por caminos torcidos procurando encontrar la misma gracia, siendo así que se van separando de ella cegados por sus malas pasiones que les ocultan la verdad. Por estas razones es muy corriente, por más que nos duela confesarlo, que entre los mismos que se tienen por cristianos, tengan á la humildad por bajeza, á la penitencia por locura, á la oracion continua por una ilusion, á la devocion por hipocresía, á la pobreza voluntaria por tontuna y al celo religioso por vana ostentacion; y de este modo juzgaron algunos pecadores al siervo de Dios S. Pedro de Alcántara al principio de su reforma, en cuya época fué perseguido tenazmente por cuantos forman empeño en oponerse á todo lo bueno; pero jamás se

ostentó más la paciencia de nuestro Santo, y con las armas poderosísimas de estas y las no ménos fuertes de la humildad, venció cuantos obstáculos le opusieron para llevarla á buen fin. Fijóse el Santo en Extremadura, cerca del pueblo llamado del Pedroso en el término de Plasencia, y eligiendo el sitio que le pareció más á propósito, edificó con los frailes que se sometieron á la reforma su primer convento, conduciendo ellos mismos los materiales para su fábrica. No buscaba el Santo en esta construccion alabanzas y sí olvido de ellas, y por lo tanto le hizo tan humilde como él era y como en su opinion correspondia á pobres religiosos, y así es que entre la iglesia y lo destinado á convento solo tenia de área treinta y dos pasos de largo y veintiocho de ancho. En la iglesia, proporcionada al convento, solo cabia en la capilla mayor el sacerdote que decia la misa y su ayudante, las celdas no ocupaban más lugar que el de una sepultura, y para ellas hizo unas entradas tan bajas, que solo encorvándose mucho podia entrarse en ellas, diciendo á los que le preguntaban la causa de esta estrechez, que como los frailes que habian de ocupar aquellas habitaciones eran muertos que caminaban al cielo, y el camino de este es estrecho y la puerta angosta, lo habia hecho así para que se acostumbrasen entrando por estas puertas á entrar por las angosturas de las del cielo. Doce frailes solamente componian toda la comunidad de esta primera casa de la reforma, que solo se mantenian de pan y agua, excepto en los domingos y festividades, que añadian por todo regalo á tan frugal comida algunas legumbres, y que se vestian de mortaja pobre y remendada, no habiendo categoría alguna para nada, y tan unidos todos por los lazos de la caridad, que parecian un mismo cuerpo y un mismo espíritu con muchos miembros. La oracion y la contemplacion la penitencia y los ejercicios espirituales de todos géneros eran su constante ocupacion, sintiendo tener que interrumpirla por las necesidades del cuerpo, á las que robaban cuanto podian para atender más y más á las del alma. Fundacion tan austera llamó la atencion bien pronto de toda España, y de todas partes venian al Pedroso curiosos, deseosos de conocer á hombres que siendo tan grandes se empeñaban en hacerse tan pequeños, y todos quedaban admirados de la austeridad de vida que llevaban y de lo extraño y reducido del convento. Esparcióse la fama de la nueva fundacion y la santidad del fundador, y los que no podian visitar el convento del Pedroso se consolaban escribiendo á su fundador, y así lo hicieron muchos poderosos y hasta venerables por su santidad, como S. Francisco de Borja, duque de Gandia, comisario general de la Compañía de Jesus á la sazon, que no pudiendo ir á visitar la fundacion por impedírselo las graves atenciones de su cargo, le escribió manifestándole su sentimiento de no poder ir á su pequeño paraiso á acompañarle en sus alabanzas al Señor. Decir las consultas que se hicieron

á nuestro S. Pedro y los consejos que se le pidieron por personajes de calidad, y áun de profundo saber, sería pretender un imposible, pues que cada dia se aglomeraban más y más, ya de palabra, ya por escrito, los que acudian á solicitar el auxilio de sus luces. A pesar de que los honores son más bien una carga que un beneficio, si se consideran bien las hojarascas que los constituyen, los deberes que imponen y las molestias que causan, precursoras no pocas veces de desgracias incalculables, el hombre se afana por conseguirlos con tal empeño, que acude hasta el crímen y á la falsia si no los alcanza por medio del merecimiento, del favor ó de una vil y baja adulacion. Y es esta enfermedad tan contagiosa, que es necesario estar asistido de una virtud á toda prueba y de un fondo de humildad extraordinario para librarse de ella. No es ménos contagioso el deseo de figurar, hijo de la vanidad y del orgullo, pasion que embarga las facultades del hombre, cuya soberbia le hace desear siempre dominar á los demás, ó cuando ménos igualarse á los que por su nacimiento, saber ó fortuna se hallan más elevados, no teniendo para ello en cuenta más que los goces mundanos en desprecio de la santa doctrina de Jesucristo, que considera mayor al más humilde, y el más ínfimo al que pretende ser más grande. Si S. Francisco de Borja, teniendo presente el Evangelio en cuanto esta doctrina, siendo grande y privado del más poderoso de los soberanos del mundo, descendió voluntariamente de su altura para ser un pobre jesuita, con lo cual adquirió en el cielo un trono más brillante y elevado que el ducal que abandonára en la tierra, no fué ménos grande nuestro S. Pedro Alcántara cuando despreciando la elevada posicion que el mismo soberano le ofreciera, prefirió á las altas dignidades y consideracion mundana su estrechísima celda del Pedroso. Cuentan sus historiadores que llegando á oidos del poderoso emperador Cárlos V la fama de las virtudes y santidad de nuestro Santo, le mandó ir á su corte, y luego que conoció no le habian engañado sobre el mérito de aquel franciscano, le manifestó su deseo de que quedase en palacio para ser su confesor. Sorprendido quedó S. Pedro á tal propuesta, y afligióse sobre manera al ver que se le trataba de separar de sus queridos frailes, lo que era tanto como separarle de sus hijos y no dejarle coger los frutos que se prometia de su reforma; pero repuesto de su turbacion, dice su cronista, que con la mayor humildad dijo al Emperador: «Señor, no tengo yo las prendas necesarias para poder llenar dignamente los deberes de tan grave cargo; por lo tanto es preciso que busque V. M. sugeto más digno y de mayor capacidad que la mia.» A lo que Cárlos V le replicó con aquella severidad que le caracterizaba: «Padre, yo sé lo que me conviene; haced lo que os mando, y quedaos aquí para ser mi confesor.» Otro de ménos carácter que el Santo y ménos firme en sus propósitos religiosos, se hubiera descon-

certado y pasado por la órden que se le daba, temeroso de disgustar á tan gran soberano; pero S. Pedro, léjos de esto, replicó al monarca con humildad sí, pero con energía: «Déme tiempo V. M. para encomendar á Dios este asunto, y déjeme ir á considerarlo á mi convento; y si no volviese, tenga presente V. M. que no place á Dios que yo le sirva en lo que me exige.» El Emperador y Rey, que no estaba acostumbrado á oirse contradecir con tal resolucion y entereza, admirado de la del franciscano, dicen que exclamó: «Este religioso no es hombre de la tierra,» y le dejó volver á su celda. Grandes fueron las penitencias que hizo el Santo al llegar á su convento, pidiendo á Dios apartase del Emperador la idea de llevarle á su lado, para que no se le separase de aquel asilo benéfico que llamaba su rincon de salvacion; y oyéndole Dios, hizo que Cárlos V se conformase con que permaneciese en su retiro y no fuese á la corte: la misma excusa dió é igual conducta observó cuando pocos años despues le llamó á Valladolid la princesa Doña Juana, hija de Cárlos V, solicitándole tambien por confesor. Siguió el Santo ocupado en llevar adelante su reforma fundando nuevos conventos, que tan pronto como se abrian se llenaban de religiosos; y cuando ya tuvo cuatro formó la custodia de S. José, dándola este nombre por la gran devocion que tenia al padre putativo de Jesus; y cuando ya sumaron nueve, impetró la gracia pontificia, erigió con todos la primera provincia de la reforma y la dió sabias constituciones, en las que fortificó la regla de su seráfico P. S. Francisco. La reforma no tardó en tomar tales proporciones, que no contentándose con extenderse por toda España llegó hasta las Indias, en donde fructificó con lozanía fecundada por la sangre de los mártires del Japon, que en el mismo año de 1862, en que escribimos, ha santificado la Iglesia por boca de nuestro Beatísimo Padre Pio IX, cuyos mártires franciscanos son hijos de la reforma de nuestro glorioso S. Pedro. Hallábase la insigne doctora Sta. Teresa de Jesus, gloria como S. Pedro de nuestra España, luciendo con la clara luz de su santidad y perseguida por la maledicencia, que pretende siempre desacreditar las virtudes de los santos, y Dios permitió que se uniesen ambas luces para mayor honra y gloria suya y bien de la Iglesia católica. Disipó el Santo las dudas y temores que Sta. Teresa tenia sobre sus revelaciones, confirmándolas como verdaderas, la consoló en sus escrúpulos, la defendió de los que la consideraban fanatizada, y alentándola en la idea de fundar conventos, segun la voluntad de Dios, la ayudó á vencer cuantas dificultades la suscitaron, y nada omitió, por trabajoso que fuese, para que la Santa saliese adelante con su propósito, porque sabia de cierto que habia de proporcionar muchas glorias á la religion. Conoció Sta. Teresa en el mucho trato que tuvo con nuestro S. Pedro la santidad que adornaba á su alma, y muy especialmente en una comida que le dió en el convento de la Encarnacion de Avila,

en ocasion de pasar por aquella ciudad, en cuya comida le vió servido por Jesucristo mismo en forma de mancebo de maravillosa majestad y hermosura, de la manera que cuentan los que han escrito la vida de este bienaventurado. Fué tal el respeto que le causaba el Evangelio, que en cuanto oia una sentencia ó palabra de las consignadas en esta ley de gracia se inclinaba con gran reverencia; y con respecto á este sagrado texto decia á sus frailes: que cuando le leyesen juntasen las manos y atendiesen á su contenido con mucha devocion, pues que en los Evangelios se contenia la noticia del gran misterio de la encarnacion del Verbo, que se hizo hombre por nuestro amor. Su delicia era la lectura y consideracion del Antiguo y Nuevo Testamento, que sabia de memoria, lo que le facilitaba hallar símiles para todas sus exhortaciones en las Sagradas Escrituras, cuyas sentencias y parábolas aplicaba frecuentemente con sumo acierto y oportunidad. La fe, la esperanza y la caridad, hermanas inseparables hijas de Dios que forman las delicias del justo y del verdadero creyente, eran las virtudes que enriquecian su alma y las áncoras de salvacion que le servian en sus tribulaciones, pues que jamás dejó de creer en la Omnipotencia Divina, de esperar en su inmensa misericordia y de amar al que todo lo debia y á quien todo se lo merecia, y así es que en sus mayores tribulaciones, cuando le inquietaba el demonio, exclamaba con la mayor efusion: *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum*. Porque efectivamente, su fe ciega le daba confianza y le alimentaba la esperanza de no caer en la tentacion y de alcanzar la bienaventuranza, á cuyo fin se dirigian todos sus pasos y cuya ambicion le dominaba. Esta ciega confianza que tenia en la bondad de Dios le hacia esperarlo todo de su misericordia, y nada de los hombres, por elevados que fuesen, por lo que jamás confió el buen éxito de sus asuntos al favor de los soberanos que le apreciaban, ni temió el mal resultado por poderosas que fuesen las personas que se le opusiesen, pues esperándolo todo solo de Dios, nada tenia que temer del mundo. Fijo en este principio, aconsejaba á los que le consultaban en sus asuntos, que cuando pretendiesen alguna cosa pusiesen en Dios la esperanza, que, como fuese cosa buena, él conduciria los medios al fin deseado. La caridad de nuestro Santo abrasaba de tal modo de amor su corazon, que se cuentan prodigios en la causa de su canonizacion, de los que habla largamente el procurador de esta causa é historiador de la vida del Santo, Fr. Juan de San Bernardo. Y hallamos en los libros que de él hablan, que los ardientes efectos de su amor le obligaban muchas veces á llamar por las calles y las plazas á los fieles á alabar al Señor, trasportes de amor que le hacian parecer loco á la vista de los que no comprendian que el fuego del amor se le salia por la boca, no cabiendo ya en su ardoroso é inflamado corazon. «Efectivamente estaba loco, dice Sta. Teresa hablando del Santo sobre

»este particular, á lo divino, de aquella locura y embriaguez que tenia el »Santo Profeta cuando convidaba á todas las criaturas del cielo y de la tierra »á las alabanzas de Dios, cantando aquel admirable cántico de *Benedicite »omnia*. ¡Oh qué buena locura si nos la diese Dios á todos!» Del amor de Dios pasaba nuestro Santo con igual fuego al de sus hermanos, al de todos los hombres, pues sabiendo que amándolos le amaba, su amor con ellos no tenia límites, y su espíritu de caridad le conducia á mantener al justo en su virtud, á sacar al pecador de su error, á enardecer al tibio y á fortificar al débil en el amor de Dios, y ya hemos dicho cómo practicaba las obras de misericordia corporales, que así como las espirituales son emanaciones del amor de Dios, encendidas al fuego de su gracia y vivificadas con el soplo de vida que les comunica su divino espíritu. Como el Santo profesaba el principio que el camino más cierto, el más seguro y el más corto para llegar á la perfeccion era el padecer por el amor de Jesucristo, ni las enfermedades que le afligian, ni las injurias que le inferian, ni las tentaciones del demonio, ni los impulsos de la carne, ni ninguna tribulacion, fueron causas bastante poderosas para vencer su paciencia, virtud que resplandeció en él tanto como la caridad. Tan prudente como constante en cuanto se encaminaba al servicio de Dios, procuraba que nada faltase por parte de sus hermanos y por la suya á lo que pudiera acrecentar su mayor honra y gloria; y su penitencia fué tan ejemplar, que sin el auxilio de Dios hubiera sido imposible viviese ni un mes con el sistema penitente que sostenia. De la causa de su canonizacion consta que solo comia una vez cada tres dias, pasándose algunas veces muchos más hasta sin beber; que su comida se reducia á un poco de pan con yerbas rebozadas con ceniza, y polvos de agenjos ú de otras plantas amargas; que jamás probó el vino, áun cuando se lo mandaron para templar los acerbos dolores de estómago que padecia; que aborrecia el sueño, de modo que solo dormia hora y media, y esto siempre en el suelo, no permitiéndole se le pusiese cuando estaba enfermo más que una pelleja cuando se sentaba, pues que no teniendo su celda más que cuatro pies y medio de largo y siendo el Santo de elevada estatura, no podia extenderse de modo alguno, y áun cuando durmiese fuera del convento jamás se acostaba en cama, sino que dormitaba arrimado á un rincon del aposento que le destinaban. A maitines y á la aurora se azotaba diariamente, variando las disciplinas una vez de cordeles nudosos y otra ó con ortigas ó con cadenetas de fierro. Jamás se cubria la cabeza, ni áun para viajar, por fuerte que fuera el rigor de la estacion, la que desafiaba siempre para que su cuerpo la sintiese en todo su rigor y se mortificase lo más posible, buscando los hielos para calentarse despues con la oracion, y los ardores del sol para refrescarse despues con el mismo medio. Siempre llevaba los piés descalzos, y de consiguiente heridos por las

malezas y guijarros por que caminaba, curándose las heridas echando tierra sobre ellas, única medicina que se permitia. El cilicio que cubria su cuerpo nunca se le quitaba, sino para cambiarle por otro que pudiera mortificar más sus carnes, ó para azotarse, despues de lo cual volvia á ajustársele, de suerte que vestido siempre de penitencia pudo decir como S. Pablo que estaba cercado de mortificacion de Jesucristo, y así es que decia á los que le aconsejaban diese alguna tregua á tan áspera penitencia, que no podia ser, puesto que habia hecho pacto con su cuerpo que habia de padecer miéntras viviera en el mundo, pues que luego que llegase al cielo le dejaria descansar perpétuamente. Tanta y tan constante penitencia no podia ménos de debilitar á aquel tan castigado cuerpo, del que dice Sta. Teresa para ponderar su flaqueza, que parecia hecho de raíces de árboles. Volvemos á repetir que solo el poder de Dios pudiera hacer se mantuviese en vida quien por tantos medios buscaba la muerte, manteniéndose solo de la contemplacion alimentada del fuego del amor en que tenia abrasado su corazon. En todo lugar veia nuestro S. Pedro colocada la escala que sube á los cielos, y por lo tanto todos eran para él á propósito para orar; y quien así pensaba y tan continuamente oraba, ¿cómo era posible que el demonio pudiese apartarle de Dios, por más lazos que le tendiese? La oracion continua es una barrera inaccesible á la tentacion, una muralla impenetrable que no puede asaltar el enemigo, una fortaleza segura á que puede acogerse el alma, bien segura que miéntras en ella persista, todas las fuerzas del infierno serán ineficaces contra ella, porque todas se estrellarán en la inexpugnable roca de su constancia, que volverá de rechazo los dardos contra el mismo que temerariamente se atreve á lanzarlos. Por esto fueron inútiles cuantos ardides inventó el demonio para vencer á nuestro S. Pedro, pues que orando siempre y pensando estar delante de Dios, razon por la que jamás se cubria la cabeza, tenia delante de sí en todos los ataques el más poderoso capitan, contra el que ni ha existido, ni existe, ni existirá quien se atreva siquiera á ponérsele delante para intentar disputarle la victoria. Hé aquí la causa de que se admire en ese magnífico libro que escribió de la oracion, que tanto sirvió al sapientísimo Fr. Luis de Granada para sus santificantes y elocuentes obras, ese espíritu evangélico y ese fuego divino que destella cada una de sus páginas, ricas joyas de celestial doctrina, y guia segura de santidad para los que practican sus máximas con verdadera devocion, acompañada de la fe católica. La contemplacion continua en Dios le tenia tan olvidado de las cosas mundanas, que nada sabia ni entendia de ellas, y tan ciego para la materia, que no solo no conocia á la mayor parte de los que le trataban por el rostro, si que tampoco podia dar razon de los objetos que le rodeaban, llegando hasta el caso de tener que seguir á los religiosos para saber ir al coro,

y de buscar en la mesa el pan y lo demás por el tiento, pues no permitiendo á sus ojos nada que pudiese satisfacerles, los tenia siempre bajos y los apretaba si alguna vez intentaban rebelarse contra su voluntad. Creyó este Santo que cerrando los ojos al mundo, los del alma se abrian mejor hácia Dios, evitando que la mirada arrastre al pecado, como sucede las más veces, pues que es iman á que se apega fácilmente por atraccion el acero de la culpa. No se crea que quien tan casto fué desde la cuna que jamás alzó la vista para conocer á una mujer, estuvo libre de las tentaciones de la carne; aquel cuerpo macerado por la disciplina, por los silicios y por otras no ménos crueles penitencias, debilitado por los continuos ayunos, y tan castigado de mil maneras, dió no poco que sufrir al Santo, pues que Dios permitió le tentase el demonio por este lado, para proporcionarle nuevos medios de vencerle. De mil formas se le presentó el ardor de la concupiscencia por el dragon infernal; pero otras tantas la constancia del Santo le venció, hasta que Dios quiso que dejase de padecer por este medio, recompensando su heroismo por medio de los ángeles, que le cantasen himnos de victoria por haber sabido conservar su virginidad en tan terribles combates. Ya hemos dicho la excelencia de su humildad, y podremos añadir que fué igual á ella su pobreza, porque si los apóstoles lo dejaron todo por seguir á Jesucristo, S. Pedro no se reservó ni áun el vestido de la naturaleza, que le llevaba hecho mil girones á fuerza de penitencia, y nada tuvo suyo incluso á sí mismo, pues que no se pertenecia ni en cuerpo ni en voluntad, porque su alma era de Dios, y á ella sujetó, como nadie, el miserable estuche que la contenia. Mucho se afligia el Santo, que se consideraba el más vil gusano de la tierra, de que se le tributasen honras y consideraciones, cuando en su sentir solo merecia desprecios que admitia siempre con gusto; pero viendo que no estaba en su mano el evitarlo, se decia á sí mismo, segun nos dice su historiador: «Cuerpo mio, no estás muerto para el mundo? Pues déjate tratar como tal, »que por más reverencias que hagan á un muerto, ni por más elogios que »le prodiguen, ni se mueve, ni se envanece, porque queda en la corrup»cion, porque marcha hasta convertirse en polvo; pues que corres al sepul»cro cada momento y estas honras son viento de la vanidad que se disipa, »estáte y persevera como eres, que así como el viento, pasarán estas honras »sin que te den el mérito y la virtud de que careces.» Grandes son los prodigios que se verificaron en este Santo segun los que han tratado de su vida, prodigios que son otros tantos milagros obrados por Dios para favorecer á su siervo y manifestarle su amor en vida, y Sta. Teresa de Jesus nos da cuenta de algunos en sus preciosísimas y santificantes obras; declarándolos tambien la tradicion en la milagrosa higuera de su convento del Pedroso, denominada en aquel pais todavia la higuera santa, y la del convento de

S. Pedro de Arenas plantada de una rama de aquella por Fr. Alonso de San Martin en nombre de S. Pedro, segun lo afirma el cronista Fr. Juan de San Bernardo. Dióle Dios á nuestro Santo tambien el don de profecía, y muchos son los casos en que le ejerció segun sus historiadores, y áun el de discernir espíritus, como se vió en el de la santa doctora española y en el de otros venerables siervos de Dios, á quien el mundo tenia por ilusos ó engañados. Cuando los jóvenes venian á pedirle el hábito de la religion, conocia la regla que mejor podian seguir, y los dirigia á las órdenes que les convenian, y á todos los que le consultaban sobre su espíritu les daba una solucion pronta y terminante. Poseyó tambien el don de interpretacion, y á más de cuatro sabios teólogos dejó admirados con la que dió á textos difíciles de las Santas Escrituras, y el don de lenguas, porque cuando predicaba, cada uno entendia para sí lo que le correspondia sin duda alguna. Si Dios nuestro Señor hizo tan señalados favores á S. Pedro de Alcántara, no dejó de prodigárselos tambien la Vírgen Santísima con sus apariciones y auxilios, diciéndonos Sta. Teresa que un dia en que el Santo la daba la comunion, vió á la Vírgen, y que le servian en el sacrificio de la misa en que se verificó, S. Francisco de Asís de diácono y S. Antonio de subdiácono, los que desaparecieron al acabar el santo sacrificio. Hallamos en los escritos de esta santa doctora que hallándose en contemplacion le dijo el Señor, que eran tantos los méritos de Pedro de Alcántara que no negaria cualquiera cosa que se le pidiese en su nombre, que dentro de un año le llamaria á sí sacándole de esta vida para darle el premio de sus trabajos, y que para que le sirviese de consuelo podia avisárselo, y así lo escribió la Santa. Al recibir el Santo esta noticia en el convento de la Viciosa, cerca de Oropesa, en donde se hallaba, fué extraordinaria su alegría, y para celebrar tan buena nueva, aumentó las mortificaciones de su cuerpo como para prepararle mejor á la sepultura en que habia de descansar pronto de la terrible lucha que sostuvo con su alma, de la que siempre fué vencido. Cayó el Santo con unas fuertes fiebres en las que vió los preludios precursores de la muerte que tanto deseaba, y áun cuando los condes de Oropesa le obligaron á ir á su palacio, el Santo no permitió acostarse en el lecho que le prepararon, y que convenia al estado de su salud. Conociendo el Santo por lo que acrecentaba la enfermedad que se iba acercando el dia por que tanto ansiaba, no pudiendo ir por su pie, se hizo llevar á su convento de Arenas, á fin de que le cogiese la muerte entre sus frailes con la humildad y pobreza en que siempre habia vivido. Me he alegrado con tal noticia, iremos á la casa del Señor, cantó S. Pedro con David, cuando el médico le declaró que su enfermedad era mortal, y encomendándose todo entero á Dios procuró recoger su espíritu; pero tuvo aún que luchar con el demonio que vino á tentarle en sus

últimos dias, al que venció con la paciencia con que sufria los crueles remedios que le aplicaban, más terribles que la misma enfermedad, con no permitir alivio ni regalo alguno, y sobre todo con su poderosa arma favorita de la oracion. Consolando á sus religiosos que le rodeaban en el lecho humilde sobre que estaba tendido su cuerpo, que más bien pudiera llamarse descarnado esqueleto, los exhortaba á que practicasen la virtud y amasen la pobreza, pues que éste era el mayorazgo que Jesucristo les habia legado, naciendo en un pesebre y muriendo en una cruz, y por último, que viviesen como pobres peregrinos, manifestándoles el dia y hora en que iba á dejarles para acudir á la voz del Señor que le llamaba. Al llegar la hora en que el Santo sabia habia de morir, se quitó el hábito, que legó al guardian del convento, se hincó de rodillas y con la mayor humildad pidió perdon de sus faltas á los frailes, y suplicó al guardian le concediese un pobre hábito para que le enterrasen, y como el guardian no encontrase hábito más pobre que el suyo, que habia sido el jefe de todos, se le devolvió á título de limosna, y le recibió el Santo con alegría. Echado en el humildísimo lecho, sin permitir abrigo alguno, recibió incorporándose los santos sacramentos, y le encomendaron el alma, y habiendo pronunciado aún el Santo algunos salmos con el mayor fervor que permitia su estado, voló su alma al cielo á las seis de la mañana del 18 de Octubre de 1562 segun lo habia predicho. Aquel que siempre llevó cerrados los ojos de vivo, los abrió cuando muerto, viéndosele brillantes cual refulgentes luceros, y el que aparecia un esqueleto en vida, como muerto su rostro apareció cual el de un ángel. Como muriese el Santo en casa del médico, que quiso detenerle en ella para mejor asistirle, fué necesario conducirle del pueblo al convento, y todo el vecindario le acompañó con candelas encendidas á pesar de la gran lluvia que caia, la que cesó durante la procesion de su entierro. No queriendo los religiosos faltar en nada al padre de la humildad y de la pobreza, le enterraron en una sepultura comun sin distincion de ninguna clase (1). Santa Teresa de Jesus dice del Santo en el capítulo XXVII. «Fué su fin como la vida, predicando y amonestando á sus frailes, y como vió que se acababa, dijo el Salmo *Lætatus sum in his, »quæ dicta sunt: in domum Domini ibimus*, é hincado de rodillas murió. »Despues ha sido el Señor servido tenga yo más en él, que en vida, aconsejándome muchas cosas: héle visto muchas veces con grandísima gloria: »díjome la primera vez que me apareció: que bienaventurada penitencia, »que tanto premio habia merecido y otras muchas cosas. Un año ántes que »muriese, me apareció estando ausente, y supe que se habia de morir, y se

(1) Dicen las crónicas Franciscanas que á los cuatro años se halló su cuerpo incorrupto: que á los veinte años se le colocó en otro lugar más decoroso, y que últimamente se le trasladó á la capilla del convento de Arenas, en donde le veneran los fieles.

»lo avisé estando algunas leguas de aquí. Cuando espiró me apareció y me »dijo que se iba á descansar: yo no lo creí, díjeselo á algunas personas, y »despues de ocho dias vino la noticia cómo habia muerto, ó comenzado á »vivir para siempre por mejor decir. Héle aquí acabada esta aspereza de »vida con tan grande gloria.» Y como á la Santa hizo Dios la promesa que concederia lo que le pidiesen en nombre de S. Pedro Alcántara, en él tienen los fieles un excelente abogado por cuyo medio dirigir á Dios sus peticiones, y por su conducto le mandamos la nuestra de que perdone las faltas que hayamos cometido al escribir esta biografía, y las de los demás santos y siervos suyos de que hemos tratado en esta obra, é ilumine nuestro entendimiento con la luz de la gracia, encienda nuestro corazon en el fuego de su amor y de la caridad, para dirigir esta interesante publicacion que nos han encomendado, sin mérito nuestro para ello, á su mayor honra y gloria, bien de nuestra alma y provecho del prójimo, para cuya instruccion se escribe. —B. S. C.

PEDRO Alejandrino (S.), obispo y mártir. En el concilio de Efeso se hace mencion de este santo prelado venerado por la Iglesia católica, que le recuerda especialmente el dia 26 de Noviembre todos los años, y con referencia á esta cita, y de lo que de él dijeron S. Gregorio Nacianceno, el *Martirologio Romano*, Nicéforo, Calixto, Beda, Adon, Usuardo, en la *Historia Tripartita*, y el cardenal Baronio en el tomo III de sus *Anales*; vamos á describir ligeramente la vida de este bienaventurado cuyas virtudes santificaron su vida mortal, y le proporcionaron la vida de las vidas, la vida eterna. Nació Pedro en la ciudad de Alejandría y sin que podamos decir nada de sus primeros años ni de la fecha de su nacimiento, que debió ser despues de mediado el siglo III de nuestra era, solo diremos que llegó á ser patriarca de Alejandría, cuya silla era la metropolitana de todas las iglesias católicas de Egipto y de otras provincias. Sucedió en el episcopado al santo varon Teonas, prelado de gran virtud, y fué el obispo XVII desde S. Marcos evangelista, á quien se cuenta por el primero. Suscitóse en su época la terrible persecucion que hicieron á la Iglesia los impíos emperadores Diocleciano y Maximiano, mónstruos que se gozaban en la sangre de sus víctimas, que su bárbaro y cruel fanatismo se gloriaba de sacrificar á los falsos dioses que adoraban, en los cuales el demonio tenia un anzuelo poderoso con que pescar las almas que naufragaban en el piélago del mundo, separadas del camino de la gracia del Crucificado. Al ver el santo pastor la tormenta que venia sobre sus ovejas, procuró por los medios más expeditos ponerlas en lo posible al abrigo de tan temible temporal, á fin de mantener su fe y conservarlas en el redil de la gracia lo más seguras que pudieran estar de los rayos del infierno que intentaba pulverizarlas en sus abismos. Apartóse el virtuoso Pedro

de la ciudad, no para huir de una muerte que deseaba como el principio de más segura y duradera vida, sino para evitar que muerto él desmayasen las fieles ovejuelas del Señor, y atemorizadas, corriesen sin guia, buscando salvacion en las carnívoras bocas de los lobos que las perseguian sedientos de su sangre. Empero no por vivir apartado del redil el virtuoso pastor, ni por habitar en las asperezas del yermo, abandonó sus ovejas, salia de su retiro siempre que lo exigia la necesidad á cuidar de sus almas, y se ocupaba en escribir á la multitud de cristianos que estaban en las cárceles, exhortándoles al sufrimiento y á mantenerse en la fe de Jesucristo sin temor á los tormentos que si podian privarles de una vida perecedera, les abrian las puertas de la eterna en donde encontrarian con creces la recompensa de su sacrificio. Grande fué la alegría del Santo cuando supo que más de seiscientas de sus ovejas habian sido sacrificadas por los bárbaros verdugos, de órden de los idólatras emperadores, confesando todos al verdadero Dios y siguiendo el consejo que les habia dado; envidió su suerte, pues que disfrutaban ya de la vista del Señor de los señores, y le pidió con el mayor fervor le permitiese acompañar al cielo á sus feligreses mártires para poderse gozar con ellos, de haber conocido su grandeza y de haber sabido sacrificarse en su honor. Mas pacificada Alejandría por haber disminuido el furor de la persecucion, volvió S. Pedro á ella, pero no tardó en tener que combatir no solo contra los idólatras, si que tambien contra herejes y cismáticos que se levantaron entre sus mismas ovejas. Sucedió, pues, que Melecio, obispo de Licópolis, en Egipto, tuvo la debilidad de faltar á su sagrado ministerio, cometiendo graves delitos, y por librarse del castigo á que se habia hecho acreedor, abjuró del verdadero Dios sacrificando ante los ídolos de los gentiles. Al saber tamaño desacato, tan horrible delito el metropolitano Pedro, reunió un concilio en Alejandría, en el que confirmándose la apostasía de Melecio, fué depuesto de su silla y declarado indigno de regir su iglesia. Como es de suponer, quien tan descaradamente habia faltado á su Dios por cohonestar sus crímenes con una sociedad corrompida é idólatra, no podia ménos de recibir de mal grado la sentencia que le condenaba, por más justa que fuese, y en vez de reconocerse y suplicar el perdon, que con la penitencia hubiera podido volverle á la gracia del Señor, tomó el camino contrario, y echándose en brazos del demonio, promovió el cisma en la Iglesia para vengarse de S. Pedro. No faltaba á Melecio talento, astucia y atrevimiento, y por lo tanto supo hacerse partidarios que siguiesen su doctrina, contándose entre ellos el miserable Arrio, ministro turbulento y de mal carácter que se revolucionó tambien contra su obispo S. Pedro Alejandrino, que le excomulgó y separó de la Iglesia. En medio de las diferencias de S. Pedro con los cismáticos, sucedió en el trono de los Césares el emperador Maxi-

mino, tan atroz y fanático idólatra como sus dos antecesores, el que instigado por sus cortesanos, mandó poner en prision á S. Pedro, lo que pusieron por obra sus satélites, no sin algun peligro, pues que los cristianos acudieron con exposicion de sus vidas á la ciudad para librarle de la cárcel, y fué necesario emplear la fuerza para despejar y alejar á los fieles que se reunieron á este fin. En la primera noche que S. Pedro estuvo en la prision, tuvo la vision en su oracion de un niño lindísimo con sus vestiduras rasgadas de alto á bajo, y como conociendo al Señor en el niño, le preguntase quién habia osado rasgar sus vestidos, le respondió que Arrio se las habia rasgado, que no le admitiese á la comunion de los fieles, como veria lo solicitaba, y que exigiese de los que vendrian á pedirle por él, que serían los que uno en pos de otro le habian de suceder, que tampoco le admitiesen, y que él pronto acabaria su vida en el martirio. No tardó S. Pedro Alejandrino en ver cumplido lo que el Señor le habia anunciado. Tan pronto como el malvado Arrio supo la prision de S. Pedro, y no dudando de que los gentiles le darian muerte, ideó diabólicamente el medio de sucederle en la silla de Alejandría. A este fin, fingiendo arrepentimiento para mejor engañar á los fieles y preparar así su eleccion, acudió lleno de fingidas lágrimas á varios sacerdotes, rogándoles fuesen á ver en su nombre á Pedro y le suplicasen le volviese á la comunion de la Iglesia, y como se les presentase tan sumiso y contrito al parecer, le creyeron y ofrecieron servirle, nombrando por diputados del clero para esta comision á los sacerdotes Aquilas y Alejandro. Entraron éstos en la prision de S. Pedro, y rogándole perdonase á Arrio y le absolviese de sus pasados delitos, el Santo, dando un suspiro y excusándose con ellos de que no pudiese hacer lo que le pedian, y rogando no tomasen á inclemencia de su parte lo que era un deber de justicia y obediencia de un mandato, al que no podia faltar de modo alguno, les contó su vision de la noche anterior, en la que, como hemos visto, se les profetizaba obispos sucesores de Pedro á estos enviados, y al mismo Pedro su próximo martirio. Admirados quedaron Aquilas y Alejandro de cuanto les dijo su santo prelado, que les mandó en nombre de Dios que cuando ellos fuesen obispos no perdonasen de modo alguno á Arrio, ni le comulgasen, porque siendo fiel servidor del demonio, vomitado del infierno para tormento y ejercicio de los verdaderos fieles, habia de rasgar las vestiduras de Jesucristo, que las constituyen su santa Iglesia, con las herejías de que habia de ser autor, pasando á este extremo desde el cisma en que se habia asociado con Melecio. Asi fué en efecto, pues que tomando vuelo la herejía, Arrio consiguió rasgar las vestiduras de Cristo, dividiendo la Iglesia cristiana, herejía que tanta sangre ha costado y que tantos mártires ha causado, por lo que Alejandro, que así como Aquilas fué obispo de Alejandría, le arrojó de

la Iglesia, lanzando el primer anatema contra los arrianos. No pudiendo vencer los idólatras la fe de S. Pedro, le sentenciaron á muerte; pero su ejecucion tuvo algunas particularidades, que no podemos ménos de apreciar en esta su biografía. Ya dijimos ántes que tan pronto como los fieles supieron la prision de su prelado acudieron á la cárcel con propósito firme de sacarle de ella á todo trance, y que fué necesaria la fuerza de los sectarios del Emperador para mantenerle en ella. Volviendo el pueblo á rodear la cárcel, temió el juez encargado de cumplimentar la sentencia que le arrebatasen la presa, pues que la ciudad estaba en armas y los fieles rodeaban la cárcel, sin poderlos obligar á que se alejasen. Aguantóse el tribuno, creyendo que durante la noche se retirarian á sus casas aquellos que él creia y tenia por revolucionarios; pero se engañó, pues era tal el amor que tenia á Pedro el pueblo de Alejandría, que permaneció en el mismo sitio, temiendo que si se retiraba le sacrificasen los verdugos. Sabedor el Santo de cuanto sucedia por fuera de su prision, áun cuando la fidelidad de sus ovejas lisonjeaba de algun modo su corazon, era tal el deseo que tenia de ver á Dios y de dar la vida por su nombre, y tal el temor de ser causa inocente de desgracias en la ciudad, que pidiendo al Señor auxilios para lograr su deseo cuanto ántes y librar á su pueblo de graves males, tuvo la dicha de ser inspirado en este sentido. Avisó el Santo en secreto á sus verdugos de la manera que podian cumplir las órdenes de su amo sin que se apercibiese el pueblo que rodeaba la prision, y en vez de admirarse aquellos inhumanos de que la misma víctima les presentase el cuchillo para que la inmolasen y arrepentidos la salvasen, se aprovecharon por el contrario del aviso, y sacándole secretamente de la cárcel del modo que el Santo habia dicho, le condujeron al mismo sitio en donde fué martirizado el evangelista S. Marcos, primer obispo de Alejandría. Sabiendo el Santo que allí habia de verificarse su martirio, se alegró mucho, teniendo á grande honor morir para el mundo en el propio sitio en que le abandonó su glorioso antecesor, é hincando las rodillas en tierra y encomendándose á S. Marcos para que le acompañase en aquel instante, que consideraba el más feliz de su vida, oró con el mayor fervor, pidiendo á Dios no abandonase su iglesia de Alejandría, que perdonase á sus verdugos, llamándolos á su gracia, y que volviese la paz á la Iglesia católica. Tan luego como terminó la oracion, ofreció S. Pedro, lleno de alegría, su cuello á los verdugos; pero los sayones que habian de ejecutarle se quedaron inmobles, no habiendo ninguno que se determinase á descargar el fatal golpe sobre el venerable prelado. Viendo el juez la indecision de los soldados, que se negaban á obedecerle, temiendo que por el contrario tratasen de salvarlo y le hiciesen caer en desgracia del Emperador que habia decretado la muerte de aquel justo, acudió á las viles armas del interés munda-

no, y ofreció cinco ducados al que le cortase la cabeza. A esta oferta todos enmudecieron ménos uno á quien cebó la codicia, que fué el más feroz y osado entre todos, el cual agarrando al Santo le cortó la cabeza, que rodó santificando con su sangre aquel suelo, ya regado con la del glorioso evangelista, al apuntar la aurora del 26 de Noviembre, en que celebra la Iglesia su memoria, del año 310, en que regia el Oriente, siendo terrible azote de los cristianos, el bárbaro emperador idólatra Maximino. Una maravilla ocurrió, segun los historiadores de este Santo, en su muerte, y fué que áun cuando cortada la cabeza quedó su cuerpo de rodillas, en cuya postura le encontraron los cristianos al siguiente dia en que buscándole por todas partes, noticiosos ya de haberle sacado de la cárcel en que le creian, tuvieron lugar de admirarse del prodigio que Dios obraba para manifestar la santidad del digno sucesor de S. Marcos. Grande fué la pena del pueblo de Alejandría al saber la muerte de su pastor, y solo Dios pudo parar su furor para que se revolucionase contra sus tiranos y vengasen la sangre del justo que habian derramado. Trocando por la mediacion divina el furor de la venganza por la dulzura de la piedad, tomaron el cuerpo del Santo, y acompañáronle vertiendo lágrimas y con candelas encendidas á la iglesia de S. Marcos, en donde vistiéndole de pontifical, le sentaron en la silla del evangelista, en la que por respeto jamás quiso sentarse, creyéndose indigno de ocuparla, y despues le condujeron entre palmas y candelas en hombros de los fieles, que se disputaban el honor de llevarle, al cementerio que el mismo Santo habia hecho edificar para enterramiento de los mártires y de los fieles, y cubriendo su cuerpo de bálsamo y esencias olorosas, le dieron sepultura, cantando al propio tiempo himnos en alabanza del Señor. Hemos leido en algunos de los autores que refieren la vida de este mártir, que cuando sufria su martirio oyó una santa vírgen una voz del cielo que decia: «Pedro principio de los apóstoles, y Pedro fin de los obispos mártires de Alejandría;» y así fué, pues que él fué el último obispo de aquella célebre ciudad que murió en la persecucion de la Iglesia católica por los gentiles. Grande fué la devocion que los alejandrinos profesaron al evangelista S. Marcos, fundador de la Iglesia; pero no fué menor la que tuvieron al glorioso pastor de que acabamos de hablar, al que honraron en sus pontificados sus sucesores Aquilas y Alejandro, y los demás que le siguieron en aquella silla, á pesar de las declamaciones rabiosas del malvado heresiarca Arrio, que ofendido de la repulsa que le hizo el clero de aquella Iglesia, y de haber sido lanzado de ella por S. Pedro y su sucesor Alejandro, dirigió sus tiros en el trastorno que causó á la religion su herejía contra los fieles de esta ciudad, que conservará siempre una bendicion gloriosa para S. Pedro Alejandrino y una maldicion infernal para el heresiarca.— B. S. C.

PEDRO de Aragon (Fr.). Este varon de la más ilustre prosapia, pues fué hijo de los reyes Jacobo II y Doña Constanza, estimó en más el brillo de la virtud que las grandezas á que su nobilísimo orígen podia darle derecho, asi que en 1358 tomó el hábito de la religion Seráfica en el convento de San Francisco de Valencia. Sus ejemplares virtudes eran la admiracion de todos, señalándose singularmente en la práctica de la santa humildad de tal suerte que por el desprecio que de sí mismo hizo llegó á quedar olvidado entre todos, sus talentos y educacion permanecieron ocultos, y á nadie se ocurrió el echar mano del P. Pedro para nada, á pesar de que hubiera podido servir para muchísimo. De manera que la exactísima observancia de reglas y constituciones, el ejercicio santo de la oracion, que le era muy frecuente, y en la cual alcanzó del Señor señaladísimas mercedes, la práctica de los actos de comunidad más bajos y de los cuales huian todos, esta era la ocupacion exclusiva del que por su cuna estaba destinado á ser cuando ménos un gran príncipe; mas un resultado todo provechoso para él coronó sus piadosos intentos, porque el Señor, despues de haberle hecho acrecentar sus virtudes y méritos durante veinte años que tuvo el santo hábito, le colmó de ventura despues de su feliz muerte acaecida en medio del sentimiento universal y de una santa envidia de parte de cuantos conocian sus grandes virtudes, porque á pesar de que con su humildad y modestia grandísimas trataba de ocultarlas, no podia ser esto, porque ellas habian de dejarse ver para honra y gloria de Dios que se ostentaba admirable en este su favorecido siervo, por cuyo medio prodigó extraordinarísimos favores. Su cadáver en una caja de madera primorosamente labrada, se conserva en la capilla enterramiento de los Cardonas, en dicho convento de S. Francisco de Valencia, donde fué depositado ya por ser su ascendencia tan ilustre como lo era, ya tambien para dar un ligero testimonio de lo aceptas que habian sido sus virtudes, áun á la faz del mundo, pues este queria, y con muy justa razon, demostrar alguna deferencia á aquel, cuyos ejemplos podrian servir y servirian de hecho para decir á las generaciones venideras: hé aquí el verdadero aprecio que el hombre debe hacer de lo distinguido de su orígen; ennoblecerlo más por sus virtudes y buenas obras, enaltecerlo por su correspondencia á la gracia, y fijando su mira únicamente en el término adecuado de nuestro querer, que es Dios, ir á él por las obras buenas y buscarse así un nombre que vivirá siempre, una fama que será tan imperecedera como la que adquirió Pedro de Aragon, religioso franciscano. —G. R.

PEDRO de Aranda. Fué este eclesiástico del siglo XV obispo de Cagliari y mayordomo del pontífice Alejandro VI á fines de dicho siglo. Acusado y convencido el año 1500 de tener sentimientos heréticos, el tribunal apostólico le formó la correspondiente sumaria. Con relacion á Brosius y á Spon-

de se sabe que este obispo creia que la ley mosáica reconocia un solo principio y la cristiana tres, que eran Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que si Jesucristo fué Dios, no sufrió. Se burlaba de las indulgencias, comia de carne el viernes y el sábado; se desayunaba ántes de decir Misa, y negaba hubiese purgatorio ni infierno. Confirmadas las sospechas por el tribunal se le degradó de la dignidad episcopal, y fué encerrado en el castillo di Santo Angelo de Roma, sin que nos digan los autores si murió en la prision ni cuando, ni si llegó á arrepentirse. —C.

PEDRO de Arbues (S.). Este Santo mártir español nació en el reino de Aragon, en un pueblo á seis leguas de Zaragoza, el año 1441. Educado por sus religiosos padres en el santo temor de Dios, é inclinada su alma á la perfeccion católica, luego que se dedicó á los estudios teológicos hizo rápidos progresos. Mandado á perfeccionar sus estudios á la célebre universidad de Bolonia, en ella se graduó de doctor, y dedicado á la instruccion enseñó en aquel centro científico y literario con admiracion de todos sus compañeros y discípulos. Nombrado canónigo de la santa iglesia de Zaragoza, en ocasion en que aquel cabildo era todavía regular, profesó Pedro solemnemente el año 1476, y no tardó en ser el modelo de aquella clerecía por su modestia, prudencia, humildad y amor á los pobres. Establecido en España por los reyes católicos el Santo Oficio ó Tribunal de la Inquisicion para detener los progresos de la herejía, nombraron á Pedro Arbués primer inquisidor de Aragon. El celo religioso con que desempeñó este encargo le granjeó el implacable odio de los judíos, que se concertaron para librarse á toda costa de tan terrible enemigo. A este fin se introdujeron una noche á la hora de maitines tres de aquellos desalmados en la santa iglesia de la Seo, y esperando escondidos, cuando vieron al Santo arrodillado ante el Santísimo Sacramento haciendo oracion y extasiado en tiernas y devotas pláticas con su Dios, le acometieron repentinamente á cuchilladas partiéndole la cabeza y causándole heridas, de cuyas resultas murió dos dias despues, el 17 de Setiembre de 1485, muy sentido de todos los fieles. Canonizado por el papa Alejandro VII, se erigió un suntuoso monumento en la misma catedral en que se halla su cuerpo, y se ven sobre el muro cercano al punto en que le martirizaron los judíos, las espadas con que le asesinaron: los aragoneses zaragozanos le celebran fiesta todos los años el 17 de Setiembre, aniversario de su glorioso tránsito, y le tributan bastante culto en su capilla. — C.

PEDRO de Arcanano (Fr.). Fué Fr. Pedro religioso franciscano de buenas costumbres y de bastante capacidad, que hizo fecunda por su estudio decidido y aprovechado de la fe católica y sus verdades, así como de la sagrada teología en todos sus ramos. A estos sus conocimientos y á la buena fama de sus virtudes se debió indudablemente el que fuese de inquisidor

á Milan, acompañado de Fr. Catalem, hijo de su misma Orden y que estaba en su compañía para ayudarle en el despacho de las causas y asuntos puestos á su cuidado. En ocasion de hallarse ambos en Humbrada de Guerco, lugar de la Lombardía, fueron acometidos por los herejes, que intentaban arrebatarles el secreto de donde tenian los expedientes por los cuales constaban sus errores y en los que se disponia la suerte que habia de caber á cada uno conforme la culpabilidad que tuvieran en la propagacion de sus falsas doctrinas. No pudieron conseguir que este varon distinguido ni su celoso compañero les diesen la más mínima noticia, ántes por el contrario lo que les aseguraron fué que el Santo Tribunal exigiria á cada uno la responsabilidad segun apareciese implicado, y que se verian ejecutadas las sentencias conforme hubiese lugar. La sensacion fatal que esta constancia y resolucion de los siervos de Dios produciria en el ánimo de los herejes, puede inferirse al considerar que toda su respuesta fué comenzar á herirlos con violencia, haciendo correr su preciosa sangre, y siendo esta fecunda en mérito para los santos varones, que de esta miserable vida pasaron á la eterna, á recibir el galardon con que Dios premió el que por la fe y justicia sacrificasen su existencia. Sus venerandos cuerpos fueron depositados en Valencia de Viena (Francia) y allí reciben el homenaje de veneracion debido á quienes con buena fama de virtudes murieron bajo el alevoso puñal de los enemigos de Cristo y de su Iglesia. — G. R.

PEDRO Arenis (Fr.). Fué este esclarecido varon hijo del gran patriarca Sto. Domingo, en la casa de Barcelona, donde profesó el año 1364, apénas cumplió la edad requerida por los estatutos de su Orden. Desempeñó en ella los cargos que le confiaron con celo y actividad, habiendo sido muchas veces nombrado para el de prior, que ejerció en su misma casa, de donde salió con comision especial de visitar el reino de Valencia para dar instrucciones y gobernar los conventos que en él habia, y algunos que despues se fundaron. Pasó luego como provincial á Tierra Santa, y allí, como en todas partes, desplegó gran celo por la prosperidad y sobre todo por la observancia de su religion, acerca de la cual repetia muchas veces no ser otros sus deseos sino el de que cada religioso fuera de tan extraordinaria virtud como lo fueron los esclarecidos Domingo y Tomás de Aquino. Era de buen talento y aplicado, como se deduce de un importante *Cronicon*, que debido á su erudita pluma conservan manuscrito en la casa de Barcelona, comprensivo desde 1349 á 1445, en el cual se dan datos curiosísimos y noticias históricas muy apreciables acerca del cisma de Pedro de Luna y los reyes de Aragon; acerca de los sucesos y progresos de la Orden Dominicana en aquella época, y acerca de sus capítulos provinciales, que ciertamente fueron de mucha importancia, porque en su mayor parte se tomaron despues como

jurisprudencia general para todos los acontecimientos análogos en que pudieran ser de alguna aplicacion ó conviniera consultarlos. No se sabe á punto fijo el dia ni áun el año de su fallecimiento; pero de su obra se desprende que su vida fué larga, pues que su crónica comprende cerca de cien años, y no hay en ella indicio ninguno de que otra mano haya podido dar siquiera una pincelada en el bellísimo cuadro que trazó este eminente varon. Sea de esto lo que fuere, es indudable que sirvió bien á la Orden como religioso, como superior y como cronista, y que estas consideraciones le hacen acreedor á que se le mire como uno de los más distinguidos varones de su época.—G. R.

PEDRO Arias de la Hoz (Dr. D.). Hijo de los muy distinguidos señores Gaspar de Fuentes, alcalde de hijosdalgo, y Doña María de la Hoz, nació en Madrid en 1583. Desde luego se esmeraron sus padres en procurarle una educacion cual correspondia á su alcurnia, haciéndole cuantas reflexiones fueron convenientes para afirmar en él su vocacion decidida al estado eclesiástico, que fué el que abrazó, concluyendo con muchísimo aprovechamiento los estudios teológicos, en cuya sagrada facultad brilló mucho, tanto en la cátedra, que regentó algunos años, como en el púlpito, donde fué justamente celebrado, y por cuyo ejercicio de la predicacion, hecho con la maestría y habilidad que él supo, obligó al rey D. Felipe IV, en justa retribucion de su mérito, á nombrarle su predicador y capellan de honor, cuyos cargos desempeñó con celo y muy á satisfaccion, no solo del monarca sino de todos los que le conocieron. Como era sacerdote secular entró en la venerable Congregacion de los mismos, que se llama de S. Pedro, y vulgarmente de los Naturales, por no poder pertenecer á ella más que los presbíteros seculares que sean oriundos ú originarios de la villa y corte de Madrid, y en esta corporacion prestó importantes servicios, pues desempeñó varios cargos en ella, entre otros el de capellan mayor, que le confirieron en 1622, y en cuyo desempeño acreditó mucho su celo y afecto por su Congregacion. Hubiera seguido desempeñando este importante cometido si la voluntad expresa del Rey no le hubiese hecho pasar á Roma para un asunto muy importante y reservado; mas no se crea que allí dejó de ser útil á la Congregacion de Sacerdotes naturales de Madrid, porque la estrecha amistad que le profesó el santo padre Urbano VIII hizo que con facultades y poderes de la corporacion pidiese y obtuviera varios breves pontificios en favor de ella, por los cuales se la conceden perpétuamente muchos privilegios y gracias, que hacen más apreciable el pertenecer á ella; aprecio que, sea dicho de paso, se aumenta en gran manera, cuando se fija la atencion en que á este esclarecido, aunque pequeño cuerpo, han pertenecido sacerdotes tan respetables en ciencia y en virtud como lo fué el Dr. D. Pedro Arias de la Hoz, de quien nos estamos aho-

ra ocupando. Se ha dicho que en 1623 pasó á Roma con una comision del Rey y que obtuvo del Sto. Padre las más señaladas pruebas de afecto y distincion; pues aún hay más: desde el momento en que llegó á Roma y Urbano VIII comprendió su mérito, lo condecoró con la órden militar de S. Juan, lo adscribió á la cámara pontificia y le colmó de distinciones extraordinarísimas, confiando á su cuidado el desempeño de comisiones muy difíciles y reservadas, verificándose muchas veces el dejar Su Santidad al buen juicio y prudencia del Dr. D. Pedro Arias la resolucion de casos y consultas, que sin este giro particular que el Papa las daba, y que hacia fuese su respuesta mucho más breve y expedita, hubieran tenido que ir á manos de congregaciones que con largos, pero para ellas imprescindibles trámites, hubiesen retardado el despacho de estos asuntos, que D. Pedro y el Sto. Padre ponian al corriente en brevísimo tiempo; y no se crea por esto que el doctor Arias fuese precipitado, todo al contrario, la madurez y cordura formaban sus principales prendas, contrastando en gran manera con su físico, pues era de un carácter vivo, digámoslo así, inquieto y que necesitaba todo el dominio que su situacion le imponia para aparecer sosegado, áun en los actos y momentos más solemnes y críticos. A su regreso de Roma en 1633, fué cuando él se convenció del justo aprecio en que en la Corte era tenido, pues todos, todos corrieron presurosos á felicitarle en su venida y á manifestarle el deseo, en unos, de oir su autorizada voz desde el púlpito, en otros, de recibir sus acertados consejos desde el bufete, y en muchos, de seguir sus prudentísimas determinaciones en el sagrado tribunal de la penitencia, pues eran muchas las gentes que bajo su acertada direccion iban buscando la perfeccion cristiana, y por consiguiente su salud, felicidad y dicha verdadera porque es en Dios, y eterna por la promesa de su adorabilísima Majestad. No les duró mucho á unos ni á otros el consuelo que respectivamente él proporcionaba al distinguido sacerdote. Es verdad que confesó, predicó y aconsejó desde el dia de su regreso de la capital del orbe católico, y que su incansable celo le hacia dedicarse á estos mismos ministerios todos los dias y á todas horas, mas su vida fué muy corta, y ya achacosa desde su viaje, por lo cual iban sus apasionados experimentando ya ese vivo dolor que se sufre al ver caer un árbol que da sombra, al ver desmoronarse un edificio que cobija, al ver, morir un protector como lo era para todos este distinguidísimo sacerdote. En efecto, el 12 de Abril de 1645, despues de una enfermedad de más de diez años, lo llamó Dios para sí, llenándose con su muerte de sentimiento todos los que conocian su gran mérito, todos los que apreciaban en lo que valia su raro talento, suma erudicion y grandes virtudes. Ellas habrán obtenido su premio, y le habrán proporcionado la vida de su alma, miéntras que su cadáver, enterrado en el panteon de su familia de la parroquia antigua de

Santiago, espera el dia en que juntos de nuevo cuerpo y alma gocen para no cesar nunca en este perfectísimo estado la paz, dicha y ventura que para siempre se ha de disfrutar por los que, hijos fieles de Cristo y amadores de su cruz, reinarán con él por siglos de siglos. — G. R.

PEDRO ARMENGOL (S.), mártir. Celebra la Iglesia á 3 de Noviembre un grande é ilustre varon español, que aumentó el ilustrísimo y antiguo blason de sus nobles ascendientes, colocando un patíbulo en su escudo de armas, signo vil para los hombres, y que enalteció á su familia más que una corona real, porque fué para él corona de gloria y para su patria escudo celestial que la engrandece y ensalza. Y como para contar sus virtudes y santidad sea preciso á los que no tuvimos la dicha de admirar sus virtudes, el beber en las buenas fuentes de la historia las noticias que mejor puedan darle á conocer, vamos á relatar cuanto sobre este Santo han dejado consignado el piadoso Domenech, en su *Flox Sanctorum* de Cataluña; Guimerá, en su *Historia del Pluche;* Salmeron, en sus *Recuerdos históricos;* Corvera, en su *Vida de Santa María de Cervellon;* Torres, en su *Agricultura del alma;* Carrillo, en sus *Anales;* Vargas, en su *Crónica;* Zumel, en su *Tratado de la vida de los padres de su Orden;* y otros que han escrito de los santos que celebra la Iglesia periódicamente. El apellido Armengol es el principal con que se distingue la antigua y nobilísima casa de los barones de Rocafort, que desciende de la casa de los condes soberanos de Urgel, que tuvieron por ascendientes á los soberanos condes de Barcelona, á los reyes de Francia, reyes de Castilla y de Aragon y á los condes de Flandes. A esta Real familia perteneció nuestro San Pedro Armengol, gloria de España y floron brillantísimo de la llamada *Coronilla de Aragon*, su patria. Nació este santo varon en la provincia de Tarragona, villa de la Guardia de los Prados, en el último tercio del siglo XIII de nuestra era, sin que nos descubran los autores consultados año ni dia fijo de su nacimiento, y solo nos dicen que se le puso por nombre Pedro, y que estando presente cuando nació el venerable padre mercenario Fray Bernardo Corvera, profetizó que un patíbulo habia de hacerle santo. Siendo este niño hijo único y de padres tan potentes y ricos, puede considerarse el regalo y esmero con que se criaria; pero su madre, que á pesar de ser una señora principal no se desdeñó, como acontece con muchas de su clase, de criar por si misma á su hijo, desde que puso su pecho en la boca de su hijo le nombraba á María Santísima de quien era muy devota, y asi es que el tierno infante alimentó al propio tiempo que el cuerpo el alma, imprimiendo en ella tan pronto el purísimo nombre de la Virgen sin mancilla, que pronunció el nombre de María mucho ántes que los tiernos dictados de *mamá* y *papá*, que son los primeros que salen de la boca de los niños. Fué tan del agrado del santo niño la salutacion angélica, que rompiendo á

hablar con ella, por mucho tiempo no supo ó no acertó á decir más que *Ave-Maria*, por más que le enseñasen otras palabras; y conforme fué creciendo, la oracion del Ave-María completa fué su respuesta á todo, su saludo á los que le hablaban, su primer cántico infantil y su constante estribillo. A quien tanto amó á María desde que vió la luz, no podia faltarle esta Señora; y así es, que puede decirse que tuvo por especial nodriza primero, despues por aya y últimamente por augusta protectora á la gran Madre de Dios. ¿Qué importó que su virtuosa madre muriera dejándole en tiernísima edad? Quedó sustituyendo á la madre natural la que lo es de todos los hombres por legado del mismo Dios en el testamento que hizo pendiente de la Cruz, en que salvó con su muerte al género humano de las cadenas del demonio; y áun cuando al cuidado de tantos hijos, no faltó en sus caricias y cuidados á su hijo Pedro, como jamás falta á los que con verdadera fe se acogen á su maternal manto de misericordia, de amor y de caridad. Creció Pedro y con él su devocion á la Vírgen, cuyas oraciones aprendia mejor que nada de lo que le enseñaban, gozándose mucho todos los dias en que se rezase el Santo Rosario en su casa de la manera que entónces se hacia este devoto ejercicio, que despues se perfeccionó; y siempre que venia una fiesta de la Vírgen, se empeñaba en ayunar su víspera pidiendo le llevasen al templo para reverenciarla. Despues que aprendió á leer y escribir, en cuya enseñanza fué muy precoz, estudió la lengua latina con una pasmosa facilidad, llevado del deseo de comprender lo que decia el sacerdote en el santo sacrificio de la Misa, y lo que expresaban los himnos y demás cánticos sagrados, pues que su mayor delicia la tenia en estar en la iglesia lo más que podia, y sobre todo cuando habia de confesar y comulgar, lo que hacia con frecuencia y con una ejemplar devocion. Decir cuán apreciable supo hacerse con su familia y con cuantos le conocian el niño Armengol, es excusado despues de lo que hemos dicho y de saberse por sus historiadores que fué sumamente modesto, humilde, cortés cuanto convenia á su edad, afable con todos y caritativo con los pobres. Bosquejada la primera parte de nuestro cuadro, hemos delineado, como se ve, la bella figura de un ángel, y efectivamente lo fué S. Pedro Armengol en sus infantiles años, así como acabó por ser un gran santo; pero duélenos tener que tocar á su juventud, cuyas pinceladas no podrán ménos de manchar, aunque transitoriamente, los bellos colores que nos han servido para hacer patente su gloriosa infancia. Hubiéramos de buena gana pasado la parte que vamos á delinear para unir la gloria de la infancia á la de la santidad y del martirio, en cuyo caso pareceria más perfecto á los ojos mundanos nuestro cuadro por imperfecto que fuese, si no estuviésemos persuadidos de que faltando á la verdad histórica amenguabamos algun tanto la misma gloria del Santo, ofendiamos á la grandeza de

Dios, que quiso valerse de tales medios para mayor mérito de su escogido y enseñanza nuestra, y privábamos á los que ven con los ojos del alma, del mayor mérito de la obra que pretendemos bosquejar; en estas creencias vamos á continuar nuestro trabajo como mejor podamos para mayor honra y gloria de Dios, y demandando su divino auxilio. Viudo el padre de S. Pedro y súbdito fiel de su monarca, no pudo ménos de acudir á su llamamiento para ocuparse de los negocios del Estado que exigian sus conocimientos, influencia y pericia. Al partir para llenar sus deberes en el servicio á que se le llamó, dejó encomendado el cuidado é instruccion de su hijo á un ayo, hombre de conocimientos y de toda su confianza, encargándole que amaestrase á su hijo en la virtud, guiándole por el buen camino que llevaba con satisfaccion suya. Tan esmerada habia sido la educacion que habia recibido Armengol, que en el manejo de la espada no tenia competidor, en la caza no habia quien le aventajase, como tirador de barra excedia en brios á todos, como caballista no habia potro que se moviese entre sus rodillas sino á su voluntad, y á todos vencia en el salto, en la carrera, en la lucha y en el valor, pues que á su destreza é inteligencia superior hermanaba sus hercúleas fuerzas. Estas ventajas esparcidas por la fama, que no se olvidó de dar tambien cuenta de su carácter franco y amable, de su hidalga caballerosidad y de su natural generosidad, le atrajo muchos competidores y no pocos de esos zánganos, que se arriman siempre á los generosos considerándoles ricas colmenas que explotar para mantener los vicios y vivir á su costa. Lisonjeaban los jóvenes petardistas y los camorristas al jóven Armengol, y como en toda edad la adulacion, y más en la juventud, es sirena tan poderosa que adormece los corazones mejor preparados para desecharla, el del inesperto Pedro se dejó seducir por las valentonadas de los unos y los halagos de los otros, y asi es que diariamente tenia peligrosas pendencias con los unos y costosos petardos de los otros, terminando por llevar á todos á su casa y derramar el oro de su padre en francachelas y bacanales, festines y comilonas. Dicho se está que, engolfado en la disipacion y embriagado en los placeres, olvidó sus buenas costumbres, y de la virtud que ántes le coronaba, pasó al vicio que le iba quitando una á una las brillantes perlas de aquella, haciéndole perder el comercio con sus calaveras amigotes, la modestia, la humildad, la cortesía y hasta la devocion que tan acepto le hacia á los ojos de Dios y de sus padres y parientes. Conociendo éstos que de seguir así Armengol tardaria muy poco en perderse y en dar al traste con su pingüe hacienda, tuvieron por un acto de verdadera caridad avisar á su padre de lo que pasaba para que pusiera el debido correctivo á semejantes desmanes. Destrozado quedó el corazon del padre al saber las travesuras del hijo, á quien dejó un ángel, y que, segun le decian, habia venido á

ser un diablo, y deseando apartarle del camino de perdicion que habia emprendido, voló á su casa en alas de su amor paternal, y encomendando á Dios el buen deseo que le acompañaba. Si pena le causó la nueva que le hiciera emprender el viaje, nueva que él creia algun tanto exagerada como acontece á todo padre con respecto á los defectos que le cuentan de sus hijos, la realidad, que vió confirmada al llegar á su casa, le hubiera indudablemente desesperado á tener ménos confianza en Dios y ménos prudencia. Encerróse á solas con Pedro, y recordándole los dias de su infancia y á su virtuosa y difunta madre, le echó en cara sus defectos, desconociéndole por su hijo, manifestándole que los que nacen nobles tenian doble obligacion que los demás para vivir bien, y que el valor debia servirle para defender y servir á su patria, no para gastarle en vanos alardes de fuerza entre gentes perdidas, que podrian llevarle hasta el punto que le profetizó el venerable Corbera, de que en afrentoso patíbulo seria Santo, aun cuando dudaba que ambas cosas se hermanasen segun la vida que llevaba, si bien presentia la primera con dolor, y pedia á Dios le quitase la vida ántes de verse tan afrentado. Enternecióse de tal modo Armengol, padre, en este discurso, que viéndole llorar su hijo como un niño, se arrojó á sus pies pidiéndole perdon, y prometiéndole abandonar su disipada vida y volver á la gracia que perdiera, y viéndole el padre tan contrito y que despidió á todos sus amigotes, ofreciéndole no entregarse á otros placeres que la caza, á que era muy aficionado, y esto acompañado de gentes honradas, se partió á su destino lleno de confianza creyendo dejar á su hijo verdaderamente arrepentido y entregado solo á los placeres de la caza; pero no presentia el pobre viejo que esta habia de ser causa de mayores males que los que habia venido á evitar. Hallándose Armengol de caza un dia con sus gentes, otro caballero de la vecindad fué por el mismo sitio con igual intento. Vió éste que sus sabuesos y criados habian levantado un jabalí y le siguió con su caballo. Armengol, que ignoraba lo que habia sucedido, al ver venir hácia él el bruto, le disparó su arma y le dejó muerto con su venablo. Llegó el caballero que le perseguia con sus cazadores y se encolerizó tanto al ver muerto al jabalí por Armengol, que insultó á éste temerariamente. Armengol, que vió que su disculpa podria tomarse á cobardía, tiró de la espada y retó á su contrario que no se hizo esperar, pero apénas habian cruzado los aceros, se echaron sobre ellos los que los acompañaban é impidieron por entónces el duelo. Subió tan de punto el enojo de Armengol contra su contrario, que dando pábulo á la venganza que inflamó el demonio en su corazon, no se satisfacia con matarle ó quemarle su casa, sino con poner fin, si pudiera, á toda la familia del que consideró su enemigo. Ocupado de esta infame idea, sostenida y fomentada por el enemigo de su Dios y del linaje humano, reunió una porcion de bandidos y

foragidos que huian por sus crímenes de la sociedad, que les perseguia como á dañinos lobos, y haciéndose capitan de ellos, no se sabe los desafueros y daños que causaria, pues que sin duda horrorizada los calla la historia para que no desmereciese el brillo de aquel á quien tan radiante de gloria habia de considerar despues. Al saber Armengol padre, la infame conducta de su hijo, que no solo habia despreciado sus sanos consejos y faltado á la palabra que le diera, sino que habia envilecido su familia y la estaba deshonrando con su infame proceder, trató de ocultarse en lo posible, alejándose de los sitios en que su delincuente hijo practicaba sus fechorías; pero como teniendo el rey de Aragon D. Jaime que ir á Montpeller, fuese necesario franquear el camino desde Valencia, en donde este soberano se hallaba, librándole de los bandoleros que le infestaban, confió el Rey esta comision á Arnaldo de Armengol, el que la admitió muy gustoso por ver si lograba coger á su hijo para evitar á otro darle el castigo que merecia por sus enormes crímenes. Conociendo Arnaldo que sin abundante cebo no es fácil cazar las fieras, cuyo instinto las hace no arriesgarse por bagatelas, echó delante de sí, guardadas por poca gente, dos mulas cargadas de rico botin y las siguió de léjos con varios infantes y caballos de la fuerza confiada á su pericia militar. Saliendo los ladrones acaudillados por su hijo al cebo del botin, cargaron los soldados contra ellos con el mayor furor, y como ellos se defendieran con el valor que da la desesperacion, se trabó un sangriento combate. Encontráronse en él frente á frente padre é hijo, igualmente esforzados, diestros y valientes y desafiándose mútuamente, echaron ambos pie á tierra y empezaron un desafio á muerte, cuyos golpes detenia sin duda Dios, pues que á pesar de su encono no llegaban á acertarse en los que se tiraban, y como dentro de sus pechos batallase tambien la naturaleza con grande impulso, los nombres de padre y de hijo suspendieron aquel sacrílego combate, y arrojados los aceros, vió el cielo al criminal hijo derramando lágrimas á los pies de un padre severo y ofendido, que pugnaba en vano por ocultarlas. Cuando tuvo lugar esta escena, los demás bandidos ó habian sido muertos ó prisioneros, pues que pocos lograron salvarse del arrojo de los soldados, que contemplaban la escena de los dos jefes enemigos sin acertar á explicársela. Grandes y conmovedoras fueron las súplicas que hizo Armengol á su padre como á tal y como á juez, y tan arrepentido se mostró, que cuando vió que los soldados por seguir á los bandidos que aún quedaban con vida les habian dejado solos, le levantó del suelo y vertiendo un mar de lágrimas ambos, se abrazaron con el mayor trasporte de amor, y convinieron en que marchase Armengol á Barcelona en tanto que su padre alcanzaba su perdon del Rey, lo que consiguió Arnaldo como premio de sus importantes servicios al monarca. Hemos terminado por fortuna con los feos colores que la historia ha

puesto en nuestra paleta para seguir el cuadro que bosquejamos, colores que por más que hemos tratado de desleir en el aceite de la gracia, se han resistido tenazmente sostenidos por la justicia y endurecidos por la verdad, razon por la que no han podido ménos de manchar con negras pinceladas las bellezas que se habian bosquejado al principio de la obra; fealdad que tenemos la esperanza de disminuir en lo sucesivo al pintar las virtudes relevantes y santidad que presentimos ha de proporcionarnos la historia, que limpiando nuestra paleta de aquellas miserables misturas la ha cargado de bellísimos colores confeccionados por la virtud, purificados por el arrepentimiento y santificados con la penitencia, y si bien los hallaremos al final manchados de sangre, será esta tan gloriosa y preciosa, que nos servirá para dar al cuadro una bonancible y suave veladura, que ocultándonos con su virtud sorprendente aquellos negros contornos, darán al cuadro la más brillante entonacion y el más sorprendente colorido, pues que á falta de nuestra pericia y destreza guiará la justicia, la verdad y la piedad nuestro pobre pincel para que la obra salga lo ménos defectuosa posible. Muchos y muy nobles eran los parientes que tenia Pedro Armengol en Barcelona, pero tan avergonzado estaba de sus delitos, que no se presentó á ninguno, ántes bien se ocultó de todos en una humilde casa, pues que no podia ignorar de que habian de estar justamente ofendidos é indignados contra él por el feo borron que habia echado sobre las blancas hojas de su hidalguia, á la que solo el hálito de los delitos manchan. Su arrepentimiento le traia á la memoria todos sus delitos como gusanos roedores que mortificaban cruelmente su alma, pues el gusano de la conciencia es el más terrible y voraz enemigo del hombre, que se deleita en martirizarle sin tregua, punzándole atrozmente en medio de sus mayores alegrías, y no perdonándole áun en sus aflicciones, hasta que la satisfaccion á Dios es completa, y borrados los delitos con la penitencia, único bálsamo que cura por completo las terribles heridas que hace en el corazon, y á fuerza del mal desaparece. El paso del delito y del crímen á la virtud es un paso sumamente difícil, que solo se logra con el auxilio de Dios por medio del arrepentimiento más sincero; pero siempre las reliquias del mal le ponen obstáculos en un principio por efecto de nuestra soberbia, pocas veces pronta á humillarse con tanta celeridad como debiera despues de reconocido el pecado. Pedro Armengol se habia arrepentido verdaderamente, se habia convertido, por decirlo así; pero pugnaba su corazon consigo mismo, y llegando hasta el punto de aborrecerse á sí propio, tocaba casi á la desesperacion, cuando aquel Dios benigno, que tomó sobre sus benditos hombros á la descarriada oveja para conducirla á su redil, le proporcionó el medio más suave y sencillo de salir de su miserable agitacion y de volver á su misericordia. Sin

saber qué hacer, y por dónde y adónde ir para buscar alivio á su pena, pasó por la iglesia del convento de Mercenarios, y sin advertirlo tal vez su voluntad, se entró en ella. Hallábase á la sazon predicando el venerable siervo de Dios Fr. Bernardo Corvera, de quien ya hemos hablado, y versaba su piadoso discurso sobre la penitencia, llamando á Dios las almas por su medio, y fué tal lo que hirió la fibra de su lastimado corazon la plática del Padre, que volviendo en sí de su letargo y cayendo de rodillas ante Jesus sacramentado, despues de responder á los latidos de su conciencia con las voces mudas, pero elocuentes, del arrepentimiento más sincero, se puso en plática mental con Jesucristo, y pidiéndole luces y discernimiento para conocer la enormidad de sus pecados y llorarlos cual se merecian, salió de su alma la voluntad, impelida de la fe y del más ardiente amor, y se propuso acudir al sacramento de la penitencia con la esperanza del perdon. Hizo una confesion general con contricion completa, y descargado de la culpa que tanto le pesaba, se encontró puro y ágil para alistarse de nuevo en las banderas de la gracia del Señor, de las que habia desertado hacia algun tiempo. Tan pronto como se encontró libre del pecado, se presentó á sus ojos espirituales, radiando divina luz, aquella celestial Señora que habia sido las delicias de su niñez, la Vírgen María llena de gracia y de dulzura, que sonreia gozosa al ver volver á su aprisco aquella extraviada ovejuela, que tan tiernamente la habia amado, y cuyo amor la robára el dragon infernal, envidioso de su dicha. Despertóse la devocion adormecida de Pedro á la Vírgen Santísima, y persuadido de que ningun defensor más poderoso y mejor podia buscar que esta Señora, por quien se despertaron en su alma sus primeras simpatías, la imploró con sus sencillas antiguas oraciones le iluminase benigna con sus inspiraciones acerca de la decision que debia tomar para que se olvidasen sus antiguos crímenes y encontrase el camino más corto y seguro para su perfeccion y salvacion eterna. Jamás falta la gran Madre de Dios á los que con fervor y entera fe la imploran, y oyendo á su antiguo esclavo, le significó de un modo maravilloso que podia lograr sus buenos deseos dedicándose al servicio de Dios y el suyo en la religion Mercenaria, que ella protegia, en la que le asistiria como á hijo y cuidaria de que no volviese á ser presa del demonio. Lleno de gozo el arrepentido Pedro por una inspiracion debida á los favores de la Vírgen, y de los cuales se consideraba indigno, se dirigió presuroso al convento de la Merced, en cuya iglesia habia Dios dirigido su conversion y purificado su alma, y besando humildemente su entrada y encomendándose de nuevo á Dios y á su santa Madre, buscó con ánsia al general de la Orden, que lo era entónces el virtuosísimo P. Fray Guillen Baz, digno sucesor de S. Pedro Nolasco, fundador de aquella religion, y manifestándole cuanto debia, le pidió se dignase recibirle en la Or-

den. Como los delitos de Armengol habian sido tantos y tan recientes, el General dió dilatorias á su recepcion, probando de mil maneras al neófito para conocer si su vocacion era perfecta, y luego que se cercioró de que la tenia cual necesitaba ser y Dios la exigia, le vistió el hábito de la religion, con el que cambió Armengol el del mundo, trocando su soberbia en humildad, en pobreza su ambicion, su orgullo en la más estricta obediencia, y su arrogancia en mansedumbre. Corrió la fama la noticia por Barcelona y por todo el principado, y todo el mundo alabó la misericordia del Señor al ver tan repentino cambio, habiendo algunos poderosos que pasaron de la admiracion á la imitacion y siguieron el ejemplo del caudillo de bandidos arrepentido. Ciertamente que, segun vemos por la historia, el más pecador cuando llega á arrepentirse es el más severo juez de sí mismo y el más penitente, porque desconfiando de sí mismo por sus hechos anteriores, procura asegurarse de mil modos en el nuevo camino que ha emprendido para quitarse á sí mismo la ocasion y los medios de volver atras. Esto sucedió con nuestro Armengol, que llorando de noche y dia, procuraba con este agua del dolor de sus pecados borrarlos de su alma. Renunciando á todos los manjares quien tan exquisitos y delicados los habia gustado, se mantenia solo con yerbas á medio cocer, y éstas en tan corta porcion y tomadas en tan largas distancias, que solo por providencia divina podian bastar para mantener aquel cuerpo. Cubrió su cuerpo todo de áspero y punzante silicio, que solo se quitaba para darse disciplina de sangre diariamente; siempre en oracion, su dormir, que le era un tormento porque interrumpia sus preces, no era más que dormitar, pues que procuraba evitar el sueño cuanto podia, y acordándose de que la soberbia le habia conducido al crímen, quiso que la humildad le reemplazase con exceso para castigar su espíritu de su antigua rebeldia, y asi es que se humillaba ante el más miserable criado del convento, como si éste fuese su superior, porque se consideraba el menor y más indigno de todos. Puestos en paralelo sus delitos como bandido con su penitencia, ésta los excedió en rigores, pues que no hubo tormento que él supiese, que no aplicase á su cuerpo para castigarle por su mala vida pasada. Advirtiendo los Padres lo excesivo de las penitencias del novicio le mandaron aminorarlas, y el que tan obediente era en todo, procuró resistirse á este mandato, entristeciéndole mucho quisiese, por bondad de los superiores, privársele de la satisfaccion que encontraba su alma de aumentar cada vez más los rigores contra su cuerpo; empero el deber de obediencia le hizo aminorarlas, quedándole aún las suficientes para que sin el auxilio de Dios no pudiese resistirlas. Quien de novicio se habia santificado hasta el punto de hacer olvidar sus pasados delitos, de ser venerado, por decirlo así, hasta de sus víctimas, y de ser modelo de penitencia y ejemplo ostensible de los más virtuosos religiosos, no

habia para qué dudar de la fe de su vocacion y de su ardiente deseo de dedicarse al servicio de Dios en el claustro, y así fué que al cumplir el año de noviciado, el mismo Fr. Guillen Bas, que le vistiera el hábito, recibió su profesion con el aplauso unánime de todos sus frailes, que vieron en el nuevo compañero un ángel mandado del cielo para dar lustre á la Orden, gloria á aquel convento y consuelo á las almas que con él se avistasen. Destinado por el General á pedir limosna para la redencion de cautivos, que era uno de los objetos de aquel nuevo instituto religioso, vióse crecer el bolsillo de la redencion en sus manos poderosamente, pues que su humildad y continente piadosísimo y las señales de su rígida penitencia que se le asomaban al rostro, abria las bolsas de los más tacaños y los corazones de los ménos caritativos, que le prodigaban con largueza sus dádivas. La familia de Armengol, que estaba avergonzada de haber tenido un bandido por pariente, y la ciudad entera, que recordaba con horror sus fechorías de bandolero, cambiaron sus odios en amor, y al paso que los primeros olvidando lo pasado se gloriaron de que les perteneciese, los segundos, sin recordarlo, admiraron su virtud y le saludaban á su paso con la mayor veneracion, teniéndose por dichosos los que lograban acercársele y oir de su boca las alabanzas que continuamente hacia de Dios y de María Santísima, y las exhortaciones que dirigia á los pecadores para que no se dejasen seducir de las engañosas arterías del demonio y evitasen caer en la tentacion. Nombrado el P. General Bas para la redencion de cautivos de Murcia, se llevó de compañero á Pedro de Armengol, en cuya virtud confió mucho para salir airoso en su comision, y desplegó tal celo y talento en esto, que volvió con doscientos trece cautivos redimidos, y yendo á Granada con igual fin, sacó de aquellas mazmorras otros doscientos dos, con lo que adquirió fama de hábil redentor. Despues de esta segunda redencion quisieron los prelados que fuera sacerdote, y aunque él, creyéndose indigno de tan santo ministerio, se resistió cuanto pudo, la obediencia le obligó y fué ordenado con gran satisfaccion de la comunidad y de todos los que le conocian. Edificante fué su primera misa, pues que la dijo con tanta ternura y vertiendo tantas lágrimas, que saliéndole por los ojos el amor que tenia encendido su corazon de fuego divino, hizo participantes de la gracia que le suministraba el cielo á todos los circunstantes, que lloraron como él contemplando el sacrificio de Jesucristo por nuestra redencion en las benditas manos del nuevo sacerdote; siempre que celebraba lo hacia con igual compuncion, y los que asistian á él quedaban santificados, por decirlo así, porque era imposible verle celebrar sin arrepentirse el pecador de sus pecados y hacer propósitos de enmendarse y entrar de lleno en el camino de la gracia para imitar á tan santo varon. Al llegar á la parte sublime de nuestro cuadro, no podemos ménos

de impetrar el auxilio de Dios y de su santa Madre, protectora augusta de nuestro S. Pedro Armengol, para que nuestras pobres pinceladas no amengüen la colosal figura á que se elevó este héroe, ni desmerezcan de la dignidad con que debe representársele, pidiendo al Santo no oscurezca con su extremada modestia é insigne humildad los vivos y brillantes colores que necesitamos para que su retrato en esta parte nos salga, si no tan sublime como merece, al ménos parecido. Acordó la venerable Orden Mercenaria mandar á Argel una comision de redencion, no solo para rescatar cuantos cristianos esclavos de los que allí padecian pudieran, sino tambien para que predicando el Evangelio conquistase cuantas almas de los infieles pudiese, comision arriesgadísima por todos conceptos, y para la que se necesitaban hombres, que á su talento, destreza y virtud, uniesen valor heróico para sacrificarse por amor de Jesucristo. Entre todos los padres no se encontró otro más á propósito, dispuesto y digno de mandar y de dirigir tan importante como arriesgada mision que el venerable Pedro Armengol, y nombrado que fué con general aplauso, pusieron á sus órdenes quince religiosos dignos de tal jefe, y partieron al país de los infieles con la bendicion de Dios y la de sus superiores. Con la mision Mercenaria entró en Argel la gracia del Altísimo, que concedió á esta Orden heróica la gracia de convertir al rey Almohacen-Mohamat, que bautizado y tomando el hábito religioso en la misma religion, fué conocido en el claustro con el nombre de Fr. Pedro de Santa María, y empezando el P. Armengol á ejercer sus funciones de redentor, logró sacar de las cadenas á trescientos cuarenta y seis cautivos que gemian en la esclavitud más afrentosa al rigor de sus fanáticos y crueles señores. Como el dinero que llevaba no alcanzase para satisfacer la cantidad convenida por todos los rescatados, Armengol logró del gobierno musulman de Argel le permitiese sacar para España á los cautivos, á los que acompañaria uno de sus frailes, quedándose él y los demás religiosos en rehenes hasta que volviese aquel con el dinero que faltaba; conseguido que hubo esto, partieron los cautivos á la Península, quedando Armengol cautivando infieles á Dios para ocupar el tiempo en su honra y gloria. La entrada del mercenario con los cautivos en España fué verdaderamente triunfal; pero al saberse la abnegacion del P. Armengol y de sus compañeros, el entusiasmo llegó á su colmo y las lágrimas corrieron en abundancia, abriendo todos los verdaderos fieles sus bolsillos á la caridad para reunir lo necesario á pagar la deuda de la Orden con los argelinos, y áun sobró para redimir otros ciento ochenta cautivos. El Padre que llevó á Argel lo que faltaba pagar por el rescate, condujo la órden para que Pedro Armengol, en compañía del P. Fray Guillermo Florentino, que le seguia en virtud y piedad, fuese á Bugía á continuar en aquel reino la redencion, noticia que alegró mucho á nuestro

Santo, sabiendo que era uno de los puntos de los infieles en que más padecian los cristianos. Llegaron á aquel sitio los Mercenarios y rescataron ciento diez y nueve cautivos; pero cuando ya los habian embarcado, llegó á noticia de Armengol que habia diez y ocho niños, hijos de cristianos esclavos, á los que se trabajaba por doctrinar en la religion musulmana para que abjurasen del cristianismo, y deseando salvarlos á toda costa trató de su rescate, por el que le pidieron mil escudos. Convino el santo Padre en el precio de este rescate; pero encontrándose sin dinero, propuso quedarse él en rehenes hasta que le enviasen de España por un tiempo que prefijó, y que en el caso que pasase este sin venir la cantidad ofrecida, le condenase el soberano del país como mejor le pareciese: convínose así, y los niños partieron para España con Fr. Guillermo, quedándose Armengol á ser el consuelo de los cautivos que no habian podido ser rescatados, pues que los asistia en todo lo que podia como padre cariñoso. En esta sazon un voraz incendio se pronunció en el palacio del Rey tan de improviso y con tal furia, que hubiera perecido en su propia habitacion el soberano, si el P. Armengol, asistido de Dios, no le auxiliase sacándole sin detrimento ni lesion alguna por medio de las llamas, y dictando providencias por las que cesó el incendio milagrosamente. Reconocido quedó el Rey al P. Armengol por el beneficio que le hizo, y áun le admiró por su valor y virtud; pero su gratitud fué tan pasajera, que no tardó en quedar relegada al olvido obra tan meritoria, pues que se convirtió en enemigo del que tanto bien le habia hecho, mandando quitar la vida al que á él se la habia conservado. Siguió con constancia el P. Armengol catequizando á los infieles que prestaban oidos á sus exhortaciones, haciéndoles ver de tal modo la grandeza de nuestra santa religion, lo miserable y ridículo de la suya, la omnipotencia y misericordia del verdadero Dios, y la nada y soberbia de su profeta, que muchos se convirtieron á la fe del Crucificado renegando de Mahomat; pero este celo por su religion advertido por los muzlimes y por los fanáticos santones del islamismo, no pudieron ménos de convertirse en su daño llamando así una terrible persecucion. Concitaron contra nuestro Santo á los fanáticos musulmanes los ministros del falso profeta, y atacándole en la calle le apalearon cruelmente, y encerrándole en una oscura mazmorra despreciando el pacto que tenia hecho con el rey, y los beneficios que diariamente habia prodigado á los mismos infieles, le azotaron sin compasion, viendo el Santo con gozo en el principio de aquel su martirio, abierto el cielo para animarle y fortalecerle á la vista del trono que le esperaba si sabia sufrir con constancia por su Dios y persistir en su amor hasta el fin. Despues de atormentarle los verdugos durante muchos dias con tan terribles golpes, sedientos de sangre y deseosos de cebar su rabia en aquel

siervo de Dios, se dirigieron tumultuosamente al Rey pidiendo á gritos su muerte, fundando su querella en haberles engañado prometiendo un rescate que no llegaba, habiéndoles robado con arterías y embustes sus esclavos, y seduciendo al propio tiempo á los hijos del profeta para que abandonasen su religion y abrazasen la del Nazareno. Por más que halagase al fanático é ingrato Rey la idea de quitar de en medio á un hombre que tanto ofendia al profeta, no podia desentenderse del todo de que le debia la vida, y por lo tanto no queriendo providenciar por si solo, sometió la causa al Divan, tribunal superior de justicia entre los musulmanes. Vista la causa en este tribunal, á pesar del fanatismo de los jueces, declaró no ser bastante para privar de la vida al fraile Armengol, condenándole solo á prision más estrecha que la que tenia. Rabiosos los verdugos por no haber logrado su designio, al conducirle á la mazmorra hedionda que designaron, le llevaron casi arrastrando por las calles con grandes gritos y algazara, dándole terribles golpes, escupiéndole y arrojándole inmundicias, con todo lo cual, léjos de ofenderle como creian, llenaban su alma de gozo porque conseguia su principal deseo, que era padecer por Dios cuanto más pudiese ser. Ya que tan benignos fueron los jueces en el sentir de los musulmanes, quisieron ellos hacer lo que no habian hecho aquellos; pero con mayor crueldad, pues que le abandonaron por muchos dias sin procurarle alimento alguno para que muriese de hambre, lo cual no quiso Dios, que le mantuvo la vida con su amor, que es manjar que alimenta el alma y el cuerpo siempre que así lo quiere su divina voluntad, ante la cual se humilla la naturaleza con todas sus necesidades y exigencias. Asombrados quedaron los verdugos al ver al Santo con vida cuando volvieron; pero reponiéndose de su primitiva sorpresa, le apalearon y azotaron hasta que se cansaron, y decididos á quitarle la vida, volvieron á acusarle con doble empeño acusándole al Divan, diciendo que habia blasfemado del profeta y predicado la doctrina de Jesucristo, lo que causaba alborotos en el pueblo que no podia sufrir se ofendiese tan escandalosamente á su profeta y religion. Apreciando el Divan esta acusacion, sin oir al acusado ni otras pruebas que la deposicion de los mismos acusadores, condenó al P. Armengol á la ignominiosa muerte de horca, dando las órdenes convenientes para su ejecucion. Tan pronto como aquel bárbaro é injusto tribunal dictó la sentencia, la supo nuestro glorioso Pedro Armengol por inspiracion divina, pues que quiso la Virgen Santísima anticiparse á los verdugos de su hijo predilecto, para que no le sorprendiese la noticia y darle satisfaccion con antelacion de que iban á cumplirse pronto sus deseos. Alegre y fuera de si de gozo se hallaba el Santo, cuando entraron sus verdugos á notificarle la sentencia, y así es que recibiéndoles con humilde amabilidad y dulzura, les manifestó ántes que

hablasen que ya sabia que iban á decirle habia sido sentenciado á muerte, y les rogaba no dilatasen su cumplimiento, pues deseaba perder la vida por Jesucristo su Dios y Señor, con lo que les dejó asombrados, no sabiendo cómo habia podido saber lo que hasta entónces todos ménos ellos ignoraban: era ya cercana la noche, y dejando la ejecucion para el dia siguiente, le volvieron á encerrar. Feliz noche pasó el Santo platicando con su corazon sobre su vida pasada, llorando sus extravíos de los que pedia perdon á Dios vertiendo torrentes de lágrimas, y en la esperanza de que se los hubiese perdonado le daba gracias repetidas por haberle llamado á sí y proporcionado los medios de borrarlos con su penitencia, y de hacerlos olvidar con su sangre; y cuando las inspiraciones divinas le avisaban de su perdon y de la gracia que su Dios le concedia, deseó ya que la noche corriese para que cuanto ántes llegase el feliz momento de subir á las mansiones celestes. Aún no habia dorado el sol la cima de los más altos montes ni los más elevados minaretes de las mezquitas musulmanas, cuando rodearon la cárcel en que se hallaba el Santo, porcion de infieles que ansiaban el momento de ver conducir al sacricio á la inocente víctima para saciar su rabia con su martirio y muerte. Entrando en la cárcel los verdugos llenos de infernal alegría, se apoderaron de su cuerpo con bruscas y brutales maneras, y atándole las manos, le colocaron al cuello una asperísima soga de la que le sacó un sayon como si fuera una bestia de carga á la que se llevára á cargar fuera de la cuadra. Grande algazara se movió entre la multitud de infieles que esperaban al ver salir al Santo de aquel modo, unos le escupian, otros le denostaban con palabras las más injuriosas y obscenas, y todos le insultaban á porfía; pero el Santo, sereno y humilde cual convenia al que estaba en Dios, seguia al paso que le llevaba el que tiraba de la cuerda de su garganta, y al paso que consolaba dulcemente á los cautivos, que le miraban con lágrimas en los ojos, iba entonando himnos sagrados en alabanza de Dios, y manifestando su grandeza, su justicia y su misericordia. Dice uno de sus historiadores, que al ver el Santo de léjos la horca en que habian de colgarle, la saludó como al altar de su sacrificio, poniéndose al efecto de rodillas, y que de este modo caminó hasta que llegó á ella. Subiéronle en la escala de la horca los verdugos y apretándole uno la soga que llevaba á la garganta, la que ató despues al suplicio, le arrojó con furor quedando el Santo colgado en medio de una inmensa multitud que batia palmas por aquella proeza digna sola de cafres y de estúpidos hotentotes: satisfechos los infieles y llenos de sentimiento los cautivos cristianos que presenciaron tan terrible escena, todos se retiraron á la ciudad dejando colgado al Santo creyéndole muerto. Murió el Santo, dirán los que nos lean al llegar á este punto, y no sepan su historia, y nosotros les contestamos: no murió el Santo, quien murió colgado de esa

horca fué el bandolero, el ladron, el salteador de caminos, el malvado que tenia aterrorizados los campos de Cataluña con sus horrendos crímenes; aquel que ébrio de venganza sacrificó su bienestar, su fortuna y hasta su alma por saciarla; aquel que no vaciló en hacer armas contra un anciano respetable y respetado por su virtud en su país, contra su mismo padre; y aquel, en fin, que olvidado de Dios para dar pábulo á viles pasiones, por sostener una vida licenciosa y criminal entregó por un tiempo su alma á Satanás, de quien se hizo agente diligente y celosísimo en la tierra. Cumplióse en él el vaticinio que hiciera al verle nacer el venerable P. Fr. Bernardo Corvera, de que un patíbulo sería su fin, y el de su padre Arnaldo, que repitió la profecía en la primera amonestacion que le hizo sobre la desarreglada vida que emprendió, orígen de sus sucesivos crímenes. La justicia divina no quiso que la vindicta pública quedase sin ser vengada, y pues que la justicia de la tierra le hubiera condenado á muerte afrentosa, si el cariño de un padre y la bondad del rey D. Jaime de Aragon no se opusieran, quiso el cielo que los enormes crímenes del hombre Armengol no quedasen impunes en la tierra á los ojos de los hombres, y los castigó cual merecian, y ciertamente que esta idea debió de representársele entre las muchas que debieron agolparse á su mente, cuando á la vista del tremendo suplicio de horca se arrodilló Armengol para saludarla: hé aquí, diria tal vez la providencia de Dios dando el suplicio que merecen mis antiguos delitos; hé aqui el suplicio en que debiera haber acabado mi vida hace muchos años; bendita sea tu justicia, Dios mio, que das el merecido á cada uno segun sus obras; expie yo mis culpas en esa horca afrentosa, pero queden en ella olvidadas para tu misericordia, y pues que tan clemente eres como justo, acuérdate al juzgarme despues de mi castigo, solo de lo poco que haya podido hacer ántes y despues de mi pecado en honra y gloria tuya, para que perdonado por tu bondad infinita, pueda conseguir un lado en tu santísima gloria, al servicio de tu bendita Madre, mi amparo, mi proteccion y mi consuelo. Así nos inspira nuestra piedad y el estudio que hemos hecho de la vida y virtudes de Armengol, que sentiria al ver su suplicio acordándose del tiempo en que le mereció. Cumplióse la profecía del mercenario Fr. Bernardo, es verdad; Armengol criminal murió en el patíbulo, pero ese mismo afrentoso suplicio le hizo santo: *A este niño un patíbulo ha de hacerle santo.....* Así fué en efecto, y esta será la velatura que avive los colores de nuestro cuadro, que refresque nuestras anteriores pinceladas, y que le dé la entonacion que necesita para que su efecto sea más sorprendente y seductor: vamos á intentarlo con el auxilio de Dios y del mismo Santo. Dice uno de los historiadores cronistas de la Orden Mercenaria, que dejando los verdugos guardas al pie de la horca en que quedó colgado S. Pedro de Armen-

gol, le custodiaron sin permitir que ninguno le bajase ni tocase, y que llegando en aquellos dias de Barcelona Fr. Guillermo con los mil escudos del rescate, sabiendo el triste fin que habian dado á su compañero, se querelló en vano al Rey, si bien le concedió recogiese y se llevase adonde quisiese su cuerpo. Al acercarse à la horca Fr. Guillermo encontró maravillados á los guardas de que en vez de oler mal el cadáver que custodiaban, les parecia salia de él una fragancia desconocida, pero agradable, y parándose el religioso compungido y vertiendo lágrimas delante de su martirizado amigo y hermano para rezar un responso, le vió radiante de luz, le sintió hablar con Dios y con su Santísima Madre, y conoció que aún estaba vivo, y su alma experimentó un trasporte de gozo, que le hizo levantar las manos al cielo bendiciendo su misericordia. Llégate, hermano querido, dijo S. Pedro desde su suplicio á Fr. Guillermo, llégate y bájame de esta horca, que quiere Dios que aún viva para que cante sus grandezas y misericordia; ven y le daremos gracias juntos por tal maravilla, y saluda á su Santísima Madre que sostiene mi vida con su presencia servida por los ángeles. Absorto Fr. Guillermo y todos los guardas del prodigio, descolgaron al Santo con el mayor cuidado y respeto, convirtiéndose muchos de ellos en el acto á nuestra santa religion, porque conocieron su poder y verdad en aquel incontestable milagro. Difícil sería explicar los afectos de veneracion y piedad de una parte, de humildad y santidad de otra, y de compuncion y sorpresa que tuvieron lugar en la tierna á la par que majestuosa escena que describimos, luego que el Santo fué descolgado del suplicio entre él, su compañero y los guardas asistentes y ya convertidos; y en la dificultad ó más bien imposibilidad de hacerlo bastará decir que el Santo dió gracias al Todopoderoso con el alma encendida de amor al ver que su nueva y milagrosa vida conquistaba al nacer tantas almas á la religion del Crucificado. Habiendo dispuesto el Rey que se les diesen otros veintiseis cautivos, y entregados los mil escudos á los infames acreedores, salieron de Bugía profetizando el Santo al pasar por su puerta, que por ella habian de entrar los cristianos á castigar la incredulidad y maldades de sus infieles moradores, pronóstico que se cumplió, pues que desde el mismo punto que ocupó la horca del Santo, los españoles, en el reinado de Cárlos V, batieron la ciudad y la rindieron. Llegaron los viajeros con próspero viento á Barcelona, y la ciudad entera, que sabia las virtudes y padecimientos de Armengol, acudió al puerto á saludar en su desembarco al Santo mártir vivo, al que veneraron con entusiasmo, costándole no poco trabajo llegar á su convento por entre la multitud, que se agolpaba presurosa á saludarle á su paso. Regocijados los religiosos al verle, todos le suplicaban á porfía les contase las maravillas que Dios habia obrado con él; pero se resistió su modestia y su

humildad de tal modo á satisfacerles, que fué preciso que se lo mandase el prelado, en cuyo caso le obligó el deber de la obediencia, al que jamás faltó desde que entró en la Orden, pues fué ciego soldado que no se cuidó más que de seguir la senda que esta le marcaba, por más peligros que presintiese habria de encontrar. Contó el siervo de Dios el auxilio que le prestó la Vírgen Santísima, asistida de los ángeles, para que no le ahogasen los cordeles de que estuvo pendiente en la horca, y se expresó con tanta ternura, gratitud y amor á la Purísima Señora de los cielos y de la tierra, que quedó extático y como suspenso y arrobado, causando admiracion á sus compañeros, que veian en él un Santo mártir con vida para que se ostentase la majestad divina en todo su poder. Quedóle torcido el cuello al Santo y perpétuas señales de los cordeles con que le ahorcaron, y esta imperfeccion, que acreditaba su martirio, le hacia más venerable á los ojos de los fieles. Obligado á predicar, por obediencia, lo hizo, y ópimos frutos consiguió de sus oyentes para el cielo, pues que fueron muchos los que, arrepentidos de sus pecados, arrastrados de la divina palabra que brotaba su bendita boca, abandonaron su mala vida y entraron en el camino de la gracia. Como á la predicacion uniese el don de profecía que le concedió Dios en muchas cosas, y proporcionase con su virtud consuelo á los tristes, alivio á los afligidos, salud á los enfermos, y áun sacase con sus oraciones á otros de los bordes del sepulcro para darles nueva vida, su fama de santidad se extendió de tal modo en la ciudad y en los campos, que se llenaba el convento diariamente de personas piadosas que venian á pedirle la bendicion, y no salian de su presencia sin haberle besado la mano ó el hábito, teniéndose por dichosos los que lo conseguian, publicándole todos por santo. Ofendiendo esto su grande humildad y exagerada modestia, determinó abandonar la ciudad á los dos años de su vuelta, y poniéndolo en ejecucion con sentimiento de todos sus habitantes, que salieron al camino á despedirle con lágrimas, se fué á vivir á su convento de la Vírgen de los Prados, y como en el camino obrase Dios con él maravillas que cuentan los cronistas, los religiosos de los Prados vieron en él un ángel más que un nuevo compañero. A los ocho años de vivir en este convento completamente entregado á Dios y á María Santísima, por lo que experimentaba frecuentes éxtasis, con que tenia maravillados á los religiosos, quiso Dios poner fin á su carrera para recompensar su heroismo y su virtud, y le dió una grave enfermedad como para avisarle de su próximo fin. Sufriendo el Santo los dolores que le causaba la enfermedad, imitando al Santo Job en la paciencia, dió gracias al Señor porque tanto bien le proporcionaba para purificarse. Despues de recibir el viático con lágrimas de amor y con el mayor recogimiento y compuncion, dicen las crónicas que quedó en un éxtasis misterioso, y que al volver profetizó su muer-

te para el siguiente dia. Rodeáronle aquella noche los religiosos, con los que rezó vertiendo lágrimas copiosas, á las que se unian las de estos, que contemplaban su santidad, envidiando la dicha de que pronto iba á disfrutar aquella alma bendita del Señor, que veian con los ojos del espíritu y por las pláticas que la dirigia el moribundo, asistida de la Virgen purísima y de los ángeles del cielo. Recibió la extremauncion con espiritual fervor, y despidiéndose de sus hermanos tiernísimamente, encargándoles el amor á Dios y á su Madre Santísima, voló su bendita alma al seno de Dios que la crió, colocándola en el trono que la estaba preparado por sus merecimientos. Su muerte fué seguida de prodigiosos milagros, que obró Dios para acreditar la santidad de este bienaventurado, cuyo dichoso tránsito fué á 27 de Abril de 1304 de la era de nuestra salud, sin que sepamos el motivo por que la Iglesia señaló su festividad el 3 de Noviembre y no el dia de su muerte. Entre los muchos milagros que se adujeron para la canonizacion de S. Pedro Armengol, y se cuentan en las crónicas de la Orden Mercenaria, se presenta el obrado por Dios en el templo del convento de la Guardia, en el incendio que le devoró el año 1646. Desde el convento de los Prados, en que habia muerto y fué enterrado el Santo, se trasladó su santo cuerpo, por accidentes que ocurrieron, al referido templo; y cuando este se quemó, al llegar el fuego á la caja en que se custodiaban las reliquias del Santo se apagó, y fué lo único que respetó el voraz incendio, maravilla que aumentó la devocion al Santo, al que imploran aquellos pueblos en todas sus necesidades, teniendo una gran fe en su patrocinio. Hemos terminado nuestro cuadro con más fe y voluntad que suficiencia para ello, si bien podrá no considerarse nuestra ejecucion, siempre resaltará en él la colosal figura de S. Pedro Armengol, radiante de santidad, con gloria de España, que ha tenido la dicha de poseerle como hijo. En la rarísima obra del Fénix de los ingenios españoles, el famoso Lope de Vega Carpio, titulada los *Cigarrales de Toledo*, hay una bella leyenda relativa á este Santo por sus hechos, titulada el *Glorioso Bandolero.*—B. S. C.

PEDRO Pablo de la Ascension (P.). Este insignísimo religioso de las escuelas Pias fué natural de la república de Luca, sin que tengamos antecedente alguno acerca de sus padres ni familia. Despues que hubo conocido que Dios le llamaba al estado eclesiástico, hizo los estudios convenientes con muy buen éxito, y trató de que sus virtudes correspondieran á la elevadísima mira que Dios habia tenido acerca de él, y en la que se ostentaba de lleno la bondad inmensa de este beneficentísimo Señor. No dejó nada que desear á sus directores y maestros, é hizo progresos verdaderamente rápidos en las ciencias eclesiásticas, á lo cual debió sin duda el que al dar su nombre en la congregacion de las Escuelas Pias, se considerára desde luego co-

mo él merecia, y se le confiasen los más importantes cargos en la Orden. Esto contrariaba mucho su carácter, que era modestísimo, le hacia sufrir verdaderamente, porque él hubiese deseado que una vez constituido en la religion se le hubiese permitido el no ocuparse más que de sí mismo y no pensar en otra cosa que en adelantar en el camino de perfeccion por donde Dios le llamaba y por donde seguramente corrió, si bien de distinta manera á la que él se habia propuesto, por ser distintos los designios de Dios acerca de él, de los que concibiera en su siempre profunda humildad y desprecio de sí mismo, verdadero fundamento y origen de la grande elevacion á que Dios lleva á sus siervos, cuando éstos van por el camino de su propio desprecio al puerto de su verdadera gloria, tanto más estimable cuanto que ella no puede perderse y que comprendia centuplicados todos los bienes, felicidad y dicha que se pueden imaginar en este mundo. Hemos dicho que el único fin que se propuso el P. Pedro al ingresar en la Escuela Pia fué renunciarse del todo á sí mismo, y no ocuparse más que de la santificacion de su alma, razon por la cual todo su esmero se redujo á comprender bien el instituto y aplicarse despues á hacer prácticas en él todas las prescripciones de la regla, es decir, que puede asegurarse que desde que Pedro entró en las Escuelas Pias se propuso la regla como única norma de todas sus acciones, y se decidió á ser observantísimo en ella, como el solo medio de poder confiar en que un dia no se le dirigiria un cargo, y cargo terrible, pues que habia de ser en la presencia de Dios, porque no observó con toda exactitud lo que se habia propuesto. Pero este mismo esmero que él tuvo en la observancia, y que era motivo de un gran retraimiento de su parte y de que estuviese oculto á los demás, como si fuese un objeto delicadísimo á quien puede dañar la sola presencia de otros objetos, no bastó para que sus méritos pasasen desapercibidos á los ojos de sus superiores, ántes por el contrario, viendo por ellas que era á propósito para regir á los demás y que sus amonestaciones no podrian ménos de producir su efecto, porque iban siempre acompañadas del ejemplo, á pesar de su repugnancia y contra toda su voluntad, le hicieron ser superior de varios colegios, en los cuales su perspicacia supo descubrir el gérmen de ciertas relajaciones muy perjudiciales al instituto, con un tino muy delicado puso remedio al abuso, sin apénas dejarlo apercibir, y mostrando tanta prudencia como superior cuanta era su exactitud como súbdito, y tanto afan y cuidado por la santificacion de todos como habia prestado por su propia santificacion al abrigarse al seguro asilo de María en la Orden inclita de José de Calasanz. Excusado es decir, porque se comprende fácilmente, que las delicias del P. Pedro estaban en la educacion de los niños, ya por ser éste el principal instituto de la Orden, ya por acordarse continuamente de que, segun la expresion del Hombre-Dios, los niños son en quienes él fija to-

das sus complacencias; los niños, cuyo es el reino de los cielos; los niños, en fin, á quienes es preciso asemejarse si se quiere llegar á la eterna y verdadera felicidad de la gloria. Por todos estos motivos le vemos regentar escuelas áun siendo superior de las casas, desempeñar los cargos más humildes por no molestar á sus hermanos, y hacerse, en fin, pequeño, áun cuando era muy grande, pues tenia la verdadera grandeza, que es la que se adquiere en la contemplacion y asimilacion en lo posible de los atributos de Dios, singular gracia, excelente don á que llegó el P. Pedro de la Ascension, como legítima consecuencia de su asiduidad en el ejercicio santo de la oracion, cuyas delicias gustó siempre, y cuya práctica no fueron capaces á hacerle interrumpir, ni las atenciones de sus estudios, ni los delicados cargos de sus prelacías, pues daba á la oracion el tiempo que debia consagrar al reposo de su cuerpo, cuando no habia tenido otro en que conversar con su Dios, único objeto de todas sus complacencias y delicias, verdadero recreo de su alma. Otro de los ministerios en que más se señaló y con cuyo ejercicio obtuvo no solo grandes lauros, sino muchos provechos en méritos para la vida eterna, fué el de la administracion del santo sacramento de la Penitencia; parecía que Dios le comunicaba su ciencia cuando á él se acercaba algun penitente, y su habitual benignidad parecia que recibia un aumento cuando agobiados del peso de sus culpas llegaban los pecadores á sus piés, así que unos á otros se atraian, y todos querian confesar con el P. Pedro, seguros de que su corazon, por llagado que estuviese, adquiriria presto el restablecimiento y completa curacion de su herida, y una paz y sosiego tales, que llenándoles de confianza en Dios, les alentaba á buscar en este mismo bondadosisimo dueño el fin último y adecuado término de las aspiraciones del hombre, que dotado por Dios de la facultad de pensar, en solo Dios puede satisfacer el ánsia que es consiguiente á la elevacion de su ser, destello del ser divino. Prolijo sería enumerar las virtudes de este varon apostólico; así que omitiendo su relato, nos circunscribiremos solo á decir algo de su celo por la gloria de su Patriarca y de sus hermanos los ya finados, sin que para esta preferencia que damos á este rasgo de su vida, haya otra razon que el presentar con esto un aspecto enteramente distinto. Hablamos de los escritos del P. Pedro, que se redujeron á una *Historia apologética de S. José de Calasanz y de los venerables Glicerio, Landriani y Pedro Casanis*, siendo dos los medios que empleó para acreditar, digámoslo así, las virtudes y grandezas de estos distinguidos siervos de Dios. Medio directo, el hacer ver sus virtudes en los compendios de su vida que escribió; medio indirecto, el hacer ver su poder induciendo á las gentes á que los pusieran por intercesores, consiguiéndose por su medio muy grandes favores del cielo, y haciendo que la fama de sus prodigios aumentára la veneracion hácia ellos. Estos son los principales

acontecimientos de la vida de este fiel hijo de S. José de Calasanz, gloria de su Orden, que se llenó de pena cuando el Señor dispuso de la vida de su siervo en 1724, cuando contaba más de ochenta años, pero que se consoló en la confianza de que está gozando de Dios para siempre.—G. R.

PEDRO DE LA ASUNCION (Fr.). Fué este venerabilisimo varon hijo de la seráfica familia, en la provincia de S. Pablo, y sus virtudes muy señaladas; tanto que desde que empezó su noviciado ya se auguraron de él grandes esperanzas, que no salieron ciertamente defraudadas, ántes al contrario, pareció confirmarse más y más, puesque además de una conducta enteramente observante y un gran celo por la salvacion de las almas, reunia una muy excelente disposicion para los estudios, á los cuales le dedicaron, y floreció ciertamente, pues que sus obras aunque escasas en número, son muy bien redactadas, y durante la época en que se le encargó de cátedra, tampoco hubo el más ligero motivo de descontento acerca de él, pues su doctrina era fundada en principios de lógica contundente, y no habia hojarasca alguna en sus explicaciones, sino la sola enunciacion de su sentir, sin artificio, sin más que la sólida razon que comunica una fuerza indestructible é infunde una atraccion inevitable allí donde ella deja verse para ayudar al hombre á la investigacion de la verdad y al perfeccionamiento de las ciencias. En el órden místico, es decir, en el ejercicio de su ministerio sacerdotal, allí fué donde el P. Pedro se excedió á sí mismo, si cabe la expresion, porque fué donde buscó y halló á su Dios, procurando la gloria de su santo servicio, esmerándose en la ejecucion de sus altos é importantes designios, y haciéndose acreedor á toda la consideracion y aprecio que es consiguiente y debida á un ministro de Dios, que no busca sino el bien de sus fieles y la gloria de su soberano Señor, que solo para adquirir esta gloria suya, solo para que sirva de medio de santificacion á los demas, le ha colocado en este miserable mundo, gérmen de desdichas si caminamos bajo sus inclinaciones, principio de felicidad, si venciéndole triunfamos de él y triunfamos mediante la extincion completa en nosotros de los ímpetus de nuestras desarregladas pasiones, que son las que previenen nuestra lamentable ruina. Fué destinado á las misiones de Nagasiachan, y allí hizo extraordinarias conquistas para el cristianismo; así que los enemigos de él, y más que todos los señores de aquel punto, que veian que con las luces del Evangelio iban á tener término sus arbitrariedades, y con la civilizacion que el santo dogma lleva consigo, iba á adquirir un gran desarrollo la inteligencia hasta entónces oscurecida de aquellas gentes, se armaron de todo el furor que cabe en déspotas caprichosos, y comenzaron á perseguir á los que por bien de ellos sufrian molestias, y por enseñarles el camino de la gloria se exponian á las más molestas privaciones, en las cuales y en padecer molestias fué seguramente el

P. Pedro de la Asuncion uno de los primeros y de los que más, pues nunca quiso aliviarse en lo más mínimo, al propio tiempo que para sus hermanos y para los recien convertidos á la fe, procuraba siempre el posible sosiego y descanso, y las comodidades compatibles en unos con su profesion religiosa, y en otros con la absoluta carencia de medios con que se hacia la gran obra de la mision, sostenida solo por la mano de Dios. Excusado es decir que cuando los enemigos de la fe demostraron prácticamente su saña contra los misioneros católicos, y colmaron á éstos de los más viles tratamientos, el P. Pedro no fué quien ménos hubo de sufrir en este hecho; así que encarcelado con los primeros y atormentado extraordinariamente, obró muchos portentos, ya en sufrir con una constancia heróica, con un valor decidido y con una tranquilidad superior á cuanto puede imaginarse, no solo los encarcelamientos, golpes é insultos que les prodigaban, sino los esfuerzos completamente inútiles con que querian disuadir á los religiosos de su propósito, ya tambien alentando á los fieles y á los clérigos á la confesion de la fe, con las amonestaciones y cartas que desde su prision les remitia. Estas cartas fueron importantísimas, y sin disputa las mejores de sus obras, pues fueron la manifestacion de los vivos sentimientos de su corazon, donde se dejaban notar su gran caridad para con sus hermanos, al paso que su ardiente deseo por la gloria del Señor, para procurar la cual nada le parecian los trabajos y molestias que sufrió, sino que más y más se alentaba á llevarlos por amor de Dios, en cuanto conocia que la recompensa habia de ser Dios mismo. Bajo estos auspicios rindió á Dios su espíritu en 22 de Mayo de 1617, habiéndose probado legal y canónicamente sus heróicas virtudes, y esperándose con fundamento que un dia concederá Dios á la Iglesia y á la religion Seráfica el consuelo de que el respetable Fr. Pedro de la Asuncion esté inscripto en el catálogo de los Santos. —G. R.

PEDRO D'AUVERGNE. Fué canónigo de la santa Iglesia de París, y solo podemos decir de él, que hácia el año 1320 compuso una *Suma de cuestiones religiosas*, que se conservaba manuscrita en la biblioteca de M. Colbert, segun lo que nos dice en su biblioteca de *Escritores eclesiásticos*, con relacion al siglo XIV, M. Dupin.—A. C.

PEDRO DE AYALA (Venerable P. Fray). Fué desde su juventud muy dado á obras de piedad y mortificacion, distinguiéndose tambien por una gran capacidad para el estudio, secundada de una aplicacion constante, que nunca le permitió excusarse de todos los ejercicios literarios en que pudiera hacer ver la verdad de nuestra doctrina católica y la falsía de las opiniones que en su época intentaban desquiciar el sólido edificio de nuestra fe. Tomó el hábito del P. S. Benito en el monasterio de Sta. María de Irache, reino de Navarra, y desde el momento mismo en que ingresó en aquella santa

casa, comenzó á distinguirse por su piedad y celo por la observancia, y sobre todo por una completa abstraccion del mundo que le hacia mirar todas las cosas de él como peligrosas y no atender sino á su propia santificacion y al bien de los demás, mediante la difusion de los raros conocimientos, que ya en los libros, ya en el ejercicio de la oracion, adquiria de un modo enteramente notable. Fué colegial del de teología que la Orden tenia en Salamanca, y allí se hizo apreciar de todos, muy especialmente de una religiosa carmelita, compañera de la gran Teresa de Jesus, la cual tenia en mucho las grandes dotes de este varon eminente en ciencia y virtud, y hacia de él muy señalados encomios siempre que de él se trataba. Aprovechó muchísimo en el conocimiento é interpretacion de las Sagradas Escrituras, y mereció más de una vez el que S. Beremundo, abad de Irache, le alcanzase de Dios el favor de reponer su salud quebrantada y librarle de peligrosísimas enfermedades, que acometiéndole con rudeza le ponian en inminente peligro. A pesar de ser él tan exacto en el cumplimiento de sus deberes y en el ejercicio de las virtudes que le llevaban seguramente hácia Dios, no se vió libre de contradicciones y enemistades, siendo muy notable el que le eran más opuestos aquellos mismos, en cuyo favor él hiciera grandes beneficios, y que por lo tanto no tenian motivo más que para serle enteramente agradecidos, lo cual ciertamente era á nuestro venerable mucho más sensible, pero lo llevaba con extraordinaria resignacion, con paciencia á toda prueba y con un deseo siempre creciente de ir caminando hácia su Dios, bien que los pasos fueron el padecimiento ó la molestia, la mortificacion y la cruz. Permitió el Señor que le durase mucho este tormento de que le quisiesen mal, y fué en sufrirlo tan perfecto, que cuando su gran tristeza daba á los demás á conocer que algo le atormentaba, habia necesidad de que la obediencia le obligase á manifestar lo que le pasaba, pues de otra suerte nunca se habria sabido nada por él. Así acaudalaba grandes tesoros para la vida eterna, al rédito de cuyos caudales le llamó el Señor el 31 de Diciembre de 1658, á los ochenta años de edad y sesenta y tres de hábito, dejando buen olor de virtudes el concepto de venerable con que la Iglesia le ha distinguido, y la memoria de su vida el mismo dia de su muerte. — G. R.

PEDRO Balling (V.). Nació este distinguido eclesiástico secular en Harlem (Holanda) en Setiembre de 1520, estudió con grande aprovechamiento la filosofía y teología en Lovaina, y despues recibió los órdenes sagrados hasta el presbiterado inclusive. Fué muy estimado del obispo de Harlem, Sr. Mierlo, y recibió de él comisiones honrosísimas que significaban una predileccion muy especial, y que era ciertamente debida á quien á una grande capacidad y aplicacion agregaba una conducta santa y una vida no solo recogida, sino piadosísima, ejercitándose en todo género de virtud y dando de ellas los más

asombrosos ejemplos. Por este buen concepto en que con justicia le tenia no solo el obispo y su cámara, sino todo el clero y hasta los fieles mismos, se le confió el cargo de dirigir á las hermanas Terciarias Franciscanas, que residian en el convento de Sta. Margarita, las cuales con su acertado gobierno florecieron en virtudes y merecieron justamente el concepto de comunidad muy respetable. Así vivian todas en una paz gratísima, cuando la noticia de los excesos cometidos en Amsterdam en el año de 1578 turbaron á todos los católicos residentes en Harlem, porque les pareció con razon ser ellos la perspectiva de los indecibles males que habian de seguirse en toda Alemania y Holanda. Los sectarios de la reforma encontraban un obstáculo á sus intentos en el clero muy católico de Harlem, por lo cual resolvieron hacer en el obispo y sacerdotes un sacrílego atentado, pasándolos á todos á cuchillo cuando estuviesen reunidos para la procesion del Santísimo Sacramento. Así lo quisieron llevar á cabo, y el primer víctima de su furor fué el respetabilísimo Balling, que estando en su capilla dando gracias despues de haber celebrado el santo sacrificio de la Misa, fué acometido por sus crueles enemigos, que atravesándole de tres estocadas mortales le hicieron caer al suelo sin lanzar siquiera un quejido, sin exhalar un ay de sentimiento, y cayendo sobre los brazos de una piadosa señora, que se hallaba presente al sacrificio, no pudo más que manifestar sinceramente y con toda espontaneidad, que perdonaba á sus enemigos, rogar á Dios por sí, por la Iglesia y por sus mismos verdugos. Espiró el 29 de Mayo de 1578, á los cincuenta y siete de edad, y dejando fama de sus virtudes y veneracion por el mérito de su muerte sufrida por defensa de la fe, y para conservar incólume el precioso tesoro de su inocente corazon. — G. R.

PEDRO de Barcelona (Fr.). Cita Amat un religioso dominico con este nombre entre los escritores catalanes; pero como esta noticia la tomó de Bosch, que á la página 366 de su obra le hace autor del libro titulado *Pugio judæorum*, sospecha con razon que aquel escritor confundiese á este religioso con Fr. Raimundo Martí, que escribió una obra con este mismo título; y en este caso nos quedamos sin poder justificar la cita del Pedro Barcelonés, llamado así por haber nacido en la capital del Principado.— A. C.

PEDRO Barcio (B.). Fué este esclarecido religioso gloria y ornamento de la congregacion de Celestinos de París, donde por consecuencia es tenido en suma veneracion y su recuerdo se repite con la mayor complacencia. Es verdad que bien merece tan señalada deferencia quien ha sido, como nuestro bienaventurado, admirable en toda especie de virtud, señalado y fuerte en toda especie de combates con que el comun enemigo tratára de turbar su espíritu para conseguir la pérdida de este gran siervo de Dios. Sin que entremos en pormenores de su inocente vida durante su juventud, nos

fijaremos en la época en que, desarrollada su inteligencia, podia ya comenzar á obrar en órden á su completa justificacion, podia ya buscar los medios de avanzar en el espinoso camino de la virtud. Su inclinacion al monacato le hizo tomar con el mayor deseo el hábito ó cogulla del gran P. S. Benito en la congregacion de que llevamos hecho mérito, y Dios nuestro Señor quiso demostrar cuán acepta le era la resolucion de su siervo, bendiciéndole en su nuevo estado y obligándole, por decirlo así, más y más á su amor por sus muy repetidos favores. No puede decirse que su noviciado fué tal noviciado, ni mucho ménos probacion, pues lo que hizo en esta época fué demostrar las grandes virtudes que ya traia á la casa, y que ciertamente fomentó en ella. Desde el principio fué muy tentado del demonio, pero muy fuerte para resistirle, pudiéndose consignar las muy singulares gracias que de su Dios recibió en éxtasis, arrobamientos y toda especie de espirituales favores, los cuales no hacia el Señor tan á solas con su escogido, que no permitiera alguna vez que lo presenciáran algunos de sus hermanos, lo cual hacia sufrir mucho á su profunda humildad, virtud en la que era muy distinguido y que consideraba con razon como el fundamento de todas las demás, á cuya adquisicion se dedicaba con el mayor esmero. En órden á la santa pobreza que habia profesado, fué tan observante de esta virtud provechosísima á los monjes, que nunca quiso para sí ropas buenas ni áun medianas, sino que de lo desechado que se guardaba en la portería para socorrer á los pobrecitos que se acercaban á pedirlo, de aquello era de lo que él tomaba para sí, y se vestia sin importarle nada el haber de presentarse tan humildemente cubierto ante las personas de más caracterizada distincion. A todas estas prendas, que podremos decir personales, agregaba un atractivo tal y una dulzura y benignidad tan extraordinaria, que cualesquiera que por acaso hubiese tenido una sola vez necesidad de tratar con él ó hablarle, se prendaba de su conversacion y de su delicado trato de tal modo, que iba á buscarle continuamente para tener ocasion de embelesarse, por decirlo así, en su compañía. Visto esto por sus superiores, les pareció conveniente nombrarle prior de la santa casa de Lion, cuyo cargo desempeñó tan á satisfaccion de todos, que nunca hubieran querido cesase en él; y no se crea que esto era debido á que tuviese tolerancia y permitiera á cada uno hacer su gusto, sino todo al contrario, el estar todos tan complacidos era sin duda alguna porque no permitia que cayesen en desuso, no ya las reglas ó constituciones de la Orden ó aclaraciones de la casa, pero ni siquiera una ligera buena costumbre que pudiera ser de alguna edificacion. Bajo tales auspicios era consiguiente que muy satisfechos los superiores de su conducta en Lion, tratáran de utilizar sus buenas prendas en campo, digámoslo así, más extenso, por cuya razon lo trasladaron á París donde el gobierno era

más difícil; siquiera no hubiese otra razon que los obstáculos materiales que impone una capital de la categoría de aquella. Desempeñó el importante cargo de prior durante cinco elecciones, é indefinidamente habria estado en tan importante destino si no hubiera parecido conveniente elevarle al rango de provincial, para que fuesen más los que disfrutasen del beneficio de su gobierno. Y efectivamente, si grandes eran los resultados que se habian alcanzado de que Pedro Barcio fuese prior, infinitamente mayores se lograron luego que hubo sido elevado en esta gerarquía de provincial, á la cual agregó facultades extraordinarias para la visita casi episcopal de todos sus conventos. Este fué el verdadero progreso de su Orden, este el verdadero gérmen del mejoramiento de sus monasterios, porque él incansable y celosísimo hasta el extremo, si extremo cabe en el buscar la gloria de Dios, no perdonaba manera ni diligencia alguna para poner todas las casas en su primitiva observancia, y prudentísimo, como lo era en extremo, buscaba y hallaba la manera de que áun aquellas mismas cosas que eran más opuestas á los deseos de los monjes, las aceptasen con buen ánimo y las llevåran por consiguiente con quietud y sosiego á su perfeccion y provecho espiritual. Fué, pues, por estos títulos muy celebrado en su época, y su virtud y prendas no pudieron estar ocultas á la piadosa Majestad de Luis XII, el cual ciertamente habria querido nombrarle obispo en muchas ocasiones, teniendo nuestro buen P. Pedro que luchar tambien con esta contradiccion de que salió victorioso, sin duda porque el Señor le queria entre sus monjes para que les proporcionase los singulares favores que le debieron. Fué en muchas ocasiones confesor del Rey, y á sus consejos se debió el buen éxito de muchas empresas importantes que Francia acometió en su época y que parecian más bien dictadas por Dios, que prevenidas por la prudencia humana. Tuvo tal acierto para gobernarse en la corte, ó por mejor decir, su virtud brillaba tanto áun en medio de esa confusion de deslices y esa ostentacion de las miserias humanas, que no se adquirió ningun enemigo ni émulo, ántes por el contrario le profesaban todos el mayor afecto, así como la más profunda veneracion. Tales y tan difíciles cargos de provincial y visitador de su Orden, y de consultor y áun confesor del Rey no le embarazan, ántes, por el contrario, le facilitaban el ejercicio de las virtudes que podremos llamar personales, y que por sí solas hubiesen constituido el heroismo, mucho más cuando concurrian en quien como hombre público tenia tantos merecimientos. Quiso el Señor poner término á estos y recompensarlos cual era debido, y dispuso que una violenta y penosa enfermedad pusiera en prueba la paciencia de su siervo. Sufrió éste cuanto puede sufrirse con la mayor resignacion, recibió todos los auxilios de la religion con muy edificante compostura, encomendó de nuevo su espíritu al Señor que le habia criado y redimido, y

le entregó en sus manos el dia 23 de Setiembre del año 1535. Muerto ya, comenzaron á tributársele los homenajes que su humildad no habia permitido en vida; se le enterró en la sala de Capítulo con distincion y con solemnidad no acostumbrada, se comenzó á propalar la fama de sus virtudes, y declaradas heróicas por Roma, se dió á Pedro Barcio el epíteto de beato, siendo su conmemoracion el dia del aniversario de su muerte. — G. R.

PEDRO Barona de Valdivieso (P. Fr.). Fué natural de Madrid, aunque sus padres eran de Villahermosa, en el valle de Valdivieso, montañas de Burgos, por cuya circunstancia algunos escritores que se han ocupado de él, han dicho equivocadamente que fué natural de aquel pueblo. Educado en santidad y temor de Dios por sus muy piadosos padres, y conociendo él que los grandes peligros del mundo no se superan completamente si de una vez no se abandona al mundo, tomó esta heróica resolucion, y se retiró al convento de Observantes Franciscanos de Toledo, donde concluido su noviciado con las claras pruebas de una vocacion perfectísima y de un deseo decidido de hallar en el estado religioso á Dios y lo que á Dios conduce, despreciando las pompas y miserables vanidades, que solo proporcionan sinsabores, profesó en 1575, dedicándose desde luego á los estudios, para los cuales tenia las más adecuadas disposiciones, y siendo colegial en el de S. Pedro y S. Pablo de Alcalá, donde se señaló por su aplicacion y constante recogimiento. Desempeñó algunos cargos en su Orden, entre otros el de guardian en el convento de Oropesa, y fué muchas veces enviado á los pueblos á misiones por tener muy buenas dotes oratorias, y además un celo tan extraordinario, que segun sus deseos hubiera andado el mundo, pasando los trabajos más extraordinarios, con tal de que el premio de ellos hubiese sido ganar para Dios las almas. No se sabe á punto fijo la época ni lugar de su muerte, pero hubo de ser despues del año 1609, porque en este escribió y corrigió por sí mismo en la impresion una obra que tituló: *Hospicio de S. Francisco y remuneracion á los bienhechores.* Tambien escribió: *De Arcano verbo, sive de Dei vivi sermone*; Madrid, 1595. *Tratado sobre el Ave María;* Salamanca, 1596. *Interpretatio litteralis, mistica et moralis in Psalm. LXXXVI. Super Epistolam B. Pauli ad Hebræos, juxta Vulgatam editionem et Syriacam interpretationem. Super Epistolam B. Pauli ad Galathas. De Nominibus Christi. Tractatus super Missum est.*, obra en la cual se contienen muchos conceptos de la que con el título de *Tratado sobre el Ave-María*, escribió el año 96, siendo esta segunda como una recopilacion de aquella y como prevencion ó proemio del tratado *A la Concepcion de la Virgen*, que escribió á principios del año 1604. En todas estas obras, así como en sus *Declarationes super titulos Psalmorum pro Dominicis Quadragessimæ ad vespertinas conciones*, demostró gran facilidad en el manejo de la Escritura Sagrada, mucha

erudicion en expositores y Santos Padres, y sobre todo un gran interés por la gloria de Dios, que fué lo que formando su mayor mérito le hace acreedor á nuestra más alta consideracion. — G. R.

PEDRO de Beaume. Nació este religioso dominico en Beaume, ó Palma en latin, pequeña ciudad del Franco Condado, cerca de Besanzon. Entró jóven en la órden de Sto. Domingo, en la que, así como en la universidad de Paris, se distinguió mucho por su talento. En 1321 fué elegido por el capítulo general de su Orden para lector de sentencias en Paris, y al año siguiente se recibió de doctor en teología, y tuvo el honor de ser uno de los que Felipe de Valois llamó el año 1333 á Vincennes para informar acerca de la vision beatífica por el papa Juan XXII, contra la que se declaró Pedro. En el mismo año fué nombrado provincial de su Orden en Francia, y se hallaba desempeñando aún este empleo, cuando fué nombrado superior general el 31 de Mayo de 1343. Compuso diversas obras que no llegaron á imprimirse, y en la biblioteca pública de Basilea se conservan dos ejemplares de su *Explicacion de los cuatro Evangelios*, obra que debió conocer el famoso Juan de Torquemada, pues que la cita, y sido copiada por Vicente Baudella y por otros autores, que le llaman Pedro de Polonia. Tambien se conservan en la biblioteca de la iglesia de San Gautier, en Tours, las *Moralidades* del mismo autor *sobre los cuatro Evangelios*, de las que dicen son cortas, pero sabias, Guillermo Juan, gran arcediano de la misma iglesia, y Victor Avanue, canónigo de la misma, y han publicado el catálogo de manuscritos de la expresada biblioteca. Guillermo Chiflet dice que poseia en su biblioteca un *Comentario* de Pedro de Beaume *sobre las Epístolas y sobre los Evangelios.* Murió este superior dominico en Paris el 1.° de Marzo de 1343, segun Echard en sus escritores de la Orden de Predicadores. — C.

PEDRO Bautista (S.). Nació este esclarecido mártir de Cristo en el pueblo de S. Esteban, provincia de Avila, el dia 29 de Junio de 1542, por cuyo motivo le pusieron el nombre del príncipe de los apóstoles, circunstancia casual, que pareció despues una profecía de la gigantesca talla que en la Iglesia de Dios habia de alcanzar su distinguido siervo. Sus padres no poseian cuantiosas riquezas, ni eran tenidos como personas de la más distinguida nobleza, sin embargo, no habian faltado en su ascendencia personas no solo muy principales sino hasta de sangre real. Pero sin despreciar los justos títulos y blasones, que en hecho de verdad merece la nobleza de orígen, diremos que lo que verdaderamente honra es la nobleza de las acciones, y en tal concepto las de Pedro Bautista fueron distinguidísimas. No encontramos en él esas distracciones y juegos insustanciales con que se entretienen los niños de corta edad, ni esa facilidad en disipar el tiempo con que vemos inoculada la juventud, todo por el contrario, sin que ninguna

de sus más insignificantes acciones fuese indiferente y con un espíritu verdaderamente celoso por la gloria de Dios, y en el cual se veia solamente el afan de buscar ésta, le vemos pasar los primeros años en una atencion no solo superior á lo que ellos podian dar de sí, sino lo que es más, superior á lo que podia desearse ó presumirse y buscando en la instruccion, en la doctrina cristiana, el alimento de su alma, que en otra suerte de conocimientos no podia encontrar, movido por su vivo deseo de que todos lográran en el conocimiento de Dios los bienes singularísimos que él habia alcanzado, hacia que los demás niños que con él concurrian, le acompañasen á prácticas piadosas fáciles, es verdad, pero que daban grande idea y hacian formar fecundas esperanzas acerca de quien las hacia. Su habitual y único entretenimiento, despues de cumplir esas pequeñas obligaciones que tienen los niños, era hacer crucecitas, que distribuia con profusion, obligando con dulce violencia á cuantos podia á que llevasen sobre sí, y en una parte ostensible, el signo de la redencion, en recuerdo sin duda de que acerca de este está dicho, y es verdad infalible: *In hoc signo vinces*, bajo esta señal vencerás. En la época misma en que andaba á la escuela, comenzó ya á darse á los rigores de la penitencia de un modo superior á lo que le permitian sus débiles fuerzas, siendo por consiguiente muy notable, que la gracia le fomentaba de un modo, por decirlo así, extraordinario para permitirle llegar al término que apetecia. Concluida su instruccion en la escuela, los padres, que veian las prendas que le adornaban, y que ciertamente deseaban que tan bellas disposiciones no fracasáran, le mandaron á estudiar gramática á Mombeltran, y allí le vieron adelantar mucho en humanidades, tanto que sus mismos maestros creyeron necesario enviarle á lugar donde se diesen los estudios con más amplitud, y fué llevado á Oropesa, donde siguió siendo el asombro de sus maestros, los cuales desde el primer momento pusieron á su cargo el que repasára á los más atrasados, y luego dejaron, por decirlo así, sobre él la enseñanza de toda la clase, pues á pretexto de su gran capacidad y aplicacion no concurrian casi nunca por sí mismos, y le obligaban á regentar la cátedra, lo cual hacia con muy buen éxito y provecho grande de los estudiantes, que se aumentaron en número por saber las maneras tan adecuadas que el pasante ponia en práctica para el adelanto de sus condiscípulos, que más que condiscípulos puede considerarse que eran discípulos suyos. Acabada en Oropesa su carrera de humanidades, pasó á Avila para estudiar filosofía, y aprendió allí cuanto podia aprenderse en su tiempo, saliendo consumado en todos los conocimientos á cuyo estudio se dedicó. Luego pasó á Salamanca con objeto de aprender sagrada teología, y como este era ya, por decirlo así, su elemento en el estudio de esta difícil ciencia, fué donde se vió á las claras su notable capacidad, al mismo tiempo que su

esmerado empeño por buscar en la adquisicion de la ciencia el medio de secundar los designios de Dios, ó lo que es idéntico, su deseo de que todos sus estudios, esfuerzos y desvelos fueran de entónces más para buscar y procurar la gloria de Dios, que debe ser la noble aspiracion de toda criatura, á quien sin otro fin colocára el Señor en el mundo. Siete años pasó en Salamanca, haciendo por consiguiente completa la carrera, y como llevaba ya algunos otros más ausente de su casa, fueron muy vivas las ansias que sus padres tuvieron por verle, con lo cual unido á que conocian ser la voluntad de Dios el que su hijo se dedicára al estado eclesiástico, le hicieron regresar á su pueblo, donde recibió los órdenes sagrados hasta el diaconado inclusive, siendo de notar que nunca entró en las miras de nuestro glorioso santo la posicion que podria alcanzar en la Iglesia de Dios, sino que ingresó en ella tan solo por seguir el impulso de la gracia que le llevaba á tan sublime estado. No se crea que á Pedro Bautista llevaron para su ordenacion los motivos, que ciertamente son lícitos, del aumento en su familia y propiedades, ó la aglomeracion de honores consiguientes á un tan perfecto estado, nada de esto, y lo que es más, que todas estas cosas las holló con firme planta, ya por la perfecta abnegacion con que se desprendió de todo cuando dijo al entrar en el estado clerical: *Dominus pars hæreditatis meæ*, sino lo que es muchísimo más expresivo, por otros rasgos de perfeccion y de desprendimiento, con que se hizo ilustre durante el trascurso de toda su vida. Pasaba el Santo ratos larguísimos en la contemplacion de las divinas verdades, y es consiguiente que el Señor viendo el afan con que por este medio procuraba ponerse á la altura de sus designios, quiso premiarle con la manifestacion explícita de estos mismos adorables intentos, siendo el último resultado comprender que Dios queria le sirviese en el estado de religioso y que tomára el hábito en el convento de Arenas, célebre siempre y muchísimo más entónces por la santidad de los varones, que con sus doctrinas y con sus ejemplos le ilustraban en gran manera. Acudió como era debido al Provincial, que por entónces residia en una de las casas de la Orden cercanas á la habitacion de nuestro pretendiente; y el superior, hombre de gran virtud, conociendo lo mucho que la Orden podria utilizarse de este eminente clérigo, prestó no solo su asentimiento sino su licencia con el mayor placer, verificandose su entrada en Arenas el dia de la Natividad de S. Juan Bautista del año 1566, habiendo ido á aquel punto como escapado de con sus padres, y temeroso de que si les hacia conocer su propósito, los vínculos de la carne y de la sangre habrian de estrecharle de tal suerte, que le seria muy difícil el romperlos. Desde el dia mismo en que á su llegada habia manifestado su profunda humildad, ya por la confesion de su miseria, ya por la manifestacion de su designio de estar en todo y por todo á la obediencia al prelado, se cautivó

en gran manera el universal afecto á que supo corresponder, no solo durante su noviciado, en el cual dió pruebas de que poseia en grado heróico cuantas virtudes forman un religioso perfecto, sino en todo el tiempo que fué individuo de la santa comunidad, que le recibió en su seno, así que en su profesion religiosa puede decirse que el júbilo fué universal, pues todos participaban de él, que con sobrada razon inundaba al que veia asegurado el medio de llegar á Dios por la práctica de sus amorosos consejos. Una vez profeso, creyó que su único deber era aventajarse á los demás en virtud y perfeccion, no porque él ansiase los lauros de la elevacion, nada de eso, sino porque se creia obligado en justicia, atendido á que se juzgaba ménos merecedor que ninguno de la alta honra en que el Señor quiso constituirle. Que esta opinion suya no conocia otro fundamento que su misma profundísima humildad, lo demuestra hasta la evidencia el que Dios nuestro Señor, tratando á su siervo, por decirlo así, de una manera especial, al mismo tiempo que le permitia tentaciones gravísimas acerca de toda virtud, le favorecia con raptos extraordinarios y con visiones pasmosas, á fin de que formando la idea exacta de la Divinidad, no escaseára los medios de procurar á Dios el honor, el amor y los sacrificios por su gloria con que Dios mismo se complace y la criatura se eleva al trono supremo de su ínclita soberanía por la práctica de las virtudes, único fin adecuado del hombre. Como Pedro Bautista vino á su Seráfica Religion con todos los estudios que hasta entónces se daban, y hechos en la más célebre universidad de España, y hechos con las mejores notas y dando á conocer que en calificarle de tan ventajosa manera no habia habido la más mínima gracia, y á esto se agregaba que desempeñaba perfectamente sus ministerios en el órden del diaconado que disfrutaba en la Iglesia de Dios; los superiores determinaron que al momento de profesar fuera promovido al sacerdocio, y en muy poco tiempo no solo se le permitió, sino que por obediencia se le obligó, á que predicára la divina palabra y administrase el santo sacramento de la penitencia, en lo cual ganaron mucho los fieles, pues encontraban en Pedro Bautista un verdadero ministro de Dios, que es cuanto puede apetecerse. Apénas hubo demostrado su suficiencia en el púlpito y en el confesonario, se comenzó á avivar en los superiores el deseo de que su ciencia y su método fueran provechosos á los muchísimos jóvenes que en los colegios del seráfico instituto como en los demás, querian hacer sus carreras para provecho de la Iglesia y de la Nacion. Varia es la opinion de los cronistas de la órden de San Francisco acerca del convento donde leyó filosofía, pues unos quieren que fuera en el convento de S. Bernardino (junto á Madrid), y otros que en el de Peñaranda; sea de esto lo que quiera, á nosotros cumple decir, que ya fuera en una ya en otra casa, es lo cierto que se empleó en el dignísimo ministerio

de enseñar, y que todos sus discípulos pudieron ser aventajados, en razon á que tanto en ciencia como en virtud era una cosa extraordinariamente notable, que se llevaba las atenciones de todos, por reunir en sí cuantas condiciones son apetecibles para el desempeño de cuautos cargos hubieran querido encomendarle. En vista, pues, de sus buenas disposiciones, y atendido al provecho que se sacó de él como lector, creyeron los superiores deber encomendarle el cargo de guardian, y con efecto lo desempeñó por lo ménos en dos casas, bien sea que en cada una residiera todo el tiempo de la prelacía, que ordinariamente es tres años, bien sea que, cómo parece más probable, le llevasen en un mismo trienio á dos partes; de una ó de otra manera no cabe duda en que desempeñó con tal acierto su cargo que hubiéranlo tenido como tal guardian en otras muchas casas, ó tal vez le habrian hecho desempeñar cargos más difíciles en la religion, si Dios nuestro Señor no hubiera tenido acerca de su siervo otras miras que le prevenian para mucho mayor elevacion, disponiéndole á recibir los más inclitos favores de parte del Señor, que le tenia preparado en el cielo un trono, y no un trono como quiera, sino un trono tan esplendoroso como son los tronos que poseen los bienaventurados. Entre las virtudes de que dió pruebas como prelado, descuella con sobrada razon una suma prudencia y una moderacion extraordinaria, siendo muy de notar que áun para aquellas cosas que parecian más árduas, obligaba tan á su gusto á los que le habian de obedecer, que no se resentia siquiera, y por consiguiente, el resultado era favorable siempre. Cuando mejor parecia desempeñar el importante cargo de guardian, infundió Dios en él la inspiracion de pasar á Filipinas, animado sin duda por la excitacion que los religiosos de la provincia de S. Gregorio hicieron á los de S. José, y se decidió, para secundar los deseos del Papa y del Rey de España, á pasar adonde fuese conveniente, sin reparar para nada ni en las dificultades de la navegacion ni en ninguna de las demás circunstancias, que de hecho dificultaban tal expedicion. El gran Felipe II y el esclarecido Gregorio XIII habian de comun acuerdo facilitado, por medio de ámplias concesiones éste, y aquel por la manifestacion del agrado con que miraria el necesario desprendimiento y abnegacion para emprender viaje tan molesto como peligroso, y Pedro Bautista, que anhelaba vivamente el que el nombre de Dios fuese conocido y alabado, y que veia la abundancia de operarios de la viña mística que habia en el católico reino, así como la escasez que se notaba en regiones que no habian podido adorar al verdadero Dios por no conocerle, emprendió su viaje con otros cuarenta y siete religiosos, todos animados del más vivo deseo de difundir en aquellos pobres el conocimiento de los únicos adecuados medios de conseguir nuestra salud eterna. La mision fué muy bien recibida en Nueva España, y pasando despues á Méjico, todos y cada uno de los Padres

se atrajeron las simpatías de los naturales, inclinándose sin embargo más al P. Pedro Bautista, en justa retribucion de que su celo era cuanto es posible y cuanto Dios puede infundir en el espíritu de un amigo suyo. Como la conversion de aquellos naturales era cada dia más numerosa, se avivaban cada vez más los deseos de Pedro Bautista de llevar el nombre de Dios á los más escondidos rincones de la comarca, por lo cual á pie y descalzo emprendió él solo el camino de Mechoacan, donde tambien recibieron con singular placer la buena nueva que les llevaba, y recibieron con afan el sagrado bautismo por donde ingresaban en el seguro puerto de la religion del Crucificado. No se crea que el P. Pedro Bautista aceptaba para sí la gloria que de sus trabajos apostólicos resultaba, la ponia toda á los pies de Jesucristo, el cual queriendo premiar sus buenos deseos con hacerle imitador de sus trabajos, como era partícipe de sus triunfos, permitió que á pesar de que al principio le recibian tan bien y le seguian con entusiasmo, luego se le rebeláran ofuscándose en que queria perturbar su tranquilidad sin que para esto pusiera otro pretexto que el que se oponian á sus ridiculas prescripciones las sabias determinaciones y consejos de la santa religion que predicaba Bautista. Viendo, pues, que sus esfuerzos no podian conseguir nada en favor de aquellas pobres gentes, resolvió volverse á Méjico donde fué recibido con extraordinario afecto, pues si bien quedaban allá muchísimos y muy celosos ministros de la religion, ninguno sabia tocar las fibras del corazon humano como lo hacia este siervo de Dios, que bien puede decirse habia puesto el Señor en su Iglesia para procurarle su mayor gloria, ya por sus heróicas virtudes, ya por los triunfos de su poder como bienaventurado. Pareció conveniente regularizar, digámoslo así, y aumentar la mision de Filipinas, por lo cual, reunidos todos los religiosos de Méjico comenzaron á mirar en quién debian fijarse para poner á su cargo la direccion de aquella nueva custodia, y determinaron que fuese Pedro Bautista el prelado, confiados en que su gran virtud y su extremada prudencia serian lo único que podria salvar las dificultades que habian de surgir. Le designaron, pues, autorizándole para que regentára y visitase todas aquellas casas, por lo cual sumamente complacidos todos los que habian de ir en su compañía, marcharon llenos de esperanza, que ciertamente les salió como lo habian concebido, pues todo el don de gobierno, que ciertamente poseia, así como el ejercicio de de su extraordinario celo, dieron felices resultados para aquella empresa. Lo primero que hizo el P. Pedro Bautista fué dedicarse á la predicacion de la divina palabra, cuyo ministerio desempeñó por espacio de seis años continuos, siendo el resultado cautivar la atencion de todos y atraerse su afecto de manera, que hasta el obispo, que conocia por una parte su capacidad, y por otra sus buenos deseos, le tomó por con-

sejero, de tal manera que no tomaba ninguna resolucion importante sin que ántes la pusiera en conocimiento de su querido Pedro Bautista. Su fama no se limitó en aquella comarca, sino que volvió á España, de tal suerte que el católico rey D. Felipe tomó el mayor interés por los adelantos de este esclarecido religioso, para promover los cuales le propuso el que fuese obispo de Camarines, cuya dignidad rehusó con todas sus fuerzas y de tal modo que no pudo ménos el monarca de aceptar su dimision, retirando su presentacion que hubiese sido recibida en Roma no solo con benevolencia sino con extraordinario placer. Uno de los medios que para evadir su nombramiento de obispo puso en juego nuestro esclarecido Santo, fué el marchar al Japon, donde comenzó á poner los cimientos de su futuro engrandecimiento, mediante una rectitud de costumbres y un admirable ejemplo de las más raras virtudes por efecto de las cuales tenia que hacer una indirecta acusacion de los graves defectos en que incurrian los que, presuntuosos por su posicion, nunca sufrian la más leve advertencia de parte de nadie, por muy justo que fuera el reproche que á sus excesos se hiciese, y por muy buena que fuere su manera de hacerlo. Al principio no surgieron estas dificultades; todo lo contrario, las autoridades mismas japonesas fueron las que más se empeñaron en que aceptase el cargo de custodio de la provincia de San Gregorio con que le brindaban, y que hubo menester todo este empeño para que le admitiera. Desempeñó el cargo tan admirablemente como se prometian los que para él le designaron, y luego fué nombrado guardian de la casa de San Francisco de Manila, la cual proveyó de un magnífico y bien dotado hospital para transeuntes, que se levantó de planta durante su prelacía, y, sea dicho de paso, fué el motivo ó fundamento de que se conservára en este importante puesto siquiera el tiempo que hubo menester para llevar á cabo su empresa, de cuyo éxito desconfiaban todos, pues si no hubiese sido por esta circunstancia habria al momento renunciado la guardianía, pues ni esta ni ninguna otra dignidad en que brillára estaban en armonía con su carácter profundísimamente humilde. A esta circunstancia se agregaba el que tenia ya hacia algun tiempo en su mente grandes ideas acerca del Japon, cuyo imperio le cautivaba la atencion bajo la única mira de aumentar en tan vasta region el conocimiento y adoracion del verdadero Dios. Hacia cuarenta y tres años (en 1545) que por una gracia especial del Señor un hombre á quien el recuerdo de un crimen horrendo acompañaba como su sombra por do quiera, buscó y halló su consuelo en la religion de Jesucristo, y su descanso en las oportunas advertencias y muy sabios consejos de S. Francisco Javier, y no contento, como era consiguiente, con disfrutar él la dicha de conocer al verdadero Dios, quiso que de ella participasen los que como él vivian en Cangoxima, donde se predicó por el santo Francisco y por el

recien convertido, llamado Pablo, la buena nueva que todos recibieron con el mayor entusiasmo, de suerte que muchísimos se convirtieron, pues que el Emperador no se opuso á la predicacion del Evangelio, sino que procuró á los misioneros toda la cooperacion que necesitaban para cumplir su importante ministerio. Pasados estos cuarenta y tres años en que el imperio fué regido por diversos señores hasta que llegó á manos de Cabucondono Taicozama, el cual no molestaba, es verdad, á los cristianos, pero estaba poseido de un espíritu de ambicion tal que nada le satisfacia y hubiera querido dominar al mundo entero. Bajo esta idea remitió á Filipinas una carta, en la cual manifestaba al gobierno de Manila su deseo de que se agregára á su mando toda aquella region; misiva que hizo, como no podia ménos, muy mal efecto en todos los ánimos, que veian un desmedido afan de usurpacion; pero que en la temeraria osadía de Cabucondono no les parecia imposible, no un resultado favorable, pues para esto hubiera sido preciso que Manila y sus posesiones no contáran con los muchos auxilios de que podian disponer, sino un ataque que habiéndoles obligado á guerrear, hubiese sido siempre desfavorable á unos y á otros: bien es verdad que el provecho de los que les molestaban no debia en nada considerarse ni atenderse por los que, tranquilos y sosegados, vivian sin causarles la menor molestia. Como á las exageradas pretensiones de Taicozama se agregaba el que el comisionado de entregar su carta habia sido un hombre vulgar y sus resoluciones no eran acertadas, resolvieron de comun acuerdo que el Padre Cobos, entendido y piadoso religioso de la órden de Santo Domingo, pasase á visitar al gobernador, y le llevase expresos en una bien dictada carta del capitan general de Filipinas la enunciacion de los sentimientos de todos sus habitantes. En esta carta se expresaban sentimientos de reconocimiento á los favores que hacia Cabucondono al gobernador de Filipinas, así como evadiendo una respuesta terminante á la embajada, fundando esta su retraccion en dos cosas, en la poca importancia del mensajero y en que no conocian el idioma en que estaba dictada la carta, que era el japonés. Como es consiguiente, el P. Juan Cobos llegó con su comision á Nangasaki, y como era conciliadora su comision, vino á su encuentro Faranda Queimon, que fingiéndose enfermo habia permanecido en este punto por no exponerse á lo que hubiera podido dar de sí la entrevista con el gobernador. Creyó Faranda que seria conveniente el que fuesen juntos el Padre y él á ver á su señor el Emperador, lo cual, no pareciendo imprudente, como en la realidad no lo era, fué aceptado sin dificultad por parte del P. Cobos. Llegaron juntos á presencia del Emperador, y despues de oir las razones del Padre y hecho un tratado favorable para ambos, les despidió dejando acordado el no hostilizarse en manera alguna. Embarcáronse, pues, en un mismo dia, aunque en

distintos buques, pero permitió el Señor que el en que iba el P. Juan cayese, por haberse perdido, en poder de los habitantes de Isla Hermosa, que por su natural ferocidad se encaminaron al buque y pasaron á cuchillo toda la tripulacion, entre los cuales, como era consiguiente, falleció el P. Cobos, siendo su pérdida muy sentida en todo el Archipiélago, siendo además en Manila muy sentido el que se extraviasen las cartas del emperador Taicozama. Llegó poco despues que la noticia de la desgraciada suerte del buque de Fr. Juan el embajador Faranda Queimon, protestando la buena fe y afecto de su señor, pero con unas facultades tan limitadas, que ni áun le alcanzaban para terminar ningun tratado, y por lo tanto las autoridades de Filipinas no sabian á qué atenerse, y la poblacion no podia estar con sosiego, en atencion á que muchos japoneses se iban refugiando en ella, y se temia con fundamento que fraguasen alguna mala partida con que les causáran perjuicio. Entre los que habian arribado á Manila, sin que haya podido esclarecerse suficientemente el motivo, fué uno el P. Pedro Bautista y el hermano Gonzalo García, ambos, como muy celosos por la gloria de Dios y animados del mejor deseo de procurarla, inclinaban al gobernador de Manila á que se formalizase una mision que fuera al Japon para confirmar en la fe á los que ya habian recibido de Dios tan precioso don, y atrajeran al verdadero conocimiento á los que todavía gemian bajo el insoportable peso del error. A estas indicaciones de los Padres se agregaba el testimonio de los mismos japoneses católicos, que pedian repetidísimamente y con las más vivas instancias que se les mandase este refuerzo, que daria á sus espíritus nueva vida y fomentaria la salud espiritual y temporal de aquellos naturales. Aun cuando el gobernador de Filipinas abundaba en los mismos piadosos deseos que los que deseaban esta empresa, no se atrevia á acometerla sin una excitacion por parte del Emperador, lo cual se verificó por una carta que le presentó el secretario de Faranda Queimon. Vencido ya este obstáculo, se pensó solamente en aprestar lo necesario para la mision, y Pedro Bautista fué puesto al frente de ella, y pasó al Japon con el importante carácter de embajador y llevando algunos presentes, cosa indispensable en la época. Dos fueron los navíos que condujeron al P. Pedro y á sus compañeros de mision, siendo no pocos los peligros que hubieron de correr hasta llegar al término primero de su viaje, pues aunque ambas embarcaciones se dirigian á Nangasaki, la del P. Pedro tuvo que tomar tierra en Firando. Apénas se supo este acontecimiento en Nangasaki y Nangoya, residencia entónces del Emperador, mandó á un favorito suyo para que acompañase al Padre, haciéndole todo el acatamiento que merecia, ya como religioso, cuya buena fama habia tambien llegado allá, ya como representante del gobernador. Antes de la primera entrevista con el Emperador hubo el embajador de España de sostener una

fuerte cuestion con el embajador del Japon en Manila, en razon á que éste tenia la pretension de que se consignára en un documento oficial y solemne la entrega anual que habia de hacerse de una cantidad de una especie de moneda española allí en grande estima, pretension que, como es consiguiente, desechó el Padre, porque inducia una tácita confesion de dependencia que no debia prestarse al Japon. Recibidos por el Emperador en la solemne audiencia, estuvo éste bastante improcedente en sus palabras, tanto que al decir que él habia de ser como Dios en aquella tierra y que sus conquistas habian de dilatarse por todo el mundo, con lo cual él habia de satisfacer su ansiedad de dominio, tuvo el venerando religioso que hacerle notar que la nacion española, cuya representacion llevaba, no rendia culto más que al Dios verdadero, ni vasallaje más que á su Rey, respuesta que alteró mucho al soberbio Emperador, y que, segun todos aseguraban, hubiese tenido por consecuencia el sentenciar á muerte á quien se la dió, pero que se moderó en la de mandar salir de sus dominios á quien la habia proferido y á todos sus dependientes. Sin embargo, el misionero-embajador hizo saber al Emperador con la conveniente dignidad que si habia venido habia sido porque Faranda habia manifestado á su señor el gobernador que la grandeza del Emperador queria un aliado y amigo remitido por él en señal de sumision la más cordial; pero que expulsado por haberle dicho la verdad, iria á su señor y le diria el trato que se habia dado á los enviados por él. Fuese que esta energía le intimidára, ó fuese que reconociera lo indebido que habia sido el mal concepto que formó de los enviados, ello es que trató de darles una satisfaccion, que fué el convidarlos un dia á comer en su misma cámara, y sirviéndoles con su misma vajilla de oro. Luego pasó á visitarlos el mismo Emperador, entregando ya al embajador las bases del proyecto de alianza, dictado de una manera muy conveniente y que protegia suficientemente los intereses de ambas naciones. Tambien les dió á los misioneros las más ámplias facultades para predicar y extender la verdadera religion, haciéndoles el obsequio de prepararles un lucido séquito que les acompañára á Meako, ciudad suntuosísima, y que produjo á los santos varones admiracion por su riqueza y magnificencia, así como el más vivo desconsuelo por el lamentable estado en que se hallaba en tan rica poblacion el conocimiento del verdadero Dios. Con un celo el más exquisito y con un afan incansable iban los hijos de Francisco difundiendo el conocimiento del verdadero Dios entre aquellas gentes, que se regocijaban en gran manera al ver un medio eficaz de alcanzar dicha y ventura, no ya para la existencia efímera que hemos de tener sobre la tierra, sino para la existencia que nunca acabará en la eternidad. El Emperador habia sabido que todos estaban muy satisfechos de los misioneros, y les habia ofrecido terreno y medios para edificar

templo, si bien nada habia dicho á sus ministros, por lo cual no llevó á término esta idea tan fecunda en pro de la fe de Cristo. Esto fué motivo de que luego que el Emperador hubo vuelto de un viaje que hizo segun acostumbraba de cuando en cuando, el P. Pedro le viese y le hiciera conocer que no se habian cumplido sus deseos de que se les diera casa, por lo que se mandó inmediatamente proveerles de cuanto hubieran menester, eligiendo para su albergue é iglesia un terreno solitario, aunque dentro de la ciudad, donde al punto se comenzó con ayuda de la caridad de los fieles, que en esta ocasion, como en todas las demás en que se la excita en el nombre de Dios, se mostró propicia, de suerte que el dia 4 de Octubre de 1594 se estrenó y dedicó el templo y convento de la Porciúncula, estando su iglesia en aquel dia completamente llena de cristianos, que compartian con el Padre Pedro el indecible gozo que le inundaba por tal acontecimiento. Crecia el número de fieles de tal modo, que los más vivos esfuerzos del Padre y de sus compañeros no eran bastantes á satisfacer todas las necesidades de ellos, por lo cual tomó el superior la resolucion de escribir al gobernador de Filipinas, haciéndole conocer estas necesidades y rogándole que mandase con la posible prontitud y brevedad religiosos que les ayudasen en el desempeño de su importantísimo ministerio. El digno sucesor del gobernador de Filipinas, que habia muerto casi el mismo dia que se instaló la Iglesia católica en Meako, mandó la carta del P. Pedro al superior de Manila para que proveyese lo más conforme; sin embargo, no pudo ser el remitir religiosos por entónces, en razon á que habia tan pocos en Manila, que no podian cubrir las atenciones de allí y del Archipiélago, donde tan necesarios eran. Sin embargo, muy poco tiempo despues llegó una flota con cuarenta y dos religiosos de la Orden Seráfica, y cuatro de ellos fueron inmediatamente remitidos á Meako, en cuya travesía falleció uno de ellos, arribando los otros tres con indecible contento del celoso comisario-embajador. Con este refuerzo se emprendieron nuevas tareas apostólicas, y aquel año ya se pudo celebrar con más solemnidad la fiesta de la Natividad del Señor, para cuyo efecto compuso el mismo padre comisario unos villancicos y enseñó á niños y niñas, hijos de japoneses católicos, y católicos ellos por consiguiente, los cuales los cantaban con mucha gracia. Como el hombre es material, y por los sentidos penetran las cosas para elevar el espíritu, fué esta solemnidad motivo de que muchos abrazasen el cristianismo, apartándose del culto de los falsos dioses una porcion de gente, que veia en la religion de Jesucristo la única tabla salvadora, despues de la ruina ocasionada por el pecado. Los bonzos, ó sean sacerdotes de los dioses falsos, no habian llevado á mal la predicacion del Evangelio cuando solo habian seguido sus doctrinas los pobres ó gente mediana de la gran Meako; mas cuando vieron que no solo los

acomodados, sino los principales y aristócratas, iban tambien convenciéndose de la verdad y abjurando el error, ellos comenzaron á perturbarse, ya por el descrédito que les ocasionaba el que se apartasen de su doctrina, ya por lo que perdian en intereses materiales; y á resultas de esto se decidieron á elevar una exposicion al Emperador por medio del gobernador de Meako, exponiéndole que podrian surgir inconvenientes de que se permitiera á los cristianos seguir su predicacion y pidiendo una medida restrictiva para esto. El ánimo del Emperador no estaba todavía contra los hijos de S. Francisco, por lo cual su respuesta fué que habiendo en el Japon tantas sectas importaba muy poco una más; con cuya contestacion quedaron enteramente contrariados los intentos de los sacerdotes de los ídolos, pues ellos hubiesen querido que se lanzára del país á los hijos de Francisco, como habian sido lanzados en época anterior los del esclarecido S. Ignacio de Loyola. Mas esta buena disposicion del Emperador no fué constante, pues los naturales pudieron inducir á dos favoritos suyos á que continuamente y de un modo indirecto le inclináran á privarles de recursos para crecer y dilatarse, como al cabo lo consiguieron, privando á la seráfica familia de un socorro de arroz, que el Emperador les hacia dar, y cuya pérdida sintió mucho el santo comisario, no por la pérdida material, pues esta nada le significaba, sino porque comprendia muy bien que perdiéndoles el Emperador el afecto que les profesaba, la causa del catolicismo empeoraba en gran manera. Como Dios nuestro Señor sabe prodigar á sus siervos sus favores segun es la necesidad que tienen de estos favores mismos, quiso el Señor compensar á Pedro Bautista esta pérdida material con el inesperado auxilio de dos religiosos que vinieron de Filipinas para sustituir al que falleció en la travesía. Estos fueron los PP. Fr. Martin de la Ascension y Fr. Francisco Blanco, ambos españoles y varones de tanto celo como virtud y ciencia, y en situacion la más á propósito para trabajar en la viña del Señor, pues solo contaban veintisiete años. Aunque se veia ya venir la terrible persecucion que muy luego sufrió el cristianismo en aquella region, y proporcionó á Pedro Bautista y sus compañeros la auréola preciosa de la santidad, no se acobardaron ni cesaron en su firme propósito de proporcionar por todos los medios posibles la felicidad eterna de los japoneses y áun su bien material en la parte posible; por esto fundaron junto á su mismo convento una escuela, donde se enseñaba á leer y escribir á cuantos niños acudian, sin reparar en si eran hijos de cristianos ó de gentiles, y dos bien montados hospitales, el uno bajo la advocacion de Sta. Ana y el otro dedicado á S. José. Grandes trabajos eran consiguientes á tantas obras como emprendieron solo nueve hombres; sin embargo, como todo se hacia para gloria de Dios, Dios mismo fomentaba sus esfuerzos, y ellos hacian mucho más de lo que podia pensarse.

Los cristianos de Nangasaki querian tener la dicha de gozar en su seno á algunos de estos fieles hijos de Francisco de Asís, y escribieron al P. Pedro Bautista para que tuviese á bien pasar á fundar casa é iglesia en aquella importante ciudad. Despues de consultarlo maduramente con sus hermanos, resolvió el Padre ir él mismo, acompañado del hermano Gerónimo de Jesus, portugués, quedando los otros siete en Meako. Apénas llegaron á Nangasaki fueron á ver á los jesuitas, que todavía estaban allí, á pesar de haber sido expulsados, y estos les excitaron á que aprovechasen el tiempo para hacer su iglesia, con lo cual se satisfaciese algun tanto la ansiedad de los naturales por tener un templo católico donde dar culto al verdadero Dios, pues el de los jesuitas habia sido cerrado y ellos se conservaban allí solo por una especie de tolerancia debida al grande afecto que les profesaban hasta sus más encarnizados enemigos. Con el beneplácito del gobernador de Nangasaki y con sumo contento de los cristianos de la ciudad, adquirieron con limosnas los hijos de S. Francisco un convento é iglesia muy capaz, donde en la cuaresma de 1596 predicaron el P. Pedro Bautista y su compañero con edificacion y provecho de los fieles. Los sacerdotes de los dioses de Nangasaki, como los de Meako, empezaron á temer á los cristianos y obligaron al gobernador á que exigiese á los misioneros franciscanos la chapa ó cédula del Emperador que les autorizaba para predicar, con lo cual hubo ocasion de que el Padre Comisario demostrase una vez más su firmeza, diciéndole al gobernador que no creia necesaria más que la palabra del Emperador para establecerse y propalar su doctrina: respuesta que dió por resultado el que mandase el gobernador que inmediatamente desalojasen su vivienda el P. Pedro y sus compañeros, lo cual hubiesen hecho, no por temor, sino por respeto, si los cristianos no hubieran comenzado á demostrar su justo sentimiento por el abandono en que les dejaba el ministro de Dios, habiéndole hecho ver tambien que ellos mismos procurarian, tal vez brevemente, que se revocára la órden y pudieran volver á desempeñar tranquilamente su sagrado ministerio. No se pudo conseguir del gobernador Talazara el que permitiese de modo alguno el que los franciscanos hicieran en público sus misiones; así que una cantidad que el gobernador de Filipinas habia mandado al P. Pedro por medio del provincial que visitaba las casas de la Orden, fué destinada á fundar otra casa en Oaxaka adonde fué el P. Comisario con Cosme, devoto japonés, el cual fué un poco ántes á Oaxaka, ya para disponer lo indispensable para principiar la obra, ya tambien para dar lugar á que el P. Pedro Bautista fuese á Meako á dar las oportunas disposiciones y á concertar el cómo se realizaria y por qué sugetos se desempeñaria esta nueva é importante mision. Comprada que fué una casa pequeña, pero en buena situacion, por el cristiano Cosme, fueron inmediatamente los misioneros, los cuales se alojaron en la casa de un

japonés que habia sido bautizado por el P. Fr. Marcelo, uno de los que fueron aún ántes que el P. Comisario, el cual determinó para evitar las persecuciones de los sacerdotes de los ídolos, el que la iglesia y casas de aquel lugar fuesen todo lo pobres y modestas que fuera posible por si así se mitigaba de algun modo esa envidia que fatalmente se dejaba sentir en ellos, y por la cual procuraban á los cristianos la más dura persecucion, no de una manera directa y franca, sino por medio de raterías y ardides tanto más execrables cuanto que llevaban envuelta en sí una calumnia atroz, y daban por consiguiente cierto resultado por la índole especial de los naturales, que estaban bastante apegados á lo que sus ministros les indicaban. A los motivos que generalmente tenian los bonzos para su enemistad con los religiosos de la Orden Seráfica se agregaba un reconcentrado enojo porque algunos de ellos, esclarecidos por la brillante luz de la verdad, habian abandonado el culto de los ídolos para abrazar el del verdadero Dios, y esto fué motivo de que emprendieran contra los franciscanos una encarnizada guerra, que hubiera parado en mal para ellos, si Dios no hubiese hecho en favor suyo una revolucion en la naturaleza, que produciendo el terror y espanto que es consiguiente á un terrible terremoto, despues de un diluvio de lava y de piedra, que destrozó edificios, y de una tempestad á cuyos rigores se veia venir abajo todos los más sólidos y preciosos edificios, sin que se salvasen los templos ni áun los mismos ídolos, que se destrozaban fácilmente, demostrando asi la impotencia de lo que representaban. Como la consternacion natural embargaba los espíritus, los fieles hijos de Francisco aprovechaban esta coyuntura para hacer conocer que solo el Dios de Israel es poderoso, así como la religion quien únicamente puede prestar un auxilio en toda clase de tribulaciones, pues ella con sus recursos, despues que aplaca la ira de un Dios enojado, hace al hombre sufrido y paciente en consideracion á que los rigores de su inexorable justicia no pueden ménos de ejercerse de una ú otra suerte en la criatura que le ofendió. Consiguiente á las exhortaciones y avisos saludables del P. Pedro Bautista y sus compañeros, que con el mayor celo procuraban la gloria de Dios y bien de aquellos infelices, fué el que muchisimos abrazasen el cristianismo y se hicieran por consiguiente adoradores del verdadero Dios. No hay necesidad de expresar que los PP. Misioneros, tanto franciscanos como jesuitas, hubieran aprovechado estas circunstancias favorables que vino á defraudar en sus más legitimas esperanzas la nunca suficientemente ponderada ambicion de Taicozama. En Julio de 1596 habia salido del puerto de Cavite, próximo á Manila, y con rumbo á Nueva España el galeon S. Felipe, mandado por el general Landecho y que llevaba á bordo entre otras personas dos religiosos de la Orden Seráfica, y además de los pasajeros ricas y abundantes mercaderías. Despues de muchas averías y sufrimientos

de parte de los tripulantes y de una penosa lucha con las aguas por espacio de noventa dias, llegaron á la isla Tossa, no muy distante de Meako, en bastante mala situacion el dia 19 de Octubre. Toranganio, rey de aquella parte del Japon, á nombre y con poderes del Emperador, salió como todos los demás á la playa aquella tarde, y visto el buque, mandó le prestasen auxilio ofreciéndole hospitalidad que aceptaron gustosos los que en él venian, solo que convinieron en que para el desembarque sería más á propósito la mañana siguiente que aquella tarde en que la oscuridad se venia encima muy apriesa. El buque, sin embargo, no pudo resistir hasta la mañana y fué preciso que todos echasen mano al descargo de la embarcacion, poniendo por de pronto lo más precioso del cargamento bajo un cobertizo que se formó con maderas que facilitó generosamente el rey de Urando, el cual como todos los habitantes se manifestó muy sentido de la pérdida que los viajeros habian experimentado. Pareció conveniente hacer al Emperador y al gobernador de Meako presentes, que indicaron la gratitud con que habian visto los tripulantes el que á su nombre se les concediese hospitalidad, y creyeron tambien muy procedente el que Pedro Bautista, como embajador de España en aquel imperio, no solo los acompañara para la presentacion de las dádivas, sino que fuera quien presidiendo, por decirlo así, la comision, hiciera al Emperador el debido ofrecimiento, así como le diera á entender quiénes y cuán caracterizadas eran las personas que allí se hallaban. Miéntras fueron á buscar al Comisario-Embajador y le hallaron, pues casualmente no estaba en Meako sino en Oaxaka, pues acababa de hacerse nueva distribucion de los religiosos, segun que convenia más á los mismos intereses de los naturales, hubo lugar para que el gobernador de Urando avisase al Emperador del naufragio y de las grandes riquezas que venian en el buque, y cómo estaban depositadas en la playa. Hallado, pues, el Padre y arreglada, digámoslo así, la comitiva que habia de dar al Emperador las gracias por sus buenos servicios, llegaron al lugar de su residencia sin que á la verdad pudiese su cortesanía y esplendidez, pues los regalos que le traian eran magníficos, sin que pudiese su buen porte neutralizar la prevencion que los enemigos del cristianismo le habian hecho concebir contra los religiosos, fundándolo en que á la predicacion del cristianismo era debida la destruccion de sus ídolos, y esto á los esfuerzos de los PP. Misioneros, por lo cual y por apoderarse de los cuantiosos bienes de que estaba cargado el galeon, pareció cosa decidida el deshacerse de los santos confesores haciéndolos mártires de su fe y de su religion. Como ya se veia tan marcada la prevencion contra Pedro Bautista y los suyos, no pareció prudente de ninguna manera el que se presentase él con los comisionados á ofrecer sus respetos al Emperador, aunque á la verdad el suceso hubiese sido el mismo si él hubiese intentado su presentacion, pues el Emperador se

negó abiertamente á recibir á la comision del barco, y solo aceptó el obsequio para formarse, digámoslo así, una idea de lo que podia sacar de su presa. Todo lo que se pudo saber por un japonés cristiano, siervo del Empedor, fué que éste habia prometido exterminar de su imperio á los cristianos, por lo cual urgia el que el santo Comisario lo supiese para que tomase las medidas oportunas á fin de prever en lo posible tal acontecimiento, ó siquiera de ocultar á algunos para que no se perdiese el fruto que ya se habia conseguido por la conversion de tantos al catolicismo. Por supuesto que estas noticias tan tristes para los siervos de Dios,, si se atiende á los sentimientos de la carne y de la sangre, pero que inundaban sus espíritus de un vivo placer, pues les proporcionaban la fundada esperanza de que ofreciendo á Dios su vida para mayor gloria de su ínclita soberanía, obtendrian como recompensa la eterna bienaventuranza; les hacia, sin embargo, obrar con suma prudencia aunque nunca con cobardía. Apénas llegó á Meako la noticia de este designio del Emperador se presentaron al gobernador de aquella capital el Embajador-Comisario, el P. Fr. Pobre, visitador general, y los principales españoles allí residentes con los tripulantes, por cuyo motivo parecia haberse excitado algun tanto esta cruel persecucion y demandaron del gobernador la proteccion que debian esperar en atencion á la alianza que tenian establecida con el Emperador, pero áun cuando el gobernador no se les mostró contrario, nada se pudo adelantar, en razon á que para cuando acudieron á él se habia ya dictado la sentencia, y los bienes de los que venian en el barco habian sido ya arrebatados por cuantos habian podido llegarse á ellos, aumentándose este desacato y esta poca consideracion é injusticia con el despojo de cuanto los pasajeros poseian, sin permitirles siquiera reservarse otra ropa con que mudar la que tenian puesta y áun quitando algunas prendas á los que á juicio de sus verdugos tenian más de lo necesario. La sentencia de muerte que fulminó el Emperador no excluia á ningun cristiano, pero se temió con fundamento que si se llevaba á efecto tal y como se habia dictado podria resultar algun conflicto, pues no era probable que sufriesen resignadamente su ejecucion los parientes muy allegados de las víctimas, así como el que reuniéndose aquellos en gran número contrariasen los designios del Emperador, y hubiera una guerra intestina de grandes consecuencias para el imperio, no solo en cuanto á la dinastía sino en cuanto á su nacionalidad, así que por estas atenciones el Emperador aclaró su sentencia, diciendo que no comprendia á los japoneses, que ni predicaban ni dependian directamente de los frailes, ni á los de la Compañía de Jesus, porque habian obedecido las órdenes superiores, ni á los tripulantes del galeon S. Felipe, porque estos nada habian hecho por donde debieran ser castigados. Es de consignar aquí que todos los personajes más distinguidos

del imperio, apénas supieron tan arbitraria como indebida sentencia, acudieron presurosos á ofrecer á los sentenciados todo género de recursos para que hubiesen huido, caso de creerlo conveniente; pero ellos no aceptaron ninguno de los medios que les proponian, ántes, por el contrario, esperaban muy tranquilos el momento de ir á Dios para no separarse más de su soberanía augusta. No fué la sentencia absoluta para todos los franciscanos existentes en el Japon, sino solamente para seis de ellos, que luego se aumentaron, y que residian solamente en Meako ó en Oaxaka, razon por la cual nada hay que decir respecto á lo que hicieron ni dejaron de hacer por nuestros héroes los habitantes de Nangasaki, pues sus religiosos no estaban comprendidos en el número de los que habian de ser ejecutados. Sin más juicio ni averiguacion de ninguna especie, se dictó por el emperador Taicozama la sentencia de que en la noche del 8 de Diciembre, y para cuando el sol apareciese en el horizonte al siguiente dia, hubiera guardias en los dos conventos de Meako y Oaxaka, que dieran cumplimiento á lo determinado por el Emperador y prestasen para ello su auxilio á los gobernadores respectivos. Por de pronto los guardias no hicieron más que custodiar los lugares donde moraban los religiosos; pero á la mañana siguiente (9 de Diciembre) se presentó en el convento de la Porciúncula de Meako el teniente gobernador, y hallando allí á nuestro Pedro Bautista con Fr. Francisco Blanco, Fr. Gonzalo García, Fr. Francisco de S. Miguel y el pasajero del galeon Fr. Felipe de Jesus, se apoderó de los cuatro primeros, no sin lucha, con una multitud de japoneses cristianos, que despues de manifestarle de la manera más enérgica el inicuo proceder que con los inocentes religiosos guardaban, les hacian conocer que ellos eran tambien cristianos, y afiliados por consiguiente á la bandera gloriosa, bajo la cual iban aquellos á conseguir una cierta victoria, por cuyo motivo los japoneses tambien deseaban morir con ellos para participar de su premio. Lo único que les permitieron fué el que los acompañáran los intérpretes, por si durante su suplicio ó durante el tiempo que el Emperador quisiera tenerlos como á prueba bajo sus órdenes, pudieran entenderse, ya entre sí, ya con las autoridades y demás naturales, cuyo idioma ellos no conocian aún. Esta prision de los Santos se verificó, como llevamos dicho, el dia 9 de Diciembre, y desde este dia al 29 del mismo mes ocurrieron importantísimos sucesos que merecen referirse, siquiera se haya de prescindir por un momento de la brevedad tan apetecida en artículos biográficos. Al mismo tiempo que el P. Comisario fué preso en Meako, lo fué en Oaxaka Fr. Martin de la Ascension, al cual refirió el P. Pedro cuanto les ocurria, no con un espíritu de sentimiento ó de disgusto por lo que les sucedia, sino solamente para fomentar la piedad y devocion de los que como él y sus compañeros habian de sufrir la feliz suerte del martirio,

pues que participaban para los idólatras del mismo delito de conocer y adorar al verdadero Dios. Manifiesta el Padre á su hermano carísimo que por Cosme habia tenido noticia de que acaso al siguiente dia (9 de Diciembre) se ejecutaria la sentencia de muerte, y que no habia podido saberse á punto fijo cuántos ni cuáles eran los sentenciados, por lo que el Padre dijo la santa Misa al amanecer, dando la santísima Eucaristía á todos los religiosos y á más de cincuenta cristianos que habian confesado aquella noche los sacerdotes de aquella santa casa. El hermano Fr. Gonzalo, hombre de tanta ciencia y erudicion como piedad, les dirigió una bien sentida y mejor dicha exhortacion, á la cual contestaron todos con profundos suspiros y ayes por sus pasadas culpas y con deseos ardorosos de evitarlas en lo sucesivo, y cuando con mayor fervor estaban unos y otros dirigiendo al Señor sus plegarias, penetró la turba de ministros de justicia, que se llevó primeramente á los predicadores japoneses Leon, Pablo, Ventura, Tomé y Gabriel. Esto, que fué de gran consuelo para los llevados á morir, sirvió de mucho desconsuelo á los que quedaban, pues les parecia significar que el Señor no queria concederles á ellos tan venturosa suerte. No era del todo favorable su situacion, pues si bien es verdad que no fueron llevados desde el primer momento á la cárcel pública, permanecieron como presos en su convento, segun el mismo P. Comisario lo testifica en la carta en que, como llevamos dicho, da todas estas noticias á su hermano y despues compañero de sufrimiento. Para almas que como Pedro Bautista deseaban con ánsia el dar su vida por Jesucristo fué ciertamente muy sensible el que no se presentase la ocasion prontamente; sin embargo, la voluntad del Señor era acrisolarle con todo género de pruebas, así que hubo de sufrir su encarcelamiento en su propia casa, que duró más de veinte dias, y en la cual puede decirse con verdad que padeció más por sus hermanos, no solo los religiosos sino los seculares, los cuales especialmente los enfermos le causaban mucha lástima, porque aislados por los guardas del resto de la poblacion, no podian procurarles limosnas ni otros recursos, á pesar de que los fieles que concurrian á la celebracion del santo sacrificio les llevaban cuanto podian de limosna; pero este recurso se agotó tambien, pues conocido esto por los guardias no les permitian ya pasar de un patio que habia delante de la iglesia, donde tenian que sufrir la intemperie con sus rigores consiguientes á la rígida temperatura del invierno. Era el 30 del dicho Diciembre, y acababa la comunidad de celebrar solemnemente el oficio de vísperas, cuando una porcion de soldados, precedidos de un juez, entraron en la misma iglesia é intimaron á S. Pedro y sus compañeros la órden de marchar á la cárcel pública. Indecible fué el júbilo que embargó á los siervos de Dios con esta sentencia, así que el Comisario, tomando en sus manos un crucifijo que habia en el coro, entonó un himno de

accion de gracias y la antifona de la Virgen *O gloriosa Domina*, y todos contestándole con entusiasmo adoraron al Señor por la última vez en su santo templo, para pasar despues á la patria donde le rinden homenaje sin cesar ni un momento. Era cordialísima la alegría con que los Santos mártires iban al suplicio, así como era desgarrador para el corazon más duro que imaginarse pueda, el cuadro que ofrecian los muchos acogidos en los hospitales contiguos á la iglesia y convento de los Santos. Sabido apénas por los enfermos que se iba á cometer en las personas de sus protectores tan bárbaro como indebido atentado, quisieron todos despedirlos en su marcha, puede decirse triunfal, y se acercaron á las puertas y lugares por donde podian verlos pasar, bendiciéndoles, sintiendo su ausencia y encomendándose á sus oraciones, obstruyendo el paso á sus verdugos por ver si así podian evitarles el suplicio; pero consiguiendo solo el aumentársele, aunque sin ellos procurarlo, pues los atroces ministros de justicia tiraban de las cuerdas con que los religiosos iban atados, para separarlos así de los que les miraban con más afecto que el más tierno padre á sus más fieles y queridos hijos. Fueron, pues, conducidos á la cárcel por un camino que regaban lágrimas de alegría que salian de los ojos de los mártires, con lágrimas del más profundo sentimiento de parte de los cristianos japoneses, que veian toda la infamia de este execrable atentado, así como la inocencia de los Santos. El dia 1.º de Enero de 1597 llegaron á la cárcel con nuestro Comisario y sus compañeros los tres hijos del gran Loyola, que habian tambien de morir por la fe, y los otros, sus compañeros de hábito, con lo cual se reunieron ya los veinticuatro que habian de sufrir juntos la muerte por la fe del Crucificado, á los dos dias de reunidos ya todos los héroes del cristianismo que habian de cimentar en aquella region la fe del Crucificado de una manera que sus frutos fueron tan ópimos como obtenidos con la sangre de los que unian la suya á la del inocente por esencia. El viernes 3 del mismo mes de Enero fueron todos los mártires sacados de la cárcel, y en presencia de mucha gente y con toda la solemnidad que fué posible, cortaron á cada uno de los confesores de la fe un pedazo de la oreja izquierda, perdonándoles el gobernador el tormento de quitarles tambien á cuchillo la punta de la nariz, como prevenia la sentencia. Durante la ejecucion de este tormento pronunció el Padre Gonzalo García un elocuente discurso, que conmovió á cuantos le oyeron, produciendo en todos, como no podia ménos, una admiracion al invicto sufrimiento de los esclarecidos siervos del Señor, que parecian no sufrir dolor alguno, áun cuando eran sus carnes cortadas sin reparo ni consideracion alguna. Muchos rasgos de heroismo en el padecer podrian citarse de parte de todos los hijos de Francisco y de Ignacio; pero como no dicen una relacion directa con la exposicion de los hechos ilustres de Pedro Bautista, y

como además sería prolijo el enumerarlos, lo omitimos en gracia de la brevedad. Hemos dicho que el gobernador habia perdonado la parte de sentencia que prescribia cortar las narices á los mártires, pero no pudo disimularles el paseo á la vergüenza por las calles de los principales puntos del imperio, siendo el escogido para comenzar este martirio en el mismo Meako por donde los pasearon en medio de la más ansiosa avidez de los enemigos de la fe, y del sentimiento más vivo de los buenos cristianos, yendo los Santos mártires en ocho carretas, tirada cada una de un solo buey, para que así hasta la manera fuese afrentosa, que era precisamente lo que se buscaba. Despues que les hicieron recorrer con toda ignominia las calles de la ciudad, los llevaron nuevamente á la cárcel, de donde fueron sacados al otro dia para emprender ya el último viaje, que habia de asegurarles la bienaventuranza. Al amanecer próximamente fueron todos conducidos á Oaxaka, unos á caballo y otros á pie, entrando en la ciudad á media tarde entre la admiracion de todos, siendo tambien distintos los sentimientos que excitaban los mártires, segun eran distintos los modos de pensar de los espectadores. El emperador Taicozama habia dictado la sentencia de que en atencion á que los Santos habian predicado la fe de Cristo fuesen crucificados inmediatamente, y que esta sentencia se verificára en Nangasaki, para lo cual desde Oaxaka fuesen conducidos allí sin demora y con cuanta molestia quisieran sus responsables, que lo eran algunos de los jefes del gran escuadron de tropa que acompañaba, así como se expresaba en la sentencia que era tambien la voluntad del monarca sufriesen igual suerte los que se adhiriesen á su causa, áun cuando fuesen japoneses. Es consiguiente un gran padecimiento á una caminata tan larga como la que los Santos hacian, y emprendida con molestia ya por la precipitacion con que les llevaban, ya por ir ellos atados y no así como quiera sino muy fuertemente. Sin cosa que de notar sea llegaron á Nangoya, donde estaba esperándolos el hermano del gobernador, el cual á pesar de ser gentil tenia mucho respeto á los religiosos, y tuvo una larga conferencia con el P. Comisario, en la cual se prendó más y más de aquellos venerables siervos de Dios, pues era verdaderamente admirable el que á pesar de sus tan continuos sufrimientos, nunca se mostrasen ni enojados contra quienes se los proporcionaban, ni sentidos porque los tenian que sufrir, ántes por el contrario muy satisfechos de que por el camino real de la cruz, iban á llegar á la patria de la eterna bienaventuranza. Ofreciólés á los Santos el hermano del gobernador cuanto hubiesen menester de ropas ó de alimentos, á lo cual ellos renunciaron generosamente, manifestando no apetecer más que la posesion de Dios en su patria. Como el camino era tan penoso y largo, fué preciso que algunos de ellos, ya muy heridos en sus delicados pies, tomasen el alivio de ser metidos en una especie de cestos, que

llevaban entre tres ó cuatro soldados, y alguna vez los hacian arrastrar por caballerías ó bueyes. Es de advertir que el P. Comisario era de los que más delicados llevaban los pies y piernas, pues al rigor de sus mortificaciones tenia el cutis extraordinariamente fino, por lo que le era muy sensible este tormento de caminar tan incómodo; sin embargo, no quiso aceptar ni caballería ni cesto, ni siquiera el que le sostuviesen los jóvenes y valerosos Pedro Faleñame y Pedro Saquexiro, que se habian agregado á ellos para prestar algun auxilio á los que lo hubiesen menester, y recibieron por premio el ser tambien crucificados como los Santos. No sirvieron estos, como era consiguiente, más que de muy ligero alivio á los Santos mártires, pues aunque no les faltaba buen deseo, y acaso hubiesen podido entre los fieles encontrar medio de aliviarlos, esto no era posible atendida la exquisita vigilancia con que los verdugos los privaban de todo socorro, permitiendo solamente aquello que veian ser ignominia ó afrenta para las gloriosos confesores de la verdadera fe. A las primeras horas de la tarde del dia 4 llegaron á Sononki y fueron conducidos á la cárcel, no sin que ántes les hubieran hecho pasear las calles y plazas más concurridas, los sitios más principales, para que se cumpliera la inicua sentencia de exponerlos á la pública espectacion. Por una condescendencia de los encargados de su custodia, se permitió que entrasen á la cárcel los PP. Jesuitas y los cristianos que pudieron, entre los cuales hubo muchísimos portugueses. Explicar al por menor los incidentes llenos de efusion del espíritu y rebosantes de amor de Dios, que tuvieron lugar en aquel sitio destinado de por sí á la morada de los más foragidos criminales y hecho en aquel dia la antesala, por decirlo así, del cielo, sería empresa superior á las fuerzas con que contamos y habria de ocupar mucho espacio, áun suponiendo que no pareciera á los fieles exagerado el relato de lo que allí sucedia; así que apartando de aquel lugar nuestra vista por un momento, la fijaremos en Nangasaki y veremos á los principales españoles y portugueses residentes en aquella ciudad ir en pos de su gobernador para obtener de él por gracia muy especial el que estos invictos héroes del Cristianismo no fuesen ejecutados en el lugar donde lo eran los criminales, sino en otro distinto, y hallaremos por fin satisfechos estos piadosos deseos, que eran lo único que podian servir de alivio á los Santos, y calmar algun tanto el deseo que de hacer algo en su obsequio tenian los que, conociendo sus virtudes y sus méritos, comprendian que muriendo por Cristo iban sin más que un paso á la gloria de la eternidad. Efectivamente, en un cerro lindante por el camino de Nangoya y que dista de Nangasaki quinientas varas y como doscientas del mar, fueron colocadas las cruces ó mejor dicho preparados los agujeros en que estas habian de fijarse cuando de ellas pendieran los siervos del Señor. Paréceme muy á propósito de este

lugar indicar la manera de crucificar que tenian los japoneses, que era bastante distinta de la de los judios, así como decir, por si ha pasado esto desapercibido, que la crucifixion era entre ellos todavía el tormento acostumbrado. La forma de las cruces era esta: un madero vertical como de doble tamaño del cuerpo, y en su parte superior otro horizontal que dejaba sin embargo un poco de cabeza á la cruz, debajo de ésta y á una distancia proporcionada, un madero que servia de asiento al crucificado, y más por bajo otro palo tambien horizontal, pero de menores dimensiones que el primero. Las cruces para la ejecucion estaban tendidas en el suelo, y el sentenciado era colocado en ellas y sujeto mediante argollas de hierro que le fijaban en los pies (por las gargantas), manos y cuello, concurriendo para esta operacion dos sayones de corpulencia y fuerzas, los cuales enarbolaban la cruz luego que el sentenciado estaba en ella, y lo dejaban un rato expuesto al público, despues de lo cual, el verdugo con dos lanzas distintas heria el pecho del sentenciado, quedando las puntas sobre sus hombros y ellas cruzadas á manera de aspa, en cuya violenta y terrible operacion morian. Volvamos á nuestros mártires y especialmente al P. Comisario, al cual hallaremos con unas disposiciones análogas á las que tuvo nuestro adorable Redentor en los momentos de su meritoria pasion. El Padre estaba animadísimo y deseoso de comunicar á todos su valor y su anhelo de sufrir por Dios, pero su carne estaba flaca del desfallecimiento consiguiente á la expedicion tan penosa, á la falta de sangre que habian derramado las heridas de sus pies; y la conmocion consiguiente al espectáculo de haber de ver morir á sus compañeros, si bien era cierto que daban su vida por su Dios, embargó su espíritu de suerte que no tenia fuerzas para dirigirlas á los mártires ni á los fieles que presenciaban el espectáculo; por lo cual encomendó este importante cargo al Padre Fr. Martin de la Ascension, que hasta entónces y despues habia demostrado un brio y una fortaleza admirables. Llegó, pues, el momento en que se les intimó la órden de salir para el calvario, y en este se verificaba un espectáculo admirable. Una multitud inmensa rodeaba el lugar de la ejecucion, un cordon espesísimo de soldados impedia que las gentes se acercasen á las cruces, y esta disposicion fué ciertamente la que aseguró á los mártires su triunto, porque si no los fieles hubiesen arrancado las argollas, hubiesen roto los cordones de cuero que habian de servirles de ataduras, y hubiesen hecho imposible la ejecucion de la sentencia, porque no habrian seguramente dejado preparar lo preciso para ella. No es fácil de describir la ansiedad, el deseo vehemente que el pueblo tenia por ver á los mártires pasar á mejor vida, así como la grande pena que les causaba el considerar que habian de ser ignominiosamente sacrificados aquellos inocentes; y vacilante el pueblo bajo estas dos distintas ideas, mirando con avidez al camino de Nan-

goya, se hallaron con que ya venian los sentenciados, cuyo suceso se indicó con un grito unánime de santa envidia por la feliz muerte que les aguardaba, y de justo encono por la obcecacion que les condenaba con tal injusticia. Los mártires se llenaron de la más viva complacencia á la vista del calvario, y conforme iban acercándose, crecian sus ánsias de que concluyera pronto el preparativo necesario para la ejecucion de la sentencia, y ésta les proporcionase la gloria que no podrian perder. Los sayones preparaban las cruces y colocaban en ellas á los mártires; el pueblo inmenso miraba con avidez, pero guardaba un sepulcral silencio que dejaba oir perfectamente la autorizada voz de S. Martin de la Ascencion, que al tiempo que exhortaba á los mártires sus compañeros, á sufrir cuanto les faltaba con constante paciencia, hacia ver á los espectadores que tras la muerte está el juicio, y tras éste ó eterna dicha ó desventura eterna. Una súplica muy fervorosa en favor del mismo S. Martin, de los compañeros de su suplicio y de los fieles espectadores, de los infieles de la Iglesia y del mundo todo, salió de sus lábios, que enmudecieron poco despues, en tanto que los sayones echándole sobre la cruz á él destinada, le amarraban con toda fuerza y sin miramiento, aunque conmovidos de sus palabras. A una señal en que estaban convenidos los sayones, se alzaron á la vez las veintiseis cruces, de que pendian los confesores de la fe, y un grito universal se oyó en aquella region, cuyo eco penetró hasta el cielo; atravesó el mar, admiró á la tierra y dijo: *Gloria á Dios, proteccion á los hombres y ventura para los que mueren en el nombre del Señor*. En efecto, era un espectáculo que conmovia el ver á veintiseis personas, entre las que habia tiernos niños y venerandos sacerdotes, atados á duros leños desde donde dirigian sus miradas al cielo, su patria, donde ya estaban sus espíritus. El santo Comisario, dirigiendo una mirada de consuelo á todos sus compañeros de suplicio, y comprendiendo que era llegado el momento de ir á estrecharse para siempre con su Dios, comenzó á recitar el cántico *Benedictus Dominus Deus Israel*....... al cual acompañaban y respondian los Santos mártires, hasta que espiraron á impulsos de la lanza, que con furia descargaban sus verdugos en el corazon de sus víctimas. El P. Pedro Bautista, aunque estaba embelesado en la contemplacion de la patria celestial á que Dios le llamaba, no cesaba de atender y bendecir á todos los que iban espirando, teniendo para esto que sufrir mucho, pues con la argolla que tenia en la mano le era muy dificil bendecirlos. Permitió el Señor que fuese el P. Comisario alanceado el último, ya porque tuviese un mayor mérito en presenciar la muerte de todos sus hermanos, ya tambien para que pudiera alentar á los demás, si acaso hubieran necesitado de su auxilio. Ocurrió pues este martirio tan célebre el dia 5 de Febrero de 1597. Apénas se verificó el fallecimiento de estos esclarecidos siervos de Dios, cuando la in-

mensa multitud que presenciaba el espectáculo se apresuró á adorar á los mártires como verdaderos siervos de Dios que acababan de recibir el premio de sus buenas obras. La situacion del calvario habia hecho que las cruces se pusiesen en ala desde casi la falda hasta la cima de la montaña, y en su parte más superior estuvo nuestro glorioso S. Pedro Bautista para autorizar, como superior que era de todos ellos, el triunfo que todos y él á su cabeza habian alcanzado. Desde el momento en que el P. Bautista habia sido colocado en la cruz, habia tomado con todo respeto y veneracion su capa un portugués cristiano, el cual cortó tambien la mano derecha del santo mártir, luego que la noche le permitió satisfacer su piadoso deseo, y ambas reliquias las entregó al convento de S. Francisco de Manila, donde se conservaron con la veneracion que merecian. Como los cristianos en el momento mismo de verificarse la muerte de Pedro Bautista, que fué el último en fallecer, se habian apoderado del lugar, y unos besaban las cruces en que habian muerto, otros arrancaban los pedazos de sus vestiduras, y áun sus inocentes carnes, y se los llevaban como reliquias; fué, por tanto, preciso que á viva fuerza se despejára el calvario, y se pusiera una grande, alta y fuerte muralla, en la cual se dejaron centinelas para que impidieran que los cristianos se llegáran á recoger y adorar las reliquias de estos hijos predilectos de Dios; sin embargo, los fieles sabian burlar la vigilancia de los guardas, y no obstante el que nunca abandonaban aquel lugar, cuando llegaron los embajadores de España á reclamar las preciosas reliquias de los restos de estos esclarecidos atletas de la fe, no encontraron ya ninguno, ni áun sus cruces, pues unas y otras cosas habian sido ya robadas, digámoslo así, por los fieles, que con ánsia se arrebataban estas preciosas prendas y las distribuian con el mayor afecto por todo el orbe católico. Como todo habia sido prodigioso en la vida y muerte de los hombres que el Señor habia puesto para consuelo de sus hermanos, fué tambien prodigioso el que las aves carnívoras, que tanto abundan por el pais, no pareciesen siquiera por el calvario de Nangasaki, ántes por el contrario muy vistosos pajarillos, cuyo cántico embelesaba, habian anidado en las cruces para cantar á su vez la misericordia de Dios en sus siervos, alejándose cuando se quitaron, pero volviendo de nuevo cuando los cristianos plantaron muchos y variados arbustos en los mismos agujeros en que estuvieron fijadas las cruces. Como Pedro Bautista habia sido tan previsor y tan caritativo, habia inclinado á los fieles á que, si llegaba el momento de la muerte de los que más apegados estaban á la causa del cristianismo, protegieran en cuanto estuviese de su parte á los huérfanos ó viudas de los que selláran con su sangre la fe de Jesucristo; y así se verificó con efecto, pues habiendo comprado los portugueses una casa en Meako, reunieron allí las viudas y huérfanos, en número bastante crecido, y los auxiliaron con cuan-

tos medios y recursos les eran necesarios, siendo esta obra caritativa muy agradable á Dios, ya por lo que era en sí misma, ya tambien por referirse á los interesados de personas que le eran tan agradables. Cuidaban con especial esmero los cristianos del Japon de conservar esta casita, porque en ella se congregaban para hacer sus oraciones, y en ella se celebraba el santo sacrificio de la Misa, porque el martirio del calvario de Nangasaki, si bien fué fértil en triunfos para la Iglesia católica en aquellos estados y confirmó en la fe de Cristo á muchos que hasta este suceso habian estado vacilantes, y á otros que por su desgracia se habian apartado del sendero por donde se camina al bien, y habian emprendido el que conduce directamente al mal; es tambien indubitable que ese deseo de conservacion para vencer al cual es necesaria una gracia toda especial de Dios, les hacia retraerse un poquito y no confesar sino preguntados, ni practicar más que al creerlo necesario, pues que el no practicar en tal caso es pecado, y pecado gravisimo, y esto denota cierta vergüenza de confesar la fe, ó cierta timidez de que esta misma confesion fuese motivo de que le aplicasen tormentos; todo esto reunido hacia que frecuentasen más y más aquella pequeña ermita, donde tantos recuerdos tenian para excitarse al bien, donde vivia siempre imperecedera la memoria del santo Comisario que dispuso su formacion y de los demás hermanos, que participando de sus sufrimentos, habian tambien participado de su corona. El resto de los fieles, no solo del Japon sino de todo el orbe católico, supieron prontamente este suceso, glorioso por sus efectos, sensible por los medios con que se obtuvo, y repitiendo los heróicos ejemplos de sufrimiento que los mártires ofrecieron á la espectacion de todos, y haciéndose eco del relato de sus virtudes, que de allá viniera con pasmosa velocidad y con muy menudos detalles; además de esto las vivísimas gestiones que para el esclarecimiento de este hecho se hacian por parte del siempre católico rey de España, dieron por resultado que se instruyó inmediatamente el expediente de la beatificacion de estos siervos de Dios, siendo infinitos los testigos que depusieron, y tan explícitas, tan terminantes todas sus declaraciones, que no quedaba duda, ni del heroismo de su virtud, ni de lo invicto de su paciencia en sufrir los horribles tormentos con que el Señor quiso se acrisolára su caridad para con Dios. Pasaron solo veinte años, durante los cuales el Señor hizo muchos prodigios por la buena memoria de sus siervos, y claro es que estos prodigios, consignados canónicamente, aceleraron el apetecido término de una solemne declaracion acerca de ellos, que dictó el Soberano Pontífice en los dias 14 y 15 de Setiembre del año 1627, siendo muy de notar que Urbano VIII, que era entónces quien ocupaba la cátedra de S. Pedro, y que en órden á la testificacion de milagros y á la declaracion del heroismo de la virtud era muy parco y mirado, hiciese esta

solemne declaracion el dia mencionado, colocando á los veintiseis dichosos cristianos en el precioso libro de los beatos. De Roma partió el testimonio irrecusable y ciertísimo á todos los ángulos del globo, y todos vieron con satisfaccion el legítimo triunfo de aquellos siervos de Cristo, acreditando esta su satisfaccion con solemnísimas fiestas, que en toda la cristiandad se hicieron con tal motivo, esmerándose, como era consiguiente, la católica España, ya por haber sido hijos de ella los más principales mártires, ya por haberse debido á sus eficaces y muy activas mociones el que se declarára tan pronto la feliz suerte que habia cabido á los invictos confesores de la fe de Cristo. Consiguientemente á esta declaracion de beatos se les asignó festividad y oficio, recibiendo ambas cosas con extraordinario júbilo, no solo la Compañía de Jesus y la religion Seráfica, á que habian pertenecido los Santos, sino todo el orbe católico, que veia con complacencia cómo Dios dispone las cosas de suerte que aquello que parece más ignominioso, siendo para su gloria, resulta esta extraordinariamente gloriosa. El afecto de los hermanos de los mártires y la piedad de los fieles estaban muy complacidos porque ellos fueran beatos, pero no satisfechos, pues creian que el heroismo de sus virtudes, lo grande de sus sufrimientos y lo invicto de su paciencia merecian todavía mayor exaltacion, el que fuesen considerados como santos y declarados como tales por el único que puede decir algo, y algo que sea infalible, siempre mediando superior ilustracion, acerca de la suerte de los justos. Nuevos y repetidos prodigios se verificaban á la invocacion de los Santos mártires, y todos tenian una conviccion moral de que ellos eran santos, y que á Dios placeria mucho el que su Iglesia, santa tambien, los considerára y rindiese homenaje como á tales. Repetidas instancias por parte de los PP. de la Compañía y de los religiosos de S. Francisco, continuas memorias y relaciones de sucesos portentosos, acreditados y obtenidos por su mediacion poderosa, expresion de los más vivos deseos de este nuevo triunfo para los Santos llegaban cada dia á los pies del trono del sucesor de S. Pedro, y el sucesor del Príncipe de los Apóstoles no podia ser insensible á esta manifestacion de los fieles, que parecia expresar, como en efecto expresaba, la voluntad de Dios, que al permitir el martirio de Pedro Bautista y sus compañeros quiso que este fuese el medio de su más sublime elevacion. Los sumos pontífices Pio VIII y Gregorio XVI habrian querido hacer la solemne declaracion que la piedad de los fieles exigia con tanto anhelo y que merecian los sucesos tan frecuentes como prodigiosos que acerca de los beatos se comprobaban; pero las circunstancias ó más bien Dios, que quiere hacerse admirable en sus obras, quiso que se retardára este acontecimiento, para que fuera más solemne, más magnífico, y sobre todo más consolador por haberse verificado cuando segun el humano dictámen

parecia la época ménos á propósito para que la Iglesia obtuviese triunfos y alcanzára lauros. En efecto, ocupando la silla de S. Pedro el inmortal Pio IX, aquel venerando varon que tuvo la dicha de llevar á cabo la declaracion dogmática de la Concepcion Inmaculada de María, sus paternales cuidados accedieron á las súplicas no interrumpidas durante el espacio de los dos siglos que mediaron desde la beatificacion á la canonizacion de los Santos. Dirigióse, como es costumbre, á todas las Iglesias católicas preguntando á sus pastores cuál era la opinion de cada uno acerca de las virtudes y méritos de estos Santos, y luego que hubo sabido que todos convenian unánimes en que merecian la gloria de la canonizacion, procedió á mandar se reunieran en la ciudad eterna para la Pentecostés del año de 1862, todos los prelados del orbe que quisieran tomar parte en esta excelsa solemnidad. De desear sería disponer de dotes para referir breve y convenientemente este acontecimiento, que hará época en los fastos de nuestro siglo; pero si nuestro cuadro parece pálido, si nuestra descripcion no dice cuanto puede decirse acerca de este notable suceso, suplirá con ventaja nuestra falta la bellísima y bien sentida descripcion de esta solemnidad con que el ilustrado director de esta obra el Sr. D. Basilio Sebastian Castellanos, termina la reseña biográfica del esclarecido héroe español S. Miguel de los Santos, compañero de triunfo de nuestros mártires. Describiremos, sin embargo, este importante suceso, sin más pretensiones que el que por él se comprenda cuán grande es nuestra religion que en el triunfo de sus héroes despliega tan gran magnificencia, demostrándose por tanto cuánta será la gloria de los que tan grandemente son honrados. Sabido es que formado el expediente de canonizacion por la Sagrada Congregacion de Ritos, se somete á la aprobacion del Papa, el cual ha de sancionar esta sentencia con su beneplácito; mas el Padre comun de los fieles, no satisfecho de sí mismo, desea y procura que el sagrado Colegio cardenalicio, y los prelados de la Iglesia católica, le ilustren con su opinion, para lo cual celebra tres consistorios, uno secreto, otro público, y otro semipúblico. Por todos estos trámites pasaron las causas de los mártires del Japon y de S. Miguel de los Santos. Para el primer consistorio no acudieron, como era consiguiente, más que los cardenales de la Santa Romana Iglesia, pero al segundo, que se celebró el 24 de Mayo, concurrieron más de doscientos prelados católicos, que por votos que leyeron cada uno, consignaron la aquiescencia de su opinion con la del Padre comun de los fieles, su deseo como el de éste de que cuanto ántes fuesen sublimados los que merecian tan señalado galardon. El venerando anciano que sostiene el timon de la barca de Pedro no pudo ménos de conmoverse al ver el unánime asentimiento de todos los prelados católicos, y en medio del júbilo más espontáneo y con la más pura satisfaccion, señaló

el dia 8 de Junio para hacer á la faz del universo la declaracion de la santidad de Pedro Bautista y sus compañeros, y de Miguel de los Santos. Inmenso pueblo de todas clases y naciones ocupó desde bien de mañana del dia 8 de Junio la gran basílica del Vaticano, adornada con la grave magnificencia que pudo inventar el ingenio de una comision presidida por un cardenal que se ocupó de todo esto; las tribunas que por todas partes se habian alzado, ya para que cupiese más gente, ya para que tuviesen un lugar distinguido los que por todos conceptos lo merecian, se veian inundadas de los que habian logrado la dicha de ocupar en ellas un sitio; todos esperaban con ansiosa impaciencia el momento dichoso en que el Padre comun de los fieles dijera solemnemente que Pedro Bautista, Miguel de los Santos y los otros veinticinco eran santos, y este momento se esperaba con esa ansiedad que se siente, pero que no se sabe pintar, y que cesó de todo punto cuando la procesion magnificentísima con que venia acompañado el Santo Padre se dejó ver en el templo. Describir una por una las corporaciones que la formaban, y detallar los prelados que acompañaban al Pontífice en tan solemne momento, sobre ser asunto difícil, sacaria á este artículo de sus límites; así que solo diremos que tras los estandartes de S. Miguel, acompañado por trinitarios, S. Pablo Miki y sus dos compañeros llevados por jesuitas, y el de S. Pedro Bautista y sus compañeros acompañado de religiosos franciscanos, y llevado por el único descendiente de una de las familias de los mártires que se hallaba en Roma, iba una multitud inmensa de religiosos de todas Ordenes, de eclesiásticos y dependientes del Palacio pontificio, de abogados de la Sacra Cámara, entre los cuales estaban los que habian informado sobre las virtudes y méritos de los que iban á ser laureados, presididos, digámoslo así, por los que llevaban la tiara y mitra ordinaria del Santo Padre, que habia de servirle para comenzar la solemnidad. Seguian despues con la cruz pontificia los principales ministros de la Curia romana, detrás de los cuales, precediendo los monseñores, iban los prelados, cerrando esta solemne comitiva el Padre comun de los fieles, que llevado en su silla gestatoria, bendecia al inmenso pueblo, que reverente le hincaba la rodilla y sostenia en su mano izquierda un pequeño cirio, que al salir pusiera en sus augustas manos el muy Rdo. y Excmo. Sr. Patriarca de las Indias, á quien expresamente encomendó esta ceremonia el Santo Padre como una justa deferencia á la primer autoridad eclesiástica de la patria de algunos de los invictos mártires, los más distinguidos por cierto, y del esclarecido confesor. Llegada la comitiva al crucero principal de la iglesia, el venerable prelado supremo descendió de su asiento é hincando en tierra su rodilla, y doblando su veneranda cabeza, invocó al Dios tres veces Santo, y á su Madre piadosa, rogando á la Vírgen ilustrase aún al vicario de Cristo para dar á los fieles

en nombre de Dios el indefectible testimonio de la verdadera santidad de sus siervos. Hecha esta solemne plegaria y pública oracion, llegaron todos al pie del altar donde el Soberano Pontífice oró de nuevo, y subiendo despues á su trono, y recibiendo el acatamiento de los cardenales y patriarcas, que besaron su mano, y de los primados arzobispos y obispos que hicieron lo mismo con la estola colocada en su rodilla, y de los demás prelados y ministros inferiores, que despues le besaron el pie, oyó de nuevo Su Santidad la súplica de los fieles dirigida á él por medio del abogado consistorial para esto designado, y luego que hubo manifestado por medio del cardenal su secretario, que sus deseos eran los de sus fieles hijos, se levantó é hincó su rodilla en tierra para pedir á Dios el auxilio de su superior ilustracion y á los Santos la eficaz mediacion con que podian socorrer á la Iglesia universal, allí representada por la multitud de legítimos pastores, presidida por el Papa, y todos se hicieron eco de sus súplicas, y las nuevas peticiones del abogado tuvieron nuevamente la misma contestacion; y por último, declarando el Cardenal secretario que á Su Santidad parecia convenlente que se inscribiese en el número de los santos á estos veintisiete siervos de Dios, todos enmudecieron, cesaron los cánticos de súplica y no se oian los de reconocimiento; los que habian considerado atentamente los más menudos detalles de las vidas de los hasta entónces beatos y despues santos callaban tambien, y el pueblo inmenso que llenaba las espaciosas naves de esta suntuosa iglesia, y el escogido concurso que ya de una manera oficial, ya de un modo oficioso presenciaban esta solemne ceremonia, todos callaron y parecia no haber un alma en tan inmenso recinto, para que la voz que se deseaba de uno á otro polo se oyese y no fuese sofocada por ningun otro sonido, bien que no haya sonido que pueda ni áun disminuir el de tan imponente como verdadera palabra. Pio IX, sentado en su cátedra que dominaba aquella inmensa muchedumbre, y en ella á toda la cristiandad, cubierto con su más preciosa tiara, rodeado de toda su grandeza y escuchado con profunda atencion por la multitud inmensa de creyentes y de ministros, con voz conmovida, pero fuerte, sonora y llena de la efusion de su espíritu, dijo para que el mundo lo supiese, que Miguel de los Santos, confesor, Pedro Bautista y sus veinticinco compañeros mártires eran santos en la Iglesia de Dios, y por consiguiente debido y grato al Señor todo homenaje que se les rindiera, justa y agradable al Eterno toda veneracion con que se les mirára, fundada y fecunda toda esperanza en ellos, y debido todo culto y todo cuanto en su obsequio se hiciera por los fieles de Cristo. Como las palabras del Pontífice eran verdad, y verdad eterna, y eran una confirmacion de los sentimientos de los católicos, no es posible describir la alegría de que todos se embargaron al oirlas, ni puede explicarse el efecto mágico, permí-

tasenos la expresion, despues de este momento tan solemne en que se hacia ver en todo su esplendor la autoridad pontificia, el ver á este venerando anciano que, acabando de declarar la verdad de la dicha de estos Santos, descubrió su encanecida cabeza para dar á Dios gracias por el singular beneficio que la Iglesia acababa de recibir de su poderosa mano. Invocó despues el patrocinio de estos mismos siervos de Dios, á quienes acababa de sublimar, por decirlo así, á toda la elevacion posible, y bendiciendo á su pueblo terminó esta solemnidad que demuestra muy claro el grande mérito de estos siervos de Dios. Si del templo salimos á los contornos y allí escuchamos la armonía de las músicas y el grato sonido de las campanas, si oimos el estampido del cañon, que se mezcla con las demás muestras del universal júbilo, hallaremos una confirmacion muy terminante y esplícita de que merece todo honor y toda veneracion el Cordero inmaculado, por cuyo servicio y amor dieron la vida los mártires, por cuya gloria trabajó tanto nuestro esclarecido Pedro Bautista. Inmediatamente se dirigió á todas las iglesias copia de la Bula de canonizacion de los Santos, cuyo completo triunfo deseaba con tanto anhelo, y fué esta declaracion recibida con indecible júbilo en todas partes, miéntras que el primer milagro, digámoslo así, debido á la poderosa mediacion de los Santos, se verificaba en la capital del orbe católico. Era esta una solemne protesta que hacia el episcopado de su adhesion al Pontífice; y no se crea que llamamos milagro al que así se expresáran los sucesores de los Apóstoles, no, esto no es un milagro, esto es lo que siempre ha sido, una confirmacion de que á los obispos compete conservar la inmunidad de la Iglesia: el milagro fué que esta protesta corriese sin que la impiedad le pusiese obstáculo, y que la barca de Pedro, en torno de la cual por entónces se agitaban furiosos vendavales, cuyo efecto no querriamos recordar, haya permanecido quieta y sosegada, y pueda acaso alejar ó disipar la tormenta, que no la destruirá, pero podrá hacerla sufrir. Un poco parece nos hemos separado en esta relacion del elogio, ó más bien del relato de la vida de S. Pedro Bautista; pero creemos merecer disculpa en gracia de que parecia muy natural decir algo del triunfo, ya que hemos dicho lo suficiente de los méritos que condujeron á este triunfo. Consignaremos, para concluir, que el Santo Padre concedió indulgencias y privilegios espirituales para todos los fieles en la celebracion de las fiestas de estos Santos, y designó para su solemne conmemoracion el mismo dia 5 de Febrero en que venia celebrándose casi desde la más remota época de su gloriosa veneracion. Acaso el oficio y misa propios que hoy tiene solamente la Orden Seráfica y la Compañía de Jesus, se extienda á la Iglesia universal, pues para esto se hizo alguna gestion por parte de los obispos españoles, si no estamos equivocados; de todas suertes, lo indudable es que con este motivo se ha

avivado más y más la fe en S. Pedro Bautista y sus compañeros mártires, y se ha excitado más la admiracion á sus heróicas virtudes, que nos convencen de que el que sigue con cuidado las huellas trazadas por Jesucristo, llega sin duda y sin tropiezo á un término tan feliz como el que con justicia, aunque por la gracia del Señor, obtuvo el glorioso S. Pedro Bautista, religioso franciscano. — G. R.

PEDRO BECHIN, autor de una Crónica de Tours, impresa en la *Coleccion de los historiadores de Francia*, por Duchesne, que concluye en 1137, y la que se atribuye tambien á un autor anónimo, canónigo de S. Martin de Tours, porque efectivamente en ella se habla mucho de esta iglesia, añadiendo que el anónimo se habia aprovechado para componer la suya de una *Crónica* de Pedro, hijo de Bechin, que comenzaba «en el emperador Heraclio, y concluia en Luis *el Gordo*.» Mas este Pedro, hijo de Bechin, es realmente el autor de la Crónica atribuida al canónigo de S. Martin, y dice con mucha claridad en estas palabras, que se han interpretado mal: *Ab Heraclio usque ad hoc tempus additum est, à Petro Bechini filio.* Este texto prueba hasta la evidencia que la continuacion de este escrito desde el emperador Heraclio es obra de Pedro Bechin. El manuscrito comienza por las Crónicas de Eusebio y de S. Isidoro de Sevilla; y como esta última concluye en el emperador Heraclio, Pedro Bechin ha manifestado al fin de su Crónica que habia continuado la de Isidoro hasta su época, es decir, hasta la muerte de Luis *el Gordo*, que es el tiempo poco más ó ménos en que escribia. Juan, monje de Marmontier, que compuso hasta 1160 los hechos de los condes de Anjou, nombra entre los autores de que se sirvió las Crónicas de Godofredo Bechin. Este Godofredo era sin duda padre de Pedro, y ambos se dedicaban á componer crónicas, y tal vez el hijo refundió en la suya la de su padre. En su libro se hallan pruebas bastantes para suponerle canónigo de Tours, por lo que nadie le ha disputado este título. En el catálogo impreso en la *Biblioteca Imperial* se dice que su crónica concluye en la muerte de Ricardo, rey de Inglaterra, año de 1199, lo que es un error. Ciertamente al fin de su crónica se hallan tres ó cuatro notas, la última de las cuales anuncia la muerte de Ricardo; pero estas notas no existen en el manuscrito de la *Biblioteca Imperial de Francia*, que contiene la misma obra; son de consiguiente adiciones hechas por una mano posterior á esta Crónica, que concluye en 1137, época en que el autor ha colocado su nombre. Lo que ha ocasionado la confusion que existe sobre este escrito, es la manera de que le ha impreso Duchesne. No ha hecho más que extractar todo lo relativo á la historia de Francia, sin dar noticia alguna de la obra y sin indicar con puntos de omision los lugares que suprimia. Los continuadores del P. Bouquet y el mismo Bouquet se han engañado por esto, y han reimpreso el texto de Du-

chesne, sin rezelarse que estaba incompleto. El autor ha aumentado al fin de cada capítulo la cronología de los Papas, cuyos principales hechos refiere. Duchesne ha impreso enteramente esta parte, que no es siempre extraña á la historia de Francia. El P. Bouquet y sus continuadores, que han reimpreso esta Crónica por fragmentos, han tenido cuidado de rectificar la cronología del autor y de añadir á los sucesos las fechas que con frecuencia no estan indicadas.—S. B.

PEDRO Beltran. Fué este distinguido varon natural de Módena, donde dando muestras de gran capacidad lo dedicaron sus padres al estudio de la filosofía, y despues por su propia y espontánea eleccion al de la sagrada teología, en el cual se distinguió en gran manera, sosteniendo desde la época misma en que estudiaba conclusiones y actos mayores con gran aplauso, y dando por consiguiente honor á la escuela donde aprendió, que fué la de los Dominicos de su país natal. No solo cogió aficion á la doctrina y enseñanza de aquella veneranda casa, sino que se hizo muy afecto al Instituto, por lo que despues de dar muestras de una decidida vocacion, mediante su exactísima observancia de todas las prescripciones de la Orden hasta las más menudas, fuera del convento, lo cual le puso en situacion de que al pedir y obtener con universal aplauso el santo hábito, ninguna cosa hubiera á la que mostrase extrañeza, ninguna práctica á la cual no estuviera muy dispuesto por estar ya muy acostumbrado. Mas no se crea que esta costumbre, de que estaban muy bien persuadidos los gravísimos religiosos de aquella santa casa, sirvió para que se le perdonára lo más mínimo en el tiempo de sus pruebas y noviciado; nada de eso, cual si lo hubiesen completamente ignorado hasta entónces, y como si no hubieran tenido acerca de él el más remoto antecedente, le trataron hasta que sus méritos, virtudes y relevantes prendas, hicieron, digámoslo así, desplegar el aprecio que se merecian, y considerarle como á un verdadero siervo de Dios, pues como tal se acreditó por su puntual observancia, por su constante oracion y por su docilísima sumision á todas las exigencias de sus superiores, aunque algunas de ellas no pareciesen muy conformes á lo que era debido á persona de su clase. No pudo permanecer oscurecida su buena capacidad, y así luego que en el púlpito se acreditó como orador distinguido, vino á la memoria de los Padres de aquella santa casa los lauros que habia conseguido como aventajado estudiante, cuando hizo sus ejercicios para concluir su carrera con tan brillante lucidez, que admiró á cuantos tuvieron la singular suerte de oir sus actos, que á pesar de ser públicos y verificarse en lugar muy espacioso, no pudieron ser presenciados por todos los que lo hubieran deseado; recordado todo lo cual, dió por resultado el que la Orden halló por conveniente poner á su cargo la enseñanza de la sagrada teología, y no hubo de arre-

pentirse de haber tomado esta resolucion, pues además del crédito que á la misma mereció por las justas alabanzas que al profesor y á su instituto prodigaron los innumerables discípulos que sacó, le valieron á él muy señaladas distinciones, que fueron por consiguiente honor y gloria de la Orden, ya porque en ella habia él contraido los méritos, que con estas distinciones mismas se premiaban, ya tambien porque en la misma casa donde brillaba como maestro se habia distinguido como discípulo, y todo por consiguiente refluia en engrandecimiento de esta casa de la ínclita órden de Predicadores. Su fama, pues, extendiéndose por todas partes llegó hasta Roma, donde el Vicario de Jesucristo creyó oportuno aprovechar sus talentos y utilizar sus servicios, confiando á su paternal solicitud, y en lo muy elevado de su capacidad, la importante diócesis de Fano de Umbría, en cuyo desempeño desplegó el mismo celo que habia tenido en su Orden, ya cuando era estudiante, ya tambien cuando como maestro y superior se puso ante todos para que su ejemplo llevára á la imitacion de lo que considerado admiraba en gran manera á cuantos se fijaban en lo constantemente repetido de sus extraordinarios méritos y virtudes, y en el esmerado afan con que procuró siempre ser un verdadero religioso, al par que un sacerdote y predicador ejemplar. Como prelado fué modelo, y se distinguió de tal manera en el desempeño de su cargo, que cuando el sacrosanto y general concilio de Trento hubo de reunirse para ventilar los muy importantes asuntos sobre los cuales se requeria el fallo de la Iglesia universal, se fijaron desde luego las miras de los prelados de su provincia en el obispo de Fano, y se le hizo concurrir á esta reunion eclesiástica y tomar en ella una parte activa, siendo de los prelados que dispusieron lo material de la celebracion del concilio, asunto que si no requeria una extraordinaria capacidad, requeria por lo ménos un dilatado tino, pues una inadvertencia ó una distraccion, ya en órden á la prioridad y distincion de los lugares, etc., ya en la reparticion de comisiones y de asuntos, podia no digamos comprometer el éxito del concilio, pues este como procedente de Dios, á Dios solo mira como móvil de todo suceso; pero sí el que en la celebracion de tan interesante reunion hubiese algunas diferencias que podrian haber interesado á la Iglesia, ó haberla causado perjuicios, y que estuvieron muy presentes en la imaginacion de los que, bajo la direccion del esclarecido Pedro, obispo de Fano, lo dispusieron todo de suerte que nada hubo que disgustase á la inmensa multitud de prelados que allí se congregaron. ¿Y podrá inferirse de esta relacion que llevamos hecha de los servicios que el Obispo prestó en el concilio, que no valia más que para este mecanismo, y que su capacidad no alcanzaba á abordar las cuestiones que en esta ilustrada asamblea iban á ventilarse? Todo ménos que eso, y para evidenciarlo no hay sino examinar las subdivisio-

nes que se hicieron de los prelados, y las discusiones que se tuvieron, ya en el seno de estas mismas comisiones, ya en la asamblea toda reunida, y hallaremos que tan hábil como fué para disponer lo necesario en esa parte mecánica y material, lo fué ya para presentar el giro que debian llevar las cuestiones, ya para resolverlas con acierto, ya para refutar con energía y pulverizar los sofismas con que los sectarios del error trataban de encubrir sus equivocadas interpretaciones del Evangelio, viniendo á ser este distinguido Obispo terror de los enemigos de la fe, y una ayuda eficacísima para los demás prelados, que en cuanto confiaban á su cuidado podian estar completamente descuidados, y lo que es más, seguros de que el éxito favorable del asunto coronaria los desvelos é intentos de este respetable religioso, que sin presuncion ni aliciente alguno hacia cuanto podia por la Iglesia. Por todas estas razones, y por el cúmulo de circunstancias favorables que en él se reunian, el santo padre Paulo III le envió como nuncio cerca del emperador Cárlos V, en lo cual se demuestra á un tiempo el gran aprecio que al Soberano Pontífice merecia este distinguido prelado, y la capacidad de que estaba dotado, pues en la suma importancia que entónces tenia el Emperador, y en la grande influencia que ejercia no solo en sus reinos, sino en toda Europa, era necesario que el representante de la Santa Sede cerca de tan poderoso monarca fuese un sugeto de toda valía, ya para darle acertados consejos, cuando los exigiera, ya tambien para poder sostener, caso necesario, las prerogativas y singular valía del principado espiritual y áun temporal de la Iglesia, no porque por entónces se pusieran en duda su dominio y potestad, sino por lo que hubieran podido dar de sí los acontecimientos que en aquella época tampoco escasearon y que tenian que dejarse sentir en Roma y sus dominios, como que en ellos ejercia un protectorado verdaderamente paternal el Emperador, y todos sus azares como sus prósperas empresas habian, por consiguiente, de hacer balancear algun tanto los importantes edificios de que era firmísimo apoyo. Sin que durante el tiempo de la embajada del esclarecido obispo de Fano hubiese ningun acontecimiento así notable que digamos pusiera á prueba su talento y capacidad como diplomático, el órden de los sucesos, sin alterarse, repetimos, acreditó completamente al presidente del cuerpo diplomático extranjero (pues tal consideracion tenia ya desde entónces y conserva en España el representante de la Santa Sede, en muy justo testimonio del aprecio y consideracion que merece á la católica nacion este significativo epíteto con que entre todas se distingue) que no en vano habia cifrado en él su confianza su santísimo soberano, pues además de los buenos servicios que prestó cerca del monarca, no fueron ménos los que hizo en aconsejar á algunos de sus compañeros y en hacerles entablar negociaciones importantes, cuyo resultado fué favorable á

la nacion que las procuraba, y conforme al decoro merecido por la Santa Sede y por la magnánima y siempre noble Nacion Española. Esta manera de portarse tan conforme á las esperanzas que de él habian concebido al remitirle á tan importante destino, fué motivo de que el santo padre Julio III lo hiciera cardenal en 1551, por cuyo motivo tuvo que abandonar su puesto de representante del Papa para ocupar en el Sacro Colegio el lugar que le correspondia, en cuya distinguida asamblea tomaron desde luego confianza en este su nuevo compañero, que por su capacidad y buena edad, pues solo contaba cincuenta años, estaba en buena disposicion de prestar eminentes servicios, como los prestó en efecto, desempeñando las más importantes comisiones en el Colegio cardenalicio, tanto en lo que decia relacion á comunicar y plantear los acuerdos del sagrado Concilio de Trento, como en órden á poner en ejecucion los informes sobre las virtudes de los venerables varones á quienes un dia debia concederse la alta prerogativa de ser inscritos en el catálogo de los Santos, pues ambas comisiones se le dieron desde luego que vino á Roma, y las desempeñó como cargo exclusivamente suyo, así como en comision desempeñó los importantísimos de penitenciario general y vicario general de Roma y sus alrededores, siendo tales las simpatías que mereció á cuantos le conocieron, que miéntras más comisiones tenia más se le confiaban, y parecia á todos que sus asuntos tenian ya un feliz resultado con solo estar á cargo del eminentísimo y muy distinguido Sr. D. Pedro, cardenal de Bertran, obispo de Fano de Umbría, que por su parte trataba siempre de complacer á todos, sin faltar á lo que exigia la más estricta justicia, que fué siempre la norma segura de todas y cada una de sus acciones. Al fallecimiento de Julio III asistió el Cardenal al cónclave donde habia de nombrársele sucesor, y obtuvo algunos votos para ocupar la cátedra de S. Pedro, á la cual subió Marcelo II, á causa de la gran influencia que el cardenal Beltran desplegó, atendiendo tan solo á las circunstancias y cualidades que veia concurrir en el electo, por lo cual excitó á todos á que le dieran sus votos, con los cuales ocupó la cátedra de S. Pedro con general aceptacion, si bien los designios de Dios fueron el que este Sumo Pontífice estuviera en su solio muy poco tiempo, pues en ménos de un año falleció y le sucedió Paulo IV, á cuya eleccion tambien concurrió el cardenal Beltran, y en ella tuvo que hacer esfuerzos tales para neutralizar el deseo que tenia el Colegio Cardenalicio de nombrarle Romano Pontífice; pero que indudablemente no era cosa de Dios, como él mismo confesaba, puesto que el Señor no quiso que se confirmáran los deseos de los que le elegian, siéndolo por muy pocos votos de mayoria el ya dicho Paulo IV, quien convencido, como lo estaba, de las buenas cualidades que se reunian en el Cardenal, depositó en él todo su afecto y confianza, consultándole en los más árduos é importantes asuntos, y estando

siempre á sus resoluciones ó parecer, por más quo alguna vez no estuvieran del mismo acuerdo los demás cardenales de la santa Iglesia. Siguió desempeñando las más importantes comisiones con el más feliz éxito, y esto unido á su delicada complexion y á una tarea más violenta de lo que sus fuerzas le permitian, especialmente cuando fué penitenciario mayor, que en el desempeño de su importante cargo no admitia tregua ni descanso, estando siempre dispuesto á despachar á los que se le acercaban, áun cuando fuera el tiempo en que se ocupaba de otros asuntos, para lo que tenia terminantemente mandado que á nadie que le buscára para asuntos de conciencia se le permitiese ir sin haberle visto y hablado, y por consiguiente habiendo ya recibido el consuelo y alivio que buscaba en el que reasumiendo la potestad pontificia que el Santo Padre le concedia, habia tambien sabido conseguir el hacerse todo para todos, mediante una bondadosísima afabilidad con que á todos trataba, recibia y consolaba siempre. Sus continuas tareas y su carácter algun tanto tétrico le hicieron contraer una penosísima enfermedad, que abrevió su existencia, si bien proporcionó ocasion de demostrar su sufrimiento y virtudes cristianas, pues ni una sola queja se le oyó en todo el tiempo que este durára, si bien recibió durante todo este tiempo el testimonio de las más vivas simpatías, y el homenaje de su consideracion debida á tan ínclito varon, pues su palacio se vió lleno á todas horas de personas de toda condicion que anhelaban, siguiendo el curso de la enfermedad, hacerla desaparecer á haber sido posible, ó identificarse con el general sentimiento cuando los síntomas se hacian alarmantes. Pero no es posible al hombre alargar ni un solo dia su existencia en el mundo, así que á pesar de los muchos recursos que la ciencia prodigó al Cardenal, áun cuando se puso por parte de todos el más esmerado cuidado en su asistencia, sucumbió el dia 8 de Marzo de 1558, teniendo á su cabecera á algunos de sus compañeros, y habiendo demostrado la más tierna solicitud el Santo Padre, que tuvo continuamente noticias del estado del enfermo y demostró el sentimiento por su muerte, no recibiendo á nadie en el dia en que se verificó este triste, y por más de un concepto sensible acontecimiento. Sus honras fúnebres fueron un inequívoco testimonio del grande aprecio que á todos merecia; pues en ellas se vieron confundidos los grandes con los pequeños, los ignorantes con los sabios, y en la conduccion de su cadáver al lugar distinguido donde se le dió sepultura, se vió que además de las muchas personas que con carácter oficial concurrieron á esta solemnidad, lo hicieron tambien otras muchas, que en concepto de amigos del finado mostraban en su sentimiento lo que merece la virtud y el talento, prendas que se reunieron en el cardenal Pedro Beltran. — G. R.

PEDRO DE BÉRGAMO (Fr.). Al lugar de su nacimiento debió este ilustre

hijo de Sto. Domingo el sobrenombre con que en la religion y en el mundo literario es conocido. Ignórase si el no haberse conservado el apellido de su cuna es por haber sido humilde, ó acaso se ha dejado perder para dar mayor celebridad al lugar del nacimiento de este distinguidísimo varon. Desde luego se mostraron sus buenas dotes y disposicion para el estudio, cuando en los primeros años de su infancia superó casi insensiblemente aquellos estudios, que si bien es cierto que no son por sí dificultosos, llevan para los que á ellos se dedican un carácter que no se explica, pero que acobardándolos les hace palidecer á la sola idea de que sobre ellos han de girar todas sus investigaciones posteriores. No aconteció esto á Pedro, sino que sin dificultad alguna, ántes con una pasmosa facilidad, estudió filosofía, literatura y teología, siendo siempre el primero en su cátedra y obteniendo de sus maestros la singular muestra de deferencia de depositar en él su confianza para que dirigiera los pasos con que se procuraba que aprendiese bien aquello á cuyo estudio se dedicaban, y lograr los posibles adelantos en su carrera. Antes de concluir ésta ingresó Pedro en la órden de Santo Domingo; y aunque fué en ella muy útil bajo diversos conceptos, desempeñando el importante cargo de superior en alguna de sus más célebres casas, y dejando perfectos modelos de gran virtud y de suma exactitud de observancia en sus diferentes viajes á las casas de la Orden, que emprendia ya como compañero de los superiores generales, ya con comisiones particulares, no es este el concepto en que más se acreditó, por lo cual no será tampoco el en que nosotros le miraremos más, pues si bien es cierto que fué todo un religioso, como más le conoce la Orden y el mundo es como un muy distinguido maestro, como un teólogo consumado, que en muchos años de enseñanza reunió en torno suyo lo más aprovechado de su época, para que oyendo sus explicaciones y controversias, ó se fijáran sus opiniones, ó se asegurasen sus dictámenes, y siempre y por siempre se hiciese respetable su autoridad, no por la personalidad del maestro, sino por la firmeza de las razones en que se fundaban todos sus asertos y todos los sistemas de explicacion que de las doctrinas más difíciles y delicadas le hacian presentar con la mayor claridad á sus discípulos, no solo cuanto sobre los particulares podian aprender, sino hasta las fuentes de donde habian de sacar la sólida y fundamental doctrina con que ilustrándose despues en el verdadero estudio con que cada uno, segun el ramo del saber que escoge, hace allá en lo apartado de su retiro, pero que siempre deja ver lo acertado ó desacertado de la direccion del maestro, y en Fr. Pedro, ó mejor dicho en sus discípulos, demostró el suceso que su maestro estaba dotado por Dios del don de enseñanza, ó lo que es más exacto, que Dios habia hecho nacer á este siervo suyo para que su doctrina, ilustrando á muchos, acreditase más y más el insti-

tuto en cuyo seno habian brillado Tomás de Aquino y otros ilustres sabios, celebérrimos por su ciencia y muy aventajados en santidad, vasos, en fin, de eleccion, que como á Pablo puso el Señor en diversas épocas y lugares para que hiciesen con sus conocimientos un bien inmenso á la humanidad, proporcionando medios de arreglar el órden en las investigaciones de la verdad, y de hacer verdaderos progresos en las ciencias, como único medio de realizar la felicidad de los hombres. No se vaya á pensar que los grandes beneficios de la enseñanza de Pedro de Bérgamo fueron debidos á que era el único hombre eminente que tenia el colegio donde reunia á sus admiradores; todo al contrario, Bérgamo enseñaba en Bolonia, y enseñaba en el siglo XV, cuando aquella distinguida casa era el emporio del saber, y sin embargo, Pedro se hacia notable, y sus mismos maestros envidiaban en cierto modo su capacidad, se hacian á las veces como ignorantes para escucharle, y se aprovechaban siempre de sus doctrinas, al ménos para ganar tiempo en la investigacion de la verdad, pues la sencillez y método con que Pedro depuraba las conclusiones, pulverizaba los argumentos en contra y reducia los sofísticos discursos de sus adversarios, eran de todo punto admirables, y decian á una que no era su ciencia como la ciencia que se adquiere en el mundo, que era una ciencia segun Dios, y que en las bendiciones de este Dios mismo llevaba ese gran fruto que producia, pues que algunas veces el éxito de las explicaciones de Fr. Pedro podia llamarse milagroso, y como tal lo calificariamos, si no temiésemos que una crítica demasiado severa tildára nuestra apreciacion ó tergiversára nuestro intento al presentarla de esta suerte. Fijemos nuestra atencion en la época en que su crédito habiéndose dilatado por toda la comarca, reunió en su cátedra lo más floreciente de la juventud, que ansiaba oir al teólogo consumado, al filósofo cuyos principios eran los de la más ajustada rectitud, al humanista cuyos discursos embelesaban al par que convencian, cuyos argumentos sin réplica llevaban un carácter de sencillez que los hacia inolvidables, y examinemos entónces los que acudian á la cátedra de Bérgamo; pero mirémoslos no como lo que eran, pues no aparecian sino como unos discípulos que escuchaban al maestro con grande atencion y con deseo de sacar gran provecho, sino mirémoslos en órden á lo que habian de ser despues, examinando por qué motivo llegaron á los eminentes puestos que alcanzaron, y por qué ocuparon el alto rango en que los vemos constituídos, y hallaremos que lo fueron todo por ser discípulos de tal maestro, que la ciencia de él, comunicándoseles, les hizo distinguirse, y que por tanto del P. Pedro Bérgamo son las alabanzas y distinciones que le otorgaron con justicia Bartolomé Comatius, Vicente Bandelli, Pascual de Burgos, Ambrosio de Alemania, Pablo de Soncina y Domingo de Flandes, discípulos todos de

este ilustrado varon, en los años de 1471 á 1476, y en su Orden ministros generales los dos primeros, teólogos de primera nota todos ellos, y el tercero obispo en la Iglesia católica, de virtudes excelentes, de ciencia y de gran provecho, cuya fama se difundió por do quiera, acreditando, como no podia ménos, á su ilustrado maestro, que conociendo bien lo mucho que ellos podian valer, les obligó con sus excitaciones á que se aplicáran como lo hicieron, y sacó discípulos que honraron sus patrias, su instituto, su época y sus maestros, y cuyo recuerdo jamás perecerá, porque él va más allá de las generaciones y de los siglos, por más que una presuncion inconcebible quiera hacer al maestro el más claro en luces, el más aventajado en investigaciones y conocimientos científicos. ¿Pero se redujo la importancia del respetabilísimo Pedro Bérgamo á ser el distinguido maestro de algunos sugetos que fueron las primeras capacidades de su época, y de otros muchos que sin tanta ventaja sostuvieron sin embargo el buen nombre de su maestro? Nó y mil veces no. Pedro de Bérgamo tuvo un otro carácter, que le hizo acreedor al aprecio y consideracion no solo de su época sino de todas las épocas; Pedro de Bérgamo prestó un servicio que no es posible le olvide la ciencia teológica, porque ha sido para ella de importancia suma, porque de él han alcanzado los que la han cultivado frutos muy delicados, que les han sido muy útiles y con los cuales han podido á su vez hacer mucho en provecho de los otros. Pedro de Bérgamo redujo á compendio, ó mejor diremos, extractó en catálogo todo lo que hasta entónces se habia escrito acerca de Sto. Tomás y de sus obras, poniendo tambien en una eruditísima tabla todos los lugares de la Escritura Sagrada de que el Santo se valió para su obra y los de que se valieron los enemigos é impugnadores de su sistema teológico para hacerle la inútil oposicion con que quisieron destruir, si posible hubiera sido, el buen éxito que justísimamente adquirió la primera obra de teología del mundo, que anotada por varios tan ilustrados como el autor que nos ocupa, ha sido y es para jóvenes y ancianos, para sábios y principiantes, el piélago inmenso donde sin rezelo pueden beber las saludables aguas de la ciencia, sin temor de que lo que allí aprendan se oponga en nada á la sana moral, y muchísimo ménos al dogma católico, objeto de toda la predileccion y esmero del angélico doctor. Veamos, pues, si en la república de las letras puede darse mayor importancia que la que tuvo la pequeña en volúmen, pero grandísima en provecho, obra de Pedro Bérgamo, y no dejemos de admirar el prolijo estudio de que tuvo necesidad para reunir en uno todos los escritos que acerca de las obras del angélico doctor habian ya salido á luz, y que como resulta de la misma obra fueron muchos y muy diversos, tanto por las épocas como por los idiomas y lugares donde se hicieron, cuya reunion prueba en el Padre extraordinaria aplicacion y vivísimo deseo de ayudar con sus conocimientos á todo

el mundo en justo agradecimiento al singularísimo favor que Dios le hizo al dotarle de un entendimiento tan claro, de una aplicacion tan constante y de un celo tan esmerado por la instruccion, que sin duda él consideró como el mejor patrimonio que podia legar á la humanidad, que reconocida le admira, y estima en mucho su afan y desvelos, apreciando como merece su acabada obra. Toda esta ciencia y toda esta grandeza de alma, que seguramente tenia el P. Pedro, no le permitieron olvidar que su carrera en el mundo tenia un dia que concluirse, que se cerrarian sus sentidos para este miserable mundo, y se abririan para aquella otra existencia donde la dicha ó la desventura son eternas, donde la sabiduría que no se fundó en el temor santo y filial de Dios tiene un fatal desengaño en una eternidad desventurada; así que para hacer más eficaces sus intentos de reducir toda su vida á este mismo designio que tuviera en su profesion religiosa, los últimos años de Pedro Bérgamo fueron todos para el retiro, para la oracion, para la penitencia, y para ocuparse de sí mismo; pensamiento muy digno de un hombre que colocado en la cátedra al frente de los demás, solo porque la obediencia se lo habia así prescrito, hecho maestro de todos como escritor, solo porque su capacidad y el don especial de Dios lo habia así exigido, tenia que ser en su celda héroe de virtudes como habia sido y era maestro y guia de entendimientos esclarecidos. Para cumplir éste su intento, á que no se opusieron ni podian oponerse sus superiores, pasó al convento de Plasencia en Lombardia, y allí en ejercicios de piedad, sin olvidar nunca el desempeño de los importantes ministerios de predicar y confesar con gran fruto de los fieles, esperó á que nuestro Señor dispusiera de él, como lo hizo, en 15 de Octubre de 1464, en que su vida terminó por una preciosa muerte despues de recibidos con extraordinario fervor y universal edificacion todos los sacramentos y auxilios de la Iglesia. Su cadáver, despues de que el pueblo se satisfizo de colmarle de los honores y obsequios que merecian sus virtudes y ciencia, fué enterrado en la capilla de Sto. Tomás, cuyo discípulo habia sido, y allí permaneció haciéndose glorioso su sepulcro, hasta que cien años despues, en 1585, pareciéndoles á los de Plasencia poco honrosa su sepultura para lo que merecian sus virtudes, obtuvieron por repetidas instancias el que su cuerpo fuese colocado bajo del altar mayor, donde recibe los homenajes de su reconocimiento y recuerdos. — G. R.

PEDRO de Blois. A la patria donde nació debe su nombre este distinguido varon, uno de los más notables del siglo XII. Sus primeros años se pierden en la oscuridad de una ignorancia que ni aun él mismo ha esclarecido, pues si bien es cierto que en repetidas ocasiones ha dicho que su educacion la recibió en algunos colegios, y al lado de los príncipes, no hay certeza de sus principios, ni se sabe de positivo más que su nacimiento en

un lugarcillo de la Baja-Bretaña, habiendo, sin embargo, fundamento para creer que sus estudios teológicos los hizo en París bajo la direccion del célebre Salisburi en 1140 á 1150, que fué la época en que éste floreció. En lo que no cabe duda es en que concluida su carrera literaria, que abrazó no solo la sagrada teología en toda su extension, sino la filosofía y jurisprudencia, así como la literatura en todos los ramos á que alcanzaba en su época, pasaba con otros compañeros suyos á Roma á prestar el debido homenaje de veneracion y respeto al santo padre Alejandro III, cuando vino á caer en manos de sus enemigos, es decir, en poder de los defensores del antipapa, los cuales le despojaron, así como á sus compañeros, le quitaron cuanto llevaba, cargándole de palos y prodigándole los más viles tratamientos, por lo cual hubieron de abandonar aquella expedicion regresando á París, donde desde luego comprendió Pedro que allí podria prosperar algo, ó á lo ménos podria sostenerse, lo cual consiguió en efecto, dedicándose á dar lecciones de gramática, por un sistema que él ideó, y que fué lo que salvó su ruina, pues con esto se adquirió algun tiempo la subsistencia, atrayendo á su escuela muchos discípulos, que iban más y más acreditándole, conforme se convencian de su gran capacidad y aplicacion. En esta aparente oscuridad y olvido vivió hasta 1158, en que pasando á Sicilia se puso á su cuidado la educacion literaria del jóven rey Guillermo II, el cual tuvo tanta confianza en este distinguido varon, que á muy poco tiempo le honró con el encargo de su guardasellos, en cuyo nombramiento no se complacieron mucho los sicilianos, que por más que admiraban las prendas y circunstancias de este hombre grande, y por más que veian que la eleccion no podia haber sido más acertada ni tampoco podia él desplegar mayor celo por el bien y prosperidad de la nacion que le habia colmado de cuantos favores era posible hacer á un extranjero, la circunstancia de serlo les hacia mirarle con cierta prevencion, y que no fuese del todo querido como merecia; pero en modo alguno esta especie de aversion se dejaba conocer en palacio, donde por el contrario era estimado cada dia más, dispensándole el Rey los más claros testimonios de su afecto y confianza, y ofreciéndole no solo los primeros cargos en su casa, sino las mitras todas que vacaron durante su magisterio, sin excluir el arzobispado de Nápoles, pero que ninguna fué aceptada, porque de Blois comprendia perfectamente que lo que se queria era alejarle de la corte por este medio que parecia tan decoroso, por lo que él, dando á sus miras la falsa apariencia de una abnegacion completa, no consintió jamás en tomar destino alguno eclesiástico, y se empeñó con las más vivas instancias en que se le habia de permitir retirarse, lo cual era motivado de que preveia que sus enemigos, ó más bien sus rivales, harian cuanto estuviese en su mano para desconceptuarle, ya que no podian derro-

carle del prestigio que con el Rey tenia; todo lo cual conocido por él sirvió para aferrarle más y más en su determinacion de retirarse, lo que consiguió al fin, volviendo á Francia donde nuevamente se dedicó á la enseñanza, sacando brillantísimos discípulos, y obligando á los demás profesores de su época á hacer grandes esfuerzos para no quedarse atrás de lo que él hacia, pues puso todo su conato en dar á sus lecciones un giro de novedad que atraia en las academias no solo á los que tenian necesidad de estudiar, sino á los que profesores y graduados no creian haber llegado á la perfeccion en sus conocimientos y necesitaban por consiguiente que la ilustracion del maestro Pedro de Blois supliese lo que á ellos faltaba, lo cual ciertamente hacia sin afectacion ni petulancia, no desdeñando en ninguna ocasion hacer extensivas cuantas noticias tenia sobre un punto á cualquiera que se le acercaba, presentando en esto una prueba de la bondad de su carácter, que sin embargo era duro, es decir, era apegado á sus opiniones, si bien es cierto que estas no las sostenia hasta estar muy seguro de ellas; y siempre con sumision á la autoridad de sus superiores y maestros, y muy particularmente á la autoridad de la Iglesia, á la cual mirándola siempre como maestra de verdad, respetó y defendió en cuanto estuvo á su alcance, habiendo sus escritos sido de gran utilidad para esta misma madre tierna del universo, como tendremos lugar de ver cuando examinemos lo que á la pluma de este gran hombre se debió, y lo que hicieron sus escritos mismos no solo cuando él los hacia aparecer, sino despues en muchas ocasiones en que de ellos se han valido otros sabios que le siguieron, y que han encontrado en sus obras argumentos incontestables, doctrina, sobre muy católica, muy fundada en la razon, como que era el fruto de las investigaciones del que era á un tiempo teólogo profundo, excelente político, y lógico de tan sólidos principios que no dejaba deslizar, ni en los escritos ni en sus oraciones, la proposicion que pudiera inducir la más leve sospecha de ménos exacta y ménos conforme á los principios de la más severa dialéctica, blanco, segun él decia, adonde debian dirigirse los tiros todos del que quisiera enseñar, pues que sin lógica era imposible el esclarecimiento de la verdad, y por consiguiente imposible de todo punto el llegar á poner esta verdad misma en disposicion de que los demás llegáran á su conocimiento, único recurso para la ilustracion de la mente humana. No era, sin embargo, el sosiego y la tranquilidad el elemento de vida de este grande hombre, así que á pesar de que su cátedra era muy numerosa, los provechos que le reportaba la enseñanza más que suficientes para su decorosa manutencion, y el crédito que adquiria era verdaderamente extraordinario, no le contentó todo esto, sino que quiso probar fortuna volviendo á dejar á Francia, donde se le habian ofrecido grandes beneficios eclesiásticos, y nada se le habia dado, y fué al lado del obispo de Cantorbe-

ry, el cual le hizo desde luego su secretario, tratándole con suma deferencia y poniendo á su cuidado los asuntos más delicados que le ocurrian, quedando siempre altamente satisfecho del desempeño, y sin tener ni una vez siquiera que reparar una distraccion la más ligera en un hombre, que teniendo tantos negocios á su cuidado, no era imposible ni difícil cometiera cualquier yerro no premeditado: por esto no cabia en la buena cabeza del canciller Pedro; pero sí por efecto de distraccion, como no solo no era imposible, sino que ni áun muy difícil, atendido como decimos al mucho despacho que tenia y al afan de que nadie le pudo disuadir de despacharlo todo por su mano, para poder él, decia, cargar con toda la responsabilidad de las providencias por él suscritas, y no tener que envolver á nadie en acciones, que debiendo ser exclusivamente suyas, queria él que lo fuesen en efecto. El celo que para el desempeño de su cargo desplegaba, hizo que el Obispo en justo reconocimiento le propusiera para el arcedianato de Balh, que se le confirió con extraordinaria complacencia de todos, así como fué tambien grandísimo el placer que á todos causó el saber que era él el destinado para pasar á Roma á defender el derecho del obispo de Cantorbery contra las exigencias de la abadía de S. Agustin, derecho que á pesar de haber sido tratado por este hábil jurista con toda la maestría que él sabia, y que ciertamente debia desplegar en la mayor extension á que alcanzára, siquiera para sostener en Roma la reputacion que justamente adquiriera, y que no perdió en verdad, si bien es cierto que el negocio que motivó su viaje á la capital del orbe católico tuvo en las dos vistas, á que se halló el distinguido Pedro de Blois, el fatal éxito de ser resuelto contra el Obispo á quien él defendia, si bien la opinion general fué en su dia que este éxito fatal para Blois, lo fué por las influencias de todo género que pusieron en juego los representantes del derecho de la abadia; lo cual hizo, es verdad, que la resolucion fuese favorable, pero nunca pudo conseguir igual éxito de la apreciacion de los que imparcialmente miraban el asunto, pues estos necesariamente hubieron de comprenderle, bien que en la práctica no quedára otro recurso que el someterse á la deliberacion de quien juez árbitro y superior podia, como lo hizo, resolver segun creyera conveniente, reservándose siempre la obligacion de responder, si no ante el mundo, ante Dios, que no dejará impune ninguna injusticia por más que los hombres parezcan haberse ya olvidado. No dejó Pedro de Blois de insistir en defender los derechos de su Obispo, y si mal éxito tuvieron sus esfuerzos en Roma, no le tuvieron mejor en Verona, donde en presencia del papa Urbano III volvió á sostener su demanda, pues allí fué tambien contra él el fallo que se dictó, sin que para esta negativa de su derecho por parte del Soberano Pontífice, pueda ha[illegible] motivo que el de no ponerse en oposicion con las resoluciones [illegible]

tomadas; por no tener que causar, digámoslo así, una retroaccion á las prescripciones cuando apénas se habian comunicado los diplomas por donde estas constaban. Aun cuando estos sucesos parecia deprimian algun tanto la buena fama del defensor del obispo de Cantorbery, solo sirvieron para aumentar más su crédito: es verdad que él supo sostener con la conveniente dignidad este golpe contundente para un espíritu pusilánime, pero que él, en la grandeza del suyo, comprendia como la legítima consecuencia de la miseria humana, que ya se demuestra en las inconveniencias del pequeño, ya en los desaciertos del grande, y tan pronto puede proceder de una preocupacion como de una manera equivocada de ver la cosa, que produzca tal vez una resolucion del todo distinta á la que ven como conveniente los que miran el asunto con toda imparcialidad y despreocupacion. Este mal éxito de la defensa del Obispo su protector no tuvo para Pedro de Blois las consecuencias que habrian sido de temerse si se hubiera tratado de persona ménos ilustrada que el desairado prelado, y por lo que respecta al rey de Inglaterra, que se habia interesado tambien mucho en este asunto, tambien adquirió la conviccion de que Pedro de Blois habia puesto en juego cuantos recursos se podian poner para sacar adelante un asunto que él defendia con conviccion, por lo cual ni un átomo decreció el aprecio con que el monarca le mirára siempre. Hay más: el ahinco con que se presentó despues de dos repulsas á una tercera defensa, en lo cual se veia claramente que obraba bajo una conviccion arraigadísima en su alma, hicieron que se aumentase, si cabia, el afecto del monarca hácia este varon eminente, lo cual fué motivo para que muerto Enrique II, que entónces ocupaba el trono de la Gran Bretaña, su sucesor Ricardo desplegára contra Pedro de Blois un enojo tan grande como habia sido el afecto de su predecesor. Fatal compensacion que da una muestra de la miseria humana, que tanto cabe bajo el manto real como bajo la covacha del miserable, en quien podria excusarse como consecuencia de su ignorancia. Sin embargo, la deferencia y consideracion con que le trataban los obispos de Wercester y de Durben, le hicieron perseverar en Inglaterra á pesar de sus deseos de volverse á Francia, á lo cual tuvo al fin que decidirse en atencion á que la maledicencia le imputó un crímen infame con motivo de la intimidad que con él contrajo la reina Leonor cuando le hizo su secretario particular en 1191, cuyo cargo, desempeñado por él con toda exactitud, le obligó á renunciar al arcedianato de Balh para abandonar á Inglaterra, que no habiendo sabido apreciar sus eminentes servicios le habia dado un trato enteramente contrario á lo que merecia su celo y su interés por aquella nacion, á quien consideraba como patria suya, siquiera por la favorable acogida que en ella tuvo cuando su primer destierro, digámoslo así, de Francia, ó para ser más exactos en la expresion, cuando hubo de dejar su

país natal por no encontrar en él los medios de subsistencia que necesitaba. En su regreso á Francia traia gran confianza en la amistad que le habia prodigado anteriormente Endo de Pully, obispo de Paris; pero recibió un desengaño, pues que este prelado, como no veia ya en Pedro de Blois el protegido de la corte de Inglaterra, y se habian cerrado para siempre los ojos de Enrique II, que consideraba como hechos á él los favores y distinciones que se dispensasen á su amigo íntimo, le volvió la espalda; y como Pedro viera que en Francia no alcanzaba ventaja alguna, ántes por el contrario parecia que le eran desfavorables hasta aquellos mismos que ántes eran sus amigos, resolvió volverse á Inglaterra, donde por último se le confirió la dignidad de arcediano de Lóndres en 1197, pero cuya prebenda era de tan escasa obvencion, que no podia sostenerse con ella; y agotados los medios con que él contaba de lo poquísimo que habia ahorrado en su vida, siempre metódica, nunca desarreglada y llevada con un órden y una moderacion extraordinarios; pero que en la diversidad de accidentes por que le fué preciso pasar, no tuvo manera de encontrarse provisto de recursos para atender á una necesidad como la de ahora, no pudo ménos de acudir al Sumo Pontífice, que era entónces Inocencio III, al cual suplicó rendidamente, y lo consiguió de su bondad, el que se proveyera en él el deanato de un cabildo llamado Wulrahaniten, en la diócesis de Chester; pero tuvo que renunciar esta prebenda eclesiástica, porque el desarreglo de los canónigos y el desórden con que todo aquello marchaba, hicieron imposible el que un hombre de su rectitud siguiera al frente de una corporacion que léjos de cumplir como debia su cometido, era ocasion tal vez de escándalo á los que miraban con ojos serenos sus abusos, sus desórdenes y el poco esmero que ponian en procurar arreglarse á las prescripciones canónicas para tener una existencia conforme á derecho y conforme á conciencia, pues á ambas cosas era preciso que atendiesen siquiera por su carácter. Esta renuncia que Pedro de Blois hizo del importante cargo de presidente de aquella corporacion religiosa, da dos destellos de grande importancia para el perfecto conocimiento de este tan célebre personaje: primero, dice mucho acerca de su rectitud y de su celo por el buen desempeño de su ministerio, pues sin estas dos condiciones no habria de modo alguno preferido el quedarse en un estado deplorable, sin recursos, con poquísimos medios de subsistencia y lleno ya de los achaques consiguientes á su edad y á su salud muy quebrantada por rudos golpes que la adversidad descargó sobre él, á haber seguido al frente de su corporacion sin hacer caso de cómo en ella se cumplian los respectivos deberes de cada uno, mediante á que lo sumo que el comun de las gentes podia exigir de él era el que por su parte desempeñase su cometido con fidelidad y exactitud sin faltar en nada, lo cual hizo desde el momento mismo en que tomó pose-

sion, siendo muy notable el que ni las recreaciones que los cánones permiten, ni esas ligeras faltas que no llegan á marcarse, cometiese este excelente canónigo, que comprendia muy bien la estrechísima obligacion en que estamos de cumplir nuestros respectivos deberes, y que el primero y más esencial del prebendado eclesiástico es la presencia en su silla, siempre que otras ocupaciones, no de supererogacion, sino de su prebenda misma, no le impidan esta asistencia, en cuyo caso únicamente es cuando no otra cosa que la necesidad les dispensa el cumplimiento de su deber: y lo segundo que nos hace conocer es el ¿por qué la muerte de un personaje tan distinguido no se marca con precision y se determina de una manera exacta su fecha? La razon es muy clara, habiendo Pedro de Blois renunciado su deanato, quedó reducido á un estado miserable, no tanto porque le faltáran recursos para su subsistencia, porque á tal extremo creemos no llegaria nunca, sino porque su renuncia, aunque fué todo lo honrosa que debia, aunque tenia un fundamento tan sólido como el deseo de que su nombre quedára sin mancilla, y hubiera sido para el nombre de Blois una mancha, y una mancha que habria afeado siempre su existencia, el haber consentido en el cabildo de su cargo una inobservancia, una relajacion como la en que venian viviendo, no pudo agradar á todos, y mucho ménos á los que la causaron; así que muchos le abandonaron en los últimos dias de su vida, y esta concluyendo en manos de personas asalariadas, que sobre no comprender lo importante que era la noticia de su fallecimiento no tenian interés alguno en hacerle saber, se cortó como la de un simple particular, sin que puedan fijarse convenientemente los detalles, que serían de grande importancia, cuando se trata de que la posteridad comprenda lo que ha valido un hombre á quien Dios dotó de capacidad, y sobre el cual concibió miras que se realizaron. No se ha podido, por consiguiente, saber la época marcada de la muerte de este hombre insigne; no pudo ménos de ser, sin embargo, de 1198 á 1203, porque en la primera de estas épocas escribió varias veces al Romano Pontífice, y en la segunda ya se dijeron sus alabanzas como si no existiera en el número de los vivos, de suerte que no cabe duda en que en uno de estos pocos años dejó de existir, sin que haya noticia alguna ni de su fallecimiento ni de su sepulcro, en lo cual no deja de haber una gran enseñanza para los que hoy vivimos y para los que vendrán despues, y es que por más deslumbradora que sea la brillantez de nuestra posicion, por más que nosotros podamos creernos colocados en una altura inexpugnable, y aún más, aunque veamos que la posicion por nosotros ocupada es el justo premio de nuestros merecimientos, no podemos de esto fundar una esperanza de que nuestra gloria será duradera, pues vemos eclipsarse glorias muy justamente adquiridas, y morir en el olvido hombres tan distinguidos como Pedro Blois, aquel que

en dos épocas distintas tuvo en su mano dos importantes reinos; aquel que dominó á dos soberanos, cuyos actos no llegaban á confirmarse nunca sin la sancion de este varon insigne; aquel, en fin, que en 1168 en Sicilia, y desde 1180 á 1195 en Inglaterra, tenia en su mano todos los asuntos eclesiásticos y civiles, conocia todas las capacidades y eminencias de todo órden, preveia todos los sucesos del interior y del exterior, y en 1198 tuvo que sumirse en la más humilde oscuridad. Bien es verdad que en su retirada hubo mucho de grande, pues ya hemos dicho que fué por no apadrinar los abusos de la última iglesia cuya direccion obtuvo; pero que por más que en su orígen sea elevadísima, en su fondo lleva una triste verdad, que es la inconsecuencia y la miseria de todas las cosas del mundo, sin que haya ninguna, absolutamente ninguna, en que el hombre pueda gloriarse, porque todas, absolutamente todas, se disipan más pronto aún que el humo. Dejemos pues, descansar en paz al virtuoso Pedro de Blois, que nos ha dado á conocer cómo debe portarse el que busca su gloria allí donde ella se encuentra, que es en el exacto cumplimiento de sus deberes, y veamos qué escritos ha dejado como muestra de su gran sabiduría, como destello de lo mucho que aprovechó en sus estudios, en su cátedra y en el tiempo que, canónigo ó dignidad, ya de Balh, ya de Londres ó Wulrehaniten, pudo dedicar á sus investigaciones teológicas, filosóficas y literarias, pues estos tres ramos del humano saber abrazó con un provecho extraordinario, y en todos se señaló por su saber. Han consistido sus escritos en opúsculos brevísimos, y principalmente en cartas, que se coleccionaron primero por él mismo, y que imprimió en 1667 Gonsainville; pero esta recopilacion es incompletísima, pues que faltan la mayor parte de las cartas que escribió como secretario de Enrique II, y todas las que hubo de dirigir á los reyes y señores con quienes tenia comunicacion la reina Doña Leonor. La *Biblioteca de los Padres*, impresa en Lyon, es la que da todos los escritos de este varon insigne, en los cuales se deja ver su erudicion, su profundidad de conocimientos y un estilo correctísimo que hace de cada una de sus obras un modelo en el género sobre el cual estan escritas. La crítica, como es consiguiente, ha querido cebarse en las obras de este distinguido literato, y cuando no ha tenido otra cosa que decir, se ha valido de la argucia de presentarle como un hombre que explicaba en sus escritos distintos sentimientos que los que tenia, como un hombre que mentia por adular, y que en órden al Pontífice tenia distinta apreciacion de la que demostraban, ya sus cartas dirigidas á él con la mayor reverencia, ya sus escritos, cuando por incidencia tenian que tratar del vicario de Cristo; vil calumnia, que si bien se destruye por la consideracion de la conducta de Pedro de Blois en todos los actos de su vida, puede, sin embargo, hacer que vacile algo la opinion so-

bre este hombre, que fué tan probo como sabio, tan virtuoso como ilustrado. Por no dilatar más este artículo no entramos en la refutacion de los cargos que sin razon se le han dirigido, y nos contentaremos con citar por conclusion las autorizadas palabras de Mr. Dannou: «Pedro de Blois fué »por su talento y por sus virtudes uno de los más distinguidos varones que »produjo el siglo XII, pues como teólogo se le considera entre los más aven»tajados escritores eclesiásticos, por más que en sus escritos se haya querido »encontrar algunas equivocaciones, que ciertamente no existen.» — G. R.

PEDRO de Bobadilla (M. R. P. Fr.). Este esclarecidísimo varon, que contaba entre sus ascendientes á los muy distinguidos señores D. Fernando Bobadilla, conde de Chinchon, y D. Antonio de Cabrera, marqués de Moya, se desengañó desde luego de la vanidad y miseria de este mundo, y cambió todas las halagüeñas esperanzas que el mundo le ofrecia con la única fundada de la dicha eterna, que procede de una exacta conformidad con los consejos del Evangelio; para conseguir su intento tomó el hábito del patriarca seráfico en el convento de S. Pedro y S. Pablo de Alcalá, donde desde luego se distinguió por sus buenas prendas y por una observancia muy exacta no solo de los principales capítulos de sus reglas y constituciones, sino hasta de las más menudas prescripciones que los superiores habian impuesto para el mejor régimen de esta santa casa. Esta su exactísima observancia, así como su grande prudencia y el carácter bondadoso para el trato, al par que rígido para exigir de todos el buen órden y concierto en todas las cosas, hizo que le nombráran por unánime consentimiento provincial de Castilla la Nueva, cuyo cargo desempeñó tan á satisfaccion de la Orden y de sus súbditos, que al concluir la primera época de su mando le reeligieron para que continuase al frente de su provincia, á la cual ciertamente gobernó con prudencia y acierto, hasta que á Dios plugo recompensar sus méritos, llevándole á la patria de los justos, segun se deja inferir de sus acreditadas virtudes y del grato recuerdo que á todos dejó, cuyo recuerdo se hizo, y es tanto más grato cuanto que á este muy reverendo religioso se unieron su erudicion suma, su grande prudencia y celo, su observancia rigidísima, y ese porte delicado que siempre deja vislumbrar la nobleza de la cuna, en los que, como el P. Pedro, pertenecen á las primeras familias de su nacion. — G. R.

PEDRO Bono (S.). Fué mercader en Brujas y de estado casado, teniendo en su matrimonio tres hijos, que educó en el santo temor y amor de Dios; dejándolos en el siglo con su mujer, cuyo consentimiento y beneplácito obtuvo espontáneamente para entrar en la sagrada religion de S. Benito en el monasterio de Cluni. Apénas recibió el santo hábito comenzó á encenderse en él la llama del divino amor, de suerte que sus frecuentes aspiraciones y

constante oracion, su perseverancia en las prácticas de mortificacion y de piedad, y su ciega obediencia áun á las más ligeras indicaciones de sus superiores, dieron márgen á que creciera de dia en dia en virtud y santidad y á que de todos recibiera el homenaje debido de consideracion y confianza con que le hacian sabedor de sus necesidades para obtener de Dios por su medio el socorro y alivio de todas ellas. Era puntualísimo en asistir al coro á cantar las alabanzas del Dios de todo poder, y no satisfaciéndose su espíritu con el rezo prescrito por la Iglesia y acostumbrado en la Orden, recitaba él diariamente todo el salterio y además el oficio completo de la festividad del Espíritu Santo, práctica piadosísima, que fué sin duda el motivo de que despues de haber probado Dios la fidelidad de su siervo en el crisol de la tribulacion, cuando ya estaba colmada la medida de sus merecimientos, estando toda su comunidad en el coro cantando el himno del Espíritu Santo, el dia de su festividad del año 1419, entregó plácidamente á Dios su espíritu el glorioso S. Pedro Bono, que en los estados de casado y religioso ha dejado al mundo ejemplos grandes que imitar, acreditando así que en todas las condiciones es no solo posible sino fácil servir y amar á Dios, si desde luego dedicamos nuestros esfuerzos á este servicio y amor divino, ó lo que es lo mismo, que toda nuestra imperfeccion y miseria consiste en que no nos acomodamos á los designios de Dios, é intentamos temerariamente hallar nuestra dicha y nuestra felicidad allí donde ni nuestra felicidad ni nuestra dicha pueden hallarse, por no ser el camino por donde Dios quiere llevarnos. — G. R.

PEDRO de Bromisquel. Recibió su nombre del pueblo donde nació, siendo esto una prueba de que su familia, aunque honrada, no era distinguida. Luego que se halló en edad conveniente recibió el hábito del gran P. S. Agustin, haciendo en su convento con grande aprovechamiento los estudios de sagrada teología y cánones, mostrando desde luego mucha inclinacion al estudio de las Sagradas Escrituras, que aprendió no solo con la doctrina de la cátedra, sino lo que es más é importa en gran manera para conseguir la perfeccion cristiana, en el retiro de la oracion, á la cual, como á las demás prácticas convenientes á su instituto, era muy aficionado y cumplia con toda exactitud, mereciendo por tanto no solo las gracias del Señor, único móvil de sus acciones, sino el aprecio de todos, que admirando sus buenas condiciones no podian ménos de animarse con sus ejemplos, segun les exhortaba de palabra. Su Orden aprovechó los talentos que él poseyera, dedicándole desde luego al ejercicio de su sagrado ministerio, tanto en la predicacion como en el confesonario, desde cuyos lugares obtuvo grandes triunfos en conversiones de pecadores endurecidos, en la conviccion de herejes, que conociendo sus sólidos é inamisibles intereses se venian al verdade-

ro terreno de su felicidad en fuerza de las razones con que los atraia, y de una superior gracia con que Dios ayudaba los esfuerzos de su siervo, para que el buen éxito de ellos diera testimonio de la prediceccion con que su Señor le miraba, bendiciendo desde luego sus deseos y haciendo eficaces sus esfuerzos. Aun cuando el P. Pedro hubiera sido muy útil á su religion desempeñando en ella los importantes cargos de superior de la misma, ya en alguna casa particular ó provincia, ya en los ministerios de que tiene necesidad de servirse todo el instituto, pareció más conveniente, en vista de su celo apostólico y de la buena disposicion que presentaba para el gobierno de un estado eclesiástico, y á propuesta de la Orden misma fué nombrado obispo de Neustadt, en cuyo cargo desplegó todo el celo de que estaba poseido su espíritu. Para que conozcamos el fondo de sus virtudes y el sólido principio en que éstas se fundaban, es preciso que notemos lo que aconteció en su nombramiento para la silla episcopal que desempeñó con tanto acierto. Ninguna noticia tuvo de su nombramiento hasta que se le dijo por el superior de su convento que el Santo Padre le habia preconizado para este cargo tan importante en la Iglesia de Dios; y como si el anuncio de esta justa disposicion del Padre comun de los fieles fuese el presagio de una grande desgracia, ó el anuncio de un mal que le agobiára para siempre, así fué como él recibió esta determinacion superior, y comenzó á buscar entre los Padres más respetables de su casa quienes inclináran al superior á que, mudando de opinion, dijese al Soberano Pontifice que el elegido no era á propósito para el cargo que se le confiaba, rogando repetidisimas veces que se le dejára olvidado en el rincon de su querida celda; mas sus ruegos no fueron atendidos, porque no debia preferirse su sosiego al bien de la Iglesia, y ésta en Neustadt tuvo el consuelo de disfrutar el beneficio de su gobierno pontifical en los primeros años del siglo XV, en cuya época la libraron de muchísimos disgustos las acertadas disposiciones de su prelado; pues en rigor de justicia se ha de decir que todo lo que fué de tardo para aceptar el cargo, fué luego diligente para cumplirle; y que si su tenacidad en renunciar hizo algun momento vacilar á sus superiores, su conducta en el ejercicio de su ministerio les hizo complacerse en gran manera de no haber atendido á las manifestaciones de su humildad y de haber seguido los impulsos de la gracia, llevando á cabo este nombramiento. No se saben más pormenores acerca de su vida, porque cuidó siempre de ocultarse á todo el mundo; por lo cual no es posible dar más noticias de un hombre tan eminente en todo, pues no menores que su virtud fueron su ciencia y su penetracion. Escribió un *Compendio histórico del Antiguo y Nuevo Testamento*, por el cual se colige su grande inteligencia en las Sagradas Escrituras; y por si esto no nos diese la idea tan cabal como era de desearse, hizo tambien muy

eruditos y oportunos comentarios al *Libro de los Proverbios de Salomon*, al *Eclesiastes* y al *Cántico de los Cánticos*, por lo cual mereció con razon ser contado entre los escritores eclesiásticos, ocupando entre los de su época uno de los lugares más distinguidos y preferentes. — G. R.

PEDRO DE BURGOS (Beato). Recibió este esclarecido franciscano una educacion adecuada al importante oficio que habia de desempeñar en la Orden, pues que sus padres desde su más tierna edad lo enseñaron con el ejemplo á que no es ciertamente el modo de hacerse respetar el ejercer un dominio imprudente ó una superioridad insufrible áun en aquellos que nos estan sometidos, sino que para ellos ha de haber tambien afabilidad, trato benigno, y sobre todo persuasiva, á fin de llevarlos sin violencia por el justo medio á la consecucion de los más altos fines que puedan apetecerse. Así sucedió exactamente con el P. Pedro, el que durante su noviciado y primeros años de profesion habia ya mostrado que en él concurrian las verdaderas dotes de un buen religioso, supo acreditar esto mismo con ocasion de ser sublimado al importante cargo de guardian en la casa de Toledo. Comenzó por estudiar el carácter peculiar de cada uno de los religiosos de su vasto convento, y se hizo apreciable á todos por alguna circunstancia particular por donde se mostraba identificado con cada uno, y así se atrajo sus voluntades, de suerte que sin violencia alguna, ántes con verdadera satisfaccion, los llevaba por donde queria, que siempre era por el rectísimo camino de una observancia exactísima de las reglas, constituciones y demás acuerdos del instituto seráfico. Porque el P. Pedro, tan benigno en el trato de cada uno, era extraordinariamente rígido, y obligaba á cada cual al cumplimiento de su deber, sin que ninguno pudiera excusarse ni replicar, en razon á que él era el primero en cumplir no solo los suyos sino los que veia descuidados por otros; siendo esta una especie de cargo, nuevo en la forma, pero eficacísimo en sus consecuencias, pues no podia ménos de ser una importante leccion el ver que el superior habia hecho aquello que otro debiera hacer, y no solo no se gloriaba de ello, sino que ni siquiera advertia de su morosidad al descuidado que habia dado lugar á que tuviese que hacer esto. El resultado que se consiguió con este medio muy eficaz, fué que poniendo cada cual atencion, pero atencion no así como se quiera, sino diligentísima, á su cargo, apénas tenia el superior más que vigilar, ó diremos mejor, demostrar su exquisita vigilancia para que cada cual observe y haga cuanto esté en sí para el órden y prosperidad de la casa. Lo consiguió en efecto, pues tuvo el grandísimo consuelo de que en su tiempo no hubiera el más pequeño disgusto; es verdad que él trataba de contemporizar con todos, y además en sus oraciones y mortificaciones no perdia nunca de vista su casa, por lo cual ella recibia el fruto de este celo tan señalado de su superior, pues era en todos sentidos una

casa modelo, donde desde el guardian hasta el último novicio se esmeraban á porfía en acreditar que el fin de su reunion en aquel sagrado recinto no era otro que hacerse cada vez mejores, por los ejemplos que unos y otros daban á porfía y á cual más admirables, pudiéndose asegurar de algunos de ellos que sus obras eran sobrenaturales, por haber visto acciones y sucesos que no se pueden explicar de un modo satisfactorio si no acudimos á ese órden extraordinario, que innegablemente está, como no puede ménos de ser, en manos de Dios el hacérnoslo ver cuando le place. Entre las muchas razones por las que este distinguidisimo religioso era á todos muy apreciable, es una su caridad extrema con los enfermos, habiendo convertido su convento, como si dijéramos, en hospital, por ser su manera de tratar á sus hermanos tan dulce, tan benigna y caritativa, que muchos encontraron su salud en estar en este convento, y se repusieron de gravísimos y muy molestos achaques con el cuidado del P. Guardian. Es verdad que vigilaba atentamente sobre las necesidades de todos, y muy en particular no solo sobre las necesidades, sino sobre los más insignificantes y raros caprichos con que pudiera hallar algun adelanto en la convalecencia de sus muy queridos los enfermos. Cuantas veces llegaba la ocasion de elegir quiénes desempeñasen los cargos en la comunidad, tenia el gran cuidado de hacer ver sus imperfecciones y ocultar sus virtudes, y cuando se reunia la comunidad para las elecciones, ponia todo su esmero en manifestar las buenas prendas de los demás, sin otro fin que el quitarse él de encima el cargo, no porque le molestára servir á sus hermanos en él y desempeñarlo, sino porque en su profundísima humildad estaba convencido de que ninguno lo haria peor que él y con ninguno se encontraria ménos adelantada la comunidad que bajo su direccion. Equivocacion que era consecuencia necesaria de la conviccion íntima en que estaba de su propia pequeñez, pero que no servia de nada á los religiosos, que convencidos de lo conveniente que era su gobierno, nuevamente le escogian, causándole, como él dijo muchas veces, la gran pena de echar mano del mueble más inútil de su comunidad. Con tales maneras de portarse acaudalaba méritos muy distinguidos, y obligaba, digámoslo asi, al Señor á que le regalára con favores extraordinarios de éxtasis y de un espíritu de profecía y prevision con los cuales evitaba muchísimos males en las casas de su Orden. Para establecer el mejor gobierno á causa de una manifestacion que Dios le hizo de lo necesaria que era su presencia allí, fué á Avila, donde acometiéndole una violenta y molestísima enfermedad, le privó el Señor de la vida, despues de haber exhortado en Jesucristo á todos los que en aquella santa casa promovian el desórden, para cuya correccion habia ido, y que ciertamente se corrigió, porque las palabras del P. Pedro, penetrando como agudas saetas en el corazon de aquellos religiosos, los

obligaron á mirar por sí y por su convento, á perfeccionar todo lo que no estaba tan en regla como era debido, á hacerse todos y cada uno enteramente observantes de sus reglas y constituciones, para de este modo formar una comunidad modelo, como lo llegó á ser poco despues del fallecimiento de nuestro distinguidísimo y muy respetable P. Pedro. Los últimos momentos de éste fueron como habia sido su vida, perfectísimos; pues en ellos despues de recibir con indecible fervor los sacramentos de Penitencia, Eucaristía y Extremauncion, pidió al Señor con tanto fervor el remedio de las necesidades de su Orden y en particular de aquella santa casa, que sus palabras hicieron el mayor efecto en los ánimos de todos los religiosos, les arrancaron copiosísimas lágrimas, y les decidieron á todos reunidos á la enmienda y á buscar los medios de perfeccion á que el Padre con sus amonestaciones les habia decidido á cada uno de por sí, lo cual fué un motivo de que, tranquilizado el buen señor con la fundada esperanza de que muy pronto seria aquella santa casa un seminario de santos, diese á Dios su espíritu con el mayor sosiego, dejando en la muy apacible tranquilidad de su preciosa muerte otro testimonio más de que ella habia sido el medio de conseguir el precio de las virtudes de su muy preciosa y ejemplar vida. No se sabe el dia fijo en que su fallecimiento aconteció; pero hubo de ser en los últimos dias de Diciembre de 1600, por lo que su memoria se recuerda el dia 29 de dicho mes, y se recuerda por toda la Orden Franciscana, que se ha creido con razon obligada á tributar un homenaje de reconocimiento á este esclarecido varon que con sus ejemplos admirables de perfeccion, y con su carácter benignísimo, atrajo á todos los religiosos á quienes trató á la más exacta observancia, hizo que todos los fieles á quienes alcanzó el eco de su autorizada voz, la oyesen y respondieran á ella con las pruebas más inequívocas de un sincero arrepentimiento; tomó venganza de sus culpas con una rigorosísima penitencia; se unió á su Dios por una altísima contemplacion; formó de sí el más bajo concepto con humildad profundísima; fué en fin celoso sacerdote, perfecto religioso, distinguido prelado, sabio maestro y verdadero y muy querido siervo de Dios. —G. R.

PEDRO de la Cadireta (Beato). Pedro de la Cadireta ó Cadrieta, como algunos le llaman, fué originario de una de las más distinguidas familias de Navarra, y renunció á cuantas halagüeñas esperanzas podia ofrecerle su casa y familia, para consagrarse al servicio de Dios como hijo del gran patriarca Santo Domingo, comprendiendo nuestro Cadireta, de una manera indudable si se atiende á su conducta, que la sola felicidad de la criatura consiste en el servicio de Dios, para procurar el cual se esforzaba con todo ahinco. No fué notable solamente por su piedad ó si se quiere por este rasgo de abnegacion con que comenzó su carrera de predicador, sino que se hizo

mucho más notable aún por sus conocimientos y por la aplicacion que de ellos hizo con constante celo en favor de la Iglesia y de su acreditada Orden. Estudió en ella el árabe; de manera que podia entenderse perfectamente con los sarracenos, y este fué un medio de que se valió para ponerse en disposicion de enseñar el Evangelio á los muchísimos sarracenos que invadian á España; y que con el medio tan adecuado de encontrar quien les entendiera y se hiciese entender, dió por resultado el que muchos, conociendo su error lo depusieran, y en esta solemne confesion de la verdad, diesen á Dios la gloria que el respetable Padre buscaba siempre en todas sus acciones. Con tan excelentes prendas y acreditado por ellas de la manera que era consiguiente, fué nombrado por el rey D. Pedro de Aragon inquisidor general en sus reinos y señoríos, siendo notable se le diese este cargo tan ámplio, porque hasta entónces habian todos los señores venido ejerciéndole solo en una determinada ciudad, ó á lo sumo en algunas que no teniendo gran importancia estaban muy próximas. A Pedro no se le limitó, y esto era consecuencia de su nombramiento, el ejercicio de su cargo, y se le dieron por parte del monarca y de los prelados las más ámplias facultades, en la seguridad de que no habria de abusar de ellas, pues en todos era notoria su gran prudencia y las demás favorables circunstancias de que estaba adornado. Y con efecto, fué acertadísima la eleccion, pues no dejándose nunca llevar de respetos humanos, y entendiendo no solo en teoría sino en la práctica, que ni hay ni puede haber cosa mejor que el cumplimiento de nuestro deber, así como el que para el desempeño de este no debe repararse en obstáculos de ninguna especie y mucho ménos en los que pudieran ofrecerse por atender á la índole de las personas; él con intrepidez y con fundada razon siempre, despues de haber enseñado y amonestado, y adoptados sin éxito los medios todos que podia poner en práctica el más cariñoso padre, dejaba caer el rigor de su castigo sobre aquellos que lo merecian, y no habia por su parte consideracion alguna ni á las personas en quienes tenia que ejercerse su rigor, ni á las muchísimas que atravesaban, digámoslo así, sus influencias para evitar los golpes, alguna vez duros, con que precisamente tenia que dejarse sentir. — Muchísimos ejemplares podrian citarse de esta conveniente firmeza evangélica, que no atrajo á Pedro las más vivas simpatías de parte de los que tenian que experimentar los efectos de su rigidez; pero tampoco esto era un medio de doblegarle, pues conociendo que su único interés estaba en el cielo, eran para él altamente despreciables cuantas cosas le abstraian del cielo; así que al participarle en una ocasion que el conde de Castel Boat y su hija habian visto con singular desagrado el que no tuviera atencion alguna con ellos, y por estar adheridos á opiniones contrarias al dogma católico les habia lanzado la excomunion y privado de sepul-

tura eclesiástica, si en tal estado los pillaba la muerte, no hizo el siervo de Dios sino manifestar al que se lo decia lo sensible que era se dudase de su firmeza ni áun por un momento, mucho más cuando al lado del desagrado de aquellos príncipes temporales en que incurrió, habria estado el desagrado y responsabilidad en la presencia del Señor, que habria contraido indudablemente si no hubiese cumplido con lo que exigia su deber. De esta conducta tan conforme á lo que significa y supone el importante cargo que tenia sobre sí, se desprende naturalmente el grande aprecio y respeto en que le tendrian todos los que estimando en lo que se merece la fe y apreciando este don singular de Dios, de permitir que por este medio lleguen las criaturas á aproximarse á su augusta grandeza, veian en el inquisidor general un verdadero hombre de Dios. De igual manera se comprende el vivo sentimiento que en el monarca que tuvo el gran acierto de nombrarle produciria el que Pedro renunciára formal y repetidamente su cargo, no para quedar ocioso y sin otro cuidado que el de su propia santificacion, sino para emprender otra obra tambien muy útil, muy provechosa para el comun de los fieles. Efectivamente, despues de repetidas instancias, alegando razones que hubieron de satisfacer al monarca y al pontífice, Pedro de la Cadireta dejó de ser inquisidor, y volvió en el seno de su Orden á dar á sus hermanos los ejemplos grandes de heróicas virtudes con que hasta entónces los habia ilustrado. El designio de la Orden en traerle de nuevo á su seno, fué el encomendar á su cuidado, como en efecto lo hicieron, el establecer y fomentar la casa de religiosos dominicos, que se iba á fundar en Urgel, donde hacia gran falta, pues todos los dias y á toda hora llegaban herejes y moros, que atraian á los incautos habitantes de aquella poblacion, que hubiera sufrido mucho en órden á su creencia, si no hubiese tenido el eficaz auxilio de los hijos de Santo Domingo que estableciera nuestro P. Pedro, y que con el ejemplo y con la palabra les animaban á la práctica de las virtudes, único medio de buscar y hallar felicidad para el espíritu. Despues que hubo vencido todos los obstáculos que se oponen siempre á la obra de la propagacion de la fe, y cuando la mayor parte de aquellas gentes estaban complacidísimas en tener quien les diese el pasto de la palabra divina, quien les indicára el camino de la verdadera dicha, quien en fin les hiciese ver que todo debe referirse á Dios, si es que ha de producirnos algun resultado; y cuando en la parte interior del convento ejercia con más éxito los buenos oficios de prior que, sea dicho de paso, no sabia revestirse de dignidad sino para el bien de sus hermanos; cuando todo estaba, digámoslo así, en calma y una envidiable tranquilidad parecia augurar la estabilidad del pueblo en el camino del bien, la prosperidad del convento no en lo material, sino en lo útil, es decir, en que los PP. Predicadores trabajaban en la viña de Dios, pero sacaban fruto,

un incidente inesperado vino á llenar de horror al pueblo fiel, que veia los grandes merecimientos del P. Prior y la inícua conducta que con él observaron, á llenar de sentimiento y áun de desconfianza hasta cierto punto á los religiosos que eran sus compañeros, y á nuestro piadosísimo Padre le llenó de consuelo y de alegría, porque le aseguraba la posesion inamisible de su Dios. Salia el Padre de su convento sin el menor rezelo, como no rezela nunca quien tiene la tranquilidad de espíritu que podia tener y tenia nuestro héroe, sin otra razon que la conciencia de sus buenas obras, cuando una piedra asestada por los perversos herejes, que veian en Pedro de la Cadireta la rémora para que su error se propalase, vino á herir su frente, y tras esta otra y otras, que pillándole sin defensa alguna, acabaron con aquella preciosa vida material para que comenzára la eterna, el dia 19 de Julio del año 1277. Grande fué el sentimiento que la pérdida de este gran hombre produjo en todo Urgel; pero luego que la mente de los fieles se fijó en que él habia pasado á mejor vida, y luego que el Señor comenzó á hacer glorioso su sepulcro por la multitud de milagros que en él se verificaban, se cambió, por decirlo así, el sentimiento de los admiradores de Pedro, y vino á ser sustituido por una ansia muy viva de poseer alguna cosa del finado, ó de rendirle un homenaje especial de veneracion y respeto, por lo cual su nombre comenzó á volar, y con él la fama de sus buenas acciones, y ya se le hizo enterrar con cierto decoro y luego se trasladaron sus huesos á una caja magnífica, colocándose esta en un túmulo tambien suntuoso. Hiciéronse las canónicas y procedentes averiguaciones acerca de las virtudes con que la fama le aclamaba, y de ellas resultó que la fama publicaba la verdad, que las virtudes eran en grado heróico, y que la Iglesia y la órden de Sto. Domingo lograrian los efectos de una proteccion especial, porque el siervo de Dios Pedro de la Cadireta debia ser colocado, y desde entónces lo era, por el vicario de Cristo en la tierra en el precioso número de los beatos, siendo universal su recuerdo en la Orden, á que dió tanto lustre, el mismo dia aniversario de su preciosa muerte. Desde luego se veneró con entusiasmo á este esclarecido siervo de Dios; y algunos historiadores, que imparcialmente han examinado sus actos, no han vacilado un punto en consignar en luminosos escritos que ha de llegar un dia en que será colocado en el supremo rango de los santos.—G. R.

PEDRO Calderon (V. P. Fr.). El colegio de S. Pedro y S. Pablo de Alcalá ha dado á la Religion Seráfica varones insignes en santidad y literatura, y si entre ellos merece mencionarse alguno, es sin disputa el V. P. Fr. Pedro Calderon, pues que á su mucho aprovechamiento en las artes liberales y ciencias teológicas, agregó una aplicacion suma á la ciencia que da verdadero premio, á la ciencia que enseñando el temor y amor divino,

enseña los caminos de dicha y ventura, pero dicha y ventura perdurable. Señalar los rasgos de virtud sublime, heróica con que se acreditó desde los primeros dias de su noviciado y profesion, sería empresa muy árdua, porque como su humildad era profundísima, esta le proporcionaba medios de ocultar todas sus buenas obras, de manera que solo los superiores las sabian, no vislumbrando los demás sino un recogimiento, y estar concentrado en sí mismo, que no les era nada notable, porque lo creian hijo de su carácter especial, siendo por el contrario un verdadero triunfo de su genio, pues este era festivo y alegre sobre manera, así como dotado de una extraordinaria agudeza de imaginacion, que por la represion en que la contuvo no se dejó notar, como hubiese podido, haciéndole brillar mucho más que otros ingenios. Fué guardian del convento de S. Diego de Alcalá, y ántes habia sido lector, distinguiéndose en uno y otro cargo por el esmero con que los desempeñó, tratando siempre de alentar á todos sus súbditos y discípulos al cumplimiento de su deber, como única manera de corresponder á los designios beneficentísimos que Dios se habia propuesto acerca de cada uno de ellos. Luego que por los años de sus importantes servicios obtuvo la jubilacion que la Orden concedia como premio y para descanso de los que en provecho de ella se habian esmerado, en lugar de tomar el descanso á que se habia hecho acreedor, se retiró al desierto del Castañar, donde sin ocuparse en otra cosa que en alabar á Dios, y en satisfacer con crueles penitencias sus ligeras imperfecciones, acumulando así tesoros inmensos de estraordinarios merecimientos, en elevar su espíritu á Dios por ferviente y continua oracion, en la cual recibia grandes consuelos, y por ella estableció una estrechísima union con su Dios, que anticipándole, digámoslo así, la gloria, le hizo disfrutar en la quietud de su espíritu el goce de su posesion á que le llevó desde lo más rigoroso de este lugar de penitencia que escogió el siervo del Señor para consagrar á Dios en los últimos dias de su vida el fruto de las buenas obras de toda ella. Su memoria se conserva gloriosa, y sus heróicas virtudes han hecho que Fr. Pedro Calderon sea reputado venerable, y declarado como tal por la Iglesia, columna infalible de verdad, y que en la declaracion de estas preeminencias de sus hijos, no hace sino anticipar el juicio que un dia ha de pronunciar Dios ante la faz del universo entero. — G. R.

PEDRO del Campo (Fr.). Fué natural de Solórzano en la Rioja, y desde jóven tuvo decidida inclinacion al estado religioso, al cual le llamó Dios, pero quiso acrisolarle desde luego con permitir que sus dos primeras tentativas para este estado perfectísimo le saliesen frustradas, pues fué desechado por los PP. del convento de S. Francisco de Navarrete, sin más pretexto que el decirle lo dejára para más adelante. Ocurriósele la idea de visi-

tar á la Vírgen Santísima en su santuario de Monserrat, y llevó á cabo su idea con gran fervor, llenándose de admiracion al ver aquel santuario y sus cercanias, y consultando con el Padre con que se confesó, si sería agradable á la Vírgen Santísima el que él se quedase allí en su augusta compañía, supo por inspiracion divina que la Madre de Dios se complacia en que fuese religioso en la Orden más pobre y estrecha de la Iglesia, por lo cual escogió la del Seráfico patriarca S. Francisco, y la casa de Sta. María de Jesus en la ciudad de Barcelona. Allí fué con profundísima humildad á presencia de los superiores, y con muy repetidas instancias les pidió el santo hábito, que le concedieron despues de cerciorarse de sus bellísimas disposiciones para este estado. Natural era que un hombre á quien Dios escogia para su servicio, tuviese muchas y terribles tentaciones de parte del enemigo comun de las almas, y no es extraño tampoco que la primera y más sostenida que le presentó, fuese el hacerle salir del convento por decirle el enemigo que no servia ni él para la religion, ni la religion para él, mas el siervo de Dios ponia en este señor toda su mira; de suerte que cuando hacia aquellas obras en que la obediencia le ocupaba, las hacia por Dios y para Dios, resultando de aquí que el enemigo no tuvo otro remedio que el dejarle, porque vió que era imposible vencerle. Antes él se vencia á sí mismo domando sus carnes con rigores, penitencias de disciplina, cilicios, ayunos, sueño muy escaso y sobre duras tablas, vestido muy áspero y no más de uno, y agregando á todo esto una obediencia ciega á las disposiciones de todos, sin examinar nunca ni el porqué, ni la dificultad de los preceptos, sino yendo á ejecutarlos como si fuesen lo más adecuado á su voluntad, y sin reparar en las dificultades que á ellos podrian ser consiguientes. Por este camino subió en breve á la altísima contemplacion, en la cual el Señor le regaló con extraordinarísimos favores, dejándose ver muchas veces de sus hermanos arrobado en éxtasis, no solo en el coro y en presencia del Santísimo Sacramento, que esto era frecuentísimo, sino tambien en el refectorio, en los claustros ó en la cocina, donde estaba haciendo lo que le mandaban. En órden á la virtud de la pobreza, fueron tantos los ejemplos que de amor á ella nos dió el H. Pedro, que no hay manera de referirlos, porque siempre se cree con fundamento que son más esclarecidos aquellos que se omiten, que no los que se refieren. Asegúranos de su afecto á esta virtud santa el saber que no tuvo reparo en reprender, aunque caritativamente, á un señor obispo que se hizo levantar en el mismo convento donde estaba Fr. Pedro una celda más suntuosa y conforme á su alta dignidad, diciéndole «que habria de dar á Dios cuenta de las limosnas malgastadas en proporcionar á los frailes pobres viviendas cómodas y suntuosas.» Era su devocion á Cristo Redentor nuestro y á su Madre Santísima tal, que no podia asistir á la presencia de Jesus sacramentado ni

servir en el augusto ministerio de ayudar la santa Misa, sin que al punto se le viese arrebatado en éxtasis, produciéndole estos tal paralizacion, que la mayor parte de los sacerdotes se oponian á que les ayudase la Misa por no tener que esperar muchas veces por largo rato á que cesasen los arrobamientos del privilegiado siervo de Dios. En órden á la Santísima Vírgen era tan grande su afecto á esta Señora y tan tierna su devocion, que á pesar de la rudeza de su ingenio y de no haber estudiado cosa alguna, hablaba con tanto acierto de las virtudes, privilegios y grandezas de la Madre de Dios, que en oirle se embelesaban los más sabios y piadosos, dando á Dios mucha gloria por los favores tan extraordinarios que derramó abundantemente sobre su siervo Pedro. No ménos admirable que en este amor y devocion á Cristo y á su Madre Santísima se nos presenta en la caridad para con los pobres. En ocasion en que estuvo de conventual cerca de Horta, afligió á este pueblo un hambre extraordinario en una época de rigorosísimo invierno. Los naturales del pueblo apénas tenian lo preciso, y los pobres no podian salir á buscar en la caridad de sus hermanos el preciso alimento que habian menester. Pedro proveia su necesidad, á él no le importaba lo rigoroso de la estacion ni lo largo ó molesto del camino que tenia que atravesar; cargado con su olla y con pan iba de casa en casa de los menesterosos, y los socorria, por no poder él resistir, decia, la pena que en un padre causará necesariamente el que su hijo le pida alimento y no tener alimento que dar á su hijo; siendo un verdadero prodigio el que en tiempo de tan gran carestía y escasez no le faltase á Pedro con que satisfacer su ardiente deseo de socorrer á sus hermanos, ántes tuviese todos los dias con tal tino y medida, que para todos alcanzaba con abundancia. Otro rasgo de su caridad siempre creciente, y lo que es más, otra prueba de lo que á Dios complacia este su perfecto desprendimiento. Afligió el hambre á Tarragona, en cuyo convento servia de portero Fr. Pedro; los pobres llegaban á la puerta en gran número, y á todos los socorria: el Guardian reprendió varias veces su desprendimiento, más él no podia contenerse y daba cuanto encontraba á mano, sin pasarle siquiera por la imaginacion que aquello podria hacer falta para la comunidad. Nuevas reprensiones del Guardian, resolucion de éste á quitar de la porteria á Fr. Pedro, y privarle no solo de socorrer á los pobres, sino áun de verlos. Lo realiza, y nuestro buen religioso obedece sumiso, dice en capítulo la culpa que no cometió, y se lamenta en su corazon de que los pobrecitos hubieran perdido aquel auxilio con que el Señor les favorecia. Sin embargo, advierte al P. Guardian que si Su Reverencia no provee de dar limosna, sería posible que toda la comunidad experimentase los efectos de esta su falta de confianza en Dios: no logra que se atiendan sus predicciones, ántes por el contrario, interpretándolas el superior de una manera bastante desfa-

vorable al siervo de Cristo, insiste en su idea de no socorrer á los pobres; mas ¡oh altísimos juicios de Dios! lo que los padres tenian para remediar sus nenecesidades se acaba, los bienhechores de la casa se olvidan un tanto de ella, y los moradores de aquel santo asilo sufren por espacio de tres dias hambre, y hambre que les molesta en gran manera, siendo preciso por permision del Señor que un respetable anciano de la casa viniese al P. Guardian y le manifestára que todo volveria á su estado normal si Fr. Pedro volvia á encargarse de la portería, y si se le permitia dar cuanto quisiese á los pobres; sucediendo efectivamente así, que el dia mismo en que él volvió á encargarse de la portería fué muchísima la limosna que recogieron los demandantes, y muchísimo el consuelo que de nuevo se difundió entre los pobres, pues veian asegurada nuevamente su subsistencia en la caridad de este celoso varon, en quien Dios quiso hacer ver que nunca falta él á quien por su amor da cuanto tiene, áun cuando segun las miras puramente humanas parezca muchas veces va á faltar lo necesario, si esto mismo necesario se da por amor á Dios. No era solo el socorro material en lo que Fr. Pedro se ejercitaba en bien de sus hermanos; él acudia tambien á cumplir con los enfermos en los hospitales y casas particulares todos los ministerios en que podia servirles, é importaba poco que sus enfermedades fuesen ó contagiosas ó de aquellas cuya suma repugnancia parece que desvia; no por esto él se alejaba de sus hermanos, ántes por el contrario tenia la mayor complacencia en asistir á aquellos que se veian más abandonados, á aquellos á cuyas camas nadie se acercaba para consolarlos. Es verdad que el Señor bendecia de un modo pasmoso esta caridad de su escogido siervo, pues le vemos muchas veces venir al lado del pobre, deslizarse su saliva sobre la parte herida y quedar completamente sano, alabando la misericordia de Dios, que por medio de su siervo les hacia tal favor. Otras veces le vemos curarlos con solo hacer sobre ellos la señal de la cruz con su mano derecha; verdad es que esta parte de su cuerpo debia alcanzar una especial predileccion de Dios, siquiera atendamos á la circunstancia de haberse encontrado incorrupta, sana y entera, cuando las demás estaban ya alteradas, en la exhumacion que se hizo de su cuerpo á los nueve años de enterrado. Tambien poseyó espíritu de profecía, siendo conocidas de él las cosas futuras con sus más menudas circunstancias, y manifestadas con gran franqueza, pero sin presuncion alguna, y siempre de modo que versen en Dios en aquellos mismos en cuyo beneficio hacia el Señor sus más distinguidos favores, siendo evitados por su medio grandes males por hacer él clara manifestacion de ellos ántes de que se verificaran, y obligando con la fuerza de sus convincentes palabras á que todos buscasen en el Señor el remedio de sus necesidades, é interponiendo tambien él su poderoso y eficaz valimiento con el

Altísimo para apartar las desgracias y atraer las misericordias sobre todos, áun sobre aquellos que con un espíritu que no sabremos calificar, llevaban su ceguera hasta el extremo de aborrecer á este gran siervo de Dios. Ya hemos dicho que los éxtasis y arrobamientos con que Dios le favorecia eran muy frecuentes y duraban largos ratos, por lo que excitando esto la atencion de los superiores de Fr. Pedro, les hizo notarlos atentamente; pero todo les convenció de ser cosa y don del Señor cuando le veian salir de ellos mucho más humilde que ántes, y siempre confuso de su miseria y pequeñez, le veian ir á confesar sus culpas repetidas veces sin hacer nunca caso de las alabanzas con que propios y extraños le distinguian. Es tambien muy notable que en medio de tan augustos favores como de Dios recibia, nunca tratase de buscar para sí ningun género de distinciones, y que ni por lo avanzado de su edad, ni por los muchos años que llevaba de religion, consintiese en dejar los más viles cargos, ántes los ejerciera con el mismo brio y afan con que los desempeñaba en los dias de su más robusta juventud. Mas todo árbol que nace en el mundo tiene un dia que secarse, y todo lo que vive ha de desaparecer de la faz del mundo: así aconteció á nuestro respetabilísimo Fray Pedro; habia servido á Dios largos años en la vida religiosa, era preciso que Dios le premiase en la eternidad feliz; por esto despues de penosísima enfermedad, recibidos con extraordinario fervor los santos sacramentos, exhortando á sus hermanos á la paz y verdadera é íntima union, á las nueve de la noche del 5 de Enero de 1592 entregó á Dios su espíritu á los noventa y nueve años de edad. Sus hermanos á porfía se apoderaron de los poquísimos y miserables objetos que eran de su uso, y el pueblo con un afan extraordinario acudió á tributar el último homenaje de veneracion y afecto á este distinguido varon, que habia sido padre de los pobres, modelo de las virtudes más sublimes, y cuya fama de santidad se habia difundido por todas partes, ya por sus buenas acciones, ya tambien porque el B. Nicolás Factor habia dicho de él grandes cosas, que se confirmaron con el título de venerable con que le honra la Iglesia. —G. R.

PEDRO de Capella. Nació este célebre personaje en Chapelle, villa de Francia en la Marca de Limosin, de un matrimonio distinguidísimo por su nobleza y por los altos puestos de que gozó hasta el extremo de ser su padre Esteban el gobernador de su pueblo y demarcacion de él. Hizo su carrera el jóven Pedro con muy buenas notas y gran provecho, atrayéndose por consiguiente las simpatías de todos los profesores con quienes estudió, los cuales no desdeñaron su trato, por lo que acreció mucho el estímulo que ya excitára sus primeras explicaciones y sus deferencias en clase, y todas estas cosas reunidas fueron el medio por el cual se tocaron la fibras de su sensibilidad literaria, y se le hizo entrar en deseo de ampliar sus estudios hasta ha-

llarse en ocasion de desempeñar de una manera conveniente el profesorado, lo cual consiguió bien pronto, pues que sus mismos maestros, ya con sus instrucciones, ya guiándole por donde debia encaminarse, lograron en breve que estuviese en estado de regentar una cátedra, como lo hizo con universal aplauso en la universidad literaria de Orleans, donde cursaron con él derecho canónico los que fueron luego más aventajados en esta ciencia, y que esta ciencia la alcanzaron ciertamente ya por los esfuerzos del maestro en ponerles en evidencia cuanto pudiera dar por resultado su aprovechamiento, ya tambien por las fuentes del saber humano que les hacia conocer en los libros de que les decia podian valerse para sus consultas é investigaciones, á fin de conseguir en ellos, como se lo proponia y lo logró en muchos, el que fuesen tan aventajados como era de desear atendiendo á sus buenas disposiciones. Era Pedro al tiempo de conferirle la cátedra de Orleans presidente del cabildo de Eymoutiers, en la diócesis de Limoges, por cuyo motivo como quedaba, digámoslo así, en una situacion que era ménos conforme á su estado, y al propio tiempo era más anómala, más expuesta á un trastorno cualquiera, que no su adscripcion á una iglesia en concepto de prebendado de ella, desplegó toda su influencia para conseguir algun destino eclesiástico, y lo alcanzó en efecto, dándosele un canonicato en la catedral de París. Desde su aparicion en la capital de Francia comenzó á hacerse notable por las buenas condiciones que en él se reunian, pues á una erudicion poco comun agregaba una finura en su trato tal, que cautivaba á cuantos le conocian, y atraia á todos no solo á complacerle, sino hasta á doblegarse á sus exigencias, si sobre ellos queria ejercer ese dominio, del cual no abusó nunca, siquiera esto fuese táctica de su misma moderacion ó efecto de sus convicciones de conveniencia, ó bien porque creyéra más á propósito para la consecucion de sus intentos el demostrar esa abnegacion y desprendimiento que le proporcionaron los más altos puestos, sin duda alguna porque parecia no tener acerca de ellos ninguna especie de aspiracion. Renunciada, pues, su cátedra por la canongía, tuvo buen cuidado de distinguirse en París por su puntualidad en asistir á todos los oficios y ejercicios propios de su ministerio, por su deseo de proporcionar á los fieles cuantos recursos necesitaban en lo espiritual, y tambien aquello que podia en lo material; y todas estas circunstancias á las que agregaba una grandísima moderacion en sus palabras y en sus acciones, y un extraordinario talento con una aplicacion tal, que áun los momentos de ocio los aprovechaba para la lectura, hicieron que el Rey y su Consejo resolvieran encomendarle la importantísima comision de ir á Tolosa, como lo verificó en 1288, para tener allí una conferencia con el abad de Moissac, Bertran, que pretendia exenciones y privilegios que afectaban las régias prerogativas, y con motivo

de la gran influencia de aquellos monjes, exponian la tranquilidad y sosiego del reino, que hubiese sentido mucho las consecuencias de esta insurreccion. El canónigo la contuvo, y se dió tan buena maña para manejar los asuntos, que aquellos mismos que ántes de sù presentacion se habian mostrado más decididamente opuestos á que se diese ningun paso que pudiera conciliar los intereses de unos y de otros, aquellos mismos fueron los que cedieron los primeros á los deseos de Pedro, y se conformaron con cuanto deseaba, lo cual dió por resultado una avenencia pacífica, un estado de completa armonía y de mútua y fraternal correspondencia. No pudo ser más feliz el éxito de la importante comision que se puso á cargo de este eminente canónigo, así que poco despues se le hizo ir á conferenciar con Gil Camelli, de quien obtuvo á su vez los mismos favorables resultados que habia conseguido de Bertran, pues que los resultados obtenidos no lo eran tanto porque obligáse á aquellos con quienes conferenciaba al reconocimiento de una cosa indebida, sino porque sabia dar á la manifestacion de sus razones tal fuerza, precision y claridad, que no habia remedio, era preciso someterse á ellas ó renunciar para siempre á ser considerado como persona sensata, pues á tal término llevaban, repetimos, los bien fundados argumentos de este hombre tan entendido. Si á satisfaccion cumplió su primera comision más á satisfaccion, si cabe, desempeñó la segunda, así que la honra del clero, cuyo individuo era, y la honra del Rey á quien en estas comisiones servia, reclamaban para él una recompensa, que fué el nombrarle obispo de Carcasona, á cuya mitra fué por fallecimiento de otro hombre muy distinguido, el no ménos respetable Pedro Petri, cuyas huellas siguió nuestro Capella, procurando, sin embargo, algunas mejoras que realizó, de tal suerte que sin más que continuar en lo que él estableció, está asegurada la felicidad, quietud y buen gobierno de aquella importante provincia eclesiástica. El fundamento de estabilidad que tuvieron sus reformas, fué que comenzó por dar unos estatutos á los cuales hizo valer cuanto estaba en su posibilidad el que valieran, y quiso por tanto que respetados de todos se cumpliesen, y en su cumplimiento, como que ellos eran la expresion de una profundísima meditacion de todas las necesidades de su diócesis, estribaba, y hoy se apoya todavía, la dicha de esta misma diócesis suya, que fué desde entónces por el gobierno ordenadísimo que estableció su prelado el modelo de todas las demás, y sus sabias prescripciones, cuyos felices resultados se tocaron al punto, se hicieron extensivas á otros muchos obispados. Es de todo punto innecesario decir que el medio de que el prelado se valió para establecer el órden que se propuso, y llamar al debido órden á los que algun tanto relajados cometian acciones abusivas, verdaderamente fatales por el mal ejemplo que daban, y consiguientemente por la gran dificultad que

se ofrecia despues para reparar este mismo mal ejemplo, fué la visita de su diócesis, que hizo con grandísima escrupulosidad, mirando por doquiera los gérmenes del mal, atacando á este en su origen, y señalando á los curas y cabildos el camino por donde habian de marchar, siempre en perfecta armonía no solo con las prescripciones canónicas, de las cuales jamás se apartó ni un ápice, sino con el interés de los pueblos, que casi siempre se concilia con el interés de la Iglesia, y que es al propio tiempo el sólido apoyo de las seguridades de esta, pues tanto más apreciada, respetada y querida será por los pueblos mismos, cuanto éstos vean en todas las tendencias de su Madre comun el deseo de su felicidad, deseo que es el que animó siempre á nuestro adorabilísimo Redentor, y estuvo fijo en su espíritu desde la promesa de la redencion hasta el último dia de los siglos, en que su inexorable juicio decida y termine este su sentimiento. Hasta aquí el celoso ministro de Jesucristo se nos ha presentado como mediador entre Dios y los hombres, ofreciendo á éstos la clara perspectiva de sus deberes, ofreciendo á aquel el sacrificio de expiacion por las imperfecciones, pecados y delitos de los míseros mortales. De aquí en adelante vamos á considerar á este hombre, que sin perder un ápice de su grandeza como sacerdote y prelado dignísimo, era un entendido hombre de estado, que llamado á ventilar importantísimas cuestiones, llamado á decidir acerca de encontrados, pero muy sagrados intereses, sabe conciliar la justicia con la paz, haciendo que sus resoluciones, duras como no podian ménos de serlo para algunos, no exasperen los ánimos, ántes los aquieten, restituyan por este su sosiego la paz á las naciones, que, ó turbadas ya con interiores discordias iban á sufrir sus consecuencias, ó temerosas de estas turbaciones mismas, como que se aprestaban para el combate, temiendo con fundamento que serían sensibles los resultados de sucesos que sin la mediacion de Pedro Capella hubiesen sido fatales para todos sin excepcion de ninguna especie, pues hubiesen experimentado sus tristes consecuencias desde el que ocupaba el trono hasta el miserable que se mantenia de lo que recogia su mano extendida para implorar la caridad. Asistió al desposorio de Constanza, primogénita de Bertran, conde de Foix, y de Margarita de Bearn, con Juan de Levis de Mirepoix, cuyo desposorio se celebró en la sala capitular del convento de los Franciscanos de Carcasona, y en el cual tuvo el Obispo cierta intervencion, porque preveia que este enlace intimaria las relaciones y conciliaria los intereses de dos familias notables y de grande influencia, que por esta misma influencia mútua era necesario caminasen en armonía, y que por todos los medios posibles se buscára y encontrase un lazo que los uniera, como lo fué en efecto este desposorio, gérmen de muchas prosperidades para ambos esposos. Hubo ocasion de aprovechar los grandes conocimientos que en dere-

cho poseia el que con universal aplauso habia enseñado esta ciencia en una de las más acreditadas universidades, y fué cuando por la cesion que en la persona de Felipe *el Hermoso* hizo el obispo de Mompeller Fedrol, se creyó que el rey de Mallorca tenia tambien derecho á esta parte del territorio francés; asunto en que, repetimos, puso en evidencia sus grandes conocimientos en cánones y en derecho comun ó de gentes, y no pudo ménos de declarar la posesion legítima y justa de Francia en este territorio, por ser de poquísima fuerza los fundamentos en que el de Mallorca apoyaba su demanda; y no se crea que esta resolucion produjo la menor desavenencia entre ambos reyes, al contrario, sirvió para estrechar más sus relaciones, pues el de Mallorca se persuadió del derecho del de Francia, y éste se complació mucho en ver cortado, y cortado en muy buenas maneras un incidente que habria sido ocasion de que dos personas muy apreciables, como lo eran ambos soberanos, hubiesen venido á las manos por un asunto que ni siquiera merecia la pena de ocupar la atencion de personas tan distinguidas, mucho ménos el que por él se peleára. Este suceso, pues, fué muy importante, no tanto por lo que hizo sino por las fatales consecuencias que previno, y motivó indudablemente el que las miras de todos se fijáran en el obispo de Carcasona, cuando hubo de designarse un sugeto que arreglára la ejecucion del convenio celebrado entre los reyes Felipe *el Hermoso* de Francia, Jaime de Aragon, Jaime de Mallorca y Cárlos, conde de Valois. El, con efecto, se esforzó para que lo estipulado se llevára á cabo, y consiguió con asombro de todos que todo fuese de tal suerte cumplido, que á ninguno de los cuatro quedase el más mínimo motivo, no digamos de queja, pero ni siquiera de resentimiento, amoldándose todos perfectamente á lo estipulado, y sacando recíprocamente como gracias las ventajas que les eran necesarias para que lo poco de gravoso que habia para cada cual se sobrellevára mejor, y pudiera, por consiguiente, parecer ménos en la ejecucion, bien que en el resultado fuese todo y tan molesto como se propuso en los convenios. Aquí no puede ménos de admirarse el talento de este distinguido prelado, pues necesita ser muy grande su prudencia y su tino para captarse la benevolencia de todos cuando se trata nada ménos que de conciliar los intereses de cuatro estados, en los cuales cada uno se creia merecedor de todo y que los otros tres no tenian más que someterse á él; y resolver, repetimos, esta importante cuestion á satisfaccion de todos es, permítasenos la expresion, una hombrada de las que se ven pocas. Como sus actos públicos, ya en el órden eclesiástico, ya en el órden social, decian tanto en pro de su capacidad, de su buen deseo y de su ardentísimo anhelo por la paz y sosiego de los pueblos, como que éste es sin disputa el medio más adecuado para hacer su felicidad, fijó Bonifacio VIII sus miras en este prelado tan

pacífico cuando le hizo trasladar al obispado de Tolosa, en razon á que en él habia ciertas disensiones entre el poder temporal y el espiritual. Si mucho hizo en favor de Carcasona durante los seis años que fué su prelado, no hizo ménos en Tolosa, donde su sola presentacion aquietó de tal modo los ánimos, que ya no hubo aquellas discordias que anteriormente, y todos comenzaron á poner de su parte para extinguir los antiguos resentimientos, y se extinguieron por fin, y en su tiempo se estableció perfecta armonía entre la Iglesia y el Estado, concediéndose á este las distinciones compatibles con las justas exigencias de aquella, y haciéndose acreedora por su misma condescendencia y por su tolerancia misma, siempre hasta el punto que era debido y nada más, al aprecio y consideracion de los que gobernaban; y en las disensiones del cabildo el tino y el acierto con que el Obispo buscaba hasta encontrarle el motivo de todas ellas, y la energía con que le hacia frente, fueron suficientes á reducir á Tolosa al estado de próspera quietud que el Santo Padre se propuso tuviese cuando nombró obispo de aquella diócesis al muy respetable y sapientísimo Pedro de Capella, que poseia cuantas dotes son necesarias para el gobierno, que tenia cuantas condiciones podian apetecerse para ponerle al frente de una provincia eclesiástica vasta, compuesta en cuanto al clero y á los fieles de personas de saber y capacidad, más difíciles por consiguiente de manejar segun conviene y de convencer; pues que se precian mucho de la superioridad de sus talentos. Era muy justo que quien habia prestado tan importantes servicios á la Iglesia y al estado, recibiera de aquella la suprema dignidad á que pueden llegar sus hijos, y de éste el testimonio del mayor afecto con que es dado distinguir á los que como él estaban investidos del carácter sacerdotal. Así fué que en la presentacion que Francia hizo al soberano pontífice Clemente V, para que tuviese la dignacion de promover al altísimo y encumbrado rango cardenalicio á alguno de los prelados de mayor distincion por sus condiciones, tanto de ciencia como de celo y prudencia, presentó en primer lugar al muy distinguido Sr. Pedro de Capella, obispo de Tolosa, y el soberano pontífice Clemente V, recordando la predileccion con que le habia mirado su antecesor Bonifacio VIII, le promovió al cardenalato en 1305, dándole despues el título de S. Vidal y obteniendo grande estima de este Pontífice sumo, luego que hubo conocido su mérito y valer, siendo ocasion para ello el viaje que hizo á la capital del orbe católico con el justo motivo de recibir el capelo é incorporarse con título al Colegio, que recibiéndole en su seno se honró, porque á la verdad honran hombres de la capacidad y prendas del cardenal obispo de Tolosa, cuyos servicios fueron tan importantes, y á cuyos buenos oficios no podrá nunca mostrarse indiferente la Francia, como no quiera que la caiga encima la fea mancha de la ingratitud más pérfida. El Romano

Pontífice quiso aprovechar algo más las buenas disposiciones del cardenal de S. Vidal, y le confió la importantísima obra de dirigir la conversion á la fe católica de los Templarios, convenciéndolos de su error, atrayéndolos á la confesion de la verdadera fe, y haciéndoles ver, de una parte, los grandes servicios que sus mayores habian prestado á la Iglesia miéntras la habian estado obedientes, y de otra el interés que ellos mismos tenian en cobijarse bajo la proteccion de Dios en este asilo, único en que se puede hallar salvacion en este miserable mundo; y no cabe duda en que los esfuerzos del cardenal Capella hubiesen sido eficaces, y los Templarios acaso habrian reconocido su error, habrian abjurado de él con espontaneidad y hubiesen proporcionado á la Iglesia el gran consuelo que experimenta siempre que se la agregan nuevos hijos; pero la edad del Cardenal, nombrado con este objeto inquisidor general de la fe, era ya bastante avanzada, estaban muy gastadas sus fuerzas, aunque su espíritu era siempre jóven y vigoroso. No pudo, pues, hacer nada, porque en 1312, el dia 16 de Mayo, la muerte cobró de él el tributo que todos le debemos, y con sentimiento general concluyó para siempre el Emmo. Sr. D. Pedro de Capella, cardenal de San Vidal y obispo de Tolosa. —G. R.

PEDRO CARNOTA (Beato). En el siglo XVI y en la Religion Seráfica floreció este insignisimo varon, cuyas heróicas virtudes le hicieron alcanzar el glorioso dictado de beato y un lugar preferente en la patria de los bienaventurados. Desde los primeros años de su edad, y muy particularmente desde los primeros dias de su vocacion al estado religioso, dió inequívocas pruebas de que nuestro Señor le llamaba para tan perfecta Orden; pues fué sumamente humilde, obediente hasta el extremo, si extremo cabe en la práctica de la perfeccion, y desprendido no solo de aquellas cosas que la Orden prohibia poseer á sus indivíduos, como eran oro, plata ú objetos de valor, sino áun de aquellas mismas groseras y permitidas por constituciones, acerca de las cuales tuvo siempre el más completo y ejemplar desprendimiento, pudiéndose decir de él con toda verdad, que buscó en el claustro solo á Dios, y que habiendo hallado en Dios su dicha y felicidad, de ninguna otra cosa se cuidó despues sino de conservar esta union mística y extraña que habia establecido como dueño amado de su vida, toda la cual sacrificaba en su único servicio. No se ocultó á los religiosos que quien tenia tan buenas disposiciones no podia ménos de ser además de excelente religioso particular, como lo acreditaban sus virtudes, muy buen prelado; pues para el desempeño de este importante cargo reunia á la práctica minuciosa de la más rígida observancia, un carácter tan dulce y una persuasion tan íntima, que era cosa imposible oirle sin dejarse arrebatar de su palabra, siempre nérgica, eficaz siempre para llevar al camino del bien, así que á pesar de

la más viva resistencia con que se oponia á aceptar cargo alguno, le fué preciso someterse y aceptar el muy importante de provincial en el reino de Portugal, con el cual le distinguieron desde luego, haciéndole justicia, en considerar como una verdadera adquisicion este nombramiento, pues él comenzaba por dar ejemplo de aquellas mismas cosas que disponia, y no se crea un ejemplo vulgar, que inclinase á la simple obediencia como de una cosa gravosa, sino un ejemplo que involuntariamente llevaba á la perfeccion; pues era preciso ser perfecto si no se queria quedar avergonzado bajo el peso de una acusacion indirecta, que á todos dirigia la ejemplarísima conducta de este religioso, que no varió ni un punto despues que fué superior, pues siempre se le vió descalzo y con una grosera túnica, recorriendo á pie el grande espacio que comprendia la importantísima provincia encomendada á su cuidado. A pesar de lo ocupado de su bien desempeñado cargo, nunca le faltaba tiempo para concurrir con la mayor exactitud á todas las horas y prácticas de la comunidad, y era verdaderamente admirable hallarse con un superior, que por su porte exterior y por su diligencia para prestar á todos los religiosos, y áun á los seglares mismos, toda especie de auxilios, ya espirituales ya materiales, era siempre el primero, gloriándose en ocupar en su casa los oficios más viles y ministerios más bajos, y llegando su profunda humildad hasta el extremo de ayudar á aquellos religiosos, á los cuales conocia él que les costaba trabajo cumplir con ciertos oficios, siendo esta una manera indirecta de hacerles aceptar y desempeñar con gusto su ministerio, pues no hay mejor maestro que el ejemplo, y mucho más cuando no es una vana ostentacion sino la conviccion íntima de un deber, lo que anima á darle tan acabado como le daba nuestro distinguidísimo Provincial. Es indudable que servia de gran provecho á la Orden Seráfica en el cargo de provincial; pero ésta hallando otro sugeto que pudiera relevarle y atendiendo á sus reiteradas protestas, no ya de su inutilidad para el cargo acerca de cuya asercion el mismo desempeño de él hacia ver que esto no era más que muy profunda humildad, sino la repetida manifestacion de sus deseos de retirarse á un lugar, donde ménos ocupado en los afanes consiguientes á tan importante cargo, pudiese intimar más su trato con Dios y gozar las delicias del espíritu á que era tan acreedor, resolvió dejarle en libertad para escoger la casa donde le pareciera, para allí retirarse y pasar sus últimos dias en dar buenos ejemplos á sus hermanos y ayudar á sus prójimos, no solo con sus oraciones y buenas obras, sino con sus consejos siempre acertados y con sus ejemplos muy sublimes, con el desempeño de su sagrado, augusto y venerando ministerio. Eligió el siervo de Dios, por parecerle más tranquila, y que reunia mejores condiciones, la casa de San Antonio, en Lima, y allí se fué á ser útil á sus hermanos, á los fieles y á cuantos necesitaban de su au-

xilio, pues él, incansable como en Portugal, no dejaba el bien de sus hermanos áun cuando para procurarle hubiese de sufrir las mayores molestias. Despues que cumplia con las obligaciones de caridad y de justicia que tenia á su cargo, se ocupaba en labrar un pequeño trozo de huerto de su convento, ayudando al hortelano en el rato que allí estaba, como pudiera hacerlo el religioso más moderno, y teniendo una verdadera satisfaccion en aliviarle en los trabajos más penosos y de mayor molestia. Así pasaba el tiempo, uniendo continuamente su espíritu á su Dios, y así esperaba con paciencia suma el dia en que la muerte segára esta preciosa planta, lo cual sucedió como no podia ménos de ser. Una enfermedad aguda y molestísima vino á poner término á los dias de Pedro Carnota, pero ántes de cobrar en él el tributo que la debe toda la humanidad, permitió el Señor que diera este venerando religioso un nuevo testimonio de sus virtudes, y este fué en la recepcion de los santos sacramentos. Admirada fué su fe, su entereza y su amor de Dios, hasta que acompañado de esta entereza misma exhaló su último suspiro para pasar á la patria de su Dios. Su muerte fué muy sentida, y su sepulcro desde el momento mismo en que se dió sepultura en él á su cadáver, comenzó á hacerse glorioso por los favores que Dios hizo por medio de su siervo Pedro Carnota, cuya memoria, como de beato, se recuerda el dia 11 de Julio cada año. — G. R.

PEDRO DE CASTELLÓ (Beato). Fué este distinguido religioso y santo varon hijo del Seráfico Patriarca; habiendo tomado su santo hábito en uno de los conventos de la provincia de la Concepcion. Promovido á las órdenes sagradas, y viendo los superiores lo mucho que podian prometerse de su ardiente celo, de su incansable constancia y de su singular capacidad, resolvieron mandarle á Ultramar donde pudiera, como en efecto lo fué, ser muy útil para procurar á aquellas buenas gentes la santificacion y adelanto en la verdadera civilizacion, que es el dominio del corazon; pues sabemos que sin esto son débiles todos los esfuerzos, así como esto da un verdadero triunfo sobre todos los demás obstáculos que puedan presentarse en todo órden. Apénas llegó á su destino cuando comenzó por dar á sus hermanos una leccion de humildad, no porque entre ellos no hubiese quienes ejercian en alto grado tan excelente virtud, sino porque venció el P. Pedro ciertos respetos humanos, justos hasta cierto punto, que podian resultar en retraso de la obra á que iban á aquellos remotos paises. El ejemplo á que nos vamos refiriendo, fué que el Padre se puso á la escuela con los niños para aprender el idioma vulgar de Méjico y de algunos otros puntos, coronando Dios con el éxito más completo de lo que podia esperarse esta abnegacion tan completa; pues al paso que los que lo aprendian particularmente tenian que emplear mucho tiempo con no muy grande provecho, el Padre en muy po-

cos meses no solo lo entendia perfectamente, sino que se dejaba entender, llegando en algunos años á poseerlo de manera, que ya se lo enseñaba á los religiosos que iban de Europa. En cuanto estuvo en disposicion de hacerse comprender, comenzó el ejercicio de la predicacion con tal éxito, que es innumerable la muchedumbre de personas que convirtió á la fe de Cristo, bien es verdad que al gran fundamento que por sí tenia ésta en su misma esencial excelencia, habia que agregar que el Padre sabia muy bien tocar á cada cual en su fibra, por decirlo así, más sensible: sabia presentar los consuelos que ofrece la religion á toda especie de tribulaciones y el eficaz medio que es su observancia para llegar á la consecucion de nuestra dicha eterna, imposible sin esta sociedad salvadora; él, en fin, los atraia de tal modo, que por lo ménos conseguian los que le oian una vez el que se excitase en ellos el deseo de continuar oyéndole, y se viesen obligados por la fuerza de sus razones á confesar aquella misma fe acerca de la cual veian tan extraordinarias ventajas. Quiso el Señor que su siervo se acrisolára mediante sufrimientos muy graves y enfermedades muy penosas, padeciendo entre otras la tan aflictiva de que se le quitase la vista; mas como él estaba persuadido de que Dios, que gobierna todas las cosas, no puede encaminarlas sino al fin recto de mayor servicio y mayor gloria, consistiendo ésta en la santificacion de los fieles por cumplir su divina voluntad, no se apuró en manera alguna con su mal; todo al contrario, de la misma suerte que el pacientísimo Job estaba en el muladar lleno de heridas, despreciado y abandonado de todos, el P. Pedro se consideraba en el lecho de su dolor como si allí estuviese gozando de las mayores delicias, porque decia, y esto es exacto, que no hay mayor delicia que cumplir la voluntad del Señor. Tampoco estaba ocioso, pues allí hablaba de Dios á cuantos se le acercaban, enseñaba á los religiosos el idioma del país y oraba, ofreciéndose al Señor víctima de propiciacion por los pecados de todos, y rogando al Señor que si para su gloria convenia el que él padeciese más, no cesáran ni en un punto sus dolores, no se calmasen ni por un instante sus padecimientos, ántes por el contrario se hiciesen más vivos para que así pudieran ser más meritorios. En los dias y áun en los momentos en que la enfermedad que además de la ceguera le afligia, y que era la molestísima de la gota, se lo permitia, áun cuando fuese ayudado por sus hermanos y alguna vez por los mismos indios, se hacia bajar á la iglesia, y poniéndose en el confesonario, estaba largo rato oyendo en penitencia á cuantos se le acercaban, que eran siempre muchos, dándoles saludables consejos, componiendo cuantas discordias y áun disgustos se suscitaban entre ellos, y arreglándoles de manera que caminasen á su perfeccionamiento, y á fundar por consiguiente en la familia, y luego en la sociedad, una familia y una sociedad que llevasen consigo la prosperidad y el bien, que son las consecuencias

legítimas de la práctica de los consejos y preceptos del Evangelio. Todo en él excitaba á compasion y á afecto; por esto muchas veces sin más que su presencia material alcanzaba frutos muy abundantes de vida eterna, pues siendo, como lo era, muy humilde, muy obediente, muy mortificado, y estando siempre conforme con la voluntad del Señor, alentaba á cuantos se acercaban á él, haciendo que fuesen en todo conformes al espíritu y miras que sobre todas las criaturas tiene Cristo Redentor nuestro. La consecuencia de esta conducta tan edificante y ejemplar fué, como no podia ménos, que acreditándose cada vez más sus virtudes y haciéndose por consiguiente con el ejercicio más perfectas, él mismo ansiase ya el término de su peregrinacion, sin embargo de que como buen y fiel discípulo del Señor sabia que no era nunca demasiado lo que el hombre llega á sufrir para alcanzar su eterna ventura, pues esta significa ó importa muchísimo más que todos los padecimientos posibles. Dios, que veia ya cumplidas sus miras acerca de este su siervo, y llena, por decirlo así, la medida de los merecimientos con que queria atraerle á su servicio y hacerle merecer su recompensa, puso fin á los sufrimientos de este siervo suyo el dia 5 de Noviembre de 1567, despues que hubo recibido todos los auxilios con que la Iglesia santa ayuda á sus hijos en el solemne momento de la separacion del alma y el cuerpo, y despues que hubo causado en estos últimos actos tanta edificacion como sus heróicas acciones le habian causado por todo el discurso de su vida, bien es verdad que el Señor parece puso su conato en premiar con la preciosa muerte los méritos y servicios de su siervo Pedro de Castelló. Apénas sucedió su fallecimiento que todos acudieron presurosos á venerarle, y se dió el más claro testimonio del concepto en que le tenian, cuando todos comenzaron á decir: *el Santo, el Santo.* La Iglesia hizo las debidas averiguaciones sobre sus excelentes virtudes, y hallando conforme á lo que la fama propalaba cuanto de él se averiguó, tuvo por conveniente declararle beato, y designar para su memoria el aniversario de su muerte, permitiendo, como es consiguiente, á su Órden el que lo venere públicamente y pueda admitir y ofrecer en su nombre oraciones y demás preces conforme es práctica admitida acerca de todos los beatos.—G. R.

PEDRO DE CASTELNAU. Nació este distinguido varon en Langüedoc, en tiempo de Luis *el Jóven*, y muy pronto se notaron en él los caractéres de elevacion de espíritu y de capacidad grande, lo cual hizo que sus padres le dedicasen desde luego al estudio, poniéndole bajo la direccion de los más hábiles maestros de su época, miéntras fué tiempo de que en las universidades cursára facultad mayor, y de que fijase su atencion decidiéndose á tomar el estado ó carrera á que más inclinado se viera. Su disposicion por una parte, y de otra su inclinacion al estado eclesiástico, le hicieron ali-

cionarse á los estudios teológicos, y más bien al del derecho canónico ó interpretacion de las Sagradas Escrituras, con lo cual pudo hallarse en disposicion de ascender por sus trámites regulares, y con las debidas pruebas, ejercicios y demás hasta el sagrado órden del presbiterado inclusive, en cuya dignidad, que ejerció con celo y desinterés, sin buscar otra cosa que el bien de los fieles, y el que todos caminando hacia Dios encontráran en él su verdadera felicidad y dicha, fué promovido al arcedianato de Maguelone, sin más recomendacion que sus prendas, y desempeñando desde el primer dia su cometido tan á satisfaccion del prelado y cabildo de aquella iglesia, que ya desde entónces mismo eran para él todas las comisiones, por delicadas é importantes que fuesen, cabiéndole la satisfaccion de haberlas desempeñado todas á placer de aquellos mismos que se las confiaron. Bajo estos auspicios, y cumpliendo siempre con toda exactitud los deberes de su augusto ministerio, pasó este varon insigne muchos años de su vida, desempeñando no solo los encargos, informes y consultas de su cabildo y de otras muchas personas que á él acudian bajo la seguridad de encontrar en sus respuestas solucion siempre acertada á sus asuntos, sino el mismo romano pontífice Inocencio III le encomendó muchas veces asuntos de gran trascendencia, á los cuales dió admirable solucion, concordando intereses muy distintos, y llevando todas las cosas por el camino de una conveniente y decorosa tolerancia, al feliz término de un arreglo completo en asuntos que parecia no habian de admitir ningun género de conciliacion. Cómo desempeñára estos cargos, se concibe muy bien sabiendo que todo un Inocencio III se los confiaba, y que en todas las cosas hallaba gran complacencia en obtener su ayuda, poniendo mucho esmero en proponerle siempre para las más importantes dignidades eclesiásticas, cuyos cargos renunció con la más espontánea generosidad, contentándose con la cogulla del Cister, que recibió en la abadía de *Fonte-Frigida*, dos leguas de Narbona, admirando allí á todos, porque su observancia y su celo fueron tan grandes como habian sido sus servicios cuando eclesiástico particular y cuando arcediano de Maguelone. Es muy de admirar que un hombre de su capacidad, y que podia fundar en su mérito algunas justas aspiraciones, renunciára, digámoslo así, á todas ellas, constituyéndose en el oscuro rincon de un claustro desconocido; pero en esto mismo se denota la buena índole de su carácter, el fondo de virtud de su espíritu, sin que esta su abnegacion fuese en manera alguna un obstáculo para que los designios de Dios se cumplieran en él, pues desde su misma ignorada celda, en su humilde estado de monje, podia servir y sirvió con efecto para grandes cosas, solo con ser el designado por Dios para la persecucion y destruccion de los enemigos de la fe, á los cuales conforme á los deseos de su buen dueño, en cuya gloria se interesó

siempre, rebatió con energía, y con esta misma aniquiló, siendo inquisidor general de la fe católica. Sus principales esfuerzos hubieron de ser contra los albigenses, ya por ser en su época cuando estos herejes estaban, por decirlo así, más envalentonados, ya tambien porque el error de estos, que abrazaba cuantas aberraciones se habian ensayado hasta entónces, era mucho más perjudicial que el de cualesquiera otros sectarios, que con ménos pretensiones y ménos apoyo necesariamente tenian que conseguir muchísimos ménos resultados, y destruirse más pronto sus quiméricos proyectos. Es consiguiente al importante cargo de inquisidor que le confió la Santa Sede, un celo á toda prueba, y que no solo su predicacion, sino la controversia pública y privada con los corifeos del error, fueran además de continuas, animadas de todos los recursos que en manos de los adversarios eran armas ofensivas, y en manos del P. Pedro tenian que ser como escudos, que defendiendo la verdad, despuntáran las saetas con que el error asestaba á la robusta encina, que fija una vez en la cima del Gólgota, vivirá para siempre; por esto eran muchísimas las molestias que este varon evangélico tuvo que sufrir para cumplir fielmente su ministerio; y lo que es más, fueron tambien muchísimos los enemigos que se adquirió, bien que él hiciera los mayores esfuerzos, no solo para llevarse bien con todos, sino para atraer á todos al verdadero sendero de rectitud y justicia, haciéndoles comprender sus únicos intereses, y el desvío grande en que acerca de ellos se colocaban cuando haciendo alarde de una superioridad que no tenian, ponian en relieve y despreciaban los dogmas y prescripciones de la Iglesia, queriendo siempre ser ellos y valer más, si posible fuera, que la Iglesia misma, fuente de toda verdad y orígen de toda dicha para la miserable humanidad. Hemos dicho que su celo atrajo grandes enemigos al respetable inquisidor; esto se comprende muy bien conociendo la humana miseria. Es el hombre muy apegado á sus pasiones y vicios, y cuando estos han llegado á dominar su corazon, todo aquel que no halague estas mismas pasiones, todo aquel que no fomente estos mismos vicios, enemigo declarado será del vicioso, que es precisamente lo que aconteció con Pedro de Castelnau. Su voz era autorizada, su palabra hacia eco en el corazon de cuantos le escuchaban; él á todos decia como no podia ménos que la fe católica es la verdad, y todo lo que de ella se aparta es error, mentira, miseria, nada, y esto fué lo suficiente para que los enemigos de esta misma fe tratáran de deshacerse del siervo de Dios, sin reparar en los medios de conseguir su inicuo intento, y sin hacer caso de lo mucho que debian considerarle por los singulares favores que á muchísimos de sus adversarios habia hecho espontáneamente. Como los enemigos de la fe contaban con el apoyo del conde de Tolosa, iniciado como ellos en el error, y por consiguiente reprendido como ellos por el celosísimo

padre cisterciense, á él acudieron para que los libertára de este varon insigne, que les era insufrible porque no se amoldaba á sus exigencias; y el conde creyendo prestar un gran servicio á su ya perdida causa, hizo que se perpetrase el horrendo crímen de asesinar al ministro del Señor en 7 de Marzo de 1208, con cuyo horrible atentado terminó la preciosa vida de este excelente religioso y piadoso eclesiástico, á quien el Santo Padre honró con el dictado de mártir, si bien es cierto que no está escrito en el catálogo de los Santos.—G. R.

PEDRO CATALAUNENSE (Beato). El dia 30 de Octubre se hace en la órden de S. Benito mencion de un varon grande en santidad, tanto que ha conseguido la gloria de ser colocado como beato en los altares, y fué el P. Fr. Pedro Catalaunense, religioso en la santa casa de Claraval. Sus extraordinarias virtudes, su celo evangélico y más que todo su insaciable anhelo por que todas las cosas se dirigieran á Dios y todos los favores se le agradeciesen, hizo que el cielo manifestára con repetidos prodigios lo aceptos que le eran los deseos y designios de este bienaventurado, y en órden á sus hermanos, la fama de sus milagros como el buen olor de sus virtudes los atraia de una manera extraordinaria, de suerte que puede decirse que la declaracion que la Iglesia hizo despues de su dichosa muerte, incluyéndole en el catálogo de los beatos, no fué sino confirmar lo que la fama aseguraba de él durante su preciosa vida, ó más bien podremos decir, y esto será lo más exacto, que sus virtudes y méritos no pudiéndose contener en el estrecho límite de su casa convento, hicieron proclamar á todo el mundo que el P. Pedro Catalaunense por sus virtudes y por los dones de Dios, era beato en su presencia, y protector de los hombres por lo eficaz de su valimiento para con el soberano Señor que le dotó de tales auxilios, que le dió tan grande fidelidad, y que por último le premió con tan preciosa é inestimable corona.—G. R.

PEDRO DE CELLES. Este distinguido varon, cuyo apellido se debe á la primera abadia que desempeñó, y fué la del pequeño lugar de Troyes, que se llama *Moutier la Celles*, floreció en el siglo XII de la Iglesia, y sin que su familia fuese de las primeras de su época, fué, sin embargo, noble y distinguida, no tanto por sus hechos heróicos cuanto por una piedad hereditaria, en la cual parecian fundar todos su más ilustre blason, y á fin de conservar la cual sin la más ligera mancha hacian todos los más nobles esfuerzos, siendo la consecuencia el que todos respetáran mucho á aquellas piadosísimas gentes, cuya gran caridad, exactitud y celo les hacian en verdad muy recomendables y muy apetecible el ser de esta familia. Bajo tan buenos auspicios los principios de nuestro buen Pedro fueron muy cristianos; y como en él se descubriesen desde luego indicios de una gran capacidad, le dedicaron

á los estudios, que hizo en el mismo Troyes, su pueblo, con muy buen aprovechamiento y revelando siempre la idea de ser monje, como lo fué con efecto cuando tuvo edad para ello, tomando la cogulla del gran Padre San Benito en el muy célebre monasterio de S. Martin de los Campos, en cuyo asilo de piedad y virtud se acreció mucho en esta por los repetidos ejemplos que continuamente suministraban sus hermanos; pues es preciso confesar que siempre ha sido la religion de S. Benito fecunda en varones insignes, y en especial en la época á que nos referimos habia en ella lo mejor en ciencias y en virtudes, pues que unas y otras se cultivaban con el mayor esmero, dando por resultado el honor de Dios y el provecho de muchísimos jóvenes, que recibian su educacion moral y literaria en estos asilos de la contemplacion y del saber, donde del verdadero principio científico, que es el temor y amor de Dios, procedia todo el saber consiguiente á tan sólida é importante base, con la cual se busca y halla la prosperidad y vida de las corporaciones y de los estados. Hizo, pues, Pedro su noviciado y profesion, y desde luego agradaron sus prendas de manera que se puso el mayor esmero en hacerle perfeccionarse en las ciencias teológicas y morales, para que fuese útil, ya como maestro en la cátedra, ya como director espiritual en el confesonario, ya tambien como orador sagrado en el púlpito, con cuyos cargos se le hizo poner en evidencia para que una vez á la vista de todos, refluyesen en él las más íntimas simpatías, pues la dulzura de su carácter, la bondadosa condescendencia con que trataba á todos, sin dejar por esto de exigir de cada cual el desempeño cumplido de sus deberes, le hacian tan apreciable, que cuantos por acaso le conocian estimaban en mucho la ocasion que les proporcionaba tal satisfaccion y frecuentaban su trato, para aprovecharse de él en órden al arreglo de su conducta, pues por buena que fuese, siempre encontraba en Pedro de Celles un medio de mejorar, ya por sus consejos, ya por sus ejemplos. En atencion á tan distinguidas prendas, y considerando no los deseos y aspiraciones de este buen monje, que habrian sido el ocupar siempre el ínfimo lugar, sino la conveniencia, buen gobierno y adelanto espiritual de la Orden, ésta le nombró abad de Celles por los años de 1150, habiendo desempeñado este cargo con sumo acierto y con un espíritu enteramente caritativo, que atrayendo á todos á la práctica exactísima de lo que su instituto exigia, los hacia cada dia más perfectos, siendo el resultado de esto el que con gran satisfaccion y sin ningun género de violencia se sujetaban todos al superior, en quien veian revivir aquel espíritu de caridad verdaderamente paternal, aquella tierna solicitud que en beneficio de todos tuvo desde el comienzo de la Orden el distinguido fundador de ella, gloriosísimo Padre S. Benito, y de que desgraciadamente carecieran algunos superiores, que por otra parte eran muy dignos y distinguidos. En conse-

cuencia de esta conducta del abad, el monasterio floreció de nuevo, habiendo cesado algunas pequeñas diferencias que anteriormente mediáran entre los monjes, y la Orden vió con satisfaccion este cambio, que sin violencia de ninguna especie habia hecho en sus subordinados el excelente Abad, cuyos hechos vamos examinando. Como no podia ménos, se advirtió muy luego el buen resultado que diera tal nombramiento; y se advirtió, decimos, allí donde los superiores gobernaban á todo el instituto; y complaciéndose grandemente en haber encontrado en Pedro un sugeto tan adecuado para el importante cargo de superior, y con cuyo gobierno estaban todos tan satisfechos y la corporacion caminaba tan en órden. Despues que hubieron obligado á otro monje respetable á que se encargára de la abadía de Celles, siguiendo en todo y por todo las huellas que trazára el abad Pedro, por ser indudablemente las que conducian al mejoramiento y adelantos de la comunidad, se encargó á éste que gobernára la abadía de S. Remi de Reims, en cuyo cargo se le puso en 1162. Comenzando allí, como en Celles, por exigir la más exacta observancia, y procurando atraer con sus cariñosas amonestaciones á todos al gremio de su comunidad, es decir, procurando extinguir esos partidillos que son la consecuencia legítima de las simpatías que naturalmente excitan unos sugetos en mayor grado que otros, y que sirven ciertamente de obstáculo para que la comunidad adelante en su perfeccion, pues hacen que se fije la atencion en unos sugetos con preferencia á otros, y suelen ocasionar disgustos á los que no son preferidos, lo cual es un destello de nuestra miserable condicion humana. Todas estas cosas las extinguió completamente el nuevo Abad de S. Remi, y para esto se rodeó de los sugetos de unos y otros partidos, y poniéndolos en completa armonía para el buen gobierno del monasterio, consiguió su intento, mediante su prudentísimo celo y su incansable afan por el bien y prosperidad de su casa. La gobernó con acierto hasta el año de 1182, en que fué promovido al importantísimo cargo de obispo de Chartres, en lugar de Juan Silaberi, que hasta entónces ocupó aquella silla episcopal, y cuyo sucesor se esmeró en acreditar como pastor de aquella dilatada grey el celo y desinterés con que habia mirado las mismas dignidades eclesiásticas, á cuyo desempeño se le llamaba, y el afan siempre creciente que por la dicha y ventura de sus súbditos tenia y habia acreditado con sus continuos desvelos, con su ardiente deseo de proporcionarles siempre cuanto pudiera conducir de cualquier modo á su adelantamiento espiritual, á la reforma de sus costumbres, único medio de encaminarlos á su eterna dicha, á la feliz é inseparable posesion de Dios. Comenzó, como era consiguiente, su ministerio pastoral por reunir en torno suyo al clero de su diócesis, hacerles comprender lo mucho que convenia que todos de consuno trabajáran en la reforma del pueblo, para lo cual les

aconsejó la práctica de las virtudes convenientes, y áun necesarias al sacerdote, así como les hizo ver prácticamente cuál debia ser su conducta, poniendo en algunos curatos monjes de su Orden que los rigiesen y gobernáran, con lo que y con su constancia suma en visitar los pueblos, sin exceptuar ni los más infelices, ni aquellos para llegar á los cuales era preciso pasar molestias y vejámenes, á los cuales se amoldaba con tan dulce benignidad, que le parecian connaturales los sufrimientos; tal era el afan que siempre tuvo por la dicha y felicidad espiritual de sus súbditos, á quienes miraba como hijos, siendo espectáculo verdaderamente tierno el que ofrecia el verle rodeado de las personas más pobres del pueblo más miserable, y tan complacido como si estuviese recibiendo á los magnates de la corte que vinieran á rendirle homenaje, en todo lo cual se demuestra que la altísima dignidad episcopal en que fué constituido no le hizo olvidar el espíritu de humildad en que debia vivir quien habia hecho profesion de esta virtud al vestir el santo hábito del patriarca S. Benito. Es imponderable el aprecio con que á este distinguidísimo Obispo miraban todos sus súbditos, desde los indivíduos del cabildo catedral hasta los más insignificantes de la plebe, y esto, por consiguiente, contribuia á que se recibieran con todo respeto y veneracion sus determinaciones y preceptos, y que hubiese cierta emulacion en cumplirlos, con lo cual su gobierno episcopal fué muy próspero, y su muerte, acaecida en 17 de Febrero de 1187, muy sentida de todos, porque perdiendo en él un verdadero prelado, perdian por consiguiente á su padre, á su pastor, á su guia, al que era adecuado objeto de todas sus complacencias. De esta suerte terminó la vida este esclarecido monje, pero su memoria se hizo imperecedera; pues aunque sus buenas acciones no le hubiesen hecho inolvidable, se hubiese sin duda conservado su recuerdo por sus escritos, pues segun el P. D. Ambrosio Januario, de la congregacion de S. Mauro, aunque muchas de sus pastorales y otros escritos no muy largos, es verdad, pero si muy convenientes y eruditos, no se han publicado aún por circunstancias que no examinamos; las impresas en París en 1671 dan una idea del P. Pedro de Celles como aventajado escritor y sabio prelado, así como observantísimo monje, todo lo cual le hace venerable para el concepto de todos é inolvidable para siempre.—G. R.

PEDRO DE CENTELLES (D. Fr.). Fué este excelente obispo de Barcelona notable en todos los acontecimientos de su vida, desde que ella empezó á hacerse pública, digámoslo asi, hasta que terminó felizmente en 1252. Omitiremos las circunstancias de riqueza y distincion que concurrian en sus padres Gilaberto de Centelles y su esposa Saurina, así como su constante propósito de consagrar á su hijo al servicio de Dios en el perfecto estado de ministro de la santa Iglesia; de todo esto, digo, no haremos mencion, pues si

quisiéramos acreditar los piadosos designios de los padres, no tendríamos sino examinar sus fundaciones y donaciones hechas en favor de la iglesia de Barcelona, cuando agregaron á ella como canónigo secular á nuestro D. Pedro, siendo aún muy niño. Examinaremos si los actos de éste, cuando ya tenia el suficiente discernimiento para obrar, despues que hecha su carrera escolástica y dedicado al servicio de Dios en el ministerio del altar, le hallamos como sacrista en la iglesia convento de Sta. Catalina del mismo Barcelona. Muerto D. Berenguer de Palau, se reunieron los canónigos de la santa Iglesia para elegir la persona que pareciera más á propósito para suceder en el gobierno de la diócesis á un sugeto cuyos servicios eminentísimos le hacian tan recomendable, y que habia comenzado en su diócesis planes de gobierno y mejoras en su régimen, que hubiesen sido enteramente inútiles, si su sucesor no hubiera tenido las mismas buenas cualidades que á él le adornaban; por esto la propuesta se redujo á solos dos sugetos en quienes se reunian prendas que á ambos hacian muy recomendables, y desde luego se decidió la eleccion en favor de D. Pedro Centelles, que obtuvo veintidos votos, pero que no quiso consentir en aceptar la dignidad episcopal que se le ofrecia, sin querer manifestar tampoco el motivo de su repulsion á una distincion tan excelente y al propio tiempo tan espontánea, hasta que obligado por el muy reverendo arzobispo de Tarragona D. Pedro Albalat, á éste solo le declaró que tenia pendiente promesa de entrar en la religion de Santo Domingo, y que esto era un grande obstáculo para admitir la singular distincion con que queria favorecerle. Apénas tuvo el Arzobispo noticia de este firme propósito de D. Pedro, escribió al papa Gregorio IX, cuya muerte no se habia aún sabido en Barcelona, y por consiguiente el asunto hubo de sufrir la detencion irremediable de esperar á la eleccion de su sucesor Celestino IV, mas éste tampoco pudo ocuparse del asunto, así que se dejó á la deliberacion del papa Inocencio IV, el cual resolvió que en virtud de las buenas condiciones que en D. Pedro Centelles concurrian y del deseo del clero y del pueblo de que él fuese su pastor, el arzobispo de Tarragona le confirmase; pero que ántes habia de hácer él su profesion religiosa, para cumplir de esta suerte el voto que habia hecho á Dios, y cubrir su responsabilidad tanto el Arzobispo como el Romano Pontífice, los cuales, si bien es cierto que no podian desatender al bien de la Iglesia, tampoco podian privar á un particular de colocarse en el camino más perfecto, á que le llamaba acaso una especial gracia de Dios, para hacerle más acepto á sus ojos. Así que, reunidos en el convento de S. Cucufat el arzobispo D. Pedro Albalat, S. Raimundo de Peñafort y Fr. Ponce de Villanueva, con otros muy pocos de los más distinguidos de la Religion Dominicana, hizo D. Pedro Centelles su solemne profesion, despues de haber recibido el hábito y dispensádole de todas las for-

malidades ordinarias, en gracia de lo extraordinario de su crédito y de lo mucho que en otros ejercicios de su ministerio habia demostrado sus excelentes disposiciones para esta vida verdaderamente perfecta. Luego que él hubo dado cumplimiento á este deseo de su corazon, llamó al capítulo de su iglesia, y haciéndoles saber lo que hasta entónces habia ocultado con el mayor esmero, los amonestó á que le dejasen seguir una vida retirada y oculta, y despues de exhortarles á que fijáran sus miras en otro, les dijo: «que si lo tenian á bien, eligiesen otro, que él siempre los ayudaria en cuanto alcanzasen sus fuerzas.» Pero esta humilde y sincera manifestacion de Fray Pedro no tuvo otro resultado sino el que le aseguráran más y más su beneplácito en tenerle por prelado, y el que haciéndole consagrar ante un numeroso concurso, firmára y jurase su adhesion á la santa metropolitana iglesia de Tarragona el dia 11 de Enero de 1243, desde cuya época le vemos gobernar la iglesia de Barcelona con extraordinario celo y acierto. La primera obra que vemos de su pontificado es la presidencia del sinodo tenido el 1.° de Marzo del mismo año en que fué consagrado y juró. En él ya deja conocer lo exacto que iba á ser en el desempeño de sus deberes; y lo mucho que iba á trabajar para poner su Iglesia y diócesis á la altura conveniente, haciéndola ser modelo de virtudes ántes que centro de riquezas, ó emporio del saber. Para esto comenzó por recordar en aquella misma reunion sinodal los acuerdos y determinaciones que habia tomado el cardenal Sabinense y el sínodo Tarraconense, obligando desde luego á los clérigos al decoro y modestia debida en los adornos y trajes, así como haciéndoles ser fieles observadores de las constituciones, ya apostólicas ya sinodales, en órden á concurrir á espectáculos profanos donde su presencia seria cuando ménos inoportuna. Prohibióles tambien el ejercicio de la abogacía, la caza, juegos, comercio y otras muchas cosas, desplegando gran severidad para con los que se opusieran á sus determinaciones ó se alejasen de sus beneficios, faltando á lo prescrito en órden á la residencia de los mismos. Tambien acerca de los fieles tomó determinaciones importantes, ya obligándolos á cumplir el precepto del ayuno á los diez y ocho años de edad, ya haciéndoles llamar al confesor ántes que al médico en las enfermedades cuyos síntomas fuesen alarmantes, y obligando á los mismos médicos á no asistir sin su consentimiento á aquellos que se resistieran á cumplir sus determinaciones. Muchas otras demostraciones de su celo apostólico quedarian ciertamente consignadas en sus sínodos diocesanos; pero no han llegado á publicarse por no haberse podido saber nada acerca de ellos. Infatigable en el ejercicio de su ministerio dentro de su diócesis, no se excusaba por esto de concurrir á los sínodos provinciales, para ilustrarse en ellos con los conocimientos y luces que difundian los padres allí congregados, y en todos le vemos desempeñar un

importante papel, dejando siempre bien sentada su reputacion, y acreditando en cada cuestion que se suscitaba el grande acierto que en su eleccion habian tenido los que la solicitaron con tanta instancia. Asistió á varios de ellos haciéndose muy notable en el de 1248, en el cual propuso y se aprobó el que de allí en adelante, y miéntras duraba la guerra contra los infieles, se diesen al Rey por todas las iglesias allí congregadas, las vigésimas de cuanto se cobrára, para contribuir de esta suerte á una empresa tan benéfica para la humanidad. Procuraba tambien gracias espirituales é indulgencias para los fieles de su diócesis; así que á él son debidas las que el papa Inocencio IV concedió á la iglesia de Sta. Eulalia. Se halló presente á la donacion que el rey D. Jaime hizo en favor de su hijo D. Pedro de los condados de Barcelona, Tarragona, Gerona y otros, que con las ciudades de Lérida y Tortosa llegan hasta doce, y en el acta de esta cesion misma se firma nuestro distinguido prelado bajo la humildísima denominacion de Fr. Pedro, segun acostumbraba hacerlo en todas las ocasiones en que no era precisamente indispensable hacer constar su alta dignidad, ó se le exigia por obediencia poner sus dictados y la más principal de sus distinciones, en cuyo caso, aunque firmaba Obispo, no dejaba el Fray; pues decia que no dejaba él de ser un inútil hijo de Sto. Domingo, por estar investido de la dignidad episcopal. A su humildad y virtudes debió grandes favores del cielo, y entre otros referiremos el gran consuelo que el Señor le otorgó en permitir que en su tiempo, y casi al acabarse su vida, prestára obediencia á él y á sus sucesores el abad de S. Cucufat, que por mucho tiempo habia pleiteado para confirmarse en una exencion á la que no tenia derecho alguno, y sobre la cual no podian ser los obispos tolerantes, por formarse segun ella una costumbre que hubiera menguado sus prerogativas. Hizo su testamento despues de recibir los sacramentos de la Iglesia y exhortar á los capitulares, que rodeaban su cama, á la union y fraternidad entre ellos mismos, y á que para la eleccion que á su muerte habia de hacerse, buscasen el más idóneo, sin pararse en otra cosa que en lo que mejor les pareciese en la presencia del Señor. Tuvo á su lado siempre, durante su penosa enfermedad, quien le hablára de Dios y le excitase á su amor; y entre estos consoladores sentimientos, en que su piadoso corazon se recreaba grandemente, dió á Dios su espíritu el 28 de Marzo de 1215, habiendo sido digno de la más grata memoria por los beneficios que hizo, por los males que evitó y porque fué verdadero religioso, celosísimo prelado, hombre de probidad, y en fin digno del mayor aprecio. —G. R.

PEDRO Cerdan (S.). Fué natural de [illegible], y aunque su capacidad no era grande, por su aplicacion y sobre todo por sus virtudes, mereció el aprecio de su maestro el esclarecido S. Vicente Ferrer. Acompañóle duran-

te su vida, y despues de su preciosa muerte mostró nuestro ínclito varon el gran fruto que habia sacado de los admirables ejemplos y de las muy acertadas doctrinas de su santo maestro. Comenzó á desempeñar el sagrado ministerio de la predicacion con unas dotes tan altas y con un provecho tan extraordinario, que á todos causaba maravilla el que un hombre que hasta entónces habia sido, si no completamente negado, al ménos bastante rudo é ignorante, hubiese podido en poco tiempo adquirir caudal tan copioso de conocimientos, y una tan gran facilidad para hacerse entender de todos y para dar á todos los oportunos documentos, de tal suerte que parecia que todos y cada uno de sus sermones iban dedicados única y exclusivamente á cada uno de sus oyentes, por muchos que ellos fueran y muy distintos en toda especie de condiciones. Antes de pasar á la inmortalidad el ilustre San Vicente, acometió al P. Pedro una molestísima enfermedad, que agobiándole con recios dolores le impedia moverse y le ponia en completa sujecion, reduciéndole á guardar cama muchas veces por espacio de semanas y áun de meses, siendo este el motivo por el cual en su viaje á Francia no pudo S. Vicente ir acompañado de este siervo de Dios, que restablecido fué despues á buscar á su maestro, y haciendo en Francia prodigios para dilatar la fe y afirmar la caridad en los corazones de todos, permaneció allí hasta que Dios le llamó á evangelizar el mismo pueblo de Graus, donde habia enfermado. Allí vivió dando muestras de su gran celo apostólico, mortificando su carne con rigorosas penitencias, dominando su espíritu y refiriéndole siempre á Dios por la más alta contemplacion, y haciéndose todo para todos con una caridad verdaderamente heróica. De aquí procedia una extraordinaria docilidad con que todos oian sus consejos, un afan verdaderamente anhelante con que buscaban su parecer, y un dominio, que puede decirse absoluto, que ejercia en los ánimos de todos; bien es verdad que esto era como un destello del dominio que sobre la naturaleza le dió Dios cuando le comunicó como un efecto de su extrardinaria caridad para con él el don de hacer milagros. Estos fueron probados canónicamente, unos hechos durante su vida, otros despues de su gloriosa muerte, por lo cual el año de 1574 se trasladó su cadáver desde el lugar de la sacristía, donde la piedad de los fieles, sus contemporáneos, le habia puesto, al túmulo precioso y magnífico, que costeado y dirigido por el muy ilustre Sr. D. Fr. Felipe de Urrias, obispo de Barbastro, existe hasta el dia en una capilla de la iglesia de María Santísima de la Peña, donde se tiene á este siervo de Dios gran devocion.—G. R.

PEDRO de Cerdeña (B.). Muy jóven ingresó este ilustre varon en el monasterio de Benedictinos de S. Miguel de Muran, en Venecia. Hizo su noviciado y profesion bajo buenos auspicios, y los Padres de aquella santa casa tenian en grande estima contarle por su afiliado. El demonio, cuyos deseos

son siempre la ruina de los buenos, se armó contra él y con toda clase de tentaciones trataba de atraerle á su servicio, no pudiendo conseguirlo; pero sí el molestarle grandemente hasta el extremo de obligarle á prometer, con permiso de sus superiores, ir á Tierra Santa á pie y peregrinando, para de esta suerte vencer los rudos ataques con que queria perturbarle. Hizo su viaje todo lo penoso que pudo, caminando muchas leguas descalzo, no evitando los rigores de la estacion y sufriendo, en fin, con entera resignacion cuanto Dios permitió; pero el éxito coronó sus esfuerzos, él se vió libre de su tentacion, y cuando vino á su monasterio venia ya sosegado, y su virtud y santidad comenzaron desde entónces á ser el motivo de edificante admiracion de todos. Fué muy humilde y piadoso, verificándose frecuentísimamente que pasaba las noches en oracion detrás del altar mayor de su convento, teniendo en este ejercicio santo muchísimas consolaciones, y ofreciéndose á la vista de los demás como abrasado serafin, en quien Dios ponia todas sus complacencias, y que era como la defensa y muro inexpugnable que apartaba los males, y como el iman que atraia los bienes, lo cual hasta en lo material se verificaba, pues no una sola vez recibió la comunidad socorros muy abundantes por las súplicas que á Dios hacia Pedro conociendo las necesidades de su casa y lo escaso de medios para que ella misma pudiese remediarlas. En el ejercicio santo de su ministerio, y sobre todo en la celebracion del santo sacrificio de la Misa, era donde nuestro bienaventurado lograba las mayores conquistas para Dios, pues que sus lágrimas, en que se veia mezclado el sentimiento y el amor, arrancaban otras lágrimas á los pecadores, y con estas instaba Pedro á su amado en favor de ellos, y alcanzaban por último su conversion, en la cual se regocijaba grandemente, porque al cabo habia conseguido la mayor gloria de Dios. Obró el Señor por su medio muchísimos milagros, ya en curaciones prodigiosas, ya en hacer que se multiplicáran las cosas de su uso y gasto; y por último, cuando su bendita alma se separó de su cuerpo, y este yerto cadáver fué llevado á la sepultura, hizo el singular prodigio de que un lego de su monasterio, muy enfermo á la sazon, y que con grandes instancias rogó á sus superiores el favor de ser colocado en el duro lecho donde el beato Pedro habia espirado, apénas fué puesto en él, recuperó su perdida salud, y fué á acompañar con himnos de alegría los himnos de súplica que en favor del difunto dirigian sus hermanos. Este y todos los demás milagros obrados por el P. Pedro, así como su vida ejemplar, fueron motivo de que la Iglesia le proclamára beato y asignase para su recuerdo el 31 de Diciembre, por haber él fallecido en tal dia del año 1453. — G. R.

PEDRO el Chantre. Se ignora á punto fijo la patria y año del nacimiento de este personaje, aunque todas las conjeturas hacen presumir que fué na-

tural de París, si bien no puede decirse nada de los antecedentes de su familia, pues ni áun su apellido se descubre, siendo conocido por *el Chantre de París*, sin duda en razon á que obtuvo esta dignidad por los grandes servicios que prestó como eclesiástico particular, y por la gran capacidad y aplicacion con que se hizo notable en los estudios de filosofía, jurisprudencia y teología que hizo con extraordinario aplauso en la muy célebre universidad parisiense á mediados ó ántes del siglo XII, llegando sus méritos literarios á ser tan singulares, que se le confirió la investidura de doctor sin que él lo pretendiera, y como premio de unas conclusiones públicas en que sostuvo á una altura muy elevada la honra de su universidad, defendiendo brillantísimamente los argumentos que le pusieron los más aventajados discípulos de otras escuelas, que concurrieron á París solo por tomar parte en este certámen literario, que fué muy notable en los fastos de aquella célebre academia. La notable superioridad que obtuvo sobre sus compañeros en esta solemne ocasion, hizo que la Universidad le concediera la primera cátedra que estuvo vacante en la facultad de sagrada teología, en razon á ser este el estudio que más le agradó y el más conforme á sus inclinaciones, pues no era á la verdad presuntuoso por su saber, ni se envalentonaba por los triunfos que repetidamente alcanzaba sobre los enemigos de la fe católica y sobre los tibios y negligentes que á él acudian para salir de su fatal estado, sino que mirando él todas estas cosas bajo el prisma de la más sólida piedad y humildad profundísima, en nada se consideraba á sí mismo, toda la gloria la referia á Dios, y la referencia á Dios de todo su mérito daba por resultado el que Dios mismo le colmára de bendiciones, dando fruto sus explicaciones y sermones hasta el extremo de agolparse algunas veces crecidísimo concurso allí donde él predicaba, aparte del sinnúmero de estudiantes que concurrian á su cátedra, en la cual con un interés verdaderamente paternal habia logrado acomodarse de tal modo á las más limitadas capacidades, sin dejar por esto de satisfacer las justas exigencias de los talentos más brillantes, que hacia sus explicaciones de tal suerte que eran comprendidas de todos, sin desdeñar tampoco de repetirlas en favor de aquellos que, á pesar de su claridad, no habian llegado á comprenderle. Esto es todo lo que debe ser un maestro, y esto lo era Pedro *el Chantre*, porque estaba penetrado de que todos sus esfuerzos habian de dirigirse á desempeñar de un modo conveniente su cometido, pues éste y no otro era el intento que Dios en su inefable providencia habia concebido y prevenido acerca de él. Era, sin embargo, consiguiente que en lo extraordinario de su capacidad y con los grandes recursos de su imaginacion deseára que sus servicios se extendiesen más allá del espacio donde su voz podia ser escuchada; era muy justo que pretendiese que sus talentos los disfrutáran las generaciones que habian de seguir-

les; por esto tomó la pluma y escribió algunos opúsculos de mucha utilidad, siendo lo principal de su mérito el haber tratado los asuntos con un gran criterio, sin pasion de ninguna especie ni preocupacion alguna, y siguiendo en todo las opiniones más generalmente admitidas, sin dar en nada motivo de enojo á aquellos que, ó en sus cátedras ó en sus escritos, llevaban distinta opinion, pues todo el esmero de Pedro *el Chantre* se redujo á hacer á todos el bien que pudiera, sin irrogar á nadie, no diremos el menor perjuicio, sino la más leve causa de disgusto y de desazon; y no se crea que esto era en él carácter, nada de eso, fué efecto de su gran estudio sobre sí mismo, que demostrándole á las claras hasta sus más ligeras imperfecciones, le hacia necesariamente trabajar sobre ellas para procurarle la victoria sobre sí mismo, á que reducia todo su anhelo, y que fundaba la esperanza de su correspondencia á las augustísimas gracias que Dios derramó sobre él con la generosidad con que Dios sabe franquear sus favores á aquellos en quienes prevee fiel correspondencia. Pero volviendo á los escritos de este eruditísimo varon, sepamos que salieron de su pluma muchos sermones, que se coleccionaron y que sirvieron por algun tiempo de norma á los que se dedicaban al púlpito en el monasterio donde él fué despues religioso: tres libros acerca de los sacramentos y otro sobre los milagros, en los cuales se deja ver tan profundo teólogo como rigorista filósofo, es decir, que sin desvirtuar en nada la fe como fundamento de toda doctrina católica, da á la razon toda la amplitud necesaria para hacer que en armonía con la revelacion lleve al esclarecimiento de la verdad, y con esta al conocimiento del verdadero bien. Tambien entre los manuscritos de algunas célebres bibliotecas se encuentran muchos comentarios acerca de los sagrados libros, hechos por este varon eminente, y una coleccion de casos de conciencia en cuya resolucion da muestras de gran rectitud de pensamientos, pues sin caer en el extremo de un excesivo rigorismo tiene en todas sus resoluciones muy presentes los principios de equidad y justicia, con los cuales resuelve, atendiendo empero á todas las circunstancias que han podido modificar las acciones ó darlas más ó ménos malicia, resultando por consiguiente de grandísima importancia estos apuntes, que son un compendio de teologia moral muy completo, si bien no está ordenado como corresponde para la enseñanza, y puede considerarse más bien como un prontuario para la práctica que no como un libro de teoría, de cuyas condiciones no participa en manera alguna. No es, sin embargo, ninguna de estas obras la que ha dado á Pedro *el Chantre* la justísima celebridad de que goza como teólogo escritor. Su obra más notable es la que intituló *Verbum abbreviatum.....*, del cual han hecho muchos comentarios los más distinguidos teólogos de los siglos siguientes, siendo lo más precioso de esta obra un tratado sobre los monjes propietarios, en el

cual hace ver con sobrada fuerza de lógica lo improcedente que es el que ellos adquieran bienes materiales, por infringir con esto el voto de pobreza, segun él lo demuestra hasta la evidencia con argumentos contundentes que no tienen vuelta. Tambien escribió otra obrita, titulada *Gramática de los teólogos*, que viene á ser como un resúmen práctico de las reglas que deben observarse en la lectura é interpretacion de las Santas Escrituras, y que fué de tanto más mérito en su época cuanto que entónces no se encontraba la innumerable multitud de aparatos bíblicos que hoy tenemos, y que facilita el estudio y conocimiento de las Santas Escrituras, como en su dia facilitó este conocimiento mismo la obra de que vamos haciendo mérito; obra de mucha erudicion y en la cual dejó vislumbrar el autor el sumo cuidado con que por mucho tiempo se habia él dedicado al importantísimo objeto á que se refirió, y el buen juicio que siempre habia tenido, ya en su doctrina como maestro, ya en sus sermones como eclesiástico, y por fin en sus escritos como publicista de los más notables. A pesar de hallarse muy estimado de todos cuantos le conocian, y muy bienquisto entre sus compañeros de cabildo, tenia su corazon un ansia de retiro, tenia su espíritu un anhelo por la soledad, sin más razon ni motivo que para poder tratar en ella los asuntos concernientes á su eterna felicidad, y asegurar ésta mediante los ejercicios de virtud y de perfeccion; este fué el motivo por el cual despues que lo hubo meditado maduramente y halládolo conforme con sus deseos, se retiró al monasterio de Puente-Largo, entre Compiegne y Soissons, y allí bajo las reglas y constituciones del Císter, pasó el resto de su vida en la oracion y práctica de todas las virtudes de perfeccion cristiana y sólida piedad. Algunos han querido encontrar en esta resolucion del distinguido varon una cosa ménos perfecta, un rasgo de orgullo tal vez, ó el efecto de algun ligero desaire en su cabildo mal sufrido por su parte, y que para no dar ocasion á que se repitiera, tomó este partido; pero todas estas aserciones no tienen fundamento alguno, y si fijamos la atencion en el carácter y antecedentes del *Chantre*, y además miramos la manera con que se portó en el claustro, hallaremos su vocacion decidida y espontánea, su estado por consiguiente perfecto y muy adecuado para llevarle á Dios, único objeto que se propuso. Efectivamente, en medio de un arreglo extraordinario de conciencia, y con una gran exactitud en el desempeño de sus obligaciones y ministerio, obrando no solo para cumplir con sus deberes, sino con el fin de atraer á todos al conocimiento y amor de Dios, y ese fué siempre el blanco de sus aspiraciones, le vemos siempre en la más absoluta abnegacion de sí mismo, le observamos impasible en los disgustos, que son consiguientes á nuestra existencia en este valle de miserias, le hallamos siempre dispuesto á hacer de sí todo lo que Dios quisiera; nobles sentimientos que predecian

su entrega completa y determinada á Dios, su deseo de ponerse enteramente á su servicio, como lo verificó bajo la cogulla cisterciense; y en el monasterio, su retraimiento completo, el oscurecerse hasta el extremo de no aceptar cargo alguno en la Orden por más que para obtenerlos tuviese todas las circunstancias que eran de desear, y su profunda humildad, así como su exactísima observancia, dicen de consumo que no hubo en él otras miras sino el seguir el deseo de su corazon, el abrazar el estado á que Dios le llamaba, y por consiguiente oir y cumplir sus designios, y el querer dar completamente á su Dios los últimos años de su existencia en muy justo reconocimiento de los favores inmensos de que Dios le habia colmado en todo el discurso de su vida. Consiguió efectivamente su intento; pues las obras de la más sólida piedad, el recogimiento y la oracion fueron las prácticas á que se dedicó únicamente en todo el tiempo que vivió en el claustro, y cuando se acercó su muerte, acaecida por los años de 1197, redobló sus esfuerzos para hacerla preciosa á los ojos de Dios, edificando en verdad á cuantos la presenciaron la devocion y anhelo con que recibió los santos sacramentos, la conformidad con que sufrió las molestias con que se termina esta miserable vida, que en Pedro Chantre fué provechosa para todos por su ministerio público, provechosa para él por sus acreditadas virtudes. — G. R.

PEDRO DE LA CHASTRE, arzobispo de Bourges. Fué este célebre personaje el escogido por el Romano Pontífice para que sucediese á Alberic en el arzobispado de Bourges, mas este acontecimiento produjo en Francia muy trascendentales disgustos; pues que enojado el jóven rey Luis porque el Papa habia hecho esta promocion sin contar con él, no quiso dar su *regium exequatur* á la bula ni permitir se le pusiera en posesion, por lo cual el electo pasando á Roma obtuvo la confirmacion del Santo Padre y la consagracion que hizo el mismo Sumo Pontífice, sin otro fin que el de enseñar, digámoslo así, con la práctica que las elecciones no son tan libres á los príncipes seculares que puedan recusar á algunos que mande el Santo Padre, así como á su vez puedan exigir hasta cierto punto la confirmacion de sus elegidos, ó por lo ménos exponer causa fundada para no admitirlos. Trabóse, como hemos dicho, cuestion sobre este particular, y tomó tan gigantescas proporciones que por la tenacidad de ambas partes fué necesario que el Santo Padre impusiera entredicho y cesacion de todo culto en los lugares donde se habia prohibido la entrada al legítimo prelado. El conde de Champagne, que era poseedor de cuantiosos bienes en Berri, tomó á su cargo la defensa del Arzobispo, y se puso como es consiguiente contra el Rey, lo que hizo que éste le declarára la guerra, en la cual el éxito todo fué favorable á la empresa del Conde, pues los pueblos y los señores de ellos, conociendo la in-

justicia de la pretension del Rey, se unieron al Conde, y defendieron los derechos del Obispo, en favor del cual escribió á Inocencio el gran P. San Bernardo, diciendo al Papa todo lo que habia hecho en su favor el grande y benéfico conde de Champagne, lo cual dió por resultado que el Papa lanzase sus censuras contra el conde de Vermandois, y mandára para hacerlas efectivas á su legado Ivo, canónigo de S. Victor, el cual no pudo ejercer su comision, porque á instancias del mismo conde de Champagne, y á ruegos tambien de S. Bernardo, determinó el Santo Padre dar una nueva tregua al de Vermandois, durante la cual S. Bernardo escribió con energía al Conde, y pudo hacer que con mucho trabajo, y cediendo en parte el Romano Pontífice, que condescendió con llevar á su lado al Obispo luego que fuese reconocido por el Conde, el reconocimiento se verificára; y una vez declarado el derecho del Santo Padre para poner obispos y ministros cómo y donde quiera, y hecha por el obispo Pedro la absolucion de las censuras que el Papa habia impuesto, pasó á Roma, donde desempeñó importantes comisiones y legacías, obteniendo siempre el beneplácito del Sumo Pontífice, y demostrando á las claras cuán acreedor era á las altas consideraciones con que le distinguia. Nada más sabemos de este personaje á quien puede decirse hizo célebre la misma circunstancia de no haber sido elegido con acuerdo del príncipe temporal. Su época fué 1143. — G. R.

PEDRO de Chaves (V. Fr.). Entre los ilustres varones que dejaron admirables ejemplos de virtud en el santuario de nuestra Señora de Monserrat, rica joya que conservada por los monjes benedictinos posee la católica España, fué el P. Pedro de Chaves, varon de acreditada prudencia, de mucha rectitud y moderacion, y dado á la contemplacion de las verdades eternas con tal afan, que en ellas aprendia cuanto habia menester, no solo para gobernarse, sino tambien para aparecer á los ojos de los demás como un perfecto modelo, que fielmente imitado habia de llevar á feliz término. Estas esperanzas fundaron tambien acerca de él los superiores de su órden, que hicieron justicia á su mérito y á su discrecion, cuando al ser enviados á Portugal, en el año de 1500 próximamente, sugetos que pudieran establecer en aquel reino las reformas que se hacian precisas, ó por mejor decir, que redujeran á práctica algunas constituciones que estaban en desuso con perjuicio de la perfeccion de estado á que allí debia aspirarse, y con perjuicio tambien de toda la comunidad y áun de la Orden, nuestro respetable P. Chaves con el no ménos apreciable Fr. Plácido de Villalobos fueron destinados á desempeñar tan importante encargo, haciéndolo tan á satisfaccion de todos, que sus mismos monjes los propusieron, y la Congregacion los confirmó, generales de aquella santa casa, cuyo cargo desempeñaban alternativamente, si bien puede decirse con verdad que los dos eran á la vez los ge-

nerales, pues siendo humildes y desconfiando de sus propias fuerzas, se consultaban mútuamente, y así llevaban la casa con el admirable órden y con la suma exactitud que la hizo en muy breve tiempo colocarse de nuevo en la altura de que habia tenido que decaer por efecto de aquella relajacion que se introdujo, no diremos cómo, pero que fué un dia bastante notable. Fué, pues, grande el mérito que en la presencia de Dios contrajo el V. Pedro Chaves, y su recompensa fué seguramente el que obrando en él la gracia de Dios y haciéndole ser exactísimo en todo, la muerte no fuera para él más que el precioso tránsito de una vida de miserias á una vida de delicias, como es la que hoy goza. Su triunfo nos lo asegura la Iglesia santa, que para excitar á los monjes de S. Benito á que imiten este ilustre modelo, lo ha colocado con razon entre los venerables, declarando solemnemente que lo es, y permitiendo á la Orden su recuerdo el dia 31 de Diciembre, dia en que su nombre se profiere con júbilo y veneracion en todas las casas de la órden de S. Benito.—G. R.

PEDRO de Checa (Fr.). Una inclinacion decidida al estado eclesiástico y una educacion esmerada y conveniente á este alto ministerio, hicieron de D. Pedro un excelente cura en su pueblo natal, Checa, provincia de Sigüenza. Mas no queria Dios santificar á su siervo en esta sola esfera, ó lo que es más exacto, no queria que las virtudes de su fiel servidor quedasen reducidas á la órbita de su pueblo; era preciso que se dejasen ver en un campo cuya dilatacion fuese todo el orbe, y por esto le llamó á adornar como timbre muy precioso á la seráfica religion de Francisco. El medio de que Dios se valió para acabar de decidirle á que abandonase el mundo, siguiera los caminos de Dios y se hiciese más perfecto por la observancia de los tres solemnes votos de obediencia, castidad y pobreza, fué el siguiente. Estaban unos hombres en su presencia jugando á un juego muy lícito y usado en su pueblo, mas una de las suertes fué tan indecisa, que ninguno se atrevia á decidir quién habia ganado. Pidieron testimonio al Sr. Cura; éste se excusó de dar su dictámen, porque hubiera querido poder decir que habian ambos ganado, por evitar al que perdia el disgusto que siempre causa la pérdida; mas hubo al fin de decir lo que era cierto, y entónces el que perdió le lanzó una terrible bofetada, que recibió el Sr. Cura con indecible humildad, sin replicar palabra, haciendo grandes esfuerzos para que no se hiciese cargo alguno al agresor, y protegiendo á su familia, que despues quedó muy pobre, de tal suerte que ni una sola vez escribió á sus hermanos desde el convento que no les recomendase á aquellos infelices, diciendo á todos con el mayor sentimiento que por él nada sentia del mal trato que le habian dado, que en esto no habian hecho sino compararle á Jesucristo, que lo único que tenia en el alma era la ofensa que á Dios habian hecho por ser él ministro de su

adorable Majestad y consagrado á su santo servicio. De este suceso sacó el distinguido sacerdote un completísimo desprecio del mundo, y como se persuadiera de que en el siglo no es posible llegar á la alta perfeccion á que él aspiraba, resolvió y cumplió el ingresar en la religion Seráfica, en la casa de S. Francisco de la ciudad de Huete, obispado de Cuenca, donde tomó el hábito con universal contento en 1563. Desde el dia en que con vestir el tosco sayal se sujetó á la obediencia de sus prelados, fué en ella tan exacto que no cabe manera de explicarlo, llegando hasta á pedir á estos permiso áun para retirarse á descansar y para satisfacer la necesidad de sed y hambre. Era dulcísimo en su trato, muy atento y benigno para con todos, al propio tiempo que para sí mismo tenia una rigidez extraordinaria, como lo demuestran sus sangrientas y muy repetidas disciplinas, los ásperos silicios que rodeaban su cuerpo, el no tomar el preciso descanso sino sobre una estera, y teniendo por cabecera unos libros, y esto no solo cuando estuvo en la religion, en que podia haberlo aprendido con el ejemplo de los demás, sino cuando vivia en el siglo, segun testimonio irrecusable de sus hermanos, quienes dicen era tan reservado, que durmiendo, como lo hacia siempre sobre una dura tabla, descomponia todos los dias la cama de su habitacion para ocultar su estratagema. En órden á la oracion era continuo en el ejercicio de ella, asistia al coro mucho ántes que los demás, muy pocas noches se retiraba despues de maitines hasta la hora de la oracion, y siempre rezaba además del oficio divino el parvo de María Santísima, el de difuntos y el del Dulce Nombre, y todas estas devociones las hacia acompañadas de tantas genuflexiones, postraciones y reverencias, que solo ellas habrian cansado á un espíritu ménos amante de su Dios y ménos deseoso de servirlo que lo que era el muy reverendo Padre y Sr. D. Fr. Pedro de Checa. Por supuesto que desde los primeros dias de su estancia en el convento hicieron los superiores que se dedicára al santo ejercicio de la predicacion y que cumpliese el importante ministerio de oir confesiones, en cuyo ministerio adelantó tanto y ganó tantas almas, que no es posible reducirlo á expresion. La razon es muy obvia: como él estaba en trato muy íntimo con su Dios por el ejercicio de una oracion no interrumpida, el Señor le daba en premio las delicias de su asistencia, y estaban en el confesonario, por decirlo así, Dios y él, y predicaban Dios y él, resultando de aqui que él decia y hacia lo que Dios queria, y Dios se valia de este medio para altísimos, extraordinarios, inefables y provechosísimos designios. En órden á la observancia de sus reglas era muy exacto, y tan extremadamente pobre que nunca tuvo más de un hábito y éste no en muy buen estado, así como nunca quiso en su celda más que su esterita y su poyo de madera por si tenia que confesar á alguno. En este estado de pobreza le acometió la muerte en el convento de S. Francisco de

Caravaca, obispado de Cartagena, siendo muy notable el que no habiendo en el convento los santos óleos, y siendo preciso el buscarlos en el pueblo algo distante, el Señor permitió que tuviese el consuelo de recibir la santa uncion, esperando, digámoslo así, la muerte á que le trajesen tan soberano auxilio. Falleció, pues, recibidos los santos sacramentos, el 18 de Mayo de 1581, demostrándose desde luego la veneracion en que se le tenia por lo grande del concurso del pueblo, que más bien venia á pedir á Dios gracias por su medio, que á encomendarle al Señor como necesitado de sufragios, y la veneracion que desde entónces se le tributa, se acredita por los favores hechos por su mediacion. — G. R.

PEDRO DE CIMA (P.). Fué este esclarecido franciscano uno de los más señalados hijos de su seráfico Patriarca, por reunir en sí á una virtud á toda prueba una ciencia nada vulgar. Instruido en las ciencias profanas con bastante erudicion, y en las sagradas con toda la extension que permitian los adelantos de su época, hacia ánimo de no aprovechar su gran talento sino para lo que la obediencia le preceptuase en debida correspondencia, ó diremos mejor, cumplimiento de lo que prometió en su solemne profesion. Pero como no es del hombre el disponer las cosas, y los sucesos se verifican como á la criatura le parece ménos fácil y áun muchas veces imposible, así Dios ordenó acerca de Pedro de Cima lo que cumplia á los designios de su inefable Providencia. Con efecto, sepultando él en el claustro y en la condicion de lego aquel caudal de ciencia con que el Señor le favoreció, dió lugar á que los superiores, obligándole á subir no solo á la dignidad sacerdotal sino á la importantísima aunque pesada carga de la enseñanza, le quitasen el afecto á los frutos que de ella podia sacar y sacó de hecho, y le dejáran solo el mérito de la obediencia en una cosa tanto más costosa para él, cuanto que neutralizaba completamente los intentos que él se propusiera, pero que no podia ménos de ser como fué, porque de esta suerte llevaba á cabo los siempre adorables designios de Dios. Dejémosle, pues, hacer grandes progresos en las ciencias con la práctica de la enseñanza, no nos fijemos siquiera en que podrán sacar y sacarán con efecto mucho fruto de su doctrina infinitos discípulos que en torno de su cátedra le oirán con afan y sacarán del aula la doble conviccion que llevan consigo las sólidas razones cuando la conducta del que las profiere está en perfecta armonía con ellas mismas, que era exactamente lo que sucedia en Pedro de Cima; y trasladémonos por un momento al interior de la iglesia Elnense en un dia para ella de tribulacion y de pena, porque acababa de perder un prelado muy digno y tenia que darle un sucesor y no podia determinar á quién confiaria tan importante cargo, porque en los que encontraba algun mérito habia al mismo tiempo grandes deméritos, y las circunstancias especiales de aquella silla requerian

el que se la proveyese de un pastor que pudiese cumplir bien el importante cometido que se le iba á confiar. Consultados los religiosos de S. Francisco, más bien por una condescendencia justa, muy justa, que con ellos se tenia que no porque tuvieran derecho de eleccion en aquella iglesia, como algunos han querido asegurar, ellos designaron un sugeto á propósito en quien se reunian ciencia, prudencia, celo, actividad, una dulzura suma y una exactitud extraordinaria, muy enérgico valor para sostener las inmunidades de la Iglesia, y una caridad grande para hacer que los bienes de ella sirvan al alivio de los pobres; un hombre que á primera vista cautivaba, que con su palabra atraia, y en su trato tenia tal halago, que quien una vez y por cualquier circunstancia tenia que verle un dia, le encantaba de modo que anhelaba ocasion de frecuentar sus entrevistas, siempre provechosas, porque éste hombre sabia referirlas siempre á Dios. Fué pues este hombre el P. Pedro de Cima, al cual se le hizo dejar la cátedra para aceptar la mitra y no ocuparse por entónces de la predicacion como misionero para tomar á su cargo el gobierno de una importante diócesis. Vencida la natural repugnancia del siervo de Dios á las honras y distinciones, y constituido aunque rehusándolo en la alta dignidad episcopal, reunió á todos los capitulares de su Iglesia, luego que hubo dirigido la palabra á sus fieles súbditos, y les hizo ver el apoyo que de su parte esperaba para el ejercicio del importante ministerio en que se le constituyera; les manifestó desde luego que sin que su animo fuera causar á nadie la molestia mas mínima, debia advertir que no podia tolerar el menor abuso sin que hiciese caer sobre el que le cometiese la rigorosa maza de las determinaciones de la Iglesia, madre la más cariñosa de sus fieles hijos, pero celosa como ella misma de los derechos que por títulos muy justos la corresponden. Bajo tales auspicios comenzó su gobierno episcopal, en cuyo desempeño no escaseó los medios que creyó á propósito para proporcionar á sus feligreses cuantos auxilios estuviesen en su mano, siendo uno de los que empleó el hacer incesantemente la santa visita, para tocar así las necesidades de sus ovejas, proveer á su remedio y alcanzar para ellas cuantas ventajas fuesen posibles, ya por la buena eleccion de ministros, en lo cual tuvo siempre mucho esmero, ya por la incesante reprension de los vicios, que hacia por enérgicas y muy sentidas pastorales que dirigia á los fieles y que mandaba se leyeran repetidas veces para que todos llegasen á entenderlas. Puede comprenderse muy bien cuán satisfechos estarian sus diocesanos con prelado tan excelente; mas los designios de Dios eran que lo muy provechoso de su gobierno eclesiástico se notára tambien en otra muy importante silla, para lo cual el mismo Dios dispuso las cosas de manera que sus designios se cumpliesen. Era el año de Cristo 1377, y el obispo de Mallorca acababa de pasar á mejor vida. Los mallorquines conocian muy

bien los importantes servicios que Pedro de Cima estaba prestando en la iglesia puesta á su cuidado, y comprendiendo muy bien que todavía podrian ser más provechosos si cabia sus servios en Mallorca por ser su patria, le instaron para que se trasladase allá, y pudieron conseguir el que con la aprobacion del Pontífice viniese á regir y gobernar en lo espiritual á sus paisanos. El dia 7 de Agosto de 1377, fué cuando el sumo pontífice Gregorio XI confirmó la propuesta del capítulo mallorquin, y mandó las bulas á Pedro de Cima, pero hasta los principios del año siguiente no pudo tomar posesion de su cargo, porque hubo de disponer en la diócesis de que salia las cosas de manera que no se volviesen ilusorias las esperanzas que de su provecho habia concebido, ni las determinaciones que habia tomado quedasen sin efecto, pues en este caso habrian sido inútiles completamente todos sus esfuerzos, y como sus determinaciones eran importantisimas y sus esfuerzos se encaminaban al bien, hubiera sido muy sensible el que no hubiesen dado resultado. Vencidos pues estos obstáculos, ó más bien, puestas estas cosas en su verdadero terreno, vino el Obispo á Mallorca en medio del indecible contento de sus paisanos, que haciendo justicia á su mérito y relevantes prendas, se complacian cada vez más en haber tenido tan buena eleccion y daban nuevamente gracias al Soberano Pontífice porque la hubo aprobado tan espontáneamente y áun con tanta satisfaccion por parte de su beatitud. Tomada posesion de su cargo y hechas las primeras manifestaciones de su designio y de la irrevocable decision en que estaba de no pasar por abuso alguno, queriendo sin embargo, usar con los que desgraciadamente infringiesen las leyes de la Iglesia toda la benignidad y dulzura compatibles con los derechos sagrados de la justicia. Entró, despues de haber puesto en órden la parte espiritual, en el arreglo de la parte económica de su diócesis, y en esta parte pudo hacer é hizo aquí grandes cosas, porque contaba con recursos, y todos los utilizó en favor de su misma iglesia, y cuando las necesidades de ésta se vieron completamente satisfechas, proveyó á las de su Orden Seráfica, ayudándola en gran manera ya por la construccion de un convento en una de las poblacioncillas de Menorca, sitio que le pareció muy á propósito, porque allí servian mucho al pueblo dándole el pasto espiritual, ya por costear en gran parte la construccion del convento de S. Francisco, del mismo Mallorca, donde él tenia todas sus delicias, porque decia con toda exactitud que era su casa, y porque las obras y gastos que en estos lugares se hacian refluian en beneficio de sus mismos donantes los mallorquines, en lo cual habia sobre muy buena intencion cierta justicia en esta distribucion misma. En su catedral tambien hizo mucha obra, y áun en la casa palacio del Obispo, diciendo con mucha oportunidad cuando algunos le advertian el cómo aumentó la fábrica de su palacio, cuando él

apénas de una habitacion disfrutaba: «Otro obispo vendrá que no esté obligado como yo á la pobreza, y holgarse ha de encontrar tan bien dispuesta la casa donde debe residir.» Fundó tambien algunas capellanías para que sus cumplidores celebrasen el santo sacrificio de la Misa en las cuatro horas en que pudiesen disfrutar de este beneficio los que tenian necesidad de poder contar con Misa segura en los dias de precepto, para así gobernar los intereses de sus casas, que á nadie es lícito desatender. Era extraordinariamente devoto del Santísimo Sacramento, y por consiguiente cuando la Iglesia nuestra madre recuerda á sus fieles hijos la institucion de tan inefable misterio, el Obispo se llenaba de júbilo, ardia en entusiasmo por esta solemnidad, anhelando con ansia el que todo el pueblo la celebrára; y queriendo que Mallorca fuese el lugar donde se rindiera al augusto Sacramento de la adorable Eucaristía el homenaje más profundo, que Mallorca fuese el lugar donde las funciones de *Corpus*, y sobre todo la procesion, se hiciera con mayor solemnidad, vaciló algun tanto en si construiria una magnífica custodia para todas las procesiones del Señor, ó si dotaria con alguna renta algun decoroso acompañamiento para la solemne procesion del *Corpus Christi*. Se decidió por este segundo extremo, y Dios movió los corazones de los mallorquines á hacer unas andas para el Santísimo, verificándose el año 1386, que fué el primero en que salió la procesion con la solemnidad que requeria la fundacion del Obispo, se estrenó la preciosa custodia con que los mallorquines quisieron demostrar que desean y saben hacer que lo de Dios sea grande, magnífico, y si no cual corresponde á la divinidad, al ménos cual puede la miserable pequeñez del hombre. Solo un año pudo el obispo Pedro ver la solemne procesion que estableciera y las andas que los mallorquines donáran, porque al siguiente ya estaba delicado, no delicado sino enfermo y de bastante peligro, pues que el mal que contrajo en semana santa de 1388 le tuvo en cama más de cuatro meses, durante los cuales sufrió lo que no es decible para acreditar de esta manera su heróica paciencia y su invicto sufrimiento. Rodeaban el lecho del obispo Pedro de Cima los religiosos de su Orden y los señores de su cabildo, y todos conmovidos por sus expresiones y edificados por sus ejemplos, esperaban y sentian el momento de su muerte, si bien anhelaban hasta cierto punto el que llegase el feliz momento de que acabándose los sufrimientos para Pedro de Cima, comenzase la posesion de Dios para no ser nunca interrumpida, pues á tal suerte le hacian acreedor las distinguidas prendas de que estuvo dotado en todos los estados y condiciones, bajo los cuales quiso el Señor que fuera un verdadero modelo donde pudiesen aprender todos, puesto que el esclarecido Pedro de Cima era excelente prelado, ejemplarísimo religioso, sacerdote celoso, y todo, en fin, porque lo es todo aquel que sabe secundar los designios de Dios y seguir su

voluntad, como lo hizo indudablemente el esclarecido siervo de Dios Fray Pedro de Cima, religioso franciscano y distinguidísimo obispo de la iglesia de Mallorca. — G. R.

PEDRO de la Cogulla (Beato). El dia 30 de Octubre celebra la esclarecida órden de S. Benito la buena memoria de su ínclito hijo el P. Pedro de la Cogulla, que fué uno de los ornamentos del monasterio casinense. Pocos son los pormenores que acerca de su vida tenemos, y esto no porque no se escribiera, sino porque por un espíritu de profundísima humildad, siendo superior de su casa, mandó terminantemente que aquellos apuntes que habia formado, porque se lo habia mandado uno de sus superiores, se entregasen al fuego apénas él hubiera fallecido, lo cual se verificó puntualmente, conociendo al momento los que sabian su modo de obrar que esto lo habia hecho por huir del lauro que indudablemente habria conseguido con la noticia de sus heróicas virtudes, pues asegura Bucelino que el solo hecho de ser nombrado abad de tan observante monasterio dice ya mucho en su favor, pues nunca se han tenido en aquella santa casa consideraciones de ninguna especie más que á la virtud y á las buenas prendas, escogiéndose especialmente para las prelacías hombres dotados de prudencia cual requeria el gobierno de esta venerable comunidad, que, numerosísima como era, se componia de sugetos cuyos caractéres eran muy distintos, por lo que era necesario que el superior supliese por todos. Que Pedro de la Cogulla reunió las apetecidas prendas y desempeñó su cargo cual convenia, lo prueban de una manera inequívoca el que fué varias veces reelegido en él, y además el que en el momento mismo de su fallecimiento se extendió por toda la poblacion y el contorno la fama de sus buenas obras, y de público se repetia: *Ha muerto el santo;* por lo que casi al mismo tiempo de su fallecimiento comenzaron las averiguaciones necesarias para esclarecer sus virtudes, las cuales produjeron el favorable resultado de que fuese inscrito su nombre en el catálogo de los beatos.— G. R.

PEDRO de Colle (Beato). Este esclarecido varon, que aunque perteneció al estado secular se hizo digno de que se perpetuára su memoria como hijo del gran patriarca S. Francisco y alumno de su Tercera Orden, es conocido bajo los nombres de Pedro de Colle, que era el suyo verdadero, ó Pedro de Colta, que no sabemos porqué se le aplicó. Cuando el santo Patriarca recorria con tan feliz éxito la provincia de Toscana, fué llamado por Dios al instituto este tan distinguido varon, y el mismo S. Francisco fué quien le dió el cordon y le recibió la profesion como tercero. En tal concepto creyó deber aplicarse á la adquisicion de todas las virtudes y lo logró, dando muy buen ejemplo en sus costumbres y una instruccion muy sólida y cristiana con sus palabras, por lo cual era de todos admirado y tenido en muy justa

veneracion. Esto no engreia su vanidad, ántes por el contrario le hacia confundirse y anonadarse más y más, por lo que cimentándose sus virtudes sobre la más sólida base, que es la humildad, crecian, y crecian rectamente, y sus frutos eran tan sazonados como abundantes. Llegó la época venturosa para él en que Dios le llamó á sí, y fué su muerte como habia sido su vida, toda en conformidad con los designios de Dios, habiéndose admirado cuantos se hallaron presentes de la edificacion, afecto y reverencia con que recibió por última vez los santos Sacramentos de la Iglesia. Acompañado de respetables sacerdotes de su Orden, y alentado con sus oportunas advertentencias, entregó al Criador, de quien la recibiera, su alma, que sin demora pasó á la eterna mansion donde para siempre goza de la presencia de Dios. Apénas se supo su muerte, acudieron presurosos todos los vecinos del contorno hasta donde habia llegado la fama de sus virtudes, y por ellos la solemnidad de su entierro no se hubiese hecho como á un fiel cualesquiera, sino como á un santo; pero á esto no pudieron condescender ni el clero ni los superiores de la Orden. Lo que sí se hizo fué tomar acta de este incidente mismo, y por una legítima consecuencia de lo mucho que significaba é importaba esta espontánea manifestacion de los fieles, hecha, por decirlo así, tan esplícitamente y tan contra lo que ordinariamente ocurre, se mandó que se elevasen á Roma las preces para que desde luego se procediese á la averiguacion de cuanto pudiera afectar á este esclarecido varon y á la justa fama de sus merecimientos. Roma tomó los escrupulosos informes que en tales casos proceden, y como consecuencia de todos ellos no solo declaró heróicas las virtudes de Pedro Colle, sino que le inscribió en el número de los beatos, autorizando á la Orden Seráfica para que el dia 21 de Agosto, aniversario de su muerte, se rece de él y se celebre su festividad como es conveniente á quien obtiene tan elevada gerarquía. Las fiestas que con motivo de esta declaracion se hicieron, demostraron patentemente que el pueblo cristiano se habia vivamente complacido en que el órgano autorizado de verdad sancionase lo que él mismo habia ya dicho acerca del siervo de Dios Pedro de Colle.— G. R.

PEDRO de Colombario. Escasísimas son las noticias que acerca de este personaje nos suministra la historia; sin embargo, de ellas se desprende que fué muy distinguido, pues que sin recomendacion alguna ni de antecedentes de su familia, ni de extraordinarios méritos que hubiese contraido, le vemos despues de una brillantísima carrera y de haber dado muestras de decidida vocacion al estado eclesiástico, abrazar este, pero con entusiasmo, y consagrarse al ejercicio del importantísimo ministerio de la salvacion de las almas, con un ardoroso celo, sin que le agobien las molestias consiguientes á tan importante cometido, buscando siempre ocasiones de favorecer á

los fieles encomendados á su cuidado, y procurando difundir en ellos el espíritu de verdadera caridad de que él estaba animado, sin más interés que el de la gloria de Dios, hallándose enteramente satisfecho cuando veia el adelanto de uno solo en el camino de la virtud, gloriándose en sus trabajos apostólicos cuando veia que la bendicion de Dios se difundia en ellos mediante alguna especial gracia con que el Señor se dignaba favorecerle alguna vez, y que él reconocia vivamente contemplando en cada una de las dignaciones de Dios un testimonio de su inefable bondad, un nuevo motivo para que él se humillára y anonadase en la confesion de su miserable pequeñez, al lado de tan augustas bondades, de tan inefables y señaladas muestras de una predileccion tanto más apreciable cuanto más espontánea de parte del bondadosísimo Señor de quien procedia como procede todo bien. No era posible que en vista de un celo tan constante por la gloria de Dios y de caractéres tan acomodados al importantísimo cargo de pastor en el rebaño de Jesucristo, dejára este bondadosísimo Padre de las misericordias de colocar á su siervo entre los que habian de ayudarle á la importantísima obra de encaminar al cielo las gentes para las cuales el cielo se reconquistó á costa de la muerte del inocente. Así que cuando Pedro lo esperaba ménos, cuando no presumia siquiera que hubiese memoria de aquel arrinconado sacerdote, que no hacia sino cumplir su ministerio y llevar al cielo las almas de los encomendados á su cuidado, se halló sorprendido con su nombramiento para el obispado de Ostia, que desempeñó con celo y edificacion de los fieles, distribuyendo su tiempo en el ejercicio de todos los ministerios convenientes á un pastor celoso, y sacando grande provecho para su grey de sus visitas y del ejercicio de sus sagradas funciones, á las cuales estaba siempre dispuesto, sin reparar nunca ni en las molestias que podian llevar consigo, ni en las contrariedades y contradicciones á que está expuesto quien desea llenar su cometido como corresponde, y como conviene á los que, depositarios y compartícipes del poder de Jesucristo, estan en el mundo para alumbrar las tinieblas del mismo mediante su enseñanza, para reformar al mundo por las virtudes que hagan nacer en el corazon de los mundanos y por todos los demás medios á que Dios les llame, en órden siempre á su mayor gloria y bien de los hombres. Su profunda humildad hubiese acaso hecho que Pedro de Colombario hubiese permanecido olvidado entre los muchos distinguidos prelados de su Iglesia, que no han querido trasmitir siquiera sus nombres á las generaciones venideras; y el trascurso de cinco siglos habria hecho sin duda que su nombre se hubiese perdido por completo. Una circunstancia casual ha hecho que este nombre sea inolvidable, porque junto á él va un grande acontecimiento, porque medió muy directamente el obispo Pedro de Colombario en un suceso de grandísima im-

portancia. En 1346, cuando el emperador Cárlos IV fué coronado en Roma, se designó para que hiciera esta solemnísima ceremonia al obispo de Ostia, y entónces fué cuando se le pudo obligar á salir algun tanto de su acostumbrado recogimiento; entónces cuando quiso hacer ostentacion tambien de su capacidad y de su buen criterio, literatura é inteligencia en los conocimientos humanos, para lo que dió una preciosísima memoria en que refiriendo por menudo todos los acontecimientos que ocurrieron durante la solemnidad y demás fiestas verificadas con tal motivo, hacia tambien ver sus principios en moral y lo que principalmente se propuso, que fué demostrar el carácter y circunstancias de su ministerio, no como una cosa aislada é independiente de tal manera que ningun sentimiento la mueva, sino que la Iglesia se identifica con todos los nobles sentimientos, la Iglesia se hace toda de todos, y un obispo puede bien referir los triunfos de su soberano, siempre que ellos y la atencion de los fieles se refiera á Dios, como hizo el obispo de Ostia, que tan en Dios pensaba cuando hizo esta memoria, que no hubiese consentido nunca que saliera de sus manos, si no la hubiese publicado en su biblioteca de manuscritos el P. Labbé, que quiso por este medio despertar la memoria de aquel venerable prelado, que hasta entónces habia estado oculto, y que puede decirse que despues volvió á ocultarse, pues nada más sabemos de él, siendo esto altamente sensible, sino que correspondiendo las acciones del prelado á las disposiciones del jóven, todos se complacieran grandemente en tenerle por tal, siendo dia de verdadero luto para Ostia el en que falleció su ilustrísimo obispo D. Pedro de Colombario. — G. R.

PEDRO COMES (V. H.). Fué este respetabilísimo hijo de S. Francisco natural de la Seo de Urgel, y recibió el santo hábito y profesion en la célebre casa de Jesus de la ciudad de Barcelona. Su profunda humildad le hizo aceptar la condicion de lego, y en su estado demostró grandísima perfeccion, ya por su anonadamiento, sólido cimiento de todas las demás virtudes, ya tambien por su obediencia ciega y tan puntual, que sí podia se anticipaba á los deseos de sus superiores. Tenia además un gran espíritu de oracion y una aficion tal al recogimiento y soledad, que no solo huia de las conversaciones con los seglares, sino que escaseaba tambien el tenerlas con sus mismos hermanos, á causa, decia y con razon, de que ellas disipan el espíritu, apartan de Dios y llevan por consiguiente al religioso á otra parte de donde debe estar, pues que él no debe ser sino de Dios, en atencion á que á solo Dios escogió por su patrimonio en el dia de sus solemnes votos. Le probó el Señor por medio de las enfermedades, dándole una terrible cuartana que le duró por el largo espacio de diez años, siendo muy de notar que durante este largo periodo no solo no se le oyó ni una vez siquiera prorumpir en quejas ni lamentarse á causa de las molestias consiguientes á su padecimien-

to, sino que siguió ejerciendo á pesar de él el molesto oficio de cocinero, para que le tenia destinado la obediencia, y no dejó ninguna noche de asistir al coro, donde permanecia despues de retirarse la comunidad hasta que por la mañana oia la santa misa y recibia con todo fervor los sacramenmentos de penitencia y eucaristia. Como el siervo de Dios era útil para todos los ministerios que son indispensables en las comunidades, fué trasladado varias veces de una á otra parte, y hallándose en Tarrasa fué mandado por sus superiores á Barcelona para llevar una limosna algo crecida que al convento de Tarrasa legaron para el de Jesus. Este viaje puede decirse que fué providencial, y que era el medio de que Dios quiso valerse para que naciese á la vida eterna este su predilecto siervo en el mismo lugar en que habia nacido á la vida religiosa, y que acabase la carrera de perfeccion de este varon insigne allí donde la habia comenzado en su profesion. Así fué con efecto, llegado apénas á Barcelona se apoderó de él una grave enfermedad en la cual dió nuevas pruebas de su sufrimiento y de su conformidad con la voluntad de Dios, pues tampoco prorumpió en una queja á pesar de las molestias gravisimas que hubo de sufrir. Recibió con muchisimo fervor la sagrada comunion como viático, exhortó á sus hermanos á la perseverancia en la virtud rogándoles su perdon y sus oraciones, y despues de recibida la extremauncion y acompañando á la Iglesia en sus oraciones, dió á Dios su espíritu en el año de 1633, dejando memoria imperecedera de sus grandes virtudes. — G. R.

PEDRO COMPADRE (Beato), confesor, religioso de la órden de Menores. Enviado á España por S. Francisco para llevar á cabo la fundacion de su instituto, murió en Oviedo, y por este motivo se le mira como propio de nuestro pais, que celebra su memoria y virtudes en 15 de Junio. — S. B.

PEDRO DE LA CONCEPCION (Fr.). Fué este distinguido varon natural de Rentería, en Vizcaya, de donde pasó á las Indias acompañando á sus padres, y siendo todavía bastante jóven; allí se dedicó á los estudios, y como la vida del siglo le pareciese incompatible con la inocencia que él creyó ser conveniente para el mejor servicio de Dios, trató de ponerse á cubierto de los ataques de sus enemigos mediante su separacion completa del mundo y su perfecto recogimiento en el claustro. Escogió la órden de Carmelitas y en la casa de Méjico no solo hizo su noviciado y profesion solemne, sino que estudió primero artes y luego teología, pasando á perfeccionarse en esta ciencia á Valladolid de Mechoacan, hasta que por ser necesario en la casa de Santa Ana de Culiacan fué llevado allí como primer lector de la sagrada facultad, siendo segundo el muy distinguido y Rmo. Sr. Fr. Sebastian de Santa María, hombre muy docto y erudito, y adornado de prendas que le hacian altamente apreciable. En sus lecciones procuraba atraerse la atencion

de sus discípulos mediante la buena disposicion que daba á las materias y admirable órden con que presentaba las pruebas y argumentos, y con el fin de legar á la posteridad este útil fruto de sus tareas y desvelos, hizo un precioso trabajo que tituló: *De la naturaleza de las virtudes*, en el cual con toda la delicadeza que exige la mística y con toda la fuerza de razon que pide una lógica, por decirlo así, contundente, demostró su práctica no solo como posible y fácil, sino como dulce, consoladora y llena de atractivos que en ninguna otra cosa pueden, no diré hallarse, mas ni imaginarse siquiera. Pareció conveniente elevar á colegio esta casa de estudios, y desde luego se pensó en poner á su frente al P. Pedro, el cual desempeñó este encargo con el acierto que era consiguiente á su grande aplicacion y extraordinario talento. En el tal colegio puesto á su cuidado y encomendado consiguientemente á su direccion y gobierno, encontró el siervo de Dios manera de cumplir no solo los deberes de maestro de estudios y director de la casa, sino tambien los de pastor de aquella grey, que si bien de un modo enteramente indirecto, habia el Señor puesto bajo su cuidado, y para dirigir la cual no solo empleaba el eficaz medio de la predicacion de la divina palabra, sino que ponia en juego los más adecuados recursos en el confesonario, en cuyo ejercicio se dedicaba con constante asiduidad y con provecho grande de los fieles que á él acudian. No es de extrañar que esta arma que el venerable varon manejaba con tan gran destreza en contra del enemigo comun de los hombres, la hiciese el mismo Satanás volverse, si posible hubiera sido, contra el diestro que la esgrimia; pero se hizo totalmente imposible, pues que Dios tenia un especial cuidado de su siervo, si bien es verdad que algunos disgustos y sinsabores le ocasionó su celo mismo poniéndole en circunstancias en las cuales otros con ménos humildad hubieran caido en el horroroso precipicio de la infidelidad á Dios, perdiendo en ocasiones que parecian muy á propósito para exaltar en cualquiera el mérito que de seguro hubieran tenido su sufrimiento y constante resignacion. Referiré un solo acontecimiento de la vida del P. Pedro en confirmacion de lo bien cimentada que estaba en él la virtud santa de la humildad. Con ocasion de confesarse una señora que sostenia ilícito trato con un mal religioso, tuvo necesidad de despedir á éste, haciéndole ver el lamentable estado en que á ambos ponian estas ilícitas relaciones; él llevó muy á mal que se le despidiera de esta suerte, y revolviendo en su imaginacion qué persona pudiera haber dictado á la señora una resolucion que á él le parecia totalmente extraña, halló no poder ser otra que el P. Pedro, y resolvió darle muchos palos para de esta suerte quedar satisfecho, ya que no le era posible volver á su inícuo é ilícito trato. Para conseguir su inícuo intento, llamó aparte al señor Rector y le dió muchisimos garrotazos, sufriéndolos él no solo con resignacion, sino hasta cierto

punto con gusto, postrándose muy humilde á besar sus pies luego que se hubo satisfecho, y ofreciéndole la absolucion de su censura para que no tuviese que manifestarse á otro, lo cual fué de tanta edificacion para aquel mismo sacerdote criminal, que le arrancó un suspiro de lo profundo de su alma y sirvió para que se resolviese á la completa enmienda de sus costumbres y á buscar en adelante la gloria de Dios mediante la perfecta observancia de los preceptos y consejos que llevan á la vida de union con el Señor y proporcionan la verdadera paz del corazon y sosiego del alma. Consiguiendo tales triunfos seguia en su colegio nuestro respetable Padre, cuando á su Orden pareció conveniente sacarle de este lugar para que ilustrase á otros con sus ejemplos y con su doctrina; así fué que nombrado prior del convento de la Puebla, ejerció este cargo con todo acierto y fué varias veces reelegido en él, viniendo á ser por consecuencia definidor de la Orden y teniéndose siempre en muy mucho aprecio su voto, no por otro motivo, sino porque era un voto enteramente imparcial, que no atendia á ninguna cosa que no fuera el servicio de Dios, y era tan razonado, tan exacto y fundado en tan sólidas bases, que se hacia muy difícil, si no imposible, el destruirle como principio, y el no seguirle como práctica que indudablemente habia de llevar á un resultado feliz del todo. Con estas disposiciones y bien satisfechos todos del tino y acierto con que habia desempeñado los definitorios y prelacias, parecióles conveniente el sublimarle á la importante dignidad de provincial, y le eligieron para ella con extraordinaria complacencia de todos, ménos de él mismo, que no pudiendo avenirse con las relajaciones de la regla, y mucho ménos con las faltas de sus hermanos, tenia precision, como lo hizo, de dedicarse con grande esmero á la correccion de éstos para conseguir la tranquilidad de su espíritu mediante la íntima conviccion de haber hecho cuanto estaba de su parte. No fué mucho el tiempo que pudo ejercer este importante cargo de provincial, pues apénas tomó posesion de él que el Señor le llevó casi repentinamente el año 1630, dejando á todos sumidos en el mayor disgusto; pues que eran muy halagüeñas las esperanzas que acerca de él se habian concebido con razon, y atendiendo á los grandes servicios que habia prestado como simple religioso, como maestro de estudios, como rector del colegio, como prior y como definidor. Mas todos estos servicios fueron, por decirlo así, transitorios en razon á que concluian cuando su vida; no lo fué así el de la fundacion del convento de Queretaro, en cuya empresa tuvo que vencer grandes dificultades, y consiguió por consecuencia extraordinarios y á las veces inesperados triunfo. Sin entrar en detalles acerca de este último pueblo del arzobispado de Méjico, diremos algo, aunque sea muy poco, acerca de los trabajos que sufrió en él el venerable P. Pedro, no por lo que dice relacion á

los religiosos, que todos de muy buen grado obedecian dóciles y se sujetaban sumisos, llevando adelante los intentos de procurar allí este asilo de virtudes, sino de parte de los que conociendo lo mucho que neutralizaria sus intentos, en unos de egoismo y en otros de relajacion, trataban de poner cuantos obstáculos podian á esta empresa civilizadora y grande por lo piadosa y perfecta. Entre los que más guerra hacian al nuevo instituto eran los hijos del gran patriarca S. Francisco, que con un espíritu á la verdad bien contrario al de su fundador, deseaban ser solo ellos quienes pudiesen albergar á los que seguian la virtud, pensando equivocadamente que la providencia del Señor les faltaria si se aumentaba el número de los que de esta misma Providencia debian vivir completamente. El motivo que sirvió de pretexto para que se pusieran los primeros fundamentos de la gran casa de Queretaro fué la canonizacion de Sta. Teresa de Jesus, en cuyo acontecimiento mostró Méjico el mayor júbilo y solemnizó de una manera extraordinaria, tomándola por patrona y protectora de toda aquella parte del mundo, que se glorió mucho en el gran mérito y altas virtudes de esta esposa de Jesucristo. Sacáronse con este motivo las oportunas licencias de las autoridades civiles y el consentimiento de la eclesiástica para la fundacion del convento, y se nombró desde luego al P. Pedro de la Concepcion, para que siendo su primer prior fuera como el fundamento del gran crédito de esta santa casa, atendido á que sus virtudes no podian ménos de alcanzar merecida reputacion. Para evitar una sorpresa á las autoridades que ya habian dado su consentimiento, y que por consiguiente se habian comprometido en favor de la nueva fundacion, se resolvió que ésta se hiciera, por lo pronto, en una casa que cedió el piadosísimo varon Francisco de Medina; y que convertida en oratorio y convento apareció á la faz del pueblo, cuando oyendo tocar una campanita desconocida hallaron con extraordinario júbilo por su parte una casa de Carmelitas en aquel que ellos creian modesto albergue del muy estimado Francisco, y en el cual despues de dicha la santa Misa por el P. Pedro, por ante escribano y con las convenientes formalidades, se les dió ya una existencia canónica y legal. No bastó esto para aquietar los ánimos de los émulos de las glorias del Carmelo, sino que pareció exacerbarlos más, y no solo concitaron á sus mismos partidarios, es decir, á los de su familia religiosa, sino que obligaron tambien á los clérigos seculares y á algunas personas acomodadas del pueblo á mostrarse contrarios á este instituto, llevado allí de nuevo para producir grandes beneficios, pero tambien para quitar el exclusivo dominio que en órden á las conciencias tenian, digámoslo así, los Franciscanos, sin que por esto se quiera indicar que en ellos hubiese ninguna mira contra el bien espiritual de aquellos naturales. Hubo, sin embargo, un suceso que aceleró mucho la resolucion en favor de los Carmelitas de

aquella solapada y terrible guerra que se les venia haciendo; y fué que habiendo mandado un señor de aquel mismo pueblo que se le enterrára en la casa de Carmelitas, el clero se opuso á ello, el P. Pedro en representacion de su casa protestó contra esta tan infundada como ilegal oposicion, hizo ver lo respetable que era la determinacion de un difunto, las pruebas que habia de su verdadero deseo de que fuese allí enterrado y las demás circunstancias que su celo le dictó como conveniente explicar, y logró por último que se declarára lugar acomodado para el enterramiento la casa de Carmelitas, así como el que se les dieran los bienes que en favor de esta nueva fundacion habia legado el muy rico sugeto, por cuyo motivo se suscitó este pleito, que recorriendo todos los trámites legales fué siempre favorable á los Carmelitas, hasta que obtuvo ejecutoria en Febrero de 1615. Entónces ya se aseguró la subsistencia de este convento, y se comenzó la construccion de una nueva casa, todo á expensas de los fieles y bajo la direccion del Padre Fr. Pedro de la Concepcion, el cual despues de haber sido muy útil á su religion en la fundacion de este convento, pasó á desempeñar los demás cargos en que hemos visto se distinguió como hasta ahora, habiéndonos nosotros detenido en decir lo que hemos dicho de esta fundacion por creer que fué lo que más honró á este distinguido varon.—G. R.

PEDRO de Confluencia (Beato). En el monasterio hermendorense, de la órden del gran patriarca S. Benito, floreció un varon insigne en santidad, que se llamó Pedro de Confluencia, el cual á una perfecta y rigidísima observancia de las prescripciones de su regla y constituciones, agregaba una altísima contemplacion y veneracion suma á los misterios profundísimos en que la pasion de Jesucristo abunda, y nutria su espíritu llenándole de una dulzura extraordinaria, que le hacia arrobarse en éxtasis y le proporcionaba los más augustos y casi no interrumpidos consuelos. No podian estos entrañables afectos de amor de Dios quedar reducidos y concentrados á su solo corazon, era preciso difundirlos, para lo cual pidió y obtuvo de sus superiores licencia de pasar á la provincia de Libonia, donde predicó la fe de Cristo con tan buen éxito, que muchos conociendo á este beneficentísimo dueño de las almas, fueron en pos de él por una vida cristiana, y el P. Pedro obtuvo el renombre distinguidísimo de apóstol de aquella comarca; tal fué el éxito de sus apostólicos trabajos. No hay de él más noticias: son estas, sin embargo, más que suficientes para excitar nuestra veneracion y para que al verle comprendido entre los beatos de la ínclita familia cisterciense, alabemos á Dios en él, y poniendo en su mérito nuestra confianza, pidamos al Señor por su mediacion haga surgir en nuestros dias varones que, aunque no nos dejen memoria de sus acciones, puedan inspirarnos confianza en su patrocinio, por ser éste el término feliz á que Dios nuestro Señor ha que-

rido llevarnos, haciendo nacer en su Iglesia varones tan eminentes como el Beato Pedro de Confluencia, cuya memoria no se borrará jamás. — G. R.

PEDRO DE CORBERIA ó DE CORBARIO. Este antipapa, llamado de este modo por ser natural de Corberia, en la diócesis de Rieti, en Italia, se llamaba Pedro de Rainalutio ó Raimache. Jóven aún, tomó el hábito en la Seráfica Orden de S. Francisco. En su tiempo fueron elegidos emperadores de Austria á un tiempo Luis de Baviera y Federico de Austria: el papa Juan XXII no fué favorable al primero, el que para vengarse se apoderó de Roma y declaró papa á Pedro de Corberia, con el nombre de Nicolás V, el dia de la Ascension 12 de Mayo de 1324. Descontentos con el Papa Miguel de Cesena, general de los Franciscos, y todos sus frailes, reconocieron la eleccion del nuevo Pontífice, y revistiéndole con el traje papal, le llevaron á la iglesia de S. Pedro y le hicieron crear cardenales, nombrar empleados y hasta excomulgar al verdadero Papa que se hallaba en Aviñon. Esta corte cismática se vió obligada á abandonar á Roma el 4 de Agosto del mismo año, en el que los romanos abrieron las puertas de la ciudad al legado de Juan XXII, que entró escoltado por las tropas de Roberto, rey de Nápoles. Retiróse á Pisa Pedro Corberia, pero los pisanos se sometieron al Papa humildemente y entregaron al antipapa, si bien aseguran algunos autores que él mismo se sometió voluntariamente. Presentado al Pontífice, confesó ingenuamente su falta y pidió un perdon que obtuvo de Juan XXII; pero temeroso éste de que algun príncipe descontento se apoderase de él para dar nuevos escándalos, le hizo alojar en su propio palacio prohibiéndole salir de él, permitiéndole cuantos libros y cosas podia necesitar para que le fuese llevadera su prision. Murió Pedro tres años despues en esta situacion, segun lo manifiestan Sponde, Brozius y se dice en la historia del expresado pontífice Juan. — C.

PEDRO DE CÓRDOBA (S.), mártir. Si vale mucho, como dice un autor, una santa y pronta resolucion, cuando la inspira y anima Dios, para procurarse la salvacion, no fueron perezosos para tomarla los mártires españoles, que sin temor alguno de la muerte, confesaron á Jesucristo ante los sectarios de Satanás, buscando la vida en la misma muerte que procuraban, despreciando las amenazas y los halagos del enemigo de nuestra dicha. Debemos contar entre los que con mayor diligencia se resolvieron á morir por Jesucristo defendiendo heróicamente su santa causa entre los españoles andaluces de que nos habla con elogio el Martirologio de nuestra patria, al glorioso monje S. Pedro, que recuerda la santa Iglesia católica el dia 7 de Junio, con otros compañeros de suplicio tan llenos de amor de Dios y heróicos como él. La ciudad de Ecija, llamada antiguamente *Astygis* y á la que cambiaron el nombre los romanos denominándola *Julia Firma*, fué la patria de nuestro S. Pedro,

que debió nacer en ella á fines del siglo VIII ó cuando más á principios del IX. Dedicado desde sus primeros años á la vida contemplativa, se gozaba en la oracion, y dividia el tiempo entre ella y el estudio de las sagradas letras. Luego que estuvo en disposicion se ordenó de sacerdote, y empezó á ejercer su ministerio con tal fervor, que fué la admiracion de los cordobeses, que le tomaron grande aficion, al paso que se atrajo el odio de los infieles mahometanos, que temieron extendiese la fe de Jesucristo entre los musulmanes tibios. Tenia S. Pedro un amigo llamado S. Walabonso, que tambien abrazó la carrera de la Iglesia haciéndose diácono. Era éste natural de Lipula, poblacion entre Sevilla y Córdoba, que corresponde al pueblo que hoy se llama Peñaflor, el cual fué hermano de la gloriosa mártir Sta. María, que padeció el martirio con Sta. Flora. Ordenados ya los dos amigos, pasaron de Ecija á Córdoba á estudiar artes liberales, y en ellas hicieron grandes progresos, así como en la interpretacion de la Santa Escritura que estudiaron bajo la direccion del sábio Fruguelo, abad del monasterio de Cuteclana, poco distante de Córdoba. Ya instruido S. Pedro, y sintiéndose más propio para el claustro que para el siglo, entró de religioso con su compañero Walabonso en el monasterio de S. Cristóbal, á la ribera opuesta del Guadalquivir, frente á Córdoba, en el que se reunian los virtuosos cenobitas S. Froviano, S. Zóilo, S. Habencio y S. Jeremías, haciendo todos una vida ejemplar de penitencia y ocupados en alabar á Dios incesantemente. Reinaba á la sazon Abderraman III en Córdoba, y siendo fanático musulman, no pudiendo sufrir á los cristianos trató de exterminarlos en lo posible de su reino, y suscitó contra ellos una cruel persecucion. Habiendo cogido los sarracenos ocupados en ejercicios de piedad á los virtuosos cristianos Sancho é Isaac, procuró aquel soberano catequizarlos para que renegasen de su fe, y como no pudiese conseguirlo ni con halagos ni con amenazas, los mandó degollar. La noticia de este martirio llegó á oidos de S. Pedro y de sus compañeros, y encendiéndose en sus corazones un voraz incendio de amor de Dios, y los deseos de gozarle cuanto ántes, determinaron unánimes ofrecerse víctimas voluntarias al sacrificio, confesando á Jesucristo ante los verdugos perseguidores de los cristianos. Pusiéronse en camino sin más reflexion tan pronto como se decidieron, y llegando á Córdoba y á la presencia del juez que habia sentenciado á los santos Isaac y Sancho, le manifestó Pedro en nombre de todos los demás, que si el ser cristiano era un delito de muerte en aquel reino, como lo habian imaginado á la vista de sus sanguinarios decretos y sentencias, venian á confesar voluntariamente su delito, á sufrir el castigo, pues que los seis hombres que tenia ante sus ojos, eran cristianos que confesaban á Jesucristo por el Señor de los señores, y repetian cuanto Isaac y Sancho habian dicho contra Mohamat y mucho más, pues que aborrecian su abominable

doctrina, obra de Satanás, y que solo podian seguir los condenados y los demonios. No bien oyó el juez confirmado por sus compañeros lo expuesto por S. Pedro, lleno de cólera, mandó degollarlos, y llevándolos al sitio señalado para las ejecuciones, fueron azotando despiadadamente al viejo S. Jeremías. Despidiéndose con alegría los santos en esta vida para volverse á reunir en la eterna, fueron degollados, primero S. Pedro y su compañero y despues los demás, volando sus almas benditas al cielo á recoger el premio de su heroismo el expresado dia 7 de Junio del año 821 de nuestra era. Despues de muertos, los quemaron y arrojaron al rio sus cenizas, segun San Eulogio en su *Memorial de los Santos*, Usuardo, Villegas, el *Martirologio Romano*, y el cardenal Baronio en sus *Anales*. — C.

PEDRO de Córdoba (Fr.). Este esclarecido varon profesó primeramente en la provincia franciscana de Santiago; pero pareciéndole poco rigorosa aquella observancia, quiso otra en que hubiese más rigidez, y se fué á la provincia de S. Gabriel, donde habia una casa de descalzos que eran rigidísimos en extremo. No se crea por esto que los religiosos del convento que dejó no tenian las buenas condiciones que son de desear en personas tan excelentes como lo son todos los llamados por Dios á la perfecta vida del claustro, no, ellos eran observantes; pero su regla no era la tan estrecha como se reformó en la casa de S. Gabriel adonde él vino á parar, y que podia llamarse un seminario de santos. Además de una perfecta observancia de la regla, constituciones y reforma, habia en aquella santa provincia una emulacion por el bien que no se puede explicar, y este era el motivo por el cual queriendo ser cada uno el mejor, no por espíritu de presuncion, sino como por justa correspondencia á los favores de Dios, el heroismo en la virtud era el fruto de las acciones de todos; y siendo tan buenos los particulalares, excusado es decir que la comunidad era ejemplarísima, y que allí habia un órden y sosiego que eran ya un sólido fundamento para aspirar á la más alta perfeccion, y llegar á conseguirla por último. Vamos á trazar, aunque ligeramente, la conducta que este varon insignísimo observaba, y con la cual se hizo acreedor al aprecio y consideracion de todos los hermanos que cuando él vivian, y á la veneracion de los que encuentran en él un verdadero modelo al cual pueden amoldar todas sus acciones, en la seguridad de que obrando de tal suerte habrán conseguido el fin que se propusieron al entrar en religion. Comenzó por abstraerse completamente de todas las cosas que no eran de su incumbencia, y en las que lo fueron se portó de manera que solo el servicio de Dios buscaba en ellas, siendo este el motivo de que no hubiese nunca con este respetable Padre el más leve disgusto, pues que obrando como Dios le mandaba no daba lugar á que hubiese contra él queja alguna, y no metiéndose, como no se metia, en las atribuciones

de los demás, ninguno tenia que resentirse de que se le hubiera faltado por haberse excedido en lo más mínimo el por muchos títulos respetable Fray Pedro. El tiempo que le quedaba libre de sus ocupaciones le empleaba en el ejercicio santo de la oracion, siendo tales los adelantos que en este camino hizo, que aventajó sin duda á los más adelantados en él, en justa recompensa de que nunca entró en el santo ejercicio de la contemplacion sin una perfecta conviccion de su pequeñez, ni salió sin haber tomado nuevos ánimos para continuar en el servicio de Dios, lo cual le hacia mirar sus culpas como un justo motivo para arrepentirse; y como consecuencia de este arrepentimiento se entregaba á los rigores de la más áspera penitencia, pero tan en secreto, que fué menester sorprender su excesiva vigilancia para llegar á ver sus rigores; pues si bien es cierto que en el refectorio se notó siempre su abstinencia y su moderacion suma, áun en las viandas más groseras, su delicado trato para con los demás, su misma complexion no muy robusta y el notarle tan retraido en todas las cosas, hacian que más se creyera naturaleza que virtud, lo que no obstante era consecuencia de una muy completa victoria sobre sí mismo, con lo cual pudo conseguir el pasarse con un alimento que apénas seria suficiente para alimentar á un niño muy pequeño. Y no se crea que por esto estuviese nuestro Padre cabizbajo, extenuado ó macilento, no, la gracia suplia en él lo que él negaba á la naturaleza, y en toda ocasion se le veia risueño, muy complaciente y alegre, áun cuando sufriese las más penosas mortificaciones, lo cual era habitual en él, segun deposicion de sus directores espirituales, que aseguran que especialmente desde su profesion religiosa ni un momento estuvo apartado de la cruz en consecuencia á la íntima conviccion de que ese era el lecho donde debia descansar continuamente quien tenia por único blason ser siervo y ministro de Jesucristo. Pareció á los superiores de su convento que las circunstancias del P. Pedro le hacian á propósito para que ejerciendo su santo ministerio en el púlpito y confesonario sacára gran fruto en la reduccion á mejor vida de muchísimos imperfectos, en la conversion á la gracia de envejecidos pecadores. Pusiéronle, pues, al frente de una santa mision, y el éxito les confirmó en la exactitud de su idea; pues quiso Dios acreditar de tal manera su predicacion y dar tal fuerza y vigor á sus palabras, que nadie resistia á una ni á otras, y muchísimos que, movidos de curiosidad ó de otros semejantes intentos, iban para ver sus dotes y acaso criticar sus maneras, encontraban en sus palabras tal uncion, tanto atractivo en sus modales, que no solo se decidian á buscar sus verdaderos intereses en la enmienda de su conducta, sino que era el mismo padre predicador con quien desahogaban su conciencia, y en este acto encontraban un nuevo atractivo para seguir sus consejos, pues que se dejaba ver, por más que él tratase de ocultarlo, el dechado admi-

rable de virtudes que él era, y que exhalaban su buen olor, atrayendo por una fuerza irresistible á todos los que se ponian en ocasion de observarle. Muchos años pasó en el desempeño de la predicacion evangélica, haciendo cada vez más raras conquistas y atrayendo á la verdadera y perfecta vida á muchos que estaban descarriados por la peligrosa senda del mundo; mas su edad no le permitia ya ir á los lugares comarcanos, á pesar de que lo deseaba vivamente, y su ancianidad le hacia ya no poder predicar tampoco en su iglesia, por lo cual se redujo al ministerio de oir confesiones, en el que se ocupó hasta muy poco ántes de su muerte, que aconteció con edificacion de cuantos la presenciaron el dia 5 de Octubre de 1524, estando en el convento de nuestra Señora de los Angeles de la provincia de S. Gabriel, donde todos quedaron asombrados al comprender por las huellas que dejaba su austeridad y sufrimiento y el heroismo de sus edificantes virtudes. Su entierro fué una verdadera muestra del gran aprecio en que se le tenia; pues concurrieron á él todos los principales del pueblo, muchos del comun de él, y el clero y autoridades, como hubiesen podido hacerlo para el más importante dignatario, lo cual es una prueba inequívoca del justo aprecio que merece la virtud, pues que este homenaje no á otra cosa se rendia, atendido á que la alcurnia del P. Pedro se habia ya olvidado bajo su humilde apariencia, y más que estos frívolos motivos nunca excitan simpatías tan vivas como las que allí se demostraron. Es verdad que eran muchos los motivos de gratitud para con este varon verdaderamente apostólico, y esta era ya la única ocasion en que se podia demostrar, por lo cual á porfía se esmeraron tanto en concurrir á sus honras como en aclamarle santo, por lo que á muy poco tiempo se entablaron las diligencias canónicas convenientes á la comprobacion de sus virtudes en grado heróico, y los primeros procesos que con este motivo se abrieron demuestran muy á las claras que no era infundada la opinion que decidia en favor de sus grandes méritos en la presencia de Dios; todo lo cual elevado al superior conocimiento del Soberano Pontífice, y luego que se hubo expurgado de las exageraciones á que pudo dar lugar la demasiada buena fe de aquellas gentes, dió por resultado el que se declarára solemnemente beato al P. Pedro de Córdoba, y se adscribiese á su recuerdo para la Orden Seráfica el dia 5 de Octubre. — G. R.

PEDRO Crisólogo (S.), arzobispo y confesor. Nació este santo arzobispo de Rávena, llamado Crisólogo por su extraordinaria elocuencia, en la ciudad de Imola, capital de la Romanía en Italia, sin señalar los autores que hemos consultado la fecha de su natalicio ni los principios de su juventud y familia. Sábese de él que entró á servir de diácono á Cornelio, obispo de Imola, que le llevó á su lado á Roma en ocasion de ir con los embajadores de Rávena á suplicar al pontífice Sixto III que les diese un obispo en vez de

Juan, que habia muerto, confirmando al que el Senado y el pueblo habia nombrado. Como el Papa hubiese tenido una revelacion de S. Pedro y de S. Apolinar, obispo de Rávena, para que no confirmase la eleccion del que venian á proponerle sino á uno que traeria consigo la embajada, al presentarse los embajadores conoció el Papa que el que le habia sido revelado era Pedro; y manifestándoles la revelacion, nombró á éste, en cuyo acto tocados los embajadores de la divina gracia le abrazaron como persona elegida por Dios para ser su pastor. Sabido esto por la ciudad de Rávena, recibió á S. Pedro con la mayor alegría, y muy especialmente el emperador Valentiniano III y su madre Gala Placidia, que se hallaban allí á la sazon, por lo que rogó á todos el santo prelado que pues Dios le daba carga tan pesada, le ayudasen á llevarla, guardando los mandamientos y los demás deberes que impone Dios á los fieles observantes de la ley de Jesucristo. Inmediatamente puso mano S. Pedro á la mejor educacion de sus ovejas, haciéndoles sagrados rediles, en donde cobijarse bajo la poderosa égida del Señor y defenderse de los ataques del demonio. Edificó un templo que terminaron sus sucesores, consagró el que la emperatriz Placidia hiciera á S. Juan Bautista, en que dió honrosa sepultura á S. Barbaciano, é hizo otro templo que dedicó al apóstol S. Andrés, no olvidándose de mandar levantar al propio tiempo edificios útiles para las dependencias del gobierno civil y religioso de su episcopado. Su contundente y elegante elocuencia hacia fuesen de largos puntos á oirle y admirarle, y á aprender su sana doctrina. Como en aquella época se levantase una secta herética en el Oriente contra la verdad de la Encarnacion de Cristo, confundiendo las dos naturalezas divina y humana, y poniendo dos personas en Cristo, S. Leon *el Grande*, papa primero de este nombre que habia sucedido á Sixto III, mandó juntar en Calcedonia el gran concilio en que reunidos seiscientos treinta obispos condenaron á Eutiques y Dióscoro y á todos sus secuaces; y conociendo el privilegiado talento de Pedro de Rávena, le mandó el Papa escribiese al concilio cuanto se le ofreciese acerca de las materias que habian de tratarse, lo que hizo con una elocuencia y sabiduría tan especial, que no pudo ménos de conocerse en su escrito la mano de Dios. Viniendo á Rávena S. German, obispo, para tratar asuntos en servicio de Dios con el Emperador y con su madre, trabó con S. Pedro grande amistad, la que no fué duradera; pues que al poco tiempo de su estancia en Rávena y avisado por Dios murió S. German. Quitó S. Pedro á S. German la cogulla y el silicio que ceñia su cuerpo para que se conservase en su iglesia como preciosa reliquia; y obedeciendo la última voluntad del difunto, mandó su cuerpo á Francia con todo el decoro que se merecia. Tomó empeño S. Pedro en desarraigar del pueblo las costumbres gentílicas que aún conservaba, entre las que era una la ridícula de jugar y danzar

delante de un ídolo el dia 1.° del año; y fué tanto lo que se esforzó en sus pláticas y sermones sobre este particular, que aquel uso sacrílego y las demás costumbres profanas llegaron á desarraigarse. A los diez años de gobernar la silla de Rávena fué á visitar á Imola, su patria, y sintiéndose llamado por Dios, á fin de disponerse á salir lo mejor posible de este mundo, fué á la iglesia de S. Casiano, mártir, y postrándose á los piés de su sepulcro le rogó, despues de hacerle muchos dones piadosos, le favoreciese en aquella hora y presentase su alma al Señor. Vuelto en seguida á los de Rávena, que le habian acompañado, los exhortó á no apartarse jamás de los mandamientos de Dios, encargándoles eligiesen por sucesor suyo persona digna de tan alto grado. Hecha esta recomendacion, falleció el dia 2 de Diciembre, en que celebra la Iglesia su dichoso tránsito, del año 440 de nuestra era. Su santo cuerpo fué sepultado en la misma iglesia al lado del altar de S. Casiano, mártir, adonde se halla, á excepcion de uno de sus brazos, que posee la iglesia de Rávena muy bien engarzado, al que presta la mayor veneracion. Como no podia ménos, quedaron de S. Pedro muchos sermones y homilías, modelos de elocuencia y de gravedad sagrada. Además de la mencion que hace de este Santo el *Martirologio Romano* á 2 de Diciembre, Constancio en la *Vida de S. German*, Pedro Damiano en la *Vida de S. Barbaciano*, y César Baronio en su *Obra*, el que más se extendió sobre la vida del Crisólogo fué Gerónimo Rubio, historiador de Rávena, en el tomo VI del P. Mosandro, en cuya obra compuso este tomo Fr. Lorenzo Surio.—B. C.

PEDRO DE CRISTO (Fr.). Fué este esclarecido varon descendiente de la ilustre familia de los Sarabias, natural de Sevilla, de donde pasó á las Indias muy niño por ser destinado allí su padre. Desde luego demostró la gran santidad á que Dios le llamaba, por medio del ejercicio de virtudes muy superiores á su edad y que hacian que cuantos le miraban le tuviesen una santa envidia, por ver sus bellísimas disposiciones á la virtud. Fijóse la residencia de esta piadosa familia en Méjico, y allí fué donde él comenzó á desimpresionarse de lo vanas que son las ilusiones del mundo y de los grandes peligros que el vivir en medio de él lleva consigo, por lo cual resolvió retirarse, como lo hizo, tomando el hábito de nuestra Señora del Cármen en los descalzos de Méjico; pero teniendo que sufrir las mayores contradicciones de parte de sus padres y de todos los amigos de su casa, que tenian esa fatal idea de que el mundo abunda, que no es ya útil el hombre que se encierra en el claustro, por cuanto así se priva de prestar los auxilios que podrian esperarse de él si siguiera en el siglo. No sirvieron de nada, sin embargo, las amenazas y protestas que hicieron su padre y hermano; Fr. Pedro continuó en su convento, y los religiosos viendo que sus condiciones eran á próposito para lo que pretendia, ó más bien conociendo que Dios le llamaba

á este perfecto estado, le hicieron ver que ellos estaban enteramente decididos á cumplir sus deseos, por lo que animado él y despues de dirigir á su padre en la portería del convento sentidas pero muy respetuosas advertencias, tomó el santo hábito del Cármen, dejando segun piadosa costumbre el apellido de su cuna para tomar un segundo nombre con que fuera en adelante distinguido. Este su segundo nombre fué de Cristo, y puede asegurarse que no tuvo en él grande intervencion, ni la eleccion de Pedro, ni mucho ménos la indicacion de ninguna otra persona, sino que este nombre le inspiró Dios para que en la sola enunciacion de su ser demostrára este ínclito religioso lo mucho que valia y lo muy dado que estaba á amar y servir á aquel, cuyo nombre mismo llevaba. En el noviciado comenzó á ejercer las virtudes en grado muy superior, no solo á lo que podia exigirse, pero ni áun esperarse de él; era ferventísimo en oracion, bien es verdad que el Señor le hacia extraordinarios regalos, permitiéndole recrearse con Jesus niño ó que viera la dulce sonrisa de María Inmaculada; era rigoroso en penitencias, habiendo rogado al P. Maestro de novicios, no una sino muchas veces, el que le permitiera no tomar para su alimento sino algun pedacillo de pan, y distribuyendo entre los pobres la demás comida que le daba la comunidad, usaba con mucha constancia una corona de punzantes espinas, con la cual heria materialmente su cabeza, y cuando sus superiores trataban de mitigar su rigor, tenia tal tino y acierto para suplicarles le concediesen lo que pedia que les costaba trabajo negárselo, y no se lo dejaban de conceder más que cuando la prudencia exigia alguna moderacion. Digo lo mismo en órden á sus disciplinas, que eran diarias y muy crueles, llegando alguna vez á aprovecharse, para hacer más sensible este ejercicio, de manojos de llaves, con los cuales ponia sus huesos á peligro de que se quebráran á efecto de la violencia de los golpes, que no podian ménos de ser tales, pues de otra suerte no habrian sido lo sentidos que él deseaba. Bajo tan buenos auspicios y cumplido el tiempo de su noviciado, emitió solemnemente su profesion religiosa con tan grande júbilo de todos, y hasta de sus mismos padres, como grande habia sido la oposicion que pusieron á que tomase este perfecto estado, y formando de él las más lisonjeras esperanzas, tanto sus deudos como sus superiores y maestros. Para que estas pudiesen llevarse á cabo fué mandado al colegio de S. Angelo, donde se le dedicó primero al estudio de las humanidades y filosofía y despues al de la sagrada teología. Su buena capacidad con su aplicacion suma, hacian que se viera en él un varon que con el tiempo descollaria y sería la honra y gloria de su patria y de su religion, así como un bellísimo ornamento del lugar donde para su bien le condujo el Señor. Dispuso Dios, sin embargo, las cosas de otra manera, pues no se sabe si lo profundo de los estudios ó las condiciones poco á pro-

pósito para ellos de su débil contextura, ó las influencias del clima hasta entónces benigno y despues inconveniente para él, ó por último, una especial providencia de Dios cuyo fundamento no nos es dado escudriñar, dispuso que su estómago se hiciera delicado, que padeciera en él grandes y molestísimos dolores, contínuos, vivos, desgarradores, como es cualquier padecimiento en una parte tan delicada. Permitió Dios más, y fué que estuviese oculto algun tiempo su padecimiento, y que cuando se descubrió el médico se obcecára, y no teniendo por cosa de importancia esta afeccion, abandonase, digámoslo así, á la naturaleza la curacion de ella, y sin él quererlo, ni mucho ménos, pusiese en riesgo la vida de Fr. Pedro, riesgo que fué inevitable y que llevó como consecuencia la muerte de este insigne religioso. En efecto, comió de carne segun precepto del facultativo, pidió á sus superiores, por hallarse un poquito mejorado, licencia para guardar la forma de ayuno y asistir á los maitines el dia de la solemne fiesta de la Anunciacion á María de la Encarnacion del Verbo; en el coro ya se sintió peor, fué preciso que le trajeran de él, se recogió en su celda, y avisado de nuevo el médico, declaró el sumo peligro en que el paciente se encontraba; declaró asímismo que él no encontraba recursos en la ciencia de curar que pudiesen salvarle la vida, y que era preciso disponerle para morir, no solo como cristiano sino como religioso y religioso perfecto. Así fué, le indicaron su peligrosa situacion, le administraron los santos sacramentos, que recibió con indecible devocion y con una serenidad y fortaleza de espíritu superiores á lo que puede esperarse, no ya de un jóven que tiene á su vista una série dilatada de años por donde ir á feliz término, sino áun de un anciano caduco que se halla agobiado del peso de muchísimos años pasados en esta miserable vida. Recibió, pues, con los auxilios de la Iglesia indecible consuelo, rogó á todos le encomendasen mucho al Señor, y les dirigió palabras tan sentidas y llenas de tanta uncion que no pudieron ménos de conmoverse; suplicó, por último, á sus superiores que le bendijeran en el nombre de Dios, y así terminó sus dias con el mayor sosiego, así acabó su carrera con indecible tranquilidad, pareciendo despues de muerto que estaba en un tranquilo sueño, y habiendo vivido en este mundo en la mayor inocencia y practicando todas las virtudes el corto espacio de veintidos años, en cuyos breves dias adelantó mucho en perfeccion y virtud, pues que supo vencerse á sí mismo, dominar los afectos, amar á su Dios, emplearse en santas obras y asegurar en el sagrado asilo de la religion del Cármen el principio de una dicha que nunca ha de concluir; pues sabemos no concluye la dicha de los justos, ántes empieza de nuevo en el dia en que desatando los vínculos que los unen á este mundo, camino de su bien, van á la perfecta é inamisible posesion de su Dios, por cuyo amor obraron los heróicos sacrificios, que siendo para ellos como nece-

sidad de su existencia en el tiempo, fueron gérmen de ventura y de dicha en la feliz eternidad. Quiso Dios áun despues de la muerte de este jóven ejemplarísimo demostrar por un raro suceso que sus virtudes le habian sido agradables; el suceso fué que desenterrado su cadáver á los seis meses de su fallecimiento, el P. Fr. Esteban de la Concepcion, maestro que habia sido suyo y rector de la casa, quiso reservar en su celda, como memoria de la muerte, el cráneo de este jóven, bien arreglado y limpio, para lo cual le mandó jabonar y disponer como en casos análogos se acostumbra. Pasó tiempo hasta que hubo de formarse una especie de relicario en el convento de Méjico, y entónces luchando con el deseo de venerar este cráneo, respetable ciertamente, pero no merecedor de culto, pues las virtudes del sugeto á quien perteneció todavía no han sido declaradas heróicas, se resolvió ponerle oculto bajo cartones, como base de alguna otra reliquia, y se halló lleno de sangre fresca que toda la comunidad admiró y que le hizo confirmarse más y más en la idea de veneracion hacia su jóven hermano el P. Pedro de Cristo. — G. R.

PEDRO Daguino (Beato). Fué este esclarecido varon uno de los más queridos y aprovechados discípulos del gran P. S. Romualdo, fundador de la gran Camáldula, en cuyo monasterio floreció el B. Pedro. El motivo de que tuviese hácia él tan grande predileccion no fué otro que la misma docilidad que en él veian unida á virtudes las más ilustres y distinguidas, que no detallaremos porque para ello necesitariamos mucho espacio, y todas pueden compendiarse en decir que era el sugeto más á propósito de su monasterio para dejar sobre él su gran fundador el cargo de prior perpétuo, cargo que le confió en el año de 1016, y que no dejó de desempeñar siempre con acierto hasta su fallecimiento ocurrido en 1051, siendo notable que en época tan larga no hubiese en aquel yermo, habitado entónces por muchísimos monjes el más leve motivo de desazon ni disgusto, procurándose todos unir en afecto, para caminar juntos al bien comun, y siendo todo esto debido á los heróicos esfuerzos del prior, encaminados todos á enseñar á los monjes más con los ejemplos que con las palabras, que toda perfeccion consiste en buscar á Dios en todo; que de ella aleja ó bien el buscarse á sí mismo, ó bien el presumir de sus fuerzas y no abandonarse completamente en manos de la inefable providencia del Señor. Entre las señales inequívocas de amor que Dios quiso conceder á su siervo el B. Pedro Daguino, fué una el que tuviera extraordinario afecto á la santa Cruz de Cristo, ya en lo material, adorándola frecuentemente y llamándola su consuelo y esperanza, ya en lo formal aceptando con completa resignacion y con extraordinaria complacencia los trabajos y penalidades con que el Señor le acrisoló, y quiso Dios otorgarle la gracia de que este carácter de predileccion suya le fuese duradero, y se

dejára ver como el último testimonio de su amor, porque permitió que despues de recibidos con edificante fervor los santos sacramentos de la Iglesia, y oidas por él con la debida atencion las preces que esta benigna Madre dirige á Dios por sus hijos moribundos, recibida con la última confesion de sus culpas y con la absolucion que la Orden acostumbra conceder á sus hijos el completo perdon de todo su pasado, Pedro Daguino se estrechó con la santa Cruz, y como si fuera para él un suceso nuevo, pero muy deseado, el poseer este inclito trofeo del triunfo de Jesucristo, anhelando llegar allí, donde el Señor le esperaba para hacerle participante de él, mirándola con afecto, estrechándola con amor y clamando con entusiasmo: *Dulce lignum, dulces clavos, dulce pondus sustinet*, dió su alma al Criador el dia 2 de Noviembre de 1051, desde cuya fecha data la grande veneracion que le tuvieron primero los que vieron sus virtudes, y despues todos los que sabemos que la Iglesia, maestra de verdad, le ha declarado beato y asignado á su recuerdo el dia 2 de Noviembre.—G. R.

PEDRO Damiano (S.). Nació este santo varon en Rávena el año 1007, y la circunstancia de ser el último en una familia que ya contaba muchos hijos, excitó la avaricia de uno de sus hermanos, que creyendo que este recien nacido podria causar algun perjuicio á los demás, aprovechó un momento favorable para reducir á su madre á que le dejase que por sí mismo se criára, lo cual hizo aquella por algun tiempo, durante el cual se extenuó de modo que fueron precisos todos los cuidados de una criada antigua de la casa para que no sucumbiese á la miseria, que ya se habia apoderado de él. Viendo esto su madre, volvió á criarle aunque nunca le tuvo el cariño que merecia, ya por ser su hijo y más aún por la manera que tenia de sobrellevar el duro trato de tan despiadada madre, lo cual sufria sin que desapareciera la afabilidad de su semblante ni se apagára su agradable sonrisa. No duraron mucho los escasos cuidados que le prodigaba, pues muerta ésta y su esposo, hubo de pasar el niño Pedro á poder de un hermano suyo, que heredó la crueldad de su madre, siendo á causa de su avaricia y de la dureza de su carácter y del de su mujer, rigoroso en el trato de su hermano; de modo que más bien parecia un vil esclavo, que no uno de su familia: su alimento era siempre malo y poco, iba casi descalzo y medio desnudo y no le faltaron golpes que llevar, sin dar motivo alguno para que se condujeran con él de esta manera, pues siempre procuraba adelantarse á las exigencias de sus hermanos, y ántes por el contrario, haciendo esfuerzos superiores á lo débil de su tierna complexion, ayudar en todo á los que á pesar de lo mal que le trataban eran por él considerados como sus más decididos bienhechores. Creció, y considerando una carga insoportable el mantenerle sin hacer nada, le dedicaron á cuidar el ganado de cerda, en cuya ocupacion vivió algun tiempo, siendo

en este periodo muy notable un acontecimiento cuyo relato no puede omitirse. Encontró un dia una moneda de plata, cuyo dueño no pudo ser habido por más diligencias que hizo: juzgándose con tal hallazgo muy rico, comenzó á vacilar en qué la habia de emplear que le fuese más útil ó agradable, y despues que en vano se fatigó su imaginacion para hallar cosa que satisficiese sus deseos, haciéndose cargo de que las cosas de este mundo pasan como humo que se disipa, resolvió y realizó el darla á un sacerdote para que aplicase una vez la santa misa en sufragio de sus difuntos padres, *con lo cual*, dijo, *cumplo en cuanto puedo con un deber de gratitud.* Damian, arcipreste de Rávena, que despues se hizo monje, y de quien parece lo probable tomase su apellido nuestro Santo, se apiadó de su situacion; y sacándole de casa de su cruel hermano, le llevó á la suya, donde tratándole con el afecto que exigia el vínculo estrechísimo de hermano que los unia, derramó sobre él los entrañables afectos del cariño más tierno, y obró como si fuera un padre amoroso. Le dedicó á los estudios, en vista de su buena disposicion, y cursó primero en Faenza y despues en Parma, donde fué discípulo del distinguido Ivo, siendo tan gigantescos los progresos que hacia, que al poco tiempo era no ya su aventajado discípulo, sino un distinguido maestro. Para oir las explicaciones, se agrupaban muchísimos jóvenes, que al propio tiempo que le daban honor le rendian tambien honorarios decentes, con lo que en breve pasó de la escasez en que vivia con su hermano mayor, á una posicion que por lo ménos era muy desahogada, y sobre todo muy brillante, porque tenia los medios adecuados á una decorosa subsistencia, unidos al importante rango del saber, que es sin disputa más elevado que el que se adquiere por cualquier otro medio. Natural era que este éxito tan brillante, debido á los desvelos de su buen hermano, produjera en Pedro alguna vanidad ó presuncion, ó cuando ménos que él se hubiese dejado llevar de las tentaciones que en su nueva posicion no podian ménos de acometerle; sin embargo, sucedió todo lo contrario, su distinguida posicion sirvió solo á convencerle de que los perecederos bienes de este mundo miserable deben renunciarse por obtener otros de mucho mayor precio, que son los eternos, y que esta generosa renuncia debia hacerse desde el momento mismo en que se comprendia lo mezquino y perecedero de ellos. Así lo hizo Pedro Damiano; renunció á los halagos que le ofrecia la brillante perspectiva que se presentaba á su vista, y comenzando por reducir á la servidumbre á su propio cuerpo, para que de esta suerte se elevase su espíritu al debido y adecuado conocimiento de Dios, le ciñó de áspero silicio, le sujetó á repetidos ayunos, le domó con crueles disciplinas, y le hizo atento y vigilante no permitiéndole más descanso que el puramente indispensable, para que así pudiera su oracion ser fervorosa. Con el objeto de vencer las tentaciones que alguna vez le

acometian, se imponia los más duros castigos, no reparando en arrojarse á un estanque á la mitad de la noche, si era acometido de alguna tentacion contra la virtud santa de la castidad, á la cual tenia especial predileccion. Su caridad para con los pobres era, si cabe, excesiva, privándose algunas veces hasta del alimento escaso que para él destinaba, y sirviendo no pocas á los mismos pobrecitos con un afecto embelesador y con un ánsia viva de subvenir á todas sus miserias. Era celosísimo por la gloria de Dios, deseando con verdadero ardor el que todos se dedicasen á procurarla, y dirigiendo á esto sus fervorosas oraciones, haciendo con este fin muchas visitas á las iglesias, y á semejanza de los ángeles que elevan su alabanza al Dios de todo poder y de augusta misericordia, decia diariamente los salmos todos de David, además de celebrar con religiosa exactitud el oficio divino. Estas prácticas religiosas, así como su continua oracion, dieron por resultado el que creciesen en él los deseos de abandonar enteramente al mundo, sus pompas y vanidades, y para verse más libre y mejor dispuesto al servicio de su Dios, abrazar la vida monástica, no en su tierra, donde los parientes y demás personas con quienes estaba relacionado podrian ser obstáculo á la realizacion de sus aspiraciones, sino muy léjos de su patria, á fin de que este primer paso fuera ya de gran mérito, atendida la victoria que sobre sí mismo tenia que conseguir, para dejar su casa, parientes, patria y amigos, y buscar á su Dios y Señor é intimar con él la estrechísima union que habia de asegurar su felicidad verdadera y eterna. Cuando pensaba en tomar esta importante resolucion, se le presentaron dos ermitaños del desierto de Font-Avellane, los cuales luego que hubieron sabido sus designios, le confirmaron más y más en su intento, de suerte que habiéndose ofrecido á ir en su compañía, ellos le prometieron que su Abad no tendria inconveniente en recibirle en el número de sus hijos. Ofrecióles que llevaria un gran vaso de plata para el Abad; pero ellos, con el mayor desprendimiento, le dijeron que no se molestase, que causaria embarazo para caminar esta alhaja supérflua, y que era mejor dar su precio á los pobres, como así lo hizo, admirando extraordinariamente la abnegacion de estos siervos de Dios. Convino, pues, con ellos el pasar como en clase de prueba una cuaresma en una pequeña celda, que se formó á manera de las que tenian los ermitaños; y luego que hubo visto que podia sufrir la vida que ellos le dijeron era necesario llevar, se despidió de todos sus parientes y partió para el desierto de Font-Avellane, que está situado en la Umbría, obispado de Eugubio, y es el mismo sitio asperísimo en que San Romualdo pasó mucho tiempo de su edificantísima vida. Apénas llegó Pedro á este asperísimo lugar, cuando, siguiendo la costumbre establecida entre sus moradores, se le asignó un hermano que fuera su maestro y un sitio

donde viviera. Tan pronto como el elegido para ser su guia en el camino espiritual le recibió como discípulo, le hizo quitar la ropa interior de lino que traia, le vistió de un silicio y de áspero sayal, y presentándole al abad, éste le puso la cogulla, siendo suma la admiracion de Pedro al verse constituido en el estado de profeso sin haber pasado tiempo alguno de prueba, luchando en él los dos grandes y muy nobles sentimientos de agradecimiento al Abad por tan singular distincion, de desconfianza en sí mismo por verse tan pronto sublimado á un estado perfectísimo, donde ciertamente era necesario prosiguiera en servir á Dios con mayor esmero aún que hasta entónces lo habia hecho. Daremos una breve noticia de la conducta que observaban aquellos santos varones, hijos del gran Padre S. Benito. Vivian cada dos en unas celdas, separadas las unas de las otras, y su ocupacion continua era recitar salmos, orar y leer en libros espirituales para educar sus espíritus en la ciencia, cuyos resultados positivos son el amor de Dios y la práctica de los preceptos y consejos que conducen á este mismo amor divino. Cuatro dias de cada semana comian solo pan, el martes y jueves agregaban á este unas pocas legumbres, que cada uno, ó mejor dicho cada dos, cocian en su propio aposento. Los dias de ayuno cercenaban gran parte de este escaso alimento, y no tomaban vino más que al decir el santo sacrificio de la Misa, ó cuando les agobiaba alguna molesta enfermedad, para reparar la cual era preciso este recurso. Caminaban siempre descalzos, y en órden á tomar disciplina, á las repetidas genuflexiones, golpes de pecho y posturas incómodas con que se ejercitaban en el amor de Dios, cada uno hacia cuanto le era posible, teniendo entre sí una santa emulacion, sin otro fundamento que el ardiente deseo de mortificarse más y más para asemejarse al que conquistó un nombre glorioso en el cielo, en la tierra y en los abismos á costa de un sacrificio el más cruel, y mediante las más ignominiosas afrentas y la más cruel muerte. Despues del oficio de maitines, que era á media noche, rezaba todo el Salterio, en lo que empleaba hasta muy cerca de amanecer, siendo muy notable el que Pedro se ponia en oracion mucho ántes que los demás para cumplir sus devociones, pues no era justo, en su opinion, que perjudicáran á la observancia general estas prácticas, que eran efecto de su especial y exclusivo querer. Como el reposo que á los monjes se concedia era muy poco, y el que tomaba Pedro era mucho ménos por la circunstancia de que llevamos hecho mérito, le acometió un insomnio tan grande, que hubiese acabado con su vida, si los superiores no le hubiesen obligado á moderar su rigor, haciéndole dedicar algun tiempo ménos á la oracion, si bien al estudio le hicieron aplicarse algo, consiguiendo por este medio el que se hiciera tan sabio en las ciencias eclesiásticas é interpretacion de las Sagradas Escrituras, como lo habia sido y lo seguia siendo en las be-

llas letras, humanidades y filosofía. La noticia que se difundió de las bellas disposiciones para la predicacion, que unidas á los buenos ejemplos de Pedro Damiano formaban de él un celoso apóstol, decidieron á sus superiores á imponerle la obligacion de predicar á sus hermanos, y se difundió su fama de manera que el célebre Guido, abad de Pomposio cerca de Ferrara, rogó encarecidamente y obtuvo por especial gracia el que el abad de Font-Avellane mandase á Pedro Damiano para que predicára á más de cien monjes, de que constaba la comunidad de Guido, lo cual hizo con extraordinario éxito en el largo y no interrumpido espacio de dos años, despues de los cuales y vuelto á llamar por su primitivo superior, desempeñó igual cargo de predicador en el monasterio de S. Vicente, cerca de Pierpertuse, que era tambien numerosísimo. Por último, comprendiendo el abad de Avellane lo conveniente que sería á la comunidad el que el muy venerado y ejemplar monje Fr. Pedro Damiano desempeñára el cargo importantísimo de abad luego que él pasase á mejor vida (pues sabemos que en aquella época no cesaban los monjes en el desempeño de este cargo importante sino por fallecimiento, ó por ser ascendidos á alguna otra dignidad superior en la gerarquía eclesiástica), le escogió de comun acuerdo con todos los monjes para ser sucesor suyo; siendo preciso que la obediencia le obligase á aceptar tan importante cargo, en el cual se portó con tanto celo, que no solo hizo crecer su monasterio en número y en virtudes, sino que durante su abadía se aumentaron hasta otras cinco casas en otros tantos lugares no muy distantes de el en que se hallaba el santo Abad, teniendo ellas su existencia propia, pero sujetas en cierto modo á la obediencia de esta casa matriz, y siempre dependiente de los consejos y gobierno que con gran celo les suministraba su distinguido y virtuoso fundador. Cuando por los años de 1047 se agitaban y resolvian en Roma importantísimas cuestiones, que decidió el concilio presidido por Clemente II, el emperador Enrique, queriendo tener á su lado una persona de capacidad que pudiera aconsejar no solo á él, sino al Padre Santo en su caso, hizo que le dijera su intento al P. Pedro Damiano, el cual en manera alguna quiso aceptar tan importante cargo, dando por excusa no hallar conveniente el andar de un lado para otro, mucho ménos cuando era tan necesaria su presencia en el monasterio, atendido á que los padres de él necesitaban abades celosos y conformes al espíritu del santo Patriarca, para reprimir abusos, que sin saber de dónde, se habian como infiltrado en esta veneranda religion, si bien en ella se conservaba en todo su esplendor la virtud y observancia, siendo pocos los que se portaban de una manera inconveniente. Escribió, pues, Pedro Damiano en estos mismos términos al Soberano Pontífice, rogándole pusiera en juego los grandes recursos de que disponia para hacer la felicidad y la dicha de los estados, de las religiones, de

las familias y de los indivíduos. Excusado es decir que tan prudente conducta acreditó más y más á nuestro Santo, haciéndole merecer las más vivas simpatías, áun de aquellos que por no querer las cosas en el órden más perfecto y bajo la más rigurosa observancia, tenian acerca de él alguna aunque inmerecida prevencion. El Santo Padre recibió con el debido aprecio esta prudentísima manifestacion de Pedro Damiano, que coincidió con dos luminosos escritos acerca de las relajadas costumbres de los clérigos de su tiempo: en ellos se recuerda las sentencias más terminantes de las Santas Escrituras, y se hace mérito de las decisiones de los más notables concilios de la Iglesia católica, sacando por resultado de todo el esmero con que debe el clero guardar la virtud santa de la pureza, y lo nocivos que son al comun de los fieles los malos ejemplos, que en este punto daban por desgracia la mayor parte de los clérigos de su tiempo. Luégo, con motivo de la elevacion á la silla arzobispal de Rávena de Enrique, dirigió este distinguido prelado una muy preciosa memoria, que comenzando con esta adecuadísima palabra *Gratissimum*, ha conservado este nombre que es con el que por todo el mundo se la conoce. Todas estas cosas, agregadas á la noticia exacta que de su observancia y virtudes tenia el Sumo Pontífice, decidieron á éste á nombrarle cardenal obispo de Ostia y presidente del Sacro Colegio, á cuya dignidad se llegó á duras penas, y solo cuando hubo conocido que á la decidida voluntad del Santo Padre no habia modo hábil de oponer resistencia, pues que en la promocion de Pedro á tan alta dignidad, para lo cual tuvo que sacarle de su retiro, no se proponia otra cosa que el bien de la Iglesia, por lo que cediendo él de sus santos y perfectísimos deseos, tuvo que ocuparse de los asuntos generales de la Iglesia Santa, prestándose de esta suerte al alivio y remedio de que tanta precision tenia, y que la fué en mayor escala necesario luego que surgieron los acontecimientos de que daremos cuenta, por haber en ellos intervenido este prelado tan distinguido en su silla, como celoso y edificante habia sido cuando monje. El primer acto de su nueva dignidad fué el dirigirse á sus compañeros, los otros siete obispos de la Iglesia de S. Juan de Letran, y lo hizo por medio de una carta en que prodigándoles las frases más delicadas, y haciéndoles comprender la suma importancia y dignidad de sus destinos, les hacia notar tambien las obligaciones anejas á ellos y los grandes cargos que sobre sí habian aceptado en sus respectivas promociones, concluyendo por rogarles con profundísima humildad su ayuda y cooperacion para el régimen y gobierno de su iglesia, y para el desempeño del importante cargo que se confió á su cuidado. Produjeron su efecto estas amorosas manifestaciones de Pedro Damiano, porque haciendo entrar en si á los prelados, les obligaron á acomodar su conducta á las justísimas exigencias de este varon verdaderamente apostólico.

Muerto el papa Esteban IX en Marzo de 1058, fué elegido para que le sucediera el obispo de Veletri Juan, que tomó el nombre de Benedicto X, pero que no era promovido al sólio pontificio por una eleccion canónica, por lo cual Pedro Damiano se opuso enérgicamente, y como él habia de ser quien le consagrára por su dignidad de obispo de Ostia, se ocultó despues de sufrir una terrible persecucion; pero no consintió en la ilegal eleccion, gloriándose en gran manera de cooperar con sus sufrimientos á cimentar sólidamente la base de la silla de Pedro, á moverla cual tendian los esfuerzos de los enemigos de Cristo. Pasados apénas diez meses del gobierno de este antipapa, fué elegido canónicamente Nicolao II, y á este le defendió San Pedro Damiano, con el mismo heroismo con que se habia opuesto á la eleccion del ilegítimo, excitando por consiguiente la gratitud de parte de los verdaderos creyentes, que en todos los esfuerzos que hacia para sostener los augustos principios de la Iglesia y cortar los abusos, veian nuevos testimonios de su gran virtud. La iglesia de Milan mandó un mensaje al papa Nicolao, haciéndole saber el lamentable estado en que se hallaban los asuntos eclesiásticos en aquel reino, y rogándole encarecidamente el remedio de los males de que se veian agobiados: el Sumo Pontífice, lleno de caridad, resolvió aliviar en lo posible la suerte de aquellos sus hijos á quienes necesariamente habia de tratar con el afecto de padre y de padre cariñoso; por tanto resolvió mandar una legacion extraordinaria, que confió al cuidado y acreditadísimo celo del muy Rdo. P. Pedro Damiano, obispo de Ostia, el cual acompañado de Anselmo, obispo de Luca, fué á Milan donde tuvo gran sentimiento al observar la conducta del clero, que era bastante mala, á pesar de que en la recepcion de los legados demostraron sumision á la Silla Romana, bien que esto no fué sino apariencia, pues á muy poco tiempo de su llegada surgió un murmullo entre el mismo clero milanés, diciendo que en manera alguna debian ellos someterse á las determinaciones del Romano Pontífice, sino llevar por sí una existencia completamente independiente. Trataban tambien aquellos desdichados infieles de acabar con la vida de los legados pontificios, lo cual supo Pedro Damiano, llevando con grande sentimiento el que escogieran para cumplir sus inícuos proyectos la ocasion en que se hallasen reunidos todos como si estuviesen en asamblea ó concilio, cuyo acto habian de presidir los legados con el arzobispo. La noticia que tenia de sus intenciones no neutralizó, sin embargo, en nada su celo y afan por la felicidad de la iglesia de Milan, ántes por el contrario en aquella reunion les hizo ver con razones evidentes su dependencia de la iglesia de Roma, ya tomando como prueba de su aserto la remision del apóstol San Pablo á los Stos. Gervasio y Protasio, discípulos suyos, y el no ser posible la subsistencia de ninguna otra iglesia que la unida á Roma en comunion

católica, es decir, que así que se separaba de este centro de unidad, se establecia esa verdadera division entre la verdad y el error, siendo error todo cuanto se separaba de Roma. Hizo ver además Pedro Damiano en sus enérgicos discursos, el rigor con que debia proceder esta misma Iglesia contra los disidentes; pero que él no intentaba causarles el menor daño, ántes por el contrario queria hacerles todo el bien posible, por lo que exigia de ellos la debida sumision, y el que en lo sucesivo se abstuviesen de poner en práctica los medios reprobados por los cánones, que acerca de la provision de piezas eclesiásticas y de ordenacion de ministros sagrados venian practicándose. Terminada de esta suerte una sesion, que presagiaba ser tumultuosa, se vinieron á la razon aquellos obcecados clérigos, y comenzando por el arzobispo, y acabando por el último de ellos, hicieron con las debidas formalidades solemne juramento de fidelidad á la Santa Sede y de adhesion á la Iglesia católica, dando fin así Pedro Damiano de la manera más satisfactoria á esta delicada mision que Nicolao II le habia confiado; presumiendo con razon que solo este varon insigne, cuya santidad y prudencia le eran tan notorias, podria llevarla á cabo como lo hizo, siendo de notar que para acabar de demostrar hasta la evidencia su celo, desinterés y amor á la religion, no quiso en ella tomar subvencion alguna, ni siquiera una insignificante alhaja, que no ya para él, sino para su monasterio le ofrecia como recuerdo de la gratitud de los milaneses á sus benéficos servicios en pro de su verdadera dicha espiritual. Sin embargo de los triunfos que en favor de la Iglesia alcanzaba con cada una de las comisiones que el Padre comun de los fieles ponia á su cuidado, eran vehementísimos sus deseos de volver á su yermo, donde podria intimar más y más su trato y comunicacion con Dios; así que en dos importantísimas cartas dirigidas al Papa renunció su obispado, aduciendo razones que si bien no eran de peso por estar fundadas en su profundísima humildad, decidieron sin embargo al Papa á admitirle esta vez su renuncia, no por los motivos en que la fundaba, sino por permitir á su espíritu la expansion en Dios, que parecia conveniente á los altos designios que acerca de él tenia el Omnipotente. Retiróse, pues, á un monasterio de su Orden, y dedicándose allí á la altísima contemplacion en que Dios le favorecia en gran manera, pudo aprender grandes secretos del amor divino, y para dar conveniente expansion á sus sentimientos de piedad escribió de nuevo sobre el celibato de los clérigos; tambien compuso algunas vidas de santos, y con motivo del antipapa Cadolaüs dió muestras de su grande erudicion y del celo que siempre habia tenido por la causa de la verdadera Iglesia. Muy satisfecho vivia en su amada soledad, cuando en 1063 fué sacado de ella para ir á Francia en concepto de legado del Santo Padre, comisionado especialmente para arre-

glar segun las prescripciones canónicas muchos asuntos pendientes entre la silla romana y el reino de Francia, y muy particularmente para decidir la cuestion sobre el monasterio de Cluni que los franceses querian destruir. En este asunto dictó, como en todos los demás, acertadas determinaciones, que puestas en práctica sin ninguna especie de repugnancia, daban por resultado la más perfecta armonía entre la Iglesia y el estado francés, y el sosiego y tranquilidad de todos. Por esto extendió el papa Alejandro II la legacía de Pedro Damiano á todas las iglesias y asuntos de Francia, llegando á manifestar su deseo de que se le considerase como á su propia persona, y se le tuvieran no solo las atenciones debidas á su elevado puesto, sino todas las posibles; por manera que tenia, puede decirse, dominio sobre todos los prelados y diócesis; tal era la confianza que desde luego inspiró al Santo Padre. Concluida su mision é interpuesta su autoridad para el arreglo de importantísimas cuestiones, era como el hombre, digámoslo así, necesario en el pontificado de Alejandro II. En confirmacion de esto diremos que cuando las exigencias de Enrique, rey de Alemania, acerca de su infundado divorcio, hicieron al obispo de Mayenza dirigirse al Papa pidiéndole parecer en este trascendental asunto, Pedro fué enviado allá, y en una reunion á que asistieron los prelados y el Rey, declaró su proceder, ó mejor dicho sus deseos, como indignos no ya de un Rey, sino del más insignificante de los fieles, siendo tan fundamentales las pruebas con que confirmaba su aserto, que no solo atrajo á su parecer la opinion de todos los señores, prelados y grandes allí reunidos, sino que el Rey mismo, aunque expresamente nada dijo, tácitamente se convenció, y su posterior conducta hizo ver que las amonestaciones de este sabio y piadosísimo Cardenal fueron tan eficaces, que le hicieron entrar en el camino de la exacta observancia de sus deberes, único sendero por donde llegamos al feliz puerto de nuestra dicha: allí donde Dios premia todas nuestras buenas obras y hasta el menor de nuestros buenos deseos. Cumplida esta mision importante y restituido á un monasterio de su órden el esclarecido varon Pedro Damiano, obispo y cardenal de la Santa Romana Iglesia, parecia vivir ya tranquilo en los ejercicios de piedad y rigorosísima penitencia, altísima contemplacion y ardiente celo en que pasaba su vida. Sin embargo, preciso fué que prestára un nuevo servicio á la Iglesia, y que Rávena, de cuya iglesia era hijo por haber nacido allí á la gracia en el dia de su bautismo, fuera quien le viese por última vez en su vida ejerciendo los más importantes y gratos oficios de representante de la autoridad suprema de la Iglesia y ministro de la gerarquía más elevada de Cristo Redentor nuestro. Era el año 1069 en que Enrique, obispo de Rávena, excomulgado por el Papa, no habia querido en la práctica reconocer su autoridad, es decir, no habia dejado de ejercer sus funciones episcopa-

les, y el pueblo unido á él habia tambien incurrido en las censuras que contra el Obispo fulminó la Santa Sede. Pedro Damiano que tenia mucho afecto á todos los fieles y más á sus compatricios, escribió á Roma sobre este asunto, y al Pontífice pareció conveniente autorizarle para que él arreglase este importantísimo negocio, y con efecto, aunque no pudo llegar á tiempo de levantar la excomunion al obispo, que falleció en Enero de 1070, pudo exhortar al pueblo, que le recibió muy bien, hacerle comprender su situacion lamentabilísima, atraerle á verdadera penitencia y arrepentimiento por su extravío, é imponiéndole saludable aunque fácil satisfaccion pudo reconciliarlos, y los reconcilió en efecto con la Iglesia, sin que se pueda decir de quién seria mayor el gozo, si de él en hacer este favor á su amado pueblo, ó de su pueblo en recibir por su medio este singularísimo favor. Dada, pues, la absolucion de su censura á aquellas buenas gentes, se volvió á Roma, y á su regreso le acometió la fiebre en el monasterio de Faenza, donde recibió los santos sacramentos con extraordinario fervor, hizo á los monjes oportunísimas advertencias, suplicó á los que le rodeaban le hiciesen oir el Oficio divino de la Cátedra de S. Pedro en Roma, cuya festividad era aquel dia, y poco despues de que acabaron el rezo, con el mayor sosiego y demostrando en su semblante la hermosura de que estaba adornado su espíritu, entregó éste á su Criador el dia 22 de Febrero del año de Cristo 1072, á los sesenta y cinco de su edad. Su entierro fué una verdadera solemnidad, porque los muchos admiradores de sus virtudes que supieron su muerte se creyeron obligados á rendirle el homenaje de acompañar su cadáver, siendo muy notable que se hallaba como neutralizado el sentimiento natural de su pérdida con la confianza firmísima en que todos estaban de que su espíritu poseia desde luego la patria de los justos, como debida recompensa de sus heróicas virtudes, y digo heróicas, porque así las ha declarado la Iglesia cuando ha hecho inscribir á este glorioso Obispo y confesor en el número de sus santos, concediendo el rezo y Misa en su honor y memoria, no ya para su Orden como en los primeros dias de la concesion, sino para la Iglesia universal, que le celebra el dia 23 de Febrero de cada año. —G. R.

PEDRO Diácono. A fines del siglo XI se señala en la iglesia de Constantinopla la existencia de un diácono llamado Pedro, que tuvo en ella el importante cargo de guardasellos. Sin que se hayan podido recoger pormenores biográficos acerca de este personaje, se desprende su gran capacidad y la virtud de sus escritos, que áun cuando no forman un cuerpo de doctrina, son bastante numerosos y se hallan en la *Biblioteca de Autores Eclesiásticos del siglo XI*, publicada por M. Dupin. En sus escritos, que son en su mayor parte cartas en respuesta á diversas consultas, se le encuentra muy enterado en derecho canónico y versado en la historia griega y romana, por lo cual

sus cartas son muy apreciables, en razon á que dan idea de las opiniones de ambas iglesias en la época en que se escribieron, y además de esto de la opinion de la Iglesia en muchos casos que no se redujeron á la época de su existencia, sino que son de todas épocas por ser bastante comunes, y es siempre muy conveniente el que este distinguido eclesiástico haya ya dejado consignada la opinion de su siglo para formar la de los sucesivos, ó más bien para que se demuestre que en los sucesivos no ha variado esta, como no pudo variar, fundándose como se funda en la verdad, que es una, inmutable y siempre viva, á pesar de los rudos ataques que contra ella han dirigido sus adversarios de todos los siglos y naciones. Tambien es para nosotros desconocido el tiempo fijo en que dejó de existir en el mundo, solo no cabe duda en que sus escritos son próximamente de los años 1090, que serían sin duda los en que él estaria en todo el apogeo de su ciencia y en la fuerza de la edad, ya atendamos á la vida material, ya á la vida de su entendimiento muy claro. Merece, pues, mucha consideracion, siquiera no pueda satisfacerse nuestro justo deseo de conocer al por menor todas las circunstancias que en él concurrieron y que no pudieron ménos de ser tan notables como sus escritos.—G. R.

PEDRO Diácono. Este eclesiástico griego del siglo VI de nuestra era vino á Roma en 519 en calidad de diputado con los griegos orientales, que habian sido comisionados con motivo de una disputa suscitada entre Victor, defensor del concilio de Calcedonia y los monjes de Escitia, que pretendian se dijese que una persona de la Trinidad habia sido crucificada por nosotros. Pedro escribió un tratado sobre la *Encarnacion y la gracia de Jesucristo*, tratado que mandó á S. Fulgencio y á los demás prelados de Africa. Esta carta se publicó en la *Biblioteca de los Padres de la Iglesia*, y ésta fué la que dió motivo á S. Fulgencio á escribir el tratado de la *Encarnacion del Verbo* que conocemos. Baronio, Belarmino y otros autores hacen mencion de este escritor.—A. C.

PEDRO de la Epifania (Fr.). Fué este distinguidísimo varon honra de la reforma carmelita y natural de Chillon. Despues que pasó su juventud en los estudios á ella consiguientes, ilustrándose en las humanidades y presentando desde luego un despejo natural extraordinario, tomó el hábito en la casa de Córdoba, haciendo todos sus estudios con grandísimo aprovechamiento, y revelando desde luego el gran fruto que habia de producir para bien de las almas y para instruccion de sus hermanos. Podriamos formar su completo elogio con decir que no solo en su convento, sino en toda su Orden, mereció siempre los más distinguidos lugares, siendo el consultor de todos los obispos que conocia, y en quien la audiencia fiaba el despacho de las causas más difíciles, á quien oia en los asuntos más árduos, y por quien se hacian desde

el púlpito las más notables conquistas, pues tenia como un gran fondo de doctrina tal y tan oportuna manera de explicarla, que puede decirse que no se escapaba uno de los que le escuchaban de venir al conocimiento de Dios y á la reforma radical de sus costumbres, con lo cual de tibios, imperfectos y negligentes se hacian fervorosos y dispuestos para todo cuanto era conveniente á la reforma de su pasado y enmienda de su porvenir. Tuvo algunos cargos en la Orden que desempeñó con grande acierto; pero en el que más le ejercitaron, como que estaba más en armonía con su carácter y disposiciones particulares, fué en el de lector en sagrada teología, siendo muy de notar que á su cátedra concurrian no solo los estudiantes que tenian por precision que hacerlo, sino tambien los que ya habian concluido su carrera y los eclesiásticos de fuera del aula, porque todos encontraban en las lecciones del P. Pedro manera de ilustrarse más y más, y conocimiento de verdades ó corolarios, que ocultos en los diversos sentidos que sabemos contiene la Sagrada Escritura, eran por él manifiestos para aprovechamiento de todos. A pesar de todas sus favorables circunstancias, y de que sus virtudes eran cual correspondian á un hijo de la reforma del Cármen, habia contra él cierta prevencion, especialmente de parte de los superiores, prevencion que segun todos procedia de haberse portado con alguna viveza siendo jóven, y de haber presumido de su talento algo más de lo que se puede para no perder el mérito de la santa virtud de la humildad. El resultado de esta especie de prevencion que contra él tenian no dejó de serle favorable; pues que con ella pudo hacerse superior á los embates del amor propio, porque ciertamente padeció mucho y lo sufrió con resignacion, demostrando su conformidad en los juicios y designios de Dios, que vió bien á las claras no ser otros que él acrisolarle por medio de los disgustos. Cuando á Dios pareció que estaban suficientemente expiadas sus imperfecciones, y que su siervo podia ya pasar á poseerle, le envió una penosa enfermedad, que sufrió con resignacion en la casa de su Orden de Criptana, y allí murió el año de 1661, dejando buen recuerdo de su literatura, paciencia y virtudes.—G. R.

PEDRO ESPINOSA DE LOS MONTEROS (Ilmo. Sr. D. Fr.). Fué muy noble por su cuna, pero mucho más por sus virtudes y ciencia, llegando por esto á ser lector jubilado y por aquellas á los más altos y distinguidos puestos, no solo en su religion sino en la Iglesia universal. Su carrera la hizo en el insigne colegio de S. Pedro y S. Pablo de Alcalá, donde ciertamente se educaron hombres de gran valía, que fueron un verdadero honor de su época y de la Religion Seráfica. El de que nos ocupamos, no cabe duda que fué distinguidísimo, así que el Señor Rey D. Felipe V, que procuró verse rodeado de los hombres más eminentes en los diferentes ramos del saber, escogió como teólogo consultor y como predicador suyo al reverendísimo P. Espinosa, sin

hacer en esto más que rendir un justo homenaje al mérito y pagar un tributo de gratitud á la ciencia, que cultivada por éste sabio eclesiástico llegó al apogeo, y lo que más es, hizo revivir en España el puro y castizo estilo en la cátedra de la verdad, que habia tambien recibido, como no podia ménos, la corrupcion del lenguaje y modismos extranjeros de que estaba inundada toda el habla, y que á los esfuerzos de este distinguido orador se desterró del púlpito, si no de una manera completa, al ménos excitando casi la risa cuando se oian esos mismos modismos que él trataba de desterrar como impropios del asunto y del lugar. Tambien estuvo dotado de extraordinaria prudencia, y por esto fué sin duda por lo que la Orden le eligió para secretario general de ella, dejándole los superiores el despacho de los asuntos enteramente á su arbitrio, siempre en la confianza del buen desempeño, cuya confianza nunca les fué defraudada, pues supo conciliar extremos y resolver asuntos de muchísima trascendencia con un tino y acierto singulares, y de manera que siendo el provecho para la Orden, parecia como que lo agradecian aquellos mismos por quienes se otorgaba el favor ó se cedia en los derechos y puntos sobre los cuales era necesaria la avenencia. Fué despues provincial de la de Castilla, y desde este cargo importantísimo pasó á desempeñar el obispado de Jaca, que fué el último destino que ejerció, pero que ejerció con admirables dotes y prendas, pues era como particular un religioso franciscano tan observante y rigido consigo mismo como era en la Orden, y no digamos en los últimos tiempos en que sus cargos podian dispensarle algo, sino en los dias más próximos á su profesion, en que su fervor estaba, digámoslo así, en todo su auge, y como prelado era el verdadero padre de sus súbditos, que por este concepto así como por el buen órden que estableció en su obispado, sintieron vivamente el verse privados de él cuando á Dios plugo llevarle, para coronar sin duda en la gloria sus grandes merecimientos. — G. R.

PEDRO FAVENSE (Venerable). Fué este respetabilísimo monje hijo del monasterio del Monte de la Corona, muy respetable por sus virtudes y por su vida inocente y penitente al mismo tiempo. Nunca se excusó de las austeridades y observancias de su regla, ántes por el contrario las ampliaba con muchísimos ejercicios de piedad y mortificacion, en los cuales ocupaba su tiempo sin dejar nada para el recreo y muy poco para el descanso, siendo por todo esto objeto de la más debida admiracion de parte de sus hermanos y de cuantos tenian ocasion de observarle. A estas virtudes heróicas agregaba un espíritu de altísima contemplacion, así que puede decirse era un serafin, porque su admirable oracion le unia á Dios, y áste se complacia en comunicarse con su tan querido como favorecido siervo. Probó el Señor el amor que le tenia enviándole una terrible y muy molesta enfermedad en la

cual perdió el habla, á efecto de los sufrimientos que á ella eran consiguientes, sin embargo, despues de un rato muy largo en que sufria esta penalidad, quiso el Señor hacer ostentacion de su predileccion hácia este su querido discipulo, y permitió que sus labios se despegáran para decir á todos los que le rodeaban: *Venci*, *venci*, *venci*; y para cantar himnos de alabanza á Dios, como lo hizo con los monjes que le acompañaban, entonando á coro y con la mayor efusion aquel cántico tan expresivo en que los Agustinos y Ambrosios prorumpieron en el dia en que aquel nació á la gracia: *Te Deum laudamus*, y al llegar al *In te*, *Domine*, *speravi non confundar in æternum*, dió á Dios su espíritu entre el acento de alabanzas al Soberano Señor cuya gloria buscó siempre, pasando así de esta á mejor vida el dia 31 de Diciembre de 1534, y excitando con sus virtudes la admiracion de todos de tal suerte, que no pudiendo la fama de ellas contenerse en el estrecho recinto de los lugares que de ellas fueron testigos, y llegando hasta la capital del orbe católico, el sucesor de Pedro apóstol, que ocupaba su lugar, dotado de ese augusto carácter de verdad que constituye toda la gloria del cabeza visible de la Iglesia, obligaron á éste á que las averiguase canónicamente, y hechas las debidas investigaciones y llamados á su presencia los testigos que creyó del caso, declarára como consecuencia de todo que el P. Pedro Favense, cuya fama de santidad y virtudes era tan acreditada, merecia ciertamente esta honorifica distincion, porque de cuantos pasos se habian dado para dilucidar tan importante asunto, habia resultado que era venerable, en órden á los que le habian de suceder en la tierra y dichoso en la feliz y perdurable posesion de Dios en el cielo. De él hacen memoria todos los monasterios de Benedictinos el dia 31 de Diciembre de cada año. —G. R.

PEDRO Fernandez Fraiz (Venerable D.). Este esclarecido varon del clero secular fué uno de los ornamentos de la época y de su iglesia de Fonfria, diócesis de Astorga. Sin que tengamos detalles acerca de sus ascendientes, educacion y principios, bastan las noticias que han llegado á nosotros de su vida toda conforme al espíritu de Dios, para que le hagamos conocer como acreedor á toda la veneracion y á todo el aprecio que es consiguiente á lo heróico de sus virtudes. Comencemos por indicar que su principal esmero y más diligente cuidado estuvo en dominarse á sí mismo, y que esto lo consiguió reduciendo su cuerpo á servidumbre por los rigores de una penitencia que habria parecido excesiva si no hubiese sido gobernada por la obediencia, pues si bien es cierto que como secular no tenia un superior que vigilára sobre todas y cada una de sus acciones como sucede en el claustro, lo es tambien que se puso de tal modo bajo la férula de su director espiritual, que nada hacia sin consultarle, ni se apartaba un ápice de sus prescripciones, aunque estas fuesen contra su voluntad y le repugnára grande-

mente el ejecutarlas. Era muy dado á la oracion, y aquí aprendia todo cuanto habia menester para el acertado gobierno de sus feligreses, siendo para el trato de estos tan afable y jovial, que casi puede decirse que su llaneza era excesiva. Sus ordinarias ocupaciones eran la enseñanza de los niños y el ejercicio del santo sacramento de la penitencia, habiendo tenido en ambas cosas un don tan especial de Dios, que las conversiones hechas por su medio fueron innumerables y ruidosísimas por las notables circunstancias que en ellas concurrian. Su penitencia extraordinaria se hacia todavía más rigorosa cuando llegaba á saber la necesidad de algun feligrés suyo, en lo cual daba testimonio de su gran caridad, así como adquiria de Dios una recompensa que áun en lo material se dejó ver en el mundo; pues que con el dominio de sí mismo adquirió el dominio de los espíritus infernales, á los cuales arrojaba de los cuerpos tan luego como conocia estar poseidos, siendo por esto muy buscado en toda Castilla y en Portugal, y llegando su fama hasta el extremo de que algun prelado le amonestára creyéndole obcecado, por cuya amonestacion él se contuvo en el ejercicio de su piadoso ministerio hasta que Dios mismo manifestó al prelado que la gracia que Pedro tenia era don suyo, con lo cual sosegado su espíritu pudo volver á su caritativa tarea de arrojar los demonios de los cuerpos de los posesos. Lleno de virtudes y méritos pasó de esta á mejor vida el 4 de Julio de 1785, habiéndose encontrado su cuerpo lleno de ásperos silicios, y dejando á sus feligreses admirados de sus grandes virtudes.—G. R.

PEDRO de Florencia. Fué este esclarecido religioso minorita uno de los ornamentos preciosísimos que tuvo el siglo II de la Religion Seráfica, ó sea el XIV de la era cristiana. Su profunda humildad ocultó sus padres y condicion, sin duda, segun sentir de los más concienzudos críticos de su Orden, porque el conocimiento de su noble estirpe habria atraido hacia él una distincion muy merecida en verdad, pero que él rehusaba con todas sus fuerzas, así que bajo el nombre patronímico de la nacion que fué su cuna, le vemos pasar poco ménos que desconocido, y lleno de un vivo sentimiento, porque las virtudes que practicaba no podian ménos de ser vistas de todos, y esto hacia que se le tuviese en la merecida consideracion, por cuyo motivo siempre se ocultaba y vivia en el mayor retraimiento, de tal suerte que observándole se habria dicho: este hombre no pertenece á la tierra, su mansion es la patria de los bienaventurados. Descubramos siquiera ligeramente su conducta, y veremos de qué modo tan admirable se portó, y cómo consiguió la corona de la inmortalidad con que el Señor le ciñera perpétuamente. Sin fijar la atencion en el absoluto y completo abandono que hizo de las pompas, vanidades y esperanzas con que el mundo le brindaba, y no atendiendo tampoco á aquella asídua constancia con que ins-

tó en suplicar el santo hábito del Seráfico Patriarca, hasta que logró el consuelo de recibirle, fijaremos la atencion solamente en su vida despues de religioso, y veremos que desde el primer dia se propuso como principales fundamentos de su eterna dicha estas dos grandes virtudes, humildad y obediencia, las cuales si en un particular son de gran provecho y de suma importancia, en un religioso son como indispensables y dan motivo á que se arraiguen en aquel bien dispuesto corazon las demás que son necesarias para el completo perfeccionamiento, que fué lo que sucedió exactamente con nuestro buen Pedro. Como era tan humilde no podia ménos de ser muy penitente, así que los admirables ejemplos que de esta virtud sublime dejára, nos asombran; hay más, nos parecen imposibles, y hemos menester acudir á la gracia, considerando su operacion como un medio muy eficaz en el corazon de Pedro, explicándonos solo así el cómo pudo pasar con corto alimento, escaso sueño, suma rigidez en cruelísimas disciplinas, ásperos silicios y toda clase de rigores; y siendo tan obediente no podia ménos de ser caritativo, pues si las cosas materiales le hacian correr presuroso á su ejercicio, porque en ellas veia la mano de Dios, ó más bien su deseo encubierto bajo la capa del mandato, los preceptos divinos, y especialmente el que segun el mismo Dios es muy grande, muy importante, semejante al primero de su ley santa, el amor de sus prójimos, dicho se está que excitarian en gran manera la atencion de este varon verdaderamente apostólico. Si á esto agregamos un espíritu de oracion, segun el cual pasaba el tiempo siempre en la presencia de Dios, y dedicaba á la contemplacion muchísimas horas del dia y de la noche, recibiendo del Señor en recompensa de los heróicos esfuerzos que tenia que hacer para unirse á su bien, esa misma union acreditada ya por éxtasis y arrobamientos, en los cuales el Señor le hacia conocer perfectamente su voluntad y someterse á ella con especialidad segun la de sus superiores, pues puede decirse que desde el momento en que profesó, se desprendió de ella completamente en órden á sí mismo. Los superiores conocieron como no podian ménos de conocer cuán importante adquisicion hiciera la Orden Seráfica en la persona de este religioso, y por más que él lo rehusó, le obligaron á seguir estudios, en los cuales aprovechó muchísimo, y despues á ascender por los grados y trámites debidos á la sublime dignidad del sacerdocio. Si no pareciera exageracion de panegirista, diriamos que nuestro Pedro de Florencia, en el momento mismo en que se le intimó el mandato de que se previniera para ascender al sacerdocio, se vió embargado de dos sentimientos enteramente distintos: de un profundo reconocimiento á Dios, que le hacia la tan señalada merced de elegirle ministro suyo; de una íntima confusion al contemplar que, segun su opinion, nadie tenia condiciones ménos favorables para llegar á la altísima dignidad á que

se le destinaba. Y el resultado de ambos sentimientos fué un esmeradísimo afan por secundar en todo y por todo los siempre benéficos intentos de Dios, y por hacerse cada dia más santo por el ejercicio esmeradísimo y perfecto de todos los ministerios en que debe ejercitarse el sacerdote, y particularmente el sacerdote religioso. Excusado es por consiguiente decir, que incansable en el confesonario y siempre dispuesto en la predicacion evangélica, desempeñaba estos dos oficios con un éxito extraordinario; bien es verdad que era de todos conocida la índole especial de aquel esclarecido religioso, y todos sabian que cuantas palabras salian de su boca iban encaminadas derechamente á Dios y al bien de las almas, sin que en ellas entrára otra mira alguna, ni pensára por asomo obtener otro resultado que este tan favorable y tan conforme á los designios que debe tener siempre un ministro del Señor. Nuevamente se fijó la atencion de los superiores en el P. Pedro cuando hubo necesidad de proveer á la Tartaria de ministros celosos, que difundiesen en ella el pasto de la divina palabra, é hiciesen á los naturales conocer que solo en la religion de Jesucristo puede encontrarse el sosiego, la paz y la ventura, sin cuyos medios es imposible llegar al fin único adecuado, á lo sumo de la inteligencia humana. Como misionero, que tal fué el carácter que allí llevaron Pedro y sus compañeros, no solo no escaseaba molestia ni trabajo, privacion ni necesidad que fuese conveniente al bien de los infieles desconocidos hasta entónces á su Dios, ó por mejor decir, ignorantes de todo punto del único ser acreedor á que el universo le rinda la debida adoracion y homenaje, sino que haciendo el Padre propias las necesidades de los indígenas, él las remediaba en cuanto podia, ó facilitaba al ménos medios y recursos para que se remediasen, por lo cual era tenido en aquella comarca en el mayor aprecio, y sabia explotar este mismo aprecio que le prodigaban en rigurosa justicia, de tal modo que los pobres infieles disfrutaban los beneficios que de este aprecio mismo habrian resultado á quien hubiese tenido ménos abnegacion que nuestro buen Padre. Las Escrituras santas nos aseguran que los sugetos más á propósito para las dignidades más importantes, son aquellos que no las quieren, y teniendo esto presente sin duda alguna, la Orden Seráfica propuso, y el Soberano Pontífice confirmó, la eleccion de Pedro de Florencia para la importantísima dignidad episcopal. El relato que vamos haciendo de sus virtudes, y sobre todo de su tan profunda humildad, nos hace conocer cuán sensible le sería el verse elevado á dignidad tan sublime, y cuán grande su resistencia ántes de aceptar un cargo que lleva sobre sí tan estrecha responsabilidad; sin embargo, nada fué bastante á impedir el que se le constituyese en tan alta dignidad, y el ejercicio de las funciones de su nuevo ministerio daba mayor amplitud á su celo, sin que por esto decreciesen en nada ni sus antiguos rigores, ni su perfecta sumision á las determinaciones

de sus prelados. En nada absolutamente alteró su conducta, sino en lo que no podia ménos de ser, y fué que no pudiendo faltar al desempeño de los importantes oficios de su nueva dignidad, tuvo que apelar para ello á cercenar aún más el sueño ya brevísimo que tomaba y algunos ratos de oracion, sin que de esto vaya á inferirse que se descuidára ni un punto en el ejercicio de la presencia de Dios, que, como él decia, y esto es muy exacto, constituye toda la perfeccion, y sin el cual es imposible que el hombre llegue á la venturosa mansion para la cual le crió Dios. Resultado, que el P. Pedro de Florencia fué tan buen prelado como habia sido buen sacerdote y buen religioso, por lo cual los frutos de virtud que produjo en los muchísimos que tuvieron ocasion de admirar sus dotes, fueron extraordinarios en toda la extension de la palabra, y en esto mismo tenemos otra prueba de su sublime elevacion, pues esto no podia ser sino efecto de una especialisima y muy señalada gracia del Señor. Quiso, pues, este mismo Señor recompensar los servicios de su favorecido ministro, y luego que le hubo acrisolado en la última enfermedad, lo llevó para sí, segun la opinion más probable, el 25 de Diciembre del año 1311, siendo desde luego confirmada la opinion de su extraordinaria virtud con prodigios raros que acaecieron en los momentos mismos de su muerte. Probados canónicamente, la Iglesia declaró beato á Pedro de Florencia, y le asignó para su recuerdo el dia 25 de Setiembre, sin duda alguna por ser el aniversario de su muerte; y la Orden Seráfica se complació mucho en esta declaracion de la Iglesia, ya por la gloria que en ella misma resultaba, ya tambien porque las especiales circunstancias de este siervo de Dios hacian que todos se complaciesen en su triunfo, por lo mismo que habia sido altamente admirable su humildad y constante su deseo de estar oculto á los ojos de los hombres, motivo por el cual Dios nuestro Señor en sus inescrutables designios dispondria que aquel que nada queria de lo que pudiese parecer elevacion ni adelantos sobre los otros, lográra la verdadera elevacion, el ser constituido en un solio de refulgente gloria, donde sin sujecion á ninguna de las molestias que acibaran nuestra miserable existencia, el hombre halla el premio y recompensa, no de sus méritos, que siempre son insignificantes á la faz del mundo, sino del mérito de Cristo de que hace participantes á sus siervos, para que por esta participacion se consiga lo que de otra suerte se habia hecho imposible por la fatal rebeldía del primer hombre cuyo pecado heredamos. — G. R.

PEDRO DE FOIX, cardenal. Fué hijo de una esclarecidísima familia; pues su madre, condesa del titulo cuyo apellido lleva, estuvo casada con el muy noble y muy esclarecido Sr. Conde de Grailly, de cuyo matrimonio fué habido nuestro distinguido prelado. Es inútil decir que desde los primeros momentos en que se desarrolló su inteligencia le encomendaron sus padres á

los más hábiles maestros de su época y nacion, los cuales en verdad no hubieron de trabajar mucho para sacar gran provecho del jóven, pues que á su natural precocidad agregaba una aplicacion nada comun en los jóvenes, y mucho más rara cuando estos jóvenes son, como nuestro Foix, el primer vástago de una familia ilustre y acomodada. Fundaban sus padres grandes esperanzas en que ó bien dedicándose á la carrera de las armas, ó bien al foro, daria nuevos timbres y lustre á sus antiguos blasones; pero pronto salieron de su error, pues el jóven enviado á Tolosa para hacer allí sus estudios y prepararse á ingresar con provecho en la carrera que mejor le pareciese, se decidió por la eclesiástica, estudiando con muchísimo aprovechamiento, no solo literatura, humanidades y filosofía, sino teología, cánones y Escritura, á cuyos estudios hermeneúticos y apologéticos se dedicó con grande afan, obteniendo muy buenos resultados, porque con increible constancia y buen juicio manejó los Santos Padres y expositores de más nota, aprovechando de cada uno los sentidos que estaban más conformes con las versiones auténticas y áun con los originales, que este erudito maestro conocia bastante bien, y cuyo conocimiento aprovechaba para formar su juicio, no juicio privado, sino sujeto á la declaracion de la Iglesia, única maestra infalible en materias de fe y de costumbres. La misma inclinacion que tuvo al estudio de las sagradas letras y al conocimiento de su espíritu, le hizo persuadir más y más de la vanidad, futileza é insignificancia de las cosas de este mundo, así como de que nada valen ni significan las honras ni dignidades, ni áun en el estado eclesiástico, puesto que el hombre desaparece como el humo y con él se pierde la memoria de lo que fué, quedando esta solo de las buenas obras que hizo; pues que ellas, escritas en el libro de la vida, lo son con caractéres indelebles, y miéntras Dios sea Dios estarán patentes por sus efectos para aliento de los que vivan miéntras el mundo exista, para premio ó castigo en la de aquellos, que ó las practicaron ó las huyeron, y que segun esta práctica ó fuga merecieron aquella suerte. Comprendió perfectamente bien que el claustro era un asilo seguro, donde podia asegurarse la dicha eterna á que Dios nos condujo un dia por su preciosa muerte; luégo por sus excelentes gracias y la religion que escogió para que ella fuese su asilo, así como él el ornamento de ella, fué la del Seráfico Patriarca que satisfacia más sus deseos por lo mismo que constituia á sus profesores en condiciones de la más perfecta abnegacion; pues habia de renunciar no solo á sus bienes y posicion, sino lo que es más, á su albedrío y libertad, pues sabido es que han de sujetarse á lo que la obediencia prescriba, pues esta virtud es en la Religion Franciscana como el fundamento de todo el aprovechamiento á que sus seguidores pueden llegar. Era un verdadero contraste el que ofrecia la ilustre y dorada cuna de nuestro Pedro Foix con el humilde y tosco

sayal del pobrisimo instituto en que vivió con gran provecho; pero la firmeza de su decision y el haber aceptado este instituto con todas las ánsias de su corazon, hacian que nada le arredrase, ni lo rígido de la observancia, ni lo pobre de la vida religiosa enteramente en comun, pues sabia bien y estaba de ello convencido, que no es posible atesorar caudales para el cielo en este miserable mundo, sino que los tesoros han de hacerse por el desprendimiento y la abnegacion, por el menosprecio de sí mismo, para acreditar más y más el amor á Dios. Morlas fué el lugar que escogió Pedro para tomar en él el hábito de S. Francisco, y sus moradores admiraron grandemente el que un hombre de inmensas riquezas, de halagüeño porvenir y de fundadas esperanzas de engrandecimiento, renunciase á todo por el amor á Dios y no tratase más que de ocultar bajo el modesto sayal las distinciones de la cuna, los encantos de una brillantísima educacion. Aun cuando á todos era notoria la grande erudicion y capacidad del P. Pedro, y áun cuando éste habia hecho en el siglo muchos adelantos en las ciencias todas que dicen relacion con la carrera que acababa de emprender, tanto él como los superiores de su convento creyeron muy oportuno el que en la soledad del claustro y con sola esa ocupacion se dedicára al estudio de las sagradas letras, sin desatender el de las humanidades á que era aficionadisimo. Es inútil decir que grandes adelantos coronaron este intento, porque el solo conocimiento de que Pedro hacia todas las cosas en Dios y por Dios, evita toda sospecha de que pudiera haber sido esta aplicacion especial al estudio un recurso de su ingenio para evadirse de emplear sus talentos en el servicio de la comunidad; pero esta idea sobre inconcebible de por sí, se desacredita completamente con considerar, que si bien es cierto que no se le puso mucho en evidencia encomendándole la predicacion ni otros ejercicios de su santo ministerio, donde á no dudarlo hubiese podido hacer resaltar su buena capacidad, erudicion y aplicacion extremadas, no cabe duda en que leyó por mucho tiempo y con grande provecho, pues tenia para maestro una gran ventaja, y era el no ser sistemático ni en filosofía, ni muchísimo ménos en teología, en cuya sagrada facultad reconocia las formas como un recurso necesario, ó tal vez indispensable en su época, pero del cual prescindia absolutamente, porque segun su opinion, exactísima por cierto, en nada influian las formas para el fondo de la doctrina, y podria por consiguiente esclarecerse la verdad cualquiera que fuese el camino por donde á su esclarecimiento se quisiera llegar. Aunque parezca un poco importuno ó tal vez minucioso, queremos hacer notar el modo con que Pedro de Foix desempeñaba su importante cargo; pues él era muy semejante á lo que uno de nuestros más esclarecidos filósofos y publicistas (nuestro distinguido maestro el Dr. D. Antonio María García Blanco) ha ensayado con un éxito admirable en su análisis de la escritura y lengua

hebrea en que tan aventajados discípulos ha sacado. El método, pues, de Foix consistia en hacer él la explicacion del punto controvertible ántes de que los discípulos lo hayan estudiado, lográndose de esta suerte el que el estudio, fundado siempre y calcado, por decirlo asi, en las explicaciones del maestro, sea sobre seguro, y evitándose el que se obcequen en buscar los medios de averiguar la verdad ni vengan á tomar, como sucede con frecuencia cuando se abandona el discípulo á que estudie por sí mismo, los medios como términos, los corolarios por principios, ni los puntos en que apoyan la doctrina controvertida los contrarios, como pruebas aducibles en favor de ella misma, que, sea dicho de paso, suele ser el motivo de que los talentos despejados se extravien, fundando sistemas ó inventando teorías absurdas, que dan por resultado el error ó la perversidad del corazon. Muchos y aventajados fueron sus discípulos, de los cuales despues se hicieron maestros que ilustraron con su ciencia y conocimientos las cátedras en que se sentaron, y que dieron nuevo lustre y esplendor á la Religion Seráfica, que dedicada por su peculiar instituto á la santificacion de los fieles por su instruccion en el camino de la verdadera dicha y por la predicacion del Evangelio, sabia, sin embargo, preparar para tan importante destino á los que eran á propósito, ó más bien adiestrar á los que debian ejercerla, poniéndoles bajo los auspicios y gobierno de maestros entendidos, que nunca les permitian dedicarse al ejercicio de su sublime ministerio, sino cuando sabian que estaban aptos para el desempeño de su deber y que podrian hacerlo de una manera no solo conveniente, sino digna. Sirva esto de refutacion al aserto de los que sin conocer el instituto de Francisco, ni los medios con que se busca el alto fin que su celoso y sabio al par que santo fundador se propuso, ni mucho ménos la economía, digámoslo así, interior de las casas religiosas, han pensado y áun se han atrevido á propalar que era la Seráfica Religion un asilo de ignorantes, donde no se cultivaba el ingenio ni se procuraba la ilustracion. Si no temiéramos ser molestos en este relato, confirmariamos nuestras aseveraciones con la enumeracion de los muchos varones distinguidos que en los diversos ramos del saber ha producido la religion franciscana; pero esto no es de nuestro propósito, ni importa por ahora sino el saber y conocer que la Orden donde se perfeccionó Pedro de Foix era efectivamente lugar donde los conocimientos estaban á la altura de su época, donde se podia dar una importante leccion á quienes quisieran recibirla. Bien fuese por la fama de su ciencia, ó bien que algunos de sus discípulos, ó la Orden agradecida á los buenos servicios que la prestaba, quisiesen retribuirlos haciéndole algunas distinciones, ello es que á pesar de sus reiteradas instancias por permanecer en su retiro, á pesar de las protestas sincerísimas que hizo de su indignidad y de que puso en juego todas sus relaciones para permanecer

oculto en su aula, ó áun, si querian los superiores, retirado tambien de ésta por haber ya sugetos muy á propósito para desempeñarla, tuvo que tomar á su cargo el gobierno de la diócesis de Lescar, pudiendo solamente conseguir como gracia el que no se le consagrase obispo de aquella diócesis, lo cual no fué del todo por complacerle, sino porque de esta manera estaba más libre para servir á la Iglesia en otras importantes comisiones que ésta habia de confiarle. El motivo de poner á su cuidado esta iglesia fué porque su pastor la habia dejado á causa de las disensiones políticas que entónces perturbaban el reino, y el Padre comenzó por avenir al clero, haciéndole comprender que el verdadero ministerio sacerdotal consiste en llevar á los espíritus la paz y el amor de Jesucristo, lo cual es imposible toda vez que no se tenga esa unidad de miras que procure el bien universal de todos los que forman una misma sociedad. Luego se dirigió al pueblo, haciéndole comprender el respeto que debian rendir al sacerdocio y la estrecha obligacion en que estaba de dejarse llevar por el camino de las buenas obras á que les inclinaba siempre, así como los inconvenientes que llevan consigo estas excisiones, que nunca dan otro resultado que la ruina social y la discordia en las familias, porque todos queremos prevalezca nuestra opinion, aunque no sea exacta, y de aquí el mal inevitable de la verdadera rotura de los lazos más sagrados, puesto que nadie quiere sujetarse á los demás. Como Foix decia con dulzura y con fuerza de razon, sus palabras penetraban; y así como en el corazon de los clérigos penetró cual agudo dardo su importante doctrina, así tambien produjo abundantes frutos en el ánimo de los fieles; verdad es que no puede desatenderse el que corregidos los abusos, aunque de poca importancia en el clero, se le presta un muy gran prestigio; y como por ahí fué por donde comenzó el gobernador eclesiástico á ejercer su cargo, no es muy extraño que las consecuencias fuesen favorables del todo á sus buenos deseos. Lo cierto fué que el gobierno del P. Foix se hizo notar en Lescar, y reformas radicales, perpétuas y acertadísimas fueron la consecuencia del esmerado estudio que habia hecho, no solo de la diócesis, sino de todo el país. Era consiguiente que á tan eminentes servicios se siguiera el que estos se utilizasen más y más, conforme fuera conveniente; por tal motivo se le dió luego que hubo desempeñado el arreglo de Lescar, el cargo de gobernar asimismo por idéntico motivo la importantísima silla de Cominges, donde sus talentos brillaron tambien, y donde tuvo que emplear los recursos que su ingenio le sugirió para obtener un éxito parecido al de la primera iglesia que tuvo á su cuidado. Excusado es decir que su prudencia, su tino, y más que nada su celo por la gloria del Señor, dieron los admirables resultados que son consiguientes á hacer las cosas solo por gloria de Dios; razon por la cual todos tenian en grande estima á Pedro de Foix, y

sus superiores se gloriaban cada dia nuevamente de sus bellas disposiciones y de lo bien que sabia aprovechar las excelentes condiciones en que el Señor por su misericordia le habia colocado, siendo tanto más admirable el que por todas partes se acreditára mucho el que era muy jóven, y por consiguiente no parecia regular tuviese tanto aplomo en sus cosas. Su época era una época de las más notables que ha tenido la Iglesia, pues por entónces estaba regida por un sugeto que llegó legítimamente al alto puesto de cardenal de la Iglesia romana, pero que para hacerse papa, ó más bien antipapa, pues fué luego condenada su eleccion por la Iglesia universal, que se habia reunido en Constanza, habia apelado á medios ingeniosos, es verdad, pero nada conformes á lo que debia ser la alta dignidad de representante de la autoridad de Jesucristo, y áun de su persona, como sabemos le representa ciertamente. Fué este personaje el cardenal Luna, conocido por el nombre que en su pontificado ilegítimo, segun llevamos dicho, tomó de Benedicto XIII. Fueron, sin embargo, tales los amaños que dispuso para llegar al solio pontificio, que muchos prelados de buena fe le confesaron y tuvieron por pontífice verdadero, siendo de notar, y esto lo consignamos porque la primera condicion del historiador ha de ser la verdad en sus asertos, siendo de notar que todas las disposiciones que tomó fueron muy acertadas, y en especial en la eleccion de personas tuvo un tino verdaderamente extraordinario. Es verdad que no era siempre el bien de la Iglesia lo que le llevaba á tomar estas acertadas determinaciones, y si en muchos casos se podia presumir esto, en el que da lugar á que nos refiramos á este tristemente célebre personaje, se ve de una manera evidente, clara como la luz de Mediodía. El antipapa nombró cardenal de la santa romana Iglesia al esclarecido Pedro de Foix, arzobispo de Tolosa, siendo el motivo que dió las relevantes prendas del purpurado; pero la verdadera causa era el que los condes de Foix no eran muy favorables á la causa del antipapa, y á él le convenia hacerse prosélitos, en particular de aquellas personas que tenian algun viso y podian ejercer alguna influencia, aunque fuera reducido el círculo en el cual esta influencia misma obrára. Por esto, viendo que real y verdaderamente habia méritos en el Obispo, y que la cooperacion de su pariente el conde podria ser muy favorable para sostener al papa intruso, éste creyó que con su nombramiento se llenarian de satisfaccion sus deudos, y este contento refluiria en su favor, en lo cual acertó ciertamente, porque la honra del cardenalato sirve de muy ilustre timbre y de muy señalado blason á cualquiera familia, y una que contaba con tantos y tan especiales como los que se reunian en la de los Foix, indudablemente habia de estimar mucho este nuevo que en el órden de la Iglesia era la primera gerarquía, y que daba en un sugeto tan acreedor á esta y á las demás distinciones que pudieran concederle.

Conociendo Pedro de Foix que el atraer á su partido su esclarecida familia era la mira de Benedicto XIII al otorgarle el capelo, sin excitacion alguna de su parte, hizo con todos los que podian algo en esta su familia misma cuanto pudo para obligar al Conde á que ofreciera al Papa los recursos con que él podia contar, lo cual se hizo al fin y realizó las esperanzas de Luna. Hemos de advertir en gracia de la verdad, que Foix conocia, como no podia ménos, que la Iglesia católica estaba dividida, y que la excision procedia del Pontífice romano; pero él creia de buena fe que Benedicto era el legítimo, y esta buena fe la prueba el mismo hecho de aceptar de su mano el capelo, el dirigirse algunas veces á sus fieles diocesanos pidiéndoles sus oraciones en favor de Luna, y más que nada el ser compañero de sus infortunios hasta el último momento, bien es verdad que en esto puede haber, y lo habria de hecho mucho que no procediese de Foix, sino de esa economia de la gracia que no puede la criatura comprender, porque excede con mucho á los limitados alcances de nuestra tambien limitada capacidad. Es lo cierto que fuese cualquiera el motivo, Pedro de Foix, luego que vió que todos comenzaban á abandonar al pretendido Pontífice, desplegó todo su esmero y celo para subvenir á su desgracia prestándole toda especie de auxilios, facilitándole dinero, relaciones y cuanto podia y el otro necesitaba, para que se sostuviese con todo el esplendor y magnificencia convenientes al padre comun de los fieles, legítimo sucesor del príncipe de los apóstoles el glorioso S. Pedro. Siguió, pues, á Luna en los últimos dias de su usurpado mando, y siempre le consideró como á pastor supremo de la Iglesia, puesto que luego que supo lo ocurrido, él fué el primero que declaró que la intrusion de Benedicto XIII era un verdadero escándalo, con lo cual hasta los últimos de los homenajes á él rendidos se justifican, pues á haber conocido ántes lo infundado de su mérito, es decir, lo falso de su posicion, desde luego hubiese sido despreciado como lo merecia, y Foix no se hubiera atrevido en manera alguna á llevar y aceptar el rango ni las consideraciones de cardenal de la Iglesia Romana: así es que al descubrirse la usurpacion de Luna, nuestro prelado se llenó de confusion, y no sabia lo que le sucedia, pues él no creia posible hubiese hombre tan impostor y que tuviera tal osadía, así como él mismo no sabia qué hacer para compensar en cierta manera la cooperacion, aunque indirecta, que él habia tenido en el engaño de los fieles que no podian alcanzar á la trama del impostor, ni conocer por consiguiente á quién debian la verdadera obediencia. Apénas, pues, conoció el engaño, acudió á Constanza á reunirse con los cardenales legítimos para elegir un pontífice que fuese representante de la Iglesia universal, es decir, elegido por todo el cuerpo de pastores, y dió su voto como todos los verdaderos católicos al que en el siglo fué Othon Colonna y en el pontificado Martino V, el cual no pudo mé-

nos de apreciar las relevantes prendas de nuestro prelado, que desde el primer momento comenzó por hacer renuncia del cargo que le impusiera el antipapa, y en el que fué confirmado por ante el concilio general, no solo con aplauso, sino por excitacion de todos y cada uno de los capitulares. El testimonio más claro de los grandes méritos de nuestro esclarecido Cardenal está en que á pesar de haber sido, sin que ahora nos metamos á examinar los motivos, uno de los más adeptos defensores de Luna y uno de los que formaron su corte hasta en los últimos dias de su intruso papado, vino á ser uno de los confidentes más íntimos de Martino V, é indudablemente el sugeto á quien se confiaron las más delicadas empresas y á cuyo cuidado se pusieron cargos de grande interés, en cuyo desempeño se portó con toda la fidelidad, exactitud y buen juicio de que se le habia considerado dotado cuando de él se habia echado mano, siendo así que habia otros de quienes en caso podia haberse echado mano por ser tambien sugetos acreedores á la confianza del Pontífice. Sin embargo, penetrar hasta el motivo por el cual Su Santidad echaba mano de Foix con preferencia á los otros, y limitar, digámoslo así, las facultades de eleccion que tenia este supremo pastor, sobre ser querer penetrar en el sagrado de las intenciones, lo cual á nadie es lícito, era poner ciertas trabas al más sublime de los derechos, que es el de escoger á quien quiera para todos los cargos, de cuyo desempeño pende muchas veces hasta la buena administracion de la Iglesia universal. Pero dejemos reflexiones, que tal vez podrán parecer molestas, y vengamos al cargo que ejerció Pedro de Foix y á la manera con que obró en su desempeño. La comision que le confió el concilio fué acercarse al cardenal Luna para hacerle conocer lo improcedente de su conducta, la declaracion de la Iglesia, y que era necesario que él mismo manifestára su sumiso acatamiento á las decisiones de la única maestra de verdad que hay en el universo, si queria pertenecer á su gremio, y por consiguiente lograr las prerogativas y distinciones á que son acreedores sus hijos. El dar á Pedro de Foix esta comision tuvo por motivo su gran tino y la mucha amistad y deferencia que habia tenido con el antipapa, lo cual sirvió para hacer más difícil esta misma comision y acaso hubiera retraido á otro que hubiera tenido ménos abnegacion y ménos virtud de la que tenia nuestro Cardenal. A él no le arredró ni lo difícil de la empresa, ni el efecto que pudiera producir en Luna una manifestacion de esta especie de parte de tal sugeto, sino que fué al momento á cumplir su cometido, y llevó á cabo una empresa que no se coronó con un éxito favorable, porque la apreciacion que Luna habia hecho de su eleccion le hizo creer que esta habia sido canónica, y por consiguiente se tenia por legítimo, fijando poco la atencion, ó más bien apartándose voluntariamente de todos los razonamientos con que se le hacia comprender no solo lo criti-

co de su situacion en el órden espiritual, sino lo que en el órden social podia sobrevenir atendido el giro que iba tomando este asunto serio, diremos mejor, grave, importantísimo. Nada desvirtua el mal éxito de su empresa, ni la tenacidad del antipapa los heróicos esfuerzos del Cardenal, pues que en hecho de la verdad él puso en juego cuanto estuvo á su alcance para atraer al pobre Luna á verdadero conocimiento, y la forma que adoptó hubo de ser indudablemente una forma conciliadora, y los medios que usó precisamente fueron prudentes, pues que con la exaltacion en que necesariamente debia encontrarse aquel hombre, que veia venir sobre sí con el anatema de la Iglesia el abandono de todos sus partidarios y una ruina que le hubiese sido imposible evitar, fué mucho, decimos, el que Luna no se enemistára con el legado, lo cual prueba por parte de Foix un acierto verdaderamente exquisito para gobernar las negociaciones, si bien fueron sin éxito en su punto principal, que habria sido, á no dudarlo, el atraerle al gremio de la Iglesia, haciéndole retractar de su error, condolerse de haber usurpado una posicion que no le pertenecia, y vivir en una situacion no solo desahogada, sino honorífica, cual hubiera sido la en que se habria constituido, si visto su error le hubiese abjurado, lo cual habria sido un paso de verdadera importancia, pues le hubiese conquistado el aprecio de todos los verdaderos católicos. Mas dejemos al obcecado Cardenal seguir los impulsos de su misma obcecacion, y pues no es ahora el objeto de nuestra atencion el juicio crítico de su conducta, miremos desde luego á la que observa el cardenal Pedro de Foix, que ciertamente ha de darnos todavía testimonio evidente de que éste era un gran hombre, cualquiera que sea la acepcion que demos á la palabra. Como el comun de los fieles no conoce que las decisiones de los concilios tienen la suma importancia que les es propia, y ven además siempre en esa esplendorosa dignidad con que esparcen los prelados de la Iglesia católica un no sé qué de divino, que los enaltece, no pudieron apagarse desde luego las chispas de impiedad y de cisma, que primero por buena fe y luego por miras particulares excitára el anticanónico papado de Luna, así que al retirarse él al pequeño pueblecillo donde con muy pocos seguidores continuó fingiéndose soberano pontífice, no faltaron algunos obcecados, ilusos ó interesados, que queriendo hacer valer ó privilegios ó exenciones que Luna les concediera, establecieron el cisma, principalmente en el reino de Valencia, donde bajo la direccion de un tal Muñoz, canónigo de Barcelona, no solo prestaban obediencia á Luna, sino que desconocian al legítimo Martino V. Costaba mucho trabajo á este excelente Pontífice el consentir que aquella parte escogida de su grey, pues que grey del Romano Pontífice son los fieles todos, estuviese alimentándose con pastos nocivos y exponiéndose á la ruina perpétua, que la causaria la muerte eter-

na; y para evitar tan inmenso mal, fijó sus miras en un prelado que á alta dignidad y firmeza de carácter, agregase celo, buen deseo y desinterés, para con estas condiciones procurar el bien de aquellos pobres, que en verdadera desdicha experimentaban males de que no tenian la menor culpa. Fué, pues, el escogido para desempeñar este cargo tan delicado como importante el cardenal de Foix, el cual comenzó, como era debido, por reunir una asamblea provincial católica, que ventiláre con sana crítica las cuestiones disciplinales pendientes, y que con la autoridad que estos concilios provinciales tienen, y con la mayor aún que á este daba el ser presidido y convocado por un cardenal de la Santa Iglesia, enviado *ex professo* para esto, pudiese restablecerse la calma en las conciencias de los fieles, y obrar todos como era justo en órden á su justificacion y mejora espiritual. Hemos dicho que el Cardenal vino á España con el fin de resolver el cisma en que esta católica nacion estaba por la excision producida por Luna, en quien no puede negarse que hallaba esta magnánima y siempre importante nacion, motivos de la más cordial simpatía; y se deduce como legítima consecuencia el que habiéndose dado á éste las amplísimas facultades de legado *à latere* para la absolucion de los que viniesen al buen camino, para la reconciliacion y rehabilitacion de los que de estos importantes recursos tuvieran necesidad, tambien tendria facultades muy ámplias para condenar y castigar no solo con las censuras, sino aún con las leyes penales que creyera prudentes, á aquellos que persistiendo en su error, pusiesen obstáculo á la consecucion del fin que de consuno intentaban el padre comun de los fieles y el rey de España. Y con efecto, ámplias eran sus facultades, ilimitado su poder, y solo su voluntad hubiese sido motivo para que se hubiesen impuesto las penas más rigorosas; sin embargo, en todo ménos en castigar pensó nuestro buen prelado, todos sus esfuerzos tendieron desde luego á hacer que conociendo todos sus verdaderos intereses, y comprendiendo bien que su mismo celo era única y exclusivamente por el bien de las almas, á este bien contribuyesen, haciendo cada cual cuanto pudieren por secundar estos mismos designios suyos; y para lograrlo es imposible inventar más de lo que él inventaba: cuando conocia que su presencia seria motivo de que alguno viniera al buen camino, él mismo iba en su busca, y le facilitaba los medios de reconciliarse con la Iglesia, y le obviaba cuantos obstáculos pudieran presentarse, y por consiguiente se conseguia un fruto verdaderamente extraordinario, pues muchas veces se veia venir á los piés del legado á personas de importancia, que confesando su error, buscaban una manera de hacer su abjuracion sin pasar, digámoslo así, vergüenza, pues que en hecho de verdad, no causaba vergüenza el tratar con el legado, y hallaban lo que deseaban, pues él mismo les formulaba la protesta de fe, que po-

niéndolos de nuevo en el gremio católico, les hacia por consiguiente acreedores á toda la consideracion debida á los fieles servidores de Cristo, Redentor nuestro. Cinco años trabajó con afan en dominar aquel cisma, que se continuó despues de Luna por el mismo defensor de su legitimidad, el canónigo de Barcelona, que se hizo nombrar papa bajo el nombre de Clemente VIII, pero fué finalmente convertido por nuestro legado á verdadero conocimiento, no sin gran dificultad de parte de algunos cuantos, que elevados por él á las más altas dignidades de la Iglesia, veian que si les faltaba su patrono desaparecia su elevacion, su encumbramiento y todo lo que les hacia superiores, sin tener para esta superioridad mérito alguno. Parece, sin embargo, que el relato de los buenos oficios, que áun con los delincuentes desempeñaba nuestro cardenal Foix, hace formar de él la idea de que sería pusilánime, tal vez cobarde ó cuando ménos débil, puesto que no se le veia tomar medidas enérgicas ni partidos extremos; pero esta aseveracion solo puede hacerse no fijando la atencion en que aquel mismo que con extraordinaria benignidad, con suma dulzura y con un gozo indecible recibia y acariciaba materialmente á los que se convertian, y reparaba sus anteriores defectos con suma caridad, y cubria sus manchas con la benéfica y protectora capa del Príncipe de los Apóstoles, aquel mismo con el rigor que merecian, castigaba á los rebeldes y pertinaces, siendo testimonio de esto el que murieron en prision dos pretendidos cardenales, que no quisieron declarar su ilegitimidad, ni secundaron ninguno de los medios que con la mayor prudencia y el más afectuoso cariño les puso en las manos para que hiciesen renuncia de cargos que no les competian y penitencia de las gravísimas culpas con que habian manchado sus conciencias, produciendo como era consiguiente esta valerosa entereza de parte del legado los más felices resultados, porque todos secundaban sus designios, y los díscolos que los resistian eran severamente castigados, resultando de aquí que la justicia que brillaba en sus acciones vino á producir la paz, y estas virtudes hermanándose en el reino católico por excelencia, aunque trabajado algun tanto por las tristes consecuencias del cisma, hicieron su ventura debida á Dios, es verdad, pero cuyo instrumento habia sido este varon dotado por Dios de prudencia y condiciones adecuadas á los importantes puestos en que se le colocó. Indudable es que la noticia de su buen órden y deseos, así como de la eficacia con que el conjunto de estas dos prendas tan apetecibles en un hombre de estado, llegarian á Roma, y nadie ignoraria que el cardenal legado habia sido la causa inmediata de la quietud de España, y de que este privilegiado país volviese al gremio de la verdadera Iglesia; pues bien sabido todo esto, quisieron retribuirle de alguna manera el gran favor que acababa de hacer á su país, acreedor á todo cuanto bien es posible hacer, pues que es un país verdadera-

mente grande. Y quisieron demostrarle propios y extraños su afecto en el dia en que regresó á la capital del orbe católico, dia verdaderamente notable y en que se excedieron á sí propios los moradores de la ciudad santa, dando rienda suelta á las más espontáneas demostraciones de gratitud en favor suyo, y puede bien asegurarse que no fué más solemne ni más suntuoso el triunfo de los conquistadores de la antigüedad, así como en hecho de verdad puede asegurarse que era muy merecido, pues que inmensos eran los favores que hiciera á los particulares como á la nacion este distinguido juez jurado. Y que no es exageracion de panegiristas el que digamos que al Cardenal se le hizo un recibimiento desusado por lo suntuoso y magnificentísimo, lo convence el que el mismo Soberano Pontífice, acompañado de todas las autoridades, salió á recibirle, no satisfaciéndose hasta que le vió en el mismo palacio, donde el Colegio cardenalicio reunido le recibió, haciéndose por todos los merecidos elogios de este excelente Cardenal, de tal modo que parecia un ser mandado del cielo para felicidad y dicha del pueblo eminentemente católico, y gloria por consiguiente de Roma, que miraba como suyos los lauros que se prodigaban con tanta razon á este hijo suyo tan eminente y predilecto. No cabia ya el que Martino V le concediese más honor; pero sí el que pusiera en él toda su confianza, como lo hizo, pues desde su regreso de España penetró en los secretos del Capitolio, de modo que no se daba paso importante sin que de él tuviese noticia este Cardenal, tan acreedor en todos conceptos á esta singular deferencia, que le honraba y le distinguia en tan gran manera. Los dias del papa Martino V concluyeron con su muerte, manera de terminarse en este miserable mundo todas las grandezas; y parecia que acabando la existencia del patrono, el protegido quedaria algun tanto rebajado en la importancia de su compañía ó de su ilustrado concurso en órden á los negocios que hasta entónces se habian manejado segun su parecer. Sin embargo, murió como hemos dicho el Papa, y su privado, que lo era ciertamente nuestro esclarecido Cardenal, vino á ser privado tambien del que le sucedió en el gobierno, del que le sustituyó para regir los destinos de la cristiandad entera dependiente siempre de la voz y voluntad del sucesor de S. Pedro, vicario de Jesucristo en la tierra. Y no se crea que empleára el Cardenal ninguno de los medios que son frecuentes en el mundo para venir á ser privado y confidente de Eugenio IV, sucesor de Martino V. Si al Cardenal se le hubiese ocurrido siquiera la idea de adular al Pontífice reinante, ménos áun, la sola idea de demostrar la justicia de sus actos para que esta demostracion le redundára en provecho, él se hubiera creido envilecido, y se hubiera avergonzado de sí mismo; pues que una delicadeza suma, excesiva si exceso cabe en tan envidiable prenda, habia sido la inseparable compañera de nuestro Foix desde su cuna, y si cabe desde ántes en las per-

sonas de sus muy nobles progenitores. Espontánea, enteramente espontánea fué la privanza que Eugenio IV dispensó á este ilustre prelado, y ella no pudo tener otro fundamento que los méritos que tenia, méritos tanto más relevantes cuanto que en el apogeo de la estimacion de Martino, como en el momento en que se designó la prediLeccion de Eugenio, el Cardenal no intentó nunca más sino que se le permitiera retirarse á un lugar donde pudiera hacer su propia santificacion libre de los cuidados y cargos consiguientes á los importantes destinos en que se le colocaba. Mas los designios de Dios acerca de él eran muy distintos de lo que le dictaba su profunda humildad. El Señor queria que Pedro Foix le sirviese para bien de la Iglesia y de las naciones en una vida activa, que desempeñase importantes cargos, que llenára elevados ministerios. No será bastante que se le hubiese vestido la púrpura como premio á señalados servicios en la prematura edad de veintidos años, ni que se hubiese puesto á su cargo, no ménos que por un concilio general, el hacer saber su resolucion á un rebelde que conspiraba contra la Iglesia, usurpando un concepto que no merecia, ni que hubiese el más feliz éxito coronado sus esfuerzos, á consecuencia de una mision importante que desempeñára de la manera más conveniente y digna que se podia imaginar; todo esto era poco, y habia de presentarse ocasion en que demostrára por una série no interrumpida y larga de servicios, lo mucho que para bien de la Iglesia y de los pueblos habia valido este hombre tan ilustre y tan bueno. Eugenio IV, que llevamos dicho puso en él las miras de su prediLeccion, quiso aprovechar las buenas disposiciones para encomendarle una importante colocacion, en la cual era necesario un hombre que tuviese el conjunto de prendas que atesoraba Foix. Era esta colocacion tan importante la embajada de Aviñon, pues que además del carácter de representante de la Santa Sede en el órden espiritual, tenia el cargo especial de gobernador, administrador y sustituto de la persona del Pontífice en el órden económico y administrativo. El Cardenal al desempeñar tan importante cometido, no les pareció á los del país el representante de su señor sino un ángel de paz que Dios les habia mandado del cielo para que procurára sus intereses acá en la tierra, é hiciese que por todos los caminos posibles subieran ellos á la apetecida felicidad que solo con Dios es posible tener. Puestos á su cuidado los asuntos tanto espirituales como temporales, él miró desde luego por el bien de esta provincia encomendada á su cuidado, no digamos con más atencion que por su propio bien, pues que esto no puede dudarse atendiendo á su abnegacion y á su desprendimiento de todo, sino que diremos que atendió al bien y adelantos de sus queridos súbditos, proponiéndose y lo hubiera hecho en su caso, sacrificarles no solo sus cuidados, sus desvelos y atenciones, sino en un caso necesario hasta su misma vida; resultando, que como miraba por

los intereses de sus encomendados con más esmero que si hubiesen sido propios suyos, hacia que todo les resultára en provecho, empleando para esto ó la dulzura, ó el rigor, ó la conviccion, ó la fuerza segun era más conveniente; pero siempre inclinándose á la misericordia y á la bondad mejor que no al rigor, y queriendo en toda ocasion proporcionarles ventajas y no ocasionarles molestias, sin escasear ni las disposiciones que les favorecian, ni los ejemplos que les animaban, ni ninguna, en fin, de las cosas que podian labrar su felicidad, siendo el término de todo esto que los de Aviñon le consideraban como señor, porque le tributaban la más rendida sumision y obediencia; pero como padre, porque no podia ménos de tener hácia él ese afecto que naturalmente excita quien se desvive por hacer la felicidad de los puestos á su cuidado, y en realidad de verdad, si se atiende á que hizo el Cardenal que la justicia fuese el móvil de las acciones áun las más indiferentes de los de Aviñon, y que en todo el estado se observasen las reglas más ordenadas de policía y de buen gobierno, y que las costumbres arregladas de todos hiciesen más notable el extravío de alguno, el cual era severamente castigado; y la paz interior y exterior produjese la abundancia de las cosas que el país ofrecia por el arreglado uso y buena preparacion con que se fomentaban, y de las que era menester buscar fuera por ventajosísimos convenios hechos con unos y con otros siempre á favor de sus súbditos, aunque siempre tambien en justicia para la otra parte que contrataba, pues nunca se permitió en lo más mínimo defraudar los sagrados derechos de nadie; vendremos á convencernos de que un afecto filial es lo único que puede agradecer debidamente un paternal cariño como el que el Cardenal gobernador les demostró. Es preciso en justicia decir que los fieles súbditos de tan buen señor supieron corresponder de un modo digno y muy conveniente á sus desvelos, é hicieron cuanto en ellos estuvo para conservar como conservaron tan buen gobernador, hasta que ya les fué imposible tenerle por más tiempo, pues no era la voluntad de los hombres sino la de Dios, con la que habia que luchar. Decimos, pues, que treinta y cuatro años vivieron los de Aviñon sujetos y regidos por las sabias disposiciones del Cardenal, que fué en esta larga época representante de los soberanos pontífices Eugenio IV, que le mandó, y sus sucesores Nicolao V, Calixto III, Pio II y Paulo II que era el que ocupaba el trono pontificio cuando el cardenal Foix pasó á mejor vida. Así como dejó Pedro de Foix recuerdos imperecederos en Aviñon, los dejó tambien en Roma, pues que por su mediacion adquirió la ciudad santa una prenda preciosísima que tiene en sí dos conceptos por los cuales es altamente apreciable. Hablamos de la tiara de S. Silvestre, llevada á la capital del orbe por los esfuerzos de Foix, y que tiene el doble mérito de su valor, muy grande para su época, y de haber pertenecido á tan esclare-

cido Pontífice. Aun á pesar de que parezcamos algo minuciosos y pesados en nuestro relato, vamos á referir por qué medio fué remitida esta preciosa alhaja á Roma, así como la manera de ser allí recibida, pues ambas cosas son como el fundamento de esa justa veneracion con que es conservada tan preciosa reliquia, veneracion muy justa por los motivos que llevamos anunciados. Acabando de llegar el cardenal Foix á Aviñon, vió entre las reliquias de aquella iglesia la preciosa tiara de que nos vamos ocupando, y al momento concibió la idea de procurar por todos los medios posibles el que tuviese una más decorosa colocacion en la corte del mundo católico. Algunas dificultades hubo de vencer hasta llevar á cabo sus deseos, pero por último, comprendiendo el clero y el pueblo que esta sería una dádiva que tomaria y tendria en mucha estima el Soberano Pontífice, y considerando, por otra parte, lo mucho que les merecia Eugenio IV, siquiera no se atendiese más que al gran favor que les hiciera en mandarles por gobernador al cardenal Foix, se resolvió el mandarla á Roma, y el Papa la recibió con grande ostentacion en la iglesia del Vaticano, haciéndose solemnísima fiesta en honor del Santo á quien perteneció, y siendo despues llevada por el mismo Sumo Pontífice á la iglesia de S. Juan de Letran, donde fué colocada como un monumento de gloria para el pontificado y de veneracion para los fieles, que no pueden ménos de conmoverse al admirar en esta preciosa reliquia el recuerdo de tan señalados triunfos de la Iglesia. Interminable sería la relacion de los favores, ó más bien deferencias que hizo, ya por medio de obsequios de su iglesia á la de Roma, ya por otros no ménos ingeniosos y que redundaban siempre en provecho de ella; por esto los omitiremos, contentándonos con decir que las miras benéficas de este ilustre prelado no se circunscribieron al reducido círculo de los dominios de sus fieles súbditos, sino que siendo tan grandes como eran su celo y su benéfico corazon, quiso fueran extensivas á todo el mundo, y sobre todo á una gran parte de los hijos de Dios, que la obcecacion de algunos de sus maestros y guias tiene sumidos en la desdicha de estar separados del gremio católico (los griegos cismáticos), y otros que pudieran concretar más la verdadera unidad, cediendo en algunas ritualidades no esenciales, y de lo cual resultaria un gran bien para esa misma unidad, pues que todos fomentarian de consuno ese especial y característico atributo de la Iglesia de Jesucristo. Trabajó mucho para esto, y sus esfuerzos, aunque inútiles en la práctica, fueron satisfactoriamente compensados, pues que el concilio general de Basilea declaró que la Iglesia habia visto con agrado lo que en órden á la realizacion de este gran beneficio habia intentado el ilustre legado de la Santa Sede en Aviñon, lo cual no podia ser más satisfactorio, pues es lo sumo de la complacencia que puede caber á criatura el encontrar el apoyo de sus obras en la Iglesia

universal, el panegirista de sus deseos en la reunion de todos los obispos católicos congregados para procurar el bien de esta misma Iglesia, sociedad única donde el bien se asegura, porque es la sola que secunda los designios de un Dios hecho hombre para salud de los hombres. Diremos por conclusion de este artículo biográfico, que va haciéndose algo largo, pero en que no puede omitirse nada, pues todo lo que llevamos dicho es necesario para formarnos una idea del personaje que nos ocupa, daremos una ojeada muy rápida sobre el cardenal Foix, considerado como arzobispo de Arlés, cuya dignidad hubo de aceptar luego que por ser colocado como legado de Su Santidad en varios reinos, se vió precisado á dejar la silla metropolitana de Tolosa, que hemos visto rigió con tanto acierto y esmero. Su cuidado en esta diócesis fué tan exquisito como lo habia sido hasta entónces, y sus atenciones se fijaron principalmente en lo que deben fijarse las de todo prelado que estima en algo su alma, cuya salvacion ó pérdida depende, como sabemos, de la correspondencia á los designios que acerca de nosotros forma el soberano Señor del universo. Atraer á todos sus diocesanos al verdadero servicio de Dios, dotar las iglesias de alhajas y ornamentos sagrados convenientemente dispuestos para que el culto se diera cual merece la grandeza del Señor á quien los homenajes se rinden, y procurar el que los derechos é inmunidades de la Iglesia se respetasen cual era debido, este fué el empeño de su celoso prelado: dígase ahora si quien todos estos importantes designios cumplió y los cumplió á satisfaccion, merece ó no el título de verdadero pastor, y por otra parte, si quien obra de esta suerte podrá ménos de emplear para llegar á tan feliz término, fatigas, molestias, incomodidades que tienen que ejercer grandemente la paciencia del que las sufre, y que no podrian llevarse á cabo sin una elevacion de miras tal cual la tuvo nuestro Cardenal, que mirando en todo la gloria del Señor, en todo la buscaba, hasta que al fin la halló en el término de sus dias. Estos fueron llenos de buenas obras, pues considéresele en el concepto que se le considere, hallaremos á Pedro de Foix ilustre por su nacimiento, grande en su desprendimiento, segun lo acreditó el hacerse religioso en la familia franciscana, cuyo primer carácter es la pobreza. Le veremos obrar con rectitud y desempeñar dignamente las diócesis que tuvo á su cargo como gobernador. Ser obispo digno de tan encumbrada dignidad, cardenal porque sus méritos requerian tal distincion, legado *á latere* que desempeñó funciones muy delicadas con un éxito indecible, y por último, gobernador de Aviñon como hemos visto lo fué. Consecuencia de todo esto, que cuando sus años le tenian trabajado, y se llegaba el momento de pasar de este mundo al otro, el Señor hizo que recordando su primitivo ser, es decir, su estado de religioso, aquella vida tan grande, tan importante segun el mundo, se acabase en

medio de los sentimientos de la más profunda humildad y del más completo desprendimiento, siendo sus últimos momentos todos de Dios como habia sido su vida empleada toda en el servicio del Señor. El 13 de Diciembre de 1464 fué cuando pasó de esta á mejor vida, y el gran sentimiento que produjo su muerte, así como lo perfecto de su administracion y gobierno, le hicieron inolvidable, consignándose un público testimonio del merecido aprecio que obtuvieron sus prendas en la preciosa plancha de bronce con que está cubierta su sepultura al pie del altar mayor de la iglesia de los Cordeleros de Aviñon, en cuya lápida constan los esclarecidos méritos del ínclito Fr. Pedro de Foix, cardenal de la Santa Iglesia Romana, arzobispo y legado apostólico. — G. R.

PEDRO FOQUET (P. Fr.). Fué este esclarecido monje benedictino natural de una pequeña poblacion de Francia, donde sus padres, muy honrados y muy apreciados por lo tanto, ejercian la agricultura, cuidando en cuanto les era posible de la educacion moral de su querido hijo, á lo cual ayudaba en gran manera por una parte la buena índole del jóven, y por otra el que todos los ejemplos que veia eran de suma edificacion. Nuestro Señor permitió que Pedro Foquet fuese casado, sin duda para que dejára herederos de sus virtudes como de su nombre; tres fueron los hijos con que le favoreció el cielo, y á los tres los colocó en un convento de la Seráfica Religion luego que estuvieron en edad adecuada. Resolvió el padre, luego que se vió desembarazado del cuidado de sus hijos, emprender un viaje á los Santos Lugares; pero Dios, que velaba por él y le tenia reservado para cosas muy grandes, y queria que el seminario donde él aprendiese y practicára la virtud fuese una casa de la órden del esclarecido patriarca S. Benito, hizo que ántes de emprender su larga caminata viniese á Monserrate, y allí, visitando la imágen de la Madre de Dios y observando de cerca las costumbres, rígida exactitud y prácticas de virtud de los monjes, se alentase á pedirles como muy especial gracia quedarse como criado en aquella casa, ocupado en las mecánicas más penosas y en el trabajo más fuerte. Efectivamente, luego que distribuyó todo el caudal que traia entre los pobres, y dió alguna parte de sus alhajas, único resto de ellas que ya poseia, para el culto de la Vírgen Santísima, se acomodó como mozo del horno, en cuyo cargo servia muy bien, y procuraba, como es consiguiente, ventajas á la comunidad, que tenia en este hombre de Dios quien le proporcionaba buen pan material á cambio del pan de la divina palabra con que los Padres fomentaban los buenos deseos y piadosas intenciones del hermano. Ya fuese que él comprendiera más y más la futilidad y miseria de este mundo engañoso, ya que la gracia de Dios obrase en él de un modo más directo, es lo cierto que un dia, cuando concluyó su oficio en la tahona, se presentó al P. Superior y le manifestó sus vivísimos

deseos de ocupar el último lugar entre aquellos felices ermitaños; pero que al ménos se pudiera contar entre ellos. Pesadas con madurez las razones que Pedro adujo, y considerando el superior las favorables condiciones que en él se reunian, de acuerdo con la comunidad, estimó aceptables sus propósitos, y resolvió admitirle al noviciado y vestirle el santo hábito el dia 7 de Junio de 1651, teniendo él ya la edad de cuarenta y dos años, edad que si bien era un poco avanzada, era una garantía de la firmeza de su propósito, era una seguridad de que podria esperarse mucho de quien para el logro de su deseo ha tenido toda la premeditacion y aplomo que no es fácil ni áun casi posible en un jóven, que no puede conocer los peligros del mundo cuando le abandona. Desde el momento mismo en que tomó el santo hábito comenzó á esforzarse en el servicio de Dios de una manera tan valerosa, que muchas veces cuando novicio era ya presentado como modelo, no solamente á sus compañeros, sino á los más adelantados y provectos en el camino de la perfeccion. Este fué indudablemente el motivo de que se llenáran de verdadero regocijo todos los Padres de aquella casa, cuando llegó el momento de su solemne profesion, que hizo con toda la efusion de su espíritu y con todo el deseo de su alma de que ella fuese el núcleo que le uniese más y más á su Dios, ó por mejor decir, el medio de que creciera en él la virtud de que Dios le habia dotado abundantemente. No se paralizó en sus adelantos espirituales el siervo de Dios, ántes por el contrario puede decirse que eran estos cada dia mayores, de tal suerte que cuando vacó una ermita á los dos años de haber él profesado, los superiores creyeron conveniente mandarle á que la regentára, dispensando el tiempo acostumbrado para que se les dejase á los padres vivir, digámoslo así, independientes, y prometiéndose mucho de su piedad y de su celo, pues con estas circunstancias tan de apetecerse supliria, y supliria muy ventajosamente, lo que pudiera faltarle por razon del poco tiempo que llevaba en el estado religioso. Al punto que la obediencia le designó como morada aquel apartado rincon, pues rincones y apartados son todos los alojamientos de los ermitaños, se persuadió de que ya no le quedaba otra cosa en el mundo que Dios, para buscar una manera de agradar á su augusta Majestad, y sus prójimos, para prestarles toda especie de auxilios espirituales que estuviesen en su mano; así que para realizar estos dos extremos hacia siempre cuenta que todas sus obras le eran mandadas expresamente por Dios, por lo cual ponia el mayor esmero en ejecutarlas, viéndosele en lo espiritual fervorosísimo en la oracion, exacto en la observancia de las reglas y constituciones, tan rígido, que no queria permitirse ni siquiera esos ligeros refrigerios, que como alivio de nuestra pusilanimidad permitia su santa y perfectísima comunidad. Era muy dado al ejercicio santo de la oracion, y en ella no solo penetraba los secretos del

amor divino, sino que alcanzó muchas veces de su Dios favores extraordinarios, que servian para alentarle más y más á la perfeccion. Además del trabajo de manos, que como ocupacion habitual de los monjes tenia él que hacer, habia tomado, no sé si digamos como recreo ó como medio de dilatar más y más sus piadosos deseos, el hacer y repartir á cuantos se llegaban á su celda unas crucecitas y medallas; las primeras de madera con las insignias de la sagrada pasion de Cristo Redentor nuestro, las segundas de estaño con la imágen de la Vírgen Santísima, ya en el glorioso dictado de Monserrat, ya en el inefable misterio de su Concepcion Purísima, siendo la razon de que las hiciera de estas dos especies el que él tenia en suma veneracion esta singular prerogativa de la Madre de Dios, y el título de Monserrat era preciso se hiciese extensivo en cuanto era posible por el celo de los moradores de esta santa montaña en extender la noticia de la prodigiosa aparicion de María en este escarpado cerro, admirable en la parte material por su especial estructura, y en la moral por los muchos santos que le han poblado en todas épocas y circunstancias. Y á propósito de estas medallas y cruces que el V. P. Pedro repartia con extraordinaria profusion, llegó á llamar la atencion de sus hermanos y áun de los superiores el que tuviera siempre abundancia de ellas para dar á cuantos se acercaban á su celda, que eran muchísimos, como es sabido de todo el mundo, y como no estamos libres de que nuestros contrarios busquen todos los medios que puedan para procurarnos mal, le delataron á la santa Inquisicion, y el tribunal se enteró del suceso, siendo el resultado declarar un verdadero milagro, que no notaba ni áun el mismo en cuyo favor se hacia, y que demostraba á las claras lo que el Señor se complacia en esta buena accion de su siervo, por lo cual el mismo santo tribunal excitó á continuarla, siendo por consiguiente desde entónces mucho más buscadas y apetecidas estas prendas de caridad por parte del P. Pedro, de predileccion hácia él por parte de Dios. Esto le acreditó muchísimo, y fué motivo de que personas muy principales acudieran á él pidiéndole remedio en sus necesidades, y el eficaz auxilio de su oracion para obtener del Señor cosas que sin estos medios extraordinarios les parecian imposibles. Su método de vida se reducia todo á caridad, especialmente con los niños, para los cuales tenia una especial dulzura y un atractivo tan singular, que sabia tenerlos contentos á su lado para inspirarles las máximas de la religion, hacérselas comprender de manera que cuando llegaba para ellos el tiempo de aplicarlas prácticamente lo hacian sin violencia, siendo el resultado de esta grande obra el que se morigeráran algunos pueblos, pues los niños, haciéndose hombres, conservaron y practicaron las doctrinas que habian aprendido del hermano Pedro, y por consiguiente fueron buenas cabezas de la familia que tenian á su cuidado. El mortificaba además

su carne con ásperos silicios, sangrientas disciplinas y malos tratamientos para dominar y regir su espíritu, que por tanto estaba sujeto á la razon de ser en Dios, que él se propuso desde el feliz momento en que profesó monje. Con tan inocente y mortificada vida adquiria los grandes méritos que Dios nuestro Señor habia de recompensar un dia, y como el tiempo de esta recompensa se llegára y recibiese del mismo Dios aviso de que su fin estaba cercano, quiso prepararse á la muerte de la mejor manera posible, luego que recibió la para él tan fausta nueva. El medio de que Dios se valió para poner término á la vida del hermano Pedro fué un agudo dolor de costado, que le acometió estando en su ermita el dia 13 de Febrero de 1670. Lleno de un gozo mayor aún que el que experimenta un náufrago cuando á punto de perecer ya, ve que por un inesperado recurso puede llegar á salvarse, voló á comunicar á sus superiores que aquella enfermedad que el Señor le permitia era la última que habia de padecer, y por consiguiente que le era preciso prepararse de la manera más conveniente para emprender el viaje á la eternidad: así que al siguiente dia, domingo de septuagésima, recibió con extraordinario fervor el santísimo viático, no permitiendo, ó por mejor decir, rogando con todas instancias el que no se le subiese á la celda ni á la enfermería, sino que bajando él á la iglesia allí recibiria la sagrada Eucaristía, no como comunion sino como viático; siendo esto de mucha edificacion, no solo para los religiosos, que concurrieron todos los de la casa y muchos de las otras ermitas, sino para los fieles, que por la circunstancia de ser dia de fiesta asistieron tambien en bastante número. A su debido tiempo recibió la santa Extremauncion con no menor edificacion de cuantos lo presenciaron, y en este momento solemnísimo volvió á hacer una protestacion de fe y á suplicar con instancias á sus hermanos el poderoso auxilio de sus fervientes oraciones, con lo cual cerró, por decirlo así, el humano trato, hasta que en medio de los más afectuosos designios y encomendando al Señor cuantas necesidades pudo tener presentes, y rogándole su remedio, dió plácidamente su alma en manos del Hacedor Supremo el dia 19 de Febrero, miércoles de ceniza. Fué universal la sensacion que su muerte produjo, si bien todos confiaban en que como legítima consecuencia de sus virtudes obtendria la bienaventuranza, asi que sus honras fúnebres puede decirse fueron una verdadera solemnidad. Sus hermanos le tuvieron desde luego en gran veneracion, y áun hacen de él honorífica memoria en el dia 15 de Febrero de cada año. — G. R.

PEDRO Foresio (S.). Francés de nacion é hijo de padres piadosos este Santo, se ignoran las fechas de su nacimiento y de su muerte y los lugares en que se verificaron. Sábese por los autores que su amor á la soledad y su horror al pecado le obligaron á abrazar el estado religioso, en donde pro-

curó ganarse á fuerza de penitencias la vida eterna. Fué canónigo de los regulares del Santísimo Salvador, y sirvió á sus compañeros de modelo de virtudes, habiéndole dotado tambien Dios con el don de milagros ántes y despues de su muerte. Fué su vida una continua penitencia y murió santamente en Gray de Borgoña, en cuya poblacion se veneran aún sus reliquias. La Iglesia le recuerda el dia 7 de Julio, en el que debió ser tal vez su glorioso tránsito. —C.

PEDRO DE LA FUENTE (Fr.), religioso franciscano, natural de Sevilla. Escribió: *Breve Compendio para ayudar á bien morir.— Tratado de las gracias é indulgencias del cordon de S. Francisco.* Ambas obras se imprimieron en Sevilla en 1640.—S. B.

PEDRO GARCIA, obispo de Barcelona. Fué elevado á aquella importante silla en 12 de Octubre del año 1490, bajo el pontificado de Inocencio VIII. Sin que haya acerca de él otros antecedentes más que la circunstancia notable de haber estudiado y enseñado humanidades y teología en París, su vida episcopal le acredita, no obstante, como varon apostólico y extraordinario, de un celo ardiente por la gloria de Dios, felicidad y ventura del pueblo puesto á su cuidado. Sin salir nunca de su linea y guardando un lugar conveniente, prodigaba sus cuidados á sus fieles, siendo para ellos verdadero padre y pastor; pero sin olvidarse de que su mision no era sino acerca de los espíritus, esto es, no entremezclándose nunca en asuntos impropios de su altísimo ministerio. Se establecieron en su tiempo varios monasterios de religiosas, siendo los más notables el de Sta. María de los Angeles, de religiosas Dominicas, y el de Sta. María de Jerusalen de Franciscanas, uno y otro situado en los contornos de la ciudad, y dependientes el primero del Obispo y de su Orden el segundo. Le granjeó mucho su aprecio el coadyuvar á estas dos fundaciones, porque bien pronto conocieron sus fieles súbditos los grandes beneficios que de esto habian de reportar, ya en el órden material y mucho más en el órden moral, pues bien comprendian que casas donde solo se hacen obras de gran mérito, no pueden ménos de atraer sobre el lugar mismo donde ellas estan las bendiciones del cielo y toda especie de gracias de lo alto, que irremisiblemente han de tener por término el hacer la dicha de aquel país donde crece tan buen fruto. Así como fué solícito para procurar el alimento espiritual á los fieles, lo fué tambien para defender los dogmas católicos, poniendo nuestra fe á cubierto de las cavilosidades de sus enemigos, haciendo brillantísimas defensas de la verdad dogmática y confundiendo á los que ofuscados por sus quiméricas teorías, intentan dislacerar á la Iglesia, haciéndola penar en el extravío de estos hijos queridos de su amor. Tampoco descuidó lo que decia relacion á la decente comodidad y decoro que era conveniente á él mismo y á sus sucesores; así que, de acuerdo con el ca-

bildo reparó el palacio que estaba bastante ruinoso, é hizo otras obras de ornato y decorosa comodidad. Cumplió fielmente con su ministerio en todo, y siempre estuvo propicio á ir donde la caridad exigia su presencia; y lleno de méritos y apreciado de todos, dió su alma á Dios en un sábado del año 1505, dejando buena memoria de su conducta y un recuerdo, segun por el cual todos habrán de respetar la memoria del Ilmo. Obispo Sr. D. Pedro García, cuyo cadáver existe en su misma catedral, como lugar el más á propósito para enterramiento de quien la hizo poner en el mayor auge. — G. R.

PEDRO DE LA GAZATA. Perteneciente este religioso á la noble familia de Reggio, en Italia, fué educado para el mundo con el mayor esmero; pero inclinado á la vida contemplativa y dejando por Dios al mundo, abrazó aún muy jóven la regla de S. Benito, tomando el hábito en el monasterio de San Próspero de Reggio, recibiéndole el abad Albertini en el número de sus monjes el dia 1.º de Noviembre del año 1348. No contando aún más que catorce años, trató al año siguiente 1349, de apartarle de la vida que habia elegido, y arrebatándole del convento trataron de sustraerle tambien del castillo de Gazata que le pertenecia; pero corriendo su padre en su socorro, le libró de las manos de sus enemigos. En 1363 el pontífice Urbano V, que se hallaba en el primer año de su papado, le nombró por un breve dado al efecto abad del monasterio de S. Próspero. Urbano VI le hizo subcolector en 1384, y Ugolino, obispo de Reggio, le nombró vicario general de la diócesis. Murió este benedictino á la edad de ochenta años en su convento el año 1414, y fué enterrado en la iglesia de S. Mateo, la que hoy lleva el título de S. *Roque*, en la que sobre su sepulcro se lee la inscripcion siguiente: *Hic jacet reverendus pater dominus noster*, PETRUS DE LA GAZATA, *abbas monasterii Sancti Prosperi inferioris de Reggio. Qui promotus fuit MCCCLXIII, mensi Aprilis, die XVII. Obiit autem die XXVI Febr. MCCCCXIV.* Sobre este sepulcro se ve al abad Pedro en efigie, y así consta en una lámina grabada en el tomo XVIII de la *Coleccion de escritores de la Historia de Italia*, por Muratori. Continuó Pedro la *Historia de Reggio*, empezada por su tio Sagacio de la Gazata, el cual habia empezado la *Crónica* el año 1272, terminándola en 1353, y Pedro tomándola desde este año la continuó hasta 1388, ilustrando con notas muchos puntos de la parte escrita por su tio. Muratori, que fué el primero que publicó esta obra, la elogia extraordinariamente. — C.

PEDRO DE GILLES. Nació en 1110 de una ilustre familia romana. A la edad de cinco años, es decir, en 1115, le puso su padre en la abadía de Monte-Casino. Despues de haber terminado sus estudios se ordenó de diácono, y se le nombró bibliotecario de la misma abadía. Lanzado del monasterio en 1128 por intrigas de sus envidiosos cofrades, el emperador Lotario le

nombró su secretario de Estado y su capellan de honor, encargándole importantes negociaciones. Compuso este eclesiástico un libro de los hombres ilustres de Monte-Casino, que se imprimió en Roma en 1655 y en París en 1666, cuyo libro está comprendido en la *Biblioteca de los Padres*. Fué tambien autor de la *Crónica de Monte-Casino*, y se imprimió en Venecia, en 1525, un tratado sobre las cartas romanas, que dedicó al emperador Conrado. Tambien escribió otras obras, cuyo catálogo insertó en las *Vidas de los hombres ilustres de Monte-Casino*. Algunos han llamado á este religioso diácono de Ostia ó de Letran; pero Martenne y Durand manifiestan que no perteneció á ninguna de estas iglesias. Puede consultarse á Dupin en su *Biblioteca de los Autores eclesiásticos del siglo XII*, en la que hace mencion de este autor. —C.

PEDRO GONZALEZ (S.), llamado vulgarmente *S. Telmo*. Fué natural de Fromista, cerca de Palencia, é hijo de padres muy nobles y ricos y de muy singular piedad. Estaban emparentados con sugetos de la más distinguida nobleza y con los que por entónces ocupaban los más elevados puestos, no solo en la milicia y estado, sino áun en la Iglesia, siendo uno de los parientes del jóven Pedro el obispo de Palencia, el cual se llevó á su lado á éste para que bajo su proteccion aprendiera, pues eran por entónces muy distinguidos los profesores de Palencia. No perdió Pedro el tiempo en órden á sus estudios; por lo demás nada ó casi nada adelantaba, pues si bien es cierto que concurria al coro por ser canónigo, lo es tambien que su asistencia no era acompañada del espíritu y condiciones que convienen á esta dignidad, por lo que no faltaron quienes murmuraban del Sr. Obispo por haber dado á su sobrino la canongía. A pesar de esto, el Obispo le propuso para el cargo de dean, en que le confirmó el Santo Padre; y como él quisiese manifestar su regocijo por este acontecimiento y celebrarlo no en acciones de gracias á Dios y en afectos de amor y de propia desconfianza cual convenia á la elevacion de tan alta dignidad, sino por medio de locuras y tal vez desvaríos con que pasára uno de esos dias que el mundo llama divertidos. En efecto, tomando traje y maneras completamente aseglaradas, y sin acordarse del decoro y comedimiento á que estaba obligado por todos conceptos, y muy especialmente por lo sublime de la dignidad en que se hallaba constituido, salió con marcada ostentacion de vanidad por las calles de Palencia sobre un brioso caballo, insultando materialmente su dignidad y dando en ojos con su improcedente y escandalosa manera de presentarse. Por no hacer esta narracion más larga de lo que exigen las condiciones de esta obra, no me detengo á explanar los sentimientos que en todos excitaria el observar esta conducta en una persona que era ciertamente de las primeras en dignidad despues de su tio el Obispo. Mas Dios sabe conducir las co-

sas á términos muy distintos de lo que parece por caminos enteramente desconocidos á la frágil miseria humana, y así lo hizo en esta ocasion. ¿Quién habia de pensar que la manera tan escandalosísima de presentarse el nuevo Dean habia de ser motivo de una mudanza muy provechosa para éste y de una extraordinaria edificacion para el pueblo, y no para el pueblo de sus dias, sino para el pueblo católico de todos los siglos? Pues así aconteció, que al caminar ufano en su caballo, éste tropezó y cayó; pero cayó precisamente en un lodazal inmundo, donde él y su ginete se llenaron de barro, y en el momento de su caida se apoderó del jóven una confusion tan grande, que lleno de vergüenza elevó sus ojos al cielo como para pedir á Dios consejo, y el Señor se le otorgó bajo la consideracion del estado material en que el barro le puso, con gran conocimiento del estado de su alma, mucho más manchada por el pecado que lo que su cuerpo lo habia sido por el lodo, y le hizo tomar la firme resolucion de abandonarlo todo, para buscar su perfeccion renunciando desde el momento en su corazon, y muy luego en manos de su tio el Obispo, no solo el deanato y canongía, sino todos los demás cargos eclesiásticos distinguidos y honoríficos que tenia, para poder así quedar apto para el mejor servicio de Dios y para la imitacion lo más adecuada posible de las virtudes de Cristo Redentor nuestro. Como la religion fundada por el patriarca Sto. Domingo ha ofrecido siempre campo tan dilatado para que caminando por él se llegue á la más alta perfeccion, este fué el seminario donde quiso Pedro aprender y practicar las virtudes que le eran necesarias para conseguir su apetecido intento de darse á Dios para siempre; así que ingresando en la santa casa de Dominicos de Palencia, comenzó desde luego á dar testimonio de lo que debia á su Dios, mudando completamente con su estado sus costumbres y haciéndose del todo otro hombre, cuando depuso el viejo hombre, que hubiera sido ciertamente réprobo, para vestir el nuevo que iba á ser la luz y antorcha que iluminaria á todos. Se hizo afable, humilde, piadoso y mortificado, se aficionó mucho á la soledad y retiro, y trató de compendiar en sí todas las virtudes en que habian brillado y se habian señalado los ilustres fundadores y primeros religiosos de su Orden, comenzando por revestirse de un espíritu de obediencia tal, que no daba un paso en que ella no interviniese, ni encontraba la más pequeña dificultad en ninguna de sus prescripciones, bien que ellas fuesen ó al parecer ridículas ó demasiado severas, queriendo él, y obrando para este fin, que todos los actos de su vida fuesen una expiacion de los extravios de su juventud, que eran ciertamente la pesadilla que lloró durante toda su vida y que nunca alejó de la imaginacion. No pareció á los superiores de aquella santa casa conveniente dejar ocioso el buen talento del P. Pedro, así que le obligaron á que se aplicase al estudio de la sagrada teología y de

las divinas Escrituras, en el cual adelantó muchísimo y en breve tiempo se puso en disposicion de ser útil á su Orden, á su prójimo y á sí mismo, pues con el estudio acrecentó el conocimiento de Dios, halló los medios de mover el corazon del hombre, y pudo despues ser como predicador de la doctrina de Cristo, sembrador de su simiente benéfica, de esa semilla preciosa cuyo abundante fruto no es corruptible y material, sino incorruptible y de vida eterna, que se recoge cuando no puede experimentar ninguna de las contradicciones á que se está expuesto en esta vida miserable, porque se recoge cuando el alma goza ya de feliz eternidad. Todo el esmero del P. Pedro consistia en estudiar y copiar fielmente las heróicas virtudes de que habia dado ejemplo su santo Patriarca, así que por imitarle ardia en celo por el bien de sus hermanos, y no perdonaba nunca medio alguno de aliviar sus males y remediar sus necesidades, bien que para ello tuviese él mismo que constituirse en necesidad ó que sufrir algun contratiempo. Era en extremo afecto á la santa pobreza, así que cuanto por algun concepto le pertenecia, otro tanto repartia entre los pobres, haciendo en esta Orden todavía más, que fué desprenderse completamente de las cosas del mundo, vivir en él como si no viviera y hacerse todo para todos, sin reservar para sí cosa alguna, más que esa existencia miserable de que no podemos prescindir, ínterin caminamos por este valle de miserias. Se dedicó con celo ardiente á la predicacion de la doctrina salvadora de Cristo, é hizo en este ministerio tan grandes adelantos, que no habia casa ni pueblo de los á que él iba, en que no estableciese una verdadera reforma de costumbres, lo cual indudablemente consistia en que la predicacion de Pedro iba acompañada del ejemplo, y no era puramente especulativa, sino verdaderamente práctica, porque no habia un punto en que no fuese modelo, pues desde el fundamento de toda virtud que es la santa humildad, hasta el término, que podemos decir consiste en la union íntima y extáticos arrebatos con que Dios favorece á sus escogidos, fué Pedro un vivo ejemplar de todo lo meritorio que han hecho los hijos de la Iglesia en todas las épocas. No hay necesidad de decir que este siervo de Dios dejaba al punto sus comodidades para acudir á facilitar el bien y salvacion de sus hermanos, así que no nos extrañará verle levantar de la mesa ó del duro tablado donde tomaba algun reposo, para ir á confesar algun enfermo ó prestar este mismo auxilio á cualquiera que lo necesitase, como no nos admirará tampoco el que ni el frio, ni el calor, ni la lluvia, ni el viento, ni todas las inclemencias de la más cruda estacion no pudiesen detenerle cuando el Señor le llamaba para prodigar á sus hermanos los dulces consuelos, que siempre producian en ellos su efecto, porque el siervo de Dios los sazonaba siempre con una caridad á toda prueba y con una dulzura que tenia necesariamente que atraer, por mucha que fue-

se la insensibilidad, dureza é indisposicion en que se hallase el alma á quien iba dirigiéndose. Por todas estas cosas el comun enemigo de las almas trataba con todo afan de arrastrar hácia sí á tan esclarecido varon, presentándole sugestiones de toda especie y tentaciones vehementísimas; pero siempre fueron perdidos para él todos sus esfuerzos, pues el santo varon, poniendo toda su confianza en Dios, hacia uso de las extraordinarias gracias con que el Señor le favorecia, y así salia victorioso de todos los rudos ataques en que hubiera ciertamente sucumbido si no se hubiese asegurado firmísimamente en una confianza grande en Dios, y una total desconfianza de sí mismo, ocasionada por el bajo concepto que su humildad le hacia formar. En época en que nuestro Santo vivió, fué cuando el tambien santo rey Don Fernando hizo los más heróicos esfuerzos para librar á España de la ominosa dominacion de los moros y consiguió la reconquista de Córdoba. A esta empresa de armas acompañó nuestro P. Pedro, sin que parezca importuna ni fuera de lugar su presencia en lances, que habian ciertamente de venir mal con la dulcísima benignidad de carácter de este varon verdaderamente apostólico; pero en este concepto, precisamente como apóstol, que por do quiera llevaba el nombre de Jesus, como el hombre del cielo, que Dios colocaba en la tierra para dar á los demás de muy buena voluntad la paz del corazon, llevando el corazon á Dios; en este concepto fué como acompañó al ejército; siendo el consuelo de todos, ayudando con gran esmero al socorro de los heridos, ilustrando con sus acertados consejos las cuestiones más difíciles y decisivas, poniendo todos los medios conciliatorios en los lances de honor en que unos ú otros se disgustaban; haciendo, en fin, el oficio de bienhechor universal y extendiendo lo grande de sus dignaciones á todas partes, sin exceptuar al monarca, que convencido de la santidad de este Padre le tenia en grandísima estima, recibia con perfecta sumision sus más ligeras indicaciones, en todo le consultaba y nunca se apartaba ni un ápice de su parecer, dando esto por razon que todo cuanto decia ó hacia el P. Pedro, es verdad que lo decia ó hacia materialmente él, pero con perfecta sumision á la voluntad de Dios, á cuyo conocimiento llegaba por la altísima contemplacion, que siendo continua en él, era como el móvil de todos sus actos. Luego que se tomó á Córdoba el siervo de Dios no era ya necesario al lado de los ejércitos ni en otra parte alguna, porque tenian en la poblacion celosos ministros de Cristo que les diesen el pasto espiritual con abundancia y escogido, por lo que el Señor determinó que pasase á Galicia, donde le reservaba nuevos triunfos y donde por su medio queria prodigar nuevos favores á aquellos pobres, que sumidos en su miseria é ignorancia nada adelantaban por sí, y su no adelanto les hacia experimentar gravísimos perjuicios, que conocidos del Santo obtuvieron todo el remedio que le fué posible poner en ellos. Solo

contaremos un gran favor que por medio de su siervo hizo Dios á este desgraciado reino, y que fué la construccion del gran puente que sobre el rio Miño y muy próximo á Ribadavia emprendió y llevó á cabo sin medios algunos cuando comenzaba esta obra, y confiando enteramente en la bondad de Dios, que bendice siempre las empresas de sus siervos y que en esta de S. Pedro ha demostrado que la fe puede hacer moverse los montes, pues solo su fe pudo concebir siquiera un proyecto ante el cual los reyes más poderosos con la más decidida voluntad hubieran tenido que retroceder; y él, sin más que su Dios, llevó á cabo con un éxito cual no podia ménos de esperarse en una obra emprendida por especial inspiracion de Dios, y llevada á cabo con entera confianza. A la ejecucion del puente ayudaba el Santo, no solo con sus amonestaciones y peticiones dirigidas á todos los que podian dar algo para tan importante empresa, sino tambien con el trabajo material; pues él se ocupaba por todo el tiempo que el ejercicio de su ministerio le dejaba libre, en trabajar como uno de tantos, acarreando materiales y sirviendo como un peon á las órdenes del capataz ú oficial donde mejor convenia. Era de grande edificacion esta tan humilde conducta de parte de un varon tan eminente, así que á todos como que los obligaba á coadyuvar, á cuyo sentimiento y á los esfuerzos que cada uno en su línea hizo, se debió indudablemente el que obra tan colosal se realizase tan pronto y con unas condiciones tales, que por solidez y hermosura pasa por una de las más notables de su época, no solo en su género, sino en absoluto, es decir, como una de esas obras del genio, que éste crea una vez para no volver á repetirlas. Hecho, pues, el puente pasó nuestro Santo á Tuy, donde se dedicó con ahinco á la predicacion del santo Evangelio con tal fruto, y dando sus sermones un resultado tan extraordinariamente abundante y provechoso que no era ya conocido este santo varon como hombre á quien Dios favorece, sino como ángel en quien para ocultar la excelencia de su ser habia Dios dejado la apariencia humana. Tal era el concepto que habian granjeado al P. Pedro sus extraordinarias virtudes y los muchos milagros que Dios obraba por su medio, y cuya enumeracion, sobre ser extremadamente prolija, haria acaso dudar de la sinceridad de esta narracion, pues hay sucesos en su gloriosa vida que parece, permítase la expresion, hasta que se salen de las condiciones de los milagros. No limitaba sus favores á la ciudad de Tuy, sino que allí donde parecia conveniente su presencia, ó mejor dicho, allí donde la caridad le ofrecia algun servicio que prestar, allí volaba presuroso sin que nunca hallase inconveniente, ni en lo distante del lugar, ni en lo malo del camino, ni en lo rigoroso del tiempo; pues á todo sobreponia su grande fe y su ánsia, digámoslo así, insaciable de prodigar á todos toda suerte de favores. Por este motivo fué á Bayona, lugar próximo á Tuy, con ánimo de

consolar á un eclesiástico amigo suyo que se hallaba enfermo; comenzó á predicar en aquella comarca; y lo hizo con un éxito tan extraordinario y con un celo tan ardiente, que no pudiéndose rebullir en las iglesias, y habiendo gran escándalo, por efecto del deseo de todos de oir á tan elocuente orador, le fué preciso predicar en las calles y plazas, donde se congregaba multitud extraordinaria de gentes de aquella comarca, muchos de los cuales tenian que hacer largos viajes. Estando en este pueblo de Bayona y en la casa de la órden de S. Benito que allí habia, recibió del Señor revelacion de que se acercaba el término de sus dias, y lo hizo saber á aquellas buenas gentes, que entristeciéndose mucho por este anuncio, trataron de corresponder al gran favor que Dios les hacia en mandarle tan gran orador, convirtiéndose muchos á la fe católica, afirmándose otros en el camino de perfeccion que ya habian emprendido, y convirtiéndose los más de endurecidos pecadores que eran, en celosos seguidores de Cristo, mediante un sincero arrepentimiento de su pasado, una verdadera y completa enmienda de su presente y una exquisita vigilancia para el porvenir; en todo lo cual se complacia grandemente el siervo de Dios, porque veia asegurado el fruto de la redencion de Cristo en aquellas gentes, que no le buscaban con más ánsia porque no le conocian. Volvió á Tuy, donde tenia adquirido compromiso de predicar la semana mayor en la santa Iglesia catedral, y cumplió en efecto su compromiso, siendo lo último que Dios permitió hiciese para su gloria en órden á la santificacion de las almas. Aun cuando él deseó trasladarse á Santiago, y para ello emprendió el viaje, no le fué posible conseguir su intento, por lo que persuadido de que la voluntad de Dios era que en Tuy exhalára su último suspiro, volvió presuroso á esta ciudad, hizo su confesion con las mejores disposiciones que se puede pensar, recibió los santos sacramentos de Eucaristía y Extremauncion con todo recogimiento, y edificando á cuantos estaban presentes por su compostura, modestia y humildad, y por las palabras tan llenas de uncion con que á todos se dirigia, y ante todos confesaba sus culpas, dando á todos saludables consejos y respondiendo por sí mismo á las preces de la Iglesia, entregó á Dios su espíritu en Tuy en el año del Señor 1246, pocos dias despues de la fiesta de pascua de Resurreccion. Todo el pueblo y el clero, presidido por el Obispo, creyeron un deber tributar homenaje de veneracion al esclarecido varon cuyas virtudes habian sido tan heróicas, así que su entierro fué solemnísimo, y el lugar de su sepultura entre el coro y el altar mayor de la santa Iglesia catedral, cuyo cabildo se complació mucho en la posesion de tan rico tesoro, pues desde luego se preveia que haria Dios glorioso su sepulcro por multitud de milagros, como el tiempo lo confirmó. Fueron estos tales y tantos, que en dos épocas distintas se hubo de trasladar su sagrado cadáver, primero á una capilla y des-

pues á otra mucho mayor, para satisfacer la ansiedad de los fieles. Por último, la Santa Sede lo declaró santo, y los marinos le tienen gran devocion, considerándole su protector, áun cuando no le nombran S. Pedro Gonzalez, sino solamente S. Telmo. — G. R.

PEDRO Gonzalez de Mendoza (D. Fr.). En Madrid y de los muy nobles y distinguidos duques de Pastrana nació en Febrero de 1571 el Sr. D. Pedro Gonzalez de Mendoza, que habia de ser despues ornamento de la Iglesia y de su patria. Le damos el nombre de Pedro, aunque en la pila se le puso el de Fernando, por haber él dejado con todas las grandezas del mundo hasta su nombre, para adoptar con otro la nueva forma de vida edificante, ejemplarísima, que tuvo como religioso, como sacerdote y como prelado, sin dejar durante ella de recibir y evacuar muy á satisfaccion de todos altas é importantes comisiones como diplomático. Por su cuna tenia derecho á la órden de S. Juan, y el gran Maestre le confió un priorato de ella en cuanto tuvo la edad canónica para disfrutarle, si bien el cumplimiento de las obligaciones que imponia estaba á cargo de otro presbítero, que por él las desempeñaba. En el año 1585 en que el Sr. Príncipe D. Felipe III pasó á Zaragoza con dicho señor, y presenció las solemnísimas ceremonias y fiestas que con motivo del casamiento de la infanta Doña Catalina con el duque de Saboya se celebraron con fausto y aparato desusados, en cuyos actos concibió la gran idea de la futileza de las cosas de este mundo, de su ningun valor, de lo pronto que todas las cosas se reducen á la nada, y de lo poco que puede esperarse de este mundo mismo si uno se atiene á buscar sus pompas, vanidades y nada. El resultado de esta conviccion fué que apénas cumplió los ministerios que indispensablemente habia de desempeñar, se partió desde el mismo Zaragoza á recibir el hábito del seráfico Patriarca San Francisco en el convento de nuestra Señora de la Salceda, célebre por su rigorosa observancia, y acreditado como uno de los que han producido varones más eminentes en santidad y ciencias, siendo esto de todas épocas en aquella santa casa, y por nada desmerecida su gran fama con el distinguido sugeto que consideramos caminando allá. Como su vocacion era efecto de una íntima conviccion de lo nada que vale este miserable mundo y todas sus cosas, hubiera querido nuestro pretendiente ocultar su ilustre ascendencia y las ventajosas condiciones que en él concurrian; pero esto no pudo ser, y hubo de contentarse con rogar á todos los padres que mirando el cambio que hasta en su nombre habia hecho, no atendieran á nada de lo que fué y sí solo á lo que habia de ser, en lo cual sin él querer daba un testimonio de la voluntad de Dios y ponia el fundamento de su gran reputacion, pues sus grandes virtudes le hicieron mucho más acreedor al aprecio y consideracion de todos, que no los timbres de sus mayores, pues en estos no se veia más

que la voluntad de Dios en que naciese de tales padres, y en las otras se marcaba el gran trabajo de que tuvo necesidad para colocarse á la elevada altura á que llegó. Hecho su noviciado y profesion con asombro de cuantos lo presenciaron, ya porque creian imposible que un señor educado con la delicadeza y esmero con que él lo habia sido, se amoldase á las austeridades y rigidez de los Franciscanos, ya porque les parecia superior á la tierna edad de quince ó diez y seis años, que entónces contaba, la asombrosa penitencia y puntualísima observancia con que se habia portado en este tiempo de prueba para todos y mucho más para él, que los primeros ensayos los hizo cuando tenia ya el santo hábito. Remitido por órden de sus superiores al colegio de S. Pedro y S. Pablo de Alcalá, hizo su carrera con tan grande aprovechamiento, que al concluirla y dispensándole la edad que los estatutos de la Orden requieren para la enseñanza, se le confió la lectura en cátedras de filosofía y despues de teología, hasta que pareciendo conveniente á sus superiores el que se ejercitára en el importante ministerio de la predicacion evangélica, le nombraron predicador mayor de Alcalá, con la seguridad de que era muy á propósito para el desempeño de este cargo, segun habia acreditado las veces que habia subido al púlpito, en cuyo ministerio se ejercitó áun ántes de ser sacerdote, y no como se quiera en pequeña escala y solo ante su comunidad, sino ante una inmensa concurrencia en la Real Capilla de Palacio. Su fama como predicador, cuando lo era mayor de Alcalá, atraia gran concurso allí donde él estaba; y como su celo era verdaderamente apostólico y su deseo no otro que la salvacion de las almas, Dios premiaba sus desvelos y santificaba sus obras, concediéndole abundantísimo fruto, y dando á sus palabras una tan saludable y eficaz energía, que pocas eran las veces que predicaba en que no hubiese algun extraviado, que reconociendo su equivocacion no tratase de volver al verdadero camino é ir por él hasta llegar al apetecido término de su eterna dicha. Fué calificador del tribunal de la Inquisicion, y en el desempeño de este oficio adquirió grande crédito, porque tenia suma facilidad en hallar los antecedentes y consiguientes en los asuntos, ahorrando así muchas y molestas diligencias, y proporcionando el que las resoluciones fuesen mucho más acertadas y se dictáran más pronto, en lo cual ganaba de una parte el interesado, y de otra el crédito del Santo Oficio, que ya entónces tenia algunos adversarios, acaso porque no comprendian su rectitud y procedente manera de obrar, ó porque otros sugetos ménos á propósito que el respetable P. Pedro hubiesen con sus disposiciones poco convenientes podido exasperar á alguno de los que en este Tribunal tuviesen asuntos, y que por esto juzgarian de él de un modo inconveniente. Cuando la señora emperatriz Doña María de Austria fundaba en Madrid el Real y muy célebre monasterio de Señoras Descalzas, le pa–

reció convendria como asesor suyo y director espiritual de ella y de la comunidad al muy distinguido P. Fr. Pedro; y se le confirió tal encargo, complaciéndose mucho en ello, no solo las religiosas recien fundadas, sino toda la Orden Seráfica, pues veian en él todo cuanto es menester para una obra nueva; un hombre de capacidad y prudencia, que sin despreciar ninguno de los designios que las fundadoras puedan tener, sepa con energía aceptar los aceptables y sofocar en su orígen los que no sean acreedores á esta aceptacion. Ayudó, pues, muchísimo á la fundacion de esta comunidad, modelo de todas las virtudes, y con sus acertados consejos logró que en breve tiempo se llevase á término, y termino enteramente feliz, una empresa que manejada de otra manera y dispuesta con ménos tino, hubiera sido muy larga en sus preliminares, y acaso infeliz su éxito en algunas cosas, que ciertamente se consiguieron y se ha demostrado ser muy útiles por la manera convenientísima de entablarlas y pedirlas. Luego que asegurada ya esta fundacion nueva é importante, y contando con elementos de vida y raíces tan profundas que no permitian temer se arrancáran por cualquiera ligero viento, quiso la Orden que el bien de que disfrutaban en un varon tan eminente como lo era Fr. Pedro le disfrutasen todos, ó por lo ménos pudiesen alcanzar algo de lo mucho que de él se desprendia para ejemplo, edificacion y enseñanza de los demás; por esto le hicieron primero provincial de Castilla, en cuyo importante cargo acreditó lo que de él podian prometerse, pues en la visita que hizo en la mayor parte de los conventos de su presidencia, supo corregir cuantos defectos en ellos se notaban, sin exasperar á ningun particular, sin haber de imponer una penitencia, sin que se dejára ver por su parte ni un rasgo de dominio, ni de la autoridad de que ciertamente estaba investido. Esto dió lugar á que, concluida su prelacía en Castilla, le nombrasen visitador en toda la provincia de Santiago, la cual reformó tambien de la misma manera que habia reformado á Castilla, en virtud de cuyas buenas disposiciones el rey Felipe III le hizo nombrar general de la familia Cismontana, y consiguió del Sumo Pontífice el que se le consintiera desempeñar este cargo despues del primer trienio en que lo habia hecho perfectísimamente; mas á esto no le pudieron obligar al Padre ni las promesas más halagüeñas y lisonjeras, ni áun la manifestacion que mandó el Rey le hiciera en su nombre el marqués de Malpica, de que acaso por su resistencia perderia su gracia, lo cual el Padre tomó á risa, contestando al monarca que importaba poco perder la gracia de un Rey cuando se conservaba la de un Dios, respuesta digna que sirvió para hacer que el monarca se convenciese de que alguna razon habria en el Padre para no continuar, como se deseaba, en el desempeño de su importante cargo; y con esto cesó en toda insistencia y le dejó seguir los impulsos de su conciencia, persuadido de que en cualquier

cosa en que se ocupára tan ínclito varon, cualquier cargo que desempeñase todo sería para bien de la Iglesia, y de ningun modo causaria menoscabo ni desdoro al Estado, pues sabia bien que el ilustre D. Pedro queria y buscaba ante todo la gloria de Dios, pero por motivo de ésta buscaba tambien la felicidad de los pueblos. Como prueba irrecusable de que en nada desmereció el concepto del P. Pedro Gonzalez de Mendoza en la apreciacion de Felipe III, citaremos el que despues de este acontecimiento en que con sobrada razon desairó al Rey, éste le confió dos importantisimas comisiones que desempeñó en Portugal, pero de un modo tan admirable, que el éxito sobrepujó no solo á lo que podian prometerse, sino áun á lo que se podia esperar, y esto se debió únicamente al acierto con que manejó los asuntos el entendidísimo comisionado, que supo poner en juego cuantos recursos creyó á propósito para conseguir el resultado, y que al recibir del Rey los plácemes de tan importante servicio, dió por respuesta á su monarca la confesion de su pequeñez y su indignidad é incapacidad, por cuyas causas se excusó tambien de aceptar los obispados de Ébora y Osma para que fué propuesto, hasta que el Rey y su Consejo, convencidos de que era muy á propósito para el importantisimo cargo de pastor en la Iglesia de Dios, de acuerdo con la Santa Sede y sin consultarle, le propusieron y fué aprobado para la silla de Granada, no quedándole otro recurso que consagrarse, segun se lo indicó el Nuncio Apostólico, y recibiendo su consagracion y el pálio, con muchísima solemnidad y gran concurso, en lo que él llamaba su casa, convento de Señoras Descalzas Reales de Madrid, siendo consagrante el arzobispo de Toledo, primado de España, Sr. D. Bernardo de Rojas y Sandoval, el cual trató al electo de Granada con la deferencia debida, y desplegó todo el fausto de que hasta entónces habia hecho ostentacion muy pocas veces. Apénas consagrado el distinguido arzobispo D. Fr. Pedro Gonzalez de Mendoza, pasó á su diócesis y en ella desplegó su celo de la misma manera que lo habia hecho en los distintos cargos que hasta entónces desempeñára; y dió pruebas de su desprendimiento, gastando cuantiosas sumas en continuar la obra de la catedral, por entónces pendiente, haciendo á sus expensas el crucero del coro, y en otras muchas donaciones muy importantes, ya de obras en los edificios que servian para seminarios, colegios y universidad, ya tambien en alhajas y ornamentos para el culto, no solo de la iglesia catedral, sino de otras muchísimas, siendo todo su afan fomentar cuanto podia los conventos de religiosas, para lo cual sobre dotar á muchas, proveyó á varias comunidades de rentas ó inmunidades que las facilitaban admitir á algunas que aumentasen su número. El año de 1615 le trasladó el Rey al arzobispado de Zaragoza, teniendo en cuenta su gran capacidad y disposiciones para arreglar las diferencias que habia entre aquella iglesia y muchos particulares que

habiéndose negado á pagarla aquello que la correspondia, habian encontrado en su antecesor un anciano venerando, virtuosísimo, porque ya por lo avanzado de su edad ó tal vez por la especial índole de su carácter, no habia sostenido sus derechos, y estos se veian bastante despreciados, y muchas pensiones y otros arbitrios estaban en verdadera inaccion sin cobrarse ni áun reclamarse. Apénas tomó posesion nuestro Fr. Pedro de su nueva silla, con general aplauso, pues no solo por su diócesis sino por toda España eran conocidas sus excelentes prendas, apénas, digo, tomó posesion, que comenzó á reclamar sus derechos, á requerir que se cumpliesen las obligaciones todas que estaban en suspenso acerca de aquella iglesia catedral, que los privilegios que el desuso habia como anulado se volviesen á restablecer, que todo en fin estuviese en órden, y lo logró en gran manera: es verdad que su celo fué incansable, su trabajo asiduo, no hubo un dia en que no se ocupase largamente de los asuntos de su diócesis; así que al girar la santa visita, no hacia en cada pueblo más que ejecutar lo que ya llevaba proyectado, porque él estudiaba las necesidades de cada uno de sus pueblos en los antecedentes que sobre ellos tenia en su secretaría de cámara, así es que en la visita era irremisiblemente preciso que el párroco le tuviese todos los asuntos de la parroquia bien á las claras, pues si no con delicadeza y dulzura, pero con energía y firmeza, le hacia comprender su deber, y tal vez si era necesario le imponia el justo correctivo, siempre con sigilo, y teniendo su esmero en conservar la buena fama de los clérigos, y en aquellos en que no era esta como debia desearse, con particular empeño en hacerles adquirirla cual correspondia. Era muy querido de los pueblos, y estimadísimo en la ciudad, ya por las cuantiosas limosnas que repartia á manos llenas y por sí mismo, enterándose él con la mayor afabilidad de las necesidades de los que á él acudian; ya tambien porque siempre estaba promoviendo obras de utilidad, como fueron los palacios episcopal, y para seminario, que construyó junto al templo de la Seo, y que hoy se conserva todavía revelando la grandeza del ilustre prelado que hizo construir obra tan bella y sólida. Rigió la insigne Iglesia metropolitana de Zaragoza durante ocho años, en los cuales corrigió grandes abusos, restableció muchos privilegios, arregló en lo económico con un órden muy grande los desarreglos de su cabildo, que no procedian de malversacion ni abusos, pero que eran efecto del desconcierto que allí reinaba en todo. Visitó lo más principal de su provincia, socorrió muchas necesidades, consoló á cuantos afligidos se llegaron á él, é hizo en fin imperecedera su memoria. Hubiera hecho mucho más si el Sr. D. Felipe IV no se hubiera empeñado decididamente en trasladarlo al Obispado de Sigüenza, sin otra razon que el que en aquella diócesis el Obispo era señor del partido, y esto le daba cierta importancia de que quiso el Rey disfrutá-

ra. La posesion de esta mitra se tomó personalmente por el prelado el 13 de Diciembre de 1623, y lo primero que hizo cuando entró en la sala capitular, despues de recibir con el mayor agasajo á todos los canónigos y dirigir á cada uno en particular frases las más lisonjeras, fué decretar, para que lo pagase su mayordomo, una crecida suma para cerrar con verjas los dos coros, que carecian de este requisito, porque el cabildo y los obispos anteriores no habian podido alcanzar á tanto. Se ha dicho que los obispos eran señores de Sigüenza, por lo que habitaban en su castillo ó fortaleza, y en ésta hizo importantísimos reparos, tales que puede decirse vino á ser un edificio nuevo en el antiguo terreno: y las disposiciones que desde aquella fortaleza se dictaban eran para bien de los súbditos, como para bien de los fieles eran cuantas disposiciones emanaban del Obispo. Excusado creemos decir que desde el mismo dia en que tomó posesion de esta mitra, comenzó á dar testimonio de su piedad por las cuantiosas limosnas que hacia, y que continuó hasta su muerte, siendo por tanto aclamado como verdadero padre de los pobres, y recibiendo de todos, cuando se presentaba en las calles ó templos, el homenaje del más profundo respeto y de la más justa y debida veneracion, á que se hacia acreedor por sus virtudes, y especialmente por su profundísima humildad, pues aunque tenia sobre sí tan altas dignidades y por estas podia haber tenido cierto aprecio de sí mismo; mucho más cuando él solo sabia lo muy merecidas que tenia estas distinciones, solo decia de sí que era indignísimo, no solo de los favores que se le habian concedido, sino áun de existir entre los fieles cuyo pastor él era. Su trato personal no cambió en nada de la forma que tenia cuando era simple religioso en Sta. María de la Salceda; el mismo tosco sayal, la misma modesta mesa, el mismo humilde lecho, todo lo mismo, pues él decia que lo único que él era y debia ser siempre era fraile francisco, pues solo fraile francisco habia querido ser. De este vivo recuerdo de su profesion con que le vemos indicarse áun en el apogeo de sus dignidades eclesiástica y civil, ha de colegirse necesariamente el aprecio y consideracion que tenia á su antigua casa de Sta. María de Salceda, así que disponiendo él como disponia de muchisimas rentas propias, pudo sin menoscabo de los intereses de sus diocesanos, dotar tambien á esta su casa de aquello que le era más necesario y conveniente, como lo hizo en efecto; pues no solo regaló muchas alhajas, ornamentos, reliquias y preciosísimos adornos para la imágen y su altar, sino que construyó varios edificios que era conveniente hubiese en las cercanías del santuario. Además edificó con gran suntuosidad la capilla mayor de la iglesia colegial de Pastrana, y la dotó de riquisimos y muy abundantes ornamentos, fundando en beneficio de la juventud estudiosa de aquel pueblo el colegio de S. Buenaventura, y formando para él

unas constituciones, que por lo bien dispuestos y meditados que en ellas estaban todos sus capítulos y puntos, proporcionaron á este colegio una existencia normal y ordenada; pues supo prevenir y remediar cuantas contingencias pudieran ocurrir para que su prevision diera por resultado la perpétua existencia del colegio. Aunque en el relato de la vida y hechos de este distinguido prelado parece más bien un hombre de gobierno que no un hombre versado en ciencias, y particularmente en la ciencia de Dios, la sagrada teología, que parece hasta cierto punto incompatible con los conocimientos de que Gonzalez de Mendoza nos da testimonio, no fué en él incompatible, todo al contrario, si distinguido es como obispo de gobierno, mucho más distinguido es como teólogo, y en confirmacion de este aserto bastará fijemos la atencion en el eruditísimo escrito con que en contestacion á la pregunta del santo padre Paulo V, por órden de Felipe III, dió razon de la opinion de España en órden al misterio de la Inmaculada Concepcion, explicando en lo posible el misterio, dando en su confirmacion razones que se fundaban en la Escritura, tradicion y concilios, y concluyendo con un resúmen de la opinion que en todas épocas habia tenido el reino católico por excelencia, y que se habia demostrado, ya en los escritos de sus más celebrados autores, ya en las concesiones de sus reyes, ya en las fiestas con que los pueblos á su vez han demostrado su creencia, en todo favorable á la declaracion dogmática del misterio que el Santo Padre proponia, y que á Dios plugo acrisolar por una espera de cerca de doscientos años, hasta que en tiempos más calamitosos hemos tenido el consuelo de ver confirmada por el oráculo infalible la verdad que asentaba este sábio teólogo, distinguido obispo y fervorosísimo devoto de María, siempre Inmaculada. Este lucidísimo escrito comenzó á llamar en Roma la atencion de cuantos lo vieron, y es muy extraño que no diera por resultado el que se confiriera la púrpura cardenalicia á quien tan bien habia escrito de asunto tan importante; sin embargo, aunque fué propuesto por el Consejo de Estado en 1623, es lo cierto que no llegó á cardenal, siendo muy sensible á la verdad que no llegase á ser príncipe de la Iglesia quien por todas sus circunstancias, desde la ménos apreciable de su cuna hasta la más relevante, que era su ardentísima caridad, merecia no digo el capelo, el sumo de los honores si estos han de conferirse al mérito y á la virtud, porque en efecto virtud y mérito grande dicen los rasgos altamente heróicos con que vemos trazada la vida de este ínclito varon, comenzando por la espontánea abnegacion con que se hizo religioso franciscano, y concluyendo por la indecible paciencia con que sufrió su última y molestísima enfermedad, en la cual quiso el Señor hacerle más preciosa la corona, haciendo mucho mayor su merecimiento. En efecto, celebrada por él la solemne octava del Santísimo Sacramento en la

catedral de Sigüenza, fué acometido de unas violentísimas calenturas, que le postraron en cama, agravándose muy poco á poco, y prolongando así los padecimientos de este santo varon; pero cosa admirable, ni un quejido, ni un momento de impaciencia tuvo en su penosísima enfermedad, haciendo á todos concebir el más alto aprecio de sus prendas esta misma invictísima paciencia con que llevaba este don de Dios, que él consideraba muchas veces como el más precioso que el Señor podia hacerle, y en tal concepto se le referia y ofrecia muchísimas veces á su Divina Majestad. Imponentísimo y tierno fué el momento en que recibió los santos sacramentos, pues cediendo por entónces el sitio del obispo al religioso franciscano, como él mismo decia, se vió con toda su dignidad puesto sobre dura tabla y cubierto de ásperas mantas, muy humilde, muy compungido y rebosando aquella dulzura que en su corazon habia, recibiendo el sagrado viático, y desprendido ya del mundo, le dejó por completo el dia 23 de Julio de 1639. Imposible es decir el efecto que produjo en Sigüenza la noticia de la muerte del Obispo, y razon habia más que fundada para este vivísimo sentimiento, porque el cabildo habia perdido un prelado celosísimo, que colmándole de favores habia defendido sus derechos hasta lo último; el pueblo habia perdido un señor cuya dominacion era todo lo benéfica posible; el pobre habia perdido á su protector, al que estaba deseando saber sus necesidades sin otro fin que remediarlas; el rico habia perdido á su protector benéfico, que movido de verdadero afecto y entrañable caridad, le habia mostrado el camino de su felicidad en el buen uso de sus riquezas; el sabio habia perdido al que, tan sabio como él, le ilustraba ó guiaba en sus investigaciones; el ignorante al que acomodándose á su corta inteligencia, descendia de lo más sublime de su ciencia profundísima á lo ínfimo de la ignorancia de aquel, á quien tenia que poner al corriente de los dogmas y demás cosas necesarias para nuestra eterna salud. Las artes habian perdido un decidido protector de todas ellas; de todos, en fin, debia ser sentida esta muerte, porque para todos era y á todos servia el Rmo. é Ilmo. Sr. Doctor D. Pedro Gonzalez de Mendoza, religioso franciscano, y á su fallecimiento dignísimo obispo de Sigüenza, gloria de su siglo, y gloria tambien de Madrid, su patria. Su cadáver, despues que se le hicieron los más suntuosos honores fúnebres, y luego que en admirarlo y venerarlo se sació la piedad y gratitud de los de Sigüenza, fué trasladado á Pastrana para colocarle en el sitio que él mismo habia designado, y en el cual algunas veces habia él meditado en la muerte, y es donde existe enterrado desde el mes de Julio de 1640, en que despues de hecho su aniversario se le dió sepultura. Tenemos de él algunas obras, todas muy apreciables, y son: *Historia del Monte-Celia, de nuestra Señora de la Salceda;* impresa en Granada, año 1616.— *Cartas pastorales,*

en que exhortaba á sus fieles á hacer á Dios votos y dar su opinion acerca del misterio de la Inmaculada Concepcion de la Virgen; Zaragoza, 1619.—*Epistola ad Paulum V, papam, circa definitionem mysterii Immaculatæ Conceptionis.—Institucion auténtica de la primera regla de los ermitaños de la penitencia y Tercera Orden de N. P. S. Francisco. — Cancion á la Concepcion Inmaculada de María, Madre de Dios y Señora nuestra. — Canciones á los Santos;* y otros varios opúsculos y pastorales que andan diseminados por varias partes, y en todas las cuales, además de una gran profundidad de doctrina, se ve una valentía de ingenio y fuerza de lógica, que hacen al Ilmo. Fr. Pedro tan apreciable en concepto de escritor como en todo lo demás.— G. R.

PEDRO GORI (Francisco de). Fué este esclarecido religioso uno de los más hermosos ornamentos del siglo tercero de la Religion Franciscana, á que perteneció. Sus virtudes fueron desde luego admirables, y á ellas se agregaba un ingenio nada comun y una aplicacion notabilísima á los estudios teológicos, fundados en los irrecusables principios de la filosofía, por lo cual sus discursos eran admirables y sus resoluciones no solo prudentísimas y muy buenas en su esencia, es decir, por lo que ellas decian y significaban, sino muy bien dichas, porque estaban enunciadas bajo formas enteramente ajustadas á las prescripciones de la más severa dialéctica. Y no se crea que hacia esto porque su predicacion era raras veces y muchos dias despues de encargarle los sermones, sino que todo á la inversa, parecia haber tenido más preparacion entónces cuando habia tenido mucha ménos. Esto, que segun la prudencia humana parece incomprensible, lo es, y muy natural y lógico, segun la ciencia verdaderamente sólida de la comunicacion con Dios; pues el Señor es quien infunde esas extraordinarias noticias y esa notable manera de enunciarlas en las almas que le son caras, y es consiguiente que esto ha de hacerlo su divina Majestad de un modo especial, peculiar, extraordinario; por esto son tan admirables los frutos de la predicacion de nuestro Pedro, porque ellos no eran sino el efecto, ó más bien el destello de una gracia extraordinaria de Dios, de que estuviera él dotado para cumplir de la manera más conveniente el importante ministerio que se le confiára. Y esto era, si se quiere, lógico, era muy conforme que Dios dispensára singulares favores á aquel que habia tenido que vencer muy notables obstáculos para llegar á lograr la dicha de consagrarse á su Dios. Efectivamente su familia era una de las primeras en nobleza en su época, y que dejaba conocer desde luego lo grande de su orígen por lo esmerado de la educacion de sus miembros, y que en la persona de Francisco habia vislumbrado uno de esos hombres que ya en el consejo del monarca, ya en el foro, encuentran manera de atraerse las más justas y debidas simpatías, ya por los buenos servicios que

prestan, ya por los infinitos males que remedian. Mas á todas estas cosas con que su familia le brindaba generosamente renunció D. Pedro con el más perfecto desprendimiento, pareciendo más bien uno de esos desgraciados que, sin recurso alguno, buscan en las Ordenes religiosas un medio decoroso de asegurar su subsistencia, que no un hombre que para entrar en el claustro dejó derechos adquiridos para un título é inmensas riquezas, que le habrian proporcionado un modo de vivir no solo desahogado, sino esplendoroso y con la magnificencia consiguiente á los de su condicion. Pero esto no satisfacia sus deseos, por lo que habiendo sido desde luego muy observante y muy embebido su espíritu en el amor de Dios y en el cumplimiento de sus tan sagradas obligaciones, en el perfecto desprendimiento de sí mismo, en su admirable sumision á los designios y mandatos de la Orden, dejó ver lo verdadero de su vocacion, lo grande de las esperanzas que en él podian fundarse, esperanzas que léjos de salir fallidas fueron en la ejecucion aún más allá de lo que los que las concibieran se figuraban. Por supuesto que su esmero para observar las reglas y prescripciones de su convento era tal que no solo no se perdonaba en manera alguna, sino que iba siempre delante de los más aprovechados siendo su guia, siendo el que los conducia por el buen camino, no tanto con su teoría como con sus ejemplos sublimes, admirables, acabadísimos. En órden á la mortificacion y penitencia, aunque su gran prudencia y reserva parecia querian ocultar estos prodigios de amor divino á los ojos de sus hermanos, y para ello escogia los sitios y las horas más á propósito, con todo, no podian ocultarse sus prodigiosas abstinencias, tales que llegaron alguna vez á hacerse increibles á sus mismos superiores, los cuales para cerciorarse tuvieron necesidad de hacer que se observasen continuamente los pasos de este varon insigne en santidad, por si algun recurso de que se valia á solas ó escondiéndose, era lo que le facilitaba esa manera de aparecer mortificado; mas todos los ensayos que se hicieron y cuantos medios de prueba se inventaron, dieron por resultado el acrisolar más y más el carácter mortificado, el espíritu de sufrimiento con que Pedro vivia en el claustro. Corrian parejas con esta su tan austera mortificacion, su docilísima obediencia y su profundísima humildad, pudiéndose decir para demostrar una y otra, que en órden á humildad se le veia haciendo los oficios más bajos de la casa, sin desdeñarse ni incomodarse nunca por su publicidad ni molestia, y en el otro extremo baste decir que no se negaba á aquello que exigia de él, no diremos un hermano cualquiera de su comunidad, porque estos, decia, eran mucho más que él, puesto que habian recibido de Dios la gracia de la vocacion á estado tan perfecto y la habian correspondido, sino áun los mismos niños, que pasando por la calle y tal vez por diversion ó por prueba le exigian cosas difíciles, á cuya ejecucion iba cual si aquellos

con sus exigencias tuvieran un derecho á su obediencia y respeto. En órden á su íntima union con Dios y estrechísima comunicacion con su adorable grandeza por el ejercicio de su santa meditacion, era enteramente admirable nuestro buen Padre, pudiéndose asegurar sin temor de aparecer exagerados, que ni áun en el brevísimo rato que descansaba, siempre sobre la dura tabla ó cuando más sobre unas pajas, conservaba la presencia de Dios y el trato y comunicacion con su adorable grandeza. De esto sin duda provenia el que tuviese un espíritu de profecía singularísimo y que predijera, no solo los acontecimientos particulares y que afectaban á familias ó á sugetos, sino los generales que tenian relacion con el bien de su pueblo y de su nacion; y sea dicho de paso, pero á esta presciencia con que el Señor le favoreció, y á la caridad con que él hizo uso de ella, se le debió en más de una ocasion el que puestos oportunamente medios fáciles, que produjeron felicísimos resultados, estos tal vez no se habrian alcanzado ó se habrian alcanzado muy difícilmente, si no se hubiesen tan oportunamente empleado. De aquí una admiracion y veneracion tales al siervo de Dios, que sus resoluciones eran decisivas y se tenia por desacato y áun ofensa á Dios el no poner por obra inmediatamente lo que él determinaba, cuyo recurso le sirvió para componer muchas discordias que existian en su pueblo, y para obligar á este á desterrar envejecidas costumbres, las que le hacian ser mirado por los comarcanos con ménos estimacion de la á que era acreedor. Predicaba con el mayor celo y con copiosísimo fruto, siendo este importante ejercicio de su excelente ministerio el último en que se ocupó para gloria de Dios, y acerca del cual el Señor le dió una muy clara prueba de su especial predileccion. Hacia en una ocasion unas misiones con tanto provecho como buen deseo, pues este le animaba en gran manera, cuando se dejaron ver sobre su cabeza tres brillantes estrellas, que resplandeciendo grandemente llenaban su rostro de una hermosura celestial. El auditorio, admirado de esta novedad, fijaba en él su mente y consideraba en esta señal con que el cielo le distinguia un testimonio de la divina y especialísima predileccion de Dios. Era con efecto una señal de que los dias preciosos del P. Francisco de Pedro Gori habian llegado á un término, en el cual se encontraba el comienzo de su preciosa eternidad, y luego que él hubo sabido que era este el significado de aquel milagro, fué cuando en su corazon comenzaron á hacerse sentir los afectos más encontrados, pero todos muy á propósito para que la dicha que se le presagiaba fuese completa, mediante la misericordia de Dios. Veia por una parte sus pecados, no cual eran en sí, sino como los mira el alma enamorada de su Dios, que querria y con razon que no se irrogase á su amado injuria alguna, y que por consiguiente las que ella misma le irrogára le parecen doblemente sensibles; veia de otra aquella celestial morada donde

Dios le llamaba y adonde queria llevarle, para lo cual le habia proporcionado tantas gracias, y esta vista le llenaba de consuelo, y aquella idea le inundaba de dolor; pero el dolor y el consuelo le preparaban á recibir los auxilios con que la Iglesia favorece á sus hijos en trance tan apurado. Recibió con efecto los santos sacramentos de una manera edificante, y dirigió su autorizada voz á sus hermanos, exhortándolos á vivir en el Señor y por medio de la más estrecha caridad; dió al Señor nuevamente gracias por sus infinitas misericordias acerca de él, y entregó plácidamente á Dios su espíritu el dia 19 de Noviembre de 1513, en medio del más profundo sentimiento de cuantos conocian al siervo del Señor. Apénas divulgada por la ciudad la noticia de la muerte de este hombre verdaderamente justo, comenzaron los fieles á acudir en tropel, no ya á rendirle ese tributo de respeto y compasion que se acostumbra con los demás fieles, sino un homenaje de veneracion y respeto como á un siervo de Dios. *Vamos á ver al Santo* era la frase con que manifestaban sus designios los vecinos de aquella favorecida ciudad, y este lenguaje no desagradaba á Dios, pues confirmaba con milagros lo que los fieles aseguraban; así que despues de las solemnísimas honras, á que acudió lo más principal de Florencia, se pensó ya en activar el expediente para la declaracion de sus virtudes en el grado en que ellas lo merecieran, y se mandó hacer el mausoleo, que aún hoy cubre sus despojos, y en el cual está su figura coronada por las tres estrellas que se vieron sobre él en el púlpito tres dias ántes de morir. Se corrieron con toda celeridad los trámites necesarios para la confirmacion de esta opinion de santo que tenia, y la Iglesia declaró por fin que el P. Francisco de Pedro Gori es beato, y su memoria podia celebrarse el dia 19 de Noviembre, teniendo en cuenta sin duda para fijar este dia que lo habia sido de su muerte á la vida, ó lo que es lo mismo, de su nacimiento para la eternidad.—G. R.

PEDRO DE GORMESON (Rdo. P. Fr.). En el siglo XIV y en la órden de Siervos de María floreció este distinguidísimo varon, que á una nobleza la más ilustre agregó una disposicion extraordinaria para los estudios teológicos, en los cuales se distinguió grandemente, llegando á ser uno de los más célebres maestros que la Orden tuvo en su época. Y no se crea que por esta su extraordinaria abundancia de conocimientos y grandísima capacidad y aplicacion al estudio, descuidaba los otros ejercicios del santo ministerio sacerdotal, á que fué ascendido enteramente contra su voluntad; todo lo contrario, haciendo el tiempo más largo de lo que es en sí, le alcanzaba á este esclarecido religioso para dedicar mucha parte á la santificacion de su alma, ya por la oracion, ya por las demás observancias, en las cuales era rigidísimo, para el bien individual de sus hermanos, mediante el ejercicio del santo sacramento de la penitencia, en cuyo venerando tribunal sabia atraer con

un modo tan especial, que los más endurecidos pecadores y los más incorregibles, viniendo á sus pies, se trocaban de tal suerte, que ellos mismos se desconocian, siendo tan eficaces las razones con que los persuadia al bien y los apartaba del mal, que no podian ménos de seguir ciegamente aquel huyendo de éste, y se conseguia por consiguiente del todo el efecto apetecido por él, que no era otro que atraer al servicio de Dios á todos los mortales, para que así los inefables fines de Dios se cumplieran en órden á todos los que podian oir su voz, y él pudiera presentar al Señor algun fruto, aunque escaso, segun su apreciacion, pero muy abundante, en verdad, de obras buenas y meritorias en el divino acatamiento de la recompensa que alcanzaron. Considerémosle ligeramente como orador sagrado, y veremos que este era el camino por donde Dios llamó á Pedro Gormeson á su santificacion, y á la órden de los Siervos de María al engrandecimiento que adquirió en Policiano, donde prestó importantísimos servicios. Por supuesto que el P. Pedro estaba siempre dispuesto al ejercicio del santo ministerio de la predicacion, sin que fuese inconveniente para él, ni la distancia que habia de recorrer para buscar á su auditorio, ni lo molesto de los rigores de las estaciones, ya frias, ya calorosas; así que siempre dispuesto y preparado constantemente á ejercer su importantísimo ministerio, podia por consiguiente prestar su auxilio cuando era preciso; y en cuanto á la manera, convencido de que la verdad del Evangelio es para todos, y todas las capacidades por consiguiente pueden llegar á su comprension, porque á todos obliga y para todos está escrito, se le veia remontarse á una altura donde nadie le alcanzaba cuando el auditorio era muy ilustrado y escogido, y amoldarse al conocimiento y capacidad de las inteligencias más reducidas, cuando sus sermones se dirigian al comun de los fieles, cuya ignorancia vencia sin embargo; pues sabia tocar perfectamente los puntos en que estaban más torpes, y mediante la instruccion los atraia á la práctica de los medios que proporcionaban la eterna felicidad, mediante la observancia de las prescripciones del Evangelio, todas encaminadas al bien y perfeccionamiento del hombre, cualquiera que sea su condicion y posicion social. En medio de la posesion de este don tan especial con que Dios favoreció á su siervo Pedro, su humildad era tan profunda que no solo no se glorió nunca de los progresos que por su medio hacian en la virtud los muchísimos á quienes predicaba, sino que tuvo oculta esta gracia que poseyera, hasta que la obediencia le obligó á dar los primeros pasos en la carrera del púlpito, y despues á proseguir en ella, por los abundantísimos frutos que sacaba. Tambien como escritor fué muy distinguido, si bien es verdad que sus opúsculos no existen coleccionados ni impresos; pero esto es por efecto de su gran bondad y desprendimiento, pues luego que hacia cualquier obrita la daba á sus discipulos ó allegados

sin volver á acordarse más de ella, por lo que se extraviaron las más, y el resto existe manuscrito en los archivos y bibliotecas de su Orden. En resúmen, el P. Pedro Gormeson fué sabio, piadoso, buen religioso y celosísimo sacerdote, y acreedor por consiguiente á que su memoria nunca perezca.—G. R.

PEDRO Gracian de Torres (D.). El Sr. D. Diego Gracian de Alderete y su señora esposa Doña Juana Dantisco fueron los nobilisimos padres de este esclarecido varon, que desde el principio de su vida dió muestras de elevado ingenio, de mucha virtud y de ser destinado por Dios á los altos fines que él solo sabe proporcionar á algunas personas muy predilectas suyas. No tuvo aquellas aspiraciones que son consiguientes á quienes como este niño viven en la corte estimados de los monarcas y de todos los que á estos rodean, ni se dejó llevar nunca de esa fútil ligereza con que no solo los niños, sino tambien algunos jóvenes y tal cual persona de edad, abandonan sus intereses para no dedicarse á nada ni pensar en cosa alguna de provecho; ántes por el contrario, fundándose él en que fuera de la perfeccion cristiana todo lo demás es de ningun mérito, y que las cosas del mundo desaparecen como el humo sin haber dejado de sí otro rastro que el dolor y la afliccion y desconsuelo, resolvió como mejor medio de servir á su Dios retirarse del mundo y buscar en el claustro la paz y sosiego que el siglo no podia ofrecerle, porque son incompatibles con sus siempre bulliciosas aspiraciones. Miró con detencion y examinó atentamente qué órden y áun qué casa sería la en que mejor pudiera conseguir su intento, y se determinó á ir á Pastrana al convento de S. Pedro de Carmelitas descalzos. Encaminóse en efecto allá, y visitando, á su paso por Alcalá de Henares, á su hermano Lorenzo que estaba en aquella ciudad como colegial del Rey, siendo ya licenciado en artes, obtuvo de él al comunicarle su determinacion palabra formal de que en su dia sería carmelita descalzo, como lo cumplió con gran provecho de la Orden y con gran admiracion de todos cuantos han oido su esclarecido nombre. Llegó por fin á Pastrana y tomó el hábito del Cármen, llamándose en el claustro hermano Pedro Gracian de la Madre de Dios, dedicándose desde luego al ejercicio de las virtudes todas que constituyen un verdadero religioso, y portándose como tal, excitando por consiguiente el afecto en todos sus hermanos, que anhelaban pasase el tiempo de su probacion para unirse á él bajo los estrechos vínculos de esa hermandad, que aunque no se funda en la sangre que corre por las venas, tiene su apoyo en los afectos que siente el corazon y que identifican tanto, ó casi más, que los sentimientos que inspira la naturaleza. No pudo, sin embargo, lograr su deseo: aunque en sus condiciones morales hubiera sido un excelente carmelita, en las físicas no pudo resistir el rigor de la regla, y hubo de dejar el santo hábito á los once

meses de tomado y con indecible sentimiento de todos, para volver á la corte á restablecer su salud quebrantadísima, lo cual consiguió despues de algun tiempo y le proporcionó el consuelo de ser sacerdote, ya que no habia podido lograr el ser religioso. Luego que hubo ascendido á las sagradas órdenes, creyó de su deber hacerse todo para todos, y escogió como blanco de su afecto á los pobrecitos enfermos que en el hospital de la Latina sufrian y eran por él consolados, visitados y favorecidos; siendo muy notable el ver á un sacerdote de simpática fisonomía, de agradable trato y de elevada alcurnia al lado del lecho de un moribundo prodigándole en sus palabras el único consuelo de que era capaz, junto á la cama de un convaleciente ayudándole á necesidades que el mundo tacha de despreciables y prestándole apoyo para aliviar su dolencia, ó alguna vez tomándole sobre sus mismos hombros para llevarlo á acostar si su cansancio y fatiga no le permitian moverse por sí ó tenia para esto alguna dificultad. Si de este ejercicio de caridad para con sus hermanos enfermos, que nos demuestra ciertamente gran virtud y mucho amor á Dios, queremos pasar á la consideracion de la manera con que Dios se le comunicaba en muy íntimo trato en el santo sacrificio de la Misa, le hallaremos muy favorecido por el Señor con ilustraciones superiores y con el conocimiento de futuros sucesos, que dicen mucho en favor de aquel á quien Dios concede tal gracia. Solo un acontecimiento citaremos que da en esto una prueba sobre la cual no queda la menor duda. Celebraba este buen sacerdote el santo sacrificio de la Misa en la iglesia parroquial de S. Martin de Madrid, y pedia con instancia al Señor que hiciese que se prolongára la vida de un hermano suyo enfermo de mucho peligro, y el Señor le dijo: *Si tu hermano vive perderá su alma, y será salvo si muere*, con lo cual se alentó tanto para sufrir el rudo golpe de su pérdida, que él mismo le llevó la noticia de su próximo fallecimiento, le llevó los sacramentos, le acompañó hasta el último momento, y celebrando Misa por su alma al siguiente dia de su fallecimiento, recibió de Dios la noticia de que cantaba en el cielo con los bienaventurados. Era todo para todos, su inagotable misericordia remediaba todas las necesidades á que alcanzaba su abundante peculio, su ardoroso celo le llevaba á fomentar el culto á Dios, á la Virgen y los Santos con funciones religiosas, á que asistia siempre de buen grado y en cuanto se le rogaba. Su caridad para con todos le hacia estar, como hemos dicho, con los pobres en los hospitales, con los presos en las cárceles, con los criminales sentenciados á muerte en la capilla y patíbulo, siendo muy notable el que la última accion distinguida que hizo fué obligar á confesarse y confesar, y acompañar á una santa muerte, á un pobre sentenciado á la última pena, que habia hasta entónces desoido la voz de todos los ministros de Jesucristo y á quien la del Sr. Gracian hizo tal eco, que le obligó á mirar por sí, le

demostró su obcecacion, y fué ciertamente el medio de que Dios se valió para sacar á este infeliz del precipicio en que puede decirse habia caido, y que hubiera tenido para él las fatalísimas consecuencias de una eternidad de desventura y de padecer, y vino á ser el principio de una felicidad infinita; pagando, digámoslo así, á su piadoso catequista con indicarle la proximidad de su muerte para que á ella se previniese y pudiera tenerla dichosa, siquiera por lo dichosa que fué la que á este miserable proporcionó á costa de trabajo y molestia suya. Tomó en el mismo acto de acompañar al reo al patíbulo unas terribles calenturas, que despues de proporcionarle grandes molestias condujeron al sepulcro al esclarecido sacerdote Sr. D. Pedro Gracian de Torres, de quien puede decirse con verdad que murió mártir de su celo apostólico, y que al buen olor de sus virtudes es creible debiera el abundante fruto de una bienaventuranza perdurable, así como á nosotros en el conjunto de estas virtudes suyas nos ha dejado un modelo admirable, cuya imitacion nos daria por término igual dicha que la que él tuvo, es decir, para nosotros mismos como término de nuestra miserable vida la posesion de Dios inamisible, para nuestros sucesores la memoria gratísima de nuestros buenos ejemplos. —G. R.

PEDRO Guillermo, Cardenal. En una promocion de cardenales que en el año de 1062 hizo el romano pontífice Alejandro II, nombró á Pedro, que conocido con el nombre de Guillermo era varon muy distinguido en virtud y en letras, por cuyo motivo sería promovido á la alta dignidad de príncipe de la Iglesia. La lamentable pérdida que de los documentos que conciernen á esta época hemos experimentado, es sin duda el motivo de que se ignoren por completo los antecedentes biográficos de este personaje distinguido siquiera por la circunstancia de ser cardenal de la Santa Iglesia Romana, sin hacer caso de la multitud de otras prendas que le hacen acreedor á la más alta veneracion, respeto y aprecio. Fué canciller y bibliotecario de la Iglesia de Roma, y se dedicó mucho al estudio de la historia en el cual hizo grandes progresos, dejándonos como claro testimonio de su ingenio y aplicacion, la continuacion de la historia de los Papas, desde Nicolao I hasta Pascual II, que era complemento de la que, comenzada por Atanasio y continuada despues, se tiene con razon por la más exacta de cuantas se han escrito. Esto es cuanto puede decirse de este esclarecido personaje, sabio como lo han demostrado sus escritos, y respetable por la distinguida posicion que logró, y más aún porque en el importante cargo de bibliotecario del Papa era consultado y considerado de los más notables sabios de su época. —G. R.

PEDRO Guzman de los Cobos Sarmiento y Luna (D.). Hijo de los distinguidos y muy nobles marqueses de Camarasa D. Francisco de los Cobos y su mujer Doña Ana Félix de Guzman, nació en esta villa y corte de Madrid á 24

de Julio de 1582. Hizo sus primeros estudios en esta corte misma, y despues pasó á Salamanca, donde en concepto de colegial del mayor que allí llaman del Arzobispo, por ser fundacion de un señor que lo fué de Toledo, estudió la sagrada teología y cánones, encomendándosele despues en la universidad de aquella misma ciudad una cátedra de cánones, que desempeñó con mucho acierto, al mismo tiempo que la rectoría de dicha universidad, en cuyo cargo tambien se distinguió sobre manera. A pesar de su carácter de eclesiástico, y atendida su capacidad é ingenio, y lo muy versado que estaba tanto en derecho canónico como en el civil, por haber estudiado tambien leyes en Salamanca, al tiempo que era catedrático, fué nombrado por el Rey oidor de la Chancillería de Granada, desde cuya capital pasó á Valladolid para desempeñar igual cargo de oidor en la no ménos célebre de aquella ciudad. Atendidas sus prendas y circunstancias y la nobleza y servicios de sus mayores en nada desmerecidos por él, se sirvió S. M. concederle un asiento en el Consejo Supremo de las Ordenes, y para esto le hizo caballero de Calatrava, despues de que él evacuó perfectamente las pruebas, recibiendo el hábito y profesion todo á un tiempo por dispensacion que se hizo, atendido su estado, el dia 11 de Enero de 1617, desde cuya época asistió al Consejo con gran aceptacion de sus compañeros y con provecho de los que tenian asuntos pendientes en aquella suprema cámara, pues todos los que se confiaban al Sr. D. Pedro Guzman, se despachaban con acierto y prontitud, lo cual complacia áun á aquellos contra quienes era necesario fallar. El rey D. Felipe III le hizo tambien su capellan de honor, y en el año de 1623 fué promovido al Supremo Consejo de Castilla, de donde pasó á la vicecancillería del de Aragon; portándose en el desempeño de todos sus destinos con una gran exactitud, con indecible firmeza y buenas maneras, demostrando en fin las condiciones que debe tener un hombre de probidad á quien se encomiendan cargos tan importantes como los que él desempeñó. En órden á su vida privada era sacerdote de muy buenas costumbres, piadoso, caritativo, modesto y humilde, viéndosele algunas veces socorrer á los necesitados con las ropas de su propio uso, y no pocas sentar á su mesa á menesterosos á quienes encontraba en la calle, y obligaba á que le acompañasen. En 1623, en que fué promovido á los más altos puestos de la carrera judicial, falleció segun el Sr. Tortoreto, dejando buena memoria de su vida ejemplar y caballeresca. — G. R.

PEDRO HERNANDEZ (Fr.). Fué este distinguido varon hijo de padres cuya nobleza y piedad caminaban á la par, y merced á esto fué sin duda el que desde muy niño se pusiese á Pedro bajo la direccion y enseñanza de los padres Dominicos, en cuya sagrada religion tomó el hábito, y profesó apénas llegó á la edad en que las sabias constituciones de la Orden lo permitian.

Desde luego mostró grande ingenio, y su aplicacion como que sobrepujaba á éste, haciéndose por lo tanto muy sabio en ciencias divinas y humanas, y viniendo á ser aventajado profesor y maestro en diferentes colegios de los que la Orden sostiene con gran crédito en España. Tambien escribió la vida de su santo Patriarca, y fué ciertamente un modelo acabado, así en el órden literario como en el órden histórico, ilustrando algunas materias con tal acierto, que no parecia sino que para hablar sobre ellas tenia inspiracion del cielo; es verdad que nunca tomó la pluma ni subió á la cátedra sin haber invocado ántes el benéfico auxilio del Espíritu Santo, y hecho su estudio, digámoslo así, en el libro eterno de la santa oracion, á la cual era muy dado, y en la que hacia extraordinarios progresos, gozando muchas veces de las dulzuras de la union íntima con Dios, y de éxtasis y arrobamientos extraordinarios con que el Señor le recreaba. Habiéndole mandado sus superiores á Zamora en el año de 1259, adquirió allí una molesta enfermedad, durante la cual otro religioso tuvo de Dios revelacion de que sería la última que padeciese su tan querido siervo. Cuando al P. Pedro se le dió tan feliz nueva, se inundó de gozo; pues si bien es cierto que su humildad era profundísima y por esto tenia formada una idea muy baja de sí mismo, es tambien indudable que tenia suma confianza en Dios, «y lo que falta á mis me»recimientos, decia, suplirlo ha su misericordia y bondad infinita; pues »que no quiere mi perdicion ni mi muerte eterna, por más que á ella me »haya hecho acreedor por mis culpas, sino que quiere que viva y le glori»fique eternamente.» Recibió los santos sacramentos de penitencia, comunion y extremauncion con suma edificacion de todos sus hermanos, tuvo despues una vision en que se le aparecieron la Santísima Vírgen María y el glorioso S. Juan Evangelista, privilegiado apóstol y discípulo de Jesucristo, los cuales traian en sus manos preciosas coronas que colocaban sobre la frente de su favorecido, y que en opinion del glorioso santo Fr. Gil, de la misma religion, significaban la una la recompensa de la angelical virtud de Fr. Pedro, y la otra el premio de sus trabajos apostólicos, en los cuales adelantó muchísimo para bien de las almas, pues atrajo muchas al verdadero conocimiento de sus extravíos y á la enmienda de su conducta. Entregó por fin su espíritu al Criador en dicha época y lugar, y sus señaladas virtudes se hicieron tan notables, que desde el momento mismo de su muerte se le aclamó santo, y como tal le cita el P. J. Marieta.—G. R.

PEDRO HISPANUS DE JUNIOR. Cítase á este eclesiástico por los autores con mucha variedad. Amat, que se hace cargo de la opinion de todos, le presenta como doctísimo filósofo y teólogo catalan, al que se atribuyen igualmente que al dominico Pedro Hispanus, unas *Súmulas* para estudiar la lógica grande de Aristóteles. Algunos autores atribuyen estas *Súmulas* y otras

obras publicadas con el nombre de *Petri Hispani*, á Pedro, que fué papa despues con el nombre de Juan XXI. Es de opinion el P. Caresmar, de que este Pedro es el escritor catalan Pedro de Blanes, que fué creado cardenal de S. Angelo el año 1396 por el pontífice Benedicto XII, cuyo cardenal escribió mucho en favor del antipapa Pedro de Luna, añadiendo Amat que tal vez sea de este Pedro la obra titulada *Liber de rebus spiritualibus*, que se conservaba en su tiempo en la Biblioteca del convento de Dominicos de Barcelona, y que debe existir hoy en la Biblioteca provincial de aquella ciudad, compuesta en su mayor parte de los libros de los conventos suprimidos á la extincion de las comunidades religiosas en España el año de 1835. — A. C.

PEDRO Ilerdense. Entre los escritores catalanes que cita el Ilmo. señor Amat para gloria del principado de Cataluña, hay un obispo de Lérida llamado Pedro, con referencia á Feliú que da como obra de este prelado la titulada *Episcopologio de Lérida*. Arajol, en el *Sermon de la dedicacion*, página 17, se refiere al hacer mencion de este prelado al glorioso S. Isidoro, arzobispo de Sevilla, que le pone en el catálogo de los escritores eclesiásticos; pero ninguno de estos autores nos dan pormenores de su vida que puedan satisfacernos para hacernos cargo de ella en este punto. — A. C.

PEDRO Jeremías (S.). De la muy ilustre familia de los Jeremías, en Palermo, nació un vástago que la esclareció mucho más, porque brilló en un órden cuyo esplendor no puede extinguirse, porque floreció en un jardin cuyas perennes plantas nunca se agostan, cuyo embalsamante olor se exhala siempre y de donde proceden frutos que lo son de eterna vida. Hechos sus estudios con aprovechamiento en la célebre universidad de Bolonia, y cuando la borla de doctor iba á ser el premio de sus constantes desvelos, se presentan á su mente la vanidad y futileza de las cosas del mundo, lo poco que satisfacen nuestro corazon en órden á su eterna dicha, y lo necesario que es al hombre elevarse más y salir fuera del mundo mismo en que vive, si ha de hacer algo en órden á esotra existencia en que un dia habrá de constituirse, y que decidida en el tiempo se realizará en la eternidad. Para asegurar, pues, en ésta la dicha y ventura que se proponia, entró en la esclarecida órden de Predicadores, venciendo desde luego muchos obstáculos que sus padres y parientes le ponian por delante para que no llevase á cabo sus piadosos deseos. A pesar de todo, profesó despues de un noviciado en que habia dado admirables ejemplos de perfeccion suma, y agregando á la ciencia, que ya traia, la que adquirió no solo en las cátedras sino en la oracion, estuvo á muy poco tiempo en disposicion de ser útil á sus prójimos en el púlpito y en el confesonario. Era tan á propósito para estos ministerios, que el gran S. Vicente de Ferrer llegó á asegurarle de parte de Dios que sus esfuerzos eran agradables al Señor, y que por consiguiente le serian á él meri-

torios, mas este convencimiento no produjo en él otro efecto que hacerle mucho más humilde, y obligarle á redoblar las mortificaciones de su cuerpo, que consistian desde ántes de su profesion en una fortísima y muy unida cadena de tres vueltas, un rigoroso ayuno casi contínuo, largas y sangrientas disciplinas y muchísimos dolores que continuamente le aquejaban, pero que él llevaba con un espíritu tal de penitencia y de mortificacion, que se afligia y lloraba cuando los dolores se mitigaban ó cuando por acaso sentia ménos sus voluntarias maceraciones. Como ejercia con tal esmero todas las virtudes, se decidieron los superiores á ponerle por maestro á los novicios; en este cargo hizo muchísimo por su religion, ya por su perspicacia en conocer los sugetos á propósito para ella y atraerlos como hizo con muchos, entre los cuales se cuenta S. Juan Luis, ya por su prudencia y moderacion para con sus subordinados, pues sabia perfectamente presentarles sus imperfecciones, de suerte que las corregian sin tener nunca un motivo de enojo con su maestro, ántes muchos de agradecimiento y afecto, el cual ciertamente le profesaban, así como veneracion á sus grandès virtudes. Conociendo perfectamente la Orden el gran fruto que podria sacarse de que este insigne varon fuera prelado en alguno de sus conventos, le confió tan importante cargo en varios de ellos, y fué para las casas donde ejerció superioridad una verdadera adquisicion; pues que ellas obtuvieron su reforma, si de ella habian menester, y se perfeccionaron más y más si ya eran de las en que estaba vigente la regular observancia, que es el elemento de vida en estos asilos de recogimiento y de piedad. No eran los medios de que el padre Pedro se valia los ordinariamente acostumbrados de terror ó castigo, no, sino una dulzura que á las veces rayaba en excesiva, una amonestacion oportuna y llena de benignidad, un ejemplo presentado á tiempo, ó tal vez el llamar al religioso y en su presencia tomar una disciplina ó hacer otra penitencia; estos eran los recursos de que ordinariamente se valia, obteniendo de ellos favorabilísimos resultados y sirviendo á hacerle estimar en gran manera áun de aquellos mismos á quienes para el desempeño de su importante cargo no podia ménos de reprender, así que todos sentian el que llegára el tiempo de concluir su prelacía, temiendo, no sin fundamento, el que otro cualquiera que le sustituyese no habia de ser ni tan benigno ni tan á propósito. Todas sus buenas prendas llegaron á oidos del Sumo Pontífice, y como éste deseára reunir en el concilio general de Florencia lo mejor que en ciencia y virtud pudiera encontrar por todo el Orbe católico, llamó á sí al P. Pedro Jeremías, y tuvo ocasion de cerciorarse de que aún era más de lo que le habian dicho, cuando teniéndole á su lado, le halló dotado de profundísima humildad, adornado de un espíritu de ciega obediencia, con lo cual no solo hacia todo cuanto sus superiores le indicaban, sino lo

que es más, servia á todos sus hermanos en cuanto de él podian necesitar; siendo su única complacencia el ocuparse en obedecer á todos, pues todos, decia, son criaturas de Dios, y el hacer cuanto estos han menester, lleva á Dios indudablemente. Concluyó el concilio, y el Santo Padre encomendó al muy distinguido P. Jeremías la importantísima mision de reformar los regulares de una provincia eclesiástica, no haciéndolo de todo el clero, porque su gran modestia no le permitia llevar sobre sí tan pesada carga, mas en órden á los regulares lo hizo tan á satisfaccion no solo del Pontífice, sino de ellos mismos, que sintió mucho luego el Santo Padre no haberle obligado á aceptar la comision sobre todo el clero secular y regular. Por último, ya sus méritos fueron más que suficientes en la presencia del Señor, y era llegada la hora de que su siervo bueno y fiel entrase para siempre en el goce de su Señor, así que retirado al convento de Palermo, y agobiado de penalidades y dolores, pero fortalecido por los sacramentos de la Iglesia, dió á Dios su espíritu y entró en su goce, haciéndose desde luego muy gloriosa su memoria por los muchos milagros que Dios obró por su medio, y que probados canónicamente, hicieron que Pio VI le pusiese en el catálogo de los santos. — G. R.

PEDRO de Jesus (Fr.). En Barreiro, pueblo cercano á Lisboa y de padres piadosos y muy dados al ejercicio de la caridad en cuanto alcanzaban sus fuerzas, nació Pedro Carballo, á cuya educacion se dedicaron los padres con todo el esmero que les fué posible, hasta que en vista de sus inclinaciones á la virtud, y despues que aprendió la gramática latina, tomó en Evora el hábito del Cármen en los descalzos el año de 1596, sin que sus padres tuviesen de este acontecimiento noticia alguna hasta que se la dió ya entrado en la religion. Hizo un admirable noviciado, en el cual puede con verdad decirse que enseñó mucho más que lo que tuvo que aprender, y no porque los maestros dejáran de ser de los más distinguidos y sus compañeros de hábito muy observantes y arreglados, sino porque él, que desde luego fijó en su mente la idea del juicio final, caminaba siempre bajo ésta, y era el resultado que todo lo hacia segun deseaba que fuese para aquel dia, con lo que creció en virtud de suerte, que al llegar su profesion poco hubo de hacer para enfervorizarle el padre á cuyo cargo estuvo para los santos ejercicios, pues áun cuando en ellos no pasó de la meditacion del juicio, lo hizo con tal provecho que no necesitó más para formar firmísimos y muy excelentes propósitos, que llevó á cabo ayudado de la gracia, y con cuyo ejercicio se hizo acreedor á la consideracion de todos los de su tiempo y á la veneracion de los que le siguieron; pues unos y otros veian en él un verdadero modelo, con cuyas grandes obras se alentaban á seguir por el áspero camino de la mortificacion y de la abstraccion no solo de todas las cosas, sino lo que es

más, hasta de sí mismo, que era como las alas con que volaba y se remontaba á la presencia de Dios en todas sus acciones, para que fuesen todas ellas de un mérito grande, en razon á que nadie puede obrar sino el bien cuando en sus operaciones se propone á Dios por modelo como el venerable se proponia á Jesucristo, á cuya imitacion caminaba con pasos de gigante, haciéndose, como nuestro adorable Redentor, pequeño, despreciable y digno de que todos lo abatan con la sola consideracion de que nadie más que él fué la causa de todos los tormentos del Hombre-Dios. Dotado de grande ingenio lo empleaba en el santo ejercicio de la oracion, en la cual crecia en conocimiento de Dios y de sí mismo: de Dios, para agradecer sus favores de un modo tal, que su solo recuerdo le conmovia; de sí mismo, para adquirir de dia en dia mayor enojo contra sí propio, y hacer más heróicos esfuerzos de penitencia y de humildad para en esas excelentes virtudes encontrar la llave del verdadero y seguro tesoro de caridad, que en órden á Dios le daban por resultado un amor tiernísimo y á los demás un aprecio tan grande de todos y de cada uno que continuamente se sacrificaba por ellos, adelantándose á cumplir los cargos humildes y penosos á que ellos estaban obligados, y procurando evitarles toda molestia, áun cuando las molestias que evitaba hubiesen de venir todas sobre él mismo; y en órden á sí propio tal desestima de sí, que creyéndose el ser más abyecto del mundo, caminaba siempre á su desprecio, ostentando sus imperfecciones y acusándose de las más ligeras como si fuesen crímenes enormes, de esos que hacen se deseche á quien los comete como indigno de participar de la sociedad y acreedor solo á una vida material, semejante á la de los seres desprovistos de razon. Estas tan señaladas pruebas de gran perfeccion, y estos tan acabados ejemplos de virtud decidieron á los superiores á poner á su cuidado los cargos más importantes de la Orden, sin que sirvieran de nada las protestas que él repitió muchas veces de su inutilidad é indignidad no solo para esto, sino áun para simple religioso, porque la obediencia, á cuya virtud era muy dado, se le echaba, digámoslo así, encima, y le obligaba á hacer aquello á que su humildad se resistia, como fué el aceptar el cargo de maestro de novicios, en el cual fué utilisimo á la religion, porque sus enseñanzas eran prácticas más bien que no teóricas, y por consiguiente no cabia en ellas la excusa de la imposibilidad, atendido á que no es imposible lo que se ve realizado, y el respetabilisimo Fr. Pedro nunca se atrevia ni áun á indicar sino aquello que él habia ya mil veces ejercitado, tanto en órden á las observancias de reglas y constituciones, como en las de supererogacion de mortificaciones y otras extraordinarias finezas con que se acreditaba su grande amor á Dios y su gratitud á los infinitos beneficios de él recibidos, el mayor de los cuales era en su concepto el haberle escogido para siervo suyo y colocádole en la familia

del Carmelo, tan esclarecida como antigua, y más antigua aún que el cristianismo. No se contentaron sus superiores con que él fuera quien educase en la religion á cuantos á ella iban, y quisieron, como era consiguiente, que su don de gobierno se extendiese á toda su casa por lo ménos, para lo cual encontraron medio muy adecuado, haciéndole prior de ella; y porque fuese tambien provechoso á otras casas le hicieron sucesivamente prior de muchas, y por último provincial, desempeñando todos estos cargos con tanto tino y acierto, que parecia exclusivamente criado por Dios para el desempeño de aquel ministerio de que se ocupaba: bien es verdad que todo su esmero lo empleaba en aprender bien las obligaciones que le imponia aquel cargo á que se dedicaba, y luego en llevarlas á término feliz, sin reparar en los obstáculos que pudieran ofrecerse. De aquí que como obraba bajo tan recto fin y con tan adecuados medios, todo lo hacia perfectamente, y sin él quererlo, se llevaba tras de sí la estimacion de todos; bien es verdad que puede asegurarse que era verdadero padre de sus hijos, y que todo el esmero que ponia en órden á sí mismo para procurarse las mortificaciones y molestias, lo ponia en órden á los demás para proporcionarles el descanso y alivio, y para prevenirles cuanto encontraba necesario y conveniente á su bienestar, siendo su caridad para con todos tal, y tan afable su trato, que en los muchos años que fué prelado ninguno se indispuso con él; todos le respetaron en gran manera, y las casas de la Orden prosperaron en lo espiritual como en lo económico; porque así como era excelente religioso, era tambien hombre de gran gobierno para administrar la hacienda que le estaba encomendada, siendo muy notable que en su prelacia mejoró el estado de todas las cosas, sin que se cercenára nada no solo de lo preciso, sino áun de aquello que siendo hasta cierto punto supérfluo, era no obstante conveniente al decoro de los religiosos; y haciendo además abundantes limosnas, por ser esto muy conforme al espíritu de pobreza que profesado por el Padre tenia que ser practicado por los demás, en razon á que esclavo, como hemos dicho, de sus obligaciones, las cumplia con esmero; y con igual exactitud, aunque sin ninguna violencia, las hacia cumplir á todos y á cada uno en su respectiva línea y debida proporcion. Pasados muchos años de esta suerte, sirviendo de tanto provecho á su Orden, quiso, porque preveia su muerte, prepararse á ella con extraordinarios ejercicios de piedad y de mortificacion, para lo cual pasó más de un año en el desierto de Busaco, edificando á aquellos penitentísimos religiosos con los rigores de sus fervorosas penitencias, siendo muy de sentir que no hayamos podido llegar á averiguar su tenor de vida en aquel desierto, por habérnosla ocultado su profundísima humildad y modestia. Sin embargo, la gran veneracion en que por todos era tenido, hace inferir que serian muy grandes sus fervores y que su ejemplo

sería lo que á todos hiciera alentarse á buscar la perfeccion con mayores ansias. Al año de estar en el desierto volvió á su convento de Lisboa; y como los padres de él se alegráran mucho en su regreso, él les hizo notar que el hilo de su existencia iba pronto á cortarse, como así sucedió, pues pocos dias despues, el 4 de Abril de 1650, á los setenta y ocho años y con la mayor quietud, dió su alma á Dios, dejando en todos un sentimiento de confianza grande de que sus méritos le adquiririan la inmarcesible corona, y un recuerdo que no perece ni perecerá jamás. — G. R.

PEDRO de Jesus María, el Genovés (P. Fr.), general de los descalzos del Cármen. Fué prior de las casas de Guadalajara, Manzanares y Cuenca, rector del colegio de su Orden en Alcalá, definidor general, y provincial de su provincia. Nombrado general de la Orden, falleció en 1678, habiéndose distinguido mucho por sus méritos y virtudes. Fué sepultado en el colegio de Guadalajara, de que habia sido el primer prelado. Conoció á Sta. Teresa de Jesus, y fué uno de los primeros que abrazaron la reforma. Murió á los setenta años de hábito y ochenta y seis de edad, siendo tan fervoroso como cuando era novicio. Dice la crónica que siendo prelado del colegio de Guadalajara, introdujo en él la reforma, y añade: «Era el primero en todo con que en todo merecia. Iba á sacar agua á brazo como cualquier corista, y la recreacion la gastaba en hacer pleita ó en remendar sandalias.» Ya anciano, perdió en gran parte el oido, y le cargaron otros muchos achaques, sin que consiguieran desarraigar el fervor arraigado en su corazon desde niño. Desde que se quedó sordo, se encerraba en la celda, y se sentaba en el suelo, haciendo así un acto de devocion. Con frecuencia le llevaban á los actos de la comunidad sintiendo mucho cuando le separaban de ellos. Tenia especial don para gobernar los espíritus, y una grande prudencia que no se percibia al principio. Tenia grande familiaridad con el príncipe de Astillano, quien apreciaba tanto su discrecion y virtud, que pasaba con él muchas horas, supliendo la desgracia de su sordera con un paje que le decia al oido lo que el príncipe queria explicarle. Prendado este caballero de su talento y virtud, le dijo le pidiese alguna gracia, y el siervo de Dios le contestó que para sí nada ni de nadie necesitaba. Repitió en muchas ocasiones el príncipe la oferta, y el V. Padre más bien por que lograse su piedad un premio que por ningun interés humano le dijo diese órden para dotar dos huérfanas honradas que pudiesen entrar en la religion Carmelita descalza. Hízolo así el príncipe, y logró el Padre ver cumplido el objeto de sus deseos. Sus virtudes no tardaron en recibir el digno premio, pues este religioso murió, como en un principio dijimos, en 1678, dejando muy buena opinion en su convento por los buenos ejemplos que habia dado de su estrecha observancia. Era natural de Madrid, donde habia nacido en 1582. — S. B.

PEDRO Jimenez de Gazolaz (D.). No se sabe si los disturbios habidos en el cabildo de Pamplona despues de la muerte de su obispo D. Pedro Ramirez, ó la ausencia del Rey con motivo de la guerra de Tierra Santa, fueron causa de que la vacante se prolongase demasiado, pasando de dos años los que estuvo esta grey sin pastor propio. Es verdad que el señor prior de la catedral, D. Juan Janariz, desempeñaba con bastante acierto el cargo de gobernador eclesiástico durante la vacante; pero nunca es como con obispo propio ni la sumision del cabildo, ni la libertad para deliberar de parte del que gobierna, pues que impedido como está de tomar resoluciones, porque ellas luego se modifican, parece que no dispone de todos los medios que es necesario poner en juego para el acertado gobierno. Despues de estos dos años, que parecieron mucho más largos por la gran necesidad que habia de prelado, fué elegido el Sr. D. Pedro Jimenez de Gazolaz, hijo de D. Jimeno, caballero muy distinguido que habia prestado al Rey servicios muy eminentes y cuya importancia conoció todo el reino. El carácter de D. Pedro era recto á la par que benigno, y dispuesto siempre á favorecer á todos con tal que en los favores no hubiese perjuicio para nadie, siendo en extremo aficionado á conservar los derechos y, á ser posible, entregar aquellas cosas cuyo cuidado le confiaban siempre en mejor estado del en que las tomó, motivo por el cual en el desempeño de su ministerio tuvo que dar ocasion á sucesos muy ruidosos, á acontecimientos muy notables, en los cuales se veia de una parte el inflexible carácter del Obispo, y de otra el abuso que los príncipes seculares habian hecho de la Iglesia y de sus cosas, abuso lamentable contra el cual clamó sin cesar, teniendo que sufrir graves disgustos, á efecto de su celo y esfuerzo en sostener con estas sus reclamaciones los derechos de su mitra. Comenzó por reclamar de los ministros aquellas cosas que pertenecian á su iglesia, y estos no accedieron á sus ruegos en atencion á la ausencia del Rey, ó más bien á que conociendo que se opondria éste á las justas pretensiones del Obispo, ni quisieron desairarle con una negativa, ni tampoco hacerle devolucion alguna por no incurir en el desagrado del monarca. Regresó éste de su expedicion en 1243, y comenzaron las luchas entre ambas potestades; el Obispo, favorecido por su razon y su derecho, no queria ceder un punto en sus pretensiones, el Rey aferrado en su injusta negativa y apoyado en que los recursos de que el prelado podia disponer eran unos recursos puramente pacíficos, produjeron el conflicto de no poder avenirse y se colocaron en la triste situacion de un rompimiento de malas consecuencias para uno y para otro, pero que se hizo inevitable por el teson y firmeza de ambos. Despues de agrísimas comunicaciones á las que el Rey nunca dió una respuesta categórica, el Obispo, como ya no tuviese armas con que defenderse, fulminó contra el Rey y todo su Consejo la sentencia de

excomunion. Publicóse esta y entredicho general en todo el reino; mas el monarca, guarecido bajo la proteccion que le daba la bula de Gregorio IX expedida en favor suyo por razon de las cruzadas, no hizo caso alguno de las censuras eclesiásticas, obligó á que se celebrasen los divinos misterios á cuya solemnidad él asistia, y viendo las repetidas protestas del Obispo para la seguridad y afirmacion de sus censuras, le desterró del reino é hizo pregonarle como traidor á su Rey y á su patria. Esto exasperó vivamente los ánimos de los piadosos habitantes de aquel católico reino, los cuales no podian soportar el que se diese tan inícuo trato á su legítimo prelado, llegando en algunos puntos del reino de Navarra y en dos de los más populosos barrios de la capital á impedir tan injusto pregon. A pesar de la heróica defensa que en favor de su pastor hicieron estos leales súbditos, al prelado no le quedó otro remedio que retirarse á Navardun, pueblo de su señorío, el cual ganó mucho en verdad, pues que el Obispo comenzó por adquirir los terrenos y campos que le parecieron á propósito, y con un palacio que construyó formó una posesion en que, sin salir de su diócesis, podia estar al corriente de sus necesidades, y lo que es más gobernarla y dirigir sus asuntos segun convenia á su mejora. No cedió ni un punto de su intento el respetable prelado, y hubo por consiguiente de durar el largo espacio de tres años el entredicho y cesacion *à divinis* que impuso el prelado, sin que se adelantára un paso en el arreglo de este enojoso asunto; ántes, por el contrario, haciéndose cada dia más difícil, pues el Rey se introdujo de lleno en los asuntos eclesiásticos, y aprovechando la circunstancia del destierro del Obispo ponia y quitaba clérigos á su arbitrio, todo con el fin de llevar adelante sus intentos, que no eran otros que demostrar su ningun caso á las censuras y sentencias de la Iglesia que su legítimo representante habia con tanta justicia lanzado contra él. En vista de que no podia D. Pedro dar una solucion decorosa y conveniente á este asunto, que ya se habia puesto bajo tan mal auspicio, se vió en la precision de acudir al legado apostólico, que lo era entónces el Sr. D. Gil, cardenal de S. Cosme y S. Damian, y á este presentó un extenso y razonado pedimento, fechado el dia 20 de Enero de 1246. En él se quejaba el Obispo de las violencias que el rey Teobaldo hacia á los pueblos para dirigir á su modo las elecciones de abades, de la usurpacion de bienes y de jurisdiccion que ejercia en Pamplona á pesar de las repetidas protestas del prelado, y de que se habia apoderado de dos castillos y nueve lugares, todo contra la voluntad del Obispo y cabildo y contra justicia, puesto que absolutamente ningun derecho tenia á estas cosas en ningun concepto, y no podia alegar ignorancia, pues que desde los primeros pasos que dió para la consecucion de sus miras se le advirtió oficialmente de lo vano de sus intentos é injusto de sus pretensiones. Tan explícita mani-

festacion del prelado puso en claro una cosa que hasta entónces habia pasado desapercibida por la mayor parte de las gentes, pero que ya fué para todos conocidísima. Se entabló expediente canónico, como consecuencia de esta reclamacion del Obispo, y el auditor Juan de S. German dictó sentencia, que despues aprobó el papa Inocencio IV, por lo cual se mandaba que vista la contumacia del Rey, se procediese á poner al Obispo en posesion de las cosas perdidas y de todos sus derechos, viniendo esta comision encomendada á los obispos D. Pedro de Tarragona y D. Raimundo de Lérida, los cuales diputaron despues al abad de Poblet y á otro monje de su monasterio, llamado Fr. Bernardo Amanos, para que intimasen al rey Teobaldo la sentencia confirmada por el Papa, que habia de llevarse á cabo, miéntras él no expusiese otras verdaderas causas por donde hubiera de revocarse. Entre tanto el Papa hizo que directamente se notificára al Rey esta sentencia del cardenal Pro-Nuncio, y se dispuso, acaso por ver algun fundamento de esperanza de arreglo, que cesáran el entredicho y censuras impuestas por el obispo de Pamplona á causa de sus desavenencias y pleitos con el rey de Navarra, ocasion y fundamento de todas ellas, y de la gran desavenencia entre el pueblo y su señor. No se crea que por estar el Obispo desterrado descuidaba en lo más mínimo el importante cargo de vigilar sobre su diócesis y proporcionarla todo género de recursos para su prosperidad y mejoramiento. Así que, á pesar de no hallarse él presente, y desde su destierro, lo vemos trabajando con buen éxito en la fundacion del monasterio de religiosas de S. Pedro de Rivas, extramuros de Pamplona, las cuales excitaron la atencion del Obispo por haber llegado á su noticia la suma estrechez y observancia con que vivian. Por esto, para mejorar su vivienda las colocó en el dicho monasterio de S. Pedro, que habian dejado los religiosos, por haber sido trasladados ellos á otro que habian construido de planta en la parte alta de la ciudad. La traslacion se hizo con gran solemnidad, concurriendo todas las personas distinguidas de Pamplona y comisiones de todas las casas religiosas de los contornos. No fué solo la casa lo que el Obispo dió á esta comunidad, sino que las concedió una renta, á cuyo pago se obligó con escritura, sin que en ello hubiese, por parte de las monjas, otra obligacion que la de estar sujetas á los obispos de Pamplona, cuya condicion aceptaron con gran gusto las religiosas, ya porque no les era gravosa, ya tambien porque con esto encontraban un medio de que el Sr. D. Pedro y sus sucesores se obligasen más y más á defender las prerogativas de la comunidad. Para intimar más aún las relaciones que por este medio se establecian entre el Obispo y las monjas, éstas le dieron sus constituciones para que las examinase y mudára ó añadiese en ellas lo que le pareciera oportuno, renunciando desde luego la comunidad en favor del señor Obispo el derecho de apelacion de sus sen-

tencias, y lo mismo acerca de sus sucesores, para así dar á entender lo muchísimo en que apreciaban esta proteccion del prelado y la gran confianza que les inspiraba su prudencia y buenas circunstancias. No habia concluido ni mucho ménos la causa entablada por el Obispo contra el Rey, y ni la venida del obispo de Oloron, en Febrero de 1248, ni los diferentes avisos que los prelados de Tarragona y Lérida le dirigieron, dieron otro resultado que aferrarle más y más en su tenaz resistencia, endurecerle en su opinion contraria á lo que exigian la justicia y el respeto debido al Obispo y á los derechos de la Iglesia; y por resultado final una sentencia de los legados en que se confirmaban las penas impuestas por el legítimo prelado, y se añadia la de excomunion á todos aquellos que hubieran intervenido con sus consejos en hacer al Rey persistir pertinaz y desobediente á los preceptos de la Iglesia y decisiones de sus legítimos administradores. En manera alguna cedió Teobaldo ante esta conducta enérgica por parte de los comisionados pontificios, ántes por el contrario protestó que tenia un rescripto, en virtud del cual á nadie era permitido imponerle censuras, é hizo salir de Pamplona á los pocos canónigos que ya quedaban, mandándoles desterrados con el Obispo, sin duda para hacer así vana ostentacion de su poder material, pues que otro no tenia ni sus fuerzas alcanzaban más allá de esta temeraria arbitrariedad, que fué sin embargo muy sensible á la corte de Roma, que se vió precisada á confirmar la sentencia anterior y á hacer que por fuerza se tomáran aquellos bienes precisos para cubrir las atenciones de la Santa Iglesia, del tan injustamente desterrado Obispo, y de cuantos capitulares participaban de su suerte. Además de estas sentencias, que fulminó el Papa, habia otras repetidísimas del prelado, lo cual hizo entrar algun tanto en sí al Rey, contribuyendo mucho á ello el que los grandes y los pequeños, los pobres y los ricos, los ignorantes y los sabios, todos se ponian, como era justo, al lado del clero y su prelado, y condenaban como no podian ménos de arbitraria é injusta la tenacidad del Rey, viniéndose á desprestigiar entre sus súbditos, y exponiéndose tal vez al peligro de que le faltasen en la debida obediencia y de que sospecháran que en los demás actos de gobierno obraria de la misma manera, lo cual no podia ménos de ser en perjuicio de su reino. En vista de todo esto resolvió el Rey pasar á Roma, donde con el Santo Padre arreglaria personalmente este asunto, y con tal intento emprendió su viaje, segun los datos más fidedignos, á los principios del año 1250. Llegó á la ciudad santa, tuvo una larga entrevista con Su Santidad, y obtuvo la absolucion de las censuras luego que hubo prometido cumplir fiel y exactamente lo mandado en las sentencias á los encargados del Papa, y restituir al Obispo y cabildo á la posesion quieta y pacífica de sus bienes y haberes, asegurándole para lo sucesivo el respeto debido á sus cosas y personas, prome-

tiendo para en adelante no molestarle de modo alguno ni á los suyos. Regresó pues, á su reino obtenida esta gracia del Pontífice, y vino en su compañia, el que fué nombrado nuncio extraordinario en Navarra, D. Bernardo, dean petracense, el cual traia de Su Santidad instrucciones y facultades para componer este importante asunto entre el Obispo, quejoso con razon de la conducta del Rey, y éste, que habia tomado sus medidas al principio con bastante poca reflexion y atendiendo solamente á los primeros impulsos de una imaginacion excesivamente fogosa y á las exigencias de su carácter nunca contrariado y violento en extremo. Creyóse por todos que este paso que habia dado en busca de una honrosa reconciliacion con la Iglesia, daria los apetecidos efectos de asegurar con el bien de ella el sosiego de la monarquía; pero todos los cálculos salieron frustrados, y no pudo hacerse nada en órden al arreglo de este enojoso asunto, porque si bien el legado pontificio alzó el entredicho por tiempo de un año, en cuya época creyó que podria ventilarse el asunto y hacerse la convenida avenencia entre el rey D. Teobaldo y el obispo D. Pedro, tuvo que volverse á confirmar este entredicho, porque ni las buenas maneras del Obispo, ni sus reclamaciones enérgicas, ni los repetidos anuncios del legado de que volveria á poner al Reino en el estado en que ántes de levantarse el entredicho se hallaba, ni nada en fin, fué capaz de hacer ceder al Rey y venir al terreno de la avenencia, lo cual dió por resultado que en 20 de Enero de 1251 se mandó por Su Santidad á su Nuncio que pusiera otra vez el entredicho, que se habia levantado bajo la confianza que inspiraba la palabra y protestas del Rey, y que era necesario volver á interponer en atencion á no haberse cumplido ninguna de estas. El entredicho se interpuso en efecto, y el Rey siguió sin hacer caso alguno de estas censuras ni de las amenazas tanto del Obispo como de los delegados pontificios, hasta que muerto Teobaldo y recayendo la corona en su hijo, y durante su menor edad, siendo su madre la que gobernaba el Reino, se volvió á fulminar la sentencia contra quien estuviese en posesion de los estados, declinando por consiguiente la responsabilidad de los abusos del padre al hijo y su regencia, sin que tampoco se cumpliera lo mandado por Inocencio IV, que luego fué confirmado por su sucesor Alejandro IV, el cual despachó bulas en favor de los obispos de Oloron y Lérida para que continuasen el asunto hasta llevarle al apetecido término que era el que la Iglesia y el Obispo poseyesen pacíficamente lo que les correspondia, viniendo el Sumo Pontífice, en vista de la rebeldía y malas trazas con que rehuian la ejecucion de los mandamientos de la Reina y su gobierno, hasta á anular cualesquiera exenciones, gracias, fueros ó privilegios, de cualquier época, por donde se creyesen exentos de respetar, aceptar y cumplir las disposiciones de sus encargados como suyas. En estas

contestaciones pasó todo el tiempo de la regencia, hasta que posesionado del gobierno D. Teobaldo, y manejando por sí mismo los asuntos de su Reino, hizo una concordia con el Obispo, que si bien es cierto que no pareció del todo bien al cabildo, sin duda porque él no intervino en ella, terminó este enojoso estado en que se habian puesto una y otra autoridades, lo cual fué para el Reino de grande complacencia, pues querian mucho, tanto al Obispo como al Rey, y deseaban con ánsia que estos sus súpremos gobernantes caminasen de acuerdo. Terminada esta larga discordia, y colocados los asuntos en su verdadero terreno, posesionado el Obispo y su Iglesia de los bienes que les pertenecian, restituidos á su domicilio todos los desterrados y levantadas todas las censuras, penas y castigos canónicos, el Obispo se ocupaba en el mejoramiento de su diócesis, que algo habia perdido con estos inevitables acontecimientos, y el Rey pasó á Francia para hacerse cargo de los bienes que le habia dejado su madre. Con ocasion de este viaje se granjeó el afecto del santo rey de Francia Luis IX, y además de obtener la mano de una hija de este distinguido monarca, consiguió la preciosa dádiva de una espina de la corona del Salvador, la cual fué por él traida en un vaso de plata dorada, muy primorosamente trabajado, y con gran solemnidad y una fiesta cívico-religiosa la depositó en el relicario de la santa Iglesia catedral, de cuyo cabildo fué recibida con la estima merecida, uniéndola despues bajo un precioso relicario á la otra que su padre habia traido de Roma, y estableciendo con acuerdo de la Santa Sede solemne fiesta en honor de estos sagrados despojos de la pasion de Cristo, y asignando á la dicha festividad el domingo siguiente á la de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, en cuyo dia las adora el pueblo con grandísima veneracion, concurriendo con extraordinario entusiasmo á esta funcion, que ciertamente se hace solemnísima, y á la cual asistió el Obispo por cierta promesa que hizo el Sr. D. Pedro Jimenez, para dar á entender lo mucho que se complacia en que su iglesia y en su tiempo hubiese adquirido tan insignes reliquias. No se refieren, ó por lo ménos no se consignan de un modo auténtico otros acontecimientos notables en la vida de este distinguido prelado, sino su constante celo para conservar y mejorar el estado de las cosas de su diócesis, en cuyo importante servicio pudo todavia ocuparse largo tiempo, pues por algunos años despues de esta reconciliacion del Estado con la Iglesia rigió á esta nuestro D. Pedro, teniendo ciertamente gran consuelo en ver felizmente terminado asunto que habia producido disgustos tan trascendentales y conmociones tan profundas en el ánimo de los fieles; así que sus últimos dias fueron de paz y de sosiego, y hasta de complacencia y de consuelo, pues vió su Iglesia prosperando, su cabildo respetado y querido, y todo su gobierno marchando en armonía con los caractéres de la sociedad beneficentísima, fundada por el

Hombre-Dios espirante en el Gólgota. Recibidos los santos sacramentos, rodeado de su cabildo, clero y servidumbre, exhortando á todos á la paz y union, entregó plácidamente á Dios su espíritu el 25 de Octubre del año 1266, despues de veintiseis de buen gobierno en su diócesis, y dejando memoria de su energía y de sus buenas acciones. — G. R.

PEDRO de Laodicea. En el siglo VII de la Iglesia, y entre sus distinguidos ministros, se cuenta en Laodicea al sacerdote Pedro, hombre de sano criterio y de acendrada piedad, de la cual da testimonio en un grandioso libro que intitula: *Expositio orationis dominicæ:* en él se penetra en gran manera el sentido de esta importantísima plegaria, la más adecuada que el fiel puede dirigir á su Dios, y que por ser la enseñada por el mismo Jesucristo, tiene una importancia suma, como tienen mucha significacion todas y cada una de sus frases, significacion que se esclarece en la preciosa obra del sacerdote Pedro. Tambien escribió otras muchas obras de mística, siendo en todas notable, que sin salir del estilo didáctico que á todas quiso dár, se eleve y se eleve muy oportunamente á altísimas consideraciones especulativas, que hacen que sus escritos, si bien en las manos del ignorante son un verdadero medio para instruirle, y no pasan, digámoslo así, de su limitada capacidad, en las del sabio y erudito dejan un campo muy ámplio á sus investigaciones, pues no haciendo más que apuntar ciertas ideas, no prejuzgan una multitud de cuestiones de suma importancia y queda á los sabios lugar para que luzcan sus grandes conocimientos. Esto es todo cuanto se ha averiguado acerca de Pedro de Laodicea. — G. R.

PEDRO de Latini (Luis de). Fué este religioso distinguidísimo por su cuna y rico en bienes que no satisfacian su espíritu, pues que eran caducos y él aspiraba á los eternos. Apénas conoció los peligros á que está expuesto el hombre en esta vida de miserias, cuando concibió la idea de buscar un asilo seguro, que no podia ménos de ser algun instituto religioso. Como el asunto era de importancia, no se decidió Pedro sin haber pesado ántes con maduro exámen las circunstancias que le hacian un instituto preferible á otro, si bien á todos tenia suma veneracion y el respeto que merecen, como que son la consecuencia de una gracia especial de Dios, que por medios ocultos á nuestra miserable pequeñez dispone las cosas de un modo que no falta quien, cuando y como ménos espera, establezca un instituto de alta importancia, de trascendentalísimas ventajas, porque ventajas reportan siempre los institutos religiosos, bien que algunos ilusos hayan podido aparentemente demostrar lo contrario. Decidióse al cabo por la Orden Seráfica, atendiendo á que en ella podia dar rienda suelta á los sentimientos de profunda humildad que le animaban, y podia hacerse todo lo pobre que queria para que su corazon no tuviese otro objeto á que ape-

garse que el amor al Señor soberano de todas las cosas, que quiere ser el único objeto de nuestro amor, porque realmente ninguno otro puede obtenerle sin que en rendírsele hagamos una siempre fatal defraudacion. Pero examinemos la vida del P. Pedro y recorrámosla siquiera ligeramente, porque ella nos ha de proporcionar ocasion de considerarle y de proclamarle como verdadero héroe del cristianismo, como uno de los sugetos que han producido verdadera gloria y dado legítimo honor á la benéfica y siempre distinguida Orden del glorioso S. Francisco. Admitido á la investidura del santo hábito en una edad en que ya conocia muy bien lo que hacia, pues contaba más de veinte años, hizo su noviciado cual si no hubiese conocido siquiera el camino de la virtud, en el cual corria con suma ligereza; se dejaba llevar en todo y por todo por los preceptos de sus superiores y maestros, llegando su abnegacion hasta el extremo de pedir muchas veces licencia para satisfacer esas necesidades del cuerpo que en reprimirse comprometen la armonía de nuestros humores, y por consiguiente ponen en peligro nuestra salud. Tomó en sus manos desde el dia que recibió el santo hábito la regla no ménos santa por que se rigen los hijos de Francisco, é hizo el mayor empeño en estudiarla con la mayor atencion y diligencia, para que no quedase en ella un punto sobre el cual no fijára su atencion, y por consiguiente no quedára un resquicio por donde él evadiera la observancia, que fué el fin primero que se propuso al abrazar el instituto. Será bueno advertir que todas las instancias de sus maestros y superiores y todas las amonestaciones de sus amigos y compañeros no fueron suficientes para hacerle subir á la alta dignidad del sacerdocio, si bien nos es tambien preciso advertir á fuer de narradores verídicos que las amonestaciones de sus superiores nunca fueron como un precepto, pues si hubiesen sido tales, Pedro, que era obedientísimo, no hubiese dado lugar á que se le advirtiesen dos veces, pues decididamente á la primera habria obedecido, áun cuando hubiera sido á costa de la mayor repugnancia, áun cuando le hubiese costado por su parte un verdadero triunfo procedente de una muy ruda lucha. En este mismo hecho de no haber la obediencia exigido nunca de Pedro el sacrificio de que subiese al altar, se ve una clara demostracion de que Dios ilustra á los superiores con luces extraordinarias, pues que si no parecia natural se hubiese obligado á hacerse sacerdote á un hombre de quien, como veremos, se valió el Señor para que desempeñando cargos importantes ilustrára á la religion que le admitiera en su seno. Hizo su solemne profesion y pareció por un momento que nadie pensaba en el P. Latini, ó más bien que este hombre era ó habia de ser uno de tantos que no producen al instituto otro provecho que el de dirigir al cielo sus súplicas, interesando en favor de las necesidades que ofrecen á Dios los siervos del Señor á quienes

ellos profesan especial afecto ó marcada predileccion. Penetremos, pues, en el interior del hermano Pedro en aquellos dias siguientes al importante suceso de la emision de sus votos solemnes, veamos cuál comunica á su Dios y Señor los sentimientos de su corazon, y hallaremos que habiendo él escogido á su Dios por su parte y su herencia, y hecho abnegacion la más completa de su casa, familia y demás, él estaba altamente satisfecho en esta misma su íntima comunicacion con Dios, disfrutando las delicias de su posesion; pero en lo oscuro de su celda, en el rincon del claustro, en lo bajo del más humilde oficio, en lo penoso de la más grave carga, porque Pedro desempeñaba los oficios más humildes y penosos, no por otra cosa sino porque su caridad extremada, si extremo cabe en el servicio de Dios, no le permitió nunca consentir el que hubiese un hermano que trabajára cuando él no trabajaba, ni el que los cargos que inducian cierta humillacion fuesen para otro que para él, que segun aseguraba, no merecia ni áun la dicha de ser como un jumentillo para su comunidad, y habia obtenido el especial favor de ser uno de los hermanos de aquella santa casa. Era de ver cómo iba demandando la limosna por aquellos mismos sitios donde él habia derramado con profusa largueza sus bienes, y con qué sumision oia las importunas advertencias de algunos, que tildándole porque habia dado sus bienes y ahora necesitaba lo que la caridad le facilitára, no llegaban á comprender que esto que así adquiria le servia de alimento al alma, al propio tiempo que remediaba la necesidad del cuerpo, y en lo otro no podia encontrar sino un medio de satisfacer una necesidad, para probar la cual tiene Dios especiales recursos, que utiliza muchas veces en favor de sus siervos. Mas el ejercicio de parte de Luis de Pedro Latini de todos estos humildes y humillantes oficios y la buena manera con que los daba cumplimiento, de suerte que en todos ellos resultaba gran provecho á la santa comunidad, llegó á llamar la atencion de los superiores, no ya como comunmente se excita para observar únicamente, sino como una inspiracion del cielo, que parecia indicarles que Luis de Pedro Latini habia de servir en la religion Seráfica para mucho más que para llevar al convento lo que la caridad de los fieles les daba; á pesar de que en tan importante ministerio era tambien muy conveniente le ejerciera quien, como nuestro beato, revelaba en su semblante y en sus acciones todas la gran virtud de que su corazon estaba lleno. Como vieron en él suma prudencia, extraordinario celo, y sobre todo que ni un ápice de la regla se escapaba á su exquisitísima observancia, parecióles que seria á propósito para el gobierno, en el cual todos quisieron se ensayase, dándole la guardianía de una casa no de las más importantes. Si hubiesen expulsado de la religion á Pedro, ó le hubiesen sentenciado á un afrentoso castigo por toda su vida, habria tomado estas cosas como

un castigo de sus culpas ó como una manera de aplacar él la ira divina justamente enojada por los pecados de los hombres; pero el ser nombrado guardian lo consideró como un castigo, y castigo muy terrible, con que el Señor queria probar la fidelidad no ya de él, sino de sus subordinados. Por supuesto que no replicó cuando se le manifestó el designio de los superiores, de tal manera que á quien no conociera la profundísima humildad de este distinguidísimo religioso, pudiérale parecer hasta que le daban por el gusto, segun en el momento en que se le dió noticia de lo que habian dispuesto, emprendió á pie el camino para su nuevo destino, sin réplica, sin aparente disgusto, aunque agobiado su espíritu del profundo sentimiento que le causaba la idea de su indignidad, indignidad que no era en verdad sino un efecto de su profundísima humildad, como el color verde, que comunica á cuantos objetos se le ponen detrás el cristal teñido de este color, no es sino una apreciacion especial de quien mira por él, y no condicion esencial del objeto. Comenzando por manifestar á sus hermanos su indignidad y miserable pequeñez, no pudieron éstos ménos de comprender su elevacion y dignidad, pues veian ser todo en él humildad tan profunda y abatimiento tal en Dios, que creyéndose el más miserable, era muy digno de ser un dia exaltado por el Señor, que sublima á los pequeños. Antes de dictar providencia alguna consultaba nuestro buen Guardian el caso con su Dios en la oracion, y la sola enunciacion de esta manera de gobernar convence de que no podian ménos de ser acertadas sus determinaciones. Nunca fué su sistema el advertir las cosas en teoría, sino que practicando él mismo aquello que queria que se practicára, obligaba á que los demás lo hiciesen, sin tener muchas veces ni áun que advertirlo. En órden á las necesidades de los religiosos de su casa, las miraba como si fuesen suyas propias ó más atentamente, y tenia toda su complacencia en que no experimentasen ninguna, miéntras que él no se daba á sí mismo ni el más ligero alivio, ni el más mínimo descanso, diciendo que él debia ser todo para todos, y los demás cada uno para sí. Cuando hablaba era siempre en tono afectuoso, palabras que llegaban al alma, pero que nunca eran dichas con desentono, ni mucho ménos con altivez, teniendo gran cuidado de ocultar con todo esmero las imperfecciones de todos, así como de hacer ostensibles aquellas obras de que pudiera seguirse edificacion á los demás. No hay para qué decir que gobernando bajo tales auspicios, la Orden se satisfacia grandemente, y los religiosos de su casa se reformaban así sin sentirlo, por lo cual los superiores creyeron oportuno que su morada en cada convento no fuese más que un año próximamente, conciliándose así los dos extremos de proporcionar remedio á todas las necesidades, pues que éstas se observan suficientemente en el discurso de un año, y hacer exten-

siva esta reforma, conveniente en todas partes y en muchas de ellas necesaria al mayor número de casas á que pudiese alcanzar el exquisito cuidado y diligencia esmeradísima de nuestro buen Padre. Como él era sumamente obediente, no tenian los superiores dificultad alguna en hacerle pasar de un punto á otro, pues sucedió no pocas veces, que saliendo de recreo á alguna casa donde estaba uno de los superiores generales, aquella misma tarde ó noche hubo de emprender su viaje á otra parte, y no vino á su antiguo convento, ni áun para despedirse de sus hermanos; es verdad que como él era tan pobre que nunca tuvo ni más de una túnica y capa ni mueble alguno en su celda, no tenia necesidad ni áun de trasladar el equipaje, pues su ajuar estaba arreglado con una tarima y un leño para dormir, y si acaso una mesa donde hubiese un crucifijo. Viendo el capítulo general de la Orden reunido en 1457, no pudo ménos de admirar el fruto que habia producido en los conventos donde habia vivido este verdadero siervo de Dios, y por tanto creyeron conveniente darle un cargo, digámoslo así, más importante sin otro fin que el que ejerciese en terreno más ámplio la virtud de gobierno con que el Señor le habia favorecido. Nombráronle, pues, vicario general de la provincia de Toscana, y le dieron las más ámplias facultades para atajar y corregir toda especie de abusos, seguros de que no se habia de exceder en lo más mínimo, ántes por el contrario sus resoluciones todas habian de ser encaminadas al bien de los conventos y al esplendor del instituto. Comenzó, como era consiguiente, por visitar las casas de la Orden, mas no se crea que hacia esta visita como suelen la mayor parte de los superiores, anunciándose y dejando lugar para que, prevenidas las cosas, no haya ninguna que merezca reforma; nada de eso, nuestro buen Provincial iba á un convento como podia ir un religioso cualquiera, y ni siquiera anunciaba su cargo para evitar así el que hubiera prevencion de ninguna especie, y luego que llegaba y observaba, llamaba á su celda, que siempre procuraba fuese una de las más comunes, al guardian ó superior, y entónces cuando le advertia aquello que le parecia, era cuando él se apercibia de la visita del Provincial, sucediendo muchas veces que la comunidad no llegaba á saber que habia estado en la casa el superior, porque en ninguna cosa se mostraba tal, sino en la observancia de la santa regla, constituciones y disposiciones apostólicas y de los capítulos generales. Esta manera tan conveniente de cumplir con su ministerio no le quitaba, sin embargo, el que fuera todo lo enérgico que es debido para la reprension y correccion de los defectos; pues cuando observaba alguno, ó en alguna casa veia necesario tomar alguna resolucion fuerte, con dolor de su alma, con vivísimo sentimiento de su corazon lo hacia; pero lo hacia porque aseguraba, y esto es exacto, que él estaba puesto por Dios para regir y gobernar segun le indicára, y que no podia por con-

siguiente ménos de seguir en todo y por todo los designios de Dios, *que perderá un dia malamente á los malos, dando su viña á otros labradores que le den el fruto en tiempo oportuno.* Aun cuando el esclarecido Provincial no quiso llegar al importante grado del sacerdocio, no estaba falto de la ciencia necesaria para tan importante ministerio, y por consiguiente podia dirigir á sus súbditos su autorizada voz con acierto, como lo hacia muchas veces cuando él creia ser ocasion oportuna. De suerte que era un verdadero superior en quien se veian todas las condiciones de tal, pues que sus súbditos, áun aquellos mismos que por él fueron alguna vez corregidos y áun castigados, se gloriaban talmente en sus mismas reprensiones y áun castigos; pues no se verificó una sola vez que sus instrucciones fuesen ineficaces ni estériles sus advertencias, y como en él se reunia la circunstancia tan apetecible en un superior de que no habia paso que no fuera prudente, y no prudente segun el mundo, sino prudente segun la verdadera prudencia, esa que se gobierna por la voluntad de Dios. De aquí es que todos tenian que conformarse con sus resoluciones, y se verificaba que como tras de él iba la reforma, el restablecimiento del primitivo rigor de la observancia antigua, por todos los lugares donde hacia su visita se decia involuntariamente: *Aquí estuvo Luis de Pedro*, porque él siempre dejaba una huella olorosa de las grandes virtudes que ejercia. Así que al cumplirse los primeros cuatro años de su provincialato, fué confirmado en él por otros cuatro, y despues de esa segunda época lo fué á perpetuidad; tal era la confianza que inspiraba y lo prácticos que se veian los desvelos y esfuerzos de su acertada administracion. Dejemos, pues, al superior, de quien nada más puede decirse, para considerar al religioso particular, y veremos que Luis de Pedro cuando llevaba once años de provincial estaba tan desprendido de su voluntad como el dia que entró de novicio, porque si bien es cierto que en el gobierno de las casas puestas á su cuidado hacia cuanto le parecia conveniente para el mejor órden y concierto de ellas; tambien lo es que nunca daba un paso sin consultarlo con sus superiores, ni dictaba una providencia acerca de la cual no exigiese que recayera la aprobacion de ellos. Si miramos á su espíritu de penitencia le encontraremos tan rigoroso como en su mocedad cuando ya su edad era madura; si miramos á cómo y cuánto se empleaba en la oracion, hallaremos que lo mismo hacia cuando sus ocupaciones eran muchas que cuando no eran ningunas; bien es verdad que para esto tenia que cercenar su descanso de tal suerte, que pareceria imposible el que viviera si no supiésemos que Dios sabe conservar milagrosamente á los que quiere que procuren su gloria. Su caridad para con los pobres fué tal, que á ninguno permitió nunca retirarse sin socorro de su presencia, premiando Dios muchas veces con la multiplicacion prodigiosa de

los alimentos la gran fe de su querido siervo. Acumulando así méritos sobre méritos y practicando cada dia nuevas virtudes, llegó hasta el año de 1468, en cuyos primeros dias le acometió una terrible enfermedad en el convento de Capriola. En ella demostró su invicta paciencia, pues no se le oyó prorumpir un lamento ni exhalar un quejido, y durante ella recibió del Señor revelacion de que su carrera en este mundo iba á acabarse muy pronto. Hizo venir en torno de su lecho el dia 10 de Febrero á todos los religiosos de su casa; les dirigió palabras de consuelo; les pidió humildemente perdon de las faltas que como religioso y como superior hubiera cometido; se encomendó á sus oraciones y pidió se le administrasen los santos sacramentos. Recibiólos con las debidas disposiciones el dia 12 del mismo mes, y pasó en cruel agonía hasta el 14, en que en medio de los más vivos dolores, pero con la resignacion más heróica que es posible, entregó su espíritu en manos del Criador, pasando así á ceñir la corona de la inmortalidad que le habian merecido sus heróicas virtudes. Fué general el sentimiento que experimentó, no solo la provincia sino la Orden entera, en la pérdida de tan esclarecido varon, cuyas virtudes comenzaron á propalarse, haciendo el Señor por su medio extraordinarios portentos que acreditáran más y más su santidad. Se comenzó casi al momento á las averiguaciones canónicas de las virtudes y milagros de este varon tan ínclito, y resultaron aquellas heróicas, estos de segundo órden, por lo que la Iglesia, columna y maestra de verdad, declaró beato á Luis de Pedro Latini, asignando para su festividad el dia 14 de Febrero, aniversario de su muerte para el mundo y nacimiento para la eternidad.—G. R.

PEDRO DE LUXEMBOURG. Este cardenal y obispo de Metz nació en 1369. Fué hijo de Gui de Luxembourg, primer conde de Ligni, y de Mahand de Châtillon, condesa de S. Paul. Por parte de su padre venia de una ilustre casa que ha dado cuatro emperadores á la Alemania, y por otra parte fué primo en cuarto grado de Wenceslao, emperador y rey á la sazon de Bohemia, y de su hermano Segismundo, rey de Hungría, que fué elevado despues al imperio. Luego que terminó sus estudios de filosofía y del derecho canónico en la universidad de Paris, se le dió un canonicato en la santa iglesia de esta capital, desde donde pasó á la dignidad de chantre á la catedral de Chartres. El pontífice Clemente VII, opuesto á Urbano VI, le hizo obispo de Metz en 1384, á la edad de quince años, persuadido de que su saber y virtud suplirian á su corta edad. Despues le mandó ir á Aviñon, y en esta ciudad le creó cardenal el año 1386. Murió este santo prelado al año siguiente de ser purpurado, de resultas de una enfermedad que le atrajeron su extraordinaria austeridad y penitencias. El papa Clemente VII, sucesor de Adriano VI, le declaró bienaventurado el año de 1527. Los que deseen más noti-

cias pueden consultar á Baillet en sus *Vidas de los Santos* con relacion al 5 de Julio, y en otros autores citados por Moreri en su gran *Diccionario Histórico.* — C.

PEDRO de la Madre de Dios (Rdo. P. Fr.). Fué este esclarecido varon religioso en la Orden Carmelitana y su convento el insignísimo de la villa de Pastrana, habiendo despues pertenecido á la Orden misma en Italia cuando allí se llevaron religiosos que estableciesen la reforma introducida con tan buen éxito en España y despues en todo el orbe católico, con edificacion de religiosos y de fieles, que vieron en esta reforma una especial providencia de la Madre de Dios, al paso que un especial favor del cielo. Pero volvamos á ocuparnos del personaje, objeto del presente artículo, pues ciertamente con la noticia de su vida se ha de aumentar grandemente la edificacion de los fieles. Comencemos por consignar que para entrar en la sagrada Religion Carmelitana tuvo que renunciar á una brillante posicion social, pues hijo de los señores de Villagrasa, riquísimos propietarios en Daroca, tenia indudable derecho á sus bienes y á las distinciones que como juro de heredad pertenecian á su casa; así que al ver todos su decision por el estado religioso y que nada le arredraba para emprender esta carrera difícil segun el mundo, no le faltaron por parte de sus mismos deudos disgustos y tribulaciones que hubiesen afectado hondamente á otro espíritu ménos dispuesto que el del esclarecido P. Pedro; pero que en él no hicieron sino confirmar más y más sus anhelantes ansias de ofrecer su vida en sacrificio por el Dios de toda bondad, cuya misericordia se acredita hasta donde es posible con solo atender á que él quiere la dicha y no la ruina del hombre. Venciendo, pues, estos obstáculos y renunciando á cuantos halagos puede ofrecer este miserable mundo, ingresó en la Orden, siendo desde los primeros dias de su noviciado acabadísimo modelo de toda virtud, y especialmente de una docilidad tan á toda prueba y de una tan extraordinaria benignidad para con todos, que estas mismas prendas suyas atraian en su obsequio á cuantos por cualquier motivo se le acercaban, sin que por esto dejára de ser para él de grandísima pena, pues hubiese querido el desprecio, abyeccion y olvido de todos, como única cosa á que él decia era acreedor quien no correspondia de modo alguno á los extraordinarios favores con que el Dios de toda misericordia le colmaba con mano verdaderamente pródiga; pero que el Señor demostró no ser esto así en lo muchísimo con que se glorió en este hombre verdaderamente apostólico y modelo de cuantos le observan con la diligente atencion que es debido. Comencemos por declarar que nunca se conoció su gran capacidad y aplicacion sino cuando los superiores de Pastrana, al ver que en aquella casa no habia los precisos operarios para difundir con la profusion que era de desear la doctrina de Jesucristo, echaron

mano de Fr. Pedro, sin más que como por via de ensayo, y hallaron que muy versado en las ciencias teológicas y nada rudo en las profanas, podia muy bien dedicarse á la instruccion de los fieles, porque tenia para ello las mejores disposiciones, atendido á que era mucho el atractivo que ejercia sobre cuantos le veian, siquiera no fuese más que una vez la en que disfrutáran de este consuelo, además de que podia poner todas sus explicaciones tan al alcance de todos, que no habia uno que al oirle no quedase convencido de la verdad de sus asertos, y no asi como quiera con una conviccion imperfecta y débil, sino con una conviccion que les daba por resultado el practicar segun él queria, con lo cual aseguraban su eterna dicha, pues siempre fueron caritativas en alto grado las miras del venerando P. Pedro de la Madre de Dios. Vino, pues, el tiempo en que propagándose la reforma de los Carmelitas descalzos, hubieron de mandarse algunos que llevasen esta grande obra á Italia y allí estableciesen el principio de esta edificante reforma, y pensándose, como era consiguiente, en que los sugetos para este cargo designados fuesen de los más virtuosos y sabios, se fijaron todos en nuestro esclarecido Padre, que reunia á estas dos condiciones la especialísima circunstancia de tener una prudencia tal, que muy pocos le igualaban, no habiendo ninguno que le superase, razon por la que desde que llegó á la capital del orbe católico se fijaron en él todas las miras de sus propios hermanos y de los superiores de otras religiones, para encomendarle los más distinguidos cargos en la suya y las más delicadas y difíciles comisiones en las demás, habiendo desempeñado unos y otras con tan admirable exactitud que asombró á todos el ver en un sugeto capacidad para tanto. En corroboracion de nuestro aserto diremos que hecho primer prelado de la casa Carmelitana reformada, se hicieron extensivas sus facultades á las provincias todas de aquel vasto reino, cuyo territorio recorrió más de una vez, pues decia, y en ello tenia muchísima razon, que no era posible estar al frente de súbditos ni remediar sus necesidades si para conocerlas era preciso el que hubieran de participarlas, pues que el interés en unos y en otros la virtud serian obstáculo á estas manifestaciones, razon por la cual él se evidenciaba por sí mismo de todo lo que habian menester sus casas, siendo incansable en todo género de trabajos que fuesen enderezados al bien de sus hermanos, único anhelo de su piadoso corazon, en el cual entraban tambien los fieles, como es consiguiente, por cuyo motivo sus esfuerzos todos tendian á que la reforma Carmelitana fuese para los fieles á cuyo servicio se dedicaban sus profesores tan útil como era para ellos mismos, haciendo que por los buenos ejemplos llegasen aquellos á la práctica de las virtudes, así como por medio de esta práctica iban los religiosos á su más alta perfeccion. No se contentaron los romanos pontífices que alcanzó, y que como era consiguien-

te conocian muy bien el extraordinario mérito de este Padre, no se contentaron, digo, con hacerle general de su Orden é investirle de todas las facultades pontificias necesarias para el acertado gobierno de aquella esclarecida milicia, sino que facultándole tambien para la visita y reforma de los agustinos descalzos hizo en esta su segunda familia, como él la llamaba, notabilísimas obras que cimentaron muy sólidamente aquella variacion que se estableciera con grandísimo provecho, y en la cual se echó mano varias veces de los recursos inventados en España por la gran Teresa de Jesus, y exportados por nuestro venerando Padre, que quiso, como era consiguiente, hacer á los agustinos participantes de todas las buenas prácticas que habia en su órden Carmelitana, asi como en este trajo tambien algunas cosas de que carecia y que estaban en vigor entre los otros visitados y apreciados grandemente por el P. Pedro. Como la obra de la propagacion de la fe ha merecido con justicia suma predileccion á la silla romana, y para proseguir con buen éxito tan colosal empresa ha querido siempre rodearse de hombres de valía, ya en órden á sus virtudes, ya tambien en órden á su capacidad, halló en nuestro venerando P. Pedro uno segun sus deseos, y de aquí el que fuera nombrado superintendente general de las misiones, á las cuales hubiera ido personalmente si el Papa se lo hubiera consentido; pero puede decirse que las sirvió más que con su persona hubiera podido hacerlo, en atencion á que con sus consejos y con los muchismos recursos que arbitró pudo hacerse una mision muy bien arreglada, compuesta de padres carmelitas, agustinos y franciscanos, que hicieron muchos progresos en las Indias, adonde fueron remitidos para ayudar á otros misioneros católicos que se hallaban ya en aquellos países difundiendo la verdadera fe á sus desdichados moradores. Como particular, digámoslo así, y apartando por consiguiente la vista de la importancia que tendria un sugeto por quien se desempeñaban con tanto acierto cargos tan importantes, le vemos dedicarse al ejercicio del santo sacramento de la penitencia con una asiduidad extraordinaria y contándose entre sus penitentes personas de todas condiciones y gerarquías, desde el soberano pontífice Leon XI, cuyo penitenciario ordinario y extraordinario fué, hasta los más insignificantes sugetos de la plebe, siendo muy de notar que dotado de gran capacidad para dirigir al padre comun de los fieles, parecia bien á aquellos ignorantes rudísimos que á él se acercaban por acaso, en lo cual hemos de confesar necesariamente un favor especial del cielo para con este distinguidísimo y muy venerando Padre, gloria de su siglo, honor de su religion, y que no solo á su patria, sino á Italia llenó de admiracion, ya por sus virtudes y capacidad para el gobierno, ya por su exactitud en el desempeño de las funciones de su sagrado ministerio, pues no solo como confesor, sino tambien como predicador, fué muy

celebrado desde que hacia pláticas dominicales en su convento, hasta que fué predicador del Sacro Palacio pontificio con tanta honra como provecho no particular suyo, pues él nunca ambicionó nada, sino de los fieles, á muchos de los cuales hicieron entrar en sí las doctrinas admirablemente explanadas por el P. Pedro, y de los clérigos á los que dirigió muchas veces sus celebradas homilías, las cuales además de grande instruccion les procuraban muchísimo aprovechamiento espiritual. Como una prueba irrecusable de su perfecta abnegacion, diremos que invitado varias veces por el Romano Pontífice y por todo el colegio cardenalicio para que ciñera el capelo en premio muy justo de los servicios que habia prestado á la Iglesia y á las órdenes religiosas, lo rehusó siempre queriendo solo, segun él confesaba, teñir con su sangre vertida por la fe la tierra en que habria de convertirse; pero cuya dicha no le permitió el Señor, si bien es de presumir que le ciñera la corona de inmortalidad, cuando á los cuarenta y seis años de edad y lleno de merecimientos le llevó para sí, despues de haber edificado con su heróica paciencia é invicto sufrimiento á los religiosos del convento de Nochera, así como á los de Pastrana los habia encantado con los rigores y virtudes de los primeros años en que vistió el santo hábito del Cármen. Así fué la vida de este ínclito varon tan distinguido por sus circunstancias, y que mereció del sumo pontífice Paulo V la gloria de que dijera que con su muerte se habia caido una columna firme de la Iglesia, así como de nosotros merece con justicia la más profunda veneracion y el que se trasmita á las generaciones que han de sucedernos el distinguido nombre y sucinta noticia del Rdo. P. Pedro de la Madre de Dios, religioso carmelita descalzo.—G. R.

PEDRO DE LA MADRE DE DIOS (Fr.). Fué este insignísimo varon hijo de los Excmos. duques de Medina de las Torres y marquesa de Monte-Alegre; educado con el esmero que exigia su cuna y con el cuidado consiguiente á su buen criterio y perspicaz ingenio; pero ni las ciencias humanas le satisfacian, ni las costumbres de los de su clase llenaban el vacío que en su corazon tenia necesariamente que ocupar Dios solo, como único fin adecuado de sus aspiraciones, como único objeto digno de su atencion. Por esto, para que su corazon no estuviera dividido, ó más bien para que la necesaria atencion del espíritu á las cosas materiales, cuando éstas son nuestra ocupacion, no viniese á turbar al alma, privándole del recogimiento y trato con su Dios, único blanco de sus aspiraciones, resolvió y realizó el tomar el hábito del Cármen en la casa de Descalzos de Salamanca, como lo hizo en el año 1599, profesando en Medina de Rioseco el 10 de Enero del siguiente. Apénas terminó los estudios, ya estuvo en disposicion de dedicarse á la enseñanza, lo cual hizo con un éxito tan extraordinario, que de todas partes acudian discípulos á oir sus lecciones, porque en ellas habia, además de un fondo excelente

de doctrina, una manera admirable de presentarla, pues que su buen criterio como su erudicion le hacian filósofo profundo, al par que orador consumado. Y ya que se ha citado la oratoria como una parte integrante, digámoslo así, de su mérito como maestro, es preciso confesar que valió mucho en él como predicador evangélico, pues que en el púlpito le consiguió muy merecidos aplausos y le hizo pasar con justicia por uno de los más distinguidos oradores sagrados de su época. El cronista de su Orden le apellida *el Crisóstomo de su tiempo*, y ciertamente habia en él condiciones que podian asemejarle á aquel eminentísimo y erudito Padre de la Iglesia, pues tenia fuerza para la expresion, eficacia para el movimiento de los afectos y una sutileza tal para desvanecer los argumentos de sus contrarios, que no encontraban nunca manera de replicarle, así como apénas proferia dos sentencias cuando ya todo el auditorio estaba en perfecta conmocion, captándose desde luego la benevolencia de todos por el dulce atractivo de su palabra y por lo fundado de sus solidísimas razones. Sin duda por esto era por lo que á los reyes les gustaba mucho oir al P. Pedro, y por tanto muchos de sus más célebres sermones fueron dichos en la Real Capilla y á presencia de los reyes y la corte, que cada vez admiraban más al esclarecido carmelita, á pesar de ser por entónces muchos y muy distinguidos los predicadores que con grande aceptacion, y con más pretensiones que nuestro reverendo Padre, se dejaban oir en la Corte, y llamaban como es consiguiente la atencion. Como su admirable manera de predicar procedia de su gran capacidad y estudios, por estas circunstancias pareció oportuno al Rey proponerle para el obispado de Avila; pero todo cuanto hizo para que aceptase la mitra fué completamente inútil, pues que sin decir otra cosa más que él no habia dejado el mundo para volver á engolfarse en sus dignidades é importantísimos cargos, que no habia profesado pobreza y humildad para llegar al apogeo de la elevacion, lo cual decidió al Rey á admitirle la renuncia de la propuesta, ó más bien á ceder en los deseos que siempre tuvo de hacer á este respetable religioso cardenal de la santa Iglesia, honrando de esta manera en cuanto estaba de su parte la virtud y ciencia de este varon verdaderamente digno de todas las distinciones más altas, por lo mismo que tenia de sí tan bajo aprecio; prueba inequívoca de que su profunda humildad era el fundamento de su verdadero y relevante mérito. No podia presentar en la Orden la resistencia tenacísima que tuvo en no aceptar los cargos eclesiásticos á que era aneja su alta dignidad; por lo cual allí sí hubo de hacer todo lo que á los superiores pareció conveniente, y fué el leer muchos años filosofía y sagrada teología, y despues desempeñar siempre con acierto el gobierno de algunos prioratos, y por último, pasar al definitorio general, donde sus luces podian ser provechosas á toda la Orden y donde ciertamente hizo muchísimo

en favor de ella. Luego que hubo cumplido cuarenta y cinco años de hábito y en toda su larga carrera habia hecho cuanto habia estado á su alcance para bien de la religion de Jesucristo y de la órden del Carmelo, pasó á terminar sus dias á la abadía del duque de Alba, donde el Señor le llamó para sí en el año 1644, siendo su cadáver depositado con veneracion en Avila, á cuyo punto se trasladó casi en el acto, sin que sepamos los motivos. Dejó muchos manuscritos acerca de las principales cuestiones de teología dogmática y de filosofía, y en órden á oratoria sagrada puede decirse sin temor de incurrir en equivocacion, que sus papeles como modelos pueden presentarse en cualquier parte, y sus reglas como norma harian que quien las siguiese exactamente saliera orador consumado, y pudiera enseñar, agradar y mover, que son los tres fines de la oratoria, porque para todas estas cosas da reglas, y reglas muy oportunas y sencillas el siempre respetable y respetado P. Fr. Pedro de la Madre de Dios, el cual, así como en el siglo llevaba el ilustre apellido de Guzman que tanto honra, así en el claustro llevó el sobrenombre de la Madre de Dios, como claro testimonio de su cordialísima devocion á la Señora, y del extraordinario celo con que procuraba que el conocimiento y amor de tan buena madre se difundiese por el mundo todo. Sensible es que sus escritos no hayan llegado á nosotros, así como el que no tengamos más pormenores de su vida.— G. R.

PEDRO de la Madre de Dios (V. P. Fr.). Era el Señor D. Pedro Cabello, varon insigne por lo distinguido de su origen, y educado en Astorga, su patria, en el amor y temor de Dios, adquirió bajo tan sólidos principios los conocimientos en literatura y humanidades á que se podia llegar en su época. Cuando su edad fué á propósito para tomar estado, se decidió por el de religioso, escogió la reforma de los Carmelitas y la casa de la Bañeza, donde ciertamente se cultivaba la virtud y se hacian pasmosos frutos de verdadero amor de Dios. Fué desde su noviciado señalado áun á los más ancianos como un modelo, pero modelo acabado de todas las virtudes, siendo muy grande su esmero para acrecentarlas y extraordinario su afan de ocultarlas á la vista de todos, para que, segun su expresion, no defraudase la presuncion ó vanagloria lo que la gracia del Señor obrára en él á mayor honra de Dios. Era muy inocente en sus costumbres, y esta inocencia suya le hacia juzgar bien de todos, sin parecerle nunca que ninguno obraba mal, y no consintiendo por consiguiente que en su presencia se moviese la lengua contra nadie, llevando la piadosísima opinion de que solo para alabar al Señor y obrar el bien de nuestros hermanos, habia el Dios de todo poder dado á la criatura el don de la palabra. Por supuesto que las suyas eran todas de caridad, siendo muy pocas las que profirió inútiles, y ninguna en alabanza ó excusa de sí mismo, al tiempo que muchas veces se hacia

comprender imperfectísimo para evitar la gloria que en sus buenas acciones pudiera conquistar. En la obediencia, virtud fundamental del estado religioso, era el P. Pedro tal, que no puede hallarse quien le superára, y habrá muy pocos que le igualen. Y no se crea que esto pudiera proceder de que sus superiores, atendidas sus circunstancias y virtudes, no le mandáran sino aquello en que él pudiera complacerse, sino que por el contrario, cuanto más duro era el sacrificio que se le exigia, cuanto más humilde era el lugar donde se le colocaba, así que con igual complacencia le veremos recoger por Agosto la limosna, yendo de sitio en sitio fatigado del calor y molesto con la consiguiente penalidad, que predicar la divina palabra en los dias en que el concurso del pueblo era mayor; así le veremos estar en la portería, refectorio ó cocina, como en el púlpito de las escuelas ó en el confesonario; y será admirable para nosotros el ver cómo desempeña cargos tan diferentes, porque hallaremos en todos tanto acierto como si para cada uno hubiese recibido una educacion especial ó le hubiese ejercido por muchísimo tiempo; siendo por él repetido frecuentísimamente su voto de obediencia, toda vez que se le presentaba ocasion para hacer lo que queria no ya el superior del convento, sino el último hermano, pues hácia todos se creia obligado, poniendo para esto por pretexto y razon ser él de todos el más miserable é indigno, y el más acreedor, decia, á que la justicia de Dios se olvidase para con él de la infinita misericordia que sin embargo le prodigaba abundantemente. Miremos al P. Pedro en órden á Dios, y le hallaremos con una pureza y rectitud de conciencia extraordinaria; no esperemos nunca que él obre con más ó ménos probabilidad, usando así del derecho de su libertad, no; él ha sacrificado su libertad en áras de la ley, y él buscará ley para obrar, y de cierto que todas sus operaciones serán conforme á la ley, y en todas ellas tomará un camino muy seguro. Sin embargo, en el acto de sus frecuentes confesiones sacramentales, se afligia porque su conciencia no le decia nada, y atribuia esto á su falta de exámen, el cual sin embargo era contínuo, porque siempre obraba con conciencia de cuanto hacia, y miraba sus intenciones y deseos, áun al mismo tiempo de ejecutar las acciones ó de concebir los pensamientos. De esto le resultó una muy grande aptitud para el ejercicio santo de la oracion, en la cual gastaba muchos ratos, si atendemos á los que pasaba en la iglesia ó en su celda, y toda su vida, si llamamos, como en efecto debe llamarse, oracion á la alta é íntima contemplacion de los atributos de Dios aplicada á todas y cada una de las circunstancias de la vida. El resultado de esta oracion contínua era ese afan insaciable de practicar las virtudes con que le vimos obrar todo el tiempo de su vida, y ese mismo heroismo de virtudes que tanto nos admira en todas ellas y que no podemos ménos de examinar en una acerca de cuyo

ejercicio el mismo Dios le trazó el camino, camino árduo, espinosísimo, pero lleno de delicias para su espíritu, por ser un camino semejante al que para llegar al Gólgota, y allí á la redencion de los hombres, tuvo que andar nuestro adorabilísimo Salvador. Fué, pues, regalado por el Señor con un gravísimo y muy molesto padecimiento, y en sufrirle como lo hizo, mostró lo mucho que amaba á quien se le habia dado, y lo muy agradable que le era el poder de este modo estar un poco unido á la cruz del Salvador. Atacóle un poco de humor á una pierna y se convirtió en una postema, que creció muchísimo, llegando á tomar tanta carnosidad y materias, que completamente hinchada y sin tener movimiento alguno, no le permitia por consiguiente moverse. Puede calcularse cuánto padeceria este varon justo, con considerar que no tenia para moverse otro recurso que una cuerda colgada de una viga, y esto solo los primeros meses, pues luego la hinchazon tomó fomento y áun este movimiento le era imposible, teniendo que contentarse con el que le proporcionaban á fuerza de brazos, el cual le aliviaba algun tanto, pero le recibia muy de tarde en tarde por no querer ni consentir que los otros religiosos se ejercitáran en su servicio, verificándose muchas veces que preguntándole sus hermanos el estado de sus dolencias, ocultaba su verdadera situacion para que ellos no se molestasen. Así le tuvo el Señor, hasta que se acrisoló más y más su amor hácia Dios, con el cual, vencidos los trabajos todos de esta miserable existencia, dió á su Criador su alma entre acerbos dolores el dia 10 de Noviembre de 1661, siendo colocado despues en el catálogo de los bienaventurados.—G. R.

PEDRO DE MADRID (P. Fr.). Cuando el gran S. Vicente Ferrer vino á Toledo á predicar la fe católica, y con aquel atrevimiento y fortaleza que infunde la gracia penetró por medio de las sinagogas, y atrajo á los más célebres rabinos al conocimiento del cumplimiento de su ley, y por consiguiente á la confesion de que era ya la ley de gracia, la realizacion de las profecías y la Iglesia de Cristo la que dominaba al mundo, vivia en Toledo el entónces judío y maestro de la sinagoga y despues convertido á la fe y religion de Cristo con el nombre de Pedro, por haber sido el príncipe de los apóstoles el personaje de la ley de gracia que más habia llamado su atencion, y con el distintivo de Madrid por haber sido esta su patria. Su natural despejo por una parte, y por otra la fuerza de razon y buenos ejemplos con que S. Vicente acompañaba todas sus predicaciones, dieron por resultado el que este insigne sabio en las letras sagradas, una vez convertido á la fe, fuese tomado por S. Vicente como compañero inseparable y le llevára consigo á todas partes, ya para aprovechar sus conocimientos como filólogo y humanista, ya como un medio de que se valió muchas veces para hacer abjurar sus errores á muchos judaizantes, y para convencer de que Cristo ya habia

venido al mundo á muchos judíos, que con su conversion á la fe dieron á la Iglesia indecible consuelo y al Santo el de poder hacer lo que hizo para gloria de Dios, edificacion de los fieles y provecho de su alma. Los buenos ejemplos que veia en S. Vicente, el ánimo que le infundieron otros muchos varones de santidad grandísima que hallaban en algunos de los lugares que recorrian, le hacian esmerarse más y más en la práctica de las virtudes, le hacian ansiar más y más el perfeccionarse, y para ello le ayudaban muy mucho los acertadísimos consejos de su compañero y maestro, que si bien á los ojos del público y considerándole como sabio hebraizante, le tenia extraordinario respeto, no por esto dejaba de amonestarle cuando se dejaba ver en él algun rasgo de imperfeccion, y le obligaba á la observancia no solo de los preceptos sino de los consejos evangélicos, como único medio, segun decia el Santo, de agradecer de un modo conveniente la singular gracia que Dios le habia hecho de sacarle de la oscura senda del judaismo para ponerle en el claro aunque estrecho camino de la religion de Cristo, único asilo donde se asegura nuestra eterna salud y por donde podemos caminar á nuestra eterna bienaventuranza, único término adecuado á nuestro altísimo fin. Entre los muchos lugares de oracion y recogimiento que el distinguido rabino recorrió despues de su conversion, acompañando al glorioso S. Vicente, fué uno el convento de S. Bartolomé de Lupiana, muy justamente celebrada casa de Gerónimos, donde siempre ha brillado en todo su esplendor la más rígida observancia, y de donde han salido hombres insignísimos en virtud y no ménos célebres en ciencias y literatura. Allí se fijaron desde luego las miras de Pedro, y allí se dirigió suplicante cuando á Dios plugo separarle de San Vicente Ferrer por la preciosa muerte de este su gran siervo. Destituido de toda recomendacion y sin presentar á los PP. Gerónimos ni áun el recuerdo de que en 1407 habia estado en aquella santa casa con Vicente Ferrer, pidió el último lugar en aquella veneranda comunidad; obtuvo el santo hábito y la profesion, que hizo con extraordinario fervor y con gran júbilo de aquellos respetables varones; y luego que descubrió, sin él quererlo, lo sumo de su capacidad para las ciencias, lo muy versado que estaba en las Escrituras y lo bien que manejaba sus más célebres comentaristas ó expositores, fué promovido á la alta dignidad de sacerdote, se le encomendó el importantísimo cargo de la predicacion y cura de almas, y desempeñó su cometido con tanto acierto, que muchísimas veces se complacieron sus superiores en haberle puesto á su cuidado; bien es verdad que ántes de hacerlo examinaron cuidadosamente todas las circunstancias que en él concurrian. En órden á la observancia era rigidísimo, habiendo sido á los superiores preciso en muchas ocasiones prohibirle los ejercicios de penitencia ó de oracion, porque hubieran podido comprometer su salud ó cortar el hilo de su preciosa vida,

en lo cual se habria irrogado perjuicio á la religion Geronimiana y á toda la Iglesia católica, pues todos los fieles hubiesen perdido en este sabio y prudente religioso al que viviendo más pudò legar á la posteridad admirables ejemplos de perfeccion, rasgos más característicos de santidad y de virtud. Nada se sabe con certeza de la época y circunstancias de su muerte, solo sí que acaeció en Lupiana, y que sería como lo habian sido los años que vivió en aquel asilo de virtud, atendido á que se le enterró con cierta distincion en el claustro bajo, cerca de una cruz que hay en el lugar donde se deja ver la imágen de S. Gerónimo; y si bien es verdad que no se refieren de él milagros que le acrediten como santo, hay fundamentos de veneracion, además de las virtudes de su vida, en la incorrupcion de su cadáver, que despues de cincuenta años apareció como acabado de enterrar, y en algunas otras circunstancias que hacen su fama imperecedera, y que han impelido á su esclarecida religion á hacer que á todos se repita su nombre y virtudes para que á todos estimule su ejemplo.—G. R.

PEDRO Madrid ó Madin (V. P. Fr.). Este distinguido varon, que segun lós más auténticos testimonios perteneció á la familia de Madin, vecinos de la parroquia de Santiago en la villa y corte de Madrid, hizo sus primeros estudios y carrera completa con especial inclinacion y dotes para el estado eclesiástico. Los servicios de su familia, lo esclarecido de su talento y lo mucho que le apreciaban el Rey y la corte, hizo que se le nombrára canónigo de la santa iglesia de Osma, desde cuyo punto emprendió con el obispo de aquella diócesis D. Diego de Azebes, y otros tres indivíduos del mismo cabildo catedral, un viaje á las Marcas de Hungría para atraer de allí á la prometida esposa del infante D. Fernando, que era de aquel reino, y para desempeñar cuya comision quiso el rey D. Alonso que partiesen con toda ostentacion desde Palencia, lugar donde por entónces (año de 1207) residia la corte. Desempeñaron perfectamente su cometido el Obispo y los que con él iban, entre los cuales se contaba el glorioso patriarca Sto. Domingo de Guzman, y siendo notoria su influencia y celo apostólico, como si dijéramos en premio del esmero con que habia desempeñado el alto cargo que se les habia impuesto, se les hizo pasar á Tolosa, cuya provincia se hallaba ya infestada por los albigenses que con sus inicuas doctrinas querian reformar su época, para que allí predicando la verdadera fe, pusiesen freno á la desmedida audacia con que los enemigos del cristianismo atacaban este inexpugnable y solidísimo baluarte. Con extraordinario celo y muy ópimo fruto se desempeñó por los canónigos de Osma tan importante comision, así que atraido el Obispo por la necesidad á su iglesia, la predicacion y demás cosas de la mision las dejó á cargo de Domingo, que con sus otros tres compañeros la desempeñó admirablemente. Excusado es decir que varones todos eminentes

en santidad y virtud, pasaban por todas las incomodidades que eran consiguientes á su apostólico ministerio, sin cuidarse nunca de los medios de su subsistencia, ó más bien reparando sus fatigados cuerpos á la manera que se les presentaba, sin ningun género de aliño por su parte, y sin otro deseo que el de procurar á toda costa la mayor gloria de Dios, la destruccion de los enemigos de la fe y la paz y sosiego de los pueblos mediante su aquiescencia con los dogmas salvadores de la religion de Cristo, y la observancia de las venerandas tradiciones de sus mayores. Cuando en 1217 comenzó Sto. Domingo su vida religiosa, y recibió el hábito y profesion de su Orden en el convento de S. Roman de Tolosa, tomó tambien el hábito, é hizo profesion de la misma regla el canónigo D. Pedro Madin, que renunciando á todos sus títulos y consideraciones, vivió en lo sucesivo bajo el humildísimo título de H. Pedro. Al siguiente dia de aprobado solemnemente el instituto de Domingo de Guzman, y miéntras él marchaba á Roma para poner á los pies del Santo Padre sus constituciones y reglamentos, mandó el santo Patriarca á España cuatro de sus religiosos, que fueron el portugués Fr. Suero Gomez, Fr. Pedro Madin, Fr. Dominicio y Fr. Miguel de Ucero, los cuales caminando á pie, y predicando el Evangelio, refutando las herejías y encomiando cual era debido la religion de Cristo y sus prescripciones, atravesaron Cataluña y Aragon, admirando á todos con los ejemplos de su rara virtud, llegaron á la villa y corte de Madrid en Octubre del mismo año, y muy bien recibidos por sus regidores, que con extraordinaria complacencia les dieron un terreno y casa fuera de la puerta de Balnadú, en cuyo sitio se hizo la fundacion de la Orden, quedándose al cargo de ella el P. Pedro, y retirándose á otros lugares para dilatar en ellos el instituto los que habian sido compañeros de esta su gloriosa jornada. Si celoso habia sido por la gloria de Dios cuando, canónigo de Osma, predicaba contra los albigenses, mucho más celoso se mostraba ahora que, religioso dominico, habia de establecer el plantel de santos y venerables con que un dia habia de gloriarse su patria, así que su esmerado celo le excitaba á instruir por completo en todo á los eminentes varones que venian á su Orden, siendo muy mirado en él escoger los sugetos, para que todos fuesen cual correspondia, y desde su orígen mismo apareciera el instituto dominicano en España bajo aquel esplendor y lustre con que indudablemente se ha conservado hasta nuestros dias, siempre haciendo que de sus casas saliesen los más distinguidos varones en ciencias y en virtud, los hombres más sublimados en toda especie de conocimientos, siempre adelantándose á sus épocas por lo preclaro de sus investigaciones y uniendo á su vida activa lo más sublime y perfecto de la vida contemplativa. Guiando así á sus religiosos por el camino de perfeccion é incansable en el ejercicio de la predicacion del Evangelio, único fin de su instituto, recor-

rió las dos Castillas con tan abundante fruto de conversiones, que admiró al Sto. Patriarca Domingo, cuando al recorrer sus fundaciones en el año siguiente, halló la de Madrid bajo tan buenos auspicios que le animó á disponer que dejando el P. Pedro la direccion de los religiosos, por haber ya otros sugetos que podrian ocuparse de esta, comenzára la fundacion de religiosas como lo hizo, constituyendo á las primeras en la misma casa que hoy ocupan, y que por ser de la misma época del Sto. Patriarca, lleva su título así como el dictado de Real por los muchos y repetidos favores que los monarcas católicos de todas épocas han prodigado á estas religiosas, en gracia, es verdad, de sus merecimientos, pues ha habido en esta santa casa mujeres de muy alta santidad acreedoras á la más distinguida veneracion, y que con justicia merecian los señalados favores que han obtenido; todos ellos debidos aunque indirectamente á nuestro Fr. Pedro Madin, pues él fué quien al fundar esta santa casa la proveyó de unas constituciones muy bien dispuestas, que parece se hicieron para todas las épocas, razon por lo cual la comunidad de religiosas de Sto. Domingo el Real ha conservado y conserva su crédito despues de más de seiscientos años de existencia. No se han podido conservar más noticias acerca de este distinguido sacerdote, y respetabilisimo religioso, solo se sabe que su conducta fué tan ajustada y su exactitud en la observancia de la regla tan grande en lo retirado de capellanía de monjas, como en lo público de su prelacía de religiosos; así como sus oraciones se vieron muy aceptas á los ojos de Dios, segun acreditaron sucesos extraordinarios acaecidos con su intervencion, y en los cuales se acredita, que si bien el Sr. D. Fr. Pedro Madin no es un santo, porque la Silla Romana no lo ha declarado tal, es un verdadero siervo de Dios, acreedor á la mayor veneracion de parte de todos, y uno de los muchísimos esclarecidos varones que han honrado á Madrid, haciendo que se glorie en gran manera por haber sido su patria, y en el de que nos ocupamos teniendo además la gloria de que los grandes acontecimientos que le señalan como varon ilustre y prevenido por Dios para grandes cosas, hayan sido las fundaciones en el mismo Madrid de estas dos casas de religiosos y religiosas, que han sido y son con razon sobrada motivo de vivísima complacencia, fundamento de noble orgullo para la coronada villa, cuyo principal honor consiste en que en su seno se haya fomentado como en el lugar donde más la piedad y la virtud, que son como el carácter de sus hijos, y no solo de los que, educados con esmero por pertenecer á la clase más distinguida de la sociedad, han podido seguir estas por conviccion, sino de los más vulgares é ignorantes, que ya que no otras prendas en su abono tienen en lo general ese carácter benigno y bondadoso, que les obliga á derramar lágrimas cuando oyen referir una accion buena, y que es una propiedad excelente, por más que

la emulacion y envidia contra los naturales de esta heróica villa haya hecho que se tilde de cobarde pusilanimidad. Perdónese este rasgo con que hemos querido trazar el carácter de nuestros paisanos, al tratarse de reseñar las distinguidas acciones del siempre venerado Fr. Pedro Madin ó de Madrid.—G. R.

PEDRO DE LA MAGDALENA (P. Fr.), carmelita. Hijo de padres no muy acomodados y natural de S. Juan del Puerto, en Andalucía, pasó Pedro Mora (que asi se llamaba en el siglo) á las Indias, sin otro intento que acompañar á sus padres en aquella expedicion que ellos emprendian por convenir así á los intereses de su casa. Como es consiguiente, el jóven Pedro vió mundo durante esta expedicion, comprendió que las falacias y engaños de este mundo mismo, llevan á sus adictos á un cúmulo inmenso de males y miserias, que comenzando en el tiempo continuan en la eternidad, y resolvió desde luego abandonar á este mismo miserable mundo para no ser víctima de las terribles sugestiones de tan fatal adversario. Así que pidió y obtuvo el santo hábito de la religion de María Santísima del Cármen en la Puebla de los Angeles por Diciembre de 1688, cabiéndole la fortuna de tener por maestro al muy venerando P. Fr. Juan de Jesus María, por lo cual como los ejemplos del maestro eran tan admirables como su doctrina, y ésta iba encaminada á un terreno tan bien dispuesto como lo era el corazon del novicio, el resultado de todo fué que se formó un excelente religioso, que distinguiéndose en todas las observancias de reglas y constituciones, se hacia sin embargo notable, más que por otras cosas por el gran fervor que tuvo siempre y por el gran deseo de atraer á todos á la veneracion y culto de Dios con el cumplimiento de los ejercicios de oracion y rezo del oficio divino, para conseguir cuyo intento era vigilantísimo, y por su vigilancia obtuvo el empleo de guardador de lo que en la Orden se llama tablillas, y que es un instrumento pequeño de madera, con el cual se hace la señal para que los religiosos vengan á la oracion ó dejen el lecho ó se recojan, pero siempre bajo la idea de Dios y recordando al Señor en el sonido de la tabla, para cuyo fin se tienen, y cuyo sonido, al ser ellas movidas por una persona tan respetable como el P. Pedro, parecia segun confesion de los mismos religiosos de su convento, como que les excitaba más á vencerse y á asistir con prontitud á aquello para que se tocaba: doble mérito para este siervo de Dios que participaba á un tiempo del fruto de su trabajo y del fruto tambien de la diligencia de los otros. Algunos años despues de la profesion de este siervo de Dios, casó en la Puebla, pero hubo de marchar de allí, su hermana y falleció su padre, quedando por consiguiente su madre sin más consuelo que el tener allí á su hijo sacerdote, pero siempre bajo la consiguiente zozobra de que si la obediencia le preceptuaba salir de allí, ella no tendria otro remedio que privarse de sus

auxilios y quedar sin siquiera este consuelo. El P. Pedro tratando de aliviar su suerte en este concepto, no muy feliz, y aquietar su espíritu, la prometió que él la ayudaria á morir para Dios, y que éste se dignaria concederla la gracia de que él estuviese al lado de su lecho cuando la voluntad de Dios fuese el que ella pasára á mejor vida. Pasaron así algunos años entre achaques y molestias, pero siempre bajo la esperanza de que su hijo estaria á su lado en el último trance; vino por fin este momento supremo, y no pudo avisársele por haber ocurrido en la media noche, y sin que nadie se apercibiera de tal cosa, por lo cual se le dijo á la siguiente mañana, no que su madre estaba de sumo peligro, porque esto ya no podia decirse, sino que habia fallecido, cuya noticia en vez de causarle extrañeza, lo único que hizo en él fué decidirle á manifestar un prodigio que hasta entónces habia tenido oculto, y que fué la seguridad que Dios le dió de que él asistiria á su madre en su último trance, por lo cual diciendo á los religiosos de su convento que él volveria muy pronto á celebrar la misa conventual, que le tocaba por estar de semana, fué á su casa, entró en la habitacion donde estaba su madre ya difunta, la hizo resucitar llamándola al cumplimiento de la palabra que le tenia dada de que él sería quien recogiese su último suspiro; y despues de haberla confesado, la vió morir con indecible sosiego, pasando despues á su convento á celebrar la misa que le obligaba. Parece esto como desnaturalizacion, ó por lo ménos ingratitud de un hijo para con sus padres; pero no se verá bajo tan feo prisma si se considera que es el heroismo de la conformidad con la voluntad de Dios, pues en nada se acredita más que en demostrar y tener sumision á sus designios, tan perfecta como en esta serenidad se indica, cuando se trata de un sentimiento tan natural como la pérdida de una madre y de una madre cariñosa y benéfica. Pasó despues su vida sin otra ocupacion que la salvacion de las almas, y deseando acrecentar más y más cada dia el amor y servicio de Dios, inventando su ardiente celo muchos y nuevos recursos para atraer al servicio de Dios y á los caminos de perfeccion á cuantos él creia extraviados de estos senderos, que son los únicos que llevan al hombre en la plena satisfaccion de sus deseos al único sosiego posible, que halla un corazon destinado á vivir en un elemento que no es su elemento, en un mundo que no puede ser su fin. La consecuencia de una vida tan conforme á los deseos de Dios fué una muerte preciosísima á sus ojos, la cual acaeció del modo siguiente: yendo con toda la comunidad á la oracion y rezo de las horas prima y tercia, dijo á los otros religiosos, y especialmente á su confesor: *Voy á recibir el viático*, frase que ellos tomaron en un sentido místico y que se dijo por el Padre en un sentido real; pues que celebró el santo sacrificio, dió gracias, como todos los dias tenia por costumbre, y despues, al entrar en su celda, cayó muerto, sin que nadie lo

apercibiera, hasta que pasando rato atravesó por aquel lugar un religioso, que viendo el cadáver de su hermano llamó la atencion á los otros, se conmovió toda la casa, vinieron los facultativos más célebres de la ciudad, y todos dijeron contestes que habia muerto sin enfermedad alguna, por lo que su cadáver quedó hermosísimo, así fué expuesto al público que acudió presuroso á rendir al P. Pedro de la Magdalena el homenaje de veneracion que sus virtudes le merecieron; y es de presumir que por premio de éstas el Señor le concediese su santa gloria, puesto que para dar á entender el grande aprecio en que tenia á su siervo, no desdeñó de alterar las leyes naturales para hacer que se cumplieran las palabras que le habia dado ó los deseos que él tuviera, siempre encaminados á buscar y hallar la mayor gloria de Dios, la salud de sus hermanos, y con ella el fundamento de la esperanza que indudablemente obtuvo en su muerte un premio que nunca concluirá. —G. R.

PEDRO de Maillezais. Este monje de Maillezais vivia en el siglo XI, y segun Rivet, en su *Historia literaria de Francia*, escribió una interesante reseña histórica de su siglo, y en especial de gran interés por lo que respeta á los condes de Poitiers, duques de Aquitania, siendo tambien muy útil para la historia de su abadía de Maillezais. El P. Labbé imprimió esta obra entre los documentos que recogió para la historia de Aquitania; pero lo que se refiere á la traslacion de S. Rigamer se publicó de nuevo por Dom. Mabillon y los Bolandistas. — A. C.

PEDRO Marginet (Beato). Muy notable es la historia de este distinguido varon, y digo distinguido, porque lo era por su linaje nobilísimo, y más aún por su conducta. Educado en el santo temor de Diós, se decidió desde luego espontáneamente á recibir la cogulla del gran Padre S. Benito en el monasterio de Poblet (Cataluña), muy distinguido por la piedad y literatura de los muchos monjes que le componian, y al cual Pedro y sus padres tenian particular aficion, favoreciéndole con cuantiosas y repetidas limosnas. Tanto en el noviciado como en los primeros años despues de su profesion religiosa, dió muestras de virtud y esperanzas las más lisonjeras para su santa casa y congregacion; sin embargo, una violenta tentacion del demonio, ó más bien, una série no interrumpida de tentaciones y de excitaciones del enemigo, consiguieron por resultado uno que fué fatalísimo para él y muy sensible para su esclarecida Orden. Cuando ménos lo pensaban dejó la cogulla, abandonó el convento, se fué á un camino y dedicándose al robo y al pillaje, desacreditó completamente por entónces las halagüeñas esperanzas que acerca de él se habian concebido, viniendo á ser el terror de unos y objeto de la más sensible compasion de parte de los que no tenian temor de caer en sus manos. Muchos años vivió en tan criminal conducta, sin poner ningun reparo con tal de conseguir sus criminales intentos, y sin importársele nada

asesinar ni cometer toda clase de violencias; mas la gracia de Dios nuestro Señor no le tenia abandonado, le habia favorecido mucho en su primera vocacion, y le favoreció tambien inspirándole odio á su criminal conducta, un ansia vivísima de repararla y una decision suma para llevar á cabo estos sus buenos pensamientos. Así que, hallándose toda Cataluña acobardada con la idea de los grandes crímenes que intentaba, llenos todos de horror hácia Marginet por la conducta temeraria con que se habia apartado de Dios, fijaron su vista en un hombre que se llegaba á Poblet á pedir perdon y misericordia á Dios y á la Religion Benedictina, y tan pasmoso como fué el efecto que les produjo saber su extravío, así fué de pasmoso conocer su conversion, y cuanto escandalizó con sus atroces crímenes, edificó despues con sus admirables virtudes; porque presentándose á sus superiores, aceptada y cumplida por él la rigorosísima penitencia que la Orden impone á los apóstatas, y restituido al centro de su existencia, es decir, á la mansion donde Dios le habia llevado para que él y los demás conociesen la inmensa misericordia de èste Dios mismo, comenzó por trazarse una senda espinosísima de rigor y de mortificacion, viniendo á ser por los buenos ejemplos que despues dió, de mucho mayor provecho para su Orden que si hubiera sido desde luego morigerado y perfecto como eran todos los dichosos hijos de aquella santa casa. Examinemos siquiera ligeramente á Marginet convertido, y le hallaremos vivir en un perpétuo recogimiento, sin apartarse nunca de la presencia de Dios, en una oracion continua, apénas interrumpida para desempeñar los caritativos oficios á que le llevaba la obediencia, le hallaremos tomando un ligero reposo sobre duras tablas, macerando su cuerpo con cruelísimas disciplinas, domándole con rigorosas abstinencias y atándole con ásperos cilicios; le veremos con una modestia admirable, y á no tener noticia de su anterior extravio, no podremos decir sino que en él se conserva la inocencia primera que el bautismo le infundió: tal era el dominio que sobre sí mismo supo ejercer, y tal la manera de vencer y reparar sus anteriores y lamentables extravíos. Dirijamos ahora una mirada hácia los efectos que en el órden de la gracia producian estos muy heróicos esfuerzos, y hallaremos que la Divinidad se agradaba tanto de las buenas acciones del P. Pedro, que queria que los ángeles se dejasen ver en su presencia para que le recreasen; hacia que los demonios huyesen presurosos de su presencia, y que muchas veces esta fuga fuese visible á algunas personas que con él estaban, para mayor gloria del siervo de Dios y mayor confusion del fatal adversario de los hombres. En órden á la naturaleza, tenia sobre ella un dominio que pudiera decirse absoluto, siendo muchos los milagros de toda especie que se obraron por su mediacion, haciendo él venir á sus intentos las cosas más apartadas al parecer de estos sus intentos mismos; y como confirma-

cion de esto podremos citar un hecho en que acredita grandemente el valimiento que sobre el universo concedió Dios á este su predilecto siervo. Se construia una iglesia para la casa de su Orden, y faltando piedra y quien la llevase, obligó á Satanás y sus sectarios á que bajo apariencias de despreciables pollinos, fuesen cargados adonde ésta era menester, y así con este verdadero milagro se tuvo la piedra necesaria para un gran trozo de construccion. Muy prolijo sería referir uno á uno los portentos obrados por su medio; así que, admirando sobre manera la grande misericordia de Dios para con su siervo Pedro Marginet, diremos solamente, para concluir su elogio, que despues de haberse vencido á sí mismo, despues de haber vencido al demonio y despreciado completamente al mundo, Dios le llamó al galardon inmarcesible de la inmortalidad el dia 26 de Marzo de 1440; el vicario de Cristo en el mundo le colocó en los altares con el nombre y distintivo augustísimo de beato, y la religion de S. Benito recuerda cada año en el mismo dia 26 de Marzo los méritos y virtudes de este varon esclarecido, que si bien en los dias de su extravio fué de gran escándalo del mundo, en los años de su conversion fué de admirable ejemplo, y en la venturosa eternidad que posee, puede otorgar benéfico su proteccion eficaz en favor de quien le invoque. —G. R.

PEDRO Martinez de Herrera (P. Mtro. Fr.). Desde los primeros años de su vida demostró este esclarecido religioso las bellas prendas de que despues habia de hacer clarísima demostracion. Una aplicacion grande á los estudios, y una puntualidad suma á los ejercicios de piedad, y una docilidad constante á las prescripciones de sus superiores, dejaban entrever al sabio, al sacerdote y al religioso, y en efecto en los tres estados se acreditó como uno de esos hombres que Dios pone en el mundo para admiracion, ejemplo y edificacion de los demás. Los religiosos Carmelitas calzados fueron aquellos á quienes cupo en suerte este hombre verdaderamente distinguido; despues de haber hecho en su colegio con muestras de verdadera vocacion el noviciado y profesion, la Orden tuvo por conveniente mandarlo á Alcalá, donde estudió sagrada teología con extraordinario aprovechamiento, y siendo él el designado siempre para las conclusiones y actos mayores de más empeño, cuyos cometidos llevaba á término con un lucimiento grande y con una facilidad pasmosa. Pareciendo ya poco para su mérito el que en su convento de Alcalá repasára á los estudiantes y los dirigiese, digámoslo así, en el órden con que habian de hacer sus estudios para sacar de ellos todo el fruto que era debido, se le nombró sustituto de una cátedra de la universidad y luego catedrático propietario, atendido lo mucho que sabia y el buen órden con que disponia sus explicaciones, facilitando en gran manera la comprension de aquellas materias que parece son ciertamente más metafisi-

cas y difíciles. Al tiempo mismo que en la cátedra hacia rápidos progresos, en el púlpito era uno de los más aventajados oradores de su época, siendo grande el concurso que se reunia siempre que él predicaba, y mayor aún el fruto que sacaba de sus sermones, pues tenia tal acierto para conmover los corazones, que rara era la vez que subia á la cátedra santa, que como premio de su trabajo no lográra la conversion de algun pecador acaso endurecido, el atraer á algun descarriado, ó el cortar algun abuso que pudiera ser perjudicial á la familia ó acaso á la sociedad en general. Tan benemérito religioso tenia precisamente que dar testimonio de su habilidad y disposiciones para el gobierno, encargándole el de su comunidad, y por esto fué sin duda nombrado prior del convento de Madrid, cuyo cargo desempeñó con celo, pasando despues con igual destino á Valencia, Zaragoza y Nápoles, hasta que fué nombrado procurador general de este reino y de España en 1634. Desempeñó este cargo tan bien como lo habia hecho en los demás, y en un viaje que hizo á Madrid en 1638, falleció dejando buena memoria de sus virtudes y algun que otro escrito como muestra de su erudicion.— G. R.

PEDRO Mavimeno (S.). Fué natural este bienaventurado de Palestina, en donde vió la luz á últimos del siglo VII ó principios del VIII. Varon de una virtud extraordinaria, le favoreció el Espíritu Santo con abundantes gracias. Encontrándose enfermo en Damasco, fueron á visitarle algunos mahometanos, y cuando los tuvo delante, les manifestó cuán engañados iban en el camino que seguian de perdicion bajo la ley de su falso profeta, que era un impostor y asesino, pues que nadie podia salvarse sino en la fe de la Santísima Trinidad. Indignándose de esto los sarracenos que le habian venido á ver como amigo, le respondieron y amenazaron ágriamente, y como sus amenazas solo produjeron nuevas exhortaciones piadosas para que abandonasen su falsa religion, le obligaron á salir del lecho, y despues de atormentarle mucho tiempo, como no pudiesen lograr se retractase, le mataron el 21 de Febrero, en que le recuerda la Iglesia, del año 743 de nuestra era vulgar. — C.

PEDRO de Mengolis (Venerable). Una capacidad especial y una aplicacion constante hicieron de este respetabilísimo sacerdote un verdadero sabio, no solo en las ciencias teológicas y digámoslo asi sagradas, sino tambien en las filosóficas y naturales, siendo excelente matemático, gran filosófo y académico de la Sorbona y en Lóndres. Sus escritos gozan de grande y merecida reputacion en el orbe literario, y su conducta fué ejemplarísima, pudiéndose decir de él con toda verdad que llevó siempre por máxima en su conducta el santo temor de Dios como principio de verdadera sabiduría. En 1660 fué nombrado cura de la Magdalena en Bolonia, y desempeñó este cargo con

ardiente celo por la salvacion de las almas, esmerándose en gran manera para proporcionar á todos el pasto espiritual, y para hacer que todos entrasen gustosos al cumplimiento de los deberes de cristianos, poniendo todo su esmero en la educacion de la juventud, para mejorar la cual no evitó ni molestias ni gastos, llegando en algunas ocasiones á implorar él mismo la caridad de sus feligreses en beneficio de las escuelas y establecimientos de educacion, por ser para él gran desconsuelo el que los niños no tuviesen donde recibir siquiera las primeras nociones, que son como el fundamento de la vida social. Era estimadísimo de todos, para lo cual habia fundados motivos, pues que una caridad sin igual, una paciencia á toda prueba, una benignidad y dulzura para con todos mayor de lo que se puede pensar, son pruebas de gran virtud, y esta donde quiera que se halle, no puede ménos de ser en gran manera estimada. Por esto fué tan sentida su muerte ocurrida el 18 de Junio de 1686, si bien á todos cupo la satisfaccion de que el venerable sacerdote Pedro de Mengolis habrá en el cielo recibido el premio de sus muchas virtudes.—G. R.

PEDRO, metropolitano de Nicomedia. Todo lo que la historia nos dice de este prelado es que gobernando la importante metrópoli de Nicomedia, y dejándose llevar del espíritu de su época, se hizo sectario del monotelismo, y procuró que este error cundiera por su diócesis, hasta que él se convenció del mismo, y procuró desde entónces hacer que todos los que aconsejados por él se habian en este concepto apartado de la unidad católica volviesen á ella, haciendo solemne confesion y protesta de su conformidad con la creencia de la Iglesia universal, así como de su equivocacion en haber admitido, siquiera rápida y transitoriamente, una opinion que una vez condenada por la Iglesia, columna y maestra de toda verdad, no podia sostenerse dentro del círculo en que se puede girar para obtener dicha y salud eterna. La protesta de fe de todos los clérigos de su vasta diócesis, como la manifestacion suya del error en que habia incurrido y del gran deseo que le animaba de repararle en cuanto estuviese de su parte, así como de su entera aquiescencia á todo lo resuelto por la Iglesia, tanto en materia de fe como en órden á costumbres y disciplina, se presentó al sexto Concilio general, en cuya reunion todos los Padres tuvieron en la más alta consideracion la protesta y retractacion del metropolitano de Nicomedia, y despues de dar á Dios rendidas gracias por haber hecho que este eminente varon comprendiera sus verdaderos intereses y al mismo tiempo los de la grey vastísima puesta á su cuidado, le contestaron con toda atencion y miramiento, manifestándole la gratísima emocion que habian experimentado al darse cuenta á la santa asamblea de sus votos y de los de sus súbditos, siempre conformes á lo que exige la fuerza de la verdad, elemento de vida de la Iglesia de Cristo, y en

cuya protestacion se destellaba la muy bella índole del prelado que la hacia. Sin que tengamos de él más noticias, rigió su diócesis con acierto hasta que habiendo ya recorrido el espacio que á Dios plugo señalarle, pasó de esta á mejor vida con sentimiento de cuantos en él conocieron lo que vale un hombre sincero y desapasionado. — G. R.

PEDRO de Monticulo (V. Fr.). En el convento de la Escala, en Ancona, floreció el P. Pedro de Monticulo, venerable y muy distinguido, ya por sus heróicas virtudes, ya tambien por los milagros que Dios obró por su medio durante su vida y despues de su preciosa muerte. Fué predicador apostólico, cuyo cargo desempeñó con gran celo y extraordinario provecho; bien es verdad que sus misiones iban acompañadas del ejemplo, pues su austeridad y penitencia habian dado á su semblante un carácter tal, que solo fijar en él la vista hacia que se conmoviese el espíritu, y que elevándose á Dios buscára en este benéfico Señor el remedio de todos sus males y el consuelo en la contemplacion de las ofensas á su augusta grandeza irrogadas. A esta grande austeridad y ardiente celo por el bien de las almas acompañaban en el apostólico varon una sumision docilísima á las prescripciones de sus superiores, una muy profunda humildad y un espíritu grande de oracion, en cuyo santo ejercicio empleaba muchísima parte del dia, premiándole Dios con éxtasis y arrobamientos extraordinarios, algunos de los cuales fueron vistos de otros varios religiosos, tambien queridos de Dios, que estaban cuando él en su convento, ó que casualmente se hallaban en los lugares adonde la obediencia conducia á este siervo del Señor, que estuvo dispuesto siempre á ir do quiera le llevasen, sin que hubiese ejemplo de que una vez siquiera demostrára repugnancia para ir allí donde su presencia se creia conveniente, áun cuando fuera lugar de desventajosas condiciones, y en el cual, por consiguiente, fuesen mayores los trabajos y molestias. Se propuso desde luego por norma de su conducta la del seráfico Patriarca, y se acomodó á ella de suerte que parecia, como si dijéramos, el boceto de tan precioso cuadro. Recibió de Dios pruebas de extraordinaria predileccion, siendo visitado con frecuencia de los espíritus celestiales, de la Reina de todos ellos María Santísima, y participando tambien del gozo que los favores celestiales producian en otros siervos de Dios, ya presenciándolos, como en la aparicion de Jesus, niño, á Fr. Conrado de Ofida, ya siendo él el mensajero de tan extraordinarios favores á otros religiosos á quienes Dios se los otorgaba, y con lo cual él tambien recreaba su caritativo espíritu. Estos favores del cielo le producian una conviccion íntima de su miseria y pequeñez, y le hacian elevarse más y más al deseo de mayores virtudes y más extraordinaria perfeccion, no por lo que toca á él mismo y á su dicha futura, sino en lo que es referente á la mayor gloria de Dios, que decia podria procurar mejor

si él fuese de algun mérito en su presencia. Bajo estos tan eficaces auxilios del cielo pasó su vida toda empleada en santas obras provechosas para sí y para sus hermanos, y cuando á Dios plugo llevarle á sí ciñó la corona inmortal, dejando glorioso su sepulcro y su memoria. — G. R.

PEDRO Mosonço (S.). Véase Mosonzo ó Mosonso (S. Pedro).

PEDRO N., religioso franciscano de la provincia de Cartagena tan célebre por sus virtudes que mereció se consignasen entre las de las personas insignes de su religion y provincia. Ignóranse las circunstancias de su nacimiento y áun sus padres, pues el religioso las ocultó por humildad; únicamente se sabe que desde que tomó el hábito se portó con la mayor modestia y recogimiento, mereciendo ser puesto como modelo de sus compañeros. Obedecia en todo á sus superiores, no conociendo más voluntad que la suya, y teniendo un verdadero placer en ejecutar las cosas más difíciles y delicadas. Enviábanle á los pueblos vecinos donde era muy amado el buen padre, y llenaba todos sus deberes con grande cordialidad y prontitud. Siempre caminaba á pie, segun lo manda su regla, y jamás consintió, aunque estuviese muy cansado, en subir en las cabalgaduras que con la mejor voluntad le ofrecian los campesinos. Su vida fué muy austera y penitente, y era mirado con veneracion, siendo tenido como ejemplo de santidad. Recogia cuantiosas limosnas que entregaba religiosamente, no queriendo conservar ni áun lo que pudiera pertenecerle por su trabajo. Su sencillez era quizá superior á su modestia, y de él se refieren casos bastante extraños que omitimos por evitar prolijidad. Aun asegura su cronista que llevó á cabo algunos milagros; pero lo cierto es que mucho tiempo despues de su muerte era visitado su sepulcro con grande veneracion y no ménos fe por los habitantes de aquella provincia. Exhumóse su cuerpo diferentes veces, todas con gran concurrencia, sin que por esto decayera la fama de santidad que habia dejado durante su vida, y últimamente fué sepultado detrás del altar mayor del convento de Sta. María, décimoquinto de su provincia, donde descansa con los de otros venerables varones de su religion, que gozaron en el mundo de igual fama por su virtud y santidad. — S. B.

PEDRO Narcis (V. P. Fr.). Fué natural de Cornella en la provincia de Gerona, y en el convento de S. Francisco de dicho Gerona fué donde tomó el santo hábito del Seráfico Patriarca. Pasó á hacer sus estudios al seminario de Escornalbou, y allí creció además de en ciencia en virtudes, siendo excelente en todas ellas, al paso que se le consideraba como una de las primeras capacidades de su clase, y sacaba el fruto de la constante aplicacion con que siempre estuvo dedicado á los estudios no solo teológicos y eclesiásticos, sino tambien profanos y de humanidades. Era muy afecto y cordialísimo devoto de Jesucristo en el santísimo sacramento de la Eucaristía, en

confirmacion de cuya especial gracia se puede citar el que muchas veces despues de la consagracion ó despues de la comunion se detenia largo rato, disfrutando de una dulcísima quietud que procedia de la comunicacion íntima que establecia con el Dios misericordioso que acababa de bajar á sus manos á tomar posesion de su enardecido y amante corazon. Otras veces no era necesaria la presencia real de su amado para que él experimentase efectos semejantes á estos, no; con solo que se ocupase en el recuerdo de esos grandes rasgos de amor que Dios ha reservado á algunas criaturas y se entretuviera un poco en reflexionar sobre las divinas bondades, ya dejaba notar á cuantos le rodeaban un muy vivo latido en su corazon, que terminaba embargándole los sentidos y arrobándole completamente sin que de su existencia en el mundo por aquellos momentos hubiese otra señal que su respiracion, aunque angustiosa en concepto de los demás y apénas por él sentida, segun declaró muchas veces á sus confesores y maestros de espíritu. Es natural que quien de un modo tan sensible notaba el amor divino se excitase de un gran celo por la gloria de su amado; así que le vemos correr presuroso en busca de ocasiones y medios de dilatar su gloria y su conocimiento, y le vemos emprender con ardor el ejercicio santo de la predicacion de las verdades eternas en la santa mision, sin que durante el tiempo que en ella empleaba dejase siquiera lugar á que su corazon experimentára los sentimientos naturales ni su cuerpo recibiera el reposo, sin el cual es humanamente imposible continuar tarea tan árdua como la que este insigne religioso se tomaba. Así que el resultado de su celo fué que misionando en Arenys de Mar cayó enfermo y hubo de refugiarse en la casa de D. Miguel Pibernat para ilustrarla con los ejemplos de la más invicta paciencia y de una resignacion á toda prueba, causando extraordinaria admiracion á cuantos tuvieron ocasion de verle enfermo el que ni un solo quejido saliese de sus labios, á pesar de ser su enfermedad gravísima y muy acerbos los dolores que le ocasionaba. Estos fueron haciéndose cada dia mayores, hasta que pusieron fin á su preciosa vida en el año de 1713, habiendo dejado á todos edificados con sus virtudes y héchose acreedor á la justa veneracion con que la Orden Seráfica recuerda su memoria.—G. R.

PEDRO de Narbona (Beato). Pertenece este ilustre mártir de la fe de Jesucristo á la muy dilatada familia del glorioso P. S. Francisco. Sus antecedentes y los medios por donde llegó á merecer la señalada honra de ser escogido para ir á Jerusalen nos son enteramente desconocidos; solo sabemos que estaba en aquella importante poblacion cuando los turcos, abusando de su posicion respecto á los cristianos, se apoderaron del templo de Salomon y del Santo Sepulcro para hacer servir estos edificios á objetos enteramente profanos, y por consiguiente ajenos á lo que acerca de los venerandos

lugares, que tanta importancia tenian para los cristianos, deseaban estos. El celo por la gloria de Dios hizo al P. Pedro y á sus compañeros, que lo fueron los PP. Nicolás, Donato y Esteban, levantar su voz proclamando la injusticia con que aquellos abusaban de cosas tan venerandas, y por consiguiente lo equivocados que vivian bajo una religion que de tal no tenia más que el nombre, y despreciando la de Jesucristo, verdadero asilo donde puede encontrarse la felicidad y la dicha, que es imposible encontrarla en ninguna otra parte. Impugnaron con la energía propia de quien confiesa la verdad, y la verdad para cuya confesion da fuerzas el Señor Dios; y así fué, que lograron como suceso de sus trabajos apostólicos el que se declarasen cristianos algunos que ántes habian observado el mahometismo, y áun más, que abjurasen su error confesando su obcecacion, lo cual consiguientemente llenó de indignacion á los mandarines, y fué motivo de que los condenasen no á un tormento que los acabára prontamente, sino que dejándolos, por decirlo así, á merced de aquel pueblo bárbaro y desconocido, pudiese sí acabar con ellos, pero de un modo lento y que por consiguiente les proporcionára mayores sufrimientos. Se permitieron, pues, los más acérrimos defensores de su secta poner sus inícuas manos en los venerandos siervos de Cristo, y ya con terribles bofetadas, ya con latigazos descargados con más furia que si fuesen animales á quienes hubiera de domesticarse, los santos no tenian para quejarse ni un solo lamento, ni tenian ni un ay para expresar su sentimiento; lo cual dió por resultado que exasperados más y más sus verdugos, aumentaron el tormento con un azotamiento tan cruel que les dejó medio muertos, en cuyo estado los llevaron á una oscurísima cárcel, los dejaron en ella sin darles ningun alimento por espacio de tres dias, y pasados los volvieron á pedir confesion de su fe, que dió el P. Pedro en los mismos términos que ántes, y por consiguiente los condenaron á morir, cuya sentencia se verificó en 11 de Noviembre de 1391. El Señor hizo gloriosa su memoria, y la Orden Seráfica quiso que se acrisoláran sus virtudes mediante las escrupulosas informaciones que acerca de ellas suele hacerse cuando la fama las declara heróicas, y en efecto, despues de todos los procedimientos canónicos acostumbrados en tales ocasiones, el Romano Pontífice declaró beatos á Pedro de Narbona y sus compañeros, y aprobó el que su gloriosa memoria se recordase en toda su Orden el dia 11 de Noviembre de cada año, como aniversario del triunfo que obtuvieron dando su vida en defensa y protesta de la fe católica. — G. R.

PEDRO de Natali ó de Nataliba. Varía en mucho la manera de conocer en la historia á este personaje, que por tener los dos seudónimos, ó más bien apellidos con que le llevamos enunciado, parece ser dos personas distintas; y es comprendido bajo uno ú bajo otro nombre con tal ambigüedad,

que los mismos autores y áun en las mismas obras le conocen bajo de uno ú bajo de otro, sin razon que justifique el llamarle de una ó de otra manera. Perteneciendo á una familia muy distinguida tuvo un carácter bastante oscuro, ya sea por condicion, ó ya porque penetrado de un espíritu de abnegacion suma, habia hecho abstraccion completa de todas las cosas, y esto fué sin duda lo que le indujo á abrazar el estado eclesiástico, en el cual brilló desde luego, porque dotado de muy buen talento supo aprovecharse de él para instruirse con toda la profundidad que era posible en su época en los sagrados cánones, en la ciencia teológica y en la interpretacion de las sagradas letras, á cuyos estudios fué muy aficionado y en los que obtuvo muy buen éxito, llegando á ser profesor, y profesor no vulgar, sino tan erudito y sobre todo tan lógico y arreglado en sus explicaciones, que acudia mucha gente á sus clases solo por admirar el buen método y excelente órden que guardaba en sus explicaciones, siendo por consiguiente mucho el provecho que de ellas sacaban sus numerosos discipulos. Era Venecia el reino donde Natalis ejercia su ministerio sagrado, y lo hacia con tal acierto que el clero y el pueblo deseaban utilizar sus prendas en beneficio de la Iglesia, pues si bien es cierto que mucho provecho la resultaba de la predicacion y de los demás buenos oficios de este distinguido sacerdote, tampoco cabe duda en que, empeñado por obligacion en cumplir un ministerio importante, tendria que hacerlo muy á satisfaccion, siquiera no se atienda más que á la muy recta conciencia que tenia y que le obligaba á cumplir bien en todo cuanto ponia mano. En este concepto, y porque los que habian de proponer para los obispados vacantes en el reino tenian la intima conviccion de que Pedro Natali haria un excelente prelado, fué propuesto para la mitra de Fesole, ciudad entónces muy importante, aunque hoy ha desaparecido del mapa. La profunda humildad de Pedro Natalis no le permitia aceptar tan importante cargo, así que hizo cuantos esfuerzos estuvieron en su mano para evitar el tomarle sobre sí, aunque todos fueron inútiles, pues conociendo todos perfectamente sus circunstancias, no quisieron privarse de los buenos servicios que podia prestar en el obispado, y por consiguiente le hubo de aceptar. Aceptólo en efecto, y desde el primer dia cumplió con su esclarecido ministerio de un modo tal como se lo habian prometido; pues comenzando por hacer una escrupulosa visita á todos los pueblos de su vasta diócesis, y dictando despues las más oportunas providencias para el régimen y gobierno de su grey, se hizo apreciable á todos por sus relevantes prendas. Era el carácter de este Obispo muy especial y muy á propósito para el gobierno; pues reunia á una entereza tal que no permitia abuso alguno, una dulzura suma, lo cual era una patente demostracion de que teniendo todo el horror que se merecen los defectos, tenia tambien toda la caridad y dul-

zura á que son acreedores los imperfectos, siendo el último resultado de todo esto que todos se aquietaban grandemente con sus determinaciones, y sus medidas áun las más enérgicas no daban nunca motivo de enojo, porque iban mitigadas con el bálsamo de la caridad, que siendo como es muy dulce, embalsama á cuanto se comunica. Prestó á la Iglesia un importantísimo servicio; pues existiendo en su época algunas diferencias entre las órdenes monásticas y las mendicantes, y siendo estas ocasion de que unos y otros profesores diesen ejemplos de no mucha edificacion, nuestro prelado puso grande empeño en hacer que en su diócesis cesasen estas rencillas y se hicieran los religiosos todos unos para el servicio del Señor como era debido, y por conseguirlo encomendaba diferentes veces comisiones importantes á los unos y á los otros, y acercando así á los sugetos más prudentes de una y de otra corporacion, les hacia ver de muy buena manera cuán opuesto á los respectivos institutos era esa especie de etiqueta con que vivian, y cómo se neutralizaban los importantes designios de los fundadores de unas y otras órdenes; dando esto por resultado que la conviccion, por una parte, y por otra el deseo de complacer al prelado, que era muy acreedor á esta complacencia, porque procuraba por los intereses de las órdenes por cuantos medios estaban á su alcance, sirvieron de consuno para aquietar á todos y hacerles vivir como verdaderos servidores de Dios; beneficio singular cuyos saludables efectos se conocieron tambien fuera de Venecia, y se trató de hacer que los mismos medios empleados prudentemente por los religiosos en otras partes diesen los mismos resultados; y con efecto, se logró á muy poco tiempo establecer en el orbe católico esa gran hermandad entre monjes y frailes, que ha producido tanto bien y que indudablemente era muy conforme al espíritu de la Iglesia y al espíritu de que estuvieron animados los fundadores de los diversos institutos, que fué un espíritu de caridad y de union verdaderamente fraternal, que era hasta cierto punto ilusorio, toda vez que se fomentaban esas tan improcedentes rencillas de órden. Tambien con las autoridades seculares tuvo gran tino y no poco acierto, pues acostumbradas á avasallar á los clérigos, y áun á entrometerse algun tanto en el ejercicio de sus sagradas funciones, hubieron de saber que el cargo de gobernar en lo temporal no se extiende hasta el gobierno espiritual, por lo que teniendo cada potestad sus límites y sus atribuciones, á cada una compete su linaje de gobierno, y ninguna puede subyugar á la otra, doctrina evangélica que, presentada por el Obispo bajo la faz de los derechos del poder temporal, le hacia por consiguiente reconocer sus deberes, pues es muy sabida la relacion que existe entre estos y aquellos, así como el que el exacto cumplimiento de estos es la verdadera garantía que asegura todos aquellos. A todas estas dotes de verdadero gobierno agregaba un celo muy solícito para el desempeño de

las funciones episcopales, viéndosele continuamente confirmar, y en las épocas marcadas por la Iglesia ordenar, dando con esto á los fieles muy buen ejemplo y haciéndose apreciar muchísimo de todos, pues á todos era conocido su mérito. Era muy compasivo con las miserias ajenas, y no solo sus bienes sino áun sus servicios materiales los empleaba en beneficio de los pobres, cuando creia conveniente este mismo desempeño de su ministerio, razon por la que el obispo Pedro de Natalis era con justa razon considerado como padre de los pobres, amparo de los necesitados y alivio y consuelo de toda clase de menesterosos. Consiguientemente á todo esto, cuando los dias del Obispo iban tocando á su término, crecia en sus diocesanos el afecto hácia él y el sentimiento de su inminente pérdida, así que en los dias de su penosa enfermedad se vieron frecuentadísimos de gentes los alrededores de su habitacion, ansiosos todos de saber el estado del prelado y manifestando en sus semblantes la mejor ó peor situacion del enfermo. Esta agravaba en sus dolencias como era consiguiente, y hubo de pagar á la naturaleza el tributo que la debia, pasando á recibir de Dios el galardon que indudablemente le merecerian sus virtudes. Extraordinario fué el sentimiento que en todo Fesole produjo la muerte de Pedro de Natalis, pues habia sido un prelado digno y dejaba buena memoria por sus virtudes, por su carácter conciliador y por lo mucho que hizo en beneficio de su diócesis, tanto más querida cuanto que habia entrado á gobernarla sin él pretenderlo, y solo porque comprendió ser esta la voluntad del Señor, y creyó desde luego deberse someter á ella por no ser dado á la criatura oponerse á los designios del Criador supremo. Tambien como literato se distinguió este hombre eminente, si bien el género á que se dedicó hoy no parece importante, sin embargo que lo era y mucho en aquella época. Habia gran necesidad de que se conociesen los medios por donde los héroes del cristianismo habian llegado á la alta perfeccion que les habia proporcionado la inmarcesible corona que ceñian, y era preciso que sus vidas se conociesen de todos; pues este fué el trabajo en que se ocupó Pedro de Natalis: haciendo á manera de homilías de las vidas de los Santos cuya veneracion era más frecuente, ó á los cuales se tenia más devocion por alguna circunstancia particular, las repartia profusamente, y como no estaban escritas del modo que comunmente se solia, llamaban la atencion, y los fieles se animaban á la imitacion de las virtudes que se les proponian, siendo tambien en este concepto muy importantes los servicios que prestó nuestro obispo Pedro de Natalis. — G. R.

PEDRO DE NEMOURS (Arzobispo de Paris). Habiendo fallecido el arzobispo de Paris en 1208, y buscando un sugeto que pudiese desempeñar tan importante cargo de una manera conveniente, y que sin menoscabar los intereses de la Iglesia, defendiera tambien los del Estado y procurára unir al

clero y al pueblo, cuyas desavenencias, sobre ser motivo de grandes escándalos, lo eran tambien de irreparables males, fijaron su vista en Pedro de Nemours, dignidad de tesorero de la catedral de Tours; hombre de buena capacidad, de distinguido linaje y muy á propósito para la silla metropolitana, especialmente en las circunstancias por las cuales atravesaba la Francia. Comenzó su ministerio pastoral por una alocucion muy expresiva que dirigió á sus fieles, en la cual les hacia conocer lo conveniente que era el que la Iglesia y el Estado caminasen en perfecta armonía en todas las cosas, y cuán íntima sería su complacencia si durante su gobierno episcopal lograba el que todos se intimasen en los vínculos más estrechos y se hiciesen, como en efecto lo eran, verdaderos hermanos en Jesucristo. Además de esta pública manifestacion de sus deseos, llamó al clero, ya individual ya colectivamente, y les hizo deponer cierta aversion que tenian á algunas clases de la sociedad, excitándoles á que vivieran en la perfecta union y debida armonía que es consiguiente á ministros de un Dios de paz, que dice que si al ofrecer el don en su altar se acuerda el cristiano de alguna enemistad que pueda tener, la deponga ántes de ofrecer su don á Dios. Bajo tan buenos principios y con su continuidad en visitar los pueblos de su jurisdiccion y en hacer todo cuanto estaba de su parte para que el servicio parroquial estuviese bien desempeñado, pasó sin que hubiera particulares circunstancias en su vida los doce años cumplidos que le duró la mitra. Sabido es que se predicó una cruzada que en Francia se recibió con mucho entusiasmo, y partió para su destino en 1218; con esta fué el arzobispo de París, sirviendo sus ejemplos á doctrina para animar á los fieles á que combatiesen con espíritu de verdadera fe, y hallasen en el combate el camino de su gloria, no de esa gloria mundanal que es la del heroismo, sino en la verdadera gloria que es la posesion de Dios, en cuyo reino todo es bienaventuranza y felicidad positiva. Parecia que el manifestar Pedro de un modo tan bien expresado el gran pensamiento de la muerte, era porque la tenia entre los ojos; así fué, en Damieta y el 28 de Diciembre falleció este buen Obispo, en medio del sentimiento grande de todos sus compañeros de expedicion, y con más sentimiento aún de sus feligreses, que habrian querido recibir su último suspiro. Esto es todo lo que se sabe acerca de él. — G. R.

PEDRO Nolasco (S.). Fué este ilustre varon hijo de una de las más distinguidas casas de Langüedoc, habiendo nacido en el pequeño pueblo de Más de Santas Puelas, á una legua escasa de Castel-Nan-Darri. Vivió en compañía de sus padres hasta que el conde Simon de Montfort, predicada la cruzada contra los albigenses, llevó á ella á lós principales y más distinguidos caballeros, tanto de Francia como de España y de alguna otra nacion católica, que no podian consentir el influjo maléfico que sobre su época ejercia el



S.N PEDRO NOLASCO F.

descabellado sistema de los enemigos de la fe. Sabido es que por los altos juicios de Dios, y para asegurar mejor el triunfo á la causa de la religion, permitió el Señor que la accion reñidísima de Muret fuese perdida por los cristianos, falleciendo en ella el rey D. Pedro de Aragon, y quedando prisionero el príncipe, que por el suceso lamentable de su padre venia á ser rey, D. Jaime. Hubo, pues, necesidad de un varon distinguido que con celo y lealtad gobernase las cosas del reino; y el conde D. Simon fijó desde luego sus miras en el nobilísimo Pedro Nolasco, que á un valor acreditado agregaba una prudentísima moderacion, igual si no superior á su mismo denodado arrojo. No eran ciertamente las condiciones de Nolasco las que suelen ofrecer los hombres de gobierno que manejan los estados durante las minorías de los reyes. Este distinguido caballero, que pudo muy bien aprovechar en su favor el gran prestigio que desde luego tuvo en la corte y en el reino, no le hizo servir más que para mejorar desde luego la suerte de uno y de otra, pues resplandeciendo en todos sus actos públicos la gran virtud de que estaba lleno su corazon, y siendo perfecto en todas sus acciones, no podia ménos de llevar á la perfeccion á cuantos le rodeaban y conocian, pues la enseñanza del ejemplo es mucho más eficaz para atraer al bien que las más sutiles y halagüeñas teorías. Ardian en el corazon de Nolasco los más vivos deseos de aliviar la suerte de sus hermanos, y especialmente de los que comian el amarguísimo pan del cautiverio, por lo cual empezó á imaginar medios de salvarlos de su triste suerte, invocando para ello el favor de la siempre Vírgen María, en cuya devocion y amor fundaba desde luego toda su confianza, así como bajo sus poderosos auxilios esperaba alcanzar el logro de su benéfico designio. Para llevarle á cabo, vendió cuantos bienes poseia, y con su producto rescató á los que pudo, viendo con extraordinaria complacencia la alegría que difundia en todas las familias protegidas por su caritativa dádiva, el regreso de los individuos de ellas, que en las huellas de su cautiverio traian las señales de la proteccion de la Vírgen, pues que á nombre de la Señora, y cuidando mucho de no dejar vislumbrar siquiera la mano benéfica que alargaba el precio de su rescate, se hacia éste, pensando la mayor parte de los protegidos y áun de los que lo sabian, que eran los fondos del erario los que subvenian á esta importante atencion, y produciendo esto en la mayoría una viva complacencia que acrecentaba el concepto de Pedro Nolasco; mas los pocos descontentos que habia, como siempre hay en las naciones por unidas que esten en sus sentimientos, hacia levantar contra este excelso varon el ruido de una murmuracion que, aunque infundada, no dejaba de producir su efecto. Así que la Santísima Vírgen María, que velaba cual madre cariñosa por la fama y buen nombre de su cordialísimo devoto Pedro, le inspiró la idea grandiosa de formar una Orden que

tuviera por especial instituto libertar los cautivos, viniendo á la ejecucion de este importante designio por todos los medios imaginables, sin exceptuar el de obligarse los mismos individuos de esta religiosa corporacion á quedar ellos mismos en cautiverio con tal de rescatar á sus hermanos. Con efecto, era la noche del primer dia de Agosto del año 1223, y la Reina de los Angeles, apareciéndose á su siervo Nolasco, al rey de Aragon D. Jayme y á Raymundo de Peñafort, distinguido eclesiástico que era su confesor, les hizo ver la gran estima en que tendria el que fundáran la órden de la Merced y Redencion de cautivos, empresa que se puso por obra con tal instancia y con tan continuado afan, que el dia 10 del mismo Agosto, fiesta del glorioso español S. Lorenzo Mártir, presenció Barcelona, residencia entónces del Rey, un espectáculo magnífico que por la gloria que da á Nolasco nos es indispensable recordar. La catedral de Sta. Cruz estaba llena de un concurso escogidísimo, en el cual se contaba al Rey, que con su corte toda quiso presenciar el rasgo de abnegacion que en las personas de Nolasco y Peñafort significaba el desprendimiento de millares de otros que habian despues de secundarle, acreciendo la Orden que hoy se funda; el Obispo celebró con toda solemnidad la santa Misa, en la cual predicó el distinguido Raymundo de Peñafort, haciendo ver la importancia del instituto benéfico que hoy se ponia bajo los auspicios de María, y el Rmo. Berengario de la Palú, despues de ofrecer la hostia pacífica que repite el sacrificio de la cruz, vistió solemnemente el hábito á Pedro Nolasco y Raymundo de Peñafort, siendo este mismo distintivo con que se les señaló entre los demás, blanco, para simbolizar la pureza en que debian imitar á su santísima protectora la siempre Vírgen María, y adornado con el escudo de armas de Aragon, y con el aditamento de una parte de las de la catedral de Barcelona, para compendiar en este pequeño signo de su Orden los dos grandes privilegios que la Iglesia y el Estado les concedian en la proteccion que desde luego los ofrecieran, y que llevaron á cabo bajo los más felices auspicios. Imponentísimo fué el momento en que Nolasco y sus compañeros fueron investidos de aquel preciosísimo ropaje, que simbolizaba el más augusto atributo de la Vírgen Madre; pero no puede explicarse la sensacion que causó cuando Nolasco, despues de recibida la sagrada comunion, con voz imponente, con acento grave y solemnidad extraordinaria, poniendo por testigos al cielo y á la tierra, hizo además de los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, el cuarto de rescatar á los cautivos á costa de todo género de sacrificios, aunque hubieran él ó sus compañeros y sucesores de entregarse y quedar en prenda por sus hermanos; oferta que enaltece la órden de la Merced á la sublime altura que merecia la realizacion de tan caritativo intento. En aquel solemne momento se veia germinando el verdadero heroismo en la verdadera caridad. La

cesion espontánea que de la mayor parte de su palacio de Barcelona hizo en favor de la nueva Orden el piadoso rey D. Jayme, puso á esta en aptitud de recibir algunos novicios, y algunos otros varones eminentes que ayudaban en gran manera á cimentarla sólidamente, en tanto que Pedro Nolasco se ocupaba en formar las sabias constituciones que despues habian de regirla para siempre, y que fueron aprobadas por el papa Gregorio IX en 1235, sin dejar de gobernar con todo acierto á aquella naciente familia que confiaba en él, como que era el depositario del gran secreto que María habia comunicado á sus tres favorecidos siervos. Excusado es decir que Nolasco ántes de hacer su profesion religiosa abandonó por completo los negocios de estado; pero se dedicó á ellos aunque por incidencia, siendo ya religioso, cuando ocurrieron graves perturbaciones causadas por los partidarios de D. Sancho, primo del Rey, y D. Guillen, conde de Bearne, que tenian empeño en prolongar la prision del Rey, para realizar sus intentos contrarios al bien de la patria, por lo cual fué preciso que Nolasco, como político y como hombre de virtud, tomase por su cuenta el remedio de los grandes males que habrian surgido sin la presencia de este hombre verdaderamente simpático, que pudo contener á un pueblo que desconociendo sus intereses, habria labrado su ruina buscando su mejoría. Regresó á su amada Barcelona luego que hubo arreglado estas desavenencias en que España se agitaba, y recordando á sus fieles hijos el cuarto voto que habia profesado, dispuso la primera expedicion de Mercenarios á rescatar cautivos, yendo él al frente de unos cuantos de sus hijos, y dejando á los demás para reemplazarle en caso de que no pudiesen salvarse ni salvar á sus prójimos; dirigió su rumbo á Valencia, por ser aquella capital dominada de moros, y esperar encontrar allí donde ejercer su instituto y derramar con la apetecida profusion los consuelos que á todos queria prodigar. No se difundieron éstos á expensas de grandes trabajos é ignominias como Nolasco hubiera apetecido y se figuraba; sino que todos cuantos le veian le admiraban como á varon justo, y los mismos tiranos le franqueaban sus mazmorras para que á expensas de la caridad de los fieles, cuyas limosnas él llevaba, se libertáran los cautivos, teniendo además el consuelo, especialmente cuando estuvo en Granada, despues de rescatar á todos los que habia en Valencia, de ver que no solo rescataba á los cautivos cristianos del material cautiverio á que los redujera la confesion de nuestra santa fe, sino que á los mismos moros los rescataba del cautiverio de su infidelidad, reduciéndolos al gremio de la verdadera Iglesia, y haciéndoles comprender que solo en ella hay salud y dicha eterna, con lo cual su anhelante espíritu se llenaba de consuelo y su amante corazon se complacia vivamente en el bien que á los pobrecitos se les hacia por su medio y oraciones, y por la infinita misericordia de nuestro Dios. No podian quedar

desconocidas tan extraordinarias proezas de la órden de la Merced; así fué que los sumos pontífices se empeñaron á porfía en concederla distinciones y favores, siendo uno de los más notables el nombrar penitenciario mayor de Roma al esclarecido varon de la misma S. Raymundo de Peñafort, á quien colocó en tan eminente puesto la santidad de Gregorio IX. Quiso Dios premiar á España de un modo visible el gran aprecio y la espontánea cooperacion con que favoreció á esta nueva fundacion, é hizo que sus armas triunfantes reconquistáran á Mallorca, Valencia y Murcia, y el Rey dispuso que en todos los países nuevamente conquistados se establecieran casas de esta ínclita religion, para demostrar así su gratitud al favor de Dios, y la conviccion en que estaba de que á las oraciones de Nolasco y los suyos era debido el éxito favorable de estas importantes empresas. No dejó de tener felices resultados esta concesion justísima debida á los grandes desvelos de la órden de la Merced; pues en una de las posesiones que el Rey les cedió, fué hallada la santa imágen de María Santísima en su advocacion de Puig, cuyo descubrimiento se debió á la piedad de Nolasco, que veia en una señal del cielo, aparecida cuatro sábados seguidos, el presagio de este venturoso hallazgo, que proporciona á los fieles consuelo en sus tribulaciones y remedio en sus necesidades, y al pueblo una patrona que oye siempre benigna las preces que se le elevan, para conseguir por su medio el alivio en toda suerte de trabajos, y la prosperidad en toda especie de asuntos aunque parezcan imposibles. Tambien en Valencia, despues de su reconquista, se estableció casa de la Merced, siendo destinada á ella la segunda iglesia que se reconcilió por el arzobispo de Narbona, el mismo dia en que de la mezquita principal se hizo la catedral metropolitana del reino, que por esta última conquista quedó libre del dominio de los moros, y por consiguiente no tuvo Nolasco en quien ejercer las benéficas intenciones de su acreditado instituto. De aquí el que resolviera pasar á Berbería en busca de lo que en España ya no podia conseguir, porque se habian desterrado del reino los infieles, bajo cuya ominosa coyunda gemian nuestros compatricios. En Berbería se habria satisfecho con exceso otro celo que fuera ménos ardiente que el de Pedro, porque los más inícuos tratamientos, rigoroso cautiverio y una pesada cadena que arrastró por bastantes años fué lo que tuvo que sobrellevar para cumplir su benéfico instituto, complaciéndose su espíritu en gran manera por hallar ocasion de demostrar la sinceridad de su promesa y la abnegacion que debian tener los hijos de María, á quienes la Señora distinguia con la especial prerogativa de ser dispensadores de sus mercedes. Ninguna de las molestias que sufrió en su cautividad, y que no fueron ciertamente escasas, pudo alterar por un momento su tranquilidad habitual; así que al ver los bárbaros que no podian hacerle desistir de su propósito, ántes por el contrario él hacia titubear

á muchísimos y decidia á otros á abrazar la fe de Cristo, temiendo que su predicacion y ejemplos podria causar grande estrago á la religion del país, resolvieron remitirle á España con los primeros cautivos que regresáran, en lo cual prestaron un gran servicio á la religion Mercenaria, que tenia gran necesidad de los sabios consejos de su ilustre fundador y general, pues aunque dilatada ya por toda España y parte del extranjero, necesitaba aún de la grande y adecuada proteccion de aquel que conociendo su espíritu cual ninguno, sabia muy bien los medios de acrecer en cada uno de sus indivíduos las virtudes necesarias para el buen régimen y gobierno de la sociedad, así como para la santificacion y dicha de cada uno de sus miembros. Este fué sin duda el motivo por el cual ni uno solo de sus hijos condescendió con sus deseos de renunciar el generalato, lo que verificó apénas llegó á Barcelona; lo único que pudo conseguir fué que le nombrasen un vicario, en el cual cedió todo lo honorífico de su importante cargo, reservándose él única y exclusivamente lo penoso, sin evitarse siquiera la molestia de socorrer á los necesitados viajantes y enfermos que pedian este auxilio, siendo su expresa voluntad el que se le avisára, áun cuando estuviese rezando ó descansando, para ir allá presuroso, aunque despues tuviese que repetir de nuevo la obra que dejaba comenzada, pues decia ser primero los pobres que él mismo, pues eran los vivos retratos de su amado Jesus. Era en todo conforme á esta humildísima apreciacion de sí mismo que le hiciera formar el gran espíritu de oracion de que el Señor le dotó, y sus repetidas penitencias, como su acendrado amor á la santísima Eucaristía y ardiente celo por el bien de sus hermanos, le hacian abrasarse de tal manera en amor á Dios y á los hombres, que más que criatura parecia un serafin, despidiendo muchas veces rayos de luz su rostro cuando exhortaba á sus hijos á la virtud, ó les reprendia algun vicio; siendo de notar que este prodigio singular era en él más frecuente cuando trataba de la virtud santa de la pureza, en la cual él se distinguió de una manera extraordinaria, dominando hasta sus más ligeros pensamientos, y sacudiendo con energía las vehementísimas tentaciones con que el demonio le acometia para ver si por este medio lograba sorprender su siempre cuidadosa vigilancia. La fama de sus virtudes era universal; así que Francia no las desconocia, y su Rey, que á la sazon lo era el celosísimo S. Luis, tenia grandes deseos de conocer á un varon tan eminente, por lo que cuando estuvo en Langüedoc le hizo llamar para conferenciar con él y comunicarle el gigantesco proyecto de conquistar los Santos Lugares, empresa que no solo mereció la aprobacion de Nolasco, sino que le ofreció que por su parte ayudaria cuanto fuese posible, yendo él con sus religiosos, ya para prestar al ejército los auxilios espirituales en union con los prelados y caballeros, ya para quedar en rehenes si habia cualquier su-

ceso desgraciado que exigiera este sacrificio. No plugo á Dios acrecer más los triunfos materiales del celo de Nolasco, y quiso el Señor que á pesar de haber ofrecido al santo rey de Francia su cooperacion á la altamente civilizadora empresa que acometia, cooperacion que hubiera sido provechosísima para la cruzada, no pudiese ésta llevarse á cabo de parte de los hijos de la Merced, pues tuvieron más que suficiente tribulacion con una penosísima enfermedad que acometió á su santo Patriarca, y que le hizo sufrir dos años de horribles padecimientos, que habrian agotado ciertamente la paciencia de quien hubiera tenido ménos que Nolasco, pero que en él no produjo otro efecto que el de acreditar más y más su deseo de padecer por Jesus; pues en todos los dias de su larguísima enfermedad hacia ver á todos los que le rodeaban que el Señor secundaba sus ansias en concederle aquellos trabajos, obligándole su profundísima humildad á dar muy repetidas gracias al Omnipotente por ellos, en atencion, decia, á que si éstos no le hubiesen hecho padecer en el tiempo, acaso sus tormentos serian en la otra vida la expiacion con que satisfaciera sus culpas. De forma que aquella gran conformidad con la voluntad de Dios que tuvo en todos los dias de su vida la acreditó más y más en este último periodo, sirviendo sus ejemplos tanto ó más que sus palabras para confortar el espíritu de sus hijos, y hacerles prometer con las más sinceras veras de su corazon seguir siempre sus consejos y no olvidar nunca sus cariñosas amonestaciones. Estas se hacian por Nolasco con más instancia y fervor, conforme iba comprendiendo que su carrera en el mundo tocaba á su término; así que cerciorado por la mediacion de los santos ángeles, á quienes profesaba suma devocion, de que iba pronto á recibir de Dios el premio de sus buenas obras, hizo que se congregáran en torno de su lecho todos los hijos de su Orden que estaban en su casa, y haciéndoles ver sus ansias de que prosperára y se dilatára su benéfico instituto, les colmó de bendiciones, rogándoles encarecidamente que no le olvidasen en sus obras meritorias, y haciendo que le recitáran salmos, que acompañaba con el mayor fervor, cuando le recordaban la profecía de David acerca de la redencion del mundo entregó su espíritu en manos del Hacedor Supremo á las doce de la noche de la vigilia de la Natividad de Jesucristo, año de 1256, á los sesenta y nueve de su edad, y cuarenta despues de haber fundado el benéfico instituto, que dando á los cautivos el rescate ha dado tambien á la Iglesia el consuelo de muchos santos y la gracia de que sus augustos favores, haciéndose cada vez más abundantes, produzcan los ópimos frutos de santidad y de dicha que María prometió á Nolasco cuando le llamó para la grande obra que dejó á su muerte sólidamente cimentada, y en la cual halla un motivo de bendicion á Dios y á él, que han de rendirle las generaciones futuras cuando vean los felices resultados de tan noble y caritativa funda-

cion. Excusado es ponderar el sentimiento que en la Orden y fuera de ella produjo la muerte del gran Pedro Nolasco, á cuyo entierro concurrió la mejor y mayor parte de Barcelona, ofreciendo en sus semblantes el testimonio de su dolor, no por dudar ni un instante de que la dicha de él estaba asegurada, sino porque les causaba gran sentimiento verse privados del que era todo para todos, y habia ofrecido su vida en favor de sus prójimos y para dar así testimonio de lo mucho que los apreciaba. Apénas se verificó el entierro de este varon eminente, comenzó á difundirse la fama de su santidad y heróicas virtudes, y llegó ella sin tardar mucho á la capital del orbe católico; y el sucesor de S. Pedro, vicario de Cristo en su Iglesia, comenzó á inquirir acerca de sus acciones tan benéficas como extraordinarias, hasta que despues de muchas pruebas y demostrado á las claras el heroismo de sus buenas obras, fué elevado al rango de los santos por el romano pontífice Urbano VIII en el año de 1628, asignando á su festividad el dia 31 de Enero de cada año, y haciendo que su memoria, repetida en la Iglesia universal, se haga cada vez más gloriosa por los extraordinarios beneficios que el Señor se ha dignado dispensar á impulsos de las repetidas súplicas de su querido siervo S. Pedro Nolasco, que desde el cielo protege su benéfico instituto, y se hace glorioso por lo grande de sus méritos y por lo eficaz y nunca desmentido de su patrocinio, pronto á venir en favor de todos cuantos le invocan. — G. R.

PEDRO de Ojeda (Venerable). Fué este apostólico varon hijo de padres distinguidos, aunque no muy ricos, en la ciudad de Jaen, donde se educó y dedicó á los estudios eclesiásticos por tener decidida vocacion á tan perfecto estado; siendo discípulo del V. Mtro. Avila, cuya doctrina aprendió no solo como sistema de estudios sino en la práctica, es decir, mediante un detenido estudio que hizo de todas las acciones y costumbres del venerable señor, para venir á ser luego su imitador celosísimo, y poder por este medio acrecentar la ya merecida fama de tan esclarecido maestro. Como las disposiciones de Ojeda se hallaron excelentes, y sus costumbres angelicales le hacian en todos conceptos recomendable, se le encargó el curato de S. Andrés, de la ciudad de Baeza, y al mismo tiempo se le dió el cargo de enseñar Escritura sagrada en la misma universidad, lo cual desempeñó con tanto acierto, y digámoslo así, tan á conciencia, que sus émulos no podian llevar con paciencia el que él fuese tan observante no solo de las prescripciones canónicas, sino de los dictámenes de las personas de más estrecha conciencia, y por esto le armaron asechanzas, que él rechazó como indignas tramas de quienes no pueden de otra manera herir una bien sentada reputacion. Era además de sabio maestro y buen sacerdote, elocuentísimo orador y excelente director de espíritus, teniendo en ellos un discernimiento tal, que parecia estar ilustrado de superiores luces ó enseñado por Dios acerca de lo que en

cada caso habia de hacer, pues solo así se explican acertadísimas resoluciones que tomára sobre la marcha y sin tiempo para estudiarlas segun los humanos recursos. Era tambien muy de su gusto el que el culto se le diese á Dios con todo decoro y hasta magnificencia, empleando en esto los recursos que le facilitaban para este fin, como limosnas, las muchas personas cuyas conciencias dirigia, y ocupándose él en la material ejecucion de sus piadosos proyectos, sin que esto le impidiese en nada el ejercicio de los importantes cargos de confesar, predicar y enseñar, pues para todo sabia hallar tiempo, lugar y oportunidad, en lo cual se nos muestra verdaderamente admirable. El Señor le acrisoló más y más permitiendo que padeciera molestísimas enfermedades, en las cuales ofreció ejemplo de admirable resignacion, siendo lo que más le consolaba en tan terribles padecimientos la lectura de las cartas de su venerable y querido maestro Avila. Puso Dios término á sus padecimientos el dia 8 de Marzo de 1616, en que pasó segun piadosamente se cree á recibir la corona de la inmortalidad con que Dios habrá premiado sus virtudes, que consideradas heróicas por todos sus compatriotas, le han hecho acreedor á la veneracion en que hoy se tiene al presbítero Pedro de Ojeda. — G. R.

PEDRO, Olao y Fordon (Bienaventurados). Fueron estos esclarecidos siervos de Dios moradores del muy celebrado monasterio de Albastro, perteneciente á la Congregacion Cisterciense. Florecieron en la primera mitad del siglo XIV; sin embargo, por razones que no se explican satisfactoriamente, son muy escasas las noticias que de ellos nos han quedado. Se sabe, sí, que desde los primeros dias en que vivieron investidos de la santa cogulla, se señalaron grandemente por su virtud acreditada y por su muy profunda humildad, pues aunque no les faltaban condiciones para haber desempeñado prelacías y otros cargos en su Orden, nunca los quisieron aceptar], contentándose siempre con la condicion de ser los últimos de sus hermanos y servidores de todos. No por esto dejaban de atraer sobre sí las miradas de cuantos componian aquella distinguida y numerosa comunidad, y de todos recibian el debido homenaje del más profundo respeto. Algunos de sus hermanos vieron sus nombres escritos en el libro de la vida, y entre los que lograron esta suerte debe contarse al beato Gerechino, que dijo en sus últimos instantes que los nombres de Pedro, Olao y Fordon estaban escritos con letras de oro ante la faz de todo el mundo, para con esto indicar que los sugetos que los llevaban serian un dia moradores de la patria celestial donde incesantemente cantarian las alabanzas del Señor. Así fué efectivamente; saliendo de este miserable mundo, llegaron á su patria la bienaventuranza, donde les aguardaba el Señor para premiar sus buenas acciones. Su sentidísima muerte fué motivo para que se avivasen más y más los deseos

de todos de esclarecer su mérito para que obtuviesen su premio merecido, y con efecto, declarados beatos, se los conmemora el dia 1.º de Agosto. G. R.

PEDRO JUAN DE OLIVA (Venerable Fr.). Fué este insigne varon francés de nacion, y sus padres le consagraron desde luego al servicio de Dios secundando en esto las bellas disposiciones que se veian en su inocente corazon. Desde los doce años en que vistió el tosco sayal de S. Francisco, se acreditó de muy humilde y obediente, siendo este el fundamento de la gran paciencia con que le vemos resistir á los ataques que la envidia le asestára, y que no tenian otro fundamento que la gran capacidad de que Dios le dotó y la extraordinaria aplicacion con que se dedicó desde luego á los estudios. En la célebre universidad de París fué donde cursó todos los años necesarios para recibir la borla de doctor en sagrada teología, siendo tan grandes las ventajas que llevó siempre á todos sus condiscípulos, que áun en los ejercicios que en cátedra se tenian para irse adiestrando en la argumentacion, entónces muy en boga, se hacia notar como una cosa especial, ya por su ingeniosa invencion, ya por el desembarazo con que manejaba la Escritura, concilios y expositores. Era la época en que nuestro Fr. Pedro adquirió el distinguido título de maestro una de esas en que las religiones no puede decirse que decaen, porque no se nota en ellas una relajacion marcada; pero sí se manifiesta en algunas casas cierta tibieza acerca de algunas observancias, la cual no puede ménos de perjudicar al todo de la regla, y por consiguiente tiene que inducir cierta imperfeccion en el convento. Este acontecimiento, que sintió en el alma nuestro buen religioso, y que lo sintió tanto más cuanto afectaba á la santa pobreza, acerca de cuya virtud era celosísimo defensor y rigorosamente observante, le obligó á quejarse á los superiores y á hacerles comprender lo mucho que complacia al Seráfico Patriarca el que sus hijos se ejercieran en esta su tan predilecta virtud, y lo muy sensible que habia de ser á su augusta grandeza ver desde el cielo esta inobservancia tan perjudicial y tan fuera de propósito. Parecia natural que tan prudentes indicaciones hubieran hecho eco en las claras mentes de los superiores; pero no fué así, sino que confabulándose contra este varon justo y deseando perderle (si pérdida es el padecer por amor de Dios y por la justicia), noticiaron al superior general, que lo era entónces Fr. Gerónimo de Ascoli, que el P. Fr. Pedro en un libro que habia escrito acerca de la divina maternidad de la Reina de los ángeles María Santísima, habia sentado doctrinas cuando ménos sospechosas de herejía y que envolvian marcadísima impiedad. El superior oyó esta infundada queja y llamó al P. Pedro á su celda, le pidió el libro, lo examinó y pocos dias despues le hizo volver de nuevo á su presencia y le obligó á que diera á las llamas su manuscrito, lo cual hizo sin re-

plicar la más mínima palabra, y conservando la suficiente calma en su espíritu para ir inmediatamente á celebrar el incruento sacrificio de la Misa, sin haber tenido necesidad de acercarse á la reconciliacion con Dios en el santo tribunal de la penitencia. Parecia que este solo hecho era como una garantía de sus buenas ideas é intenciones, pues indudablemente puede asegurarse buena fe y conformidad y asenso á todos los dogmas y doctrinas católicas en un hombre que, si movido de devocion escribió con ardor, nunca con desacierto y exageracion, movido de obediencia quemó su escrito sin replicar; mas sucedió todo al contrario, pues si bien el General se hizo cargo de la gran virtud que en este heróico rasgo demostró el P. Pedro, y supo proclamar su buena doctrina cuando se sentaba en el solio pontificio bajo el nombre de Nicolao IV, es tambien indudable que los demás no se dieron por satisfechos, ántes por el contrario prosiguieron en su encono contra el respetable Padre, y no perdonaron ocasion ni medio de acusarle, aunque para ello hubiesen de hacer suposiciones gratuitas y valerse de malas artes, desacreditadas ciertamente no solo entre personas de alguna fama y virtud, sino áun entre aquellos que solo tienen un regular criterio y los sentimientos de nobleza que inspira la educacion. Reunióse el capítulo general en Argentina, y allí le acusaron sus émulos de sospechoso en la fe, inobservante como religioso y díscolo en el trato de sus hermanos, asegurando que si no se le cortaban, digámoslo así, los vuelos, vendria á causar gran daño en la juventud, que generalmente es adicta á novedades y se mueve hácia cualquier viento de doctrina; dijeron asimismo que era necesario refrenar el orgullo é indiscreto celo de un hombre que predicaba en cátedras y púlpitos en deshonor de muchos, y faltándoles al respeto con gran escándalo de los prudentes. Esta queja fué oida del General, y remitiendo su resolucion para ocasion más oportuna, y en que los alegatos se probáran de un modo concluyente, llamó á París al acusado, le oyó despues de haberle hecho los cargos que creyó conveniente, y supo que la mayor parte de las doctrinas en que decian habia errado eran supuestas, y las que no eran truncadas y traidas de cierto modo para que dijesen lo que ellos querian, y no lo que se habia propuesto su sapientísimo autor. Presentó al superior su deseo de que los teólogos ó filósofos que se creyeran en el caso de impugnar su doctrina, lo hiciesen en un público certámen, del cual podrian ser censores todos los hombres eminentes del clero secular y regular que hubiese en el lugar que se eligiera, y en cuya discusion se pudiera tambien seguir el órden que les pareciese más á propósito; protestando desde luego que jamás fué su ánimo apartarse del dogma católico, ni persistir en sus equivocaciones toda vez que se le demostrase ser tales, pues él siempre estaba sumiso á las decisiones y áun al parecer de todos y cada uno de los hombres doctos á quienes este

asunto podia entregarse para su exámen. Quedó por entónces como olvidado este asunto, sin que el superior tomase otra resolucion que encargar á seis hombres insignes en ciencia y virtudes para que examinasen las obras del P. Oliva, los cuales oidas sus explicaciones en algunos puntos, al parecer dudosos, no pudieron ménos de dar por católicas sus doctrinas, si bien por complacer á los adversarios de este insigne varon, dijeron que era éste asunto que requeria más maduro exámen ántes de dar sobre él una resolucion que pudiéramos llamar *ex cathedra*, porque decian habia proposiciones malsonantes, peligrosas y temerarias, que merecian ciertamente censura; censura que ellos pidieron al General que estaba en Aviñon, precisamente cuando allí habia más número de discípulos del P. Pedro en aquella ciudad, siendo el fundamento de esta extravagante exigencia el que fuese mayor la zozobra que en ellos produjera la expresa condenacion de su maestro. Supo el P. Pedro que se intentaba acabar su proceso sin que él estuviese á su defensa, y se fué á Aviñon, donde despues de algunas disputas científicas, en las cuales todos abogaban por la fidelidad de su doctrina y proclamaban su catolicidad, atendiendo más aún que á sus tésis á su dócil sumision á la Iglesia, con la cual confundió ciertamente á todos sus enemigos; pues el resultado de todas las artes con que ellos intentaban privar á este distinguido Padre Maestro de la justa reputacion que merecia por sus doctrinas y por sus virtudes, fué que abandonando el campo de su propia defensa, se retirára al convento de Bayona, donde pasó los dias que le restaron en ejercicios de piedad, edificando á todos con sus ejemplos y viviendo así olvidado por espacio de cinco años, al terminar los cuales le llamó el Señor para sí en la ciudad de Narbona, admirando á todos su invicta paciencia, su profunda humildad y la resignacion heróica con que sufrió los ataques de los muchos enemigos que tuvo su doctrina, de la cual dió una solemne protestacion de fe en sus últimos dias. Si bien es verdad que sus émulos pudieron ofuscar por un momento la mente de la multitud contra este varon eminente, tambien lo es que examinados sus méritos y conducta, fueron unos y otra considerados como eran en sí mismos, y sirvió esta apreciacion desapasionada para acreditar al venerable P. Pedro Juan de Oliva de varon prudente, celoso y caritativo, devoto de Cristo y de su Madre, y verdadero hijo de S. Francisco, títulos con los cuales adquirió más honor que el que pudo tener como sabio segun el mundo.—G. R.

PEDRO Ortigues (Venerable). Fué natural de la villa de Ruidoms, en el campo de Tarragona, y tomó el hábito y profesó en la Orden Seráfica en una de las casas de Cataluña, sin que haya bastantes datos para poder fijar cuál fuera. La profesion por una parte y por otra los buenos ejemplos de los religiosos sirvieron á encender más y más la caridad en este hombre, que cuando

vino al claustro traia ya sentimientos de temor y amor de Dios, así que bajo tan buenos auspicios no le fué muy difícil caminar á grandes pasos por el sendero de la mortificacion. Su cuerpo estuvo siempre ceñido de una pesada cadena de hierro y otros silicios muy ásperos, y sus pies, siempre desnudos, se desangraban muchas veces, con especialidad cuando el haber de ir por leña al monte próximo á la casa de Escornalbou le obligaba á atravesar muchísimas malezas, siendo su edificante mortificacion motivo de que alguna vez le advirtiera su compañero ser muy rigorosa, á lo cual él con indecible dulzura reponia el admirable ejemplo de Cristo Redentor nuestro, coronado de punzadoras espinas. En órden á tomar algun descanso para su cuerpo fué preciso que se lo prescribiera la obediencia, y esto solo sobre una dura tabla, sin que pudiesen conseguir de él que aceptase mayor alivio ni áun en algunas de sus enfermededes, replicando á cuantas advertencias le hacian que nunca fué la cruz de Jesucristo, su amado, más que un tosco madero donde el Señor reclinó su cuerpo, y eso que estaba muy llagado y atormentado con los azotes y caidas. Era consiguiente á este perfecto desprendimiento de sí mismo y á este rigoroso trato que daba á su cuerpo que su espíritu volára en alas de la más ferviente caridad, y que esta, llevándole á Dios, le desprendiese de las demás criaturas; así se verificaba, en su continua oracion recibia extraordinarísimos favores, muchas veces se le veia elevarse del suelo y permanecer largo rato sin apoyo alguno, otras se veian resplandores en torno suyo, y alguna que otra se dejó notar que Cristo ó su Santísima Madre se le aparecian para consolarle. Y no se crea que de estos extraordinarios favores resultaba complacencia al distinguido y privilegiadísimo siervo de Dios, nada de esto, cuanto más el Señor le prodigaba estas sus misericordiosas gracias, tanto más él se anonadaba en la divina presencia y se reconocia más indigno de tan augustas distinciones, llegando muchas veces á derramar lágrimas, porque el Señor no hacia estos favores á quienes, decia, los estimarian ciertamente muchísimo más de lo que él los estimaba. No se contentó el Señor con dotarle de ese espíritu y don de oracion en que tanto sobresalia, sino que hizo tambien merced de un conocimiento acertado de las cosas futuras, cabiéndole el consuelo de predecir muchos acontecimientos, de los cuales habia de resultar gloria á Dios, gloria que se hizo mayor, porque no podia ménos de venir á aumentarla esta circunstancia de la acertada prevision del siervo de Cristo. Sería muy prolijo el enumerar los prodigios que el Señor obró por su medio; baste decir que él fué causa de que se convirtieran á Dios almas muy endurecidas en el pecado, que á él se debió el que abandonasen tratos ilícitos personas que los sostenian de mucho tiempo, algunos enfermos recuperaron por su medio la salud perdida, y su ferviente oracion libró á muchos no solo de la eterna condenacion, sino áun de las

penas del purgatorio, de donde sacó muchas almas porque le eran muy predilectas. Su amor á Jesucristo, aunque encontraba mucho consuelo en los admirables secretos de la santísima Eucaristía, que Dios le permitia comprender de un modo especial y muy claro, no podia ménos de alegrarse en los méritos infinitos de la pasion del Hombre-Dios, como no podia ménos tampoco de identificarse con Dios paciente para de alguna manera acercarse al mérito de estos divinos sufrimientos. ¡Cuán natural es, por tanto, que tuviese gran deseo de reconocer y examinar con sus propios ojos aquellos santos lugares que Jesucristo habia santificado por su presencia, donde habia derramado su preciosísima sangre, donde habia, en fin, muerto por la salud del hombre, y donde su sagrado cadáver habia estado depositado! Por todas estas cosas pidió y obtuvo de sus superiores permiso para pasar á Tierra Santa y visitar aquellos augustísimos monumentos. ¿Quién podrá explicar los sentimientos que embargarian el corazon de aquel piadoso varon? Si nosotros, cuya distancia á su espíritu de contemplacion es tan grande, si nosotros, digo, nos complacemos vivamente en estos santos lugares, ¿qué no sería aquel tan favorecido siervo de Dios? Por esto fué que no quiso morar allí mucho tiempo y se volvió á Cataluña, donde la obediencia le destinó al convento de Tarrasa, sin que se crea que fué al acaso el que Dios permitiera que fuese allí; allí fué, porque allí le preparaba Dios un gran triunfo, allí fué porque habia de prestar grandes servicios á sus hermanos, habia de hacer grandes favores á los necesitados. Con efecto, se declaró una terrible peste en Tarrasa en 1652, y cuantos habia en el pueblo destinados á ejercer en beneficio de sus hermanos los preceptos de la caridad eran pocos, por la grande violencia con que la enfermedad se desarrolló. El estrago y mortandad eran extraordinarios, la desolacion y terror tan grandes como es consiguiente á un suceso de tal naturaleza. Pedro, sin embargo, autorizado por sus superiores para prestar toda clase de auxilios á cuantos los habian menester, volaba, por decirlo así, para remediar las necesidades de sus hermanos, hasta que la enfermedad se apoderó de él y vino á contagiarse, de modo que desde sus primeros síntomas se dejó ver su próxima muerte. Para disponerse á ella recibió los santos sacramentos, y tranquilamente abandonó este mundo, donde puede decirse que no habia vivido, para pasar á la gloria donde tenia todas sus delicias, y donde anticipadamente puede decirse que estaba ya desde el momento en que por la profesion religiosa habia hecho completa cesion de todo su ser en aras de los designios del Altísimo. Su cuerpo fué enterrado en el mismo lugar que los de los apestados, si bien con alguna distincion, y en su muerte se mezclaron lágrimas de sentimiento por el que producia su pérdida; lágrimas de consuelo por el que resulta de la buena fama de sus virtudes, y de que su Orden, siempre de acuerdo con

el cabeza visible de la Iglesia, haya hecho gloriosa su memoria, dándole el distinguido título de *venerable* y estampando sus hechos y virtudes en sus crónicas, para recuerdo y para que á su vez sirvan á que sean despues los hijos de S. Francisco, por la imitacion de sus virtudes, tan acreedores á la universal estimacion como lo es el venerable siervo de Dios Fr. Pedro Ortigues.—G. R.

PEDRO DE OSMA (S.). En la provincia francesa de Berri floreció á los principios del siglo XI de la Iglesia un varon, que fué desde luego motivo de las más halagüeñas esperanzas de sus padres y de cuantos le conocieron, porque veian en él un despejo muy grande unido á una aplicacion superior á lo que exigia su tierna edad y gran docilidad á los consejos y advertencias, no solo de sus maestros y directores, sino tambien de cualquier otra persona mayor por poco caracterizada que fuese. En vista de tan ventajosa prevencion pusieron sus padres al inocente niño bajo la direccion de los monjes de S. Benito de la casa de Cluni, en la cual estaba á la sazon su tio Fr. Bernardo, varon de grande virtud, muy estimado de S. Hugo, abad entónces de aquella santa casa, el cual le destinó á que viniese á la casa de S. Benito de Sahagun en España, é introdujera la observancia que en su rigidez más exacta se llevaba á cabo en Cluni. Como le fué preciso para esto traer en su compañía algunos monjes, se le agregaron tambien voluntariamente algunos seglares, entre los cuales fué el niño Pedro, que áun cuando entónces no tenia edad ni condiciones para dedicarse á nada, pareció mejor á sus padres tenerle bajo la vigilancia de su tio, que no en la casa de Cluni donde ellos no tenian tan íntimas relaciones como eran necesarias para no echar de ménos á su pariente. Pasó algun tiempo siempre aprovechado por el jóven Pedro, y vista su decidida vocacion al monacato, su tio, abad entónces del monasterio de Sahagun, le impuso solemnemente el santo hábito, admitiéndole despues de una rigorosa probacion á la profesion solemne, que hizo á satisfaccion de sus maestros en manos del mismo Abad que le diera el santo hábito. Despues de profeso comenzó á progresar de tal manera en virtud, que su obediencia y mortificacion eran motivo de admiracion, no solo á los modernos y jóvenes, sino á los más antiguos y respetables por sus prendas y observancia. Pareceria exageracion si aquí diéramos noticia de la rigorosa abstinencia con que vivió por muchos años, así como pareceria imposible el que un hombre lleno de los cuidados de aprender y enseñar; agobiado de pesados trabajos, y obligado á concurrir al coro por espacio de bastante tiempo, pudiera aún orar dos horas ántes de maitines, y tener á su cuerpo sin descanso, y sujetarle con crueles disciplinas cuando ya estaba ceñido de asperísimo silicio, y cuando para su descanso no tenia más que la dura tierra con una más dura aún cabecera. Sin embargo, todo esto hacia S. Pedro, y por

este camino llegó á merecer la dicha de que sus superiores le obligasen á acercarse al sagrado órden del presbiterado, siendo ornamento de su religion en el púlpito, verdadero consuelo de sus hermanos en el confesonario y fundamento de esperanza para los moribundos el recibir sus últimos suspiros en el importante ministerio de la recomendacion de sus almas y ayuda de bien morir. Necesario era que quien á la Iglesia prestaba tan repetidos servicios tuviese en una prebenda eclesiástica mayor recompensa, tanto más justa cuanto más rehusada de su profundísima humildad; por esto dispuso el Señor que al designarse por el rey católico D. Alonso los sugetos que del monasterio de Sahagun habian de venir á la catedral de Toledo reconquistada, para servir los cargos capitulares en ella, fuera nuestro S. Pedro el primero á quien pidió para arcediano, que con sus virtudes se habia captado la benevolencia del monarca, y le habia hecho concebir la fundada esperanza de que seria un gran arcediano, como habia sido y era un gran monje. Residió en efecto su prebenda eclesiástica con el mismo celo y esmero que de él se habian prometido al conferírsela, y esto fué indudablemente lo que decidió al mismo señor Rey á proponer á nuestro Santo para que fundase la silla episcopal de Osma, que iba á establecerse, por tener ya suficiente seguridad aquellos pueblos, y por requerir su vasta extension el que se hallase el prelado más cerca de lo que podia estar cuando este pueblo y su contorno pertenecian al arzobispado de Toledo. A pesar de la grande repugnancia con que el Santo veia todas las dignidades eclesiásticas, en lo que dice relacion á poseerlas él, hubo de aceptar ésta, porque se formó empeño decidido por parte del arzobispo D. Bernardo y del Rey, atendiendo á que una nueva fundacion episcopal no podia abandonarse á cualesquiera manos, sino que necesitaba un sugeto en quien concurrieran las apetecidas circunstancias que concurrian en el respetabilísimo D. Pedro. Una vez consagrado obispo, aunque esto se hizo sin él quererlo, se impuso como obligacion el desempeñar su cargo con el celo y exactitud que convenia á quien iba á santificarse en su nuevo estado, por lo que ocupándose cuidadosamente en la santa visita, á la cual iba muchas veces á pie, no desdeñaba el enseñar la doctrina á aquellas pobres gentes cuya rudeza más bien se comprende que se explica, se ocupaba continuamente en oir sus confesiones, administraba á todos el sacramento de la confirmacion, y los grandes productos de sus rentas (que hizo el Rey fuesen espléndidas), los repartia entre los pobres, siendo muy notable el que conociera y conociera á primera vista quiénes eran verdaderamente pobres, y quiénes imploraban la caridad por vicio, y que bajo de este conocimiento, al paso que socorria su necesidad material, socorria tambien la necesidad de sus almas, haciéndolos entrar al buen camino, mediante una detestacion eficaz de su pasado, y la promesa de

una sincera enmienda para el porvenir, viniendo despues á ser objeto de su más distinguida atencion aquellos á quienes veia enmendados por sus amonestaciones, sin que de esto vaya á inferirse que lo hacia como paga ó satisfaccion de su docilidad, nada de esto, sino que él se complacia en que hubiesen entrado en sí, y comprendiendo sus verdaderos intereses caminasen en su busca. Muy justo parece que quien tanto hacia por dilatar á todas partes la caridad para con sus hermanos, alcanzára de Dios favores para estos mismos objeto de su tierna predileccion, y que estos favores vinieran por su medio. Fué así con efecto, porque por cuantas partes pasaba daba el Señor por su siervo á los enfermos salud, á los huérfanos padre, á los pobres alivio, á los pecadores sacerdote caritativo, luz é instruccion á los ciegos é ignorantes, y todo esto lo hacia el Santo tan sin fijarse en ello, que á Dios solo era la gloria de tantos favorecidos como cantaban á voz en grito su gran dignacion en permitir tuviesen prelado tan santo y caritativo. En órden á la proteccion y defensa de los fueros, rentas y prerogativas de la Iglesia, es indecible el esmero y energía que nuestro Santo tuvo, siendo verdaderamente notable que en medio de su lenidad imperturbable sostuviese con energía extraordinaria todos los derechos de la Iglesia, y se atreviese á defenderlos áun á pesar de los grandes y poderosos, que demasiadamente confiados en el poder de sus recursos materiales, no queriendo ceder á las amonestaciones cariñosas del padre benéfico, habian de sujetarse á las rectísimas decisiones del juez inexorable, siendo siempre completo el triunfo de los derechos de la Iglesia, áun á pesar de las intrigas y malas artes de sus usurpadores, que, como es consiguiente á la humana miseria, se ensañaban contra el señor Obispo, llevando algunos su furia hasta el extremo de resolverse á atentar contra la inocente vida de aquel que no miraba á su propio bienestar, sino á la conservacion del sagrado depósito que el Omnipotente habia colocado en sus manos. Creyendo los usurpadores que sus amenazas podrian mover á S. Pedro á seguir otra conducta que la rectísima que él se habia trazado, le hicieron saber sus descabellados intentos, y en vez de producir en ellos un verdadero y provechoso espanto la impasibilidad con que el Obispo recibia sus indicaciones, los excitó más y más á la ira y resolvieron insultarle de palabra, como lo hizo en su nombre un mal llamado caballero, el cual tuvo que sufrir del Santo no solo la debida reprension por su actual atrevimiento, sino las penas canónicas consiguientes á sus anteriores desmanes, por lo que fué privado de la participacion de los sacramentos, se le prohibió la entrada en la iglesia, y se le señaló con el dedo como hijo indigno de ésta por no querer sujetarse á las decisiones, siempre prudentes, siempre justas, de aquel á quien Dios puso para regir y gobernar aquella grey, en cuya salvacion hubieran tenido Dios sus delicias y el Obispo su consuelo. Exasperado

este pobre noble de lo que le sucedia por su culpa, pero que él no se atrevia á confesar era debido á esto, resolvió en uno de esos momentos fatales en que Dios deja de su mano á la criatura, resolvió quitar la vida al santo Obispo, para lo cual, aprovechando el momento en que iba á San Esteban de Gormaz, pueblo de Castilla en las orillas del Duero, para hacer la santa visita, se armó de lanza y espada, reunió tropa de sus criados y amigos, y con todos partió al encuentro del prelado. Teníale ya á la vista, se puso en posicion para acometerle, confiando á los suyos el cuidado de hacer otro tanto con los que le acompañaban; pero ¡oh inescrutables juicios de Dios! cuando él iba á dar su golpe se vió reciamente embestido del espíritu de las tinieblas, que miéntras le dominaba y estropeaba contra el suelo, evitaba por permision divina el mal y muerte á aquel gran siervo del Señor, el obispo S. Pedro, el cual apiadado de la triste situacion de su cruel adversario, imploró de Dios para él perdon y misericordia, siendo dos los milagros que en este suceso se verificaron: uno la salvacion del Obispo; otro el que el demonio, que ya habia poseido el cuerpo del caballero, saliese de él dejándole libre y agradecido á la gran caridad de aquel que era tan sin merecerlo objeto de su malevolencia, y lo que es más, alcanzando Pedro de Dios la gracia de que por medio de una completa restitucion y de un sincero arrepentimiento volviera el usurpador al gremio de la Iglesia, poniéndose en estado de que se crea piadosamente asegurada su eterna dicha y felicidad perdurable. El celo, pues, y la solicitud pastoral de S. Pedro, creciendo cada dia más y más, atraian hácia él el afecto y veneracion de todos, y esto mismo servia al Santo para creerse más y más miserable, para esforzarse más y más en ejercicios de piedad y perfeccion, y para no dejar nunca perder la ocasion de retirarse unos dias cada año á ejercicios espirituales en la casa de S. Benito de Sahagun, siendo muy notable el que al pasar por Palencia se quedára siempre toda una noche á orar sobre el sepulcro del glorioso mártir S. Antolin, al cual profesaba extraordinaria devocion; devocion que le fué recompensada con singulares favores que Dios le hizo por medio de S. Antolin, mereciendo especial mencion el que por medio de un milagro le hiciera el Santo cerciorarse de la autenticidad de sus reliquias, acerca de las cuales dudaba S. Pedro, no por otra razon que por lo calamitoso y turbulento de los tiempos de guerra que acababan de atravesarse, y en los cuales siempre hay abusos y desmanes inevitables, uno de los cuales hubiera podido ser la usurpacion de tan sagrado depósito. Rico, pues, S. Pedro en merecimientos y obrando el Señor por su medio muchos milagros, presenció las exequias del gran protector de su obispado y de toda la Iglesia de España el Sr. Rey D. Alonso VI, que fué traido al monasterio de Sahagun y enterrado en él con la pompa conveniente; pero este suceso le afectó tanto,

que rezeloso de su vida, hizo que al momento se dispusiese su viaje á Osma para morir entre sus hijos. En Palencia se agravó grandemente su mal hasta el extremo de tener necesidad de recibir los santos sacramentos, en cuya administracion el obispo de Palencia oyó del Santo su deseo de ir á Osma, y no pudiéndose cumplir en vida, porque esta la perdió en el mismo Palencia el 4 de Agosto del año 1586, fué llevado á sus hijos su sagrado cadáver, el cual recibieron con gran sentimiento por la consideracion del prelado que perdian, con gran júbilo atendiendo al patrono que alcanzaban. Segun su última voluntad, fué depositado en un modestísimo y muy humilde lugar de la catedral; pero la fama de sus virtudes y milagros se difundió, y luego que éstos y aquellas se probaron canónicamente y la santa silla de Roma declaró las virtudes heróicas de este varon insigne, colocándole en el catálogo de los santos, su cuerpo se puso en una muy magnífica capilla, donde el arte, con la esmerada ejecucion y la naturaleza con los preciosos materiales empleados, dan de consuno gloria á Dios y publican tambien el justo aprecio que en concepto de todas las generaciones merecen quienes, como S. Pedro de Osma, fueron fieles y buenos siervos de Dios, que un dia entraron en el pleno goce de su Señor. La festividad de este Santo se redujo en los primeros dias de su elevacion á los altares á su Orden Benedictina; despues se le concedió como privilegio á las iglesias de Osma y Palencia; luego se extendió á toda la metrópoli de Toledo; y por último, como S. Pedro fué una verdadera gloria nacional, ya puede toda España celebrar solemnemente el triunfo de la gracia en este varon insigne, siendo la conmemoracion de este Santo en unas partes el dia 4 de Agosto, en memoria de su muerte, en otras el 2, acaso por ser el dia en que se sintió enfermo en Palencia.—G. R.

PEDRO Pacheco (D.). De la muy ilustre familia de los condes de la Puebla de Montalvan, en el reino de Toledo, nació á los fines del siglo XV el Sr. D. Pedro Pacheco, el cual despues de hacer los estudios convenientes y reformando con esmerado afan las célebres enseñanzas de la universidad de Salamanca, fué camarero del sumo pontífice Adriano IV, y luego canónigo de la santa iglesia de Santiago de Galicia, donde el cabildo propuso por unánime consentimiento su nombramiento de dean, que fué confirmado con gran complacencia, tanto por el Emperador como por la Santa Sede. Excusado es decir lo bien que desempeñó su cargo, pues la sola enunciacion de la deferencia con que le consideró el cabildo, demuestra lo satisfechos que estaban de sus servicios y lo mucho que de ellos esperaban en el nuevo cargo que se le confió, siendo preciso confesar que en modo alguno se defraudaron sus esperanzas, ántes por el contrario su conducta fué mucho más allá de lo que éstas le habian lisonjeado, protegiendo siempre los intereses del cabildo, estableciendo en él el mayor órden y presidiéndole con un tino y

acierto inmejorables, y mucho más de estimar en las azarosas circunstancias por que entónces pasaba su muy querida iglesia y todos los de su cabildo. Debido sin duda á este acierto con que dirigia los asuntos de su cabildo, hubo de ser el que el Emperador le presentara en 1529 para la silla episcopal de Mondoñedo, en la cual estuvo arreglando muy bien los asuntos de la diócesis, hasta que por hallarse un tanto discordes los canónigos y el obispo de Ciudad-Rodrigo, éste fué trasladado á una silla metropolitana, y á la suya pasó el obispo Pacheco, que con su acierto y delicadeza orilló las pequeñas dificultades que entre el cabildo y obispo habian surgido, y estableció esa armonía que debe haber entre el cabeza y los demás miembros del cuerpo moral, para que su marcha sea regular y todos sus movimientos dirigidos á su altísimo é importante fin. A mediados del año 1539 pareció conveniente la traslacion de este distinguido prelado á la silla episcopal de Pamplona, y se propuso á Roma, la cual la aceptó, verificándose la toma de posesion en su nombre y por los Sres. Dr. Martinez y Gaspar Lizano, el dia 10 de Julio de 1539; desde cuya época hasta el 14 de Marzo del siguiente año, en que fué personalmente el Sr. Pacheco, se gobernó la diócesis en su nombre por el cabildo, miéntras que él concluia de redondear los asuntos de la de Ciudad-Rodrigo, que dejó perfectísimamente planteados y en forma de asegurar el buen régimen que él estableció. La primera cosa que se propuso en cuanto llegó á Pamplona, y conforme lo habia hecho en las otras diócesis, fué girar la visita pastoral, en la cual se conoce lo mejor que es posible la situacion del obispado; así lo hizo, y por si no le era posible desempeñar este cargo por sí mismo en todos los pueblos, como habria deseado, comisionó á personas de toda probidad y de su mayor confianza para que llenáran este vacío, que no podia él llenar por sus grandes é importantísimas ocupaciones, y porque llamó mucho su atencion para repararlo desde luego el estado de su cabildo catedral, pues segun papeles que por entónces y despues se encontraron, no faltaban abusos que corregir ni excesos á que poner coto, todo lo cual se hizo con su gran prudencia y sin que ninguna de sus decisiones tuviese que salir del seno de la corporacion, á cuyo buen régimen se encaminaban. Entre las prudentes determinaciones que se tomaron fué una la de que en la correccion de los canónigos habian de intervenir, además del Obispo, otros dos capitulares; los cuales teniendo noticia de todo y pudiendo hacer por sí cuantas averiguaciones estimasen, vinieran á la defensa de sus compañeros, obligando al Obispo á no tomar providencia alguna sin oir ántes su dictámen, en todo lo cual se ve que el Sr. Pacheco, aunque muy celoso del órden y de la buena nota, fama y consideracion de la corporacion, no solo no abrigó animosidad alguna contra las personas, sino que puso los medios para que sus sucesores tampoco pudiesen abrigarla; pues que este

acuerdo, sancionado con toda la necesaria formalidad, era una verdadera garantía para lo sucesivo, una prueba de su celo, y de que su único interés era el bien de la iglesia á cuyo frente se le habia puesto, y que en gran manera pendía de la conducta del clero, y sobre todo del clero de la catedral, que por este medio encontraba correctivo en sus imperfecciones y manera muy conveniente de secundar fácilmente los intentos de su sabio, prudente y celosísimo prelado. Para asegurar de un modo estable y duradero el buen régimen que deseaba establecer y que habia de extenderse á toda su diócesis, congregó el dia 16 de Agosto de 1544 el décimocuarto sínodo diocesano, en el cual se ventilaron asuntos de la mayor importancia, tanto para el clero como para los fieles, cuyos intereses en el órden espiritual llamaban grandemente la atencion del prelado, de tal manera que procuraba siempre su mejoramiento, y hacer por todos los oficios de verdadero padre y pastor solícito siempre por el bien de su grey y familia, como lo era nuestro Obispo á costa no solo de sus bienes, sino tambien de sus propias comodidades, tomando cuantas molestias eran necesarias para dar término feliz á sus siempre caritativos intentos. En testimonio del ardiente deseo que le animaba de que el culto debido á Dios se rindiera siempre con la posible magnificencia, dotó con esplendidez las procesiones que habian de hacerse en la capital de su diócesis, resolvió que de sus propios bienes se hicieran fundaciones perpétuas para estos objetos, así como el que en lo sucesivo se esmeráran los mayordomos y administradores del cabildo en el laboreo de aquellas posesiones que con este fin dejaba, para que redituando más pudiesen ofrecer más medios de celebrar las funciones religiosas á que se destinaban con toda ostentacion y magnificencia y con todo el decoro conveniente al servicio de Dios por una parte y por otra á su distinguido linaje. En atencion sin duda al buen régimen y gobierno que este distinguido Obispo habia establecido en su diócesis, pareció al gobierno del Emperador oportuno traerlo á la corte para que allí prestára los eminentes servicios que podia; acudió prontamente al llamamiento del monarca, y si bien los asuntos en que se ocupó como político no han llegado á nuestra noticia, sabemos que en órden al ejercicio de su celo por la salvacion de las almas y de su deseo de dar un asilo seguro á las inocentes criaturas que desengañadas del mundo quieren buscar en el claustro á Dios y solo á Dios, fundó los conventos de religiosas franciscanas de la Puebla y de Escalona protegiéndolas como patrono, ayudando con sus rentas á la construccion de sus casas, y haciéndolas con tal magnificencia, que aún hoy se conservan y dan idea de las grandes facultades como del gran desprendimiento del ilustrísimo Obispo que hacia esta tan importante obra en favor de tantas vírgenes consagradas á Dios, que no dejan de repetir agradecidas el nombre de su benéfico protector á quien deben

en parte su existencia, pues ciertamente aprovechando todas las ocasiones que le proporcionó no solo la bondad de los reyes, sino el grande aprecio que de él hicieron los papas, pudo conseguir la perpetuidad de patronato en los sucesores de su ilustre casa, y asi asegurar tambien la subsistencia de estos dos conventos, en los cuales ciertamente ha habido y hay aún en el dia religiosas de mucho valer por su gran virtud. No duró mucho su permanencia al lado del monarca, pues como hombre de gran provecho, fué nombrado obispo de Jaen, luego de Sigüenza y despues arzobispo de Burgos, cuyas diócesis dejó en el órden, más perfecto dirimiendo cuestiones que de mucho tiempo atrás estaban suscitadas y componiendo partes cuyas desavenencias habian producido en muchas ocasiones muy graves disgustos, y que él arregló con bastante facilidad, porque era prudentisimo y extraordinariamente amable. Estas prendas le dieron muchisima aceptacion, así que el Emperador le nombró virey de Nápoles, y el sumo pontífice Paulo III le hizo cardenal. En este concepto asistió al santo y general Concilio de Trento hasta su séptima sesion, y despues fué nombrado por Pio IV inquisidor general en Roma, donde murió en 4 de Febrero de 1560 dejando fama de virtud y prudencia, así como monumentos en que se acredita su gran munificencia. Su retrato se conserva en la capilla que en la iglesia parroquial de la Puebla de Montalvan tienen contigua á su palacio los condes de dicho titulo, que hoy pertenece al muy distinguido y Excmo. Sr. Duque de Escalona, hijo de los de Uceda y descendiente de la casa de Frias. Por este retrato se revela en el obispo D. Pedro una fisonomía tan simpática como lo demuestran sus grandes hechos, sus innumerables fundaciones piadosas y los muchos asuntos en que proporcionó la avenencia de partes, que parecian estar muy encontradas, así como el buen órden que estableció en las diferentes diócesis y otros puestos eclesiásticos y seculares en que vivió. Otras varias fundaciones piadosas hizo este sabio Obispo, que se conservan bajo su nombre, alguna de las cuales, radicada en la extinguida parroquia de S. Miguel de esta corte, tenia por objeto aliviar de penas á las almas de los que mueren sin confesion, en todo lo que se ven singularísimos méritos, que le hacen acreedor á todo nuestro respeto y veneracion, y á que su nombre pasando de generacion en generacion se profiera siempre con respeto y complacencia. — G. R.

PEDRO DE PAGES (Fr.). Floreció este ínclito varon en la órden de S. Francisco por los fines del siglo XIV y principios del XV. No hay noticias acerca de las épocas y lugares de sus estudios y educacion literaria y religiosa, solo nos le presentan las crónicas de su Orden como uno de esos varones eminentes en todo, que descuellan una vez para causar admiracion á su siglo y trasmitir con su nombre un recuerdo de imperecedera y grata conmemoracion. Habiendo, pues, hecho nuestro Fr. Pedro los estudios convenientes para

desempeñar el importante cargo de la enseñanza, le tomó sobre sí con tan feliz éxito, que no solo los alumnos de su colegio é individuos de su Orden que de los contornos venian á hacer su carrera, sino los de los más remotos colegios, y áun muchos de otros institutos y áun seculares, venian con verdadera avidez á aprender cuanto salia de sus labios, pues todo era muy instructivo, muy ameno y presentado con un gusto tan exquisito, revistiéndolo de cierta especie de novedad. Esto, como es consiguiente, le animaba y le inducia la obligacion de hacer cada vez mayores esfuerzos para sostenerse de una manera conveniente en la importante altura en que se constituyó, resultando que el que por su buen talento, excelentes prendas y favorables circunstancias habia conquistado un universal concepto de hombre sabio, y cuyo método era muy á propósito para difundir los vastos conocimientos que poseia, adquiria cada vez más importantes noticias, hacia en las ciencias mayores progresos, porque se entregaba al estudio con una asiduidad tan constante, con una tan ardorosa fe, que á los ojos del observador desapasionado que no supusiese en él los vastos conocimientos que tenia, ni supiese su erudicion, parecia más bien uno de esos estudiantes noveles y de esperanzas, que procuran realizar éstas por su constante asiduidad, y no un hombre dotado de las prendas que llevamos enumeradas. Era, pues, por todo esto muy considerado y estimado en muchísimo, á pesar de que él hubiese querido no ser conocido de nadie, ni mucho ménos tenido por hombre de valía; mas los designios de Dios no pueden neutralizarse, y era preciso que llenase ministerios difíciles é importantes el que para llenarlos tenia las apetecidas condiciones. No nos ocuparemos de los cargos que en la Orden desempeñó, ya como guardian, ya como visitador extraordinario de alguno de sus conventos, ó ya como secretario general, pues que el acertado desempeño de estos cargos podria parecer debido á que la índole de los sugetos con que habia de entenderse no le proporcionaba disgustos, ántes por el contrario le hacia cumplir exactamente su ministerio, repetimos, sin obstáculo ni impedimento alguno. Cuando tiene que verse á nuestro Fr. Pedro, es cuando sacándole del estrecho círculo de una sola casa, se le puso al frente de una provincia, siendo esto tanto más notable por las circunstancias que en este hecho concurrieron. Era entónces provincial en la Dalmacia el P. Nicolás Jaderense, hombre no muy observante ni de gran gobierno, pero que tenia en favor suyo la grande estimacion de todos los superiores de conventos puestos á su cargo; acaso porque su prelacía así llevada con un poco de indiferencia, ayudaba á su relajacion y acaso les llevaba á su ruina. Roma, que velando con la más exquisita vigilancia, mira por los intereses de todos sus hijos, y procura siempre los remedios más adecuados á los males que aquejan á sus amados, no podia ver ni pasar

desapercibida esta improcedente conducta de Nicolás, por lo que deponiéndole inmediatamente, le dió una leccion y en su persona á toda la Orden, primero, para que no tolerasen abusos de parte de nadie, y segundo, para que cada cual se alentase á no reparar en respetos humanos cuando se trata de elecciones, y por consiguiente á buscar siempre lo mejor y de lo que puede resultar más gloria á Dios. En el momento en que se depuso á Nicolás, se trató, como era consiguiente, de darle un sustituto, y ninguno pareció más á propósito que nuestro P. Pagés. Importó poco que él protestase que sus circunstancias eran muy desfavorables comparativamente á las que concurrian en Nicolás, así como no le valieron otros pretextos con que quiso excusarse, no en verdad por cubrirse con esta excusa, sino para hacer así ver su insuficiencia para el alto puesto que se le confiaba. Mas como la Santa Sede, de acuerdo con la Orden, procediese con exacto conocimiento del sugeto que ponian al frente de aquella importante provincia, no hicieron caso alguno de sus infundadas quejas, y desatendieron totalmente á sus clamores, siendo el resultado que cuando á él se le figuró que convencidos iban á ceder á sus razones y á obrar segun él queria, quitándole la carga de encima, se le comunicaron las órdenes más estrechas para que aceptase el oficio, no como quiera, sino como quien en el desempeño de él hacia un acto de sumision, en cuyo concepto no podia ménos de desempeñarle, y desempeñarle con todo esmero, con toda atencion y cuidado. Comenzó por invocar á Dios mediante un retiro espiritual que le sirvió de preparacion para la importante tarea que se le confiára, y que no pudo ménos de atraerle las misericordias del cielo, como el suceso de sus esfuerzos lo demostró claramente. Luégo reunió en torno suyo á todos los superiores de todas las casas que de él dependian, y con esta al parecer natural convocatoria, tuvo ocasion de conocer y examinar el espíritu de cada uno, para de aquí proceder á tomar las determinaciones que creyó más convenientes. En este exámen vió quiénes eran los que podian continuar al frente de sus casas, y á quienes parecia prudente separar, estudió el cómo cada cual se creia apoyado por su convento para el caso de una reeleccion, y vió asímismo los vicios que habian tenido algunas elecciones de los mismos sugetos allí congregados. Los amonestó acerca de la importancia de que en todo y por todo se observasen las reglas con la mayor escrupulosidad, y les hizo ver cuán fácil es que un instituto religioso decaiga, si no hay en todos y en cada uno el más esmerado cuidado por prestarse mútuamente el buen ejemplo á que todos son allí llamados, pues sucede con mucha frecuencia que una relajacion, que acaso pasará desapercibida en aquel que la comete, excita á hacer el mismo abuso á otros, y se viene por consiguiente á constituir como corruptela en toda la comunidad. Luego que se expresó de esta suerte con sus hermanos, pues siempre los trató

como á tales, aunque les era superior, dictó de comun acuerdo con ellos las providencias que estimó convenientes, se las hizo suscribir y de aquí puede decirse que data su gobierno fecundísimo en buenos resultados para la Religion Seráfica. No se crea que Pedro de Pagés se contentó con haber hecho este llamamiento, con haber manifestado su parecer y sus deseos á los que tenian que secundarlos, no: este fué el primer paso, pero á este hubieron de seguirse otros, sin los cuales en manera alguna hubiese conseguido el menor resultado. Apénas estas resoluciones se tomaron, cuando ya las estableció en su convento, y no se crea que las establecia para los demás excusándose él de su observancia, sino que él era el primero á ponerlas por obra, dándolas así esa autorizacion del ejemplo, que indudablemente vale más que cuantas autorizaciones de palabras queramos suponer. En cuanto hubo tiempo para que las casas las hubiesen aceptado y puesto por obra, emprendió una visita escrupulosa y de grandes resultados, comenzando por aquellos conventos cuyos superiores le inspiraban ménos confianza. Su sistema de visita era muy particular, prescindia enteramente de la parte ceremoniosa, y muchísimo más de las distinciones y prerogativas con que el prelado se exime no solo de la observancia más rigorosa, sino áun del cumplimiento de los más fáciles deberes. El parecia el último novicio, ejercitando en estas mismas ocasiones en que hubiera debido demostrar lo que era acreedor á su dignidad, lo que exigia la pobreza que habia profesado. Llamaba á sí á los religiosos de aquella casa, y por todos y por cada uno sabia las interioridades de la comunidad; pero era tan prudente despues de adquirir las noticias, que ni una vez siquiera pudo llegarse á saber por dónde las habia tomado áun en aquellas cosas que parecian más interiores; pues él ponia medios de averiguar por sí mismo lo que le habian dicho, y de esta suerte hacia caer sobre sí la odiosidad que lleva siempre consigo el que se descubran los defectos, y evitaba á los religiosos las consecuencias de esa ojeriza, que sin razon toman los que al quitárseles un abuso, pierden los aparentes beneficios que con él disfrutan, sin tener en cuenta lo mucho que ganan toda vez que se les pone en camino de su bien. Esta conducta observada por nuestro Provincial en todos los conventos que visitó, que fueron la mayor parte de los de su provincia, dió por resultado que los unos, porque sus defectos se reprendian y corregian, los otros porque escarmentaban en cabeza ajena, se ponian en órden; y el resultado final de sus tareas, algo molestas pero muy importantes, fué el hacer, por decirlo así, una reforma en su provincia, pero una reforma especial, una reforma que participaba de todo lo bueno que una reforma debe tener, y estaba exenta de lo que las suele hacer sospechosas cuando ménos; porque en hecho de verdad no puede decirse que nunca expresando sus intenciones, decia el P. Pedro *voy á reformar una casa*, y

sin embargo, nunca quedaba la casa adonde iba su visita en el mismo estado que estaba, lo cual prueba de una manera inconcusa que el tino con que se insinuaba, amen del acierto en sus determinaciones, daban siempre un resultado seguro, y por consiguiente siempre conseguia su objeto. Así pasaba un dia y otro dia sin que este celo y esfuerzos con que procuraba el bien general le sirviese del más pequeño obstáculo para procurar el bien particular de los fieles, pues parecia imposible que un hombre de tales ocupaciones como superior pudiese dedicarse, como lo hacia, al púlpito y al confesonario, con tal asiduidad, que cualquiera que le hubiese observado, habria creido que era un religioso que no tenia á su cargo ningun otro cuidado. Muchos méritos eran estos, y por consiguiente corona preciosísima habian de labrar á quien los acaudalaba: para llegar, pues, á la posesion de esta corona misma, era preciso que el Señor le juzgára mediante la muerte que separára el espíritu del cuerpo. Vino en efecto la última enfermedad de Fray Pedro de Pagés, y en ella demostró más y más lo mucho que Dios le habia querido, y el grande amor que él habia tenido á su religion, y entre sollozos de sus hermanos desapareció del mundo, pero no para que su memoria se perdiera, ni mucho ménos para que su espíritu pereciera, sino para que éste tuviese nueva vida, mediante la debida recompensa de sus acrisoladas virtudes, y aquella permaneciese imperecedera, porque á la verdad no puede morir el recuerdo de un hombre que era sabio, y sabio no en una que otra materia, sino en todas las que comprende la difícil carrera de la Iglesia; que era muy virtuoso, pues que á la grande abnegacion de entrar en religion y religion tan pobre como la Franciscana, unió el haberse portado en ella con admirable ejemplo de edificacion, siendo modelo de virtud desde los primeros dias de su noviciado; que era muy prudente, pues en las diferentes prelacías que obtuvo y desempeñó, supo conciliar los intereses de los súbditos con el buen nombre de los superiores, y hacer valer la observancia como correctivo de los mayores abusos, acerca de los cuales tuvo siempre la gran táctica de cubrirlos con la capa de la caridad. Todo esto fué el P. Pedro Pagés; consecuencia legítima de ello el que su Orden le recuerde con entusiasmo, y que haya muchos que llenos de santa envidia deseen colocarse á su altura. — G. R.

PEDRO de Palermo (S.). La vida de este gran siervo de Dios que Leandro Alberto llama hombre eminente en ciencia y en santidad, y que las iglesias de Sicilia cuentan entre sus santos, fué escrita despues de su muerte por un religioso de mucho mérito, que habiendo sido mucho tiempo compañero del siervo de Dios en sus trabajos, podia hablar con acierto de sus acciones y virtudes. Habia tambien sido testigo de muchas curaciones milagrosas alcanzadas al pie de su sepulcro, y asegura que todo cuanto decia en

su opúsculo era averiguado por él mismo; pues no tiene para su relato caso alguno de los dichos ni testimonio de otros, sin que por esto desvirtue el mérito que pudieran tener, ni mucho ménos niegue su verídica autoridad. Esta obra fué como la norma que sirvió al P. jesuita Octavio Cayetano para dar las noticias que dió de este esclarecido Santo en su *Coleccion de Santos del reino de Sicilia*, así como á los continuadores de los Bolandos para insertarle en el tomo primero del mes de Marzo, como lo han hecho, y á nosotros nos sirve tambien para poder hacer una descripcion, si no brillante por lo ménos exacta, de los acontecimientos más principales de la vida de este siervo del Señor. Nació este en Palermo el dia 1.° de Agosto de 1381, bajo el reinado de Doña María, hija y heredera de Federico III, que despues casó con D. Martin, rey de Aragon. Su padre, hombre de gran fama como jurisconsulto, ejercia cerca de la Reina el importante cargo de procurador fiscal, y su madre era originaria de Génova. Ambos eran tan distinguidos por su probidad y rectitud de costumbres como por sus riquezas é hidalguía, así que pusieron el mayor esmero en dar á este primer fruto de su matrimonio una educacion cristiana, y sus desvelos fueron tan agradables al Señor, que los recompensó con copiosas bendiciones, que cayendo sobre el niño hicieron concebir de él, desde su más tierna edad, las más lisonjeras esperanzas; las cuales á la verdad no solo no se vieron defraudadas, sino que se realizaron aún más allá de lo que se podia esperar. Habiendo hecho con muy buen éxito sus primeros estudios, Pedro de Jeremías (que así le llamaban por ser Jeremías el segundo nombre ó apellido de su padre) pasó desde Palermo á Bolonia para aprender leyes en su universidad siempre célebre; pero entónces sin duda alguna la más aventajada del mundo. Estaba ya entrado en diez y ocho años, y lo mucho que habia adelantado en humanidades y en filosofía, hacia confiar que no se quedaria atrás en la ciencia del derecho, con cuyo conocimiento podia procurarse una brillante posicion. Creíase con razon que dedicado á la profesion en que su padre habia conseguido muchísima honra y provecho, él haria de modo que se siguieran nuevos lauros á su familia, y esto era tanto más de esperar cuanto que desde la primera vez en que examinaron en Bolonia su capacidad y aplicacion, aseguraron sin vacilar en lo más mínimo que Pedro era jóven de muchísimo provecho. Cuando no llevaba todavía un año de estudio en aquella justamente celebrada universidad, se habian ya penetrado de lo que seria, y habia él puesto de su parte tanto para aprovechar las instrucciones y demás medios con que sus maestros los alentaban, que si por acaso alguna vez ó enfermedad ó precisas ocupaciones impedian á éstos la asistencia á la clase, Pedro de Palermo era quien los sustituia, y lo hacia tan bien que sus mismos condiscípulos le escuchaban con atencion y con gusto, ya fuera que les

dictase algunas de las lecciones de sus maestros, ó ya que él, por decirlo así, de su cosecha pusiera lo que habian de aprender. Ocupado enteramente en llenar su imaginacion de nuevos conocimientos, y algun tanto alentado por el éxito verdaderamente extraordinario de su trabajo, descuidó un poco los ejercicios de piedad por el vivo deseo que se apoderó de él de ocupar un lugar entre los sabios del siglo; pero Dios, que tenia acerca de él miras tan importantes, designios tan singulares, le hizo conocer que no era para la gloria del foro para lo que le habia colocado en el mundo, sino que era para que ocupase un lugar entre los santos; por lo cual excitado vivamente Pedro se sometió á la voz de Dios, y en lo íntimo de su corazon clamó al Señor como el Apóstol de las gentes: *Señor, ¿qué quereis que haga?* Luego que hubo tomado la firme resolucion de ponerse enteramente en manos de Dios y secundar á toda costa sus augustos designios, hizo firme propósito de seguir en todo las huellas de nuestro adorable Redentor Jesucristo, por la práctica de los consejos evangélicos, y sobre todo de la más rigorosa penitencia. Aun ántes de entrar en religion, ciñó sus riñones de una áspera cadena, que conservó durante toda su vida, y que á la hora de su muerte se arrancó con muchísimo trabajo. Este terrible instrumento de penitencia le sirvió, segun un historiador antiguo, para someter su carne á su espíritu y para conservar siempre la hermosa flor de la pureza, de cuya virtud era muy cuidadoso. Ocupó algunos meses en examinar con esmerada diligencia cuál era la voluntad de Dios acerca del género de vida que debia profesar. Casto, modesto y penitente, viviendo entre una numerosa juventud cuyo deseo era únicamente el satisfacer sus pasiones, bien que ellas fuesen groseras, él no pensaba más que en el cielo, y no hallaba placer sino en meditar la ley santa del Señor, ó el que sus manos se ocupasen en alguna obra de misericordia, cuya virtud formaba seguramente todos los encantos de este distinguido jóven. Tal era Pedro de Palermo cuando en el año de 1400 se presentó en el convento de PP. Dominicos, llamado de S. Nicolás, á pedir el santo hábito, contando solo veinte años. La peticion fué hecha con la mayor humildad y fervor, y los superiores correspondieron á ella con tanto mayor gusto, cuanto que estaban persuadidos de su mérito y sabian perfectamente que su vocacion no era dudosa ni equívoca. El dia que ingresó en la religion demostró en su semblante el gran gozo de que su corazon estaba inundado, así como esta misma satisfaccion rebosaba en el semblante de todos los religiosos que creian, como efectivamente sucedió, que la adquisicion de Pedro en la Orden Dominicana era un verdadero é importante suceso. La familia no lo creia de igual manera, y por esto se mostró muy disgustada. El padre apénas supo la resolucion de su hijo, se puso inmediatamente en camino con direccion á Bolonia, donde estaba su hijo, é iba no

con el designio de explorar su voluntad y haber cedido de buen grado á que siguiera su vocacion, si ésta era para el estado religioso, sino con el fin de retraerle á toda costa de tan provechoso pensamiento, dando para ello pretextos muy fútiles. Llegó al convento sin que le precediera aviso ni recado alguno, se informó de la salud de su hijo, y pidió al superior permiso para hablarle; éste no puso dificultad en ello é hizo avisar al novicio, el cual como muy prudente y desconfiado de sí mismo, no creyendo que podria vencer las cariñosas amonestaciones de su padre, ó más bien temiendo que ellas podrian hacerle algun daño, pues que acaso le hicieran vacilar en su propósito, en vez de acudir al lugar donde su padre le esperaba fué á la celda del superior, y postrado á sus pies le rogó tuviese á bien ir él en lugar suyo á ver á su padre, le hiciera en su nombre cuantos obsequios le pareciesen convenientes, y á él le dispensase de presentarse á su querido padre. Las lágrimas con que acompañó su súplica, sus ruegos y las razones en que apoyaba su peticion, obligaron al superior á condescender con sus deseos, teniendo que sufrir las cosas que el padre le dijo, no de mala manera, eso no; pero sí demostrando un vivísimo sentimiento. Inconsolable estaba el padre al saber que la decision de su hijo no era fácilmente revocable, y su piedad no fué suficiente á destruir los efectos del sentimiento natural, siendo todo lo que el superior pudo hacer para consolarle algun tanto, el ofrecerle que algunos dias despues él mismo dispondria las cosas de manera que con buen resultado para todos, él tuviese el consuelo de ver á su hijo, y éste no recibiera menoscabo en las bellas disposiciones con que iba corriendo la penosa y no muy fácil carrera de novicio de su Orden. Suplicó el novicio con las mayores instancias, que se le permitiera pasar quince dias en oracion ántes de que se le obligase á sufrir los rudos ataques que esperaba de su padre, tanto más rudos cuanto que él estaba persuadido de que le amaba entrañablemente. En estos dias redoblaba sus oraciones para conseguir el que Dios diese su santa gracia, tanto á su padre como á él: al uno para no oponerse á la voluntad del Señor; al otro para continuar cumpliéndola sin oir las voces siempre atractivas de la carne y de la sangre. Mas eran muchos dias los que él se habia propuesto para que pudiese sufrir tal espera su impaciente padre, así que el mismo amor que le habia obligado á partir de Palermo con toda precipitacion, le obligó á volver muy pronto al convento de S. Nicolás, si bien es cierto que la gracia ó la reflexion obraron en él, y ya no se presentó con aquella exaltacion con que lo habia hecho anteriormente, ántes por el contrario, manifestó desde luego que si el Señor exigia de él el sacrificio de su hijo, pronto estaba á ofrecérsele, pues ántes que suyo era de Dios. Dijo que él nunca se oponia á los designios del Todopoderoso, y que lo único que queria era dar un abrazo á su hijo, gracia que á él le parecia que si

no se niega á un extraño, mucho ménos debia negarse á un padre y á un padre cariñoso como él lo era. Hubiera continuado indudablemente explicándose en iguales términos, si un abundante llanto no se lo hubiera impedido, por lo que tuvo tambien esta vez que retirarse sin lograr su objeto, si bien pocos dias despues, convencidos los religiosos de que nada se aventuraba en concederle esta gracia, se la otorgaron, confiando, como sucedió, en que la prudencia del padre y la firmeza del hijo quitaban toda sospecha de que hubiese un resultado por ningun concepto desfavorable. Efectivamente, despues que el tiempo y la gracia del Señor hubieron neutralizado esa impresion del momento que causa el saber una resolucion suprema tomada por una persona cuya suerte nos interesa, el padre de Pedro pudo comprender cuán provechoso seria para él mismo esta generosísima resolucion que su hijo habia tomado, y léjos de reconvenirle ni áun hacerle cargos de por qué se habia decidido á este estado, dejando las nobles y justas aspiraciones que en la magistratura hubiera podido tener, le hizo ver la importancia del nuevo estado que emprendia, y lo satisfecho que regresaba por notar en él señales inequívocas de una vocacion decidida; así que la entrevista de estos dos personajes distinguidos cada cual en su línea, que se temió habria sido motivo de disgusto para los dos, no lo fué sino de consuelo y muy grande; pues uno y otro pudieron persuadirse de que aquello, y solo aquello, era la voluntad de Dios. No cabe duda, y esto refluye en alabanza de nuestro novicio, el que sus oraciones alcanzaron este tan inesperado suceso, que alegró vivamente á todos. Llegó el momento en que emitió sus votos solemnes, y éstos, como que le ligaban más íntimamente á Dios, fueron para él un nuevo motivo para que caminára aún con mayor ahinco por la senda de los mandamientos divinos, á que daba cumplimiento con la más absoluta renuncia, no solo al mundo sino lo que es más á sí mismo. Así que su continua vigilancia para perfeccionarse cada momento más y más le puso bien pronto en estado de trabajar con fruto en la salvacion de las almas. A esto le llevaba particularmente su deseo, y la Providencia parecia que le habia puesto en el mundo con el solo objeto de cumplir tan augusto destino. No es exagerado el asegurar que los ópimos frutos que alcanzó de su ministerio, solo él mismo los pudo apreciar, y la razon es que su corazon henchido de caridad y sus labios rebosando palabras de vida, hacian que tanto sus discursos como sus obras sirvieran para que los pecadores se convirtiesen, los ignorantes aprendieran, los débiles se afirmáran, y los que padecian cualquier género de pena obtuviesen de ella verdadero y eficaz consuelo. El cisma que habia nacido tres años ántes que Pedro, continuaba dividiendo los ánimos, y sabido es que las consecuencias, harto tristes, de estas divisiones fueron el olvido ó desprecio de la ley, la indocilidad de los pueblos, la insur-

reccion y corrupcion de costumbres, el atrevimiento en obras y en palabras, la duda y el total olvido del respeto que se merecian las cosas, áun las más venerandas. Y esto se veia con dolor, no en un pueblo aislado, sino en todos los estados de Italia. El nuevo apóstol de aquel reino no pudo fijar sus miradas en objetos tan sensibles, sin que surgieran en él los mismos sentimientos de celo, de indignacion ó de compasion que embargáran al profeta Jeremías al considerar las prevaricaciones tan horrendas de la antigua Jerusalen, y á imitacion de este grande hombre, humillado en la presencia del Señor, y ofreciéndole, como aquel, con sumisa confianza sus lágrimas, sus oraciones, sus mortificaciones, le suplicaba moderase su justo enojo, y deponiendo su cólera tuviera piedad de su pueblo, y como lo grave del mal parecia exigir á la oracion los medios materiales de evitarla, es decir, la predicacion de la verdad para confusion del error, puso en práctica tambien este medio, y le favoreció el Señor con un éxito no solo inesperado, sino admirable. Aun cuando los hombres estaban por entónces muy extraviados, y los caminos por donde iban los alejaban completamente de su término, sin embargo el discípulo de Jesucristo pudo lograr que le escuchasen, y claro está que escuchándole como que predicaba la verdad, necesariamente tenian que ir en pos de él. Poderoso en obras y en palabras, él se atraia la estimacion de unos por sus virtudes, la estimacion de otros por su doctrina, y lo atentamente que él estudiaba la manera de hacerse todo para todos, ya proporcionando socorros, ya evitando males, ya, en fin, por otros muchos medios que su amor le hizo inventar, dió muchas veces por resultado la conversion de aquellos mismos que persuadidos de la fuerza de sus incontestables argumentos, ó del atractivo de sus obras buenas, habian resuelto no presentarse á él para no caer, digámoslo así, por su cuenta. Si las verdades católicas que él anunciaba desde el púlpito con una completa libertad, hacian surgir alguna perturbacion en los corazones más endurecidos, su celo siempre vivo y siempre compasivo, le hacia consolar en el confesonario á los penitentes que, atraidos ya por la gracia divina, estaban resueltos á satisfacer á la divina justicia con frutos sazonados de verdadera penitencia. Los desgraciados que vivian esclavizados por la pasion de honra, ó de placeres, ó del dinero, aprendian de este santo varon á romper las cadenas que les sujetaban á sus vicios, y triunfaban de sí mismos; y para asegurar el fruto de su conversion se alejaban cuidadosamente de los objetos que los habian seducido, y restituyendo con mano pródiga lo que habian adquirido por malas trazas, dando además á los pobres mucho de lo que les pertenecia para así compensar en cierto modo el abuso que habian hecho anteriormente, cuando desconociendo sus verdaderos intereses, hubieran labrado su ruina sin la especial providencia del Señor, que en este distinguido siervo suyo les

deparó uno de esos hombres que nacen solo para el bien. No fué solamente en Bolonia, ni áun en la Lombardía, donde Pedro predicó con tan feliz éxito, sino que durante los pontificados de Inocencio VII, Gregorio XII, Alejandro V y Juan XXIII recorrió casi toda la Italia, y en todas partes recogió los mismos ópimos y sazonados frutos. El ejemplo de S. Vicente Ferrer, esclarecido español, fué el medio de que Dios se valió para aumentar más y más el celo y el valor de su querido ministro; es verdad que habiendo estado juntos en varias ocasiones, uno y otro la tuvieron de conocer cuán queridos de su Dios eran recíprocamente. Refieren que al llegar á Bolonia el año 1416 el glorioso S. Vicente supo con indecible gozo de su espíritu el tenor de vida de S. Pedro de Palermo; se enteró de su conducta y del modo con que desempeñaba su altísimo ministerio, del gran fruto de su predicacion y de lo mucho que de sus servicios podia prometerse la Iglesia; así que estrechándole un dia entre sus brazos, le aseguró que la voluntad de Dios era el que se emplease en el ejercicio de su importante ministerio, continuando hasta el fin de su vida en el apostolado, que emprendiera con tan feliz éxito y bajo auspicios que presagiaban un término completamente adecuado á los designios de Dios y á lo que para gloria del Señor puede hacer la miserable criatura. Sin duda para que se cumpliera esta profecía fué para lo que Martino V le encargó continuase en el ejercicio de la predicacion en el Milanesado de Parma y Toscana, y áun durante las guerras que contra el Papa suscitáran, ya el duque de Milan, ya los boloñeses, ya, por último, Alfonso de Aragon, que pretendia el trono de Nápoles. Durante veinte años pudieron los pueblos de Italia aprovecharse de las excelentes cualidades que como orador sagrado, ó por decirlo con más exactitud, como predicador evangélico, hizo brillar con el mejor éxito nuestro distinguido Pedro de Palermo. Entónces ya, es decir en 1427, el General creyó que convenia dedicarle á otra cosa de mayor importancia para la Orden, si bien no era tan inmediatamente en provecho del comun de los fieles. Los conventos de Sicilia habian venido á parar á una lamentable decadencia por efecto de la larga série de revoluciones que habian invadido el país, y era preciso establecer en ellos otra vez en el primitivo rigor la debida observancia, pues que sin observancia los institutos religiosos por sí mismos se destruyen, y viene á resultar de su existencia un mal mayor que si no los hubiese. El P. Pedro fué el comisionado para llevar á cabo una empresa que no podia ménos de cumplirse pisando abrojos, es decir, sufriendo, y sufriendo muy mucho, y exponiéndose á lo que da de sí la miseria humana cuando se la ataca en sus más escondidos pliegues. Nuestro Santo, sin embargo, nada temió, y no huyó de este como no habia nunca huido de ningun trabajo, pues sabia que nada es mucho cuando se trata de buscar la gloria de Dios ó la salud de las

almas. Además él habia experimentado repetidas veces que el favor de Dios nunca falta á quien, segun las reglas de la prudencia y sin más objeto ni fin que la gloria del Señor, procura esta por medios, áun cuando sean dificiles, al ménos rectos y honestos; razon por la cual acometió esta empresa sin presumir nada de sí, y confiándolo todo en su buen Dios, en cuyo nombre la aceptó desde luego. La reputacion de santidad que habia adquirido en Italia fué con él á Sicilia, y su ministerio no fué allí ménos glorioso, ni tampoco fueron ménos abundantes los frutos que alcanzó. Los pueblos le recibieron con toda veneracion, y sus hermanos trataban de adelantarse á sus deseos para hacer cuanto podia exigirles con toda docilidad. Así que en muy pocos años tuvo el consuelo de ver revivir en los conventos de Sicilia aquel primitivo espíritu de fervor, aquel gran celo por la observancia que tuvieron sus venerandos mayores. El convento de Palermo, llamado de Sta. Cita, dió á todos los demás el ejemplo de su reforma. Habia sido fundado ya hacia mucho tiempo por unos cuantos religiosos de Aragon y de Mallorca, y se conservaba aún el buen olor de perfeccion y de virtud que aquellos religiosos dejaron; así que el bienaventurado Pedro no tuvo que trabajar gran cosa más que en recordar la conducta de estos fundadores venerandos y venerados, para conseguir, como lo logró, el que el convento de Palermo fuese por su perfeccion, llevada hasta donde es posible, el espejo donde pudieran mirarse todas las demás casas de Sicilia. Hizo revivir allí el espíritu de celo, de penitencia y de recogimiento, de oracion y de pobreza, pero pobreza tal que nunca quiso admitir ni rentas ni fincas ni otras dádivas que le ofrecian, y que rehusó con tal teson, porque decia que el veneno de las riquezas puede hacer morir en el corazon el espíritu de observancia, el espíritu de inocencia y de sencillez evangélica de que veia animados á aquellos padres de su querida casa de Palermo, á las cuales él consideraba como sus más queridos hijos, al par que ellos le veneraban como á su más apreciable padre; bien es verdad que como tal se portaba con ellos. Persuadido de que áun los más sabios pueden equivocarse si se fian solo de su prudencia, él no descuidaba el consultar continuamente á los amigos de Dios, y no tomaba resolucion alguna de importancia sin que ántes lo hubiese consultado detenidamente con personas cuya sabiduría y rectitud le eran notorias, no habiendo nunca tenido reparo en acercarse á cuantos creia le podian satisfacer, por más que para ello hubiese alguna vez tenido que sufrir algo. Tan humilde como celoso, habia escogido entre sus hermanos un director segun cuyo parecer hacia todas las cosas, prestándose siempre sumiso á su voluntad. Pedro de Mallorca, á quien los más severos críticos llaman hombre de gran talento y de extraordinaria piedad, fué quien mereció la confianza particular del siervo de Dios, y habiéndole tenido á él los Padres para los trabajos

apostólicos, le comunicaban todos sus designios y sometian sus juicios al parecer siempre acertado de él. Los consejos del venerable P. Mallorca fueron unos de los firmes apoyos que sostuvieron al de Palermo en su inmutable resolucion de no permitir la más mínima adquisicion ni otra cosa que pareciera atenuar el debido espíritu de pobreza. La modestia de Pedro Palermo admira mucho más si se atiende á que era reputado como uno de los más distinguidos sabios y de los esclarecidos teólogos de su época. Conocido esto por el papa Eugenio IV, que además de las noticias que de él tenia por sus escritos las adquirió muy ventajosas, ya por sus buenas obras, ya por el fruto de su continua predicacion, hizo que llamasen á este insigne dominico para que concurriese como teólogo consultor al santo concilio de Florencia. Su natural modestia hizo que apénas fuesen conocidos los importantes servicios que allí prestó, y dicho se está que él no quiso tampoco hacérnoslos conocer, pues á nadie le dijo otra cosa sino que por efecto de la suma bondad del Padre comun de los fieles habia ido allí, donde cualesquier otro habria alcanzado más gloria para Dios y más provecho para los fieles; sin embargo, atendiendo á los muchos títulos honoríficos y exenciones con que el Soberano Pontífice le brindó y que él no quiso aceptar en manera alguna, se comprende muy bien cuán eminentes serían sus servicios. A pesar de su resistencia, el vicario de Cristo en la tierra le confió el honroso cargo de visitador general apostólico en todo el reino de Sicilia. Las obligaciones de este importante destino le parecieron compatibles con el ejercicio de su santo ministerio, así que desempeñaba á un mismo tiempo las funciones de uno y de otro, siendo cada vez mayor la afluencia de gentes que concurrian á oirle, habiéndose muchas veces verificado que por no caber en las iglesias más capaces, se vió precisado á predicar en las plazas y tal vez á campo raso, para no defraudar los deseos de los muchísimos que, confiados ya en la eficacia de sus oraciones, ya en la solidez de sus doctrinas, se llegaban con el mayor interés á oir al visitador apostólico, y por fin se convertian confesando con la mayor sinceridad sus extravíos, y enmendando todo cuanto se oponia á su adelantamiento espiritual. Es verdad que entre los especiales dones con que Dios le favoreció, fué uno el de tocar de tal manera las fibras del sentimiento, que áun aquellos más encarnizados enemigos, que podriamos decir jurados unos contra otros, deponiendo todo su enojo, se reconciliaban entre sí, y buscaban manera no solo de terminar sus discordias, sino de favorecerse mútuamente. Refiérese que un vengativo, que tenia determinado tomar satisfaccion de una afrenta que habia recibido, derramando la sangre de su contrario, esperaba que éste llegára á un sitio donde nuestro Santo estaba hablando precisamente de la temeridad de aquellos que no quieren dejar á Dios el que tome la venganza que su Majestad quiera de las injurias que les

irrogan, y áun cuando la conversacion no iba dirigida á éste de que vamos hablando, la gracia le tocó por este medio, y no solo abandonó su designio y se apartó de aquel lugar adonde habia ido solo para realizarle, sino que esperando á que el Padre concluyese su conversacion, se le acercó, le dió cuenta de todo lo que le habia sucedido, y de cómo le habia llamado la atencion lo que el siervo de Dios decia, y dándole gracias del singular favor que le habia hecho de apartarle de la ocasion de cometer un crímen horrendo, y por consiguiente haberse expuesto á la afrenta, áun despues de haber ofendido á su Dios, le prometió con las mayores veras no solo satisfacer á la divina justicia con la más sincera penitencia, sino ser en adelante íntimo amigo de su contrario, dispensándole tantas atenciones cuantas pudiera al más querido y fiel de sus hermanos, pagándole y satisfaciendo la aversion que le tuvo en un momento de extravío, rogando á Dios muy repetidamente el que no le tomase en cuenta su accion. No es de extrañar el fruto abundante que resultaba de la predicacion de este hombre apostólico, si se atiende á su santa vida y á que tenia una manera admirable de enunciar las verdades eternas. Si en un solo discurso hacia él más efecto que otros en una larga mision, fundado era esto en que este Santo predicaba la doctrina de Cristo en toda su pureza, con una intencion siempre recta, y habiéndose preparado ántes con la oracion y con los rigores de la penitencia. Parecia, en efecto, que las gracias particulares que recibia para el ejercicio de su ministerio, despues de darle á él la fuerza y la ilustracion que le convenia, refluian en sus oyentes para ponerles en situacion de aprovecharse de sus siempre adecuadas y edificantes instrucciones. Hallándose un dia de la Asuncion de la siempre Vírgen en la cumbre de una montaña que los sicilianos llaman en su lengua *Montagna di Gibilrossa*, y á cuya ermita concurre muchísima gente para dar gloria á Dios por el singular honor que dispensó á la Santísima María, colocándola en el empíreo despues de su precioso tránsito, segun esperaba á que se llegára la hora de predicar, supo por divina revelacion que en una gruta cercana habian sido muertas algunas jóvenes que no habian querido condescender con los inicuos designios de sus enemigos, habiendo por esto tambien perdido su existencia. Eran estas jóvenes, segun un historiador de la época, una porcion de hijas de familia, que con ánimo de concurrir á la fiesta habian salido muy de mañana de sus pueblos, y por consecuencia de su firmeza en no consentir con los atrevidos deseos de unos criminales albergados en aquellos lugares, habian tenido una muerte cruel segun el mundo, pero preciosa á los ojos de Dios, pues que las habia alcanzado la auréola del martirio. El siervo de Dios tomó de esto ocasion para predicar acerca de la excelencia y mérito de la virginidad, y concluyó su discurso

manifestando á su numeroso auditorio lo que le habia sido revelado. Concluida la solemnidad, fueron todos procesionalmente á la gruta, encontraron los cadáveres nadando en su propia sangre, y llevándolos con el debido respeto á la capilla, fueron enterrados con la mayor solemnidad, como merecian los venerandos despojos de vírgenes del Señor. Sin duda que fué un motivo de extraordinario consuelo para el siervo de Dios el ver que en un siglo de tanta corrupcion habia, sin embargo, personas que querian mejor la muerte que no consentir en el pecado. Aprovechó como era consiguiente esta ocasion para avivar la fe y excitar la piedad de los pueblos, sin dejar por esto de hacer que le sirviera á él mismo, para excitarle á trabajar con más ahinco y con nuevo fervor en su propia santificacion. Hemos dicho que habia comenzado su reforma por el convento de Palermo, y se deduce como consecuencia necesaria del conocimiento de las virtudes que practicaba, que esta su casa estaria como era consiguiente muy edificada de su conducta, por cuyo motivo, aunque él lo renunció y rehusó cuanto pudo, se decidieron á nombrarle prior de aquella santa casa. La dulzura y acierto de su gobierno le hicieron mucho más apreciable á su comunidad, que ya le respetaba y mucho, tanto por sus virtudes como por sus ejemplos. Lleno de celo, cuidadoso, atento á todo cuanto podia acaecer, amaba á sus hermanos con amor de padre y les hacia apreciar la virtud, á la práctica de la cual les animaba continuamente. Ninguno se resentia ni de la rectitud con que queria le hiciesen todas las cosas, ni de las reprensiones que alguna vez tenia que hacer, y todos le miraban como un modelo de perfeccion en su estado. Las muchas ocupaciones que eran consiguientes al importante cargo de superior que desempeñaba, no le distraian mucho del principal objeto de su atencion, que era la caridad, y parecia comunicar este don á todos los que trabajaban bajo sus órdenes para hacerse perfectos discípulos del divino maestro Cristo Jesus. Ni sus cuidados no se limitaban solamente á sus hermanos, ni la suma pobreza que profesaban les impedia consolar á muchísimos necesitados, entre los cuales distribuia cada dia cuantiosos socorros. Los ricos del mundo se lamentan muchas veces de que les faltan algunas cosas, y su abundancia misma como que les impide el socorrer á los desgraciados, al paso que los que se han despojado voluntariamente de todo por imitar á Jesucristo, encuentran en su misma indigencia un medio de dulcificar y disminuir la de los otros. El bienaventurado Pedro de Palermo no se contentaba con dar á los pobres su propio alimento, sino que á esto añadia el servirles por su propia mano, honrando así al que quiso hacerse semejante á ellos, para excitar más vivamente nuestra caridad en su atencion, ó condenar en otro caso nuestra dureza. Pasaremos en silencio muchos otros ejemplos de virtud y celo, de paciencia y de moderacion que dió este santo y sabio superior; para

hacer saber que apénas se desembarazó algun tanto en el gobierno de su comunidad, cuando se le encomendó el importante cargo de regir y educar á los novicios. Educábalos en la más elevada piedad, y siempre parecia que su atencion se fijaba más en enseñarles el espíritu de la religion y la práctica de todas las virtudes cristianas, todas y cada una de las observancias de la regla, que no les era dado despreciar, ántes por el contrario, habian de tomarlas como medio de ir á la perfeccion, siendo el fundamento de ésta la humildad y su principio la caridad, sin cuyas bases ella no podria lograrse, ni los religiosos ser por consiguiente perfectos. Grande era el provecho que se sacaba de la direccion y gobierno de los novicios, encomendado á tan excelente maestro, en ello no cabe duda; mas tampoco cabe género de duda en que era para él más vivo que en ninguno el deseo de dimitir su cargo, á fin de quedar así libre para ejercer el ministerio de la predicacion, al cual conocia que Dios le llamaba. Para conseguir el que atendieran á estos deseos del siervo de Dios, tanto más atendibles cuanto que no tenian otro objeto que el bien de los fieles, concurrió al capítulo provincial reunido en Catania el año 1444. Durante la permanencia del siervo de Dios en esta ciudad, fué testigo de la consternacion general de los pueblos, queriendo el Señor valerse de su ministerio para suspender el castigo que los amenazaba, ó por mejor decir, para hacerle cesar pues que cuando él llegó era ya bastante terrible. Sabido es que Catania, situada al pie del Etna, es muchas veces abrasada de las lavas de fuego que proceden de esta terrible montaña la más notable de Sicilia. Las hendiduras terribles, las cenizas candentes, las chispas que lanzaban muy léjos, el sonido terrible que se oia de cuando en cuando, los temblores de tierra, y todo cuanto habia precedido á una especie de diluvio de fuego, acaecido en 1444, habia consternado á los habitantes del país, de manera que temian, no sin fundamento, estar expuestos á ser sumidos ellos y sus casas y todo cuanto los rodeaba en las entrañas de la tierra. En tal conflicto acudió el pueblo en masa á la iglesia, y Pedro de Palermo fué comisionado para mostrar el velo de Sta. Agueda, por si ante esta prenda de su sierva se aplacaba la divina justicia. El amigo de Dios, lleno de fe y despues de haber hecho oracion con la mayor humildad, dirigió una inspirada exhortacion á los fieles, excitando en ellos sentimientos de compuncion y de confianza, y rodeado del clero, acompañado de un inmenso pueblo, fué con firme paso al lugar de donde partian las amenazadoras llamas. Es imposible calcular cuáles podrian ser en tan críticos momentos los votos del pueblo, las lágrimas y protestas de los unos, los gemidos y promesas de los otros. Hombres, mujeres y niños, grandes y pequeños, todos todos confesaban públicamente sus pecados, y reconocian como muy merecido el terrible castigo con que el Señor los probaba. Sin embargo, estos sentimien-

tos eran en la mayor parte inspirados por el terror del momento, pero que no habian por consiguiente madurado, digámoslo así, el fruto de su conversion, por lo cual fué preciso que el siervo del Señor elevára nuevamente sus súplicas al cielo, y éste entónces no solo las escuchó benigno, sino que además del especial favor del remedio de la necesidad que los agobiaba, les otorgó el de que su conversion se hiciera sincera, y cual otros ninivitas abrazasen la verdadera penitencia. Sin embargo, cuando el siervo de Dios alcanzó del Señor esta gracia, habian ya transcurrido veintiocho dias en los cuales el pueblo habia estado en verdadera ansiedad, y el Señor habia probado y acrisolado la fe de su siervo y el celo que por el bien de sus hermanos la devoraba; pues que en estos dias de prueba tan terrible, él no cesó de clamar á Dios desde el altar, y al pueblo en repetidas exhortaciones para que el arrepentimiento de éste atrajera sobre sí las misericordias de aquel. Despues de este suceso tan notable volvió á Palermo, y tomó de nuevo á su cargo el desempeño de las funciones de su alto ministerio. En los primeros dias despues de su regreso quiso el Señor que se verificára por su medio un verdadero milagro, que dicho se está aumentó, si este aumento era posible, la grande fama y reputacion de que ya gozaba el siervo de Dios. Pasando por una calle oyó los gritos de una desconsolada madre que lloraba á una hija acabada de caer en un pozo. Mandó el Santo que la sacáran é inmediatamente la llevára á la iglesia, donde él se retiró á hacer oracion. Largo rato pasó en ferviente súplica, despues de la cual restituyó la vida á aquella hija muerta, y con esto se la restituyó tambien á su madre; pues si bien es verdad que la madre aún no habia fallecido, lo es que no habria podido soportar tan grande pena cual debe de ser la pérdida de una hija, é hija querida y sucediendo de un modo desastroso. Por supuesto que el respetable Pedro no decia haber sido una maravilla tan grande la que el Señor habia obrado por su medio, sino que como el Salvador dijo á sus discípulos con referencia á Lázaro que dormia, así Pedro clamaba no estaba muerta esta niña, sino dormida. Sin embargo, el portento llenando de satisfaccion á los de Palermo, se repetia por todos con entusiasmo. Podremos dar algunos otros pormenores sobre otros sucesos, que tambien dicen muy claramente lo que fué este ínclito dominico. Hubo en Palermo una extraordinaria escasez, y esta escasez misma hacia temer cualquier sedicion por parte del pueblo. Grandes huracanes y tormentas que hacia mucho tiempo reinaban en el mar de Sicilia, le hacian impracticable, y las abundantes lluvias que habian hecho se saliesen de madre todos los rios, parecia que habian cortado todos los caminos por donde pudiesen llegar recursos á los habitantes de la ciudad. En tan aflictiva y extrema situacion los magistrados y el gobernador, despues de haber hecho cuanto estaba á su alcance, resolvieron acudir

á la caridad que ellos sabian era inextinguible en el siervo del Señor; y le expusieron que era de temer, además del terrible sufrimiento que el hambre que se experimentaba hacia ya dias llevaba consigo, el que se amotináran los habitantes, cuyos susurros de alarma ya se dejaban sentir, para lo cual le rogaban les dirigiese su autorizada voz, seguros de que al oirla se aquietarian. «No os turbeis, les dijo el Santo, ya está muy próximo el momento en que el Señor va á hacer con nosotros una nueva demostracion de su misericordia: ántes de la noche tendrá el pueblo alimento suficiente.» Estas palabras llenaron de consuelo á los magistrados, y fundados en ellas, alentaron al pueblo, en tanto, que el P. Pedro continuaba su oracion cada vez más fervorosa, siguiendo las cosas de esta suerte hasta hora avanzada de la tarde. Dicen los historiadores de la época, que ni la tempestad cesaba en el mar, ni los síntomas de por tierra eran más favorables, cuando inesperadamente apareció en la playa una enorme embarcacion cargada de comestibles, que como es consiguiente sirvió para socorrer la necesidad del momento. Es indecible el gozo que se apoderó de los habitantes de Palermo, y el siervo de Dios, que inclinó su misericordia á que hiciese tal gracia, no quiso recibir el lauro que merecia su benéfica influencia para con el Señor, y se fué de Palermo con ánimo de llevar á otra parte las palabras de salud que salian de sus labios. La obediencia, á que siempre estuvo sujeto este tan distinguido religioso, le obligó á aparecer nuevamente en Catania, donde le recibieron como á un hombre bajado del cielo, y por consiguiente él tuvo ocasion de acreditar allí las grandes dotes con que el Señor le favorecia para el ejercicio de su sublime y desde luego muy importante ministerio. Hubiera sido de muchísimo provecho su estancia en aquel punto, donde sin duda alguna habria alcanzado abundantes frutos para la vida eterna; frutos provechosos, no solo para sí, sino tambien para sus hermanos, porque hubiesen podido alentarse á la práctica de la virtud con su ejemplo, al paso que con su doctrina; pero á Dios plugo disponer las cosas de otra manera, porque ya era llegada la hora en que el siervo de Dios, dejando este miserable mundo, pasase á la patria de los bienaventurados. Efectivamente, una porcion de afecciones, que con su invicto sufrimiento habia tolerado, se le desarrollaron y exasperaron notablemente, siendo el resultado final que despues de producirle indecibles sufrimientos, obligándole á guardar muchos dias el pobre lecho donde no estaba ordinariamente más que un breve momento, le extenuaron de manera que en sus últimos dias parecia cadáver. Los de Catania hubiesen querido recibir los últimos suspiros de tan esclarecido varon, y hubiera sido para ellos ciertamente una satisfaccion el que hubiese fallecido en la casa que allí tenia su Orden, sin embargo, hubieron de resignarse á las disposiciones superiores, por las cuales se mandó que el

retiro de Sta. Cita, donde habia estado tantos años, y que á la verdad le debia mucho, fuese donde falleciera cuando Dios fuese servido. Un mes largo le duraron en este último punto los gravísimos padecimientos de su enfermedad, y todo este tiempo lo empleó el siervo de Dios en purificar más y más su espíritu áun de aquellas ligeras imperfecciones que hubieran podido mancharlo, y en adquirir los méritos más grandes que se pueden alcanzar por un sufrimiento y una paciencia heróicos, y lo que más es, por un ánsia viva de padecer y morir por Cristo, objeto amado de su corazon. Así como Dios le habia dotado de espíritu de profecía respecto á los demás, le concedió tambien esta gracia con respecto á sí mismo, así que conociendo el momento de su muerte, se previno á ella como requeria su preciosa vida. Acaeció su fallecimiento el dia 3 de Marzo de 1452, siendo como era consiguiente un suceso que se supo en todo Palermo, y que llenó á sus habitantes, por una parte, de la consternacion y sentimiento que es consiguiente á la pérdida de un hombre de sus circunstancias, y por otra, de la confianza que inspira la noticia y conviccion de las heróicas virtudes de un hombre que dotado por Dios de gracias muy eficaces, sabia aprovecharse de ellas para servicio del Señor y para bien de todos aquellos á quienes consideraba como hermanos, bien que con ellos no le uniesen otros vínculos que los de la caridad en el Señor. Este mismo Señor quiso por su parte acreditar el aprecio que hacia de su siervo permitiendo se verificáran sobre su tumba, y desde los primeros momentos, milagros de primer órden, llegando la bondad de Dios acerca de su estimado y fiel discípulo á más, pues que no solo su sagrado cadáver, sino los objetos que habian sido de su uso tuvieron tambien eficacia para obrar prodigios, siendo uno de estos el que recibiera la salud instantáneamente un hidrópico, que tocó la cadena con que habia llevado ceñido su cuerpo por más de cincuenta años el distinguido siervo de Dios. De aquí comenzó sin duda su fama de santo, fama que nunca ha sido desmentida y que ha dado lugar á que en el *Martirologio de Sicilia* se lean estas terminantes palabras, que no cabe duda se refieren al siervo de Dios: *Panormi, in monasterio sanctæ Citæ dormitio B. Petri Jeremiæ, ordinis Prædicatorum.* Volviendo á su sepultura y omitiendo el relato de los solemnes obsequios que se le tributaron en el dia de su enterramiento, que fué una verdadera solemnidad para aquella ciudad, entusiasta decidida del siervo de Dios, dirémos solamente que su decoroso sepulcro recuerda continuamente las virtudes de que dió ejemplo, pues en él se lee todo el elogio que puede hacerse de sus virtudes en estos términos: *El bienaventurado Pedro Jeremías de Palermo, del órden de los PP. Predicadores, ilustre por su doctrina, por la gloria de sus milagros y uno de los grandes teólogos de su siglo, como lo acreditan sus escritos, reposó*

en el Señor el dia 3 de Marzo de 1452. Las maravillas que continuamente se obran en su sepulcro dan testimonio del crédito de que goza en la presencia de Dios. Tal es la inscripcion que, como decimos, existe en el sepulcro del bienaventurado en su dicho convento de Palermo, por lo cual aparecen destituidas de todo fundamento las noticias que algunos escritores dan de que su muerte acaeció en Bolonia, haciendo aquí nosotros esta aclaracion para que no pueda nunca tildarse de inexacto nuestro relato. Hemos dicho, y consta en su epitafio, que Pedro de Palermo era escritor, y vamos á dar una noticia de sus obras, no ya una detallada historia crítica de sus escritos, pues esto necesitaria espacio y capacidad mayor á las de que disponemos, sino solo una razon de ellas para que se conozcan. Escribió muchas *Colecciones de sermones*, ya para todo el año, ya para los santos cuyas fiestas se celebran más generalmente. Escribió un *Tratado sobre la Pasion de nuestro Señor Jesucristo*, en que muestra una piedad la más sólida, al mismo tiempo que una erudicion nada comun. Escribió tambien una *Explicacion de los Artículos de la fe* y otra sobre la *Oracion dominical*, cuyas obras estan todas impresas diferentes veces y en varios puntos, y algunas de ellas tambien en varios idiomas, siendo Lion uno de los lugares donde se han hecho al ménos tres ediciones. Tambien hizo algunas otras obras, que permanecen inéditas, entre las cuales debe citarse un *Diccionario moral*, de que él habla varias veces en sus escritos y sermones, y una erudita coleccion, en que reunió tratados muy luminosos acerca de leyes, cánones y otros muchos puntos de teología, y á cuya obra da por título : *Silva rerum legalium, canonicarum et theologicarum.* Obra importante, y que es muy sensible que no haya visto la luz pública, pero que acaso algun dia la vea, haciendo, si cabe, de esta suerte más difundida la noticia del querido siervo de Dios y glorioso padre dominico, Pedro Jeremías de Palermo. — G. R.

PEDRO de Palma (Fr.). Fué este distinguido religioso francés de nacion, y tan dado á la práctica de las virtudes y al estudio de las ciencias, que apénas era conocido personalmente áun de aquellos mismos que vivian en su propia casa. Su observancia y su estudio y el esmerado cuidado que ponia en cumplir de un modo conveniente con las obligaciones de su ministerio, le absorbian por completo el tiempo, no dejándosele para ninguna otra cosa impropia en un religioso. Estas favorables condiciones que en él se reunian, hicieron que desde luego fijasen todos en él sus atenciones para condecorarle con los cargos más importantes, comenzando como era justo por probarle en aquellos que requerian ménos condiciones para confiarle despues otros á os cuales era necesario llevar circunstancias más relevantes. Por tanto fué nombrado primero prior de su convento, y desempeñó el cargo tan á satisfaccion de todos, que apénas concluyó su prelacia fué nombrado visitador

del reino de Francia, en cuyo cargo prestó importantísimos servicios, en razon á que dotado de un carácter franco á la par que muy dulce, y siendo muy exacto y muy compasivo, hacia que por esta circunstancia de su compasion le apreciasen los más descuidados, por su rigidez los más celosos y todos por su prudencia, moderacion y tino, pues no habia ciertamente en su convento otro en quien todas estas circunstancias reunidas se hallasen de un modo tan especial que cada una parecia exclusiva. Lo mucho que habia hecho en bien de la Orden y el esmero con que siempre habia desempeñado los cargos que se le confiaron, hizo que todos pusiesen en él sus miras cuando hubo de nombrarse prelado general que sustituyese al muy distinguido P. Fr. Hugo de Campam; pero el respeto que á todos merecia el P. Fr. Gerardo de San Adamaro hizo que se decidieran por él, dejando que nuestro P. Pedro acumulase todavía mayores méritos y experimentára mayores sufrimientos para por unos y otros llegar al superior lugar en la Orden con suma complacencia de la misma. Así fué ciertamente; pues aunque él lo rehusó cuanto pudo, la Orden, congregada en capitulo general, le dió el importante cargo de su primer ministro para que la gobernára y dirigiera, lo cual hizo con tanto acierto y con tan buenos resultados como lo habian hecho sus predecesores. No fué mucho el tiempo que Dios le permitió vivir en su nuevo cargo, así que de Fr. Pedro de Palma no tenemos capítulo general; pero sí se sabe que visitó como superior los conventos de Francia, que eran muchos y algunos bastante necesitados de este auxilio; sabemos que trabajó mucho y dirigió con acierto los trabajos de sus hermanos para sofocar y destruir la herejía de los disciplinantes, que bajo apariencias de penitencia, que es verdad ejercian con todo rigor, obraban muchas maldades, bajo la esperanza de una compensacion increible, es decir, bajo la confianza de que con estos rigorosos tratamientos podian excusar ante Dios la responsabilidad que les imponen la infraccion de sus santas leyes y sabios consejos. Siempre fué celosísimo defensor de las prerogativas y observancia de la Orden, en cuyo mejoramiento empleó todos sus esfuerzos, sin descuidar un punto en su santificacion y en ofrecer á todos el ejemplo práctico de las virtudes que predicaba, para que así no hubiese por parte de ninguno la réplica con que algunos tratan siempre de escudar sus infracciones, es decir, para que no pudiesen acusarle de exigente en demasía, cuando pedia en todos no más de aquello que la regla misma exige, y de que las sabias constituciones á nadie eximen, cual es la obediencia y sumision á los superiores, recurso de importancia grande para el buen órden y aprovechamiento de todos, y en cuyo punto se esmeraba tanto Fr. Pedro, que con justicia se le puede apellidar, además de general de la Orden, como era por eleccion, celosisimo defensor de todos y cada uno de sus súbditos, porque bus-

cando para ellos el que fuesen como debian observantes y buenos, buscaba tambien el que obtuviesen su dicha y aseguráran su porvenir, á lo cual ciertamente habian venido al claustro. Bajo estos auspicios fué superior general hasta que en 1353 lo llamó Dios para sí, dejando buena memoria de su prelacía y de sus virtudes, y un recuerdo en su distinguida Orden, que nunca perecerá, porque nunca pueden perecer los monumentos que sus disposiciones erigieron, y en los cuales con la prosperidad de la Orden misma, se procura la gloria de Dios, el bien de todos, y por consiguiente en su dia se procuró tambien la santificacion del M. Rdo. P. Fr. Pedro de Palma, religioso dominico y décimoctavo ministro general de su Orden. — G. R.

PEDRO DE PALUDE (Fr.). Fué este insigne varon esclarecidísimo por su virtud y ciencia, é hijo de la Orden de Sto. Domingo, cuyo hábito tomó en Francia, su patria. Se dedicó al estudio de las ciencias eclesiásticas con grande asiduidad y esmero, obteniendo brillantísimos resultados, como demuestra lo mucho que escribió y cuyos originales ocupan mucho espacio en la biblioteca de la Orden, en Paris, siendo muy de sentir el que la falta de recursos para su impresion, priven á los que frecuentan los estudios el aprovecharse de la grande erudicion y de las dotes verdaderamente excelentes que este distinguido religioso demostró en sus perfectamente acabados escritos, que abrazaron las más importantes cuestiones y materias, pues comprenden desde una explicacion admirable del *Libro de las Sentencias*, hasta un brillantísimo escrito sobre la soberanía del Papa, en que parecia preveer las vicisitudes por las cuales este asunto va pasando, y ventila muchas cuestiones de altísima importancia y de notable provecho para los que le han seguido. Tambien escribió: *Sermones para todo el año*, y unos eruditísimos *Comentarios sobre la Sagrada Escritura en los cuatro sentidos en que la Iglesia católica admite su interpretacion*; siendo muy notable el que el asiduo trabajo que en escribir tan importantes obras habia de emplear, no le impedia en nada el dedicarse con gran celo á la salvacion de las almas, ya predicando el santo Evangelio, cuando no era sino simple religioso, ya en el ejercicio de su alta é importantísima dignidad de patriarca de Jerusalen con que fué honrado por el Sumo Pontífice, en atencion únicamente á sus buenas cualidades, talento y erudicion, desempeñando todos sus cargos y oficios con tal esmero y tan á satisfaccion de todos, que siempre les causaba pena el tener que alejarse de Fr. Pedro, cuando alguna circunstancia les hacia separarse, ó cuando éste tenia que pasar de uno á otro punto para desempeñar su importante ministerio. De esta suerte cumplió los dias de su destierro en este mundo como verdadero siervo de Dios, y pudo pasar un dia á rendir la cuenta al supremo dador de aquellas disposiciones especia-

les para su servicio, de que le dotó abundantemente y con las cuales mereció la auréola de la inmortalidad que es consiguiente al fiel servicio de Dios Señor nuestro. No se puede determinar á punto fijo la época en que dejó este mundo tan esclarecido varon, pues los autores más respetables que se ocupan de los sugetos y cosas de la gran familia de Sto. Domingo, difieren en la época que señalan á su muerte, así como en algunos detalles acerca de su vida, por lo cual los omitimos, contentándonos con afirmar lo que aparece indudable, y es que Fr. Pedro de Palude, religioso dominico y patriarca de Jerusalen, floreció en virtud y ciencia á los fines del siglo XII. — G. R.

PEDRO Pape. Este eclesiástico fué natural de Lion, en Francia, y á principios del siglo XV se le ve de chantre de S. Niciero. Fué muy profundo en la ciencia del derecho canónico, en el que floreció en Lion, de cuya ciudad jamás se ausentó. Fué servidor muy apreciado del arzobispo de Thurreis, cuyo prelado le encargó verificar las reliquias de S. Ireneo. El P. Colonia dice que tuvo en sus manos el acta de 3 de Diciembre de 1418, sellada y firmada por Pedro Pape, por la cual ratifica este eclesiástico la donacion que se habia hecho de la reclusion de S. Marcelo al sacerdote Juan Ponteillet por Antonio Vassol, prior. Fué tio del célebre jurisconsulto francés Gui Pape. — C.

PEDRO París (D.), obispo de Pamplona. Habiendo muerto en Diciembre de 1166 el obispo D. Bibiano, fué elegido para sucederle en Abril del año siguiente el Sr. D. Pedro de Artajona, varon ilustre de este pueblo de Navarra, por cuya razon llevaba su apellido, si bien generalmente es conocido en la historia de la capital de su reino con el nombre de D. Pedro de París, atendiendo á que estudió con muchísimo aprovechamiento, y áun durante algun tiempo regentó con el mismo algunas cátedras en el colegio mayor de la Sorbona. Cuando este señor ocupó su silla pontifical estaba en grande apogeo la iglesia de Pamplona, y esto mismo excitaba cierta emulacion entre los convecinos, pues no podian tolerar la gran tranquilidad interior que en ella reinaba, y querian por medio de rencillas suscitadas por los de Castilla y Aragon, reinos entónces más poderosos que Navarra, hacer á esta perder el sosiego y tranquilidad que en lo eclesiástico disfrutaba; así que el obispo D. Pedro apénas tomó posesion de su diócesis tuvo que comenzar un largo y muy costoso pleito con el obispo de Zaragoza acerca de las posesiones é iglesias de Un-Castillo. Estas fueron adjudicadas por sentencia del cardenal Jacinto al obispo de Pamplona D. Lope, en 1155; mas el obispo de Zaragoza aprovechándose de la confusion que producia la guerra entre Aragon y Navarra, pudo conseguir que el rey de Aragon le hiciera donacion de ella como cosa propia, con cuyo único é ilegítimo título entró en posesion de ella, no haciendo caso alguno de las reclamaciones que hizo D. Lope durante su vida

y despues su sucesor D. Bibiano. D. Pedro no quiso por lo tanto acudir á él, sino que entabló recurso en forma ante Hugon, arzobispo de Tarragona, el cual vistos los términos y pruebas aducidas por el obispo D. Pedro y testigos que presentó, y que el obispo de Zaragoza no buscaba más que pasar el tiempo pidiendo siempre prórogas, decretó contra el de Zaragoza en sentencia definitiva, cuya ejecucion le iba aneja. Sin embargo, el pueblo, obligado por las indicaciones del obispo de Zaragoza, acudió á su defensa, y fué preciso que D. Pedro pidiese un mandamiento al Rey, que firmó éste en Almenar por Marzo de 1170, para que diesen al obispo de Pamplona los habitantes de Sta. Maria de Un-Castillo, esta misma iglesia con sus posesiones y diezmos. No bastó esto, sin embargo, para convencer al prelado de Zaragoza de la sinrazon con que poseia aquellos bienes; asi que interpuso ante el Papa, que á la sazon era Alejandro III, recurso de apelacion de la sentencia del metropolitano, y el Sumo Pontífice resolvió que compareciesen las partes por sí ó por sus legítimos representantes para aducir sus derechos, y que la Santa Sede pudiese proveer en justicia. El prelado de Pamplona, como que cuestionaba de buena fe y fundado en razon, acudió presuroso á la indicacion del Soberano Pontífice, así que se personó en Roma dentro del plazo establecido por él, mas el de Zaragoza ni fué ni envió persona que le representára; pues aunque hizo un viaje por entónces á la capital del orbe su arcediano mayor, no fué para este objeto, sino para excusar al prelado con pretextos muy frívolos, y que por consecuencia convencieron al Santo Padre de la razon del obispo de Pamplona, sin embargo, para decidir con acierto un asunto en que la resolucion habia de ser perpétua, lo encomendó á tres distinguidos varones, que fueron los obispos de Gerona y Calahorra y un canónigo de Lérida, cuyos tres juntos, ó cuando ménos dos de ellos, pudiesen por virtud de la autoridad apostólica que les delegaba, fallar este asunto de modo que produjera su sentencia ejecutoria y fuese como dictada por Su Santidad mismo. Oyeron en efecto el pleito, no sin algunas desavenencias entre ellos mismos; pero al fin fallaron en favor del de Pamplona, siendo su sentencia confirmada por la santidad de Alejandro III, que dió la bula de ejecucion en Verut á 22 de Junio, no citándose el año, aunque se presume fué el de 1170. Así las cosas, y prosperando cada vez más la iglesia de Pamplona bajo el gobierno de su tan celoso prelado, asistió éste en Zaragoza á los desposorios del rey de Aragon con la hija del de Castilla, y como los reyes habian dado cierta tregua á las guerras en que se agitaban sus estados, fué este acontecimiento de las bodas motivo para que se cortáran muchas diferencias y se hiciesen, especialmente entre los prelados convecinos, concesiones que fueron de gran provecho para las iglesias, y más que nada, medio muy adecuado para venir á la armonia y confraternidad que debe haber entre los pas-

tores, que representando á Cristo, guian su grey por sendero de benignidad y de paz. Infiérese de las condiciones verdaderamente apostólicas que en D. Pedro París concurrian, cuánta no seria su satisfaccion al verse en este estado de paz y de buena armonía con sus hermanos los prelados circunvecinos; pero no quiso Dios que esto fuese duradero, pues un suceso imprevisto puso en conflagracion al reino de Navarra, y si bien los prelados no dieron por entónces motivo de disgusto al obispo de Pamplona, por las circunstancias de la época y por los modos poco comedidos con que Aragon y Castilla se condujeron, le fué preciso dejar el báculo para tomar la espada, abandonar, digámoslo asi, la catedral para ir en el campo al frente de las tropas, que en nombre de Dios peleaban por su patria y por sus reyes, siempre queridos de ellos en gran manera. Como eran dos los reyes que se oponian al de Navarra, y ambos tenian recursos propios, pusieron en grande ahogo al rey D. Sancho; pues si bien es cierto que él con gran denuedo y esfuerzo atacaba al enemigo por las fronteras de Aragon, tuvo que dejar en descubierto las de Castilla y por allí fué acometido, apoderándose del fuerte, aunque pequeño castillo de Leguin, cerca de Urroz, á tres leguas de Pamplona. Encargó inmediatamente que el Obispo, en representacion suya, pues que á él le era imposible dejar la empresa que ya acometiera, fuese con gentes de guerra en persecucion de los enemigos, lo cual hizo el Obispo inmediatamente, pero con tal prudencia, que colocadas sus fuerzas de modo que hicieran bulto, las llevó hácia un castillo propiedad suya, próximo al lugar que los enemigos ocupaban, y allí presentándoles siempre como si fueran muchos más, hizo comprender al castellano, sin decirle nada, ni darle ninguna escaramuza, que Navarra áun podia defenderse, y esta actitud dió por resultado el que se retiráran los enemigos sin más pérdida por parte de Navarra que la que es consiguiente á un movimiento de la naturaleza del que hubieron de hacer para defender sus derechos, caso de que hubiesen sido atacados por alguien. Quedó, pues, libre el Obispo para dedicarse de nuevo y con el ahinco que lo hacia á los obras piadosas, cosa en verdad mucho más propia de su ministerio. Comenzó por restablecer el monasterio de Sta. María de Iranzu, que habiendo sido muy floreciente en épocas mejores para la España, habia venido á un grado tal de decadencia que fué necesario todo el esfuerzo del señor obispo París para restablecerle algun tanto. Como el rey D. Sancho secundaba las piadosas miras de este venerable prelado, hizo tambien donaciones al monasterio, y el Obispo por consiguiente tuvo el consuelo de ver asegurado el porvenir de su obra. No se crea que por atender á estas piadosas fundaciones de fuera de su catedral desatendia los intereses de esta; todo lo contrario, con las rentas que nuevamente donó el Rey y que habian de pagar varios pueblos comarcanos, se aumentó no solo la pension sino el

número de los capitulares y monjes adscriptos, y se pudo establecer una especie de concordia entre éstos y aquellos, para que cuando los canónigos se quisieren retirar á ejercicios con los monjes, estos los tratasen con cierta deferencia, teniendo para esto ciertos emolumentos que pasaba el arcediano de la mesa episcopal. A pesar de que el Obispo tenia tantas deferencias para con los monasterios de religiosos y los estimaba tanto que procuraba, como vemos, su mayor auge y esplendor, no por eso consentia el que estos estuviesen exentos de la jurisdiccion ordinaria como hasta entónces venia aconteciendo; así es que reunió una vez á los prelados y les exigió para en lo sucesivo la obediencia, respeto y sumision al obispo de Pamplona como á su legítimo prelado ordinario, y como Leyre quisiese que valieran en favor suyo algunas excepciones ridículas, que más bien que privilegios eran verdaderos abusos, tolerados por la suma bondad de los obispos sus antecesores, acudió á Roma, y desengañando al Pontífice, ó más bien haciéndole ver las cosas bajo su verdadero prisma, hizo por fin que se diese por Su Santidad una bula en la que se les declaraba sujetos al ordinario como los demás monasterios; bula que se apoyaba en la regla misma del gran patriarca S. Benito, que no quiere ni tolera se usurpe por nadie ni en ningun concepto el fuero, atribuciones y derechos de los prelados ordinarios de los lugares donde estuvieren fundados ó se fundaren ó trasladaren los monasterios. Aprovechando el señor Obispo sus buenas relaciones con Roma, y haciendo ver al Romano Pontífice la fe, devocion y confianza que los naturales de Pamplona tenian con su gran mártir y decidido protector el glorioso S. Fermin, patrono de aquella ciudad, consiguió que se le diera una parte notable de la cabeza del Santo, y engastándola en una riquísima cruz de oro, la colocó en una bella imágen del Santo, de cuerpo entero y de tamaño más que natural, la cual con grande devocion y frecuentísimo concurso del pueblo existe á la pública veneracion en la parroquia de S. Lorenzo, teniendo al pie una inscripcion que dice: *Hic sunt reliquiæ de capite Sancti Firmini.* Tambien estableció que la fiesta con que en adelante se celebrára al glorioso mártir y su primer Obispo, fuese tan solemne que concurriesen á ella doble música y cantores que de ordinario, y para que los capitulares asistiesen á la solemnidad con mayor gusto, dió órden ó mejor dicho instituyó una fundacion para que en aquel dia se diese una esplendidísima comida á todos los que hubiesen concurrido. No era ciertamente bastante para satisfacer la piedad del Sr. D. Pedro la fundacion de esta solemnísima funcion religiosa en honor de su patrono S. Fermin, sino que estableció una cofradía en S. Salvador de Burlada, para que promoviesen el culto y veneracion debidos al Santísimo Sacramento, en lo cual tenia gran interés y celo como le tuvo ciertamente para todas las cosas que decian relacion al mejor servicio de Dios nuestro

Señor. Es excusado decir que todos los años en la época prescrita por la Iglesia hacia la santa visita, no á expensas de los pueblos sino de su propio peculio, y procurando siempre arreglar todas las cosas de manera que no fuese infructuosa la visita, ántes por el contrario quedáran de ella los recuerdos que siempre deben quedar: en los fieles el buen ejemplo de los prelados; en el clero las oportunas amonestaciones y facultades para que se facilite á los fieles el uso de los santos sacramentos. Si alguna vez tenia que reprender á los clérigos lo hacia con suma benignidad y dulzura, no exasperándolos nunca, ántes atrayéndolos con conviccion y obligándoles con sus benignas indicaciones. Gobernando su iglesia con extraordinario celo y prosperándola de la manera que hemos visto, fué acometido de la última enfermedad en que recibió los santos sacramentos con extraordinaria piedad; y bendiciendo á todos con la bendicion apostólica, entregó plácidamente á Dios su espíritu el dia 13 de Junio de 1193, siendo muy grande el concurso que acudió á sus honras, que se celebraron con grandísima solemnidad y como un justo tributo á la buena memoria de quien habia hecho tanto por su iglesia y cabildo. Quiso éste levantarle un suntuoso mausoleo, pero hubieron de desistir de su empresa; pues en las poquísimas prescripciones de su testamento habia una por la cual disponia que su cadáver, despues de recibir en la catedral los honores debidos, y hechos por su alma los sufragios de costumbre, fuese trasladado al monasterio de Benedictinos de Iranzu, donde nuevamente se le celebrasen honras y éstas continuasen cada año por su memoria, que para esto les legaba. Todo se cumplió fielmente, y como el legado fué espléndido y los monjes tenian muchísimo que agradecerle, ya por los grandes dispendios que hizo para la fundacion de esta santa casa, ya por los muchos favores y prerogativas que les concedió, colocaron su cuerpo con magnificencia próximamente al altar mayor, donde con gran veneracion se conserva para decir á las generaciones futuras lo mucho que le debieron los Padres de aquel monasterio, que él fundó, la iglesia de Pamplona que rigió tan sabiamente, y el reino de Navarra á cuya gloria y esplendor contribuyó cuanto pudo. —G. R.

PEDRO PASCUAL (S.), Obispo y Mártir. Español esforzado es el personaje celeste de que vamos á tratar áun cuando ligeramente; varon ilustre en santidad, gloria de la ciudad de Valencia y honra del prelaciado, su nombre se pronuncia aún en su país con verdadero entusiasmo, y sus imágenes se consideran en él como talismanes sagrados, pues que por su intercesion ha obrado la misericordia divina muchos milagros en sus compatricios. Nació S. Pedro Pascual en la nobilísima ciudad de Valencia, cuya religiosidad y catolicismo no cede á ningun otro pueblo de la cristiandad, en el tiempo en que la ocupaban los sarracenos, y de padres mozárabes cristianos y de no-

ble prosapia. Siempre que el glorioso santo español S. Pedro Nolasco, honra y prez de la Religion Mercenaria, venia á Valencia á redimir cautivos, se hospedaba en la casa de los padres de nuestro Santo, y viéndolos tristes por no haber tenido sucesion, pidió á Dios fervorosamente en sus oraciones les concediese un hijo, y como Dios le oyera propicio, les profetizó la gran santidad á que habia de llegar, razon por la que los padres le pusieron el nombre de Pedro en grato recuerdo de su protector. Criaron sus padres á Pedro en la virtud y piedad que ellos vivian, y tomó tan bien las lecciones el niño, que aún puede decirse no sabia hablar, y ya trataba de imitar á los predicadores, y reuniendo á los niños de los demás mozárabes cristianos, les enseñaba las oraciones que aprendia de sus padres. Oyendo hablar el santo niño que algunos religiosos Mercenarios habian sido arrastrados por los moros en las calles de Valencia por confesar la fe de Jesucristo, deseando imitarles y morir mártir como ellos, llamaba á los niños de los moros y hacia que le atasen y llevasen arrastrando. Descubierto por la algazara que tenian este juguete por los de su casa, quisieron castigar á los niños moros porque maltrataban á Pedro; pero éste lo impidió diciendo á todos: «Dejadlos que me llevan á ser mártir.» Rescatado por sus padres un sacerdote francés que se hallaba cautivo, le nombraron maestro de Pedro, el que aprendió con él filosofía, letras é idiomas, en lo que con su clarísimo ingenio hizo rápidos progresos; pero adelantaba aún más en virtudes. Levantada la ciudad de Valencia contra su rey Zeit por ser muy afecto á los cristianos, los padres del Santo tuvieron que sufrir mucho, y el santo niño manifestó en esta ocasion su gran conformidad en lo que Dios permitia, pues que encerrado en su casa por sus padres temiendo le quitasen la vida, tenia que entretenerse en ejercicios de piedad, lo que hacia con gusto y muy contento, asi como el pedir limosna para redimir cautivos por las casas de los cristianos, lo cual le concedieron sus padres cuando cesaron las turbulencias. Sitiada Valencia por el rey D. Jayme de Aragon, los sarracenos se vengaban con furor en los cristianos que habia dentro de la ciudad, y el santo niño lloraba porque sus padres no le concedian salir á ser maltratado y recibir el martirio de manos de los infieles, y ya que esto le impedian, ofrecia á Dios ayunos, penitencias y oraciones por que venciesen los cristianos á los moros. Venció el rey D. Jayme, que entró en la ciudad como clemente conquistador, restituyendo las iglesias al culto del verdadero Dios y la libertad á los cristianos, y sabedor de la acendrada piedad de Pedro Pascual, luego que estuvo restaurada la catedral, le hizo canónigo de ella á pesar de su corta edad, concediendo al propio tiempo á sus padres otras honras en premio de sus virtudes y servicios. Luego que restablecido el cristianismo en Valencia, entró en la ciudad la paz y el órden, mandaron los padres á Pedro Pas-

cual, por consejo de S. Pedro Nolasco, á la universidad de París, que era á la sazon el liceo literario más afamado. En esta escuela aprendió la teología de los famosos doctores Sto. Tomás y S. Buenaventura, á los que se reputa con razon lumbreras clarísimas de la Iglesia católica; de manera que salió de allí nuestro Santo consumado en las ciencias y virtudes de tan esclarecidos maestros. Recibido que hubo el grado de doctor en teología, para lo que fué necesario dispensarle la edad, se le nombró catedrático de letras humanas por su eminencia en ellas, y ordenado de sacerdote por consejo de sus dos santos maestros, fué un predicador afamado desde que ocupó por la primera vez la cátedra del Espíritu Santo. Avisado de la muerte de sus virtuosos padres, volvió á Valencia, y haciendo tres divisiones de toda la hacienda que heredó, dedicó la una para redimir cautivos, la otra para dotar huérfanas, y la otra para socorro de los presos en las cárceles. Hecho esto, deseó tomar el hábito de religioso mercenario, pero aconsejándole S. Pedro Nolasco lo dilatase, le mandó sirviese su prebenda de la catedral por aquel año y que predicase en su iglesia, pues que el Santo previó lo mucho que su predicacion habia de contribuir para la reforma de los cristianos inficionados con las costumbres de los sarracenos y en la conversion verdadera de los moros, que fingiendo hacerse cristianos, quedaban todavía en la ciudad. Si bien obedeció el Santo la órden de S. Pedro Nolasco, vivió en el convento de la Merced como si fuera religioso, é instando siempre por que le concediesen el hábito, lo que al fin consiguió en el mismo convento, en el que lo recibió de manos de Fr. Arnaldo de Carcasona, primo de S. Pedro Nolasco. Este Santo le llamó á Barcelona en cuanto profesó, y allí le encargó leer teología, y como el rey D. Jayme tuviese noticias de su gran capacidad y de su gran virtud que habia empezado á premiar en Valencia, como hemos visto, le nombró ayo y maestro de su hijo el rey D. Sancho. Ejercitándose Pedro en los ministerios propios de su religion, auxiliado al efecto por los reyes de Castilla, fué á Granada en donde hizo una brillante redencion, y volviendo á Toledo con los cautivos que habia rescatado, se cuenta en las crónicas de la Orden Mercenaria, que faltándoles agua en el camino, consiguió con su fervorosa oracion al Padre de la misericordia que se llenasen de agua los pozos para que se saciasen los cautivos próximos á perecer de sed y de cansancio. Electo arzobispo de Toledo D. Sancho, hijo del rey D. Jayme, San Pedro Pascual fué nombrado arzobispo titular de Granada y gobernador de la mitra de Toledo, por no ser el Infante sacerdote. No pasó su gobierno sin cosas notables; pues que su piedad le condujo á fundar el colegio de Santa Catalina, de la órden de la Merced, en el que vivió leyendo teología, y como si fuera el más humilde religioso en condicion. Lleno de uncion apostólica, visitó á pié el arzobispado, enseñando por los pueblos, villas y aldeas la

doctrina cristiana y socorriendo con las rentas que se le habian señalado á los pobres, procurando de mil modos y especialmente con la predicacion y en el confesonario desarraigar los vicios, calmar las pasiones y encaminar á la virtud á los que adolecian de males que matan al alma. Reuniendo una buena cantidad de limosnas á este fin, volvió á Granada y rescató porcion de cautivos que estaban en peligro de perder la fe, consolando á los que no pudo rescatar con la esperanza que debian poner en Dios, de alcanzar algun dia la libertad. Habiendo asesinado los sarracenos al arzobispo infante D. Sancho y mudádose el gobierno de la diócesis con este motivo, se fijó S. Pedro Pascual en los pueblos de la frontera del reino de Granada para poder acudir mejor á las necesidades de sus feligreses, y despues de predicar en Baeza y en Jaen, visitó este obispado á peticion de su prelado D. Martin Dominguez. Provisto de un salvoconducto visitó tambien su diócesis de Granada con gran alegría de sus ovejas, que conocieron á tan santo pastor, y pena de éste al ver lo mucho que ellas sufrian de los infieles que las esclavizaban, y utilizó esta visita para fortificar á los débiles y para desterrar muchas supersticiones, á cuyo fin les escribió un libro. No permitiéndole los infieles quedarse en Granada, y codicioso siempre de ganar almas para el cielo, recorrió una gran parte de España predicando á guisa de apóstol, recogiendo al propio tiempo limosnas para redimir á sus feligreses cautivos, con cuyo producto hizo otra redencion en Granada. Deseando consultar el Santo algunas dudas acerca de los cristianos que vivian con los infieles, fué á Roma, en donde conociéndose desde luego su santidad y buena doctrina, fué muy estimado por el Pontífice, que le hizo predicar en Sta. María la Mayor sermones que hicieron mucha impresion en los oyentes, entre los cuales no faltó quienes reformasen sus costumbres despues de haberle oido. Despachados los asuntos que le llevaron á Roma, volvió á Jaen; y como se le nombrase obispo de su iglesia, la gobernó con acierto, celo y prudencia, mereciendo con justicia se le considerase el padre de sus feligreses. Como en las muchas entradas que hizo el Santo en el reino de Granada convirtiera no pocos sarracenos al cristianismo, los alfaquíes determinaron cautivarle. Prendiéronle en ocasion que visitaba su obispado, y llevándole á Granada con malos modos y peores tratamientos, el Santo no se cuidó de sí, sino de los demás cautivos, á los que procuraba consolar de mil modos desde su prision. Acudieron á rescatarle de su iglesia, pero su caridad fué tanta, que con el dinero que llevaron á este fin rescató muchos niños y mujeres que estaban en peligro de perder la fe, y él se quedó cautivo para cuidar de los cautivos. Como los infieles esperasen nuevo rescate, le dejaron andar libre por la ciudad, con lo cual se halló en disposicion de consolar á los cristianos y de enseñar á los niños la doctrina cristiana. Dice uno de los autores que han

escrito de este Santo, que estando un dia instruyendo á los niños cristianos en la doctrina preguntó á uno: «¿Quién eres, niño?» A lo que éste respondió: «Soy Jesus. Tu caridad me ha traido á asistir á la doctrina;» y dicho esto desapareció. Como llevando un dia algunas cosas que comer á los cautivos que estaban presos, encontrase al Rey moro, y le preguntase qué llevaba, y el Santo respondiese *que rosas*, así se vieron ser cuando no creyéndole el Rey por ser el mes de Diciembre mandó descubrirlas. No solo pedia limosnas para curar á los cautivos enfermos, sino que tambien los asistia personalmente. Volviendo los de su iglesia con nuevo dinero para rescatarle, hizo con él lo mismo que la primera vez, rescatando á muchos y quedándose él sin rescatar. Por sus cronistas se sabe que deseando decir Misa y no encontrando quien se la ayudase, se le presentó un hermoso niño, que lo hizo á las mil maravillas; que admirado el Santo le preguntó si tenia padre, y que le respondió: «Sí tengo, aunque mi padre no vive en este país;» y que habiendo explicado con mucha claridad quién era el padre, le preguntó el Santo: «¿Y el hijo quién es?» Y que entónces, levantándose el niño el vestido y manifestando la llaga de su costado le dijo: «Yo soy el Hijo, mira mis llagas y costado; tú con los niños que has redimido, quedándote cautivo por ellos, me has hecho tu prisionero.» Queriendo el santo Obispo, lleno de gozo, besar los piés al niño, éste desapareció de entre sus brazos. No contento con los bienes que hacia á los cristianos, y con hacer algunas conquistas convirtiendo moros, escribia los tratados para que llegase su doctrina adonde no podia ir su persona. Temiendo los alfaquíes tal vez más á su pluma que á su palabra, por lo mucho más que aquella podia correr, le encerraron en oscuras mazmorras para que no pudiese escribir; pero dice la *Crónica* que los ángeles le traian luces y cuanto podia necesitar. De este modo y con tan celestiales auxilios compuso un libro, impugnando el Coran, contra la secta del falso profeta Mahoma, con cuya lectura se convirtieron muchos infieles. Y quejándose los alfaquíes morabitos, presentando como blasfemo al santo Obispo, áun cuando el Rey, deseoso del dinero que esperaba por su rescate queria conservarle la vida, no pudo contener la furia de los sacerdotes de Mahoma, que provocaban á la sedicion por este motivo, y le condenó á que le cortasen la cabeza. En la noche ántes del martirio el Santo se encontró con el espíritu fuerte, pero flaca la carne con el temor de la muerte; pero apareciéndosele en la prision Jesucristo crucificado, le confortó de tal modo que ya deseó por momentos ver el cuchillo sobre su garganta para librarse su alma de las ligaduras del cuerpo, é ir á gozar de la presencia de Dios. En cuanto amaneció dijo Misa, y en cuanto acabó el sacrificio santo llegaron los verdugos, y colocándole sobre la piedra, en que la habia dicho, le cortaron la cabeza, y su alma voló al seno de Dios. Su glo-

rioso martirio fué el dia 6 de Diciembre, en que le celebra la Iglesia, del año 1300, de modo que puede decirse de este Santo que habiendo nacido cautivo en Valencia, murió cautivo en Granada por la redencion de los cautivos cristianos y por la de los moros de las garras del demonio. Habiendo hecho Dios muchos milagros por la intercesion de este Santo, Clemente X aprobó su culto por breve de 2 de Diciembre de 1673 á los religiosos de la Merced, extendiendo la concesion en el año siguiente por otro de 21 de Abril al arzobispado de Toledo para toda clase de sacerdotes. El historiador de este Santo de cuya obra nos hemos valido, fué el R. P. Fr. Felipe Colombo, cronista general de la órden de nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos. La ciudad de Valencia, que puede gloriarse de haber producido tan esclarecido hijo, tan gran Santo, tiene en él en el cielo un poderoso protector que la defienda y proteja. — B. S. C.

PEDRO Pastrana (Fr.). Vió nacer á este distinguido hijo de S. Francisco Pastrana, villa de la provincia de Guadalajara, donde recibió los primeros rudimentos hasta filosofía, que estudió en Toledo, recibiendo el hábito del seráfico Patriarca en Huete, donde despues de un noviciado ejemplarísimo profesó con gran júbilo de cuantos le conocian; bien es verdad que sus extraordinarias virtudes le hacian acreedor á la veneracion de cuantos tenian el placer de conocerle. No entraremos en pormenores acerca de los rasgos heróicos que de ellas dejára escondidos bajo el manto de su profunda humildad, porque esta misma fundamental y predilecta virtud suya hizo que las ocultase completamente; pero sí diremos que severísimo consigo mismo, muy dado al ejercicio santo de la oracion y muy exacto en obedecer, era modelo á todos. Tenia gran celo por que el culto divino se diese con todo esplendor, y este fué sin duda el motivo por el cual se le confió el cuidado de la sacristía de su convento; y no salieron defraudadas las esperanzas que acerca de él concibiera la Orden al poner en sus manos tan importante cargo, pues que haciendo mucho fruto en las almas por su constante asistencia al confesonario, procuró tambien provecho á la casa por las muchas dádivas de alhajas y ornamentos que hacian por sus buenos oficios, y como en recompensa del gran celo y esmerado afan con que se dedicaba al servicio de todos. Era extremadamente sencillo, y nunca juzgó de sus prójimos, qué digo mal, ni áun ligeramente; excusando siempre áun aquellas faltas en que parece no cabe excusa, áun aquellos delitos ó defectos que se ven á la clara luz del dia, y en cuya perpetracion no puede caber la menor duda; tal es la claridad, y acaso descaro, con que se cometieron. La idea de que en el Africa y en poder de infieles podria dar con su vida un testimonio de su fe, que fuese conforme á los sentimientos grandes de su corazon, le hizo rogar encarecidamente á sus superiores permiso para pasar al convento de San

Francisco de Oran, en lo cual condescendieron; mas no quiso el Señor satisfacer sus deseos de martirio, y lo único que le permitió fué que difundiéndose por toda aquella parte el buen ejemplo de sus virtudes, y trabajando con ardiente celo para el bien de las almas, acabase allí su virtuosa vida, preparándose á salir de ella cual se dispone el que anhelando la union íntima con su Dios, cree eternos los momentos que le separan de su amado, y edificando á todos con los raros ejemplos de virtud que en él veian, y dándoles saludables consejos. En su preciosa muerte se interesaron para sentirla cuantos le habian conocido, quedando imperecedera la memoria de sus grandes virtudes.—G. R.

PEDRO DE PATERNEI. Este religioso de la órden de Ermitaños de San Agustin floreció por los años de 1350, y escribió una obra sobre la necesidad y suficiencia de la vida humana, con un trado contra los judíos, la cual se conservaba manuscrita, segun Dupin en su *Biblioteca de autores* con relacion al siglo XIV, en la biblioteca de Mr. Colbert.—C.

PEDRO DE PAVÍA obispo de Florencia. Este distinguido personaje que con el mayor celo y desinterés regia los destinos de la importante diócesis de Florencia en Italia, fué objeto de una vil calumnia, que recayendo sobre persona ménos acreditada que él, hubiera hecho vacilar su merecida reputacion, hubiera mancillado ciertamente su esclarecido nombre. Era tenido por todos en la mayor veneracion, á la cual se hacia acreedor por un celo constante en procurar el bien de sus súbditos, por un diligentísimo esmero en hacer que los clérigos fuesen ejemplares, y que con mano severa se corrigiesen sus más ligeros deslices, cuando una especie, propalada por los monjes de S. Juan Gualberto, vino á turbar el sosiego con que, repito, hacia el bien y felicidad de sus diocesanos. Aseguraron los monjes que era dado á la simonía, y que todas las bendiciones, indulgencias, gracias y facultades que concedia, eran dadas por dinero, eran compradas por las materialidades de que le hacian donacion, y que segun sus adversarios empleaba aparentemente en el bien de los fieles, cuando en el fondo solo eran para su provecho y el de alguno de sus más allegados. Como los que difundian esta idea eran tenidos en estima por sus virtudes, y la mayor parte de los que decian estas cosas contra el prelado no hacian sino hablar por lo que oian, sin tratar de dilucidar la exactitud que en estas mismas cosas habia, comenzaron á vacilar aquellos mismos que tenian toda su confianza en el obispo, y este fué el motivo de que no solo el pueblo, sino tambien el clero, obcecado por estas falsísimas apreciaciones, comenzasen á abrigar desconfianza en este distinguido prelado, y hubiese una excision entre las iglesias, digámoslo así, particulares, que sin mirar más que á lo que la maledicencia aseguraba, no se atrevian á acudir al obispo, y quedaban en inaccion la-

mentable y perjudicialísima. Llegó á oidos del Papa este incidente con que se acusaba al Obispo, no en público, porque no podia acreditarse nada, sino digámoslo así solapadamente; pero que habiendo ya producido la excision entre el superior y los súbditos, era preciso cortarlo de algun modo, para lo cual Alejandro II envió á Florencia al prudentísimo obispo, hoy S. Pedro Damiano, que despues de haber hecho cuantos esfuerzos son imaginables para apagar aquella sedicion, sin que hubiese otro remedio más que el que el duque Godofredo tuviese necesidad de amenazar á los monjes con las más terribles penas si no se retiraban á sus monasterios, resolucion que no producia efecto, porque no era sino una nueva violencia, que nada hacia para volver á alzar el decaido concepto del prelado. Es verdad que se fijó con este motivo la atencion de los pueblos, y ya pudieron cerciorarse ajustando, digámoslo así, al por menor la cuenta de sus gastos é ingresos, de que cuanto contra él se decia era una vil impostura, pues no vende las cosas espirituales quien de ellas se desprende con tal abnegacion que áun lo preciso para su decoroso mantenimiento lo pone en manos de los pobres, y lo reparte con heróica abnegacion. Mas no se crea que la conviccion en que iban estando los pueblos de la probidad de su Obispo desarmó á sus enemigos, y les hizo desistir de su temeraria empresa de acusarle; todo ménos esto, se atrevieron á presentarse al Papa y á los obispos todos del orbe católico reunido en el concilio de Letran, para insistir en su acusacion, prometiendo como una prueba de seguridad en su dicho el raro experimento de que se les arrojase á una viva hoguera, donde se conservarian ilesos en prueba de la verdad de su testimonio. Como al buen criterio del Papa y de los obispos no podia ocultarse que esto era una trama con la cual los enemigos del prelado de Florencia querian hacer cruda guerra á su obispo, despues de hacerles ver lo mal mirada que era por la Iglesia esa arrogancia con que se ofrecian á un peligro cierto por asegurar una vil calumnia, les mandó tanto el Pontífice como el Concilio, que se retiráran á sus conventos, y que se abstuvieran completamente de dirigir al respetable prelado inculpaciones que en los términos vagos en que se hacian, no podian ménos de llevar consigo toda la señal de falsia que ciertamente contenian, y que por lo tanto la Iglesia no podia atender, porque no era posible se manchase de su crímen de vil impostura, y no hubiese dejado de adquirir esta nota si hubiese siquiera con su aquiescencia tolerado la acusacion. No se satisficieron sin embargo con esta respuesta de Roma, insistieron más y más en la exigencia de que uno siquiera de los que aseguraban que el Obispo comerciaba con las cosas espirituales fuese echado á un fuego vivo, y no quemándose diera testimonio de verdad; sucedió en efecto tal cual ellos decian en la persona de un religioso muy respetable por sus virtudes, y que indudablemen-

te en esta ocasion iria engañado; pero no se consiguió nada tampoco por este medio, pues el Papa mandó examinar detenidamente los antecedentes del Obispo, poner en evidencia todas sus acciones, y como una de ellas fuese la donacion de cuantiosos bienes al monasterio mismo de donde habia recibido tan graves disgustos, todos se confirmaron en la opinion de su virtud, y los grandes padecimientos que experimentó en los años que fué víctima de la vil calumnia, sirvieron á hacerle apreciable á todos, y adquirirle una veneracion que áun se conserva al distinguido obispo de Florencia Pedro Pavía. — G. R.

PEDRO PECADOR (Fr.). Fué este insigne hijo de S. Juan de Dios natural de Ubrique, lugar próximo á Málaga, donde nació en el año de 1500 de padres cuya memoria no nos ha llegado. Desde su niñez dió muestra de su buena índole y excelente inclinacion, ocupando en el ministerio de ayudar la santa Misa los primeros momentos de la mañana, miéntras se llegaba la hora de ir á su taller de escultor, donde aprendió este oficio, robando sin embargo los ratos que podia para dedicarlos á visitar alguna iglesia ú á otros actos de piedad y de virtud, en cuyo ejercicio procuró siempre las mayores ventajas que le fué dado conseguir. Las tardes de los dias festivos y muchos ratos de los de labor, los pasaba Pedro en compañía de los religiosos sin acordarse muchas veces ni de sus obligaciones, ni de que era preciso aplicarse al oficio si en él se habian de encontrar los recursos indispensables para la subsistencia, por lo cual hacia algunas faltas que no parecian bien á su maestro, el que un dia se vió precisado á llamarle la atencion sobre su conducta, diciéndole que era preciso que mirára la imposibilidad de ser á un tiempo fraile y escultor, que mirase lo que convenia mejor, y si le parecia bien ser fraile, que en buen hora fuese, para lo que podia escoger convento á su gusto, dejar el buril y tomar el santo hábito; pero que si por el contrario se decidia á ser escultor, era indispensable que se dejára de asistir á los conventos para venir al taller, que bien podia servir á Dios por su oficio de escultor si para él Dios le llamaba, y no como hasta entónces, que nada adelantaba en los conventos ni tampoco en su taller, lo cual era hasta cargo de conciencia; así que lo reflexionára bien, y tomase una decision, para no permanecer por más tiempo en esa vida tan poco conforme á lo que Dios desea de las criaturas, pues que á todas las ha hecho nacer para un fin, y en todas encuentra su servicio. Hicieron gran impresion en el ánimo del jóven Pedro estas palabras dichas por su maestro con el énfasis que lleva consigo un justo enojo, y comenzó desde luego á meditarlas en su corazon, para tomar sobre ellas el partido que le parecia más conveniente, y así fué que se retiró á un monte y en una solitaria cueva pasó algunos dias en meditacion, con lo cual adquirió las dulzuras del amor divino, é hizo firme pro-

pósito de seguir en todo la voluntad de Dios y las inspiraciones de la gracia que le impelió á cubrirse de un grosero silicio, sujetarse á las más rigurosas austeridades, el coger por lecho el duro suelo, y por cabecera un peñasco, ocupando su tiempo en orar y en fabricar escobas y espuertas de palma que llevaba á vender á Málaga, que estaba muy cerca de su cueva, y con cuyo producto compraba pan, que con las yerbas que podia recoger era su alimento, dando lo que le restaba de su escaso peculio á los pobres con los cuales usó siempre de una benevolencia de todo punto extraordinaria, y que excedia no solo á lo que podia esperarse, sino áun á lo que la imaginacion puede llegar á comprender. La fama de las virtudes que bajo las más humildes apariencias encerraba este distinguido varon, creció hasta el extremo de ambicionar todos su trato y desear con ánsia llegar á conseguir una entrevista siquiera, para lo cual las excursiones al lugar de su morada eran frecuentísimas, como muy repetidas las visitas que le hacian los que una vez lograban la dicha de verle; le pareció con razon que esto exponia la quietud, y para satisfacer sus ansias de soledad, al mismo tiempo que evitar curiosidades que nunca le serian provechosas á su espíritu, se retiró á un áspero desierto, más distante de la ciudad, y por consiguiente más apartado del bullicio, donde con libertad pudo entregarse á todos los anhelos de su espíritu, sin temor de ser sorprendido, porque la escabrosidad misma del terreno era como una defensa para su quietud y sosiego. Su nuevo género de vida fué más rigoroso aún que lo que habia sido en su primera cueva, teniendo que sustituir á la industria de las escobas y espuertas la de hacer cucharas y horteras, que vendia á los pastores de la comarca, ó más bien se las daba á cambio de los mendrugos de pan que ellos ya no podian comer de puro duros, y que eran el principal regalo, la sola delicadeza de la mesa del siervo de Dios; pues lo demás de su alimento consistia en algunas bellotas y madroños de que abundaba el terreno, y todo en tan escasa porcion, que parecia milagrosa su conservacion, mucho más cuando sus rigorosas disciplinas eran capaces de destruir la robustez más firme, y las repetia cada dia, habiendo algunos, como las vigilias de las principales festividades de la Iglesia, en que tenia este ejercicio dos veces y áun tres, pero con tal rigor que manaba la sangre por todas las partes adonde alcanzaba el azote, y con un tan gran desconcierto, por decirlo así, que no dejaba lugar adonde no hiciese huella, ó mejor diremos donde no levantase carnicería. Vivia así tranquilo, aunque no satisfecho de sí mismo, cuando quiso Dios se le agregáran algunos compañeros, que lo fueron dos de los señores más distinguidos de Granada, que desengañados del mundo y de sus falsos atractivos quisieron seguir únicamente la virtud, y obtener una seguridad en lo posible acerca de su fin, y encontraron con razon la manera más natural

de asegurar este su fin mismo, en hacer cuanto á este eminente y virtuosísimo varon pareciese oportuno, pues desde luego contaban que era animado del espíritu de Dios cuanto por él se dispusiera en órden á la santificacion de los demás, pues sabian muy bien no tener él ni otros atractivos ni otros antecedentes ni estudios más que esa escuela de perfeccion que consiste en la docilidad á obedecer los designios de Dios. Excusado es decir que lo primero que hizo Pedro fué reducirlos á una vida igual á la suya, enteramente mortificada, abstraida del todo á las miras é intenciones de los mundanos, y sin más interés que la gloria de Dios, para procurar la cual oraciones y mortificacion, penitencias y desprecio de sí mismos, eran los caminos por donde avanzaban á pasos de gigante, y desconfiando siempre de todas sus obras, sin otra mira que poner en ellas por fin el servicio de Dios, y procurando tan importante término mediante toda suerte de sacrificios, por costosos que ellos fueran; pues siempre habian de valer y significar mucho ménos de lo que nuestro adorable Redentor nos hizo aprender, practicándolo su augusta soberanía en órden á nuestra santificacion, y en órden á la imitacion de sus virtudes todas heróicas. Pasaron así reunidos algun tiempo sin ninguna especie de discordia, ántes por el contrario en la mayor armonía, y esto se comprende muy bien, pues el Señor habia llamado para sí á aquellos varones que con sus virtudes habian de ilustrar su siglo, y no habia de ser estéril esta manera con que Dios les queria atraer para sí; por lo cual identificó de tal modo sus sentimientos, que con verdad puede decirse eran todos una sola alma, é hizo que de tan buen grado se sujetasen á la obediencia del P. Pedro, los que por otra parte estaban tan acostumbrados á mandar, que el mismo Padre se admiraba de su tan dócil y reverentísima sumision. Pareció, pues, á este varon, ilustrado por Dios con especiales gracias, conveniente que él y uno de sus compañeros pasasen á la ciudad santa, centro de la fe católica, ya para fomentar su piedad adorando los lugares donde acontecieron los sucesos más importantes de nuestra sacrosanta redencion, ya tambien para comunicar al vicario de Cristo en la tierra sus deseos de perfeccionarse más y más llevando á cabo alguno de sus proyectos, que eran ó la educacion de los niños, para lo cual hubiesen fundado un hospicio, ya con las rentas que ellos poseian, ya con los dones que la caridad de los fieles, siempre dispuesta á secundar las obras de Dios, les hubiera facilitado, ó bien en aliviar á los pobres enfermos facilitándoles todos los medios de curacion en un santo hospital, que fué lo que luego hicieron, y que era indudablemente la senda por donde Dios queria se santificáran, atendido á que la realizacion de esto les facilitó y en ello encontraron el medio de aspirar á su perfeccion, que lograron por la gracia del Señor, viniendo al colmo de ella bajo la direccion de los ilustres y piadosos hijos del gran

padre de los pobres y caritativo siervo de Cristo S. Juan de Dios. Emprendieron en efecto su viaje Pedro Pecador y Juan de Garibay, y fué su manera de hacerle descalzos y pidiendo limosna, en lo cual dieron ya mucha gloria á Dios, pues servia de grandísima edificacion ver á aquellos dos siervos de Cristo con señales de tanta perfeccion y con muestras de tan grande humildad, de cuya forma hicieron todo su viaje, visitaron todas las iglesias de Roma, vieron al Sumo Pontífice, besando humildemente sus sagrados pies, y de él obtuvieron permiso para vivir en su retiro, con hasta doce compañeros, todos los cuales habian de estar bajo la dependencia de Pedro, quien como escogido por el Señor para esta buena obra habia de concluirla conforme en todo á sus designios. Hicieron gran fruto en Roma y en los pueblos del tránsito las caritativas frases, y más aún las prácticas de virtud que se veian en Pedro y su compañero, siendo el principal ó por lo ménos el más marcado efecto de la prediteccion de Dios hácia ellos, el permitir fuera Pedro con su dulzura y con sus buenos modales el medio de que el Señor se valió para la conversion de un judío, que no solo abjuró su errada creencia y abrazó el cristianismo, sino que vino con ellos á su desierto, donde murió con edificacion de cuantos le vieron. De regreso de su viaje, y ántes aún de visitar á sus queridos hijos en Ronda, pasó el siervo de Dios Pedro Pecador por Sevilla, en cuya populosa ciudad predicó penitencia con sus palabras y con sus ejemplos, y fundó en 1544 el hospital de la Cruz, llamado vulgarmente de las Tablas, ayudándole en esta muy caritativa é importante obra el Sr. D. Diego de Leon, que renunciando á las honras y vanidades del mundo y lleno del espíritu de Dios, que su Majestad se sirvió infundir en él para su gloria, no solo protegió esta gran empresa con sus propios recursos, muy abundantes por cierto, sino que acometió la de servir él mismo á los pobres, ya personalmente como lo verificó bajo las órdenes del P. Pedro, ya por sus buenos oficios con el Rey, del cual consiguió la competente autorizacion para el hospital y demás; medio que zanjó dificultades é inconvenientes con que se habian querido neutralizar los piadosos intentos del P. Pedro Pecador, cuyos fines no eran otros que la gloria de Dios en el alivio de sus siervos los pobrecitos enfermos. Aseguró, pues, su obra con la proteccion de este distinguido señor, á quien encargó el gobierno de su hospital para ir á visitar á sus compañeros de desierto y preparar allí lo necesario para que se cumpliesen los designios del Soberano Pontífice, lo que se verificó al punto; pues sin él quererlo habia atraido sobre sí las miras de todos, y no digo doce, sino muchos más hubieran seguido gustosísimos su regla, si para ello hubiese habido facilidad. No pudo ser esto, mas no por eso se extinguió su celo ni fueron inútiles sus esfuerzos, pues con los pocos sugetos que tuvo á su disposicion, hizo en el espacio de cincuenta y dos años que vivió en este

desierto de Ronda las importantisimas fundaciones del hospital de Málaga, á cuyo frente puso al P. Juan de Garibay; el hospital de Antequera, que estuvo á cargo de Antonio de Luna; el de Arcos de la Frontera, que gobernó Fernando de Ugarte, y el de Ronda, donde servian alternativamente todos los hermanos que moraban en el desierto, prestándose así por los medios que puso en práctica este siervo de Dios, los grandes beneficios que es imposible desconocer en estos asilos donde los pobres encontraban remedio á sus necesidades corporales, ayuda en los males de su espíritu, salud por la aplicacion de los recursos higiénicos convenientes, y gracia por el nutrimento espiritual con que Dios les favorecia, mediante el celo de los discípulos de Pedro. No se concentraban aquí todas sus aspiraciones: su profunda humildad, rezelando de sí mismo, le hacia ver como más seguro el que él caminase bajo la obediencia de otro, no fuera que su mismo celo le hiciese equivocarse en los medios de salud por donde Dios intentaba llevarle; así que bajo esta idea corrió presuroso en la avanzada edad de sesenta años cumplidos á las puertas del hospital de S. Juan de Dios de Granada, y con una humildad ejemplarisima, con un rendimiento el más profundo que imaginarse puede, y con un valor heróico por el que se disponia á sufrir cuantas pruebas fuese necesario, suplicó el santo hábito, que recibió por fin de manos de Fr. Juan de Sigüenza, distinguidisimo varon que depuso acerca de las virtudes de su novicio, cuando fué requerido por el reverendísimo arzobispo D. Pedro Guerrero para ver si se podia ó no darle la profesion en la religion, la cual profesion se verificó con consuelo de cuantos la presenciaron, y fué fecundo manantial de prosperidad para el instituto de S. Juan de Dios, ya porque desde luego se les agregaron los hospitales que habia fundado el P. Pedro Pecador, ya tambien porque ingresaron en esta sagrada familia muchos de los discípulos de este aventajado maestro, que ya ántes de su venida á Granada, ya despues en otra temporada que el Obispo le permitió pasar en un desierto, habian recibido de él instrucciones y enseñanza, y luego el hábito y profesion, siempre como servidores y ministros de los pobres enfermos, y luego como hijos y hermanos de la Orden á que su maestro pertenecia, y en la que fué dechado de todas las virtudes; pues desde la más profunda humildad, de que dió ejemplo durante toda su vida, hasta la más alta contemplacion con que Dios nuestro Señor se dignó favorecerles, no hay una en que no pueda servir de modelo, no hay una en que no se ejercitára grandemente, ya en su vida oculta ántes de tener compañeros en el desierto, ya en su vida pública cuando fué maestro de aquel escabroso lugar, ya en su vida más perfecta, es decir, en la vida de obediencia y sumision, en la sagrada familia de los ilustres y muy distinguidos hijos del esclarecido patriarca S. Juan de Dios. Muy prolijo seria

recordar los grandes favores con que Dios distinguió á su querido siervo; bástenos saber que allí donde predicaba la gloria del Señor, allí ésta se veia patente por el dulcísimo atractivo con que sus palabras excitaban á todos á unirse á sus deseos, es decir, á procurar y buscar este mismo servicio de Dios: por esto veremos que el Señor inspira á sus superiores la idea de ejercitarle en el humilde oficio de postulante, ya porque el Señor mismo queria bendecir sus buenos deseos, facilitando por su medio muchos recursos á la Orden, que de otra suerte acaso no hubiera obtenido, ya tambien porque placia al Señor el que su siervo le predicára, y los fieles tuvieran en sus palabras ocasion de fijar más y más su atencion en sus pasados extravíos para obtener la sucesiva enmienda y con su arrepentimiento y penitencia el perdon completo de sus culpas. De aquí puede inferirse la importancia que tuvo en la Orden este varon verdaderamente apostólico. Habia de prestar todavía un señalado favor á su Orden misma en los últimos dias de su vida, y para la ejecucion de éste, fué mandado á la corte, donde era preciso se entendiese con los grandes dignatarios para obtener el éxito favorable de los asuntos y la confirmacion valedera y firmísima de los privilegios de que gozaba el hospital de Granada, y sobre los cuales algunos de los jefes de aquella capital habian suscitado algunas diferencias, que proporcionando disgustos á la casa, no dejaban de causar pena y molestia á los pobres, ya porque los padres, movidos de cierto rezelo, no se atrevian á prestarles todos los servicios convenientes, ya porque tampoco esto les era permitido por los gobernadores. Entabló, pues, sus diligencias en la corte, adonde llegó á pie, á pesar de traer un jumentillo, que la obediencia le obligó á aceptar, pero que en todo el tránsito hizo le ocupáran los pobres que de aquí para allí atravesaban, sin ponerse sobre él nunca. Se alojó en el hospital de Anton Martin, y desde allí comenzó á poner en juego todas sus relaciones para conseguir el éxito favorable de su intento. Mas no quiso el Señor que á esta obra de su celo coronase el mismo feliz éxito que habia alcanzado á las demás, así que á los primeros pasos que dió, se vió acometido de unas muy terribles calenturas, cuyo estrago quiso evadir, pero que le rindieron por último, obligándole á dejar su comision en manos del P. Procurador de la casa de Anton Martin, irse él á Mondéjar, donde los marqueses, que eran muy afectos á la Orden de S. Juan de Dios y que tenian del P. Pedro una noticia muy exacta, aunque no como hubiera podido formarse de un sugeto en quien la humildad y modestia hubiesen cubierto ménos las distinguidas prerogativas, le recibieron con extraordinario aprecio, obligándole á descansar en mullido lecho, y recibiendo un vivo sentimiento cuando al saludarlos el siervo de Dios les dijo: *Hermanos, aquí vengo á morir.* Prodigáronle con el mayor esmero todo género de auxilios, hicieron que en torno de su lecho asistiesen

con esmero el más delicado los médicos más famosos, pero todo fué inútil, las calenturas crecieron, la gravedad del mal se demostraba con evidencia de dia en dia, los facultativos no adelantaban un paso con sus recursos y hubieron por fin de declarar que la muerte del siervo de Dios era inevitable en lo humano por estar ya agotados los recursos del arte. Este pronóstico, muy sensible para los marqueses y para cuantos rodeaban al enfermo, fué sin embargo para él de la mayor complacencia, y cuando le dijeron era preciso se dispusiese á recibir los santos sacramentos, es indecible el contento de que su alma se inundó, así como tampoco pueden explicarse los sentimientos que surgieron en todos los que presenciaron esta tan imponente como tierna ceremonia, en la cual el amor de Dios rebosando el rostro de su siervo, se mostraba bajo la apariencia de aquella dulcísima sonrisa con que sufria los más vivos dolores sin exhalar una queja; se mostraba bajo aquel anhelante deseo con que se le veia protestar la fe, para hacerse así digno de la posesion de su amado; se mostraba bajo aquella tranquilidad en que quedó despues de recibir el eucarístico manjar, bajo aquel absoluto desprendimiento con que renunció á todo, y por último, bajo aquella conformidad tan absoluta en la voluntad de Dios, que haciéndole ofrecerse al Señor como víctima de su amor, le arrancó el último suspiro en union á los suspiros y tormentos de Cristo espirante en la cruz, pero inundando su espíritu de un sosiego tan apacible, que más que muerte pareció un tranquilo sueño cuando su alma, saliendo de su cuerpo, fué á ocupar el trono que Dios le preparó, dejando á los que vieron este suceso edificados y llenos de sentimiento al ver morir á quien habia sido para todos maestro y ejemplar de virtudes. Grande fué la ansiedad de todos por ver el cadáver de este varon insigne, asi que despues de las solemnes exequias que le hicieron con tanto aparato como para los marqueses, fué preciso dejarle expuesto al público, hasta que se trasladó á Granada segun su expresa voluntad, y segun tambien el deseo de los padres más autorizados de su Orden, que por haber tenido noticias de sus extraordinarias virtudes quisieron, como era justo, darle honrosa sepultura allí donde estaba el centro y fundamento de la sagrada religion que con razon se gloriaba de haberle tenido en su seno. Su traslacion fué un verdadero triunfo, y en su llegada á Granada demostró esta ciudad que no era indiferente al sentimiento general de gratitud y veneracion á este hombre verdaderamente singular, pues además de comisionar quienes en su representacion hiciesen al cadáver los más distinguidos homenajes, y de costear la municipalidad suntuosísimas honras en su obsequio, el pueblo todo quiso ver su cuerpo difunto, para lo cual se expuso por muchos dias en la iglesia del hospital de S. Juan de Dios, donde fué sepultado despues muy cerca de la verja del altar mayor, rindiéndose todavia hoy el tributo de

reconocimiento á que se hizo acreedor por sus virtudes y sobre todo por su caridad para con los enfermos. Así fueron los dias del P. Pedro Pecador, cuya memoria será imperecedera para la Orden de S. Juan de Dios, porque tuvo en ella un hijo que es la honra para Andalucía, porque le reconocen por fundador muchos y muy notables hospitales, donde los pobres socorridos bendecirán siempre su nombre. — G. R.

PEDRO de Penna (Beato). Fué este esclarecido religioso de la órden de S. Francisco lego por profesion, y floreció en Penna, de cuya ciudad tomó su nombre. No se crea que el no haber pasado á otra categoría en la seráfica familia fuese porque le faltáran ninguna de las condiciones necesarias para haber sido presbítero, ó por lo ménos corista, sino que él se propuso ser el último de todos, y por consiguiente nunca quiso ponerse en situacion de haber llegado un dia á ser superior, como indudablemente lo habria sido sin su profundísima humildad, que repetimos no le permitió salir de lego. En este estado no hay que decir que nada le faltaria para su perfeccion. En primer lugar era muy resignado á la voluntad divina, y estaba siempre conforme con lo que Dios disponia de él, cualquiera que fuese el modo y forma por donde su Majestad quisiera llevarlo; así que cuantos trabajos, cuantas aflicciones y molestias le podian ocurrir, ya fuesen de parte de sus hermanos, ya de parte de las gentes de fuera de casa, ya de unos y otros mancomunadamente, ó de los negocios de fuera del convento, en los cuales le era necesario intervenir, el hermano Pedro impasible, enteramente impasible, sin dar señales de vida, digámoslo así; sufriendo todo cuanto le acontecia con invicta paciencia, y lo que es mucho más, con cierto anhelo, con una especie de ansiedad que le hacia hasta complacerse en sus mismas molestias, en sus trabajos mismos, y esto un dia y otro dia, y cualesquiera que fuesen las pruebas á que Dios le expusiese, siendo tan completa y perfecta su resignacion cuando los trabajos provenian de Dios, como la falta de salud y otras cosas por este órden, como cuando procedian de la malicia de los hombres; siendo lo más notable en estas cosas que procedian de otros, que no se lamentaba nunca por lo que él sufria, y sentia vivísimamente lo que sufrian los demás por culpa de ellos mismos, ó por portarse de una manera indebida é improcedente. En órden á la oracion era una cosa admirable lo que este santo varon hacia, pues que no se contentaba con dedicarse él continua y constantemente á este santo ejercicio, sino que llamaba, áun en medio del desempeño de sus obligaciones, á sus hermanos, y los enseñaba él prácticamente cómo habian de arreglárselas para hacer con fruto este santo ejercicio, y les daba reglas y les hacia advertencias, y estaba siempre manifestándoles lo que podria ocurrirles en esta espinosa carrera, todo con el fin de que prevenidos para secundar los designios de la gracia, y manifestán-

doles todos los escollos que en el santo ejercicio que nos une á Dios son tan frecuentes, pudiesen vencer estos y alcanzar aquella en toda la abundancia que Dios queria se derramase en los que tenian la dicha de escuchar la penetrante voz de este lego. No se contentó luego su ansia de oracion con que aprendiesen solo los que estaban afiliados á la misma bandera que él, sino que quiso participáran de este beneficio todos los fieles, y para lograrlo traia á sí á aquellos á quienes á él le parecia que serían más á propósito para este ejercicio; y agregando al pasto espiritual de su instruccion alguna dádiva material, ya de socorro de aquello mismo que él se quitaba de su boca, ya de obsequio de algun librito ó imágen, hacia grandes progresos en su enseñanza, pues sacó muchos discípulos que por este medio consiguieron grandes ventajas en la vida espiritual, llegando algunos á desear su perfeccion con tales ansias, que abandonando el mundo ingresaban en la religion, siendo no pocos los que se afiliaron á la gran milicia cuyo soldado era Pedro de Penna. Tambien fué dotado por Dios de una devocion tal á María Santísima, que si pudiera caber extremo en este tan noble sentimiento, diríamos que habia sido extremada. Así que todas las obras que emprendia las emprendia en nombre de María, todos los sucesos favorables que le acontecian los recibia como emanados del maternal cariño de la Vírgen sin mancha, y fomentaba en cuanto estaba á su alcance la devocion á esta Señora, habiendo no pocas veces acontecido que al excitar á alguno á la devocion y afecto á María Santísima se habia visto en el hermano Pedro espíritu profético, pues habia predicho alguna cosa futura y que no se podia preveer segun los humanos conocimientos. De igual manera son admirables su penitencia, obediencia, pobreza y castidad, motivo por el cual era tenido en gran veneracion de todos cuantos le conocian, aunque él procuraba con bastante cuidado ocultar sus acciones á las miradas de todos, para que no tuviesen ocasion de darles la alabanza que merecian. No se sabe á punto fijo la época de su muerte; lo que sí está fuera de toda duda es que florecia por el año de 1500, así como tampoco se saben pormenores de sus últimos años, solo que falleció en el mismo convento donde tomára el santo hábito, es decir, en el de franciscanos de Penna. Dios obró por su medio muchos milagros, cuya enumeracion sería muy prolija, y acaso diera por resultado el que se pusiesen en duda algunos de ellos, porque fueron extraordinarios. Esto, agregado al buen ejemplo que de todas las virtudes habia dado en vida, fué motivo de que probados canónicamente unos y otras, la Iglesia le concediese la singular honra de inscribirle en el libro de los beatos, asignando á su grata memoria en toda la Orden Seráfica, á que perteneció, el dia 27 de Noviembre; y siendo esto fundamento para que algunos asignen este dia como el de su muerte, lo cual no negándolo, como no podemos negarlo,

tampoco nos atrevemos á asegurarlo, pues no sería imposible que hubiese militado otra razon desconocida para asignar tal dia al recuerdo de las virtudes y glorioso triunfo del beato Pedro de Penna, el cual, aunque lego, obtuvo un éxito á que no han llegado otros con grandes títulos y prendas.—G. R.

PEDRO PERELLÓ (Venerable). Cerca de 1540, y en el lugar de Cabessés nació este distinguido varon de padres muy bien acomodados y de mucha virtud. Esto les hacia dar á sus hijos sólida y cristiana educacion cual la recibió Pedro, siendo sin embargo en él más anticipada la divina gracia que lo que exigia aún la naturaleza. Como él comprendió perfectamente que el mundo no puede dar de sí sino miserias y desdicha, y que la felicidad verdadera no está más que en Jesucristo y su cruz, trató de buscar ésta, para lo cual eligió el convento de Sta. María de Jesus en las cercanías de Barcelona, donde hizo su noviciado con admiracion de todos los felices moradores de aquella santa casa. Los prelados, que conocieron lo mucho que podia esperarse de sus talentos y deseo de buscar la gloria de Dios, le hicieron aprender artes y sagrada teología, siendo tan satisfactorio el éxito de esta determinacion, que llegó á ser maestro consumado en una y otras por lo que le encomendaron el importante cargo de la predicacion, y poco despues le hicieron maestro de novicios en atencion á las grandes virtudes de que daba muy admirables ejemplos. Concluido su trienio, resolvió retirarse á un convento de recoleccion, y escogió el de nuestra señora de los Angeles en Horta, donde halló lugar á propósito para explayar los sentimientos de piedad de su amante corazon, haciéndose muy ferviente en la oracion, muy perfecto en el silencio, é ingeniosísimo en la mortificacion, para procurarse la cual cada dia inventaba nuevas trazas, pareciéndole poco el no tener más de un hábito, ni comer nunca cosa delicada, y el tomar cruelísimas disciplinas de sangre hasta el extremo de admirar á los que por acaso se encontraban presentes á este ejercicio. Su prudencia y ferviente anhelo por dilatar la Religion Seráfica, y hacer cada dia más heróicas las virtudes que en ella se practicaban, llevaron á su santa casa al deseo de nombrarle su prelado, lo cual hubo de aceptar, bien que repugnándolo, porque se le impuso como precepto de santa obediencia, y no hubo más remedio que transigir con ello. Como era muy afecto á la soledad y retiro, queria que sus subordinados tambien lo fuesen, y por esto reprendia con severidad cualquier desliz que en este punto pudieran cometer sus hermanos. Amó siempre la igualdad, y nunca quiso para él preferencias ni singularidades á pesar de ser prelado, por lo cual los religiosos obedecian de buena gana, atendido á que todos los preceptos iban acompañados de un admirable ejemplo de toda virtud. Era muy afecto á la santa pobreza, y tenia gran confianza en Dios, por lo que

si alguna vez se acercaban pobres á su convento, y era preciso darles aquello que la comunidad tenia para sí, lo daba; habiéndose por especial permision de Dios verificado muchas veces que un milagro venia á pagar su caridad, pues cuando y como ménos se pensaba llegaba un regalo de cosa más abundante y delicada que aquello mismo que por Dios se habia dado. Era en extremo afable y bondadoso, sin que por esto dejára de advertir con verdadera caridad todos los defectos que notaba en sus hermanos, mas lo hacia de tal suerte, que léjos de exasperarlos, los atraia y podia asegurarse completo triunfo cuando el P. Pedro dirigia una amonestacion. En el coro, lugar de sus delicias, hacia que se observase todo el rigor de las prescripciones de la Iglesia, así como se llenaba de consuelo cuando veia que los cánticos sagrados y demás solemnidades iban con el debido respeto, veneracion y decoro, sufria mucho su espíritu, cuando por acaso no se daba el culto externo con el decoro y magnificencia debidos. En órden al desempeño del importante ministerio de la predicacion, que ejercia siempre que el cargo de prelado le permitia tiempo para ello, era donde él daba, por decirlo así, rienda suelta á los afectos de su celo, pues tenia extraordinario tino en la eleccion de los asuntos, gran fuerza en las sólidas pruebas de que se valia, y sobre todo una uncion tal, que sin querer conmovia: llevaba tras sí á las gentes sin él pensarlo, y arrebataba hácia el cielo los corazones de todos por el extraordinario acierto con que presentaba á Dios como acreedor á nuestros homenajes, veneracion y amor, y al hombre como muy indigno de las divinas misericordias, y merecedor solo de su justicia: por lo cual la necesaria consecuencia era hacer al hombre entrar en sí mismo, para que expiára su pasado, y reformando su presente asegurára su porvenir. Este era todo su estudio, hecho no solo en los libros y sentencias de los sabios, sino con mayor aprovechamiento en las llagas de Cristo crucificado, que siempre presente á su vista era el objeto de su predileccion. Tambien halló otro medio de satisfacer su celo por la salvacion de las almas, y fué el escribir y despachar muchas cartas á diferentes personas, ya en respuesta á peticiones de ellas en órden á su aprovechamiento espiritual, ya tambien indicando á algunos secretos de su corazon que el Señor hacia notar á su siervo escogido para que éste los manifestára á aquellas mismas personas cuyos eran estos secretos, y así pudiesen enderezar á Dios sus obras en justa retribucion de los inmensos beneficios de este Señor augustísimo. No dejaron de probar á nuestro venerable varon por medio de los disgustos que le ofrecian sus mismos hermanos. Apénas llegaba á una casa, cuando Dios le hacia conocer las imperfecciones que en ella se abrigaban, sin otro intento que el de remediarlas para gloria del mismo Dios, y aconteció pues en la de Horta que el guardian y otro grave re-

ligioso tenian un defecto de estos que dejándolos crecer concluyen con toda la sávia de virtud que puede haber en el corazon mejor dispuesto; súpolo el P. Pedro por especial revelacion, llamó á parte á cada uno de aquellos dos con extraordinaria cautela, y con la mayor caridad les hizo saber su imperfeccion, y les dió trazas de corregirla; pareció por de pronto que les hacia mella la advertencia, pero no se notó ese movimiento que conduce al bien y al completo mejoramiento de la conducta de un hombre relajado, sino el sentimiento de disgusto que produce en una persona del mundo el que sus imperfecciones sean conocidas; así es que no teniendo ellos todo el espíritu de Dios que era de desear, lo que resultó fué una gran enemistad hácia el P. Pedro, dar á los superiores cuenta de este incidente y pedirles le separasen de allí, lo cual no pudieron conseguir por entónces; pero se verificó poco despues, que informado malamente un superior contra este respetable siervo de Cristo le desterró á Osuna, donde admiró á aquellos Padres con el ejemplo grande de heróicas virtudes que en toda ocasion daba, y fué muy apreciado de todos al tiempo que muy útil, pues la presencia y doctrina de un varon tan apostólico no podia ménos de llevar consigo los ópimos frutos de bendicion con que Dios quiere acreditar y acredita que ha puesto en el mundo varones insignes que por su piedad, celo, desinterés y abnegacion merecen todo el respeto de parte de quien los tiene en su compañía, si bien sufriendo el desprecio de algunos es como el Señor los coloca en la debida consideracion y justo aprecio de los más. Volvió de Osuna y estuvo en varias casas de la Orden, ilustrándolas todas con sus ejemplos más aún que con sus doctrinas, sin embargo de ser muy luminosas; y por último en la soledad de Escornalbou, agobiado del peso de los años, del rigor de las mortificaciones y del cansancio consiguiente á los muchos y penosos cargos que en la Orden habia desempeñado, halló que su vida tocaba ya á su término y que ya era muy corto el tiempo que le faltaba para ir á encontrar á su amado y estrecharse con él por vínculo indisoluble. Breve fué su enfermedad, pero muy prevista y áun anunciada por él su muerte, pues con motivo de haber ido á predicar á un lugarcillo cerca de su convento, é instado por un piadoso vecino de él para que tomase alguna refaccion, le prometió quedarse, como lo hizo, hasta el siguiente dia, y le aseguró sería ésta la última ocasion en que predicaria en aquel lugar, y por consiguiente la última vez tambien que se hospedaria en casa de aquellos devotos de la Orden, que recibieron á un tiempo gozo porque preveian la buena suerte del respetable religioso, y pena porque se veian privados del dulce consuelo que producia su compañía y su trato siempre benigno y caritativo. Cuatro dias solamente duraron las recias calenturas que le llevaron á su verdadera patria, la patria celestial; pero

cuatro dias que fueron para el respetable varon dias de prueba, y que serán para la casa en que murió de imperecedero recuerdo. Fueron para él de prueba, porque en ellos padeció más de lo que hubiese padecido en una enfermedad más larga, pero ménos violenta; fueron de recuerdo para el convento por lo que en ellos hizo este santo varon. Llamó ante todo á la comunidad, y cuando los tuvo á todos reunidos en rededor de su pobre cama de la enfermería, pues esta vez quiso ir á ella, única de sus enfermedades en que lo consintió, reunidos digo todos al rededor de su cama, les pidió humilde perdon de todos los malos ratos, disgustos ó tratamientos ménos justos que hubiese tenido con ellos en todo el discurso de su vida, les habló con suma oportunidad de lo conveniente que es el que los hermanos esten unidos, y despues de esto recibió los santos sacramentos de penitencia y comunion con efusion gratísima de su espíritu, con indecible devocion y con edificacion tal, que áun los ménos fervorosos se llenaban de santa envidia al ver el consuelo que en el P. Pedro derramaba el eucarístico manjar. Despues que hubo recibido el Santísimo Sacramento, les dirigió su fraternal voz como por via de despedida, y les dió su santa bendicion, quedando arrobado en éxtasis por largo rato, hasta que lo sacaron de él los siempre crecientes y vivísimos dolores que le hacian sufrir de un modo indecible. Recibió despues el santo sacramento de la extremauncion é hizo le llevasen una cruz, la cual estrechó á su pecho, conversando dulcemente con su amado, y no teniendo para los del mundo más que algunas frases cortadas y brevísimas que excitaban en ellos el amor á Dios de que el corazon de Pedro estaba tan lleno. Por último, estrechado con la cruz y con una paz y sosiego indecibles, dió su espíritu al Criador el viernes 25 de Octubre del año 1602, quedando todos los que lo presenciaron admirados de la quietud apacible con que este siervo de Dios dejó este mundo para pasar á la dicha eterna. Apénas se difundió por el convento y por el pueblo la noticia de esta muerte preciosa en la presencia del Señor, que todos se agolparon en derredor de su celda, anhelando la dicha de poseer alguna cosa que hubiese sido de su uso, y llevando este afan hasta el extremo de cortar su hábito mortaja, ó el poquísimo cabello y las uñas, para tener algun resto de tan apreciable y apreciado siervo de Dios. La villa por su parte quiso tambien honrar á este verdadero siervo del Señor, y dispuso que ántes de que se enterrára su cadáver, diesen los médicos testimonio en forma de su estado, el cual declararon como milagroso, pues que segun las causas é influencia naturales debiera ya, cuando ellos hicieron sus ensayos, haber sufrido algun síntoma de descomposicion, y esto no sucedia todavía. De suerte que el eco de sus virtudes con la fama de otros muchos sucesos portentosos que se han verificado, ya en su sepulcro, ya por su invocacion, hacen creer con fundamento que su alma goza de Dios, agregán-

dose á todo la declaracion de la Iglesia, que tolera el que toda la Orden Seráfica le proclame como venerable y que su nombre y vida esté entre los auténticos documentos de su respetable Crónica. — G. R.

PEDRO DE PISA (S.). Recuerda la Iglesia católica el dia 1.° de Junio á este Santo, del que solo se sabe que fué un anacoreta ilustre y que murió el año 1435. — C.

PEDRO DE PLANELLA (D.). Son muy oscuros los antecedentes que la historia nos ofrece acerca de este esclarecido obispo de Barcelona por lo que respecta al tiempo anterior á su venida á esta silla episcopal. Solo se sabe que fué obispo de Elna, donde cumplia con su ministerio de una manera conveniente, siendo sin duda este el motivo por el cual fué nombrado para regentar la diócesis de Barcelona á la vacante del Sr. D. Fr. Berenguer de Eril, monje benedictino, que la ocupó hasta 1369, en cuya época fué trasladado á Vique. La posesion de nuestro distinguido Planella se tomó por sus procuradores el prior de Sta. Eulalia del Campo y Pedro Santamaus, canónigo de Tortosa, el dia 18 de Mayo de 1371, no personándose el prelado hasta 25 de Julio de 1372, en que tomó por sí mismo posesion de su cátedra episcopal, dedicándose desde entónces con gran celo á la direccion de su diócesis, sin dejar de visitar en las ocasiones que creia oportunas los pueblos encomendados á su cuidado pastoral. Era muy dispuesto á derramar á sus fieles el grano místico de la divina palabra; y en una de las muchas ocasiones en que para exhortarles á la virtud les dirigia excelentes homilías, fué cuando hizo saber al pueblo la gran profecía de S. Vicente Ferrer, que decia relacion á un trabajo espantoso de hambre que sería por Dios milagrosamente reparado, enviando una gran flota cargada de trigo. Con motivo de esta manifestacion que hacia de un don tan magnífico por parte del supremo conservador de todas las cosas, excitó más y más á los fieles á la confianza en Dios y á poner en S. Vicente todo el fundamento de su anhelante esperanza, en justa recompensa de la singular prediIeccion que el Santo les demostró al darles noticia de un suceso del que habia de resultarles tan extraordinario consuelo. Fué decidido protector de las artes; y queriendo consignar en un monumento su amor á estas y el cariño con que miraba á su iglesia catedral, mandó hacer con todo primor la silla que se conserva con su escudo de armas en el coro de la misma, siendo admirable, y en particular para la época, el trabajo exquisito y el delicado primor con que la ejecutaron, dando esto por consiguiente más precio á este monumento que le recuerda. Hubo de presenciar, é hizo por sí mismo con gran veneracion, la traslacion de las santas reliquias de S. Olaguer desde la capilla vieja de S. Agustin á la nueva del mismo nombre, donde estuvieron hasta que fueron trasladadas despues á la que es hoy de la comunion. Tambien puso

en una riquísima arca nueva, que se debió á la magnificencia del rey don Pedro IV el cuerpo de Sta. María de Cervellon, recibiendo en estas cosas su espíritu un indecible consuelo, y tomando de ellas ocasion para dirigirse á los fieles encomendados á su cuidado, rogándoles y exhortándoles al mejor servicio de Dios y cumplimiento de su ley santísima. En 22 de Octubre de 1385, despues de haber empleado el tiempo de su episcopado en mejorarle cuanto pudo, recibidos los santos sacramentos de la Iglesia y rodeado de su cabildo, falleció con sentimiento de todos, y su cuerpo fué enterrado en el coro de la santa iglesia, donde permaneció hasta Enero de 1616, en que con motivo de las obras que se emprendieron para sepultura de canónigos fueron hallados sus huesos junto á los del obispo D. Francisco de Blanes, y trasladados á una de las urnas que aún existen al lado del altar mayor, se puso sobre ella esta inscripcion: *Petrus de Planellas, episcopus Barcinon., jacet in hac urná, qui obiit 22 Octobris, anno* 1385, que da idea de su modestia, pues como vemos, no contiene ningun encomio que hubiera podido hacérsele justamente. — G. R.

PEDRO de Podio (Beato). Este esclarecido religioso franciscano fué hijo de padres muy nobles, que hubiesen tenido toda su complacencia en que hubiera estado siempre á su lado; mas él, lleno siempre de un vivo deseo de buscar y encontrar á Dios, y en Dios toda la felicidad y ventura que en el mundo es imposible, parecia neutralizar los designios de sus padres, como en efecto lo hizo por un retraimiento, por un ensimismarse tal, que parecia no tenia mira alguna acerca de su existencia, y así era en verdad. Comprendiendo con muy sano juicio que las mismas prosperidades y bienes de este mundo son desgracias que nos exponen á graves peligros para la eternidad, resolvió dar su nombre é inscribirse como religioso franciscano en la casa que éstos tenian allí mismo donde los padres de Pedro poseian la mayor parte de sus riquezas. Pareció extraño á las gentes el que un hombre á quien nada faltaba para el más perfecto bienestar abrazase un partido que el mundo ha considerado siempre como un medio de evitar la indigencia; pero no tuvo consecuencias ninguna este juicio, que no dejó de propalarse por cuanto el religioso, lleno cada dia de más íntima satisfaccion y consuelo, vivió muy satisfecho en su estado. Y podia en verdad estar altamente satisfecho, pues dotado de una firme y verdadera vocacion, no encontró escollo alguno en la carrera penosísima que tomára, ántes por el contrario tuvo la mayor complacencia en el ejercicio de las virtudes todas, al cual se diera desde los primeros momentos en que tomó el hábito. Empresa difícil seria reducir á expresion la manera con que este excelente religioso se dedicaba al ejercicio de todas ellas; por lo cual solo diremos, y esto enaltece mucho la justa apreciacion que de él debe formarse, que tanto como hombre cuanto como

religioso y sacerdote, supo colocarse á la importante altura que convenia á un hombre de sus prendas y circunstancias personales; y hemos de decir en justicia que ni una sola vez entró en su mente la idea de que fuera posible el que por esta su fidelidad á la gracia iba él á adquirir nombradía ni importancia, pues decididamente como él hubiese previsto tal cosa se oculta de manera que nadie, absolutamente nadie, sabe más de él. Con tan edificante conducta atrajo muchísimas almas al servicio y amor divino, gloriándose cada vez más de haberse puesto en situacion de que negándose completamente á sí mismo y viviendo en manos de sus superiores, él pudiera ir tranquilo por la senda que indudablemente le llevó á la eterna felicidad. Y este fué cabalmente el término de sus trabajos, el resultado de sus privaciones y de todos los méritos que contrajo, que Dios nuestro Señor, luego que hubo probado por cuantos medios creyó convenientes la fidelidad de su siervo y le hubo acrisolado con una penosísima enfermedad, en que demostró su invicta paciencia y heróico sufrimiento, y en la que fortalecido con todos los auxilios espirituales, que tanto consuelo prestan en tan terrible trance, parecia desafiar á la muerte con el dominio que sobre ella tuviera por motivo sin duda de la gran tranquilidad de su conciencia, pasó á la eternidad en 23 de Agosto de 1365, segun los autores más respetables de la Orden. Desde los primeros momentos despues de su muerte fué grande la veneracion en que se le tuvo, y esta se demostró en las honras fúnebres que le hizo la comunidad, y á las cuales concurrieron todos los principales de la comarca, y el Señor le acreditó con muchos milagros que le hicieron llamar *el Santo*, siendo poco despues declarado beato, y señalado para su recuerdo en toda la Orden el dia 23 de Agosto, aniversario de su preciosísima muerte. — G. R.

PEDRO de Poitiers. Este distinguido personaje, que nada tiene que ver con un monje de Cluni que brilló en el siglo XII, y fué secretario del Padre Pedro el Venerable, ni tampoco con otro Pedro Patavino, que en principios del siglo XIII vivió como monje de S. Victor, en París, nació en el reinado de Luis VI en el mismo Poitiers, de donde se origina su apellido, y de una familia que no podia darle blason ni título alguno, bien que tampoco le ofrecia un motivo de avergonzarse por pertenecer á ella, en cuanto eran sus padres probos, virtuosos y honrados, aunque no tenian á su disposicion grandes recursos, por lo que la educacion de Pedro fué esmerada, pero á efecto de su gran capacidad, pues que sus mismos maestros hubieron de ser los que le proporcionaron lo necesario para llevar á feliz término su empresa. Lo consiguió con efecto, pues á su aplicacion constante, agregada á su buena capacidad, mereció las más distinguidas pruebas de afecto de parte de sus maestros y admiradores y el que como estudiante se le confiára la re-

gencia de algunas cátedras, hasta que concluida su carrera y recibido con universal aplauso el grado y título de doctor en teología de la universidad de Paris, ésta tuvo gran complacencia en recibir por maestro á tan esclarecido varon, confiando á su cuidado varias cátedras de la sagrada facultad, que desempeñó con un acierto extraordinario y con el éxito más feliz que imaginarse puede, hasta que en 1169 la misma universidad, persuadida de su capacidad y queriendo demostrar no solo á él sino á todo el mundo el celoso esmero con que procuraba cuanto tenia relacion con el buen concepto que ella merecia, resolvió la gran dificultad que le presentaba la sustitucion del muy ilustrado Pedro Comestor, nombrando en su lugar á este excelente teólogo, que no solo satisfizo las más legítimas esperanzas, sino que las habia sobrepujado, ofreciendo á la vista de todos un hombre de condiciones especiales y adecuadas á su fin; por lo que aumentándose cada dia el crédito de este excelente teólogo, creció tambien el deseo de conocerle y admirarle, por verse en él una condicion especial, adecuada para cualquier cosa, y además porque desde el momento en que tomó á su cargo enseñanza tan acreditada, puso todo su esmero en sostener la merecida reputacion que adquirió su antecesor y se hizo por consiguiente admirar, porque dió á conocer todo lo que valia, todo lo que era capaz de hacer en órden á la explicacion y enseñanza de los misterios y dogmas de nuestra sacrosanta religion, sin que hubiera por su parte ni el más ligero desliz por el cual mereciese una censura ménos favorable, ni siquiera una inculpacion contra las escuelas que por entónces luchaban con gran encarnizamiento; ántes todo lo contrario, un exceso de mesura en todas sus expresiones destellaba el grande aprecio que hacia del saber de los otros, y daba, como es consiguiente, más mérito á su ciencia misma, en cuanto su propio respeto le hacia acreedor al respeto y consideracion de todos los demás. Como su crédito crecia de dia en dia, no podian ya sus explicaciones contenerse en el reducido círculo de su cátedra, necesitaba un espacio mayor, era preciso que se difundiesen por do quiera, para lo que tomó como más acertada resolucion la de imprimir los cinco libros de sentencias que concluyó en 1175, y que son con muchísima razon mirados como una obra notable, y además como el resúmen de todas sus explicaciones, resúmen y manifestacion tanto más importante cuanto que aparecieron precisamente en una época en que las escuelas teológicas necesitaban se aclarasen bien las opiniones de sus principales maestros, pues que era la época de que unos, con la sola aplicacion, formas y lenguaje de la Escritura Sagrada, de los Santos Padres de los siglos primeros y de los primeros concilios, otros (á los cuales pertenecia Pedro de Poitiers), fundando y arreglando sus explicaciones á la dialéctica de Aristóteles, otros en fin, que participando de uno y otro sistemas se formaban un tercero exclusivamente suyo, en el cual

es preciso confesar que no supieron ó no pudieron adoptar lo bueno ni del uno ni del otro, quedando por consiguiente este sistema intermediario bastante desacreditado desde sus principios; querian que solo su manera de ver las cosas fuese la verdadera, y preocupando los espiritus de los jóvenes que se aplicaban con esmero al estudio, hubieran producido sucesos desagradables, sin la intervencion, excitada acaso por la obra de que nos ocupamos, debida á la bien cortada pluma de este hombre distinguido, sin la intervencion, repito, de la silla apostólica, que hubo de hacer se suspendieran las cuestiones en órden á las formas, y se concentrasen los esfuerzos de todos para combatir cada cual á su manera los errores, buscando todos como término de sus fatigas y recompensa de sus trabajos el esclarecimiento de la verdad, la confusion de la mentira, y consiguientemente la dilatacion de la verdadera fe, único centro de verdad, único asilo donde con majestad imponente reside esa verdadera dueña de todos los espiritus, en busca de la cual corren aunque por distintos rumbos los hombres todos, logrando empero su posesion los que miran á Dios en sus intentos y á él dirigen todas sus aspiraciones, todos sus deseos y fatigas. Ya fuera por el gran mérito de esta obra de Pedro de Poitiers, ya porque sus explicaciones admirables; razonadisimas y en un todo conformes al dogma y á la tradicion, le hicieron acreedor á la más alta reputacion entre los teólogos y maestros de su tiempo, no cabe duda en que Pedro Poitiers se cita entre los más distinguidos sabios de su época, y en que no desdeñaron de ir juntos los nombres de éste con los de Pedro Abelardo, del Maestro de las sentencias y otros, que de grande importancia en la república de las letras, fueron y serán imperecederos, porque fueron y serán de siempre las cuestiones que ilustraron, de siempre los principios que sostuvieron, y de siempre la importancia que tuvo el que ellos dilucidáran algunos puntos que sin sus oportunas é ilustradisimas investigaciones hubiesen quedado en la oscuridad, ofreciendo siempre á los amantes de la ciencia aquella dificultad para vencer la cual precisaban talentos y tan gigantescos como los de los que con buen éxito lo emprendieron, entre los cuales es razon se cite al distinguidisimo Patavino, que hizo mucho, aunque sin presuncion, porque la modestia era otra de las prendas que distinguian más á este aventajadisimo teólogo, profundo filósofo, literato consumado, sabio en fin, segun lo podia ser en su siglo, y segun convenia á quien ocupaba en una de las más célebres universidades el puesto que dejó uno de los más eminentes varones que ella tuvo en su seno. Pero ni la buena intencion de Pedro de Poitiers, ni su carácter pacífico y conciliador fueron bastante para libertarle de los funestos efectos de una solapada envidia y de una arrogante osadía que contra él surgió, sin otro motivo que lo aventajado de su capacidad, lo bien empleado de su ta-

lento, que todo lo desplegó en gloria de la religion de Jesucristo, en alabanza y justo elogio de la sagrada facultad de que era profesor, y en enseñar la cual fijaba él toda su complacencia, sin más mira que el bien de las almas y el que los pastores, que habian de formarse por el estudio, no de la ciencia, sí de la aplicacion de los dogmas, pudieran ir seguros por el camino de la ciencia, hallando fundados, lógicos y racionales sus principios, descartando, sin despreciarle, el principio de autoridad solo por ser tal, y estimando en muchísimo el fondo de razon que esta misma autoridad tuviese, dándole siempre la debida preferencia por haber sido dicha por un hombre segun los designios de Dios. Esto parecia que aseguraba de un modo indudable el éxito de los escritos de Pedro, no fué así; se lanzó sobre ellos un execrable anatema, se hizo ver que en las sentencias no se hacia uso apénas de las Escrituras ni de los Santos Padres, y desconociendo el fondo de razon que para esto habia, y tomándolo en un sentido enteramente distinto al que verdaderamente contenia, se llevó la inculpacion al extremo de acusar al respetable maestro de teología de sospechoso en la fe, y hacer que sus escritos se censuráran escrupulosamente, sin otro fundamento para conducta tan poco conveniente, atendidos los méritos del escritor, que el no haber éste querido ceder del sistema escolástico, por el cual creia él más fácil y segura la investigacion de la verdad; pero siempre acatando y respetando las apreciaciones de los otros en cuanto ellas eran conformes con la verdad católica. Sin embargo, se instruyó el expediente, se requirió la censura, y el resultado de todo fué que los cinco libros de sentencias de Pedro de Poitiers fueron declarados no solo católicos, sino útiles para la enseñanza de la sagrada teologia, y halló él su elevacion allí mismo donde sus adversarios creyeron encontrar su ruina, ó por lo ménos un medio de que se hicieran ménos notables sus doctrinas verdaderamente provechosas. Este incidente, que parecia querer poner en duda su catolicismo ó al ménos hacerle sospechoso de que no miraba á las Santas Escrituras con el respeto, veneracion y aprecio que ellas se merecen y que ciertamente las tenia este distinguido escritor, dió por resultado el que comentára el *Exodo*, *Levítico, los Números, los Salmos* y algunos trozos del *Santo Evangelio*, en cuyas obras todas se ve su catolicismo y su veneracion hácia la palabra de Dios escrita, por más que en algunos de sus comentarios no pueda ménos de criticar lo ridículo de algunas versiones hechas sin esmero, y en las cuales se han deslizado errores de consideracion, fáciles sin embargo de reparar. No hay para qué decir que tal conducta de este buen sacerdote acabó de sentar su crédito, acabó de asegurar su reputacion, reputacion y crédito que tambien tenian su confirmacion en el grande celo con que todos le veian desempeñar el importante cargo de canciller de la iglesia de nuestra Señora de Paris, así como por

el afan con que le veian procurar la educacion de los jóvenes, proveyendo de su propio peculio de libros y de los demás objetos necesarios á los que no podian proporcionárselos, teniendo para con todos un trato delicadísimo, y manifestando á todos, y en particular á los pobres, una simpatía extraordinaria. Prendas todas que le hacian altamente apreciable y que hubieran servido para proporcionarle ventajas en su colocacion si él no hubiese tenido siempre una abnegacion suma, si hubiese querido brillar en los altos puestos de su estado; pues no cabe duda que alguna vez fué consultado para ocupar sillas episcopales de las más importantes de Francia, sin que nunca se le pudiese hacer aceptar ninguna, por más que algunas veces se pusieran en juego recursos que parecian de un éxito seguro, pero que en este distinguido varon no dieron resultado, porque siempre se aferró en su miserable pequeñez (segun él decia) y así pudo sostenerse, hasta que en medio de un sentimiento general y con todas las disposiciones que hacen presumir una feliz eternidad, dejó ésta por otra mejor vida, siendo en París canciller de Nuestra Señora, catedrático en la universidad, y en todo el mundo admirado y considerado como uno de los más eminentes varones de su época, varon probo, sabio y celoso de la gloria de Dios, títulos todos que le hacen acreedor no solo á nuestro recuerdo sino á nuestra veneracion, cualquiera que sea el motivo por el cual queramos tributársela, seguros de que en cualquier concepto que se la rindamos, siempre habremos hecho un acto de justicia, pues bien merece veneracion el distinguido Pedro de Poitiers, porque fué aventajado en ciencia, bondadoso en su trato, observante de las prescripciones en el desempeño de su deber; hombre, en fin, apreciable á todas luces. — G. R.

PEDRO Pont (V. P. Fr.). Fué natural de Mallorca, y en el convento de Franciscanos de aquella ciudad tomó el hábito, y hecho su noviciado con grande aprovechamiento, emitió su profesion con indecible contento de aquella santa casa. De ella pasó en 1711 al seminario de Escornalbou en Cataluña, donde continuó en sus edificantes virtudes, atrayendo la admiracion de todos, con especialidad por su modestia y compostura, en cuyas cosas se distinguia de un modo extraordinario. Por estas tan favorables circunstancias le hicieron predicar la santa mision repetidas veces, siendo mucho el fruto que de su doctrina se sacaba; pues movia sin exasperar, alentaba sin violencia, y hacia que todos fuesen á Dios, poniéndoles en relieve las grandes bondades de este beneficentísimo Señor, sus augustos atributos y lo acreedor que era á nuestro reconocimiento y amor por lo mucho que en nuestro amor mismo se esmeraba. El año de 1723 fué nombrado guardian de su convento, y en el desempeño de este cargo demostró de una manera convincente é inequívoca lo mucho que podian prometerse de él para el ré-

gimen acertado de la casa, para la comodidad y provecho de los particulares, pues si bien es cierto que nunca toleró abuso ninguno, lo es tambien que tenia sumo tino para reprender á los ménos perfectos, de manera que jamás quedaban exasperados y siempre convencidos, con lo cual sucedia ser muy ventajoso para ellos mismos el haber cometido alguna imperfeccion; pues les hacia ver y reparar otras muchísimas sobre las que no se habian fijado, y el término de todo era la mayor gloria de Dios, con el bien y provecho de sus súbditos. Deseoso de acaudalar conocimientos que pudieran ser provechosos en el desempeño de su ministerio ó en el esclarecimiento de sus hermanos, pasó despues que hubo terminado su prelacía á estudiar el sistema de Raymundo Lulio á Maguncia, donde se tenia acreditada escuela de él, mas su residencia en ella no fué larga, pues á muy poco de haber ido, le rogaron volviese á su convento, por tener la Orden necesidad de echar mano de él para el importantísimo cargo de maestro de novicios, en el cual se prometian con fundamento serviria mucho á Dios y á sus hermanos. Así fué efectivamente: desde el dia en que entraba un religioso, y le encomendaban á su cuidado, ponia todo su esmero en hacerle comprender la importancia de la obediencia y de la perfecta sumision en todo, así como de que para llegar á la sublime cima de la perfeccion, es preciso, es indispensable comenzar por vencernos en las cosas pequeñas, con lo cual nos habituaremos á las grandes, y llegará momento en que un grande sacrificio heróico, mayor aún de lo que puede pensarse, sea la legítima consecuencia de pequeñas, y al parecer insignificantes privaciones, con las cuales venciéndonos, hemos llegado á este apetecido término. No hay necesidad de decir que el P. Pedro instruia á sus novicios más bien con sus ejemplos que con sus palabras, así como no puede ménos de deducirse como legítima consecuencia de esto, la dulce violencia con que los atraia á todo cuanto era conducente á su adelantamiento y perfeccion. Tuvo el venerable Padre gran celo por la conversion de las almas, y éste le obligó á desear con ánsia y á rogar á los superiores le permitieran pasar á las misiones del Perú, lo cual le fué concedido en 1735, siendo tantos los frutos que consiguió, que durante cuarenta dias seguidos tuvo que repetir unas mismas doctrinas, para que pudiesen oirlas los innumerables que de todas partes venian atraidos de su fama, los cuales todos eran tocados de Dios para enmendar su vida y para reconciliarse de sus pasadas culpas, por lo que era grandísima la ocupacion de los celosos sacerdotes que allí derramaban la palabra de Dios; pues tenian que estar la mayor parte del dia y de la noche oyendo las confesiones de los convertidos por la predicacion del ya V. P. Pedro Pont. Y no se crea que por esto se satisfacia ni dejaba que la presuncion ó cualquier otro defecto le acometiera; todo ménos eso, cuanto más fruto conseguia de su

predicacion más deseaba, y cuando todos alababan en él sus dotes, virtudes y disposicion, él se mostraba como el más inútil siervo del Señor, y decia con gran sinceridad que todos harian más que él por la gloria del Señor, si á Dios pluguiera darles la mitad de los auxilios, gracias y favores con que á él le distinguian. Y esto no se crea lo decia solamente cuando los que lo escuchaban pudieran formar de ello la ventajosa idea que de ello mismo se desprende, sino que lo decia siempre y á todos, encomendándose á las oraciones de todos como muy inútil siervo de Dios, y no desdeñándose de manifestar su pequeñez áun en sus cartas, que todas las concluia con la antefirma de *vilísimo pecador*, despues de haber rogado en todas ellas el que sus deméritos fuesen por las súplicas de aquellos á quienes las dirigia, atenuados ó mejor diré, extinguidos en la presencia del Señor. Como fué muy modesto y recogido, no hay noticia de los rigores de su penitencia ni de los arrobamientos y éxtasis con que Dios premiaba su oracion. De lo que si hay noticia es de que con ocasion de saber que algunos hermanos suyos y otros varones de la siempre esclarecida Compañía de Jesus habian dado su sangre por la fe, tuvo gran deseo de esto mismo, y quiso varias veces ir adonde éstos recibian la gloriosa aureola que los ciñe de inmortalidad; mas no quiso Dios llevarle por este camino, así que sus deseos no se realizaron, y sirviendo á Dios, procurando su gloria, y ocupándose en el importante ministerio de la predicacion, murió el 20 de Junio de 1746 en una granja llamada Mutocache, siendo su muerte tranquila, y como era consiguiente á su vida ejemplarísima. No quisieron los naturales de aquella comarca desprenderse del respetable tesoro de su cadáver, así que con la posible pompa le enterraron en la capilla de aquella posesion, conservándose su cuerpo incorrupto, y demostrando por esto además de las circunstancias de su vida, lo justo que es el concepto de venerable en que desde luego se le tiene. — G. R.

PEDRO DE POT (Venerable). Fué este distinguidísimo monje benedictino no ménos célebre por sus circunstancias personales que por lo esclarecido de su familia y por sus inmensas riquezas. Hijo de los señores de Bantersem y Pluysegem, reunió el inmenso caudal y la acreditada nobleza de ambas familias, comunicando despues por medio de sus hijos estos mismos honrosos títulos, que ellos supieron acrecer con otros muchos que se agregaron, ya por contraer ventajosos matrimonios, ya por herencia de sus mismos ínclitos ascendientes. Excusado es decir, por consiguiente, que muchos condados y títulos deben á nuestro esclarecido monje, si no fundacion, por lo ménos su existencia. Desde su nacimiento mismo mostró Dios, aunque de un modo indirecto, que este hombre habia de ser gran cosa, y lo habia de ser mediante su afecto, veneracion y entusiasmo por el esclarecido doctor y melifluo padre de la Iglesia S. Bernardo, y esto se puede conjeturar de la circunstan-

cia especial de haber nacido precisamente el dia en que la Iglesia conmemora á este glorioso siervo del Dios de Israel. Aunque nadando en riquezas, como hemos visto, pudo nuestro Pedro conocer por una especial providencia del Señor lo que valian las cosas de este mundo, y que todas ellas son efímeras y muy perecederas; por lo cual quiso asegurarse una existencia que durára más, mediante el atesorar en el cielo los caudales que segun el mismo Dios ni perecen allí, ni pueden defraudársenos. Como le habia parecido conveniente á los intereses de su casa, y acaso sus padres habrian tomado en ello algun empeño, casó con una persona tan distinguida como él lo era, de la cual creemos tuvo familia. Esto no fué un obstáculo para su perfeccionamiento y santificacion, ántes al contrario fué un nuevo sacrificio que se impuso el renunciar á una persona que habia aceptado con afecto, y de la cual era fidelísimamente correspondido. Sin embargo, como el amor de Dios era su más vivo deseo, no tuvo dificultad en renunciar á esto y á las demás cosas que poseia, pues se desprendió con completa generosidad de todos sus bienes, distribuyéndolos entre los pobres, y permitiendo el Señor para premiar su caridad muchos y muy raros prodigios, entre otros la multiplicacion milagrosa verificada no una sola vez, sino en muchas ocasiones, de la vianda que iba á distribuir entre los menesterosos, de las ropas con que iba á cubrir su desnudez. Desembarazado así voluntariamente de los cuidados del mundo, trató de asegurar su eterna dicha, para lo cual tomó la santa cogulla de Bernardo y Benito, admirando desde los primeros dias de su noviciado á cuantos tenian ocasion de conocer la manera de progresar en el sendero de la virtud. Aun cuando, como hemos dicho, renunció á todos sus bienes, se reservó sin embargo algunas rentas importantes, que no debian pasar á otros sugetos durante su vida, y de estas reunió lo suficiente para hacer construir el monasterio de S. Salvador de Amberes, cuya primera piedra se colocó en un dia de S. Bernardo, ya porque parecia muy natural se pusiesen los cimientos de una casa importante de la órden del Cister en el dia en que la Iglesia conmemora al gran Bernardo, ya tambien porque era muy conveniente que se diese ese consuelo al ferviente amor que quien hacia esta grande obra para bien de la Iglesia y de la Orden profesaba al nunca demasiadamente celebrado abad de Claraval. Hecho el monasterio, vivian en él los monjes con todo sosiego y con la conveniente y debida amplitud, y el hermano Pedro podia dedicarse segun su espíritu á la contemplacion de las verdades eternas, en cuyo ejercicio el Señor le distinguia con extraordinarísimos favores, que tambien podian considerarse como justa recompensa al amor grande que él profesó siempre á la Santísima Virgen María, Madre de Dios y de los pecadores. Prolijo é impertinente sería referir los singulares beneficios que en apariciones, revelaciones y éxtasis mereció á su buen Dios

y á su santa Madre; por esto, para concluir el relato de la vida santa de este distinguido monje, solo diremos que él se mostró verdadero hijo de María, por lo que María, prodigándole sus favores, se mostró con él verdadera madre. Pasados en plenitud de buenas obras los dias que el Señor quiso duràra su peregrinacion sobre la tierra, y recibidos todos los auxilios con que la Iglesia favorece á sus hijos en el terrible lance que nos lleva á la presencia del supremo juez, Pedro de Port apareció ante el tribunal del Señor lleno de méritos, y Dios los premió con la venturosa eternidad que goza el que es venerado por todos sus hermanos y ofrecido como modelo de virtud, siendo una de las glorias que más estima la casa de Amberes el que su primera piedra se pusiera por este distinguido monje. Su memoria se celebra en 20 de Agosto, dia en que murió, el año de 1450, ó sea noventa y siete despues que su muy querido el glorioso reformador S. Bernardo. — G. R.

PEDRO QUIRINO (Venerable). Nació este varon insigne de una de las más nobles familias de Venecia, correspondiendo desde luego su educacion á lo distinguido de su origen, y poniendo sus padres todo su esmero en que su hijo pudiera aparecer en el mundo como digno sucesor de una familia, cuyas grandezas se encomiaban con justicia, ya en lo que decia relacion á las riquezas que poseian, ya tambien, y esto era lo más principal, en órden á su piedad y al superior talento de que muchos de sus individuos habian estado dotados, y en el cual habian llevado á cabo empresas árduas é importantísimas. El haber sido Pedro compañero é íntimo amigo de Paulo Justiniano, reformador de la Orden Camaldulense, es ya para él una gran recomendacion, pero mucho más le acreditan sus virtudes, que fueron todas heróicas y hasta cierto punto superiores á lo débil de su complexion y fuerzas materiales, porque ciertamente no era él robusto ni mucho ménos, y sin embargo hacia muchísima penitencia; fué educado con la delicadeza más esmerada en la órden del Cister, en la cual ingresó; buscaba siempre la mayor aspereza en el vestido, en el lecho y hasta en el alimento; pero á todo esto le llevaba su extraordinario amor á Dios, por el cual sufria todas estas cosas, así como haciéndose pequeño é ignorante ocultaba por el mismo motivo sus grandes conocimientos en la literatura hebrea, griega y latina, no haciendo nunca ostentacion de su talento, y mortificándose mucho cuando por acaso se dejaba vislumbrar algun destello de su gran capacidad y constante aplicacion. Era el ejemplo de todos sus hermanos, habiéndose empeñado en permanecer siempre en el último rincon de su convento, sin querer aceptar nunca las honrosas distinciones con que la Orden hubiera querido favorecerle, y diciendo con profundísima humildad que habria de causar á los superiores gran sentimiento el sacarle del último lugar, donde todavía estaba por gracia muy especial, no mereciendo siquiera el contarse por hijo de

su santo Patriarca, ni por hermano de tantos distinguidos varones como podian ser y eran en su religion tan útiles á su patria y á la Iglesia. En este oscuro lugar y en este voluntario olvido pasó su vida en virtud y perfeccion, estrechándose más y más sus vínculos de caridad para con Dios por el ferviente deseo con que hácia él caminaba, mediante el cumplimiento de su voluntad santísima. Por último, admirado de cuantos le conocian, y fortalecido con los eficaces auxilios que la Iglesia proporciona á los fieles al acabar su vida, terminó Fr. Pedro Quirino la suya el dia 7 de Febrero de 1514, mereciendo por sus virtudes el augusto dictado de venerable, y recibiendo todos los años el homenaje del recuerdo de su Orden en el mismo dia en que esta su preciosa muerte se verificó para dicha suya y consuelo de sus hermanos.— G. R.

PEDRO RAMIREZ DE PEDRIOLA (D.), obispo de Pamplona. Despues que Don Remigio, obispo de Pamplona, pasó en 1228 á recibir la recompensa de sus merecimientos, fué elegido el año 1230, segun las más acreditadas conjeturas, el Sr. D. Pedro Ramirez de Pedriola, natural de Navarra, y que comunmente es conocido bajo el nombre de D. Pedro Remigio, sin que haya fundamento alguno para esta denominacion. Los auspicios bajo los cuales entró este prelado en el gobierno de su diócesis fueron los más felices, pues con este acontecimiento coincidió la fundacion que en Pamplona hicieron las monjas de Sta. Clara, á las cuales se recibió con grande veneracion en todo el reino de Navarra, esmerándose todos á porfía en dispensarlas no solo los medios para llevar á cabo su instituto, sino su más decidida proteccion. A esto cooperó en gran manera el obispo D. Pedro, pues él y su cabildo dieron no solo su permiso sino algunos bienes, y asistieron para de esta manera solemnizar en lo posible tan fausto acontecimiento. En justa retribucion y debida gratitud de tan señalada deferencia, las monjas se quedaron desde un principio sujetas al ordinario de Pamplona, y así han continuado hasta el dia sirviendo de gran consuelo á los prelados tener bajo su dependencia tan edificante comunidad; pues ciertamente han sido siempre observantísimas y muy celosas de la pureza de su instituto, siendo este de los pocos conventos que se conservan todavía bajo las mismas condiciones con que su fundadora les dió vida, debido esto en gran parte á que el obispo D. Pedro en su decreto de concesion del permiso para fundarse, las impuso condiciones que aseguraron su estabilidad, ofreciendo seguridad de que siempre serian lo que fueron en un principio, lo que son hoy y lo que serán. La paz y tranquilidad de que disfrutaba el obispo D. Pedro fueron turbadas con la noticia de que algunos bienes pertenecientes á la mesa episcopal, yacian en poder del Rey con menoscabo por consiguiente de la mitra. Esto le hizo poner en conocimiento del Papa esta usurpacion que á sus antecesores se habia

hecho, y el papa Gregorio IX determinó que el obispo de Palencia D. Tello, con algunos de su cabildo y el abad de Husillos entendieran en este asunto é hicieran venir las cosas á los términos debidos, evitando todo perjuicio á la Iglesia; mas bien averiguado el asunto, se halló que no habia habido de parte del Rey semejante usurpacion, por lo que el obispo D. Pedro se apresuró á manifestárselo á los comisionados del Pontífice, quedándole sin embargo el disgusto de haber promovido, por dejarse llevar ligeramente de las indicaciones de los que le rodeaban, este incidente que no fué nada agradable al Rey, que por todos conceptos merecia la estimacion de la iglesia de Pamplona, pues habia hecho mucho en su favor. Murió el rey D. Sancho en el castillo de Tudela, y á pesar de que él habia dispuesto en su testamento que le sucediese en la corona D. Jayme de Aragon, los navarros no lo tuvieron por conveniente y eligieron á D. Teobaldo, conde de Champaña é hijo de la hermana de D. Sancho, Doña Blanca, el cual residia en su condado, donde fué á buscarle una comision presidida por el señor obispo D. Pedro Ramirez de Pedriola. Este fué por consiguiente quien presentó al electo Rey el homenaje de sus súbditos y quien le acompañó á Pamplona con la posible brevedad, coronándole y haciendo sobre él la uncion sagrada que la Iglesia prescribe en estas solemnidades el dia 7 de Mayo del dicho año 1234, con gran satisfaccion del pueblo de Navarra, y excitándose por tanto una intimidad cordial entre el Obispo y el Rey nuevamente elegido. A esta íntima amistad que se estableció entre D. Pedro y D. Teobaldo, se siguió el que éste se enterára de las necesidades de aquel, y que como viera los atrasos en que el Obispo se habia puesto á causa de los grandes dispendios que tuvo que hacer para presentarse en Champaña con la ostentacion conveniente, y que no quiso aceptar del erario de Pamplona, en atencion á que estaba él tambien exhausto por las guerras que acababa de sostener contra los moros. Por supuesto que la silla de Pamplona, ó por mejor decir su Obispo, cedió á la corona algunos bienes en compensacion de los intereses que ésta le habia adelantado, y tanto el cabildo como el gobierno quedaron en la más completa armonía. Esto en órden á sus relaciones con el poder secular. En órden al gobierno interior ó más bien á los súbditos eclesiásticos de este prelado surgieron algunos disgustos á causa de que por especial predileccion que tenia á los monjes llamados *Blancos del Cister*, los habia sustituido á los *Negros* que habia habido siempre en el monasterio de Leyre, y esto se achacó generalmente á que los condes de Champaña, aprovechándose tal vez del favor que habian dispensado al Obispo, habian obligado á éste á que hiciera esta sustitucion de unos á otros que no habia sido bien recibida, pero que al cabo se pudo traer á un término en que todos quedaron satisfechos y el monasterio no decreció en importancia, ántes siguió siendo como hasta entónces uno

de los más bellos ornamentos de la silla episcopal de Pamplona, así como la proteccion de los obispos, y en particular de D. Pedro, fué para él de muy grande conveniencia. Sabido es que en la época en que rigió D. Pedro los destinos de la santa iglesia de Pamplona, estaba la Tierra Santa en poder de infieles, y era muy grande el celo de los países católicos y especialmente de los distintos reinos de España, para sacar estos venerandos lugares del poder de quienes ciertamente no debian poseerlos. Por lo cual el rey D. Teobaldo y sus tropas fueron á esta piadosa empresa, y en ella les acompañó hasta Bayona su obispo D. Pedro con el debido séquito, para dar así honor é importancia á esta marcha cristiana-política, no habiendo ido más allá, es decir, no habiendo continuado con la expedicion á la Tierra Santa el prelado y los suyos, porque estos eran pocos y no muy útiles, y además porque las atenciones de su ministerio, y especialmente la santa visita que por entónces giraba á los pueblos de su diócesis que estaban necesitados de este beneficio, no en verdad porque los prelados no hubiesen sido hasta entónces celosísimos en el desempeño de su cometido, sino porque las circunstancias críticas del país habian hecho imposible el dar á los pueblos este pasto espiritual. Fué sin embargo muy bien recibida del Rey y de la corte esta muestra de deferencia con que el Obispo quiso distinguir á los expedicionarios, acompañándolos hasta Bayona, y en cambio de ella quiso el Rey consignar un público testimonio de su aprecio, haciendo donacion á la iglesia de Pamplona de toda la tierra y honor del castillo de Monjardin, con la única excepcion del cuerpo material del castillo, que el Rey se reservó, más bien para que los obispos tuviesen buena ocasion de rendirle sus homenajes, siempre que le pareciera oportuno pasar una temporada en esta posesion, que no por conservar esta finca; bien es verdad que ya sobre ella habia habido algunos disgustos, pues que perteneciendo por mucho tiempo á la mitra, el infante D. Ramiro la habia adjudicado á la corona, produciendo esto muy mal efecto en los ánimos de todos, que si bien querian la prosperidad del Estado, nunca la quisieron á costa de la Iglesia, y llevaban muy á mal el que se deshicieran donaciones y convenios en que esta habia sido favorecida por la espontánea munificencia de los señores de aquellos entónces agobiados y empobrecidos reinos. De suerte que en último resultado se comprende como una buena traza, que el Obispo, celoso de una buena acogida y del aprecio que queria excitar hácia el nuevo monarca, inventó para que así se hiciera apreciado de todos con esta dádiva y no menoscabase en lo más mínimo los intereses de la corona, mediante esa cláusula, digámoslo así, de retencion, que ponia á cubierto el decoro de ambos. Se recibió en efecto con gran satisfaccion la noticia de esta donacion hecha por el monarca, y todos supieron atribuir á los buenos influjos del señor Obispo el favorable éxito de un asun-

to que ya habia producido disgustos, y que hubiera dado por resultado la completa desavenencia entre el pueblo si no hubiese venido otra vez á dejarse en la pacífica posesion que de él tuvo la santa Iglesia. Hecho pues este convenio y emprendido por el Rey su viaje á Palestina, el Obispo regresó tan pronto como le fué posible á su catedral, tuvo buen cuidado de hacer notar á todos las buenas disposiciones que en favor de la Iglesia tenia el monarca, y en el régimen y gobierno de ella, en procurar sus intereses y asegurar sus rentas y porvenir pasó el resto de su vida, que ciertamente se acabó pronto, pues á los cinco meses de haber vuelto de acompañar al Rey, á efecto de una molesta enfermedad de pocos dias falleció el mártes 5 de Octubre de 1238, habiendo estado al frente de su diócesis ocho años, en cuyo tiempo hizo mucho en favor de todos, pues que sirvió á los pueblos, á los reyes, al clero y á los monjes. Su muerte fué muy sentida, y el conjunto de prendas distinguidísimas que en él se unian, hizo que despues de ella vaciláran muchísimo en la eleccion de sucesor, pues ciertamente era muy de atender en qué manos se ponia una diócesis rica y ordenada, pero que este órden y riqueza lo debia á sus últimos prelados, por lo que la vacante ocasionada por la muerte de D. Pedro Ramirez duró muy largo tiempo. —G. R.

PEDRO DE RATES (S.), obispo de Braga, discípulo del apóstol Santiago, quien le nombró para fundar aquella Iglesia. Su fiesta se celebra en la diócesis bracarense en 26 de Abril. —S. B.

PEDRO REGALADO (S.). Véase REGALADO (S. Pedro).

PEDRO DE REIMS (Fr.). Fué francés de nacion, y tomó su apellido de su pueblo, segun costumbre muy admitida en su época. Vivia en París cuando el glorioso Sto. Domingo envió á ella quienes hicieran conocer su naciente instituto, y fué este uno de los primeros discípulos que se le agregaron, dando su nombre con indecible contento á la recien establecida religion. Era ya sacerdote, de edad madura y muy notable por el buen desempeño de su ministerio en todos sus importantes cargos, pero con especialidad en el de predicar la divina palabra, siendo por lo tanto uno de los sugetos á quienes se oia con más gusto y atencion y cuyos sermones producian más efecto. Era ademas muy respetado en la universidad, porque si bien es cierto que no daba cátedra ninguna, estaba encargado con algunos otros de explanar y concordar las Sagradas Escrituras é indicar á los que se lo exigian cuáles eran los mejores expositores en cada libro del Antiguo Testamento, y de qué obras ó personas podia echarse mano para subvenir á las diferentes necesidades que surgen por do quiera en la enseñanza católica. Como reunia estos tan extensos conocimientos, y comprendió perfectísimamente bien el espíritu del santo patriarca, favoreció mucho su cooperacion, especialmente en los dos capítulos de Bolonia, para la formacion y mejor establecimiento de

la Orden, así que todos cuantos en esta notable asamblea intervinieron, conocieron el singular mérito de Pedro de Reims, y deseaban utilizarle en provecho del mismo instituto. No debe omitirse el manifestar que este aventajado sacerdote era en toda la extension de la palabra un verdadero religioso, pues desde el dia en que tomó el santo hábito hasta el en que entregó á Dios su espíritu, vivió siempre en perfecta sujecion y docilísima obediencia á sus superiores, y bajo una observancia tan rígida como si toda su vida hubiera sido novicio, y no hubiese tenido otro modo de merecer la profesion, que cumpliendo exactísimamente con los deberes de tal novicio. Como el cargo de prior de la casa de París se confió en el momento mismo en que fué fundada al P. Mateo, que fué uno de los sugetos que el santo patriarca mandó para que fundáran, se tuvo muy presente para ofrecerle desde luego los cargos más importantes de la Orden, y se le confió el de visitador de las casas de Francia, pues con extraordinaria rapidez se propagaba el instituto en aquel católico reino, y era necesario que las nuevas fundaciones se visitáran por varones experimentados, que sabiendo bien el estado y necesidades de la religion, proveyesen desde luego no solo con acierto, sino con eficacia. Luego que Dios se llevó para sí á Fr. Mateo, se encomendó el cuidado y gobierno de la casa de Santiago, de París, á nuestro Pedro de Reims, quien desempeñó su cargo con tanto acierto, tino y prudencia, que hasta sus mismos súbditos, y áun aquellos á quienes él en cumplimiento de su deber tenia que reprender, le miraban con extraordinaria veneracion y respeto. Hizo por consiguiente que se sostuviesen en la casa las buenas costumbres que estableciera su antecesor, y él á su vez puso otras con las cuales se mejoró todavía, teniendo un particular esmero en imponer las prácticas nuevas con tal táctica, que no parecieran tal novedad, ántes por el contrario cada uno se las hiciese como una cosa exclusivamente suya, y todo esto con el fin de que no decayesen cuando por alguna de esas circunstancias muy comunes en la vida de los claustros, hubiese de verificarse algun cambio en el personal encargado del gobierno de aquella santa casa. Y esto parecia prevision especial, que pudiera calificarse como espíritu de profecía, pues apénas habia ordenado completamente las cosas todas de su convento y comenzaban á marchar con la exactitud apetecida, cuando recibió de sus superiores el nombramiento en forma de visitador general de todas las casas de la Orden, no ya como símple comisionado, segun lo habia estado haciendo hasta entónces, sino como propietario y prelado, por lo cual ménos ligado de compromisos, ó diremos mejor, más obligado en conciencia al desempeño de su cargo, tenia infaliblemente que cumplir el imprescindible deber de reformar todo lo que necesitára reforma, y no pararse, digámoslo así, en consideraciones de ninguna especie, aunque siempre el

carácter benigno de este religioso le obligaba á guardar todas las atenciones compatibles con el desempeño de su estrechísimo deber. No sabemos si como retribucion á los eminentes servicios que prestó á la órden de Santo Domingo en el desempeño de los importantes cargos que ésta le confió ó si por utilizar sus importantes servicios y las dotes de gobierno que habia manifestado en cuantas ocasiones se le ofrecieron á propósito, ello es lo cierto, que rehusándolo él y cuando lo pensaba ménos, se encontró nombrado procurador y superior de la familia dominicana de Tierra Santa, donde arribó felizmente con sus hermanos por los años de 1229 á 30. Allí ayudó mucho con su prudencia y superiores luces á que se aclimatára la Orden, y fué luego trasladado de obispo á Agen, donde cumplió tan bien como lo habia hecho en los anteriores ministerios. Infatigable su celo, no le permitia ni descansar un momento siquiera; y parecia multiplicarse por acudir al desempeño de los deberes de su importante y difícil ministerio. Sus cuidados paternales acerca de la eleccion de ministros para el gobierno de los pueblos, su exquisito celo en proporcionar á las personas más ignorantes instruccion y una atencion siempre constante á que el buen ejemplo de parte de los sacerdotes fuese el principal móvil que atrajese á los fieles á la virtud, hé aquí los recursos de que se valia para hacer de su obispado uno de los mejores de su época. No hay para qué decir que él no descansaba ni un momento, pues el tiempo que robaba á su ministerio pastoral, lo consagraba á su propia santificacion por obras de supererogacion muy dignas de que nos ocupáramos en exponerlas, si su relato no nos pareciera un tanto molesto para los que habrán tenido que prestarnos excesiva atencion. Dejemos pues á Pedro de Reims, obispo y religioso al mismo tiempo, que vaya á recibir el lauro que Dios le reserva en premio de los esfuerzos con que ha procurado la gloria del Señor y se ha hecho acreedor á sus misericordias. Con efecto, en 1345 le llamó el Señor para sí, dejando su muerte un gran vacío en la silla episcopal que desempeñaba en la religion á que tenia la honra de pertenecer. No se ha olvidado la memoria de Pedro de Reims, pues siempre se le recordará con veneracion y afecto, y su esclarecida religion, tratando de darle un testimonio del afecto con que mira sus obras, le ha colocado en el catálogo de sus escritores, aunque son muy pocos los trabajos que hizo, si bien son muy buenos, y apénas hay impresa cosa alguna suya.—G. R.

PEDRO de Riga. Fué este esclarecido varon natural de Vandoma, donde desde sus más tiernos años dió muestras de un preclaro ingenio, al que agregó mucha aplicacion y una vocacion decidida al estado eclesiástico. Aunque no se sabe á punto fijo la época de su nacimiento ni los progresos que hiciera en el estado eclesiástico, al que dedicado con afan tuvo siempre la misma aficion y desplegó el mismo celo que en su niñez, siendo este tal vez

el motivo por el cual cuando pareció conveniente por haberse ya acreditado en los estudios y enseñanza, por haber dado muestras de su erudicion y saber en el púlpito y en la administracion del sacramento de la penitencia, así como de su celo y esmero en procurar el bien de los fieles preparándolos á la muerte de una manera conveniente para hacerles conseguir su último fin, fué nombrado chantre de la catedral de Reims, cuyo cargo desempeñó con grande acierto, sin que por su elevacion y dignidad decayera un punto su celo, ántes por el contrario adquiriendo éste más elevado vuelo en atencion á que las mayores obvenciones que le producia su prebenda servian para que socorriese mayor número de menesterosos, á los cuales hacia ver lo conveniente que les era buscar ante todo su eterna dicha para que las demás cosas les fuesen como añadidura con que Dios premiaria ciertamente los esfuerzos que por conformarse con su santa voluntad habian de hacer, para que llevando con resignacion los trabajos que el Señor les enviaba, pudiesen alcanzar en ellos un lauro inmarcesible, cuya preciosa frondosidad habia de ser para ellos perdurable, mediante su humilde conformidad con la voluntad de Dios, que queria y anhelaba siempre fuese el dulce atractivo con que todos camináran hácia el único término adecuado á la suma felicidad en que el Redentor ha querido constituir á los míseros mortales. El que este distinguido sacerdote tuviese estas ideas tan exactas acerca de la religion del Crucificado y las difundiese con suma dulzura, pero con la debida energía en los corazones de todos los fieles á quienes tenia ocasion de hablar, era debido á que su espíritu estaba imbuido en el verdadero sentido de las Santas Escrituras, cuyo estudio le ocupó largo tiempo con tan buen éxito, que pudo como identificarse con aquellos mismos sentimientos que expresan los libros santos, hasta el extremo de hacerlos como suyos vertiéndolos á su idioma nativo, no como quiera sino en verso muy acabado y correcto, á cuyo modo de traducirlos se prestan fácilmente, pues contienen además de una gran filosofía, pues que son la verdad, mucha poesía, porque son el atractivo de que Dios se vale para agrupar en torno suyo por el conocimiento de sus bondades, favores y dignaciones los corazones de todos los hombres, objeto de su predileccion y de su grande caridad. La traduccion, pues, que hizo Pedro de Rigas fué de los libros de los Reyes y de los cuatro Evangelistas, dando al todo de su obra, que dió en doce libros, el significativo nombre de *Aurora*, ya porque queria hacer comprender que el conocimiento de las verdades allí contenidas era como la aurora de la felicidad á que el hombre es llamado, ya por ser los cantos de esta preciosa composicion como el principio de su predicacion evangélica. La obra no se ha publicado aún, siendo esto tan sensible como el que no puedan darse más noticias acerca de este esclarecido varon. —G. R.

PEDRO de Roda. Solo hallamos de este religioso, en Amat, que fué abad del monasterio de S. Pedro de Roda. El P. Enrique Flores y los continuadores de la célebre obra titulada *España Sagrada* citan una obra de este autor, denominada *Abaciologio*, que se refiere al tiempo en que desempeñó esta dignidad en su monasterio. Tambien escribió una notable carta al papa Benedicto VIII, y un libro de sermones que gozó de bastante crédito. — A. C.

PEDRO de Roda (D.), obispo de Pamplona. Queriendo el Sr. D. Sancho Ramirez, rey de Aragon y de Pamplona, proveer á esta diócesis de un prelado digno que desempeñára con el debido acierto el importante cargo de pastor y rector de ella, encomendó el designar al muy reverendo Padre Frotardo, abad del monasterio de S. Poncio de Tomeras, hombre de mucha virtud y que merecia justamente la más alta confianza del Rey. Puso el Abad todo su conato en desempeñar bien este encargo, ya por el beneficio que en favor de la Iglesia podia resultar, ya tambien por complacer al Rey que en esto le daba una nueva señal de deferencia y consideracion muy alta. Despues de un maduro exámen acerca de las condiciones de todos se decidió por el P. Pedro de Roda, que oriundo de familia muy esclarecida y dotado de prendas personales muy relevantes, era sin embargo mucho más apreciado por sus virtudes, de las cuales dió admirable ejemplo desde el dia en que tomó el hábito en la misma casa del P. Frotardo, distinguiéndose sobre todo en una prudencia suma y un miramiento extraordinario para tratar á todos. Fué muy bien recibido este nombramiento, tanto de la corte como del clero y comunidad, y todos por su parte y en su línea concurrieron á la solemne consagracion de este prelado, que lo fué solo porque sus superiores y el Rey así lo quisieron; pues él en su grande humildad se hubiese complacido mucho más en quedar olvidado en el rincon de su claustro, que no pasar á tan alta dignidad donde los escollos tienen por consiguiente que ser mucho mayores y mucho más frecuentes. Una vez aceptado por él el importante cargo de obispo, y consagrado y puesto ya en posesion y desempeño de su honroso cuanto difícil cometido, creyó el Sr. D. Pedro deberse constituir como padre y protector de las prerogativas de su Iglesia, alejando de ella á cuantas personas ó entidades morales pudieran acaso perjudicarlas, y procurando en la defensa de sus derechos asegurar el porvenir de su diócesis y de los prelados que habian de sucederle. De aquí que desde luego hizo una concordia con la casa de Leyre, que hasta entónces habia estado en posesion de la mitra y de la mesa episcopal, aunque de un modo indirecto; y haciendo venir las cosas á su verdadero terreno, formó despues otra adicion á este primer convenio, en atencion á que el primero no habia sido hecho tan en justicia como él deseaba y se habian perjudicado algo los intereses de la iglesia principal. Esto como es consiguiente produjo cierto

descontento en el ánimo de los de Leyre, mas luego que se hubieron persuadido de la justicia con que el Obispo obraba, fueron los primeros en obedecer y acatar sus resoluciones, apreciándolas en todo su valor. Para defender estos mismos derechos suyos, puso y ganó demanda al obispo de Calahorra, que queria sostener el patronato y posesion de la ermita de S. Adrian de Palma, aduciendo como derecho el que en Calahorra tenia aquella ermita algunas posesiones, fincas que fueron donadas por D. García Ordoñez y su mujer en justo agradecimiento á la especial predileccion que con extraordinarios favores les habia mostrado el glorioso mártir á cuya advocacion estaba dedicado el templo. Todo esto consta por menor en el libro llamado *Redondo* que la catedral de Pamplona conserva como testimonio de muchos de sus más distinguidos privilegios. No se limitaba el celo de este distinguido prelado solo á defender los intereses de su iglesia; así es que quiso tambien reformarla en su parte material y moral, aprovechando para todo la buena disposicion que acerca de ella tenia el piadoso monarca. Los monjes y canónigos que desempeñaban cargos en aquella santa iglesia tenian que vivir en muy reducidas habitaciones, lo cual hacia que estrechándose necesariamente sus relaciones más de lo conveniente, fuesen ménos solícitos del servicio de Dios y de procurar con esmero el culto divino, que de agradarse y satisfacerse unos á otros en sus mútuas necesidades ó conveniencias. Además, como el monasterio de Leyre era, digámoslo así, el centro de administracion y habitual morada de los obispos, éstos se habian cuidado poco del esplendor de su iglesia, en razon á que las grandes solemnidades se celebraban por lo comun allí donde ellos residian de ordinario; resultando que hubo nuestro D. Pedro de trabajar mucho para sacar á su catedral del miserable estado en que yacia y ponerla á la altura de las más célebres de España. Tomó para el mejor acierto consejo de los obispos de Jaca, Roda y de Aux, de los abades de Leyre y de S. Juan de la Peña, de los respetables prior de S. Saturnino y maestro Frotardo, y todos de acuerdo con el Rey convinieron en edificar de nuevo la catedral y casas del cabildo, miéntras se hacia lo cual ocupó su atencion el reeditìcar el cabildo mismo, es decir, reducirles á regla, dictarles sabias y prudentes constituciones y obligarles, digámoslo así, á que fuesen verdaderos adoradores y servidores de Dios, y no meros autómatas destinados al culto divino. Les impuso la regla de S. Agustin con los capítulos y adiciones que le pareció conformes al estado en que debian vivir quienes no tenian otra ocupacion más que representar á Dios las necesidades del pueblo, implorando para el pueblo mismo las divinas misericordias y las abundantes gracias que de él proceden como de único y exclusivo orígen. Como complemento de la regla que les daba, y para que pudiese llevarse á feliz término con más facilidad, estableció seis sugetos con

nombres adecuados á sus ministerios y con la consideracion de dignidades en la catedral, para que éstos viesen y previnieran todo lo necesario, y los demás canónigos, que no eran número fijo, no tuviesen otro cargo que orar y santificarse con la observancia de la regla. Creó otras seis dignidades de honor, á que llamó arcedianos, dándoles nombre de las poblaciones más distinguidas y sirviendo para mayor esplendor de la Iglesia, que con esta reforma adquirió justo renombre, porque vino á ser de las primeras en rigor y observancia, merced al gran ejemplo de observancia y de rigor que daba su esclarecidísimo prelado. Sirvió esta reforma para aficionar más y más al Rey en la proteccion de aquella santa iglesia, por lo que la otorgó señaladas distinciones y muy apreciables mercedes, ya en órden á fincas y rentas que la cedió generosamente, ya en órden á la consideracion de que quiso gozasen los canónigos y dependientes, disponiendo en más de una ocasion que se tratase al Obispo como á su propia persona, al cabildo como á su augusta familia, y á los dependientes como á su real servidumbre. Los bienes que dió á la iglesia de Pamplona se los dió con todas las condiciones de estabilidad posibles, siendo por consiguiente las donaciones hechas con acuerdo del Sumo Pontífice, para que siempre tuvieran el carácter de perpétuas. En uno de los decretos que á instancias del Obispo dictó en favor de esta misma iglesia, determinó lo que le pareció oportuno acerca de los eclesiásticos circunvecinos, y fué esta determinacion que todos aquellos que oyeran las campanas de la catedral, hubiesen de acudir á ella para las procesiones de candelas, palmas, rogativas y fiesta del Corpus-Christi, por todos cuyos favores quedó muy agradecido el Obispo, y muy enaltecida la santa iglesia catedral de Sta. María de Pamplona. No descuidaba, como vemos, el venerable Obispo el gobierno de la diócesis y la visita pastoral en todos los momentos que le dejaban libres las ocupaciones de la ciudad; mas no por esto dejaba tampoco de asistir, segun en su época se acostumbraba, á las guerras que los cristianos daban á los infieles. En ellas siempre acompañaba al rey D. Sancho y sufragaba de su propio peculio muchos gastos, haciendo grandes limosnas, con todo lo cual, y con sus siempre prudentes consejos, era de gran utilidad en aquellas santas expediciones. Merece sin embargo mencionarse, por el gran servicio que á la religion y á la iglesia de Pamplona prestó su obispo D. Pedro, la jornada que con este mismo objeto hicieron en el año de 1091 el Obispo y varios de sus canónigos acompañando como siempre al Rey y á su ejército. Deseoso D. Sancho de estrechar á los moros de Zaragoza y hacerlos huir, fundó la fortaleza que vino despues á ser pueblo con el nombre de Castelar, y encargó al Obispo y á los suyos edificasen allí á expensas de la mitra una iglesia, que dedicada al apóstol S. Pedro sirviese para que los moradores de aque-

lla nueva comarca cumpliesen los preceptos religiosos, y pudiesen recibir los santos sacramentos. Se hizo la iglesia con toda celeridad y con la posible magnificencia, y el Rey como por gratitud les dió la jurisdiccion y bienes, no solo de este pueblo, sino de muchos otros en la comarca, ampliando magníficamente sus dádivas en todas cuantas ocasiones encontraba para ello, y haciendo así á Pamplona en el pontificado de Pedro una de las principales catedrales del Reino, ya en el órden material, ya tambien por ser de las en que más se observaba la disciplina eclesiástica, y donde las virtudes estaban, digámoslo así, en todo su auge, á lo cual cooperaba en gran manera el que los monjes, que en union con los canónigos daban allí el culto debido á Dios, procuraban edificar á estos, y estos con los buenos ejemplos de aquellos trataban de no desmerecer de sus compañeros y hermanos. Permitió el Señor la muerte de D. Sancho Ramirez con ocasion del cerco que puso á Huesca, é hizo que su hijo D. Pedro Sanchez fuese tan afecto á la iglesia catedral como lo habia sido su difunto padre; así es que nada desmereció la catedral, que seguia con actividad construyendo los demás edificios adherentes á ella, los cuales, aunque muy costosos, se hacian por una especie de cofradía que el Obispo fundó, obteniendo del papa Urbano II gran caudal de gracias espirituales, con las cuales se pagaba, digámoslo así, la munificencia de los fieles, que con grande afan secundaban los esfuerzos del celosísimo prelado. Igual proteccion obtuvo este grandioso proyecto de parte de Pascual II, el cual en la bula ó carta en contestacion á la felicitacion que con motivo de su ascenso al pontificado supremo le dirigió el Obispo, ratifica de la manera más ámplia, y asegurándolas perpétua duracion, todas las gracias, privilegios é inmunidades de que hasta entónces habia disfrutado la silla de Pamplona, añadiendo una muy expresiva manifestacion de su reconocimiento á los favores del Rey y de su padre hechos á esta santa iglesia, siempre bajo las acertadas indicaciones de su respetabilísimo prelado. El celo que éste tenia por los intereses de la Iglesia, y por que su mitra saliera de sus manos con todo el esplendor posible, y sin haber menoscabado en nada sus derechos, le hizo emprender algunas cuestiones de propiedad y jurisdiccion con sus compañeros los obispos de Huesca y Jaca, que acaso con el mismo buen deseo de prosperar sus iglesias, habian tomado para ellas algunos bienes pertenecientes á Pamplona; llevó adelante nuestro D. Pedro sus reclamaciones hasta que obtuvo del Rey una providencia favorable, sin dejar de ser enteramente arreglada á justicia, pero que no satisfizo especialmente al obispo de Huesca, el cual, aunque prometió el cumplir lo por ella mandado no lo hizo, ántes quiso conservar el derecho y frutos que no le pertenecian, sin que bastase á hacerle obrar como debia otra segunda determinacion real dirigida á él exclusivamente,

á la cual tampoco obedeció, haciéndose indispensable el recurso á Roma, donde Pascual II, en 11 de Abril del año 1101, expidió una bula conminatoria, obligando al de Huesca á cumplir lo que cumplir debia, y declarando solemnemente su complacencia por la conducta del de Pamplona, y además mandando suspender el culto divino en las iglesias indebidamente tenidas por el de Huesca, hasta que él ventilára completamente el asunto en presencia del Papa, para lo cual Su Santidad señalaba como término el dia de San Miguel de aquel mismo año. No se crea que el hacer el Obispo tan activas gestiones para que volviesen á él estas iglesias y sus productos, era efecto de su deseo de adquirir ó de que ambicionase algo para él, todo al contrario, al mismo tiempo que obligaba á estos obispos á que devolviesen á la iglesia de Pamplona, lo que la pertenecia, él con una abnegacion extraordinaria, gastaba en obras pias y fundaciones grandiosas todo su peculio, sin reservarse más que lo puramente preciso para un trato modesto, y lo que empleaba en remediar todas las necesidades de los que á él acudian, que no eran pocos. Muerto el rey D. Pedro, y elegido su hermano el infante Don Alonso Sanchez, que con el tiempo se llamó *el Batallador*, siguió nuestro prelado gobernando su diócesis con tanto acierto como lo habia hecho hasta entónces, y siempre haciendo donaciones espléndidas y piadosísimas fundaciones; pero la edad avanzaba en él, y por más que su celo y buen deseo le llevaban al desempeño de su ministerio con toda fidelidad, fué preciso aliviarle algun tanto en el desempeño de su importante cargo, por lo que sin rebajar en nada su consideracion y carácter de obispo de Pamplona, y conservando él toda la parte honorífica y beneficiosa, se nombró como coadjutor suyo, para que cumpliese todo aquello á cuyo cumplimiento ya no llegaba por su avanzada edad, y fuera su sucesor el dia de su fallecimiento, de cuya providencia resultó gran ventaja á la iglesia de Pamplona, porque D. Guillermo Gaston, que fué el elegido, pudo bien adiestrarse en el gobierno de su diócesis bajo la inspeccion y con las instrucciones de su antecesor; así que fué muy notable tambien el pontificado de este, porque era verdaderamente un destello de las virtudes y rasgos de aquello. No abandonó D. Pedro su diócesis en manos del nuevó prelado hasta que estuvo seguro, no ya de su suficiencia, pues esta estaba muy acreditada aun ántes de la eleccion, sino de que él secundaria sus miras en todo, especialmente en la defensa de los fueros y bienes de su Iglesia, así que vemos todavía en 1113 (casi dos años despues del nombramiento y consagracion de Don Guillermo), en una donacion que hizo á Leyre á nombre de su iglesia interviene él con los obispos D. Esteban de Huesca y D. Raymundo de Barbastro. Despues de esta época no cabe duda en que se retiró de su diócesis, y se dirigió hacia Rodez, su patria, donde tambien fué útil, pues trató de com-

poner muy graves disensiones ocurridas en Tolosa por motivos políticos, las cuales daban por resultado luchas sangrientas, enemistades de familia de muchísima trascendencia, y disgustos que perturbaban el sosiego de aquellos pueblos. Grandísimos fueron sus esfuerzos, y muchísimo el afan con que trabajó para conseguir su apetecido intento, no escaseando diligencia, yendo, por decirlo así, de casa en casa á las de los principales jefes de aquella sedicion, y poniendo de manifiesto á todos el mal resultado de su tenacidad, y lo que unos á otros se debian; pero no bastaron sus esfuerzos á contenerlos, ni el respeto merecido por su virtud, dignidad y edad, ni nada en fin de cuanto hizo, pudieron evitar el que tomando cada vez más incremento ambos partidos, viniesen un dia á las manos y trabáran un muy terrible combate, al cual acudió tambien el obispo D. Pedro de Roda con el crucifijo en la mano, para aplacar los ánimos exaltados y atraerlos al verdadero conocimiento de sus intereses y conveniencia; pero quiso Dios que el que tanto celo tenia por la paz, fuese sacrificado por ella, y cuando el Obispo dirigia á todos su conmovedora palabra y elevaba sus manos para enseñar á todos la imágen del Redentor crucificado, una piedra de las que se arrojaban unos á otros le alcanzó la cabeza, abriéndole una brecha, de cuyas resultas falleció á los cinco dias, el 9 de Octubre de 1115, despues de haber perdonado espontáneamente y repetidísimas veces á su agresor, y recibido con todo fervor los santos sacramentos de la Iglesia. La memoria del distinguido obispo D. Pedro de Roda se ha conservado y conserva imperecedera en Pamplona, siendo el único sentimiento de su cabildo no poseer su cadáver que conforme á su última voluntad está en S. Saturnino de Tolosa, á cuya iglesia era muy afecto.—G. R.

PEDRO Roig y Morell (Dr. D.). Fué este célebre eclesiástico catalan, y perteneció al clero secular, al cual ilustró con sus virtudes y celo, y por esto ha dejado renombre, así como por su ardiente deseo de propagar por todas partes, no solo el conocimiento y amor á Dios, sino el deseo de perfeccion y los medios de conseguirla. Fué de una vida rigidísima y de unas costumbres muy morigeradas, empleando todos sus bienes en la fundacion de una cofradía de religiosas franciscanas, que se llaman *Claustrales de S. Francisco*, y que bajo la dependencia y constituciones de la Orden son como terceras de ella, que viven con mucha edificacion y recogimiento, santamente ocupadas en oracion y en ejercicios de piedad y mortificacion, dominando así las pasiones y preparándose preciosa corona de perdurable gloria. El venerable sacerdote de que nos ocupamos desempeñó con celo y puntualidad los cargos de canónigo y dignidad de sacrista en la santa Iglesia de Barcelona, siendo estos destinos muy análogos á su carácter, pues queriendo que el culto se diera siempre á Dios con el esplendor y magnificencia posibles,

estaba en aptitud de satisfacer sus deseos por su cargo, y los satisfizo ciertamente, procurando en cuanto pudo no solo el decoro, sino el engrandecimiento de su querida iglesia. No se sabe á punto fijo la época de su nacimiento ni de su muerte; solo sí que ocurrió á los fines del siglo XVI, en cuyo tiempo se conservaba de él todavía muy grata memoria, y áun algunos dan más testimonios de sus grandes virtudes, y sobre todo de su humildad, modestia y penitencia, asegurando haberle visto ejercer actos notables de estas excelentes virtudes, y siendo éste sin duda el motivo por el cual el Sr. Ramirez Luque le cita entre los varones insignes, cuyo recuerdo evoca el dia 2 de Febrero. Pareceria muy poco consecuente en nosotros privar á la posteridad del conocimiento de este célebre español, que viene á aumentar el catálogo de los muchísimos que tanto en virtud como en los demás ramos han descollado en nuestra patria, verdaderamente favorecida por Dios en órden á dar varones ilustres. — G. R.

PEDRO ROQUINO (Fr.). Era el año de 1450 y la órden de Sto. Domingo, reunida en Leon de Francia para elegir Ministro general que la gobernase con el acierto que hasta allí habian tenido todos sus superiores, fijó desde luego su atencion en el Rmo. P. Mtro. Fr. Pedro de Roquino, hombre insignísimo en ciencia y mucho más en virtud, pues que á una observancia exactísima de todos los preceptos de sus superiores y á un sumo rigor para consigo mismo, unia una afabilidad y dulzura, un atractivo y un amor tiernísimo para con todos, así como un celo extraordinario en favor de la Orden, á cuyo servicio y mejoramiento lo sacrificaba todo. Mucho se prometia la Orden de una eleccion que se habia hecho por unánime consentimiento y en la cual se habian complacido todos sobremanera, porque parecia verse brillar en ella una especial providencia del Señor, para que con una tan espontánea determinacion de sugeto se evitáran los inconvenientes que siempre son consiguientes á reuniones numerosas que se alargan más de lo debido; asi que en cuanto se señaló para el siguiente capitulo general la casa de S. Pablo de Valladolid, se disolvió esta, quedando el nuevo Ministro ocupado en hacer los preparativos convenientes para pasar á Roma á besar el pié al Sumo Pontífice, arreglar con él algunos asuntos de la Orden, y mostrar desde luego á toda ella el anhelo que le animaba por prestarla cuantos servicios estuvieran en su mano, y por facilitar los medios de colocarla siempre á mayor altura de engrandecimiento y perfeccion, bien que prosperaba con muy buenos sugetos como caminaba por entónces. Mas Dios, que dispone las cosas de una manera á la que no alcanza la miserable penetracion del hombre, hizo que una aguda y molestísima enfermedad le acometiese ántes de llegar á la ciudad santa, y que no le permitiese más que recibir los santos sacramentos con toda edificacion y recogimiento, falle-

ciendo de allí á muy poco, y quedando por entónces defraudadas las esperanzas de la Orden, que ciertamente experimentó en esta pérdida un grave disgusto, pues que ella habia fundado las más lisonjeras esperanzas acerca del P. Fr. Pedro de Roquino, ministro general de ella, que en su prematura muerte dejó un vivo recuerdo por su prudencia, por su virtud y por sus grandes ejemplos de acabada perfeccion, que fueron el fundamento que indujo á que le nombráran general, permitiéndolo Dios para dar á conocer á los venideros las grandes dotes de este insigne varon del siglo XV.—G. R.

PEDRO Ruiz de Valdivieso (Dr. D.). Nació de ilustres padres y fué bautizado en la iglesia parroquial de S. Sebastian de esta muy heróica villa y corte de Madrid el 6 de Julio de 1575. Apénas tuvo edad para ello, pasó á Alcalá para hacer sus estudios, y se dedicó á la carrera eclesiástica para la cual presentaba las más bellas disposiciones, pues tenia un gran despejo y mucha dulzura, extraordinaria benignidad y una paciencia á toda prueba, sin que se verificára nunca el que se quejase ni de los rigores de las estaciones, ni de las molestias consiguientes á viajes, ni otros trabajos, y esto por virtud, pues su complexion no era muy fuerte, y estaba algun tanto delicado en su salud. Hizo sus estudios en Alcalá con gran aprovechamiento, y poco despues de concluirlos y habiendo sido colegial mayor en el de S. Ildefonso, fué nombrado rector del de los Manriques, luego catedrático de vísperas y de la primera de Escoto, despues de todo lo cual y atendida la grande habilidad con que desempeñaba estos cargos importantes y difíciles, para que tuviese más recursos con que dar impulso á sus caritativos sentimientos, particularmente en favor de los estudiantes pobres, fué nombrado canónigo de la insignísima iglesia magistral de los Stos. Justo y Pastor, con cuyo nombramiento adquirió la magistral uno de los hombres que verdaderamente la han honrado por sus talentos, por su virtud y por todas sus prendas y circunstancias á cual más relevantes y recomendables. Sumamente satisfecho, y sin ningun género de aspiraciones, vivia contentísimo en el coro y en la cátedra, y ocupando el resto del dia en cosas análogas á su alto ministerio, como era enseñar la doctrina cristiana á los niños y adultos más rudos que no podian acudir á las escuelas, visitar los enfermos y encarcelados, prodigándoles además del auxilio material el espiritual de su buena doctrina y otras cosas á este tenor. Mas era pequeño espacio Alcalá y su cabildo para lo que Dios tenia reservado al Dr. Valdivieso; por tanto salió de allí para la abadía de Lerma, y yendo despues á Roma, llamado por el Sumo Pontífice, fué allí consagrado obispo de Mesina en Sicilia por mano del Eminentísimo cardenal Zapata, que por entónces estaba tambien en Roma, cuya solemne ceremonia se verificó con extraordinaria suntuosidad en la iglesia de Santiago de los Españoles el 4 de Octubre de 1609, siendo lo más notable

el que concurriera el Papa á la ceremonia por dar así una prueba más de deferencia al electo y á su padrino, que lo era el Rey Católico y en su nombre su embajador, que desplegó como era consiguiente todo su celo y esmero para presentar esta solemnidad como un verdadero acontecimiento. Para otro ménos humilde que el Obispo consagrado hubiese esto sido el apogeo de su felicidad; pero él con su talento y virtud supo mirarlo como una cosa que pasa y cual el humo se disipa, y no se ocupó más que de cumplir su ministerio cual convenia, para acreditar de esta suerte lo acertada que habia sido la eleccion, tanto del Monarca como del Papa, y que no se habian equivocado al concederle las señaladas mercedes con que le distinguieron. En el año 1615 vino á España con licencia del papa Paulo V, y el Rey Católico, aprovechando la ocasion de hallarse vacante la silla episcopal de Orense, le presentó para ella, por creer con fundamento que concurrian en él circunstancias que le hacian excelente prelado, y fué confirmado este nombramiento como muy justo, tomando posesion de su nueva diócesis el 26 de Enero de 1618. Apénas se constituyó en ella empezó á girar la visita pastoral, comenzándola por la capital miéntras el tiempo permitia salir á los pueblos. Como él era celosísimo y muy observante no solo de los cánones y disposiciones apostólicas, sino lo que es más, de aquellas loables y venerandas costumbres, que fundadas en la índole particular de cada país, conducen mucho á su mejoramiento, le pareció oportuno reunir á su clero en concilio, para así dar la sancion conveniente á las disposiciones que tomára, y hacer que ellas no fuesen transitorias y solo de su vida, sino que pasasen más allá y pudiesen servir á los venideros de tanto provecho como le servian á él y á los suyos. Y no se crea que al establecer el Obispo tanto órden lo hacia con violencia y de mala manera, nada de eso; sea la fuerza de su razon, ó lo prudente de sus medios, ó lo acertado que era siempre en escoger las ocasiones de buscar y amonestar, de corregir y avisar, nadie se quejó nunca de sus determinaciones, y todos siguieron desde luego sus prescripciones y mandatos. Importantes asuntos relativos á su diócesis le hicieron venir á Madrid algun tanto quebrantado en su salud, por lo que planteado apénas el negocio más urgente que le traia á la Corte, se vió acometido de una violenta enfermedad que en ocho dias escasos acabó con él, en 1621, viniendo este inesperado suceso á proporcionar á Madrid la gloria de que muriera en su seno el que en su seno habia nacido, y á sus parientes el que pudiesen consolarse con tener en el panteon de familia al que era ciertamente uno de sus más claros ornamentos. Existe enterrado en el convento de religiosas Gerónimas de la Concepcion, que era la iglesia y comunidad favorita de su madre, y donde esta señora fundó varias memorias que hacen inolvidable el nombre de Ruiz Valdivieso.— G. R.

PEDRO de Salamanca (V. P. Mtro. Fr.). Fué este varon insigne en letras y virtud natural de Burgos, desde donde pasó hechos los primeros estudios á Valencia, y en esta capital ingresó en el convento de Dominicos, donde acreditó desde los primeros momentos que su vocacion era perfecta, y que iba allí con grandes deseos de aprovechar en el camino de la virtud. Consiguiólo efectivamente, siendo muy dado á la contemplacion, en la cual Dios le colmaba de inmensísimos favores, ayudándole con este ejercicio santo á adquirir la ciencia y virtud que comunicaba á los demás con sus palabras y con sus ejemplos. Fué muy distinguido en el ministerio de la predicacion, y era oido con singular gusto, produciendo sus sermones muy grande fruto, y teniendo la ciudad tanta complacencia en escuchar sus doctrinas, que no permitió nunca Valencia quedarse sin la cuaresma del P. Pedro en treinta años que estuvo en la santa casa de su Orden en aquella ciudad. Sus grandes virtudes, y sobre todo su extraordinaria prudencia decidieron á todos los religiosos á fijar en él sus miras para nombrarle prior, cuyo cargo desempeñó completamente á satisfaccion de todos, ofreciendo una circunstancia muy notable, que á un celo ardentísimo por la observancia de la regla, unia un trato muy benigno áun con aquellos que tenian la desgracia de faltar á ella, verificándose en él que tenia verdadero odio á las faltas y verdadera compasion con los que las cometian. Todas estas favorables circunstancias, y la de ser muy estimado del gran P. S. Luis Beltran, hizo que le nombráran vicario general de la provincia de Valencia, en cuyo cargo se portó como en todos los demás. Siendo tal vicario, cuando la terrible hambre de 1556 se hizo sentir en todo al reino con tan extraordinario rigor, que muchos perecian por no tener con que sustentarse ni áun lo más preciso, vendió todos sus libros, que eran muchos y buenos, y su precio le dió á los pobres, siendo su ejemplo imitado por otros religiosos y personas piadosas de fuera del convento, con lo cual se pudo de alguna manera aliviar algun tanto la suerte de aquellos miserables, que sin este recurso hubiesen padecido mucha más hambre, porque además de ser bastante lo que adquiria para los necesitados, parecia que en sus manos se multiplicaba prodigiosamente. Acrisolado por las tribulaciones de espíritu con que á Dios plugo favorecerle, y en íntima amistad con el grande obispo Sto. Tomás de Villanueva, sufrió con invencible constancia la enfermedad que Dios le mandó, y asistido en ella por el santo prelado, dió su espíritu á Dios el 6 de Abril del año 1585, dejando tan buena memoria de virtudes, que el título de venerable que todos le daban áun en vida, fué despues confirmado por la Santa Sede Apostólica, y su muerte excitó á un tiempo un gran sentimiento, pero un sólido fundamento de esperanza por la que inspiraban sus heróicos actos de acabada virtud. Sus exequias fueron solemnísi-

mas, pues á ellas concurrió el venerable (hoy beato) patriarca Juan de Rivera, celebrando el señor Obispo auxiliar, y haciendo el elogio de sus grandes méritos el entónces afamadísimo orador P. Mtro. Fr. Justiniano Antist, siendo más bien un triunfo que un funeral lo que todos presenciaban en aquel distinguido religioso, cuya fama imperecedera vive aún, y cuyo recuerdo se repite todos los años por sus hermanos, que dando gracias á Dios por las virtudes de que dotó al Rdo. Mtro. P. Pedro de Salamanca, ponen en tan venerable varon toda su confianza. —G. R.

PEDRO de Saliente (V. P. Fr.). Cuando en Aviñon se agitaba con más rudeza la persecucion á la Iglesia de Cristo por motivo de la controversia suscitada acerca de la pobreza de Jesucristo, se esmeraban con todo afan los hijos pobres del gran S. Francisco en aliviar las penas de la Iglesia, proporcionándola en la destruccion de sus enemigos el triunfo consiguiente á la verdad esencial de su dogma y principios, de sus tendencias y deseo. Ayudaba en gran manera á la consecucion de estos fines tan adecuados á lo altísimo de su instituto el gran aprecio y confianza con que la Santa Sede honraba á los PP. de S. Francisco, muy acreedores por cierto á estas consideraciones, por lo cual el P. Fr. Jacobo Bernardo, minorita, fué nombrado inquisidor general de las provincias de Arelato, Aquea, Viena y Ebrodun, con todas las facultades necesarias y convenientes para destruir el error, y castigar á los delincuentes conforme lo merecian sus desmanes y doctrinas. Imposible era que un cargo tan importante se desempeñára por un solo sugeto, así es que hubo necesidad de quienes le ayudaran en tan importante comision, para lo cual se designó, con aprobacion no solo de la Orden sino tambien del Romano Pontifice, á los muy distinguidos y Rdos. PP. Fray Catalano Fabro y Fr. Pedro Pascual de Saliente, los cuales bajo la presidencia y dependencia del P. Jacobo, hicieran cuanto les pareciese oportuno hasta llegar á la completa extincion del error y la confusion completa tambien de aquellos infelices, cuya obcecacion les ponia en los más terribles peligros en el órden temporal, y mucho más en el órden á su eterna salud y felicidad, que ciertamente era perdida si seguian en el error. Fué Fr. Pedro un religioso observantisimo muy dado al ejercicio santo de la oracion y á los rigores de una excesiva penitencia; pero que en medio de las prácticas más rigorosas para sí mismo, conservaba para con todos una afabilidad y dulzura extraordinarias, razon por la cual el P. Jacobo le escogia siempre para aquellas árduas empresas en que era necesario un tino grande y un especial talento, cuyas cosas él tenia ciertamente y además una grande copia de conocimientos en las letras divinas y en humanidades, con cuyas dotes era hombre de gran valer. Por todo esto se decidió el P. Jacobo á enviarle con su compañero Fr. Catalano al arzobispado de Viena (en Francia),

donde los herejes habian hecho la tentativa de levantar su cabeza para difundir su error y tratar de reducir á la nulidad, si esto fuera posible, los principios y promesas de la Iglesia católica; cuyo intento fué vano, por no estar, como sabemos, apoyada en deleznable base, sino en fundamento tan firme como lo es la palabra eterna é infalible promesa de todo un Dios. Llegaron á Cabiolo revestidos de facultades extraordinarias, é iban á hospedarse en un castillo de sus cercanías, mas los herejes habian tomado sus medidas para quitarles la vida, por lo cual, cerciorados de este intento, no pasaron á esta casa, sino que se recogieron en las afueras de otro lugarcillo muy próximo, donde sin peligro pudieron llevar á cabo su intento. No fué sin embargo suficiente precaucion el que no se recogiera Fr. Pedro y su compañero allí donde le estaba preparado el alojamiento, ni el que estuviesen en el pueblecito de Montisilio, bajo la custodia y proteccion del párroco y de sus dependientes; los herejes aprovecharon el silencio de la noche, acecharon la ocasion en que todo ofrecia el mayor sosiego, y en que nadie podia prestar proteccion á los santos religiosos, y con tales condiciones favorables para la ejecucion de su inícuo designio, rompieron las puertas, y con atroz inhumanidad dieron á los santos varones, y sobre todo al esclarecido Fr. Pedro, tantos y tan atroces golpes, que no teniendo lugar ya donde recibir más heridas, ni parte de su cuerpo donde se pudiera sufrir más tormento, exhaló su último aliento invocando el nombre de Jesus, pidiendo perdon para sus verdugos, implorando misericordia en favor de los herejes, para que el Señor apiadándose de ellos les concediera la luz de la verdadera fe y les hiciese comprender que fuera de la religion católica, es imposible la salvacion y la dicha eterna. Es consecuencia de la buena vida y preciosa muerte del P. Fr. Pedro el que despues de ella recibiera la inmarcesible corona de la inmortalidad, así como de parte de los fieles el testimonio de su veneracion en dar á sus cadáveres honorífica sepultura, la cual se verificó en el convento de S. Francisco de la provincia de Burdeos, custodia del mismo Viena, de donde ellos habian partido para tan gloriosa expedicion. Muchos fueron los milagros que Dios obró en favor de los fieles por la invocacion de estos santos mártires, entre otros puede citarse el hacer que sanase de una peligrosa y muy molesta enfermedad una religiosa de la órden de Sta. Clara, que recobró su salud en el momento mismo en que los santos mártires pasaban de esta á mejor vida: así como la curacion repentina de otros muchos enfermos que estaban en el tránsito de la solemne procesion con que más bien en triunfo que de otra manera fueron llevados sus sagrados cadáveres, cuyos portentos se difundieron por todas partes, y llegaron hasta el mismo trono del Padre comun de los fieles que entónces ocupaba Juan XXII, el cual luego que tuvo esta noticia de personas fidedignas, re-

solvió comenzasen las diligencias de su canonizacion, expidiendo al efecto una bula, por la cual llamaba á declarar á todos los que supiesen alguna cosa acerca de las virtudes ó sucesos de estos ínclitos varones. Las turbulencias por que pasó la Orden en esta época han sido sin duda el motivo por el cual se suspendieron todas las diligencias, quedando solo como venerable el Rdo. Fr. Pedro de Saliente.—G. R.

PEDRO de Santaren (Fr.). Fué este aprovechado religioso médico muy afamado ántes de entrar en la Orden de Sto. Domingo; de aquí que su trato para con los enfermos era todo lo caritativo que convenia á quien veia en cada uno de sus hermanos un vivo retrato del gran Padre de familias que dió su vida por los hombres todos. Fué dotado de un gran espíritu de oracion, y con ella venció grandes tentaciones con que el demonio intentaba apartarle del servicio y amor de Dios, padeció mucho y fué modelo de extraordinaria paciencia, acreditando esta más y más en la penosísima enfermedad de una terrible fístula con que Dios le regaló para llevarle por este medio á poseer la inmarcesible corona de la bienaventuranza. Fué su preciosa muerte el año de 1261, y su recuerdo es glorioso en toda su religion; pero muy particularmente en su convento, donde se le invoca como especial protector de los enfermos y agonizantes, acerca de los cuales hay la piadosa creencia de que ejerce un especial patrocinio, repitiendo en favor de cada uno los méritos de sus padecimientos, y consiguiendo de Dios espíritu de resignacion, con la cual sobrellevan los dolores y molestias con que el Señor los acrisola. No se sabe nada acerca de la calificacion que la Iglesia haya hecho de sus virtudes, pero el P. Juan Marieta le coloca en el número de los santos. G. R.

PEDRO de Sebaste. Fué este bienaventurado hermano de S. Basilio el Grande y de S. Gregorio de Nicea, y consagrándose con toda su familia al servicio de Dios, entró en el monasterio fundado y dirigido por S. Basilio, al que sucedió en el gobierno del mismo. Siendo S. Basilio obispo de Cesaréa, ordenó á su hermano Pedro de sacerdote. El año 380 fué elevado Pedro á la silla episcopal de Sebaste, en Armenia, en cuya categoría asistió al concilio de Constantinopla, y murió en olor de santidad el año 387; y segun Hermant en la *Vida de S. Basilio*, Baillet en las *Vidas de los Santos*, con relacion al mes de Enero, y otros autores, dicen que desde los tiempos de su hermano S. Gregorio de Nicea, le recuerda la Iglesia como santo el 9 de Enero.—C.

PEDRO de Sena (Fr.). Fué este varon esclarecido hijo de la Seráfica Religion, á quien mandó el papa Juan XXII en compañía de otros tres religiosos á la importante empresa de evangelizar el reino de Dios á las bárbaras naciones de la India Oriental. Eran las virtudes de este varon esclarecido,

cual procedia para poner á su cargo la empresa arduísima é importante que se le confió. Dotado de un celo verdaderamente apostólico, con una ánsia insaciable de hacer bien á todos, y con un constante anhelo de conducir á los infelices idiotas por el camino de su dicha, ilustrando sus entendimientos y moviendo sus corazones, y excitándoles por toda clase de atractivos al conocimiento del verdadero Dios, á la detestacion de sus groseros errores y á la reforma de sus bárbaras costumbres. Como el cristianismo tenia por precision que limitar algun tanto los excesos de su ignorancia y abandono, ellos no se avenian á este cambio, que les parecia muy rudo; de aquí que tratando sus principales de atraer á los misioneros á sus usos, y no pudiendo conseguirlo, desplegasen contra estos santos varones todo lo cruel de su ignorante barbárie. Pedro, que supo los intentos de los sarracenos contra los defensores y propagadores de la fe de Cristo, tuvo por oportuno librarse de su furor, hospedándose en una casa donde le recibieron por amor de Dios. Habian ya los verdugos sacrificado á los inocentes PP. Tomás de Tolentino y Jacobo de Pádua y al hermano Demetrio de Trafelino; y como los sentenciados eran cuatro y los degollados no habian sido sino tres, les fué necesario buscar una cuarta cabeza que presentar, que no podia ser otra que la de este varon apostólico. Le hallaron en su aposento, por indicacion de una persona á quien Dios escogió por instrumento para mayor gloria de su siervo, y pensando el cadí que adelantaria gran cosa para vencer su constancia en defender la verdadera fe, le presentó las cabezas ensangrentadas de los otros tres mártires, que habian ya sellado con su sangre el pacto de alianza con su Dios. No se acobardó con aquel espectáculo, y mucho menos demostró el más mínimo ademan de espanto ni de temor; al contrario, con dulce esperanza y anhelante deseo, dijo al ministro de justicia, que él tambien era cristiano, y que profesaba la misma fe que los dichosísimos varones á quienes acababa de degollar; que era por consiguiente acreedor al mismo premio, pues premio y de imponderable estima era lo que á ellos en su sórdida ignorancia parecia ignominioso sacrificio. Esta sincera confesion del Santo exasperó grandemente á los verdugos, é hizo que noticiáran al tirano la constante persuasion en que estaba de la verdad, y lo acérrimo de su firmeza en no ceder á sus indicaciones, por lo cual llamado Pedro por este inicuo juez y preguntado por su fe, y habiéndole impuesto la obligacion, que él rechazó enérgicamente, de proferir una palabra bárbara, que era sin embargo indicacion muy expresiva de los errores de la secta mahometana, fué condenado al suplicio, pero no á un suplicio ejecutado con órden, digámoslo así, y por indicaciones de los jueces, sino que todo su suplicio se lo procuró el furor del populacho, el cual azotándolo cruelísimamente le pusieron el cuerpo todo llagado, despues le dejaron ahorcado de un árbol, y así estuvo por espacio

de dos dias, pasados los cuales, como si nada le hubiese acontecido, cantaba las alabanzas de su Dios, predicaba su divina palabra y se hacia oir de todos como oráculo que hablaba en celestial idioma que los del mundo ni siquiera comprenden. Como todos estos prodigios acreditaban la persona y la religion del P. Pedro, no podia esto llevarse con paciencia por aquellas desventuradas gentes que eran enemigos del uno y de la otra, por lo que el cadí, creyendo interpretar y satisfacer los deseos de la plebe y de todos los mahometanos, dictó formalmente sentencia de que se separára la cabeza de Pedro de sobre sus hombros, y de esta suerte se presentase al pueblo para que éste aprendiera el celo é interés con que sus magistrados defendian el honor é integridad de la doctrina del falso profeta. Se verificó así con efecto que segándole el cuello le produjeron la muerte material, pero de ella fué consecuencia el que pasára al cielo para ceñir la auréola de inmortalidad, que Dios le tenia preparada como siervo suyo que despreciando los bienes y la vida temporal merecia la vida y bienes eternos y positivos. El Señor hizo muchos milagros por la invocacion de su siervo S. Pedro, luego que su sagrado cadáver fué recogido y guardado con el debido esmero por el muy reverendo P. Fr. Jordan, dominicano, siendo entre otros muy notable el que á impulsos de su celo, desplegado en el cielo en favor de la cristiandad, ésta experimentase alguna tregua en sus persecuciones, y en favor de los particulares por las muchísimas curaciones milagrosas y otros prodigios que se obraron ya en su presencia, ya á su invocacion, todo lo cual decidió á los piadosos moradores de aquella isla á invocar en todas sus necesidades el patrocinio de su predicador Fr. Pedro y de sus santos compañeros, publicando despues por cuantas maneras estaban á su alcance, que Dios se hacia glorioso por sus ínclitos y privilegiados siervos, y frecuentando su sepulcro con romerías devotísimas, hasta el extremo de obligar á la Santa Sede á hacer prueba de tales prodigios y de las grandes virtudes de que los santos dieron ejemplo, para poder hacer que ellas se aplicasen en favor de los fieles, mediante la declaracion de su beatitud, cuya declaracion se hizo con extraordinario júbilo de toda la Iglesia, y muy particularmente de la Orden Seráfica y de los pueblos que poseian tan rico tesoro. — G. R.

PEDRO de Sevilla (S.), mártir. Siquiera por rendir un justo homenaje de patriotismo á nuestra católica España diremos que el Martirologio Romano y el de Usuardo ponen en el dia 8 del mes de Octubre el nombre de Pedro, mártir de Sevilla, sin que digan nada más acerca de este esclarecido varon, que tampoco sabemos en que época brilló ni cuáles fueron los sucesos más importantes de su vida, ni áun la manera con que sufrió la pena material que le proporcionó la auréola de la inmortalidad. Sean, pues, cuales fueren sus circunstancias y antecedentes, y por más que el tiempo haya

ocultado los detalles que nos complaceria dar acerca de su vida, no cabe duda en que el 8 de Octubre se recuerda por la Iglesia universal, columna infalible de verdad, la fiesta y veneranda memoria del glorioso siervo de Dios y protector nuestro S. Pedro mártir de Sevilla.—G. R.

PEDRO DE SUS (Beato), esclarecido varon de la órden de S. Benito, hizo su noviciado y profesó en el convento Dunense de Flandes. Desde sus primeros años se acreditó como hombre de gran piedad, y fué esta creciendo en él hasta colmarle de ventura allí donde la ventura y la dicha no pueden perderse. A efecto de su grande observancia y de los muy buenos ejemplos que daba como religioso particular, siendo en extremo inclinado á la caridad para con sus hermanos, y ejerciéndola de un modo admirable en la correccion fraterna, fué nombrado prior de su convento y comenzó desde luego á desempeñar este importante cargo, más bien por sus raros ejemplos de virtud que por sus palabras, no teniendo para sus súbditos más que dulzura y benignidad, y reservando para sí una dureza y rigor extraordinarios, que le hacian no perdonar nada de cuanto mandaba ó aconsejaba su regla, y añadir á ella penitencias y mortificaciones extraordinarias, para compensar de alguna manera, segun él, los pecados con que habia ofendido á su buen Dios. El Señor premió su humilde confianza con una quietud placidísima de espíritu que conservó durante toda su enfermedad, y con un acierto extraordinario en dirigir á sus hermanos los más saludables consuelos. Tambien le hizo conocer el momento en que terminarian sus penas pasando de ésta á mejor vida; así que cuando éste llegó, entonó himnos de alabanza á la Madre de Dios, y lleno de sosiego entregó su espíritu al Criador, pasando á recibir la inmarcesible corona con que el Señor quiso premiar sus merecimientos y las virtudes de que dió ejemplo como particular y como superior. Sus súbditos sintieron mucho su pérdida, aunque se consolaron con la prediccion que él mismo les habia hecho de que el Señor le tenia reservado por su misericordia un asiento en la gloria, prediccion de que se aseguraron cuando el vicario de Cristo, probadas sus virtudes y hallados eminentes sus méritos, le inscribió en el catálogo larguísimo de los beatos de esta ínclita Órden, señalando para su recuerdo el dia 3 de Febrero de cada año.—G. R.

PEDRO SILLANO (Beato). Fué este siervo de Dios el primero que despues de confirmada por la Santa Sede la Órden de Predicadores, vistió su santo hábito, dejando para esto una gran posicion y haciendo renuncia de muchos derechos y distinciones que le correspondian en Tolosa, de donde era señor muy principal. El primer rasgo de abnegacion con que ensayó, por decirlo así, la pobreza en que iba á constituirse, fué dar al patriarca Sto. Domingo la casa donde se fundó el primer convento de la Órden. Quien hubiese observado al beato Pedro despues de su entrada en la religion, ciertamente no

habria echado de ver en él ningun destello de su antigua grandeza, porque desde el momento muy feliz para él en que decidió á seguir á Domingo en su gran instituto, depuso completamente su anterior grandeza, se cubrió con las ropas más viles, se ocupaba en los oficios más bajos, nunca aparecia como el primero y á todos era extraordinariamente adicto, no teniendo, no digo repugnancia, sino ni áun reparo en desempeñar delante de todo el mundo aquellos oficios que segun él abaten, pero buscando siempre la gloria de Dios como único anhelo adaptable á las condiciones de su gran espíritu. El santo patriarca Domingo no pudo desconocer las grandes dotes y capacidad que en este varon verdaderamente apostólico se encontraban, así que al haber de enviar á Lemnos quien predicára la divina palabra y estableciese allí la religion de Predicadores recientemente aprobada, designó al P. Pedro, el cual hizo la más tenaz resistencia, no por huir del trabajo ni por dejar de ayudar en esto al venerando fundador de su Orden, sino protestando una incapacidad que no existia en él; así que como no era más que un pretexto no le sirvió de nada todo su empeño en no ir, pues que el santo fundador le obligó á que poniendo toda su confianza en Dios y dejando en sus manos la obra que iba á ejecutar, la emprendiese en el nombre de Dios mismo, seguro de que así tendria mucho más favorable éxito que el que habia de alcanzar si solo se manejára por la industria y prudencia humanas. El suceso acreditó que quien lo aseguraba era amigo de Dios y conocia sus designios, pues habiendo llegado al punto de su destino y comenzando su predicacion en el nombre de Dios, eran tantos los que acudian á oirle, y tal el afan con que se le escuchaba, que le fué muchas veces preciso predicar en las plazas y calles para que así cupiesen todos los que anhelaban tal cosa. Como él estaba persuadido de que en su religion estaba el asilo seguro para el porvenir, el remedio posible y fácil de lo pasado, hacia comprender esto mismo á sus oyentes, siendo el resultado que muchos abandonaban el mundo, entraban en la religion Dominicana, y con esto y las virtudes que el Señor les ayudaba á practicar, daban mayor esplendor á la Iglesia y dilataban por do quiera el instituto, pudiéndose decir con toda verdad que el gran triunfo que estos conseguian en favor de la gloria de Dios, del bien de sus almas y de la prosperidad y ventura de la Orden, era debido á los esfuerzos del P. Pedro Sillano. No era posible que tantos y tan nobles esfuerzos hechos por este distinguido varon en favor de la gran institucion que acababa de fundarse, pasasen ocultos á la penetrante vista del Padre comun de los fieles, como no era tampoco posible el que conociendo el Romano Pontífice el gran mérito y virtudes del beato Pedro, le dejase escondido en su convento y no pusiera á tan brillante antorcha allí donde su luz iluminára por lo ménos un gran espacio, ya que no el mundo entero; por esto, sin dejarle fuera de

su Orden, á la cual prestaba grandes servicios, y además era el objeto de toda su predileccion y habia sido el lugar donde Dios le habia llamado para su servicio, le confió el importantísimo cargo de inquisidor apostólico del condado de Tolosa, cargo que desempeñó con grande esmero, y que aliviándole el muy importante de la direccion de la casa, le dejaba todavía campo amplísimo para que su celo y piedad pudieran libremente ejercitarse. Asi lo hizo en efecto, siendo muy notable, que inexorable como lo era en órden á las cosas de fe y á la pureza é integridad de las tradiciones, no tuvo nunca una palabra dura para reprender á los descuidados, no tuvo jamás una manera brusca para castigar á los remisos, siendo tan benigno en sus disposiciones como èxacto en sus decisiones, y conservándose además tan justificado y penitente, tan exacto y humilde, tan obediente y devoto como cuando ocupaba el último lugar entre los primeros discípulos de su esclarecido Patriarca. No es, pues, extraño que Dios le favoreciese con éxtasis y visiones extraordinarias, ni que su vida, pasada toda de esta suerte, le llevase al término de ella con una tranquilidad apacibilísima, con una dulzura extraordinaria y con un verdadero anhelo de que su espíritu se separára de su cuerpo, y quedando éste como frio despojo de su misèria fuese aquel al logro de sus continuas esperanzas; y así fué que el año de 1257, despues de que en una penosa enfermedad demostró más y más su constancia en el padecer, y cuando fué conveniente, recibió con extraordinario fervor los sacramentos y eficaces auxilios con que la Iglesia favorece á sus hijos en tan terrible trance, luego que él hubo encomendado á sus hermanos la más intima y cordial union; luego, en fin, que se hubo puesto de nuevo en manos de Dios y su Madre, entregó plácidamente su espíritu al Señor, dejando á sus hermanos en sus virtudes un ejemplo y una esperanza en su proteccion, pues que declarado por la Iglesia beato, goza para siempre de la posesion y amistad del Señor. —G. R.

PEDRO de Sirach ó Cirach, obispo de Barcelona. Aparece este prelado de la ínclita iglesia de Barcelona como sucesor de D. Berenguer de Palau, obispo de la misma en 1203; pero no consta que tomára posesion hasta 1208, en que aparecen ya decretos y disposiciones suyas, en las cuales se revelan cualidades á propósito para el gobierno de una iglesia de tanta importancia como lo era la de Barcelona. No se encuentran detalles especificativos que digan acerca de este personaje otra cosa sino que vino á la silla episcopal desde la abadía ó priorato del Santo Sepulcro, en el mismo Barcelona, y que en el poco tiempo que gobernó la Iglesia sostuvo las inmunidades y derechos de ella, sin consentir que se la menoscabáran, de lo cual puede ser testimonio el celo con que defendió un huerto que la casa conventual de Ripoll queria disputar á la catedral, aduciendo como prueba de su mejor derecho el

que la concesion habia sido solo del usufructo y durante la vida del prelado á quien se cedió; mas Sirach pudo hacer que se examinasen en este asunto testigos de mucho crédito, los cuales bien enterados de los deseos de los donantes y procurando obrar en justicia, depusieron ante el Sr. Obispo de Vique, D. Guillermo de Tavaret, y su tio Pedro, sacrista de la santa Iglesia, que como jueces apostólicos extraordinarios, fallaron en favor del Obispo, y por consiguiente éste tomó posesion perpétua de él en Junio de 1210. Se sabe tambien que su muerte fué desastrosa á manos de una de las hordas morunas que recorrian por entónces el territorio español, sin que pueda asegurarse tampoco más que la época, que consigna un Episcopologio manuscrito existente en el archivo del monasterio de S. Cugat de Vallés, que dice fué muerto *à sarracenis in prœlio*, asi como otro Necrologio episcopal de Sta. Ana de Barcelona dice tratando de este sugeto: *XII Kal. dec. obiit Petrus de Sidrach, episcopus Barchinon., canonicus regularis, anno M.CC.XI.* — G. R.

PEDRO DE SOTOMAYOR (Fr.). Fué este distinguido varon nieto de los señores de Pinto y Caracena, esclarecidísimos en el reino de Toledo, y sus padres muy distinguidos por su linaje, no lo eran ménos por sus prendas, señalándoles todo Córdoba como una de las más caritativas familias que contenia en su seno. El niño Pedro tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de S. Pablo de Córdoba apénas tuvo la edad en que lo permiten las constituciones, y desde el momento mismo de recibir este tosco sayal comenzó ya á despuntar en la virtud y capacidad de que despues dió testimonio. En nada se ocupó durante su noviciado más que en estudiar hasta los más mínimos deseos de sus superiores para obedecerlos ciegamente, en mirar hasta las más menudas prescripciones de sus reglas y constituciones para observarlas hasta lo último, y en procurar para todos su trato siempre en servicio de sus hermanos, contemplándose desde luego como el mínimo de todos, y sin derecho á ninguna atencion por parte de ninguno; así que estimaba en gran manera las deferencias que le hacian, sin sentir los desprecios, pues que estos los consideraba como muy debidos á su pequeñez, así como aquellas muy superiores á sus méritos. En este estado hizo su noviciado y se dispuso á su profesion, en la cual como que estrechó más su obligacion de perfeccionarse y de hacerse todo para todos, mediante una esmeradísima aplicacion á la práctica de las virtudes y á los estudios, no solo eclesiásticos, sino tambien filosóficos, en los cuales su Orden fué muy ilustre, y él uno de sus mayores y mejores ornamentos. Conociendo los superiores sus buenas disposiciones, le hicieron ir á Valladolid al colegio mayor de aquella ciudad, donde por entónces se enseñaba todo cuanto alcanzaban hasta aquella época los conocimientos filosóficos y teológicos, siendo

tal la aplicacion y esmero del P. Pedro, que sus mismos superiores, y en particular el muy distinguido y Rmo. P. Fr. Bartolomé de Miranda Carranza, superior entónces y regente de estudios en aquella ilustre casa, el cual en vista del gran provecho que de él podria sacar la Orden y todos los fieles, resolvió mandarle á oposicion á Salamanca para que enseñando allí como maestro, pudiese al mismo tiempo afirmarse más y más en sus mismos conocimientos, robusteciendo más y más su inteligencia con los conocimientos que habia de adquirir precisamente en aquella siempre célebre universidad. En efecto ganó la cátedra de teologia, llamada de vísperas, en aquella célebre universidad, y supo hacerse tan notable en las enseñanzas y explicaciones, que todos los inteligentes concurrian á oirle, porque siempre habia alguna enseñanza áun para aquellos cuyos estudios y talentos eran lo más brillante de su época; de modo que este sabio religioso honró sobre manera á su Orden, no solo en la erudicion y celo con que desempeñó esta primera cátedra puesta á su cuidado, sino mucho más con aceptar, como lo hizo, la que por fallecimiento del P. Soto quedó vacante por mucho tiempo, sin que ninguno se atreviese á tomar á su cargo el desempeño de ella, en atencion á la importancia que habia tenido en la república de las ciencias su distinguidísimo último poseedor. El P. Pedro, sin embargo, se encargó de ella en cuanto la universidad en claustro general le dió tan importante comision; y la desempeñó tan á satisfaccion de todos, que no solo no echaron de ménos al sapientísimo P. Soto, sino que se acreditó la enseñanza teológica más y más en esta ilustre casa de estudios, siendo la admiracion de toda España por los discípulos que de ella salian, pues que áun en la primera época despues de concluir sus estudios, en que como sabemos no está formado el gusto, ni se puede hacer más que dar una idea sucinta de lo que se ha aprendido, pues falta todavía esa otra série de conocimientos que se adquiere con el maduro estudio de despues, áun entónces, digo, los discípulos del muy Rdo. Fr. Pedro no solo podian presentarse en cualesquiera parte, sino que en todas tenian que ser justamente considerados, porque demostraban conocimientos muy superiores á lo que podia esperarse atendiendo solo á lo que por un órden regular debieran haber aprendido en el aula durante la época de sus estudios escolásticos. Si miramos además de esta existencia pública, digámoslo así, del P. Pedro, á su vida privada, es decir, á sus virtudes como religioso particular, le hallaremos dotado de una humildad profundísima, de un celo extraordinario por la salvacion de las almas, le veremos incansable en los actos de su sagrado ministerio, le veremos con un espíritu de oracion extraordinario, y sobre todo, veremos abrasarse su espíritu en un amor de Dios tan grande, que pareciéndole poco lo que hacia en provecho de los fieles y bien de su alma, hubiese anhelado con todas las ve-

ras de su espíritu el pasar algunos años recogido en la soledad de su celda para allí combinar con Dios los grandes intereses de su alma. Mas no plugo al Señor otorgarle este favor; así que agobiado de una terrible enfermedad en Salamanca, á los pocos meses de haber vuelto de Córdoba, adonde fué para despedirse de su convento y hermanos, recibidos los santos sacramentos con extraordinaria devocion, murió santamente, dejando gratísima memoria, ya por sus virtudes, ya por su ciencia, y sobre todo por su profundísima humildad.— G. R.

PEDRO DE TAPIA (Licenciado D.). Hijo del muy distinguido camarero de la reina Doña Catalina de Inglaterra, Juan de Cuero, y de su mujer Catalina Ruiz de Tapia, demostró desde luego inclinacion al estado eclesiástico, en el cual hizo grandes adelantos despues de una carrera tan brillante como completa, y probando su suficiencia en distintas conclusiones y en ejercicios literarios difíciles, que desempeñó siempre con lucimiento. Sus altas prendas y profundos conocimientos le dieron cabida en el siempre distinguido cabildo de Oviedo, de cuya santa iglesia fué canónigo, en cuyo concepto y como sugeto muy capaz de desempeñar tan importante cargo, fué nombrado secretario del Supremo Tribunal de la Inquisicion, y lo fué cuando se depuraban los acontecimientos, doctrinas y sospechas del célebre cardenal de Toledo D. Fr. Bartolomé Carranza, motivo por el cual tuvo que ir á Roma, donde lució sus vastísimos conocimientos y dejó una opinion muy justamente merecida de hombre sabio, imparcial y que apreciaba las cosas sin ningun género de prevencion, lo cual ciertamente era una gran prenda para desempeñar bien el importante cargo de secretario del tribunal más respetable de España, donde hubiera podido acaso con buena intencion causar infinitos perjuicios si sus condiciones hubieran sido otras, y si él hubiese tenido ménos resolucion para no dejarse llevar de esos respetos que nunca faltan y que son motivo de que hombres de gran importancia hallen su descrédito en cosas de ningun valor, y que hicieron impulsados de un deseo de complacer á tal ó cual sugeto que les rogó. Su constante perseverancia en el bien obrar, su acreditado celo en favor de la pureza de la fe y costumbres, su ciencia y virtudes, en fin, decidieron al gran Felipe II á que por un Real decreto de 13 de Setiembre de 1556, fechado en Gante y suscrito por Francisco de Eraso, nombrára al licenciado D. Pedro de Tapia su capellan de honor, cuyo nombramiento aceptó, y desempeñó el cargo, con los otros que tenia, hasta el mes de Enero de 1600, en que ya bastante anciano y agobiado de una molesta enfermedad falleció el dia 29, habiendo ántes recibido los santos sacramentos y dejando áun en sus últimos momentos consignada en una esplícita confesion de fe la pureza de su creencia, y en una protesta que hizo pidiendo perdon á todos por los perjuicios que acaso, y sin querer, hu-

biese podido irrogarles, una manifestacion muy clara de su rectitud y buen deseo, y en toda su conducta la de un buen eclesiástico, que mirando á Dios en todo, todo lo hace por Dios. Fué sepultado en una capilla de su familia en el convento de Sta. Clara de Madrid. — G. R.

PEDRO DE TIFERNO (S.). En el lugar de Tiferno y de la muy distinguida familia de Cappucio, nació este esclarecido varon y vino al mundo bajo tan buenos auspicios, que desde luego se comprendió lo mucho que valdria y lo distinguido que en santidad y ciencia habia de ser con el tiempo. A los quince años, época que en todos es en la que comienzan los deseos de hacerse notar y la presuncion por adelantar en los estudios ó carreras respectivas, fué precisamente cuando Pedro se desengañó de que el mundo es nada, todas sus aspiraciones, vanidad y miseria, y sus goces lo son en la apariencia y en el fondo no más que afliccion y dolor; y lo único que el hombre puede adquirir imperdible, lo único por donde puede asegurarse una dicha imperecedera es la práctica de la caridad, tal como Jesucristo la prescribe, tal como él nos la enseñó con su doctrina y con sus ejemplos. Consecuencia de esta conviccion del jóven escogido de Dios, fué una resolucion heróica la renuncia de todos sus bienes y de los derechos á una posicion brillante que le correspondia por su cuna y el ingresar en la órden de Sto. Domingo, en cuyo seno se creia con razon más seguro de los ataques del comun enemigo de las almas, y en situacion más á propósito para buscar y hallar su santificacion, contribuyendo con su celo á la salvacion de las almas. Como todo su afan era que en el mundo no hubiese para él otra cosa que Dios y él mismo, se constituyó desde luego en la más completa abstraccion de todas las cosas del mundo; y mediante una rigorosísima observancia de las reglas y constituciones de su Orden, mediante un estudio nunca interrumpido y una oracion continua, aprovechó tanto en virtud y en ciencia que al subir al órden santo del sacerdocio y ejercer su ministerio sacratísimo en Cortona y en Tiferno, su patria, todos se llegaban hácia él llenos de una santa admiracion mezclada de un deseo de imitarle, por lo cual en el púlpito y en el confesonario hacia grandes frutos, atrayendo muchísimas almas al servicio y amor de Dios, y poniendo en camino de perfeccion á muchas otras que el Señor habia ya sacado del estado de culpa. Y no se crea que el P. Pedro se ocupaba exclusivamente de estos ministerios sublimes de confesar y predicar, no, él iba en su convento y fuera de él á los más humildes oficios, y se le veia muchas veces haciendo la demanda pública ó sirviendo á los enfermos y huéspedes, diciendo muchas veces, cuando alguno le advertia que esto era demasiado humilde, diciendo que «así se sujetaba esa parte vil de nuestro ser, que si queda libre viene á enseñorearse de nosotros, haciéndonos perder la dignidad y elevacion que Dios ha querido darnos.» No puede conci-

liarse en personas de poca virtud el que se ocupen de ministerios bajos y hagan bien los oficios de predicadores é intermediarios entre Dios y los hombres; pero en nuestro héroe se compaginaba tan bien, que los actos humildes de perfecta caridad con que le vemos brillar en beneficio de sus hermanos, eran como un desahogo de la llama de amor á Dios que ardia en su pecho y que formaba su existencia sin otro anhelo que la gloria de este Dios mismo mediante la salvacion de las almas. Para conseguir este su apetecido intento, ¡cuántos y cuán adecuados medios no ponia por obra! El iba á buscar los pecadores allí donde ellos estaban, los halagaba con cosas materiales para atraerlos al dominio de la gracia, les proporcionaba con delicado esmero cuanto habian menester, no solo en el órden moral con sus oportunas instrucciones y adecuadísimos consejos, sino en el órden físico remediando sus miserias, enjugando sus lágrimas y proveyéndoles de cuanto habian menester para poder decirles despues: *Hé aquí lo que Dios hace por aquel que busca á Dios;* y así excitarles al arrepentimiento de su pasado, á la vigilancia para su porvenir. ¡Cuántas veces acudió oportunamente al lado del lecho del enfermo desesperado, y con sus prudentísimas exhortaciones, hijas más bien de la gracia de Dios que de su gran ciencia, que la poseia ciertamente, pudo inspirarle confianza y hacerle volver los ojos á Dios y alcanzar para el infeliz la salvacion, que no se hubiera ciertamente conseguido sin la mediacion de este gran siervo de Dios! Merece referirse como un gran triunfo del apostólico celo del P. Pedro Tiferno, el suceso de dos reos sentenciados á muerte por horribles crímenes de que estaban convictos y confesos. Vanos fueron los esfuerzos de los más celosos sacerdotes que acudieron al lugar donde ellos esperaban la ejecucion de su condena; vanos fueron tambien en un principio los esfuerzos de nuestro P. Pedro, mas al cabo pudo éste obligar, por decirlo así, á la divina misericordia, y humillándose en presencia de los criminales, supo de tal manera conmoverlos, que arrancó de sus endurecidos pechos muchas lágrimas de compuncion y aseguró su felicidad eterna por este medio, desplegando despues su influjo para librarles tambien de la pena corporal, y teniendo el consuelo de ver en estos dos infelices, que sin sus auxilios y sin los esfuerzos de su celo habrian perecido para siempre dos hombres que fueron luego útiles á su patria y muy agradecidos al singular favor que les dispensára el Santo. Infinito seria el catálogo de sus prodigios; por esto no enumeraremos más y consideraremos aquel momento en que la muerte, en cuya meditacion se ocupó siempre, vino á recibir de él el tributo que ha de rendirla todo el que nace. Una perfecta alegria y suma confianza se dejaban vislumbrar en su semblante. Con extraordinario afecto repetia las preces de la Iglesia, con gran edificacion dirigia la palabra á todos cuantos á él se acercaban, y cuando en éstos notaba

señales de sentimiento, les decia: *Voy á mi Dios;* y así fué que el dia 22 de Octubre de 1445 pasó de ésta á mejor patria en su convento de Tiferno. Sus milagros, aumentándose cada dia, movieron al pontífice Pio VII á que le inscribiese entre los Santos, señalando para su festividad en Cortona, Tiferno y toda su Orden el mismo dia de su muerte. — G. R.

PEDRO Tolosano (Beato). La siempre ilustre órden de S. Benito celebra el dia 21 de Febrero de cada año la buena memoria del siervo de Dios Fr. Pedro Tolosano. Las noticias acerca de tan observante monje son en verdad muy escasas, pues que ni se sabe su origen, ni áun su época; solo sí está claramente averiguado y consignado en los monumentos de mayor crédito para la Orden y de grande autoridad para cuantos le observan, que este distinguido varon mereció á Dios nuestro Señor el especial favor de una revelacion expresa y terminante de su santísima voluntad, segun la cual el Señor le llamaba para sí á una vida perfecta, y por consecuencia mortificada y rigorosa. Para secundar estos designios del Señor, que por su misericordia infinita llegó á conocer, no halló en un principio medio más adecuado que el abrazar la vida eremítica, en la cual hizo prodigios, mostrándose sumamente rigoroso consigo mismo y muy dado al espíritu de oracion, por cuyo medio, siempre eficaz cuando en este santo ejercicio no busca la criatura sino á su Dios, halló una manera muy adecuada de elevarse hasta á su mismo soberano dueño el Redentor de las almas. Aun cuando así gustaba las delicias del amor divino, y correspondia digna y adecuadamente á los designios del Señor, creyó con razon que adelantaria mucho más si se ponia en una casa religiosa, donde el estar bajo la obediencia de un superior celoso y caritativo, y el tener continuamente á la vista el buen ejemplo de los demás, ayuda en gran manera al recogimiento y á la perfeccion, y logró sus deseos entrando en el monasterio cisterciense de Claraval, donde fué á todos modelo de la más alta perfeccion y les sirvió de estímulo, dejando á su muerte la buena fama que motivó el que le declarasen beato, y su culto se perpetuára en aquella y en las demás casas de su Orden, tan numerosa como venerable.— G. R.

PEDRO Tomás (S.). Nació de padres humildes en Perigord, diócesis de Sartal. Pasó su niñez en estado de bastante miseria, no dejando de aprovechar el tiempo, pues cuando iba á algunos pueblecillos inmediatos para pedir limosna, ó al ménos para buscar prestado aquello que hacia falta en su casa, estudiaba lo que podia, llegando en poco tiempo á ser pasante, con lo cual ayudaba algun tanto á su pobrísima familia. Pasó despues á Agen, y allí estudió filosofía y literatura, proporcionándose los recursos para ello enseñando la gramática latina á algunos niños y repasando á sus condiscípulos aquellas mismas materias que estudiaban, y acerca de las cuales él

tenia siempre superiores conocimientos, ya por su mayor aplicacion ó atencion, ó por su mejor disposicion natural. Viendo el superior de los Carmelitas las buenas disposiciones de este jóven, le mandó á Leitourc, y allí enseñó dos años con extraordinaria aceptacion; y llevándose las atenciones de todos por su doctrina y por sus modales, pues eran tan delicados que manifestaban desde luego la gran virtud de que Dios le dotára, y que él fomentaba con grandes y continuados esfuerzos. Este fué sin duda el motivo por el cual el prior de los Carmelitas de Condom no tuvo inconveniente en recibirle en su Orden, y le dió el santo hábito de ella, obligándole, á pesar de lo mucho que lo repugnaba, á que subiese á la alta dignidad del sacerdocio cinco años despues de su profesion religiosa, en cuyo tiempo se dedicó más y más á los estudios y creció en virtudes, pues no fueron estériles para él ni los admirables ejemplos que cada dia veia, ni las doctrinas excelentes con que le alentaban á la virtud sus maestros y superiores, los cuales muy solícitos del bien de Fr. Pedro, y viendo desde luego lo que de él podia esperarse, se esmeraron en hacer de él, como lo consiguieron, un perfecto religioso carmelita. Y no se crea que al decir carmelita hemos proferido una palabra vacía de significacion, sino que ha sido nuestra mente señalar este distintivo para indicar ser en esta Orden necesaria mayor perfeccion para decirse religioso de ella, en atencion á que ha producido siempre varones eminentísimos en santidad, y ha sido muy prudente y comedida para enunciar la calificacion de sus virtudes, de suerte que podrá decirse con verdad que valen más los varones que estan ocultos en esta privilegiada Orden, sin que sus nombres se conozcan apénas, que otros muchos de diferentes familias religiosas, cuyos méritos se encomian con razon. Hecho ya sacerdote, fué enviado á París para que concluyese de perfeccionarse en las ciencias filosóficas y teológicas, en cuya sagrada facultad recibió á su tiempo el bachillerato, despues de lo cual volvió á su provincia, donde regentando cátedras y educando estudiantes y novicios, acreditó lo que habia adelantado en sus expediciones escolásticas y en sus constantes tareas literarias. Poco despues de su regreso de París creyó la Orden conveniente nombrarle su procurador general, en desempeño de cuyo importante cargo pasó á Aviñon, donde estaba á la sazon la corte pontificia, y era por consiguiente la residencia del ministro general. Este, que no tenia antecedentes algunos del P. Pedro Tomás, se fijó en su exterior, que era miserable, pues tenia muy poca estatura y débil organizacion, y por esto le costaba algo presentarse con él á las reuniones en que todos iban con sus procuradores, y muchas veces, en especial al principio, como que se avergonzaba de que le hubiesen mandado á este pequeño para que le ayudase en el desempeño de su importantísimo cargo. Por supuesto que desvaneció al punto esta idea que concibiera tan contraria

á lo que merecia este insigne varon, pues viendo y examinando sus dotes, no pudo ménos de convencerse de sus méritos y virtud, como se convenció todo el Sacro Colegio Cardenalicio, que comenzando por el decano y concluyendo por el último, no solo no desdeñaban el trato con el jóven Pedro, sino que lo estimaban en mucho, siendo el fundamento de tan merecido aprecio una conversacion de sobremesa suscitada por el Sr. cardenal Talairand, en la cual ventiló admirablemente el nuevo secretario del Cármen cuestiones muy árduas sobre puntos no solamente de dificil solucion, sino lo que más es, de aquellos en los cuales no pueden servir de nada los conocimientos adquiridos, pues son cosas que penden de la apreciacion que segun las circunstancias se hace de los sucesos. Consecuencia de esta fama que justamente adquirió fué el que se le confiáran los sermones de mayor importancia, en cuyo desempeño siempre mostró, además de celo apostólico, gran erudicion y muy oportuno discernimiento para las pruebas, autoridades y pasajes con que adornaba sus oraciones, siendo verdaderamente la admiracion de Roma, ó para ser más exactos en la expresion, de la corte Romana entónces residente, como se ha dicho, en Aviñon. El justo aplauso con que era recibido en el púlpito, y la fundada confianza que su capacidad daba de que sería igualmente oido con agrado en las disputas teológicas, á que sin duda asistia lo mejor de todo el mundo, decidieron á los PP. Carmelitas á que volviéndole á mandar á París, le hiciesen continuar allí los estudios hasta el doctorado, para el cual era preciso acreditar haber enseñado cinco años, en cuya circunstancia se dispensó al P. Pedro solo por su talento y porque se anhelaba por sus mismos maestros el tenerle por compañero, sin más idea que la grande utilidad que habia de reportarles un hombre de sus circunstancias puesto al frente de la enseñanza. Volvió, pues, á Aviñon laureado con la borla de doctor, y entónces dispusieron los cardenales y todos los prelados de su Orden que predicára en presencia del Papa, lo cual hizo tan admirablemente, que el resultado fué que le nombráran profesor de teología dogmática en la corte romana y colegio de Su Santidad. No se crea que encumbrado nuestro padrecito y colocado en un puesto tan eminente y en un concepto tan bueno, iba á dejar el ministerio de la predicacion solo para casos raros en que fuera conveniente que una persona de viso subiese al púlpito, todo ménos que eso, él predicaba cada dia, muchas veces dos y algunos dias tres sermones, y siempre se observó, que si bien es cierto que su ingenio atraia en muchas ocasiones, y si cabe la expresion, divertia al auditorio, éste no podia ménos de conmoverse cuando llegando á la parte principal del sermon, veian pintadas con indescriptible verdad las penas del réprobo, la gloria del justo, y la eleccion de cualquiera de los dos caminos á disposicion de la criatura, para que pueda siempre ó encami-

narse á su dicha por la práctica del bien, ó hacer su desdicha por el camino del mal. En su predicacion á nadie perdonaba, y no fué una sola vez las en que puso en evidencia, no diré grandes faltas, pero sí pequeñas imperfecciones del Romano Pontífice, lo cual servia para que enmendándose, caminára á su mejoramiento y obtuviese como término de todo su salvacion. Todas estas cosas sucedian en el pontificado de Clemente VI, mas cuando Inocencio IV tomó á su cargo el régimen de la Iglesia, trató de aprovechar las buenas disposiciones de Pedro, confiándole comisiones importantes que desempeñó siempre de un modo admirable. Primeramente le mandó como nuncio á Nápoles, cerca de los reyes D. Luis y Doña Juana, su mujer; luego le mandó cerca del emperador Cárlos IV, cuando éste vino á Italia, y despues á Esteban, rey de Suecia, cuando éste mandó al Papa sus embajadores haciéndole presente sus deseos de abjurar los errores consiguientes al cisma de Grecia y abrazar el cristianismo, como única religion verdadera y revelada. Nunca dejan de suscitarse envidias cuando se ve á una persona colocada en la altura á que sus méritos ó buenas acciones le han llevado, así sucedió tambien con este insigne religioso; sus rivales manifestaron al Papa que no era su categoría lo que procedia para un puesto tan importante como el que Su Santidad le confiaba; mas esto en vez de apartar al Romano Pontífice de su propósito, sirvió para que prestando asentimiento á la proposicion le invistiese del carácter de obispo, haciéndole consagrar obispo de Patti, en Sicilia, por bula de 16 de Noviembre de 1354. En todas las comisiones que el Papa le confió, sirvió á éste con extraordinaria lealtad y tuvo grandes altercados por defender ciertos derechos del Pontífice atacados por los reyes de los pequeños estados que rodean los suyos, y sobre todo por no querer besar el pie á estos mismos soberanos segun ellos apetecian, sin que esto fuera soberbia en el ínclito obispo de Patti, sino que era una justa atencion á su alta dignidad, que ciertamente se habria rebajado si hubiese llegado á consentir en una demostracion de servidumbre tan ajena en quien representaba no ménos que al sucesor de S. Pedro, vicario de Cristo, jefe y cabeza visible de toda la Iglesia. Como el distinguido obispo de Patti habia desempeñado tan á satisfaccion del Papa el importante cargo de legado pontificio en diferentes cortes y circunstancias, esto le movió á enviarle cerca del emperador de Constantinopla, Juan Paleólogo, que deseaba un sugeto por cuyo medio pudieran avenirse los griegos con los católicos, es decir, un representante del Papa que pudiese intimar con la gran familia, Iglesia de Jesucristo, á estos disidentes, que si bien algunos lo eran por malicia, en su mayor parte no lo habrian sido, como en efecto no lo fueron despues, si no hubiesen sido mal aconsejados y peor conducidos. El Emperador se hallaba en guerra cuando llegó el nuncio apostólico, esto no fué obstáculo para que se

le recibiera convenientemente; pero si lo fué para que contestase á la carta misiva que el Pontífice le dió, lo cual no dejó de disgustar al obispo enviado, sin embargo de que en su prudencia suma trató de disculpar esta omision, exagerando, digámoslo así, las ocupaciones que ocasionaba la guerra. En sus primeras comunicaciones manifestó al Papa la idea en que estaba el Emperador de separar al patriarca Calixto, que se oponia á la union de las iglesias, así como la gran sumision y docilidad con que era oida su voz y el esmero que el Emperador y su gobierno ponian para llevar á cabo los deseos siempre justos del padre comun de los fieles. Poco despues escribió el Emperador al Papa en este mismo sentido, y esto sirvió de gran satisfaccion al enviado pontificio, pues que le aseguraba del buen éxito de su mision, único deseo que embargaba el espíritu de este distinguido prelado, que lo hacia todo sin otra mira que el servir á Dios y secundar sus altos y siempre benéficos designios acerca de las criaturas todas. La carta de que arriba hacemos mérito, era una explícita confesion de fe, en que el Emperador exponia con muy buena manera los sentimientos de sus súbditos y la duda en que estaba de que pudiesen llevarse á feliz término sus deseos, que eran los de que la Iglesia se hiciese una como lo es en sí misma, mas siempre le asegura de su fidelidad y de la constancia con que hará cuantos esfuerzos estén en su mano para llevar á cabo esta única ánsia de su corazon, en la que se persuade estar vinculada la suerte de su imperio, grande en todo concepto. El nuncio pasó con anuencia de Juan Paleólogo á la isla de Chipre, y en su puerto de Famagusta fué muy bien recibido por el rey Hugo de Lusiñan, el cual con grandes instancias le llevó á Nicosia, lugar de su residencia, donde el Obispo, que cayó enfermo, fué muy bien asistido por la misma reina, hasta que restablecido pasó á Jerusalen, visitó todos los Santos Lugares con extraordinaria piedad, y predicó el santo Evangelio sin temor alguno á las bárbaras asechanzas de los sarracenos ni á las malas artes con que estos inicuos adversarios de Cristo trataban de apoderarse de los fieles servidores del Señor, confesores de la verdadora fe. Apénas hizo el obispo Pedro esta piadosa y útil romería, volvió á Aviñon, donde ántes que él habia llegado la fama de sus buenos servicios y de su celo en favor de las almas, por lo cual al papa Inocencio IV pareció conveniente darle la legacion universal de Chipre y toda la comarca como lo hizo por su bula datada en Aviñon á 11 de Mayo de 1359, y para que pudiese sostenerse con más decoro y de una manera más conforme á lo que exigia la alta dignidad de su representado, le hizo obispo de Coron en la provincia griega de Morea, punto mucho más próximo al lugar donde tenia que desempeñar su importante mision, y que rendia muchos más productos que el que ántes tenia, con lo cual, y atendida la gran modestia con que vivia el

obispo Pedro, tuvo más que suficiente no solo para cubrir sus atenciones sino para repartir cuantiosas limosnas, y de esta suerte atraer al servicio de Dios á algunos que necesitaban de este medio material para asegurar los verdaderos intereses de la vida eterna, único deseo que acerca de todos animaba al Obispo, pero de tal manera que para conseguirle todo le parecia poco. En el mismo dia en que se firmó por el Papa la bula de confirmacion de la legacion del muy distinguido Pedro Tomás, obispo de Coron, se firmó y remitió al patriarca latino de Constantinopla y á los demás arzobispos y obispos de aquella comarca una bula por la cual demostraba el Santo Padre el sentimiento tan grande que tenia en que los turcos poseyesen los Santos Lugares y molestasen á los cristianos, produciéndoles los vejámenes que á nadie eran desconocidos, por lo que el Papa deseaba se publicase una cruzada contra ellos, ofreciendo grandes favores espirituales en beneficio de los que tomáran parte en ella, por cuyo motivo les excitaba á que hicieran los posibles esfuerzos para secundar su pensamiento, que no podia ser más justo; pues que era ésta la única manera de arrancar del poder de infieles aquellos venerandos lugares, que siempre debieron ser como la perla que con más cuidado conservára el cristianismo. Despues de este acontecimiento, y con motivo de la muerte de Hugo, rey de Chipre, coronó el nuncio á Pedro Lusiñan en la iglesia catedral de Famagusta, celebrándose esta solemnidad con grandísimo aparato y concurso de gentes. Los años de 1359 á 1364 pasaron sin que se pueda decir de Pedro obispo de Coron otra cosa sino que siendo muy celoso por el bien de las almas, procuraba este por cuantos medios estaban á su alcance, y que si habia obtenido grandes simpatías del papa Inocencio, no eran menores las que le dispensó su sucesor Urbano, el cual cuando en 1364 falleció el cardenal de Perigord, nombró por sucesor suyo al arzobispo Pedro Tomás, dándole la presidencia de la cruzada como legado pontificio de ella el título de patriarca de Constantinopla, y la administracion de las iglesias de Coron y de Negroponto, con más una renta de diez florines diarios, con lo cual se le aseguraba una subsistencia muy decorosa. Aun cuando las cruzadas se habian publicado, y el rey de Chipre tenia grande afan por que fuesen adelante, y procuraba con todas sus fuerzas llevar á cabo esta importantísima empresa, se luchaba con el grande obstáculo de que los socorros de fuera no llegaban con la apetecida oportunidad, lo cual disgustaba en gran manera á Lusiñan, que hubiese pasado muchísimos ratos más amargos si no hubiese tenido á su lado un sugeto de tanta virtud como era el legado pontificio. Empleó todo su celo en convencer al Rey de lo inútil que es el que la criatura se empeñe en acelerar los designios de Dios, y como sus palabras llevaban esa fuerza siempre eficaz que presta la virtud, y la de este santo varon estaba tan acreditada, Lusiñan tenia que ceder

á sus amonestaciones y sosegar el ardoroso anhelo de su espíritu, que era ciertamente el acometer cuanto ántes la grande empresa de sacar del poder de los infieles aquellos lugares tan venerandos para los verdaderos hijos y fieles adoradores de la cruz. Mas no se crea por esto que con aquietar el espíritu de Lusiñan se satisfizo el Patriarca legado, nada ménos; fué á Venecia, y allí esperó los socorros que las naciones aliadas iban á mandar para la expedicion, y miéntras se reunia lo necesario en personas y cosas, él se entretenia en predicar la cruzada, en hacer ver á los fieles los inmensos beneficios que de ella iban á reportar la Iglesia y los estados, el gran paso que para la civilizacion de todo el mundo daba este gran acontecimiento, y lo mucho que cada uno en su línea debia esforzarse para que viniese á feliz término tan importante empresa y se fomentára en todos los corazones fieles ese mismo anhelo con que estaban poseidos los muy piadosos y nobles cruzados. Otras veces se le veia en el confesonario oyendo en penitencia á toda clase de personas, otras arreglando los asuntos, y asegurando en poder de comunidades ó familias de respeto á las niñas ó señoras que tenian que esperar el regreso de los caballeros que iban á la conquista de Tierra Santa; ya arreglaba con afanoso esmero, y disponia con órden y concierto solemnes rogativas para suplicar al Señor el feliz éxito de aquella arriesgada empresa, presidiendo él estos actos religiosos, y celebrando el santo sacrificio de la Misa en los santuarios de mayor veneracion, todo con el fin de ver libres de la morisma los venerandos lugares donde tantos y tan señalados beneficios nos ha dispensado Dios nuestro Señor. Entre las cosas más notables en que se demostró el celo y deseo grande que por la gloria de Dios, y solo por esto, tenia este su predilecto siervo, no puede ménos de citarse un sermon que predicó pocos dias ántes de darse á la vela la expedicion conquistadora, sermon que tuvo por objeto disuadir á los que iban á la campaña santa por motivos puramente humanos, como vanidad ú obligacion de parte de sus padres ó señores, por no parecer mal, ó por otros motivos, y que dió por resultado el que rectificáran sus intenciones, y si hasta entónces habian pensado acometer esta difícil empresa por motivos puramente humanos, desde entónces más se decidieran á acometerla solo por la gloria de Dios, cabiendo al santo Obispo el consuelo de que muchos de ellos, que no se habian acercado á los santos sacramentos en muchos años, recibieron con muestras de verdadero dolor el sacramento de la penitencia, y con un fervor extraordinario la sagrada Eucaristía, siendo en verdad consolador y edificante en gran manera el cuadro que presentaba la gran catedral de Venecia en el dia en que, próximos ya á embarcarse y celebrando Misa nuestro buen prelado, repartió la santísima Eucaristía á casi todos los caballeros que en el mansísimo Cordero que se inmola por nos-

otros, iban á tomar fuerzas para sacrificar á Dios sus vidas si necesario fuera, y á ofrecerle sus pechos como sagrario para que acaso la espada enemiga viniese á abrir en ellos una brecha por donde su alma escapase del cuerpo para ir á poseer la inmortalidad. Tambien fué admirable la conducta de nuestro Obispo en el momento de la marcha. Reunió á todo el clero, hizo aprestar todos los navíos, mandó se colocáran los caballeros todos en la situacion que respectivamente habian de ocupar en la expedicion, y cuando todo estuvo así preparado, impuso silencio como lo hizo S. Pedro al hablar por primera vez al mundo como cabeza de la Iglesia, y despues de exhortar á todos á la caridad, bendijo las personas, las armas, los navíos, el mar, la tierra, el universo entero, é imploró del Dios de toda misericordia esta misericordia misma en favor de la expedicion, que á la invocacion de la Santísima Trinidad se hizo á la vela, dejando en los corazones de cuantos los veian marchar un sentimiento de dolor y confianza de tal manera mezclados, que sin poder predominar ninguno, no sabemos si la alegría ó la tristeza, les embargaba de tal suerte, que no podian expresar ni lo uno ni lo otro. Emprendida esta expedicion bajo los más benéficos auspicios, é implorando el auxilio de Dios para ella de un modo tan especial, no pudo ménos de obtener las bendiciones del cielo, asi fué que llegaron felizmente á Alejandría, punto que se habia escogido para centro de las operaciones, á los cuatro dias de haberse embarcado, oyéndose durante todo el tiempo de la embarcacion la autorizada voz del prelado, que con sumo acierto y con una delicadeza tal que no era capaz de herir la susceptibilidad de ninguno, hacia comprender á todos sus deberes, el interés de la causa por la cual iban á pelear, y sobre todo que para causas tan buenas como la que motivaba aquella expedicion, el éxito pendia de la conducta de los expedicionarios, por lo cual rogaba siempre que fuese esta conforme á lo que se debia esperar de quienes con el doble carácter de caballeros y cristianos tenian todas las favorables circunstancias que apetecerse pueden. A la llegada de la escuadra á Alejandría hubo una pequeña escaramuza que presentaron los sarracenos, pero en la que quedaron vencidos, sin que hubiese de lamentarse la más mínima desgracia de parte de los cristianos, y hallándose en la ciudad conquistada muchos sarracenos muertos por los proyectiles que de fuera les arrojaron, cuando el intento de los cristianos de tomar la poblacion, como lo verificaron, les obligó á asaetear y destrozar las puertas para hallar alguna manera de penetrar. Apénas lo consiguieron, se reunieron los principales jefes de aquella piadosa expedicion, con el fin de conferenciar entre sí lo que habia de hacerse, y en esta asamblea la voz muy autorizada de Pedro Tomás se dejó oir animando á los guerreros á conservar á toda costa en su poder aquella pequeña posesion de que ya se habian

apoderado, y que si bien es cierto no tenia toda la importancia que era de desear, era sin embargo lo bastante para que hubiese un centro de operaciones, mucho más cuando los enemigos no habian encontrado otro recurso que la fuga, que emprendieron precipitadamente para librarse de sus vencedores, que de cierto no les habrian perdonado, porque ansiaban conseguir sobre ellos la victoria que aseguraba sus sucesivos triunfos. No fué esta vez escuchada con aquella dócil sumision que en otras ocasiones la voz de aquel celoso pastor de grey tan escogida, y los principales señores, jefes de las diferentes divisiones que allí habia, resolvieron buscar al enemigo yendo en su persecucion, y abandonar el consejo del Patriarca, no ciertamente porque les pareciese que procedia de deseo de que el éxito no fuera tan favorable como ellos mismos apetecian, sino de poca inteligencia en los asuntos de guerra, por lo cual se emprendió de nuevo la marcha á los cuatro dias de tomar la ciudad, habiéndose ántes permitido al ejército apoderarse de cuanto pudo, lo cual sirvió tambien de gran disgusto al Rey y al prelado; pues estos hubiesen deseado que todos y cada uno se hubieran contenido dentro de los límites de la justicia, sin que se inmoláran más víctimas que las necesarias, ni se exigiese á ninguno más sacrificios que los puramente precisos para llevar á cabo la altísima, importante y muy civilizadora empresa de arrancar los sagrados lugares, de que tan felices recuerdos tenia el catolicismo, del poder de unos hombres que por su ignorancia ó su malicia, ó más bien por su descuido, cierran los ojos á la verdadera luz, y viven en un caos de tinieblas cuyos efectos serán para ellos fatalísimos, y lo serán un dia en que su mal no hallará remedio. Es constante que Dios nuestro Señor permite que sus siervos, y de estos los más predilectos, hayan de ver sus deseos á punto de cumplirse, ó más bien hayan de ver puestos en juego los medios que conducen á la consecucion de sus designios cuando estos son para gloria de Dios, y no lleguen á ver esta gloria de Dios tan patente como desearian; es decir, no consiguen muchas veces los varones justos y favorecidos del cielo el ver los felices términos de sus empresas, por más que hagan esfuerzos de todo género para llegar á conseguirlos. Así sucedió á este santo prelado, que parecia puesto por Dios para fomentar y llevar á cabo la gran obra de la Cruzada. Repuesto apénas del disgusto que le causó el que hubiesen dejado á Alejandría, y más que nada, el que en esta ciudad se hubiesen portado de la manera que lo hicieron, llegó á Chipre, y áun cuando su espíritu se empleaba en obras de caridad y edificacion, se vió embargado de una suma tristeza, se ensimismó, por decirlo así, y cayó enfermo, siéndole preciso hacer cama en pascua de Navidad de 1365, agravándose su enfermedad en términos que en 1366, el dia de la Epifanía, lo llamó el Señor para sí, despues de haberle dado tiempo para disponer más

y más su espíritu, para exhortar nuevamente á sus queridos los cruzados, y para poder, digámoslo así, formar el precioso ramo de olorosas virtudes que desde luego ofrecia á la Divinidad como correspondencia á los grandes favores que del cielo recibiera. Murió, pues, el distinguido cardenal Pedro Tomás, obispo de Patti, luego de Coron, patriarca de Constantinopla, y legado extraordinario en la Cruzada, con fama de santidad tal, que si bien es cierto que toda la Iglesia no celebra su memoria, lo es tambien que esta misma Iglesia permite á los Carmelitas sus hermanos el que le rindan el homenaje de veneracion y confianza en sus méritos que le es tan debido, habiendo asignado para su festividad el dia 29 de Enero de cada año, no habiendo podido hacerse memoria de él en los dias más próximos á su muerte, por estar éstos ocupados ya de antemano con el recuerdo de otros varones tan ilustres como él, pero de una época anterior, ó con la memoria de los grandes misterios de la santa infancia de Jesus, que ha celebrado la órden del Cármen desde muy antiguo para honrar así á su Madre Santísima la Vírgen, que intervino, como sabemos, en todos estos acontecimientos de tanta ventura para el mundo. — G. R.

PEDRO de Torremocha (Fr.). Natural de Torremocha en el obispado de Sigüenza, tomó el hábito de S. Francisco en el convento de Molina. Entre las singulares dotes con que Dios adornó su espíritu, fué una la extraordinaria tranquilidad de su alma, que no eran capaces de perturbar ni las excitaciones más vivas ni los sucesos más imprevistos, pues en todo y para todo conservaba una superioridad de ánimo verdaderamente admirable. Muy observante en todo lo concerniente á las reglas y constituciones de su Orden, supo mantener oculta su buena disposicion para las ciencias y prelacías, presumiendo que si se descubria su capacidad habrian de obligarle á tomar sobre sí carga que él decia le era insoportable; así que reducido únicamente al confesonario, donde produjo muy abundantes frutos por haberle el Señor dotado de un carácter especial, muy dulce, muy apacible y sosegado, en él encontraba sus delicias, porque en él encontraba estar cumpliendo con la voluntad de Dios; y decia con notable exactitud por cierto, que para el religioso, que en sola su vocacion habia recibido de Dios una prueba de especialísima predileccion, y para el sacerdote, que por ser tal tenia en órden á los espíritus esa gran facultad de vida y muerte con que ata ó desata, no debia ni podia haber ocupacion más adecuada que buscar la gloria de su buen Dios en justa retribucion de sus señaladísimas deferencias, augustos favores y misericordiosísimos designios. No se crea que el tener tanta complacencia en la administracion del sacramento de la penitencia era porque el P. Pedro trataba en este sagrado lugar con gente rica y constitituida en dignidad; todo al contrario, su mayor complacencia era rodearse de los

pobrecitos é ignorantes, prodigarles la instruccion adecuada á sus capacidades, y dirigirles por el camino de la verdadera dicha á la posesion de ésta, mediante su intima union con Dios por medio del ejercicio santo de la oracion, que recomendaba eficazmente haciendo ver sus ventajas y lo mucho que por este camino se adelantaba para llegar al término de la posesion de Dios. Era extremado en obedecer, si es que en el ejercicio de la virtud caben extremos, y como prueba de esta su docilísima sumision á las determinaciones de sus superiores diremos solo lo que aconteció en el último dia de su vida. Contaba cien años de edad, y el guardian quiso cantase la Misa conventual aquel dia; hizolo con extraordinario contento, y fueron tales los esfuerzos del amor divino con que obligó á su dueño amado á que le prometiera sacarle cuanto ántes de este miserable mundo, lo cual se verificó en seguida. Llegó con efecto á su celda, se sintió algo indispuesto, pidió le administrasen la santa uncion y cantasen el Credo, falleciendo el dia de Ceniza de 1576. Así concluyó la vida de este venerable varon, en cuyo recuerdo se complace mucho la Religion Seráfica y su santa casa de Molina.— G. R.

PEDRO DE TORRES MIRANDA, mártir. Fué natural de Madrid y bautizado en su parroquial iglesia de Santiago el 21 de Octubre de 1587, siendo hijo de los nobles Pedro Torres y Doña Catalina Miranda, su mujer. Desde niño tuvo gran aficion á las armas, por más que esta carrera no era la que más agradaba á sus padres; hubieron, sin embargo, de acceder á sus deseos, pues aunque militar conservó siempre los buenos sentimientos y piadosos intentos que desde niño le infundieron no solo con las palabras, sino con el ejemplo, que es ciertamente por donde más se aprende y en lo que más fácilmente se encuentra el aliciente á la virtud. Pasó á la guerra de Italia, y cuando regresaba de ella en 1608 cayó su embarcacion en manos del general moro Ferrate Bey, y no les quedó otro recurso que ir cautivos á Argel, donde los bárbaros les trataron inicuamente, prodigándoles todo género de molestias, sujetándoles á los más viles y penosos trabajos, obligándoles á sufrir hambres, privaciones y malestar, y llegando en algunos moros la barbárie hasta el extremo de solicitar de los cautivos el que les sirviesen para tratos impuros, como algunos lo exigieron de Pedro Torres, en atencion á ser de muy bella presencia, pero en cuya pretension fueron rechazados con indecible constancia, dando esto motivo á que tratasen con bastante dureza á sus cautivos y los redoblasen los trabajos, no satisfaciéndose nunca por mucha que fuera la utilidad que con sus obras, ya mecánicas, ya en el campo les dejáran. Durante su cautiverio eran ejemplarísimas las virtudes del jóven Pedro, además de una gran docilidad para sufrir los tormentos con que le obligaban al trabajo y de una constancia grande para estos trabajos mismos, se mortificaba con frecuentísimos y rigorosos ayunos, confesaba y co-

mulgaba con mucha frecuencia, visitaba á los pobres enfermos y los aliviaba en cuanto podia, privándose él de sus ropas y auxilios para emplearlos en favor de sus muy queridos hermanos. Como entre los que sufrian con él el cautiverio habia algunos distinguidos sacerdotes, cuya prudencia y ciencia fué tan útil á los que experimentaron la desgraciada suerte de estar en poder de infieles, él se aprovechó grandemente de esta circunstancia, y bajo la direccion de uno de estos esclarecidos varones estudió la lengua latina para poder rezar, como lo hacia, en su compañía el oficio divino, y al mismo tiempo para estar más dispuesto á tomar despues de su rescate el hábito de religioso descalzo de S. Francisco, que fué su resolucion desde los primeros dias en que colgó, digámoslo así, las armas, y cuyo propósito hubiese llevado á feliz término, si el cautiverio no se lo hubiese impedido. Ya estaba ajustado su rescate en la suma de seiscientos cincuenta ducados; pero el trato no se llevó á cabo, porque se supo en Argel que unas galeras cristianas habian apresado á un corsario, y con él á una mora principal, lo cual sirvió para que el Rey determinase quedáran allí los cautivos que estaban próximos á rescatarse hasta que los cristianos devolviesen á la mora; pero esto no se verificó, porque conociendo ella sus verdaderos intereses, lo falso de su religion y la seguridad de su dicha, que adquiria en el seno de la religion católica, abjuró el mahometismo, se hizo cristiana, y luego de recibir el bautismo fué muy ejemplar y santa todo el resto de su vida, por lo que el contrato que acerca de Pedro de Torres y los suyos se habia hecho quedó sin efecto, y ellos continuaron en su penosa servidumbre. Como ya habian visto tan próximo su rescate, se habian animado en vehementísimos deseos de conseguir su libertad, para lo cual se huyó á Tetuan, siendo cogido en el camino y condenándole á que remára por espacio de tres años, y á ciento cincuenta palos, porque no quiso decir ni quién le habia inducido á tomar esta determinacion, ni cómo ni cuándo habia llegado á averiguar el camino ni á proporcionarse los medios para evadir su penosa situacion. Cumplió su condena, pero con tan buena conducta, que admirados de ella le perdonaron mucho tiempo de remero y le adscribieron al tribunal de justicia en concepto de escribiente, pensando que de esta suerte lo atraerian á su secta y acaso conseguirian que abjurase del cristianismo. Erradísimo concepto, que solo podia formarse desconociendo las cualidades de este verdadero siervo de Dios, á quien el Señor habia puesto en aquellas críticas y penosas circunstancias para que tuviera ocasion de acreditar á Dios el amor que le tenia, sacrificando su vida por su honor, gloria y servicio, y defendiendo con la mayor energía la fe católica, como lo hizo contra las impías burlas que de los dogmas y prácticas de nuestra sacrosanta religion hizo un moro muy principal, que por acaso penetró un dia donde los cristianos se reunian

para dar culto al verdadero Dios y protestarle su firmeza en la fe, recibiendo los santos sacramentos y celebrando el incruento sacrificio, en cuyos recursos encontraban la debida fortaleza para sobrellevar los disgustos, penalidades y molestias consiguientes á su tristísimo estado, y hechas más insoportables, porque veian la lamentable ceguedad de los moros, los cuales excitaban vivamente su compasion, por la conviccion en que estaban de que les era irremediable su ruina si no se apartaban de su secta, á lo cual en manera alguna los encontraban dispuestos. Pues bien, Pedro de Torres con este atrevido moro, que tuvo la desfachatez de decir palabras injuriosas contra la religion de Jesucristo, entró en verdadera cuestion, haciéndole ver lo falso de su secta, poniéndole á la vista los vicios de su mal llamado profeta, los groseros errores con que ellos fomentaban su amor propio, y el envilecimiento que resultaba á la humanidad con que sus individuos se entregáran á la práctica de las ridículas prescripciones de la ley de Mahoma, haciendo al propio tiempo ver el inminente peligro en que se constituia su pobre alma, que sin duda alguna se perderia para siempre siguiendo las disparatadas prescripciones de aquella secta, parto del abismo y originariamente derivada de la astucia de Satanás. Puede colegirse el efecto que produciria en el moro manera tan explícita de explicarse el cristiano, y cuán sensible le sería esto, ya por ser acerca del objeto de su mayor aprecio, ya por proceder de un hombre que por cristiano y por cautivo le era ya completamente antipático. Así que apénas pudo hacerle callar y apartarse de él, ó más bien apénas pudo conseguir que Pedro le dejára, se fué al principal administrador de justicia, y le hizo saber lo que Pedro pensaba y decia contra su secta, es decir, le denunció como ultrajador de Mahoma, sus obras y secta. Esto fué lo bastante para que reuniéndose el tribunal el sábado 5 de Setiembre, y llenos todos de saña contra el piadoso Pedro de Torres, le hiciesen comparecer ante ellos, le preguntaron de nuevo acerca de su doctrina y de su fe, y viéndole constante en la católica, firme en la confesion de la verdad de Cristo y su Iglesia, no vacilando ni un momento en calificar de falso, absurdo y perjudicial el culto prescrito por el profeta, así como el profeta, mal llamado con tan augusto título, les declaró no ser más que un vil impostor; se le condenó inmediatamente á ser quemado vivo, señalando para lugar del castigo uno adonde concurria la mayor parte del pueblo, y excitando á éste para que concurriese á aumentar el tormento, cada uno como le fuera posible, para así vindicar el honor ultrajado de su profeta, y ofrecerle con esta nueva víctima un sacrificio expiatorio, que no servia, como ellos aseguraban, para acreditar su secta, pero sí era para la Iglesia católica un verdadero lauro la ignominiosa muerte que á Pedro se preparaba sin más causa que haber dicho la verdad y haber confesado á voz en grito que solo

es verdadero lo recibido en la Iglesia y falso todo lo que ésta ha declarado tal. Mas veamos al por ellos llamado reo del más abominable de los crímenes, caminar cargado de cadenas, oigamos el inícuo pregon que declara la causa de esta ignominia, que al mismo tiempo oiremos al mártir confesando la fe católica, le veremos pedir la absolucion de sus culpas al sacerdote católico D. Fr. Pedro del Aguila, que casualmente estaba viendo aquel espectáculo cruel, si se atiende al que los desalmados moros hacian con el venerando siervo de Dios; espectáculo que embargaba el corazon y lo llenaba de un júbilo imponderable, si se mira á aquella firme confianza con que en el mártir se veia destellar la gran fe que le animaba y que confesó hasta en el último momento, aquel íntimo amor á su Dios, que despues de haberle llevado al heroismo en las virtudes le llevaba á lo sumo del sufrimiento, en confesion adecuada y conveniente de la verdad de una fe para cuyo testimonio tanto sufria. Muchos eran los testigos que pidiendo á Dios la perseverancia del mártir, admiraban su sufrimiento complaciéndose en su vista, y como entre ellos habia distinguidos sacerdotes, justos de Dios muy escogidos y personas que podian elevar al Señor sus inocentes manos, este fué sin duda el motivo de que aumentándose los tormentos se aumentára el mérito y heroismo de quien los sufria, y se hiciesen cada vez más acrisolados sus méritos relevantes. En efecto, cuando un turco tomándole de la barba le preguntó por su fe, y al decir el esclarecido Pedro que no era ni podia ser otra que la fe de Cristo por ser la única verdadera, le lanza una terrible cuchillada con la cual quiso cortarle la lengua y no lo pudo conseguir, y á pesar de la herida, repetia el siervo de Dios los augustos nombres de Jesus y María, cuando la indignacion de su verdugo subiendo de punto, le hace que pinchára sus ojos con el mismo cuchillo; cuando puesto fuego á la gran hoguera que se habia preparado, la multitud de verdugos se retira y quedan estotros verdugos, que sin autoridad alguna, dicen sin embargo mucho acerca de las costumbres de los pueblos, porque son su verdadero eco, y con fiereza inaudita empiezan á arrojar sobre Pedro infinidad de piedras que le cubren, y su cuerpo entre las llamas se sostiene largo rato sin caer ni ser devorado de ellas; cuando al cabo su espíritu sube á la patria de los justos y allí recibe la inmarcesible corona á que sus merecimientos le habian hecho acreedor; entónces es cuando se cumplen los votos de sus hermanos y compañeros de cautiverio, entónces es cuando ellos se animan más y más á sufrir por Dios para recibir de Dios un premio á este semejante, entónces es cuando empieza á ser glorioso el nombre de Pedro de Torres. Y lo fué en efecto, porque su martirio, acaecido el dia 5 de Setiembre de 1620, á los treinta y tres años de su edad, y probado en debida forma, hace que se le tenga en gran veneracion. — G. R.

PEDRO DE TRABANDA (Beato Fr.). Animado desde su juventud de los más vivos deseos de dar su nombre á la Religion Francisca y seguir bajo las órdenes de sus superiores un camino que con seguridad le llevase á su felicidad eterna, sin que dejára de hacer cuanto bien pudiese á sus hermanos, recibió el santo hábito en el convento de S. Francisco de Toscana, cerca de Citon. Luego que vieron sus buenas disposiciones, lo dedicaron al estudio de la literatura, filosofía y teología, siendo distinguidísimo en sus cátedras, porque á un talento muy claro agregaba una aplicacion muy atenta y podia por consiguiente adelantar muchísimo, á efecto de los grandes esfuerzos que continuamente hacia para cumplir en esto, como en todo, con la mayor perfeccion aquellas obligaciones que puestas á su cargo eran ya para él como un deber de conciencia, y siendo esta muy recta era por consiguiente preciso llenar á satisfaccion todas las exigencias de esta misma rectitud. No se crea que por entregarse con el mayor cuidado á los estudios, y haciendo en ellos los raros progresos bajo los cuales le admiramos, habia decaido en su espíritu de piedad ó disminuido en algo aquella atentísima diligencia con que al principio abrazó y practicó, no solo las reglas y constituciones, sino aquellas cosas que no estaban sancionadas sino por la prescripcion de alguna persona de buena fama á éste ó aquel convento. Su mismo afan por el estudio, que parecia serle un obstáculo para la práctica de las observancias y rigores que no solo eran prescriptos sino aconsejados, como que le daban alas para volar por este camino y le obligaban sus mismos conocimientos á perfeccionarse más y más « siquiera por corresponder de alguna manera, decia, á la singularísima dignacion de Dios, á señalarme entre tantos con los dones extraordinarios de su predileccion, marcada principalmente á mi vocacion al estado religioso. » En consecuencia de esta su íntima conviccion, ninguno como él asistia al templo á rezar el oficio divino ni al cumplimiento de sus otros ministerios, nadie le aventajaba en un celo incansable por el bien de todos sus hermanos, y cuando todas estas cosas admirables, sublimes, no podia él ocultarlas y era preciso dejar ver sus efectos, nunca se le pudo obligar á confesar ni áun su esmero en escogitar los medios de llegar á su perfeccion, sino que en todo y de todo referia á Dios su gloria, no conservando para sí más que el sentimiento por sus deméritos, un gran dolor de sus culpas, aunque estas eran muy ligeras, y un ánsia siempre creciente de adelantar á pasos de gigante en el camino de la virtud y perfeccion. Pero por mucho que fuese como lo era su esmero para ocultar á todos sus méritos y su fidelidad en corresponder á los designios de la gracia, no pudo permanecer oculto y le fué preciso salir de aquel estado de voluntario abatimiento para ponerse al frente de su querida comunidad, que viendo en él el mejor modelo que imitar podian, quiso que fuera el guia de sus acciones á fin

de que éstas se redujeran á buscar y á encontrar la mayor gloria de Dios, mediante la exactísima observancia de los preceptos y consejos que á sus hijos impuso el gran patriarca Francisco. Rehusándolo y bien á su pesar, fué guardian de la casa donde vivia, y en ella restableció el rigor y observancia de tal suerte, que parecia una de aquellas felices moradas donde el santo fundador con sus ejemplos y con su doctrina hizo los prodigios que en él admiraron no solo sus celosos panegiristas, sino sus más encarnizados enemigos. En vista del gran provecho que á la Orden trajo este nombramiento en la casa de Citon, le llamaron para que hiciese, digámoslo así, igual milagro en Asís; y lo hizo con efecto, hasta que cansado del bullicio de aquel numeroso convento, ó mejor dicho, llamado por Dios á más alta contemplacion y ser ejemplar y modelo para los de más purificado espíritu, fué á un convento en las inmediaciones de Perugia, donde por espacio de cuarenta y siete años vivió con la mayor edificacion en medio del más completo olvido, y permitiendo el Señor que allí le dejáran disfrutar los encantos de su apetecida soledad. Solo, olvidado, vivió en aquel sagrado recinto, pero no ocioso; pues de tal manera tenia distribuido su tiempo entre los ministerios de la santificacion de los demás y los ejercicios de su propia perfeccion, que á pesar de su brevísimo sueño, de su ningun descanso y de que nunca tenia otras ocupaciones ni recreacion que las que llevaban en sí algun bien para sus hermanos, todo el dia y por consiguiente todos los dias se hallaba ocupadísimo, sin que para satisfacer á los deseos de cuantos le buscaban fuese nunca presentado por él como obstáculo ni el momento ni la forma en que acudian, sino que siempre y de continuo se complacia en buscar la gloria de Dios, mediante el esmerado servicio de sus hermanos. Era su sufrimiento á toda prueba, y la alegría de su espíritu se reflejaba en su semblante, áun en medio de los más graves disgustos, diciendo él, como Job, que de Dios eran los males, así como los bienes; y que por consecuencia habia el hombre de someterse á las pruebas como á los consuelos, no estimando en ménos á aquellos que le hacen padecer, y por consiguiente merecer ante Dios, que á los otros, que son como el testimonio que Dios da de su afectuosa predileccion á aquel á quien se los prodiga; siendo en verdad él muy sufrido no solo en los contratiempos que como particular le ocurrieron, sino lo que más es, en aquellos disgustos y sinsabores que fueron para su Orden motivo de esclarecimiento, pero ocasion de disgusto, y que proporcionaron á los siglos futuros la evidencia de ser un muy magnífico instituto, aquel que no se destruia ni áun á los rudos golpes con que la impiedad, libertinaje y preocupacion le asestaban por do quiera, sin perdonar cosas ni personas, ni guardar ninguna de las consideraciones que merecian los religiosos, siquiera se los considerára no en otro concepto que en el de hom-

bres. El sentimiento de todos estos disgustos que en la época de Fr. Pedro comenzaban ya á dejarse preveer y que su ilustrado espíritu veia bien de cerca, produjo en él un efecto enteramente contrario al que producen los males cuando se consideran segun el mundo, pues lo que hizo en él fué obligarle á redoblar sus súplicas en el divino acatamiento, á hacer más eficaces sus esfuerzos en el órden material, y á que llamando en torno suyo á todos sus hermanos y haciéndoles ver los disgustos y penalidades que experimentaban y que se acrecerian indudablemente, les obligase á prometer al Señor hacer cuanto esfuerzo estuviera en su mano para mitigar el justo enojo del cielo, que era, segun este venerando varon, el único motivo de los males y desdichas de su religion. Imponente sería el espectáculo que ofreceria la celda de este religioso, que despues de una brillante carrera literaria, cargado de merecimientos y lleno de honores justamente adquiridos, pero noblemente despreciados, dirigia á sus hermanos su voz autorizada, no ya desde la cátedra ni desde la silla prelacial, sino desde el lecho de su dolor cuando ya sus fuerzas se agotaban, cuando sus miembros entorpeciéndose indicaban que restaba muy poco para que ellos viniesen á ser frio cadáver, y su espíritu comenzára á gozar sempiternas delicias. Pero tal escena se verificó el dia en que conoció por superior revelacion ser el penúltimo de su vida, y despues que hubo exhortado á todos á que se uniesen en caridad y procuráran por todos los medios posibles fomentar esta virtud, sólido fundamento de la perfeccion cristiana, cerró sus ojos al mundo, olvidó, por decirlo así, cuanto le rodeaba, no se acordó siquiera de su existencia, y elevó hácia Dios su mente, como en perspectiva de aquella verdadera é inalterable elevacion en que poco despues iba á constituirse; fijó en su pasado su mirada para detestar eficazmente sus culpas y pedir á Dios perdon de todas ellas, fijó su atencion en lo futuro para implorar una vez más la misericordia de Dios, recordó que él era hijo de su seráfico Patriarca para aducir este título y mérito de consideracion ante Dios mismo, y oyendo las plegarias de los sacerdotes y acompañándolas miéntras pudo con la boca y luego con el corazon, con el mayor sosiego y tranquilidad pasó de esta á mejor vida el dia 17 de Enero de 1492, siendo desde este dia muy grata la memoria de sus virtudes, que declaradas heróicas por la Silla Romana, han hecho que toda la Orden Seráfica le conmemore el 17 de Enero.—G. R.

PEDRO DE TRANI (Beato). Perteneció este esclarecido religioso á la seráfica órden de S. Francisco, á la cual ilustró con los ejemplos de su extraordinaria virtud casi en los primeros años de ella. Pudo ser discípulo del seráfico Patriarca, pues las crónicas de la Orden y todos los documentos más fidedignos nos le presentan como uno de los primeros religiosos de la Apulia, y es indudable que estos fueron todos discípulos del seráfico Patriarca. Como be-

bió del mismo manantial, el agua cristalina que habia de fecundizar la Iglesia de Jesucristo por la benéfica revolucion que su doctrina y virtudes producirian, pudo muy bien, como en efecto lo hizo, llenarse del espíritu de su fundador, y ser un verdadero ornamento de su Orden y de su siglo. En efecto, no son las cosas y mucho ménos las personas y siervos de Dios más apreciables porque se pongan más en evidencia; todo al contrario, aquellos que han sido y valido más en la presencia del Señor, aquellos han tenido más esmerado afan por permanecer ocultos á los ojos del mundo; no fuera que la vanidad y otras pasiones viles en sí, pero inherentes á nuestra miserable condicion, cuando ella no esté sujeta á las prescripciones no solo de la razon, sino lo que es más, de Dios por medio de la revelacion. Pedro de Trani, que comenzó por renunciar una posicion desahogada y una familia que le apreciaba en gran manera para venir á sujetarse á una familia nueva y desconocida, para venir á ponerse bajo la providencia de Dios; pero de una manera que la humana prudencia no califica sino de temeraria, y esta calificacion sería la exacta, si no miráramos al importante fin que se propone quien la acepta, que es la santificacion de su misma alma. Pedro de Trani supo desprenderse de tal manera de todas las cosas que no eran Dios, que quedó reducido su comercio en el mundo y con el mundo á solo lo indispensable para que este mundo mismo experimentára la gran misericordia de Dios, en conseguir cuya gloria se afanaba grandemente nuestro favorecido Pedro. Y decimos favorecido, porque indudablemente es una extraordinaria dignacion del Señor la suma docilidad con que cumplió siempre este excelente religioso los preceptos de sus superiores, áun cuando ellos fueran algunas veces difíciles, otras inconvenientes, y acaso opuestos á los designios y fines que se propusiera el mismo Pedro; es un extraordinario don de Dios, el que infatigable en el servicio de su amoroso dueño, ni los rigores de las estaciones, ni las privaciones consiguientes á una vida mendicante, ni el duro lecho y áspero vestido, ni las deshoras y caminos molestísimos, ni ninguna en fin de las cosas por las cuales tuvo que pasar para cumplir convenientemente con el deber de su estado, fuesen capaces de hacerle apartar de su designio en el largo tiempo que estuvo probando la manera de vida con que iba á obligarse para siempre, y no con una obligacion asi como se quiera, sino la más estrecha posible, por cuanto era por ante Dios. Si de estas cosas, que podemos decir pequeñas y despreciables, pasamos á los altos carismas del amor divino con que el Señor le recreára en la oracion, á cuyo ejercicio se dedicaba de continuo durante la celebracion del santo sacrificio de la Misa, que hacia cada dia, no sé si digamos como si fuera el último ó como si fuera el primero de su vida; si le observamos incansable en el ejercicio de su ministerio, ya instruyendo á los

ignorantes, ya predicando á los fieles, ya recibiendo en penitencia á cuantos á él acudian, que eran muchisimos, y vemos que ni se fatigaba por el trabajo, ni por la molestia se afligia, ni en fin parecia sentir las molestias consiguientes á estos trabajos, sino que ellos en el siervo de Dios más parecian delicias que fatigas, habremos necesariamente de convenir en que un grandísimo y especial don de Dios se derramaba profusamente sobre Pedro, pues que es ciertamente verdad lo que el apóstol S. Pablo dice: *No somos capaces de hacer las cosas por nosotros como por nosotros, sino que nuestra capacidad viene de Dios.* Si despues examinamos los prodigios que por su medio se obráran, no solo en los de su convento y en los de su pueblo sino en todos los que le invocaban, algunos sin apénas tener del varon santo otra noticia que la fama de otros favorecidos por él, veremos confirmada por unánime consentimiento la opinion que no podia ménos de formar quien una vez siquiera le hubiese visto, porque su fisonomía revelaba desde luego lo excelente de su alma. Observando, pues, puntualmente cuantas cosas prescribia la regla y constituciones del Santo Patriarca, y haciendo él por su parte obras de supererogacion capaces por sí solas de obtener un mérito tan especial como el que se contrae con ingresar y vivir santamente en una religion, vió venir la muerte sobre su cabeza, sin que le perturbára lo más mínimo su idea y presencia tan aterradoras para los del mundo. Fué fortalecido con los especiales y muy oportunos auxilios que la religion presta en tan apurado trance, y con el mayor sosiego pasó de esta vida á la eterna el 14 de Noviembre de 1241, sentido y envidiado de cuantos le conocian. Sus virtudes comenzaron á propalarse y á extenderse su noticia cual convenia á lo sublime de ellas, y como Dios acreditára estas mismas especies que se propalaban con un sin número de milagros hechos á toda especie de personas, jóvenes y viejos, eclesiásticos y legos, Roma mandó que se hiciese acerca de ellas la debida informacion, y muy pronto tuvieron los hijos de S. Francisco y los fieles todos el consuelo de contar entre los beatos al P. Pedro de Trani, cuya memoria se recuerda el 14 de Noviembre.—G. R.

PEDRO Jose de Tricalet (V. Dr. D.) Nació en Dola por los años de 1696, y sus primeros dias los pasó en la distraccion más disipada sin atender gran cosa al estudio de las humanidades y sagrada teología, á que sus padres le dedicaron previendo sería con el tiempo de gran provecho en el estado eclesiástico, al cual sin embargo, en esta primera época de su vida no presentaba aficion alguna, siendo en él verdadera condescendencia con sus padres, ó acaso temor á los rigores de éstos, el no abandonar por completo los estudios en que aprovechaba bastante poco. Quiso Dios, sin embargo, hacer de él un buen ministro suyo, y puso en sus manos libros piadosos que le hicieron abrir los ojos, conocer sus yerros, llorar sus antiguos

extravíos, expiarlos por medio de una penitencia acomodada y continua, y cambiarse, en fin, en buen ordenando el que habia sido bastante relajado estudiante. Recibió el sagrado órden del presbiterado en 1719, y obtuvo consentimiento del prelado ordinario de aquel lugar para dedicarse con otros eclesiásticos aventajados en virtud y ciencia á misionar por los pueblos, atrayendo asi á los fieles bajo el conocimiento de sus deberes al único camino que conduce á la vida, y apartados del cual, nuestra ruina y nuestro exterminio son nuestra única esperanza. El venerable cura de Dola, Mr. Bergeret, prendado de las excelentes dotes que en este sacerdote se acumulaban, quiso llevarle á su lado y lo consiguió nombrándole su coadjutor, cuyo cargo desempeñó con sumo esmero hasta que la condesa de Poitiers, llevada de un justo deseo de proporcionar á sus súbditos de la isla (sobre el Dux, en Borgoña) un párroco que satisfaciera á todas sus necesidades, lo trasladó allí desde Dola, quedando los fieles de esta con gran sentimiento por la pérdida de Mr. Tricalet, en quien tenian depositada toda su confianza, y bajo cuya direccion caminaban con gusto á su felicidad eterna, sin pensar siquiera, por decirlo asi, en las amarguras de que precisamente ha de estar lleno el camino de la cruz, único por donde podemos ir á nuestro reino. No se sabe el motivo que le induciria á dejar el cargo de la cura de almas en la Isla; es lo cierto, que apénas trascurrido un año de estar allá, vino á Paris al seminario de Chardonet, rogó le admitiesen, y fué admitido con gran complacencia de todos aquellos padres, que sabian muy bien el gran mérito de Pedro. Le nombraron á muy poco tiempo de estar en la casa procurador superior de las misiones, y luego procurador general de la comunidad; cargos ambos dificiles y altamente importantes, pero que desempeñó D. Pedro con tan escrupulosa exactitud, que nunca estuvo la casa en más brillante estado ni se habian visto tampoco los admirables resultados que en lo económico y en lo moral daba este procurador. El Ilmo. Vintimilla, arzobispo de Paris, le nombró vicario general suyo en 1737, y la duquesa de Orleans le hizo su confesor y de su familia, con lo cual aconteció lo que no podia ménos, que todos cuantos le trataban, se prendaban de él, y que así los señores de la distinguida familia en cuya casa estaban, como todos los que habian de tratar con él algun asunto por razon de su importante cargo, quedaban altamente satisfechos de él, pues desde luego revelaba las grandes virtudes de que Dios le dotó, y presentaba áun á primera vista una dulzura tan notable, un trato y afabilidad tan distinguidos, que á nada son comparables, pudiéndose colegir cuál él seria del hecho de que áun aquellos mismos á quienes le era preciso castigar ó corregir, quedaban tan convencidos y hasta agradecian su paternal solicitud, sometiéndose docilísimos á todas sus determinaciones, aunque ellas pareciesen árduas ó acaso improcedentes. Se deja

comprender bien que creciendo su fama por la repeticion de sus buenos oficios para con todos, el tiempo escasearia al distinguido sacerdote; esto le haria cercenarse el sueño y descanso, y por último, su débil naturaleza tendria que resentirse. Fué así efectivamente; agravándose sus padecimientos, le pusieron en un estado de suma delicadeza, y tuvo que abandonar la capital para buscar en el pequeño lugar de Ullejuif un descanso que no encontró por completo, pues allí mismo iban los prelados más distinguidos y las personas de más nota á consultarle en los árduos asuntos que se les ofrecian, y para ventilar los cuales tenia un don especial de Dios, siendo tal su perspicacia, que al punto se imponia del asunto y sobre la marcha le decidia, no así como se quiera, sino con un acierto extraordinario, superior á cuanto puede decirse y áun pensarse. Puede de aquí inferirse cuál sería el sentimiento de las muchas y distinguidas personas que en París le trataron y de las que tambien en Ullejuif pudieron disfrutar de sus bondades, al saber que su enfermedad era incurable, que sus dolencias se agravaban de dia en dia, y que para que cesasen no habria otro remedio que la muerte. Repito que esto llenaba de desconsuelo á cuantos le conocian, pero no pudo evitarse el que, como es consiguiente á nuestra humana miseria, el respetable sacerdote D. Pedro José de Tricalit pagase á la naturaleza el debido tributo, pasando de esta á mejor vida el dia último de Octubre de 1762, á los sesenta y seis años de edad, y dejando á todos llenos de sentimiento por la pérdida que experimentaban, y de confianza por la que les inspiraban sus grandes virtudes, dulzura, bondad, mortificacion, espíritu de oracion, caridad y todas las demás que le hacian venerable. Tambien la literatura mística experimentó pérdida en la muerte de este esclarecido varon, pues hubiera podido escribir mucho más, si más hubiera durado, quien en los catorce ó quince años de penosísima enfermedad escribió muy bien su precioso *Año Espiritual*, el *Libro del Cristiano*, el *Compendio ó Resúmen de las Obras del Beato Alonso Rodriguez*, el *Tratado del Amor de Dios segun S. Francisco de Sales*, y sobre todo la delicadísima y exactísima obra que tituló *Biblioteca manual de los Santos Padres*, en la cual con un tino extraordinario extracta lo mejor de las obras de estos, da una noticia de sus vidas, y pone á cualquiera que maneje este libro, pequeño en su volúmen, pero grande en su importancia, en disposicion de ver con provecho los escritos de estos mismos Santos Padres que por la extension con que escribieron de algunos asuntos, como que confunden á quien no conoce su estilo y maneras. Este es el motivo por el cual la biblioteca de Tricalet adquirió tanta celebridad en Francia, que se hicieron de ella dos numerosas ediciones en muy breve tiempo, y esta tambien la causa por que se ha traducido al español, al italiano y á algun otro idioma, para que así se pueda poseer en breve espacio

rico tesoro de ciencia, y se recuerda al ver su obra al esclarecidísimo varon que la produjo. —G. R.

PEDRO Tribuno (S.), mártir. Entre los cargos públicos que como de origen romano conservaban todas las naciones en los primeros dias del cristianismo fué el de tribuno de la plebe, que venia á ser como un representante de los intereses del pueblo para abogar por él. En este cargo vivió Pedro, varon de virtud, que educado en el cristianismo, halló estar en este sagrado asilo el único puerto de salvacion y seguridad en el proceloso mar de este miserable mundo. Excusado es decir que desempeñaba bien y fielmente el cargo que se le habia confiado; pero llegó á conocer que no son las honras y distinciones del mundo lo que forman la paz, sosiego y ventura del hombre, sino que esta consiste en la posesion de Dios; así que el ir á su Dios fué desde entónces el único anhelo de Pedro, y sus deseos se cifraban en adquirir virtudes, en buscar medios de ser cada dia mejor para que pudiese ser más meritorio el sacrificio que de sí mismo hacia en aras del amor de Dios. Ofrecióle á Dios su vida y el Señor la aceptó, permitiéndole gozar la corona del martirio cuando contaba cincuenta y un años de edad. Entónces comenzó en el cielo su patronazgo, mucho más provechoso que el que á su pueblo habia dispensado en la tierra, pues no era el mérito de una ilustre prosapia, ni el efecto de una eleccion toda espontánea de sus conciudadanos, sino el mérito de la sangre de un Dios humanado, de que participaba por su martirio y que hacia eficaz para los demás mediante esa caridad infinita en Cristo, que no se acaba, ántes se perfecciona cuando los fieles gozan en la gloria la imperdible posesion de su Dios. El glorioso cuerpo de S. Pedro fué enterrado en tiempo de Constantino bajo el altar mayor de la catedral de Caller, y el Señor le ha hecho muy glorioso por ser muchísimos los milagros que se han obrado en su presencia; y hay consagrados á su festividad y solemne recuerdo en toda la diócesis los dias 1.° de Agosto en memoria de su martirio, y 7 de Octubre, dia de su traslacion, siendo inmenso el concurso que acude á adorar en la tierra al que con sus continuas adoraciones da á Dios gloria en el cielo, y que protegiendo á los míseros mortales, es padre de su pueblo para llevarlos á la dicha eterna, como fué su tribuno para en tal concepto ofrecer á la segur del tirano un cuello ilustre que dijera á su incrédula época que en todo y para todos se ostenta siempre la misericordia de Dios, que dando fortaleza ofrece premio, que permitiendo tribulacion asegura gloria, y que en cambio de padecimientos, que son de un momento y peculiares de aquel que los sufre, ofrece dicha y ventura de que pueden participar todos, porque para todos es el gran patrocinio que Dios ha vinculado en sus santos, como que son sus más distinguidos amigos, sus más amantes siervos, sus más fieles seguidores, y los que le han de dar gloria para siempre.—G. R.

PEDRO TRIGNACIO (Venerable). En Flandes se recuerda el dia 31 de Diciembre de cada año á un esclarecido hijo de la órden de S. Benito, que fué el Rdo. P. Pedro Trignacio; lo que de él nos dicen los más auténticos y respetables documentos es que fué de grandisima virtud, y que puso todo su afan y conato en restaurar, como lo consiguió en gran parte, la observancia monástica y aquel rigor que en los principios habia sido como el elemento de vida en todos los monasterios, y que en la época de este varon insigne se hallaba por las circunstancias un poco en decadencia. Para llevar á cabo tan buen propósito fué preciso en él un admirable ejemplo de todo género de virtudes, y ciertamente le dió, cimentándolas sobre la segura base de la humildad, con la cual llegó á conseguir su intento y atrajo á muchísimos al servicio y amor de Dios. Era abad en el monasterio Ursidungense en Hannonia, y pareciéndole impropio de un monje el ir siempre rodeado de criados, como lo hacian los de su época, desechó desde luego esa práctica por poco conforme al espíritu de su profesion, é hizo así que renunciasen unos y otros á exenciones y prerogativas que se habian tomado sin saber por qué, el órden se restableciera y floreciesen de nuevo aquellas virtudes que han sido siempre la gloria de la órden del gran Benito. Era rico por su casa, y sus cuantiosos bienes los distribuia entre los pobres, sin olvidarse tampoco de proveer lo conveniente para que el culto que á Dios se tributaba se diese con la debida magnificencia, legando á su monasterio y á otras iglesias pobres muchos ornamentos, vasos sagrados y tapicerías, que dijeran con su magnificencia que mucho más magnífico es el Dios á cuyo culto se destinaban. Quiso dejar en su monasterio medios de que los que le sucediesen se ilustráran en las ciencias divina y humana, y para esto fundó una biblioteca en él, que dotó de muchos y muy buenos libros, rogando con todo encarecimiento á los que le sucedieran no olvidasen esta parte tan esencial para el aprovechamiento de todos, y dirigieran hácia ella algo de los caudales con que podian fomentarla, pues que la caridad de los fieles siempre ha atendido con dádivas á la conservacion y prosperidad de las casas de los monjes. Así lleno de méritos para sí por sus heróicas virtudes, apreciado de todos por los esfuerzos que en beneficio de todos hacia con un desprendimiento y generosidad extraordinarios, muy querido de sus monjes y fortalecido con los últimos auxilios de la Iglesia, que recibió con extraordinaria devocion, con el mayor sosiego y encomendando á todos la paz y la caridad, dió su alma al Hacedor supremo el dia 31 de Diciembre de 1637, siendo su muerte muy sentida por todos, no con aquel sentimiento que procede de la duda de la suerte del finado, sino con el sentimiento que queda al verse privados para siempre de una compañía tal cual era la del V. P. Pedro Trignacio.— G. R.

PEDRO Tudebode. Nació este sacerdote en el Sivrai, pequeña ciudad de la diócesis de Poitiers, en el siglo XI. Publicada la cruzada de Jerusalen, se alistó Pedro en la expedicion que salió para la Tierra Santa el año 1096, y se halló en los sitios de Nicea, de Antioquía y de Jerusalen. En esta santa empresa se dedicó á escribir la *Historia de las Cruzadas*, siendo su primer escritor, y debió de vivir al ménos algunos dias despues del 14 de Agosto de 1099, pues que terminó su historia con la brillante victoria que alcanzaron los cruzados en este dia contra los infieles. Desde esta época ninguna otra noticia se tiene de este autor. La *Historia de la primera Cruzada*, que nos ha dejado Tudebode, tiene todos los caractéres de escrito auténtico, verdadero y sincero, y aparece en ella bien á las claras que su autor se habia hallado en el campo de los sucesos, y áun escrito á la vista de ellos. La edicion mejor de esta obra es la publicada por los Duchesne en el tomo IV de los *Historiadores franceses*. Mr. Rivet, en su *Historia literaria de Francia*, presenta en el tomo VIII un interesante detalle concerniente á la expresada obra.— C.

PEDRO de Uceda (M. R. P. Mtro.). Fué este varon esclarecido por su linaje, por sus virtudes y literatura, natural de Toledo, en cuya ciudad y convento de religiosos Agustinos tomó el santo hábito, siendo su compañero de noviciado el muy respetable P. Fr. Luis de Leon. Hizo Fr. Pedro su carrera con extraordinario aprovechamiento, é ilustró con su ciencia las más célebres universidades de España, siendo en todas tenido por de grande ingenio y apreciada en cuanto valia su aplicacion suma y extraordinaria modestia. En Sigüenza recibió los grados de licenciado y doctor, pero con tal aplauso, y despues de unos ejercicios tan brillantes, que á todos causaba admiracion cómo un jóven al parecer de tan pocos años, y digámoslo así, de ninguna apariencia, podia tener tal caudal de conocimientos y tal destreza para manifestarlos como la que demostró en sus ejercicios, pues con ese pretexto, nunca excusable, de lucir su habilidad, trataron en ellos de fondearle aún más allá de lo que correspondia á la índole de las pruebas á que debia sujetársele. Despues que ya laureado vino á Toledo, pareció conveniente á la Orden remitirlo á Salamanca, donde desempeñó desde luego una cátedra con todo el acierto y buena reputacion que era consiguiente á quien acaudalaba tan inmenso tesoro de ciencia, y al propio tiempo reunia en sí las más heróicas virtudes; pues que heróica puede llamarse la abnegacion con que sufrió el ser separado de la enseñanza donde estaban sus legítimas esperanzas, para pasar en los cargos del gobierno de la Orden á un ejercicio al cual no solo no estaba acostumbrado, sino que su índole no le llevaba en manera alguna; pero en cuyo desempeño supo vencerse hasta el extremo de ser excelente prelado, á pesar de no haber en él ninguna de las condiciones de

tal. Fué, pues, superior primero en la casa de Salamanca y luego en Toledo, habiendo sido despues nombrado visitador general de la Orden, cuyo destino desempeñó por mucho tiempo á satisfaccion de superiores y súbditos, pues por unos y por otros procuraba, restableciendo el órden sin causar molestia ni áun á aquellos á quienes tenia que reprender ó acaso castigar, pues lo hacia tan benignamente y buscaba unos medios de tan dulce persuasion, que aquellos mismos en quienes tenia que ejercer su dominio y que advertirles con severidad, quedaban íntimamente convencidos de que no otra cosa le inducia sino el deseo de su bien eterno y de que asegurasen la dicha y felicidad para que se habian recogido al claustro, renunciando á las cosas de este mundo. Así cumplió en todo y por todo con lo que le mandára la obediencia, siendo para él el único anhelo obedecer y servir á su Orden amada, en la cual dió al Señor su espíritu despues que le acrisoló Su Majestad por padecimientos muy vivos y que sufrió con gran resignacion, recibiendo los santos sacramentos con extraordinaria devocion y edificando á todos los que por esto y por los antecedentes de sus virtudes hallaron digno de perfecta memoria al Rdo. P. Mtro. Pedro de Uceda. — G. R.

PEDRO Urseolo (S.). Valeroso militar en sus primeros años, como hijo de una de las familias más distinguidas entre las que fundaron la célebre república de Venecia, fué distinguiéndose de tal modo en la noble carrera de las armas, que fué aclamado dux de Venecia, dignidad que en aquella república equivalia á la de rey en las monarquías. No le engrió la corona á este valiente soldado que deseaba militar en otras banderas más gloriosas, y léjos de afianzarse en el poder á todo trance como hacen los más que le alcanzan, descendió del trono con la mayor alegría y por propia voluntad para trocar la púrpura por el tosco sayal de monje, que tomó con gozo en el monasterio de Coutance, que seguia la regla de S. Benito. Pedro al cambiar el artesonado palacio ducal de Venecia por la humilde celda del benedictino, creyó haber dejado el infierno por el cielo, y su alma empezó á disfrutar las delicias del que con entera fe se consagra á Dios y del que con verdadera vocacion abandona al mundo y se retira al claustro á vivir en él y para servirle. Edificando á los religiosos con su fervorosa y austera vida y con su extraordinaria penitencia, fué considerado en su propio convento y por toda su religion como un bienaventurado mandado por Dios para engrandecerla y aumentar el número de sus santos. Murió este siervo humildísimo del Señor el 10 de Enero, en que le recuerda la santa Iglesia católica, del año 1009 de la era de Jesucristo, señalando su glorioso tránsito el cielo con visibles prodigios que confirmaron la opinion de santidad de que disfrutó en vida, y Venecia tiene la dicha de contar entre sus soberanos este ilustre protector celestial, al que no puede dejar de recomendarse en sus tribulaciones,

poniéndole como intercesor ante el trono de la Divina Omnipotencia. — C.

PEDRO de Valle-Rosia (Beato). Fué este distinguido religioso de la órden de S. Agustin, y señalado por su piedad y por sus virtudes. Dotado de buen ingenio y educado con esmero, llegó á comprender que importa nada el ganar todo el mundo si el alma se pierde, y quiso asegurar el lucro de esta poniéndola en el seguro puerto de una religion aprobada, y eligió la del grande Agustin, á quien tomára por modelo en su ejemplar conducta, y con cuya imitacion alcanzó grandes adelantos en la vida del espíritu. No nos dan las crónicas de la Orden á que perteneció particularidades muy marcadas acerca de este su insigne profesor; sin embargo, dejan entrever que fijó toda su atencion en seguir un consejo evangélico, en poner en práctica una de las sabias sentencias de su gran fundador. El consejo fué la imitacion, admiracion y amor de Jesucristo, y éste crucificado; y la máxima aquella en que S. Agustin asegura que la risa y jocosidad llevan consigo, si no la ruina, por lo ménos un grave peligro del espíritu que se disipa fácilmente, pero que para volver á concentrarse necesitaria un esfuerzo muy superior, para el cual no siempre da Dios gracias, porque no pocas veces es ese mismo extravío del espíritu la legítima consecuencia de haberle permitido divagar por pensamientos, reflexiones y asuntos, en los cuales de modo alguno deberia haberse parado. ¿Cómo pudo realizar el gran P. Pedro este su tan provechoso intento? Pues no fué de otra suerte sino haciéndose todo de Dios, es decir, entablando con la adorable grandeza del Señor un íntimo trato, una estrecha comunicacion, haciendo todas las cosas y siempre en Dios y por Dios, y refiriendo al Señor todos los sucesos, ya le fuesen favorables, ya adversos, penetrado de la verdad eterna de que de Dios procede todo. Además era muy dado al ejercicio santo de la meditacion, y en tan importante práctica encontraba su espíritu la satisfaccion fuera de su Dios que en parte alguna pudo llegar á hallar. En órden á la pasion de Jesucristo era uno de esos admiradores de tan sublime misterio, que han llamado con justicia la atencion de cuantos los han observado despues, y la consecuencia de esto fué, como no podia ménos, que el exacto conocimiento de los grandes sufrimientos á que el amor obligára á nuestro adorable Redentor, excitó en él una tal compasion que hasta se mostraba al exterior, viéndosele muchísimas veces llorar como un niño cuando oia referir ó veia en imágen alguno de los atroces sufrimientos del Dios humanado; y estas lágrimas no eran á la verdad solo de devocion sensible, sino que iban mucho más allá, producian un efecto más importante; pues daban por término, no solo el que él procurase las más heróicas virtudes para consolar de algun modo la pena del Hombre Dios, sino el que excitase por cuantos medios estaban á su alcance á los demás á la contemplacion de estas mismas penas, para que el conside-

rarlas les hiciera evitar las culpas que indudablemente fueron el motivo de ellas, y son hoy la causa de que Dios reciba de parte de las criaturas ménos gloria de la que es debida á sus inclitos beneficios, á sus muy singulares dignaciones. En toda esta conducta tan ejemplar del P. Valle-Rosia se demuestra su gran celo por la salvacion de las almas, celo que fué para él de muy favorable éxito, porque le hizo contraer muy singulares méritos en la adorable presencia de Dios nuestro Señor. Como su profunda humildad no dejaba que se viesen sus actos de rigorosa mortificacion y de extraordinaria penitencia, nada podemos decir de ellos, así como hemos de privarnos de hablar de los repetidos favores con que Dios nuestro Señor se dignó favorecerle en justa correspondencia al esmero con que siempre se dedicó á su santo servicio y al fervor y esfuerzo con que procuró y obtuvo su santo amor. Pasado, pues, el tiempo que el Señor creyó bastante para acreditar sus virtudes, pasó de esta á mejor vida, segun unos cronistas de su Orden, en el año de 1338, segun otros el 1343; siendo esta opinion la más admisible á juicio de los críticos, porque estuvo mucho tiempo enfermo, y no será imposible que estos cinco años en que difieren las notas de unos y de otros sean los en que padeció, que si bien es cierto fueron para él años de vida y de merecimientos, no fueron útiles, por decirlo asi, á los demás como lo habia sido el resto de su preciosa existencia. Apénas falleció, que se propaló sin reparo la fama de sus virtudes, y el Señor se dignó acreditarlas mediante algunos sucesos verdaderamente portentosos, lo cual dió ocasion á que creciendo la veneracion y respeto con que ya se le miraba, se pidiese y alcanzase el que la Santa Sede declarára beato al P. Agustino Pedro de Valle-Rosia.—G. R.

PEDRO VANDER-HAYDE (Venerable). Sin que haya pormenores que puedan hacer de este personaje un encomio cual sería de desear, merece llamar la atencion por una circunstancia notable que en él concurrió. Fué el segundo párroco católico que hubo en Balrrich, aldea próxima á Utrech, en Holanda, despues que el ruidoso cisma bátavo, apoderándose de toda la Holanda, quitó á los clérigos, desterró á los párrocos, y designando para sacerdotes á los primeros á quienes él queria, hizo que los verdaderos creyentes, arrinconados y confusos, elevasen á Dios sus manos suplicantes y alcanzasen del Señor esa misericordia en que confiaban, y que fué quien les hizo ver de nuevo puerto de salud en el restablecimiento católico. Esta misma circunstancia del cisma fué motivo para que algun descontento con su parroco, que el Sr. Vander lo era de Balrrich, como llevamos dicho, le quitase la vida de un escopetazo en Utrech, el dia 2 de Junio de 1673, pasando su espiritu á recibir la corona que piadosamente creemos le estaba reservada en el cielo.—G. R.

PEDRO de Verona (S.), mártir. Nació este ornamento de la Iglesia de Cristo en Verona, el año de 1205, de padres maniqueos, siendo ya una prueba de la especial predileccion de Dios el que en medio del cenagal inmundo del error pudiese nuestro Santo conservar la pureza de la fe católica, como la conservó, ofreciendo la notable circunstancia de que desde sus más tiernos años no solo recibia insensible los castigos que por esto le daban sus padres con extraordinario rigor, sino que rechazaba los halagos y muestras de cariño con que su padre trataba de atraerle á su secta. La circunstancia de no haber en Verona maestro de escuela maniqueo, fué lo que determinó al padre de Pedro á mandarle á la de un católico, donde aprendió con prontitud toda la doctrina cristiana, y se impregnó en ella y en su contenido de tal suerte, que al salir un dia de la escuela, preguntado por un tio suyo, maniqueo tambien y muy decidido por los errores de su secta, qué leccion habia llevado, el niño le dijo que el Símbolo, sin perturbarse por la reprension que le dirigió su pariente, ántes por el contrario asegurando con la firmeza que hubiera podido hacerlo un hombre de edad, la verdad contenida en aquella protesta de fe, y por consiguiente la falsedad y mentira de todo lo que no fuese ella. No pareció bien á su tio esta tenaz resistencia del niño en convenir con sus opiniones, así que quejosísimo fué á dar cuenta de la manera de producirse al padre de Pedro, que en esta ocasion no quiso hacer caso alguno del lance, pensando sin duda que no sería de trascendencia, es decir, que el jóven vendria á darse á buenas, y abrazar la secta bajo la cual toda la familia caminaba á su ruina, percibiendo apénas esta misma. Viendo el padre que con la edad crecian en su hijo las buenas disposiciones para el estudio, le mandó á la célebre universidad de Bolonia, donde efectivamente aprendió mucho, y pudo por un maravilloso efecto de la gracia conservar puro su corazon en medio de la gran corrupcion de aquella populosa ciudad, centro es verdad del humano saber, pero sima donde los incautos ponian en gran peligro la salvacion de sus almas. No pudo estar oculto á los perspicaces ojos de Pedro este notable peligro, así que al mismo tiempo que adelantando en ciencia se hacia sabio, adelantando en virtud se hacia santo, creciendo en él con el conocimiento del mundo y de los medios de que se vale para seducir á las criaturas, el temor de esta misma seduccion y la desconfianza de sí mismo, siendo el resultado de todo esto el buscar con afan y cuidado un asilo donde su inocencia estuviese segura, donde su voluntad pudiera excitarse más y más al servicio de nuestro buen Dios, mediante ejemplos de perfeccion cristiana. Halló cuanto podia apetecer en la sagrada órden de Predicadores, que acababa de fundar el glorioso patriarca Sto. Domingo, así que se resolvió á abrazar este instituto, y para realizar sus intentos buscó al santo fundador, se echó á sus pies, y le pidió con tales

instancias el santo hábito, que Domingo, que vió su inocencia, no pudo ménos de acceder á sus deseos, á pesar de que no contaba entónces sino quince años de edad. Confirmaron sus hechos el buen concepto que su presencia hizo formar al esclarecido Sto. Domingo, pues puede asegurarse que ninguno comenzó su noviciado con más fervor, y muy pocos con tanto, siendo este el motivo por el cual, cuando llevaba muy pocos meses de hábito, era ya en todas las observancias exactísimo, y un ejemplar que podia proponerse no solo á los mozos, sino áun á aquellos que cubiertas de canas sus cabezas, y practicando en el siglo muchas virtudes, habian abandonado el mundo para encontrar seguro asilo en el puerto de la nueva Orden. Cuál seria su exactitud y mortificacion se infiere de que fué acometido de una cruel enfermedad en que se puso en gran peligro su vida, sin otro fundamento ni motivo que la excesiva abstinencia que se impuso desde que entró en el claustro, y en la cual habria seguido y excedídose á si mismo, si la obediencia no hubiese intervenido para hacerle moderar unos rigores, que si bien servian para su santificacion, podian causar al comun de los fieles el grave daño de privarles de los benéficos auxilios que Dios habia determinado concederles por medio de Pedro, y que fueron ciertamente muy grandes y de suma importancia, porque llegó á ser con el tiempo celosísimo sacerdote. A esta sublime dignidad subió cuando la obediencia le obligó á ello, y cuando los Padres de su Orden vieron que no solo era el progreso que adquiria en órden á la virtud, sino tambien en la ciencia; pues que fué siempre el más distinguido entre sus condiscípulos y superior á todos los de fuera de su aula, señalándose extraordinariamente en todas las academias y actos públicos en que le hacian tomar parte por sus buenas disposiciones, y por el gran crédito que á la Orden daba tan aventajado escolar. Luego que ordenado *in sacris* pudo dar rienda suelta á su celo ocupándose en la salvacion de las almas, eran muchísimas las atraidas por el eco de su autorizada voz, siendo la causa de esto el que no predicaba con las persuasivas razones del mundo, sino con las razones que en su corazon ponia el amor de Dios, que acrecentó siempre con un espíritu de fervorosa oracion y con un anhelo inexplicable de ganar para Dios al mundo todo, sin que para conseguir esto le pareciesen muchos todos los trabajos posibles. Mas hubo de acrisolarse la virtud de nuestro Santo por trabajos y disgustos que aumentando sus merecimientos habian de hacer más hermosa la corona de gloria que un dia le cercaria. Permitió el Señor que algunos religiosos, poco conformes con el espíritu de Pedro y muy poco conocedores de los grandes y raros efectos que una gracia extraordinaria puede producir y produce en realidad, tomasen como defecto y defecto gravísimo un gran consuelo espiritual que Dios le concedió un dia. Fué el caso que

retirado en su celda en el convento de Como, donde á la sazon se hallaba, conversaba con su Dios, manifestándole sus sentimientos de amor, y el Señor se dignaba hacerle entender lo aceptables que le eran, dejando percibir una como voz humana, muy dulce, muy encantadora, y de aquí aseguraron los buenos religiosos que el P. Pedro tenia en su celda una mujer con quien hablaba de amor, y lo que es más, de su amor hácia ella. No pudieron los superiores desatender una prueba al parecer tan fuerte de imperfeccion; á pesar de que estaban convencidísimos de las buenas prendas de este religioso, le hicieron venir á capítulo, y públicamente reprendido, no tuvo otro modo de excusarse que decir: *Que él era gran pecador, y que pedia penitencia.* Aunque esto, en verdad, nada probaba en favor de la misma calumnia que se le habia levantado, tampoco decia mucho en favor de su inocencia, así que el superior, para evitar en lo sucesivo otros acontecimientos semejantes, resolvió imponerle dura penitencia, que cumplió, é hizo le lleváran desterrado al convento de Jessi en la Marca de Ancona, donde estuvo algun tiempo sumido en la mayor humillacion, y produciendo en los ánimos de los religiosos de aquella santa casa una extraordinaria admiracion; pues no podian darse cuenta de que un sugeto como era el P. Pedro, observantísimo, obediente, celoso por la gloria de Dios, y en fin, religioso perfecto, hubiese tenido desliz tan grave como el de que se le acusaba. Dios no quiso que por mucho tiempo estuviese oculta la verdad, así que la calumnia se descubrió y se le restituyeron los honores y consideraciones de que se le habia privado, en otro capítulo se le dió una pública satisfaccion, y en todo esto sufrió el Santo muchísimo más que en su retiro solitario, pues que así se veia elevado y engrandecido, y su espíritu lo que ansiaba era cruz y humillaciones, disgustos y penas, para imitar de esta suerte al que tanto sufrió por nuestro bien. Volvió, pues, al ejercicio de la predicacion del Evangelio, y el fruto de sus sermones se recogió en toda Italia, en Ancona, Toscana, la Romanía, Bolonia y el Milanesado, siendo una cosa verdaderamente de admirar el acierto con que desenvolvia los asuntos siempre importantes de su predicacion, en la cual veiamos tocarse corazones los más endurecidos, y personas de muy distintos caractéres conmoverse por un mismo sermon, cual si hubiese sido tratado el asunto en cuatro ó cinco diferentes conceptos. Sus obras eran tan admirables como sus palabras, pues sin contar con el gran acontecimiento de desterrar de Toscana y del Milanesado á todos los herejes que hasta entónces envalentonados con sus triunfos, no habian podido callar, á pesar de los repetidos ataques que contra ellos dirigieron siempre los católicos, ni tampoco el convertir á Dios los corazones de la mayor parte de sus oyentes, puede decirse como prueba de este aserto que pocas de sus célebres misiones se concluian sin que hubiera hecho al-

gun milagro de primer órden, como la repentina curacion de algun enfermo, ó tal vez la resurreccion de algun muerto, sin más que una breve oracion que el Santo dirigia á Dios, y el poner sobre la cabeza del enfermo sus manos, haciéndole la señal de la santa cruz. Estos prodigios tan repetidos hicieron á los herejes cavilar en la manera de desacreditarlos, y el demonio les sugirió una traza que hubiera dado su resultado, si Dios no hubiese estado á la defensa de la sinceridad y virtud de S. Pedro. Resolvieron que uno de los primeros corifeos del error se fingiera malo, acudiese al Santo para que rogase á Dios por su salud, y cuando el glorioso siervo de Dios le impusiera las manos, y le asegurase de su curacion, todos los demás declararian que este milagro no era tal, pues que el enfermo no lo estaba, y todos los demás prodigios que se decian obrados en favor de otros serian tan falsos como este, pues de la misma manera se habian verificado. Pareció á todos muy bien esta idea, y solo se pensó en llevarla á cabo. Con efecto, se puso en ejecucion reuniéndose la mayor parte de los enemigos de Cristo y de su siervo, no para conseguir un triunfo extraordinario como ellos se proponian, sino para llenarse de confusion como era consiguiente, pues no podia ménos de ser el que arrojando ellos ceniza al cielo, sobre sus mismos ojos cayese y ellos fueran los primeros en experimentar los fatales efectos de su lamentable extravío. Vino, por último, el supuesto enfermo á la presencia del Santo, y éste con superior ilustracion le dijo despues que oyó su relato: *Si estás malo, ruego á Jesucristo que te ponga bueno; pero si estás bueno y pretendes engañarnos, pido al mismo Señor que te ponga malo para que tú escarmientes y el pueblo más y más le glorifique.* Al momento le acometió un terrible desmayo, y con una fortísima calentura se vió tan agobiado que al parecer de todos su vida estaba en tal peligro, que no podria haber llegado á la noche sin un favor del cielo, el cual se le otorgó por medio del mismo S. Pedro, que viendo el buen suceso de su prediccion, ó más bien agradeciendo á Dios el favor que acababa de hacerle, le rogó de nuevo por aquel infeliz, y consiguió que la antorcha brillante de la gracia iluminase aquel corazon, y que le diese fuerzas para que siguiendo sus impulsos, recibiera á un tiempo la salud del espíritu y la del cuerpo; lo cual se verificó viniendo este hombre á convertirse de enemigo de Cristo en discípulo suyo, y de incrédulo que era acerca de la virtud, poder y preponderancia para con el Señor de su siervo S. Pedro, en uno de sus más decididos panegiristas, en lo cual se siguió mucha gloria á Dios y al Santo, siquiera porque los dichos de este hombre á nadie pudieron parecer sospechosos, atendiendo á que nadie dudaba de que él no habia nunca tenido grande aficion ni al P. Pedro ni á su religion. La herejía progresaba, y el santo padre Gregorio IX no hallaba medio de reprimirla, solo encontraba algun dique, en

especial por lo que respecta á Italia, en enviar al P. Pedro á que predicase la verdadera fe, lo cual resolvió á Su Santidad á nombrar á este eminente varon inquisidor general en el reino de Italia. Excusado es decir que su profundísima humildad obligaria á nuestro Santo á protestar ante el Soberano Pontífice de su nulidad, impericia é insuficiencia, así como hacerle presente que muchos otros varones de más relevantes cualidades podrian ciertamente desempeñar mejor que él tan importante cargo; pero tampoco es necesario esforzar mucho la mente para comprender que convencido como lo estaba el Papa del celo, virtudes y circunstancias del P. Pedro, no haria caso alguno de sus observaciones é impondria toda su autoridad para hacerle obedecer en un asunto en que ciertamente ganaba mucho la Iglesia. En efecto, el santo tribunal de la fe se hizo en la época de este santo varon formidable en alto grado á los enemigos de ella, siendo un verdadero asilo de defensa para los católicos, pues con la superior ilustracion que nuestro Santo tenia, conocia él perfectamente los fundamentos de todas las querellas entabladas en este santo tribunal y era benignísimo para las que procedian de pura pequeñez humana, asi como inexorable con las que tenian su origen en la perversidad del corazon, por lo cual los herejes, viendo su causa completamente perdida en manos del defensor de la verdadera fe, intentaron desde luego quitar el obstáculo que se ofrecia á la realizacion de sus intentos, y mucho más se confirmaron en su idea cuando en el advenimiento al trono pontificio del papa Inocencio IV, que sucedió á Gregorio IX, la primera ó una de las primeras providencias que tomó fué la de ampliar las facultades concedidas á Fr. Pedro en órden á defender y asegurar los derechos y prerogativas de la fe católica, pudiendo decidir en todos los asuntos el Santo Tribunal, cuyo presidente era, con la misma autoridad pontificia que él tenia y que le cedia sin limitacion alguna, atendidas sus recomendables circunstancias de celo, prudencia y saber. De aquí que con tan buenas disposiciones y ámplias facultades, hizo Fr. Pedro acobardarse á los herejes, que conociendo lo imposible de su triunfo y lo inútil de sus esfuerzos, para contrariar los que el santo inquisidor hacia en defensa de la verdad, y buscando en todo únicamente la gloria de Dios, no les dejó otro resquicio para desahogar su rabia, que apelar al recurso de quitar de en medio al Santo, á ver si así se lograba el que su sucesor, siendo más débil, dejase tomar nuevas alas y revivir, digámoslo así, los errores de su secta, áun cuando fuera en perjuicio de los intereses de los fieles, es decir, áun cuando estos tuviesen que sufrir las fatales consecuencias del error, viéndose sumidos en éste y extraviados irremisiblemente del blanco de sus deseos. Pensar en ello y tratar de llevarlo á cabo, fué todo obra de un momento; pero la oportunidad era lo que ellos querian encontrar, pues siem-

pre intentaron ocultar su designio, y que nunca se creyese habia muerto por la fe y en el desempeño de su ministerio, no sea, decian, que de esto le resulte mayor gloria. Buscaron, pues, dos asesinos que por precio le quitáran la vida, y escogieron para llevar á cabo su sacrílego intento el momento en que el Santo regresaba del convento de Como á Milan, sin otro acompañamiento que un hermano de su Orden, que tambien participó de la gloria de su martirio. El Santo venia en oracion y dirigiendo á Dios las más fervientes plegarias, cuando Carin, que así se llamaba uno de los asesinos comprados, alcanzándole por detrás le dió en la cabeza dos terribles golpes de hacha que le derribaron, y con los cuales el asesino creyó haberle muerto en el acto. Acudió por concluir más pronto con su empresa á ayudar á su compañero á dar de puñaladas al hermano Domingo; pero el glorioso San Pedro, revolcándose en su sangre, hizo un supremo esfuerzo para arrodillarse y rezar por última vez en su vida el símbolo de la fe, visto lo cual por el infame y alevoso asesino, abandonó á Fr. Domingo, sin haber saciado aún su saña en este inocente, y fué á cebarse de nuevo en el que era objeto de su encono, solo porque como defensor de la fe era declarado enemigo de los errores en que engreido el asesino se dejaba llevar contento porque daban libertad a las pasiones. Volvió pues á él con nuevo enojo, y atravesándole el pecho con un estoque, que penetró hasta la guarnicion, le proporcionó con la muerte que le produjo la inmarcesible corona de la gloria el dia 29 de Abril de 1252, á los cuarenta y seis años de edad, y como término de una vida llena de merecimientos, y en todo conforme á los designios siempre benéficos de Dios. No pudo pasar desapercibido tan notable acontecimiento, asi que los PP. de la Orden de Predicadores corrieron presurosos al lugar donde yacia tan sagrado cadáver, y recogiéndole con el mayor esmero así como la parte que se pudo de la preciosa sangre que sus heridas le hicieron derramar, le enterraron con grandísima solemnidad en el convento de S. Eustorgio de dicha Orden Dominicana. No tardaron en darse á conocer como eficaces para la dicha de los hombres los extraordinarios méritos que durante su vida y por su gloriosa muerte habia conquistado el esclarecido siervo de Dios Pedro mártir, porque muchísimos milagros se obraron sobre su sepulcro, y la fama de ellos llegando de uno á otro confin del mundo, no pudo ménos de dejarse oir en la ciudad santa, centro del catolicismo, y el vicario de Cristo, que era á la sazon el papa Inocencio IV, de grata memoria, mandó averiguar todas las circunstancias de la vida de este varon insigne, todos los milagros obrados despues de su muerte, ya á presencia de su sepulcro, ya por su invocacion, y hallando como resultado del expediente canónico que sus virtudes fueron heróicas, que sus milagros estaban plenamente justificados, con todas las solemnidades requeridas y con gran júbilo de

todos le inscribió en el precioso libro de los santos, cuando apénas habian transcurrido pocos meses de su glorioso martirio, estando por consiguiente en los altares áun ántes de que se cumpliera el año de su muerte y á presencia de muchos de los que le trataron, y para confusion de los herejes mismos con quienes habia tantas veces disputado para salvar intacta la fe de la Iglesia única verdadera. Numerosisimo fué el concurso que acudió con tan fausto motivo, y grandes los deseos de rendir al Santo un homenaje de veneracion y aprecio, por lo cual se le hizo un suntuoso sepulcro de mármol, donde estuviese con el conveniente decoro. Despues, el año 1340, con motivo de haber en Milan capítulo general de la Orden de Sto. Domingo, propusieron los Padres el rendir un tributo de veneracion al glorioso S. Pedro, y aprovechando los buenos deseos de un devoto de la Orden que lo costeó, hicieron otro sepulcro mucho más magnífico, donde colocaron su cuerpo situando este mausoleo en una capilla baja, para que así pudiesen los fieles satisfacer mejor sus deseos de venerar las sagradas reliquias, y pudieran hacer celebrar la santa Misa á presencia del mismo cuerpo del Santo. Por último, como la devocion de los fieles hácia este siervo de Dios iba cada dia en aumento y los favores que Dios otorga por su medio son cada vez más repetidos, pareció conveniente á la Religion Dominicana, de acuerdo siempre con el Sumo Pontífice, hacer un precioso relicario de oro y cristales, engastar en el la cabeza del Santo y colocarla así en un suntuoso altar de la más magnífica capilla del convento de Milan, para que descubriéndola ciertos dias, puedan los fieles adorar á su satisfaccion la reliquia de S. Pedro mártir de Verona.—G. R.

PEDRO de Villabrida, gran maestre de la órden de S. Juan de Jerusalen, sucedió á Beltran de Comps en 1241, y murió en 18 de Octubre de 1244 de la manera siguiente. El feroz pueblo, conocido por los kharismianos, entraron á instancias de Nodgmeddino, soldan de Egipto, en la Palestina, dirigiendo su marcha hácia Jerusalen. A su aproximacion emprendieron la fuga los habitantes de esta ciudad, y la mayor parte fueron á refugiarse á Jaffa. Los que no pudieron seguirles se ocultaron en las cavernas ó en las inmediaciones de la ciudad. Furiosos los bárbaros al encontrarla desierta, idearon una estratagema para atraer á los habitantes, procurándose de este modo el horrible goce de verter sangre humana. Habiéndose apoderado sus batidores de algunas insignias de los cristianos, las enarbolaron en las torres para dar á entender que la ciudad habia sido tomada de nuevo por los francos. Muchos de estos desgraciados cayeron en el lazo y regresaron á Jerusalen; pero luego que llegaron á dicha ciudad fueron degollados en número de más de siete mil. Habiéndose esparcido luego los kharismianos por el país, lo llevaron todo á sangre y fuego. Los caballeros de S. Juan de Jerusalen y los

del Temple no permanecieron ciertamente tranquilos y frios espectadores de tan horrible espectáculo, sino que reuniéndose con el resto de los francos marcharon contra el enemigo y le dieron una batalla, que duró desde la mañana hasta el anochecer. Fué muy sangrienta por una y otra parte, pero los infieles perdieron cuádruple fuerza que los cristianos. El dia de S. Lucas, 18 de Octubre del mismo año 1244, tuvo lugar un nuevo combate, que no fué ménos largo ni ménos encarnizado que el precedente. Los cristianos se vieron abrumados por un número de enemigos que era diez veces mayor que el suyo. Casi todos los sugetos notables quedaron muertos ó fueron hechos prisioneros. Del número de aquellos fueron los grandes maestres de San Juan y del Temple, y de sus caballeros solo pudieron escapar diez y ocho Templarios y diez y seis Hospitalarios. En esta segunda accion fué en la que murió, como hemos dicho, el gran maestre Pedro de Villabrida. — S. B.

PEDRO DE VILLANOVA. Fué este esclarecido hijo de S. Francisco español, alumno de la casa de nuestra Señora de Jesus de Valencia, y muy distinguido por sus virtudes y por sus prendas, áun prescindiendo de las que no podemos llamar suyas, pues lo eran de su familia esclarecidísima y merecedora de toda consideracion y aprecio. Fué la entrada en religion de nuestro Pedro una de esas cosas que el mundo no se explica, y que no obstante, tienen una explicacion sencillísima, muy óbvia; fué un verdadero llamamiento de Dios, y el mundo no se lo explicaba, porque al mundo no le es fácil comprender que un hombre de buen talento, de brillante posicion, y con medios no solo para pasarlo bien, sino para hacer cuantiosos gastos, fuesen estos de la especie que hubieran sido, se redujera á vivir pobremente, á mendigar el sustento y á estar sujeto á la obediencia de otro, siendo así que él mismo podia sujetar y subyugar á otros muchos, que con gusto sufririan su coyunda. Y sin embargo, todo esto es lo que hizo el P. Pedro, y lo hizo de tal modo, que ni una sola vez se le oyó lamentarse por la pérdida de sus bienes, ni sentir lo que dejaba en el mundo, ni áun acordarse siquiera de las brillantes posiciones que habria conseguido, si como hubiese podido hacerlo hubiera seguido los impulsos de su familia y de sus deudos, que no solo no fueron gustosos en su resolucion, sino que la llevaron muy á mal. El buen religioso, sin embargo, de nada de esto hizo caso; y comenzando sus estudios en el colegio de su Orden como si ántes no los hubiese ya hecho y con gran provecho en cátedras públicas, y áun en la universidad, hizo toda la carrera con el mayor lucimiento, si bien con profunda humildad confesaba que solo los esfuerzos continuos de sus maestros eran los que á él le llevaban adelante, y no la aplicacion extraordinaria con que se dedicó á los estudios, y los hizo de una manera admirable. Apénas los concluyó, se le encomendó el que enseñára filosofía y teología, y se le hubiera dejado en tan

importante cargo, si no hubiese parecido más conveniente al ejercicio de su celo por la gloria de Dios el que pasase como predicador á los pueblecitos inmediatos, y principalmente á la Huerta. Imposible parece, por una parte, el que hubiese hombre capaz en resistir la fatiga con que nuestro buen religioso distribuia la preciosa semilla de la divina palabra. En primer lugar necesitaba salir de su convento, como lo hacia muy de mañana, y andar un larguísimo espacio para llegar al lugarcillo donde habia de predicar; allí reunia la gente del campo, los instruia, empleando en esto todo el tiempo de que ellos podian disponer, y despues celebraba el santo sacrificio de la Misa; luego oia en confesion á los que se le acercaban, y por la tarde volvia nuevamente á predicar para instruir á los que lo necesitaban, acostumbrando tambien á visitar á los enfermos, y áun á facilitarles por su misma mano los remedios que habian menester, empleando en todo esto el tiempo hasta que la falta de luz le obligaba á retirarse á su convento, donde emprendia las obras ya de penitencia, ya de trabajo material, cual si todo el dia hubiera estado descansando con la mayor tranquilidad; y esto era un dia y otro dia, pudiéndose decir de su actividad ser incansable, porque en efecto incansable es un hombre que tal hacia. Premiábale el Señor con conversiones que en grande abundancia lograban sus apostólicos desvelos, hasta que en 1539 plugo á Su Majestad llevarlo para sí, siendo su muerte preciosa á los ojos del Señor, y por consiguiente admirada de cuantos habiendo visto de cerca sus virtudes, habian declarado que estas eran heróicas, declaracion que si bien es cierto que no se ha confirmado de esa manera que la Iglesia acostumbra con los beatos ó santos, pero sí lo ha consignado y consentido entre los venerables, en cuyo concepto le ha tenido toda su seráfica familia en todas épocas y en todos los conventos, pudiendo muy bien haber sido motivo de que no se declare beato ó santo el que no han querido nunca hacerse importunos á la Santa Sede, pudiendo como pueden contar innumerables los héroes, por decirlo así, de primer órden, que han brillado universalmente por la fama de sus buenas acciones y de sus milagros, si bien nuestro Villanova tuvo tambien don de milagros y espíritu profético.—G. R.

PEDRO Ambrosio de Villarello (Venerable D.). Fué este esclarecido sacerdote natural del Puerto de Sta. María, donde nació en 1689, siendo el último de su casa, en la cual le precedian once hermanos. No pasó los primeros años en las distracciones que son tan comunes á los jóvenes, de suerte que parecia haberse anticipado en él el uso de la razon á la edad, y los rasgos de virtud heróica que desde luego le vimos trazar, nos dan una idea de la altísima perfeccion á que habia de llegar con el tiempo. Fué extremadamente aplicado, y tan dócil que á la más leve indicacion de cualesquiera obraba ya conforme se le indicaba, concibiendo y demostrando un gran pe-

sar cuando incurria en alguna imperfeccion, por más que ésta le fuese plenamente involuntaria. Siguió los estudios de filosofía y sagrada teología, habiéndolos ya concluido á los veinte años de edad y dedicándose desde entónces mismo á la enseñanza de los niños y personas ignorantes, que hacia con constantísima asiduidad en las ermitas de su pueblo, teniendo él sumo cuidado de amoldarse á las horas y conveniencia de cada uno para que no proporcionando á los discípulos molestia alguna, pudieran estos ir con más asiduidad á la instruccion y sacar de ella copiosos frutos, que lo eran tanto más cuanto la doctrina y enseñanza de Pedro no era una simple teoría, iba acompañada de la práctica, y observaban sus oyentes que nunca les imponia un precepto ni les dictaba un consejo, sin que ántes hubiesen visto que él era observantísimo en uno y otro. Cuando fué elevado al sagrado subdiaconado, comenzó á dirigir á algunas personas por el camino de oracion, que siendo para él muy trillado le era muy fácil indicar cómo habia de andarse, y daba por resultado la admirable enseñanza el que facilitando él en gran manera este estéril ejercicio, muchas personas se dedicaron á él y alcanzaron copiosísimos frutos, pero frutos prácticos, por decirlo así, porque fueron el mejoramiento de costumbres como consecuencia legítima del conocimiento de sí mismo, que con el conocimiento de Dios y de sus atributos son la base de la santa oracion. A su debido tiempo, y repugnándolo bastante, fué elevado el Sr. D. Pedro al órden de diácono, y desde entónces se le obligó á que predicára el santo Evangelio, haciéndolo con tanto acierto y tan buen éxito que puede decirse no habia una vez que él subiese al púlpito, que no fuera el resultado de su sermon alguna conversion ruidosa, el arreglo y composicion de inveteradas discordias, la paz establecida en matrimonios y familias que ántes habian estado muy discordes; otros mil frutos de santidad y de vida eterna que recogidos por el jóven diácono sin él apénas apercibirlo, obligaban en cierto modo al Señor á prodigarle sus gracias, que nunca le escaseó, pero que merecia ciertamente. Llegó por fin el tiempo en que segun las prescripciones canónicas podia ascender al sagrado órden del presbiterado, fué promovido á tan alta dignidad y concibió el propósito de retirarse á la Cartuja «para hacer algo, decia, en provecho de su pobre alma.» Mas el Señor, que tenia ya determinados los medios por los cuales aquella alma verdaderamente grande habia de llegar hasta á él, le hizo conocer por medios extraordinarios que no era su designio el que abrazase ningun instituto regular, por lo cual queria siguiese dedicado á su servicio y á promover su mayor honra y gloria en el clero secular, cuyo ornamento habia de ser con el tiempo, y puede decirse era ya, por hacer todo cuanto podia, que ciertamente era mucho, para el bien de las almas sin ningun linaje de distincion. Como muy dado al ejercicio santo de la oracion, com-

prendia por ella los grandes atributos de Dios, las miserables condiciones del hombre, y tenia de sí una idea tan baja, que se creia indigno de toda consideracion y áun del ejercicio de su altísimo ministerio, especialmente del muy importante cargo de administrar el santo sacramento de la penitencia. Bajo tan humilde concepto se presentó al Excmo. Sr. Salcedo, arzobispo de Sevilla, por cuyo mandato oia confesiones, para rogarle le aliviase de este cargo, atendida, decia, su indignidad para desempeñarle; mas el Arzobispo, que conocia muy bien el gran mérito de tan distinguido sacerdote, léjos de condescender con su deseo ni acceder á su peticion, en virtud de santa obediencia y recordándole la que le habia prometido el dia de su ordenacion, le hizo encargarse del confesonario del convento de Capuchinas del Puerto de Sta. María, que acababa de establecerse, así como le hizo director espiritual de otros dos conventos de religiosas que allí mismo habia, con lo cual las santas comunidades ganaron muchísimo y el varon apostólico tuvo ocasion de demostrar su celo, haciendo, como lo hizo, heróicos esfuerzos para poner en estado de perfeccion aquellas casas religiosas, en que se reformó todo, poniéndose en perfecta armonía con los piadosos intentos de los fundadores y primeras moradoras de aquellas. Era tal la confianza que en éste distinguido eclesiástico tenia el Excmo. Sr. Salcedo, que despues de concederle, como era consiguiente, amplísimas facultades para absolver de todos los reservados, le dió permiso para que sin más que él mismo hiciese los matrimonios que creyera conveniente, no habiendo despues para la tramitacion del expediente más formalidad que la de sentar la partida en el libro de la parroquia que mejor le pareciera. Es verdad que no abusó nunca de estas facultades el celosísimo ministro de Cristo, ántes por el contrario, cuando por parecerle conveniente hacia alguna de estas cosas, digámoslo así, extraordinarias, se acercaba al propio párroco y con él convenia lo más prudente. En órden á las religiosas tenia ámplias facultades del prelado para entrar en clausura cuando lo tuviera por conveniente, sin otra formalidad que requerir á la superiora en nombre y por autorizacion del señor Arzobispo, que tenia por escrito, le franquease la puerta, y pudiendo entrar solo ó acompañado como mejor le pareciese; tanta era la confianza que inspiraba este varon piadosísimo, dechado de todas las virtudes y modelo de sacerdotes ejemplares. Era profundísimamente humilde, muy devoto y en extremo caritativo. Sin aceptar nunca limosna alguna por el ejercicio de su sagrado ministerio, cediendo en favor de las religiosas la renta que le correspondia como capellan y director de ellas, daba cuantiosas sumas de su propio peculio á los muchísimos pobres que se las pedian, y á los enfermos del hospital, que visitaba todos los dias, tambien los socorria con mano pródiga además de emplear gruesas sumas en la reedificacion del hospital de la Providencia

que sucedió en su tiempo, y de gastar mucho en otras obras de arte en beneficio de los pobres. En órden á sí mismo era de una rigidez extraordinaria, asi como era extremadamente benigno en el trato y apreciacion de los demás, dispensando á todos atenciones de todo género y portándose con todos con una delicadeza y finura especialísima. Su aspecto era muy benigno, y su traje y maneras muy finas, no dejándose ver en él ni el más ligero destello de la continuada y rigorosísima mortificacion con que dominó su cuerpo, hasta el extremo, no diré de extinguir por completo, porque esto no es posible en esta vida mortal, pero de tener tan á raya sus pasiones que no se sobreexcitaban por ningun género de sensaciones que tuviese ocasion de experimentar. Su oracion era tan admirable como su mortificacion, juntándose ambas cosas muchas veces, como cuando estaba cinco ó seis horas seguidas meditando, con las rodillas desnudas sobre un áspero silicio, ó cuando al tomar disciplina se elevaba su consideracion á los misterios de la pasion de Cristo y se llevaba horas enteras meditando, pero sin dejar de castigar cruelmente su cuerpo. Era consiguiente á vida tan perfecta trabajos y disgustos que le acrisolasen más y más, y no le faltaron al siervo de Dios, como no podian faltar á quien participando de los delicados carismas del amor divino, tenia precisamente que participar de las amarguras de la cruz; mas era tal su sufrimiento y tanta su abnegacion, que no permitió se reveláran éstos ni áun despues de su muerte, por lo cual solo se sabe por el irrecusable y muy fidedigno testimonio de su confesor, que Dios le probó por toda especie de sufrimientos, y su constancia en todos era como el más precioso floron de su corona, corona de inmortalidad, adornada con el mérito grande de una larga vida, pues llegó á setenta y nueve años, y llena de méritos, pues en ella no hay una accion que no sea heróica ni un suceso que no sea extraordinario. Además de todos los ejemplos de celo sacerdotal, perfecta abnegacion y vida conforme en todo á la de su buen maestro Cristo Jesus, que el Sr. D. Pedro nos ha legado en el fiel relato de sus acciones, existe en el Puerto de Sta. María una institucion grande, aunque oculta, importante aunque desconocida, que dice á voz en grito lo mucho que valió este venerable sacerdote. Es la santa Escuela de nuestro Señor Jesucristo, en la cual trabajó mucho por la salvacion de las almas, la cual rigió con grandísimo acierto, y le es deudora de su conservacion en la parte material, porque él hizo componer el edificio donde se reune, y en la forma, porque él obligó á que con las constituciones á la vista fuese esta corporacion lo que debia de ser, y lo que quisieron su fundador y propagadores, entre los cuales, sin que entremos en comparaciones siempre odiosas, ha habido y hay varones de apostólico celo, que con verdadero interés han sostenido y sostienen estos rincones donde se busca á Dios y se le halla lleno de bondad y de mise-

ricordia. Pasados, pues, en justicia y santidad los años de la vida del distinguido sacerdote Sr. D. Pedro Ambrosio de Villarello, y recibidos con extraordinaria edificacion todos los sacramentos de la Iglesia, acompañando las preces que en nombre de ésta dirigia á Dios por él el sacerdote que le auxiliaba, y en medio de la conmocion general de los ánimos de cuantos presenciaron el suceso, pasó á mejor vida con gran tranquilidad de espíritu el dia 18 del mes de Noviembre, año 1768. Su muerte fué sentidísima en todo el Puerto de Sta. María; su pérdida notada en todos los lugares sagrados que estaban bajo su cuidado, en todas las personas que vivian bajo su direccion; pero la fama de sus virtudes no pudo apagarse, ellas han hecho eco por toda España, y desde el dia de su muerte es venerable el Sr. D. Pedro Ambrosio de Villarello.— G. R.

PEDRO de Xarava (M. Rdo. P. Mtro. Fr.). Este religioso franciscano fué de familia muy noble y distinguida, por lo cual al tomar el santo hábito tuvo que comenzar por renunciar generosamente á un porvenir lisonjero que le ofrecia su fortuna y las buenas relaciones de su numerosa familia. Esta su brillante posicion y la especial capacidad que para el estudio de las lenguas tenia, le hizo dedicarse á la griega, hebrea, latina, francesa é italiana, siendo por consiguiente grande el provecho que de estos estudios sacó, porque en órden á las sagradas Escrituras pudo examinarlas en sus lenguas originales, y los otras le fueron muy convenientes para estudiar muchas y eruditas obras que en ella se habian escrito y se escribian. Fué muy exacto en la observancia de las santas reglas y constituciones, ya generales, ya particulares, y esto sin duda indujo á los superiores de la Orden á nombrarle provincial de Cartagena y visitador general y extraordinario en Castilla, Andalucía y Mallorca, siendo el resultado de sus visitas y prelacía restablecer la observancia algun tanto decaida, y revivir el espíritu de fervor que se habia amortiguado en algunos conventos, en atencion á las difíciles circunstancias de la época. Miéntras estuvo quieto por no tener á su cuidado cargo alguno en la Orden, escribió dos obras muy notables, que además de lo mucho que ellas dicen en favor de la Iglesia con sus argumentos, doctrina y abundantes pruebas, dicen tambien gran cosa en favor de su autor por la gran firmeza en la fe que él demuestra, y porque hasta en el título manifiesta la grande aversion con que miraba á los enemigos de esta misma fe, y esto no en el concepto de hombres, pues para todos tenia excesiva caridad, y cuando alguno, como aconteció en varias ocasiones, se convertia y venia á él, le trataba con suma atencion y con una delicadeza si cabe extraordinaria, sino en el concepto de herejes, que le hacia detestables á los que tenian la desgracia de contaminarse en el error. Tituló una de sus obras: *Modus adolescendi in Christo;* y la otra: *De reparatione Æcclesiæ*

Lateranensis, adversus hæreticos et Lutheranos. En ambas demuestra claro ingenio, fuerza de razon, y como hemos dicho, un decididísimo empeño por sostener la fe heredada de sus mayores y promulgada á éstos por el mismo Jesucristo, ya visiblemente durante su vida mortal, ya de un modo invisible en su estancia en el cielo, desde donde gobierna á su Iglesia y la gobernará hasta el fin de los siglos, sin permitir su ruina. A los grandes méritos de que para las prelacías llevamos hecha mencion, hay que agregar el de haber sido mucho tiempo colegial mayor en Alcalá, cuya celebérrima universidad quiso encomendarle como al más aventajado de su claustro la respuesta á algunos de los ataques de Erasmo, que no quiso rebatir por haber asegurado más de una vez que no merecia siquiera los honores de la refutacion quien en sus obras no presentaba sino inconcusos absurdos, como los que por este tristemente célebre escritor se propalaban con muy poco criterio. A pesar de su negativa, hubo de decir algo sobre este autor; y fué tan oportuno en sus dichos, que hubieran estos sido bastantes á desacreditarle por completo si ya no lo hubiese estado por su doctrina misma. Muy satisfecho estaba el sabio maestro Fr. Pedro desempeñando con diligente esmero los cargos que la Orden tuvo á bien confiarle, y que en todos se portaba como se portó en las primeras visitas y provincialato, cuando el notabilísimo acontecimiento del concilio de Trento, y la circuntancia especial de desear el Rey católico de España que su reino fuera representado en aquella asamblea con la dignidad y decoro que convenia á la que entónces era la primer nacion del mundo, vino á poner á los superiores de la Orden Franciscana en precision de buscar varones de su seno que pudiesen pasar al Concilio, y que sostuvieran en caso necesario el honor de su Orden y el decoro de su nacion. Nadie más á propósito que el P. Xarava: es verdad que su edad era algo avanzada, y que no habia manera de reducirle á que cediese de las observancias y rigor que la Orden prescribe; pero al fin sus grandes conocimientos y la consideracion del lauro que la Religion Seráfica adquiriria con mandar tan claro personaje á asamblea tan importante, hizo que con las debidas prescripciones y sujetándole por obediencia á un sistema ménos rígido que lo que él acostumbraba, creyeron los Padres podria emprender su viaje, é ilustrar al orbe católico con su suma erudicion y doctrina. Quiso, á pesar de sus vastos conocimientos, refrescar, digámoslo así, sus ideas, y para conseguirlo y al mismo tiempo para despedirse de su querida universidad y colegio pasó á Alcalá, desde donde llegó á Guadalajara con ocasion de encontrarse en esta ciudad su compañero de hábito, condiscípulo y amigo, Fr. Antonio de Córdoba. En Guadalajara le acometió una terrible enfermedad, y esto ya fué motivo para que la Orden desistiese de hacerle ir á Trento, temiendo con razon que la molestia y cansancio del viaje les privase de

él ántes de lo que podia esperarse, si en un punto cualquiera de la península se le hacia llevar una vida sosegada y de quietud. Promovido á la muy alta dignidad de calificador del Santo Oficio en Cuenca, desempeñó con grande celo este cargo, á pesar de lo avanzado de su edad, pues tenia ya más de ochenta años, sin querer áun en esta edad tan respetable ningun género de preferencia ni distinciones, diciendo á todos cuando trataban de hacer algo en su obsequio, que no habia dejado el mundo para buscar su regalo; que si regalado hubiese querido estar, en su casa y con sus padres habria continuado, y no le hubiesen faltado las comodidades y bienestar, que en persona del siglo dice muy bien, pero que en un religioso son completamente extrañas é impropias. Hemos dicho que era el P. Pedro Xarava hombre de extraordinario sufrimiento y de gran virtud, sobre todo de invicta paciencia. Quisosela probar el Señor, mandándole una enfermedad penosísima, que le duró más de un año, siendo todo su cuerpo un puro dolor, sin tener un punto en el que no estuviese conmovido de la fuerza y viveza de este dolor mismo; mas no fué tan grande padecer motivo de que exhalára una queja; todo al contrario, como él conocia lo mucho que padecian los religiosos sus hermanos en sus mismos padecimientos, ponia siempre apacible el semblante cuando alguno se acercaba á su lecho; recibia con extraordinario afecto las consoladoras frases que le dirigian, y si, como es consiguiente, le preguntaban por su estado y si la intensidad de los dolores le molestaba mucho, no tenia otra respuesta más que el decir : *Nada molesta el hacer la voluntad de un Dios que lo reduce todo al bien de las criaturas.* Esta invictísima paciencia hacia que á todos condoliese más su penosa situacion, para aliviar algun tanto la cual hacia que le leyesen las obras de los Santos Padres, especialmente de S. Basilio y S. Juan Crisóstomo, sacando él despues de las mismas sentencias de los Santos oportunos argumentos para excitar más y más á sus hermanos al amor fraternal y observancia de la santa regla y constituciones, que habiendo sido siempre el objeto de su más esmerado cuidado, eran ahora el fundamento de su firme esperanza. Su mal se agravaba de dia en dia; fué, pues, preciso que recibiera los últimos sacramentos. Es imponderable la devocion y fervor con que despues de reconciliado de sus culpas recibió á su Dios por viático, así como no puede reducirse á expresion el sentimiento que en su convento de Cuenca causó su muerte, acaecida en el momento mismo de administrarle la santa extremauncion, y cuando el religioso que se la administraba acababa de proferir las últimas palabras de la Iglesia. Su semblante apacible y hermoso, áun despues de muerto, y sin que se notáran en él ni áun las señales de su edad (ochenta y seis años), hacian confirmar en todos la esperanza de que gozaria de Dios; por lo cual se acrecia la veneracion de todos hácia él, que fué el motivo de que sus pa-

rientes le hiciesen colocar en un panteon en el convento de Valverde, con una inscripcion en que se da sucinta razon de sus virtudes y de su preciosa muerte, acaecida en 1576. — G. R.

PEDRO DE YEPES (Venerable). La villa de Montoro en Córdoba vió nacer al respetable sacerdote Pedro de Yepes, cuyas virtudes le han hecho acreedor á la más alta estima. Nunca fué su conducta relajada, mas cuando hubo recibido el presbiterado, y comprendió por lo tanto la altísima dignidad en que el Señor le constituyera, hizo esfuerzos sobrehumanos para corresponder á su vocacion, y secundar de un modo conveniente los altísimos designios que Dios formára acerca de él. En órden á sí mismo se trazó una conducta enteramente rigorosa, sus hábitos pobrísimos, y su casa con apénas lo preciso; su mesa parca, y siempre puesta para el indigente; su carne domada con ásperos silicios, con crueles disciplinas muchas veces de sangre y con ayunos rigorosísimos. Nunca reparó en si se hallaba cansado ó habian sido muchas las molestias de aquel dia, y jamás se dispensó de la oracion, áun cuando para ello hubiera de privarse del ligero descanso que tomaba muchos dias sobre una dura tabla. En órden á sus hermanos era donde se hacia ver su heróica caridad. Jamás dejó de atender á las necesidades espirituales de todos y de cada uno, pero con tal presteza, con tanta diligencia y acierto, que demostraba la superior ilustracion con que Dios le dotára, pues colocado en el confesonario como que leia la conciencia del que se le acercaba, y con su dulzura y finos modales como que le obligaba á manifestar todo su interior, entrando él despues con mucho tino y caridad á corregir sus imperfecciones, á hacerle ver sus yerros y á aplicarle los convenientes remedios; pero todo de una manera tal, que á las claras indicaba lo mucho que Dios hacia en favor de este su siervo, y lo muy acreedor que él era á esta predileccion de Dios en gracia de sus heróicas y acrisoladísimas virtudes. Si queremos seguirle en su camino de perfeccion en la asistencia á los enfermos, le hallaremos pasar horas enteras en los hospitales y en las casas de los pobres, y veremos que no solo no se desdeña en ejercer con ellos los deberes de su alto ministerio, sino lo que más es y denota su virtud, hace todos los oficios mecánicos que pudiera hacer el más vil esclavo; él los toma sobre sí para llevarlos de uno á otro punto, y mulle sus lechos y limpia sus inmundicias, y pone á sus heridas los bálsamos convenientes, y se complace en limpiar el pus que sus heridas despiden, haciéndolo con su propia lengua, cuando otra cosa no tenia para esto, y siendo su único sentimiento no poder abrazar todas las necesidades para remediarlas, no poder tener todos los tesoros del mundo para hacer que no hubiese en él ninguno que padeciese necesidad y miseria; tal era el exceso de su ardorosa caridad. Examinémosle en el ejercicio de la predicacion de la divina pala-

bra, y veremos que él y su infatigable amigo y compañero el licenciado Fernando Galiano, recorren su provincia y otras de Andalucía, y sacan copiosísimos frutos por su predicacion y ejemplos, porque estos eran en nuestro venerable tan admirables, que solo el verle caminar por las calles excitaba á imitar sus virtudes, por lo compuesto de su continente, por una especie de destello de la divina gracia que se veia brillar en todas sus acciones, movimientos y palabras. Estas sus buenas obras excitaban en él cada dia mayores ánsias de ir á su Dios, y esto y los afectos de dolor que concebia de sus pasadas culpas, obligaron á su naturaleza á flaquear, excitada tambien por sus crueles penitencias, y concluyeron con su apreciable vida el dia 11 de Febrero de 1632, despues de haber servido de grande edificacion el extraordinario fervor y suma conformidad con que recibió los santos sacramentos y oyó la recomendacion de su alma, sacando todavía en este tan apurado trance fuerzas de su flaqueza para dirigir la palabra á los que le rodeaban y encomendarles de nuevo el amor á Dios, y el que se hicieran todos una misma cosa para procurar así el mejor servicio de este augusto dueño de nuestras almas, cuyo amor atrayéndonos nos obliga por lo delicado de sus testimonios en favor nuestro, á pesar de nuestra ingratitud. La muerte del presbítero Yepes puede mejor llamarse tránsito felicísimo del mundo al cielo, y así lo consideraron los muchísimos que con las mayores ánsias deseaban besar su cadáver, y poseer alguna cosa de su pertenencia, con lo cual se demostró una vez que Dios premia con la estima y aprecio que se merecen á los que por su amor se esmeran en practicar las virtudes, y en servirle conforme á las circunstancias en que Dios mismo coloca á cada uno.—G. R.

PEDRO DE S. ANDRES (Bienaventurado Fr.). La crónica de la Religion Seráfica refiere que el convento de Castrovillas en la provincia de Calabria tuvo por fundador á un varon insigne en virtud, y muy querido de Dios, que se llamó Fr. Pedro de S. Andrés. No pueden detallarse los grandes sucesos de la vida de este hombre verdaderamente apostólico; pero dicen que se infiere cuál seria esta por los muchos milagros que despues de su muerte se verificaron por su intercesion, en lo cual se acredita la gran prediteccion que Dios tuvo hácia este su siervo cuando no tuvo reparo, digámoslo así, en alterar las leyes de la naturaleza para dar testimonio del amor que profesaba á su fidelísimo servidor. Fueron tan extraordinarios los portentos que á su invocacion se vieron, que pareció conveniente á los superiores de la Orden hacer desenterrar su cadáver del humilde lugar que ocupaba entre todos los de los religiosos, y colocarle en algun otro lugar más elevado, para que esta deferencia fuese ya un testimonio de la estima que merecian las grandes virtudes que habian sido en él sin duda alguna motivo de la gran pre-

dileccion que Dios le tuvo. Cuando se le exhumó para hacer este honorífico cambio, su cuerpo se halló flexible, sus hábitos cual si acabáran de ponérselos, y todo él sin lesion alguna, y despidiendo extraordinaria y suavísima fragancia. Estas circunstancias, y la de haberse curado en el acto mismo de la exhumacion dos enfermos que padecian mucho de un mal crónico declarado incurable segun los humanos recursos, decidió á su Orden y á su pueblo á que se le construyera un suntuoso sepulcro de mármol, siendo objeto de las más cordiales muestras de veneracion y respeto durante todo el tiempo que estuvo expuesto al público, miéntras se construia el mausoleo. En él estuvo enterrado por más de doscientos años, pasados los cuales el sumo pontífice Clemente VIII, año de 1201, le hizo trasladar á la capilla mayor de su iglesia, colocándole en el altar mayor al lado más preferente, y permitiendo que sus reliquias se venerasen por los fieles, como testimonio inequívoco de la gran santidad y extraordinaria virtud de este ilustre siervo de Dios. Con igual veneracion se conserva en una preciosísima caja, y cerca del sagrario, aquel pobre hábito con que fué enterrado, y que se conservó ileso áun cuando estuvo en perfecta union con la tierra y en inmediato contacto con los gusanos, así como un manuscrito de este santo varon en que da razon de su vida, y que es verdaderamente de lamentar el que no se haya visto, para dar algunos pormenores que ciertamente serian edificantes, porque no pudo ménos de ser admirable una vida cuyo término no pudo ser más feliz, ni dejarian de verse magníficos rasgos de virtud heróica en aquel en quien despues de muerto se ven destellos tan claros de tan augusta caridad. Fué invocado siempre como protector en las calamidades públicas y en las desgracias particulares, oyendo el Señor sus ruegos, atendiendo á sus súplicas, y concediendo á los fieles muchos favores por la mediacion del bienaventurado Fr. Pedro de S. Andrés, religioso de la órden de S. Francisco. — G. R.

PEDRO DE S. ANDRES (P.). Este varon insigne, conocido en el siglo bajo el nombre de Antonio Rampalle, nació en 1624 en Lisla, diócesis de Cavaillon, donde recibió la primera educacion, demostrando siempre una inclinacion decidida al estado eclesiástico, y haciendo grandes esfuerzos para crecer en virtud al tiempo mismo que adelantaba en las ciencias. A los diez seis años tomó el hábito de nuestra Señora del Cármen en la casa de Aviñon, y continuando en ella los estudios, adelantó mucho en ellos, tanto que su capacidad y aplicacion extraordinarias fueron motivo para que apénas ordenado de sacerdote se le encargase al mismo tiempo que de cátedras de teología, de la superioridad en las casas de la Orden, á las cuales gobernaba no tanto por sus prudentes y acertados consejos, cuanto por sus admirables ejemplos; pues es muy difícil encontrar otro religioso ni más observan-

te ni más celoso por el aprovechamiento de todos, que procuraba como es consiguiente en sus súbditos con un esmero extraordinario, y poniendo en práctica cuantos medios conducian á persuadirlos y llevarlos á la consecucion de tan importante fin. La Orden supo aprovecharse muy bien de la capacidad y aplicacion de este varon verdaderamente eminente, pues además de poner á su cuidado muchas casas donde desempeñó muy á satisfaccion de todos los cargos más importantes, le retiró despues de esta vida, digámoslo asi, activa, y le dedicó á otro género de trabajos, que muy en conformidad con sus inclinaciones y muy en armonía con sus deseos, dieron resultados muy superiores á lo que podia pensarse. Este nuevo ramo en que le hicieron brillar, fué como escritor, en cuyo concepto acreditó que si mucho habia valido el religioso, no valia ménos el literato ó publicista. La manera de obligarle á que desempeñára este cargo tan importante como adecuado á sus inclinaciones, fué poniéndole en precision de seguir la Historia general de la Orden, cuya publicacion habia quedado paralizada por el fallecimiento del V. P. Isidoro de San José, que murió en 1666, y de cuya continuacion publicó dos volúmenes este distinguido religioso, el uno en 1668, en fólio, bajo el título de *Historia generalis fratrum discalceatorum Ordinis B. Virginis de Monte Carmelo*; y el segundo, que se estaba imprimiendo cuando él murió, pero que sus hermanos continuaron con gran esmero despues de su muerte, sin que consintieran se cambiase un ápice de lo que habia escrito este excelente autor en quien se reunian cuantas condiciones ventajosas se pueden desear, pues á una gran erudicion y extraordinario criterio hay que agregar el que era extremadamente veraz, de suerte que con toda seguridad puede creerse aquello que él asegure, pues es indudable que no aseguraria cosa en la cual cupiese ni la más leve sombra de sospecha; carácter á la verdad apetecible en un historiador cuyos escritos son de tal trascendencia, que á ellos ó más bien á las apreciaciones que ellos dan de las cosas, son debidos muchas veces los juicios que sobre las mismas se forman, siendo desde luego favorables ó contrarios, conforme á la manera con que el escritor refirió los acontecimientos en que se ocupó. Una vez que se hubo aficionado á escribir por esa conveniente violencia con que le obligaron á entregarse á esta honrosa profesion, su pluma no pudo estar quieta como no lo estaba su imaginacion, asi que sin contar entre sus obras las traducciones del *Viaje á Oriente*, la *Vida del P. Domingo de Jesus María*; *la Magdalena penitente y convertida*, y alguna otra, tenemos de él originales la *Crónica*, de cuyos dos volúmenes llevamos hecha mencion, y los importantes trabajos siguientes: 1.° *El Religioso en soledad*, opúsculo ascético de poco volúmen, pero de grande importancia, porque en él se recopila cuanto un religioso necesita para su retiro espiritual, tenido con aprovechamiento. —2.° La *Vida de S. Juan de la*

Cruz, impresa en Aix, en 1675, en un volúmen grueso en 8.° —3.° *Odas en alabanza de Santa Teresa de Jesus*; sobre cuya composicion ha habido alguna divergencia entre los críticos, sin otro fundamento más que el parecerles no muy acomodado á la índole y circunstancias de este gravísimo religioso un trabajo de puro recreo y ligero cual debia de serlo una composicion de esta especie: sin embargo, no puede rechazársele con fundamento, hay que admitirla por suya, sopena de privarle de la espontaneidad de dar á su imaginacion un solaz muy adecuado á los sentimientos que en su corazon se abrigaban, ó acaso de poder explicar estos mismos sentimientos suyos en un órden conforme à lo que requeria el asunto. De las obras referidas no cabe duda fué autor, pues lo confirman contestes los más irrefragables testimonios; no puede asegurarse con la misma certeza el que fueran suyas algunas otras de las que se le atribuyen, sin que tampoco haya para dudar otro fundamento que el no tener las obras marcado el carácter de su autor, como se marcó de un modo indeleble en las que se le atribuyen sin género de duda, y por no haber sido éstas consideradas como del P. S. Andrés por todos y siempre, sino solo por algunos de quienes puede no sin fundamento sospecharse que han querido acrecentarle la fama de escritor, haciéndole aparecer como autor de algunas cosas que son buenas, pero que no son suyas y cuya apropiacion él rechazó, máxime cuando su carácter distintivo es una humildad tan profunda, que admirando á todos halla pocos imitadores. No por escribir abandonó la direccion de los asuntos de la Orden, de tal modo que no sirviera ya desde que se dedicó á esto más que para cumplir su importante mision; léjos de eso, al tiempo que componia sus más delicadas obras, prestaba con sus consejos los más importantes servicios á la Orden, que para tenerlo más en el centro de accion de ella misma, y más dispuesto por consiguiente á acudir con sus determinaciones á cualesquiera necesidades que pudieran manifestarse, le llevó á Roma, donde en efecto despachaba muchas consultas de las diversas casas del orbe católico, y lo que más es, cumplia con el penoso ministerio de la predicacion y de oir confesiones, como si nunca hubiese sido otro su cargo, ó diremos con más exactitud, como si jamás hubiese tenido ni por necesidad ni por conveniencia que ocuparse en otra cosa. En todo esto demuestra el gran fondo de virtud que en él habia; pues otro que hubiese tenido ménos, con el solo concepto de cronista de la Orden hubiese hallado excusa no solo para estas cosas, que puramente de supererogacion para él las habria podido dejar sin cargo alguno para su conciencia, sino hasta de las observancias peculiares suyas habria podido excusarse, lo cual no hizo; pues hasta en el lecho de su dolor ejerció el noble y distinguido cargo de definidor, cuando ya tenia sobre sí la enfermedad que le condujo al sepulcro. Su vida,

á causa de tanto trabajo como tomó sobre sí, no fué larga, pasando á la eterna en 1571, despues de dejar los más perfectos ejemplos de virtud, los más claros testimonios de su ciencia. — G. R.

PEDRO DE S. ASTIER. Procedente de una de las más ilustres familias de Perigord, recibiria indudablemente una educacion esmerada como correspondia á su distinguida ascendencia, y piadosa, porque sus padres estimaron siempre como el más distinguido blason el ser los primeros en el ejercicio de las virtudes cristianas, y no como quiera de una manera vulgar, sino de una manera que distaba poco del heroismo. Es muy sensible que no tengamos pormenores acerca de los primeros años de este aventajado sacerdote, pero se comprende muy bien que en ellos se dedicaria con afan al estudio de las ciencias eclesiásticas y profanas, con solo atender á que á pesar de su repugnancia á las dignidades eclesiásticas, y de que hizo todos los esfuerzos que estuvieron á su alcance para anular su eleccion, de comun acuerdo el clero y el pueblo fijaron en él su vista, cuando en 1232 creado cardenal el obispo de Perigord, Raymundo de Pons, fué necesario elegirle un sucesor que tomára á su cargo el gobierno de aquella importante provincia, y ni sus ruegos ni sus ardides fueron bastantes para disuadir á los que viendo las bellisimas disposiciones de este respetable sacerdote, que al fin hubo de resignarse á tomar á su cargo la grey que el Señor le confiaba, y que dirigió, segun veremos con el mayor acierto, acreditando así el que habian tenido los que escogiéndole entre muchos, hicieron justicia á sus altas dotes y apreciables prendas, y demostraron claramente que su único intento era la felicidad de la Iglesia, cuyo pastor les estaba encomendado el elegir para que fuese guia y maestro que á todos condujese á la posesion de Dios, con estricta sujecion á sus altísimos, aunque siempre benéficos intentos, tanto más admirables cuanto que suelen, segun el aprecio de los hombres, ser ménos adecuados los medios que para llevarlos á término elige. No fué el pontificado de este varon eminente de aquellos que por su duracion no pueden ménos de hacer algo bueno, siquiera otra cosa no sea que obligar á que todas las cosas se asemejen y pongan en el órden que es consiguiente á una larga é invariable administracion, mas por no haber sido de tan larga duracion no dejó de ser notable, pues el prelado supo y pudo recorrer mucho espacio en breve tiempo, y sus súbditos consiguieron los frutos de ese su afan de buscar el bien de todos, con que se distinguió áun ántes de ser colocado en la altísima dignidad, que nada pudo hacerle retroceder en el camino de perfeccion en que ya desde sacerdote se colocó, y en el que indudablemente adelantó mucho, cumpliendo con gran celo las obligaciones que le imponia su nuevo estado, y que sabemos son importantes, muy estrechas y de trascendencia. Desde que tomó sobre sí el importante cargo de regir su diócesis,

comprendió que era él el atalaya que habia de vigilar y atender á que la religion, conservando su pureza, fuese para todos lo que habia de ser, asilo y descanso, y por esto defendia con teson los fueros de su iglesia, así como establecia en ella todo el rigor de la disciplina, para que así se conocieran sus ventajas; se dirigia á su pueblo ya con amonestaciones, ya con pastorales, pero unas y otras llenas de dulzura y de uncion, derramando ese bálsamo consolador que mitigando todo linaje de penas, eleva siempre al hombre hácia su Dios, y como que le obliga á desprenderse de su propia existencia para ofrecérsela toda como sacrificio el más aceptable en aras de la Divinidad. Era su persuasiva tan grande que nunca se verificó el que los que á su presencia iban para tratar algun negocio no saliesen de ella satisfechos, por más que sus pretensiones no pudieran ser atendidas; pues cuando no las podia satisfacer, sabia este distinguidísimo prelado hacerles conocer lo improcedente de su peticion, en unos términos tan convenientes y con tal energía de razon, que no podian ménos de convencerse y no hacian la menor oposicion á sus deseos, lo cual servia para que él creciese en el ánsia de obrar el bien para todos, por lo mismo que veia el provecho que todos sacaban de su celo y de sus siempre acertadas disposiciones, todas encaminadas á la mayor gloria y servicio de Dios. Con este su tan benigno carácter cortó muchas disensiones, evitó frecuentes disputas y puso su diócesis en un estado de maravilloso órden, conciliando siempre los intereses de los clérigos con el bien del pueblo, y haciendo de manera que éste soportase hasta con gusto los gravámenes que eran indispensables, en gracia de que se hallaba perfectamente satisfecho en cuantos deseos pudiera tener en órden á sus adelantos espirituales; pues ha de notarse con cuidado que más de una vez tuvo el Obispo que sufrir molestias notables por servir y complacer á sus súbditos, siendo muy singular el que nunca se quejára, ántes por el contrario se mostrase siempre satisfecho, cuando algo tenia que sufrir por aquella su amada grey á quien Dios, decia, puso en sus manos para que por este medio se obrase la felicidad de uno y de otros, caminando cada cual por su lado á la realizacion de los inefables designios de la sabia Providencia. Como llevamos indicado, era muy celoso por el bien de sus fieles, y para procurársele en mayor abundancia que la que daban de sí los recursos ordinarios, hizo venir á los discípulos del gran Sto. Domingo para que con él compartieran el ministerio pastoral, los encargó de la predicacion del Evangelio, teniendo un verdadero placer en compartir con ellos la gloria de su celo apostólico, sin esquivar las molestias y espinas de que está rodeado tan importante y necesario cargo. En testimonio de lo mucho que agradecia sus esfuerzos y de que deseaba vivamente echar mano de sus servicios para mayor gloria de Dios y tenerlos dispuestos á todas horas para subvenir á las nece-

sidades y hacer aquello que fuese necesario al bien de sus diocesanos, les hizo un convento en la capital misma de su diócesis, y allí protegidos por él y favorecidos por los fieles que no podian mirar con indiferencia sus buenos servicios, ántes al contrario estaban llenos de reconocimiento al piadoso y apostólico varon que acertó á valerse de coadjutores tan inteligentes y celosos, tan á propósito y dotados de tan relevantes prendas. Era consiguiente que las grandes virtudes que practicaban los hijos de Santo Domingo atrajeran el corazon del prelado, excitando en él una santa envidia, y por lo tanto un deseo de compartir con ellos los méritos, haciéndose acreedor á la recompensa que ellos recibian anticipadamente, y que eran un gusto en sus molestias y trabajos, un deseo anhelante de servir al Señor, y una paz y tranquilidad inalterables, que marcaban en ellos los caractéres de una verdadera y constante predileccion de Dios, secundada en cuanto es posible á la miserable humanidad, tan degenerada desde el dia en que en Adan todos los hombres pecaron. Expuso, pues, el Obispo al soberano pontífice Gregorio IX sus deseos de dejar la grey que le estaba encomendada para atender á su propia santificacion bajo la regla y obediencia de los Domínicos; mas el Santo Padre hubo de conocer cuán importantes eran los servicios que Pedro prestaba en su ministerio pastoral, y lo mucho que su Iglesia se resentiria en un cambio que no parecia necesario, pues como Obispo podia adelantar en perfeccion, santificarse y santificar á sus súbditos, razon por la cual desestimó sus súplicas, como las desestimó tambien Inocencio IV y su sucesor Alejandro IV, á cuyos vicarios de Cristo acudió siempre con la peticion misma; y hubiéranle satisfecho en sus deseos, si la gran razon de la acertada direccion de su diócesis no les hubiese impelido á hacer quedára gobernando su grey el que por Dios fué elegido para este importante ministerio. No se puede dudar que tan repetidas repulsas excitarian en el siervo de Dios un vivo sentimiento, mucho más cuando en su profundísima humildad se consideraba no solo como inútil, sino hasta si cabe como perjudicial en su obispado; pero no sirvieron á exasperarle, ni mucho ménos á imponer en su ánimo la conviccion de que Dios no le llamaba al estado de perfeccion en la vida religiosa; nada de eso, él se persuadia que todavía no era llegado el tiempo en que el Señor queria concederle el singular favor de colocarle entre sus más predilectos siervos, y por esto haciendo una reunion, provechosa para él, del celo y deberes del prelado con la mortificacion, austeridad y recogimiento del religioso, adquiriendo en estos dos medios, al parecer tan distintos, un caudal grande de merecimientos de vida eterna, que habia el Señor de premiar áun en esta con esos regalados carismas con que favorece á aquellos de sus siervos que se complacen en observar su ley santa, seguir sus consejos y conquistar su amor,

cualquiera que sea la costa que para esto hayan de emplear. Pasaremos por alto el que los esfuerzos todos del prelado, como que se concentraban para extender en su diócesis la órden de Sto. Domingo, y nada diremos del solícito afan con que ayudó á sus parientes, el señor de Bergerac y su esposa, á la piadosa obra de fundar en su señorío una casa de la Orden, que produjo muy buenos resultados para el mejoramiento de las costumbres de aquella escogida porcion de fieles, á quienes el Señor por medio de los religiosos sacó del estado de ceguedad lamentable á la clarísima comprension de la perfeccion y de sus caminos; nada diremos de su incesante afan por poner al cuidado de los Padres ya el seminario, ya la direccion de los asuntos más árduos de la mitra; porque todo esto no hará más que confirmarnos en el concepto de que el obispo Pedro de San Astier tenia para los Dominicos una especial predileccion que los consideraba como todo para él, los veneraba por maestros, los admiraba como modelos, y hasta cierto punto los envidiaba como á unos sugetos en quienes toda la gracia de Dios se hacia eficaz en sus operaciones, mediante un abandono completo de sí mismos en los designios de Dios, que era la práctica de la provechosa conviccion de que él es por quien todas las cosas suceden, él quien da vida desde el miserable insecto hasta el rey más poderoso, cuya conviccion ciertamente obligando á buscar solo á Dios, hace que el hombre busque y halle su dicha y ventura allí donde únicamente existe. El afecto cada vez mayor á su querida Orden Dominicana obligó al celoso Obispo á manifestar al papa Clemente IV su deseo de dejar el báculo y mitra episcopales para coger la correa y capilla de obediencia, y al Papa parecieron atendibles las razones del prelado hasta el extremo de acceder á sus deseos, pudiéndose calcular por la vehemencia de estos mismos deseos suyos cuál seria su júbilo en contemplarse ya por la promesa del Pontífice en aptitud de vestir el santo hábito de Domingo y de ser indivíduo de aquella ínclita religion, objeto de sus mayores y más íntimas complacencias. Pero miremos el efecto que tal nueva produce en sus súbditos, tanto clérigos como seculares, y esto nos hará sentir la suerte que ellos ya preveian en la falta de un varon verdaderamente apostólico, dotado de un celo incansable, de una afabilidad y dulzura cual no podian pedirse mayores, de una caridad para con los pobres que algunas veces le llevó hasta el extremo de darles su propia comida, de su esmero por que el culto se rindiera á Dios con todo esplendor y magnificencia, que le obligó á comprometer á algunos de los potentados de su provincia eclesiástica para que con piadosas fundaciones asegurasen el porvenir de la catedral y del culto divino. Sin embargo, como todos sabian los vivísimos deseos, altos designios y grande virtud de este varon tan insigne, se consolaban con la idea de que si el prelado habia hecho grandes cosas como obispo, el religioso obtendria

grandes favores para la que fué su iglesia, cuyos intereses no en lo material, pues á esto apénas atendia, sino en lo espiritual, cuyos intereses, decimos, habian de llamarle siempre la atencion, porque nunca olvidaria lo mucho que Dios le habia favorecido en el régimen y gobierno de ella, en los consuelos espirituales que bajo este régimen y gobierno mismo le habia el Señor proporcionado, ya en los vicios corregidos, ya en las buenas y piadosas obras establecidas, ya, en fin, en el afecto que para servir á Dios habia sabido avivar en todos sus feligreses, animándolos con su buen ejemplo. Apénas, pues, pudo arreglar aquellas cosas más precisas, y dejando el cargo de su obispado á un canónigo, que obtuvo toda su confianza porque sus sentimientos eran puede decirse unos mismos, fué al convento de Dominicos de Limoges, donde comenzó á hacer vida con los religiosos, sin dispensarse observancia alguna; y eso que ninguna le obligaba aún en atencion á que todavía no habia vestido el santo hábito, se prestaba no solo dócil sino satisfecho á los oficios más bajos y despreciables segun el mundo, ponia todo su esmero en ocultar sus talentos, bellas disposiciones para todo, y las consideraciones á que en todo concepto era acreedor, y hubiera querido deponer desde luego los capisayos, y vestir el tosco sayal con que iban cubiertos todos sus hermanos, si esto hubiese sido posible, mas no lo fué hasta que pasado un año, que para él fué eterno, vino el rescripto pontificio, autorizando su ingreso en la Orden Dominicana, y prescribiendo á los padres de ella que la mente de Su Santidad era que todos los privilegios y prerogativas consiguientes á su consagracion las conservase, con más que pudiese ejercer todas las funciones episcopales en la Orden, no como un simple delegado de los prelados locales á quienes segun los canónes compete este ejercicio, sino como un prelado propio de la Orden, en todo lo cual se vé la deferentísima consideracion con que el padre comun de los fieles trataba á este insigne varon, deferencia que se confirmó hasta en el hecho de no querer Su Santidad nombrar obispo de Perigord ni confirmar al propuesto, hasta que supo oficialmente, por certificado del secretario general de la Orden visado por el P. Ministro general, que el P. Pedro de S. Astier, habia hecho su solemne profesion, y pertenecia á la Orden por su irrevocable voluntad. Pero examinemos las condiciones y circunstancias del recien profeso, ó si quiere demos un paso atrás para considerar al novicio, y hallaremos que si admirable fué el muy ilustre Pedro de S. Astier como obispo de Perigord, no fué ménos distinguido y admirable en virtudes y santidad el muy Rdo. P. Fr. Pedro, siendo muy de notar que la primera de que dió testimonio, y la última que consignó, digámoslo así, en su última accion fué la más profunda humildad, que como acredita el Espíritu Santo, es señal de grandísima elevacion; y con efecto, fué tan ensalzado Fr. Pedro, sobre todo

despues de su muerte, como humilde habia él sido durante su preciosa vida. Esta la pasó en el olvido y en la más oscura soledad desde que á fuerza de constancia consiguió ingresar en la órden de Sto. Domingo, así que en ella le vemos vivir cual si fuese el criminal más endurecido, que por uno de esos rasgos de amor divino con que Dios favorece algunas veces á sus siervos hubiera venido para expiar sus culpas, y reparar sus crímenes. Solo con su Dios, en ferviente oracion y rigorosísima penitencia, haciendo en todo y por todo cuanto la obediencia le prescribia, sin reparar en que los oficios á que se le destinaba fuesen los más bajos y de nadie queridos; teniendo él en tanta estima el ejercer el sagrado ministerio de la ordenacion, como el pasar la noche al lado del enfermo agonizante que iba á exhalar su postrer aliento en la nauseabunda sala del descuidado hospital; aseando él muchas veces con la mayor complacencia á los pobrecitos enfermos; fijando su vista en Dios, y elevando al Señor todos sus pensamiento y todos sus deseos, protestando muchas veces con la mayor humildad lo poco que á su amado habia servido durante su vida; retirado y complacido en su retiro, celoso por la gloria de Dios, y habiendo recibido como viático á este su soberano dueño, agobiado de una penosísima enfermedad, en la cual sin embargo no dejó sentir un ay, no exhaló otros suspiros que de conformidad con la voluntad de su Dios; teniendo en torno del lecho de su dolor á sus hermanos, á cuyas oraciones se recomendó una y mil veces, prestando á todos el buen ejemplo de repetir casi espirando los votos que habia emitido en su profesion con más sus vivos deseos de amar á Dios y el testimonio de su arrepentimiento de no haberlo hecho hasta entónces; en medio de una paz y sosiego inalterables, y en la profusion de los más tiernos suspiros de todos sus hermanos, pasó como justo de esta á mejor vida el 14 de Julio de 1275, quedando á su muerte llenos todos de una santa envidia por sus virtudes, de un vivo deseo de imitarlas para así acercarse á poseer la gloria que indudablemente él posee, y que se adquirió por sus méritos como prelado, como religioso y como hombre que siendo todo para todos, imitó en esto la conducta y siguió las huellas de Cristo Redentor nuestro, cuya caridad no excluyó á ningun hombre, por pecador, indigno, miserable y desagradecido que haya sido á sus favores. Así acabó su vida, y como por una parte merecia consideracion la alta dignidad que desempeñó miéntras vivió en el siglo, y por otra sus virtudes habian sido tan señaladas, y por consiguiente acreedor él á que su cadáver se dejára en lugar más distinguido que el del comun de los religiosos; por todo esto, despues que el pueblo pudo satisfacer sus piadosos deseos viéndole de cuerpo presente, y cuando se le hubieron hecho solemnisimas honras en que el clero y las autoridades uniéndose á los religiosos dieron testimonio del aprecio que justamente les habia merecido, fué su

cuerpo enterrado en medio del coro de la iglesia de religiosos Dominicos de Limoges, bajo un epitafio brevísimo, pero que compendia todas las virtudes del esclarecido varon cuyos despojos cubre, y en el que tienen los religiosos una viva instruccion acerca de los deberes que para con Dios y para consigo mismo tienen que cumplir, los prelados tienen un contínuo recuerdo de cómo debe ser su desprendimiento de los honores y dignidades, atendiendo al modo con que el respetable Obispo que allí yace los despreció, y todos tienen en Fr. Pedro de S. Astier un siervo fiel que habrá recibido de su Señor la recompensa de la inmortalidad.—G. R.

PEDRO de S. Bernardo (Fr.). En el año de 1506, y en su dia 24 de Marzo, pasó de esta á mejor vida el muy respetable ministro general de la órden de S. Benito Fr. Pedro de S. Bernardo. Sus virtudes fueron heróicas y constantes; sus esfuerzos para gobernar con acierto la vastísima familia encomendada á su cuidado fueron tales, que alguna vez se valió Dios de su mediacion para obrar prodigios que acreditasen, de una parte, la suma predileccion con que le miraba, y de otra lo mucho que se complacia en las acciones de su vida tanto pública como privada. La gran humildad de este varon insigne le obligó á ocultar sus acciones buenas, y por esto nos vemos privados de detalles que serían admirables en verdad, acerca de su vida llena de acontecimientos notables. Acatemos, sin embargo, los altos designios de Dios, contentándonos con saber que este venerable hijo del gran patriarca S. Benito fué por espacio de cinco años el timon que gobernaba la vasta nave de los infinitos hijos de tan augusto padre, y que en todo el tiempo que tuvo á su cargo el gobierno de la sagrada religion, no hubo un motivo para quejarse de él; todo al contrario, era mediador en los disgustos de los hermanos, caritativo para los necesitados, tolerante con los imperfectos, al propio tiempo que enemigo declarado de las imperfecciones; sabio sin presuncion, modesto sin hipocresía, atento sin adulacion, monje en fin en quien se veian todos los caractéres convenientes para que viniera á ser modelo á cada uno como particular, modelo de todos como general, en cuyo cargo sirvió á su Dios y á su instituto, recibiendo como recompensa de parte de Dios el premio de una venturosa eternidad, y de su religion el haber dejado en ella una memoria que nunca se borrará, porque nunca podrán olvidarse los grandes rasgos de virtud sublime con que adornó su preciosa vida, ni el exquisito celo con que siempre buscó gloria para Dios, felicidad para sus hermanos y gracia para él. Sea, pues, honrada más y más su memoria con el conocimiento de sus grandes virtudes y mérito.—G. R.

PEDRO de S. Francisco (V. Hermano). Fué este religioso carmelita descalzo en la santa casa de la Bañeza, y se distinguió mucho por sus prendas y

circunstancias, si bien su natural era oscuro y su capacidad muy escasa. Era, sin embargo, muy dado al ejercicio santo de la oracion, y en ella quiso el Señor ilustrarle de tal suerte que comprendió en los misterios con su rudeza é incapacidad muchísimo más de lo que comprendian los más aventajados teólogos de la Orden, así que tenia un sumo anhelo por agradecer, venerar y confesar todos los augustos misterios de nuestra sacrosanta religion, siendo sus verdaderas delicias el inefable misterio de la santísima Eucaristía, de la cual era tan devoto, que se llenaba de placer en solo oir su nombre augustísimo, y rebosaba extraordinario gozo en adorar á Jesucristo en el misterio de su gran predileccion. Como él no servia para los estudios, fué preciso aplicarle á los ejercicios mecánicos, y desempeñaba estos de un modo admirable, siendo todo su recreo el asistir en el coro para preparar los libros y demás cosas necesarias, en la sacristía para disponer lo conveniente para los divinos oficios, y en el altar para ayudar la santa Misa, en todo lo cual hacia ver muy á las claras que era perfectísimo su espíritu, pues que desempeñaba los cargos que le confiaban con satisfaccion y con ánsia de procurar en todo y por todo la mayor gloria de Dios. No quiso el Señor que se viera libre de tentaciones, ántes por el contrario se las permitió muy rudas y continuadas; mas en ellas todas acudia á sus acostumbrados recursos de oracion y penitencia, y con estas dos poderosas alas volaba ciertamente hasta que se colocó en altura sublime de grandísima perfeccion. Era muy dado al estudio de los distintos caractéres de sus hermanos, y como de examinarlos sacaba por consecuencia el tratar á cada uno segun convenia á sus especiales circunstancias, era apreciadísimo de todos, si bien es cierto que á esto podia ayudar en gran manera el ser él quien sirviera á todos áun en aquellos ministerios que son más penosos, humillantes ó molestos. Complaciéndose, pues, en el ejercicio del amor de Dios, y de la caridad para con sus hermanos, dócil, sumiso, y pensando siempre muy bajamente de sí, ejercitándose en rigorosas y extraordinarias penitencias, y anhelando por los goces que Dios le permitia comprender en los éxtasis con que le favorecia, pasó el hermano Pedro sesenta años en la santa casa donde hizo su noviciado y profesion religiosa, tiempo durante el cual acaudaló cuantos merecimientos pudo, para ofrecerlos todos reunidos en satisfaccion de sus imperfecciones, en pago de sus deudas á Dios, y como méritos para pasar á aquella patria donde Dios le esperaba como único y adecuado premio. En efecto, el año de 1661, á los ochenta cumplidos de su edad, pasó de este mundo al otro Pedro de S. Francisco, dejando en su ejemplar conducta un testimonio más sobre los muchos que Dios ha puesto en el mundo, de que no son las grandezas, sino las virtudes, lo que proporciona esta distincion y recuerdo que nunca perece. — G. R.

PEDRO DE S. GERÓNIMO (Venerable P. Fr.). Por los años de 1580 nació en Teruel, de padres nobles y ricos, el que despues fué venerable P. Fr. Pedro de S. Gerónimo, carmelita descalzo. Tomó el hábito de esta distinguida religion en Barcelona, á los veinte años de edad, y ya desde entónces se distinguió tanto en virtudes que pareció á todos inútil el que á este novicio se le pusiera maestro; pues pudiera muy bien enseñar él á cualesquiera la manera de caminar á Dios y los medios que conducen á la verdadera perfeccion. En vista de su raro ingenio, y conociendo los superiores seria muy conveniente á la Orden el que hiciese en ella los estudios que se daban por maestros excelentes y con muy ventajosas condiciones, le hicieron seguir toda la carrera de literatura, filosofía y teologia, saliendo muy aventajado en sus estudios y sacando de ellos un gran deseo de ocultarse á los ojos de todos, para dedicarse solo al servicio y amor de Dios, que ciertamente fomentaba esta misma aplicacion á las ciencias que no pueden ménos de considerarse como un destello de su sabiduría infinita, que llega á la criatura para acercarla más y á su soberano Dueño y Criador omnipotente y benéfico. Concluidos, pues, sus estudios pasó al desierto de Cardon, donde vivió diez y ocho años en rigorosa mortificacion y reportando cada dia notables victorias sobre sus enemigos, los cuales á pesar de que buscaban cuantos ardides estaban en su mano para atraerle á su dominio, se vieron siempre obligados á obedecerle y respetarle, no sin que para conseguir esta victoria tuviese muchas veces que afligir su cuerpo con sangrientas disciplinas, domarle con crueles silicios y obligarle á servidumbre con rigorosos ayunos. Todo esto miéntras su espíritu se ejercia en acrecentar los conocimientos y luces con que habia de ilustrar á los demás, y que no adquiria solamente en los libros santos, expositores y comentaristas, que manejaba con constancia y con sumo acierto, sino más que nada en el gran libro de la oracion, á la cual era tan dado que pasaba en ella muchísimo tiempo del dia y de la noche, recibiendo de Dios pruebas inequívocas de que la oracion de su siervo le era agradable, en atencion á que eran en él muy frecuentes y duraderos los éxtasis, arrobamiéntos y otras recreaciones del espíritu. Excusado es decir que en todas estas cosas el demonio enfurecido trataba continuamente de hacerle cuanto daño podia; pero Dios, aunque permitia la prueba, preparaba siempre la victoria, y su siervo puede decirse con verdad que crecia en ciencia ante él y ante el mundo. Estaba muy satisfecho en la para él deliciosa mansion del yermo, cuando conociendo sus superiores que Dios le habia dotado de don de consejo, y que áun las condiciones materiales de su aplicacion y talento eran una garantía para esperar que fuese de mucho provecho á las religiosas de S. José de Zaragoza, resolvieron mandarlo allá, cargo que aceptó y desempeñó con gran celo y edificacion, no cediendo ni un punto en los ri-

gores de su observancia y siendo en el convento de monjas tan exacto para el desempeño de sus deberes religiosos, como lo era en el yermo de Cardon; y no satisfaciendo su apostólico celo con el cuidado de aquella santa casa solamente, sino tomando á su cargo y desempeñando con diligente esmero el gobierno espiritual de otras muchas almas, que bajo la acertada direccion de este piadoso varon llegaron al cúmulo de la perfeccion, obrando no solo segun los preceptos sino segun los más difíciles consejos del Evangelio, y ocultando sus virtudes con la mayor modestia en justa imitacion de su sabio y prudente maestro, que si bien á todos parecia buen sacerdote, no parecia á nadie lo que era, es decir, un raro prodigio de virtud; porque él tenia buen cuidado en ocultar esta virtud misma, y hacer aparecer las ligeras imperfecciones consiguientes en lo miserable de nuestra naturaleza, para que por ellas se le diese desestima y se rebajase su gran mérito, olvidándose el venerable Padre de que todo esfuerzo es nulo cuando de parte de Dios hay voluntad de llevar á cierto término cualquier acontecimiento, ó lo que es igual, que no puede la criatura ocultar aquello que Dios quiere se manifieste, como aconteció con las virtudes del P. Pedro; pues si bien es cierto que al principio nadie fijó en él la atencion, tambien lo es que despues se difundió tanto la fama de sus merecimientos que de todo Zaragoza era conocido y admirado, y esta admiracion y conocimiento le humillaban en gran manera, porque eran muy contrarias á sus deseos. Pasaron quince años, durante los cuales dirigió con grande acierto á las religiosas de Zaragoza y á las demás personas que se pusieron bajo sus órdenes; al cabo de este tiempo pareció conveniente á los prelados llevarle á desempeñar igual cargo en Barcelona, por lo cual quiso despedirse de su comunidad, y así se lo indicó á la superiora. Reunióse en efecto toda ella, y cuando ya estuvo congregada pasó al locutorio, cubierta la cabeza de espinas, cargado de una pesada cruz, atado con una gruesa y muy áspera soga, y en tal disposicion y dándose muy fuertes bofetadas, pidió á su comunidad perdon de los escándalos que hubiera podido darla, y les encareció la necesidad en que estaba de que rogasen á Dios le perdonára el no haberlas alentado más á la perfeccion y dejádolas acaso ménos santas que lo que eran cuando se pusieron bajo su direccion. Imposible es describir el efecto que esta inesperada muestra de la humildad de tan esclarecido varon produjo en el ánimo de las religiosas, así es que ni ellas mismas pudieron dar razon de lo que pasó por ellas, sino que se admiraron y con extraordinaria veneracion miraron desde entónces á quien era muy ensalzado por lo mismo que se humillaba tanto. No fué posible hacer su despedida en aquel momento, por lo cual á otro dia se presentó á ellas, pero sin darse siquiera por entendido de lo ocurrido en la entrevista anterior. Fué, pues, á Barcelona á su nuevo destino, pero no duró

mucho en él porque las repetidas súplicas de las monjas de Zaragoza, asi como el ver los superiores de la Orden el fundamento de su reclamacion, hizo que le volviesen á su primera casa y en ella volviese á ser todo lo útil que habia sido á las religiosas y á los fieles, habiendo crecido su celo, si es que en su celo cabia aumento y héchose acreedor á la más alta consideracion de cuantos en Barcelona tuvieron la complacencia de tratarle; fué recibido en Zaragoza con indecible júbilo. Permitió Dios que una molestísima enfermedad aumentase sus méritos, así como el que su muerte ejemplarísima fuese un testimonio del gran mérito de su vida llena de virtudes. La enfermedad que padeció fué una gran apostema en el pecho, acerca de la cual su sufrimiento no le permitió darse por entendido, y su deseo de padecer por Dios arrancó del superior, aunque con violencia, el consentimiento para que se le dejase penar, asegurándole al superior que no le duraria mucho aquella angustia. Asi fué con efecto, á pocos dias de esta entrevista bajó una tarde á la enfermería con el fin de aliviar á sus hermanos y consolarlos algun tanto, y allí mismo le acometieron inopinadamente los síntomas de su enfermedad; pues acometido de una pequeña congoja y prestándole como auxilio en ella el reparo de un bizcocho empapado en vino, que tomó solo por obediencia, el vino revolvió los humores, excitó el vómito, y con esta excitacion se reventó la apostema de que padecia. Le siguieron algunos vómitos de sangre, y como los religiosos sintieran el que estos le priváran de recibir el sagrado viático, *ya pensaba yo en esto*, dijo, *esta mañana cuando celebré la santa Misa, y la dije con este mismo propósito de que la sagrada comunion me sirviera de viático.* Confesóse, segun se prescribe á los religiosos de la Orden, recibió la santa extremauncion, y edificando á todos con sus ejemplos y con sus palabras, dió á Dios su espíritu despues de una vida gastada toda en buscar, servir y amar á este Dios mismo. Grande fué el sentimiento que causó en la comunidad la pérdida de este ínclito varon; mas ha quedado de él un perenne recuerdo, que es la excelencia de sus virtudes y la grata veneracion con que desde el momento de su fallecimiento hasta nuestros dias se ha mirado al distinguido P. Pedro de S. Gerónimo.—G. R.

PEDRO DE S. JOSÉ (V. P. Fr.). Fué este distinguido carmelita natural de Valenzuela, en el arzobispado de Toledo, é hijo de padres pobres, pero virtuosos, sin que de ellos hubiese noticia alguna en su pueblo, del cual apénas conocian á nadie, porque su trato era regular con todos, pero intimo con ninguno. No duró mucho al niño Pedro el siempre provechoso amparo de sus padres, pues que le faltaron apénas contaba diez años, en cuya época para asegurar de algun modo su subsistencia, pasó á Marchena en compañía del capellan y confesor de los duques de Arcos, que residian

allí y que admitió gustoso al huérfano, el cual por su parte, con gran moderacion y demostrando siempre cordial devocion á la Santísima Vírgen, pasó allí cuatro años hasta que una terrible enfermedad le puso á las puertas de la muerte, y le imprimió en el ánimo la conviccion íntima de la nulidad y miseria de las cosas perecederas de este mundo, así como el valor infinito de las eternas. Restablecido ya de su grave mal, pareció conveniente á su tio enviarle á Granada para que hiciese sus estudios, y allí alentado del deseo de su perfeccion y labrando en él de una manera inexplicable los saludables avisos que ya Dios le habia dado en su enfermedad y convalecencia, se aburrió, digámoslo así, completamente del mundo, despreció sus grandezas, y el lisonjero porvenir que este mundo mismo le ofrecia; y viendo en el convento de los Santos Mártires un asilo adecuado á las exigencias de su espíritu, y lo que más le halagaba, dedicado á María Santísima, con instancias repetidas y muy frecuentes ruegos obtuvo el hábito de nuestra señora del Cármen el año de 1595, á la edad de diez y seis años próximamente. Comenzó su noviciado con sumo gusto, y por consiguiente con rigorosa observancia, en la cual iba perseverando, cuando el comun enemigo de nuestras almas comenzó á sugerirle las ideas de abandonar la religion, pero no con una demostracion clara de su malicia, sino bajo pretextos muy fútiles y al parecer muy buenos, por ver si lograba disuadirle de su empeño y atraerle al fatal dominio de sus insaciables garras. Decíale Satanás que no era la observancia de los Carmelitas descalzos todo lo rígida que convenia á sus altísimas miras, que no habia en el carmelitano instituto todo aquel apostólico ejercicio de predicacion y enseñanza á los fieles que habia de desear quien en la renuncia generosa del mundo no anhelaba más que hacerse todo para todos; le hizo ver, por último, que en otra parte estaria mejor y bajo de esta tentacion, que nunca tuvo por tal, dejó el hábito á los seis meses y se fué á Marchena, donde á muy breve tiempo tuvo la desgracia de perder á su pariente y protector, y quedó sin otro amparo que Dios y con un descontento grande, ocasionado sin duda por su facilidad en condescender con las asechanzas de Satanás y en haber abandonado el asilo sagrado donde habia encontrado su verdadera dicha, su felicidad suma y el camino de su patria, que no era ni podia ser este miserable valle de lágrimas, sino el cielo, mansion de delicias que nunca acaban. No se crea que Dios habia abandonado á éste jóven, que áun cuando dejó una vez el hábito religioso no habia dejado los hábitos de virtud; nada de esto, el Señor le queria para el cielo, y tenia que acrisolarle, permitiendo en él sucesos extraordinarios por lo mismo que extraordinarios eran los designios de su providencia acerca de él. Pasó á Sevilla luego que vió el abandono en que estaba en Marchena, y allí vivió con poco recogimiento, siempre indeciso de lo que habia de ha-

cer ni qué determinacion tomaria que le fuese provechosa, hasta que por uno de esos medios indirectos de que Dios se vale cuando le place, pudo formar el propósito de ser religioso y religioso carmelita, por hallar en aquella religion todas las virtudes y todos los medios de santificacion que desear pudiera. El suceso que le decidió á tomar esta resolucion, fué que paseando una tarde por Sevilla le quitaron sin él apercibirlo el sombrero que llevaba en la cabeza, de lo cual él dedujo que con tanta ó mejor facilidad podria perder la vida, y su relajada conducta llevarle á una eternidad desventurada en ménos tiempo áun del que es preciso para revolver en la imaginacion tamaña desventura. Hizo mucha mella en su espíritu esta consideracion, y voló á los pies del superior de la casa de los Remedios, de la órden del Cármen, y le suplicó ardientemente se apiadase de su estado, tuviera compasion de su alma y le admitiera en la sagrada familia á que pertenecia, siquiera por lo mal que él habia procedido cuando olvidado de su Dios y despreciando los cariñosos medios con que le brindaba, habia dejado la Orden y hecho desprecio del santo hábito. Muchísimo probó el padre si habia en este jóven un verdadero espíritu religioso, le hizo pasar por toda especie de contradicciones, sufrir todo género de pruebas, y ya disuadiéndole con aparentes razones, ya desechándole con improcedentes maneras, trató de quitarle su idea, si ella no era de Dios; pero convencido de que traia tan alto origen, condescendió con sus deseos, le dió el hábito, y desde entónces fué conocido en la religion con el nombre de Fr. Pedro de S. José. Fué necesario siempre que el maestro de novicios templase los ardorosos deseos de este reconocido jóven; pues cómo pudo ver y comprender por especial permision de Dios el gran favor que el Señor le hiciera en llamarle y traerle por segunda vez al santo y seguro asilo de que él voluntariamente se apartó la primera, queria reparar los defectos que en esto hubo, y adelantar en muy breve tiempo lo que habia perdido en todo el de su disipacion. Bajo tan felices auspicios y despues de pruebas mayores y más repetidas que las que á otros se exponia, logró, por fin, la dicha de hacer solemnemente su profesion religiosa, y esto llenó su espíritu de un gozo tal, que él mismo no lo explicaba, diciendo por toda razon de su extremada alegría que no podia ménos de ser tal la de quien inmerecidamente poseia la más alta de las dichas, á la cual nunca hubiera llegado sin un especial don de Dios, sin muchísima tolerancia y benignidad de parte de sus superiores, maestros y directores de su espíritu. Veíanse en él buenas disposiciones para todo, y por esto pareció conveniente á los superiores dedicarle á los estudios luego que hubo profesado. Quiso obedecer é ir adonde le destinaban, y lo hubiera hecho, si un superior impulso no le hubiera obligado á repetir al prelado una y mil veces su ánsia de soledad y de retiro, su deseo de no te-

ner roce alguno con las criaturas, más que el indispensable para llevarlas é ir él al Criador; en tal concepto decia: «ahí está el desierto de Nieves, donde podré estar con mis hermanos aprendiendo sus ejemplos, imitando sus virtudes, y adelantando en la verdadera y positiva ciencia más que lo que pueden hacerme adelantar las humanidades, filosofía ó ciencias humanas, pues que por ellas no podré llegar á conocer á mi Dios, y por esta ciencia que adquiriré en el yermo me podré acercar algun tanto á su augustísima grandeza.» Tales razones no podian ménos de convencer á quienes conocian la sinceridad con que se presentaban y el gran mérito de quien las exponia; por lo que condescendieron con sus deseos, y le mandaron al convento del yermo, en el cual no cabia medio, era preciso adoptar el extremo de vencer todas las imperfecciones por la servidumbre á que se reducia el espíritu, ó vencido retirarse, porque los grandes ejemplos de extraordinaria virtud que allí daban los religiosos avergonzaban á los tibios, y á ellos en su fervor no les permitian sufrir á su lado á los inútiles. Pedro fué desde luego admirado de todos como una verdadera adquisicion que hiciera la Orden, y sobre todo aquella santa casa; todos veian en él prodigios de compuncion y de dolor de sus culpas pasadas, que abultadas por su excesiva humildad, le hacian derramar torrentes de lágrimas é ingeniar indecibles rigores para tomar de su cuerpo satisfaccion de sus pasados extravíos, para obligar á su espíritu á la debida sujecion. Nunca profirió una sola palabra que fuese para su estima, y tuvo siempre anhelante deseo de los desprecios hasta el extremo de rogar á su superior que cuando falleciera no diese á su cadáver sepultura con los de los demás religiosos, sino en un campo con los brutos; por no merecer, decia, otro honor quien no ha sabido referir á Dios toda la gloria á que Dios es acreedor. Sería de desear el poder dar una idea de lo que pasó en el humildísimo espíritu de Fr. Pedro cuando el superior llamándole aparte le indicó la resolucion tomada por la Orden de ascenderle á los sagrados órdenes hasta el presbiterado inclusive; súplicas, ruegos, amonestaciones, excusas, el abultar sus faltas, el protestar su ignorancia, el hacer ver que nunca habia cursado las aulas y que su inútil vida habia pasado toda ó en la disipacion del siglo, ó en la soledad del yermo, todo esto y mucho más exponia con los más vivos caractéres para apartar á los superiores de su propósito de hacerle sacerdote; pero todos sus intentos fueron vanos: se le confirieron los órdenes sagrados, y el tiempo acreditó lo acertado de esta determinacion superior á que hubo de sujetarse sin querer, y que le constituyó en un estado que siendo muy perfecto y dando por consiguiente alta estima á los sugetos que á él pertenecen, al P. Pedro no le dió otra consideracion que la de vileza suma, que él era, elevada á importante cargo y encumbrada á muy superior lugar. La ordenacion sacra le puso en

estado de celebrar el santo é incruento sacrificio, y esto fué un gérmen de delicias para su regalado espíritu. Figurémonos, si es posible, cuán delicados carismas no derramaria el Señor en el alma de su siervo cuando celebraba la santa Misa, al verle elevarse en alto, resplandecer su rostro, derramar copiosas y muy dulces lágrimas, exhalar suspiros amorosísimos, atraer, en fin, á todos con solo la presencia de su devotísima persona en el altar donde celebraba; y veamos, de otra parte, cuán provechosa sería esta celebracion misma no solo para su espíritu, sino tambien para los que concurrian al sacrificio; pues varon de caridad tan extraordinaria y en momento tan solemne no podia ménos de elevar sus súplicas por todos y por cada uno, ni podia ménos tampoco el misericordiosísimo Dios, de quien todo bien procede, de escuchar las súplicas de su siervo y despacharlas benigna y favorablemente; por esto era grande el concurso que de todo el contorno asistia siempre á la celebracion de la santa Misa por el P. Pedro. Igual respeto y veneracion á Dios y al augusto Sacramento de nuestros altares demostraba aún cuando no celebraba el incruento sacrificio; así que le veriamos inmoble horas enteras en la presencia del Señor, y le veriamos privarse de todo acto que fuese ménos reverente, áun cuando en su detencion interesára su salud, sin que de su parte obtuviéramos otra respuesta, si acaso le preguntabamos, sino el decir con muchísima gracia: «¿Y esto lo hariamos ante el rey, príncipe ó señor de la tierra? ¿Pues por qué hemos de »imponer á Dios nuestro Señor el que nos sufra, porque es bueno, esto que »no nos pareceria bien ante sus representantes?» En órden á la regular observancia era tan esmerado, como favorecido por Dios de celestiales dones y gracias. Nunca se dispensó de hacer aquello que estaba prescrito por constituciones ó que era veneranda costumbre de la casa, y siempre fué el primero en adelantarse á ejercicios desusados, pudiendo decirse con verdad que parecia haber perdido el sentimiento natural á las cosas, porque se le veia ir en el rigor del invierno sin más abrigo que el ordinario, y atravesar así los grandes patios del convento, donde la nieve y escarcha le cubrian no solo los piés, que siempre llevaba descalzos, sino mucho más arriba; en el verano se le veia caminar muy despacio por el sol, como si en él se recrease y como si no experimentára el rigor con que cae y se siente sobre ropa tan tosca como son los hábitos de los Carmelitas. En los demás ejercicios de coro y comunidad le vemos siempre hacer las cosas con un rigor que pareceria chocante á quien no estuviese persuadido de que en el P. Pedro todo era espíritu, y no habia accion alguna acerca de la cual no le dijese algo su corazon, siempre movido por un gran deseo de amar á Dios y procurar su gloria por cuantos medios estuvieran á su alcance, sin que todos los que ponia sirviesen para evitar el que su espíritu se acrisolára más y más por medio de

la tribulacion interior y de los rudos ataques de su fatal adversario el demonio, que envidioso del triunfo que sobre él habia conseguido, queria á todo trance y con superiores esfuerzos hacerle caer del eminente puesto en que su virtud le habia colocado. Para esto le sugeria los pensamientos más contrarios á lo que su corazon anhelaba, le movia por defuera excitaciones vivísimas para hacerle faltar á lo que exige la práctica de la virtud de la pureza, que era en este esclarecido varon una de las más preciosas joyas que adornaban su corona. Hacia más el demonio: cuando parecia que los rigores de una excesiva crueldad en mortificarse iban á dar al P. Pedro la quietud y sosiego que á esta mortificacion misma, como prueba de amor á Dios, son consiguientes, entónces, como que le exasperaba más y parecia hacer más hincapié, segun el venerable ponia recursos más eficaces para vencerle, hasta que por superior ilustracion comprendió que no era esta la manera de dominar á su adversario, sino que éste cederia al desprecio, y se veria confundido y habria de huir avergonzado cuando hallára que ningun caso se le hacia, y que ni áun se atendia á sus sugestiones; en todo lo cual se demostraba que en el aprecio de este varon insignísimo todo era nada poseyendo, como poseia, la gracia de Dios. Sin embargo, tenia un vivísimo deseo de que se le desatáran para siempre las ligaduras de la carne y de la sangre, no porque él rehuyera el trabajo y no quisiese tomar en el ejercicio de sus obligaciones todas las molestias que fuese necesario, sino porque íntimamente convencido de la fragilidad y miseria del hombre, puede llevarle á un punto donde olvidándose de Dios peque, y con su pecado encuentre su eterna desventura, idea que como posible nunca se apartó de su mente, y que indudablemente fué un móvil que en muchas ocasiones le hizo ejercer las grandes virtudes de que nos ha dejado tan acabados y excelentes ejemplos. Era, pues, su continuo pensamiento la muerte, sin que por esto vayamos á creer que la temiera, nada de eso, la consideraba como el tránsito natural de esta á mejor vida; pero no podia prescindir del conocimiento que de su miseria le daba su profunda humildad, y por esto como que se arredraba á la vista de un trance cuyo momento es de todos desconocido, y que sin embargo ha de acometer á todos cuando y como se piense ménos. Para asegurarse en tan terrible situacion, además de tener toda su confianza en Dios misericordioso, en María su madre santísima y en los santos y santas de su particular afecto, tenia como obligadas hacia él á las almas santas del purgatorio, pues continuamente estaba haciendo obras buenas en sufragio de ellas, excitando á esto mismo no solo á los que estaban bajo su direccion, sino á todos los que conocia, diciendo y con mucha razon que el ayudarlas, sobre ser una gran caridad, es como una siembra que hacemos en nuestro propio provecho, pues que no pueden ménos los favorecidos con nuestras

oraciones de aplicar en pro de sus bienhechores el mérito que ya ellos obtuvieron cuando el Señor les permitió vivir en su gracia, aunque murieron en deuda por sus imperfecciones ó por no haber aún satisfecho todo lo que en justicia era debido por las culpas que cometieron, y que el Señor con su benignísima misericordia perdonó en concepto de tales, no dejándolas más que este pequeño reato, que sin embargo se paga de una manera muy sensible; pues muy graves son las penas del purgatorio, y en frase de todos los Santos Padres, superiores á lo que acerca de ellas puede no solo explicarse ó sentirse, sino áun llegar á imaginarse. Todo este tejido de virtudes tan en armonía con los designios de Cristo en la fundacion de su Iglesia, no podian ménos de excitar de parte de Dios y en favor de su siervo, grandes beneficios, extraordinarios favores; y lo fueron, de una parte, un espíritu profético con que preveia lo futuro, y manifestaba acontecimientos cuyas circunstancias y suceso eran incalculables, y que luego venian á verificarse tal y como él lo habia manifestado; de otra, un dominio puede decirse que completo sobre la naturaleza, á la cual obligaba á obedecerle, mandándola muchas veces, y obrando raros prodigios, como podremos entre otros muchos citar la curacion que obró en el marqués de Estepa, conocedor de su mérito, con solo poner las manos sobre su cabeza é invocar el augustísimo nombre de Jesus. Lo acredita el haberse acercado á muchos á quienes el demonio tenia poseidos, ya causándoles males en el cuerpo ya, lo que peor es, embargando sus potencias y sentidos, y haciéndoles aparecer como dementes ó destituidos de razon, ó como estúpidos que nunca tuvieron siquiera las condiciones de hombres. Todo esto le acredita varon escogido de Dios, y si estos testimonios no fueran suficientes, habria más que sobrado con examinar los últimos dias de su preciosa vida, la tranquilidad de su muerte, para comprender que una y otra lo fueron de un verdadero justo. En efecto, no haremos mencion de la profundísima humildad con que en la antevíspera de su fallecimiento se hizo llevar á presencia de toda la comunidad para que todos y cada uno le indicasen las faltas que en él habian notado, ni diremos nada del llanto en que estuvo anegado largo rato ántes de empezar su última confesion; solo examinaremos aquel importante momento en que recibió por última vez la adorable Eucaristía, y le veremos postrarse en tierra á pesar de sus vivos dolores, exhalar suspiros de verdadero amor á la presencia del objeto de toda su prediléccion, animarse al ver que se le daba el pan de los ángeles, y demostrar un indecible júbilo luego que le hubo recibido; le veremos despues de esta tiernísima ceremonia llamar al prelado para rogarle de nuevo perdonase lo que le habia ofendido; le veremos acompañar él mismo las preces de la Iglesia en la recomendacion de su alma, rogar á todos que conserváran en todo su esplendor la pureza de cos-

tumbres que la santa reforma habia reproducido en la órden del Cármen; le veremos excitarse en vivos deseos de ir á su Dios, y con estos y con un sosiego inexplicable y envidiado de cuantos lo presenciaron, le veremos entregar su espíritu al Supremo Hacedor, para que apénas separada su alma de su miserable cuerpo, disfrutase aquella en la posesion de Dios el bien por que anheló siempre, y su cadáver recibiera el homenaje debido á la gran fama de sus heróicas virtudes; pues á pesar de que trató de ocultarlas á los ojos de todos, ellas se traslucieron, y no pudo ménos de comprender el mundo la pérdida que habia experimentado en la muerte del siempre venerado Fr. Pedro de S. José, que en olor de santidad pasó de esta á mejor vida el dia 3 de Junio de 1652, á los sesenta y tres de edad, cuarenta y dos de hábito y más de cuarenta de vida solitaria en el yermo. Todos cuantos habian oido siquiera su nombre, y pudieron acudir á ver los despojos miserables de su cadáver, fueron con indecible veneracion, y hubieran querido que hubiese poseido muchas cosas en este mundo para haberlas recogido y guardado como preciosas reliquias, que entónces lo eran, y un dia tendrian más valor cuando por la voluntad del Señor la Iglesia haga que se tome testimonio del heroismo de estas grandes virtudes, y sublime á la gloria de los altares á este esclarecidísimo varon que desde los dias mismos de su vida, y mucho más desde su preciosa muerte, era de todos conocido bajo el nombre del Santo, y á cuya proteccion han acudido muchos que han visto satisfechos sus deseos, segun su opinion, á causa de la proteccion de este insignisimo religioso, que si hasta ahora no ha sido elevado á la categoría de beato, ha sido declarado venerable por la Iglesia, único juez competente en este delicado asunto, y cuyos fallos infalibles llevan consigo el respeto consiguiente á quien habla en nombre y con la asistencia del Espíritu Santo, Dios de Dios y verdad esencial, que ni puede engañarse ni tampoco engañarnos. —G. R.

PEDRO de S. Luis (Padre). Este carmelita, que se ha hecho célebre por su poema de la Magdalena, al que Mr. de la Monnoye califica de obra maestra de piadosa extravagancia, nació en la diócesis de Vaison, el año de 1626, hijo de Santiago Barthelemy. A la edad de diez y ocho años se enamoró de una señorita llamada Magdalena, y cuando algunos años despues estaba para casarse con ella, murió la jóven de viruelas. Quedando traspasado el jóven de dolor, y en la melancolía más aflictiva, resolvió abandonar el mundo. Acordóse de que su querida le habia regalado un escapulario del Cármen pocos dias ántes de morir, y esta circunstancia le persuadió de que Dios queria que fuese carmelita, y tomó el hábito en esta Orden. Aficionado el P. de S. Luis á la poesía, se aplicó de nuevo á ella, y deseando santificar su disposicion, resolvió emprender un poema sagrado cantando los glorio-

sos hechos de algunos santos ó santas. El profeta Elías, al que él creia fundador de su Orden, y la Magdalena patrona de su casa, se presentaron á su imaginacion, y determinándose á componer el poema de la Magdalena, algunos dias despues de empezado le dejó por el de Elías, creyendo que este asunto le proporcionaria un campo más vasto y fecundo. El nombre de *Eliada*, que debia dar á su poema, le ilusionaba por la semejanza que tenia con la voz *Iliada*, pareciendole esto un feliz agüero para el buen éxito de su obra. Púsose á trabajar con decision, pero una pretendida revelacion le obligó á interrumpir su *Eliada* y á empezar el poema de la Magdalena. Un dia que estaba en Sta. Bome creyó ver en sueños á su querida, que lanzándole una terrible mirada, le echó en cara su inconstancia, mandándole volver á emprender su trabajo, anunciándole que si así no lo hacia, moriria en aquel mismo año. Este sueño que realzó su fogosa imaginacion, decidió de la suerte de su poema. Tomó empeño el P. Barthelemy en el poema de la Magdalena, y en cinco años no se ocupó de otra cosa fuera de sus deberes religiosos y de comunidad, contándose estuvo dias enteros estudiando sobre un solo verso, y tal vez fuera aquel en que representa á la Magdalena meditando á la vista de la cabeza de la muerte acerca de la fragilidad de la vida:

Elle voit son futur dans ce présent passé.

Luego que acabó el poema solicitó el autor le concediesen imprimirle, y al fin de muchos obstáculos que tuvo que vencer, se imprimió con el título de *La Magdalena en el desierto de Sta. Bome, en Provenza, poema espiritual y cristiano.* Publicada de incógnito la obra, permaneció durante diez años en el almacen del impresor, pero habiendo obtenido alguno un ejemplar, la hizo conocer de tal modo que en pocos dias se agotó la edicion y fué preciso hacer una segunda; pero este triunfo de su *Magdalena*, no le alcanzó ya Pedro de S. Luis, pues que murió ántes de que su obra resucitase. El que desee conocer este poema, puede consultar la edicion que M. de Monnoye hizo, acompañándola de un prólogo suyo en el que la juzga. Se asegura que S. Luis acabó tambien despues de ocho años de trabajo su poema *Eliada*, que se cree aún más singular que el de la *Magdalena*; sea lo que quiera de esto, pues que la *Eliada* no llegó á imprimirse, la poesía épica no era el solo talento del P. Pedro de S. Luis, pues que fué el hombre más hábil de su siglo para componer anagramas. Asegúrase que ahbia anagramatizado á todos los papas, á todos los emperadores, á los reyes de Francia, á los generales de su Orden y casi á todos los santos. Se dice que creia, como los rabinos cabalistas, que el destino de los hombres está marcado en sus nombres, y para prueba de este aserto citaba el suyo, pues que en los dos nombres de Ludovico Barthelemy, habia encontrado el anagrama *Carmelo se devovet*, y

en francés: *il est du Carmel.* Sábese que murió de una hidropesía de pecho, pero no se cita fecha, edad ni lugar, por el marqués de Aubais, que habló de él en el *Mercurio de Francia* de 1750, ni por ninguna de las citas que hace Moreri en su *Gran Diccionario Histórico*. — C.

PEDRO de S. Mateo (Hermano). Aunque este religioso carmelita no fué por su profesion más que hermano lego, merece ser mencionado por sus virtudes, y más que ninguna otra por la invicta paciencia de que Dios le dotó hasta tal extremo, que enteramente se complacia en padecer por amor de su buen Jesus, á quien conocia con un tan superior conocimiento que puede decirse bien eran sus luces mucho más excelentes que lo que de ordinario podia esperarse en capacidades como la suya. Nació en la pequeña villa de Guadalcazar, y en el convento de la misma tomó el hábito, profesó y pasó toda su vida, á excepcion de alguna que otra cortísima temporada, en que por obediencia hizo alguno que otro viaje acompañando á padres, ya cuando iban á la santa mision, ya cuando tenian algunas otras análogas ocupaciones de su ministerio. Fué profundísimo en humildad, á lo que le ayudó en gran manera una idea que formó de sí mismo, y fué que él deberia ser servidor de todos, y por consiguiente el último entre todos los religiosos, teniendo áun esta misma posicion tan humilde por muy superior á sus deméritos grandes segun su concepto; pero que si se examinaban llegaban apénas á ser imperfecciones ligerísimas consiguientes á la humana fragilidad, y que el Señor permite para que por ellas brille más su misericordia en hacer que de la misma confesion de ellas resulte la gloria para Dios y el bien para los que tuvieron la desgracia de cometerlas. Esta misma humildad suya le obligaba á hablar de rodillas á los sacerdotes y á confesar muchas veces su ineptitud, no de esa manera con que en el mundo se hace, que no es sino para buscar mayores aplausos y el acrecentamiento del mérito, sino con completa conviccion, con una persuasion tal de su miseria, que cuando á los demás decia ser el más indigno de todos, era porque él se lo imaginaba asimismo. No se crea que el haber de desempeñar los ministerios más penosos de la casa, cual era el acarrear agua, ir al puerto por pescado y demás mecánicas le quitaban el espíritu ni la fuerza para grandes penitencias y excesivas mortificaciones, nada de eso, iba á su oficio cargado de silicios, descansaba del campo tomando disciplinas larguísimas y tan crueles que le hacian brotar sangre por todas las partes de su cuerpo, y castigaba á éste para reducirle á servidumbre cercenándole el alimento de tal suerte que muchos dias no le daba sino pan, y otros alguna legumbre siempre mal condimentada, pues tenia él cuidado en desazonar aquello que le ponian para no tener siquiera este pequeño regalo. Nunca tuvo en su celda las ropas que permite la Orden, sino un solo hábito y este viejo, y en órden á calzado

siempre iba con las sandalias que otros habian desechado, siendo esto por consiguiente manera de mortificarse en los caminos que hacia á pie siempre, áun cuando llevase caballería; pues esta se la cedia á algun pobrecito, quedándose él muy satisfecho con haber aliviado á aquel miserable más necesitado que él segun aseguraba. Estando una vez en Ecija dió una caida, de la cual le resultó la fractura de una pierna, y tuvo en esta desgracia tal sufrimiento, que además de no quejarse á nadie ni hacer notar siquiera su novedad, no prorumpió siquiera en un quejido cuando fué curado, ántes por el contrario sufrió con gran paciencia la penosísima operacion, que fué tan cruel por haber ya pasado el tiempo de su oportunidad, que los mismos cirujanos que tuvieron que hacerla se conmovieron, y se conmovieron mucho más que el paciente, hasta el término de ser necesario que él les prestase el ánimo que nadie hubiera extrañado le faltase. Pidió al Señor como gracia especial el que se le pusiese en estado de padecer, pero que no le quitára la capacidad de trabajar, á lo cual accedió el Señor, permitiendo que cegára por completo, pero que su tino supliese á su vista, y ciego y todo pudiese servir á los religiosos como lo hacia remendándoles la ropa, y habiendo adquirido tal delicadeza en el tacto, que por él conocia no solo las cosas sino las particularidades de las cosas, de modo que despues de limpiarlas y arreglarlas las ponia en las celdas de sus respectivos dueños, sin que por casualidad se verificára el que equivocase ninguna. Todas las mañanas bajaba á la iglesia, donde atendida su devocion y á que no perdia el tino ni hacia ninguna cosa que no estuviese muy en su lugar, le permitian ayudar á misa, lo cual hacia con grande perfeccion, pudiéndose decir que la luz del espíritu suplia á la material; la noche la pasaba en oracion desde que la comunidad iba á maitines, que eran las doce, y en el resto del dia además de sus ocupaciones, en aquello que podia, practicaba muchas devociones y ejercicios de piedad y mortificacion, con los cuales era de gran edificacion á sus hermanos; pues fiados en su ceguera iban muchas veces á su celda y allí le veian santamente ocupado, sin que lo impidiera su presencia, que no advertia, y diciendo siempre á su amado Jesus: *¿Cuándo nos veremos los amigos?* Esta súplica, repetida sin duda muchas veces, hizo que el Señor le adelantase el tiempo de su posesion, para conseguir la cual se dispuso nuevamente por una confesion general de toda su vida, recibió los santos sacramentos, oyó con tranquilidad las preces de la Iglesia, y el dia 8 de Noviembre de 1631 pasó de esta á mejor vida, dejando á todos asombrados por la fe firme, por la invicta paciencia, por la sumision completa de su voluntad á los preceptos de los superiores y á las más ligeras indicaciones de sus hermanos, por su presteza en el servicio de todos, por su facilidad en comunicar á cuantos á él se acercaban los extraordinarios favores de que Dios le

colmó, por todas sus circunstancias, en fin, que hacen altamente respetable á Fr. Pedro de S. Mateo, que lego de profesion, como hemos dicho, fué un ornamento precioso de la religion del Carmelo, de esa ilustre familia á que han pertenecido personas de gran valer en cualquier acepcion que se tome esta palabra, y entre las que no será mucho contar al distinguido personaje cuya vida acabamos de reseñar.—G. R.

PEDRO DE SAN SEVERINO (Beato). Fué este esclarecido religioso franciscano dotado de un grande espíritu, no solo para procurar con él su propia santificacion, sino para hacer que se amoldasen á sus deseos siempre justos, y siempre de la mayor perfeccion aquellos con quienes tenia que tratar. Tuvo siempre mucho ascendiente con los demás religiosos, áun de su misma casa, y le eran muy sensibles las diferencias que habia entre los de la primitiva observancia y los de la reforma, á los cuales él pertenecia, por lo que con toda caridad y con cierta prudente insistencia instó á sus hermanos para que vinieran al verdadero terreno, es decir, al terreno del provecho para todos, mediante el órden y armonía que es indispensable haya entre hijos de un mismo padre, como lo eran unos y otros del seráfico Francisco. El resultado de las gestiones que hizo con cada uno en particular, fué que se resolvieran á remitir á Roma cerca de la persona del soberano pontífice Sixto IV un sugeto que haciéndole ver las razones, que eran bien óbvias, de conveniencia para el instituto, en que se volviesen á reunir los que estaban separados, y prestando éstos nuevamente obediencia al general, todos camináran de consuno á la grande obra que vino á plantear en el mundo el santo fundador de todos ellos. Como era consiguiente, Pedro de San Severino fué el comisionado para presentarse al Papa con tan importante mensaje, y obtuvo el más lisonjero recibimiento, que fué coronado por el éxito más feliz, pues que no fué solo su convento quien se redujo de nuevo á la obediencia de los superiores de la Orden, sino que á su ejemplo lo hicieron otros muchos que esperaban solamente una ocasion, es decir, que en su conviccion querian la misma cosa, pero que no se atrevian á propalarlo por si como los primeros motores de esta útil reforma. El Santo Padre vió con muchísima complacencia los deseos de este esclarecido religioso, y le dió toda la proteccion que sus piadosos intentos habian menester, nombrándole desde luego superior de una casa, que practicando la reforma que ahora establecia este religioso, hiciera revivir el primitivo espíritu del seráfico Patriarca. Esta casa se estableció en la iglesia de S. Gerónimo de Roma, que perteneciente á la Tercera Orden de S. Francisco, creyó el Santo Padre era muy á propósito para ensayar, digámoslo asi, el plan de este varon apostólico, y en efecto no fueron defraudadas las esperanzas de Sixto IV, pues fué aquella santa casa un plantel donde se cogieron abundantes frutos, sazonados

de buenas obras, en todo género de virtudes. Si no pareciera prolija esta narracion, entrariamos en pormenores muy dignos de notarse, ya acerca del espíritu de pobreza y de confianza en Dios con que el beato reformador estableció su casa, ya acerca de los favores que el mismo Dios le dispensára en justa correspondencia á sus buenos deseos; pero esto pareceria quitar el carácter á este artículo, razon por la cual nos contentamos con manifestar que á Pedro de San Severino, ó más bien á sus ruegos y fervientes súplicas se debió más de una vez el remedio de un modo prodigioso de necesidades de que parecia imposible que saliesen aquellos buenos religiosos. Es indecible el contento con que vivian bajo el gobierno de un superior tan á propósito, así como no se podia tampoco comprender, ni se explica, sino atribuyéndolo á una gracia, y gracia muy especial de Dios, el cómo este hombre que con razon y por todos conceptos era el primero en su naciente comunidad, fuera el último segun su apreciacion, y el que siempre escogia para sí el último lugar y los oficios más viles; es verdad que á esto le inducia un gran desprendimiento que tenia hácia todas las cosas del mundo, una profundísima humildad, que era el fundamento de todas sus buenas obras, un espíritu de grandísima mortificacion, segun el cual domaba su cuerpo con los más excesivos rigores, obligándole siempre á servidumbre. A todas estas cosas añadia una oracion tan fervorosa como continua, y esta es, á no dudarlo, la razon por la cual todas las cosas le salian tan bien, y sus palabras parecian siempre puestas en su boca por Dios mismo, y lo eran en efecto, pues si bien el Señor no le hacia ninguno de esos favores que se dejan notar y que ponen en gran peligro de extraviarse por el lado de la presuncion, nunca se apartaba de su presencia, y le hacia obrar segun convenia á los altos fines de su inefable Providencia. Bajo esta conducta tan ejemplar, tan conveniente y tan santa, vivió siempre para bien de sus hermanos y de la Iglesia, y este fué por consiguiente el camino por donde fué á la patria de los justos. Algunos autores, pertenecientes en su mayor parte á la misma Orden Franciscana, quieren que este Beato muriese en España; pero esta opinion, que á ser exacta honraria mucho á nuestra patria, no tiene fundamento; por lo que nosotros sentamos la más corriente, ó sea que el Padre Pedro murió en San Severino, y de aquí el nombre con que es conocido en los fastos de su Orden. De todas suertes, en lo que no cabe duda es en que su fallecimiento se verificó el dia 24 de Setiembre 1473, y que al momento mismo de verificarse, las gentes comenzaron á propalar las virtudes de este esclarecido fraile, comenzando desde luego el rumor que publicaba sus buenas acciones, y que decia de esa manera sorda, pero eficaz con que él suele dejarse sentir y que luego obligaron al vicario de Cristo en la tierra, el cual, como es consiguiente, recibió todas las pruebas que se hacen precisas para

declarar heróicas las virtudes del siervo de Dios. Satisfactoriamente se evacuaron éstas, y el resultado fué que la Iglesia consignó como beato al siervo de Dios Pedro de San Severino; asignó á su memoria en toda la Orden Seráfica el dia 24 de Setiembre de cada año.— G. R.

PEDRO de Sta. Clara (Beato). Entre los ilustres hijos que el Seráfico Francisco tuvo en el siglo XVII de la Iglesia, merece muy particular atencion el esclarecidísimo varon cuyas virtudes trazaremos á grandes rasgos, pues que su humildad suma no permitió viesemos de ellas sino aquellos destellos, que no pudo ocultar, y que sin embargo sirven para acreditarlo como un varon escogido de Dios en quien el Señor fijaba desde luego todas sus complacencias. Su apellido era Chubieco, y su familia una de las más distinguidas de Robledo, donde nació, por lo cual, como apellido agregado al nombre que desde luego aceptó en su Orden, se firmó mucho tiempo Fray Pedro de Santa Clara de Robledo. Desde su entrada en la Seráfica Religion dió á conocer sus buenas disposiciones para el estado á que nuestro Señor le llamaba, pues con una humildad profundísima y una sencillez que solo en un varon justo puede encontrarse, se sujetó desde los primeros momentos á aprender áun los rudimentos de la ciencia filosófica y teológica, cual si no hubiese hecho hasta entónces estudio alguno, aprovechando de tal manera que muy pronto se puso en disposicion de enseñar á los demás, como lo hizo, leyendo primero filosofía y despues teología á muchos jóvenes que salieron muy aventajados en ambas ciencias; pero no era el estudio ni la cátedra los lugares donde Dios queria que Pedro luciese para su gloria; por esto el Señor le retiró de allí para que diera los frutos de salvacion y vida eterna que él mismo le reservaba, haciendo que la dulzura de su trato y sus buenas maneras en el decir, así como la noticia de sus virtudes, obligáran á los superiores á mandarle por santa obediencia que se dedicára enteramente al púlpito y al confesonario, para lo cual le nombraron predicador conventual en toda su comarca. En efecto, parecia que no otra podia ser su aspiracion en el mundo que evangelizar el reino de Dios, pues acudian en torno suyo todos los pobres y se hallaban en su presencia tan consolados, que podia decirse con verdad que éste anticipaba la posesion de Dios, pues que derramaba con profusion extraordinaria en el corazon de aquellas pobres gentes una paz, un consuelo indecibles, con cuyos medios los recursos aconsejados por el Padre se ponian en ejecucion, y el logro del fin era el término de sus desvelos, pues todos los dias y á todas las horas iban los pobres pecadores á hallar en las cristalinas aguas de la reconciliacion con su Dios, la vida de su espíritu, el refrigerio que sus desalentadas almas deseaban y necesitaban precisamente, y el consuelo y tranquilidad á que el mundo no puede aspirar, y que nunca se logra sino cuando el alma está íntima-

mente unida á su Dios. A un natural benignísimo y lleno de dulzura para con todos, sin que lo fuera ménos con los miserables, pequeños é ignorantes que con los grandes y sabios, agregaba respecto á sí mismo una crueldad y rigor extremados, á efecto de los cuales su comida era de ordinario el pan más duro y resquebrajado que habia en la casa, remojándolo algunas veces para poder masticarlo; su cama una tabla ó á lo sumo una estera con un poco de paja, su vestido la túnica más vil y ésta sobre un asperísimo silicio; el tratamiento que daba á su cuerpo era no consentirle alivio ni descanso alguno, por muy fatigado y necesitado que se hallase, ó cuando se veia muy dominado del natural cansancio que excitaba su continuo ejercicio, arrimarse á una silla del coro ó reclinarse sobre la tarima de un altar, para que lo que parecia descanso excitase en él nuevamente el ánsia y anhelo de padecer y hacer más por la gloria y servicio de su buen Dios. En órden á la maceracion de su carne, causa horror el recordar sus sangrientas disciplinas, las cuales fueron cada dia por espacio de muchos años, hasta que la voluntad de su superior tuvo que intervenir en el asunto, obligándole por santa obediencia á tener ménos rigor consigo mismo. En órden á la obediencia, era tal su aficion á esta virtud, que áun en las cosas más pequeñas procuraba siempre sujetarse á ella, ofreciendo así á los demás en su conducta, la demostracion de lo que vale esta preciosa virtud, cuando en ella se obra con la elevacion de miras y con la seguridad y prontitud con que en todo obraba el esclarecido Fr. Pedro de Sta. Clara, religioso franciscano. Antes de pasar á examinar la vida pública, digámoslo así, de este insigne religioso, será bueno decir algo acerca de su espíritu de oracion, pues esto es á la verdad una circunstancia muy importante, decisiva en un religioso, cuya única ocupacion debe de ser el trato con Dios en este ejercicio santo, y el aprender en esta escuela de perfeccion la perfeccion misma á que Dios llama á todos los que escoge para que le sirvan en las comunidades religiosas. Fué pues el P. Pedro muy dado á este santo ejercicio, y en él el Señor le favoreció con singulares muestras de su amor, no sin haberle probado ántes en el crisol de la gran tribulacion de sequedades y otras amarguras con que Dios sabe hacer más fieles á aquellos mismos que pareciera no debian experimentar disgusto alguno por la razon de que son de Dios muy amados; pero la conducta de este celosísimo religioso debe ser nuestro norte, al propio tiempo que será nuestra confusion, pues que sin permitirse la menor queja en la desolacion y desamparo de su alma, sin tomar la menor alegría en esta favorabilísima disposicion de éxtasis y demás delicias espirituales que Dios le hizo experimentar muchas veces, pasaba sin violencia de uno á otro estado, y en todos ellos se tenia por muy dichoso con hacer la voluntad de su Dios, que era, segun él decia, lo único á que puede aspirar un religioso, ya se

considere en órden á sí mismo, cuyo solo fin es buscar la gloria del Señor, ya se considere en órden á los demás, á quienes es preciso servir, complacer y amar, porque en esto está el verdadero servicio, amor y complacencia del Señor. Por esta su resignacion á todo, llevaba con tranquilidad los desprecios con que alguna vez pensaban maltratarle sus enemigos, con esta dulce afabilidad se anticipaba él á servir á sus hermanos, y no se crea que los servia en los ministerios honrosos ó que podian prestar algun aprecio, sino en los más viles é insignificantes, teniendo él en verdadera estima y como su único honor el ser considerado como el último; todo lo cual, que es muy grande perfeccion, era debido á la práctica de oracion con que se santificaba y santificaba á cuantos tenia cerca de sí, lo cual llegaron á notar sus hermanos y superiores, siendo acaso este el motivo por el cual le dieron la prelacía primero de su casa, y luego, en atencion á lo bien que la habia desempeñado, la de toda la provincia, la cual recorrió sin más acompañamiento que un hermano, al cual procuraba toda especie de comodidades, al propio tiempo que él sufria cuantas incomodidades eran consiguientes á un caminar sin más prevencion que la esperanza en Dios, sin más auxilio que el que viniese del cielo. ¿Qué podia, pues, desearse de un prelado, que áun en el tiempo de su prelacía no admitió nunca ni distinciones ni ninguna de las justas consideraciones que á tan importante cargo son inherentes? Oh! lo que ciertamente sucedió, fué que atrajera á todos con su ejemplo, y que en su tiempo se viesen libres las casas de su Orden de ciertas imperfecciones, que son semilla de otras mucho más notables, y que hacen retrasarse á los religiosos en sus espirituales adelantamientos. Por esto estuvo tan en auge la provincia de S. José durante la prelacía del P. Pedro de Sta. Clara, porque no salia de sus labios una palabra que no fuera caridad, como no se le veia una accion que no fuese edificante, y con esto se hace la apología de sus buenas prendas mejor que con irlas refiriendo una por una, lo cual no vendria por último á ser más que el demostrar lo que llevamos anotado. Muy querido, pues, de todos sus súbditos, veian estos con dolor cortarse el hilo de su existencia, y no hubieran dudado en sacrificarse todos por alargar los dias de este venerable varon para bien y provecho de la Religion Seráfica; mas á Dios plugo poner término á la vida ejemplar de su siervo, para que comenzase desde luego á gozar de la dicha y ventura que le preparaba, y por tanto despues de una penosa enfermedad, que no fué muy larga pero sí molestísima, y tan aguda que no permitió siquiera el trasladarle á Oropesa, que era donde se curaban los enfermos que caian en la casa de Nuestra Señora del Rosario, entregó plácidamente su espíritu á Dios el dia 19 de Diciembre del año 1602, siendo su muerte muy sentida de todos, y su sepulcro glorioso, pues ha querido el Señor obrar raros prodigios por las súplicas

que á nombre de su favorecido siervo le han dirigido muchas gentes, las cuales han hallado el remedio de sus males en la proteccion decidida con que el siervo de Dios ha atendido á sus plegarias. Parece fuera de propósito decir que todos los conventos de la provincia habian deseado poseer el depósito de su cadáver, pero ello demuestra patentemente el aprecio en que siempre se le tuvo, ni podia ser otra cosa, porque siendo como era un verdadero religioso, lleno de virtudes, muy perfecto en todas sus obras, tenia que admirar á todos y ser su memoria imperecedera, como lo es en efecto, pues que en todos los conventos de la Seráfica Religion se recuerda en el dia 19 de Diciembre al beato Pedro de Sta. Clara, religioso de la provincia de S. José.—G. R.

PEDRO DE STA. CRUZ (Venerable P. Fr.). Fué este distinguido monje benedictino natural de Nájera, é hizo su noviciado y profesion en el monasterio de Oña, donde desde luego se distinguió por su exactitud en la observancia de las reglas y constituciones, por su sumo recogimiento, por su asidua constancia en asistir al coro y por una abstinencia y mortificacion que parecieran imposibles si no estuviesen depuestas en testimonios irrecusables y por personas de gran veracidad. Como en la Religion Benedictina se pone siempre el mayor cuidado en que cada monje atienda á aquello para lo cual es llamado por Dios, nuestro P. Santa Cruz fué nombrado muchas veces prior mayor para que hiciese que el coro fuera con aquella exactitud, parsimonia, decoro y solemnidad que son debidas á las alabanzas que á Dios tributan los monjes, no como quiera en concepto de personas particulares, sino como encargados por los fieles de este augusto ministerio de alabar al Señor, atendiendo sus superiores para esto al gran deseo con que el beato iba siempre á cumplir con el oficio divino, sin que nunca fuera obstáculo para él ni lo molesto de una noche fria, ni lo incómodo de un dia caloroso, ni la consideracion de la fatiga producida por las molestias consiguientes á la vida monástica. Pasó á desempeñar el mismo cargo de vicario de coro á los conventos de Madrid; y de allí, en atencion á sus méritos, á los grandes servicios prestados á su religion y á lo á propósito que era para abad, lo nombraron tal de la pequeña casa que la Orden tenia en Asturias, llamada de S. Pedro de Villanueva. Allí mostró toda su aficion á la soledad y retiro; pues no salió de su casa en los cuatro años que le duró la abadía más que lo puramente indispensable. Era tambien muy rigoroso en órden á la santa pobreza, verificándose muchas veces que le daban hábitos nuevos, y él ó los cambiaba ó los daba á otros monjes, contentándose él con los más viejos y usados y remendándolos por su propia mano, para que fuesen así ménos notadas sus necesidades de ropa y no viniese la obediencia á obligarle á lo que él decia ser demasiado regalo y áun profanidad en un monje. Luego que

hubo pasado cuatro años (de 1625 á 1629) rigiendo con grande acierto y edificacion la casa de S. Pedro de Villanueva, fué llamado de nuevo á Oña para que continuára en su cargo de director del coro, y era mucho más exacto que ántes, si cabe, no permitiendo á nadie ni por ningun concepto la más mínima distraccion, y acercándose con mucha dulzura á cualquiera que se descuidaba, y diciéndole: *Mire, Padre, que aquí está Dios.* No reparaba para hacer esta justa advertencia ni en la categoría ni en la edad de aquel á quien tenia que dirigirla, diciendo muchas veces con gran donaire: respetable es la edad, ciencia y dignidad, pero es mucho más respetable la morada de mi Dios. Acabado el desempeño de su oficio se recogió á su celda, y allí empleaba el tiempo en oracion, lectura espiritual ó en mortificar su cuerpo, al cual domaba, además de la frecuencia de ayunos y casi continua abstinencia, con crueles disciplinas y ásperos silicios que llevaba siempre, bien que cuidaba de ocultar estas virtudes á los ojos de los demás. Era su trato extraordinariamente afable y sus maneras muy cariñosas para todos, encontrando en sus siempre prudentes consejos alivio y consuelo cualquiera á quien agobiáran penas ó afliccion por hondas y terribles que fuesen. Bajo este tenor de vida llegó á la edad de ochenta y más años, no sin achaques, pero sí sin hacer caso de ellos y haciéndose en todo superior á la misma debilidad que es consiguiente á una edad tan avanzada y pasada toda en los rigores de una incesante mortificacion. Treinta dias ántes del de su fallecimiento recibió un golpe terrible bajando al coro por la escalera principal de su monasterio, se hizo daño en un hombro, no se quejó, y resultó de aquí que se le formára una postema tan grande y tan intensa que causaba muchísima pena el haber de curarla, lo cual era indispensable. Podremos formar una idea de lo que sería su padecimiento con solo decir que un hombre tan mortificado como él lo era, no podia tolerar su cura sin lanzar ayes terribles que conmovian de una manera indecible á todos los que se hallaban presentes. El formarse las materias que en abundancia le sacaban á la hora de la cura, le impedia el descansar de noche; siendo admirable el que á pesar de esta molestia se mostrase, no solo contento sino satisfecho, y dijera á todos cuantos se lamentaban de este su trabajo, que él no de otra suerte se hallaba que si durmiera cada noche siete horas. Pasando, pues, treinta dias en los más graves padecimientos, llegó la vigilia de Todos los Santos del año de 1642, y á pesar de todo ayunó y cumplió el rezo con la mayor exactitud. Un hermano suyo le dijo Misa en la celda al dia siguiente, y le administró la santísima Eucaristía, que recibió con extraordinario fervor, siendo efecto de los consuelos que el manjar eucarístico habia derramado en su alma, el que hablase á todos con el mayor acierto, dando á cada uno consejos que hubiera sido imposible se hubiesen puesto á su alcance sin una especial

gracia divina. En esta situacion pasó el dia, hasta que al ponerse el sol notaron los monjes que su color palidecia y se desfiguraban sus facciones; le administró el Abad la santa Extremauncion, segun costumbre en las casas de la Orden, luego se le hizo la recomendacion del alma y se le aplicó la indulgencia plenaria de la bula, á todo lo cual ayudó él con perfecta entereza, oia con docilidad las amonestaciones que le dirigian, y cuando la mayor parte de la comunidad hubo de dejarle por asistir á maitines, él y los que le acompañaban se ejercitaron en actos de fe, esperanza y caridad, volvió á decirles que ansiaba ir á su Dios como ya algunas veces les habia manifestado, y con el más tranquilo aspecto, sin desfigurarse en nada su apacible rostro, pasó de esta á mejor vida en la tarde del dia 1.° de Noviembre de 1642. Su cuerpo fué depositado segun la costumbre del monasterio en un ataud, que se colocó en medio de la iglesia, y las gentes admiradas de sus ya premiadas virtudes, venian no á llorarle como se llora la muerte de un amigo ó pariente cuyo término en órden á su felicidad eterna se duda, sino á derramar lágrimas de consuelo por la dicha en que ya le creian, á dar gloria á Dios por el triunfo que le habia concedido, á depositar sobre su cadáver los acentos de sus sentimientos, es decir, inscripciones y versos que decian muy bien lo que habia sido el P. Pedro de Sta. Cruz y el concepto que de él habian formado cuantos le habian conocido, concepto que se confirmó despues con la declaracion de la Iglesia que le proclamó beato, y que ya se habia asegurado en una circunstancia muy especial ocurrida en su fallecimiento, y que fué que todos los monjes con avidez extraordinaria se procuraron alguna de las cosas que constituian el ajuar de su modestísima celda, disputándose á porfía la gloria de tener algo del beato Pedro de Sta. Cruz, cuya memoria es gloriosa á su religion el dia 1.° de Noviembre de cada año.— G. R.

PEDRO DE STA. FE (P.). Solo puede decirse con certeza acerca de los primeros años de este distinguido varon, que inglés de nacimiento, hizo toda su carrera en París, donde fueron grandes sus adelantos en las ciencias eclesiásticas, hasta tal punto que la circunstancia de ser extranjero no le privó de que la universidad de Paris, no solo le confiriera el grado de doctor, sino lo que es mucho más, que le hiciese catedrático en su propio seno, prefiriéndole á otros muchos varones franceses de gran valía, y que sin embargo no llegaban al mérito y saber de este hombre verdaderamente distinguido. Como una prueba de su gran capacidad y del provecho que sacó de sus estudios, citaremos el que renunciando no solo á sus cosas sino á sí mismo, se puso bajo la obediencia de otro, tomando el hábito de religioso carmelita y haciendo raros progresos en la virtud, así como los habia hecho en las ciencias durante sus estudios y como aún los hacia en los adelantos

que sus instrucciones procuraban para que se llegase con la mayor facilidad posible á la adquisicion de los conocimientos necesarios y convenientes á los ministros del altar. No era solo en la cátedra donde enseñaba: si mucho adelantaban sus discípulos oyendo su voz en el aula, mucho ganaban tambien los fieles con escuchar su autorizada palabra desde el púlpito, por lo cual era frecuentísimo el ejercicio de la predicacion á que se dedicó este grande hombre, llevándose tras sí un concurso inmenso que salia siempre conmovido y convencido por la fuerza de sus razones, por la espontaneidad de sus sentimientos, encaminados siempre al bien de todos por medio de la comunicacion á todos de la gracia de Dios que el Señor permitia se difundiera por sus labios y llegase hasta los corazones más endurecidos y ménos dispuestos. Esta es la razon por la cual siempre que la Religion Carmelitana tenia que hacer misiones, ó dar ejercicios á los que se preparaban á los órdenes sagrados, ó traer al mejor servicio de Dios á aquellos que eran puestos á su cuidado por haber cometido algunos deslices, en los cuales era necesario un castigo, la comunidad echaba mano del P. Sta. Fe en la firme conviccion é indudable seguridad de que él tenia tino para con los unos y acierto para con los otros; y el éxito acreditó no ser infundadas las esperanzas de los prelados, pues se vió mejorarse la conducta de eclesiásticos que parecian incorregibles; ir al altar con santas disposiciones ó apartarse de la carrera eclesiástica los que no se sentian con todas las debidas; y por último, se vieron pueblos enteros que habian estado largo tiempo olvidados de sus deberes y distraidos en la observancia de los preceptos de la Iglesia hacerse fieles observadores, no ya de las cosas que afectan á todos sin distincion, sino de aquellas otras que son como el fundamento de la más sólida perfeccion cristiana, y todo esto por efecto de los esfuerzos del P. Pedro; pues conociendo con la gran viveza de su imaginacion las inclinaciones de cada uno, procuraba amoldarse en sus explicaciones y pláticas á las necesidades de cada cual, obviando así con oportuno acierto todos los inconvenientes que se les oponian á tomar el medio justo que les hiciera obrar segun los designios de Dios y en perfecta armonía con lo que reclama su ley santa y nuestro provecho. Cuando la herejia del desgraciado Wiclef invadió los estados de Inglaterra, pareció conveniente á la Orden mandar allí al P. Pedro, siquiera no hubiese para ello otra razon que la de ser él inglés, y comprender por consiguiente el idioma, para lo cual el Romano Pontífice le habia autorizado dándole el título de inquisidor general con todas las prerogativas y circunstancias de tal, facultándole para resolver los casos que ocurrieran conforme le pareciese, autorizándole para que comisionase á las personas que bien le pareciera para absolver á los que se convirtiesen á la fe, dándole ilimitada y amplísima facultad para constituir el tribunal cuando y donde lo creyera

oportuno, para llamar en su ayuda á los ministros eclesiásticos ó seculares que le pareciese conveniente, para sacar y cobrar los impuestos, que como pena procediera aplicar á los fines de la propagacion de la fe, para hacer de estos mismos bienes el uso que le pareciese más oportuno, sin estar obligado á rendir cuentas más que, si acaso, al Soberano Pontífice; absolviéndole de las obligaciones de su Orden, por razon de su cargo y penoso ministerio, en el cual ocupaba casi todo el dia y gran parte de la noche. Mas de esta gran prerogativa que la Santa Sede le concedió espontáneamente y sin que precediera la más leve indicacion por su parte, nunca usó el respetable carmelita, pues áun privándose de su descanso y sin más tiempo que el indispensable para los actos de comunidad, asistia á estos con tanta exactitud como pudiera hacerlo el último novicio, no habiéndose verificado ni una sola vez el que se hiciera servir á deshora la comida, ni áun en los dias en que tenia ocupacion en su tribunal; pues entónces lo sumo que solia consentir era el que, aguardando la hora de comunidad, se le sirviera la otra comida á que no habia podido asistir. Se omite por sabido el decir que á pesar de la elevada posicion en que le constituia su cargo, nunca consintió en que se le tratase sino como al último religioso, diciendo con extraordinaria gracia, que si algo tenia él de bueno y de aceptable á los ojos de Dios y del mundo, era el pertenecer á la Orden Carmelitana. Así es que en la elevacion como en el estado comun, en las prelacías como en el ejercicio del sagrado ministerio de la predicacion, y en sus últimos dias como en los de su noviciado, el P. de Sta. Fe fué un verdadero religioso, cumpliendo con exacta fidelidad los compromisos que contrajo en el dia de su profesion, y dejando á todos el ejemplo de la humildad más profunda y de la observancia más puntual, llevando ésta hasta el extremo de obligar á sus hermanos á que no le considerasen en nada como inquisidor general, sino como fraile carmelita. Durante su enfermedad y en sus últimos momentos, los cuales ciertamente fueron de una edificacion extraordinaria, quiso mostrarse como verdadero hijo de María, imitando á la Señora en el amor de sus hermanos y exhortando á éstos á la union y á que en todo mirasen únicamente por la gloria de Dios y por el aumento, prosperidad y bienestar de la Orden. Con estas exhortaciones y cumpliendo hasta la más menuda prescripcion del ceremonial carmelitano, entregó á Dios su espíritu con el mayor sosiego y con sentimiento de todos el dia 8 de Noviembre de 1462, dejando como recuerdo de su saber las obras que con el título de *Præconia sententiarum*,—*Alphabetum theologicum*,—*Placita theologiæ*,—*Determinationes variæ, etc.*, se imprimieron bajo su ilustre nombre.—G. R.

PEDRO VIDAL (Sor Delfina de Jesus). Nació esta contemporánea religiosa, y acaso parienta de Sor María Francisca Pedro de Cascajares, en Villarluengo

de Aragon, y fué religiosa franciscana de su convento de nuestra Señora de Monte Santo. Falleció en 1714, y dejó manuscritas las obras siguientes: *Avisos espirituales*; — *Ejercicios de Adviento*; — *Ejercicios para el ayuno de Cristo*. En estas obras revela esta religiosa su gran piedad y el amor que abrasaba su corazon por su divino esposo Jesucristo.—A. C.

PEDRO (Juan de). Llámase á este religioso tambien Juan de la Piedra. Fué este eclesiástico de nacion aleman, en cuya lengua se llamó Heynlin. Segun Petreius, en su *Biblioteca*, fué doctor en París y despues entró en la órden de los Cartujos, constando vivia en los años 1494, en el que aparece autor de diversos tratados de filosofía y de teología, únicas noticias que de él se tienen.—C.

PEDRO (L.), patriarca de Oriente. Era natural de Eleuteropla, y sucedió al patriarca Juan en 524. Seis años despues comisionó á S. Sabas para que fuese á Constantinopla con el objeto de pedir auxilios contra los samaritanos sublevados, que lo llevaban todo á sangre y fuego en la Palestina. A estos movimientos siguieron en 532 los de los Origenistas, que por la molicie del Patriarca turbaron la Iglesia el restante tiempo de su gobierno. El 19 de Setiembre de 536 celebró un concilio, en que anatematizó á Antimo, patriarca de Constantinopla, en cuya comunion habia entrado anteriormente. En 541 asistió de órden del emperador Justiniano al concilio de Gaza, en que se depuso á Pablo, patriarca de Alejandría. En 544 suscribió, aunque á pesar suyo, con los demás patriarcas el edicto de Justiniano contra los tres capítulos. Pedro murió en este mismo año, siendo mirado como un prelado débil, aunque de rectas intenciones. — S. B.

PEDRO (Sor Luisa de). Fué esta religiosa de la esclarecida órden de San Agustin natural de Morella, hija de los piadosos esposos D. Antonio de Pedro y Doña Juana Alava, familia cuya distincion procedia tanto de su linaje esclarecido, como de una piedad todavía mayor que su nobleza, y que parecia iban heredando todos los que á ella pertenecian. Este fué sin duda el primer móvil que á la jóven Luisa inclinó á aceptar por esposo únicamente á Jesucristo, y á consagrarse á su servicio como religiosa en el muy ejemplar convento de Agustinas de su mismo pueblo, donde hizo su profesion solemne el dia 19 de Enero de 1610, despues de haber dado durante su noviciado muestras inequívocas de que su vocacion era verdadera y su deseo firmísimo de servir á Dios y dar buen ejemplo á sus hermanas, que desde luego formaron acerca de ella las más lisonjeras esperanzas, que el tiempo acreditó ser fundadas, y en nada se defraudaron. Con efecto, apénas emitió su solemne profesion, cuando resolvió en su corazon estrechar íntimamente con su celestial Esposo aquella union que forma las delicias de las almas santas, y que les da como alas para volar por el ejercicio de todas las virtudes y por

la tolerancia de todo sufrimiento, á la altísima cumbre de la perfeccion cristiana. No han podido llegar á nosotros las muchas particularidades por las cuales esta esclarecida hija de Agustin se asemejaba á su santo Patriarca en el celo práctico por la gloria de su divino Esposo; solo hemos sabido, y lo acreditan documentos irrecusables, que Sor Luisa era mirada por todas sus hermanas con especial veneracion, á causa de sus grandes virtudes; pues poseia una obediencia perfectísima, era extremadamente pobre en su corazon, y afligia su cuerpo con extraordinarias penitencias, sujetándole al dominio de su espíritu, cuya nobilísima parte de su ser recibia continuas y abundantes recreaciones, ya en la oracion, ya al recibir el adorable sacramento de la Eucaristía, del cual era devotísima, acercándose á él con tan exquisita preparacion y ardiente deseo, que no pocas veces se vió salir de su rostro como un resplandor que daba idea de sus ardientes ansias, y al propio tiempo de su pureza de conciencia. Tenia el mayor esmero para cumplir su obligacion del rezo divino, no pudiendo ninguna de sus compañeras recordar el que una vez siquiera se la hubiese visto hablar, ni áun moverse apénas durante el largo rato que se dedicaba al coro, ocupacion favorita de nuestra religiosa, que por lo mismo que la halagaba tanto y era tan conforme á la perfeccion de su estado, la llevaba la mayor parte del tiempo. Así pasó veinte años poco más, dando á su espíritu alas para volar hácia Dios, domando su carne para que pudiera toda ella ser un sacrificio que Dios aceptára, y que siéndole agradable, experimentára este mismo agrado de Dios en una eternidad feliz. Verificóse con efecto que á su muerte, acaecida en Abril de 1630, despues de recibir los santos sacramentos, quiso su celestial Esposo acrisolarla más y más de algunas ligeras imperfecciones, por las cuales estuvo en el santo purgatorio, desde donde reclamó á sus hermanas el auxilio de sus oraciones, las cuales y la misericordia del Señor la sacaron de tan horrible cárcel, segun revelacion que vió el P. Guimerá, gran siervo de Dios, que por entónces estaba en Morella, y al cual aseguró el Señor la feliz posesion del cielo de que ya gozaba Sor Luisa, cuyo nombre y virtudes nunca olvidarán sus hermanas.—G. R.

PEDRO (Fr. Tomás). Fué este distinguido religioso hijo del gran patriarca S. Francisco, y de una erudicion y piedad nada comunes, á pesar de que unas y otras excelentes dotes las tuvo ocultas bajo una profunda humildad, con la cual encubrió hasta el nombre de sus mayores. Su carrera, como su profesion y toda su vida casi, fué en Barcelona, donde desempeñó los cargos más importantes de su convento con una exactitud y prudencia tales, que por muchos años fué reelegido, tanto en las prelacías como en el importantísimo cargo de maestro de novicios, para el cual era tan á propósito, que salian de su noviciado hechos ya religiosos perfectos; bien es verdad que á la conti-

nua enseñanza de la palabra agregaba la no ménos importante de la obra, no habiendo ninguna cosa á la que los excitára sin haberse él ejercitado muchísimo en ella, y pudiendo, por consiguiente, como práctico, hacerles ver las ventajas de lo que les prescribia, ofreciéndoles tambien á la consideracion, como fruto de un detenido estudio, el inconveniente de aquellas otras cosas de que les aconsejaba se retiráran, y que les presentaba como peligrosas para su bien espiritual, único anhelo de este celosísimo maestro, que podia al mismo tiempo considerarse como padre de sus novicios, pues teniendo con ellos todo el rigor necesario para hacerles aprender y practicar cuanto era débido en órden á su adelanto espiritual, tenia para con ellos todo el afecto de un cariñoso padre, excitándoles siempre con benignidad y dulzura á que buscáran lo que les convenia, retrayéndoles con energía y afabilidad de aquello en que pudiera encontrarse algun peligro para sus almas, por lo cual era grandísimo el sentimiento de los jóvenes cuando pasados los años que debian estar con Fr. Tomás, tenian que ir con los otros superiores, que solian no inspirarles tanta confianza, porque no veian en ellos tanta dulzura y afabilidad como en el distinguidísimo varon de que nos ocupamos. Por más que él quiso ocultar en el trato con sus novicios lo extenso de sus conocimientos en sagrada teología no lo pudo lograr; así que conocido por sus superiores cuán á propósito seria para la enseñanza, le obligaron á dedicarse á ella, y le hicieron lector de sagrada teología en la misma casa de Barcelona; de suerte que para algunos fué maestro en lo espiritual como maestro de novicios, y maestro en la ciencia de Dios como lector de esta sagrada facultad, en cuya enseñanza fué muy útil, pues por su buen talento y aplicacion estableció gran órden en sus explicaciones, y esto produjo indudablemente un gran deseo en los jóvenes discípulos no solo de oir sus explicaciones, sino tambien de ampliarlas luego, consultando las obras que él citaba, y en cuyo estudio se adelantaba mucho pára poder despues formar por sí mismo juicio, siempre bajo la tutela del maestro y de la universal maestra la Iglesia de Cristo. Este distinguido teólogo vivia á fines del siglo XIII y principios del XIV, por lo que como entónces se agitaba la cuestion de la Concepcion inmaculada de María, cuyo singularísimo privilegio han defendido con tanto entusiasmo los religiosos franciscanos, escribió muy bien una obra que tituló *Tractatus de Conceptione Virginis Mariæ*, siendo muy de sentir el que no hayamos podido alcanzar más noticias acerca del respetable P. Fr. Tomás Pedro, religioso franciscano, de buena capacidad y de bastante virtud.—G. R.

PEDRO (Isabel de S.). Célebre religiosa de la órden de S. Agustin, que dió señales de la suma elevacion á que Dios la destinaba desde ántes que tuviese edad para discernir ni obrar con conciencia de lo que hacia. En efec-

to, siendo muy niña, y hallándose en Requena, su pueblo, en compañía de su madre, señora muy piadosa, la obligó con grandes instancias á que socorriese á un pobre infeliz, el cual la aseguró que sería religiosa en un convento de mucha estrechez, por lo que sus piadosísimos padres la educaron desde luego con intencion de consagrarla á tan perfecto estado, pero sin violentar en lo más mínimo su inclinacion, ántes bien haciéndola ver la perfeccion que exigia esta nobilísima empresa de consagrarse á Dios que ella queria acometer, y que por fin llevó á feliz término, no sin haberlo ofrecido muchas veces á los pies de Jesucristo crucificado, especialmente cuando con motivo de alguna travesura, que eran en ella frecuentes por su carácter vivo é índole especial, queria evitar el castigo que su buena madre la imponia para curarla de los resabios que habrian sido fatales para ella misma, si se los hubiese dejado arraigar y crecer. Fué, pues, ejemplar en su conducta como seglar, miéntras llegó á la edad conveniente para entrar en el noviciado que hubo de preceder á su profesion religiosa, y hecha ésta, creció en virtudes, de manera que era la admiracion y encanto de su comunidad de Agustinas de Requena, excitando de tal manera la atencion de hermanas y prelados, que cuando hubieron de escoger las religiosas que habian de ir á la fundacion de Valencia en 1643, desde luego designaron á Sor Isabel como una de las más á propósito; y lo era en efecto, pues reunia á todas las circunstancias que constituyen una perfecta religiosa, la especial de ser de un trato dulce y benigno, muy conforme al espíritu de mansedumbre y humildad que tanto encomienda nuestro adorable Redentor. Veamos ligeramente sus virtudes, y hallaremos confirmada esta verdad. Si atendemos á la exacta vigilancia con que miraba por su alma, cuidando de purgarla hasta de la más pequeñas imperfecciones, la hallaremos examinando con diligente esmero su conciencia, y apuntando con extraordinario cuidado todas sus imperfecciones en un libro que para este fin llevaba siempre consigo: si queremos ver su espíritu de oracion y su amor á Dios, la hallaremos arrobada en éxtasis y pasando frecuentemente no una hora ni dos, sino hasta seis ú ocho meditando las verdades eternas ó agradeciendo los beneficios de Dios, sin que quedára á su espíritu ofuscada ni por un momento la presencia de su celestial Esposo, para conservar la cual hacia los más decididos esfuerzos. Su desprecio de las cosas del mundo fué tal, que no contenta con abandonar sus bienes y dejar sus riquezas en el siglo, ambicionaba en la religion únicamente el que se le diera lo peor y lo ménos, llegando su desprendimiento hasta el extremo de guardar con cuidado las mismas cosas que á ella le daban para sostener su salud delicada, y ofrecérselas á las demás religiosas, excusándose áun de esta tan justa preferencia. Su paciencia y resignacion eran á toda prueba, y no pudieron alterarla ni los malos tra-

tamientos, ni las repetidas é injustas injurias con que la molestaban muchos, sin otro fin que el de probar su paciencia. Fué de muy grande espíritu de mortificacion, y tan devota del adorabilísimo misterio de la Eucaristía, que toda se conmovia cuando oia tocar á comulgar, y presurosamente dejaba cuanto estaba haciendo para ir á adorar y recibir á su inefable Esposo, que tenia con ella las más íntimas complacencias, derramando en su corazon los más delicados carismas. Así vivió para ejemplo y admiracion de sus hermanas, permitiendo el Señor que sus acreditados méritos fueran recompensados áun en el mundo con un grande aprecio por parte de las demás religiosas á sus amonestaciones y consejos; bien es verdad que como estos los dictaba siempre con oportunidad, y aquellas las dirigia con la mayor dulzura, no podian ménos de atraer á los que la escuchaban, y obligaba en cierto modo á aceptar á ojos cerrados sus determinaciones. Bajo la práctica, pues, de tan excelentes virtudes, dotada de tan bellas cualidades y conforme siempre con los designios de Dios, sufrió una penosísima enfermedad, durante la cual recibió varias veces los santos sacramentos de Penitencia y Eucaristía, y por último, la Extremauncion, despues de lo cual, y habiendo recomendado á sus hermanas la observancia de las reglas y constituciones, y rogádolas el perdon, que ciertamente no tuvieron de qué dársele por no haberlas irrogado ofensa alguna, cuando léjos de eso las habia dado motivos de agradecimiento eterno, llena de méritos y agobiada por la enfermedad, entregó plácidamente su alma á Dios el dia 5 de Febrero del año de 1681, dejando en la comunidad un recuerdo gratísimo que endulzó prontamente la pena que causára su pérdida, porque todas sus hermanas creyeron con fundamento que en el momento de fallecer Sor Isabel de San Pedro era la época en que la comunidad adquiria en el cielo un nuevo protector en esta religion perfectísima que sin querer nunca aceptar cargos ni ocupaciones extraordinarias en sus conventos, les proporcionó la dicha de que se gloriasen en sus virtudes y merecimientos.—G. R.

PEDRO el Dive (Lescelina de S.). Esta virtuosa señora que murió monja en la abadía de su nombre llamada *Sanctus Petrus supra Divam*, villa considerable de Normandía en la diócesis de Seez, que está situada en la ribera del Dive á cuatro legas de Falaise y siete de Caen, fué esposa de Guillermo, hijo natural de Ricardo I, duque de Normandía, conde de Eu y de Exmois, del que tuvo tres hijos, que fueron, Roberto sucesor de su padre en los bienes, Guillermo gobernador de Soissons y Hugo obispo de Lisieux, prelado de gran piedad y ciencia. La iglesia de S. Pedro-sur-Dive, tiene una capilla de Santiago que la sirve de anejo, y un hospital; y la villa, que consta de unos mil trescientos habitantes, es célebre por su mercado de caballerías que celebra todos los lunes, y por sus ferias anuales, siendo en aquella abadía en lo an-

tiguo de nombramiento del abad todos los empleados superiores de la villa, que era tambien vizcondado. Cuando Geofroy, conde de Anjou, fué á Normandía á sostener sus pretensiones á este ducado, despues de haber asolado á Exmois, invadió á S. Pedro-sur-Dive, á cuya villa salvó el abad y sus religiosos del pillaje, dando al conquistador ciento diez marcos de plata. Esta abadía, que es el principal ornamento de la villa, pertenece al siglo XI y su iglesia está consagrada á la Madre de Dios, llamándose en lo antiguo nuestra Señora del Espino, del nombre del sitio en que habia sido hecha. Cuéntase que una mujer del pueblo de Val, que iba peregrinando á la capilla de S. Ferreol en la parroquia de Conrey, se detuvo en S. Pedro-sur-Dive, hizo su oracion en el sitio en que se estaba construyendo un castillo, y dejó en él la ofrenda que llevaba á S. Ferreol. Burlándose de ella los obreros por esto, respondió la mujer que sabia lo que se hacia, y habiendo llegado esta accion á noticia de Guillemer, cura de S. Pedro, hombre de gran virtud, aseguró un dia á sus feligreses que por despreciable que fuese entónces su morada, llegaria un tiempo en que se construyese en él un monasterio de religiosas á las que sucederian los religiosos, y esta tradicion llegó á confirmarse. Guillermo, hijo natural como hemos dicho del duque de Normandía Ricardo I, cambió en monasterio el castillo de que acabamos de hacer mencion, resolviéndose á vivir en él despues de haberse casado con Lescelina, hija de Turquetil d'Harcourt. Habiendo muerto el conde sin haber podido ejecutar su designio, le llevó á cabo su esposa la piadosa Lescelina. A este fin reunió en el nuevo monasterio una comunidad de vírgenes, con las cuales se proponia vivir retirada del mundo para consagrarse enteramente á Dios por medio de los votos de la religion. Viéndose las nuevas religiosas expuestas continuamente á los insultos de los habitantes, Lescelina tomó el partido de trasladarlas á Lisieux, en donde auxiliadas con los consejos y liberalidades de su hijo el obispo Hugo, fundó un nuevo monasterio que aún subsiste, con el nombre de S. Desir; áun cuando su iglesia se halle tambien consagrada como aquel á la Madre de Dios, dando á sus religiosas la regla de S. Benito. La piadosa condesa Lescelina no abandonó el establecimiento de S. Pedro-sur-Dive, pues que sustituyó á las religiosas con religiosos que llevó de la abadía de S. Vaudrille en el país de Caux, los cuales no estuvieron tampoco mucho tiempo en el monasterio de S. Pedro. Afligida Lescelina por la retirada de sus monjes, no desmayó por eso, y deseosa de llevar á cabo su fundacion, fué á ver al V. Itambert, abad del monasterio de la Trinidad del Monte de Sta. Catalina cerca de Ruan, y obteniendo lo que pedia, la concedió el venerable Abad entre otros religiosos al virtuoso Ainard, de nacion aleman, varon de gran mérito al que esta fundadora nombró abad de su monasterio de S. Pedro, el que bajo superior tan piadoso no tardó en

hacerse célebre llegando á tener setenta y dos religiosos. Viendo la fundadora que Dios bendecia su obra, dotó al monasterio espléndidamente, y á fin de que despues de su muerte no pudiesen sus hijos inquietar al abad ni á los religiosos, tratando de quitarles los bienes que les habia dado, les compró sus derechos pagándoles doscientas onzas de oro, que recibieron á presencia del duque Guillermo I, á quien como soberano de la provincia sometió desde luego esta casa, suplicándole la tomase de tal modo bajo su proteccion, que ningun otro señor pudiese pretender le rindiese homenaje. Miéntras que vivió Lescelina, esta casa fué el objeto más tierno de su piedad, y en ella murió el año 1057, habiendo tomado en su última enfermedad el sagrado velo de las esposas de Jesucristo, que recibió de manos de su hijo Hugo, obispo de Lisieux, que asistió tambien á su muerte. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia, próximo al altar mayor; y sobre su tumba se escribió el siguiente epitafio: *Hic jacet illustris et potens Domina Lescelina, quondam S. Petri supra Divam Comitissa, hujusce venerabilis monasterii fundatrix devotissima, quæ obiit anno* 1057. *Ejus animæ det solamen cœlorum Conditor. Amen.* Despues de la muerte de la fundadora, el abad Ainard siguió la obra de la iglesia del monasterio, que se acabó diez años despues en 1067, habiendo costeado la mayor parte el duque Guillermo que habia llegado á ser rey de Inglaterra, el cual asistió con todos los caballeros de su corte á su consagracion, que se hizo por el arzobispo de Ruan, acompañado de todos los prelados de la provincia. Habiendo gobernado esta comunidad Ainard con la más justa reputacion por espacio de treinta y dos años, murió colmado de méritos y virtudes el 19 de Febrero de 1077, asistiéndole en sus últimos momentos su íntimo amigo Durand, abad de Troat, que le enterró en medio de su iglesia, poniendo sobre su losa un epitafio muy honroso. No fué solo el abad Ainard un santo religioso, fué tambien un sabio en las letras divinas y humanas, y él y Durand pasaron por los varones más ilustrados de su siglo. Habia escrito en verso la *Vida de Sta. Catalina* y la de *S. Kilieno*, obispo de Wirtzburgo, lo que dió lugar á que se le tuviese por hijo de esta ciudad. A los treinta años de la muerte de Ainard, el monasterio fundado por la religiosa condesa Lescelina se vió á punto de desaparecer por haberse internado en él un desgraciado monje llamado Roberto, que compró al duque Roberto la dignidad abacial en ciento cuarenta marcos de plata. A la llegada del intruso abad, no pudiendo los religiosos considerarle como á su legítimo pastor se dispersaron, y entónces este indigno abad convirtió en fortaleza el castillo que la piadosa Lescelina y su esposo habian hecho monasterio. Obligado el intruso abad á abandonar el pais á causa de sus crímenes pereció miserablemente, y en su tiempo y por su causa la villa y el monasterio fueron incendiados por las tropas de Enrique I, rey de In-

glaterra, que se declaró en guerra contra su hermano el duque Roberto. Sintió mucho Enrique que sus tropas hubiesen quemado el monasterio, y en vísperas de una batalla contra su hermano, hizo voto de reedificarle si salia victorioso en ella; pero áun cuando salió vencedor en Tinchebray, se olvidó de su promesa y se contentó, hallándose en Argentan, con otorgar un decreto confirmando todos los bienes que habian sido dados al monasterio, concediéndole algunos más privilegios y principalmente aumentando los de su jurisdiccion, cuyo decreto confirmó despues S. Luis, rey de Francia, en 1269. El abad Raoul, que siguió á Roberto y los religiosos, emprendieron la reconstruccion del monasterio y echaron los cimientos de la nueva iglesia, que aún subsiste, pareciendo que Dios ayudaba su empresa, pues que durante la obra se verificaron en su favor cosas maravillosas. Léese en las crónicas de Ruan que los señores y los pueblos del pais dieron pruebas del mayor celo para que volviese á aparecer la fundacion de Lescelina, viniendo á S. Pedro de todas partes con sus ofrendas, habiendo muchos que venian orando y á pie, con pobres hábitos y descalzos para que su obra fuese más meritoria, y muchos de ellos se hacian honor en ayudar á los obreros, y otros en conducir los materiales. Guillermo de Ponthien se confundió entre los habitantes de Argentan, que señalaron su celo religioso en las obras materiales del monasterio. Raoul no tuvo el consuelo de verle terminado, pues relevado de su gobierno á los cuatro años y cuatro meses, fué mandado ya jubilado á Ilaimon, en donde murió el año 1143. Recobró la nueva casa su antiguo lustre, que sostuvo hasta el establecimiento de los beneficios, desde cuyo momento cayó enteramente la disciplina regular. La iglesia y el monasterio se iban arruinando por descuido, cuando Santiago de Silly, obispo de Séez y abad de S. Pedro-sur-Dive le reparó para que no volviese á desaparecer la fundacion de la Condesa bienhechora, y en atencion á las grandes sumas que empleó en esto en los treinta y seis años de su abaciado, se le considera como uno de sus restauradores. Durante las turbulencias religiosas, los calvinistas saquearon la iglesia y el monasterio, destruyeron una parte de los edificios y robaron cuanta plata habia quedado en su sacristía de los pasados desastres. Habiéndose nombrado á Jorge Dunat, consejero en el Parlamento de Luis XIV, abad durante la minoria de este soberano, no pudo ver sin dolor el lamentable estado en que encontró la abadía, tanto en lo espiritual cuanto en lo temporal, y á él se debe se introdujese en ella la congregacion de los religiosos de S. Mauro, á la que puso en posesion del monasterio el dia de S. Juan Bautista de 1668, lo cual se verificó con asistencia suya y con gran solemnidad, habiendo concurrido á esta fiesta un inmenso gentío. En seguida se reparó perfectamente la iglesia y toda la abadía, de la cual se cuidó despues con más esmero, y llegó á ser tan rica que el

Abad tenia una renta de diez y seis mil libras; pagaba por las bulas á la Cámara Apostólica ochocientos florines, y fué conde de S. Pedro-sur-Dive. La memoria de la santa fundadora Lescelina se mantuvo siempre en ella, y en todo aquel país se recuerda con gloria á esta Condesa, que murió esposa del Señor.—C.

PEDRO Y CASCAJARES (Sor María Francisca de S. Antonio), señora de ilustre familia, religiosa franciscana de la Concepcion, en la villa y convento de Cuevas de Cañarte, en Aragon, la cual se hizo notable por su mucho talento. Murió en 1734, dejando escrita una *Relacion de los favores que debió á Dios* y un gran número de poesías místicas que fueron muy apreciadas.—A. C.

PEDROL (Fr. Juan). Nació este religioso en Valls de Cataluña, y entrando religioso en la órden de nuestra Señora del Cármen llegó á ser provincial de su Orden, y murió el 3 de Mayo de 1612. Escribió las siguientes obras, que quedaron manuscritas en el colegio de S. Antonio de Barcelona: *Lecturæ logicales*, dos volúmenes.—*De potestate clavium, liber unus*, obra en la que, segun el Sr. Amat, hay mucha falta de crítica, y de la que el P. Caresmar manifestó: *Minorem diligentiam quam debuit adhibuit.* Cita á este autor tambien Nicolás Antonio en los tomos I y II de su *Biblioteca Española*; Marcillo en su obra, y otros bibliógrafos en las suyas.—A. C.

PEDROL (Fr. Miguel). Otro carmelita de este nombre nos da Amat, que tal vez fuese hermano ó pariente del P. Juan, el autor de las *Lecturas logicales.* Sábese de Fr. Miguel que nació en Valls de Cataluña á últimos del siglo XVI, que tomó el hábito de la órden del Cármen, que fué por su buen gobierno, direccion y saber dos veces prior de su convento de Barcelona, y catedrático de filosofía en la universidad de la misma ciudad, segun lo asegura Nicolás Antonio, Serra y otros autores. Murió este buen religioso en su convento expresado el año 1608, á la edad de treinta y seis años, siendo muy sentido de sus amigos, de sus discípulos y de sus subordinados. Fué autor de la siguiente obra, que le dió mucha gloria en su época: *Descubrimiento de los tesoros y riquezas que tiene Dios escondidos en las Indias de su divino cuerpo y sangre, en varios sermones del Santísimo Sacramento;* Barcelona, en dos volúmenes, año de 1608: de esta obra posee un ejemplar la Biblioteca episcopal de Barcelona.—A. C.

PEDROSA (D. Cristóbal Ruiz de). Fué este esclarecido varon natural del pueblo de la diócesis de Toledo que se llama Calzada del Campo, hijo de padres de buena cuna, pero de no ventajosa posicion. Nació en 1630, y cuando tuvo edad conveniente pasó á Toledo con objeto de hacer una carrera, que segun su constante inclinacion fué siempre la eclesiástica. Demostraba desde luego un talento nada vulgar, y agregando á esta circunstancia la de que

el comprender su no muy ventajosa situacion en punto á intereses le hacia aplicarse aún más que lo habria hecho si su fortuna hubiera sido otra, le hicieron no perder tiempo y concluir con aprovechamiento la carrera de teología, haciendo mucho en los ejercicios que al fin de los años académicos se tenian, y en los cuales tomaba él siempre parte, porque ciertamente era de los más aventajados de su curso. Ordenado de sacerdote y observando muy buena moralidad, ingresó en el colegio de Sta. Catalina, de la misma ciudad de Toledo, colegio que era al mismo tiempo academia, y por consiguiente sus colegiales tenian que tener algunas circunstancias, por lo cual el solo hecho de serlo denotaba ya cierta capacidad y daba una idea ventajosa del sugeto, pues que allí se pasaba una vida bastante retirada, si bien no estaban sujetos á una observancia tan rígida como los regulares. En el ejercicio de su sagrado ministerio, y especialmente en el importante cargo de oir en penitencia, se distinguia el Sr. Pedrosa, pues era muy constante en el confesonario y muy celoso por el bien de las almas, razones por las que sacaba grande provecho, pues con espíritu de humildad ponia en Dios toda su confianza, no poniéndola de modo alguno en sí mismo, y Dios, como es consiguiente, premiaba su buen deseo con un don de consejo, que hacia que todos le buscasen áun para los más árduos asuntos. Llegó esta buena fama de su capacidad para el desempeño del ejercicio del sacramento de la penitencia á oidos del prelado de aquella Iglesia primada, que lo era entónces el cardenal D. Pascual de Aragon, y éste, que deseaba un penitenciario que á su buena capacidad agregase una santa libertad cual conviene al desempeño de tan importante cargo, quedó muy complacido de la manera como este insigne eclesiástico desempeñaba su ministerio, por lo cual le nombró penitenciario suyo, rigiéndose en todo por su consejo, que siempre halló prudente y acertado. En una de las vacantes de canónigo que ocurrieron en la santa iglesia primada, confirió el cardenal arzobispo de Toledo esta pieza eclesiástica en la persona de su querido confesor D. Cristóbal Ruiz de Pedrosa, y allí fué donde concluyó sus dias empleado siempre en el ejercicio de su sagrado ministerio, pero sin ostentacion, con suma modestia y siendo muy apreciado y respetado de cuantos por cualquier circunstancia le conocian. Su modestia suma le impedia hacer publicar sus obras, y fué necesario todo el influjo de su esclarecido protector para que contra su voluntad consintiese en la impresion de un tomo en 4.° que comprendia la *Vida del penitente y venerable siervo de Dios Fr. Jorge de la Calzada, religioso lego de S. Francisco*; obra en que muestra el autor su erudicion y su piedad, su sano criterio, y en fin todas las condiciones que hacen más sensible el que un hombre que pudo valer mucho para las generaciones futuras haya quedado, digámoslo asi, sumido en el olvido, pues casi

olvidado está el Sr. D. Cristóbal Ruiz de Pedrosa, canónigo de la santa iglesia de Toledo. —G. R.

PEDROSA (D. Fernando de), obispo de Murcia. Fué natural de Córdoba, ignorándose las principales circunstancias de su vida. Gonzalez Dávila solo dice que fué el que dió principio al edificio que hoy dia es iglesia catedral de Murcia, en la cual, á la parte del Evangelio de la capilla mayor, se hallan sepultadas las entrañas del rey D. Alonso *el Sábio*, como lo certifica la memoria siguiente, que dice así:

Aquí están las entrañas del Sr. Rey D. Alonso el X, el cual muriendo en Sevilla, por la gran lealtad con que esta ciudad de Murcia le sirvió en sus adversidades, las mandó sepultar en ella.

El Obispo celebró un sínodo, y murió en su palacio episcopal, siendo sepultado en la capilla de S. Gerónimo, que dejó casi concluida: fué sucesor suyo en el obispado el célebre Pablo de Sta. María. —S. B.

PEDROSA (D. Fr. Gregorio), obispo de Valladolid y religioso de la órden de S. Gerónimo. Nació en esta ciudad en 3 de Julio de 1571, siendo sus padres D. Francisco de Pedrosa, alguacil mayor de la Inquisicion, y Doña Maria Casares, de la cámara de la Serma. princesa Doña Juana. Estudió derecho en la universidad de Salamanca, graduándose de bachiller en la facultad de cánones. A la edad de veintiun años tomó el hábito de religioso de la órden de S. Gerónimo en el convento de nuestra Señora del Prado, que era á la sazon uno de los más observantes de este sagrado instituto. A los quince años de profesion fué elegido prior de la casa en que habia tomado el hábito, en ocasion de hallarse en Madrid ejerciendo los cargos de predicador general de su religion y de calificador del Consejo supremo de la Santa Inquisicion. Partió para el priorato de Sta. Maria del Prado, y ántes de acabar el tiempo de su gobierno le nombró Felipe III su predicador en 25 de Marzo de 1609. Distinguióse mucho en este puesto, asegurando Gonzalez Dávila que le oyó algunos sermones dispuestos con maravilloso artificio y gala del arte del bien decir. El blanco donde ponia la mira era en acrecentar el crédito de la virtud y el aumento de las mejores costumbres, que la lisonja no tuviese parte en los palacios reales, y que en ellos la verdad fuese adorada y apreciada. Su religion, conocedora de sus méritos y grandes cualidades, le eligió en 29 de Abril de 1624 general de su sagrado instituto, cargo que hubo de aceptar por mandato del rey D. Felipe IV. Desempeñóle por espacio de dos meses, y en 9 de Junio del mismo año le presentó el monarca á Su Santidad para el obispado de Leon. Fué consagrado en la Capilla Real, en presencia de SS. MM. por el cardenal D. Antonio Zapata, siendo asistentes el obispo de Urgento, religioso de la órden de S. Agustin, y el obispo de Siria, religioso de la Orden de S. Francisco.

Gobernó la iglesia de Leon durante siete años, en los que celebró tres sínodos, erigió un seminario como dispone el santo Concilio de Trento, y le dotó en seiscientos ducados de renta de los beneficios que vacaron por aquel tiempo. Fué promovido de esta iglesia á la de Valladolid en 31 de Enero de 1363, tomando posesion de ella en 28 de Junio. La hizo donacion de una numerosa libreria, tapicerías y pinturas, haciéndola tambien al convento de nuestra Señora del Prado de todo lo correspondiente al pontifical y altar, que se componia de muchas alhajas de gran valor; asistió en 1639 por mandado de Felipe IV al capítulo provincial que la órden de S. Agustin celebró en el convento de la villa de Madrigal, para que la eleccion de provincial se hiciese como mejor conviniera al servicio de Dios y honra de la religion. Reedificó el claustro de su convento de nuestra Señora del Prado, y celebró un sínodo en su iglesia catedral en Octubre de 1634. Diez años despues pasó á Madrid á predicar en las exequias que se celebraron en la muerte de la reina Doña Isabel de Borbon, y parece que trataba por entónces de retirarse del mundo para terminar su vida en el claustro. La *Crónica de la órden de S. Gerónimo* refiere las circunstancias de los últimos años de este prelado modelo de piedad y caridad cristiana. Vése en ella su humildad, su obediencia y esas grandes cualidades de que atesoraba en su corazon abundante cosecha. Muchos fueron los beneficios que le debió esta religion, que fué, por decirlo así, su cuna y su tumba, en la que brilló en sus dias de gloria, en la que brilló todavía más en los últimos momentos de su vida. Acerca de su muerte varian las versiones; quién supone se verificó en Valladolid, quién en el convento donde tomó el habito; de todas maneras, murió como un justo, dejando tras de sí la más grata memoria por sus grandes servicios, sus continuos trabajos y sus no menores austeridades. Fué sepultado en la iglesia catedral de Valladolid, donde muchos años ántes habia manifestado deseos de enterrarse, indicando el lugar en que debia serlo. Dejó diferentes legados tanto á su iglesia como á su religion. —S. B.

PEDROSA (Juan de). Fué natural de Coimbra, y desde luego tuvo una constante inclinacion á las ciencias y estudios eclesiásticos, en los cuales aprovechó muchísimo. Se decidió por la Compañía de Jesus luego que hubo sabido por la más seria reflexion que el Señor le llamaba para el estado religioso. Dotado de muy buen talento, de mucha aplicacion y de la perfecta abnegacion que es necesaria para llegar á ser un verdadero hijo del gran Loyola, la Compañía comprendió con su especial criterio, que han tenido y tienen siempre sus superiores, que no eran en nada vulgares las condiciones de Pedrosa, así como entendió que en Canarias haria mucho fruto su predicacion y sus obras, pues que podria llegar á ser un gran sugeto, y por esta atencion le remitieron allí á los diez y siete años, cuando todavía no habia

concluido su carrera literaria. Sus condiciones especiales le hacian muy apreciables á cuantos le veian siquiera una vez, y esto sirvió para que él ganase muchas almas para el cielo, pues los mismos infieles, á cuya instruccion le dedicaban, le tomaban aficion al punto que les dirigia la palabra, y por consiguiente él hacia refluir en provecho de ellos mismos esta buena disposicion que en ellos veia. Aprendió con extraordinaria facilidad y con suma perfeccion la lengua del país, y por esto y por el grande celo que tuvo siempre por la salvacion de las almas pareció á sus superiores conveniente poner á su cuidado una parroquia, cuyo gobierno desempeñó, pero le desempeñó de una manera admirable por espacio nada ménos que de diez y siete años, en cuyo tiempo puede decirse que instruyó á todos sus feligreses, desplegando un interés verdaderamente de apóstol para desempeñar bien y fielmente el importante cargo que se le confió. Visto por los superiores el don de gobierno que tenia este esclarecido varon, creyeron debia aprovecharse tan apreciable circunstancia, de modo que refluyera en el mayor número posible de individuos este tan señalado beneficio; y como la enseñanza hace que los discípulos, adhiriéndose á la doctrina y áun á la conducta de los maestros, sean, segun ellos son, diestros ó ignorantes, descuidados ó fervorosos, nada se creyó más á propósito para sacar una juventud aventajada en ciencia y en piedad que poner al P. Pedrosa de director de estudios, y en efecto no fueron fallidas las esperanzas de los que las fundaban en su buena capacidad y excelentes deseos, pues puesto á su cargo el colegio Racholense se vió que no podia haber sido más acertada la eleccion, pues que estableció órden en la enseñanza, é hizo que todo fuese tan concertado, que casi involuntariamente tenian los alumnos que cumplir con su deber, y por consiguiente lograrse el apetecido resultado. Luego que se vió su acierto para el régimen de los estudiantes, se creyó con razon que igual disposicion tendria para una casa noviciado, y se le encomendó la de Goa, en la cual se portó todavía más admirablemente, pues supo en repetidas ocasiones evitar con su prudencia lances muy desagradables, prevenir con su gran tino cosas que habrian puesto tal vez á la Compañía en graves y delicadas circunstancias, que á no dudarlo habrian hecho vacilar al instituto en aquellas regiones, donde era tan importante y donde daba tan abundante fruto. La última época de su vida la pasó en la casa profesa de Goana, donde si bien no se señaló de una manera particular, hizo tambien mucho por la gloria de Dios, pues en el importante ministerio de oir confesiones no escaseó nunca el prestar sus servicios, resultando de aquí el natural efecto de sus consejos llenos de sabiduría y de prudencia. En esta santa casa fué donde se cumplió el tiempo de su peregrinacion, y desde donde Dios le llevó, por consiguiente, á la patria de los justos, habiendo sido heróica su paciencia y muy ejem-

plar su conducta durante la penosa enfermedad que le privó de la existencia el mes de Mayo de 1672. No es mucho lo que dejó escrito, y esto se comprende perfectamente, pues ocupado siempre en ministerios muy importantes, no tenia tiempo para el estudio; sin embargo, en las dos obras que de él hay, la una impresa con el título de *Libro de los Soliloquios divinos* y la otra, que dejó inédita, bajo el titulo *Instruccion para hacer la confesion general*, demuestra que no es de esos escritores vulgares, cuyas obras tienen algun éxito y alcanzan un renombre que no merecen, sino un escritor concienzudo y de mucha fe é ilustracion, cuyos escritos enseñan más cuánto más se leen y que inmortalizan á sus autores, porque en ellos se ve cuánto fué su constante anhelo de proporcionar en todo órden de conocimientos el aliciente para el estudio. Así pasó la vida este excelente religioso, venerando sacerdote y hábil maestro y escritor, que humilde por profesion, preferia á los honores de que era merecedor la gloria de la eternidad.— G. R.

PEDROSA (Juan de). Perteneció este ínclito varon á la órden del gran patriarca S. Benito, órden ilustre en todos tiempos, y que es sabido ha dado á la Iglesia insignisimos hijos, que por su ciencia como por su virtud han llegado hasta donde es posible llegue la miserable fragilidad del hombre. Entre los más distinguidos escogian siempre los que habian de desempeñar los cargos más importantes, debiéndose sin duda á esta acertada determinacion el que tuviesen en todos los importantes puestos que desempeñaban hombres los más á propósito para los ministerios á que les dedicaban. Y de aquí se inferirá cuán distinguido sugeto seria el P. Juan de Pedrosa cuando fué escogido para procurador general de España en la Curia Romana, y mucho más se comprenderá sus buenas dotes y excelentes cualidades cuando se sepa que quedaron de él altamente satisfechos, no solo en España, cuya representacion ejerció, proporcionando á la Orden todas las ventajas posibles, sino en Roma mismo, donde veian por una parte el interés con que procuraba los asuntos puestos á su cargo, y por otra la moderacion y mesura con que manejaba estos mismos asuntos, logrando muchas veces con su paciencia y constancia el feliz éxito de algunos asuntos, que puestos en otras manos le hubiesen tenido muy desgraciado. Con motivo de las gestiones que se hicieron para la beatificacion de doscientos mártires que padecieron por la fe en San Pedro de Cardeña, tuvo nuestro Pedrosa algunas contestaciones con la Sagrada Congregacion de Ritos, sin que por esto se entienda que él desconocia ni las ventajosas condiciones que como individuos tenian sus miembros, ni el respeto que se merecian como corporacion encargada de velar por intereses tan importantes como los puestos á su cuidado; así que la Sagrada Congregacion dió una especie de manifestacion de los reparos que á ella le ocurrian, y el P. Pedrosa la replicó en un precioso opúsculo

que tituló: *De martyrio ducentorum monachorum Sancti Petri de Cardeña, responsiones ad objectiones Sanctæ Congregationis Sacrorum Rituum*; obra muy bien escrita, y en la cual se dan muy buenas reglas de crítica para el debido aprecio de las circunstancias, demostrándose allí claramente que ellas son las que muchas veces quitan ó dan el mérito á las acciones. No hay otra cosa escrita por este buen monje benedictino, y es ciertamente muy sensible, pues si para la dilucidacion de un asunto arduo y dificultosísimo dió pruebas de un ingenio tan claro y de un método tan conciso como lógico, hubiera brillado mucho más si se hubiese dedicado á otra especie de trabajos literarios en perfecta armonía con su carácter y condiciones; de todas suertes este ensayo, si así queremos llamarle, dió á entender muy claramente lo que se podia esperar de él, y demostró que era una capacidad el procurador general cerca de la Curia Romana P. Fr. Juan de Pedrosa, de la órden de S. Benito, acreditada siempre por los sugetos que ha colocado en evidencia en las distintas situaciones en que la ha sido preciso demostrar con cuánto acierto y prudencia se maneja y gobierna la inmensa familia que Dios nuestro Señor ha puesto siempre en este asilo de felicidad y dicha, donde tantos han encontrado su salvacion.— G. R.

PEDROSA (V. P. D. Juan de la), prepósito del Oratorio ó de la Congregacion de S. Felipe Neri de Méjico, venerado en toda aquella ciudad por su virtud, vida y ardiente celo del bien de los prójimos, dice el P. D. Julian Gutierrez, prepósito y cronista de la misma Congregacion, en la *Vida del venerable P. Perez Barcia*, y refiere luego la vision que tuvo la venerable Doña Catalina Eufrasia de Mesa, en la que se la representó á los venerables PP. Perez Barcia y Pedrosa en accion de estar sacando un pez de extraordinario tamaño de un grande y hediondo cieno, donde estaba miserablemente sumergido. El efecto aclaró la inteligencia, viniéndose á las manos á entrambos padres, á quienes Dios habia hecho pescadores de hombres, uno de harta grandeza por su estado, que vivia en ilegítimas relaciones con una casada, y á solicitud de los padres salió del cenagal al puerto de la gracia. Habia sido el P. Domingo Perez de Barcia su confesor y director los primeros seis meses, despues de haberlo él mismo reducido á un tenor de vida ajustada é inspirádole aficion y gusto á las cosas espirituales. Dice de él un historiador: «Fué hombre de virtudes y talentos, que sabe la Nueva España y no »ignora la antigua, á cuyo centro penetró el buen olor de su fama. Acom»pañaba á veces al venerable D. Pedro de Arellano en las empresas de aven»turarse á cualquier trabajo por celar la gloria divina y la salvacion de cual»quier alma, y estos dos rayos de la guerra de Cristo eran tan conocidos, que »por esta causa anduvieron bastantemente ultrajados. Acostumbraban irse »juntos los viernes por la mañana al recogimiento de Belen á celebrar el pia-

»doso ejercicio de las tres horas con el venerable P. Domingo Perez de Bar»cia, siéndoles forzoso pasar por las calles y barrios donde habian hecho en»tradas valerosas y desalojado al demonio de plazas sorprendidas ó ahu»yentándole de las que tenia sitiadas: los gritaban rabiosos muchos hom»bres, soldados de Satanás, que desfogaban en públicos oprobios su cólera; »llegando á tanto esta persecucion pública, que acompañaban á las pasadas »palabras muchas piedras que tiraban á los benditos Padres, que gozosos las »sufrian por Cristo.» Murió este siervo de Dios en Mayo de 1701.—S. B.

PEDROSA (Fr. Pedro de), religioso carmelita natural de Salamanca, en cuya universidad siguió su carrera literaria hasta graduarse de doctor, siendo despues catedrático de filosofía y teología, cargo que desempeñó con grande éxito y acierto, llegando á obtener una sólida reputacion, la que en realidad merecia por sus vastos conocimientos y por su grande erudicion y doctrina. No se distinguió ménos por sus virtudes y amor á las prácticas religiosas, las que dieron orígen á que su religion le confiase diferentes cargos, todos los cuales desempeñó de una manera satisfactoria, correspondiendo dignamente á la confianza que en él se habia depositado. Despues de haber obtenido los primeros puestos de su carrera literaria y religiosa, murió en su patria á últimos de Marzo de 1618, con grande sentimiento de cuantos le conocian y tuvieron ocasion de apreciar sus buenas cualidades. Dejó diferentes obras, entre las que se citan como más notables las siguientes: 1.ª *Diversarum materiarum, etc.*; Valladolid, 1618, en fólio.—2.ª *In tertiam partem S. Thomæ commentaria*; Valladolid, 1629, en fólio. Se le atribuye además una titulada: *De Immaculata V. Mariæ Conceptione.*—S. B.

PEDRUSI (Pablo). Nació en Mántua el año 1644. Despues de aprender los primeros rudimentos de la instruccion que se daba á los niños en su época, entró á estudiar aún muy jóven en el colegio de Jesuitas de Parma, en el que aficionándose á la vida religiosa tomó el hábito. Entregado completamente desde entónces al estudio de las letras y á la instruccion pública, se distinguió tanto en ambas cosas que mereció del duque soberano de Parma le encargase la clasificacion científica y el catálogo razonado de las medallas antiguas y modernas de la rica coleccion Farnesiana. Aun cuando el Padre Pedrusi habia sido elevado por su mérito á la dignidad de director del colegio de Parma, se dedicó con calor á los trabajos de la comision que le dió su soberano; y á la descripcion de cada medalla acompañó un comentario en que brilló más su erudicion que la buena crítica arqueológica, y así es que hoy en que los sabios numismatas Vaillant, Noris, Spanheim, Florez, Mionnet, Saci, Lelewel y otros, han presentado este estudio de la manera que más conviene á la razon y á la instruccion, buscando el convencimiento y la verdad en estos monumentos; las obras de Pedrusi sobre esta

parte de la ciencia de las antigüedades han perdido su importancia y quedado más bien como objetos arqueológicos de la bibliografía de la ciencia que no como obras de estudio. Al acabar Pedrusi el octavo tomo de su grande obra, le sorprendió la muerte el dia 20 de Enero de 1720. Muerto este sabio anticuario sin terminar su obra, se encargó de completarla el P. Piovene, de la misma Compañía de Jesus, y publicó otros dos volúmenes; la obra habia empezado á publicarse en Parma el año 1694 con el título de *I Cesari in oro argento medaglioni sa racolti nel Farnese Museo*, con el retrato del autor, y el tomo X se publicó el año 1727. Los que en la época de Pedrusi se dedicaban al estudio de las medallas antiguas preferian las latinas de los emperadores romanos, tanto por ser más comunes, cuanto porque se refieren á hechos con los que estaban más familiarizados, y porque el nombre romano fué por mucho tiempo apreciado de los estudiosos: con preferencia á otros pueblos se estudiaban sus usos, costumbres y cuanto les pertenecia. Hoy que la numismática ha extendido su dominio, que ya se ha dicho cuanto puede decirse tal vez sobre las medallas latinas, por lo que rara vez ofrecen motivo para nuevas disertaciones, hoy que la atencion de los arqueólogos se ha fijado en las medallas orientales, y muy especialmente en las celtíbero-ibéricas de la edad media, y de aquellas épocas que más útiles pueden ser á la cronología y á la historia, los grandes comentarios de Pedrusi sobre las medallas del Museo Farnesiano han venido á quedar sin interés alguno, y poquísimas veces se las busca por los verdaderos numismáticos.—B. C.

PEEL (Miss), hermana de Sir Lorenzo Peel, primer juez del Tribunal Supremo de Calcuta, y prima hermana del difunto Sir Roberto Peel; adjuró el protestantismo y se hizo católica en Julio de 1850. Los diarios ingleses al publicar esta conversion manifestaban el vivo pesar que experimentan los anglicanos al ver cada dia abandonada su iglesia por lo más recomendable que hay en ella bajo el aspecto de la ciencia y la virtud. Miss Peel fué recibida con otros muchos en el seno de la Iglesia católica por el superior de los Siervos de María, que acababa de dar su confirmacion á más de sesenta individuos recien convertidos.—S. B.

PEFFERCOM (Juan), famoso judío convertido á últimos del siglo XIII. Es célebre por sus obras y por el consejo que dió al emperador Maximiliano de mandar quemar todos los libros hebreos, á excepcion de la Biblia, porque contienen, dice, blasfemias, magia y otras cosas peligrosas. Segun su dictámen, mandó el Emperador publicar en 1540 un edicto en que se ordenaba quemar todos estos libros. Reuchlin procuró impedir la ejecucion de este decreto. Peffercom publicó entónces su *Espejo manual* para sostener su opinion. Reuchlin contestó con su *Espejo ocular*, que fué condenado por los

teólogos de Colonia y la facultad de teología de París. Ignórase la época de la muerte de Peffercom; vivia todavía, sin embargo, en 1517. Además de la obra citada publicó: 1.° *Narratio de ratione celebrandi Pascha apud Judæos.*—2.° *De abolendis Judæorum scriptis.*—S. B.

PEGA (Sta.), virgen. Los príncipes de Mercia tuvieron una hija llamada Pega, cuya princesa desde sus primeros años manifestó un fondo de piedad y de caridad cristiana tan extraordinario, que fué la admiracion de cuantos la conocieron. Ya jóven se negó á toda diversion, renunció á las galas y á los devaneos y vanidades de la Corte, y viviendo como pobre en la humildad más ejemplar, fué muy notable por su austeridad y penitencia. Esto es cuanto hemos podido averiguar de esta princesa cristiana, que murió el año 719, dejando santificada su memoria en la opinion de los fieles: la Iglesia la recuerda el dia 8 de Enero, en que debió ser su glorioso tránsito.—C.

PEGASIO (S.), mártir. Entre la multitud de mártires del siglo IV de nuestra era que señalan los catálogos de los santos, encontramos en Persia á S. Pegasio. Vivia este bienaventurado en Persia con S. Acindino como ermitaños en el yermo, pero en cuevas separadas, y solo se juntaban para cantar alabanzas al Señor, saliendo solo del yermo para instruir en el Evangelio á los habitantes de los pueblos cercanos. Sabedor el idólatra rey de Persia por sus favoritos de que los dos anacoretas propagaban la ley del Crucificado, procurando apartar al pueblo de sus antiguas creencias, les hizo prender y mandó castigarlos severamente si no renunciaban á su mision. No pudiendo los emisarios del Rey conseguir de Pegasio ni de Acindino abjurasen del cristianismo, los arrojaron á unas calderas llenas de plomo derretido, de las que salieron milagrosamente sin daño alguno por providencia divina. En vista de este milagro enfurecidos los jueces, les hicieron meter en unos sacos de cuero y los arrojaron á la mar, haciendo degollar al propio tiempo al soldado Assonio, que á tal prodigio se convirtió al cristianismo. Todos los soldados presentes al martirio de los santos sufrieron igual suerte que Assonio, despues que les cortaron las manos, porque ni uno solo dejó de convertirse y confesar la divinidad de Jesucristo. Presenciaba tan horrible escena Epideforo, caballero del órden senatorio, y sintiendo llamar á su alma la voz de Dios, no tardó en responderla confesándole de improviso, y dirigiéndose al sanguinario Rey, le echó en cara su crueldad, y reprendió su impiedad, lo que visto por la multitud de pueblo que les rodeaba, hasta siete mil personas se convirtieron y publicaron á voz en grito que eran cristianos. Enfurecióse el Rey con tan terrible pronunciamiento, y mandando á sus tropas cercasen á los que él tuvo por sediciosos, al siguiente dia los hizo degollar á todos, empezando por el senador Epideforo, que fué á reunirse en el cielo con los santos Pegasio, Acindino y demás

mártires expresados, á todos los que recuerda la Iglesia el dia 2 de Noviembre. — C.

PEINADO (Ignacio Francisco). En la villa de Arganda, pueblo importante de la diócesis de Toledo, vió la luz este esclarecido varon, ornamento de la Compañía de Jesus, no porque fueran muchas sus obras ni áun sus méritos, digámoslo así, sino porque en el ramo del saber humano en que descolló fué verdaderamente notable. Oscurecidos estan sus primeros años bajo esa completa ignorancia que viene á ser una práctica demostracion de que no hubo en ellos cosa digna de notarse; por consecuencia, puede decirse que comienza su vida pública donde comenzó á ponerle en evidencia la Compañía de Jesus á que pertenecia. Cuando ingresó en su seno, parece que llevaba ya hechos los estudios de filosofía y áun de teología, sin embargo, apenas emitió los primeros votos, parció conveniente al consejo superior de la Orden, que este jóven en quien se veian tan buenas disposiciones y se vislumbraban dotes á propósito para abrazar con buen éxito la carrera del profesorado, hiciese estudios lo más profundos posible, y se educára hasta cierto punto en aquellas cosas que constituyen especialmente un buen profesor, un excelente director de la juventud encomendada á su cuidado. Alcalá, entónces emporio del saber, pues esto acontecia en el siglo XVII próximamente á la mitad, Alcalá fué el lugar que se le designó como teatro donde pudiera hacer eficaces sus esfuerzos por aprender y los vivos deseos que los padres tenian de que se hiciera un verdadero sabio para honra de su siempre honrada Compañía, gloria y provecho del Padre. No se puede pintar con colores bastante vivos el efecto que producia ver en aquellas aulas á un hombre que ya habia hecho su carrera, y que sin embargo parecia el último de los estudiantes, al propio tiempo que era consultado de sus mismos maestros, ni cabe tampoco manera de expresar el aprovechamiento grandísimo que se obtuvo no solo por él, que de cualquier suerte habria adelantado mucho, sino por los demás compañeros de su aula, que como el profesor tenia que ponerse á la altura de tan sabio discípulo, tenian precisamente que experimentar grande provecho en esta misma circunstancia. Hizo, pues, sus estudios, y obtuvo su borla de doctor en la que era entónces primera facultad de teología no solo en España sino tal vez en el mundo, y la Compañía de Jesus pensó en utilizar los profundos conocimientos del P. Ignacio Francisco Peinado, de un modo que fuese enteramente conforme á los extraordinarios recursos con que contaba su preclaro ingenio, y que no neutralizára sus inclinaciones, hasta el extremo de que esta misma contrariedad fuese nociva al pueblo que hubiese de recoger su fruto, no porque este hubiese sido malo en ninguna ocasion, sino porque podia ser ménos fecundo, toda vez que se pusiese al Padre en un esta-

do que no le fuese análogo. Por esta razon, obligándole raras veces á dedicarse al púlpito, aunque en él obtuvo muy legítimos triunfos, le hicieron tomar á su cargo la importante carrera del profesorado, para lo cual fué necesario que interviniese la obediencia, pues de otra suerte no habria podido hacerse carrera de él, no porque le faltasen, como llevamos enunciado, las más adecuadas circunstancias, sino porque demasiado ensimismado no se hubiese atrevido nunca á ponerse al frente de los demás; pero movido por su obediencia, á cuya virtud era muy dado, tuvo que vencer todo el obstáculo que se le presentaba, y hacerse superior desempeñando el cargo que le impusieran los que como él sabia perfectamente estaban por Dios deputados para este fin. Primeramente se ensayó con la enseñanza de filosofía, siendo sus discípulos aventajadísimos y pareciendo desde el primer curso profesor consumado á quien no arredraba ningun género de dificultades. Apénas concluidas dos séries de enseñanza en esta facultad, se le encargó de la de teología á los alumnos que habian de estudiar esta sagrada facultad en la casa de la Compañía, y no pudiendo permanecer oculta la buena fama de su literatura, buen órden y profundidad de conocimientos, se le obligó á que por extraordinario y una sola vez diese un curso de crítica en la universidad Complutense. Cuál seria la manera de desempeñar su cometido lo dice clara, expresa y terminantemente la insistencia tenaz hasta cierto punto con que el claustro mismo de la Universidad insistió cerca de los superiores de Peinado para que se le concediese el que fuera él maestro propietario de alguna asignatura, siquiera por lo cual despues de las más vivas instancias fué nombrado catedrático, á condicion de quedar sujeto siempre á la Compañía de tal suerte que si esta disponia de él, se entendiese que su primera obligacion era aquella, y por consiguiente allí tenia que acudir áun cuando no quisiese, permítasenos la expresion. Admirado y oido cada vez con más gusto, y por concurso cada vez más numeroso, vivió en la cátedra hasta que Dios le quitó del mundo, siendo su fallecimiento una verdadera pérdida pues por él se privó Alcalá de uno de sus buenos catedráticos, razon por la cual todos se empeñaron en prodigarle los más espontáneos y merecidos honores en el dia de su enterramiento solemnísimo por más de un concepto. Su memoria se hizo imperecedera, porque escribió é imprimió dos obras: 1.ª *Disputationes in universam Aristotelis Logicam*, impresa en Alcalá, casa de María Fernandez, y la otra *In octo libros Phisycorum Aristotelis*, impresa en el mismo Alcalá, año 1674, que fué poco ántes de su muerte, sin que por esto podamos asegurar cuándo se verificó aquella. — G. R.

PEITEMBERGER (P. Mateo), jesuita. Nació en Trebit, en Bohemia, en 1587. Educáronle sus padres con particular cuidado, pues varios acontecimientos milagrosos que le ocurrieron en su infancia hicieron que fuera

desde luego destinado á la carrera eclesiástica, con cuyo objeto siguió los estudios en el colegio de la Compañía, verificándose entónces este acontecimiento que de él refiere su biógrafo: «A los primeros dias de cursar nuestras »escuelas reparó en un cuadro de nuestro S. Estanislao, que en su altar »representaba el milagroso caso en que los ángeles, acompañados de Sta. Bár»bara, le dieron la comunion; llevóle tanto el cariño y la devocion, que una »noche arrebatado de la especie le sucedió el mismo caso en puro sueño ó »en vigilia; fuese como fuese, cierto fué por la experiencia que desde esta »vision ó imaginacion quedó suavísimamente atraido al cariño con el Santo »y con la religion que deseaba seguir, y para ello se aplicó con singular cui»dado al estudio de la gramática y despues al de filosofía y teología; pero »cuando ya noticioso de las facultades pensaba en hacer diligencias para lo»grar la religion, le sobrevino una enfermedad que imposibilitaba su reci»bo.» Saliéronle escrófulas, cuya curacion entónces no se conocia, de manera que el niño solo de Dios esperaba su remedio. Mas por aquel tiempo llegaron á Praga, donde estudiaba Mateo, las venerandas reliquias del cuerpo de S. Norberto, que se expuso al público, dando licencia para tocar á él los rosarios. Llegó el niño, tocó el suyo y le llevó á la escrófula, que no se curó en aquel dia; pero al siguiente practicó la operacion con una estampa de papel, haciendo voto, si sanaba, de entrar en la Compañía, comenzando á sanar desde aquel instante de tal manera, que á los pocos dias quedó sin lesion ni señal ninguna. Tenia á la sazon veintiocho años de edad, y no tardó en ser admitido en la Compañía, en la que sin embargo se le miraba como un niño por su grande inocencia. En su noviciado tomó por modelo á S. Estanislao de Kostka, cuyas virtudes imitaba completamente. De su inocencia refiere el P. Cassani el siguiente milagroso suceso: «Sobrevino en la Moravia »el año de 1617, siendo el padre novicio, una de las plagas de Faraon con que »Dios quiso castigar á los pueblos; espesóse el aire con multitud de mosqui»tos, que degenerando como lo ejecuta la oruga en gusanos, consumian el »trigo; entró esta plaga en los graneros del noviciado de Brum, y el rector »desconsoladísimo juntó á los novicios para encargarles pidiesen á Dios so»corro, y en aquel mismo acto se le ofreció vivamente la especie, y valién»dose de la inocente ingenuidad del novicio, le dijo: *Vaya, hermano Mateo »Peitemberger, y mande á esos gusanillos dejen libre el trigo, que es para el »preciso sustento de los siervos de Dios.* Obedeció el novicio, y concurrió la »misericordia divina con un milagro, pues al punto cayeron muertos fuera »del trigo tantos gusanos, que el mismo dia se arrojaron con palas por las »ventanas del granero, y quedó la troje limpia y todo el trigo sano, que duró »todo el año; circunstancia ó milagro que se hizo más reparable por haber »sido única esta troje la que conservó la misericordia.» Concluido su novi-

ciado, y conociendo que su natural virtud y angélica inocencia podia servir para ejemplo de los novicios, le nombraron ministro de aquella casa, cargo que desempeñó durante su vida, siguiendo en cuanto podia la distribucion de los novicios y edificándolos con su comportamiento. Solo faltó dos temporadas del noviciado, en los años 1648 y 1650, cuando terminadas las guerras de Bohemia, quedó el reino infestado de la peste. En aquella ocasion sirvió el P. Mateo á Dios, á la religion y á su país, consagrándose el primer año á la asistencia de los enfermos en Gitzin y el segundo en Itradez. «En ambas partes salió victorioso, dice el P. Cassani, conservando Dios »aquella vida que se arrojaba al fuego por la salud espiritual de sus prójimos, y debemos creer que este mérito fué el que logró en el P. Mateo la sere»nidad de su conciencia, porque desde el año segundo de su noviciado le »mortificó Dios con el tormento de vivísimas congojas de escrúpulos que le »atormentaron toda su vida, que pasó tan inocente como cuidadosa, siendo »en lo exterior ejemplo de novicios en toda virtud, y en lo interior mártir »de sus aprensiones, hasta que al volver al noviciado de la segunda peste »de Itradez se halló serenísimamente quieto, con cuyo beneficio se dedicó al »mayor ejercicio de virtudes; y Dios, que le habia purificado con el fuego »interior de sus escrúpulos, le visitó ahora con una penosísima enfermedad »corporal, de la que despues de muchos dias de pena le quitó la vida en 6 de »Abril de 1651, á los cincuenta y cuatro años de edad, profeso de cuatro »votos, dejando en el noviciado singulares ejemplos de religion y observan»cia.» — S. B.

PEKAU (Juan). Nos da noticia de este eclesiástico el abate Pernelti en sus *Ilustres Lioneses* al hablarnos del colegio de los Trinitarios de Lyon, que se cedió á los Jesuitas el año 1565. Establecida la fiesta de la Santísima Trinidad en algunas iglesias desde el siglo X al XII, fué adoptada en Lyon en el pontificado de Clemente V. En esta época era canónigo de esta santa iglesia catedral Juan Pekau, hombre de gran virtud y ciencia, que fué despues nombrado arzobispo de Cantorbery y se le encargó componer el Oficio, lo que hizo á satisfaccion del Pontífice, que le aprobó y mandó poner en ejecucion, siendo ésta la única noticia que podemos dar de este ilustrado eclesiástico. Habiendo iniciado la festividad de la Trinidad en Lyon, no estará de más demos aquí alguna razon de la pia asociacion ó hermandad religiosa de este nombre formada en la expresada ciudad, que es una de las más antiguas cofradías de Francia. Reunidos muchos piadosos lioneses en 1306, formaron una asociacion con el nombre de la Santísima Trinidad. A fin de practicar el culto levantaron cerca del cementerio de S. Niziero una bella capilla, en la que se reunieron durante algunos años. Destruida esta capilla por los Calvinistas en 1562, los cofrades se trasladaron á una capilla de la

iglesia de S. Niziero. Adquirió con el tiempo esta Cofradía granjas y viñas á orillas del Ródano, al extremo de la Calle Nueva, y de ellas disfrutaba en 1527, cuando el rey de Francia Francisco I, padre de las ciencias y amigo de la humanidad segun Pernetti, ordenó que los bienes que poseian las cofradías se aplicasen á los colegios y á los hospitales. Aprovechándose de esto el Consejo de Lyon, trató con la Cofradía de la Trinidad de fundar un colegio que llevase su nombre, en el que se seguirian haciendo todas las festividades de la Cofradía, conviniendo en que si por cualquier accidente se destruyese ó suprimiese este colegio, volverian los bienes á la Cofradía. El primer rector del nuevo colegio fué Guillermo Durand de Lyon, habiéndose distinguido en él por su saber Cristóbal Millen, Gilberto Dulcher, Claudio Rigotier, y sobre todo Bartolomé Anneau. Arrojada una piedra desde una ventana de este colegio contra el Santísimo Sacramento en la procesion de la fiesta del Corpus Christi el año 1565, realizó las sospechas que se tenian sobre la impiedad que imperaba en este colegio. A la vista de tan sacrílego atentado se amotinó el pueblo, invadió el colegio, lleno de furor, y asesinó á Bartolomé Anneau sin saber si habia sido él el sacrílego; al dia siguiente se cerró el colegio por órden del gobierno, y no volvió á abrirse hasta el 3 de Octubre del mismo año, en que lo hicieron los Jesuitas, á los que se cedió, apareciendo bajo la obediencia del célebre Perpirieu.— A. C.

PELAEZ (Fr. Alfonso), carmelita. Este religioso, cuyos antecedentes se ignoran, residia en el convento del Cármen de la ciudad de Valladolid á principios del siglo XVII, en cuya época escribió y publicó un curioso libro místico, al que debe el ser conocido en la república de las letras. Dicha obra, impresa en la mencionada ciudad de Valladolid en el año 1605, se titula: *Triunfo del santísimo sacramento del Bautismo, y revelacion de un insigne milagro que obró Dios, librando de los espíritus malignos á una mujer que habia sido de ellos atormentada por faltarle su gracia.*— M. B.

PELAEZ (Fr. Fernando), religioso mercenario, comendador de S. Salvador y de las casas de Atienza. Escasas son las noticias que dan las crónicas acerca de este religioso valenciano, del que ni áun citan el lugar de su nacimiento, contentándose con nombrarle por primera vez cuando tomó el hábito de la Orden que se ocupaba en la redencion de cautivos. Parece, sin embargo, que pertenecia á una ilustre y antigua familia, cuyos antecesores se hallaron en la conquista de Valencia y en las de otras muchas ciudades de aquel reino durante las campañas del rey Jaime I, justamente apellidado *el Conquistador*. Pero Fernando prefirió ilustrar su sangre con las conquistas obtenidas por medio de la palabra y caridad cristiana, y desde su entrada en la Religion fué un modelo de virtudes cristianas, ejerciendo en heróico grado la que formaba el objeto principal de su instituto. En efecto, ya como

simple religioso, ora como prelado, se distinguió en todas las redenciones en que tomó parte, no vacilando en exponer su vida por obtener los elevados destinos; porque su Orden habia sido fundada en Barcelona, como dijimos en otro lugar, en una época en que hallándose España en poder de los moros, eran numerosos los cristianos que gemian cautivos en las mazmorras mahometanas. Fr. Fernando Pelaez cumplió esta mision con tan buen éxito y acierto, que á su regreso no vacilaron sus superiores en elevarle á los primeros destinos de la Orden, y entónces fué nombrado comendador de San Salvador y de las casas de Atienza, puesto que ocupó satisfactoriamente, haciéndose amar y respetar de sus inferiores, apreciar de sus iguales y no ménos de sus superiores. Constante en la práctica de las virtudes y observancia religiosa, no desmereció en este puesto de la fama que se habia anteriormente adquirido, y hasta su muerte le hallamos citado como modelo de buenos religiosos. Asistió á varios capítulos de su Orden, y hubiera quizá obtenido más elevadas dignidades si no le hubiese sorprendido la muerte cuando ménos lo esperaba en el referido convento de S. Salvador.— S. B.

PELAEZ DE CAUNEDO (D. Felipe). En las ásperas montañas que separan el principado de Asturias del reino de Leon se vé el pueblo de Caunedo, edificado por la noble familia de este apellido ántes del siglo XII, la que tiene allí su antiquísimo solar, que es una casa grandiosa con torre fuerte y almenada, capilla, etc. De esta casa y los mayorazgos que le estan afectos era señor á mediados del siglo XVIII el distinguido caballero D. Juan Pelaez de Caunedo, natural del pueblo de este nombre, el que de su esposa la señorita Doña María Gomez Buelta, natural del pueblo llamado S. Miguel, concejo de Laviana, en el reino de Leon, tuvo entre otros hijos á D. Felipe Pelaez de Caunedo y Gomez Buelta. Habia tenido lugar su nacimiento en el citado pueblo de Caunedo el 17 de Noviembre de 1745, y desde sus primeros años mostró un talento y aplicacion especiales, é hizo nacer esperanzas de que alcanzaria ilustre renombre como acreditó el suceso. Fué su educacion tan esmerada cual era de esperar de la nobleza y riqueza de sus padres, y desde luego significó su decidido propósito de seguir la carrera de la Iglesia. Estudió, pues, con grande aprovechamiento, las facultades de filosofía, derecho civil y canónico, en las universidades de Oviedo y Valladolid, fecundos semilleros de hombres eminentes en virtud y ciencia, y á varias cátedras que vacaron en ellas hizo oposicion. Sustituyó la de *Clementinas*, y fué nombrado Ginasiarca. Conocida su erudicion y buen talento, le dió un lugar entre sus miembros la academia de S. Juan Nepomuceno, de cánones é historia eclesiástica, erigida en la casa de los PP. del Oratorio de S. Salvador de Madrid, y allí leyó repetidas veces largas y eruditas disertaciones sobre asuntos de Historia eclesiástica. En Diciembre de 1770 ingresó en el renom-

brado colegio mayor de Sta. Cruz, de Valladolid, y al año siguiente obtuvo por oposicion la canongía doctoral de la Sta. Iglesia catedral de Oviedo, de cuyo obispado fué nombrado juez subdelegado de la Cruzada y Subsidio eclesiástico. No fué esta sola distincion la que mereció D. Felipe Pelaez de Caunedo durante el tiempo que fué prebendado en Oviedo, pues el cabildo le comisionó en el año de 1773 para que pasase á Madrid á seguir algunos negocios de grave interés para la Iglesia, los que condujo con cumplido acierto á un feliz término. En el año siguiente hizo oposicion á la doctoral de la Iglesia metropolitana de Sevilla, y despues obtuvo los importantes cargos de juez sinodal y vicario general de la diócesis de Oviedo, y de hacer la santa visita en el arcedianato de Grado. El gran rey Cárlos III, que tenia particular acierto para la difícil designacion de prelados dignos, conocedor de los méritos y singulares dotes que adornaban al doctoral de Oviedo, le presentó á Su Santidad para el obispado de Lugo, al que iba anejo el señorío temporal de la ciudad, el año de 1786, vacante por muerte de D. Antonio Montenegro Páramo. El 29 de Agosto del mismo, participó al cabildo lucense su nombramiento, que fué recibido con señaladas muestras de júbilo, pues eran notorias las virtudes y altas prendas que hacian digno de ceñir la antigua y nobilísima mitra de Lugo á D. Felipe Pelaez de Caunedo. El 19 de Mayo de 1787 tomó posesion del obispado, habiendo presentado las bulas y dado su poder para ello al dean de Lugo D. Luis de Angostina y Villalantes. En 6 de Mayo tuvo lugar la solemne ceremonia de la consagracion en el monasterio de Otero de las Dueñas, de religiosas cistercienses, siendo su consagrante el obispo de Leon y asistentes el de Mondoñedo y el auxiliar de Oviedo. En 24 del mismo mes hizo su entrada pública en la capital de su diócesis, con la solemnidad que entónces se usaba, y apénas sentado en la antigua silla de los suevos, dió testimonios continuos de su celo y eficacia para el gobierno de sus hijos espirituales, publicando excelentes cartas pastorales cuyo principal objeto era exhortarlos á la virtud, á la asistencia á los oficios divinos y á la veneracion del Sacramento, tan observada desde tiempo inmemorial en la iglesia de Lugo, donde está siempre expuesto el Santísimo Sacramento, cuya costumbre se cree proviene de un concilio celebrado en tiempo de los reyes suevos, en que se condenó á ciertos herejes que negaban la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía: á esto se atribuye tambien el orígen del escudo de armas del reino de Galicia y ciudades de Lugo y Mondoñedo, en las que se ve el Sacramento. Sobresalia Don Felipe Pelaez de Caunedo en el difícil ministerio de la predicacion, y poderoso en la palabra y en la obra, por el ejemplo y fervoroso celo por la gloria de Dios comunicaba más su luz y cogia ópimos frutos. Predicaba, pues, el Evangelio con la sencillez y claridad que conviene para la instruc-

cion del pueblo y reforma de costumbres, huyendo siempre de declamaciones fogosas ó exageradas, pero sin que por eso careciesen sus discursos de profunda erudicion y elegancia. Uno de los progresos de que le es deudora la iglesia de Lugo, fué la economía y buen órden que logró introducir en la recaudacion de las rentas episcopales, que sufrian grandes mermas por el descuido ó mala fe de algunos funcionarios subalternos. Deseoso de contribuir á la ilustracion del pueblo, tan descuidada á la sazon en Galicia, aumentó considerablemente á costa de su peculio particular la biblioteca pública erigida por su ilustrado predecesor D. Fr. Francisco Armaña. No ménos piadoso y magnífico que ilustrado, contribuyó por veces repetidas con considerables donativos para el ornato de su Iglesia, y los socorros que su caritativa mano dispensaba á los menesterosos eran tan repetidos como espontáneos. Mereció del rey Carlos IV la distincion de ser su representante para ofrecer en un año santo en la catedral de Santiago, el voto que los monarcas castellanos acostumbran desde largos siglos hacer al Apóstol patrono de España. En 1796 consagró la gran campana titulada de Nuestra Señora, con cuya ocasion el ilustrado canónigo de Lugo D. Joaquin del Camino compuso la inscripcion siguiente:

Signum Virgin. Mariæ sacrum ex ære jus. Dominico Palacio Opifice confl.: ab illust. D. D. Philippo Pelaez Caunedo Luc. Pontifice sac. chris. delib: D. Josepho Silva Ossorio pro Canonic. colleg. templi ædit. curante in eius culmine suspen. anno MDCCXCVI.

Entre otros testimonios de su devocion dejó una capilla en su patria, erigida á pocos pasos de la casa de sus padres. Respetado y querido de todos cual cumplia á sus relevantes méritos, falleció D. Felipe Pelaez de Caunedo en Lugo en 1816. —C. de C.

PELAGIA (Sta.), penitente. El Martirologio Romano y el de Usuardo, con referencia al dia 8 de Octubre, dan razon de la gloriosa penitente Sta. Pelagia, modelo de pecadoras arrepentidas, que imitó en mucha parte á la bendita Sta. Magdalena, y tanto de estos dos libros cuanto de las noticias que sobre la misma Sta. Pelagia nos dan Nicéforo y el cardenal Baronio en las *Vidas de los Santos*, vamos á componer esta biografía, siguiendo algun tanto el órden en que lo hizo, en vista de estos autores y de la noticia del diácono Jacobo, que fué testigo, el ilustrado redactor de la vida de esta Santa en la *Leyenda de oro*. Vivia en la ciudad de Antioquía en tiempo del emperador Teodosio el menor, una famosa ramera llamada Pelagia, que por su belleza y desenvoltura cautivaba los corazones de los incautos, haciéndoles beber en copas de un efímero placer su propia condenacion para que fuesen presas del demonio, del que era ella fiel servidora y eficaz agenta para conquistar al-

mas al infierno. Empero, como Dios si consiente al demonio que nos tiente para probar nuestra fe y nuestra fidelidad, no nos abandona jamás á su poder, concediéndonos tregua para volver á él si nos arrepentimos de nuestra infidelidad y extravío, dispuso las cosas de tal modo que la agenta del demonio viniese á ser la más ferviente sierva suya y la enemiga más pronunciada de Satanás, porque si enormes fueron los delitos de la pecadora Pelagia, ejemplarísimo fué su arrepentimiento y grande su penitencia. Predicaba el glorioso S. Nono, obispo de Edesa, un dia en la iglesia de S. Julian mártir de Antioquía, con motivo del concilio de ocho obispos que á la sazon se celebraba, cuando pasó por delante de la puerta de la iglesia en donde estaban sentados los obispos la ramera Pelagia con gran alboroto, montada en un jumento segun costumbre del país, acompañada de criados y criadas, que llamaban la atencion de los transeuntes hácia la belleza de su ama. Vestida Pelagia de ricas ropas de seda y de oro, engalanada con preciosos collares, perlas en el calzado y ataviada con cuanto puede realzar á la belleza, iba con la cabeza y pechos descubiertos, lanzando la lascivia de sus hermosos ojos, convidando con su hermosura al que quisiera disfrutarla á trueque de oro, y embalsamando el ambiente con las esencias derramadas sobre su cabeza y vestidos. Al verla pasar los obispos dieron señales de dolor y volvieron á la parte opuesta sus rostros, á fin de no ver más á tan escandalosa é impúdica mujer. El obispo Nono, por el contrario, fijó los ojos en Pelagia, no apartándolos de ella hasta que la perdió de vista, y volviéndose entónces á los obispos sus compañeros, les preguntó vertiendo lágrimas si se habian deleitado en ver á aquella pecadora; pero como ninguno le contestase, les dijo: Mucho me ha deleitado á mí su vista, porque creo que Dios ha de tomar á esta mujer en el dia de su tremendo juicio por medio para juzgarnos á nosotros y pedirnos cuenta de nuestro oficio y ministerio; prosiguió Nono declarando la solicitud, cuidado y tiempo que ponia aquella mujer en tocarse, engalanarse, componerse, para agradar á los hombres que hoy son y mañana no, y el descuido con que nosotros vivimos sin limpiar y adornar nuestras almas para que parezcan bien á aquel Señor que es Rey del cielo y de la tierra y que paga con galardon eterno á todos los que le sirven. Asi habló Nono, y yéndose á su alojamiento se arrojó á tierra, dándose golpes de pecho, y derramando muchas lágrimas pidió perdon á Dios de sus pecados y de la negligencia con que le servia siendo sacerdote y obispo, estando obligado á dar ejemplo á los demás, reparando que el trabajo que solo en un dia tomaba aquella mujer desventurada para engalanarse, excedia al que en toda su vida tomaba él para componer su alma. En estas y otras muchas reflexiones estuvo el santo Obispo abismado desde que vió á la pecadora Pelagia hasta el domingo, en el que estando todos los obispos en la iglesia, aca-

bado que fué en el sacrificio de la Misa el santo Evangelio, le mandó el patriarca de Antioquía predicar al pueblo. Subió al púlpito Nono á descubrir el tesoro escondido de sabiduría y espíritu divino que el Señor habia depositado en él, y desechando las galas de la elocuencia y con solo el lenguaje de la verdad, que da la conviccion de una sólida doctrina, reprendió los vicios, puso delante el tremendo juicio de Dios, el castigo de los malos y el premio de los buenos, con tal fervor que el auditorio se conmovió y vertió lágrimas de arrepentimiento. Pelagia, que sin temor alguno de Dios, que no era cristiana y que se burlaba de todo, jamás habia oido sermones, habia ido aquel dia á la iglesia arrastrada de una fuerza que ella desconocia, pero que era la mano de Dios que queria salvarla por aquel medio y sacarla del camino de perdicion en que se encontraba. Y fué tanto el efecto que hicieran en su alma las palabras de Nono, que no pudo ménos de conmoverse y de verter muchas lágrimas. Terminado el sermon se fué Pelagia á su casa y escribió al Obispo una carta, que le mandó á su celda con dos criados suyos, en que le decia: «Al santo discípulo de Cristo la pecadora y discípula del de»monio: He oido de tu Dios que bajó de los cielos á la tierra por la salud de »los hombres, y que aquel á quien los querubines no osan mirar, habló con »publicanos y pecadores y no desdeñó conversar con una mujer samaritana »y pecadora. Y siendo tú discípulo de este Señor, no debes despreciar á una »pecadora como yo negándome tu conversacion, por medio de la cual deseo »ver á Jesucristo.» Temiendo Nono que este fuese un ardid que le tendiese el demonio para tentarle, la respondió que no la hablaria de manera alguna sino delante de los demás obispos. Consintiendo ella, fué á la iglesia de S. Julian mártir, y viendo reunidos á los prelados se arrodilló delante de ellos abrazándose á los pies de Nono, y vertiendo un mar de lágrimas le suplicó imitase á Jesucristo y la bautizase é hiciese cristiana. Y como el santo Obispo le dijese que la Iglesia prohibia bautizar á la mujer mala si no afianzaba el no volver al pecado, ella le contestó con las lágrimas más abundantes y dando señales de verdadero arrepentimiento; le replicó que mirase habia de dar cuenta á Dios de su alma y de todos sus pecados, y que Dios se la pediria si dilatase el bautizarla y limpiar su alma de sus manchas, y que rogaba á Dios que no tuviese parte en él con sus Santos y que fuese juzgado como si le negase, si no la hacia aquel dia esposa de Cristo y no la ofrecia pura en su presencia. Convencidos los obispos del arrepentimiento de Pelagia, dieron aviso al Patriarca de lo que sucedia, rogándole les enviase una mujer de buena vida y ejemplo, y nombró el prelado á Romana, que tenia el primer lugar entre las mujeres de Antioquía dedicadas á Dios. Luego que Romana llegó á la iglesia, tuvo mucho que trabajar para que Pelagia se levantase del suelo, y preguntándola el Obispo cómo se llamaba, respon-

dió que sus padres la pusieron el nombre de Pelagia, pero que los antioquenos la llamaban Margarita por las muchas margaritas y perlas que llevaba en sus vestidos. Bautizóla por fin el santo Obispo, y practicadas las demás ceremonias la dió el santísimo sacramento de la Eucaristía y se la entregó á Romana para que la instruyese y enseñase la religion del Crucificado. Los fieles de Antioquía, y en especial los obispos, se alegraron mucho de la pecadora Pelagia, y muy especialmente Nono que hizo fiesta aquel dia, echando aceite en la comida y bebiendo vino en celebridad de haber ganado á Dios el alma de aquella mujer. Fortificó Nono á Pelagia contra las tentaciones del demonio, que no dejó de inquietarla en un principio, defendiéndose ella por consejo del buen Obispo con la señal de la cruz é invocando el santo nombre de Jesus, y el demonio blasfemando dejó por fin un alma que le habia arrebatado el arrepentimiento de su esclava. Al tercer dia despues de su bautismo, mandó Pelagia á Nono cuantas joyas, alhajas, trajes y cosas de valor tenia, para que hiciese de todo ello lo que gustase, y el santo Obispo hizo que por el mayordomo de la iglesia y sin reservar nada para ésta, se repartiese á los pobres, y así se verificó. Dió en seguida Pelagia libertad á sus esclavos y esclavas, dándoles alhajas y joyas que para esto habia reservado, exhortándoles á que se librasen de la vanidad y de los vicios. Desnudándose á los ocho dias del traje blanco, que durante este tiempo se ponia á los bautizados, se vistió de un áspero silicio, y sin decir á nadie nada, incluso á Romana que quedó desconsolada, partió de Antioquía y se dirigió á Jerusalen. Luego que llegó á aquella ciudad de santos y gloriosos recuerdos, se dirigió al monte Olivete, edificó una estrecha celda, y vestida de hombre, se encerró en ella con el nombre de Pelagio, y empezó á hacer la más austera y ejemplar penitencia. De allí á cuatro años fué por devocion á Jerusalen Jacobo, diácono del santo obispo Nono (que es á quien se deben estas noticias), y éste que sabia solo el retiro de Pelagia, por lo que habia consolado á Romana diciéndola que Pelagia habia escogido la mejor parte como María Magdalena, y era guiada de Dios, le encargó buscase un monje llamado Pelagio que habia vivido solo y encerrado algunos años, y que le visitase en su nombre. Cumpliendo el diácono el encargo de su prelado se fué al monte de las Olivas, y no tardó en ver la celdilla en que vivia Pelagia, la cual solo tenia una ventanilla por la que se asomó al llamar el diácono. La penitente Pelagia conoció al instante al enviado, pero no éste á aquella por lo muy desfigurada que la tenian sus ayunos y ásperas penitencias. Dió Jacobo el recado de su Obispo, y contestándole Pelagia que era varon santo y que rogase á Dios por él, cerró la ventanilla. Volviendo el diácono á visitar al eremita, como viese que dos ó tres dias que le llamó no le respondió, se subió á la ventanilla, y asomándose lo mejor que pudo, vió que el monje

Pelagio estaba muerto. Comunicó el diácono la noticia á otros santos monjes entre los que tenia fama de santidad, los cuales fueron á la celda de Pelagio, y sacando su cuerpo para ungirle con mirra, segun costumbre de la época, hallaron era mujer, y admirados alabaron al Señor. Divulgado el caso por todo el país, vinieron de los monasterios de mujeres de Jericó y del Jordan, muchas de ellas con cirios encendidos, y dieron sepultura al santo cuerpo de Pelagia, admirable pecadora arrepentida, cuya memoria celebra la Iglesia el dia 8 de Octubre, presentándola á los fieles como una nueva María Magdalena, digna como ésta de imitacion.—C.

PELAGIO I, papa. La Iglesia únicamente ha tenido dos papas de este nombre. Fué el sesenta y dos pontífice de Roma, y vivió en el tiempo del emperador Justiniano y del rey de Francia Childeberto. Era romano, de noble y opulenta familia, hijo de Juan Vicarianus, prefecto del Pretorio. Habia sido ordenado por el papa S. Agapito I, y ejerció las funciones de apocrisario ó nuncio de la iglesia de Roma en Constantinopla, como lo habian sido sus antecesores en la silla pontifical, Liberio y Vigilio. El emperador Justiniano le encargó durante su mision que fuese á quitar el palio á Pablo de Alejandría, y en un sínodo celebrado en Gaza, pronunció la deposicion de aquel patriarca. A su vuelta consiguió del emperador Justiniano un edicto condenando á los discípulos de Orígenes. Hallándose en Roma cuando el ejército de los godos, guiado por su rey Totila, vino á sitiarla, Pelagio alimentó con su dinero al pueblo afligido por el hambre, y cuando fué tomada por el rey bárbaro la ciudad eterna aplacó con sus ruegos y hábil política la ferocidad del vencedor. Los escritos de Teodoreto, de Teodoro de Mopsuesto, y la carta de Ibas, conocidos bajo el nombre de los *tres capítulos*, causaban entónces grande agitacion en la Iglesia. El papa Vigilio los sostenia al principio contra el edicto del emperador Justiniano, que los habia condenado terminantemente. Resistió Vigilio en un principio, como un atleta valeroso, pero cedió despues y suscribió al edicto, conformándose el concilio que se vió forzado á convocar en Constantinopla el 5 de Mayo de 553, en el que sin haber querido asistir él y sin haberse aguardado la llegada de los obispos latinos, se pronunció la condenacion de los *tres capítulos*. Pelagio, simple diácono entónces, siguió el ejemplo de su pontífice. Desterrado por Justiniano en un principio por haber combatido el edicto, lo suscribió despues para volver á entrar en la Corte y en el favor del Emperador, y con la promesa de suceder á Vigilio. Muerto el papa Vigilio, al volver de Constantinopla para Roma, en Siracusa en 555, Pelagio en virtud de la promesa del Emperador se colocó por sí mismo sobre la Santa Sede sin aguardar la eleccion. El pueblo en violentos tumultos declaró que se separaba de Pelagio. Hombres religiosos y nobles ciudadanos participaron y ma-

nifestaron iguales sentimientos, y dominaron la opinion hasta tal punto que no se encontraron más que dos obispos dispuestos á consagrarle, no siendo posible hallar el tercero para el cumplimiento canónico de esta ceremonia. Al fin Pelagio fué consagrado por los obispos Juan de Perugia y Bonus de Ferentino con el auxilio de un sacerdote de Ostia, el arcipreste Andrés. Todo el resto del clero lo miró entónces como un intruso, y se separó de él. El P. Berti demuestra que esta consagracion fué válida, aunque no conforme con las que ordinariamente se hacian. La proteccion del Emperador, el recuerdo de los grandes servicios que habia prestado en otro tiempo Pelagio á Roma salvándola con su fortuna particular de los horrores del hambre, y con su mediacion de los furores de un bárbaro vencedor, y su hábil política sobre todo, hicieron que los romanos deseasen establecer con el nuevo papa relaciones de respetuosa sumision. Pelagio escribió á todos los obispos sobre su fe, y confirmó el quinto Concilio general, que se llama tambien el segundo de Constantinopla, aprobado por su predecesor Vigilio; y para aplacar las diferencias suscitadas aún entre los obispos occidentales relativas á los *tres capítulos* condenados en el concilio, trató de hacerlos condenar de nuevo por los obispos africanos, ilíricos y aun por los italianos. Empleó para esto la autoridad de Narses, solicitando el castigo de los disidentes, empero como aquel patricio era un hombre piadoso y temiese pecar contra la religion, cuenta Fleury en su *Historia Eclesiástica* que el papa Pelagio en una de sus cartas decia al piadoso Patricio: «No os detengais en los vanos discursos de los que dicen que »la Iglesia excita á las persecuciones, cuando reprime los crímenes y bus»ca la salvacion de las almas. No se persigue sino cuando se compele á ha»cer el mal: de otro modo, preciso es abolir todas las leyes divinas y huma»nas, que mandan el castigo de los crímenes. Que el cisma sea un mal, y »que deba ser reprimido hasta por la potestad secular, nos lo enseñan la »Escritura y los cánones; y que cualquiera que está separado de la Iglesia »Apostólica, peca, y es indudablemente cismático.» En el pontificado de Pelagio murió en la más extremada vejez el famoso Casiodoro, perteneciente á la más ilustre nobleza romana, y que habia nacido en Squillace en Calabria en el año 470. Fué el principal ministro del rey Teodorico. Despues de haberse retirado del mundo á un monasterio que habia fundado, escribió unos comentarios *sobre los Salmos*, y despues la *Institucion de las Divinas Escrituras*. A la edad de noventa y dos años compuso otras muchas obras, y un tratado de ortografía. Casiodoro, este hombre tan notable y distinguido en su siglo, no dejó nunca de mostrar su más respetuosa adhesion á Pelagio y sumision á sus decisiones. Alarmada la conciencia del rey Childelberto de Francia por las decisiones de Pelagio condenando las *tres propo-*

siciones, le sospechó de herejía, y entónces Pelagio para tranquilizarle y evitar una excision en los pueblos de aquella nacion, envió al Rey escrita de su propia mano una profesion de fe, en que condenaba directamente y excomulgaba á cuantos se separasen de la doctrina de la carta de S. Leon y de las actas del concilio de Calcedonia. Childelberto quedó convencido, sumiso y obediente á Pelagio. En su tiempo se celebró el tercer concilio de Paris, que pronunció la excomunion contra los detentadores de los bienes eclesiásticos, llamándolos *asesinos de los pobres* en el cánon en que contra ellos fulmina el anatema. Los obispos de Toscana rehusaban adherirse al quinto Concilio general el segundo de Constantinopla, y se habian separado de la comunion de Pelagio. Este les escribió en una carta estas notabilísimas expresiones: «¿Cómo no creeis estar separados de la comunion de todo el »mundo, si no recitais nuestro nombre segun la costumbre en los santos »misterios; pues por muy indigno que somos, en nosotros subsiste al pre»sente la solidez de la silla apostólica con la no interrumpida sucesion del »episcopado?» Pelagio murió en 28 de Febrero de 560 despues de haber gobernado la Iglesia amagada siempre de un cisma, cuyos síntomas se revelaron en diversos puntos cuatro años, diez meses y diez y ocho dias. En dos ordenaciones en el mes de Diciembre, creó el papa Pelagio cuarenta y nueve obispos, veinte y seis sacerdotes y nueve diáconos. Durante su agitado y corto pontificado comenzó á edificar en Roma la magnífica iglesia de los santos Doce Apóstoles, que nosotros hemos visitado, y que la muerte no le dejó concluir, habiendo sido consagrado por su sucesor Juan III el dia de la festividad de S. Felipe y Santiago, lo que ha sido causa de que Fleury y otros autores se hayan equivocado, llamando á esta iglesia de S. Felipe y Santiago, cuando está dedicada á todo el colegio apostólico, y precisamente en Roma no existe iglesia alguna consagrada en particular á los apóstoles S. Felipe y Santiago. A la muerte de Pelagio permaneció vacante la Santa Sede cuatro meses y diez y seis dias, porque era preciso en aquella época aguardar de Constantinopla el asentimiento á la eleccion. Hasta entónces no habia sido por tan largo tiempo diferida esta eleccion. El derecho que se habia arrogado Justiniano en la eleccion de los papas, derecho nuevo, sostenido por los sucesores de este emperador, ocasionó en lo sucesivo vacantes en la silla de Roma mucho más largas que ántes. Ya desde los tiempos de Odoacro los soberanos de Italia habian pretendido dirigir, ó si se quiere mejor, turbar estas elecciones. —C. de F.

PELAGIO II, papa. Fué el sesenta y cinco papa; solo le separa del anterior el pontificado de Juan III y Benedicto I. El imperio se hallaba entónces en manos de Tiberio II, y la corona de Francia sobre la cabeza de Childerico. Los lombardos, que pasaban entre las naciones germáni-

cas por uno de los pueblos más valientes, altivos y libres, fundan en Italia un nuevo poder sobre los restos del reino de Teodorico y de la dominacion griega. La muerte prematura de Alboino despues de un reinado de tres años y medio, y la anarquía que le sigue pone un obstáculo á sus conquistas. Un pueblo fortificado ántes en las lagunas de Venecia se habia escapado tambien al yugo de los lombardos. Roma con su territorio, ó con su ducado como se llamaba entónces, permanece fiel á los emperadores de Oriente bajo la proteccion de los papas. La conquista de los lombardos, cuya corte es Pavía, donde habia fijado su residencia Alboino, se extiende desde los Alpes hasta las inmediaciones de Roma. Esta conquista fué para la Italia la época del renacimiento de los pueblos. Se alzaron principados independientes, se erigieron repúblicas en todas partes, y un principio de vida animó aquellos contornos largo tiempo sumidos en un sueño letárgico. La monarquía de los lombardos subsistió con gloria doscientos seis años (568-774). La raza de los lombardos prosperaba en Italia, miéntras que se extinguia gradualmente la de los romanos. La larga enemistad conservada entre los lombardos y los romanos ó los griegos fué la causa de la caida de su monarquía. Los papas se veian siempre sitiados en su capital por los lombardos. Roma á la vez recibia los insultos del poder de los emperadores de Oriente, que no reinaban sino á la sombra de los vándalos, dueños del Africa, de los exarcas que se creian con derecho de imponer leyes y no respetarlas, y de los lombardos que pretendian ser los sucesores de los que se habian dividido el antiguo Imperio romano. Pelagio II era romano de nacimiento, monje benedictino, hijo de Vinigildo, cuyo nombre anuncia su orígen godo, fué elegido y consagrado pontífice el 30 de Noviembre de 578. Esta vez no se aguardó al asentimiento del Emperador, porque los lombardos sitiaban entónces estrechamente la ciudad de Roma. Por esto gozó más ámpliamente de su derecho, que el estado de las cosas no podia disputarle porque habia una imposibilidad material para dirigirse y consultar al Emperador. Hay en la vida desgracias que proporcionan ventajas. Roma sitiada no era defendida por el exarca, lugarteniente del imperio en Italia, que con gran trabajo y á duras penas tenia que defenderse él mismo en Rávena. La privacion de un pontífice hubiera sido todavía una calamidad más insoportable. En medio de estas vicisitudes de la guerra fué elevado al pontificado Pelagio II, hombre distinguido por su sabiduría, su moderacion y sus virtudes. Habiendo destruido los lombardos la abadía de Monte Casino, los hijos de S. Benito que allí moraban se vieron forzados á buscar un refugio en Roma. En cuanto pudo el Papa, nombró apocrisario ó nuncio en Constantinopla con todos sus poderes para que llevase sus excusas por no haber obtenido, en fuerza de las circunstancias, el asentimiento del Emperador para su eleccion, y á pedirle so-

corros para reprimir á los lombardos á su diácono Gregorio, que comenzaba entónces su carrera eclesiástica, que debia de ser su sucesor en el pontificado, y merecer más tarde el nombre de *Grande* y de *Santo*. Marchó Gregorio á Constantinopla y no obtuvo los socorros que solicitaba. Se dirigió entónces Pelagio á la Francia, y escribió al obispo de Auxerre una carta en que deploraba á nombre de la Santa Sede los malos tratamientos que sufria por los lombardos. Estas son las primeras palabras que ansiosamente recogidas por un pueblo eminentemente católico, aguijonearon despues tan poderosamente á Cárlos Martel, Pipino y Carlomagno. Habiendo sucedido á Tiberio II en el trono de Constantinopla el emperador Mauricio, obtuvo Pelagio algunas tropas y cincuenta mil escudos de oro, con los que le fué posible en 584 pagar un ejército de franceses. El rey de Austrasia Chidelberto II, cuando apénas contaba catorce años, acaudilló este ejército. El lombardo Autharis, retirando todas las tropas á sus fortalezas, abandonó el campo á las devastaciones de su jóven rival; empero á la noticia de la muerte del infame Childerico, el rey de Austrasia retrocedió para disputar su herencia ó para vengarse de Fredegunda, y los lombardos quedaron dueños de devastar las bellas provincias de Italia. No pudiendo el Papa combatir á estos bárbaros con la espada, esgrimió su pluma contra los obispos disidentes de Istria, que no querian suscribir á la condenacion de los *tres capítulos*, y á las decisiones del quinto Concilio general de la Iglesia, el segundo de Constantinopla, que los habia anatematizado. Pelagio les escribió tres cartas, de las que es tan voluminosa la última, que S. Gregorio la llamaba el *libro de Pelagio*. La metrópoli de Aquilea se hallaba agitada por los enemigos de la fe romana. Nada habia servido la elocuencia y la dialéctica del pontífice Pelagio, que se estrellaron en la obstinacion de los prelados de Istria, y entónces apeló á la potestad seglar. El exarca Smeragdo, residente en Rávena, arrojó al primado Severo de la iglesia de Aquilea, le persiguió hasta Grado, donde desgraciadamente en un concilio del año 587, celebrado por aquel patriarca, y al que asistian diez y ocho obispos, seis sufragáneos, estos prelados, convertidos en cismáticos, juraron no admitir nunca el quinto Concilio general. El exarca los persiguió hasta en Grado, y se llevó prisionero á Rávena al arzobispo con otros tres obispos más. Al año siguiente la Santa Sede los hizo volver á sus sillas, pero era tal la persistencia del pueblo de Istria en su terquedad, que entónces consideró como apóstatas á aquellos mismos obispos. El prudente emperador Mauricio prohibió al exarca, su lugarteniente, el cometer estas violencias y mezclarse en estas cuestiones religiosas, siendo el resultado que los dos partidos se quedaron con sus recíprocas creencias. Entre tanto Juan *el Ayunador*, patriarca de Constantinopla, se habia valido del pretexto de un concilio para tomar el título de

obispo universal; el Papa se apresuró á protestar contra aquella pretension; anuló las actas del concilio, prohibió á su nuncio comunicar con el patriarca, y le intimó renunciase al título que queria usurpar. Esta cuestion duró más que la vida del Pontífice. Su terminacion estaba reservada á su sucesor Gregorio *el Grande*. Reinaba entónces en Roma una terrible peste, una enfermedad tan súbita como violenta, que los médicos de entónces llamaron *pestis inguinaria*, que extendia sus estragos sobre toda la Italia. Con frecuencia espiraban repentinamente los atacados al estornudar ó bostezar, y desde aquella terrible calamidad ha venido la costumbre de desear la *ayuda de Dios* aún hoy á los que estornudan, brevísima fórmula con que se recomendaba entónces sus almas al Señor. Una de las víctimas de esta terrible peste fué Pelagio, que murió el 8 de Febrero de 590, despues de un pontificado de doce años, dos meses y diez dias. Fue enterrado en el Vaticano. Su memoria fué muy venerada. Enriqueció con sus liberalidades las iglesias, y sus reglamentos y ordenanzas son un testimonio de su sabiduría. Fué el bienhechor de los pobres, y profesó á éstos grandísimo afecto, sobre todo á los ancianos, de los que reunió tal número en sus palacios, que los trasformó en verdaderos hospicios. Fué el primer pontífice que en los diplomas de su cancillería marcó el tiempo por las indicciones que Constantino *el Grande* habia instituido el 24 de Setiembre de 312. Estas forman, como se sabe, un curso de quince años: cuando terminan estos años, se vuelve á comenzar á contar la primera indiccion. En dos ordenaciones en Diciembre creó el pontífice Pelagio cuarenta y ocho obispos, ochenta y dos sacerdotes y ocho diáconos. Seis meses y veinticinco días permaneció vacante la Santa Sede. No se necesitaba, sin embargo, tanto tiempo para distinguir entre los candidatos á aquel que debia de ser una de las glorias de la Iglesia, y levantar el pontificado á su mayor altura, á S. Gregorio *el Grande!!!* — C. de F.

PELAGIO, obispo de Leon, monje de la órden de S. Benito, tomó el hábito en el convento de S. Claudio de Leon y murió en la era 906, segun dice su epitafio:

HIC REQUIESCIT FIDELISSIMUS CHRISTI SERVUS PELAGIUS,
LEGIONENSIS EPISCOPUS, ÆRA D.CCCC.VI,
IN MENSE AUGUSTI.

Sobre la fecha de la muerte de este prelado añade Gonzalez Dávila lo siguiente: «Yo entiendo que la era en este epitafio se toma por año, porque »si quitásemos á la era los treinta y ocho años sería el año 868, que ha de »subir más arriba, y suceder á diferentes prelados, y él á otro que sea en »tiempo muy diverso; y que sea la era por año parece se verifica con lo que

»el muy V. Fr. Atanasio de Lobera, en el cap. XVI de la segunda parte de las »*Grandezas de la ciudad de Leon* afirma que en el año 906 era obispo Cixila, »desde el cual, dice, se continua la verdadera mencion de los prelados de »esta santa Iglesia; con que si mi razon vale algo, á Pelagio le sucederá en la »sede Cixila; y del Pelagio II se verificará lo que el P. Lobera afirma en la »pág. 295 de sus *Grandezas* en la escritura que otorga aquel prelado en el »año 1073. En el arca donde está el santo cuerpo de Pelagio estan estas le- »tras de oro:

SANCTUS PELAGIUS, PATER ET PRUDENS PASTOR,
HUJUS ALMÆ ECCLESIÆ HIC MERUIT SEPELIRI.

S. B.

PELAGIO II (D.), obispo de Leon, segundo de este nombre. Su vida escrita por el mismo, que han copiado diferentes autores, dice así: «Sea á »todos notorio como yo el obispo Pelagio nací en Galicia, y desde mi niñez »me crié en la ciudad de Santiago; en ella estudié desde las primeras letras »hasta la sagrada teología, y fuí asímismo ordenado de diácono. Y siendo »de edad madura puso en mí los ojos el rey D. Fernando y la reina Doña »Sancha; y deseando levantarme en dignidad, me señalaron por obispo de »la Iglesia de Leon en el año que este glorioso Rey pasó á la gloria en 27 de »Diciembre de 1065. Sucedióle en las virtudes y reino su hijo D. Alonso VI; »mas yo, Pelagio, viéndome colocado en tan alta dignidad, considerando las »grandes obligaciones del oficio episcopal, entré llevado de la consideracion »á lo interior de mi alma; y revolviendo en mi memoria las vidas y maravi- »llosas obras y ejemplos de los Padres antiguos que en semejantes cargos me »precedieron, y meditando en sus lucidos trabajos, vigilias, ayunos, limos- »nas, y la carrera dichosa que pasaron hasta llegar al supremo bien que se- »guramente gozan; queriendo en algo imitarlos, determiné con el favor di- »vino de dar lo poco que yo tenia para reparo de esta iglesia santa que me »está encomendada, porque el edificio que se ve al presente, unos dicen que »fueron baños de gentiles y templos de la vanidad de sus dioses, otros que »palacio Real; mas despues estuvo libre hasta que llegó á la corona el rey »D. Ordoño, que tambien dicen puso el primer obispo en esta ciudad, y »pareciéndole que este edificio podia servir en semejante ministerio, lo de- »dicó para la iglesia de Sta. María, y señaló esta ciudad de Leon por cabeza »de su reino; y dió á la iglesia tantas posesiones, que no se pueden reducir »á número, mostrando con estos efectos el verdadero amor que le tenia. Pa- »sados algunos años entraron los sarracenos con poderosa mano, destruye- »ron las iglesias, profanaron los altares y reliquias; una de las ofendidas fué

»esta santa Iglesia de Leon, que quedó tan arruinada y destruida, que hasta »hoy lo está. Mas como Dios manifestase su misericordia y levantase su justa »ira, apartándola del pueblo cristiano, con que los católicos se fueron ani»mando, y volviendo sobre sí de tal manera, que poco á poco han ido arro»jando de sí el pesado yugo que los moros habian puesto, venciéndoles muchas »veces, ganando grande riqueza y despojos; mas no igualaba la ganancia »con el daño recibido, con que despues de aquella destruccion ha quedado »tan arruinado el edificio de esta santa Iglesia, que al presente carece de te»cho y se llueve por todas partes. No hay altares, ni aras, ni órden de coro, »ni adorno de iglesia para celebrar el oficio divino y culto del altar; y como »todo esto estuviese por mi cuenta, procuré el reparo y remedio de ello, »dando lo que yo tenia y cuanto pude allegar de personas pias y devotas, »que para ello ayudaron. Así aderecé la iglesia, levanté altares, puse »aras, busqué libros, hice ornamentos y proveí de todo lo necesario para »la celebracion del culto divino. Fuera de esto, alcancé para esta igle»sia del rey D. Alonso muchos lugares y privilegios, joyas de oro, plata y »seda; su hermana mayor Doña Urraca me donó una cruz de oro fino, mu»chas joyas y ornamentos; su hermana Doña Elvira donó la villa de San Ju»lian de Anteros del Rey, frontales, casullas y perlas. Donaron tambien mu»chos condes, condesas y caballeros, y yo el obispo Pelagio convoqué los »obispos de la provincia, y señalé dia para la restauracion y mundacion de »esta iglesia, limpiándola y purificándola de las profanidades, inmundicias, »sangre y maldades que los agarenos habian cometido en ella. Consagráronse »altares, cálices, aras, ornamentos y las demás cosas que pide el culto divi»no. Otorgóse esta escritura en 10 de Noviembre, era de 1111, que es el »año 1073; confirmala el rey D. Alonso y sus hermanas Doña Urraca y Doña »Elvira, muchos obispos, condes y caballeros.» Esta escritura fué otorgada en el octavo año del gobierno de su obispado. Este prelado murió en 1075, segun Gonzalez Dávila, siendo indudablemente falso el epitafio que le atribuye Ambrosio de Morales, en que se lee:

HIC REQUIESCIT FIDELISSIMUS CHRISTI SERVUS PELAGIUS,
LEGIONENSIS EPISCOPUS, ÆRA D.CCCC.VI,
MENSE AUGUSTI.

Que es el año 868, habiendo una diferencia entre la escritura citada y el epitafio de doscientos cinco años; de donde se infiere que este epitafio pertenece á un prelado diferente del que ahora nos ocupamos. — S. B.

PELAGIO *el Diácono*. Vossius en su *Historia latina*, y Possevin en su *Aparato Sacro*, dan razon de este diácono de la Iglesia romana en los tiem-

pos de Agapito, Silverio y Vigilio, el cual con Juan, subdiácono de la misma Iglesia, tradujo del griego al latin las *Vidas de los Padres del desierto*, de cuyo libro habla Focio en su *Biblioteca* sin citar el autor. Sigiberto escribió tambien que Pelagio, diácono de la Iglesia romana, y Juan, subdiácono de la misma, tradujeron del griego al latin un libro titulado: *De la vida y doctrina de los Padres;* y no falta quien crea esta traduccion obra del pontífice Pelagio I, que además de saber perfectamente la lengua griega habia viajado por el Oriente, añadiendo algunos que el subdiácono Juan sería Juan III, que sucedió al expresado papa Pelagio.— A. C.

PELAGIO (Alvaro), franciscano español, á quien unos suponen natural de Portugal y otros de Galicia, siguió sus estudios en Paris graduándose de doctor en filosofía y teología por aquella universidad, y despues pasó á Bolonia, donde cursó el derecho canónico con el maestro Guido de Baisio; posteriormente obtuvo el nombre de general de la órden de los Menores por cesion del ministro general Fr. Gonzalo. Distinguióse mucho en el púlpito y la cátedra, siendo celoso observador de la perfeccion religiosa. El sumo pontífice Juan XXII le nombró penitenciario de la Curia Romana, y despues obispo de Silva en el reino de Portugal. Algunos autores suponen que llegó á ser cardenal, pero equivocadamente segun el autor de la Biblioteca Franciscana. Dió muchas obras á cual más notables al orbe literario, alabadas principalmente por S. Antonino y por casi todos los bibliógrafos. La principal que escribió es la que lleva el título *De Planctu Ecclesiæ*, en dos libros, en el primero de los cuales trata *De Statu*, y én el segundo *De Planctu Ecclesiæ*. En ellos reprende con grande órden los vicios de los eclesiásticos y de casi todos los estados de la república cristiana, probando cada argumento con textos de la Sagrada Escritura y de ambos derechos. Le publicó por primera vez en Ulma por Juan Zeneir, 1476, por segunda vez en Lyon por Juan Eleym en 1517, y últimamente en Venecia por Sansovinos en 1560. El autor dice al fin de esta edicion: «La corregí y apostillé por »primera vez en el año del Señor 1335 en los Algarbes de Portugal, donde »soy obispo en Villa Ramza: La corregí y apostillé por segunda vez en San»tiago de Compostela el año del Señor 1340. En la primera parte de esta »obra hay setenta capitulos, en la segunda noventa y tres.» Despues de lo cual se lee el siguiente dístico del editor:

Plurima, qui latuit vix ulli sæcula notus.
Exerit è tenebris Alvarus ecce caput.

Se conserva manuscrita en diferentes bibliotecas, principalmente en la Vaticana en tres libros del duque de Urbino, números 953 y 954. Nicolás

Antonio en el tomo I de su *Bibliotheca Vetus*, dice que vió esta obra en un códice manuscrito de la Biblioteca Vaticana, al que precede una division, ordenacion y continuacion por Francisco de Toledo, maestro en teología y arcediano de Ecija, y finalmente un índice por órden alfabético por el Rdo. Domingo de Capracina, cardenal de Fermo: *Summam Theologiæ*, publicada en Ulma en 1474, segun dicen Wadingo y Dupin, en el siglo XIV. *Remedium Fidei contra hæreses*, ó como otros leen mejor, *Collirium adversus hæreses*. Nicolás Antonio atestigua que vió un ejemplar de esta obra en la Biblioteca Vaticana, en hojas de pergamino y papel de antiquísimo carácter. Al fin se lee: «La presente obra fué compuesta por Fray »Alvaro, de la órden de Menores, obispo Silviense: se llama colirio, porque »así como el colirio es una untura hecha para reparar las fuerzas de los ojos »é iluminar la vista, así el presente libro es útil y necesario para iluminar la »fe. Este colirio se halla dividido en seis partes principales, la primera de las »cuales contiene sesenta y seis herejías, etc.» El libro comienza: *In nomine Domini, etc., Fr. Alvarus professor minoritta, natione hispanus decretorum doctor, in sacræ Theologiæ scholasticus, gratia vobis, et pax à Domino N. Jesu-Christo, etc.* — *In IV libros sententiarum*; obra citada por Buenaventura Baró, Wadingo, Trithemio y otros. —*Speculum regum*, mencionada por los mismos comienza: *In nomine Domini N. Jesu-Cristi.* — *Apologia contra Marsilium Patavinum, et Guillelmum Okam*, la que presentó á Juan XXII, contra quien escribieron aquellos temerariamente. Compuso, por último, *Sermones varios*, cuyo manuscrito se conservaba en la biblioteca de S. Juan de los Reyes de Toledo (let. S., núm. 66). Entre ellos se conserva el sermon que pronunció en presencia del mismo pontífice Juan con esta inscripcion: *Sermo Fr. Alvari Hispani, decretorum doctoris Episcopolorum et Pœnitentiarii Domini Papæ, factus in die Jovis Cœnæ Domini, in præsentia Domini papæ Joannis XXII.* Falleció Pelagio en 1353, y fué sepultado en Sevilla en el coro del monasterio de Sta. Clara, cerca del sepulcro de la V. Leonor de Guzman, religiosa del mismo convento. El Martirologio Franciscano da á este autor el título de beato, y hace conmemoracion de él en 5 de Julio. —S. B.

PELAGIO Galvan (Payo). Nació este cardenal portugués en Guimaraens en la provincia Entre Duero y Miño en el siglo XII de nuestra era. Su padre Pedro Galvan y su madre María Paez pertenecian á la más distinguida nobleza del país. No obstante de ser Payo hijo único de este matrimonio, no quisieron sus padres contrariarle la vocacion que desde muy niño tuvo por la vida monástica, que abrazó con entusiasmo tomando el hábito de los canónigos regulares de S. Agustin en el monasterio de Sta. Marina da Costa el año 1178. Viendo el prior D. Mendo el talento y vivacidad del jóven Payo, le envió á París á estudiar, y allí aprendió la teología bajo la direccion

del sabio Lotario, religioso de la misma Orden y de la familia de los condes de Seña, en Italia, que fué despues cardenal y papa con el nombre de Inocencio III. Cuando éste fué á Roma á recibir el capelo, quiso llevarse con él á Payo; pero no obteniendo permiso de su prior porque áun no habia terminado sus estudios, se quedó en Paris hasta que recibió el grado de doctor en teología. Obligado á volver á Portugal por obediencia, no obstante su deseo de ir á Roma á unirse con Lotario, obtuvo en cuanto llegó la dignidad de maestrescuela de la iglesia colegial de Guimaraens, que le dió su prior D. Pedro Amarens. Enseñando estuvo en el claustro de esta iglesia, hasta que muriendo el papa Calixto III, fué elevado al pontificado su maestro Lotario, que tomó el nombre de Inocencio III, el 8 de Enero de 1198. Nombróle el rey de Portugal Sancho I para que fuese á Roma en su real nombre á prestar obediencia al nuevo Papa, el cual le recibió con la mayor alegría y las distinciones más honrosas, llamándole su querido discípulo, como se ve por la carta que escribió al Rey, la cual publicó Brandam en la parte cuarta de su *Monarquía Lusitana*, libro XII. Inocencio III, que conocia el mérito de Pelagio Galvan, no le permitió volver á Portugal, y le obligó á quedarse á su lado en Roma nombrándole su vicecanciller. Verificando en 1206 su cuarta promocion, le creó cardenal diácono con el título de Santa María *in Septecollio*, en 1211 cardenal sacerdote de Sta. Cecilia, y obispo de Alba en 1215. Muriendo el papa Inocencio en 1216, fué elegido papa Cincius, canónigo regular de Letran, el 18 de Julio del mismo año, el cual tomó el nombre de Honorio III, y teniendo por Galvan la misma predileccion que su antecesor le distinguió con su amistad hasta el grado de creérsele su favorito. Siendo esto así, no es extraño acudiese á Galvan el glorioso Santo Domingo para lograr por su medio del Papa la confirmacion de su Orden, cuya gracia obtuvo en los primeros años de su pontificado, habiendo firmado en la bula de concesion el cardenal Galvan, obispo de Alba, con otros diez y siete cardenales. Invitando el emperador Honorio á los príncipes cristianos á la conquista de Tierra Santa, de cuyo ejército fué general en jefe Juan de Brienna, rey electo de Jerusalen, el cardenal Galvan fué legado *à latere* en esta expedicion. Murió Galvan, segun el conde Ericeyra en su *Memoria*, el año 1240, sin que se sepan más detalles. — C.

PELANDUS (Clemente), franciscano natural de Bérgamo. Escribió un libro con el título de *Pennæ Columbæ Davidicæ, seu commentarii in illum versiculum Psalmi XXXIV: Quis dabit mihi pennas sicut columbæ, et volabo, et requiescam?* Id est: *Exercitia spiritualia animæ suspirantis, et cupientis fugere, ac declinare pericula hujus mundi*; Bérgamo, por Marco Antonio Rossi, 1638. — S. B.

PELAYA (Santa). Solo se sabe de esta heroina cristiana, á la que recuer-

da la Iglesia católica el dia 23 de Marzo, que murió mártir por defender la fe de Jesucristo en el siglo III de nuestra era, en un pueblo de la diócesis de Braga, en cuyo obispado se honra su santa memoria con los santos mártires, tambien españoles sin duda, Aquila, Epargo, Dionisio y Teodoro. — C.

PELAYA (Sta.), vírgen y mártir. En el reinado del emperador Diocleciano vivia en Tarso una virtuosa vírgen llamada Pelaya, y como fuese muy afecta á los cristianos, tenia su corazon dispuesto á lo bueno y su alma deseaba mayores dichas futuras que las que le ofrecian los ídolos que adoraba. No sabiéndose explicar su deseo, oyó hablar de la doctrina de Jesucristo, y como sintiese en su corazon una voz secreta que la aconsejaba seguirla, pues que aquel era el deseo que ansiaba su alma, se propuso abrazar la religion de los cristianos. Su deseo, iluminado por la divina gracia, la hizo ver en sueños á un obispo bautizando, y luego que despertó, como la impresion la estuviese siempre presente, salió de su casa diciendo que iba á ver á su nodriza, y buscando al obispo, al que la condujo la oculta mano de Dios que queria para sí aquella angelical criatura, se hizo bautizar. No pudiendo disimular por mucho tiempo la religion que habia abrazado, porque su amor al verdadero Dios y su aborrecimiento á los falsos dioses hicieron traicion al disimulo, fué descubierta por su familia y áun por el prefecto de la ciudad. No contenta su familia con maltratarla, y viendo que ni los ruegos, las dádivas ni las amenazas podian apartar aquella bendita alma de su Dios para que la volviese á los demonios en sus ídolos, la presentaron ante el juez idólatra para que la intimidase y áun castigase, si no volvia á su abandonada creencia. Delante del juez y sin intimidarse, ántes bien con modesta arrogancia cristiana y con humilde continente y sencillez de la inocencia, confesó de nuevo á Jesucristo y detestó de los ídolos, manifestando que ántes de volver al error de que Dios por su inmensa bondad la habia sacado, moriria cien veces. Vista por el juez su decision á pesar del aspecto del suplicio que le presentó y cuya presencia solo sirvió para fortificarla en su fe y creencia, la mandó meter dentro de un buey de bronce hecho ascua, desde donde voló su alma con la victoriosa palma del martirio al seno de Dios. Su recuerdo le hace la Iglesia el dia 4 de Mayo. — B. S. C.

PELAYA (Sta.), mártir. Hallamos en el Martirologio que esta Santa padeció el martirio con un S. Genaro bajo el reinado del emperador Licinio, en la ciudad de Nicópolis de la Armenia, cuyo suplicio fué un potro, en el que durante cuatro dias surcaron sus cuerpos desnudos con peines de hierro y pedazos de vidriado hasta que murieron, confesando siempre al Señor: la Iglesia la recuerda el dia 13 de Julio. — C.

PELAYA (Sta.), mártir. Otra santa del mismo nombre nos dan los Martirologios á 19 de Octubre, con S. Verónico y otros Santos compañeros que

sufrieron con ella el martirio. Dícese que tanto Pelaya como los demás eran naturales de la ciudad de Antioquía, en donde vivian bajo el imperio de Diocleciano cuando decretó éste la persecucion contra los cristianos, y que acusados por profesar la religion del Crucificado, no pudiendo los jueces vencer su constante fe, fueron sacrificados inhumanamente por los idólatras. —C.

PELAYO (S.), obispo de Laodicea. Veneramos en la Iglesia á este santo prelado el 25 de Marzo. Dícese de este bienaventurado que estuvo casado; pero que amante celoso de la castidad, persuadió á su mujer á que la guardasen ambos, viviendo como S. José y la Vírgen, é imitándolos en cuanto pudiesen. Tan buena y virtuosa su mujer como él, instruyó en la virtud á otras santas mujeres, y se retiró con ellas á vivir en penitencia en el yermo, lo que aplaudió mucho su marido que auxilió tan heróico proyecto. Libre de las obligaciones del matrimonio abrazó Pelayo la carrera eclesiástica, y como tenia fe y voluntad decidida en el mejor servicio de Dios, estudió con tanto aprovechamiento la ciencia de agradarle, que llegó á ser obispo de Laodicea, cuya grey edificó con su ejemplo y virtud. Desterrado y perseguido por la fe, padeció muchos trabajos con admirable paciencia, bendiciendo siempre á Dios que le llamó por fin á sí el expresado dia, á fines del siglo VI de nuestra era, para premiar su virtud. —C.

PELAYO (S.), niño y mártir. Con relacion al dia 26 de Mayo, en que celebra la Iglesia española y toda la cristiandad á este Santo niño, hallamos en la *Leyenda de oro* la vida escrita del mismo por el clérigo cordobés Raquel, que parece como testigo de su martirio segun le describe, y por lo tanto vamos á seguir fielmente su relato en mucha parte. Reinaba en Córdoba el rey árabe Abderraman III, el cual salió victorioso en la batalla que presentó á los cristianos españoles en el valle de Junquera el año 921, habiendo hecho muchos prisioneros, y entre ellos al obispo de Tuy Ervigio, que fué encerrado en la cárcel de Córdoba cargado de cadenas. Tratándose del rescate del Obispo por algunos moros prisioneros de los cristianos, se dejó en rehenes á un niño de diez años, sobrino del Obispo, llamado Pelayo; y como el rey moro accediese á ello, dejó libre al Obispo y quedó en la cárcel el niño, que era de singular hermosura y de precoz inteligencia, si bien de mucha modestia. Escogido por Dios para sí, le fortificó de tal modo en la fe, que se afinó en ella como el oro en el crisol, y creció su virtud con el sufrimiento. Su ocupacion en la cárcel fué la oracion y la lectura de los libros santos que pudo proporcionarse, no viéndosele jamás distraido en juegos ni en fruslerías, sino siempre muy grave, hablando de las excelencias de la religion del Crucificado y de la virtud; y así es que más que niño, parecia un viejo por lo razonado de su conversacion y madurez de su juicio. Tres años pasó el

niño de este modo en la cárcel; pero alabando al rey moro alguno de sus criados, miéntras su amo comia, la belleza del niño Pelayo, mandó que le sacasen de la cárcel y le llevasen á su presencia. Vistieron al niño ricamente, ponderándole la suerte que tenia en que el Rey le llamase, y de este modo se le presentaron. Enamoróse Abderraman de su hermosura, y deseando protegerle le ofreció honras y riquezas si dejaba de ser cristiano y seguia la ley del gran profeta Mahoma, á lo que el niño respondió sin turbarse: «Todo lo que me prometes, oh poderoso Rey, no es nada. Soy cristiano, y lo seré sin negar jamás á Jesucristo. Cuanto tú me ofreces es caduco, frágil y momentáneo, mas Jesucristo, mi Dios y Señor, que crió todas las cosas y las tiene debajo de su mano, es eterno y no tiene fin.» Admirado quedó el Rey, pero enamorado de su figura se llegó á él con ánimo de besarle y tocarle deshonestamente; mas apartándose el niño con ligereza, le dijo con el mayor valor: «Aparta, perro, tu rostro. ¿Piensas acaso que soy yo como uno de esos tus afeminados?» Y en seguida rasgó las ricas vestiduras que le habian puesto para estar más suelto para la pelea que esperaba, y morir, si era necesario, por Jesucristo. Tan cautivado estaba el Rey de la belleza del niño, que ni sus palabras ni sus obras fueron motivo suficiente para que cambiase de intencion; ántes, por el contrario, mandó á sus criados que con caricias y halagos procurasen atraer al niño á su voluntad, disuadiéndole á dejar de ser cristiano. Convenciéndose el Rey que perdia el tiempo, porque Pelayo se afirmaba más y más en su propósito, convirtió su amor en odio, y con los ojos centellantes y arrojando llamas, mandó que le colgasen en la garrucha, y alzarle y soltarle muchas veces hasta que muriese ó dejase de confesar á Jesucristo por Dios. Con gran crueldad pusieron los verdugos en ejecucion las órdenes del Rey, y durante este martirio se mantuvo el niño con semblante celestial, sin manifestar flaqueza, ántes bien preparado á mayores tormentos. Creciendo, al saber esto, la furia del Rey, mandó que le fuesen cortando todos los miembros uno á uno, y que despues de asesinado de este modo le arrojasen al rio Guadalquivir. Ensañáronse verdaderamente con el cuerpo del Santo niño los sayones al cumplir las órdenes del Rey, empleando cuantas crueldades pueden imaginarse; pues al paso que unos le iban cortando los miembros, otros le atenaceaban y pinchaban, de modo que manaban arroyos de su sangre por todas las partes de su bendito cuerpo. Pelayo, como si no fuera su cuerpo el que padecia, invocaba con sereno semblante y con extraordinario fervor á Jesucristo, diciéndole: *Libradme, Señor, de las manos de mis enemigos;* y queriendo levantarlas al cielo se las cortaron los verdugos, y despues la cabeza, con lo que en seis horas que duró tan cruel martirio rindió su bendita alma, que voló á recibir de Dios la corona y el trono que tiene en la gloria preparado á los que combatiendo por

su causa en este mundo mueren llenos de sus bendiciones. Arrojados al Guadalquivir el cuerpo y miembros del Santo niño, cuidaron de buscarlos los cristianos, y luego que los encontraron los sepultaron en la iglesia de San Ginés, y la cabeza en la de S. Cipriano. El martirio del niño fué el domingo 26 de Junio del año 926 segun el citado, y Ambrosio de Morales y el cardenal Baronio dicen fué el de 925, porque aquel año cayó en domingo el 26 de Junio y no en el siguiente. Envió el rey D. Sancho, apellidado *el Craso*, hijo de Ramiro II de Castilla, una embajada al rey de Córdoba para firmar la paz, y entre las cosas que exigió fué una que le entregase el cuerpo de San Pelayo niño, lo que le fué concedido. Habiendo muerto el rey D. Sancho ántes de recibir aquel precioso tesoro, tuvo esta dicha su sucesor Ramiro III, que le hizo colocar con gran pompa en el monasterio fundado por su padre á este fin. Trasladóse con el tiempo el santo cuerpo á Oviedo el 8 de Noviembre del año 1023, y esta ciudad tiene la dicha de poseerle. Muchas son las iglesias que en Castilla y en Galicia estan dedicadas al Santo niño, contándose entre ellas la del monasterio de monjas benitas de Santiago de Galicia, en cuyo país se da este nombre de pila á muchos. Hacen mencion de este Santo español el Martirologio Romano á 26 de Junio, y se escribe su historia en los santorales de S. Pedro de Cardeña, de la santa iglesia de Toledo, de la de Tuy y de otras; teniéndose por tradicion entre los gallegos que el niño fué natural de Tuy. Extendido el glorioso nombre con la noticia del martirio de este Santo niño por toda la cristiandad, se le venera tambien en Alemania y en la isla de Sajonia, en la que la ilustrada y célebre religiosa Rosoita escribió en verso el glorioso triunfo del Santo, manifestando que tuvo noticia de él por un cordobés que se habia hallado presente á su martirio. Concluiremos esta biografía repitiendo lo que dice el piadoso autor que escribió del Santo niño en la *Leyenda de oro*, publicada en cuatro tomos en fólio en Barcelona el año de 1853. «Gran gloria es de Dios que »así triunfa en los niños tiernos de todo el poder del infierno; y gran prueba »y testimonio de ser verdadera nuestra santa religion es cortar la cabeza »por mano de David al soberbio y orgulloso gigante, y á Satanás por mano »de Pelayo; y gran vergüenza es de los tibios que no corran tras los fervo»rosos, y que los hombres se dejen vencer de los niños en materia de tan»ta monta que les va en ella la verdadera vida, y vida eterna; pues que la »de este mundo es, más que vida, lenta muerte, prolongada agonía, por »feliz que puedan imaginársela los que no piensan en la eterna.» —B. S. C.

PELAYO (S.), mártir. A 28 de Agosto hallamos el recuerdo que hace la Iglesia de este bienaventurado, del que solo hallamos mencionados sus martirios, sufridos en la ciudad de Constanza, ciudad antigua de Francia, durante el reinado del emperador Numeriano. Tenia en la ciudad la inspeccion

de vigilancia contra los cristianos un juez comisionado al efecto, llamado Evilasio, obcecado adorador de los falsos dioses, y de consiguiente intolerante en sumo grado y sangriento perseguidor de los que profesaban la ley de Cristo. Delatado Pelayo á este juez como iniciado en la doctrina del Nazareno y observador fiel de su doctrina, le mandó prender y encerrar cargado de grillos y cadenas en una oscura y hedionda mazmorra. Y como le advirtiesen que Pelayo pasaba su soledad y sufrimiento lleno de alegría y maldiciendo á los ídolos, al paso que cantaba alabanzas al Dios de los cristianos, hizo que le sacasen de la prision, y que azotándole cruelmente, le suspendiesen del ecúleo, en cuyo suplicio le rasgasen las carnes con puas de hierro, y así lo verificaron los verdugos. Mas como viesen el vigor con que todavía alababa á Dios y que se curaban instantáneamente sus heridas, le metieron en una caldera de aceite hirviendo, de la que tambien salió ileso por la misericordia de Dios. Visto esto, le echaron un lazo á los piés y le arrastraron por toda la ciudad; pero como áun con tan cruel suplicio conservase la vida y dirigiese preces al cielo, le degollaron, y su alma fué á disfrutar las delicias de la gloria, con las que paga con creces el Omnipotente los sufrimientos de los que mueren por su santa causa.—C.

PELAYO, Arsenio y Silvano (Stos.), monjes benedictinos. Famoso fué desde los primeros tiempos de su fundacion el monasterio de S. Pedro de Arlanza, perteneciente á la órden del gran patriarca S. Benito, cuyos religiosos tanto se han extendido por las diversas regiones del orbe, dando á la cristiandad tan gran número de santos y tanta copia de varones esclarecidos en virtud y sabiduria. El mencionado convento de Arlanza, que al través de los siglos y de las revoluciones de toda especie ha llegado hasta nuestros dias, desde la remota época de la dominacion de los godos, no es el que ha dado á España menor número de religiosos dignos de memoria por su piedad y su virtud. Las crónicas benedictinas han conservado y trasmitido el recuerdo de tres santos varones, amigos tiernos y compañeros inseparables en la vida y en la muerte, cuya memoria es tanto más digna de ser conocida de nuestros lectores y de la generalidad de los españoles, cuanto que se halla ligada con acontecimientos muy notables de la historia civil y religiosa de nuestra patria. Habia llegado el antedicho monasterio de S. Pedro al más alto grado de prosperidad y esplendor que era posible, cuando ocurrió el lamentable suceso de la invasion sarracena y de la ruina y fin de la gótica monarquia. La fanática cólera de los fieros invasores, que conceptuaban como un mérito la destruccion y ruina de los lugares consagrados al Dios de los cristianos, les hizo ensañarse contra todos los asilos en que se albergaban los ministros del Señor, y los séres que apártandose del mundo buscaban en el retiro de los claustros el medio de adquirir su eterna salvacion. El monas-

terio de Arlanza fué destruido completamente, dispersándose por varias partes de España sus moradores no religiosos. Sin embargo, siendo el país tan montañoso, y no faltando entre las sierras y cañadas algunas pequeñas grutas enteramente ocultas é inaccesibles á los hombres de las inmediatas poblaciones, muchos religiosos del convento, deseosos por una parte de continuar sirviendo á Dios completamente abstraidos del mundo, y no determinándose por otra á abandonar aquellos sitios en que habian creido terminar tranquilamente su existencia, se quedaron en el monte los unos solos, y los otros reunidos en pequeños grupos, resueltos á hacer vida eremitica como los antiguos moradores de la Tebaida. Cuando principió la reconquista del país, y cuando la dominacion agarena fué haciéndose ménos penosa, los ermitaños principiaron á dejarse ver del pueblo, que los veneraba por santos, encomendándose á sus oraciones y auxiliándolos con sus limosnas. La vida de aquellos ejemplares varones, al mismo tiempo que excitaba la pública veneracion, infundia en el ánimo de muchos fieles deseos de imitarlos y de seguir su ejemplo, y así fué que por un dilatado espacio de tiempo no faltaron en aquellos sitios moradores cenobitas, á los cuales fué debida la construccion de varios pequeños santuarios, que suplian algun tanto á los suntuosos y notables monasterios derribados por la mano de la guerra y de la impiedad. Del número de estos cenobitas eran tres amigos, llamados Pelagio ó Pelayo, Arsenio y Silvano, hombres cuya patria y antecedentes no han consignado las historias, concretándose solo á decirnos que eran varones de acrisolada fe y de profunda piedad, resumiendo en esto todos sus titulos de nobleza y toda la relacion de su parentesco, porque efectivamente no hay mejor nobleza que la virtud, ni alcurnia más distinguida que la de aquel que desprecia la vanidad de los hombres para lograr por la humildad la gloria de ser un hijo de Dios. Vivian los tres ermitaños, que eran ya de edad madura, en una pequeña cueva, que hoy se conserva, situada debajo del altar de la ermita que más tarde se construyó en aquel sitio, y que fué conocida con el nombre de S. Pedro *el Viejo*, y allí se ejercitaban en la oracion, en practicar asperísimas penitencias y en rogar á Dios por los pecadores que en el mundo le ofendian. Era por entónces señor soberano de Castilla el conde Fernan Gonzalez, aquel esclarecido héroe de imperecedera memoria, aquel hombre nunca bastantemente alabado, que en continua lucha con los moros y en perpétua disputa con los soberanos de Leon, que le exigian vasallaje, logró extender sus dominios y hacer reino independiente su condado feudatario. El rey de Córdoba, el más poderoso de los monarcas agarenos que dominaban por entónces en España, habia heredado de sus antepasados no solo la rabia contra el nombre cristiano, sino tambien los deseos de venganza y de lavar el vergonzoso borron de que cubrieran el nombre musulman

las derrotas de Covadonga, de Gormaz y de otros mil puntos en que la bandera de la cruz habia flotado triunfante sobre las banderas de la media luna. Esta era la causa de las expediciones armadas que frecuentemente salian de Córdoba con idea de aniquilar la recientemente organizada nacionalidad española, que tantos celos empezaba á dar á los que, cegados con sus primeras y fáciles victorias, juzgáran dominar por completo los países contenidos entre el Atlas y los Pirineos. El soberano cordobés, contemporáneo de Fernan Gonzalez, envió contra Castilla un numeroso ejército bajo las órdenes del esforzado Alhagib Almanzor, poniendo este suceso en gran conflicto á los cristianos, pues el esforzado Conde reunió muy en breve un buen cuerpo de escogidas tropas. Era éste muy insignificante en comparacion del gran número de enemigos, que cual una nube de langostas, como poéticamente dice un historiador, cubrian y desolaban el país que atravesaban. No desanimó á Fernan Gonzalez la gran copia de enemigos que en contra suya venia, pues confiando en su buena estrella y en la proteccion divina, que nunca le faltára, hizo marchar sus gentes y las acampó cerca de la orilla de Lara, aguardando la llegada del enemigo, que ya se encontraba cerca. Divertia el Conde á sus ocios entregándose al ejercicio de la caza; y siguiendo un dia los pasos de un jabalí, separóse de su comitiva y se emboscó solo en una grande espesa selva. Perdido entre aquel laberinto de tantos árboles y de muchas malezas, llegó á una pequeña ermita cubierta de cañas y hiedra, la cual estaba dedicada al Príncipe de los apóstoles, habitándola el ermitaño Pelayo y sus dos compañeros Arsenio y Silvano. Como ya era puesto el sol y el Conde venia sumamente cansado, pidió hospitalidad por aquella noche, la cual le fué concedida con mucho amor y caridad, partiendo los cenobitas con el soberano, su humilde cama y sus provisiones, que se reducian á pan de cebada y agua de las cristalinas fuentes del bosque, con algunas frutas secas de las que suministraban los árboles del mismo. Acomodóse el Conde lo mejor que le fué posible, y aunque era bastante piadoso de por sí, su piedad se acrecentó al advertir la ejemplar vida, que aquellos santos varones practicaban, pues ínterin él procuró descansar y conciliar el sueño, los ermitaños pasaron la noche entonando cánticos al Altísimo y rogándole por la salud y prosperidad de su ilustre huesped. Tuvo Pelayo aquella noche una revelacion divina, anunciánole en ella lo que habia de acontecer en la batalla cuyo fin sería muy glorioso para la cristiandad, lográndose una completa victoria. A la mañana siguiente, en vez de pagar el Conde el hospedaje, fué regalado con las buenas nuevas que Pelayo le dió, causándole notable contento, y partiendo muy consolado para su campo, donde reuniendo los capitanes de su ejército les dió cuenta del portentoso suceso, con lo cual cobraron todos muchísimo ánimo, y clamaron por mar-

char al enemigo. Partió la tropa cristiana del campamento de Lara, y hallando cerca al ejército de los moros, trabóse la reñida contienda que dió por término la completa victoria de las armas cristianas, dejando los musulmanes en su fuga un cuantioso y rico botin. Al regresar el Conde á Burgos y recordando el beneficio que de Pelayo recibiera, volvió por el sitio donde se encontraba la ermita, y donándole una gran parte de los despojos, rogó al santo ermitaño que los emplease en la reedificacion del destruido monasterio, lo cual tuvo cumplido efecto; recibiéndose en él bajo la direccion de Pelayo, que fué nombrado abad, muchos de los dispersos ermitaños existentes todavía en aquellos bosques, dándose principio de este modo á la instalacion de la comunidad en el recien edificado convento que hasta el dia de hoy subsiste, denominandole, como en lo antiguo, S. Pedro de Arlanza. Pronto se notaron los efectos de la reunion de aquellos varones, y el monasterio volvió á adquirir su antigua fama de santidad. Algunos años despues de la reedificacion, reinando en Leon D. Sancho *el Gordo*, ocurrió una nueva invasion de los moros en Castilla, poniendo nuevamente en grande aprieto al conde Fernan Gonzalez, que en medio del conflicto se acordó de su amigo Pelayo, y determinó pasar á verle. Cuando llegó á S. Pedro, le dijeron que Pelayo era ya muerto, lo que le causó notable pena; pero aquella noche entre sueños se le apareció el alma gloriosa del Santo, y le pronosticó que la nueva batalla tendria para las armas cristianas tan buen éxito como la primera. Díjole de qué manera habia de ordenar el plan del ataque, y le indicó los medios más conducentes para lograr su designio, lo cual animó tanto al buen caballero, que sin hacer alto en la desproporcion de sus fuerzas atacó á la morisma y la puso en completa fuga, matando y cautivando una multitud de infieles. Por esta razon tomó tal afecto al convento de Arlanza, que le enriqueció con notables dádivas, le ennobleció con muchos privilegios y le honró eligiéndole para su sepultura, mandando que le enterrasen en su templo á los pies de la iglesia, como en efecto se hizo, conservándose allí largo tiempo su sepulcro. Estos hechos se hallan referidos en muchas historias particulares y generales de España. Las crónicas de la Orden Benedictina tratan con alguna variedad acerca de estos santos varones, que pueden muy bien ser considerados como los segundos fundadores del monasterio de S. Pedro de Arlanza. La oscuridad de los tiempos, la incuria de los cronistas, ó acaso tambien el mal sistema empleado en la redaccion de antiguas memorias, ha sido causa en primer lugar de la falta de noticias acerca de la vida que hicieron los tres venerables amigos despues de su instalacion en el monasterio, así como de los muchos milagros que hicieron, y de los cuales se hace sumaria mencion en las bulas de algunos sumos pontífices, que han concedido á su buena memoria el título de

bienaventurados, aunque tampoco consta que fuesen canonizados, rindiéndosele culto únicamente por una piadosa costumbre. La misma carencia de noticias auténticas ha ocasionado tambien que en vista de que varios pontífices les han dado el título de mártires, y que la voz general confirmaba este dictado, algunos escritores sostuviesen acaloradas disputas é hicieran profundas investigaciones para averiguar la época en que pudieron padecer el martirio, adelantándose otros hasta decir que dichos santos habian perdido la vida por la fe á manos de los soldados de Zafa, caudillo árabe del rey de Córdoba, que saqueó el convento de S. Pedro de Arlanza en los últimos años del reinado de Fernan Gonzalez, dando la muerte á trescientos religiosos. Los que tal afirman, sostienen su proposicion fundándose en la antigua pintura que se veia en la urna donde reposaban los restos preciosos de Pelayo, y que representa un jefe musulman á caballo, á cuyos pies hay el cadáver de un monje degollado, la cabeza del cual presenta un soldado á dicho jefe. Otros autores contradicen este aserto, tachando de anacronismo la existencia de Zafa en tiempo de Fernan Gonzalez; pero nosotros, en atencion á que los estrechos límites de que podemos disponer en esta obra no nos permiten hacernos cargo de semejantes aseveraciones, ni determinar acerca de su validez, diremos únicamente que la Orden Benedictina, por una piadosa costumbre y arraigada creencia, llama santos y mártires á Pelayo, Arsenio y Silvano, conmemorándolos en sus rezos el dia 30 de Agosto, y conservando con mucha veneracion sus reliquias en dos preciosas urnas de jaspe perfectamente labradas, conteniendo una los restos de Pelayo y la otra los de Arsenio y Silvano. Consérvanse tambien en el archivo del referido convento muchísimos documentos importantes en que los sumos pontífices declaraban la santidad de los tres mencionados varones, así como cartas de fundacion de memorias hechas por personas piadosas en atencion á beneficios recibidos por intercesion de los bienaventurados ermitaños; razon por la que siempre fueron considerados como santos, añadiéndoseles por muchos personajes, entre ellos el rey D. Fernando I de Castilla, el título de *mártires*. Son muy curiosas las disertaciones que para probar todos los extremos arriba indicados se han escrito, las cuales pueden verse en Yepes, Heredia y otros autores de la Religion Benedictina. —M. B.

PELAYO I (D.), obispo de Astorga, de la casa de Sandoval, de quien dice el obispo de Tuy, que escribió la descendencia de esta familia que se halla unida á las crónicas de los cuatro reyes de Castilla, que su padre se llamó D. Asur y su madre Doña Elvira, caballeros y señores virtuosos. Llególes la hora de morir. El padre trató con Félix, abad del monasterio de Sahagun, el órden que tendria en disponer de su alma y de su hacienda. Acordó se le diese á su cuerpo sepultura en el convento Real de Sahagun, y

que sus dos hijos Pelayo y Pedro, que quedaron niños, se criasen en el monasterio de Sahagun con el hábito de monjes, ofreciéndolos á Dios juntamente con su hacienda. Profesaron los hermanos, y D. Pelayo fué electo obispo de Astorga, y D. Pedro de Leon; y habiendo gobernado sus iglesias con mucha satisfaccion de sus ovejas, dejaron los obispados y se volvieron á acabar la vida al convento que los habia criado. «Una escritura que existe en el archivo de la catedral de Astorga dice que D. Pedro dió á la reina Doña Urraca sesenta marcos de oro y plata por el lugar de Castillo, y que despues hizo donacion de él á los canónigos de su iglesia.» De este prelado hay memoria hasta el año 1072, ignorándose si es ó no suyo el epitafio de una sepultura que tiene la fecha del año siguiente, y se halla enterrado en la iglesia de Astorga. Esta curiosa é ingeniosa inscripcion dice asi:

Petra Petri cineres capit hæc, Animam Petra Christus, sic sibi divisit utraque Petra Petrum. Æra IIII (que es el año 1703).—S. B.

PELAYO (D.), obispo de Oviedo, célebre en la historia de España por una crónica que escribió sobre los sucesos de su época, que comprende los hechos de los reyes D. Bermudo II, D. Alonso V, D. Bermudo III, D. Alonso VI, D. Fernando el Magno y D. Alonso VII. Este Obispo se distinguió como orador, y se halló en Leon con D. Pedro, obispo de aquella ciudad, cuando las piedras de la peana del altar mayor del templo de S. Isidoro manaron agua en vez de lágrimas por la muerte del rey D. Alonso VI. Hé aqui cómo se refiere en las crónicas este suceso. «Que los obispos vestidos de pontifical »y el clero con ornamentos sacros y velas encendidas, acompañados de la no»bleza y pueblo, fueron á la iglesia de S. Isidoro, y despues de haber predi»cado D. Pelayo, dicha la misa, los obispos fueron al lugar donde manaba »el agua, y todos bebieron de ella; la que sobró, como agua santa, la guar»daron en un vidrio en testimonio de tan señalado caso.» Acerca del rey Don Alonso VI dice el mismo obispo D. Pelayo en su crónica: «Que fué el rey Don »Alonso defensor de las iglesias; que castigó á los malos, premió á los buenos. »Ninguno en su tiempo se atrevió á ofender á otro. Reedificó las puentes que »hay desde Logroño hasta Santiago de Galicia. Que le duró la enfermedad »un año y siete meses, y murió en el setenta de su edad. Reinó cuarenta y tres »años y seis meses, fué llevado al convento de Sahagun de religiosos Beni»tos. Fué llorado de los suyos con demostraciones públicas, cortándose el »cabello asi hombres como mujeres, y en señal de mayor sentimiento se »vistieron de cilicio, y á voz en grito andaban por las calles lamentando tan »grande pérdida.» Dejó Pelayo á su iglesia una biblioteca muy numerosa para su época y formó un archivo para las escrituras, en que puso un libro que habia recopilado con el título de *Testamentos*, que son las donaciones he-

chas á su iglesia. El pontífice Pascual II confirmó en su tiempo la antigua exencion de aquel obispado, y la reina Doña Urraca, por los distinguidos servicios que la prestaron el obispo y cabildo, les hizo donacion de la ciudad de Oviedo, merced que no llegó á tener efecto por las alteraciones de aquel reinado. En 1115 y gobernando la iglesia de Oviedo este prelado, se celebró un concilio en que se hicieron cánones contra los ladrones sacrílegos, violadores de iglesias y otros malhechores, acordándose en uno de ellos formado en favor del asilo eclesiástico, «Que ninguno pueda sacar de la iglesia, »ni setenta pasos alrededor, algun delincuente, salvo si fuese notoriamente »esclavo ó ladron público ó convencido de alguna traicion, ó público exco»mulgado, monje ó monja fugitivo, ó violador de iglesia. Y el que engañado »del diablo ó en otra manera sacase alguno de la iglesia y su cementerio has»ta doce pasos, vuelva el cuatro tantos y haga penitencia, conforme ordenan »los sagrados cánones, ó entre en religion profesando la regla de S. Benito ó »tomando hábito de ermitaño por toda su vida, ó sea siervo de la iglesia á »quien ofendió, ó sea peregrino.» A lo que añade en el mismo cánon la reina Doña Urraca: «Que fué ordenada esta constitucion, no por hombres, sino por el acuerdo de Dios.» Confirmaron este concilio quince obispos, la reina Doña Urraca, las infantas Doña Elvira y Doña Teresa y muchos ricos-homes. Ignórase la época del fallecimiento de este prelado, aunque consta que su sucesor D. Martin gobernaba ya aquella diócesis en 1124.—S. B.

PELAYO (D.), arzobispo de Santiago de Galicia, fué natural de este reino, y apénas elegido confirmó una escritura de concordia que hicieron, interviniendo el rey D. Alonso VII, los obispos de Oviedo y Lugo. Confirma la concordia en estos términos: «Pelayo, electo de Santiago;» y es la fecha de la escritura de 14 de Enero de 1153. Este Arzobispo murió en 1156, segun consta del siguiente epitafio que se lee sobre su sepulcro:

HIC JACET PELAGIUS RAYMON
GUNDISALVEZ, ARCHIEPISCOPUS COMPOSTELLANUS, QUI OBIIT
ÆRA CHRISTI 1156.

En este epitafio se toma la era por el año, y hay sin duda equivocacion en los apellidos, pues este prelado es conocido en la historia por solo el nombre de Pelayo.—S. B.

PELAYO DE COIMBRA (B.), religioso portugués de la órden de Sto. Domingo. Pocos son los datos que hay para escribir la historia de este ilustre varon de la religion de Predicadores; pues entretenidos los cronistas con referirnos sus milagros, apénas nos han suministrado noticias sobre un sugeto cuya carrera, aunque corta en el servicio del Señor, debió de ser tan meri-

toria como gloriosa, cuando ha obtenido una mencion especial de todos los cronistas que se han ocupado de los ilustres hijos de Sto. Domingo de Guzman. Tampoco ha hablado con más extension de Pelayo de Coimbra, Cardoso en su *Agiologio lusitano*, por lo que nos hemos de limitar á lo poco que ha llegado á nuestro conocimiento acerca de este ilustre dominico. Sábese que tomó el hábito en edad muy avanzada, y que sus buenos ejemplos, sus constantes predicaciones, sus virtudes y la gracia especial de que le habia adornado la Providencia, influyó eficazmente en que siguiesen el mismo camino otros sugetos de su mismo país, que viviendo muy apartados de los senderos por que la virtud y la gracia conducen á la vida eterna, consiguieron por las oraciones de Pelayo que los llamase Dios á más dichosos destinos en la órden de PP. Predicadores. Desde el instante en que tomó el hábito se distinguió nuestro venerable Pelayo por sus prácticas religiosas y la observancia de la regla de su Orden, siendo especialmente la penitencia y la oracion, en que fué muy asiduo, por las que merece ser citado como modelo; pues como dice su biógrafo, parecia haberse criado desde su juventud en la observancia de su sagrado instituto, pues no se le hacian difíciles las más severas prácticas, ántes bien las ejecutaba con facilidad, prontitud y alegría, teniendo un grande placer en manifestar á sus hermanos que era un verdadero hijo de Sto. Domingo y digno por todos conceptos de tan ilustre renombre. Honróle Dios en vida y muerte con numerosos milagros, de manera que en todo el reino de Portugal obtuvo fama de santo ántes y despues de su fallecimiento, ocurrido en Coimbra en 1258. La órden de Sto. Domingo celebra su memoria en 18 de Julio.—S. B.

PELAYO de S. Benito (Benedictino). Fué natural de Jadraque en el obispado de Sigüenza, y habiéndose inclinado á la vida religiosa tomó el hábito de la Orden Benedictina en el convento de S. Pedro de Arlanza, donde fué uno de los varones más esclarecidos que contó la religion en su seno, porque además de muy piadoso era sumamente versado en la Sagrada Escritura y muy docto en otras ciencias. Añadió á sus virtudes la de ser sumamente caritativo y afable con todo el mundo, mereciendo por esto el aprecio y la estimacion de todos cuantos le conocian. Advirtiendo la religion lo digno que era de ocupar los más distinguidos puestos de ella, le confirió sin hallar oposicion de ninguna especie varios destinos honoríficos, nombrándole tres veces abad, dos del monasterio de S. Pedro de Arlanza, y una del de S. Martin de Madrid, cuyas casas gobernó con suma prudencia, dejándolas muy mejoradas así en lo espiritual como en lo temporal. Supo aprovechar tambien todos los instantes de su su vida, y era tan justo apreciador del tiempo que jamás estuvo ocioso, viéndosele siempre trabajando, orando, consagrado al estudio, empleándose por via de distraccion en

practicar devotos ejercicios y tiernos actos de piedad. Fué, como hemos dicho, tan constante en la oracion, que empleaba en ella la mayor parte de la noche, y el tiempo que hasta el dia le sobraba, invertíale en actos de mortificacion y de penitencia, siendo uno de ellos colocarse en una gran cruz de madera que en su celda tenia, permaneciendo en ella tres ó cuatro horas, meditando sobre la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, y cuando ya no era posible á la débil naturaleza humana resistir por más tiempo aquel martirio, íbase á la iglesia, donde empleaba largas horas en cantar himnos y salmos con tanta dulzura y melodía, que llenaba de gozo y admiracion á todos cuantos le escuchaban. Fué muy primoroso en la escritura, y muy versado en la música, y así compuso y escribió por su propia mano toda la librería de coro, que sirvió por espacio de muchos años en el precitado convento de S. Pedro de Arlanza, cuya librería era tenida por la mejor de cuantas poseian las casas de la Religion Benedictina, y que tal vez habrá ya quedado destruida por la implacable mano del tiempo y de las revoluciones. La meditacion sobre las cosas eternas y las grandezas divinas era en él tan profunda, que muchas veces estando en el refectorio fijaba de tal modo la atencion en lo que se leia, que quedándose elevado dejaba de comer y permanecia largo rato en un delicioso éxtasis. Otras veces le ocurrió cuando cantaba los salmos hallarse fuera del convento y áun á largas distancias sin saber cómo ni cuándo habia salido, sucediéndole lo propio en el coro, pues tal era su abstraccion de los negocios del mundo y de las miserias terrenales. No habia para él objeto más preferente que la oracion, ni medio más seguro para salir de todos sus apuros y vencer todas sus tentaciones, y por lo tanto cuando se hallaba aquejado de alguna necesidad acostumbraba decir: *Voy á remediarla por medio de la oracion*. Muchos contemporáneos suyos atestiguaron que le habian visto obrar milagros, y nadie dudó de ello por la mucha fe que en su virtud se tenia, y aunque no resultó completamente probado, fué admitida creencia, reconociéndose que su alma estaba bastante iluminada por la divina luz del santo espíritu, y muy henchida de místico ardor, como lo prueba un libro que escribió, titulado *Sumario de oracion*, tan lleno de erudicion y tan rico de documentos espirituales, que solo las almas muy predilectas del Señor y las que están muy identificadas con el amor divino pueden comprender la suma de ternura y abundancia de piedad que en este libro se encierra segun dicen algunos autores contemporáneos que le vieron; pues desgraciadamente no ha llegado á publicarse, ni se sabe dónde para. Dicho libro era el espejo de su alma, y cuanto en él revelaba lo habia conocido y experimentado, y allí demuestra cuán grande es el fruto de la oracion, cuántos beneficios reporta su ejercicio, y cuán acepta es á Dios; pues ha-

blando por experiencia propia enumera las señaladas gracias y favores que el Señor le concediera, y excita á los fieles á que le imiten y le sigan. Lleno de años y cargado de merecimientos, pasó de esta á mejor vida, siendo abad del célebre convento de nuestra Señora de Balbanera, en el que por espacio de muchos años se conservó sepultado su incorrupto cuerpo, teniéndole todos en sumo aprecio y venerándole como santo. Entusiasta de su religion, y deseando perpetuar los gloriosos recuerdos de la misma, edificó una hermosa capilla ó ermita con una celda sobre la antigua cueva, en donde el conde Fernan Gonzalez halló á los santos Pelayo, Arsenio y Silvano. En el suelo de esta ermita hay una gran losa movible, levantada la cual puede bajarse á la santa cueva donde vivieron los mencionados varones, cuya cueva visitaban devotamente los peregrinos que iban en romería el dia de S. Pedro apóstol, á quien la dicha ermita se hallaba dedicada.— M. B.

PELECHA (Dr. D. Antonio). Nació en Valencia en 17 de Enero de 1724. Manifestó desde muy niño un talento claro y perspicaz, y una constante aplicacion al estudio. Con tan buenas cualidades hizo en pocos años rápidos progresos en la gramática, retórica y poesía latina que cultivó con esmero bajo la direccion y enseñanza de los PP. Jesuitas. No fueron menores sus progresos en la filosofía y ciencias naturales, á las que miró siempre con particular predileccion, especialmente la física experimental, á cuya ciencia se consagró con tanto esmero que llegó á reunir gran número de máquinas é instrumentos ejecutados en su mayor parte bajo su direccion é instrucciones. Consagrado á las ciencias eclesiásticas se distinguió entre sus condiscípulos, llegando á captarse el aprecio del Ilmo. Sr. D. Andrés Mayoral, arzobispo de la diócesis de Valencia, de manera que á la edad de veinticinco años le admitió á órdenes, á título de suficiencia, y en ménos de medio año pasó todos los grados desde la primera tonsura al presbiterado. Destinado á la cura de almas de las parroquias de S. Juan, de S. Felipe de Játiva, Alberique y Burjasot, se hizo respetar y fué generalmente amado por sus bellas cualidades, en particular por su actividad, prudente celo pastoral, caridad con los pobres y demás prendas de un buen párroco. Sobresalia al mismo tiempo en el ministerio del púlpito, y por su vasta é ilustrada erudicion se granjeó la estimacion de los literatos de su época. Teniendo noticia de su relevante mérito el Sr. Azpuru, arzobispo de Valencia, le envió desde Roma el título de examinador sinodal. Murió en 15 de Marzo de 1801 en su parroquia de Burjasot, que habia regentado por espacio de cuarenta años, en cuyo periodo se edificó, gracias á su incansable celo, la magnífica iglesia parroquial de aquella villa, que por su capacidad, hermosa y noble arquitectura, excelentes pinturas y bellas estátuas, es un perenne testimonio

del buen gusto, inteligencia, constancia é incansables desvelos del párroco Pelecha, quien entre los muchos medios que arbitró para llevar á cabo esta obra, fué uno el de predicar todas las cuaresmas y sermones de fiestas, cediendo sus honorarios para la fábrica del templo. En las horas que le dejaban libres sus ocupaciones pastorales, no dejaba la pluma de la mano, y además de la numerosa coleccion de sermones que predicó, así en las iglesias de Valencia como en otras muchas de aquel reino, dejó escritas gran número de obras que no han llegado á ver la luz pública, y cuyos manuscritos, segun Fuster, quedaron en poder de su familia, aunque no así sus poesías latinas que se perdieron en su mayor parte, conservándose solo algunas reglas muy ingeniosas. De sus trabajos filosóficos tampoco pudieron reunirse más que algunos fragmentos, en particular un diálogo muy curioso é instructivo. Inútil es repetir que todas estas obras se hallan inéditas, porque su modestia se opuso á que viesen la luz pública, habiéndose impreso solamente un sermon sin conocimiento ni noticia suya; pues se le sacó el manuscrito por sorpresa, el cual lleva el título de *Oracion panegírica en honor del esclarecido protomártir del sigilo sacramental S. Juan Nepomuceno*. Sus demás producciones son: 1.ª *Sermones panegíricos y morales*, tres tomos en fólio. — 2.ª *Lecciones sagradas sobre los libros sapienciales*, un tomo en fólio. — 3.ª *Catecismo dogmático para uso de los párrocos*, un tomo en 4.° Dejó escrito además un tomo en fólio, que contiene una selva muy abundante de asuntos y pensamientos predicables, tomados de la Sagrada Escritura y autores eclesiásticos y profanos. Tradujo del italiano y se conservan las obras siguientes: 4.ª *Sermones escogidos*, un tomo en fólio. — 5.ª *Ejercicios de la buena muerte*, escritos por el P. Ambrosio Cataneo de la Compañía de Jesus; un tomo en fólio.—6.ª *El Cura en el altar*, por José Malatesta Garrafi, arcipreste de Rímini, un tomo en 4.° Adicionó estas traducciones con índices muy copiosos y sumamente exactos. — S. B.

PELECHA (Onofre), presbítero. Fué natural de la ciudad de Valencia, sin que conste el año de su nacimiento ni el de su muerte. Siguió la carrera eclesiástica; y habiendo recibido las sagradas órdenes, desempeñó todas las funciones de su elevado ministerio con el mayor celo, esmero y exactitud. Manifestó una gran disposicion para el estudio de las ciencias naturales, en las que hizo muchos progresos, tanto más notables, cuanto que en su época se hallaba dicho estudio muy atrasado no solamente en España, sino tambien en el resto de Europa. Consignó el fruto de sus desvelos y observaciones en varios apreciables tratados sobre la astronomía, mereciendo por ellos el honor de regentar la cátedra de astrología, como entónces se llamaba, en la universidad de Valencia. Mereció el mejor concepto y la más profunda estimacion, así del vulgo como de los sabios de su tiempo por su arreglada con-

ducta y amable trato, así como tambien por el acierto de sus predicciones astronómicas. Floreció en el primer tercio del siglo XVII, y escribió las siguientes obras : *Tablas astronómicas y argolíticas para averiguar el punto del zodíaco, de donde viene la direccion de las natividades;* obra que no llegó á publicarse.— *Libro II del juicio de las natividades*, tambien inédita. — *Discurso de la naturaleza, causas y efectos de los cometas; primero en general y despues en particular de los que se han visto en el año* 1618, *conforme la opinion vulgar de los astrólogos y filósofos, y la verdadera de S. Juan Damasceno;* Valencia, 1619, un tomo en 8.º— M. B.

PELEGRIN (S.), confesor. Nació este bienaventurado de la noble familia de los Lacios en Italia, y su ciudad de Forli, en la Romanía, el año 1265. Muy severamente religiosos sus padres, le criaron en el santo amor á Dios, educándole piadosamente, é instruyéndole en las ciencias que más le convenian al servicio del Señor y de la república, para que llegase á ser un buen católico y un ciudadano útil á su país, obligacion en que estan los padres que se alimentan con el pan sacrosanto de la Iglesia católica, sujetándose á las leyes del Evangelio. Desde muy niño puso su confianza Pelegrin en la Santísima Vírgen María, escogiéndola por su especial protectora; y como quien á tan santo Paladion se acoge no puede ménos de llenarse de gracia, porque María es la gracia de las gracias divinas, no tardó en hacer notables progresos en cuanto emprendió para alejar de su alma las tinieblas de la ignorancia y ahogar en su corazon las semillas candentes de las malas pasiones, para que germinasen en él con lozanía, y sin estorbos que le robasen el calor de la gracia, las virtudes, benéficas conductoras que guian al hombre al dichoso fin para que Dios le ha criado. Empero, como Dios quisiera probar á su siervo y fortificarle en sus principios y en la fe por su arrepentimiento, más que por otra virtud, á fin de que sirviese de ejemplo de mansedumbre y de humildad, tras actos guiados por la soberbia, presea que el demonio presenta á los mortales para cautivarles mejor, hizo que Pelegrin, ántes de entregarse á él enteramente, divagase entre los caminos de la perdicion y de la gracia. Hallábase la Italia en su juventud dividida en los tan célebres bandos funestos al país de Güelfos y Gibelinos, que se hacian, sin tregua ni consideracion alguna una cruda guerra ; en uno de los dos bandos tomó bandera Pelegrin, distinguiéndose notablemente por su valor y firmeza. Con tan extraña revuelta la ciudad de Forli se encontraba en una completa anarquía; y deseando cortarla y establecer el órden el pontífice Martin IV, al que afligian extraordinariamente estas disensiones, envió al general de la órden de los Servitas, el P. Felipe Benicio, á fin de que viese de arreglar las diferencias entre ambos partidos y restablecer la armonía. El talento y elocuencia de Benicio logró avenir los ánimos hasta el punto de

que los ciudadanos diputasen una comision al Papa encargada de negociar la paz. Como el Pontífice, para obligarles más á la humildad y afianzar con esto la paz, negase á los comisionados de la ciudad la audiencia que le pidieron, los forlinos se dividieron de nuevo, y al paso que los unos proponian la sumision al Papa sin condiciones, otros, y de este número fué Pelegrin, quisieron lanzar al mediador P. Felipe de la ciudad, llegando la exaltacion de Pelegrin hasta tal punto que le dió un terrible bofeton. Sufrió Felipe, imitando en esto á Jesucristo, la ignominia impresa en su rostro venerable por el fogoso é iracundo jóven; y léjos de irritarse, oró por sus perseguidores, y especialmente por Pelegrin, con tal fervor que se vió momentáneamente al culpable echarse á los piés del ofendido servita, pedirle humilde perdon de la grave falta que habia cometido, y suplicándole con lágrimas del más sincero arrepentimiento del amor á Dios más ardiente le admitiese en la religion de los Siervos de María. Dios habia llamado á su corazon; y como estaba fundado sobre bases fuertes y seguras, no tardó en responder dignamente á su Señor con el firme propósito de consagrarle su vida entera. Viendo el P. Felipe Benicio el profundo arrepentimiento de aquel su enemigo y ofensor, le abrazó con el mayor cariño; y advirtiendo lo verdadero de su vocacion, le preparó para que entrase cual debia en la ley que le habia de separar de la soberbia humana. Vistiendo Pelegrin el hábito de los Siervos de María, profesando lleno de gozo en cuanto pudo ser, edificó en el convento de Siena á los religiosos sus compañeros por la acendrada piedad que en él se veia, y por los ejercicios de penitencia á que se entregaba frecuentemente. Fundándose en Forli un convento de la órden de Servitas á peticion de sus habitantes, mandaron los superiores á él al padre Pelegrin, que fué recibido con grande alegría de sus conciudadanos. Terminada que fué esta fundacion, Pelegrin se dedicó á desterrar de Forli las reliquias que aún quedaban de las pasadas discordias; y como lo consiguió ayudado de Dios, que recompensó su buena intencion y su caridad, quedó la ciudad en una envidiable fraternidad, convertida, por decirlo así, en un pueblo enteramente religioso. Ordenóse de sacerdote nuestro Santo, y desde entónces fué un dechado de humildad, pobreza, paciencia, y sobre todo de caridad para con todos, pues que al paso que socorria con cuanto tenia y podia á los pobres, acudia á salvar á los ricos de peligros inherentes á su flaqueza, socorriéndoles en sus necesidades espirituales con el mayor amor y cariño. Asistióle Dios en premio de su caridad con tal empeño, que permitió se repitiese por su medio el prodigio de la multiplicacion de los panes de que nos habla el Evangelio, puesto que en una ocasion en que el país sufria un hambre horrorosa, con un poco de trigo que bendijo tuvo el Santo panes que repartir en abundancia á los pobres. Constantemente abrazado S. Pele-

grin á la cruz, deseaba padecer en ella, y pedia á Dios de continuo mortificaciones que padecer para acrisolar más y más su fe y su amor, y para purgar sus pecados. Oyóle Dios, mandándole una llaga que corroyendo una de sus piernas llegó á interesar tanto su economía, que para que no terminase con su vida acordó la ciencia que se le amputase aquel miembro. Gozóse el siervo de Dios de la noticia que se le comunicó acerca de esto, porque veia se le proporcionaban nuevos sufrimientos que ofrecer á Dios, y se disponia ya á la cruenta operacion, cuando, segun se cuenta en su vida, tuvo lugar un prodigio que evitó la operacion dolorosa que se le disponia. Animado un crucifijo que tenia delante de su lecho, se desclavó de la cruz, y aplicándole las manos sobre la pútrida llaga, quedó instantáneamente curado. Solo Dios pudo obrar curacion tan milagrosa y con prodigios tan extraordinarios. Crecieron las penitencias, las privaciones y los ejercicios de piedad en nuestro Santo conforme fueron pasando los años, y áun cuando fueron tan frecuentes y extraordinarias, le concedió Dios llegar hasta los ochenta años, en cuya edad murió con la paz del justo el dia 1.° de Mayo de 1344. Divulgada por Forli la noticia de la muerte del Santo, todos sus habitantes acudieron al convento deseosos de verle por última vez y de asistir á sus funerales, y Dios permitió que su santo cuerpo fuese celebrado por los milagros que obró por su medio. Si bien S. Pelegrin sentó las bases de su creencia religiosa, á un ignominioso bofeton debió su dicha por el arrepentimiento, y hé aquí por lo que no debe jamás el criminal abandonarse en el cieno de sus maldades por desconfianza de conseguir su perdon: la misericordia de Dios llama á sí á los pecadores, por delincuentes que sean, y si su arrepentimiento es sincero y verdadero siempre perdona; y por poco que exceda la penitencia de la enormidad del crímen, siempre premia. Jamás desconfiemos de la misericordia de Dios, por graves que sean nuestras culpas. — B. S. C.

PELEGRIN (S.) mártir. Celebra á este Santo la Iglesia con sus compañeros S. Ireneo y Sta. Irene, que padecieron con él el martirio, al glorioso S. Pelegrin el dia 5 de Mayo. Murieron quemados vivos en Tesalónica, en el reinado del feroz perseguidor de los cristianos, el emperador Diocleciano, porque fieles á Jesucristo no quisieron adorar á los ídolos. — C.

PELEGRIN (S.) obispo y mártir. Varon de suma piedad y de una capacidad no comun, fué consagrado obispo este siervo del Señor, por el pontífice Sixto II, el que le mandó con otros compañeros á las Galias, para que predicase el Evangelio. Fundando la iglesia de Auxerre el año 299, fué su primer obispo, y dedicándose á convertir almas para el cielo, fué sorprendido y preso por los gentiles, que temiendo su propaganda, le degollaron inhumanamente, yendo su alma á gozar las delicias celestiales por que suspiraba. La Iglesia le recuerda el dia 16 de Mayo. — C.

PELEGRIN (S.) mártir. Otro mártir de igual nombre que el anterior conmemora la Iglesia el 25 de Agosto, el cual padeció el martirio reinando el emperador Cómmodo con los santos Eusebio, Ponciano y Vicente, de cuyo martirio se habla al tratar de S. Ponciano y de este S. Eusebio. —C.

PELEGRIN (S.) confesor. De este Santo presbítero hace mencion la Iglesia el 28 de Julio. Si no fué natural de Lyon, cosa no averiguada, al ménos vivió en esta ciudad en la que aún se recuerdan sus virtudes y milagros. Murió á principios del siglo tercero de nuestra era, y la fama de sus virtudes llevó muchos siglos despues de su muerte á los fieles á su sepulcro á venerar el santo cuerpo de aquel modelo de santidad y virtud católica. — C.

PELEGRIN ó Piligrin, arzobispo de Colonia, llamado tambien Belgrim, sucedió á Heriberto en 1621. Asistió al concilio de Aix la Chapelle, en que se decretaron recursos para la expedicion que proyectaba emprender el Emperador contra los griegos de la Pulla. Los arzobispos de Tréveris y Colonia acompañaron con sus tropas al Emperador á Italia. El segundo fué enviado á Roma al frente de veinte mil hombres para prender á Pandolfo, príncipe de Capua, y Athenulfo, abad de Monte Casino que favorecian á los griegos, mas se le escapó éste, aunque tuvo la fortuna de prender al príncipe de Capua y llevarle al Emperador, quien le concedió el perdon á ruegos de Pelegrin. En 1024, despues de la muerte de Enrique II, siguió así como otros obispos, á instancias de Gotelon, duque de la Baja Lorena, el partido que se opuso á la eleccion que los príncipes sajones habian hecho de Conrado el *Sálico* para ocupar el trono de Alemania; pero poco tiempo despues reconoció á este soberano, pues en el mismo año asistió á la dieta convocada por Conrado en Aix la Chapelle. En 1028 coronó por rey de romanos á Enrique, hijo de Conrado. Pelegrin fué el primer arzobispo de Colonia que llevó el título de archicanciller de Italia. Algunos le cuentan en el número de los santos que han ocupado la sede de Colonia, pero ningun historiador se ha propuesto referir sus virtudes. Este prelado terminó sus dias en 1035, sucediéndole Herman ó Heriman. — S. B.

PELEGRIN (Fr. Arnaldo), religioso franciscano de la provincia de Aragon, tan distinguido por sus virtudes que de ellas hacen especial mencion los principales cronistas de su Orden. Por desgracia, los escritores de la Religion Seráfica han hecho más bien el elogio que la biografía de este siervo de Dios, de manera que no podemos ménos de quedarnos cortos con respecto á las principales noticias de su vida. Sabemos que asiduo en la oracion y en la penitencia, pasaba dia y noche en el coro, consagrado á las prácticas piadosas propias de su instituto, en las que se excedia en cierta manera, procurando ganar el estrecho camino de la perfeccion. Era en extremo humilde, y tenia un

especial placer en servir á todos sus hermanos, é inclusos los legos, mirando esta como una de las obras más meritorias de la vida religiosa. Su caridad rayaba en el más alto grado, y con frecuencia repartia su comida y vestidos entre los pobres, haciendo diferentes viajes para obtenerles limosnas de personas caritativas que, como ya le conocian y les constaban sus virtudes, se apresuraban á servirse del siervo de Dios para repartir sus bienes entre los pobres. Atribúyensele diferentes milagros propios de su piadoso espíritu y de los favores que debió á la Divina Majestad en premio de sus grandes virtudes. Honrábale el pueblo como santo, y el P. Pelegrin, para evitar la veneracion de que era objeto, pasaba largas temporadas encerrado en su celda, no saliendo sino cuando se lo exigian negocios de grande importancia y acciones de las muchas de que se halla adornada su vida, todas las cuales contribuyeron á su gloria y á la de su religion. Despues de su muerte quiso el pueblo quitarle los hábitos para reliquias, y los religiosos para evitar todo lo que pudiese ocasionar confusion, decidieron enterrarle de noche, no consiguiendo ni áun así su objeto, pues esparcida la noticia, no faltaron personas que acudiesen á su entierro, y lográran á fuerza de ruegos obtener algunos de los restos de sus hábitos para conservarlos como recuerdo de sus virtudes, haciéndolo esto en particular los pobres, que habian perdido en él un padre y un decidido protector. — S. B.

PELEGRINO DE FALERONE (Fr.), franciscano. Fué uno de los primeros que tomáron el hábito de la órden fundada por el Santo de Asís, y por consiguiente uno de sus compañeros y testigo presencial de sus virtudes, de sus milagros y de sus glorias. Era natural de la ciudad de Bolonia, perteneciente á una noble familia y poseedor de cuantiosas riquezas. Siendo de muy buen ingenio y amigo de saber y de instruirse, dedicóse á los estudios, en los que fué muy sobresaliente. Habiendo ya cursado el derecho y los cánones en ocasion que S. Francisco se hallaba predicando en la ciudad, atraido por la fama de aquel bienaventurado, quiso oirle y fué á la iglesia en compañía de un amigo suyo llamado Ricerio, quedando ambos tan penetrados de lo que oyeron que al punto determinaron abandonar el mundo para ingresar en la recien fundada Orden. Renunciando, pues, á todos sus bienes, desnudándose de sus galas y deponiendo las afecciones de la amistad y de la familia, presentáronse con la mayor humildad al Santo, el cual los recibió con sumo cariño, porque ya tenia revelacion de su venida, y les impuso el hábito con sus propias manos, diciéndoles, alumbrado por la profética luz: «Tú, Pelegrino, servirás á Dios por el camino de la humildad, y tú, Ricerio, llegarás al fin para que Dios te destina sirviendo á los frailes de la Orden.» Así sucedió en efecto; pues aunque Pelegrino era tan sabio letrado, tan profundo canonista, jamás, movido de superior impulso, quiso recibir las sa-

gradas órdenes ni hacerse clérigo, permaneciendo siempre en la clase de los legos, alcanzando por este camino la posesion de la virtud y de la humildad, llegando al grado más alto de perfeccion. Fué tan amante de Cristo y tuvo tantos deseos de imitarle, que anhelando recibir el martirio y dar la vida por el amado de su corazon, pasó á la Tierra Santa á predicar á los infieles. No habiendo conseguido su piadoso objeto, tuvo á lo ménos el gran consuelo de visitar los lugares donde se obraron los grandes misterios de la redencion, y donde el Señor habia nacido, padecido y muerto, lugares que recorrió con devoto entusiasmo, regándolos con sus lágrimas y haciendo tantos y tan amorosos actos que conmovia á cuantos le escuchaban, y logró la conversion de muchos infieles, que fueron testigos de su piedad y de su fervor. Vuelto á Europa, era tal la perfeccion de su vida, que todos sus hermanos se hallaban poseidos de una tierna admiracion, y el mismo Fr. Bernardo de Quintaval, aquel esclarecido discípulo y compañero de S. Francisco, solia decir: *Este Fr. Pelegrino es uno de los más perfectos religiosos que Dios tiene sobre el mundo*. Para más acreditar su nombre puede decirse que fué peregrino sobre la tierra; pues abrasado en el divino amor y anhelando únicamente la posesion de su amado Jesucristo, tan solo procuraba caminar de virtud en virtud para llegar más en breve al goce del descanso en la patria celestial. Premióle Dios al fin tanto amor y tantas virtudes, adornándole de muchas gracias y dones, concediéndole entre otros innumerables favores la potestad de hacer milagros ántes y despues de su muerte. Finalmente, perfecto en virtud y colmado de merecimientos pasó á gozar del Señor. Su sepulcro fué por mucho tiempo objeto de la veneracion de los fieles, que acudian á él á implorar el divino auxilio para el remedio de sus males. La Orden Franciscana le ha colocado en el número de sus santos. —M. B.

PELEGRUE (Arnaldo de). Nació este Cardenal en Burdeos y fué muy estimado de Bertrand de Goth, arzobispo de esta ciudad, el cual le empleó en negocios que le hicieron conocer su capacidad de tal modo que cuando subió á la silla de S. Pedro con el nombre de Clemente V, le creó cardenal el año 1305. En 1309 este mismo pontífice le mandó á Italia en calidad de legado. Poniendo los venecianos guerra al Papa, Pelegrue mandó las tropas que fueron de Roma contra ellos y los derrotó en la batalla de Francolin y tomó la ciudad de Ferrara, que se les habia sometido despues de la muerte de Azon de Est. Murió este Cardenal, lleno de laureles por sus hechos, en Aviñon, el año 1335, segun Balucio en su *Historia de los Papas*, Spondet y otros autores. —C.

PELEO (S.), obispo y mártir. Reinando el emperador Diocleciano por los años 302, Veturio, jefe de las tropas que guarnecian la ciudad de Tiro, en Fenicia, hizo una cruel carniceria en los cristianos, inventando atroces

tormentos para martirizarlos. Animaron á los mártires algunos fieles que deseaban imitarlos, y muy especialmente S. Peleo, obispo muy celoso de su grey; y tanto se esforzó en ello y de tal modo confesó la falsedad de los ídolos y la verdad de Jesucristo, que en el mismo dia 20 de Febrero en que le recuerda la Iglesia padeció el martirio en la expresada ciudad, en union de los santos obispos Tirano, Silvano, Nilo y del presbítero Zenobio, que alentaban como él á los que atormentaba el feroz Veturio: sus almas volaron al cielo, dondo premió Dios el sacrificio con que se le manifestaron agradecidos. —C.

PELEO (S.), obispo y mártir. Otro Santo obispo y mártir y del propio nombre que el anterior reconoce la Iglesia el dia 19 de Setiembre. Verificada la última persecucion de la Iglesia, tocó á muchos cristianos la condena de ir á trabajar á las minas de Palestina, y entre ellos á algunos obispos y sacerdotes. Reunidos en aquel sitio, formaron oratorios en donde los ministros del santuario celebraban el santo sacrificio de la Misa y dirigian las prácticas piadosas de sus compañeros de trabajos. Escandalizado de esto el gentílico gobernador cuando se lo contaron, á fin de evitar continuasen así, dispersó á los cristianos, mandó una parte á cumplir sus condenas á las minas de Chipre, otros á las del Monte Líbano y otros á diversos puntos; pero como se reconociese por los más culpables al obispo S. Peleo y á sus compañeros S. Lino y S. Elías, obispos tambien, el gobernador sació en ellos su rabia, condenándolos á la hoguera, y fueron quemados vivos en Palestina el dia expresado del año 311 de nuestra era. —C.

PELESTRE (Pedro). Nació en Ruan á mediados del siglo XVII, con privilegiado talento y una inclinacion grande desde sus primeros años al estudio, no tardó en darse á conocer como hombre de especial capacidad. Fué á París á la edad de diez y siete años en tiempo en que monseñor Perefixe era arzobispo de aquella capital, y habiendo sabido que leia libros prohibidos, le mandó comparecer á su presencia, saliendo de ella con licencia de continuar leyéndolos, porque el prelado quedó satisfecho de su ingenio. Entró en esta ocasion Pelestre en la órden de Menores, cuyo hábito vistió, é inmediatamente fué destinado á las misiones de Langüedoc para los nuevos convertidos; pero dejando despues el traje eclesiástico, entró despues en el gran convento de Franciscos de París, en donde sin variar de traje ni de estado fué segundo bibliotecario, no siendo otra su idea al entrar en el convento que tener libros á su disposicion sin depender de nadie. En esta ocupacion murió repentinamente el 10 de Abril de 1710, á la edad de sesenta y cinco años. Fué Pelestre de una memoria prodigiosa, y como habia leido tanto, encerraba en su cabeza una copiosa biblioteca y un almacen de hechos. Su estudio principal versó sobre la controversia y el conocimiento de

los autores eclesiásticos, y pocos le aventajaron en esto. Habiendo leido mucho la biblioteca de los autores eclesiásticos de Dupin, hizo una crítica amarga, bien que justa en su mayor parte, de algunos puntos de esta biblioteca, y así lo hizo tambien con la biblioteca de M. Cave, cuyas márgenes llenó de notas. Fué autor del *Tratado de la lectura de los Padres de la Iglesia*, que aumentó mucho, y que compone un grueso volúmen en 12.°, impreso en Paris por Guerin en 1697. La primera edicion, que es un pequeño volúmen, es de Buenaventura de Argone, cartujo conocido por otras obras. Durante algun tiempo se atribuyeron á M. Pelestre los *Ensayos de Literatura*, que se publicaron en Paris en 1702; pero se enfadó tanto de que se le tuviese por autor de esta obra, que en 1703 publicó una crítica contra los expresados ensayos que pertenecen al abate Trican, que no se descuidó en responder á la crítica, confesándose autor de aquellos. Publicó en las *Memorias de Trevoux* un escrito sobre la indulgencia de la Porciúncula, á fin de complacer á M. Vincent Loger, cura de Chevreuse que se lo habia rogado. Estuvo Pelestre en relaciones con el famoso P. Mabillon y con otros muchos sabios de primer órden. Visitó la mayor parte de las soledades de Francia, incluso la de Perrecy, y decia á sus amigos que si alguna vez determinaba retirarse, sería á la del monte Athos, porque en ella encontraria porcion de manuscritos griegos con que entretenerse: creen algunos autores que los suyos fueron á parar á los Benedictinos. Cuando Pelestre tenia alguna obra en proyecto, tomaba un pan, algunas botellas de vino, y un cántaro de agua, y poniendo una cubierta sobre su mal sillon de paja, cerraba las ventanas para no ver la luz del dia, se embozaba en su manta, y trabajaba noche y dia sin interrupcion, no bebiendo ni comiendo más que cuando le obligaba á ello la necesidad; pero esto sin separarse de su sitio, en cuyo estado se le sorprendió algunas veces, segun asegura el P. Le Long del Oratorio. Revisó la traduccion francesa de cartas de S. Paulino, que publicó en 8.° el franciscano Claudio Frasen, cuyo traductor fué Claudio Santeuil de S. Magloire, hermano del poeta de este nombre. —C.

PELET. Una de las casas más antiguas é ilustres del Langüedoc es sin duda la de la noble familia narbona Pelet, pues que desciende de los condes de Narbona de la primera raza, llamados *vizcondes por la gracia de Dios*, porque en sus estados tenian la soberanía. Raymundo de Narbona fué el jefe de esta familia, el cual fué hijo de Berenguer, vizconde de Narbona, y de Garsinda que vivian en el siglo XI. Fecunda en hombres notables esta familia que tanto se distinguió en las Cruzadas, cuenta los siguientes eclesiásticos que no hemos querido dejar de citar en esta obra. Juan Cárlos Martel, abad de Beaumont en la diócesis de Vabres, sacerdote y preboste de la igle-

sia de Alais, el cual fué hijo de Claudio Francisco, baron de Combas Montmirat, llamado el conde de Fontanes, y de Ana de Rochemore. María Ines Antoñeta de Narbona Pelet, religiosa en Anduze, hija de Claudio Ramon de Narbona Pelet y de Ana Luisa de Assignies de Flandes. Raymundo Bernardo, sacerdote canónigo de Usez, arcediano de Alais, hijo de Juan Narbona Pelet y de María de Vergile. Escipion Pelet, sacerdote canónigo en la iglesia catedral de S. Pablo de Tres Castillos, hijo de Francisco Pelet y de Lorenza de Canel, que fué hija de Santiago Canel, consejero en el parlamento de Grenoble. Luis Francisco de Narbona Pelet, canónigo de la iglesia catedral de S. Pablo, Tres Castillos, y Juana María Constanza, religiosa de la abadía de Bagnol, hijos de Claudio Pelet de Narbona y de María Magdalena de Rocher, con quien casó en 1720. Todos estos religiosos, miembros de la familia Pelet, ilustraron su linaje con sus virtudes. — C.

PELETIER (Cárlos Mauricio), abad de Saint-Aubin de Angers, rehusó el episcopado y se retiró á S. Sulpicio, donde murió siendo general en 1731. Fué tercer hijo del ilustre Cárlos le Peletier, escritor eclesiástico, no ménos célebre por sus conocimientos que por su piedad. Nacido en 1631 en Paris este magistrado, sus felices talentos le permitieron relacionarse desde muy temprano con Bignon, Molé, Lamoignon, Despreaux y los demás grandes hombres de su siglo. Fué en un principio consejero en el Chatelet, despues en el parlamento, tutor de los príncipes hijos de Gaston de Orleans, presidente luego de la sala cuarta de súplicas, y por último, preboste de los mercaderes en 1668. Se distinguió gestionando para la construccion del muelle de Paris, que se titula todavía el muelle Peletier, y despues de haber dado en este cargo otras muestras de su capacidad, sucedió á Colbert en 1638 en el de fiscal de rentas; mas no tardó en comprender que si en este puesto hacia algunos felices, hacia tambien muchos descontentos. Cuando á los seis años renunció este empleo, fué nombrado director de correos; pero abandonó completamente la corte en 1597, y no se ocupó más que del estudio y su salvacion. Iba á pasar todas las cuaresmas á la Cartuja, donde tenia una habitacion, y permanecia todo lo demás del año en su posesion de Villeneuve le Roi. Murió en 1711 á la edad de ochenta años. Los grandes sentimientos de piedad que le habian animado durante su vida, presidieron á su muerte. «Fue, dice un historiador, uno de aquellos magistrados respetables que »concurrieron tanto con sus virtudes como con sus talentos á la ilustracion »del reinado de Luis XIV. Este grande hombre ponia la religion á la ca»beza de todos sus deberes, y en las mismas épocas en que se hallaba car»gado del peso de los negocios públicos, no dejaba pasar ningun dia sin »reunir su familia y sus criados para orar con ellos en comun.» Dejó este autor un gran número de *extractos* y de *recopilaciones*, bastante bien hechos,

sobre la Sagrada Escritura, los Santos Padres, y los escritores eclesiásticos y profanos en muchos volúmenes en 12.° Ediciones del *Comes theologus* y del *Comes juridicus*, de Pedro Pithou, su bisabuelo materno; compuso á imitacion de estas dos obras el *Comes senectutis* y el *Comes rusticus*, ambas en 12.°, que no son más que colecciones de pensamientos de autores antiguos y modernos: se le debe además una edicion, que pasa por la mejor, del *Cuerpo del derecho canónico*, en latin, con notas de Pedro y de Francisco Pithou, hecha en 1687 en dos volúmenes en fólio, y la del *Código de los cánones* recogidos por MM. Pithou con la *Miscellanea ecclesiastica* al fin; por último, en 1689 la edicion de las *Observaciones de Pedro Pithou* sobre el *Código* y las *Novelas*. La *Vida de Claudio Peletier* fué escrita en latin por J. Boivin, y publicada en 1616, en 4.° Además de Claudio Mauricio tuvo Peletier otros hijos que se distinguieron en la carrera eclesiástica, ó que por sus virtudes y piedad merecieron que se hiciese de ellos especial mencion. El mayor, llamado Miguel, fué obispo de Angers, y murió en 1706 poco tiempo despues de haber sido nombrado obispo de Orleans. Su vida fué escrita por Grandet. El menor Cárlos, conocido con el nombre de Sonzi, murió en 1686, á la edad de diez y siete años, despues de haber dado el ejemplo de la más heróica piedad. El abate Poyart escribió y publicó su vida con el título de *Modelo de jóvenes*; París, 1789, en 18.°—S. B.

PELETIER (Juan Bautista), prior de Sta. Gemma, cerca de Segré en Anjou, y de Pouencé, miembro de la Academia Francesa de Angers. Fué hijo de Armando Peletier, preboste general de los mariscales de Angers. Fué hombre de mucho ingenio y de gran gusto en letras. En un principio se aficionó mucho á la teología; pero como en una disputa se le tratase de hereje, dijo que no queria aplicarse á una ciencia en la que tan fácilmente podia caerse en la herejía, á pesar de la buena fe con que se estudiase, y desde entónces se dedicó enteramente á las bellas letras. Su agradable conversacion y las gracias y chistes con que sabia animarla naturalmente, hacia que todos deseasen su amistad ó su trato. Se dió á conocer en la república de las letras por muchas obras, entre las que fué la primera su panegírico del difunto Rey, que pronunció en la Academia de Angers el año de 1690. La segunda fué una traduccion de la *Guerra de Chipre*, escrita en latin por Antonio María Gratiani, é impresa en fólio primero en Roma en 1624, y despues en 12.° en Nuremberg en 1661. De esta obra apareció una traduccion francesa en París en 1685 y despues en 1701, ambas en 4.° Tradujo tambien la *Vida de Sixto V*, que escribió en italiano Gregorio Leti en dos volúmenes en 12.° en París, la cual tuvo muchas ediciones, siendo las mejores la segunda, que se publicó en 1685 por Pralad, y la tercera, que lo fué en 1715 por David. Esta última edicion está aumentada con una lista de cardenales creados por el

papa Sixto V. Tambien se conoce de este autor un *Elogio de Enrique Arnauld*, que pronunció en 26 de Noviembre de 1692 en la Academia de Angers, de la que fué miembro este prelado, cuyo elogio se encuentra al fin de las *Catorce cartas teológicas*, impresas en 1712 contra Monseñor de Bissi, que fué despues obispo de Meaux y cardenal de la santa Iglesia romana. Murió Peletier, segun Moreri, el año de 1700. — C.

PELETIER (Juan). Fué este eclesiástico hermano del célebre doctor en medicina y famoso matemático Santiago Peletier, perteneciente á una ilustrada familia de Mans. Juan, de quien tratamos, fué doctor de la universidad de París, primer maestro del colegio de Navarra y cura párroco de Santiago de la Boucherie. Este eclesiástico, de un mérito reconocido, tuvo la honra de ser uno de los teólogos que el rey Cárlos XI envió por su parte al célebre concilio de Trento; y despues de haber escrito diversas obras, murió en París el 28 de Setiembre de 1583. Su cuerpo fué enterrado no en la iglesia de S. Esteban del Monte como creyó Francisco de la Cruz du Maine, sino en la Real capilla de S. Luis del colegio de Navarra, en donde aún se ve su sepulcro y epitafio.—C.

PELETIER (Santiago le). Un cura párroco de Santiago de la Boucherie nos presentan los anales eclesiásticos, el cual fué sobrino de Juan del mismo nombre, al que sucedió en el curato. Fué miembro del Consejo de los Diez y seis en 1585, y cuatro años despues fué tambien miembro del Consejo de los Cuarenta, establecido por la Liga. Reducido París, fué obligado Peletier á salir de esta capital por habérsele creido complicado en la muerte del presidente Brisson. Y habiéndole encausado por contumacia, fué condenado á muerte con otros; pero como todos los reos se hallaban ausentes, Peletier y sus secuaces fueron ejecutados en efigie el 11 de Marzo de 1595. Algunos autores dan á este Peletier el nombre de Juliano; pero consta que se llamaba Santiago. Pueden consultarse sobre este autor á Possevin en su *Aparato Sacro*, y á otros varios autores citados por Moreri al hacer mencion de este eclesiástico en su *Gran Diccionario histórico*.— C.

PELEUSIO (S.), presbítero y mártir. Sacerdote ejemplar de la Iglesia de Alejandría este santo varon, al que recuerda la Iglesia el 7 de Abril, la ciudad le admiraba por su virtud, y así es que logró muchas conversiones á despecho de los sacerdotes gentiles, que procuraban evitar su propaganda evangélica. Empero, como en aquel tiempo, bajo el reinado del emperador Decio, se acordase una cruel persecucion contra los cristianos, los ministros de las falsos dioses en Alejandria encontraron el medio de librarse de un enemigo que tanto daño hacia á Júpiter y demás divinidades fabulosas; y dando contra él, le aprisionaron y presentaron á los jueces como el mayor enemigo de su religion, y como un agitador que trastornaba el órden y la

tranquilidad pública con sus predicaciones. Interrogaron al santo Obispo los jueces, y como vieran confirmada en cuanto á la parte religiosa la querella de los sacerdotes, condenaron á muerte á Peleusio, que la sufrió confesando á Jesucristo en la misma ciudad de Alejandria, lo que fortificó á los fieles de aquel país, entre los que hubo muchos que se presentaron voluntariamente al martirio, proclamando la verdad del Crucificado, y despreciando á los ídolos del paganismo como hechuras del demonio.— C.

PELEYSIER (Isabel), religiosa del Santísimo Sacramento de Bolene, murió en el cadalso en 8 de Junio de 1794 con Rosalía Bes, María Blanes, de la misma Orden, y Margarita Bavasre, ursulina en Pont-Saint-Esprit. — S. B.

PELINGOTI (B. Luis), jesuita italiano, entró en la Compañía á últimos del siglo XVI, y despues de haberse distinguido por sus virtudes fué enviado á las misiones de Indias. Detúvose en la isla de Ceilan para convertir á los infieles, donde sufrió crueles privaciones y fatigas en compañía del portugués P. Juan Metella, que fué el primero que celebró Misa en aquellas remotas regiones, y comenzó á difundir en ellas la luz del Evangelio. Auxiliados de otros dos padres portugueses continuaron en sus predicaciones con tan buenos resultados, que temeroso de sus progresos el régulo de aquella tierra, que no se hallaba en las mejores relaciones con los portugueses, hizo un tratado de paz con el general Mascarenhas. Pero su buena fortuna no duró mucho tiempo, pues tres sacerdotes de los ídolos comisionados por el Rey comenzaron á exhortar al pueblo en favor de los ídolos que destruian los portugueses, diciéndoles que derribaban sus altares para erigir templos á su Dios y privarles de sus creencias religiosas. Descontentos los infieles de los jesuitas, secundaron la propaganda de sus sacerdotes; y haciendo creer al pueblo que querian esclavizarle, dieron el grito de insurreccion, que no tardó en ser secundado por todo el país. Apénas supo el motivo de la rebelion el general Mascarenhas, mandó prender á los sacerdotes de los ídolos y los condenó á muerte, echando uno de ellos á las fieras. Desesperados los paganos de ver la crueldad con que eran tratados sus sacerdotes, decidieron vengarse de los cristianos, quemándoles las iglesias, y áun asesinándoles si les era posible. Los misioneros procuraron entónces ponerse en seguridad; pero no tardaron en ser cogidos por unos enemigos que conocian perfectamente todos los pasos y caminos del país. Ya en su poder, les cortaron las cabezas, siendo expuestas en las mismas puertas de las iglesias. Este martirio se verificó en 1616, y desde aquella época Luis Pelingoti y sus compañeros son conocidos con el nombre de los mártires de Ceilan. Sus cuerpos, recogidos por un sirviente de la Compañía, fueron remitidos á Coimbra.—S. B.

PELINO (S.), obispo y mártir. Cuentan los Martirologios de este glorioso Santo, recordado todos los años por la Iglesia católica el dia 5 de Diciem-

bre, que fué prelado de la santa iglesia de Brindis, en Italia, en donde era modelo de virtud y santidad; pero que cuando esperaba seguir trabajando en paz en la propagacion del Evangelio, vió con amargura que volvieron á levantarse altares á los falsos dioses en el reinado del impío emperador Juliano *el Apóstata*. Y añaden los autores, que lleno de celo por la religion del Crucificado y de dolor al ver lo mal que hacian los hombres en separarse del camino que conduce á la divina gracia, adorando las monstruosidades que el demonio les presentaba para apartarles del Criador y Redentor del mundo, entró un dia en el templo del falso dios Marte, y encarándose con los que le veneraban, publicó lo abominable que era su culto, y que saliendo á la calle y haciendo frente al templo una ferviente oracion al verdadero Dios, se desplomó el templo. Indignados con tal prodigio los sacerdotes de Marte se apoderaron del Santo, le azotaron con la mayor crueldad y le abrieron en todo su cuerpo hasta ochenta y cinco heridas, de cuyas resultas murió en Pertina el expresado dia del año 362.—C.

PELISOU (P. Fr. Claudio), religioso de la órden de S. Juan de Dios. Era natural de París, y se distinguió mucho por sus estudios en teología escolástica, mística y moral. Desengañado del mundo y sus vanos aplausos, se retiró al claustro, fundando toda su felicidad en ocuparse en el alivio de los pobres enfermos. Haciales fervorosas pláticas, con las que solia obtener gran número de conversiones, no solo entre los católicos extraviados, sino áun en los más obstinados herejes. Su grande elocuencia influia no poco en que le siguiesen por todas partes para oir su doctrina, y él sabia aprovecharla muy bien para obtener grande fruto en las almas. Trabajó mucho por el bien de sus prójimos y por el suyo propio, macerando su cuerpo con frecuentes ayunos, silicios y penitencias para sujetar la carne al imperio de la razon y del espíritu. Consagraba á la oracion toda la noche, porque le ocupaban el dia los ejercicios de la caridad, y puso tanto empeño en ser puntual en los preceptos de la obediencia, que no faltó nunca ni áun á las mínimas observancias de su regla. Murió en el hospital del castillo de Thierry el año 1657.—S. B.

PELLANTON (Eduardo). Del canton de Neufchatel, en Suiza, luterano, de treinta y cuatro años de edad; abjuró públicamente el dia de Pentecostés del año 1839 en manos del obispo de Forli. Habia sido instruido por los jesuitas; tuvo por padrino á Antonio de Stockhalter, teniente del segundo regimiento extranjero. El obispo, que era el barnabita Vicente Tomba, le dirigió una piadosa alocucion.—S. B.

PELLÉ, sacerdote de la parroquia de la Santísima Trinidad de Laval, fué guillotinado en aquella ciudad en 21 de Enero de 1794 con otros trece sacerdotes. Este venerable eclesiástico, que tenia un carácter algo brusco,

contestó en el tribunal revolucionario á los jueces que le hacian preguntas un tanto apremiantes. «Me fastidiais con vuestro juramento; no le haré, no; no le haré.» Al llegar al pie de la guillotina con sus compañeros de martirio, Pellé dijo á las personas que rodeaban el cadalso: «Os hemos enseñado á vivir, aprended de nosotros á morir.» Algunos instantes despues caia su cabeza bajo la fatal cuchilla.—S. B.

PELLEGRIN (Simon José). Este célebre poeta francés fué hijo de un consejero de Marsella, en cuya ciudad nació en el siglo XVII. Inclinado á la vida religiosa se afilió en sus primeros años á la congregacion de la religion del órden de los Servitas, entre los que permaneció mucho tiempo en Montiers, diócesis de Riez. Disgustado de este género de vida la abandonó y volvió á Marsella á principios del siglo XVIII, y embarcándose en un buque en cualidad de limosnero hizo dos viajes marítimos, volviendo á su patria en 1703. En esta fecha, su amor á la poesia, que siempre cultivó, se hizo público, siendo la composicion más antigua que de él se conoce su *Epístola al Rey sobre el glorioso éxito de los ejércitos de S. M. en* 1703, la que le valió el premio de la Academia Francesa en 1704. Mandó con esta epístola el autor una oda sobre el mismo objeto, y yendo á París, él mismo recibió el premio que se le habia adjudicado. Habiéndole dicho el abate Choisi que tenia un competidor que habia hecho vacilar á la Academia para votar cuál de los dos merecia el premio, Pellegrin deseó conocerle, y se le dijo que era el autor de una oda que se recibió al propio tiempo que la epístola; y vino á descubrirse que siendo la oda la suya, habia sido competidor de sí mismo, cuya singularidad fué muy celebrada en París. Madama de Maintenon quiso conocer al autor de ambas piezas, y el abate Pellegrin fué tan bien recibido, que como se creia perseguido siempre por los servitas, con los que no queria vivir, se aprovechó de esta circunstancia para suplicarla obtuviese para él una dispensa del Papa y un breve de traslacion á la órden de Cluni, cuya gracia se le concedió. En reconocimiento de este servicio compuso Pellegrin cánticos para las señoritas de Saint Cyr, que se imprimieron y gustaron mucho. Entró en competencia en los juegos florales de Tolosa, y alcanzó en ellos premios que le honraron mucho y que levantaron muy alta su reputacion de poeta. Como carecia de bienes, imaginó para subsistir abrir en su casa una tienda, por decirlo así, de epigramas, madrigales, epitalamios, y de cumplimientos para toda clase de fiestas y de ocasiones, que vendia teniendo en cuenta para el precio el número de versos y sus diversas medidas. Luego que fijó definitivamente su residencia en París, no cesó de trabajar para el teatro de la Opera cómica y los demás que se establecieron en París. No hermanándose bien esta clase de obras con su cualidad sacerdotal, el cardenal de Noailles le prohibió la celebracion de los san-

tos misterios, cuya privacion jamás se le levantó. El abate Pellegrin pasó por hombre de probidad, y una gran parte de lo que ganaba lo mandó á su pobre familia, privándose muchas veces para hacer esta caridad de lo que no le era tan necesario. Fué tal su moderacion, que áun cuando le dirigieron muchas sátiras, jamás las respondió de la misma manera ni atacó la reputacion de nadie. Se asegura que Pellegrin murió sumamente religioso á los ochenta años, en París, el dia 5 de Setiembre de 1745. Dejó escritas porcion de obras, y vamos á dar razon de las que cita Moreri en su gran *Diccionario Histórico* con relacion á los autores: P. Bouge, el del Oratorio, en sus *Memorias*; Beauchamp en sus *Pesquisas sobre el teatro francés;* Parfait en sus *Memorias para la historia de los teatros*; y otros. —*Cantiques spirituels sur les points les plus importants de la religion*, sobre diferentes aires de la ópera para las señoras de Saint-Cyr, publicados en 8.° en París. — Otros *Cánticos sobre los principales puntos de la religion y de la moral*; París, en 12.°, 1725. —*Historia del Antiguo y Nuevo Testamento*, puesta en cánticos sobre aires de la ópera y los vaudevilles, dos volúmenes en 8.°; París, 1705. — *Los Salmos de David en verso francés*, sobre los más bellos aires de Lulli, Lambert y otros como Cambra, etc., en 8.°; París, 1705. —*La Imitacion de Jesucristo* sobre los aires de los vaudevilles, en 8.°; París, 1729.—*Las obras de Horacio, traducidas en verso francés*, ilustradas con notas y aumentadas con otras adiciones y piezas poéticas, con un discurso sobre este célebre poeta y un compendio de su vida, dos volúmenes en 12.°; París, 1715. Solo hay traducidos cinco libros de las odas y las poesías que Pellegrin añadió á esta traduccion, son: seis odas en honra de S. Francisco de Sales, á saber: su *castidad*, su *caridad*, su *dulzura*, su *introduccion á la vida devota*, su *canonizacion* y su *amor á las Hijas de la Visitacion*. Estas piezas se han traducido en versos latinos por el difunto Mr. de la Josse, sacerdote de la congregacion de S. Lázaro, fundada por el glorioso S. Vicente de Paul; la *Epístola* que alcanzó el premio en la Academia Francesa en 1704; la *Oda* que mandó con ella; —una *Oda sobre la elevacion del duque d' Anjou al trono de España* (el rey Felipe V); — *Odas al Rey, al duque de Borgoña y á la Francia sobre el nacimiento del duque de Bretaña;— Oda sobre la ambicion;— Poema sobre el triunfo de la gracia en la conversion de S. Pablo; — Oda sobre la toma de Lérida*, dedicada al duque de Orleans; — *Oda sobre el sitio de Tolon;—Oda en honor de Mr. la Motte para el dia de su recepcion en la Academia Francesa;—Oda sobre la batalla de Villaviciosa en España; — Oda á todos los príncipes cristianos*, en 4.° — *Polidoro*, tragedia representada en 1705 y dedicada despues á d'Argenson con un prefacio, en 12.°; París, 1706.—*La muerte de Ulises*, tragedia representada en 1706, en 12.°; París, 1706. — *El Nuevo Mundo*, comedia en tres actos, en verso, con un prólogo y un prefacio,

representada en 1722, en 12.°, Paris, 1723.—*El Divorcio del amor y de la razon, continuacion del Nuevo Mundo*, comedia heróica en tres actos, en verso, con un prólogo y un discurso acerca del modo con que se juzga del teatro, representada en 1723, en 12.°; Paris, 1724.—*El Pastorfido*, pastoral heróica, en tres actos y versos libres, representada en 1726, con un prólogo y un prefacio, en 8.°; Paris, 1726.—*La falsa Inconstancia*, comedia en tres actos en verso, representada en 1732. Esta comedia habia ya aparecido con el nombre del *Padre interesado ó de los Verdaderos amigos*; comedia en verso, en cinco actos, representada en 1720: ni la una ni la otra se han impreso. *Pelopea*, tragedia representada en 1733, dedicada al mariscal de Villars con una epístola en verso y un prefacio en 8.°; Paris, 1733. — *Medea y Jason*, ópera trágica en música, representada en 1713; fué impresa en 4.° el mismo año en Paris, bajo el nombre de Antonio de la Roque, caballero de la órden militar de S. Luis, autor del *Mercurio de Francia*; asegurándose ser de Pellegrin por su estilo y áun por sus frases.— *Telémaco*, tragedia en música con un prólogo; en 4.°, 1734. —*Renaud y Armida*, tragedia en música, con un prólogo, en 4.°; 1722.— *Jephté*, tragedia en música, con un prolologo, en 4.°; 1732. — *Hippolito y Aricia*, tragedia en música; Paris, 1742, publicada con el nombre de Caballero de Pellegrin, hermano del autor: esta tragedia no ha sido representada. — *La Inconstancia ó las tres pruebas*, para el teatro de la Comedia italiana; comedia en tres actos, en verso, representada en 1727. — *Arlequin*, pieza música de escena muda, representada el 25 de Julio de 1711. — *El pie de nariz*, pieza en tres actos, en 1718. *Arlequin, rival de Baco*; pieza en tres actos, para la Opera cómica, representada en 1721. Atribúyense al abate Pellegrin otras muchas obras, entre las que componen el teatro de la señorita Barbier, las que han aparecido con el nombre del Caballero Pellegrin y con el de Antonio de la Roque. Cuando Atanasio de la Roque fué encargado de la composicion del *Mercurio*, tomó á su cargo el abate Pellegrin la parte correspondiente á los espectáculos, y despues de la muerte de la Roque, se le señaló una pension de doscientas libras para que siguiese escribiendo el *Mercurio*. En uno de los *Mercurios* del año 1731 se halla una crítica de la obra del Ple Brun, sacerdote del Oratorio, sobre la comedia, cuya crítica se atribuye á Pellegrin. Fué este artículo refutado por el abate Granet con el nombre de *Un Consejero de Grenoble*. Entre las piezas de historia y de literatura, se halla una carta del abate Pellegrin á la señorita Barbier, en la que se atribuye á este abate las tragedias de *Arria* y de *Cornelia*. Mr. Freron hace el siguiente juicio del abate Pellegrin, en sus cartas á la señora Condesa de.... sobre algunos escritos modernos: «El teatro lírico ha perdido su patriarca en la persona del abate Pellegrin que disfrutaba una pension sobre el *Mercurio*.» Murió el 5 de Setiem-

bre de 1745 á la edad de ochenta años, y no se ha hecho la verdadera justicia á este fecundo escritor. No era un autor sin mérito como suponen algunos; tenemos de él trozos, tales como la tragedia de *Jephté*, la tragedia *Pelopéa* y la comedia del *Nuevo Mundo*, que harian honor á los más reputados escritores del día. El abate Pellegrin nació desgraciadamente sin bienes, lo que le puso en la necesidad de multiplicar sus vigilias y los frutos de su trabajo. Se juzgó con razon de que un hombre que escribia tantos versos no podia hacerlos buenos; además ha podido contribuir á desacreditarle lo mal aseado y descuidado que se presentaba en su exterior, pues que estaba bien léjos del *luxus eruditus* de que habla Petronio, ó más bien hubiera podido tomársele á su vista por un verdadero erudito, aunque fuese sabio. Además de esto le habia negado la naturaleza la gracia de expresarse con facilidad; de modo que su lengua hacia traicion á sus ideas, defecto esencial por el que juzgan las tres cuartas partes del mundo. Por lo demás era recto, de buenas costumbres, dulce, amable, candoroso y sumamente sencillo. Mr. Feron condenó con justicia el miserable epitafio satírico del abate Pellegrin, que insertó maliciosamente en sus *Hojas periódicas* el abate Desfontaines, dadas con el título de *Jugements sur les ouvrages nouveaux*: trae tambien el siguiente:

Prêtre, poëte et Provenzal,
Avec une plume feconde
N'avoir ni fait, ni dit de mal,
Tel fut l'auteur du Nouveau Monde.

En el *Mercurio de Francia* de Junio de 1746 se dice del abate Pellegrin: «El Teatro Francés ha restablecido el *Nuevo Mundo*, comedia metafisica con »tres intermedios, cuyos verdaderos autores jamás han querido darse á luz. »Esta comedia fué representada por primera vez en Setiembre de 1722. En »un principio se le atribuyó á Mr. Junzelier, antor del *Momus fabulista*, y de »la *Moda del incógnito.*» Muchas fueron las censuras que áun viviendo Pellegrin se han hecho de sus obras, y no poco lo que se ha hablado de ellas en diferentes sentidos despues; pero lo cierto es que además de tener cosas muy buenas y graciosas, entretuvo agradablemente con sus tragedias, comedias y poesías á sus compatriotas, é hizo una floresta de conceptos, sentencias y dichos agudos adonde van á rebuscarlas otros poetas y escritores de gran fama, de ménos talento y fecundidad que este infatigable autor. — A. C.

PELLEGRINI (José Luis), jesuita. Nació en Verona en 1718, y se dedicó á la predicacion con un éxito tan grande, que la emperatriz María Teresa le llamó á Viena, donde predicó toda una cuaresma en presencia de la corte im-

perial. A su regreso á Italia continuó ocupando la cátedra evangélica con el mejor éxito sin olvidar la poesía y la literatura. El P. Pellegrini murió en Verona el 18 de Abril de 1789, á la edad de ochenta y un años. Habia escrito las obras siguientes: 1.ª *Poesías latinas é italianas*; Venecia, 1774, dos volúmenes en 8.°; Bassano, 1791, en 8.° — 2.ª *Al pueblo veronés*, oracion; 1800, en 8.°: se halla precedida de una noticia sobre la vida del autor, por el conde Guilavi. — 3.ª *Versos consagrados á la muerte de Amarita*; 1800, en 8.° Amarita, anágrama de Marieta, era el nombre de una hermana suya, que le era extremadamente querida y de la que lloraba su prematura muerte. 4.ª *Débora, Jehpté, Jonás*, lecciones sagradas; Venecia, 1804, dos volúmenes en 8.° — 5.ª *Tobías*, razonamientos; ibid. 1818, dos volúmenes en 8.° — 6.ª *Sermones*; ibid., 1772, un volúmen en 8.°; 1818, cinco volúmenes en 8.° 7.ª *Panegíricos*; ibid., 1820, en 8.° Era miembro de la Academia de los Arcades de Roma y de otras muchas sociedades literarias. — S. B.

PELLEPRAT (Pedro). Este jesuita nació en Burdeos el año 1606, y aplicándose en sus estudios con la idea de abrazar la vida del claustro, para el que se sentia con gran vocacion, á la edad de diez y siete años tomó el hábito en la Compañía de Jesus. Habiendo sido destinado á la enseñanza, regentó varias cátedras en diferentes colegios, y enviado á Paris, adquirió una gran reputacion en el púlpito. Solicitando de sus superiores el permiso para consagrarse á las misiones, se embarcó para la Martinica en 1639 y visitó las diversas misiones establecidas por los Jesuitas en las islas francesas. Pasó despues á Méjico en donde creyó encontrar más vasto campo y ocasiones de ejercitar su celo para la propagacion del cristianismo, y en aquel país estuvo once años instruyendo á sus habitantes, que llegaron á considerarle como un cariñoso padre por la dulzura con que los trataba, y murió en esta ocupacion apostólica, en la Puebla de los Angeles de Méjico, el 21 de Abril de 1667. El misionero Pelleprat dejó escritas las obras siguientes: *Prolusiones Oratoriæ*; Paris, 1644, en 8.° Esta es una coleccion de discursos de efecto pronunciados por él en varias circunstancias. *Relations des missions des Jesuites dans les îles et dans la terre ferme de l'Amerique meridionale*: Paris, 1655, en 8.° — *Introduction à la langue des Galibis sauvages de l'Amerique meridionale*; París, 1655, en 8.° Opúsculo muy raro. Pablo Boyer publicó algunos años despues el ensayo de un diccionario de la misma lengua. — C.

PELLETARIO (Juan). Jesuita francés, llamado comunmente el *Doctor de nuestra Señora* por la gran devocion que la tenia, y fiestas y sermones que la hacia. S. Ignacio de Loyola le nombró rector del Colegio Romano, y despues del de Ferrara, donde convirtió á la fe católica á la duquesa Renata, que se habia criado en Francia en la herejía de los hugonotes. Fué su maes-

tro y confesor y constante enemigo de los herejes, que le envenenaron en Tolosa, por lo que á su muerte fué mirado como mártir. Falleció en 1.° de Enero de 1564.—S. B.

PELLETIER, ministro protestante convertido hácia 1615.

PELLETIER (D. Ambrosio). Nació este ilustrado genealogista el año de 1703 en Portcieux, poblacion de la Lorena. Aficionado á la vida monástica, abrazó la regla de S. Benito, tomando el hábito de esta Orden. Muy apasionado al dibujo, y dedicándose á él sin maestro alguno en el silencioso retiro de su celda, llegó á pintar bastante bien la miniatura, y ejecutó á la pluma sorprendentes trabajos caligráficos. Presentando algunas de sus mejores obras al duque de Lorena, éste para protegerle le nombró su limosnero de cámara. En 1740 fué nombrado cura párroco de Sennones; y como en aquella sazon Dom. Calmet habia hecho florecer los estudios históricos, viendo la capacidad de Pelletier, le obligó á ocuparse en inquirir noticías sobre las familias nobles cuyos blasones habia dibujado. Aceptando el buen párroco la invitacion, puso manos á la obra, y auxiliado por algunos de sus compañeros publicó la obra titulada: *Nobiliaire ou Armorial général de la Lorraine et du Barrois en forme de dictionnaire*; Nancy, 1758, en fólio. Este libro, que comprende los nobles de aquel pais, contiene curiosisimos detalles históricos, y es lástima que la muerte de Pelletier dejase incompleta la obra, pues que aunque se continuó el tomo II por los monjes, no llegó á publicarse; y así es que solo llega á la letra P. Se ignora el dia y año de la muerte de este religioso, que se cree fuese en 1759.—C.

PELLETIER (Gerardo). Natural de la diócesis de Toul, tomó el hábito de jesuita á la edad de veinticinco años en 1615. Dedicándole á la enseñanza sus superiores, profesó las humanidades y la retórica por espacio de once años, y se adquirió tanta reputacion en esta enseñanza, que juzgándole capaz de ello se le nombró para dirigir en el colegio de la Compañia en Bourges los estudios de los príncipes Luis y Armando de Borbon-Condé. Murió en Paris este sabio pedagogo el dia 4 de Noviembre de 1648, segun lo asegura el P. Long. Fué autor Pelletier de la siguiente obra: *Palatium Reginæ eloquentiæ*; impresa en fólio en Paris, en 1641, y reimpresa en Francfort y en Mayenza con el título: *Palatium Reginæ eloquentiæ revisum ac sensui et moribus germanorum et aliorum nationum accommodatum, à reverendis patribus Societatis Jesu Moguntinis*. Esta obra se volvió á imprimir en Lyon en 4.°, en los años 1653 y 1657, y en Paris en 1663, lo cual acredita la gran fama que alcanzó.—C.

PELLETIER (Guillermo). Este jesuita nació en Clinchamps, á tres leguas de Caen, el año de 1610; fué, segun Huet en sus *Orígenes de Caen*, un gran predicador. Su elocuencia le creó muchos admiradores, y la fama hizo sonar su nombre por toda la Francia, y su candor, dulzura y fina

política le granjearon muchos amigos. Conócese de este hábil y entendido orador sagrado la *Oracion fúnebre de Enrique de Orleans, duque de Longueville*, que pronunció en Caen y se imprimió en 1663. Fué rector del colegio de la Compañía en Caen, y lo era del de París cuando le atajó la muerte el 4 de Julio de 1668, á la edad de ochenta y cinco años, habiéndose hecho jesuita á los veintidos años. — C.

PELLETIER (Lorenzo). Nació este religioso benedictino en Anjou, y fué sacristan de la abadía de S. Nicolás de Angers entre los siglos XVI y XVII, segun puede calcularse por sus obras. Se le cree pariente del famoso Claudio Menard. Sus obras conocidas son : un *Tratado sobre la castidad de las mujeres ilustres*; una *Leyenda de Roberto de Arbriselles con el catálogo de las abadesas de Fontevrault*, publicado en 4.°, en Angers, el año 1586; y una historia latina de la abadía de S. Nicolás de Angers, en latin, titulada : *Breviculum fundationis et series abbatum Sancti Nicolai Andegavensis*; en 4.°, Angers, 1616. Se hizo una nueva edicion de esta obra en el mismo sitio en 1635 con este otro título : *Rerum scitu dignissimarum à prima fundatione monasterii Sancti Nicolai Andegavensis, ad hunc usque diem epitome, necnon ejusdem monasterii abbatum series*. Hizo tambien una *Historia de las Ordenes y Congregaciones religiosas*, que se imprimió en 8.° en Angers el año 1626. No se ha podido averiguar la fecha de su muerte, que debió ser en Angers.— C.

PELLETIER (Dom. Luis), religioso benedictino de la Congregacion de S. Mauro. Nació en Mans en 20 de Enero de 1663, y desde muy jóven manifestó una decidida inclinacion á las antigüedades filológicas. Habiendo residido por largo tiempo en la Baja Bretaña, concibió el pensamiento de hacer investigaciones sobre la lengua céltica; y como estaba dotado de profundos conocimientos en las lenguas orientales, y en particular en el griego, le fué sumamente fácil comenzar esta clase de investigaciones, consiguiendo dar á su *Diccionario breton* mucho mayor interés que el que tenian todos los publicados hasta su época. Para que fuese más útil y completo se propuso explicar la etimología de todas las palabras separadamente, y convencido de que el conocimiento de las antigüedades patrias, en particular en los países meridionales, se halla íntimamente ligado al de la lengua céltica, el autor se remonta casi siempre al origen de las palabras que la componen. Valiéndose de este método, separa del idioma breton todo lo que no le pertenece, aproxima sus palabras al origen de donde provienen, y establece reglas para distinguir las que pertenecen al breton de las que son realmente extrañas. Como la lengua céltica se halla más alterada en la Armórica que en el país de Gales, Pelletier compara las expresiones del idioma armórico con las propias de esta provincia inglesa, valiéndose para ello del excelente *Dicciona-*

rio de Desvies, y las comparaciones que de aqui deduce ofrecen la doble ventaja de fijar la significacion de las palabras y probar de una manera evidente la identidad de los dos idiomas galo y breton. Estas comparaciones dan tambien el resultado de restituir á la lengua céltica un número considerable de palabras que adoptaron los latinos, los griegos y los fanceses. Veinticinco años de asíduos trabajos costó á Pelletier la confeccion de su *Diccionario*, cuya simple lectura revela inmensas investigaciones, á las que cooperó Roussel de Lyon, á quien llamaba Pelletier su oráculo. Aun cuando esta obra habia recibido ya la última mano en 1725, no se dió á la prensa hasta 1752, á expensas de los Estados de Bretaña, que la tomaron bajo su proteccion, publicándola con este titulo : *Diccionario de la lengua bretona, en el que se demuestra su antigüedad y su afinidad con las lenguas antiguas. En él se halla la explicacion de algunos pasajes de la Escritura Sagrada y de varios autores profanos, con la etimologia de muchas palabras propias de otros idiomas;* Paris, 1752, en fólio. Taillandier, editor de este *Diccionario*, le ha aumentado con un erudito prefacio, en que sostiene que no solo ha carecido de poetas la lengua bretona, sino que no se presta de ninguna manera á la versificacion. «Seguramente, dice, será en el centro de las montañas de la »provincia de Gales adonde habrán ido á refugiarse los bardos bretones, »pues no vemos que nuestros bretones armóricos hayan cultivado la poesía; y »la lengua, tal como la hablan, no parece susceptible de la medida, dulzura »y armonia del verso.» Cuando hablaba así Taillandier, habia sin duda olvidado, dice Levot, que existen muchos poetas en este idioma, tales como: *Las profecías de Gwindlan, astrónomo breton del siglo V.— La vida de San Guenolé, primer abad de Laudevenec.— Los amorcillos de la vejez.— La destruccion de Jerusalen por Tito*, drama.—*El antiguo diálogo entre el agua y el vino;* etc. La asercion de este sabio benedictino, añade el citado Levot, es tanto más extraña, cuanto el propio Pelletier menciona en su *Diccionario* las poesías que acabamos de citar. Los últimos trabajos literarios de Souvestre y de la Villemarque manifiestan con más claridad todavía la equivocacion de Taillandier, y prueban la justicia con que los escritores de la edad media elogiaron á los bardos de la Armórica. El P. Pelletier se ocupó tambien en otros muchos trabajos literarios, citándose principalmente la nueva edicion del *Glosario de Ducange;* pero disgustado de su larga residencia en la capital de Francia, abandonó á otras manos el cuidado de concluirla, y regresó á su querida Bretaña, donde terminó sus dias en 1733 en la abadía de Laudevenez, adonde constantemente habia vivido. Redactó además gran número de notas para la edicion de las *Obras de S. Gerónimo*, hecha por Juan Martianai, algunas de las cuales forman tambien parte de su *Diccionario breton*. — S. B.

PELLETIER (N. le), doctor de la Sorbona, abad de S. Aubin de Angers, hermano de Mr. Miguel le Pelletier, que sucedió inmediatamente á Mr. Enrique Arnauld en el obispado de Angers, y que fué tambien de la Academia de esta ciudad desde 1693. Escribió un elogio de Mr. Enrique Arnauld, que pronunció en 26 de Noviembre de 1691 en la Academia de Angers de que era miembro este prelado. Este elogio se encuentra al fin de las catorce cartas teológicas impresas en 1712 contra Mr. de Bisu, despues cardenal y obispo de Meaux. —S. B.

PELLETIER (Pablo), Sr. de Touches. Antes que pudiese seducirle el mundo con sus falaces atractivos, se retiró de él menospreciándole para dedicarse á la vida penitente, seguro camino de la vida eterna. Ya se hallaba dueño de considerables bienes, cuando estudiaba filosofía con Guillebert doctor de la Sorbona que fué cura de Ronville en Normandía, en donde se hizo apreciable por su celo y solidez de sus instrucciones, siendo muy sentida su muerte ocurrida el 1.° de Mayo de 1666 por todo el país. Adquirió el Señor de Touches por medio de su profesor, conocimiento con Mr. de Vergu de Haurane, abad de S. Ciran, y le gustó tanto su carácter que le obligó á quedarse con él, y fué uno de sus más queridos confidentes, siendo Pelletier el que escribió la mayor parte de los pensamientos sobre la pobreza y la muerte que nos quedan de Mr. S. Cyran. Muerto este abad, Pelletier se aficionó á Mr. de Barcos, sobrino de Mr. du Verger y su sucesor en la abadía de S. Cyran, y le siguió á este retiro con Mr. Guillebert, y otros. En la segunda guerra de París, la abadía de S. Cyran fué saqueada y sufrió mucho en sus intereses. Muerto M. Barcos se retiró Pelletier á París, en donde continuó el mismo género de vida hasta su muerte, que ocurrió el 22 de Julio de 1703 á la edad de ochenta y un años. Pelletier escribió para sí mismo un reglamento de vida que observar, pero no se cree se haya impreso. —C.

PELLEVE (Nicolás de). Nació este cardenal en el castillo de Joni el 18 de Octubre de 1518. Fué hijo de Cárlos de Pellevé, señor de Joni y de Róbets, y de Elena del Fai, originario el primero de la noble casa de Normandía titulada de Pellevé. Estudió el derecho en Bourges, en donde le enseñó despues, y fué consejero de pesquisas y relator de peticiones. En este tiempo se llamaba simplemente Mr. des Cornets, nombre de un priorato que tenia en la diócesis de Avranches, y estaba de familiar del cardenal de Lorena que contribuyó á su elevacion y le procuró el obispado de Amiens, en cuya dignidad le puso Enrique II, de la que tomó posesion en 1553. En el año de 1559 se le mandó á Escocia con algunos doctores de la Sorbona, á fin de vencer á la herejía de grado ó por fuerza. Isabel de Inglaterra le mandó en socorro de los escoceses que sitiaron el puerto de Leite. Vino Pellevé á

Francia á pedir socorros á tiempo que se concluyó la paz en el reinado de Francisco II. Del obispado de Amiens pasó al arzobispado de Sens, y acompañó al cardenal de Lorena al concilio de Trento, en donde se declaró contra las libertades de la Iglesia galicana. El pontífice Pio V le creó cardenal el año 1570, en ocasion en que este prelado se hallaba en Francia, y como no fuese á Roma hasta dos años despues, recibió el capelo de manos del papa Gregorio XIII que le dió el título de Sta. Práxedes. En los veinte años que estuvo en Roma sirvió con celo á sus Reyes, como se acredita en las cartas de Pablo de Foix; pero despues fué uno de los principales jefes de la Liga. El año 1585 fué el octavo cardenal de los veinticinco que suscribieron la bula de Sixto V que declaraba á Enrique, rey de Navarra, y á Enrique, príncipe de Condé, excomulgados é inhabilitados para subir ellos ni los suyos al trono de Francia. Se declaró tan fuertemente contra su príncipe y soberano legítimo, que los dos príncipes excomulgados protestaron ante el parlamento contra esta bula, sosteniendo que Sixto V, salva su santidad, habia mentido; que él mismo era hereje, lo que probarian en un concilio libremente reunido, y que castigarian la temeridad de los que olvidándose de sus deberes, traspasaban los límites de su vocacion confundiendo lo temporal con lo espiritual. Esta protesta fué publicada en Roma el 6 de Noviembre de 1585, y el rey Enrique III quitó á Pellevé todos los beneficios que poseia en Francia, por lo que este Cardenal tuvo necesidad de acudir á los socorros de la liga y de los pontífices, que le pusieron en el número de los pobres príncipes de la Iglesia. Despues de la muerte del cardenal Lenoncourt fué nombrado Pellevé arzobispo de Reims, de cuya diócesis tomó posesion en 1592, celebrando en esta ciudad una asamblea con los príncipes de la casa de Lorena. Volvió á Paris, y fué jefe del consejo de la liga, y presidente del clero en los estados que tenia en esta capital, en la que murió el 24 de Marzo de 1594 á la edad de ochenta años. Han quedado de este Cardenal noticias en algunos libros publicados durante la liga que le favorecen poco, presentándole como apasionado de la casa de Guisa, y enemigo poco generoso de Enrique III. Puede consultarse la *Historia de los Cardenales* por Aubert y las *Memorias de la Liga*. — A. C.

PELLICER (Guillermo). Vamos á presentar á grandes rasgos la vida de un prelado de la Iglesia católica que obtuvo esta alta dignidad ántes de recibir las órdenes sagradas, y que fué un hábil hombre de Estado que figuró en el siglo XVI con varios pontífices y soberanos y en distintos paises. Nació Pellicer ó Pellisier como le llaman otros, á fines del siglo XV, en Melgueil ó Manguio, en el Langüedoc, de una familia muy distinguida y respetada en el pais. Sobresaliente desde niño por su profundo talento á la par que fecunda imaginacion, no tardó en hacerse conocer por su erudicion en teología y

en derecho, estudios de su prediileccion, hasta el punto de tener y merecer el honor que le dispensó el famoso Cuyas, que le presentó en sus citas como uno de los hombres más hábiles para conocer y resolver las dificultades de las leyes. A fin de perfeccionar sus estudios y leer en el gran libro de la sociedad, viajó en su juventud por Francia, Italia y otros puntos estudiando con reflexion las costumbres, los usos y la legislacion de los diversos paises, comparándolas unas con otras é investigando sus orígenes, causas y resultados. Su tio, llamado tambien como él Guillermo Pellicer, que era obispo de Maguelona, le nombró canónigo de su iglesia el año de 1527, y obligándole su avanzada edad á dejar el obispado, su sobrino ocupó su silla áun cuando no habia recibido todavía las órdenes sagradas. Lleno de respeto y gratitud el jóven Obispo hácia su tio y bienhechor, le dejó hasta su muerte, que sucedió en 1529, el pleno ejercicio de la autoridad episcopal, lo que le granjeó el aprecio de toda la diócesis y las bendiciones del venerable pastor, que murió contento de dejar su rebaño en tan buenas manos. Habiendo conocido Francisco I, rey de Francia, á Pellicer, no tardó en persuadirse de su mérito, y confiriéndole las más importantes comisiones le nombró su consejero de Estado y despues recompensó sus servicios nombrándole abad de Lerins, dignidad muy ambicionada en aquella época. El prelado Pellicer fué nombrado para acompañar á Cambray á Luisa de Saboya, cuando fue ésta á tratar la paz en nombre de su hijo con el emperador Cárlos V, la que se concluyó el año 1529 en el momento en que Pellicer acababa de tomar posesion de su silla. El año de 1533 fué enviado á Marsella para arreglar con el papa Clemente VIII las condiciones del matrimonio del duque de Orleans, hijo segundo del Rey, con Catalina de Médicis, sobrina del Pontífice, y con esta ocasion empezó á ocuparse del proyecto de hacer transferir á Montpeller el obispado de Maguelone. Desde que Cárlos Martel destruyó esta última ciudad para que no volviese á servir de refugio á los sarracenos, la isla en que estaba situada se habia despoblado y ya no quedaban más edificios que la catedral y la casa de cabildo. La despoblacion y pérdida de Maguelona acrecentaron la ciudad de Montpeller, que de dia en dia se ponia más floreciente, y empeñado en esta negociacion Pellicer se fué á Roma, en donde tuvo que trabajar dos años para conseguirlo. El papa Pablo III autorizó esta traslacion por su bula de 27 de Marzo de 1536; pero no pudo disfrutar su conquista Pellicer, porque sus servicios en aquellos momentos fueron necesarios á su Rey y á su patria, más como á hombre político que como prelado. La Francia tuvo necesidad de mandar á Venecia un embajador experimentado: la paz entre Cárlos V y Francisco I duraba todavía, pero todos los estados de Italia estaban en guerra y existian los mismos motivos de discordia entre estos dos poderosos rivales, prontos siempre á romper los lazos de amistad, y

por lo tanto era preciso deshacer las intrigas de los enemigos de la paz y la diplomacia de Cárlos V, tan superior á Francisco I en este género de lucha, manteniendo la alianza de Venecia con la Francia. Llegando Pellicer á Venecia de embajador de su soberano en 1540, supo sostener con éxito en aquel estado los intereses de la Francia; pero tan honrosa posicion era bien peligrosa en aquellos tiempos en que durante su permanencia en la capital de la república, los embajadores de Francia, César Fregose y Antonio Rincon, fueron asesinados por órden del marqués de Guast, gobernador del Milanesado, segun se pretende sin probarlo, habiéndose expuesto el mismo Pellicer en una ocasion tambien á un ataque personal, del que felizmente pudo librarse. Persiguiéndose de órden del Senado á unos traidores que habian vendido al Gran Señor el secreto del Estado, los cuales se refugiaron en el palacio del Embajador, y como éste cerrase la puerta para que no se violase el sagrado de su casa, segun el derecho de las naciones, el Senado mandó abrirla á cañonazos. Cuando Pellicer vió que la órden iba á cumplirse cedió á la fuerza y dió cuenta á su soberano, que solo recibió débiles excusas por toda reparacion del ultraje sufrido. Entre los embrollos con que fatigaba la política á Pellicer, otras ocupaciones más propias de su carácter y aficiones le proporcionaban agradable solaz. Habíale encargado Francisco I, al que llamaban con razon los franceses padre de las letras, recogiese cuantos manuscritos de autores antiguos pudiese hallar á cualquier precio, y llenando su mision con el más exquisito celo y constancia, llegó á reunir, á mucho precio, un gran número de obras siriacas, hebreas y griegas, haciendo copiar con esmero las que no podia obtener y llenar las lagunas de las que estaban mutiladas, empleando al efecto muchos copiantes, segun dijo al Rey en su carta de 29 de Agosto de 1540. Estos preciosos manuscritos enriquecen la Real Biblioteca de Francia, conservándose los actos de esta su peligrosa y hábil embajada en un manuscrito que debe existir en la biblioteca de Montpeller. Murió el rey Francisco I, y Pellicer quedó huérfano de su ilustrado protector; inmediatamente fué depuesto de su empleo y empezó á sufrir persecuciones de sus émulos. Volviendo á su diócesis y dedicado á sus funciones episcopales, tuvo la dicha de apaciguar las disensiones que se habian suscitado en su capítulo y en la ciudad episcopal, cuando la doctrina de los reformados excitó á turbulencias más peligrosas. El Parlamento de Tolosa, á fin de que sus declamaciones no se contrariasen, la tomó contra los eclesiásticos, y dando oidos á falsas delaciones, mandó poner preso á Pellicer é intervenir sus rentas: esta órden del Parlamento fué rigorosamente ejecutada por el conde de Villars, comandante de armas del Langüedoc, y el prelado fué encerrado en el castillo de Beaucaire, en donde se le trató con demasiada aspereza. Tomando su defensa la clerecía de Narbona, su acusador fué

perseguido, y lo que parecerá muy raro, condenado á muerte; expuesta su cabeza sobre una de las puertas de la ciudad, fué por mucho tiempo un repugnante monumento de su crímen y de la inocencia del prelado. Atestigua la inocencia de Pellicer el que su acusacion, ni su prision, disminuyeron la consideracion en que se le tuvo; pues que, hasta su muerte, se le vió siempre sentarse en la asamblea de los Estados de la provincia, ya como presidente, ya como comisario del Rey. Como los calvinistas hacian notables excesos, que no podia ni debia tolerar un prelado católico, imploró Pellicer, para poner un término á sus desmanes, el crédito del cardenal de Lorena y el poder de Catalina de Médicis: las cartas á ambos y la respuesta del Cardenal manifiestan poderosamente su ortodoxia. Segun uno de los que han escrito sobre este sabio prelado, los peligros que le amenazaban le obligaban á cambiar frecuentemente de habitacion; durante algun tiempo residió en el palacio de Aigues-Mortes; en una ocasion se vió obligado á encerrarse con su cabildo en su iglesia con objetos de defensa, y despues se retiró á Maguelona, en donde se empeñó en restablecer el culto católico, y lo mismo hizo en Villanueva, pueblo cercano de que era señor. Al finalizar el año 1563 volvió á Montpeller, y cuando despues del edicto de pacificacion, publicado en este año, entró en la ciudad el duque de Montmorenci, le siguió Pellicer apresurándose á volver al culto las pocas iglesias que no habian sido destruidas. Renovada la revolucion religiosa á los dos años con doble furor en el año 1567, tuvo el dolor de ver caer su iglesia catedral en poder de los reformados á los cincuenta dias de sitio, cuyos impíos la saquearon, destruyeron en gran parte y degollaron sin compasion á la mayor parte de los católicos que se habian guarecido en ella. Antes de esta catástrofe se retiró Pellicer á su palacio de Montferrand, en donde murió de pena el 15 de Enero de 1568. Su cadáver fué conducido sin pompa fúnebre alguna á su iglesia de Maguelona. La reputacion de Pellicer fué tan alta por sus vastos conocimientos y profunda instruccion y saber, que Saint-Marthe no creyó exagerar su mérito llamándole el hombre más sabio de su siglo. Muy aficionado al estudio de las ciencias naturales, escribió un comentario sobre las obras de Plinio, que áun viviendo él fué muy elogiado, y es lástima que no se haya impreso, pues que Thou le elogia en vida del autor: este manuscrito se creyó por mucho tiempo le poseian en su biblioteca los Jesuitas de Paris, y no debió desconocerlo el P. Hardouin. Rondelet reconoce en su tratado *De piscibus conficia* lo mucho que debió en su obra á Pellicer, y Tournefort le atribuye el descubrimiento de muchas plantas, del *Teucrium scordium* y de una especie de *Antyrrhynum* que se distinguió con el nombre de *Pellicerianum*, que es un verdadero monumento de su gusto por la botánica. Y en fin Brotier, en su preciosa edicion de las obras de Tácito, manifestó haber hecho uso

de las notas de Pellicer sobre este famoso historiador, y coloca su nombre con los de Muret y Huet. Sensible es que un prelado á quien todos sus contemporáneos han concedido un talento extraordinario y un exquisito amor á las letras, no se dedicase á escribir para que la posteridad hubiera podido aprender en sus obras y aprovechádose de sus vastos conocimientos; pero no siempre los que saben escribir han tenido lugar ó gusto de hacerlo, y habiendo sido tan laboriosa la vida de Pellicer, no debe achacarse á desidia el no dejarnos pruebas públicas de su capacidad literaria, sino más bien en sus buenos años á falta de tiempo, y despues á que tuvo que estudiar más en el modo de defenderse de sus perseguidores y librar su grey de los bruscos y despiadados golpes de los reformados, que en poder dedicarse á escribir obras que exigen siempre, además de los conocimientos que ya poseia, tranquilidad de espíritu y el tiempo necesario para dedicarse á los trabajos. —C.

PELLICER (Vicente), dominico, presentado y prior del convento de Palma, murió á últimos del siglo XVII. Dejó manuscrito: *Noticias de la vida, virtudes y milagros del V. P. Fr. Julian Font y Roig*, que encontró el doctor Antonio Gonzalez en el archivo de su convento. —J. B. de R.

PELLICERIO (Fr. Francisco), minorita. Era natural de Alemania, sin que conste á punto fijo de qué parte ni dónde habia tomado el hábito de la Seráfica Orden. Habia seguido carrera literaria, y era doctor en sagrada teología y muy hábil predicador. Hallábase de guardian en el convento Laubricense en la fatal época de las guerras civiles y religiosas que abrasaron la Alemania, la Francia y la Bélgica, y en la ocasion que más pujante se presentaba la sierpe del protestantismo y más ensañada contra la santa Iglesia católica. Habiéndose apoderado los luteranos el dia 4 de Marzo de 1568 de la ciudad en donde estaba situado el convento, invadieron éste, y despues de despojarle de cuantos objetos de valor en él se encerraban, despues de profanar los vasos sagrados destinados al culto divino, desplegaron cuantos medios les pudo sugerir el infierno para vengar en los indefensos ministros del altar el odio que profesaban á la apostólica Iglesia Romana. Juntando la impiedad á la barbarie y queriendo sin duda hacer mofa del Redentor del mundo, sin reparar que con sus acciones preparaban gloria mayor á sus mártires, crucificaron á todos los religiosos que hallaron en el convento y que prefirieron la muerte á la fuga y á la apostasía. El primero que sufrió tan cruel al par que apetecible suplicio, que le hacia ser un perfecto imitador de su divino Maestro, fué el guardian Pellicerio, quien sufriendo horribles dolores, traspasados sus miembros con los agudísimos clavos y derramando copiosa sangre de sus heridas, no cesaba de glorificar á Dios y de animar con sus exhortaciones á sus queridos hijos para que sobrellevasen con pacien-

cia aquel terrible martirio. Los compañeros de su desgracia en el mundo y de su gloria en él, eran los PP. Antonio de Rupe, Gerónimo Grasieto, Alejo Samson, Rogerio Bigneris y Juan Ricardo. Todos espiraron valerosamente en defensa de su fe y de la católica doctrina, siendo considerados por lo tanto como mártires, insertándose sus nombres en el Martirologio de la Orden y dedicándoles rezo en el dia 4 de Marzo, aniversario del citado año 1568. —M. B.

PELLISON (Fr. Guillermo de). Religioso dominico, natural de Tolosa, y uno de los primeros que tomaron el hábito en esta Orden. Desempeñaba el cargo de inquisidor en 1233, y desde 1229 á 1237 manifestó su celo en la cruzada de los albigenses. Ignórase lo que hizo en su convento y fuera de él durante los últimos treinta y un años de su vida. Su muerte se halla anunciada en las actas del capítulo provincial que celebraron en Perigueux los PP. Dominicos, en el mes de Agosto de 1260. Solo es conocido porque escribió lo que vió ó supo de los sucesos acaecidos en Langüedoc, á partir desde 1229; sus memorias subsisten al ménos en parte. Bernardo Guidonis las ha insertado entre las suyas, anunciándolas con estas líneas: *Erat Fr. Guillelmus Pellisio de Tolosa, vir ægregius de fratribus primitivis, et scripsit manu propria quæ sequuntur in papyro, quæ de verbo ad verbum transcripta sunt in hoc loco ad memoriam futurorum.* El opúsculo de Pellison ocupa treinta y cinco páginas en 8.°, en la primera de las cuales se halla este preámbulo: «*Ad laudem*, etc. En alabanza y gloria de Dios todopoderoso, de la bienaventurada »Vírgen María, madre de Jesucristo, del bienaventurado Sto. Domingo nuestro padre, y de toda la corte celestial, quiero por medio del escrito perpe»tuar la memoria de ciertas cosas que ha operado el Señor en Tolosa y en el »territorio tolosano por medio de los hermanos de la Orden de Predicadores, »y por otros fieles en el mismo país, todo por los méritos y las oraciones del »bienaventurado Domingo, que ha instituido la referida Orden contra los »herejes y sus partidarios, bajo la direccion del Espíritu Santo, con permi»so del pontífice Honorio III, y con ayuda del Sr. Foulques, obispo de To»losa, de feliz memoria. Hemos escrito este libro, no para nuestra propia »gloria, sino con el objeto de que al leerle nuestros sucesores en nuestra »Orden y demás fieles, sepan los padecimientos que han sufrido por la fe »alabando al Señor sus antecesores, y tengan así contra los herejes y demás »infieles una audacia inflexible, para que si llega la ocasion ó la necesidad »de imitar ó de seguir sus ejemplos, se hallen prontos á hacer y á sufrirlo »todo, etc.» Bernardo Guidonis ha escrito lo siguiente al fin de estas memorias de Pellison: *Explicit quod scripsit manu sua Fr. Guillelmus Pellisso Tolosanus, qui vidit et interfuit et laudem. Obiit Tolosæ in festo Epiphaniæ, MCCLVIII.* Despues de haber copiado estas últimas palabras, dicen los Pa-

dres Luctif y Echard, que murió en 1269 ántes de la pascua; pero ya habian dicho ellos mismos un poco más arriba que la muerte de Pellison fué anunciada en el capítulo provincial el 26 de Agosto de 1268, fecha inconciliable con su última observacion. Un P. dominico, aunque conservando el anónimo, ha hecho una adicion de cinco páginas á las memorias de Pellison relativa á una mision de los dominicos en Alby, en 1234, en busca de herejes. El mismo Guillermo Pellison compuso en 1263 en el mes de Octubre otro libro, á saber, una *Historia de su convento de Tolosa* desde 1214 hasta 1243; Percin la cita en la que escribió sobre el mismo asunto. El dominico de que acabamos de hablar es uno de los antiguos historiadores de esta Orden, de los que los autores de la obra titulada *Scriptores ordinis Prædicatorum*, han tomado sus noticias y nosotros mismos las hemos citado en otros lugares de esta publicacion.—S. B.

PELLISON FONTANIER (Pablo), abad de Gimont. Nació en Bezieres en 1624, hijo de Juan Santiago, consejero de Castres, y de Juana Fontanier, hija de Francisco, secretario del Rey. Su madre, que quedó viuda muy jóven, educó á Pablo en la pretendida religion reformada. Estudió en Castres las humanidades, y la retórica en un colegio que participaba de las dos religiones, dirigido por un escocés llamado Morus, padre de Morus, célebre ministro de Charenton. A la edad de doce años fué mandado á Montauban á estudiar filosofía, y de aquí pasó á Tolosa, en donde estudió el derecho y aprendió á montar á caballo. Desde su más tierna edad dió Pellison muestras de su talento, y además de los expresados estudios cultivó con gran éxito las lenguas griega, latina, francesa, española é italiana, dedicándose al estudio de los mejores autores en estas lenguas. Aún no habia terminado el estudio del derecho, cuando parafraseó las *Instituciones de Justiniano;* y áun cuando él solo parafraseó el libro primero, esto solo basta para acreditarle; se imprimió este volúmen en París en 1645. Empezando á ejercer la abogacía en los tribunales de Castres, adquirió una gran reputacion; pero atacándole una enfermedad terrible, las viruelas, que le desfiguraron, se retiró para convalecer al campo con su amigo Esteban de Ville-Bressieux, natural de Grenoble, y allí tradujo mucha parte de la *Odisea de Homero*, en donde creia su amigo encontrar el secreto de la piedra filosofal. Antes de volverse á establecer en París hizo muchos viajes; y abriendo otra vez su bufete, todos los hombres de negocios empezaron á valerse de sus grandes conocimientos. El año de 1652 le nombró el Rey uno de sus secretarios, en cuyo destino se acreditó en el Consejo, pues llevaba ya la práctica de este oficio, que habia ejercido en la cámara de Castres, destino que habia desempeñado muchos años ántes de él su abuelo materno. Habiendo escrito Pellison la *Historia de la Academia Francesa*, esta corporacion celebró en 1652 una sesion para que

la leyese, y agradó la obra tanto á este cuerpo, que acordó para él la primera plaza que vacase, concediéndole desde luego asistir á las sesiones, y manifestar en ellas su opinion como si ya fuese académico, con la cláusula de que esta gracia fuese sin ejemplar; el discurso en que dió las gracias Pellison á la Academia por el honor que le habia dispensado, acreditó al cuerpo lo bien que habia hecho en llevar á su seno hombre de tan relevante mérito. Compuso esta *Historia* Pellison á instancias de su amigo Faur Fondamente, y se imprimió por la primera vez en París el año 1653. El año 1659 fué nombrado presidente del Tribunal de Cuentas de Montpeller, y en 1660 consejero de Estado, de cuyo destino tomó posesion el 25 de Setiembre del mismo año en que juró la plaza. Como habia tomado mucha parte en los asuntos de Mr. Foucquet, la tuvo tambien en su desgracia. Por esta razon fué preso y conducido á la Bastilla en 1661, en donde estuvo detenido cuatro años, dedicándose en esta larga prision á la lectura y estudio de las Escrituras y de los Santos Padres, así como á las controversias, con todo lo cual vino á tomar aficion á la Iglesia católica. Cuéntase de Pellison que para divertirse en su prision compuso su poema titulado *Alcimedon*, cuyos mil trescientos versos, no teniendo papel ni pluma, los escribió en las márgenes de los libros que le permitian con pedacitos de plomo que quitaba de las vidrieras de su encierro. Taneguile Febre dedicó á Pellison su *Lucrecia*, con notas latinas, y su *Tratado de la Supersticion*, traducido de Plutarco cuando se hallaba aún en la prision; y tan pronto como permitieron que se le viese, el duque de Montausier, el de San Agnau y otra porcion de personas distinguidas se apresuraron á visitarle. Luego que salió de la prision, le señaló el Rey una pension de dos mil escudos; y decidido á entrar en la religion católica, abjuró sus errores en la iglesia subterránea de Chartres el dia 8 de Octubre de 1670 en manos de Gilberto de Choisseul du Plessis-Praslin, obispo de Cominges, que lo fué despues de Tournai. Despues de esto celebró todos los años el aniversario de su salida de la Bastilla, procurando la libertad de algunos prisioneros, haciendo siempre dia de fiesta el de su ingreso en la Iglesia romana, confesando, comulgando y consagrándose á la oracion. Desde este tiempo solo escribió en favor de la religion que habia abrazado y del rey de Francia, que le encargó escribir su *Historia*, y poco despues de haber abjurado de sus errores recibió las órdenes de subdiácono, y Luis XIV le dió la abadía de Gimont, de la órden de S. Benito, en la diócesis de Auch; tambien obtuvo el priorato de S. Orens en la misma diócesis. Habiendo sido recibido en la Academia Francesa el 3 de Febrero de 1761 el arzobispo de Ruan, Francisco de Harlai de Chanvalon, electo arzobispo de París, dió las gracias á la Sociedad en un elocuente discurso, y respondiendo al prelado en nombre del cuerpo Pellison, que era á la sazon director, hizo

con este motivo el panegírico de Luis XIV, discurso famoso que se ha traducido en latin, en español, italiano, portugués, inglés, y áun en árabe por un patriarca del monte Libano, cuyo original se conserva en la Biblioteca Real de Francia. En el mismo año compró el empleo de relator de peticiones en seis mil escudos á Mr. Fieubet, canciller de la Reina, que fué nombrado Consejero de Estado. El 22 de Marzo siguiente dirigió la palabra en nombre de la Academia al expresado arzobispo de París cuando le felicitó el cuerpo por su elevacion á esta silla. Y como llegó á poseer el latin tan perfectamente como su lengua patria, se le cree autor de la inscripcion del obelisco de Arlés y de una relacion latina del estado de la religion en 1682. Se unió á otros dos académicos para señalar cada dos años un premio de trescientas libras al que en una composicion de cien versos á lo más celebrase algunas de las acciones del Rey, y despues de la muerte de sus compañeros, hizo él este gasto hasta el fin de su vida. Empezando la guerra en 1672, siguió al Rey en sus campañas: en la de Maestrich, en 1673, le robaron en su tienda una noche quinientos duros, y sabiéndolo el Rey, le hizo dar la misma cantidad que habia perdido. Habia sido nombrado Pellison solo para escribir la *Historia de Luis XIV;* pero como este Rey concediese á Madama de Montespan un derecho sobre las carnecerías de Paris, que se litigó en el Consejo, en el cual hizo perder á esta dama el pleito Pellison, picada la Montespan contra él, obligó al Rey á que nombrase á MM. Boileau y Racine para que escribiesen su historia, relevando de este honroso cargo á Pellison, si bien el Rey le encargó que no obstante la expresada órden continuase escribiéndola por sí solo por su parte. El año de 1674 tuvo la satisfaccion de que el Rey aprobase el establecimiento de la Academia de Soissons, por la que tanto se habia interesado, y el de 1676 arengó al Rey sobre sus conquistas á la cabeza de la Academia Francesa. En 1677, á ruego de un ilustre amigo suyo, publicó oraciones que recitar durante la Misa; tratado que habia compuesto para su uso particular. Pablo Pellison fué nombrado ecónomo de Cluni en 1674, de S. German de los Prados en 1675, y propuesto en 1676 para la administracion de los economatos, fué nombrado en 1679 ecónomo de S. Denys. Reparando el Rey el gran número de pretendidos reformados que entraban en la Iglesia romana para el empleo de economatos, aumentó el fondo de estos en 1681. En 1682 hizo Pellison el epitafio de María Eleonora de Rohan, abadesa de Malnove, cuyo epitafio se tradujo en latin por el obispo de Tournai, y en italiano por el célebre autor de la *Conjuracion de Rafael de la Torre*, é impreso varias veces. La primera parte de las *Reflexiones sobre las diferencias de la religion* se publicó en Paris en un volúmen en 12.° el año 1686. Al siguiente año la hizo reimprimir el autor, añadiéndola un nuevo tomo titulado: *Respuesta á las objecciones de Inglaterra y de*

Holanda, etc. En 1690 añadió otro tomo llamado: *Las Quimeras de Mr. Jurien; respuesta general á sus cartas pastorales contra los libros de las reflexiones, y exámen abreviado de sus profecias.* El cuarto tomo se publicó en París en 1692 con este título: *Tolerancia de las religiones: cartas de M. Leibnitz y respuesta de M. Pellison;* en 12.° Estaba Pellison escribiendo un *Tratado sobre la Eucaristía*, que se ha impreso en 1694, cuando le alcanzó la muerte el 7 de Febrero de 1693, no recibiendo los sacramentos, no ya porque rehusase recibirlos, como lo han indicado falsamente algunos, sino porque la brevedad de su enfermedad no le dió tiempo para ello. Sábese que pocos dias ántes de su muerte se habia confesado y comulgado, y que desde su conversion se habia sujetado en todo á la doctrina y disciplina de la Iglesia, pudiendo consultarse sobre este particular y cuanto le concierne su *Elogio* por Olivet, impreso en la continuacion de la *Historia de la Academia Francesa;* á Perrault en sus *Hombres ilustres*, y la *Carta que escribió Leibnitz á Bossuet, obispo de Meaux, el* 29 *de Marzo de* 1693, que se halla publicada en el tomo I de las *Obras póstumas de Bossuet*. Las demás obras de Pellison son: la *Historia de Luis XIV, desde la muerte del cardenal Mazarino en* 1661 *hasta la paz de Nimega en* 1678. Encontrada esta historia entre sus papeles despues de su muerte, se entregó por órden del Rey á M. Daguesseau, canciller de Francia, y se imprimió en 1749 en tres volúmenes en 12.°—*Discursos sobre las obras de Mr. Serafin;* en 4.°, Paris, 1655.—*Discurso al Rey por uno de sus fieles súbditos sobre el proceso de Mr. Foucquet;* Paris, 1661, en 4.°—*El prólogo en verso en alabanza del Rey que puso á la comedia de Molière, titulada* Les Facheux, *cuando se representó en Vaux en casa de Mr. Foucquet á presencia del Rey, en Agosto de* 1661; obra de que no hace mencion el abate Olivet en la lista de las obras de Pellison.—Un gran número de poesías diversas sobre varios asuntos en las colecciones publicadas en su época, y especialmente en la titulada: *Coleccion de piezas galantes en prosa y verso de la condesa de Suze y de Mr. Pellison;* en 1695, cuatro volúmenes en 12.°—*Historia de la conquista del Franco-Condado en* 1668, impresa en el tomo VII de las *Memorias de literatura é historia colectadas por el P. Desmolett, bibliotecario de los PP. del Oratorio de Paris*, en 1729.—*Cartas históricas y obras diversas;* tres volúmenes en 12.°, París, 1729, por el abate Olivet.—*Oraciones al Santísimo Sacramento del altar para cada semana del año, con meditaciones sobre diversos salmos de David;* en 18.°—*Oraciones sobre las epístolas y evangelios del año;* en 18.°, cuyos dos volúmenes se han publicado en París en 1734.—*Relacion* (en latin) *del estado de la religion en* 1682.—*Cartas históricas de Mr. Pellison con algunos otros escritos;* tres volúmenes en 12.°, París, 1729; de cuyas *Cartas* se dice en las *Memorias de Trevoux*, Noviembre de 1729: «Vienen á ser un diario de los

viajes y campañas de Luis XIV desde 1670 á 1688.» Mr. Olivet ha publicado estas *Cartas* escribiendo al principio el *Elogio de Pellison*, que se niega ser suyo en las mismas *Memorias en* 1730.— A. C.

PELTAN (Teodoro Antonio). Este jesuita, llamado así por ser natural de Pelte, en la diócesis de Lieja, ha sido uno de los primeros religiosos de la Compañía de Jesus que profesaron en la universidad de Ingolstad, despues de que Alberto, duque de Baviera, la estableció en 1556. Enseñó en ella la lengua griega, la hebrea y la teología con mucho aplauso, y su fama le llevó al colegio de Augsburgo para descansar de sus largas tareas, y en él murió en 1584. Este religioso dejó varias obras *sobre el pecado original*, *el purgatorio*, *de sepulturas cristianas*, *sobre el origen del culto de los santos*, *sobre el matrimonio*; y varias otras acerca de las sagradas Escrituras. Tradujo del griego al latin diversas obras de los padres, y en especial las de Andrés de Cesarea, Víctor de Antioquía, S. Gregorio Taumaturgo, las actas del concilio general de Efeso, y otras citadas por Le Mire en sus *Escritores del siglo XVI*. —C.

PELU (Julio). Solo nos dice Moreri en su *Diccionario histórico* al citar este nombre, que fué obispo de Namburgo en la Misnia, y que murió en el año de 1554. Nos quedan de él los escritos siguientes: *Institutio hominis christiani*. — *De republica Germaniæ seu imperio constituendo*, los cuales cita Le Mire y da Posevino en su *Aparato sacro*. — C.

PEMON (S.), confesor. Este bienaventurado ermitaño ó sea anacoreta del siglo IV de nuestra era, fué uno de los ángeles del desierto, que lucieron como antorcha de la divina gracia para servir de benéfico faro á los que, perdidos del camino que guia á los cielos, quieren encontrarle para no abandonarle y llegar al fin con felicidad. Vivió este virtuoso anacoreta en la más austera penitencia que pueda concebirse en los desiertos de Scete, con seis hermanos suyos consagrados á Dios como él, y como los bárbaros asolasen el año 395 estos países, se retiró con sus hermanos á Terenuth cerca de un templo antiguo de idólatras, en donde permaneció durante muchos años. Agradablemente pasaba aquella pequeña comunidad fraternal el tiempo cantando alabanzas al Señor de dia y noche, manteniéndose solo de yerbas, y deseando que Dios les llamase á sí, fin á que se dirigian sus continuas oraciones. Concedió Dios á Pemon su deseo, y fué su glorioso tránsito el año 451, edificando en su muerte á sus hermanos, que le imitaron en virtud y santidad: la Iglesia le recuerda el dia 27 de Agosto. — C.

PENA (Fr. Juan de), franciscano. Este esclarecido religioso, uno de los que más trabajaron por la propagacion de la Orden Seráfica en los primeros tiempos de la fundacion, vivia por los años 1262, y era natural de un pueblo de la Marca de Ancona en los Estados Pontificios. Hallándose en el siglo

sin tener la más leve intencion de abrazar la vida religiosa, se le apareció una noche en sueños un niño muy hermoso que le dijo: «Juan, ves maña»na á la iglesia de S. Esteban, donde oirás predicar á uno de mis frailes, »que yo envio para que tú le oigas. Está muy atento á sus palabras, y apro»vecha su doctrina, porque tienes que hacer un largo camino, concluido »el cual vendrás á mí.» Asombrado el mancebo no pudo descansar en toda la noche, y se levantó apénas fué de dia, encaminándose á la iglesia que le habian indicado, donde oyó predicar al P. Fr. Felipe, que habia pasado á las Marcas con objeto de extender la religion Franciscana. El discurso del predicador estaba lleno de palabras inspiradas por el divino aliento, é inflamó de tal modo el ánimo de Fr. Juan, que apénas hubo el predicador bajado del púlpito, se acercó á él y le dijo si queria admitirle en la Orden, porque se hallaba dispuesto á hacer penitencia. El P. Felipe, que como varon tan santo y de tan arregladas costumbres habia merecido que la Divinidad le honrase con algunas revelaciones, conoció al punto la verdadera vocacion que aquel mancebo tenia, y le dijo por lo tanto: *Ve á buscarme tal dia á la ciudad de Recanate, donde yo haré que te den el hábito.* Y díjole esto porque en el dia señalado se celebraba un capítulo provincial en la ciudad mencionada. No desmayó Juan de su propósito, advirtiendo que todas las circunstancias de su sueño se cumplian, y juzgaba buenamente que despues de hecho el largo camino á la ciudad de Recanate y de recibir el santo hábito, habia de pasar é gozar de Dios en el cielo. Presentóse á Fray Felipe, quien cumpliendo la palabra que tenia dada interpuso su mediacion para que Juan fuera admitido en el número de sus novicios. Despues de su profesion, preguntando un dia el provincial de la Orden quién queria pasar voluntariamente á Francia á hacer el principio de las fundaciones, ofreciendo al que se brindase premiarle con los méritos de la obediencia, el nuevo religioso dijo que estaba pronto á marchar si le conceptuaba digno de aquel honor, figurándose tambien ser aquel el largo camino que en sus sueños le profetizáran. El P. Felipe, conociendo la virtud y la pureza de alma de aquel religioso, le alcanzó la licencia para que pasase á Francia, bien convencido de los aumentos que la religion experimentaria. Partió gozoso Juan á aquel viaje, creyendo siempre que á su final se encontraba la gloria que le habian profetizado, y esperando dia por dia el cumplimiento de la palabra de Dios, estuvo veinticinco años en la Provenza, viviendo con la mayor pobreza y ejercitándose en los más piadosos y fervientes actos de virtud y santidad. Es por lo tanto considerado Fr. Juan de Pena como uno de los fundadores de la Seráfica Orden en Provenza, donde su vida causó tanta admiracion como abundante fruto produjeron sus exhortaciones en beneficio de las almas. Las crónicas de la Seráfica Orden nos han con-

servado la relacion de la vida que hizo en Francia con sus compañeros ántes de hallarse definitivamente instalada la Orden referida. Considerándose como peregrinos en la tierra, y anhelando únicamente el momento de volar á la gloria, ni poseian ni procuraban poseer los objetos más indispensables para la existencia, fiándose en la Divina Providencia y en las caritativas limosnas de los fieles. Comian solamente cuando algun bienhechor les daba la vianda, la que jamás probaban sin ántes dar á Dios afectuosas gracias por aquel beneficio, no dejando de hacer despues de la comida nuevos actos de gratitud y de alabanzas al Señor. Ibanse luego á la iglesia, donde permanecian en oracion, y en anocheciendo recogianse al estrecho y desabrigado cobertizo en que dormian. Al oir las campanas de las iglesias que tocaban á maitines, levantábanse todos, y en cualquier estacion del año, con buen ó mal tiempo, ora lloviese ó nevase, acudian á cumplir las obligaciones de la regla, rezando sus maitines, y quedándose en oracion en el templo hasta despues de celebrada la misa de tercia. Entónces salian á discurrir por la poblacion, y si llegada la hora de satisfacer la imperiosa necesidad humana no les convidaba á comer alguna persona, iban de puerta en puerta pidiendo de limosna el necesario sustento que rara vez les faltaba, por lo cual nunca cuidaron de hacer provision ni de procurarse cosa alguna. Viéndoles las gentes tan arreglados, piadosos y comedidos, les hacian instancias para que admitiesen algunos novicios en su compañía, y accediendo ellos á súplicas que tanto armonizaban con sus deseos, admitian con el mayor amor á aquellos en quienes se advertian mayores muestras de vocacion, estableciendo en alguna casa estrecha ó ruinosa, que por caridad les daban, una apariencia de convento, y poniéndole á cargo de uno de los más antiguos compañeros, el cual quedaba como superior, pasaban á otro punto á hacer igual vida y á procurar nuevas fundaciones. Estas, aunque de tan humildes principios, gracias al trabajo y paciencia de los religiosos, iban en notable aumento erigiéndose templos, ensanchando las habitaciones, y llegando poco á poco al grado de perfeccion en que debian encontrarse. Al cabo, pues, de tantos años como hemos dicho que permaneció en Francia Fr. Juan, hallábase un dia puesto en oracion, vertiendo copiosas lágrimas por parecerle que se alargaba mucho su permanencia en el mundo, puesto que solo anhelaba volar al seno de Dios. Estas consideraciones le causaron tal angustia, que casi llegó á desfallecer su ánimo, y entónces para darle consuelo y valor, se le apareció Cristo en forma real y efectiva, y le dijo: *Hijo mio Fr. Juan, pídeme lo que quisieres.* A lo cual, el afligido religioso, inspirado por su vivo amor, contestó: *Señor, nada pido, nada quiero sino á vos. Esto solo ambiciono, y mi único deseo se reduce á que, perdonándome todos mis pecados, me concedais la gracia de veros siempre que tu-*

viese alguna necesidad. Ofrecióle el Señor acceder á su peticion, y desapareció dejando al santo religioso sumamente satisfecho y consolado. Llegando á noticia de sus hermanos de religion, los frailes de la Marca, la fama de su santidad y de sus virtudes, rogaron al general de la Orden, le hiciese volver entre ellos, y habiendo accedido, se intimó la órden á Fr. Juan para que abandonase la Francia. Fijo el bienaventurado siempre en su idea, alegróse interiormente al ver que le mandaban otra vez hacer tan largo camino, creyendo que al final de él estaba el término de sus penas y trabajos terrestres y el principio de su gloria. Volvió á su antiguo convento de las Marcas sin que le abandonase nunca la idea de su próximo tránsito, que no se verificó tan pronto, porque el Señor deseaba tenerle más tiempo aún sobre la tierra. Despues de tan larga ausencia, y no obstante que de los muchos frailes existentes en el convento, y que eran contemporáneos y amigos suyos, ninguno le conoció al presentarse segun lo demudado que estaba por sus trabajos y penitencias, pero sin embargo, fué amorosa y tiernamente recibido por todos ellos. Vivió en la provincia de las Marcas más de treinta años, desempeñando en tan largo espacio de tiempo cuantos oficios le encomendára la santa obediencia, por lo cual fué muy amado de todos los demás religiosos y muy favorecido del Señor, que le infundió el don de profecía y que le dotó con la facultad de hacer milagros en gracia de sus muchos merecimientos, dotes que manifestó en diversas ocasiones y siempre en beneficio de las almas. Era tambien varon de extremada piedad, y tan dado á la oracion, que ordinariamente despues de acabados los maitines, en igual de volverse á descansar á su celda, permanecia en la iglesia orando hasta que, rendida la flaca naturaleza, no podia ménos de ir á tomar algun reposo. Hallándose un dia sumamente quebrantado y casi exánime, reclinóse en un árbol para sostenerse y quedó sumido en una especie de letargo, del que le sacó una voz que perceptiblemente le decia: «Levántate y anda, que aún te resta largo camino.» A lo cual esforzando el alma al decaido cuerpo, se levantó Juan diciendo: «Al ménos, Señor, decidme si procurareis mi salvacion. —Sí, contestó la voz, yo te aseguro que te salvarás. —Pues entónces, Señor, volvió á decir Fr. Juan, servíos darme el purgatorio en este mundo. —Tambien te lo concedo, repuso la divina voz.» Pasado algun tiempo y hallándose en oracion, aparecióseles un ángel del cielo, radiante de luz y de hermosura que le dijo: «Juan, ya es llegado el momento tan apetecido para ti, ya has acabado el largo camino que Dios te mandára andar. De su parte te digo, que pidas aquella gracia que desees, y que elijas al mismo tiempo ó un dia de purgatorio en la otra vida, ó siete de aflicciones y dolores en esta.» Deseoso el santo varon de padecer más por el amor divino, optó por los siete dias de purgatorio sobre el

mundo, y acto continuo fué atacado de vivísimas dolencias, tales como penosas fiebres, dolores insoportables de gota, y otros martirios que serian insufribles para todo el que careciese de la confianza que le infundian las promesas de la Divinidad. Pero sus angustias, sus penas, sus dolores y su terrible soledad y desamparo lo resistian con ejemplar paciencia, afligiéndole solamente la vista de un asqueroso y feo demonio, que le presentaba un gran cartapacio diciéndole: «Por los pecados que aquí estan escritos y que tú has cometido, ya te encuentras condenado.» El santo varon, trastornado con los atroces dolores que sufria, no recordaba las buenas acciones que habia hecho en el mundo ni los merecimientos que por su virtud le hacian acreedor á la divina indulgencia, y creia ser verdad el dicho con que el demonio le molestaba en aquellos fatales instantes. Hallándose un dia más atormentado que nunca de un fuerte acceso de calentura, entró á visitarle un fraile, y le preguntó cómo se encontraba. «Muy mal me va, contestó el bienaventurado, porque estoy condenado.» Oyendo esto los demás religiosos, mandaron llamar á toda prisa á Fr. Mateo de Monterrubiano, varon de muy santa vida y á quien profesaba Juan de Pena antigua y estrecha amistad. Llegó precisamente al convento cuando se cumplian los siete dias elegidos por Fr. Juan para su martirio, y entró á visitarle cuando más atacado se hallaba de la diabólica tentacion que el demonio le sugeria para hacerle desconfiar de la misericordia divina y de las promesas hechas acerca de su salvacion. Despues de saludarle le preguntó: «Y bien, hermano Juan, cómo os va. — Muy mal, contestó el atormentado religioso, muy mal, porque me hallo condenado. — Cómo puede ser tal cosa? replicó Mateo. ¿No recordais, hermano mio, que os habeis confesado muchas veces conmigo, que yo sé el estado de vuestra conciencia, que os he absuelto de vuestros pecados y que me consta la pureza de vuestras intenciones? Volved en vos, hermano mio, recordad el mucho bien que en vuestra dilatada carrera habeis hecho sobre el mundo, reunid la série de vuestros merecimientos y ponedlos á los pies de nuestro Señor Jesucristo, quien áun cuando no hubierais hecho nada para merecer su gracia y su indulgencia, os perdonaria todos vuestros pecados, llevándoos al goce de su eterna gloria, solamente con que en este fatal momento os encomendeis á su divina bondad é ilimitada indulgencia.» Estas dulces palabras empezaron á conmover y consolar la atribulada alma del bienaventurado Juan, y como precisamente se cumplian los siete dias que eligiera para su purgatorio en este mundo, la bondad de Dios permitió que desapareciendo el tentador, recobrase el santo religioso la paz y la calma, haciéndose lugar otra vez en su pecho la confianza que tenia en la misericordia del Eterno. Llegada la hora de abandonar este mundo en que tanto habia trabajado y padecido, despues de recibir con los más tier-

nos y devotísimos actos de piedad y de amor los últimos sacramentos, y habiéndose quedado solo con el enfermero, cayó en la agonía ó más bien en un dulce y plácido letargo, don concedido únicamente á las almas privilegiadas, para quienes aquel tremendo lance no es otra cosa que una leve transicion desde la pena á la gloria. Cumpliendo Jesucristo la palabra que diera á su amante siervo de presentársele en el momento más crítico y peligroso, bajó radiante de gloria á la humilde celda de Juan para recoger su bendita alma, que libre por sus siete dias de padecimientos del átomo más leve de culpa, se unió á su Redentor volando al lado suyo entre los angélicos coros á las etéreas mansiones, centro de la felicidad y morada de la dicha verdadera. Todos los religiosos del convento advirtieron con claras y palpables señales la felicidad que gozaba el alma de su bienaventurado compañero y rindieron muchas gracias al Señor, que así habia premiado las virtudes de tan excelso varon, y concedido á su convento la alta gloria de haberle acogido en él. Tantos fueron los milagros que la Divinidad obró en obsequio de su siervo despues de su muerte, y tantos los necesitados que acudian á su sepulcro á buscar el alivio de sus males y el remedio de sus trabajos, que la voz general empezó á aclamarle como santo. Despues de algunos años se abrió su sepulcro y se halló su cadáver sano é incorrupto, el cual, á instancias del rey de Nápoles fué trasladado á la ciudad de Pena, donde se veneró por muchísimo tiempo. La Orden Franciscana le cuenta en el número de sus santos y reza de él en el Martirologio de la Orden el dia 3 de Abril, aniversario de su tránsito. — M. B.

PENA (Fr. Miguel), religioso gerónimo del monasterio de la Murta. En su juventud le cautivaron los moros de Africa y le rescataron sus parientes, y deseoso desde entónces de huir del siglo, decidió entrar en alguna religion. Presentóse con este objeto en el monasterio de la Murta, donde era fama universal que se practicaba la perfeccion de la vida monástica, viviendo los monjes en aquella soledad apartados de todo el trato del mundo. Tomó el hábito y comenzó desde entónces á dar notable ejemplo, mortificándose segun lo prescribia la regla de su religion, y aumentando en secreto otras penitencias mucho mayores. Era de carácter colérico, algun tanto propenso á la ira, que no dominaba con facilidad; pero puso gran cuidado en vencer esta que conocia ser su principal debilidad. Era muy aficionado á leer la *Escala espiritual* de S. Juan Clímaco, y meditaba principalmente sobre el capítulo que trata de la muerte. Tenia pensamientos tan elevados sobre este punto, que llegando á él hablaba de una manera que llenaba de admiracion á sus hermanos. Cuando trataba con seglares, que á su parecer se cuidaban ménos de este pensamiento, teniendo tanta ó mayor necesidad que los religiosos, comenzaba á hablar con tan elocuentes razones y á discurrir con tan-

ta lógica y acierto, que les hacia derramar lágrimas, y áun movia á muchos á que mudasen de vida. Habia sido discípulo del P. Fr. Bartolomé Piera, quien sintió mucho su muerte y le acompañó en sus últimos momentos, que fueron tan felices como no podia ménos de esperarse de quien caminaba tan fervoroso en estos buenos ejercicios.—S. B.

PENACOBA (Fr. Tristan de), franciscano. Era natural de un pueblo de la diócesis de Coimbra, en Portugal, llamado Penacoba, del cual tomó su sobrenombre al recibir el hábito de la Seráfica Orden. Inflamado su espíritu con el fuego del divino amor y anhelando la salud de las enfermas almas de los pecadores, dedicóse con mucho afan á la predicacion, y fué tanta la persuasiva elocuencia que le adornaba y tanta la fuerza de su expresion, que cuantos tenian la fortuna de oirle quedaban convencidos de sus errores y contritos de sus culpas. Entre otras cosas y para mayor lustre de la religion, procuró que se remediasen muchos abusos tolerados por los magistrados populares y que redundaban en menoscabo de la pureza de la fe; y así, hallándose en el convento de Sta. María de la Oliva, en Valencia, logró que las autoridades, vencidas por sus elocuentes razones, prohibiesen el abuso que desde mucho tiempo atrás cometian los habitantes de la ciudad, y que consistia en comprar y vender en los dias festivos, abuso que la costumbre habia ya casi legitimado. Tambien procuraba con sus exhortaciones que los asistentes al templo permaneciesen en él con la debida reverencia, y siempre se manifestó tan amante de los que practicaban la virtud como acérrimo enemigo de los pertinaces en el vicio. Predicaba comunmente en estilo popular y sencillo; pero sus razones se hallaban tan henchidas de fervor amoroso, que las almas más duras se movian á penitencia no bien llegaban á oirle. La mayor parte de sus sermones versaban sobre los novísimos, y tenia una gran predileccion para hablar del juicio final y de los rigores de la justicia de Dios. Preguntándole algunas personas de gran autoridad y respeto, por qué causa se detenia más en aquel novísimo que en los otros, contestó: La generalidad de los predicadores ensalzan en sus sermones la infinita bondad con que Dios trata á los pecadores arrepentidos, y demostrando que la divina misericordia no tiene límites, alienta sin querer á muchos hombres de ánimo rudo á permanecer en el seno del pecado; pues aguardan al último instante para arrepentirse, confiando que no les faltará un momento oportuno en que implorar el auxilio de aquella bondad y misericordia sin tasa. De esta ceguedad, de esta errada cuenta nace la perdicion de muchas almas, que sin duda podrian salvarse conduciéndolas por más acertado camino. Yo he querido seguir distinta via demostrando con preferencia los rigores del juicio y los efectos de la justa indignacion del Señor; pues conozco que es más saludable temer la divina ira que abandonarse al pecado, confiando cie-

gamente en su infinita misericordia. El que tan celoso era de la salvacion de las almas de sus prójimos, no podia ménos de procurar la salvacion de la suya, y así no es posible enumerar los actos de penitencia y de rigor que ejecutaba, siendo perenne en la oracion, parco en la comida, que muchas veces solo consistia en pan y agua y pródigo en mortificar su cuerpo con vigilias y disciplinas. Tenia suma delicia en celebrar el santo sacrificio de la Misa, recreándose en la contemplacion de los divinos misterios que en él se contienen. Concedióle Dios una larga vida para emplearla en bien de sus prójimos, y murió á los ochenta años de su edad en el citado convento de Santa María de la Oliva, el dia 31 de Diciembre de 1548. Venérale la Orden Franciscana como uno de sus más esclarecidos varones, y su nombre se halla consignado en el Martirologio de la misma. — M. B.

PENDA, hijo del anciano y temible Penda, que le habia cedido una parte de su reino de los Middelanglos; fué á avistarse con el rey Oswi, que manifestaba mucho celo en favor del cristianismo, y que hácia 652 contribuyó eficazmente á la conversion de los middelanglos, ó de los ingleses de las tierras centrales, y de los mercianos. Penda fué á pedirle en matrimonio á su hija Alfreda, la que Oswi no le concedió sino á condicion de que se haria cristiano con todo su pueblo. Penda se hizo instruir, y habiendo concebido la esperanza de la resurreccion y de la inmortalidad, declaró que queria ser cristiano, áun cuando no se le diese la mano de la princesa. Fué convencido principalmente por Alfrido, hijo del rey Oswi, que se habia casado con su hermana Cyneburga. El príncipe Penda se hizo bautizar, por lo tanto, por Finan, obispo de Lindisfarnes, sucesor de S. Aidan, con todos los señores y soldados que le habian acompañado y toda su servidumbre: fueron bautizados en el palacio Real, que se hallaba cerca de la muralla, edificada por los romanos. Penda regresó con grande alegría, llevando consigo para instruir y bautizar á sus súbditos tres sacerdotes ingleses y un cuarto escocés. Habiendo llegado estos sacerdotes con el príncipe á la provincia de los Middelanglos, fueron tan bien recibidos que diariamente un gran número tanto de nobles como de plebeyos, renunciaban á la idolatría y recibian el bautismo. — S. B.

PENNA ó Peña (Francisco Horacio de la). Nació este célebre misionero capuchino en Macerata el año 1680. Con vocacion al claustro desde que tuvo uso de razon, los ejercicios de piedad alternaban con el estudio, en el que hizo grandes y rápidos progresos, con la idea de conseguir por su medio llegar más pronto al término de sus deseos. Hallándose ya en disposicion, y cada vez más convencido de la nada de las cosas del mundo, solicitó servir á Dios en la mendicante órden de los Capuchinos, en la que tomó al fin el hábito, llegando al colmo su alegría cuando despues de haber acreditado su

vocacion en el rigoroso exámen que durante un año se hizo de sus cualidades en el noviciado, logró profesar y renunciar para siempre al fausto y vanidades del siglo. Ardiendo su corazon en amor divino, solicitó de sus superiores que le dedicasen á las misiones, y conociendo estos su gran disposicion para este penoso y peligroso ejercicio, le mandaron al Tibet con doce religiosos de la Orden el año 1719. Largo y penoso fué el viaje de esta mision, pues tuvo que atravesar el imperio del Mogol y el Nepal para llegar al Tibet, en donde empezaron á catequizar infieles con buen éxito, pero con tan poca salud, que nueve de los religiosos fallecieron en el tiempo que duró su mision. Nada se habia vuelto á saber de los misioneros desde su partida, cuando al cabo de algunos años se presentó Penna en Roma el 1735, comunicando la muerte de sus compañeros, y manifestando que los tres religiosos que habian quedado, se hallaban agobiados por el peso de la edad y del improbo trabajo que tenian; y á consecuencia de esto volvia enviado por el rey de Tibet á pedir nuevos misioneros, y á establecer una correspondencia que proporcionase socorros anuales y cuanto era necesario para mantener en aquel lejano pais la mision. En vista de lo expuesto por el P. Penna, el Papa y la Congregacion de la Propaganda nombraron otros nueve capuchinos para esta mision, los que con Penna á la cabeza salieron de Roma el año 1738 con dos breves y regalos para el rey de Tibet y para el Gran Lama. El año 1742 escribió Penna á Su Santidad, que habian llegado á Tibet el año anterior, y que sus presentes habian sido aceptados con mucho gusto por el Rey y por el Gran Lama. Habiendo llamado los asuntos de la mision á Penna al Nepal, cayó enfermo de gravedad en Patan ú Hela en un convento de su Orden, y murió el 20 de Julio de 1747. Los religiosos que sintieron su muerte como una gran desgracia para la Orden, y aún más para la mision, le levantaron un sepulcro fuera de los muros de la ciudad, y un brahman, que le habia enseñado el lenguaje tibetano, erigió tambien un monumento en su memoria sobre el que se escribió un epitafio en latin y en lengua sanscrita. Por las instrucciones del P. Penna publicó la Congregacion de la Propaganda en italiano la obra titulada: *Relacion del principio y del estado actual del gran reino del Tibet y de los demás reinos cercanos*; Roma, 1742, en 4.° Consagrado casi enteramente este libro á la religion del país, sus autores se propusieron principalmente hacer ver la conformidad que existe entre las prácticas de la religion romana y la del Tibet. El Padre Penna consagró veintidos años al estudio del tibetano bajo la direccion de un doctor de la universidad de Lassa, y por sus dibujos se grabaron los extraños caractéres tibetanos, que publicó la Propaganda, y de los que se aprovechó Giorgi para la composicion de su *Alphabetum Tibetanum*. Débese al P. Penna la version de la *Oracion dominical* en tibetano, la explica-

cion de un cuadro del *Sistema cosmogónico*; una *Crónica y mitología tibetana*; una *Descripcion del Tibet*; una *Crónica*, traducida de la lengua de este país; una muy minuciosa relacion de los usos, costumbres y religion de sus habitantes, en más de diez y siete capítulos; y muchos otros trabajos que han quedado manuscritos, pero de los que hizo uso el P. Giorgi en su *Alphabetum Tibetanum*. — C.

PENNA (Juan de), franciscano. Era natural del reino de Nápoles, y tomó el hábito de los menores de la Seráfica Orden en el convento de Santa María de los Angeles de la ciudad de Cusano, donde vivia por los años 1525. Aunque pertenecia á la clase de los legos, era tanta su virtud y tan profunda su humildad que mereció alcanzar los dones de aquel que se complace en tratar con los mansos y humildes de corazon, haciéndose tambien acreedor á las divinas bondades por la rectitud de su vida y la estricta observancia de la regla monástica. Entre otras gracias que obtuvo del Señor fué la más notable la de profecía; pues lleno del espíritu divino anunció al mundo grandes sucesos públicos, y algunos particulares á diferentes personas. Fué tambien sumamente dado á la oracion y la contemplacion, quedándose absorto muchas veces cuando meditaba en los divinos misterios, como se vió un dia de la Ascension del Señor, que reflexionando sobre aquel notabilísimo y glorioso suceso se encendió tanto su alma en el fuego del divino amor, que convirtiéndose todo él en espíritu, se elevó su cuerpo en el aire, donde permaneció largo rato como le vieron multitud de personas, que luego depusieron como testigos sobre la verdad de la ocurrencia. Predijo el dia de su muerte, y descansó en paz en el Señor el dia 21 del mes de Mayo de año incierto, puesto que no le han consignado con la debida exactitud los biógrafos y cronistas de la Orden. A causa de algunos prodigios obrados por su intercesion despues de su muerte la Orden le venera como santo, y tiene consignado su nombre en el Martirologio Franciscano en el antedicho dia 21 de Mayo. — M. B.

PENNA (Fr. Tomás de), del órden de Predicadores. Era natural del reino de Portugal, y muy probablemente de la ciudad de Lisboa, en la cual residió la mayor parte de su vida. Floreció por los años de 1580, y se hizo notable á causa de la grande erudicion que poseia en materias eclesiásticas. Escribió varias obras, de las que solo llegaron á publicarse las dos siguientes: *Conceptus super Evangelia totius anni*. — *Officium pium et elegans de S. Thomæ de Aquino*. — M. B.

PENNAMARO (Juan de), franciscano. Era natural de Flandes y oriundo de Gandavo. Vivia á mediados del siglo XVI, siendo guardian del convento Slusa en Bélgica. Tocóle vivir en la época fatal en que se difundieron por aquellos países las doctrinas de los reformadores, que fueron causa de ha-

cerles arder en el fuego de la herejía. Animado Pennamaro de un excesivo celo por la religion católica, que deseaba conservar en toda su pureza, y dotado al mismo tiempo de una elocuencia poco comun, clamó muchas veces desde la cátedra del Espíritu Santo contra los errores de la nueva doctrina, excitando á los fieles á que viviesen prevenidos y á que no se dejasen seducir por los disfrazados argumentos con que los herejes procuraban difundir sus perniciosas doctrinas. No le perdonaron nunca los sectarios de Lutero la guerra que á su causa estaba haciendo, y habiendo caido accidentalmente en sus manos, procuraron saciar la rabia que en contra suya les animaba, y al efecto despues de azotarle cruelmente en medio del campo, dejándole exánime en tierra, le degollaron con la mayor inhumanidad, arrojando en seguida el cadáver á un foso abierto en el mismo sitio de su martirio, teniendo lugar este el dia 1.° de Mayo de 1575. No permitió el Señor quedára oculto el crímen de los herejes y el glorioso triunfo de aquel esclarecido confesor de la fe, pues habiendo presenciado la terrible escena unos niños que guardaban ovejas cerca del sitio en que tuvo efecto, lo pusieron en conocimiento de los católicos, y les indicaron el lugar en que le habian sepultado. Llenos de consternacion, acudieron los fieles; y exhumando el cuerpo venerable, le condujeron al convento, donde le fué dada honorífica sepultura. La Orden Franciscana cuenta á Pennamaro en el número de sus santos, y le consagra rezo el dia 1.° de Mayo.— M. B.

PENNEC (Rdo. Fr. Cirilo). Nació en la diócesis de Lyon, y tomó el hábito en el convento de Carmelitas de S. Pol en 15 de Mayo de 1611, aunque partidario despues de la reforma tuvo que renovar sus votos, siendo nombrado á poco prior del convento de Eunevon por el Rdo. Fr. Felipe Thibault, provincial de la Turena, que en la primera visita que hizo á esta comunidad quedó prendado de la piedad y saber del P. Pennec, que á la sazon llevaba solo siete años de religioso. No tardó mucho el tiempo en justificar el acierto de esta eleccion, pues el P. Cirilo dirigió aquella casa con tanta prudencia y celo, que hizo florecer en ella los mejores dias de la observancia primitiva. Pennec regresó á su convento de Lyon en 1630, muriendo en este mismo convento en 1.° de Mayo de 1649, despues de publicar las obras siguientes: 1.ª *La devota peregrinacion á Folgoët, con el sumario de los perdones é indulgencias concedidas á esta santa capilla*; Morlaix, 1634, en 12.° Opúsculo de que se publicó un extracto en Rennes en 1825, en 18.°, bajo el título de *La devota peregrinacion á nuestra Señora de Folgoët*, por el Rdo. P. Cirilo Pennec, religioso Carmelita, con un índice de las diferentes capillas dedicadas á la Vírgen en el obispado de Lyon, el que se escribió teniendo á la vista un sermon de aquel padre y varios documentos sobre Folgoët; por Mr. Miorcet de Kerdanet en el estilo del año 1634, porque los ha-

bitantes de las aldeas de la Baja-Bretaña comprenden mejor el francés antiguo que el moderno, y así se ponia con seguridad á su alcance. *La devota peregrinacion* se ha reimpreso por completo posteriormente en las *Vidas de los Santos de la Bretaña Armórica,* por Alberto le Grand; Brest, 1837, en 4.°—2.ª *De la salutacion angélica, conforme á los santísimos nombres de Jesus y de María y á otras obras de la Virgen;* Morlaix, 1634, en 18.°—3.ª *Calendario de las fiestas de la Virgen;* Morlaix, por Nicolás Brayet y Alberto Dullet, 1647, en 32.°, *seguido de la lista de las iglesias y capillas edificadas en honor de nuestra Señora.* Pennec dejó además los manuscritos siguientes: 1.° *Veridarium Carmeli, sive index chronologicus gravissimorum Patrum generalium sacris Ordinis Carmelitarum et nonnullorum clarorum ac illustrium virorum prædicti Ordinis;* manuscrito entregado al P. Villiers en 1746, y que pasó despues á los archivos de la provincia de Turena. Este escrito forma un opúsculo de 39 páginas, de letra microscópica, y comienza en S. Bertoldo, primer general de los Carmelitas en 1103, terminando en Teodoro Strati, trigésimo octavo general, llevando como apéndice una noticia de todos los capítulos celebrados en la misma provincia desde 1384 hasta 1641 inclusive. 2.° *El sagrado Floron del monte Carmelo.*—3.° *La sagrada Floresta de nuestra Señora de Berven, capilla situada entre Lesneven y S. Pol de Lyon.*—4.° *Gymnasium Carmelitarum, sive elogia clarorum virorum et scriptorum penè omnium sacri ordinis fratrum gloriosissimæ Deiparæ Virginis Mariæ de monte Carmelo;* de 172 páginas. Ninguna de estas obras ha visto la luz pública, no obstante que en el privilegio de la *Peregrinacion* se halla el permiso para dar á luz el *Sacro Floron*, habiendo dado igual autorizacion para los demás manuscritos del P. Pennec el general de los Carmelitas, P. Alberto Massar, en sus cartas patentes, fechadas en Roma en 15 de Setiembre de 1634.—S. B.

PENNI (Pedro). Debió nacer este sabio religioso dominico en el siglo XIV, y ciertamente que sus obras merecen, como siente Moreri, mayor reputacion que la que ha alcanzado su nombre. Titúlase una de sus obras: *Thalamot*, ó sea *Le Carquois contre les Juifs,* libro en que el autor manifiesta en quince capítulos que los judíos deben reconocer el misterio de la Trinidad y el de la Encarnacion; y el segundo es un tratado contra el Mahometismo, en el que Penni, despues de poner en claro las impertinencias del Alcoran, prueba que los que dan fe á este libro deben apreciar más á Jesucristo que á Mahoma. Fueron tan apreciados estos libros por Pedro Souvert, obispo de S. Papoul en 1428, que habiendo compuesto un tratado *De Visitatione episcopali*, le dividió en siete partes, y con los dos expresados tratados dió la octava parte, por ser lo más selecto que entónces se conocia sobre estas materias. El que en 1503 hizo imprimir el tratado de Pedro Sou-

bert no lo hizo de estas dos obras. Segun Leandro Alberti, Penni escribió tambien un tratado sobre la manera como podia recobrarse la Tierra Santa; y en Florencia existe otro titulado : *De notitia Verbi incarnati*.—C.

PENNOT (Gabriel), canónigo regular de S. Agustin de la congregacion de Letran. Vivió bajo el pontificado de Urbano VIII en 1625, y segun Janus Nicius Erithræus, en su *Pinacoteca*, fué varon sabio y virtuoso, por cuyos méritos se elevó á los primeros cargos de su Congregacion. Las obras principales en que se da á conocer la capacidad de este religioso, son las dos siguientes: *Generalis totius Ordinis Clericorum Canonicorum Historia tripartita*, impresa en Roma en 1624 y en Colonia en 1645. — *Propugnaculum humanæ libertatis*. Estas obras fueron muy estimadas en su época. — C.

PENNY (Guillermo Goodenough), maestro en artes, discípulo de la iglesia de Cristo en Oxford, vicario inamovible de Dorton y Ashendon, Bucks; abrazó públicamente el catolicismo y fué recibido en el seno de la Iglesia en Oxford el 18 de Octubre de 1844. Abandonó generosamente por su conversion beneficios dotados con grandes rentas. Partidario del puseismo fué el octavo que en pocas semanas, segun la expresion del periódico inglés que anunciaba esta noticia, *caia víctima de los tratados ó publicaciones puseistas*. El mismo diario añadia que el doctor Pusey estaba en el secreto de esta conversion, cuyos motivos expuso el mismo Penny en su libro intitulado: *El ejercicio de la fe, imposible fuera de la Iglesia católica*. Nos limitamos á indicar el trabajo de M. Penny, no permitiéndonos su extension dar un análisis completo. El autor se propone auxiliar á los protestantes en el estudio de esta importante cuestion : «Los principios de la reforma han afectado realmente la fe de los que la profesan.» Hé aquí los motivos que tuvo M. Penny para publicar este notable trabajo. Dejémosle hablar: «Poco tiempo despues de mi »conversion me decia uno de mis amigos : Pienso que vuestros amigos tie»nen el derecho de preguntaros porqué los habeis abandonado por entrar en »otra comunion. Es bastante natural áun en aquellos que á consecuencia de »un estudio profundo de la cuestion, han conocido el poco fundamento de »las preocupaciones suscitadas contra los católicos romanos; es natural, digo, »para los que estan convencidos de lo absurdo del grito lanzado contra los »errores romanos, el preguntar: ¿Por qué no estabais contento en permane»cer donde os hallabais? ¿Qué podeis ganar cambiando de religion? ¿No »existen ya en el establecimiento lo mismo que en la Iglesia católica todas las »verdades enseñadas y todo lo que es necesario para la salvacion? Estas pre»guntas son ciertamente muy razonables, son muy naturales en quien se cree »en posesion de todos los privilegios del Evangelio, y que ve dirigirse á los »demás hácia él deseosos de preguntarle, porque él no les pregunta. ¿Qué »me falta en mi actual posicion? No nos sorprenderemos de que se nos su-

»plique expliquemos nuestras miras; tendriamos más motivos para sorprendernos si se asistiese con indiferencia al gran movimiento religioso que se »opera, sin informarse de los principios ó más bien de las verdaderas doctri»nas del cuerpo hácia el que tiende el movimiento. Este deseo de parte de los »que nos separamos es tan razonable, que debemos procurar satisfacerle por »todos los medios que esten á nuestro alcance. Me propongo, pues, con la »ayuda de Dios, exponer una de las cosas de que carecen los cuerpos separa»des de la Iglesia católica y que me ha decidido á cambiar de posicion: la fe.» M. Penny explica desde luego que al convertirse no ha abandonado la fe en que se habia educado; demuestra con sólidos razonamientos que no implica el abandono de la fe que profesaba anteriormente. Al hacerse católico el protestante, léjos de renegar su fe cristiana, la establece por el contrario en bases más vastas y más sólidas. El nombre de protestante indica el abandono de ciertas doctrinas recibidas anteriormente, más bien que la adopcion de doctrinas olvidadas; de manera que un protestante que cesa de serlo, *cesa de protestar*, ó en otros términos, vuelve á aceptar las doctrinas de que se habia separado. Al adoptar el catolicismo se continua creyendo en todas las grandes verdades que se profesaban; pero se añaden á su creencia doctrinas que no se admitian anteriormente. El que por el contrario se hiciese protestante, abandonaria ciertos puntos de doctrina y de práctica. Dejaria á un lado la confesion, el ayuno, y se haria una religion más fácil que la que seguia en un principio. Al hacerse católico, se vuelve á lo que reconocia cada uno haber sido recibido como sistema doctrinal ántes de la reforma, y se acepta lo que fué desechado en aquella época. El autor insiste en la necesidad de tener fe, establece el sentido de esta palabra, y sus diferencias de otras muchas expresiones que se confunden con ella con frecuencia. Despues de haber expuesto sabiamente la relacion que existe entre la fe y la conciencia, enumera M. Penny los partidos que dividen la Iglesia establecida. Aplicando despues los principios que ha desarrollado, se pregunta cuál de estos dos partidos tiene la verdadera fe. Al tratar de las condiciones necesarias para que un documento escrito pueda ser llamado una autoridad, examina M. Penny el principio protestante de interpretacion individual de la Biblia; manifiesta los vicios y dificultades que presenta su aplicacion. En vez de dar la fe, no puede producir más que simples opiniones. ¿Qué resulta, en efecto, de este gran principio del protestantismo? Que todas las personas que saben leer gozan de la libertad de buscar la doctrina en la Sagrada Escritura ántes de ser obligados á creer áun las verdades más sagradas del Evangelio. Este principio no puede aplicarse de una manera absoluta y rigorosa, pues de hecho cada uno admite un gran número de verdades ántes de haber adquirido sus pruebas por sí mismo. Este principio está sujeto á grandes modificaciones.

Es imposible llevarle á sus últimas consecuencias, pues entónces los que no saben leer no estarian obligados á tener fe, y tendrian derecho de no aceptar ninguna creencia hasta que supiesen leer. Entre tanto podrian no creer nada absolutamente. Un absurdo tan evidente no puede sostenerse por nadie. Es indispensable para salir de esta dificultad decir que estas personas deben confiar en la probidad de otro, en los testimonios de sus padres y de sus maestros; de manera que á despecho de sí mismos se ven obligados los protestantes á volver continuamente al principio católico de la autoridad para salir de sus dificultades. Los protestantes formales y razonables reconocerán sin duda que sería un absurdo en personas que no supiesen leer, que esperáran para creer á haber aprendido; y admitirán de seguro que sería muy peligroso para ciertas personas, en determinadas circunstancias, áun sabiendo leer, desechar todo lo que no hubiera sido probado. La manera de que las personas ignorantes deben aceptar el principio protestante es, segun se dice, seguir las opiniones de las personas capaces á quienes se pueda mirar con toda confianza como intérpretes seguros de la Biblia. Pero es seguro que no se podria establecer ninguna regla relativamente á las cualidades del que es ó no un intérprete seguro, y todavía ménos se podria trazar la línea de demarcacion de los que deberán dirigirse á este intérprete y los que podrian pasarse sin él. ¿Qué argumento invocará un protestante para convencer á su correligionario de su error, si se supone que procura persuadirle reivindicando para sí un privilegio que niega á los demás? M. Penny expone despues la regla de la fe católica, manifestando que suple los defectos y responde á todas las dificultades del principio protestante. «El principio católico consiste en guiarse por la voz de la Iglesia contra el principio »protestante, que no tiene otra regla que el juicio privado; á seguir la tradi»cion existente con preferencia á las nociones que nos hemos formado de la »tradicion primitiva. Para tener certidumbre de que la tradicion nos tras»mite la doctrina de la Iglesia, no se podria decidir la cuestion más que en»tregándose al exámen de los monumentos de los primeros siglos, y esfor»zándose en seguir el orígen hasta el tiempo de los Apóstoles. Semejante ma»nera de proceder, implicaria desde luego el ejercicio del juicio particular, »lo mismo que el intento de determinar la doctrina por el estudio de la Sa»grada Escritura.» M. Penny es conducido naturalmente á tratar la cuestion de los concilios generales, y demuestra que si un católico debe admitir todo lo que se ha decidido por los concilios, nuestra fe no debe, sin embargo, ser limitada por sus decretos. «Así se podria ser hereje sin negar ninguna »de las verdades afirmadas por los concilios. Si debeis admitir una doctrina »eclesiástica, debe ser independientemente de la historia de esta doctrina; »es decir, independientemente de los ataques que ha sufrido esta doctrina

»ántes de llegar á nosotros. Lo mismo debemos admitir las doctrinas »que han sido atacadas que las que no lo han sido. Los concilios no se reu»nen para decidir si tal doctrina recibida en la Iglesia debe continuar siendo »creida ó si debe ser desechada; sino solo para declarar con más claridad y »precisar lo que ha sido trasmitido por las generaciones que han precedido: »se reunen para dar el testimonio de la doctrina enseñada por nuestros an»tepasados, y de ningun modo para establecerla ó probarla. Ciertas verda»des pueden ser bien conocidas y universalmente recibidas, sin que ningun »concilio haya tenido que ocuparse de ellas. Un católico debe creer lo que se »enseña universalmente y se cree en la Iglesia, háyalo ó no determinado »un concilio. Un indivíduo no tiene el derecho de desechar lo que es acep»tado popularmente y enseñado por el clero como doctrina de la Iglesia. Se »podria suscitar aquí la cuestion de saber cómo se llegará á conocer que tal »doctrina propuesta es realmente aceptada por unanimidad por los miembros »de la comunion católica en todo el universo. Nadie tiene evidentemente el »derecho de dudar de la unanimidad ántes de haber oido levantarse por al»guna parte protestas contra esta doctrina: hasta este caso debe creerse lo »que es enseñado por la Iglesia. Se ve, pues, claramente, que *guiarse por la »autoridad de la Iglesia es seguir la palabra de los que ella ha encargado de »instruirnos. Reformar, por el contrario, su doctrina no es nada ménos que una »desviacion de la fe*. Esto es lo que han hecho todos los jefes del protestan»tismo, y todos los de secta que á su ejemplo han protestado contra la doc»trina de la Iglesia, ó áun contra ciertas doctrinas particulares que habian »sido en un principio conservadas por los reformadores.» Despues de haber establecido así la regla de fe; M. Penny examina lo que es herejía; la define, y aplica esta definicion al estado actual de las cosas. «Una expe»riencia de tres siglos ha manifestado que el principio del juicio privado, »cualquiera que sea su forma, es de todo punto incapaz de conducir á los »hombres á la unidad de la fe, signo característico del cristianismo, y sin »embargo, la reforma ha tenido para llegar á este resultado, excelentes oca»siones. Así, por ejemplo, en la Iglesia anglicana, en que se han tomado »sin embargo, toda clase de medidas para asegurarse de la unanimidad de »sus miembros, estos esfuerzos no han tenido el menor resultado. Se han »redactado artículos de fe, y todos los que entran en el ministerio anglicano »deben suscribirlos; su adhesion se renueva muchas veces en el curso de su »vida. Es preciso entender estos artículos en su sentido gramatical; no es »permitido darles ninguna significacion particular. Para restringir todavía »más la latitud de interpretacion se ha prohibido darles ningun sentido »nuevo; y á pesar de todas estas precauciones, ¿existe en el mundo un mi»nisterio tan dividido como el de la Iglesia anglicana? ¿Qué debe, pues, ha-

»cer el que se encuentra lanzado en un sistema donde existen semejantes di»ferencias de opiniones, donde se hallan tantas escuelas y partidos que sos»tienen las cosas más opuestas y las presentan como si fueran la enseñanza »de su comunion? Uno de los caminos que se presentan al que desconsuela »esta anarquia, es reivindicar para sí el derecho de exámen, á fin de deci»dir por su propio juicio cuál de los partidos opuestos es el que enseña real»mente la doctrina cristiana. La gran diferencia de enseñanza que existe en »la Iglesia establecida, y no el amor á la herejía, arrastra á un gran nú»mero de sus miembros á obrar segun el principio protestante, aunque re»pugne á su naturaleza, y recurran á él tan solo porque no vean otras sali»das para ocuparse de la anarquía del anglicanismo.» M. Penny nos dice que existen dos caminos para juzgar la naturaleza de un movimiento como la reforma. El primero examinar los frutos que ha producido en los que le han seguido; el segundo colocarnos en la mayor posicion posible para apreciarle por una vida más regular. Despues poniendo de frente las pretensiones de la Iglesia romana y la del anglicanismo, llega el autor á esta conclusion: que sometiéndose á la autoridad de la Iglesia se libran los anglicanos de la acusacion de faltar á sus deberes para con las dos comuniones. Si la Iglesia anglicana no reivindica en efecto para sí misma ninguna autoridad en las controversias de fe, el que ha sido educado en su seno no falta á sus deberes para con ella dando oidos á la Iglesia que reivindica esta autoridad. Esta circunstancia aminora singularmente la dificultad que podrian experimentar los anglicanos, si sucediese lo contrario, para abandonar la religion en que han vivido. La fe, segun los católicos, es un don de Dios. «Este don, nos »dice el autor, es en consecuencia independiente de la capacidad de las »personas para juzgar el valor de los argumentos. El Todopoderoso puede »concederle á quien le plazca, á quien le parezca bien: puede dar la fe á »una persona que apénas posea sentido comun, miéntras que hombres muy »sabios pueden hallarse muy léjos de poseerla. Puede darla á los que pre»ve pueden separarse de ella despues de cierto tiempo, ó á otros que no »han hecho nada para merecerla, y cualquiera á quien sea concedida esta »gracia, es una prueba, no de la piedad del que la recibe, síno de la mise»ricordia de Dios. ¡Ojalá no se arrepienta de sus dones y de los llamamien»tos de su gracia y se digne perfeccionar en nosotros la buena obra que ha »comenzado! Inglaterra presenta en este momento el don de la fe de una ma»nera de que no hemos sido testigos en estos últimos años. Hace con Ingla»terra lo que con Cornelio, á quien no solo envió á Pedro para instruirle, »sino que le concedió una vision interior que le hizo mandar á buscar á Pe»dro y escuchar sus instrucciones. Plazca tambien á Dios en este momento »dispertar el espíritu de los protestantes ingleses. Se ha observado con fre-

»cuencia que el movimiento religioso de Inglaterra es completamente interior, es decir, que no ha sido excitado por la influencia exterior de otras »comuniones cristianas. Este movimiento es para los ingleses lo que fué la »vision para Cornelio. Dirige sus ojos y sus corazones no hácia Pedro, sino »hácia su sucesor, y despierta en su alma simpatías y un deseo de reunion »á la comunion católica, que no se habia experimentado desde la época de »su desgraciada separacion. ¡Ojalá no dejen pasar los ingleses la vision sin »darla la atencion que merece, sino que vayan y se unan al que les dirá lo »que deben hacer!» —S. B.

PENTADIA (Sta). Esta virtuosa viuda, diaconisa de la Iglesia de Constantinopla á principios del siglo V de nuestra era, fué perseguida por los enemigos de S. Juan Crisóstomo porque sostenia al partido de este santo prelado, habiéndosela acusado de haber contribuido á un gran incendio que habia reducido á cenizas una gran parte de la ciudad. Quiso la Santa expatriarse, como lo habia hecho Sta. Olimpiada, diaconisa como ella; pero San Crisóstomo la mandó quedarse en la ciudad, á fin de no privar á los fieles del asilo que les proporcionaba su caridad, y la Santa sufrió la calumnia y la persecucion por obedecer la voluntad de Dios, expresada en el mandato del santo prelado.—C.

PENTUSIO (Venerable), obispo de Torres en el reino de Cerdeña, floreció por el año de 645, época célebre por las grandes diferencias que reinaban en la Iglesia á la sazon, y en que tomó este prelado una parte muy activa, asistiendo al Concilio Lateranense celebrado en Roma por el papa San Martino en 649, y cuya primera sesion se celebró en 5 de Octubre y la última en 31 del mismo mes. Reuniéronse en esta asamblea ciento cinco obispos, incluso el pontífice Martino, y todos suscribieron la condenacion de Teodosio, obispo de Faran, de Ciro de Alejandría, de Sergio de Constantinopla, de Peiro y de Pablo, sucesores suyos, con sus escritos heréticos, y la impía ectesis y el tipo que habian autorizado. Este tipo del emperador Constante, que imponia silencio á los arrianos y católicos, habia sido publicado en 648. Sabidas son las persecuciones que costaron al pontífice Martino sus esfuerzos en defensa de la pureza de la fe, pues arrancado violentamente de una iglesia, y despues de Roma, fué puesto en un buque y conducido á Constantinopla, donde llegó en 654, despues de haber permanecido prisionero por espacio de un año: llegado á aquella capital sufrió durante seis meses todas las desgracias que puede hacer sufrir el más cruel fanatismo: prisiones, cadenas, privacion de toda asistencia en una larga enfermedad, palabras injuriosas, y hasta amenazas de muerte: su inalterable firmeza le cerró para siempre las puertas de Roma, y en 10 de Marzo del año 655 fué trasladado á la cárcel de Diomedo, en el Quersoneso Tauri-

co, donde reinaba á la sazon un hambre espantosa: no tardó el santo Pontifice en sentir sus efectos, y habiendo pedido al Señor que abreviase la duracion de sus males por medio de una pronta muerte, como lo refiere en una de sus epístolas, vió cumplidos sus votos en 16 de Setiembre del mismo año, despues de haber ocupado la silla de S. Pedro por espacio de poco más de seis años, sucediéndole S. Eugenio, á quien no llegó ya á conocer Pentusio que habia fallecido en su iglesia en 654, dejando fama de varon piadoso y erudito. — S. B.

PEÑA (D. Alonso de), obispo de Quito. Era natural de la villa del Padron en el reino de Galicia, y descendia de una familia tan noble como antigua. Hizo sus estudios mayores en la universidad de Santiago, y los de teologia y sagradas escrituras en la de Salamanca. El año 1622 fué nombrado catedrático de artes de la primera, y colegial del de su universidad, obteniendo poco despues la canongía magistral de la santa iglesia de Mondoñedo. En 1633 entró de colegial en el de S. Bartolomé de Salamanca, siendo promovido posteriormente á la canongía magistral de la metropolitana de Santiago; Felipe IV le presentó para el obispado de Quito en 27 de Junio de 1652, y tomó posesion de él al año siguiente, gobernándole durante algunos, aunque se ignora fijamente la época de su muerte. — S. B.

PEÑA (Fr. Antonio de la), del órden de Predicadores. Fué natural de Piedrahita, en cuyo convento recibió el hábito de Sto. Domingo. Habiendo seguido los estudios, se hizo muy pronto por su erudicion y conocimientos en las divinas letras un lugar distinguido entre los teólogos de su tiempo, mereciendo ser honrado con el lauro del magisterio. Hallándose dotado de superior elocuencia para anunciar la palabra de Dios en la cátedra del Espíritu Santo, la fama de su nombre llegó en breve á los oidos de los reyes Católicos de España D. Fernando y Doña Isabel, quienes le honraron con los títulos de su confesor y predicador ordinario. Aunque algunos autores dicen que el sabio dominico fué elevado á la dignidad episcopal con destino á la silla de las islas Canarias, la circunstancia de negarlo otros, y de no aparecer su nombre en el catálogo de aquellos prelados, hace suponer que su nombramiento fué proyectado sin que llegára á confirmarse. Se ignora el punto y año de su muerte, aunque hay motivos para creer que fuese en el de 1513. Tuvo estrechísima amistad con el sabio cardenal y arzobispo de Toledo D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, á instancias del cual tradujo del idioma italiano varias obras religiosas, que son las siguientes: *Epístolas y oraciones de la bienaventurada virgen Sta. Catalina de Sena, del órden de Predicadores*; Alcalá de Henares, 1512, un tomo en fólio. — *La vida de la misma Santa bienaventurada y de otras santas vírgenes de la órden de Sto. Domingo*; Salamanca, 1588, un tomo en 8.° *Vida de Sor Juana de Orbieto y de Sor*

Margarita del Castillo, de la misma Orden; Medina del Campo, 1569, en fólio. — M. B.

PEÑA (Fr. Bernardo), de la órden de Predicadores. No se sabe á punto fijo de dónde fué natural este religioso ni el punto en que hizo sus estudios y en que recibió el hábito de Sto. Domingo. Los bibliógrafos de su Orden únicamente dicen que residia en el último tercio del siglo XVII, y por los años de 1672, en el convento de S. Pedro Mártir de la ciudad de Toledo, en el que se cree con sobrado fundamento que habia recibido el hábito y hecho sus estudios. Era presentado en sagrada teologia, y escribió una importante obra casi desconocida en nuestros tiempos, que fué impresa en el antedicho año 1672, y que lleva por título: *Cronicon eclesiástico castellano, antigüedades de su santa Iglesia primada de las Españas, y sucesion de sus arzobispos.* — M. B.

PEÑA (Francisco). Nació este eclesiástico en Villarroya de Pinares, diócesis de Zaragoza, antiguo reino de Aragon, en el siglo XVI. Felipe II le nombró auditor de la Rota, en cuyo destino se adquirió una gran reputacion en Roma, en donde dice Moreri con referencia á Nicolás Antonio en su *Biblioteca de Escritores españoles* y á Erithræus en su *Pinacoteca*, que rehusó dos beneficios que le concedió el rey de España, esperando obtener mayores dignidades, en cuyo deseo murió el año 1612. Comentó el libro de Tomás Emeric, titulado *Directorium Inquisitorum*, y de otros tres ó cuatro autores que hablan de la Inquisicion. Fué autor de las obras: *Instructio sive praxis Inquisitorum.* — *De forma procedendi contra inquisitos.* — *De temporali regno Christi.* Fué enemigo acérrimo del tribunal del Santo Oficio, como puede juzgarse de dos de sus escritos, el primero contra la absolucion que se dió en Francia á Enrique *el Grande*, y el segundo en oposicion al célebre decreto del parlamento de Paris contra Juan Chatel que atentó á la vida de Enrique IV. — C.

PEÑA (Fr. Juan de la), del órden de Predicadores. Fué natural del pueblo de Hita en la diócesis de Toledo, y habiéndose inclinado á la vida monástica, tomó el hábito de la órden de S. Benito, y despues de haber practicado la vida ascética por espacio de algunos años, pidió, sin que consten los motivos que tuviera para ello, dispensa al Sumo Pontífice para abandonar su Orden y pasarse á la de Sto. Domingo. Obtenida que fué la superior licencia, ingresó en el convento de S. Pedro Mártir de la ciudad de Toledo, desde el cual salió con destino á la ciudad de Valladolid, siendo admitido en el Colegio Gregoriano, en el que dió tantas y tan señaladas muestras de erudicion y talento que los superiores le conceptuaron digno de encargarle la enseñanza de la juventud. Mandáronle al efecto á la ciudad de Salamanca, en cuya universidad y mediante público certámen obtuvo la cátedra de teo-

logía, que regentó muchos años con gran aplauso del numeroso concurso que acudia á oir sus explicaciones, en las que juntamente brillaban la erudicion y la piedad. Abandonó dicha cátedra en el año 1545, y habiéndose retirado á la ciudad de Toro, falleció en 1563, dejando escrita una importante obra, que no llegó á publicarse, y que lleva por título: *In universam S. Thomæ Summam Commentaria.* — M. B.

PEÑA (Fr. Luis de la), religioso mercenario y uno de los predicadores más célebres de su Orden. Tomó el hábito en el convento de Sevilla, dando desde un principio grandes muestras de virtud y santidad. Siguió sus estudios en Sevilla con grande aprovechamiento y satisfaccion de sus superiores, llegando á ser mirado como uno de los religiosos más aventajados de su época; pero más aficionado á la virtud que á la ciencia, hizo grandes instancias al Maestro general de su Orden, que lo era entónces el P. Fr. Antonio Taxal, para que se le diese licencia para retirarse á vivir en el silencio y la soledad en alguno de los conventos que tenia la religion en los desiertos, donde pudiese ocuparse de solo su espíritu, por ser la soledad tan á propósito para la contemplacion y quietud. Obtuvo esta licencia del General y se retiró al convento de nuestra Señora del Olivar en Aragon, dedicándose á servir á Dios con tan grande celo y fervor, que parecia solo un verdadero retrato y traslado de aquellos primeros padres del yermo, Pablo y Antonio. «No comia más que yerbas, dice el cronista; tenia don de lágrimas, porque »lloraba continuamente; vestíase de asperísimos silicios, sus ayunos no eran »de un dia, sino de algunas semanas, hasta caer por la flaqueza del cuerpo en »tierra; sus disciplinas eran grandes y su recreacion y entretenimiento era »salir como otro S. Antonio de Padua, y viendo que no habia gente, predi»caba la palabra de Dios á los árboles y á las bestias del campo.» Este siervo de Dios fué el primero que intentó la reforma en su religion, pidiendo que se estableciesen algunos conventos en la forma del en que él habitaba, y hubiéralo conseguido sin duda, si no hubiese muerto ya Fr. Antonio Taxal cuando hizo su propuesta; pero consiguió que se enviasen á aquel desierto hombres desengañados, ejemplares y muy penitentes, con lo que vivia contento siendo prelado suyo, porque aunque se excusó muchas veces de aceptar tal cargo, tuvo que ejercerle al fin obligado por el precepto de la santa obediencia. Disgustado por no haber conseguido llevar á cabo la reforma, estableciendo otros conventos á imitacion del en que él vivia, quiso dar por sí mismo el ejemplo de este género de vida, para ver si de este modo conseguia hacer algunos discípulos, que esparcidos despues por las provincias, pusiesen en práctica la meritoria obra objeto de sus deseos. Edificó en una cueva una ermita, á la que se retiraba algunas veces para gozar del silencio y soledad, particularmente en los tiempos de adviento y cuaresma. Llamaba

á este modo de vivir *vida del desierto*, porque lo era en realidad, puesto que ejecutaba todo lo que habia leido hacian los Padres en la Tebaida. Hallándose en aquella ermita tuvo ocasion de comunicar con algunos religiosos, deseosos de seguir el camino de la virtud, con lo que consiguió parte de su propósito; pues muchos de ellos salieron muy aventajados y los utilizó la religion para el gobierno y para el púlpito. Continuó por algunos años el P. Luis de la Peña viviendo en aquella soledad, entregado á sus ejercicios de mortificacion y penitencia, hasta que últimamente se le mandó, en virtud de la santa obediencia, que abandonase aquella soledad para consagrarse á la predicacion en las provincias de Castilla y Andalucía, donde obtuvo grande fruto ganando muchas almas para Dios y sacando á muchos del estado miserable en que vivian entre sus culpas, con su vida ejemplar y santa doctrina, porque como salia tan encendido y abrasado del amor de Dios en la vida eremítica que habia profesado, obraba lo que decia; y así sus palabras eran como centellas que encendian y abrasaban los corazones más helados. «Era verdaderamente, dice el cronista, su modo de predicar y enseñar una imitacion y traslado de aquella predicacion y peregrinacion de los »Santos Apóstoles, acudiendo á todas partes que sabia carecian de doctrina; »particularmente hizo grande fruto en todos aquellos casares, quintas y alquerías de la Sierra Morena y en algunos de Extremadura, adonde halló »muchos hombres rústicos en su labranza y ganados, tan olvidados por »aquellas montañas de lo que convenia á su salvacion, que apénas sabian »las cuatro oraciones, y era menester como á bárbaros catequizarlos é instruirlos de nuevo; y esto hacia con tan grande amor y suavidad que á todos »llevaba tras sí. En las ciudades, lugares y villas de gran poblacion, era notable el concurso que le seguia en sus sermones, y como estaba tan fresca la »memoria de aquel santísimo varon y nuevo apóstol S. Vicente Ferrer (muerto recientemente), no parecia Fr. Luis sino un verdadero retrato suyo.» Imitábale en todas sus acciones, y á esto atribuye el P. Remon las muchas maravillas que obró Dios por él en diferentes ocasiones, siendo la más notable de ellas una que tuvo lugar en Constantina, en Andalucía, la que hallamos referida de la manera siguiente: «Habiéndose juntado muy grande »concurso á oirle un dia de una cuaresma, y estando á la puerta de la iglesia pidiendo cuando se empezaba la Misa un ciego y un sordo, prosiguieron »á pedir en alta voz hasta que se empezó el sermon, y como empezase la salutacion, y los que estaban oyendo el sermon diesen priesa á que hiciesen »callar á aquellos pobres, porque no dejaban entender lo que el predicador »decia, él con dulces palabras y con alegría grande sosegó al pueblo y prosiguió la salutacion diciendo: No os espanteis, fieles cristianos, de que »aquellos pobrecitos de Jesucristo pidan lo que han menester, porque el uno

»ha menester vista y el otro oidos; pidamos nosotros á Dios que les conceda »lo que piden, y con esto callarán y darán lugar á que nosotros pidamos lo »que habemos menester, que es gracia. Hincóse con esto de rodillas en el »púlpito, y todos con él con tantas lágrimas y fervor, que cuando volvieron »á sus lugares, acabada la oracion del Ave María, hallaron otra maravilla »y milagro no imaginado, porque el ciego tenia vista y el sordo confesaba »oir muy bien.» Atribuyó el pueblo al santo varon este milagro, y él con su humildad se excusaba diciendo que Dios habia obrado aquella maravilla á instancias y peticion de todo aquel pueblo. Desde el dia en que se verificó este acontecimiento en Constantina, siendo testigos de él una multitud de personas, fué tanto el crédito y opinion que ganó el P. Peña con todos los que le oian predicar, que mucha gente devota iba tras él de unos pueblos á otros. «Y por parecerse en todo, dice el cronista, á Cristo nuestro Señor, á »quien él deseaba parecer en lo que le era posible, ya que no multiplicaba »los panes y peces milagrosamente, á lo ménos juntaba tantas limosnas, que »no solo habia para sustentar á los que iban siguiéndole, pero que sobraba »para llevar á los hospitales de los pueblos, cosa que él hacia con grande »gusto llevando el pan, carne, yerbas y otras cosas semejantes sobre sus es»paldas y hombros; y en este modo de vida se ejercitó por muchos años, has»ta que quebrantada su salud con tan contínuas fatigas tuvo que retirarse á »su convento de Sevilla, donde no tardó en conseguir el descanso eterno.» A su llegada llamó á los religiosos, y les rogó encarecidamente le encomendasen á nuestro Señor y le pidiesen, que pues habia deseado morir en el convento de Sevilla, de donde era hijo, y le habia cumplido este deseo no le olvidase en la muerte. Decia esto con tantas lágrimas que obligaba á todos á derramarlas, admirándose los que le conocian y sabian su género de vida inculpable y santa del temor y rezelo que tenia de la muerte. Fué esta tal como la deseaba, porque despues de haber padecido durante muchos dias y áun meses gravísimos dolores en el humilde lecho en que descansaba, luego que recibió el santo viático y habiendo tenido con su Divina Majestad soberanos coloquios y tiernos razonamientos sobre su partida, llamó por su nombre á aquellos santos á quienes tenia por patronos y favorecedores y á quienes se encomendaba todos los dias. Quedóse un poco suspenso y absorto, y pareciéndoles que descansaba á los religiosos que se hallaban cuidándole, le dejaron solo; «pero apénas salieron de su celda, dice el P. Remon, cuando »oyeron grande música y vieron muchas luces: acudió todo el convento á la »novedad, y parecióles que veian salir una procesion muy grande y conti»nuada desde su celda á la iglesia, toda de religiosos mercenarios, con lu»ces encendidas, cantando himnos de alabanza á Dios, y que detrás iba una »señora vestida con mucha majestad, que llevaba de la mano al santo Fray

»Luis. Es verdad que esta vision fué de modo que aunque eran muchos los »que la vieron, pasó tan instantánea que no se determinaban á si fué real ó »imaginaria, y para desengañarse entraron adonde el santo varon estaba, y »vieron que en aquel momento habia acabado de espirar, quedando su ros»tro con una serenidad celestial.» Ignóranse dónde fueron depositados los restos de este religioso, sabiéndose únicamente que fué en uno de los conventos que tenia su Orden en Sevilla. — S. B.

PEÑA (D. Fr. Pedro de la), religioso dominico, natural de Covarrubias en el arzobispado de Burgos. Tomó el hábito en el convento de S. Pablo de esta ciudad y profesó en 3 de Marzo de 1540, siendo enviado de colegial al de S. Gregorio de Valladolid. Pasó á América como misionero en 1540, y fué uno de los que más se distinguieron en la predicacion del Evangelio: nombrado catedrático de la universidad de Méjico, ejerció este cargo con notable distincion, por lo que no tardó en ser elevado á otros, siendo elegido visitador de la provincia de la Nueva Galicia y despues provincial de la de Méjico. Presentado para el obispado de Guatemala, le sirvió por algun tiempo hasta que fué promovido en 28 de Febrero de 1563 á la santa Iglesia de Quito. Asistió al concilio que se estaba celebrando á la sazon en Lima, y le presidió por muerte del arzobispo D. Fr. Gerónimo de Loaisa. Fundó en Quito el convento de la Concepcion, y en su patria una obra pia para sus deudos y parientes. Murió en Lima, asistiendo al concilio en 7 de Marzo de 1593, y se halla sepultado en una capilla que habia fundado con este objeto. — S. B.

PEÑAFIEL (Diego Matute de), presbítero. Fué natural de Granada, en donde hizo sus estudios; y habiendo seguido la carrera eclesiástica, recibió las órdenes sacerdotales. Brilló por sus profundos conocimientos literarios, á los cuales debió que se le confiriese una cátedra de teología en la universidad de dicha ciudad de Granada, desempeñando tambien los destinos de sacerdote y prior de la santa Iglesia. Escribió en elegante latin una notable obra, que formó su reputacion, y que lleva por título: *Prosapia de Cristo, ó comentarios al capítulo III de S. Lucas;* cuya obra, dedicada al Emmo. Cardenal D. Francisco Sandoval y Rojas, duque de Lerma, fué impresa en Baza en el año 1614, y consta de un tomo en 4.°, á cuyo final añadió un discurso en castellano titulado: *Digresion de la segunda edad del mundo, de Sem, hijo de Noé, y de la division de las tierras entre Sem, Cham y Japhet, y orígen de los linajes del mundo.* Igualmente escribió en idioma castellano otro discurso en dos partes sobre la vida de Cristo, titulándose la primera *Cristo infante*, y *Cristo gigante* la segunda. No se saben más circunstancias de la vida de este sacerdote, ni consta fijamente la época de su fallecimiento. — M. B.

PEÑAFIEL (Leonardo), jesuita. Era natural de América, aunque oriundo de España y descendiente de una noble familia. Son muy escasas las noticias que de él han podido adquirirse, tanto acerca de sus primeros años como del punto de su nacimiento, aunque se cree muy fundadamente que viera la luz en algunas de las ciudades del antiguo imperio peruano. Ingresó en la Compañía de Jesus, haciendo sus estudios en ella con notable aprovechamiento, recibiendo las órdenes sacerdotales. Por su mérito y en atencion á sus conocimientos se le encargó la cátedra de teología en el colegio de Lima, donde desempeñó por muchos años tambien el destino de prefecto en la mencionada provincia peruana. Escribió una obra en dos volúmenes titulada: *In primam partem S. Thomæ Commentaria, ó sea de Dios uno y trino*, la cual fué impresa en Leiden, año 1676.—M. B.

PEÑAFIEL (D. Pedro de), obispo de Osma. Gobernó esta iglesia despues de su promocion por espacio de ocho años, y murió en 1247, siendo sepultado su cuerpo en la capilla mayor. Le sucedió el obispo D. Gil.—S. B.

PEÑAFIEL y Araujo (Alfonso), de la Compañía de Jesus. Fué natural de Riobamba en el Perú, y era oriundo de España y descendiente de una familia bien acomodada, á la vez que de reconocida nobleza. Habiendo ingresado en la Compañía de Jesus, se distinguió tanto por su erudicion y sus virtudes, que á los pocos años de su ingreso en la religion le encomendaron la enseñanza de la filosofía y la teología, cuyas ciencias explicó con aceptacion notable y mucho fruto de sus discípulos en la ciudad del Cuzco y de Lima. Floreció á mediados del siglo XVII, ignorándose el año de su muerte. Escribió y publicó las obras siguientes: *Curso de artes;* cuatro tomos, impresos los tres primeros en los años 1653 y 1654, y el cuarto, que contiene la metafísica, en 1670 en la ciudad de Leiden.—*Tratado de teología;* dos tomos.—*Obligaciones y excelencias de las tres Ordenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara;* Madrid, 1643.—M. B.

PEÑAFORT (S. Raimundo de). Ved ahí á un magnate de la edad media, hijo de un castillo feudal, ilustre descendiente de la casa de Peñafort, amigo de los monarcas de Aragon, naturalista, filósofo, canonista profundo, condecorado con las altas dignidades de la Iglesia, confidente de los pontífices, compilador de las decretales, uno de los personajes más distinguidos de su época por su nacimiento, por su saber, por sus virtudes, que renunció sin embargo, á todas las esperanzas del mundo, y prefiere sepultarse en una humilde celda entre los hijos de Domingo; un espíritu magnánimo y emprendedor, un alma ardiente y elevada, una vasta y admirada inteligencia. ¡Asombroso contraste entre la elevacion y el voluntario abatimiento! ¡Mediacion saludable en que la religion se interponia entre el espíritu orgulloso y opresor del feudalismo, y la práctica y el ascendiente de sus santas ins-

piraciones de humildad y el sacrificio! Raimundo es favorecido de lo alto con una vision misteriosa de la Madre del bello amor, y contribuye con el Rey conquistador y el gran Pedro Nolasco á la fundacion de la Orden de los Redentores de cautivos, que es el punto más culminante de la caridad evangélica. En aquellos dias de esclavitud y de barbarie, emprende, protege y fomenta una institucion famosa, que como un sol de caridad, inunda con sus rayos de consuelo todo el mundo cristiano, y reconoce por oriente la patria ilustre de los Berengueres, cuna de empresas magnánimas, ciudad privilegiada, que por este solo título, á falta de otros de que abunda, merece un lugar distinguido en los fastos de la beneficencia cristiana. En el castillo de Peñafort, del principado de Cataluña, en 1175 nació Raimundo, siendo sus padres los señores mismos del castillo, que por su poder y elevada alcurnia gozaban del rango de príncipes y tenian alianza con los reyes de Aragon. En aquella época, débil aún el poder monárquico, buscaba su apoyo en la alianza de los magnates, que muchas veces rivalizaban con el mismo monarca en riqueza y en poderío. Los padres de Raimundo, conociendo las felices disposiciones de su hijo, no se hallaban infestados con aquella máxima de fatuidad que muchas veces ha prevalecido, de que el hijo de un noble no debe dedicarse al estudio, bastándole para ser grande el solo título de su nacimiento, preocupacion tan miserable como funesta, que priva muchas veces de la verdadera grandeza personal á los que solo la tienen fortuita y heredada. El niño de Peñafort fué educado con toda solicitud y esmero, y aplicado al estudio de las ciencias naturales, no muy comun en aquellos tiempos, manifestó que la semilla habia caido en una tierra prodigiosamente fecunda. Fueron tan asombrosos los progresos del discipulo, que no tardaron en valerle la calidad de maestro: aquel genio precoz desplegóse rápidamente, y jóven todavía, y en medio de su carrera literaria, enseñó públicamente la filosofía con tanto acierto como aplauso. El filósofo y el humanista no se contentó con ver sus sienes ceñidas con el lauro del profesorado: arder sentia en su pecho esta noble ambicion de saber, que es el pábulo de las almas grandes; y como su amor á la sabiduría no tenia por objeto, como muy á menudo sucede, la glorificacion de sí propio, sino la mayor gloria de Dios en el desarrollo de la inteligencia, era muy compatible con la más sublimada virtud, que echaba ya hondas raíces en su tierno corazon. La sabiduría, cuyo principio es el temor de Dios, es preferible al oro y á las piedras preciosas, habia dicho el más sabio de los reyes, y á esta sabiduría aspiró Raimundo en la larga carrera de sus estudios. La jurisprudencia civil y canónica era otra de las necesidades de la época, para casi todos los talentos que á las letras se dedicaban; y como los padres de Raimundo trataron de dar á la enseñanza de su hijo toda la perfeccion posible, le hicieron pasar a

Bolonia para cursar el derecho en aquella universidad, á la sazon una de las más célebres y florecientes de Europa. Los mismos aplausos, la propia admiracion que su talento habia producido en Barcelona, se renovaron en Bolonia, en donde se condecoró con el doctorado de ambos derechos, y elevándole su mérito á una cátedra que habia quedado vacante, pasmó á todos con el doble realce de su saber y de su virtud. Admirábase su ingenio claro, penetrante y abarcador, pero más se admiraba aún aquel noble desinterés, aquel espíritu de caridad con que repartia entre los pobres el estipendio de su cátedra, no reservando nada para sí, y dispensando con igual generosidad el pan de la ciencia entre sus discípulos, y el pan del cuerpo entre los indigentes. El obispo de Barcelona Berenguer tenia que regresar á su diócesis desde la capital del mundo cristiano en donde á la sazon se hallaba; y viendo que toda la Italia estaba llena de la fama de Raimundo, á cuya ciencia y virtud se prodigaban tantos elogios, determinó pasar por Bolonia para ver á Raimundo, deseoso de que tan eminente personaje fuese la gloria y el ornamento de su obispado. A este fin proveyó en él un canonicato, y despues una de las primeras prebendas de la catedral. Raimundo, dócil á la voz de su pastor, creyó que el Señor le llamaba para su patria, y cediéndolo todo á la obediencia, siguió al celoso obispo, y dejó á Bolonia, cuya universidad lamentó por largo tiempo la grande pérdida que acababa de tener. El ejemplo de Raimundo reanimó el fervor del cabildo y de todo el clero de Barcelona, viendo todos en él un perfecto dechado del sacerdote cristiano en piedad, en celo, en humildad y en desprendimiento. Todos los héroes del cristianismo, que son los santos, se parecen en el fondo, porque el amor de Dios, que los anima, fomenta en ellos las mismas virtudes por excelencia del hombre interior y exterior, la caridad hácia Dios y hácia los hombres, que tiene su principio en el alma pura y recta, y que se manifiesta diversamente en lo exterior, segun las circunstancias. Estas diversas manifestaciones, que nacen de las distintas situaciones de su vida, son las que para nuestra edificacion producen algunas diferencias en el modo de hacerse perceptible su santidad, pues en resúmen toda su historia se reduce á solas estas dos palabras: *el amor á Dios y á los hombres por Dios*. Esta observacion nos dispensa de entrar en los pormenores de la santidad de Raimundo, manifiesta en todos sus actos y en nada desmentida, perfeccion de todos los momentos, de todas las acciones, peculiar á los hombres de Dios y prueba viviente y perenne de la verdad de su religion divina. En cuanto á Raimundo, añadiremos únicamente una particularidad, que es ya una prueba de predestinacion: profesaba una tierna devocion á María, y le abrasaba un deseo de extender su culto y de comunicar al mundo el mismo amor que él sentia hácia la divina Madre. Cítanse entre otras una prueba de tan santo

entusiasmo. Habiendo observado que la festividad en que se recuerda el misterio más glorioso para María, el de la Anunciacion para ser madre del Verbo humanado, no se celebraba en la capital del principado con la solemnidad debida, alcanzó del obispo y del cabildo que se celebrase con rito doble y con mayor solemnidad, dejando al efecto una piadosa fundacion de las rentas de su prebenda. Entre las virtudes que brillaban ejemplarmente en Raimundo, descollaba la de la caridad hácia los pobres, y veíasele por sí mismo distribuir las limosnas, en lo cual hallaba una santa complacencia. El ejercicio de las más crudas austeridades y la práctica de las más encumbradas obras de piedad no satisfacian aún su sed de perfeccion y de santidad. Solo en los santos se verifica en cierto modo ese progreso indefinido de perfeccionamiento individual que la política y la filosofía han soñado aplicar á sus vanos sistemas; la idea de esta perfectibilidad progresiva es tomada del cristianismo, el hombre ántes no la conocia, pero su realizacion está reservada á la observancia de la ley que el Hombre-Dios vino á traer al mundo. El hombre interior es el que puede aspirar á ella, porque el amor de Dios es como una llama que busca siempre nuevo pábulo en que cebarse, y su progresion se pierde en las regiones de lo infinito: cuanto más se acerca el hombre á Dios por la caridad, tanto será más perfecto; pero la humanidad con sus desvíos y miserias, con su ceguera y con sus vicios, si bien no puede tener límites conocidos en su adelantamiento material, los tiene, abandonada á sí propia, en el órden moral, y la historia en sus tristes páginas nos demuestra que el hombre por sí solo y en la esfera de sus pasiones y desvaríos, ha sido siempre el mismo, á corta diferencia, con más ó ménos rubor, con más ó ménos hipocresía. En la época de que hablamos habian llegado á Barcelona los hermanos de la Orden de Predicadores, orden ilustre y nueva entónces, que dió despues tantos pontífices, santos y sabios á la Iglesia. Vivia aún su insigne fundador Sto. Domingo de Guzman, y sus fervientes hijos como una nueva cruzada de la predicacion evangélica, enseñaban al pueblo la ley del Señor y le alentaban á su observancia. Tan religioso instituto no podia ménos de encontrar un eco en el corazon de Raimundo. La fama de su santo fundador, que con su Orden habia levantado como un ejército para detener la funesta invasion de los herejes albigenses y de sus lamentables errores, cautivó la voluntad del piadoso canónigo de Barcelona, y su instituto le pareció el mejor baluarte desde cuyo recinto podria combatir más fácilmente y á la vez los enemigos de su alma y los de la Iglesia. Anhelando mayor perfeccion, alistóse á la enseña de Domingo para ser uno de sus más claros ornamentos, y tomó el hábito en Barcelona el viernes santo del año 1222, cuando no cumplian aún ocho meses de la muerte del santo fundador y patriarca. El claustro es en realidad para quien á él se asila con

el fin de huir del mundo, un taller de la perfeccion cristiana; en su silencioso recinto halla el corazon las mejores garantías contra su inconstancia, contra su debilidad y contra los combates de las borrascas de la tierra. Echase de ver con qué fervor y decision se entregaria Raimundo á todas las fatigas de la vida activa y contemplativa, ejerciendo su humildad y sometiéndose, á pesar de su dignidad y de sus años, á todas las austeridades del noviciado y á la más puntual exactitud de la observancia religiosa. Santamente ingenioso para domar su orgullo, quiso resarcir con una humillacion voluntaria la parte de vanidad que le podian haber hecho sentir los aplausos del mundo, el cual quedó á un tiempo vencido y asombrado de que un personaje tan eminente por su cuna, por su dignidad, por su virtud y por su talento renunciase de golpe á todas las que se llaman esperanzas del porvenir para vivir humilde, mortificado, desconocido. Pero como Dios prometió exaltar á los humildes, esta abnegacion heróica de sí mismo le dió aún mayor celebridad: hasta en las retiradas sombras del claustro era consultado como un oráculo, y Dios le tenia destinado para grandes empresas, encumbrándole tanto más cuanto era mayor su espontáneo abatimiento. La religion cristiana ha ocurrido siempre con medios extraordinarios á las grandes necesidades de la sociedad. Cuando la espada romana enrojecia la tierra con la sangre de los hijos del Crucificado, llamaba los fieles á los subterráneos para celebrar entre las tinieblas los misterios del que crió la luz. Cuando el hacha del bárbaro, desprendida del Septentrion, desolaba el mundo romano, la religion llamaba sus hijos al desierto para llevar consigo los restos de la civilizacion antigua y echar las raíces de la nueva civilizacion que iba trasformando la faz de la tierra. Los Pablos, los Antonios, los Gerónimos asombraban con sus colosales penitencias los desiertos de la Tebaida, y detenian con sus ardientes suspiros el azote de Dios sobre una sociedad decrépita que se desplomaba. Cada vez que surgia un grande error ó una grande herejía brotaban, por decirlo así, del seno de la tierra esos jefes insignes de pueblos innumerables, que derramándose por los siglos y por los espacios llenaban el globo de defensores de la fe, de héroes de la caridad, de conquistadores pacíficos, que con la fuerza de su voz y el resplandor de sus virtudes confundian y arrollaban las potestades del infierno. A principios del siglo XIII gran parte de la península española gemia bajo la agarena coyunda. Sevilla, Granada, Jaen, Córdoba, Murcia, Valencia, las Baleares, doblaban su cuello ante la cimitarra. Un monarca jóven, lleno de ardimiento y de fe, que crecia para la destruccion del mahometismo, sale de las córtes de Lérida y se dirige como inspirado á la ilustre Barcelona, la primera ciudad considerable de España en sacudir el yugo del árabe invasor, acompañado de su confesor Raimundo y de Pedro uno de sus favoritos. Tendian los tres héroes la vista sobre el horizonte español, y

veian con dolor no solo el numeroso enemigo que vencer, sino infinitos desdichados que consolar, una mitad casi de su pueblo que gemia en la servidumbre. Habia, pues, necesidad de pelear y de redimir. Para lo primero habia la religion levantado falanges inmensas, órdenes ilustres de caballeros intrépidos, que bajo varias insignias habian consagrado su poder y sus vidas á la defensa de la cruz, y dos siglos habia que á la voz de un ermitaño se habia alzado el Occidente cristiano contra el Oriente infiel. Para lo segundo era necesario un heroismo sobrehumano. A más del espíritu guerrero, debia encenderse en las almas un espíritu asombroso de caridad, de abnegacion; debia buscarse la gloria hasta en la esclavitud y en las cadenas; era preciso salvar la libertad y la vida de los hermanos cautivos; aún más, salvar su constancia, su fe, arrancarlos del peligro horroroso de la apostasía. La dulce Madre del Redentor se hace por segunda vez redentora, pues á ella está reservado alcanzar y derramar sobre la tierra todos los prodigios de bondad y de misericordia. Entre las sombras de la noche una misteriosa vision sorprende á los tres héroes, Jaime I de Aragon, Raimundo de Peñafort y Pedro Nolasco, y María en persona les inspira la idea de fundar un instituto de redentores. Ya está obrado el prodigio. Reunidos el dia siguiente en la santa Iglesia de Barcelona el Rey con toda su corte y magistrados, y toda una generacion de nuestros ascendientes, sube al púlpito un santo doctor, el antiguo prebendado, vestido ya con el sayal de Domingo, el ilustre y sabio cenobita Raimundo, y lleno de un piadoso júbilo publica una vision misteriosa que ha tenido y otros dos con él. Despues del ofertorio el Rey y el santo orador toman de la mano á otro santo, y lo presentan al prelado, de cuyas manos recibe este último el hábito blanco y el escapulario de la Orden que va á fundarse, Orden á la vez Real, militar y religiosa. El real fundador pronuncia los tres votos solemnes y añade otro... ¡Oh qué voto! El de implorar de continuo los auxilios de los fieles para redimir los cristianos cautivos, y el de quedarse cautivo por ellos si la necesidad lo exige. Desde este punto privilegiado de la península española se levanta una nueva cruzada que tiene la mision de redimir. La Orden de la Merced da nuevos atletas al valor, nuevos héroes á la caridad, nuevos santos á la Iglesia. Millares de redentores se lanzan por la Europa y por Africa; el oro se multiplica en sus manos; la luz del cielo y el nombre de María, más dulce aún que la luz del cielo, penetran en las mazmorras; los bárbaros mismos se asombran del valor de aquellos nuevos conquistadores, muchos de los cuales, agotado ya el oro, reciben y besan las cadenas, y por un género inaudito de martirio renuncian á la libertad, más dulce aún que la vida, para darla á sus queridos hermanos. Entre tanto los redimidos vuelven á su patria, abrazan á sus padres, á sus esposas, á sus hijos; y el escudo que reune á las barras de Aragon

la cruz de la iglesia de Barcelona, queda en el mundo cristiano como símbolo del más alto grado de heroismo á que puede llegar el hombre sobre la tierra, símbolo de una virtud que le aproxima hasta cierto punto al encumbrado ministerio que vino á ejercer el Hombre-Dios sobre la tierra, el de redentor de sus hermanos. Hombres que pretendeis adelantar el perfeccionamiento de la humanidad, comparad al hombre de la época, al que sufre con impaciencia el yugo de Dios y de la sociedad, al egoista adorador de su propia razon, al partidario de la absoluta independencia del hombre; comparadle con el redentor mercenario, ó caballero de María, y ved y medid si podeis cuántos grados ha retrocedido entre nosotros el verdadero amor á los hombres y los nobles y sublimes sentimientos del corazon, ó lo que es lo mismo, el perfeccionamiento moral de la especie humana. Si S. Pedro Nolasco fué el fundador y el Rey el apoyo, Raimundo puede llamarse el alma de esta grande empresa, y no fué la única que le habia cometido la Providencia. Raimundo, que habia peleado contra la barbarie agarena con las armas de la caridad, animaba luego despues la gran cruzada con que las espadas cristianas repelian el yugo del mahometismo. Cuando el cardenal Juan de Abbevilla, obispo de Sabina y legado *à latere* de la Santa Sede, vino á España para publicar la primera cruzada, fijó los ojos en el gran Raimundo, en este humilde cenobita que se empeñaba en ocultarse al mundo, y creyó que su voz poderosa en medio de los ejércitos cristianos sería como un rayo de guerra contra la infiel morisma, y produciria prodigios de valor y rasgos de grandioso heroismo. Así se verificó en efecto: Raimundo gritó entre los guerreros de Jesucristo como allá el arcángel entre las legiones celestes: *¿ Quién cómo el Dios de los cristianos?* Y nuestros padres, inflamados por el ardiente entusiasmo de la fe, corrian al combate y triunfaban. El pontífice Gregorio IX supo por el cardenal el poderoso ascendiente de Raimundo, su eminente santidad y elevada sabiduría, y el Pontífice quiso valerse de tan grande hombre, y le llamó cerca de sí, le nombró su capellan, le hizo el depositario de sus secretos, el director de sus acciones, confesor suyo, y le nombró penitenciario mayor de la santa iglesia de Roma. ¡Qué títulos adquirió el simple religioso á la admiracion del mundo! Aún más, quiso el Pontífice aprovechar en pro de la Iglesia y de la ciencia su vasta y profunda erudicion, y le confió la compilacion de todas las decretales ó constituciones pontificias de sus predecesores y los decretos de los concilios. Con tres años de estudio y de vigilias, concluyó Raimundo esta famosa compilacion, una de las más celebradas que nos ofrece la historia de la legislacion de la Iglesia. Los santos son siempre humildes áun en medio de las grandezas. Ni los aplausos, ni las ocupaciones, ni la asiduidad de un estudio profundo y meditado distrajeron á Raimundo de sus deberes y ejercicios de religioso.

Muerto como siempre á las pompas del mundo, renunció con firmeza la mitra arzobispal de Tarragona y otras dignidades eclesiásticas con que se le brindaba, resistiendo con teson á todas las instancias, y no exigiendo por premio de todos sus importantes trabajos, sino que se le permitiese volver á Cataluña para recobrar su salud quebrantada por sus austeridades y por sus fatigas mentales, y disfrutar otra vez de su querido asilo, donde pudiese vivir, ya que no ignorado, á lo ménos olvidado, y entregarse enteramente á lo más perfecto y unitivo de la virtud. Restituido, pues, á Barcelona como un simple religioso, sin título ni consideracion alguna como él deseaba, extenuado por sus penitencias, causa de la enfermedad que le habia obligado á retirarse de Roma, procuró el recobro de su salud para entregarse á ellas con más fervor que ántes. Rigoroso, implacable consigo mismo en la maceracion y en el ayuno, en la oracion y en la vigilia, era todo indulgencia y dulzura para los demás; pues la caridad obra sobre las almas justas en este doble sentido, dureza para sí, blandura para los otros, odio, guerra eterna al pecado, amor, aliciente hácia el pecador. Así satisfacia Raimundo su sed insaciable de amor á Dios y á los hombres: así gozaba de su santo retiro en gloria de Dios y bien de los prójimos, cuando un nuevo acontecimiento vino á turbar en cierto modo este sosiego en que tan santamente se complacia. La Orden Dominicana se gloriaba ya muy justamente de encerrar en su seno al grande hombre que se habia querido como sepultar en ella para llegar á la cumbre de la perfeccion cristiana; y por muerte de su general Luis Jordan, que habia sucedido al ilustre fundador, eligió á Raimundo para sucederle en el generalato. ¡Qué golpe para aquel humilde y penitente cenobita! Cualquier otro corazon ménos desasido de sí mismo que él hubiera encontrado halagüeños pretextos para abrazarle con júbilo y mantenerse en él, y hasta la mayor gloria de Dios hubiera servido de pretexto para lisonjear el amor propio, porque la vanidad se infiltra tan sutilmente en el alma, que muchas veces llega á tomar la apariencia de las más sublimes virtudes. Pero el alma de Raimundo era demasiado penetrante para engañarse á sí misma y hacerse ilusiones en su sincero amor al propio abatimiento. No rehusó para no hacer un alarde ruidoso de humildad y no desconsolar á sus hermanos. Aprovechó los cortos dias de su nuevo destino para derramar el bien; visitó á pie todas las provincias de la Orden procurando con las palabras y el ejemplo reanimar en los corazones de todos sus súbditos el fervor primitivo; y cuando conoció que habia hecho para la gloria de Dios todo el bien posible, y que otro podia ocupar su lugar, renunció al generalato en el capítulo celebrado en Bolonia, y volvió á su primera y querida condicion de súbdito y religioso. Ya lo tenemos otra vez en el descanso de su amado retiro. Pero no fué este reposo de larga

duracion. En aquellos tiempos en que la sabiduría y la santidad, por ocultas que fuesen, llamaban la atencion del mundo, no dejaban de valerse los pontífices de estas lumbreras eminentes de la Iglesia para que les ayudáran á sostener el gran peso que sobre sus hombros gravitaba. Así es como los papas Celestino VI, Inocencio VI, Alejandro, Urbano y Clemente descargaron sobre los hombros de Raimundo gran parte del peso de sus cuidados y de las penosas fatigas de la Santa Sede. El mismo Clemente VIII declara en su bula que sus predecesores se valieron de Raimundo para comisiones importantes, y que en uno de esos intervalos de sosiego escribió la obra moral ó la suma de los casos de conciencia que suelen más comunmente ocurrir en la confesion, calificándola de muy útil y necesaria á confesores y á penitentes. No solo el Pontífice, sino el rey de Aragon ocupaban al santo sacerdote en diferantes comisiones y legacías; pues en aquellos tiempos de fe, el respeto que á la religion se tenia hacia mirar á sus ministros como los más aptos funcionarios para cualquier negocio de alguna importancia, y los más poderosos auxiliares de la potestad temporal, cuando reunian la triple fuerza moral del ascendiente de la virtud, la santidad del carácter y la direccion de la sabiduría. Raimundo ejercia á un tiempo las funciones de cenobita y las de apóstol. Ferviente solitario dentro de su retiro monástico, era en medio de los pueblos el más elocuente propagador de la doctrina evangélica, el azote de la herejía, el defensor acérrimo de la pureza de la fe, el adversario formidable de la secta mahometana, cuya media luna tocaba ya á su menguante en el Mediodía de Europa. ¡Qué hombres aquellos á quienes da Dios fuerzas centuplicadas, cuando devorados por la sed de convertir el universo á Dios, se arrojan impávidos sobre las fatigas con un valor sobrehumano, y valen cada uno de ellos por millares de atletas! Como Javier en medio de los pueblos de la India, Raimundo recorre los pueblos de España, y convierte en pocos meses á más de diez mil infieles á la fe de Jesucristo. Mas el príncipe invicto de Aragon, el Rey conquistador no solo le queria para los otros, sino tambien para sí: no queria privarse de tan alto consejero para los negocios de su alma, y para que le aligerase no solo del peso de la corona, sino tambien del peso de su propia conciencia. Aquí entra una época no ménos interesante de la vida de Raimundo, cuya verdad tradicional ha quedado consignada como un recuerdo en las baladas populares, á cuyos cuentos las madres hacen adormecer á los niños en sus cunas. El santo religioso ejercia sobre el Rey un ascendiente que solo al poder augusto de la religion es dado tener sobre las potestades de la tierra. Asociado á su real penitente en la grande obra de la reconquista de su patria, ayudaba á su valor guerrero peleando con todo el poder de la palabra de Dios, más penetrante aún que la espada y la lanza, y embestia con

el celo ardiente de la fe contra la doble hueste del judaismo y la morisma. Tenia el Rey una confianza absoluta en su confesor, y no le apartaba de sí por mucho tiempo. Y despues de haber asistido, á ruegos del monarca, á un concilio provincial celebrado en Tarragona contra todos los sectarios de la mentira, en el cual desplegó muy oportunamente los vastos recursos de su prevision y de su sabiduría, acompañó al Rey á Mallorca, en donde á la sazon se hallaba la corte, y en cuyo país convenia tambien que resonase su poderosa voz para continuar la conversion de los judíos y de los moros. Pero el monarca adolecia tambien de las debilidades de hombre, y la fama de un comercio, si no ilícito, á lo ménos sospechoso y que producia escándalo, con una cortesana, llegó á oidos del celoso confesor. Postróse á los pies del ministro del Señor, y cual otro David, se ve obligado á confesar su culpa. Raimundo conoce la profundidad de la herida y quiere aplicar el remedio para curarla. Derrama primero el bálsamo suave de la súplica, y aplica despues el remedio supremo y le impone el precepto de la separacion. El Rey, sin embargo, se resiste, y léjos de llorar como el príncipe de Israel, presenta una voluntad obstinada. El ministro del Señor no cede, no puede transigir con el delito ni áun con su apariencia; amonesta, increpa, reprende con la misma firmeza del profeta y de Juan Bautista. Ved ahí al siervo de Dios en pugna con el caduco poder del hombre. Temeroso quizás de alguna violencia ó penetrando los designios del Rey, resuelve abandonar la mayor de las Baleares y pasar á Barcelona. El Rey, que le habia negado el permiso, le habia cerrado toda salida. La órden está dada para que nadie le admita á su bordo: no hay buque para Raimundo. Levanta los ojos al cielo y es fama que aquel Dios que mandó abrir paso á las aguas del Mar Rojo para que pasára su pueblo, y que caminó él mismo á pié enjuto sobre las olas de Betsaida, con un levísimo soplo de su poder increado le abrió el paso del mar, haciendo barco y vela de su propia capa y mástil de su báculo, y al favor de un fresco y sutil vientecillo anduvo en ménos de seis horas las cincuenta y tres leguas que le separaban del continente. El compañero del Santo no tuvo bastante fe para abandonarse á aquella embarcacion de nueva especie; pero su mismo miedo depone en favor de aquel hecho milagroso, así como cuantos presentes se hallaron en una y otra playa, que fueron innumerables. Es fama tambien que al llegar á su convento se le abrieron las puertas por sí mismas, y que conmovido el corazon del Rey por aquella inesperada maravilla que ostentaba el poder de Dios en favor de su siervo, rompió al momento con su cortesana, despidiéndola de su palacio y entregándose sin reserva en manos de su director. ¡ Ay del género humano desde el momento en que el poder de la religion pierda su divino ascendiente sobre el poder del hombre! En los siglos de mayor ferocidad y embrutecimiento,

la voluntad del hombre ha encontrado un dique en la voluntad de Dios más ó ménos reconocida. ¡Pero ay del momento en que se rompa ese freno que encadena para su bien la voluntad del hombre, y en que la fuerza, sacudida toda autoridad de lo alto, se crea árbitra absoluta de los destinos del universo! Echase de ver cuán extraordinariamente creció con este patente y asombroso prodigio la fama de la santidad de Raimundo, conocido ya por todo el orbe cristiano. El ascendiente sobre todos era irresistible: su caridad lo abarcaba todo y lo podia todo: ni sus viajes, ni sus vigilias, ni las fatigas inconsiderables de su laboriosa vida, ni los achaques de su edad le impedian ejercitarse en todas las funciones de su sagrado ministerio, grande en su humildad, grande en su amor á Dios y grande en su beneficencia. Era uno de los portentos de su siglo, y en sus ardientes deseos de que la verdad cristiana triunfase en todos los entendimientos y el amor de Dios en todos los corazones, invitó la pluma victoriosa é infatigable de su célebre contemporáneo y hermano de religion el inmortal Tomás de Aquino á que escribiese la *Suma contra Gentiles* que debemos á la profunda sabiduría del angélico doctor y á las humildes súplicas de Raimundo. Miéntras brillaba en Italia el sol de Aquino, resplandecia en España el astro de Peñafort, cuya vida asombrosa, que fué una série continua de luchas y de triunfos, conservó Dios cerca de un siglo para que fuera una de aquellas existencias privilegiadas que dejase en la tierra como un rastro de luz un largo sendero de beneficios. Consumido de trabajos y colmado de merecimientos, cedió por fin á la ley de la naturaleza, y á los noventa y nueve años y cuatro meses de su edad murió como un santo en la afortunada Barcelona el que como un santo habia vivido. Su muerte se verificó en 1275. En su enfermedad fué visitado por los dos príncipes Alfonso, rey de Castilla, y Jaime, rey de Aragon, por los grandes, por los pobres, por todas las clases del pueblo, pues todas, bajo distintos respectos, perdian en él á un padre. ¡Cuántos convertidos lloraron la muerte de su apóstol! ¡Cuántos indigentes la de su generoso bienhechor! ¡Cuán grande precio tienen las lágrimas que corren por los ojos de los pobres desconsolados junto al féretro del que fué su amparo y su consuelo! ¡Y cuántos millares de almas podia presentar Raimundo á Jesucristo, redimidas con la divina sangre, pero arrancadas de la muerte por el ministerio de sus palabras y de sus obras! Los funerales de un santo son más magníficos que los del más poderoso monarca, pues encierran en medio de su aparato lúgubre la alegría de un triunfo inmortal. En el cielo se celebran con himnos de gloria, y esa tierna y piadosa creencia enjuga sobre la tierra el llanto de los que acompañan los restos del hombre justo á su transitoria morada, pero para quienes vive más que nunca en la morada de la inmortalidad. El pueblo entero con sus príncipes y magnates asistió al entierro de

Raimundo, cuyo sepulcro fué glorioso como el de los santos, que por un lazo misterioso comunican tambien con los miserables mortales que los invocan los beneficios de su poderosa mediacion con el Eterno. Trescientos veintiseis años despues de su muerte el papa Clemente VIII, movido por la general devocion que tanto los reyes como los pueblos conservaban á la memoria de Raimundo, y por los prodigios que su invocacion producia, le canonizó solemnemente el dia 2 de Abril de 1601. Su cuerpo descansaba en un sepulcro marmóreo en el magnífico templo de Padres Predicadores de Barcelona y en su propia capilla. El hacha de la revolucion, que aspiraba á nivelar con el suelo los suntuosos monumentos de la religion como lo habia hecho ya con las cabezas de sus ministros, demolió con escándalo de la civilizacion aquella grandiosa basílica del siglo XIII que la piedad de nuestros padres habia levantado á la inclita mártir Catalina en la antigua ciudad de los condes, y que tenia pocos rivales en su género. El exterminio alcanzó tambien á la efigie del Santo, que quedó mutilada para oprobio del genio de la destruccion, y la Real Academia de Bellas Letras de Barcelona conserva en su museo de antigüedades, salvado de mayor infortunio, el sepulcro de S. Raimundo de Peñafort. —J. R. y C.

PEÑALOSA (Ambrosio de), de la Compañía de Jesus. Fué natural de la villa de Mondéjar, en la provincia de Guadalajara; habiendo ingresado en la Compañía de Jesus, hizo sus estudios en ella con notable aprovechamiento, recibiendo las órdenes sacerdotales y mereciendo el honorífico grado de doctor en sagrada teología, de cuya ciencia fué primer profesor tanto en varios colegios de España como en el de Viena, donde residió algunas temporadas. Por su reconocida aptitud para el púlpito y por su persuasiva elocuencia, fué nombrado predicador del rey Felipe IV de España y de la emperatriz María de Austria. Habiendo regresado á su patria, murió en el Colegio Imperial de Madrid el dia 6 de Marzo de 1656, dejando escritas y publicadas las siguientes obras: *De Christi et Spiritus Sancti divinitati necnon Sanctæ Trinitatis mysteriis*: obra escrita contra los judíos photinenses, socinianos y otros herejes antiguos y modernos que profesaban las doctrinas arrianas, la cual se imprimió en Viena, año 1635. *Vindiciæ Deiparæ virginis de peccato originali et debito illius contrahendi rigore theologico præstructæ et á nemine hactenus ex professo discussæ*; Antuerpia, 1650.— M. B.

PEÑALVA (Dr. Fr. Rodrigo de), religioso trinitario del ilustre linaje que indica su apellido. Las riquezas de su familia le permitieron pasar á París á emprender sus estudios, donde tuvo la fortuna de encontrar varones tan santos como doctos, que le enseñaron, al par que las ciencias, el camino de la virtud. Distinguióse mucho en la filosofía, y más aún en la teología, defendiendo con buenos resultados diferentes actos literarios, de manera que

sus maestros le instaron para que se graduára. No era el ánimo del V. Peñalva residir en Paris, sino perfeccionar sus estudios y volver á su patria para obtener alguna dignidad eclesiástica en que servir á Dios y á la Iglesia, pero por mera inspiracion celestial decidió recibir el grado de doctor y despues, mandándoselo el obispo de Paris, el órden sacerdotal. Desde cuyo momento no queriendo permanecer ocioso, ántes bien consagrarse á la práctica de sus sagrados deberes, predicaba y enseñaba al pueblo los misterios de la fe, y dirigia sus conciencias enseñándoles el camino de la virtud. No impedian estas ocupaciones al siervo de Dios para que cumpliese en la universidad con las obligaciones propias de su cargo, enseñando en público con los mejores resultados. Llegaron en esta sazon á Paris los santos fundadores de la Orden de la Trinidad, y entre los muchos doctores que les pidieron el hábito en su instituto, fué uno el V. D. Rodrigo de Peñalva, lo que le concedió el santo Patriarca, enviándole con otros muchos religiosos á edificar el primer convento de la Orden y pasar el año de noviciado. Profesó en manos de S. Félix de Valois, y continuó desde entónces sus sagrados ejercicios, practicando todas las virtudes y adelantando mucho en aquella grande escuela, donde con tanta perfeccion se aprendia la ciencia de los bienaventurados. Instruido en la regla y observancias religiosas, vino á España con el santo general á fundar conventos para la propagacion de la religion Trinitaria. En este viaje se perfeccionó más el V. Peñalva en las sólidas virtudes que habia adquirido en la capital de Cierzo Frígido, con el ejemplo de su santo prelado. Contribuyó mucho el P. Peñalva á la fundacion del convento de Puente la Reina, el primero que su Orden tuvo en España, y pasó despues comisionado por el santo patriarca á la corte de Burgos, pues, como dice el cronista, «Para ganar nuestro santo Padre tiempo, miéntras pasaba á la corte de »Burgos á ponerse á la obediencia del rey D. Alonso, quiso enviar uno de sus »religiosos con las cartas del pontífice Inocencio que traia para el Rey, ad»virtiéndole que en desembarazándose de lo que tenia entre manos pasaria »á la corte, y más cumplidamente daria razon de si, procurando satisfacer á »su obligacion. Entre los muchos religiosos santos y doctos que tenia en su »compañía nuestro santo prelado, ninguno mereció ser escogido sino el ve»nerable Peñalva para este empleo.» Con las necesarias instrucciones de su santo general, tomó el siervo de Dios el camino para Burgos, pero ocupado de otros asuntos, ó lo que es más verosímil, la Divina Providencia, para acrisolar la paciencia del uno y la santidad de vida del otro, hizo que se le olvidasen las cartas que le habia entregado su santo patriarca para el rey de Castilla. Pasadas las fronteras de Navarra y entrando en otro país, le pusieron preso los centinelas que observaban los pasos de los extranjeros, suponiéndole espia. El hábito de la nueva religion, no conocido todavía en

estos reinos, y las disensiones que ocurrian entre los monarcas de ambos, dieron motivo para que no fuese creido el venerable religioso; no bastando las razones que daba ni la eficacia de la verdad para convencer á los centinelas y á su jefe, pues le faltaban los instrumentos que citaba y no le permitian volver por ellos á Puente la Reina. Se vió, por último, el venerable padre obligado á sufrir la órden de ser severamente aprisionado y puesto en un riguroso calabozo. Sufrió el siervo de Dios con ánimo invencible tan inesperado trabajo, y cerrados todos los puntos por donde se pudiese saber la verdad, decidió sufrir con paciencia las tribulaciones que Dios le enviaba. «Oraba nuestro Patriarca glorioso, dice la crónica, en su »convento de Puente la Reina al mismo tiempo que habian asaltado tan »desmedidos trabajos á su amado hijo en Castilla. Revelóle el Señor esta »pena y dió virtud para que pudiera remediarla; de un vuelo hizo tránsito »desde su convento hasta donde estaba cargado de hierro el siervo del Altí»simo. Intrépido se penetró por las puertas que servian de antemural al ca»labozo, llenólo todo de luz; con ella pudo registrarlo todo, y el siervo del »Altísimo vió á su Santo Padre, que brillaba como un sol hermoso. Consoló á »su hijo amado á quien lo rigoroso de la prision pudiera tener afligido, ca»yéronsele de sus manos y pies los grillos, esposas y cadenas; abrió las »puertas sin advertirlo los guardias, salieron los dos amantes corazones, pa»dre é hijo, del poder de aquellos hombres inhumanos, pasaron de un »extremo á otro burlándose de la distancia que media entre las fronteras de »Castilla y Puente la Reina. El V. Peñalva pagó tan alto beneficio en rédito »de agradecimiento; humillóse en presencia del Señor y subieron aún á más »alto concepto las virtudes de nuestro P. S. Juan.» Mudó el Santo de dictámen creyendo que este suceso le habia dispuesto nuestro Señor para manifestar era de su agrado que pasase él en persona á Burgos á dar las cartas al rey D. Alonso, y obedeciendo las órdenes del cielo, abrevió los negocios que le ocupaban y dejó al V. Peñalva por primer ministro en aquel convento, el único que hasta entónces se habia fundado en España, y con el suficiente número de religiosos pasó á Burgos por los caminos que el cielo le deparaba. »Este convento de Puente la Reina, dice la crónica, primera colonia de Es»paña, que fué desde su principio asilo de pobres, consuelo de afligidos y »oficina universal donde hallaban salud y socorro los necesitados, pasó años »adelante al sitio que tiene hoy en la calle principal, frente de la parro»quia de Santiago. La causa fué haberse recogido los navarros que vivian »dispersos en aquellos contornos, siendo moradores en las casas de campo, »segun el estilo de aquellos tiempos, no reconociendo otra iglesia y par»roquia para recibir los sacramentos, sino la que tenian los Trinitarios; »aquí hallaban consuelo y alivio los peregrinos y enfermos, curándolos

»almas y cuerpos. En sus sermones y exhortaciones santas aliento para la »observancia de los preceptos divinos y eclesiásticos, poniendo á todos fácil »el camino del cielo, dando en retribucion justa los favorecidos limosnas en »abundancia para el sustento del hospital, religiosos y rescate de cautivos.» El rey de Navarra aprovechó la ocasion de la fundacion de este convento para hacer que los moradores que se hallaban dispersos se reuniesen en una poblacion, como no tardó en verificarse; concedió privilegio de villa á la que intituló Puente la Reina, y con este motivo no tardó en quedar desierto el convento, pues cesaron los principales objetos para que habia sido fundado, es decir, para ejercer la caridad con los pobres campesinos. Sin embargo, cuando reunidos ya los vecinos y establecida la villa trató el obispo de Pamplona de que se fundase una parroquia con autoridad eclesiástica, se presentó la dificultad de quién habia de ser el vicario y cabeza de esta nueva iglesia. Los vecinos alegaban el derecho que habian adquirido el ministro y convento por tantos años, no habiendo conocido desde su fundacion otra parroquia ni otros eclesiásticos que administrasen los santos sacramentos, haciendo con ellos muchas obras de caridad, de que estaban muy reconocidos. Mandaba el Obispo que fuese el vicario un sacerdote secular; y despues de varias diferencias de una y otra parte, se hizo un convenio de esta manera. Convinieron los vecinos que el vicario fuese un sacerdote secular, pero que el primer beneficiado de los seis que se establecieron fuese el ministro del convento de Trinitarios, con la renta que á cada uno se le asignó, que eran cuatrocientos ducados de plata; y asimismo que á los religiosos que de órden de su prelado quisiesen decir Misa en aquella iglesia no se lo pudiese impedir nadie, entrando por vez ó turno, como lo observaban los demás beneficiados. «Gustosos todos, continua la crónica, con esta concordia, ya dentro »de la villa los trinitarios, continuaron en sus antiguos ejercicios de cari»dad, y el ministro con la cercanía del sitio al cumplimiento de su obliga»cion. Así se conservó esto muchos años hasta que los beneficiados de la »parroquia, no creyendo propio de su carácter que asistiese al cabildo un »religioso, empezaron á oponer sus votos; y el ministro, que atendiendo á »la perfeccion de su estado aborrecia los pleitos, se fué retirando, cuidando »únicamente de su convento. Los beneficiados celebraron su triunfo, hasta »que con el tiempo se tomó nueva forma, creciendo el número de beneficia»dos. En el convento que fundó el santo patriarca quedó un religioso para »decir Misa; mas no tardó en quedar arruinada la iglesia y convento, fun»dando despues la devocion de algunos trinitarios en aquel territorio, aun»que en diferente sitio, una ermita no muy capaz, consagrada á Sta. Mari»na, de donde tomó el nombre aquel país, habiendo sido la primera iglesia »consagrada á la Santísima Trinidad. Este convento, que fué trasladado á

la villa, padeció mucho el año 1521 cuando el rey de Francia Francisco I, envidioso de las victorias que habia obtenido el emperador Cárlos V, y creyendo una ocasion oportuna las rebeliones que se habian suscitado en Castilla entre los que seguian el partido del Emperador y de su madre Doña Juana, sabiendo estaba sin provisiones, gente ni armas el reino de Navarra por haberlas empleado todas en someter á los rebeldes, envió sobre seguro tropas francesas, las que entraron por Guipúzcoa y fueron tomando las plazas, porque no habia quien las defendiese. A excepcion de la fortaleza de Maya, que se defendió, las demás plazas las tomaron sin la menor oposicion, inclusa Pamplona y su castillo. Solo al llegar á Logroño encontraron una viva resistencia, pues aunque hicieron por tomar la ciudad, solo consiguieron su perdicion; levantaron el sitio, y siguiéndoles los castellanos con lo demás del ejército, fueron perdiendo sus tropas y las plazas que habian tomado sin oposicion, siendo tal el destrozo, que apénas quedó, al decir de la crónica, un soldado francés que pasára los Pirineos para contar la pérdida de tropas, artillería y demás pertrechos de guerra al rey Francisco I. Con esta ocasion entraron tambien los franceses en Puente la Reina, y segun asegura el cronista de esta Orden, «Con las tropas francesas venian algunos trinitarios »de Francia para quitar la posesion á los navarros y castellanos de los con»ventos que poseian donde los franceses entraron con sus tropas, y así lo »hicieron en Puente la Reina; que en la retirada tomaron los papeles del ar»chivo del convento, los pasaron á Francia y pusieron en la ciudad de Pau, »donde se conservan hasta hoy, segun hallo impreso en varios libros, sean »llevados por los religiosos trinitarios franceses, como afirman los antiguos »manuscritos que tengo presentes para escribir esto, ó por los soldados, al»gunos afirman haberlos visto en dicha ciudad de Pau; por más puntuales »noticias, los eclesiásticos de Puente la Reina, que fueron á restaurar los »papeles de su archivo, que padeció el mismo descalabro, y se los entrega»ron los franceses por no muy gruesa cantidad de dinero.» En el tiempo que fué ministro el V. Dr. Fr. Rodrigo de Peñalva en su primitivo convento, le gobernó, como pedia su santidad de vida, con plena satisfaccion de S. Juan de Mata, que cuando le visitó algunos años despues en cumplimiento de su obligacion mereció su aprobacion. Cuando volvió á entrar el Santo en España, hallándose en Burgos el año de 1208, viendo que se habian fundado en Castilla con el favor de la Santísima Trinidad suficiente número de conventos, determinó señalar límites y gobierno diferente de los demás fundados en otros reinos, concediendo provincial á los castellanos con jurisdiccion distinta de la que dió despues al que dejó nombrado para que gobernasen los conventos ya fundados en Castilla y Aragon. No con el nombre de provincial, que tardó muchos años en usarse en esta religion, sino con el de

vicario general, en quien delegó el Santo sus veces, eligió al V. Peñalva para que le sustituyese en su cargo; eleccion que recomienda mucho su sabiduría y virtud, pues manifiesta que debia tener algun don especial para que le confiase el santo Juan de Mata el gobierno de tantos religiosos y tan diferentes conventos. No salió frustrada su esperanza, pues no solo no decayó en su tiempo la observancia, que como primitiva era en extremo fervorosa, sino que tuvo glorioso fomento y mucho consuelo los cautivos en una grande multitud que sacó por sí mismo y por medio de los religiosos de su Orden de los lóbregos y oscuros calabozos donde yacian entre los más horribles tormentos por la crueldad inhumana de los bárbaros que los tenian aprisionados. Sus grandes virtudes y no vulgar sabiduría dieron ocasion al rey D. Alonso VIII de Castilla para que eligiese por confesor al V. Provincial, cargo que el siervo de Dios aceptó por obediencia, poniendo entera confianza en el Espíritu Santo, que esperaba le dictase todas sus resoluciones; gracia que mereció como se infiere de estas palabras de la crónica: «Daba cuidado al »Rey el sobrado poder y orgullo de sus vecinos los moros, y meditaba apli»car todas sus fuerzas y las de otros reyes católicos por medio de una cris»tiana alianza para arruinar las armas enemigas. Hallaron abrigo sus cris»tianos pensamientos en su venerable confesor Fr. Rodrigo de Peñalva; y »para que no faltase cosa alguna en lo espiritual al glorioso ejército, se con»vidó á asistir con su persona y los suyos para la administracion de los sa»cramentos y cuanto fuese conducente al consuelo de los soldados; puntos »que le dejó nuestro P. S. Juan de Mata, y ordenados para que no se retar»dase en enviar religiosos con tiempo. Admitiólo el Rey con gusto; con que »cesaron en este punto sus cuidados, teniendo á un mismo tiempo el con»suelo de llevar en su compañía quien pudiera entrar con más confianza y »seguro en tierra de moros á rescatar soldados en caso de incurrir algunos »en la desgracia de ser miserablemente cautivos. Todo lo vió el santo Rey »ejecutado con primor á su tiempo, porque yendo en su compañía el santo »Provincial con otros que sacó del Real convento de Burgos, Segovia y otras »partes, pasó á Toledo, destinado con sábia providencia para cuartel gene»ral, donde los halló nuestro P. S. Juan de Mata cuando llegó á aquella im»perial ciudad en compañía del conde de la Provenza y el rey D. Pedro de »Aragon, su sobrino, ambos auxiliares del rey D. Alonso. Alegróse mucho »nuestro santo Padre de ver á sus amados hijos tan anticipadamente preve»nidos para tan gloriosos empleos. Sacrificó el santo Padre su persona al »gusto del Rey, y á un mismo tiempo á sus amados súbditos, destinados de »antemano para este empleo. De los que habitaban su convento de Toledo »asignó otros, todos sabios y de gran caridad, como lo pedia la gravedad »de los negocios á que habian de atender. Nuestras historias andan escasas

»en referir el número fijo y los nombres de los restantes que fueron consagra-»dos para tan noble empleo; tumultuariamente, dicen, fueron los dichos, y »otra mucho mayor y más numerosa caterva de religiosos trinitarios; todos »expusieron con mucho gusto sus vidas en obsequio del Rey de cielo y tierra, »y exaltacion de su santa fe católica. Destinado el copioso número que habia »de seguir al ejército católico por nuestro Patriarca santo, los previno para »la marcha, dando órdenes é instrucciones oportunas para que tuviesen en-»tendido el cómo se habian de portar para que fuese útil y aceptase su sa-»crificio el Señor. A todos juntos hizo una exhortacion espiritual para que »practicasen con primor la virtud, agradeciendo al inmenso Señor la digna-»cion de ponerlos en empeño de multiplicar los talentos que con sabia pro-»videncia les habia entregado. Tiernos todos, sacrificaron sus voluntades de »nuevo con pronto ánimo de desempeñar la obligacion en que el misericor-»dioso Señor les habia puesto, y de sacrificar sus vidas si tuviesen la dicha »de llegarla á perder á manos de los mahometanos en obsequio de la fe y »honra de su dueño, teniendo por la mayor fineza consagrar al Señor por »medio del martirio su vida.» Despues de otras muchas consideraciones continua la crónica refiriendo de esta manera la jornada de las Navas de Tolosa. «Levantó el rey D. Alonso el campo cuando le pareció tiempo oportuno, »y así en sus marchas como en los tiempos de la pelea, hicieron los trinita-»rios lo que debian; pero nuestro patriarca S. Juan y el venerable Peñalva, »como cabezas de aquella caterva gloriosa, se adelantaron á todos en la soli-»citud y vigilancia, no tanto para satisfacer sus ánsias, que eran bien creci-»das, como para alentar á todos con el ejemplo para el cabal logro de expe-»dicion tan católica. Asistian á los enfermos con exhortaciones santas para »que tolerasen con conformidad sus penas, aplicando y haciendo aplicar con »puntualidad las medicinas, administrándoles los sacramentos de la Iglesia »para satisfacer el precepto, disponiéndolos para que los recibiesen con fru-»to y gozasen sus almas de los eternos descansos. Al tiempo de combatir con »los enemigos de Cristo, alentándolos para que llevados del ardor de la fe »arruinasen á los otomanos, que tan trabajada tenian á la cristiandad, alen-»tados de los repetidos triunfos que por altas permisiones habian logrado de »los católicos. El fruto de sus exhortaciones santas se vió por los efectos; »púsose de su parte en el mayor conflicto la soberana cruz de nuestro divino »Redentor; en el aspecto hermoso de la que traen los Trinitarios en sus pe-»chos se dejó registrar de los católicos; entendieron, y con razon, la mostra-»ba el Señor como prenda de que tenian seguro su auxilio, y acometiendo »furiosos destrozaron á los bárbaros con valor tan crecido, que siendo más »de doscientos mil los moros difuntos y solo veinticinco los católicos, les pa-»reció era corto el número de los difuntos respecto del valor que les sobró á

»los nuestros. Siendo tan completa la victoria, que ninguno de los enemigos »de Cristo se libró de la infeliz suerte de muerto, fugitivo ó preso, gozando »los católicos á su satisfaccion los frutos de la victoria en innumerables ri»quezas de los que perdieron la libertad y la vida. Tanta dicha como conce»dió el cielo á los soldados de Cristo en las Navas de Tolosa, se marchitó »despues con la desgracia de haberse encendido una grande epidemia, tal »que estrechó á los reyes á su retirada, dejando el de Castilla en las plazas »conquistadas las guarniciones precisas, marchando con las demás que no »habia tocado la epidemia. El rey D. Alonso, satisfecho de la buena conduc»ta de nuestro santo Patriarca y de los restantes religiosos de su trinitaria »familia, dejó á su cargo cuanto podia conducir al consuelo de los apesta»dos, facultad y caudales para todo; y asímismo para que en siendo tiempo »oportuno pasasen al Africa é hiciesen allí una redencion copiosa, á que »contribuyeron los otros reyes y señores por tener parte en tan heróica obra. »Campo dilatado fué este que ofreció el Señor á su familia trinitaria para el »ejercicio de la caridad. Hiciéronse cargo de tan alto beneficio y empezaron, »ó por mejor decir, continuaron en la asistencia de los enfermos sin el rezelo »de que se les pegase el contagio, con tanta puntualidad como si fuera muy »corto el número, siendo en la realidad tan excesivo como se puede contem»plar por los efectos; pues quedando inferior los que entónces tenian salud »para el manejo de las armas, con providencia sabia los apartaron sus due»ños del peligro, creyendo acabase con todos el contagio; siendo su ánimo »desalojar de esta vez al insolente mahometano del dominio que tenia usur»pado á los católicos españoles. Pero el Señor Dios de los ejércitos, por al»tos fines, puso en Ubeda, despues de conquistada, término á sus triunfos, »acaso para dar á unos el premio de sus trabajos padecidos con mucho gus»to por Cristo, y á otros para ejercitarlos en la escuela de la caridad, lo»grando en estos trabajos las Indias de sus deseos.» Despues de la victoria de las Navas de Tolosa obtuvieron los PP. Trinitarios salvoconducto para pasar á Marruecos, corte del vencido Miramamolin, donde S. Juan de Mata presumia, y con razon, se habrian aumentado los tormentos de los cautivos cristianos por los triunfos obtenidos en España. Nombró por redentores á dos religiosos de superiores virtudes que se hallaban prontos, si fuese necesario, á recibir la palma del martirio á que se exponian en un pais que se hallaba lleno de dolor por la muerte de sus hijos, amigos y parientes; siendo raro quien á la sazon no llevase luto por alguno de estos conceptos en el imperio de Marruecos. Correspondió la gloria de esta eleccion al venerable P. Peñalva en union con el venerable P. y Dr. Fr. Esteban Menelao. Con gusto no ménos que por obediencia, admitieron el nombramiento de su santo padre y prelado, recibiendo el salvoconducto, caudales y demás necesa-

rio para ir al imperio marroquí, llevando facultades procedentes de las que habia dejado el rey D. Alonso de Castilla á S. Juan de Mata para cambiar cristianos por moros de los muchos que habian quedado prisioneros en las últimas victorias. Con la bendicion de su santo Patriarca, que no sin sentimiento quedaba al lado al Rey, por no poder lograr la dicha de acompañar al venerable Peñalva y á su religioso coadjutor, emprendieron el camino por los dominios de los moros andaluces hasta que llegaron al puerto, venciendo en tierra toda clase de peligros y desafiando otros no ménos terribles en el mar; pero el Señor, que los dirigia, y su santo ángel, que los guardaba, conservó ilesas sus vidas, aunque padecieron muchos malos tratamientos. Sufriendo toda clase de oprobios, golpes y hasta heridas, que toleraron con invicta paciencia, dando bien por mal, á imitacion de nuestro Divino Redentor llegaron á Marruecos, donde vieron las miserias que padecian los desgraciados cautivos por la severidad de sus dueños. Animados por superior inspiracion, comenzaron los siervos de Dios á ejercitar la caridad con consuelos, dándoles palabras de esperanza para que llevasen con conformidad sus trabajos, con firme confianza en Dios de que los sacaria con crecidos aumentos de sus desgracias. Exhortábanlos al servicio del Señor y á observar sus preceptos para merecer la virtud de la paciencia y que la Divina Providencia dirigiese sus pasos. Administráronles los santos sacramentos, con que se fortalecieron sus espíritus. Asistian á los enfermos con medicinas y el competente alimento, en cuanto lo permitia su infeliz estado, para recuperar la salud y recobrar las fuerzas. Copiosos y coronados frutos cogieron los ministros de Dios en tierra tan árida y seca. Empezaron á tratar del rescate de los esclavos, á quienes no querian poner en libertad sino por grandes cantidades; pero la gran paciencia de los siervos de Dios y la dulzura de sus palabras, quiso el que los concedieran, aunque á precios muy elevados, pero no tanto como manifestaron al principio y daba á entender su porfiada obstinacion. Trescientos fueron los en aquella ocasion rescatados, sin otros muchos que se cambiaron por moros y turcos de distincion que se habian hecho prisioneros en el campo ántes de la batalla de las Navas de Tolosa, y durante esta, cuando vencido ya el enemigo se siguió hasta conseguir por completo la victoria. Con tan glorioso triunfo, obtenido por la caridad, salieron de Marruecos los siervos de Dios y llegaron á tierra de cristianos despues de haber vencido no pocos peligros dieron todos gracias á Dios por tan grandes beneficios, y el redentor Peñalva les hizo una fervorosa exhortacion para que agradecidos á las finezas que habia usado con ellos el Padre de las misericordias, amasen la virtud sin apartarse en nada del servicio de Dios y de los caminos que conducen á la eternidad. Dióles despues de esto su bendicion y una buena limosna para

que pudiesen llegar á sus casas, logrando el descanso de sus muchas fatigas y padecimientos. Contento el V. Peñalva de haber hecho este servicio al Señor, volvió á Burgos, donde dió cuenta al rey D. Alonso de todo lo que le habia acaecido en su viaje, quien estimó sus servicios mirándolos como hechos á su propia corona, por lo que hizo numerosas mercedes á la órden de la Trinidad, que como anteriormente protegió cada vez más desde entónces. Consagróse despues al gobierno de su provincia, que fomentó mucho en lo espiritual y temporal, gracias á sus cuidados y desvelos. Consagróse especialmente á la recoleccion de limosnas y exacta separacion de la tercera parte de las rentas para que los desgraciados cautivos lograsen la libertad: dió tambien ejemplo á todos sus súbditos de la práctica de todas las virtudes, oracion fervorosa, frecuente y muy elevada, puntual observancia de su santa regla, animando á todos á sujetar las pasiones á la razon por medio de rigorosas penitencias y continuas mortificaciones. Su alma adornada de la caridad y demás virtudes, no tardó en ser llamada á participar del fruto de las buenas obras. En Segovia, dice el *Agiologio lusitano*, le alcanzó la última enfermedad: recibió con gran ternura y amor los santos sacramentos, dando muchos ejemplos de devocion á sus amados hijos. Invocando el patrocinio de María Santísima, y de otros muchos santos devotos suyos, entregó al Señor su espíritu el dia 28 de Marzo de 1233, segun el maestro Figueras, aunque la crónica añade: «Pero si bien se atiende no falleció este »año, sino que falleció en tiempo de nuestro santo general Fr. Nicolás Ga»llo. Pero haciendo más ceñidos los cómputos, gobernándome por instru»mentos auténticos, tengo para mí que ha habido engaño en ponerse en »tiempo del beato Nicolás lo que sucedió en tiempo de S. Guillermo Escoto, »porque en el oficio de provincial ó vicario general, que entónces era una »misma cosa y era vitalicio, el que sucedió al V. Peñalva en este gobierno »fué el V. P. Fr. Bernardo Saniano, y lo era ya años ántes del 1219, en que »pasó de este mundo al cielo.» Cardoso supone que todos los primeros trinitarios fueron portugueses, incluyendo en este número á S. Juan de Mata; pero ya le han corregido muchos autores de esta manía muy propia de su época y nacion, por lo que no trascribiremos lo que sobre este punto han manifestado diferentes autores.—S. B.

PEÑARANDA (P. Fr. Diego), religioso agustino. Nació en Madrid en 1.° de Noviembre de 1606, de una familia tan antigua como distinguida. Amante de la soledad del claustro, tomó el hábito de los ermitaños de S. Agustin en el convento de S. Felipe el Real en 8 de Junio de 1629, y profesó en igual mes al año siguiente. Fué muy laborioso y aplicado, por cuyo motivo mereció ser elegido prior del convento de Salamanca. Distinguióse mucho como orador sagrado, y despues de haber dado inequí-

vocas muestras de su virtud y ciencia, falleció siendo predicador jubilado del convento de Madrid en 1682 á la edad de setenta y seis años. Escribió y publicó las obras siguientes: 1.° *República cristiana y perfecta en la prodigiosa vida de Sto. Tomás de Villanueva.* Esta obra se guardaba en un manuscrito en fólio con las licencias y privilegios necesarios para imprimirse, firmados por la reina gobernadora Doña Mariana de Austria en el año 1670.—2.° Continuó un libro titulado: *Gaceta y nuevas de la corte de España*, que escribió desde el año 1600 en adelante, su tio D. Gerónimo Gascon y Torquemada, secretario del Rey, hasta su fallecimiento ocurrido en 1627. Prosiguióle despues por espacio de catorce años su hijo D. Gerónimo hasta 1651, desde cuya época le prosiguió nuestro Fr. Diego. Por desgracia no llegaron á ver la luz pública ninguna de estas dos obras, y se ignora el paradero de la segunda, que es un manuscrito en fólio, que se guardaba en el archivo de S. Felipe el Real, aunque es presumible se encuentre en la Biblioteca Nacional entre los libros de los conventos.—S. B.

PEÑARANDA (Fr. Juan), religioso mercenario. Maestro en su Orden, la que en 1565 le nombró provincial de Castilla en el capítulo general celebrado por esta provincia y la de Andalucía en el convento de Sta. Catalina de Toledo, parece que además de por su ilustre sangre, esmaltó é ilustró su vida y religion toda, no solo con sus letras, sino tambien con su modestia y observancia y su prudente sagacidad, lo que le hizo amar y respetar de los monarcas de su época hasta el extremo que los reyes D. Cárlos I, emperador de Alemania, al fin de su vida y durante su retiro en Yuste, y Felipe II siendo todavía príncipe y en los primeros años de su reinado, le encomendaron los negocios más importantes que hubo en aquella época en sus estados. Su buen comportamiento y celo en el real servicio le valieron ser consultado para dignidades más elevadas, ignorándose el motivo por que no llegó á conseguirlas; pues un autor contemporáneo, refiriéndose á este punto, únicamente dice: *Fuit sane majoris et altioris dignitatis meritissimus*; lo que sin duda se refiere á la muerte de este religioso, que debió sorprenderle cuando más halagüeña le sonreia la esperanza, brindándole con un brillante porvenir, puesto que su memoria cesa en los primeros años del reinado de Felipe II.—S. B.

PEÑARANDA (D. Pedro), obispo de Murcia. Fué tesorero del rey Don Alonso, y edificó en la mezquita la iglesia catedral de esta ciudad: haciendo nuevos el coro, el claustro y la torre del campanario, donde puso la campana grande llamada de la señal. En el campo de Soria edificó una torre que llevó por largo tiempo el nombre del obispo, y sirvió de guarda contra los moros fronterizos, porque esta fortaleza se hallaba efectivamente en la frontera. Le sucedió D. Pedro de Toledo.—S. B.

PEÑAROLI (V. Torcuato), doctor en ambos derechos, y arcipreste de la catedral de Pipema, diócesis unida en la actualidad á la de Terracina. Fué por sus grandes méritos y vastos conocimientos elegido obispo de diferentes iglesias, á cuya dignidad se negó siempre á ascender por su grande humildad. Murió en Roma con grande opinion de santidad, y fué enterrado en la iglesia de S. Juan de los Florentinos. —S. B.

PEPIN de Landen (S.). Dice Moreri en su gran *Diccionario histórico* con relacion á los *Anales de Metz* de Antonino, á la *Historia de Francia* por Duchesne, y á Baillet en la *Historia de los Santos*, que este bienaventurado fué hijo de Carloman y nieto de Cárlos, conde de Hesbaye, en el país de Lieja. Que partió la autoridad soberana con S. Arnaldo, duque de Austrasia, bajo el reinado de Dagoberto, que fué mayordomo despues del palacio de Sigeberto; que casó con Ista, llamada Iduberga en los *Anales de Metz*, la cual fué hermana de Modoal, obispo de Treves, y que de ella tuvo á Grimoald, que le sucedió en la mayordomía y que quiso hacer coronar á su hijo Childeberto despues de la muerte de Sigeberto, rey de Austrasia. Añade que Clavis II castigó con la muerte á Grimoald y á su hijo; que Pepin tuvo además dos hijas, que fueron: Begge, mujer de Anchises, padre de Pepin el Grueso ó de Heristel, y Sta. Gertrudis, abadesa y fundadora en union de su madre Ista, del célebre monasterio de Nivelle; y en fin, que Pepin murió el 21 de Febrero del año 640 de nuestra era á la edad de cuarenta años, y que en los Países Bajos se le venera como santo. Ampliaremos nosotros estas noticias valiéndonos para ello de autoridades belgas, y muy especialmente nos apoyaremos en lo que sobre este particular nos dice Mr. J. B. Dufan en su *Agiografía Belga*, publicada en una bella edicion en 8.° con láminas, en Bruselas en estos últimos años, en la Biblioteca Nacional, compuesta de libros escogidos, que se publica subvencionada por el gobierno. En las letanías históricas de los Santos de la Bélgica que da el erudito y sabio Félix Bogaerts, secretario perpétuo de la Academia de Arqueología de Bélgica, miembro corresponsal de la Academia Española de Arqueología y Geografía de Madrid, que tuvo el honor de fundar en 1837 el que escribe este artículo, é individuo de la mayor parte de las sociedades de este género en Europa, en su preciosa obrita, escrita en francés, titulada *Historia del culto de los Santos en Bélgica presentado como elemento social*, la cual publicó en 8.° en Amberes en 1848; en estas letanías, repetimos, hallamos á S. Pepin de Landen, del que se dice: «Bienaventurado Pepin de Landen, al que tan »justamente se ha llamado el patriarca de Brabante por los grandes servicios »que tanto vos como vuestros hijos han hecho al cristianismo en esta parte »de la Bélgica, orad por nosotros.» Parécenos del caso decir que Landen es una pequeña ciudad de la Hesbaie, en la provincia de Lieja, en la que al-

gunos vestigios de sus antiguas murallas manifiestan que tuvo mayor importancia en otros tiempos. Al principio del siglo VII Landen era el nombre de una de esas opulentas quintas ó alquerías, morada habitual de los señores austrasianos y áun de los reyes de la primera raza. La sencillez que reinaba en estas moradas campestres, contrastaba con una verdadera grandeza. Cien veces más opulentos estos reyes que los Alcinous y los Evandros, tenian por jardin algunas fanegas de tierra , cuyo cultivo poco esmerado mezclaba las legumbres alimenticias con las rosas, los romeros, lilas y las amapolas, siendo sus agricultores, jardineros y hortelanos los mismos reyes, y los adornos más suntuosos de estas reales solitarias estancias algunos manzanos y cerezos, el níspero, que es el árbol frutal más antiguo de las Galias, tal cual parra é higuera, y un arroyuelo que se deslizaba entre las piedras, por las que entretejia sus ramas la hiedra y que marchaba con dulce murmullo oculto por las floridas plantas. Toda la parte de Bélgica, que comprendia el reino de Austrasia, estaba cubierto de quintas reales ó señoriales de este género, siendo las del país de Lieja las más considerables, y entre ellas la más rica la de Landen. Pepin, del que nos ocupamos, era el señor de esta tierra, que gobernaba con el título de duque de Brabante, de cuyo orígen no estan muy acordes los autores. ¿Habia salido, pregunta Dufan, de una familia romana trasplantada por la victoria al suelo de la Bélgica? ¿Venia de la Germania, de donde habia partido la nacion de los Francos, ó descendia de las antiguas razas del mismo país? Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que la Francia y la Bélgica pueden de concierto gloriarse con tan ilustre nombre. La Bélgica fué la cuna de Pepin de Landen, y si ella no fué la de sus ascendientes, plantado este vigoroso gérmen en esta fértil tierra, semejante á la semilla del Evangelio, llegó á ser un soberbio árbol en que las flores de todas las virtudes y los frutos de la más perfecta santidad embellecieron y cargaron su copudo, vasto y robusto ramaje. Entre sus largas hojas, muestra de su fuerza, brillan la espada de Pepin de Herstal y el hacha de Cárlos Martel, coronándose su copa orgullosa con la diadema de Carlomagno. Pepin de Landen, que empieza esta gloriosa série de grandes santos y de grandes reyes, disfrutaba por herencia de sus padres y por la munificencia de sus soberanos inmensos dominios en la parte de Bélgica que se llamó Brabante algunos siglos despues. En el siglo VII presentó ya este país el aspecto de un jardin admirablemente cultivado y abundante en toda clase de frutos; pero las costumbres de los habitantes contrastaban con la dulzura del suelo. S. Bonifacio dice sobre este particular en la vida de S. Livinio. «Cuando entró el santo Pontífice en este país para llevar á él la salva»cion, no pudo ménos de admirar la extension de su belleza. Todo allí era »agradable, la bondad del Señor hacia de este país una tierra de leche y de

»miel, por la variedad y la abundancia de las cosechas y de los frutos. Los »habitantes correspondian á la riqueza y esplendor del suelo, con la elegan»cia y belleza del cuerpo, su exquisito gusto en los trajes, y la pulidez de su »lenguaje y de sus costumbres. Hombres de gran corazon, excelentes guerre»ros y tan adelantados como era posible en los ejercicios civiles y militares »de la época, no podia exigírseles mayor perfeccion en esta parte. Pero en »desquite, segun la expresion del salmista, parecian al caballo y al mulo, »al que faltándole la inteligencia, necesita que se emplee el freno y el boca»do para domarle. Entregados á infernales instintos violaban la ley de Dios »y manchaban sus almas con adulterios, robos, perjurios y homicidios, »viéndoseles como perros feroces excitados por la rabia, destrozarse entre »sí, robarse los unos á los otros y asesinarse con el mayor frenesí.» Cuadro tal vez exagerado algun tanto, que se refiere especialmente á los pueblos del Brabante, que habia hácia la frontera de Flandes del lado de Gante, que fué á los que evangelizó S. Livicio. Acerquemos este cuadro, dice Dufan, al actual estado de este país y admiraremos, bendiciéndole, el milagro de la religion, que ha hecho que desaparezcan tan salvajes costumbres. «¡Qué »vengan, exclama con este motivo un sabio y religioso crítico; que vengan »estos filósofos que se constituyen reformadores del género humano, y que »nos señalen, no diré ya un pueblo, sino una sola familia que por solo sus »preceptos se haya purgado de tantos vicios y de tan enormes crímenes! Y »pues que esta obra es superior á sus fuerzas, cesen, de atacar los pre»ceptos del cristianismo y de presentar como hombres inútiles y áun de »dañosos á los estados á los que predican al pueblo tan pura doctrina.» La autoridad de Pepin de Landen se extendia áun más allá de sus inmensas posesiones. Gracias á sus virtudes y servicios puede decirse ejercia el soberano poder en todo el reino de Austrasia. Segun los *Anales de Metz* gobernaba todos los pueblos situados desde la selva Charbonniere y la Mense hasta las fronteras de los Frisones; es decir, toda la Bélgica actual, á excepcion de la Flandes, y toda la Holanda exceptuando la Frisia. Pretenden algunos autores que Pepin fué el primer alcalde del palacio de Austrasia, lo cual niega Bolando; pero si no fué así, no cabe duda de que fué en esta época precisamente en la que estos oficiales, encargados primero de la administracion, empezaron á extender su autoridad y acabaron por dominar á sus soberanos. El poder de los alcaldes de palacio, dice Dufan, fué el resultado del de los nobles. El alcalde fué el gobernador de la casa Real y el juez de los criados del Rey y de los de los señores. En la Austrasia el que obtenia este empleo era elegido é impuesto al Rey por eleccion de la nobleza; en Borgoña y en Neustria era elegido por el Rey. Admitido que fuese el alcalde á la intimidad real, distribuia las gracias y los beneficios, y sostenido por aquellos á

quienes favorecia llegaba á apoderarse de todo el gobierno. De este modo se explica la larga série de reyes holgazanes en los que se ha pretendido ver la vergüenza y degradacion de la raza merovingiense; pero que en realidad su pereza no era otra cosa que una involuntaria esclavitud bajo el despotismo de un poderoso visir. Atribúyese generalmente con razon á los alcaldes de palacio la ruina del reino de Austrasia, pues que fieles á su orígen y dóciles instrumentos de los señores, llegó su audacia hasta el punto de que desapareciese en la monarquia el nombre de rey, al que llegaron á tener bajo su dependencia, no permitiéndole gobernar, segun Gaillardin. Esta ambicion estuvo muy léjos del corazon de Pepin, y fué tan poco celoso de su autoridad, que se asoció al gobierno para el mayor acierto á otros eminentes personajes, como lo fueron S. Arnaldo, obispo de Metz, y despues de éste S. Cuniberto, obispo de Colonia. Gobernó Pepin la Austrasia bajo los tres reinados de Clotario II, Dagoberto I y Sigeberto II, y gracias á sus consejos, abandonando el hijo de Fredegunda las ideas sangrientas de su madre, coronó con la dulzura y la equidad, un reinado comenzado con la injusticia y la violencia, debiendo á Arnaldo y Pepin la sumision de los señores de Austrasia despues de la muerte de los nietos de Bruneault, servicio que valió á Pepin la confianza de su soberano, que le mandó á la Francia oriental con su hijo Dagoberto para que le instituyese rey de Austrasia y dirigiese su juventud en cualidad de alcalde de palacio. Aplicóse desde luego Pepin á embellecer el corazon de su augusto discípulo con las más excelentes virtùdes, inculcándole el temor de Dios y el amor á la justicia conforme lo exige la santa ley del Evangelio. La direccion de Pepin llegó á ser aún más preciosa al jóven rey de Austrasia Dagoberto, cuando la muerte de su padre colocó sobre su cabeza las tres coronas. Las astucias de Brunulfo, hermano de la reina Sichilda, que queria reivindicar la Neustria para su sobrino Chariberto, fueron sofocadas, y la dulzura y la equidad de su gobierno acabaron de ganar al discípulo de Pepin á los señores de Neustria y de Borgoña. En fin, cautivó el amor del pueblo y de los grandes, y gracias al cuidado y virtudes de su sabio consejero, el reinado de Dagoberto eclipsó con su esplendor y celebridad á los reinados anteriores, conquistándose los elogios y la admiracion universal. Desgraciadamente, al cabo de algunos años prefirió Dagoberto vivir en la Neustria en donde ménos intratables los señores que los de Austrasia, le dejaron llenar con sus despojos el tesoro real. Separado desde entónces de los sabios consejeros de su juventud, este príncipe á quien comparan con justicia los autores á Salomon, manchó el final de su reinado con toda especie de desórdenes que recordaron la barbarie de los primeros merovingienses. La avaricia y el amor á las mujeres cerraron sus oidos á los consejos de la prudencia y de la justicia. Arrebató para sí hasta los tesoros

de las iglesias que él mismo habia dotado. La magnificencia de Dagoberto, dice Gaillardin, ha ilusionado algun tanto los acontecimientos de su reinado. La fundacion de numerosos conventos, la basilica de S. Dionisio ricamente dotada de tierras y de privilegios, las preciosas obras del platero S. Eloy, despues obispo de Noyon, un trono de oro macizo, la habilidad de Ega, alcalde de Neustria, y del referendario S. Onen, han disimulado con aparente gloria la decadencia que ya nadie podia detener. Mucho sufrió el corazon de Pepin al ver el cambio de un príncipe á quien habia amado como á un hijo y al que habia augurado un fin más feliz. Fué Pepin á ver al rey á París, y recordándole la felicidad del principio de su reinado, le suplicó no oscureciese su gloria afligiendo á las gentes honradas, cediendo á pérfidos consejos y á indignas debilidades. Si bien el Rey recibió sin ofenderse y hasta con gusto las reprensiones de su maestro, no se enmendó, de manera que el viaje del alcalde de Austrasia, solo sirvió para que se conociese su buen deseo y resaltase más y más su fidelidad. Los señores de Austrasia, que se habian sometido con disgusto al cetro de Dagoberto, temiendo sufrir tambien las vejaciones que los de Neustria, se aprovecharon contra el Rey de su propio peligro: en una guerra contra los eslavos, se dejaron batir con el objeto de salvarse en desórden, y quitándose por último la máscara, pidieron al Rey fuese á residir entre ellos si queria que le tuviesen por su rey. Tenia á la sazon Dagoberto un hijo de tres años llamado Sigeberto, y Pepin, á quien el aborrecimiento de sus enemigos no habia podido separar del trono, se habia apoderado de este niño desde su nacimiento haciéndole llevar á la corte de su tio el duque de Aquitania. Viendo Dagoberto que la Austrasia se le escapaba de las manos, pues pretendia emanciparse de su poder, cedió por fin á las súplicas de Pepin y de los prelados. Partió Pepin con el jóven príncipe á la Austrasia; y confiándole al cuidado de S. Cuniberto, arzobispo de Colonia, y del duque Adalgiso, tomó él el cargo del gobierno y de la guerra, y no tardó en restablecer el órden en el interior y la seguridad exterior. A la muerte de Dagoberto, reclamó y obtuvo la mitad de los tesoros de este Rey, que habian quedado en poder del jóven Clavis, rey de Neustria, y de su madre Nanthilda, y este fué el último servicio que hizo este gran hombre á su soberano y á su país, pues que murió el 21 de Febrero del año 640 de nuestra era. Su muerte causó en el reino un duelo universal, y Sigeberto perdió en él un padre, un buen ministro y un verdadero amigo. Sucedió al glorioso Pepin en su gobierno y estados su hijo Grimoaldo; pero su ambicion le hizo indigno de tal padre. No sucedió esto con los demás miembros de la familia del santo patriarca, pues que todos siguieron marchando por el camino que éste les dejó trazado. Su esposa Sta. Itta y sus dos hijas Begge y Sta. Gertrudis, fueron gloriosas sucesoras de aquel que tantos

beneficios hiciera á los pueblos de la Bélgica, y por sus virtudes y ejemplo la religion católica se esparció por este país, que llegó á su estado más floreciente. De esta familia de santos han salido otros santos y héroes con que se enriquece el cristianismo; y cuyas piadosas fundaciones y victorias han edificado y salvado á la cristiandad en Bélgica; y áun pudiera decirse en toda la Europa. Embalsamado el cuerpo de Pepin en su país de Landen, fué llevado á Nivelles, en donde descansa al lado de sus santas esposa é hija. La vida de estas dos santas, así como la de otros personajes, puede consultarse en la *Vida del gran apóstol de la Bélgica, S. Amando*. Recuerda la santa Iglesia católica á este bienaventurado el dia 21 de Enero, segun se dice en algunos Martirologios y Santorales, pero los belgas lo hacen el 21 de Febrero, aniversario de su glorioso tránsito, celebrando su fiesta con gran ostentacion, pues que este patriarca con S. Arnaldo son los protectores celestiales de los católicos de aquel país, que fué santificado por sus virtudes. — B. C.

PEPIN (Guillermo). Hijo de unos pobres de la diócesis de Evreux; tomó el hábito muy jóven todavía en la órden de PP. Predicadores ó de Sto. Domingo, y siguiendo con éxito sus estudios, se puso en disposicion de poder recibir la borla de doctor en la facultad de teología en la universidad de París, el año 1500. El año 1504 fué nombrado prior de su convento de Evreux, despues de haber hecho entrar á sus religiosos en la congregacion de Holanda muy célebre en aquella época por la regularidad y buenas costumbres en que vivian los congregados. Ha quedado de este buen religioso un *Comentario sobre el Génesis*, y otro *sobre el Exodo*, impreso en París en 8.°, en 1534. — *Un Tratado de la confesion*, y gran número de *Sermones* que se imprimieron en 8.° en París, en 1528 y en 1541. Despues de haber adquirido una gran reputacion como predicador, murió en su convento de Evreux el 18 de Enero de 1533, como lo declara Echard en su obra *sobre los escritores de la Orden Dominicana*. — C.

PEPOLI (Gui). Hijo este cardenal de la santa Iglesia católica del conde Cornelio Pepoli de Bolonia, fué referendario del pontífice Gregorio XIII de ambas signaturas, y despues protonotario y capellan de la cámara papal. Sixto V le nombró tesorero de la Santa Sede, y en 1589 le creó cardenal. Clemente VIII, conocedor tambien de su capacidad, le nombró en 1595 gobernador de Tiboli, en cuyo destino murió el año de 1599, á los treinta y nueve años de edad, segun Justiniani en su *Historia de los gobernadores de Tiboli*. — C.

PEPOLI (Fr. Nicolás de), franciscano. Era natural de Italia, y créese muy fundadamente que de la ciudad de Asis, puesto que en ella recibió el hábito de la Seráfica Orden á los pocos años de haber sido fundada. Pertenecia á una familia que se hacia notar en la ciudad por su nobleza y su for-

tuna, y habia cursado la jurisprudencia con notable aprovechamiento. Mas habiendo contraido estrecha amistad con Fr. Bernardo de Quintabal, aquel esclarecido varon que tuvo la honra de ser el primer discípulo del santo fundador, y excitado con los saludables ejemplos que en él notaba, renunció á la brillante fortuna y distinguida posicion que en el mundo tenia, y habiendo abandonado todas sus pompas y vanidades, entró en la humilde Compañía de los Menores, donde se esmeró en practicar los ejercicios de la más acrisolada virtud y de las más asperísimas penitencias. Desempeñó varios cargos en la Orden, y murió siendo guardian en un convento de Italia, que ilustró con sus virtudes y sus milagros, por lo cual la Orden honró su memoria colocándole en el número de sus santos, y conmemorándole en el dia 1.° de Mayo, que fué el de su fallecimiento. — M. B.

PEQUIGNI (Bernardino de). Este religioso capuchino, llamado Piconio, nació en Pequigni de Picardía en 1633. Inclinado á la vida del claustro, tomó el hábito de capuchino en 1649 en el convento de su país, en donde profesó mucho tiempo la teología como aparece de sus obras, de las cuales es una la *Triple exposicion en latin de las epístolas de S. Pablo*, publicada en 1703, y muy estimada por todos los prelados de Francia, por los teólogos y por toda la Iglesia; diciendo de ella en alabanza de su autor el papa Clemente XI, que pocas personas habian entendido y comprendido tan perfectamente como él el espíritu de S. Pablo. El P. Bernardino publicó un *Compendio de sus obras*, en Paris el año 1706, en tres volúmenes en 12.° Murió este religioso en Paris el 9 de Diciembre de 1709, á la edad de setenta y seis años, llevando sesenta en la Orden, al terminar un *Comentario sobre los cuatro Evangelistas*, que por órden del Papa escribió, y cuya obra se publicó en 1726. Su *Exposicion sobre S. Pablo* se publicó otra vez en francés por el P. Abbeville en cuatro volúmenes en 1714. Dáse noticia de este sabio escritor en las *Memorias* de Trevoux, mes de Abril de 1710, y en la *Biblioteca de autores eclesiásticos* de Du Pin con relacion al siglo XVIII. — C.

PERA (Felipe), religioso dominico llamado así del arrabal de Constantinopla que lleva este nombre, donde habia nacido. Sus padres eran genoveses, y entró en 1525 en la órden de PP. Predicadores, donde trabajó con más gloria que fortuna en la reunion de la Iglesia griega á la latina. Conócesele por dos obras que no llegaron á ver la luz pública, aunque son dignas de la impresion segun se expresa el P. Echard en su *Biblioteca de la órden de Sto. Domingo*. La primera es un tratado *De Obedientia Ecclesiæ romanæ debita*, que se conservaba en Florencia, y en que refiere su autor las polémicas que sostuvo contra los griegos por espacio de veinticinco años consecutivos. Trata en el segundo *de la procesion del Espíritu Santo*, demostrando en él la mala fe de los griegos, que no han perdonado medio ni áun

los prohibidos, para sostener su opinion, adulterando las palabras y áun en alguna ocasion el texto de la Sagrada Escritura. De este tratado existia una copia en Francia en el célebre colegio de Navarra, pero el ejemplar de Florencia es mucho más extenso, y ambos adolecen del defecto de no haberse conservado los pasajes de los padres griegos más que en latin, no obstante que Felipe Pera puso en su obra al frente de la traduccion el texto original para demostrar su buena fe y la superioridad de las verdades que sostenia. — S. B.

PERA (Fr. Jorge), religioso franciscano natural del arrabal de Pera en Constantinopla, de donde tomó su nombre. Ignóranse las circunstancias de su familia, igualmente que si descendia de padres cristianos ó mahometanos, sabiéndose únicamente que tomó el hábito de la órden de S. Francisco en la provincia de Sto. Angelo, que pertenecia á Italia, donde se distinguió desde luego por sus virtudes y saber. Honráronle sus superiores con diferentes cargos, siendo uno de los maestros más acreditados que en su época tuvo su religion, no solo por sus conocimientos en las ciencias, sino tambien por su severa virtud en que se distinguió en extremo. Humilde y modesto, solo buscaba la mayor gloria de Dios en todas sus obras, huyendo de las vanidades mundanas, y procurando dirigir las criaturas hácia el Ser Supremo, único fin de su peregrinacion en la tierra. Así sus discípulos fueron en extremo aprovechados, teniendo algunos que llegaron á las primeras dignidades desde las cuales recordaban todavía con placer el nombre de su maestro. Jorge Pera á pesar de su avanzada edad continuaba aún entregado al estudio y á la oracion, procurando en ambos perfeccionar su alma y apartarla de los placeres de la tierra de que siempre huyó, buscando solo los celestiales, verdaderos goces propios solo de los hombres superiores. Refiérese que habiendo querido sacarle de su humilde celda para colocarle en un puesto digno de su edad y estudios, apénas lo supo, marchó al coro, y ocultándose en un oscuro rincon se puso á suplicar al Señor le librase de tan pesada carga. Buscáronle en vano por toda la casa, y cuando supieron el lugar donde estaba, admirados los religiosos al ver su humilde actitud y su afliccion, vinieron en concederle lo que les pedia, aunque á condicion de que nombrase sucesor. Hízolo así, y poco despues entregó su alma al Criador, dejando escrita la obra siguiente: *Quæstiones in Methaphisicam.*—S. B.

PERACHON, protestante de una de las familias más antiguas de la provincia de Lyon, oriundo del Piamonte, jurisconsulto que se distinguió en los foros de Grenoble y de Paris, fué diputado durante más de diez años de las iglesias protestantes de las provincias del Delfinado, Lyon y Francia por nombramiento de los sínodos, y publicó muchas obras reimpresas en

Francia y en Holanda. Célebre en muchas academias, y muy profundo en un gran número de ciencias, hablaba hasta diez idiomas, y habia viajado por todas las cortes de Europa. Despues de un largo exámen se convenció de la verdad del catolicismo, hizo abjuracion en Enero de 1686, y trabajó despues todos los dias en la conversion de los herejes: su abjuracion produjo otras muchas. Hizo para edificacion de los nuevamente convertidos la traduccion de los mejores himnos de la Iglesia. Murió como buen católico en 1700.—S. B.

PERADALTES (P. Mtro. Fr. Francisco), religioso mercenario, prior del convento de Barcelona, que gobernó la Orden por muerte del Rmo. Padre Mtro. general Fr. Antonio de Issasi, sin que nos hayan quedado otras noticias de aquel prelado.— S. B.

PERALES (Cristóbal Gonzalez de). Perteneció este hombre distinguido á la familia cisterciense, que tantos ha dado ya en la república de las letras, ya en la importante carrera de los santos, y que en todos sus hijos han reunido cuando ménos una moralidad muy regular, con una conveniencia bastante adecuada al objeto, profesion ó carrera para que los dedicaba. Escasas son las noticias que tenemos del P. Fr. Cristóbal Gonzalez de Perales, y tan escasas, que se reducen todas á decirnos que floreció en el monasterio de la Santísima Vírgen de Valbuena; y áun cuando de esta sola circunstancia podrian deducirse consecuencias que acreditarian mucho al religioso, la posibilidad de no ser exactos en nuestra narracion, ó el que se creyera estabamos más enterados de lo que lo estamos, y por consiguiente nuestras aseveraciones pudiendo hacer formar juicio fuesen acaso motivo para que alguno creyera lo que no habia sido, nos hacen contentarnos con decir que fué un buen religioso, que para demostrar su grande afecto al santo doctor de la Iglesia Bernardo, escribió su *Vida y milagros*, que se imprimió en 1661. No hemos podido tampoco hacernos con esta su única obra, y por consiguiente no entramos en su exámen; por lo cual nada más podemos decir acerca del P. Fr. Cristóbal Gonzalez de Perales, cisterciense.— G. R.

PERALTA (D. Alfonso de), arzobispo de las Charcas en América. Era natural de Arequipa, é hijo de Diego Peralta y de Doña María Robles, españoles ambos, ilustres por su nacimiento, que habian pasado á aquel país, enviado el primero con un elevado cargo, que ejerció hasta su muerte, quedando desde entónces, y mucho más despues de la elevacion de su hijo, establecida su familia en aquella region. Deseosos los padres de Peralta de darle una educacion propia de su elevada clase y de los destinos que estaba llamado á desempeñar, le enviaron á la Península á seguir su carrera literaria, lo que hizo en efecto, distinguiéndose mucho en el estudio de las leyes y cánones, que cursó en Salamanca con notable aprovechamiento, y captán-

dose el afecto de sus maestros y condiscípulos. Decidido ya entónces á abrazar la carrera eclesiastica, hízose tambien notable por su religiosidad y buenas costumbres, mereciendo al regresar á su pais que le agraciase S. M. con la dignidad de arcediano de la santa iglesia de Méjico, puesto que ocupó desempeñándole con mucho celo y acierto y con no poco provecho del bien espiritual y temporal de los fieles de aquella diócesis, que le amaban como á paisano y le veneraban como padre por sus continuos y buenos ejemplos. Nombrado poco despues inquisidor de aquel pais, en este nuevo puesto continuó mereciendo el afecto de sus súbditos, y haciéndose apreciar por esas condiciones propias del carácter sacerdotal en quien á esta carrera se ha consagrado por vocacion y con el deseo de sacrificarse por sus prójimos. Sus grandes méritos y sus notorias prendas influyeron sin duda en que fuese presentado posteriormente para la iglesia de las Charcas, ó del Rio de la Plata, silla que llegó á ocupar y gobernó por algunos años, brillando con nuevas virtudes, si caber podia en quien hasta entónces habia sido de ellas ejemplo. Despues de haber vivido en esta iglesia como buen pastor, murió en ella, dejando la mejor fama por su piadosa vida.— S. B.

PERALTA (Fr. Andrés de), religioso de la órden de S. Gerónimo del monasterio de S. Isidro de Sevilla, fué un monje muy celoso por la observancia de su regla, cuerdo, entendido y á quien respetaba y veneraba toda aquella casa por las prendas de virtud que en él resplandecian. Apreciábanle mucho los priores y el P. Fr. Francisco de Segovia, que lo habia sido de aquel convento, siendo ya general enviaba á decir al prior le visitasen de su parte, conservando siempre la memoria y aprecio de su santidad y buenas costumbres. No salió nunca de la celda, excepto á la iglesia ó á seguir la comunidad, y tampoco le vieron jamás salir del convento, ménos una vez que no pudo evitarlo. Constante en el empleo de estas y otras muchas virtudes religiosas, acabó la vida este siervo de Dios en la misma casa en que habia profesado.— S. B.

PERALTA (D. Arnao de), obispo de Valencia. Era natural del reino de Aragon, y gobernó esta santa Iglesia hasta el año 1240, en que fué trasladado á la de Zaragoza. En 1243 ó 44, ántes de su promocion, celebró un sínodo, que fué el primero que tuvo lugar en Valencia despues de su reconquista, pues Peralta fué su segundo obispo, en el que procuró seguir el ejemplo de sus mayores y dar vigor á la disciplina eclesiástica en aquella diócesis, objeto principal de la mencionada asamblea. Trasladado á la santa iglesia de Zaragoza despues de la muerte de D. Rodrigo de Ahones, en Noviembre de 1243, asistió al concilio provincial celebrado en Tarragona en tiempo de Benedicto, arzobispo de aquella ciudad en 1253, y no pudiendo asistir por si mismo, envió procuradores á otros dos, que se celebraron

en 1257 y 1266. En 1260, durante el gobierno de este prelado, fué martirizado por los judíos el niño de coro, conocido por S. Dominguito de Val, los que le crucificaron, haciéndole sufrir los mismos tormentos que padeció Cristo nuestro Señor en la pasion. Su cuerpo, encontrado milagrosamente, fué trasladado á la iglesia de la Seo, en que habia servido y donde se halla hoy en la capilla del Espíritu Santo, celebrándose su fiesta á 29 de Agosto, segun la pone Marieta en su *Catálogo de los Santos de España*. Este prelado era muy afecto á la disciplina y estado regular, por lo que dedicó la mayor parte de los diezmos de sus lugares á hacer habitaciones á los canónigos, que redujo al número de treinta. Tambien dejó dispuesto que se diese de comer todos los dias á doce pobres; costumbre que siguió por mucho tiempo. Murió en 1271, dejando dictadas otras disposiciones en beneficio de su diócesis y para fomento del culto divino. — S. B.

PERALTA (B. Berenguer de), confesor, canónigo y obispo electo de Lérida, su patria, aunque otros autores le suponen natural de Monzon. Hiciéronle acreedor sus méritos á que en la corta edad de quince años se le juzgase capaz de obtener una canongía en la referida catedral. Brilló tanto en este puesto, que habiendo vacado la mitra por fallecimiento del obispo don Guillermo Barberan, le eligió el clero unánimemente por su prelado; pero su grande humildad no pudo acomodarse nunca á aceptar honor tan alto, contentándose con ser administrador del obispado y el título de electo que le da su epitafio le tomó el mismo beato en la constitucion que hizo creando un notario para aquella Iglesia, cuyo documento publicó en 1299 el obispo D. Pedro del Rey en el *Libro de Constituciones*, fól. 38. Ignóranse las particularidades de su ejemplar vida; solo se sabe que pasó á la patria celestial rico de méritos y virtudes en 2 de Octubre de 1256, habiéndose desde entónces mantenido constante en aquella diócesis hasta nuestros tiempos la fama de su santidad. Asegúrase el singular prodigio de que determinando un obispo de Lérida registrar el sepulcro del santo canónigo, apénas lo abrió cuando salió de él gran copia de sangre; con lo que lleno el prelado de admiracion, espanto y reverencia, volvió á cerrarlo; y afirma Lanuza que hasta hoy dura para memoria de este suceso, á vista de todos, cuajada y seca su sangre en el exterior de dicho sepulcro. Refiérenlo tambien Diago, Finestres, Caparrós y los Bolandos, siguiendo todos la tradicion de Lérida. El P. Diago cita una escritura de concesion, hecha por el obispo y cabildo Ilerdense del convento de Dominicos de aquella ciudad, á 19 de Abril de 1249, y en ella firma nuestro Berenguer como canónigo: *Ego B. Peralta Ilerdens canonicus, subscribo, et hoc signum pono.* — El P. Vidal, en su *Diario dominicano*, apoyado en la autoridad del P. Diago, pretende que huyendo el B. Berenguer de los peligros del mundo renunció á la prebenda y profesó

en la órden de Sto. Domingo. Pero Ramirez Luque, siguiendo al P. Gomez de la Vega y otros autores dice: «Mas hácenme dificultad dos razones en »contra: una, que D. Vicente Blasco de Lanuza, escritor diligente de las co- »sas de Aragon, tratando, libro III. cap. XXI, de las de este santo, no dice »que haya sido religioso; y otra la circunstancia de que muriendo solo obis- »po electo tenga la iglesia catedral su cadáver, siendo más propio que la re- »ligion se quedase con prenda tan suya, por ningun título ajena, y sobre »manera apreciable.» Alega por su sentir el autor del *Diario* una escritura, sin expresar cuál sea, diciendo la halló Fr. Francisco Diago; pero él mismo confiesa que el año de 1249 gozaba todavía del canonicato, y así muriendo el de 56 parece corto tiempo para la mudanza de estado; y que el cabildo, siendo ya Berenguer religioso, le eligiese por obispo. Finestres, en su *Episcopal Ilerdense*, da por destituida de todo fundamento la pretension de Diago y Vidal de hacer dominico á nuestro Beato. El epitafio grabado en su tumba solo dice: *Anno 1256, sexto nonas Octobris, transitus Vener. Patris Domini Berengarii Peralta, hujus sanctæ sedis electi*; sin hacer mencion de tal estado religioso, siendo noticia tan propia de expresarse en semejante inscripcion. Tampoco lo menciona el general de los Servitas Felipe Ferrario, en su *Catálogo general de los Santos*, dia 2 de Octubre, cuyas palabras son estas: *Ilerdæ in Hispania B. Berengarii episcopi.* Y añade en las notas: *Migravit ex hac vita ann. MCCLVI electus, sed nondum consecratus episcopus. Illi ara erecta conspicitur in ecclesia Ilerdensi.* Los eruditos continuadores de las *Actas bolandistas* (Stilting, Suyskieu, Perier, Rye, Bue y Gesquier) no consultaron para tratar de nuestro Beato, sino á los cinco escritores dominicos Francisco Diago, Vicente Domenech, Juan Miguel Pio, Domingo María Marchese y Jacobo Lefon; por lo cual en el núm. 4 *Syllog.* escriben: *Quæ apud auctores jam citatos, de Berengario leguntur, paucis præstingo.* Y concluyen las noticias del Santo y de su profesion religiosa diciendo: *Sit igitur penes auctores dicti fides.* Con que su condescendencia en esta parte nada autoriza la opinion del monacato del B. Berenguer. Por lo que hace á su santidad y culto dice el ya citado P. Vega: «Su memoria ha sido siempre venerable, como »consta de un instrumento, su data á 2 de Diciembre de 1370, en que el »vicario general del obispo de Lérida D. Romeo concede licencia á D. Juan »de Peralta, canónigo de aquella iglesia, para que pueda dotar en ella cier- »ta capellanía sobre el altar ó sepulcro de S. Berengario. Este nombre le »adquirieron sus virtudes, cuya noticia ha ocultado el trascurso del tiem- »po. De tiempo inmemorial hay costumbre en aquella iglesia de que siempre »que se inciensa el altar mayor pasa el diácono á incensar el túmulo de San »Berenguer. Es, pues, constante que siempre se le ha reputado digno del tí- »tulo y honores de santo.» Acerca del título queda alegado el documento del

vicario general de Lérida, en que concede al canónigo Peralta, sobrino de Berenguer, licencia para que «pueda instituir y dotar en la referida iglesia »una capellanía sobre el altar y sepulcro de S. Berengario, obispo de Léri»da.» Finestres alega otros dos documentos: uno el libro intitulado *Beneficia*, donde al fól. 1164 se nota haber el Rmo. Juan de Peralta instituido el beneficio de la invencion de S. Miguel en el mes de Mayo *in basilica sancti Berengarii de Peralta, ad latus capellæ de Gralla, versus castrum regium.* Cuyo instrumento de ereccion dice haberse otorgado á 21 de Abril de 1382, y hallarse original en el armario T del archivo de la catedral. Otro es un libro del propio archivo, que contiene un antiguo calendario de las fiestas de santos y aniversarios de aquella iglesia, y en el de Juan de Peralta á 6 de Marzo dice: *Fiat absolutio coram sepulchro sancti Berengarii.* La puerta, en fin, que habia en aquella catedral contigua al sitio donde estaba el sepulcro del Beato se nombraba antiguamente *la puerta de S. Berenguer.* Nos lo asegura el P. Diago con la autoridad del notario Montañola en la certificacion que con fecha de 18 de Agosto de 1373 dió de la distribucion hecha á los canónigos y racioneros en la traslacion de unos huesos que estaban *in illo sarcophago, sive monumento, quod extat versus januam sancti Berengarii.* En cuanto á los honores ó culto que se le ha tributado, se sabe que su sepulcro estaba en lugar elevado en la antigua catedral, entre las capillas de Gralla y de Sta. Marta, sobre cuyo túmulo se veian pintados dos ángeles teniendo una mitra, cómo señalando que fué obra del cielo la eleccion de tan digno prelado. Este túmulo se incensaba, como nos dijo el P. Vega y mejor el citado Finestres, á quien hemos seguido para exponer las opiniones que reinan sobre la profesion religiosa de este ilustre español, á que unos suponen, como ya hemos visto, religioso, y otros clérigo, pudiéndose acaso conciliar muy bien ambas opiniones, si no temiesemos empeñarnos en una polémica que nos distraeria quizá demasiado de nuestro asunto. — S. B.

PERALTA (D. Diego de), obispo de Ciudad-Rodrigo, cuyas noticias son harto contradictorias, habiéndose sin duda equivocado los autores que de él se ocuparon, confundiéndole con otros de su mismo nombre y semejantes á él en cierto modo por sus circunstancias. Ignórase su patria y estudios, aunque se supone que debió seguir una brillante carrera y pertenecer á una familia noble y rica por los elevados cargos que sucesivamente desempeñó. En 1500 gobernaba la iglesia de Ciudad-Rodrigo, donde manifestó sus buenas cualidades como prelado, reformando las costumbres de su clero, haciendo diferentes fundaciones, y siendo sumamente caritativo y limosnero con los pobres. Elógiale con este motivo la historia de aquella Iglesia, donde dejó muy gratos recuerdos, aunque no la gobernó por mucho tiempo. Las noticias, sin embargo, que acerca de él tenemos desde esta época son en ex-

tremo contradictorias. Gonzalez Dávila dice que fué promovido poco despues al obispado de Pamplona, pero es probable le equivocase con un Don Diego Ramirez de Peralta que gobernó por la misma época la iglesia de Ciudad-Rodrigo, y fué positivamente promovido á la de Pamplona, lo que no podemos asegurar del obispo D. Diego Peralta, no obstante todas nuestras investigaciones. Si fué efectivamente obispo de Pamplona como dice Gonzalez Dávila, y parece afirmarlo la semejanza de apellido con el que hemos citado, se distinguió mucho en esta silla celebrando sínodos, visitando su diócesis, y tomando una parte muy activa en los asuntos políticos de su época, á lo que le obligaba su carácter de primer obispo de Navarra, reino á la sazon independiente, y no muy tranquilo por venir de antiguo trabajado por opuestos y difícilmente avenidos bandos. Ignórase la fecha de su fallecimiento. Gonzalez Dávila, historiador de las iglesias de Castilla, deja su vida en su promocion á la de Pamplona, y Fernandez Perez, que hizo la historia de los obispos de esta diócesis, tan poco fija la fecha de la muerte de este prelado, que repetimos tenemos fundamento para creer se halla confundido con otro de un nombre semejante.—S. B.

PERALTA (P. Francisco de), jesuita español, rector del colegio de los Ingleses en la ciudad de Sevilla. Escribió: *Historia de la muerte de Roberto Gaulerio y Tomás Egestonio alumno de este colegio*, la que refiere en español Diego de Yepes en su *Historia de la persecucion anglicana*, lib. VI, cap. IX, fólio 10.—S. B.

PERALTA (D.Gerónimo de Barrionuevo y). Fué este doctor hijo segundo, segun Baena en sus *Hijos de Madrid*, de D. Gabriel de Barrionuevo y Peralta, señor de esta casa en Madrid, y de Doña María Solier. Dedicado á la carrera de la Iglesia, su ciencia y virtud le valieron ser nombrado canónigo y arcediano de la santa iglesia de Osma, cuya diócesis gobernó en las vacantes de esta silla por muerte ó promocion de sus prelados. Además de ser tan limosnero que los pobres tenian en él un verdadero padre, fué muy afecto á sacar de las prisiones á los desvalidos, y así es que visitaba las cárceles con frecuencia, llevando siempre consuelos á los desventurados. En el santo sacrificio de la Misa guardaba la mayor circunspeccion, diciéndola con tal fervor, que edificaba á los que asistian á ella, y en fin, llegó á ser por su piedad, caridad y virtud modelo de sacerdotes. Segun lo que se ve por una relacion manuscrita del historiador de Madrid Gil Gonzalez Dávila, en Mayo del mismo año, vivia este piadoso eclesiástico el año 1627 con más de sesenta años de edad, cuya relacion escribió aquel para un señor que partió para Sicilia, en la que constan los eclesiásticos beneméritos que en aquel año tenia España, entre los que se coloca á Peralta como uno de los más esclarecidos y de los más notables en todos conceptos.—B. C.

PERALTA (P. Juan de), jesuita español, y segun todas las probabilidades, natural de Madrid, aunque no hacen mencion de ello los autores. Tomó la sotana de su instituto en el Colegio Imperial, pasando despues al noviciado de la Compañía en la Corte, donde hizo sus estudios, distinguiéndose durante toda su carrera. Su piedad le dió á conocer tanto ó más que sus conocimientos, y en efecto, fué uno de los varones más notables de su época, ya en el púlpito, donde subia con frecuencia administrando con abundancia y buen éxito la palabra divina á los fieles que le oian con gusto y se aprovechaban de sus lecciones, ya en el confesonario en que tambien era muy asiduo, habiendo conseguido por ambos medios diferentes conversiones. Era muy penitente, y solo lo severo de su regla le impidió entregarse á ciertas prácticas que ansiaba en su corazon, pero que no podia hacer por no faltar á los preceptos del grande Ignacio de Loyola. Sus superiores le nombraron para diferentes cargos; pero no sabemos aceptase ninguno, ya por modestia, ora porque él mismo se creia más útil consagrado á otra clase de ocupaciones. Dedicóse algun tiempo con muy buenos resultados á la enseñanza, pero hubo de abandonar esta tarea por falta de salud y por otras ocupaciones. En los últimos años de su vida solo se cuidó de la salvacion de su alma haciendo diferentes ejercicios en los que cada vez aumentaba más el rigor. Procuróse ponerle un correctivo en punto que tanto dañaba á su salud, y no podia ménos de venir á acabar con su vida, mas no le faltaron piadosas excusas para continuar en estos rigores propios de los primeros siglos de la Compañía, ó más bien de los antiguos anacoretas de la cristiana Tebaida. Lleno de años y de méritos murió al fin, dejando la mejor fama por su santidad y virtudes. Fué enterrado en la casa profesa, y Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Nova* le atribuye una obra titulada *La vida de Cristo*, que se conservaba en el noviciado.—S. B.

PERALTA (D. Fr. Juan de). Por el Sr. Amat, en su *Diccionario de escritores catalanes*, sabemos que fué este religioso el último de los abades claustrales de Monserrate, y obispo de Vich, y que falleció el año de 1504. Cita el expresado autor como obra del venerable abad la titulada *Missale secundum morem et consuetudinem Vicensis diœcesis*, cuya obra termina: *Finit Missale secundum almæ sedis Vicensis consuetudinem favore et licentia à reverendissimo Dño. Domino Joanne de Peralta, divina miseratione ejusdem sedis episcopo, castigatum, emendatum, necnon mira ante impressoria per Alemanos impressum in principalissima civitate Barchinona sub anno Dominici Incarnationis MCCCC nonagessimo sexto die vero XVI mensis Junii*. De esta obra hay un ejemplar en la Biblioteca episcopal.—C.

PERALTA (D. Fr. Juan), obispo de Zamora, religioso de la órden de San Gerónimo. Fué natural de Mendigorría, villa del reino de Navarra, siendo sus

padres Juan Martinez y Ursula de Peralta. Estudió humanidades y filosofía en Pamplona, y teología en Alcalá de Henares. Tomó el hábito en el convento de S. Lorenzo del Escorial en 13 de Febrero de 1585, y profesó en manos de Fr. Juan de Alaejos, prior de esta casa. Fué colegial en el ya citado de Alcalá, donde estudió teología, comenzando á predicar con universal aprobacion; tambien fué catedrático de artes y de vísperas de teología en el referido colegio. Electo en 1612 prior del monasterio de S. Lorenzo, gobernó aquella casa por espacio de siete años, aumentándola en lo espiritual y temporal. Felipe III le presentó para el obispado de la santa iglesia de Tuy, y electo ya, se halló presente á la muerte de este monarca. Le consagró en la capilla Real D. Fernando de Acebedo, obispo de Burgos, siendo asistentes los obispos de Badajoz y Mérida. Felipe IV le trasladó al obispado de Zamora, en que se distinguió promoviendo diferentes obras, en particular los sepulcros de S. Lorenzo y S. Atilano que casi reedificó de nuevo. De esta Iglesia fué promovido á la metropolitana de Zaragoza, en cuyo arzobispado, dando rienda suelta á la caridad que habia sido siempre su divisa, dió numerosas limosnas, y comenzó el convento de Capuchinas de aquella ciudad. Hallándose en la visita de su diócesis, enfermó en la villa de Mayna, donde cuando recibió el viático, levantadas las manos al cielo y con mucha devocion, dijo estas palabras: *Bendito seais, mi Señor, que ya se acabó para mí el tiempo de pecar y de ofenderos*, y despues de recibir el sacramento de la extremauncion con un crucifijo en las manos, dió su espíritu al Señor con muchos actos de contricion, al anochecer del dia 5 de Octubre del año 1629. Su cuerpo fué trasladado á Zaragoza, y se le dió sepultura en la Iglesia metropolitana en la capilla de nuestra Señora. — S. B.

PERALTA (D. Martin), obispo de Pamplona en 1427, en que asistió á las Córtes que celebró en este año la reina Doña Blanca. Duró treinta años su gobierno, los que si bien fueron abundantes en sucesos políticos, lo son harto escasos en los eclesiásticos, habiendo solo memoria de una constitucion que se formó en aquella época en 1435. Esta constitucion es la que llama Sandoval estatuto del ordinario, ú oracion canonical, que empieza: *Quoniam litterarum conservant apices*; en la que ordenó el prelado que cada canónigo tuviese diariamente para su sustento diez denarios ó reales y veinte el prior, que entónces se consideraba como una renta bastante pingüe. Tambien se sabe que en aquella época se unieron al monasterio de Roncesvalles varias parroquias de la diócesis de Pamplona, porque habian decaido tanto las rentas de aquella abadía, que necesitó este y otros donativos para continuar sosteniéndose. El obispo D. Martin Peralta murió en 12 de Abril de 1456, ocurriendo á consecuencia de su muerte algunas revueltas en el reino de Navarra sobre el nombramiento de su sucesor. — S. B.

PERALTA (V. Nicolás de), cura de la villa de Quesada, en el reino de Sevilla. Nació en 1704, y se distinguió mucho por su constancia y celo en el púlpito y confesonario, dirigiendo almas al cielo y encaminando muchas á la penitencia, ya por su infatigable y caritativa asistencia á los agonizantes, exponiéndose dia y noche como buen pastor á mil riesgos y contradicciones por evitar pecados y convertir pecadores: de todo lo cual sacó infinito fruto, y acopiando grandes méritos, edificó á todos. Era este párroco muy caritativo y penitente, y durante la carestía y epidemia del año 1734, empleó todos los medios que pudo para aliviar la suerte de sus semejantes, empeñando sus rentas, vendiendo sus muebles y saliendo por último á pedir limosna por las calles para socorro de los enfermos, asegurándose que más de mil personas debieron la vida á su extremada piedad y puntual asistencia. Habiendo enfermado en Madrid, no hallaron los médicos donde ponerle unos cáusticos segun se hallaba todo su cuerpo de llagado y macerado de los silicios y disciplinas. Falleció á 22 de Noviembre de 1735, á la edad de treinta y un años, siendo digno de más larga vida.—S. B.

PERALTA (Lic. D. Nicolás Alvarez). Sacerdote natural de Madrid, donde vió la luz primera en 1652. Su amor al estudio le animó á emprender una carrera literaria, la que siguió con distincion, recibiéndose de abogado de los Reales Consejos. No tardó en obtener diferentes cargos, siendo nombrado juez de la Real capilla de S. M. y juez *in Curia* del tribunal de la Nunciatura. En 6 de Junio de 1687 fué admitido en la venerable Congregacion de San Pedro, de sacerdotes naturales de Madrid, de la que por sus virtudes y conocimientos fué nombrado capellan mayor, cargo que desempeñó con no ménos acierto que los anteriores. El arzobispo de Toledo empleó sus talentos en otros destinos de no ménos consideracion, haciéndole en Noviembre de 1716 vicario de Madrid y su partido, visitador eclesiástico interino al año siguiente, y visitador general de la Corte y sus agregados; en 1720 ocupó todos estos puestos dando sólidas muestras de su virtud, hasta que vino á privarle de todos ellos su muerte acaecida en 29 de Enero de 1725. Celebráronse sus honras con grande ostentacion en 10 de Febrero, acudiendo un numeroso concurso que fué á rendir el último tributo al sacerdote á quien habia honrado por su saber y buenas cualidades. — S. B.

PERALTA (D. Sancho de), arzobispo de Zaragoza. Sucedió á su pariente D. Arnaldo de Peralta en 1271; los autores apénas le dan un año de vida, sin embargo de que se tienen algunos hechos suyos bastante notables que apénas tuvo tiempo para llevarlos á cabo en tan corto período. Pertenecia como su antecesor á la casa de los Peraltas de Zaragoza, ricos hombres de Aragon. Su nacimiento le brindaba un brillante porvenir, si hubiera querido seguir la carrera de las armas, mas prefirió los estudios y no le fué por

cierto contraria la suerte. Distinguióse desde su juventud entre los más aventajados, y mereció siempre el aprecio de sus maestros y condiscípulos. Dedicado á la carrera eclesiástica, aceptó esta vida con verdadera vocacion, haciéndose notar por sus virtudes y buenas costumbres. Canónigo de la Seo de Zaragoza, asistia constantemente al coro, pasaba largas horas en oracion y no faltaba á ninguna de las prácticas piadosas establecidas en aquella época en las iglesias catedrales, y que habiendo caido ya en desuso no dejaremos de referir cuando se nos presente ocasion oportuna, no haciéndolo ahora por no extender demasiado los límites de este artículo. Cuando por la muerte de D. Arnao fué elevado á la silla de Zaragoza, procuró D. Sancho seguir las huellas de su antecesor, trabajando en la reforma de las costumbres del clero, reuniendo sínodos y dando constituciones á propósito para tan loable objeto. Procuró que se cumpliesen los piadosos donativos de su antecesor, y quizá á sus esfuerzos se debió que muchos de ellos continuasen despues por muchos siglos como una costumbre inmemorial en la iglesia de Zaragoza. Su elevada posicion le obligó á tomar una parte bastante activa en los negocios políticos de su tiempo, y quizá á esto debió su inesperada muerte; pues cuando todos esperaban con fundamento una era de venturas, legítima consecuencia de gobierno tan acertado, falleció en Zaragoza, dejando un grato recuerdo en el corazon del clero y de todos sus diocesanos. —S. B.

PERALTA (Sebastian). Sacerdote valenciano que floreció á principios del siglo XVII, y de quien nos da Jimeno las siguientes noticias. Era muy inteligente en la astrología y publicó á principios de 1604 un juicio del año por el que hizo célebre su memoria. Decia en él estas palabras: «Este año »morirá un santo religioso no conocido, cuya santidad manifestará Dios por »muchos milagros, y en sus honras se hallarán muchos prelados y digni»dades;» y todo se vió cumplido, porque á los seis meses y medio, dia 14 de Julio, pasó á mejor vida el venerable y esclarecido siervo de Dios Fray Gaspar Bono, religioso mínimo, hijo de la ciudad y convento de Valencia, cuya beatificacion se obtuvo pocos años despues. Verificáronse en su muerte tan por completo las palabras referidas, que se creyeron más bien escritas por revelacion divina, que por la falible prudencia humana. Fr. Vicente Guillermo Gual, que escribió la *Vida del Beato Gaspar Bono*, dice que se las oyó él mismo á este padre, y que no dudando el siervo de Dios se cumplirian, exclamó levantando los ojos al cielo: «¡Oh buen Dios, y quien le conociese!» Y volviéndose á Fr. Vicente, muy léjos de pensar que podia ser él, añadió: «Sepa, oh P. Gual, que aunque hay muchos pecadores en esta ciudad, hay »tambien grandes siervos de Dios; y ¡ay de Valencia, si de ella faltasen los »justos! Y ay de mí, pecador miserable, qué sería de mí, si las oraciones »de los justos no me ayudasen.» Tales son las únicas noticias que tenemos de

este sacerdote; en cuanto á su obra, solo sabemos que llevaba el título siguiente: *Juicio sobre la conjuncion máxima que habrá al principio del año* 1604. Publicóse en Valencia en el mismo año, ignorándose la imprenta.—S. B.

PERALTA (P. Presentado Fr. Tomás de), religioso cisterciense, natural de la ciudad de Valladolid, tomó el hábito y profesó en el monasterio de Osera, distinguiéndose mucho por sus estudios y conocimientos en la diplomacia, tanto que el Mtro. Argaiz, benedictino, hizo de él el elogio siguiente: «Holgárame yo que hubiera en cada convento un Fr. Tomás de Peralta, cuya pluma es la caña que saca en público lo que estaba debajo de tantas llaves y con mucha honra.» Ignóranse las demás circunstancias de este religioso, que escribió una obra titulada: *Fundacion, antigüedad y progresos del imperial monasterio de nuestra Señora de Osera de la órden del Cister*; Madrid, por Melchor Alvarez, 1677, en 4.°—S. B.

PERALTA Y SERRATE (D. Antonio de). Nació en la Almolda, en la segunda mitad del siglo XVII. Terminados sus estudios se graduó de doctor en derecho, y obtuvo una beca en el colegio mayor de Santiago, donde regentó una cátedra con muy buenos resultados. En 19 de Enero de 1709 tomó posesion de una canongía de la metropolitana de Zaragoza, de cuya diócesis fué juez metropolitano y sinodal. Felipe V le nombró en 8 de Junio de 1711 canciller de competencias del reino de Aragon, cargo que sirvió hasta 1732 en que fué trasladado de auditor de la Sacra Rota Romana por la corona de Aragon, de cuyo tribunal llegó á ser subdecano. Murió en Madrid en 20 de Enero de 1746, siendo muy estimado por su piedad, sabiduría y justicia. Enterrósele en la iglesia de nuestra Señora de Monserrate en la capilla del Pilar, poniéndose en la lápida una inscripcion correspondiente á su mérito y circunstancias. Dejó escritos: 1.° *Algunas cartas y papeles propios para la historia de su tiempo*, los que parece llegaron á publicarse.—2.° *Decisiones de la Rota sobre diferentes asuntos*, de que se formó coleccion.—S. B.

PERALVO (Venerable Andrés), párroco y natural de la villa de Carcabuey, en el arzobispado de Córdoba. Nació en Marzo de 1645, siendo hijo de Antonio Peralvo, natural y cirujano titular de la ciudad de Lucena, y de Doña María del Aguila. Se ordenó de presbítero á título de una capellanía fundada en 1663 por su tio Antonio Fernandez Peralvo en la iglesia mayor de San Mateo de Lucena, habiendo sido su vida arreglada ántes y despues de entrar en el clero. Fué por algun tiempo director del beaterio de Carcabuey y le nombraron despues cura de aquella iglesia parroquial. En 1691 fundó en esta villa la Congregacion de Clérigos de S. Felipe Neri, señalándola fincas de sus propios bienes. Esta Congregacion fué el campo de su celo, cumpliendo con singular exactitud y mucho provecho de las almas las obligaciones de tan útil instituto. Habia traido años ántes á aquel pueblo un

padre de S. Felipe Neri á predicar una mision, con quien continuó en la iglesia del beaterio trabajando sin cesar en beneficio de los prójimos, de donde vino el orígen de la Congregacion del Oratorio. Puso tanto empeño en la instruccion de la doctrina cristiana y reforma de costumbres, que sostuvo á su costa un maestro de primeras letras para que las enseñase gratuitamente á los niños y tambien el catecismo, ayudándole á esta obra el venerable Padre con un hermano suyo y dos criados, que era toda su familia. Igual cuidado puso en la educacion de las niñas, teniéndolas maestra á sus expensas, en casa separada, que compró con este objeto, para que las instruyese en los rudimentos de la fe y obligaciones propias de su sexo. Estos cuidados no le distraian de sus deberes como eclesiástico y pastor celoso en la tarea del púlpito y confesonario y en los demás cargos de su ministerio parroquial. Desahogaba allí en gran parte la ardorosa caridad que inflamaba su corazon, y en que lo habia encendido su mucho trato con Dios en la continua oracion. Esta fué la escuela en que adquirió aquel conjunto de virtudes que le merecieron el concepto de varon santo con que fué honrada su memoria por sus contemporáneos. Tuvo extremada paciencia en tolerar las fuertes persecuciones que le movieron los envidiosos para impedir que fundára la Congregacion los que tanto probaron su fe, su celo y constancia. Ocultaba con un profundo secreto la austeridad y grandes penitencias de su vida mortificada; pero de ella dieron bastante testimonio las señales que se hallaron en su cuerpo, el cual se encontró macerado despues de su muerte. Ocupado, en fin, todo en promover la gloria de Dios y la salvacion de sus hermanos, le sorprendió la muerte en 11 de Octubre de 1702. Enterráronle en una sepultura de tierra en la iglesia del Oratorio, donde veinte años despues hallaron incorrupto su cadáver y su ropa interior y exterior. Trasladado á un nicho y cubierto bien de cal, llegó en 1748 la noticia de tan admirable incorrupcion al provisor de la abadía de Alcalá la Real, en cuya jurisdiccion se halla Carcabuey, donde está enterrado el venerable Peralvo, y mandó hacer informacion del suceso con visita secreta del venerable cadáver. Fué este un nuevo testimonio de la fama de santa vida y muerte de nuestro ilustre eclesiástico; pues se le encontró tan entero como la vez primera, poniéndole en pie y derecho sin deshacerse, espectáculo que admiró á cuantos le vieron entónces y despues, porque se conservó por mucho tiempo en el propio estado, tanto el cuerpo como el vestido, á pesar de ser éste de lana y llevar más de un siglo ya enterrado cuando su última exhumacion, habiendo pasado veinte años en la humedad de sepultura terriza y veintiseis cargado de cal: prodigio, dice Ramirez Luque, de quien tomamos estas noticias, que tiene pocos semejantes.—S. B.

PERALVO (Marta). Franciscana española de la Orden Tercera, natural

de Pozo Blanco, en Extremadura, se distinguió mucho por sus virtudes é insigne santidad. Murió en su patria el 4 de Agosto de 1689, dejando escrita su vida por órden de sus confesores, la que publicó el Rdo. P. Fr. Juan de Capistrano en Sevilla, imprenta de Tomás Lopez de Haro, 1689, en 4.º—S. B.

PERAMAS (P. José Manuel). Nació este religioso jesuita en Mataró, de una familia muy noble en el pais, el dia 17 de Marzo de 1732. Hizo sus estudios con el mayor éxito, y sintiéndose con una extraordinaria vocacion, se dedicó con fe al servicio de Dios, tomando con el mayor entusiasmo el hábito en la Compañía de Jesus. Abrasado, como dice el Sr. Amat, de celo por la extension de la fe, deseó y solicitó de sus superiores ir á las misiones de América, y concedido que le fué se embarcó para el Paraguay en 1755. Llegado á aquel punto, dominado entónces por los jesuitas españoles, trabajó con mucho celo, ya en la instruccion de los guayanos, ya en los demás graves cargos que se le confirieron. Murió este buen religioso en Faenza con gran piedad, edificando á todos los que le conocian, el dia 23 de Mayo de 1793, dejando las obras siguientes que acreditan su suficiencia. *Orationes quinque in laudem domini Ignatii Duarte et Quiros, Seminarii Monserratensis fundatoris Cordubæ Tucumanorum*; Córdoba de Tucuman, imprenta del Seminario Monserratense, en 4.º—*Adveniente Faventiam..... episcopo D. D. Dominico é Marchonibus Manciforte ad Urbis præsides SS. Sabinum et Petrum Damian. Antistites vota et gratulatio, Carmen epicum*; Faenza, 1787, en fólio.—*De vita et moribus sex sacerdotum Paraguaycorum*; en la misma ciudad, 1791.—*De vita et moribus tredecim virorum Paraguaycorum*; id., 1793. Obra póstuma, precedida de un *Compendio de la vida de Peramas*, escrita con pureza y elegante estilo por un jesuita que no da su nombre. A las vidas de los trece varones precede un excelente comentario de Peramas.—*De Administratione guaranica ad rempublicam Platoni*. Dejó preparados para la imprenta: un *escrito sobre la Eucaristía*, con notas, que cree el Sr. Amat son un poema titulado: *De sacro in novum Orbem invecto*, que consta de cuatro libros. Cuando estudiaba teología en el Paraguay, escribió por órden de sus superiores *las cartas anuales de la provincia*, cuyo órden y elegancia admiró Julio Condara, historiador de la Compañía de Jesus. En el tiempo que duró su navegacion á Europa, escribió una *Efemérides* curiosísima, en la que notó los lugares, los climas y todo lo principal que habia visto desde Córdoba de Tucuman hasta Faenza. En esta ciudad escribió su libro titulado: *Præsidium juventutis*, en el que se manifiesta haberse encomendado desde muy niño á los santos Gonzaga y Estanislao, y no podia ciertamente haber buscado mejores tutores en su juventud, quien tan virtuoso fué en ella y tan inclinado se hallaba al servicio de Dios en el claustro para

buscar por este camino la vida eterna, que es el fin á que debe dirigir el católico sus miras.—C.

PERANDREN (P. Francisco), jesuita, natural de Valencia. Entró en la Compañía de Jesus en 1625 á la edad de diez y seis años, é hizo tales progresos, que habiendo explicado filosofía con aprobacion de sus prelados, obtuvo una cátedra de teología moral en el colegio de Huesca, siendo trasladado despues á la de escolástica del colegio de S. Pablo, en su patria. Desempeñó los empleos de rector del referido colegio de Huesca, y despues en el de Alicante por nombramiento de sus superiores, muriendo por último en esta ciudad, despues de pronunciados los cuatro votos, el dia 7 de Setiembre de 1671. Publicó un libro para aumentar la devocion á la pasion de nuestro Señor Jesucristo, lleno de eruditos, fervorosos y tiernos discursos, con este título: *Lágrimas, gemidos y suspiros á la pasion, muerte y sepultura de Cristo crucificado;* Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, 1668, en 4.° Dedicó su autor esta obra á la ciudad de Alicante, y la imprimió por segunda vez el mismo Vilagrasa, mucho más aumentada, el año 1674.—S. B.

PERAT (D. Juan), canónigo de la Seo de Zaragoza, consultor de la Santa Inquisicion de Aragon y sabio jurisconsulto. Ejerció además los cargos de oficial eclesiástico principal y vicario general de la diócesis de Zaragoza, por el Ilmo. Sr. Arzobispo D. Pedro Apaolaza, quien estimó mucho su mérito y buenas cualidades. Vivió á mediados del siglo XVII y dejó escritas las siguientes obras: 1.ª *Tratado canónico legal sobre la autoridad y jurisdiccion que pertenece á la dignidad de abad consistorial del Real monasterio benedictino claustral de nuestra Señora de la O, estando en posesion de ella el legítimo provisto áun ántes de profesar*. Se imprimió en Zaragoza en 1653, en fólio, con las dudas que le propuso sobre este caso D. Pedro Aznar, abad de aquella real casa. Tiene este escrito 53 páginas, y se hallan adjuntos los dictámenes de varios profesores conformándose con su censura y elogiando su erudicion.—2.ª *Discurso por la inmunidad eclesiástica y cadáver de Pedro Sanchez, alias Jaque, extrañado, extraido de la iglesia parroquial de San Pablo de Zaragoza;* idem, 1653, de 46 páginas en fólio.—3.ª *Por el fiscal eclesiástico en la competencia sobre inmunidad eclesiástica de la iglesia parroquial de S. Pablo de Zaragoza, violada por la extraccion del cadáver de Pedro Sanchez, depositado en su puerta de Tramontana despues de ajusticiado;* idem, 1653, en fólio, de 53 páginas.—4.ª *Tercera defensa de dicha inmunidad por el referido hecho*; idem, 1653, en fólio. Latasa asegura que estos escritos son de lo mejor de lo mucho que se publicó con dicho motivo.—5.ª *Otros papeles eclesiásticos.*—S. B.

PERAN (Gabriel L. Calabre). Este religioso abate nació en Semur de Auxoix el año 1700, y falleció en su patria el de 1767. Este eclesiástico con-

tinuó las *Vidas de los hombres ilustres de Auvigny*, escribiendo desde el tomo XV al XXIII y otras varias obras. — A. C.

PERAULT (Raimundo). Nacido de una familia oscura, pasó á Paris á estudiar y lo hizo con muy grande provecho, tanto que por unánime consentimiento de sus maestros y como un testimonio de lo gratos que les habian sido sus desvelos, así como para ofrecerle un aliciente á que los continuase esperando, como no podian ménos, que habia de brillar, le concedieron la borla de doctor en sagrada teología con cierta ostentacion, con algun aparato, digámoslo así, y con el fin de despertar un poco su espíritu bueno, aplicado, como decimos, pero algo tímido y tal vez muy escrupuloso en el órden científico, pues no se atrevió nunca á hacer grandes trabajos ni á dar explicaciones ni lecciones, hasta que le obligó á ello indispensablemente la circunstancia de ser doctor y doctor nombrado, como decimos, de una manera especial. Sin duda esta circunstancia de haber sido graduado de un modo poco comun en aquella época, le obligó á pasar á Roma, reuniéndose en este viaje dos intentos de parte del laureado: el de extender más y más sus conocimientos, y adquirir un rico caudal de ciencia de que disponer en su dia; y de parte de los doctores de París sus compañeros, hacer ver cuanto valia la sagrada facultad en la capital de Francia, lo cual ciertamente se lograba, y de una manera muy ventajosa, dándose á conocer el Sr. Perault. En Roma, como era consiguiente á la fama que su ciencia le habia proporcionado, recibió muchos homenajes de consideracion y deferencia de parte de todas las corporaciones científicas y literarias, y el Santo Padre, que era por entónces Inocencio VIII, tuvo gran complacencia en recibirle en su presencia, colmarle de honores, y áun manifestarle su deseo de que permaneciera en Roma, por si acaso parecia conveniente encomendarle alguna comision que pudiera ofrecerle ocasion de demostrar todavía más á las claras su buena capacidad y dotes tan especiales. No se tardó mucho en presentar esta, pues con motivo de haberse hecho de parte del Santo Padre una cuestacion á los alemanes para que ayudasen con sus limosnas á la guerra contra los turcos, y haberse con tal motivo publicado un jubileo muy ámplio, pareció al Padre comun de los fieles conveniente enviar á recoger las limosnas y hacer ámplia y profusa aplicacion del tesoro infinito de las gracias espirituales, á un obispo que pudiese representar de una manera conveniente y digna al sucesor de S. Pedro, y decididamente la atencion de Inocencio se fijó en Perault, á quien para el desempeño de este cargo se nombró obispo en tierra de infieles, y se le dieron las más ámplias facultades de legado *à latere*, en cuya consideracion que, como es sabido, es la suprema en la gerarquía diplomática de los enviados del Papa, excusado es decir que Alemania recibió con suma complacencia á este enviado del

Romano Pontífice, y que agradeció en gran manera el mensaje, ya por las grandes facultades de que iba revestido el prelado, ya tambien porque la súplica del Santo Padre habia hecho bastante eco en el corazon de los fieles, y habia sido muy abundante la colecta que se hizo, y que recibió el Legado manifestando de parte del Pontífice tanto mayor agradecimiento, cuanto que por la crecida suma que representaba sobrepujaba con mucho sus esperanzas. Sin embargo, ya fuese por debilidad del Legado ó por mal gobierno, ya porque esa misma idea de decoro y ostentacion con que queria representar á su comitente le obligáran á hacer desembolsos cuantiosos, ello es lo cierto que la legacion gastó mucho, que la suntuosidad con que estuvieron en Alemania fué muy fastuosa, y que no fueron duraderas en los alemanes, ni en clérigos ni en seglares, las simpatías que el buen carácter y las buenas circunstancias del Legado habian excitado á primera vista. Esto, como es consiguiente, fué muy mal precedente para que conciliase algunos extremos á que alcanzaban tambien sus facultades, pero que hubo de dejar como estaban por no hacer más difícil su solucion, volviéndose á Roma donde el Santo Padre se disgustó bastante de su conducta, sintiendo mucho el que cuestion de intereses hiciera perder el prestigio y aprecio á quien ciertamente lo merecia en otros conceptos. La suma prudencia de Inocencio VIII no le permitió dejar así este asunto, es decir, que el Nuncio á su regreso no recibiera adelanto alguno en su carrera, así como no queria tampoco investirle la púrpura, como acaso lo habria hecho en otras circunstancias, porque una y otra cosa parecian ó desprestigiar al sujeto, ó no hacer caso de la justa queja de los alemanes, que por lo mismo que llegó al Santo Padre de un modo indirecto, tenia que ser por él más atendida, y sus consecuencias prácticas para que las viesen los que la remitieran, y decorosas para que nadie se pudiera ofender: por esto sin duda fué el que de un destino enteramente diplomático como era la legacion de que venia, pasase el Sr. Perault al desempeño del obispado de Gure en Carintia, donde pudiera acreditarse y borrar la mancha que sin quererlo él acaso, y solo como un efecto de su débil condescendencia, le habia echado encima la legacion de Alemania. Indudablemente él hubo de comprender que su debilidad habia dado márgen á una injusta inculpacion, y que el Papa no podia ménos de retirarle un poco tiempo de su lado para satisfacer así los deseos justos hasta cierto punto de los alemanes, y ya por este motivo, ya por pundonor en el desempeño de su nuevo cargo, fué un prelado excelente que mereció con justicia el aprecio de cuantos le trataron, y que hizo grandes adelantos no solo en lo espiritual de su querida grey, sino tambien en la prosperidad material de los pueblos de su jurisdiccion, y áun de la diócesis: se mantuvo muy en armonía con los poderes temporales, sin que por esto cediera un punto

de su dignidad, ni ménos consintiera la menor usurpacion ni abuso de sus derechos, acreditándose siempre de benéfico y caritativo, y procurando el alivio de todas las necesidades que llegaban á su noticia, siempre con un espíritu verdaderamente evangélico. Esta conducta era muy sabida por más que él nunca propalase sus buenas obras, y lo que es más, tapaba muchas veces la boca á sus favorecidos para que no manifestasen los beneficios que de él recibian; por lo cual Inocencio, que veia se habia logrado el fin, y que por todos sus actos era muy querido aquel excelente prelado, en quien se reunian ciertamente cuantas apetecibles circunstancias son de desear en un hombre escogido por Dios para el alto ministerio de pastor de su Iglesia, tuvo una verdadera complacencia en haber tomado la resolucion que adoptó, y se dió mil veces el parabien, prometiéndose recompensar á aquel hombre que tanto caso hizo de sus amonestaciones. Hubiera el Sumo Pontífice deseado recompensar la fiel correspondencia que á sus deseos mostraba el Obispo; pero no le fué posible, y se contentó con escribirle algunas cartas muy satisfactorias, y en las que le aseguraba su benevolencia, y que estaba dispuesto á hacer cuanto pudiera en su obsequio. Muerto Inocencio VIII subió al trono pontificio Alejandro VI, y éste, que conocia muy bien las prendas que adornaban al obispo Perault, así como la justa apreciacion que de ellas habia hecho su antecesor, quiso dos cosas, primero honrar la buena memoria de Inocencio promoviendo á cardenal á uno de los prelados á quienes más estimaba, y segundo, dar así un testimonio de aprecio por su parte al que ciertamente lo merecia: así que en 1493 fué promovido al cardenalato, mandándole el Santo Padre con la bula que lo acreditaba una carta que á la verdad le causaria mucha satisfaccion. Quiso más este Soberano Pontífice, y fué que ya que Alemania habia sido, por decirlo así, el teatro del descrédito del Cardenal, fuese donde él se acreditára de nuevo, y donde demostrase que el hombre movido y ayudado de la gracia puede hacerse superior á todas sus miserias é imperfecciones, y repararlas con una conducta más ejemplar y ajustada. Fué, pues, confiada al cardenal Perault una legacion extraordinaria que se mandó á Alemania, y en ella demostró el prelado una conducta enteramente distinta de la anterior; pues supo portarse con la pobreza que se habia hecho habitual, y con la caridad que le tenia acreditado como verdadero padre de los pobres, entre los cuales distribuia copiosas limosnas, que remediaban sus necesidades al tiempo que atraian sobre el prelado la admiracion y el aprecio, tanto más íntimos cuanto que se veia neutralizado por esta ejemplar conducta el mal ejemplo de la anterior. Fué consiguiente á este modo de obrar un aprecio tanto más distinguido, cuanto mayores eran los merecimientos de quien por tantos títulos se hacia acreedor á él. Luego que volvió de Alemania, donde su permanencia no pu-

do ser larga en razon á que llevaba una comision puramente transitoria, fué destinado á la legacion de la provincia llamada el *patrimonio de S. Pedro*, y allí prestó tan buenos servicios como los que anteriormente habia prestado, atrayéndose todas las simpatías que merecia ciertamente por la gran bondad de que el cielo le dotára, no por carácter como creen algunos, sino á consecuencia de vencerse á sí mismo siempre que lo creia necesario; pues hemos de decir, en gracia de la justicia, que el desengaño que recibió despues de su regreso de la primera legacion de Alemania, por motivos en los cuales puede decirse no tuvo una parte sino muy indirecta, le sirvió para ser en adelante no solo parco sino hasta pobre y contento con el estado que conviene á un verdadero sacerdote, que no porque obtenga los más encumbrados puestos en la Iglesia, puede salirse de su esfera humilde y pequeña. Llegando á la edad de setenta años comenzó á padecer los achaques propios de la ancianidad, y como es consiguiente á extinguirse en él la vitalidad, que sin embargo conservaba; esto fué motivo para que dejára la última legacion con todo honor y con gran sentimiento, tanto del Soberano Pontífice como del gobierno cerca del cual estaba acreditado, y libre de todo cargo diplomático y empleado solamente en ejercer alguna vez cuando podia las funciones de su importante y sublime ministerio, quieta y pacíficamente vió abreviarse sus dias y llegársele la eternidad, á la cual pasó el dia 5 de Setiembre de 1505, sentidísimo de todos cuantos le conocian, y muy llorado de los pobres, que en hecho de verdad perdian en él un verdadero padre. Muchos fueron los que desearon poseer los restos mortales de este distinguido Cardenal. Roma, en ella varias iglesias y corporaciones religiosas y áun científicas, Alemania y su pueblo natal reclamaron el que fuese sepultado allí donde habia dado muestras de su gran capacidad, pero él, que acaso preveria esto, dispuso que su enterramiento fuera en el mismo Viterbo, sin más que una modestísima lápida donde se recuerda á los vivos que allí espera la resurreccion de la carne el cardenal Raimundo Perault. — G. R.

PERAZA (Gerónimo de). Este distingnido prelado á quien se dan tres distintos apellidos, Peraza, Pirerius ó Pinerius, fué portugués; ingresó en la Orden de Predicadores sin que se sepa en qué época ni por qué motivos; y fué hombre de mucha capacidad y erudicion como demuestran sus escritos de que luego daremos razon. En la Orden desempeñó los cargos de prior y ántes de lector de sagrada teología, estando en cuyo ejercicio, y en atencion á su capacidad, fué nombrado obispo y consagrado con el título *in partibus infidelium* de Salonia, aunque sus hermanos en las noticias biográficas que dan acerca de él, le ponen siempre *Salenus Episcopus*. La razon de consagrarle fué para que ayudase como auxiliar al Emmo. Sr. Cardenal In-

fante de Portugal y obispo de Evora, D. Enrique, cuyo cargo desempeñó muy bien nuestro Peraza, siendo incansable en el ejercicio de su ministerio y muy dispuesto, no solo para administrar la confirmacion y demás auxilios que proporcionan los constituidos en su alta dignidad dentro del lugar de su residencia, sino para ir á la santa visita; en la cual adelantaba mucho, ya por su buen carácter, pues era ciertamente muy dulce para advertir, muy prudente en la correccion y sobre todo muy caritativo, ya tambien porque no varió en nada miéntras fué obispo auxiliar, que lo fué hasta su muerte, la conducta de religioso, así que era pobre su mesa, pobre su lecho, afable su trato, modestos todos sus modales, muy atentas todas sus maneras; en fin, en conjunto un verdadero hijo del gran patriarca Santo Domingo. Como á esto se agregase que su vasta erudicion tenia un poderoso auxilio en su modo de decir flúido y convincente, una entonacion fácil y agradable, una doctrina sólida y que llegaba al alma, y una constancia verdaderamente incansable; no se puede determinar los inmensos beneficios que su predicacion producia, tanto que el Sr. Cardenal tenia en él cifrada sobre su más ámplia confianza la nunca defraudada seguridad de que todo iba bien segun sus instrucciones y advertencias. No nos quedan pormenores acerca de su vida, sin duda alguna porque su modestia suma trató de ocultarlos, pero sí sabemos que sin perder un momento siquiera, empleaba todo su tiempo en la gloria de Dios, con lo cual se dice cuanto puede decirse en favor de un prelado, que si bien no era el propio, era el que ejercia la prelacía, por decirlo así, con más constancia y llevando todas sus molestias é incomodidades, sin participar siquiera de los lauros, cosa que para un hombre de mundo y amigo de figurar habria sido una pena gravísima, pero que para nuestro buen dominico era una de las cosas que le endulzaban la amargura de tan pesada como importante carga. Es muy sensible que un descuido por parte de los que consignaron en la lápida que cubre sus huesos, no sepamos la época de su fallecimiento; solo se sabe que fué en Ebora, á efecto de una molestísima enfermedad, en que dió muestras de heróico sufrimiento y de verdaderamente cristiana resignacion. Es innecesario consignar la sensacion que produciria tan notable pérdida, y si fuese necesario consignarla de alguna manera, era muy buen testimonio de ella el concurso grande y de lo más distinguido de la poblacion en sus honras fúnebres, que se hicieron ciertamente con la misma solemnidad con que pudieran haberse hecho las del mismo Cardenal, con más, que estuvo este presente á ellas para darle esta prueba de aprecio y deferencia. Como escritor, dejó consignada su buena capacidad y disposicion en las siguientes obras, que fueron en su tiempo leidas con avidez suma, y hoy son miradas con bastante respeto y atencion. *Tractatus de Resurrectione Dominica* y *de illius*

tempore; libro que además de tener mucho fondo de doctrina teológica, contiene tambien muy vastos conocimientos en crítica, y está escrito con extraordinario tino y delicadeza. Con no peores condiciones escribió: *De Sacramentis Ecclesiæ*, y por último sus *Sermones*, que luego que ya sus superiores supieron lo mucho que valian, le hicieron escribirlos y recogerlos y que publicó bajo el título de *Sermones plures de tempore et de sanctis*. Esto es todo lo que podemos decir de este grande hombre, que como prelado auxiliar se señaló en el desempeño de su ministerio, como religioso en el cumplimiento de sus reglas y constituciones, y como escritor en el bien concertado órden de sus doctrinas sólidas y merecedor de la fama que ha alcanzado. — G. R.

PERAZA (Luis de). Sevillano, muy conocido por sus investigaciones históricas acerca de su patria. Estudió artes y teología en el convento de Sto. Tomás de aquella ciudad, recien fundado en su época, y donde debió tomar el grado de bachiller que usó toda su vida. Su aficion á los estudios le llevaba sin duda con mucha frecuencia á la biblioteca de aquel colegio, pues en sus obras la cita con frecuencia, refiriendo muchas de sus curiosidades y las de todo el colegio. Tambien parece probado que aprendió humanidades en los estudios que tiene la santa Iglesia de Sevilla en el colegio llamado de S. Miguel, y que fué maestro suyo el racionero de aquella catedral Pedro Nuñez Delgado. Escribió este autor diferentes obras; siendo la más notable la titulada: *Antiquísimo origen de la ciudad de Sevilla, su fundacion por Hércules Tebano, y posesion de reyes que le habitaron hasta los moros: primera parte. Antiquísimo origen de la ciudad de Sevilla; segunda parte en que se contiene desde que la ocuparon los moros hasta su restauracion por el santo rey D. Fernando III*, por el bachiller Luis de Peraza, natural de esta ciudad. «Este libro, dice Arana, muy estimado no tanto por su estilo, que es or»dinario y acomodado al tiempo en que se escribió, cuanto porque en él hay »muchas cosas que no tocan los historiadores de Sevilla, por las cuales se »viene en conocimiento de varias antigüedades, y que sirven para la averigua»cion de sitios y nombres que ahora usamos. Su original se conservó y no sé »si áun se conserva en la librería de los Excmos. Sres. Duques de Alcalá (hoy »de Medinaceli). Hay varias copias de él, aunque pocas en manos de los cu»riosos, que las tienen en grande aprecio.» Escribió tambien: *Fundacion y milagros de la santa capilla de la Antigua*. Pero esta obra, que se halla citada en la parte segunda de su historia, libro XIII, capítulo V, no ha podido encontrarse nunca, no obstante la ansiedad con que ha sido buscada por los aficionados á las antigüedades sevillanas. Escribió, por último, un *Tratado de los varones ilustres de Sevilla*, que tuvo la misma suerte que el anterior. Habia reunido noticias para formar un catálogo de los arzobispos de Sevilla, y se-

gun dice en el prólogo de su historia habia compuesto un poema en elogio de Sta. Bárbara. Su historia se halla compuesta sobre el original de los *Anales de Sevilla*, de Ortiz de Zúñiga, que pudo leer ántes y despues de impresos. S. B.

PERAZA (Fr. Martin). Sin duda por ser natural de Cataluña y escritor, nos cita el Sr. Amat en su *Diccionario biográfico-bibliográfico* á este religioso, del que solo nos dice que fué carmelita, sin darnos pormenor alguno de su vida, ni manifestar las obras de que fué autor y cuál fué el motivo que tuvo para colocar su nombre entre los de los ilustres catalanes; pero atendiendo á su buen juicio crítico y esmero que tuvo en la eleccion este ilustrado biógrafo español, no podemos dudar sobre la legitimidad de las pruebas que tendria para darle cabida entre los escritores de su patria.—C.

PERAZA (Vicente de), obispo de Panamá. Nació en Sevilla y tomó en aquella ciudad el hábito de la religion de Sto. Domingo; estudió en el colegio de S. Gregorio de Valladolid, y despues de haber obtenido varios cargos en su Orden, fué presentado para la iglesia de Panamá por renuncia que habia hecho de aquel obispado D. Fr. Tomás de Berlanga. Marchó á su diócesis, en que se distinguió por sus buenas cualidades, siendo un pastor vigilante y piadoso; de manera que sus ovejas le veneraban tanto como padre, como le respetaban por superior. Erigió en catedral la iglesia de Panamá, que no lo estaba hasta su época, no obstante los buenos deseos y esfuerzos de sus antecesores. Ignóranse las demás circunstancias de su vida, sabiéndose únicamente que ocupaba aún aquella silla en 1540.—S. B.

PERBOYRE (B. Juan Gabriel), misionero en la China, donde sufrió glorioso martirio el 11 de Setiembre de 1840. Habia nacido el 6 de Enero de 1802 de una familia de labradores en Puech, pequeña aldea de la parroquia de Mongesty, en la diócesis de Cahors. Era sobrino del venerable lazarista M. Perboyre, que se ha dado á conocer por los servicios que prestó en la diócesis de Montauban como superior de aquel pequeño seminario. Dos de sus hermanos fueron lazaristas como él, y uno de estos murió en Batavia cuando se hallaba próximo á comenzar sus trabajos apostólicos en la China. Dos de sus hermanas y una de sus sobrinas profesaron en las sublimes hijas de S. Vicente de Paul. Otros muchos miembros de su familia habian seguido la carrera eclesiástica, por lo que Juan Gabriel no fué en un principio destinado á este estado, deseando sus padres conservarle á su lado para que les ayudase en sus trabajos. Pero la Providencia lo dispuso de otra manera. Habiendo acompañado á su hermano Luis, que se dirigia al seminario de Montauban, pasó allí algunas semanas, y dió entónces pruebas tan visibles de su vocacion religiosa, que su tio, que era superior de aquel establecimiento, y los demás profesores quisieron conservarle, y obtuvieron á este

efecto el consentimiento de sus padres. A la salida de un sermon del abate Chieres, que oyó en 1817, dijo: *Quiero ser misionero*, y esta especie de voto la cumplió gloriosamente hasta sus últimos momentos. M. Thieys, que fué uno de sus maestros, refiere en una carta que al concluir el estudio de la retórica en los ejercicios públicos que precedieron á la distribucion de premios, leyó un fragmento cuyo título era: *La cruz es el más hermoso de los monumentos.* «¡Qué hermosa es, exclamó, esa cruz plantada en medio de las tierras infieles, y regada con frecuencia con la sangre de los apóstoles de Jesucristo!» El 28 de Diciembre de 1820 el jóven Perboyre pronunció sus votos en la Congregacion de S. Lázaro. Ordenado de sacerdote en 23 de Setiembre de 1826, fué enviado como director al colegio de Montdidier, y despues á Saint-Flour como profesor de filosofía, llegando luego á director de este pequeño seminario. Habiendo alterado su salud sus austeridades y su celo, le llamaron sus superiores en 1832 á la plaza de subdirector del noviciado de la Congregacion en París. Su fervorosa piedad y su dulce caridad le ganaron los corazones y obró muchas conversiones. Habiendo obtenido á fuerza de instancias permiso para partir á las misiones de la China con dos misioneros que se hallaban á punto de dirigirse á aquel país, se embarcó en Marzo de 1835 para Macao. Al año siguiente, en el momento de penetrar en el interior del celeste imperio, escribia á su hermana: «Espero que »Dios me protegerá en toda esta peregrinacion. Parto contento y satis»fecho. Si me viéseis ahora, no dejariais de extrañaros al contemplar »mi traje chino, mi cabeza afeitada, mi larga trenza y mis largos bi»gotes, balbuceando una nueva lengua, comiendo con palillos que sir»ven de cuchillos, de cucharas y de tenedores. Dicen que no dejo de pare»cerme á los chinos; mas por aquí es por donde hay que comenzar á hacerse »todo para todos. ¡Ojalá pueda ganarlos tambien á todos para Jesucristo!» A su llegada á la mision se dedicó con ardor á instruir á los paganos; mas no se hallaba distante el término de sus trabajos. Taokouan, emperador de la China, que se habia limitado hasta entónces á denigrar y ridiculizar á los cristianos, cambió de sistema de repente. El 15 de Setiembre de 1839 se organizó la persecucion en Kou-In-Tan, en la provincia de Hon-Pé, donde se habian reunido muchos misioneros para celebrar la fiesta del sagrado nombre de María. Estos misioneros eran MM. Rameaux, Baldus, Perboyre y el P. Clausetto, misionero italiano de la Propaganda, etc. Terminaba la Misa, cuando se supo que el prefecto civil, un mandarin militar y el comisario del virey llegaban á toda priesa de Kou-Ten-Kien con ciento veinticinco satélites, que incendiaron el seminario de Kou-In-Tan. Asesinaron á los fieles de que pudieron apoderarse, y su furor se ejercitó hasta en los niños, que en no pequeño número fueron encerrados en la prision de Kou-Tchen. Los

misioneros se habian dispersado, y el abate Perboyre, víctima de intolerables sufrimientos, vagaba hacia tres dias en las montañas acompañado de un catecúmeno, cuando encontraron á unos soldados: «Buscamos á un europeo, »¿podrias darnos noticias de él? dijeron éstos. —¿Buscais á un europeo? re»puso el catecúmeno.—Sí, es un jefe de la religion del *Señor del cielo.*—¿Y »cuánto se ha prometido al que le entregue?—Treinta taels.—Pues bien, ese »hombre es el europeo que buscais, dijo el miserable designando al misio»nero.» Los satélites se precipitan sobre el lazarista y le arrastran á Kou-Tchen con las manos atadas y el cuello cargado de cadenas. Antes de oir su última sentencia tuvo que sufrir horribles tormentos. El mandarin que le interrogó en Sian-Yan-Fou quiso dar á su interrogatorio un aparato inaudito. Es costumbre que el acusado esté constantemente de rodillas delante de su juez. Se extendieron cadenas y pedazos de vasijas rotas en medio de la sala, y fué, segun la expresion de M. Huc, en este cruel reclinatorio donde tuvo que arrodillarse con los piés desnudos. Para que pudiese conservar esta horrible posicion se hallaba suspendido por la máquina *hant-so*, es decir, una máquina colocada encima de su cabeza y en la que estaban metidos los dos pulgares reunidos de sus dos manos y su trenza, de manera que todo el peso de su cuerpo descansase en las cadenas. Se colocó sobre sus piernas una larga viga de madera, y á sus extremidades se balanceaban dos satélites, miéntras que el mandarin procuraba arrancarle una palabra de apostasía. En Ou-Tchan-Fou, metrópoli de la provincia de Hou-Pé, la crueldad fué mucho mayor todavía. Por último, se le sentenció á morir extrangulado. Cuando se le conducia al lugar del suplicio iba con los piés desnudos, y tenia por único vestido unos calzoncillos cubiertos con la hopa roja de los condenados. Llevaba los brazos atados á las espaldas, y en sus manos estaba fija una vara larga en lo alto de la cual flotaba una especie de bandera con su sentencia. Despues de haber decapitado á cinco malhechores en castigo de sus crímenes, le llegó su vez: se puso de rodillas é hizo su oracion. Habiéndole cogido el verdugo, le ató los pies á las espaldas, le colgó en la horca y se puso en posicion de extrangularle. Se colgó tres veces, y como á la tercera torsion parecia que el cuerpo conservaba aún un soplo de vida, le acabó un satélite dándole con el pié. El 11 de Setiembre de 1840 fué cuando el abate Perboyré obtuvo asi la palma del martirio. Los cristianos sobornaron á los enterradores, quienes les entregaron el cuerpo del santo mártir, y le colocaron al lado de los venerables restos de Clet, sacerdote de la misma Congregacion, que habia sido martirizado en 1820. El padre de Perboyré al saber la muerte de su hijo se puso de rodillas repitiendo las palabras de Job: *Dios me le habia dado*, etc. y su madre expresó su piadosa resignacion con estas palabras: *¿Por qué vacilaria en hacer á Dios el sacrificio de mi hijo? La Santísima*

Virgen no sacrificó generosamente al suyo por mi salvacion? Se asegura que ha habido una multitud de curaciones milagrosas por la intercesion del santo mártir. En 1842 vió la luz pública una *Noticia sobre la vida y la muerte de Juan Gabriel Perboyré*, un volúmen en 8.°, adornado con el retrato del mártir.—S. B.

PERCEY (P. Juan), jesuita inglés, natural de la ciudad de Yorck. Sus padres, que eran herejes, le criaron en su secta; pero siendo ménos ricos que nobles, á los catorce años de edad le pusieren en casa de una señora que era ocultamente católica, donde se consagró á la lectura, á que tenia ya inclinacion por haber estudiado algo en su casa, aunque sin otro maestro que su hermano. Estas lecturas fueron el principio de su conversion, porque como todos los libros que tenia aquella señora eran católicos, insensiblemente se fué aficionando á esta doctrina, de manera que cuando un dia oyó suspirar y decir á su ama: Dios mio, ¿qué desconsuelo es este, que viva yo donde no haya uno que me ayude á orar á vos y á rezar en su compañía, á fin de que fuesen mejor recibidas mis súplicas?—Le respondió el criado al oirla: ¿No estoy yo aquí, señora, para ayudaros y obedeceros?—¿Cómo tú, respondió el ama, quieres rezar conmigo y comunicar en la oracion, estando como estás excomulgado por comunicar con los herejes, asistir á sus templos, ser partícipe en sus sacrílegos sacrificios, y sobre todo vivir en la falsa creencia de sus errados dogmas?—Pues qué, señora, ¿estoy excomulgado? dijo el jóven.—Sin duda alguna, le replicó su ama. Y entónces, acordándose de lo que habia leido en los libros católicos, no pudo ménos de regar la tierra con sus lágrimas, considerando los graves daños y temerosos efectos de la excomunion. Esta idea afligió de tal manera su corazon, que no vaciló en suplicar á su ama le pusiese en relaciones con algun sacerdote que le reconciliase con la Iglesia católica, lo que hizo ésta viendo el ardiente fervor de Juan y su dolor por un pecado que solo habia cometido por obediencia. Teniendo esto presente el sacerdote, solo dudó en oirle en confesion y absolverle por el rezelo de que sus pocos años le hiciesen mudar de opinion. Con este intento, aunque le halló bien catequizado por su ama y la lectura de los libros que hemos referido, le dijo que encomendase á Dios su vocacion, y que al año le reconciliaria con la Iglesia. Ah, señor, replicó Juan con lágrimas, ¿quién me asegura este año de vida, ni sacerdote que en peligro de ella me reconcilie en un reino donde está tan perseguida la verdadera fe? Esta prueba pareció decisiva al sacerdote, quien no vaciló ya en admitirle á la penitencia y reconciliarle con la Iglesia. No fué tan oculta esta conversion que tardase mucho en llegar á noticia de su padre y hermano, quienes le aconsejaron saliese del reino, temerosos de sus consecuencias. No pareció mal á Juan esta propuesta, quien siendo ya verdadero católico de-

seaba afirmarse más en la religion y áun pensaba en hacerse digno ministro de la gloria de Dios. Su ama, que le apreciaba por sus buenas cualidades, trabajó en el mismo sentido; pero las circunstancias impedian el logro de sus deseos. Sorprendiéronle dos veces los ministros de justicia cuando se hallaba próximo á embarcarse, hasta que últimamente lo consiguió, valiéndose del recurso de tomar por profesor de francés á un capitan de navío, con quien convino hacerse á la vela un dia miéntras aparentaba dar leccion. Despues de haber permanecido por algun tiempo en Ruan pasó á Reims, donde ingresó en clase de alumno en el seminario Inglés; y desde aquí, terminados los estudios de filosofía, pasó al seminario de su nacion, en Roma, donde cursó cuatro años de teología, al fin de los cuales, para conseguir cuanto ántes sus deseos de regresar á su patria como misionero contra la misma secta en que habia vivido engañado, pidió y obtuvo dispensa de edad, pues le faltaba un año para ordenarse y emprender cuanto ántes su viaje. Con este intento y segun la costumbre del seminario, se retiró á hacer ejercicios durante una semana, en cuya época sintió por primera vez la vocacion que le inclinaba á entrar en la Compañía. Fué tanto el temor de sí mismo de que se vió acometido y el rezelo de que al comenzar su mision pudiera verse obligado á interrumpirla por las instigaciones de sus parientes, que conocia le instarian eficazmente para que abandonase su empresa apénas le viesen en su patria, que no pudo ménos de suplicar á Dios en la oracion le diese luz para el mayor acierto, y Su Majestad alumbró su entendimiento con la santa inspiracion, de que el modo mejor para salvar aquel obstáculo era entrar en la Compañía donde le dirigiese la obediencia. Fué tan viva esta vocacion, que durante los ejercicios suplicó y obtuvo licencia para luego que estuviese ordenado y examinado ser admitido á la profesion. Cumplió en breve ambas condiciones, y en el año 1594 fué recibido y enviado á Tournay á pasar el noviciado, donde se distinguió mucho por su virtud. «Es verdad, añade el P. Cassani, que el grande empeño de mante»nerse en oracion sin distracciones y con el debido fervor y atencion al divi»no acatamiento, le causó un violento dolor de cabeza y un perpétuo zum»bido en los oidos; de suerte que sordo ó casi enteramente sordo, no podia »oir á este mundo, al mismo tiempo que éste le estaba acordando sus im»pertinencias. Los médicos todos, despues de tentados cuantos medicamentos »les dictaban sus libros y sus discursos, decretaron que solo los aires nata»les podian recuperar aquella naturaleza, que por rendida, ni obedecia á los »medicamentos ni tenia fuerza para restaurarse sino con el descanso. Este »pensamiento era muy favorable á aquella su primera vocacion, y Dios dis»puso se verificase el dictámen de los médicos, dándole salud en Inglaterra »por bien distinto medicamento que la naturaleza de los aires.» Porque des-

tinado por los superiores á la mision, donde por otra parte le llamaba su falta de salud, partió á Inglaterra tomando el camino por Holanda para mayor disimulo. En esta ocasion cambió, para no ser descubierto, el sobrenombre de Percey en el de Fischero, que dice su biógrafo inventó la necesidad y la prudencia. Emprendió el viaje y llegó sin dificultad á Flesinga, donde los ingleses, convenidos con los holandeses, tenian espías y una especie de tribunal secreto que cuidaba de los pasajeros que se dirigian á Inglaterra, porque en Holanda, descuidados los sacerdotes católicos solian cometer alguna ligereza de que se apoderaban los espías, descubriendo así lo que el disimulo y el cuidado hubiese ocultado en la Gran Bretaña. Así sucedió á Fischero, que creyéndose sin enemigos cayó en algun leve descuido, por lo que le detuvieron los soldados ingleses; y apoderándose de sus papeles, aunque estos estaban ya á nombre de Fischero, comprendieron por ellos que era un sacerdote católico, y que su fin era introducirse en Inglaterra. Prendiéronle en su casa y le preguntaron: ¿Qué auxilio, qué fautor y favorecedor tenia en Lóndres que le animaba á tan difícil viaje? ¿Quién le habia inspirado y en qué confiaba? Calló á todas estas preguntas Fischero sin responder por entónces sino, que no los conocia por jueces competentes para verse obligado á responderlos. Irritado el juez ó el preboste inglés, le amenazó con el tormento, y callando á todo el humilde Padre, el enfurecido hereje decretó el potro. «La dificultad era, continua Cassani, que como en reino »extraño, juez secreto, tiranía oculta y escondido tribunal, ni habia potro »para asegurar los cordeles, ni verdugo que supiese jugarlos: en esta impo»sibilidad inventó la tiranía un ingenio para exacerbar los dolores; arreba»taron al pobre inocente los soldados, sentáronle con furia en el suelo, atá»ronle las manos atrás, y tomando un cordel gordo le midieron las sienes y le »anudaron bastantemente más estrecho que la medida; formando este círculo »se le aplicaron á la cabeza, y como por ser menor no cabia, se ingenió la »tiranía en un raro tormento. Tres ó cuatro soldados tenian y mantenian »fuerte el cordel en círculo para que no se saliese, y otros con unos palos »hacian fuerza para que entrase, apretándole con los cuentos de los palos, »logrando á un tiempo la fuerza del hipomochio para vencer con ella la fal»ta de capacidad en el cordel estrecho á la mayor amplitud del casco; »á la verdad parecia que intentaban saltase este con tan violenta pri»sion, y parece bien extraño no quedase roto al empeño de la violen»cia; pero aquí la singular providencia divina. Este tormento diera »cualquier afamado médico por causa cierta de un perpétuo dolor de cabeza, »de oidos y corrimientos de ojos, y de cuantas capitales fluxiones pudiera »padecer una naturaleza descuadernada; pues este tormento, con el violento »sudor, con el humor que evacuaron las heridas no curadas y su misma vio-

»lencia, sanó enteramente al P. Fischero de sus inveteradas fluxiones de ca»beza y oidos; ya se ve que el medicamento era totalmente improporcionado; »pero fué mucho mérito para aquel que es Señor de la vida y de la salud se »la concediese á su siervo para su mayor gloria, como la empleó en Ingla»terra en prisiones, en sustos, en tormentos, con gran fruto de la religion »católica y bien de las almas. Porque no pudiendo escribir en el proceso de »su tormento más que algunas jaculatorias al cielo, suspiros á Dios, actos de »fe, esperanza y caridad, decretó el preboste enviarle preso á Lóndres, y lo»gró puerta al reino sin tener que usar de ingenios y disimulos.» Como no era conocido, apénas hicieron en Lóndres caso de su persona, y los jueces se contentaron con ponerle en una estrecha prision, donde habia otros dos sacerdotes católicos. Siete meses permaneció en aquel calabozo sin más cama que el húmedo y duro suelo, y sin más sustento que el escaso que le concedia la caridad inhumana de sus carceleros. El único consuelo era la compañía de los otros sacerdotes, valerosos soldados de Cristo, que se animaban entre sí y esforzaban á sufrir toda clase de tormentos por su Señor. Oyólos á los siete meses, porque la crueldad y el descuido de sus carceleros habia dejado que podrido el techo permaneciesen los reos á la inclemencia; y como no se seguia su causa ni se daba sentencia, el carcelero no cuidaba más que de darles su corta racion de pan, con lo que creia cumplidas todas sus obligaciones. Todas estas circunstancias les valieron para conseguir la fuga, que llevaron á cabo en una noche oscura y tempestuosa, y por el mismo techo que se hallaba abierto. Libre ya, fué á encontrar al P. Garneto, superior de la mision, quien sabedor de todo, le acogió con la mayor ternura, elogiando su constancia y premiando su firmeza con concederle los votos del bienio, que no habia hecho por no haber cumplido su noviciado cuando salió enfermo de Tournay. Dióle despues licencia para que fuese á su casa, que se hallaba en la parte septentrional de Inglaterra, á fin de convertir á la fe á sus padres y parientes. Consiguió el objeto que se habia propuesto, pues habiendo fallecido su padre, volvió á su madre y hermanos al seno de la Iglesia católica, é hizo otras muchas conversiones en aquella parte del reino. Dos años estuvo sin ser conocido, trabajando solo en medio de infinitos riesgos y entre vigilantes espías, lo que animó al superior de la mision á darle algun alivio, enviándole como compañero al P. Juan Gerardi, antiguo en Inglaterra, y muy práctico en las circunstancias y sistema de aquel reino; fué muy grata á ambos esta tarea, y trabajaron juntos varios años con indecible fruto en la provincia de Northampton. Ocurrió en aquel tiempo la célebre conspiracion llamada *de la pólvora*, porque sus autores los republicanos pensaban hacer volar el Parlamento cuando se hallasen en él el Rey y los senadores, con algunos barriles de pólvora que habian introducido en los

sótanos. Culpóse á los católicos de tan horrible atentado; por lo que tuvieron que ocultarse, llegando á ser tan grande el peligro que corrieron, que no podian ir dos juntos, por lo que tuvieron que separarse el P. Fischero y su amigo Gerardi. Pero esta ocasion, dice el P. Cassani, dió al primero la dicha de una bien afortunada y singular conversion. Supo que estaba no léjos del paraje en que se habia escondido un viejo, que en la debilidad de sus años vivia flaqueado en la religion y apostatado de ella; era sugeto de distincion, y su apostasía dañosa por el escándalo; habíanle procurado reducir otros celosos ministros, pero él no daba oidos á razones, ó no lograban fuerza éstas en la débil inclinacion del viejo. Acudió á tan extremeda necesidad, usó de todas sus santas artes, pero no logró fruto; y como la conversion era importantísima, porque el anciano era muy noble y sus mismas canas añadian su autoridad, volvió á acometer la empresa, pero la obstinacion, el miedo de los jueces y de perder lo que gozaba endurecian el corazon del anciano. Cedió esta segunda vez el P. Fischero, pero resolvió volver otra vez á su tarea á la mañana siguiente; era esta la última visita, porque no podia detenerse más en el lugar sin peligro de ser conocido, ni entrar más en aquella casa; y no teniendo quien le ocultase, no podia ménos de causar sospechas su presencia. Llegado el dia volvió á entrar y predicó como apóstol; exhortó como santo, amenazó como ministro de Dios, manifestó el peligro á que se hallaba expuesto únicamente por la salvacion de su alma, pero salió diciendo: *Obduratum est cor ejus;* y tomando el caballo, siguió el camino que decia llevaba, y era en realidad el que pensaba seguir para no ser descubierto por los ministros. Mas aconteció que cerca de aquel lugar corria un rio bastante caudaloso, que pensó vadear el Padre, no creyéndole tan profundo; y habiendo comenzado á pasarle, á los pocos pasos perdió el caballo la arena, y le lloraron como perdido los que por casualidad le habian visto arrebatado por la corriente. Avisaron al anciano de cuya casa salia, creyendo que era criado suyo, y acudió éste lleno de compasion con toda su familia á tiempo que las aguas habian arrastrado al Padre debajo de un frágil puente que habian formado con vigas los del lugar, sin que tuviese más anchura que la del tronco del árbol. Pero esta misma estrechez fué lo que salvó la vida al P. Fischero, pues pudo abrazarse al puente, quedando colgado de él ínterin desaparecia su caballo arrastrado por las olas. Llegó en esto el caballero anciano, y entre sus criados y los campesinos trajeron por disposicion al Padre á la orilla, donde le recibió en los brazos el anciano y su familia, y como criado suyo le condujeron á su casa. Este suceso tuvo más influencia en el corazon de aquel hombre que todas las anteriores exhortaciones, porque considerando el riesgo á que se exponia el ministro del Señor por el bien de su alma, se reconcilió con la Iglesia confesándose arrepentido, y

vivió santamente, favoreciendo en su distrito á los católicos ocultos todo el resto de su vida. Esta solemne conversion no tardó en llegar á oidos del magistrado del distrito, quien activando las diligencias encontró al P. Juan en casa de un católico, donde se hallaba refugiado en compañía de un sacerdote seglar llamado Nicolás Hartó, que entró despues en la Compañía, y los llevaron con todos los habitantes á la cárcel de Westminster, en que fué muy útil á gran número de católicos que se hallaban encerrados en aquella prision. Once meses permaneció en aquel lugar, hasta que habiendo pedido el embajador de España en Lóndres perdon al Rey para varios católicos, fué uno de los comprendidos el P. Fischero, á quien se concedió libertad, pero con la condicion expresa de que habia de salir desterrado. Muy dura fué esta condicion para el celoso padre; pero como mediaba la palabra del embajador, se vió obligado á cumplirla y pasó á Flandes, donde ejerció por un poco tiempo el cargo de prefecto en la mision inglesa, y luego el de catedrático de sagrada Escritura en Lovaina. Vivió allí no sin graves ocupaciones; pero oyendo que habia disminuido mucho la tormenta en Inglaterra, suplicó á los superiores le permitiesen volver á atravesar el mar para regresar á su querida mision. Obtuvo con facilidad la licencia, porque la prision no era en realidad tan cruel; pero esto mismo fué causa de que la falta de reserva, ó el demasiado exceso de confianza, le descubriese al mismo tiempo de entrar en Lóndres, de manera que desde la puerta le condujeron á la cárcel. Pero esta prision fué mucho más suave que las anteriores, estando solo reducida á la falta de libertad, pues se le permitia la comunicacion con cuantos se presentaban. El tiempo que permaneció en la cárcel consiguió la conversion de más de ciento cincuenta nobles, entre los que se hallaba la condesa de Bukingan, madre del célebre ministro de este nombre, quien consiguió siendo ya católica la libertad del P. Fischero. Dió la casualidad un buen medio para conseguir con mayor facilidad este asunto, porque llegó en aquella sazon á Lóndres un protestante á quien en las universidades de su país se habia mirado como un prodigio de elocuencia y saber. Entró con cartas de recomendacion en la corte apoyado de algunos cortesanos, que fiados en los informes que de él tenian, creian segura la victoria, le aconsejaron presentase al Rey un cartel de desafío en que retaba á pública disputa á todos los doctores católicos y en particular al P. Mtro. Juan Fischero por su fama de santo y de letrado. Admitió el Rey no solo el desafío sino los honores de la presidencia, y mandó á la condesa presentase el papel al P. Fischero por si convenia en concurrir al dia siguiente á una sala de palacio, á la hora designada, donde se hallaria el doctor que retaba para salir á la disputa y el Rey con toda su corte para dar la sentencia. Admitió al punto la condesa en nombre del Padre y á la hora señalada concurrió toda la corte, y en bien

distinto hábito, dicen los autores al referir este acontecimiento tan propio de las costumbres y carácter del pueblo inglés, los dos combatientes en este literario desafío. Aparecióse el filisteo vestido de gala, con su hábito de doctor, muy ajustado al lucimiento; vino el pequeño David, no en hábito de pastor como el primero, sino en figura y realidad de pobre de la cárcel, vestido de andrajos, lleno de polvo, y en tal disposicion que era menester pedir dispensacion á la decencia para aparecer de aquella manera delante del aparato real de la corte. El primero llevaba de su parte el aplauso hecho y los víctores del afecto. El segundo comparecia llevando consigo el desamor de casi todos y el motivo para los desprecios. Empezó el doctorcillo con su arenga bien representada, linda boca, mucho garbo, limpias voces, y estilo tan peinado como su cabeza; pero iban muy iguales en lo vano la cabeza y el discurso: dejóle hablar al P. Fischero, y no desnudo de hermosa retórica y muy armado de eficaz lógica, le opuso una á otra razon; intentó y no supo satisfacer el letrado, y se confundió entre su ignorancia: viéndole ya turbado le instó eficacísimamente Fischero: calló algo y apretó la instancia el Padre: á todo esto le fué irremisiblemente preciso al desafiante confesar su turbacion, y acudir á que el Padre oponia especies que no estaban en los libros.—Son, replicó el Padre, razones que convencen, y si te convenzen, ¿qué importa que no las hayas leido? Ya lo oyes, y el Apóstol dijo: *Fides ex auditu*; ó responde, ó reduce tu depravada voluntad y ciego entendimiento.—Levantó á esto el Rey como soberano la junta, y hubo de cesar la disputa. No faltó quien animase al doctor protestante á que pidiese segunda conferencia, diciendo: que la presencia del Rey le habia turbado: convino el Rey, y señaló el dia, y tomó tan á su cargo la defensa de sus errores, que se hizo como presidente del doctor, y apuntaba á éste lo que habia de decir, y hablaba luego como maestro, y áun podemos decir que esta segunda disputa más fué con el Rey que con el atrevido ignorante á quien ya el Padre por conocer sus ningunos fondos, y el Rey por sentimiento de haber puesto su causa en aquella ignorancia, y la corte por confusion de verle convencido, le despreciaban todos. Cuatro horas duró esta segunda disputa, hasta que el Rey sin duda convencido, acudió por armas á su autoridad real, y dijo en voz alta que ya estaba cansado: á esto Fischero con gran cortesía replicó, pidiendo al Rey perdon de la molestia que le podia haber dado; pero insinuándole con gran reverencia que el entendimiento descansa mucho en las verdades, y se rinde áun cuando la voluntad se empeña en defender lo que conoce ó experimenta falso; y acabada gloriosamente la segunda conferencia, se volvió á la cárcel como la primera vez. «Quedaron »confusos los protestantes, mas no desmayó la condesa, y por su mediacion »con su hijo, pidió éste al Rey la libertad para el que habia tenido la fortu-

»na de disputar con S. M. Aprovechando el Rey esta ocasion para ilustrarse »sin duda en cosas que ignoraba, contestó: Yo le concedo la libertad, pero »que me responda á los capítulos que le daré por escrito; pues en cuanto la »religion de Roma no se reforme ó me convenza, no puedo volver á su gremio.» Los capítulos propuestos fueron los siguientes: 1.° *Sobre el culto y veneracion de las imágenes.* —2.° *Sobre las oraciones y votos á María Santísima.* —3.° *Sobre el culto é invocacion de los Santos.* —4.° *Sobre la Misa, preces ó lecciones que en ella y en el coro rezan y cantan los iliteratos y las monjas en lengua que no entienden.* —5.° *Sobre los Padre nuestros y Ave Marías de que se compone el rosario.* —6.° *Sobre la transustanciacion del pan en cuerpo de Cristo en la sagrada Eucaristía.* —7.° *Sobre la comunion en solo una especie.* —8.° *Sobre el tenor de la Iglesia en órden á las indulgencias.* —9.° *Sobre la potestad indirecta del Papa sobre los reyes y reinos.* Todos estos artículos iban escritos al estilo herético y corroborados con dictámenes y razones de los teólogos de Jacobo, intentando probar que los unos son heréticos y supersticiosos los otros en el sentido y en cuanto son dogmas de la religion católica. Salió con este motivo de la cárcel, y pasó á hospedarse en casa de la condesa, donde en ménos de un mes respondió tan eficazmente á los sofismas de los herejes, y probó con tanta claridad los dogmas católicos, que los ministros del Rey, temerosos de las razones que daba este escrito, no permitieron llegase á sus manos el papel, sino despues de haber trascurrido muchos meses, y cuando ya uno de ellos, que tenía fama de docto, le habia hecho algunas mutaciones que eran muy á propósito para ocultar la verdad. Con este motivo salió impreso el papel del P. Percey, creyendo y no sin razon los católicos, que era por sí solo una satisfaccion suficiente á sus preguntas. Poco despues el sabio jesuita Juan Froido se sirvió de él como texto para comentarle extensamente en un tomo que escribió sobre los mismos asuntos, haciendo en él honorífica mencion de Fischero. Los diez años que vivió con la condesa continuó en libertad el P. Fischero, acudiendo á él todos los católicos sin ninguna dificultad ni obstáculo, siendo increible el fruto que logró con esta libertad. Mas apénas murió su protectora, acudieron al Rey sus enemigos pidiendo su vida, mas el Rey dejó el asunto á la decision de sus ministros, y éstos se contentaron con desterrarle, á condicion de jurar ántes que no volveria á Inglaterra; tal era el temor que se tenia á la guerra que hacia á los herejes. Se resignó, aunque con sentimiento, á cumplir la primera parte de la sentencia, mas no así la segunda, diciendo claramente que tenia hecho voto de obediencia á sus superiores y al Sumo Pontífice en órden á las misiones, y no era ya dueño de su libertad para impedir ó imposibilitar el yugo á que voluntariamente se habia unido. A consecuencia de esta respuesta le miraron como culpable, y le declararon contumaz, vol-

viéndole á la cárcel de Westminster, donde permaneció ocho meses trabajando con el mayor celo y paciencia en la conversion que consiguió de muchos de sus compañeros de prision. Verificóse por esta razon el enlace de la princesa María, hija del rey de Francia, con Cárlos hijo de Jacobo VII de Inglaterra, y esta señora apénas entró en el reino pidió la libertad de Percey ó Fischero, sin que le conociese más que de fama. La augusta proteccion de la Reina le valió la libertad de que usó desde entónces con tanta prudencia, que no ofendió nunca á los ministros á pesar de no ser ménos útil y activo que anteriormente. Verdad es que su mucha ancianidad, fatigada con cuatro prisiones, continuos viajes y repetidos trabajos, no le dejaba fuerzas sino para el sedentario trabajo de escribir, predicando con la pluma, ya que no podia con la boca. Por aquella época escribió el *Tratado de la verdadera fe*, obra muy útil segun la biblioteca de la Compañía; *la defensa de este Tratado* en contestacion á lo que escribieron contra él los ministros protestantes Wotton y Vito, y el *Tratado de desafio á los protestantes*, incitándoles á que manifestasen la sucesion legítima de sus ministros desde los discípulos de los apóstoles como la prueban los católicos. En estos tres útiles trabajos empleó los últimos años de su vida, hasta que, como dice el P. Cassani, aquella bendita lengua que tanto habia predicado la fe de Cristo, como ya tenia poco ejercicio, enfermó de quieta, y acudiendo humor, se inflamó la boca, martirio secreto con que Dios le mortificó por el espacio de casi dos años, al fin de los cuales abrasado del humor, le sobrevino gran pena que en breve tiempo le cortó la vida, que acabó de más de setenta años de edad y treinta y tres de profeso de cuatro votos, á 3 de Diciembre de 1641.—S. B.

PERCHE (Le). Llamada así una provincia de Francia con el título de condado, entre Chartrain de Levante, el Vandomois y el Dunois al Mediodía, Maine al Occidente, y la Normandía al Septentrion, tuvo sus condes particulares entre los que aparece el más antiguo Augoberto ó Alberto, que vivia en el siglo IX bajo el reinado de Luis *el Afable*, viniendo despues á poseer una parte de este condado, los pueblos llamados por Julio César Aulerci Diablintes, los señores de la casa de Bellesme condes de Alenzon. Entre los hombres notables de esta antigua é ilustre familia hallamos los eclesiásticos siguientes: Segenfroi, obispo de Mans, hermano de Ives de Bellesme, primer conde de Alenzon; Ives, obispo de Seez, hijo del conde de Bellesme y de Alenzon Guillermo I, y de Matilde, cuyo señor fundó la iglesia de S. Leonardo de Bellesme. Este prelado fué conde como su padre, pues que le sucedió; pero cedió el condado á Rogerio de Montgommeri que se habia casado con su sobrina Mabilla, hija de Guillermo II. Esteban, arzobispo de Palermo y canciller de Sicilia, adonde fué llamado por su sobrina la reina Margarita, viuda de Guillermo *el Malo*, que murió en 1166, y regen-

ta del reino por su hijo Guillermo II *el Bueno.* Esta princesa fué hija de García V, llamado Ramiro, casado en primeras nupcias con Margarita de Aigle, hija de Gisleberto y de Juliana de Perche. Guillermo, obispo de Chalons, y Rotron, obispo y conde de Chalons, hijos de Rotron III, conde de Perche, fundador en 1170 de la cartuja de Val-Dieu, y de Mahand hija de Thibaud IV, conde de Champagne, á cuyos esposos Enrique IV, rey de Inglaterra, habia dado en feudo el castillo de Bellesme en Rotron. Algunos otros eclesiásticos se cuentan entre los miembros de esta familia, pero los expresados fueron los más notables. — B. C.

PERCOTO (Juan María). Este célebre misionero italiano nació en Udina el año 1729. Dedicado á las letras sagradas, entró en la congregacion de San Pablo en la que no tardó en ser nombrado vicario apostólico, y despues elevado á obispo de Maxula. Deseoso de propagar el Evangelio y de conquistar almas al cielo, fué al reino de Ava en donde consagrándose enteramente á la predicacion, logró sus deseos, y murió en tan santo ejercicio el año de 1776. Este sabio prelado tradujo en el idioma birman muchos libros de la Sagrada Escritura, y compuso una gramática y un diccionario de esta lengua. Tradujo al italiano los libros dogmáticos de los birmanos, cuyas traducciones se conservan en el archivo de la Propaganda en Roma. M. Antonio Grifini publicó en Udina, en 4.°, en 1782, la *vida de Percoto.* El primero y tercer libro de esta obra contiene minuciosas noticias acerca de Percoto, y el segundo se refiere al gobierno y religion del reino de Ava y de Pegon, noticias sacadas de sus libros sagrados, y termina con un compendio de la historia y geografía de estos países que áun hoy dia son tan poco frecuentados por los europeos. — B. C.

PERDICARO (P. Fr. Hilarion), religioso de la órden de S. Juan de Dios, natural de Palermo, fué revisor del Santo Oficio de la Inquisicion en Sicilia, cargo que obtuvo por sus vastos conocimientos en las ciencias divinas y humanas. Escribió gran número de sermones y un libro titulado: *Noticias cronológicas de la vida, muerte y milagros de nuestro glorioso P. S. Juan de Dios con los Anales de la religion.* — S. B.

PERDICHIZZI (Francisco), religioso italiano de la Orden Seráfica, natural de Milan, en cuyo convento de Capuchinos fué guardian; escribió en italiano una obra que se hallaba inédita todavía en 1706, en cuya época vivia aún el autor, aunque era sexagenario. Este tratado tenia el tituto de, *Il Melazzo Sacro.* — S. B.

PERDIGON, monje del Cister y trovador. En su vida se halla un notable ejemplo de los reveses que pueden acaecer en épocas revueltas al hombre ambicioso é indiferente en los deberes del reconocimiento. Este trovador nació en una aldea de Gevandan, llamada el Esperon. Parece que su nom-

bre era Pedro, y que el de *Perdigon* es solo un diminutivo. Hijo de un pobre pescador que no pudo darle instruccion alguna, la naturaleza le dotó afortunadamente de una voz agradable y de un talento fácil para componer aires de música. En una época en que todos hacian versos, los hizo él tambien, y llegó á tocar diferentes instrumentos. Provisto de estas cualidades, que bastaban entónces para hacer fortuna, el jóven Perdigon se dedicó desde luego á la profesion de juglar, y sintiendo poco despues en sí mismo el entusiasmo del poeta, se colocó entre los trovadores. Corrian entónces los últimos años del siglo XII, tiempo en que florecian un gran número de poetas de primer órden en este género, y supo distinguirse en medio de sus hábiles opositores. Roberto, delfin de la Auvernia, trovador tambien, tuvo ocasion de conocer su mérito, le llamó á su lado, y queriendo conservarle le colmó de beneficios. Su afecto y su prodigalidad llegaron hasta darle tierras, y por último, hasta armarle caballero. El poeta permaneció por largo tiempo en la corte de aquel príncipe, y de aquí le vino el nombre de *Perdigon de Auvernia* que le han dado algunas veces los historiadores y que se encuentra en algunos escritos. El deseo de viajar le hizo separarse de su bienhechor, y fué á los estados de Guillermo de Baux, príncipe de Orange y trovador tambien como el delfin de Auvernia. Consta por una de sus composiciones que se dirigió despues á la corte de Alfonso II, conde de Provenza. Nostradamus dice que casó en Aix con una dama, señorita de la casa de Labran, llamada Laura. Pero este es un cuento desnudo de toda verosimilitud, aunque este pretendido matrimonio contribuye á probar la morada de Perdigon en Aix durante el reinado de Alfonso II, y por consecuencia ántes del año 1209, época de la muerte de aquel príncipe. De la corte de Aix ó de la de Orange se dirigió Perdigon cerca del rey de Aragon Pedro II, quien naturalmente magnífico le colmó de presentes. No sólo le dió armas, caballos, ricos vestidos, objetos que eran los que con más frecuencia ofrecian los grandes á los trovadores, sino parece que le hizo donativos mucho más considerables todavía. Tantos testimonios de interés no pudieron unir sinceramente el poeta á aquel príncipe. «Entre los trovadores, dice el P. Vaissette, uno de los que tuvieron mayor parte en su favor, fué un tal Perdigon que le pagó con ingratitud.» Habiendo sobrevenido la cruzada contra los albigenses se unió con Folguet, obispo á la sazon de Tolosa, y se lanzó con él en el partido de los cruzados. Despues de la batalla de Muret, en que murió Pedro II, compuso una poesía para dar gracias á Dios por este acontecimiento. Al poco tiempo marchó á Roma con Folguet, el príncipe de Orange y el abad del Cister, para solicitar nuevos socorros y obtener, añade el historiador, la ruina completa de Raimundo. Al mismo tiempo, añade el citado biógrafo, predicaba cantando, con motivo de los acontecimientos públicos, y contri-

buia á alistar cruzados. Esta palabra *predicar cantando* es sin duda notable, pues manifiesta todo el poder de la poesía en medio de las turbaciones y de las desgracias públicas: el trovador llega á ser con sus cantos uno de los apóstoles de la guerra y de la paz. Esta conducta indignó á los antiguos amigos de Perdigon. A pesar de las victorias de Montfort, el espíritu general del Langüedoc protegia la memoria de Pedro II y defendia los intereses del conde Raimundo. El trovador, completamente desprestigiado en la opinion pública, perdió, segun sentir del biógrafo, sus amigos, sus amigas, su reputacion, su honor y su fortuna. Nadie queria oirle ni verle. El delfin de Auvernia le desposeyó de todas las tierras que en la apariencia le habia dado en feudo. El hijo del pescador volvió á ser tan pobre como lo habia sido al principio de su carrera; no se atrevia á presentarse en ninguna parte, y habiendo muerto en 1218 Montfort y Guillermo, príncipe de Orange, no le quedó más recurso que la proteccion de Lamberto de Monteilli, yerno del príncipe de Orange. Este señor le facilitó la entrada en el convento de Silvebelle, abadía de la Orden del Cister, donde Perdigon tomó el hábito y murió. Si se cree á Nostradamus vivió hasta 1269; pero esta asercion es poco verosímil, pues hubieran pasado cincuenta y seis años desde la batalla de Muret hasta su muerte, y su morada en Clermont y sus relaciones en Faidit son muy anteriores á este suceso. Lo mismo debe decirse de la opinion de este escritor, cuando pretende que Perdigon compuso una historia de las guerras del conde de Provenza Raimundo Berenguer IV; pues seria necesario para esto que hubiera vivido en la corte de aquel príncipe á últimos de su reinado, es decir, hácia 1245, miéntras que debió entrar en el monasterio de Silvebelle en edad ya avanzada en 1219. Las poesías que compuso Perdigon en favor de la cruzada contra los albigenses no existen ya. Solo sus canciones eróticas, su contienda con Faidit y un himno á la Vírgen, son los que pueden darnos á conocer sus talentos. Estas composiciones vienen formando el número de doce. M. Raynouard ha publicado cinco, á las que ha unido muchos fragmentos. M. de Rochegude ha dado á luz una, que no se encuentra en las de M. Raynouard. «Comienzo mi cancion, dice este poeta, con »el canto de los pájaros: canto cuando oigo el grito del águila y de la grulla, »cuando veo al lirio reverdecer en nuestros jardines, reaparecer á la violeta »entre las zarzas, y á los claros arroyos correr por la arena, allí donde se ha»llan esparcidas flores blancas.» Perdigon es uno de esos trovadores á quienes gustan las lágrimas y que creen en el poder de este medio. «Cuando pido »perdon á mi dama estando delante de ella de rodillas, cuando me acusa por »mis faltas, y viendo correr mis lágrimas por mi rostro, me mira tierna»mente y me perdona, siento toda la alegría del paraíso.» Pintor y poeta, el trovador se pinta á sí mismo en su cuadro. Su oracion á la Vírgen es un him-

no, en que celebrando las alabanzas de María, le suplica le obtenga el perdon de sus pecados. Su número, dice, no le digo ni le sé; haced que á mi muerte no sirvan para mi perdicion eterna.

Qu' els peccatz qu' ieu ay
Fatz, ni ditz, ni say,
No m puescan mal faire,
Quan del segl' irai.

S. B.

PERDIGON (D. Vasco), obispo de Evora. Es conocido por haber fundado el monasterio de Ntra. Sra. de Espineiro, en Portugal, de la órden de S. Gerónimo. La fundacion se verificó de la manera siguiente, segun refiere la crónica de aquella religion. «Viendo el obispo los prodigios y maravillas que »obraba la Reina de los Angeles donde habia una ermita á su advocacion á »la que hacian muchas limosnas los fieles, le pareció que sería bien levantar »allí un monasterio y poner en él religiosos de S. Gerónimo, por lo mucho »que se distinguian en recogimiento, cuidado del oficio y culto divino, pro»yecto que llevó á cabo terminando en breve el convento é iglesia con las mu»chas ofrendas que recogió de los fieles y los bienes que le cedió de su pa»trimonio. Presentóse al rey de Portugal y le manifestó lo que habia hecho, »suplicándole le ayudase como señor en aquella buena obra y escribiese al »Papa para que con bula y autoridad apostólica confirmase la fundacion, y »se diese á los religiosos de la órden de S. Gerónimo. Hízolo el Rey y se ex»pidió la bula en Roma el año de 1457 por el mes de Octubre, y despues y »en Setiembre del siguiente año, se tomó posesion de este monasterio por »los religiosos de S. Gerónimo.» Todo el tiempo que vivió despues el Obispo, que fué hasta el año de 1463, hizo al monasterio muchas mercedes, alcanzándole del Rey varios privilegios de importancia, y concediéndole él otros no ménos notables. Este prelado escogió para sí en vida una humilde sepultura en aquella casa, porque aunque la habia edificado por completo y era el principal fundador, no quiso enterrarse en la capilla ni delante del altar mayor en el crucero, sino en una lateral, diciendo que quedase para quien quisieran darla los religiosos; tanta fué su modestia y el deseo que tuvo de aumentar la casa en vida y muerte. Correspondieron los religiosos á esta generosidad del prelado, no queriendo ceder la capilla mayor para enterramiento de ningun particular, aunque fueron muchos de los principales señores del reino los que les importunaron con este objeto, diciendo: «que »pues su fundador y patrono se quiso poner al lado como humilde siervo »de la Vírgen, ellos como reconocidos capellanes, le querian tener sobre

su cabeza.» Este Obispo hizo otras fundaciones, y falleció en 1563.—S. B.

PERDRIENVILLE (Condesa de), protestante. Era una de esas pretendidas eruditas cuya capacidad se reduce á una especie de prevencion, á una obstinacion casi invencible y á algunos pasajes de la Sagrada Escritura, mal entendidos, que citaba con bastante acierto; su adhesion á la nueva secta no podia ser más decidida, y su estimacion hácia sus ministros llegaba hasta la admiracion. La casualidad ó la curiosidad le llevaron á oir un sermon á S. Francisco de Sales. Quedó admirada; consultó á los ministros protestantes que no la satisfacieron, volvió á S. Francisco y le pidió algunas conferencias particulares. Este era su fuerte, pues la gustaba proponer diferentes puntos sin acabar nunca de discutirlos. Los que han tratado con calvinistas saben que la prevencion y la presuncion son los mayores obstáculos para su convencimiento. Acostumbrados á ser los árbitros de su creencia y á no someterse más que á la autoridad de la Sagrada Escritura, de que son ellos mismos los intérpretes, se creen superiores á toda instruccion, disposicion terrible para abandonar el error y entrar en el camino de la verdad. S. Francisco tuvo que combatir todas estas dificultades para la instruccion de la Condesa; mas por último la convirtió tan completamente, que atrajo al seno de la Iglesia católica á toda su familia, que era de las más numerosas.—S. B.

PEREA (Diego de), franciscano español, de la provincia de Castilla. Dejó muchos *Sermones* inéditos encomendados por Fr. Pedro de Salazar en la crónica de esta provincia. — S. B.

PEREA (Estéban), religioso franciscano, misionero en las Américas españolas. Escribió una obra con el titulo *De conversione Xumanarum, seu novi Mexici*, dedicada al Ilmo. Sr. D. Francisco Manso, arzobispo de Méjico, é impresa en esta ciudad en 1630. —S. B.

PEREA (P. Gerónimo). Hallamos en Baena, *Hijos ilustres de Madrid*, y en el tomo I, página 596 de la segunda edicion de la *Biblioteca* de D. Nicolás Antonio, un escritor jesuita, hijo de Madrid, del que solo dicen fué, segun Montalvan, divino predicador y teólogo de grandes esperanzas. Terminada su carrera, se retiró al colegio de la Compañía de Jesus, de la ciudad de Alcalá de Henares, en donde escribió las siguientes obras: *Vida y elogio de Doña Catalina de Mendoza, fundadora del Colegio de la Compañía de Jesus, en Alcalá de Henares*; Madrid, 1663, en 4.° — *Cristo Señor nuestro padeciendo como refieren los cuatro Evangelistas*; con el nombre de Gerardo de la Cruz; Madrid, 1660, en 8.° — *El santo temor de Dios*: obra traducida de otra del P. Jacobo Saliano; Madrid, 1664, en 4.° Se ignora cuando murió este religioso por los expresados autores que tampoco nos han dicho la fecha de su nacimiento. — C.

PEREA (Fr. Martin de), religioso agustino. Fué el primer catedrático de teología en Méjico, y á su regreso á España, gobernó la provincia de Andalucía. Tomás Herrera, en su *Alfabeto agustiniano*, le hace autor de unos *Comentarios á la regla de* S. *Agustin*; obra que no dice haya sido impresa. —S. B.

PEREA (Fr. Pedro de), obispo de Arequipa en la América Meridional, religioso de la órden de S. Agustin; tuvo por patria á Briones, lugar de Castilla la Vieja. Fueron sus padres Francisco Perea y Catalina Diaz de Medina. Profesó en manos del prior y Mtro. Fr. Francisco de Carrion, que lo era del convento de Burgos, donde tomó el hábito. Obtuvo en su religion gran número de cargos, ejerciendo tambien el de calificador del Santo Oficio. Hallábase en Roma de asistente del general de su Religion cuando fué presentado para el obispado de Arequipa, que gobernó por espacio de doce años. Fué consagrado en el convento de S. Felipe de Madrid, y marchó inmediatamente para su diócesis, muriendo en Lima hácia 1630. Publicó un libro con el título siguiente: *Certeza de la pureza de la Virgen en su Concepcion*. —S. B.

PEREDA (Fr. Francisco de). No acertamos á concebir cómo en su tiempo no descubrió Baena en sus *Ilustres hijos de Madrid* la fecha del nacimiento del ilustrado historiador de la patrona de esta villa, ni cómo no nos dejó más noticias de su vida. Que fué natural de Madrid, el mismo Pereda lo dice en su obra, así como que perteneció á la órden de Predicadores en el convento dominiquino de nuestra Señora de Atocha de Madrid, convento hoy dedicado á cuartel de Inválidos; pero cuya iglesia, que encierra en multitud de banderas que la tapizan muchas de nuestras glorias nacionales, se conserva por la piedad y devocion de nuestros reyes á la Vírgen de Atocha como capilla Real, en la que se celebra el culto con la mayor solemnidad, se verifican todas las festividades reales y algunas nacionales con asistencia de los soberanos y Real familia, que todos los sábados van á rendir homenaje á la Señora en una solemne funcion de gracias. Pereda, al decir de Baena y por lo que se ve en su obra, fué varon muy docto y piadoso, prior de algunos conventos de su Orden, secretario y compañero de varios provinciales y del Rmo. General Seráfico Sico; presentado en sagrada teología y consultor del Santo Oficio de la Inquisicion. Segun Montalvan, Cepeda en la *Historia de nuestra Señora de Atocha*, pág. 294, y D. Nicolás Antonio en el tomo I, pág. 350, Pereda murió el dia 2 de Abril de 1612, época en que llevaba cincuenta y seis años en la Religion Dominica. Escribió la obra titulada: *La patrona de Madrid nuestra Señora de Atocha*; Valladolid, 1604, en fólio, obra en la que se dan curiosas noticias sobre la historia de esta villa, y sobre otras muchas cosas que honran á nuestra España, y en la que se

acredita la antigüedad de la santa imágen de Atocha, y la devocion que la ha tenido siempre el pueblo de Madrid y los soberanos y magnates piadosos españoles.— B. C.

PEREDA (D. Juan de), obispo de Oviedo. Nació en Priego, en el obispado de Cuenca, en 27 de Mayo de 1578. Sus padres, D. Francisco de Pereda y Arredondo y Doña María Gudiel de Pereda, le obtuvieron una plaza de colegial por Lugo en el de Alcalá, donde estudió artes y teología, siendo á la edad de veintitres años nombrado catedrático de Durango y colegial mayor del de S. Ildefonso; posteriormente obtuvo las cátedras de escritura y de prima de Escoto, y fué canónigo de S. Justo y magistral de Cuenca. El rey D. Felipe IV le presentó para el obispado de Oviedo en 1.° de Mayo de 1627, y fué consagrado en 14 de Noviembre del mismo año por el obispo de Cuenca D. Enrique Pimentel, siendo asistentes los Sres. D. Garci Gil Manrique, obispo de Biserta, y D. Fr. Juan Bravo, obispo de Urgento. Tomó posesion de su iglesia en 1.° de Febrero de 1628, siendo una de sus primeras medidas reformar el hábito de los clérigos, mandando que todos vistiesen de una misma manera. Moderó tambien los gastos de los visitadores, celebró tres sínodos por el mes de Mayo y cuatro veces órdenes, y visitó y confirmó en la mayor parte de su obispado. Fué muy vigilante en la provision de beneficios curados, lo mismo que en todo cuanto se referia al mejor gobierno de su Iglesia, como era natural en una persona de su virtud y letras. Conocedor el monarca de sus grandes cualidades, le mandó en 1631 acompañar al infante D. Fernando en su viaje á Flandes, cuando contaba ya el obispo la edad de cincuenta y seis años. No pudo tener efecto este viaje, y fué en cambio nombrado gobernador del arzobispado de Toledo. Asistió al bautismo del Sermo. príncipe D. Baltasar. Murió en Madrid en 14 de Mayo de 1632, y fué sepultado en el convento de religiosos Bernardos. Habia dotado en la iglesia de Cuenca la fiesta de S. Pantaleon, y cuatro fiestas en Priego, una de Sta. Ana, otra de S. Pantaleon, otra de la Transfiguracion y otra de Santa Catalina, mártir. — S. B.

PÉRÉFIXE (Hardouin de Beaumont de). Este famoso historiador de Enrique IV entre todos los que han escrito la vida de este soberano y distinguido ministro del arzobispo de París, nació en Mirabelais el año 1605, hijo del mayordomo del cardenal Richelieu y originario de una familia napolitana. Habiendo empezado sus estudios en Poitiers, los terminó en París con mucho aplauso, bajo los auspicios del cardenal Richelieu, que declarándose su protector le empleó en su casa. Dedicándose á los estudios necesarios para poder brillar en el estado eclesiástico, se hizo doctor en la Sorbona, y desempeñó las principales cátedras de la capital. Distinguiéndose en la enseñanza y llevando la fama de su nombre al palacio de sus reyes, en donde se tenia

en mucho su saber y su intachable conducta, tuvo el honor de ser nombrado preceptor de Luis XIV el año de 1644, y jamás la Francia, como dijo el abate Olivet, recordará á este gran Rey sin bendecir la memoria de Péréfixe y de los demás preceptores que le educaron para la virtud. A fin de que sirviesen para la educacion de este célebre soberano, escribió Péréfixe las dos únicas obras que se tienen de su saber, entre las que la *Vida de Enrique IV* basta por sí sola para acreditar su gran capacidad. Nombrado el año 1648 obispo de Rhodes, fué á visitar su diócesis, y estableció en ella un consejo que la administrase en su ausencia. Fué nombrado confesor del Rey, y este empleo le tuvo separado de su rebaño. La Academia Francesa le eligió en 1654 para suceder á Balzac; y en 1662 el Rey, que no sabia cómo recompensarle, le elevó á la dignidad de arzobispo de París, y al propio tiempo fué nombrado provisor de la Sorbona y caballero y comendador de las Ordenes del Rey. Hallábase al tomar posesion del arzobispado dividida su iglesia en partidos, y no descuidó nada con su carácter conciliador y valiéndose del ascendiente que le daba la pureza de sus costumbres para avenir todos los ánimos y lograr una paz duradera. Mandó observar el *Formulario de Alejandro VII;* visitó muchas veces á los religiosos de Port-Royal, no omitiendo nada de lo que pudiera hacerle vencer su resistencia; pero terminado un arreglo bajo las órdenes de Clemente IX, y despues de que firmaron un acta de sumision, ya no volvió á inquietarlos; los detalles de este asunto pueden verse en la *Historia de las cinco proposiciones*, publicada por Dumas. Favoreció Péréfixe el establecimiento de muchas comunidades en la capital, renovó los antiguos estatutos de la diócesis, mandó á sus curas tuviesen todos los meses conferencias eclesiásticas, y defendió con energía los derechos de su iglesia. Despues de haber sido modelo de piedad y celo religioso, de dulzura y de caridad, murió este prelado, muy sentido de su cabildo y de sus diocesanos, y áun de toda la corte, el dia 31 de Diciembre de 1670, á los sesenta y cinco años de edad. La primera obra de este prelado fué la titulada: *Institutio Principis*; París, 1647, en 16.°, qué no es otra cosa que una coleccion de máximas que contiene los deberes de un rey en su infancia; y al cesar de ser preceptor de Luis XIV fué cuando publicó su *Vida de Enrique IV*, impresa en París el año 1661, en 4.° Está escrita esta obra con elegancia y dignidad; y aunque en compendio, da perfectamente á conocer al gran rey cuya memoria es tan apreciada de los franceses. En todas las lenguas de Europa se halla traducida esta preciosa obra, siendo muchas las ediciones que se han hecho de ella, entre las que se estima mucho la cuarta de los Elzeviers, publicada en 1664, porque está aumentada con una coleccion interesante de algunas de las bellas acciones y dichos agudos, sentenciosos y apropósitos de Enrique IV. No han faltado autores que han querido

arrebatar á Péréfixe la gloria de ser autor de esta preciosa obra; pero él mismo nos enseñó que la habia sacado de una *Memoria de la Historia general de Francia* que él habia compuesto de órden del Rey, cuya obra quedó inédita. El retrato del arzobispo Péréfixe ha sido muchas veces reproducido por el grabado de varias maneras, siendo los más estimados los que se deben al buril de Nanteuil y de Masson. Marignac escribió su elogio histórico en el *Journal des Savants de* 1698, á la pág. 191; y además se conocen las oraciones fúnebres que se pronunciaron en sus funerales por diversos oradores, que son otros tantos elogios y biografías que le ensalzan.— C.

PEREGRINA (Fr. Federico), franciscano italiano, reputado por un profundo teólogo. Parece que ántes de entrar en la religion habia seguido una brillante carrera, distinguiéndose entre sus condiscípulos por su aprovechamiento y laboriosidad. Brindábale la fortuna con un brillante porvenir; pero en extremo piadoso y muy dado á las prácticas religiosas, prefirió abandonar los peligros del mundo y seguir el llamamiento de la gracia, á continuar entregándose á las lisonjas de la vanidad que han hecho más desgraciados que afortunados. Tomó por lo tanto Federico el hábito en la Religion Seráfica, y fué desde luego modelo de todas las virtudes que distinguen á los religiosos. Amante de la disciplina monástica, no faltaba á las horas de coro ni á ninguna de las prácticas de la universidad. Asiduo en la oracion, dedicábase á ella, no solo en el dia sino tambien durante la noche para amar á Dios en el silencio y recogimiento con toda la devocion y con todo el ardor de su grande alma. Maceraba su cuerpo, hacia frecuentes ayunos y otras penitencias, coronaba todos estos ejercicios con una no interrumpida caridad hácia los pobres y desvalidos. El estado del sacerdocio tan sublime para los que comprenden y cumplen sus deberes, fué para Peregrina un venero de dicha y felicidad. Llenábalos todos con ardor y celo y era amado de sus iguales y superiores, que quisieron en más de una ocasion honrarle con los más elevados cargos, que su modestia se apresuró á rehusar; pues todos sus deseos eran consagrarse al púlpito y confesonario, donde hacia numerosas conquistas para el reino de los cielos. En sus ratos de ocio se dedicaba á la confeccion de varias obras, gracias á las cuales ha pasado su nombre á la posteridad. Por desgracia se han perdido en su mayor parte; pero las dos que nos quedan impresas en un volúmen, manifiestan el talento y vastos conocimientos de su autor. Titúlanse: *Discursum in Psalmum* 37: *Domine ne in furore tuo.* — *Discursum in Psalmum* 50: *Miserere mei*; Bolonia, 1579.—S. B.

PEREGRINO (S.), obispo y mártir. Este bienaventurado fué ciudadano romano; y habiendo tenido la fortuna de ser alumbrado desde que vino al mundo por la divina luz del Evangelio, la tuvo tambien en que Dios le eli-

giese para ministro de la Iglesia católica, haciéndole abrazar el estado de sacerdote, porque quiso que el que habia de colocar primero en el candelero de la Iglesia y despues sobre un trono en su gloria, empezase en el oficio que conduce con ménos estorbos á este fin. La piedad y el celo que Peregrino desplegó en favor de la fe del Crucificado, no pudo ménos de llamar la atencion del pontífice S. Sixto, y ordenado y consagrado que fué de obispo, le mandó este Papa á predicar el Evangelio á Francia, adonde se dirigió llevando en su séquito al sacerdote Marcos, al diácono Concordio, al subdiácono Joviano y al lector Januario. Ejerció esta mision su cometido en Marsella, y de aquella ciudad se dirigieron á Leon, de donde pasaron á Auxerre. Deteniéndose en este punto, edificaron una iglesia y convirtieron á la fe porcion de infieles. Separándose unos de otros para mejor extender la predicacion, S. Peregrino se situó en Iterano, en donde sabiendo un juez que predicaba el Evangelio le mandó prender, mandándole como criminal á Bangiaco, lugar de esta ciudad para retener á los delincuentes. Como llegase casualmente ó con intencion á Iterano el emperador Adriano, español de nacimiento, pero celoso gentil, le presentaron á Peregrino como cristiano contumaz. Procuró el Emperador atraerle á la religion pagana, con halagos primero y despues con amenazas; pero como el Santo se resistiese á abjurar de su fe, y por el contrario le representase la falsedad de sus dioses y lo errado que andaba creyendo en los absurdos del gentilismo, le mandó el Emperador atormentar cruelmente, hasta que cansado de no conseguir nada le hizo degollar, mandando que su cuerpo fuese arrojado á las fieras, lo que se cumplió exactamente el dia 16 de Mayo, en que le celebra la Iglesia, del año 330 de Jesucristo, pasando la bendita alma de Peregrino á disfrutar de las delicias de la gloria desde este emporio de la maldad y de los vicios. Por muchos dias estuvo el santo cuerpo expuesto á las fieras; pero ninguna osó acercársele, porque más conocedoras de Dios que los impíos verdugos, se detuvieron al contemplar sin duda que el Señor se oponia á que fuese pasto suyo la carne de aquel bienaventurado. Avisado por un ángel, un labrador cristiano cargó el cuerpo del Santo en su carro, á la mitad de la noche, y conducido por el mismo espíritu celeste, lo llevó á la iglesia de S. Dionisio, muy cerca de París, en donde fué tan bien recibido que á su llegada se tocaron las campanas, asegurando los monjes de aquella santa casa habian oido una voz que venia del cielo que les mandó le saliesen á recibir, como lo hicieron. Colocóse al Santo en una caja de plata, y siendo decorosamente sepultado, los fieles le veneran como á uno de los varones santificados más gloriosos, y por cuya mediacion ostentaba Dios su omnímodo poder haciendo muchos milagros. Los que deseen más particularidades de este varon fuerte, podrán lograr su deseo leyendo la vida y martirio suyo, escri-

ta por el ilustrado Beda, ó las noticias que sobre esto sientan Adon, Usuardo, el Martirologio Romano, el cardenal Baronio en sus *Anotaciones*, Sanctoro y otros autores eclesiásticos y piadosos escritores. La misericordia divina permitió que el cuerpo de S. Peregrino no fuese despedazado, porque le conservó para milagroso paladion de los fieles que se acercasen con fe y arrepentimiento verdadero de sus culpas á su sepulcro. — B. C.

PEREGRINO (S.), obispo y mártir. Terminaba el siglo VI de la era cristiana ó empezaba el VII, cuando este santo varon ocupaba la silla episcopal del Abruzo, fervorizando con su piedad á sus feligreses, que tenian á dicha vivir á las órdenes de tan buen pastor. La paz de que disfrutaba en su país se turbó con la irrupcion que en él hicieron los lombardos, que entraron cometiendo mil desafueros, tomando cuanto poseian los habitantes de grado ó fuerza y ejerciendo su barbarie sobre los que se les resistian. Apoderados del santuario, trataron de mancharle con inicuas profanaciones, y oponiéndose á ellas S. Peregrino como debia, pues que es obligacion del pastor conservar limpio y lo más puro posible el redil en donde se guarecen sus ovejas, les echó en cara su iniquidad y les mandó respetar la casa del Señor. Burláronse en un principio del venerable Obispo los lombardos y siguieron adelante con su profanacion; pero como el Santo se opusiese á ello con todas sus fuerzas morales y áun con sus lágrimas y ruegos, que despreciaban mofándose de su resistencia, no pudiendo lograr se retirasen ni que hiciesen caso de sus amenazas, le aprisionaron, y arrastrándole aquellos sacrílegos hácia el rio Pescara, le ahogaron en él el año 600 de nuestra era, saliendo de las aguas su bendita alma purificada con el martirio de su cuerpo, y volando á las regiones celestiales encontró en ellas la patria que deseaba y para la que Dios le habia criado. La santa Iglesia católica reverencia su buena memoria el dia 13 de Junio, poniendole á los fieles por ejemplo de prelados defensores del templo del Señor y por dechado de pastores que saben morir por la pureza de su redil y bienandanza de sus ovejas.—B. S. C.

PEREGRINO (S.), ermitaño y confesor. La Iglesia recuerda el 1.° de Agosto un S. Peregrino, perteneciente al siglo VII del cristianismo, del que solo se dice en los martirologios que fué príncipe de Irlanda y que murió el año 643. Siendo irlandés, no podrá ménos de encontrarse más noticias en los santorales de los católicos de Irlanda, que puede consultar el lector.—C.

PEREGRINO (S.), mártir. Entre los mártires griegos naturales de Atenas, Isauro, Felix, Inocencio y Jeremías, que celebra la Iglesia el 17 de Junio, se encuentra un S. Peregrino, confesor esforzado como aquellos de la fe del Crucificado. Preso por este delito, fué conducido con ellos á la ciudad de Apolonia, en la Lacedemonia, para que fuesen juzgados por el acérrimo y cruel gentil el tribuno Triponcio, gran adorador de los falsos

dioses. Mandóseles adorar é incensar á los ídolos que se les presentaron, y como no solo se negasen á ello, si que tambien los despreciasen y prorumpiendo en alabanzas á Jesucristo, se les puso en tormentos crueles, en los que solo se logró fortificar su fe y excitar su alegría al considerarse tan cerca de su Padre celestial y de la gloria por que ansiaban sus almas. Enfurecidos los sayones encargados de martirizarlos los degollaron cruelmente, y sus almas fueron á recibir el premio de sus virtudes y heroismo. —C.

PEREGRINO (S.), mártir. Aun cuando hacemos referencia en los artículos de algunos de los compañeros de martirio de este Santo, enemigos de hacer remisiones en biografías que son más bien un apunte por carecer de datos, vamos á decir aquí lo que convendrá al lector que busque á este santo varon. Vivia en Italia, su patria, S. Peregrino, así como los Santos sus compañeros, Luciano, Esiquio, German, Pompeyo y Papio, todos los que huyeron á Dura de Macedonia, temiendo ser víctimas de la feroz persecucion que se levantó contra los cristianos en el reinado del español emperador Trajano, que sin este borron y á ser cristiano, hubiera sido el monarca más grande del mundo. Si bien el temor les habia hecho dejar su país, su fe no estaba debilitada ni comunicaba miedo á su alma, ántes bien la fortificaba extraordinariamente. Y así fué que viendo un dia en que Dios les condujo como por la mano á tomar ejemplo, clavado en una cruz á S. Astio por confesar á Jesucristo, se entusiasmaron llenos de fe, esperanza y caridad, y declararon á voz en grito al gobernador de Dura que eran cristianos, y por lo tanto que detestaban sus ídolos. Prendióseles en el acto, y condenados á la muerte fueron arrojados al mar con enormes piedras al cuello, y muriendo de este modo volaron sus almas al cielo, por lo que la Iglesia les recuerda el 7 de Julio. —C.

PEREGRINO, abad de Fontaines les Blanches, de la órden del Cister, en la diócesis de Tours; escribió la historia del monasterio, de que era prelado, teniendo cuidado de instruirnos de algunas particularidades de su vida que pueden dárnosle á conocer mejor que conocemos á otros muchos escritores de su época. Dice positivamente que componia esta historia en 1200, que hacia entónces treinta años que habia abrazado la vida religiosa, y doce que era abad; de donde resulta que se habia hecho religioso en 1170, y que fué nombrado abad en 1188. Divide su historia en dos partes. En la primera trata de la fundacion del monasterio, de sus aumentos y se encuentra tambien la sucesion de los abades con las anécdotas que les conciernen; la segunda es una especie de cartulario, que contiene los títulos de los bienes adquiridos, y los privilegios procedentes de la corte de Roma en favor del mismo establecimiento. En la primera parte nos refiere que aquel lugar no era en un principio más que una ermita en que se habian reunido muchos

solitarios, cuyos nombres dice, entre los que se hallaba uno que habiendo tenido la devocion de ir en peregrinacion á Jerusalen, habia sido elegido casi á su llegada para ocupar la silla patriarcal de aquella iglesia. Era un flamenco llamado Guillermo, que ocupó aquel eminente puesto desde 1130 hasta 1144. La manera de que se hizo la eleccion tiene algo de milagrosa. Habiendo ido la víspera de Pascua á la iglesia del Santo Sepulcro para ser testigo del prodigio que se repetia todos los años en el mismo dia al encenderse el fuego nuevo, sucedió que la vela que llevaba en la mano fué la primera en encenderse, lo que bastó para decidir la eleccion, que se hizo en él. A imitacion de otras muchas comunidades de ermitaños cuyo número en aquella época era considerable en muchos lugares de Francia, y que en lo sucesivo llegaron á ser abadías en su mayor parte, los ermitaños de Fontaines trataron de si se reunirian á la órden de S. Benito ó á la de Canónigos regulares, y eligieron en 1134 la nueva Congregacion de Savigny, cuyo principal convento se hallaba en el país de Avranches, en las fronteras de la Bretaña y del Maine, y que estaba entónces en toda la fuerza de la observancia primitiva. Habiéndose puesto esta congregacion bajo la direccion de S. Bernardo en 1147, fué incorporada á la órden del Císter la casa de Fontaines, y de aqui la vino el sobrenombre de *Fontaines-les-Blanches*, del color de los hábitos que llevaban los religiosos. D. Lucas Dacheri ha publicado esta historia que, aunque poco importante en el fondo, se halla escrita con órden y claridad. Peregrino tuvo cuidado de recomendar á sus sucesores, al terminar, recogiesen á su ejemplo las noticias de los sucesos que interesasen á su monasterio, porque este trabajo seria muy útil para la conservacion de los bienes de la casa, y procuraria una lectura agradable á aquellos al ménos que la habitasen en lo sucesivo. No parece que llegaron á ejecutarse sus intenciones: tampoco conocemos ninguna otra produccion de su pluma. — S. B.

PEREGRINO Aboleo Ferreti (Venerable). Nació en 1622, de padres pobres pero virtuosos, en la diócesis de Regio, ducado de Módena; y ordenado de sacerdote abrió clase de primeras letras, profesion en que se ejercitó toda su vida, siendo maestro de niños en las villas de Argine, Larazollis y Cela, y en esta fué nombrado párroco de S. Celestino en 1652. Su vida fué tan edificante en lo público de la escuela y la parroquia, como en lo secreto de su casa, pues la práctica de las virtudes era la mejor leccion que daba á sus discípulos. Su celo pastoral proporcionaba grandes bienes á su rebaño, y las mortificaciones personales acababan de hacerle un compendio de perfeccion cristiana y clerical. Todo su anhelo era procurar el decoro del culto divino, la majestad de las sagradas ceremonias, la separacion de los dos sexos en las funciones de iglesia y la reforma general de costumbres. Trabajaba sin cesar en preservar á sus ovejas de los errores y vicios, y esto y su

cuidado en socorrer la miseria de los necesitados le constituian padre comun de todo el pueblo. No contento con su continua y fervorosa predicacion, traia de tiempo en tiempo celosos y doctos misioneros que le ayudaban á cultivar su viña. Hacia en estas ocasiones ir gente de otros pueblos á escuchar la palabra divina, y á todos les proporcionaba vino de su bodega, (dice Mazangoni), sin que jamás se verificase haber faltado, aunque hubo año, como el 1678, en que predicaron mision los PP. Señeri y Pinnamonti, en que se reunieron el último dia catorce mil personas á la comunion general: cosa que el autor de la vida del P. Señeri lo atribuye á evidente milagro. Su esmero en el culto divino y utilidad de las almas, le movieron á establecer tres insignes fundaciones de la mayor importancia, dotándolas con sus rentas. Primera: un seminario de clérigos y pobres llamado *Escuela Pia*, erigido en 1679. Segunda: la congregacion de sacerdotes con el título de *Nuestra Señora de los Dolores y S. Celestino*, que se llama vulgarmente en la actualidad *los Presbíteros de las Cinco Villas*. Tercera: la obra pia para enseñar la doctrina cristiana y explicarla á la gente rústica. Admira que un cura de tan cortas rentas pudiese plantear tantos establecimientos y darles los fondos competentes, debiendo añadir á esto los grandes gastos que tuvo en poner á su parroquia en la mayor decencia y comprar casa para habitacion de los párrocos sucesores suyos. Mas cesa esta admiracion cuando se sabe que la Providencia Divina ayudaba á su siervo de tal manera, que confesaba no haberse hallado nunca sin dinero para estas obras siempre que iba á buscarle á su arca, sin saber de donde le venia, pues no tenia donde recoger tanto. Contribuyó tambien mucho su vida penitente y mortificada. Una sotana vieja, una ropa interior muy pobre, una cama más parecida á féretro que á lecho de vivo, una mesa ordinaria con poquísimos platos, y estos mezclados con polvo del amarguísimo cardo santo: tales adornos y regalos podian ahorrar para socorrer tantas necesidades y fundar seis capellanías para seis sacerdotes pobres que trabajasen en servicio de Dios y salud eterna de los hombres. Postrado de una violenta enfermedad y fortificado con los santos sacramentos, entregó su virtuosa alma á su Criador en 25 de Febrero de 1712, habiendo empleado noventa años en servicio de Dios y solicitar por todos los medios que se hallaban á su alcance su mayor honra y gloria. Desde 1707 habia hecho abrir su sepultura en el último rincon de la Iglesia, la que bendijo solemnemente, y en presencia de sus discípulos tomó posesion, tendiéndose en ella como si estuviera muerto; dejó ordenado se le enterrase sin pompa, con el ornamento más viejo y todo cubierto de ceniza de olivo bendito, que desde mucho ántes tenia prevenida para este intento; pero la fama de su santidad y el amor y veneracion pública, no permitieron cumplir en esta parte su voluntad. Concurrieron á su funeral ciento noventa

y cuatro presbíteros, cuarenta de los cuales eran párrocos de varias partes: se le vistió la ropa sacerdotal más decente, y de órden del obispo de Reggio, Octavio Piscenendi, se le enterró delante del altar mayor con un epitafio en honor de sus relevantes méritos. —S. B.

PEREGRINO de Aragon, religioso franciscano conocido por su doctrina celo y elocuencia por la salvacion de las almas, en que obró maravillosas conversiones y cogió abundantes frutos, no sin peligro en alguna ocasion segun el siguiente caso que de él refiere la crónica. Hallándose predicando una cuaresma, se llegó á él una mujer jóven de buena apariencia, al terminar su sermon, aunque desgraciadamente habia tenido siete años trato oculto con un galan que seguia todos sus pasos. La mujer, herida con el poderoso rayo de la verdad, reconocida de sus torpezas y abominaciones, y con dolor vehemente de sus culpas, se confesó con él advirtiéndole el mucho temor con que tenia oprimido su corazon por las amenazas furiosas de su galan enemigo que en todo el tiempo de la confesion le habia tenido presente. —Padre, le decia la afligida mujer, cuanto á la no reincidencia en mi abominable delito, espero que Dios me conserve con el firme propósito de la enmienda; pero temo mucho las furias de mi enemigo, que con fiereza implacable me amenaza despedazarme entre sus brazos. —Ten buen ánimo, la dijo Fr. Peregrino, y está firme en tus propósitos, puesta en Dios tu confianza, que yo te doy palabra en su nombre que no se atreverá á ofenderte ese fiero enemigo. A la noche siguiente estando para recogerse se le apareció el galan á Fr. Peregrino, diciéndole que ¿con qué título le quitaba una dama en quien tenia él galanteo y posesion de siete años para ser suya? Oyóle el siervo de Dios sin turbacion, y respondióle con despejo: Te la quito porque eres un tirano, y se la vuelvo á su dueño, que es el Criador suyo y tuyo, y ahora porque has tenido atrevimiento para venir á mi presencia, te cruzaré la cara, y haciéndole la cruz le puso en vergonzosa fuga. Picado el galan de este desaire en que quedó tan ajada su altivez y soberbia, trató de tomar venganza de su afrentoso agravio. Con sugestiones y chismes negoció con los prelados le mudasen de aquel convento para lograr en ausencia suya sus infernales amores. Aparecióse le á la mujer, y muy afable le dijo: No puedo creer que hayas olvidado del todo mis finezas; sin duda te tiene vergonzosa y encogida tu injusto retiro, ó te tiene medrosa aquel capilludo. Ya se irá á Castilla, que hoy recibe carta por el correo de su prelado, y volveré á tus brazos sin acordarme de tus ingratitudes y desvios. —La triste mujer afligida se fué á los pies del confesor, y halló ser verdad, que le mandaba la obediencia salir para Castilla en brevísimo plazo. Contóle lo que la sucedia con el galan, y el diestro ministro de Dios la consoló diciendo: Hija, no temas; lo que el demonio no ha podido estando yo

presente, no lo podrá en mi ausencia como tú en ser fiel á Dios estés constante. El Señor fué quien por el sacramento de la penitencia dignamente recibido te admitió en su gracia; este mismo Señor será tu proteccion, tu esperanza y tu fortaleza; con sus grandes y poderosos auxilios romperás todos los lazos de ese enemigo, y dile, si te volviese á inquietar, que Fr. Peregrino aquí como en Castilla tiene cruces para hacerle volver afrentosamente las espaldas. Así lo hizo la mujer animosa, y desapareciendo el galan nunca ya más se atrevió á molestarla, y ella continuó ejemplar y penitente. Las relevantes prendas y el crédito que adquirió este Padre en sus apostólicas predicaciones le valieron ser promovido á diferentes dignidades, en cuyos elevados puestos prosiguió brillando por sus luces y elocuencia. Gobernó varios conventos de su Orden, siendo por su piedad, celo, religion y vigilancia un modelo perfecto de superiores, y mereciendo los elogios de sus prelados y súbditos, que lloraron por mucho tiempo su muerte acaecida á principios del siglo XVII, no sin que dejase notable fama de perfeccion y santidad.—S. B.

PEREGRINO DE FORLI (Beato), confesor. Religioso servita natural de la ciudad que indica su apellido, y descendiente de una familia tan noble como antigua. Siendo jóven, fué un dia á orar delante de una imágen de la Vírgen nuestra Señora que habia en la iglesia principal de aquella ciudad, de que era muy devoto, y habiéndola pedido que dirigiese sus pasos, halló á su lado á un jóven ataviado con magníficos vestidos que le dijo le acompañase. Siguió al ángel y le llevó al convento de los Siervos de María, establecido en Lena, cuyo prior no tardó en darle el hábito de su religion por revelacion celestial y mandato de la Santísima Vírgen, viéndose en aquel acto cierto resplandor celestial que anunciaba la santidad del nuevo religioso. Enviado despues á Forli se entregó á continuos trabajos, vigilias, ayunos, oraciones y otras maceraciones de su cuerpo. Es de admirarse en este religioso, que no se sentó nunca en treinta años, usando una piedra por asiento y cama cuando se sentia vencido del cansancio ó sueño; nunca hizo cama ni áun estando enfermo, y pasaba las noches enteras en oracion y meditacion: no dejaba pasar ningun dia sin hacer exámen de conciencia y confesion sacramental, expiando sus pecados con lágrimas. Fué admirable en paciencia, pues como padeciese de una horrible llaga que estuvo próxima á la putrefaccion, no se le oyó exhalar una sola queja, siendo comparado por los médicos á un segundo Job. Queriendo éstos operarle, se levantó Peregrino del lugar en que yacia, y fué por la noche á la capilla ante la imágen de un Crucifijo, que se halla todavía en veneracion en Forli, y orando allí se quedó dormido, en cuyo tiempo descendió el Señor de la cruz, y le tocó la llaga, sintiéndose sano al despertar y como si nunca hubiera estado enfer-

mo, lo que miraron como milagro los médicos al hallarle sano al dia siguiente, divulgándolo así por la ciudad. El B. Peregrino murió á la edad de ochenta años en 1345, siendo honrada su tumba con diferentes milagros. El pontífice Paulo V mandó rezase de él su Orden con oficio propio en 1.° de Mayo. Su vida ha sido escrita por Fr. Miguel y Fr. Angel Florentino.—S. B.

PEREGRINO Latiori (Beato), religioso servita, nació en Forli en 1263 de una familia tan noble como antigua. Habiéndose dirigido en 1274 á Forli S. Felipe Beniti, general de la órden de los Servitas, de órden del pontífice Gregorio X, para restablecer la paz entre los Güelfos y Gibelinos que se hacian la guerra, lo consiguió, pero no sin sufrir mucho de parte de los sediciosos. Un jóven de un carácter violento le dió una bofetada en un momento de irritacion. Este jóven era Peregrino Latiori. Desarmáronle la paciencia y la dulzura del Santo: una conversacion que tuvo con él le convirtió, y abandonó á sus padres para entrar en la Orden de aquel mismo á quien acababa de insultar. Debilitado por los trabajos y las austeridades, terminó la más santa vida el 1.° de Mayo de 1345, á la edad de ochenta años, y fué canonizado el 26 de Setiembre de 1726.—S. B.

PEREGRINO (B. Antonio), confesor, religioso de la órden Camaldulense fundada por S. Romualdo, á quien algunos autores colocan entre los santos de España únicamente porque hizo una peregrinacion á Santiago de Galicia. Falleció en 1267. Su historia se encuentra en las Actas de los Santos de los Bolandos, dia 1.° de Febrero, en que su religion celebra su memoria.—S. B.

PEREGRINO (Fr. Antonio). Escritor elogiado por el caballero portugués D. Francisco Manuel, en la epístola primera, centuria cuarta, entre los autores de obras de teología de Portugal, aunque sin mencionar ninguno de sus escritos.—S. B.

PEREGRINO (V. D. Gabriel Lopez). Fué colegial en el mayor del Arzobispo de Salamanca, dean de Cartagena, donde habia sido canónigo penitenciario, y ántes magistral de Sigüenza. Se distinguió mucho por su ardiente caridad para con los pobres, en particular para con los empleados en ocupaciones laboriosas y enfermos, por los cuales se le vió varias veces derramar abundantes lágrimas, cuando no alcanzaban sus pingües rentas para el socorro de sus necesidades. Estas, y todos sus bienes, los abdicó muchos años ántes de morir sin reserva alguna, á excepcion de unos cortos alimentos, y otorgó cesion absoluta en manos de su obispo para su empleo en obras pias, recomendando al hospital, donde se hicieron á su costa enfermerías capaces, baños y demás oficinas, con las demás necesarias para la administracion de algunas medicinas de que carecia, y se compraron además propiedades que sirvieron para la dotacion de los enfermos, quie-

nes lloraron inconsolablemente su muerte, ocurrida en Murcia el 16 de Agosto de 1792, á la edad de setenta y cuatro años y medio. — S. B.

PEREGRINO (Fr. Jacobo), franciscano portugués, de quien hace grandes elogios Cardoso en su *Agiologio Lusitano*. Distinguióse, en efecto, por sus virtudes y saber, y fué uno de los hombres más notables de su época por los servicios que prestó á su Orden, en la que obtuvo diferentes cargos, manifestando en todos las buenas cualidades de que se hallaba adornado. Pero sus virtudes monásticas son sin disputa las que más le distinguieron, siendo observantísimo de su regla, humilde, asíduo en la oracion, asistente á las prácticas de la comunidad, y muy fervoroso en todos los ejercicios propios de su estado. Refiérense de él algunos sucesos muy notables, tanto que casi rayan en lo maravilloso, pero que por evitar prolijidad no nos detenemos á referirlos. Habíase dedicado al estudio desde su primera juventud y hecho en él algunos progresos, por lo que su Orden le empleó en diferentes comisiones, á cual más honrosas todas, las que desempeñó satisfactoriamente. Llamado á ejercer otras prelacías más elevadas sin duda, pues la crónica no expresa su clase, se negó á ello por modestia, contentándose con vivir en su retirada celda, léjos del mundo y entregado á la lectura y á la oracion. Pero sus superiores, que conocian su mérito, no le dejaron por mucho tiempo tranquilo, y continuaron ocupándole en varios trabajos propios de su profesion. Asistió como definidor á varios capítulos generales y provinciales, y entónces fué cuando tuvo ocasion de conocer á fondo la organizacion y el régimen de su instituto, en que fué uno de los más entendidos. De aquí sus continuas ocupaciones y los servicios que prestó á su religion, siendo consultado constantemente y mirado como un oráculo en todo lo que se referia á la organizacion é historia de los hijos de S. Francisco. Lleno de años y virtudes, falleció al fin con grande sentimiento de sus compañeros, que le lloraron como hombre, y le veneraron por la opinion que habia dejado de santidad. Parece que escribió una obra titulada: *De regimine Franciscanæ familiæ*, que cita Nicolás Antonio en unos apéndices manuscritos que existen en la Biblioteca Nacional. — S. B.

PEREGROSSE (Pedro), cardenal, natural de Milan. Dedicado al estudio del derecho civil y canónico, fué uno de los más célebres jurisconsultos de su época, y vicecanciller de la Santa Iglesia Romana en tres pontificados. El papa Nicolás IV le dió la sagrada púrpura en 1288, que tan merecida tenia por los grandes servicios que habia prestado á la Iglesia, y murió bajo el pontificado de Bonifacio VIII el 24 de Julio de 1295, segun Ciaconius en sus *Vidas de los Pontífices*.— C.

PEREIRA (B.), religioso franciscano, de quien se ignoran las principales circunstancias, aunque se celebra mucho su virtud y santidad. Algunos au-

tores le hacen portugués, confundiéndole con un mártir de su nombre, cuyos hechos son poco conocidos.—S. B.

PEREIRA (H. Antonio), coadjutor temporal de la Compañía de Jesus. Nació en el lugar de Anobra, en el término de Coimbra. Llamáronse sus padres Pedro Pereira y María Juan, y entró en la Compañía en Coimbra á 6 de Junio de 1594. Hallábase en el colegio de la isla de San Miguel en el año de 1599, siendo rector el P. Luis Pinheyro y provincial el P. Cristóbal de Gonvea. Vivian en el colegio los PP. Antonio Vaz y Matías Carvallo, y los hermanos Esteban Sinoes y Paulo Fernandez, que era el enfermero y lo fué despues muchos años en el colegio de Coimbra. Durante la cuaresma dió al hermano Antonio Pereira una enfermedad mortal, y el enfermero y los demás vieron en el Hermano las señales de los que espiran, lanzando la última lágrima como acostumbran los que mueren. El P. Luis Pinheyro da de este suceso el testimonio siguiente: «Este hermano Antonio Pereira adoleció en S. Miguel de una enfermedad mortal, y llegó á términos que despues de recibir la uncion quedó enteramente sin sentido, frio y todo el cuerpo sin ningun calor, y solo el pulso se le sentia latir muy ligeramente. Estuvo así en una cama en disposicion para ser amortajado tres ó cuatro dias, y al cuarto volvió en sí, etc.» La crónica refiere que en este tiempo que estuvo muerto vió un gran número de cosas, las que cuenta detalladamente; mas que resucitando despues, sanó, aunque padeciendo mucho en los seis primeros meses de una llaga que se le hizo por el mucho tiempo que estuvo en la cama sin moverse. Los grandes dolores que sufrió, dice el P. Franco, le hacian acordarse de lo que habia pasado, ó mejor dicho, de lo que habia visto en el otro mundo, y así los llevaba con mucha paciencia, porque eran pequeños en comparacion de los que padeció en los tormentos. De allí en adelante procuró vivir vigilando más sobre su persona, aunque parece que tuvo que sufrir diferentes tentaciones, de que le libró María Santísima y el Angel de su guarda. Aumentó con este motivo sus penitencias, sintiendo grandes deseos de dar su vida por Dios entre los mayores tormentos que imaginarse puedan, creyendo firmemente que le debia tanto, que no por padecer dolores tan excesivos merecia de él el más mínimo favor, y si no hubiera sido por la obediencia, hubiese hecho grandes rigores en materia de penitencia. Tuvo grande devocion á la pasion de nuestro Señor, sobre la que tuvo devotísimas visiones, despues de las cuales sintió en su alma una paz de conciencia tan grande, que decia, segun el cronista: «De dónde á mí tanto bien como vos, Señor, me dais, aunque no lo merezco? pero Vos usais de vuestra misericordia con aquellos que la han menester; bien diferente andaba yo ántes de ver estas cosas; cualquier suceso me inquietaba; pero ahora vengan males, vengan bienes, no los temo ni los quiero; lo

»que temo, quiero y espero, no lo tiene esta vida en sí; por eso no se me da »nada. Lo que siento es no haber conocido ántes á un Dios tan bueno, y no »haber padecido por su amor toda clase de tormentos, afrentas é injurias. »Mi falta es como la del mercader de piedras preciosas, que viendo una muy »fina fué remiso en comprarla; pero despues que conoció bien su valor, tuvo »pena de no haberlo conocido ántes para emplear en ella todo su caudal.» Todas las cosas que le habian sucedido las escribió algunos años despues, movido de una fuerza interior que le arrastraba á ello. Algunas veces tenia propósito de no escribirlas; pero luego se sentia obligado de aquella fuerza que le desinquietaba la conciencia y daba escrúpulos. Protestó que escribia las referidas cosas para mayor honra y gloria de Dios y para su propia confusion, y para que los que esto leyesen dieran gracias á nuestro Señor de las mercedes que le hizo. Vivió este hermano siempre en la Compañía como siervo de Dios hasta 1.° de Agosto de 1645. Preparóse con los santos sacramentos, y murió como justo. Fué enterrado en la capilla de las Once mil Vírgenes del colegio de Evora. — S. B.

PEREIRA (P. Bartolomé), jesuita portugués, entró en la Compañía de Jesus en 1603 á la edad de quince años; enseñó filosofía y escribió una obra titulada: *De persecutione Japonica*, *lib. XII*. — S. B.

PEREIRA (Benito). Nació este ilustrado jesuita en la ciudad de Valencia el año de 1535. Hijo de padres que á su honradez unian un gran fondo de piedad, manifestó desde muy niño grande aficion á la Iglesia y al estudio; y así es que á los diez y siete años de edad entró en la Compañía de Jesus. Conociendo su capacidad el célebre P. Domenech le llevó consigo á Roma; y dedicado siempre al estudio en aquella capital del orbe católico, llegó á ser uno de los hombres de más profunda erudicion que han tenido los Jesuitas, y puede decirse el gremio cristiano. «Imposible parece, dice su biógrafo, »que una sola inteligencia pudiese abarcar los grandes conocimientos que »poseyó Pereira: teología, en la que recibió el grado de doctor; griego, he»breo, caldeo, siríaco, filosofía, literatura, historia, todo fué objeto de su »aplicacion.» D. Nicolás Antonio dice que con ser España madre fecundísima de hombros doctos, apénas habrá producido otro que excediese á Pereira; y si atendemos á las obras que se conocen de este autor y á las materias de que tratan y su desempeño, no creemos exagerado este juicio. Murió Pereira el dia 6 de Marzo de 1610. Además de las obras impresas que conocemos de este autor, de las que se han hecho diversas ediciones en varios paises, quedan de él porcion de preciosos manuscritos en la *Biblioteca Ambrosiana*, que son célebres monumentos de los grandes conocimientos y erudicion vastísima del sabio jesuita. Sus principales obras son las siguientes: *De communibus omnium rerum naturalis principiis et aflictibus.* — *Commenta-*

riorum in Danielem prophetam, libri XVI, in quibus cronographiæ hujus libri rationem accurate et persecutus.— Commentaria in totum librum Genesis.— Adversus fallaces et superstitiosas artes, hoc est, de magia et observatione somniorum et de divinatione astrologica, libri III.— Selectarum disputationum in Sacram Scripturam. Las obras expresadas, que tanto honor dan á su autor y á las letras latino-hispánicas, serán siempre libros de consulta para los eruditos.— B. C.

PEREIRA (P. Bernardo), jesuita portugués, natural de Ulico. Siendo todavía jóven pasó á la India Oriental con el designio de alcanzar riquezas, mas Dios le condujo por este camino á otro bien diferente del que pensaba; pues hallándose en Goa le tocó Dios al corazon y entró en la Compañía de Jesus en 1609. Estudió teología con el P. Francisco Machado, aprendiendo de él no solo esta ciencia, sino tambien la de la virtud, deseando con su ejemplo consagrarse á la conversion de los gentiles, deseos que no tardó en cumplir la Divina Providencia; pues habiendo el segundo emperador de Etiopía oido á los primeros padres de la Compañía que predicaron en su reino los misterios de nuestra santa fe, y convencídose con sus razones á abandonar la herejía en que hasta entónces habia vivido y abrazar nuestra religion, suplicó en repetidas cartas al Soberano Pontífice que le enviase predicadores que con su celo, sabiduría y doctrina le ayudasen á devolver sus reinos á la obediencia de la silla apostólica. Lo mismo sucedió al provincial de los Jesuitas que se hallaba en Goa por medio de los padres que residian en Etiopía, dando razon del abundante fruto que habian cogido, y cómo no podian recoger más por falta de obreros. Publicó el superior de la provincia la ocasion que se presentaba en Etiopía de ganar muchas almas para Jesucristo, y aunque la empresa era árdua por ser los naturales del país de espíritu belicoso y poco constantes en su palabra, fueron muchos los jesuitas que de todas las casas y colegios, no solo se ofrecieron para esta santa empresa, sino que la pidieron y pretendieron con repetidas instancias, ofreciéndose con alegria á dar su vida por Jesucristo. Entre los muchos pretendientes que entónces se presentaron, fueron elegidos aquellos que inspiraban más confianza, poniendo á su frente los PP. Francisco Machado y su discípulo Bernardo Pereira. Recibieron con grande placer esta comision, como si adivinasen ya la corona del martirio que Dios les preparaba, y aprestado un navío, se embarcaron el dia de la Purificacion de nuestra Señora del año 1624. Dirigieron sus proas á la Arabia, y si bien al principio tuvieron vientos contrarios y continuas tormentas, se mejoraron despues llegando á vista de la Arabia á 21 de Febrero. Hallábase este reino en su mayor parte en poder de los turcos, pagándoles tributo los reyes que en él llevaban tal nombre. Antes de saltar en tierra consultaron con los patrones del navío el traje en que lo ha-

rian, y por su consejo tomaron el de turcos, que era el más general. La primera ciudad que descubrieron fué Caxima, donde residia el virey, y ántes de desembarcar se presentaron los guardas para saber quiénes eran, de dónde venian y adónde iban, y qué traian en el navío. Habiéndose informado de todo, mandó el virey que saltasen en tierra y les diesen buen alojamiento, tratándolos humanamente. Llevároulos á palacio al otro dia, donde los recibió con amistosas demostraciones, preguntándoles y respondiéndoles por medio de un portugués que llevaban en su compañía y les servia de intérprete. Los Padres por ganar la voluntad del virey le hicieron un grande regalo, á que correspondió éste mandando poner las mesas y darles una comida á estilo de Arabia, la que no pudieron aceptar por ser tiempo de cuaresma. Bebieron un poco de agua, diciendo que no les permitia más su ley por ser tiempo de ayuno, de lo que no se disgustó el turco, ántes bien elogió su observancia. Habiéndose detenido algunos dias en aquel país, pidieron al virey un navío para continuar su viaje por el mal estado del suyo. Diósele con mucho gusto, y se hicieron á la vela á 1.° de Abril, en la semana santa, sufriendo una tempestad tan violenta que estuvieron á punto de naufragar. No pararon aquí sus trabajos, porque á poco salieron de las costas navíos de infieles, que á título de cobrar los tributos les ocasionaron terribles vejaciones, teniendo que emplear para librarse de ellos donativos y dinero, y como se hallasen en guerra con los abisinios de la Etiopía, adonde se encaminaban, trocaron sus trajes en el de armenios para ser bien recibidos en aquel país á título de negociantes. A 13 de Abril llegaron á Ceilan, célebre provincia en los confines de Africa, donde tiene el Rey su corte en una ciudad populosa titulada Abaxa. Llevaban los Padres cartas de recomendacion del rey Caxemano de Arabia para el de Ceilan, y se las entregaron al gobernador, quien los recibió con muestras de amistad, presentándolos á su rey. Hízoles diferentes favores y ofreció darles pasaportes para Etiopía por haber recibido cartas de su monarca en que se lo pedia así; mas como todos ardian en la insaciable codicia del dinero y eran tan enemigos de los cristianos, no perdian de vista á los Padres espiando todas sus acciones; y convencidos de que bajo el título de armenios encubrian su verdadera nacion y profesion diferente, habiéndoles dado licencia para pasar á Etiopía, les salieron al encuentro, prendiéndolos como salteadores, y cargándolos de cadenas los pusieron en una estrecha prision, causándoles mil injurias y oprobios. Cuando el emperador de Etiopía supo la prision de los Padres lo sintió en gran manera, y por no declarar la guerra al rey de Ceilan, le envió á decir que los pusiese en libertad para ir á su reino, y para tenerle más obligado le envió un presente de mulas y de caballos; pero el moro despreció el regalo y al Rey que se lo enviaba, y contestó á los mensajeros

que mataría á los Padres ó se serviria al ménos de ellos como de esclavos. Oida esta respuesta, mandó el emperador de Etiopía embargar los bienes de todos los vasallos del rey de Ceilan que se hallaban en su reino, para obligar á éste á que diese libertad á los Padres; pero era tal su obstinacion y tan grande el odio que tenia al nombre de Cristo, que pidió por su rescate una gran cantidad de oro; pretendiendo de lo contrario hacerles renegar de la fe de Cristo y profesar su falsa secta de Mahoma. El lugar donde los prendieron se llamaba Auxagurela, y la cárcel en que se les puso fué estrechísima, siendo peor el tratamiento, haciéndoles sufrir toda clase de oprobios y malos tratamientos por que abandonasen la fe de Cristo. Consistia su comida en un poco de pan de cebada mal cocido, y muchos dias sin agua; padecieron grande hambre y sed, sobrellevándola con la mayor constancia y alegría, porque el Señor los consoló con gozos espirituales, semejantes á los que sentian los Apóstoles cuando eran conducidos á los tribunales y á las cárceles porque predicaban la religion del Crucificado. No se olvidó el Señor de socorrerlos en sus necesidades, como lo hizo con los antiguos mártires, porque padeciendo grande sed, causada por la crueldad de los tiranos, hizo brotar una fuente milagrosa en la cárcel donde se hallaban, de la que bebieron los siervos de Dios, dándole infinitas gracias por la merced que les habia hecho, de lo que admirados los infieles lo atribuyeron á malas artes, y para privarlos de aquel alivio procuraron cegarla, siendo en vano su trabajo, porque miéntras la cubrian de tierra por una parte salia el agua por la otra, de lo que irritado el pérfido Rey y desesperado de no conseguir atraerlos á su falsa secta, dió sentencia de muerte contra ellos, y despues de haber padecido por espacio de cuatro meses toda clase de tormentos en aquella rigosa prision los degollaron, cantando los santos mártires himnos y alabanzas á Dios, que les hacia dignos de dar su vida por su divino amor. Su muerte fué en Setiembre de 1625, ignorándose el dia en que se verificó. La vida de estos Padres fué escrita por el P. Cuadrado en sus *Varones ilustres de la Compañía de Jesus*. En los *Anales de Goa y Etiopía*, años 1625 y 26. Tambien se halla en la *Corona lusitana* del P. Bartolomé Guerrero y en el *Martirologio* del P. Alegambes. — S. B.

PEREIRA (Francisco), religioso portugués de la Orden Seráfica. Publicó: *Camino celestial de los Terciarios de S. Francisco;* Lisboa, por Mauricio Vicente de Almeida, 1731, en 12.° — S. B.

PEREIRA (P. Dr. Francisco), jesuita portugués, y uno de los padres más autorizados é instruidos que hubo en aquella provincia. Nació en Britiande en el obispado de Lamego: sus padres, que eran de distinguida nobleza, se llamaron Juan Luis é Isabel Pereira. Entró en la Compañía en Coimbra á 23 de Mayo de 1567, teniendo la edad de quince años. Su escla-

recido ingenio resplandeció mucho, tanto en el estudio como en la enseñanza de las ciencias. Explicó dos cursos de artes, fué por muchos años maestro de sagrada teología en la universidad de Evora, donde tomó el grado de doctor; valióse mucho de sus letras el tribunal del Santo Oficio, de que fué calificador, y asistió por muchos años al consejo general de la Inquisicion con particular satisfaccion de su virtud, letras y prudencia. Pretendiendo los hebreos obtener de Felipe II un perdon general, se opusieron á esta pretension los arzobispos de Braga, Lisboa, Evora, y Martin Gonzalez de Cámara, que habia sido valido del rey D. Sebastian. Vinieron todos á Madrid para impedir esta negociacion, trayendo consigo al P. Dr. Francisco Pereira para arreglar estos puntos en lo que fuesen necesarias las letras, por haber escrito él doctamente sobre esta materia. Por su grande ciencia fué consultado por S. M. juntamente con los PP. Francisco Suarez y Luis de Molina para la cátedra de prima de la universidad de Coimbra. Era frecuentemente consultado por las principales personas de Portugal y de su gobierno. Y el Rey le consultó asimismo varias veces por cartas que le mandaba escribir en negocios de grande importancia. Tuvo grande autoridad con los religiosos de la Compañía por su mucha virtud y santos ejemplos. El primer cargo que desempeñó fué el de prepósito de la casa de S. Roque, y despues el de provincial. Hizo tres viajes á Roma: uno como procurador elegido en la Congregacion trienal, los otros dos á la sexta y séptima congregacion general por ser provincial. Fué muy acepto en su gobierno, en particular por dos razones. Primera, por manifestar en cuanto le era posible deseo de consolar á sus súbditos. Segunda, porque á nadie manifestaba cariño, ni usaba de fingimiento, tratando á todos con mucha lisura y verdad. Fué siempre enemigo de palabras y prácticas ociosas, y las cosas más pequeñas las trataba con mucho juicio y recato. Fué tan advertido en las cartas que escribia, que no se notó en ellas ningun descuido. Eran tan graves y discretas, que salvo el secreto que contenian, se podian leer á todo el mundo. Hablaba de todos con tanto decoro, que ni por via de murmuracion ni de desprecio se podia dar nadie por ofendido de él. Sus entrañas eran todas de caridad. Nunca le pidió nadie cosa que la negase pudiéndola hacer. Acudia con buenas limosnas á las personas necesitadas, en particular si tenian algun pariente en la Compañía, por lo que le echaron muchos de ménos despues de su muerte. En su persona se trató siempre como pobre, lo que se vió más claramente despues de su muerte, porque toda la ropa de su uso era la misma pobreza. Observaba siempre mucha sobriedad en el comer, y estaba en la mesa con extraordinaria modestia. No dijo nunca misa sin preceder una larga preparacion, fué muy exacto en rezar, así en hacerlo con atencion como con el despacio y pausa con que

pronunciaba. En una palabra, no se vió en él ninguna falta personal que pudiera desedificar á nadie. Fué hombre exento de toda ambicion de mando. Cuando estuvo en Roma siendo provincial, no consintió en que se le prorogase el gobierno, ántes importunó tanto al P. General, que le escribió éste que no habia tenido ninguna queja de él, pero que le quitaba por sus importunaciones. Por el tenor de estas fueron sus demás virtudes. La dolencia de que murió fué un accidente de perlesía. Al principio le dió dos veces en el intervalo de dos dias; pero á la tercera fué tan grave que no le valieron ningunos remedios. Durante su enfermedad fué visitado muchas veces por el virey, arzobispo, inquisidor general, colector y otras muchas personas graves y tituladas. Todos los religiosos decian que no podia tener entónces la Compañía pérdida mayor que su falta, porque además de letras, autoridad y gobierno, era extraordinaria su memoria y comprension de las cosas de las que se le preguntase ó pudiera dar razon. Las tenia todas tan presentes, que ofreciéndose ocasion, aunque repentina, discurria en ellas con tanta firmeza como si las hubiera estudiado en aquella misma hora. Falleció con todos los sacramentos como lo habia pedido en la casa de San Roque de Lisboa á 16 de Noviembre de 1619, á la edad de sesenta y ocho años, y cincuenta y tres de Compañía.—S. B.

PEREIRA (José), carmelita portugués, vivia áun en 1731, aunque de una edad muy avanzada. Tenemos de él: *Disertacion apologética, histórica, dogmática y política de los Ritos sagrados*, en portugués; Lisboa, 1731, en 4.° —*Crónica de los Carmelitas portugueses de la estricta observancia;* Lisboa, 1747, dos volúmenes en fólio.—S. B.

PEREIRA (P. Juan), jesuita portugués, natural de la villa de Cella, en el arzobispado de Lisboa, sus padres se llamaban Eduardo Pereira y Brígida Marquez. Entró en la Compañía en Coimbra á 12 de Marzo de 1619, á la edad de diez y ocho años. En aquel año pasaron todos los novicios de Coimbra á Lisboa, porque se comenzó á habitar la casa de Monte Olivete, y entre ellos fué el hermano Juan Pereira. En 1625 pasó á la India con otros once más de la Compañía. En 1625 llegó á Mazua, que es un puerto marítimo de Etiopía, siendo cinco entre todos los de la Compañía. En Mazua tuvieron mucho que sufrir, porque el clima no es sano, y los intolerables calores le hacian casi insufrible. Estuvieron detenidos allí cuatro meses, porque la licencia que tenian del bajá de Suaquen para entrar en la Etiopía habia fenecido por haber muerto éste, siendo preciso por lo tanto agenciarse otra licencia. Suaquen dista de Mazua como setenta leguas por mar, y por este motivo hubo bastante detencion ántes de que llegase la licencia. Pero lo que más á peligro les puso fué un falso testimonio que escribió contra ellos el gobernador que habia sido de Mazua, el cual sintiendo verse privado del

lucro que esperaba de los padres por haber salido del gobierno ántes de su llegada, hallándose ya en Moza escribió que llevaban los Padres quinientas espingardas para tomar las fortalezas. Registráronse por lo tanto las naves, así fuera como dentro con grande temor de los Padres, que salieron, sin embargo, libres en cuanto se descubrió que todo era mentira, y pudieron tambien partir de Mazua, no para verse libres de trabajos, sino para exponerse á otros nuevos. Era virey de Tigris, reino de Etiopía, el más vecino al mar, Guerguis, yerno dos veces del Emperador; pero la segunda hija de éste, con quien habia casado, no le quiso seguir á Tigris, y se quedó en la corte con otro más de su agrado; lo que dice el cronista, de quien tomamos estos apuntes, que no es cosa de que se hace mucho caso en Etiopía entre los grandes, y que el Emperador, léjos de castigar á su hija, dió al adúltero un cargo muy honroso. Disgustado Guerguis de este desprecio, determinó dejar la fe de Roma y rebelarse contra el Emperador; y cuando llegaron los Padres á aquel país, es cuando precisamente ardia su odio en todo su furor. Encargóle el Emperador que se llegase con su gente á Mazua para recibir á los Padres. Creyó esta una ocasion favorable para declararse, matando á los Padres y robándoles todo lo que llevaban. Con estos intentos se puso en camino. La suerte de los Padres fué que el Emperador hizo la misma recomendacion al gobernador de las sierras próximas al mar, llamado Bahar Nagais. Era éste un buen cristiano, y fué con su gente, que era más que la del virey; por lo que no se atrevió éste á manifestar la saña que dentro de sí ocultaba, ántes por disimular mejor, presentó á los Padres algunos refrescos. Al fin del mes de Agosto llegaron á Fremona, donde se hallaba el Padre Gaspar Paez. El virey ocultó su gente en un lugar cercano, esperando que los Padres fuesen todos juntos á visitarle para mandarlos matar. Así lo hubiera hecho; mas aconteció por disposicion de Dios que se sintieron dos Padres algun tanto indispuestos; por lo que fueron solo cuatro, los cuales vieron muchas señales de que se urdia alguna cosa, pues el virey y los suyos hablaban entre sí en secreto, decidiendo disimular porque los Padres no se hallaban todos reunidos. Mandó despues recado que ya que los Padres no podian, los queria él visitar, teniendo acordado el modo de matarlos en aquella visita; y lo hubiera hecho si no le hubiese dicho un hermano suyo que lo mirase bien, pues no tenia gente bastante para declararse contra el Emperador. Contúvole esto; mas cuando algun tiempo despues se vió con gente suficiente, envió recado á los Padres que fueran á confesar á aquella gente. Estaban ya los Padres advertidos de sus intentos por muchas razones, y le contestaron que los excusase por entónces. Viendo poco despues que no podia haber á las manos á los Padres, procuró hacer abjurar á su capellan, y como permaneciese constante en la fe, le mandó matar. Ordenó romper las

cruces y hacer otras injurias á las cosas sagradas, lo que pagó brevemente, porque fué vencido, preso y ajusticiado. El P. Juan Pereira trabajó en aquel imperio con grande espíritu hasta el año de 1630, aumentando mucho la fe, pero padeciendo tambien grandes persecuciones. En aquel año fué el patriarca Alfonso Mendez y los demás PP. de la Compañía desterrados de Etiopía por mandado del emperador Faciladas, que sucedió á su padre Seltan Segued, que miéntras vivió hizo que imperase la religion católica en su país. En la expulsion se valieron los Padres de la proteccion de un magnate contra el Emperador, que los agasajó al principio, pero se dejó vencer despues por la promesa del Emperador, que le pedia ó que los entregase ó que los pusiese en las manos de los turcos de Mazua. Convínose á esto segundo aquel magnate, y con un ministro del Emperador que trataba de esta entrega fué llevando á los Padres hasta cierto lugar, donde los esperaban los turcos avisados por él. Despues de la primera jornada se volvió á la corte el ministro del Emperador con la noticia de la ejecucion, aunque los Padres iban solo con el adelantado. Con este motivo convinieron con él en que dejase dos Padres ocultos para ayudar á los descendientes de los portugueses, que se hallaban bajo su proteccion. Hubo entre los siervos de Dios alguna contienda sobre á cuál tocaria esta buena suerte; mas recayó en los benditos PP. Juan Pereira y Francisco Rodriguez, á quienes tenia Dios preparada en aquella tierra la gloriosa corona del martirio. Por lo tanto, el dia ántes de hacer la entrega á los turcos se quedaron disfrazados entre la gente del señor que los protegia. Acaeció esto en Mayo de 1634. Otros Padres se habian quedado ántes escondidos en varias partes bajo la proteccion de algunos nobles católicos: el P. Gaspar Paez y Bruno Bruni en el sitio llamado Asa bajo la proteccion de Tecla Manuel, grande amigo de los Padres, y allí fué tambien el P. Juan Pereira. Terminado el tiempo del gobierno de Tecla Manuel, le sucedió un hermano suyo llamado Melca-Cristos, hereje perverso. Avisó Tecla Manuel á los Padres de su peligro, pues ya no podia servirles de nada. Melca tenia un yerno llamado Gebra-Cristos, muy enemigo de los Jesuitas y de la Iglesia católica, y éste se dió por muy contento de que hubiese en aquellas tierras los Padres, en los cuales podia saciar su odio y su envidia. Juzgó favorable la ocasion, y dió cuenta de lo que pasaba á un monje cismático, que gobernaba el reino de Tigris, quien alabó mucho tan santo designio, tan del servicio de Dios y de la fe de Alejandría. Tuvo Tecla Manuel noticia de estas cosas pocos dias ántes de la pascua del año 1635; estando los tres Padres con algunos católicos, parte de ellos portugueses, y parte naturales del país, ocultos en una cueva detrás de Etsa, los avisó Tecla Manuel de que les convenia dispersarse por varios sitios que les designaria. Pareció duro á los siervos de Dios privarse del consuelo de estar jun-

tos, y por lo tanto se retiraron á un valle cercado de oteros donde se alojaron. Hacia cuatro dias que estaban allí, cuando llegó Gebra-Cristos con ciento veintisiete hombres armados, y guiado por Melca-Cristos fué á registrar la cueva donde se albergaban los Padres. Como no los hallasen, emplearon toda la noche en buscarlos. Llegaron á una fuente á cuyo lado divisaron pisadas de un caballo, que llevó un portugués para que fuese en él el Padre Gaspar Paez, que no podia caminar á pié por sus muchas indisposiciones. Siguiéronlas de tal manera, que ántes de salir el sol llegó Melca al valle donde estaban los siervos de Dios, dejando como oculta la gente de armas. Quedándose los demás en sus cabañas, salió solo el P. Bruno á saber el motivo de la venida de Melca. Fingiendo éste, dijo al Padre que le traia la noticia de que su hermano Tecla Manuel estaba preso en la fortaleza del virey, y que ya sabian los enemigos dónde estaban los Padres, por lo que les convenia mudar de sitio. Decia esto manifestando grande sentimiento, mas no tardó en tirar la máscara. Presentáronse los enemigos armados, y cayendo sobre el P. Bruno, le dieron trece lanzadas y lo comenzaron à desnudar. Escribió este bendito Padre que no sintió las heridas hasta despues de ver correr la sangre. Cuando le desnudaban, ayudó con la mano á que le quitasen la camisa. Temiendo los cismáticos que no muriese de las heridas que habia recibido, le dieron otras dos lanzadas, que no sintió el Padre así como las primeras. Dejáronle solo, sin cosa alguna con que cubrirse. Despues de haber cometido los asesinos otros actos semejantes de barbarie en las demás cabañas, se retiraron temiendo ser sentidos á un lugar vecino. El P. Juan Pereira se hizo llevar entónces en los brazos de dos jóvenes portugueses, adonde se hallaba el P. Bruno. De los dos portugueses, uno, que se llamaba Francisco Machado, estaba gravemente herido, el otro, cuyo nombre era Damian, aunque se expuso constantemente á los golpes deseando morir por la fe, no fué herido, contentándose Dios con solo su deseo. Llevaban al Padre desnudo y cubierto con solo un pantalon de la cintura abajo, teniendo en el pie izquierdo una herida de medio palmo. Cuando llegó donde estaba el P. Bruno, se arrojó en tierra á su lado diciendo: «Muramos, padre mio, muramos juntos. Confesémonos uno á otro, y luego á los demás cristianos heridos.» El primero que murió de este bendito número fué el P. Gaspar Paez. Era natural de la villa de Covilha; entró en la Compañía en la India. Estando todos juntos se prendió allí cerca fuego, en el cual sin duda murieran abrasados, si la Divina Providencia no los hubiera socorrido por medio de una esclava, la cual cuando embistieron los enemigos, salió á buscar leña al monte, y oyendo el ruido, se detuvo hasta que se fueron, y llegó á tiempo que el fuego comenzaba á encenderse. Acaeció tambien llegar entónces á aquellos parajes un portugués de muy malas costumbres que iba á ver si podia robar

alguna vaca. Este, al ver á los Padres, se enterneció de tal manera, que rompiendo la capa con que se cubria, echó la mitad al P. Bruno y la otra mitad al P. Juan Pereira, que solo tenian encima un poco de paja. Merecióle este fervoroso acto una grande contricion de sus pecados, porque hizo confesion general de ellos en la cueva donde fueron llevados los heridos. En la tarde del 25 de Abril en que fué muerto el P. Gaspar Paez y algunos otros cristianos, fueron allí dos portugueses, enterraron los muertos y armaron unos palos para poner en un lugar ménos incómodo á los heridos. Dijéronles los dos Padres, que les dejasen acabar allí con sus compañeros, pues estaban tales que acabarian de morir en el camino. Respondiéronles que allí no estaban seguros, porque podian volver los enemigos y acabar con todos, á lo que dijeron los Padres que hiciesen lo que más les conviniese y sirviese para su seguridad. En la misma noche llevaron á los heridos atados en unos palos cubiertos de paja al monte donde estaban primero. Tenia éste un asiento capaz, defendido del sol, y prados con unas piedras muy grandes cuyas puntas salian hácia fuera. Pegado á este paraje habia una cueva de veinte palmos cumplidos, de seis de alto y otro tanto de largo. En esta estancia habian estado por espacio de dos meses los PP. Gaspar Paez y Bruno Bruni, y por el de un mes el P. Juan Pereira. Dentro de esta cueva pusieron al Padre Bruno y al P. Juan Pereira, y al amparo de las piedras á los demás heridos. Pasaron los católicos la noche en vela, y al dia siguiente que era el 26 de Abril al medio dia, murió un jóven portugués que servia al P. Juan Pereira. Llamábase Francisco Machado; habia sido cruelmente herido por los cismáticos, tenia de diez y siete á diez y ocho años de edad, los cuales coronó con gloriosa muerte. En la cueva cuidó de los Padres una santa portuguesa, que viendo allí heridos á muchos de los de su familia, estaba con notable aliento diciéndoles á todos que no habia que sentir, pues se padecia por Dios. En el sétimo dia, que fué el 1.° de Mayo, sintiéndose el P. Juan Pereira muy desfallecido y con grandes dolores en las heridas que recibió en las piernas y pecho, pidió que le sacasen de la cueva y llevasen á otro lugar. Trasladáronlo adonde estaba el altar y pasó todo el dia luchando con los terribles dolores de la muerte. Hacia fervorosos coloquios á Dios y á la Vírgen nuestra Señora, protestaba que padecia y moria *propter virtutem*, palabra que entónces usaba y de que habia usado desde que vió á los enemigos, porque habiéndole ofrecido una espada y rodela para defenderse, contestó: «Dejad, que este tiempo no es á propósito para defenderse con las armas, sino de padecer por la virtud.» Pasada la media noche, dió á Dios su dichoso espíritu pronunciando el nombre de Jesus. Acabó en la tierra para reinar con Dios en el cielo, á 2 de Mayo de 1635, en Asa, que dista como medio dia de camino de Gemma. De este martirio formó proceso auténtico el glorioso mártir del

Señor, el obispo D. Apolinar de Almeyda. El P. Mtro. Baltasar Tellez refiere la muerte de este bendito Padre, en su *Historia de Etiopia*, tratando tambien de él el P. Matías Taner en los *Martirios de la Compañía*; el P. Nudan en su *Annus dierum* y el *Agiologio lusitano*. Alegambe le cita en los *Anales ilustres* y Franco en las *Imágenes de virtud*. — S. B.

PEREIRA (P. Juan), jesuita, natural de Pontedelgada en la isla de San Miguel, donde nació en 1645 de una ilustre familia portuguesa, la que le dió una educacion correspondiente á su clase, deseosa de dedicarle á los primeros cargos del país á que le llamaban sus méritos y circunstancias; pero el piadoso Juan, que habia cerrado su pecho al llamamiento de la ambicion, abandonó todas sus futuras esperanzas de engrandecimiento, y entró en la Compañía á 23 de Noviembre de 1622 manifestando desde luego las buenas cualidades de que se hallaba adornado para seguir las huellas de los discípulos de S. Ignacio de Loyola. Era en efecto muy dado á los ejercicios de oracion y meditacion, muy rígido en sus penitencias, que solo le hacia mitigar la severidad de su regla, y no ménos estudioso, de manera que no tardó en distinguirse y brillar entre sus condiscípulos. Hubiera quizá seguido la carrera de la enseñanza para la que tenia suficientes méritos y capacidad, si las misiones, objeto principal entónces de la Compañía, no hubiesen reclamado numerosos obreros y sido enviado á ellas el P. Pereira, que tenia circunstancias muy á propósito para desempeñarlas dignamente. No se engañaron en efecto sus superiores en su eleccion, y al poco tiempo de su permanencia en el Brasil, en que habia obtenido considerable fruto, fué elegido visitador de aquella provincia, que recorrió con este motivo, impulsando las nuevas fundaciones, creándolas donde no las habia, y elevando en fin aquella mision al estado más floreciente. Llamado á Europa para dar cuenta del desempeño de su cargo, hízolo tan satisfactoriamente, que sus superiores, convencidos de sus buenas cualidades, le eligieron visitador de la provincia de Portugal, cargo de no tan difícil desempeño y en que Pereira continuó manifestando la severidad unida á la dulzura, y la prudencia y el amor á la observancia de su regla hermanado con la caridad para con sus hermanos. Nombrado posteriormente prepósito de la casa de S. Roque, murió en Lisboa en 23 de Abril de 1715, dejando grande opinion de santidad. —S. B.

PEREIRA (Fr. Vicente), dominico portugués, muy conocido por su ejemplar vida y virtudes, aunque solo se halla citado en los bibliógrafos por una obra que escribió sin llegar á ver la luz pública. Cardoso, sin embargo, en su *Martirologio Lusitano*, dice que fué un modelo de perfeccion, y que aventajó á todos los religiosos de su época, recordándose en su persona los tiempos de la observancia primitiva. Tomó el hábito en el convento de Evora, y desde su noviciado dió inequívocas pruebas de lo que habia de llegar á ser

en lo sucesivo. Amante de la oracion, asíduo en la penitencia, amigo del retiro, su austeridad rayaba en un extremo de que pueden citarse pocos ejemplos. Quisieron sus superiores elevarle á diferentes cargos, mas los renunció todos por modestia y prefirió vivir en el aislamiento y la humildad, á ostentarse entre sus compañeros, de los que se preciaba en ser inferior. Su única distraccion era la lectura de algunos libros piadosos en su mayor parte, á que se entregaba con placer y deseoso de aprovechar el fruto que de ellos recogiera en beneficio de sus hermanos. En efecto, consagrado al ejercicio de la predicacion, objeto principal de su regla, le ejecutaba con grande celo y acierto, obteniendo diferentes conversiones, algunas de las cuales llegaron á ser muy célebres en Portugal, por lo que Pereira fué llamado á los palacios de los grandes y áun de los reyes, de todos los cuales huia tan pronto como habia conseguido su propósito: hacer bien á los desgraciados, y atesorar recursos para la salvacion de las almas. Treinta años vivió en el claustro, y en todos ellos se manifestó siempre constante, igual asímismo, y nunca se separó de la línea de conducta que en un principio se habia trazado. Falleció en el convento de Evora, donde habia vivido lleno de años y de méritos, y llorado de sus hermanos que comprendian el vacío que entre ellos dejaba, y mucho más de los pobres, que perdian en él un protector y un padre. Su Orden honró su memoria con solemnes exequias, á que asistió lo más distinguido de la poblacion. Del P. Pereira se conoce una obra titulada: *Vida do Ascebisbo santo*. —S. B.

PEREIRA DE FIGUEREIDO (Antonio), sabio portugués, nació en Macao el 14 de Febrero de 1725, siguió sus primeros estudios con los Jesuitas, y entró en la congregacion del Oratorio en Lisboa, donde enseñó gramática, retórica y teología. Habiéndose suscitado algunas diferencias entre la corte de Roma y la de Portugal, se pronunció en un principio en favor de la Santa Sede, pero cambió bien pronto de opinion, y sostuvo públicamente las famosas tesis del dominio de los reyes sobre las personas y los bienes eclesiásticos. Publicó poco tiempo despues su *Ensayo teológico*, en que sostiene la misma opinion. Esta conducta le valió el cargo de vocal en el Tribunal Real de Censura, y el de primer intérprete en las oficinas de Negocios extranjeros y de la Guerra. Habiendo abandonado entónces el hábito religioso, se aumentó la animadversion de sus enemigos, y todos le pintaron como un hombre vendido á la corte y á la ambicion del marqués de Pombal. Este ministro no podia, en efecto, hallar un hombre que se hallase en mejor estado para secundar sus atrevidos planes de reforma. Pereira unia á una grande actividad una vasta penetracion y extension de conocimientos. En el año 1772 fué elegido uno de los tres diputados de la junta de *Subsidio literario y de Instruccion pública*. Poco despues obtuvo el nombramiento de

miembro de la Academia Real de Ciencias en la clase de literatura. Su grande asiduidad en los negocios y el estudio alteraron su salud. En los últimos años de su vida se arrepintió de los errores á que le habia arrastrado su ambicion, murió de apoplejía el 14 de Agosto de 1797, con el hábito de su Orden que habia pedido espontáneamente. Compuso muchos libros sobre la lengua latina y portuguesa, que sufrieron repetidas críticas, pero que no por esto dejaron de tener grande éxito. La que le hace más honor de todas sus obras, es la traduccion de la *Santa Biblia en portugués*, con prefacios, notas y variantes, 1778-1790, tres volúmenes en 8.° Dejó además un gran número de manuscritos, cuya enumeracion excederia los límites á que debemos atenernos en este artículo. —S. B.

PERELLO (Andrés), natural de Muro, presbítero y doctor en medicina, muy versado en las antigüedades de esta isla. Recogió una multitud de notas y apostillas, de que poseemos algunos cuadernos; dejó manuscrito un *Tratado de Oratoria sagrada*, y dió á luz algunos escritos anónimos que tratan de laudemios. Murió cerca del año 1832. —J. B. de R.

PERELLO (Antonio), natural de Petra, religioso franciscano del convento de S. Francisco de Asís de la ciudad de Palma. Obtuvo por sus talentos las cátedras de filosofía y teología en la universidad literaria de esta isla. Fué examinador sinodal de este obispado, custodio de su convento, tres veces provincial, comisario visitador de esta provincia y en las de Barcelona y Valencia, y definidor general. Murió en Palma en 1.° de Febrero de 1748, dejando entre otras memorias que perpetuan su nombre el altar mayor de la iglesia de su convento, que se fabricó á sus expensas y se bendijo en 1739. Escribió: 1.° *Sermon fúnebre en las honras de la V. M. Sor Clara María Ponce de Leon, abadesa y fundadora del Real monasterio de Capuchinas de esta ciudad*; Palma, imprenta de Miguel Capó, año 1705.—2.° *Triunfos festivos baleárico-austriacos, reportados por el más deseado, querido é idolatrado monarca de las Españas, D. Cárlos III de Austria, nuestro rey y señor, consagrados á la más soberana y triunfante Palas María, que ya en el primer instante rompió la cadena de la más infernal Medusa, en hacimiento de gracias por la reduccion del reino baleárico al dulce y amado gobierno austriaco. Celebrados en el Real convento de S. Francisco de Asís de Mallorca á los 31 de Octubre de 1706. Aclamados con panegíricos útiles por ... etc.; dedicados á D. Juan Antonio de Pachs y de Orcau, conde de Savalla, etc.*; Palma, imprenta de Miguel Capó, año 1706, en 4.°—3.ª *Oracion panegírica que dijo en las solemnes fiestas en la canonizacion de S. Luis y S. Estanislao, celebradas en el colegio de Monte Sion de Palma el dia 18 de Setiembre de 1727*; impresa por Gerónimo Grau, con la relacion de dichas fiestas, en dicho año; un tomo en 4.°— J. B. de R.

PERELLOS DE ROCAFULL (Raimundo), gran maestre de la órden de San Juan de Jerusalen , natural del reino de Valencia. Fué elegido gran maestre en el mes de Febrero de 1697, siendo baile de Negroponto. En los tres años que Perellós gobernó la Orden se dedicó á aumentar la marina de guerra, pues hacia mucho tiempo que satisfecha la religion con tener una escuadra de galeras , habia cesado de hacer buques tales como lo exigian las necesidades de su instituto. El nuevo Maestre procuró llenar este vacío, mandando que se construyesen buques de guerra, y el caballero francés Saint-Pierre, natural de Normandía, capitan de navío de la armada francesa, fué el encargado de la ejecucion de este proyecto. Desempeñóle satisfactoriamente, y el aumento de su marina influyó en que la religion fuese más temida y respetada de los corsarios. El gran Maestre, cuya generosidad por otra parte no conocia límites, llegó á hacerse amar tanto de los naturales de la isla, que le respetaban y veneraban como á padre. Hallábase entónces en todo su esplendor la órden de S. Juan, y Perellós podia dar rienda suelta á su generosidad sin límites, atrayendo para su religion parte de las bendiciones que sobre él recaian. Durante su gobierno no acaeció ninguno de esos sucesos que tanto enaltecieron el nombre y gloria de los caballeros Hospitalarios, pero en cambio pasearon su vencedor pendon por los mares, haciendo huir con su presencia á los mahometanos, y logrando en alguna ocasion presas de no poca valía. El gran Maestre murió en Enero de 1720 , siendo ya de edad avanzada. Acompañáronle al sepulcro las bendiciones de los desgraciados y las lágrimas de los caballeros, que comprendieron en su dolor la grande pérdida que habia experimentado la Orden de S. Juan de Jerusalen. — S. B.

PERENGERO (V.), abad, religioso benedictino del monasterio de Formpach en Baviera, del que fué su primer abad. Distinguióse no solo por su rara perfeccion, sino tambien por sus rigurosas penitencias, pues como dice su cronista, parecia constar su cuerpo solamente de la piel y los huesos. No fueron menores sus demás virtudes, las que le hicieron amar y respetar de los demás religiosos, que no vacilaron en colocarle á su frente, seguro de que los dirigia con amor y celo por el camino de la perfeccion, que con tanta facilidad estaba acostumbrado á recorrer. Perengero gobernó en efecto aquella santa casa con modestia y mansedumbre , adelantándola en lo espiritual y temporal, de manera que todos los religiosos le miraban como á un verdadero padre. Despues de su muerte, en que manifestó la alegría del justo al abandonar este valle de lágrimas para volar á la mansion de la bienaventuranza eterna, ilustró Dios su sepulcro con muchos milagros, cuya relacion omitimos, porque no creemos haya sido aprobado ninguno por la santa Iglesia católica , pues aunque su Orden celebra su memo-

ria en 30 de Octubre, no cita su nombre como el de un santo, ni áun como el de un bienaventurado, contentándose con darle el dictado de venerable. Floreció en 1227, y fué sucesor suyo en la abadía Formpacense S. Wirinton, de quien nos ocuparemos en su lugar respectivo.— S. B.

PERERA (Ilmo. Sr. D. Eustaquio de Azara y), obispo de Barcelona. Muchos personajes eclesiásticos faltan seguramente en el tomo I de esta obra, cuya falta repararemos en el suplemento, lo cual nada tiene de extraño en obra tan colosal, y para la que ha sido necesario registrar y consultar tantos libros nacionales y extranjeros; pero lo que si es notable que los primeros redactores olvidasen dar cabida en su lugar á los ilustres Azaras de Aragon, familia fecundísima hace siglos en varones ilustres, y muy especialmente en la carrera de la Iglesia; y es tanto más de extrañar cuando sobre ser tan colosal el nombre de Azara que goza celebridad europea, hubo un Azara obispo de Barcelona, de esta ciudad en que empezó precisamente la publicacion de esta *Biografía Universal Eclesiástica*, cuyo prelado aún vive en la memoria de aquellos habitantes por los muchos beneficios que hizo y por sus virtudes, y cuya muerte ocurrió en 1797, es decir, en tiempo en que aún tendrian vida algunos de su época. Este olvido, más hijo del acaso indisputablemente que de la intencion ó de la ignorancia, es el que vamos á reparar en este artículo y en el siguiente, no teniendo paciencia suficiente para aguardar al suplemento de la obra, en el que haremos la correspondiente llamada en el lugar que corresponda á la voz Azara. Como historiadores que somos de la ilustre casa de los Azaras de Aragon, no vamos á hacer en este lugar más que repetir la parte que más nos convenga de lo que tenemos ya dicho en nuestras publicaciones: *Panteon de los Azaras*, Madrid, 1848, en 4.°;— *Glorias de Azara en el siglo XIX ó Corona poética*; Madrid, 1852, dos volúmenes en 4.° mayor;— en la *Historia de la vida del famoso diplomático español D. José Nicolás de Azara y Perera*; Madrid, 1849 y 1850, en dos volúmenes en 4.° mayor; y en el *Album de Azara*, *Corona científica*, *literaria, artística y política;* Madrid, 1856, un grueso tomo en 4.°, id.—Siglos y siglos vinieron ensalzando la noble familia de los Azaras de Aragon hasta llegar al gran luminar de tan esclarecido linaje el ínclito hijo de Barbuñales D. José Nicolás de Azara y Perera, gloria de España, y cuyo ilustre nombre es aún delicia de Aragon, satisfaccion de Italia, respeto de Francia y admiracion de Europa. Medio siglo de turbulencias y revueltas en que se ha cambiado, por decirlo así, la faz del mundo, y en el que han aparecido y desaparecido tantos astros en política, no ha bastado para eclipsar ni un solo rayo de la refulgente corona de gloria que supo conquistar á su familia con su virtud, patriotismo y talento el que nacido en las humildes riberas del Alcanadre, respirando las brisas del Guares y del Sibil, supo ostentar su ciencia y saber

en las majestuosas márgenes del soberbio Tíber y del orgulloso Sena ; imponer al flamante Vesubio y al altivo Quirinal, y defender al majestuoso Vaticano. Como dijimos en una de las obras citadas, el valor, la arrogancia, la energía y las virtudes cívicas que ostenta el Aragon, se reconcentraron en el corazon del diplomático Azara para encender en él aquel fuego patrio que tantos héroes ha producido en este país, y acudiendo á su privilegiada alma todas las virtudes nobles, la ciencia y el saber para engrandecerla, se formó un coloso que no pudo ménos de avasallar cuanto le rodeó sujetándolo á su imperio por medio de los fuertes lazos de la razon, de la elocuencia y del amor, lazos de más poder y resistencia que los que impone la arbitrariedad y la fuerza material, que al fin viene á destruirse bajo el mismo peso de sus crueles hierros y por los mismos medios en que basa, fia y procura su conservacion. La opinion, reina del mundo, que tarde ó temprano viene á vencerlo todo, llegó á señalar al ilustrado Azara como uno de los hombres más dignos de su país y de los de más valía de su siglo, y como se basaba en hechos que la historia conserva siempre en el sagrado templo de la verdad, por más que se la pretendan ocultar, como un depósito precioso que poder enseñar en su dia á las generaciones para quienes no puede nada interesar el que se manifiesten en su verdadero ser, no ha podido ménos de llegar un tiempo en que presentándose al héroe libre de las asechanzas de amigos y enemigos personales, se le vea en su verdadero tamaño sin el incienso con que le ofuscaban los unos y los negros nubarrones con que procuraron ocultarle los otros. Los hombres grandes tienen siempre dos figuras enteramente distintas: una, bella y colosal, para sus amigos y apasionados, que aún hacen superior sus aduladores; y otra, fea y grosera, para sus émulos de mala ley, que pintan horrible sus enemigos personales: el incienso de los unos, unido al negro humo de la envidia de los otros, los envuelve en tan oscura nube que su sombra no puede percibirse miéntras viven, ni áun despues de finados, en tanto que no baja al sepulcro su generacion: hé aquí por lo que las vidas de los hombres públicos escritas á su vista no pueden ser más que efímero incienso ó negro humo que se evapora al fin, no quedando despues más que baldon ó miseria de que se rie el sabio con razon. Si los escritores de las vidas ó biografías de los que viven se contentasen con apuntar aquellos hechos gloriosos, nobles ó punibles que nadie pudiera negar, exponiéndolos sin comentarios, no solo aconsejariamos esta clase de escritos por la utilidad que prestarian á la historia, sino que tendriamos por un deber sagrado el que se hiciera así; pero en la dificultad de que nadie se preste á ser tratado en relacion de méritos ó de deméritos, ni como escritores haya muchos que no quieran ensalzar ó vituperar á aquel de quien escriben, ya por lo que les obliga la amistad, ya por lo que de él esperan, ó ya guiados de una vengan-

za jamás justificable, estamos porque es nocivo á la moral y á las buenas costumbres, y sumamente perjudicial á la verdad de la historia el que se escriba la vida de los hombres ántes de que hayan bajado al sepulcro y de que haya pasado siquiera medio siglo desde su defuncion; apuntándose solo las fechas y lugares en notas biográficas, y sus obras si son literarias y artísticas, porque al conservarse aquellas para que no haya dudas mañana, en estas queda bien sentado su elogio ó baldon, su mérito ó ignorancia. «A esta »época, decimos en el lugar citado, no hay ya peligro en escribir la historia »para que no carezca de verdad, porque si el historiador por pasion de fa»milia, de sistema ó de otra causa cualquiera se para en los elogios y oculta »los defectos, no faltará ciertamente quien le dé en cara con ellos sacándo»los á plaza, y de este juicio contradictorio no podrá ménos de salir la ver»dad en toda su desnudez y sin ambages que desfiguren sus bellas formas »para que se cumpla aquel *Incorrupta fides, nudaque veritas.*» Solo en dos casos admitimos las biografías en vida, cuando se hacen simplemente de hechos, sin comento alguno como llevamos expresado, para denotar los ejecutados por tal ó cual hombre, á fin de aclarar algun punto que tenga relacion con éste, ó cuando se escriben fielmente por la misma persona para sincerarse de ataques dirigidos contra ella, sean justos ó injustos, porque en este caso la polémica que necesariamente se suscita, si bien pocas veces acaba de rasgar el velo que oculta á la verdad, la deja al ménos entrever, y esta es siempre una gran ventaja para la historia contemporánea.—Sentada nuestra opinion sobre este asunto, vamos á dar una ligera ojeada sobre la historia de la familia Azara y Perera, ántes de entrar en la biografía del ilustrado D. Eustaquio, insigne prelado de Barcelona que da motivo á este artículo. Pertenecen los Azaras y Pereras al pintoresco y bellísimo país del Alto Aragon que constituye hoy la provincia de Huesca, cuya capital, la antigua *Oscense*, recuerda multitud de glorias y la siempre alabada religiosidad, honradez, laboriosidad, sencillez, virtud y heróico valor de sus habitantes, patrimonio de que afortunadamente no se han despojado todavía. Radica su antigua y noble casa solariega en el risueño y humilde Barbuñales, uno de los pueblecillos que cuenta la provincia de Huesca en el extenso valle que, regado por el Alcanadre y otros, forman las elevadas crestas del Guara y Sibil, antemurales del alto Pirene, que ostenta su nevada cabellera sobre aquellas eminencias; la prolongada sierra de Monegros y las alturas de la célebre plaza de Monzon. Como acontece en la mayor parte de los linajes antiguos españoles, el origen del de los Azaras está entre tan tupidas tinieblas, que no hay luz humana capaz de descubrirle, y así es que despues de probar con ejemplos el genealogista de esta casa las variantes que con el trascurso de los tiempos tienen los apellidos de las familias nobles, se remonta en

su imaginacion á los primitivos y sospecha si Azara se originará de *Azaraco*, rey de los Troyanos ó de *Azarías*, rey de la Judea, ocho siglos ántes de nuestra era; y si esto fuera así, la familia de que tratamos no pudo tener más alto orígen en lo humano, ni más respetable antigüedad, á no ser en la fábula, que por serlo no debe tenerse en cuenta de modo alguno. En la historia moderna encuentra el expresado genealogista á *Azaro*, cuyo solar radica segun el P. Lozano en las montañas de Leon, y *Aza* familia antigua de Castilla la Vieja que produjo al glorioso Sto. Domingo de Guzman, cuya dichosa madre fué Doña Juana de Aza; mencionando tambien al rey de Navarra *Azar*, y la familia antigua de Belchite Aznara, todas las que tiene por ramas de un mismo tronco, así como la de *Azagra* de Aragon, en la que por lo que da de sí la historia de este pueblo, encontramos más afinidad con la de nuestro *Azara*, que dió nombre al pueblo así llamado á una corta legua del expresado Barbuñales. La noble familia Azagra figura ya en nuestra historia en el siglo VIII de nuestra era al lado del fundador del reino de Sobrarbe D. García Gimenez, y en el siglo XI vemos á los Azagras señores de Estella, presentándonos la geografía en Navarra la villa de Azagra, pueblo fundado sin duda por la expresada familia. Empero dejando la afinidad de los Azagras con los Azaras, por haberla ya probado suficientemente segun nuestra manera de ver en nuestra expresada obra *Panteon de los ilustres Azaras de Aragon*, desde mediados del siglo XIII puede considerarse ya la casa solar de los nobles Azaras de Barbuñales, y en la historia de la familia que aquí empieza, hallamos la variacion del apellido Azagra en Azara en D. Pedro I de Aragon, vecino de Pertusa, de cuya antigua villa era un caserío Barbuñales. Desde aquí empieza á contarse ilustres y denodados infanzones de la familia Azara, como D. Pedro de Azara, capitan de guerra agraciado por Alonso V de Aragon con el título de Infanzon de Barbuñales, al que dió tierras en el país, que aumentó en 1491 por compras hechas por D. Martin, su nieto, al prior de la órden de S. Juan de Jerusalen. Las mayores dignidades aparecen engrandeciendo desde esta época á la familia de Azara. En ella aparecen D. Mateo Foncillas, obispo de Jaca por nombramiento de Felipe V y bulas del papa Inocencio XI en 25 de Abril de 1705, cuyo prelado nació en Barbuñales el 13 de Diciembre de 1643, y murió en Jaca en 1717. D. Nicolás de Azara, canónigo de Huesca, que nació en 15 de Setiembre de 1666, y falleció en Huesca en 1736 catedrático de aquella universidad. D. Mamés de Azara, catedrático de la universidad y maestrescuela de la catedral de Huesca, que vió la luz en 17 de Mayo de 1698 y la perdió en Huesca en 23 de Febrero de 1773; D. Alejandro de Azara y Loscertales, que naciendo en 14 de Octubre de 1702, falleció en 13 de Julio de 1778, dejando los seis hijos siguientes, hermanos del obispo de Barcelo-

na, de quien trataremos. El Excmo. é Ilmo. Sr. D. José Nicolás de Azara y Perera, primer marqués de Nibbiano, gran cruz de la órden de Cárlos III, Bailío de la ínclita órden de S. Juan de Jerusalen soberana de Malta, embajador de España y de otras cortes, á un tiempo en Roma y en París por más de cuarenta años seguidos, consejero de Estado y del Supremo de Hacienda; famoso diplomático y distinguido literato, que nació en Barbuñales el 5 de Diciembre de 1730, y murió en París el 26 de Enero de 1804, habiéndose traido sus restos á Barbuñales, en cuya iglesia se conservan en un suntuoso sepulcro en mármol en la capilla de S. Juan Bautista, propia de su familia, cuyo varon distinguido, llamado el *Caballero* por los Romanos, fué íntimo amigo de los pontífices Clemente XIII, Clemente XIV y Pio VI, del que fué enviado á Napoleon I Bonaparte, entónces general de los ejercitos de la república francesa, para detener á este coloso cuando en 1796 se dirigia contra Roma, lo que logró con su talento, haciendo con él el armisticio de Bolonia, por lo que fué proclamado el libertador de Roma, hecho senador romano, y le levantaron arcos y acuñaron medallas en su honor. D. Mateo de Azara y Perera, oidor de la Real Audiencia de Barcelona, que nació el 20 de Setiembre de 1733, y murió en 1.° de Octubre de 1775 en el real monasterio de Poblet. D. Lorenzo de Azara y Perera, chantre de la catedral de Huesca, que nació en 12 de Agosto de 1736, y falleció en Barcelona el 15 de Agosto de 1773, doctor en cánones y catedrático de la universidad de Huesca, que hacia más de cien años contaba sin interrupcion un Azara en su claustro, de cuya familia ha tenido profesores hasta su extincion, y hoy los tiene en la de Zaragoza y Madrid. Doña Mariana de Azara y Perera de Bardagí, esposa del Sr. de Bardagí de Graus, y madre del cardenal D. Dionisio Bardagí, íntimo del papa Pio VII, y de D. Eusebio Bardagí, ministro de Estado que ha sido en el presente reinado, y cuyos descendientes aún sirven destinos diplomáticos, siendo hoy uno de ellos subsecretario de este Ministerio: esta señora nació en Barbuñales como sus demás hermanos en 13 de Diciembre de 1739, y falleció en Graus de Aragon el 4 de Abril de 1822. D. Félix de Azara y Perera, brigadier de marina é ingeniero, y célebre escritor naturalista del Paraguay, en América, en donde pasó veinte años ocupado en la demarcacion de límites entre los dominios españoles y portugueses de aquella comarca, nació en 19 de Mayo de 1742, y murió en 17 de Octubre de 1821 en Huesca; y por último, D. Francisco Antonio de Azara y Perera, segundo marqués de Nibbiano, que nació el 1.° de Octubre de 1744, y murió el 2 de Mayo de 1820, de quien fué hijo D. Agustin de Azara y Perera Mata y Rivas, tercer marqués de Nibbiano y Sr. de Guadarespe, presidente de la Sociedad Aragonesa, de la Academia de bellas artes de S. Luis de Zaragoza, y de la Diputacion arqueológica de la misma provincia, varon distin-

guido por su gran piedad y virtudes, que nació en Barbuñales en 28 de Agosto de 1801, y falleció en Setiembre de 1860, dejando por sucesor á D. Mariano de Azara y Perera, que con otros seis hijos tuvo de la virtuosísima Señora Doña María de los Dolores Lopez Fernandez de Heredia, hija de la célebre y heróica condesa de Bureta Doña María Consolacion Azlor y Villavicencio, de la casa de los señores duques de Villahermosa, la cual en los célebres sitios eu que contra los franceses se inmortalizó Zaragoza en 1808 y 1809, fué por su valor, sagacidad, influencia con el pueblo, por su acendrada piedad y por sus acertadas disposiciones, terror de las águilas napoleónicas. La mayor parte de las antiguas y más esclarecidas casas de Aragon, y en especial del Alto, se hallan enlazadas con la ilustre familia Azara, y así es que en todas las carreras y en todas las facultades suena este nombre en encumbrados puestos, no habiendo faltado nunca alguno de la familia en el poder ó próximo á él, ni desde que en España existe gobierno representativo quien le recuerde en los senados ó en los congresos de diputados.—«La verdadera gloria, dice Ciceron, es la ilustre y esparcida reputacion de grandes servicios hechos á los suyos, á los amigos, á la patria y á todo el género humano.» Segun el mismo autor, consiste en la aprobacion unánime de los hombres de bien, y en el incorrupto testimonio de los que juzgan rectamente de la excelente virtud, de manera que la gloria es la imágen del mérito, y le corresponde como el eco á la voz, y los hombres honrados no la deben rehusar, supuesto que es inseparable compañera de las buenas acciones. El que aspire á esta gloria debe hacerse tan útil y amado á sus conciudadanos, que bendigan al cielo porque le hizo nacer. Segun esta idea no queda duda como sienta Midleton en su *Vida de Ciceron*, que es uno de los más nobles impulsos que puede tener el corazon humano, un principio que Dios mismo ha impreso en la naturaleza para realzar su dignidad, y en una palabra, es la raíz de donde procede cuanto laudable y grande representa la *historia antigua*. Los Azaras aspiraron á la celebridad, dijimos en otra ocasion, es cierto; pero como dice el célebre tribuno español D. Antonio Alcalá Galiano en su *Historia de la literatura del siglo XVIII*: ¿Quién puede hacerse famoso sin aspirar á ella, y sin sentir en su pecho un tanto de amor á la gloria, que es la fuente de los pensamientos levantados y de los afectos nobles? Tan poseido estaba de esta doctrina el sabio Quintiliano que decia: que si le daban un discípulo sensible á la gloria y á quien las alabanzas hiciesen impresion, no temeria jamás que la pereza ni la desidia le impidiesen corresponder á sus esperanzas. Despues de haber dado á conocer ligeramente la historia de la casa de los Azaras, á la que se enlazó la no ménos ilustre de los Pereras, que tambien ha producido ricos vástagos de glorias al Aragon, y de haber expuesto nuestra

opinion sobre la materia tratada, vamos á dar á conocer por una copia del retrato que hicimos de él en el *Panteon* de su noble familia, al ilustrado y virtuoso prelado de Ibiza y de Barcelona, uno de los brillantes luminares de la familia Azara que más honraron su nombre y á su patria. Pueden llamarse felices los padres que producen un hijo destinado por la Providencia Divina á ser ornamento de la sociedad por su saber y virtud, y á ocupar un lugar distinguido entre los hombres ilustres de su país; pero aún son más dichosos aquellos que, como *D. Alejandro de Azara* y su esposa *Doña María Perera*, dan el ser á siete y todos se hacen un lugar distinguido entre sus semejantes por sus hechos, logrando que sus méritos los inmortalicen, y que sus descendientes se envanezcan con la gloria que les han legado. Afortunado fué ciertamente D. Alejandro, puesto que ántes de morir vió perfectamente colocados á sus seis hijos, ocupando los más de ellos importantes destinos en la república, virtuosos y estimados todos de sus compatriotas y enlazada su única hija Doña Mariana con la ilustre y antigua familia de Bardagí, de la cual y de su esposo D. José tuvo seis hijos, entre los que hubo un cardenal de la santa Iglesia romana, y un embajador en varias córtes y dos veces ministro de Estado en Madrid, bien conocido por sus talentos diplomáticos y no muy olvidado, puesto que murió hace pocos años. Dejando aparte la gloria de tan dichoso padre, vástago utilísimo á su país, y rama fecunda en bienes de la antigua é ilustre casa de los Azagras y Azaras de Aragon, cuyo tronco desde los tiempos más remotos se ha visto reverdecer con ricas, bellas y variadas flores, pasaremos á dar una noticia más concisa de lo que deseáramos y requeria el asunto, de la vida de D. Eustaquio, hijo mayor de los referidos D. Alejandro de Azara y Doña María Perera. —Nació este ilustre prelado en el pueblecito de Barbuñales, en Aragon, el dia 19 de Setiembre de 1727, siendo deseado de su familia que ansiaba por tener sucesion. Criado y educado por sus padres, en los que solo veia ejemplos de virtud, fué creciendo nuestro Azara, adquiriendo la fortaleza de ánimo que inspira la buena moral, y bien pronto dió á conocer por sus místicas y juiciosas inclinaciones, que habia nacido para ser un dia ornamento de la Iglesia española. Luego que estuvo en disposicion, á pesar del sentimiento de su cariñosa madre què se lamentaba de tenerse que privar de la vista de su primogénito, le llevó su padre á la universidad de Huesca, deseoso de que en ella se robusteciese su alma con el sabroso manjar de la instruccion, á fin de que nutriéndose en las bellas letras, fuese un dia útil á su patria y á sí mismo. Hallábase á la sazon de canónigo de aquella santa iglesia y de catedrático de su universidad D. Mamés de Azara, hermano de su padre y sacerdote sumamente estimado por su saber y virtud, y á este excelente varon le confió su padre, haciéndole el director de su pri-

mogénito, encargo que se tomó con gusto, tanto con D. Eustaquio como con sus demás hermanos sucesivamente, y de lo cual debió estar muy satisfecho, puesto que todos sus sobrinos y discípulos, debiéndole la buena direccion en su instruccion, supieron dar honor á su tio y maestro.—Estudió D. Eustaquio en esta universidad la filosofía y ambas jurisprudencias con grande aprovechamiento, y en ellas lució su talento y capacidad en una porcion de actos que defendió en academias públicas, llegando á ser tenido por uno de los escolares más aventajados en las dos facultades, y á merecer por ello el que se le nombrase consiliario de la universidad, cargo que desempeñó durante un año con el mayor celo, sin que esta distincion le ensoberbeciese ni engrandeciese á sus ojos, porque la vanidad y el fausto rara vez encuentran abrigo en las almas grandes. — Su carácter é inclinacion le hicieron mirar el claustro con preferencia á las dignidades mundanas, porque veia en la vida contemplativa y devota el medio mejor de pasar el valle de lágrimas en que se hallaba con ménos disgustos y penalidades, trabajando en servicio de la humanidad y bien de las almas, y preparándose á los goces de la vida eterna en el lugar de los justos. Si bien no dejaba de halagar á sus padres el que su hijo se dedicase al Señor en el claustro, les dolia el tenerse que separar de él, y le hicieron mil reflexiones para separarle de su intento, manifestándole que sin necesidad de encerrarse en una celda, podia cumplir su propósito haciéndose sacerdote; pero como la vocacion de D. Eustaquio fuese verdadera, nada pudo hacerle variar de su resolucion, y resignados sus padres á ella, le dieron licencia para tomar el hábito, en lo que le dieron el mayor de los placeres que podian proporcionarle, porque su constante dicha cuando le hablaban de las cosas mundanas era: «Los bienes del cielo son los únicos que me llaman la atencion:» en lo que imitaba al religioso poeta italiano Bercini, cuando en igual caso exclamaba: *La dolcezza del cie'l sol mi invaghisse.* Dispuesto todo al efecto, entró Azara religioso benedictino, en Octubre de 1748, en el real monasterio de S. Victoriano de Aragon, acompañándole en el acto de tomar el hábito sus padres y su tio y maestro D. Mamés, que habia ya pasado por las dignidades de vicario general del obispado, y sido dos veces su gobernador en las vacantes de la silla episcopal, por nombramiento del cabildo. Habiendo profesado D. Eustaquio despues del año de noviciado, no tardó por su talento en hacerse lugar entre los monjes más distinguidos de aquella órden que ha producido varones tan eminentes y sabios, y así es que en los diez años que estuvo en aquel monasterio, obtuvo por eleccion unánime y desempeñó todos los empleos y dignidades de comunidad á excepcion del cargo de abad. Fué secretario de visita de todos los monasterios de la corona de Aragon y de Navarra; asistió en calidad de síndico dos veces á los capítulos generales de su congregacion, una por el monaste-

rio de religiosas benedictinas de Jaca á la villa de Graus, en que se celebró el año de 1753, y otra por el suyo á Barcelona en 1756. Por su aficion al confesonario y al consuelo de las almas, se le nombró párroco del monasterio y lugar de los Molinos, su anejo, y despues fué promovido al priorato de Xarocum *cura animarum*. — Durante su mansion en S. Victoriano, ocurrió un terrible fuego que consumió casi todo el monasterio. En conflicto tan terrible, D. Eustaquio, lleno de un santo celo, expuso su vida multitud de veces para apagar el incendio, imitando en esto á S. Juan de Dios cuando se quemó el hospital general de la ciudad de Granada. Salió Azara de este monasterio para el Real de S. Cugat del Vallés, en Cataluña, por haberle concedido el Rey en 1764 la dignidad de camarero mayor, cargo que desempeñó hasta 1772, en que se le nombró abad de los reales monasterios de Santa María de Amer y Rosas en la misma provincia de Cataluña. Cuando obtuvo el destino de camarero en el Imperial monasterio de San Cugat, fué nombrado á poco limosnero, y en 1765 asistió por tercera vez en calidad de síndico al capítulo general en Barcelona, en el que fué nombrado definidor de su Congregacion, destino en que fué reelegido en el celebrado en 1771 en la villa de Graus en Aragon. Igualmente que su hermano Don Félix, fué honrado por las noticias que de su saber esparció la fama con el título de socio de la Sociedad Aragonesa, cuando ésta se estableció en Zaragoza el año de 1776. Fué tal el aprecio que hicieron de D. Eustaquio los monjes benedictinos, en cuya Orden, plantel de sabios escritores cuyas obras han ilustrado al mundo, siempre se premió el talento y la virtud, que en el capítulo general celebrado en Barcelona en Mayo de 1778 le nombraron definidor general de la Orden, y en el que tuvo lugar en Graus en Mayo de 1781 le eligieron por aclamacion presidente de la Congregacion. Tantas honras y mercedes concedidas por una órden religiosa en favor de un individuo de su seno son su mejor é imparcial elogio, y queriendo el Rey seguir la buena opinion que de D. Eustaquio tenia la Orden Benedictina, le nombró en Marzo de 1784 abad del Real monasterio que le vió salir con sentimiento y que le volvió á recibir por jefe con entusiasmo, alabando y bendiciendo la acertada eleccion del soberano. Su sábia direccion y la buena administracion que introdujo en el monasterio le hizo ser uno de los mejores y más sobrados de la Orden, y los monjes disfrutaron durante su gobierno patriarcal cuantos bienes podia proporcionar la santidad y austeridad del claustro. Admiradores los monjes de los talentos de su Abad, y reconocidos á sus beneficios, se empeñaron en retratarle; y como por más súplicas que hicieron no pudieron conseguir de su extremada humildad se prestase á esto, llamaron á un retratista, y sin que el Abad lo supiese le retrató desde un lugar oculto de medio cuerpo arriba, de cuyo original se sacaron despues

muchas copias, siendo una de ellas la que conserva miniada en una caja de tabaco el actual marqués de Nibbiano, su sobrino, de la que se ha sacado el retrato que acompaña á esta biografía. Empero tantas virtudes y talentos no debian encerrarse en la estrechez de una celda abacial, sino brillar en campo más espacioso, en el que pudiese aprovecharse más de ellas la humanidad, de la que fué un padre cariñoso. El Rey, que deseaba proveer de buenos pastores á la grey cristiana, fijó la vista en el virtuoso abad de S. Cugat, y en 1787 elevó á D. Eustaquio á la alta dignidad de obispo de Ibiza, nombramiento que aplaudió todo Aragon y Cataluña, y que celebró en una elegante oda la Sociedad de Amigos del País de la ciudad de Jaca, que le tenia por uno de sus más ilustres indivíduos desde el año 1783. Mucho sintieron los religiosos del monasterio de S. Cugat tener que renunciar al sabio gobierno de tan buen Abad, y éste el dejar su tranquila vida monástica y la soledad de su celda por la pesada carga de la mitra y por el palacio episcopal, en el que el cuidado de un numeroso rebaño y su buena direccion piden toda la atencion de un celoso pastor; pero los unos se consolaron con ver honrada la Religion Benedictina en la justa elevacion de sus hijos, y el prelado con la idea de poder hacer mayores bienes á la religion de Jesucristo y á sus semejantes. La isla de Ibiza recibió con júbilo á su nuevo prelado, de quien concibió las mejores esperanzas, tanto por su aspecto patriarcal y amable continente, cuanto por las buenas noticias que corrian de sus bellas cualidades y munificencia; y ciertamente que no se engañaron aquellos habitantes, para los que fué D. Eustaquio un padre tierno y un ángel protector. Al entrar este ilustre prelado en su iglesia se hallaba la isla en un abandono total por lo respectivo á ilustracion: apénas habia unas malas escuelas y la instruccion era casi nula, de suerte que se resentia en mucha parte la poblacion de este abandono, é imperaba la estupidez y la ignorancia. La falta de los utensilios, instrumentos y herramientas necesarias hacia estériles los trabajos agrícolas, mal dirigidos y peor entendidos por ignorarse las buenas reglas agrónomas; la industria no tenia brazos diestros ni talleres, no conociéndose ni áun las máquinas para hilar el finísimo algodon que produce el país, el cual se torcia y elaboraba groseramente. El vino era malísimo y escaso, por carecer de las buenas clases de uva, del conocimiento de labrar bien las tierras y del método de hacer el caldo, y apénas habia árboles frutales. Consecuencias indispensables de la falta de estos conocimientos y de la ausencia de la civilizacion era la gran miseria en que Azara encontró á sus diocesanos, que sumidos en el ocio no procuraban los medios de salir de tan lamentable estado, ni acertaban á dar con el camino que les condujese á mejorar de suerte. A la vista de tan triste y aflictivo cuadro padeció extraordinariamente el caritativo corazon de D. Eustaquio, y empezó á idear los medios de rea-

nimar aquella cadavérica poblacion y darla nueva vida de prosperidad duradera, proponiéndose imitar al patriarca José en la providencia para el sustento del pueblo, á Nehemías en la edificacion de los templos, á Noé en el régimen y á Moisés en la autoridad. A fin de conseguir su filantrópico y patriótico objeto, se puso de acuerdo con el jefe civil ó comisionado régio del país, D. Manuel Cayetano Soler, y combinado el plan, empezó la regeneracion de la isla. Su primer cuidado fué mejorar su estado de miseria, procurando que de la península se trasportase el trigo y demás cereales y sustancias alimenticias, tanto para acudir al sustento de las clases pobres por medio de un cómodo precio, y de prestaciones y donaciones gratuitas, cuanto para proporcionar y aumentar el cultivo de los artículos de primera necesidad. Como para lograr estas ventajas pusiese en empeño sus rentas, no tardó mucho en conseguir cuanto deseaba y el piadoso fin que se habia propuesto. La instruccion pública fué su tarea favorita; y para empezar su mejora señaló la mitad de los dias de la semana para ilustrar á las masas en la doctrina cristiana, á cuyo fin tenia pláticas religiosas por las tardes en su iglesia, y mandó á todos los párrocos de su diócesis hiciesen lo mismo en las suyas respectivas, en las que enseñasen diariamente á los párvulos y adultos la santa doctrina. No contento con su continua visita á las escuelas, buscó maestros instruidos á quienes encargar la educacion de la juventud, les dió un plan de instruccion que estribaba en sólidas bases, y no tardó en recoger el fruto de su sistema salvador. Hizo que la enseñanza del bello sexo fuera esmerada y cual convenia á su estado, poniendo al efecto hábiles y virtuosas maestras, y más de cuatro madres de familia le deben la felicidad doméstica que disfrutan, y la ciencia grave y delicada de haber sabido educar á sus hijos, haciéndolos útiles al Estado y á sí propios. A fin de que la educacion fuese más métodica y segura, estableció el seminario episcopal tridentino, al que dotó con un buen plan de estudios. Para aliviar mejor la miseria pública de los huérfanos y pobres de solemnidad fabricó un hospital capaz y regularmente dotado, y para que los fieles tuviesen mayor pasto espiritual hizo edificar más parroquias que las que encontró á su llegada. A costa de no pocos sacrificios y de algunos disgustos logró mejorar algunas bárbaras costumbres del país y desarraigar envejecidos vicios, poniendo en su lugar á la desairada moral, y volviendo puras á la religion á algunas descarriadas ovejas, que separadas por algun tiempo del camino de la virtud, se habian manchado en los cenagosos y hediondos lugares del vicio.—Proporcionando á los labradores los instrumentos necesarios y auxiliándolos con granos y plantas y áun con dinero, y aleccionándolos al propio tiempo en las buenas máximas del cultivo y laboracion de tierras, tuvo el especial consuelo de que progresase la casi desconocida agricultura á los dos años de su

estancia en la Isla, y de ver que continuando en tan buen camino, produciria aquel país lo necesario de lo más indispensable para sus habitantes.— Decia este sabio prelado que todos debian ser labradores de un modo ó de otro, para que se cumpliese la disposicion divina: *In sudore vultus tui vesceris panem*, la cual cumplen solo bien los que se ocupan en trabajar la tierra, ó en ayudar con sus luces y caudales á los que la trabajan, como lo practicó él en aquella Isla, Cano en Segorve, los Calderones en Osma, los Galvanes en Zamora, los Lasos en Plasencia, y otros santos é ilustres prelados que con la misma mano que bendijeron á sus queridas ovejas, las ayudaron en sus labores. La falta de herramientas pudiera hacer desmayar á los labradores, y á fin de evitar este grave mal y de que no tuviese que buscarse fuera de la isla lo que pudiera ejecutarse en ella, hizo llevar un buen número de fraguas completas á fin de establecer herrerías en los pueblos, en las que hacer y componer las rejas de los arados y demás instrumentos de labranza. Pidió á la Peninsula porcion de árboles frutales y de diversas clases, así como sarmientos de toda especie de vid; pero no tuvo el gusto de verlas plantar del todo, porque fueron pocas clases las que le llegaron ántes de salir de la isla.—Sabia muy bien D. Eustaquio que donde no hay comercio no puede haber tesoros, y por lo tanto, viendo que la indolencia en los ibizanos habia pasado á ser naturaleza, y que hacian estribar su subsistencia en el sudor de los moros esclavos, razon por lo que todo escaseaba á pesar de su feraz suelo y abundancia de aguas, puso su conato en resucitar el casi extinguido comercio, y lo consiguió con su celo y constancia, lo que acredita su saber, atendiendo á que no hay máquina tan difícil de mover como la de un pueblo que, asido á sus preocupaciones, piensa siempre abrazar el bien que se le propone. Tantos beneficios le granjearon el amor del pueblo de tal modo, que le victoreaban con entusiasmo por todas las partes por donde salia, y jamás se vió soberano alguno querido con más verdad que este filantrópico y virtuoso prelado. Este ejemplo debieran imitar los hombres constituidos en dignidad y con facultades para hacer feliz al pueblo, y al llenar su deber para con Dios y el mundo disfrutarian de la bendicion de un pueblo agradecido, que es el mejor galardon á que debe aspirar un funcionario público; así es que extrañaba el virtuoso D. Eustaquio que personas destinadas al régimen de los pueblos no procurasen su bien ante todo, y aún mucho más el que ignorasen lo que son artes y no se instruyesen suficientemente para saber distinguir las cosas por sus verdaderos colores, á fin de no exponerse á malgastar los caudales del pueblo que administraban.—Dió D. Eustaquio pruebas nada equívocas en Ibiza, de que preferia lo útil y provechoso á lo frívolo é ideal. Amigo del progreso de los conocimientos, que enriquece á la par que ilustra á los pueblos, le ofendia

infinito aquello de: «No lo han hecho nuestros antepasados ¿por qué hemos de hacerlo nosotros?» Máxima perjudicialísima, que al paso que perpetua los más crasos errores y santifica la grosera rutina, ha tenido á muchos pueblos en la más estúpida ignorancia y paralizado la marcha de su ilustracion y el desarrollo de la verdadera riqueza. Pero al paso que deseaba las mejoras no trataba de imponerlas á la fuerza, acordándose de que *melior est vir prudens quam fortis*, de que más consigue el sombrero que la espada, y sabiendo que cuando hay recta intencion se consigue fácilmente todo bien: á esta sabia doctrina se atuvo para vencer todos los obstáculos.—Prelado de tal valía no podia permanecer olvidado en una isla de la metrópoli á la que llegaron los inmensos bienes que hacia al país, y deseando el Rey premiar su virtud y aprovechar sus distinguidos talentos en la Península, le nombró obispo de Barcelona en Marzo de 1794. Lágrimas costó á los ibizanos la noticia de la promocion de su querido pastor, al que debian la felicidad que disfrutaban, y de cuyos talentos y filantropía aguardaban importantísimas mejoras. El dia en que el virtuoso Obispo echó la bendicion de despedida á aquel pueblo agradecido, lloraban las gentes como si les hubiese acontecido la mayor desgracia; todos se apresuraban á besarle la mano, todos le pedian su paternal bendicion, y el prelado con los ojos bañados en lágrimas á la vista de tanto amor y afecto, les prometió que á pesar de separarse de la Isla jamás les abandonaria, pues en sus oraciones rogaria á Dios por ellos, y con sus intereses concluiria, en cuanto le fuera posible, la obra que habia empezado. Mantúvose el pueblo en el muelle hasta que perdió de vista la embarcacion que alejaba de la isla su más preciosa y apreciable alhaja, y el prelado no cesó de bendecir á su querida grey hasta que la distancia privó á su vista de aquella comarca, en la que dejaba una memoria inmortal grabada en sus innumerables beneficios.—El cielo condujo con felicidad la nave de aquel santo varon, que fué recibido en la populosa y rica Barcelona con el mismo entusiasmo que en Ibiza, máxime cuando ya en ella se le conocia por sus hechos, y cuando se admiraban en ella los talentos de sus sabios hermanos D. José Nicolás, embajador en Roma, de D. Félix, marino y excelente naturalista, comisionado por España y Portugal en el Paraguay y Rio de la Plata para fijar los límites de las posesiones de ambas naciones en América, y de D. Mateo de Azara, ya difunto, que habia sido oidor de aquella audiencia. El antiguo abad de S. Cugat del Vallés dejó tan buen nombre en Cataluña, que cuando volvió á ella obispo de su capital, todos conocieron la esperanza de mejoras de grande consideracion, pues todo se lo prometian de su distinguido talento, virtud é ilustracion.—No se engañaron ciertamente los que así pronosticaron, pues hallándose Azara en un campo más vasto para ejercer su piedad y filantropía, y

para desarrollar su pensamiento civilizador, destinó la parte de sus rentas, que otros guardan para sí ó para enriquecer sus familias, á procurar el bienestar público y la instruccion de las clases pobres. Su generosidad se extendia á todas partes donde se necesitaban socorros; á los pocos dias de su llegada á Barcelona mandó entregar al presidente de la Junta de los Migueletes tres mil duros para la manutencion de estos; pero como fuese tan modesto como generoso, previno á la persona encargada de hacer la entrega, que por título alguno dijese la persona que los daba. Aunque el limosnero en comision procuró guardar el secreto, Dios no permitió que quedase oculto tal beneficio, y descubriéndole quiso que pudiese citarse como ejemplo de paternal solicitud, para que le imitasen los que estan en el deber, pudiendo, de socorrer las necesidades de sus compatriotas y hacer más fea la conducta de los egoistas ó de los que se complacen en reunir tesoros cuando tienen hambre sus conciudadanos. Advirtiendo lo mal parada que estaba la instruccion pública por no tener un régimen metódico á que atenerse y por falta de buena direccion, escribió un sabio y razonado plan de estudios para dirigir la enseñanza de las letras, y le hizo poner en práctica en el colegio de San Pablo de Barcelona. El estudio de las lenguas orientales habia caido en desuso por falta de profesores hábiles y entendidos, y deseando resucitar la lengua de Moisés y la de Demóstenes, mandó á Roma á los monjes benedictinos D. Fr. Benito de Moxo, catedrático de sagradas letras de Cervera, y D. Fr. Antonio de Vulparda, lector del colegio de S. Pablo, sugetos de su confianza y despejado talento, para que aprendiesen bien las lenguas expresadas y se perfeccionasen en la buena y sublime literatura. La recomendacion que llevaron estos religiosos para su hermano el embajador, les proporcionó una buena acogida en los conventos de la Orden y de los sabios profesores de lenguas y de literatura, que se tomaron tal interés en instruirlos, que al año y medio estuvieron en disposicion de volver á España á enseñar lo que habian aprendido. Excusado será decir que los viajes y estancia en Roma de los religiosos fueron á costa del prelado y de su hermano Don José, el cual los mantuvo y obsequió pródigamente en el tiempo de su aprendizaje. Tan pronto como regresaron á Barcelona los dos religiosos, creó nuestro buen Obispo dos cátedras de lenguas orientales á su costa, y poniendo á regentarlas á aquellos, el público barcelonés y los estudiosos de otras partes que acudieron por este motivo, tuvieron este nuevo beneficio que agradecer á tan magnífico señor. — Reinaba entre los caballeros catalanes en aquella época un espíritu bélico tan exagerado, que provocaba diarias pendencias, porque se exaltaba la vanidad, y pocos sabian refrenarse y vencer los impulsos de su amor propio. Nuestro prelado tomó á su cargo el entronizar la tolerancia civil y el hacer más humanos y razonables á los cata-

lanes, y lo consiguió afortunadamente, haciéndoles concebir el proverbio de Salomon (cap. XVI, vers. 32): *Melior est patiens viro forti: et qui dominatur animo suo, expugnatore urbium.* (Mejor es el varon paciente que el varon fuerte, y el que sabe dominar á su ánimo que el expugnador de las ciudades.)—Sabia bien este prelado la escasez de buenos libros, particularmente modernos, que habia en las bibliotecas de los monasterios en que habia servido al Señor, y deseoso de que por esta falta no dejasen los religiosos de adquirir los necesarios conocimientos, poniéndose al corriente de los adelantos del siglo, repartió su numerosa y escogida biblioteca entre ellos, é hizo comprar las obras más selectas que se publicaban, para aumentar aquellas y enriquecer la episcopal, que le debe muchos de sus tesoros bibliográficos. Su deseo de adquirir cuantos conocimientos pudieran servirle para hacer el bien, le impelió á leer cuantas obras se daban á la estampa relativas á la economía política, á la industria y á la utilidad pública, lo cual le valió el adquirir un gran caudal de conocimientos útiles, que procuraba aprovechar en beneficio de sus diocesanos.—Advirtiendo la estrechez con que lo pasaban algunos pocos sacerdotes, mandó dar tres pesetas más á los que predicasen entre año en la catedral, en la que solo se daban dos pesetas por cada sermon, y que se diesen gratis en su Secretaría de cámara los despachos á los pobres, supliendo de las rentas de la mitra los gastos y trabajo del secretario. Aumentó casi al doble las rentas de los tenientes de cura y otros eclesiásticos, llevando la máxima de hacer bien para hacer bien, no para granjearse elogios, razon por la que los aduladores que rodean, cual zánganos de colmena, á los prelados y magnates, perdieron el tiempo ó más bien enmudecieron á la presencia del virtuoso D. Eustaquio, de cuya boca oian diariamente: *que faltar á la equidad era faltar á la primera obligacion y al blason más distinguido de la persona que manda, siendo un crímen que no se borra ni expia con solo lágrimas, porque es preciso resarcir los daños.*—Conforme lo habia prometido á sus amados ibizanos, no los abandonó ni un instante, y á fin de proporcionarles todos los beneficios posibles, les mandó buenas obras en que instruirse, multitud de árboles útiles, instrumentos de labranza, sarmientos de todas las clases de vid que se cultivaban en España, máquinas para hilar bien y con facilidad el algodon, telares y otra porcion de objetos útiles á la industria y á la agricultura. La predileccion que tuvo por Ibiza y su constante proteccion, á la que se debe en gran parte el buen estado de aquellas islas, fué de tal naturaleza que llamó muy particularmente la atencion del gobierno, el cual no pudiéndole premiar debidamente en vida, por fallecer cuando se pensaba en ascenderle á arzobispo de Burgos, para cuya dignidad estaba consultado por la Real Cámara de Castilla, escribió á su hermano D. José la carta que insertamos

al fin de esta biografía, carta que hace por sí sola el mejor elogio de nuestro prelado, y que bastaria para colocarle merecidamente entre los célebres españoles y al lado de los ilustres protectores de la humanidad y de la civilizacion de los pueblos. — Como sus rentas estaban siempre dispuestas á emplearse en socorrer á los pobres y promover objetos de entidad, las casas de beneficencia de Barcelona tuvieron, como las de Ibiza, un cariñoso padre y un generoso protector, y los pobres no se acercaron jamás á su palacio sin lograr el consuelo que demandaban, porque practicaba á la letra la máxima de Jesucristo de que habla S. Mateo en el cap. II, v. 21: *Da pauperibus et habebis thesaurum in cælo.* Por esto fueron su principal conato los hospitales y hospicios, y los pobres sus ovejas tan queridas, que dió á estas casas en ménos de dos años más de diez mil ducados, siendo su pregunta diaria á todos sus amigos y familiares: *¿Cómo estan mis pobres? les falta algo?* Las cárceles merecieron tambien su especial cuidado, y las visitaba frecuentemente á fin de consolar á los delincuentes con la palabra divina, hacerles ver la fealdad del crímen y la brillantez de la virtud, y procurar con sus máximas santas y religiosas prácticas separarlos de la torcida senda que habian tomado, y que un sincero y verdadero arrepentimiento les volviese al camino de la gracia y al aprecio de la sociedad. Cuando padecia alguno persecuciones por haber sido justo, le defendia con calor, y nunca tuvo la justicia más valiente defensor, pues seguia la máxima del Espíritu Santo de *pro justitia agonizare pro anima tua et usque ad mortem certa pro justitia.* (Dichoso aquel que supo pelear hasta la muerte por mantener la justicia.) Pocos han tenido la satisfaccion de poder decir como él con S. Pablo: *Neminem læsimus, neminem corrupimus, neminem circunvenimus.* Sus súplicas y mediacion libró de la muerte á algunos criminales condenados al último suplicio: sus generosos donativos cubrieron muchas veces la desnudez y desabrigo de los presos, y por sus exhortaciones se separó á los jóvenes que empezaban la carrera del crímen por falta de buena direccion, de los que ya estaban avezados en él y le tenian por oficio, que reunidos todos formaban una infame escuela, en la que el malvado aprendiz se perfeccionaba para el mal con las lecciones de tan diestros maestros.—Como el imperio del bien es muy corto, no tardó Barcelona en perder el que le proporcionaba tan virtuoso pastor. Desde que llegó á Barcelona se apoderó de su cuerpo una debilidad de nervios acompañada de agudisimos dolores, los cuales le tuvieron postrado la mayor parte del tiempo, sufriéndolos con la paciencia de Job y de Tobías. Esta tenaz enfermedad se fué agravando, hasta que apoderándose de todas sus facultades, fué acometido de un accidente apoplético, y falleció el 24 de Junio de 1797, á los sesenta y nueve años, tres meses y cuatro dias de edad, sumiendo en luto y desconsuelo á aquella heróica poblacion. Despues de que el afligido

pueblo hubo contemplado, segun costumbre. el cadáver de su prelado, se le condujo con toda pompa á la suntuosa iglesia parroquial de nuestra Señora del Pino, en donde se le dió sepultura conforme á su dignidad. Si, como dice S. Agustin, los elogios de los pueblos son los más seguros testimonios en favor de los muertos, pocos habrán sido más elogiados de esta clase que Azara, que fué de ella el padre más tierno y cuidadoso. El cabildo le hizo unas solemnes exequias en la catedral el 30 del mismo mes, pronunciando la oracion fúnebre el Dr. D. Jaime Pelfort, canónigo de la misma santa Iglesia, cuya oracion, en la que se elogia debidamente al prelado mencionándose sus bellas cualidades y excelentes hechos, se imprimió de órden del cabildo.—El grande amor que le profesaron sus familiares, de quienes habia sido un padre cariñoso, y más bien un amigo que jefe, les obligó á dar un testimonio público de su aprecio, y al efecto le hicieron á su costa otras solemnes exequias el 12 de Julio del mismo año, en las que pronunció una elocuente oracion fúnebre el Rdo. P. Fr. Alberto Vidal, del órden de San Francisco, muy afecto al difunto Obispo, cuya oracion se imprimió tambien á expensas de los agradecidos familiares. El virtuoso D. Eustaquio fué humilde en su exterior, dulce y cariñoso en su trato, moderado en las acciones, modelo de buenos prelados y afable con cuantos llegaron á él. Las artes, las ciencias y la industria tuvieron en él un protector decidido y generoso, los pobres un consolador magnífico, y la religion un defensor sabio y diligente, siendo apreciado en todas partes por sus virtudes, talentos, instruccion y bellas cualidades, entre los que campeó tambien su generosidad y desprendimiento, pues entre las muchas pruebas que pudiera darse, bastará citar que siendo el primogénito de la casa de Azara, renunció completamente á su herencia.—No se ocuparon en su elogio los expresados oradores y escritores españoles, sino que en algunos papeles publicados en Barcelona se consignaron sus hechos por aquel tiempo, los que constarán siempre en las actas y libros de aquella santa Iglesia, en las de las casas de beneficencia de la ciudad y de todo el principado, y sobre todo en la iglesia y establecimientos de la isla de Ibiza, en donde se repetirá su nombre con elogio y bendito por el pueblo, á quien tantos beneficios hizo, de generacion en generacion.—La honrosa carta en que de órden del rey D. Cárlos IV dió el ministro de Estado D. Francisco Saavedra el pésame de la muerte de este santo prelado á su hermano el embajador D. José Nicolás, cuya carta insertamos á continuacion con otra de éste, son un legítimo testimonio público de los servicios religiosos, humanitarios y patrióticos de aquel celoso patricio y virtuoso prelado. Las mejoras que introdujo en la expresada isla y la noticia de su virtud y filantropía llamaron la atencion de la vecina Francia, cuyos escritores públicos le elogiaron y ensalzaron en los diarios y gacetas, en los que

se decia «que los talentos y virtudes parecian hereditarios en la familia de Azara.» Justísima es esta observacion de los autores franceses, que tenian á la vista, cuando esto escribian, á su hermano D. José Nicolás, nuestro embajador cerca de aquella república y el diplomático más eminente y glorioso de su siglo, y que tuvieron lugar poco despues de admirar el talento despejadísimo de su otro hermano D. Félix, sabio naturalista y hombre de gran ciencia y de una afabilidad extraordinaria; pero ninguno hasta nosotros ha tenido la gloria de escribir y publicar su biografía, honor que nos ha cabido con todos los ilustres miembros de esta familia. Si los demás hermanos Azaras siguieron la buena senda que estos les marcaron, y procuraron imitarles, estos tres fueron los astros más luminosos de la familia, de los que puede decirse con el *Eclesiástico*, segun sentamos en la sentencia latina con que empezamos esta biografía, de que *su memoria no se borrará, y pasará de generacion en generacion.*

Carta de D. Francisco de Saavedra, ministro de Estado de Cárlos IV, á don Nicolás de Azara, dándole el pésame en nombre del Rey por la muerte de su hermano D. Eustaquio, obispo de Barcelona.

«Excmo. Sr.: Han merecido el mayor aprecio del Rey los relevantes »servicios hechos por el reverendo obispo que fué de Ibiza D. Eustaquio de »Azara, hermano de V. E., en el restablecimiento de aquellas islas, sin ha»berse separado un dia del ministro comisionado D. Miguel Cayetano Soler en »los seis años que permaneció en aquella silla, para auxiliar con su persona »y caudales la felicidad que iba formando á sus miserables feligreses, cuyo »logro apresuró despues desde Barcelona, dirigiendo al mismo ministro »considerables acopios de árboles y sarmientos de las mejores especies para »la plantacion de viñas; de instrumentos de agricultura; de máquinas para »hilar el finísimo algodon que producen las mismas islas; de fraguas com»pletas para establecimiento de herreros en la campaña; y otros apreciables »donativos que resultan por menor en el exacto inventario de cuanto se ha »ejecutado en dichas islas, é inmortalizarán el caritativo celo y amor al ser»vicio del Rey y de la patria que ocupaba el corazon de tan distinguido »prelado. Su anticipada muerte y la atencion que exigen los enunciados ser»vicios, han inclinado el Real ánimo de S. M. á mandar se manifieste así á »V. E. y que en su Real nombre le dé las más expresivas gracias, como lo »ejecuto para suplir en el modo posible la justa demostracion que hubiera »hecho el Rey á su hermano si hubiese existido, y para el debido consuelo »y satisfaccion de V. E. — Dios guarde á V. E. muchos años. Aranjuez 27 »de Mayo de 1798.— *Francisco de Saavedra.* — Sr. D. Nicolás de Azara.»

Carta de Azara á D. Francisco de Saavedra.

«París 10 de Junio de 1798.—Excmo. Sr.: Muy señor mio: No ha lle»gado hasta este dia á mis manos la carta de V. E. de 27 de Mayo, en que »me expresa haber merecido de la bondad del Rey particular estimacion »los servicios prestados por mi difunto hermano D. Eustaquio, mién»tras fué obispo de Ibiza y de Barcelona, trabajando con tanto esmero por »la felicidad de aquella isla de acuerdo con el comisionado por S. M., don »Miguel Cayetano Soler. La pérdida de mi amado hermano ha sido para mí »un golpe que lloraré todo el resto de mi vida; pero me será de grande ali»vio que S. M. haya conocido su mérito y sus servicios, uniendo su apro»bacion á la justicia que el público habia ya hecho á aquel prelado, digno »de más larga vida. Mi familia conservará preciosamente esta demostracion »de S. M., y servirá para que con más empeño nos sacrifiquemos en su ser»vicio y en el de la patria. Ruego á V. E. que me ponga á los piés de nuestro »amo, expresándole mi reconocimiento; y V. E. reciba las gracias que le »debo por haberme proporcionado esta nueva gracia de S. M.—Quedo para »servir á V. E. y ruego á Dios etc.—*J. N. de Azara.*»

Nota. En el periódico francés *L'Ami des Lois*, 18 *Prairial*, *an.* 6.°, *num.* 1023, se lee el elogio siguiente de D. Eustaquio: «Tuvo por compa»ñero (se habla del ministro Soler) de sus útiles fatigas un prelado dotado »de una filosofía amable: éste fué el obispo de Ibiza, hermano del caballero »Azara, en cuya familia *parece que son hereditarias las virtudes y los talen»tos.*»—B. S. C.

PERERA (D. Lorenzo de Azara y). La universidad de Huesca puede vanagloriarse de haber fecundado el ilustre árbol de los Azaras. De este florido árbol, y de los mismos padres que D. Eustaquio, nació D. Lorenzo en Barbuñales el 12 de Agosto de 1756. Así como sus demás hermanos, fué á Huesca en compañía de su tio D. Mamés, y bajo su sabia direccion estudió en su universidad filosofía, jurisprudencia y cánones, de los que se graduó de doctor en Octubre de 1759, á la edad de veintidos años. De todos los Azaras hermanos, éste fué el de genio más vivo y el único que se sepa, despues de D. José Nicolás, que haya sido apasionado de las musas, pues con una rica imaginacion, cuyos bellísimos conceptos habia fijado su buena educacion y mejor instruccion, su pasion favorita era pulsar la lira de los trovadores, y si no muriera tan jóven, ó en aquella época no tuvieran los de su edad tanta modestia, estamos seguros de que se le hubiera inscripto en el Aganipe del Parnaso aragonés, á juzgar por las bellas composiciones místicas y profanas que dejó escritas en verso, en las que con elegante estilo, facilidad y fluidez se ven sobradamente sus buenas dotes poéticas, y se ad-

mira la elevacion de sus ideas, y la riqueza de su fecunda imaginacion. Al año siguiente de haber tomado la borla de doctor en cánones, hizo oposicion á las cátedras de la universidad de Huesca, y saliendo airoso en ella, obtuvo la de sexto año y la de decretales despues, en las cuales tuvo la satisfaccion de ser querido de sus discípulos por su amabilidad y buen método de enseñanza, siendo al propio tiempo temido y respetado por su energía, y porque sabia hacerse obedecer. El año de 1762 obtuvo D. Lorenzo una plaza de colegial en el Real y mayor de S. Vicente Mártir en la expresada ciudad; pero en Marzo del siguiente, el Sr. Manzano le dió con pension su dignidad de chantre de aquella Iglesia catedral, que era la segunda silla ó dignidad del cabildo, pues que á falta de dean, que es la primera, tenia que presidirle. Como falleciese el expresado señor dentro del primer año de su donacion, quedó nuestro Azara en propiedad de la dicha dignidad y libre de la pension impuesta. Sucedió que en el mismo año de 1763 fué á Sietano de Aragon, pueblo de su naturaleza, el célebre conde de Aranda, que era entónces capitan general de los ejércitos y presidente del Consejo de Castilla. Sabiendo la universidad de Huesca la residencia del Conde en el expresado pueblo, determinó obsequiarle haciéndole doctor, y al efecto nombróse una comision del claustro para ofrecerle la borla: de presidente de esta honrosa comision se mandó á D. Lorenzo, elegido para llevar la palabra por su talento superior, y por su florida elocuencia. En efecto, arengó al Conde en un poético y sentido discurso, en que expresó elocuentemente los deseos del claustro, y los merecimientos del agraciado á satisfaccion de todos, y el Conde admirado de su claro ingenio y buen decir, le celebró mucho, y le obsequió particularmente ofreciéndole su amistad. Falto de rector el colegio de S. Vicente en 1767, fué nombrado para este empleo, que desempeñó con celo é inteligencia, así como el de vice-maestrescuela, que le confirió la universidad, en cuyo claustro fué tenido por una notabilidad científica y literaria. Como ocurriese la falta de dean en la catedral, el cabildo, haciendo justicia á su virtud y saber, le nombró su presidente á pesar de su corta edad, y éste fué un honor, que debió lisonjearle mucho, atendiendo á que entre los canónigos de su tiempo habia no pocos que, á la experiencia de la edad, reunian sobrada capacidad é instruccion para aquel encargo, en el que no se descuidó jamás, pues que cumplió con él todos los momentos de su vida, razon por lo que pudo bien aplicársele la empresa de la grulla vigilante, con el lema de la justicia: *Dormiendo vigilo.* La morada de D. Lorenzo en este mundo se decretó por Dios fuese mucho más corta que la de sus demás ilustres hermanos, y la muerte debió cortar el hilo de su vida en la flor de su edad y al principio de su carrera. Una maligna talparia le apareció en

la frente en 1770, y aconsejándole los médicos, pronosticando mal de esta enfermedad, que pasase á curarse á Barcelona, lo verificó; y en efecto, despues de haberse medicinado mucho, pareció curarse, y creyéndose bueno volvió á Huesca á seguir en sus ordinarias ocupaciones. Empero la enfermedad era mortal, y solo habia hecho una pequeña tregua; así es que reproduciéndose al año siguiente con doble fuerza, volvió á Barcelona en donde le desengañaron los facultativos, manifestándole que su mal era incurable. Hallábanse á la sazon sus tres hermanos D. Eustaquio, abad de Amer y Rosas; D. Mateo, oidor de aquella audiencia, y D. Félix, capitan de ingenieros; y abrazándolos con el mayor amor, testando á favor de sus amados padres, se dispuso para morir con la más santa conformidad, y con una resignacion cristiana que admiró á todos, á vista de su corta edad y de las esperanzas que su posicion, ya ventajosa, le podia haber hecho concebir. Como una prueba de la paciencia y serenidad con que aguardaba la muerte, citaremos que á los diez dias de haber recibido la extremauncion, tuvo tal despejo y presencia de espíritu, que escribió una larga carta, llena de máximas religiosas y morales, á un amigo de Huesca á quien queria mucho, y del cual se despedia hasta la eternidad; pero como conservase su genio vivo y alegre hasta en los últimos dias de su vida, y no le abandonasen las musas hasta el sepulcro, toda la carta estaba sembrada de agudezas, y la concluyó con unos buenos versos alusivos al próximo viaje que iba á emprender á la vida eterna. Esta carta acredita el mucho talento é ilustracion de D. Lorenzo, su fecunda imaginacion, su vena poética y su amabilidad extraordinaria, dotes que le habian adquirido un don de gentes que logran muy pocos. Agravado el mal, murió este buen sacerdote español el 15 de Agosto de 1773, á los treinta y siete años y tres dias de edad, siendo asistido en sus últimos momentos por sus tres expresados hermanos, que honraron debidamente su memoria, y le dieron sepultura en la iglesia del convento de Agustinos descalzos de Sta. Mónica. La memoria de sus virtudes y talentos aún vive en la iglesia catedral de Huesca, y no se eclipsó jamás por nadie en la universidad de esta ciudad hasta su reciente extincion, siendo en ella proverbial la paciencia con que supo llevar sus dolencias, y su buen carácter y amabilidad para con sus discípulos.—B. S. C.

PERERINYI (P. Francisco), jesuita húngaro; se dedicó á hacer florecer las letras en su patria. Escribió: *Archi-Laurus Strigonensis;* Tyrnau, 1655, en 8.°, obra que es un elogio en verso de los cincuenta y ocho arzobispos de Strigonia.—S. B.

PERES, ministro protestante de la diócesis de Saintes, que se convirtió hácia 1628.—S. B.

PERES, colega de los Padres del Oratorio, y eclesiástico segun otros. Fué

profesor de matemáticas y de física en Lion, y despues nombrado sustituto del procurador general cerca del Tribunal Real de Agen, en cuya ciudad murió el dia 4 de Enero de 1840. Publicó un anónimo bastante satírico en 1837, titulado: *Como que Napoleon jamás ha existido*; folleto que dió mucho que hablar en su época — C.

PERES (J. de S.), poeta, cuyo nombre no es conocido más que por la obra siguiente que ha llegado á ser muy rara: *El verdadero tesoro de la Historia Sagrada por la traslacion milagrosa de Ntra. Sra. de Liesse*; París, A. Estienne, 1647, en 4.°, en que el autor refiere la traslacion milagrosa de esta imágen, desde Egipto á la ciudad de Laon, en 1113. Este libro es buscado todavía, en particular por ocho hermosos grabados de Poilly, hechos sobre dibujos de Stella. El libro termina con la relacion de una peregrinacion que emprendió en 1644 una familia compuesta de padre, madre y tres hijos. Entónces se necesitaban tres dias enteros para ir en coche desde París á Lion. Los versos son malos, pero con frecuencia agradables por su sencillez. S. B.

PERETTI (Alejandro). Noble romano que desde los primeros años de su edad dió señales de una capacidad nada vulgar y de una aplicacion proporcionada á sus buenas disposiciones para el estudio. Hizo con aprovechamiento la carrera eclesiástica y se distinguió como canonista, sin que no obstante su capacidad y aptitud llegase á obtener altos puestos en la Iglesia, acaso porque embebido en negocios de la curia, no le serían tan productivas las prebendas eclesiásticas como lo eran los negocios para cuyo desempeño ciertamente tenia habilidad. El sumo pontífice Gregorio XIII pensó utilizar sus servicios y conocimientos, encomendándole algunos puestos diplomáticos, para cuyo desempeño acaso hubiese sido necesario consagrarle obispo, pero la muerte del Papa neutralizó sus intentos, si bien no fué de una manera desfavorable á Peretti, pues sustituyendo á Gregorio en la cátedra de S. Pedro el muy nombrado y distinguido Sixto V, por la circunstancia de ser Peretti sobrino suyo, tuvo manera de adelantar en su carrera. Nunca tuvo gran aficion al episcopado, y el régimen de una diócesis le parecia muy superior á las fuerzas con que él contaba, no queriendo por consiguiente aceptar un cargo para cuyo desempeño no le parecia reunir las apetecidas condiciones, por lo que su tio, que queria adelantarle en el primer año en que fué Sumo Pontífice, es decir apénas consagrado, le nombró cardenal diácono de la santa romana Iglesia del título de S. Gerónimo. No agradó mucho en un principio este nombramiento, sin duda alguna por no ser conocido el sugeto, y porque creyeron que la circunstancia de ser pariente tan cercano del Soberano Pontífice habia sido el principal motivo á que se habia atendido para su eleccion; pero luego que vieron que te-

nia capacidad y las demás deseadas condiciones, y que habia sido un favoritismo de estos que no se explican lo que le habia puesto la púrpura, los mismos compañeros suyos, que ántes habian demostrado su antipatía contra él, fueron los primeros á demostrarle despues su deferencia y á estrechar con él relaciones de que nunca se arrepintieron, pues además de cumplir bien como cardenal de la Iglesia su ministerio y los encargos que se le confiáran, cumplia como caballero y como amigo las comisiones que los numerosos con que contaba le encomendaron siempre, sin que por esto se crea que abusó nunca de la situacion en que le colocaba su condicion de sobrino del Pontífice. Luego que pasó algun tiempo, cambió el título por el de S. Lorenzo *in Damaso*, y muy poco despues fué nombrado vicecanciller de la Iglesia. Desempeñó este cometido con tanto acierto y tan á satisfaccion de todos como habia desempeñado los demás cargos que se le confiaron; y para que nos convenzamos de cuán exacto es esto, baste decir que muerto su tio no decreció ni un punto su prestigio, ni áun dejaron los sucesores de Sixto V, tanto Urbano VII como Gregorio XIV, de confiarle las más difíciles é importantes comisiones, seguros, como el éxito lo acreditó, de que no en vano cifraban su confianza en quien además de las otras dotes que le hacian muy á propósito para cualesquier empresa, reunia un constante buen deseo y un afecto particular á cuantos con él tenian que tratar por cualquier motivo. Treinta y ocho años vistió la púrpura cardenalicia, y en ellos supo lograr las simpatías de los sumos pontífices, de los cardenales sus compañeros, cuyo colegio puede decirse que vió renovar, y de los demás que llegaron á necesitarle ó á conocerle, siendo á consecuencia de esto muy sentida su muerte, acaecida en 1623, é inolvidable la memoria del cardenal Alejandro Peretti.—G. R.

PERETTO (D. Fr. José de), obispo de Almería. Fué primero religioso mercenario, y llegó á ser prior general de su Orden, segun Ribera en su *Milicia Mercenaria*, único autor que cita á este prelado de quien no se halla vestigio alguno en la *Vida de San Indalecio* y *Catálogo de los Obispos de Almería*. Las crónicas de la Merced elogian, sin embargo, mucho las grandes cualidades de este ilustre varon, uno de los que más renombre obtuvieron en su época por sus virtudes y conocimientos y de los que más servicios prestaron á la religion á que pertenecia, la que correspondió á sus méritos elevándole al encumbrado lugar desde el que rigió por largo tiempo sus destinos con no vulgar estimacion y aplauso. Muchas fueron las ventajas que los Mercenarios debieron al general Peretto, pues además de los aumentos que tuvo esta Orden en lo material con el aumento de gran número de casas y conventos, la reedificacion de las antiguas y la entrada en la religion de muchos hombres célebres por su santidad; en lo espiritual reformó las costumbres y

condujo á sus súbditos por el camino de la perfeccion. Convocó y presidió algunos capítulos generales, trabajando en todos con el mayor celo en favor de sus objetos predilectos, y consiguiendo al fin, aunque á costa de no pocas fatigas, lo que tanto habia deseado. En su época se vieron gran número de Mercenarios constituidos en los primeros predicadores de España, siendo buscados con ansiedad hasta en la misma corte de los reyes; muchos regentaron cátedras, y todos trabajaron en extender el culto de María Santísima, uno de los principales fines de este instituto. No fué tampoco pequeño el número de redenciones que entónces se verificaron, y aunque despues la reforma lanzase algunas acusaciones contra este prelado, como en iguales circunstancias se hacia en todas las religiones contra todos los que solo habian pertenecido á los observantes, nos parecen estas acusaciones un tanto infundadas é hijas del espíritu de partido. El P. Peretto murió, como arriba dijimos, siendo obispo de Almería. — S. B.

PEREZ, ministro protestante convertido hácia 1655.

PEREZ (D. Adan), obispo de Plasencia. Fué natural de la ciudad de Cuenca, siendo su padre el conde D. Pedro Velez, de la casa de Guevara. En 1236 acompañó al rey D. Fernando *el Santo* en la conquista de Andalucía, con la gente de Plasencia y su obispado. Acompañó al Rey en la conquista de Córdoba, y solemne entrada en esta ciudad en 29 de Junio, consagrando con los obispos de Cuenca, Baeza, Coria y Osma en iglesia catedral la mezquita de los moros, que dedicaron al augusto nombre de María. Uno de los despojos que se tomaron en la conquista de esta ciudad, fueron las campanas que el célebre Almanzor se llevó como trofeo desde la iglesia del apóstol Santiago, poniéndolas como ofrenda en la mezquita de Córdoba, donde permanecieron por espacio de doscientos sesenta años. Determinó el rey Don Fernando III devolverlas á la iglesia del apóstol, mandando que las llevasen los moros sobre sus hombros hasta aquel sagrado templo, lo que se ejecutó en la forma y manera que el santo monarca lo habia mandado. Siguió el obispo al Rey en sus posteriores conquistas, asistiendo á las de las ciudades de Baeza y Sevilla, y viendo que se retardaba demasiado su regreso, lo que le hacia rezelar por el descuido en que dejaba el gobierno de su diócesis, envió al dean de su iglesia, que se llamaba D. Martin Perez, á la corte de Roma para que suplicase al santísimo P. Inocencio IV acordase lo que más conviniera para el mejor gobierno de su iglesia de Plasencia. Cometiólo el Pontífice al cardenal D. Gil de Torres, del título de S. Cosme y S. Damian, quien por ser español y natural de la ciudad de Burgos, podia encargarse cómodamente de este asunto, y en efecto, el cardenal con el obispo y dean, acordaron lo que les pareció más conveniente para el gobierno espiritual, político y económico de la iglesia de Plasencia, siendo confirmado y aprobado

todo por Su Santidad en una bula fechada en Asis en 29 de Mayo de 1244. El obispo regresó á poco á su diócesis, donde parece que falleció en 1262. S. B.

PEREZ (Alfonso), franciscano español de la provincia de Santiago de Galicia. Tomó el hábito y profesó en el convento de Salamanca, donde se distinguió por su piedad y doctrina. Poeta apreciable, dió á luz diferentes obras en español: 1.ª *Sermones en elogio de la Inmaculada Concepcion de la Bienaventurada Virgen María*; Salamanca. 1619. —2.ª *Declamaciones por la Virgen llamada en Salamanca de los Remedios*; ibid. 1635, segun Nicolás Antonio, que atribuye indiferentemente esta obra á Alfonso Perez Serafin y Alfonso Perez que son un mismo autor. —3.ª *Canciones reales en elogio de la Inmaculada Concepcion de la Reina de todos los Santos*; ibid, 1619, en 4.º— 4.ª *Quærimoni Luciferi*; Salamanca, por Antonio Ramirez, 1634, en 8.º S. B.

PEREZ (D. Alfonso), canónigo de la santa iglesia de Plasencia. Este eclesiástico uno de los más distinguidos de su época, distincion á que se hizo acreedor por sus grandes méritos, era natural de D. Benito, pueblo bastante conocido de la diócesis en que sirvió despues. Descendiente de una de las primeras familias del país, obtuvo una beca de colegial en el mayor del Arzobispo de Salamanca, donde entónces únicamente entraban los jóvenes de las más distinguidas familias del reino, y en él hizo sus estudios con tal aprovechamiento, que no tardó en ser nombrado catedrático de filosofía natural y moral del mismo colegio. Desempeñó este cargo con celo y acierto, labrándose una merecida reputacion, y mereciendo los elogios de los prelados más eminentes de aquel siglo. En esta sazon fué cuando escribió la obra por que nos es conocido, y única por que le cita Nicolás Antonio, que no nos dice sin embargo las demás relevantes cualidades que distinguieron á este eclesiástico. A su salida del colegio fué nombrado canónigo de la santa iglesia de Plasencia, dignidad de que tomó posesion, y sirvió aunque por corto término con grande celo. Su virtud rayaba en el más alto grado, siendo en extremo limosnero, piadoso y dado á toda clase de ejercicios espirituales. Su casa fué como el semillero de los varones ilustres de la diócesis de Plasencia, en cuyo número con razon se le cuenta, y los que se distinguieron no solo por su saber, sino tambien por su virtud. Perez, el primero de todos, los dirigia en sus reuniones, en las que se trataba no solo de ciencias, sino tambien de la primera y principal en la vida, que es la que conduce al servicio de Dios. Su muerte fué generalmente sentida, y el cabildo le hizo unas suntuosas exequias, dejando su nombre como un eterno recuerdo grabado en todos los corazones. Habia escrito: *Summam totius meteorologiæ facultatis è philosophorum, potissimè peripateticorum, fontibus exhaus-*

tam; Salamanca, por los herederos de Juan de Cánova, 1576, en 4.°—S. B.

PEREZ (H. Alonso), natural de Cádiz, de treinta y tres años de edad, y catorce en la Compañía de Jesus, fué coadjutor temporal, y uno de los elegidos para la nueva mision á Méjico destinada por el P. General Everardo, en virtud de una carta que recibió del rey D. Felipe. Esta mision se compuso de doce padres, y se embarcó para la provincia de Nueva España el dia 10 de Julio de 1576.—C. de la V.

PEREZ (Ilmo. Sr. D. Fr. Alonso), religioso cisterciense natural de Pozuelo de Belmonte de Tajo. Tomó el hábito en el monasterio donde comenzó sus estudios, siguiéndolos despues en diferentes universidades de España con tanta distincion, que fué por espacio de diez y ocho años catedrático de teología en los colegios de su órden de Monte de Ramo, Palazuelos, Alcalá y Salamanca, en cuya universidad sustituyó además durante cuatro años la cátedra de escritura que desempeñaba el Sr. Bernaldo Quirós, y la de prima, de que era propietario el Sr. Manrique. Fué abad de los monasterios de Valdeiglesias, Vade Dios y Madrid. Gobernó en dos distintas ocasiones el colegio de Salamanca, y fué además definidor general de su Orden, y electo general reformador en 1650. Fuera de su religion obtuvo otros cargos no ménos importantes, como el de calificador del Supremo Tribunal de la Inquisicion. Nombrado en 1.° de Julio de 1656 obispo de Goatemala, renunció esta mitra, siendo despues promovido á la de Almería, diócesis que gobernó desde 1658 hasta 1663, que fué trasladado á Cádiz, de cuyo obispado no llegó á tomar posesion por haberle sorprendido la muerte cuando se preparaba á ello. Ocurrió su óbito en 1663, siendo sepultado en la santa Iglesia catedral de Almería. Sus contemporáneos hicieron de él el elogio siguiente: «Sus prendas amables, su ánimo generoso para con todos, su sabiduría y discrecion le acreditaron de un prelado verdaderamente docto y piadoso.» Escribió diferentes obras que quedaron manuscritas: 1.ª *Sincerum Angelicæ authoris vitæ compendium*, la cual es un epílogo de la obra del Sr. Manrique, y se halla impresa al principio de las obras ó *Anales Cistercienses*, y es en pocas páginas una de las pruebas que dejó el autor de su mucha erudicion y elocuencia.—2.ª *Antidotum ad expositionem regulæ Magistri Caramuelis;* obra en que rebate el autor algunas opiniones de Caramuel sobre la exposicion de la regla de su Orden, y explica con la mayor claridad la conformidad en que obliga á los religiosos así ésta como el oficio divino y la observancia de los tres votos, y trata por último de la potestad del capítulo general de la religion. Forma un manuscrito en fólio que se conservaba en el monasterio de Valdeiglesias.—3.ª *Prophetæ Zachariæ interpretatio in sensu litterali, adjectis ad septem priora capita discursibus moralibus.*—S. B.

PEREZ (P. Andrés). El antiguo reino de Leon, en España, fué la cuna de este teólogo, que nació el año de 1570. Tomando el hábito en la religion de Sto. Domingo, llamada tambien de Predicadores, supo hacerse una gran reputacion, tanto en el púlpito cuanto por sus escritos. Solo se sabe por las cortas noticias que de él dan Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Nova* y los PP. Quetif y Echard en la suya de *Escritores de la órden de Predicadores*, que llegó á ser superior de su convento en Madrid, y que murió en esta dignidad el año 1630. Escribió Perez dos volúmenes en 4.° de *Sermones* y una *Vida de S. Raimundo de Peñafort*. Los expresados bibliógrafos le atribuyen la novela titulada: *La Pícara Justina*, imitacion del Guzman de Alfarache, no indigna de su modelo, la que se imprimió por la primera vez en Bruselas el año 1608, en 8.°, con el seudónimo de Francisco Ubeda Toledan. Es un romance en que con gracia se refieren las travesuras de una émula de Guzman al propio tiempo que un curiosisimo cuadro de costumbres españolas del siglo XVIII. Esta novela fué traducida al francés con el título de *Narquoise Justine*; Paris, 1635, en 8.°, version muy alabada, que se ha hecho mucho más rara aún que el original español. — C.

PEREZ (D. Andrés), obispo de Ciudad-Rodrigo en 1570, son escasas las noticias que han quedado de su vida y hechos, sabiéndose únicamente por Gonzalez Dávila que fué muy elogiado en su época por su bondad, caridad, santa vida y costumbres, pues fué modelo de pastores, y como tal dignamente amado y respetado. Era padre de pobres, que acudian ansiosos á buscar el necesario sustento, dándoselo con su propia mano; pues creia, no sin razon, que así aumenta el valor de la limosna. Añadia á ella buenos consejos que realzaban su mérito, y eran un verdadero consuelo á los necesitados. Su beneficencia no solo se dirigia á los menesterosos, sino tambien á los particulares que por su clase y estado tenian que ocultar á los ojos del mundo su necesidad y sus apuros. Tambien dedicó fondos á obras pias para dotar doncellas, consiguiendo con esto separarlas del errado camino en que muchas se extravian con locas esperanzas de mejoras de fortuna, que tarde ó rara vez se realizan. Tomaban unas el estado del matrimonio, y se cubrian otras con el velo monástico, cumpliendo así con los altos fines á que las tenia destinadas la Providencia. Hizo varias fundaciones de Monte-pios y otros establecimientos de esta clase, por lo que mereció en su diócesis el aprecio con que le honraban, segun dice Gonzalez Dávila. Sus santas costumbres, otra de sus cualidades, contribuyeron tambien á aumentar el amor de sus ovejas que tenian en él un padre y un modelo, el que podian seguir seguras de obtener el premio único á que se aspira en la vida. Despues de algunos años de buenas obras, falleció este prelado dejando la mejor opinion, y siendo elogiado en los Anales de su diócesis. Ignórase donde fué sepulta-

do, pero es presumible que en su iglesia catedral, aunque nada digan los historiadores. Triste suerte la de la virtud, que rara vez encuentra una flor que adorne su tumba, cuando tantos epitafios se ostentan en la del vano y orgulloso, que tal vez ha hecho una granjería de la misma caridad, para engreirse con el recuerdo de sus decantados beneficios. — S. B.

PEREZ (P. Andrés), jesuita, rector del colegio de Méjico. Escribió: *Relacion de la muerte y virtudes del P. Juan de Ledesma*, que falleció en el año de 1637. — S. B.

PEREZ (Fr. Antolin). Fué este Padre Maestro hijo de la coronada villa y corte de Madrid, en donde nació á últimos del siglo XVII, siendo uno de los esclarecidos varones de que hace mencion D. José Alvarez Baena en su obra sobre los ilustres hijos de Madrid. Inclinado al claustro, entró ya de alguna edad en la órden del glorioso S. Basilio *el Magno*, en el convento de esta Corte, cuya iglesia se halla hoy convertida en teatro á causa de nuestra revolucion é impiedad de las ideas del siglo, el dia 20 de Setiembre de 1640. Solo sabemos de este ilustrado compatriota nuestro lo que de él dice en su libro de la *Antigüedad de la Religion Basilia* el Maestro Fr. Antonio Clavel, que escribió su obra viviendo aún el P. Antolin. «Florece, dice, en este »mismo siglo y año, el Rdo. P. Fr. Antolin Perez, monje de esta reli»gion, persona de grande celo en corregir y oponerse á los vicios en sus »sermones, y con tan grande aceptacion que son pequeñas todas las iglesias »para la gente que le sigue solícita y cuidadosa de participar del fruto que »hace en las almas, á cuya causa se le llevan todos á sus iglesias con deseo »del interés que con su doctrina sacan. Ha escrito en este año de 1644 y 1645 »un tomo de lugares sueltos sobre S. Mateo, y de este asunto he visto (con »otros monjes) tres tomos sobre los tres evangelistas Lucas, Marcos y Juan, »que estan para imprimir. Ha impreso en romance otro tomo de *Marial*, y »hemos visto dispuesto para sacar á luz un tomo, cuyo título es: *Concor»dia de los Evangelistas en la pasion de Cristo*: otro sobre *el Ecclesiastes*: »otro sobre *S. Mateo*, en comentario, seguido hasta el capítulo V: otro de »*Cuaresma* y un *Santoral*, y una *Suma de casos morales*: en todos los cuales »muestra la sutileza de su ingenio.» Sábese que cuando entró en el monasterio era ya persona de bastante edad y que falleció en esta casa de Madrid, su patria, el 26 de Marzo del año 1652. Dice Baena que de todas las obras que escribió este religioso, solo se han impreso el *Manual* y la obra titulada: *Catena selecta veterum Ecclesiæ Patrum in loca delibata ex S. Mathæo*; Madrid, 1643, en 4.° Las demás obras citadas debieron quedar inéditas en la biblioteca del monasterio; pero ya no las encontramos en ella cuando á consecuencia de la extincion de las comunidades religiosas, fué encargado de recoger los libros de los conventos de Madrid para conservarlos en la Real ó

Nacional, hoy Biblioteca pública de esta Corte, el que escribe este artículo, como bibliotecario anticuario que entónces era de la misma.—B. S. C.

PEREZ (P. Antonio), jesuita del siglo XVII en que se distinguió por sus virtudes y sus conocimientos. Ignórase su patria, lo mismo que sus primeros estudios, sabiéndose únicamente que fué en extremo apreciado en la Compañía, la que le elevó á las primeras dignidades en la enseñanza, pues su grande aptitud influyó quizá en que no se le separase nunca de ella, permaneciendo alejado de los destinos de su instituto. No lo sintió en verdad el P. Perez, pues el que llama el cardenal Pallavicini *virum ingenio mortalium nulli secundum, simulque religione ac pietate inclitum*, no debia separarse del campo de la ciencia, la piedad y la religion en que le encontramos constantemente en su gloriosa carrera. Fué en efecto este Padre un modelo de observancia y perfeccion religiosa, hallándose en él unidas las letras á un gran fondo de sólida virtud. Sus constantes penitencias, su asídua oracion, su amor al bien de las almas y celo por la salvacion de los prójimos, son cualidades que brillaron en él en sumo grado, y que por lo tanto nada nuevo diriamos en comparacion de lo que merece este religioso al ensalzar las que le reconquistaron la fama con que le inmortalizó el Cardenal arriba referido en las palabras citadas. Sus conocimientos fueron tan vastos, que á ellos debió desempeñar por largo tiempo una cátedra de teologia en Salamanca, y ser despues trasladado á Roma con el mismo cargo, donde, por decirlo así, echó el sello á su antigua y bien merecida reputacion. Apreciado del Soberano Pontífice y de los cardenales, desempeñó varias comisiones, todas á cual más honrosas, y en las que manifestó al par del celo de que se hallaba adornado, las grandes dotes que eran el patrimonio de su corazon y su alma. Rodeado de numerosos discípulos, amado de iguales y superiores, su vida fué un continuo triunfo, tanto mayor cuanto su modestia y humildad no le permitian creer en la admiracion con que era generalmente mirado. Fruto de sus estudios fueron tambien diferentes obras de teología escolástica y moral que se leyeron con aprecio en su época, y ocupan hoy un lugar distinguido en las bibliotecas. Los bibliógrafos ocultan por desgracia sus títulos, de modo que no podemos dar cuenta de ellas. Lleno al fin de años y méritos, murió en Roma en 1651 con general sentimiento de cuantos le conocian.—S. B.

PEREZ (D. Fr. Antonio), segundo de este nombre, obispo de Avila. Era religioso de la órden de S. Benito, y tuvo por patria á Sto. Domingo de Silos, en el obispado de Burgos. Nació en 2 de Mayo de 1562, siendo sus padres Pedro Mayo y Doña Marina Perez de Covarrubias. Tomó el hábito de religioso en 15 de Marzo de 1577, ejerciendo en su Órden los cargos de abad en el monasterio de S. Vicente de Salamanca, de S. Benito de Valladolid y

de S. Martin de Madrid, distinguiéndose en todos, no solo por su prudencia en el gobierno, sino por su piedad y virtud y por su amor á las artes y aumento de su religion, que le animaron á construir varios edificios, en particular en Salamanca y Madrid, para la mejora de los conventos. Fué tres veces definidor y una general de su religion. Felipe IV le presentó para el obispado de Urgel, en Cataluña, en 15 de Mayo de 1627, y fué consagrado en el convento de S. Martin de Madrid, el domingo 23 de Agosto, por el cardenal D. Antonio Zapata. Partió inmediatamente para su obispado, donde celebró sínodo. De esta sede fué promovido á la de Lérida en 22 de Febrero de 1633, donde celebró otro sínodo. Trasladado despues al arzobispado de Tarragona en 28 de Setiembre de 1634, celebró dos concilios provinciales en aquella diócesis, y fué promovido á la de Avila en 1637, pero falleció en Madrid á 1.° de Mayo, ántes que le llegasen las bulas de su nuevo obispado. Fué trasladado al convento de Sto. Domingo de Silos, donde se le dió sepultura, poniéndose sobre su tumba un notable epitafio. Parece que publicó las obras siguientes: 1.ª *Laurea Salmantina.*—2.ª *Pentatheucum Fidei*, sobre la epístola á los Romanos.—3.ª *Autenticæ Fidei*, cuatro tomos sobre los cuatro evangelios.—4.ª Otro tomo *sobre la Epístola á los Corintios.*—5.ª *Comentarios sobre la regla de S. Benito.*—6.ª *Sermones de adviento y cuaresma*, en cuatro tomos.—S. B.

PEREZ (Fr. Antonio), religioso carmelita. Nació en Urrea de Gaen en 5 de Mayo de 1707. Tomó el hábito de la órden de nuestra Señora del Cármen en el convento de Alcañiz en 3 de Agosto de 1723, de manos del prior de aquella casa Rdo. P. Mtro. Fr. Tomás la Borda. Despues de haber concluido sus estudios fué catedrático de filosofía en Calatayud y de teología en Huesca y Zaragoza, distinguiéndose mucho por su saber y erudicion. En su religion obtuvo los cargos de maestro en su provincia y prior dos veces del convento de Alcañiz. Fué enviado á Roma en calidad de definidor general á un capítulo de su religion, con cuyo motivo trajo gran número de libros que fueron muy útiles para el adelanto de los religiosos, y en cuya eleccion manifestó su capacidad y conocimientos. Su aficion al estudio y no vulgares talentos le animaron á escribir varios libros, no solo del método de predicar conforme al espíritu de la Iglesia, cuyos manuscritos, asegura Latassa, desaparecieron; vió sin embargo un tomo de este autor en 4.° con el siguiente título: *Compendio histórico geográfico.* Consta, segun el mismo colector, de 316 páginas, en que trata por órden alfabético de los reinos, provincias, territorios, ciudades, pueblos, santos, casas religiosas, indicando las que pertenecen á la órden del Cármen con un escudito pequeño de esta Orden, y se ocupa en particular de la ciudad de Zaragoza, de sus monasterios, conventos y demás cosas notables hasta despues del año 1739, en que refiere el

viaje de Cárlos III á aquella ciudad, haciendo la biografía de los varones ilustres naturales de aquella capital, y áun de los que han residido en ella, en particular si eran religiosos. Esta obra contiene noticias muy apreciables, mas por desgracia se ignora el paradero del manuscrito en que se hallaba el nombre del autor en la parte superior y exterior de las hojas del tomo, estando escrito despues de encuadernado. El Rdo. Perez murió en 1777.—S. B.

PEREZ (Antonio), franciscano español, natural de Camarillas en la diócesis de Teruel, fué lector jubilado, ex-ministro provincial de Aragon, visitador y padre de la provincia de Santiago, del Supremo Tribunal de la Inquisicion y examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza. Se distinguió por su elocuencia y erudicion, y falleció en el convento de S. Francisco de Zaragoza el dia 15 de Julio de 1750, dejando escritas las obras siguientes: 1.ª *Super librum Sententiarum*; Zaragoza, por Gaspar Tomás Martinez, 1700, segunda edicion; ibid, por Diego de Larumbe, 1702.—2.ª *Astrea theologica, stateras et dispondia R. P. Fr. Joannis Perez Lopez convocans ad crisim*; ibid., 1705.—3.ª *De Nativitate Sacratissimæ Virginis Mariæ*; ibid, 1707, en 4.º—S. B.

PEREZ (P. Fr. Atanasio), religioso cisterciense, natural de la villa de Villalon del Campo. Vistió el hábito de S. Bernardo en el monasterio de Ossera en 1590, y mereció por su virtud y ciencia que le llamase Nicolás Antonio *varon docto y piadoso*. Fué abad de Junias, distinguiéndose por su acierto en el gobierno de aquella comunidad. Escribió con el título de *Illustrium Exemplorum* un volúmen de 553 páginas, citado en la *Bibliotheca nova*. Tambien es suya otra obra que indica Nicolás Antonio hallarse escrita en latin, pero que lo está en nuestro idioma; es muy piadosa y tiene el objeto de excitar á la virtud, ponderando la gravedad del pecado, valiéndose de los ejemplos de los santos y penitentes; titúlase *Carta de marear del alma*, pero el autor dice en el prólogo habia pensado darla el nombre de *Entretenimiento y recreacion espiritual*. Se custodiaba el original con todas las licencias necesarias para imprimirse en la biblioteca del monasterio de Ossera.—S. B.

PEREZ (D. Benito), obispo de Segovia. Era arcediano y canónigo de esta santa Iglesia cuando fué elegido obispo en 1318 á la muerte de D. Fernando Sarracim por el cabildo. Solo gobernó un año, en el que confirmó algunos privilegios. Falleció en 7 de Octubre de 1319 y le sucedió D. Amado.—S. B.

PEREZ (D. Bernardo), canónigo de Gandía, de donde era natural. Manifestó un grande y extraordinario celo por la religion católica, trabajando por la conversion de los moriscos que aún quedaban en España en el siglo XVI en que floreció. Ignóranse las demás circunstancias de su vida, sa-

biéndose únicamente que escribió diferentes obras para demostrar los errores que contenia el *Alcoran*. Las publicadas, segun Nicolás Antonio, son las siguientes: 1.ª *Espejo de la vida humana*; Granada, 1587, en 8.° Segunda edicion, Alcalá de Henares, 1589, en 8.°— 2.ª *Historia y guerras de Milan*; 1556 y 1572, en fólio. Se imprimió bajo el titulo de *Historia de lo sucedido desde* 1521 *hasta* 1530 *sobre la restitucion de Francisco Sforzia en Milan*; 1630. Parece que es una traduccion de la que escribió en latin Galeazo Capella.—3.ª *Anti-Alcoran*; Valencia, en 4.°—4.ª *Diálogos cristianos contra la secta mahomética y contra la pertinacia de los judíos*; obra nuevamente compuesta, muy útil y provechosa. Dirige la dedicatoria de esta obra al arzobispo de Valencia D. Erardo de la Marcha, cardenal leodinense, añadiendo el autor que este arzobispo no sabia latin. Despues de la dedicatoria siguen estos versos:

En Dios soberano confio, lector,
que aquesta mi obra hará algun provecho,
y assi yo la pongo de todo mi pecho,
á regla y á lima de buen corrector.
A Christo primero el mi Redentor
doy homenaje y al Vicario Romano,
si algo ha errado mi lengua ó mi mano,
de agora recorro mi falta y error.

Nicolás Antonio, y despues de él Fuster, dudan si es de éste la que se cita como la primera de sus obras: *El espejo de la vida humana*, aunque no nos dicen á quién pertenezca.— S. B.

PEREZ (D. Blas), obispo de Segovia. Era natural de esta ciudad, y fué elegido en 1289. Gobernó su diócesis con celo y acierto, aumentando las rentas de su dignidad y las de sus prebendados. Obtuvo de los reyes nuevas gracias y la confirmacion de los privilegios antiguos. Estableció en su iglesia los ritos generalmente aprobados, y procuró la correccion y mejora de las costumbres. Deseoso el cabildo de corresponder á tantas gracias y favores, le ofreció un sitio en la Iglesia catedral para edificar una capilla, y la hizo en efecto de nueva planta con grande suntuosidad, dedicándola en 24 de Setiembre de 1294 á los Stos. Martin, Agustin y Benito; dotóla con pingües rentas para que en todos los sacrificios que se ofrezcan se ruegue á Dios por su alma, las de sus padres y antepasados. Hizo un viaje á Roma, sin que se sepa el motivo que tuvo para dejar su iglesia y hacer jornada tan larga. Estando en aquella ciudad hizo donacion á su cabildo de todos los bienes que tenia en el lugar de Colladillo para el refectorio de los po-

bres. Esta donacion lleva la fecha de Roma á 18 de Abril de 1297. Al año siguiente y á instancia del Rey y de la Reina su madre, y á peticion del concejo de Maderuelo, reunió las iglesias parroquiales de Sta. Coloma, Santo Domingo, Sta. Cruz, S. Juan y S. Salvador á la iglesia de Sta. María del Castillo de aquella villa, y las de S. Millan, S. Martin y S. Andrés á la de San Miguel. Murió el obispo D. Blas Perez en 18 de Febrero de 1300.—S. B.

PEREZ (P. D. Cayetano). Nació en Zaragoza en 1690. Tomó el hábito del instituto de los Clérigos regulares de S. Cayetano en 1727 en el convento de Sta. Isabel de aquella ciudad. Fué catedrático de artes y teología, rector del colegio de Salamanca, prepósito de su monasterio en Zaragoza y vicario general de los de España. Murió en su ciudad natal el 13 de Setiembre de 1761, habiéndose distinguido mucho por su piedad y amor al estudio, de que es inequívoca muestra un manuscrito en fólio que se halla en la biblioteca del referido convento con el título de *Forma de biblioteca concionatoria, trabajada de los autores más célebres en la oratoria sagrada cristiana del principio del siglo XVIII, de varios textos sagrados, comentado por los Santos Padres y expositores más clásicos, y de un grande número de puntos históricos y otras curiosidades eruditas, tomadas de los autores más bien recibidos.* Prontuario útil para la oratoria sagrada, producto de sus continuos estudios.— S. B.

PEREZ (Ciriaco). Solo nos dice Amat, que le colocó entre sus escritores catalanes, que fué este religioso ermitaño de S. Dimas en la montaña de Monserrat, de aquel paraíso de la vida contemplativa de que tantos bienaventurados han salido para gloria de la religion católica y honra de España, que tiene en aquella célebre montaña, protegida por la gran Madre de Dios, un tesoro de riquezas espirituales tan extraordinario, que el mismo cielo se gloría en sacar ricas joyas, con las que ennoblecer á los españoles y ensalzar á los catalanes. Cuando Amat le coloca al ermitaño Ciriaco entre sus ilustres escritores compatriotas, no puede dudarse de que lo fué, y es de lamentar no nos haya mencionado sus obras. — C.

PEREZ (VV. Diego, Gonzalo, Francisco y Juan). El primero era natural de Illescas y abad mayor de la colegiata de Ujijar, en las Alpujarras, de donde eran canónigos los demás cuando el levantamiento de los moriscos. Viendo el venerable Abad el motin del pueblo, y que los moriscos sacaban á los cristianos de la torre de la iglesia para matarlos, convencido de que lo mismo harian con él, comenzó á exhortar á las mujeres que se hallaban allí, alentándolas á morir firmes en la fe y religion de nuestro Señor Jesucristo; «y andando derramando muchas lágrimas, dice Marmol, con palabras »dignas de su buena vida y doctrina, llegó á él un moro gandul y le dió una »puñada en el rostro con tanta fuerza, que le hizo saltar un ojo; y acudiendo »otro con una espada, le mató; y abriéndole el pecho con un puñal, sacóle

»el corazon; y llevándolo alto en la mano, comenzó á dar grandes voces, di-»ciendo: *Gracias doy á Mahoma, que me dejó ver en mis manos el corazon de »este perro cristiano.*» Murieron en este dia en Ujijar doscientos cuarenta cristianos, clérigos y legos, y entre ellos seis canónigos de aquella iglesia colegial. — S. B.

PEREZ (Fr. Domingo), religioso mercenario, comendador del convento de su Orden en Barcelona, y prior general despues; gobernó su religion por espacio de siete años y murió en 1307. —S. B.

PEREZ (Domingo). Nació este eclesiástico en la coronada villa y corte de Madrid el año 1661. Estudió la gramática latina en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesus, y fué tanto lo que se distinguió en los actos públicos de latinidad, que se le puso el apodo de *Espanta Madrid.* Ordenado de sacerdote, empezó á predicar con el mayor éxito, pues que hizo brillar en el púlpito su privilegiado ingenio. Pasando á Roma le honró el Pontífice en sus audiencias, y conociendo su saber Inocencio XIII, le cometió la resolucion de gravísimas consultas. Escribió este sabio sacerdote un libro titulado: *De incarnatione et fide*, que se publicó en Madrid el año 1733. Murió en Roma, muy sentido de cuantos le conocian, el año 1794. — A. C.

PEREZ (D. Domingo). Este eclesiástico español, aragonés, del siglo XVI, nació en Zaragoza sin que pueda fijarse la fecha. Concluidos sus estudios con aprovechamiento, obtuvo el magisterio de teología, un canonicato reglar en la Real iglesia del Santo Sepulcro Jerosolimitano de Calatayud y su chantría, como consta de una memoria de esta iglesia suscrita el año 1534. Fué tambien párroco de la iglesia de S. Nicolás de Bari, de Zaragoza, por colacion dada el dia 27 de Noviembre de 1542, siendo esta vicaría del patronato pasivo del cabildo de aquella Iglesia. El buen desempeño de la cura de almas no pudo ménos de llamar la atencion acerca de su ciencia y de su virtud, y en 1543 fué nombrado canónigo de la santa Iglesia de la Seo de Zaragoza, en la que en 1546 ascendió á superior. Con motivo de esta segunda profesion se le puso pleito, y acerca de él dice él mismo en su *Libro de memorias:* «que en 29 de Abril de 1549, se puso sentencia en el proceso que pendia »por el prior y cinco canónigos, que deponian contra él *super malitiosa »causa apostasiæ*, y que á 5 de Mayo se pronunció á su favor, declarando »haber sido bien electo, y no haber incurrido en crímen de apostasía, con-»denándose en las costas á los acusadores.» El cronista Andrés le califica de varon docto y virtuoso, y contándole este escritor entre los historiadores del rey D. Felipe II, dice que aspiró á la plaza de cronista de Aragon con Zurita. Fué este sabio eclesiástico diputado de Aragon, y en 1552 se le nombró para asistir como tal á las Córtes de Monzon como uno de los encargados de ordenar los fueros Greriges y reforma de los trajes, como se ve en el

tomo II, lib. IV, cap. XXVIII de las *Historias del canónigo Blasco*. Confiando en su buen decir y talento, le envió de delegado suyo el arzobispo de Zaragoza á Valladolid el año 1556 á dar la bienvenida al emperador Cárlos V, segun se dice en los *Anales de Ponzano*, á la página 338. Y en 1558 fué tambien como procurador de su cabildo á la Junta del Reino, celebrada para procurar socorrer á Barcelona amenazada por los turcos, lo que refiere Don Antonio Liperi, clérigo regular de S. Cayetano de Zaragoza, en la consulta escrita en 1650, que imprimió en esta ciudad. Siempre ocupado en bien de la religion y de su patria, murió al fin D. Domingo en Zaragoza el 4 de Setiembre de 1560, dejando escritas las obras siguientes, que cita Latassa en sus *Escritores de Aragon*: *Libro de Memorias de las cosas que han ocurrido en la Seo de Zaragoza*; el cual abraza los años desde el 1553 al 1560: se conserva en el archivo de la Seo, y de él hablan en sus *Historias* Espes, Blanco de Lanuza, Aznar y otros. — El *Catálogo y série de los obispos de Zaragoza*. *Discurso sobre Valerio II, obispo de Zaragoza*. De ambas habla Espes y otros autores. — C.

PEREZ (Fr. Domingo), religioso mercenario. Nació en Barbastro y tomó el hábito en el convento de S. Lázaro de Zaragoza, en 1.° de Julio de 1577. Fué doctor en teología por la universidad de Zaragoza, maestro de esta ciencia en su religion y catedrático de filosofía desde 1588. A pesar de las muchas ocupaciones inherentes á estos cargos, desempeñó otros, como el de prior del convento de Sta. Catalina de Barcelona, y el de provincial, para que fué elegido en 29 de Abril de 1600. Jubilado por su mucha edad, se retiró al convento de su patria, donde el obispo de la diócesis, D. Gerónimo Bautista de Lanuza le tomó por compañero en el gobierno y áun en sus trabajos literarios, pues dice Latassa que le remitia sus escritos para que los censurase, y con sola su aprobacion le bastaba para imprimirlos, como se infiere del prólogo de sus *Homilías sobre los Evangelios*, tomos I y II de la edicion de Barcelona, por Sebastian Matevad, 1621 y 1622. Despues de haber vivido por algun tiempo con grande ejemplo en el convento de Barbastro, falleció en él, entrado ya el siglo XVII, dejando escritas las obras siguientes: 1.ª *Selectos tratados teológicos repartidos en tomos, para el buen uso de esta ciencia*, que no llegaron á ver la luz pública—2.ª *Diferentes memorias directivas* que formó siendo provincial, sobre el mejor empleo de los Mercenarios en la redencion de cautivos, las que se hallan impresas en la *Historia del convento de S. Lázaro de Zaragoza*. — S. B.

PEREZ (Fernando), franciscano español, de la provincia de Castilla. Fué colegial del mayor de Alcalá. Vivia en 1522, y dejó inéditas diferentes obras: 1.ª *In I librum Sententiarum*. — 2.ª *De Angelis*. — Y 3.ª *De Matrimonio*, citada por Nicolás Antonio en el tomo I de su *Biblioteca*. — S. B.

PEREZ (P. Dr. Fernando), jesuita natural de Córdoba, fueron sus padres Luis Fernandez y Juana Fernandez, entró en la Compañía en el noviciado de Evora á 23 de Diciembre de 1559, cuando tenia ya la edad de treinta años. Habíanle criado sus padres con santas y loables costumbres y mucha devocion á María Santísima, la cual manifestó con un singular favor que este niño era cosa suya. Por desgracia cayó Fernando en el rio Guadalquivir, y se fué luego á fondo: dióse la triste nueva á sus padres, que con grande sentimiento corrieron al rio, más bien para recoger el cadáver de su hijo que con esperanzas de encontrarle con vida. Hacia cerca de una hora que se habia ido el niño á fondo, y estaba agarrado á una mata de juncos que habia allí por casualidad. Llegaron los padres clamando á María Santísima, y de repente separando el niño los juncos, salió arriba y apareció en la superficie del agua: echó el padre mano á él, y le pasó luego á los brazos de su madre con increible placer de ambos; diciendo el niño que le habia conservado la Vírgen con vida y le sacó á lo alto del agua. Con este tan estupendo favor creció en él la devocion para con tan amorosa Señora, y viendo los padres su buena índole le dedicaron al estudio de las letras, y mucho más al de la virtud, teniendo en esta por maestro al incomparable varon el P. Juan de Avila. Por el deseo que en sí tenia de que fuese honrada por todos la Concepcion de nuestra Señora, hizo voto sin inducirle nadie á semejante cosa, de seguir y defender siempre la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora: así lo hizo siempre con todo empeño, y tuvo gran influencia en que esta doctrina fuese más seguida y aplaudida en las universidades. Pagóle la Señora estos servicios con alcanzarle gracia para conservarse, como se conservó, con la inocencia virginal, como lo manifestó el P. Gerónimo Carvalho, hombre de gran virtud, que le confesó generalmente. Brillaba mucho en el mundo ántes de entrar en la Compañía el feliz ingenio y gran caudal de ciencia que habia en el P. Perez, siendo las esperanzas de su porvenir á medida de sus grandes prendas. No se dejaba llevar de la vanidad, como generalmente hacen los más faltos de virtud; este fué su mayor estudio en la escuela del apostólico varon el P. Juan de Avila, á cuyas lecciones se sujetaba como si hubiese hecho voto de obedecerle. En esta época fundó el serenísimo cardenal D. Enrique, infante de Portugal, la universidad de Evora que entregó á la Compañía de Jesus, y pidió á S. Francisco de Borja, que era el comisario general de la Compañía en España, le mandase algunos maestros insignes que pudiesen enseñar teología en su universidad. Vióse el P. S. Francisco en algun apuro con la carta y peticion del Infante, á quien era preciso obedecer con prontitud; mas no veia el medio de hacerlo, porque en aquellos tiempos no eran tantos los hombres de estudio de la Compañía como lo fueron despues, y si habia alguno, era indudable hacia

mucha falta á la Compañía en la parte donde le tenia ocupado. Iluminado por el cielo, escribió al P. Mtro. Avila el apuro en que se hallaba, diciéndole que si de los muchos discípulos que tenia, habia alguno con la ciencia suficiente para satisfacer aquella peticion y tuviese voluntad de servir en la Compañía, se le enviase para primer maestro de aquella universidad. Encomendó el P. Avila este negocio á Dios, considerando el grande servicio que con él se le hacia: despues llamó á dos de sus discípulos, que eran ambos doctores en teología, y de prendas muy relevantes y de virtud ya experimentada. Fueron estos los PP. Fernandez Perez y Pedro Pablo Ferrer; propúsoles la ocasion que se les presentaba de hacer á Dios un gran sacrificio, consagrándose en servicio suyo en la Compañía: diciéndoles que encomendando este negocio á Dios, sabria si era aquella su voluntad, y que los escogia á ambos de todos sus discípulos. Oidas las razones y consejos de su maestro, á quien tenian por oráculo del cielo, se pusieron en sus manos para que dispusiese de sus personas, como entendiese ser para mayor gloria de Dios. Habia en esta resolucion grandes dificultades por parte de sus padres y parientes, que habian fundado en sus hijos buenas y sólidas esperanzas del adelanto de sus casas. Pero prescindiendo ellos de todos los respetos humanos por consejo de su maestro, se fueron á ofrecer al P. S. Francisco de Borja, quien los recibió no como hombres de la tierra, sino como cosa del cielo. Admitiólos en la Compañía, y luego los envió á Evora para que continuasen en aquel colegio su noviciado, y enseñasen teologia en la nueva universidad. Fué el P. Fernando Perez nombrado para enseñar teología en la cátedra de vísperas, y luego que comenzó su enseñanza, se empezó á divulgar la fama de su sabiduría con tanto crédito suyo, honra de la Compañía, y gusto del Cardenal Infante, que mandó á S. Francisco de Borja las gracias por haberle enviado un hombre tan sabio para catedrático de su universidad. Despues de algun tiempo explicó la cátedra de prima, no solo en esta universidad, sino tambien en la de Coimbra. Empleó casi cuarenta años en explicar teología, con grande honra de la Compañía y notable aprovechamiento de sus oyentes. Era como un profundo rio de sabiduría, consultábanlo los más doctos de las universidades: recurrian á él en sus dudas los príncipes cristianos: tomábanse sus resoluciones como las de un oráculo, y se le tenia casi por infalible. Tal era y tan bien fundada la seguridad de su doctrina. No hubo quien fuese más afortunado en aquietar conciencias escrupulosas, y así aclaraba cualquiera duda que hubiese, como dejaba la conciencia sin ningun género de perplejidad en paz hermosa y serena. A pesar de que el exceso de ciencia suele enorgullecer á los que la poseen, en el P. Perez solo servia para humillarse más, porque estaba muy radicado en él el conocimiento de este ser humano, que solo es humo y miseria. Todos le

aplaudian por sabio como lo era en verdad ; solo el buen Padre se tenia por el más ignorante de los hombres: por esta causa cuando le hablaban de imprimir sus escritos, decia que quien le hablaba de tal cosa no le conocia, porque él sabia de sí que era un necio, etc. etc. Siendo hombre tan buscado áun de las personas más elevadas, que se apresuraban todos á aconsejarse con él, no habia quien más huyese de ellas; retirábase de palacio, pudiendo tener en él gran favor por lo mucho que le apreciaba el Infante Cardenal: mas su humildad le obligaba á ser verdaderamente desconocido. Cuando se hallaba la Corte en Evora, un dia, como lo hacia muchas veces, entró el rey D. Sebastian por casualidad en la biblioteca del colegio, donde encontró al P. Perez, á quien conocia muy bien, y de quien habia oido decir que era muy humilde y retirado, amigo de que no le conociesen. El Rey, deseoso de ver lo que le respondia, fingiendo no conocerle, le preguntó: ¿Qué oficio teneis, Padre?—A lo que le contestó: Señor, sirvo en la cocina. Y así era en realidad, pues servia en ella con bastante frecuencia. —¿Y no haceis otra cosa? replicó el Rey.—Sí, señor, añadió, ayudo tambien á limpiar. No dándose por satisfecho con estas respuestas, y queriéndole obligar á decir su verdadera ocupacion, insistió el monarca por tercera vez, diciéndole: ¿Y no teneis ningun otro oficio? Viendo que no habia efugio posible, respondió el P. Perez: Tambien, señor, voy á la cátedra de teología cuando me lo mandan. No prosiguió el Rey las preguntas edificándose mucho de los rodeos en que descubria su humildad por no llegar á decir que era catedrático de prima de la universidad. De esta profunda humildad nacia hacerse discípulo de los demás en materias de espíritu: por esta razon cuando conforme á su regla hacia los ejercicios de su santo Patriarca, pedia al P. Prefecto de espíritu que le visitase y dirigiese en aquellos dias, porque no queria fiarse de sí mismo en estas materias, y queria recibir de él las meditaciones sobre que habia de hacer aquel dia su oracion; y dijo el P. Gerónimo Carvalho, que era prefecto de espíritu en Coimbra, y hombre verdaderamente espiritual, como se infiere de su vida que llegó á publicarse, que si se confundia por una parte de ver tanta humildad en el P. Perez, junta con tanta sabiduría, se consolaba por la otra de ver tan singular devocion en hombre tan instruido. Dos cosas fueron en él dignas de admiracion: que viviendo tantos años, siendo catedrático casi cuarenta, y muchas veces superior, nunca hubo quien tuviese de él queja alguna, ni quien en sus obras ó palabras divisase género alguno de presuncion. Elogio que no puede hacerse mayor de quien vivió tantos años en grandes comunidades, en la flor de las universidades y en las ocupaciones que tuvo á su cargo el P. Fernando Perez. Florecieron en él á porfía, las virtudes. Siendo vicerector en Coimbra hubo una pequeña epidemia en Beira, y se reunió en aquella ciudad mucha gente pobre, por lo

que ordenó desde luego el P. Rector que se diese cuanto pidiesen á los enfermos pobres en la portería; tambien ordenó que se los socorriese con pan y comida, y que no se despidiese á ninguno sin darle limosna. Fué tanta su liberalidad, que temieron algunos llegase á hacer falta al colegio lo que daba; mas Dios confundió esta poca fe con un milagro, porque en aquel año nunca faltó trigo en el granero. En una ocasion dió licencia para dar un bonete de limosna á un clérigo pobre, pues los bonetes que usaban entónces los clérigos en Portugal eran semejantes á los de la Compañía; y diciendo el hermano ropero que no hallaba bonete que poder dar, tomó el Padre el suyo y se le envió al clérigo, diciendo que le pidieran al ropero otro para él, que de seguro le encontraria. Además de no haber habido disminucion de trigo, las haciendas del convento dieron tantos frutos, cuanto no habian dado nunca ántes, ni se sabe llegáran á dar despues. Sabiendo el rey D. Sebastian lo que habia hecho el convento, le mandó dar dos mil quinientos cruzados de limosna. Fueron tan grandes las limosnas que hizo en esta ocasion aquel santo colegio, que Dios hizo á esta santa casa por tal motivo especiales favores, tanto que quedó allí como proverbio que en los años de carestía debian dar limosna para que no faltase al colegio. El P. Perez tuvo singular caridad para con los enfermos, á los que visitaba todos los dias, hablándoles de Dios con mucho espíritu y fervor; y cuando salia les echaba agua bendita, rezaba otras veces el Evangelio, y buscaba siempre en estas ocasiones un lugar más bajo y se sentaba en él, preguntando si habia algun doliente más á quien visitar. Cuando hacia algunas pláticas públicas, hablaba siempre de la humildad y caridad con tanto afecto, que parecia le rebosaba placer el corazon, distinguiéndose mucho en estas dos virtudes. Un hermano, llamado Antonio Juan, que murió tísico y estuvo mucho tiempo enfermo, no encontró quien le acompañase; y sabiendo esto el P. Fernando Perez, fué á pedir licencia para salir, pidiendo por compañero al referido hermano. Era ya en este tiempo el Padre muy viejo y lleno de enfermedades, y preguntándole cómo se atrevia á andar tanto á pie, respondió que lo hacia por alegrar á aquel hermano. Siempre que hablaba de las cosas del cielo, las palabras que le venian á la boca eran *bendito y alabado sea el Señor*, y la devocion que manifestaba hacia devotos á los que le oian. Hacia con frecuencia actos de amor de Dios, y tenia con el uso tanta costumbre en esto, que los hacia delante de muchas personas sin advertir que los hacia. De las cosas pequeñas tomaba ocasion para hacerlos, diciendo unas veces: *Glorificado sea Dios*; otras: *Exaltado sea Dios; loado sea Dios para siempre, cuán buen Dios tenemos;* y semejantes modos de hablar. El P. Dr. Jorge Serrano, hombre de mucha literatura y virtud, hablando de las virtudes del P. Fernando Perez, y Manuel Aloses, el autor del *Arte de Gramática*, que entónces eran

todavía vivos, dijo: «Si los santos se hubieran de canonizar en la vida, »Fulano, y citó uno de los dos, pudiera ser el primero, y del segundo no »hay que esperar más que milagros.» Dijo en una ocasion que no tenia mayor placer en la vida sino el decir Misa; y así la celebraba con grandísima devocion. No solamente hablaba mucho de Dios, sino que hasta el nombre de Dios tomado en la boca le parecia un panal de miel. Todo se le volvia decir: *¡Oh y qué buen Dios que tenemos!* Siendo todavía seglar tenia la devocion de decir Misa en varias iglesias, por saber que los clérigos dejaban muchas reliquias en los corporales para recogerlas así. Generalmente estaba llorando todo el tiempo que empleaba en decir Misa. La mayor parte de sus pláticas eran sobre la hermosura de Dios. Tenia por devocion hacer las camas á los enfermos, y siendo vicerector en Evora tuvo una disputa con otro Padre sobre quién habia de hacérsela á uno, permaneciendo ambos por mucho tiempo á los lados de la cama, hasta que decidieron hacérsela los dos. Procuraba en todas ocasiones despertar á los otros para alabar á Dios, y en una palabra, esta era su continua y constante ocupacion. Dió tantos ejemplos de humildad, que parecia un retrato de esta virtud. Si le hablaban, como ya hemos dicho, de imprimir sus obras, se humillaba y respondia que no sabia nada, que no era para nada, que la gloria solo es de Dios. Nacia tambien de esta humildad que cuando habia de refutar la opinion de algun autor lo hacia con palabras muy modestas. Extrañaba tanto en la conversacion cualquiera palabra contra el amor fraternal, que ninguno se atrevia á decir delante de él ninguna palabra en esta materia con poca consideracion, pues desde luego manifestaba su extrañeza. Si alababan alguna cosa suya se reia por desprecio de sí mismo, oyéndosele muchas veces estas palabras: *No soy nada más que un poco de tierra.* Miraba con grande reverencia á todos los hermanos y los trataba con grande cortesía. Llegando al colegio de Coimbra supo que un Padre no muy entendido tenia á su cargo los asuntos espirituales; y se dirigió á él desde luego para darle cuenta de su conciencia y de sus pensamientos como si fuera un novicio. Viendo que hacian todos ejercicios, pidió al mismo Padre que le permitiese hacerlos, y el Padre, dejándole elegir la manera de meditar, solo le visitaba alguna que otra vez; no se contentó el P. Perez con esto, sino que suplicó al Padre le señalase las meditaciones en que debia emplearse como á otro cualquiera hermano, y las hacia sin diferenciarse del último novicio. Para manifestar el desprecio que hacia de sí mismo contaba sus faltas á todo el que se las queria escuchar. Decia temer mucho la cuenta que habia de dar á Dios de un gran pecado, como le llamaba, que cometió en el mundo, porque siendo niño se puso á nadar con peligro de perderse. En hallando lugar acomodado para demostrar el desprecio que hacia de sí mismo, lo manifestaba con obras y pala-

bras. Algunas veces hacia cosas por las que se comprendia deseaba le tuviesen por hombre sin juicio. Andaba por la casa tan mal vestido y tan poco aseado, que fué necesario dar parte al superior para que no anduviese de aquella manera, porque no parecia del número de los demás religiosos. Ensalzaba mucho esta virtud del santo desprecio, así con ejemplos de la Sagrada Escritura como con otros de los Santos Padres, y hacia de ellos particular estimacion. Se sabe por su confesor que hacia estas cosas para abatirse y humillarse más. Veíanse en él aquellas dos raras virtudes que encomendó Jesucristo nuestro Señor, prudencia y sencillez. En su trato con los prójimos era tan sencillo como un niño. En la prudencia era admirable, así por sus grandes conocimientos como por los juicios que daba en sus soluciones por escrito ó de palabra. Reconciliaba de tal manera y con tanta facilidad á los doctores, que lo que parecia difícil de resolver, explicado por él era la misma claridad. Antes de partir de Lisboa para Coimbra, segun refiere un escrito suyo, le reveló Dios en una vision los trabajos que habia de padecer en Coimbra, lo que se cumplió, porque padeció mucho en aquel colegio; además de otros motivos de sufrimiento que tuvo, fué víctima de grandes dolencias y enfermedades, y acabó por morir allí. Fué hombre á quien no se oyó nunca murmurar ni quejar aunque se le diese algun motivo. Siendo superior, oyó una noche que los hermanos estaban murmurando de él, y fué tanta su paciencia que no lo dió á entender. En las consultas decia su parecer sin hacer caso de ningun respeto humano, porque solo tenia puestos los ojos en agradar á Dios. Hallándose próximo á la muerte y casi en sus últimos momentos, unos hermanos que estaban presentes decian en voz baja: «Cuánto quisiera un rey de la tierra tener una muerte tan santa!» Oyendo lo cual se volvió el Padre hácia el otro lado diciendo repetidas veces: «No digan semejante cosa, porque soy un gran pecador.» Hablando en cierta ocasion á un Padre con quien rezaba, de la virtud del hermano Antonio Juan, el cual ayudaba á misa al P. Fernando Perez, dijo, que estando diciendo misa, vió junto al hermano un ángel y atribuia esto á la virtud del hermano. En la misa manifestaba una profunda reverencia y humildad, que aparecia sensiblemente en particular, cuando decia el *Pater noster*, el cual pronunciaba con grande afecto, deteniéndose en las palabras, y con esta profunda reverencia continuaba hasta concluir. Su frecuencia en visitar los enfermos parece que la quiso nuestro Señor galardonar, pues cuando estaba él enfermo, se hallaba por lo comun su celda llena de gente. El mismo dia, ó uno ántes del en que falleció, hallándose muchas personas reunidas, se alegró tanto de ver la caridad de los hermanos, que parecia saltarle la alegría por los ojos; mortificaba mucho sus pasiones, procurando no tener demasía en ninguna, sino cuando se trataba de cosas contra la caridad. Tenia costum-

bre de acudir á todos, excusándoles cuando en la práctica hallaba defecto en alguno; lo que nacia de su gran caridad y del grande concepto que tenia de todos, diciendo de los hermanos que eran unos ángeles y unos santos. Era muy laborioso, y al mismo tiempo que explicaba en Evora dos cátedras de teología, predicaba muchas veces, é iba todos los domingos á predicar á Sé, aldea donde tenia la Compañía una iglesia, viniendo muy tarde á la casa. Explicó mucho tiempo en Coimbra, presidiendo tambien los casos de conciencia y siendo consultor, admonitor y confesor de los hermanos, y prefecto de espíritu, teniendo otras ocupaciones extraordinarias de resoluciones de casos de importancia, que le enviaban á preguntar de muchas partes así religiosos como seglares, porque todos apreciaban en mucho su parecer. No tenia ménos destreza en consolar y sosegar las almas escrupulosas é inquietas. Era el refugio comun de los de la casa, confesándose los más de ellos generalmente con él, puesto muy penoso por sus muchas ocupaciones, pero que no se negaba á desempeñar con nadie. Débese tambien elogiar su grande sencillez y candor, porque nunca juzgaba mal de nadie, ántes todo lo miraba como bueno. A pesar de sus grandes conocimientos, estaba tan poco enterado de las costumbres y política del siglo, que explicando un dia en Evora en que fueron á oirle el rey D. Sebastian y el cardenal D. Enrique, acabada la explicacion, se salió, y despues, viendo que no lo hacian los demás, comprendió que habia obrado mal y volvió á entrar en la cátedra otra vez. Durante su enfermedad, en que padeció muchos dolores, decia que solo sentia el no poder decir misa. Siendo sacerdote seglar, empleaba una hora en consagrar, teniendo que modificar en la Compañía este tiempo por observar la regla. Siendo vicerector, como le fuesen á pedir una medicina, preguntó si era para algun pobre, y como le respondiesen que no, dijo que no se la diesen y que la comprasen en las boticas de la ciudad. Replicándole que no la habia en las boticas, y que en esta parte era aquella persona muy pobre, la mandó dar. El P. Pedro Pablo Ferrer, que fué con él de España á Portugal, dice en una de sus cartas que todos los dias se encomendaba á Dios en las oraciones del P. Fernando Perez. De su caridad se escribió en su época, que era comun hablar, y como proverbio, de la caridad del P. Fernando Perez. Finalmente, quiso el Señor premiar con la gloria los méritos de este gran siervo suyo, llevándole para sí. Hizo confesion general, pidió el santo viático: hallábase ya á aquella sazon muy débil de fuerzas, y oyendo se acercaba el Señor á su celda, llevado de un santo asombro, se levantó de repente, cosa que nadie creia pudiera hacer, y levantando la voz dijo: «A mí, Dios mio? ¿A mí, Dios del cielo? ¿A mí, gloria mia? ¿Vos habeis de entrar en la casa de quien está para entrar en la sepultura?» Dijo estas palabras con tal fervor de un corazon abrasado en su Dios, y tan acompañadas de lágrimas,

que desfalleció; pero deteniéndose por un rato y tomando algun aliento, hecha delante del Señor una firme protesta de la fe en que viviera y moria; recibió el santo viático y despues el sacramento de la extremauncion. Se hallaba ya en los últimos instantes de su vida, rodeado por todas partes de Padres que habian sido discípulos suyos, cuando dirigiéndose á los presentes á imitacion de S. Juan Bautista, les recomendó la caridad con estas palabras: «Padres y hermanos mios, muy amados en Jesucristo, muero consoladísimo en la Compañía de Jesus, ninguna otra cosa os recomiendo en esta hora, sino la caridad; amaos los unos á los otros; con la caridad asegurareis la gracia de la vocacion que os ha traido al seno de la Compañía de Jesus; con la caridad, crecereis en perfeccion; en la caridad tendreis seguro el fin de vuestra salvacion; haya entre vosotros, mis queridos hermanos, caridad, y ésta solo basta.» Estábales hablando así con la voz ya completamente desfallecida, y repitiendo esta palabra *caridad, caridad*, se despidió su bendita alma del cuerpo para entrar en la bienaventuranza eterna el 13 de Febrero de 1595, á la edad de sesenta y cinco años, y treinta y cinco de Compañía. De este hombre, en todo grande, dice despues de su muerte el P. Gerónimo Carvalho, que le confesó generalmente así los años que vivió en el mundo como los que vivió en la Compañía, que nunca pecó mortalmente, y que murió con la gracia que recibió en el bautismo. Este fué uno de los primeros catedráticos de la universidad de Evora, uno de los antiguos novicios de aquel santo noviciado, que aunque no tuviese otros muchos, este solo bastaria para santificarle con su asistencia, así en cuanto fué novicio, como en cuanto suplió la ocupacion de maestro, y para santificar todo aquel colegio en el que tambien fué vicerector como en el de Coimbra. De este singular varon escribió el P. Baltasar Tellez, en la segunda parte de su *Historia*, libro V, capítulo XLIII y XLIV, y el P. Alonso de Andrade, en el tomo VI de los *Varones ilustres de la Compañía*, donde dice que explicó teología por casi cuarenta años, siendo así que no permaneció tantos en la religion, por lo que fué equivocacion, á ménos que no explicase algunos años ántes de entrar en la Compañía. — S. B.

PEREZ (P. Francisco), jesuita portugués, uno de los grandes imitadores que tuvo en la India S. Francisco Javier y á quien elogió mucho el Santo, segun dice el P. Eusebio Nieremberg en sus *Varones ilustres*, quien le hace portugués, lo mismo que el P. Nadasi en su *Annus dierum*. Esto se lee tambien en el antiguo catálogo de misiones de la India, y que se hallaba en un volúmen grande de cartas de los jesuitas de la India en la biblioteca de la casa de S. Roque. Pero en la *Historia de la provincia de Portugal* se dice que era castellano, sin designar la patria. Algunas de sus cartas, que existen todavía, estan escritas en portugués y otras en castellano; pero esto no tiene

prueba suficiente, por cuanto los primeros misioneros de la India, aunque fuesen portugueses, solian escribir algunas veces en castellano por ser esta la lengua de S. Ignacio y de S. Francisco Javier, y aquellos religiosos querian imitar hasta en esto á tan santos padres. Aunque no puede asegurarse su patria, sábese con certidumbre que estudiaba en Coimbra cuando el Padre Francisco Estrada, de la Compañía de Jesus, hacia con sus apostólicos sermones grande fruto en aquella floreciente universidad. Muchos jóvenes ilustres y de extraordinario ingenio pidieron ser admitidos en la Compañía. Entre otros á quienes Dios llamó por medio de este Padre fué uno el P. Francisco Perez. Entró allí en la Compañía á 13 de Enero de 1544, distinguiéndose desde luego por sus grandes virtudes, y en particular por la grande devocion que tuvo á la sagrada pasion de nuestro Señor Jesucristo, de manera que en hablando de ella se le arrobaban los sentidos, quedando como en un éxtasis de divino amor. Pasó á la India en el año de 1546, siendo nueve entre todos los de la Compañía que acometieron esta empresa. Habia entre ellos algunos varones de grandes virtudes; pero no dejaba de tener entre todos un lugar aventajado el P. Francisco Perez, el cual supo seguir tan bien las huellas de S. Francisco Javier, que le llamaban varon de insigne santidad, y añadia el Santo que tenia envidia á la humildad del P. Francisco Perez. Viendo su aventajado espíritu, le señaló por teatro la populosa ciudad de Malaca, que era en sus costumbres una sentina de vicios por concurrir allí á sus contratos todas las naciones orientales, moros, gentiles, judíos y cristianos; éstos vivian en aquella Babilonia faltos de todo sustento espiritual para sus almas, por lo que tuvo mucho que hacer allí este grande misionero, el cual escribe su entrada en Malaca y en lo que allí se ocupaba en una carta en la forma siguiente: «El P. Mtro. Francisco nos envió de Goa á Malaca á mí y al hermano Roque Oliveira; y tomada su bendicion despues de »habernos despedido de los padres y hermanos, nos embarcamos á 8 de »Abril de 1548, y llegamos allí á 28 de Mayo del mismo año. Antes de saltar »en tierra, los amigos del P. Francisco, que sabian de nosotros, nos vinieron »á buscar con una barca. Lleváronnos á una casa que estaba ya hecha cerca »de la Misericordia, donde nos vinieron á ver con mucha alegría el provisor »y hermanos de ella, vicario y clérigos. Luego al dia siguiente el hermano »Roque de Oliveira comenzó á enseñar á leer, escribir y rezar las horas de »nuestra Señora, y algunos principios de la gramática á los hijos de los portugueses. En pocos dias se reunieron más de cien jóvenes: ahora son más »de ciento ochenta, á los cuales no permitimos leer más que en algunos libros de vidas de santos, donde se pueden aprender muy buenos ejemplos »para la vida, y en una declaracion de los artículos de la fe, que arregló el »Mtro. Francisco y es muy propia para la gente de esta tierra. Se asombran de

»esto los infieles moros y los gentiles, y reciben edificacion viendo que vienen »los hombres de tan léjos, no por dinero ni por piedras preciosas, sino mera»mente por amor de su Señor Jesucristo á enseñar con tanto trabajo á todos »los que quieren recibir su doctrina. Yo comencé á predicar los domingos y »dias de fiesta por la mañana á los portugueses, y por la tarde á sus hijos, »esclavos y cristianos de la tierra; y á los hijos, hijas, esclavos y esclavas »de los portugueses, y á estos mismos enseño todos los dias en la Misericor»dia la doctrina cristiana por espacio de hora y media, y á veces de dos. La »doctrina que les enseño y método que en ella tengo, es el que instituyó el »P. Mtro. Francisco. En las ferias quintas digo Misa en una iglesia de nues»tra Señora del Monte y despues hago una plática de media hora; esto es»pecialmente á las mujeres de los portugueses, las cuales son por lo general »de la tierra. Los hijos de los portugueses y muchas hijas y esclavos saben »ya toda la doctrina, y acostumbran á decirla cantando en sus casas. Yendo »despues de Ave María por la ciudad, da gusto oir en una y otra casa cantar »la doctrina y la declaracion de los artículos de la fe, cuya costumbre dejó »nuestro P. Mtro. Francisco, y son en esto tan fervorosos, que por donde »van, van siempre cantando y loando á Dios nuestro Señor con estas oracio»nes, lo que causa mucha devocion por ser por lo general gentes que no »conocen á Dios. Ruéguenle que nos dé gracia y esfuerzo para que no aflo»jemos. Como esta casa de la Misericordia es pobre, me mandó el P. Maestro »Francisco que la sirviese, diciendo en ella Misa todas las ferias cuartas, y »tambien que tuviese el cargo de confesar y de administrar el Santísimo »Sacramento en el hospital á los dolientes, diciéndoles todas las semanas una »Misa; así lo hago con el favor divino. Con estas cosas que he dicho y otras »ocupaciones que no escribo, que son manifiestas en el instituto de la Com»pañía, estoy tan ocupado, que muchas veces no puedo ni áun pensar en »mí. Recibe, sin embargo, mi alma tanto consuelo, que no parece sino que »quiere el Señor ayudar á mi flaqueza recreando mi espíritu. Sea bendito para »siempre. Muchas personas se confiesan y toman la sagrada Eucaristía to»dos los domingos, y muchos más lo harian si tuviese yo quien me ayuda»se; pero como no hay más sacerdote que yo, no puedo satisfacer la devocion »de todos, y para suplir en lo que puedo les reparto los dias. Los domingos »y fiestas les digo Misa en donde he de predicar; luego les doy la sagrada »Eucaristía, y despues se sigue el sermon. Eran muy necesarios aquí más »sacerdotes, porque este país sirve de escala para diferentes partes, y así con»curre á él mucha gente, á la cual solo Dios sabe cuán necesario es se les »encaminen sus intenciones y ayuden sus almas. Hay en estas regiones ju»dios, tartaros blancos que vienen de Turquía y van por el estrecho de la »Meca; los otros son malabares, gente negra de esta tierra. De manera que

»tambien el diablo trae por acá sus capitanes y conquistadores. Estos con»vierten á algunos gentiles y los hacen de la ley vieja. Tambien pasan de »aquella parte acá algunos moros arábigos y de Persia, y áun de Turquia, á »predicar la maldita ley de Mahoma, y por esto no temen el hambre, ni la »sed, ni los enemigos, ni ningun otro cualquier riesgo, los cuales han he»cho y hacen mucho daño en los rebaños del gentilismo, son muy perjudi»ciales y son enemigos nuestros. Porque dicen á los gentiles que somos gente »sin ley y ladrones. ¿Pues qué hacemos? Por qué dormimos y somos malos »siervos? Por qué encubrimos los talentos que nuestro Padre y gran Señor »nos dió para que buscasemos las ovejas perdidas? Si los apóstoles no salie»ran de Judea, no se convirtiera la Grecia, Italia y España. De estos judios »que vienen por el estrecho de la Meca han estado aquí algunos en esta ciu»dad. Despues que yo vine, uno que estaba aquí y dice ser natural de »Ronca, oia siempre mis sermones, y algunas veces venian él y otro, »que entró despues que él en esta ciudad, á nuestra casa á preguntar »cosas de la *Biblia*. Habia una cosa que no se les podia hacer creer, y es »cómo podia Dios querer ser hombre, ser azotado y crucificado. Yo »con mucha paciencia les daba algunas razones, y así pasabamos un »rato, entendiéndome con ellos con toda la mansedumbre y cortesanía »que podia. Finalmente, nuestro Señor le quiso iluminar una mañana, que »fué la feria cuarta, 7 de Noviembre de 1548; entrando yo en la iglesia »de la Misericordia, entró y tomó agua bendita. Llamáronme algunas per»sonas, y apénas me vió, se vino á mí con los brazos abiertos, diciendo que »queria ser cristiano, que ya, gloria á Dios, conocia la verdad y el error en que »andaba. En cuatro ó cinco dias aprendió el Credo para abjuracion de sus doc»trinas, y luego le enseñamos el Padre nuestro, el Ave María, de que es muy »devoto, y el *Salve Regina*, la confesion general y los mandamientos. Convir»tiéronse con él seis ó siete personas de su casa, y los bautizamos asistiendo »á su bautizo el capitan D. Pedro de Silva con otros hidalgos, y muchos ca»balleros y todos los principales de la ciudad. Ahora parto á Cochin á bauti»zar un hijo pequeño que tiene allí. Espero en la divina bondad, que sirva »esta ocasion para que se conviertan muchos. Aquí hay uno que oye cons»tantemente todas mis predicaciones: nuestro Señor, que iluminó á un cie»go que nunca vió, ilumine tambien su entendimiento. Algunas personas »desde que estamos aquí, me han pedido que los reciba para servir en la »Compañía; yo, por no tener licencia, aunque ellas tienen cualidades para »esto, no los he recibido; han mudado, sin embargo, de vida, con la espe»ranza de que los recibirá el Maestro Francisco y así andan en traje humil»de, sirviendo en el hospital á los pobres y ejercitándose en otras obras de »misericordia con mucha edificacion. Ruegue por mí al Señor, por que me

»haga verdadero, obediente y humilde en su servicio. El Consolador, que da »alegría á los ángeles y á todos los santos, quiera consolar á todos nuestros »padres y hermanos, y tambien á aquellos que nos quieran consolar con sus »cartas este año.» Hasta aquí la carta de este bendito, escrita en Diciembre del mismo año de 1548 en que llegó á Malaca. Continuando el P. Francisco Perez en sus gloriosos empleos, dice así en otra carta: «Como esta ciudad necesita que la reparta el pan espiritual, así en confesiones como en exhortaciones y otras cosas semejantes, porque yo soy solo para estas cosas, tengo »mucho trabajo, y se hace mucho fruto, el nombre de Dios sea loado, en »enseñar á los pequeños, en exhortar á los grandes, en confesar y administrar el Santísimo Sacramento, en tener algunas pláticas con los gentiles, »judíos y moros, de los cuales vienen muchos en conocimiento de nuestra »santa fe. Entre los que veo uno que era sacerdote de los ídolos, á que llaman acá Jogues, hombre de ciento siete años, segun él dice y así parece ser. Este se ha hecho cristiano de buena voluntad, con dos hijos y su mujer, con grande solemnidad, á que asistieron el vicario y el capitan D. Pedro de Silva, por ser hombre muy principal entre ellos, el cual vivió seis »meses despues, y murió creyendo en la fe de nuestro Señor Jesucristo, »aunque me costó mucho trabajo convertirle, porque todo un año anduve con »él en pláticas.» Lo que más afligia á este Padre era ver las muchas almas, por no poder él conquistarlas todas, y así añade en la misma carta estas palabras: «Ciertamente que hay mucha necesidad en el tiempo en que estamos más de apóstoles que de ermitaños; más de hombres que deseen andar peregrinando por el mundo, predicando la palabra de Dios, enseñando »y padeciendo muchos trabajos por su santo nombre, que de anacoretas que »esten pacíficos en el desierto, aunque no condeno á los santos contemplativos y quietos, que no son para más.» Hallándose el Padre ocupado en sus apostólicos trabajos, vino sobre la ciudad un trabajo que fué tambien muy grande para el P. Perez: ciento tres dias la tuvieron cercada los enemigos, cayendo sobre ella á 5 de Junio de 1591, y abandonándola á 16 de Setiembre del mismo año. Este castigo le atribuyó el Padre á los muchos pecados de los cristianos que estaban en la ciudad, porque empleaban en banquetes los domingos y dias santos. Dieron á la misma varios asaltos, en los que se hallaba el Padre con un crucifijo animando á los cristianos; los cuales procuraba tener bien preparados para la muerte. Hubo en este cerco muchos actos de valor que no son de este lugar, pero no podemos dejar de citar á Gil Fernandez de Carvalho, el cual, sabiendo el peligro de la ciudad, como portugués honrado y valiente, se fué con vientos contrarios á meter en la ciudad con cien arcabuceros, y trató luego de caer sobre los enemigos, lo que refiere el P. Perez de la manera siguiente: «Determinó el capitan D. Pedro

»de Silva que Gil Fernandez de Carvalho, saliese con sesenta hombres; y sa»lió un sábado por la mañana, habiéndose confesado y recibido el santo sa»cramento de la Eucaristía, vestido del hábito de Cristo de que era comen»dador, porque acostumbraba á confesarse así muchas veces y á comulgar, »diciendo que no hallaba otras armas más fuertes, ni que más le animasen »para pelear con los enemigos de la cruz de Cristo. Armado así con una co»raza y una celada en la cabeza, que le cubria el pescuezo y la barba, con »unos zapatos bajos en los piés y un montante en la mano, despues de haber »recibido la bendicion del sacerdote, salieron por la puerta tomando el ca»mino para la trinchera de los enemigos con mucha decision, los cuales co»menzaron á defenderse con espingardas, palos quemados y lanzas, de las »cuales se saben aprovechar muy bien; pero los nuestros, con el nombre de »Jesus y de María, combatian la trinchera con espingardas y bombas de fue»go sin descansar. El que llevaba la bandera, que era un soldado de Gil Fer»nandez, fué muerto de una lanzada, y viendo éste caida la bandera, y que »por esto podia desmayar su gente, se bajó para levantarla, y valiéndose de »la ocasion uno que decian ser capitan, pariente del general, le dió una lan»zada en el pecho que le partió la coraza y le hizo una grande herida; pero »dando Gil Fernandez á otro la bandera, no perdió el ánimo, sino acre»centándose más su ira, dió un golpe al que le hirió, que le partió de alto »á bajo, y luego á otros que cayeron muertos con muchas cuchilladas, de que »se asustaron los indios y se pusieron en huida, y Gil Fernandez continuó »persiguiéndolos; pero los portugueses hicieron volver á Gil Fernandez di»ciéndole, que estaba herido y que perdia mucha sangre, aunque él decia »que no era nada para animar á su gente, y así se retiraron los nuestros »con la victoria que les concedió el Señor aquel dia, á ruegos de la Vírgen »Santísima, tomándoles toda la artillería y municiones de guerra que tenian »en la trinchera. Murió aquel cristiano, si puede llamarse muerto, porque »como buen cristiano se reconcilió ántes de salir, y hacia pocos dias que habia »recibido el santísimo sacramento de la Eucaristía. Hirieron á otro en un pié, »que murió algunos dias despues como buen cristiano. Dios concedió la sa»lud á Gil Fernandez, como se lo pedian todos al Señor, por ser bienquisto, »amable y franco, aunque no pasaba de la edad de veintiseis á veintisiete »años.» Hasta aquí son palabras del P. Perez. Despues de esta salida comenzaron á desanimarse los enemigos, hasta que levantaron el cerco acobardados, no sin haberse distinguido este fervoroso Padre, que contribuyó mucho á la defensa. Notáronse las grandes mercedes que hizo el Señor á los cercados en los dias de la feria sexta, las que atribuyó á su sacrosanta pasion, de la que era devotísimo como hemos dicho; y hasta despues de idos los enemigos, como estuviese la ciudad en una falta de mantenimientos, en

particular para los enfermos, aparecieron en una sexta feria algunas naves cargadas de mantenimientos con lo que respiró la ciudad. Continuó el Padre en Malaca, y al año siguiente 1552, estando S. Francisco Javier en la isla de Sanchan, le escribió en Octubre una carta, en la que le mandó en virtud de la santa obediencia que navegase á Cochin á tomar el gobierno de aquel colegio, y dijo el santo Padre, que se lo mandaba en virtud de santa obediencia, no porque dudase de su prontitud en obedecer, sino para con el precepto aumentarle el merecimiento. En cuanto tuvo oportunidad, navegó á Cochim, donde se empleó en el servicio de Dios con el mismo fervor que en Malaca. Una de las cosas que efectuó en presencia y virtud, fué componer entre sí á los cristianos de la costa de Pescaria. En esta pesquería de aljófar se levantaron entre los cristianos grandes bandos en que hubo algunos muertos, otros heridos y fugitivos. Buscáronse muchos remedios, pero todos fueron en vano; envióse allá un oidor del Rey, y con esto se ensañaron más. Viendo el P. Enrique Enriquez, que dirigia á aquellos cristianos, que todo iba de mal en peor, escribió al P. Gonzalo, provincial de los Jesuitas que se hallaba en Cochin, para que fuese á componer aquellas discordias. En aquella sazon se hallaba el P. Gonzalo muy ocupado en otras cosas que no podia abandonar, y envió á su nombre al P. Francisco Perez, el que fué por tierra, teniendo que andar unas setenta leguas. A su llegada á Punicale halló enfermo al P. Enrique Enriquez, y además muy disgustado con motivo de este bando, que no pudo componer á pesar de su influencia con los indios. Hallábase todo á punto de un gran rompimiento, el que no habia tenido efecto, porque carecian de jefe, en lo que se ocupaban mucho. Pareció conveniente al P. Enriquez que fuese allá el P. Perez, en lo que convinieron los del partido más numeroso, y le enviaron un caballo para ir, el que no quiso aceptar, porque no se imaginasen los del otro bando que estaba en contra de ellos. Salieron á recibir al Padre á su llegada, y reunido á ellos, les convenció con buenas razones á que dejado el motin se volviesen á sus casas; le obedecieron, y se miró esto como un especial favor de Dios y cosa muy admirable, por haber sido muy grande el odio que se tenian aquellos enemigos, que se habia acrecentado hasta allí con los remedios. Habiendo permanecido como unos dos meses en aquel pais, volvió á Cochin. Algun tiempo despues tomó á Punicale, y se acabaron de concertar los indios con escritura pública. Hubo en aquel tiempo grande hambre, no llovia, de manera que perecian las cosechas. Los sacerdotes de los ídolos prometian que lloveria, pero sus profecías salieron siempre falsas. Finalmente, dieron en decir que los dioses estaban irritados y negaban la lluvia, porque los cristianos no les daban aljófar, como cuando eran gentiles. Desconsolados al saberlo los dos PP. Francisco Perez y Enrique Enriquez, mandaron hacer

una procesion, y al momento llovió en abundancia, de lo que se alegraron en extremo los cristianos, y confirmaron en la fe, y llenaron sus estanques y lagos con lo que regaron los campos. Los sacerdotes de los idolos quedaron confusos, viendo que sus profecías habian salido mentirosas. En el año de 1563 hubo que enviar un embajador al emperador de la China, porque deseaba el rey D. Sebastian tener amistad con él. Fué nombrado embajador Gil de Goez, y enviado en su compañia el P. Francisco Perez y dos jesuitas más, para tentar el medio de introducir la fe en aquel vastisimo imperio. Fueron en la nave de Diego Pereira, el grande amigo de S. Francisco Javier. Llegaron á Malaca y despues á Macao, que es una isla de la China, quince leguas distante de la famosa ciudad de Canton. Vivian en ella muchas familias de mercaderes portugueses, y algunos años adelante llegaron á fundar la noble ciudad de Macao, que es hoy una de las mejores que tienen los portugueses en Oriente. Llegado el Padre á aquella, como las cosas de la embajada corrian de su cuenta, se ocupó del bien espiritual de los cristianos. Diego Pereira gobernaba la colonia: él y el embajador hicieron saber al magistrado de Canton la embajada que enviaba el rey de Portugal á su emperador, pidiéndole licencia para ir á Cantom. Habiase intentado otras veces una embajada semejante, pero por la imprudencia de algunos hombres, no solo no se hizo nada, sino que llegó á ser el embajador mirado como un espía y tratado como tal. Y quedó entre los chinos un nombre tan malo de los portugueses, que decian que no solo cogian gente para esclavos, sino que tambien se la comian. Además de esto, viendo sus naves en el puerto llenas de gruesa artilleria, y sabiendo que habian sujetado á la India y Malaca, y siendo muy medrosos, temian no les sucediese algo. Los mandarines quisieron por lo tanto examinar muy bien semejante embajada, ántes de que la admitiesen, sospechando tambien no fuera esta alguna traza de los mercaderes portugueses, que con esta invencion se quisiesen librar de los derechos que pagaban á los chinos. Enviaron por lo tanto á Macao uno de los principales mandarines, que examinase muy despacio esta embajada. Viendo las costumbres de los portugueses, su asistencia á las iglesias y reverencia que tenian á los sacerdotes, dijo no ser posible que gente que asi temia á Dios, dejase de ser verdadera y justa. En la iglesia se le manifestaron los presentes que se le debian enviar á su Emperador. Despues de haber visto lo ricos que eran, comprendió no ser aquella traza de mercaderes para librarse de los derechos, pues la riqueza de los presentes era tan grande, que casi igualaba á los caudales de los mercaderes que habia entónces allí. Hizo tambien muy al caso que fuesen presos algunos ladrones chinos, los cuales fingiéndose portugueses, robaban á la gente, y la vendian á los extranjeros, viendo no eran los portugueses los que cometian esta maldad. En vista de estas

cosas y del buen tratamiento que hizo Diego Pereira al mandarin, se aficionó éste mucho á las cosas de los portugueses, y marchó con un tal Manuel Pinedo para dar calor al negocio. Admitido al consejo de los mandarines, le preguntaron si traia el testimonio público que dieron á otro embajador, y como respondiese que no, porque se habia quemado en un incendio que sufrió Malaca, dieron la embajada por fingida. En este mismo tiempo llegó de Sonda á Macao Luis de Mello, y de Malaca Juan Pereira, ambos mercaderes ricos, y ambos con licencia del Rey para navegar al Japon y con provisiones para que en el tiempo que esperasen en Macao tuviesen el mando sobre los de esta ciudad. Pero como cada uno de ellos procuraba gobernar por sí solo, estuvo á punto de haber un sangriento combate. Tomando parte en esto el P. Francisco Perez y el vicario de Macao, se arregló el negocio dando el gobierno á Juan Pereira, quien luego lo entregó á Diego Pereira como á hombre que trató siempre más bien de la prosperidad comun que de la particular. Le escribió luego al virey de la India que enviase algunas cosas más, en particular dos elefantes para poder inclinar á los chinos á admitir la embajada. No viniendo nada nuevo de la India, se tenia el negocio de la embajada por totalmente perdido, cuando abrió Dios un camino inesperado, de que se supo aprovechar la vigilancia de Diego Pereira. Poco ántes tuvieron los chinos guerra con los del Japon, que con sus navíos de corsarios hacian muchas presas en las naves de Canton. Terminada la guerra, como no pagasen los magistrados estipendio á dos mil soldados que la habian hecho, saltaron en tierra en los arrabales de Canton, y los saqueron á vista de los mandarines, que no teniendo gente dispuesta, no lo pudieron remediar. Tomando y fortificando despues de esto un puerto una jornada distante de Canton, armaron nueve juncos (así llaman los chinos á cierta clase de embarcaciones), y se hicieron piratas, poniendo en grandísimo peligro á Canton, porque no se atrevia á ir allí un solo navío. Tambien destruian los lugares marítimos, y la gente se veia obligada á meterse tierra adentro. Por último, el famoso puerto de Canton estaba casi yermo, sin haber valor en los mandarines que pudiese enfrenar á los piratas. Sabiendo Diego Pereira la facilidad con que podian ser destituidos los piratas, si se mezclasen en esto los portugueses, envió á Canton un criado suyo, el cual prometiese de su parte la ayuda de los portugueses contra los piratas al general de las armas de Canton. Respondióle éste que estimaba mucho la oferta y que la aceptaba. Volviendo el criado de Macao, descubrió intempestivamente este secreto, lo cual sabido por el capitan Juan Pereira, lo tomó muy á mal, sintiendo que Diego de Pereira por sí y ante sí ofreciese las cosas comunes. Sin embargo, ninguno creia que la soberbia de los chinos se abatiria á confesar con franqueza, pidiendo socorro á los extranjeros. El efecto ma-

nifestó lo contrario, porque poco despues entró en Macao un mandarin principal, pidiendo socorro en nombre del general de las armas, y todos los portugueses fueron de parecer de que se les debia dar, tanto porque los piratas les hacian tambien daño, como porque los chinos tenian á los portugueses en sus tierras, y este servicio era de mucho momento para efectuar otras muchas pretensiones, como eran la de la embajada y la de convertirlos á la fe católica, lo cual fué siempre uno de los primeros objetos á que se encaminaban los deseos de los portugueses en sus conquistas en Oriente. Armáronse en el acto trescientos portugueses, hombres todos valientes y denodados; trasladaron su artillería á los juncos de los chinos para engañar así mejor á los piratas. Dividiéronse en dos escuadras: de una era capitan Luis de Mello y de la otra Diego Pereira, á cuya costa se llevaba á cabo toda esta empresa. El general de Canton determinó que una escuadra se pusiese á la entrada del estrecho para que no pudiesen huir los piratas, y que los embistiese la otra. Creia el general de Canton que tendria muchas dificultades la guerra y que duraria largo tiempo, porque media á los portugueses por los chinos. Viendo los piratas á lo léjos embarcaciones chinas, creyeron que no iba en ellas otra gente más que la de esta nacion, y se prepararon más bien para la presa que para la pelea. Diego Pereira quedó en la boca del estrecho y Luis de Mello los fué á buscar; y llegándose cerca y comenzando á jugar la artillería, conocieron los piratas su engaño y que tenian que habérselas con portugueses. Entróles tal miedo, que se tiraban desde las embarcaciones al mar y todos procuraban huir; tal fué el miedo que les entró; y en el espacio de media hora quedaron todos cautivos sin pérdida alguna de los portugueses. Sabiendo el general de Canton la facilidad con que se habia obtenido la victoria, dijo que ciertamente era dichoso el rey que tenia tales vasallos, y que era digno de ser señor de todo el mundo. Esta buena fortuna estuvo á peligro de perderse, porque pidiendo el general de Canton los juncos cogidos, algunos portugueses no cedieron sin dificultad; acudió Luis de Mello y Diego Pereira, diciendo no lo extrañase, por cuanto los portugueses tenian tal obediencia á sus capitanes, que no se atrevian sin su voluntad á hacer cosa alguna. Convencido el general de la disculpa, le dijo: «Pues por eso os los pedí, porque sabia que me habiais de rogar luego que los aceptase.» Quedó el general muy amigo de Diego Pereira, el cual no perdiendo punto ni ocasion de promover todo lo que convenia á la mayor gloria de Dios, le pidió patrocinase el negocio de la embajada. Prometió hacerlo asi, y dió licencia para que fuesen portugueses á Canton sobre este asunto. Fué con ellos el P. Perez, y dos portugueses propusieron despues delante del magistrado lo que llevaban encargado acerca de sus contratos, en lo que no pudo ménos de mezclarse el P. Francisco Perez. Viendo los mandarines su auto-

ridad, les manifestó benevolencia el mandarin, mandándole ponerse á su lado, y sacó luego un memorial que presentó, en que decia: «Yo soy maes»tro letrado andando por el mundo enseñando la ley de Dios; y porque he »sabido que es muy grande y floreciente el imperio de la China, y que hay »en él muchos maestros y sabios, suplico me deis licencia para hablar con »ellos y comunicarles lo que enseño; que se me permita vivir por algun »tiempo en el país, así por esto como porque mi edad y achaques no son para »permanecer en una nave; tambien para ofrecer á Dios omnipotente sacri»ficios por el Rey, reino y mandarines de la China, lo que no acostumbra»mos á hacer en el mar.» Despues de leer el memorial, le preguntaron de qué ley era maestro y qué cosas enseñaba, á lo que contestó por medio del intérprete: «Que era maestro de la ley celestial y divina, que enseñaba cómo los hombres pueden ser bienaventurados por toda la eternidad.» Replicáronle que les parecia bien el magisterio; mas que dijese de qué modo enseñaba á conseguir aquel bien. A lo que respondió: Enseñando á adorar un solo Dios, Criador del cielo, tierra y de todas las cosas, y á guardar su ley, y luego les fué repitiendo los mandamientos de la ley de Dios. Despues de haberlos oido comenzaron los mandarines, como admirados de la grandeza y santidad de las cosas que en ellos se contenian, á hablarse unos á otros; mandaron traer una toga de damasco y se la hicieron poner en señal de la estimacion que hacian de su magisterio. Pero no consiguió lo que deseaba, respondiéndole que los chinos no acostumbraban á permitir que morasen los extranjeros en su reino. Comenzóse, sin embargo, á tratar de la embajada, y el Emperador contestó al rey de Portugal con una carta de cumplimiento, dándole las razones por que no admitia la embajada, que procedian todas del temor de los chinos por algunos desórdenes que causaron los años anteriores los portugueses, y estos desmanes de algunos particulares fueron los que dañaron entónces al bien comun. El P. Perez permaneció en la China hasta 1565, en que visto el mal resultado de estas negociaciones volvió á Malabar y Santo Tomé, donde continuó dedicado á la conversion de los indios, en lo que trabajó y padeció mucho. Saliendo una vez de una aldea para ir á Santo Tomé dió en manos de unos ladrones gentiles, los que le robaron sus pobres vestidos, le dieron de palos y le dejaron medio muerto. En cuanto se vió solo, tanto por hallarse desnudo como por evitar algun nuevo peligro, se arrastró tras de una mata, en la que permaneció hasta el dia siguiente, que fué hallado por un mancebo cristiano, el cual le cubrió con parte de su vestido y le recogió en la ciudad de Santo Tomé. Era el P. Francisco Perez respetado por su mucha virtud, no solo de los cristianos sino tambien venerado por los gentiles. Como marchase el rey de Bisnaga con un formidable ejército contra otro reyezuelo de Malabar, que no

contaba más que con mil hombres de pelea, viéndose perdido, aunque gentil, envió á suplicar al P. Perez que se hallaba en Conlan, que pues era tan amigo de Dios le encomendase á él para que le favoreciese en el apuro en que estaba. Hízolo así el Padre, y le envió una bandera en la que se hallaba escrito el santo nombre de Jesus, diciendo que llevase aquella bandera delante de su gente, y que invocasen todos en la pelea aquel santo nombre y tuvieran confianza en la victoria. Recibió la bandera, y con ella un ánimo superior á muchos ejércitos. Aunque la mayor parte de los suyos miraban como una temeridad presentarse con tan poca gente delante de tan numeroso enemigo, fiado el Rey en la palabra del Padre, salió con sus mil hombres y presentó la batalla á seis mil, llevando delante la bandera. Fué tal el ímpetu de los suyos, que no le pudo sufrir el enemigo y se puso en fuga. Quedó la bandera desde entónces en grande aprecio entre los bárbaros, más bien por memoria del suceso que por otro objeto, pues no bastó semejante maravilla para abrirles los ojos y librarlos de su gentilismo. Habiendo hecho este Padre muchos servicios á Dios, se los premió el Señor llevándosele al cielo. Las circunstancias de su muerte las refiere el P. Fr. Luis de la Concepcion, de la órden de S. Francisco, de la manera siguiente: «Antes de ayer, víspera de Ceniza, pasó de esta vida á la gloria bendita el »alma del P. Francisco Perez, á cuyo cuerpo tiene este pueblo tanta devocion »y reverencia como á las insignes reliquias de los santos de Roma. Y cree »que se ha acordado Dios de él y que no le castigará como lo ha hecho hasta »aquí, pues ha sido servido de darle esta santa prenda. Hallándose el santo »anciano en su palanquin de camino para Maduré y para la costa, yendo »nosotros, el P. Fr. Francisco de Oriente y Alfonso de Barros y yo, acompañándole hasta el Papagayo, para estar allí algunos dias hasta que pasasen las »primeras lluvias, sucedió que se levantaron tales frios, que enfermó y á su »regreso estuvo tres meses en cama. Con su vuelta, aunque venia enfermo, »se alegró mucho este pueblo, aunque sintió que el Padre no pensaba más »que en marcharse. Mandóse sepultar en la santa casa de la Misericordia, y »pidió con muchas instancias al provisor le mandase enterrar con los pobres; »pero le sepultaron con todos los nobles de la tierra en medio de la capilla »mayor, con tanta devocion y pompa como permitió el país. Y crea V. R. »que muchos gentiles le acompañaban llorando tanto y más que los cristia»nos, sus mejores amigos, asegurándome que si alguno de sus nobles mu»riese como el P. Francisco Perez, ó falleciera su mismo padre, que no lo »sintieran tanto, porque era mucho el afecto que les merecia el Padre por »la vida y buen ejemplo que habia dejado. Yo les afirmé que no creia tenian »tanta fe y devocion con ningun hombre, aunque el Padre todo lo merecia. »Porque apénas el pueblo oyó doblar en este monasterio, corrió con tanta

»priesa á tomar reliquias, que no hubo medio de defenderle. En fin, quedó »esta tierra tan edificada de este santo Padre, y tan contenta de tenerle se»pultado aquí, cuanto no sé ni puedo encarecer. Estándolo encomendando »el vicario de este distrito, cambió su bonete nuevo por el viejo del Padre. »Tengo en mi casa los mozos que le sirvieron, seguro de que servirán »bien.» Hasta aquí la carta de este religiosísimo Padre. Falleció el bendito P. Francisco Perez en Nagapatam á 23 de Febrero de 1583. Los naturales del país hicieron la observacion de que desde que tenian este sagrado depósito se veian libres de muchas calamidades, porque anteriormente se veian oprimidos de soldados gentiles, que despues no volvieron á inquietarlos. Pasados unos veinte años hizo allí iglesia la Compañía, y los Padres quisieron trasladar á ella sus restos. Al principio manifestó el pueblo repugnancia, imaginando que lo sacarian de aquel lugar; pero se pacificaron sabiendo lo contrario. Cuando abrieron el sepulcro se halló una cosa maravillosa, porque hallaron que le nacia de la cabeza una raíz del grueso de un hilo de bramante, el cual, enlazándose por dentro de todos los huesos hasta acabar en los dedos de los piés, los conservaba unidos y enlazados como si estuviera vivo. Admiráronse todos y se comenzó á alterar el pueblo, diciendo no se habia de sacar de allí el cuerpo, porque parecia ser esta la voluntad de Dios, que le tenia preso con aquella raíz tan milagrosa; pero los Padres volvieron á asegurar que no saldria el cuerpo de aquel sitio, y le metieron en una caja de madera incorruptible, trasladándole á su iglesia. Las virtudes de este religioso han merecido el siguiente elogio al *Menologio de la Compañía:* «Que á juicio de S. Francisco Javier era el P. Francisco Perez uno de los mayores santos que tuvo en su tiempo la Iglesia militante.» Esto decia el Santo, siendo así que solo le conoció por espacio de seis años, que son los que van desde el año en que el P. Perez fué á la India, trabajando siempre con el mismo fervor hasta el año de 1583. Se halla citado en las cinco partes de la *Historia general de la Compañía*, en el tomo de los varones ilustres, que titula el P. Eusebio Nieremberg *Firmamento religioso de lucidos astros;* en el *Agiologio lusitano;* en Nadasi; y por último, por el P. Mtro. Baltasar Trelles, en la primera parte de la *Historia de la provincia de Portugal*, y por otros muchos autores.— S. B.

PEREZ (D. Francisco Clemente), de quien se supone en algunos catálogos sucesor del arzobispo de Zaragoza D. García Fernandez Heredia, sin que nos atrevamos á decidir esta cuestion, pues lo que hay de positivo en el presente caso, es que despues de la muerte del referido prelado el antipapa Benedicto XIII, que residia entónces en Aragon, retuvo para sí el arzobispado nombrando vicarios generales, y los demás cargos cuyos nombramientos pertenecen al arzobispo. Pero como no pudiera conservarse por largo tiempo

semejante estado de cosas, fué elegido arzobispo el arcediano de Ampurias D. Juan de Luna, quien renunció esta dignidad, y así fué nombrado Don Francisco Clemente Perez, que era á la sazon obispo de Barcelona. Despues de su eleccion y confirmacion, hizo su entrada pública en la iglesia en 30 de Junio de 1416, y en 23 de Agosto del mismo año reunió en sínodo á su clero en la villa de Belchite, donde convocó despues á los síndicos de las villas y lugares de su mitra. Estableciéronse en aquella asamblea diferentes puntos relativos al culto divino y celebracion de diferentes festividades, que se celebran en la actualidad, y se hallan en el volúmen de las constituciones sinodales del arzobispado de Zaragoza. En 1419 el papa Martino V removió á D. Francisco Clemente Perez de esta diócesis, por no haber sido buena su eleccion, y le mandó volver á su obispado de Barcelona con el título de patriarca de Jerusalen. Llegó á Barcelona, y tomó de nuevo posesion de aquella iglesia á 23 de Junio del 1420, reservándose desde entónces el Papa la provision del arzobispado de Zaragoza. —S. B.

PEREZ (D. García), obispo de Huesca en 1272. Asistió este prelado á la sentencia que dió el rey D. Jaime de Aragon en la villa de Ejea, contra Don Artal de Luna y los caballeros de su casa, llamados Lope Ortiz de Sentía, Jimeno de Ahe, Diego de Gurrea y Pedro Ortiz, á los cuales desterró de su reino por espacio de diez años, condenando á D. Artal á cinco, y veinte mil sueldos de multa. Parece que vivió poco este Obispo, pues le sucedió al año siguiente D. Jaime Roca. —S. B.

PEREZ (Fr. Garcías de), religioso mercenario, comendador del convento de Sta. María del Olivar, en 1308. —S. B.

PEREZ (Gerónimo), franciscano español, publicó: *Sermones para el adviento*; Zaragoza, 1625, en 4.° Obra citada por Wadingo y Nicolás Antonio. —S. B.

PEREZ (P. Gerónimo), jesuita aragonés, natural de Zaragoza, entró en la Compañía en 1615, y enseñó filosofía y teología, despues marchó á Filipinas donde se dedicó con muy buen éxito á la conversion de los indios. Escribió y publicó: *Historia de la vida y martirio del P. Marcelo Francisco Mastrilli de la Compañía de Jesus*; Manila, por Tomás Pimpin, 1639, en 4.° —S. B.

PEREZ (V. D. Gerónimo), natural de Villacastin en la diócesis de Segovia, y párroco de Cardeñosa en el obispado de Avila desde 1595 á 1608, de donde pasó á ser capellan y confesor del Real Monasterio de la Encarnacion de Madrid. «Varon excelente por su piedad, dice Nicolás Antonio, de »cuyas virtudes compuso una breve historia la Madre Sor María de S. An»gel, religiosa del propio monasterio, y se imprimió al frente de los discur»sos sobre los Cantares, que de órden de nuestro venerable escribió la ve-

»nerable Madre Mariana de S. José, fundadora de dicho convento.» Por tradicion de los vecinos más ancianos de Cardeñosa y noticias de sus mayores, dadas á Ramirez Luque á principios del siglo presente, se sabe que era un hombre bastante virtuoso y espiritual, como lo indican tambien sus escritos. Fueron estos: *Misterios de nuestra santa fe*; impresos en Madrid, en 8.°, año de 1617, y reimpresos con otras obras suyas en 1628.—*Summa theologica*, en dos partes; Madrid, 1617, en 4.°—*De los cuatro Novísimos*; Madrid, 1618.—*De la Concepcion de nuestra Señora*. Entre sus manuscritos se halló un tomo en 4.°, que es una breve recopilacion ó compendio de los sacramentos, mandamientos y censuras, con varias consideraciones para la oracion sobre los cuatro novísimos, que formaba unas doscientas páginas, careciendo de principio y dedicatoria. La segunda parte de este tomo, de unas cuarenta y ocho hojas, en que se ocupaba el autor de la doctrina cristiana y misterios de nuestra santa fe, en términos catequísticos, la dedicó su autor á la priora y demás religiosas del convento de la Encarnacion de Madrid en el año de 1628. Las licencias, tasas y aprobaciones son del año 1617.—S. B.

PEREZ (P. Mtro. Fr. Gerónimo), religioso mercenario, vicario general de su Orden en 1546, elegido á la muerte del P. Mtro Fr. Pedro Forel. Era catedrático de prima de teología en la universidad de Valencia, y ejerció aquel cargo por espacio de dos años, segun consta de una obra que imprimió en 1548 sobre la primera parte de Sto. Tomás, cuya portada dice así: *Reverendi Patris fratris Hieronimi Perez Valentini totius sacri ac militaris Ordinis Sanctæ Mariæ de Mercede Redemptionis captivorum, Vicarii generalis, super primam partem Summæ S. Thomæ Aquinatis quantum ad ea quoncernunt primum librum sententiarum*. Fué este maestro Fr. Gerónimo Perez natural de la ciudad de Valencia y catedrático de filosofía y teología en aquella universidad, como ya hemos referido, siendo tales su fama y crédito, que cuando en los años de 1544 y 1545 se fundó un colegio en la ciudad de Gandía, que fué el primero que tuvo la Compañía de Jesus, y el que se edificó á expensas del duque de Gandía, D. Francisco de Borja, quien estaba resuelto á entrar en la Compañía, y como no habia estudiado más que filosofía en su juventud, aunque era muy consumado en los demás géneros de literatura, decidió aprender teología. Buscóse un catedrático de esta facultad para que la enseñára en el referido colegio, y no siendo posible encontrarle en su instituto, que recien fundado entónces carecia de hombres suficientemente versados en los estudios para comprometerse á desempeñar este cargo, ó si los tenia se hallaban dedicados á asuntos de mayor interés é importancia, decidió el Duque y la misma Compañía valerse del hombre que tenia entónces mayor fama en las universidades de

España, y fué elegido Perez, el que habia sido ya catedrático de filosofía, y lo era entónces de teología, explicando la cátedra de prima de Sto. Tomás, siendo además decano de la facultad. Tuvo con este motivo algunos disgustos el Mtro. Perez con los catedráticos de la universidad, pero como era de un carácter pacífico y sosegado y se hallaba en la encumbrada dignidad de vicario general de su Orden, hubieron de callar enemigos eclesiásticos y seglares, y aceptó, como dice el P. Remon, «un puesto tan honroso y una »ocupacion tan considerable como ir á ser maestro, y el primer maestro de »los PP. de la Compañía de Jesus, una religion tan calificada, y que ha»bia de venir á ser madre de los hijos más doctos que ha tenido en estos si»glos la cristiandad, como lo publican sus escritos; como si hiciera Fr. Ge»rónimo un felice pronóstico y anuncio de la honra que se le habia de seguir »á él y á toda la Religion Mercenaria, de que un hijo de la Merced hubiese »enseñado teología á los primeros PP. de la Compañía de Jesus; como si »fuera verdadero profeta, vacó la cátedra de Valencia, y aceptó el partido »que le hacian el Duque y la Compañía, y en pocos años sacó discípulos que »fueron maestros tan aventajados como han dicho la experiencia, el tiempo »y los hombres más doctos que en estas edades tiene la cristiandad.» Prescindiendo de las quejas que el cronista de la Orden de la Merced da de los escritores jesuitas que han callado siempre el nombre del P. Gerónimo Perez, y con más particularidad su religion, sobre lo que aduce tres ejemplos, diremos algo acerca del modo de aprender que tuvo S. Francisco de Borja, pues lo hallamos referido por el citado P. Remon, aunque siguiendo sin duda al P. Nieremberg. «Para hacerlo mejor, habia dejado su casa, y pasádose á »morar en un cuarto que habia labrado para este efecto en el mismo colegio »de la Compañía de Jesus, donde se habia recogido con sus hijos y algunos »pocos criados, y se dió muy de propósito á oir la sagrada teología, así la »escolástica como la positiva, con grande solicitud y cuidado. Para esto tra»jo de Valencia, con buen salario, á un docto y famoso teólogo llamado el »Mtro. Perez, que habia escrito sobre las partes de Sto. Tomás, para que »las leyese en su colegio de Gandía.» Noticia curiosa y que confirma las quejas del cronista de la Merced, aunque no la haya traido con este objeto. Debemos, sin embargo, decir en elogio del Mtro. Perez que el Dr. Juan Pineda, catedrático de artes en la universidad de Valencia, se explica al ocuparse de él en los términos siguientes: «¿Quién diremos que es el doctor »Gerónimo Perez? Para decir quien es, baste decir que si la antigüedad en »los principios de la inteligencia de la buena teología mereciera tener tal va»ron, lo atribuyera á particular gloria y honra, pues es tan erudito y docto, »que con el superior conocimiento que tiene de todo, su modo de declarar »la Escritura sagrada parece se acerca en alguna manera al de aquel Pa-

»dre y doctor de la Iglesia, S. Gerónimo, divino Licurgo; tal es si se mira »la alteza y sublimidad del ingenio suyo, que si nuestra cortedad quisiese »engolfarse en la profundidad del Océano de su sabiduría, sacar alabanzas »suyas que proponer, todo lo que podamos juntar no equivaldrá á nada, »respecto de lo que se le debe y merece.» Hemos visto con el encarecimiento que hablan los autores del Mtro. Fr. Gerónimo Perez, probando lo mucho que le debe la Compañía de Jesus por haber sido su primer maestro de teología; pero no le debe ménos la religion del glorioso patriarca Sto. Domingo, pues entre los expositores y comentadores que tuvo el doctor Angélico en aquel siglo, aunque hubo algunos que escribieron doctísimamente, ninguno lo hizo con más claridad y concision que el Mtro. Fr. Gerónimo Perez, hombre tan constante en todo lo que emprendió, que leyó por veinte años consecutivos teología en la universidad de Valencia, y escribió é imprimió al mismo tiempo sobre algunos fragmentos físicos de Aristóteles, no abandonando estas tareas áun despues de ser elegido vicario general, pues aunque estaba jubilado ya en la cátedra de teología, asistia á todos los actos públicos con la misma humildad y modestia que el último de los profesores. Una de las dificultades, dice Remon, que se ofrecen, tocante esencialmente al intento y asunto de esta historia, es ver, si cuando dejó la universidad de Valencia y fué á leer teología á Gandía, era todavía vicario general, ó habia ya maestro general en la religion de la Merced. Y aunque diversamente opinan en esto algunos autores, con todo eso consta que cuando fué á leer teología á los PP. de la Compañía de Jesus, ya no era vicario general. El colegio de Gandia se empezó á fundar el año de 1546, y el 47 no estaban impresos del todo los *Comentarios* del Mtro. Fr. Gerónimo Perez, y en el principio del 1548 se acabaron de imprimir y todavía se pone allí el título de vicario general; pero ántes que se acabasen del todo de imprimir, en ese mismo año vacó la vicaría general y fué proveido por maestro general de toda la religion el P. Miguel Puig, doctor en cánones; y luego inmediatamente viéndose desembarazado del oficio de vicario general, aceptó el cargo que le ofrecia el duque D. Francisco y fué á leer á Gandía. De modo que desde el principio de la fundacion del colegio de la Compañía en Gandía, hasta que el Mtro. Fr. Gerónimo Perez estuvo de asiento en Gandía, pasó poco más de año y medio, adonde perseveró algunos años en su cátedra y lectura. Llegó este religioso á una edad muy avanzada, distinguiéndose por su virtud y buenos ejemplos, pues fué de una vida muy arreglada y tan observante desde el mismo noviciado, que no tuvo en toda su vida inclinacion á ninguna cosa de las que se conocen bajo el nombre de recreo y pasatiempo, porque su condicion, como dice el cronista, era llorar con los que lloraban y cantar alabanzas á Dios con los que se las daban cantando. Era de salud

robusta, que supo conservar por la mucha abstinencia que guardaba en comer. Fué de carácter melancólico, de pocas palabras y muy dado á meditar sobre todas las dificultades que se le presentaban, llegando así á ser tan profundo en las ciencias, pues no hallaba obstáculo alguno que abandonase hasta que le hubiera vencido. A pesar de esto, era tan caritativo con todos que á los más ignorantes y rudos los enseñaba con una paciencia y amor notables. Habiendo permanecido, por último, algun tiempo en Gandía, el suficiente para que el Duque y aquellos Padres quedasen versados en la ciencia que habian querido aprender de él, se volvió á su celda de Valencia, donde solia decir algunas veces á los que le visitaban: «De todo cuanto he escrito, »leido y enseñado, no me precio tanto ni lo llevo escrito para el dia de la »cuenta, pára que se me tome en descuento de mis culpas y descuidos, que han »sido infinitos, sino los ratos que ocupé despues de haber leido las lecciones »de teología, en haber enseñado la doctrina cristiana y algunos principios »de latinidad á aquellos hijos de los moriscos de Gandía.» Cargado finalmente de años y de algunas enfermedades, le llegó su última hora en que edificó á los que se hallaron presentes, por la alegría que manifestó al partir de esta vida para el lugar del descanso que le esperaba en la eterna. — S. B.

PEREZ (D. Gonzalo). Entre los varones ilustres que engrandecieron á España en el siglo XVI, en el que estuvo esta nacion á la cabeza de los pueblos más poderosos del mundo civilizado, tiene el Aragon la gloria de contar muchos de sus hijos, que aumentaron sus glorias, ya por su ciencia, ya por su valor, jamás desmentido. Cuéntase con justicia entre los primeros al erudito literato, hombre de estado y distinguido eclesiástico D. Gonzalo Perez, que supo por su saber ganarse un puesto en el panteon de los nobles españoles que han pasado por sus heróicos hechos ó por su privilegiado talento á la posteridad. Nació D. Gonzalo en Monreal, del marquesado de Ariza, antiguo reino de Aragon, á las riberas del Jalon y de una familia ilustre en el pais por su antigua y noble estirpe, á principios del siglo XVI, sin que pueda fijarse la fecha. Aun cuando no consta la carrera que siguió en su juventud, ni las ocupaciones y cargos que desempeñó, sus conocimientos en la ciencia dificilísima del gobierno debieron ser de tal naturaleza y su talento tan reconocido desde un principio, que alcanzó el elevado y honroso cargo de secretario del príncipe D. Felipe, hijo del emperador y rey Cárlos I de España y V de Alemania, en cuyo honroso destino le siguió sirviendo, cuando retirándose el Emperador á hacer vida penitente en el monasterio de Yuste, abdicó la corona de España en este príncipe. Conocida la sagacidad de Felipe II y su no desmentida inteligencia política, este hecho bastaria por sí solo para acreditar el mérito de un secretario que sirvió su empleo con tan rígido soberano durante cuarenta y un años, segun lo refiere su hijo en las

relaciones de méritos de su padre que se han publicado. Juan Ginés de Sepúlveda y otros muchos escritores coetáneos de Gonzalo Perez, le presentan á la posteridad dotado de una finura y caballerosidad poco comun, de gran habilidad, expedicion en los negocios que se pusieron á su cuidado y resolucion, de una sabiduría y erudicion especial, y como muy versado en las ciencias matemáticas y entendido en la lengua griega. Abrazó D. Gonzalo, siendo ya de alguna edad, la carrera eclesiástica, en la cual supo distinguirse tanto como en la política, por lo que el Papa trató de elevarle á príncipe de la Iglesia, concediéndole la púrpura cardenalicia: y así se comprende á vista de la dedicatoria que el célebre Blasco de Garay le hizo de la traduccion de la *Arcadia de Sannazaro*, que se imprimió en 4.°, en Toledo, por Juan de Ayala el año de 1547, en la que se le llama arcediano de Sepúlveda, y aún más todavía se confirma por sus cartas al cardenal Granvela, insertas en las *Memorias* escritas para la historia de este Cardenal, y publicadas por el benedictino Lebesque en Paris, año 1753, en las que se queja de que Felipe II, por tenerle á su servicio, estorbase la gracia de cardenal con que Su Santidad queria premiarle. Por estas cartas se sabe que solo disfrutaba dos mil ducados de renta por los beneficios eclesiásticos de que gozaba, y se descubre que el famoso Duque de Alba era su antagonista; pero que jamás pudo indisponerle ni apartarle del Rey. Fué un decidido protector de los estudiosos, y con especialidad de los literatos, con los que tenia sus frecuentes conferencias; pues le consultaban en todas sus obras y lo buscaban por entendido á la par que generoso Mecenas. Dice el Mtro. Fr. Gregorio de Castro, á la pág. 386 de su *Historia de los Reyes godos*, que el emperador Cárlos V dió la abadia de S. Isidoro de Leon á D. Gonzalo, y el arcedianato de Sepúlveda, que éste poseia, al hermano del secretario Eraso; y D. Juan Antonio de Pellicer en su *Ensayo de Traductores*, pág. 136, dice que murió el año de 1566. Este eminente aragonés dejó memorable recuerdo en su patria por su saber profundo, notable erudicion, práctica en la buena literatura y proteccion que prestó á los literatos. Su hijo, el famoso tambien Antonio Perez, heredó su copiosa biblioteca, muy rica en manuscritos, sacados de los monasterios de Sicilia y de la Grecia, coleccion interesantísima, que segun el cronista Andrés cedió al Rey para la pública instruccion de los estudiosos. Este ilustrado español dejó escritas las obras siguientes: *La Ulisea de Homero*, del original griego en versos sueltos castellanos, impresa en Amberes, en 4.°, en 1550, obra dedicada á Felipe II, siendo aún príncipe. De esta obra se han hecho, además de ésta, cinco ediciones en la misma ciudad en 1556 y 1562; en Venecia en el mismo año; en Salamanca en 1565 y en Madrid en 1767. *Epigrama latino en alabanza de Cárlos V, que se halla al principio del Afrodisio de Calvete de Estrella*; Amberes, 1555 y Salamanca

1556.—*Tres cartas en español escritas al cronista Zurita*, publicadas por el arcediano Dormer y por D. Melchor de Azagra.—*Cuatro cartas*, publicadas por Lebesque, ya citado. Citar los autores que han elogiado á D. Gonzalo Perez, sería tanto como citar á todos los escritores contemporáneos y sus obras, alabándole tambien D. Tomás Serrano en sus versos, publicados en Fulinga el año 1788, en el que dice de él: *Venit ad Hesperiam, dum flatibus errat Ulisses—Nunc idem Hesperio gaudeat ore loqui.*—C.

PEREZ (D. Gonzalo), arcediano de la santa iglesia de Valencia, fué nombrado en 1259 por el rey D. Jaime I de Aragon juez delegado en un pleito que sostuvo el comendador de la órden de la Merced en aquella ciudad, terminándole á gusto de las partes, y en particular de S. M., de lo que se dió sentencia en Morella en Setiembre del año referido.—S. B.

PEREZ (D. Guillen), obispo de Roda. En su época se ganó la capital de su diócesis del poder de los moros, lo que se verificó en 1151 por el esfuerzo y valor del príncipe D. Ramon Berenguer, marido de la reina Doña Petronila, hija de D. Ramiro, y se erigió luego la silla episcopal en Lérida, donde se habia hallado anteriormente, siendo el primer obispo de la nueva diócesis este prelado D. Guillen Perez, y último de Roda. Porque en la época de los godos el obispado de Lérida se extendia á todos aquellos pueblos, y el pontífice Pascual II aumentó los límites del obispado de Roda hasta Lérida, y al trasladar la silla á esta capital le dió el dominio espiritual sobre todo aquel territorio. Mas como el obispo de Huesca alegase derechos á los pueblos de la diócesis de Barbastro, hubo algunas diferencias entre ambos prelados, segun expresa la decretal de Inocencio III que consta en el derecho, y se hizo con este motivo y para terminar estas diferencias. El rey D. Alonso pidió á este prelado la cabeza de S. Valero y la traslacion del cuerpo de S. Ramon, que se verificó en 1171, en cuya ocasion se nombraba obispo de Lérida y Roda. Desde la época de este prelado ha pertenecido Roda al obispado de Lérida, y Barbastro al de Huesca, aunque siempre con pleitos y diferencias, por pretender la ciudad de Barbastro que debe tener obispo propio, hasta que condescendiendo á su peticion, lo suplicó á Su Santidad Felipe II, y se erigió de nuevo en catedral por bula y decreto de Pio V de 18 de Enero de 1573. En la ciudad de Roda quedaron los canónigos y un prior, que conservó por largo tiempo los honores episcopales, siendo además diputado por el reino de Aragon.—S. B.

PEREZ (V. Hernan), rector ó párroco de S. Nicolás de la Axerquia de Córdoba, varon de vida ejemplar, que por obediencia al obispo de la diócesis que le mandó aceptase el oficio de rector, lo fué de la parroquia de la Axerquia, hasta que habiendo muerto dicho señor Obispo y enfermado él, renunció la rectoría, viviendo y muriendo tan santamente como lo declara

una nota que puso su sucesor en el libro de los bautismos de dicha iglesia, en la que se lee: «En 8 de Marzo del año 1630, pasó de esta vida á la eter»na, de mal de orina, el Lic. Hernan Perez, rector que fué de esta parroquia. »Tuviéronlo por santo en muerte y vida: fué vírgen, amó la pobreza, y en»tre las demás virtudes se avantajó en la prudencia y humildad, siendo muy »docto en todas letras. Fué el padre y *norma vivendi* del clero: *dilectus »Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est*. Está sepultado en el »convanto de las Recogidas de esta ciudad. *Requiescat in pace.*» Este venerable párroco fué el primero que promovió en Córdoba la devocion de S. Eulogio, que se hallaba en extremo olvidada, pues no tenia el Santo ni un solo altar dedicado á su memoria y culto, hasta que despertó Dios el fervoroso espíritu de dicho venerable varon. A solicitud suya se comenzó á poner á los niños en Córdoba el nombre de Eulogio: á celebrarse con singular pompa la festividad del santo en la Axerquía, con indulgencia plenaria que obtuvo de Roma ántes de 1618, y consiguió en 1624 que el Sr. Mardonés, obispo que era á la sazon de aquella diócesis, declarase á S. Eulogio segundo titular de la parroquia referida, donde se le consagró una imágen en un altar. De aquí se extendió la devocion á la catedral, á la iglesia de S. Pedro, al cabildo de Beneficiados, y á la cofradía de S. Rafael, que en 1737 logró traer de Oviedo dos insignes reliquias del santo doctor y de Sta. Leocricia. — S. B.

PEREZ (Fr. Hernando), religioso mercenario natural de Castilla la Vieja. Habia estudiado en su juventud, pero despues siguió la carrera militar corriendo diversas partes del mundo, y acertó á encontrarse en Italia con otro soldado catalan, llamado Luis Blanch, quien cansado ya de la milicia y de los muchos viajes que habia hecho por Italia, Francia y España, deseaba retirarse donde pasar con quietud el resto de sus dias, parecer que tambien tenia ya Hernando. Habiéndosele comunicado mútuamente, se decidieron á pedir hábito en alguna religion; como Luis Blanch era catalan, se acordó del esplendor que gozaba en su país la religion de nuestra Señora de la Merced, y decidió pasar con su compañero por Francia á Barcelona, seguro de obtener en su patria lo que deseaba. Llegados á la capital del principado, merecieron por su humildad y perseverancia vestir el santo hábito, si bien al principio no se prometia la religion sacar gran partido de ellos; pero llegado al gobierno el maestro general Fr. Guillermo Bas, que habia tenido ocasion de observar su prudencia y cordura en el primer capítulo general, hizo que fuesen nombrados redentores por Castilla, su patria, Fr. Hernando, y Fr. Luis por la suya, Cataluña. Embarcáronse estos dos siervos de Dios en Barcelona despues de reunido el dinero necesario, y apénas se hicieron á la mar comenzó un fuerte temporal que les arrojó á las costas de Cartagena; mas ántes de llegar á ellas fueron atacados por un bajel de corsarios, los que

al tomar las naves se apoderaron desde luego de los religiosos, porque habian notado que cuando comenzaron á pelear á los del navío, los predicaban y animaban los dos padres, el uno con un crucifijo y el otro con una cruz en las manos. Despues de prender á los dos religiosos, los despojaron de cuanto llevaban, incluso el dinero de la redencion, proponiéndoles luego que renegasen de la fe de Jesucristo, ó que les quitarian la vida. Pero como los santos mártires perseverasen confesando constantemente nuestra fe, ofreciéndose á pasar muchas muertes en defensa del nombre de Jesucristo y de la ley del Evangelio, despues de haberles dado aquellos bárbaros muchos palos y azotes, y escupídoles al rostro, enojados y ofendidos de su constancia, echándoles al cuello unas cuerdas y cadenas con unas grandes pesas á las puntas, les arrojaron al mar donde se ahogaron. Tal fué el fin de estos dos gloriosos mártires que entraron juntos en la religion, y en ella empezaron juntos á servir al Señor, acabando sus vidas en un mismo dia y hora, quedando victoriosa su paciencia de la rabia de aquellos infieles, y la religion honrada con la memoria y el martirio de tan ilustres hijos. — S. B.

PEREZ (Fr. Hernando), religioso mínimo de la órden de S. Francisco de Paula, natural de Mombeltran en Castilla, tomó el hábito en la provincia de Andalucía, donde se distinguió mucho por sus grandes penitencias. Era muy amante del silencio y recogimiento, y no salia de la celda sino para los actos públicos de la comunidad. Virtud que queria observasen los demás, en lo que trabajó mucho diferentes veces que fué prelado, creyendo que sin ella no puede conseguirse la paz y quietud interior del espíritu. Fué por este motivo tenido por rigoroso y de carácter áspero por los que no miraban con gusto su amor á la soledad. Era muy puntual en todas las prácticas de la comunidad, y queria que lo fuesen todos. Siempre estaba en el coro de rodillas ó en su celda delante de un crucifijo muy devoto. Fué vicario general de las provincias de España, y las visitó con justicia y prudencia. Su rostro siempre estaba macilento de los rigores de sus continuas penitencias, viviendo de este modo por espacio de muchos años, hasta que acabó su vida santamente, siendo muy venerado y querido de todos los religiosos por su vida ejemplar. — S. B.

PEREZ (V. P. Mtro. Fr. Jacobo), religioso agustino, natural de la villa de Ayora en la diócesis de Orihuela, tomó el hábito en el convento de San Agustin de Valencia, y despues de haberse distinguido mucho por sus estudios, obtuvo gran número de cargos en su religion, en la que fué provincial de la Corona de Aragon, doctor y catedrático de teología en aquella universidad, y obispo cristopolitano. Murió á 5 de Diciembre de 1590. El maestro Diago en sus *Anales* hace mencion de este prelado con las siguientes palabras. «El obispo cristopolitano D. Jaime Perez, que vulgarmente es llama-

»do *Jacobus de Valentia*, vivió en tiempo del papa Alejandro VI, y todo el »que retuvo el arzobispado de Valencia ejerció los pontificales en su lugar, »(es decir, fué obispo auxiliar). Escribió sobre los *Salmos*, *Cantares* y *contra* »*Judæos*; y parece que Dios estimó mucho el cerebro de donde salieron aque»llos trabajos; pues habiendo abierto su sepultura en este año 1610, en Va»lencia, despues de más de ciento que fué enterrado, al tocarle la cabeza, se »desmenuzó toda, y saltaron los sesos tan frescos, que mojaron el lienzo en »que los recogieron. El dia que se descubrió este tesoro en el monasterio »de S. Agustin de Valencia, algunos religiosos, con piedad sencilla, arreba»taron sus huesos, etc.» Escribió el obispo Perez: 1.° *Commentaria in omnes Davidis Psalmos.* — 2.° *In canticum Zachariæ.* — 3.° *In canticum B. Virginis.* — 4.° *In cantica reliqua horarum canonicarum.* — 5.° *In Cantica Canticorum Salomonis.*—6.° *Adversus judæos tractatus diversus*; Paris, Lion, por Esteban y Geynard, 1512, y Venecia por Teodoro Badis Asensio, 1567. — 7.° *Utrum solus Christus sit metrus et mensura, et largitor omnium bonorum, et reparator humanæ naturæ*; ibid., por Codem. Nicolás Antonio en su *Bibliotheca vetus*, hace honrosa mencion de este autor y de las obras referidas, advirtiendo que al fin del tratado *Adversus judæos* insertó el *Symbolum S. Athanasii, cum expositione.* El *Comento sobre los Salmos* se imprimió tambien en Valencia en 6 de Setiembre de 1484. — S. B.

PEREZ (D. Joaquin). En la antigua comunidad de Calatayud y en su pueblo de Cobo la Fuente nació en el siglo XVIII el capellan D. Joaquin Perez, al que unos consideran sacerdote y otros simplemente ordenado. Dedicado toda su vida á estudiar las abejas, adelantó extraordinariamente los conocimientos de este ramo de industria agricola en su obra titulada: *Instrucciones prácticas sobre colmenas*, de que da noticia y hace especial elogio en la que escribió en 1782 el dean de Zaragoza Hernandez Perez de Larrea, sobre libros de agricultura, artes y comercio.— C.

PEREZ (José). Este religioso español, llamado *Perezius* en latin, fué profesor de teología en la universidad de Salamanca en el siglo XVII. Fué sumamente aficionado al estudio de la historia de España, y en especial á lo que corresponde á la ilustre órden monástica de Sto. Domingo, á que perteneció sin duda, pues que no lo dice ni Moreri ni Bayle, que le citan en sus *Diccionarios*, é ilustró la historia con suma erudicion. El año 1688 publicó en Salamanca: *Disertaciones eclesiásticas en lengua latina*, en las que refutó ciertas cosas que el P. Papebroch habia adelantado en sus prologómenos, concernientes al mes de Abril. Se manifestó sumamente rigido con motivo del exámen de las *Actas de S. Eleuterio*, y confesó que deseaba desapareciesen muchos escritos apócrifos que corrian con respecto á los santos. Murió este religioso, segun Bayle, el año 1697. — C.

PEREZ (P. Juan), jesuita, natural de Montilla en Andalucía. Educáronle sus padres en la piedad cristiana, y dedicado á los estudios los siguió en las cátedras de la Compañía, mereciendo el afecto de sus maestros. Aficionóse con este motivo al instituto de S. Ignacio de Loyola, en que no tardó en ingresar, distinguiéndose durante el noviciado por sus extraordinarias penitencias públicas. Fué por espacio de ocho años ministro en el colegio de Montilla, en cuyo oficio manifestó la caridad que ardia en su pecho para con todos. Tuvo por algunos años en el colegio á un anciano, que se hallaba impedido por la edad y los padecimientos, y se tomó el caritativo cuidado de vestirle todas las mañanas, acostarle por las noches, darle de comer por su mano, y cuidarle, en fin, como si fuera su madre; y como este piadoso anciano, que era sacerdote, tuviese el deseo de decir Misa, para lo que dificultosamente se le queria conceder licencia en el colegio, porque con la mucha edad habia perdido la memoria, notándosele algunos descuidos, el deseo de que viviese consolado le obligó á tomar el devoto pero penoso trabajo de asistirle todos los dias á la Misa para atender á las ceremonias y rúbricas, y auxiliar su memoria. Aumentábase su caridad con la oracion, cuyo santo ejercicio no olvidó en toda su vida, acostumbrando á repetir que la señal visible de hacer bien ó mal en la oracion era examinar su ánimo y ver si en el interior duraba aún el ardor de la impaciencia; y segun esta medida, estaba segura su oracion de distracciones, pues en ocho años seguidos jamás se le notó un movimiento de involuntaria impaciencia. Era muy devoto de María Santísima y de los Angeles, á quienes se encomendaba y en quienes fiaba su pureza. Desde que estudiaba teología habia ofrecido á la Reina de los ángelos todas sus buenas obras, palabras y pensamientos; voto que escribió en un papel, y para mayor firmeza le rubricó con la sangre que sacó de una cisura de sus venas. «Otro ingenioso pacto, dice el P. Cassani, ideó »su devocion con María Santísima, que indica su cuidadoso anhelo y su fer»vorosa oracion: en esta se dilató mucho un dia en loores de María, y en »súplicas á Su Majestad; queria continuar y le fué preciso interrumpir, por »llamarle la obediencia á otros ejercicios. Con esta ocasion, volviendo á la »oracion, hizo un concierto, y en realidad una intencion ó expresa voluntad »con la cual determinaba que siempre que con el corazon ó con la boca di»jese, *Yo ofrezco y alabo*, era su intencion ofrecer á María Santísima su afec»to y alabarla con todos los loores y alabanzas que todos los santos y biena»venturados la han dado y han de dar hasta el fin del mundo; y que cuando »hablando con Su Majestad decia, *Pido y ruego*, era su intencion pedir y »suplicar aquellas virtudes que necesitaba para agradar á Su Majestad y á su »Hijo santísimo, notando que el pacto era solo en estas determinadas voces, »*Ofrezco y alabo, pido y ruego;* porque en este mismo cuidado de determi-

»nar las palabras se aplicaba y explicaba más segura la intencion y el afec»to, el cual halló arte para decir mucho en pocas palabras, y repetir mu»chas voces en poco tiempo.» Hacia con frecuencia tiernos coloquios, y compuso un tratado á imitacion de los *Soliloquios de S. Agustin*, escrito con tanta uncion y ternura, que dice su biógrafo se confundia con el original. En una de las muchas visitas que hacia á las cárceles encontró á un esclavo, á quien tenia su amo entre cadenas, tratándole como una fiera más bien que como á cristiano y prójimo: le habló con grande humildad, creyendo que le costaria grande trabajo el hacerle reconocer su falta; mas se encontró con un hombre muy racional, que reconocia su delito y no se negaba al castigo. Movido á compasion, se fué desde la cárcel á pedir perdon á su amo; pero á pesar de sus súplicas y esfuerzos, le respondió éste: «No, »Padre, no, Padre; estoy pensando en darle al Rey para forzado perpétuo en »sus galeras, porque es tan vil, que ha perdido el respeto á un pariente »mio.» Llegó esta respuesta al corazon del Padre, y sin poderse contener comenzó á llorar y suspirar. «¿Qué es esto, Padre? dijo el amo; no le hace »fuerza mi razon? ¿O qué, si llora aquí, es porque no se le obedece á ciegas, »sin dar la razon á quien la tiene? — No son por eso, dijo el Padre, mis lá»grimas; lloro por la mucha razon que teneis, y contemplo que en el mun»do os darán todos la justicia, cuando yo temo y tiemblo al considerar las »muchas veces que he perdido el respeto á Dios, y Su Majestad, en vez de »tenerme en la cárcel, ó del infierno ó del purgatorio, me deja libre y me »colma de favores y no de cadenas.» Admirado el amo al oir estas palabras, puso en libertad al esclavo, de lo que se acordó el Padre toda la vida, siendo abundantes las lágrimas que vertia cuando le venia este caso á la memoria; don, dice el P. Cassani, que le concedió Dios en premio de esta caridad con el esclavo. Mas no paró en esto su amor á los prójimos, pues sin otro objeto que el de llenar este santo deseo, hizo voto de dedicarse á servir á los apestados si enviaba Dios durante su vida este castigo á la ciudad en que viviese, ó á algun lugar vecino donde pudiese obtener licencia para ir. Admitióle el Señor su sacrificio; y si bien no le afligió la peste, ocurrió una epidemia en Montilla el año 1648, de que murieron muchas personas, y á quienes asistió el Padre con notable cariño y eficaz celo. Intentaron los médicos contenerle, avisando á sus superiores del peligro á que se exponia; pero ni el aviso ni el peligro consiguieron enfriar su ardor. Siguió combatiendo como valeroso campeon, hasta que herido del mal le faltaron las fuerzas, pero no el espíritu, pues conociendo que le acababa sin remedio, pidió que ya que debia dársele el viático, se le permitiese bajar á recibirle aquel dia, que era jueves santo, á la iglesia, comulgando con la comunidad. Este esfuerzo le adelantó la muerte, porque recibida la sagrada comunion le dió un desmayo y

hubo que trasladarle á su aposento, donde volvió en sí, pero con tanta debilidad, que no pudo reponerse la naturaleza y se aumentó la calentura, de que murió, recibida la extremauncion, el sábado santo, 11 de Abril de 1648, á los veintisiete años de Compañía y siete de profesion de los cuatro votos.— S. B.

PEREZ (D. Juan), obispo de Calahorra. Fué natural de Segovia y elegido en 1202. Era muy devoto de Sto. Domingo de la Calzada, y con la gracia y autoridad del pontífice Gregorio IX trasladó la silla de Calahorra á la ciudad de Sto. Domingo de la Calzada, conservando el primer título, por lo que en lo sucesivo se denominaron estos obispos de Calahorra y la Calzada. Verificóse esta traslacion en 1234, siendo el primero que en sus edictos y provisiones se tituló de la manera referida, y que se ha conservado desde aquella época. Asistió este prelado en Alfaro el año 1228, á una junta solemne con un legado del Papa, en que se dió por nulo el matrimonio del rey D. Jaime con la reina Doña Leonor, por haberse casado siendo parientes sin dispensa del Papa, y declararon que D. Alfonso su hijo era legítimo sucesor de la corona en virtud de la buena fe del matrimonio. Este prelado murió en Calahorra en 1237, dejando erigida en catedral la iglesia de Sto. Domingo de la Calzada. —S. B.

PEREZ (Juan Bautista), sacerdote del Oratorio y profesor de matemáticas y de física en Lyon. Despues de haber sido nombrado bibliotecario de la ciudad de Agen y ejercido este cargo por algunos años, murió en 4 de Enero de 1840. Publicó un folleto intitulado: *Comme quoi Napoleon n'a jamais existé*, sin nombre de autor, 1827, quinta edicion; París, 1842, con nombre de autor. Este pequeño folleto presenta bajo la forma de una satírica paradoja, una crítica bastante ingeniosa de la obra de Dupuis, titulada *Origine de tous les cultes*, y de todos los escritos en que para sostener sistemas falsos se emplean comparaciones ó analogías astronómicas é históricas, á las cuales con un poco de ingenio se da la significacion que conviene. —S. B.

PEREZ (Ilmo. Sr. D. Juan Bautista), obispo de Segorbe. Nació en Valencia en 1530 ó poco despues, aunque Jimeno dice en 1537. Dedicó á la lectura la mayor parte de su vida, saliendo de la universidad muy aventajado en los idiomas hebreo, griego y latino, y no ménos perito en la filosofía y teología, tanto que careciendo de recursos para obtener los grados, su mismo mérito le abrió el camino para obtenerlos en la universidad de Valencia. Hizo tambien grandes progresos en el derecho canónico, y dedicándose á hacer eruditas investigaciones sobre los concilios y nuestra historia antigua, puso un particular esmero en apurar la verdad, haciéndolo con unas reflexiones tan prudentes que manifestaban su gran juicio, solidez y prudencia, y le dieron gran nombradía entre los hombres más eruditos de su siglo.

Volaba la fama de su virtud y sabiduría por la ciudad y reino de Valencia, y llegando á oidos del arzobispo de aquella ciudad D. Martin Perez de Ayala, que como Perez se habia distinguido en los estudios, sabiendo tambien lo que era carecer de recursos para continuar su carrera, se lo llevó á su palacio, donde tomándole más cariño con el trato en que conoció su juicio, prudencia y doctrina, le ofreció su proteccion y se propuso buscarle medios de subsistencia. Mas poco duró á Perez este consuelo, porque la muerte de aquel sabio y virtuoso prelado, ocurrida en 5 de Agosto de 1566 le redujo á su antigua pobreza, teniendo además el dolor de hallarse sin título para ordenarse, como lo deseaba, por tener ya la edad de veintinueve años. En tal estado de pobreza y desvalimiento resolvió pasar á Madrid, donde habiéndole encargado el protonotario del Supremo Consejo de Aragon la educacion de sus hijos, aunque quiso ocultar por algun tiempo con su grande modestia su no vulgar erudicion y conocimientos, se manifestaron con tal esplendor, que todos cuantos le trataban le iban celebrando comó hombre docto, erudito, prudente y ejemplar. Hallábase en Madrid en aquella sazon el obispo de Cuenca D. Gaspar de Quiroga, cardenal despues de la santa Iglesia Romana, arzobispo de Toledo é inquisidor general, encargado por el papa Gregorio XIII para recoger los concilios de España, comision apostólica que fué el medio por donde Perez comenzó á darse á conocer y adelantar en su carrera, porque informado el Obispo del grande estudio que habia hecho en estas materias, le llevó á su casa y envió al Sumo Pontífice veinte concilios de España copiados de antiguos ejemplares, recogidos todos por el doctor Perez, el cual los adicionó con dos eruditísimas cronologías suyas, la una de los concilios de España, sacadas de los antiguos códices de los concilios del libro de S. Isidoro, de los godos y del Cronicon del obispo Vulsa. Estimóle en todo su valor el Soberano Pontífice, y además de agraciar al doctor Perez con dos capellanías ó beneficios pingües en Castilla, le recomendó encarecidamente á D. Gaspar, y con la proteccion de este prelado, siendo aún obispo de Cuenca, fué nombrado canónigo de la santa iglesia catedral de Toledo. Fué muy estimado en aquel cabildo por su grande piedad y erudicion, y obtuvo en él el empleo de bibliotecario, porque con este título se halla en su archivo en una nota latina que hay al fin de un códice manuscrito que contiene parte del oficio mozárabe. Trasladado su Mecenas, D. Gaspar de Quiroga, al arzobispado de Toledo por muerte del arzobispo D. Fray Bartolomé de Miranda, asistió en clase de secretario al concilio provincial de 1582. Su grande erudicion en lo relativo en particular á la topografía de España y materias pertenecientes á sus antiguas iglesias y reinados, le hicieron célebre en toda la Península. El arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustin lo consultó muchas veces, y apreciaba tanto sus trabajos, que al

fin del diálogo octavo, de los que imprimió de medallas, inscripciones y otras antigüedades, puso la lista de los reyes godos de España, que habia formado Perez. El cardenal Aguirre conservó dos cartas de este grande Arzobispo, dirigidas al Mtro. Juan Bautista Perez, y puso tambien la referida lista de los reyes godos, que debió extender algo más su autor despues que la envió á D. Antonio Agustin, porque se halla allí más aumentada. D. Vicente Juan de Lastanosa dice en su *Museo de Medallas* que el P. Juan de Mariana, cuya erudicion no tenia igual en su época, se valió de los escritos de Perez para componer su obra: así lo confesó el mismo Mariana en la *Tabla de los nombres de los autores de los cuales recogió su obra*, que se halla al fin del tomo II de la edicion de Toledo de 1601. Pero esta lumbrera de la Iglesia debia iluminar á la de España desde un lugar más elevado, y así inspiró á Felipe II el pensamiento de que le presentase para el obispado de Segorbe, que admitió despues de una tenaz resistencia en 1591. Consagróle el cardenal de Toledo á 21 de Marzo del año siguiente, y desde aquel momento gobernó su iglesia con no poco fruto para su diócesis, grande paz y utilidad de su cabildo y clero, y con tanto celo y vigilancia, caridad y religion, que hacia recordar á los obispos de la Iglesia primitiva. Sus ocupaciones pastorales no le impedian consagrarse á sus estudios favoritos. Por comision de Felipe II corrigió y cotejó la *Historia de los Godos*, *Vándalos y Suevos* de S. Isidoro, metropolitano de Sevilla, que se incorporó en la coleccion de D. Pelayo, obispo de Oviedo, como lo observó el ilustrador de la historia de España Don Gaspar Ibañez de Segovia, marqués de Mondéjar, para la impresion que se hizo en Madrid de órden de aquel monarca en el año 1599, para la cual ilustró tambien con notas muy eruditas el libro *De Viris illustribus* de S. Isidoro y de su continuador S. Ildefonso, y recogió las *Epístolas de S. Isidoro*, como lo dice Juan Grial en su *prefacio*. Nuestro sabio Obispo fué el que se opuso constantemente á los *Cronicones de Dextro y Máximo*, y procuró desengañar de su falsedad al P. Gerónimo Roman de la Higuera, su verdadero autor, quien decia haberlos hallado en el monasterio de Fulda en Alemania. Trabajó asímismo con su gran sabiduría en probar la falsa piedad con que celebraban grandes y pequeños el hallazgo de las láminas y libros del Monte de Granada, aunque sus razones por la multitud de los votos contrarios, no solo no fueron atendidas, sino que aún se impugnaron por Gaspar Escolano, y el presentado Bleda. Quebrantada finalmente su salud con el estudio, vigilias, ayunos y otras penitencias con que maceraba su cuerpo, pasó de Segorbe á una casa de campo de la Huerta de Valencia, propia de António Pau Font, sita en la partida llamada de Arranca-Pinos, pero agravándose su enfermedad, ordenó allí mismo su testamento ante Juan Gerónimo de la Cambra el dia 6 de Diciembre de 1597, cuya copia existe original en el archivo de

la santa iglesia de Segorbe, con el extracto de las mandas y legados que firmó en este mismo dia y el siguiente. Despues de cuarenta dias de padecimientos entregó su alma al Criador, repitiendo aquellas palabras del santo Job: *Libera me, Domine, et pone me juxta te, et cujusve manus pugnet contra me*, á 8 de Diciembre como dice Fuster, refiriéndose á la publicacion de su testamento hecha en Segorbe á 10 del mismo mes, donde se dice que habia muerto dos dias ántes. En su edad andan tambien muy discordes los autores de sus memorias. Vilagrasa, Jimeno, Pons y otros dicen comunmente que su muerte fué á los sesenta años. Mayans, en la vida de Antonio Agustin, le da sesenta y cuatro; Rodriguez, en la *Biblioteca Valentina*, y Orti alargan su vida hasta los setenta. Nada puede saberse con certeza, pues tambien se ignora con seguridad el año de su nacimiento; parece, sin embargo, más probable cualquiera de las dos últimas opiniones; pues segun todas conjeturas nació en 1534. Hallóse presente á su muerte el venerable patriarca y arzobispo de Valencia D. Juan de Ribera, quien tomó por su cuenta la recomendacion del alma. Dejó su biblioteca á la iglesia de Segorbe, la cual era muy copiosa y escogida, y llena de libros de humanidades, historia, teología y ambos derechos, con la apreciable circunstancia de hallarse casi todos anotados al márgen de su mano. Llevóse su cadáver á Segorbe, y fué enterrado en la sepultura de los obispos, lo cual tenia él mandado en su testamento. «Si ya, dice, al tiempo de mi muerte yo no hubiese »hecho y fundado un retablo de Sta. Leocadia, de quien soy muy devoto, »y al pie del dicho retablo una honesta sepultura para mi cuerpo en la ca»pilla de Sta. Eulalia en el claustro de dicha iglesia en la pared de las es»paldas de la sacristía de la capilla de S. Salvador.» Referidas ya y fijadas las principales épocas de la vida de nuestro obispo Perez, pasemos á tratar de su mérito literario, cuya noticia es de mucho interés. Hay ciertos sabios que sin dejar de ser útiles á la sociedad, encierran por modestia sus trabajos, creyéndolos indignos de la luz pública, dignos por lo mismo de que la posteridad recoja las reliquias que se salvaron de la injuria del tiempo, y de la avaricia ó de la envidia. Esto intentó hacer con los libros que dejó á su iglesia aquel docto Obispo, honrándola con la posesion de lo que tanto amó en esta vida. Tal era su escogida y copiosa biblioteca, que supo apreciar tanto aquel docto cabildo, que destinó una de las piezas interiores de la iglesia para colocarla donde hoy se conserva, aunque mezclada con otros libros. Sin embargo, no eran todavía estos los de que hablaba el canónigo de Valencia D. Juan Bautista Cardona, obispo despues de Elna, Vich y Tortosa, cuando aconsejaba á Felipe II que debian llevarse al Escorial los libros del obispo Perez. Hablaba de sus trabajos secretos, copias de códices y documentos antiguos ilustrados con muchas notas. Mas no verificándose esto, y

quedando en libertad Perez para disponer de ellos, les dió otros destinos, segun refiere en su testamento. Citaremos, pues, los que dice Fuster haber registrado por sí mismo, que son los siguientes: 1.° Un tomito en 8.°, como de unas doscientas hojas, que contiene varias apuntaciones sobre la lengua hebrea, es á saber: *Dictata à Petro Lodoico Ruviale, Valentino*: al principio dice: *die* 25 *Octobris*, 1556. Es un tratadito de rudimentos de gramática hebrea, escrito de mano del Sr. Perez cuando aprendia esta lengua. Al fin dice: 28 *Februarii* 1553. Sigue: *Ante Psalterium hebraicum prolegomena*; son siete hojas, obra tambien del mismo maestro, pues al fin se lee: *Finis dictatorum Petri Lodoicis Ruvialis*, despues de algunas apuntaciones sueltas, sigue otro tratado con este título: *Rudimenta linguæ hebrææ dictata à Joanne Baptista Perez, Valentiæ die* 6 *Octobris* 1559. En seguida hay otro opúsculo intitulado: *Varietas Vulgatæ versionis ab hebraica veritate in Psalmos*. Este tomito contiene los ensayos de Perez en el estudio de las lenguas orientales. — 2.° Un volúmen, en fólio, que contiene un *Dictionarium arabicum*. Al pié de este título dice: *Omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus, etc.* Consta de cuatrocientas hojas poco más ó ménos, donde se hallan escritos de su mano varios artículos por órden alfabético con la correspondencia latina, y espacios suficientes para añadir otros. Al fin se halla tambien de su mano: *Finis lexici arabici*, *Jesu Christo gratias*. Siguen luego veintitres hojas, en las cuales escribió las dicciones arábigas correspondientes á los artículos que estan en lo alto de las planas, y son los siguientes: *Grammaticæ vocabula: rhetoricæ vocabula: dialecticæ*, *physicæ*, *mathematicarum*, *astrologiæ*, *theologiæ*, *medicinæ*, *jus civile*, *monetæ*, *ponderæ*, *mensuræ*, *etc.* En la mayor parte de estos artículos hay correspondencias del árabe al hebreo y griego. — 3.° Otro volúmen en fólio que contiene la *Historia del moro Rasis*: la cual, dice, tiene Ambrosio de Morales en su original harto antiguo, escrito en pergamino. Ahora tiene este original Gonzalo Argote de Molina, vecino de Sevilla. Otro original hay en Sta. Catalina de Toledo, donde dice que fué traducido de arábigo en portugués por Gil Perez, clérigo de D. Peynos (ó Peytros), Porcel, por mandado de Dionis, rey de Portugal, leyéndole Mahomad en arábigo. Este volúmen contiene además del citado los siguientes opúsculos: un extracto de los libros de Eterio y Beato contra Elipando con varias apuntaciones sobre la cronología y la historia eclesiástica y civil. *Chronologia bibliorum*. Entre varias cedulitas sueltas se halla en el mismo volúmen un certificado original, en que reconoce haber recibido por mano de D. Juan Lopez de Velasco un códice gótico de concilios de la librería de S. Lorenzo el Real, el cual, dice, es uno de los dos que envió de Soria D. Jorge de Beteta, y que esto fué á peticion del Inquisidor general, mi señor, que tiene de él necesidad para sacar ciertas diligencias,

que se han de enviar á su Señoría. La fecha es de 3 de Junio de 1577. Este códice de D. Jorge Veteta es el llamado *Sosiense*, del cual se sirvieron Perez y el P. Mariana, y cuya existencia es tan dudosa en el dia. Despues de otras innumerables notas que es imposible describir, siguen dos hojas y media de su letra, y son ilustraciones al libro de S. Isidoro *De Viris illustribus*. Comienza así: *Brevem Isidori libellum De Viris illustribus brevissimis illustrabo scholiis, minores observationes in album exterius relaturus*. Parece que es el borrador de las obras de S. Isidoro; mas asegura Fuster que en él se hallan algunas notas más que las impresas. Lo restante de este volúmen son apuntaciones sueltas y de vasta erudicion, en que se ve que su principal estudio era la cronología. — 4.° Otro tomo en fólio que contiene lo siguiente: *Comentario de las cosas memorables que en la Europa han acaecido en tiempo del Rey Católico y del emperador Cárlos V y del rey Felipe II, nuestro Señor, reyes de España;* traducido del latin en romance por Miguel Bon de Villanova, escribano de registro de S. M., y en algo añadido. Comienza el año 1452 y acaba en 1581. Siguen luego hasta el fin copias de actas, himnos y otros documentos pertenecientes á los santos de España, entre los cuales son muy de apreciar algunas cartas inéditas, así de Perez como de otros á quienes consultaba sobre algunos santos en particular. — 5.° Otro volúmen en fólio, que contiene igualmente *Actas y documentos de los Santos de España*. En el testamento parece dar á entender que tenia más volúmenes de *Actas de Santos*; aquí solo se hallan estos dos. — 6.° Un volúmen en fólio que contiene la *Coleccion de Concilios*, en que entendió de órden del cardenal D. Gaspar de Quiroga para enviar á Roma. Es el borrador original de todo su trabajo sobre esta materia. De él dice en el testamento: *Item*, otro libro de *Concilios góticos*, manda su Señoría quede para la librería de la Seo de Segorbe, en el cual libro hay correcciones de concilios. El cardenal Aguirre publicó un prefacio de este docto varon, y sus cronologías *Conciliorum et Gothorum*, junto con la carta del cardenal Quiroga á Gregorio XIII; pero es de saber que todo esto pertenece á la segunda remesa que este prelado envió á Roma, la cual se halla aquí distinguida de la primera y tercera; á estas tambien acompañaban otras prefaciones de Perez y cartas de Quiroga: piezas inéditas. Digamos de cada cosa en particular. — I. El Sr. Perez puso en la primera remesa esta nota: Este título fué en el primer libro á Roma. *Concilia Hispaniensia impressa collata cum vetustis codicibus Mss.; et prœterea hæc addita, nondum impressa, ex eisdem codicibus.—Liber qui inscribitur*: Excerpta canonum, *incerto auctore. — Emeritense concilium. — Toletana concilia quinque posteriora, nempe XIII, XIV, XV, XVI, XVII. — Louis II Papæ Rom. Epistolæ IV ad Hispanos. — Fragmenta inserta quibusdam conciliis.* «Sigue luego la carta del cardenal Quiroga á Gregorio XIII que empieza: *Cum multa quotidie benefi-*

cia etc. y la prefacion de Perez: *Reverendissimus Dominus meus Gaspar Quiroga, etc.* piezas inéditas.—II. En la segunda remesa dice: Este título fué en el segundo libro que se envió á Roma: *XX Concilia Hispaniensia ex vetustis codicibus descripta, nondum typis mandata.—Toletan. sub Gundemaro Rege,* 610. —*Cæsaraugust. III*, 691.—*Cæsaraugust. II*, 592.—*Toletan. anno XII Reccaredi*, 597.—*Barcinon. I, circa* 540.—*Barcinon. II*, 599.—*Oscense*, 598.—*Egarense*, 614.—*Narbonense*, 589.—*Hæc quidem sub gothis habita; sequentia vero post cœptam liberari ex sarracenorum jugo Hispaniam. Legionense*, 1012.—*Coiancense*, 1056.—*Compostellana decreta*, 1114.—*Palentinum*, 1129.—*Vallisoletanum*, 1322.—*Pennifidelense*, 1302.—*Toletan.*, 1323.—*Toletan.*, 1324.—*Complutense apud. Alcalam*, 1323.—*Complutense*, 1326.—*Toletan*, 1326.—*Et præterea concilia cartaginiensia africana cum vetusto codice collata. Et chronologia gothorum Hispaniæ regum, et veterum conciliorum, quæ sunt in Hispania habita, usque ad sarracenorum ingressum.* Estas cronologías estan publicadas por Aguirre; obra utilísima como se deja bien entender por la exactitud con que se ejecutó. Sigue la carta de Quiroga: *Grata S. V. fuisse ea concilia, etc.* y la prefaccion de Perez: *Quod superiore anno feci in iis conciliis, etc.*; publicadas ambas por Aguirre. III. En la tercera remesa dice: Este título se puso al tercer libro de los concilios para S. S. *Concilia græca, africana, et gallicana collata cum quatuor coddicibus gothicis Mss. quorum hic est catalogus.* Numerados estos dice: *In fine hujus libri chronologia horum conciliorum græcorum, africanorum, et gallicanorum*; no publicada, dice Fuster. Sigue tras esto la carta de Quiroga: *Cùm ad Gratiani editionum, quam V. S. emendatissimam etc.*; y la prefacion de Perez: *Cùm jussu illustrissimis cardinalis Toletani patronimici, etc.* Tambien inéditas, y las que insertó Villanueva en el tomo III de su *Viaje literario á las iglesias de España*, página 297 y 298.—7.º Un volúmen en fólio de más de trescientas hojas, que contiene copias de documentos pertenecientes á la iglesia de Toledo y otras de España. He aquí los principales. *Alphonsi VI privilegium de immunitate monasterii S. Facundi.» Hic narratur*, dice Perez, *electio Bernardi in Abbatem, et suceptio officii romani in Hispania, octavo idus maji, era* 1118 *(ann.* 1080*)*. Por este privilegio se ve que el oficio mozárabe se habia quitado en Castilla ántes que fuese ganada Toledo; era 1123, pues en la 1118 dice que estaba quitado. Conviene esto con lo que dice Pelagio Ovetense, que lo quitó Ricardo, cardenal legado de Gregorio VII, en un concilio de Burgos, era 1119. Sacó Perez esta copia del mismo monasterio, con el favor de Fr. Juan Benito Guardiola, archivero.—*S. Hugonis Abb. Cluniacensis ad Bernardum electum Archiep. Toletanum, tunc Abbatem S. Facundi, epistola, quæ permittit ut acceptet archiepiscopatum.—Varias cartas de reyes,* tocantes á la dotacion, primacía y otros privilegios de la iglesia de Toledo,

con la constitucion de D. Cenebruno, *de número quadragenario canonicorum.—Erectio Ecclesiæ Conchensis.—Privilegio de D. Alonso el VIII* al monasterio de S. Martin de Madrid, era 1159.—*Bulas de Papas, desde el año 1088 hasta 1251, sacadas de dos libros de la Santa Iglesia de Toledo, donde estan juntas muchas bulas de la primacía.* Tras este título, dice Perez, de su mano. «Cuatro libros hay en la santa Iglesia de Toledo, donde estan trasladadas las »bulas de la primacía. El uno está en la librería y le hizo escribir el arzobis»po D. Rodrigo Jimenez; llega hasta Honorio III, el año 1217. El otro libro »está en un cajon del Sagrario; es trasladado del otro, y tiene añadidas unas »bulas de Honorio III, del tiempo del arzobispo D. Rodrigo, y una de Ino»cencio IV en tiempo de D. Sancho, electo el año 1251, y parece se debió »escribir en su tiempo. De allí hice yo trasladar éstas, que allí no habia más, »y las puse por el órden de papas, que allí estaban sin órden ni antigüedad, »y las comprobé yo mismo con el original. Otro tercero de la primacía hay »en el Sagrario, escrito en tiempo del arzobispo electo D. Sancho, infante »de Castilla, año 1253. Este librito tiene las firmas de cardenales, y algunas »bulas de Gregorio IX, que no tienen los otros dos. Otro cuarto librito de »la primacía hay en el archivo, *arqueta* 19, en cuero colorado; parece »se escribió en tiempo del arzobispo D. Sancho; porque al cabo tiene »el gasto de su camino de Roma. Parece que de éste se sacó el segundo »que escribimos arriba. Las bulas de la primacía están todas en el ar»chivo, *arqueta* 19, y algunas *arqueta* 4.»—Despues de estas bulas sigue: *Bullæ Pont. Romanorum, quæ sunt in Historia compostellana.—Relacion de la vida de D. Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, que está enterrado en el monasterio de Huerta, escrita por Fr. Luis de Estrada, abad del mismo.* Más es descripcion de su sepulcro que vida de este prelado; está incompleta.—*Bellum Navarum de Tolosa*, con este epígrafe: *Domino Garsias, cognomento* Lasso de la Vega, *tempore quo officio legationis in Romanâ Curiâ fungebatur pro Rege et Regina Dominis nostris, adduxit sequentia Regi Alphonso præsentanda de bello Navarum de Tolosa, excerpta ex originalibus Innocentii Papæ III. Et primo ponitur forma processionis, quæ facta fuit ab ipso Innocentio, ut Deus præstaret regi Alphonso victoriam in proximo conflictu cum sarracenis.* Sigue copia de la carta del Rey á dicho Papa, contando el suceso de la batalla.—*Varias bulas sobre diezmos, tercias*, etc. *de la iglesia de Toledo.*—Item *sobre la destruiccion de los Templarios.* Todo esto con muchas notas suyas y extractos.—*Constituciones del arzobispo de Toledo Don Gonzalo, era 1333.—Ereccion de la iglesia de Zaragoza en metropolitana.—Bula de Juan XXII sobre el traer cruz por Aragon el arzobispo de Toledo Don Juan de Aragon, dada en 1323.*—8.° Otro volúmen en fólio igual al anterior, que es tambien coleccion de documentos, entre los cuales haré mencion de

los siguientes, dice Fuster, quien los registró y revisó todos en la referida biblioteca de la santa catedral de Segorbe.—*Relacion de la fundacion que hizo D. Gil de Albornoz del monasterio de S. Blas de Villaviciosa, de Canónigos reglares, año 1348, y hoy es de Frailes Gerónimos.* Está escrito por algun monje de aquella casa á peticion de Perez, siendo todavía canónigo de Toledo, año de 1588. Se reduce á que por las quejas que dieron contra los canónigos, el fundador dió comision al obispo de Sigüenza, D. Juan Serrano, para que pasase al monasterio de visitador; el cual, viendo los males que allí habia, tuvo por conveniente quitar los canónigos y dar el monasterio al de S. Gerónimo de Lupiana, lo cual se verificó en 22 de Marzo del año de 1396.— *Bula de Inocencio VI, en que hace legado al mismo D. Gil, cardenal.— Testamento del mismo* (impreso en su *Vida* por Ginés de Sepúlveda.— *Carta de Clemente VII al rey D. Juan I de Castilla, consolándole por la derrota que padeció.— Carta del mismo al Consejo de Castilla, consolándole por la muerte de dicho Rey, y animándole á la buena direccion de los negocios en la menor edad de Enrique III.— Carta del mismo al dicho Enrique consolándole en la muerte de su padre.— Carta del mismo á Pedro Lopez de Ayala, preceptor del niño Enrique III, exhortándole á la buena educacion de él, y á mantenerle en paz con la casa de Francia, y en la devocion á la Silla Apostólica.— Carta de S. Luis, rey de Francia, á la Iglesia de Toledo, enviándoles algunas preciosas reliquias, espina, leche de la Virgen, de la túnica purpúrea; de la toalla del lavatorio, de la sábana del sepulcro.* Asegura que éstas y otras recibió del tesoro del Imperio Constantinopolitano.— *Instrumento hecho por un Juan Gonzalo Reles de Sevilla, notario real, de la absolucion dada por el legado de Clemente VII, Domingo, obispo de Albi, al rey D. Enrique III, de las penas en que incurrió por la prision de D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, de Pedro, obispo de Osma, y de Juan, abad de Fusellis de la iglesia de Palencia.* Hízose esta ceremonia en la capilla de Sta. Catalina, en el claustro de la catedral de Burgos, á 4 de Julio del año 1393.— *Acto capitular del arzobispo de Toledo D. Pedro Tenorio, cuando dió sus libros á la Iglesia, hechos á 15 de Octubre de 1380.* Es de notar en él que para comprar el *Nicolas Lira*, el *Henrico Boyol* y un *Diccionario* dió mil florines de oro. Cuenta allí gran parte de su vida, cómo estuvo desterrado de España siendo arcediano de Toro, etc.— *Letras de D. Sancho, electo de Toledo, en que exime á los canónigos, porcioneros y capellanes hebdomadarios de su Iglesia de la obligacion de pagar la luctuosa;* y dice entre otras cosas: *In morte ipsorum non teneantur mulas, seu equitaturas, nec cyphos argenteos nobis, nec successoribus nostris dare.* Dadas en Brihuega á 25 de Julio, era 1296 (año 1258). Igual gracia dice Perez que hicieron á los beneficiados de aquella Iglesia los arzobispos D. Gil, D. Juan de Lerezuela, D. Gutierrez, D. Pedro de Luna y Don

Alonso Carrillo.—*Litteræ regis Angliæ, Ricardi II, ad Bonifacium IX, contra reservationes ecclesiarum cathedralium.—Constitutio magna plura continens in favorem fidei nostræ, et in contumeliam et opprobrium judaicæ cæcitatis.* Es de Benedicto XIII (Luna), expedido en Tortosa á 11 de Mayo *Pontif. anno XXI* (1415). En ella hace memoria de las disputas que á presencia suya se tuvieron en dicha ciudad entre los doctores católicos y judios, de los cuales dice que se convirtieron tres mil. El Sr. Perez asegura que S. Vicente contribuyó á esta conversion; fueron las disputas en 1413.—*Algunas bulas de la primacía de Toledo*, distintas de las contenidas en el volúmen antecedente.—*Testamento de D. Juan de Contreras, arzobispo de Toledo, fecho en Alcalá á 16 de Setiembre de 1434.—Vida del Arzobispo de la misma Iglesia D. Pero Gonzalez de Mendoza, que murió en 1495, compuesto por Francisco de Medina y Mendoza, vecino de Guadalajara.* En la *Biblioteca* de Nicolás Antonio se hace mencion de este escritor, mas no de tal obra.—*Vida de D. Juan Tavera, cardenal, hasta el año 1541.—Varias bulas de Clemente VII, Paulo III, Julio III y Paulo IV sobre los estatutos de limpieza de sangre de la Iglesia de Toledo, y las órdenes de Sto. Domingo y S. Francisco.—Copia de los cincuenta y tres cargos que hizo el cabildo de Toledo á su arzobispo y cardenal Siliceo con la respuesta de este prelado, y otros documentos sobre esa materia.—Bulas de Paulo IV y Pio V sobre las personas que pueden entrar en el coro de aquella Iglesia, y contra los que tienen sillas, estrados ó almohadas.—D. Gasparis Quiroga, canonici Toletani, discessus Romam, ut esset Rotæ auditor, annus 1555, auctore Alvaro Gomezio*; son ciento veintiseis exámetros. Pisa, en la *Historia de Toledo*, no le supone canónigo al tiempo de esta partida. Este volúmen contiene, por último, otros muchos documentos que omite Fuster por creerlos de escasa importancia.— 9.° Un volúmen en fólio que es: *Catalogus beneficiorum omnium ecclesiarum fundatorum in ecclesia Segobricensi, et cæteris ecclesiis totius diœcesis, cum eorum capellis numero, invocationibus, fundatoribus et fundationibus, notariis et annis, patronis, beneficiatis, possesoribus, valore, oneribus. Collectus anno 1596, ex variis scripturis fundationum et collationum, et libris collectorum.* Divide toda esta materia en diez clases, distribuidas por las dos planas en esta forma: *Capellæ, numerus, invocatio, fundator, notarius, patronus, beneficiatus, valor, onera, subsidium.* Pone la noticia correspondiente en cada clase, ménos en la de *subsidium* por la razon que dió despues del título: *Subsidii et excusati decimarum quantitas, non additur in singulis, quia augetur et minuitur pro rationem necessitatum, et concordiæ initæ cum Rege; servato tamen fundamento taxæ, cujusque beneficii. Sed taxa ad subsidium ponitur.* Sigue la misma obra sobre los beneficios de la diócesis, y de la breve distribucion de clases pasa á referir por menor el origen, las sucesiones y circunstancias de

algunas de las capellanías. Incluye la noticia de varias genealogías, y toca por incidencia muchos hechos que acaso no serán conocidos por otro camino. «Creo, dice Fuster, que estos son los dos libros de que dijo en su testamento. Item: otros dos libros que hay de mucha sustancia; en el uno está »la relacion de todos los beneficios de la Seo con las rentas dellos, y los patronatos y sucesion de beneficiados de la Seo de Segorbe, y otro libro de »los beneficios de la diócesis; manda su Señoría que dichos libros queden en »el archivo episcopal de Segorbe, aunque si Dios diese vida á su Señoría »tiene intencion de acaballos y dar copia al cabildo de dicha Seo.» De otros dos sobre la misma materia habla tambien allí, y ruega que *se cosan los cuadernos por que no se pierdan.* —10.° Consérvase tambien el *Episcopologio* de esta iglesia, escrito de mano de su secretario Andrés de la Parra, y con muchas adiciones y notas de la suya. Es libro precioso, añade Fuster, del cuame he valido para rectificar algunas equivocaciones aun del mismo Villagrasa, que casi le copió. — 11. Libros de las visitas que hizo en su catedral en los años 1592 y 1596. Parece tambien que deben existir en la misma biblioteca *dos libros de declaraciones de cardenales*, los cuales como dice en su testamento, *manda su Señoría que queden para la librería de la Seo de Segorbe*, como tambien *muchos borradorcillos en materias beneficiales y canónicas*, cuyo escrutinio se encargó al doctor Melchor Oranya, arcediano de Alpuente. En su testamento lega á su santa iglesia de Segorbe un tomo en 4.° grueso, en cuya portada se lee lo siguiente: *Hoc volumine continentur hi auctores antiqui nondum impressi, qui ad gothicam Hispaniæ historiam pertinent. Transcripti, et emendati ex codicibus manuscriptis.* Como parte de estos documentos, dice Fuster, estan ya publicados en la *España Sagrada* del P. Florez, y allí he visto el sumo aprecio que hace este escritor de algunas notas del Sr. Perez, me ha parecido examinar detenidamente estos documentos y hacer algunas reflexiones sin omitir las notas que puso él mismo sobre su autenticidad.—1.ª *Victoris tunnensis in Africa Episcopi chronicon ecclesiasticum per Imperatores et Consules continuans chronicon Properi Aquitanici ab anno Christi 444 ad 567 cum annotationibus marginalibus, ut puto, Joannes Biclarensis.* Sobre el original de este documento dice el Sr. Perez: «El *Victor Tunnensis* trasladé de un ejemplar de letra moderna, que escri»bió de su mano el doctor Juan Paez, cronista del rey Felipe II de Es»paña: tiénele Zurita: creo que se trasladó por el de Osma. Despues le com»probé y corregí por otro moderno que tiene Ambrosio de Morales y fué de »Florian de Ocampo. Despues le enmendé por un gótico antiquísimo, que está »juntamente con el cronicon de Eusebio en S. Lorenzo el Real, que fué de »D. Jorge Veteta, caballero de Soria. *Additæ sunt hic in margine Victoris Tun»nensis annotationes marginales ex codice alcobaciensi incerti auctoris, quas*

»passim celebrat in chronico Joan Vasæus.» Comprende este cronicon diez y seis hojas, casi todas de letra de Perez, y no hay nada más que decir sobre él.—2.ª *Joannis Abbatis Biclarensis, et postea Episcopi Gerundensis chronici continuatio post victorem tunnensem ab anno Christi* 566 *usque* 590. El Maestro Florez (tomo VI, pág. 365) ignora cuál pudo ser el códice antiquísimo de donde el obispo Perez sacó la copia que dejó en Toledo, y áun parece sospechar que se valió de algun códice de aquella iglesia. De esta duda nos sacó él mismo con una notita que dejó en este volúmen, y dice así: *El Joannes Biclarensis corregí por los tres libros mesmos que el Victor*, que son los referidos en el número antecedente. Por donde se ve que el códice antiquísimo de que se valió no fué de Toledo, sino el del caballero de Soria que existia en el Escorial, junto con el cronicon de Eusebio, y éste creo que sea el mismo que llamó *soriense* el P. Mariana, como tambien le llama Perez á cada paso. Consta de ocho hojas, el texto está conforme con el de Florez en el Apéndice IX de dicho tomo, inclusas las variantes que puso al pie, señaladas con la letra T, que son las tomadas del manuscrito que dejó en Toledo el mismo Perez. Otra prueba de que éste usó del códice de Soria como Mariana, es que acaba el texto donde le deja Florez, página 388, y pone esta nota: *Aquí habia en el otro ejemplar ocho ó diez renglones más, mas no en el gótico de Soria.*—3.ª *Sancti Isidori Archiepiscopi Hispalensis liber de gothis, suevis et vandalis usque ad annum* 625, *scilicet quintum Chinthilæ.* Nota del Sr. Perez: *Isidoro de gothis*, etc., trasladé del mismo libro del doctor Juan Paez, y corregí por el de Ambrosio Morales, que fué de Florian de Ocampo, y de él son las variantes cuando digo *alias*. Despues le corregí por el gótico de D. Jorge Veteta, y de él son cuando dice: *V. C. id est, vetusto codice*. Despues le corregí por Lucas Tudensis, moderno, *qui ipsa verba Isidori usurpat*; y así pongo L. T. El P. Florez (tomo VI, pág. 470) habla de la edicion matritense de las obras de este Santo de 1597, entre las cuales se publicó la presente ilustrada por el obispo Perez. El aprecio que hacia este erudito de dicha edicion, le obligó á preferirla á las de Grocio y Labbe; así es que casi siempre sigue su texto, el cual se halla conforme con esta copia. Esta se acaba de conocer en las *notas sobre las eras y años imperiales*, que pone al fin de este documento el P. Florez; pues cotejándolas con este manuscrito, se ve que las ilustraciones que puso Perez al texto son las notas marginales que de su mano dejó escritas en este códice. Despues de esta crónica sigue: *Præfatio in librum D. Isidori de gothis, wandalis et suævis, quæ erat in alio exemplari novo cum hoc titulo (posita autem erat ante historiam wandalorum): Isidori Hispalensis Episcopi de gothis, wandalis, suævis, et halanis in Hispania ad Sisenandum Regem gothorum gloriosissimum brevis enarratio, et primo de wandalis. Præfatio Domino et filio charissimo Sisenando Regis gothorum.*

Este libro le publicó Lucas de Tuy, y áun cree el obispo Perez que fué su inventor, al ménos así lo dice en la nota marginal: *Etiam est in Luca Tudensi sub nomine Isidori; puto esse tudensis, quia non est etiam in C. V. Soriensi gothico.* Más abajo dice: *Deest etiam in codice ovetensi Pelagii Episcopi*, y luego: *Quam puto falso tribui Isidoro.*—4.ª *Idacii Lamicensis in Galletia Episcopi chronicon ab anno Christi 403 usque ad 568.* El Idacio, dice Perez, le saqué solo por el libro del doctor Juan Paez, porque no estaba en el gótico. Ambrosio de Morales me dicen que le tiene tambien; y Vasco dice que está en el códice de Alcobaza. *Est in codice oxomensi simul cum Isidori chronico, et cum illo contuli hac nota Oxom.* El P. Florez en su tomo IV ilustró completamente los cronicones de Idacio: allí se puede ver la razon con que el Sr. Perez hace á Idacio obispo de Lamego. A mí me toca advertir, dice Fuster, que este manuscrito es el *Cronicon breve*, que publicó el citado escritor en la pág. 422, que su texto es el que ofrece allí el códice complutense, cuya nota preliminar, *Hucusque Severus, etc.*, (ibid., pág. 419), se halla tambien en el códice que vió el Sr. Perez, y llama *oxomense*. Hay que notar además de este manuscrito, que tiene al márgen los años de Cristo, puestos por el mismo Perez, el cual lo dice al principio de su letra con estas palabras: *annos marginales ego addidi.* El cronicon acaba como en Florez, pero puso Perez de su mano las siguientes notas: *Hucusque etiam in cod. oxomensi, sed puto addita principio Anastasii Imp. anno* 419 (á saber, desde donde se dice *Romarum 41 Anastasius*): *tum quia nuda nomina Imperatorum deinde ponuntur, tum quia Idacius, cum dicat se conversum circiter ann.* 416, *non potuit vivere ad* 568, *id est, finem Justiniani. Sigebertus in chronico ait Idacium Lemicæ Hispaniarum urbis Episcopum produxisse chronicon suum usque ad annum Christi* 490. *Puto ergo usque ad finem Zenonis, et quia fortè Idacius annos Zenonis non adscripsit, dici hic non inviniri annos Zenonis; cum tamen Evagrius, et alii scribant regnare Zenonem annos* 17. *Item quia Isidorus* De Viris illustribus *ait Idacium Galleciæ Episcopum mortuum sub Leone Imperatore, et perduxisse suum chronicon usque annum octavum Leonis.* Hasta aquí Perez, cuyo escrito en estas conjeturas comprenderá el que haya leido á Nicolás Antonio y al padre Florez; así que Idacio, muerto hácia los años 489, no pudo escribir lo que se refiere al emperador Anastasio, y áun se pudiera decir lo mismo de Zenon. Las palabras impertinentes *Alipius Fagastensis, etc.*, que Florez, pág. 429, nota en el *cod. complut.*, no se hallan en este manuscrito.—5.ª *De regibus mandatorum fragmentum incerti auctoris ad finem chronici D. Isidori in cod. oxomensi.* De esta adicion á la obra de S. Isidoro no hace mencion el padre Florez, ni sabe Fuster si llegó á publicarse.—6.ª *S. Isidori archiepiscopi Hispalens., de viris illustribus ab anno* 250 *ad* 610, *additis tredecim viris,*

qui in aliis deerant, cum additione S. Braulionis Episcopi Cæsaraug. de vita S. Isidori.— S. Ildephonsi Archiep. Toletani, de viris illustribus: cum additionibus S. Juliani, et Felicis, archiepiscoporum Toletanorum de vita S. Ildephonsi et S. Juliani. Los originales de estas copias se saben por las notas siguientes: El Isidoro *De Viris illustribus cum Ildephonso*, es del libro del doctor Juan Paez, y le corregí por el de Ambrosio Morales *alias*, y algunos lugares V. C. por el libro gótico de concilios de S. Millan de la Cogulla, do no está entero. Está tambien gótico en la librería de Alcalá el *Ildephonso De Viris illustribus*, y le corregí por él con esta señal C; fáltale el principio. *Et contuli cum oxomensi libro membraneo, sed ibi secundo loco post Osium, etc. Sixtus Episcopus Rom., qui deest in cœteris codicibus.* En otro ejemplar de 4.°, en el Escorial, y fué de D. Pedro Ponce de Leon, comienza por *Sixtus*, y hay diez y seis varones ilustres, que faltan al principio en todos los ejemplares. *Haud dubie sunt Isidori, descripsi et contuli cum illo hac nota PP.* No da aquí noticia del códice manuscrito de Montsanto de Galisteo, del cual dijo Nicolás Antonio que es á quien debe S. Isidoro el poderse llamar autor de la edicion de los trece varones ilustres, como observó Perez en las notas á esta obra. Por las de este manuscrito se ve el esmero que puso en la copia que poseia de tan apreciable documento. La abundancia y preciosidad de ellas, diferentes de las que se publicaron en la edicion de Madrid, de que habla Florez (tomo V, pág. 436), y la diversidad en el texto del que publicó allí mismo este escritor, exigirian su copia, si no nos lo impidiese su larga extension, bastándonos con esta noticia para que los eruditos puedan aprovecharla.—7.ª *S. Isidori Hispalens. obitus scriptus à Redempto.* Florez publicó este opúsculo, tomo IX, pág. 366. El manuscrito de Perez está conforme con las variantes que allí se citan de la edicion de Madrid.—8.ª *Vita septem primorum Hispaniæ episcoporum Torquati etc., qui ab apostolis sunt missi, ex vetustissimo complutensis bibliothecæ codice litteris gothicis scripto.* Segun indica el P. Florez (tomo III, pág. 25), ya no existe este códice complutense. Del mismo publicó una copia Tamayo, la cual asegura que sacó de su mano el Sr. Loaysa. Así que existia sin duda ese original, y la copia de Perez me parece más correcta que la de Tamayo, y en algunos lugares preferible á la que publica Florez del *Leccionario complutense*, aunque en otros está muy equivocada. Por lo ménos el manuscrito que tengo á la vista, copiado de mano de Perez, presenta la lectura del códice complutense en toda su pureza, y los defectos que hay son del que le escribió, algunos de los cuales enmendó Perez al márgen, como van puestos en el puntualísimo traslado que copia en la pág. 388 de dicho tomo.—9.ª *De Ossio Cordubensi, et Gregorio Eliberritano Episcopis historia incerto auctore, ut puto, Marcellino præsbytero; ex codice biblioth. complut. gotthico cum hoc titulo: Incipit acta Sancti*

Gregorii Eliberritanæ civitatis Episcopi , quæ apud Corduba gesta sunt die VIII kalend. Majas. Princ. : *In diebus illis Potamius Odissipone civitatis, etc.* como en Florez desde la línea 6 de este documento (tomo X, página 481), y acaba en el número 4 en aquellas palabras : *Moritur qui propter concupiscentiam fundi fiscalis fidem.* Añade luego el Sr. Perez: *Hic pauca prope finem desunt in cod. complut., discerpto uno folio.*—10. *S. Æmiliani Abb. vita scripta à S. Braulioni Cæsaraug. Episcopo missa ad Fronimianum præsbyterum, cum hymno Eugenii tertii Toletani Archiepiscopi in laudem S. Æmiliani. Ex codice soriensi.* Hace mencion de este escrito de S. Braulio el P. Risco (tomo XXX, pág. 170), despues de Nicolás Antonio y otros. Esta vida de S. Millan, dice Fuster que consta de once hojas de letra muy metida, y que el prefacio comienza así: *Dei viro, dominoque meo et germano Fratri Frimiano præsbytero, Braulius immeritus episcopus salutem. Tempore piæ recordationis domini mei et germani majoris natu, etc.* Acaba: *Incolumem beatitudinem vestram, et mei memorem Christi gratia custodire dignetur, mi Domine. Amen.* La vida, que segun el códice soriense, consta de treinta y un capítulos, comienza así: *In ignia miraculorum apostolici, purgatissimique viri Æmiliani est*, y acaba: *Quinque tribuit nobis ad solatium præsentium miseriarum contemplationem vitæ sanctorum virorum, qui vivit cum Deo Patre, etc.* Sobre S. Millan, en cuyo elogio trabajó San Braulio, disputan los castellanos y aragoneses, queriendo los unos que sea natural de tierra de Rioja, y los otros de Verdejo, junto á Calatayud. Créese que Perez escribió sobre este asunto, al ménos entre sus papeles se halla uno de letra de su escribiente en que se ocupaba de esta materia. —11. *Pauli Diaconi emeritensis liber de vita, et miraculis patrum emeritensium.* El P. Florez le publicó (tomo XIII, pág. 335), sobre cuyas advertencias preliminares pueden hacerse las siguientes observaciones. 1.ª Sobre los códices antiguos de este documento se explica así Perez: *Descriptus ex libro veteri monasterii de Carracedo cisterciensis, prope Ovetum, una cum aliis vitis Sanctorum. Sequitur post opuscula Valerii sine ullo nomine auctoris. Est et in ecclesia Ovetensi, et in monasterio de Valparayso. Fuit in ecclesia Segontina, et Toletanâ; sed nunc deest.* Aquí nombra Perez cinco códices antiguos, que no parecen ser los que, como dice Florez, sirvieron á la edicion de Tamayo. 2.ª Supone Florez que la division de este libro en capítulos no se halla en ninguno de los códices antiguos, y que es obra de algun moderno amante de la claridad. Mas yo hallo esta division en la copia de Perez, que lo es de códices antiguos, con las mismas palabras: *Nos enim partiti sumus in capita distinctionis causa.* Y áun hay que considerar la nota que añade Perez: *In cod. Carracedi desunt capita 2, 3, 4, de Fructuosi libris, miraculis et versibus, quæ in cod. segontino interponuntur. Tamquam ejusdem Pauli inter capita de Augusto pue-*

ro et Nancto (así le llama, no *Nuncto*) *abbate*. Supone, pues, el obispo Perez que en los códices de Carracedo y Sigüenza se hallaba dicha division de capítulos.—3.ª El número de capítulos y el texto está en este manuscrito, como en Florez, con algunas variantes de corta consideracion. Al fin añade Perez: *Textus descriptus est ex cod. Carracedi*.—12. *S. Ildephonsi Archiepiscopi Toletani vita scripta á Cixila Archiepiscopo Toletano*. Idéntica á la publicada por Florez (tomo V, pág. 504).—13.ª *De visione habita Taioni Episcopo in Romanâ Ecclesiâ, et de libro morali in Spaniâ ducto*. Este era el título que tenia este documento en el códice emilianense, de donde dice Perez que le copió. *Extat*, añade, *in cod. gothico toletano in principio Moralium Gregorii*. Sobre esta obra habla largamente el P. Risco, en el tomo XXX, pág. 182 y siguientes de la *España Sagrada*.—14. *Incerti auctoris additio ad chronicon Joannis Biclarensis ab anno* 601 *ad* 742. El P. Florez (tomo VI, pág. 422) supone que en la copia que sacó Perez de un códice de Toledo falta la *especialidad de algunos reinados de los godos*, y asi que es más completa la copia que sacó Mariana de un códice de Soria con el aumento de estos reinados. La verdad es que Perez sacó su copia *ex códice vetusto gothico soriensi*, y más abajo dice: *del libro gótico de Soria, que está en S. Lorenzo con Eusebio y Victor; tambien le tiene Ambrosio de Morales, y en un cuaderno gótico de la librería de Alcalá*. No hay rastro aquí de códice de Toledo. Item: *los reinados de los godos* no estaban en *el soriense;* púsolos Perez al márgen de este manuscrito y de su letra, y son puntualmente las mismas notas que el P. Florez publica con esta señal (**), como ingeridas por Mariana en la copia que sacó del códice de Soria. Siendo, pues, uno mismo el original de que se valieron Mariana y Perez, y hallándose aquí de mano del segundo las notas que se atribuyen al primero, cualquiera podrá juzgar quién las copió de quién. Yo no dudo que éste, con otros escritos de Perez, fueron los que obligaron á Mariana á contarle en la *Tabla de los nombres de los autores, de los cuales recogió su obra*, que se halla al fin del tomo II, edicion de Toledo, 1601.—15. *Adephonsi regis tertii Legionensis cognomento Magni, Chronicon ad Sebastianum, de Regibus Gothorum à Wamba, et Ovetensium usque ad Ordonium primum; scilicet ab anno* 672 *usque ad* 866. Este es el famoso cronicon conocido con el nombre de *Sebastian*, obispo de Salamanca. Sobre su verdadero autor, véase el P. Florez (tomo XIII, pág. 464), el cual dice abiertamente que Perez le atribuyó al rey D. Alfonso III. Aunque en esto mostró su saber afirmando ya entónces lo que muchos años despues demostró Nicolás Antonio en su *Biblioteca*; sin embargo, por amor á la verdad se pondrán aquí sus notas, en que más parece que se dejó llevar de la opinion recibida en su tiempo. *Adephonsi tertii* (dice Perez de su letra) *Regis Ovetensis chronicon, sive Sebastiani Episcopi Salamant.* del libro gótico de Soria. Tiénele tambien Ambrosio de Mo-

rales *desumptum ex veteri ovetensi. Cum illo contuli. M. id est, emendationes ex codice V. Fratris Michaelis Medinæ.* Sobre la dedicatoria de este cronicon: *Adephonsus Rex Sebastiano nostro salutem*, dice al márgen lo siguiente: *ex prologo Pelagii Ovetensis apparet potius Sebastianum esse auctorem. Itaque hic inversio casuum.* Al fin se hallan tambien de su mano estas palabras: *In quodam exemplarii Ambrosii Moralis ad finem addebantur hæc verba: Minus de chronica ab Ordonio usque ad tempus Garsiæ regis filii Adephonsi. Nempe quod desint hic duo reges promissi in titulo. Sed deerant ista verba in codice ovetensi.* Por lo tocante al texto ya dijo el P. Florez que se valió de la copia de Perez que existe en la Biblioteca Nacional.—16. *Sancti Isidori Hispalensis chronicon hebræorum, et romanorum ab ortu mundi usque ad annum Christi* 627, *scilicet* 4 *Sisebuti.* Florez (tomo VI, pág. 433) publicó el texto de este documento por la edicion Real de Madrid de 1597, en cuya ilustracion acaso entenderia el obispo Perez, como hizo con otras obras del mismo Santo. A lo ménos la presente copia está llena de notas marginales de su mano, de las cuales se aprovecharia con utilidad el que emprendiese una nueva edicion. Las notas que autorizan esta copia son las siguientes: *Isidori chronicon del libro gótico de Soria, corregido por L. T., id est, del libro Lucæ Tudensis; et cum codice oxonensi pergameneo, non tamen valde veteri; et cum P. P., id est, Petri Pontii Leonis, Episcopi Placentini novo, sed optimo in* 4.—17. *Sancti Juliani Arch. Tolet. historia de conjuratione Pauli Ducis Galliæ Narbonensis adversus Wambam regem Gothorum.* Florez (tomo citado, página 529) publicó este documento teniendo presente la copia de Perez que se conserva en la Biblioteca Real. Acaso falta en ella la carta del tirano Paulo al rey Wamba, puesto que Florez se resuelve á copiarla de Duchesne. Mas como en este autor no está conforme con lo que aqui pone Perez, la he copiado con las notas marginales de su mano.—18. *Chronicon Regum Wisigothorum Hispaniæ breve, sed diligentissimum per annos et menses, quod puto esse S. Juliani Tolet. Arch., licet aliqui tribuant cuidam Wulsæ Episcopo.* Esto último juzgó Perez en el prólogo á la coleccion de concilios, creyendo con Morales y otros eruditos de su tiempo que hubo un Wulsa obispo, autor de este cronicon. Mas en las notas que puso á la copia que tuvo presente Fuster, parece haber retractado su primer juicio, no siendo poca gloria suya haber hallado por donde apartarse de la opinion comun de su siglo. Dicen asi de su letra. *In codice vetusto ovetensi et cum hoc titulo: Iterum incipit chronica Regum Wulsæ gothorum; ego potius lego wisegothorum ut in codice soriensi. Sequens summa Regum wisegothorum erat in codice gothico soriensi ad finem Juliani Arch. Tolet. esse puto; et quia sua tempora videtur exactè attigisse, nam vixit sub Recesvindo, Wamba et Egica (illud autem de Witiza ab alio videtur additum); et quia idem Julianus in eodem libro ordinem annorum collegit.*

Sed tamen sub nomine Wulsæ Episcopi se reperisse in duobus vetustis codicibus retulit mihi Ambrosius Morales. Extat in bibliotheca Oveti scriptum ante 300 annos. Creditur vixisse ultimis Gothorum temporibus puto falli. Hasta aquí el obispo Perez. Y pues Florez hace el debido aprecio de las apuntaciones, áun las más ligeras de este grande hombre, he querido copiar el texto de esta crónica junto con las notas que puso de su mano, las cuales no vió Florez, como tampoco el original de Soria, de donde es la copia que trae en el apéndice, página 319 de dicho tomo. — 19. *Isidori Pacensis episcopi epitome imperatorum, et arabum, una cum Hispaniæ chronico ab anno Christi* 611 *usque ad* 754. Es copia del códice de Osma y del complutense que menciona Florez (tom. VIII, pag. 269). He aquí las notas de Perez sobre este opúsculo: *Ephemerides arabum*, dice, *quas ex testimonio Vaccei puto esse J. Pacens. descripsi ex libro pergameneo, sed recentiori Eccles. Oxomen., et castigari majorem partem ex fragmen. sex foliorum in membran. gothico scriptorum collegii complutensis, quæ à Morales restituenda acceperat; reliqua erant furto sublata. Erant scripta ternis columnis. Itaque creduntur fuisse ad finem libri gothici etymologiarum. Inde descripserat Lic. Joann. Vazquez del Marmol qui mecum contulit.* Despues de las tablas cronológicas que resultan del cronicon del Pacense dice: *Itaque hic auctor scribit usque ad* 10 *annum Constantini Imperatoris, nempe era* 792, *Christi vero* 754, *mundi* 5955. — *Itaque auctor* 42 *ann. scripsit post ingressum arabum in Hispaniam sub Adephonso Catholico* 3 *rege oveten. et potuit videre ingressum arabum. — Hic auctor annos sarracenorum facit æquales ann. christianorum, cum tamen sarracenici sint lunares* 354 *dierum, christiani vero solares* 365 *dierum, et ita retrocedendo ab anno arabum* 136 *posuit principium egiræ arabum anno* 618, *et fortè ponere debuit anno* 622. — *Hic auctor nihil meminit de Pelagio, et Favilla, Adephonso, regibus primis: fortasse non credidit illos uti titulo regum. Hic auctor, ut puto, creditur á Floriano Ocampo, Julianus diaconus græcus fortè quia vidit hoc opus junctum cum chronico Juliani Toletani de Wamba; et græcum credidit quia scribit de Imperatoribus, non de Regibus Hispaniæ. Sed hic auctor in fine opusculi citat Julianum Arch. Toletan.* — 20. *Sampyri Asturicensis Episcopi chronicon Regum Legioniensium, continuatum post chronicon Adephonsi Regis ab Adephonso III ad Ranimirum III, id est, ab anno* 866 *usque ad* 982. Esta copia sacó el Sr. Perez *ex cod. ovetensi*, y la corrigió *ex chronico gothico albeldensi.* No es fácil averiguar si concuerda con la otra del mismo autor que disfrutó Florez cuando publicó este documento (tomo XIV, página 438). — 21. Otro tanto debe decirse del cronicon del obispo Pelayo, que imprimió Florez (ibid. página 466), y copió el Sr. Perez sin añadir cosa notable, á excepcion de algunas ligeras correcciones. — 22. *Chronicon albaildense editum ab incerto auctore annos Christi* 883 *auctum à*

Vigila monacho albaildense anno Christi 976. Así propone el título de este documento en el índice que formó al principio del volúmen, pero cuando llega á él, le pone como está en Florez (tomo XIII, página 434). Tambien se hallan en este manuscrito las mismas notas que publicó aquel escritor. Añadiremos las que no llegaron á su noticia: *Hoc chronicon*, dice, *ponit prælium Ruderici, et principium regni arabum in Hispania era* 754 *(id est Christi* 714), *tertio idus Novembris: ubi colligit summam regum sarracenorum.* Al fin pone estas palabras: *Hactenus in codice albaildense. In fine ejus libri quibusdam versibus dicitur finitus liber Kalendis Maji era MXIIII, regnante rege Sancio, fratre Ranimiri, et regina Urraca anno* 6 *post mortem Garrcani regis*, en griego *(biothanati)*, *id est, vi occisi, nomen contumeliæ, aut violenti occisoris. Ea vox legitur apud Lampridium in Heliogabalo, et D. Ambrosium in martyrio Gervasii et Protasii, et in historiis martyrologii, in Andrea, Seraphia, et Crescente.* Tiene además otras muchas notas marginales, en particular correcciones del texto, que serian muy útiles para cualquiera nueva edicion. 23. *Ruderici Ximenez Arch. Tolet. de historia arabum Hispaniæ Regum à tempore Mahomet pseudo prophetæ ab anno Christi* 618 *usque ad ann.* 1140, *nempe annum arabum* 339. De este documento dice: *Descriptus est ex codice pergameneo bibl. Tolet. additis etiam aliquot versibus, qui diversis locis deerant ex cod. complut.*—24. *S. Ildephonsi, historia de Regibus Gotthorum sui temporis. Est apud Lucam Tudensem.* Nicolás Antonio (*Bibl. vet.*, lib. V, cap. 6.); Florez (tom. V. pág. 284), y otros críticos españoles tratan sobre el autor de esta obra, los cuales no parece llegaron á tener noticia de la censura que escribió Perez de su mano, y dejó en este volúmen manuscrito y es lo último que contiene.—Tal es la descripcion que hace Fuster de los manuscritos legados por el obispo Perez á su iglesia de Segorbe; en cuanto á sus obras, hé aquí la relacion que hace de ellas Jimeno en el tomo I, página 200 de su *Biblioteca de Escritores Valencianos.* 1.ª *Notæ ad Concilia Hispaniæ.* Recogió, ilustró y enmendó veinte, que el cardenal Quiroga, siendo obispo de Cuenca, envió al soberano pontífice Gregorio XIII, parte de los cuales se publicaron en la coleccion de Loaysa, como dice D. Nicolás Antonio y despues todos en la de Aguirre.—2.ª *Series Conciliorum Hispaniæ ante arabum Maurumque adventum.*—3.ª *Series Regum gothorum Hispaniæ.* Estas dos breves y eruditas cronologías fueron á Roma al mismo tiempo que los concilios, pero el cardenal Aguirre las imprimió despues de D. Antonio Agustin, en el tomo I de su *Coleccion de los Concilios de España.* Si bien debe advertirse, como lo observó con juiciosa crítica D. Gregorio Mayans, que nuestro *autor*, á quien llama *varon á todas luces grande y respetable*, sigue en estos escritos la opinion vulgar y universal en su tiempo de que la era precedia treinta y ocho años al cómputo de la Natividad, siendo así que precede treinta

y nueve, como lo demuestra el marqués de Mondéjar en su obra sobre la *Era de España*. — 4.ª *Notæ ad librum Sancti Isidori De Viris illustribus, et ad Sancti Ildephonsi ejusdem argumenti libellum, sive additionem*. Se publicaron en la edicion que se hizo en Madrid en la imprenta real de las obras de San Isidoro, año de 1599. — 5.ª *Notæ in quibus tuetur epigraphem Synodi Toletanæ, et adversus scrupulosos quosdam ostenditur Concilium provinciale appellari posse sanctum*. Trata en este opúsculo de la sínodo celebrada por el cardenal Quiroga en 1582, de la que fué secretario y uno de los varones más distinguidos de aquel gravísimo congreso juntamente con el célebre doctor Benito Arias Montano, como lo refiere el cardenal Aguirre, quien insertó las referidas notas en el tomo 4.° de su coleccion.— 6.ª *Carta al Mtro. Cristobal de Palomares, bibliotecario de la Santa Iglesia de Toledo*, fecha en Segorbe á 28 de Enero de 1595. En ella dice: «Estos dias escribí al P. Higuera, diciéndole que es fingido el Chronico de Fulda en nombre de Dextro y Máximo, cuya copia aquí tengo, y puedo probar ser fingido con cien argumentos, pero no tengo lugar para escribillos.» Formó, sin embargo, (7.ª) unas *notas* muy eruditas contra los referidos cronicones, las que no llegaron á ver la luz pública hasta que las insertó Nicolás Antonio en el tomo II de su *Biblioteca Nueva*. Con la referida carta envió al Mtro. Palomares un (8.ª) *Dictámen* sobre un aparador de cobre que se halló en un cimiento de Toledo, señalado con una *C* y *S* y una corona Real encima. *Papel* y *Carta* que se imprimieron en la censura de *Historias fabulosas* de Nicolás Antonio. — 9.ª *Coleccion de antiguos historiadores españoles* no publicados durante la vida de Perez; se guardan manuscritos en dos tomos en fólio en la Biblioteca Nacional de Madrid, y sin duda tambien en la de Segorbe, segun la minuciosa relacion que hemos tomado de Fuster. Pensábala imprimir Perez segun lo dice en la última nota que hizo á la *Vida de S. Julian*, escrita por Félix, arzobispo de Toledo, pero solo han visto la luz pública algunas pequeñas crónicas de esta coleccion, que dió á la prensa D. Juan Ferreras en 1727, pero muy mal copiado por ineptitud de los paleógrafos.—10. *Apuntamiento para la historia de Toledo*, dos tomos en 8.° manuscritos, que pertenecieron al erudito Mayans, quien sacó una copia para la Biblioteca Nacional.—11. *Notas marginales á la Historia de España, intitulada el Moro Rasis*, sobre la cual «dice Jimeno: Los autores de la insigne obra *Acta Sanctorum* se valen de esta historia, aunque de autor infiel, para la traslacion del cuerpo de S. Vicente mártir, desde nuestra Valencia á los Algarbes, y D. Martin Carrillo hace lo mismo; pero el marqués de Agropoli y Mondejar la tiene por fabulosa, y Mayans por fingida y falsamente atribuida á Rasis, por otro nombre Abubeker, médico célebre y escritor de medicina, contemporáneo de Abderramen, rey de Córdoba. Gaspar Escolano cita unas *notas marginales de Perez á la Historia de*

España, sin decir de qué autor, aunque afirma ser obra diferente.»—12. *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada, escritas con nombres de algunos santos, este año* 1595. Opúsculo en que prueba con quince argumentos llenos de erudicion, que aquellas planchas eran modernas y fingidas por hombres que sabian muy poco de historia y antigüedades eclesiásticas. Parece que vió este escrito, añade Jimeno, Pedro de Valencia, cordobés, eruditísimo discípulo de Arias Montano, y que le aumentó con un opúsculo latino manuscrito *De Sacris Granatensibus similiis*, que cita D. Nicolás Antonio en su *Biblioteca* tratando de nuestro Perez. D. Gregorio Mayans me ha dicho que vió el parecer que Pedro de Valencia escribió en español contra las mismas láminas, que con otros manuscritos compró el rey de Portugal de un librero de Madrid, y que allí dice Pedro de Valencia las palabras siguientes. «Contra las láminas tambien han argüido muchos, y señaladamente el obispo de Segorbe, varon de gran piedad y doctrina.» El mismo D. Gregorio conserva en su librería el *Parecer* de Perez, y ha comunicado copia, la cual yo he visto á mi espacio, á la librería de Sto. Domingo de esta ciudad (Valencia). Y tambien ha comunicado á la misma otra copia de otra carta que el P. Juan de Mariana escribió á D. Pedro de Castro y Quiñones, arzobispo de Granada, en el año 1597, dándole á entender con gran prudencia la ficcion de dichas láminas. De donde se colige claramente cuán falso es lo que dice el canónigo D. Diego de Heredia en *Mystico Ramillete*, página 24, que el P. Mariana aprobó las láminas granatenses. Así el parecer del obispo Perez, como esta carta con otra de D. Gregorio Mayans en que explica con acierto el sentido de aquella, se hallaban en la referida libreria ó biblioteca del convento de Sto. Domingo de Valencia.—13. *Arbol genealógico de la casa de los Borjas*, citado por Escolano, aunque no se dice si llegó á ver la luz pública.—14. *Catalogus Episcoporum Segobricensium*. Sin duda manuscrito como el anterior, pues Jimeno no añade nada acerca de él.—15. *Constituciones sinodales Segobricenses*, las cuales se adoptaron en un sínodo que celebró en 28 de Octubre del año 1592.—16. *Fundaciones y dotaciones de las prebendas y beneficios eclesiásticos, así de la catedral como de las parroquias del obispado de Segorbe*. Obra citada por Fuster, y en la que, segun Jimeno, ocupó dias y noches este sabio Obispo y gastó mucho dinero en sacar escrituras antiguas para dejarlo todo bien arreglado y con distincion y claridad en dos libros que formó, uno en que puso todos los títulos de las prebendas y de los beneficios de la catedral, y otro de todas las iglesias parroquiales de su diócesis. De los demás manuscritos nos referimos á lo arriba expresado, pues en Jimeno se encuentra solo una relacion muy sucinta, lo que no es en verdad nada extraño, porque debe tenerse presente que Fuster, que le es posterior, al formar la suya, lo que asegura haber hecho per-

sonalmente, pudo aprovecharse de los trabajos de Villanueva, que en su *Viaje literario á las iglesias de España* abrió el camino que siguieron despues muchos, con tan buen éxito y acierto como hemos tenido ocasion de verlo en el artículo presente. — S. B.

PEREZ (Fr. Leon), religioso franciscano, natural de Huete, en el obispado de Cuenca, é hijo de Fernando Perez y Luisa de Santa Cruz, los que le educaron en santas y virtuosas costumbres. Llegado á la juventud decidió seguir la carrera militar y marchó á Flandes, donde militó por algun tiempo, hasta que movido de inspiracion superior decidió volver á España, y lo hizo con licencia de su general, desembarcando en Almenara, villa del reino de Valencia. Habiendo sabido que habia allí entónces un convento de la Orden Seráfica, se presentó en él y manifestó al prelado, que era Fr. Pablo de Lausano, el objeto que allí le llevaba, quien reconociendo su buen espíritu en su afectuoso fervor y humilde rendimiento, le detuvo algunos dias, miéntras escribia al ministro provincial para que diese órden de admitirle. Obtenida la correspondiente licencia, recibió Perez el hábito con grande devocion y no ménos alegría de la comunidad, por haberse traslucido el resplandor de la divina gracia que iluminaba á su elegido. Viéndose ya el nuevo soldado de Cristo con el deseado hábito, que le obligaba á seguir una milicia tan heróica como es la evangélica que profesan los hijos de S. Francisco, procuró emprenderla con santo valor y denuedo. Hizo el año de probacion con tan fervorosos designios, ocupándose en los ejercicios penales y espirituales propios de los novicios; y habiendo llegado el plazo en que habia de confirmar con solemnes votos, hizo profesion de la apostólica regla en el convento de S. Francisco de Benicarló, donde habia sido trasladado el año de 1581, á la edad de treinta y siete. Viéndose ya ligado á instituto de tan grande perfeccion, y que si ántes le habia elegido voluntariamente estaba ya obligado á seguirle, hizo firme y eficaz propósito de poner en ello todas sus fuerzas, no contentándose con lo acostumbrado en la comunidad, sino anhelando la perfeccion en todo género de virtudes. Las principales en que se distinguió fueron la humildad y obediencia, dando de ellas tales ejemplos que certificaron algunos religiosos que era tal su propension á abatirse, que hallándose en el convento de Murcia, siendo ya religioso antiguo se postraba delante de los novicios como si fuera inferior á ellos; y cuando oia que le alababan, manifestaba grande sentimiento, indicando con palabras y obras cuánto aborrecia la estimacion humana y el vano aprecio de las criaturas. Afirmando lo mismo algunos seglares, á quienes admiraba ver á un religioso, lleno de venerables canas, tan humillado y atado siempre á la puntual obediencia como pudiera el más obediente novicio. No fué ménos celebrada la notable delicadeza con que se le vió siempre guardar en toda su

pureza el candor de la castidad, pues además de las continuas mortificaciones con que combatia su carne para reprimir sus estímulos, la circunspeccion y recato con que se guardaba de cualquiera ocasion, llegaba á ser á veces extremada. Jamás se le notó risa vana ni ociosa, y se hallaban muy léjos de él la sospecha, malicia ó murmuracion. Fué tan grande el celo que tuvo de la honra de Dios y de la edificacion de los prójimos, que pasaba grandes penalidades para darles buen ejemplo en todo. A pesar de su avanzada edad de más de setenta años, y de la fatiga que le ocasionaba la pesada carga de las limosnas, no admitia en las casas de los seglares alivio ni regalo alguno, y ni áun queria comer en ellas; y si alguna vez le obligaba la necesidad, lo hacia con grande templanza. Por lo poco que dormia durante la noche no queria otra cama que un poyo ó el duro suelo. Sus pláticas y conversaciones eran todas muy piadosas y en grande utilidad de las almas, exhortando á cada cual á cumplir sus obligaciones segun su estado, y dando con respecto á ellas consejos de grande discrecion con tanta eficacia de espíritu, que imprimia sus palabras en los corazones y movia con suave fuerza las voluntades. Tenia especial gracia de hablar dulcemente de Dios, de manera que el oirle inflamaba en el divino amor, y no se podia creer que un hombre sin instruccion alguna penetrase tan profundamente los divinos misterios y las cosas del cielo, sin que en sus inspiradas explicaciones le diese el Espíritu Santo particulares luces, y que de haber gustado las delicias de la caridad hubiese conocido las riquezas de la verdad, pues solo el que se goza en Dios y se une por amor con él es quien le conoce. Para estas comunicaciones divinas se dispuso el siervo de Dios con particular estudio, haciendo un gran vacío en su interior, y derribando del altar de su corazon los ídolos de las aficiones terrenas, y aniquilando el propio interés y voluntad. Hallándose así dispuesto, se apoderó el Señor de su alma, y «la hizo su pacífico trono, dice »la *Crónica*, llenándola de resplandor, de serenidad y alegría. De este asiento »que en el ápice de su espíritu tenia la Majestad soberana, procedian como »de alta fuente las corrientes de las misericordias divinas, que le arrebataban »y abismaban en Dios; de aquí los sentimientos delicados y íntimos que le »derretian y transformaban en él; de aquí los impulsos y toques que excita»ban sus amantes ansias; de aquí los avisos y sofrenadas para moderar las »pasiones, regir los afectos, traer á rienda los apetitos; y finalmente, de aquí »los ardientes estímulos de la caridad, imperioso móvil de las virtudes. Son »las virtudes sin la caridad como los colores sin luz, ó como sin calor los »carbones.» Sabiendo esto el siervo de Dios Fr. Leon no dejaba un punto de alentar esta piadosa fragua. Deseaba, cuando no podia remediar las necesidades y penas, quitárselas al que las tenia, y así lo hacia en las que eran materiales, alegrándose en padecer hambre por socorrer con su comida al

hambriento, careciendo áun del preciso descanso por que tuviesen sus hermanos alivio. Dió á conocer en esto el fuego de su caridad, que nunca le permitia estar ocioso. Terminado el desempeño de su cargo, acudia á ayudar á los demás, haciéndolo esto no solo cuando sus fuerzas se hallaban en toda su robustez, sino tambien en los últimos años de su vida, cuando aunque flacos sus miembros no se hallaba entorpecida su piadosa actividad; y así, aunque los prelados quisiesen aliviarle de un trabajo que excedia á sus fuerzas, se negaba á ello, como sucedió á Fr. Juan Olarte, guardian del convento de Murcia, quien procuró con sus ruegos y razones convencerle para que atendiendo á su mucha edad y escasa salud, dejára el cargo de la limosna que salia á pedir á la huerta, por ser muy penoso y difícil, y más para él, que por lo mucho que todos le amaban, aumentaban su caridad, y así volvia siempre cargado mucho más de lo que permitian sus fuerzas. Además de que tenia que sufrir el rigor de las estaciones pasando el verano expuesto á los calores, que son muy grandes en la huerta de Murcia, y en invierno á las aguas é inclemencias del tiempo, de manera que cuando su regreso, parecia que no podria salir ya en muchos dias del convento; pero apénas llegaba el lunes se presentaba á recibir la bendicion del prelado para continuar su tarea con una laboriosidad admirable. Dábale licencia el prelado á condicion de que aquellas cargas tan excesivas que solia llevar las disminuyese, y pues habia tantas heredades de personas devotas dejase la limosna en alguna de ellas para que se trajese despues; y aunque lo hacia así algunas veces, era tanta la devocion que le tenian todos, que cuando llegaba al convento, iba ya con igual ó mayor carga, lo cual visto por el guardian, reconocia que aquella era obra de nuestro Señor, que le daba vigor y aliento para tan insoportable fatiga por la devocion que causaba verle hacer aquel ejercicio con tanta caridad y alegría, y con tanto rigor penitente y ejemplos de excelente virtud, y lo que es más, con un celo ardentísimo del bien de las almas, encaminándolas con eficaces medios á la salvacion. Por lo cual era mirado de todos como santo y tenido en grande estimacion por los más principales de Murcia, tanto que queriendo en una ocasion castigar á uno el corregidor, compadecido el siervo de Dios de él, fué á rogarle que le perdonase, y no habiéndolo querido hacer mediando personas de mucho respeto, no pudo resistirse á su ruego, diciendo que solo lo hacia por él. El P. Fr. Eugenio Chaves dijo de nuestro Fr. Leon, que en la pureza de virtudes, fervor de caridad y continua mortificacion de las pasiones y sentidos, y en particular de la vista, era verdadero retrato del patriarca S. Francisco. «Fué, dice el cronista, cauto con sinceridad, simple »con prudencia admirable; en lo puro de la conciencia un cristal deli»cado; en lo rígido de la penitencia, un hombre hecho de pedernal, que

»ni los años, ni los achaques, le pudieron jamás persuadir á que remitiese »las austeridades, las disciplinas, ayunos, vigilias y mortificaciones, en las »cuales se dice de él que toda su vida fué un perfecto novicio. La integri»dad en la guarda de su profesion, y de todas las constituciones de la descal»cez, excedió mucho á lo obligatorio: su pobreza y estrechez fueron raras, en »fin, como de varon evangélico: hallarse en los actos de comunidad siempre »que podia, era tan connatural en él como á los peces el estar en el agua, y »el perseverar dia y noche en oracion vocal y mental, érale tan suave y fácil »como lo es el respirar al viviente. No me atreviera á afirmar aqui lo que se »dice de sus largas vigilias, si no hubiese referido ya que ordinariamente lo »que dormia era tan poco que podia pasar por vigilia; dulce y regalado sin »duda debia ser el sueño y quietud que gozaba en las suspensiones menta»les, porque de otra suerte no pudieran las potencias y los sentidos llevar »tan continuo desvelo, ni la fragilidad de la carne ceder de su necesario »reposo, ménos que participando el del alma, y adormeciéndole y traspor»tándole los olorosos humos del vino con que embriagaba la caridad su es»píritu. Todo este tiempo que velaba el siervo de Dios, era á fin de mejor »disponerse para recibir mayores comunicaciones de gracia en la divina me»sa, donde el que es manjar de los ángeles se dejó sacramentado á los »hombres. La devocion, piedad y ternura con que recibia al Señor, ocasio»naba una santa envidia á los que le miraban, y les servia de estímulo para »ejercitar el hambre de aquel pan de vida. Estábase en su divina presencia »el enamorado varon cuantas horas le daba lugar la obediencia con afecto »de amoroso hijuelo á vista de su dulce madre. Asistia al sacrificio inefable »de la Misa con singular reverencia y afecto, y ayudaba cuantas podia con »extraordinario consuelo. La llave de todas las virtudes y gracias era la devo»cion de María Santísima: de ella fió siempre todos sus bienes, sacrificábale »humildes deseos, no satisfaciéndose de ninguna fineza que por su amor hi»ciese, pareciéndole indignos servicios para tan gran Señora: gozábase en »sus glorias, y invocaba su auxilio para sí y para todos los pecadores.» Huyendo este siervo de Dios de los aplausos y honras que le hacian todos en Murcia, pidió licencia para trasladarse al convento de Huescar, donde iba por guardian Fr. Juan Olarte, que le tenia particular afecto. Fué esta mudanza contra el parecer de todos los religiosos prudentes, por ser aquella tierra muy áspera y fria para un sugeto de tantos años. Vióse presto el efecto, pues murió al cabo de seis ó siete meses, habiendo ocasionado su enfermedad una gran nevada que le sorprendió en el camino de Ozze y Galera, yendo á cumplir un precepto de la obediencia. Fué bastante ligera su enfermedad, tanto que la pasó en pie, hasta que consumidas las fuerzas, y acabado el calor natural, se postró por completo. Hallándose cercano á la muer-

te, acudió á visitarle el gobernador, regidores y lo principal del país, encomendándose á sus oraciones por la opinion que en los pocos dias que habia estado en aquella ciudad habia adquirido de virtuoso y santo. Confirmóla con su feliz tránsito, que fué á correspondencia de su vida, recibiendo ántes los sacramentos con grande afecto y edificacion de la comunidad. Murió este siervo de Dios en Marzo de 1619, á la edad de setenta y tres años y treinta y ocho de religion. Apénas se supo su muerte, acudió mucha gente á venerar su cuerpo, que apénas podian defender los religiosos, no bastando su mucho cuidado para que no le dejáran desnudo, cortándole la mayor parte del hábito para reliquias, de manera que fué necesario ponerle otro para enterrarle. Un rosario, una estampa y unas disciplinas que se encontraron en su celda, se regalaron á las personas más distinguidas de la ciudad. —S. B.

PEREZ (Fr. Martin), religioso gerónimo del monasterio de Cotalba: ántes de tomar el hábito fué almogábar, y siendo ya religioso, aunque lego, llegó á gran perfeccion, distinguiéndose en la virtud de la obediencia. Refiérense de él diferentes milagros, y parece tuvo la facultad de sanar á los enfermos, porque se atribuia á especial poder de Dios, pero al fin de su vida, dice la crónica; se puso leproso, y así murió, porque quiso nuestro Señor que si alguna escoria le quedaba del trato de la conversacion humana, se purificase en esta vida, porque en aquella ciudad de Jerusalen, *inquinatum quid, impossibile est introire.* —S. B.

PEREZ (P. Mtro. D. Fr. Mateo). Fué sobrino del venerable Jacobo y nació en Engra, villa del reino de Valencia. Tomó el hábito de la órden de San Agustin en el convento de esta ciudad, donde vivia su tio, y á su lado siguió los estudios, llegando á ser tan excelente teólogo como célebre predicador. Fué lector de filosofía y teologia en el convento de Valencia, y terminados sus estudios, le nombró el general maestro de la Orden. Fué tambien catedrático de vísperas en la universidad de Valencia y regente de estudios de su convento. Además de estos cargos ejerció los de presidente del capítulo provincial de su provincia, varias veces vicario general del convento de Castellon de la Plana, provincial de la provincia de Aragon y prior dos veces de su convento de S. Agustin de Valencia. A la muerte de su tio fué nombrado obispo cristopolitano y gobernador del arzobispado de Valencia. Mas sus virtuosas costumbres le hicieron continuar viviendo como religioso, teniendo una celda reservada y llevando su modestia hasta el extremo de continuar regentando cátedras, no obstante que no por esto olvidaba los deberes que le imponia su dignidad episcopal. Despues de haberse distinguido mucho por sus méritos y virtudes, falleció á 4 de Marzo de 1507, siendo enterrado en el convento de S. Agustin de Valencia, en la sepultura de su tio, con

gran sentimiento del clero y los religiosos, que solo tenian motivos de apreciar su nombre.—S. B.

PEREZ (Madre Sor Mauricia), religiosa agustina, natural de Valencia. Tomó el hábito y profesó en el convento de nuestra Señora de la Esperanza de aquella ciudad, distinguiéndose en todos géneros de virtudes, pues tuvo una humildad tan profunda que solo la excedió su asiduidad en la oracion, sus continuas penitencias, su extremada caridad y pobreza, su puntual obediencia y su angélica pureza. Gobernó santamente su convento por espacio de tres años, ganándose la estimacion de todas las religiosas. La oracion era el ordinario pasto de su alma, y la comunion, que recibia diariamente, le daba nueva fortaleza para caminar hácia su celestial patria. Murió en 29 de Junio de 1672, dejando la mejor opinion de su virtud y santidad.—S. B.

PEREZ (D. Miguel), racionero de la santa iglesia catedral de Granada y capellan de aquella capilla Real, se distinguió por sus estudios en las matemáticas, y tradujo del italiano, haciéndola algunas adiciones, la obra de Juan Pablo Galucio, titulada: *Teatro y descripcion del mundo y del tiempo* Granada por Sebastian Muñoz, 1614, en fólio.—S. B.

PEREZ (Fr. Nicolás), religioso mercenario, maestro general de su Orden en 1363. Era natural de Valencia, doctor en derechos, hombre de mucha erudicion y letras, gozando de tanto crédito que hasta en la Curia romana, que estaba entónces en Francia, llegaba su fama y se escuchaba su opinion y voto en las más célebres causas eclesiásticas: así, por parecer á toda la Religion Mercenaria que la convenia ser gobernada por un varon tan docto y tan conocido y estimado de todos los príncipes eclesiásticos y seglares, decidieron fácilmente su eleccion. Gobernaba entónces los reinos de Aragon el rey D. Pedro IV, quien le habia tomado el año anterior las villas de Alicante, Muela, Callosa, Denia, Gandia y Oliva, y habia sitiado á la misma ciudad de Valencia. Hallábase por lo tanto D. Pedro de Aragon en campaña, y ocupado en el cerco de Orihuela y socorro de Murviedro, de donde habia hecho retirarse á los castellanos, cuando tuvo noticia de la eleccion del nuevo Maestro General de la órden de la Merced, que le escribió el mismo Padre Perez. Contento el Rey con las ventajas que habia tenido, recibió con gusto el aviso, además de que miraba con grande aprecio la persona del maestro Perez. Causó tambien su eleccion grande alegria en su patria, Valencia, creyendo todos que se habia hecho la eleccion que necesitaba la Religion Mercenaria, por ser el nuevo General un hombre muy sabio, prudente y á propósito para su gobierno. Confirmó en esta opinion el P. Maestro General á los que habian formado de él este concepto, porqué convocó luego á capitulo en la misma ciudad de Barcelona para el mes de Junio de aquel año, que era el de 1363, tratando en todas las ocasiones que se ofrecian del deseo

que tenia de ver reformada la religion, y que cesase la relajacion que habia en muchas cosas y se volviese al antiguo rigor de la observancia primitiva. Comenzó á ponerse en ejecucion este mandato, y sin duda hubiera aumentado mucho en esplendor la religion, segun prometian tan buenos principios, si el celo del nuevo General no se hubiera resfriado por dedicarse á otros asuntos que no tardaron en ocupar toda su atencion y cuidado. Tenia el Mtro. Fr. Nicolás Perez prendas para mayores prelacías y dignidades, aunque se hallaba muy llevado del amor propio, defecto de que le acusan todos los cronistas. Apénas comenzó á gobernar la religion despues de celebrado el primer capítulo general, procuró con el mayor empeño servir al rey D. Pedro IV de Aragon, de quien la Orden se hallaba muy reconocida y agradecida por los favores que diariamente de él recibia, además de los que habia merecido de los reyes antecesores suyos, habiendo tenido por fundador y primer patrono al rey D. Jaime. Para dar una cumplida satisfaccion al rey D. Pedro y demostrarle que se hallaba enteramente á su devocion, hallándose el Mtro. Fr. Nicolás Perez en el convento de Barcelona, en el mes de Setiembre del año segundo ó tercero de su generalato, con acuerdo de los PP. de la Orden que se hallaban presentes, despachó á todos los conventos sus letras y una patente en esta forma: «Nos Fr. Nicolás Perez, »por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, Maestro General de la Orden »de nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos. Considerando que »el ilustrísimo y magnífico príncipe el Rey nuestro Sr. D. Pedro, por la gra»cia de Dios, Rey de Aragon; siguiendo las pisadas de sus progenitores, que »fundaron en su principio nuestra religion, y la dotaron, nos es tan devoto, »que con esmero y fervoroso celo nos ampara, favorece y ayuda. Deseando, »pues, que así nosotros como los demás religiosos de nuestra Orden, no cai»gamos en culpa de desagradecimiento, ántes para Dios y para los hombres »mostremos haber sido y ser agradecidos á tan grandes beneficios y mercedes »recibidas, y que seamos conocidos por gente agradecida y que sabemos ser»vir (como lo debemos) al dicho señor Rey en todos los negocios de mucha ó »poca calidad, una y muchas veces cuando S. M. se sirviera ocuparnos, man»darnos, enviarnos, así á nuestra propia persona como las de los demás re»ligiosos nuestros, y obligarnos á hacer en su servicio cualquiera cosa que lo »fuese del suyo, así en los negocios que se ofreciesen dentro de España como »en los ultramarinos y fuera della, sin aguardar ni atender á otra licencia »de otro prelado ó superior más que la voluntad de S. M. Por tanto conce»demos y damos nuestra llena y cumplida potestad al Ilustrísimo Rey D. Pe»dro de Aragon, señor nuestro. Mandando en virtud de santa obediencia á »cualquiera religioso de nuestra Orden, así á los que agora son como á los »que adelante fuesen, que luego que les constase de cualquiera mandato y

»órden de S. M., le obedezcan y acudan á cualquiera negocio que le tocare y »les fuese encomendado, en cuanto les fuese posible, y no le dejen ni des»amparen hasta ponerle en debida ejecucion, y de aquella manera y en el »modo y forma que S. M. lo ordenare y dispusiere, le obedezcan, le obser»ven y cumplan, sin aguardar otra nueva órden ó órdenes del prelado, ó pre»lados y superiores suyos de la dicha religion. En testimonio de lo cual di»mos esta nuestra presente carta, y la mandamos sellar, y dar con el sello »pendiente de nuestro oficio. Dada en Barcelona á 26 dias de Setiembre del »año del nacimiento del Señor de 1366.» Y está refrendada y rubricada abajo del Mtro. Garcés ó Agres, segun el P. Remon, que no pudo leer bien el nombre del secretario. En esta carta ó patente, y en la sumision que en ella manifiesta el Maestro General de la Orden á la voluntad del Rey, se demuestra con evidencia el deseo que tenia, no solo el Maestro General sino tambien toda la religion, de dar satisfaccion al rey D. Pedro IV por algun resentimiento que anteriormente habia tenido. Esta patente y carta terminó por lo tanto todas las diferencias, debiéndose al celo y prudencia del Maestro Nicolás Perez. Pero en este asunto más bien se le culpa de solicito que de descuidado, y de lo que se le acusa es de haber andado algo remiso en elgobierno de la religion. Siendo así que de sus intereses particulares era en extremo celoso; pues pretendia honras y dignidades del Pontífice Romano por medio del rey D. Pedro de Aragon, y tal vez hubiera visto logrados sus deseos sin la muerte del cardenal arzobispo de Toledo D. Gil Alvarez de Albornoz. Habíase granjeado el General la amistad y favor de este prelado, tanto por medio de sus amigos como por dos informaciones que hizo en derecho, relativas al patrimonio de la Iglesia de Italia, las que le remitió cuando gobernaba los estados que tiene el Pontífice en Italia. Era el Mtro. Perez doctor graduado en ambos derechos, y así se le llama en los *Anales de Barcelona* y se titulaba en todas sus patentes, y consta así tambien de dos testimonios que dieron dos comendadores de la órden de la Merced en aquella época, llamados Fr. Arnaldo de Arenlis, comendador de Carcasona, y Fr. Bernardo de Llano, comendador de Tolosa y vicario provincial de la provincia de Francia; los cuales haciendo una relacion del dinero que se gastó en dos redenciones que se hicieron, dicen: «Por mandado de nuestro Reverendisimo P. Mtro. General Fr. Nicolás Perez, doctor en entrambos derechos.» Sus conocimientos en derecho le animaron, apénas llegó á Maestro General de toda la Orden, á aspirar á puestos más elevados. Algunos autores dicen que tuvo medio de insinuarse con el Pontífice para que se le diese el capelo de cardenal, mas no lo consiguió á pesar de todos los medios que empleára, siendo causa quizá, dice el cronista, el mucho cuidado y desvelo con que traian estas pretensiones de Roma á nuestro General, el que quedase descuidado en las cosas de

la religion, ganándose enemigos y áun perdiendo la fama que adquirió con las letras. Confírmase este descuido por las visitas que hizo y los capítulos que celebró en los treinta y siete años que estuvo al frente de la Orden; pues la mayor parte de ellos los celebraba por medio de vicario, y en las visitas que se hicieron en su tiempo en la corona de Castilla á los conventos de Guadalajara, Toledo y Valladolid, no asistió á ninguna, pues constan los nombres de los vicarios que visitaron por él. Lo más extraño es que celebrándose capítulo general en el año de 1397 en la ciudad de Carcasona, tampoco asistió á él y dió sus veces al V. P. Fr. Guillermo Vives, prior de Barcelona. Pero esta acusacion no nos parece muy bien fundada, pues sabido es que el prior de Barcelona ocupaba el primer lugar y llevaba la voz en los capítulos generales de la órden de la Merced; y así el descansar en el prior no es una falta tan grave como han supuesto despues algunos cronistas, fundándose principalmente en que en aquel capítulo se trataron cosas muy graves é importantes para toda la Religion, y entre ellas el modo de dar sucesor á los generales, fuese cualquiera la forma en que vacase esta dignidad por muerte, promocion ó renuncia, segun consta de un acta del referido capítulo general de Carcasona, en que se lee lo siguiente: «En »el tiempo del mismo Maestro General fué celebrado el capítulo ge»neral en la villa de Carcasona, año de 1397, el cual celebró por el »Maestro General el V. P. Fr. Guillermo Vives, prior de Barcelona; y una »de las cosas de importancia que en el se trató fué: si vacase el oficio de »Maestro General cómo se le habia de dar sucesor; asistiendo á este capítulo »por la provincia de Provenza Fr. Pedro Guillimone, comendador de Perpi»ñan, y por su compañero, sustituto y consiliario Fr. Raimundo de Vallibus, »comendador de la ciudad de Tolosa. Asimismo asistieron Fr. Juan de Cire»ra, comendador de Tarragona, por la provincia de Cataluña y por su »consiliario y compañero Fr. Juan de Gilaberto, comendador de Lérida. »Asistieron tambien Fr. Martin de Sijo, vicario de Monte Floreto, por la pro»vincia de Aragon, iba por su compañero y sustituto Fr. Pedro Bauguierri, »comendador de Pamplona. Y asistieron, finalmente, Fr. Bernardo Isasa, »comendador del Puche, por la provincia de Valencia y por su compañero »y consiliario Fr. Bartolome Martinez, comendador de Arejinas; estos vo»cales, entre otros muchos que asistieron, fueron nombrados por electores »de Maestro General, con poder de darle sucesor en caso de promocion ó »cesion; y para las redenciones que se siguiesen fueron nombrados Fr. Ber»nardo de Plano, comendador de la ciudad de Tolosa y vicario provincial de »la Provenza, y Fr. Arnaldo de Axeurves, comendador de la villa de Car»casona.» Inútil es decir despues de la lectura de estos documentos que en este capítulo se trató del objeto principal del instituto de la Merced, es de-

cir, de la redencion de cautivos. En efecto, á pesar de todas las acusaciones que le dirigen los cronistas, no se atreven á acusar al Mtro. Perez en este punto, ántes bien dice terminantemente el P. Remon al llegar á este punto: «En lo que tuvo buena suerte el Mtro. Perez fué en la grande copia de di»neros que se juntó en su tiempo para la redencion de cautivos, porque se »hallaron en los archivos y arcas de los depósitos de la redencion siempre »mayor copia de dineros y limosnas que en todos los tiempos ántes desde »la fundacion de la Religion; y así lo dan á entender nuestras constituciones »antiguas y modernas, diciendo que juntó innumerable copia de limosnas y »dinero, para que nos consolemos de que si por una parte padeció su opi»nion y fama en ser remiso y gobierno, por otra la aumentó y mereció con »Dios en la grande solicitud que puso en que el intento y fin para que fué »fundada esta religion viniese á ejecucion debida; y así se hicieron en sus »tiempos, en treinta y siete años que le duró el gobierno, gran número de »redenciones. Ayudábale á juntar tantas limosnas aquella su erudicion y elo»cuencia con tan buena gracia y letras con que escribia á los príncipes cris»tianos de España, para obligarlos á que diesen sus limosnas para esta santa »obra de la redencion, y no fué el que ménos la favoreció con ellas, por los »años de 1370, el rey D. Enrique de Castilla, que despues de la muerte del »rey D. Pedro, su hermano, viéndose señor de toda la corona de estos rei»nos, que entónces poseian sus antecesores, ayudó con buena parte. Lo »mismo hacia el rey D. Pedro IV de Aragon. Tambien halló algunas limos»nas cuantiosas en algunos caballeros particulares, que le socorrieron con »ellas, especialmente de Castilla Pedro Fernandez de Velasco, estando en el »sitio de la ciudad de Zamora; y asimismo de Galicia Pedro Ruiz Sarmiento »y Pedro Ruiz Manrique; y áun desde la raya de Portugal le envió sus li»mosnas D. Fernando de Castro y otros caballeros, cabezas de la nobleza de »Galicia. No solo fué esto lo que mereció y alcanzó el Mtro. Perez de los re»yes que por estos años reinaban en España, Italia y Francia, sino que tuvo »suerte y mano con ellos para ganar la confirmacion de muchos privilegios »que habian dado y concedido á nuestra Religion en diferentes ocasiones y »tiempos.» Muerto Urbano V, le sucedió Gregorio XI, llamado ántes el cardenal Pedro de Velforte, natural del Limosin, en la provincia de Tolosa en Francia, y sobrino del papa Clemente VI; como el nuevo Pontífice era un hombre muy docto, en particular en las facultades de ambos derechos, se comunicaba por cartas con el General, enviándole varias consultas, de manera que llegó á ser su favorecedor y protector, animándole para continuar en sus pretensiones la buena acogida que mereció siempre al pontífice Gregorio por sus buenas cualidades, y en particular por una informacion en derecho, en que le mandó Su Santidad ocuparse en competencia de otra que

habia presentade el doctisimo D. Martin Calva, doctor en ambos derechos, á quien llamaban en su época *el nuevo Baldo de los juristas*, y quien fué despues elegido obispo de Pamplona. Florecia en aquel siglo en santidad, ejemplar vida y virtudes la grande Catalina de Sena, del hábito de Sto. Domingo, estando admirada Italia, y más todavía el resto de la cristiandad, con la vida de esta Santa y con las maravillas que obraba Dios por su intercesion. Obtuvo el P. Mtro. Perez algunas relaciones particulares acerca de los hechos de aquella bienaventurada; y valiéndose de ellas, escribió una curiosa y elocuente historia de su vida, la que se ha perdido por desgracia, pues de lo contrario sería uno de los monumentos más gloriosos de nuestra antigua literatura, atendida la fama que en su tiempo gozó este erudito varon. Otra noticia más grave é importante dan acerca de este Padre todos los autores, la que referimos de su cuenta y riesgo: «Algunos de los nuestros »han querido afirmar que en aquella felicísima mudanza que hizo Grego»rio XI de la corte romana desde la ciudad de Aviñon á la de Roma, des»pues de setenta y un años que con tanto daño y pérdidas de la república »cristiana residia en Aviñon desde que Clemente V la mudó, que nuestro »General tuvo no poca parte, quiero decir, admitiendo y oyendo el Pontífice »su parecer y voto en esta materia, como le admitia en otras muy graves, »suplicándoselo algunas veces por sus cartas. Si pasó así, bien pudiéramos »honrarnos tambien de esta memoria, aunque yo cumplo con pasar cosas »tan importantes con la brevedad que las demás.» Murió el sumo pontífice Gregorio XI, y con su vida quedaron frustradas las esperanzas del P. Mtro. Perez, que con la muerte del rey de Castilla D. Enrique acabó de perder las pocas que le quedaban, reduciéndose desde entonces con más actividad al gobierno de la Orden. Hallábase con grande suma de limosnas para sacar cautivos del poder de los infieles, y volviendo en sí, cerró los ojos á la ambicion y los abrió para mirar á los miserables encadenados, objeto principal del instituto que dirigia, y para lo que fué fundada su religion. Dedicóse por lo tanto á hacer rescates el resto de su vida, y ganó y recuperó mucho de lo perdido los años anteriores por su descuido. En 1379 se redimieron en la ciudad de Bujía, en Berbería, setenta cautivos; en 1382 y 1383 se redimieron en la ciudad de Almería en España cuarenta y ocho cautivos, siendo el redentor Fr. Arnaldo Ponces; en 1386 se redimieron ochenta y nueve cautivos de la ciudad de Túnez en Africa, y afirma un autor que habiendo hecho esta redencion el mismo Fr. Arnaldo Ponce, fueron tales las demasías que se permitieron con él aquellos bárbaros, que temeroso de mayores daños, se vió obligado á quedarse en prendas y rehenes por una cantidad mayor que la acordada en el rescate, por volverse atrás aquellos infieles del primer trato y compra. Pero la diligencia que em-

pleó el Maestro General de la Orden fué tan grande, que no estuvo por mucho tiempo en Túnez detenido y preso Fr. Arnaldo, aunque el que permaneció fué el suficiente para poder referir la cruel vida que llevaban los cautivos en aquel país. En 1390 fueron rescatados cien cautivos, siendo redentor Fr. Julio del Puerto, y en este mismo año y otras dos redenciones siguientes, padecieron los redentores que fueron á rescatar á aquellas provincias no pocos trabajos y peligros por algunas guerras que hubo entre los mismos mahometanos, no parando aquí el mal, pues fueron despojados del dinero y joyas y otras mercancias que llevaban para dar en cambio de los cautivos cristianos, mostrando en todas estas ocasiones un ánimo constante y una obediencia ejemplar, lo que bastó para confundir á los mismos bárbaros, de quienes eran maltratados y ofendidos; mas no por esto pudieron conseguir que se les devolviese la hacienda que les habian quitado. Mas no desmayó por esto el P. General, ántes llevando adelante el santo propósito á que habia dado tan glorioso principio, desde el año 1395 hasta el de 1401, en que murió, mandó hacer tres redenciones en Orán, Argél y Mostagan, de donde sacaron en diferentes rescates más de trescientas personas colmando los habitantes de los reinos de Castilla de alabanzas á una religion que devolvia á tantos padres sus hijos y á tantas mujeres sus maridos. Por esta época dice la crónica: «De dos padres redentores, entre otros que fue»ron atormentados y ofendidos de los infieles, tenemos alguna noticia que »padecieron particulares afrentas, de Fr. Juan de Francia y Fr. Juan de »Falco ó Aleo. Estos dos religiosos, lastimándoles la vida que padecian los miserables cautivos, especialmente los niños y mujeres, que en los unos los »llevaba camino de su perdicion la demasiada simplicidad é inocencia, y en »los otros la demasiada flaqueza y fragilidad, y con esto se dejaban persua»dir y rendir á la voluntad y parecer de aquellos bárbaros, y apostataban »del nombre de Cristo: y para evitar tan grande daño, estos dos santos y »observantes religiosos, excediendo la comision y dinero que llevaban, po»nian sus vidas y personas en rehenes con tanto valor, ánimo y confianza »en aquel Señor puesto en cruz, á quien imitaban, que muchas veces se »vieron en estas dos jornadas y redenciones azotados, acañavereados, mo»fados y escupidos, y verdaderamente si yo hallase toda la luz que deseo »para calificar este casi martirio, aunque no cumplido como quieren los »teólogos por no seguírsele muerte, yo gastára más hojas y tiempo en ponde»rar el pecho cristiano, la observante obediencia, y la caridad ferviente de »estos dos Fr. Juanes, imitadores de Cristo, verdadero Redentor, con cuyos »ejemplos otros muchos religiosos se animaron en aquel tiempo á pedir ex»pontánea y voluntariamente licencia para ir á padecer entre infieles por »el nombre de Cristo. Todo esto servia como de azote y espuela para ani-

»mar al maestro general á compungirse y dolerse del tiempo de la vida pa»sada, deseando edificar á los que habia sido causa en alguna manera de lo »contrario, ocupándose ya de dia y de noche en las obligaciones de la ob»servancia de la religion, y en los estudios de las letras á que tan de veras »se daba, y en que era muy de ordinario ocuparse.» Llegó en tanto la época en que se movió un cisma universal en la Iglesia por haber sido elegido pontífice romano el arzobispo de Bari, Bartolomé Prevano, natural de la ciudad de Nápoles, que tomó el nombre de Urbano VI, y un año despues los cardenales franceses, favorecidos por la reina Doña Juana y deseosos de que la corte romana volviese á residir en Aviñon, eligieron por pontífice á Roberto, obispo de Cambrai y cardenal, que se tituló Clemente, y á haber sido legítimo, hubiera debido llevar el sobrenombre de VII. Se siguió de aquí que los príncipes y reyes cristianos se dividieron en bandos y opiniones, obedeciendo unos á Urbano y otros á Clemente. Los italianos, los alemanes é ingleses seguian al papa Urbano, los franceses y escoceses á Clemente. Los españoles permanecieron neutrales en un principio, si bien por una y otra parte se les hacian grandes instancias para que se declarasen; y habiendo venido embajadores á los reyes de Castilla, Navarra y Portugal de parte del rey de Francia para atraerlos al partido de Clemente, solo el de Navarra le reconoció por pontífice, porque en Portugal habiéndose reunido por dos veces una junta de prelados y hombres doctos, una en Lisboa y otra en Coimbra, resolvieron últimamente que no les tocaba decidir cosa tan árdua, remitiéndolo á lo que determinase la Iglesia. En Castilla se celebró tambien otra junta de obispos, ricos hombres y letrados, y tomado un acuerdo, respondieron finalmente que no les tocaba el juicio y decision de aquella controversia, pero que estaban prontos á seguir lo que la Iglesia determinase en aquel caso, y que entre tanto las rentas y emolumentos correspondientes al Papa, estarian guardados para el que ella juzgase que lo era verdaderamente. En Aragon se celebró una junta de prelados y hombres doctos, siendo nombrado el Mtro. Perez diputado de aquellas córtes que se reunieron en Calatayud, siendo llamados gran número de prelados y doctores y de otras personas graves de aquellos reinos. El maestro general Fr. Nicolás Perez representó á la ciudad y reino de Valencia, siendo uno de los que más se distinguieron en aquella ocasion, en que manifestó su grande erudicion y profundidad en el derecho, siendo quizá quien más influyó para que no se tomára resolucion alguna por una asamblea que estaba decidida en favor de Clemente. Despues cuando trascurridos algunos años, envió este antipapa por legado á España á D. Pedro de Luna, cardenal de Aragon, que fué luego papa con el nombre de Benedicto XII, hizo tambien el Mtro. Perez grande resistencia al cardenal por parte de la

corona de Aragon, consiguiendo que no se le reconociese, á pesar de que el de Luna, tan docto como versado en los derechos, fundaba la justicia de Clemente con tanta apariencia de verdad, que lo que no consiguió en Aragon, lo consiguió en Castilla con el rey D. Juan I, quien por el mes de Mayo del año 1387 mandó declarar que se tuviese por verdadero vicario de Cristo á Clemente, convencido por el cardenal de Luna y las aparentes razones en que fundaba su derecho. Agradecido el pontifice Urbano VIII de la manera con que defendió su partido el Mtro. Perez en la corona de Aragon, teniendo como canónica su decision, le escribió una carta tan honrosa para su Orden, que se ha conservado en parte, pues por su mal estado no ha podido hacerse por completo. Dice así: «A nuestro amado hijo el Maestro General »del Orden de nuestra Señora de la Merced. La instancia que ha hecho »nuestro amado hijo el Rey de Aragon para mostrar que lo era de veras »de esta Sede Apostólica, informado de vuestras buenas letras y pecho cris»tiano y religioso, nos tiene reconocidos y obligados en el Señor: póngase »todo en sus manos, y de él esperad el premio.» Dice el cronista que no se lee bien el resto, ni se puede colegir *remunerator* ó *remunerationem*, porque pudo muy bien el Pontífice en esta ocasion tomar aquellas palabras del Apóstol en la carta segunda que escribió á los de Corinto, en que les aconseja que no se congojen demasiado por los aumentos y dignidades de la tierra, sino que trabajen y procuren esperar el premio de lo que padecieron de aquella mano del justo premiador Dios, como hijos obedientes de la Iglesia é imitadores de Cristo su esposo. De esta carta infiere tambien el cronista el amor y ternura con que mostraba el pontifice Urbano su agradecimiento al Maestro Perez, los que eran tan grandes como lo manifiesta una carta tan familiar entre personas tan desiguales. Muerto Urbano VI á 15 de Octubre de 1389, despues de haber sido once años pontifice, quedó el Mtro. Perez en tan triste situacion como se habia hallado despues de la muerte de Gregorio, mas no por esto abandonó sus santos propósitos, ántes bien acometió nuevas y mas gloriosas empresas, procurando ser un vivo ejemplo de maestro y de padre. Ocupóse en algunas reformas necesarias. Decidió que en todas las fiestas de nuestra Señora se hiciesen en la Orden de la Merced octavas solemnes, en particular en la festividad de la Visitacion, que habia establecido con grande solemnidad en la Iglesia el mismo Urbano VI. Continuaba en tanto el cisma con peores circunstancias cada vez; de manera que siempre se esperaban nuevos y más tristes acontecimientos, porque á la muerte de Urbano VI, los cardenales que se hallaban en Roma eligieron y crearon papa al cardenal Pedro Tomicelis, que tomó el nombre de Bonifacio IX, no haciendo caso alguno del antipapa Clemente, que se hallaba en Aviñon, el cual continuó ejerciendo las funciones pontificales, llegando á hacer hasta

trece creaciones de cardenales y continuando por diez y seis años en Aviñon hasta su fallecimiento, ocurrido en 1394. Pero no cesó el cisma con su muerte, ántes teniendo por vacante la silla de San Pedro los cardenales que se hallaban en Aviñon, sin escuchar las protestas de Bonifacio y de los demás príncipes eclesiásticos y seglares que deseaban la paz y uniformidad de la Iglesia, entraron en cónclave y eligieron al cardenal D. Pedro de Luna, el cual aceptó la tiara y tomó el nombre de Benedicto XIII. Debe, sin embargo, creerse lo que dicen varios autores, que se comprometió con los que le habian elegido, á renunciar, siempre que su competidor renunciase ante la congregacion de cardenales, y siendo necesario para librar á la iglesia del cisma que padecia, añadiendo que así lo pensó, de manera que su eleccion fué condicional. «Verdaderamente, dice un escritor, tenia el cardenal Don »Pedro de Luna, todas las partes y requisitos de santidad y erudicion que »pedia la promocion á la silla pontifical, si no lo amancillára todo con la obs»tinacion que mostró despues, que era cierta dureza engendrada de la viveza »de su ingenio.» Apénas tuvo noticia el Maestro General de su eleccion, se excusó de dar su parecer á los seglares sobre cuál eleccion habia sido canónica, procurando evitar todas las discusiones que pudieran seguirse entre dos hombres tan doctos y versados en letras: así el resto de su vida, que fueron siete años enteros, los pasó celebrando capítulos generales y provinciales, y haciendo algunos trabajos sobre los lugares dificultosos del derecho canónico, los que por desgracia se perdieron en el convento de Valencia, no habiendo llegado á publicarse. Ultimamente, el año de 1400 deseó ganar el jubileo en la ciudad de Roma, y no siéndole posible hacer el viaje por estar cargado de años y de cuidados, obtuvo una bula de indulto especial, de la que le hizo gracia especial el pontífice Bonifacio IX, para que visitando el santuario de Ntra. Sra. del Puig, en Valencia, ganase y consiguiese todas las gracias é indulgencias que se ganaban en la ciudad santa. Habia en aquella época Bonifacio IX impuesto una contribucion para la Cámara apostólica, que consistia en que todos los beneficios y dignidades eclesiásticas pagasen la mitad de sus productos el año primero que los poseyese un nuevo dignatario: llamóse á esta imposicion media annata, y se destinó para que se defendiese la Iglesia en caso necesario de los príncipes seculares que se declarasen contra ella con las armas en la mano. Con este motivo escribió el Mtro. Perez un *Tratado apologético* en defensa de la referida imposicion, que envió al Pontífice y fué muy bien recibido en Roma, en particular de los partidarios de Bonifacio. Habiendo enfermado á poco, se retiró Perez al convento de su Orden en Valencia, donde creyó que por ser su patria recobraria más fácilmente la salud. Agravóse su enfermedad «de suerte, dice »el P. Remon, que vino á ser penosa áun á los que con mayor amor le asis-

»tian. Secretos y ocultos son los juicios de Dios; la vida algo descuidada y »con sosiego corresponde con una muerte penosa, y una enfermedad proli»ja ya podria ser algun principio de purgatorio, como ha sido parecer de »muchos santos, y lo fué de S. Julian, arzobispo de Toledo, en aquel libro »que intituló: *Del origen de la muerte*. No sé le que me diga ni á qué me de»termine; lo que podré afirmar es que duró muchos dias el estar puesto en »la última agonía y contienda con la muerte, aquel tercio último de aquella »vida penosa. Al fin se llegó la hora del acabar, pero con tan gran conoci»miento de lo poco que habia servido al Señor que le hizo padre de tantos »hijos y capitan de tantos soldados, que lloraba tiernamenle la tibieza en el »cumplimiento de sus obligaciones, y pedia misericordia á Dios sin cesar; »y esta palabra *misericordia* fué la que repitió hasta dar el alma, quedando »el cuerpo con una entereza y severidad notables; argumento de la que siem»pre habia tenido aquel ánimo, que no le desmayaron pretensiones grandes, »ni le contentaron las pequeñas: y así podemos pensar que con la fuerza de »aquel dolor, ayudado del Señor que le movia para ello, alcanzó la mayor, »que fué la del cielo.» El Mtro. Perez murió en 1401, y fué enterrado con toda la solemnidad propia de la época y de su elevado cargo. Ningun bibliógrafo ha citado sus escritos, porque no llegaron á imprimirse, ó porque la envidia, como dice el mencionado cronista, hizo que se perdieran, lo cual es una verdadera desgracia, á la que deben de atribuirse tambien las acusaciones que se lanzaron contra este prelado por enemigos que no pudieron igualarla despues en gloria ni en fortuna. —S. B.

PEREZ (Fr. Pedro), religioso mercenario, natural de Andalucía, y uno de los varones más ilustres que ha dado España á la Orden de la Redencion de cautivos. Ignóranse los primeros pasos de este religioso hasta su entrada en la Orden, y áun en esta época solo se sabe que se distinguió mucho por su capacidad y virtud. Fué en efecto un orador muy eminente y apreciado, tanto en la humilde iglesia de la aldea como en el alcázar de los soberanos. Su amor á la observancia de su regla solo podia compararse con su grande caridad para con los prójimos, de que dió repetidas pruebas en su larga carrera. Nombrado redentor, hizo varios viajes, sirviendo á su instituto en este su principal y más sagrado objeto, y consiguiendo la salvacion de gran número de almas que arrancó del poder de los infieles. A su regreso de las costas de Berberia comenzó á ocuparse del gobierno de su Religion, manifestando tan buenas cualidades, que se le disputaban á porfía muchas casas religiosas. El Mtro. Perez dejó bien sentada en todas su reputacion, contribuyendo á sus aumentos espirituales, y siendo un modelo de prelados como lo habia sido de religiosos. Enviado á Italia á asuntos de la mayor importancia, los gestionó con la mayor actividad y celo, mereciendo otra vez más el aprecio

de sus hermanos. Pero cuando iba á regresar á su país, deseoso quizá de descansar de una vida entera consagrada en aras de su religion, de su patria y de la humanidad, fué nombrado vicario general de su Orden en Italia, donde tuvo que quedarse con este motivo y permaneció hasta su muerte, ocurrida poco despues con general sentimiento de los que conocian todo su valor, y podian de consiguiente apreciar el vacío que dejaba su pérdida. Antes de marchar á Italia habia escrito una obra con el título de *Sermones para las dominicas despues de Pentecostés*, que algunos autores suponen quedó inédita, creyendo otros que fué impresa en Málaga.— S. B.

PEREZ (D. Fr. Pedro), tercero de este nombre entre los obispos de Salamanca. Era religioso de la órden de Sto. Domingo, y uno de los obispos más célebres en su época por su virtud y santidad. Su vida nos la refiere el epitafio de su sepultura, que insertamos á continuacion; y dice que mereció el nombre de prelado, que fué dadivoso, limosnero y llorada su muerte por sus ovejas.

Hic Præsul Petrus Petri : jacet, Alma Maria,
Ejus sis animæ dux : via Virgo pia.
Vir fuit, et patiens; prælati nomine dignus.
Omnibus hospitium fuit, hic gaudens dare donum,
Cleri præsidium, promptus ad omne bonum;
Hic expendebat : dans cunctis quidquid habebat;
Hic dare non renuit : mens dare tota fuit,
Præsule de Petro : breviter volo dicere metro.
Quem tegit hæc petra; per mea scribo metra.
Mors fuit ipsius : multis lacrymabile funus,
Hunc miserere, Deus, qui regnas trinus et unus.

Falleció en 30 de Abril de la era 1300, y fué sepultado en su iglesia catedral en la capilla de S. Martin; le sucedió D. Domingo Dominguez.— S. B.

PEREZ (D. Fr. Pedro), obispo de Badajoz y el primero que gobernó esta Iglesia despues de haberla reconquistado de los moros. De este prelado hay memoria en una constitucion que ordenó con la ciudad, cabildo y clero de su obispado en 22 de Marzo de 1255, en que se dan reglas para la manera que habia de haber en pagar los diezmos y primicias y otras rentas, para que la Iglesia catedral, como cabeza y principio de las demás, estuviese mejor servida, teniendo suficiente dotacion para ello. En este acuerdo se intitula : *Primus episcopus pacensis*, porque, como hemos dicho, lo fué despues de ganada esta ciudad de los moros. Los vecinos de Badajoz hicieron donacion á la Iglesia de los lugares de Ugela, Campomayor y el Resio de Alvala de Val-

desolaz, y otras posesiones y heredades, cuya donacion tiene la fecha del año 1255. Este prelado hizo la dedicacion de la Iglesia, que fué al precursor de Cristo, S. Juan Bautista. Tambien la dió el escudo de armas que conserva todavía, que consiste en un cordero con su bandera en medio de una pradera, en la que hay una concha ó venera por la devocion que tiene esta iglesia á Santiago, patron de España; en la cabeza del escudo hay á la diestra un castillo y á la siniestra un leon rampante, que son las armas de esta misma ciudad, por lo que se agregaron al escudo, habiéndose tomado del de los reyes de Castilla y Leon. Al rededor se pone la inscripcion de costumbre: *Sigillum capituli sedis pacensis.* El obispo Perez concedió fueros á la villa de Montemayor, cuya escritura se conserva teniendo dos sellos, uno con un cordero y otro con la efigie de la Madre de Dios, asentada con un niño en los brazos y al rededor este rótulo: *Sigillum capituli pacensis*, que era el sello de esta iglesia cuando se hallaba en Sta. María del Castillo. Este prelado vivió más de cuarenta años, en cuyo tiempo tuvo el suficiente para disponer las cosas de su iglesia. Fué sepultado en la de Sta. María del Castillo, honrándole el pueblo con grande veneracion, la que merece hasta cierto punto, porque es mirado como padre y bienhechor de esta santa Iglesia, de la que en realidad fué el fundador.—S. B.

PEREZ (Santiago), conocido por Santiago de Valencia, por ser natural de este antiguo reino de España, tomó el hábito entre los ermitaños de San Agustin, y vivia á fines del siglo XV. Fué nombrado obispo de Crisópolis y sufragáneo de Federico de Borgia, cardenal de Valencia, que fué despues papa con el nombre de Alejandro VI. Han quedado de él diversos comentarios sobre los Salmos y sobre el libro *El Cantico de los Cánticos.* Tambien escribió un libro contra los judíos titulado: *De Christo, Reparatore generis humani.—Quæstionis finalis discussio.* Murió en 1461, segun Belarmino en su obra de *Escritores eclesiásticos.*—C.

PEREZ (B. Santiago), jesuita portugués, formaba parte de los sesenta y nueve misioneros que fué el P. Acebedo á reclutar á Roma para el Brasil. Apresado su navio el 15 de Julio de 1571 por unos corsarios calvinistas, los asesinaron y los arrojaron al mar.—S. B.

PEREZ (D. Sebastian), obispo de Osma. Fué natural de Montilla, en la provincia de Córdoba, y le protegió el marqués de Priego, á quien pertenecia esta villa; pues conociendo la virtud é ingenio que descubria D. Sebastian desde su primera juventud le llevó á su casa, haciéndole maestro de sus hijos D. Antonio y D. Lorenzo de Córdoba. Los acompañó todo el tiempo que estudiaron en Salamanca, y en el que estuvo á su lado dió grandes muestras de su talento y vastos conocimientos. Terminada la carrera y estudios de sus jóvenes discípulos, pretendió Perez, aunque sin faltarle el favor y la

gracia del Marqués, la entrada en el colegio de S. Salvador de Oviedo, que es uno de los cuatro mayores de la universidad de Salamanca, concediéronsela y tomó su hábito en 15 de Agosto de 1560. Fué catedrático de artes en aquella universidad, distinguiéndose mucho por su método de enseñanza. Por aquella época imprimió un *Tratado de Anima*, adquiriendo con este motivo no poca reputacion. Habiendo terminado por entónces Felipe II el monasterio del Escorial, quiso para que todo fuese completo en este, á que se ha llamado con razon la octava maravilla, que tuviese dos seminarios donde se explicasen las ciencias propias de la vida religiosa. Buscáronse con este objeto los hombres más notables del reino, siendo uno de los elegidos D. Sebastian Perez, quien se encargó de la cátedra de teología. Habitaba con frecuencia Felipe II el monasterio del Escorial, con lo que tuvo ocasion de conocer y tratar de cerca al Mtro. Perez, y convencido de sus virtudes y buenas cualidades, le dió el título de maestro del archiduque Alberto de Austria, hijo del emperador Maximiliano y de la emperatriz Doña María. Era á la sazon el Archiduque cardenal y virey de Portugal, por lo que le acompañó á este reino, teniendo en su gobierno la influencia que es natural. Promovido poco despues al obispado de Osma, tomó posesion de él en 16 de Junio de 1583, ocupándose desde aquel momento en el cuidado de su rebaño. Celebró sínodo é hizo constituciones, procurando arreglarlas á los acuerdos del concilio de Trento. Renovó los estatutos de su iglesia catedral y los de las iglesias de Soria y Roa; no cesó nunca de visitar su obispado, acudiendo como pastor vigilante á la salvacion de las almas y al buen gobierno de las iglesias y fábricas. A pesar de estas continuas ocupaciones, se dedicaba al estudio como cuando se hallaba en Salamanca, siendo mucho el tiempo que consagraba á esta ocupacion, porque apénas dormia cuatro horas. El resto de la noche lo empleaba en estudiar, procurando por este medio aprender mejor el de gobernar su rebaño. Sus continuas visitas dieron el resultado de hacerle conocer que habia en su obispado falta de hombres entendidos, áun en los que por su profesion se consagraban á la enseñanza; y comprendiendo que remediar este daño era el mejor medio para conseguir el alto fin que se pretende en su elevado ministerio, y que si le conseguia desterraria el pecado y la ignorancia, que es la primera causa de todos los males, procuró poner el remedio no proveyendo ningun beneficio curado, si no fuese en personas de reconocida suficiencia, componiendo además un *Catecismo de la Doctrina cristiana*, en que con claridad y brevedad explicaba los artículos de la fe y los preceptos de la doctrina evangélica. Escribió además un *Libro de Sacramentos*, y de esta manera y premiando la virtud y letras, dejó en todos los beneficios curados de su obispado hombres doctos, que le ayudaron á llevar el peso del gobierno de las almas. No contento con

la composicion de estos libros, se dedicó á la de otras obras, en particular de reglas para entender y declarar la Sagrada Escritura, y otra tambien sobre la *Prima Secundæ de Sto. Tomás*, trabajo grande que le costó mucho tiempo, aunque no llegó á darle á la prensa. Fué muy devoto del Santísimo Sacramento del altar; celebraba diariamente el santo sacrificio de la Misa y hacia ántes, por un largo espacio, oracion en su oratorio; predicaba á menudo, distinguiéndose por su elocuencia, é hizo muchas veces pláticas espirituales en el cabildo á los prebendados, declarándoles el cánon de la Misa y el modo de ser buenos sacerdotes. En las correcciones fraternales observó las reglas del Concilio de Trento, mezclando el rigor con la mansedumbre y el juicio con la blandura, procurando más bien el provecho de las almas que formar grandes procesos. Imitábanle sus ministros, que eran el provisor y visitadores, los que fueron tan prudentes, doctos y deseosos como su prelado del aprovechamiento de las almas. Este buen método de corregir y enseñar le manifestó en lo que sucedió con un cura de su obispado, á quien no pudiendo corregir en sus malas costumbres, decidió hacerlo por sí mismo, como lo efectuó, partiendo una noche secretamente con un criado á pie y otro á caballo; era tiempo de invierno, nevaba y helaba; caminó de noche por espacio de seis leguas, y á deshora, cuando ménos lo esperaba el otro, llamó el prelado á su puerta. «Abrió, dice Gonzalez Dávila, y los al»guaciles que le echaron mano fué la palabra divina, y dándose la culpa á »sí propio de la mala cuenta que aquel sacerdote daba, comenzó á llorar amar»gamente; hallóse turbado el clérigo y convencido, porque estaba la ocasion »presente; secósele la palabra y no supo de qué valerse, sino pedir, echán»dose á los pies del Obispo, perdon de su mala vida y prometer una enmien»da verdadera de ella. Cumpliólo, y fué uno de los varones ejemplares que »tuvo este prelado en su obispado, y con hacer tanto este Obispo de su parte, »siempre andaba con escrúpulo de si cumplia como debia la carga y cargo »de su oficio.» Oia á todos los que se acercaban á él y ayudaba á todos, confirmando con las obras lo que predicaba. Ayunaba tres dias en la semana y hacia otras penitencias secretas. Fué muy amante de la justicia y decidido defensor de las doctrinas y derechos de la Iglesia católica. Fundó en el Burgo de Osma un convento de Carmelitas descalzos para que ayudasen á predicar y á otros sagrados ministerios. Observó constantemente este género de vida desde el primer año que gobernó el obispado hasta el de 1590, en que le envió Felipe II á reformar la universidad de Alcalá y á elegir abadesa en el Real monasterio de las Huelgas de Burgos, donde enfermó de gravedad. Pidió con grandes instancias le trasladasen á su obispado para morir entre sus ovejas, y habiéndose accedido á su peticion, al llegar á la villa de Gumiel de Zan, dió su espíritu al Señor en 27 de Julio de 1593 y fué sepultado

en su iglesia catedral junto á las gradas del altar mayor, poniéndoselo en la lápida la inscripcion siguiente:

Aquí yace D. Sebastian Perez, obispo de Osma, maestro del serenísimo príncipe Alberto, archiduque de Austria. Falleció á 27 de Julio de 1593 años. Dotó esta sepultura.

Dejó á su iglesia cuatro mil ducados y la mitad de sus libros, que eran muchos, y de la otra mitad hizo donacion al colegio de S. Salvador de Oviedo, de la universidad de Salamanca. Dotó dos capellanias más con tres mil reales de renta, con los que acrecentó el servicio de su iglesia y coro, en los casos de que se hallasen vacantes los beneficios curados ó cuando los curas propios tuvieran que ausentarse por largo tiempo: obras piadosas, que unidas á las literarias que dejó, han hecho que llegue su nombre hasta nuestros dias.—S. B.

PEREZ (D. Suero), obispo de Zamora y notario mayor del rey de Leon. Ocupaba aquella silla en 29 de Mayo de 1290: en su época se descubrió el cuerpo de S. Ildefonso, y le colocó en el lugar donde le habia encontrado: fundó una cofradía con la advocacion á este Santo, que solo podia componerse de personas de la primera nobleza, y reedificó la iglesia de S. Pedro en 1270. Tuvo grandes diferencias con el convento de la órden de Sto. Domingo, en Zamora, y prohibió que ninguno de sus religiosos predicase en aquella ciudad ni en su obispado, mandando á los párrocos que no se lo permitiesen, ni tampoco celebrar los oficios divinos, ordenando igualmente á todos los fieles de su diócesis que no oyesen sus sermones ni se confesasen con ellos, ni los llamasen para disponer las cosas relativas á su conciencia y hacienda, estando enfermos ó próximos á la muerte. Ordenó tambien, bajo rigurosas penas, que ninguno se enterrase en su iglesia. Estas demasías produjeron, como no podian ménos, un breve de Su Santidad Honorio IV, expedido en el año primero de su pontificado, que comienza por estas palabras: *Moleste ferimus quascumque insolentias clericorum*, el que remitió al arzobispo de Toledo para que corrigiese al Obispo, lo que no se verificó por entónces. El obispo D. Suero murió hácia 1294, sucediéndole Don Gonzalo Rodriguez.—S. B.

PEREZ (Fr. Tomás), religioso agustino, natural de la villa de Muchamiel, doctor en sagrada teología por la universidad de Valencia, regente que fué de estudios en los conventos de S. Agustin, nuestra Señora del Socorro y colegio de S. Fulgencio de la misma ciudad, y maestro de su religion, en la que ejerció además otros cargos, distinguiéndose en todos por su celo y acierto, que le merecieron ser elevado á las primeras dignidades, hasta que al fin, lleno de años y méritos, falleció en el convento del Socorro de la ciudad

de Valencia en 1756, dejando escritas las obras siguientes: 1.ª *Vida de la venerable Madre Sor Beatriz Ana Ruiz, mantelata profesa de la órden de San Agustin, y doctrina mística-simbólico-práctica que le reveló el Señor;* Valencia, por Pascual Garcia, 1744, en fólio. Esta obra se halla dividida en dos libros; en el primero trata el autor de la vida de la venerable, y al principio de algunos capítulos pone como texto el compendio ó resúmen de la vida y virtudes de la misma que dejó escrito Mosen Miguel Pujalte, y en el segundo pone las doctrinas ó revelaciones doctrinales que dictó la misma Madre á este sacerdote, ilustrándolas con doctrinas, reflexiones y notas teológicas. —2.ª *Compendio del feliz hallazgo de la milagrosísima imágen de la Virgen de Aguas Vivas, sus notables circunstancias y algunos milagros, con una novena sobre los nueve renombres que se le dan en la Salve;* Valencia, por la viuda de Gerónimo Conejos, 1748, en 8.º—3.ª *Oracion panegírica de la portentosa imágen de la Madre de Dios con el título de Aguas Vivas, venerada en el Real convento de su misma invocacion, del órden de S. Agustin, en el desierto de Aguas Vivas, reino de Valencia;* en la misma ciudad y por dicha viuda, 1748, en 4.º Pronunció este sermon en la iglesia parroquial de la villa de Carcajente el dia 16 de Octubre del mismo año, en una fiesta que se hizo para implorar el favor de María Santísima contra los terremotos y otras calamidades públicas. — 4.º *Disertacion dogmático mística que evidencia lo que no es ni puede ser la consumada y perfecta purgacion ó mortificacion mística, y lo que es y debe ser su específica y esencial nocion y apología; escrita á persuacion de personas interesadas en esta noticia;* Valencia, por José García, 1753, en 4.º «La escribió, dice Fuster, »impugnando al pavorde D. Vicente Calatayud, mas parece no quedó del »todo conforme con los sentimientos de nuestro autor aquel sabio preben»dado, pues empeñándose en la lid y teniendo por justo su partido, escribió »nuevamente contra su antagonista literario la obrita que tituló: *La verdad »acrisolada.* La publicacion de este escrito del Sr. Pavorde aguzó la pluma y »buen ingenio de nuestro Perez, con lo que escribió otra prolija diserta»cion, apoyando con firmeza su dictámen, y procurando desvanecer los »apoyos del de su adversario. No se publicó, y es lástima, porque en ella se »patentiza la verdad en muchas materias de teología mística, en cuya cien»cia habia manifestado este gran profesor los más profundos conocimientos.» Llena esta obra un tomo regular en 4.º, en letra bastante metida, pero clara; entrególa original su propio autor á un religioso que habia sido su compañero, siendo éste jóven y despues muy benemérito de su Orden y del Estado, á quienes sirvió á satisfaccion en la visita régia y general de la provincia de Quito: llamábase el P. Mtro. Fr. Joaquin Zata, quien en su última enfermedad la pasó á manos del P. Mtro. Fr. Francisco Hurtado, en cuya

libreria se conserva. Su título es: 5.° *Visura de la verdad acrisolada.* Al dorso de la hoja de su título y nombre del autor, extiende éste las siguientes palabras tomadas de la carta 238 de S. Agustin: *His litteris accipe quod et tu legas, et cui volueris, legendum tradas, et quod volueris vicissim scribendo, ipse respondeas. Iniquum est enim, ut quisque de aliquo judicare vellit, et judicari de se nollit.* Escribió además el Mtro. Perez: 6.° *Varias respuestas y dictámenes morales y canónicos á consultas tenidas en el palacio arzobispal de Valencia.*—7.° *Prontuario del feliz origen, venida y establecimiento en Valencia de la imágen de nuestra Señora del Socorro, con una novena al fin;* Valencia, por la viuda de Gerónimo Conejos, en 4.°, sin año de impresion.—8.° *Sermon de nuestra Señora de Aguas Vivas, predicado en la parroquial de la villa de Carcajente;* Valencia, por José García, 1733, en 4.°—Y 9.° *Novena de nuestra Señora de Aguas Vivas;* en 4.°, por la viuda de Conejos, tambien sin año de impresion.—S. B.

PEREZ (D. Tomás Broto y), obispo de Solsona. Era natural de Zaragoza, donde se distinguió por su larga y brillante carrera. En 13 de Abril de 1687 obtuvo la cátedra de artes en la universidad de aquella ciudad, la que regentó por segunda vez en 1690. Despues fué catedrático de teología, desempeñando esta asignatura en los cursos de 1693, 97 y 1701, hasta que en 1705 fué ascendido á la de vísperas y en 1707 á la de prima. El cabildo metropolitano de su patria le habia presentado ya por esta época para una racion penitenciaria de la Seo, vacante por ascenso del Dr. D. Diego de Chueca á la canongía magistral, y de aquella tomó posesion Perez en 8 de Octubre de 1689. Posteriormente obtuvo una canongía en la misma Seo, siendo promovido en 9 de Julio de 1702 á la dignidad de maestrescuela. Al mismo tiempo que los anteriores, desempeñaba los cargos de examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza, juez apostólico de la santa Cruzada y subdelegado de las tres gracias. Presentado en 1720 por Felipe V para el obispado de Solsona, que gobernó con celo y acierto, estimóle mucho el monarca por sus grandes cualidades, y cuando en 1725 se mandaron celebrar oposiciones generales para la provision de cátedras en la universidad de Cervera, de nueva fundacion, fué nombrado diputado por S. M. con el Dr. D. Francisco Queralt, arcipreste y maestrescuela de Lérida, primer canciller de la referida universidad, y el Dr. D. Bernardo Santos, dean de la santa iglesia de Barcelona; comision que desempeñó satisfactoriamente, dejando dispuesto todo lo concerniente al gobierno de aquel establecimiento. Tres años despues, en 1728, murió en su diócesis, habiendo publicado las obras siguientes: 1.ª *Defensa propia sobre lo acaecido en una cátedra vacante en la universidad de Zaragoza el año 1691*; ibidem, eodem anno, in folio.—2.ª *Sermon de la solemnísima traslacion del Santísimo Sacramento del antiguo*

al nuevo templo de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza en 1719; ibidem, por los herederos de Manuel Roman, en el año expresado. Forma parte de la relacion del cronista Helzera de aquellas fiestas, quien hace grandes elogios de nuestro prelado.— S. B.

PEREZ DE ARTIEDA (Fr. Miguel), religioso carmelita, natural de Zaragoza, donde tomó el hábito en el convento de la observancia ó de la primitiva regla. Fué maestro de teología en su provincia de Aragon, donde desempeñó otros varios cargos propios de su instituto. Escribió: *Vida de la V. M. Sor María de Navarro de Jesus, religiosa de la misma Orden en su convento de la Encarnacion de Zaragoza, donde murió ejemplarmente el año de* 1625.—S. B.

PEREZ DE AYALA (D. Martin), obispo de Segovia. Nació en Segura de la Sierra en 12 de Noviembre de 1504. Sus padres pobres, aunque de antigua y distinguida nobleza, le enviaron á educarse á Yeste, donde aprendió á leer, escribir y gramática, habiendo salido tan buen pendolista, que ganaba escribiendo el sustento para sí y para su madre viuda y pobre. A los veinte años la pidió licencia para continuar sus estudios, y se la dió con su bendicion, marchando á Alcalá, donde aprendió artes y teología, distinguiéndose mucho entre todos sus condiscípulos. Pidió el hábito de la órden militar de Santiago en el convento de Uclés, y le recibió en 16 de Julio de 1525. Fué muy observante de su regla, pues era de carácter recto y severo, lo que le granjeó no pocos enemigos. Habiéndose opuesto en una ocasion á la provision del priorato de Montalban, que se hacia contra lo prescripto, ofendido el prior de Uclés, porque se lo dijo así, aunque era la verdad, le encerró en una mazmorra, de donde á duras penas consiguió salir. Otro prior que conocia su virtud le envió á estudiar á Salamanca, donde fué discipulo del célebre teólogo P. Mtro. Fr. Francisco de Victoria, religioso dominico. Pasó despues á Toledo, y en su universidad se graduó de licenciado y maestro en artes. En Alcalá, donde se dirigió luego, obtuvo una cátedra de artes, la que regentó hasta que fué llamado á Granada, en cuya universidad explicó los *Universales de Porfirio*, escribiendo sobre esta materia unos *Comentarios* para que sirviesen de texto, los que vieron la luz pública en 1537. Despues de haberse graduado de doctor en teología en esta universidad, explicó esta ciencia por mandado del arzobispo D. Gaspar de Avalos, hasta que marchó á Jaen, á ruego del obispo D. Francisco Mendoza, quien le eligió por confesor y visitador de su obispado, dándole ademas un beneficio en Andújar. Se halló con este prelado en el concilio de Trento en 1545, dirigiéndose desde esta ciudad á Cleves, Juliers y Lovaina, en cuya universidad se detuvo para estudiar las lenguas griega y hebrea. Murió en este intermedio el obispo de Jaen en Spira, y el Emperador, atendida la fama que se habia conquistado por sus grandes conocimientos, le mandó pa-

sar á Worms con otro doctor de Lovayna, donde debian de reunirse católicos y herejes para disputar sobre materias de religion. De esta ciudad pasó á Ratisbona, hasta que habiendo terminado las disputas en una larga y sangrienta guerra, el Emperador pasó á Holanda y Perez de Ayala quedó en Amberes, donde la necesidad le obligó á explicar en un convento las epístolas de S. Pablo por solo la comida para sí y un criado suyo. En este convento comenzó á escribir su célebre obra sobre las tradiciones divinas, apostólicas y eclesiásticas. En 1547 le envió un caballero español desde Maestrich cien ducados con los que tuvo algun alivio en medio de sus grandes necesidades. En el mismo año le presentó el Emperador para el obispado de Cartagena, presentacion que no llegó á tener efecto por pedirle el rey de Portugal para D. Esteban de Almeyda. Acompañó D. Martin al Emperador hasta las orillas del Danubio, donde le pidió licencia para volver al concilio de Trento, donde llegó cuando se disputaba la materia *de justificatione* entre católicos y herejes, siendo su llegada muy útil por haber profundizado mucho este asunto. Nombrado embajador en Roma el célebre D. Diego de Mendoza, persona tan justamente conocida en la república literaria, y que tan distinguido lugar ocupa en nuestra historia, fué elegido D. Martin para acompañarle, visitando con este motivo la mayor parte de Italia y viendo lo mejor de Roma. Mas á poco le llamó el Emperador, á quien se reunió en Augusta, donde le presentó para el obispado de Guadix, que aceptó en 5 de Abril de 1548, más bien que por deseos personales de engrandecimiento por socorrer á su madre, que se hallaba en el más lastimoso estado. Despues pasó á Colonia, donde imprimió el libro de las *Tradiciones*, que dedicó á Felipe II que era á la sazon príncipe. Pidió licencia al Emperador para ir á su obispado, mas le mandó fuese á asistir al concilio de Trento. Recibió entónces las bulas de su nueva dignidad, y marchó á Milan retirándose á S. Valerio para disponerse con oraciones, vigilias y confesion general para el acto de la consagracion. Refiere el mismo Perez de Ayala, que una noche cuando estaba pidiendo á Dios le hiciese buen obispo, se le apareció en un sueño S. Ambrosio, y le dijo que para ser buen obispo tuviese presentes dos avisos que le daba: templanza en las pasiones y manjares, y libertad prudente en tratar los negocios de Dios. Terminados sus ejercicios espirituales, se consagró en 30 de Setiembre de 1548 en la iglesia metropolitana de Milan en el altar que está sobre el cuerpo de S. Ambrosio, celebrándose la misa ambrosiana. Fué consagrante al arzobispo de Milan don Anibaldo, y asistentes los obispos de Lodi y de Urgel. Se hallaron presentes al acto D. Fernando Gonzaga y otros prelados, y la principal nobleza de Milan. El gobernador celebró la consagracion con un lujoso banquete, al que fueron convidados el consagrado, consagrantes, asistentes, prelados y otros

muchos caballeros. Despues de consagrado pasó Perez de Ayala a Génova, donde se embarcó para España, llegando á principio de 1549. Dirigióse desde luego á Yeste á visitar á su madre, á la que halló enferma de perlesia: despues de haber cumplido con este sagrado deber, se dirigió á Guadix, donde entró en 2 de Febrero de 1549. Vacante este obispado hacia ya tres años, hallábanse sus rentas en extremo disminuidas, no encontrándose en mejor estado el respeto debido á la jurisdiccion eclesiástica. La presencia del nuevo Obispo bastó para volverlo todo á su buen estado, recobrando con facilidad cuanto se habia perdido arbitrariamente. Mas á poco recibió órden del Emperador de dirigirse á Trento donde acababa de convocar para la continuacion del concilio el pontífice Julio III. Emprendió su viaje en 10 de Marzo de 1551 entrando en Francia por Salsas; mas le detuvo el gobernador de Narbona, y prendió á los que le acompañaban, no pudiendo conseguir sino como un grande favor y á fuerza de muchos ruegos que se le permitiese salir á decir misa ó á oirla con ocho alabarderos de guardas. Envió el Emperador correo al rey de Francia, y trascurridos veintinueve dias se le puso en libertad, llegando á Trento en 15 de Mayo de 1551. El concilio le nombró diputado para la sesion décima tercera, en que se definió lo relativo al santísimo sacramento de la Eucaristía, y la compusieron nuestro Obispo y Fr. Egidio Fuscario, religioso dominico y obispo de Módena. Regresó á España despues de celebradas tres sesiones, padeciendo no pocos trabajos por mar y tierra. Celebró sínodo en 1554, y arreglados los asuntos de su diócesis, llevó á ella, dándoles una fuerte pension, á dos hebreos doctos en su idioma, con los que repasó desde el año 1555 al de 58 los libros del Antiguo Testamento, teniendo presentes los originales hebreo y caldeo. Poco despues pasó á Granada para seguir un pleito contra los marqueses de Cenete, que gozaban por indulto los diezmos de su obispado. El poder del litigante impedia el que obrasen los jueces con libertad, y viendo además el Obispo los pocos conocimientos de sus letrados, escribió un libro con este título: *Si podia el Pontífice extinguir del todo los diezmos, ó perpetuarlos en legos conmutándolos á dinero*. Volvió á Guadix á últimos del año 1559, y á principios del 60 le dió el Rey la comision de visitar el Consejo de las Ordenes. Hallábase la corte á la sazon en Toledo, y á poco de su llegada le mandó Felipe II predicar en el convento de Santa Fe en la festividad de Santiago, donde asistió el Rey como maestre con los caballeros de esta Orden militar, diciendo que queria que todo aquel dia fuese de la religion: el convento, el predicador y los oyentes. Desempeñó el Obispo su cometido como no podia ménos de esperarse de sus vastos conocimientos y experiencia, mereciendo los aplausos del Rey y los caballeros. Presentado en 10 de Junio de 1560 para el obispado de Segovia, tomó posesion de su nueva iglesia en Octubre del mismo.

Mas apénas habia comenzado á gobernarla recibió una nueva convocatoria para presentarse en Trento, donde se trataba de la conclusion del concilio. Antes de partir, de lo que procuró excusarse, visitó una parte de su obispado, y entró en su iglesia el sábado 12 de Julio de 1561. En Diciembre siguiente, hallándose en Turuégano, tuvo aviso de la muerte de su madre y celebró sus exequias, cumpliendo como lo habia hecho siempre con los deberes de buen hijo. Partió al fin al concilio en 9 de Marzo de 1562, llevando por compañero al célebre doctor Benito Arias Montano. Llegaron á Trento en 28 de Mayo, y el concilio le nombró para diputado de la sesion vigésima primera. Llegó por entónces el cardenal de Lorena al concilio y dijo á Perez de Ayala que los obispos italianos le habian malquistado con el Soberano Pontífice, diciendo á Su Santidad que no era partidario de su autoridad y poder. A lo que contestó nuestro Obispo, suplicándole dijera al Papa que un obispo español no podia sentir ménos bien de la suprema autoridad del vicario de Cristo, que hubiesen sentido todos los concilios y padres de la Iglesia. «El Cardenal se dió por satisfecho con esto y se lo hizo saber así á Su »Santidad. Terminado el concilio, partió el Obispo de Trento en 13 de Di»ciembre, y llegó á Barcelona en 1.° de Marzo de 1564; besó la mano al Rey, »que se hallaba en aquella ciudad, y se dispuso para continuar su viaje. »Mas el monarca le mandó se detuviese, porque queria consultar con él al»gunas cosas relativas al concilio y al modo en que debia observarse. Termi»nada esta consulta se encaminó á Segovia, donde llegó en domingo 23 de »Abril, siendo recibido como pastor y padre de todos. Comenzó al punto á »poner en práctica los acuerdos del concilio, y hallábase en esta ocupacion »cuando el dia 27 de Mayo recibió una carta del Rey en que le decia haber»le presentado para la silla metropolitana de Valencia. Aceptó Perez de Aya»la, y ántes de separarse de sus paisanos, quiso dejar consignada su memo»ria en una obra útil y piadosa, que demostrase á la posteridad sus grandes »talentos al mismo tiempo que sus miras vastas y profundas. Convocó con »este motivo al Ayuntamiento, á los que reunidos dirigió, segun Gonzalez »Dávila, las palabras siguientes: Considerando el buen gobierno y disposi»cion que V. S. tiene en su república, empleando á ejemplo de la naturale»za sus ciudadanos en sustento del cuerpo comun, y viendo que los más de »los pocos pobres que acuden á la limosna de nuestra casa son muchachos »de poca edad, que habiendo nacido para continuar la república, se crian »con riesgo de estragarla; hemos admirado que V. S., entre tantas piadosas »fundaciones, no tenga alguna en que estos renuevos de la república se culti»ven. El santo concilio de Trento, de donde poco ha venimos, ha decreta»do se instituyan en las repúblicas seminarios para mancebos de doce años »arriba, que sabiendo ya leer y escribir, estudien para ministros de la re-

»ligion y de la Iglesia. Esto quiere provencion, pues hasta los doce años to»man malos resabios y costumbres los destituidos de padres y crianza; V. S., »á ejemplo del cuerdo hortelano, ponga estos tiernos renuevos donde prendan »y puedan trasplantarse y fructifiquen los que no cultivados serian zizaña y »estrago de los buenos. Añádase esta fundacion de Niños de la Doctrina, im»portante á tantos conventos y hospitales como tiene república tan bien or»denada y dispuesta, que de nuestra parte ofrecemos cuanto valemos á la »disposicion de V. S.» Con estas palabras consiguió el Obispo su intento, empezándose esta obra con la actividad y celo que eran necesarios para dejarla con casa, renta y patrono. El Sr. Perez de Ayala, aunque electo ya arzobispo, salió á visitar y confirmar por su obispado, y celebró sinodo en la parroquia de S. Andrés el domingo 27 de Agosto de 1564. Partió para su arzobispado en 7 de Diciembre del mismo año, entrando en su iglesia en 27 de Abril de 1565, y dedicándose en el acto á hacer la visita pastoral para procurar la mejora y reforma de las costumbres. Convocó concilio provincial, y celebró la primera sesion en 11 de Noviembre, y la última en 24 de Febrero de 1566. Convocó despues sínodo diocesano, que celebró tambien, terminándose en 25 de Mayo. Debilitada su salud por tantas fatigas y trabajos, fué á restablecerse á unos baños próximos á Trieste; mas aunque mejoró al regresar á su iglesia, le sobrevino un gravisimo ataque en Onteniente, de cuyas resultas falleció en Valencia en 5 de Agosto de 1566. Otorgó testamento en aquella ciudad ante Jaime Juan Molina, notario Real, en cuya ocasion, apretado del mal de orina de que padecia y murió, dijo aquellas notables palabras *Sive moriamur*, *sive vivamus*, *Domini sumus*. Fué sepultado su cuerpo en la iglesia metropolitana, en la capilla de S. Pedro, poniéndose sobre la lápida la inscripcion siguiente:

In spe Resurrectionis morior. Hic situs est Martinus de Ayala, archiepiscopus Valentinus; qui licet tres Ecclesias rexerit, Guadixensem, Segoviensem, et hanc postremo Valentinam, in qua decessit, nihil tamen tulit ægrius, quam præesse. Obiit nonis Augusti 1566.

Escribió y publicó un *Confesonario manual*; un *Catecismo* y un *Aviso de bien morir para los clérigos y cristianos nuevos.* —S. B.

PEREZ DE AVILA (Fr. Francisco), religioso franciscano, natural de Castelnovo, en el reino de Valencia, el cual entre sus muchas virtudes se distinguió por la de la paciencia, ejercitándola admirablemente en la enfermedad de que murió, que fué un dilatado martirio. «Habiale cabido por suer»te, dice la crónica, en las que se sacan por Año nuevo de los Santos que »se toman por abogados, el glorioso mártir S. Lorenzo, y asi como le saca»ron la cédula, sonriéndose, dijo: *S. Lorenzo me cae por patron, asados*

hemos de morir sin duda.» Así vino á suceder en su modo, porque habiéndole nacido un cáncer en un pie, le estuvieron dando cauterios cuarenta dias y atormentando con vivo fuego, y no bastando esto para atajar el daño le cortaron el pie y volvieron de nuevo á cauterizarle. Y es indudable, continua el cronista, que el invencible y glorioso mártir le prestó su constancia; pues en todo el discurso de la enfermedad y de tan terrible cura, jamás se quejó ni perdió la serenidad de su ánimo, con grande admiracion de los facultativos y de los religiosos. Recibió los santos sacramentos con un singular afecto y piedad, y pasó á mejor vida en Abril de 1622, en el convento de Cartagena, habiendo tomado el hábito en el de Sta. Ana de Villena en 1580.—S. B.

PEREZ DE BARCIA (V. Domingo), presbítero, natural de Villamarzo, en el principado de Asturias, donde nació en 1649. Enviáronle sus padres á Cádiz para dedicarse al comercio, y de allí pasó á América á la edad de diez y seis años. Encontró en la Puebla de los Angeles á un tio suyo, familiar del obispo de aquella diócesis, bajo cuya direccion comenzó los estudios en el seminario de S. Juan, de donde se trasladó á la universidad de Méjico á seguir la jurisprudencia, y se graduó de bachiller en ambos derechos. Pero por un particular auxilio del que lo tenia para cosas mayores, abandonó esta carrera y con ella todas sus halagüeñas esperanzas de ascensos y de honores para consagrarse del todo al servicio de Dios y procurar sus solos intereses, retirándose á vivir extramuros de aquella capital con el venerable y ejemplarísimo capitan Juan Perez Gallardo, su íntimo amigo y protector. Ordenado de sacerdote en el año de 1680, se dedicó desde luego á los ejercicios del confesonario y de la predicacion, con el objeto de solicitar por todos los medios que se hallaban á su alcance la mayor gloria de Dios y salud eterna de los hombres, y áun la temporal, poniendo grande esmero en acudir al socorro de los pobres con las cuantiosas limosnas que distribuian por su mano personas caritativas. Su más importante obra fué la fundacion de la casa y voluntario recogimiento de mujeres de libre conducta, llamado de S. Miguel de Belen, contiguo á los muros de la misma ciudad de Méjico, que se erigió en 1684, para cuyo gobierno espiritual y temporal le envió Dios por compañero al devoto clérigo y V. P. Lázaro Fernandez, que tantó edificó aquella casa con su ejemplo y con su direccion en el confesonario. Comenzó el V. P. Domingo Perez esta empresa sin tener un solo maravedí para llevarla á cabo, y cediendo para ello la casa, cuyo alquiler era la única renta de su capellanía, confiado todo en la divina Providencia por medio de la intercesion de S. Cayetano, de quien era muy devoto, y acaso su mejor imitador en la admirable y plenísima confianza que tuvo en la divina liberalidad. No nos parece inoportuno llamar la atencion sobre la prudente conducta de este

V. Padre, que para que tuviesen las mujeres de su recogimiento de Belen siempre á la vista los vivos despertadores de la virtud, los modelos y estímulos de la santidad que correspondia á su estado y género de vida, hizo adornar las paredes del coro y corredores de aquella casa con varias pinturas de las santas pecadoras y luego penitentes Marina, Pelagia, Eufrasia, Eustoquia, Tais, Marcela, Eufrosina y otras muchas, cuyas imágenes las persuadian mudamente por los ojos lo mismo que el venerable maestro con sus exhortaciones por los oidos. No se puede leer sin asombro cuánto permitió Dios que padeciese nuestro venerable, dando permiso al demonio para que le afligiera con atroces y horribles tormentos. Su juicio trastornado, su salud debilitada, su alma desamparada hasta de su director y amigo, su cuerpo estropeado, su honra en opiniones, enfermedades extrañísimas, atroces calumnias, visiones espantosas, luchas terribles con los demonios, pasion de ánimo, frenesíes furiosos, privacion de todo consuelo y ejercicio espiritual, tentaciones fortísimas contra la fe y la caridad, desolacion plena de alma y cuerpo, en fin, á un mismo tiempo por espacio de doce años descargó todo el peso de su furia y odio el infierno sobre este santo varon, con que acrisoló su virtud y remontó su mérito hasta el más acendrado heroismo; porque, como dice el P. Jesuita Peralta en la aprobacion de la historia de su vida: «El V. Padre, entre continuas fatigas de »achaques, maltratamiento de los malos espíritus y ajamiento de los hom»bres, siempre se vió cual rosa floreciente, sin que pudieran apagar las »muchas aguas el ardoroso incendio de su caridad.— No faltaron á la cons»tancia del Padre torbellinos impetuosos que la golpeasen, ni crespas olas »que la combatiesen en tantos y tan crecidos trabajos de que estuvo entrete»jida su vida, sin que por esto flaqueára en el perseverante ejercicio de sus »virtuosos ejemplos.» Fué extraordinario el rigor de su penitencia, sujetando su carne con tan recias disciplinas, que siempre estaban teñidas de sangre las paredes de su aposento; con tan ásperos silicios, que habiéndose descuidado en ocultar uno, cierta persona se lo escondió, compadecida de que usase de tanta severidad con un cuerpo tan extenuado. Su cama era el duro suelo hasta que heredó la del venerable capitan Gallardo, compuesta de unos leños cubiertos con un paño, muy á propósito para moler los huesos. Dormia poquísimo, gastando desde la media noche en oracion y otros santos ejercicios. Admira su abstinencia, pues jamás probó la fruta; continuamente ayunaba á pan y agua, y en las cuaresmas apénas tomaba alimento. En siete años, dice el autor de su vida, se privó del chocolate, en muchos más del tabaco de polvo, y aunque volvió á usar de uno y otro por obediencia, del de humo jamás. Brilló sobre manera su rara humildad y su obediencia hasta un extremo de que quizá no se hallará semejante; su po-

breza era suma; su amor á Dios ardientísimo; y laborioso su celo por el bien del prójimo. A proporcion fueron los dones con que Dios le enriqueció y honró: tuvo el de profecía para ver los sucesos venideros y los distantes; el de penetracion de interiores; el de discrecion de espíritus, y otras mil singulares gracias, como celestiales visiones de S. Miguel y varios santos, y grandes regalos espirituales que le hizo en la oracion y en la Misa, además de la intima y continua union con su Divina Majestad. En medio do tantas tribulaciones y tentaciones eran continuos y admirables sus éxtasis y raptos, arrojando resplandores su rostro, y elevándose en el aire, como si fuera su cuerpo de paja, á la fuerza de la llama de su amor, durándole luego muchos dias la enajenacion de los sentidos, siendo lo más singular estando tendido en la cama, abiertos los brazos en cruz, haberle visto elevado en la misma postura por espacio de más de una hora, cubierto como estaba con la ropa de encima. Fué autor de la devocion de las tres horas todos los viernes del año, invencion de su grande y tierno amor á la pasion de Jesus. Adoptó despues esta práctica la congregacion de S. Felipe Neri de Méjico, luego la Compañía de Jesus, extendiéndose últimamente por muchas partes. Trabajó con grande y abundante fruto en el púlpito y confesonario, hasta que lleno de meritos, rico de virtudes, adornado de dones y privilegios, y estimado y venerado de vireyes, prelados, personas graves y de todo Méjico, pasó á unirse y descansar eternamente en el seno de su amado Criador el dia 3 de Noviembre de 1713. Todas estas noticias y otras muchas que omitimos provienen de su *Vida*, escrita por el P. D. Julian Gutierrez Dávila, presbítero del Oratorio de Méjico, é impresa en Madrid en 1720 en 4.°, con ocasion de haber sido nuestro V. Padre íntimo amigo del tambien V. P. D. Pedro de Arellano y Sosa. Su historiador, el magistral de Méjico D. Juan de Eguiara, en la historia de su vida hace muchas veces mencion, y siempre con aprecio, del P. Perez, llamándole *extático* en la dedicatoria, y en el libro II, núm. 99 y en el 164 *gran siervo de Dios; y que estos dos ilustres clérigos tenian espíritus simpáticos, por lo que decia nuestro V. Padre: el hermano Sosa y yo somos dos cuerpos y un alma*, haciendo así sin pensarlo el mayor elogio de ambos.—S. B.

PEREZ DE BIEDMA (D. Alvar), obispo de Mondoñedo, fué hijo de Fernan Perez de Biedma y de Doña María Perez de Sotomayor. Tomó el hábito en la religion de S. Francisco, en donde obtuvo varios cargos hasta ser promovido al obispado de Mondoñedo hácia 1336. Se halló con el rey D. Alonso XI en la victoria que obtuvo contra el rey moro de Granada Albohacen, distinguiéndose en la batalla. Promovido al obispado de Orense, tomó una parte muy activa en las diferencias entre D. Pedro de Castilla y su hermano D. Enrique, por lo que el primero le mandó prender en Almodóvar del Campo y murió

en la prision. Ignórase el año, pero su sucesor tomó posesion de la sede de Orense en 1372.—S. B.

PEREZ CALVILLO (D. Fernando). En unas *Memorias* manuscritas de Mallen, dice el bibliógrafo Latassa, que se sienta fué este D. Fernando natural de esta villa de Aragon. Hermano del obispo D. Pedro Perez Calvillo, le hacen otros hijo de Tarazona, dando razones que confunden más aún la noticia del lugar de su nacimiento. Dedicado D. Fernando á las letras sagradas, debió sobresalir en su estudio y recibir los grados y censuras convenientes, cuando se le concedió un canonicato en la santa iglesia de Tarazona; de la que fué arcipreste y dean, y desde donde pasó de camarero á la del Pilar de Zaragoza. Distinguióse este virtuoso aragonés por su prudencia, por su buena literatura, y sobre todo por su piedad, su celo y sinceridad. Regia el obispado de Tarazona su expresado hermano D. Pedro, y le ayudó con tal ardor religioso á llenar los deberes de su sagrado y elevado ministerio, que el pueblo y la sociedad culta le guardaron de canónigo las mismas consideraciones que al obispo su hermano. Muerto este, todo Aragon le señaló como su sucesor más digno, y conociéndolo así, el clero y el gobierno se empeñaron todos en su favor, y fué elegido obispo en 1392. Conocedor del mérito del nuevo obispo aragonés el papa Benedicto XIII, por la defensa que de su persona hizo en Aviñon, le distinguió con su confianza, y empezando por encargarle graves á la par que honrosas comisiones, acabó por crearle cardenal. El célebre Zurita, cronista de Aragon, dice, refiriéndose al año 1397 en sus *Anales*, libro X, capítulo LXII, que cuando solicitó Bonifacio la union de la Iglesia en aquella ciudad (Aviñon), mandó Benedicto á D. Fernando con dos galeras á Roma, y que desembarcando en Terracina, que obedecia á éste, pero sujeta al conde de Fundi, fué acompañado por las gentes de armas del conde hasta Castromarino, y desde allí, con un salvoconducto que pidió al cardenal Brancacio, se dirigió á Roma, en cuya ciudad se le aposentó en el palacio de S. Pedro, con sus asistentes Micer Domingo Masco y Micer Tomás de Colibre. Como embajador de Benedicto, se presentó á Bonifacio, que le recibió con distincion por las noticias que tenia de sus loables prendas. Nombrados los cardenales de Florencia, Monopoli y Bolonia, y el camarero de Bonifacio para tratar con el cardenal obispo de Tarazona y los expresados asistentes, comenzaron las conferencias, en las que se distinguió D. Fernando por sus sólidos argumentos y sus razonamientos; pero como la cuestion principal sobre que habia de fallarse, era la renuncia, ó que se reuniesen en cierto lugar los que contendian por el pontificado, ó que se declarase por término de justicia, eligiéndose personas por cada parte que conociesen de sus derechos, no pudo lograrse avenencia alguna entre los contratantes, y el obispo Perez Calvillo salió de Roma, y dando cuenta al

papa Benedicto del mal éxito de su embajada, se volvió á su diócesis con el sentimiento de que quedase el pontificado en tan crítica situacion. Dedicóse el virtuoso Obispo con el mayor celo al gobierno de su iglesia, y habiendo dado inequívocas pruebas de su capacidad y de su acendrada piedad, murió este buen pastor con gran sentimiento de su rebaño, en el Señor el año de 1404, segun se dice en el *Compendio latino histórico de los obispos de Tarazona*, si bien en el archivo de la santa iglesia del Pilar de Zaragoza se fija su defuncion en el mes de Enero del año 1405, que fué el mismo en que murió la piadosa Doña Isabel la Católica, reina de Castilla. Dejó escritos este ilustrado prelado papeles y cartas pertenecientes al pontificado de Benedicto XIII, muy interesantes para la historia de este pontífice, y le elogian todos los historiadores de Tarazona.—C.

PEREZ Calvillo (D. Pedro). Danos razon de este ilustrado prelado aragonés en sus *Hijos ilustres de Aragon* el doctor D. Félix Latassa y Ortiz, que nos trae la diversidad de pareceres que existe entre los autores sobre la patria que le dió nacimiento. En la *Historia de la ciudad de Tarazona*, escrita por el P. Ranzon, se dice á la pág. 113 que fué natural de esta poblacion; el regente D. Miguel Martinez del Villar, en su *Patronato de Calatayud*, le presenta como hijo de la ciudad de que habla, y esto mismo refiere el abad D. Martin Carrillo á la pág. 343 de la *Historia de S. Valerio*. En un documento de la villa de Mallen se afirma que de aquí fué D. Pedro, y parece confirmarlo el existir en ella su linaje, del que fué D. Francisco Perez Calvillo, monje cisterciense del real monasterio de Beruela y su abad desde el año 1700 al de 1704, como se acredita por documentos. Ateniéndonos á lo expresado por Carrillo, en el lugar citado, el año 1384 era ya obispo de Tarazona, constando que lo era ya en 1376 por otros documentos, y especialmente por uno en que se acredita compró en treinta mil sueldos los palacios reales de la misma ciudad, denominados el *Alcázar de Hércules* y la *Zuda*, adjudicándolos para habitacion á sus sucesores, lo cual refiere tambien el obispo Hebrera en la dedicatoria de la *Historia de S. Gaudioso*, el Mtro. Argaiz en su *Soledad laureada*, y Casanate en la *Historia manuscrita de Taraz*, á los que se refieren otros autores. Lo que parece no admitir duda alguna, es que el prelado Perez Calvillo gobernó la santa iglesia de Tarazona con el mayor celo y probidad, á pesar de lo calamitosos que fueron los tiempos de su episcopado, pues que en guerra los reyes de Castilla y de Aragon, llegó el ejército de D. Pedro I de Castilla, apellidado *el Cruel*, á Tarazona, y desoló gran parte de esta ciudad y no pocas poblaciones de la diócesis. Grande fué en tan aflictivas circunstancias el cuidado por sus afligidas ovejas del pastor, y su valor y fidelidad á su Rey, al que sirvió tambien, segun Zurita, capítulo XLIII de sus *Anales de Aragon*, de capitan esforzado de las

tropas. Su palacio fué saqueado por los castellanos, y atacándole personalmente, fué aprisionado por livianas sospechas, de las que se vindicó. «Estos »y otros muchos infortunios no fueron capaces de quebrantar su constancia, »y ni los robos, la profanacion, las violencias y sacrílegos ultrajes que pa»deció su catedral y otras iglesias y personas de su diócesis, le intimidaron, »ni hicieron que pudiera debilitarse su constancia en la virtud, ántes bien »fué singular su caridad y diligencia en procurar evitar estos daños y en »aplicarse á repararlos cuando cesaron dichas turbaciones; tiempo en que »no se duda escribió algunas cartas á sus iglesias, consolándolas en su aflic»cion y franqueándoles las mejores disposiciones para excitar su diligencia »y procurar su antigua felicidad.» Tambien acudió este celoso prelado con su soberano el rey D. Pedro IV de Aragon á aliviar á sus vasallos afligidos por esta y otras calamidades, siendo estos los principales cuidados que tuvo en las córtes que reunió este Rey en las que se dejó oir su elocuente voz, siempre en bien y pró de la humanidad. Entre los muchos dones que hizo á su catedral, lo fué su magnífica biblioteca. Fundó en ella doce aniversarios é igual número de ellos en la parroquia de la Magdalena de la misma ciudad, y despues de haber edificado á sus queridas ovejas, murió este buen pastor el año 1391. Conócense de este prelado las siguientes obras: *Constituciones sinodales del obispado de Tarazona por los años de* 1376, segun una *Memoria* que se conserva. Algunos *Estatutos* pertenecientes á la direccion de la catedral de Tarazona conforme á la naturaleza de estos tiempos. Sucedió en la silla episcopal de Tarazona á este prelado su hermano D. Francisco en 1392, habiendo sido canónigo, arcipreste y dean de esta catedral, el cual mereció el aprecio del pontífice Benedicto XIII. La antigüedad y nobleza del linaje de estos obispos, no solo se encuentra en los antiguos y modernos Nobiliarios aragoneses, si que tambien la ensalza Zurita en el libro IV de sus *Anales de Aragon*, en lo que manifiesta, al hablar de Zamora y de la ciudad de Toro con relacion á su batalla en el año 1476, que en aquella famosa jornada se señaló heróicamente el valiente y esforzado caballero Juan Perez Calvillo, señor de Malam en Aragon, cuyas proezas fueron muy loadas por todas las naciones; de suerte que los ascendientes de nuestro prelado dieron con las armas gloria y prez á la patria, gloria y prez que él y su hermano acrecentaron para honor de su pais y familia con sus virtudes pastorales.—B. C.

PEREZ Y CAMPOS (D. Miguel). Nació, segun Latassa, en sus *Ilustres Aragoneses*, el 15 de Enero de 1746 este religioso, en Terriente, diócesis de Albarracin. Aficionado á la carrera de la Iglesia y muy afecto tambien á la Compañía de Jesus, tomó el hábito de jesuita, y aún estudiante pasó á Roma, en donde fué consagrado sacerdote. Su estudio y aplicacion, dice el referido

autor, es digno de elogio, pues que escribió varias obras, las que son utilísimas para guiar á un jóven por todos los estados, desde su primera edad hasta las facultades mayores; pero como el principio de la sabiduría es el temor de Dios, no omitió en este plan lo necesario para que el jóven adelantase en la piedad cristiana. A este fin compuso un *Catecismo*, en el que se propuso con buen método pudiese aprender cuanto debe saber un jóven en órden á su salvacion, y escribió tambien á este fin un *Recuerdo de verdades eternas*; en cuyo libro se dan breves meditaciones, pero muy eficaces para cada dia del mes, con otras varias piadosas prácticas, y el método más acertado de ejecutar con perfeccion las obras cristianas. Para las ciencias y su consecuencia compuso un *Arte de la lengua latina*, que dividió en tres libros acomodados á las tres clases en que se dividen los niños, obra que puede llamarse original de su ingenio por su nuevo método, por los versitos de las reglas de géneros, pretéritos y prosodia, que son suyos, y por la multitud de ejemplos que da, adquiridos con su locucion, con la cual se conforman cuantas reglas allí se establecen. El libro primero consta de los rudimentos, declinaciones y conjugaciones, una idea de todas las partes de la oracion, con los géneros de los nombres, declinaciones de los mismos, griegas y latinas, y los preteritos. El segundo trata de la sintaxis de las ocho partes de la oracion. El tercero de la prosodia con las reglas poéticas; y en fin, esta obra es sumamente útil para la inteligencia de los autores latinos. Escribió tambien este autor las obras siguientes: *Michaëlis Perezii, sacerdotis Lobetani, de Arte Rhetorica libri VI ex Aristotele, Ciceroni et Quintiliano præcipue deprompti, ac tironum usui maxime accommodati*. Esta obra se publicó en Ferrara, en 8.°, en 1790. —Un *Compendio de arte poética*; —otro *de los ritos de los antiguos romanos*; —otro de *Geografía*; —otro de *Historia eclesiástica y profana*; —otro de *Aritmética y Geometría*. —El *Catecismo* y la *Gramática* las publicó en la lengua italiana con ánimo de hacerlo despues en castellano. Un catecismo, mayor que el anterior, para los adultos, titulado: *Catecismo dogmático moral, ó declaracion de la Doctrina cristiana*, reducido á diálogo para hacer más fácil la instruccion de las personas rudas en los misterios de nuestra santa fe y las obligaciones de un cristiano, obra muy instructiva, sacada de la Santa Escritura, de los concilios, decisiones de los Sumos Pontífices, Santos Padres y doctores católicos de la mayor autoridad, en la cual protesta el autor que ni una sola palabra pone en ella que no la haya sacado de tan sábias como abundantes fuentes. Divide Perez su obra en seis libros y sigue con las decisiones morales, conformándose con la doctrina de los teólogos más afamados en las cuestiones religioso-católicas.—C.

PEREZ CASTIEL Y ARTIGUES (D. Juan), sacerdote valenciano, distinguido por sus virtudes y sencillez. Fué beneficiado de la iglesia parroquial de San

Lorenzo de Valencia y residente en la de S. Valero y S. Vicente, mártir del pueblo de Ruzafá. Era muy aficionado á la arquitectura en que hizo notables trabajos. Consagró los últimos años de su vida á escribir en prosa y verso, no obstante no haber asistido nunca á las escuelas, y segun el empeño con que se lo propuso, hubiese escrito mucho si no se lo hubiera impedido la muerte, que le sorprendió en su patria el 29 de Enero de 1734. Dejó las obras siguientes: 1.ª *Recreo del alma fiel que ilumina y desengaña;* en verso. *Con una breve declaracion en prosa, como el invicto S. Lorenzo mártir es nacido en la ciudad de Valencia del Cid.* Ibid. por Antonio Valle, 1722, en 8.º—2.ª *Política cristiana y aforismos de prudencia, que hacen al hombre advertido;* en verso de varios metros. Valencia, por el referido Valle, 1738, en 8.º—3.º *Empeño por amor divino contra Lucifer soberbio, á favor del alma amada;* Valencia, por el citado Valle, 1725, en 8.º—4.º *Breve tratado de la Ortografía española:* ibid. por el mismo impresor, 1725, en 8.º — S. B.

PEREZ DE CASTILLA (P. Francisco), jesuita elogiado en la *Biblioteca de los Escritores de la Compañía*, cuyos méritos le hicieron acreedor á esta distincion. Los autores varían mucho acerca del lugar de su naturaleza: hácenle unos natural de Toledo, y otros de Madrid, sin que pueda asegurarse cuál fué su patria, pues Rivadeneira guarda en este punto el más completo silencio, y Nicolás Antonio ni siquiera le cita. De todas maneras parece que despues de haber entrado en el instituto de S. Ignacio de Loyola se distinguió mucho por su buena vida y costumbres, siendo un modelo de virtudes y de perfeccion. Amábanle los superiores y le respetaban sus iguales, mirándole como el modelo que podian aspirar á imitar. Pero el P. Francisco, modesto y áun humilde, solo procuraba ser el último de todos, apresurándose á servir á sus hermanos y áun á los pobres en las cárceles y hospitales que visitaba contínuamente, llevando á todas partes recursos y consuelos; tanta era su piedad y buena fama. No se distinguia ménos por su laboriosidad, pues compartiendo el tiempo entre la oracion y el trabajo, escribió varias obras que le dieron mucha reputacion en la Compañía, aunque todas quedaron manuscritas. Su carácter piadoso hizo que estos ensayos, si tal nombre puede darse á obras completas en su género, versasen principalmente sobre asuntos de religion á los que con predileccion dedicaba su pluma el P. Perez de Castilla. Algunas de ellas, quizás las más conocidas, son historias de personajes que más se distinguieron en su instituto por sus hechos y virtudes, de las que se aprovechó el P. Nieremberg para sus *Varones ilustres;* otras, de más aliento sin duda, aunque se han perdido ó al ménos se ignora en la actualidad su paradero, versan sobre la historia general de su instituto, que á habérselo permitido su vida, hubiese dejado completa.

La biblioteca de la Compañía solo le cita como autor de la *Vida del P. Martin Gutierrez*, cuya historia, añade, escribió tambien el P. Nieremberg. S. B.

PEREZ del Castillo (D. Baltasar), canónigo de la santa iglesia de Burgos, de donde era natural. Publicó, traducidas del francés, las obras siguientes: 1.ª *El Teatro del mundo de Pedro Rovistan.*—2.ª *Un discurso de la excelencia y dignidad del hombre*; Alcalá, por Andrés de Angulo, 1566 y 1574, en 8.°; Valladolid, por Diego Fernandez, 1585, en 8.°—3.ª *Guilielmo de Choul, discurso de la religion y milicia romana*; Leon, 1574.—4.ª *Estado en que Dios llama á cada uno* (original del autor); Salamanca, 1578, por Matias Guast, en 8.°—5.ª *Oraciones y meditaciones escogidas en diversos libros y autores aprobados por la santa católica y apostólica Iglesia Romana.*—S. B.

PEREZ de Cervera (D. Gil), obispo de Tuy. Fué hijo de D. Periañez de Cervera y de Doña Dadia Reymondo; obtuvo la dignidad de arcediano de esta iglesia, y lo era en 1250 cuando fué electo obispo. Tuvo algunas diferencias con su ciudad, de las que resultó quedar la ciudad condenada á pagar veinte mil maravedises para el Obispo, las dignidades y los canónigos por los denuestos que les dijeron y otros delitos cometidos contra la Iglesia. Consagró la iglesia del monasterio de Paderne, de canónigos regulares de S. Agustin, como dice la escritura siguiente:

DEDICATIO ÆGIDII EPISCOPI
ISTA ECCLESIA IN TEMPORE JOANNIS PETRI PRIOR,
ERA 1302.

Puso la primera piedra del convento de la órden de Sto. Domingo de Ribadavia en 1271, y murió dos años despues, sucediéndole el dean de la misma iglesia D. Nuño Perez, que la gobernó durante tres años.—S. B.

PEREZ Chirinos (V. Mtro. Ginés), presbítero, discípulo de S. Julian, obispo de Cuenca y canónigo de aquella catedral, donde floreció en santidad y virtud, segun asegura Gonzalez Dávila en su *Teatro de aquella iglesia.* Fué no ménos ilustre por sus conocimientos en letras divinas y humanas, de vida ajustada y celo apostólico en la conversion de los mahometanos á la religion y fe de nuestro Señor Jesucristo. El doctor Fernandez, en su *Historia de la Cruz de Caravaca*, publicada en Madrid en 1722, dice estas palabras acerca de este eclesiástico, que sirven para terminar su biografía. «Por fin, »año de 1280, murió Chirinos con grande fama de santidad, correspondien»te á su santa vida, siendo enterrado su cadáver en la iglesia catedral de »Cuenca, en la navé de las dignidades.» —S. B.

PEREZ Cinza (D. Diego), eclesiástico portugués, natural de la ciudad de

Alpendrinha. Sus padres, más ricos en honradez que en bienes de fortuna, le dieron una educacion correspondiente á su clase, á que el jóven se hizo acreedor por su comportamiento y buenas costumbres. Dedicado á una carrera literaria la siguió con aprovechamiento, distinguiéndose entre sus compañeros y haciéndose amar de sus profesores. Pero aún más que en las ciencias se aventajó en la virtud, siendo desde sus primeros años muy dado á la oracion y ejercicios piadosos, hasta el extremo de huir de los jóvenes de su edad por retirarse á las iglesias y entregarse en ellas á la oracion y meditacion. Inútil es decir cuál deberia ser su carrera; y así, apénas salió de la universidad tomó órdenes y abrazó el estado eclesiástico. Pensaba sin duda su familia que aspiraria á superiores dignidades, como lo hacian presumir sus estudios y vasta capacidad; pero satisfecho Diego en su dorada medianía, se contentó con servir á Dios en el camino de la virtud, que era al que única y exclusivamente se habia consagrado. Despues de desempeñar sus deberes sacerdotales se retiraba á su casa, y allí empleaba todo su tiempo en oraciones, meditaciones y ejercicios de mortificacion. Ayunaba con frecuencia, y esto con grande rigor, y maceraba su carne de otras diferentes maneras. Siempre se le halló dispuesto á servir á Dios y á sus prójimos, sin que abandonase nunca un camino que habia emprendido con tanto interés como buenos resultados. Amábanle cuantos le conocian, y le honraban sus mismos prelados convencidos de que era un modelo de virtudes y perfeccion. Así, cuando pasó á mejor vida fué universalmente llorado, tanto por los que conocian sus buenas cualidades, como por los á que habia servido de modelo. Compuso diferentes obras, que en su mayor parte quedaron manuscritas; pues solo sabemos llegase á ver la luz pública la titulada: *Vida, martirio y última traslacion del mártir S. Vicente,* impresa en Lisboa por Pedro Craesbeck, 1628, en 8.º—S. B.

PEREZ Climente (D. Francisco). Nació este prelado en el siglo XIV, sin que nos diga Latassa ni los demás autores á que se refiere, nada relativo á la fecha de su nacimiento, limitándose á manifestar que fué natural de Zaragoza, y que siendo muy visible su celo é instruccion en el estado eclesiástico, obtuvo el obispado de Tortosa, sin que se exprese cuando. De esta silla fué trasladado Perez Climente á la de Barcelona en 1410, y segun el P. Murillo, en el tratado segundo de sus *Excelencias de Zaragoza*, era persona de mucho caudal y de grandes partes. Del obispado de Barcelona fué promovido á la silla metropolitana de Zaragoza y confirmado por Benedicto XIII en Perpiñan el 13 de Noviembre de 1415, elogiando todos su probidad y discrecion. Tomando posesion de esta última silla por poderes, empezó su residencia en 30 de Junio de 1416, segun lo expresa el Mtro. Espes en su *Historia Eclesiástica de Zaragoza*; pues aunque se hallaba vacante esta silla desde 1411,

por muerte de D. García Fernandez de Heredia, la retuvo para sí el papa Benedicto XIII, nombrando vicarios generales y demás oficios para su gobierno, hasta que la renunció D. Juan de Luna, tercer hijo de D. Lope Jimenez de Urrea, señor de la Tenencia de Alcalatem y de Doña Sancha de Urrea, arcediano de Ampurias, que fué presentado para ella. Gran celo y diligencia acreditaron á este prelado en su arzobispado. Fundó tres raciones enteras y tres medias, en Barbajena, para hijos naturales de este pueblo que se hiciesen sacerdotes, y dedicó parte de sus rentas al aumento del culto divino, áun en los caminos y desiertos, en donde hizo levantar varias capillas y oratorios. Mandó fundar un hospital en la ciudad de Alcañiz, dotándole con varias rentas, y conservó otras piadosas memorias, hasta que el pontífice Martin V, en 1419, lo devolvió á la sede de Barcelona con el título de patriarca de Jerusalen, declarando no haber sido buena su promocion al arzobispado de Zaragoza. Posesionado segunda vez de aquella diócesis en 23 de Junio de 1420 con el título de administrador, se reservó el Papa desde entónces la provision de la sede de Zaragoza, segun dice el abad Carrillo en su *Historia de S. Valerio.* Gran gozo tuvo la ciudad de Barcelona en volver á tener en su seno á prelado á quien tanto apreciaba, y así es que le acreditó su cariño de mil maneras, cariño al que correspondió el nuevo Patriarca de Jerusalen, redoblando su celo religioso y procurando la felicidad espiritual de sus antiguas y queridas ovejas. «La embajada que desempeñó por el par»lamento de Tortosa para el justo reconocimiento y obediencia del rey Don »Fernando *el Honesto,* en Caspe; los honores que este soberano le habia he»cho y reiterado las córtes de 1412 y 1413 y otras de Cataluña; su caritativa »liberalidad, que habia sido capaz de hacer olvidar los infortunios de la ciu»dad de Barcelona, especialmente en los años 1428 y 1429, le hacian muy »recomendable á los catalanes,» y no podria ménos de pesar algo en su estimacion lo mucho que habia hecho para embellecer la santa Iglesia catedral de aquella ciudad; pues como dice el Mtro. Diago, habia recibido de su mano la elegancia, adornos y perfeccion que más le hermosean. Murió este prelado, muy llorado por los barceloneses, el dia 17 de Diciembre de 1430 en la misma ciudad. Fué sepultado en la catedral, en la capilla de San Clemente, que él habia edificado, por la devocion que profesaba á este Santo, y de cuya capilla habla minuciosamente el cronista Martel en su obra *Forma de celebrar Córtes.* Advierte este autor que la familia del prelado tenia capilla propia, y que Mosen Jaime Climente, caballero del hábito de Santiago, sobrino de Mosen Felipe Climente, protonotario primero de los de este apellido, ugier de armas del emperador Cárlos V, imitando la piadosa liberalidad de su tio D. Francisco Climente, patriarca de Jerusalen y obispo de Barcelona, que construyó en su catedral la capilla del pontífice y mártir San

Clemente, instituyó en ella un beneficio, segun consta de su dotacion hecha en 1429, y de su testamento el año 1430, como lo expresa Diago en su *Historia de los condes de Barcelona*. El prelado de quien nos ocupamos, embelleció la capilla de los corporales de Daroca, en el convento del Cármen de Zaragoza, y su devocion á S. Clemente la declara la inscripcion de la lápida sepulcral. Publicó Perez Climente las obras siguientes: *Constituciones sinodales del arzobispado de Zaragoza*, dadas en el sinodo de la villa de Belchite el año 1416 á 23 de Agosto, segun el P. Espes, tratándose en ellas del culto divino y de la celebracion de algunas festividades, como la de S. Braulio, que siendo dia incierto, quedó fijada el 18 de Marzo: se halla aquel escrito en el libro de constituciones sinodales del arzobispado de Zaragoza.—*Estatutos de la iglesia catedral de Barcelona*, los que por ser muy extensos y redactados con harta confusion, los redujo, segun refiere el P. Aimeric en su *Episcopado de Barcelona*, á diez y siete artículos; precioso código de leyes eclesiásticas, por las que se rigió el cabildo y clerecía de aquella santa iglesia, con el título de *Constituciones del Patriarca*. El cronista Zurita en sus *Anales de Aragon*, manifiesta en su elogio el aprecio que recibieron su integridad de costumbres, su grandeza de alma, su literatura y su piedad. Además de los autores citados en este artículo, elogian á este prelado el cronista Dormer en su *Disertacion de Sto. Domingo de Valencia*; el P. Abarca en los *Anales de Aragon*; el arzobispo D. Fernando de Aragon en sus *Memorias sobre diversos prelados*; Latassa en sus *Varones ilustres de Aragon*; y los genealogistas, el cronista Blancas, Matías Esteban, el conde del Villar, D. Baltasar Lopez de Gurrea, el conde de Atares, D. José Sanz de Latrás y el marqués de Torres D. Luis Abarca de Bolea en sus *Genealogías*, *Nobiliarios* y demás obras sobre la nobleza de Aragon, en todas las que se le celebra, tanto por sus hechos y virtudes como excelente prelado, cuanto por su esclarecida y antigua nobleza, de modo que ilustró su antigua estirpe y linaje, aumentando sus blasones extraordinariamente y enriqueciendo su escudo de armas con piezas honorables, en las que se lee heráldicamente su piedad, sus virtudes, su ardiente caridad y su caballerosidad digna de un noble y virtuoso español aragonés, que supo honrar á su patria y á su familia.—B. C.

PEREZ de Espinosa (D. Fr. Juan), religioso de la órden de S. Francisco, natural de Toledo. Tomó el hábito en el convento de Alcalá de Henares en 2 de Agosto de 1574, y profesó en 1.° de Agosto de 1575 en manos del guardian Fr. Alonso Azofrin. Pasó de misionero á América, donde permaneció por espacio de cuarenta y cuatro años. A su regreso á España le presentó Felipe III para el obispado de Santiago de Chile en 1600. Se consagró en Madrid en el convento de S. Francisco el dia del apóstol Santiago. Fundó en Chile un seminario, y despues de haber residido por algun tiempo en

aquella iglesia, regresó á la Península sin haber obtenido licencia prévia, por lo que se le mandó volver á ella, mas no llegó á efectuarlo, porque falleció en Sevilla en el convento de su Orden en 1622. Los bienes que habia traido de América, que ascendian á sesenta mil pesos de oro, le fueron confiscados y devueltos á la iglesia de Chile, á quien legítimamente pertenecian. — S. B.

PEREZ Garrido (V. D. Alvaro). Nació en Medinasidonia el año de 1696 de familia tan noble como rica, y habiendo estudiado filosofía, leyes y cánones, aunque con repugnancia de su madre, se consagró al estado clerical á que se sentia llamado por particular vocacion. Ordenado de sacerdote se dedicó, no obstante su débil salud, al estudio de la teología y la lectura de las escrituras sagradas, brillando más desde entónces sus muchas virtudes. Perfeccionáronse estas cada dia más con la oracion, que era su primer ocupacion diaria, empleando en tan santo ejercicio algunas horas cada mañana: decia misa con gran devocion y abundancia de lágrimas, y rezaba el oficio divino con no ménos fervor y atencion. Así alimentaba su alma miéntras extenuaba su cuerpo con mortificaciones que ni la vejez ni los achaques le hicieron moderar. En los advientos ayunaba tres dias á la semana, lo mismo que en las vigilias de nuestra Señora y de varios santos, en las cuaresmas y témporas, pudiendo decirse que el resto del año era una abstinencia continua. Tal nombre merece su escaso desayuno, parca cena y pobre comida. Era por su prudencia é instruccion el oráculo de aquel clero, y el obispo de Cádiz le confió varias veces parte de la visita de la diócesis. El Santo Oficio, de que era comisario, le encargó negocios muy árduos, y la Escuela de Cristo le nombró muchas veces *Obediencia* por oir fervorosos documentos. Ardia en amor de Dios, y se le oia tanto en la iglesia como en su casa cuando oraba, desahogar el fuego de su corazon con dulces jaculatorias. Trabajó doce años hasta lograr se dotasen las misas de renovacion todos los jueves en su parroquia: dotó una comunion en la Santa Escuela, y dejó una pension á la Cofradía Sacramental para más culto del Señor, que era su devocion dominante. No podia dejar de amar mucho al prójimo quien tanto amaba á Dios: y en efecto, socorria continuamente á los pobres dándoles sin reserva cuanto tenia. Llegó á una respetable ancianidad en medio de una vida llena de fatigas y agobiada de graves dolencias que le debilitaron mucho, mas sin bastar á separarlo de la oracion y penitencia. Admiraba su heróica resignacion y sobrenatural alegría en los más recios dolores que acabaron de perfeccionar su espíritu y calzarle la corona. Creemos piadosamente que la recibió, habiendo muerto en 1770, á los setenta y cuatro años de edad, tan sentido como venerado de todos. — S. B.

PEREZ Gaya (D. Francisco), presbitero, maestro de capilla de la santa

iglesia catedral de Avila. Nació en 19 de Julio de 1766 en S. Martin de Malda, pueblo de la provincia de Lérida situado á cinco leguas de esta capital. La inclinacion y buena disposicion que desde sus primeros años manifestó á la música, animó á sus padres á proporcionarle esta carrera, con cuyo motivo pidieron y obtuvieron su ingreso en el colegio de Seises de la catedral de Lérida, donde desarrollada con el estudio y la práctica su antigua aficion, no tardó en adquirir los conocimientos necesarios para hallarse en estado de hacer oposicion á las plazas que por entónces se hallaron vacantes en varias catedrales. Organista y maestro de capilla consumado á pesar de su corta edad, se presentó como opositor á una plaza de la primera clase en Tortosa, despues á otra de Barcelona, donde se puso al frente de una escuela de música. Practicó además ejercicios de oposicion en Tarragona en el monasterio de S. Juan de la Peña, de cuya capilla estuvo encargado interinamente, y en las catedrales de Valladolid y Segovia. Poco afortunado en todos estos actos, no tardó en comprender que á pesar de todo su mérito nunca sería atendido, miéntras no hubiese desempeñado la plaza de maestro de capilla en alguna catedral, pasando despues como por via de ascenso á otra de las en que deseaba obtener este puesto. Presentóse, pues, á oposicion, y obtuvo este cargo en la catedral de Albarracin, siendo despues trasladado á la de Avila en 11 de Marzo de 1794, prévios los correspondientes ejercicios. Desempeñó esta plaza desde aquella época hasta 7 de Febrero de 1850, en que murió á la edad de ochenta y tres años y seis meses, y cincuenta y seis de maestro de capilla. Conservó hasta sus últimos momentos, dice su biógrafo, sus facultades intelectuales, y expedito el uso de los sentidos, principalmente los del oido y la vista; pues leia en el coro sin anteojos, y dirigia la capilla con la misma facilidad y desembarazo que cuando solo tenia treinta años. Aunque la capilla de que estuvo siempre al frente no era muy numerosa, no se desanimó por esto miéntras pudo contar con un colegio de Seises regularmente dotado para dedicarse á la composicion y reunir un numeroso catálogo de obras de música, entre las que se cuentan muchas misas, salmos, motetes, lamentaciones y Misereres, en particular una grande coleccion de villancicos festivos y serios para la Natividad, escritos para solo, duo, terceto y coros; compuso tambien muchos del Santísimo Sacramento, que asegura su biógrafo abundan en gusto, gravedad y uncion; no desmereciendo en nada sus composiciones latinas de Salmos, etc., de las mejores de los que precedieron en su cargo en Avila, y superándoles á todos en los Misereres, lamentaciones y villancicos. En 1827 publicó unos *Elementos de música*, que merecieron la mejor acogida, y á su muerte dejó un curioso manuscrito sobre el canto llano, que sería muy conveniente se diese á luz para desterrar de las iglesias la música profana, que tanto abunda en

él. Su muerte fué muy sentida y mirada como una de las pérdidas más notables que tuvo en aquella época la catedral de Avila, pues á sus cualidades como músico, reunió otras no ménos dignas como eclesiástico, hallandose dotado de un carácter apacible y de arreglada vida, por lo que se conserva todavia su recuerdo en aquella catedral. —S. B.

PEREZ Godoy (B. Francisco), jesuita español natural de Torrijos, fué uno de los sesenta y cuatro misioneros que reclutó en Roma el P. Acebedo para la mision del Brasil. En 15 de Julio de 1571 se apoderaron de su navío unos corsarios calvinistas, que los arrojaron al mar ó los asesinaron.—S. B.

PEREZ de Grado (D. Alvaro), canónigo doctoral de la santa iglesia catedral de Salamanca. Era natural de esta ciudad, donde siguió con grande aprovechamiento su carrera literaria, siendo muy apreciado de sus maestros y condiscípulos. Las buenas notas que obtuvo en sus estudios, unidos á su natural despejo y no vulgares conocimientos, le valieron la cátedra de leyes de aquella universidad, que regentó durante muchos años, adquiriéndose grande reputacion entre sus contemporáneos. Despues fué nombrado canónigo doctoral de aquella santa Iglesia, elevado puesto en que manifestó las virtudes de que se hallaba adornado. De ellas hacen repetidos elogios los historiadores de Salamanca, lo mismo que de su erudicion y diferentes obras, que parece quedaron inéditas, pues solo nos es conocido por una que cita Nicolás Antonio, y de que hacemos mencion en el lugar correspondiente, pues Perez de Grado compartia su tiempo entre la asistencia á la universidad y al coro; y sus escritos, que en su mayor parte versaban sobre la ciencia á que se consagró toda su vida. Obtuvo notable fama como predicador, y debió ser en efecto uno de los principales de su época cuando se le concedió la doctoral de una ciudad que era á la sazon el centro del saber de España y áun de toda la Europa. En el ejercicio de este deber sagrado ganó muchas almas para Jesucristo, y contribuyó á la paz de la familia y al sostenimiento de la sociedad, corrigiendo las malas costumbres. Por desgracia se ignoran muchas circunstancias de su vida; las principales son las que hemos referido, y no podemos citar tampoco la fecha de su muerte. Su obra, que fué hecha de órden superior y para satisfacer una necesidad que se sentia en aquella época, es una compilacion de *los Establecimientos de la órden militar de S. Juan.*—S. B.

PEREZ de Guevara (Martin), franciscano español, predicador de la provincia de Burgos, varon docto y piadoso. Fué colaborador del Rdo. Padre Fr. Pedro de Alba para buscar noticias acerca del misterio de la Inmaculada Concepcion, y publicó varios tratados en español sobre este misterio, y en particular un volúmen titulado: *Judicium Salomonis*; Lovaina, imprenta de la Inmaculada Concepcion, 1665, en 8.°—S. B.

PEREZ DE HEREDIA (Fr. Miguel), religioso cisterciense, natural de Daroca. En su juventud tomó el hábito de la órden de S. Benito en el monasterio de Valparaiso en Castilla, donde se distinguió por su instruccion y elocuencia, siendo un predicador afamado, por lo que su Orden le destinó como predicador ordinario del convento de Salamanca, de donde pasó á la casa de Sta. Ana de Madrid. Su amor á la observancia de su regla y á la práctica de todas las virtudes, hicieron que á su muerte, ocurrida á principios del siglo XVII, fuese respetado como un varon ejemplar. Escribió las obras siguientes: 1.ª *Libro de varias consideraciones sobre los Evangelios que canta la Iglesia y fiestas que se celebran en ella*; Salamanca, por Andrés Renault, 1604, en 4.° Segunda edicion, por la viuda de Cossio, 1613, en 4.°— 2.ª *Libro de los sermones de los Santos, cuyas fiestas celebra la Iglesia por todo el discurso del año*; Salamanca, por Antonio Ramirez y Pedro Cossio, 1605, en 4.°, y 1609.—3.ª *Historia de la valerosa y discreta Judith, la cual va dispuesta en seis tratados para poderse predicar los domingos de cuaresma por la tarde, porque se hace una miscelánea del evangelio de cada domingo y de la historia*; Salamanca, por Antonio Ramirez y Pedro Cossio, 1605 y 1609, en 4.° Se halla tambien impresa con la obra anterior.— 4.ª *Destierro de la Virgen María nuestra Señora á Egipto*; Zaragoza, por Angelo Tavanno, 1607, en 8.° Dedicada al Ilmo. Sr. D. Martin Terren de Valenzuela, obispo entónces de Teruel y arzobispo despues de Zaragoza, pariente suyo. Despues se reimprimió en Madrid en 1613, en 4.°, y por último en Zaragoza en 1615.— S. B.

PEREZ HUMANES (D. Fr. Alonso), obispo de Almería. Fué natural de Pozuelo de la Soga, lugar de la diócesis de Toledo. Tomó el hábito de monje benedictino de la Congregacion Cisterciense en el monasterio de Sta. María de Valdeiglesias; distinguióse mucho por su ingenio y estudios, obteniendo grande reputacion como teólogo; fué lector de teología en su monasterio de Valdeiglesias, y se graduó en esta facultad en la universidad de Salamanca. Desempeñó en su Orden diferentes cargos, como el de abad de la casa en que habia profesado, definidor y Maestro general de su Religion, en cuyo puesto sucedió al P. Fr. Rafael de Oñate. Terminado el desempeño de su cargo volvió á Salamanca, donde continuó regentando su cátedra, en cuya ocupacion se encontraba cuando le presentó el Rey para el obispado de Almería en el año de 1659. Gobernó esta Iglesia hasta 1663, en que fué promovido á la de Cadiz, de que no llegó á tomar posesion, porque enfermó hallándose en camino en un lugar del rio de Almería, de manera que tuvo que regresar á la capital de su diócesis, donde murió á poco de su llegada, siendo sepultado en la capilla mayor en el referido año de 1663.— S. B.

PEREZ DE LAZARAGA (D. Fr. Cristóbal), obispo de Cartagena de Indias, fué natural de Madrid, y tomó el hábito de religioso cisterciense en el con-

vento de S. Pedro de la Espina, de manos de su primer abad Fr. Alonso Carrillo, en 6 de Febrero de 1618. Despues de profeso fué enviado al colegio de Meira, donde estudió por espacio de tres años. En 1622 pasó al colegio de Salamanca y luego al de Alcalá, siendo en el primero maestro de estudiantes y graduándose de licenciado y maestro en 4 de Mayo de 1627. Obtuvo diferentes cátedras de filosofía y teología, distinguiéndose en todas por su erudicion y conocimientos. Fué abad del colegio de nuestra Señora de Salamanca y calificador del Consejo Supremo de la Inquisicion, cargos que servia cuando le presentó Felipe para el obispado de Chiapas en 1639, siendo consagrado poco despues en Madrid por el cardenal Spinola en el noviciado de la Compañía de Jesus. Aún no habia salido de la Corte, cuando fué promovido al obispado de Cartagena de Indias, de que tomó posesion en 25 de Noviembre de 1640, dia de Sta. Catalina mártir, patrona de aquella Iglesia. Visitó su obispado tres veces personalmente, con no poca utilidad de sus ovejas; celebró órdenes en todas las témporas y dió de limosna todas sus rentas. Enfermó en Noviembre de 1647 y estuvo en cama más de noventa dias, en los que se confesó setenta veces. Recibió el viático, no en la cama sino vestido, y cuando llegó el Santísimo le adoró postrado en tierra de rodillas. Halláronse á su tránsito llamadas por él todas las comunidades de religiosos y sacerdotes; dió muchas limosnas, y mandó decir muchas Misas para descanso de su alma, que voló á la eterna morada en 18 de Febrero de 1648. Depositóse su cuerpo en la iglesia catedral, porque mandaba en su testamento que se le diera sepultura en el convento de S. Pedro de la Espina, como se verificó, siendo trasladado en 1651 y sepultado en la capilla de las reliquias. Predicó en sus honras el P. Fr. Gerónimo Pereira, monje de su Religion. — S. B.

PEREZ de Legaria (D. Miguel), obispo de Pamplona. Era natural de esta ciudad y de su principal nobleza. En la época de su eleccion desempeñaba los cargos de canónigo de aquella catedral y arcediano de la Tabla. Era de carácter pacífico, y así se dedicó desde luego á apagar las discordias que tenian minado el reino, concluyendo un convenio con los monarcas en que se asentaron paces para lo sucesivo. Aprovechó esta ocasion para aumentar sus rentas, é hizo algunos arreglos con las iglesias que á título de abadías habian usurpado en todo ó en parte los diezmos del obispado. Tambien hizo algunas constituciones relativas á la renta de los canónigos, y celebró, por último, un sínodo en 6 de Marzo de 1300, en que formó muchas constituciones para utilidad de la diócesis, de las que solo ha quedado una que trata de diezmos. El Obispo solo sobrevivió cuatro años á este reinado, muriendo en 30 de Octubre de 1304. Fué un prelado celoso de la observancia de la disciplina; gobernó la iglesia de Pamplona por espacio de diez y

ocho años, y fué sepultado en la catedral delante de la imágen de S. Cristóbal. —S. B.

PEREZ LOPEZ (Fr. Juan Francisco), natural de Tarazona, tomó el hábito en la Orden de S. Francisco, de la observancia regular, donde despues de haber hecho su noviciado con grandes muestras de aprovechamiento y virtud, profesó al año siguiente. Siguió su carrera literaria con grande aprovechamiento, siendo uno de los religiosos más aventajados de su época, por lo que apénas la hubo terminado, fué nombrado lector de filosofía y despues de teología, cargos que desempeñó con acierto y éxito. Elegido por sus superiores para defender el acto mayor de conclusiones del capítulo general de su Orden, celebrado en Toledo en 1682, fué tanto lo que se distinguió en esta ocasion, que en lo sucesivo recorrió todos los empleos de su religion, y áun fué honrado con algunas distinciones por los diocesanos, correspondiendo en todas á la confianza en él depositada. En 1694 fué padrino de las conclusiones que defendió en Vitoria el P. Fr. Antonio Cantel, acto que le dió no ménos celebridad que el anterior. Fué dos veces lector jubilado, guardian del colegio de S. Diego de Zaragoza, examinador sinodal de su arzobispado y de otras diócesis, definidor, custodio y provincial de Aragon. Nombrado procurador general de su religion en Roma en 1692 y 93, apénas hubo desempeñado este cargo, que fué elegido general delegado de las misiones de Egipto, comisario general de los colegios de Hibernia, predicador apostólico de Su Santidad Inocencio XII, ordinario asistente de la capilla pontificia y padre perpétuo de toda la órden de S. Francisco, en cuyos elevados destinos manifestó sus vastos conocimientos al mismo tiempo que su virtud y demás grandes cualidades de que se hallaba adornado. Murió en el convento de S. Cristóbal de Alpartir el año de 1724, dejando escritas las siguientes obras: 1.ª *Memoriale sacrum in favorem Misticæ Civitatis Dei, et V. D. Mariæ à Jesu de Agreda*; Zaragoza, por Diego de Larumbe, 1671, en fólio. — 2.ª *Sermon panegírico de la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios, María Santísima*; ibid. por los herederos de Pedro Lanaja, 1678, en 4.º —3.ª *Sermon á las religiosas congregadas en el capítulo provincial*; Zaragoza, por Manuel Roman, 1683, en 4.º— 4.ª *Instantes del héroe sutil. Vida del V. P. y doctor Mariano Juan Dunsio Scoto*; Zaragoza, por Gaspar Martinez, 1683, en 8.º —5.ª *Schotus Philosophicus;* Barcelona, por Antonio Ferrer, 1687, dos tomos en fólio. — 6.º *Commentaria in primum et tertium librum sententiarum de abscondito Schoti Thesauro, nova et vetera preferentia;* ibid. por Martin Gilabert, 1690, dos tomos en fólio. —7.ª *Actos y estatutos de la provincia franciscana, de la regular observancia de Aragon á 5 de Abril de 1698, en el capítulo celebrado en Huesca á 9 de Junio de 1696, confirmados por el Rmo. P. Comisario general, el P. Cardona*; Zaragoza,

por Domingo Gascon, 1698, en 4.°—8.ª *Representacion clara, concisa y sincera, expresiva de una parte de los regulares privilegios y entera capacidad de los frailes Menores para recibir limosnas mediante el síndico*; Zaragoza, por Domingo Gascon, 1699, en fólio. Esta defensa fué escrita por el P. Perez, para vencer los obstáculos que ponia á su Orden el Ilmo. Sr. D. José Martinez del Villar, obispo de Barbastro, para pedir limosna en su diócesis sin licencia suya.—9.ª *Singular certámen de Pretioso Sanguine Christi*; Zaragoza, por Diego Larumbe, 1699, en 8.° — 10. *Theologica Statera, seu apología pro suis scriptis*; Gerona, por Gerónimo Patol, 1701, en 4.° — 11. *Apologéticum contra Ventilabrum Rationale cujusdam Asiatici episcopi*; salió á luz en fólio por la misma época.—12. *Allegatio Chronologica pro causa V. servi Dei, fratris Petri de Sellus, Minoritæ aragonensis*; fól. de la misma fecha.—13. *Orationes sacras, panegíricas y morales*; Zaragoza, por Manuel Roman, 1712, en folio. — 14. *Descripcion de la vida del V. P. Fr. Pedro Sellesas, Minorita, de la provincia de Aragon*; ibid. en la misma imprenta, 1703, en 4.°; hay tres ediciones en 1709. —15. *Gladium Petri in vagina, et evaginatum*; Lion, por Miguel Bronck, 1709, en 4.° — 16. *Informe por la constante tradicion, é Historia de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza.* Al Emmo. y Rmo. Sr. Cardenal de Laurea. Obra escrita en latin en 1692 ó 93 y publicada en Zaragoza en 1798 por Diego Carreras, en la *España Feliz* del P. Arbiol. — 17. *Manifiesto desvelo de la verdad y satisfaccion á la queja de la nobleza. A la ciudad de Zaragoza, como protectora y curadora del colegio de S. Diego de la misma*; ibid. en 4.° — 18. *Defensa cristiana del derecho de la verdad*; anónima, en 4.° — 19. *Nuevas luces del manifiesto desvelo de la verdad en defensa del referido colegio, que en virtud de su concordia lo restauran*; en 4.° Estas obras fueron muy recomendadas en su tiempo, haciendo grandes elogios de ellas sus censores. — S. B.

PEREZ Lopez (Licenciado D. Juan José), canónigo doctoral de la suprimida colegiata de Castellar de Santisteban del Puerto, en la diócesis de Jaen, examinador sinodal de aquel obispado y abogado de la Real Chancillería de Granada. Falleció en 1851.

PEREZ de Luna (D. Francisco). Nació en Ejea de los Caballeros, y solo se sabe de este eclesiástico que fué rector de Sobradiel, muy piadoso y dado al estudio, habiendo dejado la obra siguiente que acredita su piedad. *Vida del hombre. Milagros de las almas del purgatorio en la vida ejemplar del hermano Pedro Francisco de Isarre*; Zaragoza, por Bueno, 1795, en 8.° — C.

PEREZ de Mardulla (Fr. Francisco), religioso italiano de la Orden Seráfica, tan distinguido por sus virtudes como por su saber. Pocas son las noticias que han llegado á nosotros de este ilustre franciscano, uno de los que

más trabajaron en defensa de la Inmaculada Concepcion de María Santísima. Sábese que era muy devoto de esta Señora, á quien debió especiales favores y que la consagró su vida entera, ya cantando en el coro sus alabanzas, ora haciendo su panegírico en la cátedra sagrada, ya por último procurando en sus escritos aumentar su devocion. De su asiduidad en los ejercicios piadosos se hallan largas relaciones en las crónicas, diciéndose que no contento con dedicar el dia entero á tan santas prácticas, velaba la mayor parte de la noche para hacerse merecedor de las gracias que María Santísima dispensa á sus devotos y favoritos. Grandes fueron los beneficios que obtuvo por su mediacion, y no ciertamente todos para sí mismo, sino tambien para los que acudian á pedirle el auxilio de su soberana patrona. Por esta circunstancia era muy amado de todos sus hermanos, y áun de muchos seglares de la más elevada categoría, que acudian á él impetrando su proteccion para con la Reina de los cielos y la tierra. Hemos dicho que en el púlpito solo hacia panegíricos de la Vírgen Santísima, y en efecto parecia que Perez Mardulla no habia nacido más que para ocuparse de la Madre de nuestro Redentor, en cuyo elogio hablaba continuamente, pero con una grandeza y una elevacion que hubiera sido digno del nombre de S. Bernardo, si habiéndole precedido no hubiese dicho este Santo todo lo que acerca de este misterio se puede decir, sin que nadie sea capaz de otra cosa que de imitarle y seguirle. Mardulla consagró últimamente su pluma en defensa de María Santísima; y en efecto solo nos es conocido por un opúsculo ó carta que publicó para probar y aumentar la devocion á la Concepcion inmaculada con el siguiente título: *De antiqua devotione erga Immaculatam Conceptionem Virginis;* París, 1646, en fólio.—S. B.

PEREZ de Mega (Bernardino), franciscano español de la provincia de San Juan Bautista. Fué comisario de Jerusalen en Génova. Publicó: *Exercitia conformitatis et unionis cum Deo, mediantibus Maria et Josepho. Additio etiam facillimo modo meditandi inter externas occupationes;* Génova, por Pedro Galenzani, 1638, en 16.°—S. B.

PEREZ de Miedes (D. Miguel). Se ignora la fecha del nacimiento de este ilustrado aragonés, al que se conoce por la mencion que de él hacen los autores, considerándole como uno de los doctores más célebres de España en jurisprudencia en los siglos XV y XVI. Pariente cercano del doctísimo obispo de Albarracin D. Bernardino Gomez Miedes, natural de Alcañiz, en donde tal vez naceria D. Miguel, siguió éste como aquel la carrera de la Iglesia, y terminados sus estudios consiguió una canongía en la santa iglesia de Valencia y el arcedianato de Murviedro, que tambien habia servido aquel prelado, como se colige de la *Historia eclesiástica* del Mtro. Espes. En 1532 fué D. Miguel vicario general de D. Fadrique

de Portugal, arzobispo de Zaragoza; y segun consta de una epístola latina de la ciudad, publicada por Jorge Coci, presidió en nombre de este prelado el sínodo diocesano que convocó, sabiéndose por la expresada epístola que D. Miguel coordinó y adoptó las *Constituciones sinodales*. Por un edicto suyo del año de 1532 consta tambien que fué gobernador de la misma diócesis, cuyo documento sobre asuntos eclesiásticos fué muy alabado. Subrogó el gobierno del arzobispado el 26 de Julio del año citado en el Dr. Pascual, arcediano de Daroca, de la metropolitana de Zaragoza, segun lo refiere el Maestro Espes en su enunciada obra, y se ignora cuándo y dónde murió. Dejó escrita una obra en latin, que se publicó en Valencia por Felipe Mey en 1546, en fólio, en la que hace una completa recopilacion de las *Constituciones de la iglesia de Valencia*, de la cual publicó un epítome latino el citado obispo D. Bernardino, que se imprimió en aquella ciudad el año 1582 por Pedro Patricio. — C.

PEREZ Monroy (José), franciscano español de la provincia de Santiago de Galicia. Fué lector de sagrada teología en el convento de Leon, y escribió una obra en latin con el título de : *Vera lex et præcipua norma optimi christiani judicis, tam secularis quam ecclesiastici, necnon cujusvis patrisfamiliæ, juxta infallibiles Divinæ Scripturæ regulas;* Leon, por Susana Estrada, 1729. — S. B.

PEREZ de Montalban (Juan). Véase Montalban. Este sacerdote nació en Madrid el año 1602. Estudió en Alcalá de Henares, y en aquella célebre universidad se graduó de doctor en sagrada teología, no habiéndose hecho sacerdote hasta el año 1625, en que ya tenia veintitres de edad. Ejerció en el Santo Oficio de la Inquisicion el cargo de notario apostólico. Dícese de este ingenio que á los diez y siete años de edad empezó á escribir sus comedias, que se recitaron en los teatros de Madrid, llamados entónces corrales, con mucho aplauso. Lo mucho que se afanó en el estudio, al que no concedia tregua alguna, le hizo perder la razon, de suerte que murió loco en Madrid el 25 de Junio de 1638 á los treinta y seis años de edad. Sus obras son las siguientes : *Novelas ejemplares.*— *El Orfeo en castellano*, impreso en Madrid en 1624.— *Vida y purgatorio de S. Patricio;* Madrid, 1627, en 8.°; y *La prodigiosa vida de Malagas el Embustero.*—A. C.

PEREZ de Mugeta (D. Juan). Hallamos en Latassa, entre los *Ilustres Escritores aragoneses*, á un eclesiástico de este nombre, del que solo nos dice fué chantre de la santa iglesia catedral de Tarazona y comensal del obispo de esta diócesis D. Pedro Perez Calvillo, del que tal vez fué pariente. Añade que de órden de este prelado escribió un libro titulado : *Chantre* para la direccion de aquella diócesis, que empieza : «Anno à Nativitate Domini »millessimo, trecentessimo octuogessimo secundo, dia lunes, á siete dias del

»mes de Julio en la cibdad de Tarazona, en las casas llamadas La Zuda, el »Reverent en Jesu Christo Padre, et Sr. D. Pedro, por la divinal miseracion »Bispe de Tarazona, para memoria de los presentes et de los advenideros »mandó escribir este libro, el cual de mandamiento suyo habie ordenado el »honrado et discreto varon D. Juan Perez de Mugeta, chantre de Tarazona, »et compañero et familiar suyo, por que el dicho señor et de los sucesores »suyos que por tiempo serán Bispes de Tarazona, sepan et puedan saber los »dereytos et rentas que han et les pertenesce haber en todos los lugares que »son en el obispado de Tarazona, así en el regno de Aragon como de Castilla »et de Navarra, en los cuales regnos el Bispado de Tarazona fué antigua»mente et es fundado.» — Este libro es en fólio entero de pergamino de noventa hojas, encuadernado en tabla con aforro de becerro, de letra muy antigua, del cual hay tres conformes, uno en el archivo episcopal de Tarazona, otro en el de la santa Iglesia y el tercero en la curia episcopal del oficialado de Calatayud, para que como auténtico y fehaciente con él todos los puntos del obispado se puedan gobernar, sabiendo lo que toca á cada uno y los derechos de todas las iglesias y rentas del obispado. Todo consta de un papel intitulado: *Instrumentos que califican ser auténtico el libro llamado Chantre, de la mensa episcopal y santa iglesia de Tarazona, el cual papel tengo en mi librería.*— C.

PEREZ DE NÁJERA (P. Francisco), jesuita español, murió en Valladolid en 18 de Febrero de 1623. Escribió: 1.° *De Orthographiâ linguæ castellanæ.*— 2.° *De Liberatione pignorum animæ*, opúsculo piadoso.— S. B.

PEREZ DE NICEA (Diego), natural de la villa de Nissa, en el priorato de Ocrato, estudiante filósofo, cuya vocacion dió comienzo de esta suerte. Habiendo faltado un dia á su clase, le castigó el maestro; y despues de sufrir con sumision el castigo, dió por excusa de su falta haber ido al monasterio de Valverde, distante legua y media de Evora, á pedir á los religiosos que le admitiesen por hermano. Mucho sintió el maestro que no hubiese dado ántes su disculpa, y alabó su intento, diciéndole cómo otros estudiantes habian partido en busca del P. Acebedo á Lisboa, y tomaron el hábito de San Ignacio para acompañarle al Brasil. Gozoso Perez con esta noticia, se resuelve á imitarlos, y admitido con ellos, fué uno de los más fervorosos.— C. de la V.

PEREZ DE NUEROS (Gerónimo). Perteneció este esclarecido varon á una familia muy distinguida, habiendo sido sus mayores, por los siglos XV y XVI, capitanes esforzados que contaron sus victorias por sus peleas. Alguna aficion tuvo este jóven á las armas, pero su claro ingenio le decia que no era por este camino por donde más se aseguraba la verdadera felicidad del hombre, es decir, su felicidad en la eternidad, por cuyo poderoso motivo se

decidió á buscar un medio cierto de hacerse dichoso eternamente. Cultivando su buen ingenio en el estudio de humanidades, filosofía y ciencias teológicas y morales, haciendo como por via de recreo un profundo estudio de las sagradas letras, se hallaba en estado de adoptar cualquier camino para el estado sacerdotal , y no cabe duda en que si se hubiese decidido por ser religioso secular habria alcanzado un alto puesto, teniendo en esta importante colocacion un premio, ó más bien un galardon muy justo sus dotes naturales y su constante aplicacion. Pero veia al lado de esta posicion brillante, al lado de este encumbrado puesto, el precipicio de la presuncion, y conocia que el sacerdote, y mucho ménos el dignidad en la Iglesia, no estan exentos de presuncion, de amor propio y de las imperfecciones que son á esto consiguientes; por cuyo motivo pensó en un medio de evitar estos inconvenientes, buscando un modo de obrar que no tuviese nada de libre, y que por lo mismo fuese para él más seguro. Lo encontró efectivamente, pues que luego que con un maduro exámen vió el pró y el contra de todos los institutos religiosos, se decidió por la Compañía de Jesus, donde halló que esa gran obediencia á que se obligan los que la profesan, es una verdadera seguridad de que las obras todas son buenas, pues es sabido que nadie se pierde con tal que obre por dictámen ageno. Ingresó con grande júbilo de sus hermanos, que sabian muy bien cuánto valia, si bien es cierto que en su familia hubo cierta oposicion que no se pudo vencer, hasta que el tiempo les acreditó cuán acertada habia sido la determinacion del jóven. Comenzó con todo fervor y con los mejores auspicios las pruebas que se exigen, y que son algun tanto duras, pues que abaten el amor propio, y con el más feliz éxito llegó á la emision de todos los votos, sin que en las aprobaciones que les preceden le faltára siquiera el consentimiento de uno de sus compañeros. Cuando á los superiores pareció oportuno, se le hizo recibir los órdenes sagrados, y aquí sería de desear el poder penetrar los sentimientos que embargaron su corazon desde el momento mismo en que se le anunció la determinacion de sus superiores de sublimarle á tan alta dignidad. El profundo conocimiento de su pequeñez que le daba su humildad, y la gran sumision á las determinaciones de sus superiores, á que le obligaba la obediencia, eran dos motivos que luchaban en él de tal manera, que le ponian perplejo. Sin embargo, triunfó como no podia ménos la obediencia, y se le vió subir al altar, no con aquella indignidad en que él se creia, sino con las buenas disposiciones que se prometieron sus superiores. Apénas ordenado, se le confió el importante cargo de predicar, y lo desempeñó con muy feliz éxito, y esto era consecuencia de que no iba á la sagrada cátedra por lucir su gran talento y vasta erudicion, sino para buscar la mayor gloria de Dios, y el Señor se complacia en secundar sus designios, haciéndole conseguir

triunfos verdaderamente tales, en las frecuentes misiones á que le destinaban sus superiores, por la misma razon de que veian lo muy á propósito que era para tan importante ministerio. Si despues de admirar sus grandes triunfos en el púlpito miramos su conducta en el confesonario, hallaremos que allí era, por decirlo así, donde concluia la obra que comenzára en la predicacion, hablando á los particulares con tanto acierto como lo habia hecho con el comun de los fieles en la cátedra del Espíritu Santo, siendo el resultado que donde estaba el P. Perez, él solo llevaba el peso del ejercicio de todo el ministerio sacerdotal; pues las gentes apénas acudian á los confesonarios de los demás, áun cuando fuesen Padres de la misma Compañía, al paso que al Padre no le dejaban un momento libre. Esto no le pesaba, pues su único deseo era el procurar el bien de cuantos se le acercaban, su único sentimiento era el que la gran afluencia de gentes que iba en su busca hacia que los unos se impidiesen á los otros, y eso que estaba en el confesonario todo el tiempo que le dejaba libre la predicacion, y habia establecido el sistema de señalar préviamente el dia en que habian de concurrir algunos, para así no causarles molestia y hacer que todos, en lo posible, disfrutasen el beneficio de su saludable doctrina y acertado consejo. A este celo por la gloria de Dios agregaba una paciencia incansable, humildad profunda, obediencia ciega y una caridad tal, que si la obediencia no le hubiese ido á la mano habria dado aún lo más indispensable, sin reparar siquiera en que para él no quedaba lo preciso. Así vivió cual verdadero hijo del gran Loyola, acreditando su instituto, atrayendo muchos al servicio de Dios, que se gloriaban en bendecir las apostólicas tareas de su siervo. Vió éste con la mayor impavidez acercársele la muerte, y ella fué ciertamente más sentida de los que la presenciaban que no del P. Gerónimo, el cual como tras la muerte veia la realizacion de sus más legítimas esperanzas, iba tranquilo á la presencia de su Dios, seguro de que la misericordia del Señor que le habia acompañado siempre, le salvaria por un efecto de su grande bondad. Dejó escrita una preciosa obra, que tituló: *Lapidicinam Sacram ex quâ eductus primum Lapis Sanctissima Virgo, etc.* Obra de suma erudicion y que da, bajo un título aparentemente vulgar, idea de la gran capacidad del teólogo zaragozano.— G. R.

PEREZ OLIVA (P. Fernando), sabio helenista español. Nació en Córdoba en 1457, y se distinguió desde luego por su grande amor al estudio, feliz agüero de lo mucho que habia de distinguirse en la república de las letras y la fecunda gloria que debia legar á su patria. Mas Perez Oliva, no contento con los adelantos que habia hecho en las ciencias, procuró perfeccionarse en igual ó superior grado en el camino de la virtud, y descontento ó desengañado de lo vano de las grandezas humanas, no tardó en abrazar la vida

monástica, en que fué un modelo de austeridad y penitencia. Despues de haber obtenido varios cargos en su Orden en España, fué enviado á Roma y admitido en el palacio de los pontífices Leon X y Adriano VI. Prestó en esta corte grandes servicios, siendo muy útiles sus conocimientos en las lenguas griegas y hebrea, tanto para los grandes negocios que entónces se agitaban en interés de la Iglesia, como para las cuestiones de culto y dogma con que se hallaban más inmediatamente relacionados. Muertos los Papas que habian sido sus favorecedores, Perez Oliva no quiso continuar en la capital del mundo católico y regresó á su patria, en la que obtuvo la mejor acogida, y no tardaron en ser aprovechados sus méritos y conocimientos, siendo nombrado rector de la universidad de Salamanca, una de las más célebres de Europa á la sazon. Perez Oliva desempeñó este cargo con acierto y celo, no decayendo, durante su administracion, de su antiguo esplendor aquel establecimiento que todavía sobrevivió á la ruina de la monarquía. Pero lo que más aumentó la reputacion de este religioso, lo que le dió una gloria, que debe ser para los españoles eterna é imperecedera, es que nombrado ayo de Felipe II, príncipe á la sazon, debió á él el tierno vástago heredero de la corona de ambos mundos aquella sólida educacion y aquellas grandes cualidades que fueron, y continuan siendo todavía, la admiracion de cuantos se proponen estudiar el carácter del fundador del Escorial. Despues de haber desempeñado este cargo y otros muchos con no ménos tacto é inteligencia, falleció Perez Oliva con ménos años que méritos, en 1533, á la edad de treinta y seis, dejando una fama profundamente cimentada y nunca desmentida por sus conocimientos en las lenguas antiguas. Tradujo muchas tragedias del griego, entre las que se citan: la *Venganza de Agamenon y Hecuba afligida*, que se encuentran en la coleccion titulada *El Parnaso español*; escribió tambien dos tragedias originales, las primeras quizá que se publicaron en castellano, y otras tres obras en forma de diálogo, tituladas: *Sobre la dignidad del hombre*; *sobre el empleo de las riquezas y sobre la castidad*. Su sobrino Ambrosio Morales dió á luz en 1588 la coleccion completa de las obras de Perez Oliva; Córdoba, en 4.° Entre las obras contenidas en este volúmen se distingue el *Diálogo sobre la dignidad del hombre*, que es el más notable de los escritos de este autor, y fué el primer modelo que tuvo nuestra literatura de una discusion clara y sencilla, expuesta en un lenguaje correcto, noble y elegante.—S. B.

PEREZ DE OLIVAN (D. Martin). Nació este ilustrado abad en Zaragoza á fines del siglo XV. Fueron sus padres D. Miguel y Doña María Azpeitia, de sangre noble y buenos cristianos, que temerosos de Dios criaron á su hijo en los buenos principios de nuestra santa católica religion para que fuese útil á sus correligionarios y á su patria. Encargada su instruccion á hábiles

y sabios maestros, no tardó en dar á conocer que Dios le habia provisto de sus celestiales dones, y asistido tan afortunadamente de tales gracias, fué honor de los maestros que le enseñaron y gloria de sus escuelas. Luego que estuvo en disposicion, solicitaron para él una beca con que pudiese seguir mejor su instruccion, y la alcanzaron en el colegio mayor de S. Clemente de Bolonia, en el que se distinguió entre todos los colegiales por su aplicacion y decidida aficion á las ciencias y á las letras, en las que hizo progresos que le pusieron en disposicion de poder optar á las mayores honras del colegio. Recibió el grado de doctor en derecho, *nemine discrepante*, en la famosa universidad Boloniense el dia 13 de Febrero de 1533, y en acto tan solemne tuvo por asistentes á los Eminentisimos é Ilustrisimos Sres. D. Francisco de Quiñones, cardenal de Sta. Cruz, y D. Iñigo de Mendoza, cardenal de Burgos; al abad de Montaragon D. Juan de Quintana; al confesor del Rey D. Lorenzo Fernandez de Heredia; á D. Lorenzo Fernandez de Heredia, justicia de Aragon; D. Juan Fernandez de Heredia, conde de Fuentes; el secretario Don Hugo de Urries, señor de Ayerve, y otros muchos ilustres personajes. Para mayor honra de este sabio graduando, se hallaron tambien presentes al paseo de su doctorado el pontifice Clemente VII y el emperador Cárlos V, segun testifica el abate Andrés; de suerte que en pocas festividades literarias de esta clase se vió borla más honrada y aplaudida por más altos personajes, pues que contó en ella el nuevo doctor á su Papa, á su Rey, á su Prelado y á los principales personajes y autoridades de su país. Quien tanto mereció en el dia de su triunfo literario, no podia ser una persona vulgar, ni en sangre ni en ciencia; pues que si bien el favor en algunas ocasiones ensalza á la mayor altura la sangre más humilde, y la adulacion presenta sabio al más ignorante, pocas veces se reunen ambas cosas, y es preciso muchas causas especiales para cada ūna, y áun asi nuncan entran en la intriga personajes elevados en tanto número, quedando reducido el circulo de los aduladores ó á parientes que tienen interés en elevar de cualquier modo á los suyos para que les toque algo de su esplendor, ó á mercenarios subalternos que esperan mucho de los mentidos aplausos que prodigan, ó más bien venden á su señor. Ninguna de estas causas militaban en cuanto á nuestro D. Martin: si bien de ilustre alcurnia, su familia no estaba en el poder, ni era tan poderosa en bienes que pudiese esperar gran cosa de ella, ni los asistentes expresados se compraban de ningun modo; por lo que es preciso confesar que las atenciones que se prodigaban al que tan triunfalmente entraba en el mundo científico y literario, eran homenajes rendidos al verdadero mérito, no al favor ni á la intriga. En efecto, si hemos de creer á los autores aragoneses que le encomian y á las obras que atestiguan su capacidad, fué D. Martin sabio de sólida doctrina en ambas jurisprudencias y en letras divinas y hu-

manas, y muy entendido en las lenguas griega, latina y toscana, poseyendo la patria con perfeccion. Fiando en su inteligencia se le confirió en 1569 el cargo de inquisidor de Logroño, del que pasó al de Córdoba en el mismo año. Volviendo el emperador Cárlos V á incorporar á su corona el derecho de presentacion de abades de S. Juan de la Peña, con autorizacion apostólica que dió el rey D. Sancho *el Mayor* de Aragon á este convento, D. Martin fué el primero que presentaron los reyes para la dignidad de abad del mismo, cuyo destino desempeñó con celo é inteligencia á gusto de sus subordinados, habiendo recibido la bendicion al efecto en la capilla de S. Martin de la Seo de Zaragoza, por mano del arzobispo D. Fernando de Aragon, al que asistieron los canónigos. Apasionadísimo D. Martin al estudio de la antigüedad, protegió á los que se dedicaban á él con cortos medios, y á instancias suyas colectó Alfonso Franco la mayor parte de las inscripciones latinas de las Andalucías, trabajo sumamente apreciado por los sabios, y del que se da razon por el cronista Andrés, que estudió en su original, en sus *Progresos de la Historia*, pág. 36 y 37, col. 2 y 1. Protegido por el rey Don Felipe II, obtuvo distinciones muy honoríficas que no se prodigaban en aquellos tiempos; pues que solo se confiaban los grandes destinos á personas de indisputable probidad y de reconocido mérito. Militando en D. Martin Perez de Olivan ambas recomendables cualidades, fué nombrado por el Rey visitador de Aragon, confiriéndole además otras comisiones no ménos importantes. Quien tanto favor alcanzaba y tan celoso prelado era, es de suponer que no dejaria de emplear su influencia en pró de su monasterio y de cuanto de él dependiese, y en efecto lo hizo así; pues que hallamos consignado á la pág. 863, col. 1 de la *Historia del abad Briz Martinez*, que mejoró sus fábricas, hizo muchos edificios indispensables á sus necesidades y le adornó en cuanto era compatible con el espíritu de su instituto. Nombrado D. Martin para asistir á las córtes de Monzon, en donde debia manifestar su capacidad en asuntos de intereses generales del reino, atajó Dios sus dias, porque así convino á su divina voluntad, y murió el 19 de Noviembre de 1573, segun el abad Carrillo; y si bien fija su fallecimiento á 19 de Noviembre de 1563, es decir diez años ántes, el abad Briz, es necesario atenerse á la primera fecha como la más cierta. Muy sentida fué la muerte del abad Perez de Oliva en todo Aragon, en cuyo reino se habia conquistado el aprecio de todos sus conciudadanos por su buen carácter, y su respeto y consideracion por la vasta instruccion que tenia; pero mucho más lo fué de sus subordinados, que perdieron en él un celoso y cariñoso padre. Hechas sus exequias con la solemnidad que á su clase y estado convenia, fué sepultado en la capilla mayor del convento del Cármen de la antigua observancia de Zaragoza, patronato de su noble casa, razon por que ostentaba el escudo de sus ar-

mas banda blanca en campo rojo orlado de oro. Las obras de este abad de que se tiene noticia cierta, son las siguientes: *Cartas latinas*. En ellas se nota pureza y propiedad de lenguaje que le acreditan de excelente latino. De estas cartas publicó algunas en Salamanca el Dr. D. Juan Ginés de Sepúlveda, en Colonia y en la edicion de sus obras en Madrid, 1780, en el tomo III, libro V, habiéndose escrito la 66, 67, 69 y 71; y asegura el arcediano Dormer, en los *Progresos de la Historia*, pág. 381, col. 1.ª, que tambien escribió otras cartas en romance.—*Instruccion de las inscripciones de Andalucía* que, como hemos dicho, coleccionó á sus instancias Franco y remitió el mismo D. Martin al célebre Zurita, cronista de Aragon, como consta de los citados *Progresos* á la pág. 238, núm. 3, col. 1.ª—*Commentarium de fraterna correptione*, obra que vió el expresado Sepúlveda, que la elogia en la primera de sus *Epístolas*. Varon tan distinguido no podia ménos de ser alabado por los escritores de su edad y por los que les sucedieron con noticia de sus cualidades, y así lo hizo D. Juan Malo de Briones en la *Descripcion del colegio mayor de S. Clemente;* el Mtro. Zapater en el libro IV, cap. XIII, pág. 48 de sus *Anales de Aragon;* el licenciado Baltasar Porreño, en la *Vida del cardenal Albornoz*, págs. 193 y 197 al cap. XXXVII; el canónigo D. Salvador Silvestre de Velasco en el *Compendio de la historia del dicho colegio*, pág. 260, en el cual nos dice se conservaba su retrato; el mismo monasterio de S. Juan de la Peña en varios *Memoriales;* el Dr. D. Félix de Latassa y Ortiz en el tomo I, pág. 300 de su *Biblioteca nueva de Autores aragoneses;* y otros diversos escritores de Aragon que han procurado ensalzar las glorias del país por las virtudes y hechos de sus hijos, loable costumbre que debieran imitar de los bravos hijos de Aragon los de otras provincias de España no ménos fecundas en genios, por cuya desidia brillan ménos de lo que debieran en la historia de las letras, de las ciencias y de las artes.—B. C.

PEREZ DE OLIVAN Y VAGUER (D. Miguel Esteban), natural de Zaragoza donde estudió y se graduó de doctor en jurisprudencia, distinguiéndose además por sus amenos y variados conocimientos. En 26 de Octubre de 1646 tomó posesion del arcedianato de Aliaga, en la santa iglesia metropolitana de Zaragoza, en cuya diócesis fué además vicario general y juez sinodal. Ejerció además los cargos de consultor del Santo Oficio, regidor por S. M. del hospital general de Zaragoza, rector de su universidad en 1651, é inquisidor ordinario del reino de Aragon. Murió este varon tan distinguido por su piedad como por su doctrina, en 1696, dejando escritas: 1.ª *Memorias de la santa Iglesia metropolitana de Zaragoza*, libro que se custodia manuscrito en el archivo de aquella catedral.—2.ª *Poesías varias*, algunas de las cuales se imprimieron en 1646 en el certámen fúnebre de Zaragoza á la muerte del

príncipe D. Baltasar Cárlos de Austria, en que se premiaron sus *Versos latinos* y sus *Empresas con mote latino.*—S. B.

PEREZ Pareja (Miguel), sacerdote natural de la ciudad de Valencia, beneficiado en la iglesia parroquial de S. Martin Obispo; sugeto en quien brillaron el celo y la piedad. Imprimió para beneficio espiritual de sus prójimos, un librito intitulado: *Despertador del alma*: en Valencia, por Bernardo Nogués, 1658, en 8.°—O. y O.

PEREZ de la Peña (Lope), abad de S. Juan de la Peña, nombrado en 1326. Parece que murió al año siguiente, siendo de sentir su corta vida por lo mucho que habia trabajado en el fomento de este antiguo é histórico monasterio. Antes de su elevacion se habia distinguido mucho por sus buenas cualidades monásticas, las que le merecieron el aprecio de sus superiores. Era muy dado á la oracion y caridad, ejerciéndola con los pobres hasta el extremo de desnudarse de sus propias ropas para vestirlos y de cederles su racion para aliviar su escasez. Siendo prelado no dejó de practicar estas virtudes, ántes bien las ejerció en grado superior, sin que por esto decayesen las rentas de su casa, una de las más ricas del reino de Aragon. Aumentó mucho el culto consagrando á este objeto crecidas sumas, y atrayéndose las bendiciones del cielo, que á pesar de tan crecidos gastos hacia prosperar cada vez más aquella santa casa, donde los monarcas aragoneses prodigaban sus limosnas, procurando rivalizase con las más famosas del extranjero. No olvidado Lope de los estudios tan atrasados en su época y que solo se cultivaban en los monasterios, procuro así que floreciesen en el suyo, y él, que pasaba por un hombre de no vulgar erudicion, se puso á su frente procurando que adelantasen con la adquisicion de algunos preciosos manuscritos que eran bastante costosos á la sazon, y aumentar las copias para extender una ilustracion que era entónces tan necesaria. Los elogios, pues, á que es acreedor este prelado, y que solo ligeramente se encuentran indicados en algunos autores, serian mucho mejores quizá si hubiese vivido en otros tiempos, y si los historiadores de S. Juan de la Peña, en vez de entretenerse en tejer su historia con hechos harto dudosos y apénas creidos por la sana crítica, se hubieran dado á buscar noticias sobre los grandes hombres que ilustraron esta casa y servicios que en su siglo prestaron á la sociedad. Mas no pudiendo ya llenar este vacío, nos contentamos con emitir las anteriores ideas, que no creemos inútiles siempre que las mediten y trabajen sobre ellas los eruditos.—S. B.

PEREZ de la Plana (Fr. Francisco), natural de la villa de Almunia de Doña Godina. Fué lector jubilado de la Orden Seráfica, guardian del colegio de S. Diego de Zaragoza, cronista de su provincia de Aragon, y examinador sinodal del obispado de Jaca. Escribió: *Apologia pro immunitate Col-*

legii Sancti Didaci Cæsaraugustani; Zaragoza, por Miguel Montañés, 1730, en fólio.—S. B.

PEREZ Pocasangre (V. Juan). He aquí lo que se lee acerca de este venerable eclesiástico en el *Teatro de la iglesia de Mechoacan*, de Gil Gonzalez Dávila: «Fué un varon de vida inculpable, canónigo de Mechoacan en América, que renunció la canongía para acudir á la enseñanza de los indios, haciéndose un verdadero padre de los pobres, dejando diez y seis mil pesos de principal, que hacen ochocientos de renta, para pobres indios.» Otros autores aseguran que este capital fué de veintidos mil pesos. Murió en 1630, á la edad de ochenta años, con universal fama de santo.—S. B.

PEREZ Ponce (V. Luis), presbítero y cura propio de su patria Villafranca, en el obispado de Córdoba, donde nació en 1666. Sirvió de paje al cardenal Salazar, quien conociendo el fondo de su virtud, le ordenó de sacerdote y le hizo teniente de cura de Villafranca. Promovióle á vicario de Aldea del Rio, y á los siete años pasó á la vicaría y curato de su patria, que desempeñó celosamente el resto de sus dias, es decir, por espacio de nueve años. Vióse en él un compendio de todas las virtudes que forman un buen sacerdote, y un ejemplar y celoso pastor, penitente, pobre, caritativo, devoto y sumamente cuidadoso del culto divino, de la instruccion en el catecismo y del bien espiritual de sus amadas ovejas. Era el padre y bienhechor comun, socorriendo el cuerpo y alma de sanos y enfermos, tratando á todos para ganarlos á todos á Dios, con tal dulzura y amor en el púlpito y confesonario, como con rigor y desprecio se trataba á sí mismo para no dar un solo paso fuera de la estrecha senda que guia al cielo. Penetrado de un temor santo de no condenarse, extendió su apostólico celo á salvarlos á todos. El año de 1717 fundó en dicho Villafranca un colegio de mujeres virtuosas destinadas á enseñar á las niñas la doctrina cristiana, buenas costumbres, haciendas y labores propias de su sexo. Ocurrióle este pensamiento, decia, reflexionando que para la instruccion de los hombres hay tantos colegios, universidades y academias, y apénas habia en su época una academia para instruir al otro sexo, cuya buena instruccion interesa tanto al estado y á la religion. Esta obra produjo muy buenos frutos con grande utilidad de todo el reino. Habiendo, pues, atesorado gran caudal de méritos, y sido utilísimo en lo espiritual y temporal á los pueblos de su residencia, dejándolos edificados con su vida ejemplar, fortalecido con los santos sacramentos, descansó en paz á 18 de Abril de 1721. Su muerte fué generalmente sentida de todos y en particular del obispo de aquella diócesis Sr. Sinvi, que le estimaba en lo que merecia. A los once años se trasladó su venerable cadáver de la parroquia á la nueva iglesia de este colegio de Jesus y Maria, y se encontraron sus vestidos, rostro y cabellos sin la menor corrupcion y dando una fragancia

sobrenatural. Refiérelo así el célebre P. D. Gerónimo Vilches, monje basilio, en la vida que escribió del venerable Perez Ponce, impresa en Córdoba en 1742 y dedicada al sobrino del cardenal Salazar, de quien habia sido paje el ilustre finado, y el mismo que habia aprobado las reglas que dió el Padre Perez á sus hijas las colegialas. La aprobacion del P. Mtro. Robles, carmelita calzado y amigo de nuestro venerable, merece ser leida tanto ó más que la obra aprobada. —S. B.

PEREZ DE QUIROGA (Manuel), franciscano español, natural de Valladolid. Fué lector jubilado de la provincia de la Inmaculada Concepcion en Castilla la Vieja, y definidor y padre de la misma. Se distinguió mucho por sus conocimientos é investigaciones teológicas y filosóficas, de las que fueron producto las obras siguientes: 1.ª *In primum librum Sententiarum ad mentem Doctoris subtilis*; tomo I, impreso por Tomás Lorente en el convento de San Francisco de Segovia, 1704, en fólio; II, ibidem, 1705, por Sebastian Rodriguez; III, Valladolid, por Tomás de Figueroa, 1708. En el primero trata *de Deo uno, visione et scientia Dei*; en el segundo *de voluntate Dei et prædestinatione*; en el tercero *de Trinitate*.— 2.ª *In tertium Sententiarum*; Valladolid, imprenta Real, por la viuda de José Rueda, 1709, tres tomos en fólio. Trata en ellos *de Incarnatione*.— 3.ª *In 2 Sententiarum*; tomo I, ibidem, 1715, en fólio. Trata *de beatitudine, de peccatis ac de peccato originali*.— 4.ª *Bellum de sanguine Christi*; Valladolid, 1721, en 4.º Contiene un *Appendix in qua examinantur responsiones et objectiones cujusdam Recentioris contra Scholi doctrinam, circa adæquatam rationem distinguendi Spiritum Sanctum à Filio*.— 5.ª *Quæstiones theologicæ selectæ*; Valladolid, por la viuda de José Rueda, 1716, en fólio.—6.ª *Domestica bella philosophica*; ibidem, 1721, en 4.º—7.ª *Vera axiomatum explicatio*; ibidem, 1723, en 4.º— 8.ª *Varia argumenta theologica*; ibidem, 1721, en 4.º— S. B.

PEREZ DE RIBAS (P. Andrés), jesuita, natural de Córdoba y prefecto de la provincia de Nueva-España. Escribió durante su gobierno: 1.ª *Historia de los triunfos de nuestra santa fe conseguidos por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesus en las misiones de la provincia de la Nueva-España*; Madrid, 1645, en fólio.— 2.ª *Carta de la muerte y virtudes del P. Juan de Ledesma, que murió en Méjico el año* 1636; ibidem, eodem anno, in 4.º— S. B.

PEREZ DE ROA (Fr. Cristóbal), religioso de la órden de S. Gerónimo del monasterio de Gandia, donde tomó el hábito. Fué natural de esta ciudad, donde habia servido su padre de mayordomo mayor al duque de aquel estado. Hallábase muy adelantado en los estudios cuando entró en la religion, y fué enviado á continuarlos al monasterio del Escorial, donde se distinguió mucho por su aptitud y aplicacion. Fué muy versado en las lenguas griega y hebrea y uno de los predicadores más distinguidos de su época. Cargo que

desempeñaba con tanta facilidad, que desde el coro se iba y subia al púlpito, sin faltar de dia ni de noche á las divinas alabanzas, no sabiéndose cuándo podia haber estudiado lo que decia, porque los ratos que le quedaban libres siempre se hallaba en la iglesia oyendo ó ayudando á Misa, y cuando estaba en su celda solo se ocupaba en rezar. Estuvo siempre adornado de las virtudes de humildad, pobreza y penitencia, y era amado de todos, así religiosos como seglares, por lo fervoroso de su caridad y sencillo de su trato. Asistia constantemente al confesonario, donde era incansable en solicitar el bien de las almas con notable agrado, eficacia y doctrina celestial, deseoso de sacarlas de la esclavitud del pecado á la santa doctrina de la gracia. Nombráronle vicario y maestro de novicios, y lo fué durante muchos años, porque los procuraba educar en la mansedumbre, silencio y en el cumplimiento de la obediencia. Deseaban elegirle prior en su casa y en otras de la Orden, cuando le llamó Dios para sí. Llevaba cuarenta y siete años de religion cuando fué atacado de una violenta enfermedad, y tuvo el presentimiento de que habia de morir de ella, como se lo manifestó á los que le asistian; y recibidos los santos sacramentos con mucha ternura y fervor, partió á la eterna vida, dejando á sus hermanos tan envidiosos de su dichoso fin como edificados con su ejemplo.— S. B.

PEREZ de Rojas (Fr. Juan), religioso mercenario, natural de Córdoba, y de una antigua é ilustre familia de aquella ciudad. Distinguióse desde sus primeros años por su piedad sólida y por sus deseos de aprovechamiento, y adelantó tanto en el camino de la virtud, que no tardó en colocarse en el que le condujo á entrar en la religion Mercenaria. Oponíanse sus padres á una resolucion que les privaba de un hijo, y de las esperanzas de sucesion en una casa tan noble como rica; pero fiel Juan á la vocacion que le llamaba á servir á Dios y á sus prójimos en el fondo de un claustro, tomó el hábito de nuestra Señora de la Merced que desde un principio ambicionaba, siendo desde aquel momento un fiel siervo de la Señora á quien se habia consagrado. Dedicóse á los estudios, en que hizo notables adelantos, siendo destinado al púlpito, en que adquirió fama de uno de los primeros oradores de su época. Recorrió casi toda la Andalucia, siendo siempre sus sermones objeto de admiracion de cuantos los escuchaban. Amábanle los prelados, honrábanle los grandes y le respetaba el pueblo; mas Perez de Rojas, fiel á su inspiracion, solo se ocupaba en hacer oir por todas partes la palabra divina y aumentar el culto de María, objeto principal de su instituto y especial del religioso que nos ocupa. Deseosa su Orden de premiar sus grandes méritos le elevó á varios cargos; y cuando ya su avanzada edad no le permitia ocuparse en el activo ejercicio de la predicacion, le nombró comendador del convento de Carmona, donde terminó sus dias con la mejor opinion por

su virtud y santidad, y no sin haber consagrado sus últimos años á dar á la prensa los discursos que habia pronunciado en diferentes iglesias durante su carrera oratoria. Son estos: 1.° *Sermones sobre las dominicas de Pentecostés;* Carmona, por Simon Fajardo, 1624, en 4.°— 2.° *Marial, cuaresmas, santoral y dominicas del año;* obra que dejó inédita.— 3.° *Comentarios sobre Tobias*, que dicen algunos autores no llegó á escribir.— S. B.

PEREZ DE RUA (D. Antonio). Nació en Zaragoza á mediados del siglo XVII y estudió en aquella universidad, en la que era doctor y rector en 1683 y 84. Tres años ántes habia tomado posesion de un canonicato de la metropolitana, y fué agente general de S. M. en Roma. Miéntras desempeñaba este cargo solicitó como comisionado la concesion del rezo de nuestra Señora del Pilar, que le fué concedido. Murió en Roma á últimos del siglo XVII, dejando en aquella corte grande fama por su piedad, bondad y vastos conocimientos. Escribió por encargo del embajador de España: *Funeral hecho en Roma en la iglesia de Santiago de los Españoles á 18 de Diciembre de 1666 á la gloriosa memoria del rey católico de las Españas nuestro señor D. Felipe IV el Grande, en nombre de la Nacion Española, por el Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Aragon, caballero y clavero del órden de Alcántara, gentilhombre de cámara de S. M., capitan de su Guardia Tudesca, de su Consejo de Guerra, su Embajador ordinario en Roma á la Santidad de Alejandro VII, su Virey y Capitan general del reino de Nápoles, escrito de órden de su Excelencia;* impreso en Roma por Jaime Dragondelli, en 4.° menor. Esta obrita es una curiosa y completa relacion de aquella solemne ceremonia del mausoleo, poesías, inscripciones, lemas y cenotafios que se pusieron en la oracion fúnebre y cartas de pésame. Se halla adornada de elegantes láminas, que representan lo más digno de aquella ceremonia, de sus adornos, sentencias latinas, símbolos y epígramas.— S. B.

PEREZ DE SAAVEDRA (Juan). En la *Crónica* del cardenal Tavera y en Aubert en su *Historia de los Cardenales*, hallamos un impostor, del que tambien hace mencion Moreri, que si no eclesiástico, debió estudiar tan perfectamente las prácticas de algunas cosas eclesiásticas, particularmente de la Curia romana, que no las hubiera podido saber mejor por talento que hubiese tenido, si hubiese llegado á ser la dignidad que se fingió; y así como se da razon en la *Historia de los Cardenales* como un cardenal intruso, así lo hacemos nosotros en esta obra, en la que pudiera fácilmente buscársele en esta cualidad. Fué Juan Perez de Saavedra español, natural de Córdoba ó de Jaen. Habiendo logrado reunir más de treinta mil ducados en falsificar cartas y documentos apostólicos, para lo que tuvo gran habilidad, se dice que los empleó en introducir la Inquisicion en Portugal. A este efecto, se fingió cardenal legado de la Santa Sede, y poniendo su casa en este rango y tomando

á su servicio ciento cincuenta criados, fué á Sevilla en calidad de príncipe de la Iglesia, y el arzobispo le alojó en su propio palacio, con mucha distincion y prodigándole todo género de obsequios. Pasando despues á Badajoz despachó desde la frontera de Portugal uno de sus secretarios al Rey avisándole su llegada, advirtiéndole le llevaba cartas del Papa, del Emperador, del Rey de España y de otros príncipes seculares y eclesiásticos, rogándole favoreciese los piadosos designios de este pretendido cardenal legado. Alegrándose mucho el Rey de esta legacion, le hizo responder como si efectivamente fuese un legado, enviándole uno de los principales caballeros de la corte para que le cumplimentase y acompañase á su palacio. Recibido con gran pompa y ostentacion en Lisboa y alojado en el palacio Real, negoció su fingido encargo, y en los tres meses que se detuvo en la corte dejó establecida la Inquisicion en Portugal. Despidiéndose del Rey salió de Portugal muy contento de haber salido bien con su designio; pero cansándose la fortuna de auxiliarle en sus crímenes, fué descubierto como impostor en la frontera de Castilla, y declarado que el fingido cardenal no era otra cosa que un antiguo criado del marqués de Villanueva. Hecho prisionero y juzgado, fué condenado á galeras por diez años, prohibiéndole escribir bajo pena de la vida. Llevada á cabo la sentencia, permaneció Perez muchos años amarrado al remo; pero sin que podamos saber los motivos ó influencias que pudieron mediar á este fin, el año 1556 fué puesto en libertad á causa de un breve del papa Paulo IV. Dicen los autores, entre ellos Moreri, que se hizo así porque el Pontífice deseó verle para darle gracias, sin duda, del buen servicio que habia hecho á la Santa Sede de haber establecido la Inquisicion en Portugal, en donde subsistió despues; pero nosotros creemos que otras causas más imperiosas, ó tal vez solo un exceso de caridad moverian al Papa, si esto es cierto, á levantar el arresto y condena del fingido cardenal.—B. C.

PEREZ Sanchez (P. Juan), jesuita. Nació en Tudela de Navarra en 1678, escribió diferentes obras que en su mayor parte han quedado inéditas, y fué muy apreciado en la Compañía por su virtud y santidad. Murió en 10 de Mayo de 1769.—S. B.

PEREZ de Secastilla (D. José). Nació en la villa de Benavarre, y se distinguió tanto por su carrera como por su virtud. Fué doctor en ambos derechos, provisor y vicario general de los obispados de Urgel y de Solsona, canónigo de Lérida, juez sinodal, visitador de los canónigos premostratenses de Cataluña y obispo electo de Solsona, dignidad que renunció con una humildad verdadera. Ignórase la época de su muerte, pero se sabe que escribió en 1680 *Crisol de Sacerdotes*, obra impresa en Barcelona en 1680 y 84, y que afirma Latassa tuvo en su librería, añadiendo estimó este escrito que

fué bien recibido por su objeto, doctrina selecta y erudicion, y con ese mérito escribió tambien varias consultas, que no fueron ménos apreciadas.—S. B.

PEREZ DE LA SERNA (D. Juan), obispo de Zamora. Fué natural de Cervera en el obispado de Zamora, teniendo por padres á Juan de la Serna y á Catalina Perez. Despues de haber sido colegial en los de Sigüenza y Sta. Cruz de Valladolid, se ordenó de sacerdote en 25 de Abril de 1595, obteniendo una cátedra de Durando en la universidad de la última poblacion. En 1597 hizo oposicion á la canongía magistral de la santa iglesia de Zamora y la obtuvo sobre nueve opositores, sugetos todos de los colegios mayores, que habian seguido sus carreras con aprovechamiento y buena reputacion. En este puesto se distinguió mucho por sus buenas costumbres, doctrinas, caridad para con los pobres, prudencia y buen carácter, dulce y amable para con sus iguales y áun para los inferiores. Era muy limosnero y compasivo con los que padecian trabajos, y tenia una gracia especial para consolar á los tristes y afligidos con obras y palabras, cualidades todas que le hicieron apreciar mucho de sus contemporáneos y le valieron que le presentase Felipe III para el arzobispado de Méjico, que aceptó, partiendo inmediatamente para su diócesis. Continuó en ella distinguiéndose por su caridad, siendo muchas las limosnas que repartia, dándoselas al necesitado por su propia mano, porque decia, y con mucha razon, que es grande la diferencia que hay de escuchar referir la miseria ajena á verla por sus mismos ojos. Visitó su diócesis y cumplió como buen pastor todos sus deberes, gobernando su iglesia con prudencia y celo. Fundó en aquella ciudad y sus cercanías quince conventos, iglesias, hospitales y ermitas, poniendo por sí mismo la primera piedra en la mayor parte de estos edificios. Dotó además á gran número de doncellas pobres, ascendiendo la cantidad que consagró á este objeto á la enorme suma de dos millones doscientos veintisiete mil pesos. Mas á pesar de sus grandes servicios no estuvo exento de amarguras y áun de persecuciones en el mismo territorio que habia sido teatro de sus triunfos. Pues habiendo ido por virey á Méjico el marqués de los Gelves, D. Diego Pimentel, fué tal su proceder, que puso con él en peligro las inmunidades de la Iglesia y áun los mismos derechos de su soberano, porque olvidándose del bien público y gobernando más bien conforme á su libre albedrío que á las leyes establecidas, desterró al Arzobispo y le privó de sus temporalidades porque defendia los derechos é inmunidades de la Iglesia, padeciendo por este motivo muchos disgustos, procedentes de los acuerdos del virey y de los que seguian su partido. Méjico, reconocido á las bondades del Arzobispo se pronunció en favor suyo, y para evitar mayores inconvenientes fué preciso que volviese el prelado, quien sosegó la conmocion con solo su presencia.

Parece que se formó expediente de los agravios inferidos al Arzobispo, su cabildo, ministros de su audiencia y otros religiosos y eclesiásticos que salian en defensa de la Iglesia y de sus inmunidades, el que se remitió al pontífice Urbano VIII, al rey Felipe IV y á su Consejo. Mas parece que por entónces no tuvo consecuencia alguna; pues dice Gonzalez Dávila: «El Santisimo lo sintió con lágrimas en los ojos, viendo que á su esposa santa se le »perdia la veneracion y respeto debido á tan soberana y esclarecida Señora. »El mismo sentimiento hizo y con igual tristeza el Colegio Sacro de los car»denales.» Mas á pesar de esto, el Arzobispo tuvo al fin que embarcarse, con acuerdo y parecer de su clero, y vino á Madrid, donde le recibió el monarca, dándole inequívocas pruebas de su piedad y clemencia. Poco despues de su llegada á la corte, supo que la corte romana habia comenzado ya á tomar parte en este asunto; y en efecto no tardó en recibirse una carta del Sacro Colegio de cardenales para Julio Laqueto, nuncio de Su Santidad, en que se le mandaba tomase por su cuenta la defensa y causa del Arzobispo, la que se hallaba fechada en Roma en 6 de Marzo de 1625. Posteriormente é ínterin estos negocios continuaban su curso, recibió el Arzobispo un breve del Soberano Pontífice en que le consolaba y le manifestaba el aprecio que hacia de su persona por lo mucho que habia padecido por la exaltacion é inmunidades de la Iglesia. Con este vino tambien otro breve dirigido al rey D. Felipe IV, en que le pedia y exhortaba acudiese á la defensa de la autoridad apostólica, de donde procede la conservacion y el aumento de los reinos. Estos breves tenian la fecha de 6 de Setiembre de 1625. Pero aún trascurrieron seis años sin que se tomase resolucion ninguna en este asunto, y al cabo de ellos se acudió al medio conciliador de enviar su visitador á Méjico para que examinase por sí mismo el orígen de la cuestion, premiando al mismo tiempo al Arzobispo por su valor y virtud, presentándole el monarca para obispo de la santa iglesia de Zamora, donde murió en 8 de Agosto de 1631. El cabildo le dió sepultura en la capilla mayor de la catedral, grabando en la losa la inscripcion siguiente:

Aquí yace el Ilmo. Sr. D. Juan de la Serna, canónigo que fué de esta iglesia y arzobispo de Méjico y obispo de esta ciudad. Falleció á 8 de Agosto de MDCXXXI. —S. B.

PEREZ de Unanoa (P. Martin), jesuita, natural de Valencia, donde se distinguió mucho por sus estudios teológicos. Entró en la Compañía á la edad de quince años, en 4 de Enero de 1593, y estudió filosofía y teología con tan buenos resultados, que explicó despues esta ciencia en su patria por espacio de quince años, y durante algunos más en Barcelona. No solo le ocupó

su religion en las cátedras, sino que le destinó tambien para los primeros empleos de la provincia, correspondiendo en todos ellos á la confianza en él depositada. Ejerció el cargo de rector en los colegios de Huesca, Zaragoza y Valencia; fué prepósito de la casa profesa de esta ciudad y provincial, por último, de la provincia de Aragon. Estuvo en Roma dos veces; la una á la congregacion provincial de procuradores, y la otra á congregacion general. Fué calificador del Santo Oficio en los tribunales de Aragon, Valencia y Cataluña, y llegó á ser el más antiguo en el de Valencia. A pesar de sus muchas dignidades, era tan modesto y humilde, que en las oficinas inferiores era siempre el primero de todos. Se distinguió mucho en la devocion de nuestra Señora, y murió en la casa profesa de Valencia el 4 de Marzo de 1660, á la edad de ochenta años y sesenta y cinco de religion, despues de pronunciados los cuatro votos. Son suyas las obras siguientes: 1.ª *De Deo uno et trino, seu de mirabili Sanctissimæ Trinitatis mysterio*; Lion, por Claudio Du Four, 1639, en fólio.—2.ª *De mirabili Divina Incarnatione;* ibid. por Lorenzo Durand, 1642, en fólio.—3.ª *De sancto matrimonii sacramento;* ibid. por Pedro Prost y compañía, 1645, en fólio.—4.ª *De virtute et sacramento Pœnitentiæ;* ibid. por el citado Prost y compañía, 1645, en fólio. Dejó inéditos los tratados: 1.° *De sacramentis in genere.*—2.° *De sacra Eucharistia.* S. B.

PEREZ DE VALDIVIA (V. Diego). Nació en Baeza en 1510, y despues de haberse graduado de doctor en teología, recibió los sagrados órdenes, y le encargó el P. Mtro. Avila la cátedra de Sagrada Escritura que acababa de fundar en la nueva universidad de Baeza. Dedicábase á hacer misiones, pero con tal celo y uncion, que reducia á penitencia á los pecadores más obstinados. Aceptó por obediencia el arcedianato de Jaen, que fué para este siervo de Dios un manantial de trabajos, calumnias, cárceles y persecuciones conforme se lo habia predicho el Mtro. Avila, pero constante siempre en su tenor de vida humilde, pobre y mortificada, y en sus vehementes exhortaciones contra los vicios, su espíritu apostólico, severidad en las costumbres y rigidez en la predicacion contra los escándalos y desórdenes, le ocasionaron amargos pesares, infamándole, arrastrándole á los tribunales y poniéndole ignominiosas prisiones. Duró por algunos años esta ruda prueba con no poco aumento de su humildad y paciencia. Apénas se vió libre, renunció su dignidad, no aceptó el título de predicador que le envió Felipe II, y determinó pasar á Roma para ir con licencia del Papa á predicar el santo Evangelio á los infieles, satisfaciendo así sus deseos de ser mártir. Caminó con este designio á Valencia, donde no pudiendo embarcarse por el mal temporal se detuvo algun tiempo, en el que se hizo íntimo y muy estimado amigo de San Luis Beltran, del beato patriarca Ribera, arzobispo de aquella diócesis, y del

beato Pedro Nicolás Factor, con quienes se trataba con la mayor familiaridad. Pasó de allí á Barcelona para emprender su navegacion; mas las tres veces que se hizo á la mar, todas tres tuvo que volver á tierra, por lo que comprendió que no queria Dios saliese de España. Quedóse, pues, en Barcelona, y conocida su sabiduría y santidad, le dieron la cátedra de Sagrada Escritura en la universidad allí establecida. Comenzó á predicar con el mismo espíritu, fervor y celo que en Jaen, no cesando los enemigos de nuestra fe de hacerle viva guerra para desacreditarle é impedir el fruto de sus sermones. Mas no tardó en serenarse la tormenta, y la eficacia de su palabra hizo que conociesen todos el fondo de virtudes de su siervo. Fué el apóstol de Cataluña, como su maestro el P. Avila lo era de Andalucía, y consiguió mejorar el principado, mejorando sus costumbres y haciendo mudar de vida á los pecadores. La honra de Dios y el exterminio del pecado era en lo que ponia más empeño este venerable Padre, sin intimidarle respetos humanos ni contenerle el amor de sí mismo. Desterró las diversiones escandalosas, introdujo la frecuencia de los sacramentos y remedió abusos notables. Escribió muchos y muy eruditos tratados espirituales, siendo el mejor de todos el intitulado *Avisos de gente perdida*, en donde manifiesta toda la extension de su sabiduría y sagrado ministerio. Su casa era un modelo de virtud y una escuela de un buen número de clérigos ejemplares, con quienes vivia en grande recogimiento, ocupándose en estudiar, escribir, orar, leer y otros santos ejercicios, dedicando los ratos de descanso á hacer sogas de esparto para no estar un punto ocioso. Fué el primero que introdujo la costumbre de exponer el Santísimo Sacramento los tres dias de carnaval, en desagravio de los desórdenes que en ellos se cometen. Favoreció mucho las fundaciones de Capuchinos y Carmelitas descalzos cuando se introdujeron en Cataluña. Hizo inmensos beneficios en cárceles y hospitales, y casi no hubo obra piadosa que no alentase y mejorase con su buen ejemplo y direccion. Era el oráculo de toda la ciudad, que le miraba como un santo, un profeta y un ángel del cielo, venerándole tanto, que con solo su presencia y exhortaciones apaciguó más de un tumulto. Su vida toda fué un prodigio de santidad y un retrato del estado primitivo del clero. Al cabo de once años de apostolado, murió en 28 de Febrero de 1589. Manifestó el pueblo en aclamaciones públicas el concepto en que le tenia: hiciéronle las exequias más suntuosas que han tenido nunca lugar, si se exceptuan las que se hacen á personas reales, y resonaron los templos, calles y plazas con sus alabanzas en panegíricos y poesías. Su sepultura es respetada como la de un santo, y su nombre é intercesion con Dios invocados en las necesidades, habiéndole honrado el cielo con multitud de milagros, segun refiere Muñoz en la *Vida del Mtro. Avila*, y Jimeno en los *Anales de Jaen*, añadiendo Ramirez

Luque «que fué honor inmortal del estado clerical y de Baeza, su patria, hoy gloria de Barcelona, varon verdaderamente grande, de admirables virtudes, vida apostólica, alto espíritu y sólida santidad.» —S. B.

PEREZPEDA (V. Juan Gomez), beneficiado de Murtas en las Alpujarras, martirizado por los moriscos en su rebelion en tiempo de Felipe II. Cuando se rebelaron los de Murtas, donde se hallaba de beneficiado Perezpeda, dejaron á los cristianos meterse en la iglesia el dia 24 de Diciembre. Al siguiente dia llegó Bartolomé *el Feter* con una cuadrilla de feroces monfies, y reuniéndose con los moros del pueblo, entraron en la iglesia derribando las puertas, y prendieron á los cristianos despues de las profanaciones más atroces; y poniéndolos en una hilera en el cementerio de la iglesia desnudos y descalzos, con las manos atadas atras, les tiraron á terrero con los arcabuces y ballestas, y los mataron á todos cruelísimamente, comenzando por el beneficiado y luego por el sacristan. Mármol, libro IV, cap. XII. — S. B.

PERFECTO (S.), presbitero. Valeroso fué este santo mártir, ¿pero qué mucho si fué español, en el que el valor es tan proverbial como su catolicismo? Nació este bienaventurado en Córdoba, ciudad de las Andalucías, en el siglo IX de nuestra era, en ocasion de estar esta region de España invadida por los árabes, que tenian en ella el trono y corte de sus reyes africanos. Habíase concertado cuando los reyes moros conquistaron esta ciudad que todos los cristianos que quisiesen quedarse en ella pudiesen conservar sus iglesias y profesar la religion del Crucificado siempre que se sujetasen en todo lo demás al gobierno musulman; y así se vino practicando hasta el reinado del poderoso Abderramen III de este nombre. La ley que concedia á los cristianos practicar su religion no era solo para Córdoba, sino para todos los pueblos de la Península ocupados por los árabes, y se llevó en un principio de tal modo con contentamiento en lo que cabia de fieles é infieles, que en la misma gran mezquita musulmana de Toledo se permitió á los cristianos tener capilla propia en donde celebrar sus sacrificios y demás ejercicios del culto católico, la cual se conservó en aquella iglesia luego que, conquistado Toledo por Alfonso VI en el siglo X, año del Señor de 1085, se convirtió en catedral por la piadosa reina Doña Constanza, su mujer, y por el arzobispo D. Rodrigo, confesor de ésta, y áun hoy se conserva con el título de capilla mozárabe (cuasi árabe). Habíase tambien convenido que los cristianos no habian de enseñar á los árabes la doctrina del Crucificado, ni les predicasen para separarlos de la ley de Mahoma, su falso profeta, y que todos los que naciesen de padre mahometano habian de seguir precisamente la ley de sus padres. La buena armonía que habia entre las dos razas en un principio hizo callar á esta ley, y los cristianos vivian sin temerla, contrariándola á cada paso; pero subió al trono el expresado rey ó califa Abderramen III, hombre

tan poderoso como fanático por su religion, que aborreciendo á los cristianos de todo corazon, mandó se llevasen á cabo con el mayor rigor aquellas leyes, y que la menor infraccion por parte de los cristianos fuese castigada con el tormento ó la pena de muerte impuesta por aquellas. En medio de la persecucion sarracena que con este motivo sufrió la Iglesia española, nació nuestro santo Perfecto de padres cristianos, que vivian con gran recogimiento, procurando la perfeccion de sus almas. Amaestrando en la piedad á su tierno hijo desde un principio, luego que ya empezó á necesitar de instruccion le pusieron bajo la direccion de los venerables sacerdotes de la iglesia de S. Acisclo, para que le enseñasen las letras divinas y humanas y le amaestrasen en las virtudes; y en unas y otras no tardó en superar á sus maestros. Aprendió la lengua árabe con perfeccion, lo que hizo fuese conocido su saber de los infieles, que admiraron su sabiduría, y le respetaban y distinguian con mucho aprecio. Aficionado el Santo á la vida que hacian aquellos venerables canónigos reglares, de la regla y observancia de San Agustin, se hizo sacerdote en la misma iglesia, y no pasó mucho tiempo sin que el discípulo fuese maestro de sus mismos maestros y les diese ejemplo de virtud y santidad. Como la fama de su saber se extendió á todas las clases de la ciudad, sucedió que un dia que salió del monasterio para asuntos del mismo, encontrándole unos infieles de gran categoría desearon oirle; y parándose en la calle le suplicaron les dijese su opinion amistosamente sobre la fe de Jesucristo y de su profeta Mahoma. El Santo, que deseaba ocasiones en que poder alabar á Dios, les manifestó las excelencias de Jesucristo, verdadero Dios y hombre, Señor de todo y bendito en todos los tiempos; pero no quiso decirles nada de su profeta Mahoma por temor de mortificarlos; mas como ellos le instasen con empeño, ofreciéndole no disgustarse por lo que dijese, ántes le ofrecieron todos su amistad, les dijo en lengua árabe, segun lo repiten los historiadores que han tratado de su vida: «Ya el santo Evangelio »dijo de vuestro profeta, que ha engañado con su falsa doctrina á las gentes, »estas palabras: *Muchos falsos profetas vendrán en mi nombre, y engañarán »á muchos y harán muchos milagros para que puedan ser conducidos al error »áun los escogidos.* Entre estos profetas de que trata el Evangelio fué uno »el vuestro, engañando al mundo con sus hechicerías y auxiliado por el de»monio, el que á fuerza de halagos y de fomentar las malas pasiones ha en»venenado los corazones de los ménos virtuosos; y así es que ningun hom»bre espiritual cree su doctrina santa, pues que sabe que siguiéndola se une »á Satanás, con el que sereis quemados en los infiernos cuantos profesais »el islamismo si no os separais de él.» Echóles despues en cara el Santo los torpes amores de su falso profeta con Zaynab, mujer de su esclavo Zaid, al que se la quitó y con la que cometió adulterio, diciendo que así se lo habia

mandado el ángel; y en fin, fué relatándoles las imperfecciones, torpezas y vicios de Mahoma, acabando por maldecirle y por pronosticar á todos los que le seguian su condenacion. Confundidos quedaron los musulmanes al oir de boca del Santo tantos ultrajes contra su profeta; y hubieran atentado contra él en aquel momento, si no les detuviese la palabra que al rogarle que hablase le empeñaron; pero ofendidos extraordinariamente, se retiraron sin decir palabra, como si fueran mudos, bullendo en sus cabezas la idea de la venganza. No se hizo esperar mucho esta, que vigila siempre sobre la victima contra la que quiere asestar el golpe, pues que viéndole los propios infieles salir otro dia del monasterio, se dijeron unos á otros: «Pues que á las »manos se nos viene el que tantas blasfemias dijo y tantas injurias infirió al »gran profeta, sobre el que Dios cante y le salve, no seriamos fieles siervos »del justo *Allah* si no le llevamos á la presencia de nuestros jueces para que »le castiguen como blasfemo.» Dicho esto corrieron todos contra él, y asiéndole bruscamente le llevaron más en volandas que por su propio pié á la presencia del wali ó gobernador de Córdoba, acusándole de blasfemo. Siendo los aprehensores y acusadores del Santo personas de calidad entre los musulmanes, les creyó el gobernador bajo su palabra; y le hubiera juzgado in continenti á no hallarse en su abominable pascua, en cuyo tiempo les estaba vedado conocer de causas criminales, pero hizo cargar al Santo de cadenas y encerrarle en una oscura y hedionda mazmorra. Grande gozo fué para el Santo su prision, pues que deseando ver á su Dios creyó le llevaban al festin celestial, en donde habia de conseguirlo, y así es que se preparó á él con ayunos, oraciones, vigilias y cuantos ejercicios piadosos podia en aquel estado. Pasada que fué la pascua musulmana, fué conducido Perfecto ante sus jueces; y como asi que fué interrogado confirmase la acusacion con su confesion sobre la divinidad de Jesucristo y falsedad del profeta, fué condenado á morir degollado, sentencia que le llenó de regocijo. Anuncióse la hora de la ejecucion del Santo el dia 18 de Abril del año 850 de nuestra era, y los fieros musulmanes se dirigieron con algazara á la cárcel, prorumpiendo en injurias contra él luego que le vieron conducir al suplicio. Lleváronle fuera de la ciudad, al lado opuesto del Guadalquivir, arrabal hoy de la misma, á un sitio que denominan *Campo de la Verdad* por los muchos mártires sacrificados en él por la fe de Jesucristo; y el Santo más alegre aún que sus verdugos, les gritaba diciendo á aquella multitud que se apiñaba á su paso por verle unos y por insultarle otros: «Vuestro profeta fué »un demonio adúltero y hechicero: fué un embustero, miserable sectario »de Satanás, y con él habeis todos de sufrir los tormentos del infierno si no »abominais de él, y arrepentidos de haber seguido su abominable doctrina »no seguis á Jesucristo, Señor y Redentor del linaje humano, y sin el cual

»no es posible la salvacion.» Llegando el Santo al expresado lugar de la Verdad, cogió uno de los verdugos al Santo por los cabellos, y con un cortante alfanje le segó la cabeza, que arrojó al suelo entre los gritos rabiosos de los furiosos musulmanes, que desearian tuviese más vidas para mejor divertirse en su suplicio; pero en tanto que tan feroz escena divertia á los infieles en la tierra, el cielo recibia con gran fiesta la bendita alma de S. Perfecto, al que Dios dió un trono en su gloria en premio de su valor en el combate que sostuvo toda su vida contra el demonio, al que habia vencido con su heroismo y dichosa muerte. Tan luego como pudieron, acudieron los cristianos al Campo de la Verdad, y recogiendo el cuerpo del Santo con el mayor cariño y devocion, lo condujeron á su iglesia de S. Acisclo, en la que le dieron honrosa sepultura, vertiendo muchas lágrimas y entonando cánticos de alabanzas al Señor, en los que le ofrecieron aquel sacrificio como las primicias, segun un autor, de los martirios que causaron las persecuciones de Abderramen y de su hijo Mahomat, que inundaron el término de Córdoba de sangre cristiana. La Iglesia católica no pudo ménos de contar entre los santos mártires españoles á S. Perfecto, al que recuerda el expresado dia de su glorioso tránsito, y la historia nacional se envanece con este héroe andaluz, que supo acrisolar el valor español en los combates con el demonio, como tantos otros gloriosos compatriotas que honran la religiosidad y fe de nuestros mayores, y que habiendo engrandecido con sus heróicos hechos nuestro blason católico español, son al propio tiempo ricas joyas con que se engalana la religion del Crucificado, y abogados celestiales que defienden ante el trono del Omnipotente la causa de los españoles, que mantienen la unidad de la fe de Jesucristo sin mezcla de otra religion. En los *Escolios* de Ambrosio Morales, el cardenal Baronio en el tomo X de sus *Anales*, Santoro, Usuardo y el *Martirologio Romano* dan noticias de este Santo español.— B. C.

PERGAMO (Bto. Cesáreo de), religioso franciscano, natural del lugar que indica su apellido en Italia. Sus padres, que pertenecian á una familia muy ilustre de aquel pais, le proporcionaron una no vulgar educacion, correspondiendo el jóven á sus buenos deseos, de manera que muy en breve llegó á ser consumado en las ciencias y á hallarse en estado de optar á una carrera tanto más gloriosa, cuanto que tenia las mejores facultades para seguirla y brillar entre los más afamados. Pero Cesáreo desdeñaba las vanidades humanas y desde niño habia manifestado su vocacion hácia las cosas divinas, en cuya ciencia debia colocarse entre los más aventajados. No tardó, en efecto, en tomar en su patria el hábito de la religion franciscana, y desde aquel momento fué un verdadero modelo en toda clase de virtudes, distinguiéndose en la obediencia, la caridad y la penitencia. No por esto olvidaba la oracion, pasando dias enteros en el coro postrado en presencia del Señor

á quien alababa con fervorosos cánticos, pues no siendo suficiente desahogo á la llama del inmenso amor que ardia en su corazon la contemplacion que abisma y hace enmudecer, ni la oracion vocal que es como una flor sin aroma, se deshacia en vehementes cánticos haciendo resonar el templo con su armoniosa voz, y ocupándose á la manera de los pájaros en alabar con animados gorgeos al Criador del cielo y de la tierra. La grandeza de su amor á la Divinidad, expresada de este manera en uno de los ejercicios más naturales y comunes á todos los hombres, se manifestaba del mismo modo en los ayunos, penitencias, vigilias y maceraciones del Bto. Cristóbal. Su vida entera fué como un constante sacrificio á la Divinidad, y hubiera querido poseer cien existencias para consagrarlas todas ante el Señor, en cuya presencia todo es pequeño, raquitico y miserable. Sus estudios y no vulgar capacidad le valieron ser elevado á diferentes cargos de la Orden, y fué guardian en el convento de su patria, puesto que ocupó con grande celo, siendo todo para todos y mirándolos como hijos de un padre comun. Así jamás tuvieron queja alguna de él sus religiosos que le miraban y veneraban como un verdadero padre, estando prontos á sacrificar su vida por su amor. Pero el Bto. Pérgamo les señalaba como único fin y principio el divino Salvador por quien habian tomado el hábito que vestian, á quien debian ayudar á llevar la cruz que habia llevado por ellos en su peregrinacion en este mundo, y veia cumplidos sus deseos cuando alguno de sus religiosos aumentaba sus prácticas de austeridad, y le iba á pedir consejos sobre el modo de llegar con más brevedad á la perfeccion, único objeto de la vida monástica. Indicábale Cesáreo el camino, le acompañaba en él, y juntos llegaban á veces, si no al término deseado porque esto no es posible á la pequeñez humana, á un punto al ménos á que pocos habian llegado y que en las obras de los Santos Padres se designa como el *desiderandum* de la vida perfecta. Muchos años sirvió este religioso de modelo á los fieles de Pérgamo, que no tardaron en llorar su muerte, celebrando su memoria como la de uno de los bienaventurados cuya intercesion esperan les ayudará á caminar con más acierto en las sendas peligrosas de esta vida y les conducirá á gozar de esa felicidad prometida á los justos en otra patria mejor que en la que ahora vivimos. Del Bto. Cesáreo de Pérgamo se hace conmemoracion entre los santos de Italia á 19 de Junio. — S. B.

PERGENTINO (S. Martin). Vivia en el siglo tercero de nuestra era este glorioso Santo en Arezzo, con su hermano S. Lorentino, y aunque sumamente jóvenes, abrazaron las máximas evangélicas con tal fe, que fueron modelos de virtud y de piedad. Perseguidos en su época los cristianos por la tirania del bárbaro emperador Decio, fueron presos ambos hermanos y llevados al tribunal del presidente Tiburcio; procuró éste, viéndoles aún ni-

ños, disuadirles de sus creencias, y como viese su constancia en la fe del Nazareno y que nada podia sacar de ellos en honor á los ídolos, mandó se les atormentase cruelmente. En medio de este atroz suplicio predicaron los dos Santos la religion de Jesucristo de una manera tan elocuente como persuasiva, que hicieron más de cuatrocientas conversiones. En vista de todo esto mandó el presidente se los degollase, seguidos de todos los convertidos que habian sido bautizados. Esta horrible degollacion de tanto mártir, parece tuvo lugar en la expresada ciudad el año 250 de nuestra época, sin duda el 3 de Junio en que la Iglesia le recuerda. — C.

PERGOLINO (Fr. José), franciscano italiano, natural de Montemoro, célebre por sus grandes conocimientos en las ciencias sagradas, á que debió su elevacion y las honras que le hicieron diferentes soberanos pontífices. Su religion premió sus méritos, nombrándole conventual y maestro en sagrada teología; mas ocupado constantemente en Roma por sus superiores, no tardó en ser conocido por Clemente XI, quien aprovechó su ciencia en diferentes ocasiones, comisionándole para evacuar asuntos de la primera importancia para la Iglesia. Pergolino correspondió en todas estas circunstancias á la confianza con que era honrado, y se le vió, aunque pobre y humilde franciscano, despreciando las riquezas y grandes dignidades con que se le brindaba permanecer constante al servicio de la Santa Sede, sin esperar otro premio ni recompensa que el aprecio de sus superiores y el mejor cumplimiento de sus votos, que era lo que se habia propuesto al tomar el hábito de la Religion Seráfica. Continuó así durante su larga carrera, y sus virtudes tanto como sus servicios le hicieron digno del aprecio de Clemente XI, que se apresuró á manifestárselo siempre que tuvo ocasion. Las distinciones que sucesivamente se amontonaron sobre Pergolino no le hicieron olvidar lo que se debia á sí mismo y á su sagrado carácter, y así se le vió fiel á sus antiguos votos continuar siendo el franciscano modelo de humildad, amante de la observancia regular, constante en la oracion, y no ménos constante en las mortificaciones que le imponia su regla. En extremo laborioso, los ratos que le dejaban libres estas ocupaciones los consagraba al estudio, y como se hallaba dotado de una no vulgar capacidad, llegó á adquirir conocimientos á que debe su celebridad, y que no eran comunes en su época. Honrábanle por ellos los prelados de la corte pontificia, y le consultaban en las situaciones más difíciles y delicadas, y en todas se distinguia Pergolino por su prudencia y acierto en los consejos. Lleno al fin de años y de méritos, falleció á principios del pasado siglo, dejando una obra cuya impresion fué costeada por Clemente XI, y que es leida con gusto áun en la actualidad. Titúlase: *Dialecticam Sacram Sacræ Scripturæ testimoniis, ac Sanctis PP. doctrinis illustratam in sex libris divisam*; Roma, por Bernabó, 1707, en 4.°—S. B.

PERIANDER (Gil). De este poeta latino solo se tienen noticias incompletas. Cree Paquot que su verdadero nombre era *Omma* (circum vir) palabra flamenca que tradujo en griego segun costumbre muy generalizada en su época. Nació en Bruselas hácia el 1545, segun Weis, é hizo sus estudios en Vilvorde bajo la direccion del hábil filólogo Antonio Sybius ó del Boé. Las turbulencias de los Países Bajos le obligaron á pasar á Alemania, y situándose en Basilea obtuvo de Oporin la más cariñosa hospitalidad. Algunos meses despues se fué á Brisgan, y de allí á Francfort, en donde se detuvo para que le imprimiesen ciertas obras, no teniendo entónces más que veintidos años. De Francfort pasó á Mayenza, en donde consta residia en 1568, manifestando Paquot que allí abrazó el estado eclesiástico y que obtuvo algunos beneficios; pero la debilidad de su salud fué agravándose cada vez más y murió sin acabar de recibir las órdenes sagradas á la edad de veinticuatro años. Dejó este precoz y malogrado escritor tres obras, á saber: *Germania in qua doctissimorum virorum elogia et judicia continentur et diversissimorum nostri temporis poetarum monumentis accurate congesta*; *quibus additæ sunt in singulos auctores et viros doctos judicia et encomia;* Francfort, 1567, en 8.°, volúmen raro y curioso. Promete el autor en el prefacio publicar colecciones semejantes á esta para Italia, España, Francia, Inglaterra y Escocia, y es lamentable le atajase la muerte ántes de cumplir su oferta.—*Noctuæ speculum, omnes res memorabiles, variasque et admirabiles Tyli Saxonici machinationes complectens; nunc primum ex idiomate germanico latinitate donatum;* Francfort, 1567, en 8.°, con dibujos grabados en madera. Esta es una traduccion en verso elegiaco del famoso romance de Tiel Oliespiegle, atribuida por algunos bibliógrafos á Thom. Muner, pero cuyo verdadero autor es desconocido. No fué Periander, segun él lo creyó, el primero que puso en latin este romance; pues que existe una traduccion en versos yámbicos por Juan Nemius, publicada en Utrech en 1558, en 8.°—*Horti tres amœnissimi à præstantissimis poetis nostri sæculi, flosculis et plantulis odoriferis conferti*; Francfort, 1567. Esta coleccion poética no fué conocida de Vogt, de Foppeus ni de otros compiladores, y declara Paquot, que á pesar de cuantas diligencias practicó al efecto, no pudo encontrar ni un solo ejemplar. Esta obra se divide en tres partes: la primera contiene trozos de los poetas italianos que han escrito en latin; la segunda poetas alemanes, y la tercera poetas franceses.—*Nobilitas moguntinæ diœcesis, metropolitanæque ecclesiæ capitularis, uno libello complexa quantum fieri potui, accurato carmine elegiaco, veres heroes, eorumque laudes camplectens. Accessit libellus de ea nobilitate canonicorum quæ capitularis non est*; Mayenza, 1568, en 8.°, con cuarenta y cuatro láminas en madera. Este opúsculo fué reimpreso en el tomo III de los *Scriptores rerum moguntiacorum,* por G. C. Johanni, en Francfort el año 1722 y

1727, en fólio. Los bibliógrafos estiman mucho más que la reproduccion la impresion original por las bellas láminas que la adornan. En el *Apparatus litterarius* de Freytag, tomo III, pág. 453 y 61, dice Weis que se dan curiosas noticias sobre la *Germania* de Periander y sus demás citadas producciones.—B. C.

PERIER (P. Fr. Bernabé), religioso de la órden de S. Juan de Dios. Desde su más tierna edad se distinguió por su grande inclinacion á los ejercicios de la virtud, llegando á adquirir, segun la crónica de su Orden, una perfeccion verdaderamente evangélica. Todo su anhelo era consagrarse al alivio y socorro de los enfermos pobres, cuidando no solo de sus cuerpos sino tambien de su alma. Fué maestro de novicios, y desempeñó este cargo con tanto acierto, que sus superiores le conservaron en él toda la vida. Sus grandes méritos y cualidades le valieron ser elegido provincial y vicario general de la religion en Francia, puestos que ocupó con grande celo, distinguiéndose en el gobierno y por la cualidad especial además de que, desempeñando diferentes destinos al mismo tiempo, cumplia exactamente los deberes de todos. Murió en Paris á 1.° de Abril de 1679.—S. B.

PERIESUS (Juan), jesuita, natural de Courtrai; se distinguió en el estudio de las antigüedades eclesiásticas y mereció ser asociado á los sabios agiógrafos de Amberes, que publicaron las *Acta Sanctorum*. Murió en 1752, á la edad de cincuenta y un años.—S. B.

PERIGENES. Este obispo de Corinto en el siglo V fué nombrado primero obispo de Patrás por el de Corinto, contra la voluntad del pueblo, que rehusó recibirle, por lo que tuvo que volverse á esta diócesis. Muriendo poco despues de esto el obispo su protector, los corintios le pidieron por prelado al papa Bonifacio I, por medio de una súplica que le dirigieron; pero el Pontífice mandó su exposicion á Rufo, obispo de Tesalónica, que era su vicario en Acaya, Iliria y Macedonia, con órden de no colocarle en este episcopado, sino despues de que le hubiese escrito. Enseñó Rufo la carta del Papa á los obispos de estas provincias, y la mayor parte de ellos consintieron en la eleccion de Perigenes para obispo de Corinto. Escribiéndoselo así al Pontífice Rufo, le confirmó en la metropolitana de la expresada ciudad el año 419, dignidad de que disfrutó Perigenes hasta su muerte, segun el ilustrado abad Fleuri, que no nos dice en su *Historia Eclesiástica* cuándo falleció este prelado.—C.

PERIGNON (D. Pedro). Nació este célebre benedictino en Saint-Menehould el año 1640. Habiendo tomado el hábito de los monjes de S. Benito en la congregacion de S. Vannes, fué nombrado procurador de la abadía de Hautvilliers, cerca de Epernai, lugar de mucho viñedo, del que una gran parte pertenecia á la abadía. Aficionado á la agricultura, estudió con esmero

las diferentes clases de uva, y unido esto al exquisito gusto de que le habia dotado la naturaleza, gusto que conservó siempre y que le hacia distinguir entre muchos granos de uva de diferentes vides el que pertenecia á cada racimo, sin engañarse jamás; estas excelencias le hicieron célebre, porque le llevó hasta el punto de que la Champagne le deba la perfeccion de sus vinos. Sus profundos estudios agrícolas le dieron á conocer el mejor medio de ingertar las viñas, para que el vino que produjesen fuese de mejor calidad, y estudiando sobre la fabricacion de los vinos, de ensayo en ensayo, llegó á conseguir dar al vino de Champagne la finura y exquisito perfume, fuerza y gusto que le distingue entre todos los conocidos. Y deseando que todo el mundo se aprovechase de su descubrimiento, léjos de guardar el secreto para sí ó para su comunidad, publicó *Memorias* sobre la manera de escoger las plantas de viña convenientes al terreno, sobre el modo de podarlas, cortar y mezclar los racimos, hacer y mantener los vinos; y de este modo el estudioso benedictino extendió el comercio y acrecentó la riqueza de esta provincia. Perignon fué muy instruido, y al propio tiempo de muy austeras costumbres y rígido en la observancia de su regla. Murió este religioso en Autvilliers el dia 14 de Setiembre de 1715, de muy avanzada edad. La provincia le manifestó su gratitud levantándole un sepulcro, en cuyo epitafio se daba cuenta de los importantes servicios que le hiciera; pero pereció con la iglesia y el convento, que destruyó la revolucion francesa ocurrida á fines del siglo XVIII. — C.

PERIGORD (Armando), gran maestre de la Orden del Temple en 1233. Generalmente se le supone oriundo de la antigua casa de los condes de Perigord en Francia; cuando obtuvo el gobierno de los caballeros templarios, era preceptor de Calabria y de Sicilia. La fecha de su eleccion consta por un tratado que se celebró en aquel año entre los marselleses y los templarios de Palestina. Poco despues, en 1237, espiró la tregua concluida con el sultan de Alepo, y los templarios se dejaron comprometer por Guillermo de Monferrato, preceptor de Antioquía, para ayudar al sitio de un castillo de infieles próximo á aquella ciudad. Acometieron en efecto su empresa, y hubieran quedado triunfantes sin duda alguna, si un cuerpo de turcos, que fué avisado oportunamente, no hubiese caido sobre ellos de improviso, haciendo en los sitiadores una horrible carnicería. Un caballero inglés, llamado Felipe de Argenton, que llevaba el estandarte de la Orden en aquella, le defendió con el mayor heroismo, quedando sin brazos ni piernas ántes de abandonar su bandera. Ricardo, conde de Cornuailles, que llegó á ser con el tiempo emperador de Alemania, entró en la Palestina en 1240, comenzando desde luego á distinguirse por sus hechos de armas, los que por desgracia no dieron todo el resultado que debia esperarse de tan notables es-

fuerzos, en lo cual influyeron principalmente las dificultades que le suscitó la envidia de los jefes de la cruzada. Tuvo, pues, que abandonar aquel país en 1241, pero ántes de su regreso concluyó una tregua con todos los príncipes vecinos, y empleó todo su poder y dedicó toda su influencia á sofocar la semilla de la discordia que existia entre las órdenes militares. Mas sus últimos esfuerzos fueron tan inútiles como los primeros, pues los templarios, que se habian burlado de él en su presencia, llamándole chiquillo, *garsionem*, no respetaron la tregua y maltrataron á los sanjuanistas que no se atrevian á violarla. Peor se portaron todavía con los caballeros teutónicos que eran de la misma opinion que los hospitalarios, pues los arrojaron de su convento de Ntra. Sra. de Acre, obligándoles á pasar á Europa, donde presentaron sus quejas. Pero los templarios, cuya superioridad entre los cristianos de Oriente se hallaba fuera de toda duda, no tardaron en despeñarse por el mismo abuso que de su poder estaban haciendo. El gran maestre Armando peleó en 1244 á la cabeza de sus caballeros en las dos sangrientas batallas dadas por los francos á los kharismianos, en que pereció con un gran número de los suyos. Parece que su muerte tuvo lugar el dia de San Lucas, 18 de Octubre, segun una carta de Guillermo de Chateauneuf, nuevo gran maestre de S. Juan, pues pasó más de un mes sin que nadie supiese su paradero, porque los enemigos habian quedado dueños del campo de batalla; en esta incertidumbre, el capítulo general nombró vicegerente á Guillermo de Roquefort, que desempeñó este cargo hasta 1247, en que fué nombrado Guillermo de Sounac para suceder al desgraciado Perigord. S. B.

PERIGORD (Talleirand), cardenal y obispo de Auxerre. El Perigord, que formaba parte de la Aquitania, fué sometido á los reyes de Francia hasta la decadencia de la monarquía, y entónces tuvo condes particulares. Elias Talleirand I, conde de Perigord en el siglo X, mató á Benito, coadjutor de Ebles y obispo de Limoges, que murió en 975, cuya muerte vengó su sobrino Guillermo, llamado *Brazo de hierro*, duque de Guiena, que trató de hacer morir á Elias, pues que haciéndole prender por el vizconde de Limoges, le condenó á perder su condado y morir en la prision; pero Elias pudo escaparse y murió en el camino de Roma adonde se dirigia á pedir al Papa la absolucion de su crimen. Tuvo Elias por sucesor á Elias I, conde de Perigord, al que sucedió Archambaud I, que vivia en 1120, sin que se conozcan sus sucesores hasta Archambaud II, que murió en 1289. Sucedió á éste su hijo Elias Talleirand II, que casó primero con Felipa de Lomagne y despues con Brunisenda de Foix, y murió en 1315. Entre los tres hijos que tuvo de su segundo matrimonio, se cuenta á Talleirand de Perigord, que es el que motiva este artículo. Dedicado éste á la carrera eclesiástica, el papa Juan XXII

le creó cardenal en 1331, é Inocencio VI le envió de legado á Francia para llevar la paz al rey Juan. Acompañó á este príncipe cuando perseguia al príncipe de Gales, y habiendo querido presentarle la batalla contra el consejo que le dió el cardenal Perigord, la perdió y fué hecho prisionero en la jornada de Poitiers el año 1356. Despues de esto hizo el cardenal un viaje á Inglaterra para hacer la paz, y murió en Aviñon el año 1364 y allí fué enterrado. Fundó este príncipe de la Iglesia católica un colegio en Tolosa, y una capilla en la catedral de Perigueux. Archambaud V, llamado *el jóven*, casó con Pereta Elías, de la que le separó su impotencia; con el auxilio de los ingleses desoló todo el pais y en especial la ciudad de Perigueux que pertenecia al Rey; pero sitiado en su castillo de Montignac por Bancicaut, fué hecho prisionero, y conducido á París fué condenado á muerte con confiscacion de todos sus bienes por decreto del Parlamento en 19 de Julio de 1399; mas el Rey le perdonó la vida, dando los bienes confiscados al duque de Orleans, su tio, con lo que acabó el poder de los condes de Perigord, á que perteneció nuestro expresado Cardenal.—B. C.

PERINATI (B. Dorotea), dominica italiana, natural de Ferrara; hallábase casada con Lucas Perinati cuando se sintió llamada por impulso interior á vida más perfecta. Cedió contenta á la inspiracion divina, y despreciando todos los afectos de la tierra, se entregó por completo á las mortificaciones y al ejercicio de la oracion, que hacia áun de noche, levantándose con este objeto á la hora de maitines. Dice el P. Vidal, que estando así en oracion se la vió con frecuencia rodeada de los resplandores que partian de una imágen de Cristo en la pasion. Despues de la muerte de su marido, vistió con sus hijas el hábito de Santo Domingo en el monasterio de Sta. Catalina de Sena, donde se distinguió por su virtuosa vida, superior á todo elogio humano, pues vivia como abrasada en llamas de amor divino, por lo que mereció, dice el referido agiógrafo, ser favorecida muchas veces y en varias semejanzas de su amado. Entre otras, añade, le vió como halagüeño niño en medio de las novicias, en ocasion que se fervorizaban mútuamente con santa conversacion en el amor divino; pero viniendo dos de ellas á cierta contienda, se partió disgustado el santo niño. La B. Dorotea Perinati pasó de esta á mejor vida en 19 de Diciembre de 1607, y parece que despues de su muerte se vió muchas veces descender sobre su sepulcro una estrella resplandeciente. —S. B.

PERION (Joaquin), doctor de la Sorbona, nacido á últimos del siglo XV en Cormery, en la Turena, se hizo benedictino en la abadía de este nombre en 1517, y murió en su monasterio hácia 1559. Escribió cuatro *Diálogos latinos sobre el origen de la lengua francesa y su conformidad con la griega*; París, 1555, en 8.°; obra curiosa y rara.—*De sanctorum virorum qui Patriar-*

chæ ab Ecclesia appellantur, rebus gestis ac vitis; ibidem, 1555, en 4.° Traducida al francés por La Fosse bajo este título : *Las vidas de los Patriarcas del Antiguo Testamento*; 1557, en 8.°— *Lugares teológicos*; París, 1549, en 8.°—*Traducciones latinas de algunos libros de Platon, de Aristóteles, de S. Juan Damasceno, de Justino, de Orígenes y de S. Basilio*. Su latin es elegante, pero el autor carecia de crítica.—S. B.

PERIS (D. Cristóbal Coset y), sacerdote, doctor en sagrada teología, natural del lugar de Alboraya, en la Huerta de Valencia, donde nació á 21 de Enero de 1683. Fué maestro de latinidad en las aulas del cabildo de la santa Iglesia metropolitana de aquella ciudad, preceptor acreditado y beneficiado en la iglesia parroquial de S. Martin. Escribió : *Explicacion de la sintaxis de Torrella*; Valencia, por Antonio Bordazar, 1712, en 12.° Leonardo Michavila, sacerdote valenciano, natural de la villa de Onda y maestro que fué de las mismas aulas, habia dejado esta obra manuscrita; mas al publicarla el Dr. Peris la ilustró con notas y añadió las autoridades latinas que se citaban en aquella.— 2.° *Diálogos del docto valenciano Luis Vives, corregidos de los muchos yerros que han contraido al paso que se han reiterado sus impresiones, traducido en lengua española de la latina*; Valencia, por Antonio Valle, 1723, en 8.° Los diálogos estan en ambos idiomas, encontrándose en una plana el texto latino y en la otra el español.— 3.° *Centuria de frases reducidas á método fácil*; Valencia, por José Dolz, 1744, en 8.°— 4.° *Noches y dias feriados sobre la sintaxis del Mtro. Juan Torrella*; manuscrito que dice Jimeno vió dispuesto para la prensa, pero que se ignora si llegó á ver la luz pública.— 5.° *Officium translationis sancti Martini Turonensis, episcopis, pro die IV Julii*. Consta de oracion y tres lecciones propias para el segundo nocturno, y parece pidió permiso á la Congregacion de Ritos para rezarlas en la iglesia de Valencia. — S. B.

PERIS Y PASCUAL (D. Vicente), presbítero, natural de Valencia, en cuya universidad cursó la filosofía con el Dr. D. José Ferrando, que fué despues indivíduo de la congregacion de S. Felipe Neri de aquella ciudad. Siguió despues estudiando teología, y obtuvo una beca en el colegio de Sto. Tomás de Villanueva, graduándose de bachiller y doctor en esta facultad. En 1748 fué nombrado catedrático de filosofía, teniendo entre sus discípulos, algunos de los cuales fueron de mucho mérito, al Dr. D. Jaime Camarasa, pavorde que fué despues de aquella escuela. Recibió los sagrados órdenes á título de un beneficio en la iglesia parroquial de S. Luis obispo, y el ayuntamiento de Valencia le nombró en 1761 su predicador titular en propiedad, empleo que desempeñaba ya anteriormente por imposibilidad del doctor y pavorde Don Vicente Albiñana, sirviendo con no poco aplauso del público, que concurria en gran número á oir sus sermones. La misma ciudad le nombró en 1764

catedrático perpétuo de teología. Hizo varias oposiciones á los canonicatos de aquella catedral y pavordías vacantes; y en la verificada en 1774 fué colocado en primer lugar en la terna con catorce votos de veintidos vocales que eran, pero no la obtuvo por haber sido agraciado por S. M. el Dr. D. Manuel Miralles y Calbet, cura de la parroquia de S. Bartolomé de Valencia. Pero al fin fué provisto con otra prebenda vacante por la muerte del pavorde D. Luis Adambrat, disfrutándola poco más de un año, desde 21 de Junio de 1785 hasta su fallecimiento, ocurrido en 20 de Setiembre de 1786. Publicó las obras siguientes: 1.ª *Sermon á la canonizacion de S. José Calasanz;* predicado en la Escuela Pía, haciendo la funcion la muy ilustre ciudad de Valencia; por Benito Monfort, 1767, en 4.º— 2.ª *Sermon en la fiesta que consagró la nobleza de la villa de Alcoy al prodigioso hallazgo del Santísimo Sacramento, en celebridad de la segunda centuria de este memorable suceso en 27 de Setiembre de* 1768; Valencia, por Onofre García, 1769, en 4.º— 3.ª *Sermon de la imágen de nuestra Señora de Sales, venerada en la parroquial de la villa de Sueca, á 8 de Setiembre de* 1771; Valencia, por Benito Monfort, eodem anno, en 4.º— 4.ª *Panegírico de Sta. Catalina, mártir, en su parroquia de Valencia, dia 25 de Noviembre de* 1770; Valencia, por dicho impresor, 1771, en 4.º— 5.ª *Sermon de Sto. Tomás de Villanueva, en su colegio mayor de la Presentacion de nuestra Señora, dia 18 de Setiembre de* 1772; Valencia, por el mismo, en 4.º— 6.ª *Sermon del obispo S. Martin, en su iglesia parroquial de Valencia, dia 11 de Noviembre de* 1733; Valencia, por Monfort, 1774, en 4.º— 7.ª *Solemne accion de gracias por el feliz alumbramiento de la princesa de Asturias y paces con la Gran Betaña, que en el dia de nuestra Señora de los Desamparados, á 9 de Mayo de 1784, consagró la muy ilustre ciudad de Valencia, y en oracion gratulatoria dijo en la Iglesia metropolitana;* Valencia, por Monfort, dicho año, en 4.º Por una extensa nota puesta al fin de esta oracion, dice Fuster, de quien tomamos estas noticias, se manifiesta que la procesion de nuestra Señora de los Desamparados, patrona de Valencia, que todos los años se hacia el segundo domingo de Mayo, dia de su festividad, tuvo principio en 14 de dicho mes de 1684, de resultas de deliberacion del Consejo de la ciudad tenido en 2 de Marzo de dicho año.— 8.ª *Tractatus de Immaculata B. V. M. Conceptione;* manuscrito en 8.º que trabajó en 1766. Este y otros tratados de teología, dictados en la universidad á sus discípulos, se conservan todavía en algunas bibliotecas con grande aprecio; siendo de lamentar no se hayan dado á la prensa para que la generalidad de los doctos se aprovechasen de ellos. — S. B.

PERISOL (Lorenzo de), señor de Alliéres y de Giére, presidente en el parlamento de Grenoble, que habia sucedido á su padre en el mismo cargo, fué uno de los primeros que se convirtieron en la ciudad de Grenoble, si-

guiendo su ejemplo casi toda la ciudad. Abjuró el protestantismo en Noviembre de 1685. — S. B.

PERKINS (Amelia), sobrina del Rdo. Mtro. Jones, rector protestante de la iglesia de Saint Jhon, partió de Stanoford el 18 de Febrero de 1843, para dirigirse á Northamton en casa de Mr. Bowing, vicario apostólico. Al domingo siguiente hizo abjuracion del anglicanismo en la capilla católica de esta ciudad. — S. B.

PERLIN (Juan). Fué este doctor religioso de la extinguida Compañía de Jesus natural de la villa y corte de Madrid, segun él mismo lo dice en sus obras. Aparece por lo que dice Baena en sus *Notables hijos de Madrid*, que este jesuita fué de gran ingenio, muy entendido en las lenguas griega, hebrea y latina, con cuyas guias adquirió grandes conocimientos en la filosofía, la historia, el derecho y la sagrada teología. De esta última facultad fué maestro y profesor público en el reino del Perú, entónces colonia española y hoy república anárquica en las ciudades de Lima, Cuzco y Quito. En España enseñó tambien con éxito brillante en las ciudades de Alcalá de Henares, Madrid y Murcia; y yendo á Flandes fué celebrado como profesor en la academia de Colonia. La confianza que dió al Rey su suficiencia, le hizo admitirle en la categoría de consultor del Santo Oficio de la Inquisicion en los dominios españoles; pero no lo disfrutó mucho, pues que falleció viniendo para España en Dunkerque, ciudad del condado de Flandes, el dia 31 de Octubre del año de 1638, segun hallamos en el tomo I, página 262 de la *Biblioteca de la Compañía de Jesus*. Este ilustrado jesuita escribió las siguientes obras: *Apologia scholastica, sive controversia theologica pro Magnæ Matris ab originali debito immunitate;* Leon de Francia, 1630, en 4.° — *Sacrum convivium, hoc est, de frequentia et usu S. Eucharistiæ;* Colonia, 1632, en 4.° mayor, obra sumamente edificante y estimada. — B. C.

PERNET (Luis), convertido al catolicismo en el siglo XIX.

PERNETY (Antonio José). Nació este religioso benedictino en Ruan en 1716. Entrando en la carrera de la Iglesia tomó el hábito de S. Benito, y siguió en sus expediciones á Bougainville como capellan, y fué bibliotecario en Berlin. Dedicado con afan á investigaciones, creyó haber encontrado la piedra filosofal, y amigo de novedades, fundó en Aviñon una secta en 1787 que llegó á contar cien individuos. Tradujo muchas obras de Lwendebourg; pero la mejor que él escribió fué la *Historia de un viaje á las islas Maluinas*, que hizo en 1763 y en 1764, de la cual se hizo una segunda edicion en Paris en 1770, en dos tomos en 4.° Murió este religioso el año de 1801. Tuvo un hermano llamado el abate Pernety, que escribió unas cartas acerca de las fisonomías, las cuales publicó en 1748, y unas in-

vestigaciones sobre Lyon, que vieron la luz pública en 1757.— A. C.

PERNETTI (Santiago). Nació este historiógrafo de Lion en Fores en 1696. Abrazó el estado eclesiástico, al que se sintió inclinado, y tomó á su cargo la instruccion de Mr. de Boulogne, que fué despues consejero é intendente de hacienda pública. Habiendo obtenido por favor un canonicato de segundo órden en la iglesia primada de Lion, con el título de caballero de la Iglesia, pues que los primeros tomaban el de conde, se fijó en esta ciudad y se dedicó á cultivar las letras, lo que hizo con más voluntad que buen éxito. Nombrado académico de Lion, fué uno de sus miembros más asistentes y laboriosos, y presentó una porcion de disertaciones sobre las antigüedades de esta ciudad. Fué muy aficionado al estudio de las ciencias naturales, y no era extraño á los procedimientos de las artes. Llegó Pernetti á una avanzada edad, y muy querido por su amabilidad, modestia y otras bellas cualidades, murió en Lion el 6 de Febrero de 1777. Sus obras han caido en el olvido, á pesar de los elogios que algunos autores las prodigaron, y entre ellos Sabatier en sus *Siglos de la literatura.* Las obras de Pernetti fueron: *Les abus de l'education sur la pieté, la morale et l'etude*; Paris, 1728, en 12.°—*Le Repos de Cyrus;* París, 1732, en 8.°, obra traducida al aleman por G. J. Bachrmam; Leipzig, 1735, en 8.°: esta obra es una especie de romance, en el que hace descansar á su héroe desde los diez y seis años hasta los cuarenta, para oponerse sin duda á los viajes de Cyros, que estaban entónces en gran boga, si bien no le mantuvo tan en reposo que no le condujese á Media y áun á la guerra contra los asirios. Se ha reprochado á esta obra por sus frívolos detalles, por su estilo pretencioso y porque su segunda parte se emancipa del plan que se propuso.—*Les conseils de l'Amitié;* Francfort, 1738, en 12.°—*Lettres philosophiques sur les physionomies;* 1748, en tres partes, en 12.°, y Lion, 1760, en 8.°: se ha hecho una traduccion en aleman en Dresde, en 1785, en tres volúmenes en 8.°—*Histoire de Favoride;* Génova, 1750, en 8.°—*Observations sur la vraie philosophie;* Génova, 1757, en 12.°—*Recherches pour servir à l'Histoire de Lion ou les Lionnais dignes de memoire*; Lion, 1757, dos volúmenes en 8.°—*Supplément aux Lionnais dignes de memoire*, 1757, en 8.°— *Tableau de la ville de Lion,* 1760, en 8.°—*Essai sur les cœurs*; Amsterdam, 1765, en 12.°—*Discours sur le travail*; Lion, 1766, en 12.° Además de estas obras, dejó Pernetti muchos opúsculos inéditos, cuyo análisis y títulos ha publicado Delandine en el catálogo de los manuscritos de la biblioteca de Lion.—C.

PERNIA (María de), franciscana española, religiosa del convento de Santa Clara de la ciudad de Velez-Málaga. Escribió: *De la Inmaculada Concepcion de la Virgen María*, tratado impreso en Granada en 1640, en un libro titulado: *Elogios de María Santísima.*—S. B.

PERNIA MARIANO (D. Eugenio), monje cartujo. Nació en 7 de Setiembre de 1688 y profesó en el monasterio de Jerez de la Frontera en 29 de Junio de 1712. Fué elegido prior de aquella casa en 31 de Marzo de 1730, y en el de 1736 nombrado visitador de la provincia, sin haber sido ántes covisitador. Siendo ya de edad muy avanzada y creyendo que no podia seguir observando la regla de su instituto con todo el rigor que lo habia hecho hasta entónces, pidió su absolucion con muchas instancias, manifestando que no le permitia su conciencia morir siendo prelado, y que le concediesen algunos dias para vivir en el retiro y poder disponerse á su tránsito á la eternidad pidiendo á nuestro Señor misericordia. Concediéronle sus superiores la licencia que pretendia, aunque con grande sentimiento de la comunidad, en 1752, despues de haber gobernado su monasterio con tanto acierto como edificacion diez y seis años y otros tantos la provincia; pues era prudente sin cobardía, afable sin fingimiento, modesto y sabio sin vanidad; y tan devoto, que aunque hubiera tenido mucho ruido de huéspedes y negocios, luego quedaba tan solitario, tranquilo y recogido en su oratorio como un novicio. Fué muy caritativo con los pobres, siendo tan compasivo su corazon, que nunca se apartó de él ningun necesitado sin llevar algun socorro ó consuelo. Cuidaba con el mayor celo del aseo y decoro de la iglesia, á cuyo fin gastó crecidas sumas, siendo prior, en pinturas, ornamentos y otros adornos para su hermosura, magnificencia y solemnidad del culto. Durante su prelacía se consagró la iglesia de su monasterio: asistió cinco veces á los capítulos generales celebrados en la gran Cartuja, mereciendo en uno de ellos, en que se hallaban reunidos todos los priores, que le propusiese su general como modelo de modestia. Descansó en el seno del Criador tan santa y tranquilamente como habia vivido, en el dia 25 de Diciembre de 1758, en el monasterio de Jerez.—S. B.

PERNOT (Pedro Francisco). Nació este religioso benedictino de la congregacion reformada de Cluni y bibliotecario de S. Martin de los Campos en Paris, en Charolles, diócesis de Autun, en 1695. Fué, segun el abate Carlier en su *Elogio*, hombre de bien, religioso de sólida virtud, de claro entendimiento, literato versado en diversos géneros, sabio en las antigüedades de su Orden y muy hábil en el conocimiento de cartas antiguas. Era de opinion de que lo esencial en la vida de un religioso debia ser el amor al retiro, y practicaba esta máxima exactamente, no obstante que pocos poseian mejor que él el aire y trato social, y que fué de una amable y delicada conversacion. Su amor á la soledad trajo no pocos beneficios á las letras. Componia Pernot versos con una facilidad admirable, y han quedado de él muchos himnos, de los que se han impreso algunos, viéndose en todas sus composiciones métricas una fácil versificacion, estro poético y el fuego que requiere la

verdadera poesía. Apénas salió del noviciado, cuando se le encargó escribir los *Anales de la órden de Cluni* á eleccion de toda la Congregacion, lo que acredita la buena opinion que de él tenian todos los religiosos y lo que esperaban de su mérito é instruccion. Recogió para cumplir su cometido muchas noticias que ninguno habia visto, porque visitó con escrupulosidad depósitos desconocidos á Mabillon. La esperanza de nuevos descubrimientos, el deseo de dar á su obra la última mano para que quedase todo lo perfecta posible, y más que todo su natural modestia, le impidieron publicar tan importante historia; pero ha dejado memorias, de las que puede hacer muy buen uso todo entendido escritor. Negándose á recibir honor alguno ni empleo de dignidad, solo admitió el cargo de bibliotecario, cuyas funciones llenó con tanto celo como capacidad. No era grande la biblioteca, pero el órden que Pernot estableció en ella, las adquisiciones que hizo para completar sus principales artículos, y los manuscritos con que la enriqueció, han perpetuado en ella su buena memoria. Pernot ha dejado una de las más bellas colecciones de títulos auténticos que hay en la capital, coleccion numerosa con relacion á las provincias del reino, compuesta de actas, en buena forma, de los principales acontecimientos de estas provincias, desde el siglo XIII al XVI, viajes y permanencias de los reyes, asambleas solemnes, guerras, revueltas, etc. Solo con relacion al reinado de Cárlos VI habia logrado porcion de fechas para manifestar los sitios en que habia permanecido este soberano dia por dia, y lo propio consiguió con respecto á Luis XI. En estas pesquisas históricas se cuidaba de consignar cuanto podia interesar á las familias, y con su fina atencion lo comunicaba á las personas á quienes podian ser útiles estas noticias. Encierra esta preciosa coleccion un gran número de piezas importantes que contienen nociones exactas sobre las familias y cargos que habian desempeñado sus individuos. Se habia propuesto formar una série de todos los gobernadores, bailíos, generales y autoridades de cada provincia, lo que hubiera llevado á cabo si la vida se le alargára más, porque tenia muy adelantado este trabajo. Empero Pernot tuvo la suerte de todos los que se entregan á grandes empresas, á los que comunmente sorprende la muerte ántes de terminarlas; y así fué, pues que murió de hidropesía en su convento de S. Martin de los Campos el dia 14 de Abril de 1758, á la edad de sesenta y tres años. El abate Carlier, prior de Andreci, ya hemos anunciado que escribió su elogio, el cual se publicó en el *Diario de Verden*, correspondiente al mes de Julio de 1758, á la pág. 54 y siguientes, segun nos lo dice Moreri.—C.

PEROGORDO (Fr. Tomás), franciscano español, natural de Chinchon. Tomó el hábito de lego en la provincia de Castilla, y se distingnió mucho por su vida ejemplar é insignes virtudes. Murió en 1720, y fué enterrado en el

convento de S. Diego de Alcalá, mereciendo que uno de sus contemporáneos escribiese en elogio suyo los siguientes versos:

Tomás, tu constante celo
Muestra en sacra gerarquía;
Que estudias sabiduría
Allá en las aulas del cielo,
Rasgas el oscuro velo,
Por donde la luz se ve
Y en ella das el por qué
Nos ilumina tu fuego,
Por ser el más docto lego
Que el Christus nos dió en su fe.

Este religioso escribió una obra muy elogiada por el P. Eusebio Gonzalez en el tomo VI de las *Crónicas de la Orden Seráfica*, á la que tituló: *Protestacion de fe.*—S. B.

PERONA (Fr. Angel de), franciscano francés de la provincia de París, donde habia nacido hácia 1595. Apénas tomó el hábito, empezó á manifestar la verdad de su vocacion con sus contínuos estudios, sus ejercicios de penitencia y su grande austeridad. Aventajóse extraordinariamente en unos y otros, siendo mirado como un modelo de observanci a regular, de laboriosidad y aplicacion. Reunia á un vasto talento una instruccion no comun y un deseo de aprender, que le hizo aventajase muy en breve áun á sus más aprovechados condiscípulos. Sus superiores, convencidos de su brillante porvenir, apénas obtuvo las órdenes sacerdotales, le dedicaron al púlpito, en que manifestó sus extraordinarias cualidades, pasando por uno de los predicadores más notables de su época. Grande fué el fruto que recogió en sus continuas misiones, debido tanto como á su elocuencia y saber á su virtud y santidad, de que fué un verdadero modelo. Corria con ánsia el pueblo de París á escuchar al que miraba como un oráculo, y el P. Perona, sin engreirse por esta prueba de su mérito personal, que hubiera servido de objeto de vanagloria á tantos otros, manifestaba en aquellos casos más que nunca su humildad, y engrandeciéndose en ella, solo procuraba aprovechar sus ventajas personales para mayor servicio y gloria del Señor, á quien únicamente las atribuia. Sus muchas penitencias no tardaron en alterar su salud y en lo mejor de su edad se vió acometido de graves padecimientos que no le permitian subir al púlpito con la frecuencia que deseaba. Empero estos ratos los consagraba á escribir sus trabajos para que otros se aprovechasen de ellos. Deseoso de continuar sus misiones ya que no activamente por escrito, y como si rezelase que no debia tardar en interrumpirlos la muerte, queria

que le sobrevivieran, dejando su palabra viva y grabada constantemente en el corazon de los cristianos. Con gran sentimiento de sus hermanos y del pueblo de París falleció en 1632, á la edad de veinte y siete años, dejando grande opinion de santidad, y una obra, que es la mejor prueba de su mérito, titulada: *Sermones duo de SS. Eucharistiæ Sacramento*, pronunciados en Paris; ibid. 1622, en 4.° — S. B.

PERONI (D. José). Nació este eclesiástico en Parma, á fines del siglo XVII, y es más conocido como pintor que como eclesiástico. Aficionado á la pintura, fué á Bolonia, en donde fué discípulo de los acreditados artistas Torelli, Creti y Hércules Lelli. Pasando despues á Roma, se puso á continuar sus estudios en el arte de la pintura bajo la direccion de Masucci, y siguiendo la moda del colorido de Conca y de Ciacquinto, sus obras participan mucho del estilo de estos profesores. Su dibujo es bastante correcto, y se aproxima mucho al estilo de Maratta en los cuadros que exigen gracia y dulzura: en la iglesia de Milan de S. Saturio, se ve un S. Felipe de su pincel, y en la de los PP. del Oratorio de Turin una Concepcion, que participan de este estilo. Se hizo conocer en Parma por los frescos que ejecutó en la iglesia de S. Antonio, y en este mismo templo se ve un crucifijo que pintó en competencia con los pintores Pomponio, Battoni y Cignaroli; obra que le pone á la altura de los mejores pintores del siglo XVII. En la academia de Parma se halla un gran número de obras de este autor, que falleció en Parma el año 1776. — C.

PEROT (Nicolás), arzobispo de Manfredonia. Nació en Sassoferrato, villa de Italia, en la Marca de Ancona, en el siglo XV. Su familia fué muy ilustre en Nápoles, su patria, creyéndosela originaria de la casa francesa de Levi. Su antecesor Andrés Perot se habia distinguido en el siglo XIV, ayudando al cardenal Albernoti, gobernador de Umbría por el papa Inocencio VI, á librar á esta provincia de los tiranuelos que oprimian al país, contribuyendo tambien mucho por su parte á la construccion de las fortalezas de Sasso-Ferrato. Tuvo éste por hija á Justina Perot, que fué tan distinguida por su talento y aficion á las bellas letras, que mereció elogios del Petrarca. Francisco Perot, padre del que motiva este artículo, fué honrado por el pontífice Nicolao V en 1449 con los títulos de caballero apostólico y conde del Sagrado Palacio de Letran, y en el de 1454, por el papa Calixto III con los de doméstico y noble, obteniendo además por un acta de 26 de Enero de 1458, el derecho de ciudadano de Venecia. No teniendo grandes bienes Nicolás Perot, se dedicó en un principio á enseñar la lengua latina, componiendo al efecto, y con acertado criterio, un método. Fué despues á Roma y aprendió tan perfectamente la lengua griega, que dió á luz una traduccion latina de los cinco primeros libros de la *Historia de Polibio*, que eran los que entón-

ces se conocian. Tradujo tambien el *Tratado de juramento de Hipócrates*, é hizo un *Comentario sobre Marcial*, que publicó Pyrrhus Perrot, su sobrino, despues de su muerte, con el título de *Cornucopia seu latinæ linguæ commentarii*. El cardenal Bessarian le amó é hizo tanto bien, que le eligió por su conclavista despues de la muerte de Paulo II, pero Perot le perjudicó inocentemente para ser papa, rehusando la entrada en su aposento á tres cardenales que llegaron á saludarle como papa, creyendo le vendrian á interrumpir en sus estudios. Cuando Bessarian supo lo que acabamos de decir, despues de la eleccion de Sixto IV, se contentó con decir á Perot: «Vuestro exagerado celo me ha costado la tiara, y á vos el capelo.» El emperador Federico III le dió en Bolonia la corona poética y la categoría de consejero suyo. En seguida obtuvo el gobierno de Perusa y el de Umbría, y en 1458 el arzobispado de Siponte. Murió en 1480, en Fogicura, casa de campo que habia hecho edificar cerca de Sassoferrato y á la que algunas veces se retiraba á descansar de sus tareas. Además de las obras ya enunciadas, escribió: *Arengas*, *comentarios sobre Stacio*, y *tratados de generibus metrorum*; — *De Horatii Flacci ac Severini Boetii metris*;— una *version latina del Enchiridion de Epitecto*, y otra del *Comentario de Simplicius sobre la Física de Aristóteles*, cuyas traducciones no han conocido ni Juan Alberto Fabricius ni los demás que han escrito sobre los traductores. Torcuato Perot, que pertenecia á la propia familia, y que fué camarero del papa Urbano VIII y obispo de Ameria, le hizo erigir un monumento en la iglesia de Sassoferrato con una bella inscripcion en la que se dice entre otras cosas, que los papas Eugenio IV, Nicolao V, Calixto III y Pio II le apreciaron mucho por lo que trabajó para la reunion de la Iglesia griega en el concilio de Ferrara. Pueden consultarse sobre este eclesiástico los autores que cita Moreri al hablar de él en su *Gran Diccionario Histórico*. —A. C.

PEROTTAU (Fr. Juan), franciscano francés. Distinguióse este religioso desde el instante en que tomó el hábito por su grande piedad y por su devocion á María Santísima, á la que debió particulares favores. Trabajaba constantemente por extender su culto, y este fué el objeto de sus escritos y predicaciones durante toda su vida. Llamado á ejercer diferentes cargos, no veia en ellos más que un fin: el de dar pábulo á sus deseos y encontrar medios de continuar en la empresa que se habia propuesto, propagar el culto de la Virgen Santísima. No faltaba por esto á sus demás deberes, todo lo contrario, llenábalos de una manera satisfactoria, como no podia ménos de esperarse de quien habia elegido tal abogada y patrona. Sus superiores, que le apreciaban por su mérito, secundaron su empresa, y en breve gran número de conventos de la Orden tomaron el nombre de María Santísima bajo diferentes invocaciones. Muchas fueron las cofradías que fundó tambien este

religioso, y en todas fué la Reina de los cielos y la tierra la patrona y la abogada. Hizo tambien diferentes viajes con el mismo motivo, y los religiosos que habian realizado la verdad de que todos los hombres somos hermanos, y de que puede establecerse la paz universal, pues el franciscano, ya estuviese en España, Francia, Alemania ó Palestina, en todas partes donde hallaba un hombre que vistiese su hábito encontraba un hermano, y su hábito estaba extendido por todo el mundo conocido, gracias al glorioso medio de las misiones, y era en todo el mundo respetado; pues aunque hubiese guerra entre dos pueblos diferentes, los franciscanos que á ellos pertenecian estaban en paz entre sí, y áun la hacian con frecuencia entre sus paisanos y los del opuesto bando, porque en ambos tenian amigos y compañeros: los religiosos, pues, eran los más á propósito para realizar una idea y llevar al terreno de la práctica lo que á otros hombres hubiera sido materialmente imposible. Así el P. Perottau consiguió su objeto, y la Orden Seráfica fué quizá la que más se distinguió en dar culto á la Virgen Santísima, haciéndose popular su obra *De cultu et laudibus Nominis Mariæ*, lib. I, Flesingen, 1620.—S. B.

PEROTTEUS (Damian), franciscano francés de la provincia de Santa María Magdalena; distinguióse mucho por su erudicion, pasando por uno de los predicadores más notables de su época. Publicó una obra para aumentar a devocion á María Santísima con el título de: *Annulus Matris Virginalis, opusculum quinque tractatulorum, quæ ex lactea educatione Salvatoris, sanctissima Virgo Deipara non dimidiata, neque partita, aut divisa, sed integra et perfecta, ejusdem benignissimi Redemptoris Mater ostenditur, summaque et integra ejus Maternitas, peculiaribus fidelium votis maxime in suavissimo lacteæ educationis Christi mysterio veneranda proponitur*; París, 1655, en 4.º S. B.

PEROUX (Tiburcio de), limosnero del rey de Francia. Nació en 1678 de una familia noble de Berry. En su primera juventud, cuando apénas habia salido de la infancia, abandonó el hogar paterno para consagrarse exclusivamente á Dios. Siguió los estudios en S. Maximino de Florencia sin contar con otros recursos que la caridad pública, y viviendo de consiguiente en medio de las mayores privaciones. Despues de haberse ordenado de sacerdote en Orange, regresó á su patria para desempeñar las sagradas funciones de su augusto ministerio; una peste desolaba á la sazon la Provenza, y marchó inmediatamente á aquella provincia con el piadoso objeto de auxiliar en sus últimos momentos á los apestados, y áun de ayudarlos en su enfermedad. Pero quiso Dios probar su resignacion y paciencia, y atacado de la epidemia reinante, estuvo á punto de bajar al sepulcro. Mas lo único que sintió en su deplorable situacion fué no poder continuar prestando los socorros espirituales y temporales á sus hermanos; conformóse, sin embargo,

con la voluntad divina, y obtuvo en breve por premio el restablecimiento de su salud. Prosiguió entónces sus buenas y caritativas obras, no cesando en su santa empresa hasta que extinguida ya por completo la maligna enfermedad regresó á su patria satisfecho y tranquilo. Nombráronle cura párroco contra su voluntad, y decidió no aceptar este cargo, pues habia formado un concepto tan humilde de sí mismo, que ni áun se creia con la aptitud necesaria para gobernar una parroquia, por lo que tenia decidido vivir enteramente desconocido, para evitar si le fuese posible la lisonja y la vanagloria. Pasó en su consecuencia á París y se ocultó entre los pobres de Bicetre, á quienes edificó con sus ejemplos y admiró con sus discursos. Movido de compasion y caridad hácia los condenados á cadena, salia todos los años de París y Rennes para trasladarse al lado de los galeotes de Marsella, sirviéndoles tambien de limosnero durante el camino. Necesitaba para esto obtener el permiso de la corte, que no vaciló en dársele con el correspondiente Real nombramiento, pues no solo no habia quien le disputase este empleo, sino que desde que se ofreció á desempeñarle manifestó al ministro que nada costaria al tesoro público, y que haria de su propia cuenta los gastos de viaje. Maurepas fué quien le expidió el honorífico breve que le puso en posesion de su humanitario destino. Acompañó desde entónces á los galeotes, ocupándose en sus penosas marchas en proporcionarles todos los socorros espirituales y temporales que estaban á su alcance. Ayudaba á bien morir á los que sucumbian por no poder resistir á la fatiga, y á los que saliendo de los calabozos eran víctimas de la funesta impresion que hacia en ellos el aire. Acostumbrábase á encerrar á los penados durante la noche en grandes cuadras construidas exprofeso en los puntos de parada; y el piadoso limosnero, en vez de separarse de ellos, subia en un poyo y dirigia la palabra á los oyentes con notable efusion, y con frecuencia con bastante fruto. Las austeridades de este hombre caritativo y benéfico, sus continuas fatigas y la apestada atmósfera que respiraba con frecuencia alteraron su salud, le atacaron al pecho y una calentura continua comenzó á consumirle lentamente. El 18 de Noviembre de 1726 llegó á Castellane sumamente enfermo, y se hospedó en casa de Juan Soanen, obispo de Senez. Desde 25 de Agosto de aquel año habia andado más de ochocientas leguas. El prelado, en una carta escrita á la condesa de Gamaches, hermana del limosnero, le daba á conocer el triste estado en que llegó á su casa en los términos siguientes: «No llevaba más »que un sobretodo muy usado con una especie de sotana, una sola camisa »casi enteramente podrida; tenia que acostarse con su sombrero, porque no »llevaba ni gorro de noche, ni nada absolutamente para cubrir su cabeza. »En su faltriquera lo único que se le encontró fué un mal cuchillo, un pei»ne y un pañuelo sumamente usado.» Dos dias despues de su llegada fué

atacado de una calentura maligna, y en medio de su delirio, creyendo que estaba entre los galeotes, exclamaba con frecuencia: *¡Valor, hijos mios! Todo por Dios.* Murió este virtuoso eclesiástico en 29 de Noviembre de 1726. Asistieron á sus funerales el obispo, el clero y los magistrados de Senez. El primero compuso el epitafio de este amigo de la humanidad, que no merece ser olvidado, aunque su nombre se haya omitido generalmente en todos los diccionarios históricos.— S. B.

PERPETUA (Sta.), mártir. Reinando en Roma los emperadores Septimio Severo y Antonino Caracalla, vivian en Africa, en Turba, ciudad de la Mauritania, dos santas matronas, casadas, llamadas Perpétua y Felícitas. Acusadas ambas de cristianismo, cualidad que no negaron, fueron presas y encerradas en la cárcel pública, amenazadas de adorar á los ídolos ó prepararse á una muerte cruel. Al propio tiempo que ellas fueron tambien presos cuatro parientes suyos, llamados Revocato, Satiro, Saturnino y Secundulo. Sta. Perpétua se hallaba criando á sus pechos á un niño suyo, y Sta. Felícitas se encontraba preñada de ocho meses, y nada de esto fué bastante para excitar la compasion de sus jueces y verdugos. Cuéntase en la *Vida de Sta. Perpétua,* que estando en la cárcel tuvo una vision de esta manera: «Parecióla ver una escalera de oro, que desde el cielo llegaba á la tierra: á los »lados tenia un gran número de espadas muy afiladas, cuyas puntas entre »sí estaban tan juntas, que pocos podian pasar por aquella escalera sin que »alguna de ellas los hiriese; hallándose al pie de la escalera un horriblemen»te espantoso dragon que estorbaba la subida al que lo intentaba. En su éx»tasis vió que por aquella escalera subia Satiro, su compañero de prision, »con grande ánimo, exhortándoles á todos á que le siguiesen, despreciando »al dragon que no podia impedírselo.» La Santa, entusiasmada con esta singular vision, la contó á sus compañeros de prision, los que lo tuvieron por una significacion que les hacia Dios, de que por medio del martirio podrian llegar á él por aquella especial escalera, que si de difícil subida y guardada por el demonio en su primer tramo, todo podia vencerse con constancia en padecer por quien tanto podia darles y contra el que es ineficaz el poder del demonio. Resueltos á hacer cuanto pudiesen para subir á la gloria por aquella escala, cuando fueron presentados al juez para que adorasen á los ídolos, confesaron unánimes y conformes que los despreciaban, porque solo creian en el verdadero Dios, que era el Crucificado. Visto esto por el juez, y considerando la preñez de Felícitas, hizo la volviesen á la cárcel, y trató de vencer a Perpétua para ver si la ternura de sus padres, marido é hijo la hacian variar de opinion. Vinieron todos efectivamente con ruegos y lágrimas á fin de convencerla, pero todo fué en balde; pues que los trató como enemigos del bien que se prometia, y les quitó toda esperanza. El juez creyó

que lo que no habian alcanzado los ruegos de sus parientes lo lograria su rigor, y por lo tanto la hizo azotar cruelmente, y lo propio á sus compañeros, y que los volviesen á la cárcel. Como su suplicio le detuviese el embarazo de Felícitas; puestos todos en oracion rogaron á Dios que esta participase con ellos del martirio, y oyéndolos su divina Majestad, hizo que pariese dentro de los ocho meses. Fué laboriosísimo el parto de la Santa, y como se quejase atormentada de los dolores, la dijo el carcelero: «Si ahora te quejas por esos dolores, ¿cómo has de sufrir los tormentos que te aguardan?» A lo que respondió la Santa: «Hoy padezco yo, mañana padecerá en mi Jesucristo mi Señor. Hoy pago con las fuerzas naturales las penalidades que exige la naturaleza; pero mañana la gracia del cielo vencerá los dolores que me causen los tormentos que me dará vuestra impiedad.» Mandó, á los pocos dias de parir Felícitas, el impío juez que paseasen por las calles de la ciudad, desnudas, á las Santas y á sus compañeros, y que despues las arrojasen á las fieras para que se divertiese el pueblo con tan sangriento espectáculo. Obedeciéndose tan bárbara órden, los sacaron á todos del modo dicho de la cárcel, y llenos de alegría precedian las Santas á sus compañeros, cantando todos á coro las palabras del Salmo: *Todos los dioses de los gentiles son demonios, hizo Dios el cielo y la tierra:* lo cual como enfureciese á la multitud que se apiñaba á su paso para denostarlos, y fuese oido por el que presidia aquel impío acto, les mandó dar de bofetadas; pero áun despues de esto repetian en voz más alta las propias palabras, uniéndolas á las alabanzas que dirigian á Jesucristo. Metidos en el anfiteatro con las manos atadas, soltaron de sus jaulas á los leones, tigres y demás fieras. Los leones despedazaron á Sta. Perpétua y á Satiro, y los tigres á Felícitas y á Revocato. Quedando libres, porque así lo permitió Dios, S. Saturnino, fué degollado, y volviendo á la cárcel á S. Secundulo, éste murió en ella segun lo testifica el cardenal Baronio. Este cruento martirio fué el 7 de Marzo, en que le celebra la Iglesia, del año 205 en que reinaba Alejandro Severo. Dice Victor Uticense que los cuerpos de las dos Santas fueron llevados á Cartago, en cuya iglesia mayor empezaron á venerarse. S. Agustin escribió tres sermones para la fiesta de estas Santas, de las que hablan Adon, Beda, Usuardo, Tertuliano y el Martirologio Romano.—C.

PERPETUA (Sta.). Fué esta Santa una matrona romana, que llena de virtud y entusiasta de los cristianos al ver lo heróicamente que padecian por aquel Dios de bondad que murió por redimir al género humano de las cadenas del demonio, se propuso abrazar una religion que tanto valor daba á sus prosélitos. Teniendo la suerte esta mujer fuerte de ser aleccionada por el príncipe de los Apóstoles, tuvo la dicha tambien de ser bautizada por él, y como su fe avivase su caridad, condolida de que las almas de su esposo é

hijo, si no se convertian no disfrutasen de la gracia de Dios con que ella avivaba su esperanza, amaestrada por S. Pedro, logró con sus exhortaciones y ejemplos, que convirtiéndose su hijo Nazario y su esposo Africano, recibiesen ambos el agua de la gracia de mano del mismo vicario de Jesucristo que á ella se la diera. Dedicóse la caritativa Santa Perpétua á visitar y consolar á los que padecian en las cárceles por la fe de Jesucristo, vigorizándolos en ella, y á enterrar los cuerpos de los Santos mártires. Y con vida tan á gusto de su Salvador la alcanzó la muerte al principiar el siglo II de la era vulgar, porque Dios quiso premiar su caridad en el cielo. La Iglesia la recuerda el 4 de Agosto.—C.

PERPETUA (Beata), abadesa de la órden de S. Benito. Fué francesa de nacion y de una antigua é ilustre familia, siendo su padre uno de los caballeros principales de este reino y muy estimado de su monarca, en cuyo palacio ejercia un elevado cargo. Hallábase casado este caballero con una matrona nobilísima, igual á él en sangre, pero que le excedia en piedad, virtud y prudencia; mas estas cualidades no le satisfacian completamente, hallándose descontento con su mujer, porque de su matrimonio solo habia tenido hijas, lo que llevaba tan á mal que la reprendia como si fuera culpa suya, por cegarle el sentimiento de no tener un hijo varon que le sucediera en su casa y conservase su grandeza y apellido. Llegó á tal extremo su locura, que teniendo en una ocasion que partir para la corte, quedando su mujer en cinta, la dijo al despedirse, que si daba á luz una hembra la habia de matar. Permitiendo todo esto nuestro Señor, dice la Crónica, para mortificar á la venerable señora y sacar de este suceso los bienes que tenia dispuestos su altísima providencia. Poco despues dió á luz la noble señora á Perpétua, y temerosa de la muerte, mandó que la ahogase á la mujer que la habia acompañado en aquel trance. Hizo ésta lo que se la habia mandado, y la dejó creyendo estaba muerta, entre las ropas de la cama, miéntras se la podia enterrar ocultamente. «Pero, dice Heredia, ¡oh maravilloso Dios en sus obras! »Envió su Majestad un ángel á su padre, amonestándole que volviese á su »mujer por haber parido una hija, y que la tratase con toda apacibilidad, »sirviéndola y consolándola, y que tuviese entendido que su Majestad le ha»bia hecho un gran favor en darle aquella hija, la cual queria que se llama»se Perpétua, y que se la dedicasen para ser su esposa en el monasterio del »Monte de S. Romarico, en el cual sería gran sierva suya. Esta vision y pro»fecía desterró del entendimiento del príncipe todas las tinieblas de su error, »dándole luz clara para conocerle, y juntamente inflamó su voluntad en el »divino amor y en el de su esposa, y partiendo á su casa entró en ella muy »alegre, preguntando dónde estaba su hija. Respondiéronle que habia muer»to, y él hacia instancia en que se la mostrasen muerta, seguro de que la

»revelacion era verdadera y de que la habia de hallar viva. Rezelábanse la »mujer, partera y criados de que fuese ficcion el deseo que mostraba de ver »á su hija, y no la manifestaban temerosas por la amenaza que habia hecho »contra su esposa; pero haciendo él instancias y asegurándose ellas sacaron la »niña, hallándola viva, cuando tenian por cierto que estaba muerta y tenia »puesto el dedo anular en la boca. La alegría del padre, madre y familia, »la admiracion de todos fué grande, la mudanza del príncipe, como venida »de la mano de Dios, á quien dieron todos infinitas gracias. Criaron con par»ticular cuidado á la tierna infanta, habiéndola puesto el nombre de Per»pétua en el bautismo, y ella mostraba en todo ser dádiva de la mano de »Dios.» Cuando llegó la niña á tener uso de razon procuraron sus padres inculcarla todo género de virtudes, y en particular el santo temor de Dios, que la asistia con los favores de su divina gracia, inspirándola el pensamiento de renunciar al mundo y sus falsos halagos para consagrarse y ser esposa del Señor. No tardó la jóven en corresponder á sus deseos, los que les manifestó, y decididos ya de antemano se apresuraron á cumplir la voluntad de la doncella, proporcionando todos los medios necesarios para su más pronta ejecucion. Recibió Perpétua el hábito de la órden de S. Benito, en el expresado convento de S. Romanio, que era, como otros muchos de aquella época, de monjes y monjas, separados con una iglesia comun, manifestando desde aquel momento los grandes pasos que en lo sucesivo debia dar en el camino de la perfeccion. Era en extremo humilde, obediente y sumisa, por lo que fué admitida á la profesion con grande alegría de las religiosas, y profesa ya fué modelo de toda la comunidad en la observancia de la santa regla, haciendo además otras penitencias y mortificaciones y siendo tambien dada á la continua oracion. «Fuente, dice el cronista, con que se riegan y conservan todas las flores de las virtudes en el jardin de la religion, y sin la cual todas se marchitan y secan.» Murió la abadesa y la eligieron unánimemente todas las religiosas para sucederla en aquel cargo, en el que cumplió con tanta exactitud, que sirviendo de modelo, se hizo á imitacion suya una vida perfectísima en aquel monasterio, donde terminó su vida hácia el año 1625, siendo colocada por la religion de S. Benito en el número de sus santas, celebrando su memoria en 12 de Setiembre.—S. B.

PERPETUO (S.). Aparece en la historia este esclarecido personaje como el tercer prelado que ocupó la silla episcopal de Tours despues del inclito S. Martin, y por consiguiente como el sexto de los que tuvo aquella importante ciudad. No son claros los antecedentes de su vida; solo se sabe de una manera incontestable, que hubo que vencer grandes dificultades para obligarle á aceptar tan importante cargo, no porque no tuviera para su desem-

peño los méritos más acreditados, sino porque su profunda humildad no le habria nunca permitido subir á la encumbrada dignidad de obispo, si la Santa Sede no hubiese apelado al extremo de obligarle á aceptar este cargo por santa obediencia. Excusado es decir que un hombre tan perfecto como él lo era, no desplegaria en el ejercicio de su ministerio ninguna de esas maneras ménos perfectas con que desgraciadamente han cumplido algunos su importante cometido, así como la consideracion de las grandes virtudes en que se acreditó, nos hacen conocer y confesar que puso toda su mira en Dios, y que para el servicio del Señor únicamente fué para lo que aceptó el importantísimo cargo en que el mismo Dios le constituyera. Cuantos recursos estuvieron en su mano para lograr el que todos caminasen á Dios y buscáran su salud por la práctica de los consejos y preceptos del Evangelio, otros tantos puso en ejecucion, y viendo con el mayor placer que el número de fieles aumentaba considerablemente de dia en dia, y que los templos que habia no eran capaces á contener la inmensa muchedumbre que acudia á las solemnidades, determinó y llevó á cabo el erigir uno magnífico, de grandes dimensiones, que se dedicó al glorioso S. Martin y en el que el Santo hizo colocar con la debida veneracion el cuerpo de su gloriosísimo predecesor, ya porque creyó muy digno de tal honor el despojo de tan esclarecido prelado, ya tambien porque atendida la veneracion que con justicia le tributaban los de Tours, como á su más inclito patrono, era muy justo residiera su santo cuerpo en la más suntuosa iglesia de su diócesis; y ya por último para tener el consuelo de adorar á tan inclito Santo, cuando concurria él á este templo para ejercer las funciones de su altísimo ministerio. El mismo celo que tuvo para el bien material de sus diocesanos, que ciertamente lo fué para ellos y muy grande el establecimiento de este templo, tenia para su bien espiritual; y como conocia perfectamente que el pueblo va segun el sacerdocio le guia, y este se perfecciona uniéndose más y más á la autoridad legítima, y conociendo muy á fondo los decretos, determinaciones y decisiones de los concilios generales, así como la tradicion autorizada, para ventilar los más importantes asuntos, para subvenir, de comun acuerdo con los que habian de ayudarle en el ejercicio pastoral, á las necesidades de sus súbditos, reunió un concilio particular que presidió y al cual concurrieron ocho obispos y muchísimos clérigos, todos animados del mejor deseo, y muchísimos de ellos dotados de extraordinaria ilustracion y capacidad muy despejada. En esta importante asamblea eclesiástica se recomendó nuevamente á los eclesiásticos la continencia, prescribiendo á los diáconos y á los presbíteros las condiciones con que habian de recibir y tratar las personas de diferente sexo; tambien se dieron en él severas disposiciones contra los que frecuentaban el uso del vino, y se les imponen rigoro-

sos castigos á los clérigos inferiores que se casáran con las viudas, porque el afan en estas de casarse parece dar muestra de cierta incontinencia é inmoderacion, á la cual ciertamente ayudan y fomentan los que con ellas se unen. Se lanzó sentencia de excomunion á los clérigos que abandonan su ministerio para entregarse al ejercicio de las almas ó que dejan el desempeño de sus funciones para volver á la vida del siglo, é igualmente á los párrocos que sin la debida autorizacion del obispo ó de su vicario abandonan las parroquias, con lo cual ciertamente se evitaba el que abandonáran sus ovejas por motivos de poco momento, como habia acontecido muchas veces por poder verificarlo impunemente, pues hasta entónces no tenian otra pena que la pérdida de las obvenciones que correspondieran al tiempo de su ausencia, y esto á la verdad no les importaba gran cosa. En este mismo concilio se trató del importante asunto de la usura, y se decidió que siendo tan opuesta á la justicia, y por consiguiente se buscó la manera de desterrar tan feo vicio, tanto más temible cuanto que se habia hecho muy frecuente. Tambien se ocupó el concilio de reprimir el abuso de los obispos en usurparse mútuamente la jurisdiccion y áun las rentas eclesiásticas, dando esto lugar á graves disgustos, ya entre los mismos prelados y cabildos, ya tambien entre estos y las autoridades civiles, pues que todos sufrian perjuicio con este abuso, que ciertamente los desprestigiaba en gran manera. Prohibia el concilio el que los fieles comunicáran con los homicidas, con los que violaban á las vírgenes religiosas, con los religiosos que apostataban, siendo esta prohibicion absoluta, miéntras que no daban señales de verdadera penitencia. Igual prohibicion era extensiva á los que una vez aceptada la penitencia pública abandonaban los ejercicios de ella. Todas estas cosas que el concilio trataba de corregir, se habian introducido con ocasion de las irrupciones de los bárbaros que la época llevaba consigo, y hemos hecho mencion de ella aunque á la ligera, porque el esclarecido obispo cuya historia vamos recordando, fué quien dispuso por sí solo todo cuanto en esta asamblea habia de tratarse, y puede muy bien considerarse como suyo el resultado, pues él fué quien meditó con la detencion que lo exigia el asunto, este tan importante proyecto. No se contentó su celo siempre creciente con haber preparado y llevado á feliz término este concilio, que fué de sumo provecho no solo para su diócesis y las de los obispos que á él concurrieron, sino tambien para otras que viendo los felices resultados que producian en aquellas que las promovieron, quisieron aprovecharse de sus decisiones como si fuese doctrina ó jurisprudencia canónica, propia y esclusiva de ellas. Con motivo de la consagracion de Paterno, obispo de Vannes, concurrieron á dicha poblacion cuatro obispos, además del electo y nuestro Perpétuo, que desempeñó el importante cargo de consagrante; pues bien, apro-

vechando esta reunion de prelados, hizo al recien consagrado reunir un sínodo que presidió Perpétuo como más autorizado, y que sirvió para establecer ciertos puntos de disciplina que por motivos análogos á los que hemos considerado en Tours, se habian relajado, y que á consecuencia de encontrarse ménos bien dispuestas las cosas de Vannes que las de Tours, hubieron de ser los padres del sínodo de aquella ciudad más explicitos, pues tuvieron que hacer extensivas sus disposiciones tambien á los monjes, que no solo se habian olvidado de la sumision debida á los obispos, sino lo que es más extraño, en algunas ocasiones hasta á sus mismos superiores desatendian. Campando, como vulgarmente se dice, por sus respetos, y no admitiendo ninguna sujecion ni observancia á pesar de que á ella estaban obligados por voto y por las repetidas prescripciones de todos los monacatos aprobados por la Iglesia. Otras decisiones por el estilo se adoptaron en esta importante reunion, que suscribieron despues aquellos dos ó tres prelados de la provincia á quienes sus circunstancias especiales no habian permitido asistir á la asamblea, pero que viendo la utilidad é importancia de las decisiones allí tomadas, no solo no vacilaron un momento en suscribir, cual si hubiesen estado presentes, sino que al punto pusieron en práctica cuanto allí se determinó, para de esta suerte uniformar el régimen de la provincia, que era á lo que tendian los esfuerzos del obispo de Tours, y para conseguir cuyo resultado no perdonó medio ni diligencia alguna, teniendo el consuelo de que sus deseos se viesen cumplidos plenamente, y que las determinaciones que se tomaron por sus hermanos y clero fuesen la norma por donde se rigió todo el episcopado francés, siendo por decirlo así él el causante de una reforma disciplinaria extraordinariamente favorable á los intereses de la Iglesia católica de Francia. Todas estas cosas sucedian por los años de 461 al 462, y Perpétuo continuó rigiendo su diócesis con un extraordinario acierto por espacio de muchos años, pero con su mente fija en Dios, con su espíritu y su corazon anhelantes siempre por la suprema felicidad de amar y servir á Dios, ocupándose en este designio, tan adecuado á los verdaderos sentimientos de un prelado católico, con todas sus fuerzas, y poniendo ya como superior, ya como particular, cuantos medios creia le podian servir para encaminarse á tal fin. Entre los que como particular intentó con mejor éxito fué la continua memoria de la muerte, buscando por este camino el hacer todas las cosas como entónces hubiera querido haberlas hecho, es decir, en perfecta caridad y con el único y exclusivo fin de procurar en la gloria de Dios la correspondencia á sus especiales, soberanas y benignísimas gracias. Como era tan absoluto y completo su desprendimiento de las cosas de este mundo, que puede decirse que vivia en él como si no viviere, muchos años ántes de morir hizo su testamento, notable por todas sus cláu-

sulas, si bien ellas no decian nada que extrañarse á los que conocian el fondo de virtud que tenia este tan distinguido prelado. Los esclavos que por costumbre sostenian todos los prelados como una especie de servidumbre honorífica que se daba á su alta dignidad, adquirian su libertad en el dia en que el Señor le llamase para sí. Los muchísimos pobres, que ó bien no habian podido satisfacer los réditos de sus fincas, que pertenecientes á la mitra poseian, ó bien habian tenido que alcanzar de esta alguna subvencion para los indispensables gastos de la sustentacion de sus familias, quedaban libres de la responsabilidad que tenian contraida y en estado de disponer y aprovecharse de aquello mismo que debian á su ilustrísimo prelado. Sus fincas rústicas y su librería, entónces muy apreciable porque contenia preciosos y abundantes manuscritos, le fué legado á su Iglesia, así como dejó para el que le sucediera todo el menaje de su casa y los objetos de sacristía, los cuales eran preciosos, pues si bien es verdad que nuestro Santo tenia espíritu de verdadera pobreza, por no ser dueño ni áun usufructuario de pingües rentas, ni de suntuosos muebles, ni de ricas alhajas; es tambien indudable que para el culto de Dios nuestro Señor y para todas aquellas cosas que decian relacion con su gloria, era espléndido, y por consiguiente queria que fuesen verdaderamente magníficas las cosas dedicadas al culto divino, pues en ellas, decia con frecuencia, no se debia atender á la indignidad, vileza, pequeñez y miseria del que las usaba, sino á la grandeza, sublimidad, elevacion é importancia del ministerio á que estaban dedicadas. Instituyó por sus universales herederos á los pobres y á las iglesias que se habian edificado en su tiempo, y así distribuyó sus inmensas riquezas de una manera tal, que quedó reducido á suma pobreza, si se atiende á que no reservaba para sí nada absolutamente, y más que esto á que su testamento era la expresion para el porvenir de lo que él hacia de presente, pues que en su preciosa vida se le veia no solo rodeado, sino altamente complacido en sus pobres, y se veia multiplicarse prodigiosamente sus recursos conforme se aumentaban las necesidades de sus fieles, pues como en su corazon cabian todos y él no podia rechazar á ninguno, ántes á todos los estrechaba íntimamente en su seno y los hacia participar de sus afectos, no queria el Señor que sufriera su espíritu por no poder socorrer á aquellos menesterosos, y su Majestad divinísima hizo muchas veces milagros para que los deseos de Perpétuo no quedasen defraudados, ni sus esperanzas fuesen fallidas, ántes unos y otras se satisfacieran plenamente, sirviéndole de ocasion para alabar y bendecir más y más la misericordia de Dios, propicia siempre en favor de quien la invoca con tanto fervor como lo hacia continuamente este esclarecido prelado. Para visitar su diócesis y establecer por medio de su inspeccion y vigilancia aquellas disposiciones

que adoptára en el sínodo con que puede decirse que comenzó su pontificado, tuvo siempre un constante desvelo, pareciendo muy bien á todos sus súbditos el que se desprendiera, digámoslo así, de la altísima dignidad de que estaba investido, para permitir se acercasen á él cuantos á él quisieran venir, y el que en el ejercicio de la predicacion y de la instruccion de los ignorantes se acomodase á sus limitadas capacidades de tal suerte, que parecia verse al Espíritu Santo dictando en este varon verdaderamente apostólico las frases de que debia valerse para atraer á todos al conocimiento y amor del Dios benéfico á quien el hombre debe cuanto es y cuanto será durante la eternidad. Parecia natural que un prelado cuyos desvelos habian siempre sido por la felicidad de su grey amada, cuya vigilancia por sus queridas ovejuelas se habia dejado notar, ya por el afan con que procuraba su bien, ya por el esmero con que evitaba su mal, hubiera concluido sus dias llenos de gracia, abundantes en buenas obras y acciones meritorias, en medio de sus amados, rodeado de su clero, acompañado de sus fieles y participando de los consuelos que proporciona el vivir entre personas tan queridas como lo son para un prelado celoso sus estimables súbditos; sin embargo, no quiso el Señor permitir á Perpétuo tan apetecida felicidad, y por el contrario permitió que los últimos dias de su existencia los pasase en el destierro y en los sufrimientos para poder premiar tambien con el galardon de los mártires á su predilecto siervo. Las cuestiones políticas que se suscitaron en los últimos años del siglo V en que todavía vivia el siervo de Dios, hicieron que fuera desterrado á Tolosa, donde vió con singular pena el abandono en que dejaba á sus fieles, y estas penas labrando poco á poco en su espíritu, si bien no pudieron quitarle el sosiego y la tranquilidad que tenia, como consecuencia de la conviccion en que estaba de que obraba siempre en armonía con la voluntad del Señor, hicieron que se abreviáran los dias de su destierro para trasladarse desde el valle de miserias en que gemia como hijo de Eva á la patria de delicias, donde goza de su Dios como redimido con la preciosa sangre de Jesucristo. Sus últimos dias fueron como habia sido su preciosa vida, dias de salud y de esperanza, pues que al recibir los eficaces auxilios con que la Iglesia favorece á sus hijos en tan terrible momento, acreditó más y más aquella sólida virtud, que todos veian en él, y que fué el fundamento de que sus heróicas acciones, coronadas por una preciosa muerte, le pusiesen en posesion de una eternidad feliz, segun los datos más dignos de fe, el 8 de Abril del año 495. Desde el momento en que se tuvo noticia de su muerte se comenzó á propalar su santidad, y quiso el Señor confirmar esta voz del pueblo haciendo á la invocacion de Perpétuo muchos y muy extraordinarios prodigios, los cuales sería muy prolijo enumerar, pero que fueron suficientes en número y magnitud, digámoslo así, para decidir á la

Iglesia á emprender las prolijas diligencias que en toda época han precedido á la canonizacion de los santos, diligencias que todas se evacuaron satisfactoriamente y dieron por resultado el que la Santa Sede inscribiera el nombre de Perpétuo en el libro de la vida, y elevase al obispo de Tours á la gloria de los altares, siendo conmemorada con la fiesta más solemne que está en sus facultades establecer la memoria del glorioso S. Perpétuo el dia 8 de Abril de cada año, aniversario de su preciosa muerte. Así acabaron los dias de este glorioso confesor, que fué precioso tesoro que Dios puso en la iglesia de Tours para que guardase en ella los intereses del Señor, y hoy en el cielo es el consuelo y esperanza de la Iglesia universal, que viendo en este Santo glorioso uno de los siervos predilectos de Dios, se gloría en venerarle é invocar su patrocinio, pues sabe, por confesion de su mismo fundador divino, que á ella se aplican los méritos de sus siervos. — G. R.

PERPETUO ó Perpetuus, obispo de Tongres en Bélgica. Reconocen los belgas como patron glorioso de la ciudad de Dinant á S. Perpétuo, su obispo, prelado que continuó la evangélica obra emprendida en aquel pais por el bienaventurado S. Gondulfo. Así como todos los prelados que le antecedieron en esta silla, unió Perpétuo al esplendor de su doctrina la gloria de las virtudes apostólicas, y por lo tanto fué á la vez propagador del Evangelio y defensor de la verdad ortodoxa, valiéndole su grande elocuencia con justicia el honroso título de *Doctor de los fieles*. Confundió el error con la palabra, dice el P. Bouille en su *Historia de la ciudad de Lieja*; destruyó á la impiedad por medio de prodigios, resistió á los poderes que atentaban á los derechos de su Iglesia, impidiéndoles el poder posesionarse de los bienes de los pobres, con peligro de su vida. La tumba de este prelado, segun la tradicion del pais, se hizo célebre por los milagros que dieron lugar á que se tuviese este precioso depósito como el Paladion de la ciudad de Dinant. Revolucionándose esta ciudad en 1466 contra el duque de Borgoña, fué casi toda destruida, y entónces salvaron los habitantes las reliquias del Santo en la ciudad de Bouvignes, situada á la parte opuesta del Mosa. Cuando los de Dinant trataron de volver al Santo á esta ciudad, los bouvigneses quisieron quedarse con la caja milagrosa, y fué tan expuesta su porfía, que seguramente hubieran llegado á las manos los habitantes de ambas poblaciones si no interpusiera su poderosa autoridad á favor de los de Dinant, que con este auxilio pudieron recobrar su precioso depósito; y queriendo éstos dar á sus vecinos una prueba de gratitud, les dejaron un brazo del Santo por reliquia. En el siglo XVI aún dicen los belgas que se obraban numerosos prodigios en la tumba del Santo, cuyo relato ha publicado Surius. Chesquiere ha escrito y publicado en este siglo una larga disertacion sobre la gloria póstuma de S. Perpétuo. — C.

PERPINIAN (Pedro Juan). Este sabio jesuita nació en Elche, provincia de Alicante, antiguo reino de Valencia, el año 1530. Instruido que estuvo en las letras griegas y latinas al cumplir los veintiun años, entró en la Compañía de Jesus en Setiembre de 1551. Enviado cuatro años despues á Portugal para profesor de elocuencia, fué el primer jesuita que dió lecciones en Coimbra. Al tomar posesion de su cátedra el 1.° de Octubre de 1555 pronunció un excelente discurso en el Colegio Real de Artes, *De Societatis Jesu Gymnasiis*, que fué sumamente aplaudido. Alterándose la salud de Perpinian ó Perpinien, como le llaman otros, á causa de lo mucho que se atareaba al estudio, le mandaron á Roma á fin de que se restableciese é hiciese brillar su talento. Llegado allí, se esforzó aún más que en Portugal, pues que su éxito fué felicísimo; pero tuvo que suspender sus lecciones obligado por su mal estado de salud hasta el 6 de Noviembre de 1564, en que volvió á continuarlas. Llamado á Lyon en 1565, empezó á explicar las Santas Escrituras en el nuevo colegio de la Trinidad el dia 3 de Octubre de este año, tres dias por semana, y además desempeñaba una clase de retórica segun el P. Colonia. Dice su biógrafo que no acostumbrado Perpinian á los rigores del invierno en Francia, escribia á uno de sus amigos que se acordaba de la dulzura del cielo de Italia ó de Valencia, y que volviendo la vista á su querida patria, cuando trabajaba temblando, lleno de frio, exclamaba como el Melibeo de Virgilio:

En unquam Lativi longo post tempore fines,
Et veteris Romæ surgentia marmore tecta
Post aliquot, mea regna videns mirabor aristas?

En solo doce dias compuso su preciosa arenga latina, que pronunció el 3 de Octubre de 1565 en la solemne apertura del colegio. Este discurso, titulado *De retinenda veteri religione ad lugdunenses*, que se ve en la *Coleccion de sus obras*, fué muy aplaudido por el gobernador Mandelot, el arzobispo Antonio d'Abon, el Consulado en cuerpo y cuantos literatos y católicos habia en Lyon que asistieron al acto. Acababa de salir entónces Lyon de las sangrientas agitaciones que las querellas religiosas habian excitado en su seno, y por lo tanto el discurso de Perpinian fué muy útil para calmar las irritadas pasiones, cualidad que aumenta su mérito literario, en cuyo concepto debe considerársele entre las buenas composiciones en su género. Llegado Perpinian á Lyon en el 18 de Setiembre de 1565, escribia á Paris en 20 de Junio de 1566: *Lutetiam venire jussus, urbem vidi omnium, quas unquam viderim, maximam defensionem; soladitatis nostræ cardinali Lotharingio scriptam obtuli, de veteri religione retinenda, cujus argumenti fuerat oratio Lugdunensis; duas orationes habui inter hæreticorum, non modo Sibila verum*

etiam meditor (*Epist.* 30). Así como lo habia hecho en Paris, explicó Perpinian en Lyon la Santa Escritura, y defendió en sus discusos el catolicismo de los ataques de la herejía. Los improbos trabajos á que se entregó sin descanso agotaron su ya débil y delicada máquina, y murió en Lyon el 28 de Octubre de 1566, á la edad de treinta y seis años, siendo sentida su muerte como una gran pérdida para las letras. Todos los literatos de su época hicieron grandes elogios de su talento privilegiado, manifestando Muret que su siglo no habia producido otro orador á quien pudiese aplicársele con más justicia lo que se dijo de Nestor, de que las palabras que salian de su boca eran más dulces que la miel. El famoso Thou, en el libro XXXVIII, página 364 de su *Historia*, dice: «Perpinian se hizo admirar por las dos grandes »lumbreras de su tiempo, Marco Antonio Muret y Pablo Manucio. Mandado »á Paris para reputacion á la Compañía de Jesus, hizo discursos elegantes, »murió al fin de 1566 en el colegio de Clermont y fué enterrado en S. Beni»to,» siendo muy extraño que en estos tiempos de turbulencias en Francia, tuviese más oyentes un jesuita español en Paris que habia tenido en Roma. Las obras que nos han quedado de este sabio son las siguientes: *Orationes quinque*; Roma, 1565.—*De humana divinaque philosophia dicenda, ad parisienses oratio*; Paris, 1566, en 8.°—*Orationes sex*, en la coleccion titulada: *Trium hujus sæculi oratorum præstantissimorum*.—*Orationes duodeviginti*; Roma, 1587, en 8.°; Paris, 1588; y Lyon, 1594.—*Historia de vita et moribus beatæ Elisabeth, Lusitaniæ reginæ*; Colonia, 1609, en 8.°—*Petri Joannis Perpiniani Soc. Jesu, aliquot epistolæ*; Paris, 1683, en 8.° Esta coleccion fué empezada por el P. Vavasseur y terminada por el P. Lucas con un elogio de Perpinian. El año 1749 se publicaron en 8.° y en tres volúmenes en Roma estas cartas por el P. Lazeri, y se las dedicó á la reina de España el P. Acebedo, jesuita portugués. La mayor parte de los autores convienen que hay pocos latinistas del siglo XVI que puedan disputar la pureza y sencillez con que escribió en esta lengua Perpinian. El que desee más noticias bibliográficas de este célebre escritor puede consultar el *Diccionario histórico* de Moreri; las *Memorias de Trevoux*, 1754, 72 *y* 82, *meses de Mayo*; el Tiraboschi; y su biografía, escrita por Collombet en el *Suplemento de la Biografía universal*, tomo LXXVI. — B. C.

PERPIÑA (Fr.), religioso mercenario, conventual en 1268 del convento de la órden de nuestra Señora de la Merced en Perpiñan. Ignórase su nombre de pila, y únicamente se sabe que su familia era muy antigua y distinguida en la ciudad mencionada.— S. B.

PERPIÑA (Fr. Lucas). Entre los escritores de la Orden Seráfica y en la parte de los Capuchinos se encuentra á este venerable Padre, del que solo sabemos fué natural de Cataluña, pues que le cita Amat entre sus hijos, y

que escribió la *Vida del glorioso S. Félix de Cantalicio.* A juzgar por esta obra, es preciso reconocer en este virtuoso capuchino un gran fondo de piedad y la práctica de la doctrina claustral observada con el mayor esmero, como el que quiere poner á réditos la virtud para que le produzca la vida eterna, que es la verdadera riqueza.— C.

PERPIÑA (Pedro). Este religioso tomó este apellido del pueblo de su naturaleza; pero segun Amat, que le cita entre los *Escritores catalanes*, se llamó Rimes ó Rimo. Nada se dice acerca de su nacimiento y estudios, y solo se sabe que tomó el hábito en la venerable órden de nuestra Señora del Cármen, que fué en ella un distinguido teólogo y esclarecido filósofo, y que vivia por los años de 1320. Escribió una luminosa obra sobre los Salmos, que fué muy apreciada, titulada: *Commentaria in Psalmos*, que citan con elogio Gener, Marcilla y Jimeno. Murió este sabio carmelita el año 1360 de nuestra era.— C.

PERPIÑAN (Guido de), religioso carmelita natural de la ciudad que le sirve de apellido. Fué general de su Orden en 1318, de donde fué elevado al obispado de Mallorca en 1321. Trasladado despues al obispado de Elna murió en Aviñon en 1342, dejando entre sus contemporáneos una honrosa memoria, que merecia por sus eminentes virtudes y notables escritos. Los que se citan todavía con aprecio son: 1.° *De concordia Evangelistarum*; 1621, en fólio.—2.° *Correctorium decreti.*—3.° Una *Suma de las herejías*, *con su refutacion*; Paris, 1528, en 4.°—4.° *Estatutos sinodales* publicados por Balucio al fin de su *Marca Hispanica*, etc.—S. B.

PERPIÑAN (Fr. Marcos), religioso de la órden de S. Gerónimo en el monasterio del Escorial. Tomó el hábito para hermano lego, siendo ya muy entrado en edad; y asi conoció, dice la crónica de su religion, que en el que dejaba habia de dejar hasta la memoria de las cosas del siglo, y en el que tomaba solo habia de buscar las del cielo, atendiendo al bien de su alma. Túvola tan sencilla, continúa el P. Sigüenza, y la condicion tan humilde y afable, que no parecia que habia pecado Adan en él. Era su oficio platero, el que habia ejercido en Toledo y Madrid con no poca fama, y continuó ejerciendo en el monasterio de S. Lorenzo: á pesar de esto, no habia ejercicio humilde ni trabajo en que le pusiese la obediencia, que no abrazára con alegría, deseando ejecutar los mandatos de Dios y de sus superiores. Conoció á Felipe II, el fundador de aquel célebre monasterio, quien le estimó mucho por el mérito que tenia en su arte y por la bondad y santidad que experimentó en su trato. Hablaba con él á menudo y le agradaba que el príncipe, su hijo, que reinó despues bajo el nombre de Felipe III, viese cómo trabajaba en la platería é hiciera con él algunas cosas de oro y plata, pues tenia el príncipe aficion á este ejercicio y muy buena eleccion, como la tuvo uno

de sus abuelos, que fué el emperador Maximiliano, de quien hay en aquella sacristía algunas alhajas trabajadas por sus manos. Cobróle el príncipe grande afecto, el que le siguió manifestando siendo ya rey, lo mismo que la reina Margarita y su hijo Felipe IV, á quienes agradaba mucho la sencillez y bondad de este religioso y la perfeccion dé las alhajas que salian de su mano. Conociendo el gusto de los reyes, en concluyendo alguna se la enseñaba, siendo su objeto inclinarlos á que mandasen hacer otra para el culto divino. Deseó la reina Margarita que hiciera una de su cuenta, en ocasion que Fray Martin iba á emprender un viaje á Perpiñan, que era su patria, y prometió á S. M. buscar perlas á propósito para la obra. A la vuelta de su viaje, cuando traia ya consigo las que habia elegido, le salió al encuentro el célebre bandido catalan Roque Guiñart, con muchos de sus compañeros; mandáronle que se apease y comenzaron á desbalijar sus efectos, dirigiéndole toda clase de insultos é improperios, á los que respondia con humildad y sencillez, sin inmutarse, ignorando si le quitarian las perlas, aunque para el caso de que se viese en un lance de esta naturaleza las traia encerradas en unas nueces muy bien disimuladas; pero no faltó quien se puso á probar la fruta, con lo que se descubrió el secreto, siendo el Padre muy maltratado y teniendo que sufrir todo género de baldones y oprobios, los que llevó con la mayor paciencia. Vió el capitan el gran valor de las perlas, y le preguntó para quién las llevaba, que de dónde era y en qué convento vivia, á lo que respondió el siervo de Dios que era un pobre lego del Real monasterio del Escorial, que servia allí como platero y hacia diferentes alhajas que le encomendaban los reyes para el servicio de aquella admirable iglesia, y que las perlas que llevaba eran para una que le habia mandado hacer la reina Margarita, y añadió: que ya que no las habia valido la industria para la seguridad, le pedia humildemente les valiese el ser para quien eran. Luego que oyó el capitan estas palabras, manifestó cierta satisfaccion, y oyendo que aquellas alhajas eran de la Reina, las respetaron y se las dejaron, no buscando más informe para creerle que el dicho de este humilde lego, en cuya modestia y palabras no les pareció caber engaño ninguno, y trocada su soberbia en cortesía, le hicieron montar en la mula y le fueron acompañando gran parte del camino para asegurarle de otro cualquiera riesgo. Hablóle durante el camino Roque Guiñart, manifestándole quién era, los intentos que tenia de dejar aquella vida, y que muchos de sus compañeros lo deseaban tambien. Enternecióse al oirle el buen lego, y le convenció lo mejor que pudo, ofreciendo encomendarlo de su parte á nuestro Señor, y que contaria á los reyes la atencion que habian tenido en este lance, y seria medianero en la humilde esfera en que se hallaba para procurar con SS. MM. el buen fin de sus intentos. Quedaron en escribirse acerca de este punto y se

despidieron, quedando muy alegre el siervo de Dios, tanto por haberse librado de aquel riesgo como por la esperanza que habia concebido de sacarlos de la vida en que se hallaban. Dedicóse con extraordinario celo á este asunto, y no paró de importunar á SS. MM. siempre que se hallaban en el Escorial, que era la mayor parte del año, hasta que movidos de los informes que les dió con su natural sencillez, de los humildes ruegos y de los caritativos deseos que manifestaba por sacar de su mal modo de vivir á aquellos desgraciados, le concedieron lo que le pedia. La reina Margarita fué la que en este punto se interesó más con el Rey, mirándolo como cosa de piedad y muy á propósito para la seguridad de Cataluña. Gustaba mucho oir contar al lego el suceso de las nueces, y el respeto que habia tenido á aquella gente feroz al saber que eran suyas las perlas, y él se lo referia con gusto á S. M. para moverla por este medio á la misericordia. Los bandidos obtuvieron al fin un seguro real para pasar á servir á Flandes, y el capitan Roque Guiñart escribió las gracias á su bienhechor en nombre de todos, mirándole como instrumento que les deparó el cielo para su dicha. Tuvo tambien este siervo de Dios en la casa de S. Lorenzo el oficio de hortelano durante muchos años, trabajando en la huerta con más cuidado y perseverancia que los peones. Salian á veces las personas Reales á los jardines, la huerta y á entretenerse en la pesca del estanque, y él disponia las cañas y se las administraba por mandato de SS. MM., á quienes agradaba mucho su carácter. Tambien los disponia, manifestando siempre la mayor alegria, y deseoso de aficionarlos cada vez más á la residencia en aquel sitio y casa, y de manifestar el amor que tenia á tan piadosos príncipes. Preguntábanle mil cosas, porque entre su sencillez se descubria una extraordinaria prudencia, manifestando en las palabras su espíritu, y como le tenia bueno, jamás salió de su boca razon alguna que no correspondiese á su bondad, proviniendo todo de lo mucho que Dios le favorecia en la oracion, en la que manifestó grande perseverancia. En los últimos años le quitó el vicario el cargo de hacer la vela de la oracion perpétua del coro, atendida su mucha edad, cosa que sintió tanto como si le quitáran la vida. Fué á verse con el vicario, se hincó de rodillas, y le suplicó y pidió con lágrimas no le hiciera aquel agravio; pues habia sido uno de los primeros cuando se instituyó la oracion perpétua del coro y habia perseverado siempre, por lo que queria morir en ella. Enternecido el vicario, le concedió lo que pedia, continuando hasta morir en aquel ejercicio. Nombráronle sacristan del colegio, á cuyo puesto se hallaba anejo el cargo de llamar á los confesores para los que llegaban á la reja de la iglesia, y á todo acudia con la mayor actividad y celo, pues el Señor le daba fuerzas en la oracion para obedecer y no faltar en ninguna de sus obligaciones. En este cargo le alcanzó la muerte, y se la dió el Señor muy feliz, habiendo re-

cibido todos los sacramentos, y haciendo muchos actos de contricion y amor de Dios y oraciones á nuestra Señora, con versos que sabia de memoria y repetia muchas veces, porque era muy devoto de la Reina de los Angeles, pidiéndola en estas oraciones su socorro, pasó á gozar de sus favores en la bienaventuranza eterna. — S. B.

PERPIÑAN (Pablo de). Fué este esclarecido varon dotado por Dios de un muy claro talento, que empleó en el estudio primero de las ciencias filosóficas y luego de las teológicas, habiendo sido en ambas carreras aventajadísimo. La constancia con que se dedicó á los estudios, especialmente al de la sagrada facultad de teología, y su incansable anhelo por asistir á los actos públicos, en todos los cuales tomaba una parte muy activa y se ponia en evidencia como una de las notabilidades de su siglo, fueron motivo para que la universidad de Perpiñan, á que concurrió, le honrase con la distincion de maestro en sagrada teología, cuyo cargo desempeñó con extraordinario aprovechamiento de sus discípulos; pues además de la gran facilidad que él tenia para aprender, tenia no ménos pasmosa facundia y una claridad y método como hasta entónces ninguno habia tenido, por lo cual sus discípulos salian de su aula aventajadísimos. Renunciando un brillante porvenir que le ofrecia su posicion, y queriendo desde luego asegurar su salvacion eterna, dió su nombre á la Religion Seráfica, é hizo en ella su noviciado, que más bien podia considerarse como una práctica demostracion del estado de su espíritu, que no como una disposicion de éste para la importante carrera que emprendia; fué modelo de todas las virtudes, pero con especialidad de la humildad y de la obediencia, de tal manera que quiso siempre para sí el último lugar, y jamás se movió á cosa alguna sin que sus superiores lo determináran, y lo determináran de una manera expresa. Era consiguiente á la fama que como excelente maestro gozaba, el que se le encomendára la enseñanza en su convento, y la daba con tan extraordinario aprovechamiento de sus discípulos, que no es exageracion decir que apénas comenzaban á explicarse se conocia los que lo habian sido. A pesar de ocuparle, como era consiguiente, mucho tiempo la cátedra puesta á su cuidado, no por esto dejaba de desempeñar los ministerios propios de su alta dignidad de sacerdote, á la cual le hizo lugar la obediencia; pues él lo rehusó con todas sus fuerzas. Predicaba mucho y muy bien, no solo en la parte material, digámoslo así, sino en la parte de aprovechamiento de los fieles, que procuró siempre y muchísimas veces alcanzaba: lo cual de ninguna manera es extraño, porque puede muy bien asegurarse que eran sus palabras la viva expresion de sus sentimientos, y sus doctrinas prácticas por las excelentes virtudes de que daba ejemplo; y como además era muy prudente y caritativo, atraia en el confesonario gran número de penitentes, teniendo muchas ve-

ces espíritu especial de Dios para conocer el fondo de las conciencias y un acierto notabilísimo para indicar á cada uno los padecimientos de su alma; dando al mismo tiempo medicamentos los más adecuados, y desplegando una caridad heróica en favor de los pecadores, tanto más queridos de él y tanto más considerados cuanto que eran más necesitados de los auxilios de la divina gracia y de los buenos oficios de su ministerio. Imposible hubiera parecido á quien hubiese visto al P. Pablo en el confesonario, creer que este hombre tan dulce para con todos, tan benigno, tan afable, era para sí mismo tan severo y tan rígido, que no solo no se permitia la más ligera libertad, sino que se deshacia el cuerpo á los rigores de la más dura penitencia, no cesando ni un solo dia de castigar en sí mismo, aunque inocente, los pecados de sus hermanos, recordando que el Dios de todo poder habia tomado en el inocentísimo Jesus la venganza de los pecados de la humanidad entera, que no habria podido proporcionarle el sacrificio de todas las criaturas posibles. Y ya que de penitencia se trata, habremos de decir que nuestro esclarecido Padre fué para los de su casa, que no era de las más atrasadas en el ejercicio de esta virtud, un verdadero modelo; pues además de la rigidísima observancia con que seguia las prescripciones de la Religion Seráfica en órden á ayunos, vigilias y demás austeridades, él añadia con silicios y disciplinas tan rigorosos tratamientos, que indudablemente asustan á los que no acaban de comprender que la gracia de Dios pone á las criaturas en situacion de hacer obras, que sin ella parecieran imposibles. Vengamos ahora á considerar al P. Pablo de Perpiñan en el ejercicio del más grato de los deberes del cristiano, del reconocimiento y correspondencia á los singulares favores, extraordinarias gracias y especiales dignaciones con que la siempre Vírgen María se ha hecho acreedora á nuestros obsequios, homenaje y veneracion, siquiera no mereciese ya estos homenajes y veneracion mismos por las altísimas dotes y muy estrechas relaciones con que la Señora está unida á la Divinidad. Examinando, pues, la conducta del religioso en órden á este importante, fácil y provechoso recurso de salud y de dicha, podremos reducir á breves expresiones lo mucho que en sí comprende la conducta verdaderamente conveniente de este esclarecido siervo de María, y diremos solamente que miraba á la Señora cual es en sí, es decir, como la obra privilegiada del Eterno, como el más claro destello de su amor y de su poder, y consiguientemente á esta justa apreciacion, Pablo miraba á María como el único objeto que merece por sí mismo todo nuestro amor, toda nuestra veneracion y obsequio; y de que la Señora tenia suma complacencia en estos homenajes de su siervo, en estos obsequios con que él correspondia á sus favores, nos convenceremos toda vez que fijemos la atencion en que además de otros muy singulares beneficios, por los que se comunica-

rian la Señora y su siervo, en más de una ocasion le mereció el prodigio de que su santa imágen de la Consolacion, que con grande esmero se guarda en el convento donde nuestro siervo de Dios vivia, le dirigiera palabras de consuelo, haciéndole este favor en presencia de su comunidad muchas veces, y algunas en el momento solemne de celebrar el P. Pablo el augusto sacrificio de la Misa, lo cual hacia siempre que le era posible en el altar de tan veneranda imágen. Es consiguiente que tan extraordinarios favores animáran al siervo de Dios y de su Madre á crecer en la virtud y le desprendieran de tal suerte del mundo, que fuera una verdad el que su vida no era de este suelo sino del cielo, y solo así se comprende ese desprendimiento tan absoluto de todas las cosas materiales, con el cual adelantaba cada dia más en el camino de su perfeccion, y ese anhelo por las celestiales, segun el cual ni sacrificios, ni medios, ni penas, ni molestias perdonaba para llevar á Dios siquiera un alma, deseando como el apóstol de las gentes S. Pablo, cuyo nombre llevaba, hacerse él el objeto del oprobio, del desprecio y de la merecida burla, con tal que se lograse el que un alma que no conocia á Dios le llegára á conocer, con tal que se consiguiese el que uno que estaba apartado del sendero de la rectitud y de la justicia volviese á él. Las más vivas ansias del P. Perpiñan eran el dar su vida en sacrificio por la fe de Cristo, cuyo deseo le cumplió el Señor, si bien no fué precisamente en poder de infieles donde cayó; pero indudablemente fué víctima de la defensa enérgica que hizo de la justicia. Era el año 1458 cuando nuestro respetable, hoy beato Padre, ejercia el importante ministerio de administrar el santo sacramento de la penitencia, haciéndolo con el esmero, caridad, celo y atencion con que hace las cosas un siervo tan predilecto de María como lo era Pablo Perpiñan. Acercáronse en un mismo dia á su confesonario una pobre señora distinguida, que vivia en relaciones indebidas con un sugeto tambien principal, y el hombre con quien sostenia su trato ilícito. Consiguiente es que el Padre manifestase á aquella su lamentable estado, y acertó á hacerlo con tales y tan enérgicas expresiones, que logró convencer á la señora de su extravío y de la obligacion en que estaba de sostenerse firme en el cumplimiento de su deber, renunciando á un trato imposible, toda vez que ambos que le conservaban estaban ligados á otras personas por el santo matrimonio. Al caballero le hizo ver esto mismo, y como no le encontrase dispuesto á dejar la relacion que tanto le perjudicaba, le hizo ver desde luego lo incapaz que estaba para la absolucion, porque le faltaba el firme propósito de enmendarse, indispensable para que el sacramento produzca su efecto. Esta negativa de la absolucion no hizo á nuestro hombre grande mella, mas cuando vió que todos sus esfuerzos serian inútiles, pues que su apasionada habia comprendido su verdadero interés, y no queria en manera alguna condescender por más

tiempo con sus inicuos deseos, ántes estaba muy arrepentida de su pasado, nuestro hombre rebosando cólera, fué en busca del Padre, le dirigió las más atroces amenazas, desoyó sus paternales amonestaciones, no quiso hacer caso de sus prudentísimos consejos, y no se sabe si él mismo, ó algun sicario comprado con el oro, que tuvo la avilantez de ofrecer al sacerdote, y que el sacerdote no aceptó, como ninguno lo acepta cuando se trata de su ministerio, y mucho ménos lo habia de aceptar Pablo Perpiñan; no se sabe, repetimos, si por sí mismo ó por otro, ello es lo cierto que dieron al Padre una estocada que le privó de la vida cuando todavía hubiese podido emplearse en el servicio y bien de sus hermanos. Es consiguiente que una justa indignacion se apoderó de cuantos supieron el lance, mas el Señor permitió que el criminal permaneciese ignorado, para que Dios solo pudiese intervenir en este asunto, que si bien privaba á los hombres de un ministro del Señor útil y laborioso, proporcionaba á este mismo ministro la posesion de la dicha y ventura que le merecieran sus mismas virtudes. Porque en efecto, acrisolado de las pequeñas imperfecciones que pudieran empañar su pura alma por esta efusion de su sangre por la justicia y por la firmeza tan conveniente al ejercicio de su alto ministerio, preciso era que pasára á la patria de los justos, como todos lo creyeron desde el momento de su muerte, como lo han acreditado los milagros que Dios ha hecho en su sepulcro y en su invocacion, y no mucho despues la solemne declaracion de la Iglesia. Porque al momento mismo en que murió Pablo de Perpiñan, y miéntras se daba á su cadáver honrosa sepultura en la iglesia de su convento, se pidió el que abriera proceso acerca de sus virtudes, y halladas estas heróicas, se declaró que el P. Fr. Pablo de Perpiñan debia ser y era incluido en el catálogo de los beatos.—G. R.

PERRAULT (Fr. Guillermo de), religioso dominico. Casi todos los cronistas y bibliógrafos han hecho mencion de Guillermo Perrault; han hablado de sus sermones, de sus escritos, de su piedad y su ciencia, pero han dado pocas noticias sobre su persona y su vida. Su nombre se lee en sus noticias de diferentes maneras: en latin *Perallus*, *Peraldus*, *de Petra Alta*, *de Peyrauta;* en francés *Perauld*, *Perrault*, *Peyrand*, *Perat*. Tritemio y Antonio de Sienne hacen de Guillermo de Lyon y de Guillermo Peralt dos personajes diferentes, dominicos ambos; los que son, sin embargo, como lo han probado Echard y Fabricio, dos nombres de un mismo religioso, nacido, segun parece, en una aldea llamada Perrault, *Petra Alta*, situada cerca de Viena, en una roca bañada por el Ródano. No es conocida la fecha de su nacimiento, pero se cree que era de una edad bastante avanzada cuando tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en Paris ó en Lyon. Nacido en la diócesis de Viena en el Delfinado, como Hugo de Saint-Cher y como Humberto de

Romano, hizo su noviciado en el convento de Lyon, donde se ganó el aprecio de sus superiores. Algunos autores y varios manuscritos de sus obras le dan la calidad de *Prior Lugdunensis*, y áun de *Episcopus Lugdunensis*, de donde se ha querido deducir que llegó á ser arzobispo de Lyon; pero Elías Dupin, Casimiro Oudin y Echard han combatido y disipado fácilmente este error, que proviene de la falsa idea que se tenia de las funciones desempeñadas por Guillermo Perrault, miéntras que Felipe de Saboya llevaba el título de arzobispo. Despues de la dimision de Aimercio Guerric en 1245, Felipe, provisto ya en la primeras dignidades, en los dos cabildos y en el obispado de Valencia, obtuvo del papa el arzobispado de Lyon, siendo, sin embargo, seglar, sirviendo como militar y habitando en Roma en calidad de gobernador del Patrimonio de S. Pedro. En su ausencia, ó hablando en verdad, durante esta larga vacante de la silla de Lyon, administró Guillermo Perrault la diocesis, de donde han provenido los títulos de obispo sufragáneo que le dan algunas crónicas, de corepiscopo en la *Galia Cristiana*, aunque no se diga en ninguna obra que recibiese nunca la consagracion episcopal. Hé aquí todo lo que se sabe de su vida, y es preciso determinar la época de su muerte. Possevino indica el año 1255, sin justificar esta opinion con ningun dato. Oudin quiere una fecha ménos remota, que no fija. Echard la supone anterior á 1270, y la única razon que da es que Esteban de Borbon, muerto en 1261, habia hecho mencion de Guillermo Perrault en su *Tratado de los siete dones del Espíritu Santo*. Pero el que gobernaba la diócesis desde 1245 bien podia merecer que se hablase de él ántes de 1261. Hemos, pues, preferido, aunque solo como aproximativa y conjetural, la fecha de 1275 indicada por Antonio de Sienne, Altamura y Elías Dupin. Los talentos de Guillermo Perrault son elogiados por Tritemio y por otros bibliógrafos, que ven en él un hábil filósofo, un moralista, un sabio naturalista y un gran teólogo versado en el estudio de la *Biblia* y de los Santos Padres. El modo de justificar ó de apreciar estos elogios es dar algun conocimiento de sus obras. 1.ª *Summa de vitiis.*—2.ª *Summa de virtutibus.* Reunimos estos dos artículos, porque el segundo es en cierta manera una continuacion del primero, y se presentan juntos en muchos manuscritos, aunque separados en algunos otros. Corresponden á las dos partes de la máxima sagrada: *Diverte à malo et fac bonum;* por una parte, los pecados de todas clases y los medios de evitarlos, que nos son proporcionados por la naturaleza y por la gracia; por la otra las virtudes y todos los dones celestiales que deben conducirnos á la felicidad eterna. Estos dos libros apénas ofrecen más que sentencias de textos sacados de los libros sagrados, de los doctores de la Iglesia y algunas veces de los autores profanos. El autor no añade más que lo indispensable para unir y coordinar estos extractos, siendo la menor parte lo que ha puesto

original. Gerson le elogia por no haber, como tantos otros, abusado de sus propios conceptos, y haber por el contrario bebido en fuentes puras y divinas. Mosheim, que invierte el órden de estas dos *Sumas* y las toma por una sola, *Summa virtutum et vitiorum*, dice que fundó la reputacion de Perrault. La primera parte del tratado de los vicios consiste en observaciones generales sobre su naturaleza y sus efectos, sobre los males que producen, sobre los bienes de que nos privan. Las siete partes siguientes corresponden á los siete pecados capitales, pero dispuestas en otro órden del que se sigue generalmente: la glotonería, la lujuria, la avaricia, la pereza, el orgullo, la envidia y la ira. El autor añade en una novena y última seccion el pecado de hablar mucho, y recomienda el silencio á todos los cristianos, y en particular á los monjes. El tratado de las virtudes comienza tambien por consideraciones generales, y despues de esta primera seccion hay una segunda, que concierne á las tres virtudes teologales; una tercera á las cuatro virtudes cardinales; una cuarta á los dones celestiales; y la última á la bienaventuranza. Se han querido atribuir estas dos *Sumas* á Guillermo de Broce, arzobispo de Sens en el siglo XIII; pero Esteban de Borbon dice expresamente que Guillermo Perrault fué quien las compuso. La semejanza del asunto ha hecho confundir con esta obra otras dos obras, y atribuir á Guillermo Perrault un libro que no le pertenece, y que fué impreso en Lyon por Radisson en 1677 en 12.°, bajo este título: *Virtutum vitiorumque exempla ex utriusque legis promptuario decerpta, per R. D. D. Guillelmum Peraldum, episcopum Lugdunensem, ab ordine Prædicatorum assumptum*. Esta coleccion de ejemplos, dividida en ciento treinta y cuatro capítulos, se ha devuelto á su verdadero autor en la edicion intitulada: *Exemplorum omnium Sacrosanctæ Scripturæ, liber absolutissimus, à Nicolao de Hanapis Gallo Remensi, ordinis Prædicatorum, patriarcha Hyerosolymitano;* Herbipoli, 1703, en 12.° El dominico Guillermo de Hanapes murió siendo patriarca de Jerusalen en 1291, y su libro de ejemplos es enteramente distinto de los dos tratados de Guillermo Perrault.— 3.ª *Sermones de Tempore.*— 4.ª *Sermones de Sanctis.* Estos sermones son en número de trescientos cuarenta y dos; fueron impresos entre las obras de Guillermo de Auvernia, obispo de París; pero Echard los reivindica en favor de Perrault, invocando los testimonios de Bernardo Guidonis, de Salanhac, de Lorenzo Pignon, de Luis de Valleoleti y la autoridad de las copias manuscritas más antiguas conservadas en Florencia, Venecia, Bélgica, y en 1719 en las bibliotecas de la Sorbona y del colegio de Navarra. Una sola, procedente de este último establecimiento, se encuentra en la Biblioteca imperial de Francia con el núm. 1729, y lleva el título de *Sermones Guillelmi Lugdunensis*. Los demás manuscritos citados por Echard designan al autor con las palabras *Lugdunensis* ó *de ordine Prædicatorum*, y áun con

el nombre de *Peraldi*; y algunos añaden *qui fecit Summam de vitiis et virtutibus*. Estas son tambien las noticias que nos ofrecen la mayor parte de las ediciones, la primera de las cuales se publicó en Estrasburgo, en 1487, en fólio, la segunda en París, en 1498, en 8.° Panzer no conoció la de Tubingen, y Echard hace mencion de las de Aviñon, en 1519, en 8.°; de Lyon, en la misma forma, en 1576 y 1586; de Colonia, en 4.°, en 1629 y 1632, sermones que fueron impresos bajo el nombre de Guillermo de Auvernia en París en 1638 en fólio, y en Orleans en 1674 en el segundo tomo en fólio de las obras de este prelado recogidas por Lefeson.— 5.ª *Liber de propietatibus rerum*. El historiador de los *Escritores de la órden de Sto. Domingo* no dice más que una palabra de este libro, que es de algun franciscano: *cujusdam sodalis ordinis Minorum*; y estas palabras en la pluma de Echard no se hallan destinadas probablemente á elogiar la obra. Brial, que se ocupó dos veces de ella en la *Historia literaria de Francia*, tampoco la elogió, pero se la atribuye á Guillermo Perrault. Los manuscritos son casi todos anónimos, y dejan por consecuencia en este punto una grande libertad de opinion y mucha incertidumbre. Lo que puede asegurarse es que una produccion semejante no bastaria para justificar el título de gran filósofo que se ha dado á Guillermo Perrault.— 6.ª *Super regulam sancti Benedicti*, ó *Expositio professionis quæ est in regula santi Benedicti*, ó *Tractatus de professione monachorum*. Este último título es el de un volúmen en 8.°, impreso sin fecha y sin nombre de lugar, pero procedente sin duda de las prensas de Juan Petit, en París, á últimos del siglo XV. El autor le intitula: *Guillelmus de Peraldo, conventus Lugdunensis, ordinis FF. Prædicatorum*. No ha sido designado siempre lo mismo en todos los manuscritos, que por otra parte parecen haber sido bastante numerosos, pues los habia en San German de los Prados, en San Victor, en la Sorbona y en la biblioteca de Colbert, etc. Este opúsculo, de 80 páginas, se halla dividido en tres partes: la una explica la fórmula de la profesion monástica; la otra expone los peligros de los votos temerarios, ó demasiado ligeramente pronunciados; y la última invita á llenar con celo y sin pereza las obligaciones que imponen. Estas tres secciones comprenden veintiseis capítulos, en los que se citan los textos de la *Biblia* ó de los Santos Padres en apoyo de cada maxima. —7.ª *De eruditione ó de institutione religiosorum*. Este tratado se ha impreso cinco veces bajo el nombre de Humberto de Romaus: en París en 1512, en Lovayna en 1575, en Lyon en 1581, en París en 1622, ediciones en 8.°, y en Lyon en 1677, en el tomo XXV de la *Bibliotheca maxima Patrum*. Pero el nombre de Guillermo de Perrault se leia en los manuscritos de Bolonia, de Inglaterra, de Poissy y de S. Victor. Se le descubrió tambien en un manuscrito de S. German de los Prados, aunque una mano moderna procuró reemplazarle con el nombre de Humberto. Otras

copias son anónimas, y hay una que atribuye esta obra á Sto. Tomás de Aquino. Bajo la fe de los antecesores, y por los testimonios de Bernardo Guidonis y de Lovanhac, los bibliógrafos modernos, Possevino, Oudin, Echard, etc., han reconocido á Perrault por el verdadero autor de esta obra. Se halla dividida en seis libros, que componen entre todos ciento doce capítulos distribuidos en veintitres secciones. El autor comienza por manifestar á los monjes cuán felices deben creerse por haber renunciado al mundo, y lo que tienen que hacer para no volver á pertenecer á él. Los explica despues la disciplina monástica y los fortifica contra las tentaciones. El libro IV los enseña á arreglar bien sus almas, y designa los desórdenes que pueden introducirse. Se trata en el libro V de la obediencia, de la union, de la caridad, de la deferencia, y de todos los deberes que deben llenarse para con el prójimo. Para afirmar á los religiosos en las virtudes de su estado, les habla en el último libro del descanso que hallan los justos en Dios y que se buscaria en vano en otra parte. — 8.° *De eruditione principum libri septem*. Otros dos tratados muy distintos, el uno bajo el título que se acaba de leer, y el otro intitulado *De regimine principum libri quatuor*, se hallan en el tomo XX de la edicion de las obras completas de Sto. Tomás de Aquino, publicada en Paris en 1660, declarando el editor que no las comprende en la coleccion de las obras del Santo más que por obediencia, *obedientiæ memor*, y manifiesta las contradicciones y errores groseros que contienen, que no se deben imputar al doctor angélico, pues se encuentran nombres de emperadores que no han reinado hasta despues de 1274, no solo el de Rodolfo de Habsbourg, elegido en Setiembre de 1273, sino los de sus sucesores, Adolfo de Nassau y Alberto de Austria, coronados el primero en 1292, y el segundo en 1298; es decir, tanto tiempo despues de la muerte de Sto Tomás y de Guillermo Perrault que es supérfluo probar con otras observaciones que no han escrito las dos últimas partes de este tratado. El segundo libro, que tiene diez y seis capítulos, no parece ser de Sto. Tomás hasta mediados del IV, y no está bien probado que sea autor del I. Pero ninguno de los cuatro se atribuye á Perrault, ni por Oudin, ni en la misma *Historia de los escritores de la órden de Predicadores*. Los siete libros *De eruditione principum*, son los que reivindica Echard para este autor, distinguiéndolos con cuidado de los cuatro libros *De Regimine*. El plan de los siete libros se halla indicado en el prólogo. «El autor, despues de las consideraciones generales sobre el estado de los príncipes, expondrá sus deberes para con Dios y la Iglesia para consigo mismo, para con sus consejeros y oficiales, sus hijos, sus súbditos y sus enemigos.» Este órden se sigue fielmente, y la obra es mucho más metódica que el tratado *De Regimine*. El primer libro se compone de reflexiones morales sobre el poder, la

nobleza, las riquezas, los honores y las vanidades de este mundo; falsos bienes, peligrosas ventajas, si el amor de la verdad, la clemencia y la piedad no regulan constantemente su empleo. Trata en el libro II de las cuatro virtudes religiosas, sin las cuales no se puede reinar bien ni sobre sí mismo, ni sobre los demás, que son la fe, la esperanza en medio de las adversidades, el temor de Dios y la caridad, es decir, el amor de Dios y del prójimo. Al comenzar el libro III advierte el autor á los príncipes que no se dejen distraer por el cuidado que tienen de los demás de lo que se deben á sí mismos. Es preciso que ántes de cada resolucion, de cada accion, examinen si es permitida, si no herirá ninguna conveniencia, *an liceat*, *an expediat*, *an deceat*. El poder tiene necesidad de honrarse, de afirmarse con costumbres puras, y de templarse con sentimientos profundos de humildad. Deduce diez y seis razones pàra practicar esta última virtud de las necesidades, las debilidades y las imperfecciones propias de la naturaleza humana, y que léjos de atenuarse en el seno de la prosperidad y de la grandeza, corren mucho riesgo de multiplicarse y agravarse. Acuérdese un rey de que es polvo, de que se convertirá en polvo, y que le fortalezca á cada instante el pensamiento de la muerte contra las tentaciones que le rodean. Los primeros capítulos del libro IV tratan de la eleccion de consejeros, y manifiestan al príncipe las desgracias á que se expone si se rodea de hombres perversos ó corrompidos, de esos, por ejemplo, que se dejan seducir con regalos. Inútil es decir que Guillermo Perrault condena con más severidad todavía la rapiña, amenaza á los malversadores con cuatro géneros de castigos, que son la pobreza, la esterilidad, una muerte prematura y la espada. Designa despues seis vicios principales, que dice ser familiares á los príncipes y á sus ministros: *De sex præcipue vitiis quæ in principibus et ministris eorum solent abundare*; son la astucia fraudulenta, *astutia vulpina*, la curiosidad, la arrogancia, la tiranía y la expoliacion de las iglesias. El décimo y último capítulo recomienda al príncipe la eleccion de un buen intendente de su casa. El libro V es el más extenso de todos. Ocupa una tercera parte de la obra, y se halla dividido en sesenta y seis capítulos, miéntras que los otros seis no tienen entre todos más que sesenta y nueve. Los asuntos que abraza se refieren á la educacion de los príncipes, su régimen doméstico, sus conversaciones, sus comidas, sus vestidos, sus estudios y sus matrimonios. A estos diferentes preceptos se mezclan algunos diversos elogios de las prácticas monásticas, en particular del silencio y de la castidad. El autor quiere tambien que las hijas de los grandes, sean instruidas y laboriosas: *quod valdè utile est filias nobilium... litteris imbui et semper aliquo opere occupari*. Los ocho capítulos del libro VI no explican los deberes del príncipe para con su pueblo, más que señalando los vicios que arrastran á infringirlos, á saber: la malicia, la in-

fidelidad, la injusticia, la ingratitud y el orgullo, vicios castigados por lo general y áun siempre por la penuria, la ignominia ó por la pérdida del poder, por el triunfo de algun nuevo opresor. Los doce capítulos del VII y último libro tienen por objeto los enemigos del Estado ó del príncipe; los ejércitos, los movimientos militares, y las horribles desgracias que produce la guerra y de que son responsables los que la emprenden por vanagloria ó por ira. Coloca al homicidio en el número de los crímenes que piden venganza delante del Señor: *Quæ clamare dicuntur ad Deum.* A la conclusion condena Guillermo como un género de homicidio la pena de muerte impuesta á los malhechores siempre que no hay una órden expresa de Dios, una ley divina que la exija; declara que si ha sido establecida ó pronunciada de otra manera, es decir, por la voluntad de los hombres ó en virtud de sus leyes, desagrada á su soberano Señor, que quiere la conversion del pecador y no su muerte. Esta obra es la mejor que ha dejado Guillermo Perrault. Puede elogiarse la claridad de su estilo, la sabiduría de sus máximas, la nobleza y la dulce franqueza de los sentimientos, el buen órden de los detalles. Ha sido necesario que hayamos presentado todas las subdivisiones que ofrece, porque quizá las materias se hallan demasiado amontonadas. Pero debemos hacer la observacion especial de que los consejos y los preceptos estan justificados con cuidado, casi siempre con textos, y algunas veces con hechos. Los textos estan, por lo general, sacados de la *Biblia*; los autores eclesiásticos, que han proporcionado algunos, son: Tertuliano, S. Cipriano, Orígenes, S. Basilio, S. Ambrosio, S. Juan Crisóstomo, S. Gerónimo, San Agustin más que ningun otro; Gregorio el *Grande*, Juan Damasceno, Hugo de S. Víctor y S. Bernardo. Perrault cita tambien, aunque no con tanta frecuencia, á los escritores profanos: Platon, Aristóteles, Terencio, Caton, Ciceron, Horacio, Macrobio y Boecio. Los sucesos que refiere estan en su mayor parte sacados del Antiguo y Nuevo Testamento, algunos de los anales de la Iglesia, un pequeño número de narraciones de la historia romana, en que figuran Jerjes, Dionisio de Siracusa, Sócrates, Alejandro, Augusto y Trajano. Estas diferentes citas pueden dar la medida de su saber. Por lo demás los ejemplos que ofrece á los príncipes son puramente morales y religiosos; pueden parecer triviales en la actualidad y no contienen ninguna teoría política. Sería seguramente imposible hallarles puntos de contacto con el *Espíritu de las leyes*. Es muy dudoso que Bossuet, al componer su *Política sagrada*, haya recurrido á los siete libros *De eruditione principum*. Solo Duguet entre los modernos podria haber hecho algun uso de ellos en su *Institucion de un príncipe*. Terminamos con estos siete libros la lista de las obras de Guillermo Perrault. Sería mucho más larga si se tomasen en cuenta todos los títulos que han sido citados por Leandro Alberto, Pignon, Tritemio y Al-

tamura: *De scientia*;— *Compendium contrà vitium proprietatis monachorum*; *Summa tribus voluminibus distributa de septem donis Spiritus Sancti*;—*De fide et legibus ac fide Sacramentorum*;—*Super libros IV Sententiarum*;— *Postillæ plures*;— *Opusculum de SS. Sacramento*;— *De principio scientiarum*;—*De natura relationis*;—*De unitate formæ*;—*De conscientiâ*;—*De prædicabilibus et prædicamentis*;— *In libros Aristotelis de ânima*; *de cœlo et mundo*; *de generatione et corruptione*; *de metaphisica*; *de logica*; *de grammatica*, etc. Echard prescinde con razon de todos estos artículos; los unos deberán pasar por supuestos miéntras su existencia no esté probada por ningun impreso ó manuscrito; los otros son obras de Guillermo de Auvernia, de Esteban de Belleville, de Sto. Tomás de Aquino, etc., ó fragmentos de la del mismo Guillermo Perrault. El sabio y juicioso Echard observa los errores cometidos por los bibliógrafos en dos sentidos opuestos, relativamente á este escritor: por una parte le han privado de casi todas sus verdaderas producciones; han atribuido su *Suma de vicios y de virtudes* á Guillermo de Broce, sus *Sermones* á Guillermo de Auvernia, su *Exposicion de la regla de S. Benito* á un tal Guillermo de Poitiers, su *Tratado de la profesion monástica* á Humberto de Romaus, y su obra *De eruditione principum* al doctor Angélico: por la otra le han hecho autor de libros que no le pertenecen, y le han conferido el título de obispo ó arzobispo que no obtuvo nunca. —S. B.

PERRE (Mlle. du), protestante, convertida al catolicismo en 1689 y cuyo elogio hace Dermais en su carta de 31 de Marzo del mismo año.

PERRECI, prior célebre en Charolais. Habia nacido este religioso para la vida contemplativa, y áun cuando experimentase contrariedades, á ella se dedicó lleno de fe y piedad y con ardiente deseo de ser útil á la religion católica. Establecida en el priorato de Charolais á fines del siglo XVII la reforma, sobre un plan aún más austero que el de nuestra señora de la Trapa y de Septfonds, el reformador, hermano de Mr. Berrier de la Ferriere, decano de los relatores y consejero de estado ordinario, fué el abate Berrier que vivia aún en 1734. Era Perreci consejero del Parlamento y arcediano de Brie en la iglesia de Paris, en la que tenia varios beneficios, cuando él los dejó todos, incluso su empleo, reservándose solo el priorato de Perreci para hacer en él penitencia por el resto de sus dias. Tomó el hábito de religioso, y la reforma que él estableció hizo grandes progresos. El prior de Perreci era conde y señor espiritual y temporal de aquel territorio, pero dependiente, sin embargo, del priorato de Charité en el mismo país.— C.

PERRENOT (Antonio), cardenal de Granvela, obispo de Arras y despues arzobispo de Malinas y de Besanzon; nació en esta última ciudad en el siglo XVI, siendo hijo de Nicolás, señor de Granvela, originario de una familia de la plebe, que se elevó por su talento á canciller, y amigo del em-

perador Cárlos V. Antonio Perrenot era de excelente capacidad natural, y fortificada por los conocimientos que adquirió en las más célebres academias de Europa; aprendió de su padre al propio tiempo la prudencia que requieren los negocios importantes, de tal suerte que habiendo sido llamado al ministerio, dió pronto á conocer al emperador, que merecia el rango y consideracion que se debia á los servicios hechos por su padre. Igualó á su padre en muchas cosas y le aventajó en elocuencia y vivacidad de entendimiento; pues que dictaba á la vez á cinco secretarios cartas en diversos idiomas, de los que poseia siete con la mayor perfeccion. Nombrado canónigo de Besanzon, no tardó en ser ascendido á obispo de Arras, y enviado al concilio de Trento cuando aún no contaba más que veinticuatro años, se distinguió en aquella asamblea por la fuerza de su elocuencia y lo contundente de sus razones. Carlos V se sirvió de él para las embajadas de Francia, Inglaterra y de otras naciones, pues le apreció tanto este soberano, que al despojarse del imperio, le recomendó eficazmente á su hijo el rey D. Felipe II. Logró Granvela insinuarse de tal modo en la amistad de este rey de España, que nada hacia en particular y de oficio sin consultárselo préviamente. Fué nombrado primer arzobispo de Malinas, y Pio IV le creó cardenal en 1561, dándole despues, en 1578, el obispado de Sabina. Nombrado por Felipe II primer consejero de Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos, llenó sus deberes tan á satisfaccion del Rey, que le llamó á su lado á España, mandándole poco despues al Franco Condado, despues á Roma, á la eleccion de Pio V, y por último á Nápoles en calidad de virey. Llamándole otra vez á Madrid Felipe II, le dejó encargado del gobierno de la monarquía cuando fué este soberano á tomar posesion de la corona de Portugal. A poco de ser nombrado este ministro arzobispo de Besanzon, murió en Madrid lleno de gloria, amado y sentido de su Rey, el 21 de setiembre de 1586, á la edad de setenta años. Su cuerpo fué llevado á Besanzon, en donde fué enterrado en la iglesia de los Carmelitas. No faltan autores que acusan sin razon al cardenal de Granvela de parte de los desórdenes de los Países Bajos, diciendo que era duro, ambicioso y porfiado; pero los que así hablan, y entre ellos el jesuita Estrada, le conocieron mal. Son tantos los que opinando de diversos modos han hablado del cardenal en sus obras, que remitiendo al curioso, ó al que necesite más noticias de él, al artículo de Moreri en su *Gran Diccionario Histórico*, que cita las obras y los autores, solo señalaremos aquí al benedictino Próspero Lebesque, de la congregacion de S. Vanne, que publicó en dos volúmenes en 12.°, en París, el año 1753, la obra titulada: *Memoires pour servir á l' histoire du cardinal de Granvelle, premier ministre de Philippe II, roi d'Espagne.* — B. C.

PERRIER (Santiago). Solo hallamos mencion de este religioso de la Orden

de Predicadores, en la obra de los *Lioneses dignos de memoria*, como hijo que fué de este país; pero nada nos dice de su nacimiento, historia y muerte sino que se hace honrosa mencion de él en el epitafio de su compañero el dominico Juan Maheu, sabio articulista lionés que murió en Lion en 1577 y que fué enterrado en el convento de Dominicos de dicha ciudad. — C.

PERRIMEZZI (José María). Este religioso italiano de la Orden de Mínimos, ó sea de S. Francisco de Paula, fué sucesivamente provincial de su Orden en Italia, consultor del Santo Oficio y de la Congregacion del Indice, y en fin, obispo de Ravallo y de Scala. En 1701 se imprimieron sus *Cartas morales* en italiano, y en 1707 su obra *Vita sancti Francisci de Paula, Minimorum Ordinis institutoris, etc.*; Roma, dos volúmenes en 4.° El primer volúmen contiene la vida de S. Francisco de Paula, con un discurso sobre el autor de esta vida que el P. Perrimezzi cree ser Lorenzo de Clario, discípulo del Santo. En el segundo tomo se publican quince disertaciones acerca de la patria, nacimiento, familia, estudios, edad y milagros del mismo Santo y sobre algunos hechos concernientes á su Orden. El mismo Perrimezzi habia compuesto una vida de este santo fundador, pero al volver de Sicilia, sufriendo una horrible tempestad, fué arrojada al mar en el cofre que contenia todo su equipaje. Cítase tambien á este religioso en la obra titulada: *In sacram de Deo scientiam Dissertationes selectæ, historicæ, dogmaticæ et scholasticæ, in quatuor partes divisæ*; en fólio.— *Della vita del Padre Antonio Torres, preposito generale de PP. Pii operari, lib. IV*, 1733, en 4.° Se ignora el año del fallecimiento de este religioso. — C.

PERRIN (Cárlos José), jesuita. Nació en París en 1690 y murió en Lieja en 1767. Despues de la supresion de la Compañía, el arzobispo de París le dió un asilo en su palacio. Era Perrin un religioso, que edificaba tanto por la regularidad de su conducta, como interesaba por la dulzura de costumbres. Su celo por su extinguida Compañía pudo serle funesto. Predicó con buen éxito en las ciudades más notables de Francia, y en particular en la capital. Sus *Sermones* se publicaron en Lieja, 1768, cuatro volúmenes en 12.° Son de un estilo fácil, aunque incorrecto algunas veces, y contienen razonamientos llenos de fuerza y solidez, y un patético mezclado de uncion y de imágenes vivas y tiernas. — S. B.

PERRIN (Francisco), jesuita. Nació en Rhodez en 1636; fué profesor de teología en la universidad de Tolosa y despues en la de Estrasburgo. Murió en Tolosa el 14 de Diciembre de 1716, dejando un *Manual de Teología*, París, 1714, dos volúmenes en 8.°— S. B.

PERRIN (J. C. de), antiguo misionero de las Indias, canónigo honorario de las misiones de Bourges. Escribió: *El Tesoro del fiel, ó Manual de piedad, etc.* París, Antonio Bouvier, 1807, en 18.°, ó Versalles, Ethienne, 1811,

en 12.° La primera edicion es anónima.—*Viaje al Indostan* ; París, 1807, dos volúmenes en 8.° de 320 y 347 páginas.—S. B.

PERRINUS (Fr. Juan Perrin), franciscano francés, natural de la provincia de París , en cuya universidad siguió su carrera y estudios , distinguiéndose por su aplicacion y talentos hasta el extremo de que era mirado como un oráculo , no solo por sus condiscípulos , sino tambien por sus mismos maestros , á los que en más de una ocasion sustituyó en las cátedras , sin que se echase de ver el vacío que no podia ménos de dejar su adquirida experiencia. Vasto era el porvenir que se ofrecia en lontananza á Juan Perrin, cuando terminados sus estudios tomó el grado de doctor por la universidad de París con toda la solemnidad que en aquella época se acostumbraba. Brindábale , por una parte , el profesorado con una larga série de triunfos y una existencia tan tranquila como segura y próxima quizá á puestos más elevados; por otra , todas las carreras como que le abrian sus puertas y le encaminaban por término de sus fatigas y penalidades á los más altos cargos del Estado. Empero , más modesto , y sobre todo más piadoso Juan Perrin , que habia sido educado en los santos principios de la religion cristiana, solo ambicionaba el abandonar el mundo y entregarse en el fondo de un claustro á las prácticas de la austera virtud , de que ya habia dado más de un ejemplo y estaba llamado á dar otros muchos en lo sucesivo. No vaciló por lo tanto en tomar el hábito en la Orden Seráfica del patriarca San Francisco , y desde aquel momento , olvidando su ciencia y saber, solo quiso consagrarse á la de amar á Dios y servirle , en que no tardó en hacer rápidos progresos. Las crónicas de su religion no le califican con ninguno de esos títulos reservados á la virtud acrisolada ; empero aseguran que dió pasos muy avanzados en el camino de la perfeccion y fué un modelo de obediencia , observancia de su regla , humildad y demás cualidades que deben distinguir á todo buen religioso. Su muerte fué por lo tanto muy sentida , y venerada su memoria por sus hermanos. Escribió una obra que existe todavía con el título *De dispensatione Ordinis Minorum convent.* ; 1495. —S. B.

PERROCHEL (Enrique de). Nació este belicoso canónigo en Maine en 1750. Dedicado á las armas en su juventud, fué oficial de caballería; pero disgustado de esta profesion y sintiéndose llamado al servicio de Dios en milicia más pacífica , se ordenó de sacerdote , para lo cual tenia suficientes estudios. Muy aficionado á viajar, recorrió muchos paises, y en especial Inglaterra y Suiza. Nombrado vicario general y canónigo de Angers, sirvió poco estos destinos , porque la revolucion le proporcionó otros que fueron más de su gusto. Dice un autor que se precipitó con tal ardor en el partido de la revolucion , que hizo como simple voluntario la campaña de 1792, encontrándose en la batalla de Jemmapes. A su vuelta á Angers en 1793 , fué

nombrado capitan en el regimiento 19 de caballería que formó esta ciudad, y con este cuerpo hizo una de las primeras campañas contra la Vendée; pero habiendo sido gravemente herido en la accion de Martigné, abandonó el servicio militar. Instalado el gobierno del Directorio, el director Larévelliére-Lépaux, que le habia conocido en Angers y que se habia unido á él al principio de la revolucion, hizo se nombrase á Perrochel en 1795 encargado de negocios en Suecia, cuyo destino sirvió hasta fin de 1796. Perrochel acompañó á Madrid, como primer secretario de embajada, al almirante Truguet, que vino á reemplazar á Perignon despues de la jornada del 18 de Octubre, y quedó de encargado de negocios desde el mes de Mayo de 1798 hasta la llegada de Guillemardet, sucesor de Truguet. El 2 de Setiembre del mismo fué nombrado ministro plenipotenciario en Suiza, y en esta embajada firmó en Lucerna el 30 de Noviembre con el ministro de negocios extranjeros de la república Helvética, M. Begos, un convenio para la formacion de un cuerpo auxiliar de tropas suizas á sueldo de Francia, que fué el acto más importante de su corta mision. La revolucion del 18 de Junio de 1799, que lanzó del Directorio á Merlin, Treilhand y Larévelliére-Lépaux, puso en desgracia á Perrochel; y retirándose á su casa, vivió en la oscuridad hasta el año 1810 en que murió, sin que se diga si volvió á seguir las funciones de canónigo.— C.

PERROTTE (Miguel), y su hija Pasqueta, protestantes ambos de Caen, convertidos hácia 1630 con otros seiscientos por Veron, uno de los controversistas más famosos de aquel siglo.—S. B.

PERRUCARD (Luisa Blanca Teresa), fundadora de las Bernardinas reformadas. Nació en 1561 en el castillo de Vanchi, en Saboya, de una familia tan noble como antigua. Llevada por sus padres á la edad de siete años al monasterio de Sta. Catalina-sur-Annecy, donde era abadesa una próxima parienta suya, profesó á los diez y seis y emprendió la reforma en 1622 en Rumilly, bajo la direccion de S. Francisco de Sales, que tambien era pariente suyo. La nueva reforma tomó desde su orígen el nombre de *Hermanas de la Providencia*, aunque generalmente se las conoce en los países donde existen con el de *Religiosas Bernardinas Reformadas.* La Madre Luisa estableció sucesivamente su reforma en Grenoble, en S. Juan de Maurienne, en la Roche, en Leyssel, en Viena y en Lion. Las Bernardinas de Marsella y de Tolon la siguieron tambien desde un principio, y la Madre Luisa obtuvo en 1628 un breve de Clemente VIII para segregar su Orden de la jurisdiccion del abad del Cister y ponerla bajo la de los ordinarios de los lugares donde residiesen sus religiosas. Las constituciones que hizo para su nueva religion fueron aprobadas en Roma en 1631; pero la Madre Pinzonas, á quien habia enviado á Paris para establecer en esta capital la reforma, publicó poste-

riormente otras nuevas bastante diferentes de las primitivas. Para obtener su aprobacion, supuso que la Madre Luisa era una mujer ambiciosa é inquieta, cuyos deseos no eran otros que llegar á ser nombrada superiora de toda la Orden. Protestó ésta enérgicamente, pero muchos de los nuevos establecimientos se decidieron en favor de las constituciones de la Madre Pinzona, de lo que resultó un cisma. Las religiosas de Rumilly depusieron á la Madre Luisa del cargo de superiora; pero las de Marsella la nombraron abadesa. Llamada á Saboya por el obispo de Ginebra, continuó en aquel país sus fundaciones hasta su muerte, ocurrida en 14 de Diciembre de 1668 en el monasterio de Leynel. Al buen olor de santidad que habian respirado siempre sus virtudes, debió el que se publicase su *Vida* al frente de sus *Obras de piedad* que imprimió el P. Grossi del Oratorio, en 1700, en un tomo en 8.º—S. B.

PERSEVERANDA (Santa), virgen de Poitiers. Los agiólogos españoles la incluyen en nuestro calendario en 26 de Junio. —S. B.

PERSICINO Rosa (V.), sacerdote que habitaba en la iglesia de S. Gerónimo de Roma. Confesaba con él S. Felipe Neri desde que era seglar, y le fiaba lo íntimo de sus afectos. Verdaderamente debia ser grande la virtud de Persiano cuando fué maestro de tan grande santo. Fundó, en union con San Felipe Neri, el hospital de la Trinidad de Puente Sixto para peregrinos y enfermos, en el año de 1548, de cuya fundacion se siguió tanta gloria á Dios como bien á las almas. Abrazó el estado clerical y se ordenó de sacerdote el Santo por consejo y direccion de su venerable confesor, que se lo mandó inspirado del cielo, como tambien que se dedicase al confesonario; precepto y obediencia que tuvieron los mejores resultados: despues de una vida empleada en santas obras llegó á la muerte, y envidioso el demonio de que hubiese sido S. Felipe el que habia dado tantas almas á Dios por su consejo, determinó hacer doblada guerra para mostrar en aquel trance el odio grande que con él tenia. Fué combatido tan fieramente, que sintiéndose en sumo trabajo, decia á grandes voces: *Tu judica me, Domine, tu discerne causam meam.* Repetia muchas veces estas palabras, sentábase en la cama con notable desasosiego, haciase la señal de la cruz, echábase unas veces á un lado y otras á otro. Entrando en esto á visitarle S. Felipe y oyéndole exclamar: *Ruégoos, señores, que echeis fuera del aposento aquel negro y fiero perro que viene á despedazarme*; conoció la causa de sus fatigas, hizo oracion fervorosa por él con todos los circunstantes, esparció agua bendita, y al punto el enfermo dijo gritando: *Bendito sea Dios, dóile gracias porque el perro se va.* Con lo cual al dia siguiente, alegre y quieto, fué á gozar del premio de sus buenas obras.—S. B.

PERSIS ó Persides, dama romana, á quien saluda S. Pablo en la epis-

tola á los romanos, y á quien llama su querida hermana. La dice que ha trabajado mucho y trabaja todavía por el Señor. Ignóranse las demás circunstancias de su vida, y tampoco se sabe que sea honrada por ninguna Iglesia, lo que dice Calmet que es bastante extraño. — S. B.

PERSONA (Cristóbal). Este religioso Guillelmita nació en Roma y fué prior del convento de Sta. Balbina, sobre el monte Aventino, en el siglo XV. Hizo un viaje á Oriente para aprender la lengua griega, y á su vuelta tradujo en latin á Agathias, Procopio, los libros de Orígenes contra Celso, veinticinco homilías de S. Crisóstomo, algunos tratados de S. Atanasio y otros de Teofilacto. El papa Inocencio VIII le nombró en 1484 prefecto de la biblioteca del Vaticano con Barthelemi y Manfredo de Batinoro. Las traducciones que hizo del griego y del latin son poco estimadas, ya porque su capacidad en este género no fuese tan extensa como han pretendido los que le han elogiado, ya porque le faltasen los auxilios necesarios para perfeccionarlas más. Segun Paulo José en su *Elogio*, Gesner en su *Biblioteca*, y Bayle en el *Diccionario crítico*, Persona murió de peste en Roma el año de 1486. — C.

PERSONA (Gobelinus), historiador aleman, que nació en Westfalia en 1358 y floreció en los siglos XIV y XV. Estando muy atrasadas las letras en Alemania pasó á Italia, en donde empezaban á renacer, y deteniéndose algun tiempo en Roma, á su mérito se abrieron las puertas de los más poderosos. Ordenado sacerdote en 1386, tres años despues fué nombrado rector de la capilla de la Santísima Trinidad, en Paderborn. Dejó este beneficio á la edad de treinta y un años, en que fué nombrado cura del palacio de la misma ciudad. Haciendo los magistrados en 1405 ordenanzas que creyó contrarias á la constitucion de los Papas y á los edictos de los Emperadores, predicó en contra con tanta energía, que se hizo muchos enemigos, y á fin de dejarles libre el campo, renunció á este beneficio. Dándole órden Guillermo, obispo de esta ciudad, de reformar los Benedictinos, estuvo á pique de ser envenenado, lo que le obligó á marcharse á Bilfede, ciudad de la diócesis de Paderborn. Fué dean de Sta. María de la misma ciudad; y por último se hizo monje en Bodecken. No se sabe cuando murió, pero vivia áun en 1418, en cuyo tiempo tenia sesenta años de edad. Sábese de Persona que fué sumamente laborioso, y como conocia bien las obras de S. Agustin y de S. Isidoro, les imitó mucho en la manera de hablar y de escribir. Compuso una obra titulada *Cosmodromium*, cuya historia empezó hácia el año 1389, terminando con los sucesos de 1418, la cual publicó Enrique Mehibomius en 1599, en Franfort, habiéndose reimpreso en Helmstad en 1688 por el nieto del primer editor en su *Coleccion de los Historiadores de Alemania*. Compuso tambien Persona la *Vida de S. Mainulfo*, arcediano de Paderborn, la cual publicó en 1616 el P. Brower. Fué muy estimado este escritor del em-

perador Segismundo, y murió hácia el año 1420, segun Vossius y Le Mire. — A. C.

PERSONS (Roberto). Este jesuita es tambien conocido con el nombre de Personius. Nació en Sommerset, de Inglaterra, en donde se hizo admirar por su celo por la defensa y propagacion de la Iglesia católica. Escribió diversas obras de controversia, y murió el año de 1610 en Roma. Su tumba y elogio fúnebre se ostenta en la iglesia que tienen en Roma los ingleses. El P. Persons enseñó en los conventos de la Compañía de Jesus de Sevilla, Valladolid y Cádiz, en el de Lisboa, en Douay, en Saint-Omer y en Roma. Escribió diferentes piezas piadosas de mérito, que le hubieran podido elevar á las dignidades, si su extraordinaria humildad no le hubiera hecho rechazar siempre todo lo que pudiera engrandecer su persona, como lo sienten Rivadeneira y Alegambe en su *Biblioteca de los escritores jesuitas.* — C.

PERTELLE (Antonio de la), protestante convertido hácia 1530 por el célebre Veron.

PERTIERRA (D. Lázaro Garcia), canónigo, dignidad de chantre y gobernador eclesiástico, sede vacante de la diócesis de Céuta. Este distinguido eclesiástico, notable por más de un concepto, es uno de esos cuyo nombre recuerda siempre con satisfaccion la historia, porque parecen nacidos para gloria y honor de sus semejantes. Poco diremos de su carrera y estudios que siguió con aprovechamiento, y haciéndose acreedor á las mejores notas y posteriores ascensos. Aún no habia salido de la universidad, cuando habia recibido ya las órdenes sagradas, y dispuéstose á entrar en la sagrada del sacerdocio. Inútil es decir cómo desempeñó sus elevadas funciones: en extremo modesto, amable y caritativo volaba siempre al socorro de los pobres, no abandonaba nunca el lecho del enfermo, y era en fin un modelo de piedad y religion. El púlpito y el confesonario llenaban las horas que le dejaban libres sus demás ocupaciones, y en estas santas tareas recogió con frecuencia abundante fruto, viendo sus trabajos coronados con la conversion de un pecador endurecido, de una familia salvada del borde del precipicio en que se encontraba próxima á perecer, de la paz establecida en el seno de un matrimonio dividido por la discordia, de una oveja descarriada vuelta en fin al redil paterno. Mas como si no fuesen suficientes estos trabajos, el Sr. Pertierra emprendió otros todavía mucho más gloriosos en beneficio de la humanidad. Llevado á Céuta á ejercer las más elevadas funciones eclesiásticas, se propuso establecer en aquel presidio las bases de la sólida piedad y de la virtud, únicas en que puede esperar su ventura el hombre sobre la tierra. Hizo que se celebrasen en aquella pequeña diócesis contínuas pláticas y conferencias para atraer al buen camino á los penados; procuró que no careciesen del necesario pasto espiritual, que se les enseña-

se continuamente las verdades de la fe y que se les instruyese de manera que fuesen útiles á la sociedad el dia que volviesen á su seno. Sin duda lo consiguió en más de una ocasion, y así pudo morir tranquilo en 24 de Enero de 1831, aunque llorado de sus amigos y de los pobres. — S. B.

PERTUSA (Fr. Francisco). Este religioso de la Orden de S. Gerónimo no tiene más historia que su *Memorial* citado por Amat al hablar de él entre sus escritores catalanes, á pesar de que le tiene por valenciano, y nosotros le creemos aragonés, de la provincia de Huesca, en cuyo término se halla la antigua villa de Pertusa bañada por el rio Alcanadre, que lame los muros de su gótica antigua colegiata, y de la cual se deriva el apellido de Pertusa. No sabiéndose más que lo que dice su *Memorial* de este religioso, haremos lo propio que hizo Amat, que fué dar noticia de este notable manuscrito, que en 204 fólios se conservaba en pergamino en la biblioteca de los Gerónimos de la Murta. El manuscrito empieza asi: *En nom de Deu sia e de la Verge Maria. Amen.—Prolech en lo cual se conté breument ço lo que trachte lo present Memorial. — Per ço com ten que les rahons escampades per diversos libres que Deu per gratia sua, é mitjansant mon continuat treball ma donadas á trobar sobre la declaraciaó ó probació dels articlechs de la santa fe cristiana é católica, nom hisquem de la memoria ó los llochs hou son posades. Per tal, á laor é gloria de nostre Senyor Deu Jesu-Crist, é de la sua Mare Verge gloriosa Senyora é advocada nostra, madona Santa María y á consolació del meu esperit. — Yo Francesch de Pertusa, iatsia indigne servent de Jesu-Crist, les he replegadas totes en lo present Memorial. E per so que pus facilment hipuga trobar las materias que voldré he de partit aquell etc.* — Y concluye la obra: *Fuit scriptus liber iste in monasterio isto dicto Sancti Hieronimi de Bethelem, alias de la Murta, et fuit... die Novembris sabbato primo de adventu anno Domini MD. V. Deo gratias.* Por la fecha del manuscrito vemos que el P. Pertusa pertenece al siglo XVI, de suerte que debió nacer en el anterior. — A. C.

PERTUSATI (Conde Francisco). Nació en Milan el 9 de Mayo de 1741; era hijo de un senador; cuando la invasion de Italia por los franceses en 1796, fué conducido á Pavía y despues á Niza, donde sufrió un destierro de algunos meses. Obligado á huir en 1799 para sustraerse á nuevas persecuciones, se refugió desde luego en Pádua, y despues en Venecia, de donde no pudo regresar al seno de su familia hasta despues del establecimiento del reino de Italia. Vivió allí bajo una vigilancia especial hasta el momento en que los austriacos volvieron á la Lombardia. Murió en Milan el 22 de Mayo de 1823. Su adhesion á los principios religiosos no se desmintió ni un instante. Educado por los jesuitas, de los que habia llevado durante algun tiempo el hábito, les quedó constantemente unido, y vió con alegria el restablecimiento

de su instituto. Si no obtuvo grande esplendor durante su vida, supo hacerse útil con obras de caridad y contribuyó especialmente á la propagacion de los buenos libros, de los que tradujo por sí mismo un gran número al italiano, entre los que citaremos: 1.° *El consuelo del cristiano*, del P. Roissard. — 2.° *Circunstancias de la muerte de Voltaire.* — 3.° *Pensamientos cristianos sacados del tesoro del cristiano*, por el abad Champion de Pontalié.— 4.° *Soliloquios piadosos sobre los sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo*, por el P. Compans. — 5.° *El Mentor de los niños*, del abate Reyre. — 6.° *La verdad defendida y probada por hechos contra las calumnias antiguas y modernas*; Regio, 1819. Esta obra es una apología de la Compañía de Jesus, escrita por el jesuita Rosaven. —7.° *Ejercicios para la comunion* del P. Griffet. —8.ª *El cristiano católico firmemente adherido á la religion.* —S. B.

PERTUSIO (Fr. Lorenzo de), franciscano francés, natural de París, donde tomó el hábito, distinguiéndose desde luego por sus virtudes y conocimientos. Fué uno de los personajes más conocidos de su época en que prestó grandes servicios á su religion, de la que obtuvo en premio los más elevados cargos. Terminada su carrera, fué nombrado teólogo de su provincia, que era la de S. Luis, difícil puesto en una sazon en que tanto abundaban los conocimientos en este ramo del saber humano, y en un país como Francia, que era sin disputa uno de los más adelantados en esta ciencia. Pertusio, sin embargo, ocupó su puesto con dignidad y buen éxito, aumentando el esplendor de su Orden, al mismo tiempo que acrecia en mucho su reputacion. Agradecida aquella á sus buenos oficios, no tardó en nombrarle definidor de su provincia, destino en que brilló doblemente el talento y el saber de Pertusio, que parecia llamado para ocupar tan elevados cargos. No olvidaba en ellos, á pesar de todo, su carácter religioso, y se le veia unir la humildad y modestia más profunda con el saber y las cualidades más apreciables y extraordinarias. No faltaba á ninguna de las prácticas de su regla, y al mismo tiempo que cuidaba de su observancia como prelado, se esmeraba en cumplirlas y en ser el primero en dar el ejemplo á sus religiosos. Era de consiguiente amado tanto ó más que respetado, y sus súbditos veian en él un padre, un amigo y bienhechor que les ayudaba en todas sus dificultades y no vacilaba en sacarlos adelante en todos sus apuros. Tantos méritos no tardaron en ser dignamente recompensados, y en los últimos años de su vida fue elevado a ministro provincial de su Orden en Francia, puesto de los primeros de su religion y en que continuó manifestando su prudencia y conocimientos, que elogian con repetidos encomios todos los cronistas de su Orden. Quizá le esperaba por término de su carrera el generalato, cuando le sorprendió la muerte en edad no muy avanzada, con general sentimiento de su religion que lloró su pérdida como una de las mayores que

pudiera tener en aquella época. Del P. Pertusio se conocen diferentes obras, pero solo ha llegado hasta nosotros la citada por las bibliotecas Franciscana y Capuchina con el título de *Vida del V. Siervo de Dios Fr. Bernardo de Corleon, capuchino*; París, 1684. —S. B.

PERUGIA (B. Cristóbal), religioso franciscano célebre en las crónicas de su Orden por sus virtudes y milagros. Nació en la ciudad de Perusa de una antigua é ilustre familia, mas no tardó en abandonar las grandezas humanas y la fortuna que le brindaban sus buenos antecedentes por retirarse al claustro y vivir entregado á la oracion y contemplacion en que brilló en su época, haciéndose admirar por propios y extraños. Léjos de la vana ambicion que arrastra á ilícitos recursos para saciar esta, la más criminal de todas las pasiones, Cristóbal hubiera vivido tranquilo en el fondo de su monasterio, si las agitaciones de los partidos y de una guerra, que no tardó en conmover á toda la Italia, no le hubiesen obligado á tomar parte activa en acontecimientos de que no tardó en ser el principal actor para bien de la humanidad y gloria de su Orden. Abrasada la península que un dia habia dominado á la Europa por los intereses de señores que mandaban á su vez en aquel país, Cristóbal vió arder á su patria en el fuego de enconadas pasiones, combatir hermanos con hermanos unidos á extranjeros que eran entónces encarnizados enemigos, y que despues del combate no vacilarian en aliarse para repartirse por presa el territorio de los que con tanto empeño los auxiliaban á la sazon. Cristóbal vuela entónces á la plaza pública, reune á sus paisanos, los arenga y les pinta su situacion, animándolos á olvidar pasadas discordias y combatir al enemigo comun, que era el extranjero armado para apoderarse de sus hogares. Escuchado con benevolencia al principio, llamado á tomar parte en los consejos de los poderosos, no vacila en continuar sosteniendo su antigua idea que era su favorita bandera, y la que esperaba ver proclamada y defendida por el pueblo. Engañóse empero en sus proyectos, pues ganados por el oro los principales habitantes de su patria, decidieron continuar al lado del extranjero, á cuyas órdenes habian hasta entónces peleado, y seguir haciendo la guerra á sus mismos compatriotas y amigos. Ni los discursos, ni los ruegos, ni el llanto; nada bastó á Cristóbal para separar á los perusinos del camino en que se hallaban empeñados, y que como habia predicho, no tardó en ser el de su perdicion y ruina. Tomada y saqueda la ciudad, presa de todos los horrores y estragos de una guerra civil y extranjera, acudieron entónces los de Perusa á buscar á su compatriota para que los librase de la última de las desgracias, la de ver incendiada su ciudad y arrebatado para siempre el honor de sus hijas. Ardiendo en deseos de contribuir al bien de sus hermanos, vuela el siervo de Dios al campamento enemigo, donde se ve ajado, injuriado, maltratado y

expuesto tal vez á perder la libertad y la vida. Consigue, sin embargo, hablar con los jefes y logra una honrosa capitulacion para Perusa, si bien mediante una gruesa suma de dinero. Vuelve entónces á su ciudad, á aquella desolada patria que tantas lágrimas le costaba, y aunque ve aprobado lo que habia hecho, tiene que pasar por la amargura de que se le trate con desden y áun de que se suponga que su conocido é inveterado horror hácia los extranjeros ha sido causa de la dureza de las proposiciones que han impuesto estos á una ciudad á que realmente no quedaba ya más recurso que sucumbir. Superior, sin embargo, á estas miserias, Cristóbal continúa sacrificándose por su patria hasta el último de sus dias, cuando no son ya los enemigos extranjeros, ni tampoco los de su mismo país, los que le hacen estar alerta para combatirlos con toda la fuerza de la palabra de que habia dotado Dios á su alma privilegiada; con los enemigos de la religion, los herejes y sectarios que con frívolos pretextos y proclamando abusos y quejas que solo existen en sus agriados corazones, en sus perdidas esperanzas ó desgraciadas pretensiones, vienen á turbar las verdades inconcusas de la fe, á enturbiar las puras fuentes del cristianismo, fingiendo absurdas ó ridículas fábulas ó renovando las antiguas y desacreditadas en siglos anteriores. Cristóbal se levanta como un gigante para combatirlos, opone á sus astutas y tortuosas marchas la franqueza y la fuerza del leon, y no tarda en vencerlos y obligarlos á confesar sus maliciosos errores. Pero no todos los triunfos de este siervo de Dios deben atribuirse á solo la eficacia de su palabra, la vasta extension de sus miras y su actividad é inteligencia; no, en Cristóbal Perusa hay algo más que las pobres y débiles cualidades humanas, falseadas desde su orígen por la corrupcion y la mentira; en Cristóbal Perusa se halla el don de la divina gracia que le conduce por sus inexplicables caminos á triunfar de todos sus amigos, á reducirlos á la confusion y á la ignominiosa fuga cuando no quieren confesar la vergüenza de su derrota. Así es que toda su vida, que fué tan larga como gloriosa, puede ser mirada como un manantial de sacrificios y esfuerzos hechos en beneficio de la humanidad; sacrificios y esfuerzos que no tardaron en recibir el digno premio, que no era ciertamente en este mundo donde le esperaba Perugia, conocia demasiado á los hombres para comprender lo que podia aguardar de ellos, fundaba todas sus esperanzas en una eterna é imperecedera vida, la que no habia de tardar en conseguir y para la que con mayor fervor se iba desde su primera juventud constantemente preparando. Jamás, ni en medio de los horrores de la guerra, ni cuando se hallaba en lo más fuerte y animado de sus controversias con los herejes, olvidó la oracion, arma con que siempre se preparaba para luchar con todos sus enemigos, bálsamo que le devolvia la paz y tranquilidad que habia perdido en la agitacion de las contiendas, an-

tídoto contra todas las heridas que podia hacerle la mala fe ó la calumnia de sus adversarios, consuelo en fin de sus desgracias y freno para recordarle su pequeñez en medio de las mayores victorias: á la oracion recurrió pues con más fervor que nunca en los últimos años de su vida, con ella se preparó para la muerte y de ella sacó fuerzas para sufrir una larga y penosa enfermedad, en que manifestó su fe y confianza en la Providencia y la grandeza de sus miras y corazon, falleciendo al fin en su patria en 1432, dejando fama de santo en su Orden, que le celebra en 24 de Setiembre.— S. B.

PERUGGIA (B. Francisca), religiosa de la Orden Seráfica, natural de la ciudad que indica su apellido é ilustre por sus virtudes y santidad. Oraba siempre en todas partes y en todos lugares, y no se dedicaba á otro ejercicio que al de consagrar su alma á su esposo Jesucristo, de quien recibia muchos consuelos y era honrada con gran número de revelaciones. Manifestóla un ángel el dia y hora de su muerte, y descansó en el Señor en 1468, siendo sepultada en el monasterio de Santa Lucia de Fulgino. La Orden Franciscana recuerda su vida y virtudes en 25 de Agosto. — S. B.

PERUGGIA (B. Juan de), religioso franciscano de la provincia de Toscana, de la que fué vicario provincial ántes de que se reuniese en 1390 á la provincia de S. Francisco. Tuvo singular devocion á la Santísima Vírgen Maria, la que se le apareció en sus grandes desgracias; consolándole y animándole á seguir en el camino que habia comenzado. Murió lleno de méritos en el convento de Mugello, no siendo dudoso que fué escrito su nombre en el libro de la vida por sus virtudes y puras costumbres, además de que segun el Martirologio Franciscano, consta por revelacion del B. Francisco Papiense que dijo haber visto su alma en el cielo gozando de la bienaventuranza eterna. La Orden Seráfica recuerda sus méritos en 24 de Noviembre. S. B.

PERUGGIA (B. Nicolás), religioso franciscano natural de Bolonia, y de una de sus más antiguas y distinguidas familias. Siguió con aprovechamiento la carrera de la jurisprudencia, con cuyo motivo tuvo ocasion de coconocer al B. Bernardo de Quintavalle, de la Orden Seráfica, á quien prestó diferentes servicios que recordó este bienaventurado, no sin aprecio y estimacion. Tambien se ocupó de la fundacion de diferentes monasterios para esta Orden en los años del 1213 y 1219 hasta que tomó últimamente el hábito de manos del mismo seráfico patriarca S. Francisco de Asis, de quien fué uno de los más apreciados compañeros. Despues de una santa y piadosa vida entregó su espíritu al Señor el dia 1.° de Mayo de 1229. Hizo diferentes milagros y fué sepultado en el monasterio de San Bernardino de religiosas clarisas, que habia sido anteriormente de menores bajo la advocacion

de Santa María de Puliolis. En su sepulcro se lee la siguiente inscripcion:

Nicolaus primus nomine,
Cæco lumen obtinuit;
Et mortuis restituit
Vitam, devotis precibus.

S. B.

PERUSA (Fr. Andrés de). Uno de los siete religiosos franciscanos que envió Clemente V en 1307 á la Tartaria, despues de haberlos consagrado obispos, donde trabajaron con infatigable celo en la conversion de los tártaros. Andrés dice en una carta, que habia establecido su silla en Caeton, ciudad distante cerca de tres semanas de camino de Cambelú, y que allí se sostenia de la pension llamada *Alafa* ó limosna imperial, la que se le pagaba de órden del Gran Khan: que los tártaros permitian en su pais el ejercicio de todas las religiones, creyendo que cada uno puede salvarse en la suya, y concluye refiriendo el martirio que habian padecido cuatro franciscanos en Tarma, en la India, en 1.° de Abril de 1322. Ignórase la época de la muerte de Perusa.—S. B.

PERUSA (Angel), natural de la ciudad que indica su apellido, donde nació durante el pontificado de Nicolao IV hácia el año 1290. Desde su más tierna infancia no manifestó otras inclinaciones que las que tienden hácia la piedad y religion. Su bello natural, la pureza y la inocencia de sus costumbres y la elevacion casi contínua de su espíritu hácia las cosas del cielo, le merecieron el nombre de *Angel*, que se le habia dado ya en el bautismo. Pero lo que hace más honor á su fidelidad, á la gracia de que se hallaba prevenido, es que su virtud no se desmintió nunca. Era las delicias y la esperanza de su familia, y no obtenia ménos admiracion del público, cuando á la edad de trece años abrazó el instituto de PP. Dominicos en el convento de Perusa, miéntras el papa Benedicto XI ocupaba la cátedra de S. Pedro. Sostenido por el fervor de su espíritu, no pareció á Angel nada difícil en la exacta observancia de la regla. Así se le vió marchar siempre de virtud en virtud, y ser cada dia más penitente, más interior, más celoso por la observancia regular, y más aplicado á todo lo que podia ponerle en estado de trabajar con fruto en la salvacion del prójimo y en la edificacion de la Iglesia. Cuando hubo acabado sus estudios de teología y pasado algunos años en la meditacion de los libros santos, se le encargó sucesivamente del empleo de profesor y del de predicador. Desempeñó el primero en muchos conventos de la provincia Romana, y en el segundo, en las ciudades más célebres de Italia. Ambos dieron á conocer que sus talentos no tenian nada de

mediano, pero fué principalmente en el ministerio apostólico donde los empleó con resultado para la salvacion de las almas. Se asegura que se sirvió Dios de sus predicaciones y de sus ejemplos para la conversion de una infinidad de pecadores, en particular de mujeres perdidas y de judíos. Aquellas, abriendo por último su corazon á los sentimientos de penitencia, abandonaron su infame comercio para vivir en adelante segun las reglas de la modestia y de la piedad cristiana en el silencio y el retiro. Y muchos de los judíos, instruidos y conmovidos al mismo tiempo por la uncion de las palabras del santo predicador, reconocieron al verdadero Mesías prometido á sus antepasados, recibieron la gracia del bautismo, é hicieron públicamente profesion de la ley de Jesucristo. En todas partes donde el bienaventurado Angel de Perusa llevaba la palabra de Dios, se veia un admirable cambio de costumbres, pudiéndose decir que el demonio de la discordia huia á su presencia. Esto se vió, no sin admiracion, en particular en Florencia. Esta gran ciudad, desde mucho ántes teatro de las guerras civiles y de las más crueles facciones, acostumbrada ya á ver correr la sangre de sus conciudadanos vertida por sus mismos hermanos, parecia hallarse próxima á su ruina, y nuestro celoso predicador se propuso restablecer la calma, haciendo cesar las querellas, los odios, las antiguas enemistades y reconciliando en beneficio público las familias más distinguidas de la ciudad. Tuvo la fortuna de conseguirlo y los florentinos, á quienes otros muchos religiosos de la misma Orden habian hecho servicios señalados en ocasiones semejantes, fueron deudores á la prudencia y á la sabiduría de este varon apostólico de la paz de que gozaron durante algun tiempo. Un éxito tan inesperado y el esplendor de las virtudes del P. Angel, le adquirieron una reputacion tan grande, que la veneracion del pueblo con respecto á él fué llevada hasta el exceso. No se contentaban con seguirle por todas partes para oir sus predicaciones, sino que se le cercaba por todos lados, cuando iba á subir al púlpito y cuando bajaba de él; los unos pedian el auxilio de sus oraciones, los otros querian besar sus hábitos ó recibir su bendicion, y el gentío era tan grande, que hubo necesidad algunas veces de poner guardias para alejar á los más indiscretos, é impedir que se viera ahogado el siervo de Dios en medio de aquella importuna multitud. El papa Juan XXII, al principio de su pontificado, le puso en el número de los penitenciarios apostólicos en la iglesia de S. Pedro de Roma, y algunos años despues, es decir en 1324, le nombró Su Santidad obispo de Solz, ciudad considerable á la sazon del reino de Cerdeña, pero que quedó despues enteramente arruinada. El celo del piadoso prelado le obligó desde luego á instruir á aquellos isleños, á suavizar ó á reformar sus costumbres, á abolir algunas prácticas llenas de supersticion, y á dar á conocer las verdades de la religion cristiana. Pero para procurar á

los pueblos buenos ministros ó pastores capaces de conducirlos á Dios, se hizo él mismo modelo de su clero; arregló su vida por los santos cánones para hallarse en mejor estado de hacerlos observar á todos los que debian trabajar con él y bajo sus órdenes en la santificacion de los fieles. Los diferentes cambios que se vió obligado á hacer en su diócesis para restablecer en ella la disciplina y el buen órden, no fueron nunca ocasion de turbaciones ni de escándalo á los débiles, porque arreglaba la prudencia todos sus pasos, y el celo que le animaba, iba siempre acompañado de la prudencia y de la dulzura. Su caridad y sus liberalidades para con los pobres le hacian en particular ser amado como el padre comun, y nada fué más sincero que las lágrimas vertidas cuando la Providencia le llamó á otros destinos. La ciudad de Grosseta, en el estado de Siena, en la Toscana, perdió en 1330 á su obispo Felipe Benavena, de la órden de Sto. Domingo. Hacia solo dos años que ocupaba este prelado la silla de Grosseta, y segun una observacion del abate Ughel, fué el primero que el pontífice Juan XXII nombró para esta iglesia, despues de haber quitado á los cabildos el derecho de elegir sus obispos. La confusion casi general que la faccion de Luis de Baviera y el cisma del antipapa Nicolao V, habian ocasionado en el clero de Italia, aconsejaron este cambio á Su Santidad, que pareció entónces útil y necesario para impedir muchos desórdenes y quitar á los cismáticos la ocasion de hacer mayores daños. Por las mismas razones, despues de la muerte de Felipe Benavena, quiso el Soberano Pontífice dar á la sede de Grosseta un pastor de quien conocia desde mucho ántes la elevada piedad, la firmeza episcopal y el celo por la religion. En el mes de Febrero de 1230 fué cuando Angel de Perusa, despues de haber gobernado muy santamente durante seis años la diócesis de Solz, pasó de esta iglesia á la de Grosseta, donde continuó llenando con la misma vigilancia las funciones de la solicitud pastoral, deseoso siempre de perfeccionarse y de reparar todo lo que pudiese tentar la fidelidad ó turbar el reposo de los pueblos confiados á su cuidado. Pero sus trabajos y austeridades abreviaron sus dias. Ménos cargado de años que de méritos, terminó su gloriosa carrera haciendo la visita de su diócesis el 22 de Febrero de 1334. Su cuerpo, trasladado á Perusa, fué inhumado en la iglesia de los Dominicos, donde habia recibido anteriormente el hábito de religioso, y donde se ve todavía su tumba con este epitafio que los editores de las *Actas de los Santos* han insertado en su tomo de Febrero.

Beatus frater Angelus Perusinus, ob eximiam virtutem, ac vitæ sanctitatem, à Joanne XXII, Romæ Pœnitentiarius electus, et ab eodem Episcopus Grossetanus creatus, obiit anno 1334 *Hischiæ.*

Puede observarse que en esta inscripcion no se dice que el beato Angel de Perusa hubiese sido obispo de Solz, lo que el abate Ughel no habia sin

embargo olvidado, como tampoco los demás autores italianos, de donde puede conjeturarse que este epitafio no se hizo hasta mucho tiempo despues de la muerte del santo obispo, cuando la ciudad de Solz estaba ya arruinada ó cambiada en una miserable aldea. Las obras que se atribuyen á nuestro prelado no han llegado á imprimirse, pero se conservan algunas manuscritas en la biblioteca de los Servitas, en Florencia.—S. B.

PERUSA (Copulo Fortunato de), franciscano italiano, distinguido por su doctrina y piedad. Floreció en el siglo XIII en que escribió, aunque no llegó á dar á la prensa, la obra siguiente: *Consilium circa licitam et justam erectionem Montium Pietatis.*—S. B.

PERUSA (Francisco), religioso dominico natural de aquella ciudad, que al abrazar en 1270 el instituto de los PP. Predicadores pareció lleno del espíritu del santo Patriarca, y se propuso desde entónces marchar siempre por sus huellas. Fiel á su vocacion y á sus inclinaciones, le preparó la gracia muy en breve para los trabajos del apostolado por medio de los santos ejercicios de la oracion y de la penitencia. Todas las luces que recibia, ya en las oraciones ó en la lectura de los libros, y todos los medios de perfeccion que hallaba en el retiro, en las lecciones de sus maestros, ó en la conversacion de los santos personajes cuyos ejemplos le edificaban, los aprovechaba con prudencia para hacerse digno de ser un dia en manos de Dios el instrumento de sus misericordias para la conversion y la salvacion de los pueblos. Puede creerse que al estudio de la religion añadió el de las lenguas, cuyo conocimiento le era en particular necesario para el fin que se proponia. Al principio del siglo XIV y despues de haber hecho en Italia los primeros ensayos de sus talentos, fué destinado Francisco, segun sus deseos, á las misiones extranjeras. Era bastante marcada su vocacion, y la voluntad de sus superiores fué para él una nueva muestra de que el cielo le llamaba para anunciar á Jesucristo á los gentiles. Lleno de confianza y ardiendo en celo, pasó á Oriente para llevar la antorcha de la fe á los paises de los infieles. Los armenios, los persas, los tártaros fueron los primeros en aprovecharse de sus predicaciones. Los anales de la Iglesia y las bulas del papa Juan XXII nos enseñan que la palabra de Dios en boca de este ministro disipó las tinieblas de la idolatría, y destruyó en muchas provincias las obras de Satanás. El Evangelio fué escuchado con respeto, y las conversiones se multiplicaron casi al infinito. Ayudado de muchos de sus hermanos, que trabajaban con él y á su ejemplo en la viña del Señor, combatió Francisco con éxito las supersticiones paganas, derribó los ídolos de las naciones y sus profanos templos, elevó altares al verdadero Dios, y purificó en las aguas del Bautismo millares de los nuevos discípulos de Jesucristo. En la Persia, nuevamente sometida á los tártaros, y en los paises vecinos, fué donde principalmente se vió este gran

número de conversiones. Haciańse diariamente en la ciudad de Sultania, edificada poco ántes por el gran kan Aliapton, que habia establecido en ella su residencia. Este príncipe, sin abrazar el cristianismo por si mismo, parecia bastante inclinado en favor de los cristianos, y no se oponia al ménos á los progresos del Evangelio. Aprovechóse nuestro celoso misionero de esta libertad para adelantar cada vez más la obra de Dios, y afirmar en la fe á los que hacian profesion de ella. Despues de la muerte del kan Aliapton su sucesor Schah Uzbec se manifestó más favorable todavia á los ministros del Evangelio, de manera que en muy pocos años la religion cristiana obtuvo grande esplendor en la mayor parte de sus estados, y en particular en la corte. Predicábase en ella con entera libertad y se explicaban nuestros santos misterios; celebrábase públicamente y con solemnidad el oficio divino, y el pueblo asistia con laudable celo á las instrucciones; y en un país en que hacia muchos siglos seguia el pueblo la doctrina del *Alcoran* ó el culto de los ídolos, se comenzaba á cantar con fervor las alabanzas de Jesucristo; se enseñaba su ley y se observaban sus preceptos. No era necesario tanto para alarmar al infierno y suscitar alguna persecucion contra la Iglesia. Los que no carecian de mala voluntad no tenian afortunadamente crédito bastante para atreverse á manifestarlo con alguna esperanza de éxito. La proteccion con que el Emperador, aunque infiel, honraba á los misioneros era demasiado conocida; necesitábase comenzar por quitarles este apoyo, previniendo contra ellos el espíritu de este príncipe. Se buscó por largo tiempo la ocasion, y no pudo encontrarse. Por último, despues de muchas inútiles tentativas, los enemigos de la religion decidieron persuadir á algunos oficiales de la corte que el sonido de las campanas de que se servian algunos cristianos para reunir á los fieles era de mal augurio para los tártaros. Estos oficiales, más supersticiosos que mal intencionados, cayeron en el lazo, engañados por los intrigantes; comunicaron su rezelo al príncipe, que no desconfiaba de sus disposiciones para con los cristianos, á quienes tampoco odiaba en efecto. El gran Kan dió en seguida un edicto, no para prohibir la predicacion del Evangelio ni la celebracion del oficio divino, ó las asambleas ordinarias de los fieles, sino solo para prohibir en sus estados el toque de las campanas, que creia anunciaba alguna cosa triste ó funesta para su imperio. Los cristianos más celosos y los más deseosos de dañarlos, quedaron igualmente descontentos de este edicto. Estos no encontraban en la prohibicion que habian conseguido todo lo que se habian propuesto; y aquellos creian que se habia concedido demasiado á sus enemigos. Era, por otra parte, la primera vez que el monarca hacia uso de su autoridad contra las prácticas de la Iglesia, y se temia que este primer paso no le condujese muy pronto quizá á otro segundo. El prudente partido que tomó el P. Francisco fué tranquilizar á los fie-

les y enseñarlos á poner toda su confianza en Dios, y exhortarlos, sin embargo, á continuar sus votos y sus oraciones por la prosperidad del Emperador. El mismo, aunque su espíritu no se hallaba exento de cierta inquietud, continuó sirviéndose de la libertad en que se le dejaba de predicar el Evangelio y de trabajar con todas sus fuerzas en la conversion de los infieles. Envió al mismo tiempo al P. Guillermo Adam, dominico francés, compañero en sus trabajos, cerca de la Santa Sede para informar al vicario de Jesucristo del estado de la mision y pedir mayor número de misioneros. El éxito casi increible que concedió Dios á sus predicaciones ó á sus oraciones, le hacian concebir las mayores esperanzas; veia con alegría franca una grande puerta para la publicacion del Evangelio, no solo en el vasto reino de Persia, sino hasta en las Indias y en la Etiopía, donde habia hecho ya anunciar las verdades de la salvacion; y no dudaba que multiplicando los obreros evangélicos, no tuviese tambien el consuelo de ver nuevos pueblos seguir el ejemplo de los que hubiesen entrado ó entrasen todos los dias en el seno de la Iglesia. No juzgó de diferente manera el papa Juan XXII, que supo con particular satisfaccion los rápidos progresos del Evangelio en los países de los infieles y la proteccion que un emperador idólatra tenia á bien conceder á nuestros misioneros. En los *Anales de la Iglesia* se hallan dos breves apostólicos escritos con este objeto, el uno en 28 de Marzo de 1318, y el otro el 1.° de Mayo del mismo año. El primero se halla dirigido á Uzbec, gran kan de los tártaros, y el segundo al P. Francisco de Perusa, ilustre jefe de la mision. En el primero felicita el Santo Padre al Emperador y le da gracias al mismo tiempo del favor que concedia á los ministros de Jesucristo; le exhorta á abrazar la religion cristiana, y le suplica deje á los fieles tocar sus campanas revocando el edicto que habia dado tres años ántes. El segundo breve fué expedido para erigir en metrópoli la ciudad de Sultania. El Pontífice nombró por primer arzobispo al P. Francisco de Perusa, y á otros seis religiosos de la misma órden de Sto. Domingo para obispos sufragáneos, á fin de ayudarlos con más eficacia en esta santa mision. Las letras apostólicas que pueden servir de confirmacion y de prueba á lo que hemos avanzado, se hallaban concebidas en los términos siguientes: «Juan, obispo, siervo de los siervos de Dios, á nuestro caro hijo el hermano »Francisco de Perusa, de la órden de Sto. Domingo, arzobispo electo de Sulta»nia, salud y bendicion apostólica. Nuestro corazon se ha llenado de una gran»de alegría sabiendo la agradable nueva de que en el reino de Persia y en las »provincias vecinas, sometidas hoy al imperio del gran kan de los tártaros, »la misericordia del Criador se ha elegido un nuevo pueblo, una iglesia de »fieles, que purificados ya por las aguas del bautismo é ilustrados con las »puras luces de la fe, adoran el nombre del Altísimo y publican las alaban-

»zas de nuestro Redentor. Nuestro más ardiente deseo y nuestra primera »atencion han sido elegir hombres de una virtud experimentada, llenos de »celo y de honor, y capaces de cultivar esta nueva viña del Señor para que »por medio de sus cuidados y el socorro del cielo, extienda sus ramas cada »vez más y las lleve hasta las últimas extremidades de la tierra. Con esta »mira, y oido el parecer de nuestros hermanos, hemos erigido en metrópoli »la ciudad de Sultania, situada en el reino de Persia, porque por la relacion »de personas dignas de fe, la hemos considerado como una de las principa»les ciudades del país, siendo, como se nos asegura, grande, hermosa, muy »célebre, y sobre todo muy poblada. La eleccion de la persona que debia»mos desde luego colocar en esta nueva sede no nos ha embarazado. Sabe»mos el celo con que anunciais en todos esos países la palabra de Dios, y no »ignoramos la pureza de vuestra vida y de vuestra doctrina. Los ventajosos »testimonios que se nos han dado de vuestra virtud y de vuestros méritos, »nos han parecido, lo mismo que á nuestros hermanos, dignos de toda con»sideracion, y por esta razon, por consejo de los cardenales y en la pleni»tud de nuestro poder apostólico, os hemos creado arzobispo y pastor de »la ciudad de Sultania, y dándoos el cuidado y la administracion de esta igle»sia, confiamos á vuestra solicitud pastoral el gobierno, la instruccion y la »salvacion de todos los fieles que se hallan en el imperio del gran kan de los »tártaros ó en los estados de los príncipes y de los reyes de Etiopía y de las »Indias. Toda la jurisdiccion concedida por los santos cánones á la digni»dad episcopal podeis ejercerla libremente en la extension de esos diferen»tes paises, así como se ha manifestado más expresamente en las cartas que »hemos hecho despachar sobre este asunto. Pero para que las verdades de »la fe católica predicadas con nuevo fervor, esparzan tambien una nueva »luz para disipar las tinieblas de los infieles, hemos elegido especialmente á »seis de vuestros hermanos, á saber: Gerardo de Caliz, Guillermo Adan, »Bartolomé de Puy, Bernardino de Plasencia, Bernardo Morelti y Bartolomé »Abbaliati, muy versados todos en la ley del Señor, celosos por los intereses »de la religion y recomendables por sus virtudes. Los hemos creado obispos »y pastores para que os ayuden en el trabajo, y con el auxilio que os presten »lleveis más léjos las luces de la fe y procureis la salvacion de mayor número »de fieles. Dada en Aviñon las calendas de Mayo, en el segundo año de nues»tro pontificado.» (Es decir, el año 1318.)—Oderico Reynald añade, que por otra bula dirigida tambien á nuestro Arzobispo, le permitió Su Santidad elegir por sí mismo entre los misioneros apostólicos y consagrar mayor número de obispos, si así era necesario para la propagacion de la fe, el socorro ó el consuelo de los pueblos. Y cuando acaeciese en lo sucesivo que no se pudiese reemplazar con bastante prontitud á los prelados muertos, ordenaba

el Santo Padre que las comunidades de los Dominicos se encargasen desde entónces del cuidado ó de la direccion de todas las iglesias que se hallasen sin pastor. Esto supone que la órden de Sto. Domingo tenia ya muchas casas en Persia, Armenia y Etiopía, y que los obispos y los misioneros aprovecharon desde entónces las buenas disposiciones de los príncipes y los pueblos para hacer en todas las provincias del Asia lo que S. Jacinto habia hecho para asegurar el fruto de sus misiones en casi todos los reinos del Norte. Despues de este gran número de conversiones, no fué muy difícil al arzobispo de Sultania edificar monasterios y llenarlos de religiosos, pues no siendo todavía más que un simple religioso y desconocido entre los bárbaros, habia dado una idea tan alta de su virtud, de su doctrina y de sus talentos, que se habia hecho en cierto modo dueño de los espíritus y de los corazones. A pesar de todas las preocupaciones del nacimiento ó de la educacion, los gentiles y los mahometanos habian escuchado con respeto las verdades que les anunciaba, y obrando la gracia por medio de su palabra interiormente en su alma, habian renunciado á un culto supersticioso ó impío para creer el Evangelio y someterse al yugo de Jesucristo. Hemos visto que hasta en la corte imperial y en presencia de un monarca idólatra, habia hecho construir el siervo de Dios y adornar iglesias para la celebracion de nuestros santos misterios. Se hallaba tan persuadido el papa Juan XXII de que la presencia y el ministerio de este grande hombre eran necesarios en un país que le miraba como su apóstol, que sin consideracion á la antigua costumbre, segun la cual los nuevos metropolitanos debian dirigirse en persona cerca de la Santa Sede para ser consagrados, quiso Su Santidad que nuestro arzobispo de Sultania recibiese en aquel lugar la imposicion de las manos y el *pallium*. Guillermo Adan, consagrado en Aviñon, fué encargado de celebrar la ceremonia y de presentar á su metropolitano las letras apostólicas. Ossini, rey de Armenia, habia enviado por el mismo tiempo sus embajadas al Papa, que aprovechó esta ocasion para hacer presentar al príncipe la profesion de fe de la Iglesia católica: para que fuese recibida con más facilidad por los armenios y conservada en toda su pureza, creyó el Soberano Pontífice que era conveniente establecer en todo aquel país colegios en que se enseñase á la juventud los elementos de la lengua latina, enseñándoles los principios de la religion. Este cuidado se encargó tambien á los misioneros. Ignoramos cuál fué el resultado de este establecimiento; pero es probable que los que fueron encargados de predicar el Evangelio á los armenios, imitaron al arzobispo de Sultania y á algunos de sus sucesores, que para atraer con más eficacia á los pueblos á su conocimiento y á la práctica de la religion cristiana, se habian hecho muy profundos en las lenguas, sirviéndose de ellas con utilidad para dar sus instrucciones, ya de viva voz, ya por escrito. Las

memorias que hubieran podido manifestarnos detalladamente las buenas acciones del ilustre Francisco de Perusa no han llegado hasta nosotros, y por no avanzar nada sin garantía, nos contentamos con decir que el siervo de Dios terminó su gloriosa carrera en medio de sus trabajos apostólicos. Ignoramos el año de su muerte. El P. Echard ha creido poder ponerla á principios de Octubre de 1323. Pero el P. Echard no habia visto sin duda en los *Anales Eclesiásticos* un breve del papa Juan XXII por el que aparece que Francisco de Perusa habia renunciado voluntariamente su dignidad arzobispal, ya, como cree Oderico Reynald, para poder vacar con más sosiego á la oracion y á la contemplacion de las cosas celestiales, ya quizá con el designio de llevar más léjos la luz del Evangelio y de trabajar con más libertad en la propagacion de la fe en las diferentes provincias de Asia. Los mismos términos del breve apostólico fechado en Aviñon el 1.° de Junio de 1323 favorecen esta última opinion. Aceptando la cesion voluntaria del siervo de Dios, el Pontífice le permite usar siempre las insignias de su dignidad y dar la bendicion apostólica á los griegos y los demás pueblos, entre los que dice el Papa trabajais en la salvacion de las almas y en los progresos de la fe católica. La Providencia le habia unido en el ministerio evangélico otro de sus hermanos, cuyo celo no era ménos ardiente y cuyos trabajos no fueron ménos gloriosos. Hé aquí como M. Sponde, siguiendo á Leandro Alberto ha hablado de este hombre admirable, que se puede llamar con razon el apóstol de la Grande Armenia. Aunque los armenios, dice este analista, profesasen la religion cristiana, se hallaban sin embargo infestados de muchos errores que habian conservado de las antiguas herejías. Y para volverlos á la pureza de la fe ó á la unidad de opiniones, la Santa Sede envió á aquel pais con poder y dignidad de arzobispo á un dominico llamado Buenaventura de Bolonia. Este santo personaje, tan recomendable por su erudicion como por su piedad, trabajó en la viña del Señor con grande éxito; convirtió un número infinito de personas, hizo edificar muchas iglesias y fundó algunos conventos de su Orden. Lleno de dias y de méritos descansó en el Señor el año 1318, el 15 de Agosto. Dios le honró con muchos milagros durante su vida y despues de su muerte. Estas palabras de M. Sponde dan sin duda una grande idea de la santidad y de los trabajos de un varon apostólico, cuya memoria es venerada todavía, no solo por los armenios católicos, sino tambien por los cismáticos y los mahometanos. El mismo autor añade, que la provincia regada en otro tiempo por el sudor del siervo de Dios, se ha conservado despues en toda la pureza de la fe por el ministerio de los religiosos de la misma Orden. El primado de Armenia, que se titula *el Católico*, habia sido atraido por nuestro celoso misionero á reconocer la primacía de la Santa Sede y á pedir al Papa la confirmacion de su eleccion, lo que sus sucesores han practicado

fielmente hasta hoy. Sería fácil presentar muchas pruebas de todo lo que dice aquí M. Sponde. Pero su cronología, relativa á la muerte del bienaventurado Buenaventura, llamado más generalmente Bartolomé de Bolonia no es exacta; al ménos no conviene con la de los monumentos más antiguos de la iglesia de Armenia, citados por Clemente Galanus, autor teatino que habia predicado la fe en la Georgia. Segun este escritor, que parece muy instruido de todo lo que avanza Bartolomé de Bolonia, no comenzó su mision en la Armenia hasta últimos de 1318 ó 1320, y terminó sus trabajos con su vida en 1333. Pero en su correspondiente artículo hablaremos más particularmente de sus acciones, de sus escritos y del mérito de muchos santos religiosos que el papa Juan XXII envió con él para ser cooperadores de su celo, es decir, para hacer entre los armenios lo que el arzobispo de Sultania con sus compañeros continuaba haciendo todavía entre los persas y los tártaros.—S. B.

PERUSA (Fr. Leonardo de), religioso dominico natural de la ciudad que indica su apellido, donde vió la luz primera durante el pontificado de Juan XXIII. Siendo todavía muy jóven manifestó un carácter lleno de bondad y de nobles sentimientos, un corazon ardiente y elevado y una vocacion constante y decidida á la virtud. El estudio y los buenos ejemplos perfeccionaron en lo sucesivo estas buenas cualidades. Habia hecho en las ciencias adelantos muy superiores á su edad, cuando tomó en su patria el hábito de la órden de Santo Domingo. Fueron tan rápidos sus progresos en el claustro que poco despues era considerado como uno de los predicadores más famosos de su época y religion, excelente filósofo, profundo teólogo y no ménos sabio é ilustre profesor. Entre los discípulos distinguidos que salieron de su cátedra se cuenta al cardenal de Arezzo, elevado despues al sólio pontificio. Graduado de doctor en la universidad de Florencia, explicó en este establecimiento durante algunos años la escritura sagrada, hasta que fué elegido despues provincial de la provincia de Roma. La prudente moderacion de su gobierno le valió la confianza de sus hermanos de hábito, el aprecio de Su Santidad y la consideracion del general de la Orden, cuyas piadosas miras para el restablecimiento de la vida regular secundaba Leonardo con todas sus fuerzas. Quedó vacante el cargo de maestro del Sacro Palacio en 1465 por muerte de Jaime Egidius, y deseando Paulo II premiar la probidad y el talento del P. Perusa, le nombró para aquel cargo. Tres años despues presidió, accediendo á repetidas instancias, el capítulo general que celebró su religion en Roma, miéntras se hallaba ausente Marcial Auribelli, en el que se acordaron sabios y útiles reglamentos para la Orden; mas como este nombramiento no era conforme á la regla de la religion, pues el P. Perusa no podia formar parte del capítulo porque no era legalmente vocal, fueron

declaradas nulas sus actas en el de Aviñon de 1470, si bien se adoptaron algunos de los artículos acordados en el primero. Si en los nueve años que el P. Perusa ocupó el puesto de maestro del Sacro Palacio manifestó con cuánto celo y prudencia sabia entregarse al cumplimiento de sus deberes, mucho más acreditada quedó todavía su capacidad y sabiduría con el exámen de la doctrina de Pedro de la Riva. Aseguraba este profesor de Lovaina que todas las proposiciones que se refieren á lo futuro carecen de verdad propia, y que no pueden predicarse ni sostenerse como verdaderas, sin caer en el error de los que creen que los sucesos se cumplen por necesidad, es decir en el fatalismo. De esta proposicion no exceptuaba tampoco estas dos verdades: *Jesus vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos. Habrá una resurreccion segun la carne.* Despues que el maestro del Sacro Palacio con los otros teólogos del Papa hubieron examinado maduramente la doctrina de Pedro de la Riva reducida á veinticinco proposiciones, fué censurada en Roma en 1471, como lo habia sido ya por la facultad de Paris en Noviembre del año anterior. Por el mismo tiempo y quizá por el mismo motivo publicó Leonardo Perusa algunas obras teológicas cuyos manuscritos se conservaban en los conventos de su religion de su patria y de Venecia. Muerto el pontífice Paulo II, amigo y protector del talento y las virtudes de Perusa, su sucesor le manifestó la misma benevolencia y afecto, pues con dificultad podia dejar de apreciar á éste dominico quien hubiese conocido sus grandes y brillantes cualidades. En el capítulo general que se celebró en Roma en 1474, recibió una muestra del aprecio en que le tenia toda su Orden. Tratábase de dar un digno sucesor al P. Auribelli y todas las miradas se fijaron en Leonardo de Perusa, que fué elegido por unanimidad para este cargo, y como si el pueblo romano hubiese estado interesado en su eleccion, se unió á la satisfaccion que manifestaron los cardenales y los prelados de la corte pontificia al saber su nombramiento. El mismo pontífice Sixto IV oyó con placer esta noticia y encargó al nuevo General eligiese algunos varones sabios y piadosos de su Orden á quienes pudiera confiar la especial comision de conservar la pureza de la fe entre los pueblos y preservarles de las doctrinas ponzoñosas de los innovadores y de los herejes. Encargó al mismo tiempo el Sumo Pontífice al P. Perusa la designacion de algunos profesores notables de su Orden para ponerlos al frente de las cátedras del palacio apostólico, cuyos estudios se hallaban muy descuidados á la sazon. Miéntras se ocupaba el P. Perusa en estos y otros negocios importantes para el esplendor de su religion, Joaquin Turrien, nombrado el año anterior para predicar contra los herejes, se presentó en Roma para dar cuenta á Su Santidad y al P. General de un acontecimiento horrible que habia llenado de luto y dolor á la ciudad de Trento. Entre los judíos que habitaban en esta ciudad siguiendo sus leyes

particulares bajo la proteccion del obispo y del conde de Tirol, existian tres en su sinagoga, tan célebres por su saber como por su cruel é inveterado odio contra los cristianos: llamábanse Tobías, Samuel y Moisés. Estos tres hebreos formaron en Marzo de 1475 el criminal proyecto de apoderarse de un niño bautizado, crucificarle y beber despues su sangre; crueldad y barbarie inaudita y apénas creible si no se hallase plenamente probada por la historia, en la que se mencionan tambien otros casos análogos á que arrastró á los judíos su sanguinario y fanático encono. Tobías se encargó de buscar el niño, y la casa de Samuel fué la destinada para llevar á cabo tan sangrienta escena. El jueves santo, miéntras los fieles reunidos en las iglesias asistian á los oficios divinos, encuentra Tobías en las calles de Trento un niño llamado Simon, de veintinueve meses de edad. No le fué difícil atraerle con engaños y caricias, llevándole adonde queria el rabino. En la misma noche del jueves al viernes santo ejecutaron los tres judíos su horroroso designio, y despues de haber clavado á aquel inocente niño y recibido su sangre en copas, arrojaron su cadáver al rio; tal es el fiel compendio de la relacion circunstanciada que Juan Matías, doctor en medicina de Tívoli, escribió al senado y pueblo de Brescia para enterarle de un suceso tan atroz. M. Sponde, que cita tambien este hecho, añade que el cuerpo del inocente mártir de Jesucristo fué sacado del agua y honrado con muchos milagros. Este asesinato fué jurídicamente examinado y probado por el jurisconsulto Juan Sala, comisionado apostólico, el cual ejerció con los acusados los penosos pero sagrados deberes que impone la justicia para la conservacion de la humanidad. Miéntras que Su Santidad mandaba castigar á los que se hallasen culpables en Trento, comunicó el P. Perusa este suceso á todos los conventos de su Orden, no para prevenirlos contra los judíos, sino para impedir que los cristianos pusiesen á sus hijos bajo la dependencia de aquellos, á fin de evitar que se repitiesen hechos de la misma naturaleza. Estas ideas fueron secundadas particularmente por el P. Francisco, capellan del rey de Sicilia, elevado despues á la silla episcopal de Hipona; por el P. Antonio de Zaca, confesor de la reina de Hungría, por el P. Santiago Gipson, consejero de la reina de Escocia, y por el P. Alfonso, limosnero del rey de Castilla; siendo estos dos últimos los que más se distinguieron, por sus puestos particulares se hallaban en inmediato contacto con las personas pobres de uno y otro sexo á quienes distribuian abundantes socorros, los que aumentaron en esta ocasion para que la miseria no les obligase á ponerse á servicio de los hebreos. Movido por su propio celo y obedeciendo al mismo tiempo las órdenes de Su Santidad, envió en 1477 el P. Perusa á Bolonia al P. Bartolomé, natural de esta ciudad, para proceder segun derecho y contener el escándalo de algunos ministros que enseñaban públicamente que

la religion cristiana no prohibia el comercio con los demonios, y que era permitido interrogarlos en ciertos casos. Estas heréticas creencias no tenian ni el mérito de la novedad, pues el Sumo Pontífice habia mandado cuatro años ántes al vicario de Bolonia que examinase detenidamente este asunto. Las muchas comisiones que la Sede Apostólica habia confiado á este Padre general, no le habian permitido convocar ningun capítulo general de su Orden hasta entónces, y tampoco pudo presidir el que se reunió en Mayo de 1478 en la ciudad de Perusa, porque Su Santidad le tenia por aquel tiempo ocupado en una comision muy importante cerca del emperador Federico III. Despues de haber consagrado al esplendor de la Orden todos los momentos que le dejaron libres estas y otras ocupaciones, Leonardo de Perusa bajó al sepulcro en 25 de Junio de 1480, aunque Fontana y Leandro Alberto afirman que fué en 27 de Julio del propio año. Es indudable que la órden de Santo Domingo no hubiese tardado mucho tiempo en verle revestido de la púrpura cardenalicia, si no le hubiera arrebatado la muerte á una Orden con la que habia contraido tan grandes méritos, y á la Iglesia católica á la que prestó tan relevantes servicios. Su cuerpo fué sepultado con todos los honores debidos á su clase en la iglesia de la Minerva en Roma, poniendo sobre su sepulcro un epitafio que recordaba su nombre y los principales hechos de su gloriosa carrera. Sus obras han quedado en su mayor parte inéditas, y apénas se citan algunas insignificantes en la *Biblioteca de Padres Predicadores*. — S. B.

PERUSA (B. Miguel de), religioso franciscano, distinguido por sus virtudes y milagros, de quien hace mencion su Orden en 11 de Marzo. Era natural de la ciudad que indica su apellido, y desde muy jóven se distinguió por sus continuas oraciones y penitencias. Llamado por la gracia para tomar el hábito en la Religion Seráfica, correspondió á este divino llamamiento manifestándose modelo de religiosos quien hasta entónces lo habia sido de seglares. Amante de la observancia regular, jamás faltó á sus deberes, desempeñándolos con singular alegria; así todos sus hermanos se acercaban á él en sus momentos de acidia, seguros de encontrar en él consuelo y el ánimo de que tanto necesitaban; dábales buenos consejos, y les enseñaba con su ejemplo el modo de librarse del peor enemigo que puede acometer á un religioso, el que le inspira disgusto hácia los objetos propios de su profesion. No solo á los religiosos sino tambien á los legos enseñaba con sus obras y palabras, creyendo que el mejor modo de servir á Dios era el de enseñar á sus criaturas la manera de acompañarle en el camino del Calvario, ayudándole á llevar la cruz que estamos destinados á cargar sobre nuestros hombros en la peregrinacion por esta vida. Obediente á sus superiores, hacia cuanto le mandaban, y creyendo que esto le engrandecia, deseaba le or-

denasen algo áun sus mismos inferiores, seguro de que así solo podria dar alguna prueba de su humildad. Maceraba constantemente su cuerpo, y hacia continuos ayunos, con la particularidad de que en vez de enflaquecerle le robustecian estas penitencias, indicio seguro de que la divina gracia obraba en él interiormente y suplia lo que pudiese perder por sus actos exteriores. Murió en 11 de Marzo, dia en que, como dijimos arriba, le celebra su Orden, y fué sepultado en su convento, habiéndose operado sobre su sepultura gran número de milagros. — S. B.

PERUSSEAU (Silvano), jesuita, tan ilustre en la Compañía por sus virtudes como por sus talentos para la cátedra y el confesonario. Fué confesor del delfin, hijo de Luis XV, y despues del Rey; empleos que conservó hasta su muerte, acaecida en 1791. Escribió : 1.° *Oracion fúnebre del duque de Lorena.* — 2.° *Panegírico de S. Luis.* — 3.° *Sermones escogidos*, 1798, dos volúmenes en 12.° El P. Perusseau carece de la fuerza de razonamiento de Bourdaloue y de las gracias y el tono interesante de Massillon, pero manifestó un espíritu puro, fácil, sólido, penetrante, un corazon sensible, una imaginacion viva, órden y precision en sus planes, una elocucion ligera, noble, variada pero bastante castigada siempre. Sus discursos enternecian generalmente á los corazones, y produjeron en alguna ocasion no poco fruto contribuyendo á la salvacion de las almas. — S. B.

PERUSINO (Andrés), franciscano italiano, natural de Ursiano. Teólogo distinguido en su época, se dió á conocer por la sutileza de su ingenio, escribiendo en latin una obra muy notable en defensa de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen María, con el título siguiente: *Annalisis Purissimæ Conceptionis Deiparæ*, en la que no solo se prueban con luz más clara que la del Mediodia por la autoridad de trescientos autores y de las sagradas páginas, las razones de su festividad, sino que tambien se apoyan en la revelacion y milagros divinos y en las sentencias de los mismos adversarios, demostrándose evidentemente que la Madre de Dios nació libre de toda mancha original; Venecia, por Marcos Ginammo; 1634, en 4.° — *Speculum de Conceptione B. Virginis;* Pataviij, por Juan Bautista de Mestinis, 1627. *Disputationes de prædestinationis causa.* — *Explanationem in mortuorum hymnum dictum Sequentia.* El aleman Daniel Naydinguerus formó con esta obra la titulada *Quæstiones excerptæ ex explanatione P. Ursiani*, dedicadas al pontifice Paulo V; Perusa, por Vicente Columbari, 1609, en 8.° Perussino floreció hácia el año 1630. — S. B.

PERUSINO (Daniel), franciscano italiano. Varon docto y piadoso, de quien solo se conoce la siguiente obra que escribió en su idioma patrio: *Catálogo de los Santos y Beatos de la Orden de Menores*, de que hizo tres ediciones, siendo la última de Bolonia, 1631. — S. B.

PERUSINO (Fr. Felipe), religioso franciscano, natural de Perusa, muy célebre en su siglo por su saber, su elocuencia y su virtud. Distinguióse desde el instante en que tomó el hábito no solo por su amor á la observancia monástica, sino tambien por sus buenas cualidades para el estudio, en que aventajó á todos sus compañeros. Honráronle sus superiores con diferentes prelacías, y todas las desempeñó con celo y acierto, haciéndose amar y respetar de sus hermanos, y contribuyendo en gran manera al aumento y esplendor de su Orden, que se hallaba entónces en las épocas primitivas y más gloriosas de su historia. Predicador erudito y afamado, corria el pueblo á oir de su boca la palabra divina, que al mismo tiempo que consolaba sus corazones, daba fuerza á sus almas para sobrellevar los trabajos y dificultades de la vida. La gran reputacion que con este motivo se conquistó Perusino y los méritos que habia contraido en los anteriores cargos, hicieron que fuese nombrado ministro provincial de Toscana á mediados del siglo XIII, puesto que ocupó Perusino con tan buenos resultados como los anteriores, correspondiendo á la confianza en él depositada, y haciéndose acreedor á superiores ascensos. No tardaron estos en venir á sorprenderle en la oscuridad, pues sabedor el soberano pontífice Nicolao III de su vasta capacidad y de las grandes esperanzas que en él podian fundarse, le llamó á la corte romana y le admitió en su familia. El humilde religioso, sin separarse de sus hermanos, ántes bien haciendo recaer sobre ellos los beneficios que merecia á la bondad del Papa, continuó en el palacio pontificio dando pruebas de la misma modestia, de la misma sencillez y de la misma virtud de que habia sido modelo durante toda su vida. Iba quizá á ser promovido á superiores puestos, cuando falleció en 1280, dejando: 1.° *Historia de la Orden de Menores, y principalmente de las cosas que acaecieron en su tiempo.* 2.° *Epistolam latina lingua ad Gonzalvum Ministrum generalem et ad protectores Ordinis.* — S. B.

PERUSINO (Fr. Gerónimo), franciscano italiano de la ilustre familia de los Ubaldos, que tanta fama y gloria ha adquirido en la historia de aquel país. Aumentóla Gerónimo dedicándose en su patria, Parma, al estudio de las ciencias, en que llegó á ser uno de los más ilustres profesores. Acudian ansiosos de casi toda Italia á escuchar sus explicaciones, mas estos triunfos no satisfacian al que se creia llamado á obtenerlos mayores y más duraderos en el camino de la virtud. Perusino, en efecto, no tardó en trocar la toga por el humilde hábito del franciscano, y el que hasta entónces se habia manifestado grande y profundo en la ciencia de los hombres, se manifestó más grande y profundo en la ciencia de Dios. Pero ni su nueva vocacion, ni su modestia, ni sus oraciones, ni sus continuas penitencias bastaron á alejarle de aquella senda que habia recorrido con tanto éxito, y de la

que queria apartarse, convencido de la vanidad de los aplausos del mundo. Italia entera protestó contra su retiro, y los prelados, los cardenales y áun el mismo Pontífice suplicaron á su Orden continuase Perusino dedicado á la enseñanza. Por obediencia y solo por obediencia secundó el humilde franciscano sus interrumpidas tareas, y por espacio de veinte años continuó enseñando filosofía en la universidad de Parma, prosiguiendo despues durante doce en la de Pisa. No olvidó por esto sus propósitos de pobreza, abstinencia y oracion, ántes bien los duplicó, y al bajar de la cátedra, ó se retiraba á su celda ó marchaba al último rincon del coro, donde puesto de hinojos ánte la imágen del Ser Supremo, y reconociendo su pequeñez ante el que solo es grande, le pedia perdon por el pecado de la vanidad, si aunque involuntariamente habia caido en él. Tampoco faltaba á ninguna de las prácticas religiosas, asistiendo al coro, al púlpito y al confesonario hasta que murió en la mejor opinion en 1575, dejando *Plura Mss. in re philosophica, et Commentarium in Aristotelem*. — S. B.

PERUSINO (Fr. Isidoro), franciscano portugués muy versado en el derecho canónico, segun Lucas Wadingo, que le menciona en el tratado de *Escritores de la Orden Seráfica*. Hízose célebre por su ciencia y virtudes, y más todavía por el don con que Dios le dotó de dirigir á los jóvenes religiosos por el camino de la virtud, contándose entre sus discípulos muchos que fueron despues fundadores de otros conventos ó maestros en ellos de jóvenes que dieron á su Orden grande lustre y esplendor. La fama de Perusino llegó hasta los palacios de los grandes, que le ponian por intercesor no solo con el Señor de los cielos, cuyo auxilio necesitaban para el manejo y y acertada marcha de sus negocios en la tierra, sino que áun en estos acudian á sus consejos consultándole en los trances más graves de la vida. De este religioso se escribe que le envió el monarca de Portugal á Inglaterra, encargado de una difícil negociacion que llevó á cabo con juicio y prudencia. Agradecido el Rey á este beneficio del religioso, le dió territorios y demás necesario para fundar dos monasterios de su Orden, empresa que llevó á cabo reuniendo en ambos gran número de religiosos que con su enseñanza y ejemplo fueron despues otros tantos modelos de piedad y celo en la observancia de la regla. Algunos de estos padres llegaron á obtener en el Brasil la corona del martirio, otros se hicieron no ménos célebres por sus penitencias, y de algunos se dice que siguieron el ejemplo de su director espiritual con tanto acierto, que llegaron á igualar el fervor de sus prácticas religiosas. Satisfecho ya Perusino de sus tareas y contento de haber plantado unos vergeles que tantas flores prometian á la viña del Señor, se retiró á un monte á hacer vida penitente y solitaria, entregándose á todo género de prácticas religiosas, distinguiéndose mucho por sus grandes penitencias y macera-

cion de su cuerpo, de modo que obtuvo la fama de santo. Despues de muchos años empleados en estos ejercicios, descansó en el Señor hácia 1560, dejando escrito un tratado *De restitutionibus*, muy alabado en diferentes bibliotecas, pero que indudablemente no llegó á ver la luz pública, pues no lo dice la *Franciscana*, de la que tomamos estos apuntes. — S. B.

PERUSINO (Fr. Ugociano), religioso franciscano, citado por Wadingo en el catálogo de los escritores de la Orden Seráfica. Distinguióse mucho en el estudio de las ciencias, y no ménos por su virtud, siendo en su época uno de los miembros más distinguidos de su religion. Grandes son los elogios que le tributan todos los historiadores, y merécelos en efecto tanto por sus obras como por sus excelentes cualidades. Despues de haber ejercido diferentes cargos, todos los cuales desempeñó con prudencia, celo y acierto, fué llamado á Roma por el pontífice Juan XXII, quien le honró con su confianza nombrándole para las más difíciles y delicadas comisiones. Correspondió Ugociano á las muestras de afecto que le daba la Santa Sede, y continuó aumentando cada vez más una reputacion, que á pesar suyo habia comenzado á labrarse desde que tomó el hábito religioso. Pero creyendo el Soberano Pontífice que sus virtudes y méritos debian brillar en esfera más elevada, le nombró para el obispado de Setrino en Etruria, que vacante á la sazon necesitaba un pastor docto y virtuoso para volver al redil á sus descarriadas ovejas. Pronto comprendió Ugociano la carga que queria echarse sobre sus hombros, y tan humilde como modesto renunció una dignidad que no se sentia con fuerzas para desempeñar. Varios fueron los medios á que se recurrieron para que la aceptase, pero el franciscano permaneció inexorable, y prefirió vivir oculto en un rincon de su claustro, que brillar en medio de un mundo del que para siempre se habia alejado. Accedió á sus deseos Juan XXII, y Ugociano se retiró á su amada celdilla donde vivió tranquilo el resto de sus dias, consagrándolos al estudio y la oracion hasta que falleció en grande opinion de santidad. Fruto de sus trabajos fueron un gran número de obras que no llegaron á ver la luz pública, pues el P. San Antonio dice solamente que escribió *muchos tratados de teología, y otros para los oradores sagrados y uno* In Sacram Scripturam. —S. B.

PERUSIO (Fr. Gaudencio), religioso franciscano, natural de Perusa, en Italia, segun indica su apellido, y muy célebre por su saber y virtudes, de que han hecho mencion casi todos los historiadores de su Orden. Educado en los principios de la más sólida piedad, manifestó desde su niñez el influjo que la gracia ejercia en todos sus actos y pensamientos. Huia de los juegos infantiles, no tenian para él atractivo alguno las bulliciosas diversiones propias de su edad, y la oracion y el estudio formaban toda su esperanza y sus deseos. Así, apénas llegó á la edad conveniente tomó el hábito en la religion

Seráfica, siendo un modelo de novicios, como lo habia sido en el mundo de jóvenes cristianos. Terminados sus estudios entró en el órden del sacerdocio, y llenó sus sagrados deberes con esa sencillez y esa uncion propia de una vocacion verdadera. Humilde con sus superiores y áun con sus hermanos, amante de los pobres y caritativo con todos, se desvelaba por sacrificarse por el prójimo, acudiendo á él en sus disgustos las familias, y teniendo una verdadera satisfaccion cuando habia conseguido reconciliar un matrimonio, volver á un hijo al seno de la familia de que ligeramente se habia separado, ó atraer á una jóven á la senda de que estaba pronta á alejarse por los halagos de las pasiones ó de la seduccion. A estos trabajos propios de su ministerio, unia los del estudio, á que se consagraba en las horas que le quedaban libres, llegando á componer varias obras, que es á lo que ha debido que pase su nombre á la posteridad. La incuria de los tiempos ha hecho que se pierdan todas ellas, pues la única por que nos es conocido, solo ha llegado á nosotros porque la cita Fr. Pedro de Alba, quien dice quedó inedita. Se intitulaba: *Descripcion de la provincia de S. Francisco*, trabajo curioso y muy frecuente en las Ordenes monásticas, que nos han legado con esta clase de obras preciosos datos para conocer el estado y áun la poblacion de ciertos paises en épocas de que solo se puede juzgar por libros de este género. S. B.

PERUSIO ó Perusa (Fr. Pablo de), capuchino italiano y uno de los primeros que abrazaron la reforma. Excelente jurisconsulto, siguió en su juventud la carrera del foro, en que obtuvo señalados triunfos, siendo uno de los doctores más consultados en Italia. Sus vastos conocimientos en ambos derechos, en que habia obtenido el grado de doctor, le valieron ser nombrado catedrático de la universidad de Perusa, puesto que ocupó con los mejores resultados, formando discipulos que aumentaron con el tiempo su celebridad. Pero desengañado del oropel de las vanidades humanas, no tardó en trocar el bonete de doctor por el sayal del franciscano, y apénas Pablo de Trinás pronunció la palabra reforma, corrió Perusio á asociarse á su bandera y á trabajar en devolver á la Orden Seráfica á los rigores de su primitiva observancia. Grandes fueron los obstáculos con que tuvieron que luchar aquellos heróicos varones, que sin más armas que su celo y su fervor religioso, emprendieron una cruzada entre sus mismos hermanos; pero en esta lucha, sostenida por la buena fe contra el espiritu de seduccion y tinieblas que se habia deslizado hasta el fondo mismo del claustro, no fué Perusio uno de los que ménos laureles alcanzaron, sabiendo oponer una virtud á toda prueba, y una paciencia sin limites á los malos tratamientos de sus enemigos, desbaratando sin más armas que la oracion y el buen ejemplo los maquiavélicos planes de sus adversarios, y triunfando en fin, de los es-

fuerzos y argumentos de los que miraban el abuso como la regla, el error nacido del descuido y de la ignorancia, como la base de la antigua observancia. Así venció la reforma, y llegaron los Capuchinos á formar una de las muchas familias en que se dividió la Franciscana. Perusio murió en 1400, y las obras que de él nos han quedado habrán sido escritas ántes de entrar en la religion. Titúlase la primera: *Tractatus varios in jure canonico, præsertim in defensionem Montis Pietatis;* y la segunda *Tractatus de societatibus mercatoris*, dividido en tres partes. — S. B.

PESANTES y Boil (V. P. D. Felipe). Nació en Valencia en Diciembre de 1584, perteneciendo á una familia tan noble como antigua. Sirvió en la guerra de Nápoles con valor y reputacion, y de regreso en su patria fué llamado interiormente por un impulso de Dios á la vista del venerable cadáver del célebre P. Francisco Gerónimo Simó y de sus milagros en el féretro; y hallándose libre de los riesgos que son consecuencia de la carrera militar, resolvió dejar el mundo; dedicóse al estudio de la filosofía y teología, en cuyas facultades se graduó en aquella universidad, comenzando al mismo tiempo á ejercitarse en todas las virtudes. Se hallaba casi decidido á entrar en la religion de S. Francisco, pero Dios le inspiró un método de vida que fué preludio del que despues habia de seguir, mas desde entónces le quedó la devocion de llevar siempre á raíz de la carne un jubon de sayal franciscano. Ordenado de sacerdote, emprendió en su casa un género de vida la más perfecta por la práctica de la oracion, mortificacion y caridad. Acudian á estos ejercicios varias personas de virtuosa conducta con general edificacion de todo el pueblo. Lo grato que esto era á los divinos ojos, lo manifestó el suceso siguiente. «Yendo á predicar una cuaresma á Valencia D. Juan García de »Artes, canónigo de Orihuela, despues obispo de aquella iglesia y varon apos»tólico por sus virtudes y predicacion, dudoso de cuál casa podia escoger »que fuese más acomodada para sus santos ejercicios, al entrar por la puerta »de la ciudad vió dos sugetos desconocidos, el uno vestido de diácono y el »otro con hábito de dominico, que le dijeron los siguiese, y llegando á la ca»sa del P. Pesantes, le manifestaron era voluntad de Dios que se hospedase »en ella, y desaparecieron.» Admirado el Sr. Artes de tan extraño suceso, dió por seguro sería aquella la casa de algun siervo de Dios, que sus guias eran los dos gloriosos santos Vicente el martir, y el confesor Ferrer, de quienes era muy devoto. Deseaba el V. P. Pesantes que los ejercicios practicados en su casa fueran más públicos para más utilidad de todos, y consultándolo con el V. P. Luis Crespi de Borja, despues ejemplarísimo obispo de Plasencia, y otros sacerdotes de santa vida, trataron del modo de establecer el instituto de S. Felipe Neri en Valencia, y de comun acuerdo fundaron en 1646 la congregacion del Oratorio, la primera de España y Portugal. Concurrió á la

fundacion el P. Pesantes con liberal mano; fué su primer prepósito y la gobernó por muchos años con suma prudencia y afabilidad. Era el primero en asistir á la oracion de comunidad, y no satisfecho con esto, empleaba en orar muchas horas más. En la Cartuja de Porta Cœli tenia una celda por su cuenta, donde retirándose por algunos dias se daba enteramente á los ejercicios de aquellos santos solitarios, sin faltar á la observancia del instituto de S. Felipe Neri. Dióse mucho á conocer su ardiente caridad y celo del bien de sus prójimos en la terrible peste de 1647, sirviendo á los enfermos á todas horas, asistiéndoles con remedios para el alma y el cuerpo. Favorecia con grandes limosnas á los estudiantes pobres, especialmente á los ingleses é irlandeses, que iban huyendo de las herejías de su desgraciada patria; y áun les dejó un cuantioso legado en su testamento. Su incansable teson en las tareas del confesonario y púlpito, redujo innumerables almas á Dios, poniendo especialisimo cuidado en la conversion de jóvenes disolutos y mujeres extraviadas. Instituyó las congregaciones de caballeros y de señoras para asistir y servir dos dias á la semana á los enfermos de los hospitales, y les dió sabias reglas para que se gobernasen. Mereció tambien el más ventajoso concepto al arzobispo de Valencia, Sr. Urbina, quien decia: «El P. Pesantes es de los sugetos íntegros y perfectos que en vida he tratado:» y así solicitó llevarlo consigo, cuando fué exaltado á la mitra de Sevilla. Basta pues para su mayor elogio el que los VV. PP. Luis Crespi y Domingo Sarrió le eligieron por su director, y le confiaron su delicada conciencia todo el tiempo que vivieron. Lleno en fin de méritos y con general opinion de santidad, murió á 28 de Octubre de 1660 á la edad de setenta y seis años. — S. B.

PESARO (B. Francisco), religioso de la Orden Seráfica, muerto en 1350 cerca de la ciudad de Pésaro en el monte de Sta. María de Granario. Su cuerpo fué trasladado á Pisa y sepultado honoríficamente en la catedral debajo del altar de nuestra Señora, ilustrando el Señor su sepultura con muchos milagros. La Religion Franciscana celebra su memoria en 5 de Agosto. — S. B.

PESARO (V. Micaela de), religiosa franciscana. Nació en la ciudad de su apellido en Italia, de una familia tan antigua como noble. Dió desde su niñez evidentes muestras de su futura santidad, de manera que sus padres aumentaron sus desvelos para perfeccionar su buena índole con una religiosa educacion. Distinguíanse ambos por su piedad y virtud, de manera que Micaela pudo adelantar mucho con sus buenos ejemplos. Poseian numerosos bienes de fortuna, no contando, sin embargo, más que con esta sola hija, que parecia destinada á sucederles en su casa y hacienda. Aún no habia cumplido la edad de doce años, cuando la desposaron con un jóven del ilus-

tre linaje de Malatesta, que es uno de los más esclarecidos de Italia. Pero ocho años despues, ántes de llegar Micaela á los veinte, perdió á su esposo, quedándola un hijo para consuelo de su viudez. Aunque se vió libre en la flor de su juventud, decidió no pasar á un segundo matrimonio, dedicándose á educar cristianamente á su hijo, y cuidar de la hacienda que debia servirle un dia de patrimonio. Para evitar los peligros del mundo y las importunidades de indiscretos amantes admitió en su casa y compañía á una mujer de sólida y reconocida virtud, que era conocida con el sobrenombre de Sira por haber venido en peregrinacion desde la Siria. Era esta anciana, tan respetable por su aspecto como por sus grandes adelantos en la oracion y contemplacion, hija de la Tercera Orden de S. Francisco, llamada vulgarmente *de la Penitencia*. Obtenia en toda la ciudad grande reputacion por sus virtudes, habiéndose experimentado en su trato el buen olor que esparcian á cuantos la rodeaban. Veíasela con frecuencia en el templo en admirables éxtasis, y su fama y virtudes arrastraron de tal modo á Micaela, que deseó, como no tardó en conseguirlo, tenerla para siempre en su compañía. Invitóla con su casa, designándola una vivienda retirada en que pudiese entregarse sin dificultad á sus ejercicios, y la rogó no vacilase en aceptar, porque la queria tener por maestra y compañera en la oracion y penitencia. Aquella venerable mujer, sintiéndose movida por una inspiracion superior, condescendió á sus afectuosos ruegos, y admitió este asilo en su ancianidad, confiada en que sus desvelos conseguirian perfeccionar una juventud que caminaba ya por las sendas del desengaño. Ardia Micaela en una santa emulacion por imitar tan eminentes virtudes; pero ocupada con la administracion de la casa y los penosos cuidados de la educacion de su hijo, se afligia de carecer de aquel sosiego y tranquilidad de ánimo que disfrutaba su compañera y maestra. Pero el dia primero de pascua de Pentecostés se retiró Micaela á su aposento despues de venir de la iglesia, sintiéndose arrebatada por un impulso interior á continuar más firme y decidida que nunca en la oracion. Vino en su busca su venerable maestra, y convinieron en ir á confesar y comulgar juntas al dia siguiente á la iglesia de S. Francisco. Hiciéronlo así, y á su regreso á casa hallaron al niño espirando, lo que á pesar de su grande dolor hizo conocer á la madre los elevados designios de la divina Providencia. Murió el niño, y libre ya Micaela, trató con su amiga del modo de deshacerse de sus bienes, y convinieron en repartirlos á los pobres; vendió, pues, su hacienda en secreto para evitar exigencias de parientes, é hizo su reparto con la mayor prudencia, ocultando la mano de que el beneficio provenia. En un principio se reservó una corta renta para pasar con decoro el resto de su vida; mas luego, creyéndola una rémora para la pronta consecucion de sus deseos, se deshizo de ella y dió todo su producto á los po-

bres, confiando á la Providencia su sustento. Abandonó las ropas que indicaban su clase y estado, y vistió el tosco sayal de la órden de la Penitencia, decidida á luchar así contra los restos que aún pudieran quedar en su corazon del amor propio y de la vanidad mundana. Maltratáronla sus parientes de obra y palabra; y no satisfechos todavía, extendieron el rumor de que se hallaba demente, siendo el objeto de las burlas de la ciudad, sin que en tan deshecha tormenta se alterase la serenidad de su corazon, ni áun la de su rostro. Participó de estos crueles tratamientos su maestra, que como cómplice de sus santos deseos, obtuvo no poca parte en su desgracia, sin dejar por esto de hacerla fiel compañía. Pero la Providencia no consintió que durára esta tempestad por mucho tiempo, pues convencido el pueblo de la realidad de sus virtudes, no tardó en conceder sus aplausos á lo que se le habia inducido á vituperar tan ligeramente. Hizo voto perpétuo de castidad; y para conservar mejor esta heróica virtud vivia en constante abstinencia, ayunando á pan y agua, que solia sazonar con amargas yerbas. Su cama consistia en la estacion más rigurosa del invierno en una tabla, durmiendo en tierra y bien escasas horas el resto del año. Maceraba constantemente su cuerpo, siendo esta sierva de Dios tan asídua y fervorosa en la oracion, que pasaba la mayor parte de las noches y muchas horas del dia siempre de rodillas entregada á esta divina contemplacion de su Redentor. No podia ménos de derramar abundantes lágrimas cuando consideraba los ultrajes por que tuvo que pasar en su pasion y muerte el divino Maestro, á quien suplicaba le hiciese padecer mucho, para amarle lo más y mejor que le fuera posible. Ejercitábase con frecuencia en asistir á los hospitales á la curacion de los enfermos, á los que servia con caridad y compasion, sin manifestar la menor repugnancia, áun de las más asquerosas enfermedades. Consolábalos constantemente en sus trabajos, animándolos á que los llevasen con paciencia y conformidad para hacerlos meritorios á los ojos de Dios; eran de grande alivio en sus dolencias el agrado, afabilidad y discrecion con que los trataba. Cuando los veia próximos á la muerte no se apartaba de su cabecera, procurando con amorosa solicitud que recibiesen á tiempo los santos sacramentos, y animándolos con virtuosos ejemplos al desprecio de la vida mortal y al verdadero y más fecundo amor de la eterna. En algunas ocasiones, dice la crónica, que se experimentaron al contacto de sus manos milagrosos efectos en la aplicacion de los remedios. Acudia con igual diligencia á las casas de los pobres, y buscaba limonas para el socorro de sus necesidades y para la compra de medicinas, consiguiendo que personas ricas y caritativas se valiesen de su mano para socorrer de esta manera desgracias ocultas, lo que hacian á veces con grande liberalidad. La devocion que esta sierva de Dios tenia á los santos lugares donde se obró nuestra redencion, y la con-

tinua meditacion á que se consagraba sobre los sagrados misterios de la pasion, hicieron nacer en ella el deseo de visitar la Tierra Santa, consagrada por la divina presencia del Salvador de los hombres. Su sexo y juventud la impidieron en un principio llevar á cabo este proyecto; pero cuando llegada á edad más madura pudo ponerle en práctica con ménos rezelo y más seguridad, buscó una persona que la acompañase, y ejecutó su designio visitando con grande ejemplo y edificacion la sagrada cuna del cristianismo. Hubiera residido ya para siempre en las asperezas del Calvario para tener presentes los recuerdos de la pasion y muerte de Jesus, á no haber sentido una superior inspiracion que le mandaba dar la vuelta á su patria sin abandonar la compañía en que habia venido. Embarcóse, pues, y hallándose en alta mar se levantó una terrible tormenta, que puso á la embarcacion en el último peligro, dándose por perdidos los marineros; pero Micaela conservaba toda su serenidad, y viéndolos á todos sumidos en la mayor afliccion, los animó, haciéndoles confiar en que Dios oiria sus oraciones, y poniéndose con los brazos en cruz calmaron los vientos, se sosegaron las embravecidas olas y comenzó á cesar la tempestad; conviniendo todos á que debian sus vidas á la eficacia de la oracion de esta sierva de Dios. Llegada á su patria fué recibida con general alegría y muchas pruebas de estimacion. Su primera visita fué al hospital, donde continuó demostrando su antigua caridad y sembrando los beneficios de que habia sido portadora durante toda su vida. Contaba apénas la edad de cincuenta y seis años, y se hallaba ya tan postrada por las vigilias y penitencias, que no podia esperarse tuviese larga vida. En efecto, no tardó en hallarse acometida de una enfermedad, que manifestó á su confesor seria la última. Pocos dias le duraron sus padecimientos; y habiendo recibido con ejemplar devocion y ternura los santos sacramentos, dirigió algunas palabras á los presentes acerca del desprecio del mundo y sus vanidades, entregando despues su alma al Criador. Corrió la noticia de su muerte, manifestando todos general sentimiento, y en particular los pobres, de quienes habia sido la providencia. Proclamó su santidad la ciudad entera, que asegura la crónica fué corroborada con algunos milagros. Al entierro, verificado dos dias despues de su fallecimiento, concurrió todo lo más notable de la poblacion, en que se habian admirado sus virtudes. Diósela sepultura en un lugar señalado, que miró desde entónces el pueblo con grande veneracion. Su sepulcro se halla en la iglesia de San Francisco de Pésaro, habiendo en 1356 sido construido con grande magnificencia por dos nobles que se hallaban agradecidos á los beneficios que habian recibido de esta sierva de Dios, á quien Felipe Ferrario coloca en el catálogo de los santos de Italia, asegurando haberse hecho por su intercesion muchos milagros. — S. B.

PESCHE ó Perciotta (Beato Francisco), religioso de la Orden Seráfica, natural de la ciudad que indica su apellido, el cual hizo un viaje á Jerusalen, y á su regreso, estando el tiempo sereno, profetizó que debia levantarse una tempestad en la que él solo pereceria; y en efecto, no tardó en oscurecerse el cielo, levantarse las olas, surgir los rayos á través de las nubes y manifestarse la naturaleza en terrible confusion. Asustados sus compañeros y creyendo llegado su último instante, le suplicaron les oyese en confesion, como lo hizo; mas á poco, arrojada la nave hácia la ribera solo él pereció, salvándose sus compañeros milagrosamente como lo habia vaticinado. Cuando despues, calmado el mar y sereno el cielo volvieron sus compañeros á buscarle, le hallaron, aunque difunto, de rodillas y con las manos levantadas como si estuviera orando en el mismo lugar donde habian naufragado. Diéronle sepultura en un lugar apartado, y la Religion Seráfica celebra desde entónces su memoria y virtudes en 8 de Diciembre.—S. B.

PESCHIER Bertrand (Esteban), de Ginebra, renunció al calvinismo y entró en el seno de la Iglesia en 7 de Agosto de 1815.—S. B.

PESENTINS de Bergamo (Eliseo), capuchino de la provincia de Brixen; enseñó árabe, con éxito, por espacio de cincuenta años, valiéndole la extension de sus conocimientos en la lengua santa convertir un número extraordinario de judíos. Murió en 1637. Escribió una multitud de obras que revelaban un hombre laborioso y muy instruido, tales son: 1.ª *Sal Elisei viri divini, sive Dictionarium hebraicum, etc.*, en fólio.—2.ª *Favus mellis ex floribus delibatus horti clausi, seu Grammatica hebrœa;* un volúmen en fólio.—3.ª *Anatomia alphabeti hebraici*, un volúmen en fólio.—4.ª *Lectiones de antiquitate, nobilitate, necessitate, ac facilitate sanctœ linguœ*, un volúmen y un gran número de obras sobre el mismo asunto.—S. B.

PESO (Leonor de los Angeles y del). Nació esta ilustre hija de Madrid á últimos del siglo XVII, sin que nos señale Baena su año ni dia en sus *Hijos ilustres de Madrid*. Hallándose viuda, supo y conoció D. Diego Fernandez de Córdoba, primer marqués de Guadalcazar y virey del Perú, sus excelentes prendas y gran virtud, y la recibió en su casa para aya de sus hijas Doña Mariana Francisca y Doña Brianda Fernandez de Córdoba, cuyo empleo empezó á ejercer en la ciudad de Lima el dia 25 de Julio del año 1622. El 10 de Febrero de 1624 tuvo efecto en la expresada capital del Perú la fundacion del monasterio de Sta. Catalina de Sena, fundacion que habia profetizado la gloriosa vírgen Sta. Rosa de Sta. Maria, haciéndose á expensas de Doña Lucía y Doña Clara Guerra de la Daga, que profesaron en él el estado religioso, sirviéndolas de madrinas las expresadas señoritas hijas del virey. Viendo la puerta abierta del camino de la gloria en la nueva fundacion, y excitadas del ejemplo de las dos damas limeñas, Doña Leonor renunció al mundo, sus

pompas y vanidades y tomó el hábito en el mismo monasterio, tres dias despues de las fundadoras; de suerte que fué una de las treinta y tres religiosas primeras que le ocuparon, haciendo solemnemente su profesion el dia 20 de Abril del año 1625. Dedicada fervorosamente á la santa observancia de la regla y deberes religiosos, la obediencia fué la virtud en que más sobresalió, si bien se distinguió en todas. Y despues de haber edificado con su devocion y penitencias á todas las religiosas, murió en la Pascua de Resurreccion del año 1626 en olor de santidad, segun la noticia dada á Baena por el Sr. Conde de Castillejo, siendo su nombre glorioso para la villa de Madrid, que tuvo en el Perú una heroina de virtud que la acreditase, y en el cielo un nuevo bienaventurado que le proteja, pidiendo á Dios por la prosperidad y ventura de sus compatriotas.—B. C.

PESO Evangelista (Ana del). Si en algo puede influir para la santificacion y perfeccionamiento de una criatura el que en su linaje haya personas de santidad y heróicas virtudes, podriamos atribuir á esto el que Ana del Peso fuese tan señalada como lo fué en el servir y amar á su Dios; pues estuvo emparentada con muchas de las santas mujeres que en los siglos XVI y XVII ilustraron la Seráfica Religion. Sin embargo, para nada necesita los blasones ajenos quien los tiene propios y en mucha abundancia, no solo para lo que ella puede haber menester para sí misma, sino para legárselos á su posteridad, y no se crea son blasones ó timbres vulgares, sino muy esclarecidos, muy marcados, distinguidísimos. Una vocacion la más perfecta al estado religioso, secundada por las circunstancias de poner á Ana bajo la direccion y cuidado de las religiosas Franciscas de Cuenca, de cuya arreglada casa salieron las que habian de fundar el convento de Belmonte. Ana era muy niña cuando este importante suceso, sin embargo, quiso ser como una de tantas, ó más bien sin que nadie la dijera cosa alguna y miéntras se ocupaban en su educacion material ella se ocupaba en acostumbrar á su espíritu á todas aquellas cosas que constituyen una verdadera religiosa. La pusieron el hábito de S. Francisco más por condescendencia que por ningun otro motivo; pero ella se hizo de esta circunstancia casual una estrechísima obligacion de llevar el santo hábito cual él merece, convirtiendo en espíritu aquello que no era sino una cosa material, y buscando en él un recuerdo vivo y perenne de la miseria del mundo para despreciarle áun ántes de llegar á conocerle. Su espíritu de mortificacion se adelantó á la edad, pues la vemos reunir para su camita los palos y piedrecillas que encontraba á mano, cuando apénas habria cumplido los seis años, y luego que llegó á los diez la vemos ayunar y guardar las demás observancias como una religiosa formal, obligando, por decirlo así, con los encantos de su gracia y por una manera enteramente desusada á que la maestra de novicias de la comunidad diri-

giese hácia ella tambien sus cuidados cual si fuese una monja, bien que por ningun concepto se la podia considerar en tal estado. Creció bajo tales auspicios, y como era consiguiente, cuando le llegó la edad del uso de la razon y se pudo decidir, decidió desde luego que su morada sería siempre en aquella santa casa que la habia cobijado para su educion, donde ella habia aprendido, por el buen ejemplo de sus hermanas, que todo es posible con la gracia de Dios en órden á sufrimientos y á padecer por el Amado, puesto que el Amado auxilia con sus eficaces gracias, cuando para fomentar estas ponemos los adecuados medios que él mismo se digna inspirarnos, y para cuya realizacion él nos da sus abundantes auxilios. Miremos, pues, á esta jóven al cumplir los diez y seis años, y sin haber tenido ni por un momento siquiera otra idea que la de consagrarse enteramente al servicio de su Dios, pensando solamente en que para llegar á la perfeccion de este mismo servicio divino, hallára inconvenientes áun en los mismos asilos de virtud; y veamos cómo ella examinaba las circunstancias de todas y cada una de sus hermanas, con una atencion, con un esmero que parecia haber de retratar á todas en su parte moral, ó más bien que habia de tomar lo más perfecto de todas, para apropiarse ella tal dechado de perfeccion compendiándolo en ella sola, y veremos que la consecuencia de tan prolijo exámen habia de excitar en ella un vivo deseo de disfrutar de las delicias de aquel convento como de casa propia, para lo cual pidió, y pidió con instancias el santo hábito, en un dia en que las religiosas se hallaban reunidas en un ejercicio de comunidad. Una criatura que les cautivaba, porque en ella no se veian circunstancias de niña, sino obras de mujer muy adelantada en el camino de la virtud, y que rogaba con fervor que aseguraba su eterna dicha, y se lo rogaba á quienes ya estaban edificadas de su conducta, y preveian con razon que iba á ser un modelo, y lo pedia con humildad profunda, y de tal suerte que era imposible negárselo; dicho se está que consiguió lo que deseaba, y por consiguiente se le impuso solemnemente el hábito que hasta entónces habia llevado solo por devocion, se le inscribió y admitió en aquella comunidad á que ántes habia estado agregada y se la hizo religiosa, satisfaciendo así sus piadosos deseos y llenando de ese júbilo que no se explica, aunque se comprende muy bien, aquel inocente y cariñoso espíritu. Si ántes de ser religiosa se habia creido obligada á buscar su perfeccion por cuantos medios estaban á su alcance, y habian rayado en heróicas sus virtudes sin más mira que la de no causar la ruina de sus hermanas, sin más razon que la de que no hubiese una criatura imperfecta donde todas eran casi santas; ahora que ya es para ella estricta obligacion el unirse á su esposo crucificado, y necesidad del estado que abrazára el caminar hácia adelante sin consentirse la más pequeña rémora, se comprende fácilmente cuán heróicos serian sus esfuerzos

para llegar á merecer la dicha de la profesion, correspondiendo en la época de prueba á los deseos de sus maestras, á lo que exigen las constituciones de su Orden, admirables tanto en sus prescripciones como en la manera de imponerlas; así que el noviciado de Ana hubierá bien podido pasar por enseñanza, no ya para religiosas de una virtud comun, sino para las que con razon pueden llamarse perfectas; de suerte que lo único que hubieron de hacer las maestras de su espíritu, fué imponerla la debida sujecion en órden á contener los rasgos de su ardiente deseo, y el estar á la mano á sus rigores, que habrian sido excesivos sin esta moderacion de la obediencia, que como procedente de tan preciosa virtud, tenia para ella toda la importancia que merece, y por consiguiente en la práctica daba los apetecidos resultados. Con efecto, hubiera concluido con su vida áun mucho ántes de lo que ella se acabó, si se la hubiese permitido observar la conducta que llevaba los primeros dias de su noviciado, porque su abstinencia era casi completa, su sueño muy breve y tomado sobre el duro suelo ó cuando más sobre un poco de paja, y el ejercicio contínuo, porque tomó á su cargo toda la mecánica del convento y la cumplia con sumo esmero, por cuya razon su trabajo tenia que ser, y era en efecto, mucho y muy violento. No dejó de sufrir cuando la superiora le cercenó este trabajo y la obligó á tomar más descanso y alimento; pero hubo de conformarse, porque comprendia muy bien que el servicio de Dios, sobre todo la perfeccion religiosa, no consiste en hacer lo que queramos y como queramos por más que ello sea santo y muy bueno, sino en obrar siempre conforme á lo que de nosotros determinen nuestros superiores, como únicos responsables de nuestras acciones como hijos de obediencia. Profesó Ana del Peso, y ya en el cúmulo de su dicha por el logro de su vivísimo deseo de ofrecerse enteramente al servicio de su Dios, hizo ver que el desposorio contraido con Cristo habia sido agradable al Señor, por los muchos esfuerzos que para amar á Su Majestad hacia, por el triunfo que consiguió sobre sí misma áun en aquellas cosas más indiferentes. Para Ana, desde el dia de su profesion ya no hubo voluntad, fué la voluntad de Dios la que en ella dominó: puede decirse que tambien se subyugó á esta voluntad divina su entendimiento, pues nunca reflexionó sobre las cosas, sino que aceptándolas siempre como emanadas del cielo, al cielo referia la gloria de ellas y en el cielo esperaba su recompensa. Es verdad que puede decirse sin temor de parecer exagerados, que la vida de esta religiosa era una anticipacion del paraíso, pues que ella al entregar á Dios su corazon al tiempo mismo de emitir solemnemente los votos por los cuales se obligaba á su servicio, estableció en su corazon la presencia de su esposo, de tal suerte, que ya no hizo nada sin él; por él queria, por él oraba, á él encaminaba desde su más ligero pensamiento hasta su más importante obra, y para estrechar este tra-

to de un modo el más íntimo posible, estaba continuamente ocupada en el ejercicio santo de la oracion, favoreciéndola su amado con muy dulces carismas, regalándola con señaladas muestras de su entrañable amor, ya por medio de raptos y arrobamientos, que experimentaba con muchísima frecuencia, ya tambien con esotra prueba negativa del amor, que no por ser más sensible es ménos importante ni acredita ménos el afecto; es decir, por el camino de las áridas sequedades y mortificaciones del espíritu, camino que corrió la sierva de Dios, pero en el que no se detuvo por ninguna consideracion, sino que le salvó resignándose completamente en la voluntad de Jesus, y ofreciéndole desinteresadamente lo mismo el sacrificio de su aridez y sequedad molestísima, que el fruto de los regalados carismas con que la complacia en esa otra oracion quieta, sosegada y áun más afectuosa con que algunas, muchísimas veces, la llamaba hácia sí. Hemos dicho que en penitencias era rigidísima, y hubiera sido mucho más si sus confesores no la hubiesen ido á la mano, como tuvieron precision de hacerlo en atencion al estado delicadísimo de su salud, que se iba haciendo cada dia más quebrantada, bien que ella no queriendo hacer caso ni fijar la atencion en sus padecimientos, ó más bien, refiriéndolos todos á Dios, se creia obligada á padecer muchísimo más, áun cuando tanto sufrir la acarreára la muerte, lo cual sucedió efectivamente, porque sus padecimientos, á cual más graves y tan diversos en sus síntomas y diagnóstico, que no era posible encontrar manera de caminar á la mejoría, pues pusieron desde luego en peligro su existencia, pues la minaban completamente la tísis, mal principal que la agobiaba, y la perlesía, cuyos síntomas y consecuencias son siempre tan penosos. Es indecible la paciencia con que Ana sufria sus dolencias, y mucho más se hace esto admirar cuanto que los ataques de la enfermedad eran muy rudos y frecuentes, hasta el extremo de que los que la rodeaban, derramaban lágrimas por el sentimiento que les producia su padecer, miéntras que ella, repitiendo las magníficas palabras de Job: *De Dios hemos recibido los males, de igual modo que los bienes*; estaba muy contenta alentando á los mismos que la visitaban y muy particularmente á las religiosas, sus hermanas, que viendo más de cerca lo mucho que sufria, la tenian como era consiguiente mucha más compasion que los que no estaban tan al pormenor de sus sufrimientos tan vivos, tan continuos, tan sensibles. Su Dios, sin embargo, no se daba por satisfecho, si bien el permitirla mayores males era solo para acrecer su gloria, razon por la cual hizo que los facultativos á cuyo cuidado estaba Ana para la curacion de sus graves males, viesen el inminente peligro en que se hallaba de perder la vista, y se lo comunicaron sinceramente. Es indudable que cualquier otra persona ménos dotada de sufrimiento y de paciencia que nuestra distinguida religiosa hubiese reci-

bido esta noticia con un semblante desapacible, y habria mostrado el vivo sentimiento que produce la consideracion de perder el uso del sentido más importante de la vida, pues es el qué le sirve al hombre para guiarle en todas las circunstancias de ella: sin embargo, Ana en nada de esto pensó; solo tuvo presente que los ojos son ventanas por donde el espíritu se disipa, que para conservar una esposa de Jesucristo su vista cual conviene á tan distinguido carácter, es preciso de parte de Dios mucha gracia, y de parte de la criatura mucho cuidado; y léjos por estas consideraciones de enojarse con la noticia, se alegró en gran manera, anhelando el que llegára el cumplimiento de tan triste vaticinio, por dos motivos: primero, porque ella creia injusticia el no conformarse entera y completamente con la voluntad de Dios y el no desear los sufrimientos que el Señor permite, toda vez que son los medios de acreditarnos su inmenso amor y el deseo que tiene de que participemos de su cruz; y segundo, porque le complacia mucho el que la privacion de sus ojos le proporcionase el sosiego y tranquilidad de su espíritu, de poder dejarse ver sin peligro por su parte, y cesar en el temor de que las cosas exteriores la distrajeran y la apartasen de su buen Dios, á cuyo servicio dirigia constantemente todos los esfuerzos de su espíritu. El pronóstico de los médicos se cumplió á la letra, y Ana del Peso se vió ciega, pero totalmente ciega, de suerte que no podia ir de una á otra parte sin el auxilio de sus hermanas, ni podia por consiguiente hacer otras labores que las que se desempeñan sin el auxilio de la vista, que no son muchas á la verdad. Sin embargo, siempre resignada, conforme con la voluntad del Señor, sufria este gran trabajo con una paciencia indecible, todo la parecia poco en órden á satisfacer á Dios por los pecados de los hombres, en los cuales incluia los suyos, aunque habian sido tan leves que apénas habrian significado nada en la divina presencia, y solo sentia lo mucho que por este motivo molestaba á sus hermanas, con las cuales estaba siempre humillándose, pues les decia ser la más molesta á la casa, la más inútil, y les rogaba continuamente el perdon de sus impertinencias. Dos años largos pasó en este sufrimiento, que era aumentado continuamente, porque el buen deseo de los facultativos y de su santa comunidad la obligaba á tomar medicamentos y á hacer esfuerzos para que esto se reparára, con lo cual solo se adelantaba el que los humores, revolviéndose en ella más y más, se fijáran con más intensidad en sus mismos doloridos ojos y la hiciesen sufrir, lo cual la acrisolaba ciertamente y la prevenia una mayor corona. Sea esta complicacion de males, sea lo que quisiere el fundamento ó motivo, es lo cierto que, muy débil y enfermiza, quedó Ana sin fuerzas para salir de su celda ni áun de su cama, y tuvo que estar por mucho tiempo imposibilitada enteramente. Sin una queja siquiera sufrió esta última prueba del amor de Dios, y cada

dia que veia amanecer, la ofrecia estos dos sentimientos. Profundísimo reconocimiento á Dios, que le dejaba un dia más para procurar su gloria; vivísimo deseo de aprovechar este dia para gloria de Dios, lo cual hacia ciertamente protestando á su majestad adorable su pequeñez al par que su deseo de enaltecerse, no para otro fin sino para que asi enaltecida fuese mayor su mérito en órden á su correspondencia á las divinas dignaciones. Cuando sus hermanas la acompañaban para consolarla y le hacian presente su dicha en participar de un modo tan directo de las amarguras de la cruz y de los tan preciosos carismas de su esposo Jesus, ella parecia revivir y alentarse de nuevo, y el corazon comunicaba vida al cuerpo, siendo esta del espíritu tanto más provechosa, cuanto que más directamente venia de Dios. Por fin, el tiempo de su peregrinacion era cumplido, y tenian que desatarse las ligaduras que la unian al mundo, por lo cual era preciso que acrecentándose los padecimientos y haciéndose los síntomas más alarmantes, ella se fortaleciera con los auxilios que presta la religion de Jesucristo, y con esta fortaleza caminase á la patria de su ventura, donde la esperaba el galardon que le tenia preparado su fidelísimo Esposo en justa recompensa de esa misma fidelidad con que habia procurado su servicio. Era el mes de Abril de 1597 cuando los síntomas de Ana hacian ver inminente el peligro de su vida. Todas sus hermanas con grande sentimiento veian acercarse su muerte, y ella con extraordinario regocijo veia que no era ya mucho el tiempo que le quedaba en este mundo. Se la excitó á recibir por última vez los sacramentos de la Iglesia, y esto fué para ella, como era consiguiente, un verdadero júbilo, como lo es para el que pisa en penoso destierro el ver disponer lo necesario para el viaje de regreso á su patria. Si hasta entónces habia causado grande edificacion á cuantos le habian visto acercarse al eucarístico banquete, entónces no es decible cuán grande fué su júbilo y su devocion al recibir el viático, así como no puede ponderarse tampoco debidamente el cómo se condujo con sus hermanas en su tiernísima despedida que hizo despues de recibida la santa uncion, cuatro dias ántes de su muerte. Con esta importante y tiernísima exhortacion cerró sus labios perdiendo el uso de la palabra, durándole, sin embargo, la vida, en ese estado de mudez hasta tres dias despues de este suceso, ó sea hasta el dia en que la Iglesia conmemora la festividad de S. Juan ante Portam Latinam, que fué cuando el Señor la llevó para sí, permitiendo que un momento ántes de su muerte pronunciára la alabanza que más frecuenta la Iglesia en honor de la Divinidad: *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto.* Su cándida alma pasó al seno del Señor á los veinte y siete años de edad, y las hermanas, como los fieles todos, quisieron rendir á su cadáver el homenaje debido á los restos de quien fué verdadera sierva del Señor. Un inmenso gentío

concurrió á sus honras, y se comenzó desde luego á proclamar la santidad de esta sierva de Cristo, cuyo eco se ha repetido; y no será muy extraño que probadas canónicamente sus virtudes, tengamos algun dia en el catálogo de los santos á Sor Ana del Peso Evangelista, religiosa franciscana. — G. R.

PESQUERA y Aguilar (Francisco). Ignóranse las fechas del nacimiento y muerte de este religioso, sabiéndose solo que fué hijo de Madrid. Fué religioso de la venerable Orden Seráfica de S. Francisco, en la observancia, y predicador de la provincia de Castilla. En el tomo primero, página 323, de la *Biblioteca Franciscana*, se dice escribió la obra titulada: *Promptuarium Alphabeticum practicarum et teoricarum conclusionum, atque resolutionum juris civilis, canonici, necnon Regni*. Este era un tomo en fólio, que se conservaba en la biblioteca magnífica que tenia la Orden en su grandioso convento de Madrid, edificio dedicado hoy á cuartel de Infantería y á prisiones militares, á excepcion de su suntuoso templo, el más magnífico de esta Corte, que perteneciendo hoy á la Obra Pia de los santos lugares de Jerusalem se ha restaurado alhajándole con magnificencia, y en ella celebra con gran aparato y solemnidad la veneranda Orden de Caballeros de S. Juan de Jerusalen sus funciones, habiendo establecido esta Orden mantener abierta toda la noche del jueves santo la iglesia, guardado el santo monumento por los caballeros. Ignoramos si el manuscrito citado se salvaria del saqueo que sufrió la biblioteca de este convento en 1836, y solo podemos asegurar que cuando fuimos como bibliotecario de la Nacional á hacernos cargo de los libros que dejaron, no le vimos en el gran monton que nos entregaron en un cuarto oscuro. — B. C.

PESSELIERE ó Passaliere (Pedro). Este monje de la abadía de S. German de Auxerre nació en Jurgy, á legua y media de la misma ciudad, en la primera mitad del siglo XVI. Fué prior de su convento desde el año 1544 hasta 1597. Sus obras son las siguientes: *Traduccion del tratado de S. Juan Crisóstomo: Quod nemo læditur nisi à seipso*. Paris 1543 en 8.° *Oda latina*, de siete estrofas al frente de *la Mujer cristiana* de Luis Vives, traducida por Pedro Changy en Lion, en 1543, en 8.° En esta misma obra tiene una décima sobre la muerte de Changy. Fué el primero que publicó la *Vida de S. German* escrita en verso por Henric en el siglo IX, la cual se publicó en latin en Paris el año 1543 en 8.° Dió al público el *Comentario* de Claudio Turin sobre la *Epistola de S. Pablo á los Gálatas* creyendo que la obra pertenecia á Claudio de Auxerre. El abate Papillon, en su *Biblioteca de los autores de Borgoña*, le atribuye el libro de *Milagros de S. German*, publicado por el P. Labbe en su *Nueva Biblioteca de manuscritos*, tomo I, página 531, libro que segun Lebeuf pertenece al monje Henric. Lebeuf publicó una nota de Pesseliere entre las pruebas de su *Historia sobre la toma de Auxerre*. — C.

PETAU (Dionisio). Este jesuita, que fué uno de los sabios más distinguidos de su siglo, nació en Orleans el 21 de Agosto de 1583, y fué sobrino del sabio anticuario Pablo Petau de Orleans. Su padre, negociante de la misma ciudad, amigo de las letras á pesar de ser comerciante, procuró cultivar las buenas disposiciones al estudio que advirtió en su hijo, y le envió á estudiar filosofía á París. Al terminarla, Dionisio sostuvo tésis en griego, lengua que llegó á poseer como la suya, y recibió el grado de bachiller en artes. Asistió á las lecciones de la Sorbona; y como su carácter natural no le permitiese tomar parte en los placeres propios de su edad, se dedicó á coleccionar en la Real Biblioteca manuscritos antiguos, y con este motivo conoció al sabio Casanbon, que viendo su capacidad le obligó á preparar una edicion de las obras de Synesias. Hallándose en este trabajo, vacó la cátedra de filosofía de la universidad de Bourges; y empeñándose sus amigos en que la pidiese, la obtuvo á la edad de diez y nueve años. Abrazando el estado eclesiástico, en cuanto recibió las órdenes fué nombrado canónigo de la catedral de Orleans. No disfrutó mucho tiempo de esta prebenda, pues que conociendo en París al P. Fronton-du-Duc, se entusiasmó de tal modo con el cuadro que le hizo éste de la dicha que gozaba, que renunciando á cuanto el mundo podia ofrecerle, abrazó la regla del glorioso español S. Ignacio de Loyola. Despues de dos años de pruebas en el noviciado de los Jesuitas de Nanci, fué á estudiar teología en 1607 á la universidad de Pont-á-Mousson. Destinado el P. Petau á la enseñanza por sus superiores, desempeñó la cátedra de retórica en Reims y en Fleche, desde donde fué llamado á París, adonde habia llegado la fama de su saber. Encargado de igual cátedra, su salud no le permitió desempeñarla diariamente por mañana y tarde; se le nombró un suplente que le ayudase, y con esto pudo dedicar algun tiempo á las obras que preparaba. En 1621 sucedió á su catequizador el P. Fronton-du-Duc en la cátedra de teología positiva, cargo que desempeñó durante veintidos años con aplauso general. A pesar de la asiduidad á que le obligaba esta enseñanza, no por eso se mitigó su aficion al estudio, y continuó su pasion favorita de coleccionar manuscritos antiguos y de hacer grandes trabajos sobre la historia y la cronología, y áun cuando á cada instante se veian aparecer obras suyas, mantenia una gran correspondencia al propio tiempo para responder á sus adversarios, cuyo número crecia á la par que su reputacion. La crítica literaria no pasaba entónces de ser una disputa particular, y hombres creados para amarse, se prodigaban mútuamente las más groseras injurias, cuando discutian en un punto oscuro ó dudoso, ó acerca de la fecha de un hecho ignorado. Siguiendo la costumbre, el P. Petau, á pesar de tener un carácter dulce y modesto, tomó el mismo tono que sus adversarios empleaban con él, y no podemos ocultar que igualó á Sanmaise y á Sca-

ligero en la vivacidad y dureza de sus réplicas. Hacia muchos años que habia prometido publicar un tratado completo de cronología, cuya grande obra vió la luz pública al fin, con el título de *Doctrina temporum*, el año de 1627, mereciendo los mayores elogios en toda Europa. Vista la obra expresada en España, en donde ya la fama habia divulgado la capacidad del P. Petau, Felipe IV, que era muy amante de las letras, le invitó con la cátedra de historia del Colegio Imperial de Madrid, que se acababa de fundar; pero rehusó este honor á pretexto de que no convenia á su salud el cálido clima de la Península. Habiendo dedicado en 1637 al pontífice Urbano VIII una paráfrasis de los Salmos en versos griegos, el Papa, que cultivaba con éxito la poesía, se entusiasmó de tal modo con esta obra, que pidió al autor fuese á Roma; pero se excusó con su vejez, y habiendo sabido el modesto jesuita que el Papa tenia intencion de hacerle cardenal, sucedió que asombrado del grande honor que queria hacérsele, cayó en una grave enfermedad, de la que no se restableció hasta que se le aseguró que no se le obligaria á dejar su humilde celda de Clermont. Con el pretexto de su mal estado de salud, dimitió Petau en 1664 su cátedra de teología; pero conservó el empleo de bibliotecario que desempeñaba desde 1623, y continuó trabajando en su coleccion teológica. Al acabar su trabajo sobre la Encarnacion se vió precisado á suspender toda clase de trabajos; y no encontrando los médicos remedio alguno para su mal, le enviaron á Orleans, esperando que los aires natales le reanimasen las fuerzas; pero como nada consiguiese y su enfermedad se fuese agravando, se hizo llevar á Paris, y no pensó ya más que en prepararse á la muerte que consideraba muy cercana. Habiéndole anunciado en su última visita Gui-Patin que le quedaban pocas horas de vida, se reanimó, y haciéndose llevar un ejemplar de su nueva edicion del *Rationarium temporum*, suplicó á este amigo que le recibiese por la buena nueva que acababa de darle. Pidió los socorros de la religion, que recibió con el mayor fervor, y murió con la paz del justo el dia 11 de Diciembre de 1652. El P. Petau unió á una inmensa erudicion talento, gusto y buen juicio, una fácil locucion, y la gracia de escribir en latin con elegancia. En prosa, dice el P. Oudin, es el estilo de Ciceron, y en verso la ternura y guia de Virgilio. Tuvo muchos adversarios envidiosos de su saber; pero en contrario, tuvo por amigos los hombres más sabios de Francia, Holanda é Italia. La correspondencia interesantisima que siguió con unos y otros, fué quemada, á pretexto de que las cartas de los muertos son títulos sagrados, cuyo secreto debe sumergirse en el abismo del silencio y del olvido. Además de las ediciones de las obras de Synesius, del *Breviario histórico* de Nicéforo, de los *Discursos* de Themistius, de las obras de S. Epifanio y de Juliano, con traducciones y notas latinas, de sus *Observaciones sobre el Lexicon* de Hesy-

chius, y de otros muchos escritos contra Sanmaise, contra Mathurien Simon que le habia acusado de haberse apropiado el trabajo de Laubespin en su Comentario á las obras de S. Epifanio, contra el *Tratado de Grotius sobre la administracion de la Cena*, *etc.* Nos han quedado de este sabio jesuita las obras siguientes: *Orationes*; Paris, 1620, en 8.°: en 1653 se hizo otra edicion más aumentada. —*Opera poetica;* Paris, 1620, en 8.°; se reimprimió en 1642 con muchas adiciones. — *Opus de doctrina temporum*; Paris, 1627, dos volúmenes en fólio. Esta grande obra está dividida en trece libros; los ocho primeros comprenden los principios de la ciencia de los tiempos, y los cuatro siguientes el uso de la cronología con respecto á la historia, haciendo en el trece el P. Petau aplicacion de sus principios á una crónica que termina el año 533 de nuestra era, la cual encuentra Fabricio muy exacta, sintiendo que no la hubiesen continuado.— *Uranologia sive systema variorum auctorum qui de sphærâ ac sideribus, eorumque motibus græce commentati sunt*; París, 1630, en fólio. Esta obra es la continuacion de la precedente; está dividida en ocho libros; en el primero el autor explica las diferentes apariciones y posturas de las estrellas; en el segundo expone la opinion de los antiguos sobre los solsticios, equinoccios y salida de diversas estrellas; el tercero contiene la refutacion del tratado de Scalígero sobre la anticipacion de los equinoccios; el cuarto trata del año de los griegos, y en particular de los atenienses, y contiene la refutacion de la crítica que habia publicado de la doctrina de los tiempos; el quinto el año de los hebreos, de los egipcios y de los romanos; en el sexto y sétimo refuta Petau diversos pasajes de las *Exercitationes* de Sanmaise sobre Solin, y en fin, en el octavo da á conocer las eras y los cómputos de que se han servido los cristianos orientales. Esta obra ha sido reimpresa con la precedente en Amberes, en 1703 ó en 1705, en tres volúmenes en fólio, cuya edicion está aumentada con un *Prefacio* del P. Hardouin, y de su *Disertacion sobre las setentas semanas de Daniel*. — *Tabulæ chronologicæ regum, dynastiarum, urbium, rerum, virorumque illustrium à mundo condito*; Paris, 1628, en fólio mayor. Habiéndose reproducido muchas veces estas tablas, la mejor edicion es la de Wesel en 1702. — *Rationarium temporum in libros tredecim distributum, in quo ætatum omnium sacra profanaque historia chronologicis probationibus munita summatim traditur*; París, 1633-1634, dos volúmenes en 12.° De este compendio se han hecho muchas ediciones corregidas por el autor, y las mejores son las de Leyde de 1710, 1724 y 1745, con la continuacion de Perezonius. Esta obra fué traducida al francés por Colin, por Macroix y por Moreau de Mantour y Dupin, con un suplemento por Delisle.— *La Pierre de touche chronologique, contenant la methode d'examiner la chronologie et en reconnaître les défauts, etc.* Paris, 1636, en 8.° Esta es

una crítica de las diversas obras publicadas sobre esta materia por Lapeyre d'Anzoles, aunque Petau no nombró á su adversario.—*Paraphrasis Psalmorum omnium necnon Canticorum quæ sparsim in Bibliis occurrunt græcis versibus edita cum latinâ interpretatione*; París, 1637, en 12.° Dice el Padre Oudin que esta paráfrasis será admirada siempre por los que entienden á Homero, y que Grotius la tenia siempre sobre su mesa, y sin embargo, su autor la hizo como una especie de entretenimiento en que descansaba de sus tareas, pues que el P. Petau no tenia otro parnaso que los pasillos y escaleras del colegio de Clermont; sin embargo, no puede ménos de conocerse en esta obra una grande monotonía, pues que solo consta de versos exámetros y pentámetros. *Græca varii generis carmina cum lat. interpretat.*; París, 1641, en 8.° Al fin de esta coleccion hay algunas composiciones en versos hebráicos. *Theologica dogmata*; París, 1644 y 1650, cinco volúmenes en fólio; hay otra edicion aumentada por Leclec, en Amberes, en seis tomos, en tres volúmenes en fólio. Esta obra está escrita con mucha erudicion, y es muy sensible muriese el autor sin concluirla. Muratori considera por esta obra al P. Petau como el restaurador de la teología dogmática; la mejor edicion es la de Venecia, 1758, en siete volúmenes en fólio, publicada á instancias del P. Zacarías, que la enriqueció con disertaciones, notas y la vida del autor. — *De la pénitence publique et de la préparation à la communion*; París, 1644, en 4.°; la tercera edicion se hizo en Paris en 1645. Además de la vida del P. Petau por H. de Valois al frente de su edicion de las obras de S. Epifanio, el P. Oudin dió de él una noticia muy extensa en el tomo XXXVII de las *Memorias* de Niceron, y el P. Bonafede le elogia en su obra *Ritratti poetici*, *storici*, *etc.*, en el tomo II, pág. 136 de la edicion de Venecia de 1788. El retrato del P. Petau ha sido grabado por muchos artistas, y en especial por Lasue, y forma parte de la coleccion de Odienore, y la medalla con su busto fué hecha por Dassier y publicada en el *Musæum Mazuchellianum* con una nota biográfica. — C.

PETCHERINE (Waldimiro). Fué ruso de nacion, y aficionadísimo á la bella literatura la cultivó con grande éxito, llegando á obtener como justa recompensa de su mérito y aplicacion la cátedra de literatura griega en San Petersburgo, en cuyo desempeño se esmeró acreditando por tal concepto aún más de lo que ha estado siempre su tan celebrada universidad. Esta queria y quiere siempre hacer aplicacion, no solo de los adelantos que en todos los ramos del humano saber se propalan por medio de la prensa, sino de aquellos conocimientos que han dejado consignados en manuscritos siempre preciosos hombres de gran saber, que ó bien porque la muerte los ha sorprendido, ó bien porque la escasez de su peculio no les permitia dar á luz sus obras, han tenido que permitir se queden en tal estado, si bien asimismo han

pasado á las bibliotecas para que sirvan como de núcleo á concesiones posteriores, para que sirvan como de excitacion á la capacidad de otros que pueden, ilustrando aquellas mismas materias, proporcionar á las ciencias los adelantos que tienen legítima aspiracion á esperar de los que las cultivan. Pues para que recorriera las bibliotecas y archivos de Europa fué destinado el Sr. Petcherine, y al hacer su universidad esta eleccion, claro es que dió un testimonio del ventajoso concepto en que tenian al elegido; pues es consiguiente que para tan importante cargo no se echa mano sino de lo más excelente de que pueda disponerse, en razon á que además de los cuantiosos que son los dispendios de estos viajes científicos, tienen que ponerse los que los emprenden en contacto con las primeras notabilidades de los países adonde van; y así como resulta en gloria y esplendor de la escuela ó academia que los manda todo cuanto ellos demuestren de capacidad y aplicacion, así resultaria tambien de desdoro para estos mismos cuerpos si los por ellos comisionados no fuesen todo lo capaces que conviene á la importante mision á ellos cometida. Recorrió, pues, algunas buenas bibliotecas y vino á Bélgica, donde quiso el Señor que se abriesen sus ojos á la verdadera luz y que se disipasen las densas tinieblas que hasta entónces habian ofuscado su claro entendimiento. Sus íntimas relaciones con los Redentoristas de Bélgica fueron el medio indirecto que Dios adoptó para este fin; pues no solo le convencieron de la mentira de su creencia y de la verdad del catolicismo, y le hicieron abjurar su error y confesar la verdadera fe, la fe de Cristo, sino que obrando en él la gracia de un modo particular, fué llamado por Dios al perfecto estado de religioso, inscribiéndose en la congregacion de los mismos á quienes habia merecido el singular favor de reconocer su verdadero fin y los medios que á él conducen. No se puede expresar la exactitud con que cumplió el Sr. Petcherine cuanto le prescribieron sus superiores, ni la docilidad con que se sujetó á cuanto de él exigieron ántes de permitirle hacer su solemne profesion, así como tampoco puede explicarse la edificacion que causaban las virtudes y conducta de nuestro pretendiente; así que resuelta satisfactoriamente su peticion acerca de su adscripcion de una manera íntima á aquella Congregacion, ella vió muy poco despues la grande adquisicion que con este hombre habia hecho, ó por decirlo con más exactitud, vió cómo la Providencia de Dios ordena y dispone las cosas de forma que sirvan para realizar sus designios áun aquellos medios que parecen estar más distantes de sus fines; pues que ciertamente nadie hubiese creido que un ruso que por motivos puramente científicos visitaba el archivo de los Redentoristas de Bélgica, iba á ser uno de sus más útiles miembros, abjurando ántes del error que hasta entónces le ponia á inmensa distancia de los afiliados á este benéfico instituto. Hiciéronle, pues, perfeccionar sus estudios

en la parte teológica, y le obligaron á subir al sagrado órden del presbiterado, venciendo para esto la gran repugnancia que oponia, fundándose en sus mismos antecedentes y pretextando no ser acreedor al importante ministerio de intermediario entre Dios y el hombre, quien no habia puesto para el conocimiento verdadero de Dios los medios que eran los únicos á propósito, el exámen de las obras; pues que si él hubiese examinado las obras del catolicismo, las habria encontrado indudablemente mucho más meritorias que no las de las demás variedades. Luego que hubo recibido los sagrados órdenes, se le encomendó el importante cargo de enseñar á los jóvenes de su instituto que habian de seguir el ministerio de la predicacion y de misionar, y á todos los que en gran número acudian á las explicaciones de este eminente sabio, para encontrar en ellas esa verdadera erudicion que poseia, y que agregándola á su rectísima y fácil manera de raciocinar, daba por resultado en órden á la verdad esclarecerla, pero esclarecerla de modo que se hacia evidente; y en órden al error pulverizarle hasta el extremo de que de él no quedaba ni la más leve sombra, siquiera fuesen de mucha fuerza en la apariencia los argumentos con que pretendiera engalanarse. Parecia que al hacer tanto provecho en la cátedra y resultar por consiguiente de ahí tanta gloria á Dios por los esfuerzos contínuos del Sr. Petcherine en la enseñanza, hubiese permanecido en ella por mucho tiempo y se hubiesen encomendado á su cuidado cuantos jóvenes iban ingresando en la comunidad de los Redentoristas; sin embargo, no fué así: examinaron los superiores con la debida madurez los frutos muy abundantes que se habian sacado del Sr. Petcherine, maestro, é hicieron un cálculo de los que podrian sacarse del mismo como misionero catequista, y hallaron que podia alcanzarse un provecho más tangible con dedicarle á este importante ministerio, y lo resolvieron consultando en ello solo á la mayor gloria de Dios. De desear sería haber podido penetrar en el gabinete del superior de los Redentoristas, cuando á este hijo ilustre de tan esclarecida familia se le confió el importante cargo de misionar, y cuando se le dijo que iba á desempeñarle en Inglaterra. Sentimientos muy distintos embargaban su espíritu; por una parte veia el grande amor que Dios le demostraba en dedicarle á una obra tan para su gloria, por otra parte veia sus deméritos; pues él nunca llegó á comprender que habia en él nada bueno, ántes, por el contrario, creyó siempre que todo era en él miseria y pequeñez, ingratitud y apartamiento de Dios y de los medios que á Dios llevan; pero al cabo hubo de aceptar la importante comision que se le diera, y partió con algunos otros de sus hermanos á realizar los intentos de su respetable comunidad. No se puede calcular el fruto que hizo la predicacion de este ejemplar sacerdote, y ello es claro, en él habia una ciencia nada vulgar, un deseo eficacísimo de procurar la salvacion de todos, un deseo de abrir los ojos á

cuantos veia obcecados en el error, por lo mismo que él experimentaba lo próvechoso que á él mismo le habia sido el que Dios por su misericordia le sacase del error, donde habria perecido indudablemente. Además conocia muy bien el corazon humano, sabia captarse no solo la atencion, sino la benevolencia de cuantos iban á escucharle, y por consiguiente cada plática suya era un verdadero triunfo, no uno de esos triunfos que no llevan más lauro que el recuerdo momentáneo, sino un triunfo que llevando al seno de la familia el consuelo, la paz y la satisfaccion hacia que todos los que de estas ventajas disfrutaban se identificasen con el que se las proporcionaba; y como la identificacion con él no podia ser de otra suerte que en Dios y por Dios, hacia que á Dios se uniesen muchos que hubiesen perecido por no haber llegado á conocer al verdadero Señor del universo. Como á esto se agregaba que ya en el confesonario, ya por medio de consultas, el Padre esclarecia esto mismo que en el púlpito propalaba, sus frutos eran muy abundantes y cada vez más señalados los triunfos que por su medio conseguia el catolicismo. Muy satisfecho estaba en el desempeño de su tan importante cometido, y proyectando siempre nuevos medios de hacer conocer á Dios y la verdad y excelencia del catolicismo, cuando el Señor tuvo por bien buscar otra órbita por donde girára, para que el que habia ilustrado con sus doctrinas como maestro á unos y como orador á otros, sirviera tambien como superior, y la sirviera de mucho, á la respetable institucion que le admitiera en su seno. Habiendo de elegir su congregacion un superior que la gobernase y que dirigiera su propagacion y trabajos en la gran Bretaña, donde iba tomando grande aliciente y prestando señalados servicios á la causa del cristianismo, fué designado para tan importante cargo, y se le obligó á aceptarle y desempeñarle, aunque para ello tuvo no poco que vencer su modestia y humildad, pues protestó muchas veces de su buen deseo, eso sí, pero segun él decia, de su incapacidad. El tiempo acreditó lo contrario; pues si bien es cierto que su Orden iba gobernada con acierto y no se resentia de nada absolutamente, pues todos y cada uno de sus miembros se esmeraban á porfía en cumplir con el instituto, lo es tambien que el P. Petcherine dió tan sabias providencias y dictó tan acertadas disposiciones, que solo por la observancia de ellas, sin trabajo alguno pueden despues los superiores, no ya de un reino sino de todas partes, gobernarse seguros de que alcanzarán buen éxito y que sus desvelos no serán infructuosos. Por supuesto que toda la Congregacion estuvo satisfechísima de su conducta, y los que tuvieron la feliz idea de elegirle, se daban cada vez más plácemes, porque como en él se reunian un gran celo por la extension del instituto, pero un celo razonable, es decir, que no emprendia ni permitia emprender obras que no pudieran llevarse á cabo; una prudencia suma

para el gobierno, de manera que sin permitir ni la mínima infraccion de las reglas ni constituciones, sabia atraer á todos al buen camino por todos los medios imaginables, dictando providencias enérgicas cuando este recurso le parecia conveniente, ó amoldándose á la más blanda lenidad cuando no habia necesidad de otra cosa. Él sabia utilizar los buenos servicios de los fieles en provecho de los fieles mismos, y todas las casas de su instituto estaban francas á cuantos podian necesitar de su cooperacion, dando á unos socorros materiales, á otros los socorros no ménos necesarios ni eficaces de consejos oportunos y muy sabios, siendo á la verdad cosa que á todos maravillaba el que un hombre á quien su importante cargo ocupaba muchísimo tiempo, tuviese, sin embargo, el suficiente para ponerse todos los dias al confesonario, predicar algunas veces con muy buen éxito, y sobre todo recibir á cuantos le iban á consultar sin alterarse nunca ni mostrarse disgustado, áun cuando los asuntos que se le presentaban no fuesen tan importantes como debian serlo para llamar la atencion y privar de su tiempo á un hombre que habia de necesitarle en gran manera, pues sobre tener mucho á su cuidado, no se valia de sus secretarios más que para la materialidad de la firma, pues que él mismo ponia las minutas de todas las comunicaciones que dirigia, y abria y leia el correo, que era siempre muchísimo, siquiera se atienda únicamente á que solo en la Gran Bretaña hay más de cien casas de su instituto, que directa ó indirectamente tenian que estar en comunicacion con la matriz, donde él residia. Verdad es que Dios nuestro Señor con el don de su conversion infundió en el Padre un espíritu extraordinario, pues que unia á la vida activa, indispensable á una persona que tenia á su cuidado un cargo tan grande como el de gobernar un instituto ya muy vasto y muy importante, y que luchaba con todas las contradiciones por las cuales tienen que pasar en nuestros dias todas las buenas instituciones, una vida de contemplacion como la podia tener el religioso más recoleto, que no tuviera otra ocupacion que su propia santificacion. Además admiraba en él que á pesar de lo mucho que le ocupaba el desempeño de su importante y difícil cargo, tenia tiempo, y no escaso á la verdad, para ocuparse en la predicacion del Evangelio, para dedicarse á la instruccion de los ignorantes en los dogmas y prácticas de nuestra sacrosanta religion, que es uno de los importantes fines de su instituto, haciendo que su celo se desplegára, no ya cerca de los grandes y poderosos, ni en aquellos lugares donde una concurrencia numerosa y escogida podia proporcionar lauro y aplausos al ministro de Jesucristo, que como Petcherine sabia dar á la verdad las preciosas formas que acrecen sus atractivos, sino que las cárceles y los hospitales, las casas de los pobres y los lugares donde se reunia lo más abyecto de la plebe eran el objeto de su más tierna predileccion, no embar-

gándole por consiguiente en el ejercicio de su ministerio ni el que los lugares donde habia de obrar estuviesen léjos de su casa, ni el que fuese incómoda la hora en que debia cumplir con su ministerio, siendo en este punto tan mirado, que cuando pedian á algun sacerdote de su casa para auxiliar algun enfermo, ó prestar los socorros de su importante ministerio, olvidándose, por decirlo así, de que era el superior, iba él mismo cual si fuese el último de todos, pues decia que era propio de padre ahorrar á los hijos cuantas molestias estuviese en su mano el evitarles, así como el proporcionarles cuantos alivios de toda especie le fuera dado facilitarles. Aunque las fuerzas del Padre eran robustas, aunque en todo y por todo obraba con singular placer, porque veia que todas sus obras iban encaminadas á la gloria y servicio de aquel Señor á quien mereció la singular dicha de conocerle para dedicarse á su amor y servicio con todo su espíritu, con todo su corazon y con todas sus fuerzas, no pudo ménos de resentirse su salud y venir á parar en un estado de delicadeza, que le obligó, no á dejar del todo el desempeño de su ministerio, sino á concretarse al ejercicio del cargo de superior con sus consecuencias. Esto, como todavía era mucho trabajo, no le permitió el completo restablecimiento, y le proporcionó un sufrimiento muy largo y penoso, que sirvió para acreditarle en otro concepto más, en el concepto de sumamente sufrido y enteramente resignado con la voluntad del Señor. Padecia, como decimos, muchísimo, y ofrecia al Señor sus sufrimientos en expiacion de sus culpas, habiéndole muchas veces oido sus hermanos repetir con el Profeta rey: *No te acuerdes, Señor, de mis pasadas iniquidades.*—Llegó, como era consiguiente, el momento supremo para este esclarecido sacerdote y ejemplar religioso; y congregando á sus hermanos en torno del lecho de su dolor, y encomendándoles el instituto y la perseverancia en la observancia de las leyes fundamentales de él, y haciéndoles ver que la manera de conservarle en toda su fuerza, importancia y vigor era el no permitir la más mínima relajacion, siendo inexorables con las imperfecciones, al mismo tiempo que tolerantes y benignos con los imperfectos, repitiendo en sus últimos momentos la retractacion de sus antiguos errores, dió plácidamente á Dios su espíritu, fortalecido con los eficaces auxilios de la religion. No deja de conocerse que la muerte de un hombre tan eminente sería muy sentida de cuantos llegaron á conocerle, y esto se evidencia con solo fijar la atencion en que el Sr. Petcherine, en sus diferentes consideraciones como hombre, como sacerdote, y como individuo y cabeza de su instituto era para todos y á todos servia; porque lo claro de su ingenio agregado á lo muy profundo de su ciencia, lo fervoroso de su celo agregado á su incansable constancia en procurar el bien, el esmero del superior unido á la observancia del religioso, hacian que se le mirase como dechado de virtud, y que se

admirára en él la gran fidelidad con que habia correspondido á la especial gracia que Dios le dispensó, cuando en su viaje científico á Bélgica encontró el verdadero camino de salud eterna, haciéndose católico, despues religioso, luego sacerdote, y viniendo, por último, á ser el P. Waldimiro Petcherine, uno de los hombres que más distinguidos han sido por sus prendas y por sus elevadas miras y eficaz manera de llevarlas á término; pudiendo asegurarse que Dios habrá completado la obra que para su gloria y para bien de este ínclito varon comenzára el dia que se dignó ilustrarle con el destello de su gracia, siempre eficaz y siempre provechosa. Sirva el ejemplo de este ilustre varon para que los que tenemos la dicha de conocer al verdadero Dios y sus caminos, no despreciemos á los que no participan de esta dicha, pues no sabemos si él traerá junto á nosotros á alguno de estos desgraciados, y tendrá Dios reservado algun designio semejante al que hemos visto destelló su majestad augusta en el esclarecido varon cuya historia hemos trazado, si bien á grandes rasgos, pues que otros muchos pormenores de su vida, sobre haberlos ocultado su profunda humildad y su espíritu de modestia, parecerian acaso exageraciones de panegiristas, más bien que relatos de historiador, que no teme sujetar sus dichos á la más severa crítica.—G. R.

PETECIO. Uno de los treinta y siete mártires egipcios que dieron su sangre por la fe en Egipto, y de los que ha dejado Ruinart las actas auténticas. —S. B.

PETER. Dos negros, hijos del rey del gran Bassan en África, en la costa de los Dientes, se convirtieron y recibieron en Junio de 1847 el bautismo, la comunion y la confirmacion en la iglesia parroquial de Santa Isabel en Paris. Fueron sus padrinos Mr. Galos, diputado y director de las Colonias, y Mr. Durand, jefe de negociado en el mismo ministerio. Estos jóvenes, catequizados por el abate Pascal, han manifestado los más excelentes sentimientos. Destinados á reinar en su país, sumido todavía en las tinieblas de la idolatría, podrán favorecer á los misioneros que se consagren á la conversion de sus súbditos. Es inútil añadir que los padres de estos jóvenes han dado su pleno consentimiento á la civilizacion católica de sus hijos.—S. B.

PETERFI (Cárlos), jesuita; nació en Hungría de una familia noble, y entró en el instituto de S. Ignacio de Loyola en 1715. Enseñó las bellas letras en Tyrnau y la filosofía en Viena. Se consagró por completo al estudio de la historia de su patria y publicó: *Sacra concilia in regno Hungariæ celebrata ab anno* 1016 *usque ad annum* 1715; Viena y Presburgo, 1742, en fólio. Esta coleccion contiene además de los concilios de Hungría las constituciones eclesiásticas de los reyes húngaros y de los legados de la Santa Sede. Se admira con razon la belleza de estilo y el órden que reina en esta obra, la va-

riedad de las investigaciones y las estampas que representan monumentos antiguos; pero se acusa al autor de haber usado demasiada acritud contra sus adversarios, lo que le ocasionó muchos disgustos. Murió el 14 de Agosto de 1746.—S. B.

PETERLOT, protestante, capitan de caballos ligeros en Sedan, se convirtió con otros muchos á consecuencia de conferencias particulares entre católicos y protestantes. Fueron al Ayuntamiento á declarar que abrazaban la religion católica en que querian vivir y morir. Al dia siguiente hicieron su profesion de fe que firmaron todos de nuevo en la iglesia, en Diciembre de 1685. Más de doscientas cabezas de familia, y de los ciudadanos más notables siguieron su ejemplo, que fué imitado por trescientas familias de las aldeas vecinas á Sedan.—S. B.

PETERS (María Francisca). Consta que esta religiosa fué priora del convento de San Norberto de Wesfalia, en el que murió el dia 17 de Enero de 1830, á la edad de ochenta y tres años, habiendo merecido un lugar distinguido en la *Necrología alemana* publicada en 1833.—C.

PETIOT (Elías), franciscano francés tan conocido por su doctrina como por su piedad. La *Biblioteca* de su Orden, al ocuparse de este religioso apénas hace más que citarle. Sábese, sin embargo, que se distinguió mucho en su época como orador, siendo uno de los que tomaron una parte más activa en la lucha con los herejes en que salió vencedor con frecuencia. No contento con trabajar en el púlpito, consagraba tambien su pluma á esta noble tarea, consiguiendo no poco fruto de sus continuos trabajos. Hallábase además muy bien preparado en esta clase de empresas, pues habia seguido una larga carrera literaria en la universidad de París, por la que recibió el grado de doctor, premio debido á su aplicacion y laboriosidad. Así no es de extrañar se ejercitase con tanta frecuencia y tan buen éxito en un género de polémicas que se hallaban en su época á la órden del dia, y eran, por decirlo así, el objeto de todas las conversaciones. Mas el P. Petiot, dotado de una fé ardiente y de severos principios, solo tomaba parte en estas cuestiones para dilucidar las verdades de la fe y dejarlas en el lugar que les correspondia. De esto hay muchas pruebas en lo que dicen de él los autores, que aunque no hayan dado grandes detalles sobre su vida, han dejado no obstante los suficientes para juzgar de su capacidad y virtudes. Dedicábase con asiduidad y constancia á los ejercicios de la oracion y demás prácticas piadosas, siendo uno de los primeros en asistir al confesonario para recoger el fruto que habia hecho con sus predicaciones. En extremo penitente y severo consigo mismo era hasta blando y solícito con los demás, temeroso de apartarlos del buen camino con un rigor inusitado. Sus últimos dias fueron como la corona de su grande vida, oró, recibió los sacramentos y se prepa-

ró para su fin con la misma tranquilidad y calma; pero al mismo tiempo con la mayor formalidad como que estaba seguro de ir á emprender el eterno viaje. Cuando murió, sus hermanos le veneraron como santo y su memoria se trasmitió de boca en boca hasta la más remota posteridad. Habia escrito: *Adversus Langarium Hæreticum Ministrum Sognacense.*—S. B.

PETIT. Así se llamó un sacerdote que fué párroco del pueblecillo de Montchanve, en la Normandía, á la mitad del siglo XVIII. Aficionado á la poesía este inocente sacerdote, arrastrado por las divertidas costumbres de su pais y de la época, sin elementos para ello, compuso una tragedia que publicó en Ruan con el título de *David y Betsabé*, y llevándola á Paris para que se la representasen, cayó en manos de los locos enciclopedistas que la tomaron por pretexto para ridiculizar al sacerdote, haciéndole creer que era más sublime que Corneille y que Racine, con lo que trastornaron su cerebro. Publicó tambien otra tragedia llamada *Baltasar*, no ménos ridícula que la anterior, y llegó á ser el juguete de los locos parisienses y á excitar la compasion de las gentes juiciosas que procuraron separarle del Parnaso para que no fuese motivo inocente de escándalos; mas el pobre cura, si bien se retiró á su parroquia, conservó sus ilusiones hasta la muerte, habiéndose hecho célebre por sus ridiculeces.—C.

PETIT, célebre abogado del parlamento de Paris, muerto en Mayo de 1680, era muy sabio y cultivaba con buen éxito la literatura: despues de haber trabajado en el foro con aplauso durante su juventud, abandonó tan penosas ocupaciones para consagrarse por completo al bufete. Su pérdida afligió mucho á sus amigos, mas fué para ellos un grande motivo de consuelo el que tres dias ántes de su muerte hizo abjuracion de la pretendida religion reformada. Hacia mucho tiempo que la examinaba, y que ilustrado por las luces del presidente de la Grange, de M. Hervé y de M. Dorat, consejeros en la gran cámara, y en particular de M. Quatrehomme, consejero en el tribunal des Aides y de M. de la Tour, procuraba penetrar sus errores. No era obstinado, y se le habia oido decir con frecuencia, que habiendo buscado siempre la verdad, no dudaba que Dios le dejaria terminar sus dias en la verdadera religion. Habiendo esperado su fe, su esperanza fué felizmente satisfecha. Abjuró en manos del párroco de S. Luis. Madama Lhuillier, su sobrina, contribuyó mucho á su conversion. Nada hay tan concluyente como las razones de que se sirvió para obligarle á ver la verdadera luz durante su enfermedad.—S. B.

PETIT (Antonio). Este recomendable sacerdote por su piedad, su dulzura, su humildad y su caridad, nació en Caen el 4 de Mayo de 1616. A la edad de diez y seis años le confirieron una prebenda en la iglesia colegial del Santo Sepulcro de la misma ciudad; pero el deseo de ser útil á sus compa-

triotas por medio de la predicacion, le obligó á ceder este beneficio á otro eclesiástico que habia sido preceptor suyo, y con el que vivió en una estrecha amistad hasta su muerte. Su amistad con personas de no buenos antecedentes para el obispo de Caen, fué causa de que éste le privase de las licencias de predicar; pero no fué obstáculo para que mereciese los elogios de M. Huet, antiguo obispo de Avranches, que le colmó de atenciones en sus *Orígenes de Caen*. Murió á la edad de sesenta años el 10 de Noviembre de 1676. Fué autor Petit de la obra *Catéchisme de la dévotion*, impresa en Lyon despues de su muerte en 1680 con el nombre de otro autor. Tambien habia hecho un tratado sobre el jubileo y sobre las indulgencias, impreso en Caen en 1662, y dejó otras muchas obras manuscritas. Tuvo dos hermanos distinguidos por su talento, pero de los que no se conoce ninguna obra impresa. Francisco, que fué el más jóven, tuvo un hijo llamado Adriano, que fué un buen poeta, como lo acredita el aplauso que merecieron sus obras, el cual murió en la batalla de Nerviade á los pies del duque de Chartres, de quien era ayudante de órdenes, el año 1793, á la edad de cuarenta y cuatro años. — C.

PETIT (Claudio), franciscano francés. Doctor por la universidad de París, definidor de la provincia de Francia y guardian del convento de Jouvillani. Escribió: 1.ª *Notas á la regla de S. Francisco*, reunidas de diferentes graves autores, segun las declaraciones de los Sumos Pontífices; Paris, por Sebastian Cramoisi, 1622, en 12.°—2.ª *De Spiritibus creatis;* Paris, 1641, en fólio mayor, por Francisco Piot, tres volúmenes. En el primero trata *de Angelis*, en el segundo *de Dæmonibus* y en el tercero *de Anima*.—S. B.

PETIT (Madre Esperanza le), protestante de Caen, convertida hácia 1630 por Veron. —S. B.

PETIT (Guillermo le), abad de Bec, á quien la Galia cristiana designa bajo el nombre de Guillermo II. Sucedió como duodécimo abad de Bec á Hugo de Cannquinvillers, hácia 1198, y murió en 18 de Setiembre de 1211. Su cuerpo fué enterrado cerca de la tumba de Guillermo I, otro de los abades de Bec de la casa de Monfort, que murió en 1124, lo que explica este verso grabado en la tumba de Guillermo le Petit.

Alter Willermus jacet hic abbas duodenus.

El P. Lelong atribuye á este abad, siguiendo á Cornelio à Lapide, un comentario sobre el *Cántico de los Cánticos*, que no es segun Hommey más que una continuacion del de Gilberto de Hoyland, el cual no es tampoco más que la continuacion del de S. Bernardo. Este sabio, dice Hommey, murió sin haber podido acabar los comentarios que se proponia hacer sobre el *Cántico de los Cánticos*, y Gilberto, abad de Hoyland en Inglaterra, se propuso explicar los seis capítulos que le quedaban que comentar; pero sorprendido á

su vez por la muerte, dejó el trabajo incompleto. Por último, cerca de un siglo despues, un sabio llamado G. concibió el proyecto de darle la última mano. Los comentarios, ó más bien los sermones de S. Bernardo sobre el *Cántico de los Cánticos*, no llegan en efecto más que hasta los primeros versículos del capítulo III; y los de Gilberto de Hoyland tampoco avanzan más que al segundo versículo del capítulo V. Pero el abad que se propuso completar estos comentarios, no se contentó con tomar el texto del libro sagrado en el capítulo V, donde se habia detenido Gilberto; hizo además un extracto ó compendio de los ochenta y seis sermones del abad de Clairvaux, y continuó despues comenzando en el mismo lugar en que S. Bernardo se habia quedado; de manera que no puede decirse, como lo hace Hommey, que Guillermo es el continuador de Gilberto de Hoyland, sino más bien del mismo S. Bernardo, puesto que sus comentarios comienzan precisamente donde concluyen los del santo Abad. Hommey no ha publicado más que tres fragmentos muy cortos de la obra de Guillermo. El primero y el más extenso es el comentario de los cinco primeros versículos del capítulo III del *Cántico de los Cánticos*. Los otros dos se hallan citados solamente como principio y fin del manuscrito de esta obra. Suponiendo el editor que se hallaba incompleto su manuscrito, hace la observacion de que comienza con estas palabras: *Vox dilecti mei*, *etc.*, cánt. II, vers. 8, y que es en este versículo donde termina el extracto de los cincuenta y un primeros sermones de S. Bernardo sobre el *Cántico de los Cánticos*, atribuido á Guillermo de S. Thierry por el P. Mabillon. ¿No podia ser una continuacion hecha por Guillermo le Petit del extracto de Guillermo de S. Thierry? En este caso el manuscrito de Hommey pudiera no estar incompleto. ¿No podia ser la obra del mismo Guillermo de S. Thierry, como los demás comentarios que forman el complemento de los de S. Bernardo; ó bien el extracto atribuido á Guillermo de S. Thierry por el P. Mabillon, no podia ser la obra de Guillermo le Petit? Nada prueba en efecto que el comentario citado por Hommey pertenezca al abad de Bec, lo mismo que á Guillermo de S. Thierry, puesto que el autor es un abad, cuyo nombre no se halla indicado más que por la letra G., que, como dice Hommey, hasta se halla mal formada. Luego esta señal no es suficiente para decidir la cuestion; pues la inicial G. pertenece lo mismo al abad de Bec que al abad de S. Thierry. Otra dificultad se presenta todavía con motivo del autor de esta explicacion del *Cántico de los Cánticos*. No hemos adoptado más que hasta cierto punto la conjetura emitida por Hommey, y despues de él por el P. Lelong, de que el autor de esta obra era Guillermo, abad de Bec, muerto en 1211; pero es bien fundada esta conjetura? No se halla apoyada más que en una indicacion muy ligera, como se acaba de ver, sobre una sola letra inicial, que además de estar mal formada, puede convenir á un gran

número de abades de últimos del siglo XI y principios del XII, cuyo nombre sería Guillermo, Gregorio, Gualtero ó cualquiera otro. ¿Se puede tambien, con mucha más razon quizá, considerar este escrito como obra de Guillermo le Petit, ó *Parvus*, más conocido con el nombre de Guillermo de Neubourg, muerto en 1218, y que segun Baleus, Pitseus y otros muchos autores compuso tambien un comentario sobre el *Cántico de los Cánticos?* El P. Lelong y Cornelio à Lapide no hacen mencion alguna de la obra de Guillermo de Neubourg, lo que podria hacer presumir que confundieron este último con Guillermo le Petit. No habria dificultad si se pudiera suponer que Guillermo de Neubourg fué abad de Bec; pero los detalles biográficos que nos han dejado muchos autores sobre este historiador inglés, son numerosos y positivos, y no permiten ninguna conjetura de esta clase. Se debe, pues, suponer ó que dos escritores, el uno inglés y el otro francés, llevando ambos el mismo nombre y apellido, han compuesto cada uno un comentario sobre el *Cántico de los Cánticos*, ó lo que parece más probable, que algunos bibliógrafos, confundiendo á Guillermo le Petit, *Parvus*, abad de Bec, con Guillermo Petit, *Parvus*, de Neubourg, han atribuido al primero una obra que segun otros bibliógrafos solo pertenece al segundo. —S. B.

PETIT (Juan). Fué éste un célebre doctor de la universidad de Paris que al principio del siglo XV adquirió gran fama por su elocuencia. Habló por la universidad en 1406, para probar ante el Consejo Real que el cardenal de Chalant, legado del papa Pedro de Luna, llamado Benedicto XIII, se habia quejado contra los que se habian apartado de la obediencia de este pontífice. Sometido este asunto al Parlamento, Juan Petit habló en él con mucha energía el 7 de Junio del mismo año, decretando este cuerpo favorablemente las pretensiones de la universidad. La fama de Petit le hizo ser de la embajada que Francia envió á Roma para justificar el cisma, y en la corte pontificia se expresó con calor el 20 de Julio de 1407; pero despues oscureció toda su gloria por su complacencia con Juan, duque de Borgoña, que habia hecho asesinar en 1407 á Luis de Francia, duque de Orleans, único hermano del rey Cárlos VI. Dícese que Petit vendió su lengua y pluma al duque de Borgoña, porque despues de haber sostenido en el palacio real de S. Pablo el 8 de Marzo de 1408 que la conducta de este duque era legítima, escribió su defensa con el título de *Justificacion del duque de Borgoña*. Gerardo de Montagu, obispo de Paris, condenó este escrito como herético el 12 de Febrero de 1414 no permitiéndole hacer otra cosa más la autoridad del Borgoñon, y la obra fué quemada el 24 del propio mes delante de la puerta de la iglesia de nuestra Señora: Juan Petit habia ya muerto en 1411 en Hesdin, ciudad que pertenecia al duque de Borgoña. Las proposiciones del citado libro fueron condenadas tambien como heréticas y escandalosas en el concilio de Constanza en

1415; pero el nombre del autor y del libro fueron separados de la sentencia por el crédito de los procuradores de Borgoña, que apelaron ante el concilio de la sentencia del obispo de París. El Rey por medio del parlamento de París dió un decreto sangriento el 16 de Setiembre de 1416 contra este libelo; pero en 1418 el duque de Borgoña obligó á los vicarios generales del Obispo de París, á la sazon enfermo en S. Omer, á retractar la condenacion hecha en 1414 por este prelado. Esforzóse el P. Mercier en probar que Juan Petit no habia pertenecido jamás á la órden seráfica de S. Francisco; pero asegurando muchos críticos que este religioso se ha engañado, en la página 201 de la primera parte de la *Ducatiana* se lee lo siguiente sobre este particular: «Juan »Petit fué sucesivamente abogado, consejero y relator de peticiones del du»que de Borgoña, que es por lo que Sponde asegura sin duda que no fué fraile »francisco; pero lo era efectivamente, y para convencerse de ello basta fijar »la vista en las páginas 102, 113 y 156 del tomo segundo del diario del reinado »de Cárlos VI.» Lo que Mr. le Duchat llama tomo II del diario de Cárlos VI es el estado de los oficiales y criados de Felipe el *Atrevido*, y de Juan y de Felipe el *Bueno*, duques de Borgoña, en el que se lee á la página 102: «El Maestro Juan Petit, franciscano, doctor en teología y consejero del duque por nombramiento dado en París el 20 de Febrero, que tenia cien francos de pension al año,» y lo propio se dice en las demás citadas páginas, añadiendo en la 156 que era uno de los consejeros-abogados del Duque el Mtro. Juan Petit, franciscano con 20 francos de renta. El curioso que desee ó necesite más detalles sobre este religioso, puede consultar á Juan Juvenal de los Ursinos y al monje de S. Denis, autores de la vida de Cárlos VI; y á Montrelet; á la *Historia de la universidad de París*; la *Gersosiana* de Mr. Dupin; el *Diccionario crítico* de Bayle, y las obras de Gerson, en cuyo tomo V de la última edicion ha insertado el libro de Juan Petit y todos los actos concernientes á sus diversos juicios. — A. C.

PETIT-DIDIER (Juan José). Este ilustrado jesuita nació en 1664 en San Nicolás du Pont. Con vocacion para el claustro, y hechos sus estudios preparatorios, fué recibido en la Compañía de Jesus á los diez y siete años de edad. Concediéndole regentar las clases inferiores, desde un principio le mandaron á explicar la filosofía y las matemáticas al colegio de Strasburgo; y notando su gran capacidad el prelado de esta ciudad, le confió la direccion de su seminario, encargándole explicar en él las santas escrituras. Llamado á los cuatro años por sus superiores á la universidad de Pont-à-Mousson, fué nombrado canciller. La Compañía la mandó á Roma en 1730 para que asistiese á la eleccion del general de la Orden, y á su vuelta por Lorena la Duquesa Isabel Carlota le detuvo en Nanci, nombrándole jefe de su Consejo de Conciencia. Reunida esta provincia á la Francia, rehusó cuantos empleos se

le ofrecieron, y se retiró á la casa de los jesuitas de S. Nicolás en la que murió el 10 de Agosto de 1756 en una edad muy avanzada. Gran teólogo, fué un excelente predicador. Escribió mucho y bien; pero sin el celo de Calmet que dió el título de sus obras á la página 735 de su *Biblioteca de Lorena*, hubiera sido desconocido como escritor. Las obras que más aceptacion tuvieron son las siguientes: *Les Saints enlevés ou restitués aux Jesuites.* Luxemburgo, 1738 en 12.° Habla aquí de S. Francisco Javier y de S. Francisco de Regis. —*Dissertation sur les mariages des catholiques avec les heretiques*, en 12.° El autor cree válidas y lícitas estas uniones. —*Lettres critiques sur les vies des Saints par Baillet*, en 12.°: son trece publicadas sin nombre de autor, de lugar ni de impresion.—*Dissertation theologique et canonique sur les prets par obligation stipulative d'interet*; Nanci 1745 y 1748 en 8.° Todas estas obras son muy raras, y en especial las cartas, que se publicaron separadas unas de otras. —C.

PETIT-DIDIER (Mateo). Este ilustrado benedictino nació en S. Nicolás de Lorena el dia 18 de Diciembre de 1659. Dedicándose al claustro, hizo sus primeros estudios en el Colegio de Jesuitas de Nanci, y entró en el noviciado en la abadía de S. Miguel, de la Orden Benedictina de S. Vannes y de S. Hidulfo el año 1675. Distinguiéndose por su aficion al estudio, se le dedicó á la enseñanza; y amigo de escribir, el objeto principal de sus trabajos fueron las santas escrituras y los monumentos de antigüedades eclesiásticas, ejercitándose tambien en la crítica y en las controversias que se agitaron en su época. Aun cuando en 1699 fué elegido abad regular de Buzonville, no tuvo efecto esta eleccion. En 1715 se le eligió abad de Senones, título que le disputaron otros pretendientes, de los que triunfó. Visitando á Roma en 1725, fué muy bien recibido por el papa Benedicto XIII, que le nombró obispo de Macra *in partibus infidelium*, consagrándole por sí mismo, en cuyo acto le recompensó el haber escrito en favor de las prerogativas de la Santa Sede. Poco sobrevivió Petit-Didier á esta honra, pues que retirándose á su abadía de Senones, en la que el Pontífice le concedió indulto para la eleccion á perpetuidad, murió de repente el 14 de Junio de 1728, siendo su sucesor el famoso Dom. Calmet. Las obras que se conocen de este sabio benedictino son las siguientes: *Remarques sur les premiers tomes de la Bibliotheque eclesiastique de Dupin*, 3 volúmenes; 1691, 1692, 1696; fruto del exámen hecho de esta Biblioteca por los sabios benedictinos de S. Vannes—*Apologie des lettres provinciales contre les entretiens de Cleandre et d'Eudoxe.* Es una especie de respuesta al P. Daniel en diez y siete cartas, que se publicaron en 12.° en 1697 y 98. —*Defense de la préséance des Bénedictins sur les Chanoines reguliers*; tres memorias impresas en 1698. —*Dissertations critiques, históriques et chronologiques sur l'Ancien-Testament*, en latin. Toul, 1700, en 4.°—Un *Tra-*

tado teológico en favor de la infalibilidad del Papa; Luxemburgo, 1724. Obra muy combatida, en particular por los protestantes. —*Dissertation historique et theológique sur les sentiments du Concile de Constance, touchant l'autorité et infallibilité des Papes*; Luxemburgo, 1725, en 12.° Está en seguida de esta disertacion otra en que se examina, si sosteniendo la infalibilidad de los Papas en materias de fe se destruyen las libertades de la iglesia galicana. *Cartas* á Dom. Guillelmin en favor de la bula *Unigenitus*, y de las *Instrucciones pastorales* del cardenal de Bissy, en 4.° —*Justification de la morale et de la discipline de l'Eglisse de Rome et de toute l'Italie, contre le Parallele de la morale des Payens et de celle des Jesuites*; 1727, en 12.° Tambien se atribuye á Petit-Didier un *Tratado histórico y dogmático de los privilegios y exenciones eclesiásticas*, impreso en 4.° en 1699. Además de otras Memorias que vieron la luz pública, dejó manuscritos un *Tratado de controversia*;—*Disertaciones varias sobre el Nuevo Testamento*; —*Observaciones sobre la obra del P. Lebrun sobre la liturgia*, y *Extractos de obras de S. Agustin y de otros Santos Padres de la Iglesia*. — C.

PETIT-PIED (Nicolás). Nació este sabio canonista en París el año 1630. Dedicado al estudio de las ciencias eclesiásticas, fué recibido de doctor en la Sorbona el año de 1658, y en 1662 obtuvo un cargo eclesiástico en Chatelet, del que poco despues fué promovido á cura de S. Martin. En 1678 sostuvo con calor contestaciones con los consejeros clericales, con motivo de la presidencia que reclamó en ausencia de los delegados del Rey, cuyo pleito terminó en 1682 por un decreto del Consejo, confiriéndole el derecho de presidir. Durante este pleito compuso Petit-Pied un *Tratado del derecho y prerogativas de los eclesiásticos en la administracion de justicia secular*, obra que fué muy apreciada y que se imprimió en París el año 1705, en 4.° Suprimido su curato, obtuvo Petit-Pied un canonicato en la catedral de nuestra Señora de París, en cuyo destino falleció el año de 1705. — C.

PETIT-PONT (Adan de). Entre los muchos profesores célebres que poseia París á mediados del siglo XII se cuenta á Adan, llamado de *Petit-Pont*, á causa del barrio á cuya proximidad se hallaba situada su escuela. Juan de Salisbury, sin estudiar precisamente bajo su direccion, le tuvo por amigo. Adan no se habia negado á comunicarle todo lo que sabia, aunque se le acusase de ser poco aficionado á hacer á los demás esta útil comunicacion. La gramática, la retórica y la dialéctica eran el objeto de sus lecciones, tomaba principalmente á Aristóteles por guia. No tenia entónces Paris ningun maestro que enseñase esta doctrina con más celo ni conocimientos. Juan de Salisbury elogia mucho la extension de sus luces, la agudeza y sagacidad de sus talentos. Adan habia compuesto una obra sobre el arte de razonar; la que consta todavía por el autor de la Metalógica, que daba por otra parte

poca estimacion á este libro. Era dominico, segun dice Tomás Tanner en su *Biblioteca Britanno-Aubérnica*, y lo era al ménos, pues defendia, añade este biógrafo, la Inmaculada Concepcion de María Santísima. Pero los Dominicos no existian aún en la época en que Adan de Petit-Pont escribia y enseñaba. Los autores franceses dan á Adan un lugar en todas sus bibliotecas, porque habia estudiado bajo la direccion de Mateo de Angers y de Pedro Lombardo, en París, y enseñó despues durante mucho tiempo en esta ciudad donde llegó á ser canónigo de Ntra. Señora, aunque era natural de Inglaterra, donde fué á terminar sus dias, habiendo sido nombrado en 1176 obispo de Saint-Asaph, en el país de Gales. Raoul de Dicetti pone su eleccion en 1175, y su consagracion en el mes de Octubre del mismo año. Es raro que Balée, Pitseus y Tanner, en particular el último, que fué tambien obispo de Saint Asaph, no hagan mencion del episcopado de Adan de Petit-Pont. Miéntras era canónigo de París, enseñó Adan la teología en la escuela episcopal de la diócesis. Fué miembro del sínodo reunido en esta ciudad y presidido por el papa Eugenio III con motivo de Gilberto de la Porée, y se le reconvino de haber afirmado que habia oido sostener á este prelado de viva voz las proposiciones de que se le acusaba, y de que no se hallaba ninguna prueba en sus escritos. Mucho mejor se portó en el concilio de Latran de 1179 con Pedro Lombardo, y declaró que defendia las *sentencias del maestro*. Pitseus le atribuye un comentario en cuatro libros sobre estas sentencias. Su aficion á Aristóteles le ha hecho designar tambien bajo el nombre de Adan el *Peripatético*. Tanner cree que podia ser muy bien el *Palatinus Peripateticus*, de que habla Juan de Sarisbery, en el capítulo XXII del segundo libro de su *Policrático*. Juan Balée le llama *Adan Scholasticus*. El escritor que fué designado particularmente bajo la denominacion de *Palatinus peripateticus* fué Abailard, como manifestaremos en el artículo de Juan de Sarisbery. Adan de Petit-Pont murió en 1180. —S. B.

PETIT-RADEL (Luis Cárlos Francisco). Este sabio anticuario, hermano de los igualmente célebres médico y arquitecto del mismo nombre, nació en París el 26 de Noviembre de 1756, habiendo sido desde sus primeros años distinguido en las escuelas por su aplicacion al estudio, por su aficion á investigaciones de cosas antiguas. Habiendo hecho sus estudios en el colegio Mazarino, en donde fué uno de los escolares más aventajados, se sintió con una firme vocacion á la carrera de la Iglesia y abrazando el estado eclesiástico, siguió los cursos de teología en la Sorbona, en donde recibió la borla de doctor el año 1784. La distincion con que se le miraba, no tardó en proporcionarle puestos honrosos, y así es que en 1788 fué nombrado canónigo y vicario general de la diócesis de Counserans. Emigrando en 1791, fué á Roma, en donde fué muy bien recibido por el cardenal de Bernis, por Seronx de Agin-

court, y por Francisco Caetani, príncipe de Caserta y hábil astrónomo, con el que tuvo grande amistad. Poseyendo Petit-Radel extensos conocimientos en botánica, plantó los jardines del príncipe con arreglo á los métodos comparados de Linneo y de Antonio Lorenzo de Jossien, y faltándole una palmera, fué á buscarla al monte Circe, propiedad de la familia Caetani, y en aquel sitio vió por la primera vez de su vida un monumento cuya construccion le pareció anterior á la dominacion romana. Entusiasmado con este descubrimiento, recorrió durante algunos años diversos países de Italia, en los que descubrió gran número de esta clase de construcciones antiguas que se llaman *ciclópeas* ó *pelásgicas*. Volviendo á Francia el año 1800, presentó al Instituto diferentes memorias sobre estas construcciones, interesantes trabajos que le abrieron las puertas de las clases de historia y de literatura antigua, de que se formó la Academia actual de Inscripciones y Bellas Letras en París. Hé aquí los términos en que el sabio Visconti, en nombre de esta Academia, dió cuenta de las pesquisas de Petit-Radel en el *Discurso sobre los progresos de la historia y la literatura antigua desde* 1789, *que presentó al emperador Napoleon I en* 1808: «Mr. Radel ha sido el »primero que ha concebido la idea de distinguir en las diversas construc»ciones de los muros de las ciudades antiguas, las partes ruinosas que »deben considerarse pertenecientes á las épocas de las primitivas fundacio»nes de estas ciudades. Manifiesta que estas ruinas formadas piedras en po»liedros irregulares, y sin cimento ó argamasa, que han atribuido hasta el »dia los anticuarios, ya á los etrascos, ya á los romanos ó á los godos y á los »sarracenos, son las mismas construcciones ciclópeas que describieron los »escritores griegos, cuyo orígen se remonta incontestablemente á la más alta »antigüedad; de donde concluye que siendo estas construcciones semejan»tes en las primeras hiladas de piedras y cimientos de las murallas de las ciu»dades más antiguas de Grecia y de las más antiguas de Italia, debe tenerse »por cierto que muchos de estos monumentos fueron obra de las antiguas »dinastías á las que las tradiciones antiguas recogidas por Dionisio de Hali»carnaso atribuyen la primitiva civilizacion de estos países.» No dejó Petit-Radel de encontrar adversarios que contradijeran con pasion su doctrina, pero supo contrarestar sus bruscos ataques, venciéndolos en sus cartas insertas en el *Monitor* en 1810 y 1812. Corroborando su sistema por las investigaciones de Dodwell y de un gran número de viajeros modernos, ha sido aprobado por muchos sabios distinguidos y especialmente por el célebre arqueólogo prusiano Hirt, autor de una obra sobre la arquitectura segun los principios de los antiguos, y del autor de la *Historia Romana* Mr. Niebuhr. Fué nombrado sucesivamente Petit-Radel miembro de la Legion de Honor historiógrafo de la ciudad de París y administrador de la biblioteca Mazarina,

que le debe además de importantes reparaciones, la fundacion de su museo pelásgico y ciclópeo. Petit-Radel murió en Paris el 27 de Junio de 1836, pronunciando M. Hose, presidente de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras un discurso magnífico sobre su tumba el dia que se le dió sepultura. Dejó publicadas este eminente arqueólogo las siguientes obras: *Notice historique et comparée sur les aquédues des anciens, et la dérivation de la rivière d'Ourg; suivie de Notes sur la geologie volcanique et la chorographie de quelques lieux célèbres des environs de Rome.* Fué leida esta obra en el Instituto de Paris, y se imprimió en 8.° en esta ciudad el año 1803. — *Explications des monumens antiques du Musée Napoleon;* grabados por Th. Piroli, edicion de Piranesi, Paris, 1804 y 1806, en cuatro volúmenes en 4.° La explicacion de las cuatro primeras entregas de esta interesante obra pertenece á M. J. G. Schweighœnser, que abandonó este trabajo á causa de una grave enfermedad. Petit-Radel publicó compendios de esta obra con el título de *Panathées*, en 4.°; y otro del tomo III sobre los retratos de Alejandro el *Grande. Fasti. Parisiis, ex mandato Præfecti sequanæ excudebat Petrus Didot, natu major, anno XIII* (1804) *in 4.° et in 12.°* Es una coleccion de las inscripciones en estilo lapidario compuestas en latin y en francés por Petit-Radel para la consagracion de Napoleon I. Tambien se hallan estas inscripciones en la obra titulada: *Sacre de Napoleon.—Recherches sur les Bibliotheques anciennes et modernes jusqu'à la fondation de la Bibliotheque Mazarine, et sur les causes qui ont favorisé l'accroissement succesif du nombre des livres;* con los planos grabados de las dos galerías de este establecimiento; Paris, 1819, en 8.°—*Notice sur les rurages de la Sardaigne, considerées dans leurs rapports avec les resultats des recherches sur les monuments cyclopéens ou pelasgiques*; Paris, 1826, en 8.°—*Examen analytique et tableau comparatif des syncronismes de l'histoire des temps heroïques de la Grece*; París, imprenta Real, 1827, en 4.°, con un gran cuadro de tres pies de longitud. *Memoire sur divers points d'ancienne histoire grecque*; París, imprenta Real, 1827, con un cuadro y una carta ó mapa. Diferentes memorias impresas en los tomos de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de Paris, entre las que no podemos ménos de citar las siguientes: *Sur l'origine grecque du fondateur d'Argos* (en el tomo II de 1815). *Examen de la veracité de Denys d'Halicarnase, de l'authenticité des sources de son recit concernant l'établissement des colonies pélasgiques en Italie, et les causes phisiques qui leur firent deserter cette contrée* (tomo V, 1821). *Defense de l'autorité de Denys d'Halicarnasse sur l'epoque de la colonie d'Erotrus, qu'il fixe à la dix-septieme génération avant la prise de Troie* (el mismo tomo). Esta es una respuesta á las objeciones presentadas por un miembro de la Academia contra la anterior memoria. *Sur les origines des plus anciennes villes de l'Espagne*, con cartas tituladas *Hispaniæ celticæ, Benicæque speci-*

ment, *et Italiæ ora pelasgico-tyrrhenica* (tomo VI, 1822). Entre otras muchas Memorias, aún inéditas, que leyó Petit-Radel en la Academia, hay una sobre el orígen de las antiguas armas de la ciudad de París; otra, cuestiones académicas sobre orígenes rusos, cuyo mapa, grabado por Tardieu, se titula: *Occiduæ migrationes gentium sarmaticarum, maxime Rhoxolanorum et Iazygum, collatis invicem antiquis hodiernisque fluviorum, civitatum nominibus investigatæ, ex tentamine. L. C. F. Petit-Radel MDCCCXIV.* Tambien hizo grabar las planchas que debian acompañar á sus pesquisas sobre los monumentos ciclópeos ó pelásgicos, y sobre sus relaciones con los pueblos civilizados más antiguos de Europa; pero la muerte le impidió concluir esta grande obra, á la que habia consagrado tantos años de estudio y trabajo. En Enero de 1803 leyó en una sesion del Ateneo de París el fragmento de un viaje histórico, físico y literario al Lacio antiguo, escrito en el género del *Viaje de Anacharsis*, por Barthelemy. Publicado este fragmento en el *Mercurio de París* el 19 de Febrero de 1803 (30 de pluvioso an. XI), se imprimió tambien aparte con un prospecto, pero el autor suspendió la publicacion de la obra que se proponia. En fin, Petit-Radel escribió sesenta artículos sobre escritores del siglo XIII en la *Historia literaria de Francia*, empezada á publicar por los benedictinos y continuada por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, segun Mr. Philbert, al que debemos estas noticias del célebre anticuario eclesiástico Petit-Radel, que se ocupó de España en sus obras, haciendo un especial estudio de sus monumentos. — C.

PETITY (Juan Raimundo de). Nació este ilustrado predicador y compilador en S. Paul Trois-Chateaux, cerca de Montelimart en Francia el año 1715; y dedicándose al estado eclesiástico para el que se sintió con vocacion desde niño, terminó su carrera brillantemente, pues durante ella dió pruebas de una gran capacidad y elocuencia. Deseando un vasto espacio en que dar ensanche á sus conocimientos y darse á conocer, fué á París, y adquirió tan pronto fama de buen orador sagrado, que, llamado á predicar delante de la corte, cautivó á su auditorio, lo cual le valió ser nombrado predicador de la reina de Francia. No obstante lo que podia halagarle el ser siempre oido con atencion y admirado en el púlpito, renunció su empleo para poder aplicarse con más descanso á las letras, cuyo estudio era la pasion que le dominaba. Entregado enteramente al estudio y á escribir, fué autor de varias obras, entre las que se alabaron mucho sus oraciones panegíricas de S. Juan Nepomuceno y de Santa Adelaida. Suyas son las siguientes: *Etrennes françaises;* París, 1766, en 4.°, con muchos grabados — *Bibliothéque des artistes et des amateurs*, ó sean tablas metódicas y analíticas sobre las ciencias y las bellas artes; París, 1766, dos volúmenes en 4.°, con figuras y dibujos alegóricos por Gravelot, obra que reprodujo el autor el año siguiente con el título de

Enciclopedia elemental ó introduccion al estudio de las ciencias y de las artes. El primer volúmen de esta obra contiene nociones sobre la gramática, la fábula, la retórica, la poesía, y la agricultura; el segundo trata de la moral, de la mitología, de los infiernos, de la aritmética, de la escritura y de la arquitectura; y el tercero, de la imprenta y de las lenguas. Cada una de estas partes está precedida por una figura alegórica y por un cuadro que explica el plan del autor, que consiste en pasar de la idea sencilla á las ideas más complicadas. El tratado sobre la Escritura es de Paillason, profesor de la Academia de Escritura; el de arquitectura de Soufflot, y la Memoria sobre las lenguas del sabio Deshauterayes, que es el trabajo más interesante de esta obra, que se propuso el autor llevar adelante en muchos volúmenes si hubiera encontrado suficientes colaboradores que le ayudasen. Cada uno de estos volúmenes termina con el catálogo razonado de las mejores obras publicadas sobre las materias que en la obra se tratan. *Manuel des artistes et des amateurs*; París, 1770, en cuatro volúmenes en 8.°, obra que algunos bibliógrafos han calificado de una reproduccion de la anterior; y por último, *La Sagesse de Louis XVI*; París, 1775, en dos volúmenes en 8.° Petity murió en París en 1780, dejando nombre de buen predicador, excelente compilador y escritor laborioso. — C.

PETOW (Guillermo), inglés de nacion, y con vocacion para el claustro, tomó el hábito en la órden de S. Francisco, en la que fué muy hábil predicador. Obligado por Enrique VIII, rey de Inglaterra, á salir de sus estados, fué á Roma y mereció la amistad del cardenal Carrafa. Cuando fué éste elevado á pontífice bajo el nombre de Paulo IV, le mandó á Inglaterra en el reinado de María, haciéndole obispo de Salisburi, y despues cardenal, en 1557. Quiso hacerle legado en lugar del cardenal Polus, pero Petow falleció en 1458, y no pudo llenar los deseos del Pontífice. Puede consultarse á Sbandellar en su *Vida del cardenal Poli*; á Godwin en sus *Obispos ingleses*; y á Aubert en la *Historia de los Cardenales*. — C.

PETRA (P. Alonso), jesuita, natural de Roma, é hijo primogénito de los condes de Petra, ilustres patricios romanos. En su juventud se dedicó al estudio de las letras, en que hizo tales progresos, que dice su biógrafo «más »de una vez consiguió contra el ardor de su sangre y contra aquella libertad »de que suele abusar la nobleza, victorias de que ó podia hacer alarde ó »mérito la clausura estudiosamente recatada; estos peligros en que tropezó »su candidez le obligaron á tomar ó puerto ó seguridad en la religion, hu»yendo de aquel viento, que pareciendo favorable á la fortuna es tempestad »poco conocida á la comun flaqueza.» Obtenida licencia de su padre, entró en la Compañía el dia 20 de Octubre de 1635, cuando apénas contaba diez y siete años de edad. Fué ejemplar en su noviciado, y sus maestros de filo-

sofia y teología aseguraban despues que no se conocia apénas su aprovechamiento en las letras, aunque era grande, porque se distinguia mucho más en las virtudes. Y siempre deseó el humilde grado de coadjutor espiritual, que consiguió no sin particular satisfaccion en 1652; y el que habia abandonado en el siglo su casa, honra y riquezas le pareció vivia seguro, no obteniendo en la Religion ni áun aquellos lícitos honores que se admiten por obediencia y dar más esplendor á los ministerios. Pidió licencia para pasar á las misiones de Oriente, y el General, que conocia su virtud y talento, creyó debia por lo ménos dilatarle esta licencia, pues aunque comprendia que cualquiera le podria sustituir en Europa, habia pocos que le igualasen en celo. Pero en este intermedio comenzó á reinar una fatal peste, siendo el lugar de Petra el primero en que se manifestó el contagio. Acudió entónces el Padre al General, pidiéndole licencia para ser apóstol de aquel lugar de que no habia querido ser señor, lo que no se le concedió por ser grande el fruto que con su fervor se obtenia en Roma, pero cuyos deseos vió logrados al declararse la peste en esta ciudad. Dedicóse entónces á los ejercicios de confesar y administrar los santos sacramentos á los invadidos de la epidemia, y trabajó tanto en este ejercicio por espacio de dos meses, que no tardó en caer en la cama rendido del cansancio; pero al segundo dia se descubrió que se hallaba atacado de la peste, y al cuarto fué preciso asistirle con los sacramentos de la Iglesia, que le administró el Rmo. P. Dr. Benedicto, de la sagrada congregacion de los Celestinos, fieles compañeros suyos en el ministerio de la asistencia á los enfermos, y quien despues de la muerte del Padre Alonso hizo su elogio, lleno de devocion y ternura y manifestando la mucha virtud que habia conocido en el Padre en dos meses de relaciones, no solo amistosas, sino las más estrechas y seguras del tribunal de la penitencia. En el mismo dia, dándole fuerzas la devocion, se vistió la sotana y levantó de la cama, é hincándose de rodillas delante de un cuadro de devocion que tenia en su celda, que representaba á S. Ignacio de Loyola y los demás santos de la Compañía, y con las manos sueltas sobre la cama en acto de orar á Dios y á los santos le hallaron muerto, no sin asombro de que pudiese en aquella postura sostenerse el cuerpo. De este religioso ha tratado además del P. Cassani el P. Alegambe en su obra titulada: *Heroës victimæ charitatis.* — S. B.

PETRA (Fr. Bernardo), religioso dominico. Escribió diferentes obras, pero solo ha llegado hasta nosotros un *Tratado de Filosofía* y otro de *Teología* segun las doctrinas del doctor angélico Sto. Tomás de Aquino. — S. B.

PETRA (Herman). Solo encontramos en Moreri, con relacion á Bostius, Tritemio, Eisengrein, Possevin, Sutor, Sixto de Siena y Petreius, que este cartujo, que unos llaman Petra y otros Petri, nació en Brujas, que com-

puso un tratado *De regimine monialium;* — *De Immaculata Conceptione;* y que murió en 1428. — C.

PETRA (Miguel de), religioso capuchino, natural de la villa de Petra, donde nació de Miguel Ribot y Juana Serra el dia 14 de Enero de 1741, é hizo allí sus primeros estudios. Cursó retórica con el célebre P. Juan Reines, jesuita, y habiendo vestido el hábito en el convento extramuros de Palma en 25 de Octubre de 1755, estudió en él la filosofía; aplicóse á las matemáticas y dibujo, y por haber sobresalido en estas facultades la Sociedad Económica Mallorquina le nombró su individuo de mérito. Siendo lector fué el primero que enseñó la filosofía experimental segun la mente de Lulio; dirigió la obra del nuevo convento de su Orden en esta ciudad; formó un escogido gabinete de historia natural; y aumentó notablemente la Biblioteca, que enriquecida en estos últimos tiempos por el P. Luis de Villafranca, era en 1835 una de las mejores de la isla. En 2 de Marzo de 1765 fué ordenado de sacerdote, y murió en 14 de Febrero de 1803. Ayudó á D. Julian Ballester y al Emmo. Cardenal Despuig en la formacion del mapa de Mallorca, y dejó escritas de su mano las obras y planos siguientes: 1.ª *Manual de relojes solares.* — 2.ª *Diario de lo sucedido en la demolicion del convento antiguo y en la fundacion del nuevo.* — 3.ª *Elementos de matemáticas, que para instruccion de la juventud balear leia á influjo de la Real Sociedad de Amigos del País en el año 1779.* — 4.ª *Philosophia luliana auctoritate, ratione et observationibus comprobata.* — 5.ª *Opuscula theologica.* — 6.ª *Sermones varios, panegíricos y morales, con la cuaresma que predicó en la de Palma en 1785.* — 7.ª *Memorias presentadas á la Sociedad Mallorquina sobre arquitectura, pesos y medidas*, etc. — 8.ª *Mapas de Menorca, de Ibiza y de Formentera*, delineados en 1771; el de Mallorca y el plano ignográfico de Palma en 1801; vista y croquis de la demolida iglesia y convento de Capuchinos; de las iglesias de Cousell y Mancor; de las de Bernados del Real; de la capilla de los Cuatro Coronados de Sta. Eulalia; del bautisterio de la catedral. — J. B. de R.

PETRA (Vicente). Este cardenal fué de la familia de los duques del Vasto Gerardi, casa patricia de Nápoles. Nació el 25 de Noviembre de 1662. Siguiendo la carrera eclesiástica, fué obteniendo varios empleos hasta el de auxiliar del auditor de la cámara apostólica, que obtuvo el 2 de Enero de 1700. Despues fué nombrado secretario de la Congregacion del Concilio en Mayo de 1706, de la de Obispos y Regulares en 16 de Diciembre de 1715, y por último se le elevó á la dignidad de arzobispo de Damasco, consultor del Santo Oficio y datario de la Penitenciaría. El pontífice Benedicto XIII le creó cardenal el 20 de Noviembre de 1724, é hizo la ceremonia de darle el capelo en un consistorio público el 23 del mismo mes, el de cerrarle y abrirle la boca el 20 de Diciembre siguiente, dándole en seguida el ti-

tulo presbiteral de S. Onofre. Fué nombrado Petra prefecto de la congregacion de Propaganda Fide en Enero de 1727, y tomó posesion en Santa María de Minerva de la plaza de diputado de la congregacion del Santo Oficio el 21 de Setiembre de 1729. El 26 de Abril de 1730 fué elegido por el Sacro Colegio, reunido en cónclave, gran penitenciario de la santa Iglesia Romana para ejercer interinamente este cargo vacante por muerte del cardenal Conti. Elegido el papa Clemente XII, le confirmó en este empleo, del que tomó posesion en la Basílica Liberiana en 24 de Setiembre de 1730. Murió el cardenal Petra el año 1747. — C.

PETRA SANTA (Beato), religioso capuchino, que murió en la Abisinia por la fe en 1642 ó 43. Cuando la persecucion encendida por Basílides hubo arrojado de este país ó exterminado á todos los jesuitas que le habian evangelizado, se sabe que los capuchinos de Egipto se propusieron reanimar en él la fe; pero la mayoría de los que se atrevieron á pisarle no tardaron en encontrar la corona del martirio. El P. Petra Santa y el P. Antonio de Virgoleta permanecieron en Massaouah bajo la proteccion del pachá de Sonakin, y tuvieron fortuna suficiente para ver sus esfuerzos coronados por el éxito más completo. Habiendo muerto el P. Virgoleta á principios de 1642, pidió el P. Petra Santa más compañeros, y no tardaron en reunírsele los padres Félix de San Severino y José Tortulani de Altino. La llegada de estos misioneros causó una grande confusion en la Abisinia. Basílides envió diputados al pachá de Sonakin; acababan de relevarle. No era ya aquel generoso protector que habia acogido tan bien á los misioneros, era un hombre cruel y avaro. Recibió de parte de Basílides ciento cincuenta onzas de oro y cincuenta esclavas, á condicion de que entregaria los misioneros, ó los haria morir por sí mismo. Hizo conducir á su presencia y mandó decapitar en el mismo acto á los PP. Félix de San Severino y José Tortulani. En cuanto al P. Petra Santa, como era amigo suyo, se limitó á pedir que le llevasen su cabeza, lo que se ejecutó como lo habia mandado. — S. B.

PETRA SANTA (Silvestre), jesuita. Nació este jesuita en Roma, en donde adquirió una gran reputacion por su saber y elocuencia, y murió en esta ciudad el dia 3 de Mayo de 1637. Este religioso ha dejado las obras siguientes: *Tesseræ Gentilicæ ex legibus fecialium descriptæ*; — *De Symbolis heroicis., lib. IX*; — *Iter Moguntinum*; — *Roma pia*; — *Thanmasia veræ religionis*. Tambien escribia contra los ministros Du Moulin y Rivet; publicó los opúsculos del P. Edmon Campian, y puso en latin la vida del cardenal Belarmino, escrita en italiano por Fuligati, segun Alegambe en la *Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesus*, y Le Mire en sus *Escritores del siglo XVII*. — C.

PETRARCA (Francisco). La Iglesia católica, que ha poblado los cielos con sus héroes en aquel vacío que dejára el príncipe de las tinieblas cuando que-

riendo remontarse hasta Dios, fué arrojado á los infiernos con todos los ángeles que le siguieron en castigo de su soberbia, ha llenado tambien la tierra de ilustres nombres que ha producido bajo la poderosa y salvadora égida del Evangelio. Si se repasa la historia del catolicismo, se encontrarán á cada paso entre los ministros de su Iglesia genios eminentes en todos los ramos del saber, que se han inmortalizado en obras que por do quier acreditan que el cristianismo, léjos de apagar el progreso de las luces como han pretendido probar muchos locos impíos, ha encendido la antorcha del verdadero saber en la clarísima luz del Evangelio, á cuya llama vivísima han encendido sus ántes amortiguadas lámparas las ciencias, las letras y las artes para proporcionar á la humanidad la claridad que necesitaba para despejar las tinieblas que la cercan de continuo. Entre los fecundísimos genios que se cobijan bajo el manto protector de la religion católica, y que se cuentan entre los ilustrados ministros de su Iglesia, no podemos ménos de contar á Francisco Petrarca, uno de los principales príncipes de la poesía italiana, y uno de los literatos más famosos que han logrado cautivar al mundo civilizado con sus libros y cantares. Si sus amores le hicieron desgraciado, á ellos debió la Iglesia uno de sus ministros más ilustrados, la poesía italiana uno de sus mejores maestros, y la sociedad culta un cantor sublime, que la adormece agradablemente con las dulces pulsaciones de su sonora y penetrante lira y con el encanto de su voz. Los versos del Petrarca dulcifican el ánimo más feroz y extasían á las almas sensibles, interesando al corazon más duro, armonizando el oido más inarmónico, y organizando las ideas más desarregladas; son un lenitivo del dolor, un consuelo para el triste y un poderoso talisman que embriaga al lector de placer y le libra del fastidio que causa la soledad y el trabajo continuado. Dejando para los críticos la tarea de examinar las obras de este digno colega del Dante, del Taso, de Filangieri y de los demás príncipes de la poesía italiana, porque no conviene entrar de lleno en esta materia en una obra del género de la que escribimos, pasaremos á delinear, siquiera sea á grandes rasgos, la vida de este célebre eclesiástico, cuyo nombre publica la fama por todo el mundo civilizado que se deleita con sus obras y se entusiasma con sus armónicos cantares. —Nació Petrarca en la ciudad de Arezzo, en Italia, el dia 20 de Julio del año 1304. Su patria estaba dividida en partidos á su nacimiento, los que se hacian una cruda guerra, particularmente los conocidos con el nombre de Güelfos y Gibelinos. Su padre, muy amigo del célebre poeta Dante, príncipe de los poetas italianos, era uno de los más acérrimos defensores del partido de las Gibelinos, de suerte que los primeros años de este restaurador de las letras, pues que de este modo puede considerarse al Petrarca, trascurrieron en medio de las turbulencias y guerras de aquella época. Des-

terrado su padre de Florencia, en donde ejercia un pequeño empleo que le habia confiado la república, se refugió en Pisa, en donde entregó su hijo, que solo contaba siete años, á un antiguo profesor de gramática de esta ciudad, llamado Convennole, para que le enseñase. A los dos años de la muerte del emperador Enrique VIII, viendo el padre de Petrarca perdida la causa de los Gibelinos, se estableció en la ciudad de Aviñon, adonde habia establecido el papa Clemente V la corte pontificia, y su hijo continuó sus estudios en Carpentras con su expresado maestro. En esta época fué cuando el jóven Petrarca visitó por la primera vez la fuente de Vaucluse, cuyo agreste y pintoresco pais hizo en su alma una impresion que jamás se borró. En este siglo solo el estudio del derecho era el que disponia á los honores y á la fortuna, y así es que su padre mandó al jóven Petrarca á estudiar jurisprudencia á Montpeller, en cuya universidad cursó cuatro años; pero como aquella carrera no tenia para él atractivo alguno, olvidaba frecuentemente la erudicion escolástica por Ciceron y Virgilio, que eran los autores que más llamaban su atencion. Muestras inequívocas empezó ya á dar en aquella época de su inclinacion á la poesía, pues que en vez de dedicarse á estudiar el empalagoso fárrago del Digesto, devoraba las hermosas y dulces páginas de los célebres oradores y poetas griegos y romanos, familiarizándose al propio tiempo con las poesías de los trobadores provenzales. Corregia, segun Gabriel en su obra *Idée de Montpeller*, el romance de *Pedro de Provenza* y *de la Bella Maguelona*, que escribió el año 1178 el canónigo Bernardo de Tribies, cuando le sorprendió su padre entregado á estos sus dulces placeres. Y como venia ya informado de que su hijo, abandonando el estudio del derecho, estaba enteramente entregado á las musas, fué tanto lo que se enfureció al ver confirmada esta noticia, que arrojó al fuego todos sus libros y escritos, salvando solo de entre las llamas á puro ruegos el *Ciceron* y el *Virgilio*, que salieron ya chamuscados. Creyendo su padre que esta severa leccion y el apartarle de Aviñon le quitarian de hacer versos, que él tenia por una locura, le mandó á Bolonia á recibir lecciones del canonista Juan de Andrea, el más sabio de su siglo en esta facultad; pero esta determinacion que tuvo su padre por un remedio eficaz contra la locura de su hijo, acabó precisamente de decidir á Petrarca en favor de las musas, para cuya compañía habia nacido. Conociendo en aquella universidad á Cino de Pistoya, florentino como él, al que cita Bartolo como su maestro en la ciencia del derecho, y que debia ser en poesía el suyo y de Bocacio, trabó con él una estrecha amistad, y haciendo mucho caso de sus consejos, solo se ocupó en adelante de su inclinacion y deseos, y olvidando las lecciones del jurisconsulto, aprovechó las del poeta. Muerto el padre de Petrarca en 1324, cuando apénas habia cumplido los veinte años de edad, y arruinado por infieles

tutores, dueño ya de su voluntad, volvió á Aviñon, en donde se estableció definitivamente. Brillante entónces la sociedad de esta ciudad, residencia del Pontífice, fué presentado con feliz éxito en las casas principales, y se abandonó enteramente á los estudios de su predileccion. Deseoso de instruccion, ocupó su tiempo en el estudio de las matemáticas, que se hallaban aún en la infancia, en el de la historia, de la arqueología, de la filosofía y sus numerosos sistemas y en especial de las que comprende la filosofía moral. La lengua latina en la que el Dante habia hecho sus primeros versos, obtuvo tambien los primeros ensayos prácticos de Petrarca, y bien pronto su musa se confió á la lengua vulgar que era la única entendida por las mujeres. Renovó la amistad que habia hecho en la universidad con Santiago Colonna, jóven romano, que por su elevada alma y pasion á las letras era digno de ser amigo del Petrarca, y lo fué hasta la muerte, á cuya amistad se unió tambien su hermano mayor el cardenal Juan Colonna. La amistad de los Colonnas le proporcionó el ser admitido en todas las principales sociedades de Aviñon, en donde lució su ingenio y se dió á conocer como un poeta inspirado á quien todos deseaban conocer y oir, y como el fuego patrio ardia en el corazon del poeta, sus versos por la felicidad de Italia y contra sus enemigos mantenian el entusiasmo de sus compatriotas y despertaban el deseo de ver libre á la patria de sus opresores y de todos sus enemigos. Nombrado Santiago Colonna obispo de Lombes, le acompañó Petrarca hasta su diocesis. Detuviéronse en Tolosa, en cuyo capitolio habia sido coronado el año 1324 el trobador Arnaldo Vidal ó Vidalla. «Los siete mantenedores dè »la gaya ciencia empezaban á difundir el gusto por la poesía vulgar, y á en»noblecer aquellos poemas cortos desconocidos de los antiguos y de los que »aún nos quedan algunos como restos respetables de la literatura de los tro»badores; el Petrarca se aficionó á este género de poesía como si presintiese »que habia de ser amante desgraciado como ellos, y que del propio modo »que ellos lo hacian, debia consolarse cantando su desconsuelo y su amiga.» El lunes santo, 6 de Abril de 1327, dice el propio autor que nos cuenta lo que acabamos de expresar, tuvo la desgracia Petrarca de ver á las seis de la mañana en una de las iglesias de Aviñon á la hermosísima Laura, hija de Audiberto de Noves, y su vista hirió su corazon tan terriblemente que le dejó lastimado para toda su vida. Estaba casada Laura con Hugo de Sade, jóven patricio oriundo de Aviñon, lo que sabido por Petrarca fué un dardo que acabó de atravesar su corazon, causándole el gran dolor que obra en el ánimo la pérdida de la esperanza; sin embargo, debió ser tan vehemente la pasion que concebiria el jóven poeta, que se atreveria á expresarla ó darla á conocer de algun modo á la señora de sus pensamientos, cuando dice un autor contemporáneo que la bella Laura, fiel á sus deberes de espo-

sa y madre, prohibió á Petrarca hasta la esperanza de ser correspondido. Perseguido por todas partes Petrarca de la imágen de Laura, pero respetando la virtud de este hermoso objeto de su ardiente pasion, se conformó con la voluntad de Dios y abrazó el estado eclesiástico, buscando en la Iglesia el consuelo que le negaba el mundo. A fin de no ver el objeto encantador que atormentaba su corazon, se desterró voluntariamente de Aviñon, determinado á buscar en los viajes distraccion, que le apartase de una idea que tanto le mortificaba. Visitó sucesivamente el Mediodia de la Francia, París, la Flandes, los Países-Bajos, las selvas de Ardennes; atravesó la Borgoña, el Lionesado, el Delfinado, y por último fué á encerrarse en Vaucluse desesperado de no haber podido desechar de sí la imágen querida que le perseguia por todas partes. Elevado al pontificado Juan XXII, concibió desde su advenimiento á la santa sede el proyecto de una nueva Cruzada que intentaba levantar á todo trance, y manifestó su intento de restituir á Roma la silla pontificia. Entusiasmado el Petrarca con estos proyectos, se inspiró en aquella preciosa oda dedicada á su buen amigo el obispo de Lombez, que empieza *O aspettata in ciel,* que tantos aplausos le valió. Benedicto XII, al subir al sólio de S. Pedro, tuvo tambien el deseo de volver á Roma su silla, y con este motivo escribió Petrarca una bellísima composicion latina, que le valió que el Papa le respondiese nombrándole canónigo de Lombez el año 1335. Una estrecha amistad con Azon de Correggio, que era uno de los principales señores de Italia, le proporcionó á Petrarca un triunfo como entendido en el foro, que aumentó su reputacion. Perseguido Azon ante la justicia papal por la poderosa familia de los Rossi, tomó su defensa Petrarca como letrado, y supo defender de tal modo á su amigo, que le hizo triunfar completamente de sus enemigos por la fuerza de sus razones, fundadas en el gran conocimiento de las leyes de que hizo alarde, y por su irresistible elocuencia, que admiró á los jueces y á todo el auditorio; solo este hecho le hubiera puesto á la cabeza de los mejores letrados de Aviñon á querer Petrarca dedicarse al foro; pero no era este el camino por el que habia de llegar á ocupar un asiento en el panteon de los hombres ilustres de su patria, le estaba destinado otro puesto, y así es que no le halagaron los aplausos que recibió hasta el punto de buscar la gloria en el templo de Astrea. En vano trataba Petrarca apartarse de la imágen de Laura, que le perseguia como su propia sombra, de tal modo que cuando se ponia á escribir, este nombre querido se escapaba al papel desde su pluma, y su ardiente y fecunda imaginacion no acertaba á producir más que composiciones llenas de fuego y de amor, en las que siempre se revelaba la pasion que encendia su sensible corazon. Para no tener ocasion de ver ni áun casualmente al objeto amado, se alejaba de Aviñon; pero una fuerza irresistible, haciendo traicion á su voluntad, le volvia

á esta ciudad. Forzando á la naturaleza, se encerró en Vaucluse sin amigos y hasta sin criados, creyendo que la soledad mitigaria su dolor; pero esta no hizo más que aumentársele, y buscando en el estudio ocupacion séria que le obligase á fijar su imaginacion, empezó á escribir en pura lengua latina la *Historia de Roma* desde su fundacion hasta el imperio de Tito; pero inspirado de repente por la idea de una epopeya cuyo héroe fuera Escipion, trazó con mano maestra el argumento, y áun compuso la primera parte de su obra. Habiendo leido algunos fragmentos de esta epopeya á sus amigos, la encontraron tan sublime, que le animaron á continuarla, prodigándole muchos y merecidos elogios. Felipe de Cabasola, obispo de Cavaillon, que habitaba una casa de campo cercana á la de Petrarca, le acompañaba y consolaba muchos ratos en su retiro, y con este prelado, al que consideraba tanto por su dignidad cuanto por su gran inteligencia, consultaba muchos puntos de su preciosa obra. Ya en esta época la Europa entera estaba llena de su nombre y del de Laura, cantada en sus sonetos y canciones que habian visto la luz pública, y por do quier se oian recitar sus versos como modelos de acabada poesía, de rica imaginacion y de una armonía deleitable. Hallábase Petrarca en Vaucluse entregado á su epopeya y á sus cavilaciones, cuando se vió agradablemente sorprendido el 23 de Agosto de 1340, con dos noticias que no pudieron ménos de conmoverle. La una era una carta del Senado Romano, que le instaba á que fuese á coronarse al Capitolio; y la otra del canciller de la universidad de París, que le brindaba con igual triunfo. Roberto de Anjou, rey de Nápoles, amante y protector de las letras, fué el que influyó en el Senado Romano para que formase el acuerdo, porque era uno de los admiradores de Petrarca. Agradecido Petrarca á las bondades del rey de Nápoles, pasó á esta corte para manifestarle su reconocimiento personalmente, llevándole su poema, al que habia puesto el nombre de *Africa*. Largas pláticas tuvieron en Nápoles el soberano y el poeta sobre asuntos literarios é históricos, y deseando Petrarca hacer ver cuánto sabia sobre estas materias, ofreció responder en el término de tres dias á cuantas cuestiones se le propusieran sobre literatura, filosofía é historia; así lo hizo, y fueron tan extensos y profundos los conocimientos de que dió pruebas, que el Rey declaró solemnemente que era digno de ser coronado con el laurel poético, añadiendo un autor que al despedirse del monarca se despojó éste de sus regias vestiduras, y poniéndoselas á Petrarca le rogó las llevase al Capitolio el dia de su coronacion. Roberto de Bardi, florentino como Petrarca, fué el que le preparó el camino para este triunfo: pero él quiso deberle á su mérito y no al favor, y este fué el verdadero motivo que le condujo á Nápoles y el de proponer la especie de exámen á que se sujetó y del que salió tan brillantemente como hemos expresado. Dirigióse Petrarca de Nápoles á Roma,

en donde se le aguardaba con impaciencia, y en cuanto llegó se dispuso su coronacion. Señalóse á este fin el dia de Pascua, 8 de Abril de 1341: el Capitolio se llenó de una brillante concurrencia, deseosa de saludar y aplaudir al poeta; llegó éste precedido de doce jóvenes pertenecientes á las familias más ilustres y distinguidas de Roma, que eran los que recitaban sus versos, y acompañado de los principales ciudadanos, y despues de una ligera arenga, el senador Orso, conde de Anguillara, le ciñó la corona de laurel, en cuyo momento una multitud de aplausos manifestaron la alegría de la numerosa concurrencia, aplausos que se repitieron con estrépito acompañados de mil bravos y otras palabras de elogio, despues de que recitó Petrarca un bellísimo soneto en elogio de los héroes de la antigua Roma, cuyo elevado puesto ocupaba él en aquel momento. Desde el Capitolio llevaron á Petrarca, como en triunfo, á la iglesia de S. Pedro, victoreándole por todas partes la multitud que se apiñaba en las calles del tránsito, y tan luego como llegó á la iglesia depositó sobre el altar su corona y dió gracias al Todopoderoso. El rey de Nápoles le nombró su capellan de honor, y se le proveyó de cartas patentes de este príncipe, del Senado Romano y del pueblo, en las que se le autorizó á leer, disputar y explicar los antiguos libros, formar de ellos otros nuevos, escribir poemas y usar en todos los actos la corona de laurel, de hiedra ó de mirto, como más le acomodase. Salió de Roma para Aviñon el coronado poeta, y al pasar por Parma, su amigo Azon de Correggio, que acaba de usurpar aquella soberanía, le obligó á detenerse, lo que verificó aceptando el arcedianato de aquella iglesia, que le confirió el soberano. Elevado al solio pontificio Clemente VI en 1342, los romanos mandaron á Aviñon una diputacion, á cuya cabeza rogaron se pusiese Petrarca, con el fin de recordar las promesas que les habia hecho el papa Juan XXII de volver á Roma la silla de S. Pedro. Tomó Petrarca la palabra delante del Pontífice, y despues de felicitarle por su exaltacion, expuso en un elegante discurso el deseo de los romanos. Oyóle Clemente VI con mucha satisfaccion, y no solo le acogió como un excelente mediador, sino que honrándole con el nombramiento de prior de Miglarino, en la diócesis de Pisa, se declaró su protector y le admitió en lo sucesivo como un amigo, en el que depositó su confianza; pero con todo esto no pudo lograr Petrarca volver á Roma la corte pontificia. Confiando Clemente VI en su piedad y en su talento, le confirió la honrosa mision de pasar á Nápoles á hacer valer los derechos de la Santa Sede, ante la regencia que mandaba durante la menor edad de Juana, hija del rey Roberto; pero áun cuando la jóven reina le recibió con señaladas pruebas de estimacion, estaba tan dominada por sus pérfidos consejeros, que su corte era un centro de desórden y de corrupcion, del que se apresuró á huir el candoroso poeta, determinado á encerrarse en su retiro de Vaucluse,

adonde llegó despues de haber atravesado el Apenino y escapado de Parma y de sus cercanías, en donde se enseñoreaba la guerra civil entre los partidos. Ocupado en sus estudios se hallaba Petrarca en su retiro sin hacer caso del mundo, cuando le llegó la noticia de que Rienzzi, señor de Roma, citaba reyes á sus tribunales proclamando que los romanos iban á recobrar el dominio del mundo. Fácil de exaltar la imaginacion del poeta, el entusiasmo de Petrarca se crece de tal modo, que creyendo realizadas sus ilusiones felicita al tribuno, exhortándole á continuar en su noble empresa, y deseando ayudar en lo que pueda al engrandecimiento de su cara patria, salió de Vaucluse con el propósito de establecerse en Italia. Al llegar á Génova recibe la noticia de que sus amigos los Colonnas habian sido degollados, su corazon se consternó extraordinariamente con esta noticia; pero es tan ardiente su deseo de libertad, que perdona al tribuno con tal que Roma sea republicana; pero sus ilusiones se desvanecieron bien pronto, pues que sucumbiendo Rienzzi, con él se hundió el fantasma de libertad que tanto le habia entusiasmado. Aún lloraba Petrarca en su retiro la pérdida de sus esperanzas patrióticas, cuando otro golpe funesto vino á aumentar las profundas heridas que lastimaban su ardiente corazon. La atroz peste del año 1348, que tan horriblemente describió Bocaccio, arrebató de entre los vivientes el 6 de Abril á la hermosa Laura, dia y á la misma hora, aniversario de aquel en que por la vez primera la viera el Petrarca. «Describir la amargura, dice un autor, »que con esta nueva experimentó nuestro sensible poeta, es imposible; pero »demasiado expresada está en la mayor parte de su *Canzoniere*, que parece »escrito con lágrimas, y tambien en su ejemplar de *Virgilio*, en el que puso »una tiernísima é interesante nota que atestigua su fiel dolor y su profano »culto hácia Laura,» si bien se halla rechazada camo apócrifa esta nota por Luis Peruzzi, contemporáneo de Petrarca, que escribió su vida, y por otros autores. Llamado Petrarca á Mántua por el señor de este estado, Luis Gonzaga, que le apreciaba mucho, procuró consolarle al lado de príncipe tan amable como bueno. Desde esta corte escribió al emperador Cárlos IV una sentida y elocuente epístola, recomendándole la paz de Italia, cuyo restablecimiento deseaba con vivas ansias. Publicado el jubileo de 1350, que llevó á Roma la mayor parte de la Europa católica, Petrarca, cuya piedad y devocion no podia ménos de excitarse con tan santa causa, salió para la ciudad de los Césares, deseoso de llenar este deber cristiano y de ganar las indulgencias que en tales casos concede la Iglesia á los que le practican con fe y humildad. En su camino á la capital del orbe católico recibió en varias poblaciones honores que jamás se habian hecho á ningun hombre particular. Al pasar por Florencia volvió á ver á su amigo Bocaccio, y reanudó sus relaciones con muchos de sus antiguos amigos de la infancia que militaban en

los diversos partidos que agitaban aquella sociedad. Cuando llegó á Roma, encontró ya empezado el santo jubileo, y esta consoladora y grande solemnidad, causó tal impresion en su religiosa alma, que desde entónces fueron mas graves y austeras sus costumbres, y á la elevacion de sus pensamientos asoció la severidad que se nota en sus últimas poesías. Al pasar por Arezzo, los principales personajes de esta ciudad le condujeron, llenos de noble orgullo, á la casa en que habia nacido, manifestándole que nada se habia cambiado de como estaba cuando en ella nació, porque la ciudad habia obligado á sus propietarios á respetar cuidadosamente el lugar consagrado por su nacimiento. Habiéndose dirigido á Pádua, adonde le suplicaron fuese sus amigos los Carraras, allí le sorprendió agradablemente la noticia que le mandó su amigo y protegido Bocaccio, de que los florentinos le habian restituido sus derechos de ciudadano de Florencia y el patrimonio de sus abuelos, rogándole al propio tiempo aceptase el rectorado de la universidad que acababa de fundarse en la primera ciudad de Toscana; destino que no aceptó, prefiriendo irse á su retiro de Vaucluse, al que llamaba su parnaso transalpino, siendo el cisalpino su casa de Parma. La ciudad de Roma llegó á desordenarse de tal modo que el robo y el asesinato, la disolucion y toda clase de escándalos, mantenian en continua agitacion la ciudad y en alarmante temor á los ciudadanos pacíficos. Deseando el papa Clemente VI poner algun remedio á estos males, pidió consejo á Petrarca, el cual le respondió como poeta. Hizo ver al Pontífice lo que convenia volver al pueblo romano sus antiguos derechos, la necesidad que habia de humillar á los nobles, excluir de los empleos á los extranjeros, restituir al Senado su dignidad; y por último, le dijo que solo veia el remedio en el restablecimiento de la república sobre las leyes de la igualdad y de la justicia: de suponer es que Clemente VI no aceptó el consejo y que las cosas siguieron como se estaban. El Tribuno romano Rienzzi, de quien hemos hablado ántes, habiendo sido preso por el Emperador fué entregado al Papa, el que mandó juzgarle á una comision judicial nombrada al efecto, y como el tribuno reclamase se le juzgase más legalmente y no fuese oido, Petrarca, que le defendia con calor, escribió al pueblo romano excitándole à que interviniese en favor de su antiguo amigo, exhortacion que se ve entre sus obras. Si bien se cree que esta excitacion no salió de las manos del poeta, tambien se sabe que por respetos á él los jueces de Rienzzi se detuvieron y calmaron en sus iras contra el tribuno. Retirado nuevamente á Vaucluse, escribió su magnífica *Epístola á la posteridad*, en la que él mismo consigna los sucesos principales de su vida. Dice un biógrafo, que habiendo ocupado la silla pontificia Inocencio VI, este Papa fué el único que no dió al Petrarca muestra alguna de aprecio, al contrario, le creyó mago por vil calumnia de algunos malsines y le miró con prevencion. Dis-

gustado de esto Petrarca, se alejó de la corte pontificia, cuya secretaría apostólica habia renunciado dos veces, y pasando los Alpes le detuvo en Milan Juan Vizconti, cuyo príncipe le nombró miembro de su consejo. Conociendo este principe el talento de Petrarca, le encargó la comision de negociar una reconciliacion entre la república de Génova, que acababa de dársele, y la de Venecia. Presidia esta república el dux Andrés Dandolo, amigo de Petrarca y hombre que se habia adquirido con justicia una gran reputacion en la política, en las letras y en la guerra; pero si bien recibió al poeta y al amigo con la mayor deferencia y cariño, fué duro é inflexible con el diplomático, de suerte que Petrarca no consiguió el objeto de su mision, y Venecia no podria ménos de reconocer poco despues su error en no escuchar las razones del poeta, pues que siéndole adversa la fortuna, tuvo que comprar la paz, lo que costó la vida al orgulloso Dandolo, que por otra parte fué uno de los hombres más ilustrados de su siglo, muriendo tambien un mes despues el príncipe Visconti. Tres años hacia que Petrarca habia escrito al emperador Cárlos IV, pidiéndole la pacificacion de su país, sin que hubiese tenido contestacion alguna, y no fué poca su sorpresa al ver que al fin le respondió. Lleno de confianza Petrarca, fué á Mántua á ver al Emperador creyendo encontrar en él un soberano sabio, amigo de la Santa Sede y deseoso de ver desaparecer de Italia los antiguos partidos de Güelfos y Gibelinos, que tanta sangre habian derramado y por los que se mantenian los desórdenes más espantosos; pero se halló engañado en su esperanza, pues que se encontró con un príncipe débil, codicioso y perjuro, que léjos de cuidarse de calmar los desórdenes de Italia, parecia tener placer en fomentarlos; y como descubriese Petrarca su ruindad y mala fe, no obstante que recibió de Cárlos IV pruebas del mayor afecto, procuró separarse de él cuanto ántes, y pretextó excusas poderosas para no acompañarle á Roma, en donde iba á coronarse. Indignado Petrarca contra el Emperador, á quien no habia podido convencer, á pesar de ponerle de manifiesto la grandeza de Augusto, Trajano y los Antoninos, cuyo solio ocupaba, se unió á los sobrinos de Juan Visconti, enemigos del Emperador, si bien no los acompañó mucho tiempo, porque estaban acusados de fratricidio. Pasando Petrarca á Pavía, el príncipe Galeas le recibió con grande agasajo, y le honró con la comision diplomática de disuadir al emperador Cárlos IV del proyecto que habia formado de mandar una expedicion al otro lado de los Alpes; comision que llenó á satisfaccion del príncipe y de la que salió airoso, pues que Cárlos IV si no se convenció de sus razones, quiso complacer al embajador poeta. Petrarca recibió en Milan de mano del Emperador el título de conde Palatino en una caja de oro de gran peso, honor que aceptó; pero devolvió la caja al canciller del Imperio. Una vida tan agitada no podia convenir al que tenia todas

sus delicias en el estudio, que le proporcionaba creaciones que entusiasmaban á sus semejantes é inspiraciones sublimes que le engrandecian. Llamado frecuentemente á las cortes por los reyes, por los papas y por los príncipes, como hábil consejero y negociador, la vida comunmente desarreglada del diplomático se avenia mal con la metódica y austera del eclesiástico, y áun con la del poeta, pues las realidades del mundo herian mortalmente las ilusiones del ingenio poético. Muchas veces hubiera deseado ser Petrarca un hombre desconocido para que le hubiesen dejado trabajar con descanso algunos de sus felices pensamientos, ménos perfectos tal vez por la agitada vida que le robaba el tiempo y la calma que á este fin necesitaba. Honrado ya con cuantas preseas engalana la gloria, ya nada podia presentársele de mayor halago; y desengañado de lo que da de sí el mundo, en el que todas sus grandezas son ligero humo que disipa el viento, se retiró á Garignano, en las márgenes de Adda, á una bella posesion, á la que puso el nombre de Linterna en memoria del héroe de su epopeya Escipion Africano; y ya en ella se dedicó exclusivamente á practicar ejercicios de piedad y á sus estudios. Ni áun allí le dejaban descansar; diariamente le llegaban invitaciones de soberanos y de grandes señores, que le rogaban los visitase; pero haciéndose sordo á estas demandas, solo fué accesible á los ruegos de Capra, platero de Bérgamo. Al saber Capra que Petrarca se dignaba honrar su casa y que venia á ella, salió á su encuentro y le recibió como si fuera un rey, probando al propio tiempo con su instruccion y con su escogida biblioteca, que era digno de alojar al príncipe de los poetas de su patria. Obligado por una nueva mision diplomática á volver á Francia el año 1360, fué á cumplimentar al rey Juan, y este príncipe hizo cuanto pudo para retenerle en su corte, pero no pudo conseguirlo, y Petrarca se volvió á Milan, á pesar de los ruegos del Delfin. Solicitó el Emperador quedase en sus estados, remitiéndole como prueba de afecto una copa de oro de maravilloso trabajo; pero fué inflexible en su resolucion, á pesar de que la Italia no le ofrecia ya atractivo alguno. Las tropas extranjeras, que ocupaban esta tierra infortunada, le obligaron á refugiarse en Pádua; pero tambien de aquí le desterró la peste. Salió de allí para Venecia con sus libros, que le acompañaban á todas partes, á cuyo fin mantenia un gran número de caballos, y agradecido á la generosa hospitalidad que le concedió esta república, la cedió su preciosa biblioteca por escritura de 1362, con la condicion de que aquella rarísima coleccion de libros no sería ni dividida ni vendida. El Senado de Venecia dió un decreto, en el que señaló un palacio para su habitacion, y para que se colocasen dignamente sus libros, que segun algunos autores, entre ellos Morelli, fueron el fundamento de la biblioteca de S. Marcos (1). Huyendo de

(1) Tomasini reconoció estos libros en 1635 en el mismo estrecho y oscuro aposento en que fueron colocados, especie de archivo situado cerca de los cuatro caballos de bronce, en donde

Florencia el Bocaccio por la peste, vino á Venecia, en donde le acogió su amigo Petrarca, al que presentó aquel á Leoncio Pilato de Tesalónica, que le enseñó el griego, pues que si bien le habia estudiado ya con el monje Barlam, embajador del emperador Andrónico cerca del papa Benedicto XII, le estudió en los *Diálogos de Platon;* pero por la corta estancia del monge en Aviñon aprendió más platonismo que griego, y así es que á pesar de hallarse en una edad sexagenaria, aprovechó esta ocasion para perfeccionar su estudio, lo que logró con admirable constancia. Prolongándose los dias de Petrarca más que los de sus amigos más íntimos, tuvo la desgracia de perderles en las dos pestes que se sucedieron en aquel tan bello como desgraciado país, pereciendo en la última Sócrates y Lælius, de quienes tantas veces habla en sus cartas: unido esto á la crítica de mala fe que de algunas de sus obras hicieron sus émulos, á la que contestó, se acibararon algun tanto sus últimos años hasta el punto de hacerle prorumpir en quejas amargas, y decir que su corona, más que de gloria y de laurel, era de espinas. Los venecianos procuraban de mil modos endulzar sus pesares, prodigándole distinciones que con nadie se habian hecho; pero la edad, que ya le pesaba, y el desengaño del mundo, de que se encontraba persuadido, hacia que aquellos consuelos fuesen lenitivos poco eficaces del dolor. Revolucionándose la isla de Candía contra Venecia, creyó el Senado conveniente dar el mando de las tropas de la expedicion que queria enviar contra los candianos al general milanés Luchino del Verme, y como éste se resistiese á aceptar aquel cargo, la amistad y consideracion que el general tenia á Petrarca, que fué comisionado al efecto por el dux, le obligó á ceder; y dirigiéndose contra los revoltosos, los sometió fácilmente. A fin de celebrar el triunfo se hicieron en Venecia juegos ecuestres á la antigua usanza, y en ellos honró el dux á Petrarca, haciéndole sentar á su derecha. Subió á la cátedra de S. Pedro el ilustrado y virtuoso Urbano V; y deseando honrar á Petrarca, le dió un canonicato en Carpentres, y en la carta en que expresó al Pontífice su gratitud, le suplicó con tantas razones se dignase poner término á la viudez de la Iglesia, á lo que accedió el Pontífice; razon por la que le felicitó al año siguiente. Indisponiéndose los sobrinos de Vizconti con Urbano V, lo que prometia encender una terrible guerra en Italia, el príncipe Galeas pidió al Petrarca interviniese entre los contendientes para restablecer la paz; pero en este último acto diplomático fué desgraciado Petrarca, porque los partidos se hallaban muy enconados para que pudieran avenirse á una reconciliacion de la que todos huian. En Ferrara fué acometido Petrarca de una aguda enfermedad, que hizo temer por su vida á todos sus amigos, en cuyo penoso

algunos estaban como petrificados por el descuido con que los tenian, y allí estuvieron hasta 1703, en que se concedió a los estudiosos y al público consultarles, de lo que da razon Morelli al tratar de la Biblioteca de S. Marcos de Venecia.

estado fué cuidadosamente asistido por los señores de Este que reinaban en el pais. Falto de fuerzas para continuar su camino, volvió á Pádua en un estado de postracion lastimosa, y se estableció en Arquá, poblacion enclavada en los montes Enganeenos, tan celebrados por los romanos á causa de la salubridad del aire, abundancia de pastos y otras muchas bellezas naturales. Si Petrarca hubiera sido dócil á las prescripciones de los facultativos y á las que ya le imponia la edad, hubiera podido asegurar tal vez su salud en este bonancible pais; pero léjos de esto, se entregó al estudio y á sus tareas literarias con más ambicion que nunca, y esta imprudencia no podia ménos de serle perjudicial para la prolongacion de la vida sin achaques é incomodidades. Además de haber épocas en que ocupaba á la vez cinco escribientes, su austeridad le obligaba muchos dias á no hacer más que una comida de frutas ó de legumbres, se privó del vino, y ayunaba la mayor parte de los dias en que lo hacia, que eran muchos, á pan y agua. Con tal género de vida, era casi imposible su convalecencia, y vino á prolongarla y á atormentar su sensible y patriótico corazon la noticia de que el papa Urbano V habia preferido el permanecer viviendo pacíficamente en Aviñon á estar entre la agitacion tumultuosa de Roma, decidiéndose por lo tanto á morir en Francia. Sucedió á este pontífice Gregorio XI, muy afecto á Petrarca, que nombró á su satisfaccion legado suyo en Italia á Felipe de Cabassola, que habia llegado á las dignidades de cardenal y arzobispo de Jerusalen; pero muriendo este prelado al llegar á Perusa, Petrarca tuvo el sentimiento de no poder volver á ver al más antiguo de sus amigos. Un monje francés se atrevió á publicar un folleto contra la felicitacion que Petrarca habia dirigido al papa Urbano, y el poeta le contestó de la manera que le convenia para destruir á tan pequeño enemigo. Habiendo sido abandonado de los que le auxiliaban, Francisco de Carrara tuvo que concluir una paz humillante con Venecia, y como entre las condiciones fuese una la de enviar á su hijo á pedir perdon y jurar fidelidad á la república, rogó Carrara á Petrarca le acompañase, y á llevar por él la palabra ante el Senado: el virtuoso poeta á pesar de su avanzada edad y de su enfermedad, no teniendo presente más que su antigua amistad con los señores de Pádua, se prestó á esta honrosa aunque penosa comision, y acompañó al jóven Carrara á Venecia. Señalando el Senado la audiencia al dia siguiente para recibirlos, el anciano Petrarca se encontró en la imposibilidad de poder pronunciar su discurso, pero haciéndolo al siguiente dia, su arenga fué aplaudida con entusiasmo; y como dice uno de sus biógrafos, este discurso fué para Petrarca el canto del cisne. Volvió á su retiro de Arquá aún más débil de lo que de allí salió, pero esto no evitó se entregase á sus tareas literarias con igual afan que ántes. Mandándole Bocaccio su *Decameron*, Petrarca le leyó con entusiasmo, y aprendiendo

de memoria la novela de Criselidis, la tradujo al latin, y se cree que la carta en la que le mandó á Boccacio esta traduccion fué la última que escribió en su vida. Vida tan laboriosa y tan penitente en edad tan avanzada, no podia ménos de acabar funestamente. Así sucedió, el 18 de Julio del año 1374 se encontró muerto á Petrarca en su biblioteca, con la cabeza echada sobre un libro abierto, en cuya postura le sorprendió un violento ataque de apoplejía. En cuanto se difundió la muerte de Petrarca, Pádua toda manifestó un gran sentimiento, y pocos fueron los ciudadanos y extranjeros que se dispensaron de asistir á sus exequias, cuya pompa fúnebre presidió Francisco de Carrara, seguido de toda la nobleza. La familia de Petrarca hizo levantar un mausoleo de mármol delante de la puerta de la iglesia de Arquá. «El nombre de Petrarca, dice un autor, está unido á todos los nombres cé»lebres del siglo XIV, y se encuentra ligado á la mayor parte de los acon»tecimientos de esta memorable edad. Habiendo nacido poeta, lo fué en »sus estudios, en sus misiones políticas, en su amor, en sus conversaciones, »en sus cartas y en todo. El grande amor que tuvo á su patria fué en él un »sueño poético que duró toda su vida, pues que en sus mayores glorias y »en sus mayores desgracias, la Italia en su antiguo estado fué siempre su »pensamiento dominante, lo que no dejó de proporcionarle bastantes disgus»tos. Las costumbres de Petrarca no fueron enteramente puras, pero jamás »fueron corrompidas; era sumamente religioso, y se cuenta que se levantaba »á orar á media noche. Léjos de toda pedantería, fué muy amable con todos »los que se le acercaban, franco y de finas maneras. Su alma ardiente consi»deraba la amistad como una necesidad, y así es que tuvo muchos amigos, »creyéndose que todos le fueran fieles, habiendo logrado por su medio y por »su número una especie de dictadura literaria en Francia, España, Ingla»terra é Italia, pues que sostuvo con ellos aquella correspondencia que pue»de llamarse europea, que promovió el interés y estudio de los autores an»tiguos. Persiguió Petrarca con perseverancia, dice un autor, la alquimia, »la astrología, la escolástica, y aquel Aristóteles, ante el cual callaba la fi»losofía, y á su intérprete Averroes que reinaba aún más que aquel. El nom»bre del Petrarca, inseparable de los de Dante y Boccacio, bastaria por sí »solo para rebatir la repetida asercion de que se debe el renacimiento de »las letras únicamente á la toma de Constantinopla por los turcos el año 1453, »época en que los tres ingenios expresados y algunos literatos españoles »habian ya ennoblecido el idioma vulgar con obras literarias de gran méri»to que despertaron de su letargo á las letras. Se nos dirá que el resto de »Europa no presentaba hombres de tan alta reputacion, pues que Francia »á pesar de sus trobadores, solo puede decirse contaba entre los eruditos á »Nicolás Oresme, amigo del Petrarca; Inglaterra á Ricardo Bury; y Espa-

»ña solo sus romances históricos y teológicos que prepararon los triunfos »que dos siglos despues habian de alcanzar el Boscan y Garcilaso; pero esto »no es suficiente para negar que las letras, ántes del pretendido renacimien- »to, habian progresado en Europa, renaciendo en los cantos del Dante, del »Petrarca, de Ausias March, y de Boccacio y otros pocos.» —La numismática cuenta entre sus creadores al Petrarca, pues que se sabe recogia con avidez las medallas antiguas, que llevaba siempre consigo, y así es que cuando se presentó á Cárlos IV, emperador de Alemania, pidiéndole pacificase la Italia, le regaló preciosas medallas de Augusto, de Trajano, de los Antoninos y de otros buenos emperadores romanos diciéndole: *Hé aquí los grandes hombres cuyo trono ocupais, ellos deben ser vuestros modelos.* Sus eruditas investigaciones, á las que era muy aficionado, valieron á los anticuarios sus preciosas cartas tituladas: *De scriptis veterum indagandis et de libris Ciceronis.* Restituyó á las letras las *Instituciones oratorias de Quintiliano*, si bien incompletas, y las cartas de Ciceron con algunos discursos que aún no se conocian, y conservó el tratado *De gloria*, que su maestro Convennole, á quien se le habia prestado, vendió para comer. Al propio tiempo en que por sus consejos Galeas Vizconti fundó la universidad de Pavía, el mismo Petrarca dirigió los estudios, asegurando el porvenir de Malpighino, que se hizo célebre despues entre los restauradores de las letras con el nombre de Juan de Rávena. Habiendo visto Petrarca en su juventud un libro de antigüedades escrito por Varron, con un libro de cartas y de epigramas que se atribuian á Augusto, hizo las más exquisitas diligencias para volver á las letras tan preciosos escritos. Fué tal la aficion que tuvo en coleccionar manuscritos antiguos, que mandó hacer en Constantinopla una copia exacta de muchas obras, habiendo recibido, sin pedirla, una de los poemas de Homero, y á él se debe que fuese conocido Sofocles en Italia. A pesar de haber regalado á Venecia su rica biblioteca, al tiempo de su muerte tenia otra no ménos copiosa y escogida, en la que poseia una magnífica coleccion de medallas imperiales y un gran número de cartas geográficas, tesoro inestimable en una época en que la cronologia y la geografía estaban por nacer. El mismo Petrarca se dedicó á la geografía con tan buen éxito, que compuso un mapa de Italia que aún se consultaba un siglo despues de su muerte, habiéndonos hablado todos sus biógrafos de sus pesquisas histórico-geográficas de la isla de Thulé. Los cantos del Petrarca dedicados á Laura, esparcieron entre las damas el gusto por la poesía italiana, y áun creó poetisas como su contemporánea Justina de Levis. Las cartas de Petrarca, impresas la primera vez el año de 1484, sin nombre ni lugar, es la obra más curiosa entre las latinas que escribió, y á eso se debe verlas tan reproducidas, pues que se refieren á los usos, cos-

tumbres, historia literaria y política del siglo XIV, habiendo en ella muchas noticias interesantes relativas á su vida. —Las obras principales de Petrarca, además de las que hemos citado, fueron las siguientes, cuya crítica más ó ménos razonada se ha hecho por muchos autores. *Remedios contra una y otra fortuna.* Este es un tratado filosófico, en el que pretendió demostrar la vanidad de los bienes de la tierra y que todos los males tienen remedio; escribió esta obra Petrarca en Garignano para consolar con ella á su protector Azon de Correggio. — *De otio religiosorum*; compuesta para los cartujos de Montrieu.—*De republicâ optimè administrandâ;* impresa con su tratado *De officio et virtutibus imperatoris;* Berna, 1602, en 12.°—*De ignorantiâ sui ipsius et multorum*; obra que escribió en su retiro de Arquá contra los discípulos de Aristóteles. — *Rerum memorandorum libri IV:* son ensayos históricos de los que han llegado fragmentos á nosotros, que ofrecen particularidades de la historia contemporánea de que ningun otro autor ha tratado. *De contemptu mundi*: esta obra, compuesta de tres diálogos, que llamaba Petrarca *su secreto*, fué una inspiracion feliz que tuvo ál leer las *Confesiones de S. Agustin*; en ellos conversa con el santo doctor sobre su carácter, sus gustos, sus debilidades, y en ellos se acusa con la sencillez que pudiera hacerlo un niño, predicándole el Santo con una autoridad llena de amor y de dulzura.— *Africa:* es un poema, pálido relato de la segunda guerra púnica. *Eglogas:* son doce y como las de Boccacio, alegorías casi siempre satíricas, correspondientes á sucesos de su época, estando consagrada la 10.ª á la memoria de su tan celebrada Laura. — *Epístolas:* son tres libros de cartas escritas con suma facilidad para lo que podia esperarse de aquella época, siendo el latin en que las escribió muy superior al que usaban sus contemporáneos; su estilo es enérgico, pero sin dureza, y no le falta elegancia; pero imita más á S. Agustin que á Ciceron, y precisamente sobre sus obras latinas fundaba su fama. *Canzoniere:* esta obra, segun un autor crítico al hablar de sus obras, es el más bello título de la fama de Petrarca, y por lo tanto vamos á exponer literalmente lo que sobre ella dice. «Allí es donde aquella alma poética se muestra verdaderamente inspirada, y allí donde reparte con profusion todas las riquezas de un talento original. Los antiguos poetas eróticos habian sido los cantores del placer más bien que los cantores del amor. Aquel respeto á las mujeres tan antiguo, tan exaltado en todos los pueblos del Norte, aquel culto á la belleza, ennoblecido más todavía por los recuerdos entónces recientes de la caballería; aquellas fiestas del valor que eran dias de triunfo para las damas; todo eso faltaba á las sociedades paganas. Petrarca solo se parece á sí mismo, porque su pasion no se asemejaba a nada de cuanto los antiguos habian conocido. Los primeros cantos de los trobadores fueron la expresion sencilla de las costumbres caballerescas. Los ejemplos que ofre-

»cieron, las tradiciones que dejaron, como tambien los desgraciados ensayos »de los italianos, sus imitadores, y las ociosas sutilezas de las córtes de amor, »tristes parodias de las formas, y no pocas veces de las oscuridades de la es»colástica, habian creado entre los modernos un lenguaje cuyas trabas au»mentaba la rima; un lenguaje que no era el lenguaje vulgar, aunque tam»poco era aún el de la poesía. Petrarca el primero, y despues por mucho »tiempo, fué el único poeta entre todos que ha hecho del amor una virtud. »El italiano creado por el Dante no conservó por mucho tiempo despues de »él aquella rudeza algo salvaje que tanto nos cuesta perdonar en varios »fragmentos de su *Infierno*. Petrarca formó su lengua propia, como el Dante »se habia formado la suya; sus giros y frases son casi tan atrevidos, encon»tró particularmente aquellos graciosos colores, aquella deliciosa armonía »con que el Dante ha referido las desgracias de su *Francesca*, y desde la pu»blicacion del *Canzoniere*, el idioma italiano nada tuvo de bárbaro. Cuando »uno lee los versos del Petrarca, cree oir la vibracion y el estremecimiento »de su lira: por todas partes arranca de ella el poeta sones de inefable dul»zura. En la primera parte, cuando ensalza las perfecciones de Laura, su »expresion llega á ser delirante ó extática; en la segunda, cuando llora á su »amiga, sus cantos tienen un acento plañidero, penetrante y solemne. A »veces presta su laud á las lecciones filosóficas; en otras resuena el arpa he»bráica con las maldiciones de los profetas, ó bien es una musa romana que »gime contemplando el abatimiento y las desgracias de su patria.» Entre los cantares del Petrarca hay odas que escribió en la forma usada por los trobadores, pero que las elevó á la mayor perfeccion lírica: prefirió el poeta tres de estas odas sobre todas las demás, llamándolas las tres hermanas, y á las que denominan sus comentadores las *tres Gracias*. El objeto de estas odas, que son la 18, 19 y 20 de la coleccion, fué alabar los ojos de Laura, y su estilo siempre interesará á los amantes apasionados y halagará á las mujeres; al paso que las personas graves preferirán á estas odas su cancion sobre la cruzada, que es la quinta oda en la que Petrarca pinta con rasgos de fuego la opresion que experimentaba su querida Italia, presentándonosla sangrienta y mutilada, pero aún llena de su propia gloria y con suficientes fuerzas para sanar de sus heridas. Entre los monumentos que atestiguan el amor que inflamó el sensible corazon de Petrarca, se citan como modelos dos célebres sonetos, el uno en la primera parte, que empieza: *Solo e pemoso*, y en la segunda *Levommi il pensier*, que estan llenos de poesía y de fuego y son sublimes en su género. Réstanos ahora hacer una ligera reseña de las principales ediciones que se han hecho de las obras de este fénix de los ingenios italianos, que tanto enalteció la poesía italiana, y que tantas galas dió á su lengua patria, adquiriéndose al propio tiempo un lugar justo en el templo

de la fama entre los hombres más célebres del mundo civilizado, y un lugar imperecedero en la posteridad, miéntras haya quien aprecie en algo las letras y quien se entusiasme con los cantos del poeta. Tiénese por la edicion más completa de las obras de Petrarca la impresa en fólio, en Basilea, el año 1581; pero debemos advertir que faltan á esta edicion algunas cartas, que se insertaron despues en la que se imprimió en Génova el año 1601: se ve en ella el *Itinerarium Syriacum*, del que se olvidó hacer mencion el abad de Sade en la lista que publicó de las obras de Petrarca, en el que se da á conocer la extension de los conocimientos que tenia en geografía: tambien se ve este itinerario en la edicion latina de sus *Opúsculos históricos*, que se publicó en 16.° el año 1604. La edicion más antigua de sus obras en latin, se publicó tambien en Basilea, en fólio, el año 1496; sus cartas y manuscritos autógrafos se conservan con esmero en algunas bibliotecas de Italia. La biblioteca imperial de Viena conserva en su seccion de manuscritos su arenga al rey Juan, y la que como embajador de Visconti pronunció ante el Senado de Venecia, y muchas de sus cartas se custodian en la Biblioteca Imperial de París. Su tratado *De remediis utriusque fortunæ*, impreso en 4.° en Colonia en 1471, se ha traducido tres veces en francés, la primera de órden de Cárlos V, por Nicolás Oresme, París, 1534; la segunda por Grenaille, con el título de *Le Sage resolu contre la fortune;* Ruan, 1662, dos volúmenes en 12.°, y la tercera por un anónimo; París, 1673, en 12.° Compuso Petrarca una obra histórica, que se ha hecho muy rara y que se busca con mucho empeño por los literatos, porque se la considera como uno de las más antiguos monumentos de la poesía italiana; esta es la titulada *Vite de Pontefici et Imperatori romani;* Florencia, 1478, en fólio. Reimpresas sus poesías muchas veces, la primera edicion de sus sonetos es la de Venecia, impresa en 4.° en 1470, y en ella se incluyen sus triunfos, especie de visiones alegóricas de que dieron los primeros ejemplos los poetas provenzales; estan escritos en tercetos, imitando al Dante, y en ellos campea con toda su fuerza la fecunda imaginacion del Petrarca. Son muy apreciadas las ediciones de Aldo Manucio, *Le Cose vulgari;* Venecia, 1501, en 8.°—*Il Petrarca*, impreso en Lyon en 16.°, en 1574, cuya obra fué adoptada como texto de la lengua italiana por la célebre Academia de la Crusca. —*Le Rime de Petrarca;* Pádua, 1722, en 8.° *Idem con notas de Muratori;* Venecia, 1727, en 4.°— Las ediciones de Bodoni; 1799, en fólio, y en 8.° en dos volúmenes, en las que debió tener mucha parte el célebre diplomático y distinguido literato español D. José Nicolás de Azara, protector decidido y generoso del impresor Bodoni.—Las del bibliotecario Morelli con las ilustraciones de Beccadelli; Verona, 1799, en 8.°—La que hace parte de la *Biblioteca poética italiana*, publicada por Buttura é impresa por Didot en tres volúmenes; y finalmente la edi-

cion con comentarios, publicada en 1822, en 8.°, por Biagioli. A estas poesías se han unido las de Miguel Angel, edicion preciosa por las notas de Alfieri, que hizo sobre el Petrarca idéntico trabajo que sobre el Dante. Muchos ensayos han hecho los franceses para traducir el *Cancionero* de Petrarca á su lengua, pero pocos lo han hecho con buen éxito, y lo propio ha sucedido cuando ha pretendido traducirse á las demás lenguas: pues que si bien es mucho más fácil de traducir que el Dante, hay dificultades de las que no es fácil salir bien. Los seis sonetos sobre la muerte de Laura, los tradujo en francés Clemente Marot en su *Recueil des pieces diverses* en 1530 y 1537, en 8.°, y es una de las mejores traducciones que se han hecho. Mas de cuarenta biógrafos han escrito la vida del Petrarca, pero solo Tomasini en su *Petrarcha redivivus* merece la mayor atencion, pues que fué el que proveyó de preciosos materiales á sus sucesores, hasta que el abad de Sade publicó su obra *Memoires sur le Petrarque*, en tres volúmenes en 4.° en 1764, que hizo de la gloria del Petrarca un interés de familia. Pueden consultarse despues de Sade á Irabanchi en su grande obra, y á M. Baldelli, *Del Petrarca et de sue opere*, 1797, en 4.°, debiendo hacer mencion honrosa de Lord Woodhomelet, que publicó en inglés un *Ensayo histórico y crítico sobre la vida y carácter del Petrarca*; Lóndres, 1810, en 8.°, y de Levati, que con el título de *Viaggi di Fr. Petrarca in Francia, in Germania et in Italia*; Milan, 1820, en cinco volúmenes en 8.°, publicó un cuadro de costumbres del siglo XIV.—Hemos terminado la biografía de un genio, de un hombre ilustre, de un eclesiástico, que si en un principio una pasion fué capaz de exaltar su imaginacion fogosa, supo vencerla con su resignacion á los altos decretos de Dios, respetar y cumplir deberes y borrar con la austeridad de la penitencia los extravíos de su mente. Los últimos años del Petrarca pueden considerarse de vida penitente, en los que se mortificó con rigorosos ayunos y privaciones, y en sus obras se nota aquel fondo de piedad católica que distingue á los fieles observantes de la ley del Evangelio, de la que fué acérrimo é ilustrado defensor. El amor que tenia á su patria le presentará siempre á los italianos y á todos los pueblos como modelo de patriotismo, y entre los diplomáticos ocupará un distinguido lugar, atendiendo al siglo en que vivió y á las dificilísimas comisiones de que fué encargado. Su nombre vivirá siempre laureado entre los más célebres varones que honran y han honrado á las letras, y sus obras, reproduciéndose de generacion en generacion, serán en la posteridad un monumento glorioso de la civilizacion en el renacimiento de las letras que prepararon, y uno de los ornamentos más preciosos de la literatura italiana.— B. S. C.

PETREAN (Pedro). Hijo este religioso de un comerciante de Lion en Francia, tomó el hábito en la religion de los Celestinos el año de 1522. Dedi-

cóse á predicar y hacer cruda guerra á los herejes, y murió siendo aún jóven en 1592. Dejó escrita una obra sobre la milagrosa aparicion de S. Pedro Celestino á los habitantes de Aquilea, que empieza de este modo:

Segnis apollinæos torpor ne obnubilet artus,
Ociùs exsurgens muscula rumpe moras.

Amigo Petrean de su compañero el P. Pedro de Sure, hijo de un notario de Lion, creemos que le ayudaria en sus santas prácticas y estudios. Pocos dias mediaron entre la muerte de ambos, pues que los perdió la Orden uno tras otro sin dar casi tiempo á que los sufragios fúnebres se separasen. Dejó Sure escrita la *Vida de S. Pedro de Luxemburgo*, que se imprimió en Aviñon, y la biblioteca de los Celestinos en Paris conservó muchas de sus obras manuscritas en prosa y verso. — C.

PETREIUS (Teodoro). Nació este distinguido bibliógrafo en 1567 en Kempen de l'Over-Issel, despues de haber estudiado en Zwol y en Devanter y tomado el grado de filosofía en Colonia, abrazó la vida religiosa en la órden de los Cartujos, en la que obtuvo sucesivamente varios empleos, entre ellos el de prior del convento de Dulmen en la diócesis de Munster; pero obteniendo de sus superiores el permiso para dedicarse á sus estudios favoritos, se retiró en 1619 á una casa de la Orden en Colonia, en donde pasó sus dias entre sus deberes y sus escritos, muriendo en 20 de Abril de 1640 á la edad de setenta y tres años. En la página 308 de la *Bibliotheca Coloniensis* del Padre Hartztein se da una lista de sus obras de controversia y traducciones latinas de libros ascéticos; y en la *Biblioteca Bélgica* de Foppens, al tomo XII de las *Memorias de Niceron*, se citan las siguientes obras de Petreius: *Bibliotheca Cartusiana sive illustrium Ordinis Cartusiani scriptorum Catalogus*. Colonia, 1609, en 8.°—*Chronologia Summorum Pontificum et Romanorum Imperatorum*; Colonia, 1626, en 4.°—*Catalogus hæreticorum seu mortibus omnium prope modum hæresiarcharum*; Colonia, 1629 en 4.° Tambien se debe á Petreius la publicacion del *Cronicon Cartusiense* del P. Darland con adiciones, y una edicion de las obras de S. Bruno, la que, á pesar de sus defectos, fué muy estimada hasta que publicó la suya el P. Bruno Bruni en Roma, en los años 1781 y 1791, en dos volúmenes en fólio, cuya obra es hoy la mejor escrita y la más estimada de los bibliógrafos y de los literatos eclesiásticos. — C.

PETRI (Barthelemi). Nació este canónigo de Douay en el Brabante, enseñó diez años en Lovaina, de donde salió en 1580 durante la guerra civil. Retirado á Douay, fué profesor en esta ciudad, y despues de haber sido nombrado canónigo de su santa iglesia, murió el 26 de Febrero de 1630, á la edad de ochenta y cinco años. Publicó Petri las obras de Vicente de Lerins y com-

puso unos *Comentarios sobre los Hechos de los Apóstoles*, segun Valerio Andrés en su *Biblioteca Belga.* — C.

PETRI ó CUNEROS (Petrus). Nació este obispo de Leuwarden en Duivindick, ciudad de la Zelandia; estudió en Lovaina, y fué elegido para ser el primer obispo de Leuwarden en la Frisia Occidental. Tomó posesion de este obispado el 7 de Febrero de 1570, y el 25 de Abril del mismo año celebró su primer sínodo. Despues de esto, los protestantes le lanzaron de su iglesia durante las guerras civiles de los Paises-Bajos, en cuyo caso se retiró á Munster, en donde ejerció por algun tiempo el oficio de obispo auxiliar, y de allí pasó á Colonia en donde ejercitó la profesion de maestro de religion, y en esta ocupacion y ciudad murió el dia 15 de Febrero de 1580, á la edad de cuarenta y ocho años. Se conocen de este prelado las siguientes obras: *De sacrificio Missæ;—De meritorum Christi et Sanctorum consensu;—Quæstiones pastorales, et de Celibatum Sacerdotum;—Veræ ac germanæ Ecclesiæ Christi designatio;—De Principis christiani officio;—De gratia, libero arbitrio, prædestinatione, justificatione, indulgentiis, et D. Petri Cathedræ firmitate;* y otras de menor importancia, segun Gazei en su *Historia eclesiástica de los Paises-Bajos*, y Le Mire en sus *Escritores del siglo XVII.* — A. C.

PETRICA (Angel), franciscano francés, doctor en artes y sagrada teologia, teólogo de la Sacra Congregacion y vicario del patriarca de Constantinopla. Murió hácia 1650 dejando escritas las obras siguientes: 1.ª *Turris David, seu de militante, ac triumphante Ecclesia Disputationes adversus hujus temporis hæreticos in duodecim libros distributæ;* Roma, por Luis Grignano, 1647 en fólio.—2.ª *De appellationibus omnium Ecclesiarum ad Romanam*, Roma por Francisco Alberto Tano, 1649, en fólio.—3.ª *Redargutio dissertationis, quam super David Blondellus pro jure plebis in regimine ecclesiastico edidit;* impresa en el tomo III de la *Biblioteca Máxima Pontificia* de Tomás de Rocaberti.—4.ª *De triplici Philosophia Aristotelis rationali, naturali, et divina Disputationes;* Roma, por Angel Bernabó, 1672, en 4.º—5.ª *Disputationes adversus Hæreses, et aliquorum græcorum errores, ac etiam contra Gentes, quæ Chistianam Religionem non assummunt, et Judæorum perfidiam;* Roma, por Ignacio de Lazaris, 1671, en 4.º—6.ª *De Nobilitate, ejusque origine, et recta forma regnandi, ad Principes laicos;* Ibid. *ac eisdem typis*, 1659, en 8.º—S. B.

PETROCO (San), abad y confesor. El 4 de Junio recuerda la Iglesia á este Santo, del que solo se sabe que murió el año 544 de nuestra era, sin que nos digan los autores consultados, ni su patria ni su nacimiento, ni la abadía en que ejerció su cargo. —C.

PETRONI (Ricardo). Nació este ilustrado Cardenal de la santa Iglesia católica en Siena hácia la mitad del siglo XIII, de una familia muy fecunda

en hombres célebres, y de una antigüedad que remontan sus genealogistas hasta el cónsul Petronio. Instruido en la teología y en las demás ciencias que se cultivaban en sus dias, se dedicó al estudio de la jurisprudencia bajo la direccion del famoso Acursio, y no tardó en hacer rápidos progresos, de modo que á poco de salir del estudio de su maestro abrió en su patria una escuela de jurisprudencia. Llegando la fama de su nombre al trono de Cárlos I, rey de Nápoles, se apresuró á ofrecerle una de las principales cátedras de aquella universidad; honra que no aceptó Petroni hasta que obtuvo la licencia y beneplácito de sus compatriotas. En aquella universidad fué el restaurador del estudio del derecho, que estaba casi perdido. El papa Bonifacio VIII le encargó, en union de otros dos jurisconsultos, de compilar la coleccion de decretales conocida con el nombre de *Sexto*, cuya primera edicion fué impresa en fólio despues en Mayenza el año 1465; y se captó de tal modo el aprecio del Pontífice en este trabajo, que no solo le nombró vicecanciller de la Iglesia Romana, si que tambien le elevó en 1298 á la alta dignidad de cardenal. Segun lo que dice Chacon en su obra *Vida de los Papas y de los cardenales*, Petroni fué ingrato con el Papa su protector, entregándole á la venganza de los franceses; pero como esto no se prueba suficientemente por aquel autor, es preciso suspender el juicio, y creer más bien que se dejaria llevar éste de noticias circuladas por algun enemigo del Cardenal. Gozando del favor de Clemente V, sucesor de Bonifacio, asistió en 1311 al concilio de Viena, en el que se abolió la famosa órden de los Templarios, y despues fué legado del Pontífice en Génova, en cuya ciudad y plenipotencia murió el 26 de Febrero de 1314, llevándose su cadáver con pompa régia á la catedral de Siena, donde fué depositado en un suntuoso mausoleo, que aún se nota, en la capilla de S. Juan Bautista. La patria de Petroni tuvo que agradecer la fundacion de muchas casas religiosas, que dotó con largueza, y los pobres de la misma fueron socorridos con considerables sumas que les legó en su testamento. En la obra titulada: *Storia dello studio di Napoli*, de Origlia, se halla en el tomo I una noticia bastante extensa de este Cardenal, considerado entre los mejores jurisconsultos y teólogos de su patria y de su época.— C.

PETRONILA (Sta.), virgen. Todos los Martirologios dan á esta Santa como hija de S. Pedro apóstol; y Marcelo, presbítero, escribió su vida como testigo ocular de lo que cuenta, á cuyas fuentes han acudido todos los que han escrito de esta Santa, y á ellas vamos nosotros á tomar lo que más convenga para darla á conocer á los fieles que lean esta obra. Sabido es por la historia de la Iglesia que S. Pedro fué casado ántes que alcanzase la dicha de ser llamado al apostolado por Jesucristo. La misma historia nos dice que estando enferma la suegra del Apóstol de unas fuertes calenturas, la sanó el Señor. Fué

la mujer de S. Pedro Perpétua, de la que dice Clemente Alejandrino murió mártir por confesar á Jesucristo, y que viéndola llevar al martirio su marido, holgándose mucho de que Dios la hiciese tan señalado favor, al verla conducir al suplicio la alentó y le dijo que se acordase del Señor. Tuvo San Pedro con Perpétua ántes de seguir á Jesucristo una hija, á la que puso el nombre de Petronila, que fué niña de una hermosura sorprendente, si bien le dió Dios una enfermedad larga y penosa, como si quisiese conservar de este modo la perpetuidad de la flor de su virtud. Retiróse S. Pedro de su mujer para vivir ambos en perpétua continencia, y su hija conservó en sus largos padeceres la resignacion más adecuada á la santidad que proviene de la observancia de los mandatos de Dios. Como al ver paralítica á Sta. Petronila motejasen algunos á S. Pedro porqué siendo así que él sanaba á tantos enfermos no sanaba á su hija, respondió que no lo hacia porque le convenia á su hija estar enferma; y para que viesen todos que el no curarla no era falta de poder en el Santo, sino sobra del amor que la profesaba, que la perjudicaria de lo contrario, mandó á su hija se levantase y lès sirviese á la mesa. Levantóse en efecto la Santa con tanta agilidad y presteza como si jamás hubiera estado enferma, y sirvió á la mesa, volviendo despues á la cama para obedecer á su padre, que así se lo mandó. Sanó, por fin, despues de algunos años Petronila de su enfermedad, y practicó la virtud hasta el punto de podérsela considerar como á una santa, pues que tambien le dió Dios la facultad de hacer milagros de mucha importancia. Enamorado de la Santa el caballero noble Flaco, hombre de cuantiosos bienes y poderoso por su posicion y categoria, trató de poseer su hermosura á todo trance, y se dirigió á casa de Petronila acompañado de sus soldados y demás gente de guerra de su séquito. Declaró Flaco á la bella doncella que el objeto de su llegada era tomarla por esposa si consentia en ello; y Petronila sin turbarse parece que le replicó: «¿Para qué, Flaco, tanto ruido de armas para una »doncella débil y desamparada? Las voluntades de las mujeres no se ganan »con armas ni con amenazas, sino por medio de ruegos y servicios. Si quie»res que sea tu mujer, déjame prepararme durante tres dias, y manda des»pues algunas matronas y doncellas para que me acompañen y lleven á tu »casa, conforme conviene á tu decoro y al mio.» Muy contento quedó Flaco de la respuesta; y prometiendo hacer todo conforme lo habia indicado, se despidió de aquella hermosura lleno de gozo, porque pensó haberse asegurado su posesion. Habia consagrado la santa doncella su virginidad á Jesucristo, y por lo tanto no se ocupó en otra cosa los tres dias que puso de plazo que en orar y ayunar, mortificando su cuerpo, pidiendo á Dios con lágrimas del corazon la librase del compromiso y peligro en que se encontraba, y no permitiese perdiese la virginidad que le habia consagrado. Al

tercer dia vino á casa de Petronila el sacerdote llamado Nicomedes, que la dijo Misa, dándola el santísimo Sacramento; y despues de haber recibido al Señor se inclinó sobre su lecho, y muriendo repentinamente para este mundo, su alma voló á empezar á disfrutar de la vida eterna en la gloria. Llegaron las dueñas y doncellas que mandó Flaco para acompañarla; pero encontrándola muerta, y de consiguiente inhabilitada para las preparadas bodas, celebraron sus exequias. Fué sepultada Sta. Petronila en la via Ardeatina, desde donde el pontífice Paulo I la hizo trasladar con gran solemnidad á la basílica de S. Pedro. La Santa murió el 31 de Mayo, en cuyo dia la celebra la Iglesia católica, y en especial en Roma en la basílica en que se venera su santo cuerpo.— C.

PETRONILA (Beata Sor), religiosa de la Orden Tercera de Sto. Domingo, natural de Hyapoci, pueblo de la provincia de Foning en el imperio de la China. Aunque sus padres eran idólatras, las oraciones de su buena hija consiguieron convertirlos al cristianismo. Bautizóse á los once años, y habiendo sido hasta entónces enemiga decidida y de una manera tal vez muy superior á su edad del nombre de Jesucristo, habiéndola catequizado ántes un padre de la órden de Sto. Domingo, quien enseñó á su madre al mismo tiempo, poniéndolas en la pila bautismal á la primera Paula, y á la segunda Petronila; encargándolas especialmente que tuviesen siempre grande devocion con la Santísima Virgen, y no dejasen ni un solo dia de rezar el rosario. A los diez y ocho años consagró Petronila su castidad á Jesucristo, y vistió el hábito de la Orden Tercera de Sto. Domingo, observando á la letra sus constituciones. Ayunaba los siete meses continuos que en aquella se dispone y otros dias del año; no comia carne sino cuando se hallaba gravemente enferma; se levantaba á media noche y rezaba los maitines que rezan las beatas, y se entregaba despues á otras penitencias. Procuraba vivir en el retiro, negándose á salir sin necesidad, y dentro de su casa se ocupaba continuamente en la oracion y contemplacion de los misterios divinos, en cuyo ejercicio la regalaba su celestial Esposo, dándola fuerza para pelear y vencer en las grandes luchas que la aguardaban. Habian los padres de Petronila casádola con un jóven, que aunque cristiano no podia ménos de reclamar á su esposa, porque el matrimonio se habia hecho segun la costumbre del pais y así, en cuanto supo el voto que habia hecho, unió sus ruegos á los de su familia para impedir se efectuase lo que era muy natural, es decir, la disolucion del matrimonio. Tenia Petronila grande confianza en su divino Esposo, mas no por eso dejó de sentir las grandes tentaciones á que se habia expuesto, pero esto no fué más que el principio de sus trabajos, porque aún tuvo que someterse á golpes mucho más duros. Viéndola sus parientes resuelta á morir ántes de consentir en casarse, y ad-

mirados de las razones en que fundaba su determinacion, dejaron de dedicarse á convencer á ésta por entónces; pero el padre del novio pidió que se cumpliese el contrato, y el de Margarita, que era todavia gentil, sintiendo faltar á él, dijo que vestiria á su hija y la adornaria segun las costumbres de la China, y se la llevaria á su casa, mas que si no queria quedarse y celebrar el matrimonio, que no seria culpa suya, sino de los cristianos que habian pervertido á Petronila. El padre del novio era cristiano, y no se atrevió á llevar el asunto á un tribunal, que estando compuesto de gentiles no podia serle muy favorable. Dirigióse, pues, á un religioso misionero, quien decidió arreglar las diferencias en la forma siguiente: que el padre de Petronila la vistiera con ropas y joyas equivalentes al valor del dote que habia recibido; que en llegando en casa de su suegro se despojase de ellas y se las entregára, quedando en libertad para volverse á su casa ó tomar el nuevo estado si le placiese. Pareció bien el contrato, y el novio y su padre se obligaron con juramento público á cumplir lo convenido. Decidióse la entrega para el dia de pascua de Resurreccion, y aunque parecia estaba todo ajustado, Petronila, rezelosa siempre y temiendo alguna nueva borrasca, se entregó toda aquella cuaresma á los más rigorosos ayunos, disciplinas y continua oracion. Tomó por abogada á la esclarecida virgen y mártir Santa Cecilia para que la favoreciese, pues temia, y no sin razon, el terrible conflicto en que iba á encontrarse. Llegó el dia de pascua de Resurreccion, confesó y comulgó Sor Petronila, y vestida en la expresada forma, se la condujo á casa de su suegro como se habia convenido. Al entrar en la sala principal, vió una imágen de nuestro Señor Jesucristo, hizo una devota oracion, oyéndola todos y derramando abundantes lágrimas. Luego, con un espíritu varonil, muy superior á su sexo, se despojó de trajes y joyas y de todas las galas que llevaba encima, y dijo estas palabras: «Yo, señores, no he venido para quedarme en esta casa, ni para ser esposa de hombre mortal, porque lo soy de mi Dios y Señor Jesucristo; he venido solo á restituir el dote que mis padres recibieron, lo que ejecuto con este vestido y ricas joyas; este es acto de justicia, y tambien lo es que yo permanezca esposa de aquel, que ya lo soy, y para esto se me deje en libertad, como con juramento está prometido.» No hay palabras para explicar el disgusto y confusion que causó entre los circunstantes resolucion tan heróica, que eran tan incapaces de comprender como de adivinar los que no eran cristianos, y empezaron de consiguiente á afearla hombres y mujeres todos de consuno, no pudiendo Petronila defenderse más que con estas palabras muy sabias y juiciosas, pero incomprensibles para ellos: «Hacer lo contrario será ser infiel y traidora á Dios: no, no, Señor mio, vuestra quiero ser, y esposa solo vuestra.» Pero avanzando cada vez más la noche, decidieron todos

entregarse al reposo, por lo que dejaron descansar á Petronila que se retiró á un aposento, no para entregarse al sueño, sino para velar orando y defendiendo su castidad. Postróse en tierra apénas entró en su nueva habitacion, dando gracias al Señor de lo que con su favor habia ejecutado y suplicándole continuase en darle ayuda y gracia, si disponia la Divina Providencia que hubiese de verse expuesta á nuevos conflictos. «Prevencion muy acer»tada fué ésta, dice la crónica, porque instigado del demonio el pretenso »esposo, entró en el aposento de la santa virgen cuando ya toda la casa es»taba en silencio y sueño. Hallóla arrodillada rezando delante de una imá»gen de nuestra Señora del Rosario. Cuando Sor Petronila le vió, le re»prendió, dándole á entender que no temia á Dios, y aunque fueras gentil, »le dijo, debias rezelar un gravísimo castigo. ¿Cuánto más siendo cristiano? »Vienes á incitar á una execrable maldad á una esposa de Cristo, que por »la fe conoces que es tu Dios, y como severo juez te ha de juzgar. Eres cris»tiano, y tienes osadía para quebrantar el juramento que hiciste? ¡Oh des»venturado de ti, si no te arrepientes de tantos y tan gravísimos pecados! »Cansóse el mozo de persuadir sus dañados intentos, aunque las siguientes »noches hizo lo mismo, si bien la virtuosa doncella ya le perdió el miedo, »experimentando que el Señor no le permitia sino hablar, por lo cual, vién»dolo entrar, continuaba en su oracion sin rezelo, pues conocia que su di»vino Esposo la defendia. Sin duda que así era, porque despues confesó el »mozo, que entrando en el aposento, determinado á valerse de la fuerza, le »sobrevenia tal miedo, pavor y horror, y experimentaba tal respeto y reve»rencia á aquella vírgen consagrada á Dios, que no podia dejar de contener»se. Estos combates duraron ocho dias, en que ya los parientes del mozo en »el discurso del dia, ya el mozo en la noche, no cesaban de guerrear contra el »baluarte de Petronila, pero estaba Dios, que como muro la defendia, y por »eso los combates mismos la fortalecian de nuevo.» El tio de Petronila, que era cristiano y de no vulgar instruccion, pasados los ocho dias en que estaba en la casa su sobrina, segun lo acordado, quiso llevársela á su pueblo y á la casa de sus padres, pero estos no se lo permitieron, ántes bien le hicieron que se marchase solo y sin esperanzas de devolvérsela jamás. Decidieron dos misioneros obtener la libertad de la doncella, pero nada obtuvieron sino desprecios é injurias. Valiéronse los padres del novio de los abuelos de Petronila, trayéndolos para conseguir su intento de tierras muy remotas. El respeto con que eran venerados los abuelos entre los chinos hace precisa la obligacion de obedecerlos. Ejecutaron, pues, estos su comision, mandando primero con la autoridad propia de su edad y parentesco, y empleando despues halagos y aparentes razones. Viendo que no podian vencer, ántes bien eran vencidos con las razones de su nieta, decidió la abuela emplear las lágrimas

como último recurso; pero nada consiguieron con la virtuosa doncella, que permaneció siempre firme é inalterable. «Viendo el abuelo, dice la crónica, »el desprecio de las palabras y lágrimas, pasó á poner manos en la nieta »dándole recios golpes y con ellos diciéndole mil afrentas. No impaciente, sí »apurada, se retiró Petronila á otro aposento: cortóse de raíz el cabello, y sa- »liendo con él en la mano, lo arrojó en medio de todos, pero irritados con »esto, fueron tales los tratamientos de aquella gente bárbara, que Petronila y »su madre huyeron una noche, mas no pudiendo transitar un rio, á la maña- »na las alcanzaron; maltrataron é hirieron á la madre, y despues la hicieron »llevar á su propio lugar.» Desconsolada quedó la doncella viéndose sin la compañía de su virtuosa madre: mas no desmayó sabiendo que su divino Esposo quedaba á su lado para sostenerla en la tribulacion. «Como vieron, »añade la crónica, que nada bastaba para rendir á Petronila, acordaron los »parientes del mozo una cosa tan extraña como grotesca. Dijéronle que en su »templo habia entre otros un ídolo devoto del *bien querer*; que le ofreciera un »sacrificio solemne para que le infundiera á Petronila amor con que bien »le quisiera. ¡Oh ceguedad! ¿Quién tiene dominio sobre la voluntad humana »sino Dios? Este solo la mueve fuerte aunque suavemente á lo que Su Ma- »jestad quiere que quiera... Ofreció, pues, el mozo sacrificios al ídolo, pagó »muy bien á los sacerdotes idólatras para que gritáran y cantáran muy alto, »y si el ídolo dormia, á las voces despertára. Concluida la funcion supers- »ticiosa, despacharon al mozo lleno de esperanzas; pero se halló chasquea- »do, porque encontró como siempre á la santa doncella entregada á sus ora- »ciones. La noche siguiente entró á deshora en el aposento de Petronila. Esta »ya le habia perdido el miedo, conociendo por las pasadas experiencias que »el Señor le defendia. El mozo esperaba que el ídolo obraria maravillas......, »experimentó lo que siempre, y ya cansado se echó sobre una cama que en »el aposento estaba. Desde allí se le soltó una palabra poco ó nada ho- »nesta, y oyéndolo la doncella, se levantó, y con lo primero que la vino »á mano se defendió ó le atacó hasta herirle y ensangrentarle. El desdichado »alborotó la casa, que siendo á deshora de la noche no tardó en llenarse de »gente. El mozo, lleno de rabia, no pudiendo vengarse en el ídolo que le »habia burlado, atravesó por medio de la gente y con diabólica saña dió á »Petronila tantos palos y golpes, que á no quitársela de las manos, la hu- biese matado segun la cólera con que la maltrataba. Al dia siguiente, ins- »tigado del demonio, cogió un cuchillo y entró furioso á degollarla, pero se »lo impidieron sus padres, y viendo que se aumentaba cada vez más su fre- »nesi, para evitar nuevas turbaciones y desgracias, enviaron á su hijo á »otro pueblo para que con la ausencia olvidase todo lo que habia pasado.» Siete meses continuos sostuvo Petronila esta violenta lucha, y venció al fin ó

por decirlo mejor, venció Cristo, su divino esposo que peleaba por ella. Los padres del novio, dándose ya por vencidos, enviaron á Petronila á su casa, donde fué recibida con indecible gozo, en particular de su madre, que como era cristiana, la amaba con la mayor ternura. Libre ya enteramente, se dedicó ya á los santos ejercicios de la penitencia y oracion que habia comenzado con tanto fervor. No contenta con servir á nuestro Señor Jesucristo como hija del celoso patriarca Sto. Domingo, procuraba que otros le conociesen y sirviesen. Por esto derramaba abundantes lágrimas, por esto se entregaba á continuas penitencias y suplicaba con ardientes ruegos á nuestro Señor en fervorosas oraciones. «No hay duda, dice la crónica, al termi»nar la historia de esta hija de Sto. Domingo, que el divino Esposo de su »alma la consoló, pues vió á todos los de su casa cristianos; y su padre, que »estaba pertinaz en los errores de la idolatría, fué alumbrado con la luz del »cielo, y dejándolos, abrazó la ley de Cristo nuestro Señor, se bautizó y vi»vió con señales de su salvacion.» El que escribe la vida de esta virtuosa virgen, por falta de ciertas noticias, ocasionadas del destierro de los ministros del Evangelio, no dice su muerte. Piadosamente podemos creer que de principios y progresos tan santos, el fin seria dichoso, pues las obras de Dios son perfectas. — S. B.

PETRONILA (Beata), religiosa franciscana, célebre por sus virtudes. Fué, dice el Martirologio de la Orden, desde el instante en que tomó el velo un modelo de observancia regular, no sabiéndose qué admirar más en ella, si sus penitencias ó su asiduidad en la oracion. Floreció en el siglo XVI.— S. B.

PETRONILA DE LA CRUZ (Venerable). Fué esta esclarecida religiosa cisterciense del monasterio de Sta. Ana de Avila. Desde los primeros años de su vida dió claros indicios de sus deseos de perfeccion, é hizo grandes esfuerzos para conseguirlo, tanto miéntras vivió en el siglo, como en las admirables virtudes de que dió testimonio en el claustro. A una pureza suma agregó un grande espíritu de mortificacion, y por esto era tambien muy dada al santo ejercicio de la oracion, en el cual alcanzó muy abundantes frutos. Sus rigores fueron tan extremos que no encontró la obediencia otro medio de conservarla la vida que mitigándoselos algun tanto, sin que á pesar de esto se pudiese lograr el que en el largo espacio de veinte años pasase una noche siquiera acostada; pues cuando la comunidad se recogia, entónces era cuando ella se levantaba á la oracion y á los demás ejercicios piadosos en que consumia la noche, diciendo siempre que alguno la hacia notar su rigor, que mucho más merecia su augusto Esposo, pues para remedio y felicidad de los hombres estaba de continuo en medio de ellos para causar su felicidad y ventura. No fué posible nunca hacerla admitir cargo ni prelacia alguna, te-

niendo para excusarse tal habilidad, que áun aquellos mismos de sus superiores que parecian haber puesto más empeño en que ella hubiese salido elegida, eran los primeros á condescender con sus súplicas. Como su virtud era tan sólida y los actos con que la ejercia tan heróicos, el fatal adversario de nuestras almas andaba siempre tras ella, mas era vencido continuamente; pues la sierva de Dios, vigilante siempre sobre sí misma, no le permitia tregua ni descanso alguno, ántes por el contrario andaba siempre en dura enemistad con él, aprovechando cuantas ocasiones se le ofrecian de vencerle, sin otro fin que comparecer ante su esposo Jesucristo como aquella cuidadosa sierva suya, que anhelaba con ansia las ocasiones de servirle sin otro fin que este mismo servicio suyo. Era muy estimada de todas sus hermanas, bien es verdad que para todas era auxilio, ayuda, consuelo y consejera, cuyo dictámen podia seguirse siempre, por ser el dictámen en que entraban como único móvil, el amor divino como fundamento, el amor fraternal como término de este fundamento mismo. Acumulando así buenas acciones y llena de merecimientos, despues de una vida toda obediente y pasada en una sujecion tal que hubiera parecido excesiva, si exceso cupiera en el amor divino, Sor Petronila vió acercarse el momento de su muerte no con ese asombro y espanto que causa á los mundanos que sufren en gran manera por haber de dejar este miserable mundo, sino con el ánsia del que está persuadido de que es indispensable que el espíritu se separe del cuerpo para que la destruccion de este asegure la dicha de aquel. Así fué efectivamente en órden á la sierva de Dios; su penosa enfermedad terminó por su muerte el dia 9 de Julio de 1608, en cuyo dia ciñó la corona de la inmortalidad. Desde este momento en que se hicieron notorias sus prendas y cualidades fué tenida en la más profunda veneracion, veneracion que acerca de esta sierva de Dios permitió la Iglesia cuando tuvo por conveniente el que los monjes todos de la órden de S. Benito, en donde floreció, recuerden su nombre y heróicas virtudes el dia mismo, aniversario de su preciosa muerte, principio de la vida eterna que posee para siempre. — G. R.

PETRONILA Sigonius. Entre las religiosas célebres de Lyon, en Francia, por su virtud y por su alcurnia, se cuenta á Petronila, hermana de Lucía y de S. Enemondo, arzobispo de Lyon y delfin gobernador de esta misma ciudad. Estos cuatro virtuosos hermanos fueron hijos del delfin Sigonius y de Petronila, descendientes de una ilustre familia, considerada romana, no porque traia su orígen de Roma ó de Italia, sino porque no originándose ni de los godos, ni de los borgoñones, ni de los francos, pretendia venir de los galos, sometidos á la dominacion romana ántes de la irrupcion de estos pueblos en las Galias. Cristianos de gran piedad los padres de Petronila, educaron tan perfectamente en la ley santa del Evangelio á sus hijos, que logra-

ron tener por hijos un santo, y que los demás fuesen tenidos por bienaventurados, que le acompañan en el cielo. Con vocacion al servicio de Dios, Petronila y su hermana se consagraron al Señor en la abadía de S. Pedro de Lyon, fundada el año 304 de nuestra era por el conde y gobernador de esta ciudad Adalberto, para sus hijas Radeguntida y Aldegunda, y de su sobrina Sibila. Señaláronse Petronila y Lucia en esta abadía, más por su virtud que por su esclarecido nacimiento, y fueron modelo y ejemplo de religiosas: y así que áun cuando su padre Sigonius habia sido gobernador de la ciudad por el rey Dagoberto, que le queria mucho, no admitieron ni permitieron ninguna distincion mundana en el claustro, y vivieron como si hubieran sido hijas del más pobre ciudadano. Perseguido Delfin, hermano de Petronila, por Ebroin, favorito del rey Clotario, por envidia de su nobleza y riqueza fué condenado á muerte infamemente en un consejo reunido al efecto en Orleans, acusado villanamente como conspirador contra su soberano, y le fué cortada la cabeza en un patíbulo con escándalo público. El pueblo, que le amaba mucho por su virtud y que conoció la intriga, llevó su cuerpo á Lyon, y teniéndole como á un mártir de la justicia y del honor que prefirió á la vida, le enterró con veneracion en la iglesia de S. Nicier, prodigando mil obsequios á su afligida hermana Petronila y á su hermano S. Enemondo, que no tardó en seguirle en el martirio; pues que llamado á la corte de órden del Rey, Ebrain le hizo asesinar por los que le custodiaban cerca de Chalons-sur-Saone, siendo enterrado en la abadía de S. Pedro de Lyon. Petronila murió en olor de santidad, y los lioneses la recuerdan con sus virtuosos y mártires hermanos entre sus glorias nacionales.—B. C.

PETRONIO (S.), obispo y confesor. Habia en Constantinopla, de donde era natural, un prefecto del pretorio llamado Petronio, varon de esclarecida nobleza y de grande instruccion, que escribió un libro sobre la ordenacion de obispos, tan lleno de piedad y buena doctrina, que acreditó merecia bien la grande dignidad en que se le habia colocado. Tuvo este virtuoso patricio un hijo llamado Petronio, al que procuró adornar con la virtud y con la ciencia de que él le daba ejemplo, el que supo imitar hasta el punto de igualarse á su padre en todo. Amaestrado nuestro Santo por tan buen maestro, tomó desde muy niño la costumbre de orar y pedir auxilio á Dios siempre que iba á empezar á hacer alguna cosa, costumbre que debe tener todo buen católico si desea ser asistido del Señor en sus tareas. Iluminado de luz divina y deseoso de dedicarse al servicio de Dios nuestro Señor, habiendo sabido que en Egipto habia muchos monjes que en medio del mundo vivian solo en Dios, como si fueran espíritus celestiales, se fué á aquella region, deseoso de conocerlos y de imitarlos. Enterado por vista propia de cómo vivian aquellos monjes, volvió á su casa entusiasmado, y escribió lo que habia visto y

lo que le habian contado de algunos santos monjes, á los que imitaban los demás. Deseoso tambien de conocer paso á paso los sitios y lugares en que tuvo lugar nuestra redencion, y deseando venerarlos, fué á Jerusalen, en donde con lágrimas de un corazon piadoso visitó el santo Sepulcro y todos los puntos regados con la sangre del divino cordero, Jesucristo nuestro bien, que se sacrificó en ellos por salvarnos de las cadenas del demonio, y por dejarnos abiertas con su gloriosa resurreccion las puertas de la gloria. El emperador Teodosio *el Menor*, que habia estimado y honrado mucho al padre de Petronio, fué informado de las virtudes de su hijo; y tomándole igual aficion que á su padre, se sirvió del Santo en asuntos graves, pidiéndole consejo, y le consultó en el gravísimo asunto del monje Nestorio. Habia puesto este desventurado religioso su sacrílega lengua sobre la reputacion divina de la Santísima Virgen María, y á fin de que se atajase el mal que hacia la doctrina vertida por este heresiarca, mandó Teodosio á Petronio por embajador suyo á Roma, para que tratase sobre este asunto con el pontífice Celestino I, que regia á la sazon la nave de S. Pedro. Llegado Petronio á Roma y presentándose al Papa, al que dió cuenta de su mision, agradóle á éste y convocó el concilio de Efeso, en el que se reconvino y condenó á Nestorio y á sus secuaces. Cuando Petronio llegó á Roma, murió en Bolonia Félix, obispo de aquella ciudad, por lo que ésta mandó embajadores al Papa para que les diese un obispo que fuese digno sucesor del que habia perdido. Antes de que los embajadores de Bolonia llegasen á Roma, se dice por los que han escrito de nuestro Santo que se apareció el Príncipe de los Apóstoles en sueños al Pontífice, y diciéndole que Félix habia muerto, y que era necesario proveyese la vacante en Petronio, embajador de Teodosio, porque sobre no haber otro mejor que él para aquella dignidad, ninguno halagaria más á los boloñeses. Declarando esta vision Celestino I á los embajadores de Bolonia y á Petronio, y á pesar de la resistencia que éste opuso por su humildad, fué nombrado obispo de Bolonia, y consagrado como tal con grande alegría de todos. Entró S. Petronio en triunfo en Bolonia, alegrando con su presencia á todos sus habitantes; y dirigiéndose á la catedral, que era la iglesia de San Pedro, oró y pidió á Dios de todas veras fuerzas para resistir la terrible carga que habia echado sobre sus hombros, y luces y acierto para gobernar bien el rebaño que le confiaba. Los arrianos, que con notable impiedad habian arruinado muchos templos católicos, habian dejado tal abundancia de la mala semilla que desparramaron, que aún retoñaba en algunos puntos de Italia, causando no pocos males á la tranquilidad de los fieles. Procuró Petronio enterarse bien de las costumbres, que aún conservaban algunas reliquias de arrianismo, y empeñado en desarraigarlas puso manos á la obra con fe y perseverancia, con lo cual se vencen siempre los mayores escollos.

Y como la santa iglesia de Bolonia participase de este mal, á ella dedicó su mayor cuidado, empezando por restaurar las iglesias destruidas por la impiedad y levantar otras nuevas, en lo que hubo el pueblo gran contentamiento. Edificó iglesia al apóstol S. Bartolomé, otra á S. Marcos Evangelista, otra á S. Fabian y S. Sebastian, mártires, otra á S. Martin y S. Barbaciano, otra á Sta. Agueda, otra á Sta. Lucia, otra á S. Esteban Protomártir, y otra á S. Juan Evangelista, haciendo representar en ellas los sitios más señalados de la pasion del Señor que él habia visto en Jerusalen. Cuéntase que como en la obra de la iglesia de S. Esteban una columna que cayó matase á un hombre, el Santo se puso en oracion, y que alcanzó de la misericordia de Dios le volviese á la vida, lo que admirando al pueblo, le dió á conocer la santidad de su pastor. Consagró tambien la iglesia de los mártires de S. Vital y S. Agrícola en el mismo sitio en que fueron sacrificados, cuya iglesia habia hecho labrar á su costa la santa viuda Juliana. Atendiendo el Santo al propio tiempo á la comodidad de sus feligreses, que vivian apiñados, por decirlo así, en un pequeño recinto en la ciudad de Bolonia, ensanchó el círculo de la misma, con lo que quedó más desahogada y capaz. Haciendo un viaje á Constantinopla, pidió muchas santas reliquias al emperador Teodosio, y trayéndolas á Bolonia, las colocó en los templos edificados por él, y especialmente en el de S. Esteban. Sin tregua en los ejercicios de piedad y de penitencia, no obstante lo mucho que le ocupaba el gobierno de su iglesia, se debilitó extraordinariamente su salud y cayó en la última enfermedad. Sintiendo próximo el glorioso tránsito que Dios le preparaba, llamó al cabildo de su Iglesia, y encargándoles ésta y el dedicarse sin descanso á defender por todos los medios posibles la defensa y enseñanza de la doctrina de Jesucristo, recibió á su presencia devotísimamente los santos sacramentos y entregó su alma al Criador, dejando á sus ovejas en la más triste orfandad, si bien con la esperanza de tener un protector más en el cielo. Enterróse el santo cuerpo de Petronio en la iglesia de S. Esteban; empero, como hasta las cosas más santas suelen olvidarse, llegó á perderse la noticia del lugar de su enterramiento, hasta que reconociendo el obispo Enrique las reliquias de la iglesia de S. Esteban, se descubrió por revelacion divina en el pontificado de Inocencio II, que ordenó se celebrase la invencion del santo cuerpo el 4 de Octubre, en que tambien se hace fiesta por su muerte gloriosa, la que aconteció reinando en Oriente Teodosio *el Menor*, y en Occidente su sobrino Valentiniano III. Pedro Galesino escribió la vida de este Santo, la que insertó en el tomo V de sus obras el P. Fr. Lorenzo Surio; y hacen tambien mencion de él Adon Vellovacense, S. Antonio, S. Euquerio, Genadio, Vicencio, Pedro Natalibus, Tritemio, Baronio, el *Martirologio Romano* y otros libros en que se mencionan las vidas de los santos. — C.

PETRONIO (S.), obispo y confesor. A principios del siglo V de nuestra era debió nacer este santo prelado tal vez en Verona ó cerca de este país, pues ningun autor de los que hemos consultado nos lo dice. Solo podemos decir por los Martirologios, que la Iglesia le recuerda el dia 6 de Setiembre; que fué obispo de Verona, en cuyo pontificado fué feliz aquella ciudad y obispado; que murió á mediados del siglo V, ilustre en santidad y hasta en milagros; y que su cuerpo fué depositado junto al de S. Andrónico en la iglesia de S. Esteban de Verona. Tambien hallamos en su elogio, que dotado de especial elocuencia sagrada, y con un fondo admirable de doctrina, atrajo á las buenas máximas con suavidad evangélica á sus feligreses, que convencidos de la verdad de su predicacion por el ejemplo de santidad que les dió, procuraron imitar á un pastor que con tanto esmero cuidaba del redil de sus ovejas, á las que asistia con ardiente caridad en todas sus necesidades espirituales y corporales. — B. C.

PETRUCCI (Alfonso), cardenal. Moreri, en su *Gran Diccionario histórico*, con relacion á Paulo Jove en su *Vida de Leon X*; á Bembo, en sus *Epistolas;* á Cabrera, en sus *Elogios de los cardenales;* á Varillas, en su *Historia de Francia* y á otros autores, dice que Alfonso Petrucci, hijo de Pandolfo Petrucci, señor de Siena, fué honrado con el capelo de cardenal por el papa Julio II en 1511. Este cardenal fué hermano de Borghèse Petrucci, que despues de su padre poseyó el señorío de Siena y casó con Vitoria Picolomini, la que en su viudez de cincuenta y seis años practicó las virtudes más esenciales de las mujeres; y tuvieron por hija á Inés Petrucci, que casó con Alejandro Socin, y fué madre del desgraciado Fausto Socin. Borghèse Petrucci tuvo tambien por hijo á Francisco, que sucedió en el gobierno de Siena al cardenal su tio; pero la mala conducta que observó fué causa de que se le desposeyese de él, dándosele con anuencia del papa Leon X á su primo hermano Fabio Petrucci. El cardenal Petrucci se ofendió tanto por esta accion del Papa, que conspiró contra él; pero arrestado, fué extrangulado, segun Moreri, en su prision durante la noche el año 1517. Se hizo dueño de Siena con ayuda del papa Leon X Rafael Petrucci, amigo particular de este pontífice, que le hizo gobernador del castillo di Santo Angelo, obispo de Grossete y cardenal en 1517. Murió este cardenal en Bibiano, cerca de Siena, el 17 de Setiembre de 1522. — C.

PETRUCCI (José). Fué natural de Teramo, donde nació en 15 de Marzo de 1747. Desde su primera edad demostró un buen ingenio y una disposicion bastante apta para llevar á cabo una empresa grande, cual lo es indudablemente la enseñanza. Para poder comunicar esta ciencia, hubo necesidad de adquirirla, y fué para esto buen recurso el acudir á estudios al colegio, que conforme á instituto tenia la Compañía de Jesus, y en el cual

se enseñaban con todo esmero las humanidades y literatura. No fué, sin embargo, esto lo único que aprendió Petrucci, pues que aprendió además que no se puede lograr la justificacion verdadera si no se aparta la criatura del mundo y de sus vanidades, si no se separa de los halagos siempre engañosos con que trata de seducirle. Como nuestro distinguido jóven vió que la Compañía de Jesus ponia en juego recursos los más adecuados para lograr tan importante fin, y por la práctica de la virtud santa de la obediencia llevaba á sus hijos con tan seguro paso al término de sus deseos, resolvió dar su nombre en sociedad tan ilustre y cubrir bajo la sotana de Ignacio todas sus aspiraciones, que no dejaban de presentarse como legítimas. Recibió pues la sotana en 21 de Octubre de 1663, ó sea á los diez y seis años de su edad, volviendo como era consiguiente á repetir los estudios que hiciera como colegial. Si feliz habia sido el éxito que alcanzára en este concepto, mucho mayor fué el que obtuvo cuando estudiaba como individuo de tan esclarecido instituto. Su especialidad fué la literatura, recibiendo muy merecidos lauros como profesor de humanidades, y especialmente de retórica, cuya asignatura enseñaba con buen éxito cuando el lamentable suceso de la extincion de su Compañía, acontecimiento que le cogió en Prato, donde continuó al frente de una enseñanza, que no le produjo lo suficiente para su decorosa manutencion, razon por la cual hubo de pasar á Roma, donde explicó con extraordinario éxito retórica y griego, en cuyas asignaturas era profundísimo, y por consiguiente el encanto de cuantos le admiraron. Pasaron los dias aciagos para el instituto de Loyola, y vino el venturoso en que Pio VII, conociendo la importancia y ventajas de esta Compañía, proclamó que debia restablecerse, y la restableció en efecto, siendo Petrucci uno de los primeros que volvieron á su gremio, dedicándose desde luego á enseñar humanidades, cuya ocupacion, muy adecuada á sus deseos é inclinacion y muy conforme á su capacidad, era motivo de que por todas estas cosas el provecho y resultado que alcanzára fuesen positivos, fuesen provecho grande para los discípulos, gloria no pequeña para él y para su instituto, pues no se puede negar que brillaba en cualquier parte que se presentára, el que habia logrado la suerte de ser discípulo del P. Petrucci. En órden á su conducta privada era muy observante y exacto en el cumplimiento de todas las prescripciones de su regla, haciéndose notar como un modelo de obediencia, no solo en las épocas en que vivió en el claustro, lo cual, aunque meritorio, no era extraño, sino lo que es más, áun durante la exclaustracion, en cuyo tiempo, no creyéndose dispensado de la obediencia y sujecion á sus superiores, les consultaba y pedia parecer para todos aquellos asuntos algo árduos en que tenia intervencion, siendo esto, como es consiguiente muy meritorio, y diciendo mucho en favor de las buenas condiciones y excelen-

tes circunstancias de este inclito hijo de S. Ignacio. Acumulando así méritos, vivió hasta el 20 de Abril de 1820, en cuyo dia pasó á mejor vida en medio del sentimiento de todos sus hermanos, de sus discípulos y de cuantos tenian ocasion de tratarle, porque verdaderamente su trato cautivaba y se hacia desear, complaciendo mucho á los que tenian ocasion de lograrlo con cualquier motivo que fuese. Dejó publicadas tres ó cuatro obras poéticas de mérito, pero no de grande importancia, por lo que no nos detenemos en hacer aquí su exámen, ni áun á determinarlas específicamente, porque estamos convencidos de que á pesar de ser obras maestras en su género, no son de grande aplicacion; sirven, sin embargo, para quien las examina, para hacerle confirmar en la idea de que el P. José Petrucci, de la Compañía de Jesus, merece el concepto de literato y humanista en que está reputado entre los sabios. —G. R.

PETRUCCI (Pedro Mateo), cardenal. Nació en Jesi ciudad de la Marche, en 1638, de una buena familia. Inclinado á la vida religiosa, entró en la Congregacion de Padres del Oratorio de S. Felipe Neri, de donde salió para ocupar la silla episcopal de su patria que dejó el cardenal Cibo. Por recomendacion de este mismo cardenal, confirió el papa Inocencio XI el capelo á Petrucci el año 1686, aunque se decia ya entónces que era discípulo de Molinos. Las sospechas que sobre este cardenal recayeron le causaron muchos disgustos, obligándole la Inquisicion á abjurar en particular sus sospechosos sentimientos; y fueron prohibidos todos los libros que habia publicado sobre el quietismo ó la teología mística. Se le obligó tambien á vivir siempre en Roma, y hasta 1694 no se le concedió residir en su obispado. Haciendo dimision de éste poco tiempo despues, murió en Montefalco el 5 de Julio de 1701. Puede decirse de este Cardenal, que escandalizó por los sentimientos erróneos que habia publicado más por debilidad de espíritu que con el fin de seducir; lo que reparó bien por la vida austera, santa y regular que observó hasta su muerte, segun lo expresa Moreri refiriéndose á las memorias de su época. —A. C.

PETRUCCIOLI (P. Francisco María), jesuita. Nació en Capránica, lugar del territorio romano, el año de 1631, é ingresó en la Compañía en 1649 en el noviciado de S. Andrés. Terminados sus estudios, comenzó á emplearse en la salud espiritual y bien de los prójimos, y se dedicó al santo ejercicio de las misiones. Fué tan fervoroso en ellas que oyéndole en Recanate el P. Constanzo Centofiorini, que era entónces seglar, dotó las misiones del P. Petruccioli, para que no faltase en Italia un ejemplo tan fecundo de doctrina. Corrió en sus misiones casi toda la Italia, dándole Dios uncion para conmover á su auditorio. Era de cuerpo delgado y la continua penitencia le tenia flaco; y no obstante esta contextura y debilidad, su voz era eficaz y valiente aviván-

dola su espíritu de manera que todos le oian y todos lloraban. Fueron muchas las veces en que los de su auditorio confesaron públicamente sus pecados, y aseguró un testigo de vista que le llenó de admiracion la procesion de penitencia que se ejecutó al fin de la mision en un lugar de la Marca, que dirigia el Padre disciplinándose, siguiéndole otros muchos dando las mismas pruebas de penitencia, mortificacion y humildad. Otra prueba de lo que movió esta procesion los corazones y lo que encendia la voz del Padre en devocion, es que habiéndole llamado á su diócesis de Espoleto el Rmo. cardenal Facineti, satisfecho y agradecido por el fruto que vió y experimentó en sus ovejas, le mandó continuar la mision, y al dia siguiente de la procesion de penitencia apareció en la iglesia con una soga de esparto al cuello; «en lance »convenido, continua el P. Cassani, paró en el sermon el Padre, en cuyo »tiempo hincándose de rodillas S. Ema., pidió públicamente perdon á »todo el pueblo, cuya edificacion movió más á lágrimas del auditorio que á »admiracion de los circunstantes, pues ésta se sosegaba mucho al conocer y »experimentar el espíritu que animaba la voz del Padre para ablandar no »solo el corazon de su dignísimo y eficacísimo prelado eclesiástico, sino las »endurecidas piedras que vivian sordas á los golpes que no querian oir de la »vocacion divina. La vida de este Padre en sus misiones (prosigue el citado »biógrafo) más fué maravillosa que edificativa; se admiraba que la pudiese »seguir, y es cierto que no la pudo seguir sino tal cual, muy raro; sus disci»plinas continuas solo se variaban en ser dolorosas, sin rigor.... pero todo lo »vencia el ardor, añadiendo ó multiplicando mortificaciones á la mortifica»cion y penitencias á la penitencia. Su sustento era de puras yerbas, estas sin »guiso alguno, cocidas en agua, sin más sazon que el desabrimiento y sin más »compañía que un poco de pan, el más basto que se encontraba en el lugar. »En los colegios, por evitar la singularidad, le obligaban los superiores á que »comiese la ordinaria comida de la comunidad, de la que se quejaba amo»rosamente diciendo: *Como yo no estoy hecho á comida tan sustancial y »bien guisada, no la abraza bien el estómago.* Su cama, el poco tiempo que »satisfacia á la naturaleza, era el duro suelo; en esto no habia más distin»cion que ser visible esta penitencia en los lugares, y disimularla en los cole»gios, donde la cama que le ponian se quedaba de respeto. Los viajes, los »hacia siempre á pié como mendigo, y Dios manifestó con providencia que »tiene algo de milagro, cuán de su gusto era la edificativa mortificacion. Al »salir del colegio de Orta en la Pulla, para proseguir sus misiones, cono»ciendo los Padres que no habia de admitir caballo, se ingenió piadosa la »caridad en tenerle prevenida otra cabalgadura más mansa y manejable, »deseando engañar su penitencia con las apariencias de humildad. Todo es»taba dispuesto, y convoyándole los de la casa, le ponderaron su debilidad,

»sus cortas fuerzas, su mucho trabajo hasta llegar á la puerta; disimulando »aquí la prevencion con los visos de accidente casual, le obligaron más que »persuadieron á que usase de aquella corta, pobre y humilde conveniencia; »hubo de ceder, mas no tardó en venir al suelo repetidas veces, de manera »que al levantarse dijo: *Padres mios, esto es manifestar Dios su voluntad*: »*VV. RR. me dejen seguir mi destino y mi vocacion, y no pretendan su favor* »*y su cariño que yo falte á lo que tan claramente manifiesta que es de su gus-* »*to*. Y dando tiernos abrazos á todos, tomó su camino á pie, segun Dios dis- »ponia y segun él tenia ofrecido á Su Majestad.» El fruto de sus misiones no se puede escribir, por lo grande que fué y las escasas noticias que de él han quedado. Unicamente se sabe que al entrar en un lugar, segun dice un autor, se conmovia todo á penitencia y lágrimas de dolor, singularmente los años últimos, en los cuales su pública voz y fama eran bastante mision áun en su ausencia, como lo prueban varios sucesos de su vida y en particular el caso que le aconteció en Fosombrone. Habia en este lugar, segun costumbre de casi todos los pueblos católicos, una devota imágen de un crucifijo que llevaban en las procesiones y con que solian hacer tiernos coloquios algunos predicadores. Usó de esta efigie en su mision el Padre, y la tomaba en la mano al tiempo del acto de contricion, cuando acababa sus sermones; esta sagrada imágen presidió y dirigió la procesion de penitencia, y con ella en la mano dió al pueblo la bendicion apostólica, de que tenia facultad por gracia especial del Soberano Pontífice, que le habia concedido esta autoridad, agregando indulgencia plenaria á todos los que la recibiesen. Sucedió que al concluir de echar la bendicion, dirigió una breve plática al pueblo, en que le exhortó fervorosísimamente á venerar aquella sagrada imágen con singular devocion, asegurando de parte de Su Majestad el patrocinio con que atenderia á las súplicas de los que viviendo cristianamente acudiesen á sus aras. Como el pueblo tenia tan buen concepto y respetaba tanto la voz del Padre, cobró devocion á la santa imágen, y Dios cooperó en el buen éxito ó resultado de la palabra del Padre que habia prometido á los devotos favores, misericordias y áun milagros, aumentándose esta liberalidad hasta conseguir el nombre del Sto. Cristo milagroso del P. Petruccioli; «y el concurso, conti- »nua el P. Cassani, interesado ya de impedimento en la Iglesia, por atrave- »sarse la gente que hacia oracion hácia el púlpito con la que debia y no po- »dia atender á los divinos oficios, por cuyas razones, y mucho más por la »buena memoria del Padre, el Sr. Zecadosi, obispo de aquella ciudad y ter- »ritorio, trasladó el santo Crucifijo del lado del púlpito á una hermosa ca- »pilla que de propósito labró á este fin, y la dotó con la obligacion de que »estuviese siempre cubierto por la decencia, y que si por algun accidente »preciso, ó por ser dia señalado, que lo son todos los viernes del año y

»fiestas de la Cruz, se descubriese, fuese precediendo señal de repique »de campanas, y adornado de multitud de velas, á cuyo gasto demás de la »dotacion, conserva el agradecimiento de los muchos que logran el deseado »fin de sus pretensiones.» Su biógrafo le supone dotado de diferentes dones, como el de hacer milagros y el de profecía, que prueba con el siguiente caso: «Estando en el colegió de Ascoli, cuya habitacion frecuentó por ha- »berse detenido mucho en las misiones de aquella tierra, le dijo un Padre: »Segun V. R. se detiene aqui, P. Petruccioli, V. R. morirá en este colegio. »Aquel respondió pronto: No, Padre, yo moriré en Orta. — Así sucedió »cinco años despues que lo dijo, que entónces ni se pensaba que el Padre »iria á la Pulla, donde está el colegio de Orta, ni se creia en su debilidad »pudiesen las fuerzas mantener tanto tiempo el excesivo trabajo y mortifi- »cado trato que observaba en su ejercicio: pero Dios, que sin duda le habia »revelado la hora, sitio y lugar de su muerte, le dió vida y fuerzas para »que se cumpliese la profecía.» En efecto, en estos ejercicios vivió contra la esperanza de los que admiraban su debilidad y su mal trato, hasta los cincuenta y siete años de su edad, en que habiéndole enviado á hacer misiones en la tierra de la Pulla, hallándose de paso en el colegio de Orta, como habia asegurado cinco años ántes, le acometió una calentura tan fuerte, que en pocas horas, recibidos los santos sacramentos, entregó su alma al Criador con edificativa muerte, porque tomando en la mano el crucifijo exclamó: «Vos sabeis, Dios mio, que en vida he procurado siempre vuestra mayor »gloria, ahora, Señor, es tiempo que me la concedais para siempre en la »bienaventuranza;» y besando tiernamente el crucifijo, espiró en el Señor, á 23 de Enero de 1664. — S. B.

PEUPLUS (Fr. Ambrosio), franciscano flamenco, célebre en su época por sus vastos conocimientos, que le merecieron diferentes distinciones, tanto dentro como fuera de su religion. Habia en efecto seguido con aplicacion una brillante carrera literaria, y apénas terminó sus estudios y tomó el hábito, comenzó á obtener varios empleos en su religion, siendo desde luego nombrado profesor de filosofía, en cuya ciencia habia hecho notables adelantos. No lo fueron ménos los de sus discípulos, algunos de los cuales no tardaron en ocupar los primeros empleos, procurando tambien la elevacion de su maestro. Pero más modesto éste ó verdaderamente sabio, continuó consagrándose á la enseñanza, en que obtuvo glorioso triunfo, tomando parte en las disputas que con los herejes sostenian á cada paso los religiosos sobre las verdades de nuestra fe. Sus victorias no dejaron de ocasionar á Peuplus persecuciones, y tal vez hubiera llegado á conseguir la corona del martirio, si la Providencia no le hubiese preservado para otros fines; pues nombrado catedrático de varias universidades de Flandes, contribuyó á sostener los bueno-

principios en aquel país, donde tan floreciente se habia manifestado el cristianismo poco ántes, y entónces estaba á punto de perecer, más bien que por las opiniones particulares de sus habitantes, por el odio y rivalidad de potencias que, por disminuir el poder de España, habian aprovechado una ocasion oportuna para encender una guerra que duró siglos enteros y acabó por arruinar nuestro poder y hacer que desapareciese para siempre la grandeza de aquella monarquía, en que habian podido decir con razon, y no sin orgullo sus poseedores, que nunca se ponia el sol. Peuplus, humilde franciscano, pero católico decidido por su misma profesion, trabajó constantemente con celo y acierto en la defensa de su religion, sin mezclarse en las cuestiones políticas en que se le envolvia, aunque por ellas estuviese á punto de perder la vida. Firme y resuelto en sus opiniones, no se contentó con defenderlas con la palabra, y cuando fué necesario consagró á ellas su pluma, escribiendo diferentes obras, de las que solo han llegado hasta nosotros una conocida con el título de *Breviarium universæ philosophiæ Scholo-Augustinianæ*. —S. B.

PEY (Juan), eclesiástico instruido y celoso. Nació en Provenza hácia 1740, y despues de haber sido cura en un lugar cerca de Tolon, fué nombrado vicario general de la diócesis, y no tardó en darse á conocer por su talento para la controversia. La asamblea del clero de 1775 alabó sus esfuerzos en defensa de la religion, atacada entónces por una secta poderosa. Llamado á Paris poco tiempo despues, obtuvo un canonicato en la metrópoli y aprovechó sus ratos de ocio para componer diferentes obras muy apreciables. Habiéndose negado á prestar el juramento exigido á los sacerdotes por la revolucion francesa, se retiró primero á Lovaina y despues á Constanza, donde murió en 1797. Sus principales obras son: 1.ª *Verdad de la religion cristiana probada á un deista*; 1770, dos volúmenes.—2.ª *El filósofo catequista, ó conversaciones sobre la religion entre el Conde de *** y el Caballero de ****; 1779, en 12.°—3.ª *Observaciones sobre la teología de Lyon*. —4.ª *De la autoridad de los dos poderes*; 1781, tres volúmenes en 8.°; 1782, dos volúmenes en 8.°; Lieja, 1790, cuatro volúmenes en 8.° Uno de sus adversarios, el célebre Caunos, dice que este libro es uno de los mejor escritos y más eruditos que se han compuesto sobre esta materia. De él hay una traduccion castellana, impresa en Bayona, 1822, dos volúmenes en 8.°—5.ª *De la tolerancia cristiana opuesta al tolerantismo filosófico*, 1785, en 12.°—6.ª *El sabio en la soledad*, imitado de Joung, 1787, en 8.°—7.ª *La ley natural desarrollada y perfeccionada por la ley evangélica*; Paris, 1789, en 8.ª—8.ª *El filósofo cristiano considerando las grandezas de Dios en sus atributos y en los misterios de la religion*; Lovaina, 1793, en 8.°—S. B.

PEYRALADE (Juan Luis de), caballero de Rouergue, de sesenta años de

edad, abjuró el protestantismo y abrazó la religion católica el 3 de Junio de 1703.—S. B.

PEYRAT (Guillermo de), sustituto en un principio del procurador general, y despues sacerdote y tesorero de la Santa Capilla de París, murió en 1645. Escribió la *Historia de la Capilla de los reyes de Francia*; 1645, en fólio.—*Ensayos poéticos*; 1673, en 12.°, mucho ménos estimados que la obra anterior que es erudita y curiosa.—S. B.

PEYRERE (Isaac de la), tan conocido por su sistema del *preadamismo*. Nació en 1594 en Burdeos, de una familia noble que habia abrazado el calvinismo. Habiendo resuelto abjurar la herejía se dirigió á Roma, donde fué acogido con benevolencia por el papa Alejandro VII, que le señaló un eclesiástico para ayudarle á redactar su retractacion. El Soberano Pontífice procuró despues fijarle en su corte, ofreciéndole algunos beneficios; pero la Peyrere prefirió reunirse al príncipe de Condé en los Países Bajos. Se retiró despues al seminario de nuestra Señora de las Virtudes, cerca de París, donde pasó los últimos años de su vida, y murió el 30 de Enero de 1676, á la edad de ochenta y dos años. El registro de la parroquia de Anbervilliers, donde fué enterrado, dice que habia recibido los santos sacramentos y hecho todos los actos de un buen cristiano. Una prueba evidente de que la Peyrere habia entrado en el seno de la Iglesia católica, es que procuró y consiguió atraer al conde la Suze, educado como él en el calvinismo. Dejó la *Carta que contiene las razones que le obligaron á abjurar el calvinismo* y sus *Cartas escritas al conde de la Suze para obligarle por medio de la razon á hacerse católico*. En su obra titulada *Llamamiento á los Judíos* indica los medios que juzga más convenientes para apresurar su conversion, lo mismo que la reunion de todos los pueblos á la Iglesia cristiana.—S. B.

PEYRES, ministro protestante convertido hácia 1640.—S. B.

PEYRES (Monseñor). Fué este hombre partidario muy decidido de la reforma, y por consiguiente uno de sus más acérrimos defensores. Hombre de muy buen criterio, se dejó alucinar en los primeros momentos por su sensible preocupacion, y como manifestára mucha adhesion á la reforma y la defendiera con buenas maneras de expresion, pues fué buen filósofo, llegó hasta á ser ministro protestante por los años de 1636. Esta misma circunstancia le hizo tomar á su cargo, como era consiguiente, la interpretacion de las Santas Escrituras, y allí fué donde vaciló su mente, allí fué donde él comprendió que el espíritu privado no podia llegar á dar una adecuada interpretacion á la palabra de Dios, porque entónces cada cual podria arreglarse á su modo, no solo los consejos sino áun los preceptos del Evangelio. Con este primer destello del divino amor, se puso en aptitud de conocer la verdad del cristianismo, ó mejor diremos del catolicismo, y comprendió per-

fectamente que sin la unidad que le caracteriza era imposible al hombre adorar convenientemente á su Dios, cuya palabra era necesario tuviera un depositario legítimo que no podia ménos de ser la Iglesia. Dado por Monseñor Peyres este gran paso para su conversion, fomentó durante dos años este sentimiento que Dios le inspirára por la lectura de obras apologéticas y áun místicas, especialmente de las de los Santos Padres, cuya doctrina lleva consigo la irresistible conviccion de la verdad, y el resultado fué que el año de 1640 el Sr. Peyres se presentó al prelado católico de su departamento y le manifestó sus deseos de abjurar enteramente sus errores para abrazar el dogma católico, cuya protestacion de fe hizo con grande júbilo de los fieles y gran disgusto de sus antiguos compañeros de creencia, perseverando por la misericordia del Señor en el gremio de la Iglesia, hasta que entregó á Dios su espíritu fortalecido con los auxilios de la religion verdadera, haciendo fundar esperanzas de que gozará en el cielo la recompensa de su tan favorable desengaño.—G. R.

PEYRO (Bartolomé). Nos dice el Sr. Amat que este religioso carmelita nació en Perpiñan. Fué varon de mucha ciencia y reputado por sabio en su Orden. El pontífice Luna, ó sea Benedicto XIII, le eligió obispo de Elna, no faltando quien diga que no fué este papa sino Clemente VIII el que le concedió la expresada dignidad. Escribió la obra titulada *De Sanctis*, de que se da razon en el tomo I de la *Biblioteca Carmelitana.*— C.

PEYRONA (P. Fr. Juan de). Perteneció este esclarecido religioso franciscano á una de las más nobles familias de Cataluña, la cual le prometia, como era consiguiente, una fortuna más que mediana, y un porvenir no solo desahogado, sino lleno y colmado de las conveniencias que pueden presumirse, y con la particular circunstancia de haber sido el único hijo de aquella familia tan noble, cuya circunstancia es bastante notable, aunque no se considere más que como fundamento de la gran confianza que en este jóven habian de poner sus padres, que desde luego le recibieron como venido del cielo, y en tal concepto se esmeraron grandemente en proporcionarle una muy esmerada educacion, que era secundada por él con una fidelidad y constancia á toda prueba en el estudio y en el obsequio y respeto con que desde el desarrollo de su claro ingenio vino buscando el agrado de sus mayores. Hubiesen éstos deseado que las inclinaciones de Juan hubieran sido el foro, ó brillar en la carrera de las armas, pues que los muchos servicios que habian prestado á su patria, hubieran tenido de esta manera una recompensa, si no adecuada por lo ménos algun tanto conforme, y no que la diversa tendencia de su hijo, y más que nada su profundísima humildad, hicieron que nada absolutamente, nada de ventajoso le pudieran alcanzar, ó lo que es lo mismo, que sus buenos deseos hácia él hubieran de

hacerse ineficaces, toda vez que no podia pretender ni queria conseguir cargo alguno de los honoríficos segun el mundo, pues para huir de éste, de sus pompas, vanidades y peligros, resolvió y realizó el ingresar en religion, escogiendo la Seráfica de S. Francisco, siquiera fuese la más pobre, y guiándole para esto cuando ménos dos importantes motivos: primero, la justa reputacion de que gozaba por ser sus profesores todos de ejemplarísima conducta, y por consiguiente buenos modelos, imitando los cuales, se podia aspirar á la perfeccion; y segundo, porque siendo en esta sagrada religion las virtudes dominantes la humildad y la obediencia, se creia más seguro de las asechanzas de la presuncion y del amor propio, toda vez que á estos dos enemigos tan formidables de nuestra perfeccion tenia por necesidad que hacerles la más cruda guerra, si habia de cumplir las prescripciones de un instituto tan esclarecido por lo grande y continuo de las obras de virtud en que todos los hijos de S. Francisco se ejercitaban de continuo. Era consiguiente á la determinacion de D. Juan de Peyrona de ingresar en la Religion Seráfica, una admiracion profunda de parte de todos los que solo conocian sus timbres, distinciones y títulos, condecoraciones de su casa y riquezas, y una extraordinaria alegría de parte de aquellos cuyo conocimiento iba más allá, pues llegaba hasta á penetrar en lo extraordinario de su virtud, porque en esta fundaban la esperanza de que siendo excelente religioso, seria de grande honor para la casa que le recibió en su seno, y áun para la provincia y reino que le vieron nacer. Y no se equivocaron, comenzando por hacer un noviciado en que más parecia maestro que discípulo, y en el cual se distinguia, no por esas obras vulgares de perfeccion en que tiene que ejercitarse cualquier religioso por el mero hecho de serlo, sino en obras muy extraordinarias que le atraian el mejor aprecio de sus superiores, y áun algunas veces hacian que se fijase en ellas la atencion de estos, no para otra cosa sino para moderar los excesos de su vehemente aunque muy buen deseo. Tales disposiciones fueron el fundamento del universal júbilo que se demostró en el dia de su solemne profesion religiosa, acto imponente que se realzó cuanto fué posible con una ostentacion conveniente á la importantísima elevacion de la persona que profesaba, cuya familia quiso que en este momento se hicieran patentes el júbilo que le cabia en secundar los deseos de este distinguido jóven, y en lo que apreciaban sus prendas, cuando para constituirle en estado, empleaban todos los medios por los cuales podia demostrarse el mérito de la persona, si bien en órden al sublime estado en que se colocaba. Referir los acontecimientos de aquel dia, verdaderamente grande, y acaso uno de los mejores de la vida de Juan Peyrona, seria asunto sobre imposible, inconveniente; ni se daria una idea cabal de sus sentimientos, pues estos no cabe el reducirlos á expresion, ni tampoco se creerian mu-

chas de las cosas que habriamos de decir, y que sin embargo son exactísimas. Dejémosle, pues, hacer sus estudios en religion, áun cuando ya él llevaba estudiado teologia, cánones y disciplina eclesiástica, no ya con el órden con que hoy se enseñan, pero sí con toda la amplitud que les podian dar los no escasos conocimientos de la época, y hemos de decir, en gracia de la verdad, que si para otros eran insuficientes los conocimientos que entónces podian conseguirse, para nuestro Peyrona, con su buen talento y con su aplicacion suma fueron ocasion de que se colocase en la importante altura de uno de los más distinguidos maestros de su religion en su época, y sin disputa el mejor de su provincia. A esto se debió el que se encomendára á su cuidado el importante cargo de la enseñanza, cargo difícil, y tanto más difícil cuanto que entónces estaban fijas en los que la daban las miras de todos, sin otra razon que la de creer de buena fe que no era muy compatible el importante ministerio de la instruccion catequística con el de la sublime ciencia del profesorado; y como en aquella se empleaban con suma asiduidad y celo los hijos de S. Francisco, parecíale al comun de las gentes que no les era posible dedicarse á esto otro, en lo cual llevaron un desengaño provechosísimo para la Religion Seráfica, pues se acreditó por la experiencia que pueden ejercitarse ambos cargos á una, como lo demostró nuestro distinguido Padre, que al mismo tiempo que ejercia el magisterio en la cátedra, desempeñaba en el púlpito su cometido como misionero, y en el confesonario cumplia su importante deber con un celo incansable, con un acierto sumo, y con un provecho tal, que si las muchas ocupaciones que le agobiaban no le permitian á veces por algun momento consagrarse á estas tareas apostólicas, se echaba ménos su presencia en ellas, y las gentes marcaban su desconsuelo espiritual, por la frecuencia con que acudian á preguntar por el siempre apreciado Padre. Es verdad que á su grande prudencia y acreditada ciencia agregaba una dulzura tal, que involuntariamente eran arrastrados hácia él los que se le presentaban, siquiera fuese por casualidad, y tenia un don de consejo tal, que los negocios más árduos, guiados por su direccion, y las empresas más difíciles acometidas segun su voluntad, ó los asuntos más peligrosos manejados segun su parecer, llegaban á un término feliz, y eran por consiguiente favorables áun á aquellos mismos que se le presentaban, demandando su auxilio para el feliz éxito de lo que ellos creian perdido, y que en muchas ocasiones lo hubiera sido sin la prudente mediacion de tan hábil consejero. En vista de los excelentes resultados que como hombre de gobierno daba nuestro P. Juan en órden á las personas y familias de los que le estaban espiritualmente encomendados, creyó la Orden que podria obtener grande provecho para sí misma, si se aplicaba con respecto á ella esas favorables circunstancias. Resolvió, pues,

elegirle guardian de una de las casas de la provincia de Barcelona. No se puede explicar el trabajo que costó hacerle admitir este cargo, todo se le volvió protestas de su inutilidad para su desempeño; ya manifestaba las condiciones que concurrian en otros muchos sugetos de su misma Religion mucho más aptos que él para el desempeño de este cargo, segun su juicio, ya presentaba dificultades y obstáculos para poder cumplir debidamente su ministerio; pero la obediencia intervino, ella le colocó en el puesto, y el tiempo acreditó despues que la eleccion habia sido muy acertada, y que el guardian merecia serlo, ya porque su doctrina iba acompañada del ejemplo, lo cual es mucho en una casa religiosa, ya tambien porque habia en él un verdadero acierto, tanto para la eleccion de los sugetos á quienes habia de encomendar tal ó cual cosa, como de las oportunidades para hacer las advertencias ó imponer los correctivos si alguna vez parecia necesario, como hubo de serlo en alguna ocasion, ocasion que no esquivó, porque era muy amante de sus hermanos, es verdad, pero amante en verdadera caridad, es decir, cuando no se interesaba su bien espiritual y la observancia de las reglas, á las cuales tenia todo el respeto y aprecio que se merecen. En vista, pues, de este grande acierto con que desempeñaba los asuntos de su convento y de la fácil y conveniente manera con que á todos atraia á su deber, sin desprestigiar en lo más mínimo el principio de autoridad, ni faltar tampoco en la parte más pequeña á las exigencias de la caridad, resolvieron hacerle custodio de su provincia, y á pesar suyo le invistieron de este cargo y dignidad, que desempeñó admirablemente y muy á satisfaccion de todos, por lo cual la constante voluntad de todos sus súbditos era el que en el desempeño de tal cargo se hubiese conservado toda su vida, á lo cual él hubiese cedido, porque si bien es cierto que él rehusaba las distinciones y no queria las prelacías, como queria mucho á su Orden y veia la ventaja de ella en su sacrificio personal, con gusto se sacrificaba, para que su madre, como él decia, tuviese en el menor de sus hijos alguna accion, aunque insignificante, por donde viniese á conocimiento de lo mucho que este hijo la estimaba, en justa recompensa del gran favor que la mereció en esta su tan apreciada filiacion. Otros eran, sin embargo, los designios de Dios acerca de este buen religioso, y para que se cumplieran, dispuso que el soberano pontifice Juan XXII, noticioso del mérito y circunstancias del custodio de Barcelona, le llamase para si, haciéndole como es consiguiente abandonar su provincia y su patria. Despues de un recibimiento lo más distinguido que darse puede, y colmándole de toda clase de honores y de atenciones, le llamó á su lado y le hizo, por decirlo así, su confidente, confiándole los más importantes secretos, encargándole de las comisiones más árduas, pero siempre con un sigilo y reserva tales que nadie llegó á saber acerca de este esclare-

cido varon otra cosa, sino que era el favorito del Romano Pontífice. Sus frecuentes salidas de Roma demostraban sus continuas ocupaciones, así como el que para la resolucion de muchos y muy importantes casos mandase el Papa acudir al P. Juan de Peyrona, indicaba lo mucho que valia y lo muchísimo en que estimaba el Soberano Pontífice sus prendas, cuando en él ponia su confianza de esa manera tan absoluta, que podemos decir omnímoda. El término de los dias de este reverendo Padre llegó miéntras él desempeñaba una importante comision del Papa en la misma Roma, y entónces fué cuando se demostró el aprecio que merecia al Padre comun de los fieles. En prueba del exquisito cuidado que tomó por su salud, hemos de citar el que alguna vez le visitára en su celda; y en favor del buen religioso debemos decir, que sin desconocer este singular beneficio, nunca se engrió por él, y que la muerte del P. Juan de Peyrona fué como habia sido su vida, de un verdadero religioso, para quien no hubo más empeño que acreditarse de verdaderamente pobre, casto, obediente y humilde. Este fué el fundamento de su dicha y del sentimiento que á todos causó su muerte. — G. R.

PEYROT (Juan Claudio). Habiendo nacido este distinguido eclesiástico en Milan el año 1709, tan luego como estuvo en disposicion fué á Tolosa á estudiar con los jesuitas, en donde tomó las órdenes sagradas. Nombrado prebendado de la abadía de S. Sernin, en Tolosa, ejerció este empleo durante veinte años, hasta que un tio suyo le proporcionó el priorato de Pradinas, en donde se dedicó á la poesía y á la música, sus estudios favoritos. Se dedicó con tanta fe al canto llano, que llegó á poseerle completamente; y á fin de ejercitarse más en él, tomó á su cargo el enseñarle á cuantos querian aprenderle, para lo que compuso un método tan fácil, que consiguió fuesen cantores muchos aldeanos que ni áun sabian leer. Las Academias de Tolosa y de Rhodez premiaron muchas de sus poesías, entre las que sobresalian las que compuso en el lenguaje langüedociano. Dedicado á escribir, tuvo el gusto de ver agotadas las ediciones de sus obras muchas veces por la aficion con que se las buscaba. Consideradas por los críticos sus poesías francesas, las califican de medianas; pero las que hizo en el lenguaje de Aveiron han sido siempre muy apreciadas, porque en ellas describió con sencillez y verdad las costumbres locales, á pesar de lo que se resiste á la rima este idioma. Murió este eclesiástico muy sentido de sus compatriotas en la aldea de Paillas, á dos leguas de Milan, el año 1790, dejando á la posteridad las siguientes obras: *Œuvres patoises et françoises de Claude Peyrot*; de esta obra se hicieron tres ediciones en Milhau, siendo la última en 1810 en dos partes y en 8.º— *Quatre Soissons, ou les Géorgiques patoises;* 1781, en 8.º— *Predictions de la musa del Segola sul mariage de Mr. St. Roumo.* En 1812 se imprimió en 8.º en Milhau por un anónimo el *Elogio histórico, civil y literario*

de Claudio Peyrot, antiguo prior de Pradinas, en el cual se dan extensas noticias de la vida y obras de este ilustrado sacerdote.— C.

PEZ (D. Bernardo). Nació este sabio benedictino en 1683 en Ips, pequeña ciudad de Austria. Dedicado al estudio y sintiéndose con vocacion, á la edad de diez y seis años tomó el hábito de religioso en la abadia de Benitos de Mœlck. Tan luego como terminó la filosofia y la teologia, concibió la idea de escribir la *Historia literaria* de su Orden, y publicó el prospecto, que se ve en el *Acta eruditorum* del año 1716, pág. 403; pero sabiendo que algunos de sus hermanos trabajaban en el mismo asunto, se decidió á ocuparse en estudiar la historia civil de la edad media, estudio muy descuidado entónces en Austria; y viendo la necesidad que tenia de recurrir á las fuentes en que debia encontrar los principales acontecimientos de esta época, solicitó de sus superiores el permiso de visitar las bibliotecas y archivos de las casas de la Orden y sacar de ellas los documentos que hicieran más á su propósito. A fin de adelantar todo lo posible en este trabajo, hizo que le acompañase su hermano D. Gerónimo, y juntos recorrieron la mayor parte de Alemania, examinando con la mayor escrupulosidad las bibliotecas, de las que sacaron una porcion de preciosos documentos. Apresuróse D. Bernardo á publicarlos con notas y aclaraciones que les daban mayor interés; pero despertando esto la envidia de sus enemigos, se vió asaltado de críticas, en las que la ignorancia parecia disputarse con la mala fe. La necesidad en que se vió de responder á sus adversarios le hizo perder mucho tiempo en su estudio, que emprendió despues con doble empeño, y consiguió ver premiado su celo por el sabio cardenal Passionei, que le elogió mucho, y por el conde Zinzendorf, que llamando á Francia á Pez en 1728 le proporcionó la satisfaccion de relacionarse y asociarse con los miembros más distinguidos de la congregacion de S. Mauro, cuyos útiles trabajos apreciaba. Volviendo Pez á Alemania, fué nombrado bibliotecario de su expresada abadía. En este museo de las letras empezó por colocar segun las leyes bibliográficas los libros y los manuscritos, cuyo número acrecentó; y con su celo y perseverancia reanimó el gusto de sus hermanos por los estudios históricos. Dividió su tiempo Pez entre los ejercicios piadosos y la publicacion de varias colecciones, cuya utilidad es aún hoy incontestable; pero lo mucho que abusó de sus facultades intelectuales, y áun de las materiales, agotó rápidamente sus fuerzas, y una prematura muerte le robó á las letras el dia 27 de Marzo de 1735, á la edad de poco más de cincuenta y dos años. Su dulce carácter conquistó á Pez muchos amigos, que manifestaron el afecto que le tuvieran en composiciones métricas y en prosa. Y como sus obras fueron de tal importancia que aún son de no poca utilidad, vamos á dar una ligera noticia de ellas, que no dejará de ser útil para los que se dedican al estudio de las materias de

que tratan. *De irruptione Babarica in Tyrolem, anno 1703, à Gallis et Babaris facta*; Viena, 1709, en 12.°— *Bibliotheca Benedictino-Mauriana, seu de ortu, vitis et scriptis PP. Benedictionorum è Congregat. S. Mauri in Francia, libri duo*; Ausbourg, 1716, en 8.° Hecha con precipitacion esta obra, empieza en Dom. Hugues-Menard y acaba en 1711, siendo su parte más interesante una coleccion de prefacios de un gran número de libros publicados por los Benedictinos, que contienen noticias muy interesantes.— *Thesaurus anecdotorum novissimus, seu veterum monumentorum collectio recentissima;* Ausbourg, 1721 y 29, seis volúmenes en fólio. El sexto volúmen, que se encuentra tambien separado del resto de la obra, se titula: *Codex diplomatico-historico-epistolaris.* Esta coleccion, que sigue al *Tesauro de Martenne* es muy rara en Francia; pero no es muy buscada, porque las piezas que contiene se refieren á la historia de la iglesia de Alemania, y en ella el sabio editor ha reunido muchas curiosas noticias acerca de las bibliotecas que habia visitado, y entre ellas la de S. Emmeran de Ratisbona. — *Bibliotheca ascetica antiquo-nova, hoc est, collectio veterum quorumdam et recentiorum, quæ hùc usque in variis bibliothecis delituerunt;* Ratisbona, 1723 y 40, doce volúmenes en 8.° Solo publicó Pez los diez primeros, haciéndolo de los otros dos sus cofrades, que los acompañaron con el elogio de su primer editor y de diversas composiciones hechas en su alabanza. Los que deseen más detalles pueden consultar la vida de Pez en la *Biblioteca Benedictina Melicense* por Kropf, pág. 546, y la *Historia literaria de la órden de S. Benito* por Ziegelbaner. D. Gerónimo Pez, hermano de D. Bernardo, nació en 1685 y murió el 14 de Octubre de 1762; y como al ayudar á su hermano en sus trabajos, como hemo dicho, manifestase su gran capacidad, los Benedictinos le nombraron bibliotecario de la abadía, en cuyo destino sucedió á su hermano hasta el año de 1760, en que fué reemplazado por Dom. Martin Kopf. Publicó D. Gerónimo la obra titulada : *Scriptores rerum austriacarum, veteris ac genuini plurimam partem, nunc primum editi;* Leipzip, 1721 y 25; Ratisbona, 1745, tres volúmenes en fólio. El primer volúmen contiene, además de cinco disertaciones, cuarenta y cinco fragmentos históricos; y el segundo cincuenta y siete, cuyos títulos publicó Ziegelbaner; y el tercer volúmen comprende la *Crónica de Ottocare Horneec* con un *Glosario de las antiguas voces alemanas.— Historia S. Leopordi, Austriæ marchionis;* Viena, 1747, en fólio. — C.

PEZENAS (Espiritu). Nació este sabio astrónomo y matemático en Aviñon el 28 de Noviembre de 1692, y dedicándose al estudio de las ciencias, á las que se sintió inclinado, no tardó en hacer grandes progresos. Sintiéndose con vocacion al claustro, tomó el hábito en la Compañía de Jesus el año de 1707, y en el de 1728 fué nombrado catedrático de hidrografía en el Real

Seminario de Marsella, cuya plaza desempeñó hasta 1749. Suprimidas en esta época las galeras, se suprimió su cátedra; y encontrándose desocupado se dedicó á la astronomía, á cuyo fin se proveyó de los instrumentos necesarios, en lo que le auxilió el Rey con una pension, estableciéndose un observatorio en el que le ayudaban dos jesuitas, habiendo sido director del mismo hasta que se suprimió la Compañía. Corresponsal de la Academia de Ciencias de París desde el año 1750, y asociado á las de Leon, Marsella y Montpeller, en todos estos cuerpos dejó pruebas evidentes de su gran capacidad y talento matemático. Sin embargo de su aficion á las ciencias, no dejó de entregarse á los trabajos de las misiones, para las que le dió Dios un talento especial y una elocuencia extraordinaria, y que la aridez de la geometría no habia podido extinguir. Despues de haber servido á Dios como misionero y al mundo como excelente profesor científico, volvió en 1764 á Aviñon, su patria, y en esta ciudad murió el dia 4 de Febrero de 1776. Las siguientes obras que dejó acreditan su nombre en la república de las letras y de las ciencias. La traduccion de la *Física de Desaguliers;* dos volúmenes en 4.°; Aviñon, 1751. — Traduccion de la *Optica de Smith;* dos volúmenes en 4.°; Aviñon, 1767.— Traduccion del *Tratado de fluxiones de Maclaurin;* dos volúmenes en 4.°, París, 1749.— Traduccion del *Algebra* del mismo autor; — la del *Microscopio de Baker;* — la de la *Guia de los matemáticos de Ward;* París, 1757, en 8.°, con más de 600 páginas.— *Elementos de Pilotaje;* en 8.°, 1733 y 1754.— *Práctica del Pilotaje;* 1741 y 1749, en 12.°— *Méthode du Jaugeage;* en 4.°, 1742.—*Théorie et pratique du Jaugeage des tonneaux, des navires et de leurs segments;* en 8.°, 1749 y 1778.—*Astronomie de Marius;* en 8.°, 1776.— Traduccion del *Diccionario de ciencias y artes de Tomás Dyche;* cinco volúmenes en 4.°, 1753.— *Memorias de matemáticas y de Física dirigidas al Observatorio de Marsella;* cinco volúmenes en 4.°, 1755.— *Nouveaux essaies pour determiner les longitudes en mer par les mouvements de la Lune et par une seule observation;* Aviñon, 1768, en 4.°, con un apéndice.—*Manière de reduire en tables la solution de toutes les triangles spheriques;* Aviñon, 1772, en 4.°— *Examen de la méthode de l'abbé de la Caille pour trouver en mer les longitudes;* Aviñon, 1773, en 8.°—*Nouvelle théorie des taches du Soleil*, publicado en las *Memorias de la Academia de Ciencias de París*, tomo VI.— *Table de logarithmes;* Aviñon, 1770, en 4.°— *Histoire critique de la découverte des longitudes;* Aviñon, 1775, en 8.°, cuya obra, que escribió á la edad de ochenta años, es la continuacion de su *Astronomía de los marinos* con algunas ideas nuevas, pero que se conoce que ya el autor habia decaido por su avanzada edad del vigor que mantuvo para las ciencias matemáticas hasta entónces. Pezenas hizo la nivelacion del proyectado canal de la Provenza. Además de las obras citadas se ven escritos suyos en

las *Memorias de Trevoux*, en todas las memorias de las Academias de Europa en su época, en otros libros, y en los periódicos en 1779; publicó Lalande el elogio del P. Pezenas en el *Diario de los Sabios*.— C.

PEZOA (Beato Pedro), religioso dominico y prior del convento de Valdivia, en Chile. En 1605 tomaron los naturales de este país las armas contra sus dominadores los españoles y saquearon muchas ciudades y algunos conventos. El de Pedro Pezoa fué uno de ellos; dirigiendo reconvenciones este santo religioso á los bárbaros que querian violar á una vírgen, fué hecho pedazos por ellos. Pero su muerte fué como un estímulo para la doncella, pues cobrando ánimo supo resistir hasta la muerte. — S. B.

PEZRON (Pablo Ives). Nació este excelente filólogo y cronologista en Hannebon de la Bretaña el año de 1639. Inclinado á la vida monástica, entró en la Congregacion Cisterciense cuando apénas contaba veinte años de edad, tomó el hábito de religioso en la abadía de Prières, y terminado que hubo la filosofía en Rennes, fué á Paris á estudiar teología. Su aplicacion llamó la atencion de Jouand, vicario general de la expresada Congregacion, y nombrándole su secretario, le permitió dedicarse al estudio de las lenguas orientales, que fueron en él una pasion. Entró Pezron en la abadía despues de la muerte de su protector, é inmediatamente le encargaron de la direccion de los novicios, destino que desempeñó cuatro años seguidos á satisfaccion de sus superiores. Llamado á Paris en 1677 por el Abad cisterciense, éste le nombró vice-prior del colegio de los Bernardinos, destino que dimitió para dedicarse al estudio de las Santas Escrituras; y continuando los cursos de teología, en 1682 tomó la borla de doctor con aplauso de todos los que asistieron al brillante ejercicio que hizo. Llamado por sus superiores á enseñar la teología en el convento de Paris el año 1686, fué elegido prior del mismo, y poco despues obtuvo el cargo de visitador general de la Orden en las provincias centrales de Francia. Llegada al Rey la noticia de su saber, le nombró en 1697 abad de la Charmoie, de cuyo pingüe beneficio hizo dimision en 1703 sin reservarse pension alguna. Dedicado con doble ardor desde entónces al estudio, su pecho, naturalmente delicado, se resintió y murió en Chessi el 10 de Octubre de 1706. Dejó como pruebas eminentes de su saber las siguientes obras que le acreditan como sabio anticuario eclesiástico y como uno de los escritores más distinguidos de su época por su claro estilo, fácil diccion y agradable manera de decir. Sus obras son: *L'Antiquité des temps retablie et defendue*, un volúmen en 4.°, impreso en Paris en 1687, y en 8.° en 1688. Apoyándose el autor en la autoridad de los Padres de la Iglesia y en la opinion de las iglesias de Oriente dice que han pasado más de cinco mil años hasta la venida del Mesías, en lo cual se ve adoptó la cronología de los Setenta, que cuentan 5872 años entre la creacion del mundo y la era vulgar.

Atacada esta opinion por Mr. Martinay y por el P. Lequien como contraria á la doctrina de la Iglesia católica, respondió Pezron al primero con su obra titulada: *Defense de l'Antiquité des temps*; París, 1691, en 4.°, y en ella sostiene con notable maestría la opinion de los Padres, con la que redujo al silencio á su adversario. Proponiéndose Pezron formar un cuerpo de todas las profecías, clasificándolas en órden cronológico, publicó su obra *Essai d'un commentaire litteral et historique sur les Prophetes*; París, 1696, en 12.°; pero su libro versa solo sobre los cuatro primeros capítulos de Oseas, el más antiguo de los profetas, sobre Joel, Amós, Abdias y tres capítulos de Jeremías. Tambien publicó: *L'Histoire evangelique confirmée par la judaique et par la romaine*; París, 1696, dos volúmenes en 12.°, la cual es una concordancia de los Evangelios con un comentario en el que liga sus diversas partes. Aumentó Pezron á esta obra dos *Disertaciones*, la una sobre la muerte de Jesucristo, que fija, segun la tradicion, en el año 29 de nuestra era, y la otra acerca del tiempo en que los judíos celebraban la Pascua. Su cuarta obra fué: *Antiquité de la nation et de la langue des celtes, autrement appelés Gaules*; París, 1703, en 12.° Dividida esta obra en dos partes, en la primera trata de probar que los galos descienden por línea recta de Gomer, hijo mayor de Japhet, y que despues de haber habitado bajo diversos nombres el Asia y sus islas, se fijaron estos pueblos en el Ponto Euxino, desde donde fueron mandando sucesivamente diversas colonias á Europa. Más ingenioso que sólido este sistema, fué adoptado por el abate Lenglet Dufresnoy y por los autores ingleses de la *Historia Universal*. Trata Pezron de demostrar en la segunda parte, que la primitiva lengua de los galos fué la celta, tal como se ha conservado en la Baja Bretaña y en el país de Gales, y terminó su obra con una lista muy extensa de voces sacadas de la lengua celta, que se encuentran en la griega, en la latina y en la alemana. En las *Memorias* de Trevoux se ven dos *Disertaciones* de Pezron, la una sobre la antigua nacion de los Cananeos, publicada en Julio de 1704, y la otra sobre los límites de la tierra prometida, que lo fué en Junio de 1705. Tomando ocasion de una medalla de Póstumo y de la palabra Mamias que se lee sobre otra medalla, publicó, con el nombre del *Abad de la Charmoie*, dos cartas á Baudelot, en las que dice tenia recogidas más de ochocientas voces que los griegos habian tomado de los celtas. Tambien escribió una *Disertacion sobre María Magdalena*, que no distingue de la hermana de Lázaro ni de la Pecadora, la cual se publicó en 1698 á la página 487 del *Diario de los sabios en París*. En fin, Pezron nos ha dejado una carta de la Tierra Santa, que se insertó en la *Biblia de Duhamel*, publicada en París en 1699 á la página 348. Dejó ocho obras manuscritas, entre las que se cuentan: un *Tratado de la lengua hebráica*; el *Orígen de las letras y el orígen de la astronomía*. En las *Memorias* de Trevoux se publicó

el elogio de Pezron en 1707, y en él se citan otras obras de este ilustrado religioso. — C.

PHALEL, hijo de Ozi. (2. Esdr, III, 29.)

PHALTI, hijo de Rapha, fué uno de los doce diputados que fueron á explorar la tierra de promision. (Num., XIII, 10.)

PHALTI ó Phaltiel, hijo de Sais; se casó con Michol despues que Saul se la quitó á David. Pero David la sacó luego del poder de Phalti. Algunos intérpretes creen que Phalti no tocó á Michol durante todo el tiempo que permaneció en su casa, por temor de incurrir ambos en la sentencia de muerte dada contra los adúlteros, porque Michol no habia sido repudiada conforme á las reglas prescriptas en la ley. Pero estas razones son demasiado frívolas. Saul miraba á David como un rebelde á su rey y un proscripto cuyos bienes y mujeres eran suyos, como una cosa de que podia disponer completamente. No hubiera, pues, dado á Michol á Phalti, y éste no la hubiese recibido si no hubiese creido poder mirarla como mujer propia. Si Michol no tuvo hijos de Phalti, ¿de quien son los hijos que la atribuye la Sagrada Escritura, pues se sabe que no los tuvo de David? — S. B.

PHALTIAS, hijo de Hananías y padre de Jeseías ó de Jesi, de la tribu de Simeon. Desafió á los amalecitas en la montaña de Seir. (I Par., III, 25 y IV, 42.) Se ignora la época de este acontecimiento. — S. B.

PHARAILDA (Santa). Fué esta gloriosa bienaventurada natural de Bélgica, hija de Teodorico, duque de Lorena, y de Santa Amelberga. Las virtudes de su gloriosa madre la santificaron, y por eso se la venera en Gand, en donde se hallan sus reliquias: habiendo merecido ser colocada en la letanía de los Santos de la santa iglesia belga. — A. C.

PHARAN, rey de Jerinsoth; habiendo ido al socorro de Adonibesech, rey de Jerusalen, fué vencido por Josué, quien le mató y le hizo colgar despues de muerto. (Josué X, 3, 24, 25, 26.) — S. B.

PHAROS. Los hijos de Pharos volvieron de Babilonia en número de dos mil ciento sesenta y dos. (1 Esdr. II, 3, VIII, X, 25. 2 Esdr. II, 25, etc. S. B.

PHARSANDATHA, hijo mayor de Aman, fué condenado á muerte y ahorcado como su padre el enemigo de los judíos. — S. B.

PHARNE, padre de Josaphat, de la tribu de Issachar. Este Josaphat fué nombrado por Salomon gobernador de dicha tribu. — S. B.

PHELIPPEAUX (Juan), doctor en teología y canónigo de Troyes; nació en Angers. Habiéndole oido Bossuet discutir en una tesis sostenida en la Sorbona, concibió de él la idea más ventajosa y procuró atraérsele. Le confió la educacion de su sobrino el abate Bossuet, á quien Phelippeaux acompañó en sus viajes á Italia. Hallábanse ambos en Roma, cuando se trató de la cues-

tion de Fenelon con motivo del libro de las *Máximas de los Santos*, y á imitacion de Bossuet, decidieron seguirla y terminarla. A su regreso fué nombrado vicario general del obispado de Meaux, donde murió á una edad muy avanzada en 1708. De este autor se han publicado las obras siguientes: 1.ª *Discurso en forma de meditaciones sobre el sermon de Jesucristo en la montaña*; Paris, 1730, en 12.º —2.ª *Relacion del origen, de los progresos y de la condenacion del quietismo*, que no se publicó hasta 1732 y 33, en dos partes, sin nombre de autor ni de impresor, habiendo recomendado su autor que no se publicase hasta veinte años despues de su muerte. Esta obra, que segun el cardenal de Bausset manifiesta la parcialidad más marcada y el más odioso encarnizamiento contra Fenelon, fué condenada por una senténcia del consejo y entregada á las llamas. Existen tambien muchas *cartas* de Phelippeaux en la correspondencia del quietismo, insertas entre las *Obras de Bossuet*. Este mismo teólogo ha dejado manuscrita una *Crónica de los obispos de Meaux*. Tambien escribió un *Tratado de Meditaciones*.—S. B.

PHELYPPEAUX d' Herbaut (Jorge Luis), arzobispo de Bourges. Se distinguió tanto por la actividad de su celo como por su inagotable caridad. Uno de sus antecesores habia fundado un establecimiento muy notable, pues se hallaba destinado á servir de retiro á los eclesiásticos ancianos y enfermos. Cuando Phelyppeaux fué promovido á la sede de Bourges, aquel establecimiento no tenia más que cuatro mil quinientas libras de renta, las que elevó á veinte mil. Fundó muchos colegios en las principales ciudades de su diócesis, instituyó casas de caridad y consiguió acabar ó disminuir al ménos la mendicidad. Creia uno de sus deberes instruir por sí mismo á sus ovejas, tanto en las ciudades como en los campos. Se refieren varios rasgos de su elocuencia verdaderamente pastoral. Un dia que dirigia una exhortacion á los católicos en una de las principales ciudades de su diócesis, la presencia de una multitud de protestantes que habian ido á oirle inflama su solicitud. Dirige un discurso á su inesperado auditorio, les expone las razones que deben hacer más impresion en ellos, les recuerda que sus padres se gloriaban de ser los hijos de esta misma Iglesia, de la que nada hubiera debido separarlos. «Sus cenizas, exclamó, reposan en este templo en que os hallais reuni»dos, y acusándoos de vuestro error, se levantan para protestar contra vues»tro cisma. Todas estas tumbas hablan, oid sus voces que os dicen: *¿Por qué »sois infieles á la creencia de vuestros abuelos? Porqué os habeis separado de »la santa autoridad de esta antigua Iglesia, cuyos pastores descienden por una »sucesion no interrumpida desde la cuna del cristianismo?* Esta Iglesia madre »habia bendecido vuestros matrimonios; habia impreso en la frente de vues»tros hijos, cuyo lugar ocupais, el sello de la familia de Jesucristo; todavía »os habla en este momento por el órgano de vuestro Pontífice, escuchadle.....

»*Sí, yo soy vuestro pastor*,» repuso el elocuente obispo con una viveza de sentimientos, que hizo deshacerse en lágrimas á todo su auditorio; «y vosotros rehusais ser mis hijos: seré vuestro padre á pesar vuestro; lo soy por »la autoridad de mi ministerio, esta autoridad es la del mismo Jesucristo que »me ha sido conferida por la imposicion de las manos de los ancianos del »presbiterio, que la habian recibido de los antiguos, ascendiendo hasta los »apóstoles y el Hijo de Dios, cuyas divinas manos comenzaron esta cade»na de consagraciones solemnes que ha venido, á pesar de lo indigno que soy, »á reposar sobre mi cabeza, sin que pueda vuestro desprecio quitarme »este poder paternal. Soy vuestro padre en nombre de Dios; aquel de quien »procede toda paternidad en el cielo y en la tierra me ha dado sobre vos»otros derechos sagrados, los que son, si es posible, más inviolables que los »de la naturaleza. Pero si soy vuestro padre por derecho divino, ¡ay! hijos »mios, conozco que lo soy todavía más por los derechos de mi corazon; mis »sentimientos son tambien los vuestros por más que pretendais ocultarlo: no »os negueis á mi ternura: tengo un ardiente deseo por vuestra felicidad, »vuestras almas estan encadenadas á la mia. Daria con alegría mi vida, vos »sois testigo, Dios mio, por volver al camino de salvacion á mis hijos que »se extravian.» Murió en Paris el 23 de Setiembre de 1787. M. Blin de Sainmore ha hecho su *Elogio histórico*, y el abate Fauchet su *Elogio fúnebre*, en el que hay muy bellos pasajes, y al mismo tiempo muchas ideas mezquinas y pueriles, y lo que es digno de una censura más grave, ciertas tendencias á la filosofía moderna. De este prelado hay tambien una *Oracion fúnebre* por el abate Saint-Jon, muy superior á la de Fauchet. No se habló de ella en su época, porque era demasiado cristiana. — S. B.

PHILANDRIER ó PHILANDER, como él se llamaba haciendo derivar su nombre del griego. Nació en 1505 en Chatillon-sur-Seine de una familia tan antigua como ilustre, la que le proporcionó una instruccion tan profunda como brillante, la que siguió bajo la direccion de su compatriota el famoso Juan Perelle, siguiendo los estudios con tanto aprovechamiento, que al separarse de su profesor no vacilaron los sabios en admitirle á su lado en las más acreditadas academias. Ya se habia dado á conocer ventajosamente cuando le llamó á su diócesis Felipe de Armagnac, obispo de Rodez, nombrándole su lector y honrándole con toda su confianza. El jóven protegido aprovechaba los instantes de descanso que le dejaba su generoso amigo para continuar sus estudios literarios. Aficionado á la lectura de Quintiliano, hizo de este autor el objeto principal de sus estudios y aumentó con eruditas *notas* la sólida teoría de este gramático sobre el arte oratoria. Aún no habia terminado su trabajo, cuando fué presentado á la reina de Navarra Margarita de Valois, á su tránsito con su esposo Enrique de Bearne, para recibirse como conde-

sa de Rodez. Esta princesa, que pasaba por muy entendida en el idioma del Lacio, aplaudió extraordinariamente la produccion de Philandrier y le animó á que la publicase. Terminada esta obra, comenzó á trabajar sobre el texto de Vitruvio, y enamorado de la teoria de la arquitectura y de los procedimientos de este arte, enriqueció á Rodez con gran número de monumentos, haciendo concluir tambien la catedral de la misma ciudad. Nombrado Jorge de Armagnac representante de Francia cerca de la república de Venecia, invitó á su protegido á que le acompañase, quien aceptó sin la menor dificultad la proposicion de su amigo, dándose por muy afortunado porque desde aquel instante concibió la idea de recorrer la Italia, hacer amistad con sus principales artistas y perfeccionar sus estudios en la capital del mundo cristiano al lado del célebre Sebastian Serlio de Bolonia. No vió frustradas sus esperanzas, pues consiguió todo lo que deseaba y con el auxilio de este hábil arquitecto y el de Bramante, dió á luz su edicion ilustrada de Vitruvio que dedicó al rey de Francia. La promocion en 1544 de Jorge de Armagnac al cardenalato fué beneficiosa á Philandrier; gozaba el primero de grande consideracion y habia el segundo alcanzado el renombre de sabio, circunstancias ambas que influyeron en que el Sacro Colegio dispensase su proteccion al hombre que habia merecido la amistad de Armagnac. No tardó Philandrier en obtener el título de ciudadano romano, cuya calidad en extremo lisonjera para el admirador de las bellezas de la ciudad eterna, le animó cada vez más á seguir sus estudios favoritos. Cuando regresó á Rodez el cardenal obispo continuó sus antiguos planes de embellecimiento de esta ciudad, ensanchándolos ahora hasta donde le permitian las circunstancias mucho más favorables. Adornado de las mejores cualidades, su corazon naturalmente sensible y lleno de respeto y consideracion hácia todo lo bueno, le inclinó á seguir el estado eclesiástico, y despues de recibidas las órdenes sagradas en 1554 obtuvo un canonicato en la santa iglesia de Rodez, de la que no tardó en ser elegido arcediano. Las obligaciones que estos nuevos cargos le impusieron y el amor que profesaba á la soledad y al estudio, le retrajeron de acompañar á Armagnac á Tolosa, adonde marchó para tomar posesion de aquella silla de la que acababa de ser elegido prelado. Con el objeto, sin embargo, de conservar los derechos de una amistad antigua é inalterable, consintió despues en hacer dos viajes para visitarle, en el último de los cuales murió hallándose en Tolosa en 18 de Febrero de 1565. No permitió Armagnac como leal amigo que quedase olvidada su memoria; regó su sepulcro con sus lágrimas, y mandó levantarle un monumento que sirviese para recordarle en vida la distancia que media de la fama á la tumba, y que despues de su muerte debia servir para recordar la estrecha amistad que medió siempre entre estos dos amigos, que tanto se habian distinguido por su amor á la virtud y á las

ciencias. Philandrier escribió las obras siguientes: 1.ª *In Institutionis Quintiliani specimen annotationum*; Lion, imprenta de Gripho, 1535, en 8.º; de esta produccion se han hecho un gran número de ediciones.—2.ª *Annotationes in Vitruvium*; Roma, 1544 y 1552, aumentada con muchísimas notas y el compendio de las obras de Jorge Agrícola *De ponderibus et mensuris*. La mejor edicion de este escrito es la de Elzevir, 1649, en fólio, en que el autor empleó tres años. Juan Martin tradujo al francés el texto de Vitruvio y las notas de Philandrier; Paris, 1572 en 4.º; Ginebra, 1618. De este autor se citan además los siguientes manuscritos: 1 º *De sectionibus marmoreis et polituris*; — 2.º *De lapidum coloribus diatriba*; — 3.º *De pictura et colorum compositione*; — 4.º *De hyabargia plasticè et graphicè de umbris*. Su objeto al escribir este tratado fué sustituir con él al que habia escrito Leon Bautista Alberti, cuya obra se hallaba muy léjos de llenar sus deseos. — 5.ª *De vita, moribus et scriptis Guil. Philiandri Castilionei, civis romani*; impresa en Dijon en 1667 en 4.º, y fechada en 1.º de Enero, por Filiberto La Marc, quien la dirige al cardenal Barberini. Es un folleto de setenta y tres páginas. —S. B.

PHILASTRO, Philiastrius, obispo de Brescia, en Italia, hácia 1374. Asistió al concilio de Aquilea con S. Ambrosio en 1381, hizo amistad en Milan con S. Agustin y murió el 18 de Julio de 1387. Dejó un libro de *herejías* en que toma algunas veces por error lo que no lo es en realidad, segun la observacion de Belarmino. Esta obra, escrita en un estilo pobre y humilde, se halla en la *Biblioteca de los Santos Padres*. Hay una edicion separada, Hamburgo, 1721, en 8.º, y Brescia, 1738, en fólio. M. Migne ha publicado este escrito de Philastro en su *Curso completo de Patología* con este título: *Obras completas de S. Eusebio de Verceil*, que contienen el *Evangeliarium cuadruplex* ó reproduccion de los cuatro manuscritos de la antigua Itálica de los cuatro evangelistas, comparados segun la edicion de Bianchini, seguido de las *Obras completas de Firmico Materno y de Philastro*, revisadas y corregidas por las ediciones de Munster y de Galeardi, un volúmen en 4.º Algunos autores dan á Philastro el título de santo. —S. B.

PHILIBERT (Adriano), autor de un *Manual de las fiestas y solemnidades principales de la Iglesia, con su origen, institucion y particularidades á ellas relativas*; Paris, Michaud, 1834, en 12.º—S. B.

PHILIBERT (Manuel Roberto), canónigo de S. Benito de Paris, ó de la de Tolosa, como suponen otros autores. Nació en esta ciudad en 23 de Mayo de 1717. Escribió y dió á luz una obra con el título de *Anales de la sociedad de los Jesuitas disidentes*; Paris, 1764 y años siguientes, cinco tomos en 4.º, de un gran número de páginas. Supónese que el nombre de este canónigo es supuesto, y que el suyo verdadero era Juan Antonio Gazaines, como lo dice

Tellez al ocuparse de esta obra y de su autor, lo que hace en los términos siguientes. «Es una recopilacion de todo lo más injurioso que se ha escrito »contra los jesuitas. Algunos sostienen que además de estos cinco tomos te»nia preparados otros tres, que no eran ménos denigrativos, pero que no »llegaron á publicarse; nada olvidó por lo demás para hacer completa su dia»triba. Emprendió, segun aseguran, muchos viajes, y en particular uno á »Viena, con el solo objeto de obtener nuevas anécdotas, iguales ó parecidas »á las que habia recogido ya. Se encuentran á pesar de esto en la citada co»leccion algunas noticias muy curiosas sobre el instituto de S. Ignacio de »Loyola. El abate Gazaignes murió en 29 de Marzo de 1802.» Esta obra se halla en efecto escrita tal como lo indica el biógrafo francés. No omite nada en ella de lo que puede poner en ridículo á los jesuitas, ni de lo que es á proposito para mancillar su honra, pero oculta con el mayor cuidado todo lo que puede servir para manifestar los beneficios que la Compañía ha prestado á la humanidad; y esto parece más propio de un apelante que de un sacerdote que rechaza denodadamente la constitucion civil del clero. Si Philibert hubiese procedido con seguridad é imparcialidad en los hechos de que acusa á sus antagonistas, hubieran podido pesarse en el fiel de la balanza las buenas y las malas acciones de la corporacion á que trata de denigrar, y tal vez en este caso hubiesen quedado completamente desvanecidas las acusaciones, porque áun en lo mejor hay siempre algo que reprender, y habria salido triunfante en esta obra una Compañía célebre en todos conceptos, y que tanto esplendor ha dado á la religion, á las ciencias y á las artes. El biógrafo francés no usa de represalias como pudiera haberlo hecho á pesar de ser jesuita; pues aunque dice que su antagonista habia pertenecido á las filas de los apelantes, lo que no puede ocultar en calidad de fiel historiador, se apresura, sin embargo, á manifestar la oposicion que hizo á la constitucion civil del clero, indicando así que se habia arrepentido de sus primeros errores. Tal vez Philibert escribió su obra ántes de reformar su parecer, en cuyo caso podemos atrevernos á asegurar que no la hubiese redactado en el mismo sentido que lo hizo en un principio en la época en que dió inequívocas pruebas de haber rectificado su opinion. —S. B.

PHILIPPE (P. Roberto), jesuita. Escribió: *Oracion fúnebre de Cárlos II, rey de España, pronunciada en Luxemburgo;* Paris, Collombat, 1701, en 4.°—*Oracion fúnebre de Luis Marcelo de Coetlogon, obispo de Tournay, pronunciada en dicha ciudad el 21 de Junio de 1708.*—S. B.

PHILIPPINI (Juan Antonio). Al hacer mencion en su historia de la reforma de las Carmelitas, el autor de la obra *Historia de las Ordenes religiosas*, nombra entre los más celosos reformadores al General de esta Orden así llamado, el que parece se empeñó en introducir la reforma en Alemania.

A este fin nombró comisarios suyos al P. Antonino de la provincia de Turena, y al P. Gabriel de la Anunciacion de la de Flandes, y por su medio fué admitida la reforma en los conventos de la órden de Aix-la-Chapelle, Tréveris, Bamberg, Wisbourg y otros. Los electores de Tréveris y de Maguncia, el obispo de Bamberg y otros principes le dieron su aprobacion, y á fin de excitar á los demás conventos á recibir la reforma, Philippini escribió una circular á todos el año 1649, describiendo los progresos que hacia la reforma en muchas provincias; pero en los que no la admitieron, solo hicieron la mutacion del traje negro por el de color gris oscuro. — C.

PHILIPPOT, cura de la parroquia de una aldea, fué guillotinado en Laval el 21 de Enero de 1794, con otros trece sacerdotes. Este santo eclesiástico, que era sordo, no oia las preguntas que se le dirigian durante su interrogatorio. Cuando le explicaron sus compañeros de martirio los juramentos que exigia de él el tribunal: «No, no, exclamó, con el auxilio de la gracia de Dios no mancharé yo mi vejez.» Fué sentenciado, y algunas horas despues corria su sangre y la de sus santos compañeros por el cadalso. — S. B.

PHILLIPS (Doctor), profesor distinguido en la universidad de Berlin, conocido por sus *Investigaciones sobre el derecho de los anglosajones*, abjuró el anglicanismo y se hizo católico en 1828, á pesar de todos los obstáculos que se le oponian. Habiendo perdido su empleo á consecuencia de su conversion, se vió obligado á abandonar su patria y buscar un asilo en Munich, donde continuó enseñando derecho. — S. B.

PHILLIPS (Lisle-Ambrosio), hijo primogénito del antiguo representante del condado de Leicester, abjuró el anglicanismo y se convirtió á la religion católica en 1822. Tuvo una gran parte en 1829 en la conversion de Jorge Spencer, hijo de lord Spencer, quien habló muy honrosamente de él en una relacion de su conversion que publicó en 1834. Dedúcese de ella el celo, el candor y la instruccion de M. Phillips. Su fervor no se ha desmentido despues. Edificó una capilla en su residencia, cooperó al establecimiento de los trapistas, y dió muchos ejemplos de fe y de piedad. — S. B.

PHILLIPS (Tomás), canónigo de Tongres, nació en Ickford, en el condado de Buckinghan, en 1708; ejerció por largo tiempo las funciones de misionero en Inglaterra, y murió en Lieja en 1774. Es conocido principalmente por la vida del *cardenal Polo*, escrita en inglés, cuya segunda edicion se publicó en 1769, en Lóndres, dos volúmenes en 8.° — Esta obra es la interesantísima historia de un hombre célebre que ha vivido en un siglo fecundo en grandes personajes y en grandes revoluciones; revoluciones religiosas, revoluciones civiles y literarias. El autor de esta obra da cuenta de estos acontecimientos de la manera más notable. Hay mucha exactitud

y elevacion en las reflexiones, calor y pureza en el estilo. Traza con maestría los caractéres de Tomás Moro, de Fischer, de Contarini, de Sadolet, Bunel, Budée, Giberti, Songolius, Buonamico, Flaminio, Erasmo, etc. Presenta á este último por su bueno y mal lado. Manifiesta de una manera muy tierna el estado del reino, que se hallaba á la sazon gobernado por un tirano, entregado á las más violentas pasiones. Nótase una diferencia bastante grande entre el primero y segundo volúmen. El autor cometió la imprudencia de imprimir el primero en Oxford y de ponerle su nombre; como contiene muchas cosas que no deben agradar naturalmente á los protestantes, reclamaron y comenzaron con aquel motivo una persecucion contra los católicos. El autor para no irritarlos más, suprimió en el segundo volúmen muchas cosas interesantes.—S. B.

PHILOPAPALD DE LA HAYA (Antonio), de la Congregacion de la Mision. Nació en Sarlat en 28 de Diciembre de 1674, murió el 6 de Marzo de 1762. Escribió: 1.° *Carta de un obispo francés sobre la bula* Unigenitus.— 2.° *Carta de un francés á un cardenal del Santo Oficio sobre el asunto de la constitucion* Unigenitus. — 3.° *Carta sobre tono de la misa.* — 4.° *Reglamento para el Seminario de los Niños buenos.* — S. B.

PHILOTHÉO, monje del monte Athos, en el siglo XIV; se distinguió por la regularidad de sus costumbres y por sus conocimientos en las materias eclesiásticas. Tenemos de él muchos *Tratados*, unos dogmáticos y otros ascéticos, con algunos *Sermones*. Varias obras suyas se encuentran en la *Biblioteca de los Santos Padres*, y en el *Auctuarium* de Fronton-du-Duc. — S. B.

PHOCAS (Juan). Este religioso sirvió en el ejército del emperador Manuel Comneno; y dejando las armas por la cogulla, lleno de fe y del deseo de adorar á Dios en los santos lugares regados con la preciosísima sangre del Redentor, se dirigió á Jerusalen el año 1185 de nuestra era, y escribió su viaje. En este escrito, que encontró Allatius, natural de Chio, y que envió al carmelita Berthold Nihuso, que le hizo imprimir en Amsterdam en 1653, dice Phocas hablando del monte Carmelo, que se veia en él la gruta de Elías, que hacia algunos años que un monje sacerdote, natural de Calabria, habiendo llegado á este monte, despues de una revelacion que tuvo del profeta Elías, hizo un pequeño recinto al rededor de las ruinas de un monasterio antiguo que allí habia habido, y edificando una iglesia, se encerró en aquel sitio con diez religiosos, á fin de poder entregarse en aquella soledad á la vida penitente y contemplativa. El escrito de Phocas se halla tambien al principio del segundo tomo del mes de Mayo de los *Continuadores de Bollandus*.— C.

FIN DEL TOMO XVII.



